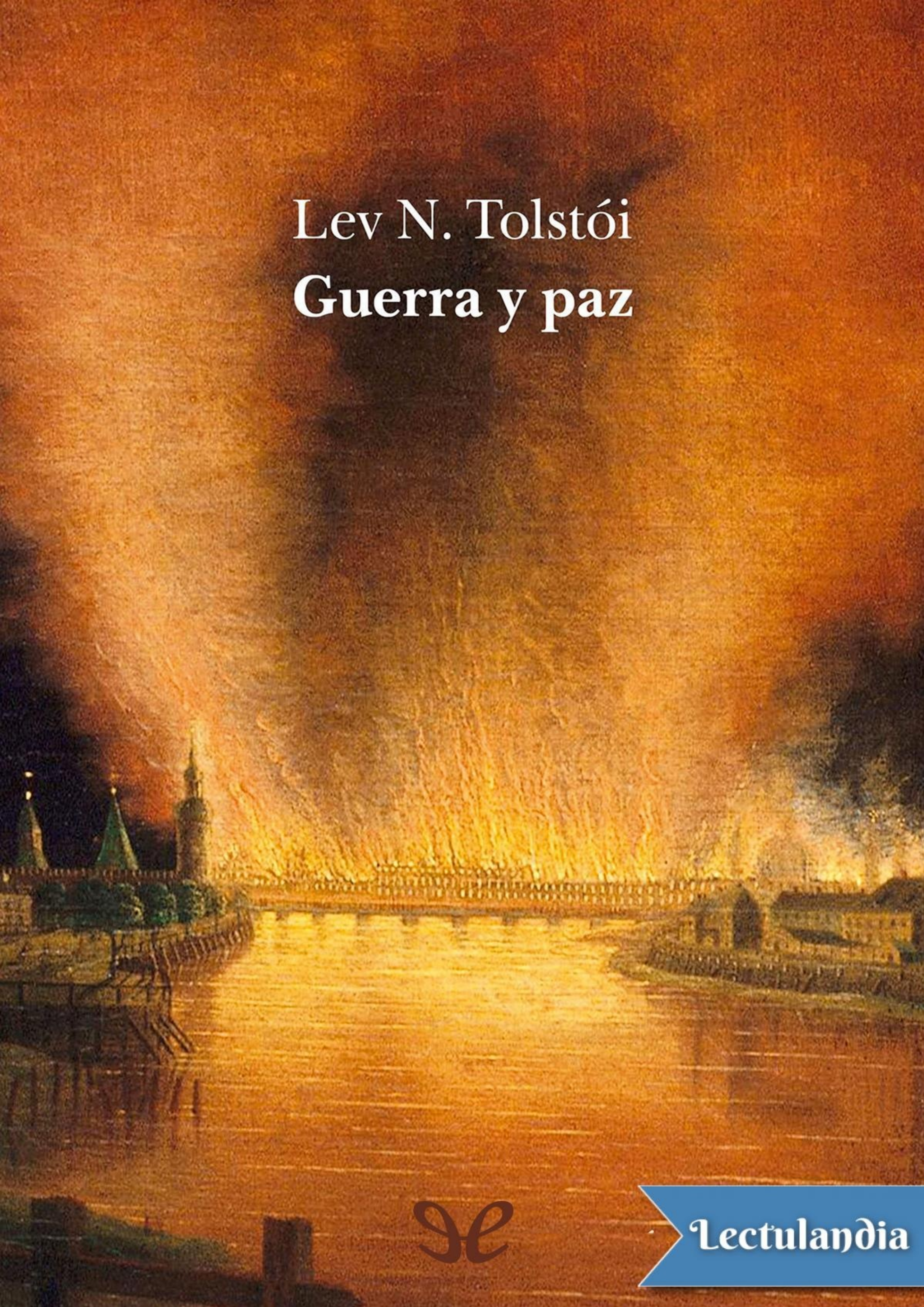

Lev N. Tolstói
Guerra y paz
Lectulandia

«No es una novela, aún menos un poema y aún menos una crónica histórica»: así presentaba Lev N. Tolstói su monumental *Guerra y paz*, que, publicada por entregas en la revista *El Mensajero Ruso* entre 1865 y 1867 y en forma de libro en 1869, no dejó de causar desconcierto en su tiempo y luego, hasta nuestros días, apasionados intentos de definición. El propio autor decía que los libros más relevantes de la literatura rusa —como *Almas muertas* de Gógol y *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski— se resistían a encajar en ningún género literario «europeo». Y tal resistencia no es difícil de apreciar en una obra que sostiene que tanto la vida humana individual como el curso colectivo de la historia avanzan no por el «camino del pensamiento lógico» sino por «un camino distinto, directo y misterioso»… que tal vez se encuentre únicamente cuando no se busca.

Los principales personajes componen un cuadro representativo de la aristocracia rusa de principios del siglo XIX: la aristocracia terrateniente, como la familia Bolkonski, histórico orgullo del Imperio, o su contrafigura los Rostov, torpes, atribulados, sin prestigio; la aristocracia cortesana, como los Kuraguin, consumados profesionales de la intriga; y, en el centro, la figura del ocioso conde Pierre Bezújov, heredero de una inmensa fortuna que se dedicará a gastar en la accidentada búsqueda de algo que dé sentido a su vida. Tolstói une sus peripecias en la época de las guerras napoleónicas a los de las figuras históricas y a los de la gente común, abarcando lo épico y lo doméstico, lo público y lo íntimo, a menudo desde perspectivas inesperadas: no solo la de un alto mando contrapuesta a la de un ordenanza, sino hasta la de una niña de seis años… o la de un caballo.

Esta traducción, a cargo de Joaquín Fernández-Valdés, es la primera completamente nueva en español en más de cuarenta años.

Lev Nikoláievich Tolstói

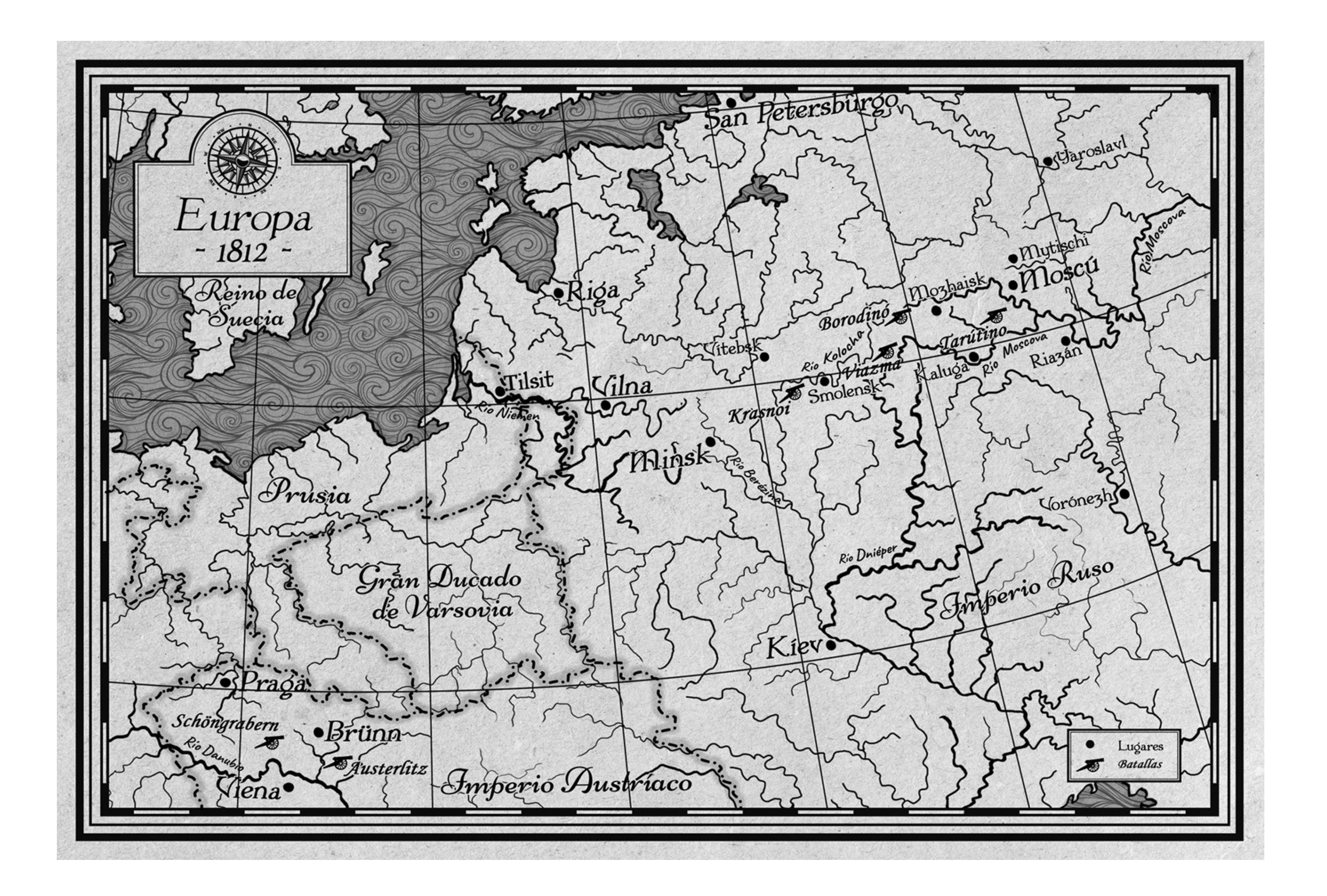
Guerra y paz

(trad.Joaquin Fernandez-Valdes)

ePub r1.0
Titivillus 09.12.2022

Título original: *Война и мир / Voiná i mir*
Lev Nikoláievich Tolstói, 1869
Traducción, introducción y notas: Joaquín Fernández-Valdés Roig-Gironella
Mapas: Pablo Uría Díez, 2021
Diseño de la cubierta: Alba Editorial

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Europa
- 1812 -
Reino de Suecia
San Petersburgo
Yaroslavl
Mytischi
Moscú
Río Moscova
Riga
Mozhaisk
Borodino
Tarutino
Riazán
Vitebsk
Río Kolocha
Viazma
Kaluga
Río Moscova
Tilsit
Vilna
Smolensk
Río Niemen
Krasnoi
Minsk
Río Berézina
Prusia
Voronezh
Río Dniéper
Gran Ducado de Varsovia
Imperio Ruso
Kiev
Praga
Schöngrabern
Brünn
Río Danubio
Austerlitz
Viena
Imperio Austriaco
Lugares
Batallas

Principales personajes de *Guerra y paz*

(En negrita, los históricos.)

Ajrosímova, Maria Dmítrievna: viuda, apodada en sociedad «le terrible dragon», amiga de los Rostov, madrina de Natasha.

Alejandro I (1777-1825): Aleksandr Pávlovich Románov, zar de Rusia desde 1801 hasta su muerte.

Alekséievna, Yelizaveta (Luisa de Baden) (1779-1826): zarina, esposa de Alejandro I.

Alpátych, Yákov: administrador de los Bolkonski en Lysye Gory.

Anatol: véase Kuraguin, Anatol Vasílievich.

Andréi: véase Bolkonski, príncipe Andréi Nikoláievich.

Andréievich, Kiril: tío de Denísov, jefe de intendencia del ejército.

Anna Mijáilovna: véase Drubetskaia, Anna Mijáilovna.

Anna Pávlovna: véase Scherer, Anna Pávlovna.

Antón: viejo ayo del príncipe Andréi Bolkonski.

Apraksin, Stepán Stepánovich (1757-1827): general de caballería, gobernador militar de Smolensk desde 1803.

Arakchéiev, conde Alekséi Andréievich (1769-1834): general, ministro de Guerra de 1808 a 1825, muy influyente y autoritario en política después de la derrota de Napoleón.

Arjárov: familia de Moscú cuyas reuniones y bailes son muy frecuentados.

Armfelt, conde Gustaf Mauritz (1757-1814): militar sueco, desterrado de su país, consejero de Alejandro I y de su ejército.

Baden, Luisa de: véase Alekséievna, Yelizaveta.

Baggovut, Karl Fiódorovich (1761-1812): teniente general del ejército ruso. Murió en la batalla de Tarútino.

Bagratión, príncipe Piotr Ivánovich (1765-1812): general del ejército ruso, en la campaña austríaca y también en la rusa.

Balaga: conductor de troikas, favorito de Dólojov y Anatol Kuraguin.

Balashov, Aleksandr Dmítrievich (1770-1837): general, jefe de policía de Moscú en 1804 y de San Petersburgo en 1808, miembro del Consejo de Estado en 1820. En 1812 acompañó a Alejandro I a Vilna y llevó de parte suya una carta a Napoleón.

Barclay de Tolly, príncipe Mijaíl Bogdánovich (1761-1818): mariscal de campo ruso de origen escocés, ministro de Guerra desde 1810, comandante en jefe al principio de la campaña de 1812 antes de ser reemplazado por Kutúzov.

Bausset-Roquefort, Louis-François-Joseph de (1770-1833): prefecto del Palacio Imperial francés, autor de unas célebres *Mémoires anecdotiques sur l'intérieur du palais impérial*.

Bazdéiev, Makar Alekséievich: hermano medio loco y alcoholizado de Ósip Alekséievich Bazdéiev.

Bazdéiev, Ósip Alekséievich: importante miembro de la hermandad de los francmasones rusos, maestro espiritual de Pierre.

Belliard, Auguste Daniel (1769-1832): general de Napoleón en la campaña rusa; antes, en 1808, gobernador de Madrid.

Belova, Agrafena Ivánovna: vecina de los Rostov en Otrádnoie. Es muy devota.

Belova, Anna Timoféievna: anciana que vive con los Rostov y hace compañía a la vieja condesa.

Bennigsen, conde Leonti Leóntievich (1745-1826): general de caballería de origen alemán, al frente de las tropas rusas en la campaña prusiana de 1805-1807. Combatió luego en

Borodinó y derrotó a Murat en Tarútino.

Berg, Alfons (Adolf) Kárlovich: oficial del regimiento Semiónovski. Se casa con Vera Rostova.

Berthier, Louis-Alexandre (1753-1815): mariscal francés, jefe del Estado Mayor de Napoleón.

Bessières, Jean-Baptiste (1768-1813): mariscal de Napoleón, comandante de caballería en la campaña rusa.

Bezújov, conde Kiril Vladímirovich: alto dignatario en tiempos de Catalina la Grande, posee una gran fortuna, sin descendencia legítima, padre de Pierre, tío de las tres hermanas Mámontov, padrino de Borís Drubetskói.

Bezújov, conde Piotr (Pierre, Petrusha) Kirílovich: hijo natural y heredero de Kiril Vladímirovich Bezújov, legitimado después de su muerte por el zar Alejandro I.

Bilibin: diplomático ruso en la corte imperial austríaca, conocido del príncipe Andréi, célebre por sus jocosos mots.

Bitski: político, seguidor de Speranski; asiste a la primera reunión del Consejo de Estado presidido por Alejandro I.

Bogdánovna, Maria: comadrona en Lysye Gory.

Bolkónskaia, princesa Maria (Marie, Masha, Máshenka) Nikoláievna: hija del príncipe Nikolái Bolkonski, hermana de Andréi.

Bolkónskaia, (pequeña princesa) Lizaveta: véase Meinen, Liza.

Bolkonski, príncipe Andréi (André, Andriusha) Nikoláievich: hijo del príncipe Nikolái Bolkonski, hermano de la princesa Maria, casado con Liza Meinen, padre de Nikolái.

Bolkonski, (viejo príncipe) Nikolái Andréievich: noble retirado (antes desterrado por el zar Pablo I) en su hacienda de Lysye Gory, padre de Andréi y Maria Bolkónskaia.

Bolkonski, príncipe Nikolái Andréievich (Nikólenka, Nikólushka): hijo del príncipe Andréi y de Liza Meinen, sobrino de la princesa Maria y nieto del viejo príncipe Nikolái Andréievich.

Borís: véase Drubetskói, Borís.

Bourienne, mademoiselle Amélie Yevguénevna (alguna vez Kárlovna): señorita de compañía de la princesa Maria Bolkónskaia.

Broussier, Jean-Baptiste (1766-184): general de división del ejército francés.

Buxhöwden, conde Fiódor Fiódorovich (1750-1811): general del ejército ruso en Austerlitz y en la campaña prusiana.

Castres, de: oficial ayudante de campo de Davout.

Caulaincourt, marqués Armand Agoustin Louis (1772-1827): embajador de Napoleón en Rusia en 1807-1811. Desaconsejó la invasión pero luego, cuando esta se produjo, fue ayuda de cámara del emperador.

Chernyshov, Aleksandr Ivánovich (1785-1857): general ruso, ayudante de campo, comandante de caballería.

Chichágov, Pável Vasílievich (1765-1849): almirante, miembro del Consejo de Estado y general adjunto del zar, acusado de haber permitido que las tropas napoleónicas, en su retirada en 1812, cruzaran el río Berézina.

Clausewitz, Carl von (1780-1831): militar prusiano y teórico de la ciencia militar.

Compans, Jean-Dominique (1769-1845): general de Napoleón en Austerlitz y en la campaña rusa.

Constantino Pávlovich Románov: gran duque heredero del trono de Rusia, hermano de los zares Alejandro I y Nicolás I.

Corvisart, barón Jean-Nicolas (1755-1821): médico personal de Napoleón.

Czartoryski, príncipe Adam Adámovich (1770-1861): noble polaco, amigo de juventud y consejero de Alejandro I y su ministro de Asuntos Exteriores de 1804 a 1806.

Danilo: jefe de jauría y montero de los Rostov en Otrádnoie.

Danílovna, Sofía: esposa de Ósip Alekséievich Bazdéiev.

Davout, Louis-Nicolas (1770-1823): mariscal de campo ennoblecido por Napoleón (duque de Auerstädt y príncipe de Eckmühl).

Denísov, Vasili (Vaska, Vasia) Dmítrievich (Fiódorovich a partir del Libro IV): capitán de caballería, jefe de escuadrón en el regimiento de húsares de Pavlograd donde Nikolái Rostov es cadete, luego coronel al frente de un destacamento de la guerrilla. No sabe pronunciar las erres.

Dessaix, conde Joseph Marie (1764-1834): brigadier general de Napoleón, comandante de la Legión de Honor.

Dessales: tutor suizo de Nikólenka, el hijo del príncipe Andréi Bolkonski.

Dimmler: profesor de música de los Rostov en Otrádnoie, donde vive con su esposa.

Dojturov, Dmitri Serguéievich (1756-1816): general de infantería del ejército ruso en Austerlitz y en Borodinó.

Dolgorúkov, príncipe Serguéi Nikoláievich (1769-1829): general ayudante de campo de Kutúzov.

Dólojov, Fiódor (Fedia) Ivánovich: duelista, compañero de juergas de Pierre Bezújov en San Petersburgo, amigo de Anatol Kuraguin, degradado a soldado raso, luego oficial del regimiento Semiónovski.

Dólojova, Maria Ivánovna: madre de Fiódor Ivánovich Dólojov.

Dórojov, Iván Semiónovich (1762-1815): teniente general del ejército ruso que por orden de Kutúzov dirigió un nutrido destacamento de la guerrilla.

Dron (Drónushka): stárosta de Boguchárovo, lleva treinta años administrando la comunidad campesina.

Drubetskaia, princesa Anna Mijáilovna: viuda, madre de Borís, descendiente empobrecida de una de las mejores familias de Rusia, sobrina del viejo conde Bezújov, amiga de los Rostov.

Drubetskói, Borís (Boria, Bórenka): único hijo de la princesa Drubetskaia, ahijado del viejo conde Bezújov, alférez en el regimiento Izmáilovski en la campaña austríaca; de ahí en adelante va escalando puestos socialmente y en la carrera militar.

Duniasha: doncella de los Rostov.

Duniasha: doncella de la princesa Maria Bolkónskaia.

Duport, Louis (1781-1853): bailarín francés, pareja profesional de mademoiselle Georges, con quien actuó en Moscú y San Petersburgo entre 1808 y 1812. Profesor de baile de Natasha.

Duroc, Gérard Christophe Michel (1772-1813): mariscal de Napoleón que combatió en todas sus campañas.

Durosnel, conde Antoine Jean Auguste (1771-1849): general de Napoleón, al frente de la caballería en la campaña rusa.

Fabvier, barón Charles Nicolas (1782-1855): coronel de artillería de las tropas de Napoleón, distinguido en Dürenstein, en España y Borodinó.

Fedósiushka: peregrina, perteneciente a las «gentes de Dios», protegida de Maria Bolkónskaia en Lysye Gory.

Ferapóntov: posadero de Smolensk, viejo conocido de Alpátych.

Filipp: criado de los Bolkonski.

Fiódor, príncipe: miembro, igual que Pierre, de una sociedad secreta de San Petersburgo.

Fiódorovna, Anisia: ama de llaves de Mijaíl Nikanórovich, el tío y vecino de los Rostov en Otrádnoie.

Foucher de Careil, Louis François (1762-1835): general de Napoleón. Combatió en las campañas austríaca, española y rusa.

Friant, Louis (1758-1829): general de Napoleón, nombrado conde en 1808. Combatió en Austerlitz, Smolensk y Borodinó.

Georges, mademoiselle (Marguerite Georges, 1787-1867): actriz francesa, tuvo un romance con Napoleón y, según se rumoreaba, con Alejandro I. Estuvo de gira por Rusia entre 1808 y 1812. Amante de Anatol Kuraguin.

Gérard, Maurice Étienne (1773-1853): mariscal del Imperio napoleónico. Combatió en las campañas austríaca, española y rusa.

Glinka, Serguéi Nikoláievich (1775-1847): escritor, editor de El Mensajero Ruso, revista que agitaba el sentimiento patriótico ruso.

Golitsyn, príncipe Aleksandr Nikoláievich (1773-1844): ministro de Educación de Alejandro I, presidente del Consejo de Estado y procurador del Santo Sínodo.

Guerásim: viejo criado de Ósip Alekséievich Bazdéiev.

Hélène: véase Kuráguina, Yelena Vasílievna

Ilaguin: terrateniente, vecino de los Rostov en Otrádnoie, tiene un coto de caza.

Ilín: oficial de dieciséis años al que Nikolái Rostov tiene bajo su protección.

Iliushka: bailarín cíngaro.

Ióguel: profesor de danza. Organiza los bailes «más divertidos de Moscú» para sus alumnos adolescentes.

Ippolit: véase Kuraguin, Ippolit Vasílievich.

Ivánovich, Mijaíl: arquitecto de los Bolkonski, vive con ellos en Lysye Gory.

Ivánovna, Nastasia: bufón, que viste de mujer, de los Rostov en Otrádnoie.

Ivánushka: peregrina vestida de hombre, perteneciente a las «gentes de Dios» de Maria Bolkónskaia en Lysye Gory.

Julie: véase Karáguina, Yulia (Julie).

Kaisárov, Andréi Serguéievich (1782-1813): periodista y escritor que creó una imprenta de campaña en el ejército, hermano de Paísi Serguéievich Kaisárov.

Kaisárov, Paísi Serguéievich (1783-1844): general, ayudante de campo de Kutúzov en Borodinó, luego jefe de un destacamento de partisanos en 1813.

Kamenski, conde Mijaíl Fiódorovich (1738-1809): mariscal de campo retirado, gobernador de Riazán y Tombov entre 1783 y 1785, luego gobernador militar de San Petersburgo en 1802. Vuelve al ejército en la campaña prusiana de 1806.

Karáguina, Yulia (Julie): una de las herederas más ricas de Moscú, amiga de la princesa Maria Bolkónskaia, con la que mantiene una larga correspondencia.

Karáguina, Maria Lvovna: viuda rica de la alta sociedad de Moscú, madre de Julie Karáguina.

Karatáiev, Platón: soldado, antiguo campesino, compañero de barraca de Pierre en Moscú; para este es «la encarnación de todo lo ruso, bondadoso y redondo».

Karp: campesino con gran influencia en la comunidad de Boguchárovo.

Katia: doncella en Lysye Gory.

Katia: niña a la que Pierre rescata en Moscú.

Kirsten: capitán segundo de caballería del ejército ruso. Es degradado dos veces a soldado por asuntos de honor.

Kochubéi, conde Piotr Petróvich (1768-1834): diplomático, consejero de tendencia liberal de Alejandro I, ministro del Interior entre 1802 y 1812 y entre 1819 y 1825.

Konovnitsyn, conde Piotr Petróvich (1767-1822): general, comandante de la tercera división de infantería en 1812 y luego de toda la retaguardia rusa.

Kuraguin, Anatol Vasílievich: hijo menor del príncipe Vasili Kuraguin, juerguista, disoluto y muy atractivo. Su padre quiere casarlo con alguna rica heredera.

Kuraguin, Ippolit (Hippolyte) Vasílievich: hijo mayor del príncipe Vasili Kuraguin. Según este es un «imbécil tranquilo».

Kuraguin, príncipe Vasili Serguéievich: viejo cortesano, amigo de Anna Pávlovna Scherer, casado con la princesa Alina (pariente del conde Bezújov), padre de Ippolit, Yelena (Hélène) y Anatol.

Kuráguina, vieja princesa Alina: esposa del príncipe Vasili, madre de Ippolit, Yelena y Anatol, pariente del viejo conde Bezújov.

Kuráguina, Yelena (hélène) Vasílievna: hija del príncipe Kuraguin, luego esposa de Pierre Bezújov, muy admirada en los salones de la alta aristocracia.

Kutáisov, Alkesandr Ivánovich (1784-1812): comandante de artillería, caído en Borodinó.

Kutúzov, Mijaíl Ilariónovich (1745-1813): militar de larga carrera, mariscal de campo en varias guerras; perdió un ojo luchando contra los turcos. Derrotó a las tropas napoleónicas en Dürenstein en 1805 y en 1812 reemplazó a Barclay de Tolly como comandante en jefe «serenísimo» del ejército ruso.

Kuzmínishna, Mavra: vieja ama de llaves de los Rostov.

Langeron, conde Gaspard Louis Andrault (1763-1831): exiliado francés, general del ejército ruso desde 1790.

Lannes, Jean (1769-1809): mariscal francés, amigo personal de Napoleón, participó en la campaña austríaca.

Lanskói, Vasili Serguéievich (1754-1831): jefe de intendencia del ejército en 1812, ministro del Interior entre 1823 y 1828.

Lauriston, Jacques Jean Alexandre Bernard Law de (1768-1828): ayudante de campo de Napoleón, de quien era amigo desde la Escuela Militar. Desempeñó cargos diplomáticos y fue el encargado de pedir la paz a Kutúzov al término de la campaña rusa.

Lavrushka: pícaro e insolente lacayo de Vasili Denísov, que más tarde se lo cede a Nikolái Rostov.

Lemarrois (Le Marois), conde Jean Léonard François (1776-1836): general, ayuda de campo de Nappoleón.

Liza, Lise: véase Meinen, Lizaveta Kárlovna.

Lorrain: célebre médico de San Petersburgo.

Mack Von Leiberich, Karl (1752-1828): general austríaco, se rindió ante Napoleón en la batalla de Ulm. Tras el desastre de Austerlitz, fue juzgado por un consejo de guerra, degradado y encarcelado dos años.

Magnitski, Mijaíl Lavréntievich (1778-1855): miembro del Consejo de Estado de Alejandro I y presidente del comité de reglamentos militares.

Malasha: niña de seis años, nieta de Andréi Savostiánov, campesino en cuya isba se celebra el consejo de Fili.

Malvíntseva, Anna Ignátievna: rica viuda sin hijos, tía de la princesa Maria por parte de madre. Vive en Vorónezh.

Mámontova, princesa Katerina (Catiche) Semiónovna: sobrina del viejo conde Bezújov, hermana mayor de Olga y Sofia.

Mámontova, princesa Olga Semiónovna: sobrina del viejo conde Bezújov, hermana de Katerina y Sofia.

Mámontova, princesa Sofia (Sophie) Semiónovna: sobrina del viejo conde Bezújov, hermana menor de Katerina y Olga.

Maria Fiódorovna (1759-1828): Sofía Dorotea de Württemberg, zarina, segunda esposa de Pablo I y madre de Alejandro I y Nicolás I.

Markov, Arkadi Ivánovich (1747-1827): embajador ruso en París de 1801 a 1804, cuando Napoleón pidió que se le reemplazara.

Matvéievna, Matriona (Matriosha, Matrioshka): joven y hermosa cíngara al servicio de Anatol Kuraguin y de Dólojov.

Meinen, (pequeña princesa) Lizaveta (Liza, Lise) Kárlovna: joven esposa del príncipe Andréi Bolkonski, conocida en la alta sociedad como «la mujer más seductora de San Petersburgo».

Meliúkova, Pelagueia Danílovna: viuda, vive con sus hijas a cuatro verstas de Otrádnoie, la finca de los Rostov.

Métivier: médico francés de moda entre la alta aristocracia de Moscú.

Michaud de Beauretour, Alexandre (1772-1841): general del ejército ruso nacido en Cerdeña. Fue el encargado de informar a Alejandro I del abandono de Moscú.

Milorádovich, Mijaíl Ilariónovich (1771-1825): general ruso de origen serbio. Combatió en Borodinó, retrasó el avance de Napoleón hacia Moscú y luego lo derrotó en Viazma.

Mishka: joven criado de los Rostov en Moscú.

Mítenka (Mitia): ver Vasiliévich, Dmitri.

Mitka: palafrenero del viejo conde Rostov, jinete temerario y cazador apasionado.

Mitka: cochero de Mijaíl Nikanórovich, el tío de los Rostov que vive cerca de Otrádnoie. Toca la balalaika.

Morand, Charles Antoine Louis Alexis (1771-1835): general francés. Combatió prácticamente en todas las campañas de la República y del Imperio napoleónico.

Morel: ordenanza del capitán francés Ramballe.

Morio: abad italiano, asiste a una velada de Anna Pávlovna Scherer.

Mortemart: joven vizconde francés, asiste a una velada de Anna Pávlovna Scherer.

Mortier, Édouard Adolphe Casimir Joseph (1768-1835): mariscal del ejército francés, duque de Treviso a partir de 1808.

Murat, Joachim Napoléon (1767-1815): mariscal y gran almirante del ejército de Napoleón, nombrado en 1808 rey de Nápoles.

Naryshkin, conde Lev Aleksándrovich (1785-1846): capitán de caballería en Ostrovno y Borodinó.

Natasha: véase Rostova, Natalia Ilínishna.

Nesvitski, príncipe: ayudante de campo de Kutúzov en 1805, miembro del Estado Mayor.

Ney, Michel (1769-1815): mariscal del Imperio napoleónico, nombrado duque de Elchingen en 1808. Dirigió la retaguardia en la retirada de Moscú.

Nikanórovich, Mijaíl: tío de los Rostov, viejo cazador, vive retirado en su aldea de Mijáilovka, no lejos de Otrádnoie.

Nikolái: véase Rostov, Nikolái Ilich.

Nikólenka, Nikólushka: puede referirse tanto a Nikolái Rostov como a Nikolái Bolkonski, hijo del príncipe Andréi.

Nostitz-Rieneck, conde Jan Nepomuk (1768-1840): general de las tropas austríacas. Engañado por Murat, abandonó su puesto en Schöngraben en 1805 y fue acusado de alta traición. Se unió al ejército ruso en 1807.

Novosiltsov, Nikolái Nikoláievich (1761-1836): diplomático, consejero de tendencia liberal de Alejandro I y presidente del Consejo de Estado.

Obolenski, Fedia: amigo de Petia Rostov, con quien quiere alistarse en el cuerpo de húsares.

Orlov-Denísov, conde Vasili Vasílievich (1775-1845): general de caballería, comandante de un regimiento de cosacos en 1812. Después se unió a los partisanos.

Ostermann-Tolstói, conde Aleksandr Ivánovich (1770-1857): general del ejército ruso, combatió en la campaña austríaca y en Borodinó.

Oudinot, Nicolas Charles (1767-1847): mariscal de Napoleón, al frente del segundo ejército en la campaña rusa.

Pablo I (1754-1801): Pável Petróvich Románov, zar de Rusia de 1796 a 1801, año en que fue asesinado. Lo sucedió su hijo Alejandro I.

Paulucci, marqués Filippo (1779-1849): general originario de Cerdeña. Primero sirvió en el ejército francés y después en el ruso.

Peláguieiushka: peregrina, forma parte de las «gentes de Dios» a las que acoge la princesa Maria.

Pernety, Joseph Marie de (1766-1856): general, jefe de la artillería francesa en Borodinó.

Perónskaia, Maria Ignátievna: pariente de los Rostov, anciana cortesana que los guía en la alta sociedad de San Petersburgo.

Petia: véase Rostov, Piotr Ilich.

Pfuel, Ernst von (1779-1866): general de infantería prusiano, teórico de la guerra, uno de los perseguidores de Napoleón durante su retirada.

Pierre: véase Bezújov, conde Piotr Kirílovich.

Plátov, Matvéi Ivánovich (1757-1818): general, comandante de las tropas cosacas en la campaña prusiana y en Borodinó.

Poniatowski, príncipe Jozef Antoni (1763-1813): sobrino del último rey de Polonia, combatió por su patria en el ejército austríaco contra los rusos. Luego se unió a Napoleón y, al frente de un ejército de 100.000 polacos, intervino en la campaña rusa.

Prozorovski, Aleksandr Aleksándrovich (1732-1809): mariscal de campo en tiempos de Catalina la Grande, gobernador general de Moscú destituido por Pablo I.

Przebyszewski, Ignati Yakóvlevich (1755-1810): teniente general polaco, miembro del ejército ruso.

Raievski, Nikolái Nikoláievich (1771-1829): general de infantería del ejército de Bagratión en la campaña austríaca, en Smolensk y en Borodinó.

Ramballe: capitán del ejército francés que ocupa la casa de Bazdéiev en Moscú; luego prisionero del ejército ruso.

Rapp, Jean (1771-1821): general, ayudante de campo de Napoleón de 1800 a 1814. Desaconsejó la invasión de Rusia, pero combatió en Smolensk, Borodinó y Berézina.

Rastopchín, conde Fiódor Vasílievich (1763-1826): gobernador general de Moscú de 1812 a 1814. Culpado del incendio de la ciudad —acusación de la que siempre se defendió−, partió al exilio.

Repnín-Volkonski, príncipe Nikolái Grigórievich (1778-1845): coronel, miembro del consejo de Estado de Alejandro I, herido en Austerlitz y enviado por Napoleón a negociar con el zar.

Rosenkampff, barón Gustav Adolph Von (1764-1832): decano de la Facultad de Derecho de San Petersburgo de 1805 a 1809 y miembro del comité de redacción de leyes del gobierno de Alejandro I.

Rostov, conde Iliá Andréievich: terrateniente bonachón, propietario de Otrádnoie, una finca en la región de Riazán. Mal administrador de la fortuna familiar, está casado con Natalia Shínshina y es el padre de Vera, Nikolái, Natasha y Piotr.

Rostov, Nikolái (Nicolas, Kokó, Nikólushka, Nikólenka, Kolia) Ilich: hijo mayor de los condes Rostov.

Rostov, Piotr (Petia, Petka, Petrusha) Ilich: hijo menor de los condes Rostov.

Rostova, condesa Natalia (Nathalie) Shínshina: casada con el conde Rostov, madre de Vera, Nikolái, Natasha y Piotr.

Rostova, Natalia (Nathalie, Natasha) Ilínishna: hija menor de los condes Rostov.

Rostova, Vera (Vérochka) Ilínishna: hija mayor de los condes Rostov.

Rumiántsev, conde Nikolái Petróvich (1754-1826): ministro de Comercio en 1802-1811 y presidente del Consejo de Estado en 1810-1812, partidario de la alianza con Napoleón hasta que este invadió Rusia.

Saltykov, príncipe Nikolái Ivánovich (1736-1816): consejero de Pablo I y, a su muerte, tutor de sus hijos.

Savary, Anne Jean Marie René: general y diplomático francés.

Savostiánov, Andréi: campesino en cuya isba se celebra el consejo de guerra de Fili.

Scherer, Anna Pávlovna: dama de honor de la zarina Maria Fiódorovna (viuda de Pablo I y madre de Alejandro I).

Schmitt, Heinrich (1743-1805): general del ejército austríaco, jefe del Estado Mayor del ejército aliado, muerto en la batalla de Dürenstein.

Schoss, madame Luiza Ivánovna: institutriz de los Rostov.

Schubert, Karl Bogdánovich: coronel del regimiento de húsares de Pavlograd.

Schwarzenberg, príncipe Kark Philipp (1771-1820): mariscal de campo austríaco, superviviente de la derrota de Ulm, luego embajador en San Petersburgo en 1808 y al frente de una unidad del ejército en la campaña rusa.

Shinshin: viejo soltero, primo de la condesa Rostova.

Smoliáninov: mentor de Pierre Bezújov en su iniciación en la logia francmasónica de San Petersburgo.

Sofia (Sophie, Sonia) Aleksándrovna: sobrina huérfana y sin recursos del viejo conde Rostov, en cuya casa vive. Prima de Vera, Nikolái, Natasha y Petia.

Sonia: véase Sofia Aleksándrovna.

Sorbier, Jean Barthélemot de (1763-1827): general de Napoleón. Combatió en las campañas austríaca, española y rusa.

Speranski, Mijaíl Mijáilovich (1772-1839): ministro de Interior de 1803 a 1807, con un programa de amplias reformas liberales que apenas se llevaron a cabo, impulsor de la creación de un Consejo de Estado. Cayó en desgracia por «afrancesado», fue acusado de traición y partió al exilio.

Stein, barón Heinrich Friedrich Karl von (1757-1831): político, exministro de Prusia, en 1808 fue forzado a exiliarse por sus posiciones contra Napoleón. En 1812 Alejandro I lo invitó a residir en San Petersburgo.

Stolypin, Arkadi Alekséievich (1778-1825): senador, escritor, amigo de Speranski.

Strauch: general alemán adjunto al Estado Mayor de Kutúzov que supervisaba el avituallamiento del ejército ruso.

Strógonov, conde Pável Ignátievich (1774-1817): general y consejero de tendencia liberal de Alejandro I.

Suvórov, Aleksandr Vasílievich (1729-1800): general en tiempos de Catalina la Grande. En la novela aparece como modelo de valor y estrategia militar.

Teliatin: teniente que sirve en el mismo escuadrón de Nikolái Rostov y de Denísov.

Tijon: lacayo del viejo príncipe Bolkonski.

Tijon (Tishka) el Mellado: campesino que se convierte en guerrillero del destacamento de Denísov.

Timojin, Projor Ignátievich: capitán del ejército ruso, jefe de compañía de Dólojov en Austria.

Tito: viejo cocinero de Kutúzov.

Toll, Karl Fiódorovich von (1777-1842): general de infantería, miembro del séquito del zar Alejandro I.

Tolstói, conde Piotr Aleksándrovich (1769-1844): mariscal del ejército ruso, embajador en Francia entre 1807 y 1808.

Tormásov, conde Aleksandr Petróvich (1752-1819): general de caballería, tras la invasión francesa comandó la tercera reserva del ejército ruso.

Tuchkov, Aleksandr Alekséievich (1777-1812): general de infantería. Murió en Borodinó.

Tushin: capitán segundo y jefe de batería en la batalla de Schöngrabern. El príncipe Andréi elogia ante Bagratión su heroica firmeza.

Uvárov, Fiódor Petróvich (1773-1824): general de caballería en Austerlitz, comandante del primer cuerpo de caballería en Borodinó.

Vasílich: viejo criado de los Rostov.

Vasílievich, Dmitri (Mitia, Mítenka): administrador del viejo conde Rostov. Es de origen noble.

Vasili, príncipe: véase Kuraguin, príncipe Vasili Serguéievich.

Vereschaguin, Nikolái: tabernero de Moscú, padre de Mijaíl Vereschaguin.

Vereschaguin, Mijaíl (1789-1812): joven acusado de alta traición en Moscú por haber difundido una proclama de Napoléon.

Viazmitínov, Serguéi Kuzmich (1744-1819): general, gobernador militar de San Petersburgo.

Vilarski: conde polaco, miembro de las hermandad de los francmasones de San Petersburgo.

Volkonski, príncipe Piotr Mijáilovich (1776-1852): general y consejero del zar Alejandro I.

Weyrother, Franz Rotter von (1754-1807): general austríaco, jefe del Estado Mayor en Austerlitz.

Wintzingerode, barón Ferdinand von (1770-1818): diplomático alemán al servicio del zar Alejandro I, general del ejército ruso, ayudante de campo de Kutúzov.

Wittgenstein, Ludwig Adolph Peter (1769-1843): general ruso que en 1812 ganó una batalla que decidiría el destino de San Petersburgo y que le valió el título de Salvador de San Petersburgo.

Wolzogen, Ludwig (1774-1843): general prusiano, miembro del ejército ruso desde 1807.

Würtemberg, duque Aleksandr Friedrich (1771-1833): hermano de la zarina Maria, general de caballería del ejército ruso desde 1800.

Yermólov, Aleksandr Petróvich (1772-1861): general ruso y favorito de Catalina II la Grande. Sirvió a las órdenes de Suvórov y de Kutúzov.

Zajar: cochero del viejo conde Rostov.

Zherkov: miembro de la pandilla de Dolójov en San Petersburgo, luego subteniente de húsares.

«*Guerra y paz* es la mayor epopeya de nuestro tiempo, una *Ilíada* moderna. Todo un mundo de personajes y de pasiones vibra en ella. Sobre ese océano humano de incontables olas planea un alma soberana, que levanta y amaina tempestades con mano serena»[1]. Así define Romain Rolland la obra cumbre de la literatura rusa, que, según el propio Tolstói, «no es una novela y aún menos un poema o una crónica histórica».

Digamos algunas palabras sobre el origen de *Guerra y paz*. En 1856 el autor ruso estaba fascinado con la idea de escribir *Los decembristas*[2], una novela cuyo trasfondo histórico sería la famosa sublevación de 1825 contra la coronación de Nicolás I por su talante conservador y autocrático.

Los decembristas eran jóvenes aristócratas, en su gran mayoría oficiales del ejército ruso, que habían combatido contra la invasión napoleónica y habían perseguido a las tropas francesas a través de Europa Central hasta llegar a París, donde se habían empapado de las ideas liberales de Occidente. Admiradores de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y hastiados de la férrea autocracia rusa, aspiraban a introducir reformas liberales en su país, instaurar una monarquía parlamentaria y abolir el régimen de la servidumbre. Muchos de ellos pertenecían a sociedades secretas masónicas y místicas que habían nacido en la década de 1810. El alzamiento tuvo como escenario principal la plaza del Senado de San Petersburgo, donde lograron reunir a más de tres mil soldados, pero, tras un enfrentamiento con las tropas fieles a Nicolás I, fueron duramente reprimidos. Su destino fue trágico: unos acabaron en la horca y otros padecieron un destierro de treinta años en Siberia. En 1855 Alejandro II, con motivo de su coronación, les concedió el indulto y, solo entonces, los que aún quedaban con vida pudieron regresar —viejos, humillados y desposeídos de sus títulos nobiliarios— a las grandes ciudades. Es importante tener presente este contexto histórico para entender uno de los ejes en torno a los que gira *Guerra y paz*.

Como decíamos, Tolstói empezó a escribir una novela que arrancaba en 1856 con Pierre, un decembrista que, tras décadas en el exilio, volvía a Moscú con su mujer Natalia y sus hijos. El autor fue madurando esta idea hasta que en 1863, después de haber abandonado y retomado varias veces el proyecto,

se sumergió de lleno en la escritura de lo que llegaría a convertirse en *Guerra y paz*, cuyo inicio decidió situar en 1825, el año de la sublevación. Pero para comprender cómo se había forjado el espíritu revolucionario de los primeros decembristas era preciso remontarse a sus años de juventud, que coincidían con la guerra de 1812, así que fue aún más atrás. Esto no le pareció suficiente, porque para entender el profundo significado de la guerra «patriótica» —así se conoce en Rusia la guerra contra Napoleón— y la heroica victoria del pueblo ruso era imprescindible remontarse a la estrepitosa derrota sufrida en Austerlitz en 1805, punto de partida de la futura obra.

Uno de los títulos que Tolstói barajó al principio fue *Tres épocas*: la primera coincidiría con el año 1812 (juventud de los decembristas), la segunda con la década de 1820 (orígenes del levantamiento) y la tercera con la década de 1850 (muerte repentina de Nicolás I, amnistía de los decembristas y regreso del exilio). No obstante, como había decidido remontarse hasta 1805, desechó la idea. En 1866 se planteó titular su obra *Bien está lo que bien acaba*, y a finales de 1867 —cuando ya se habían publicado las primeras partes de la novela— se decantó por *Guerra y paz*, probablemente por influencia de *La guerra y la paz (La guerre et la paix)* de Pierre-Joseph Proudhon, al que había conocido en un viaje a Bruselas en 1861.

Así pues, el proyecto inicial terminó siendo, en líneas muy generales, un monumental retrato de la sociedad rusa protagonizado por cuatro familias y que abarcaba el período entre 1805 y 1820, un épico cuadro sobre la invasión napoleónica y una profunda reflexión filosófica sobre el significado de la historia, la fatalidad y el libre albedrío. Y, aunque el germen del espíritu decembrista se intuye a lo largo de toda la novela, sobre todo en el epílogo —recordemos el sueño de Nikólenka—, lo cierto es que Tolstói no llegó a desarrollar lo que en un principio iba a constituir el eje central de su proyecto, algo que Turguénev lamentaría en más de una ocasión.

La revista *El Mensajero Ruso (Russki Véstnik)* publicó entre 1865 y 1866 las dos primeras partes de la obra con el título de *El año 1805*. Insatisfecho por el resultado, Tolstói rehízo varias veces la novela, que finalmente salió publicada en 1869 en seis volúmenes con el título de *Guerra y paz*. Le había dedicado seis años de incansable trabajo, durante los cuales contó con la ayuda indispensable de su mujer, Sofia Andréievna, que, entre otras cosas, pasó a limpio nada menos que siete veces los indescifrables borradores de su marido.

En las cinco ediciones de *Guerra y paz* que aparecieron en vida del autor el texto sufrió cambios sustanciales: tras las críticas recibidas, en la tercera edición Tolstói eliminó tanto las digresiones filosóficas como las disquisiciones históricas y militares, que quedaron relegadas a un anexo titulado «Artículos sobre la campaña de 1812». Asimismo, eliminó —no sin dudarlo mucho— el francés y el alemán de la obra y él mismo tradujo todos esos fragmentos al ruso. En la cuarta edición reestructuró la novela, que pasó de seis a cuatro volúmenes. En 1886 vio la luz la quinta edición, en la que se volvía a la versión de 1869: se recuperaban las digresiones filosóficas, así como el francés y el alemán. A partir de esta, con algunas correcciones posteriores, se ha llegado a la considerada edición canónica, y así ha llegado a nuestras manos: un texto distribuido en cuatro volúmenes o libros que consta de un epílogo en dos partes (una primera en la que concluye la trama de la novela, y una segunda que amplía en forma de ensayo la concepción del autor del significado de la historia y los grandes hombres, el papel de los historiadores, la predestinación, etcétera).

Aunque la publicación de *El año 1805* en la revista *El Mensajero Ruso* había tenido una acogida algo tibia, la aparición en 1869 de *Guerra y paz* fue un éxito extraordinario. Henri Troyat dice en su biografía del autor que «los lectores desvalijaban las librerías, regalaban la novela a los amigos. De un extremo a otro de Rusia se cambiaban opiniones por escrito sobre los héroes. En el mundo de los escritores, la emoción había llegado al colmo. Todos estaban convencidos de que se había producido un acontecimiento literario de primera magnitud. Este enorme ladrillo intrigaba, inquietaba, indignaba como si se tratara de un enorme aerolito caído de otro planeta»[3]. Turguénev, que se había mostrado crítico con *El año 1805*, cuando leyó *Guerra y paz* la calificó de «cumbre de todo lo que ha aparecido en la literatura europea desde 1840»[4]. «Hay cosas en esta novela que nadie más que Tolstói sabría escribir en toda Europa, y que me han producido escalofríos y una fiebre de entusiasmo.»[5]. No obstante, es bien sabido que, aunque admiraba su genialidad literaria, no soportaba su vertiente filosófica y opinaba que toda su teoría histórica era «una comedia de marionetas, pura charlatanería»[6]. «Es una desgracia cuando un autodidacta, y encima uno como Tolstói, se pone a filosofar: no puede dejar de dar palos de ciego, inventa un sistema cualquiera que aparentemente lo resuelve todo con suma facilidad, como por ejemplo el fatalismo histórico, y ¡venga a escribir!»[7].

Flaubert, que leyó *Guerra y paz* en una traducción al francés que le había hecho llegar Turguénev, le escribió que «“lanzaba gritos de admiración” al

leer los dos primeros volúmenes, que consideraba “sublimes” y “llenos de cosas al estilo de Shakespeare”, pero que arrojó el tercer tomo de puro aburrimiento: “Se despeña horriblemente. Se repite, y filosofa. Vemos al señor, al autor y al ruso, mientras que hasta entonces solo habíamos visto la Naturaleza y la Humanidad”»[8].

Ante este tipo de críticas Tolstói decía con amargura que «no tenía duda de que lo que más le gustaba al público eran sus escenas de la vida social y personal, sus damas y sus caballeros con sus mezquinas intrigas y divertidas conversaciones, y sus pequeñas idiosincrasias, tan maravillosamente descritos»[9]. En este mismo sentido, el 2 de febrero de 1870 escribió en su diario: «Oigo a los críticos: “El trineo en Navidad, el ataque de Bagratión, la caza, el banquete, la danza: está bien; pero su teoría histórica, su filosofía: está mal, sin gusto ni placer”»[10]. Lo cierto es que no se puede separar al Tolstói artista del pensador, al novelista del predicador, puesto que forman un todo orgánico e indisoluble: «es la misma voz lenta y profunda, es el mismo hombro robusto el que levanta una nube de visiones o un fardo de ideas […]. Ya pintara o predicara, Tolstói seguía pugnando, frente a todos los obstáculos, por llegar a la verdad»[11].

En *Guerra y paz* desfila ante nosotros un elenco de personajes —más de quinientos cincuenta— históricos y ficticios. Aunque el autor afirme en «Algunas palabras a propósito de *Guerra y paz*» que los personajes ficticios carecen de un modelo en la vida real, sabemos que no fue exactamente así, ya que en la labor de documentación previa, además de hacer gran acopio de materiales históricos, de viajar al campo de Borodinó y de entrevistarse con decembristas que habían regresado del exilio, estudió en profundidad el archivo familiar y leyó cartas y diarios de sus antepasados. Sabemos, por ejemplo, que el viejo príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski está inspirado en su abuelo materno: Nikolái Serguéievich Volkonski. La princesa Maria Nikoláievna Bolkónskaia está inspirada en su propia madre, Maria Nikoláievna Volkónskaia. El viejo conde Iliá Andréievich Rostov, en su abuelo paterno, Iliá Andréievich Tolstói. El joven conde Nikolái Ilich Rostov, en su padre, Nikolái Ilich Tolstói. Sonia (Sofia Aleksándrovna), en su tía materna, Tatiana Aleksándrova. Natasha es una simbiosis de las hermanas Bers: Tatiana Andréievna (la hermana pequeña de su esposa) cuando la acción transcurre entre 1805 y 1812 y Sofia Andréievna (su propia esposa) en el epílogo. En cuanto al príncipe Andréi y a Pierre, carecen de un referente claro, aunque es evidente que el último tiene rasgos del autor: su tortuosa

búsqueda espiritual, su vacilación constante, su torpeza y timidez en sociedad, su fuerza y sus repentinos ataques de furia.

La crítica es unánime en que una de las genialidades literarias de Tolstói consiste en crear un mundo más real que la propia vida, en transmitir tal sensación de realidad que nos parece que los personajes que desfilan por su obra son viejos conocidos nuestros. Y es que «descubrió un método de representación de la vida que se corresponde, de la manera más agradable y exacta, con nuestra idea del tiempo […]. La prosa de Tolstói lleva el compás de nuestro pulso, los personajes parecen moverse con el mismo andar de la gente que pasa por debajo de nuestra ventana mientras estamos leyendo el libro […]. Por eso de vez en cuando tenemos la sensación de que la novela de Tolstói se escribe sola, de que crece a impulsos de su contenido»[12].

Según el escritor y crítico literario ruso Dmitri Bykov, una novela mediocre tiene un solo nivel de acción; una novela mediana, dos; una buena, tres; y únicamente una novela genial tiene cuatro niveles. Este es el caso de Guerra y paz, que se desarrolla en cuatro planos: 1) la vida y costumbres de la nobleza rusa entre 1805 y 1812: los Rostov, los Bolkonski, Pierre Bezújov, los Kuraguin, etcétera; 2) los grandes personajes históricos: Napoleón, Kutúzov, el zar Alejandro; 3) el pueblo: los campesinos, los soldados, los peregrinos, los criados; 4) el plano metafísico: la naturaleza, que en la obra de Tolstói encarna lo divino, constituye un reflejo de Dios (recordemos el cielo de Austerlitz, el viejo roble o el Gran Cometa).

El estilo de Tolstói

Como apunta Víctor Gallego en la introducción de su magnífica traducción de *Anna Karénina*, «Tolstói es a veces un prosista un tanto desmañado (nada que ver con las armonías y el equilibrio de las frases de Turguénev)». Y cita las palabras de Nikolái Strájov, que en verano de 1877 participó en la revisión de esa misma novela: «He notado que Lev Nikoláievich defiende tenazmente sus expresiones y hasta se niega a los cambios más anodinos. Por sus explicaciones pude convencerme de que le importa mucho su texto y de que, a pesar de la negligencia y de la aparente torpeza de su estilo, ha sopesado cada palabra y moldeado cada frase como el más exigente de los poetas».

En efecto, traducir a Tolstói plantea un dificilísimo reto, pues su estilo, lejos de ser «bello», da en ocasiones la sensación de cierta dejadez —nada más lejos de la realidad— y sorprende, asimismo, su característico abuso de las repeticiones. Veamos algunos ejemplos. En el Libro IV escribe,

literalmente: «Nueve días después del abandono de Moscú un enviado de Kutúzov llegaba a San Petersburgo con la noticia oficial del abandono de Moscú». En otro lugar: «Respondió alegremente la princesa Maria, como si aquellas lecciones fueran una de las cosas más alegres de su vida». En el Libro III: «Al despedirse volvió a repetirle las palabras de que no habría reconciliación mientras quedara un solo enemigo armado en tierras rusas, y le ordenó que le transmitiera estas palabras sin falta a Napoleón. No había escrito estas palabras en la carta porque su tacto innato le decía que estas palabras eran poco oportunas cuando estaba haciendo un último intento de reconciliación». O nos encontraremos la palabra «carta» seis veces en un solo párrafo.

La prosa de Tolstói está repleta de este tipo de repeticiones, con ejemplos, como vemos, muy llamativos. ¿Qué hacer en tales casos? Rose Marie Titze, traductora al alemán de Anna Karénina, dijo sobre esta problemática en un congreso celebrado en Yásnaia Poliana: «En ninguna de las traducciones anteriores a la mía las repeticiones quedan reflejadas en su debido grado, ya que mis colegas han tendido casi siempre a hacerlas desaparecer. La cuestión, no obstante, no es tan sencilla como puede parecer a simple vista. En mi opinión, reproducir todas las repeticiones sin más, una detrás de otra, tampoco es la solución […]: hay que tener en cuenta el grado de tolerancia a las repeticiones del alemán y del ruso, y solo bajo este prisma podremos resolver su “dosificación” en cada caso por separado». Estas observaciones nos parecen muy pertinentes y ese es justamente el planteamiento que hemos tratado de mantener a lo largo de toda la obra: respetar las repeticiones cuando ha sido posible, pero teniendo siempre en cuenta el grado de tolerancia a ellas —muy bajo, ciertamente— de nuestro idioma.

A propósito del estilo, la mujer de Tolstói, Sofia Andréievna, escribió: «A veces me empapaba hasta tal punto de lo que estaba pasando a limpio que empezaba a sentir que podía mejorarlo: por ejemplo, acortando una frase demasiado larga o cambiando la puntuación para realzar la expresividad. Entonces se lo enseñaba a Lev Nikoláievich […] y le preguntaba si no podría poner tal palabra en vez de otra, eliminar las frecuentes repeticiones de una misma palabra, o cualquier otra cosa. Y él me explicaba por qué no se podía cambiar; a veces me escuchaba como alegrándose de mis comentarios; otras, cuando no estaba de humor, se enfadaba y me decía que eran minucias, que lo importante no era eso, sino el conjunto, etcétera»[13]. A este respecto, el formalista ruso Borís Eichenbaum afirmaba: «En Tolstói es necesaria cierta imperfección […], incluso rudeza, construcciones improvisadas, no

demasiado pulidas desde un punto de vista literario»[14]. Y, según la crítica literaria rusa Lidia Ginzburg, Gorki decía de Tolstói: «¿Acaso cree que ese estilo torpe le salía fácilmente? Sabía escribir perfectamente bien. Lo rehacía todo nueve veces hasta que a la décima, por fin, conseguía esa torpeza»[15].

La tendencia general de los traductores, tanto en nuestro país como en el extranjero, ha sido «pulir» el estilo de Tolstói, puesto que resulta verdaderamente complejo encontrar el equilibrio perfecto entre la recreación de esta escritura «un tanto desmañada» y la construcción de un texto aceptable, que se deje leer en español. Esta tensión, este continuo tira y afloja, me ha acompañado a lo largo de los cuatro años que he dedicado a esta labor.

La frase de Tolstói es en ocasiones muy extensa, con numerosas subordinadas e incisos, algo que hemos tratado siempre de mantener. Observaremos también que el autor ruso subraya continuamente algún rasgo físico o gesto de sus personajes y los repite con insistencia, un recurso estilístico con el que nos transmite con una pequeña pincelada su carácter o estado anímico, o, «como Homero […], ayuda a nuestra memoria en las vastas extensiones de su relato y crea una visión dual de la experiencia»[16]. Recordemos cómo el príncipe Vasili coge a su interlocutor de la mano y tira de ella hacia abajo, el grueso cuerpo de Pierre, el labio cubierto de un ligero vello de la princesa Liza, el andar trabajoso de la princesa Maria y sus ojos luminosos, la manera en que Bilibin arruga la frente cuando se dispone a pronunciar un *mot*, las manos blancas y rollizas de Napoleón, etcétera.

Cohabitan en esta obra una gran variedad de registros lingüísticos que es preciso reflejar en la traducción: el lenguaje refinado y afrancesado de la alta aristocracia; la jerga burocrática de funcionarios, diplomáticos y de las altas esferas del poder; el habla popular de los campesinos y soldados —especialmente la de Platón Karatáiev—, repleta de frases hechas y de proverbios, con una sintaxis en ocasiones difícil de descifrar; o el lenguaje académico de las disquisiciones históricas y de las digresiones filosóficas.

Encontraremos en *Guerra y paz* una técnica clave en la obra de Tolstói que el formalista ruso Víktor Shklovski denominaba «extrañamiento»: presentar objetos o acontecimientos fuera de su contexto, no definirlos por su nombre, sino describirlos como si la persona los viera por primera vez, con lo que se crea un efecto de extrañeza. El ejemplo clásico de esta técnica lo tenemos en la escena en que Natasha asiste a la ópera después de haber vivido una larga temporada en el campo. Así nos cuenta el narrador lo que ve la muchacha: «El escenario consistía en unas tablas lisas en el centro, unos cartones pintados con imágenes de árboles a los lados, y en el fondo un lienzo

extendido. Varias jóvenes con corpiño rojo y falda blanca estaban sentadas en medio. Una de ellas, muy gruesa y con un vestido blanco de seda, estaba aparte en un banquito, con un cartel verde pegado a la parte posterior. Todas cantaban. Cuando terminaron la canción, la joven que iba de blanco se acercó a la concha del apuntador, y un hombre de gruesas piernas en calzones ceñidos de seda, con una pluma y una daga, se acercó a ella, se puso a cantar y a gesticular con las manos». En este caso, de un modo muy convincente, Tolstói nos presenta la ópera como algo grotesco y ridículo[17]. Otro ejemplo de «extrañamiento» lo tenemos en la escena en que Malasha, una niña campesina, observa a Kutúzov discutir con altos cargos del ejército ruso sobre el futuro de Moscú. De este modo, vemos el consejo de Fili con la mirada de una niña de seis años, que, aunque no entiende lo que sucede, está de parte de Kutúzov («el abuelo», como lo llama mentalmente) y en contra de Bennigsen («el hombre de la guerrera larga»).

Sobre esta edición

La aparición de una nueva traducción de un clásico es siempre síntoma de la buena salud de una cultura, por lo que no es necesario justificarla: cuantas más versiones de los clásicos encontremos en una lengua, mayor será su riqueza. Por otra parte, cada época —y cada traductor— tiene un modo particular de enfrentarse al texto y de interpretarlo, por lo que, según el enfoque que le dé, algunos aspectos quedarán más subrayados en detrimento de otros. Hoy en día la tendencia general en la traducción literaria es respetar escrupulosamente el original, sin obviar ni un solo detalle, transmitir no solo el contenido de la obra, sino la forma, la construcción de la frase, el registro, la cadencia y el ritmo. Y en esta tendencia se inscribe justamente nuestra versión de Guerra y paz.

Como hemos dicho, Tolstói tradujo al ruso en notas a pie de página los numerosísimos fragmentos en francés y en alemán que aparecen en la novela. Así pues, el lector ruso ha leído desde que se publicó esta obra las traducciones del propio autor, y así es como hemos querido reproducirlo en español. Aunque por lo general Tolstói es fiel en sus traducciones, en ocasiones se permite alguna licencia, adapta el sentido de la frase, la acorta o la complementa, o sustituye el tratamiento de «usted» por el tuteo. Veamos un par de ejemplos breves. En el Libro I cierto personaje dice: «C’est un roturier». El autor, en vez de optar por la traducción literal «Es un plebeyo», escribe: «Es un advenedizo». Más adelante, en el mismo volumen,

encontraremos: «Princesse, il faut que je vous prévienne le Prince a eu une altercation avec Michel Ivanoff». He aquí la versión del escritor ruso: «Princesa, debo prevenirla de que el príncipe ha regañado a Mijaíl Iványch». Además de traducir el nombre, sustituye «ha tenido un altercado con» por «ha reñido a». La decisión de traducir el francés y el alemán a partir de las versiones del propio Tolstói responde al deseo de respetar al máximo al autor, incluso cuando se traduce a sí mismo; con ello, la experiencia del lector español será mucho más cercana a la que ha tenido siempre el público ruso.

A diferencia de otras traducciones, hemos mantenido en todo momento el punto de vista del autor: cuando Tolstói describe una batalla se refiere a las tropas de su país como «nuestro ejército» o, simplemente, «los nuestros», con lo que toma una clara posición. Solo encontraremos «el ejército ruso» cuando así aparezca en el original. Hemos reproducido, asimismo, el defecto de habla de Denísov —no sabe pronunciar las erres—, algo que Tolstói marcó sustituyendo la «r» por la grafía «g'». Aunque esto pueda entorpecer ligeramente la lectura, lo hemos respetado escrupulosamente, algo inédito hasta ahora en una traducción de esta obra en nuestro país.

A pesar de que tanto las ediciones rusas como las extranjeras suelen presentar el artículo «Algunas palabras a propósito de *Guerra y paz*» como apéndice, en nuestra versión constituye el prefacio[18]. En primer lugar, porque este es el nombre que le dio el propio Tolstói. En segundo lugar, porque, según sus propias palabras, con este texto pretendía «evitar algunos equívocos que pudieran surgir entre los lectores». Su intención era explicarse ante el público, definir qué es *Guerra y paz*, justificar el uso del francés, etcétera, por lo que consideramos mucho más pertinente leerlo antes de la obra.

Incluimos un mapa histórico de la Europa de 1812 con los puntos geográficos donde suceden los hechos más importantes de la novela. Disfrutaremos mucho más de la lectura si sabemos situar Smolensk, por ejemplo, porque sabemos que Lysye Gory —la hacienda de los Bolkonski— se encuentra a sesenta verstas (unos sesenta y cuatro kilómetros) de esta ciudad; que Otrádnoie —la finca de los Rostov— está en la región de Riazán; que Pierre viaja a Kíev para visitar sus haciendas del sur; o entenderemos por qué Dessales, el preceptor de Nikólushka, se horroriza durante una comida en Lysye Gory al saber que las tropas de Napoleón ya han llegado a Vítebsk.

Asimismo, hemos elaborado un índice de los personajes más importantes, tanto los históricos como los ficticios, con su respectivo patronímico y sus diminutivos —si es que aparecen en la novela—. Es importante tener en

cuenta que en ruso cada nombre tiene su correspondiente diminutivo, por lo que observaremos que a Nikolái Rostov lo llaman cariñosamente Nikólenka o Nikólushka; a Natalia Rostova, Natasha; a la princesa Maria, Masha o Máshenka; a Vasili Denísov, Vasia o Vaska.

Para las notas a pie de página en las que aclaramos datos históricos o elementos de la cultura rusa, además de consultar bibliografía especializada, han resultado de gran ayuda los comentarios académicos de la edición soviética de Guerra y paz.

Y no quisiera acabar sin incluir un pequeño apunte personal. Después de haber dedicado cuatro años a la traducción de esta obra maestra de la literatura universal, de un autor al que Thomas Mann calificaba de «dios pagano» y Maksim Gorki de «fuerza de la naturaleza», tengo que confesar el vértigo que me ha producido en más de una ocasión esta extenuante labor tanto por su complejidad y longitud como por la responsabilidad que conllevaba. Ha sido realmente emocionante enfrentarme a escenas tan vivas en el imaginario ruso como la conversación en la ventana de Natasha cuando, fascinada por la noche y la luna, quiere echar a volar; el viejo roble que devuelve simbólicamente a la vida al príncipe Andréi; la carrera de trineos en un paisaje helado y mágico; la maravillosa fuga que Petia compone en su cabeza con los sonidos del bosque; el renacimiento espiritual de Pierre gracias a Platón Karatáiev… Después de este largo viaje no resulta sencillo separarse de unos personajes que ya forman parte de tu vida, aunque uno no se despide nunca de *Guerra y paz,* puesto que, como carece de punto final —la historia queda cerrada por tres puntos suspensivos—, no puede terminar. Por otro lado, como rezaba el título de Tolstói, «bien está lo que bien acaba».

Esta traducción se ha realizado a partir de los volúmenes IV, V, VI y VII de las Obras completas en veintidós volúmenes de Lev Nikoláievich Tolstói, editorial Judózhestvennaia Literatura, Moscú, 1979.

JOAQUÍN FERNÁNDEZ-VALDÉS ROIG-GIRONELLA

Algunas palabras a propósito de *Guerra y paz*[1]

Al publicar una obra a la que he dedicado cinco años de trabajo incesante y exclusivo, en las mejores condiciones de vida, me gustaría exponer en este prefacio mi punto de vista sobre ella y evitar algunos equívocos que pudieran surgir entre los lectores. No querría que los lectores vieran o buscaran en mi libro lo que yo no he querido o no he sabido expresar, sino que prestaran atención a lo que sí he querido expresar, aunque no haya considerado oportuno (por las condiciones de la obra) detenerme en ello. Ni el tiempo ni mi habilidad me han permitido cumplir plenamente el objetivo que me había propuesto, y aprovecho la hospitalidad de esta revista especializada para exponer mi visión como autor de la obra —aunque sea de un modo incompleto y sucinto— a todos los lectores a quienes pueda interesar.

1) ¿Qué es *Guerra y paz*? No es una novela, aún menos un poema y aún menos una crónica histórica. *Guerra y paz* es lo que el autor ha querido y podido expresar en la forma en que ha sido expresado. Esta declaración de desdén del autor por las formas convencionales de una obra artística en prosa podría parecer presuntuosa si no fuera intencionada y no tuviera precedentes. La historia de la literatura rusa desde los tiempos de Pushkin no solo ha dado múltiples ejemplos que se alejan de las formas europeas, sino que no ha mostrado ni un solo ejemplo de lo contrario. Desde *Almas muertas* de Gógol hasta *Memorias de la casa muerta* de Dostoievski no hay en el período moderno de la literatura rusa una sola obra artística en prosa que, estando por encima de la mediocridad, encaje por completo en la forma de la novela, del poema o del relato largo.

2) El carácter de la época. Después de la publicación de la primera parte de mi libro, algunos lectores me han dicho que el carácter de la época no está suficientemente definido. A este reproche tengo que replicar lo siguiente. Conozco bien en qué consiste el carácter de la época que no encuentran en mi novela: los horrores del régimen de la servidumbre, el enclaustramiento de las esposas entre cuatro paredes, los latigazos a los hijos adultos, Saltychija[2], etcétera. No considero que este carácter de la época que habita en nuestra imaginación sea exacto, por lo que no he querido reflejarlo. Al estudiar las

cartas, diarios y tradiciones no he encontrado brutalidades ni horrores mayores que los actuales o los de cualquier otro tiempo. En aquella época también amaban, sentían envidia, buscaban la verdad y la virtud, se dejaban llevar por las pasiones; había una vida intelectual y moral igual de compleja y, a veces, incluso más refinada que la de la alta sociedad actual. Si en nuestra cabeza se ha formado la idea de que en aquel entonces imperaban la arbitrariedad y la fuerza bruta es solo porque las tradiciones, las memorias, los relatos y las novelas nos han hecho llegar los casos más extremos de violencia y brutalidad. Pero concluir que la brutalidad era el rasgo característico de aquel tiempo sería tan injusto como que una persona que está en la cima de una montaña y solo ve las copas de los árboles concluyera que en toda la región no hay más que árboles. Existe, en efecto, un carácter de la época (como lo tiene cualquier otra) que se define por el distanciamiento absoluto de la aristocracia respecto a las demás clases, la filosofía que imperaba en aquel entonces, las singularidades de la educación, la costumbre de hablar en francés, etcétera. Y este es el carácter que he intentado reflejar lo mejor que he sabido.

3) El uso del francés en una obra rusa. ¿Por qué en mi obra no solo los personajes rusos, sino también los franceses, hablan alternativamente en ruso y en francés? El reproche de que los personajes de un libro ruso hablen y escriban en francés es semejante al de quien mira un cuadro y observa en él manchas negras (sombras) que no existen en la vida real. El pintor no tiene la culpa de que la sombra que ha pintado en un rostro a algunos les parezca una mancha negra que no existe en la vida real; solo será culpable si pinta estas sombras de una forma inexacta y tosca. Al escribir un libro ambientado a principios de este siglo y presentar a personajes rusos de una determinada clase social, a Napoleón y a otros franceses que tuvieron una participación tan directa en la vida de aquel tiempo, me dejé llevar —sin querer y más de lo necesario— por la forma de expresar ese modo de pensar en francés. Por ello, sin negar que las sombras que he trazado en mi obra probablemente sean inexactas y toscas, me gustaría que quienes consideran ridículo que Napoleón hable alternativamente en ruso y en francés sepan que si tienen esta impresión es solo porque se parecen al individuo que mira un retrato y no ve un rostro con sus colores y sombras, sino una mancha negra debajo de una nariz.

4) Los nombres de los personajes —Bolkonski, Drubetskói, Bilibin, Kuraguin y otros— recuerdan a famosos apellidos rusos. Al relacionar personajes no históricos con otros históricos me sonaba extraño que el conde Rastopchín hablara con el príncipe Pronski, con Streltski o con cualquier otro

príncipe o conde con apellidos ficticios, ya fueran simples o compuestos. Aunque Bolkonski y Drubetskói no sean Volkonski ni Trubetskói, tienen una sonoridad que nos resulta familiar y natural dentro de un círculo aristocrático ruso. No he logrado inventar para todos mis personajes nombres que no me sonaran falsos, como Bezújov o Rostov, ni he sabido sortear esta dificultad de otro modo que no fuera tomando al azar nombres rusos que nos suenan naturales y modificar en ellos alguna letra. Lamentaría mucho que el parecido entre los apellidos ficticios y los reales hiciera pensar a alguien que mi intención ha sido describir a tal o a cual persona; sobre todo porque el tipo de literatura que tiene como objeto describir a personajes reales del presente o del pasado no tiene nada que ver con la literatura a la que yo me dedico.

M. D. Ajrosímova[3] y Denísov[4] son los únicos personajes a los que, sin haberlo meditado y de forma espontánea, he dado nombres parecidos al de dos personas reales, características y muy queridas por la sociedad de entonces. Esto ha sido un error por mi parte que se debe a la singularidad de ambos personajes, pero un error, al fin y al cabo, que se ha limitado a ellos dos. Y probablemente los lectores estarán de acuerdo en que nada de lo que les ocurre en mi obra tiene que ver con la realidad. El resto de los personajes son completamente inventados y no tienen siquiera un modelo concreto en la tradición ni en la realidad.

5) Las discrepancias que hay entre mi descripción de los hechos históricos y la de los historiadores. Esto no es casual, pero sí inevitable. Cuando el historiador y el artista describen una época histórica sus objetivos son completamente distintos. Del mismo modo que el historiador no será veraz si intenta presentar a un personaje histórico en toda su integridad, con toda la complejidad de sus relaciones en cada una de las facetas de la vida, el artista tampoco cumplirá su cometido si solo presenta al personaje desde un prisma histórico. Kutúzov no iba siempre montado en un caballo blanco mientras miraba por un catalejo y señalaba al enemigo. Rastopchín no iba con una antorcha quemando la casa de Vóronovo[5] (de hecho, nunca hizo semejante cosa), ni la emperatriz Maria Fiódorovna llevaba siempre un manto de armiño ni tenía una mano apoyada en un código de leyes. Pero así es como aparecen en el imaginario popular.

Para el historiador, que describe la contribución que ha hecho un personaje a un fin determinado, hay héroes; para el artista, que describe la relación de este personaje con todas las facetas de la vida, no puede ni debe haber héroes, sino seres humanos.

El historiador en ocasiones se ve obligado a retorcer la verdad para amoldar la totalidad de las acciones de un personaje histórico a una idea que él mismo le ha atribuido. Para el artista, en cambio, la expresión de esta idea única constituye un absurdo, y procura comprender y mostrar no al famoso personaje público, sino al ser humano.

Y esta divergencia se hace aún más ostensible y sustancial en la descripción de los acontecimientos históricos.

El historiador se ocupa del resultado del acontecimiento mientras que el artista se ocupa del acontecimiento en sí mismo. Cuando el historiador describe una batalla, dice: «El flanco izquierdo de tal ejército avanzó contra tal aldea y derribó al enemigo, pero se vio obligado a recular; entonces la caballería, que salió al ataque, lo arrolló… etcétera». El historiador no puede hablar de otro modo. Sin embargo, estas palabras carecen de sentido para el artista, ya que le parece que ni siquiera reflejan el acontecimiento como tal. Ya sea por su experiencia o a través de las cartas, memorias y relatos, el artista se forma su propia idea de cómo se produjo el acontecimiento. Y es muy frecuente (al describir un combate, por ejemplo) que las conclusiones a las que se ha permitido llegar el historiador sobre las acciones de tal o cual ejército sean opuestas a las del artista. Esta diferencia en los resultados obtenidos se explica por las fuentes de las que uno y otro han extraído sus informaciones. Para el historiador (siguiendo con el ejemplo del combate) su fuente principal son los informes de los jefes militares y del comandante en jefe. Pero el artista no obtiene nada de semejantes fuentes, no le dicen ni le explican nada. Y no solo eso: les da la espalda, porque considera que encierran una mentira necesaria. No hace falta decir que en toda batalla cada bando describe los hechos de un modo casi siempre contrario; en cualquier descripción de un combate existe una mentira inevitable que obedece a la necesidad de exponer en pocas palabras la acción de miles de hombres diseminados a lo largo de varias verstas, en un estado de fuerte excitación moral y bajo el influjo del miedo, de la deshonra y de la muerte.

Las descripciones de los combates suelen decir que tal tropa fue enviada al ataque contra tal punto, que después se ordenó la retirada, etcétera, como dando por sentado que la disciplina con que se somete a decenas de miles de hombres a la voluntad de uno solo en una plaza de armas tiene el mismo efecto en un lugar donde se juegan la vida. Cualquier persona que haya participado en una guerra sabe lo falso que es esto[6]; sin embargo, los partes militares se basan en esta suposición y las descripciones de las batallas se basan, a su vez, en los partes militares. Recorred las tropas justo después de

un combate o incluso al cabo de uno o dos días —antes de que se hayan escrito los partes militares— y preguntad a los soldados y a los oficiales de alto y bajo rango cómo fue la acción. Os contarán lo que vivieron y presenciaron, y en vuestra cabeza se formará una impresión majestuosa, compleja, infinitamente diversa, desigual y confusa. Y no podréis saber por medio de nadie, y aún menos del comandante en jefe, cómo fue realmente el combate. Pero al cabo de dos o tres días empiezan a escribirse los partes militares y los charlatanes empiezan a contar cómo fue lo que no vieron; y, finalmente, se crea un relato común sobre el que se construye la opinión general del ejército. Resulta un gran alivio para todos sustituir las propias dudas y los interrogantes por una presentación de los hechos que, aunque falsa, es clara y siempre halagüeña. Al cabo de uno o dos meses preguntadle a un hombre que haya participado en un combate y ya no encontraréis en su relato el material fresco y vivo de antes, sino un testimonio basado en los informes militares. Así fue como me contaron la batalla de Borodinó muchos hombres inteligentes que habían participado en ella: todos me explicaron lo mismo, basándose en las falsas descripciones de Mijailovski-Danilevski[7], de Glinka[8] y de otros tantos; hasta los detalles eran idénticos, a pesar de que los narradores se encontraran en el combate a varias verstas de distancia unos de otros.

Después de la pérdida de Sevastópol[9] el jefe de artillería Kryzhanovski me entregó los partes —más de veinte— de los oficiales de artillería de todos los bastiones y me pidió que elaborara un solo informe de todos ellos. Lástima que no hiciera una copia, porque constituía una excelente muestra de esta mentira ingenua y necesaria a partir de la cual se redactan las descripciones de hechos militares. Supongo que, cuando lean estas líneas, muchos de mis compañeros que en aquel entonces redactaban los informes se reirán al recordar cómo escribían por orden de los superiores cosas que no podían de ningún modo saber. Quien haya participado en una guerra conoce tanto la capacidad de los rusos de desempeñarse en ella como su incapacidad para describirla con la mentira jactanciosa requerida en estos casos. Es bien sabido que en nuestras tropas la tarea de redactar los partes e informes militares la realizan casi siempre nuestros *inorodtsy*[10].

Todo esto lo digo para demostrar que la mentira es inevitable en los informes militares que sirven como fuente de información para los historiadores, y para demostrar, asimismo, que también son inevitables las discrepancias que se producen entre el artista y el historiador en la comprensión de los acontecimientos históricos. Pero, además de esta mentira

inevitable en la exposición de los acontecimientos, he detectado en los historiadores de la época que nos ocupa (probablemente por la costumbre de agrupar los hechos, de narrarlos sucintamente y de adoptar un tono trágico) una forma especial de lenguaje grandilocuente en el cual la mentira y la tergiversación suelen afectar no solo al acontecimiento, sino a la comprensión de su significado. A menudo, al estudiar las dos obras principales de aquella época —la de Thiers y la de Mijailovski-Danilevski—, me he quedado perplejo de que semejantes libros pudieran ser publicados y leídos. Sin necesidad de hablar de cómo exponen los mismos hechos en un tono de lo más serio y grave, con abundantes referencias a documentos que se contradicen diametralmente entre sí, he hallado en ambos historiadores algunas descripciones que, al leerlas, no sabía si echarme a reír o a llorar cuando recordaba que estas dos obras constituyen los únicos monumentos literarios de la época y han sido leídas por millones de personas. Voy a poner un solo ejemplo del libro del célebre historiador Thiers. Después de explicar que Napoleón introdujo billetes falsos en Rusia, dice:

> *Relevant l’emploi de ces moyens par un acte de bienfaisance digne de lui et de l’armée française, il fit distribuer des secours aux incendiés. Mais les vivres étant trop précieux pour être donnés longtemps à des étrangers, la plupart ennemis, Napoléon aima mieux leur fournir de l’argent, et il leur fit distribuer des roubles papier.*[11]

Este pasaje, tomado aisladamente, asombra no diría que por su inmoralidad, sino por su profunda insensatez; sin embargo, en el conjunto del libro no causa el menor asombro, pues se corresponde perfectamente con el tono general grandilocuente, solemne y carente de todo significado directo.

En definitiva, la tarea del artista y la del historiador son completamente distintas, y las discrepancias que existen entre mi descripción de acontecimientos y personajes, y la que ofrecen los historiadores no deben sorprender al lector.

No obstante, el artista no debe olvidar que la imagen que el pueblo se ha formado de los personajes y de los acontecimientos históricos no proviene de la fantasía, sino de los documentos que los historiadores han logrado reunir; por este motivo, el artista debe basarse, como el historiador —aunque con una concepción distinta de los personajes y de los acontecimientos—, en los documentos históricos. En ninguna de las partes de mi novela en las que habla o actúa algún personaje histórico he inventado nada, sino que me he basado en materiales históricos de los que, a lo largo de mi trabajo, he llegado a formar una biblioteca completa de obras cuyos títulos no considero necesario citar aquí, pero a los que siempre me podré remitir.

6) Por último, la sexta consideración —la más importante para mí— concierne a la poca importancia que tienen, desde mi punto de vista, los llamados grandes hombres en los acontecimientos históricos.

Al estudiar una época tan trágica, tan rica por la magnitud de los hechos y tan cercana a nosotros, de la que siguen vivas tradiciones tan diversas, he llegado a la certeza absoluta de que nuestra inteligencia es incapaz de comprender las causas de los hechos históricos. Decir (cosa que parece muy sencilla) que las causas de los acontecimientos de 1812 se hallan en el espíritu de conquista de Napoleón y en la patriótica firmeza del emperador Alejandro Pávlovich[12] es tan absurdo como afirmar que las causas de la caída del Imperio romano se hallan en que tal o cual bárbaro condujo a sus pueblos a Occidente, y en que tal o cual emperador romano gobernó mal, o que una montaña inmensa socavada se ha desmoronado porque el último trabajador le ha dado un golpe con una pala.

Un acontecimiento en el que millones de hombres quisieron aniquilarse unos a otros y en el que murieron medio millón de personas no puede tener por causa la voluntad de un solo individuo: del mismo modo que un solo hombre no puede socavar una montaña, tampoco puede obligar a morir a quinientos mil. Entonces ¿cuáles son las causas? Algunos afirman que se encuentran en el espíritu de conquista de los franceses y en el patriotismo de Rusia. Otros hablan de los principios democráticos que difundieron las tropas napoleónicas y de la necesidad que tenía Rusia de establecer relaciones con Europa, etcétera. Pero ¿cómo es posible que millones de hombres empezaran a matarse unos a otros? ¿Quién les dio semejante orden? Parece evidente que una matanza así no podía beneficiar a nadie, solo perjudicar a todo el mundo. Entonces ¿por qué lo hicieron? Se pueden hacer —y se hacen— incontables deducciones retrospectivas sobre las causas de este absurdo acontecimiento; pero la ingente cantidad de explicaciones y el hecho de que todas ellas conduzcan a un mismo fin solo demuestra que el número de causas es infinito y ninguna de ellas puede considerarse la verdadera.

¿Por qué millones de hombres se mataron unos a otros cuando, desde la creación del mundo, se sabe que esto está mal tanto física como moralmente? Porque era algo tan inevitablemente necesario que, al llevarlo a cabo, los hombres cumplían la ley elemental y zoológica que cumplen las abejas cuando se aniquilan unas a otras con la llegada del otoño, y por la que los animales machos se aniquilan unos a otros. A esta terrible pregunta no se le puede dar otra respuesta.

Esta verdad no solo resulta evidente, sino que es tan inherente al ser humano que no haría falta tener que demostrarla si no existieran en él otro sentimiento y otra conciencia que le aseguran que cuando lleva a cabo una acción es libre en todo momento.

Si consideramos la historia desde un punto de vista general, estamos indudablemente convencidos de que existe una ley eterna según la cual se producen los acontecimientos. Si la consideramos desde un punto de vista individual, estamos convencidos de lo contrario.

Cuando un individuo mata a otro, cuando Napoleón da la orden de cruzar el Niemen o cuando alguno de nosotros presenta una petición de empleo, o baja y sube un brazo, es indudable que está convencido de que todos sus actos se fundamentan en causas razonables y en la libre voluntad, y que obrar de un modo u otro depende de nosotros. Tenemos esta convicción tan arraigada y la valoramos tanto que, a pesar de las pruebas que aportan la historia y las estadísticas del crimen —que nos persuaden de la falta de libre voluntad en los demás—, hacemos extensiva la conciencia de nuestra libertad a todos nuestros actos.

Esta contradicción parece irresoluble. Cuando llevo a cabo una acción estoy convencido de que ha sido en virtud de mi libre voluntad; pero, si la examino como parte de la vida colectiva de la humanidad (en su sentido histórico), me convenceré de que esa misma acción estaba predeterminada y era inevitable. ¿Dónde reside el error?

Las observaciones psicológicas sobre la capacidad que tiene el ser humano de ajustar automáticamente, en retrospectiva, un hecho consumado a toda una serie de conclusiones aparentemente libres (algo que me dispongo a exponer en otro lugar con más detalle) confirman la hipótesis de que la conciencia de libertad que tiene una persona al llevar a cabo cierto tipo de actos es falsa. Pero estas mismas observaciones psicológicas demuestran que existe otro tipo de actos en los que la conciencia de libertad no es retrospectiva, sino instantánea e indudable. Digan lo que digan los materialistas, es indudable que puedo realizar una acción o abstenerme de realizarla en cuanto me concierna únicamente a mí. Es indudable que por mi sola voluntad levanto un brazo y lo bajo. Ahora mismo puedo dejar de escribir. Y en este momento ustedes pueden dejar de leer. Es indudable que por mi sola voluntad y, por encima de cualquier obstáculo, ahora mismo puedo viajar con el pensamiento a América o sumergirme en un problema matemático. Puedo poner a prueba mi libertad levantando o bajando con fuerza una mano. Lo acabo de hacer. Pero, si hay un niño a mi lado y quiero

levantar y bajar la mano sobre él con la misma fuerza, no puedo hacerlo. Un perro se abalanza sobre el niño y no puedo evitar levantar la mano sobre el perro. Cuando estoy en el frente no puedo evitar seguir los movimientos de mi regimiento. Durante un combate no puedo evitar salir al ataque con mi batallón ni echar a correr cuando todos corren a mi alrededor. Si asisto a un juicio como defensor de un acusado, no puedo evitar hablar ni puedo evitar saber lo que diré a continuación. Si me van a golpear en un ojo, no puedo evitar cerrarlo.

Así pues, hay dos tipos de actos: los que dependen de mi voluntad y los que no dependen de ella. Y el error que origina la contradicción se debe únicamente a que la conciencia de libertad que acompaña legítimamente cualquier acto que concierne a mi «yo», a lo más abstracto de mi existencia, la hago extensiva —equivocadamente— a los actos que he realizado con otras personas, unos actos que dependen de la coincidencia de otras voluntades con la mía. Es muy difícil establecer el límite del campo de la libertad y de la dependencia, y esta es la tarea esencial y única de la psicología; pero, cuando uno observa las condiciones en que nuestra libertad y nuestra dependencia se manifiestan en su máximo grado, no puede dejar de ver que, cuanto más abstracta es nuestra actividad —y, por ello, menos ligada a la de los demás—, tanto más libre es. Y al revés: cuanto más ligada está nuestra actividad a la de los demás, menos libre es.

El vínculo más fuerte, inquebrantable, duro y constante que nos ata a los demás es el llamado poder sobre los otros, que, en su auténtico sentido, no es más que una mayor dependencia respecto a los demás.

Equivocadamente o no, a lo largo de mi trabajo he llegado a convencerme por completo de esta verdad, y es natural que al describir los acontecimientos históricos de 1805, 1807 y, sobre todo, 1812[13] —en los que la ley de la fatalidad sobresale de un modo especial— no haya dado importancia a la actividad de individuos que, aunque creían dirigir los acontecimientos, introdujeron en ellos menos actividad humana libre que los demás participantes. La actividad de estos individuos ha sido para mí interesante solo como ilustración de la ley de la fatalidad —que, según mi convicción, dirige la historia— y de la ley psicológica que empuja a quien lleva a cabo el acto menos libre a ajustarlo en su imaginación a toda una serie de conclusiones en retrospectiva con la finalidad de demostrarle que es libre.

Conde LEV TOLSTÓI

Libro I

Primera parte

I

—*Eh bien, mon prince. Gênes et Lucques ne sont plus que des apanages, des* haciendas, *de la famille Buonaparte. Non, je vous préviens, que si vous ne me dites pas, que nous avons la guerre, si vous vous permettez encore de pallier toutes les infamies, toutes les atrocités de cet Antichrist (ma parole, j'y crois) – je ne vous connais plus, vous n'êtes plus mon ami, vous n'êtes plus* mi fiel esclavo, *comme vous dites*.[1] Bueno, bienvenido, bienvenido. *Je vois que je vous fais peur*[2], siéntese y cuénteme.

Así hablaba un día de julio de 1805 la célebre Anna Pávlovna Scherer, dama de honor muy allegada a la emperatriz Maria Fiódorovna, al recibir al príncipe Vasili, personaje importante y de alto rango, que fue el primero en llegar a su velada. Anna Pávlovna tosía desde hacía varios días, tenía *gripe*, como ella decía (en aquel entonces *gripe* era una palabra nueva que solo unos pocos decían). En las esquelas que había enviado por la mañana con un lacayo de librea roja, había escrito a todos los invitados sin distinción:

> *Si vous n'avez rien de mieux à faire, Monsieur le comte (o mon prince), et si la perspective de passer la soirée chez une pauvre malade ne vous effraye pas trop, je serai charmée de vous voir chez moi entre 7 et 10 heures.*[3]
>
> ANNETTE SCHERER

—*Dieu, quelle virulente sortie!*[4] —contestó sin alterarse lo más mínimo por aquel recibimiento el príncipe, que entraba con un uniforme bordado de la corte, medias, botines, con el pecho cargado de estrellas y una expresión luminosa en su rostro plano.

Hablaba en ese francés refinado con el que no solo se expresaban sino en el que también pensaban nuestros abuelos, y con esas entonaciones suaves y protectoras de una persona importante que ha envejecido en la alta sociedad y en la corte. Se acercó a Anna Pávlovna, le besó la mano inclinando su calva perfumada y brillante, y tomó asiento con parsimonia en el diván.

—*Avant tout dites-moi, comment vous allez, chère amie?*[5] Tranquilíceme —dijo sin variar la voz ni el tono que, bajo el decoro y el interés, traslucía

cierta indiferencia e incluso sorna.

—¿Cómo puede una encontrarse bien… cuando sufre moralmente? ¿Acaso puede una persona estar tranquila en nuestro tiempo si tiene sentimientos? —dijo Anna Pávlovna—. Espero que pasará toda la velada aquí, ¿verdad?

—¿Y la fiesta del embajador inglés? Hoy es miércoles. Tengo que dejarme ver por allí —dijo el príncipe—. Mi hija vendrá a recogerme y me acompañará.

—Pensaba que la fiesta de hoy se había anulado. *Je vous avoue que toutes ces fêtes et tous ces feux d'artifice commencent à devenir insipides*.[6]

—Si hubieran sabido que tal era su deseo, la habrían anulado —dijo el príncipe, que, por costumbre, igual que un reloj al que han dado cuerda, decía cosas sin pretender que las creyeran.

—*Ne me tourmentez pas. Eh bien, qu'a-t-on décidé par rapport à la dépêche de Novosilzoff? Vous savez tout.*[7]

—¿Qué le puedo decir? —pronunció el príncipe con tono frío y aburrido—. *Qu'a-t-on décidé? On a décidé que Buonaparte a brûlé ses vaisseaux, et je crois que nous sommes en train de brûler les nôtres*.[8]

El príncipe Vasili hablaba siempre perezosamente, igual que un actor que declama el papel de una vieja obra. Anna Pávlovna Scherer, al contrario, y a pesar de sus cuarenta años, era toda animación y arrebatos.

Ser una entusiasta se había convertido en su posición en sociedad y, a veces, incluso cuando no le apetecía, se comportaba con entusiasmo para no defraudar las expectativas de la gente que la conocía. La sonrisa contenida que jugueteaba continuamente en el rostro de Anna Pávlovna, a pesar de no armonizar con sus rasgos marchitos, expresaba, como en los niños mimados, que era plenamente consciente de ese gracioso defecto, el cual no podía, quería, ni creía necesario corregir.

En mitad de la conversación sobre las acciones políticas, Anna Pávlovna se acaloró.

—¡Ah, no me hable de Austria! Quizá no entienda nada, pero Austria ni quiere, ni nunca ha querido la guerra. Nos traiciona. Solo Rusia debe ser la salvadora de Europa. Nuestro bienhechor conoce su elevado destino y será fiel a él. Es en lo único que creo. Nuestro bondadoso y maravilloso soberano tiene por delante un grandísimo papel en el mundo, y es tan virtuoso y bueno que Dios no lo abandonará, y él cumplirá con su destino de aplastar la hidra de la revolución, que ahora es aún más terrible encarnada en ese asesino y malhechor. Solo nosotros debemos redimir la sangre del justo… Y yo le

pregunto: ¿en quién podemos confiar?… Inglaterra, con su espíritu mercantil, no puede entender ni entenderá toda la altura del alma del emperador Alejandro. Inglaterra se ha negado a evacuar Malta. Quieren ver y encontrar una intención oculta en nuestros movimientos. ¿Qué le han dicho a Novosiltsov?… Nada. No han entendido ni pueden entender la abnegación de nuestro emperador, que no quiere nada para sí y todo lo quiere para el bien del mundo. Y ¿qué han prometido? Nada. Y ¡lo que han prometido no lo cumplirán! Prusia ha declarado que Bonaparte es invencible, que Europa entera no puede hacer nada contra él… Y yo no me creo ni una palabra de Hardenberg[9] ni de Haugwitz[10]. *Cette fameuse neutralité prussienne, ce n'est qu'un piège*.[11] Yo solo creo en Dios y en el elevado destino de nuestro querido emperador. ¡Él salvará Europa!… —De pronto se detuvo con una sonrisa burlona ante su arrebato.

—Creo —dijo el príncipe sonriendo— que, si la hubieran enviado a usted en lugar de a nuestro querido Wintzingerode, le habría arrancado al rey de Prusia un acuerdo por asalto. Es usted tan elocuente… ¿Me servirá el té?

—Ahora. *À propos*[12] —añadió ella, calmándose de nuevo—, hoy van a venir dos personas muy interesantes, *le vicomte de Mortemart, il est allié aux Montmorency par les Rohans*[13], una de las mejores familias de Francia. Es uno de los buenos emigrados, de los auténticos. Y después *l'abbé Morio*[14]: ¿conoce su profunda inteligencia? Ha sido recibido por el zar. ¿Lo conoce?

—¡Ah! Será un gran placer —dijo el príncipe—. Dígame —añadió como si acabara de recordar algo y con especial negligencia, cuando lo que iba a preguntar constituía el objetivo principal de su visita—, ¿es cierto que *l'impératrice-mère*[15] desea nombrar al barón Funke primer secretario en Viena? *C'est un pauvre sire, ce baron, à ce qu'il paraît*.[16]

El príncipe Vasili quería colocar a su hijo en ese puesto, que, a través de la emperatriz Maria Fiódorovna, otros trataban de obtener para el barón.

Anna Pávlovna a punto estuvo de cerrar los ojos en señal de que ni ella ni nadie podía juzgar los deseos o gustos de la emperatriz.

—*Monsieur le baron de Funke a été recommandé à l'impératrice-mère par sa soeur*[17] —se limitó a decir con tono triste y seco.

Cuando Anna Pávlovna nombraba a la emperatriz su rostro de pronto mostraba una sincera expresión de lealtad y respeto unidos a la tristeza, algo que le ocurría cada vez que en una conversación aludía a su gran bienhechora. Dijo que su majestad se había dignado mostrar por el barón Funke *beaucoup d'estime*[18], y de nuevo su mirada se cubrió de tristeza.

El príncipe calló con indiferencia. Anna Pávlovna, con esa habilidad femenina de la corte y con esa rapidez de tacto que la caracterizaba, quería reprenderle por haberse atrevido a referirse así a alguien recomendado por la emperatriz y, al mismo tiempo, quería consolarle.

—*Mais à propos de votre famille* —dijo—, ¿sabe que su hija, desde que se presentó en sociedad *fait les délices de tout le monde? On la trouve belle, comme le jour*[19].

El príncipe inclinó la cabeza en señal de respeto y gratitud.

—A menudo pienso —continuó Anna Pávlovna al cabo de un momento de silencio, acercándose al príncipe y sonriéndole con dulzura, como para indicar que las conversaciones políticas y mundanas habían terminado y ahora empezaba una íntima—, a menudo pienso que a veces la felicidad de la vida está repartida injustamente. ¿Por qué el destino le ha dado a usted dos hijos maravillosos (no incluyo a su hijo menor Anatol, al que no quiero) —intercaló categóricamente alzando las cejas—, tan maravillosos? Y lo cierto es que usted los valora menos que nadie y, por ello, no se los merece.

Y sonrió con su sonrisa entusiasta.

—*Que voulez-vous? Lafater*[20] *aurait dit que je n'ai pas la bosse de la paterienité*[21] —dijo el príncipe.

—Deje de bromear. Quería hablar seriamente con usted. Sabe, estoy disgustada con su hijo menor. Que quede entre nosotros —su rostro adoptó una expresión de tristeza—: le han hablado de él a su majestad la emperatriz, y siente lástima por usted…

El príncipe no contestó, y ella, en silencio, mirándole significativamente, esperó una respuesta. El príncipe Vasili arrugó el rostro.

—¡Qué quiere que haga! —dijo finalmente—. ¿Sabe?, he hecho por su educación todo lo que un padre puede hacer, y los dos han salido *des imbéciles*. Ippolit, al menos, es un imbécil tranquilo, pero Anatol es intranquilo. Esa es la única diferencia —dijo sonriendo de un modo más forzado y vivo que de costumbre, y expresando con especial intensidad, en las arrugas que se habían formado alrededor de la boca, algo inesperadamente vulgar y desagradable.

—Y ¿para qué tienen hijos los hombres como usted? Si no fuera padre, no tendría nada que reprocharle —dijo Anna Pávlovna alzando los ojos con aire pensativo.

—*Je suis votre* fiel esclavo, *et à vous seule je puis l'avouer*. Mis hijos *ce sont les entraves de mon existence*.[22] Esa es mi cruz. Esa es la explicación

que me doy. *Que voulez-vous?…* —Se calló, haciendo un gesto que manifestaba su resignación por su cruel destino.

Anna Pávlovna se quedó pensativa.

—¿Nunca ha pensado en casar a su hijo pródigo Anatol? Dicen —continuó— que las solteronas *ont la manie des mariages*[23]. Yo aún no siento esta debilidad, pero tengo a una *petite personne* que es muy desgraciada con su padre, *une parente à nous, une princesse Bolkónskaia*[24].

El príncipe Vasili no respondió nada, aunque, con esa sagacidad de pensamiento y de memoria propia de las personas de la alta sociedad, indicó con un movimiento de cabeza que tomaba en consideración tales informaciones.

—Ah, ¿sabe usted que Anatol me cuesta 40.000 rublos al año? —dijo, incapaz al parecer de frenar el triste discurrir de sus pensamientos. Se quedó callado—. ¿Qué pasará dentro de cinco años si esto sigue así? *Voilà l'avantage d'être père*[25]. ¿Es rica su princesa?

—Su padre es muy rico y avaro. Vive en el campo. ¿Sabe? Es el famoso príncipe Bolkonski, el que fue destituido ya en vida del difunto emperador y que era conocido como el «rey prusiano». Es un hombre muy inteligente, pero con un carácter estrambótico y difícil. *La pauvre petite est malheureuse, comme les pierres.*[26] Tiene un hermano que hace poco se casó con Lise Meinen y que es ayudante de campo de Kutúzov. Hoy asistirá a mi velada.

—*Écoutez, chère Annette*[27] —dijo el príncipe cogiendo de pronto a su interlocutora de la mano y, por algún motivo, tirando de ella hacia abajo—. *Arrangez-moi cette affaire et je suis votre* fidelísimo esclavo *à tout jamais* («esclabo», con «b», *comme mon stárosta m'écrit des informes*[28]). Es de buena familia y rica. Eso es lo único que necesito.

Y, con esos movimientos desenvueltos, familiares y graciosos que le distinguían, cogió la mano de la dama de honor, se la besó, la agitó en el aire y se arrellanó en el diván mirando hacia un lado.

—*Attendez*[29] —dijo Anna Pávlovna reflexionando—. Hoy mismo hablaré con Lise (*la femme du jeune*[30] Bolkonski). Es posible que todo quede arreglado. *Ce sera dans votre famille, que je ferai mon apprentissage de vieille fille.*[31]

II

El salón de Anna Pávlovna poco a poco empezó a llenarse. Acudió la alta nobleza de San Petersburgo, personas de lo más heterogéneo en cuanto a edad y carácter, pero iguales en cuanto al círculo en el que se movían; llegó la hija del príncipe Vasili, la bella Hélène, que iba a buscar a su padre para acompañarlo a la fiesta del embajador. Llevaba un vestido de baile adornado con un monograma. Llegó también la que era conocida como *la femme la plus séduisante de Pétersbourg*[32], la pequeña y joven princesa Bolkónskaia, que se había casado el invierno anterior y que, como estaba embarazada, ya no frecuentaba el gran mundo, pero sí las pequeñas veladas. Acudió el príncipe Ippolit, hijo del príncipe Vasili, con Mortemart, al que presentó; vinieron también el abad Morio y muchas otras personas.

—¿No ha visto aún (o ¿no conoce?) *a ma tante*[33]? —les preguntaba Anna Pávlovna a los invitados que llegaban, y los acompañaba con gran seriedad hasta una viejecita menuda que llevaba un peinado alto, y que apareció, procedente de otra sala, en cuanto empezaron a llegar los invitados; Anna Pávlovna los llamaba por su nombre, paseando lentamente la mirada desde cada uno de ellos hasta *ma tante*, y después se alejaba.

Todos los invitados cumplían con la ceremonia del saludo a aquella tía que nadie conocía, que a nadie interesaba y que nadie necesitaba. Anna Pávlovna, con grave y solemne interés, seguía los saludos aprobándolos en silencio. *Ma tante* repetía a todos las mismas expresiones sobre la salud de su interlocutor, sobre la suya propia y sobre la de su majestad, que hoy, gracias a Dios, se encontraba mejor. Todos los recién llegados, sin mostrar apresuramiento por decoro y con un sentimiento de alivio por haber cumplido con ese pesado deber, se alejaban de la viejecita y no se volvían a acercar a ella ni una sola vez en toda la velada.

La joven princesa Bolkónskaia apareció con una bolsita bordada de terciopelo dorado donde guardaba su labor. Su gracioso labio superior, con un vello ligeramente oscuro, era más corto que los dientes, lo que hacía que subiera graciosamente, y se extendiera y bajara sobre el inferior aún con más gracia. Como siempre sucede con las mujeres totalmente encantadoras, este defecto —el labio corto y la boca entreabierta— parecía constituir su particular y singular belleza. A todo el mundo le divertía mirar a esa futura y encantadora madre, que rebosaba salud y vivacidad, y que soportaba con tanta ligereza su estado. Los viejos y los jóvenes sombríos y aburridos que la miraban tenían la sensación de que al poco rato de estar y hablar con ella se le empezaban a parecer. Quien hablaba con ella y veía con cada palabra su

sonrisita luminosa y sus dientes blancos y resplandecientes se veía a sí mismo especialmente gentil ese día. Y todos pensaban lo mismo.

La pequeña princesa, balanceándose, con pequeños y rápidos pasitos, rodeó la mesa con su bolsita de labor colgada del brazo y, alegremente, ajustándose el vestido, se sentó en un diván que había junto al samovar, como si lo único que hiciera fuera una *partie de plaisir*[34] para ella y para todos los que la rodeaban.

—*J'ai apporté mon ouvrage* —dijo abriendo su ridículo y dirigiéndose a todo el mundo—. Mire, Annette, *ne me jouez pas un mauvais tour*. —Se volvió hacia la dueña de la casa—. *Vous m'avez écrit, que c'était une toute petite soirée; voyez, comme je suis attifée*.[35]

Y abrió los brazos para mostrar su elegante vestido de encaje gris, ceñido un poco más abajo del pecho con una amplia cinta.

—*Soyez tranquille, Lise, vous serez toujours la plus jolie*[36] —le respondió Anna Pávlovna.

—*Vous savez, mon mari m'abandonne* —continuó con el mismo tono dirigiéndose al general—, *il va se faire tuer. Dites-moi, pourquoi cette vilaine guerre*[37] —le dijo al príncipe Vasili y, sin esperar una respuesta, se volvió hacia la hija de este, la bella Hélène.

—*Quelle délicieuse personne, que cette petite princesse!*[38] —le dijo en voz baja el príncipe Vasili a Anna Pávlovna.

Poco después de la pequeña princesa entró un joven corpulento y grueso que llevaba el pelo corto y gafas, y que vestía pantalones claros según la moda de entonces, chorrera alta y frac castaño oscuro. Este joven grueso era el hijo ilegítimo de un famoso alto dignatario de la época de Catalina, el conde Bezújov, que en esos momentos estaba a las puertas de la muerte en Moscú. El joven aún no había ocupado ningún cargo, acababa de volver del extranjero, donde había sido educado, y era la primera vez que estaba en sociedad. Anna Pávlovna le saludó con la inclinación que dedicaba a las personas de la jerarquía más baja de su salón. Pero, a pesar de este saludo de rango inferior, al ver a Pierre su rostro reflejó inquietud y miedo, semejante al que se refleja al ver algo demasiado grande y fuera de lugar. Aunque era cierto que Pierre era algo más grande que los otros hombres de la sala, el miedo se podía deber solo a la mirada inteligente y a la vez tímida, observadora y espontánea que lo diferenciaba de todos los asistentes.

—*C'est bien aimable à vous, monsieur Pierre, d'être venu voir une pauvre malade*[39] —le dijo Anna Pávlovna intercambiando una mirada asustada con su tía, hasta quien lo estaba conduciendo.

Pierre farfulló algo ininteligible y siguió buscando algo con la mirada. Sonrió con alegría y jovialidad al saludar a la pequeña princesa, como a una conocida íntima, y se acercó a la tía.

El miedo de Anna Pávlovna no había sido en vano, porque Pierre, sin haber acabado de escuchar las palabras de la tía sobre la salud de su majestad, se apartó de su lado. Anna Pávlovna le detuvo espantada con las palabras:

—¿No conoce al abad Morio? Es un hombre muy interesante… —dijo.

—Sí, he oído hablar de su plan de la paz perpetua y es muy interesante, pero difícilmente es posible…

—¿Usted cree? —preguntó Anna Pávlovna por decir algo y volver a sus ocupaciones de dueña de la casa, pero Pierre cometió una nueva descortesía.

Antes se había marchado sin acabar de escuchar las palabras de su interlocutora; ahora retenía con su conversación a otra que debía abandonar su compañía. Con la cabeza inclinada y sus grandes piernas separadas, se puso a explicar a Anna Pávlovna por qué consideraba que el plan del abad era una quimera.

—Hablaremos después —le dijo Anna Pávlovna sonriendo.

Y, en cuanto se hubo deshecho de aquel joven que no sabía vivir, volvió a sus ocupaciones de anfitriona y continuó escuchando y observando, lista para acudir al rescate allá donde la conversación decayera. Del mismo modo que el dueño de una hilandería distribuye a los trabajadores en sus puestos, recorre el taller, se da cuenta de que un huso no se mueve o hace un ruido inusitado, chirriante o demasiado fuerte y va rápidamente a detenerlo o a ajustarlo al ritmo conveniente, Anna Pávlovna se paseaba por su salón, se acercaba a un círculo que se había quedado callado o que hablaba demasiado y, con una palabra o cambiando a una persona de sitio, volvía a poner en marcha esa máquina de conversación regular y decorosa. Pero entre todas sus inquietudes seguía sintiendo un especial temor por Pierre. Le echó una mirada cuando este se acercaba a escuchar lo que se decía alrededor de Mortemart y se alejaba hacia otro círculo, en el que estaba hablando el abad. Para Pierre, que había sido educado en el extranjero, esta velada de Anna Pávlovna era su primera en Rusia. Sabía que ahí se había reunido la intelectualidad de San Petersburgo, y, como a un niño en una tienda de juguetes, los ojos le iban de un lado para otro. Temía perderse las conversaciones inteligentes que pudiera oír. Al mirar las expresiones seguras y elegantes de los rostros allí congregados, esperaba escuchar algo especialmente lúcido. Finalmente se acercó a Morio. La conversación le pareció interesante y se detuvo esperando la ocasión para expresar sus ideas, como les gusta hacer a los jóvenes.

III

La velada de Anna Pávlovna estaba en marcha. En todas partes los husos trabajaban con regularidad, con un rumor continuo. Además de *ma tante*, junto a la que estaba sentada una dama entrada en años de rostro lloroso y enjuto, un poco fuera de lugar en aquella deslumbrante reunión, los invitados se habían dividido en tres círculos. El abad estaba en el centro de uno, donde había más presencia de hombres; en otro, el de los jóvenes, estaban la bella princesa Hélène, hija del príncipe Vasili, y la pequeña princesa Bolkónskaia, bonita, sonrosada y demasiado gruesa para su juventud. En el tercero estaban Mortemart y Anna Pávlovna.

El vizconde de Mortemart era un joven agradable, de rasgos y maneras delicadas; era evidente que se consideraba una celebridad, pero por cortesía permitía humildemente que la sociedad en la que se movía sacara partido de él. También era evidente que Anna Pávlovna se lo estaba ofreciendo a sus invitados. Como un buen *maître d'hôtel* que sirve, como algo excepcional y extraordinario, ese trozo de ternera que nadie querría si lo viera en una cocina sucia, en el curso de la velada Anna Pávlovna sirvió a sus invitados primero al vizconde y después al abad como algo extraordinariamente refinado. En el círculo de Mortemart se pusieron a hablar inmediatamente del asesinato del duque de Enghien[40]. El vizconde afirmó que este había muerto a causa de su magnanimidad y que la cólera de Bonaparte respondía a razones especiales.

—*Ah! voyons. Contez-nous cela, vicomte*[41] —dijo Anna Pávlovna, con la gozosa sensación de que la frase había sonado un poco *à la Louis XV*—, *contez-nous cela, vicomte*.

El vizconde se inclinó en señal de humildad y sonrió con cortesía. Anna Pávlovna formó un corro alrededor del vizconde e invitó a todos a escuchar su relato.

—*Le vicomte a été personnellement connu de monseigneur* —le susurró Anna Pávlovna a uno.

—*Le vicomte est un parfait conteur* —le comentó a otro.

—*Comme on voit l'homme de la bonne compagnie*[42] —le dijo a un tercero; y el vizconde era ofrecido a los invitados con el aspecto más refinado y favorecedor para él, como un rosbif guarnecido de verduras en un plato caliente.

El vizconde se dispuso a empezar su relato y sonrió sutilmente.

—Venga aquí, *chère* Hélène —le dijo Anna Pávlovna a la bella princesa, que estaba sentada en otra parte, en el centro de otro círculo.

La princesa Hélène sonreía; se levantó con la misma sonrisa inmutable de mujer bellísima con la que había entrado en el salón. Haciendo un ligero frufrú con su vestido blanco de baile adornado con hiedra y musgo, con los hombros de un blanco resplandeciente y el pelo y los diamantes brillando, avanzó entre los hombres que le habían dejado paso y, erguida, sin mirar a nadie pero sonriéndole a todo el mundo, como concediéndoles el derecho de maravillarse con la belleza de su talle y de sus hombros rollizos, con el vestido de escote y espalda muy abiertos según la moda de entonces, y como si llevara consigo todo el esplendor del baile, se acercó a Anna Pávlovna. Hélène era tan hermosa que no solo no se intuía en ella ni una sombra de coquetería, sino que, al contrario, parecía sentirse avergonzada por su indudable belleza, que tenía un efecto demasiado fuerte y triunfal. Parecía como si deseara disminuirlo y no pudiera hacerlo.

—*Quelle belle personne!*[43] —decían todos los que la veían.

Como derrotado por algo excepcional, el vizconde se encogió de hombros y bajó la mirada mientras ella tomaba asiento delante de él y le iluminaba con aquella sonrisa inmutable.

—*Madame, je crains pour mes moyens devant un pareil auditoire*[44] —dijo él inclinando la cabeza y sonriendo.

La princesa acodó su brazo desnudo y rollizo sobre la mesita y no le pareció necesario decir nada. Sonrió y aguardó. Durante todo el relato estuvo sentada erguida, echando alguna que otra mirada primero a su bonito y rollizo brazo, que había cambiado de forma por la presión que ejercía sobre la mesita, y después a su pecho, más bello todavía, sobre el que se encajaba bien su collar de diamantes; se arregló varias veces los pliegues del vestido, y, cuando el relato producía algún efecto, miraba a Anna Pávlovna, adoptaba de inmediato la misma expresión que veía en el rostro de la dama de honor, y después se volvía a apaciguar con su resplandeciente sonrisa. La pequeña princesa Bolkónskaia también dejó la mesa del té y siguió a Hélène.

—*Attendez-moi, je vais prendre mon ouvrage* —dijo esta—. *Voyons, à quoi pensez-vous?* —se dirigió al príncipe Ippolit—. *Apportez-moi mon ridicule*.[45]

La princesa, sonriendo y hablando con todos, hizo que se movieran de sitio, y, después de tomar asiento, se arregló el vestido con alegría.

—Ahora estoy bien —dijo, y, tras pedir que comenzaran, volvió a su labor.

El príncipe Ippolit le llevó el ridículo, pasó por detrás de ella y, después de colocar un sillón a su lado, se sentó.

Le charmant Hippolyte[46] sorprendía por el extraordinario parecido que tenía con su bella hermana, y aún más, porque, a pesar de parecerse, era asombrosamente feo. Sus facciones eran iguales que las de ella, pero en esta todo estaba iluminado por la sonrisa jovial, satisfecha, joven e inmutable de la vida, por la belleza clásica de su cuerpo; en su hermano, al contrario, el rostro se veía oscurecido por la idiotez y expresaba invariablemente un carácter presuntuoso y malhumorado, y su cuerpo era flacucho y débil. Tanto los ojos como la nariz y la boca se contraían en una especie de mueca indefinida y fastidiosa, y los brazos y piernas adoptaban siempre una postura poco natural.

—*Ce n'est pas une histoire de revenants?*[47] —preguntó tras sentarse al lado de la princesa y llevarse los impertinentes a los ojos, como si privado de este instrumento no pudiera empezar a hablar.

—*Mais non, mon cher*[48] —respondió encogiéndose de hombros el sorprendido narrador.

—*C'est que je déteste les histoires de revenants*[49] —dijo el príncipe Ippolit con un tono que dejaba claro que había entendido el significado de sus propias palabras solo después de haberlas pronunciado.

Debido al aplomo con el que hablaba nadie podía saber si lo que había dicho era muy inteligente o muy estúpido. Llevaba un frac verde oscuro, pantalones de color *cuisse de nymphe effrayée*[50], como él mismo decía, medias y botines.

El *vicomte* contó con mucha gracia la anécdota que corría entonces: el duque de Enghien había viajado en secreto a París para tener una cita con *mademoiselle* Georges y se encontró allí a Bonaparte, que disfrutaba también de los favores de la famosa actriz; al coincidir con el duque, Bonaparte tuvo casualmente un desmayo de esos que le daban y quedó a merced del duque, que no se aprovechó de la situación; sin embargo, por culpa de tal magnanimidad, Bonaparte se vengó posteriormente del duque con la muerte.

La historia era encantadora y muy interesante, sobre todo la parte en que los adversarios de repente se reconocen; las damas parecían conmocionadas.

—*Charmant*[51] —dijo Anna Pávlovna interrogando con la mirada a la pequeña princesa.

—*Charmant* —susurró la pequeña princesa clavando la aguja en la labor, como para demostrar que el interés y el encanto de la historia le impedían seguir bordando.

El vizconde apreció este silencio elogioso y, sonriendo con gratitud, continuó; pero en ese momento Anna Pávlovna, que no perdía de vista a aquel joven temible para ella, advirtió que este estaba hablando de algo con el abad

muy alto y con demasiado ardor, y se apresuró a prestar su auxilio en aquel peligroso lugar. Verdaderamente, Pierre había logrado entablar una conversación con el abad sobre el equilibrio político, y el abad, al parecer interesado por el cándido ardor del joven, desarrollaba ante él su idea favorita. Ambos escuchaban y hablaban de un modo demasiado animado y espontáneo, y esto no gustó a Anna Pávlovna.

—Los medios son el equilibrio europeo y el *droit des gens*[52] —decía el abad—. ¡En cuanto un Estado poderoso como Rusia, con fama de bárbaro, se ponga desinteresadamente al frente de la alianza, que tiene como objetivo el equilibrio de Europa, salvará el mundo!

—Y ¿cómo encontrará usted tal equilibrio? —replicaba Pierre.

Pero en ese momento Anna Pávlovna se acercó y, después de mirarle con severidad, le preguntó al italiano cómo le sentaba el clima ruso. El semblante del italiano cambió de repente y adoptó una expresión ofensivamente afectada y azucarada, que, al parecer, era habitual en él cuando hablaba con mujeres.

—Estoy tan fascinado con la encantadora inteligencia y educación de esta sociedad, sobre todo de la femenina, en la que he tenido el honor de ser recibido, que aún no he tenido tiempo de pensar en el clima —dijo él.

Sin volver a dejar ya solos al abad y a Pierre, Anna Pávlovna los incorporó al círculo general para poder observarlos más cómodamente.

Entonces un nuevo rostro entró en el salón. Era el joven príncipe Andréi Bolkonski, marido de la pequeña princesa. El príncipe Bolkonski era un joven no demasiado alto, muy guapo y de rasgos secos y marcados. Todo en su figura, desde la mirada cansada y aburrida hasta el paso silencioso y regular, contrastaba fuertemente con su pequeña y jovial mujer. Al parecer no solo conocía a todos los presente, sino que ya le aburrían tanto que mirarlos y escucharlos le causaba un inmenso tedio. Entre todos los rostros que le aburrían el que más fastidio le producía era el de su bonita mujer. Con una mueca que estropeaba su bello rostro, le dio la espalda. Besó la mano de Anna Pávlovna y, entornando los ojos, examinó a todos los asistentes.

—*Vous vous enrôlez pour la guerre, mon prince?*[53] —le dijo Anna Pávlovna.

—*Le général Koutouzoff* —le respondió Bolkonski acentuando la última sílaba, «zoff», como un francés— *a bien voulu de moi pour aide-de-camp*.[54]

—*Et Lise, votre femme?*[55]

—Se instalará en el campo.

—¿No le parece un pecado privarnos de su encantadora mujer?

—*André* —dijo su mujer dirigiéndose a su marido con ese mismo tono coqueto con que se dirigía a los desconocidos—, ¡qué historia nos ha contado el vizconde sobre *mademoiselle* Georges y Bonaparte!

El príncipe Bolkonski frunció el ceño y le dio la espalda. Pierre, que desde la entrada del príncipe Andréi no le había quitado de encima su mirada alegre y amistosa, se le acercó y le cogió de un brazo. El príncipe Andréi, sin volver la vista, arrugó el rostro con una mueca que expresaba enojo con quien le había tocado el brazo, pero, al ver la cara sonriente de Pierre, de repente le respondió con una sonrisa inesperadamente bondadosa y agradable.

—¡Vaya!… ¡También tú en el gran mundo! —le dijo.

—Sabía que usted estaría aquí —le respondió Pierre—. Iré a su casa a cenar —añadió en voz baja para no molestar al vizconde, que continuaba su relato—. ¿Puedo?

—No, no puedes —le dijo el príncipe Andréi riendo, dándole a entender con un apretón de mano que no hacía falta ni que lo preguntara.

Quería decir algo más, pero en ese momento el príncipe Vasili y su hija se pusieron de pie, y los hombres se levantaron para cederles el paso.

—Perdóneme usted, mi querido vizconde —le dijo el príncipe Vasili al francés, tirándole cariñosamente de una manga hacia abajo, hacia la silla, para que no se levantara—. Esta desdichada fiesta en casa del embajador me priva de un placer y le interrumpe a usted. Me entristece mucho abandonar su maravillosa velada —le dijo a Anna Pávlovna.

Su hija, la princesa Hélène, sosteniendo ligeramente los pliegues de su vestido, avanzó entre las sillas, y su sonrisa resplandecía aún más luminosa en su hermoso rostro. Pierre miró con ojos casi asustados y entusiasmados a esa belleza cuando pasó por delante de él.

—Muy hermosa —dijo el príncipe Andréi.

—Mucho —secundó Pierre.

Al cruzárselo, el príncipe Vasili cogió a Pierre por el brazo y se volvió hacia Anna Pávlovna.

—Edúqueme a este oso —dijo—. Hace un mes que vive en mi casa y es la primera vez que lo veo en sociedad. No hay nada más necesario para un joven que la compañía de mujeres inteligentes.

IV

Anna Pávlovna sonrió y prometió ocuparse de Pierre, que, como ella sabía, era pariente del príncipe Vasili por parte de padre. La dama entrada en años que antes estaba sentada con *ma tante* se levantó rápidamente y alcanzó al príncipe Vasili en la antesala. El interés fingido de antes se había borrado de su cara. Su semblante afable y lloroso ahora solo expresaba inquietud y temor.

—¿Qué me dice, príncipe, de mi Borís? —dijo (pronunciaba el nombre de Borís haciendo especial énfasis en la «o»)—. No puedo quedarme más tiempo en San Petersburgo. Dígame, ¿qué noticias le llevo a mi pobre niño?

A pesar de que el príncipe Vasili atendía a aquella dama entrada en años con desgana, casi con descortesía e incluso mostrando impaciencia, ella le sonreía con dulzura y cariño y, para que no se marchara, lo sujetó del brazo.

—Basta una sola palabra suya a su majestad para que Borís sea trasladado inmediatamente a la Guardia[56].

—Créame, haré todo lo que pueda, princesa —le respondió el príncipe Vasili—, pero me resulta difícil pedirle algo a su majestad; le aconsejo que acuda a Rumiántsev por medio del príncipe Golitsyn: eso sería más inteligente.

La mujer entrada en años era la princesa Drubetskaia, de una de las mejores familias de Rusia; pero era pobre, llevaba mucho tiempo retirada del gran mundo y había perdido sus antiguas relaciones.

Ese día estaba ahí con la idea de colocar en la Guardia a su único hijo. Solo para ver al príncipe había conseguido una invitación a la velada de Anna Pávlovna; solo con ese fin había escuchado la historia del vizconde. Las palabras del príncipe Vasili la asustaron; su rostro, en otro tiempo hermoso, expresó ira, pero solo un momento. De nuevo sonrió y sujetó al príncipe por el brazo aún con más fuerza.

—Escúcheme, príncipe —dijo ella—, nunca le he pedido ni le volveré a pedir nada, y jamás le he recordado la amistad de mi padre con usted. Pero ahora le ruego por Dios que haga esto por mi hijo y le consideraré mi bienhechor —añadió apresuradamente—. No, no se enfade y prométamelo. Ya se lo pedí a Golitsyn y se negó. *Soyez le bon enfant que vous avez été*[57] —dijo, tratando de sonreír mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Papá, llegaremos tarde —dijo la princesa Hélène volviendo su hermosa cabeza sobre esos hombros de belleza clásica; le estaba esperando en la puerta.

Pero la influencia en la alta sociedad es un capital que se debe cuidar para que no se agote. El príncipe Vasili lo sabía y, en cuanto comprendió que si

intercedía por todas las personas que se lo pedían pronto no podría solicitar nada para sí mismo, raramente hacía uso de su influencia. Sin embargo, en el caso de la princesa Drubetskaia, después de ese último ruego, sintió algo parecido a un remordimiento de conciencia. Ella le había recordado la verdad: los primeros pasos de su carrera se los debía a su padre. Además, por las formas había visto que era una de esas mujeres, sobre todo madres, que una vez se les ha metido algo en la cabeza no paran hasta que se cumple su deseo; en caso contrario, están dispuestas a importunar cada día, a todas horas, e incluso a montar una escena. Esta última idea le hizo vacilar.

—*Chère* Anna Mijáilovna —dijo con su habitual familiaridad y voz aburrida—, para mí es casi imposible hacer lo que me pide; pero, para demostrarle cuánto la quiero y cómo respeto la memoria de su difunto padre, haré lo imposible: su hijo será trasladado a la Guardia, aquí tiene mi mano. ¿Está satisfecha?

—¡Querido mío, es usted mi bienhechor! No esperaba otra cosa de usted, sabía lo bueno que es.

El príncipe se dispuso a marcharse.

—Espere, dos palabras más. *Une fois passé aux gardes…*[58] —Vaciló—. Usted tiene buenas relaciones con Mijaíl Ilariónovich Kutúzov, recomiende a Borís como ayudante de campo. En ese caso yo estaría tranquila y entonces…

El príncipe Vasili sonrió.

—Eso no se lo prometo. No sabe cómo asedian a Kutúzov desde que lo nombraron comandante en jefe. Él mismo me ha dicho que todas las damas de Moscú se han confabulado para entregarle a sus hijos como ayudantes de campo.

—No, prométamelo, no le dejaré marchar, querido, mi bienhechor…

—¡Papá! —repitió con el mismo tono la hermosa hija—, vamos a llegar tarde.

—Bueno, *au revoir*, adiós, ya ve…

—Entonces ¿mañana informará a su majestad?

—Sin falta, pero lo de Kutúzov no se lo puedo prometer.

—No, prométamelo, prométamelo, *Basile* —le dijo a su espalda Anna Mijáilovna con una sonrisa de joven coqueta que en el pasado seguramente había sido habitual en ella, pero que ahora tan poco encajaba con su rostro marchito.

Al parecer había olvidado su edad y echaba mano, por costumbre, de todos sus antiguos recursos femeninos. Pero, en cuanto el príncipe salió, su rostro volvió a adoptar la misma expresión fría y fingida de antes. Volvió al

círculo en el que el vizconde continuaba con su relato y, de nuevo, hizo ver que le escuchaba, esperando el momento para marcharse, puesto que ya había cumplido con su objetivo.

—Pero ¿qué le parece esta última comedia *du sacre de Milan*[59]? —dijo Anna Pávlovna—. *Et la nouvelle comédie des peuples de Gênes et de Lucques, qui viennent présenter leurs voeux à M. Buonaparte assis sur un trône, et exauçant les voeux des nations! Adorable! Non, mais c'est à en devenir folle! On dirait, que le monde entier a perdu la tête*[60].

El príncipe Andréi sonrió y miró a Anna Pávlovna directamente a los ojos.

—«*Dieu me la donne, gare à qui la touche*» —dijo él (eran las palabras que Bonaparte había pronunciado en el momento de su coronación)—. *On dit qu'il a été très beau en prononçant ces paroles*[61] —añadió, y de nuevo repitió aquellas palabras en italiano: «*Dio mi la dona, guai a chi la tocca*».

—*J'espère en fin* —continuó Anna Pávlovna— *que ça a été la goutte d'eau qui fera déborder le verre. Les souverains ne peuvent plus supporter cet homme, qui menace tout*.[62]

—*Les souverains? Je ne parle pas de la Russie* —dijo el vizconde con cortesía y desesperanza—: *Les souverains, madame! Qu'ont ils fait pour Louis XVII, pour la reine, pour madame Elisabeth? Rien* —prosiguió, enciendiéndose—. *Et croyez-moi, ils subissent la punition pour leur trahison de la cause des Bourbons. Les souverains? Ils envoient des ambassadeurs complimenter l'usurpateur*.[63]

Y, suspirando con desprecio, volvió a cambiar de posición. El príncipe Ippolit, que llevaba un buen rato mirando al vizconde con los impertinentes, al oír estas palabras se volvió de repente con todo el cuerpo hacia la pequeña princesa, le pidió la aguja y se puso a mostrarle cómo era el escudo de los Condé dibujándolo sobre la mesa, con un aire tan expresivo que parecía que ella le hubiera pedido que lo hiciera.

—*Bâton de gueules, engrêlé de gueules d'azur –maison Condé*[64] —dijo.

La princesa le escuchaba con una sonrisa.

—Si Bonaparte continúa un año más en el trono de Francia —prosiguió el vizconde con la conversación iniciada, con el aire de quien no escucha a los demás, sino que, en un asunto que conoce mejor que nadie, se limita a seguir el discurrir de sus pensamientos—, las cosas llegarán demasiado lejos. Las intrigas, la violencia, los exilios y las ejecuciones destruirán para siempre la sociedad, es decir, la buena sociedad francesa, y entonces…

Se encogió de hombros y abrió los brazos. Pierre se dispuso a decir algo: la conversación le interesaba, pero Anna Pávlovna, que lo estaba vigilando, lo

interrumpió.

—El emperador Alejandro —dijo con la tristeza con la que siempre acompañaba sus palabras sobre la familia imperial— ha declarado que permitirá a los franceses que escojan su forma de gobierno. Y yo creo que no cabe duda de que toda nación que sea liberada del usurpador se lanzará a los brazos del rey legítimo —añadió Anna Pávlovna tratando de ser amable con el emigrado realista.

—Lo dudo —dijo el príncipe Andréi—. *Monsieur le vicomte* opina muy acertadamente que las cosas han llegado demasiado lejos. Creo que será difícil volver al pasado.

—Por cuanto he oído —volvió a terciar Pierre en la conversación, enrojeciendo— casi toda la nobleza ya se ha pasado al bando de Bonaparte.

—Eso lo dicen los bonapartistas —replicó el vizconde sin mirar a Pierre —. Ahora es difícil conocer la opinión pública de Francia.

—*Bonaparte l'a dit*[65] —dijo el príncipe Andréi sonriendo. (Era evidente que el vizconde no le gustaba y que, aunque no lo mirara, estaba dirigiendo sus palabras contra él)—. «*Je leur ai montré le chemin de la gloire* —añadió tras un breve silencio, repitiendo de nuevo las palabras de Napoleón—: *ils n'en ont pas voulu; je leur ai ouvert mes antichambres, ils se sont précipités en foule…» Je ne sais pas à quel point il a eu le droit de le dire*.[66]

—*Aucun*[67] —replicó el vizconde—. Después del asesinato del duque hasta las personas más parciales han dejado de ver en él a un héroe. *Si même ça a été un héros pour certains gens* —dijo él volviéndose a Anna Pávlovna —, *depuis l'assassinat du duc il y a un martyr de plus dans le ciel, un héros de moins sur la terre*[68].

Aún no habían tenido Anna Pávlovna y los demás tiempo de reconocer las palabras del vizconde con una sonrisa cuando Pierre irrumpió de nuevo en la conversación, y Anna Pávlovna, aunque presentía que iba a decir algo indecoroso, ya no pudo detenerle.

—La ejecución del duque de Enghien —empezó Pierre— fue una necesidad de Estado; yo veo grandeza de espíritu en el hecho de que Napoleón no haya tenido miedo de cargar él solo con la responsabilidad de ese acto.

—*Dieu! Mon Dieu!* —susurró Anna Pávlovna espantada.

—*Comment, monsieur Pierre, vous trouvez que l'assassinat est grandeur d'âme?*[69] —preguntó la pequeña princesa sonriendo y acercándose la labor.

—*Ah! Oh!* —exclamaron distintas voces.

–*Capital!*[70] —dijo en inglés el príncipe Ippolit, y empezó a darse palmadas en la rodilla. El vizconde se limitó a encogerse de hombros.

Pierre miró triunfalmente a los oyentes por encima de las gafas.

—Digo esto —continuó con arrojo— porque los Borbones huyeron de la revolución entregando al pueblo a la anarquía; y solo Napoleón ha sabido comprender la revolución, vencerla, y, por eso, por el bien común, no podía detenerse ante la vida de un solo hombre.

—¿No quiere pasar a esa mesa? —dijo Anna Pávlovna. Pero Pierre, sin responderle, continuó con su discurso.

—Sí —dijo, animándose cada vez más—, Napoleón es grande porque se ha elevado por encima de la revolución frenando sus abusos y manteniendo todo lo bueno: la igualdad de los ciudadanos, la libertad de expresión y de prensa, y solo por eso ha conseguido el poder.

—Si una vez conseguido el poder no lo hubiera empleado para asesinar y se lo hubiera entregado al rey legítimo —dijo el vizconde—, entonces lo llamaría gran hombre.

—No podía hacer eso. El pueblo le entregó el poder solo para que lo liberara de los Borbones, y porque vio en él a un gran hombre. La revolución fue algo grandioso —continuó *monsieur* Pierre, delatando con esta frase temeraria y provocadora su enorme juventud y el deseo de expresar todas sus ideas lo más rápido posible.

—¿La revolución y el regicidio algo grandioso?… Después de esto… Pero ¿no quiere pasar a esa mesa? —insistió Anna Pávlovna.

—*Contrat social*[71] —dijo el vizconde con una sonrisa mansa.

—No estoy hablando de regicidio. Hablo de ideas.

—Sí, las ideas de saqueo, asesinato y regicidio —le volvió a interrumpir una voz irónica.

—Eso fueron excesos, por supuesto, pero no es ahí donde está todo su sentido, sino en los derechos humanos, en la superación de los prejuicios, en la igualdad de los ciudadanos; y Napoleón ha mantenido todas estas ideas con todo su vigor.

—Libertad e igualdad —dijo el vizconde con desprecio, como si finalmente hubiera decidido demostrarle en serio a aquel joven toda la estupidez de su discurso— no son más que palabras altisonantes que ya llevan tiempo desacreditadas. ¿Quién no ama la libertad y la igualdad? Nuestro Salvador ya predicaba la libertad y la igualdad. ¿Acaso después de la revolución la gente es más feliz? Al contrario. Queríamos la libertad, y Bonaparte la ha destruido.

El príncipe Andréi miraba con una sonrisa a Pierre, al vizconde y a la dueña de la casa alternativamente. En un primer momento, los exabruptos de Pierre horrorizaron a Anna Pávlovna, a pesar de su experiencia en sociedad; pero cuando vio que las sacrílegas palabras de Pierre no hacían que el vizconde perdiera los estribos, y cuando llegó a la conclusión de que ya era imposible cortar la alocución, reunió fuerzas y, uniéndose al vizconde, decidió atacar al orador.

—*Mais, mon cher monsieur Pierre*[72] —dijo Anna Pávlovna—, ¿cómo puede calificar de gran hombre a alguien que ha ejecutado a un duque, a una persona sencilla al fin y al cabo, sin juicio y sin ser culpable?

—Yo le preguntaría —dijo el vizconde— cómo explica el *monsieur* el 18 brumario[73]. ¿Acaso aquello no fue un engaño? *C'est un escamotage, qui ne ressemble nullement à la manière d'agir d'un grand homme*.[74]

—¿Y los prisioneros de África a los que mató? —intervino la pequeña princesa—. ¡Es terrible! —Y se encogió de hombros.

—*C'est un roturier, vous aurez beau dire*[75] —dijo el príncipe Ippolit.

Monsieur Pierre no sabía a quién contestar; miró a todos y sonrió. Su sonrisa no era como la de los demás, que se funde con una no sonrisa. Al contrario, cuando Pierre sonreía inmediatamente desaparecía de su rostro todo lo serio e incluso sombrío, y aparecía en su lugar algo infantil, bondadoso, hasta ligeramente bobo, que parecía pedir perdón.

Para el vizconde, que era la primera vez que lo veía, resultaba claro que aquel jacobino no era en absoluto tan temible como sus palabras. Todo el mundo se quedó callado.

—¿Cómo quieren que les conteste a todos a la vez? —terció el príncipe Andréi—. Además, en las acciones de un hombre de Estado hay que diferenciar las del individuo particular, las del jefe militar y las del emperador. Así es como lo veo.

—Sí, sí, naturalmente —lo secundó Pierre, alegre de que hubiera acudido en su ayuda.

—No puede dejar de reconocerse —prosiguió el príncipe Andréi— que Napoleón actuó como un gran hombre en el puente de Arcole o en el hospital de Jaffa, donde estrechó la mano a los apestados, pero… pero hay otras acciones difíciles de justificar.

El príncipe Andréi, que probablemente había querido suavizar la incomodidad que las palabras de Pierre habían causado, se puso de pie con la intención de irse y le hizo una señal a su mujer.

De pronto el príncipe Ippolit se levantó, detuvo a todo el mundo haciendo un gesto con las manos, les rogó que se volvieran a sentar y dijo:

—*Ah! aujourd'hui on m'a raconté une anecdote moscovite, charmante: il faut que je vous en régale. Vous m'excusez, vicomte, il faut que je raconte en russe. Autrement on ne sentira pas le sel de l'histoire*[76].

Y se puso a hablar en ruso, pero con la pronunciación de un francés que ha pasado alrededor de un año en Rusia. Todos se detuvieron: tanta era la animación e insistencia con la que el príncipe Ippolit les exigía que prestaran atención a su historia.

—En *Moscou* había una dama, *une dame*. Era *mucho* tacaña. Cuando iba en carruaje le gustaba llevar a dos *valets de pied*[77] en el pescante trasero. *Mucho* altos: así le gustaba a ella. Pero solo tenía *une femme de chambre*[78], muy alta. Y le dijo… —En ese momento se paró a pensar, al parecer con dificultades para seguir—. Le dijo… Sí, le dijo: «Muchacha (*à la femme de chambre*), ponte *una livrée*[79] y móntate en el pescante trasero de *la* carruaje para *faire des visites*[80]».

Aquí el príncipe Ippolit resolló y estalló en una carcajada mucho antes que sus oyentes, lo que produjo una impresión poco beneficiosa para él. No obstante, muchos —entre otros, la dama entrada en años y Anna Pávlovna— sonrieron.

—Y se puso en marcha. Pero de repente se levantó *una* fuerte viento y a la muchacha *la* sombrero se le fue volando y su largo cabello quedó al descubierto… —Aquí ya no pudo contenerse más, empezó a reírse entrecortadamente, y, entre risas, pronunció—: Y todo el mundo lo descubrió…

Así acababa la historia. Aunque nadie entendía para qué la había contado y por qué había sido indispensable que lo hiciera en ruso, Anna Pávlovna y otros apreciaron la mundana galantería del príncipe Ippolit, que, de un modo tan agradable, ponía punto final al desagradable y descortés exabrupto de *monsieur* Pierre. Después de esta historia, la conversación se disipó en pequeños e insignificantes chismes sobre algún baile o espectáculo futuro y pasado, y sobre cuándo y dónde se volverían a ver.

V

Después de dar las gracias a Anna Pávlovna por su *charmante soirée*[81] los invitados empezaron a retirarse.

Pierre era torpe. Grueso, más alto de lo habitual, ancho, con unas manos enormes y rojas, no sabía entrar en un salón, como se suele decir, y aún menos salir de él; esto es, no sabía decir algo especialmente encantador antes de marcharse. Además, era despistado. Al levantarse, en vez de su sombrero, cogió el tricornio emplumado de un general y lo sostuvo, tirando de las plumas, hasta que el general le rogó que se lo devolviera. Pero todo su despiste y torpeza para entrar en un salón y para hablar en él quedaban compensados por su expresión bondadosa, sencilla y modesta. Anna Pávlovna se volvió hacia él y, para expresarle con docilidad cristiana que le perdonaba los exabruptos, le hizo un gesto con la cabeza y le dijo:

—Espero volverle a ver, pero también espero que cambie de ideas, mi querido *monsieur* Pierre.

Él no respondió nada a estas palabras y se limitó a inclinarse mostrando de nuevo a todo el mundo su sonrisa, que no decía nada, o acaso algo como: «Las ideas son solo ideas, pero ya ven qué buen muchacho soy». Y todos, hasta Anna Pávlovna, lo percibieron aunque no quisieran.

El príncipe Andréi salió al recibidor y, mientras le ofrecía los hombros a un lacayo que le estaba poniendo la capa, escuchaba con indiferencia el parloteo de su mujer con el príncipe Ippolit, que también había salido. Este estaba al lado de la encantadora princesa embarazada, y la miraba con obstinación a través de los impertinentes.

—Entre, *Annette*, se va a resfriar —le dijo la pequeña princesa a Anna Pávlovna al despedirse de ella—. *C'est arrêté*[82] —añadió en voz baja.

Anna Pávlovna ya había tenido tiempo de tratar con Liza su proyecto de matrimonio entre Anatol y la cuñada de la pequeña princesa.

—Confío en usted, querida amiga —le respondió Anna Pávlovna también en voz baja—; escríbale y cuénteme *comment le père envisagera la chose. Au revoir*[83]. —Y salió del recibidor.

El príncipe Ippolit se acercó a la pequeña princesa e, inclinando su rostro muy cerca de ella, le dijo algo en un medio susurro.

Dos lacayos, uno de la princesa y otro de él, esperaban con un chal y un redingote a que acabaran de hablar; oían la conversación en francés —incomprensible para ellos— con cara de entenderla pero de no querer demostrarlo. La princesa, como siempre, hablaba con una sonrisa y escuchaba riendo.

—Estoy muy contento de no haber ido a la fiesta del embajador —dijo el príncipe Ippolit—: qué aburrimiento… Ha sido una velada maravillosa, ¿no es cierto?

—Dicen que el baile será espléndido —respondió la princesa levantando el labio ligeramente velludo—. Estarán todas las mujeres hermosas de la alta sociedad.

—No todas, usted no estará; no todas —dijo el príncipe Ippolit riendo alegremente.

Le cogió el chal al lacayo, al que incluso llegó a empujar, y se lo puso a la princesa. Por torpeza o intencionadamente (nadie podría asegurarlo) estuvo un buen rato sin apartar los brazos después de habérselo colocado, como si la estuviera abrazando.

Ella se apartó con gracia, pero sin dejar de sonreír, se volvió y miró a su marido. El príncipe Andréi tenía los ojos cerrados: tan cansado y soñoliento parecía.

—¿Está lista? —le preguntó a su mujer recorriéndola con una mirada.

El príncipe Ippolit se puso apresuradamente el redingote, que, según la nueva moda, le llegaba hasta los talones, y embrollándose con él, salió corriendo al porche detrás de la princesa, a la que el lacayo estaba ayudando a subir al coche.

—*Princesse, au revoir* —gritó, trabándose tanto con la lengua como con los pies.

La princesa, recogiéndose el vestido, se sentó en la oscuridad del coche; su marido se ajustó el sable mientras el príncipe Ippolit, con el pretexto de ayudar, molestaba a todos.

—Per-mí-ta-me, señor —le dijo en ruso de un modo seco y desagradable el príncipe Andréi al príncipe Ippolit, que no le dejaba pasar—. Y a ti te espero, Pierre —dijo la misma voz, ahora dulce y cariñosa, del príncipe Andréi.

El cochero tiró de las riendas y las ruedas del carruaje empezaron a hacer ruido. El príncipe Ippolit se reía nerviosamente mientras esperaba al vizconde, al que había prometido llevar hasta su casa.

—*Eh bien, mon cher, votre petite princesse est très bien, très bien* —dijo el vizconde al sentarse en el carruaje con Ippolit—. *Mais très bien*. —Se besó las puntas de los dedos—. *Et tout-à-fait française*.[84]

El príncipe Ippolit resolló y empezó a reír.

—*Et savez-vous que vous êtes terrible avec votre petit air innocent* —continuó el vizconde—. *Je plains le pauvre mari, ce petit officier, qui se donne des airs de prince régnant*.[85]

Ippolit volvió a resollar y, entre risotadas, dijo:

—*Et vous disiez, que les dames russes ne valaient pas les dames françaises. Il faut savoir s'y prendre*.[86]

Pierre llegó primero, como persona de confianza, y se dirigió al gabinete del príncipe Andréi; una vez allí, se tumbó de inmediato en el diván, como de costumbre, y cogió el primer libro que encontró en la balda (se trataba de los *Comentarios* de César[87]); apoyado sobre un codo, se puso a leerlo por la mitad.

—¿Qué le has hecho a *mademoiselle* Scherer? Ahora se pondrá definitivamente enferma —dijo el príncipe Andréi entrando en el gabinete y frotándose sus pequeñas manos blancas.

Pierre volvió el cuerpo e hizo crujir el diván; miró al príncipe Andréi con el rostro animado y, sonriendo, hizo un ademán.

—No, ese abad era muy interesante, pero no entiende el asunto como es debido… Creo que la paz perpetua es posible, pero no sé cómo decirlo… No mediante el equilibrio político…

Al parecer al príncipe Andréi no le interesaban semejantes conversaciones abstractas.

—No puedes, *mon cher*, decir lo que piensas en todas partes. Bueno, ¿qué? ¿Te has decidido finalmente por algo? ¿Serás caballero de la Guardia o diplomático? —preguntó al cabo de un breve silencio.

Pierre se sentó en el diván con las piernas encogidas.

—Figúrese, aún no lo sé. No me gusta ni lo uno, ni lo otro.

—Pero ¡tienes que decidirte por algo! Tu padre está esperando.

A los diez años Pierre había sido enviado con un abad como preceptor al extranjero, donde estuvo hasta los veinte. Cuando regresó a Moscú su padre prescindió del abad y le dijo al joven: «Ahora ve a San Petersburgo, echa un vistazo y elige algo. Estaré de acuerdo con todo. Aquí tienes una carta para el príncipe Vasili y aquí, dinero. No dejes de escribirme, te ayudaré en todo». Pierre llevaba ya tres meses decidiéndose por una carrera, pero no hacía nada. Y el príncipe Andréi le estaba preguntando sobre su decisión. Pierre se secó la frente.

—Seguro que es masón —dijo, refiriéndose al abad de la velada.

—Todo eso son tonterías —le cortó de nuevo el príncipe Andréi—, mejor hablemos de lo importante. ¿Has estado en la Guardia montada?…

—No, no he estado, pero escuche esto que he pensado y que le quería decir. Ahora hay una guerra contra Napoleón. Si fuera una guerra por la libertad, lo entendería, y sería el primero en ingresar en la carrera militar; pero ayudar a Inglaterra y a Austria contra el hombre más grande del mundo… no está bien.

El príncipe Andréi se limitó a encogerse de hombros ante las pueriles palabras de Pierre. Hizo ver que no era necesario responder a bobadas así; pero realmente a esa cuestión inocente era difícil contestar algo distinto a lo que él contestó.

—Si todo el mundo luchara solo por sus convicciones, no habría guerras —dijo.

—Pues eso sería fantástico —respondió Pierre.

El príncipe Andréi sonrió.

—Es muy posible que fuera fantástico, pero es algo que nunca sucederá…

—Bueno, y ¿por qué va usted a la guerra? —preguntó Pierre.

—¿Por qué? No lo sé. Hay que hacerlo. Además, voy… —se interrumpió—. Voy porque la vida que llevo aquí… ¡esta vida no es para mí!

VI

En la habitación de al lado se oyó el frufrú de un vestido femenino. Como si volviera en sí, el príncipe Andréi se espabiló, y en su rostro se dibujó la misma expresión que en el salón de Anna Pávlovna. Pierre bajó los pies del diván. Entró la princesa. Llevaba otro vestido, de casa, pero igual de elegante y fresco. El príncipe Andréi se levantó y le acercó un sillón cortésmente.

—¿Por qué, pienso a menudo —empezó a decir la princesa, como siempre en francés, sentándose enseguida en el sillón y con aire preocupado—, por qué *Annette* no se ha casado? ¡Qué tontos son todos ustedes, *messieurs*, por no haberse casado con ella! Perdónenme, pero no entienden nada de nada de mujeres. ¡Qué discutidor es usted, *monsieur* Pierre!

—Tampoco dejo de discutir con su marido; no entiendo por qué quiere ir a la guerra —dijo Pierre sin ceremonias (algo tan habitual en las relaciones entre un hombre joven y una muchacha), volviéndose hacia la princesa.

La princesa se estremeció. Al parecer, estas palabras la habían tocado en lo más vivo.

—¡Ah, lo mismo digo yo! —exclamó—. No comprendo, no entiendo de ninguna manera por qué los hombres no pueden vivir sin la guerra. ¿Por qué nosotras, las mujeres, no queremos nada, no necesitamos nada? Bueno, júzguelo usted mismo. No dejo de decirle: aquí es ayudante de campo del tío, la posición más brillante. Todo el mundo lo conoce y lo valora mucho. Hace unos días, en casa de los Apraksin, una dama preguntó: *«C'est ça le fameux prince André?». Ma parole d'honneur!*[88] —Se echó a reír—. Así es como lo reciben en todas partes. Puede llegar fácilmente a ser ayudante del emperador. Sabe, su majestad habló con él muy afectuosamente. *Annette* y yo estuvimos comentando que sería muy fácil arreglarlo. ¿Qué piensa usted?

Pierre miró al príncipe Andréi y, al darse cuenta de que aquella conversación no era del agrado de su amigo, no respondió nada.

—Y ¿usted cuándo se marcha? —le preguntó a la princesa.

—*Ah! ne me parlez pas de ce départ, ne m'en parlez pas. Je ne veux pas en entendre parler*[89] —dijo ella con ese tono entre juguetón y caprichoso con el que había hablado con Ippolit en el salón y que, evidentemente, tan fuera de lugar estaba en el círculo familiar, donde Pierre era como un miembro más—. Hoy, cuando he pensado que debo cortar con estas relaciones que tanto aprecio… Y además, ¿sabes, *André*? —pestañeó a su marido intencionadamente—. *J'ai peur, j'ai peur!*[90] —susurró con un temblor en la espalda.

El marido la miró como sorprendido de que, además de Pierre y de él, hubiera otra persona en el gabinete. Y, con fría cortesía, se volvió interrogativamente hacia ella:

—¿De qué tienes miedo, Liza? No lo puedo entender —dijo.

—Qué egoístas son todos los hombres; ¡todos, son todos unos egoístas! Por un capricho, Dios sabe por qué, me abandona y me encierra sola en el campo.

—Con mi padre y mi hermana, no lo olvides —replicó Andréi con voz suave.

—De todos modos sola, sin *mis* amigos… Y quiere que no tenga miedo.

Su tono ahora era gruñón y el labio se le levantó, lo que ya no le daba a su rostro una expresión alegre, sino de animalillo, como de ardilla. Luego se calló, como si le pareciera indecoroso hablar de su embarazo delante de Pierre, cuando este era el meollo del asunto.

—Sigo sin entender *de quoi vous avez peur*[91] —dijo lentamente el príncipe Andréi sin apartar la mirada de su mujer.

La princesa enrojeció y agitó las manos con desesperación.

—*Non, André, je dis que vous avez tellement, tellement changé…*[92]

—Tu médico te mandó que te acostaras temprano —dijo él—. Tendrías que irte a dormir.

La princesa no respondió nada, y de repente su labio corto y cubierto de un ligero vello empezó a temblar. El príncipe, después de levantarse y de encogerse de hombros, empezó a pasear por el gabinete.

Pierre, sorprendido, miraba ingenuamente a través de sus gafas primero al príncipe, después a la princesa, y empezó a removerse, como si también él quisiera levantarse, pero cambió de opinión.

—¡Qué más me da que esté aquí *monsieur* Pierre! —exclamó repentinamente la pequeña princesa, y su bonito rostro se transformó en el acto en una mueca lacrimosa—. Ya hace tiempo que te lo quería preguntar, *André*: ¿por qué has cambiado tanto conmigo? ¿Qué te he hecho? Te marchas al ejército, no sientes lástima por mí. ¿Por qué?

—*Lise!* —dijo solamente el príncipe; pero en esta palabra había súplica, amenaza y, sobre todo, la seguridad de que ella misma se arrepentiría de lo que decía.

Sin embargo, la princesa continuó apresuradamente:

—Me tratas como a una enferma o a un niño. Me doy cuenta de todo. ¿Acaso eras así hace medio año?

—*Lise*, le ruego que no siga —dijo el príncipe Andréi de un modo aún más expresivo.

Pierre, cada vez más agitado, se levantó y se acercó a la princesa. Parecía que no pudiera soportar ver las lágrimas y que también estuviera a punto de romper a llorar.

—Cálmese, princesa. Solo se lo parece, porque le aseguro que yo mismo he sentido… que… porque… No, perdone, aquí estoy de más… No, cálmese… Adiós…

El príncipe lo retuvo por el brazo.

—No, espera, Pierre. La princesa es tan buena que no querrá privarme del placer de pasar la velada contigo.

—Ah, solo piensa en él —exclamó la princesa, sin poder contener unas lágrimas de enfado.

—*Lise* —dijo el príncipe Andréi con voz seca, alzando el tono hasta ese punto que indica que a uno se le ha agotado la paciencia.

De pronto la expresión de ardilla enojada de aquella bonita carita se transformó en atractiva y lastimera expresión de miedo; los hermosos ojitos miraron con ceño a su marido y en su rostro apareció esa expresión temerosa

y culpable que tienen los perros al bajar la cola y menearla rápida y débilmente.

—*Mon Dieu, mon Dieu!* —dijo, y, recogiéndose con una mano el pliegue del vestido, se acercó a su marido y le besó la frente.

—*Bonsoir, Lise* —dijo el príncipe, levantándose cortésmente y besándole la mano como a una extraña.

Los amigos guardaban silencio. Ni el uno ni el otro arrancaba a hablar. Pierre miraba de vez en cuando al príncipe Andréi, que se secaba la frente con su pequeña mano.

—Vamos a cenar —dijo suspirando; se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Entraron en un comedor elegante, con acabados nuevos y lujosos. Todo, desde las servilletas hasta la plata, la loza y el cristal, tenía esa huella especial de lo nuevo, propio de la casa de un matrimonio joven. En mitad de la cena el príncipe Andréi se apoyó sobre un codo y, como quien lleva algo guardado desde hace tiempo en el corazón y de pronto decide sincerarse, con una expresión de nerviosa irritación que Pierre nunca había visto en su amigo, empezó a decir:

—Nunca, nunca te cases, amigo mío; este es mi consejo: nunca te cases hasta que no te digas a ti mismo que has hecho todo lo que querías, hasta que no dejes de amar a la mujer que has elegido, hasta que no la veas con claridad; si no, te equivocarás de un modo cruel e irremediable. Cásate cuando seas viejo, inútil para todo… Si no, todo lo bueno y elevado que hay en ti se echará a perder. Todo se dispersará en pequeñeces. ¡Sí, sí, sí! No me mires con esa cara de sorpresa. Si esperas hacer algo en el futuro, a cada paso que des sentirás que todo ha acabado para ti, que todo se ha cerrado, excepto el salón donde estarás al mismo nivel que un lacayo de la corte y que un idiota… ¡Bah!…

Agitó una mano con energía.

Pierre se quitó las gafas, lo que le mudó el semblante, aún más bonachón que antes, y miró a su amigo sorprendido.

—Mi esposa —continuó el príncipe— es una mujer magnífica. Es una de esas escasas mujeres con las que uno puede estar tranquilo por su honor; pero, Dios mío, ¡lo que ahora daría por no estar casado! Eres la primera y la única persona a la que se lo he dicho, y eso es porque te quiero.

Al decir esto el príncipe Andréi se parecía aún menos que antes a ese Bolkonski que se había apoltronado en los sillones de Anna Pávlovna,

pronunciando entre dientes palabras en francés y entornando los ojos. Cada músculo de su rostro temblaba con una animación nerviosa; los ojos, en los que la llama de la vida parecía haberse apagado, tenían ahora un brillo radiante y vivo. Estaba claro que cuanto más falto de vida parecía comúnmente, más enérgico era en esos momentos de irritación casi enfermiza.

—No entiendes por qué digo esto —prosiguió—. Y esto es la historia de la vida. Tú dices: Bonaparte y su carrera —afirmó, aunque Pierre no había hablado de Bonaparte—. Tú dices: Bonaparte; pero Bonaparte ha avanzado paso a paso hacia su objetivo, ha sido libre, no ha tenido nada aparte de ese objetivo, y lo ha alcanzado. Sin embargo, átate a una mujer y, como un galeote encadenado, perderás toda la libertad. Todas las esperanzas y fuerzas que hay en ti te oprimirán, y te atormentará el arrepentimiento. Salones, chismorreos, bailes, vanidad, nulidad: este es el círculo vicioso del que no puedo salir. Me voy a la guerra, a la guerra más grande que jamás se haya visto, y no sé nada ni sirvo para nada. *Je suis très aimable et très caustique*[93] —añadió—, y en casa de Anna Pávlovna me escuchan. Y esa estúpida sociedad sin la que mi esposa no puede vivir, y esas mujeres… ¡Si pudieras saber cómo son realmente *toutes les femmes distinguées*[94] y las mujeres en general! Mi padre tiene razón. Egoísmo, vanidad, necedad, inutilidad para todo: así son las mujeres cuando se muestran como realmente son. Cuando las ves en el gran mundo parece que tienen algo, pero ¡no tienen nada, nada, nada! No, no te cases, querido mío, no te cases —concluyó.

—Me parece ridículo —dijo Pierre— que *usted* se considere *a sí mismo, a sí mismo,* inútil, y que crea que su vida se ha echado a perder. Lo tiene todo por delante, todo… Y usted…

No terminó la frase, pero su tono ya manifestaba la opinión elevada que tenía de su amigo y cuánto esperaba de él en el futuro.

«¡Cómo puede decir eso!», pensaba Pierre, que tenía al príncipe Andréi por un modelo de perfección justamente porque reunía en un grado máximo todas las cualidades que a él le faltaban y que se podían resumir en el siguiente concepto: fuerza de voluntad. A Pierre siempre le había admirado la capacidad de su amigo de tratar tranquilamente con personas de toda condición, su extraordinaria memoria, su erudición (lo había leído todo, lo sabía todo, de todo tenía una idea) y, sobre todo, su capacidad de trabajo y estudio. Si bien a menudo Pierre se sorprendía de la incapacidad de Andréi para la filosofía contemplativa (a la que él era especialmente propenso), tampoco en eso veía una carencia, sino fuerza.

En las mejores relaciones, las más sencillas y amistosas, el halago y la alabanza son tan imprescindibles como la grasa para que las ruedas giren.

—*Je suis un homme fini*[95] —afirmó el príncipe—. ¿Qué se puede decir de mí? Mejor hablemos de ti —continuó, y se quedó callado, sonriendo a sus consoladoras ideas. El rostro de Pierre reflejó al instante esta sonrisa.

—Y ¿qué se puede decir de mí? —preguntó Pierre ensanchando la boca con una sonrisa despreocupada y alegre—. ¿Qué soy yo? *Je suis un bâtard*[96]. —Y de pronto enrojeció de pies a cabeza. Era evidente que había hecho un gran esfuerzo para decirlo—. *Sans nom, sans fortune…*[97] Y bueno, en verdad… —Pero no acabó la frase—. De momento soy libre y estoy bien. Pero no sé por dónde empezar. Quería pedirle consejo seriamente.

El príncipe lo miró con ojos bondadosos. Pero en esta mirada amistosa y cariñosa se percibía, pese a todo, la conciencia de su superioridad.

—Te aprecio, sobre todo, porque eres la única persona de nuestro ambiente que está viva. Lo tienes bien; elige lo que quieras, da igual. En todas partes te irá bien, pero debo decirte una cosa: deja de salir con Kuraguin, deja de llevar esa vida. No va contigo para nada: todas esas juergas y parrandas, y todo…

—*Que voulez-vous, mon cher* —dijo Pierre encogiéndose de hombros—, *les femmes, mon cher, les femmes!*[98]

—No lo entiendo —respondió Andréi—. *Les femmes comme il faut* son una cosa. Pero *les femmes de Kuraguin, les femmes et le vin*[99], ¡eso no lo entiendo!

Pierre vivía en casa del príncipe Vasili Kuraguin y participaba en la vida disoluta de su hijo Anatol, el mismo al que pretendían casar con la hermana del príncipe Andréi para enderezarlo.

—¿Sabe qué? —dijo Pierre como si de pronto le hubiera asaltado un pensamiento alegre—. De verdad, hace tiempo que lo pensaba. Con esta vida no puedo decidir nada ni reflexionar: sufro dolores de cabeza, me falta dinero. Hoy me ha invitado, pero no iré.

—Dame tu palabra de honor de que no irás.

—¡Palabra de honor!

Ya era más de la una cuando Pierre salía de casa de su amigo. Era una noche clara, como son las noches de junio[100] en San Petersburgo. Tomó un coche de punto con la intención de irse a casa. Pero, cuanto más cerca estaba, más incapaz se veía de dormirse en una noche así, que más parecía un atardecer o

un amanecer. La vista alcanzaba muy lejos por las calles vacías. Por el camino recordó que esa noche sus compañeros habituales de juego se reunían en casa de Anatol Kuraguin, y que por lo común de ahí seguía una juerga que terminaba con una de sus diversiones predilectas.

«Estaría bien pasarme por casa de Kuraguin», pensó. Pero enseguida recordó que le había dado su palabra al príncipe Andréi de no volverla a frecuentar.

Sin embargo, un instante después, como es habitual en las personas de las que se dice que no tienen carácter, le entraron unas ganas tan irreprimibles de disfrutar una vez más de aquella vida libertina que tan bien conocía que decidió ir. Enseguida concluyó que la palabra dada no significaba nada porque, antes que al príncipe Andréi, le había dado al príncipe Anatol su palabra de que iría; finalmente se dijo que todo eso de las palabras de honor son cosas circunstanciales que carecen de un sentido concreto, sobre todo cuando uno tiene en cuenta que quizá al día siguiente muera o le suceda algo tan extraordinario que ya no existan ni el honor ni el deshonor. Este tipo de razonamiento, que echaba por tierra todas sus decisiones y propósitos, a menudo dominaba a Pierre. Se dirigió, así pues, a casa de Kuraguin.

Al llegar al porche iluminado de la gran casa en la que vivía Anatol, al lado del cuartel de la Guardia montada, subió por la escalera y entró por la puerta, que estaba abierta. No había nadie en el recibidor. Vio botellas vacías, capas y chanclos tirados por el suelo; olía a vino y a lo lejos se oían gritos.

Tanto el juego como la cena ya habían acabado, pero los invitados aún no se habían ido. Pierre se quitó la capa y entró en la primera estancia, en la que vio los restos de la comida y a un lacayo que, creyendo que nadie le veía, apuraba a hurtadillas los vasos sin acabar. En la tercera estancia se oía alboroto, carcajadas, gritos de voces conocidas y el rugido de un oso. Unos ocho jóvenes se agolpaban ansiosos en la ventana abierta. Otros tres se divertían con un oso joven al que uno de ellos llevaba de una cadena, asustando a los demás.

—¡Apuesto cien por Stevens! —gritaba uno.

—Pero ¡no vale que se sujete! —gritaba otro.

—¡Yo apuesto por Dólojov! —gritaba un tercero—. Kuraguin, tú arbitras.

—Vamos, dejad ya a Mishka[101], que estamos apostando.

—Todo de un trago; si no, has perdido —gritaba un cuarto.

—¡Yákov! ¡Trae la botella, Yákov! —gritaba el dueño de la casa, un joven atractivo y alto que estaba en medio de la multitud con apenas una

camisa fina, abierta por la mitad del pecho—. Esperen, señores. Aquí tenemos a nuestro querido amigo Petrusha —dijo, volviéndose hacia Pierre.

Otra voz, la de un hombre de estatura mediana de ojos claros y azules, que destacaba de una manera especial por su sobriedad en medio de todas esas voces ebrias, gritó desde la ventana:

—¡Ven aquí, arbitra la apuesta!

Era Dólojov, oficial del regimiento Semiónovski[102], famoso jugador y duelista que vivía en casa de Anatol. Pierre sonrió y miró alegremente a su alrededor.

—No entiendo nada. ¿De qué se trata? —preguntó.

—Esperad, no está borracho. Dame una botella —dijo Anatol, cogiendo un vaso de la mesa y acercándose a él.

—Antes de nada, bebe.

Pierre apuró un vaso tras otro, mirando de reojo a los invitados, que, borrachos, se agolpaban de nuevo en la ventana, y prestó oído al griterío. Anatol, mientras, le servía vino y le iba contando que Dólojov había apostado con Stevenson, un marino inglés que estaba con ellos, que era capaz de beberse una botella de ron sentado en la ventana del tercer piso con las piernas colgando por fuera.

—¡Venga, bébetela entera! —exclamó Anatol, dándole el último vaso a Pierre—. O ¡no te dejo marchar!

—No, no quiero más —dijo Pierre empujando a Anatol, y se acercó a la ventana.

Dólojov agarraba al inglés de un brazo y pronunciaba con claridad las reglas de la apuesta, dirigiéndose sobre todo a Anatol y a Pierre.

Dólojov era un joven de estatura media con el pelo rizado y los ojos claros y azules. Tenía unos veinticinco años. No llevaba bigote, como todos los oficiales de infantería, por lo que la boca, el rasgo más asombroso de su rostro, le quedaba completamente descubierta. El trazo de esta boca tenía una extraordinaria finura. En el centro, el labio superior caía enérgicamente formando un cono agudo sobre el firme labio inferior, y en las comisuras siempre surgía algo parecido a dos sonrisas, una a cada lado; todo lo cual, unido particularmente a su mirada segura, descarada e inteligente, producía tal impresión que hacía imposible no fijarse en su rostro. Dólojov no era rico y carecía de relaciones en las altas esferas. Y, a pesar de que Anatol se gastaba decenas de miles de rublos, él vivía en su casa y había logrado que todos los que los conocían le respetaran más que al propio Anatol. Dólojov jugaba a todo y casi siempre ganaba. Por más que bebiera, jamás perdía la

claridad de pensamiento. En aquel entonces tanto Kuraguin como Dólojov eran celebridades en el mundo de los noctámbulos y juerguistas de San Petersburgo.

Trajeron la botella de ron; dos lacayos visiblemente apremiados e intimidados por las indicaciones y gritos de los señores que los rodeaban intentaban arrancar el marco de la ventana, que impedía sentarse en el alféizar exterior.

Anatol, con su aire triunfal, se acercó a la ventana. Quería romper algo. Apartó a empujones a los lacayos y tiró del marco, pero este no cedía. Entonces rompió los cristales.

—Venga, tú, forzudo —se volvió hacia Pierre.

Pierre agarró los travesaños y tiró de ellos haciéndolos crujir, hasta arrancar el marco de roble.

—Sácalos del todo; si no, creerán que me estoy sujetando —dijo Dólojov.

—El inglés se gasta muchos humos… ¿Eh?… ¿Y bien?… —dijo Anatol.

—Ya está —dijo Pierre mirando a Dólojov, el cual cogió la botella de ron y se acercó a la ventana, por la que entraba la luz del cielo fundida con el crepúsculo matutino y vespertino.

Dólojov se subió de un salto a la ventana con la botella de ron en la mano:

—¡Atención! —gritó de pie sobre el alféizar dirigiéndose a todos. Guardaron silencio—. Apuesto cincuenta imperiales. —Hablaba en francés para que el inglés le entendiera, pero lo hablaba bastante mal—. ¿Quiere que sean cien? —añadió volviéndose hacia Stevens.

—No, cincuenta —respondió este.

—Bien, pues cincuenta imperiales a que me bebo la botella entera de ron sin despegarla ni un momento de la boca; me la beberé sentado en esta ventana, aquí —se inclinó y señaló un saliente de la pared que hacía pendiente, en la parte exterior de la ventana—, y sin agarrarme a nada… ¿De acuerdo?

—Muy bien —dijo el inglés.

Anatol se volvió hacia él, lo agarró por un botón del frac y, mirándole desde arriba (el inglés era bajo), le repitió en su idioma las reglas de la apuesta.

—¡Espera! —gritó Dólojov golpeando con la botella en la ventana para que le prestaran atención—. Espera, Kuraguin; escuchad. Si alguien hace lo mismo que yo, le daré cien imperiales. ¿Entendido?

El inglés asintió con la cabeza sin dejar nada claro si tenía intención o no de aceptar la nueva apuesta. Anatol no lo soltaba y, a pesar de que él asentía

para demostrar que lo había entendido todo, le siguió traduciendo las palabras de Dólojov. Un jovencito flaco, húsar de la Guardia, que esa noche había perdido todo el dinero, se subió a la ventana, se asomó y miró hacia abajo.

—¡Uuu! —exclamó, al ver el empedrado de la acera.

—¡Silencio! —gritó Dólojov, y con brusquedad apartó de la ventana al oficial, el cual, enredándose con las espuelas, saltó torpemente al suelo.

Después de dejar la botella en el alféizar para poder cogerla con facilidad, Dólojov se subió a la ventana lentamente y con cuidado. Descolgó las piernas, se apoyó con las dos manos en los extremos, se afianzó y se sentó; soltó las manos, se movió a derecha y a izquierda y cogió la botella. Anatol trajo dos velas y las puso en el alféizar, aunque ya clareaba. Tanto la espalda de Dólojov en su camisa blanca como su cabeza de pelo rizado se veían iluminadas por ambos lados. Todos se apretujaron en la ventana. El inglés estaba delante. Pierre sonreía sin decir nada. Uno de los presentes, de más edad que el resto y con expresión asustada y colérica, dio de pronto unos pasos adelante con la intención de sujetar a Dólojov por la camisa.

—Señores, esto es un disparate; se va a matar —dijo, más sensato que los demás.

Anatol lo retuvo:

—No lo toques: lo asustarás y se matará. ¿Eh?… Y entonces ¿qué?… ¿Eh?…

Dólojov se volvió y se acomodó, sujetándose de nuevo con las manos.

—Si alguien más se vuelve a entrometer —dijo, dejando pasar las palabras lentamente a través de sus labios finos y apretados—, lo lanzaré ahí abajo. Así que ¡cuidado!

Y, después de decir «¡cuidado!», se dio la vuelta de nuevo, soltó las manos, cogió la botella, se la llevó a la boca, echó la cabeza hacia atrás y levantó la mano que tenía libre para hacer contrapeso. Uno de los lacayos, que había empezado a recoger los cristales, se detuvo encorvado sin apartar la mirada de la ventana ni de la espalda de Dólojov. Anatol estaba erguido y con los ojos muy abiertos. El inglés miraba de costado abultando los labios. El hombre que había tratado de detener a Dólojov corrió a un rincón de la sala y se echó en un diván cara a la pared. Pierre se tapó la cara y, aunque en los labios se le veía aún una débil sonrisa, su expresión ahora era de horror y pánico. Todo el mundo callaba. Pierre se quitó las manos de los ojos: Dólojov seguía sentado en la misma posición pero con la cabeza tan inclinada hacia atrás que el pelo rizado de su nuca rozaba el cuello de la camisa, y la mano que sostenía la botella se alzaba más y más arriba, temblando por el esfuerzo.

La botella se vaciaba visiblemente cuanto más se elevaba, y cuanto más se inclinaba la cabeza. «¿Por qué tarda tanto?», pensó Pierre. Tenía la impresión de que había pasado más de media hora. De repente Dólojov movió la espalda hacia atrás y la mano le tembló nerviosamente; este espasmo fue suficiente para mover todo el cuerpo, que estaba apoyado en el saliente inclinado de la ventana. Se estremeció entero, y tanto la mano como la cabeza temblaron con más intensidad por el esfuerzo. Entonces levantó una mano para agarrarse al alféizar, pero la volvió a bajar. Pierre cerró los ojos de nuevo y se dijo que no los volvería a abrir. De repente tuvo la sensación de que a su alrededor todo se empezaba a agitar. Echó una mirada: Dólojov estaba de pie sobre el alféizar con la cara pálida y alegre.

—¡Vacía!

Le lanzó la botella al inglés, que la atrapó con destreza. Dólojov saltó de la ventana. Olía muy fuerte a ron.

—¡Excelente! ¡Bravo! ¡Eso sí que es una apuesta! ¡Que el diablo se te lleve! —gritaban distintas voces.

El inglés, con la cartera en la mano, contaba el dinero. Dólojov fruncía el ceño en silencio. Pierre quiso subirse a la ventana de un salto.

—¡Señores! ¿Quién quiere apostar conmigo? Haré lo mismo que él —gritó de repente—. Y también sin apostar. Que me traigan una botella. Lo haré… ¡Que me la traigan!

—¡Dejadle, dejadle! —dijo Dólojov con una sonrisa.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? ¿Crees que te dejaremos hacerlo? Si tú te mareas hasta en las escaleras —exclamaron varias voces.

—¡Me la beberé entera, dadme una botella de ron! —gritaba Pierre dando un golpe decidido y ebrio en la mesa, y disponiéndose a salir por la ventana.

Intentaron cogerle por los brazos, pero era tan fuerte que despedía a todo el que se le acercaba.

—No, así no lo vamos a convencer —dijo Anatol—. Esperad, le voy a engañar. Escucha, acepto tu apuesta, pero mañana. Ahora vámonos todos a casa de … .

—¡Vámonos —gritó Pierre—, vámonos!… Y llevémonos a Mishka…

Agarró al oso, lo abrazó, lo levantó y se puso a bailar con él dando vueltas por la sala.

VII

El príncipe Vasili cumplió la promesa que en la velada de Anna Pávlovna le había hecho a la princesa Drubetskaia, cuando esta le pidió que intercediera por su único hijo Borís. Se informó de este al zar y, como algo excepcional, ingresó como alférez en la Guardia del regimiento Semiónovski. Sin embargo, no fue nombrado ayudante de campo ni agregado de Kutúzov, a pesar de todas las gestiones y artimañas de Anna Mijáilovna. Poco tiempo después de la velada de Anna Pávlovna, Anna Mijáilovna regresó a Moscú, directamente a casa de sus parientes ricos, los Rostov, donde se hospedaba cuando visitaba la ciudad; en esa casa había vivido muchos años y había sido criado desde la infancia su adorado Bórenka[103], que, recién ascendido a alférez del ejército, ingresó inmediatamente en la Guardia. El 10 de agosto[104] la Guardia ya había salido de San Petersburgo y su hijo, que se había quedado en Moscú para equiparse, debía alcanzarla de camino a Radzivílov.

En casa de los Rostov celebraban el santo de las Natalias: la madre y la hija menor. Desde buena mañana llegaban y partían sin cesar berlinas con visitantes deseosos de felicitar a la condesa Rostova, que vivía en su gran casa, conocida en todo Moscú, de la calle Povarskaia. La condesa y su atractiva hija mayor estaban en el salón, donde recibían a las visitas, que no dejaban de sucederse una tras otra.

La condesa era una mujer con un tipo de rostro oriental y delgado, tenía unos cuarenta y cinco años, y estaba visiblemente agotada por haber tenido doce hijos. La lentitud de sus movimientos y de su modo de hablar, fruto de la debilidad de fuerzas, le daban un aspecto grave que inspiraba respeto. La princesa Anna Mijáilovna Drubetskaia, como persona de la casa, la ayudaba a recibir a las visitas y a entablar conversación. Los más jóvenes estaban en las habitaciones traseras porque no consideraban necesario participar en la recepción. El conde recibía y acompañaba a las visitas, y las invitaba a todas a comer.

—Le estoy muy, muy agradecido, *ma chère* o *mon cher* —llamaba *ma chère* y *mon cher* a todo el mundo sin excepción, sin hacer la menor diferencia, tanto a quienes estaban por encima como por debajo de él—, en mi nombre y en el de mis queridas festejadas. Pero quédese a comer. Si no, me ofenderá, *mon cher*. Se lo pido afectuosamente en nombre de toda la familia, *ma chère*.

Estas palabras, con idéntica expresión en su rostro rollizo, alegre y afeitado, acompañadas de un idéntico apretón de manos y de repetidas y cortas reverencias, se las decía a todo el mundo sin excepción y sin variación.

Después de acompañar a un visitante, el conde volvía con alguien que aún siguiera en el salón; acercaba un sillón con el aspecto de un hombre que ama la vida y sabe vivirla, separaba las piernas con bravura y, apoyando las manos en las rodillas, mecía la cabeza expresivamente, obsequiaba al visitante con conjeturas sobre el tiempo, se interesaba por su salud —a veces en ruso y a veces en un francés muy malo pero presuntuoso—, y, de nuevo, al parecer cansado pero firme en el cumplimiento de sus obligaciones, se levantaba para acompañarlo al tiempo que se colocaba bien sobre la calva el escaso y canoso cabello, y otra vez le invitaba a comer. En ocasiones, al volver del recibidor, pasaba a través de la galería de las flores y de la sala de camareros a una sala grande de mármol, donde ponían la mesa para ochenta comensales; mirando a los camareros, que llevaban la plata y la porcelana, disponían las mesas y desdoblaban los manteles de damasco, llamaba a Dmitri Vasílievich, un noble que se ocupaba de todos sus asuntos, y le decía:

—Vamos, vamos, Mítenka[105], vigila que todo esté bien. Así, así —le decía, examinando satisfecho la enorme mesa desplegada—. Lo principal es el servicio. Eso es… —Y, suspirando satisfecho, se marchaba de nuevo al salón.

—¡Maria Lvovna Karáguina y su hija! —anunció con voz de bajo el enorme lacayo de la condesa entrando por la puerta del salón.

La condesa, pensativa, aspiró rapé de una tabaquera de oro con el retrato de su marido.

—Me tienen harta estas visitas —dijo—. Bueno, es la última que recibo. ¡Es tan afectada! Que pasen —le ordenó al lacayo con voz triste, como diciendo: «¡Ah, acabarán conmigo!».

Una dama alta y rolliza con aire orgulloso y su hija, de cara redonda y sonriente, entraron en el salón entre el frufrú de sus vestidos.

—*Chère comtesse, il y a si longtemps… elle a été alitée la pauvre enfant… au bal des Razoumowsky… et la comtesse Apraksine… j’ai été si heureuse…*[106] —se oyeron voces femeninas animadas que se interrumpían mutuamente y se fundían con el rumor de sus vestidos y del movimiento de las sillas. E iniciaron ese tipo de conversación que se alarga exactamente hasta que, en la primera pausa, deciden levantarse, entre el frufrú de su vestido, pronunciar: «*Je suis bien charmée; la santé de maman… et la comtesse Apraksine*»[107], y, de nuevo, entre el frufrú de su vestido, pasan al recibidor, se ponen el abrigo de pieles o la capa y se marchan.

La conversación giraba en torno a la noticia que corría entonces por toda la ciudad: la enfermedad del célebre conde Bezújov —hombre rico y galante

de los tiempos de Catalina—, y el suceso protagonizado por su hijo ilegítimo Pierre, aquel que tan poco decoro había mostrado en la velada de Anna Pávlovna Scherer.

—Qué lástima me da el pobre conde —dijo la visitante—, está tan mal de salud, y ahora este disgusto que le ha dado su hijo: ¡lo va a matar!

—¿Qué ha pasado? —preguntó la condesa como si no supiera de lo que le estaba hablando la visitante, aunque ya le habían contado unas quince veces el motivo del disgusto del conde Bezújov.

—¡He aquí la educación actual! —dijo la visitante—. Dicen que este joven, que fue abandonado a su suerte en el extranjero, ha hecho unas cosas tan terribles en San Petersburgo que la policía lo ha expulsado de la ciudad.

—¡Qué me dice! —exclamó la condesa.

—Ha elegido malas compañías —se inmiscuyó la princesa Anna Mijáilovna—. Por lo que se cuenta, sabe Dios lo que ha hecho en compañía del hijo del príncipe Vasili y de Dólojov. Dos de ellos han sufrido las consecuencias: Dólojov ha sido degradado a soldado, y al hijo de Bezújov lo han mandado a Moscú. En cuanto a Anatol Kuraguin, su padre ha logrado tapar el asunto de algún modo. Pero aun así ha sido expulsado de San Petersburgo.

—Pero ¿qué es lo que han hecho? —preguntó la condesa.

—Son unos completos golfos, sobre todo Dólojov —dijo la invitada—. Aunque es hijo de Maria Ivánovna Dólojova, una dama tan respetable, ¡ahí lo tienen! Imagínense: los tres se hicieron con un oso, lo subieron a un carruaje y se lo llevaron a casa de unas actrices. La policía tuvo que acudir a poner paz. Y entonces ellos cogieron a un inspector de barrio, lo ataron al oso espalda con espalda y los lanzaron al canal Moika. El oso se puso a nadar, y el inspector ahí, encima de él.

—¡La cara que pondría el inspector, *ma chère*! —gritó el conde muerto de risa.

—¡Ah, qué horror! ¿Qué tiene eso de gracioso, conde?

Pero las damas también se rieron sin querer.

—A duras penas pudieron salvar al pobre infeliz —continuó la visitante—. Y ¡es hijo del conde Kiril Vladímirovich Bezújov! ¡Vaya manera tan inteligente de divertirse! —añadió—. Y decían que era tan educado e inteligente… Pues miren adónde le ha llevado educarse en el extranjero. Espero que aquí nadie lo reciba, aunque sea rico. A mí me lo quisieron presentar, pero me negué en rotundo: tengo hijas.

—¿Por qué dice que ese joven es tan rico? —se interesó la condesa apartándose de las jovencitas, que inmediatamente fingieron no escuchar—. Dicen que el conde solo tiene hijos ilegítimos. Y al parecer… Pierre también es ilegítimo.

La visitante hizo un ademán.

—Según tengo entendido, tiene veinte hijos ilegítimos.

La princesa Anna Mijáilovna intervino en la conversación, con el deseo evidente de demostrar que estaba bien relacionada y al corriente de todos los asuntos mundanos.

—Lo que ocurre es lo siguiente —dijo con aires de importancia, también en un medio susurro—: la reputación del conde Kiril Vladímirovich es famosa… Y, aunque ha perdido la cuenta de cuántos hijos tiene, Pierre es su favorito.

—¡Con lo bien que estaba el anciano el año pasado! —dijo la condesa—. No he visto a un hombre más atractivo.

—Ahora está muy cambiado —apuntó Anna Mijáilovna—. Lo que quería decir —continuó— es que, por parte de su mujer, el heredero directo de toda su fortuna es el príncipe Vasili. Pero el conde quiere mucho a Pierre, se ha ocupado de su educación y ha escrito al emperador… De modo que nadie sabe lo que ocurrirá si muere (está tan mal que se espera que suceda de un momento a otro, y Lorrain ha venido expresamente desde San Petersburgo). ¿A quién pasará su enorme fortuna? ¿A Pierre o al príncipe Vasili? Cuarenta mil siervos y millones de rublos. Lo sé muy bien porque me lo ha dicho el propio príncipe Vasili. Además, Kiril Vladímirovich es mi tío segundo por parte de madre. Y es padrino de mi Boria —añadió como si no diera la menor importancia a esa circunstancia.

—El príncipe Vasili llegó ayer a Moscú. Me han dicho que ha venido por una inspección —dijo la visitante.

—Sí, pero, *entre nous*[108] —dijo la princesa—, eso es solo una excusa. En realidad ha venido para ver al conde Kiril Vladímirovich: se ha enterado de lo mal que está.

—Sin embargo, *ma chère*, qué cosa tan formidable —dijo el conde y, al darse cuenta de que la vieja visitante no le escuchaba, se volvió hacia las señoritas—. ¡Me imagino la cara que pondría el inspector!

Y, al imaginarse al inspector agitando los brazos, volvió a soltar una carcajada tan sonora con su voz de bajo que su grueso cuerpo se agitó entero, como se ríen las personas que comen bien y beben aún mejor.

—Así pues, quédense a comer, por favor —concluyó.

VIII

Se hizo un silencio. La condesa miraba a la visitante sonriendo con afabilidad, aunque sin ocultar que no se afligiría lo más mínimo si esta se levantaba y se marchaba. La hija ya se estaba arreglando el vestido y mirando interrogativamente a su madre cuando en la sala de al lado se oyeron de pronto corretear varios pies masculinos y femeninos hacia la puerta y el fuerte ruido de una silla derribada. En la sala irrumpió una muchacha de trece años; escondía algo en su corta falda de muselina y se detuvo en medio de la estancia. Era evidente que había calculado mal el impulso de la carrera y había llegado tan lejos sin querer. En ese mismo instante aparecieron en la puerta un estudiante con un uniforme de cuello color frambuesa, un oficial de la Guardia, una muchacha de quince años y un niño grueso y sonrosado con una chaqueta.

El conde se puso en pie de un salto y, balanceándose, abrió mucho los brazos para atrapar a la muchacha que había entrado corriendo.

—¡Ah, aquí la tenemos! —gritó riendo—. ¡La festejada! ¡*Ma chère* festejada!

—*Ma chère, il y a un temps pour tout*[109] —dijo la condesa afectando severidad—. No haces más que mimarla, Elie —añadió dirigiéndose a su marido.

—*Bonjour, ma chère, je vous félicite* —dijo la visitante—. *Quelle déliceuse enfant!*[110] —añadió, volviéndose hacia la madre.

La muchacha tenía los ojos negros y la boca grande; no era guapa pero sí vivaz; llevaba los infantiles hombros descubiertos porque, a raíz de la rápida carrera, se le habían salido del corpiño; tenía rizos negros y alborotados hacia atrás, los brazos finos y sin cubrir, las pequeñas piernas enfundadas en pantaloncillos de encaje, y los pies calzados en botines abiertos; estaba en esa encantadora edad en la que ya no se es una niña, pero tampoco una jovencita. Liberándose de los brazos de su padre, corrió hacia su madre y, sin prestar la menor atención a su severa advertencia, ocultó el rostro enrojecido en los encajes de su mantilla y se echó a reír. Entre risas entrecortadas decía algo de su muñeca, que se sacó de debajo de la faldita.

—¿Ve?… La muñeca… Mimí… ¡Mire!

Y Natasha ya no pudo seguir hablando (todo le parecía gracioso). Cayó sobre su madre y estalló en unas carcajadas tan sonoras que todos, hasta la afectada visitante, se echaron a reír sin querer.

—¡Anda, vete, vete con tu monstruo! —dijo la condesa, apartando a su hija con fingido enfado—. Es la pequeña. —Se volvió hacia la invitada.

Natasha, separando un momento el rostro de la pañoleta de encaje de su madre, la miró desde abajo con lágrimas de risa, y lo volvió a hundir en ella.

La visitante, forzada a contemplar esta escena familiar, creyó necesario participar de algún modo.

—Dígame, querida mía —dijo, volviéndose hacia Natasha—, ¿qué es Mimí de usted? Es su hija, ¿verdad?

A Natasha no le gustó ese tono condescendiente con lo infantil con que la visitante se le había dirigido. No respondió nada y la miró con seriedad.

Entretanto, los jóvenes que habían entrado en el salón —Borís, oficial, hijo de la princesa Anna Mijáilovna; Nikolái, estudiante, hijo mayor del conde; Sonia, de quince años, sobrina del conde; y el pequeño Petrusha, el hijo menor— por lo visto trataban de contener la animación y la alegría que exhalaban cada uno de sus rasgos dentro de los límites del decoro. Era evidente que, en las habitaciones de atrás desde las que habían venido corriendo con tanto ímpetu, sus conversaciones eran más alegres que en el salón —donde se hablaba de chismes de la ciudad, del tiempo y de la comtesse Apraksine—. Cuando en algún momento se miraban el uno al otro, a duras penas podían aguantar la risa.

Dos de los jóvenes, el estudiante y el oficial, eran amigos de infancia, tenían la misma edad y ambos eran guapos, aunque no se parecían. Borís era un muchacho alto y rubio de rostro hermoso y tranquilo, rasgos finos y regulares; Nikolái era de mediana estatura, pelo rizado y expresión franca. En el labio superior ya le asomaba un ligero vello negro y su rostro entero mostraba ímpetu y entusiasmo. Nikolái enrojeció en cuanto entró en el salón. Se notaba que buscaba algo que decir, pero que no lo encontraba; Borís, en cambio, recobró la compostura de inmediato y explicó tranquilamente, en tono jocoso, que conocía a la muñeca Mimí desde que esta era una jovencita, cuando aún no tenía la nariz rota, que en cinco años había envejecido mucho y que la cabeza se le había partido por la parte del cráneo. Cuando acabó de decir esto, miró a Natasha; ella le dio la espalda y miró a su hermano pequeño, que fruncía las cejas y se estremecía por la risa que reprimía. Incapaz ya de contenerse más, Natasha dio un salto y salió corriendo del salón tan rápido como se lo permitieron sus veloces piececitos. Borís no se rió.

—¿Quería marcharse también usted, *maman*? ¿Necesita un coche? —le preguntó a su madre sonriendo.

—Sí, anda, ve y manda que me lo preparen —le respondió esta devolviéndole la sonrisa.

Borís salió por la puerta en silencio y fue tras Natasha; el niño grueso salió corriendo detrás de ellos, como enojado con alguien que hubiera alterado sus quehaceres.

IX

De los jóvenes —sin contar a la hija mayor de la condesa, que tenía cuatro años más que su hermana y ya se comportaba como una persona adulta, y a la hija de la visitante—, en el salón quedaron Nikolái y Sonia, la sobrina del conde. Sonia era una joven morena y diminuta de mirada tierna, oscurecida por unas pestañas largas, una trenza negra y tupida que le daba dos vueltas a la cabeza, y tanto la piel del rostro como la del cuello y, especialmente, la de sus brazos desnudos y delgados, pero musculosos y graciosos, tenían un matiz amarillento. Por la ligereza de sus movimientos, la suavidad y la elasticidad de sus pequeños miembros y por su manera de comportarse algo pícara pero reservada, recordaba a una hermosa gatita, aún no del todo formada, que se va a convertir en una encantadora gata. Consideraba decoroso participar con una sonrisa en la conversación general; sin embargo, a su pesar, sus ojos, bajo las pestañas largas y espesas, miraban a su *cousin*[111], que se había alistado en el ejército, con tan apasionada y juvenil adoración que su sonrisa no podía engañar a nadie ni un momento: era evidente que la gatita se había agazapado solo para saltar con más brío y ponerse a jugar con su *cousin* tan pronto como salieran de aquel salón, del mismo modo que Natasha y Borís.

—Sí, *ma chère* —dijo el viejo conde dirigiéndose a la visitante y señalando a su Nikolái—. Su amigo Borís ha sido ascendido a oficial y él, por amistad, no quiere quedarse a la zaga; abandona la universidad y al viejo de su padre: se va al ejército, *ma chère*. Ya tenía una plaza esperándole en el archivo y todo. ¿Es eso la amistad? —pronunció interrogativamente el conde.

—Se dice que han declarado la guerra —dijo la visitante.

—Hace mucho que se dice —respondió el conde—. Lo seguirán diciendo y diciendo, y todo seguirá igual. *Ma chère*, ¡eso es la amistad! —repitió—. Quiere ser húsar.

La invitada, que no sabía qué decir, meció la cabeza.

—No lo hago en absoluto por amistad —objetó Nikolái encendiéndose, como si se defendiera de una vergonzosa calumnia—. No es en absoluto por

amistad, sino porque mi vocación es servir en el ejército.

Miró a su prima y a la hija de la visitante: ambas le devolvieron una mirada de aprobación.

—Hoy Schubert comerá en casa: es coronel del regimiento de húsares de Pavlograd. Ha estado aquí de permiso y se lo lleva consigo. ¿Qué le vamos a hacer? —dijo el conde encogiéndose de hombros; bromeaba sobre un asunto que evidentemente le causaba un gran dolor.

—Papá, ya le he dicho que, si no me quiere dejar ir, me quedaré —dijo Nikolái—. Pero sé que para lo único que valgo es para servir en el ejército; no soy diplomático, no soy funcionario, no sé ocultar lo que siento —añadió, mirando a Sonia y a la hija de la visitante con esa coquetería de la bella juventud.

La gatita, clavando los ojos en él, parecía lista para empezar a jugar en cualquier momento y exhibir toda su naturaleza felina.

—¡Bueno, bueno, ya está! —exclamó el viejo conde—. Por todo se acalora. Bonaparte ha puesto la cabeza del revés a todo el mundo; todos piensan en cómo de simple teniente ha llegado a ser emperador. En fin, que sea lo que Dios quiera —añadió, sin reparar en la sonrisa burlona de la visitante.

Los mayores se pusieron a hablar de Bonaparte. Julie, la hija de la señora Karáguina, se volvió hacia el joven Rostov:

—Qué lástima que no estuviera el jueves en casa de los Arjárov. Me aburrí sin usted —dijo con una tierna sonrisa.

El joven, halagado, con su coqueta sonrisa juvenil, se sentó más cerca y entabló con la sonriente Julie una conversación aparte, sin darse cuenta de que aquella sonrisa inconsciente atravesaba el corazón de Sonia con el cuchillo de los celos; esta se había puesto colorada y fingía una sonrisa. En mitad de la conversación Nikolái se volvió hacia ella. Sonia lo miró con furia y pasión y, conteniendo a duras penas las lágrimas, forzando la sonrisa, se levantó y salió del salón. Toda la animación del joven se desvaneció. Esperó la primera pausa de la conversación y, con el rostro angustiado, salió a buscarla.

—¡Los secretos de la juventud están cosidos con hilo blanco! —dijo Anna Mijáilovna, señalando a Nikolái al salir—. *Cousinage dangereux voisinage*[112] —añadió.

—Sí —dijo la condesa después de que desapareciera el rayo de sol que había irrumpido en el salón con la joven generación, y como si respondiera a una pregunta que nadie le había hecho, pero que la tenía continuamente ocupada—. ¡Cuántos sufrimientos, cuántos desvelos para que te den alegrías!

Pero la verdad es que ahora hay más miedos que alegrías. ¡Una no deja de tener miedo, siempre tiene miedo! Ahora están en esa edad tan peligrosa tanto para las jovencitas como para los muchachos.

—Todo depende de la educación —dijo la visitante.

—Sí, tiene usted razón —continuó la condesa—. Gracias a Dios, hasta ahora he sido amiga de mis hijos y tengo su completa confianza —dijo, repitiendo el error de muchos padres que creen que sus hijos no tienen secretos para ellos—. Sé que siempre seré la primera *confidente* de mis hijas, y que, si Nikólenka[113], por su carácter fogoso, hace pillerías (algo inevitable en los jovencitos), no serán ni mucho menos como las de esos señores de San Petersburgo.

—Sí, unos muchachos excelentes, excelentes —sentenció el conde, que siempre resolvía las cuestiones complicadas para él diciendo que todo era excelente—. Ahí lo tienen, ¡quiere ser húsar! ¡Qué le vamos a hacer, *ma chère*!

—Qué criatura tan adorable es su hija pequeña —dijo la visitante—. ¡Es como la pólvora!

—Sí, como la pólvora —asintió el conde—. ¡Se parece a mí! Y qué voz tiene: aunque sea mi hija, le digo de verdad que será cantante, una nueva Salomoni[114]. Hemos contratado a un italiano para que le dé clases.

—¿No es pronto? Dicen que a esta edad es malo para la voz.

—¡Oh, no, qué va a ser pronto! —dijo el conde—. ¿Y nuestras madres, que se casaban a los doce o trece años?

—Pues ahora está enamorada de Borís. ¡Ay, cómo es! —exclamó la condesa sonriendo suavemente y mirando a la madre de Borís; y, respondiendo al parecer al pensamiento que siempre la ocupaba, continuó—: Ya lo ven, si fuera severa con ella, si se lo prohibiera… Dios sabe lo que harían a escondidas —la condesa se refería a que se besarían—, pero así estoy al corriente de todas sus palabras. Por la noche vendrá ella misma corriendo a contármelo todo. Es posible que la esté mimando demasiado, pero de veras que creo que es lo mejor. A la mayor la eduqué con más severidad.

—Sí, a mí me educaron de una manera completamente distinta —dijo sonriendo la hija mayor, la hermosa condesa Vera.

Sin embargo, esta sonrisa no embellecía su rostro, como es habitual; al contrario, su expresión se volvió forzada, y por lo tanto desagradable. Vera, la mayor, era atractiva, bastante inteligente, muy buena estudiante, bien educada, tenía una voz agradable y lo que decía era justo y pertinente. Pero,

cosa extraña, todos, tanto la visitante como la condesa, la miraron como sorprendidas de por qué habría dicho eso, y se sintieron incómodas.

—Con los mayores siempre se intenta hacer algo fuera de lo común: se quiere hacer algo extraordinario —dijo la visitante.

—¡Para qué lo vamos a ocultar, *ma chère*! Mi querida condesa intentó hacer algo extraordinario con Vera. Bueno, ¿y qué? Con todo, ha salido una joven excelente —añadió el conde, guiñándole un ojo a Vera en señal de aprobación.

Las invitadas se levantaron y se marcharon prometiendo volver para comer.

—¡Vaya unas maneras! ¡Ahí sentadas sin irse! —exclamó la condesa una vez las hubo acompañado.

X

Cuando Natasha salió corriendo del salón no pasó de la galería de las flores. Se detuvo allí, pendiente del murmullo del salón y esperando a que saliera Borís. Ya estaba empezando a impacientarse, dio una patadita en el suelo e iba a romper a llorar porque este no aparecía, cuando se oyeron los pasos del joven, que no eran ni lentos ni rápidos, sino mesurados. A toda prisa, Natasha se metió entre unas macetas con flores y se escondió.

Borís se detuvo en mitad de la galería, miró a los lados, se sacudió con una mano la suciedad que tenía en la manga del uniforme, se acercó al espejo y se contempló el rostro. Natasha, sin hacer ruido, le observaba desde su escondite, esperando a ver lo que iba a hacer. Borís siguió un rato delante del espejo, sonrió y se dirigió a la puerta de salida. Ella quiso llamarle, pero cambió de parecer.

«Que me busque», se dijo. Borís acababa de salir cuando por la otra puerta entró Sonia, colorada y murmurando con rabia algo entre lágrimas. Natasha reprimió su primer impulso de salir corriendo hacia ella y siguió en su escondite, observando lo que ocurría en el mundo, como si llevara un gorro mágico que la hiciera invisible. Sentía un placer nuevo y especial. Sonia murmuraba algo mientras se volvía para mirar hacia la puerta del salón, en la que apareció Nikolái.

—¡Sonia! ¿Qué te pasa? ¿Será posible? —exclamó Nikolái corriendo hacia ella.

—¡Nada, nada, déjeme! —dijo Sonia, empezando a sollozar.

—No, ya sé lo que es.

—Pues, si lo sabe, muy bien: vaya con ella.

—¡Sooonia! ¡Déjeme decirle una palabra! ¿Es posible que me haga sufrir de esta manera por una fantasía? —dijo él cogiéndole la mano.

Sonia no retiró la mano y dejó de llorar.

Natasha, sin moverse y sin respirar, miraba con ojos resplandecientes desde su escondite. «¿Qué pasará ahora?», pensaba.

—¡Sonia! ¡No necesito nada en el mundo! Tú lo eres todo para mí —decía Nikolái—. Te lo demostraré.

—No me gusta cuando hablas así.

—Pues ¡no hablaré así, perdóname, Sonia!

La estrechó contra él y la besó.

«¡Ah, qué bien!», pensó Natasha, y, cuando Sonia y Nikolái salieron de la galería, fue tras ellos y llamó a Borís.

—Borís, venga aquí —dijo, expresiva y pícara—. Tengo que decirle una cosa. Aquí, aquí —añadió, y lo condujo a la galería de las flores, al mismo lugar entre las macetas donde se había escondido. Borís la siguió con una sonrisa.

—Y ¿qué es *esa cosa*? —preguntó.

Natasha se turbó, miró a un lado y a otro y, al ver su muñeca tirada en una maceta, la cogió en brazos.

—Bese a la muñeca —dijo.

Borís miró con atención y ternura su rostro animado y no respondió nada.

—¿No quiere? Bueno, entonces venga aquí —insistió, adentrándose aún más entre las flores, y arrojó la muñeca—. ¡Más cerca, más cerca! —susurró. Agarró al oficial por una bocamanga y, en su rostro enrojecido, se veía solemnidad y miedo—. Y a mí, ¿me quiere besar? —susurró con una voz apenas audible, mirándole con ceño, sonriendo y casi llorando de la emoción.

Borís enrojeció.

—¡Qué divertida es usted! —dijo, inclinándose hacia ella, enrojeciendo aún más, pero sin hacer nada, aguardando.

De repente Natasha se subió de un salto a la maceta, de modo que ahora era más alta que él, lo abrazó, por lo que sus bracitos desnudos se doblaron por encima del cuello de él, y, tras sacudirse el pelo hacia detrás, le dio un beso en mitad de los labios.

Después se escurrió entre las macetas, hacia la otra parte de las flores, y se detuvo con la cabeza gacha.

—Natasha —dijo él—, sabe que la amo, pero…

—¿Está enamorado de mí? —le interrumpió ella.

—Sí, lo estoy, pero por favor, no hagamos lo que ahora… Dentro de cuatro años… Entonces pediré su mano.

Natasha se quedó pensativa.

—Trece, catorce, quince, dieciséis… —dijo contando con sus deditos finos—. ¡De acuerdo! ¿Está decidido?

Y una sonrisa de alegría y tranquilidad iluminó su animado rostro.

—¡Decidido! —exclamó Borís.

—¿Para siempre? —dijo la muchacha—. ¿Hasta la muerte?

Y, cogiéndole de un brazo, con el rostro lleno de felicidad, se dirigió lentamente a su lado hacia la sala de los divanes.

XI

La condesa estaba tan agotada por las visitas que mandó no recibir a nadie más, pero ordenó al portero que invitara sin falta a comer a todo el que viniera a felicitarla. Quería hablar a solas con su amiga de la infancia, la princesa Anna Mijáilovna, a la que no había tenido oportunidad de ver con calma desde que volviera de San Petersburgo. Anna Mijáilovna, con el rostro lloroso y agradable, acercó su sillón al de la condesa.

—Voy a ser totalmente franca contigo —dijo Anna Mijáilovna—. ¡Nos quedan tan pocos viejos amigos! Por eso valoro tanto tu amistad…

Anna Mijáilovna miró a Vera sin decir nada. La condesa estrechó la mano de su amiga.

—Vera —dijo, volviéndose hacia su hija mayor, por la que era evidente que no sentía devoción—. ¿Cómo es posible que no entiendas nada? ¿Acaso no notas que aquí sobras? Ve con tus hermanas, o…

La hermosa Vera sonrió con desprecio, al parecer sin sentirse mínimamente ofendida.

—Si me lo hubiera dicho antes, mamá, me habría ido al instante —dijo, y se marchó a su habitación. Pero, al pasar por la sala de los divanes, se dio cuenta de que había dos parejas sentadas simétricamente junto a las ventanas. Se detuvo y sonrió con desdén.

Sonia estaba al lado de Nikolái, que le copiaba unos versos que había compuesto. Borís y Natasha estaban en otra ventana y se callaron en cuanto entró Vera. Sonia y Natasha la miraron con expresión culpable y a la vez feliz.

Resultaba divertido y conmovedor contemplar a las muchachas enamoradas, pero era evidente que la visión no había despertado en Vera un sentimiento agradable.

—¿Cuántas veces os he pedido que no toquéis mis cosas? —dijo—. Para eso tenéis vuestras habitaciones.

Le cogió el tintero a Nikolái.

—Un momento, un momento —protestó este, mojando la pluma.

—Todo lo hacéis a destiempo —dijo Vera—. Entráis corriendo en el salón y avergonzáis a todo el mundo.

A pesar (o justamente a causa) de que lo que acababa de decir era completamente cierto, nadie le respondió, y los cuatro se limitaron a intercambiar una mirada. Vera no se movió, con el tintero en la mano.

—Y, a vuestra edad, ¿qué secretos puede haber entre Natasha y Borís, y entre vosotros dos? ¡Nada más que bobadas!

—Bueno, y a ti ¿qué te importa, Vera? —se defendió Natasha con vocecita dulce.

Era evidente que ese día estaba aún más afable y cariñosa con todos que de costumbre.

—Qué bobadas tan grandes —dijo Vera—, me avergüenzo de vosotros. ¿Qué secretos vais a…?

—Cada uno tiene los suyos. Nosotros no nos metemos con Berg y contigo —contestó Natasha acalorándose.

—Creo que si no os metéis conmigo es porque en mis actos nunca hay nada reprochable —replicó Vera—. Le diré a mamá cómo te portas con Borís.

—Natalia Ilínishna[115] se porta perfectamente conmigo —dijo el joven—. No puedo quejarme de nada.

—Déjelo, Borís, es usted tan diplomático —la palabra «diplomático» estaba muy en boga entre los jóvenes, que le daban un significado especial—; resulta incluso aburrido —dijo Natasha con la voz ofendida y temblorosa—. ¿Por qué no deja de molestarme? Tú nunca lo entenderás —continuó, dirigiéndose a Vera— porque nunca has querido a nadie. No tienes corazón. No eres más que una *madame de Genlis*[116] —el apodo, que consideraban muy ofensivo, se lo había puesto Nikolái—, y tu placer favorito es hacer la vida imposible a los demás. Coquetea con Berg todo lo que quieras —concluyó a toda prisa.

—Lo que no haré seguro es ponerme a correr detrás de un muchacho delante de las visitas…

—Bueno, ya te has salido con la tuya —intervino Nikolái—, ya le has dicho cosas desagradables a todo el mundo y nos has disgustado a todos. Vamos al cuarto de los niños.

Los cuatro, como una bandada espantada de pájaros, se pusieron en pie y salieron de la sala.

—A quien le han dicho cosas desagradables es a mí, y yo no se las he dicho a nadie —profirió Vera.

—*Madame de Genlis! Madame de Genlis!* —exclamaron, entre risas varias, voces detrás de la puerta.

La hermosa Vera, que tanto había irritado y desagradado a todos, sonrió, por lo visto nada afectada por lo que le habían dicho; se acercó al espejo y se arregló el chal y el pelo. Al ver su hermoso rostro pareció volverse aún más fría y tranquila.

En el salón continuaba la conversación.

—*Ah! Chère!* —decía la condesa—. Tampoco en mi vida *tout n'est pas rose*. ¿Acaso no veo que con *du train, que nous allons*[117] la fortuna no nos va a durar mucho? Toda la culpa es del club y de su bondad. Cuando nos instalamos en el campo, ¿acaso descansamos? Teatros, cacerías y Dios sabe qué. Pero ¡no hablemos de mí! Cuéntame, ¿cómo te las has arreglado? A menudo me asombra cómo a tus años, *Annette*, viajas sola en coche a Moscú y a San Petersburgo, visitas a todos los ministros, a toda la aristocracia, sabes tratar con todos: ¡me dejas asombrada! ¿Cómo te las has arreglado? Yo no sé hacer nada de eso.

—¡Ah, querida mía! —le respondió la princesa Anna Mijáilovna—. Dios quiera que no sepas lo difícil que es quedarte viuda, sin ningún apoyo, con un hijo al que quieres con locura. Aprendes a hacerlo todo —continuó con cierto orgullo—. Mi pleito me ha enseñado. Si necesito ver a alguno de estos personajes importantes, escribo una nota: «*Princesse une telle*[118] desea ver a tal», y voy yo sola en un coche de punto dos, tres, cuatro veces o las que haga falta hasta salirme con la mía. Me da igual lo que piensen de mí.

—Bueno, y ¿a quién le has pedido que interceda por Borís? —preguntó la condesa—. Si es que ya es oficial de la Guardia, y Nikólushka solo cadete… No tenemos a quién acudir. ¿Tú a quién se lo pediste?

—Al príncipe Vasili. Fue muy amable. Estuvo de acuerdo en todo, informó al zar —contestó la princesa Anna Mijáilovna con entusiasmo, olvidando por completo toda la humillación que había tenido que pasar para alcanzar su objetivo.

—Y ¿qué? ¿Ha envejecido el príncipe Vasili? —preguntó la condesa—. No lo he visto desde nuestras representaciones de teatro en casa de los Rumiántsev. Supongo que me habrá olvidado. *Il me faisait la cour*[119] —recordó con una sonrisa.

—Sigue igual que siempre —respondió Anna Mijáilovna—: rebosante de amabilidad. *Les grandeurs ne lui ont pas touriené la tête du tout.*[120] «Siento poder hacer tan poco por usted, querida princesa —me dijo—; mande usted.» Sí, es un hombre magnífico y un pariente excelente. Pero tú ya conoces, *Nathalie*, el amor que siento por mi hijo. No sé lo que no haría por su felicidad. Aunque mis asuntos van tan mal —continuó, bajando la voz con tristeza—, tan mal que ahora me encuentro en una situación terrible. Mi desgraciado pleito consume todo lo que tengo y no avanza. Imagínate: *à la lettre*[121] no tengo ni una moneda de diez kopeks, y no sé de dónde sacar un uniforme para Borís. —Sacó un pañuelo y empezó a llorar—. Necesito quinientos rublos, pero solo tengo un billete de veinticinco. Estoy en una situación… Ahora mi única esperanza es el conde Kiril Vladímirovich Bezújov. Si no quiere mantener a su ahijado (porque él es su padrino) y asignarle algo para su sustento, todas mis gestiones habrán sido en balde: no tendré ni para el uniforme.

A la condesa se le llenaron los ojos de lágrimas y meditó algo en silencio.

—A menudo pienso (quizá sea un pecado) —prosiguió la princesa—, a menudo pienso esto: el conde Kiril Vladímirovich Bezújov vive solo… Tiene una inmensa fortuna… y ¿para qué vive? Para él la vida es una carga, mientras que mi Boria está empezando a vivir.

—Estoy segura de que le dejará algo a Borís —dijo la condesa.

—¡Solo Dios lo sabe, *chère amie*! Estos ricachones y altos dignatarios son tan egoístas… Pero, de todos modos, ahora iré a visitarlo con Borís y le hablaré abiertamente del asunto. Que piensen de mí lo que quieran, la verdad es que me da igual cuando el destino de mi hijo depende de ello. —La princesa se levantó—. Ahora son las dos, y comeréis a las cuatro. Me da tiempo de ir.

Y, con las maneras de una práctica señora de San Petersburgo, que sabe aprovechar el tiempo, Anna Mijáilovna mandó que llamaran a su hijo y salió con él al recibidor.

—Adiós, querida —le dijo a la condesa, que la acompañó hasta la puerta —, deséame suerte —añadió en un susurro para que su hijo no la oyera.

—¿Va a casa del conde Kiril Vladímirovich, *ma chère*? —preguntó el conde desde el comedor, saliendo también al recibidor—. Si está mejor,

dígale a Pierre que venga a comer. Ha estado en casa algunas veces y ha bailado con las niñas. Invítele sin falta, *ma chère*. Bueno, veamos con qué nos sorprende hoy Tarás. Dice que ni en casa del conde Orlov han degustado una comida como la que hoy se servirá aquí.

XII

—*Mon cher* Borís —le dijo la princesa Anna Mijáilovna a su hijo, cuando el carruaje de la condesa Rostova en el que viajaban pasó por una calle cubierta de paja y entró en el amplio patio del conde Kiril Vladímirovich Bezújov—. *Mon cher* Borís —dijo, sacando una mano de su viejo abrigo y, con un movimiento tímido y cariñoso, poniéndola en la de su hijo—: sé afectuoso, sé atento. El conde Kiril Vladímirovich es, con todo, tu padrino, y de él depende todo tu futuro. Recuérdalo, *mon cher*, sé afectuoso, como tú sabes…

—Si hubiera sabido que lo único que saldría de esto serían humillaciones… —respondió el hijo fríamente—. Pero se lo he prometido y lo haré por usted.

A pesar de ver un carruaje junto a la entrada, el portero, después de examinar a la madre y al hijo (que, sin hacerse anunciar, habían entrado directamente en el zaguán de cristal, entre dos hileras de estatuas colocadas en nichos), y, mirando expresivamente el viejo abrigo de la princesa, les preguntó a quién deseaban ver: a las princesas o al conde. Al saber que al conde, les informó de que su excelencia[122] ese día estaba peor y no recibía a nadie.

—Podemos irnos —dijo el hijo en francés.

—*Mon ami!* —exclamó la madre con voz implorante, tocando de nuevo la mano de su hijo, como si así pudiera calmarlo o agitarlo.

Borís se quedó callado y, sin quitarse el capote, miró a su madre interrogativamente.

—Querido —le dijo Anna Mijáilovna al portero con una vocecita dulce—, sé que el conde Kiril Vladímirovich está muy enfermo… Por eso he venido… soy pariente de él… No lo molestaré, querido… Solo necesito ver al príncipe Vasili Serguéievich: sé que está alojado aquí. Anúncianos, por favor.

El portero, malhumorado, tiró del cordón de la campanilla y se dio la vuelta.

—La princesa Drubetskaia desea ver al príncipe Vasili Serguéievich —le gritó a un camarero que bajó corriendo por la escalera y se asomó por el

rellano; llevaba medias, botines y frac.

La madre se arregló los pliegues de su vestido de seda teñida, se miró en el espejo veneciano de cuerpo entero que había colgado en la pared y, animadamente, empezó a subir por la alfombra de la escalera con sus botines desgastados.

—*Mon cher, vous m'avez promis*[123] —se dirigió de nuevo a su hijo, agitándolo con el roce de su mano.

El hijo, con la mirada gacha, la siguió lentamente.

Entraron en una sala con una puerta que daba a las habitaciones asignadas al príncipe Vasili.

Cuando madre e hijo, en el centro de la sala, se disponían a preguntar el camino a un viejo camarero que se había levantado de un salto al verlos entrar, el tirador de bronce de una de las puertas giró, y el príncipe Vasili, con una pelliza de terciopelo y una sola estrella en el pecho —estaba en casa—, salió por ella en compañía de un hombre atractivo de pelo negro. Era el famoso doctor Lorrain de San Petersburgo.

—*C'est donc positif?*[124] —preguntó el príncipe.

—*Mon prince, «errare humanum est», mais…*[125] —respondió el doctor, arrastrando la erres y pronunciando las palabras en latín con acento francés.

—*C'est bien, c'est bien…*[126]

Al reparar en Anna Mijáilovna y su hijo, el príncipe Vasili despidió al doctor inclinando la cabeza y, en silencio, aunque con expresión interrogativa, se acercó a ellos. El hijo se dio cuenta de que los ojos de su madre de pronto se llenaban de una profunda pena, y se sonrió sutilmente.

—¡Ay, en qué circunstancias tan tristes tenemos que vernos, príncipe!… Bueno, ¿cómo está nuestro querido enfermo? —dijo como si no se diera cuenta de la mirada fría y ofensiva que el príncipe Vasili le dirigía.

Este la examinó con escepticismo y perplejidad, y después miró a Borís, que le saludó cortésmente. El príncipe Vasili, sin responder al saludo, se volvió hacia Anna Mijáilovna y respondió a su pregunta con un movimiento de cabeza y de labios que significaba que esperaban lo peor para el enfermo.

—¡Qué me dice! —exclamó Anna Mijáilovna—. ¡Ah, es terrible! Da miedo pensar… Este es mi hijo —añadió señalando a Borís—. Ha querido darle a usted las gracias personalmente.

Borís volvió a saludarle cortésmente.

—Créame, príncipe: el corazón de una madre no olvidará jamás lo que ha hecho por nosotros.

—Me alegra haber podido complacerles, querida Anna Mijáilovna —dijo el príncipe Vasili ajustándose la chorrera y dándose muchos más aires (tanto en los gestos como en la voz) ante su protegida allí en Moscú que en la velada de *Annette* Scherer en San Petersburgo—. Trate de prestar un buen servicio y de ser digno —añadió dirigiéndose a Borís con severidad—. Me alegro… ¿Está usted aquí de permiso? —preguntó con su tono impasible.

—Estoy esperando la orden, excelencia, para dirigirme a mi nuevo destino —respondió Borís, sin mostrar enojo por el tono áspero de su interlocutor ni deseos de iniciar una conversación con él, pero con tanta serenidad y respeto que el príncipe lo miró fijamente.

—¿Vive usted con su madre?

—Vivo en casa de la condesa Rostova —dijo Borís, añadiendo una vez más—: excelencia.

—Se trata de aquel Iliá Rostov que se casó con Nathalie Shínshina —dijo Anna Mijáilovna.

—Lo sé, lo sé —dijo el príncipe Vasili con su monótona voz—. *Je n’ai jamais pu concevoir, comment Nathalie s’est décidée à épouser cet ours mal-léché! Un personnage complètement stupide et ridicule. Et joueur à ce qu’on dit*[127].

—*Mais très brave homme, mon prince*[128] —observó Anna Mijáilovna sonriendo con ternura, como si supiera que el conde Rostov se merecía aquella opinión, pero rogando un poco de piedad para el pobre viejo—. ¿Qué dicen los médicos? –preguntó, al cabo de un breve silencio y de nuevo con una gran tristeza en su lloroso rostro.

—Hay pocas esperanzas —dijo el príncipe.

—Tenía tantas ganas de agradecerle una vez más a mi tío todo el bien que nos ha hecho a mi Boria y a mí. *C’est son filleul*[129] —añadió con un tono como si la noticia tuviera que alegrar muchísimo al príncipe Vasili.

Este se quedó pensativo y frunció el ceño. Anna Mijáilovna comprendió que temía encontrar en ella a una rival en el testamento del conde Bezújov. Se apresuró a tranquilizarlo.

—Si no fuera por el sincero amor y fidelidad que le profeso a mi tío… —dijo con particular firmeza y despreocupación al pronunciar esta última palabra—. Conozco su carácter: noble y recto, pero solo tiene a las princesas… y aún son jóvenes… —Bajó la cabeza y añadió en un susurro—: ¿Ha cumplido con su último deber, príncipe? ¡Qué valiosos son estos últimos instantes! No le hará ningún daño, es necesario prepararlo si tan mal está. Nosotras, las mujeres, príncipe —sonrió cariñosamente—, sabemos siempre

cómo decir estas cosas. Es necesario que lo vea. Por muy duro que me resulte, ya estoy acostumbrada a sufrir.

Era evidente que el príncipe comprendía, igual que lo había comprendido en la velada de *Annette* Scherer, que sería difícil deshacerse de Anna Mijáilovna.

—¿No le resultará penosa esta visita al enfermo, *chère* Anna Mijáilovna? —dijo él—. Esperemos hasta mañana, los médicos han asegurado que tendrá una crisis.

—Pero en momentos así, príncipe, no podemos esperar. *Pensez, il y va du salut de son âme… Ah! c'est terrible, les devoirs d'un chrétien…*[130]

La puerta de una de las habitaciones interiores se abrió, y salió una princesa, una de las sobrinas del conde; tenía el rostro frío y lúgubre, y su talle era sorprendentemente largo con respecto a las piernas.

El príncipe Vasili se volvió hacia ella.

—Bueno, ¿cómo está?

—Igual. Pero qué quiere usted, con este ruido… —dijo la princesa mirando a Anna Mijáilovna como a una desconocida.

—*Ah, chère, je ne vous reconnaissais pas*[131] —le dijo Anna Mijáilovna con una alegre sonrisa y acercándose a ella con ligero paso de ambladura—. *Je viens d'arriver et je suis à vous pour vous aider à soigner mon oncle. J'imagine, combien vous avez souffert* —añadió alzando los ojos compasivamente.

La princesa no respondió nada, ni siquiera sonrió, y se fue de inmediato. Anna Mijáilovna se quitó los guantes, se acomodó en el sillón con gesto de vencedora e invitó al príncipe a que se sentara a su lado.

—¡Borís! —le dijo a su hijo, y sonrió—. Voy a ver al conde, al tío; mientras tanto, ve con Pierre, *mon ami*, y no olvides transmitirle la invitación de los Rostov. Lo invitan a comer. Supongo que no irá —dijo volviéndose al príncipe.

—Al contrario —respondió este, visiblemente malhumorado—. *Je serais très content si vous me débarrassez de ce jeune homme…*[132] Está aquí y el conde no ha preguntado ni una vez por él.

Se encogió de hombros. El camarero acompañó al joven al piso de abajo y después de nuevo hacia arriba, por una escalera que conducía a la habitación de Piotr Kirílovich[133].

XIII

Pierre aún no había tenido tiempo de elegir carrera en San Petersburgo y, efectivamente, había sido expulsado a Moscú por armar un escándalo. La historia que contaban en casa del conde Rostov era cierta. Pierre había ayudado a atar al inspector de barrio al oso. Había llegado varios días antes y se había instalado, como siempre, en casa de su padre. Aunque suponía que la historia ya era conocida en todo Moscú y que las damas que rodeaban a su padre, y que siempre se habían mostrado hostiles con él, aprovecharían la ocasión para indisponerle, el día de su llegada fue de todos modos a las habitaciones de su padre. Al entrar en el salón, el lugar donde solían estar las princesas, las encontró sentadas frente a un bastidor mientras una de ellas leía un libro en voz alta, y las saludó. Eran tres. La mayor, una señorita pulcra y severa de talle largo, la misma que había salido al encuentro de Anna Mijáilovna, leía; las menores, ambas sonrosadas y bonitas, que se distinguían solo porque una tenía un lunar por encima del labio que le quedaba muy bien, cosían en bastidores. Pierre fue recibido como si fuera un cadáver o un apestado. La princesa mayor interrumpió la lectura y le miró en silencio con ojos asustados; la que no tenía el lunar adoptó la misma expresión; la menor, de carácter alegre y risueño, se inclinó sobre el bastidor para esconder la sonrisa que probablemente le inspiraba la escena que iba a suceder y cuya gracia preveía. Tiró hacia abajo del hilo de lana y se inclinó, como examinando un dibujo y conteniendo a duras penas la risa.

—*Bonjour, ma cousine* —saludó Pierre—. *Vous ne me reconnaissez pas?* [134]

—Demasiado bien que lo reconozco, demasiado bien.

—¿Cómo está la salud del conde? ¿Puedo verle? —preguntó Pierre torpemente, como siempre, pero sin turbarse.

—El conde sufre física y moralmente, y, al parecer, usted se ha preocupado de causarle aún más sufrimientos morales.

—¿Puedo ver al conde? —insistió Pierre.

—¡Hm!… Si quiere matarlo, matarlo del todo, puede usted verlo. Olga, ve a mirar si el caldo para el tío está preparado, pronto le tocará comer —añadió mostrándole así a Pierre que ellas se ocupaban del bienestar de su tío, mientras que era evidente que él se ocupaba únicamente de apenarlo.

Olga salió. Pierre miró a las hermanas y, tras hacerles una reverencia, dijo:

—Pues me voy a mi habitación. Cuando pueda verlo, avísenme.

Salió y la voz resonante pero silenciosa de la hermana del lunar se oyó a su espalda.

Al día siguiente llegó el príncipe Vasili y se instaló en casa del conde. Hizo llamar a Pierre y le dijo:

—*Mon cher, si vous vous conduisez ici, comme à Pétersbourg, vous finirez très mal; c'est tout ce que je vous dis.*[135] El conde está muy, muy enfermo: lo mejor es que no lo veas.

Desde entonces nadie importunaba a Pierre y se pasaba todo el día solo en el piso de arriba, en su habitación.

Cuando entró Borís, Pierre se paseaba por su habitación deteniéndose de vez en cuando en las esquinas, haciendo gestos amenazantes a la pared, como si atravesara con una espada a un enemigo invisible, y mirando amenazadoramente por encima de las gafas; después reemprendía el paseo pronunciando palabras confusas, encogiéndose de hombros y abriendo los brazos.

—*L'Angleterre a vécu* —decía frunciendo el ceño y señalando a alguien con un dedo—. *Monsieur Pitt comme traître à la nation et au droit des gens est condamiené à…*[136] —No tuvo tiempo de acabar de dictar la sentencia a Pitt[137], imaginándose en ese momento que era el mismo Napoleón, habiendo completado ya la peligrosa travesía del estrecho de Calais y habiendo conquistado Londres, cuando vio al joven, esbelto y atractivo oficial entrando en la habitación. Se quedó parado. Había visto por última vez a Borís cuando este era un jovencito de catorce años y no lo recordaba en absoluto. No obstante, con esa manera rápida y cordial que le era propia, le tendió la mano y sonrió amistosamente.

—¿Recuerda quién soy? —preguntó Borís con una sonrisa tranquila y simpática—. He venido con mi madre a ver al conde, pero parece que no se encuentra demasiado bien.

—Sí, al parecer no se encuentra bien. No dejan de angustiarlo —respondió Pierre tratando de recordar quién era aquel joven.

Borís se dio cuenta de que Pierre no lo reconocía, pero no consideró necesario decir quién era y, sin la más mínima turbación, le miró directamente a los ojos.

—El conde Rostov le ruega que vaya a comer a su casa —le dijo después de un silencio bastante prolongado e incómodo para Pierre.

—¡Ah! ¡El conde Rostov! —exclamó Pierre con alegría—. De modo que usted es su hijo, Iliá. Figúrese que al principio no lo he reconocido. ¿Recuerda

cuando fuimos juntos a Vorobiovy Gory[138] con *mademoiselle Jacquot*?… Hace tiempo de eso.

—Se confunde —dijo Borís calmadamente, con una sonrisa osada y algo burlona—. Soy Borís, el hijo de la princesa Anna Mijáilovna Drubetskaia. Rostov padre se llama Iliá, y el hijo, Nikolái. Y nunca he conocido a ninguna *mademoiselle Jacquot*.

Pierre sacudió las manos y la cabeza como si le hubiera picado algún mosquito o abeja.

—¡Ah, pero cómo es posible! Lo he mezclado todo. ¡Hay tantos parientes en Moscú! Usted es Borís… sí. Ahora ya nos hemos puesto de acuerdo. Bueno, y ¿qué piensa de la expedición de Boulogne? Los ingleses lo tienen mal si Napoleón atraviesa el canal. Creo que esta expedición es muy posible. ¡Que Villeneuve[139] no falle!

Borís no sabía nada sobre la expedición de Boulogne, no leía los periódicos y era la primera vez que oía hablar de ella.

—Aquí en Moscú nos ocupamos más de las comidas y los chismes que de política —dijo con su tono tranquilo y burlón—. No sé nada de esto ni tengo ninguna opinión. Moscú de lo que más se preocupa es de los chismorreos —continuó—. De lo que se habla ahora es de usted y del conde.

Pierre sonrió con su sonrisa bonachona, como si temiera que su interlocutor dijera algo de lo que después se arrepentiría. Pero Borís hablaba de un modo preciso, claro y seco, mirándolo directamente a los ojos.

—Moscú no tiene nada más que hacer que cotillear —continuó el joven —. Todos se dedican a hablar de a quién dejará el conde su fortuna, aunque es posible que nos sobreviva a todos, algo que deseo de todo corazón…

—Sí, todo esto es muy penoso —secundó Pierre—, muy penoso. —Temía que aquel joven oficial se metiera sin querer en una conversación embarazosa para sí mismo.

—Y a usted debe parecerle —dijo Borís sonrojándose ligeramente, pero sin cambiar de voz ni de postura—, debe parecerle que todo el mundo se dedica únicamente a tratar de recibir algo del viejo rico.

«Así es», pensó Pierre.

—Y yo le quiero decir justamente, para evitar malentendidos, que estará usted muy equivocado si me incluye a mí y a mi madre entre esas personas. Somos muy pobres, pero (hablo por mí, al menos), precisamente porque su padre es rico, no me considero pariente de él; ni mi madre ni yo pediremos nunca nada, ni aceptaremos nada de él.

Pierre tardó un buen rato en comprender pero, cuando lo hizo, se levantó del diván de un salto, cogió a Borís por debajo del brazo con la rapidez y torpeza que le caracterizaban, y, sonrojándose mucho más que su visitante, empezó a hablar con un sentimiento mezclado de vergüenza e irritación:

—¡Qué extraño es esto! ¿Acaso yo…? Pero ¿quién iba a pensar que…? Sé muy bien que…

Pero Borís lo interrumpió de nuevo:

—Estoy contento de haberlo dicho. Quizá le resulte desagradable, perdóneme —dijo, tranquilizando a Pierre, en vez de que este lo tranquilizara a él—, pero espero no haberlo ofendido. Tengo por norma decirlo todo sin ambages… Entonces ¿qué les digo? ¿Irá a comer a casa de los Rostov?

Y Borís, habiéndose quitado de encima al parecer un pesado deber, saliendo de una situación incómoda y poniendo en ella a otra persona, volvió a ser de nuevo encantador.

—No, escuche —dijo Pierre, tranquilizándose—. Es usted una persona increíble. Lo que ha dicho ahora está muy bien, muy bien. Naturalmente, usted no me conoce. Hacía tanto que no nos veíamos… Aún éramos niños… Puede pensar de mí… Le entiendo, le entiendo perfectamente. No lo haría nunca, me faltaría valor, pero está muy bien. Estoy contento, muy contento de haberlo conocido. ¡Es extraño —añadió, sonriendo después de un silencio— que haya pensado eso de mí! —Se echó a reír—. Bueno, ¿qué más da? Conozcámonos mejor. Por favor. —Le estrechó la mano a Borís—. ¿Sabe que no he entrado ni una vez en la habitación del conde? No me ha llamado… Siento lástima por él como ser humano… Pero ¿qué puedo hacer?

—Y ¿cree usted que Napoleón conseguirá que pase su ejército? —preguntó Borís con una sonrisa.

Pierre comprendió que Borís quería cambiar de tema y, estando de acuerdo con él, empezó a exponer las ventajas e inconvenientes de la empresa de Boulogne.

Un lacayo vino a buscar a Borís: la princesa le llamaba porque se iba a marchar. Pierre prometió que iría a comer más tarde para así conocerlo mejor, y le estrechó la mano con fuerza mirándole a los ojos a través de las gafas… Después de que se hubiera marchado, estuvo aún un buen rato dando vueltas por la habitación, ya sin atravesar con la espada a ningún enemigo invisible, sino sonriendo al recordar a aquel agradable, inteligente y sólido joven.

Como sucede en la primera juventud y, sobre todo, cuando uno está solo, sintió una ternura inmotivada y se prometió trabar amistad con él sin falta.

El príncipe Vasili acompañaba a la princesa. Esta tenía un pañuelo en los ojos y el rostro lleno de lágrimas.

—¡Es terrible! ¡Terrible! —decía—. Pero, cueste lo que cueste, cumpliré con mi deber. Vendré a pasar la noche aquí. No se le puede dejar así. Cada minuto es valioso. No comprendo a qué esperan las princesas. ¡Quizá Dios me ayude a encontrar el modo de prepararlo!… *Adieu, mon prince, que le bon Dieu vous soutienne…*[140]

—*Adieu, ma bonne* —respondió el príncipe Vasili dándole la espalda.

—¡Ah, se encuentra en un estado terrible! —le dijo la madre a su hijo cuando subieron de nuevo al carruaje—. No reconoce a casi nadie.

—Mamá, no entiendo su relación con Pierre —preguntó el hijo.

—Todo lo dirá el testamento, amigo mío; de este depende también nuestro destino…

—Pero ¿por qué cree usted que nos va a dejar algo?

—¡Ah, amigo mío! ¡Es tan rico y nosotros tan pobres!

—Pero eso no es un motivo suficiente, mamá.

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué mal está! —exclamó ella.

XIV

Cuando Anna Mijáilovna se marchó con su hijo a casa del conde Kiril Vladímirovich Bezújov, la condesa Rostova se pasó un largo rato sola, llevándose el pañuelo a los ojos. Finalmente, llamó a una sirvienta.

—¿Qué le pasa, querida? —le dijo enfadada a la doncella que la había hecho esperar varios minutos—. ¿Es que no quiere usted servir? Entonces le buscaré otro sitio.

La condesa, afectada por la desgracia y la humillante pobreza de su amiga, estaba de mal humor, algo que siempre manifestaba llamando a la doncella «querida» y tratándola de usted.

—Discúlpeme, señora —respondió la doncella.

—Dígale al conde que venga a verme.

El conde, balanceándose, se acercó a su mujer con expresión algo culpable, como siempre.

—¡Bueno, condesita! *¡Qué sauté au madère*[141] de ortegas habrá hoy, *ma chère!* Ya lo he probado; no en vano he pagado mil rublos por Tarás. ¡Los vale!

Se sentó al lado de su mujer apoyando los codos con arrojo sobre las rodillas y despeinándose el cabello cano.

—¿Cuáles son sus órdenes, condesita?

—Pues esto, amigo… pero ¿qué es esta mancha que tienes aquí? —dijo ella señalándole el chaleco—. Es *sauté*, seguro —añadió sonriendo—. Pues esto, conde: necesito dinero.

Se le entristeció el semblante.

—¡Ah, condesita!…

Y el conde se afanó en buscar la cartera.

—Necesito mucho, conde; necesito quinientos rublos.

Sacó el pañuelo de batista y frotó el chaleco de su marido.

—Ahora mismo, ahora mismo. Ey, ¿quién está ahí? —gritó con esa voz con la que solo gritan quienes están seguros de que la persona a quien están llamando acudirá corriendo—. ¡Que venga Mítenka!

Mítenka, el hijo de familia noble que había sido educado en casa del conde y que ahora se ocupaba de todos sus asuntos entró en la sala con paso pausado.

—A ver, querido —le dijo el conde al joven que acababa de entrar respetuosamente—. Tráeme… —se quedó pensativo—. Sí, setecientos rublos. Vigila que no sean de los sucios y usados, como aquella vez, sino de los buenos; son para la condesa.

—Sí, Mítenka, por favor, que estén limpitos —dijo la condesa suspirando con tristeza.

—Excelencia, ¿cuándo ordena que los traiga? —preguntó Mítenka—. Debe saber que… Por otro lado, no se preocupe —añadió al darse cuenta de que el conde ya empezaba a respirar rápido y con dificultad, signo de que estaba empezando a entrar en cólera—. Me había olvidado de que… ¿Desea que se los traiga ahora?

—Sí, sí, eso es, tráelos. Dáselos a la condesa. ¡Este Mítenka es oro puro! —añadió el conde sonriendo cuando el joven salió—. Para él no hay nada imposible. No puedo soportar esta palabra, porque todo es posible.

—Ah, el dinero, conde, el dinero, ¡cuántas penas causa en el mundo! —dijo la condesa—. Pero este dinero lo necesito de veras.

—Condesita, es usted una célebre derrochadora —sentenció el marido, y, tras besarle la mano, se marchó de nuevo hacia su gabinete.

Cuando Anna Mijáilovna volvió de casa de Bezújov, la condesa ya tenía el dinero encima de la mesa: en billetes nuevos y debajo de un pañuelo. Anna Mijáilovna se dio cuenta de que su amiga estaba inquieta por algo.

—¿Cómo ha ido, querida? —preguntó la condesa.

—¡Ah, en qué estado tan terrible lo he encontrado! ¡Ni se le reconoce! ¡Está tan mal, tan mal! He estado un instante en su habitación y no le he dicho ni dos palabras…

—*Annette*, por Dios, no lo rechaces —dijo de pronto la condesa, enrojeciendo (algo que resultaba muy extraño en su rostro ajado, delgado y grave) al sacar el dinero de debajo del pañuelo.

Anna Mijáilovna comprendió inmediatamente de qué se trataba y ya se estaba inclinando para abrazar bien a la condesa en el momento oportuno.

—Aquí tienes esto para Borís, de mi parte, para que le hagan un uniforme…

Anna Mijáilovna la abrazaba y lloraba. La condesa también lloraba. Lloraban porque eran amigas y porque eran buenas; y porque siendo amigas de juventud tuvieran que ocuparse de algo tan ruin como el dinero; y porque su juventud ya había pasado… Pero eran lágrimas gratas para ambas.

XV

La condesa Rostova, sus hijas y un gran número de invitados ya estaban en el salón. El conde había acompañado a los hombres al gabinete para mostrarles su querida colección de pipas turcas. De vez en cuando salía y preguntaba: «¿No ha llegado?». Esperaban a Maria Dmítrievna Ajrosímova, apodada en sociedad *le terrible dragon*, una dama célebre no por su riqueza ni sus honores, sino por su rectitud de espíritu y por su modo directo y franco de hablar. A Maria Dmítrievna la conocía la familia imperial, todo Moscú y todo San Petersburgo, y, ambas ciudades, a las que tenía asombradas, se reían en privado de su rudeza y hacían chistes sobre ella; no obstante, todos sin excepción la respetaban y la temían.

En el gabinete, lleno de humo, la conversación giraba en torno a la guerra, que había sido declarada en un manifiesto, y en torno al reclutamiento. Nadie había leído aún el manifiesto, pero todos sabían que había sido publicado. El conde estaba sentado en una otomana entre dos hombres que fumaban y charlaban. Él ni fumaba ni hablaba, sino que inclinaba la cabeza, primero hacia un lado y después hacia el otro, miraba con visible placer a los fumadores y escuchaba la conversación de sus dos vecinos, a los que había azuzado uno contra otro.

Uno de ellos era un civil de rostro arrugado, bilioso y afeitado que ya se acercaba a la vejez, aunque vestía como un joven a la última moda; estaba sentado con las piernas encima de la otomana con una actitud muy familiar y, con la pipa de ámbar muy metida en un ángulo de la boca, aspiraba el humo a ráfagas entornando los ojos. Se trataba del viejo soltero Shinshin, primo de la condesa, de lengua viperina, como decían de él en los salones de Moscú. Cuando hablaba parecía mirar con condescendencia a su interlocutor. El otro, un oficial de la Guardia de rostro fresco y rosado, impecablemente aseado, abotonado hasta arriba y peinado, tenía la pipa de ámbar en mitad de la boca y, con sus labios rosados, aspiraba el humo y lo soltaba por su hermosa boca en pequeños círculos. Era el teniente Berg, oficial del regimiento Semiónovski, con el que Borís iba a partir para incorporarse al ejército y con quien Natasha había hecho rabiar a la condesa Vera, su hermana mayor, diciéndole que era su novio. El conde estaba sentado entre uno y otro, y los escuchaba con atención. La actividad que más placer le procuraba, aparte de jugar al *boston*[142], que le gustaba mucho, era la de escuchar una conversación, sobre todo cuando lograba azuzar a dos interlocutores locuaces.

—Pero ¡cómo es posible, compadre, *mon très honorable* Alfons Kárlych! —decía Shinshin riendo y mezclando las expresiones populares rusas más sencillas con refinadas frases en francés (ahí residía la singularidad de su modo de hablar)—. *Vous comptez vous faire des rentes sur l'état*[143]. ¿Quiere obtener beneficios de la infantería?

—En absoluto, Piotr Nikoláich, solo quiero mostrar que en la caballería las ventajas son mucho menores que en la infantería. Ahora imagine, Piotr Nikoláich, mi situación…

Berg hablaba con mucha precisión, tranquilidad y cortesía. Su conversación giraba siempre y únicamente en torno a sí mismo, y, cuando se hablaba de algo que no tenía relación directa con él, guardaba silencio tranquilamente. Y así podía quedarse callado varias horas, sin sentir la más mínima incomodidad ni producirla en los demás. Pero, en cuanto la conversación le tocaba personalmente, arrancaba a hablar con prolijidad y con un placer visible.

—Imagínese mi situación, Piotr Nikoláich: si yo estuviera en la caballería, obtendría no más de doscientos rublos al trimestre, aun siendo teniente; y ahora recibo doscientos treinta —dijo con una sonrisa alegre y agradable mirando a Shinshin y al conde, como si fuera evidente que su éxito siempre era el principal interés de las demás personas—. Además, Piotr Nikoláich, al pasar a la Guardia, soy más visible —continuó Berg—, y las vacantes en la

infantería son mucho más frecuentes. Y figúrese, ¿cómo podría pasar con doscientos treinta rublos? Así puedo ahorrar y aún mando algo a mi padre —prosiguió, echando otro circulito de humo.

—*La balance y est…*: «El alemán siega hasta con un hacha», *comme dit le proverbe*[144] —sentenció Shinshin pasándose la pipa de ámbar al otro lado de la boca y guiñándole un ojo al conde.

El conde estalló en carcajadas. Los otros invitados, al ver que Shinshin llevaba la conversación, se acercaron a escuchar. Berg, sin advertir la mofa ni la indiferencia, continuó explicando cómo al pasar a la Guardia ya había aventajado a sus compañeros de cuerpo; que en tiempos de guerra era posible que matasen al jefe de infantería y entonces él, por su antigüedad en la compañía, podría convertirse en jefe con gran facilidad; también se recreó en lo mucho que lo apreciaban en el regimiento y lo satisfecho que estaba su padre de él. Era evidente que se deleitaba al contar todo esto y parecía no sospechar que los demás pudieran tener sus propios intereses. Pero todo lo que decía era tan candoroso y la ingenuidad de su joven egoísmo tan evidente que llegaba a desarmar a sus oyentes.

—Bueno, amigo mío: usted llegará lejos en la infantería, en la caballería y donde quiera que sea, ese es mi pronóstico —dijo Shinshin zarandeándole de un hombro y bajando los pies de la otomana.

Berg sonrió alegremente. El conde, seguido por los invitados, salió hacia el salón.

Era ese momento que antecede a la comida de gala, cuando los invitados, a la espera de que los llamen para los entremeses, no se enfrascan en ninguna conversación larga, pero al mismo tiempo consideran necesario moverse y no quedarse callados para demostrar que no están en absoluto impacientes por sentarse a la mesa. Los dueños de la casa echan miradas a la puerta y de vez en cuando se miran entre sí. Los invitados tratan de adivinar por esas miradas a quién o qué están esperando: o bien a un importante pariente que se retrasa, o bien la comida, que aún no está a punto.

Pierre llegó justo antes de la comida y se sentó torpemente en el centro del salón, en el primer sillón que encontró, cortándole el paso a todo el mundo. La condesa lo empujó a hablar, pero él miraba ingenuamente a través de sus gafas, como buscando a alguien, y respondía a todas las palabras de su anfitriona con monosílabos. Era retraído, pero era el único que no lo sabía. Gran parte de los invitados, que conocían su historia con el oso, miraban con

interés a aquel joven alto, grueso y pacífico sin entender cómo alguien tan torpe y tímido había podido gastar una broma así a un inspector de barrio.

—¿Ha llegado usted hace poco? —le preguntó la condesa.

—*Oui, madame* —respondió Pierre mirando a su alrededor.

—¿No ha visto a mi marido?

—*Non, madame* —dijo él. Y sonrió con mucha torpeza.

—Tengo entendido que hace poco estuvo en París. Creo que es muy interesante.

—Muy interesante…

La condesa y Anna Mijáilovna intercambiaron una mirada. Esta última comprendió que su amiga le estaba pidiendo que entretuviera al joven: se sentó más cerca de él y empezó a preguntarle por su padre; pero él solo le respondía con monosílabos, igual que a la condesa. Los invitados conversaban: «*Les Razoumovsky… Ça a été charmant… Vous êtes bien bonne… La comtesse Apraksine…*»[145], se oía por todas partes. La condesa se levantó y se dirigió a la sala.

—¿Maria Dmítrievna? —se la oyó decir desde allí.

—Yo misma —respondió una voz femenina y tosca, y, a continuación, Maria Dmítrievna entró en la sala.

Todas las señoritas e incluso las damas, exceptuando las de edad más avanzada, se pusieron de pie. Maria Dmítrievna se detuvo en la puerta y, desde la altura de su obeso cuerpo, bien alta su cabeza de mujer de cincuenta años de rizos canos, examinó a la concurrencia y, como remangándose, se arregló calmosamente las anchas mangas de su vestido. Maria Dmítrievna siempre hablaba en ruso.

—Querida, te felicito a ti y a tus hijos —dijo con su voz potente y profunda, que tapaba todos los demás sonidos—. Y ¿tú qué, viejo pecador? —Se volvió hacia el conde, que le había besado la mano—. Supongo que te aburres en Moscú, ¿no? ¿No tienes dónde cazar con tus perros? Qué le vamos a hacer, amigo, cómo han crecido estos pajaritos… —Señaló a las muchachas—. Te guste o no habrá que buscarles un marido. Bueno, ¿y qué, cosaco mío? —Así es como Maria Dmítrievna llamaba a Natasha, a la que hizo una carantoña cuando esta se acercó a besarle la mano sin temor y con alegría—. Sé que eres un bicho, pero te quiero.

Sacó de su enorme ridículo unos pendientes de rubíes con forma de pera y, después de dárselos a Natasha, que estaba radiante y con las mejillas coloradas, le dio inmediatamente la espalda y se dirigió a Pierre.

—¡Eh, eh, querido! Ven aquí —le dijo con una voz que fingía ser suave y dulce—. Ven aquí, querido…

Y, con expresión amenazadora, se subió las mangas aún más.

Pierre se acercó mirándola inocentemente a través de las gafas.

—¡Acércate, acércate, querido! Yo he sido la única en decirle siempre a tu padre las verdades cuando él estaba en la cumbre, y Dios me manda decírtelas también a ti.

Se quedó callada. Todos guardaron silencio, expectantes por lo que iba a pasar y con la sensación de que aquello solo era el principio.

—¡Muy bonito, nada que decir! ¡Qué buen chico!… Su padre está en el lecho de muerte, y él se entretiene atando a un inspector a un oso. ¡Qué vergüenza, señorito, qué vergüenza! Mejor sería que fueras a la guerra.

Se dio la vuelta y le dio la mano al conde, que a duras penas lograba contener la risa.

—Bueno, ¿qué? ¿Ya es hora de ir a la mesa? —preguntó Maria Dmítrievna.

El conde inició la marcha con ella; les seguía la condesa, acompañada por un coronel de húsares, un hombre muy necesario porque Nikolái debía alcanzar su regimiento con él. A continuación iban Anna Mijáilovna y Shinshin; Berg le daba el brazo a Vera, mientras que la sonriente Julie Karáguina se dirigía a la mesa junto a Nikolái. Les seguían otras parejas a lo largo de toda la sala y, al final de todo, los niños con sus instructores e institutrices. Los camareros se pusieron a trajinar, las sillas comenzaron a chirriar, la música empezó a sonar en el altillo y los invitados tomaron asiento. Las notas de la orquesta del conde se vieron acompañadas por el rumor de cuchillos y tenedores, el murmullo de los invitados y el andar discreto de los camareros. La condesa, en una punta, presidía la mesa. A su derecha estaba Maria Dmítrievna y a su izquierda Anna Mijáilovna y otros invitados. En la otra punta se sentaba el conde, con el coronel de húsares a su izquierda, y Shinshin y otros invitados de sexo masculino a su derecha. A un lado de la larga mesa estaban los jóvenes de más edad: Vera al lado de Berg, y Pierre al lado de Borís; al otro lado los jovencitos, los preceptores y las institutrices. El conde miraba de vez en cuando a su mujer y su cofia alta con cintas azul celeste a través de la cristalería, las botellas y los fruteros, y servía afanosamente vino a sus vecinos sin olvidarse de sí mismo. Del mismo modo, la condesa, sin olvidar sus deberes de dueña de la casa, echaba miradas expresivas a través de las piñas a su marido, cuya calva y rostro contrastaban por su tono rojizo —le parecía a ella— más que nunca con su cabello cano.

En el lado de las damas se oía un parloteo regular; en el de los hombres, las voces aumentaban cada vez más de volumen, sobre todo la del coronel de húsares, que estaba comiendo y bebiendo tanto, y se estaba poniendo tan rojo, que el conde ya lo ponía como ejemplo a los demás comensales. Berg, con una tierna sonrisa, hablaba con Vera sobre el amor, según él un sentimiento no terrenal, sino celestial. Borís le decía a su nuevo amigo Pierre los nombres de los comensales e intercambiaba miradas con Natasha, a la que tenía enfrente. Pierre hablaba poco, observaba los rostros nuevos para él y comía mucho. Empezando por las dos sopas —entre las que escogió la *à la tortue*[146]— y las empanadas, hasta las ortegas, no dejaba escapar ni un solo plato ni un solo vino, que el maestresala iba sacando misteriosamente, envuelto en una servilleta, por encima del hombro del comensal vecino diciendo: «madeira seco», «vino húngaro» o «vino del Rin». De las cuatro copas de cristal con el monograma del conde que tenía delante, Pierre cogía la primera a su alcance y bebía gustosamente, mirando cada vez con más deleite a los invitados. Natasha, sentada delante de él, miraba a Borís, como solo miran las jovencitas de trece años a un muchacho con el que se acaban de besar y del que están enamoradas. A veces dirigía esa misma mirada a Pierre, que, al ver los ojos de aquella jovencita divertida y alegre, tenía ganas de echarse a reír sin saber él mismo de qué.

Nikolái estaba sentado no lejos de Sonia, al lado de Julie Karáguina, con quien de nuevo hablaba con una sonrisa involuntaria. Sonia lucía una sonrisa solemne, pero era evidente que los celos la atormentaban: primero palidecía y después enrojecía, y trataba con todas sus fuerzas de oír de qué hablaban Nikolái y Julie. La institutriz miraba intranquila a uno y otro lado, como preparándose para responder a quien se atreviera a ofender a los jovencitos. El preceptor alemán trataba de memorizar todos los tipos de comida, postres y vinos para describirlos con detalle en la carta que iba a enviar a sus familiares de Alemania, y estaba muy ofendido porque el maestresala que llevaba la botella envuelta en una servilleta no le había servido a él. El alemán fruncía el ceño y trataba de aparentar que no quería de ese vino, pero estaba ofendido porque nadie parecía entender que si lo quería no era para calmar la sed ni por avidez, sino por sana curiosidad.

XVI

En el extremo de la mesa de los hombres la conversación cada vez se animaba más. El coronel explicaba que el manifiesto sobre la declaración de guerra ya había salido publicado en San Petersburgo y que un correo había entregado ese mismo día al comandante en jefe un ejemplar que él mismo había visto.

—Y ¿por qué demonios tenemos que luchar contra Bonaparte? —dijo Shinshin—. *Il a déjà rabattu le caquet à l'Autriche. Je crains que cette fois ce ne soit notre tour*.[147]

El coronel era un alemán robusto, alto y de temperamento sanguíneo, un viejo veterano y patriota manifiesto. Las palabras de Shinshin lo ofendieron.

—Pues porque el *emperrador* sabe lo que *hase*, muy señor mío —dijo, pronunciando «rr» en vez de «r» y «s» en vez de «c»—. En el manifiesto declaraba que no puede ser *indiferrente* a los peligros que *amenasan* a Rusia, a la *segurridad* del *imperrio*, a su dignidad y a la santidad de las *aliansas*. —Hizo especial hincapié por algún motivo en la palabra «alianza», como si en ella residiera todo el meollo del asunto.

Y, con la irreprochable memoria oficial que le caracterizaba, repitió las palabras iniciales del manifiesto: «Y, como el deseo y el objetivo único y seguro del emperador es instaurar la paz en Europa sobre unas bases sólidas, ha decidido enviar una parte del ejército al extranjero y hacer nuevos esfuerzos para alcanzar esta meta».

—Ahí tiene la *rasón*, muy *señorr* mío —concluyó sentenciosamente, apurando un vaso de vino y buscando con la mirada el beneplácito del conde.

—*Connaissez vous le proverbe*: «Jeremías, Jeremías, mejor quédate en casa y ocúpate de tus ruecas» —dijo Shinshin arrugando el rostro y sonriendo —. *Cela nous convient à merveille*. Hasta a Suvórov[148] lo hicieron pedazos, *à plate couture*, y ¿dónde están ahora nuestros Suvórov? *Je vous demande un peu*[149] —dijo, saltando continuamente del ruso al francés.

—¡Debemos *pelearr* hasta la última gota de *sangrre* —exclamó el coronel dando un golpe en la mesa— y *mor-r-rir* por nuestro *emperrador*, y *entonses* todo *estarrá* bien! Y reflexionar lo menos posi-i-ible. —Alargando esta última palabra se volvió otra vez hacia el conde—. Así pensamos los viejos húsares. Y usted, joven muchacho, joven húsar, ¿qué piensa? —añadió dirigiéndose a Nikolái, que, al oír que estaban hablando de la guerra, había dejado a su interlocutora y era todo ojos y oídos a lo que decía el coronel.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —respondió Nikolái enardecido, girando el plato y cambiando los vasos de sitio con un aire tan decidido y atrevido que parecía que en ese momento se estuviera enfrentando a un gran peligro—. Estoy convencido de que los rusos deben morir o vencer

—dijo, dándose cuenta, igual que los demás, de que las palabras que acababa de pronunciar eran demasiado exaltadas y enfáticas para la situación y, por tanto, resultaban embarazosas.

—*C'est bien beau ce que vous venez de dire*[150] —suspiró Julie, sentada a su lado.

Sonia se puso a temblar y enrojeció hasta las orejas, el cuello y los hombros mientras Nikolái hablaba. Pierre prestaba oídos a las palabras del coronel asintiendo.

—Formidable —dijo.

—¡Este joven es un *verdaderro* húsar! —gritó el coronel golpeando la mesa de nuevo.

—¿A qué viene ese alboroto? —se oyó de repente desde la otra punta de la mesa la voz grave de Maria Dmítrievna—. ¿Por qué das golpes en la mesa? —Se volvió hacia el húsar—. ¿Contra quién te enardeces? ¿Acaso crees que tienes delante a los franceses?

—Digo la *verrdad* —sentenció el húsar con una sonrisa.

—No hacen más que hablar de la guerra —gritó el conde desde el extremo de la mesa—. Mi hijo se me va a la guerra, Maria Dmítrievna, mi hijo se me va.

—Pues yo tengo a cuatro en el ejército y no me aflijo. Todo está en manos de Dios: hay quien muere mano sobre mano en casa, y hay quien vuelve sano y salvo del campo de batalla —la voz profunda de Maria Dmítrievna resonó sin el menor esfuerzo desde el otro extremo de la mesa.

—Así es.

Y la conversación se volvió a dividir, la de las damas por un lado y la de los hombres por el otro.

—¡A que no se lo preguntas! —le decía a Natasha su hermano pequeño—. ¡A que no se lo preguntas!

—¡Sí que lo haré! —le respondió Natasha.

De repente su rostro se encendió con una resolución alegre y descarada. Se puso de pie, invitando con la mirada a Pierre, que estaba sentado enfrente de ella, a que escuchara, y se volvió hacia su madre:

—¡Mamá! —su voz infantil de pecho se oyó en toda la mesa.

—¿Qué te pasa? —preguntó la condesa alarmada, pero, al ver por su expresión que se trataba de una travesura, agitó una mano con severidad y negó intimidatoriamente con la cabeza.

La conversación se interrumpió.

—¡Mamá! ¿De qué será el pastel? —la vocecita de Natasha sonó con más decisión y sin quebrarse.

La condesa quería fruncir el ceño, pero no pudo. Maria Dmítrievna la amenazó con su dedo rollizo.

—¡Cosaco! —exclamó amenazadoramente.

La mayoría de los invitados miraban a los de más edad sin saber cómo debían tomarse semejante ocurrencia.

—¡Verás lo que es bueno! —exclamó la condesa.

—¡Mamá! ¿De qué será el pastel? —gritó Natasha ya con arrojo, en un tono entre caprichoso y alegre, convencida de antemano de que la ocurrencia iba a ser bien recibida.

Sonia y el grueso Petia disimulaban la risa.

—¿Ves cómo se lo he preguntado? —le susurró Natasha a su hermano pequeño y a Pierre, al que volvió a mirar.

—Habrá helado, pero a ti no te darán —dijo Maria Dmítrievna.

Natasha vio que no había nada que temer, y por eso no se amedrentó ni siquiera ante Maria Dmítrievna.

—¡Maria Dmítrievna! Y ¿de qué es el helado? El de nata no me gusta.

—De zanahoria.

—No, ¿de qué es? Maria Dmítrievna, ¿de qué es? —dijo casi a gritos—. ¡Lo quiero saber!

Maria Dmítrievna y la condesa rompieron a reír y tras ellas todos los invitados. Todo el mundo se reía no por la respuesta de Maria Dmítrievna, sino por el inconcebible arrojo y soltura de la jovencita que se atrevía a dirigirse a Maria Dmítrievna de aquel modo.

Natasha dejó de insistir solo cuando le dijeron que era de piña. Antes del helado sirvieron champán. La música volvió a sonar, el conde se besó con la condesa, y los invitados, poniéndose de pie, la felicitaron, alzaron sus copas con el conde, con los niños y unos con otros. De nuevo los camareros empezaron a trajinar, las sillas volvieron a hacer ruido y, en el mismo orden pero con la cara más roja, los invitados volvieron al salón y al gabinete del conde.

XVII

Abrieron las mesas de *boston*, se organizaron las partidas y los invitados del conde se acomodaron en los dos salones, en la sala de los divanes y en la

biblioteca.

El conde, con las cartas dispuestas en forma de abanico, luchaba como podía contra su costumbre de dormir después de la comida, y se reía por todo. Los jóvenes, animados por la condesa, se juntaron alrededor del clavicordio y el arpa. Julie, la primera a petición de todos, tocó en el arpa una pieza con variaciones y, junto con otras muchachas, les pidió a Natasha y a Nikolái, conocidos por sus dotes musicales, que cantaran algo. Natasha, a la que se dirigían como a una persona mayor, estaba visiblemente orgullosa, pero a la vez se sentía azarada.

—¿Qué podemos cantar? —preguntó.

—*El manantial* —respondió Nikolái.

—Bueno, pues vamos. Borís, venga aquí —dijo Natasha—. Pero ¿dónde está Sonia?

Miró a un lado y a otro, y al ver que su amiga no estaba en el salón salió corriendo a buscarla. Cuando entró en la habitación de Sonia y vio que no estaba, corrió hacia la habitación de los niños, pero tampoco allí la encontró. Concluyó entonces que debía de estar en el pasillo, sentada en el arca: ahí era donde la joven generación femenina vertía sus penas en casa de los Rostov. Efectivamente, Sonia, en su vaporoso vestidito rosa, que estaba arrugando, tendida boca abajo sobre el sucio edredón de pluma a rayas del aya que había encima del arca, se tapaba la cara con los deditos y lloraba a lágrima viva; sus pequeños hombros temblaban al aire. El rostro de Natasha, que había estado tan animada y llena de alegría durante todo el día, de repente se demudó: sus ojos se paralizaron, su ancho cuello se estremeció y los contornos de sus labios se curvaron hacia abajo.

—¡Sonia! ¿Qué pasa?… ¿Qué te ocurre? ¡Buaaa!…

Y Natasha, abriendo completamente su boca grande, lo que la afeaba mucho, empezó a sollozar como un niño, sin saber la razón, solo porque Sonia lloraba. Esta quiso levantar la cabeza, quiso contestarle, pero no pudo y ocultó aún más el rostro. Natasha se sentó en el edredón azul celeste y lloró abrazada a su amiga. Sonia, reuniendo fuerzas, se incorporó, se empezó a secar las lágrimas y dijo:

—Nikólenka[151] se marcha dentro de una semana, la… orden… ha llegado… Él mismo me lo ha dicho… Yo no lloraría… —Le enseñó un trocito de papel que llevaba en la mano: eran unos versos que había escrito Nikolái—. Yo no lloraría, pero no puedes… Nadie puede comprender… lo grande que es su corazón. —Y de nuevo se puso a llorar por lo grande que era su corazón—. Las cosas están bien para ti… No te envidio… Te quiero, y

también a Borís —dijo haciendo un nuevo esfuerzo—, es un buen muchacho… No hay obstáculos para vosotros… Pero Nikolái es mi *cousin*… Se requiere que el propio arzobispo metropolitano… y ni aún así. Y luego, si mamá… —Sonia consideraba a la condesa su madre y así es como la llamaba —. Ella dirá que estoy destrozando la carrera de Nikolái, que no tengo corazón, que soy una ingrata, y de verdad… Te juro… —se santiguó— que la quiero tanto, y también a todos vosotros, aunque a Vera… ¿Por qué? ¿Qué le he hecho? Os estoy tan agradecida que con gusto lo sacrificaría todo, pero no tengo nada…

Incapaz de decir nada más, de nuevo se tapó la cara con las manos y el edredón.

Natasha empezó a calmarse, pero su rostro reflejaba que comprendía la magnitud del dolor de su amiga.

—¡Sonia! —exclamó de pronto, como si hubiera adivinado la verdadera razón de la aflicción de su prima—. Seguro que Vera te ha dicho algo después de la comida, ¿a que sí?

—Sí, estos versos me los ha escrito Nikolái y yo he copiado otros para él; ella los ha encontrado encima de mi mesa y ha dicho que se los enseñaría a mamá, y también que soy una ingrata, que mamá nunca permitirá que Nikolái se case conmigo, que se casará con Julie. Ya has visto cómo lleva todo el día con ella… ¡Natasha! ¿Por qué?…

Y de nuevo rompió a llorar con más amargura que antes. Natasha la incorporó, la abrazó y, sonriendo entre lágrimas, la tranquilizó.

—Sonia, no la creas, mi alma, no la creas. ¿Recuerdas de qué hablamos los tres, con Nikólenka, en la sala de los divanes después de la cena? ¿Lo recuerdas? Decidimos cómo serán las cosas. Yo ya no recuerdo cómo, pero ¿recuerdas lo bien que salía todo y cómo todo era posible? Mira, el hermano del tío de Shinshin está casado con su prima, y nosotros somos primos segundos. Borís también dice que es perfectamente posible. ¿Sabes? Se lo he contado todo. Es tan inteligente y tan bueno —dijo Natasha—. No llores, Sonia querida, mi alma. —Y la besó entre risas—. ¡Vera es mala, al diablo con ella! Todo irá bien, no se lo dirá a mamá; será el propio Nikólenka quien se lo diga, él no piensa lo más mínimo en Julie.

Y le besó en la cabeza. Sonia se incorporó, y la gatita se animó, le brillaron los ojillos y parecía dispuesta a menear la cola de un momento a otro, a saltar sobre sus blandas patitas y a jugar de nuevo con un ovillo.

—¿Eso crees? ¿De verdad? ¿Me lo prometes? —dijo arreglándose rápidamente el vestido y el peinado.

—¡De verdad, te lo prometo! —le respondió Natasha, colocándole bien un mechón de pelo que se le había salido de la trenza.

Y ambas se echaron a reír.

—Venga, vamos a cantar *El manantial*.

—Vamos.

—¿Sabes? Pierre, ese hombre gordo que estaba sentado enfrente de mí, ¡es tan gracioso! —dijo Natasha deteniéndose de pronto—. ¡Estoy tan contenta!

Y salió corriendo por el pasillo.

Sonia, después de sacudir el edredón y esconderse los versos en el seno —junto a su pecho huesudo, bajo el cuello—, corrió por el pasillo detrás de Natasha, hacia la sala de los divanes, con paso ligero y alegre, y el rostro enrojecido. A petición de los invitados los jóvenes cantaron *El manantial* a cuarteto, y a todos les gustó mucho; después Nikolái cantó una canción que había aprendido hacía poco:

En la noche serena, a la luz de la luna,
¡qué felicidad imaginar
que en el mundo hay alguien
que también piensa en ti!
¡Que también ella, acariciando
el arpa dorada con su bella mano,
te llama y clama por ti
con apasionada armonía!
Un día, dos, y el paraíso llegará…
Pero ¡ay! ¡Tu amigo no vivirá!

Aún no había acabado de cantar los últimos versos cuando en la sala los jóvenes ya se preparaban para el baile, y los músicos ya empezaban a picar con los pies y a toser en el altillo.

Pierre estaba en el salón; Shinshin entabló con él, por ser alguien que ha llegado del extranjero, una aburrida conversación sobre política a la que otros se unieron. Cuando empezó a sonar la música, Natasha entró en el salón, avanzó directamente hasta él y, riendo con rubor, le dijo:

—Mamá me ha mandado que lo invite a bailar.

—Me temo que confundiré las figuras —contesó Pierre—, pero si usted quiere ser mi profesora…

Y tendió su mano gruesa, bajándola mucho, a la delgada jovencita.

Mientras las parejas se distribuían y los músicos afinaban los instrumentos, Pierre se sentó con su pequeña dama. Natasha se sentía

completamente dichosa; iba a bailar con una persona mayor que había vuelto del extranjero. Estaba sentada a la vista de todos y hablaba con todo el mundo, como los mayores. Llevaba un abanico en la mano que le había dejado una señorita para que se lo guardara. Y, adoptando una postura de lo más mundana (Dios sabe dónde y cuándo la había aprendido), abanicándose y sonriendo a través del abanico, conversaba con su caballero.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Mírenla, mírenla! —exclamó la vieja condesa señalándola al cruzar la sala.

Natasha se ruborizó y se echó a reír.

—Pero ¿qué pasa, mamá? ¿Por qué lo dice? ¿De qué se sorprende?

En mitad de la tercera escocesa se oyó ruido de sillas en el salón, donde jugaban el conde, Maria Dmítrievna y gran parte de los invitados de honor y los de más edad, que, después de tanto rato sentados, estiraban las piernas y se dirigían a las puertas de la sala metiéndose los billeteros y monederos en los bolsillos. Delante iban Maria Dmítrievna y el conde, ambos con expresión alegre. El conde, con burlona cortesía, como haciendo movimientos de ballet, le ofreció su redondeada mano a Maria Dmítrievna. Se puso erguido y su rostro se iluminó con una sonrisa singularmente airosa y pícara; en cuanto acabaron de bailar la última figura de la escocesa, aplaudió a los músicos que estaban en el altillo y gritó dirigiéndose al primer violín:

—¡Semión! ¿Sabes tocar *Daniel Cooper*?

Se trataba de la danza favorita del conde, que ya bailaba en su juventud. (*Daniel Cooper* era, en realidad, una figura de la danza *anglaise*).

—¡Miren a papá! —gritó Natasha a todo el mundo (olvidando por completo que iba a bailar con una persona mayor), inclinando su cabecita rizada hacia las rodillas e inundando la sala con su sonora risa.

Efectivamente, todo cuanto había en aquella sala parecía mirar con una alegre sonrisa al feliz viejecito, que, al lado de una dama tan venerable como Maria Dmítrievna, más alta que él, doblaba los brazos y los movía rítmicamente, enderezaba los hombros, hacía piruetas con los pies taconeando ligeramente; su sonrisa, cada vez más pronunciada en su rostro redondo, preparaba a los espectadores para lo que iba a venir. En cuanto empezó a sonar el ritmo jovial y animado de *Daniel Cooper*, parecido a un alegre *trepak*[152], todas las puertas de la sala se llenaron súbitamente de sirvientes —a un lado estaban los hombres y al otro las mujeres— que, con gesto risueño, acudían a mirar cómo se divertía su señor.

—¡Ay, el amo! ¡Es un águila! —exclamó en voz alta el aya desde una puerta.

El conde bailaba bien y lo sabía, pero su dama ni sabía bailar ni tenía el menor deseo de hacerlo bien. Con su cuerpo enorme erguido y los brazos robustos caídos (le había dado su ridículo a la condesa), solo bailaba con el rostro, severo pero hermoso. Lo que el conde expresaba con toda su redonda figura, Maria Dmítrievna lo expresaba solo con la cara, cada vez más sonriente, y con el aleteo de la nariz. Sin embargo, si el conde, cada vez más desatado, maravillaba a la concurrencia con sus inesperados y ágiles quiebros, y con los rápidos saltos de sus suaves pies, Maria Dmítrievna, haciendo el mínimo esfuerzo al mover los hombros o redondear los brazos cuando daba vueltas y taconeaba, causaba una impresión no menor, y todos le reconocían el mérito teniendo en cuenta su corpulencia y su habitual severidad. La danza cada vez se animaba más. Las otras parejas no eran capaces de atraer la atención ni un solo momento, y ni siquiera lo intentaban. Todo el mundo estaba pendiente del conde y de Maria Dmítrievna. Natasha tiraba de las mangas y del vestido de todos los presentes, que sin necesidad de ello ya tenían la vista clavada en los bailarines, y exigía que miraran a su padre. El conde, en los intervalos de la danza, tomaba aliento con dificultad, agitaba las manos y les gritaba a los músicos que tocaran más rápido. Daba vueltas cada vez más rápido y con más brío, a veces sobre las puntas de los pies y otras sobre los talones alrededor de Maria Dmítrievna; por fin, haciendo girar a su dama hacia su lugar, hizo el último paso, levantando su ágil pierna desde detrás hacia arriba, inclinando su cabeza sudada y, con el rostro sonriente, haciendo un giro con el brazo derecho entre el estruendo de los aplausos y de las risotadas, sobre todo de Natasha. Los dos bailarines se detuvieron, respirando con dificultad y secándose con sus pañuelos de batista.

—Así es como se bailaba en nuestros tiempos, *ma chère* —dijo el conde.

—¡Vaya con *Daniel Cooper*! —exclamó Maria Dmítrievna con un largo y profundo jadeo, subiéndose las mangas.

XVIII

Mientras en la sala de los Rostov bailaban la sexta *anglaise* al son de las notas falsas de los músicos ya fatigados, y mientras los camareros y los cocineros, exhaustos, preparaban la cena, el conde Bezújov sufría su sexto ataque. Los médicos anunciaron que no había esperanzas de recuperación; leyeron al

enfermo las oraciones de la confesión y se le dio la comunión; se iniciaron los preparativos para la extremaunción, y en la casa reinaban el ajetreo y la incertidumbre de la espera, como es habitual en momentos así. Fuera de la casa, frente a las puertas cocheras, se agolpaban los fabricantes de ataúdes, que, escondiéndose cuando entraba un carruaje, esperaban un encargo fastuoso para los funerales del conde. El gobernador general de Moscú, que no había dejado de enviar a sus ayudantes de campo para interesarse por su salud, acudió aquella tarde personalmente a despedirse del conde Bezújov, el famoso alto dignatario de los tiempos de Catalina.

La suntuosa sala de recepción estaba llena. Todos se levantaron respetuosamente cuando el gobernador general, que había pasado cerca de media hora a solas con el enfermo, salió de la habitación, respondiendo levemente a las reverencias y tratando de pasar lo más rápido posible entre las miradas de médicos, clérigos y parientes. El príncipe Vasili, que en esos días había adelgazado y empalidecido, lo acompañó y le repitió varias veces algo en voz baja.

Después, se sentó solo en una silla de la sala con las piernas cruzadas, un codo sobre la rodilla y tapándose los ojos con una mano. Al cabo de un rato, se levantó y, con paso insólitamente nervioso y apresurado, mirando con temor a los lados, recorrió el largo pasillo hasta llegar a la parte trasera de la casa. Iba a ver a la princesa mayor.

Los presentes en la sala débilmente iluminada hablaban con un murmullo irregular; cada vez que alguien entraba o salía por la puerta —chirriaba ligeramente— que conducía a las habitaciones del moribundo, se quedaban callados y miraban con expectación.

—Hay un límite para la vida humana —le decía un viejo clérigo a una dama que estaba sentada a su lado y que lo escuchaba con inocencia—, un límite fijado que no se puede cruzar.

—¿No cree que es demasiado tarde para la extremaunción? —le preguntó la dama al clérigo, añadiendo su título eclesiástico, como si no tuviera ninguna opinión sobre el asunto.

—Se trata de un sacramento importante, señora —le respondió el clérigo pasándose una mano por la calva, en la que solo le quedaban varios mechones de pelo medio cano y bien peinado.

—¿Quién era ese hombre? ¿El gobernador general en persona? —preguntó alguien en la otra punta de la sala—. ¡Qué joven parece!…

—Pues ¡ya tiene más de sesenta! ¿Dicen que el conde ya no reconoce a nadie? ¿Que le quieren dar la extremaunción?

—Hace tiempo conocí a un hombre al que se la dieron siete veces.

La segunda de las princesas acababa de salir de la habitación del enfermo con los ojos llorosos y se sentó al lado del doctor Lorrain, que había adoptado una graciosa postura debajo del retrato de Catalina, con los codos apoyados sobre la mesa.

—*Très beau* —decía el doctor, respondiendo a una pregunta sobre el tiempo—. *Très beau, princesse, et puis, à Moscou on se croit à la campagne*.[153]

—*N'est-ce-pas?*[154] —dijo la princesa con un suspiro—. Bueno, entonces ¿puede beber?

Lorrain meditó un momento.

—¿Ha tomado la medicina?

—Sí.

El médico miró su reloj de bolsillo.

—Coja un vaso de agua hervida y añádale *une pincée* —mostró con sus finos dedos el significado de *une pincée*— *de cremortartari*…[155]

—No se *conose* ningún caso —le decía un médico alemán a un ayudante de campo— de alguien que haya *sobrrevivido* a un *terser* ataque.

—¡Qué hombre tan saludable era! —dijo el ayudante de campo—. Y ¿a quién pasará toda su fortuna? —añadió en un susurro.

—Ya *apareserán voluntarrios* —respondió el alemán con una sonrisa.

La puerta chirrió y, de nuevo, todos volvieron la mirada; la segunda princesa, habiendo preparado la bebida que Lorrain había prescrito, se la llevaba al enfermo. El médico alemán se acercó a Lorrain.

—¿Cree que es posible que aguante hasta mañana por la mañana? —preguntó en un mal francés.

Lorrain apretó los labios y, con severidad, hizo un gesto negativo con el dedo delante de la nariz.

—Hasta esta noche como mucho —dijo en voz baja, con una sonrisa decorosa y algo envanecida de ser capaz de comprender y de expresar con claridad la situación del enfermo, y se alejó.

Entretanto, el príncipe Vasili abría la puerta de la habitación de la princesa.

La habitación estaba en penumbra; solo ardían dos lamparillas delante de los iconos, y olía bien, a incienso y a flores. No había más que muebles pequeños: chifonieres, armaritos y mesillas. Detrás de un biombo se veían las colchas blancas de una cama alta de plumón. Un perrito se puso a ladrar.

—Ah, ¿es usted, *mon cousin*?

La princesa se levantó y se arregló el pelo, que siempre, incluso en ese momento, llevaba tan increíblemente liso que parecía cubierto de laca y unido a su cabeza en una sola pieza.

—¿Ha pasado algo? —preguntó ella—. Me he asustado mucho.

—Nada, todo sigue igual; solo he venido para hablar contigo de un asunto, Catiche —dijo el príncipe sentándose con aire fatigado en el mismo sillón del que ella se acababa de levantar—. Pero ¡qué caliente lo has dejado! —observó—. Bueno, siéntate aquí, *causons*[156].

—Pensaba que había pasado algo —dijo la princesa y, con esa expresión inmutable de su rostro, de una severidad pétrea, se sentó enfrente del príncipe dispuesta a escucharle—. Quería dormir un poco, *mon cousin*, pero no puedo.

—Bueno, ¿y qué, querida? —dijo el príncipe Vasili cogiendo la mano de la princesa y doblándola un poco hacia abajo, como era su costumbre.

Era evidente que aquel «Bueno, ¿y qué?» se refería a muchas cosas que, sin nombrarlas, ambos comprendían.

La princesa, con su talle seco, recto e impropiamente largo en comparación con las piernas, miró directamente y con impasibilidad al príncipe Vasili con sus ojos grises y abultados. Meció la cabeza, suspiró y volvió la mirada hacia un icono. Este gesto se podía interpretar como una expresión de tristeza y devoción, pero también de cansancio y de esperanza en un inminente descanso. El príncipe Vasili lo interpretó como expresión de cansancio.

—¿Crees que para mí es más fácil? —preguntó—. *Je suis éreinté, comme un cheval de poste*.[157] Aun así, tengo que hablar contigo, Catiche, y muy seriamente.

El príncipe Vasili guardó silencio y sus mejillas empezaron a temblar nerviosamente hacia uno y otro lado, lo que daba a su rostro una expresión desagradable, que nunca se le veía cuando frecuentaba los salones. Sus ojos tampoco eran los de siempre: primero miraban de un modo insolente y burlón, y después con temor a un lado y a otro. La princesa, sujetando con sus manos secas y delgadas el perrito que tenía en las rodillas, miraba al príncipe Vasili con atención, directamente a los ojos; pero era evidente que no tenía intención de interrumpir su silencio con una pregunta, ni aunque hubiera tenido que quedarse callada hasta la mañana siguiente.

—Como ve, Katerina Semiónovna, querida princesa, prima —prosiguió el príncipe, no sin una visible lucha interior—, en momentos así hay que pensar en todo. Hay que pensar en el futuro, en vosotras… Os quiero a todas, como si fuerais mis hijas, tú lo sabes…

La princesa seguía mirándolo, con los ojos apagados e inmóviles.

—Por último, debo pensar también en mi familia —añadió el príncipe Vasili, sin mirarla y apartando la mesilla con irritación—; tú sabes, Catiche, que vosotras, las tres hermanas Mámontova, así como mi mujer, somos los únicos herederos directos del conde. Lo sé: sé lo duro que te resulta hablar de estas cosas y pensar en ellas. Para mí tampoco es fácil; sin embargo, amiga mía, ya tengo más de cincuenta años, y debo estar preparado para todo. ¿Sabes que he tenido que llamar a Pierre porque el conde, señalando su retrato, ha exigido verlo?

El príncipe Vasili miró interrogativamente a la princesa, pero no llegó a comprender si estaba reflexionando sobre lo que le acababa de decir, o si simplemente le estaba mirando…

—Yo solo rezo a Dios por una cosa, *mon cousin* —respondió ella—: que le perdone sus pecados y permita que su hermosa alma abandone en paz esta…

—Sí, de acuerdo —continuó el príncipe Vasili con impaciencia, secándose la calva, y volvió a acercar con rabia la mesilla que había apartado —, pero, a fin de cuentas… a fin de cuentas, la cuestión es que, como ya sabes, el invierno pasado el conde escribió un testamento según el cual todos los bienes serán para Pierre, en perjuicio de sus herederos directos y de nosotros.

—¡A saber cuántos testamentos habrá escrito ya! —replicó la princesa tranquilamente—. Pero a Pierre no le puede dejar nada. Pierre es ilegítimo.

—*Ma chère* —dijo de pronto el príncipe Vasili acercándose la mesilla, animado y empezando a hablar más deprisa—, pero ¿qué ocurre si el conde ha escrito al emperador y le ha pedido que se reconozca a Pierre como hijo legítimo? Tienes que entender que, por los méritos del conde, su petición será aceptada…

La princesa sonrió, como sonríen las personas que creen saber más de un asunto que aquellos con los que están hablando.

—Te diré más —continuó el príncipe Vasili, cogiéndole la mano—: la carta ha sido escrita, pero no enviada, y el emperador ha sabido de su existencia. La única cuestión es averiguar si ha sido destruida o no. Si no lo ha sido, en cuanto *todo acabe* —el príncipe Vasili suspiró, dando a entender así *a qué* se refería con las palabras «todo acabe»— y abran los documentos del conde, entregarán el testamento y la carta al emperador, y su petición, probablemente, será aceptada. Entonces Pierre, como hijo legítimo, lo heredará todo.

—¿Y nuestra parte? —preguntó la princesa con una sonrisa irónica, como si creyera que todo era posible menos eso.

—*Mais, ma pauvre Catiche, c'est clair, comme le jour*.[158] En ese caso, él será el único heredero legítimo de todo, y vosotras no recibiréis nada de nada. Tú tienes que saber, querida mía, si él ha escrito el testamento y la carta, y si han sido destruidos. Si por algún motivo han sido olvidados, tienes que saber dónde están y encontrarlos, porque…

—¡Solo faltaba eso! —le interrumpió la princesa, sonriendo sardónicamente y sin cambiar de expresión—. Soy una mujer; ustedes piensan que somos todas unas tontas, pero, por cuanto sé, un hijo ilegítimo no puede heredar… *Un bâtard*[159] —añadió, suponiendo que con esa traducción mostraba al conde de una manera incontestable la inconsistencia de sus argumentos.

—¡Cómo es posible que sigas sin entenderlo, Catiche! Eres tan inteligente… ¡Cómo es posible que no entiendas que, si el conde ha escrito una carta al emperador en la que le pide que reconozca a su hijo como legítimo, Pierre ya no será Pierre, sino el conde Bezújov, y entonces lo heredará todo! Y que, si el testamento y la carta no son destruidos, a ti, aparte del consuelo de haber sido tan virtuosa *et tout ce qui s'en suit*[160], no te quedará nada. No lo dudes.

—Sé que el testamento ha sido escrito; no obstante, también sé que no es válido, y creo que usted me toma por una completa idiota, *mon cousin* —dijo la princesa con esa expresión con que hablan las mujeres que creen que han dicho algo ingenioso y ofensivo.

—Mi querida princesa Katerina Semiónovna —dijo el príncipe Vasili con impaciencia—. No he venido a verte para hacernos reproches, sino para hablarte de tus propios intereses; te hablo como a un auténtico miembro de la familia, bueno y bondadoso. Te vuelvo a repetir por décima vez que, si la carta al emperador y el testamento en favor de Pierre están entre los papeles del conde, ni tú, palomita mía, ni tus hermanas seréis las herederas. Si no me crees, cree al menos a quien sabe de esto: acabo de hablar con Dmitri Onúfrich —era el abogado de la familia—, y ha dicho lo mismo.

Al parecer, algo cambió de repente en el entendimiento de la princesa; sus labios finos palidecieron (sus ojos seguían inmutables, como antes), y, cuando empezó a hablar, su voz tronó de tal modo que fue evidente que ni ella misma lo esperaba.

—¡Eso sí sería bueno! —dijo—. Nunca he querido nada ni lo quiero ahora. —Arrojó al perrito fuera de sus rodillas y se arregló los pliegues del

vestido—. ¡Esa es la gratitud, ese es el reconocimiento que manifiesta a las personas que lo han sacrificado todo por él! —añadió—. ¡Magnífico! ¡Muy bien! Yo no necesito nada, príncipe.

—De acuerdo, pero no se trata solo de ti, tienes hermanas —respondió el príncipe.

Pero la princesa no le escuchaba.

—Sí, lo sé desde hace tiempo, pero había olvidado que, aparte de bajeza, engaño, envidia e intrigas, aparte de ingratitud, de la más negra ingratitud, en esta casa una no puede esperar nada más…

—¿Sabes o no dónde está el testamento? —le preguntó el príncipe Vasili con un temblor en las mejillas aún más intenso que antes.

—Sí, he sido tan tonta… Aún creía en las personas, las quería y me sacrificaba por ellas. Pero solo los infames y los canallas salen adelante. Sé muy bien quién está detrás de estas intrigas.

Quiso levantarse, pero el príncipe la sujetó por la mano. Tenía el aspecto de haber sufrido un súbito desengaño con todo el género humano. Miró con furia a su interlocutor.

—Aún estamos a tiempo, amiga mía. Recuerda, Catiche, que todo esto lo ha hecho sin querer, en un momento de ira, de enfermedad, y después lo ha olvidado. Nuestro deber, querida, es enmendar este error, aliviar sus últimos minutos impidiéndole que cometa esta injusticia, no dejar que muera creyendo que ha hecho infeliz a las personas…

—A las personas que lo han sacrificado todo por él —remató la princesa; de nuevo quiso levantarse, pero el príncipe no la dejó marchar—, algo que él nunca ha sabido valorar. No, *mon cousin* —añadió con un suspiro—, no voy a olvidar que en este mundo una no puede esperar recompensas, que en este mundo no hay honor ni justicia. En este mundo una tiene que ser astuta y malvada.

—Bueno, *voyons*, cálmate; sé que tienes buen corazón.

—No, tengo un corazón malvado.

—Conozco tu corazón —repitió el príncipe—, valoro tu amistad y me gustaría que opinaras lo mismo de mí. Cálmate y *parlons raison*[161] mientras estemos a tiempo; quizá tengamos un día, quizá una hora; cuéntame todo lo que sepas del testamento, y, sobre todo, dónde está: tú tienes que saberlo. Ahora mismo lo cogemos y se lo enseñemos al conde. Seguro que ya se ha olvidado de que existe y querrá destruirlo. Comprende que mi único deseo es cumplir sagrada y escrupulosamente su voluntad; solo por ese motivo he viajado hasta aquí. Solo estoy aquí para ayudar, tanto a él como a vosotras.

—Ahora lo entiendo todo. Ya sé quién está detrás de todas estas intrigas. Lo sé —decía la princesa.

—Eso ahora no importa, querida.

—Se trata de la *protégée*[162] de usted, su querida princesa Anna Mijáilovna, a quien yo no desearía tener ni de sirvienta, ¡esa mujer abominable y ruin!

—*Ne perdons point de temps.*[163]

—¡Ah, no me diga! El invierno pasado se metió en esta casa y le contó al conde tales bajezas e infamias de todas nosotras (sobre todo de Sophie, no puedo ni repetirlas) que el conde cayó enfermo y estuvo dos semanas sin querer vernos. Sé muy bien que fue entonces cuando escribió aquel papel infame y ruin; pero pensaba que no tenía ningún valor.

—*Nous y voilà*[164], pero ¿por qué no me habías dicho nada de esto antes?

—Está en una cartera adornada con un mosaico que guarda debajo de la almohada. Ahora ya lo sé —dijo la princesa sin responderle—. Sí: si tengo algún pecado, alguno grande, ¡es mi odio a esa miserable! —exclamó casi a gritos, totalmente demudada—. ¿Por qué tiene que meterse en esta casa? Pero me va a oír, va a oír todo lo que le voy a decir. ¡Llegará el día!

XIX

Mientras en la sala de recepción y en las habitaciones de la princesa tenían lugar estas conversaciones, el carruaje que llevaba a Pierre (a quien habían hecho llamar) y a Anna Mijáilovna (que consideró necesario acompañarle) entraba en el patio del conde Bezújov. Cuando las ruedas del carruaje sonaron débilmente al pisar la paja que habían esparcido bajo las ventanas, Anna Mijáilovna, que se volvió hacia su compañero para consolarle con unas palabras, se dio cuenta de que este se había quedado dormido en un rincón y lo despertó. Una vez despabilado, Pierre bajó detrás de Anna Mijáilovna, y solo entonces pensó en el encuentro que le esperaba con su padre moribundo. Reparó en que no se habían dirigido a la entrada principal, sino a la puerta trasera. Mientras descendía por el escalón del carruaje, dos hombres con ropa de comerciante corrieron desde la entrada hasta la sombra que proyectaba la pared. Pierre se detuvo un momento, y vio a ambos lados de la casa a más hombres como aquellos escondidos en la sombra. Pero ni Anna Mijáilovna, ni el lacayo, ni el cochero —era imposible que no vieran a aquellas personas—

les prestaron atención. Por lo tanto, Pierre pensó que así tenían que ser las cosas, y siguió a Anna Mijáilovna, que subía con paso rápido por una estrecha escalera de piedra tenuemente iluminada, llamándolo, porque se había quedado rezagado. El joven, aunque no entendía en absoluto para qué tenía que ir a ver al conde y, aún menos, por qué tenía que entrar por la escalera trasera, al ver la seguridad y la prisa de Anna Mijáilovna decidió para sí que se trataba de algo totalmente necesario. En mitad de la escalera casi los derribaron unos hombres con cubos que, pisando ruidosamente con sus botas, bajaban corriendo. Se arrimaron a la pared para dejar pasar a Pierre y a Anna Mijáilovna, y no mostraron la más mínima sorpresa al verlos.

—¿Por aquí se llega a las habitaciones de las princesas? —le preguntó Anna Mijáilovna a uno de ellos.

—Sí —le respondió el lacayo alzando la voz con tono osado, como si ahora ya todo estuviera permitido—. Por la puerta de la izquierda, señora.

—Quizá el conde no me haya hecho llamar —dijo Pierre cuando llegó al descansillo—, será mejor que me vaya a mi habitación.

Anna Mijáilovna se detuvo para esperarlo.

—*Ah, mon ami!* —exclamó con el mismo gesto que había hecho por la mañana con su hijo, tocándole una mano—. *Croyez, que je souffre autant, que vous, mais soyez homme*.[165]

—¿De verdad debo ir? —preguntó Pierre mirando dulcemente a Anna Mijáilovna a través de las gafas.

—*Ah, mon ami, oubliez les torts qu'on a pu avoir envers vous, pensez que c'est votre père… peut-être à l'agonie*. —Suspiró—. *Je vous ai tout de suite aimé comme mon fils. Fiez-vous à moi, Pierre. Je n'oublirai pas vos intérêts*.[166]

Pierre no entendía nada; de nuevo le pareció, aún más que antes, que las cosas tenían que ser así, y siguió sumisamente a Anna Mijáilovna, que ya había abierto la puerta.

La puerta daba al recibidor de la entrada trasera. En un rincón estaba sentado el viejo sirviente de las princesas, cosiendo unas medias. Pierre nunca había estado en esa parte de la casa y ni siquiera sospechaba de la existencia de tales estancias. Anna Mijáilovna le preguntó por la salud del conde a una muchacha que les adelantó (la llamó «querida» y «palomita») con una bandeja con una garrafa, y condujo a Pierre hacia el fondo del pasillo de piedra. Desde ahí, la primera puerta de la izquierda daba a las habitaciones de las princesas. La doncella que llevaba la garrafa, por las prisas (como todo en ese momento en la casa) no cerró la puerta, y tanto Pierre como Anna

Mijáilovna miraron sin querer al pasar por delante de la habitación en la que conversaban, sentados muy cerca el uno del otro, la princesa mayor y el príncipe Vasili. Al verlos pasar, el príncipe Vasili hizo un gesto impaciente y se echó hacia atrás; la princesa se levantó de un salto y, con gesto furibundo, dio un portazo con todas sus fuerzas.

Este gesto casaba tan poco con la calma sempiterna de la princesa, y el pavor que se dibujó en el rostro del príncipe estaba tan fuera de lugar en un hombre de su importancia, que Pierre, deteniéndose, miró interrogativamente a través de las gafas a su guía. Anna Mijáilovna no mostró sorpresa, se limitó a sonreír levemente y a suspirar, como diciendo que ya se lo esperaba.

—*Soyez homme, mon ami, c'est moi qui veillerai à vos intérêts*[167] —dijo en respuesta a la mirada de Pierre, y avanzó aún más rápido por el pasillo.

Pierre no entendía lo que ocurría, y, aún menos, qué significaba *veiller à vos intérêts*[168], pero comprendía que las cosas tenían que ser así. Desde el pasillo llegaron a un salón poco iluminado que daba a la sala de recepción del conde, una de esas estancias frías y lujosas que Pierre conocía y a las que se accedía por la entrada principal. Pero, en mitad de la sala, había una bañera vacía y una alfombra empapada de agua. A su paso salieron de puntillas, sin reparar en ellos, un criado y un sacristán con un incensario. Entraron en la sala de recepción, que Pierre también conocía bien, con dos ventanas italianas que daban al jardín de invierno y que estaba decorada con un busto de gran tamaño y con el retrato de cuerpo entero de la emperatriz Catalina. Las mismas personas de antes, casi en idéntica posición, seguían cuchicheando. Se hizo un silencio y todos se volvieron para mirar a Anna Mijáilovna, que entraba con su rostro lloroso y pálido, y al grueso y corpulento Pierre, que, con la cabeza gacha, la seguía sumisamente.

El rostro de Anna Mijáilovna reflejaba que era consciente de que había llegado el momento decisivo; con las maneras de una diligente dama de San Petersburgo, entró sin dejar que Pierre se apartara de su lado, aún con más arrojo que por la mañana. Sabía que, como la acompañaba alguien a quien el moribundo deseaba ver, sería bien recibida. Tras echar una rápida mirada a todos los allí presentes y ver al confesor del conde, no es que se encorvara, pero sí pareció hacerse más menuda de repente; se acercó con pequeños pasos de ambladura al confesor y recibió respetuosamente su bendición y la de otro clérigo.

—Gracias a Dios que hemos llegado a tiempo —le dijo al clérigo—; todos nosotros, sus parientes, teníamos tanto miedo… Este joven es el hijo del conde —añadió bajando la voz—. ¡Qué momento tan terrible!

Una vez pronunció estas palabras, se acercó al médico.

—*Cher docteur* —le dijo—, *ce jeune homme est le fils du comte… y a-t-il de l'espoir?*[169]

El médico, en silencio, alzó con un movimiento rápido los ojos y los hombros. Anna Mijáilovna, exactamente con ese mismo movimiento, alzó también los hombros y los ojos, casi cerrándolos, suspiró y se alejó del médico para acercarse a Pierre, a quien habló con un singular respeto, ternura y aflicción.

—*Ayez confiance en Sa misericorde!*[170] —le dijo, y, señalándole un divancito para que se sentara y la esperara, se dirigió en silencio hacia la puerta a la que todos miraban, que hizo un chirrido apenas audible, y desapareció detrás de ella.

Pierre, que había decidido obedecer en todo a su guía, se dirigió al divancito que ella le había indicado. En cuanto Anna Mijáilovna desapareció, notó que todas las miradas se centraban en él con algo más que curiosidad e interés. Vio que todos intercambiaban cuchicheos y lo señalaban con la mirada, como con temor, incluso con servilismo. Le mostraban un respeto que nunca le habían mostrado: una dama a la que no conocía y que estaba hablando con los clérigos se levantó y le ofreció su sitio; un ayudante de campo recogió del suelo un guante que se le había caído al joven y se lo dio; los médicos callaron respetuosamente cuando este pasó por su lado y se apartaron para dejarle pasar. Al principio Pierre quiso sentarse en otro sitio para no molestar a la dama, recoger el guante y pasar por detrás de los médicos, que no le obstaculizaban en absoluto el camino; pero de repente le pareció que habría sido indecoroso, que aquella noche era una persona que tenía la obligación de cumplir con un ritual terrible que todos esperaban, y que por ello debía aceptar el servicio de todo el mundo. Cogió en silencio el guante de manos del ayudante de campo, se sentó en el sitio de la dama poniendo sus grandes manos sobre sus rodillas, dispuestas simétricamente, en una ingenua postura de estatua egipcia, y decidió que todo tenía que ser justamente así y que aquella noche, con el fin de no equivocarse ni hacer tonterías, no podía actuar siguiendo sus pensamientos, sino abandonándose totalmente a la voluntad de quienes le dirigían.

No habían pasado ni dos minutos cuando el príncipe Vasili, en su caftán con tres estrellas en el pecho, majestuosamente y con la cabeza muy alta, entró en la sala de recepción. Parecía haber adelgazado desde la mañana; cuando vio a Pierre, sus ojos parecieron más grandes de lo habitual. Se acercó

a él, le cogió de una mano (algo que nunca había hecho) y tiró de ella hacia abajo, como si quisiera comprobar su firmeza.

—*Courage, courage, mon ami. Il a demandé à vous voir. C'est bien…*[171] —E hizo un ademán de retirarse.

Pero Pierre consideró necesario preguntarle:

—Cómo se encuentra el…

Turbado, no sabía si era decoroso llamar «conde» al moribundo; aunque llamarlo «padre» le resultaba embarazoso.

—*Il a eu encore un coup, il y a une demi-heure*. Ha tenido otro ataque. *Courage, mon ami…*[172]

Pierre tenía tal confusión de ideas que al oír la palabra «ataque» se imaginó que el conde había sido atacado. Miró perplejo al príncipe Vasili y después cayó en que «ataque» hacía referencia a la enfermedad. El príncipe Vasili le dijo algunas palabras a Lorrain y cruzó la puerta de puntillas. Como no sabía andar de este modo, dio torpes saltos con todo el cuerpo. Después de él entró la princesa mayor, después los clérigos y a continuación otras personas (los criados). Detrás de la puerta se oía movimiento y, finalmente, con el mismo rostro pálido, pero firme en el cumplimiento de su deber, salió Anna Mijáilovna apresuradamente, y, rozando la mano de Pierre, le dijo:

—*La bonté divine est inépuisable. C'est la cérémonie de l'extrême onction qui va commencer. Venez.*[173]

Pierre cruzó la puerta, dio unos pasos por una mullida alfombra y reparó en que tanto el ayudante de campo, la dama desconocida, así como algún criado más entraban detrás de él, como si ahora ya no fuera necesario pedir permiso para acceder a la habitación.

XX

Pierre conocía bien aquella habitación grande, dividida por varias columnas, un arco y completamente revestida de tapices persas. La parte que quedaba más allá de las columnas, con una cama alta de caoba con cortinas de seda a un lado, y al otro un enorme *kiot*[174] con iconos, estaba iluminada como las iglesias durante el servicio vespertino, de un color rojo y brillante. Bajo el lustroso enchapado del *kiot* se alzaba un largo sillón Voltaire en el que yacía la majestuosa figura, tan familiar a Pierre, de su padre, el conde Bezújov, envuelta en el respaldo entre mullidos almohadones de un blanco níveo que

evidentemente acababan de cambiar, y cubierta hasta la cintura con una manta de un verde intenso; tenía esa misma melena gris que recordaba a la de un león, la frente ancha y las características arrugas, profundas y nobles, en su hermoso rostro de un amarillo rojizo. Estaba justo debajo de los iconos; tenía las gruesas manos fuera de la manta, sobre la que reposaban. Entre el dedo pulgar y el índice de la mano derecha, con la palma hacia abajo, le habían colocado un cirio que un viejo criado, inclinado desde detrás del respaldo, le ayudaba a sujetar. A su alrededor los clérigos, en sus solemnes y deslumbrantes ropajes, con su pelo largo y con cirios encendidos en las manos, oficiaban con lentitud y solemnidad. Un poco más atrás estaban las dos princesas menores, llevándose un pañuelo a los ojos, y delante de ellas la mayor, Catiche, con expresión rabiosa y decidida, sin apartar ni un momento la vista de los iconos, como si le estuviera diciendo a todo el mundo que no respondía de sí misma si volvía la mirada. Tanto Anna Mijáilovna, con un gesto de manso dolor y de absolución, como la dama desconocida se habían quedado junto a la puerta. El príncipe Vasili estaba al otro lado, cerca del sillón, detrás de una silla de terciopelo con el respaldo vuelto hacia él, y allí apoyaba la mano izquierda, con la que sostenía un cirio, mientras que con la derecha se santiguaba; cada vez que se llevaba los dedos a la frente, alzaba la mirada. Su rostro expresaba una serena devoción y una entrega absoluta a la voluntad de Dios. «Si no entienden estos sentimientos, peor para ustedes», parecía decir.

Detrás de él estaban el ayudante de campo, los médicos y la servidumbre masculina; como en la iglesia, los hombres y las mujeres se habían separado. Reinaba el silencio, todos se santiguaban, solo se oían las lecturas de los textos sagrados, así como un tenue canto, de bajo profundo, y, en los momentos de silencio, movimiento de pies y suspiros. Anna Mijáilovna, con ese mismo aire de gravedad que demostraba que sabía lo que hacía, cruzó toda la habitación hasta donde estaba Pierre y le dio un cirio. Él lo encendió y, como estaba distraído porque observaba a los demás, empezó a santiguarse con la misma mano con que lo sostenía.

Sofia, la princesa menor, tan risueña, de rostro rosado y con un lunar, le miraba. Sonrió, se tapó la cara con el pañuelo y estuvo mucho rato pegada a él; pero cuando volvió a mirar a Pierre de nuevo se volvió a reír. Al parecer, se sentía incapaz de mirarle y no reírse y, como no podía dejar de hacerlo, para evitar la tentación se fue en silencio detrás de una columna. En mitad del oficio las voces del clero callaron de pronto; los sacerdotes se dijeron algo entre susurros; el viejo criado que aguantaba el cirio del conde se levantó y se

volvió hacia las damas. Anna Mijáilovna dio unos pasos e, inclinándose sobre el enfermo desde detrás del sillón, llamó con un dedo a Lorrain. El médico francés —que estaba apoyado, sin cirio en la mano, en una columna en esa postura reverente del extranjero que manifiesta comprensión e incluso aprobación, a pesar de la diferencia de confesiones, de la importancia del rito que se está llevando a cabo— se acercó con el paso silencioso de una persona que está en la plenitud de la edad, cogió con sus dedos finos y blancos la mano libre que reposaba sobre la manta verde y, volviéndose, le tomó el pulso y se quedó pensativo. Dieron algo de beber al enfermo, hubo agitación a su alrededor, después todo el mundo volvió a su sitio y se reanudó el oficio religioso. Durante la pausa Pierre se dio cuenta de que el príncipe Vasili abandonó su puesto detrás de la silla y, aún con ese aire de quien sabe lo que hace y piensa que peor para quien no lo entienda, no se acercaba al enfermo, sino que, pasando de largo, iba a buscar a la princesa mayor, con la que se había dirigido al fondo de la habitación, donde estaba la cama alta de las cortinas de seda; desde allí ambos habían desaparecido por la puerta trasera, pero antes del final del oficio habían vuelto, uno detrás del otro, cada uno a su sitio. Pierre no le prestó a aquello más atención que a cualquier otra cosa, ya que había decidido terminantemente que todo lo que se estaba haciendo aquella noche era absolutamente necesario.

Las notas del canto religioso cesaron y se oyó la voz de un clérigo que felicitaba respetuosamente al enfermo por haber recibido los sacramentos. El enfermo seguía igual de inanimado e inmóvil. A su alrededor todo se empezó a mover, se oyeron pasos y murmullos, entre los que destacaban los de Anna Mijáilovna.

Pierre oyó cómo decía:

—Hay que llevarlo inmediatamente a la cama, aquí de ningún modo se podrá…

El conde estaba tan rodeado de médicos, princesas y criados que Pierre ya no podía ver su cabeza de un amarillo rojizo ni su melena gris; a pesar de mirar a otras personas, durante el oficio no la había perdido de vista ni un solo instante. Adivinó por los cuidadosos movimientos de quienes rodeaban el sillón que estaban levantando al moribundo y lo trasladaban a otro lugar.

«Agárrate de mi brazo, así se te va a caer», oyó susurrar, asustado a uno de los criados. «Por abajo… otro más», decían algunas voces; y la respiración fatigada y los pasos de aquellas personas se volvieron más apresurados, como si no pudieran con el peso que cargaban.

Los portadores, entre quienes se encontraba Anna Mijáilovna, llegaron a la altura de Pierre, quien, por detrás de las espaldas y las nucas, pudo ver por un instante el pecho obeso, ancho y desnudo del enfermo, sus hombros rollizos levantados por debajo de los brazos, y su cabeza de pelo rizado, cano y leonino. El rostro, con su frente y sus pómulos excepcionalmente anchos, su boca hermosa y sensual, y una mirada fría y majestuosa, no se había desfigurado ante la proximidad de la muerte. Era el mismo rostro que Pierre había visto tres meses antes, cuando el conde lo mandó a San Petersburgo. Sin embargo, ahora se balanceaba impotente entre el paso irregular de los portadores, y su mirada fría y apática no sabía dónde posarse.

Hubo unos minutos de ajetreo alrededor de la cama alta; los que habían llevado al conde se apartaron. Anna Mijáilovna tocó la mano de Pierre y le dijo: «*Venez*[175]». El joven se acercó con ella hasta la cama sobre la que habían colocado al enfermo en la posición solemne que correspondía, al parecer, al sacramento que le acababan de administrar. Yacía con la cabeza apoyada en alto sobre la almohada. Sus manos descansaban simétricamente sobre la manta de seda verde con las palmas hacia abajo. Cuando Pierre se acercó, el conde le miró directamente a los ojos, pero era una de esas miradas cuyo sentido y relevancia el hombre es incapaz de comprender. O bien no decía nada en absoluto —como tenemos ojos, en algo tienen que fijarse—, o bien decía demasiadas cosas. Pierre se detuvo sin saber qué hacer y se volvió interrogativamente hacia su guía, Anna Mijáilovna. Esta le señaló rápidamente con los ojos la mano del enfermo, e hizo con los labios el gesto de un beso. Pierre, alargando el cuello con cuidado para no engancharse con la manta, obedeció el consejo de Anna Mijáilovna y se agachó sobre aquella mano carnosa y de huesos anchos. Ni la mano ni un solo músculo del rostro del conde se movieron. Pierre miró de nuevo a Anna Mijáilovna, preguntándole qué hacer. Ella le señaló con la mirada el sillón que había al lado de la cama. Pierre se sentó dócilmente preguntando todavía con la mirada si estaba haciendo lo que había que hacer. Anna Mijáilovna asintió dando su aprobación. El joven adoptó de nuevo una postura simétrica y pueril de estatua egipcia, como lamentándose de que su cuerpo torpe y grueso ocupara tanto espacio, y tratando con todas sus fuerzas de parecer cuanto más pequeño mejor. Miró al conde, quien a su vez seguía mirando hacia donde había estado el rostro de Pierre cuando este estaba de pie. Anna Mijáilovna mostraba en su semblante que era consciente de la conmovedora importancia de esos últimos momentos entre padre e hijo. No fueron más de dos minutos, pero a Pierre le pareció una hora. De pronto los músculos y las grandes

arrugas del rostro del conde se estremecieron. La contracción aumentó, su hermosa boca se torció (Pierre se percató solo entonces de lo cerca que estaba su padre de la muerte), y de esa boca totalmente torcida salió un sonido confuso y ronco. Anna Mijáilovna miraba con diligencia los ojos del enfermo y, tratando de adivinar lo que necesitaba, señalaba o bien a Pierre, o bien la bebida, susurraba el nombre del príncipe Vasili o señalaba la manta. Tanto los ojos como el rostro del enfermo indicaban impaciencia, y este hizo un esfuerzo para mirar al criado que no se separaba de la cabecera de su cama.

—Quiere darse la vuelta —susurró el criado, y se levantó para volver la voluminosa figura del conde de cara a la pared.

Pierre se levantó para ayudar al criado.

Mientras le daban la vuelta, una de las manos del conde cayó impotentemente, y él hizo un esfuerzo inútil por moverla. Tal vez el conde reparara en la mirada horrorizada de Pierre al ver esa mano inerte, o tal vez se le pasó por la cabeza algún otro pensamiento, pero lo cierto es que, después de mirar esa mano que no le obedecía, la expresión horrorizada de Pierre y de nuevo su mano, en su rostro se dibujó una débil sonrisa de dolor, que casaba muy poco con sus facciones y que reflejaba una especie de burla ante su propia impotencia. Al ver esa sonrisa, Pierre sintió inesperadamente que el pecho se le estremecía, la nariz le picaba y las lágrimas le nublaban la vista. Vuelto contra la pared, el enfermo exhaló un suspiro.

—*Il est assoupi* —dijo Anna Mijáilovna al ver a la princesa, que se había acercado para sustituirla—. *Allons*.[176]

Pierre salió.

XXI

En la sala de recepción ya no quedaba nadie, aparte del príncipe Vasili y de la princesa mayor, que, sentados debajo del retrato de Catalina, hablaban acaloradamente de algo. En cuanto vieron a Pierre acompañado de su guía se callaron. La princesa escondió algo, o eso le pareció a Pierre, y susurró:

—No puedo ver a esta mujer.

—*Catiche a fait donner du thé dans le petit salon* —le dijo el príncipe Vasili a Anna Mijáilovna—. *Allez, ma pauvre Anna Mijáilovna, prenez quelque chose, autrement vous ne suffirez pas*.[177]

A Pierre no le dijo nada, tan solo le sujetó con sentimiento el brazo por debajo del hombro. Pierre y Anna Mijáilovna pasaron al *petit salon*.

—*Il n'y a rien qui restaure, comme une tasse de cet excellent thé russe après une nuit blanche*[178] —decía Lorrain en el saloncito circular con una animación contenida, dando sorbos a una delicada taza china sin asa, de pie delante de una mesa sobre la que habían dispuesto el juego de té y la cena fría. Junto a la mesa se habían reunido, para recobrar fuerzas, todas las personas que habían pasado la noche en casa del conde Bezújov. Pierre recordaba bien el saloncito circular con espejos y mesillas. Durante los bailes que el conde daba en su casa, a Pierre, que no sabía bailar, le gustaba sentarse en aquella pequeña estancia y observar cómo las damas, en sus vestidos de baile, con brillantes y perlas sobre sus hombros descubiertos, al pasar por allí se miraban en los espejos vivamente iluminados, y cómo estos reproducían varias veces su reflejo. Ahora aquel mismo saloncito estaba apenas iluminado por dos velas, y, en mitad de la noche, sobre la mesilla, había un juego de té y platos diseminados sin orden, y gente diversa y nada festiva que hablaba en susurros mostrando con cada movimiento y con cada palabra que no olvidaba lo que en ese momento ocurría en el dormitorio y lo que aún estaba a punto de ocurrir. Pierre no comió nada, aunque tenía mucha hambre. Miró interrogativamente a su guía y vio cómo esta volvía de puntillas a la sala de recepción, donde se habían quedado el príncipe Vasili y la princesa mayor. Pensó que también eso era necesario y, tras esperar un poco, fue detrás de ella. Anna Mijáilovna, de pie al lado de la princesa, hablaba al mismo tiempo que ella, en voz baja pero con agitación.

—Permítame, princesa: sé lo que es necesario y lo que no —decía la princesa mayor, que parecía encontrarse en el mismo estado de alteración que cuando había cerrado bruscamente la puerta de su habitación.

—Pero, querida princesa —decía Anna Mijáilovna con dulzura y convicción, cortándole el paso hacia el dormitorio, sin dejarle avanzar—, ¿no será esto demasiado penoso para el pobre tío en un momento así, cuando lo que necesita es reposo? Hablarle en momentos así de cosas tan mundanas, cuando su alma ya está preparada…

El príncipe Vasili estaba en un sillón en su postura familiar de siempre, con una pierna encima de la otra. Las mejillas le temblaban nerviosamente y, al descender, parecían más gruesas por la parte inferior; sin embargo, tenía el aspecto de un hombre al que le interesa poco la conversación de dos damas.

—*Voyons, ma bonne Anna Mijáilovna, laissez faire Catiche*.[179] Usted sabe bien que el conde la quiere mucho.

—No tengo la menor idea de lo que hay en ese documento —decía la princesa mayor volviéndose hacia el príncipe Vasili y señalando la cartera

adornada con un mosaico que ella misma llevaba en las manos—. Solo sé que el testamento auténtico está en su escritorio, y esto es solo un documento olvidado…

Quiso esquivar a Anna Mijáilovna, pero esta dio un salto y le cerró de nuevo el paso.

—Lo sé, mi querida y buena princesa —dijo Anna Mijáilovna, agarrando la cartera con una fuerza que dejaba claro que no la iba a soltar así como así—. Querida princesa, le ruego, le imploro que se apiade de él. *Je vous conjure…*[180]

La princesa mayor callaba. Solo se oía el ruido del forcejeo por la cartera.

Se veía claramente que, si hablaba, lo que diría no sería nada halagüeño para Anna Mijáilovna. Esta seguía sujetando la cartera con fuerza, pero aun así su voz conservaba toda la dulce languidez y suavidad.

—Pierre, venga aquí, amigo mío. Creo que en este consejo familiar él no está de más: ¿no es cierto, príncipe?

—¿Qué hace ahí callado, *mon cousin*? —gritó de repente la princesa mayor, tan fuerte que en el saloncito se asustaron al oír su voz—. ¿Qué hace ahí callado cuando Dios sabe quién le ha permitido a esta entrometerse y montar una escena en el umbral del dormitorio de un moribundo? ¡Intrigante! —susurró furiosa, y tiró de la cartera con todas sus fuerzas, pero Anna Mijáilovna dio unos pasos para no soltarla y la sujetó bien.

—*Oh!* —exclamó el príncipe Vasili con tono de asombro e indignación. Se puso de pie—. *C'est ridicule. Voyons*[181], suéltenla. Se lo digo en serio.

La princesa mayor la soltó.

—¡Usted también!

Anna Mijáilovna no le obedeció.

—Le he dicho que la suelte. Asumo toda la responsabilidad. Iré a preguntárselo. Yo… ¡Eso debe bastarle!

—*Mais, mon prince* —decía Anna Mijáilovna—, después de un sacramento tan importante concédale un minuto de calma. Pierre, diga lo que opina. —Se volvió hacia el joven que, acercándose, miraba sorprendido el rostro enfurecido de la princesa mayor, que había perdido cualquier atisbo de decoro, y las mejillas temblorosas del príncipe Vasili.

—Recuerde que va usted a responder de todas las consecuencias —dijo el príncipe Vasili con severidad—, no sabe lo que está haciendo.

—¡Mujer infame! —gritó la princesa mayor, abalanzándose de improviso sobre Anna Mijáilovna y arrebatándole la cartera.

El príncipe Vasili agachó la cabeza y abrió los brazos con asombro.

En ese momento la puerta, esa terrible puerta que tanto tiempo había mirado Pierre y que normalmente abrían con tanto sigilo, se abrió de sopetón haciendo un gran estruendo al golpear contra la pared, y apareció, sobrecogida, la princesa mediana, alzando las manos.

—Pero ¡qué están haciendo! —exclamó con desesperación—. *Il s'en va et vous me laissez seule*.[182]

La princesa mayor dejó caer la cartera. Anna Mijáilovna se agachó rápidamente y, tras recoger el objeto en disputa, corrió hacia el dormitorio. La princesa mayor y el príncipe Vasili volvieron en sí y fueron detrás de ella. Al cabo de unos minutos la primera en salir fue la princesa mayor con el rostro pálido y seco, mordiéndose el labio inferior. Al ver a Pierre, su semblante se cubrió de una cólera irreprimible.

—¡Sí, ahora ya puede estar contento! —le dijo—. ¡Eso es lo que estaba usted esperando!

Prorrumpió en sollozos, se tapó la cara con el pañuelo y se fue corriendo.

Después de la princesa salió el príncipe Vasili. Tambaleándose, avanzó hasta el diván en el que estaba sentado Pierre y se desplomó en él cubriéndose los ojos con una mano. Pierre vio que estaba pálido y que la mandíbula inferior le temblaba como en estado febril.

—¡Ah, amigo mío! —dijo agarrando a Pierre por un codo; en su voz había una franqueza y una debilidad que el joven nunca había visto en él—. ¡Cuánto pecamos, cuánto engañamos! Y ¿todo para qué? Yo ya tengo más de cincuenta, amigo mío… Y a mí… Todo acaba con la muerte, todo. La muerte es terrible. —Se puso a llorar.

Anna Mijáilovna fue la última en salir. Se acercó a Pierre con paso silencioso y lento.

—¡Pierre!… —exclamó.

Pierre la miró interrogativamente. Ella besó la frente del joven humedeciéndola con sus lágrimas. Se quedó callada.

—*Il n'est plus…*[183]

Pierre la miró a través de las gafas.

—*Allons, je vous reconduirai. Tâchez de pleurer. Rien ne soulage, comme les larmes*.[184]

Lo acompañó a la oscura salita y Pierre estuvo contento de que allí nadie le viera la cara. Anna Mijáilovna se marchó, y, cuando volvió, él dormía profundamente con la cabeza apoyada en una mano.

A la mañana siguiente, Anna Mijáilovna le dijo:

—Oui, mon cher, c'est une grande perte pour nous tous. Je ne parle pas de vous. Mais Dieu vous soutiendra, vous êtes jeune et vous voilà à la tête d'une immense fortune, je l'espère. Le testament n'a pas été encore ouvert. Je vous connais assez pour savoir que cela ne vous tournera pas la tête, mais cela vous impose des devoirs, et il faut être homme.[185]

Pierre guardaba silencio.

—Peut-être plus tard je vous dirai, mon cher, que si je n'avais pas été là, Dieu sait ce qui serait arrivé. Vous savez, mon oncle avant-hier encore me promettait de ne pas oublier Boris. Mais il n'a pas eu le temps. J'espère, mon cher ami, que vous remplirez le désir de votre père.[186]

Pierre, sin entender ni decir nada, miró tímidamente a la princesa Anna Mijáilovna y enrojeció. Después de esto, Anna Mijáilovna partió hacia casa de los Rostov y se acostó. Al levantarse por la mañana les contó a los Rostov y a todos sus conocidos los detalles de la muerte del conde Bezújov. Dijo que el conde había muerto como ella desearía morir, que su final no solo había sido conmovedor, sino también edificante; que el último encuentro entre padre e hijo había sido tan emocionante que no era capaz de recordarlo sin lágrimas, y que no sabía quién se había comportado mejor en esos terribles momentos: el padre, que se acordó de todo y de todos en sus últimos minutos y que le había dicho unas palabras tan conmovedoras a su hijo; o Pierre, al que daba lástima mirar de lo derrotado que estaba, y cómo, a pesar de ello, se había esforzado por ocultar su pena para no afligir a su padre moribundo. «*C'est pénible, mais cela fait du bien; ça élève l'âme de voir des hommes, comme le vieux comte et son digne fils*»[187], decía. Habló también, en tono reprobatorio, de cómo habían actuado la princesa mayor y el príncipe Vasili, aunque bajo el máximo secreto y en un cuchicheo.

XXII

En Lysye Gory[188], la hacienda del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, esperaban la llegada del joven príncipe Andréi y de la princesa de un día a otro; sin embargo, esta espera no alteraba el orden armonioso en el que discurría la vida en casa del viejo príncipe. El general en jefe y príncipe Nikolái Andréievich, apodado en sociedad *le roi de Prusse*[189], desde que bajo el reinado de Pablo[190] había sido confinado a su aldea, vivía sin salir de su Lysye Gory con su hija, la princesa Maria, y su dama de compañía,

mademoiselle Bourienne. Tampoco durante el nuevo reinado salió de su hacienda: decía que, si alguien le necesitaba, que recorriera las ciento cincuenta verstas que separaban Moscú de Lysye Gory, pero que él no necesitaba a nadie. Según él solo había dos fuentes de vicios humanos: la ociosidad y la superstición; y solo dos virtudes: la acción y la inteligencia. Se encargaba personalmente de la educación de su hija, y, para desarrollar en ella estas dos virtudes cardinales, le daba clases de álgebra y geometría, y organizaba su vida en torno a lecciones constantes. Él mismo andaba siempre ocupado escribiendo sus memorias, resolviendo problemas de matemáticas superiores, haciendo tabaqueras con un torno, trabajando el jardín o supervisando nuevas construcciones, que en su hacienda no se dejaban de llevar a cabo. Dado que la condición principal para la actividad es el orden, este había sido introducido en su modo de vida hasta un grado máximo de precisión. Su entrada en el comedor se hacía en condiciones idénticas e invariables, y no solo a la misma hora, sino en el mismo minuto. El príncipe era brusco y siempre exigente con las personas que le rodeaban, desde su hija hasta los sirvientes, y, por ello, a pesar de no ser cruel, despertaba en los demás un temor y un respeto que no se ganaría fácilmente ni el hombre más cruel. Aunque estaba retirado y ahora no tenía influencia en los asuntos de Estado, todos los notables de la provincia en la que se encontraba su hacienda consideraban un deber presentarse ante él y, exactamente del mismo modo, tanto el arquitecto, el jardinero como la princesa Maria esperaban la hora fijada en la que los recibía en la antecámara de techo alto. Y todo el que le esperaba allí experimentaba el mismo sentimiento de respeto e incluso de miedo cuando se abría la enorme y alta puerta del gabinete, y aparecía la menuda figura del viejo, con su peluca empolvada, las manos pequeñas y secas, y las cejas grises y largas; a veces, cuando las fruncía, se contagiaban del brillo de su mirada inteligente, luminosa y juvenil.

El día en que iba a llegar la joven pareja, la princesa, como de costumbre, entró por la mañana, a la hora fijada, en la antecámara para dar el saludo matutino a su padre, santiguándose temerosa y rezando para sus adentros. Cada día rezaba por que el encuentro fuera bien.

Un viejo criado con el rostro empolvado se levantó en silencio y dijo en un susurro:

—Pase, por favor.

Detrás de la puerta se oía el ruido regular de un torno. La princesa tiró de la puerta, que se abría fácil y suavemente, y se detuvo en la entrada. El príncipe trabajaba en el torno; la miró un momento y siguió con su tarea.

El enorme gabinete estaba repleto de objetos que, saltaba a la vista, eran constantemente utilizados. Una gran mesa con libros y planos, una biblioteca con llaves en las altas portezuelas de cristal, un pupitre alto para escribir de pie con un cuaderno abierto, un torno con herramientas y virutas esparcidas alrededor: todo cuanto había daba testimonio de una actividad continua, diversa y organizada. Por los movimientos del príncipe, enfundado en unas botas tártaras cosidas con hilo de plata, y por la firmeza con que apretaba con su mano nudosa y enjuta, se veía que aún conservaba buena parte de la fuerza obstinada y persistente de la primera vejez. Hizo rodar el torno, quitó el pie del pedal, secó el escoplo, lo metió en un bolsillo de piel que había junto al instrumento y, acercándose a la mesa, llamó a su hija. Nunca bendecía a sus hijos; se limitó a ofrecerle la mejilla, a aquella hora aún sin afeitar, y le dijo severamente, aunque mirándola con atención y ternura al mismo tiempo:

—¿Estás bien?… ¡Bueno, pues siéntate!

Cogió un cuaderno de geometría escrito con su letra y se acercó el sillón con un pie.

—¡Para mañana! —dijo, buscando con rapidez una página y marcando un párrafo con su uña dura.

La princesa se inclinó sobre el cuaderno.

—Espera, ha llegado una carta para ti —dijo de repente el viejo, sacando de una bolsita sujeta a la mesa un sobre con letra de mujer y dejándolo en ella.

El rostro de la princesa se cubrió de manchas rojas al ver la carta. La cogió apresuradamente y la miró.

—¿Es de Eloísa?[191] —preguntó el príncipe, mostrando con una sonrisa fría sus dientes amarillentos y aún fuertes.

—Sí, de Julie —dijo la princesa, mirándole y sonriendo con temor.

—Dejaré pasar dos cartas más, pero la tercera la leeré —dijo el príncipe con severidad—; me temo que escribís muchas sandeces. La tercera la leeré.

—Lea esta también si quiere, *mon père* —respondió la princesa enrojeciendo aún más y entregándole la carta.

—¡La tercera, he dicho que la tercera! —gritó escuetamente el príncipe, apartando la carta; apoyó los codos en la mesa y acercó el cuaderno, con bosquejos de geometría—. Bien, señora —prosiguió, inclinándose al lado de su hija, sobre el cuaderno, y poniendo una mano en el respaldo del sillón en el que la princesa se había sentado, ahora completamente envuelta por ese olor acre, a viejo y a tabaco, que desprendía su padre y que tan bien conocía—. Bueno, señora, estos triángulos son similares; como puedes ver, el ángulo abc…

La princesa miraba asustada los ojos brillantes de su padre, al que tenía muy cerca; las manchas rojas se extendieron por su rostro y era evidente que no entendía nada y que el miedo le impedía comprender todas las explicaciones, por muy claras que fueran. Fuera culpa del maestro o de la discípula, lo cierto es que cada día se repetía la misma escena: a la princesa se le nublaba la vista, dejaba de ver y de oír, lo único que sentía era la proximidad del rostro seco de su severo padre, sentía su respiración y su olor, y solo pensaba en cómo salir cuanto antes del gabinete para lograr entender el problema a solas en su habitación, sin apremios. El viejo se salía de sus casillas: apartaba y acercaba el sillón en el que estaba sentado haciendo mucho ruido, se esforzaba en no alterarse, pero casi siempre se alteraba, blasfemaba y, a veces, lanzaba el cuaderno al aire.

La princesa erró en la respuesta.

—Pero ¡qué tonta eres! —gritó el príncipe apartando violentamente el cuaderno y dándose la vuelta rápidamente, pero acto seguido se levantó, se paseó por el gabinete, acarició el pelo de la princesa y se sentó de nuevo.

Se le acercó y siguió con su explicación.

—No puede ser, princesa, no puede ser —le dijo cuando ella ya había cogido el cuaderno con los deberes, lo había cerrado y se disponía a marcharse—; las matemáticas son sumamente importantes, señora mía. No quiero que te parezcas a nuestras estúpidas señoritas. Te acostumbrarás y acabarán gustándote. —Le acarició la mejilla—. Ya se te irá la tontería de la cabeza.

Ella quería irse, pero él la detuvo con un gesto y cogió un libro nuevo, con las páginas sin cortar, que había en el pupitre alto.

—Aquí tienes *Clave de los misterios*[192], que también te ha enviado tu Eloísa; es un libro religioso. Yo no me meto en las creencias de nadie… Le he echado una ojeada. Cógelo. Anda, ¡vete, vete!

Le dio una palmada en los hombros y cerró la puerta tras ella.

La princesa Maria regresó a su habitación con la expresión triste y temerosa que rara vez la abandonaba —y que volvía su rostro, feo y enfermizo, aún más feo—, y se sentó en su escritorio, repleto de diminutos retratos, de cuadernos y de libros. Tenía de desordenada todo lo que su padre tenía de ordenado. Dejó el cuaderno de geometría y abrió la carta con impaciencia. Era de su mejor amiga de la infancia, esa misma Julie Karáguina que había asistido a la fiesta del santo en casa de los Rostov.

Julie escribía:

Chère et excellente amie, quelle chose terrible et effrayante que l'absence! J'ai beau me dire que la moitié de mon existence et de mon bonheur est en vous, que malgré la distance qui nous sépare, nos cœurs sont unis par des liens indissolubles; le mien se révolte contre la destinée, et je ne puis, malgré les plaisirs et les distractions qui m'entourent, vaincre une certaine tristesse cachée que je ressens au fond du cœur depuis notre séparation. Pourquoi ne sommes-nous pas réunies, comme cet été dans votre grand cabinet sur le canapé bleu, le canapé à confidences? Pourquoi ne puis-je, comme il y a trois mois, puiser de nouvelles forces morales dans votre regard si doux, si calme et si pénétrant, regard que j'aimais tant et que je crois voir devant moi, quand je vous écris?[193]

Habiendo leído hasta aquí, la princesa Maria suspiró y se miró en el espejo que tenía a su derecha, el cual reflejó su cuerpo feo y débil y su rostro delgado. Sus ojos, siempre tristes, en ese momento se examinaron con especial desesperanza. «Me está adulando», pensó, se apartó del espejo y continuó leyendo. No obstante, Julie no adulaba a su amiga: lo cierto es que los ojos de la princesa, grandes, profundos y radiantes (a veces parecían desprender haces de una luz cálida) eran tan hermosos que muy a menudo, a pesar de la fealdad de su rostro, se hacían más atractivos que la propia belleza. Pero la princesa nunca veía la hermosa expresión de sus ojos, esa expresión que adoptaba en los momentos en los que no pensaba en sí misma. Como ocurre con todas las personas, en cuanto se miró en el espejo su rostro adoptó una expresión tirante, forzada y poco atractiva. Continuó leyendo:

Tout Moscou ne parle que guerre. L'un de mes deux frères est déjà à l'étranger, l'autre est avec la garde, qui se met en marche vers la frontière. Notre cher empereur a quitté Pétersbourg et, à ce qu'on prétend, compte lui-même exposer sa précieuse existence aux chances de la guerre. Du veuille que le monstre corsicain, qui détruit le repos de l'Europe, soit terrassé par l'ange que le Tout-Puissant, dans Sa miséricorde, nous a donnée pour souverain. Sans parler de mes frères, cette guerre m'a privée d'une relation des plus chères à mon cœur. Je parle du jeune Nicolas Rostoff, qui avec son enthousiasme n'a pu supporter l'inaction et a quitté l'université pour aller s'enrôler dans l'armée. Eh bien, chère Marie, je vous avouerai, que, malgré son extrême jeunesse, son départ pour l'armée a été un grand chagrin pour moi. Le jeune homme, dont je vous parlais cet été, a tant de noblesse, de véritable jeunesse qu'on rencontre si rarement dans le siècle ou nous vivons parmi nos vieillards de vingt ans. Il a surtout tant de franchise et de cœur. Il est tellement pur et poétique, que mes relations avec lui, quelque passagères qu'elles fussent, ont été l'une des plus douées jouissances de mon pauvre cœur, qui a déjà tant souffert. Je vous raconterai un jour nos adieux et tout ce qui s'est dit en partant. Tout cela est encore trop frais. Ah! chère amie, vous êtes heureuse de ne pas connaître ces jouissances et ces peines si poignantes. Vous êtes heureuse, puisque les dernières sont ordinairement les plus fortes! Je sais fort bien, que le comte Nicolas est trop jeune pour pouvoir jamais devenir pour moi quelque chose de plus qu'un ami, mais cette douée amitié, ces relations si poétiques et si pures ont été un besoin pour mon cœur. Mais n'en parlons plus. La grande nouvelle du jour qui occupe tout Moscou est la mort du vieux comte Bezújov et son héritage. Figurez-vous que les trois princesses n'ont reçu que très peu de chose, le prince Basile rien, est que c'est M. Pierre qui a tout hérité, et qui par-dessus le marché a été reconnu pour fils légitime, par conséquent comte Bezújov est possesseur de la plus belle fortune de la Russie. On prétend que le prince Basile a joué un très vilain rôle dans toute cette histoire et qu'il est reparti tout penaud pour Pétersbourg.

Je vous avoue, que je comprends très peu toutes ces affaires de legs et de testament; ce que je sais, c'est que depuis que le jeune homme que nous connaissions tous sous le nom de M. Pierre tout court est devenu comte Bezújov et possesseur de l'une des plus grandes fortunes de la Russie, je m'amuse fort à observer les changements de ton et des manières des mamans accablées de filles à marier et des demoiselles elles-mêmes à l'égard de cet individu, qui, par parenthèse, m'a paru toujours être un pauvre, sire. Comme on s'amuse depuis deux ans à me donner des promis que je ne connais pas le plus souvent, la chronique matrimoniale de Moscou me fait comtesse Bezújova. Mais vous sentez bien que je ne me soucie nullement de le devenir. À propos de mariage, savez-vous que tout dernièrement la tante en général *Anna Mijáilovna m'a confié sous le sceau du plus grand secret un projet de mariage pour vous. Ce n'est ni plus, ni moins, que le fils du prince Basile, Anatole, qu'on voudrait ranger en le mariant à une personne riche et distinguée, et c'est sur vous qu'est tombé le choix des parents. Je ne sais comment vous envisagerez la chose, mais j'ai cru de mon devoir de vous en avertir. On le dit très beau et très mauvais sujet; c'est tout ce que j'ai pu savoir sur son compte.*

Mais assez de bavardage comme cela. Je finis mon second feuillet, et maman me fait chercher pour aller dîner chez les Apraksines. Lisez le livre mystique que je vous envoie et qui fait fureur chez nous. Quoiqu'il y ait des choses dans ce livre difficiles à atteindre avec la faible conception humaine, c'est un livre admirable dont la lecture calme et élève l'âme. Adieu. Mes respects à monsieur votre père et mes compliments à m-lle Bourienne. Je vous embrasse comme je vous aime.

JULIE

P.S. Donnez-moi des nouvelles de votre frère et de sa charmante petite femme.[194]

La princesa, pensativa, sonrió con aire soñador (con lo que su rostro, iluminado por sus ojos radiantes, se transformó completamente), y de repente se levantó y se dirigió con andar trabajoso a la mesa. Cogió una hoja de papel y su mano empezó a deslizarse rápidamente por ella. Esto es lo que escribió como respuesta:

Chère et excellente ami. Votre lettre du 13 m'a causé une grande joie. Vous m'aimez donc toujours, ma poétique Julie. L'absence, dont vous dites tant de mal, n'a donc pas eu son influence habituelle sur vous. Vous vous plaignez de l'absence – que devrai-je dire moi, si j'osais me plaindre, privée de tous ceux qui me sont chers? Ah! si nous n'avions pas la religion pour nous consoler, la vie serait bien triste. Pourquoi me supposez-vous un regard sévère, quand vous me parlez de votre affection pour le jeune homme? Sous ce rapport je ne suis rigide que pour moi. Je comprends ces sentiments chez les autres et si je ne puis approuver ne les ayant jamais ressentis, je ne les condamne pas. Me paraît seulement que l'amour chrétien, l'amour du prochain, l'amour pour ses ennemis est plus méritoire, plus doux et plus beau, que ne le sont les sentiments que peuvent inspirer les beaux yeux d'un jeune homme à une jeune fille poétique et aimante comme vous.

La nouvelle de la mort du comte Bezújov nous est parvenue avant votre lettre, et mon père en a été très affecté. Il dit que c'était l'avant-dernier représentant du grand siècle, et qu'à présent c'est son tour; mais qu'il fera son possible pour que son tour vienne le plus tard possible. Que Dieu nous garde de ce terrible malheur! Je ne puis partager votre opinion sur Pierre que j'ai connu enfant. Il me paraissait toujours avoir un cœur excellent, et c'est la qualité que j'estime le plus dans les gens. Quant à son héritage et au rôle qu'y a joué le prince Basile, c'est bien triste pour tous les deux. Ah! chère amie, la parole de notre divin Sauveur qu'il est plus aisé à un hameau de passer par le trou d'une aiguille, qu'il ne l'est à un riche d'entrer dans le royaume de Dieu, cette parole est terriblement vraie; je plains le prince Basile et je regrette encore davantage Pierre. Si jeune et accablé de cette richesse,

que de tentations n'aura-t-il pas à subir! Si on me demandait ce que je désirerais le plus au monde, ce serait d'être plus pauvre que le plus pauvre des mendiants. Mille grâces, chère amie, pour l'ouvrage que vous m'envoyez, et qui fait si grande fureur chez vous. Cependant, puisque vous me dites qu'au milieu de plusieurs bonnes choses il y en a d'autres que la faible conception humaine ne peut atteindre, il me paraît assez inutile de s'occuper d'une lecture inintelligible, qui par là même ne pourrait être d'aucun fruit. Je n'ai jamais pu comprendre la passion qu'ont certaines personnes de s'embrouiller l'entendement, en s'attachant à des livres mystiques, qui n'élèvent que des doutes dans leurs esprits, exaltant leur imagination et leur donnent un caractère d'exagération tout-à-fait contraire à la simplicité chrétienne. Lisons les Apôtres et l'Evangile. Ne cherchons pas à pénétrer ce que ceux-là renferment de mystérieux, car, comment oserions-nous, misérables pécheurs que nous sommes, prétendre à nous initier dans les secrets terribles et sacrés de la Providence, tant que nous portons cette dépouille charnelle, qui élève entre nous et l'eternel un voile impénétrable? Bornons-nous donc à étudier les principes sublimes que notre divin Sauveur nous a laissé pour notre conduite ici-bas; cherchons à nous y conformer et à les suivre, persuadons-nous que moins nous donnons d'essor à notre faible esprit humain et plus il est agréable à Dieu, qui rejette toute science ne venant pas de Lui; que moins nous cherchons à approfondir ce qu'il Lui a plu de dérober à notre connaissance, et plutôt II nous en accordera la découverte par Son divin esprit.

Mon père ne m'a pas parlé du prétendant, mais il m'a dit seulement qu'il a reçu une lettre et attendait une visite du prince Basile. Pour ce qui est du projet de mariage qui me regarde, je vous dirai, chère et excellente amie, que le mariage, selon moi, est une institution divine à laquelle il faut se conformer. Quelque pénible que cela soit pour moi, si le Tout-Puissant m'impose jamais les devoirs d'épouse et de mère, je tâcherai de les remplir aussi fidèlement que je le pourrai, sans m'inquiéter de l'examen de mes sentiments à l'égard de celui qu'il me donnera pour époux.

J'ai reçu une lettre de mon frère, qui m'annonce son arrivée à Lysye Gory avec sa femme. Ce sera une joie de courte durée, puisqu'il nous quitte pour prendre part à cette malheureuse guerre, à laquelle nous sommes entraînés Dieu sait, comment et pourquoi. Non seulement chez vous au centre des affaires et du monde on ne parle que de guerre, mais ici, au milieu de ces travaux champêtres et de ce calme de la nature, que les citadins se représentent ordinairement à la campagne, les bruits de la guerre se font entendre et sentir péniblement. Mon père ne parle que marche et contremarche, choses auxquelles je ne comprends rien; et avant-hier en faisant ma promenade habituelle dans la rue du village, je fus témoin d'une scène déchirante… C'était un convoi des recrues enrôlés chez nous et expédiés pour l'armée… Il fallait voir l'état dans lequel se trouvant les mères, les femmes, les enfants des hommes qui partaient et entendre les sanglots des uns et des autres! On dirait que l'humanité a oublié les lois de son divin Sauveur, qui prêchait l'amour et le pardon des offenses, et qu'elle fait consister son plus grand mérite dans l'art de s'entretuer.

Adieu, chère et bonne amie, que notre divin Sauveur et Sa très Sainte Mère vous aient en Leur sainte et puissante garde.

MARIE[195]

—*Ah, vous expédiez le courrier, princesse, moi j'ai déjà expédié le mien. J'ai écris à ma pauvre mère*[196] —dijo, arrastrando las erres, con una vocecita sonora, rápida y agradable la sonriente *mademoiselle* Bourienne, cambiando la atmósfera concentrada, triste y sombría de la princesa Maria por un mundo completamente distinto, indolente, alegre y pagado de sí mismo—. *Princesse, il faut que je vous prévienne* —añadió bajando la voz—, *le Prince a eu une altercation* —pronunció «altercation» alargando especialmente la erre y

escuchándose con placer—, *une altercation avec Michel Ivanoff. Il est de très mauvaise humeur, très morose. Soyez prévenue, vous savez…*[197]

—*Ah! chère amie* —le respondido la princesa Maria—, *je vous ai prié de ne jamais me prévenir de l'humeur dans laquelle se trouve mon père. Je ne me permets pas de le juger, et je ne voudrais pas que les autres le fassent.*[198]

La princesa miró el reloj y, al darse cuenta de que ya hacía cinco minutos que debería estar tocando el clavicordio, se dirigió a la sala de los divanes con aire asustado. Entre las doce y las dos, de acuerdo con el orden del día estipulado, el príncipe descansaba y la princesa tocaba el clavicordio.

XXIII

El ayuda de cámara de cabello cano dormitaba en un asiento, escuchando cómo roncaba el príncipe en su inmenso gabinete. De una parte lejana de la casa, de detrás de las puertas cerradas, se oía repetir por vigésima vez los pasajes difíciles de una sonata de Dussek[199].

En ese momento llegaron al porche un coche y una carretela; el príncipe Andréi bajó del coche, ayudó a descender a su menuda mujer y le cedió el paso. Tijon, con su peluca, se asomó por la puerta de la antecámara, informó en voz baja de que el príncipe estaba durmiendo y cerró apresuradamente la puerta. Tijon sabía que ni la llegada del hijo ni ningún acontecimiento extraordinario debía quebrantar el orden del día. Evidentemente, el príncipe Andréi lo sabía tan bien como Tijon; miró el reloj, como para comprobar si en el tiempo que llevaba sin ver a su padre sus hábitos habían cambiado, y, al concluir que no, se volvió hacia su mujer:

—Se levantará dentro de veinte minutos. Vamos a ver a la princesa Maria —dijo.

La pequeña princesa había engordado durante ese tiempo, pero sus ojos, su labio corto siempre risueño y cubierto de un ligero vello se alzaba con la misma alegría y gracia cuando se ponía a hablar.

—*Mais c'est un palais* —le dijo a su marido mirando por todas partes, como cuando alguien elogia a quien ha organizado un baile—. *Allons, vite, vite!…* —Y, examinándolo todo, sonrió a Tijon, a su marido y al camarero que los estaba acompañando—. *C'est Marie qui s'exerce? Allons doucement, il faut la surprendre.*[200]

El príncipe Andréi fue detrás de ella con cortesía y tristeza en el semblante.

—Has envejecido, Tijon —le dijo al pasar por delante del viejo, que le había besado la mano.

Por la puerta lateral de la sala donde se oía el clavicordio apareció la encantadora y rubia francesa. *mademoiselle* Bourienne parecía haber enloquecido de entusiasmo.

—*Ah! quel bonheur pour la princesse* —dijo—. *Enfin! Il faut que je la prévienne*.[201]

—*Non, non, de grâce… Vous êtes mademoiselle Bourienne, je vous connais déjà par l'amitié que vous porte ma belle-soeur* —contestó la princesa, besándose con ella—. *Elle ne nous attend pas!*[202]

Se acercaron a la puerta de la sala de los divanes, desde donde se oía el mismo pasaje, repetido una y otra vez. El príncipe Andréi se detuvo y torció el gesto, como esperando algo desagradable.

La princesa entró. El pasaje quedó interrumpido a la mitad; se oyó un grito, el andar trabajoso de la princesa Maria y besos. Cuando entró el príncipe Andréi, las dos princesas, que se habían visto una sola vez y brevemente en la boda, estaban abrazadas y apretaban fuerte los labios en el primer lugar que habían encontrado. *mademoiselle* Bourienne, cerca de ellas, con las manos contra el corazón, sonreía con devoción, y tan dispuesta estaba a echarse a llorar como a reír. El príncipe Andréi se encogió de hombros y frunció el ceño, como hacen los amantes de la música cuando oyen una nota falsa. Las dos mujeres se separaron; después, como si temieran perderse algo, se volvieron a coger de las manos y empezaron de nuevo a besarse; una vez más se separaron y después se besaron otra vez en la cara; de un modo totalmente inesperado para el príncipe Andréi, se echaron entonces a llorar y de nuevo siguieron con los besos. *mademoiselle* Bourienne también lloraba. Saltaba a la vista que el príncipe Andréi se sentía incómodo; pero a las dos princesas les parecía tan natural llorar que ni se planteaban que el encuentro pudiera discurrir de otro modo.

—*Ah! chère!… Ah! Marie!…* —empezaron a decir las dos a la vez, y se echaron a reír.

—*J'ai rêvé cette nuit…*[203]

—*Vous ne nous attendez donc pas?… Ah! Marie, vous avez maigri…*[204]

—*Et vous avez repris…*[205]

—*J'ai tout de suite reconnu madame la princesse*[206] —terció *mademoiselle* Bourienne.

—*Et moi qui ne me doutais pas!*… —exclamó la princesa Maria—. *Ah! André, je ne vous voyais pas*.[207]

El príncipe Andréi y la princesa Maria se besaron la mano, y él le dijo que seguía tan *pleurienicheuse*[208] como siempre. Ella volvió la cabeza entre lágrimas, y la mirada amorosa, cálida y dulce de sus ojos, en aquel momento tan hermosos, grandes y radiantes, se detuvo en el rostro del príncipe Andréi.

La princesa Liza hablaba sin cesar. Su labio superior, corto y cubierto de un ligero vello, descendía un instante, rozaba el sonrosado labio inferior y de nuevo se desplegaba la sonrisa de sus dientes resplandecientes y de sus ojos. Se puso a contar el incidente que habían tenido en Spásskaia Gorá, que la había puesto en peligro dado su estado, e inmediatamente después dijo que había dejado todos sus vestidos en San Petersburgo y que allí iría vestida Dios sabe cómo, y que Andréi había cambiado muchísimo, y que Kitty Odyntsova se había casado con un viejo, y que la princesa Maria tenía un pretendiente *pour tout de bon*[209], pero que ya hablarían de eso más tarde. La princesa Maria seguía mirando a su hermano en silencio, y en sus bellos ojos había amor y tristeza. Se notaba que ahora sus pensamientos se habían alejado del parloteo de su cuñada. En medio del relato de esta sobre la última fiesta en San Petersburgo, se volvió hacia su hermano:

—¿Es seguro que te marchas a la guerra, *André*? —le preguntó con un suspiro.

Lise también suspiró.

—Sí. De hecho, mañana —respondió su hermano.

—*Il m'abandonne ici, et Dieu sait pourquoi, quand il aurait pu avoir de l'avancement*…[210]

La princesa Maria, sin acabar de escucharla y aún hilando sus pensamientos, se volvió hacia ella señalando cariñosamente con la mirada su barriga:

—¿Es seguro? —le preguntó.

El rostro de su cuñada cambió. Dio un suspiro.

—Sí, lo es —dijo—. ¡Ah! Me da tanto miedo…

Los labios de Liza descendieron. Acercó su rostro al de su cuñada e, inesperadamente, se echó a llorar de nuevo.

—Necesita descansar —dijo el príncipe Andréi torciendo el gesto—. ¿No es cierto, Liza? Acompáñala a su habitación, Maria, y yo iré a ver a nuestro padre. ¿Qué? ¿Sigue igual que siempre?

—Igual, igual que siempre; no sé cómo lo verás tú —le respondió ella alegremente.

—¿Los mismos horarios y los mismos paseos por las alamedas? ¿El mismo torno? —preguntó el príncipe Andréi con una sonrisa apenas visible que indicaba que, a pesar de todo el amor y respeto que profesaba a su padre, comprendía sus debilidades.

—Los mismos horarios y el mismo torno, además de las matemáticas y mis lecciones de geometría —respondió alegremente la princesa Maria, como si aquellas lecciones fueran una de las cosas más alegres de su vida.

Cuando pasaron los veinte minutos establecidos que faltaban para que se levantara el viejo príncipe, Tijon fue a llamar al príncipe Andréi para que se presentara ante su padre. El viejo había hecho una excepción en su modo de vida en honor a la llegada de su hijo: ordenó dejarle entrar en sus habitaciones mientras se vestía antes de la comida. El príncipe vestía a la antigua, con caftán y la cabeza empolvada. Y cuando el príncipe Andréi (no con ese desdén en el rostro ni esas maneras afectadas que adoptaba en los salones, sino con la misma animación que manifestaba al hablar con Pierre) entró en la habitación de su padre, el viejo estaba sentado delante del tocador, en un sillón ancho de tafilete, cubierto con un peinador y con la cabeza en manos de Tijon.

—¡Ah! ¡Combatiente! ¿Quieres ganar a Bonaparte? —dijo, y sacudió la cabeza empolvada tanto como se lo permitía la trenza que Tijon tenía entre las manos—. Al menos tú dale como es debido, si no, pronto nos hará sus súbditos. ¡Bienvenido! —Y le ofreció la mejilla.

El viejo estaba de buen humor después de haber dormido antes de la comida. (Solía decir que dormir, después de comer, es plata; y antes de comer, oro.) Bajo las cejas espesas y caídas miró de soslayo y con alegría a su hijo. El príncipe Andréi se le acercó y le besó en el lugar que le indicaba. No respondió al tema favorito de conversación de su padre: mofarse de los militares del momento y, especialmente, de Bonaparte.

—Sí, he venido a su casa, padre, con mi mujer embarazada —dijo, siguiendo con ojos animados y respetuosos los movimientos de cada rasgo del rostro de su padre—. ¿Cómo está de salud?

—Solo los estúpidos y los depravados están mal de salud, amigo, y tú me conoces: estoy ocupado desde la mañana hasta la noche; llevo una vida moderada y por eso estoy sano.

—Gracias a Dios —dijo el hijo sonriendo.

—Aquí Dios no pinta nada. Bueno, cuéntame —continuó, volviendo a su tema favorito— cómo os han enseñado los alemanes a luchar contra Bonaparte siguiendo esa ciencia nueva que llamáis estrategia.

El príncipe Andréi sonrió.

—Acabo de llegar, padre —dijo con una sonrisa que mostraba que las debilidades de su padre no le impedían respetarlo y quererlo—. Ni siquiera me he instalado.

—¡Tonterías, tonterías! —gritó el viejo sacudiendo la trencita para comprobar si estaba bien hecha y cogiendo a su hijo del brazo—. La casa está lista para tu mujer. La princesa Maria la acompañará, se lo enseñará todo y hablará por los codos. Eso es cosa de mujeres. Estoy contento de que haya venido. Siéntate y cuéntame. Entiendo lo del ejército de Mijelsón, lo de Tolstói también… el desembarco simultáneo… ¿Qué hará el ejército del sur? Prusia, la neutralidad… todo eso ya lo sé. Y Austria ¿qué? —dijo tras levantarse del sillón, dando vueltas por la habitación mientras Tijon corría detrás de él, dándole las distintas partes de su vestimenta—. Austria ¿qué? ¿Cómo van a atravesar Pomerania?

El príncipe Andréi, al ver la exigente insistencia de su padre, al principo con desgana, pero después animándose cada vez más, y pasando por costumbre y sin darse cuenta del ruso al francés a mitad de su explicación, se puso a exponer el plan operativo de la campaña. Le explicó cómo un ejército de noventa mil hombres debía amenazar a Prusia para sacarla de su neutralidad y arrastrarla a la guerra; cómo una parte de estos ejércitos debía unirse en Stralsund con los ejércitos suecos; cómo doscientos veinte mil austríacos junto con cien mil rusos debían actuar en Italia y en el Rin; cómo cincuenta mil rusos y cincuenta mil ingleses desembarcarían en Nápoles; y cómo, finalmente, un ejército de quinientos mil hombres acabaría atacando a los franceses desde todos los flancos. El viejo príncipe no mostró el más mínimo interés, como si no escuchara y, aún vistiéndose sin dejar de pasearse, lo interrumpió inesperadamente en tres ocasiones. La primera vez gritó:

—¡El blanco! ¡El blanco!

Eso significaba que Tijon no le había dado el chaleco que quería. La segunda se detuvo y preguntó:

—Y ¿dará a luz pronto? —Y, con un gesto de reproche, añadió—: ¡Eso no está bien! Continúa, continúa.

La tercera vez, cuando el príncipe Andréi estaba ya acabando su descripción, el viejo empezó a canturrear con voz desafinada y achacosa: «*Malbroug s’en va-t-en guerre. Dieu sait quand reviendra*»[211].

Su hijo se limitaba a sonreír.

—No digo que sea un plan que me parezca bien —dijo el príncipe Andréi —, solo le digo lo que hay. Napoleón ya ha trazado el suyo, y no será peor

que este.

—Bueno, no me has contado nada nuevo. —Y el viejo, pensativo, murmuró rápidamente para sus adentros: «*Dieu sait quand reviendra*»—. Ve al comedor.

XXIV

A la hora establecida, empolvado y afeitado, el príncipe entró en el comedor, donde le esperaban su nuera, la princesa Maria, *mademoiselle* Bourienne y su arquitecto, a quien, por un extraño capricho, admitía en su mesa, a pesar de que por su posición social aquel hombre insignificante no podía de ningún modo contar con semejante honor. El príncipe, que en su vida marcaba las diferencias según la condición social y que rara vez admitía en su mesa ni siquiera a los altos funcionarios de la provincia, quería demostrar con el arquitecto Mijaíl Ivánovich —que se sonaba en un rincón de la mesa con su pañuelo a cuadros— que todas las personas son iguales, y en más de una ocasión le dijo a su hija que no era en nada inferior a ellos. En la mesa, a quien se dirigía la mayoría de las veces era al callado Mijaíl Ivánovich.

En el comedor, de techos altos e inmenso como todas las estancias de la casa, esperaban la entrada del príncipe la familia y los camareros, que estaban de pie detrás de cada silla; el maestresala, con una servilleta en el brazo, supervisaba el servicio, hacía señas a los lacayos y su mirada pasaba continuamente del reloj de pared a la puerta por la que debía aparecer el viejo príncipe. El príncipe Andréi observaba un cuadro enorme con marco dorado, nuevo para él, que representaba el árbol genealógico de los Bolkonski; colgaba enfrente de otro cuadro igual de enorme que era el retrato bastante mediocre (al parecer, obra de un pintor doméstico) de un príncipe reinante coronado, que debía de ser un descendiente de Riúrik, el primero en el linaje de los Bolkonski. El príncipe Andréi contemplaba el árbol genealógico negando con la cabeza y sonriendo, como quien mira un retrato cuyo parecido llega al extremo de parecer ridículo.

—¡Cómo lo reconozco en esto! —le dijo a la princesa Maria, que se había acercado a él.

La princesa Maria lo miró sorprendida. No entendía qué le hacía sonreír. Todo lo que su padre hacía le inspiraba una veneración incontestable.

—Todo el mundo tiene su talón de Aquiles —continuó el príncipe Andréi—. Con su enorme inteligencia *donner dans ce ridicule*[212]!

La princesa Maria fue nuevamente incapaz de comprender el atrevimiento de su hermano y se disponía a replicarle cuando desde el gabinete se oyeron los pasos esperados: el príncipe entró rápido y con alegría —siempre andaba así—, como contraponiendo deliberadamente sus maneras apresuradas al estricto orden que reinaba en la casa. En ese justo instante el gran reloj dio las dos, y en el salón otro le hizo eco con un delicado sonido. El príncipe se detuvo; bajo las espesas y largas cejas sus ojos vivos, brillantes y severos se posaron en todos, y se centraron en la pequeña princesa. Esta sentía en ese momento lo mismo que los cortesanos cuando entra el zar: aquel viejo despertaba en todos sus allegados ese sentimiento de miedo y veneración. Le acarició la cabeza y después, con movimientos torpes, le dio unas palmaditas en la nuca.

—Qué alegría, qué alegría —dijo, y, tras mirarla de nuevo a los ojos, se fue rápidamente a su sitio—. ¡Siéntense, siéntense! Mijaíl Ivánovich, siéntese.

Le señaló a su nuera un sitio a su lado y un camarero apartó una silla para ella.

—¡Vaya, vaya! —dijo, examinando su cintura redondeada—. ¡Cuánta prisa te has dado, eso no está bien! —Y soltó una risa seca, fría y desagradable (siempre se reía así) en la que participaba su boca, pero no sus ojos—. Tienes que andar, andar; y cuanto más mejor, cuanto más mejor —añadió.

La pequeña princesa no oía o no quería oír estas palabras. Guardaba silencio y parecía turbada. El príncipe le preguntó por su padre, y la princesa empezó a hablar y sonrió. Él le preguntó por algunos conocidos en común: la princesa se animó aún más, le transmitió los saludos de estos y se puso a contarle los chismes de la ciudad.

—*La comtesse Apraksine, la pauvre, a perdu son mari, et elle a pleuré les larmes de ses yeux*[213] —dijo, cada vez más animada.

Pero, cuanto más se animaba ella, con más severidad la miraba el príncipe, y, de pronto, como si ya la hubiera estudiado lo suficiente y se hubiera hecho una idea clara de cómo era, le dio la espalda y se volvió hacia Mijaíl Ivánovich.

—Y ¿qué, Mijaíl Ivánovich? Parece que nuestro Bonaparte lo tiene mal. Como me ha estado contando el príncipe Andréi —siempre se refería a su hijo en tercera persona—, ¡qué cantidad de fuerzas se están uniendo contra él! Y usted y yo, que le considerábamos una nulidad…

Mijaíl Ivánovich, que decididamente no sabía cuándo habían dicho ellos eso de Bonaparte, pero que entendía que le necesitaba para introducir su tema

de conversación favorito, miró sorprendido al joven príncipe sin saber cómo acabaría aquello.

—¡Es un gran estratega! —le dijo el viejo príncipe a su hijo señalando al arquitecto.

Y de nuevo se puso a hablar de la guerra, de Bonaparte, de los generales del momento y de los hombres de Estado. Parecía que estaba convencido no solo de que todos los estadistas del momento eran unos chiquillos que no entendían siquiera el abecé de los asuntos militares y de Estado, sino de que Bonaparte era un francesito insignificante, que solo había triunfado porque ya no había ningún Potiomkin[214] ni Suvórov que lo detuviera; también lo estaba de que en Europa no existía ninguna dificultad política, ni siquiera ninguna guerra, sino una simple comedia de marionetas en la que actuaban los hombres de la época para fingir que hacían algo. El príncipe Andréi aguantaba con alegría las burlas de su padre contra los nuevos hombres, y, con visible placer, lo provocaba para que hablara y lo escuchaba.

—Lo pasado siempre parece mejor —dijo—, pero ¿acaso no cayó Suvórov en la trampa que le tendió Moreau y no supo salir de ella?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién te lo ha dicho? —gritó el viejo príncipe —. ¡Suvórov! —Y apartó un plato, que Tijon atrapó con vivacidad—. ¡Suvórov!… Piensa, príncipe Andréi. Solo hubo dos: Federico[215] y Suvórov… ¡Moreau! Moreau habría caído preso si Suvórov hubiera tenido las manos libres; pero tenía por encima a esos del *Hof-Krieg-Wurst-Schnaps-Rat*[216]. ¡Ya conoceréis a esos del *Hof-Krieg-Wurst-Schnaps-Rat*. Si Suvórov no pudo con ellos, ¡¿cómo va a poder Mijaíl Kutúzov?! No, amiguito —continuó—, vosotros no vais a conseguir nada con vuestros generales; hay que echar mano de franceses que no reconozcan a los suyos y les den bien duro. Han enviado a Nueva York, América, al alemán Pahlen en busca del francés Moreau —dijo en alusión a la oferta que ese año le habían hecho a Moreau para que entrara al servicio de los rusos—. ¡¡Esa sí que es buena!! ¿Acaso los Potiomkin, los Suvórov o los Orlov eran alemanes? No, amigo: o bien os habéis vuelto todos locos, o bien yo he perdido la cabeza. Que Dios os ayude, ya veremos lo que pasa. ¡Para ellos Bonaparte es un gran jefe militar! ¡Hum!…

—No digo que todas las medidas que se han tomado hayan sido buenas —dijo el príncipe Andréi—, pero no llego a entender cómo puede juzgar así a Bonaparte. ¡Búrlese cuanto quiera, pero Bonaparte es un gran jefe militar!

—¡Mijaíl Ivánovich! —le gritó el viejo príncipe al arquitecto, que, entretenido con el asado, tenía la esperanza de que se hubieran olvidado de él

—. ¿Acaso no le dije que Bonaparte es un gran estratega? Ya ve que también él lo dice.

—Desde luego, excelencia —respondió el arquitecto.

El príncipe se rió de nuevo con su frialdad característica.

—Bonaparte nació con la suerte de cara. Tiene unos soldados magníficos. Y a los primeros que atacó fue a los alemanes. Solo los holgazanes no han vencido a los alemanes. Desde que el mundo es mundo, todos han vencido a los alemanes. Y ellos a nadie. Solo a sí mismos. Bonaparte se ha labrado la fama a su costa.

Y empezó a analizar todos los errores que, según sus conocimientos, había hecho Bonaparte en sus guerras e incluso en los asuntos de Estado. Su hijo no objetaba nada, pero era evidente que, por muchos argumentos que le expusieran, era tan incapaz de cambiar de opinión como su viejo padre. Le escuchaba mordiéndose la lengua para no contestar, pero, sin querer, se asombraba de cómo aquel hombre mayor que llevaba tantos años sin salir de su hacienda podía conocer con tanto detalle y precisión las circunstancias militares y políticas europeas de los últimos años.

—¿Crees que soy un viejo que no entiende el estado actual de cosas? —concluyó—. ¡Lo tengo todo aquí! Me paso las noches sin dormir. Bueno, ¿dónde ha demostrado su valía ese gran jefe militar tuyo?

—Sería largo de explicar —le respondió su hijo.

—Pues márchate con tu Bonaparte. *Mademoiselle Bourienne, voilà encore un admirateur de votre goujat d'empereur!*[217] —gritó en un francés perfecto.

—*Vous savez, que je ne suis pas bonapartiste, mon prince*.[218]

—*«Dieu sait quand reviendra…»* —canturreó el viejo príncipe desafinando; luego, con una risotada aún más estridente, se levantó de la mesa.

En el curso de toda la discusión y en lo que quedaba de comida, la pequeña princesa guardó silencio, mirando a la princesa Maria y a su suegro alternativamente. Cuando se levantaron de la mesa, cogió a su cuñada de la mano y la llevó a otra sala.

—*Comme c'est un homme d'esprit votre père* —le dijo—, *c'est à cause de cela peut-être qu'il me fait peur*.[219]

—¡Ah, es tan bueno! —respondió la princesa Maria.

XXV

El príncipe Andréi partía el día siguiente por la tarde. El viejo príncipe, sin alterar su orden del día, se retiró a su habitación después de la comida. La pequeña princesa estaba en la de su cuñada. El príncipe Andréi, vestido con su levita de viaje sin charreteras, estaba en las habitaciones que le habían asignado, preparando el equipaje con su ayuda de cámara. Después de inspeccionar personalmente la carretela y la colocación de las maletas, mandó enganchar los caballos. En la habitación solo quedaban las cosas que siempre llevaba consigo: un estuche, un gran cofrecito de plata, dos pistolas turcas y un sable de Ochákov que su padre le había regalado. El príncipe Andréi guardaba con mucho cuidado esos enseres de viaje: estaban nuevos, limpios, envueltos en fundas de paño y cuidadosamente atados con lacitos.

En los momentos en que una persona capaz de reflexionar sobre sus actos emprende un viaje, o cuando se produce algún cambio en su vida, es habitual que le embarguen pensamientos serios. El rostro del príncipe Andréi estaba meditabundo y tierno. Con las manos a la espalda, paseaba arriba y abajo por la habitación con paso rápido, mirando al frente y moviendo la cabeza pensativamente. ¿Tenía miedo de ir a la guerra? ¿Le entristecía abandonar a su mujer? Quizá fuera una cosa y la otra, pero, con la intención, al parecer, de que nadie le viera en ese estado, cuando oyó pasos en el vestíbulo, separó las manos deprisa, se puso al lado de la mesa, como si atara la funda del estuche, y adoptó su expresión tranquila e impenetrable de siempre. Eran los trabajosos pasos de la princesa Maria.

—Me han dicho que has ordenado enganchar —dijo jadeando (era evidente que había ido corriendo)—, y tengo muchas ganas de hablar un poco más contigo a solas. Dios sabe por cuánto tiempo nos volvemos a separar. ¿No te enfadas por que haya venido? Has cambiado mucho, Andriusha[220] —añadió como para explicar la pregunta.

Sonrió al decir «Andriusha». Se veía que se le hacía extraño que aquel hombre severo y guapo fuera el mismo Andriusha, ese muchacho flaco y travieso, su compañero de infancia.

—Y ¿dónde está Lise? —preguntó él respondiendo a su pregunta solo con una sonrisa.

—Está tan cansada que se ha quedado dormida en el diván de mi habitación. ¡Ah, *André! Quel trésor de femme vous avez*[221] —dijo ella tomando asiento en el diván de su hermano—. Es como una niña, una niña gentil y graciosa. Le he tomado mucho aprecio.

El príncipe Andréi no dijo nada, pero ella percibió la expresión irónica y desdeñosa de su rostro.

—Pero hay que ser benevolente con las pequeñas debilidades; ¡quién no las tiene, *André*! No olvides que ha sido educada y ha crecido en el gran mundo. Y, además, ahora su situación no es de color de rosa. Hay que ponerse en la piel de los demás. *Tout comprendre, c'est tout pardonner*.[222] Pobrecita, piensa en la situación en la que se ha quedado después de abandonar la vida a la que estaba acostumbrada; y ahora se separará de su marido y se quedará sola en el campo. Eso es muy duro.

—Tú vives en el campo y no encuentras que esta vida sea horrible —dijo él.

—Lo mío es distinto. ¡Qué decir sobre mí! No deseo otra vida ni la puedo desear porque no conozco más que esta. Pero piensa lo que es, *André,* para una mujer joven y mundana enterrarse sola en el campo en los mejores años de su vida; porque papá siempre anda ocupado, y yo… ya sabes… lo escasa que soy en *ressources* para una mujer acostumbrada a frecuentar la mejor sociedad. *mademoiselle* Bourienne es la única que…

—Me desagrada mucho esta Bourienne —dijo el príncipe Andréi.

—¡Oh, no! Es muy amable y buena, y, lo más importante, es una muchacha tan desgraciada… No tiene a nadie, a nadie en la vida. Si te soy sincera, no solo no la necesito, sino que me abruma. Pero ya sabes que siempre he sido una salvaje, y ahora todavía más. Me gusta estar sola… *Mon père* la quiere mucho. Siempre se muestra cariñoso y bueno con ella y con Mijaíl Iványch, y ambos gozan de su favor; como dice Stern: «Queremos a las personas no tanto por el bien que nos hacen como por el bien que nosotros les hacemos». *Mon père* la recogió huérfana *sur le pavé*[223], ella es muy buena. Y a *mon père* le gusta cómo lee. Por las tardes le lee en voz alta y lo hace magníficamente.

—Bueno, y hablando con sinceridad, Marie, supongo que a veces se te hará duro el carácter de nuestro padre, ¿no? —le preguntó de pronto el príncipe Andréi.

A la princesa Maria la pregunta primero la sorprendió y después la dejó asustada.

—¿A mí?… ¡¿A mí?!… ¡¿Duro a mí?! —exclamó.

—Siempre ha sido brusco; y diría que ahora se está volviendo difícil —dijo el príncipe Andréi, al parecer en un deliberado intento de desconcertar a su hermana o de ponerla a prueba hablando así de su padre.

—Eres muy bueno, *André*, pero en tu modo de pensar hay una especie de orgullo —dijo la princesa, siguiendo más el discurrir de sus pensamientos que la conversación—, y esto es un gran pecado. ¿Acaso es posible juzgar a un

padre? Y, si lo fuera, ¿qué sentimiento aparte de *vénération* puede despertar un hombre como *mon père*? Estoy tan contenta y feliz con él… Mi único deseo es que todos vosotros fuerais tan felices como yo.

Su hermano movió la cabeza con incredulidad.

—Sinceramente, solo hay una cosa que se me hace dura, *André*: su manera de juzgar la religión. No lo entiendo: ¿cómo es posible que un hombre tan inteligente no vea lo que es claro como el día y pueda estar tan equivocado? Eso es lo único que me hace infeliz. Pero también ahí estoy empezando a ver un atisbo de mejora. Últimamente sus burlas no son tan mordaces, y hay un monje al que recibió y con el que estuvo mucho rato conversando.

—Bueno, amiga mía, me temo que tanto tú como el monje estáis gastando la pólvora en salvas —replicó el príncipe Andréi burlonamente, aunque con dulzura.

—*Ah! mon ami*. Solo rezo a Dios y espero que me escuche. *André*, te quiero pedir un favor muy grande —dijo ella con timidez tras un breve silencio.

—¿Qué cosa, querida?

—No, prométeme que no me lo negarás. No te costará ningún esfuerzo ni será nada indigno de ti. Pero para mí será un gran consuelo. Prométemelo, Andriusha —suplicó, introduciendo una mano en su ridículo y cogiendo algo; pero no lo senseñó, aunque constituía el objeto de su petición, como si antes de obtener la promesa no pudiera sacarlo.

Dirigió a su hermano una mirada temerosa e implorante.

—Si me costara un gran esfuerzo… —le respondió el príncipe Andréi, como si hubiera adivinado de qué se trataba.

—¡Piensa lo que quieras! Sé que eres como *mon père*. Piensa lo que quieras, pero hazlo por mí. ¡Hazlo, por favor! El padre de nuestro padre, nuestro abuelo, lo llevaba en todas las guerras… —Seguía sin sacar del ridículo lo que guardaba en la mano—. Entonces, ¿me lo prometes?

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—*André*, te bendigo con este escapulario, prométeme que nunca te lo quitarás. ¿Me lo prometes?

—Si no pesa dos *puds*[224] y no me tira del cuello… Para complacerte… —dijo el príncipe Andréi, pero se arrepintió al instante, cuando vio la expresión de tristeza en el rostro de su hermana al oír la broma—. Lo haré encantado, encantado de veras, querida —añadió.

—Aunque no quieras te salvará, te perdonará y te llevará consigo, porque solo en Él está la verdad y la paz —dijo ella con la voz temblorosa por la emoción, sosteniendo solemnemente delante de su hermano, con las dos manos, una vieja imagen ovalada del Salvador, con el rostro ennegrecido, el marco plateado, y una cadenita también plateada de fina elaboración.

Se santiguó, besó la imagen y se la dio a Andréi.

—Por favor, *André*, hazlo por mí…

Sus grandes ojos resplandecieron con una luz de bondad y de timidez. Aquellos ojos iluminaban su rostro enfermizo y delgado, y lo volvían hermoso. Su hermano quiso coger la imagen, pero ella le detuvo. Andréi comprendió: se santiguó y besó la imagen. Su semblante expresaba ternura (se había emocionado) y burla al mismo tiempo.

—*Merci, mon ami*.

Ella le besó en la frente y se volvió a sentar en el diván. Se quedaron callados.

—Como antes te decía, *André*, sé bueno y magnánimo, como siempre has sido. No juzgues a *Lise* con dureza —dijo ella—. Es tan gentil, tan buena, y ahora su situación es tan dura…

—Me parece, Masha[225], que no te he dicho en ningún momento que reproche algo a mi mujer o que esté descontento de ella. ¿A qué viene que me digas todo esto?

A la princesa Maria el rostro se le cubrió de manchas rojas y no dijo nada, como si se sintiera culpable.

—Yo no te he dicho nada, pero alguien sí te lo *ha dicho*. Y eso me entristece.

Las manchas rojas se esparcieron aún más por la frente, el cuello y las mejillas de la princesa Maria. Quiso decir algo, pero no pudo. Su hermano lo había adivinado: la pequeña princesa había estado llorando después de la comida, le había contado que presentía un parto desdichado, que tenía miedo, y se había quejado de su destino, de su suegro y de su marido. Después de las lágrimas, se había quedado dormida. El príncipe Andréi sintió compasión por su hermana.

—Tienes que saber una cosa, Masha: no puedo reprochar, no he reprochado ni reprocharé nada a mi mujer, pero tampoco me puedo reprochar nada a mí que tenga relación con ella; esto siempre será así, sea la circunstancia que sea. Pero si quieres saber la verdad… ¿quieres saber si soy feliz? No. ¿Ella es feliz? Tampoco. ¿A qué es debido? No lo sé…

Al decir esto se levantó, se acercó a su hermana e, inclinándose hacia ella, le besó en la frente. Sus hermosos ojos se iluminaron con un brillo inusitado de inteligencia y de bondad, pero no miraban a su hermana, sino a la oscuridad de la puerta abierta, por encima de la cabeza de ella.

—Vamos a verla, debo despedirme. O ve tú sola, despiértala y ahora iré yo. ¡Petrushka! —gritó al ayuda de cámara—. Ven aquí, recoge esto. Eso va en el asiento, y aquello en el lado derecho.

La princesa Maria se puso de pie, avanzó hacia la puerta y se detuvo.

—*André, si vous avez la foi, vous vous seriez adressé à Dieu, pour qu'il vous donne l'amour, que vous ne sentez pas et votre prière aurait été exaucée*. [226]

—¡Acaso sea así! —dijo el príncipe Andréi—. Ve, Masha, yo iré enseguida.

De camino a la habitación de su hermana, en la galería que unía las dos partes de la casa, el príncipe Andréi se encontró con *mademoiselle* Bourienne, que le sonrió amablemente; era ya la tercera vez ese día que se cruzaba en los solitarios pasadizos con esa sonrisa entusiasta y candorosa.

—*Ah! je vous croyais chez vous*[227] —dijo ella, enrojeciendo por algún motivo y bajando los ojos.

El príncipe Andréi la miró severamente. De repente su rostro se llenó de cólera. No le dijo nada, pero clavó la mirada en su frente y en su pelo, sin mirarla a los ojos, con tanto desprecio que la francesa, ruborizada, se alejó sin decir palabra. Cuando el príncipe Andréi llegó a la habitación de su hermana, la pequeña princesa ya se había despertado y por la puerta abierta se oía su alegre vocecita, que pronunciaba con atropello una palabra tras otra. Hablaba como si, después de un largo voto de silencio, quisiera recuperar el tiempo perdido.

—*Non, mais figurez-vous, la vieille comtesse Zouboff avec de fausses boucles et la bouche pleine de fausses dents, comme si elle voulait défier les années…* ¡Ja, ja, ja, *Marie*![228]

Debía de ser la quinta vez que el príncipe Andréi la oía contar esa historia sobre la condesa Zúbova con las mismas frases y la misma risa exactas. Entró en la habitación en silencio. La joven princesa, regordeta, sonrosada, sentada en el sillón con la labor entre las manos, hablaba sin cesar, evocando sus recuerdos de San Petersburgo e incluso frases oídas allí. El príncipe Andréi se acercó, le acarició la cabeza y le preguntó si había descansado del viaje. Ella le contestó, y siguió con su conversación.

Una carretela tirada por seis caballos esperaba en la entrada. La oscura noche otoñal ya se había alzado en el patio, y el cochero no veía siquiera la pértiga del vehículo. En el porche trajinaba gente con faroles y el brillo de las luces de la enorme casa se filtraba por los ventanales. Los criados se agolpaban en el recibidor; querían despedirse del joven príncipe. En la sala estaban Mijaíl Ivánovich, *mademoiselle* Bourienne, la princesa Maria y la joven princesa. El príncipe Andréi estaba en el gabinete de su padre, que lo había llamado para despedirse de él a solas. Todo el mundo esperaba a que salieran.

Cuando el príncipe Andréi había entrado en el gabinete, el viejo príncipe, con sus gafas de anciano y su batín blanco, con el que no recibía a nadie exceptuando a su hijo, estaba sentado en su mesa y escribía algo. Volvió la mirada.

—¿Te marchas?

Y de nuevo se puso a escribir.

—He venido a despedirme.

—Bésame aquí. —Le señaló su mejilla—. ¡Gracias, gracias!

—¿Por qué me da las gracias?

—Por no perder el tiempo, por no aferrarte a las faldas de una mujer. El servicio es lo primero. ¡Gracias, gracias! —Y continuó escribiendo de tal modo que su pluma hacía ruido y salpicaba tinta—. Si tienes algo que decir, hazlo. Puedo hacer dos cosas a la vez —añadió.

—Sobre mi mujer… Me da vergüenza dejarla en sus manos…

—¿A qué viene ese embuste? Anda, di lo que quieres decir.

—Cuando mi mujer vaya a dar a luz, haga venir de Moscú a un médico. Quiero que haya uno aquí.

El viejo príncipe se detuvo y, como si no entendiera, miró con su habitual severidad a su hijo.

—Sé que, si la naturaleza no ayuda, nadie podrá hacer nada —dijo el príncipe Andréi visiblemente turbado—. Estoy de acuerdo en que solo un caso entre un millón va mal, pero es el deseo de ella y el mío. Le han contado cosas, vio algo en sueños y ahora tiene miedo.

—Hum… Hum… —murmuró para sí el viejo príncipe mientras seguía escribiendo—. Lo haré.

Estampó su firma, se volvió de improviso hacia su hijo y se echó a reír.

—Mal asunto, ¿eh?

—¿Mal asunto el qué, padre?

—¡La mujer! —dijo el viejo príncipe, lacónico y significativo.

—No le entiendo —replicó el príncipe Andréi.

—No hay nada que hacer, amiguito —dijo el viejo príncipe—; son todas iguales, y uno no puede descasarse. No temas, no se lo diré a nadie; pero ya lo sabes por ti mismo.

Le cogió el brazo con su pequeña mano huesuda, le dio un par de sacudidas, le miró a la cara con sus ojos rápidos, que parecía que vieran a las personas a través, y rió nuevamente con frialdad.

El príncipe Andréi suspiró, reconociendo así que su padre le había comprendido.

El viejo, sin dejar de doblar y de sellar cartas con su diligencia habitual, cogía y soltaba el sello de lacrar y el papel.

—¿Qué se le va a hacer? ¡Es guapa! Me encargaré de todo. Estate tranquilo —le dijo a trompicones mientras lacraba.

El príncipe Andréi guardaba silencio: le resultaba agradable y a la vez desagradable que su padre le comprendiera.

El viejo se levantó y le entregó una carta.

—Escúchame —dijo—, no te preocupes por tu mujer: haré todo lo que esté en mis manos. Ahora óyeme bien: entrégale esta carta a Mijaíl Ilariónovich[229]. Le he escrito que te asigne buenos cargos y que no te retenga demasiado tiempo como ayudante de campo: ¡es un puesto detestable! Dile que lo recuerdo y que le aprecio. Y cuéntame cómo te recibe. Si lo hace bien, sigue a su servicio. El hijo de Nikolái Andréich Bolkonski no servirá a nadie por caridad. Bien, y ahora ven aquí.

Hablaba con tanta velocidad que no acababa la mitad de las palabras, pero su hijo estaba acostumbrado y le entendía. Lo llevó hasta el buró, levantó la tapa y cogió una caja de la que sacó un cuaderno escrito de principio a fin con su letra grande, alargada y apretujada.

—Probablemente muera antes que tú. Debes saber que mis memorias están aquí: entrégaselas al emperador cuando yo haya muerto. Y aquí hay un recibo del monte de piedad y una carta: es el premio para quien escriba la historia de las guerras de Suvórov. Envíalo a la academia. Aquí están mis notas: léelas después de mi muerte, te resultarán útiles.

Andréi no le dijo que seguramente aún le quedaban muchos años de vida. Comprendía que no hacía falta hacerlo.

—Cumpliré con todo, padre —dijo.

—Bueno, pues ahora ¡adiós! —Dejó que su hijo le besara la mano y lo abrazó—. Solo recuerda una cosa, príncipe Andréi: si te matan, a este viejo le dolerá mucho… —De pronto se interrumpió, y luego continuó casi gritando

—: Pero, si me entero de que has tenido un comportamiento impropio de un hijo de Nikolái Bolkonski, me sentiré… ¡avergonzado!

—Esto es algo que podría haberse ahorrado, padre —le dijo su hijo con una sonrisa.

El viejo se quedó callado.

—También le quería pedir esto —continuó el príncipe Andréi—: si me matan y tengo un hijo, no deje que se lo lleven de aquí; como le dije ayer, quiero que se críe aquí con usted… por favor.

—¿Que no se lo entregue a tu mujer? —preguntó el príncipe echándose a reír.

Se quedaron el uno frente al otro en silencio. Los veloces ojos del viejo miraban directamente a los de su hijo. Algo se estremeció en la parte inferior del rostro del viejo príncipe.

—Ya nos hemos despedido… ¡Ahora vete! —exclamó de repente—. ¡Vete! —gritó fuerte y en tono enfadado, abriendo la puerta del gabinete.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaron las princesas al ver al príncipe Andréi y también, por un instante, la figura del viejo, gritando con su voz enfadada, su batín blanco, sus gafas de anciano y sin peluca.

El príncipe Andréi suspiró y no respondió nada.

—Bueno —dijo, dirigiéndose a su mujer.

Y ese «bueno» sonó frío y burlón, como si le estuviera diciendo: «Y ahora monte usted su escenita».

—*André, déjà?*[230] —dijo ella palideciendo y mirando a su marido con pavor.

Él la abrazó. Ella, con un grito, se desmayó sobre su hombro.

El príncipe Andréi separó delicadamente el hombro sobre el que ella reposaba, la miró a la cara y la dejó con cuidado en un sillón.

—*Adieu, Marie* —le dijo en voz baja a su hermana, se besaron cogiéndose de la mano, y salió con paso rápido.

La pequeña princesa yacía en el sillón mientras *mademoiselle* Bourienne le frotaba las sienes. La princesa Maria, sosteniendo a su cuñada, seguía mirando con sus hermosos ojos llorosos la puerta por la que había salido el príncipe Andréi, y le bendecía. Desde el gabinete se oían, como disparos, los ruidos coléricos que hacía el anciano al sonarse repetidamente. Apenas acababa de marcharse el príncipe Andréi cuando la puerta del gabinete se abrió bruscamente y apareció la severa figura del viejo con el batín blanco.

—¿Se ha marchado? Pues ¡muy bien! —dijo tras mirar enfadado a la pequeña princesa, que seguía sin sentido; movió la cabeza en señal de

reproche y dio un portazo.

Segunda parte

I

En octubre de 1805 el ejército ruso ocupaba las aldeas y ciudades del archiducado de Austria; además, nuevos regimientos llegados de Rusia se instalaban junto a la fortaleza de Braunau, lo que constituía una carga para los habitantes de la zona. En Braunau estaba el cuartel general del comandante en jefe Kutúzov.

El 11 de octubre de 1805 uno de los regimientos de infantería que acababa de llegar a Braunau se encontraba a media milla de la ciudad a la espera de que el comandante en jefe pasara revista. A pesar de que ni aquella localidad ni su entorno tenían nada de ruso (jardines frutales, cercados de piedra, techos de tejas, montañas a lo lejos y habitantes no rusos que miraban a los soldados con curiosidad), el regimiento tenía exactamente el mismo aspecto que cualquier regimiento ruso cuando se prepara para la revista en cualquier parte del centro de Rusia.

Por la tarde, durante la última marcha, se recibió la orden de que el comandante en jefe pasaría revista a las tropas en campaña. Sin embargo, al jefe de regimiento la orden le pareció confusa y surgió la duda de cómo interpretarla: ¿debían las tropas vestir el uniforme de campaña o no? El consejo de jefes de batallón decidió entonces que el regimiento exhibiría el uniforme de gala, porque siempre es mejor pecar por exceso que por falta. Los soldados, después de una marcha de treinta verstas, no pegaron ojo en toda la noche cepillando y limpiando sus enseres; los ayudantes de campo y los jefes de compañía hicieron cálculos y dispusieron las cosas. Y, por la mañana, el regimiento, en vez del gentío sin orden de la última marcha de la vigilia, era ahora una masa alineada de dos mil hombres que sabían cuál era su posición y su cometido, tenían los botones y correas en su sitio y estaban limpios y relucientes. No solo el buen aspecto era por fuera: si el comandante en jefe hubiera querido echar un vistazo debajo de los uniformes, habría visto que todos los soldados sin excepción llevaban la camisa limpia y habría encontrado en sus macutos el número estipulado de efectos: «punzón y jabón», como dicen los soldados. Había solo una cosa que a nadie podía dejar

tranquilo: el calzado. Más de la mitad de los hombres tenía las botas destrozadas. Pero este fallo no era culpa del jefe de regimiento, ya que, a pesar de las continuas peticiones, la intendencia austríaca no había entregado el género, y el regimiento llevaba recorridas mil verstas.

El jefe de regimiento era un general entrado en años, sanguíneo, de cejas y patillas canas, corpulento, más ancho del pecho a la espalda que de un hombro a otro. Vestía un uniforme nuevo, recién estrenado, con los pliegues aún marcados, y tupidas charreteras doradas que parecían no empequeñecer sino agrandar sus orondos hombros. El jefe de regimiento daba la impresión de cumplir felizmente con uno de los asuntos más solemnes de su vida. Se paseaba por el frente y, al avanzar, temblaba con cada paso y curvaba la espalda ligeramente. Era evidente que se admiraba de su regimiento, y estaba contento porque toda su fuerza espiritual estaba concentrada únicamente en este; pero, aun así, su paso tembloroso parecía indicar que, aparte de los intereses militares, la vida en sociedad y el sexo femenino ocupaban no poco lugar en su alma.

—Bueno, querido Mijaílo Mítrich —se dirigió a un jefe de batallón que se le acercaba sonriente. Se notaba que estaban satisfechos—. Ha sido una noche complicada. Pero menudo resultado: yo diría que este regimiento no es de los malos… ¿Eh?

El jefe de batallón captó la alegre ironía y se echó a reír.

—No nos echarían ni de Tsaritsyn Lug[231].

—¿Cómo dice? —preguntó el jefe de regimiento.

En ese momento, en el camino que venía de la ciudad y por el que se había distribuido a los señaleros, aparecieron dos jinetes: un ayudante de campo y un cosaco que iba detrás.

Al ayudante de campo lo mandaba el Estado Mayor para aclarar al jefe de regimiento la confusa orden dada el día anterior; esto es, que el comandante en jefe deseaba ver el regimiento tal como estaba: con el capote puesto, las armas enfundadas y sin ningún tipo de preparación.

La víspera había llegado un miembro del *Hofkriegsrat*[232] de Viena proponiendo y exigiendo que las tropas rusas se unieran cuanto antes al ejército del archiduque Fernando y de Mack. Kutúzov, que no consideraba beneficiosa tal unión, tenía intención de mostrarle al general austríaco, entre otros argumentos que reforzaban su opinión, la penosa situación en la que habían llegado las tropas desde Rusia. Con ese fin, quería salir al encuentro del regimiento, de modo que, cuanto peor fuera su aspecto, mejor para él. Aunque el ayudante de campo no conocía estos detalles, le transmitió al jefe

de regimiento que el comandante en jefe exigía inequívocamente que los soldados vistieran capote y llevaran las armas enfundadas: en caso contrario se disgustaría. Al oírlo el jefe de regimiento agachó la cabeza, alzó los hombros en silencio y abrió los brazos con gesto de persona sanguínea.

—¡Buena la hemos hecho! —exclamó—. Ya se lo dije, Mijaílo Mítrich: si estamos de campaña, pues en capote —se dirigió con tono de reproche al jefe de batallón—. ¡Ah, Dios mío! —añadió, y avanzó con paso decidido—. ¡Señores jefes de compañía! —gritó, con su voz acostumbrada al mando—. ¡Sargentos mayores!… ¿Vendrá pronto? —le preguntó al ayudante de campo con una reverente cortesía que era evidente que iba dirigida a la persona a la que se refería.

—Dentro de una hora, creo.

—¿Tendremos tiempo de que se cambien de uniforme?

—No lo sé, general…

El jefe de regimiento, avanzando personalmente hacia las filas de soldados, dio la orden de que se volvieran a poner los capotes. Los jefes de compañía se distribuyeron rápidamente por las compañías, los sargentos mayores empezaron a trajinar (los capotes no estaban en muy buen estado) y los cuadros de formación, antes en orden y en silencio, en un instante empezaron a agitarse y a descomponerse, y se montó una gran algarabía. Los soldados iban y venían corriendo de un lado a otro, echaban atrás los hombros, se quitaban las mochilas por encima de la cabeza, sacaban los capotes y levantaban los brazos bien arriba para ponérselos por las mangas.

Al cabo de media hora todo había vuelto de nuevo al orden de antes: la única diferencia era que ahora los cuadros de formación habían pasado de ser negros a grises. El jefe de regimiento, con paso tembloroso, se puso nuevamente al frente y examinó a los hombres a lo lejos.

—¿Qué es eso? Pero ¡qué es eso! —gritó deteniéndose—. ¡Jefe de la tercera compañía!…

—¡Jefe de la tercera compañía, que se presente ante el general! ¡Jefe de la tercera compañía, ante el general! —repitieron varias voces de fila en fila, y un ayudante de campo salió corriendo en busca del oficial que se retrasaba.

Cuando aquellas voces diligentes —gritos que habían derivado en un «¡General, a la tercera compañía!»— llegaron a su destino, el oficial reclamado apareció por detrás de los soldados; aunque era un hombre ya mayor, no acostumbrado a correr, fue al trote hasta el general, tropezándose torpemente con la puntera de las botas. El rostro del capitán expresaba la inquietud de un escolar al que mandan recitar una lección que no se sabe. En

su nariz colorada (evidentemente fruto de su falta de sobriedad) aparecieron manchas y la boca se le desencajaba. El jefe de regimiento lo miraba de pies a cabeza mientras este se aproximaba jadeando y disminuyendo el paso cuanto más se acercaba.

—¡Pronto hará que sus hombres vistan *sarafán*[233]! ¿Qué es eso? —gritó, sacando la mandíbula inferior y señalando a un soldado de las filas de la tercera compañía que llevaba un capote de un color y un paño distintos a los demás capotes—. Y ¿usted dónde estaba? Esperamos al comandante en jefe y ¿usted se aleja de su puesto? ¿Eh?… ¡Le voy a enseñar cómo deben vestirse los soldados para una revista!… ¿Eh?…

El jefe de compañía, sin apartar los ojos de su superior, apretaba cada vez con más fuerza sus dos dedos contra la visera, como si pensara que en ello estaba su salvación.

—Pero ¿por qué no dice nada? ¿Quién es ese soldado que va vestido como un húngaro? —se mofó el jefe de regimiento con severidad.

—Excelencia…

—¡«Excelencia» qué! ¡Excelencia! ¡Excelencia! ¿Qué pasa con su excelencia? Nadie lo sabe.

—Excelencia, es Dólojov, el degradado… —dijo el capitán en voz baja.

—Y ¿ha sido degradado a mariscal de campo o a soldado? Si es soldado, debe vestir el mismo uniforme que todos.

—Excelencia, usted mismo le autorizó a vestir así en las marchas.

—¿Yo le autoricé? ¿Le autoricé? Siempre es lo mismo con ustedes los jóvenes —dijo el jefe de regimiento calmándose un poco—. ¿Yo le autoricé? Se les dice a ustedes cualquier cosa y… —se interrumpió—. Se les dice a ustedes cualquier cosa y… ¿Qué? —añadió, irritándose de nuevo—. Haga el favor de vestir a sus hombres como es debido…

Y el jefe de regimiento, volviéndose al ayudante de campo, avanzó hacia el regimiento con su paso tembloroso. Se veía que enfadarse le había agradado y que, al pasearse por el regimiento, deseaba encontrar un nuevo pretexto para la cólera. Tras reprender a un oficial por un emblema sucio y a otro porque la fila era asimétrica, se acercó a la tercera compañía.

—¿Có-o-o-mo estás formando? ¿Dónde tienes el pie? El pie, ¡dónde lo tienes! —le gritó con sufrimiento en la voz el jefe de regimiento a Dólojov, que vestía un capote azulado, cuando aún les separaban unos cinco hombres.

Dólojov enderezó lentamente la pierna que tenía doblada y clavó su mirada luminosa e insolente directamente en la cara del general.

—¿A qué viene el capote azul? Quíteselo… ¡Sargento mayor[234]! Que se cambie… porque… —No tuvo tiempo de acabar la frase.

—General, estoy obligado a cumplir las órdenes, pero no estoy obligado a soportar… —dijo Dólojov apresuradamente.

—¡En el frente no se habla!… ¡No se habla, no se habla!…

—No estoy obligado a soportar ofensas —acabó de decir Dólojov con una voz fuerte y sonora.

Los ojos del general y del soldado se encontraron. El general se quedó callado tirando con enfado de su apretada banda.

—Haga el favor de cambiarse, se lo ruego —dijo mientras se alejaba.

II

—¡Ya viene! —gritó en ese momento un señalero.

El jefe de regimiento enrojeció, corrió hacia el caballo, sujetó un estribo con las manos temblorosas, montó en la silla, se colocó bien, desenvainó la espada y, con el semblante feliz y decidido, abriendo la boca por un lado, se preparó para gritar una orden. El regimiento se estremeció, como un pájaro que agita el plumaje, y se quedó inmóvil.

—¡Fir-r-r-mes! —gritó el jefe de regimiento con una voz que sacudía el alma, alegre para sí mismo, severa para el regimiento y complaciente para el superior que se aproximaba.

Por el ancho y gran camino flanqueado por árboles avanzaba a trote ligero, con las ballestas chirriando ligeramente, una carretela vienesa, alta y azul celeste, formando reata. Detrás de la carretela galopaba la comitiva y una escolta de croatas. Al lado de Kutúzov iba sentado un general austríaco que vestía uniforme blanco, extraño entre tanto uniforme negro ruso. La carretela se detuvo frente al regimiento. Kutúzov y el general austríaco hablaban en voz baja, y el primero, con una sutil sonrisa, bajó con pesadez por el peldaño de la carretela, como si no estuviera frente a aquellos dos mil hombres que, conteniendo la respiración, le miraban tanto a él como al jefe de regimiento.

Se oyó un grito de mando y el regimiento volvió a estremecerse: con un sonido metálico presentó armas. En medio de un silencio sepulcral, se oyó la débil voz del comandante en jefe. El regimiento vociferó: «¡Salud, ex-ex-ex-ex… lencia!». Y de nuevo todo quedó en silencio. Al principio Kutúzov no se movió mientras el regimiento desfilaba; después, con el general vestido de blanco y un séquito que les seguía, se paseó entre las filas.

Por el modo en el que el jefe de regimiento saludaba al comandante en jefe, sin dejar de mirarlo, estirándose y encogiéndose, por cómo andaba inclinado hacia delante tras los generales de las filas, a duras penas disimulando que temblaba, por cómo daba un respingo ante cualquier palabra y movimiento del comandante en jefe, se veía que cumplía con sus deberes de subordinado aún con más placer que con los deberes de superior. El regimiento, gracias a la severidad y al celo del jefe de regimiento, estaba en excelentes condiciones en comparación con otros que habían llegado a la vez a Braunau. Los rezagados y los enfermos sumaban solo doscientos diecisiete hombres. Y todo estaba en buen estado excepto el calzado.

Kutúzov recorrió las filas, deteniéndose de vez en cuando y diciendo alguna palabra afable a los oficiales que conocía de la guerra turca[235], y a veces incluso a los soldados. Al ver su calzado, movió la cabeza con tristeza en varias ocasiones, y se lo señaló al general austríaco con una expresión que parecía decir que no se lo reprochaba a nadie, pero que no podía dejar de ver lo mal que estaba. El jefe de regimiento no dejaba de adelantarse porque temía perderse algo que pudiera decir el comandante en jefe sobre su regimiento. Por detrás de Kutúzov, a una distancia a la que cualquier palabra que este pronunciara débilmente pudiera ser oída, iba una comitiva de unos veinte hombres que conversaban y a veces reían. El que más cerca iba del comandante en jefe era su atractivo ayudante de campo. Se trataba del príncipe Bolkonski. Con él iba su compañero Nesvitski, un oficial superior, alto y extremadamente grueso, con el rostro bondadoso, sonriente y hermoso, y los ojos húmedos; Nesvitski a duras penas podía contener la risa a costa de un oficial de húsares moreno que iba cerca de él. Este oficial de húsares, sin sonreír ni cambiar la expresión de sus ojos inmóviles, miraba con el rostro serio la espalda del jefe de regimiento e imitaba cada uno de sus movimientos. Cada vez que el jefe de regimiento temblaba y se inclinaba hacia delante, el oficial de húsares temblaba y se inclinaba hacia delante: exactamente igual, de manera idéntica. Nesvitski se reía y empujaba a los demás para que mirasen al chistoso oficial.

Kutúzov avanzaba con paso lento e indolente por delante de los miles de ojos que, girando hasta salirse de las órbitas, seguían a su superior. Al llegar a la altura de la tercera compañía, de pronto se detuvo. El séquito, que no preveía esta parada, sin querer se acercó a él.

—¡Ah, Timojin! —dijo el comandante en jefe, que había reconocido al capitán de la nariz roja que había sido reprendido por el capote azul de Dólojov.

Parecía imposible enderezarse más de lo que Timojin se había enderezado cuando el jefe de regimiento le había amonestado. Pero, cuando el comandante en jefe se dirigió a él, lo hizo de tal manera que parecía que si la inspección hubiera durado un poco más, no lo habría podido soportar; por ello, Kutúzov, que al parecer comprendió su situación y que le deseaba, al contrario, todo el bien, se dio la vuelta rápidamente. El rostro de Kutúzov, rollizo y desfigurado por una herida, se iluminó un instante con una sonrisa apenas perceptible.

—Otro compañero de armas de Izmaíl —dijo—. ¡Un oficial valeroso! ¿Estás satisfecho con él? —le preguntó Kutúzov al jefe de regimiento.

Este, sin ser consciente de que un oficial de húsares reproducía sus movimientos como en un espejo, se estremeció, avanzó a toda prisa y respondió:

—Muy satisfecho, excelencia.

—Todos tenemos alguna debilidad —dijo Kutúzov sonriendo y alejándose de él—. La suya era su afición a Baco.

El jefe de regimiento se asustó al pensar que podía ser el culpable de tal afición, y no respondió nada. En ese momento el oficial de húsares observó el rostro del capitán, su nariz roja y su barriga metida hacia dentro, e imitó tan bien su cara y postura que Nesvitski no pudo contener la risa. Kutúzov se volvió. Estaba visto que el oficial de húsares podía dominar su expresión como quería: en cuanto Kutúzov se dio la vuelta, ya había tenido tiempo de hacer una mueca y a continuación adoptar un semblante de lo más serio, respetuoso e inocente.

La tercera compañía era la última, y Kutúzov se quedó pensativo, al parecer tratando de recordar algo. El príncipe Andréi se adelantó de la comitiva y le dijo en francés y en voz baja:

—Me ordenó que le recordara que el degradado Dólojov se encuentra en este regimiento.

—Y ¿dónde está Dólojov? —preguntó Kutúzov.

Dólojov, que ya llevaba el capote gris de soldado, no esperaba que lo llamaran. La atractiva figura del soldado rubio con sus luminosos ojos zarcos dio un paso adelante. Se acercó hasta el comandante en jefe y presentó armas.

—¿Alguna queja? —preguntó Kutúzov frunciendo el ceño ligeramente.

—Este es Dólojov —dijo el príncipe Andréi.

—¡Ah! —dijo Kutúzov—. Espero que esta lección te corrija; esmérate en servir bien. El emperador es benevolente. Y yo no me olvidaré de ti si te lo mereces.

Los ojos zarcos miraron al comandante en jefe con la misma insolencia que al jefe de regimiento, como si con su expresión destruyera esa cortina invisible que tanto separaba al comandante en jefe del soldado.

—Solo le pido una cosa, excelencia —dijo con su voz sonora, firme y pausada—. Le pido que me dé la oportunidad de reparar mi falta y de demostrar mi fidelidad a nuestro emperador soberano y a Rusia.

Kutúzov se dio la vuelta. Sonrió con los ojos y su semblante se iluminó de la misma manera que cuando le había dado la espalda al capitán Timojin. Lo hizo arrugando el rostro, como queriendo expresar que todo cuanto le había dicho y podía decirle Dólojov ya lo sabía desde hacía mucho, muchísimo tiempo, que todo eso ya le había aburrido, y que no era en absoluto necesario. Se volvió de nuevo y se dirigió hacia la carretela.

El regimiento se distribuyó por compañías y se encaminó hacia los acuartelamientos designados, no lejos de Braunau, donde esperaban calzarse, vestirse y descansar después de tan fatigosas marchas.

—¡No se disguste conmigo, Projor Ignátych! —exclamó el jefe de regimiento, esquivando a la tercera compañía que avanzaba y acercándose al capitán Timojin, que iba al frente de ella. Después de la revista, que había salido tan bien, el rostro del jefe de regimiento expresaba una alegría incontenible—. Es el servicio al zar… No se puede… A veces en el frente es necesario amonestar… Soy el primero en disculparme, ya me conoce usted… ¡Muy agradecido!

Y le tendió la mano.

—¡Hágame el favor, general, cómo voy yo a atreverme! —respondió el capitán, con la nariz colorada, sonriendo y dejando ver con su sonrisa que le faltaban dos dientes delanteros, saltados de un culatazo en la batalla de Izmaíl.

—Hágale saber al señor Dólojov que no me olvidaré de él, que esté tranquilo. Y dígame, por favor, hace tiempo que se lo quería preguntar: ¿cómo se porta? Y en general…

—Se esmera mucho en el servicio, excelencia… pero ¡tiene un carácter!… —dijo Timojin.

—¿Cómo? ¿Qué pasa con su carácter? —preguntó el jefe de regimiento.

—Pues hay días, excelencia —respondió el capitán—, que es razonable, listo y afable. Pero otros es una fiera. En Polonia a punto estuvo de matar a un judío, si lo quiere usted saber…

—Bueno, bien, bien… —dijo el jefe de regimiento—, pero hay que compadecerse de un joven que ha caído en la desgracia. Está relacionado con

gente importante. De modo que usted…

—A sus órdenes, excelencia —dijo Timojin, dando a entender con una sonrisa que comprendía los deseos de su superior.

—Bien, bien…

El jefe de regimiento buscó a Dólojov en las filas y detuvo su caballo.

—Después del primer combate te ganarás las charreteras —le dijo.

Dólojov miró a un lado y a otro, no dijo nada ni cambió la expresión de su boca, que sonreía socarronamente.

—Bueno, muy bien —prosiguió el jefe de regimiento—. Que se le dé a cada hombre una copita de vodka de mi parte —añadió en voz alta para que los soldados le oyeran—. ¡Les estoy agradecido! ¡Alabado sea Dios!

Y, dejando atrás la compañía, se aproximó a otra.

—La verdad es que es un buen hombre, se puede servir bien a sus órdenes —le dijo Timojin a un subalterno que caminaba a su lado.

—En una palabra: ¡tiene corazón!… —dijo el subalterno riendo (al jefe de regimiento lo habían apodado «rey de corazones»).

El ánimo alegre de los superiores después de la revista se contagió a los soldados. La compañía marchaba jovial. Las voces de la tropa se oían por todos lados.

—¿No decían que Kutúzov era tuerto de un ojo?

—Y ¿no lo es? ¡Completamente tuerto!

—No… hermano, ve mejor que tú. Lo ha examinado todo: botas y peales…

—Cuando me ha mirado los pies, hermano… ¡Ah! He pensado que…

—Y el otro, ese austríaco que iba con él, parecía que lo hubieran untado de yeso. Era tan blanco como la harina. ¡Los deben de limpiar como si fueran pertrechos!

—¡Qué, Fedeshou!… ¿Ha oído cuándo van a empezar los combates? ¡Tú estabas más cerca! Dicen que Bonaparte en persona está en Brunov[236].

—¡Bonaparte en persona! ¡Embustes, burro! ¡Este no sabe nada! Ahora los prusianos se han rebelado. Y Austria los está sofocando. Cuando hayan hecho las paces, entonces empezará la guerra contra Bonaparte. Y ¡dice que Bonaparte está en Brunov! Está visto que es burro, no hay que escucharle.

—¡Malditos aposentadores! Mira, los de la quinta compañía ya están tomando la curva hacia el pueblo y ya tendrán sus gachas antes de que nosotros hayamos llegado.

—¡Dame un trozo de pan seco, demonios!

—Y ¿tú me diste tabaco ayer? ¡Esto es lo que hay, amigo! Anda, toma… ¡Ve con Dios!

—Si al menos hiciéramos una parada… Aún nos queda una caminata de cinco verstas sin jalar nada.

—Qué gusto cuando los alemanes nos daban carretelas. Ir sobre ruedas: ¡eso sí que está bien!

—La gente de aquí, hermano, no tiene escrúpulos. A lo que parece aquellos eran polacos, súbditos de la corona rusa; pero aquí, hermano, no hay más que alemanes.

—¡Cantores, adelante! —se oyó cómo gritaba el capitán.

Y, de distintas filas, salieron corriendo hacia el frente de la compañía unos veinte hombres. Un tamborilero —el cantante primero— se volvió de cara a los otros cantores, agitó un brazo y entonó una pausada canción de soldados que empezaba con las palabras: «Despuntaba el alba, el sol se levantaba…» y que terminaba así: «Eso es, hermanos, alcanzaremos la gloria con nuestro padre Kámenski»… La canción había sido compuesta en Turquía y ahora la cantaban en Austria cambiando solo una cosa: en lugar de «padre Kámenski» decían «padre Kutúzov».

Tras acabar bruscamente, a la manera soldadesca, los últimos versos y agitar los brazos como si lanzara algo al suelo, el tamborilero —un soldado atractivo y enjuto de unos cuarenta años— miró severamente a los soldados cantores y frunció el ceño. Después, cuando se convenció de que todos lo miraban, pareció como si levantara cuidadosamente con las dos manos un objeto invisible y de gran valor por encima de la cabeza varios segundos y de pronto lo lanzara con arrojo:

¡Ah, zaguán, mi zaguán!

«¡Ah, mi nuevo zaguán…!», le acompañaron veinte voces, y el que tocaba las cucharas[237], a pesar de lo que le pesaban los pertrechos, dio con energía un salto hacia delante y, de cara a la compañía, empezó a bailar hacia atrás moviendo los hombros y amenazando a alguien con las cucharas. Los soldados, moviendo los brazos al compás de la música, avanzaron a grandes zancadas, fundiéndose inconscientemente en un mismo paso. Por detrás de la compañía se oyó el ruido de unas ruedas, el traqueteo de unas ballestas y el pataleo de unos caballos.

Kutúzov regresaba a la ciudad con su comitiva. El comandante en jefe había dado la señal para que sus hombres continuaran la marcha sin guardar la formación, y en los rostros de toda la comitiva se reflejaba el placer de oír las

canciones, de ver al soldado que bailaba y a los soldados de la compañía marchando alegres y animados. En la segunda fila, en el flanco derecho por donde la carretela adelantaba a la compañía, destacaba aún sin quererlo el soldado de ojos zarcos Dólojov, que caminaba con especial animación y gracia al ritmo de la canción y que miraba al rostro de los que pasaban como si se compadeciera de todo aquel que en ese momento no marchara con la compañía. El subteniente[238] de húsares de la comitiva de Kutúzov que antes había estado imitando al jefe de regimiento se quedó rezagado y fue al encuentro de Dólojov.

Este subteniente de húsares, que se llamaba Zherkov, había pertenecido durante un tiempo a la misma impetuosa pandilla de San Petersburgo cuyo líder era Dólojov. En el extranjero, Zherkov se había encontrado con él degradado a soldado, y no había creído necesario dejar ver que lo conocía. Ahora, después de la conversación de Kutúzov con el soldado degradado, se dirigió a él con la alegría de un viejo amigo:

—Querido amigo, ¿qué tal estás? —le dijo al son de la canción, igualando el paso de su caballo con el de la compañía.

—¿Qué tal estoy? —le respondió fríamente Dólojov—. Pues ya lo ves.

La animada canción daba un especial énfasis al tono alegre y demasiado desenfadado con el que hablaba Zherkov, y a la premeditada frialdad de las respuestas de Dólojov.

—Bueno, y ¿qué tal te llevas con los superiores? —preguntó Zherkov.

—Sin problemas, es buena gente. Y ¿cómo te las has arreglado para estar en el Estado Mayor?

—Me han destinado allí como oficial de servicio.

Se quedaron callados.

«Dejó salir al halcón de su manga derecha», decía la canción, despertando instintivamente un sentimiento de júbilo y alegría. Seguramente la conversación habría sido distinta si no hubieran hablado al son de la música.

—¿Es verdad que a los austríacos les han dado fuerte? —preguntó Dólojov.

—El diablo lo sabe; eso es lo que dicen.

—Me alegro —respondió Dólojov, sucinto y claro, como la canción requería.

—Bueno, pues ven a vernos de noche, jugaremos al faraón[239].

—¿Os habéis hecho con mucho dinero?

—Tú ven.

—No puedo. He hecho una promesa. No beberé ni jugaré hasta que me vuelvan a ascender.

—Bueno, esperaremos al primer combate…

—Ya se verá.

De nuevo se quedaron callados.

—Si necesitas algo, pásate a vernos, en el Estado Mayor todos te ayudarán… —dijo Zherkov.

Dólojov se sonrió.

—Tú no te preocupes. Si necesito algo, no lo pediré, lo cogeré yo mismo.

—Bueno, yo solo lo decía…

—Y yo también solo lo digo.

—Adiós.

—Salud…

> … Y alto, y lejos,
> hacia la patria…

Zherkov arreó con las espuelas al caballo; este, agitándose, piafó unas tres veces sin saber con qué pata empezar a andar, y finalmente partió de un salto hasta que adelantó a la compañía y alcanzó la carretela, también al ritmo de la música.

III

Al volver del pase de revista, Kutúzov, acompañado por el general austríaco, fue a su gabinete, llamó a su ayudante de campo y le ordenó que le llevara ciertos documentos que habían llegado relativos al estado de las tropas, así como cartas que le había enviado el archiduque Fernando, jefe del ejército de avanzada. El príncipe Andréi Bolkonski entró en el gabinete del comandante en jefe con los documentos requeridos. Ante un mapa extendido sobre la mesa estaban sentados Kutúzov y el miembro austríaco del *Hofkriegsrat*.

—Eh… —profirió Kutúzov volviendo la cabeza hacia Bolkonski y como invitando al ayudante de campo a que esperara. Luego continuó en francés la conversación interrumpida—. Solo digo una cosa, general —argumentaba con una expresión y entonación agradables y elegantes, que obligaba a prestar oídos a cada una de sus pausadas palabras. Era evidente que el propio Kutúzov se escuchaba a sí mismo con deleite—. Solo digo una cosa, general: que, si la cuestión dependiera de mi deseo personal, la voluntad de su

majestad el emperador Francisco se habría cumplido hace tiempo. Y ya hace mucho que me habría unido al archiduque. Crea en mi palabra de honor cuando le digo que, para mí, traspasar el mando supremo del ejército a un general más competente y experto que yo (de los que tanto abundan en Austria) y quitarme de encima toda esta gran responsabilidad sería personalmente un placer. Pero a veces las circunstancias son más fuertes que nosotros, general.

Y sonrió con una expresión como si quisiera decir: «Tiene usted todo el derecho de no creerme; aún más, me es completamente indiferente si me cree o no, pero no tiene ningún motivo para decírmelo. Y eso es lo importante».

El general austríaco parecía disgustado, pero debía contestar a Kutúzov en el mismo tono.

—Al contrario —dijo con un enojoso gruñido, que tanto contradecía el sentido halagüeño de sus palabras—, al contrario: su majestad valora mucho su participación en una tarea común, excelencia; pero creemos que el presente retraso priva a las gloriosas tropas rusas y a sus comandantes en jefe de las victorias que están acostumbrados a cosechar en las batallas —concluyó la frase que evidentemente llevaba preparada.

Kutúzov se inclinó sin alterar su sonrisa.

—Y yo estoy convencido, basándome en la última carta con la que me ha honrado su alteza el archiduque Fernando, de que las tropas austríacas, bajo el mando de un colaborador tan experto como el general Mack, ya han conseguido un triunfo decisivo y no necesitan nuestra ayuda —dijo Kutúzov.

El general arrugó el rostro. Aunque no había noticias seguras sobre la derrota de los austríacos, había demasiadas circunstancias que corroboraban los rumores desfavorables que corrían; por ello, la afirmación de Kutúzov acerca del triunfo de los austríacos se parecía mucho a una burla. Pero él sonreía dócilmente, siempre con esa expresión que parecía darle el derecho a afirmarlo.

De hecho, la última carta que había recibido del ejército de Mack le informaba de la victoria y de una situación más que ventajosa para el ejército.

—Pásame la carta —ordenó Kutúzov volviéndose hacia el príncipe Andréi—. Tenga la bondad de escuchar. —Y, con una sonrisa burlona en las comisuras de los labios, le leyó al general austríaco en alemán el siguiente párrafo de la carta del archiduque Fernando:

> *Wir haben vollkommen zusammengehaltene Kräfte, nahe an 70.000 Mann, um den Feind, wenn er den Lech passirte, angreifen und schlagen zu können. Wir können, da wir Meister von Ulm sind, den Vorteil, auch von beiden Uferien der Donau Meister zu bleiben, nicht verlieren; mithin auch jeden Augenblick, wenn der Feind den Lech nicht passirte, die Donau*

übersetzen, uns auf seine Kommunikations-Linie werfen, die Donau unterhalb repassiren und dem Feinde, wenn er sich gegen unsere treue Allierte mit ganzer Macht wenden wollte, seine Absicht alabald vereitelien. Wir werden auf solche Weise den Zeitpunkt, wo die Kaiserlich-Ruseische Arme ausgerüstet sein wird, muthig entgegenharren, und sodann leicht gemeinschaftlich die Möglichkeit finden, dem Feinde das Schicksal zuzubereiten, so er verdient.[240]

Kutúzov suspiró profundamente al terminar de leer este párrafo y miró con atención y amabilidad al miembro del *Hofkriegsrat*.

—Pero usted conoce, excelencia, esa sabia regla que aconseja suponer siempre lo peor —dijo el general austríaco, al parecer con el deseo de acabar con las burlas y tratar la cuestión.

Disgustado, volvió la cabeza hacia el ayudante de campo.

—Disculpe, general —le interrumpió Kutúzov, y se volvió también hacia el príncipe Andréi—. Querido, ve a pedirle a Kozlovski todos los informes de nuestros espías. Aquí tienes dos cartas del conde Nostiz, la carta de su alteza el archiduque Fernando, y coge esto también —le dijo entregándole varios papeles—. Haz de todo esto un memorándum, un oficio, redactado en francés y limpito, para reunir todas las informaciones que tenemos sobre los movimientos del ejército austríaco. Bueno, algo así, y preséntaselo a su excelencia.

El príncipe Andréi bajó la cabeza como señal de que había entendido desde las primeras palabras no solo lo que le había dicho, sino también lo que quería realmente decirle. Reunió todos los papeles y, después de hacer un saludo general, avanzó silenciosamente por la alfombra y salió hacia la sala de recepción.

A pesar de que no hacía demasiado que el príncipe Andréi había salido de Rusia, en ese tiempo había cambiado mucho. En su semblante, en sus movimientos y en su paso apenas quedaba rastro de su antigua afectación, cansancio e indolencia; tenía el aspecto de un hombre sin tiempo para pensar en la impresión que causa en los demás, dedicado a algo que le resulta agradable e interesante. Su rostro expresaba más satisfacción consigo mismo y con los que le rodeaban; su sonrisa y su mirada eran más alegres y atractivas.

Kutúzov, al que se había unido en Polonia, lo había recibido muy cariñosamente, le había prometido no olvidarse de él, lo distinguía entre los demás ayudantes de campo, se lo había llevado consigo a Viena y le daba encargos de más importancia. Escribió desde Viena a su antiguo compañero de armas, al padre del príncipe Andréi.

«Su hijo —le decía— promete ser un oficial de los que destacan por su trabajo, firmeza y diligencia. Me considero afortunado de poder tener a mi lado a un subordinado así.»

En el Estado Mayor de Kutúzov, el príncipe Andréi tenía entre sus compañeros y entre los soldados en general dos reputaciones completamente opuestas, igual que entre la sociedad petersburguesa. Unos, la minoría, veían en él algo especial que lo distinguía del resto, esperaban de él grandes éxitos, lo escuchaban, admiraban e imitaban; otros, la mayoría, no le apreciaban, les parecía engreído, frío y antipático. Sin embargo, el príncipe Andréi sabía tratar con estas personas de tal modo que le respetaban e incluso temían.

Al salir del gabinete de Kutúzov y dirigirse a la sala de recepción, fue con los papeles a ver a Kozlovski, compañero suyo y ayudante de campo, que estaba sentado al lado de la ventana con un libro.

—¿Qué pasa, príncipe? —le preguntó Kozlovski.

—Me han ordenado preparar un oficio sobre el motivo por el que no avanzamos.

—Y eso ¿por qué?

El príncipe Andréi se encogió de hombros.

—¿No hay noticias de Mack? —preguntó Kozlovski.

—No.

—Si fuera cierto que lo han derrotado, nos habrían llegado informaciones.

—Seguramente —dijo el príncipe Andréi, y se encaminó hacia la puerta de salida; pero en ese instante entró en la sala de recepción, rápidamente y abriendo con brusquedad la puerta, un general austríaco alto que era evidente que acababa de llegar; vestía levita, llevaba un pañuelo negro atado a la cabeza y lucía una condecoración de María Teresa en el cuello. El príncipe Andréi se detuvo.

—¿El general-comandante en jefe Kutúzov? —dijo rápidamente y con un fuerte acento alemán, mirando a ambos lados y acercándose a la puerta del gabinete sin detenerse.

—El general-comandante en jefe está ocupado —dijo Kozlovski, acercándose rápidamente al general desconocido para cortarle el paso—. ¿Cómo desea que lo anunciemos?

El general desconocido miró de arriba abajo y con desdén a Kozlovski, que era de estatura baja, como sorprendido de que no lo reconocieran.

—El general-comandante en jefe está ocupado —repitió tranquilamente Kozlovski.

El general arrugó el rostro, sus labios se contrajeron y le empezaron a temblar. Sacó una libreta de notas, escribió algo a lápiz, arrancó una hoja, se la entregó, se acercó a la ventana con paso rápido, dejó caer su cuerpo en una silla y miró a los presentes como preguntándoles por qué le miraban. A continuación, levantó la cabeza, estiró el cuello, como si fuera a decir algo, pero inmediatamente después, como si empezara a canturrear algo para sí, emitió un sonido extraño que al instante interrumpió. La puerta del gabinete se abrió y en el umbral apareció Kutúzov. El general de la cabeza vendada, inclinándose como si se resguardara de algún peligro, se encaminó hacia Kutúzov dando grandes y rápidos pasos con sus delgadas piernas.

—*Vous voyez le malheureux Mack*[241] —dijo con la voz quebrada.

El rostro de Kutúzov, que estaba en el umbral de la puerta del gabinete, se quedó petrificado unos instantes. Después una arruga cruzó su rostro como una oleada, la frente se le alisó de nuevo, inclinó la cabeza respetuosamente, cerró los ojos, hizo pasar a Mack en silencio y cerró la puerta a su espalda.

El rumor que ya se había extendido sobre la derrota de los austríacos y la rendición de su ejército en Ulm resultó ser cierto. Al cabo de media hora los ayudantes de campo ya habían salido en distintas direcciones con órdenes que indicaban que las tropas rusas, hasta ese momento inactivas, pronto se verían las caras con el enemigo.

El príncipe Andréi era uno de los pocos oficiales del Estado Mayor verdaderamente interesado en la marcha general de la guerra. Al ver a Mack y al escuchar los detalles de su derrota, comprendió que la mitad de la campaña estaba perdida, vio la difícil situación del ejército ruso y el papel que este debería desempeñar. Experimentaba sin querer una placentera sensación de inquietud al pensar en la humillación que había sufrido la presuntuosa Austria, y en que, quizá, al cabo de una semana iba a ser testigo del primer enfrentamiento entre rusos y franceses desde los tiempos de Suvórov y que iba a participar en él. Temía, sin embargo, el genio de Bonaparte, que podía resultar más fuerte que toda la intrepidez de las tropas rusas, y, al mismo tiempo, no podía admitir la deshonra para su héroe.

Agitado e irritado por tales ideas, fue a su habitación para escribir a su padre, como hacía todos los días. En el pasillo se cruzó con su compañero de cuarto Nesvitski y con el bromista Zherkov y, como siempre, se reían por algo.

—¿Por qué estás tan sombrío? —preguntó Nesvitski al ver el rostro pálido y los ojos brillantes del príncipe Andréi.

—No hay motivos para estar alegre —le respondió Bolkonski.

Cuando el príncipe Andréi se cruzó con Nesvitski y Zherkov, por el otro lado del pasillo caminaban hacia ellos Strauch, general alemán adjunto al Estado Mayor de Kutúzov que supervisaba el avituallamiento del ejército ruso, y un miembro del *Hofkriegsrat*, que había llegado la víspera. El pasillo era ancho y había suficiente espacio para que los generales y los tres oficiales pasaran libremente; pero Zherkov empujó con la mano a Nesvitski y dijo con voz de sofoco:

—¡Que vienen!… ¡Que vienen!… ¡Apártense, hagan paso! ¡Por favor, hagan paso!

Los generales pasaron dando la impresión de querer eludir esos incómodos honores. En la cara del bromista Zherkov de pronto se dibujó alegremente una estúpida sonrisa que parecía ser incapaz de reprimir.

—Excelencia —dijo en alemán, dando un paso adelante y dirigiéndose al general austríaco—. Es para mí un honor felicitarle.

Inclinó la cabeza y, torpemente, como los niños que aprenden a bailar, empezó a hacer reverencias apoyándose primero en una pierna y después en otra.

El general miembro del *Hofkriegsrat* le miró con dureza; pero, al ver la seriedad de esa estúpida mirada, no pudo dejar de prestarle un momento de atención. Entornó los ojos para indicar que le escuchaba.

—Es para mí un honor felicitarle, el general Mack ha llegado sano y salvo, solo se ha magullado esta parte —añadió Zherkov, con una sonrisa resplandeciente, señalándose la cabeza.

El general arrugó la frente y siguió andando.

—*Gott, wie naiv!*[242] —exclamó con enfado tras alejarse algunos pasos.

Nesvitski abrazó al príncipe Andréi soltando una carcajada, pero Bolkonski, aún más pálido que antes, lo empujó con rabia y se volvió hacia Zherkov.

La irritación nerviosa que le había producido el aspecto de Mack, la noticia de su derrota y las ideas sobre lo que le esperaba al ejército ruso estallaron en un ataque de furia por la broma de Zherkov, del todo inadecuada.

—Si usted, muy señor mío —dijo bruscamente, con la mandíbula inferior temblando—, quiere ser un payaso, no se lo puedo impedir; pero le aviso de que, si se atreve a hacer el bufón otra vez en mi presencia, le enseñaré a comportarse como es debido.

Nesvitski y Zherkov estaban tan asombrados por semejante reacción que lo miraron en silencio y con los ojos muy abiertos.

—Pero ¿por qué? ¡Solo lo he felicitado! —dijo Zherkov.

—¡No estoy bromeando, haga el favor de callarse! —gritó Bolkonski y, cogiendo a Nesvitski del brazo, se alejó de Zherkov, que no supo qué decir.

—Pero ¿qué te pasa, hermano? —le preguntó Nesvitski para calmarlo.

—¿Qué me va a pasar? —exclamó el príncipe Andréi deteniéndose, todo agitado—. Debes comprender que o bien somos oficiales que sirven a su zar y a su patria, se alegran de la victoria común y se afligen por el fracaso general, o bien somos lacayos a los que no les importan nada los asuntos de su señor. *Quarante milles hommes massacrés et l'armée de nos alliés détruite, et vous trouvez là le mot pour rire* —dijo como reforzando su argumento con esta frase en francés—. *C'est bien pour un garçon de rien, comme cet individu, dont vous avez fait un ami, mais pas pour vous, pas pour vous*.[243] Solo los chiquillos se pueden divertir con algo así —dijo en ruso, pronunciando esa palabra con acento francés al darse cuenta de que Zherkov aún le podía oír.

Esperó a ver si el oficial respondía algo o no, pero este dio media vuelta y salió del pasillo.

IV

El regimiento de húsares de Pavlograd se encontraba a dos millas de Braunau. El escuadrón en el que Nikolái Rostov servía como cadete se había instalado en el pueblo alemán de Salzeneck. Al jefe de escuadrón —el capitán de caballería Denísov, al que toda la división de caballería conocía como Vaska Denísov— le habían asignado el mejor alojamiento del pueblo. El cadete Rostov, desde que alcanzara al regimiento en Polonia, vivía con el jefe de escuadrón.

El 11 de octubre, el mismo día que en el cuartel general la noticia de la derrota de Mack lo había puesto todo patas arriba, en el Estado Mayor del escuadrón la vida de campaña discurría tranquilamente, como antes. Denísov, que se había pasado toda la noche perdiendo a las cartas, aún no había vuelto a su alojamiento cuando Rostov, a primera hora de la mañana, ya volvía a caballo de supervisar el forraje. Rostov, en su uniforme de cadete, llegó al porche azuzando a su caballo y, con gesto ágil y juvenil, pasó una pierna por encima de la silla, se quedó apoyado en un estribo como si no quisiera separarse del animal, desmontó de un salto y llamó al ordenanza.

—¡Eh, Bondarenko, querido amigo! —le dijo a un húsar que se dirigió corriendo hacia su caballo—. Sácalo a caminar, amigo —añadió con esa

fraternal y alegre ternura con que los jóvenes de buen corazón le hablan a todo el mundo cuando están felices.

—A sus órdenes, señor —le respondió el ucraniano, moviendo alegremente la cabeza.

—Pero ¡vigila que camine con cuidado!

Otro húsar se encaminó también a toda prisa hacia el caballo, pero Bondarenko ya le había quitado las bridas por el bocado. Era evidente que el cadete daba buenas propinas para vodka, y que servirle tenía sus ventajas. Rostov le acarició el cuello al caballo, después la grupa y se detuvo en el porche.

«¡Magnífico! ¡Será un buen caballo», se dijo, y, sonriendo y sujetando el sable, cruzó rápidamente el porche haciendo sonar las espuelas. El patrón de la casa, un alemán que llevaba un chaquetón guateado y un gorro, y que tenía en las manos una horca con la que estaba limpiando el estiércol, se asomó por el establo. Su rostro se iluminó de improviso en cuanto vio a Rostov. Sonrió alegremente y le guiñó un ojo: «*Schön, gut Morgen! Schön, gut Morgen!*»[244], repitió, al parecer disfrutando de saludar al joven.

—*Schon fleissig!* —exclamó Rostov con la misma sonrisa alegre y fraternal que no abandonaba su animado rostro—. *Hoch Oestreicher! Hoch Russen! Kaiser Alexander hoch!*[245] —le dijo al patrono alemán repitiendo las palabras que este a menudo decía.

El alemán se echó a reír, salió del todo por la puerta del establo, se quitó el gorro y, agitándolo por encima de la cabeza, gritó:

—*Und die ganze Welt hoch!*[246]

Rostov, imitándolo, agitó la gorra por encima de la cabeza y gritó riendo: «*Und vivat die ganze Welt!*». Aunque no había ningún motivo especial para la alegría del alemán, que acababa de limpiar su establo, ni para Rostov, que había ido con el pelotón a revisar el heno, los dos se miraron con gran entusiasmo y amor fraternal, sacudieron la cabeza en señal de mutuo aprecio y, con una sonrisa, cada uno se fue por su lado: el alemán de vuelta al establo y Rostov a la isba que ocupaba con Denísov.

—¿Dónde está tu señor? —le preguntó a Lavrushka, el pícaro lacayo de Denísov conocido en todo el regimiento.

—No ha vuelto desde ayer. Seguramente habrá perdido —le respondió Lavrushka—. Yo ya sé que, cuando gana, vuelve pronto para presumir, pero, si no aparece hasta la mañana, es que ha perdido y llegará enfadado. ¿Quiere usted un café?

—Sí, sí.

Al cabo de diez minutos Lavrushka le trajo el café.

—¡Ya viene! —dijo—. La que me espera…

Rostov miró por la ventana y vio a Denísov, que volvía a casa. Denísov era menudo, tenía la cara roja, los ojos de un negro brillante, así como el bigote y el pelo, negro y despeinado. Llevaba una esclavina desatada, anchos pantalones de húsar con los pliegues bajados, y un gorrito arrugado de húsar echado hacia atrás. Caminaba hacia el porche con aire sombrío y la cabeza gacha.

—*Lavg'ushka!* —gritó con voz fuerte y enfadada—. ¡Venga, quítame esto, imbécil!

—Se lo estoy quitando —se oyó la voz de Lavrushka.

—¡Ah! Ya te has levantado —dijo Denísov al entrar en la habitación.

—Ya hace rato —le respondió Rostov—, he ido a revisar el heno y he visto a *fräulein* Mathilde.

—¡Vaya! Pues ¡yo he me pasado toda la noche *peg'diendo, heg'mano*, como un hijo de *pegg'a*! —gritó Denísov, que no sabía pronunciar las erres —. ¡Qué *desg'acia*! ¡Qué *desg'acia*! En cuanto te *mag'chaste*, empezó todo. ¡Eh, tú, *tg'áeme* té!

Torciendo el gesto, como sonriendo y dejando ver sus dientes cortos y fuertes, empezó a despeinarse el pelo negro y espeso con sus dedos cortos, como si fuera un perro.

—¡Quién diablos me mandó *ig'* a casa de esa *g'ata* —añadió, refiriéndose al oficial (así lo apodaban) y frotándose la frente y la cara con las dos manos —. ¿Puedes *creég'telo*? No he tenido ni una sola buena *cag'ta*, ni una sola buena *cag'ta*.

Denísov cogió la pipa encendida que le habían dado, la apretó dentro del puño, y, tirando el tabaco candente, golpeó el suelo con ella mientras seguía gritando:

—¡Te suelta los simples y te mata los dobles, te suelta los simples y te mata los dobles!…

Se deshizo del resto de tabaco candente, rompió la pipa y la tiró. Se quedó callado y, de repente, miró alegremente a Rostov con sus ojos negros y brillantes.

—Si al menos *hubieg'a mujeg'es. Pog'que* aquí, *apag'te* de *bebeg'*, no hay nada más que *haceg'*. Ojalá nos movilicen *pg'onto*. ¡Eh! ¿Quién anda ahí? —gritó, volviéndose hacia la puerta al oír el ruido de unas gruesas botas que se detenían, el tintineo de unas espuelas y una tosecilla respetuosa.

—¡El sargento mayor de caballería! —dijo Lavrushka.

Denísov arrugó aún más el rostro.

—Lo que faltaba —dijo lanzando su monedero con algunas monedas de oro—. *G'ostov, queg'ido*, cuenta cuánto queda y mete el *monedeg'o* debajo del cojín —añadió, y salió a recibir al sargento mayor de caballería.

Rostov cogió el dinero y, maquinalmente, separando las monedas de oro nuevas y las viejas, se puso a contarlas haciendo montoncitos.

—¡Ah! ¡Teliatin! ¡Saludos! ¡Esta noche me han dejado pelado! —se oyó la voz de Denísov desde otra habitación.

—¿En casa de quién? ¿De Bykov, la rata?… Lo sabía —dijo otra voz fina, y acto seguido entró el teniente Teliatin, un oficial menudo del mismo escuadrón.

Rostov metió el monedero debajo del cojín y estrechó la mano pequeña y húmeda que el oficial le estaba tendiendo. Antes de empezar la marcha, Teliatin había sido expulsado de la Guardia por algún motivo. Se conducía bien en el regimiento, pero no le tenían aprecio, especialmente Rostov, que no podía superar ni ocultar la inmotivada repulsión que sentía por él.

—Bueno, ¿qué, joven jinete? ¿Cómo se porta mi Gráchik? —le preguntó. (Gráchik era el caballo de silla, de relevo, que Teliatin le había vendido a Rostov.) El teniente nunca miraba a los ojos cuando hablaba con alguien y paseaba la mirada de un objeto a otro—. Hoy le he visto pasar montando…

—No está mal, es un buen caballo —respondió Rostov, a pesar de que aquel caballo que le había comprado por setecientos rublos no valía ni la mitad de ese precio—. Ha empezado a cojear un poco de la pata delantera… —añadió.

—¡Se le habrá agrietado un casco! Eso no es nada. Yo le enseñaré; le mostraré qué remache hay que poner.

—Sí, enséñemelo, por favor —dijo Rostov.

—Lo haré, lo haré, no es ningún secreto. Y estará agradecido por ese caballo.

—Pues voy a ordenar que lo traigan —dijo Rostov, y, con ganas de librarse de Teliatin, salió para mandar que le trajeran el caballo.

En el zaguán, Denísov, con una pipa y encogido en el umbral, estaba sentado enfrente del sargento mayor de caballería, que le informaba de algo. Al ver a Rostov, Denísov torció el gesto y, señalando con el pulgar por encima del hombro la habitación en la que estaba Teliatin, torció el gesto y agitó la cabeza con repugnancia.

—Ah, no me gusta nada ese tipo —dijo sin cohibirse ante la presencia del sargento mayor de caballería.

Rostov se encogió de hombros, como diciendo: «A mí tampoco, pero ¡qué se le va a hacer!», y, después de dar las órdenes pertinentes, volvió con Teliatin.

Este seguía sentado en la misma postura indolente en la que le había dejado Rostov, y se secaba sus manos pequeñas y blancas.

«Realmente, hay caras aborrecibles», pensó Rostov al entrar en la habitación.

—¿Qué? ¿Ha mandado que traigan el caballo? —dijo Teliatin poniéndose de pie y mirando despreocupadamente a un lado y a otro.

—Sí.

—Pues vamos. En realidad solo he pasado por aquí para preguntarle a Denísov sobre la orden de ayer. Denísov, ¿la ha recibido?

—Aún no. ¿Adónde va?

—Quiero enseñar a este joven cómo se hierra un caballo —dijo Teliatin.

Salieron al porche y se dirigieron a las cuadras. El teniente le enseñó cómo hacer un remachado y después partió hacia su casa.

Cuando Rostov volvió, había sobre la mesa una botella de vodka y embutido. Denísov escribía algo; la pluma chirriaba sobre el papel. Miró a Rostov con aire lúgubre, directamente a la cara.

—Le estoy *escg'ibiendo* a ella —dijo.

Con la pluma en la mano, apoyó un codo en la mesa y, contento de poder expresar mucho más rápido en voz alta todo lo quería escribir, le contó a Rostov lo que decía en su carta.

—*Veg'ás*, amigo —dijo—, *mientg'as* no amamos estamos *dog'midos*. Somos hijos de la ceniza… *Peg'o* en cuanto te *enamog'as*, *eg'es* Dios, *pug'o* como el *pg'imeg'* día de la *cg'eación*… ¿Quién es *ahog'a*? ¡Mándalo al diablo! —le gritó a Lavrushka, que, sin apocarse lo más mínimo, se había acercado hasta él.

—¿Quién va a ser? Usted mismo lo ordenó. El sargento mayor de caballería ha venido a por el dinero.

Denísov torció el gesto, quiso gritar algo, pero se quedó callado.

—¡Qué fastidio! —dijo para sí—. ¿Cuánto *dineg'o* queda en el *monedeg'o*? —le preguntó a Rostov.

—Siete monedas nuevas y tres antiguas.

—¡Ah, qué fastidio! Bueno, qué haces ahí, *pasmag'ote*, haz *pasag'* al sargento *mayog'* de *caballeg'ía* —le gritó Denísov a Lavrushka.

—Por favor, Denísov, toma mi dinero, tengo de sobra —dijo Rostov enrojeciendo.

—No me gusta *tomag’ pg’estado* de mis amigos —refunfuñó Denísov.

—Si no aceptas mi dinero como compañeros que somos, me ofenderás. De verdad, tengo de sobra —insistió el cadete.

—Que no.

Y Denísov fue hasta la cama para coger el monedero de debajo del cojín.

—¿Dónde lo has puesto, Rostov?

—Debajo del cojín inferior.

—Pues no está.

Denísov arrojó las dos almohadas al suelo. Allí no había ningún monedero.

—¡Esta sí que es buena!

—Espera, ¿no se te habrá caído? —dijo Rostov cogiendo y sacudiendo los cojines uno a uno. Quitó la manta y también la sacudió. Ni rastro del monedero—. ¿Habré olvidado dónde lo he puesto? No, porque hasta he pensado que era como si pusieras un tesoro debajo de tu cabeza. Aquí es donde lo he puesto. ¿Dónde está? —se volvió hacia Lavrushka.

—Yo no he entrado. Tendría que estar donde lo ha puesto usted.

—Pues no…

—Siempre hacen lo mismo, dejan las cosas en cualquier sitio y después se olvidan. Mire en los bolsillos.

—No, si no hubiera pensado lo del tesoro… —dijo Rostov—, pero me acuerdo perfectamente de dónde lo he puesto.

Lavrushka rebuscó por toda la cama, miró debajo, después debajo de la mesa, rebuscó en toda la habitación y se detuvo en el centro. Denísov seguía sus movimientos en silencio y, cuando el lacayo abrió los brazos en señal de asombro, diciendo que no aparecía por ningún lado, se volvió hacia Rostov y lo miró.

—*G’ostov*, ya no eres un chiquillo…

Rostov notó cómo le miraba Denísov, levantó los ojos y los bajó al instante. Toda la sangre, que le presionaba debajo de la garganta, le subió violentamente al rostro y a los ojos. No podía ni respirar.

—Y a esta habitación no ha entrado nadie excepto el teniente y usted. Tiene que estar aquí —dijo Lavrushka.

—¡Bueno, *pasmag’ote* del demonio, muévete y búscalo! —gritó de repente Denísov, poniéndose rojo y abalanzándose sobre el lacayo con gesto amenazante—. Si no *apga’ece* el *monedeg’o*, te *hag’é* azotar. ¡Os *hag’é* azotar a todos!

Rostov miró a Denísov de arriba abajo, se empezó a abrochar la guerrera, se ajustó el sable y se puso la gorra.

—Te lo *advieg'to*: ¡que aparezca el *monedeg'o*! —chilló Denísov zarandeando por los hombros al ordenanza y empujándolo contra la pared.

—Denísov, déjalo; ya sé quién lo ha cogido —dijo Rostov acercándose a la puerta sin levantar los ojos.

Denísov se detuvo, se quedó pensativo y, comprendiendo por lo visto a quién se refería, lo sujetó del brazo.

—¡Qué *dispag'ate*! —gritó de tal modo que las venas se le hincharon en el cuello y en la frente como si fueran sogas—. Te digo que te has vuelto loco, no lo voy a *peg'mitig'*. El *monedeg'o* está por aquí; le *arrancag'é* la piel a este canalla y *apag'ecerá*.

—Sé quién lo ha cogido —repitió Rostov con voz temblorosa, y se encaminó hacia la puerta.

—Te vuelvo a *repetig'* que no te *atg'evas* a hacerlo —gritó Denísov abalanzándose sobre el cadete para retenerlo.

Pero Rostov se quitó de encima la mano de Denísov con rabia, como si fuera su peor enemigo, y le miró directamente a los ojos, con firmeza.

—¿Entiendes lo que estás diciendo? —le preguntó con voz temblorosa—. Aparte de mí, no ha entrado nadie más en la habitación. Por lo tanto, si no he sido yo, entonces…

Sin poder acabar de pronunciar la frase, salió corriendo.

—¡Ah, al diablo contigo y con todo el mundo! —fueron las últimas palabras que oyó Rostov.

Se dirigió al alojamiento de Teliatin.

—El señor no está en casa, se ha ido al Estado Mayor —le dijo el ordenanza—. ¿Ha pasado algo? —añadió, asombrado por la expresión desencajada del cadete.

—No, nada.

—Por poco no lo ha encontrado —dijo el ordenanza.

El Estado Mayor estaba a tres verstas de Salzeneck. Rostov, sin pasar por casa, montó en su caballo y fue hasta allí. En el pueblo que ocupaba el Estado Mayor había una taberna frecuentada por los oficiales. Rostov se dirigió a ella: junto al porche vio el caballo de Teliatin.

En la segunda sala de la taberna encontró al teniente con un plato de salchichas y una botella de vino.

—Ah, usted por aquí, joven —le dijo, sonriendo y arqueando mucho las cejas.

—Sí —dijo Rostov, como si pronunciar esa palabra le costara un gran esfuerzo, y se sentó en la mesa vecina.

Ambos se quedaron callados; en la sala había dos alemanes y un oficial ruso. Todos guardaban silencio; se oía el ruido de los cuchillos contra los platos y al teniente masticando. Teliatin se acabó el desayuno, se sacó del bolsillo un monedero doble, abrió el cierre con sus pequeños y blancos dedos vueltos hacia arriba, cogió una moneda de oro y, arqueando las cejas, le dio el dinero al tabernero.

—Rápido, por favor —dijo.

La moneda de oro era nueva. Rostov se levantó y se acercó a Teliatin.

—Permítame ver el monedero —le dijo en voz baja, apenas audible.

Con su mirada esquiva, pero aún con las cejas arqueadas, Teliatin le dio el monedero.

—Sí, es un buen monedero… Sí… Sí… —dijo, y de pronto se puso pálido—. Mire, joven —añadió.

Rostov sostuvo el monedero entre las manos, lo examinó, después miró el dinero que había dentro y finalmente miró a Teliatin. El teniente, como de costumbre, miraba a uno y otro lado, y de repente pareció ponerse muy contento.

—Si llegamos a Viena, me lo gastaré todo allí, pero ahora, en estos puebluchos de mala muerte, uno no sabe en qué gastarlo —dijo—. Bueno, démelo, joven, me tengo que ir.

Rostov guardaba silencio.

—Y ¿usted qué? ¿También ha venido a almorzar? No está mal la comida aquí —continuó diciendo Teliatin—. Démelo.

Alargó un brazo y agarró el monedero. Rostov lo soltó. Teliatin lo cogió, se lo metió en el bolsillo de los pantalones de montar, arqueó las cejas y dejó la boca entreabierta, como diciendo: «Sí, sí, me meto el monedero en el bolsillo, así de sencillo, y no es asunto de nadie».

—Bueno, ¿y qué, joven? —dijo, con un suspiro, mirando por debajo de sus cejas arqueadas a Rostov a los ojos. Una especie de destello, como una rápida chispa eléctrica, pasó de los ojos de Teliatin a los de Rostov y al revés, y otra vez más, todo en un instante.

—Venga conmigo —dijo Rostov sujetándolo de un brazo. Casi lo arrastró hasta la ventana—. Este dinero es de Denísov, usted lo ha cogido… —le susurró por encima del oído.

—¿Qué?… ¿Qué?… ¿Cómo se atreve? ¿Qué?… —exclamó Teliatin.

Sin embargo, estas palabras sonaron lastimeras, a grito desesperado, a ruego de perdón.

En cuanto Rostov oyó aquella voz, su alma se liberó de la enorme losa de la duda que había albergado. Sintió alegría y al mismo tiempo lástima por el hombre desgraciado que tenía enfrente; pero debía llevar lo que había empezado hasta el final.

—Dios sabe lo que puede pensar la gente que hay aquí —farfulló Teliatin, cogiendo la visera y encaminándose hacia una habitación pequeña y vacía—, debemos tener una explicación…

—Sé que es cierto y lo demostraré —dijo Rostov.

—Yo…

A Teliatin le empezaron a temblar todos los músculos de su rostro asustado y pálido; su mirada seguía huidiza, pero baja, sin llegar a levantarse hasta el rostro de Rostov. De pronto, empezó a sollozar.

—¡Conde!… No destruya a un hombre joven, tome este desdichado dinero… —Lo lanzó sobre la mesa—. ¡Tengo a mi padre muy mayor, y mi madre!…

Rostov cogió el dinero evitando la mirada de Teliatin y, sin decir ni una palabra, salió de la habitación. Sin embargo, en la puerta se detuvo y retrocedió.

—Dios mío —dijo con lágrimas en los ojos—, ¿cómo ha podido hacerlo?

—¡Conde! —exclamó Teliatin acercándose al cadete.

—No me toque —dijo Rostov, apartándose de él—. Si tan necesitado está, coja este dinero.

Le arrojó el monedero y salió de la taberna.

V

Aquel mismo día, por la tarde, varios oficiales del escuadrón discutían animadamente en las habitaciones de Denísov.

—Pues yo le digo, Rostov, que debe disculparse ante el jefe de regimiento —le decía un capitán segundo de caballería alto, canoso, con el bigote enorme, el rostro arrugado y unos rasgos voluminosos; Rostov estaba agitado y muy rojo.

El capitán segundo de caballería, que se llamaba Kirsten, había sido degradado a soldado dos veces por asuntos de honor, y las dos veces había vuelto a ascender.

—¡No voy a permitir que nadie diga que miento! —gritó Rostov—. Me llamó mentiroso, y yo le dije que quien miente es él. Y así quedarán las cosas. Puede ponerme cada día a hacer guardias, puede tenerme bajo arresto, pero nadie me va a obligar a que me disculpe, porque, si él, como jefe de regimiento, considera indigno concederme una satisfacción, entonces…

—Un momento, amigo; escúcheme —le interrumpió el capitán segundo de caballería con su voz de bajo, alisándose tranquilamente sus largos bigotes—. Usted le ha dicho al jefe de regimiento, delante de varios oficiales, que otro oficial ha robado…

—No tengo la culpa de que la conversación haya sido en presencia de otros oficiales. Quizá no tendría que haberlo dicho delante de ellos, pero no soy diplomático. Para eso me alisté en los húsares: creía que aquí no hacía falta andarse con delicadezas; y encima me dice que miento… Pues que me dé una satisfacción…

—Todo eso está muy bien, nadie cree que usted sea un cobarde, pero la cuestión no es esa. Pregúntele a Denísov: ¿dónde se ha visto que un cadete le exija una satisfacción al jefe de regimiento?

Denísov, mordiéndose el bigote, escuchaba la conversación con aire sombrío, al parecer sin ganas de entrar en ella. A la pregunta del capitán segundo de caballería, negó con la cabeza.

—Usted le ha ido a hablar de esa vileza al jefe de regimiento delante de otros oficiales —continuó el capitán segundo de caballería—. Y Bogdánych —así llamaban al jefe de regimiento— le ha parado los pies.

—No me ha parado los pies: me ha dicho que miento.

—Bueno, sí, y usted después le ha soltado toda clase de sandeces, y por eso debe disculparse.

—¡Ni hablar! —gritó Rostov.

—No esperaba eso de usted —dijo el capitán segundo de caballería con seriedad y dureza—. No quiere disculparse, cuando usted, amigo, es completamente culpable ante él, ante el regimiento entero y ante todos nosotros. Pues bien: si hubiera reflexionado y pedido consejo sobre cómo manejar este asunto, pero no, ha ido directamente a soltarlo todo, y encima delante de un grupo de oficiales. Y ¿qué puede hacer ahora el jefe de regimiento? ¿Mandar a un oficial ante un tribunal militar y deshonrar así al regimiento entero? ¿Abochornar a todo el regimiento por un solo canalla? ¿Así es como tienen que ir las cosas para usted? Pues para nosotros no. Bogdánych ha hecho muy bien en decirle que miente. No es agradable, pero qué se le va a hacer, amigo, usted se lo ha buscado. Ahora quieren echar tierra

sobre este asunto, y usted, por soberbia, no quiere disculparse y pretende contarlo todo. Se siente ofendido si le ponen a hacer guardias, pero ¡qué le cuesta disculparse ante un viejo y honrado oficial! Independientemente del carácter de Bogdánych, es un coronel honrado y valeroso, pero usted se siente ofendido. Y deshonrar al regimiento, ¿qué? ¿Le trae sin cuidado? —Al capitán segundo de caballería la voz le empezó a temblar—. Usted, amigo, lleva cuatro días contados en este regimiento; hoy está aquí y mañana lo trasladarán a otro lugar como ayudante de campo; ¡a usted le importa un pito que empiecen a decir: «Entre los oficiales de Pavlograd hay ladrones»! Pero a nosotros sí que nos importa. ¿A que sí, Denísov? ¿Verdad que nos importa?

Denísov guardaba silencio y no se movía; solo de vez en cuando miraba a Rostov con sus ojos negros y brillantes.

—Usted le tiene mucho apego a su soberbia y no quiere disculparse —continuó el capitán segundo de caballería—, pero para nosotros, los viejos, que hemos crecido y, si Dios quiere, moriremos en el regimiento, el honor de este es sagrado, y Bogdánych lo sabe. ¡Oh, cuán sagrado es, amigo! ¡Lo que usted está haciendo no está bien, no lo está! Podrá ofenderse o no, pero yo siempre digo la pura verdad. ¡No está bien!

Y el capitán segundo de caballería se levantó y le dio la espalda a Rostov.

—¡Es *veg'dad*, diablos! —gritó Denísov levantándose de un salto—. ¡Venga, *G'ostov*! ¡Venga!

Rostov, tan pronto enrojeciendo como palideciendo, miraba primero a un oficial y después al otro.

—No, señores, no… no piensen que… Comprendo perfectamente… En vano piensan eso de mí… Yo… para mí… Yo, por el honor del regimiento… ¡Hombre, ya! Lo demostraré con hechos, para mí el honor del estandarte… Bueno, da igual, ¡es cierto, soy culpable!… —Le brotaron lágrimas de los ojos—. ¡Soy culpable, completamente culpable!… ¿Qué más quieren?…

—¡Así se habla, conde! —gritó el capitán segundo de caballería volviéndose y dándole una palmada en el hombro con su enorme mano.

—Ya te digo yo —gritó Denísov— que es un muchacho excelente.

—Eso está mejor, conde —repitió el capitán segundo de caballería, como si, tras esta admisión de culpa, empezara a honrarle con su título—. Vaya a disculparse, señor, eso es.

—Señores, haré todo lo que haga falta, nadie oirá una palabra de mí —dijo Rostov en tono de súplica—, pero ¡no puedo pedir perdón, de veras, no puedo hacer lo que me piden! ¿Cómo voy a disculparme, a pedir perdón como un niño pequeño?

Denísov se echó a reír.

—Pues allá usted. Bogdánych es rencoroso, pagará por su obstinación —dijo Kirsten.

—¡De veras que no es obstinación! No puedo describirle el sentimiento, no puedo…

—Bueno, como usted quiera —dijo el capitán segundo de caballería—. Y qué, ¿dónde se ha metido el canalla ese? —le preguntó a Denísov.

—Se ha hecho el *enfeg'mo*, mañana *llegag'á* la *og'den* de su exclusión —dijo Denísov.

—Realmente es una enfermedad, no se puede explicar de ningún otro modo —apuntó el capitán segundo de caballería.

—¡Sea o no una *enfeg'medad*, como lo vea lo mato! —gritó Denísov con ferocidad.

Zherkov entró en la habitación.

—¿Qué haces tú aquí? —Los oficiales se volvieron enseguida hacia el recién llegado.

—Nos ponemos en marcha, señores. Mack se ha rendido al enemigo con su ejército, completamente.

—¡Mientes!

—Lo he visto con mis ojos.

—¿Cómo? ¿Has visto a Mack vivo? ¿Con brazos y piernas?

—¡Nos ponemos en marcha! ¡Nos ponemos en marcha! Dadle una botella por esa noticia. Y ¿cómo has llegado aquí?

—Me han destinado otra vez al regimiento por culpa de ese demonio, por Mack. Un general austríaco se ha quejado. Lo felicité por la llegada de Mack… ¿Qué te pasa, Rostov? Pareces salido de una *bania*[247].

—Ah, hermano, llevamos dos días con un lío…

Entró el edecán del jefe de regimiento y confirmó la noticia que había traído Zherkov. Había llegado la orden de partir al día siguiente.

—¡Nos ponemos en marcha, señores!

—Bueno, gracias a Dios, llevábamos demasiado tiempo aquí.

VI

Kutúzov se replegó hacia Viena destruyendo a su paso los puentes de los ríos Eno (en Braunau) y Traun (en Linz). El 23 de octubre las tropas rusas cruzaban el río Enns. Los convoyes rusos, la artillería y las columnas del

ejército se extendían por la ciudad de Enns en pleno día, a uno y otro lado del puente.

Era un día templado y lluvioso de otoño. El amplio panorama que se abría desde el terreno elevado donde se encontraban las baterías rusas que defendían el puente ya se cubría súbitamente de una cortinilla de muselina de la lluvia que caía oblicuamente, como se destapaba de pronto y, a la luz del sol, los objetos distantes se volvían bien visibles, como si estuvieran barnizados de laca. A los pies se alzaba una población con casas blancas de tejados rojos, la catedral y el puente, a ambos lados del cual avanzaba la masa agolpada de soldados rusos. En un recodo del Danubio se veían embarcaciones, una isla con un castillo y un parque rodeado de las aguas donde el Enns desemboca en el Danubio; también se veía la rocosa orilla izquierda cubierta por un bosque de pinos con una misteriosa lejanía de verdes cimas y desfiladeros azulados. Asomaban las torres de un monasterio que se elevaba sobre un bosque salvaje de pinos, que parecía virgen; muy a lo lejos, en la montaña, al otro lado del Enns, se divisaban patrullas enemigas.

En la cima, al frente de todo, entre los cañones, estaban el general que dirigía la retaguardia y un oficial de la comitiva; examinaban el terreno con un catalejo. Un poco más atrás, encima de la cola de cureña de un cañón, se había sentado Nesvitski, que había sido enviado a la retaguardia por el comandante en jefe. El cosaco que lo acompañaba le había dado una bolsa pequeña y una cantimplora, y él ofrecía a los oficiales pastelillos y auténtico vodka anisado. Los oficiales lo rodeaban alegremente, unos de rodillas sobre la hierba mojada y otros sentados a la turca.

—Sí, este príncipe austríaco no fue nada tonto al construirse un castillo aquí. Un lugar magnífico. ¿Por qué no comen, señores? —decía Nesvitski.

—Le estoy sumamente agradecido, príncipe —le contestó uno de los oficiales, contento de poder conversar con tan importante miembro del Estado Mayor—. Es un lugar hermoso. Hemos pasado justo al lado del parque y hemos visto dos ciervos y ¡qué maravilla de casa!

—Mire, príncipe —dijo otro oficial que tenía muchas ganas de coger un pastelillo más, pero como le daba vergüenza, fingía contemplar el paisaje—; mire, nuestros soldados de infantería ya han llegado allí. Allá, en ese prado pequeño, pasado el pueblo: hay tres arrastrando algo. Se van a colar en ese palacio —dijo con visible aprobación.

—Así es, así es —dijo Nesvitski—. Pero lo que a mí me gustaría —añadió masticando el pastelillo con su hermosa y húmeda boca— es colarme ahí.

Señaló el monasterio con las torres que se veía en la montaña. Sonrió, y sus ojos se achicaron e iluminaron.

—¡No estaría nada mal, señores!

Los oficiales se echaron a reír.

—Lo bien que estaría darles un susto a esas monjas. Son italianas, y dicen que las hay jovencitas. ¡De verdad, daría cinco años de mi vida!

—Si es que están aburridas —dijo riendo un oficial más atrevido.

Entretanto, el oficial de la comitiva que estaba en la primera línea le señalaba algo al general y este miraba a través del catalejo.

—Sí, así es, así es —dijo el general enfadado, apartando el catalejo y encogiéndose de hombros—; así es: empezarán a dispararnos por la pasarela del río. Pero ¿por qué se entretienen?

Al otro lado se podía ver a simple vista tanto al enemigo como su batería, de la que salió una delgada columna de humo de un blanco lechoso. A continuación se oyó un largo disparo y se vio cómo nuestras tropas se apresuraban hacia el paso del río.

Nesvitski, resoplando, se puso de pie y se acercó al general con una sonrisa.

—¿No desea su excelencia picar algo?

—La cosa pinta mal —dijo el general sin responderle—, los nuestros se están entreteniendo.

—¿Quiere que vaya hasta allí, excelencia? —preguntó Nesvitski.

—Sí, vaya, por favor —dijo el general repitiendo la orden que ya se había dado con todo detalle—, y dígales a los húsares que sean los últimos en cruzar el puente, que lo quemen como he ordenado y que revisen de nuevo los materiales inflamables.

—Muy bien —respondió Nesvitski.

Llamó al cosaco que iba con su caballo, le mandó recoger la bolsa y la cantimplora y, con agilidad, montó sobre la silla su macizo cuerpo.

—¡Pasaré a ver a las monjas, en serio! —les dijo a los oficiales que le miraban con una sonrisa, y salió cuesta abajo por un sinuoso sendero.

—¡Venga, vamos a ver hasta dónde llega, capitán, deles duro! —exclamó el general volviéndose hacia un artillero—. ¡Se acabó el aburrimiento!

—¡Artilleros, a los cañones! —ordenó el oficial.

Y, al cabo de un momento, los artilleros abandonaron su lugar junto a las hogueras y corrieron alegremente a cargar los cañones.

—¡El primero! —se oyó una voz de mando.

El número uno dio una enérgica sacudida. El cañón hizo un ruido metálico ensordecedor y, por encima de la cabeza de nuestras tropas a los pies de la montaña, pasó una granada silbando y, sin haber logrado llegar ni mucho menos hasta el enemigo, mostró el lugar donde había caído con una pequeña humareda y estalló.

Los rostros de los soldados y oficiales se animaron al oír ese ruido; todos se pusieron de pie para observar los movimientos de nuestras tropas allá abajo, que se podían ver como sobre la palma de una mano, y, a lo lejos, los movimientos del enemigo que se aproximaba. En ese instante el sol salió entero de detrás de los nubarrones, y su vivo resplandor y el bello sonido de aquel solitario disparo se fundieron en una sensación de vigor y alegría.

VII

Dos proyectiles del enemigo habían pasado volando ya por encima del puente, donde se produjo una gran aglomeración. En medio, desmontado del caballo y con su grueso cuerpo atrapado contra el pretil, estaba el príncipe Nesvitski. Riendo, se volvía a mirar a su cosaco, que sujetaba dos caballos por las riendas a varios pasos por detrás. En cuanto quería avanzar, los soldados y los carros de nuevo empujaban contra él y lo volvían a arrinconar contra el pretil; no podía hacer otra cosa que sonreír.

—Pero ¡qué haces, amigo! —le dijo el cosaco a un soldado del convoy que llevaba un carro que, con las ruedas y los caballos, hacía presión sobre la infantería allí apiñada—. ¡Qué haces! Espérate, ¿no ves que el general quiere pasar?

Pero el soldado del convoy, sin hacer caso de que hubieran mencionado a un general, gritaba a los soldados que le cortaban el paso:

—¡Eh! ¡Paisanos! ¡Poneos a la izquierda, alto!

Pero los paisanos, apretujados hombro contra hombro, agarrándose a las bayonetas y sin separarse, avanzaban por el puente en una masa compacta. El príncipe Nesvitski miraba hacia abajo por el petril y veía las rápidas, sonoras, bajas olas del Enns, que, fundiéndose y haciendo cabrillas en torno al pilote, se adelantaban unas a otras. Pero, al mirar hacia el puente veía olas vivas de soldados igual de monótonas, con sus trencillas, chacós con visera, mochilas, bayonetas, largos fusiles y, bajo los chacós, rostros de anchos pómulos, mejillas hundidas, expresiones de cansancio y despreocupación, y pies que avanzaban entre el barro pegajoso amontonado en los tablones del puente. A

veces, entre la oleada uniforme de soldados, como una salpicadura blanca de espuma del Enns, se abría paso a codazos algún oficial con capa, con su fisonomía tan distinta a la de ellos; otras, como una astilla de madera que baja sinuosa por el río, un húsar, un ordenanza o un lugareño que iba a pie era arrastrado por las olas de la infantería; otras aún, como un tronco que flota, pasaba por el puente un carro de la compañía o de oficiales, rodeado por completo, lleno hasta arriba y cubierto de pieles.

—Parece que haya reventado una presa —dijo el cosaco deteniéndose sin remedio—. ¿Aún quedáis muchos?

—¡Casi un *millión*! —dijo guiñando un ojo al pasar por su lado un alegre soldado que llevaba un capote desgarrado, y que enseguida se perdió a lo lejos. Tras él pasó otro, un viejo soldado.

—Como a *él* —se referían así al enemigo— le dé por volar el puente —le decía con aire lúgubre el viejo soldado a un compañero—, te olvidarás hasta de rascarte.

Este soldado también pasó. Detrás, montado en un carro, iba otro.

—¿Dónde diablos has metido los peales? —decía un ordenanza que corría detrás del carro y buscaba algo en la parte posterior.

También este y el carro pasaron.

Tras ellos venían unos soldados contentos, visiblemente bebidos.

—¡Menudo porrazo le dio el amigo con la culata en todos los dientes…! —decía con alegría, agitando una mano, un soldado que llevaba el capote muy subido.

—¡Ya lo ves, un jamón delicioso! —le respondía otro soltando una carcajada.

Y desaparecieron, por lo que Nesvitski se quedó sin saber a quién habían golpeado en los dientes y qué tenía eso que ver con el jamón.

—¡Bah, cuánta prisa tenéis, os disparan una bala de fogueo y ya os creéis que os matarán a todos! —decía un suboficial en tono de airado reproche.

—Cuando la bala del cañón me ha pasado por encima de la cabeza, viejo —decía, conteniendo a duras penas la risa, un joven soldado con la boca enorme—, casi me desmayo. ¡De verdad, te juro que me he pegado un susto, qué horror! —añadió, como jactándose de haberse asustado.

También este pasó. Tras él apareció un carro que no se parecía a ninguno de los que se había visto hasta ese momento. Se trataba de un carro alemán tirado por dos caballos, y parecía que hubieran cargado en él una casa entera; conducido por un alemán, llevaba atada en la parte trasera una hermosa vaca de variados colores con las ubres enormes. Sobre un colchón de pluma iba

sentada una mujer con un niño de pecho, una vieja y una joven muchacha alemana sonrosada de aspecto saludable. Al parecer, con un permiso especial, habían autorizado el paso a estos lugareños, que habían sido desalojados de sus casas. Los ojos de los soldados se clavaron en las mujeres y, mientras pasaba el carro, hicieron comentarios sobre dos de ellas. En los rostros de todos se dibujó casi la misma sonrisa, fruto de sus obscenos pensamientos.

—¡Mira, el salchicha este también se larga!

—¡Véndeme a la señorita! —dijo otro soldado acentuando la última sílaba, dirigiéndose al alemán, que, con la mirada gacha, caminaba a grandes pasos con expresión tan asustada como enojada.

—¡Mira qué bien arreglada va! ¡Ah, diablos!

—Ya te gustaría a ti alojarte con ellos, Fedótov.

—No estaría mal, hermano.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó un oficial de infantería que se estaba comiendo una manzana y que también esbozaba esa media sonrisa al mirar a la atractiva muchacha.

El alemán cerró los ojos como diciendo que no le entendía.

—¿La quieres? Es para ti —dijo el oficial ofreciéndole la manzana a la muchacha.

Esta sonrió y la cogió. Nesvitski, como todos los que estaban en el puente, no apartó la mirada de las mujeres hasta que estas acabaron de cruzarlo. Y, cuando se hubieron perdido de vista, los mismos soldados, con las mismas conversaciones, avanzaron hasta que tuvieron que detenerse. Como es habitual en las salidas de los puentes, los caballos del carro de la compañía vacilaron y la multitud tuvo que esperar.

—¿Por qué se paran? ¡Qué falta de orden! —exclamaban los soldados—. ¡No empujes! ¡Diablos, espérate! Peor será cuando *él* incendie el puente. ¡Cuidado, estáis aplastando hasta al oficial! —decía la masa de soldados allí detenida, mirándose unos a otros y empujando hacia la salida.

Tras echar un vistazo a las aguas del Enns, Nesvitski oyó de pronto un ruido, nuevo para él, que se aproximaba a toda velocidad… Era algo de gran tamaño, y cayó en el agua salpicando fuertemente.

—¡Fíjate adónde apuntan! —exclamó preocupado un soldado que estaba cerca y que se había vuelto hacia el sitio de donde procedía el ruido.

—Nos achuchan para que crucemos rápido —dijo otro, intranquilo.

El gentío se puso de nuevo en movimiento. Nesvitski comprendió que se trataba de una bala de cañón.

—¡Ey, cosaco, dame el caballo! —ordenó—. ¡Eh, vosotros, echaos a un lado! ¡A un lado! ¡Dejad paso!

Con gran esfuerzo, logró llegar hasta el caballo y, sin dejar de gritar, se abrió camino. Los soldados se apretujaron para dejarle pasar, pero enseguida lo volvieron a empujar con tal fuerza que le aplastaron una pierna; los que estaban más cerca no tenían la culpa, ya que a ellos también los empujaban más fuerte aún.

—¡Nesvitski! ¡Nesvitski! ¡Tú, *tag'ugo*! —se oyó en ese momento una voz ronca a su espalda.

Nesvitski volvió la mirada y vio que a quince pasos, separado por la masa viva de la infantería en movimiento, estaba Vaska Denísov, rojo y negro, despeinado, con la gorra en la nuca y un dolmán echado al hombro con bravura.

—*¡Og'dena* a estos demonios, a estos diablos, que dejen paso! —gritaba Denísov, presa de un visible arrebato, con los ojos brillantes y desorbitados, negros como el carbón, y con el blanco inyectado en sangre, mientras blandía el sable sin desenfundar con su mano pequeña y desnuda, tan roja como su rostro.

—¡Eh! ¡Vasia! —le respondió Nesvitski jovialmente—. ¿Qué pasa?

—¡Que el *escuadg'ón* no puede *pasag'*! —gritó Vaska Denísov, enseñando con rabia sus dientes blancos y espoleando a Beduino, su hermoso purasangre de pelaje negro. Este movía nerviosamente las orejas ante las bayonetas con las que topaba, resollaba salpicando espuma por el bocado y golpeaba sonoramente con los cascos los tablones del puente; parecía dispuesto a saltar por encima del petril si el jinete se lo permitía—. *Peg'o* ¿esto qué es? ¡Son como *bogg'egos*! ¡Igualitos a los *bogg'egos! ¡Fueg'a…!* ¡Dejad paso…! ¡Quieto ahí, *cagg'o* del demonio! ¡Os voy a *matag'* a sablazos! —gritaba, desenfundando el sable y empezando a blandirlo.

Los soldados, atemorizados, se apretujaron unos contra otros, y Denísov alcanzó a Nesvitski.

—¿Cómo es que hoy no estás borracho? —le preguntó este a Denísov en cuanto hubo llegado.

—¡No le dan a uno tiempo ni de *embogg'acharse*! —respondió Vaska Denísov—. Todo el día hacen *ig'* al *g'egimiento* de un lado *pag'a otg'o*. ¡Si hay que *peleag'*, peleemos, pero solo el diablo sabe lo que estamos haciendo!

—¡Hoy vas hecho un figurín! —le dijo Nesvitski observando su dolmán nuevo y los arreos de su caballo.

Denísov sonrió, cogió un pañuelo perfumado de una bolsita de húsar que llevaba en el cinturón y se lo plantó a Nesvitski en la nariz.

—¡*Pog’* supuesto, voy al combate! Me he afeitado, limpiado los dientes y *peg’fumado*.

La imponente figura de Nesvitski, sumada al cosaco y a la firmeza de Denísov, que blandía el sable y gritaba con furor, tuvo tal efecto que consiguieron abrirse paso hasta el otro lado del puente y detener a la infantería. A la salida Nesvitski encontró al coronel al que debía transmitir la orden y, habiendo cumplido su misión, emprendió la vuelta.

Despejado el camino, Denísov se detuvo en la entrada del puente. Conteniendo sin inquietud a su potro, que estaba impaciente por correr hacia los suyos y golpeaba el suelo con una pata, contempló al escuadrón que se dirigía hacia él. Por los tablones se oían nítidamente los cascos, como si varios caballos galoparan, y el escuadrón, en filas de cuatro y con los oficiales al frente, se extendió a lo largo del puente y empezó a salir.

Los soldados de infantería, obligados a pararse, apiñados sobre el barro pisoteado del puente, miraron a los aseados y petimetres húsares, que tan bien alineados desfilaban a su lado, con ese particular sentimiento de hostilidad, lejanía y burla con que suelen recibirse los distintos cuerpos del ejército.

—¡Qué muchachos tan elegantes! ¡Ni que fueran a Podnovínskoie![248]

—Pero ¡para qué sirven! ¡Solo los llevan para lucirlos! —decía otro.

—¡Eh, infantería, no levantéis polvo! —bromeaba un húsar montado en un caballo que, encabritado, salpicó de barro a un soldado de infantería.

—¡Ya te haría yo marchar dos veces con una mochila, verías cómo te quedaban los cordoncitos! —dijo el soldado limpiándose con la manga el barro de la cara—. ¡Eso no es un hombre, es un pajarito!

—¡Habría que verte a ti montando, Zikin, menuda pinta tendrías! —se burló un cabo de otro soldado menudo que iba encorvado por el peso de la mochila.

—¡Ponte un palo entre las piernas y ya tendrás un caballo! —exclamó el húsar.

VIII

El resto de la infantería cruzó con prisas el puente y formó un embudo a su entrada. Por fin pasaron todos los carros, la aglomeración disminuyó y pudo entrar el último batallón. Solo los húsares del escuadrón de Denísov quedaban

al otro lado, frente al enemigo. A este se le veía a lo lejos desde la montaña de enfente, desde allá abajo —desde el puente— era imposible verlo, ya que el horizonte de la cañada por la que fluía el río quedaba limitado por una colina a no más de media versta de distancia. Delante se abría un espacio desierto por el que, aquí y allá, se movían nuestras patrullas de cosacos. De repente, en la elevación del camino que había enfrente, aparecieron tropas con uniforme azul y la artillería. Eran los franceses. La patrulla de cosacos se retiró al trote montaña abajo. Todos los oficiales y soldados del escuadrón de Denísov, aunque trataban de hablar de otras cosas y miraban hacia los lados, no dejaban de pensar en una sola cosa: en qué había allí, en lo alto de montaña; y no dejaban de escrutar con la mirada las manchas que habían aparecido en el horizonte y en las que reconocían a las tropas enemigas. Después del mediodía, el cielo se había vuelto a aclarar, los rayos del sol caían radiantes sobre el Danubio y sobre las oscuras montañas que lo rodeaban. Reinaba el silencio, y desde la montaña de enfrente iba llegando algún que otro toque de cornetín y gritos del enemigo. Dejando aparte algunas pequeñas patrullas, ya no quedaba nadie entre el escuadrón y los enemigos. Los separaba un espacio vacío de unos trescientos *sazhén*[249]. El enemigo dejó de disparar y se podía apreciar mejor esa línea rigurosa, amenazante, inalcanzable e intangible que divide a dos ejércitos enfrentados.

«Un paso más allá de esta línea, que recuerda la que separa a los vivos de los muertos, espera la incertidumbre, el sufrimiento y la muerte. ¿Qué hay allí? ¿Quién hay? Allá, pasado ese campo, ese árbol, ese tejado iluminado por el sol… Nadie lo sabe, pero todo el mundo quiere saberlo; te aterra cruzar esa línea pero, al mismo tiempo, deseas hacerlo; y sabes que tarde o temprano tendrás que cruzarla y, entonces, sabrás lo que hay al otro lado, del mismo modo que es inevitable saber algún día lo que hay al otro lado de la línea que nos separa de la muerte. Eres fuerte, saludable, alegre, estás inquieto y te rodean hombres tan animados e inquietos como tú.» Si así no piensa, al menos así siente todo aquel que se encuentra a la vista del enemigo, y este sentimiento infunde un brillo especial y una jovial crudeza a las sensaciones que produce lo que ocurre en esos momentos.

Sobre la colina se vio la nubecilla de humo de un disparo del enemigo, y una bala de cañón pasó silbando por encima de las cabezas del escuadrón de húsares. Los oficiales, que estaban juntos, se dispersaron por distintas posiciones. Los húsares alinearon diligentemente a los caballos. En el escuadrón se hizo el silencio. Todos miraban al frente, al enemigo y al jefe de escuadrón, en espera de una orden. Pasó una segunda bala y una tercera. Era

evidente que estaban disparando contra los húsares, pero las balas de cañón volaban con una velocidad uniforme por encima de sus cabezas y caían detrás de ellos. Los húsares no volvían la mirada pero, con cada disparo, el escuadrón entero, como siguiendo una orden, con los rostros tan iguales como distintos, contenía la respiración mientras pasaba el proyectil, se levantaba sobre los estribos y de nuevo se sentaba en el caballo. Sin volver la cabeza, los soldados se miraban de soslayo, observando con interés la reacción del compañero. En cada rostro, desde el de Denísov hasta el del trompeta, se dibujaba en la comisura de los labios y en la barbilla un rasgo común: el signo de la batalla, de la excitación y de los nervios. El sargento mayor de caballería fruncía el ceño al mirar a los soldados, como si los amenazara con castigarlos. El cadete Mirónov se agachaba con cada cañonazo. Rostov, que estaba en el flanco izquierdo sobre su caballo Gráchik —que cojeaba de una pata pero al que se veía muy lucido—, tenía el aire feliz de un colegial al que van a examinar delante de un gran auditorio y que cree que va a destacar. Dirigía su mirada clara y luminosa a todos los presentes, como pidiendo que se fijaran en lo tranquilo que estaba bajo los proyectiles. Pero, en contra de su voluntad, también en su rostro se había dibujado cerca de la boca esa misma expresión nueva y severa.

—¿Quién es ese que se agacha allí? ¡Cadete *Mig'ónov*! ¡Eso no esta bien, *míg'eme* a mí! —gritó Denísov, que no podía estarse quieto y daba vueltas con su caballo por delante del escuadrón.

El rostro negro, peludo y de nariz chata de Vaska Denísov, toda su pequeña y maciza figura con su mano nudosa de dedos cortos y cubiertos de vello, en la que sujetaba la empuñadura de un sable desenvainado, tenía el mismo aspecto de siempre, sobre todo hacia la noche, después de haberse bebido un par de botellas. La única diferencia es que estaba más rojo que de costumbre; tras alzar su cabeza peluda, como los pájaros cuando beben, y clavar despiadadamente con sus pequeños pies las espuelas en los costados de su buen caballo Beduino, salió a galope inclinado hacia detrás en dirección al otro flanco del escuadrón, y gritó con voz ronca que revisaran las pistolas. Se acercó a Kirsten. El capitán segundo de caballería, con sus largos bigotes, estaba serio, como siempre: solo sus ojos brillaban más de lo habitual.

—¿Qué pasa? —le dijo a Denísov—. No llegaremos a pelear. Ya lo verás, nos mandarán replegarnos.

—¡Ni el diablo sabe lo que hacen! —refunfuñó Denísov—. ¡Ah! *¡G'ostov!* —le gritó al cadete al ver su jovial rostro—. Al fin tienes lo que tanto *queg'ías*.

Y sonrió con agrado, visiblemente contento con el cadete. Rostov se sentía completamente dichoso. Entonces un superior apareció en el puente. Denísov galopó hacia él.

—¡Excelencia! *¡Peg'mítame atacag'!* Los *agg'ollag'é*.

—¡Qué atacar ni atacar! —dijo el superior con tono aburrido, frunciendo el ceño como si una mosca le molestara—. Y ¿qué hace usted aquí? ¿No ve que los flanqueadores se están retirando? Haga recular al escuadrón.

El escuadrón cruzó el puente y salió del área de los disparos sin haber perdido a un solo hombre. A continuación, cruzó el segundo escuadrón, que iba en cadena, y los últimos cosacos abandonaron el otro lado del río.

Después de cruzar el puente, los dos escuadrones del regimiento de Pavlograd regresaron a lo alto de la montaña. Karl Bogdánovich Schubert, el jefe de regimiento, se acercó al escuadrón de Denísov y colocó su caballo no lejos de Rostov, sin prestarle atención, a pesar de que, tras el reciente enfrentamiento a causa de Teliatin, se volvían a ver por primera vez. Rostov, que en el frente se sentía bajo el poder de un hombre ante el que ahora se consideraba culpable, no apartaba la mirada de la atlética espalda, la rubia nuca y el rojo cuello del jefe de regimiento. Le parecía que Bogdánych solo fingía no reparar en él, y que su único objetivo era poner a prueba su audacia, y por ello se ponía erguido y miraba contento a su alrededor; otras veces le daba la impresión de que Bogdánych cabalgaba cerca de él adrede, para mostrarle su audacia. O se imaginaba cómo mandaba al escuadrón a un ataque desesperado solo para castigarle a él. O que después del ataque se le acercaba y le tendía magnánimamente una mano de reconciliación, a él, que había caído herido.

La silueta de Zherkov, bien conocida en el regimiento de Pavlograd (hacía poco que había dejado de servir allí), con los hombros muy levantados, se acercó a Schubert. Después de haber sido expulsado del Estado Mayor, Zherkov no había llegado a quedarse mucho en el regimiento, diciendo que no era tan tonto como para deslomarse en el frente cuando en el Estado Mayor, sin hacer nada, obtendría más condecoraciones, y se las había ingeniado para colocarse como ordenanza del príncipe Bagratión. Así pues, se acercó a su antiguo superior con instrucciones del jefe de la retaguardia.

—Coronel —dijo con su lúgubre seriedad, dirigiéndose al rival de Rostov y mirando a sus compañeros—, le traigo la orden de detenerse y quemar el puente.

—¿Quién ordena? —preguntó el coronel con aire taciturno.

—Pues no sé quién ordena, coronel —respondió el subteniente de caballería con seriedad—, pero el príncipe me ha mandado: «Ve a decirle al coronel que los húsares den media vuelta ahora mismo y quemen el puente».

Detrás de Zherkov llegó un oficial de la comitiva con la misma orden para el coronel de húsares. A la zaga venía el grueso Nesvitski, montado en un caballo cosaco que lo traía a galope con grandes esfuerzos.

—Pero ¿qué pasa, coronel? —gritó mientras se aproximaba—. ¡Le había dicho que quemara el puente, y lo han confundido todo! Allí arriba se han vuelto todos locos, nadie entiende nada.

El coronel detuvo al regimiento con calma y se volvió hacia Nesvitski:

—Usted me habló de materiales inflamables —dijo—, pero, de quemar el puente, no me había dicho nada.

—Pero ¿cómo, amigo mío —repuso Nesvitski deteniéndose, quitándose la gorra y alisándose el cabello empapado en sudor con su mano regordeta—, cómo no le iba a decir que quemara el puente cuando hemos colocado los materiales inflamables?

—Déjese de «amigo mío», señor oficial superior, ¡usted no me había dicho nada de *inciendiar* el puente! Conozco mi oficio, y acostumbro de cumplir las órdenes estrictamente. Usted dijo que *inciendiarían* el puente, pero no quién, y no soy el Espíritu Santo para poder saberlo…

—Bah, siempre pasa lo mismo —dijo Nesvitski agitando una mano—. ¿Qué haces tú aquí? —se volvió hacia Zherkov.

—He venido para lo mismo. Pero estás empapado. Déjame que te escurra.

—Usted dijo, señor oficial superior… —prosiguió el coronel con tono ofendido.

—Coronel —le interrumpió el oficial de la comitiva—, hay que darse prisa; si no, el enemigo adelantará los cañones a tiro de metralla.

El coronel miró al oficial de la comitiva en silencio, al grueso oficial superior, a Zherkov, y arrugó la frente.

—*Inciendiaré* el puente —dijo en tono solemne, como si así expresara que, a pesar de todos los disgustos que le habían causado, cumpliría con su deber.

Arreando a su caballo con sus musculosas piernas, como si este tuviera la culpa de todo, el coronel avanzó hacia el segundo escuadrón, en el que servía Rostov bajo las órdenes de Denísov, y dio la orden de volver al puente.

«Bueno, entonces es eso —pensó Rostov—: ¡quiere ponerme a prueba!» El corazón se le oprimió y la sangre le subió a la cara. «Ahora verá si soy un cobarde o no», pensó.

De nuevo en todos los rostros alegres de los hombres del escuadrón se dibujó ese gesto serio que tenían cuando estaban bajo los cañonazos. Rostov miraba fijamente a su rival, el jefe de regimiento, con el deseo de encontrar en su expresión la confirmación de sus conjeturas; sin embargo, el coronel no le miró ni una sola vez: su mirada era la que siempre lucía en el frente, severa y solemne. Se oyó una voz de mando.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaron varias voces a su lado.

Enganchándose los sables con las riendas y haciendo sonar las espuelas, los húsares bajaron apresuradamente de los caballos, sin saber lo que iban a hacer. Se santiguaron. Rostov ya no miraba al jefe de regimiento: no tenía tiempo para hacerlo. Temía —y ese temor hacía que le latiera más fuerte el corazón— quedarse rezagado de los demás húsares. Cuando le dio su caballo a un caballerizo, la mano le temblaba, y sintió cómo la sangre le afluía violentamente al corazón. Denísov, echado hacia atrás y gritando algo, pasó a caballo por su lado. Rostov no veía nada, solo húsares corriendo a su alrededor, enganchándose con las espuelas y haciendo ruido con los sables.

—¡Una camilla! —gritó una voz detrás de él.

Rostov no pensó en lo que significaba esta petición de una camilla: corría con el único fin de ir delante de todos; pero justo al lado del puente, por no mirar bajo sus pies, pisó un montón de barro hollado y viscoso, tropezó y cayó sobre sus manos. Los demás lo adelantaron.

—Por *ambos* partes, capitán de caballería —oyó cómo gritaba el jefe de regimiento, que se había adelantado con su caballo y estaba junto al puente con gesto alegre y triunfal.

Rostov, secándose las manos sucias en los pantalones de montar, miró a su rival y quiso avanzar más, creyendo que cuanto más lejos llegara, mejor sería. Sin embargo, Bogdánych, que ni se había fijado en que era él ni lo había reconocido, le gritó:

—¿Quién corre por el centro del puente? ¡Hacia el lado derecho! ¡Cadete, atrás! —chilló enfadado, y se volvió hacia Denísov, que, con ganas de exhibir su valentía, estaba montado en su caballo sobre los tablones del puente.

—¡Para qué *arreisgar*, capitán de caballería! Mejor será que desmonte —exclamó el coronel.

—¡Bah! Siempre *encontg'ag'á* a alguien a quien *culpag'* —respondió Vaska Denísov girando sobre su silla.

Entretanto Nesvitski, Zherkov y el oficial de la comitiva estaban juntos, fuera del alcance de los disparos, mirando primero al pequeño grupo de hombres con chacós amarillos, chaquetas verde oscuras con cordones

bordados y pantalones de montar azules que se movían junto al puente, y después, al otro lado, los capotes azules y a los grupos con caballos que se iban acercando y que eran fácilmente identificables como la artillería.

«¿Quemarán o no el puente? ¿Quién será el primero? ¿Lograrán llegar hasta el puente y quemarlo, o los franceses conseguirán acercarse a tiro de metralla y matarlos a todos?» Tales preguntas, con el corazón en un puño, se hacían sin querer todos los hombres de las nutridas tropas que estaban a buena altura por encima del puente y que veían, a la luz brillante del atardecer, el puente, a los húsares, y, al otro lado, los capotes azules avanzando con sus bayonetas y cañones.

—¡Oh! ¡Los húsares van a recibir! —exclamó Nesvitski—. Ahora ya están a tiro de metralla.

—¿Para qué se habrá llevado a tantos hombres? —se preguntó el oficial de la comitiva.

—Es cierto —secundó Nesvitski—. Si hubiera enviado a dos valientes, habría sido lo mismo.

—Ah, excelencia —intervino Zherkov, sin apartar la mirada de los húsares, pero con esa manera ingenua que le caracterizaba y que hacía imposible adivinar si hablaba en serio o no—. ¡Ah, excelencia! ¡Qué manera tiene usted de verlo! Si hubiera enviado a dos hombres, ¿cómo podríamos obtener una cruz de san Vladímir y una insignia? Así, aunque les aticen bien, podrán proponer a todo el escuadrón para la insignia. Nuestro Bogdánych sabe bien cómo funcionan estas cosas.

—¡Miren —dijo el oficial de la comitiva—, eso es metralla!

Señaló los cañones franceses, que se elevaban sobre los avantrenes y volvían a retroceder rápidamente.

En el lado francés, en los grupos donde había cañones, se vio una nubecilla de humo, después otra, y una tercera casi al mismo tiempo; y, en el mismo instante en que llegó el ruido del primer disparo, se vio una cuarta. Dos cañonazos, uno tras otro, y un tercero.

—¡Oh, oh! —exclamó Nesvitski como sintiendo el dolor de una quemadura y cogiendo al oficial de la comitiva de un brazo—. ¡Miren, ha caído uno, ha caído, ha caído!

—¡Creo que son dos!

—Si yo fuera zar, nunca entraría en guerra —dijo Nesvitski dándose la vuelta.

Los franceses volvieron a cargar rápidamente sus cañones. La infantería, en sus capotes azules, avanzaba corriendo hacia el puente. De nuevo, pero en

distintos intervalos, se vieron nubecillas de humo, y la metralla comenzó a repiquetear y chasquear por el puente. Pero esta vez Nesvitski no pudo ver lo que ocurría, porque en el puente se levantó una densa humareda. Los húsares habían logrado quemarlo, y las baterías francesas les disparaban no ya para impedírselo, sino porque los cañones estaban orientados hacia ellos y había a quién disparar.

Los franceses tuvieron tiempo de disparar tres metrallazos antes de que los húsares hubieran vuelto a sus caballos. Hubo dos cañonazos en vano, y toda la metralla se perdió, pero el último cayó justo en medio de los húsares y abatió a tres de ellos.

Rostov, preocupado por su relación con Bogdánych, se detuvo en el puente sin saber qué hacer. No había a quién asestar sablazos (tal y como siempre se había imaginado que sería un combate), tampoco podía ayudar a quemar el puente, porque no había cogido, como los otros soldados, un puñado de paja. Estaba allí plantado, mirando a un lado y a otro, cuando de repente fue como si por el puente crujieran unas nueces desparramadas, y uno de los húsares, el que estaba más cerca de él, cayó con un gemido sobre el petril. Rostov y otros corrieron hacia él. Alguien volvió a gritar: «¡Una camilla!». Unos cuatro hombres cogieron al húsar y lo empezaron a levantar.

—¡Oooh!… ¡Dejadme, en el nombre de Cristo! —gritaba el herido, pero de todos modos lo levantaron y lo colocaron en la camilla.

Nikolái Rostov se dio la vuelta y, como si buscara algo, se puso a mirar a lo lejos, las aguas del Danubio, el cielo y el sol. ¡Qué hermoso era el cielo, qué azul, qué calmado y profundo! ¡Qué brillante y solemne era el sol que se ponía! ¡Qué acariciadora resplandecía el agua en el lejano Danubio! Y aún más hermosas eran las montañas que azuleaban a lo lejos, al otro lado del río, el monasterio, los misteriosos desfiladeros, los bosques de pinos, cubiertos de niebla hasta las copas… Allí reinaban la calma y la felicidad… «Nada, nada desearía si estuviera allí —pensaba Rostov—. Dentro de mí, bajo este sol, hay tanta felicidad, pero aquí… gemidos, sufrimiento, miedo y esta falta de claridad, esta precipitación… Alguien ha vuelto a gritar y de nuevo han salido corriendo hacia atrás, y yo corro con ellos; la muerte está aquí, aquí, encima de mí y a mi alrededor… Un instante y ya no volveré a ver este sol, ni esta agua, ni este desfiladero…»

En ese momento el sol empezó a ocultarse detrás de unos nubarrones; por delante de Rostov aparecieron otras camillas. El miedo a la muerte, las camillas, el amor al sol y a la vida: todo se fundió en una sensación de doloroso desasosiego.

«¡Dios mío, Señor, que estás en ese cielo, sálvame, perdóname y protégeme!», murmuró para sí Rostov.

Los húsares corrieron hacia los caballos, sus voces se hicieron más fuertes y calmadas, las camillas desaparecieron de la vista.

—¿Qué, *heg'mano*, has olido la *pólvog'a*?… —gritó por encima de su oreja la voz de Vaska Denísov.

«Todo ha acabado, pero soy un cobarde; sí, soy un cobarde», pensó Rostov, y, suspirando profundamente, cogió de las manos de su caballerizo a Gráchik, cojo de una pata, y montó.

—¿Qué era eso, metralla? —le preguntó a Denísov.

—¡Y vaya una! —gritó Denísov—. ¡Habéis *tg'abajado* como valientes, y eso que era un *tg'abajo* inmundo! ¡Un *tg'abajo* inmundo! El ataque tiene su encanto: *dag'* sablazos a *diestg'o* y *siniestg'o*, pero aquí, diablos, te *dispag'an* como a una diana.

Y Denísov se dirigió en su caballo hacia un grupo que se había detenido no lejos de Rostov: el jefe de regimiento, Nesvitski, Zherkov y el oficial de la comitiva.

«Pues parece que nadie se ha dado cuenta», pensaba Rostov. Y, verdaderamente, nadie se había dado cuenta de nada, porque todos conocían la sensación que el cadete había experimentado por primera vez bajo el fuego.

—Se hará un buen informe —dijo Zherkov—, a ver si me ascienden a subteniente.

—Comuníquele al príncipe que he quemado el puente —dijo el coronel con alegría y solemnidad.

—Y ¿si preguntan sobre las bajas?

—¡Minucias! —respondió el coronel con su voz de bajo—. Dos húsares heridos y uno muerto *en el acto* —dijo con visible alegría, incapaz de contener una sonrisa de felicidad al pronunciar sonoramente la bonita expresión «en el acto».

IX

Perseguido por un ejército francés de cien mil hombres bajo las órdenes de Bonaparte, recibido con hostilidad por la población, sin confiar ya en sus aliados, sufriendo la escasez de víveres y forzado a actuar fuera de las condiciones previstas para la guerra, el ejército ruso de treinta cinco mil hombres, bajo el mando de Kutúzov, se retiraba rápidamente Danubio abajo,

deteniéndose allá donde era alcanzado por el enemigo, y defendiéndose con acciones de retaguardia solo lo necesario para poder replegarse sin perder el bagaje. Hubo enfrentamientos en Lambach, Amstetten y Melk; pero, a pesar de la valentía y la tenacidad, reconocida por el propio enemigo, con que lucharon los rusos, el resultado de tales enfrentamientos fue solo una retirada aún más rápida. Las tropas austríacas, que habían evitado caer prisioneras en la batalla de Ulm y se habían unido a Kutúzov en Braunau, ahora se habían separado del ejército ruso, y Kutúzov disponía solo de sus débiles y exhaustas fuerzas. Seguir defendiendo Viena era ya impensable. En vez de una guerra ofensiva, profundamente estudiada según las reglas de la nueva ciencia —la estrategia—, cuyo plan había sido confiado a Kutúzov durante su estancia en Viena por el *Hofkriegsrat* austríaco, el único y casi inalcanzable objetivo que ahora se planteaba Kutúzov era reunirse con las tropas que venían de Rusia, pero sin perder su ejército, como le había ocurrido a Mack en Ulm.

El 28 de octubre Kutúzov cruzó con su ejército a la orilla izquierda del Danubio y se detuvo por primera vez dejando el río entre él y el grueso de las fuerzas francesas. El día 30 atacó a la división de Mortier y la aniquiló. En este enfrentamiento, por vez primera, se obtuvo un botín de guerra: una bandera, cañones y dos generales enemigos. Por primera vez después de dos semanas de retirada las tropas rusas se detuvieron en un punto y, después del combate, no solo lograron conservar el campo de batalla, sino que echaron a los franceses. A pesar de que las tropas estaban mal vestidas, extenuadas, debilitadas en un tercio entre efectivos rezagados, heridos, muertos y enfermos; a pesar de que al otro lado del Danubio habían dejado a enfermos y heridos con una carta de Kutúzov que los encomendaba al sentimiento de humanidad del enemigo; a pesar de que los grandes hospitales de campaña y las casas de Krems, que eran ahora enfermerías, ya no podían acoger a todos los enfermos y heridos; a pesar de todo esto, el descanso cerca de Krems y la victoria sobre Mortier levantaron considerablemente el ánimo de las tropas. Por todo el ejército y por el cuartel general corrían los más alegres aunque infundados rumores sobre una presunta aproximación de columnas rusas, sobre una victoria lograda por los austríacos y sobre la retirada de un asustado Bonaparte.

Durante la batalla, el príncipe Andréi había estado con el general austríaco Schmitt, muerto en combate. El caballo del príncipe resultó herido y él mismo sufrió un rasguño en una mano por una bala. Dando muestras de un especial favor, el comandante en jefe le encargó llevar la noticia de la victoria a la corte austríaca, que ya no se encontraba en Viena, amenazada por las tropas

francesas, sino en Brünn[250]. Habiendo llegado la noche del combate con un informe de Dojturov a Kutúzov, que estaba en Krems, agitado aunque no cansado (a pesar de su aspecto delicado, el príncipe Andréi soportaba la fatiga física mucho mejor que los hombres más fuertes), esa misma noche lo enviaron como correo a Brünn. La misión, aparte de las condecoraciones, suponía un importante paso para su ascenso.

La noche era oscura y estrellada; el camino se ennegrecía entre la nieve blanquecina que había caído la víspera del combate. Aún con las impresiones de la batalla, imaginándose con alegría la sensación que causaría la noticia de la victoria, y recordando la despedida del comandante en jefe y de sus compañeros, el príncipe Andréi viajaba en un coche de postas con los sentimientos de quien lleva mucho tiempo aguardando algo, y está, por fin, a punto de alcanzar su ansiada felicidad. En cuanto cerraba los ojos, retumbaba en sus oídos el fuego de las escopetas y los cañones, que se fundía con el traqueteo de las ruedas y con la sensación de victoria. O se imaginaba que los rusos habían huido y que él estaba muerto; pero enseguida se despertaba alegre, dándose cuenta de que nada de eso había pasado: al contrario, eran los franceses los que habían huido.

De nuevo se acordaba de todos los detalles de la victoria, la serena valentía que había mostrado en combate, y entonces se tranquilizaba y se adormecía… A la noche oscura y estrellada siguió una mañana jubilosa y deslumbrante. La nieve se derretía bajo el sol, los caballos galopaban veloces y, tanto a derecha como a izquierda, se sucedían bosques nuevos y variados, campos y pueblos.

En una de las estaciones de postas, adelantó un convoy de heridos rusos. El oficial ruso que dirigía el transporte, echado sobre el carro delantero, gritaba algo e insultaba a un soldado con palabras soeces. En los largos carros alemanes se zarandeaban seis o más heridos pálidos, vendados y sucios. Algunos charlaban (oyó palabras en ruso), otros comían pan, y los que estaban peor miraban con dócil, enfermizo e infantil interés al cochero que pasaba al galope por su lado.

El príncipe Andréi mandó parar y le preguntó a un soldado en qué acción habían caído heridos.

—En el Danubio, antes de ayer —le respondió el soldado.

El príncipe Andréi cogió su monedero y le dio tres monedas de oro.

—Es para todos —añadió, volviéndose a un oficial que se estaba acercando—. Recuperaos, muchachos —les dijo a los soldados—, aún nos queda mucho por delante.

—¿Qué noticias hay, señor ayudante de campo? —le preguntó el oficial, al parecer con ganas de charlar.

—¡Son buenas! ¡Adelante! —le gritó al cochero, y salieron a galope.

Ya había oscurecido del todo cuando el príncipe Andréi entró en Brünn y se vio rodeado de altos edificios, de las luces de los tenderetes, las ventanas de las casas y las farolas, de elegantes carruajes que resonaban al pasar por la calzada, y de toda esa atmósfera de una ciudad grande y animada, tan atractiva siempre para el militar después del campo de batalla. El príncipe Andréi, a pesar del rápido viaje y de la noche sin dormir, al acercarse al palacio se sintió aún más animado que la víspera. Sus ojos brillaban febriles y sus pensamientos se sucedían con una velocidad y claridad extraordinarias. Volvía a recordar vivamente todos los detalles del combate y ya no de una manera confusa, sino precisa, tomando la forma de la breve exposición que planeaba hacerle al emperador Francisco. Se imaginaba de una manera viva las preguntas que le podrían hacer y las respuestas que iba a dar. Creía que lo llevarían inmediatamente ante el emperador. Sin embargo, al llegar a la entrada principal del palacio, lo recibió con prisas un funcionario que, al ver que se trataba de un correo, lo acompañó hasta otra entrada.

—Por el pasillo a la derecha; allí, *Euer Hochgeboren*[251], encontrará al ayudante de servicio del emperador —le dijo el funcionario—. Él lo llevará ante el ministro de Guerra.

El ayudante de servicio del emperador que recibió al príncipe Andréi le pidió que esperara y fue a ver al ministro de Guerra. Volvió al cabo de cinco minutos e, inclinándose con especial cortesía y cediéndole el paso, lo condujo a través de un pasillo hasta el gabinete que ocupaba el ministro de Guerra. El ayudante de servicio, con su refinada cortesía, parecía querer evitar cualquier intento de familiaridad por parte del ayudante de campo ruso. La alegría del príncipe Andréi había decaído considerablemente cuando se aproximaba a las puertas del gabinete del ministro de Guerra. Se sentía ofendido, y este sentimiento se convirtió instantánea e imperceptiblemente para él en uno de desprecio que carecía de todo fundamento. Su aguda inteligencia le ofreció al instante la idea de que tenía derecho a despreciar al ayudante de servicio y al ministro de Guerra: «¡Probablemente les parezca muy fácil obtener una victoria sin haber olido la pólvora!», pensó. Entornó los ojos con desdén; entró en el gabinete con especial lentitud. El sentimiento se acentuó aún más al ver que el ministro de Guerra, sentado ante una gran mesa, tardaba dos minutos en prestarle atención. Con la cabeza calva de sienes canas inclinada entre dos velas, leía y señalaba unos papeles con lápiz. Cuando estaba

acabando de leer sin levantar la cabeza, se abrió la puerta y se oyeron unos pasos.

—Coja esto y entréguelo —le dijo el ministro de Guerra a su ayudante, dándole los papeles y sin prestar aún atención al correo.

El príncipe Andréi tuvo la sensación de que o bien, de todos los asuntos que ocupaban al ministro de Guerra, las operaciones del ejército de Kutúzov eran las que podían interesarle menos, o bien de que eso era lo que quería que creyese el correo ruso. «Pero me trae absolutamente sin cuidado», pensó. El ministro de Guerra puso a un lado los demás papeles, los apiló bien igualando los extremos y levantó la cabeza. Parecía un hombre inteligente y con carácter. Pero, en cuanto se volvió hacia el príncipe Andréi, esa expresión inteligente y firme se transformó, al parecer conscientemente y por la fuerza de la costumbre; en su rostro se dibujó una sonrisa estúpida y forzada que no ocultaba su afectación: era la sonrisa de quien recibe sin cesar a un solicitante tras otro.

—¿Es del general-mariscal Kutúzov? —preguntó—. Espero que sean buenas noticias. ¿Ha habido combate con Mortier? ¿Victoria? ¡Ya era hora!

Cogió el despacho dirigido a su nombre y se puso a leerlo con expresión triste.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Schmitt! —dijo en alemán—. ¡Qué desgracia, qué desgracia!

Tras recorrer el despacho con los ojos, lo puso sobre la mesa y miró al príncipe Andréi, al parecer meditando sobre algo.

—¡Ah, qué desgracia! ¿Dice que la acción es decisiva? Sin embargo, a Mortier no lo han atrapado. —Se quedó pensativo—. Estoy muy contento de que haya traído buenas noticias, aunque la muerte de Schmitt es un precio elevado por la victoria. Su majestad probablemente deseará verle, pero no hoy. Se lo agradezco, vaya a descansar. Mañana preséntese en la salutación del emperador, después del desfile. De todos modos, le avisaré.

La estúpida sonrisa del ministro de Guerra, que durante la conversación había desaparecido, se dibujó de nuevo en su rostro.

—Adiós, le estoy muy agradecido. Su majestad el emperador probablemente deseará verle —repitió, e inclinó la cabeza.

El príncipe Andréi salió del palacio con la sensación de que todo el interés y la felicidad que la victoria le habían procurado estaban ahora en las manos indiferentes del ministro de Guerra y del cortés ayudante. Todas sus ideas cambiaron en el acto: ahora la batalla le parecía un recuerdo remoto y lejano.

X

En Brünn el príncipe Andréi se hospedó en casa del diplomático ruso Bilibin, que era conocido suyo.

—Ah, querido príncipe, no hay huésped más grato que usted —le dijo Bilibin al salir a su encuentro—. ¡Franz, lleva las cosas del príncipe a mi dormitorio!—. ¿Qué? ¿Eres el mensajero de la victoria? Excelente. Pues yo estoy enfermo, como puedes ver.

Después de haberse lavado y cambiado de ropa, el príncipe Andréi entró en el suntuoso gabinete del diplomático y se sentó a degustar la comida, que ya estaba servida. Bilibin tomó asiento tranquilamente junto a la chimenea.

Después no solo del viaje sino de toda la campaña, en la que se había visto privado de todas las comodidades de la limpieza y la elegancia, el príncipe Andréi experimentaba ahora una agradable sensación de descanso en las lujosas condiciones de vida a las que estaba acostumbrado desde la infancia. Además, después del recibimiento austríaco, le resultaba agradable, si no hablar en ruso (hablaban entre ellos en francés), al menos conversar con un compatriota con el que compartiría la aversión generalizada de los rusos a los austríacos, y que ahora sentía con especial intensidad.

Bilibin era un hombre de unos treinta y cinco años, soltero y del mismo círculo social que el príncipe Andréi. Se habían conocido en San Petersburgo, pero habían intimado durante la última visita del príncipe Andréi y Kutúzov a Viena. Y, si el príncipe era un joven que prometía llegar lejos en la carrera militar, Bilibin prometía aún más en la diplomática. Todavía era joven, pero no se podía decir que fuera un diplomático inexperto, ya que había comenzado su carrera a los dieciséis años, había estado en París y Copenhague, y ahora ocupaba un puesto de bastante importancia en Viena. El canciller y nuestro embajador en Viena lo conocían y le tenían mucho aprecio. No pertenecía al gran número de diplomáticos que parecen obligados, para ser tenidos por muy buenos, a definirse únicamente por cualidades negativas, por no hacer ciertas cosas y por hablar en francés; era de esos a los que les gusta trabajar y lo saben hacer, y, a pesar de su pereza, a veces se pasaba las noches ante el escritorio. Trabajaba igual de bien independientemente de cuál fuera la naturaleza del asunto. No le interesaba la pregunta «¿para qué?», sino solamente «¿cómo?». Le daba igual en qué consistiera la tarea diplomática, pero le procuraba gran placer redactar con destreza, precisión y elegancia una circular, un memorándum o un informe.

Los méritos de Bilibin eran valorados, además de por su labor burocrática, por su arte a la hora de relacionarse y hablar en las altas esferas.

A Bilibin le gustaba charlar tanto como trabajar, pero siempre y cuando la conversación pudiera ser elegante e ingeniosa. En sociedad siempre esperaba la ocasión para decir algo memorable, y solo intervenía en una conversación en estas condiciones. Su conversación estaba colmada de frases originales e ingeniosas bien acabadas, que tenían un interés general. Estas frases eran preparadas en el laboratorio interno de Bilibin, como si tuvieran una calculada condición portátil para que las personas de la alta sociedad pudieran recordarlas con facilidad y llevárselas de salón en salón. Y, verdaderamente, *les mots de Bilibine se colportaient dans les salons de Vienne*[252], y a menudo tenían influencia en los llamados «asuntos importantes».

Su rostro delgado, consumido y amarillento estaba surcado por todas partes por grandes arrugas que parecían tan pulcra y cuidadosamente lavadas como las puntas de los dedos después de un baño. El movimiento de estas arrugas constituía el juego principal de su fisionomía. A veces se le arrugaba la frente formando anchos pliegues y se le arqueaban las cejas, y a veces estas descendían y se le formaban grandes arrugas en las mejillas. Sus ojos, muy hundidos y pequeños, siempre miraban directamente y con alegría.

—Bueno, ahora cuéntenos sus hazañas —dijo.

Bolkonski, del modo más modesto posible, sin hacer referencia a sí mismo ni una sola vez, le contó cómo había sido el combate y el recibimiento del ministro de Guerra.

—*Ils m'ont reçu avec ma nouvelle, comme un chien dans un jeu de quilles*[253] —concluyó.

Bilibin se sonrió y relajó las arrugas de la cara.

—*Cependant, mon cher* —dijo examinándose de lejos una uña y arrugando la piel sobre el ojo izquierdo—, *malgré la haute estime que je professe pour les* «huestes ortodoxas rusas», *j'avoue que votre victoire n'est pas des plus victorieuses*.[254]

Continuó hablando así, en francés, diciendo en ruso solo las palabras que quería subrayar con desdén:

—¡Vamos a ver! Se lanzaron con todas sus fuerzas sobre el desdichado Mortier, que solo contaba con una división, y ¿encima va y se les escapa de las manos? ¿Dónde está la victoria?

—De todos modos y hablando en serio —respondió el príncipe Andréi—, podemos decir sin jactarnos que eso es algo mejor que la batalla de Ulm…

—¿Por qué no capturaron a un mariscal, al menos a uno?

—Porque no todo sale según lo planeado ni con la misma precisión que en un desfile. Nuestra intención era, como le he dicho, lanzarnos sobre la retaguardia hacia las siete de la mañana, pero no llegamos hasta la cinco de la tarde.

—Y ¿por qué no llegaron a las siete de la mañana? Tendrían que haber llegado a las siete —dijo Bilibin sonriendo—, tendría que haber sido a las siete de la mañana.

—Y ¿por qué ustedes no convencieron a Bonaparte por la vía diplomática de que lo mejor para él era abandonar Génova? —replicó el príncipe Andréi con el mismo tono.

—Sé —le interrumpió Bilibin— que usted piensa que es muy fácil hablar de hacer prisionero a un mariscal cuando se está sentado en un diván frente a una chimenea. Es cierto, pero igualmente, ¿por qué no lo hicieron prisionero? Y no se sorprenda de que no solo el ministro de Guerra, sino tampoco el augusto emperador y rey Francisco estén demasiado contentos con su victoria; yo mismo, infeliz secretario de la embajada rusa, no siento ninguna alegría especial…

Miró directamente al príncipe Andréi y de pronto se alisó la piel arrugada de su frente.

—Ahora me toca a mí preguntarle a usted varios «por qué», querido amigo —dijo Bolkonski—. Reconozco que no lo entiendo, quizá haya ciertas sutilezas diplomáticas que están por encima de mi débil inteligencia, pero no lo entiendo: Mack pierde un ejército entero, el archiduque Fernando y el archiduque Carlos no dan señal alguna de vida y cometen un error tras otro, y por fin, cuando Kutúzov obtiene una victoria real y destruye el *charme* de los franceses, el ministro de Guerra no se interesa ni siquiera por conocer los detalles.

—Justamente por eso, querido mío. *Voyez-vous, mon cher*: ¡hurra! ¡Por el zar, por Rusia, por la fe! *Tout ça est bel et bon*[255], pero ¿qué nos importan a nosotros (es decir, a la corte austríaca) sus victorias? Si nos hubiera traído una buena noticia sobre la victoria del archiduque Carlos o Fernando (*un archiduc vaut l'autre*[256], como usted sabe), aunque fuera sobre una compañía del destacamento de bomberos de Bonaparte, sería otra cosa, y habríamos disparado salvas. Pero lo que ha traído solo puede irritarnos, y parece que lo hayan hecho adrede. El archiduque Carlos no hace nada, el archiduque Fernando se cubre de vergüenza. Ustedes abandonan Viena, dejan de defenderla, *comme si vous nous disiez*[257]: «Dios está con nosotros; y su capital, ¡que Dios la proteja!». Si a algún general queríamos todos, era

Schmitt: y ¡ustedes consiguen que lo maten bajo las balas y después vienen a felicitarnos por la victoria!… Convenga conmigo en que es imposible ingeniar una noticia más irritante que la que usted ha traído. *C'est comme un fait exprès, comme un fait exprès*.[258] Además, si realmente ha sido una victoria brillante, si hubiera sido obra incluso del archiduque Carlos, ¿qué cambiaría eso en el desarrollo general de los acontecimientos? Ahora ya es tarde, cuando Viena ha sido ocupada por las tropas francesas.

—¿Cómo ocupada? ¿Viena ha sido ocupada?

—No solo ocupada, sino que Bonaparte está en Schönbrunn[259], y el conde, nuestro querido conde Vrbna, se dirige hacia él para recibir órdenes.

Después del cansancio, de las impresiones del viaje, del recibimiento y, especialmente, después de la comida, Bolkonski se veía incapaz de comprender el sentido completo de lo que estaba oyendo.

—Esta mañana ha estado aquí el conde Lichtenfels —continuó Bilibin—, y me ha enseñado una carta en la que se describe con todo detalle el desfile de los franceses en Viena. *Le prince Murât et tout le tremblement…*[260] Como ve, la victoria de ustedes no es algo demasiado alegre, y usted no puede ser recibido como un salvador…

—¡En verdad le digo que todo me da igual, todo me da completamente igual! —dijo el príncipe Andréi empezando a entender que su noticia de la batalla de Krems realmente tenía poca importancia a la vista de acontecimientos como la ocupación de la capital de Austria—. ¿Cómo es posible que Viena haya sido ocupada? ¿Y el puente, y la famosa *tête de pont*[261], y el príncipe Auersperg? Entre nosotros corría el rumor de que el príncipe Auersperg defendía Viena —añadió.

—El príncipe Auersperg está en este lado del río, en el nuestro, y nos está defendiendo; creo que nos está defendiendo muy mal, pero al menos lo está haciendo. Pero Viena está al otro lado. No, el puente aún no ha sido tomado y, espero, no lo será, porque lo han minado y han ordenado que lo vuelen. En caso contrario, ya llevaríamos tiempo en las montañas de Bohemia, y ustedes y su ejército habrían pasado un mal cuarto de hora entre dos fuegos.

—De todos modos esto no significa que la campaña esté acabada —dijo el príncipe Andréi.

—Pues yo creo que lo está. Y así lo creen los que aquí mandan, aunque no se atrevan a decirlo. Pasará lo que dije al principio de la campaña: que no será el *echauffourée* de *Dürenstein*[262] de ustedes ni tampoco la pólvora lo que decidirá el asunto, sino aquellos que lo concibieron —dijo Bilibin repitiendo uno de sus *mots*, relajando las arrugas de la frente y haciendo una pausa—. La

cuestión está en qué saldrá de la entrevista entre el emperador Francisco y el rey de Prusia en Berlín. Si Prusia entra en la alianza, *on forcera la main à l'Autriche*[263] y habrá guerra. Si no lo hace, será una simple cuestión de acordar dónde establecer las cláusulas iniciales de un nuevo Campo Formio[264].

—Pero ¡qué genialidad tan extraordinaria! —gritó de pronto el príncipe Andréi cerrando su pequeña puño y golpeando la mesa con él—. Y ¡qué suerte tiene ese hombre!

—*¿Buonaparte?* —interrogó Bilibin arrugando la frente y dando a entender así que a continuación pronunciaría un *mot*—. *¿Buonaparte?* —repitió haciendo hincapié en la u—. Creo, de todos modos, que ahora que él le dicta las leyes a Austria desde Schönbrunn, *il faut lui faire grâce de l'u*[265]. Decididamente, voy a hacer una innovación y a llamarlo *Bonaparte tout court*[266].

—Mire, déjese de bromas —dijo el príncipe Andréi—, ¿de verdad cree que la campaña está acabada?

—Eso es lo que creo. Austria ha quedado en ridículo, y no está acostumbrada. Y lo hará pagar. Si ha quedado en ridículo es, en primer lugar, porque las provincias están arruinadas (*on dit, le* ortodoxo *est terrible pour le pillage*)[267], su ejército está devastado, la capital ha sido tomada, y todo ello *pour les beaux yeux du*[268] su majestad de Cerdeña. Y por eso, *entre nous, mon cher*, el olfato me dice que nos están engañando, me dice que hay relaciones con Francia y proyectos de paz, una paz secreta que ha sido firmada al margen de nosotros.

—¡No puede ser! —exclamó el príncipe Andréi—. Eso sería demasiado ruin.

—*Qui vivra verra*[269] —sentenció Bilibin relajando de nuevo las arrugas como señal de que la conversación tocaba a su fin.

Cuando el príncipe Andréi llegó a la habitación que le habían preparado y se acostó entre sábanas limpias en un colchón de plumas y entre cálidas almohadas fragantes, tuvo la sensación de que la batalla que era el centro de sus noticias quedaba lejos, muy lejos de él. La alianza prusiana, la traición de Austria, la nueva victoria de Bonaparte, la salutación, el desfile y la recepción del emperador Francisco del día siguiente ocupaban sus pensamientos.

Cerró los ojos, pero al instante en sus oídos rugieron los cañones, el fuego y el ruido de las ruedas del carruaje, y de nuevo vio una extensa hilera de soldados con mosquetes bajando por la montaña, a los franceses disparando, y notó cómo se le estremecía el corazón al adelantarse a caballo al lado de

Schmitt mientras las balas silbaban alegremente a su alrededor, con un sentimiento de alegría de vivir multiplicado por diez que no recordaba desde la infancia.

Se despertó…

—¡Sí, todo eso ocurrió!… —murmuró feliz, sonriendo como un niño; y se sumió en un sueño joven y profundo.

XI

Al día siguiente se despertó tarde. Retomando las sensaciones de la víspera, recordó antes de nada que ese día debía presentarse ante el emperador Francisco; recordó al ministro de Guerra, al cortés ayudante austríaco del emperador, a Bilibin y la conversación de la noche. Después de vestirse para ir a palacio, con un uniforme completo de gala que hacía tiempo que no se ponía, entró en el gabinete de Bilibin despejado, de buen ánimo, guapo y con la mano vendada. En el gabinete había cuatro hombres del cuerpo diplomático. Bolkonski conocía al príncipe Ippolit Kuraguin, secretario de la embajada; a los demás se los presentó Bilibin.

Los señores que estaban en casa de Bilibin eran mundanos, jóvenes, ricos y alegres, y formaban tanto en Viena como en Brünn un círculo aparte al que Bilibin, que era su líder, llamaba «los nuestros», *les nôtres*. Ese círculo, compuesto casi exclusivamente por diplomáticos, tenía sus propios intereses al margen de la guerra y de la política, centrados en ciertas mujeres y en la faceta burocrática del servicio. Se hizo evidente que aceptaban de buena gana en su círculo al príncipe Andréi como a uno de los suyos (un honor que concedían a pocos). Por cortesía y para romper el hielo, le hicieron algunas preguntas sobre el ejército y los combates, y de nuevo la conversación se diluyó en una sucesión de alegres bromas y chismorreos.

—Pero lo mejor de todo —decía uno, refiriéndose al fracaso de un compañero diplomático—, lo mejor de todo fue que el canciller le dijo directamente que su destino en Londres era un ascenso y que lo viera desde esa perspectiva. ¿Se imaginan la cara que se le quedó?…

—Lo peor, señores, es que voy a desenmascarar a Kuraguin: un hombre cae en desgracia y este donjuán se aprovecha de ello, ¡es una persona terrible!

El príncipe Kuraguin estaba tumbado en un sillón Voltaire, sobre cuyo brazo tenía apoyadas las piernas. Se echó a reír.

—*Parlez-moi de ça*[270] —dijo.

—¡Oh, donjuán! ¡Oh, serpiente! —se oyeron varias voces.

—Usted no sabe, Bolkonski —dijo Bilibin volviéndose hacia el príncipe Andréi—, que todos los horrores del ejército francés (a punto he estado de decir del ejército ruso) no son nada comparados con lo que este hombre les ha hecho a las mujeres.

—*La femme est la compagne de l'homme*[271] —pronunció el príncipe Ippolit, y se puso a mirar con los anteojos sus piernas recogidas.

Bilibin y *los nuestros* estallaron en carcajadas mirando a Ippolit a los ojos. El príncipe Andréi comprendió que aquel mismo Ippolit del que, tenía que reconocerlo, casi sintió celos por causa de su mujer era el bufón del grupo.

—Mire, voy a divertirle con Kuraguin —le susurró Bilibin a Bolkonski—. Cuando reflexiona sobre política es encantador, qué majestuosidad, hay que verlo.

Se sentó al lado de Ippolit y, juntando las arrugas en la frente, inició con él una conversación sobre política. El príncipe Andréi y los demás formaron un corro en torno a ellos.

—*Le cabinet de Berlin ne peut pas exprimer un sentiment d'alliance* —empezó a decir Ippolit, mirando a todos con aire significativo— *sans exprimer… comme dans sa derienière note… vous comprenez… vous comprenez… et puis si sa Majesté l'Empereur ne déroge pas au principe de notre alliance… Attendez, je n'ai pas fini…* —le dijo al príncipe Andréi sujetándole de un brazo—. *Je suppose que l'intervention sera plus forte que la non-intervention. Et…* —Se quedó callado—. *On ne pourra pas imputer à la fin de non-recevoir notre dépêche du 28 novembre. Voilà comment tout cela finira*.[272]

Y soltó el brazo de Bolkonski para indicar que ahora sí había terminado del todo.

—*Demosthènes, je te reconnais au caillou que tu as caché dans ta bouche d'or!*[273] —exclamó Bilibin, moviendo con placer su abundante cabellera.

Todos se echaron a reír, e Ippolit más fuerte que nadie. Al parecer, al hacerlo sufría y se ahogaba, pero era incapaz de dominar aquella risa salvaje que ensanchaba su rostro siempre inmóvil.

—Bueno, señores —dijo Bilibin—, Bolkonski es mi huésped, tanto en casa como en Brünn, y quiero agasajarle cuanto pueda con todos los placeres que la vida aquí ofrece. Si estuviéramos en Viena, sería sencillo; pero aquí, *dans ce vilain trou morave*[274], es más complicado y les pido ayuda a todos. *Il faut lui faire les honneurs de Brünn*[275]. Ustedes encárguense del teatro, yo de la sociedad, y usted, Ippolit, de las mujeres, naturalmente.

—¡Hay que presentarle a Amélie, es una delicia! —exclamó uno de *los nuestros* besándose las puntas de los dedos.

—En verdad hay que inculcarle a este sanguinario soldado —dijo Bilibin — unos principios más humanitarios.

—Dudo que pueda disfrutar de su hospitalidad, señores: debo partir ahora —dijo Bolkonski mirando el reloj.

—¿Adónde?

—A ver al emperador.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—¡Bueno, hasta la vista, Bolkonski! Hasta la vista, príncipe; venga pronto a comer —dijeron varias voces—. Nos ocuparemos de usted.

—Cuando hable con el emperador intente ensalzar cuanto pueda el avituallamiento y la provisión de rutas —le dijo Bilibin acompañándole al recibidor.

—Desearía elogiarlo pero, por todo lo que sé, no podré hacerlo —le respondió Bolkonski con una sonrisa.

—Bueno, hable cuanto más mejor. Su pasión es conceder audiencias, pero no le gusta hablar ni sabe hacerlo, como podrá usted comprobar.

XII

Durante la salutación, el emperador Francisco se limitó a examinar detenidamente el rostro del príncipe Andréi, que estaba en el lugar que le habían asignado, entre los oficiales austríacos, y lo saludó inclinando su alargada cabeza. Pero después, el ayudante del día anterior le comunicó cortésmente a Bolskonski que el emperador deseaba concederle una audiencia. Este lo recibió de pie en el centro de la sala. Antes de iniciar la conversación, el príncipe Andréi se quedó estupefacto al ver que el emperador parecía turbado, no sabía qué decir y enrojecía.

—Dígame, ¿cuándo empezó la batalla? —preguntó presurosamente.

El príncipe Andréi le respondió. Después de esta pregunta vinieron otras igual de sencillas: «¿Cómo está de salud Kutúzov? ¿Cuánto hace que partió de Krems?», etcétera. El emperador hablaba como si su único objetivo consistiera en formular cierta cantidad de preguntas. Era del todo evidente que las respuestas no le podían interesar.

—¿A qué hora empezó la batalla? —preguntó.

—No puedo dar cuenta a su majestad de a qué hora empezó la batalla en el frente, pero en Dürenstein, donde yo me encontraba, el ejército inició el ataque a las seis de la tarde —dijo Bolkonski animándose y suponiendo que ahora podría ofrecer una descripción veraz, que ya tenía preparada en su cabeza, de todo cuanto sabía y había presenciado.

Pero el emperador sonrió y lo interrumpió:

—¿Cuántas millas?

—¿De dónde a dónde, majestad?

—De Dürenstein a Krems.

—Tres y media, majestad.

—¿Han abandonado los franceses la orilla izquierda?

—Según han informado los exploradores, por la noche los últimos cruzaron en balsas.

—¿Hay suficiente forraje en Krems?

—El forraje no fue aprovisionado en la cantidad que…

El emperador lo interrumpió.

—¿A qué hora mataron al general Schmitt?

—A las siete, creo.

—¿A las siete? ¡Qué tristeza! ¡Qué tristeza!

El emperador dijo que le estaba agradecido y le saludó. El príncipe Andréi salió e, inmediatamente, se vio rodeado de cortesanos. Por todas partes recibía miradas y voces dulces. El ayudante del día anterior le reprochó que no se hubiera hospedado en palacio, y le ofreció su propia casa. El ministro de Guerra se le acercó y le felicitó por la condecoración de María Teresa de tercer grado que el emperador le había concedido. El chambelán de la emperatriz le invitó a visitar a su majestad. La hija del archiduque también deseaba verlo. El príncipe Andréi no sabía a quién responder, y por unos segundos tuvo que pararse a pensar. El embajador ruso se lo llevó cogiéndole de un hombro hasta una ventana para hablar con él.

A pesar de las palabras de Bilibin, la noticia que había llevado fue recibida con alegría. Se organizó un tedéum de agradecimiento. Kutúzov fue distinguido con la gran cruz de María Teresa, y todo el ejército fue condecorado. Bolkonski recibía invitaciones de todo el mundo y tuvo que pasarse la mañana entera visitando a los principales dignatarios de Austria. Al terminar las visitas —eran las cuatro de la tarde pasadas— volvió a casa de Bilibin escribiendo mentalmente la carta que le iba a enviar a su padre sobre la batalla y el viaje a Brünn. Pero de camino se había detenido en una librería para proveerse de libros para la campaña, y se había pasado allí un buen rato.

Junto al porche de Bilibin vio una carretela medio llena de cosas; Franz, el criado de Bilibin, salía por la puerta arrastrando una maleta con dificultad.

—¿Qué pasa? —preguntó Bolkonski.

—*Ach, Erlaucht!* —dijo Franz cargando con esfuerzo la maleta en la carretela—. *Wir ziehen noch weiter. Der Bösewicht ist schon wieder hinter uns her!*[276]

—¿Qué pasa? ¿Cómo? —volvió a preguntar Bolkonski.

Bilibin salió a su encuentro. En su rostro, siempre tan tranquilo, se percibía nerviosismo.

—*Non, non, avouez que c'est charmant cette histoire du pont de Thabor* —dijo, refiriéndose a un puente de Viena—. *Ils l'ont passé sans coup férir*.[277]

El príncipe Andréi no entendía nada.

—Pero ¿de dónde viene, que no se ha enterado de lo que ya saben todos los cocheros de la ciudad?

—De casa de la hija del archiduque. Y allí no he oído nada.

—Y ¿no ha visto que en todas partes están haciendo el equipaje?

—No, no lo he visto… ¿Qué ocurre? —preguntó el príncipe Andréi impaciente.

—¿Qué ocurre? Pues que los franceses han cruzado el puente que defendía Auersperg; como no lo han volado, en estos momentos Murat avanza rápidamente hacia Brünn, y entre hoy y mañana estarán aquí.

—¿Cómo que aquí? Pero ¿por qué no han volado el puente si ya estaba minado?

—Eso mismo le pregunto a usted. Nadie lo sabe, ni el propio Bonaparte.

Bolkonski se encogió de hombros.

—Pero si han cruzado el puente significa que el ejército está acabado: va a quedar amputado —dijo.

—Ahí está la cosa —respondió Bilibin—. Escuche esto. Los franceses entran en Viena, como le dije. Todo bien. Al día siguiente, es decir ayer, los señores mariscales Murat, Lannes y Belliard montan en sus caballos y se dirigen al puente (observe que los tres son gascones). «Señores —dice uno—, ya saben que el puente de Tabor está minado y requeteminado, y que delante hay una amenazante *tête de pont* y un ejército de quince mil hombres que tienen la orden de volarlo y no dejarnos pasar. Pero a nuestro soberano, el emperador Bonaparte, le agradará que lo tomemos. Vayamos los tres y conquistémoslo.» «¡Vamos!», le dicen los otros. Y se dirigen hacia el puente,

lo toman, lo cruzan y ahora avanzan con todo su ejército por este lado del Danubio hacia nosotros, hacia usted y hacia sus noticias.

—Ya está bien de bromas —le dijo el príncipe Andréi con aire triste y serio.

Esta información le resultó penosa y placentera al mismo tiempo. En cuanto supo que el ejército ruso se encontraba en tan desesperada situación, le vino a la cabeza la idea de que solo él estaba destinado a sacar al ejército ruso de aquel trance; ¡allí estaba su Tolón[278], el que le haría dejar de ser un oficial desconocido y le abriría el camino hacia la gloria! Al escuchar a Bilibin ya se imaginaba cómo se reunía con sus tropas, cómo exponía ante el consejo militar la única propuesta que podía salvar al ejército, y cómo le encargaban —a él y solo a él— llevar a cabo ese plan.

—Ya está bien de bromas —dijo.

—No bromeo —continuó Bilibin—, no hay nada más certero y triste. Estos señores llegan solos al puente y alzan pañuelos blancos; aseguran que se trata de una tregua, que son mariscales y que van a negociar con el príncipe Auersperg. El oficial de servicio los deja pasar a la *tête de pont*. Le cuentan mil estupideces gasconas: que la guerra ha acabado, que el emperador Francisco ha concertado una entrevista con Bonaparte, que quieren ver al príncipe Auersperg, y mil gasconadas más. El oficial manda buscar a Auersperg; los tres señores abrazan a los oficiales, hacen bromas, se sientan sobre los cañones y, entretanto, el batallón francés entra en el puente sin ser visto, lanza al agua los sacos y los explosivos y llega hasta la *tête de pont*. Por fin aparece el teniente-general en persona, nuestro querido príncipe Auersperg von Mautern, y le dicen: «¡Querido enemigo! ¡Gloria del ejército austríaco, héroe de las guerras turcas! La hostilidad ha terminado, nos podemos dar la mano… El emperador Napoleón arde en deseos por conocer al príncipe Auersperg». En una palabra, estos señores, que no en vano son gascones, adulan de tal modo a Auersperg con hermosas palabras, él está tan encantado de haber intimado tan rápido con los mariscales franceses, está tan cegado por la capa y las plumas de avestruz de Murat, *qu'il n'y voit que du feu, et oublie celui qu'il devait faire, faire sur l'ennemi*[279]. —A pesar de la animación de su relato, Bilibin no olvidó hacer una pausa después de ese *mot* para dar tiempo a que fuera apreciado—. El batallón francés llega rápidamente a la *tête de pont*, clava los cañones, y el puente ya está tomado. Sí, pero lo mejor de todo —continuó, calmando su agitación por el encanto de su relato— es que el sargento encargado del cañón que tiene que dar la señal para hacer saltar las minas y volar el puente, al ver que los franceses corren hacia él, quiere

abrir fuego, pero Lannes le aparta la mano. Este sargento, evidentemente más inteligente que su general, se acerca a Auersperg y le dice: «¡Príncipe, le están engañando, los franceses están aquí!». Murat comprende que, si deja hablar al sargento, la cosa está perdida. Y, haciéndose el sorprendido (es un auténtico gascón), le dice a Auersperg: «¡Dónde está la disciplina austríaca, tan elogiada en todo el mundo! —exclama—. ¿Cómo permite que un subordinado le hable así?». *C'est génial. Le prince d'Auersperg se pique d'honneur et fait mettre le sergent aux arrêts. Non, mais avouez que c'est charmant toute cette histoire du pont de Thabor. Ce n'est ni bêtise, ni lâcheté…*[280]

—*C'est trahison peut-être*[281] —dijo el príncipe Andréi imaginándose vivamente los capotes grises, las heridas, el humo de la pólvora, el ruido de los cañones y la gloria que le esperaba.

—*Non plus. Cela met la cour dans de trop mauvais draps* —continuó Bilibin—. *Ce n'est ni trahison, ni lâcheté, ni bêtise; c'est comme à Ulm…* —Pareció quedarse pensativo buscando la expresión—: *C'est… c'est du Mack. Nous sommes mackés*[282] —concluyó, sintiendo que había pronunciado un *mot*, un *mot* nuevo y tan bueno que iba a ser repetido. Las arrugas, hasta ese momento concentradas en su frente, se relajaron rápidamente en señal de gozo, sonrió levemente y empezó a mirarse las uñas—. ¿Adónde va? —dijo de pronto, volviéndose hacia el príncipe Andréi, que se había levantado y se dirigía a su habitación.

—Me marcho.

—¿Adónde?

—Con mi ejército.

—Pero ¿no quería quedarse dos días más?

—Pues ahora quiero irme de inmediato.

Y el príncipe Andréi, tras disponerlo todo para su marcha, se fue a su habitación.

—¿Sabe qué, querido amigo? —le dijo Bilibin entrando en ella—. He estado pensando en usted. ¿Por qué se marcha?

Y, como prueba de que tal argumento era irrefutable, todas las arrugas de su rostro desaparecieron.

El príncipe Andréi miró interrogativamente a su interlocutor y no respondió nada.

—¿Por qué se marcha? Ya lo sé, usted piensa que su deber es salir ahora mismo a galope para reunirse con su ejército, porque este se encuentra en peligro. Lo entiendo, *mon cher, c'est de l'héroisme*[283].

—En absoluto —dijo el príncipe Andréi.

—Pero usted es un *philosophe*, séalo del todo, mire las cosas desde otro ángulo, y verá que su deber, por el contrario, es cuidar de sí mismo. Deje eso a otros que no sirven para otra cosa… Nadie le ha ordenado regresar ni tampoco le han dado permiso para marcharse de aquí; por lo tanto, puede quedarse y venir con nosotros adonde nos lleve nuestro desgraciado destino. Dicen que vamos a Olmütz. Es una ciudad encantadora. Podemos viajar los dos juntos en mi carretela.

—Deje de bromear, Bilibin —dijo Bolkonski.

—Le hablo con sinceridad, como un amigo. Piénselo. ¿Adónde va y para qué se marcha ahora, cuando se puede quedar aquí? Le espera una de estas dos cosas —juntó la piel sobre la sien izquierda—: o bien que antes de llegar hasta su ejército se firme la paz, o bien que comparta la derrota y la vergüenza con el ejército entero de Kutúzov.

Bilibin relajó sus arrugas al sentir que su dilema era irrebatible.

—Eso es algo que no puedo juzgar —le respondió fríamente el príncipe Andréi, y pensó: «Me marcho para salvar al ejército».

—*Mon cher, vous êtes un héros*[284] —sentenció Bilibin.

XIII

Aquella misma noche, tras despedirse del ministro de Guerra, Bolkonski partió para reunirse con su ejército, sin saber él mismo dónde lo iba a encontrar y temiendo ser capturado por los franceses de camino a Krems.

En Brünn todos los miembros de la corte hacían el equipaje, y el bagaje pesado ya era enviado a Olmütz. Cerca de Etzelsdorf, el príncipe Andréi salió a un camino por el que, en medio de una precipitación y caos extremos, se desplazaba el ejército ruso. El camino estaba hasta tal punto saturado de carros que era imposible pasar con el coche. Después de pedirle a un jefe cosaco un caballo y a uno de sus hombres, el príncipe Andréi, hambriento y cansado, adelantó los convoyes y buscó al comandante en jefe y su carruaje. De camino le llegaron siniestros rumores sobre la situación del ejército, y el aspecto que este tenía al huir en medio del caos confirmaba tales rumores.

«Cette armée russe que l'or de l'Angleterre a transportée, des extrémités de l'univers, nous allons lui faire éprouver le même sort (le sort de l'armée d'Ulm)»[285]: recordaba la orden que Bonaparte diera a su ejército al iniciarse la campaña, y estas palabras despertaron en él, por partes iguales, admiración por el héroe genial y un sentimiento de orgullo herido y de esperanza de

conquistar la gloria. «Y ¿si no queda otra que morir? —pensó—. ¡Bueno, si es lo que tiene que ser, no lo haré peor que los demás!»

El príncipe Andréi miraba con desprecio la interminable maraña de destacamentos, carros, parques, artillería y de nuevo carros, carros y más carros de todas las clases posibles que se adelantaban unos a otros y atestaban en tres o cuatro hileras el embarrado camino. Por todos lados, tanto por delante como por detrás y hasta donde alcanzaba el oído, se percibía el chirrido de las ruedas, el estrépito de los armazones de los carruajes, telegas y cureñas, los cascos de los caballos, los latigazos, los «arres» a gritos, y las palabrotas de soldados, ordenanzas y oficiales. En los márgenes del camino se veían sin cesar caballos caídos, algunos reventados y otros no, carros estropeados sobre los que se sentaban solitarios soldados a la espera de algo, y otros soldados que se habían separado de sus destacamentos y que, o bien se dirigían en tropel hacia los pueblos vecinos, o bien volvían de ellos con gallinas, carneros, heno o sacos repletos de algo. En las bajadas y en las subidas, la multitud se hacía aún más densa y se oía un continuo griterío. Los soldados, hundidos en el barro hasta las rodillas, empujaban los cañones y las enormes telegas; restallaban los látigos, resbalaban los caballos, las correas se quebraban y los pechos se desgarraban a gritos. Los oficiales que dirigían la retirada pasaban con sus caballos adelante y atrás entre los convoyes. Sus voces se oían débilmente en el clamor general, y por sus caras se veía que se desesperaban por no poder detener aquel caos. «*Voilà le cher* “huestes ortodoxas”», pensó Bolkonski recordando las palabras de Bilibin.

Con la intención de preguntar a alguna de aquellas personas dónde estaba el comandante en jefe, se acercó a un convoy. Justo delante de él pasaba un extraño carruaje tirado por un solo caballo, al parecer, construido por los soldados con materiales caseros, que estaba a medio camino entre una telega, un cabriolé y una carretela. Lo conducía un soldado, y una mujer, toda envuelta en chales, iba sentada bajo una capota de piel, detrás de un mandil. El príncipe Andréi se acercó, y ya se estaba dirigiendo al soldado, cuando los gritos desesperados de la mujer llamaron su atención. El oficial que dirigía el convoy estaba golpeando al soldado porque este quería adelantar a los demás, y el látigo llegó a dar al mandil del carruaje. La mujer chillaba de forma desgarradora. Al ver al príncipe Andréi, salió de detrás del mandil y, agitando sus brazos delgados por debajo del chal, parecido a un tapiz, gritó:

—¡Ayudante de campo! ¡Señor ayudante de campo!… ¡Por Dios… defiéndame…! ¿Qué va a ser de mí?… Soy la mujer del médico del 7.º de

Cazadores… No me dejan pasar; nos hemos quedado rezagados y hemos perdido a los nuestros…

—¡Te voy a dar una buena zurra, da media vuelta! —le gritaba, furioso, el oficial al soldado—. ¡Da media vuelta con tu ramera!

—Señor ayudante de campo, defiéndanos. ¿Cómo es posible? —gritaba la mujer del médico.

—Haga el favor de dejar pasar este carruaje. ¿Acaso no ve que va una mujer? —dijo el príncipe Andréi acercándose al oficial.

El oficial le echó una mirada y, sin responder, se dirigió de nuevo al soldado:

—Te voy a dar… ¡Atrás!…

—Le he dicho que la deje pasar —repitió una vez más el príncipe Andréi con los labios apretados.

—Y tú ¿quién eres? —El oficial se volvió de pronto hacia él, con la rabia de quien va borracho (y haciendo especial énfasis en el tú)—. ¿Eres jefe o qué? Aquí el jefe soy yo, y no tú. ¡Eh, tú, atrás! —repitió—. O te doy una buena zurra.

Era evidente que al oficial le gustaba aquella expresión.

—¡Cómo le ha bajado los humos al ayudantillo de campo! —se oyó cómo decía una voz desde detrás.

El príncipe Andréi veía que el oficial estaba en medio de un arrebato de ebriedad, de furia inmotivada, durante la cual una persona no sabe lo que dice. Vio también que su intercesión por la mujer del médico había dado pie a lo que más temía en el mundo —eso que llaman *ridicule*—, pero su instinto le decía otra cosa. No había tenido aún tiempo el oficial de acabar sus últimas palabras cuando el príncipe Andréi, con el rostro desfigurado por la rabia, ya había llegado hasta él con su fusta de cuero en alto:

—¡Ha-ga el fa-vor de de-jar-la pa-sar!

El oficial agitó una mano con desdén y se alejó a toda prisa.

—Todo este caos es culpa de estos, los del Estado Mayor —refunfuñó—. Haga lo que quiera.

El príncipe Andréi se alejó rápidamente, sin levantar la mirada hacia la mujer del médico, que lo llamaba «mi salvador», y, recordando con repugnancia hasta el más mínimo detalle de esa humillante escena, cabalgó hacia la aldea en la que, según le habían dicho, estaba el comandante en jefe.

Al llegar, bajó del caballo y se dirigió a la primera casa con la intención de descansar al menos un momento, comer algo y poner en claro todos los humillantes pensamientos que le torturaban. «Es una banda de miserables, y

no un ejército», pensaba, acercándose a la ventana de la primera casa, cuando una voz familiar le llamó por su nombre.

Se dio la vuelta. Por una pequeña ventana se asomó el hermoso rostro de Nesvitski, que, masticando algo en su boca húmeda, le hacía señas con los brazos.

—¡Bolkonski, Bolkonski! ¿Es que no me oyes? Rápido, ven —le gritaba.

Al entrar en la casa, el príncipe Andréi vio a Nesvitski y a otro ayudante de campo picando algo. Ambos se dirigieron precipitadamente hacia él para preguntarle si traía alguna novedad. En sus rostros, que tan bien conocía, detectó una expresión de alarma e inquietud, especialmente patente en el rostro siempre sonriente de Nesvitski.

—¿Dónde está el comandante en jefe? —preguntó Bolkonski.

—Está aquí, en aquella casa —respondió el ayudante de campo.

—Bueno, y ¿qué? ¿Es cierto lo de la paz y la capitulación? —preguntó Nesvitski.

—Lo mismo les pregunto a ustedes. No sé nada, excepto que a duras penas he conseguido llegar hasta aquí.

—Pues ¡aquí, hermano, todo es un horror! Reconozco mi culpa, hermano: nos reíamos de Mack, y lo nuestro es ahora mucho peor —dijo Nesvitski—. Pero siéntate, come algo.

—Ahora, príncipe, no encontrará ningún carruaje ni nada, y Dios sabe dónde está su Piotr —apuntó el otro ayudante de campo.

—Y ¿dónde está el cuartel general?

—Estamos pasando las noches en Znaim.

—Pues yo he cargado dos caballos hasta arriba con todo lo que necesito —dijo Nesvitski—: me han hecho unos fardos excelentes. Podría escabullirme incluso por las montañas de Bohemia. La cosa está mal, hermano. Pero ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo, que tiemblas así? —preguntó Nesvitski al darse cuenta de que el príncipe Andréi se estremecía como si hubiera rozado una botella de Leyden.

—No es nada —respondió el príncipe Andréi.

En ese momento había recordado el encontronazo con el oficial del convoy por la mujer del médico.

—¿Qué está haciendo aquí el comandante en jefe? —preguntó.

—Yo no entiendo nada —respondió Nesvitski.

—Pues yo solo entiendo una cosa: todo esto es infame, infame y nada más que infame —dijo el príncipe Andréi, y se dirigió hacia la casa en la que se encontraba el comandante en jefe.

Dejando a su espalda el carruaje de Kutúzov, a los extenuados caballos de silla de la comitiva y a los cosacos que charlaban alzando mucho la voz, el príncipe Andréi entró en el zaguán. Kutúzov en persona, como le habían dicho, estaba en la isba con el príncipe Bagratión y con Weyrother, un general austríaco que sustituía al difunto Schmitt. En el zaguán estaba el pequeño Kozlovski, en cuclillas enfrente de un escribano, que, con el uniforme remangado, escribía con prisas encima de un pequeño tonel vuelto del revés. Por la cara, se veía que estaba agotado: era evidente que tampoco él había dormido aquella noche. Echó una ojeada al príncipe Andréi y ni siquiera le saludó con la cabeza.

—Segunda línea… ¿Lo has escrito? —continuó, dictándole al escribano—. Granaderos de Kíev, de Podolsk…

—No corra tanto, excelencia —respondió el escribano con tono irreverente y enojado mirando a Kozlovski.

En ese momento, detrás de la puerta se oyó la voz agitada e insatisfecha de Kutúzov, que era interrumpida por otra voz desconocida. Por el tono de las voces, por la descortesía con la que le había mirado Kozlovski, por la irreverencia del exhausto escribano, por el hecho de que ambos estaban en el suelo, tan cerca del comandante en jefe y junto a un pequeño tonel, y por lo fuerte que se reían los cosacos que sujetaban los caballos bajo la ventana de la casa, el príncipe Andréi supo que algo importante y desastroso habría de ocurrir.

Se dirigió a Kozlovski con varias preguntas insistentes.

—Ahora, príncipe —respondió este—. Son las disposiciones para Bagratión.

—Y ¿hay capitulación?

—Nada de eso; se han dado órdenes para la batalla.

El príncipe Andréi se acercó a la puerta de donde venían las voces. Pero, cuando se disponía a abrirla, las voces callaron, la puerta se abrió y Kutúzov, con su nariz aguileña y el rostro rollizo, apareció en el umbral. Tenía al príncipe Andréi justo enfrente, pero la expresión de su único ojo indicaba que estaba tan absorto en sus pensamientos y preocupaciones que tenía la vista nublada. Miró a su ayudante de campo directamente a la cara y no lo reconoció.

—Bueno, ¿qué? ¿Has acabado? —se volvió hacia Kozlovski.

—Ahora mismo, excelencia.

Bagratión, un hombre de media estatura, con una fisonomía oriental, dura e impasible, enjuto pero aún no viejo, salió detrás del comandante en jefe.

—Tengo el honor de presentarme ante usted —repitió bastante fuerte el príncipe Andréi a la vez que le entregaba un sobre.

—Ah, ¿de Viena? Bien. ¡Luego, luego!

Kutúzov salió al porche con Bagratión.

—Bien, príncipe, adiós —le dijo—. Ve con Cristo. Llevas mi bendición para esta gran hazaña.

De repente a Kutúzov se le ablandaron las facciones y las lágrimas asomaron a sus ojos. Con la mano izquierda tiró de Bagratión, con la derecha, en la que llevaba un anillo, lo santiguó con un gesto al parecer acostumbrado; a continuación, le acercó su gruesa mejilla, pero Bagratión le besó en el cuello.

—¡Ve con Cristo! —repitió Kutúzov, y se encaminó hacia su carretela—. Sube —le dijo a Bolkonski.

—Excelencia, desearía ser útil aquí. Permítame quedarme en el destacamento del príncipe Bagratión.

—Sube —insistió Kutúzov, y, al darse cuenta de que Bolkonski ronceaba, añadió—: también yo necesito buenos oficiales, también yo.

Montaron en la carretela y recorrieron varios minutos en silencio.

—Aún nos queda mucho, mucho por delante —dijo Kutúzov con sagacidad de viejo, como si hubiera comprendido todo lo que ocurría en el alma de Bolkonski—. Si mañana regresa una décima parte de su destacamento, daré las gracias a Dios —añadió como hablando consigo mismo.

El príncipe Andréi miró a Kutúzov, y, sentado a medio *arshín*[286] de él, su vista se detuvo inconscientemente en los contornos de la cicatriz pulcramente lavada de su sien: en la batalla de Izmaíl una bala le había atravesado la cabeza y vaciado un ojo. «¡Sí, tiene derecho a hablar con esa calma de la muerte de esos hombres!», pensó.

—Por eso mismo le pido que me permita quedarme en este destacamento —dijo.

Kutúzov no respondió. Parecía que ya hubiera olvidado lo que él mismo acababa de decir, y estaba absorto en sus pensamientos. Al cabo de cinco minutos, balanceándose suavemente sobre las blandas ballestas de la carretela, se volvió hacia el príncipe Andréi. En su semblante ya no había ni rastro de agitación. Con fina ironía le interrogó sobre los detalles de su entrevista con el emperador, sobre las opiniones que había oído en la corte acerca de la acción en Krems, y sobre algunas mujeres a las que ambos conocían.

XIV

El 1 de noviembre Kutúzov recibió a través de su emisario una noticia que dejaba a su ejército en una situación casi desesperada. El emisario informaba de que los franceses, con un número enorme de efectivos, habían cruzado el puente de Viena y se dirigían hacia la línea de comunicación de Kutúzov con las tropas que avanzaban desde Rusia. Si el comandante en jefe se decidía por permanecer en Krems, el ejército de ciento cincuenta mil hombres de Napoleón le cortaría cualquier posibilidad de comunicación, rodearía su extenuado ejército de cuarenta mil hombres y entonces él se encontraría en la misma situación de Mack en la batalla de Ulm. Si se decidía por desviarse del camino que le reuniría con las tropas de Rusia, tendría que adentrarse por los desconocidos territorios de las montañas de Bohemia, que carecían de caminos, defenderse de un enemigo superior en fuerzas, y abandonar toda esperanza de comunicarse con Buxhoeveden. Si decidía retroceder por el camino que llevaba de Krems hacia Olmütz para alcanzar a las tropas que venían de Rusia, se arriesgaba a que lo adelantaran los franceses que habían cruzado el puente de Viena, y entonces se vería forzado a entrar en combate en plena marcha, con todos los bagajes y convoyes, contra un enemigo que le triplicaba en número y que lo tenía rodeado por ambos lados.

Kutúzov eligió esta última opción.

Los franceses —le había informado el emisario—, una vez atravesaron el puente de Viena, habían acelerado la marcha hacia Znaim, que estaba a más de cien verstas del camino por el que se replegaba Kutúzov. Llegar hasta Znaim antes que los franceses supondría grandes esperanzas de salvar el ejército; dejar que los franceses se adelantaran en Znaim, una probable deshonra semejante a la de Ulm o el aniquilamiento total. Sin embargo, era imposible adelantar al enemigo con todo el ejército. El camino de Viena a Znaim de los franceses era más corto y mejor que el de Krems a Znaim de los rusos.

La misma noche en que recibió esta información, Kutúzov envió una vanguardia de cuatro mil hombres, bajo el mando de Bagratión, hacia la derecha: a través de las montañas, debían llegar desde el camino de Krems a Znaim al camino de Viena a Znaim. Bagratión debía recorrer sin descanso aquel paso, detenerse de cara a Viena y de espaldas a Znaim, y, si lograba adelantar a los franceses, retenerlos cuanto pudiera. Por su parte, Kutúzov avanzaría hacia Znaim con todos los bagajes. Habiendo recorrido con sus soldados hambrientos y descalzos, en una noche tempestuosa, cuarenta y

cinco verstas por montañas sin caminos, y habiendo perdido una tercera parte de rezagados, Bagratión llegó a Hollabrün —en el camino de Viena a Znaim— varias horas antes que los franceses, que avanzaban desde Viena y ya estaban en las cercanías. Kutúzov, con todos sus convoyes, aún necesitaba veinticuatro horas más para poder alcanzar Znaim y, para salvar al ejército, Bagratión necesitaba contener durante ese tiempo con sus cuatro mil soldados hambrientos y exhaustos a todas las tropas enemigas en Hollabrün; evidentemente, el plan era imposible. El caprichoso destino hizo, no obstante, de lo imposible algo posible. El éxito del engaño, que sin necesidad de lucha alguna había puesto en manos de los franceses el puente de Viena, había incitado a Murat a intentar engañar del mismo modo a Kutúzov. Al encontrarse con el débil destacamento de Bagratión en el camino de Znaim, pensó que aquel era todo el ejército de Kutúzov. Y, para destruirlo de manera aplastante, esperó a las tropas que se le habían quedado rezagadas en el camino desde Viena: con ese objetivo propuso una tregua de tres días, con la condición de que ni unos ni otros cambiaran de posición ni se movieran del sitio. Murat aseguraba que las negociaciones de paz ya se habían iniciado y que, precisamente para evitar un inútil derramamiento de sangre, proponía la tregua. El general austríaco —el conde Nostitz— que estaba en la avanzadilla creyó las palabras del emisario Murat y retrocedió, con lo que dejó descubierto al destacamento de Bagratión. Otro emisario cabalgó hasta la línea rusa para anunciar la misma noticia sobre las negociaciones de paz y proponer esa tregua de tres días. Bagratión respondió que él no podía ni aceptar ni rechazar una tregua, y mandó a su ayudante de campo con un informe sobre la propuesta que debía entregar a Kutúzov.

La tregua era para Kutúzov la única manera de ganar tiempo, de dejar descansar al agotado destacamento de Bagratión y de dar a los convoyes y bagajes (cuyo movimiento era ocultado a los franceses) al menos un día más para llegar hasta Znaim. La propuesta de tregua ofrecía la única e inesperada posibilidad de salvar al ejército. Al recibir la noticia, Kutúzov envió de inmediato al general-ayudante de campo[287] Wintzingerode al frente enemigo. Wintzingerode debía no solo decir que aceptaba la tregua, sino proponer las condiciones de una capitulación, y entretanto Kutúzov dio la orden a sus ayudantes de campo de volver atrás y acelerar al máximo el avance de los convoyes de todo el ejército por el camino de Krems a Znaim. El exhausto y hambriento destacamento de Bagratión debía aguantar, solo e inmóvil, ante un enemigo ocho veces más fuerte, cubriendo a la vez el avance de los convoyes y del ejército entero.

Las expectativas de Kutúzov se cumplieron, tanto porque la oferta de capitulación, que no obligaba a nada, les dio tiempo a que avanzara una parte de los convoyes, como porque el error de Murat iba a ser descubierto muy pronto. En cuanto Bonaparte, que se encontraba en Schönbrunn, a veinticinco verstas de Hollabrün, recibió el informe de Murat con su proyecto de tregua y capitulación, vio el engaño y le escribió la siguiente carta:

> *Au prince Murat. Schoenbrunn, 25 brumaire en 1805 à huit heures du matin.*
>
> *II m'est impossible de trouver des termes pour vous exprimer mon mécontentement. Vous ne commandez que mon avant-garde et vous n'avez pas le droit de faire d'armistice sans mon ordre. Vous me faites perdre le fruit d'une campagne. Rompez l'armistice sur-le-champ et marchez à l'ennemi. Vous lui ferez déclarer que le général qui a signé cette capitulation n'avait pas le droit de le faire, qu'il n'y a que l'Empereur de Russie qui ait ce droit.*
>
> *Toutes les fois cependant que l'Empereur de Russie ratifierait la dite convention, je la ratifierai; mais ce n'est qu'une ruse. Marchez, détruisez l'armée russe… vous êtes en position de prendre son bagage et son artillerie.*
>
> *L'aide-de-camp de l'Empereur de Russie est un… Les officiers ne sont rien quand ils n'ont pas de pouvoirs: celui-ci n'en avait point… Les Autrichiens se sont laissé jouer pour le passage du pont de Vienne, vous vous laissez jouer par un aide-de-camp de l'Empereur.*
>
> NAPOLÉON[288]

El ayudante de campo de Bonaparte partió a galope tendido para entregarle la amenazante carta a Murat. El propio Bonaparte, desconfiando de sus generales, avanzó con su Guardia hacia el campo de batalla con el temor de que se le escapara una víctima que ya tenía servida; mientras tanto, el destacamento de cuatro mil hombres de Bagratión encendía hogueras alegremente, se secaba, se calentaba y, por fin después de tres días, se preparaba unas gachas. Y ningún hombre de aquel destacamento sabía ni sospechaba lo que se le venía encima.

XV

Pasadas las tres de la tarde, el príncipe Andréi, que había conseguido que Kutúzov aceptara su ruego, llegó a Grunt y se presentó ante Bagratión. El ayudante de campo de Bonaparte aún no había llegado al destacamento de Murat, y el combate todavía no se había iniciado. Por su parte, en el destacamento de Bagratión nadie sabía nada de lo que sucedía, y hablaban de paz, aunque sin creer en tal posibilidad. Hablaban también del combate, pero tampoco creían que fuera a ser inminente.

Bagratión, que conocía a Bolkonski como el ayudante de campo favorito y de confianza de Kutúzov, lo recibió con especial distinción y benevolencia;

le explicó que, con toda probabilidad, el combate empezaría ese mismo día o al siguiente, y le dijo que le daba total libertad para estar a su lado en la batalla, o bien en la retaguardia, y así vigilar que la retirada fuera ordenada, «algo también muy importante».

—Por otra parte, no creo que hoy vaya a haber ningún enfrentamiento —dijo, como si quisiera tranquilizar al príncipe Andréi.

«Si es uno de esos petimetres tan habituales en el Estado Mayor que nos mandan solo para obtener una crucecita, en la retaguardia también lo condecorarán; pero, si lo que quiere es estar a mi lado, que así sea… Si es un oficial valiente, me será útil», pensó Bagratión. El príncipe Andréi, sin responder nada, pidió permiso al príncipe para recorrer las posiciones y conocer la colocación de las tropas, y así saber dónde ir en caso de una misión. El oficial de servicio del destacamento, un hombre guapo, vestido con elegancia, con una sortija de diamantes en el dedo índice, que hablaba mal en francés aunque gustosamente, se ofreció a acompañarlo.

Por todos lados se veían oficiales con el rostro triste y la ropa mojada que parecían buscar algo, y a soldados que se habían llevado de la aldea puertas, bancos y cercas.

—Como ve, príncipe, no podemos librarnos de esta gente —dijo el oficial superior señalándolos—. Los superiores no los tienen a raya. Y aquí —señaló la tienda abierta del cantinero— se juntan a pasar el rato. Esta mañana los he echado a todos: y mire, ya está otra vez llena. Debo acercarme, príncipe, y espantarlos. Un minuto.

—Vayamos, así pediré queso y un panecillo —dijo el príncipe Andréi, que no había tenido tiempo de comer nada.

—Pero ¿por qué no lo ha dicho antes, príncipe? Le habría ofrecido mi hospitalidad.

Desmontaron y entraron en la tienda del cantinero. Varios oficiales con el rostro enrojecido y extenuado bebían y comían alrededor de las mesas.

—Cómo es posible, señores —dijo el oficial superior en el tono de reproche de quien ha repetido lo mismo varias veces—. No pueden ausentarse de este modo. El príncipe ha ordenado que aquí no haya nadie. Por ejemplo, usted, señor capitán segundo —añadió dirigiéndose a un oficial de artillería menudo, sucio y delgado que iba sin botas (se las había dado al cantinero para que las secara) y solo en calzones, y que se levantó sonriendo de un modo algo forzado cuando ellos entraron—. ¿Cómo no le da vergüenza, capitán Tushin? —continuó diciendo el oficial superior—. Creo que usted, como artillero, tendría que dar ejemplo, y va sin botas. Si dan la alarma, le irá muy

bien sin botas. —Sonrió—. Hagan el favor de dirigirse a sus puestos, señores: todos, todos —concluyó con voz de mando.

El príncipe Andréi sonrió sin querer al mirar al capitán segundo Tushin. En silencio y con una sonrisa, este, apoyándose en uno y otro pie descalzos, miraba interrogativamente con sus ojos grandes, inteligentes y bondadosos primero al príncipe Andréi y después al oficial superior.

—Los soldados suelen decir: descalzo se va mejor —apuntó el capitán Tushin sonriendo y azarado, con el deseo evidente de salir de la incómoda situación y pasar a un tono jocoso.

Pero aún no había acabado de decir estas palabras y ya notó que su broma no había sido bien recibida ni le había salido bien. Se quedó turbado.

—Hagan el favor de volver a sus puestos —dijo el oficial superior tratando de mantener la seriedad.

El príncipe Andréi volvió a mirar la menuda figura del artillero. Había en él algo especial, nada militar, un poco cómico, pero completamente cautivador.

El oficial superior y el príncipe Andréi se montaron en sus caballos y se alejaron.

Al pasar la aldea, adelantando continuamente a soldados y oficiales de distintos equipos que iban a pie y cruzándose con ellos, vieron a la izquierda la fortificación que construían en un terreno cuya arcilla recientemente cavada era de un color rojizo. Varios batallones de soldados que, a pesar del viento frío, iban solo en camisa pululaban como hormigas blancas; alguien a quien no veían echaba sin cesar paladas de barro rojizo desde el otro lado del terraplén. Llegaron hasta la fortificación, la examinaron y siguieron su camino.

Justo detrás de la fortificación toparon con varias decenas de soldados que bajaban al terraplén incesantemente, uno tras otro. Tuvieron que taparse la nariz y poner a los caballos al trote para alejarse de aquella pestilente atmósfera.

—*Voilà l'agrément des camps, monsieur le Prince*[289] —dijo el oficial superior de servicio.

Salieron a la montaña de enfrente, desde donde ya se veía a los franceses. El príncipe Andréi se detuvo y se puso a examinar el terreno.

—Aquí está nuestra batería —dijo el oficial superior señalando el punto más alto—, es la de ese excéntrico que antes iba sin botas; desde allí se ve todo: vayamos, príncipe.

—Le estoy profundamente agradecido, pero a partir de aquí iré solo —dijo el príncipe Andréi, que tenía ganas de deshacerse del oficial superior—; no se preocupe, por favor.

El oficial superior se quedó a la zaga, y el príncipe Andréi avanzó en solitario.

Cuanto más lejos llegaba y más se aproximaba al enemigo, más orden y alegría veía en las tropas. Donde más intensamente se percibía el caos y el abatimiento era en el convoy que el príncipe Andréi había adelantado por la mañana, delante de Znaim, a diez verstas de los franceses. En Grunt también se sentía cierta alarma y temor. Pero, cuanto más se acercaba a la línea de los franceses, más aplomo mostraban nuestras tropas. Los soldados, en capote, formaban una fila, y el sargento mayor y el jefe de compañía contaban a los hombres tocando con el dedo en el pecho al último del pelotón y le ordenaban que levantara una mano; diseminados por todo el terreno, otros traían leña y chamarasca, y construían pequeños barracones riendo alegremente mientras intercambiaban alguna frase; otros estaban sentados junto a las hogueras, vestidos o desnudos, secando las camisas y las polainas o remendando las botas y los capotes, agrupándose alrededor de los calderos y de quienes preparaban el rancho. En una compañía la comida ya estaba lista, y los soldados miraban con el rostro ávido los calderos humeantes, esperando a que un oficial sentado en un tronco frente a su barracón probara la muestra que el encargado de intendencia le llevaba en una taza de madera.

En otra compañía más afortunada —no todas tenían vodka—, los soldados se agolpaban alrededor de un sargento mayor picado de viruelas y ancho de espaldas que vertía de un pequeño tonel la bebida en los tapones de las cantimploras que le acercaban por turnos. Después, los soldados se llevaban con devoción la cantimplora a la boca, se enjuagaban la boca, se la secaban con las mangas del capote y se alejaban del sargento mayor con una expresión más animada. Era tal la calma que mostraban todos aquellos rostros que parecía que no estuvieran a la vista del enemigo ni ante un inminente combate en el que iba a caer como mínimo medio destacamento, sino en algún lugar de Rusia a la espera de una tranquila acampada. Después de haber recorrido el regimiento de cazadores y las filas de los granaderos de Kíev, hombres gallardos que estaban ocupados en las mismas tareas apacibles, el príncipe Andréi, no lejos del barracón —que destacaba por su mayor altura entre los demás— del jefe de compañía, llegó al frente del pelotón de granaderos, ante el cual yacía un hombre desnudo. Dos soldados lo sujetaban y otros dos blandían unas varas flexibles y le golpeaban con regularidad la espalda

descubierta. El hombre castigado gritaba de un modo innatural. Un comandante grueso se paseaba por delante de la primera fila y, sin detenerse ni prestar atención a los gritos, decía:

—Para un soldado robar es una infamia: el soldado debe ser honrado, noble y valiente; si roba a un hermano, no hay honradez en él: es un canalla. ¡Más, más!

Y no dejaban de oírse los golpes de las varas flexibles, y los gritos de desesperación, aunque exagerados.

—¡Más, más! —repetía el comandante.

Un oficial joven, con expresión de perplejidad y sufrimiento, se apartó del castigado y examinó interrogativamente al ayudante de campo que pasaba en su caballo.

El príncipe Andréi, habiendo alcanzado la primera línea, recorrió el frente. Nuestra línea ocupaba el flanco izquierdo y la del enemigo el derecho, y estaban alejadas entre sí; pero en el centro, en el lugar donde por la mañana habían pasado los parlamentarios, estaban tan cerca que los soldados se podían ver unos a otros y cruzar palabras. Además de los que formaban la línea, había a ambos lados muchos curiosos que se reían al examinar al enemigo, que tan extraño y ajeno les parecía.

Desde primera hora de la mañana, a pesar de la prohibición de aproximarse a la primera línea, los jefes no habían conseguido librarse de los curiosos. Los soldados que formaban la línea, como quien exhibe alguna rareza, ya no miraban a los franceses, sino que hacían comentarios sobre los curiosos que se acercaban, y esperaban aburridos el relevo. El príncipe Andréi se detuvo para examinar a los franceses.

—¡Mira, mira! —le decía un soldado a su compañero, señalando a un mosquetero ruso que se había acercado a la primera línea con un oficial y que hablaba rápida y animadamente con un granadero francés—. ¡Mira qué bien habla ese! ¡Ni el *franzés* le sigue! A ver tú, Sídorov…

—Espera, deja que escuche… ¡No está nada mal! —respondió Sídorov, que era considerado un experto en francés.

El soldado al que señalaban entre risas era Dólojov. El príncipe Andréi lo reconoció y prestó oído a su conversación. Dólojov se había acercado con su jefe de compañía a la primera línea; venían del flanco izquierdo, donde estaba su regimiento.

—¡Venga, sigue, sigue! —lo animaba su jefe de compañía, inclinándose hacia delante y tratando de no perderse ni una de las palabras de las que no entendía nada—. Por favor, no pares. ¿Qué dice?

Dólojov no respondió al jefe de compañía; se había enzarzado en una acalorada discusión con el granadero francés. Hablaban, como no podía ser de otra manera, de la campaña. El francés, confundiendo a los austríacos con los rusos, trataba de demostrar que los rusos se habían rendido y habían huido de Ulm; Dólojov trataba de demostrar que los rusos no se habían rendido, sino que habían vapuleado a los franceses.

—Y aquí nos han ordenado que os despachemos, y os despacharemos —decía Dólojov.

—Vosotros cuidaos de que no os capturemos con todos vuestros cosacos —replicaba el granadero francés.

Los espectadores y los oyentes franceses se echaron a reír.

—Os haremos bailar como bailasteis con Suvórov (*on vous fera danser*) —dijo Dólojov.

—*Qu'est-ce qu'il chante?*[290] —preguntó un francés.

—*De l'histoire ancienne* —le respondió otro al intuir que se refería a guerras del pasado—. *L'Empereur va lui faire voir à votre Souvara, comme aux autres…*[291]

—Bonaparte —empezó a decir Dólojov, pero el francés lo cortó:

—Nada de Bonaparte. ¡El emperador! *Sacré nom*… —gritó enfadado.

—¡Al diablo con vuestro emperador!

Y Dólojov comenzó a soltar burdas palabrotas en ruso, propias de un soldado, levantó el arma y se alejó.

—Vamos, Iván Lukich —le dijo al jefe de compañía.

—Así se habla en *franzés* —dijeron varios soldados de la primera línea—. ¡A ver tú, Sídorov!

Sídorov guiñó un ojo y, dirigiéndose a los franceses, se puso a balbucear palabras incomprensibles a toda velocidad:

—*Cari, mala, tafa, muter, casca* —barbotaba, tratando de dar a su voz una entonación convincente.

—¡Jo, jo, jo! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay, ay! —los soldados estallaron en una carcajada tan sana y alegre que cruzó el frente y contagió sin querer a los franceses, después de lo cual parecía que hubiera que descargar los fusiles, volar las cargas y acto seguido marcharse cada uno a su casa.

Pero los fusiles seguían cargados, las aspilleras de las casas y de las fortificaciones seguían mirando tan amenazadoramente como antes, y los cañones, sacados de los avantrenes, seguían apuntándose unos a otros.

XVI

Una vez recorrida toda la línea de tropas desde el flanco derecho hasta el izquierdo, el príncipe Andréi subió a la batería desde la que, según le había dicho el oficial superior, se veía todo el campo de batalla. Allí desmontó y se detuvo junto a uno de los cuatro cañones que habían sacado de las cureñas. Delante de los cañones hacía guardia un centinela artillero que se puso firmes cuando apareció el oficial, pero, que al hacerle este una señal, reanudó su paso regular y aburrido. Detrás de los cañones estaban las cureñas y, aún más atrás, los postes para atar los caballos y las hogueras de los artilleros. A la izquierda, no lejos del último cañón, de una pequeña choza recién construida salían las voces animadas de los oficiales.

Efectivamente, desde la batería se abría la vista hacia casi todas las posiciones rusas y la mayor parte de las enemigas. Justo enfrente, en una colina, se veía la aldea de Schöngrabern; a la izquierda y a la derecha de esta, en tres lugares distintos, se podía distinguir entre el humo de las hogueras el grueso de las tropas francesas, cuya mayor parte, por lo visto, se encontraba en la misma aldea y detrás de la montaña. Más a la izquierda, entre el humo, parecía desplegarse algo semejante a una batería, pero a simple vista no se distinguía bien. Nuestro flanco derecho se emplazaba en un montículo bastante pronunciado que dominaba las posiciones de los franceses. Allí se encontraba nuestra infantería, y en su extremo se veía a los dragones. En el centro, donde se había dispuesto la batería de Tushin desde la que el príncipe Andréi examinaba las posiciones, la pendiente era más suave y recta, y subía hacia el arroyo que separaba a los nuestros de Schöngrabern. A la izquierda estaban nuestras tropas, cerca de un bosque donde humeaba la hoguera de nuestra infantería, que partía leña. La línea de los franceses era más ancha que la nuestra, y resultaba evidente que podían flanquearla por ambos lados. Detrás de nuestras posiciones un abrupto y profundo barranco hacía difícil que la artillería y la caballería pudieran batirse en retirada. El príncipe Andréi, con un codo apoyado en un cañón y un cuaderno en la mano, trazaba para sí mismo el plano de la posición de las tropas. Dos veces escribió observaciones a lápiz con la intención de transmitírselas a Bagratión. Pensó, en primer lugar, en concentrar toda la artillería en el centro y, en segundo lugar, en hacer retroceder a la caballería hacia el otro lado del barranco. Por su presencia constante al lado del comandante en jefe, observando los movimientos de las masas y las órdenes generales, y habiendo estudiado también las descripciones históricas de las batallas, en este combate inminente veía

inconscientemente, solo a grandes rasgos, la próxima evolución de los movimientos militares. Imaginaba únicamente el siguiente tipo de grandes eventualidades: «Si el enemigo lleva el ataque hacia el flanco derecho —se decía—, el regimiento de granaderos de Kíev y el de cazadores de Podolsk tendrán que mantener su posición hasta que las reservas del centro lleguen hasta ellos. En este caso, los dragones pueden atacar el flanco y derrotarlos. En caso de un ataque hacia el centro, situamos en este montículo la batería central y, bajo su protección, concentramos el flanco izquierdo y nos replegamos escalonadamente hasta el barranco»…

Durante todo el tiempo que estuvo en la batería, junto al cañón, no dejó de oír ni un momento las voces de los oficiales en el barracón, pero, como suele suceder, sin prestar atención a nada de lo que decían. Sin embargo, las voces de pronto le sorprendieron por el tono íntimo que habían adoptado, y, sin darse cuenta, se puso a escuchar.

—No, querido —decía una voz agradable que al príncipe Andréi le resultaba familiar—, lo que digo es que, si fuera posible saber lo que hay después de la muerte, entonces nadie le tendría miedo. Así es, querido.

Otra voz más joven le interrumpió:

—Da igual que le tengas miedo o no: nadie escapará de ella.

—Pero ¡siempre se le tiene miedo! Ah, hombres sabios —interrumpió una tercera—. Si vosotros, los artilleros, sois sabios es en gran parte porque os lo podéis llevar todo: el vodka y los aperitivos.

Y el dueño de aquella voz varonil, al parecer un oficial de infantería, se echó a reír.

—Siempre se le tiene miedo —continuó diciendo la primera voz, la que le resultaba familiar—. Tienes miedo de lo desconocido, eso es. Por mucho que digan que el alma va al cielo… Ya sabemos que no hay cielo, solo atmósfera.

La voz varonil volvió a interrumpir al artillero.

—Bueno, invítenos a su licor de hierbas, Tushin —dijo.

«Ah, es ese mismo capitán que iba sin botas en la tienda del cantinero», pensó el príncipe Andréi al reconocer con placer aquella voz agradable que filosofaba.

—Puedo invitarlo a licor —dijo Tushin—, pero llegar a comprender la vida futura…

No acabó la frase. En aquel instante se oyó un silbido en el aire, cada vez más cerca, más rápido y fuerte, más fuerte y rápido; y una bala de cañón, como si no hubiera terminado de decir todo lo que debía, golpeó en el suelo

cerca del barracón y estalló con una fuerza inhumana. La tierra pareció gritar por el terrible impacto.

Inmediatamente el pequeño Tushin salió del barracón —fue el primero de todos— con una pipa en un lado de la boca; su rostro bondadoso e inteligente estaba un poco pálido. Detrás de él salió el de la voz varonil, un gallardo oficial de infantería, que corrió hacia su compañía abrochándose los botones a la carrera.

XVII

Montado en su caballo, el príncipe Andréi se detuvo en la batería para observar el humo del cañón que había disparado. Sus ojos recorrían todo aquel vasto espacio. Solo veía que las masas que formaban los franceses, antes inmóviles, ahora se agitaban, y que a la izquierda había, efectivamente, una batería. El humo que se elevaba por encima de esta aún no se había disipado. Dos jinetes franceses, probablemente ayudantes de campo, cabalgaban por la montaña. A los pies, seguramente para reforzar la primera línea, se distinguía con claridad el desplazamiento de una pequeña columna del ejército enemigo. Aún no se había disipado el humo del primer disparo cuando otro apareció y se oyó un disparo. La batalla había empezado. El príncipe Andréi dio la vuelta a su caballo y galopó de regreso a Grunt en busca del príncipe Bagratión. A su espalda el cañoneo se volvía más frecuente y ruidoso. Era evidente que los nuestros habían empezado a responder. Abajo, en el lugar por el que habían pasado los parlamentarios, se oyeron disparos de fusil.

Lemarrois acababa de llegar a galope con la carta amenazadora de Bonaparte y se la había entregado a Murat, que, avergonzado y deseoso de reparar su falta, dirigió inmediatamente a sus tropas al centro y hacia ambos flancos con la esperanza de aplastar, antes de la noche y de la llegada del emperador, a aquel insignificante destacamento que tenía delante.

«¡Ha empezado! ¡Así es! —pensaba el príncipe Andréi sintiendo que la sangre le fluía con más violencia hacia el corazón—. Pero ¿dónde y cómo se producirá mi Tolón?»

Al pasar entre aquellas mismas compañías que un cuarto de hora antes comían gachas y bebían vodka, vio en todas partes los mismos movimientos rápidos de los soldados, que formaban y cogían sus fusiles, y en todos los rostros reconoció ese sentimiento de excitación que albergaba en su corazón.

«¡Ha empezado! ¡Así es! ¡Da miedo y alegría!», decía el rostro de cada soldado y oficial.

No había llegado aún a la fortificación recientemente construida cuando vio a la luz vespertina del día nublado otoñal a unos jinetes que avanzaban hacia él. El que iba delante vestía un *burka*[292] y un casquete de astracán, y montaba un caballo blanco. Era el príncipe Bagratión. El príncipe Andréi se detuvo para esperarlo; el príncipe Bagratión frenó su caballo y, cuando reconoció al príncipe Andréi, lo saludó con la cabeza. Continuó mirando hacia delante mientras el ayuda de campo le contaba lo que había visto.

La expresión «¡Ha empezado! ¡Así es!» se reflejaba incluso en el vigoroso y tostado rostro del príncipe Bagratión, con sus ojos medio cerrados y velados, como somnolientos. El príncipe Andréi no dejaba de mirar con inquieto interés su rostro impasible, con ganas de saber si aquel hombre pensaba o sentía algo y, en caso afirmativo, qué era lo que pensaba y sentía en ese instante. «¿Hay realmente algo detrás ese rostro impasible?», se preguntaba mientras lo miraba. El príncipe Bagratión inclinó la cabeza en señal de aprobación a sus palabras y respondió: «Bien», como si todo cuanto ocurría y le comunicaban fuera exactamente lo que había previsto. El príncipe Andréi, sin aliento después de la rápida galopada, hablaba deprisa. El príncipe Bagratión había pronunciado esa palabra con su acento oriental[293] y con especial lentitud, como dando a entender que no había por qué apresurarse. No obstante, hizo trotar a su caballo hasta la batería de Tushin. El príncipe Andréi lo siguió con la comitiva. Detrás del príncipe Bagratión iban: un oficial de la comitiva; el ayudante personal del príncipe; Zherkov; un ordenanza; el oficial superior de servicio montado en un hermoso caballo blanco con la cola cortada; y un funcionario civil, un auditor que había pedido permiso para presenciar la batalla por pura curiosidad. El auditor, un hombre regordete con el rostro también regordete, miraba a un lado y a otro con una sonrisa ingenua y alegre, zarandeándose sobre su caballo; enfundado en un capote de camelote y montado en una silla de soldado de convoy, tenía una pinta de lo más extraña entre todos aquellos húsares, cosacos y ayudantes de campo.

—Este quiere ver la batalla —le dijo Zherkov a Bolkonski señalándolo— y ya tiene retortijones.

—Bueno, ya basta —dijo el auditor con una sonrisa radiante, ingenua y a la vez pícara, como si le resultara halagüeño ser el centro de las bromas de Zherkov, y como si quisiera parecer más tonto de lo que en realidad era.

—*Très drôle, mon monsieur prince*[294] —dijo el oficial superior de servicio. (Recordaba que en francés hay un modo especial para referirse al título de príncipe, pero no supo en absoluto atinar.)

Ya se estaban aproximando a la batería de Tushin cuando delante de ellos cayó una bala de cañón.

—¿Qué es lo que ha caído? —preguntó el auditor inocentemente.

—Galletas francesas —dijo Zherkov.

—Entonces ¿con eso es con lo que matan? —preguntó el auditor—. ¡Qué espanto!

Y pareció hincharse de satisfacción. Apenas había acabado de hablar cuando de nuevo se oyó otro terrible e inesperado silbido, que se convirtió en un impacto contra algo como líquido y… ¡paf-f-f-f!: un cosaco que estaba detrás, más a la derecha del auditor, se desplomó en el suelo con su caballo. Zherkov y el oficial superior de servicio se agazaparon sobre sus sillas y dieron la vuelta a sus caballos. El auditor se detuvo enfrente del cosaco y lo examinó con atenta curiosidad. El cosaco estaba muerto, pero el caballo aún se estremecía.

El príncipe Bagratión, con los ojos entornados, se volvió a mirar y, al ver el motivo de la turbación, se dio la vuelta con indiferencia, como diciendo: «¡Perder el tiempo en semejantes tonterías!». Detuvo su caballo con gesto de jinete experto, se inclinó un poco y se colocó bien la espada, que se le había enganchado con el *burka*. Era una espada antigua, distinta de las que se llevaban entonces. El príncipe Andréi recordó la historia de cómo en Italia Suvórov le había regalado su espada a Bagratión, y en ese momento el recuerdo le resultó sumamente agradable. Por fin llegaron a la batería, la misma desde la que Bolkonski antes había observado el campo de batalla.

—¿Qué compañía es esta? —le preguntó el príncipe Bagratión a un suboficial de artillería que estaba junto a las cajas de munición.

Aunque la pregunta era «¿Qué compañía es esta?», en realidad estaba preguntando: «¿No estarán teniendo miedo por aquí?». Y el suboficial de artillería lo entendió.

—La del capitán Tushin, excelencia —gritó erguido y con voz alegre el suboficial, un hombre pelirrojo con la cara llena de pecas.

—Bien, bien —contestó Bagratión como pensando en algo, y pasó por delante de las cureñas hasta el último cañón.

Mientras se aproximaba, ese último cañón abrió fuego con un estruendo que lo ensordeció a él y a toda comitiva; entre el humo que inmediatamente envolvió el cañón, se veía a los artilleros sujetándolo y colocándolo en su

posición inicial con un rápido esfuerzo. Un soldado enorme y ancho de espaldas —era el artillero número uno—, con un escobillón en la mano, dio un salto hacia la rueda con las piernas muy separadas. El artillero número dos colocaba la carga en la boca del cañón con mano temblorosa. Un hombre algo encorvado —era el oficial Tushin—, después de tropezar con la parte posterior de la cureña y sin reparar en el general, avanzó y se puso a mirar haciéndose sombra con su pequeña mano.

—¡Súbelo dos líneas y daremos en el blanco! —gritó con su vocecita fina, a la que intentaba dar una gallardía que no cuadraba con su fisonomía—. ¡Número dos! —chilló—. ¡Acaba con ellos, Medvédev!

Bagratión llamó al oficial, y Tushin, con un movimiento temeroso y torpe, totalmente distinto a como saludan los militares y parecido a como bendicen los sacerdotes, se acercó al general llevándose tres dedos a la visera. A pesar de que la misión de los cañones de Tushin era tirar contra la cañada, él lanzaba proyectiles incendiarios contra la aldea de Schöngrabern, que se veía enfrente, y ante la que se movían grandes masas de franceses.

A Tushin nadie le había ordenado hacia dónde ni contra qué debía disparar y, después de consultarlo con su sargento mayor Zajárchenko, por el que sentía gran respeto, decidió que incendiar la aldea sería una buena idea. «¡Bien!», respondió Bagratión a los informes del oficial, y se puso a examinar el campo de batalla que se extendía ante él, como pensando algo. Por donde más se habían acercado los franceses era por el lado derecho. Más abajo del montículo donde se estaba desplegando el regimiento de Kíev, en la cañada por la que fluía el riachuelo, se oía el retumbante traqueteo de los fusiles, que encogía el alma; mucho más a la derecha, por detrás de los dragones, el oficial de la comitiva le señalaba al príncipe la columna de franceses que rebasaba nuestro flanco. A la izquierda, el horizonte quedaba limitado por un bosque cercano. El príncipe Bagratión ordenó a los dos batallones del centro ir a reforzar el lado derecho. El oficial de la comitiva se atrevió a hacerle notar que con la marcha de los dos batallones los cañones se quedarían sin nadie que los cubriera. El príncipe Bagratión se volvió hacia el oficial de la comitiva y lo miró en silencio con sus ojos apagados. Al príncipe Andréi le pareció que la observación del oficial de la comitiva era acertada y que realmente no había nada que objetar a ella. Pero en ese momento, el ayudante del jefe de regimiento que estaba en la cañada llegó a galope con la noticia de que inmensas masas de franceses se acercaban desde abajo, que el regimiento estaba disperso y que se estaba replegando hacia los granaderos de Kíev. El príncipe Bagratión inclinó la cabeza en señal de asentimiento y aprobación.

Al paso, se dirigió hacia la derecha y envió al ayudante de campo al sitio donde estaban los dragones con la orden de que atacaran a los franceses. Pero el ayudante de campo volvió al cabo de media hora con la noticia de que el jefe de regimiento de los dragones ya se había retirado más allá del barranco porque el enemigo había dirigido intensamente los cañones contra ellos, y estaba perdiendo a sus hombres en balde; por esta razón, había ordenado a los fusileros que se adentraran rápidamente en el bosque.

—¡Bien! —dijo Bagratión.

Mientras se alejaba de la batería, a la izquierda se oyeron disparos dirigidos al bosque; demasiado lejos del flanco izquierdo para poder llegar a tiempo, el príncipe Bagratión envió allí a Zherkov para que le dijera al general al mando —ese mismo que en Braunau había presentado su regimiento ante Kutúzov— que se replegara cuanto antes detrás del barranco, porque seguramente el flanco derecho no dispondría de fuerzas suficientes para contener al enemigo mucho más tiempo. Todos se olvidaron de Tushin y del batallón que lo cubría. El príncipe Andréi prestaba mucha atención a las conversaciones del príncipe Bagratión con los jefes, así como a las órdenes que les daba; se sorprendió al observar que de hecho no les daba ninguna orden y que solo trataba de aparentar que todo cuanto ocurría por necesidad, por alguna casualidad o por iniciativa de un subordinado en particular, quizá no se hiciera siguiendo sus órdenes, pero al menos obedecía a sus intenciones. El príncipe Andréi se dio cuenta de que, a pesar de que cuanto ocurría era fruto del azar, independiente de la voluntad del príncipe Bagratión, gracias al tacto de este, su sola presencia hacía muchísimo. Los jefes, que acudían a él con el rostro demudado, se tranquilizaban; los soldados y los oficiales lo saludaban con alegría, cobraban ánimo en su presencia y hacían gala de toda su audacia.

XVIII

El príncipe Bagratión, tras alcanzar el punto más alto de nuestro flanco derecho, empezó a descender hacia donde se oía el retumbante tiroteo y no se veía nada entre el humo de la pólvora. Cuanto más bajaban hacia la cañada peor veían, pero más se sentía la proximidad del auténtico campo de batalla. Empezaron a cruzarse con heridos. Dos soldados arrastraban por los brazos a un hombre sin gorra y con la cabeza ensangrentada. Carraspeaba y escupía. Por lo visto, una bala le había alcanzado en la boca o en la garganta. Se

cruzaron con otro que caminaba solo, vivazmente, sin fusil, gimiendo ruidosamente y agitando dolorido un brazo del que le brotaba sangre, como de un frasco, sobre el capote. Su rostro parecía mostrar más miedo que sufrimiento. Lo habían herido un instante antes. Atravesaron el camino y, al bajar por una pronunciada pendiente, vieron a varios hombres en el suelo; se cruzaron con una multitud de soldados, no todos ellos heridos. Los soldados subían por la montaña respirando con dificultad y, a pesar de la presencia del general, hablaban en voz alta gesticulando con los brazos. Enfrente, entre el humo, ya se veían capotes grises alineados; un oficial, al ver a Bagratión, corrió gritando detrás de los soldados que subían en tropel, y les ordenó que dieran media vuelta. Bagratión fue en su caballo hasta las filas donde, por todas partes, se oía el rápido chasquido de los disparos, atenuado por la algarabía y las voces de mando. Todo el aire estaba impregnado del humo de la pólvora. Los animados rostros de los soldados estaban completamente cubiertos de hollín. Algunos limpiaban con las baquetas los fusiles, otros echaban pólvora y cogían las cargas de las cartucheras y otros disparaban. Pero no podían ver contra quién disparaban por culpa del humo, que el viento no se llevaba. El zumbido agradable y el silbido de los fusiles se repetía con bastante frecuencia. «¿Qué debe ser eso? —pensaba el príncipe Andréi al aproximarse a aquella masa de soldados—. No puede ser una línea de tiradores, porque están amontonados. No puede ser un ataque, porque no avanzan; no puede ser un cuadro, porque están formados de otro modo.»

El jefe de regimiento, un viejito enjuto y de aspecto débil con una sonrisa simpática y unos párpados que cubrían más de la mitad de sus decrépitos ojos, lo que le daba un aspecto manso, se acercó con su caballo al príncipe Bagratión y lo recibió como el dueño de una casa recibe a un huésped querido. Le informó de que la caballería francesa se había lanzado a atacar su regimiento y, a pesar de que el ataque había sido repelido, había perdido a más de la mitad de sus hombres. Cuando el jefe de regimiento afirmaba que el ataque había sido repelido, estaba definiendo con ese término militar lo acontecido, pero sin saber realmente qué había pasado durante aquella media hora con las tropas bajo su mando: no podía estar seguro de si el ataque había sido rechazado, o había destruido su regimiento. Solo sabía que al iniciarse el combate habían empezado a volar balas de cañón y granadas sobre el regimiento, que habían matado a varios hombres, y que entonces alguien había gritado: «¡La caballería!», y nuestros soldados habían abierto fuego. Y que siguieron disparando, pero ya no contra la caballería, que se había ocultado, sino contra la infantería francesa, que apareció en la cañada

disparando a los nuestros. El príncipe Bagratión inclinó la cabeza en señal de que todo aquello respondía justo a lo que él deseaba y esperaba. Se volvió hacia el ayudante de campo y le ordenó que hiciera bajar de la montaña a dos batallones del 6.º de Cazadores frente a los que acababan de pasar momentos antes. Al príncipe Andréi le dejó atónito el cambio que en ese momento se produjo en el rostro del príncipe Bagratión: ahora expresaba la decisión concentrada y jovial de una persona que, a punto de tirarse al agua en un día caluroso, toma un último impulso. Ya no quedaba ni rastro de aquellos ojos somnolientos y apagados, ni de aquella pose meditativa: ahora los ojos redondos y firmes de gavilán miraban exaltados al frente, con cierto desprecio, sin detenerse en ningún punto, aunque en sus movimientos aún se percibiera la lentitud y la mesura de antes.

El jefe de regimiento se volvió hacia el príncipe Bagratión y le rogó que se alejara, porque el lugar era demasiado peligroso. «¡Hágame el favor, excelencia, por Dios!», le decía, mientras miraba al oficial de la comitiva, que le daba la espalda, en busca de su apoyo. «¡Mire, fíjese!», y le indicó las balas que no dejaban de pasar aullando, cantando y silbando. Hablaba en ese tono de súplica y reproche en que un carpintero se dirige a su señor cuando este coge un hacha: «Nosotros estamos acostumbrados, pero a usted le saldrán callos en las manitas». Hablaba como si a él no le pudieran matar las balas, y sus ojos medio cerrados daban a sus palabras una expresión aún más persuasiva. El oficial superior se unió a sus exhortaciones, pero el príncipe Bagratión no les contestó; ordenó, en cambio, que los soldados dejaran de disparar y que formaran de tal modo que dejaran sitio a los dos batallones que se acercaban. Mientras pronunciaba estas palabras se levantó un fuerte viento, y pareció como si una mano invisible corriera de derecha a izquierda la cortina de humo que tapaba la cañada: ante ellos apareció la montaña de enfrente con los franceses en movimiento. Todas las miradas se clavaron instintivamente en la columna que avanzaba hacia los nuestros en zigzag por los ahondamientos del terreno. Ya se veían los gorros afelpados de los soldados; ya se podía distinguir a los oficiales de los soldados rasos; ya se veía cómo ondeaba su bandera sobre el asta.

—¡Marchan espléndidamente! —exclamó alguien de la comitiva de Bagratión.

La cabeza de la columna ya descendía a la cañada. El choque iba a producirse en ese lado de la pendiente…

Lo que quedaba de nuestro regimiento se hizo hacia el lado derecho y formó apresuradamente; detrás, dispersando a los rezagados, se acercaban dos

batallones del 6.º de Cazadores bien alineados. Aún no habían llegado a la altura de Bagratión y ya se oía el paso firme y pesado de aquella masa de hombres que marchaban a la par. Por el flanco izquierdo, cerca de Bagratión, pasó el jefe de compañía, un hombre con buena planta, la cara redonda y expresión estúpida y dichosa; era aquel jefe de compañía que había salido corriendo del barracón. Era evidente que en ese instante solo pensaba en que iba a desfilar gallardamente ante sus superiores.

Con presunción militar, caminaba a paso ligero con sus piernas musculosas, como si nadara, irguiéndose sin hacer el más mínimo esfuerzo, y esa ligereza lo distinguía del andar pesado de los soldados, que lo seguían. Pegada a la pierna llevaba una espada desenfundada, fina y delgada (una pequeña espada curva que no se parecía a un arma), y, echando miradas tanto a sus superiores como detrás, volvía ágilmente todo su vigoroso talle sin perder el paso. Parecía concentrar todas sus fuerzas en desfilar lo mejor posible ante la plana mayor y, pensando que estaba cumpliendo bien tal cometido, se sentía dichoso. «Izquierda… izquierda… izquierda…», parecía decirse a cada paso, y, al compás, avanzaba la columna de soldados de rostro serio, con sus mochilas y fusiles; cada uno de aquellos centenares de hombres parecía pronunciar para sus adentros a cada paso: «Izquierda, izquierda, izquierda»… Resoplando y perdiendo el paso, un comandante grueso evitaba un matorral que había en el camino; al trote y jadeando, un soldado rezagado alcanzaba a la compañía asustado por la falta cometida. De pronto, una bala de cañón contrajo el aire y pasó volando por encima de la cabeza del príncipe Bagratión y de toda la comitiva, y, al son de «¡Izquierda, izquierda!», se la vio caer sobre la columna. «¡Cerrad filas!», ordenó con voz presuntuosa el jefe de compañía. Los soldados siguieron avanzando, dando un rodeo para no pisar el lugar donde había caído el proyectil; un viejo suboficial, condecorado con la cruz de San Jorge, que se había quedado rezagado donde habían caído los muertos, alcanzó a su compañía y, cambiando el paso de un salto, se puso al ritmo de los demás y miró a su espalda enojado. «Izquierda… izquierda… izquierda…», parecía oírse en el silencio amenazador, por encima de la cadencia regular que marcaban los pies al golpear el suelo al unísono.

—¡Muy bien, muchachos! —dijo el príncipe Bagratión.

—¡A sus… lencia-cia-cia-cia-cia!… —gritaron en todas las filas.

Un soldado de aspecto taciturno que marchaba por la izquierda lo hizo volviéndose hacia Bagratión con una expresión que parecía decir: «¡Eso ya lo sabemos!»; otro gritó con la boca muy abierta y sin volver la mirada, como temiendo perder el paso.

Les ordenaron parar y quitarse las mochilas.

Bagratión rodeó las filas y desmontó del caballo. Le dio las riendas a un cosaco, se quitó el *burka* y también se lo entregó, estiró las piernas y se colocó bien el casquete. La cabeza de la columna francesa, con los oficiales al frente, apareció al pie de la montaña.

—¡Con Dios! —dijo Bagratión con voz firme y sonora; se volvió un momento hacia sus soldados y, agitando los brazos, como con ese paso torpe de jinete al que le cuesta caminar, avanzó el primero por el terreno escabroso. El príncipe Andréi se sentía empujado por una fuerza irresistible, y le embargaba una gran felicidad[295].

Los franceses ya estaban cerca; el príncipe Andréi, que caminaba cerca de Bagratión, ya distinguía con claridad las bandoleras, las charreteras rojas, e incluso los rostros del enemigo. (Veía claramente a un viejo oficial francés que, con su andar patizambo y en zapatos, subía con dificultad por la montaña agarrándose a los arbustos.) El príncipe Bagratión no daba ninguna nueva orden y seguía avanzando en silencio al frente de las filas. De pronto, entre los franceses sonó un disparo, otro más, un tercero… Por todas las filas desordenadas del enemigo se extendió una humareda y se abrió fuego. Algunos de nuestros hombres cayeron; entre ellos, el oficial de la cara redonda que antes marchaba alegre y ufano. Y, en el preciso instante en que se oyó el primer disparo, Bagratión se volvió hacia los soldados y gritó:

—¡Hurra!

—¡Hurra-a-a-a! —se extendió por toda la línea en un grito prolongado, y los nuestros, adelantándose unos a otros y al príncipe Bagratión, corrieron montaña abajo en un tumulto, pero alegre y jovial, hacia los franceses, que avanzaban sin orden.

XIX

El ataque del 6.º de Cazadores aseguró el repliegue del flanco derecho. En el centro, las descargas de la batería olvidada de Tushin, que había conseguido incencidar Schöngrabern, detuvieron el movimiento de los franceses. Estos apagaron el fuego, que el viento había extendido, lo cual dio tiempo para replegarse. La retirada del centro, a través del barranco, se llevó a cabo precipitada y ruidosamente, pero las tropas lo ejecutaron sin confundir las órdenes. Sin embargo, el flanco izquierdo, formado por los regimientos de infantería de Azov y de Podolsk, y por los húsares de Pavlograd, había sido

atacado y rebasado por fuerzas francesas muy superiores bajo el mando de Lannes, y estaba descompuesto. Bagratión envió a Zherkov para que ordenara al general del flanco izquierdo replegarse de inmediato. Zherkov, sin apartar la mano de la visera, azuzó vivamente a su caballo y salió a galope. Pero apenas se había alejado de Bagratión, las fuerzas le fallaron. Le invadió un miedo invencible, y se sintió incapaz de continuar avanzando hacia el peligro.

Al aproximarse a las tropas del flanco izquierdo, no siguió hacia delante, bajo el fuego de los fusiles, sino que se puso a buscar al general y a los jefes en lugares donde no podían estar, y, por ello, no transmitió las órdenes.

Por antigüedad, el mando del flanco izquierdo le correspondía al jefe de compañía de aquel regimiento al que Kutúzov había pasado revista cerca de Braunau y en el que Dólojov servía como soldado. Sin embargo, el mando del ala extrema del flanco izquierdo le correspondía al jefe del regimiento de Pavlograd en el que servía Rostov, y eso dio pie a malentendidos. Ambos jefes estaban muy enemistados y, mientras que en el flanco derecho ya hacía mucho que había empezado la acción y los franceses ya empezaban la ofensiva, ellos perdían el tiempo en disputas cuyo único objetivo era ofenderse mutuamente. Además, tanto el regimiento de caballería como el de infantería estaban muy poco preparados para la acción inminente. Todos sus miembros, desde el soldado hasta el general, parecían no esperar el combate y estaban tranquilamente ocupados en pacíficas tareas: la caballería daba de comer a los caballos y la infantería recogía leña.

—Es superior en rango a mí —le decía enrojeciendo el coronel alemán de húsares al ayudante de campo que se aproximaba—: que *hace* lo que quiera. Pero no puedo sacrificar a mis húsares. ¡Trompeta! ¡Toca retirada!

Pero la situación era cada vez más apremiante. Los cañones y los fusiles fundían sus disparos, rugían a la derecha y en el centro, y los capotes franceses de los fusileros de Lannes ya cruzaban el dique del molino y formaban en filas a este lado, a solo dos tiros de fusil. El coronel de infantería se acercó con paso tembloroso a su caballo, montó e, irguiéndose mucho y pareciendo por ello muy alto, fue a ver al jefe de regimiento de Pavlograd. Los dos jefes se saludaron con corteses reverencias y con una cólera disimulada en el corazón.

—Una vez más, coronel —decía el general—, le repito que no puedo dejar a la mitad de los hombres en el bosque. Le *ruego*, le *ruego* —repitió— que ocupe la *posición* y se prepare para el ataque.

—Y yo ruego a usted que no se *mete* en lo que no le incumbe —respondió el coronel acalorándose—. Si *fueras* usted de caballería…

—No soy de caballería, coronel, pero soy un general ruso, y si no lo sabe…

—Lo sé *mucho*, excelencia —gritó de pronto el coronel espoleando a su caballo y poniéndose morado—. Venga a ver la *primero* línea y usted *ver* que esta posición no sirve para nada. Yo no quiero aniquilar al regimiento mío para *el placer suyo*.

—Se está propasando, coronel. No es por mi placer, y no le permito que diga algo semejante.

El general aceptó la invitación del coronel a aquel torneo de valentía y, con el pecho enderezado y el ceño fruncido, lo siguió en su caballo hacia la primera línea, como si todas sus desavenencias se fueran a resolver allí, bajo las balas. Al llegar, de hecho varias balas les sobrevolaron la cabeza. Se detuvieron. No había nada que comprobar en la primera línea, ya que desde donde estaban antes ya se veía claramente que la caballería no podía maniobrar entre los matorrales y los barrancos, y que los franceses rebasaban el ala izquierda. El general y el coronel se miraron con aire severo y grave, como dos gallos a punto de pelearse, esperando en vano cada uno algún signo de cobardía del otro. Ambos superaron el examen. No tenían nada que decirse y ninguno quería darle al otro motivo para decir que se había alejado el primero de las balas; habrían, pues, aguantado mucho tiempo allí, poniendo a prueba su valentía, si en ese momento no se hubiera oído en el bosque, casi detrás de ellos, el traqueteo de los fusiles y gritos apagados y multitudinarios. Los franceses habían atacado a los soldados que estaban en el bosque recogiendo leña. Los húsares ya no podían replegarse junto a la infantería: la línea francesa les cortaba el paso por la izquierda. Ahora, por muy incómodo que fuera el terreno, era imprescindible atacar para abrirse camino.

El escuadrón en el que servía Rostov, que apenas había tenido tiempo de montar en los caballos, quedó expuesto cara a cara con el enemigo. Una vez más, como en el puente de Enns, no había nadie entre el escuadrón y el enemigo, y solo les separaba la terrible línea de incertidumbre y miedo semejante a la que separa a los vivos de los muertos. Todos percibían la línea y les turbaba la incógnita de si la cruzarían o no, y de cómo lo harían.

El coronel avanzó hasta el frente de su tropa, respondió de malos modos a las preguntas de los oficiales y, como quien se aferra desesperadamente a su idea, dio alguna orden. Nadie decía nada en concreto, pero por el escuadrón se difundió el rumor del ataque. Se dio la orden de formar, después sonaron los sables al ser desenvainados. Pero aún no se movía nadie. Las tropas del flanco izquierdo, tanto la infantería como los húsares, se daban cuenta de que

sus propios jefes no sabían qué hacer, y esta indecisión de los superiores se transmitió a los soldados.

«Que empiece ya, que empiece ya», pensaba Rostov con la sensación de que por fin había llegado el momento de conocer el placer del ataque, sobre el que tanto había oído hablar a sus compañeros húsares.

—¡Id con Dios, muchachos! —se oyó la voz de Denísov—. ¡Al *tg'ote*, en *mag'cha*!

En la fila delantera empezaban a ondular las grupas de los caballos. Gráchik tiró de las riendas y se puso en movimiento.

Rostov veía a su derecha las primeras líneas de sus húsares, y delante, más lejos, una franja oscura que no podía distinguir bien, pero que suponía que sería el enemigo. Se oían disparos, pero a lo lejos.

—¡Al trote largo! —se oyó cómo ordenaban, y Rostov notó cómo su Gráchik agitaba la grupa y se ponía a galopar.

Podía adivinar los movimientos de su caballo, y cada vez estaba más contento. Se fijó en un árbol solitario que tenía delante: primero estaba en medio de aquella línea que parecía tan terrible, pero al cruzarla no solo no pasó nada terrible, sino que todo se volvía más animado y excitante. «¡Oh, qué golpes voy a asestar al enemigo!», pensaba apretando la empuñadura del sable.

—¡¡Hur-r-a-a-a!! —empezaron a tronar las voces.

«¡Ah, que alguien se ponga en mi camino!», pensaba Rostov espoleando a Gráchik y, adelantando a los demás, lo puso a galope tendido. Delante ya se veía al enemigo. De pronto, algo parecido a una enorme escoba barrió a todo el escuadrón. Rostov levantó el sable, listo para descargarlo sobre alguien, pero en ese momento Nikitenko, que cabalgaba por delante de él, se alejó, y él tuvo la sensación de seguir avanzando como en un sueño, a una velocidad antinatural, a pesar de que no se estaba moviendo. Bandarchuk, un húsar al que conocía bien, apareció por detrás y lo miró enfadado. El caballo de Bandarchuk se hizo a un lado y adelantó a Rostov.

«¿Qué está pasando que no me muevo? Me habré caído, estoy muerto…», se decía, y se respondió a sí mismo en un instante. Estaba solo en medio del campo. En vez de caballos al galope y espaldas de húsares, solo veía rastrojos a su alrededor y la tierra inmóvil. Un chorro de sangre caliente corría a sus pies. «No, estoy herido y mi caballo ha muerto.» Gráchik quiso ponerse de pie ayudándose con las patas delanteras, pero cayó, aplastando la pierna del jinete. Le brotaba sangre de la cabeza, coceaba y no conseguía levantarse. Rostov quiso incorporarse también pero cayó: la bolsita que llevaba en el

cinturón se le había enganchado con la silla de montar. No sabía dónde estaban lo nuestros ni los franceses. Alrededor no había nadie.

Consiguió liberar la pierna y levantarse. «¿Dónde, en qué lugar está ahora esa línea que tan claramente separa a las dos tropas?», se preguntaba sin encontrar una respuesta. «¿No me habrá pasado algo malo? ¿Hay casos así? Y ¿qué hay que hacer entonces?», se decía mientras se ponía en pie, con la sensación de que algo ajeno pendía de su entumecido brazo izquierdo. Le parecía como si aquella mano no fuera suya. La examinó y buscó sangre en vano. «¡Ah, ahí viene alguien! —pensó aliviado al ver que varios hombres corrían hacia él—. ¡Me ayudarán!» Los encabezaba uno que llevaba un extraño chacó y un capote azul, negro, con el rostro moreno y la nariz aguileña. Le seguían otros dos, y detrás muchos más. Uno dijo algo extraño, pero no en ruso. Entre los que iban detrás, todos vestidos igual, con el mismo chacó, había un húsar ruso. Lo llevaban agarrado por las manos; aún más atrás, alguien sujetaba su caballo.

«Seguro que es uno de los nuestros, un prisionero… Sí. ¿Es posible que también a mí me capturen? ¿Quién es esta gente? —no dejaba de pensar Rostov sin poder creer lo que veía—. ¿Acaso son los franceses?» Miró al enemigo que se acercaba y, a pesar de que un segundo antes galopaba con la única intención de atrapar a aquellos franceses y descargar el sable sobre ellos, ahora su proximidad le parecía tan terrible que no podía creer lo que veía. «¿Quiénes son? ¿Por qué corren? ¿Acaso corren hacia mí? ¿Acaso hacia mí? Y ¿para qué? ¿Para matarme? ¿A mí, al que todo el mundo quiere tanto?» Recordó el amor que su madre sentía por él, el de su familia y amigos, y le pareció imposible que el enemigo quisiera matarlo. «¡Quizá sí sea para matarme!» Estuvo más de diez segundos de pie sin moverse ni comprender su situación. El francés de la nariz aguileña que iba delante estaba tan cerca que ya podía verle la expresión de la cara. Y la fisonomía enardecida y extraña de ese hombre que, terciando la bayoneta y conteniendo el aliento, corría tan rápido hacia él le asustó. Cogió la pistola y, en vez de disparar, la lanzó contra el francés y salió corriendo hacia los matorrales con todas sus fuerzas. No corría con ese espíritu combativo y a la vez de incertidumbre que le había guiado en el puente de Enns, sino con el de una liebre que huye de los perros. Un único sentimiento de temor por su vida joven y feliz embargaba todo tu ser. Saltando rápidamente los linderos, con el mismo ímpetu con que corría cuando jugaba al pilla pilla, voló campo a través, volviendo de vez en cuando su rostro pálido, bondadoso y joven. Un escalofrío de terror le recorría la espalda: «No, es mejor que no mire», pensó, y cuando ya casi llegaba a los

matorrales, se volvió otra vez. Había dejado atrás a los franceses. Entonces vio que el que iba delante había disminuido el paso, y se había dado la vuelta para gritarle algo al compañero que lo seguía. Rostov se detuvo. «Debe de ser un error —pensó—, es imposible que me quieran matar a mí.» El brazo izquierdo le pesaba tanto que parecía que llevaba una carga de dos *puds*. No podía correr más. El francés se detuvo también y le apuntó con su arma. Rostov frunció las cejas y se agachó. Una bala y después otra pasaron volando por su lado, con un zumbido. Reunió sus últimas fuerzas, se sujetó el brazo izquierdo con el derecho y corrió hasta los matorrales. Los fusileros rusos estaban allí.

XX

Los regimientos de infantería, que habían sido sorprendidos en el bosque, habían salido corriendo de allí, y las compañías, mezclándose unas con otras, huían desordenadamente y en masa. Un soldado, presa del pánico, había gritado: «¡Acorralados!», esa palabra tan temida en la guerra como carente de sentido; y la palabra, unida a un sentimiento de terror, se propagó entre toda la masa.

—¡Rodeados! ¡Acorralados! ¡Estamos perdidos! —gritaban los que huían.

El jefe de regimiento, en cuanto oyó el tiroteo y los gritos a su espalda, comprendió que algo terrible le había sucedido a su regimiento, y la idea de que él, un oficial ejemplar con tantos años de servicio y sin culpa alguna, pudiera ser responsable ante sus superiores de haber cometido un error o haber sido incompetente en la organización le afectó de tal modo que, olvidándose del coronel de caballería y de su fatuidad de general —y, lo más importante, olvidando por completo el peligro y el instinto de supervivencia —, se agarró a la silla de montar, espoleó el caballo y galopó hacia su regimiento bajo una lluvia de balas que le caía encima, pero que por fortuna no le alcanzaba. Solo deseaba una cosa: saber lo que estaba pasando, ayudar y enmendar a toda costa su error, si es que era él el responsable, y despejar toda culpa: él, un oficial ejemplar con veintidós años de servicio y que nunca había sido amonestado por nada.

Una vez hubo pasado a galope entre los franceses, sano y salvo, se dirigió hacia el campo que había detrás del bosque; los nuestros lo estaban cruzando a toda prisa y, sin obedecer las órdenes, bajaban por la montaña. Llegó ese momento de vacilación moral que decide la suerte de la batalla: ¿escuchará la

soldadesca tumultuosa la voz de su superior, o volverá la cabeza un instante y seguirá corriendo? A pesar del grito desesperado del jefe de regimiento, tan amenazador poco antes para los soldados, a pesar de su rostro enfurecido, amoratado, tan impropio de él, a pesar de su espada en alto, los soldados no dejaban de correr, hablando unos con otros, disparando al aire, sin escuchar las órdenes. La vacilación moral que decide la suerte de la batalla se decantaba de manera manifiesta en favor del miedo.

El general tuvo un acceso de tos de tanto gritar y por el humo de la pólvora, y se detuvo desesperado. Todo parecía perdido; pero en ese momento los franceses que habían atacado retrocedieron de repente, sin ninguna causa visible, y desaparecieron de los linderos del bosque, de donde surgieron los fusileros rusos. Era la compañía de Timojin, que había sido la única en mantener el orden y que, después de haberse atrincherado en una zanja junto al bosque, atacaba al enemigo por sorpresa. Timojin se había lanzado contra él con un grito tan temerario, con un arrojo tan demente y ebrio, armado únicamente con una pequeña espada, que los franceses, antes de poder volver en sí, habían arrojado las armas y se habían dado a la fuga. Dólojov, que corría al lado de Timojin, mató a un francés a bocajarro y fue el primero en agarrar por el cuello de la camisa a un oficial que se había rendido. Los que huían regresaron, los batallones se reorganizaron y los franceses, con las tropas del flanco derecho divididas en dos, tuvieron que retroceder momentáneamente. Las unidades de reserva tuvieron tiempo de reunirse y los fugitivos interrumpieron la huida. El jefe de regimiento estaba cerca del puente con el comandante Ekonómov, dejando pasar a las compañías que reculaban, cuando un soldado se le acercó, tiró de los estribos de su caballo y casi se apoyó en él. El soldado vestía un capote de paño azulado, no llevaba mochila ni chacó, tenía la cabeza vendada y una cartuchera francesa cruzada al hombro. En las manos llevaba una espada de oficial. Estaba pálido, sus ojos zarcos miraban insolentemente al rostro del jefe de regimiento y su boca sonreía. A pesar de que el jefe de regimiento estaba ocupado dando órdenes al comandante Ekonómov, no pudo dejar de prestarle atención.

—Excelencia, aquí le traigo dos trofeos —dijo Dólojov señalando la espada francesa y la cartuchera—. He capturado a un oficial. He detenido a la compañía. —Respiraba con dificultad por el cansancio y hablaba entrecortadamente—. La compañía entera puede dar fe. ¡Le ruego que lo recuerde, excelencia!

—Bien, bien —dijo el jefe de regimiento, y se volvió hacia el comandante Ekonómov.

Pero Dólojov no se movió; se desató el pañuelo, se lo quitó y enseñó la sangre reseca que tenía en el pelo.

—Una herida de bayoneta, y no he dejado las filas. Recuérdelo, excelencia.

La batería de Tushin había sido olvidada y, solo al final mismo del combate, al oír los cañonazos en el centro, el príncipe Bagratión le envió al oficial superior y después al príncipe Andréi para ordenar que se replegara inmediatamente. Por orden de alguien, los encargados de cubrir los cañones de Tushin se habían retirado en pleno combate; sin embargo, la batería había continuado disparando, y no había caído en manos de los franceses por la única razón de que estos no podían suponer que cuatro cañones que nadie defendía estuvieran disparando con semejante temeridad. Al contrario: gracias a la enérgica acción de aquella batería, el enemigo creía que allí, en el centro, se concentraba el grueso de las fuerzas rusas, y en dos ocasiones trató de atacar aquel punto; y en dos ocasiones fue rechazado por los disparos de metralla de los cuatro cañones que se alzaban allí solitarios.

Al poco tiempo de que el príncipe Bagratión se hubiera alejado de la batería, Tushin ya había conseguido que ardiera Schöngrabern.

—¡Mira cómo corren de un lado para otro! ¡Cómo arde! ¡Mira el humo! ¡Bravo! ¡Qué maravilla! ¡Cuánto humo, cuánto humo! —exclamaban los artilleros animándose.

Todos los cañones, sin esperar a recibir órdenes, disparaban hacia el lugar del incendio. Animándolos, los soldados acompañaban cada disparo dando voces: «¡Bravo! ¡Así, así se hace! Fíjate… ¡Qué maravilla!». El incendio, avivado por el viento, se propagaba rápidamente. Las columnas francesas dispuestas detrás de la aldea retrocedieron; no obstante, como queriéndose vengar del descalabro, emplazaron diez cañones a la derecha de la aldea y con ellos empezaron a disparar contra Tushin.

Debido al entusiasmo infantil que el incendio había despertado en los artilleros y a su exaltación por el triunfal cañoneo sobre los franceses, los nuestros solo repararon en la batería enemiga cuando dos balas, y después cuatro más, hicieron blanco entre los cañones: una mató a dos caballos, y otra le arrancó una pierna a un conductor del armón. Sin embargo, una vez desatada, la animación que se había adueñado de ellos no se debilitó: simplemente cambió su humor. Los caballos fueron sustituidos por otros de la cureña de repuesto, los heridos fueron retirados, y las cuatro piezas de artillería fueron redirigidas hacia la batería enemiga de diez cañones. Un

oficial, compañero de Tushin, había muerto al iniciarse la acción, y a lo largo de una hora diecisiete de los cuarenta artilleros quedaron fuera de combate; con todo, siguieron igual de eufóricos y animados. En dos ocasiones observaron que abajo, cerca de ellos, aparecían los franceses, y entonces les dispararon metralla.

El capitán, menudo y de movimientos débiles y torpes, le pedía continuamente a su ordenanza que *le llenara otra vez la pipa* —como él decía—, y, tirando la lumbre, salía corriendo hacia delante para observar a los franceses haciendo visera con su pequeña mano.

—¡Acabad con ellos, muchachos! —gritaba, y él mismo sujetaba los cañones por las ruedas y desenroscaba los tornillos.

Envuelto en humo, ensordecido por los continuos disparos que cada vez le producían un escalofrío, Tushin, sin soltar la pipa, corría de un cañón a otro, unas veces apuntando, otras contando las cargas, y otras aún ordenando con su vocecita débil, fina e indecisa que reemplazaran o engancharan de nuevo los caballos muertos y heridos. Su rostro estaba cada vez más animado. Solo cuando mataban o herían a alguno de sus hombres fruncía el ceño y, dándole la espalda al fallecido, gritaba a sus soldados, quienes, como siempre, se mostraban vacilantes al retirar a un herido o un cadáver: todos, la mayoría jóvenes atractivos (como es habitual en las compañías de artilleros, le sacaban dos cabezas a su oficial y eran dos veces más anchos de hombros), miraban a su jefe como niños en una situación difícil, y la expresión de este se reflejaba invariablemente en la suya.

Pero, gracias al terrible zumbido y a la necesidad de estar atento y activo, Tushin no tenía el más mínimo sentimiento de miedo, y la posiblidad de que lo mataran o hirieran gravemente ni se le pasaba por la cabeza. Al contrario: cada vez estaba más contento. Le parecía que ya hacía mucho, quizá un día, del momento en el que había visto por primera vez al enemigo y lanzado el primer disparo, y que conocía desde hacía tiempo el pedacito de tierra en el que se encontraba. A pesar de que se acordaba de todo, de que todo lo pensaba, de que se portaba como el mejor oficial en semejante situación, su estado era parecido al delirio febril o a la embriaguez.

Oyendo por todas partes el ruido ensordecedor de los cañones, el silbido e impacto de los proyectiles del enemigo, a los artilleros sudando, enrojecidos y apurados, junto a los cañones, la sangre de hombres y caballos, la nube de los cañones franceses al otro lado (y justo después un proyectil que volaba y daba en la tierra, contra un hombre, cañón o caballo), viendo todo eso, en su cabeza se había creado un mundo fantástico que le procuraba un gran placer. En su

imaginación los cañones enemigos no eran cañones, sino pequeñas pipas por las que un fumador invisible soltaba humo en raras bocanadas.

—Mira cómo fuma otra vez —murmuraba para sí mientras de la montaña surgía una bocanada de humo que el viento se llevaba formando una línea hacia la izquierda—; ahora hay que esperar la pelotita y devolverla.

—¿Ha ordenado algo, señor? —le preguntó un suboficial de artillería que estaba cerca de él y que le había oído susurrar algo.

—Nada, una granada… —respondió.

«Venga, querida Matvevna», se decía. En su imaginación, Matvevna era el gran cañón de antigua fundición que veía en un extremo. Los franceses que manejaban las piezas de artillería se le antojaban hormigas. En su mundo, el artillero número uno del segundo cañón —hombre guapo, y un borracho— era el *tío*: Tushin lo miraba más a menudo que a los demás, y cada uno de sus movimientos le causaba alegría. El ruido de los fusiles al pie de la montaña, que primero se apagaba y después se volvía a intensificar, se le antojaba la respiración de alguien. Escuchaba con atención cómo aquellos sonidos amainaban y después se recrudecían.

«Mira cómo respira otra vez, ¡cómo respira!», se decía.

Se veía a sí mismo como un gigante, un hombre de fuerza descomunal que lanzaba contra los franceses las balas de cañón con las manos.

—¡Vamos, Matvevna, querida, no me falles! —decía apartándose del cañón cuando por encima de su cabeza se oyó una voz ajena y desconocida para él:

—¡Capitán Tushin! ¡Capitán!

Se volvió a mirar, asustado. Era aquel oficial superior que en Grunt lo había reprendido. Con voz sofocada le gritaba:

—¿Qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? Le han ordenado dos veces que se retire, y en cambio usted…

«Pero ¿por qué me…?», pensaba Tushin mirando temeroso a su superior.

—Yo… nada… —dijo, llevándose dos dedos a la visera—. Yo…

Pero el coronel no acabó de decir todo lo que quería. Un proyectil le pasó volando al lado y tuvo que bajar la cabeza y agacharse sobre su caballo. Se quedó callado y, cuando se disponía a decir algo, otro proyectil lo detuvo. Entonces, dando media vuelta al caballo, se marchó a galope.

—¡Retirada! ¡Que todos se retiren! —gritó desde lejos.

Los soldados se echaron a reír. Al cabo de un minuto llegaba un ayudante de campo con la misma orden.

Era el príncipe Andréi. Lo primero que vio al acercarse al lugar ocupado por los cañones de Tushin fue un caballo desenganchado que, con una pata rota, relinchaba cerca de los caballos enganchados. Como de una fuente, brotaba sangre de su pata. Varios muertos yacían entre los avantrenes. De camino hacia allí los proyectiles no habían dejado de sobrevolarle, y había notado que un temblor nervioso le recorría la espalda. Pero la sola idea de que sentía miedo le levantó de nuevo el ánimo. «No puedo tener miedo», pensó, y bajó lentamente del caballo entre los cañones. Una vez transmitida la orden, no abandonó la batería. Decidió que retiraran los cañones de sus posiciones en su presencia y se los llevaran de allí. Junto con Tushin, caminando por encima de cadáveres y bajo el terrible fuego de los franceses, se puso manos a la obra.

—El jefe que ha venido antes se ha marchado por piernas —le dijo el suboficial de artillería al príncipe Andréi—, no como usted, excelencia.

El príncipe Andréi y Tushin no se dijeron nada: estaban tan atareados que parecía que ni se vieran el uno al otro. Cuando, una vez colocados dos cañones intactos sobre los avantrenes (dejaron un cañón y un mortero destrozados), empezaron a bajar la cuesta, el príncipe Andréi se acercó a Tushin.

—Bueno, hasta la vista —le dijo, tendiéndole una mano.

—Hasta la vista, querido —respondió Tushin—. ¡Amigo mío, adiós, querido! —continuó diciendo con lágrimas en los ojos: le habían brotado de pronto sin saber por qué.

XXI

El viento amainó; los negros nubarrones pendían al ras del campo de batalla fundiéndose en el horizonte con el humo de la pólvora. Al oscurecer, el resplandor de los incendios fue más visible en dos lugares. El cañoneo empezó a debilitarse pero, detrás y a la derecha, el traqueteo de los fusiles se hizo más frecuente y próximo. En cuanto Tushin con sus cañones, sin dejar de adelantar a los heridos y de tropezar con ellos, salió del alcance del fuego enemigo y llegó al pie del barranco, se encontró con los jefes y ayudantes de campo. Entre ellos estaba el oficial superior y Zherkov, a quien habían enviado en dos ocasiones a transmitir las órdenes a Tushin, pero que no había llegado ni una sola vez hasta la batería. Todos ellos, interrumpiéndose unos a otros, daban y transmitían órdenes de cómo proceder y hacia dónde ir, y le hacían reproches y advertencias. Tushin, en cambio, no daba ninguna: iba

detrás y en silencio —temía hablar porque con cada palabra estaba a punto de echarse a llorar sin saber el motivo—, montado en su penco de la artillería. Aunque se había dado la orden de abandonar a los heridos, muchos de ellos se arrastraban detrás de la tropa y pedían que los dejaran subir a los cañones. Aquel mismo gallardo oficial de infantería que, antes del combate, había salido corriendo del barracón de Tushin yacía ahora sobre la cureña de Matvevna con una herida de bala en el estómago. A los pies de la montaña un pálido cadete de húsares, sujetándose el brazo con una mano, se acercó a Tushin y le pidió permiso para subirse.

—Capitán, por Dios, tengo el brazo herido —le dijo tímidamente—. Por Dios, no puedo andar. ¡Por el amor de Dios!

Era evidente que ya lo había pedido más de una vez y que todos se lo habían denegado. Lo decía con voz titubeante y lastimera.

—Ordéneles que me dejen subir, por Dios.

—Dejad que se siente, ¡que se siente! —ordenó Tushin—. Tú, amigo, extiénde un capote —dijo dirigiéndose a su soldado favorito—. Pero ¿dónde está el oficial herido?

—Lo han descargado: ha muerto —respondió alguien.

—Ayudadlo a subir. Siéntese, amigo, siéntese. Antónov, extiende el capote para él.

El cadete era Rostov. Seguía sujetándose un brazo con la mano, estaba pálido y la mandíbula inferior le temblaba febrilmente. Lo sentaron en la Matvevna, el cañón del que habían descargado al oficial muerto. En el capote extendido había sangre, y Rostov se manchó las manos y los pantalones de montar.

—Qué, ¿está usted herido, querido? —se interesó Tushin acercándose al cañón.

—No, es solo una contusión.

—Entonces ¿por qué hay sangre en la cureña? —dijo Tushin.

—Es del oficial, excelencia, lo ha dejado todo ensangrentado —respondió un soldado artillero mientras limpiaba la sangre con una manga de su capote, como disculpándose por que el cañón estuviera manchado.

Con mucho esfuerzo y ayuda de la infantería consiguieron que avanzaran los cañones por la montaña; al llegar a la aldea de Guntersford, hicieron un alto. Había oscurecido tanto que a diez pasos no se veían ni los uniformes de los soldados. El tiroteo había empezado a disminuir. De pronto, en el lado derecho, cerca de donde estaban, se oyeron nuevamente gritos y disparos que refulgían en la oscuridad. Se trataba del último ataque de los franceses,

respondido por los soldados que se habían resguardado en las casas de la aldea. Todo el mundo salió corriendo otra vez, pero los cañones de Tushin no se podían mover, y tanto los artilleros como el propio Tushin y el cadete intercambiaron miradas en silencio mientras aguardaban su destino. El tiroteo empezó a menguar y el animado parloteo de los soldados volvió a oírse desde una calle lateral.

—¿Estás ileso, Petrov? —preguntaba uno.

—Les hemos dado bien, hermano. Ahora no volverán a asomar la nariz —decía otro.

—No se ve nada de nada. ¡Cómo han frito a sus propios hombres! No se ve nada: vaya tinieblas, hermanos. ¿No hay nada para apagar la sed?

El ataque de los franceses había sido rechazado por última vez. Y, de nuevo, en la más completa oscuridad, los cañones de Tushin emprendieron la marcha rodeados, como por un marco, por la ruidosa infantería.

En la negrura parecía que fluyera un río invisible y sombrío entre murmullos, susurros, ruido de cascos de caballo y de ruedas. En aquel rumor general, lo que se oía con mayor claridad en la oscuridad de la noche eran los gemidos y las voces de los heridos. Los gemidos parecían llenar toda la oscuridad que envolvía a las tropas: no se distinguía una cosa de otra. Al cabo de un rato, la masa en movimiento se agitó repentinamente, alguien pasó en un caballo blanco seguido por una comitiva y dijo algo.

«¿Qué ha dicho? ¿Adónde vamos ahora? ¿Hay que parar o qué? ¿Ha dado las gracias o qué?», se oían por todas partes ansiosas preguntas, toda la tropa en masa empezó a empujarse (al parecer, los que iban delante se habían parado), y se extendió el rumor de que habían dado la orden de hacer un alto. Todos se detuvieron allí mismo, en medio del camino enfangado.

Se encendieron varias hogueras y el murmullo de voces se intensificó. El capitán Tushin dio instrucciones a su compañía, envió a uno de los soldados a buscar un punto de socorro o a un médico para el cadete y se sentó junto a la hoguera que los soldados habían encendido en el camino. Rostov se acercó también, con dificultad. Por el dolor, el frío y la humedad un temblor febril agitaba todo su cuerpo. Le había entrado un sueño invencible, pero el terrible dolor en el brazo no le dejaba dormir, y tampoco sabía cómo colocarlo. Alternativamente, cerraba los ojos, miraba las llamas —le parecían rojizas y cálidas— u observaba la silueta delicada y encorvada de Tushin, sentado a la turca cerca de él, cuyos ojos grandes e inteligentes le miraban con compasión y piedad. Rostov se daba cuenta de que Tushin deseaba ayudarlo con toda el alma, pero que no podía hacer nada por él.

Por todas partes se oía el paso y la algarabía de la infantería, a pie y a caballo, que empezaba a instalarse alrededor. Las voces, los pasos, los cascos de caballo en el barro, el chisporroteo de la leña, de lejos o cerca, se fundían en un trémulo rumor.

Ahora ya no era, como antes, un río invisible que fluye en la oscuridad, sino un mar sombrío que, pasada la tormenta, ondea calmado. Rostov, ausente, miraba y escuchaba lo que pasaba delante de él y a su alrededor. Un soldado de infantería se acercó a la hoguera, se sentó en cuclillas, tendió las manos delante del fuego y volvió la mirada:

—¿No le importa, señor? —le preguntó a Tushin—. He perdido a mi compañía, señor; no sé ni dónde estoy. ¡Qué desastre!

Además del soldado, a la hoguera se acercó un oficial de infantería que llevaba una mejilla vendada y le pidió a Tushin que ordenara mover un poco los cañones para que pudiera pasar un carro. Después del jefe de compañía llegaron dos soldados que, insultándose y riñendo violentamente, se peleaban por una bota.

—¡Cómo que la has encontrado tú! ¡Míralo al listo! —gritaba uno con la voz ronca.

Después apareció un soldado pálido y delgado con el cuello vendado con un peal ensangrentado; airadamente, exigía agua a los artilleros.

—Qué pasa, ¿tengo que morir como un perro? —decía.

Tushin ordenó que le dieran agua. A continuación llegó corriendo un soldado que pedía un tizón para la infantería.

—¡Fueguito calentito para la infantería! ¡Que os vaya bien, paisanos, y gracias por la lumbre: os la devolveremos con intereses! —dijo, desapareciendo en la oscuridad con el tizón rojizo.

Después de ese soldado cuatro más pasaron cerca de la hoguera cargando algo pesado en un capote. Uno de ellos tropezó.

—¡Quién diablos ha puesto leña en medio del camino! —refunfuñó.

—Está muerto, ¿para qué cargar con él? —dijo uno de ellos.

—¡Cerrad el pico!

Y desaparecieron en la oscuridad con lo que cargaban.

—¿Qué? ¿Le duele? —le preguntó en voz baja Tushin a Rostov.

—Sí.

—Señor, debe presentarse ante el general. Está aquí, en la isba —dijo un suboficial de artillería acercándose a Tushin.

—Ahora voy, querido.

Tushin se levantó y se alejó de la hoguera abrochándose el capote y poniéndoselo bien…

No lejos de la hoguera de los artilleros, en una isba que le habían preparado, el príncipe Bagratión comía y conversaba con algunos jefes de unidad que se habían reunido con él. Entre ellos, estaba el viejito de los ojos medio cerrados, que roía ávidamente un hueso de carnero; el general que había servido irreprochablemente veintidós años, rojo después de un vasito de vodka y de la comida; el oficial superior con su sortija con el nombre grabado; Zherkov, que observaba a todos intranquilo; y el príncipe Andréi, pálido, con los labios prietos y los ojos con un brillo febril.

Apoyada en un rincón de la isba, se veía una bandera francesa que los nuestros habían tomado; el auditor palpaba con expresión ingenua su tela y mecía la cabeza perplejo, quizá porque realmente le interesaba la bandera, o quizá porque, hambriento como estaba, se le hacía duro ver la comida: no había cubierto para él. En la isba vecina estaba el coronel francés que los dragones habían capturado, y cerca de ella se habían juntado nuestros oficiales para verlo. El príncipe Bagratión felicitaba a algunos jefes y les pedía detalles del combate y de las bajas. El jefe del regimiento inspeccionado en Braunau informaba al príncipe de que justo al empezar la acción se había retirado del bosque, había reunido a los soldados que cortaban leña, y, después de dejar pasar a los franceses, los había atacado a la bayoneta con dos batallones y los había obligado a recular.

—Cuando he visto, excelencia, que su primer batallón estaba desorganizado, me he parado un momento en el camino y he pensado: «Dejaré que pasen y los recibiré con el fuego de todo el batallón». Y así lo he hecho.

El jefe de regimiento tanto había deseado hacer aquello y tanto lamentaba no haberlo hecho que le parecía que todo había sucedido exactamente así. Y ¿si realmente todo había ocurrido así? ¿Acaso era posible entender lo que había pasado y lo que no entre tanta confusión?

—Por cierto, debo hacerle saber, excelencia —continuó, recordando la conversación de Dólojov y Kutúzov y su último encuentro con el degradado—, que Dólojov, aquel soldado raso degradado, ha capturado en mi presencia al oficial francés y ha destacado de un modo especial.

—Justo allí es donde vi el ataque del regimiento de húsares de Pavlograd, excelencia —intervino Zherkov mirando intranquilo a su alrededor, ya que ese día no había visto en absoluto a los húsares, solo había oído hablar de ellos a un oficial de infantería—. Han aplastado dos cuadros, excelencia.

Algunos sonrieron ante las palabras de Zherkov, porque pensaban que, como siempre, bromeaba; pero al darse cuenta de que lo que decía pretendía sumarse a la gloria de nuestras tropas y de aquella jornada, adoptaron una expresión seria, aunque muchos sabían perfectamente que era una mentira sin el menor fundamento. El príncipe Bagratión se volvió hacia el viejo coronel.

—Les doy las gracias a todos, señores, todas las unidades han actuado heroicamente: la infantería, la caballería y la artillería. ¿Por qué razón se han abandonado dos cañones en el centro? —preguntó buscando a alguien con la mirada. (El príncipe Bagratión no preguntaba por los cañones del flanco izquierdo: ya sabía que justo al iniciarse el combate habían sido abandonados) —. Creo recordar que le pedí a usted que fuera a verlos —le dijo al oficial superior de servicio.

—Uno de ellos estaba dañado —le respondió el oficial—; en cuanto al otro, no entiendo el motivo. He estado allí dando instrucciones todo el tiempo, y en cuanto me he marchado… La cosa estaba caliente, eso es cierto… —añadió modestamente.

Alguien dijo que el capitán Tushin estaba en la aldea y que ya lo habían convocado.

—Usted también ha estado allí —le dijo el príncipe Bagratión al príncipe Andréi.

—Ya lo creo, a punto hemos estado de cruzarnos —intervino el oficial superior de servicio sonriendo a Bolkonski amablemente.

—Pues no he tenido el placer de verle —replicó el príncipe Andréi con tono frío y cortante.

Todos se quedaron callados. En el umbral apareció Tushin y, tímidamente, se abrió paso entre las espaldas de los generales. Al adentrarse en la estrecha isba, sintiéndose como siempre turbado en presencia de sus superiores, no vio el asta de la bandera y tropezó con ella. Algunos de los presentes se echaron a reír.

—¿Por qué han abandonado un cañón? —preguntó Bagratión frunciendo el ceño no tanto al capitán como a los que se reían, entre ellos Zherkov, que era quien reía más fuerte.

Solo en ese momento, en presencia de los severos jefes, Tushin sintió horrorizado su culpa y deshonra por haber perdido dos cañones habiendo conservado la vida. Estaba tan alterado que hasta ese momento no había pensado en ello. La risa de los oficiales lo dejó aún más desconcertado. Allí, en presencia de Bagratión, con la mandíbula inferior temblorosa, apenas pudo balbucir:

—No lo sé… excelencia… No tenía hombres, excelencia.

—¡Podría haberlos tomado de la unidad que le cubría!

Tushin no confesó que nadie le había cubierto, aunque esa era la pura verdad. Temía que si lo hacía podría comprometer a otro superior y, en silencio, con los ojos inmóviles, miró a Bagratión directamente a la cara como un colegial mira a los ojos de su examinador cuando se queda en blanco.

El silencio fue bastante largo. El príncipe Bagratión, que al parecer no tenía intención de mostrarse severo, no sabía qué decir, y los demás tampoco se atrevían a meterse en la conversación. El príncipe Andréi miraba a Tushin con ceño, y movía nerviosamente los dedos.

—Excelencia —cortó el silencio con su brusca voz—, usted ha tenido a bien enviarme a la batería del capitán Tushin. Allí he encontrado muertos a dos terceras partes de los hombres y de los caballos, y había dos cañones destrozados, pero no había ninguna unidad que los cubriera.

En ese momento el príncipe Bagratión y Tushin miraban a Bolkonski con idéntico interés, y este hablaba conteniendo la emoción.

—Y, si me permite, excelencia, que le exprese mi opinión —continuó—, el éxito de esta jornada se la debemos ante todo a esa batería y a la heroica firmeza del capitán Tushin y de su compañía —dijo el príncipe Andréi y, sin esperar que le respondieran, se levantó de inmediato y se alejó de la mesa.

El príncipe Bagratión miró a Tushin y no deseando, al parecer, mostrar desconfianza ante la repentina opinión de Bolkonski pero, al mismo tiempo, incapaz de creerle por completo, inclinó la cabeza y le dijo a Tushin que se podía retirar. El príncipe Andréi salió tras él.

—Te doy las gracias, me has sacado de un apuro, querido —le dijo Tushin.

El príncipe Andréi le miró y, sin decir nada, se alejó. Se sentía triste y apesadumbrado. Todo aquello era tan extraño y tan distinto de lo que había esperado…

«¿Quiénes son? ¿Por qué están aquí? ¿Qué quieren? Y ¿cuándo va a terminar todo esto?», pensaba Rostov mirando las sombras que desfilaban delante de él. El dolor del brazo era cada vez más insoportable. Lo dominaba un sueño invencible, círculos rojos brincaban ante sus ojos, y la impresión que le producían aquellas voces y rostros junto con el sentimiento de soledad se fundían con la sensación de dolor. Eran ellos, esos soldados, tanto los heridos como los no heridos: ellos eran quienes le atormentaban y oprimían, quienes

le retorcían los tendones, quemaban la carne de su brazo fracturado y de su hombro. Para librarse de ellos, cerró los ojos.

Se adormeció un momento, pero en ese corto espacio vio en sueños una innumerable cantidad de imágenes: vio a su madre, con su mano grande y blanca, vio los hombros flacuchos de Sonia, los ojos y la risa de Natasha, a Denísov con su voz y su bigote, a Teliatin y toda su historia relacionada con él y con Bogdánych. Toda aquella historia se fundía con el soldado de la voz brusca, y tanto la historia como el soldado eran quienes le agarraban tan dolorosa e insistentemente el brazo, se lo apretaban y tiraban de él hacia una misma dirección. Intentaba alejarse de ellos, pero no había manera de que le soltaran, ni un segundo. Si no fuera porque tiraban de él, no le dolería, estaría bien; pero no podía librarse de ellos.

Abrió los ojos y miró al cielo. El negro manto de la noche pendía a un solo *arshín* del fulgor de las brasas, donde se veían caer copos menudos de nieve. Tushin no volvía y el médico no llegaba. Estaba solo; en esos momentos únicamente veía a un pequeño soldado que, desnudo, se había sentado al otro lado de la hoguera para calentar su cuerpo delgado y amarillento.

«¡No le hago falta a nadie! —pensaba Rostov—. Nadie me ayuda ni se apiada de mí. No hace mucho estaba en casa: fuerte, alegre, querido por todos.» Suspiró, y al hacerlo gimió sin querer.

—Vaya, ¿te duele o qué? —le preguntó el pequeño soldado sacudiendo su camisa por encima del fuego y, sin esperar que le contestara, añadió en un gruñido—: ¡Cuánta gente ha quedado hoy malherida, qué espanto!

Rostov no lo escuchaba. Miraba los copos de nieve que revoloteaban sobre el fuego y recordaba el invierno ruso en su casa caliente y luminosa, con su mullido abrigo de pieles, los rápidos trineos, su cuerpo robusto, el amor y cuidados de su familia. «¿Para qué habré venido aquí?», pensaba.

Al día siguiente los franceses no reanudaron los ataques, y lo que quedaba del destacamento de Bagratión se incorporó al ejército de Kutúzov.

Tercera parte

I

El príncipe Vasili no meditaba sus planes. Y aún menos pensaba en perjudicar a los demás para sacar algún provecho. Era simplemente un hombre mundano que había triunfado en la alta sociedad y que había hecho de su éxito una costumbre. Dependiendo de las circunstancias o de su relación con las personas, en su cabeza siempre se estaban formando variados planes e ideas de los que no era plenamente consciente, pero que constituían todo el interés de su vida. No eran solo uno o dos los que tenía presentes, sino decenas de ellos: unos empezaban justo a formarse en su cabeza, otros alcanzaban su meta y otros eran descartados. Nunca se decía, por ejemplo: «Ahora este hombre es influyente, tengo que ganarme su confianza y amistad, y a través de él conseguiré una ayuda económica»; tampoco se decía: «Ahora Pierre es rico, tengo que hacerme con él para que se case con mi hija, y así me prestará los cuarenta mil rublos que necesito»; sin embargo, cuando coincidía con el hombre influyente, su instinto enseguida le decía que le podía ser útil y estrechaba lazos con él y, a la primera oportunidad, sin haberlo preparado de antemano y por instinto, lo adulaba, lo trataba con familiaridad y hablaba de cuanto era preciso.

En Moscú, el príncipe Vasili tenía a Pierre a mano, y lo arregló todo para que fuera nombrado gentilhombre de cámara, algo que en aquel entonces equivalía al rango de consejero de Estado; insistió en que el joven se trasladara con él a San Petersburgo y se hospedara en su casa. Como distraídamente y, a la vez, con la mayor certeza de que las cosas tenían que ser así, hacía cuanto era necesario para casar a Pierre con su hija. Si el príncipe Vasili hubiera meditado sus planes, no habría podido mostrarse tan natural, sencillo y familiar en sus relaciones y en el trato con los demás, tanto si estaban situados por encima como por debajo de él. Había algo que siempre lo atraía hacia las personas más influyentes y ricas que él, y dominaba ese raro arte de anticipar el momento oportuno en el que uno puede sacar partido de los demás.

Pierre, que tan inesperadamente se había convertido en conde Bezújov y en un hombre rico, tras su reciente soledad y despreocupación ahora se sentía tan rodeado de gente y atareado que solo en la cama lograba quedarse a solas. Tenía que firmar papeles, presentarse en oficinas públicas cuyo sentido no acababa de entender, consultar a su administrador principal, visitar su hacienda a las afueras de Moscú, recibir a gran cantidad de personas que antes ni siquiera deseaban saber de su existencia y que ahora se ofendían y se afligían si no quería verlas: personas de toda índole —hombres de negocios, parientes, conocidos—, y todas se mostraban igual de bien dispuestas hacia el joven heredero y lo trataban con igual cariño; todas, de un modo patente e indudable, estaban convencidas de las elevadas cualidades de Pierre. No dejaba de oír cómo le decían: «Con su extraordinaria bondad»; «Con su bellísimo corazón»; «Es usted tan puro, conde…»; «Si él fuera tan inteligente como usted…»; etcétera, y empezaba a creer sinceramente en su extraordinaria bondad e inteligencia, porque además, en el fondo de su alma, siempre había pensado que realmente era muy bueno e inteligente. Incluso las personas que antes habían estado mal dispuestas y se habían mostrado manifiestamente hostiles con él ahora lo trataban con cariño y afecto. La princesa mayor, siempre tan seria, con su talle largo y el pelo tan alisado como el de una muñeca, fue a verlo a su habitación después de los funerales. Con la mirada baja y sin dejar de sonrojarse, le dijo que sentía mucho los malentendidos que habían surgido entre ellos, y que ahora no se sentía con derecho a pedirle nada, únicamente que, tras el golpe recibido, le permitiera quedarse algunas semanas más en esa casa que tanto amaba y en la que tantos sacrificios había hecho. Al pronunciar estas palabras no pudo contenerse y se puso a llorar. Conmovido por que esa princesa, que parecía una estatua, hubiera podido cambiar tanto, Pierre le cogió de la mano y se disculpó, sin saber él mismo de qué. Desde ese día la princesa empezó a tejerle una bufanda a rayas y cambió completamente con él.

—Haz esto por ella, *mon cher*; al fin y al cabo, ha sufrido mucho por el difunto conde —le dijo el príncipe Vasili tendiéndole un documento en favor de la princesa para que lo firmara.

El príncipe Vasili decidió que era necesario lanzarle a la princesa aquel hueso, que consistía en una letra de cambio de treinta mil rublos, para que ni se le pasara por la cabeza hablar de su implicación en el asunto de la cartera del mosaico. Pierre firmó la letra de cambio, y desde entonces la princesa estuvo aún más afable con él. Las otras dos princesas le mostraron un gran

cariño, sobre todo la menor —la atractiva, la del lunar—, que a menudo lo desconcertaba con sus sonrisas y su turbación al verlo.

A Pierre le parecía tan natural que todos le quisieran, y le habría parecido tan antinatural que alguien no lo hubiera hecho, que no podía dudar de la sinceridad de las personas que lo rodeaban. Además, no tenía tiempo de plantearse si eran sinceras o no. Siempre andaba ocupado, en un continuo estado de embriaguez, dulce y alegre. Se sentía como en el centro de un movimiento general e importante; tenía la sensación de que siempre se esperaba algo de él, de que, si no lo hacía, afligiría a muchos y les privaría de sus esperanzas, pero, si hacía esto y aquello, todo iría bien, y por eso hacía lo que se le pedía, por más que ese «ir bien» siempre quedara relegado a un futuro.

En los primeros tiempos, quien más se ocupó de Pierre y de sus asuntos fue el príncipe Vasili: desde la muerte del conde Bezújov no lo había soltado de la mano. Tenía el aspecto de un hombre cargado de ocupaciones, fatigado, extenuado, pero que por compasión no podía, en definitiva, abandonar al capricho del destino y de los embaucadores a aquel joven indefenso, hijo de su amigo, *après tout*[296], y con una fortuna tan inmensa. En los días que pasó en Moscú después de la muerte del conde Bezújov, hacía llamar a Pierre o iba él mismo a su casa y le indicaba lo que debía hacer en tono cansino y firme, como si cada vez le estuviera diciendo: «*Vous savez, que je suis accablé d'affaires et que ce n'est que par pure charité, que je m'occupe de vous, et puis vous savez bien, que ce que je vous propose est la seule chose faisable*».[297]

—Bueno, amigo mío, finalmente nos marchamos mañana —le comunicó un día cerrando los ojos y dándole golpecitos con los dedos en el codo, en un tono como si lo que decía lo hubieran decidido los dos hacía mucho tiempo y no pudiera ser de otro modo—. Nos marchamos mañana, te dejo sitio en mi carretela. Estoy muy contento. Aquí ya hemos acabado con todos los asuntos importantes. Y hace tiempo que tendría que haberme ido. He recibido esto del canciller. Intercedí por ti y has sido admitido en el cuerpo diplomático, y te han nombrado gentilhombre de cámara. La carrera diplomática se abre ante ti.

A pesar de que el tono cansino y firme con el que el príncipe Vasili pronunció estas palabras era muy convincente, Pierre, que llevaba mucho tiempo pensando en su carrera, quiso objetar algo. Pero el príncipe Vasili lo interrumpió con ese tono profundo y arrullador, que excluía toda posibilidad de contradecirlo, y del que echaba mano en casos extremos, cuando necesitaba ser especialmente persuasivo.

—*Mais, mon cher*, lo he hecho por mí, para satisfacer mi conciencia, no tienes que agradecerme nada. Nadie se ha quejado nunca de que lo quieran demasiado; además, eres libre y lo puedes dejar mañana mismo si quieres. Pero ya lo verás todo por ti mismo cuando llegues a San Petersburgo. Y ya va siendo hora de que te alejes de estos terribles recuerdos. —El príncipe Vasili suspiró—. Bueno, bueno, querido. Que mi ayuda de cámara viaje en tu carretela. Ah, sí, me olvidaba —añadió—: ya sabes, *mon cher*, que tu difunto padre y yo teníamos cuentas pendientes, así que me voy a quedar con lo que he recaudado de Riazán: tú no lo necesitas. Ya haremos cuentas.

Lo que el príncipe Vasili llamaba «lo de Riazán» eran varios miles de rublos en concepto de tributo de los campesinos que se había embolsado.

En San Petersburgo, igual que en Moscú, Pierre se vio inmerso en una atmósfera de personas cariñosas y afectuosas. No podía rechazar el puesto —o más bien el título, porque no hacía nada— que el príncipe Vasili le había conseguido, y era tal la cantidad de conocidos, invitaciones y ocupaciones sociales que le embargaba aún con más intensidad que en Moscú una sensación de nebulosidad y ajetreo, de continua espera de algo bueno que era inminente, pero que nunca llegaba.

De su antiguo círculo de amigos solteros quedaban pocos en San Petersburgo. Dólojov había sido degradado; Anatol servía en el ejército, en provincias; el príncipe Andréi estaba en el extranjero. Por este motivo, no podía pasar las noches como antes le gustaba, ni abrir de vez en cuando su corazón en una conversación amistosa con su viejo y querido amigo. Pasaba todo su tiempo en comidas, bailes y, principalmente, en casa del príncipe Vasili: en compañía de su mujer —la gruesa princesa— y de la bella Hélène.

Anna Pávlovna, igual que toda la alta sociedad, cambió su actitud hacia él.

Antes Pierre siempre tenía la impresión de que todo cuanto decía delante de Anna Pávlovna resultaba indecoroso, falto de tacto e inadecuado; de que sus palabras —mientras las preparaba en su imaginación le parecían inteligentes— se convertían en algo estúpido en cuanto las pronunciaba en voz alta; y de que, en cambio, las palabras más estúpidas de Ippolit resultaban inteligentes y agradables. Ahora, todo cuanto decía era *charmant*. Y, aunque Anna Pávlovna no lo dijera, él notaba que deseaba hacerlo, pero se contenía solo por consideración a su modestia.

A comienzos del invierno de 1805 a 1806, Pierre recibió una de las habituales esquelas rosas de Anna Pávlovna con una invitación, en la que había añadido: «*Vous trouverez chez moi la belle Hélène, qu'on ne se lasse jamais de voir*».[298]

Al leer la nota, Pierre vio por primera vez que entre él y Hélène se había tejido una especie de relación que los demás reconocían; esa idea le asustó — era como si le hubieran impuesto una obligación a la que no quería responder — y a la vez le agradó, como una entretenida hipótesis.

La velada de Anna Pávlovna fue igual que la primera, con la excepción de que la novedad con que siempre agasajaba a sus invitados ahora no era Mortemart, sino un diplomático llegado de Berlín que traía los más recientes detalles de la estancia del zar Alejandro en Potsdam y sobre la indisoluble alianza que los dos amigos imperiales habían jurado mantener para defender la justa causa contra el enemigo del género humano. Pierre fue recibido por Anna Pávlovna con un deje de tristeza que, evidentemente, aludía a la reciente pérdida que había golpeado al joven: la muerte del conde Bezújov (todos se sentían con el deber de repetirle sin cesar lo muy afligido que debía estar por el fallecimiento de ese padre al que apenas había conocido); y esa tristeza de Anna Pávlovna era exactamente igual que la extrema tristeza que expresaba cuando aludía a la augusta emperatriz Maria Fiódorovna. Pierre se sintió halagado. Anna Pávlovna, con su acostumbrado arte, distribuía a los diferentes grupos por su salón. El círculo más grande, en el que estaban el príncipe Vasili y los generales, contaba con la presencia del diplomático. Había otro círculo junto a la mesa del té. Pierre quería unirse al primero, pero Anna Pávlovna, en un estado de excitación como el de un jefe militar en el campo de batalla cuando se le ocurren miles de ideas brillantes que apenas tiene tiempo de llevar a cabo, le rozó una manga con el dedo:

—*Attendez, j'ai des vues sur vous pour ce soir*. —Miró a Hélène y le sonrió—. *Ma bonne Hélène, il faut, que vous soyez charitable pour ma pauvre tante, qui a une adoration pour vous. Allez lui tenir compagnie pour 10 minutes*.[299] Y para que no se aburra usted mucho, aquí tiene al amable conde, que no se negará a acompañarla.

La bella Hélène fue con la tía, pero Anna Pávlovna retuvo un poco más a Pierre a su lado, como si tuviera que darle unas últimas instrucciones necesarias.

—¿Verdad que es maravillosa? —le dijo señalando a la majestuosa y bella joven que se alejaba—. *Et quelle tenue!*[300] Para una muchacha tan joven, ¡qué tacto, qué modo tan exquisito de comportarse! ¡Eso le viene del corazón! ¡Dichoso será aquel a quien pertenezca! Con ella hasta el marido menos mundano ocupará la posición más brillante en la alta sociedad. ¿No es cierto? Solo quería saber su opinión. —Y entonces le dejó marchar.

A la pregunta sobre la exquisitez con la que Hélène se sabía comportar, Pierre respondió que sí, y fue sincero. Si alguna vez pensaba en ella, era justamente por su belleza y por su rara habilidad de comportarse en sociedad con esa dignidad silenciosa.

La tía recibió a los dos jóvenes en su rincón, pero parecía que deseara ocultar su adoración por Hélène y que, más bien, quisiera expresar el miedo que le daba Anna Pávlovna. Echaba miradas a su sobrina como preguntándole qué quería que hiciera ella con aquellos jóvenes. Cuando se estaba alejando de ellos, Anna Pávlovna volvió a rozar con un dedo la manga de Pierre y, después de decir: «*J'espère, que vous ne direz plus qu'on s'ennuie chez moi*», [301] miró a Hélène.

Hélène sonrió de un modo que parecía decir que ni se planteaba la posibilidad de que alguien no se maravillara al verla. La tía se puso a toser, tragó saliva y dijo en francés que estaba muy contenta de ver a Hélène; después se volvió hacia Pierre con idéntico saludo e idéntico gesto. En mitad de esta conversación aburrida, que avanzaba a trompicones, Hélène miró a Pierre y le ofreció esa sonrisa luminosa y bella con la que obsequiaba a todo el mundo. Pierre estaba tan acostumbrado a este tipo de sonrisa, que tan poco expresaba para él, que no le prestó la menor atención. En ese momento la tía hablaba de la colección de tabaqueras del difunto padre de Pierre, el conde Bezújov, y les enseñó la suya. La princesa Hélène le pidió ver el retrato de su marido, dibujado en la tabaquera.

—Esto debe de ser obra de Vinesse —dijo Pierre, refiriéndose al célebre miniaturista, inclinándose sobre la mesa para coger la tabaquera y prestando oídos a la conversación de la mesa vecina.

Se incorporó para rodear a Hélène, pero la tía le tendió la tabaquera justo por detrás de la joven, que se inclinó hacia delante para facilitarle el movimiento y volvió la mirada con una sonrisa. Llevaba, como en todas las veladas, un vestido muy escotado por delante y por detrás, según la moda de entonces. Su busto, que a Pierre siempre le había parecido de mármol, estaba a una distancia tan corta de los ojos de él que, a pesar de su miopía, pudo apreciar sin querer el vivo encanto de sus hombros y cuello, y estaba tan cerca de sus labios que si se hubiera agachado un poco la habría rozado. Sentía el calor de su cuerpo y su olor a perfume, y oía el crujido de su corsé al respirar. Ahora no veía su belleza marmórea, que formaba un todo con su vestido, sino que veía y sentía todo el encanto de su cuerpo, oculto únicamente por la ropa. Y, una vez hubo visto eso, ya no pudo verla de otro modo, de la misma

manera que, una vez nos han explicado un truco, ya no podemos volver a creer en él como antes.

Hélène se volvió, le miró directamente con sus ojos brillantes y negros y sonrió.

«Así que ¿no se había dado cuenta hasta ahora de lo hermosa que soy? —parecía decirle Hélène—. Sí, soy una mujer que puede pertenecer a cualquiera, también a usted», decía su mirada. Y en ese momento Pierre sintió que Hélène no solo podía sino que debía ser su mujer, y que no podía ser de otro modo.

Lo supo entonces con la misma certeza con que lo habría sabido en el altar. ¿Cómo ocurriría? Y ¿cuándo? No lo sabía; ni siquiera sabía si de ahí saldría algo bueno (por algún motivo tenía la sensación de que sería incluso algo malo). Pero lo que tenía claro era que ocurriría.

Pierre bajó la mirada, la volvió a alzar y quiso verla de nuevo como a una belleza lejana y ajena a él, como la veía antes. Pero ya no podía. No podía, del mismo modo que una persona que en la niebla ha confundido un manojo de malas hierbas con un árbol, una vez se ha dado cuenta, ya no puede volver a ver el árbol. La tenía terriblemente cerca. Y ya tenía poder sobre él. Entre ellos ya no había ninguna barrera, excepto la de la voluntad de él.

—*Bon, je vous laisse dans votre petit coin. Je vois, que vous y êtes très bien*[302] —se oyó la voz de Anna Pávlovna.

Y Pierre, tratando de recordar con temor si había hecho algo censurable, miró sonrojado a su alrededor. Le parecía que todos sabían, igual que él, lo que le había sucedido.

Al cabo de un rato, cuando se unió al círculo grande, Anna Pávlovna le dijo:

—*On dit que vous embellissez votre maison de Pétersbourg*. —Era cierto: el arquitecto le había dicho que era necesario hacerlo, y Pierre, sin saber para qué, estaba redecorando su enorme casa de San Petersburgo—. *C'est bien, mais ne déménagez pas de chez le prince Basile. Il est bon d'avoir un ami comme le prince* —añadió, sonriendo al príncipe Vasili—. *J'en sais quelque chose. N'est-ce pas?*[303] Usted necesita que le aconsejen. No se enfade conmigo si me sirvo de mis derechos de vieja. —Se quedó callada, como siempre hacen las mujeres, que parecen esperar algo cuando aluden a su edad—. Si se casa, será otra cosa.

Y los unió con la mirada. Pierre no miraba a Hélène, y ella tampoco lo miraba a él. Pero seguía sintiendo su terrible proximidad. Él farfulló algo y enrojeció.

Al volver a casa, tardó mucho en poder conciliar el sueño pensando en lo que le había pasado. Pero ¿qué había pasado? Nada. Únicamente había comprendido que aquella mujer a la que había conocido como una niña, sobre la que antes decía distraídamente: «Sí, es atractiva» cuando le comentaban que Hélène era una belleza, podía pertenecerle.

«Pero es tonta, yo mismo solía decir que es tonta —pensaba—. Hay algo vil en el sentimiento que me ha despertado, algo prohibido. Me dijeron que su hermano Anatol se enamoró de ella y ella de él, que hubo toda una historia, y que por este motivo tuvieron que alejar a Anatol. Ippolit es su hermano… El príncipe Vasili su padre… No está bien», pensaba. Y al mismo tiempo que tenía estas ideas (aún incompletas) se sorprendía sonriendo y se daba cuenta de que otras se superponían a ellas: pensaba en la mediocridad de ella y, a la vez, soñaba con que podría ser su mujer, llegar a amarlo, cambiar por completo, y que, quizá, todo cuanto pensaba y había oído decir de ella era falso. Y de nuevo veía no a la hija del príncipe Vasili, sino su cuerpo entero, cubierto únicamente por un vestido gris. «Pero ¡no! ¿Por qué nunca me había venido esta idea a la cabeza?» Y de nuevo se decía que era imposible, que en aquel matrimonio había algo vil, antinatural —así se lo parecía— y deshonesto. Recordaba las palabras de Hélène, sus miradas, así como las palabras y miradas de quienes los habían visto juntos. Recordaba las palabras de Anna Pávlovna al hablar de la casa de San Petersburgo, las miles de alusiones parecidas del príncipe Vasili y de otros, y se horrorizaba al pensar que quizá ya se habría comprometido de algún modo a algo manifiestamente censurable y que no debía hacer. Pero al mismo tiempo que se repetía la decisión que había tomado, en otra parte de su alma surgía la imagen de Hélène, con toda su belleza femenina.

II

En noviembre de 1805 el príncipe Vasili debía viajar a cuatro provincias para cumplir una inspección. Había logrado hacerse con ese cometido que le permitía visitar sus descuidadas haciendas y, al mismo tiempo, pasar a recoger a su hijo Anatol donde estaba su regimiento y llevárselo a ver al príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski: quería casarlo con la hija del rico anciano. Pero antes de partir con estos nuevos planes, tenía que resolver el asunto de Pierre, que, a decir verdad, en los últimos tiempos pasaba días enteros en su casa, donde se alojaba, y que en presencia de Hélène se

mostraba ridículo, confundido y patoso (como debe comportarse un enamorado), aunque seguía sin hacerle la petición.

«*Tout ça est bel et bon, mais il faut que ça finisse*»[304], se dijo una mañana el príncipe Vasili con un suspiro de tristeza, al considerar que Pierre, que tanto le debía («bueno, ¡que Cristo lo perdone!»), no estaba actuando del todo bien en aquel asunto. «La juventud… la frivolidad… ¡bueno, que Dios lo perdone! —pensaba, deleitándose en su magnanimidad—. *Mais il faut que ça finisse*. Pasado mañana es el santo de Liolia[305], invitaré a algunas personas y, si no entiende lo que debe hacer, ya me encargaré yo. Sí, me encargaré yo. ¡Soy el padre!»

Había pasado un mes y medio desde la velada de Anna Pávlovna y la subsiguiente noche de insomnio y agitación en la que Pierre había decidido que el matrimonio con Hélène sería una desgracia y que debía evitarlo marchándose; sin embargo, no había abandonado aún la casa del príncipe Vasili después de esta decisión, y empezaba a sentir con horror que, a ojos de los demás, cada día estaba más unido a ella, que era incapaz de volver a verla como antes, que no podía separarse de su lado, que sería terrible pero que debía unir su destino al de ella. Quizá podría haber guardado las distancias, pero no pasaba un día sin que en casa del príncipe Vasili, que raramente recibía, se celebrara una velada en la que tenía que estar presente si no quería arruinar la diversión general y defraudar las expectativas de todo el mundo. En las escasas ocasiones en que el príncipe Vasili estaba en casa, al pasar por su lado tiraba de su mano hacia abajo, le ofrecía distraídamente la mejilla afeitada y arrugada para que se la besara y le decía: «Hasta mañana», «Hasta la hora de comer, porque si no ya no te veré», «Me quedo por ti», etcétera. A pesar de que cuando se quedaba por Pierre (o eso es lo que decía) no cruzaba ni dos palabras con él, Pierre no se veía con fuerzas de decepcionarlo. Cada día se repetía lo mismo: «De una vez por todas tengo que comprenderla y darme cuenta de cómo es: ¿me equivocaba antes o me equivoco ahora? No, no es tonta. ¡No, es una muchacha excelente! —se decía a veces—. Ella nunca se equivoca en nada y nunca ha dicho una tontería. Habla poco, pero lo que dice es siempre claro y sencillo. Por lo tanto, no es tonta. Nunca se ha turbado ni se turba. ¡Por lo tanto, no es una mala mujer!». A menudo, cuando se ponía a reflexionar con ella sobre algo y pensaba en voz alta, Hélène le respondía o bien con una observación breve pero pertinente para indicar que el asunto no le interesaba, o bien con una sonrisa silenciosa y una mirada que manifestaba ante él, del modo más evidente posible, su superioridad. Con

razón ella consideraba que cualquier reflexión era un disparate en comparación con su sonrisa.

Siempre le dedicaba una sonrisa alegre y confiada que le tenía reservada solo a él, y en la que había algo más intenso que en la sonrisa genérica que habitualmente adornaba su rostro. Pierre sabía que todos estaban esperando que dijera cierta palabra de una vez por todas, que cruzara cierta línea, y sabía que tarde o temprano lo haría; pero un horror incomprensible se apoderaba de él ante la sola idea de dar ese terrible paso. A lo largo del mes y medio en el que se sintió cada vez más arrastrado hacia ese precipicio que lo aterraba, se repitió miles de veces: «Pero ¿qué es esto? ¡Tengo que mostrar decisión! ¿Acaso carezco de ella?».

Quería decidirse, pero veía con horror que le faltaba esa decisión que sabía que tenía y que realmente tenía. Pierre era de esas personas que solo son fuertes cuando se sienten completamente puras. Y, desde el día en que se había visto dominado por el deseo al inclinarse sobre la tabaquera en casa de Anna Pávlovna, su capacidad de decisión se había paralizado por un sentimiento inconsciente de culpabilidad.

El día del santo de Hélène, el príncipe Vasili reunió en su casa a un pequeño grupo de personas para cenar, las más allegadas, como decía la vieja princesa: familia y amigos. A todos se les había dado a entender que aquel día iba a decidirse el destino de la festejada. Los invitados estaban sentados a la mesa. La princesa Kuráguina, mujer recia, hermosa en el pasado y de aspecto respetable, ocupaba la cabecera. A uno y a otro lado de ella se sentaban los invitados más distinguidos: un viejo general con su mujer y Anna Pávlovna Scherer; en el extremo de la mesa, las personas de menos edad y distinción, así como los familiares, Pierre y Hélène, uno al lado del otro. El príncipe Vasili no cenaba: se paseaba alrededor de la mesa, de buen humor, sentándose con un invitado y después con otro. A todos les decía alguna palabra informal y agradable, exceptuando a Pierre y a Hélène, en quienes parecía no reparar. Animaba a todo el mundo. Las velas de cera ardían luminosas; la plata, el cristal de la vajilla, los atavíos de las damas y las charreteras de oro y plata resplandecían; los criados, que vestían caftán rojo, iban y venían alrededor de la mesa; se oía ruido de cuchillos, vasos y platos, y la animada algarabía de varias conversaciones a la vez. Se oía cómo en una punta un viejo chambelán confesaba su ardiente amor a una anciana baronesa, que se reía; en la otra punta, la historia del fracaso de cierta Maria Víktorovna. En el centro el príncipe Vasili atraía la atención de varios oyentes. Contaba a las damas, con una sonrisa burlona en los labios, la última sesión del Consejo de Estado —la

del miércoles—, en la que el general Serguéi Kuzmich Viazmitínov, nuevo gobernador militar de San Petersburgo, leía el entonces famoso rescripto del emperador Alejandro Pávlovich, recibido desde el ejército, donde le decía que de todas partes recibía informes acerca de la lealtad del pueblo, que el informe de San Petersburgo le resultaba especialmente grato, que se sentía orgulloso de tener el honor de dirigir una nación así y que trataría ser digno de ella. El rescripto en cuestión empezaba con las palabras: «¡Serguéi Kuzmich! De todas partes me llegan noticias», etcétera.

—¿De verdad que no pudo pasar de «Serguéi Kuzmich»? —preguntó una dama.

—Así es, así es: no pudo leer ni una sola letra más —respondió riendo el príncipe Vasili—. «Serguéi Kuzmich… de todas partes… De todas partes, Serguéi Kuzmich…» No hubo forma de que el pobre Viazmitínov pudiera continuar. Empezó a leer la carta varias veces, pero era pronunciar «Serguéi…», y sollozos…; «Ku… zmi… ch», y lágrimas…; «De todas partes» y se atragantaba con más sollozos, y no podía leer más. Volvía a coger el pañuelo, y de nuevo «Serguéi Kuzmich, de todas partes», y aún más lágrimas… Al final, tuvieron que pedir a otra persona que lo leyera.

—Kuzmich… de todas partes… y lágrimas… —repitió alguien riéndose.

—No sean malos —dijo Anna Pávlovna, amenazándolos con un dedo desde la otra punta de la mesa—, *c’est un si brave et excellent homme notre bon Viasmitinoff…*[306]

Todos se rieron mucho. En la cabecera, donde estaban los invitados de honor, parecían estar alegres y de un excelente humor; solamente Pierre y Hélène guardaban silencio, uno al lado del otro, casi en el extremo de la mesa; en su rostro esbozaban una sonrisa débil pero radiante que no respondía a la anécdota sobre Serguéi Kuzmich: era una sonrisa de pudor por sus sentimientos. Por más que los comensales hablaran, rieran y bromearan, por más apetito que manifestaran al degustar el vino del Rin, el *sauté* y el helado, por más que evitaran mirar a la pareja, por más que mostraran indiferencia y desinterés por ella, las miradas que de tanto en tanto les dirigían indicaban, por alguna razón, que la anécdota sobre Serguéi Kuzmich, la risa y la comida eran puro teatro: toda la atención estaba concentrada solo en la pareja, en Pierre y Hélène. El príncipe Vasili imitaba los sollozos de Serguéi Kuzmich y al mismo tiempo recorría a su hija con la mirada; y, mientras se reía, su semblante expresaba: «Bien, bien, todo va bien; hoy quedará todo decidido». Anna Pávlovna le amenazaba por lo de *notre bon Viasmitinoff*, pero en sus ojos, que en ese momento brillaron al mirar fugazmente a Pierre, el príncipe

Vasili pudo leer su felicitación por el futuro yerno y por la felicidad de su hija. La vieja princesa, que después de mirar con ceño a su hija ofrecía vino a su vecina con un triste suspiro, parecía decir: «Así es, querida, a usted y a mí lo único que nos queda es beber vino dulce; ahora es el momento de estos jóvenes, de su insolente felicidad». «Pero ¡qué disparates estoy contando, como si me interesaran algo! —pensaba el diplomático al mirar la cara de felicidad de los enamorados—. ¡Esto sí que es felicidad!»

En medio de los intereses mezquinos, insignificantes y artificiosos que unían a aquel grupo de personas se alzaba el sentimiento sencillo de mutua atracción entre un hombre y una mujer, jóvenes, hermosos y saludables. Y este sentimiento humano apabullaba a todos y dominaba su artificioso balbuceo. Las bromas no eran alegres, las novedades no eran interesantes y la animación era manifiestamente fingida. Y no solo ellos, sino hasta los lacayos que servían la mesa parecían sentir lo mismo y confundían el orden del servicio: no podían quitar los ojos del rostro resplandeciente de la bella Hélène, ni del rostro enrojecido, grueso, dichoso e inquieto de Pierre. Hasta parecía que el fuego de las velas iluminara únicamente a aquellos dos rostros felices.

Pierre notaba que era el centro de todo el interés, lo que le alegraba y cohibía a la vez. Su estado era el de alguien enfrascado en una importante tarea. No veía, entendía ni oía nada con claridad. Solo de tarde en tarde, inesperadamente, surgían en su alma retazos de ideas y sensaciones de realidad.

«Así pues, ¡todo está decidido! Pero ¿cómo ha ocurrido? ¡Qué rápido! Ahora sé que *esto* debe hacerse inevitablemente, no solo por ella y por mí, sino por todos. Todos esperan *esto* con tanta intensidad, están tan convencidos de que va a suceder, que no puedo, no puedo defraudarles. Pero ¿cómo será? No lo sé; pero ¡sucederá, es seguro que sucederá!», pensaba Pierre mientras miraba esos hombros que resplandecían justo al lado de sus ojos.

Otras veces se sentía repentinamente avergonzado por algo. Le incomodaba ser el centro de atención, ser un afortunado a los ojos de los demás, ser, con su feo rostro, como un Paris que posee a Helena. «Pero seguro que siempre ocurre así, y así es como debe ser —se consolaba—. Por otro lado, ¿qué he hecho yo para llegar a esto? ¿Cuándo empezó todo? Me marché de Moscú con el príncipe Vasili. Allí aún no había pasado nada. Pero ¿por qué me hospedé en su casa? Después jugué a las cartas con ella, le recogí el ridículo del suelo y salimos a pasear en carruaje. Pero ¿cuándo empezó todo, cuándo sucedió?» Y allí estaba, sentado a su lado como su prometido,

oyendo, viendo, sintiendo su cercanía, su respiración, sus movimientos, su belleza. Otras veces le parecía que no era ella la que tenía una belleza extraordinaria, sino él, y que por eso todos le miraban así; y, contento de despertar la admiración general, sacaba pecho, alzaba la cabeza y disfrutaba de su felicidad. De repente oye una voz, una voz familiar que le repite algo. Pero está tan ensimismado que no entiende lo que le dicen.

—Te estoy preguntando que cuándo recibiste la carta de Bolkonski —le repite el príncipe Vasili por tercera vez—. ¡Qué despistado estás, querido!

El príncipe Vasili sonríe, y Pierre ve que todo el mundo les sonríe a él y a Hélène. «Bueno, qué más da, si ustedes ya lo saben —piensa—. ¿Qué más da? Es la verdad», y en su rostro también se dibuja una sonrisa dócil e infantil; Hélène también sonríe.

—Y ¿cuándo la recibiste? ¿Venía de Olmütz? —le repite el príncipe Vasili, como si necesitara saberlo para zanjar una disputa.

«¿Cómo puede alguien hablar y pensar sobre semejantes naderías?», se dice Pierre.

—Sí, de Olmütz —le responde con un suspiro.

Después de la cena condujo a su dama al saloncito, siguiendo a los demás. Los invitados empezaron a marcharse, y algunos lo hicieron sin despedirse de Hélène. Como si no quisieran apartarla de un tarea importante, se acercaban un instante y se alejaban rápidamente, prohibiéndole que los acompañara. El diplomático salió del saloncito guardando un silencio compungido: percibía toda la insustancialidad de su carrera en comparación con la felicidad de Pierre. El viejo general le gruñó malhumorado a su mujer cuando esta le preguntó por el estado de su pierna. «¡Qué vieja tan estúpida! —pensó—. Seguro que a los cincuenta años Yelena Vasílievna[307] seguirá siendo una belleza.»

—Creo que le puedo felicitar —le cuchicheó Anna Pávlovna a la vieja princesa, y la besó con fuerza—. Si no fuera por la migraña, me quedaría.

La vieja princesa no respondió nada; la envidia por la felicidad de su hija la atormentaba.

Mientras despedían a los invitados, Pierre estuvo un buen rato a solas en el saloncito con Hélène. En aquel último mes y medio a menudo se había quedado a solas con ella, pero nunca le había hablado de amor. Ahora sentía que había que hacerlo, pero era incapaz de decidirse a dar este último paso. Estaba avergonzado; le parecía que allí, al lado de Hélène, ocupaba el lugar de otro. «Esta felicidad no es para ti —le decía una voz en su interior—. Esta felicidad es para quienes no tienen lo que tú sí tienes.» Pero como algo tenía

que decir, inició una conversación. Le preguntó si estaba contenta con la velada. Ella, con su sencillez de siempre, le respondió que aquel santo había sido uno de los más agradables de su vida.

En el salón grande aún quedaba algún que otro pariente. El príncipe Vasili fue a ver a Pierre con paso perezoso; este se levantó y dijo que ya era tarde. El príncipe le miró serio y suspicaz, como si lo que acababa de decir fuera tan extraño que no hubiera llegado a entenderlo. Pero acto seguido aquella expresión severa se transformó; le tiró del brazo hacia abajo, lo hizo sentar y le sonrió con dulzura.

—Bueno, ¿y qué, Liolia? —se volvió hacia su hija, en ese tono despreocupado de cariño, habitual en los padres que desde la infancia han mimado a sus hijos, pero que él simplemente imitaba de otros padres. Y de nuevo se volvió hacia Pierre—. «Serguéi Kuzmich, de todas partes…» —dijo, desabrochándose el botón superior del chaleco.

Pierre sonrió, pero su sonrisa dejaba claro que sabía que lo que interesaba en ese momento al príncipe Vasili no era la anécdota sobre Serguéi Kuzmich; y el príncipe Vasili comprendió que Pierre lo sabía. De repente dijo algo refunfuñando y salió del salón. A Pierre le pareció que hasta el príncipe Vasili estaba turbado, y el desconcierto de ese hombre viejo y mundano lo conmovió; entonces clavó los ojos en Hélène, que también parecía turbada y le decía con la mirada: «La culpa es de usted».

«Tengo que dar el paso de una vez por todas, pero no puedo, no puedo», pensaba Pierre, y de nuevo se puso a hablar de otras cosas, de Serguéi Kuzmich, y le preguntó a ella cómo era la anécdota, porque no la había oído bien. Hélène le contestó con una sonrisa que tampoco ella lo sabía.

Cuando el príncipe Vasili entró en el salón grande, la princesa estaba hablando en voz baja de Pierre con una vieja dama:

—Por supuesto, *c'est un parti très brillant, mais le bonheur, ma chère…*[308]

—*Les mariages se font dans les cieux*[309] —le respondía la vieja dama.

El príncipe Vasili, como si no las oyera, se encaminó a un rincón apartado y se sentó en un diván. Cerró los ojos y pareció dormitar. Después de una cabezada se despertó.

—*Aline* —le dijo a su mujer—, *allez voir ce qu'ils font.*[310]

La princesa se acercó a la puerta, la cruzó con aire significativo e indiferente y echó una mirada al saloncito. Pierre y Hélène seguían hablando, igual que antes.

—Todo sigue igual —le respondió a su marido.

El príncipe Vasili, contrariado, torció la boca y las mejillas le empezaron a temblar con ese gesto desagradable y vulgar que le caracterizaba; se despabiló, se puso de pie y, con decisión y la cabeza en alto, se dirigió por delante de las damas hasta el saloncito. Se acercó a Pierre con paso rápido y gesto alegre. Su rostro mostraba una solemnidad tan insólita que al verlo Pierre se levantó asustado.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el príncipe Vasili—. ¡Mi mujer me lo ha contado todo! —Rodeó con un brazo al joven y con el otro a su hija—. ¡Liolia querida! Estoy muy, muy contento. —La voz le temblaba—. Quería mucho a tu padre… y será una buena esposa para ti… ¡Que Dios os bendiga!…

Abrazó a su hija, después otra vez a Pierre, y le besó con su boca de anciano. Las lágrimas le humedecían las mejillas.

—¡Princesa, ven aquí! —gritó.

La princesa entró y también se echó a llorar. La vieja dama se enjuagaba las lágrimas con un pañuelo. Besaron a Pierre, y él, por su parte, besó varias veces la mano de la bella Hélène. Al cabo de un rato los volvieron a dejar a solas.

«Todo esto tenía que ser así, no podía ser de otro modo —pensaba Pierre—. No tiene, pues, sentido preguntarse si está bien o mal. Está bien porque es algo definido, y por fin ha acabado el tormento de la incertidumbre.» Cogía la mano de su prometida en silencio y miraba su hermoso pecho, que se elevaba y descendía.

—¡Hélène! —dijo en voz alta, y se detuvo.

«En estos casos se suele decir algo especial», pensaba, pero era incapaz de recordar qué se decía exactamente. La miró a la cara. Ella se le acercó más, ruborizándose.

—Ah, quítese esas… cómo se llaman las… —dijo ella señalando las gafas.

Pierre se las quitó, y sus ojos, además de mirar con extrañeza, como es habitual cuando alguien se quita las gafas, parecían asustados e interrogantes. Quiso inclinarse sobre su mano y besársela, pero ella, con un movimiento rápido y tosco de cabeza, alcanzó los labios de él y los juntó con los suyos. Su rostro, que había cambiado y ahora tenía una expresión de desagradable perplejidad, dejó asombrado a Pierre.

«Ahora ya es tarde, está hecho; además, la amo», pensó él.

—*Je vous aime!* —dijo, recordando lo que se debía decir en casos así; pero estas palabras sonaron tan pobres que se sintió avergonzado.

Al cabo de un mes y medio estaba casado, y se había instalado —dueño feliz de una bella mujer y de millones de rublos, como la gente decía— en la gran casa de San Petersburgo, recientemente redecorada, de los condes Bezújov.

III

En diciembre de 1805 el viejo príncipe Nikolái Andreich Bolkonski recibió una carta del príncipe Vasili en la que le anunciaba que lo visitaría con su hijo. («Estoy de viaje por una inspección y, naturalmente, no me cuesta nada dar un rodeo de cien verstas para visitarlo a usted, mi estimadísimo bienhechor —le escribía—; me acompaña mi Anatol, que después se unirá al ejército. Espero que le permita expresarle personalmente el profundo respeto que, igual que su padre, siente por usted.»)

—Está visto que no es necesario presentar a Marie en sociedad: los pretendientes llegan solos —dijo imprudentemente la pequeña princesa al oír la noticia.

El príncipe Nikolái Andreich arrugó el rostro y no respondió nada.

Pasaron dos semanas desde la carta, y una tarde llegaron los sirvientes del príncipe Vasili, que se habían adelantado, y al día siguiente el príncipe mismo con su hijo.

El viejo Bolkonski siempre había tenido una pobre opinión del carácter del príncipe Vasili, y más en los últimos tiempos, cuando bajo los zares Pablo y Alejandro había llegado muy lejos en cargos y honores. Ahora, por las insinuaciones de la carta y de la pequeña princesa, comprendió de qué se trataba, y la pobre opinión que tenía de él se transformó en su alma en un sentimiento de desprecio y hostilidad. Cuando hablaba de él no dejaba de resoplar. El día que llegaron las visitas, estaba especialmente disgustado y de mal humor. Quizá este malhumor se debiera a la visita, o quizá fue justamente el malhumor lo que lo predispuso en contra de la llegada del príncipe Vasili; pero el caso era que estaba de malhumor, y ya por la mañana Tijon le había aconsejado al arquitecto que no se presentara ante él con su informe.

—Escuche cómo anda —le dijo Tijon, obligando al arquitecto a prestar atención a los pasos del príncipe—. Camina con toda la planta del pie, y ya sabemos lo que eso significa…

Sin embargo, pasadas las ocho, como de costumbre, el príncipe salió a pasear en su abrigo de terciopelo con cuello de marta cebellina, y su gorro de

la misma piel. La víspera había nevado. El sendero que conducía al invernadero estaba limpio, en la nieve barrida se veían las huellas de la escoba, y había una pala clavada en un mullido montículo de nieve, que se extendía a ambos lados del sendero. El príncipe se paseó por los invernaderos, las dependencias de la servidumbre y otras construcciones, enfurruñado y taciturno.

—¿Se puede pasar en trineo? —le preguntó al administrador, un hombre respetable, parecido a su amo en las maneras y en el rostro, y que le había acompañado al volver a la casa.

—La nieve es profunda, excelencia. Ya he dado orden de barrer la avenida.

El príncipe inclinó la cabeza y se acercó al porche. «¡Alabado sea el Señor, ya ha pasado la tormenta!», pensó el administrador.

—Era difícil pasar, excelencia —añadió—. He oído decir que un ministro va a venir a visitar a su excelencia.

El príncipe se volvió hacia él y le clavó una mirada furibunda.

—¿Qué? ¿Un ministro? ¿Qué ministro? ¿Quién ha dado la orden? —dijo con su voz estridente y ruda—. No han barrido el camino para mi hija, la princesa, sino ¡para un ministro! Pues ¡para mí no hay ministros!

—Excelencia, yo pensaba…

—¡Tú pensabas! —gritó el príncipe, hablando cada vez más rápido y de modo menos inteligible—. Tú pensabas… ¡Golfos! ¡Sinvergüenzas! Ya te enseñaré yo a pensar. —Levantó el bastón, amenazó con él a Alpátych, y lo habría golpeado de no haberlo esquivado este instintivamente—. ¡Pensabas! ¡Sinvergüenzas! —vociferó.

A pesar de que Alpátych, espantado por su insolencia al haber esquivado el golpe, se acercó al príncipe agachando sumisamente su cabeza calva —o quizá justamente por esa razón—, el príncipe siguió gritando: «¡Sinvergüenzas! ¡Volved a cubrir el camino de nieve!», pero no volvió a levantar el bastón y se metió rápidamente en la casa.

A la hora de comer, la princesa y *mademoiselle* Bourienne, sabiendo que el príncipe no estaba de humor, le esperaban de pie: *mademoiselle* Bourienne, con un rostro radiante que decía: «Yo no sé nada, soy la misma de siempre»; y la princesa Maria, pálida, asustada y con la mirada baja. Lo más duro para ella era saber que en semejantes casos lo mejor era actuar como *mademoiselle* Bourienne, y ser incapaz de hacerlo. Pensaba: «Si hago ver que no me doy cuenta de lo que le pasa, pensará que no me compadezco; si hago ver que

siento tedio y no estoy de humor, me dirá (como ha hecho otras ocasiones) que vaya aspecto más lúgubre tengo».

El príncipe miró el rostro asustado de su hija y resopló.

—¡Estúp… o tonta!… —farfulló.

«Y ¡la otra no ha venido! Ya le han ido con el cuento», pensó sobre la pequeña princesa, que no estaba en el comedor.

—¿Dónde está la princesa? —preguntó—. ¿Se esconde?…

—No se encuentra muy bien —dijo *mademoiselle* Bourienne sonriendo alegremente—, no va a venir. En su estado es comprensible.

—¡Hum! ¡Hum! ¡Grr! ¡Grr! —masculló el príncipe, y se sentó a la mesa.

Le pareció que el plato estaba sucio; señaló una mancha y lo tiró. Tijon lo cogió al vuelo y se lo dio al camarero. La pequeña princesa no estaba indispuesta, pero el príncipe le inspiraba un terror tan insuperable que, al oír que estaba de mal humor, había decidido no salir de su habitación.

—Temo por el niño —le había dicho a *mademoiselle* Bourienne—, Dios sabe lo que puede pasar si me asusto.

En general, la pequeña princesa vivía en Lysye Gory en un estado permanente de miedo y de antipatía por el viejo príncipe; no era consciente de esta antipatía porque el miedo era tan intenso que no le permitía sentirla. Por parte del príncipe también había antipatía, pero la tapaba el desprecio. Una vez se adaptó a su vida en Lysye Gory, la princesa le cogió especial cariño a *mademoiselle* Bourienne, se pasaba los días con ella, le pedía que durmiera en su habitación y a menudo le hablaba de su suegro y lo criticaba.

—*Il nous arrive du monde, mon prince* —dijo *mademoiselle* Bourienne desdoblando la servilleta blanca con sus manos rosadas—. *Son excellence le prince Kouraguine avec son fils, à ce que j’ai entendu dire?*[311] —preguntó.

—¡Hum! Este *excellence* es un mocoso. Yo mismo lo coloqué en el ministerio —dijo el príncipe desdeñosamente—. Y ¿a qué viene con su hijo? No lo puedo entender. Quizá la princesa Lizaveta Kárlovna y la princesa Maria lo sepan; pero yo no entiendo para qué se trae aquí a su hijo. A mí no me hace falta para nada. —Y miró a su hija, que se había sonrojado.

—¿Es que no te encuentras bien? ¿Será por miedo al ministro, como hoy lo ha llamado ese imbécil de Alpátych?

—No, *mon père*.

Por más inoportuna que hubiera sido *mademoiselle* Bourienne al sacar ese tema de conversación, no dejó de parlotear sobre invernaderos y sobre lo hermosa que era una nueva flor que acababa de abrirse; después de la sopa, el príncipe se suavizó.

Después de la comida fue a ver a su nuera. La pequeña princesa estaba sentada frente a una mesita y charlaba con Masha, la doncella. Al ver a su suegro, palideció.

Había cambiado mucho. Ahora estaba más bien fea que hermosa, con las mejillas caídas, el labio levantado y los ojos hundidos.

—Sí, siento como una pesadez —respondió a la pregunta del príncipe de cómo se encontraba.

—¿No necesitas nada?

—No, *merci*, *mon père*.

—Bueno, está bien, está bien.

Salió de la habitación y se dirigió a la antesala, donde estaba Alpátych, con la cabeza gacha.

—¿Habéis cubierto el camino de nieve?

—Así es, excelencia; disculpe mi estupidez, por Dios.

El príncipe lo interrumpió y se rió con aquella risa suya tan poco natural.

—Bueno, está bien, está bien.

Alargó una mano, que Alpátych besó, y entró en su gabinete.

Por la noche llegó el príncipe Vasili. Fue recibido en la *preshpekt*[312] (así llamaban a la avenida) por cocheros y sirvientes, que, dando voces, llevaron sus carruajes y trineos hacia un ala de la casa por el camino expresamente cubierto de nieve.

Al príncipe Vasili y a Anatol les asignaron habitaciones separadas.

Anatol, habiéndose quitado el chaleco y con las manos en las caderas, estaba sentado delante de una mesa cuya esquina, con una sonrisa, miraba fija y distraídamente con sus hermosos y grandes ojos. En la vida todo lo veía como una continua diversión que, por algún motivo, alguien estaba obligado a proporcionarle. Y así es como veía también aquel viaje a casa de un viejo malvado y de una heredera rica y feísima. Le parecía que todo podía salir muy bien y resultar muy divertido. «Y ¿por qué no casarme con ella si es tan rica? Eso nunca está de más», pensaba.

Se afeitó y se perfumó con esmero y elegancia, algo que se había convertido en un hábito para él, y, con su innata expresión bondadosa y triunfal, irguiendo mucho su hermosa cabeza, entró en la habitación de su padre. Dos ayudas de cámara se afanaban en vestir al príncipe Vasili; este miraba animadamente a su alrededor y, cuando su hijo entró, le saludó alegremente con la cabeza, como diciendo: «¡Así, así es como quiero que luzcas!».

—No, bromas aparte, padre, ¿de verdad es tan fea? ¿Eh? —le preguntó en francés, como si continuara un tema de conversación que había salido más de una vez durante el viaje.

—¡Déjate de tonterías! Lo importante es que intentes mostrarte reverente y juicioso con el viejo príncipe.

—Si empieza a decir impertinencias, me marcharé —dijo Anatol—. No soporto a estos viejos. ¿Eh?

—Recuerda que todo tu futuro depende de esto.

Mientras tanto, en la habitación de las doncellas no solo sabían que había llegado un ministro con su hijo, sino que ya habían descrito con detalle su aspecto físico. La princesa Maria estaba sola en su habitación tratando en vano de vencer su agitación interior.

«¿Para qué me tuvieron que escribir? ¿Por qué Liza tuvo que hablarme de esto? ¡Es que no puede ser! —se decía mirándose al espejo—. ¿Cómo voy a entrar en el salón? Aunque él me gustara, ahora mismo no podría comportarme con él como soy.» La sola idea de que su padre le echara una de sus miradas la llenaba de terror.

La pequeña princesa y *mademoiselle* Bourienne ya habían obtenido todas las informaciones necesarias por boca de Masha, la doncella: les había contado lo guapo, sonrosado y negro de cejas que era el hijo del ministro, cómo su padre a duras penas había podido manejarse por las escaleras mientras que él, como un águila, las había subido corriendo, de tres en tres. Después de tales informaciones, la pequeña princesa y *mademoiselle* Bourienne, a las que ya se oía charlar animadamente en el pasillo, entraron en la habitación de la princesa.

—*Ils sont arrivés, Marie*[313], ¿lo sabe? —dijo la pequeña princesa, tambaleándose por la barriga y cayendo pesadamente en el sillón.

Ya no llevaba la blusa de la mañana, sino uno de sus mejores vestidos; se había peinado con esmero y tenía el rostro animado, aunque eso no ocultaba sus rasgos hundidos y demacrados. Con los ropajes que solía llevar en las fiestas de San Petersburgo, resultaba aún más evidente lo mucho que se había afeado. *mademoiselle* Bourienne también apareció con un vestido al que había añadido algún discreto retoque que volvía su rostro bonito y lozano aún más atractivo.

—*Eh bien, et vous restez comme vous êtes, chère princesse?* —dijo esta—. *On va venir annoncer, que ces messieurs sont au salon; il faudra descendre, et vous ne faites pas un petit brin de toilette!*[314]

La pequeña princesa se levantó del sillón, llamó a la doncella y se puso a ingeniar con alegría y a toda prisa algún atavío para la princesa Maria. Esta sentía su dignidad personal agraviada por la inquietud que le había causado el anuncio de la llegada del pretendiente, y aún más al ver que sus dos amigas no admitían que todo podía ser de otro modo. Decirles lo avergonzada de sí misma y de ellas que se sentía habría sido confesar lo nerviosa que estaba; además, rechazar los atavíos que le estaban proponiendo habría dado lugar a prolongadas bromas y a insistencias. Enrojeció, sus hermosos ojos se apagaron, su rostro se cubrió de manchas y, con esa fea expresión de víctima que casi siempre tenía, se puso en manos de *mademoiselle* Bourienne y de Liza. Ambas trataban de un modo totalmente sincero de ponerla guapa. Era tan fea que a ninguna de las dos se le pasaba por la cabeza que pudiera ser competencia para ellas; así que, de un modo totalmente sincero, con ese pueril y firme convencimiento de las mujeres de que un vestido puede lograr que una cara se vuelva hermosa, se pusieron manos a la obra.

—No, de verdad, *ma bonne amie*, este vestido no te queda bien —decía Liza, mirando de costado y a distancia a la princesa—. Manda que te traigan el rojo violáceo. ¡De verdad! Es que, quién sabe, tal vez se decida el destino de tu vida. Este es demasiado claro, ¡no está bien! ¡No, no está bien!

Lo que no estaba bien no era el vestido, sino el rostro y la figura entera de la princesa, pero ni *mademoiselle* Bourienne ni la pequeña princesa se daban cuenta; les parecía que si ponían una cinta azul celeste en el pelo, se lo peinaban hacia arriba y le bajaban el chal azul cielo del vestido marrón castaño, etcétera, todo iría bien. Olvidaban que aquel rostro asustado y aquella figura no se podían cambiar y, por lo tanto, por más que modificaran el marco y la decoración, seguirían siendo tristes y feos. Después de dos o tres pruebas, a las que la princesa Maria se sometió dócilmente, y de hacerle un peinado hacia arriba (que transformaba y estropeaba aún más su rostro) y de ponerle un chal azul cielo y un elegante vestido de color rojo violáceo, la pequeña princesa dio un par de vueltas alrededor de ella, alisó con su manita una arruga del vestido por aquí y arregló el chal por allá, y la miró inclinando la cabeza hacia uno y otro lado.

—No, así no puede ser —dijo con firmeza, dando, afligida, una palmada —. *Non, Marie, décidément ça ne vous va pas. Je vous aime mieux dans votre petite robe grise de tous les jours. Non, de grâce, faites cela pour moi*[315]. Katia —le dijo a la doncella—, tráele a la princesa el vestido gris; y usted, *mademoiselle* Bourienne, vea cómo lo arreglo —dijo con una sonrisa de anticipado júbilo de artista.

Sin embargo, cuando Katia trajo el vestido que le habían pedido, la princesa Maria seguía inmóvil delante del espejo, mirando su rostro; vio en el reflejo que tenía lágrimas en los ojos y la boca le temblaba: estaba a punto de empezar a sollozar.

—*Voyons, chère princesse* —dijo *mademoiselle* Bourienne—, *encore un petit effort*[316].

La pequeña princesa cogió el vestido de manos de la doncella y se acercó a la princesa Maria.

—Sí, ahora haremos algo sencillo y agradable.

Tanto su voz como la de *mademoiselle* Bourienne y la de Katia, que se había echado a reír por algo, se fundían en un alegre gorjeo, parecido al canto de los pájaros.

—*Non, laissez-moi*[317] —dijo la princesa Maria.

Y su voz sonó tan seria y llena de sufrimiento que el gorjeo de los pájaros cesó al instante. Observaron sus ojos grandes y hermosos, llenos de lágrimas, y su expresión era tan clara y suplicante que comprendieron que insistir sería inútil y hasta cruel.

—*Au moins changez de coiffure* —dijo la pequeña princesa—. *Je vous disais* —le reprochó a *mademoiselle* Bourienne, volviéndose hacia ella—, *Marie a une de ces figures, auxquelles ce genre de coiffure ne va pas du tout. Mais du tout, du tout. Changez de grâce.*[318]

—*Laissez-moi, laissez-moi, tout ça m'est parfaitement égal*[319] —respondió la princesa Maria con una voz que a duras penas podía reprimir los sollozos.

mademoiselle Bourienne y la pequeña princesa tuvieron que reconocer para sus adentros que, de aquella guisa, la princesa Maria estaba muy fea, peor que de costumbre. Pero ya era tarde. Las miraba con esa expresión que ya conocían, una expresión pensativa y triste que no les infundía temor (la princesa Maria nunca infundía semejante sentimiento); sin embargo, sabían que cuando aparecía en su rostro, guardaba silencio y sus decisiones eran inquebrantables.

—*Vous changerez, n'est-ce pas?*[320] —dijo Liza, y, cuando vio que la princesa Maria no respondía, salió de la habitación.

La princesa Maria se quedó sola. No cumplió con el deseo de Liza, y no solo no se cambió el peinado, sino que ni siquiera se miró en el espejo. Sin fuerzas, con la mirada y los brazos caídos pensaba en silencio. Imaginaba un marido, un hombre, un ser fuerte, dominante, de un atractivo incomprensible, que se la llevaba de repente a su mundo, completamente distinto y feliz. Y se

imaginaba a su hijo, como el que el día anterior había visto en casa de la nodriza, junto a su pecho. «Pero no, es imposible: soy demasiado fea», pensaba.

—Puede bajar a tomar el té. El príncipe va a salir —oyó cómo le anunciaba la doncella detrás de la puerta.

Volvió en sí y se horrorizó ante sus pensamientos. Antes de bajar, se incorporó y se dirigió al oratorio; estuvo varios minutos con las manos juntas y la mirada fija en el negro rostro de un gran icono del Salvador, iluminado por una lamparilla. Su alma albergaba una duda que la atormentaba. ¿Sería para ella posible la alegría del amor, del amor terrenal por un hombre? Cuando pensaba en el matrimonio, soñaba con la felicidad conyugal y con los niños, pero su sueño principal, el más intenso y preciado de todos, era el amor terrenal. Aquel sentimiento era más fuerte cuanto más trataba de ocultárselo a los demás e incluso a sí misma. «Dios mío —se decía—, ¿cómo puedo refrenar en mi corazón estos pensamientos diabólicos? ¿Cómo puedo librarme para siempre de estos viles pensamientos y así cumplir con tu voluntad?» Y apenas acababa de decirlo y Dios ya le contestaba dentro de su corazón: «No desees nada para ti; no busques, no te agites, no sientas envidia. El futuro de las personas y tu destino deben serte desconocidos; vive de manera que estés preparada para todo. Si Dios desea ponerte a prueba en los deberes del matrimonio, tienes que estar preparada para cumplir su voluntad». Con esta idea tranquilizadora (si bien sin abandonar la esperanza de que su sueño terrenal prohibido se cumpliera), suspiró, se santiguó y bajó sin pensar en su vestido, ni en su peinado, ni en cómo entraría, ni en qué diría. ¿Qué podía significar todo aquello comparado con los designios de Dios, sin cuya voluntad no cae ni un solo cabello de la cabeza de los hombres?

IV

Cuando la princesa Maria entró en el salón, el príncipe Vasili y su hijo ya estaban allí conversando con la pequeña princesa y *mademoiselle* Bourienne. Al acercarse con su andar trabajoso, apoyándose en los talones, los hombres y *mademoiselle* Bourienne se levantaron, y la pequeña princesa, señalándosela, les dijo: «*Voilà Marie!*». La princesa Maria los miró a todos y los examinó con detalle. Examinó el rostro del príncipe Vasili, que al verla se había quedado parado un instante con gesto serio, pero enseguida había sonreído; vio el rostro de la pequeña princesa, que interpretaba con curiosidad en las

caras de los invitados la impresión que *Marie* les había causado; vio también a *mademoiselle* Bourienne con su cinta, su bello rostro y su mirada, más animada que nunca, pendiente de *él*. Pero a *él* no pudo ni verlo, solo pudo ver algo grande, deslumbrante y hermoso que se había encaminado hacia ella cuando entraba en el salón. Primero se le había acercado el príncipe Vasili, y ella le besó la cabeza calva, que había inclinado sobre su mano, y respondió a sus palabras diciéndole que, al contrario, lo recordaba muy bien. Después había sido Anatol. Pero seguía sin verlo: solo había podido notar cómo la suave mano le cogía con firmeza la suya, y cómo ella apenas había rozado con los labios su frente blanca, sobre la que lucía su hermoso pelo castaño claro untado de pomada. Le echó una mirada y su belleza la dejó asombrada. Anatol, con el pulgar derecho por debajo de un botón abrochado del uniforme, pecho fuera, espalda recta, moviendo una pierna que tenía algo separada y ladeando ligeramente la cabeza, miraba silencioso y risueño a la princesa, evidentemente sin pensar en absoluto en ella. Anatol no era ingenioso, ágil ni elocuente en las conversaciones, pero tenía una cualidad muy valiosa en sociedad: aplomo y una imperturbable seguridad. Si una persona insegura conoce a alguien, se queda callada y, consciente de su incómodo silencio, trata de encontrar algo que decir, la impresión que causa es mala; sin embargo, Anatol callaba y movía una pierna mientras observaba divertido el peinado de la princesa. Sin duda podría haber seguido callado mucho rato con la misma tranquilidad. «Si alguien se siente incómodo por este silencio, que hable, a mí no me apetece», parecía decir. Además, en su trato con las mujeres, tenía lo que más interés, miedo e incluso amor despierta en ellas: conciencia despectiva de superioridad. Todo él parecía decirles: «Os conozco, os conozco, ¿para qué voy a ocuparme de vosotras? ¡Ya os gustaría!». Es posible que no pensara eso cuando se encontraba con alguna mujer (es hasta incluso probable que no lo hiciera, porque en general pensaba poco), pero tenía ese aire y ese porte. La princesa lo entendió y, como si quisiera dejarle claro que ni se atrevía a plantearse obtener su interés, se volvió hacia el viejo príncipe. La conversación fue general y animada gracias a la vocecita de la pequeña princesa Liza, con su labio cubierto de un ligero vello, que se levantaba sobre sus dientes blancos. Recibió al príncipe Vasili con esa desenvoltura habitual en las personas parlanchinas y joviales que consiste en dar por supuesto que entre la persona a la que se dirigen y ellas existen desde hace mucho bromas y recuerdos alegres que no todos conocen, cuando en realidad nunca han existido tales: fue el caso de la pequeña princesa y el príncipe Vasili, quien, sin embargo, se prestó gustoso a ese tono.

La pequeña princesa hizo partícipe también a Anatol, al que apenas conocía, en la evocación de unas graciosas anécdotas que jamás habían sucedido. *mademoiselle* Bourienne también participó y hasta la princesa Maria se sintió placenteramente arrastrada por ellas.

—Bueno, al menos ahora podemos gozar completamente de su compañía, querido príncipe —le decía la pequeña princesa, por supuesto en francés, al príncipe Vasili—, no como en nuestras veladas en casa de *Annette*, de las que usted siempre se marchaba corriendo. ¿Recuerda a *cette chère Annette*?

—¡Ah, pero no irá usted a hacerme hablar de política como *Annette*!

—¿Y nuestra mesita del té?

—¡Oh, sí!

—¿Por qué no venía usted nunca a casa de *Annette*? —le preguntó la pequeña princesa a Anatol—. Ya sé por qué, ya lo sé —le dijo guiñándole un ojo—: su hermano Ippolit me contó sus historias. ¡Oh! —le amenazó con un dedo—. ¡También conozco sus travesuras de París!

—¿E Ippolit no te ha contado —dijo el príncipe Vasili, volviéndose hacia su hijo y sujetando a la princesa de la mano, como si ella quisiera huir y él apenas hubiera tenido tiempo de retenerla—, no te ha contado cómo él sufría por esta querida princesa y cómo ella *le mettait à la porte? Oh! C'est la perle des femmes, princesse!*[321] —añadió dirigiéndose a la princesa.

Por su parte, *mademoiselle* Bourienne, en cuanto oyó la palabra «París» no desaprovechó la ocasión de intervenir en la evocación general de recuerdos. Se permitió preguntarle a Anatol si hacía mucho que había dejado París y si le había gustado la ciudad. Anatol le respondió gustosamente y, sonriendo y mirándola, conversó con ella sobre su país. Viendo a la atractiva Bourienne, pensó que tampoco allí, en Lysye Gory, se iba a aburrir. «¡No está nada mal —pensaba al examinarla—, no esta nada mal esta *demoiselle de compagnie*[322]. Espero que se la traiga cuando se case conmigo, *la petite est gentille*[323].»

El viejo príncipe se vestía con calma en su gabinete, frunciendo el ceño y pensando qué hacer. La llegada de los huéspedes lo había hecho enfadar. «¿Qué me importan a mí el príncipe Vasili y su hijito? ¡El príncipe Vasili es un fanfarrón, y el hijo bueno debe de ser!», refunfuñaba para sus adentros. Le molestaba que esa visita removiera en su alma una cuestión sin resolver y que silenciaba constantemente, una cuestión sobre la que siempre se engañaba a sí mismo: ¿se decidiría alguna vez a separarse de la princesa Maria y a entregársela a un hombre que se casara con ella? Jamás se atrevía a plantearse la cuestión de una manera directa, porque sabía de antemano que su respuesta

sería justa, y la justicia estaba en ese caso en contradicción, más que con un sentimiento, con toda su posibilidad de vivir. Para el príncipe Nikolái Andréievich la vida era impensable sin la princesa Maria, a pesar de parecer tenerle tan poco aprecio. «Y ¿para qué se va a casar? —pensaba—; probablemente para ser desgraciada. Ahí está Liza, casada con Andréi, y mejor marido creo que es difícil encontrar en estos momentos: ¿acaso está satisfecha con su destino? Y ¿quién se va a casar con ella por amor? Es fea y patosa. Se casarán con ella por su posición, por su riqueza. ¿Acaso las solteras no viven bien? ¡Incluso son más felices!» Así razonaba el príncipe Nikolái Andréievich mientras se vestía, pero el asunto que posponía exigía ahora una decisión inmediata. El príncipe Vasili había traído a su hijo, evidentemente, con la intención de hacerle una proposición y, seguramente, ese mismo día o al siguiente le exigiría una respuesta clara. Su nombre y posición social no estaban nada mal. «Bueno, no estoy en contra —se decía el príncipe—, pero debe ser digno de ella. Y eso es lo que vamos a ver.»

—Eso es lo que vamos a ver —pronunció en voz alta—. Eso es lo que vamos a ver.

Y, como siempre, entró con paso vigoroso en el salón, echó una ojeada a todos los presentes, observó el cambio de vestido de la pequeña princesa, la cintita de la Bourienne, el monstruoso peinado de la princesa Maria, las sonrisas entre la Bourienne y Anatol, y la soledad de su hija en la conversación general. «¡Se ha arreglado como una tonta! —pensó, mirándola con furia—. No tiene vergüenza: ¡si él la ignora por completo!»

Se acercó al príncipe Vasili.

—Bueno, bienvenido, bienvenido; estoy contento de verte.

—Para ver a un buen amigo no hay distancia que valga —dijo el príncipe Vasili, como siempre rápido, seguro de sí mismo y con familiaridad—. Aquí tiene a mi hijo menor, le ruego que lo quiera y lo aprecie.

El príncipe Nikolái Andréievich examinó a Anatol.

—¡Buen muchacho, buen muchacho! —dijo—. Bueno, ven y dame un beso. —Y le ofreció la mejilla.

Anatol besó al viejo y lo miró con curiosidad y con una calma absoluta, esperando a ver si tardaba mucho en hacer alguna excentricidad, como le había prometido su padre.

El príncipe Nikolái Andréievich se sentó en su lugar de siempre —la esquina de un diván—, acercó un sillón para el príncipe Vasili, lo señaló y empezó a interrogarle sobre asuntos políticos y las últimas noticias. Parecía

escuchar con atención sus palabras, pero no dejaba de mirar a la princesa Maria.

—Entonces ¿ya escriben desde Potsdam? —repitió las últimas palabras que había dicho el príncipe Vasili, pero de repente se levantó y se aproximó a su hija.

—Te has arreglado así para los invitados, ¿eh? —dijo—. Estás bien, pero que muy bien. Ya que te has hecho un peinado nuevo para las visitas, delante de ellas te digo que a partir de ahora no te atrevas a cambiar tu manera de vestir sin mi permiso.

—Yo tengo la culpa, *mon père* —intercedió la pequeña princesa enrojeciendo.

—Usted puede hacer lo que le plazca, señorita —le contestó el príncipe Nikolái Andréievich haciéndole una reverencia—, pero ella no tiene por qué ir desfigurada: ya es fea de por sí.

Y se volvió a sentar en su sitio sin prestarle ya más atención a su hija, que estaba a punto de echarse a llorar.

—Nada de eso, a la princesa este peinado le queda muy bien —dijo el príncipe Vasili.

—Bueno, amigo, ¿cómo se llama este joven príncipe? —preguntó el príncipe Nikolái Andréievich volviéndose hacia Anatol—. Ven aquí, charlemos y conozcámonos.

«Ahora es cuando empieza la diversión», pensó Anatol, y, con una sonrisa, se sentó a su lado.

—Bueno, ¿qué? Me han dicho que usted, querido, ha sido educado en el extranjero. No como tu padre y yo, que aprendimos a leer y a escribir con un sacristán. Dígame, querido, ¿está usted sirviendo en la Guardia montada? —preguntó el viejo, mirando de cerca y fijamente a Anatol.

—No, me he pasado al ejército —respondió el joven, esforzándose por contener la risa.

—¡Ah! Eso es está bien. Y ¿qué, querido? ¿Quiere servir al zar y a la patria? Estamos en tiempos de guerra. Es necesario que un mozo tan bueno como usted preste servicio: debe prestarlo. ¿Va a ir al frente?

—No, príncipe. Nuestro regimiento ha salido ya hacia el frente, pero yo estoy agregado. ¿A qué estoy agregado, papá? —preguntó Anatol volviéndose hacia su padre con una risa.

—¡Qué buen servicio presta, sí que es bueno! «¿A qué estoy agregado, papá?» ¡Ja, ja, ja! —se echó a reír el príncipe Nikolái Andréievich.

Y Anatol se rió aún más fuerte. De repente el viejo príncipe frunció el ceño.

—Bueno, vete —le dijo a Anatol.

Anatol volvió sonriendo con las damas.

—Los has educado fuera, en el extranjero, ¿verdad, príncipe Vasili? ¿Eh? —preguntó el viejo príncipe.

—He hecho cuanto he podido; y le diré que en el extranjero la educación es mucho mejor que la nuestra.

—Sí, hoy todo es distinto, todo es nuevo. ¡Es un muchacho excelente! ¡Excelente! Bueno, vamos a mi gabinete.

Cogió al príncipe Vasili del brazo y lo condujo a su gabinete.

El príncipe Vasili, a solas con el viejo príncipe, le anunció inmediatamente cuál era su deseo y sus esperanzas.

—¿Qué te crees? —le dijo enojado el viejo príncipe—. ¿Que la retengo, que no puedo separarme de ella? ¡Vaya imaginaciones! —exclamó enfadado —. ¡Por mí como si es mañana! Solo te diré una cosa: quiero conocer mejor a mi yerno. Conoces mis reglas: ¡las cartas sobre la mesa! Mañana se lo preguntaré delante de ti: si ella quiere, que tu hijo se quede a vivir un tiempo aquí. Y, mientras viva aquí, ya veré. —El príncipe resopló—. ¡Que se case, me da igual! —gritó, con esa misma voz estridente con que se había despedido de su hijo.

—Le hablaré sin rodeos —dijo el príncipe Vasili con ese tono de hombre astuto que sabe que delante de un hombre sagaz no cabe recurrir a astucias—. Usted sabe calar a las personas. Anatol no es un genio, pero es honrado, un buen muchacho, un excelente hijo y pariente.

—Bueno, bueno, bien: ya veremos.

Como siempre ocurre con las mujeres que han vivido mucho tiempo solas y sin compañía masculina, la aparición de Anatol hizo que las tres mujeres que vivían en casa del príncipe Nikolái Andréievich tuvieran por igual la sensación de que hasta entonces su vida no había sido vida. Inmediatamente en todas ellas se multiplicó por diez la intensidad de lo que pensaban, sentían y observaban, y, como si hasta entonces su vida hubiera permanecido en la oscuridad, una luz nueva y llena de sentido la invadió de repente.

La princesa Maria no pensaba lo más mínimo en su cara y peinado, ni siquiera se acordaba. El rostro hermoso y franco de aquel hombre que quizá se convertiría en su marido absorbía toda su atención. Le parecía que era bueno, valiente, decidido, viril y magnánimo. No tenía la menor duda. Miles

de sueños sobre su futura vida familiar surgían continuamente en su imaginación. Pero los ahuyentaba y trataba de ocultarlos.

«¿No habré sido demasiado fría con él? —pensaba la princesa Maria—. Intentaré contenerme, porque en el fondo de mi alma ya me siento demasiado cercana a él; pero no sabe todo lo que pienso sobre él, y puede imaginarse que me desagrada.»

E intentaba, sin conseguirlo, ser amable con el nuevo huésped.

«*La pauvre fille! Elle est diablement laide*»,[324] pensaba Anatol.

mademoiselle Bourienne, a quien la llegada del joven también había agitado en grado máximo, tenía pensamientos de otra índole. Naturalmente, esta hermosa muchacha sin posición social, sin parientes, amigos e incluso sin patria, no tenía intención de dedicar toda su vida al servicio del príncipe Nikolái Andréievich, a leerle libros y a ser la acompañante de la princesa Maria. Hacía tiempo que *mademoiselle* Bourienne esperaba a un príncipe ruso que apreciara a simple vista su superioridad sobre las princesas rusas —feas, mal vestidas y torpes—, se enamorara de ella y se la llevara consigo; y, por fin, ese príncipe ruso había aparecido. Recordaba una historia que le había oído contar a su tía, que ella misma completaba en su imaginación y que le gustaba repetirse. Era la historia de una muchacha seducida cuya pobre madre, *sa pauvre mère*, iba a verla para reprocharle que se hubiera entregado a un hombre sin haberse casado con él. *mademoiselle* Bourienne a menudo se conmovía hasta llorar al imaginar cómo ella le contaba a él, su seductor, esta historia. Y ahora él, un auténtico príncipe ruso, había aparecido. Se la llevaría consigo, después aparecería *ma pauvre mère*, y él se casaría con ella. Así se representaba toda su futura historia mientras conversaba sobre París con él. No era el cálculo lo que la movía (ni siquiera había pensado un instante lo que tenía que hacer), sino que ya hacía tiempo que todo estaba dispuesto en su cabeza y ahora se concretaba en Anatol, a quien deseaba e intentaba gustar por todos los medios.

La pequeña princesa Liza, como un viejo caballo de regimiento que oye el toque de clarín, se preparó, inconscientemente y olvidando su estado, para el galope habitual de la coquetería, sin ninguna segunda intención ni espíritu de competición, sino impulsada por una excitación pueril y frívola.

A pesar de que en compañía femenina Anatol solía adoptar el papel de un hombre harto de que las mujeres corretearan tras él, disfrutó del placer de la vanidad viendo el efecto que había causado en aquellas tres mujeres. Además, empezaba a experimentar por la atractiva y provocativa Bourienne ese

sentimiento animal e impetuoso que lo dominaba con una rapidez extraordinaria y que lo incitaba a cometer los actos más groseros y atrevidos.

Después del té, pasaron todos a la sala de los divanes, y pidieron a la princesa Maria que tocara el clavicordio. Anatol se sentó delante de ella, cerca de *mademoiselle* Bourienne, apoyado sobre los codos y mirando a la princesa Maria con ojos sonrientes y risueños. Ella, con una dolorosa y a la vez alegre agitación, sentía su mirada. Su sonata preferida la transportó al mundo más íntimo y poético, y la mirada que sabía pendiente de ella volvía ese mundo aún más poético. Pero, aunque ciertamente Anatol la miraba, su expresión no era por ella, sino por el movimiento de los piececitos de *mademoiselle* Bourienne, que en ese momento él le tocaba por debajo del clavicordio con su propio pie. *mademoiselle* Bourienne también miraba a la princesa, y en sus hermosos ojos había una expresión, nueva para la princesa Maria, de temeroso júbilo y de esperanza.

«¡Cómo me quiere! —pensaba la princesa Maria—. ¡Qué feliz soy ahora mismo y qué feliz puedo ser con una amiga y un marido así! Marido… ¿acaso es posible?», se decía sin atreverse a mirarlo a la cara y sintiendo aún su mirada pendiente de ella.

Al anochecer, al despedirse después de la cena, Anatol besó la mano de la princesa, que no supo de dónde sacó la valentía para atreverse a mirar directamente ese hermoso rostro que se acercaba a sus ojos miopes. Después él besó la mano de *mademoiselle* Bourienne, un detalle que resultaba indecoroso, pero lo hizo con mucha seguridad y sencillez; esta enrojeció y miró a la princesa.

«*Quelle délicatesse*[325] —pensó la princesa—. Quizá *Amélie* —así se llamaba *mademoiselle* Bourienne— crea que siento celos de ella y no valoro la pureza de su ternura y su lealtad.» Se acercó a su amiga y la besó con fuerza. Anatol se inclinó sobre la mano de la pequeña princesa.

—*Non, non, non! Quand votre père m'écrira, que vous vous conduisez bien, je vous donnerai ma main à baiser. Pas avant.*[326]

Y, levantando un dedito y sonriendo, salió de la sala.

V

Se separaron y, excepto Anatol, que se durmió en cuanto se metió en la cama, aquella noche nadie logró conciliar el sueño hasta tarde.

«¿De veras este extraño, este hombre guapo y bueno, va a ser mi marido? Lo principal es que es bueno», pensaba la princesa Maria, y un miedo casi desconocido para ella la dominó. Temía volver la mirada; le parecía que detrás del biombo, en un rincón oscuro, había alguien. Y ese alguien era el diablo, era él ese hombre con la frente blanca, las cejas negras y la boca sonrosada.

Llamó a la doncella y le pidió que durmiera en su habitación.

mademoiselle Bourienne se estuvo paseando un buen rato por el invernadero esperando en vano a alguien, y tan pronto sonreía, como se conmovía hasta las lágrimas al imaginarse las palabras con que la *pauvre mère*[327] le reprochaba su caída.

La pequeña princesa regañaba a la doncella porque la cama no estaba bien hecha. No podía tumbarse de lado ni boca abajo. Todo le pesaba e incomodaba, y le molestaba la barriga. Ese día le molestaba más que nunca, porque la presencia de Anatol la había transportado vivamente a otro tiempo, cuando no estaba embarazada y todo era fácil y alegre. Se había sentado en un sillón con una blusa y una cofia. Katia, somnolienta y con la trenza descompuesta, murmuraba algo mientras sacudía el colchón de plumas y le daba la vuelta por tercera vez.

—Te he dicho que está lleno de bultos y huecos —repetía la pequeña princesa—; ya me gustaría poderme dormir, no tengo la culpa. —Y la voz le empezaba a temblar, como la de un niño que va a romper a llorar.

El viejo príncipe tampoco podía dormir. Entre sueños, Tijon oyó cómo iba y venía enojado y resoplando por la nariz. El viejo príncipe creía que lo habían ofendido a través de su hija. Y se trataba de una ofensa de lo más dolorosa, porque no iba dirigida a él, sino a su hija, a la que amaba más que a sí mismo. Se dijo que se replantearía todo el asunto y encontraría lo que era justo y necesario hacer, pero, en vez de encontrarlo, solo se irritaba más y más.

«¡El primero que pasa, y se olvida de su padre y de todo, sube corriendo a peinarse, menea el rabo y deja de parecer ella! ¡Está encantada de abandonar a su padre! Y ella sabía que me daría cuenta… ¡Fr… fr… fr…! Y ¡como si no viera que ese imbécil solo mira a la Bourienne! (Hay que echarla.) ¡Cómo es posible que no tenga orgullo suficiente para comprenderlo! Si no lo tiene y no lo hace por sí misma, que al menos lo haga por mí. Tengo que hacerle ver que ese estúpido no piensa para nada en ella, solo tiene ojos para la Bourienne. No tiene orgullo, pero se lo haré ver…»

El viejo príncipe sabía que, si le decía a su hija que estaba equivocada y que Anatol pretendía cortejar a la Bourienne, heriría su amor propio y el asunto (su deseo de no separarse de su hija) estaría ganado, y con esta idea se tranquilizó. Llamó a Tijon y empezó a desvestirse.

«¡Los ha traído el diablo! —pensaba mientras Tijon cubría con un camisón de dormir su cuerpo seco y anciano, con el pecho cubierto de un vello canoso—. Yo no los he invitado. Han venido a alterar mi vida. Y ya me queda poca.»

—¡Al diablo! —exclamó mientras aún tenía la cabeza cubierta por el camisón.

Tijon conocía la costumbre del príncipe de expresar algunas veces en voz alta sus pensamientos, y por ello no se inmutó al topar con la mirada interrogativa y airada que apareció por debajo del camisón.

—¿Ya se han acostado? —preguntó el príncipe.

Tijon, como todos los buenos lacayos, podía intuir el curso de los pensamientos de su señor. Adivinó que estaba preguntando por el príncipe Vasili y su hijo.

—Se han acostado y han apagado la luz, excelencia.

—Para qué, para qué… —dijo el príncipe atropelladamente, y, tras meter los pies en las zapatillas y los brazos en la bata, se dirigió al diván en el que dormía.

A pesar de que Anatol y *mademoiselle* Bourienne no se habían dicho nada, se entendieron perfectamente en cuanto a la primera parte de la novela: hasta la aparición de la *pauvre mère*. Comprendieron que debían decirse muchas cosas en secreto, y por tanto desde buena mañana estuvieron buscando la oportunidad de verse a solas. Mientras la princesa iba a ver a su padre a la hora acostumbrada, *mademoiselle* Bourienne se encontraba con Anatol en el invernadero.

Esa mañana la princesa Maria se acercaba a la puerta del gabinete con un estremecimiento especial. Le parecía que todos sabían no solo que aquel día se decidiría su destino, sino también lo que ella pensaba. Lo detectaba en el semblante de Tijon y en el del ayuda de cámara del príncipe Vasili, al que encontró en el pasillo llevando agua caliente y que le hizo una reverencia hasta el suelo.

El viejo príncipe se mostró extremadamente cariñoso y atento con su hija. La princesa Maria conocía bien esa expresión de su rostro cuando cerraba con fuerza y contrariedad sus puños secos porque ella no entendía un ejercicio de

aritmética; después se levantaba, se alejaba y le repetía varias veces las mismas palabras en voz baja.

Sacó el tema inmediatamente y empezó la conversación hablándole de «usted».

—Me han hecho una proposición que la concierne a usted —dijo, sonriendo de un modo poco natural—. Creo que ya ha adivinado —continuó— que el príncipe Vasili ha venido hasta aquí con su pupilo —por algún motivo el príncipe Nikolái Andreich llamaba a Anatol «pupilo»— no por mis ojos bonitos. Ayer me hicieron una proposición que la concierne a usted. Y, como conoce mis reglas, a usted me remito.

—¿Cómo debo entenderle, *mon père*? —dijo la princesa palideciendo y sonrojándose.

—¡Cómo entenderme! —gritó el padre, enfadado—. El príncipe Vasili te encuentra de su gusto para nuera y te hace una proposición para su pupilo. Eso es lo que hay que entender. ¡¿Cómo entenderlo?! Soy yo quien te lo pregunta a ti.

—No sé qué piensa usted, *mon père* —susurró la princesa.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Yo qué? A mí déjeme al margen. No soy yo quien se va a casar. ¿Qué piensa *usted*? Eso es lo que queremos saber.

La princesa se daba cuenta de que su padre veía el asunto con hostilidad, pero justo entonces pensó también que el destino de su vida se decidiría en ese momento o nunca. Bajó los ojos para no ver su mirada, bajo cuya influencia no podía pensar: solo someterse, por costumbre.

—Solo deseo una cosa: cumplir con su voluntad —dijo ella—, pero si tuviera que expresar mi deseo…

No pudo terminar de hablar. El príncipe la cortó:

—¡Excelente! —gritó—. Te tomará con la dote, y al mismo tiempo se llevará a *mademoiselle* Bourienne. Ella será su mujer, y tú…

El príncipe se interrumpió. Vio la impresión que estas palabras habían causado en su hija, que bajó la cabeza e iba a romper a llorar.

—Bueno, bueno, es broma, es broma —dijo—. Recuerda una cosa, princesa: sigo unos principios según los cuales una muchacha tiene pleno derecho de elegir. Y te doy la libertad.

—Pero yo no sé… *mon père*.

—¡No hay nada que hablar! Él recibe órdenes de casarse, ya sea contigo o con cualquier otra; pero tú eres libre de elegir… Ve a tu habitación, piénsalo, vuelve dentro de una hora y responde delante de él: sí o no. Sé que vas a rezar. Pues reza, por qué no. Pero piénsalo bien. Retírate. ¡Sí o no, sí o no, sí

o no! —seguía gritando cuando la princesa, tambaleándose como en una nebulosa, ya había salido del gabinete.

Su destino estaba decidido y felizmente decidido. Pero lo que su padre había dicho de *mademoiselle* Bourienne, esa insinuación, era terrible. Suponiendo que fuera mentira, aun así era terrible, y no podía dejar de pensarlo. Estaba cruzando ensimismada el invernadero, sin ver ni oír nada, cuando de pronto el familiar murmullo de *mademoiselle* Bourienne la hizo volver en sí. Levantó la mirada y, a dos pasos de ella, vio a Anatol abrazando a la francesa y susurrándole algo. Anatol, con una expresión de terror en su hermoso rostro, volvió la mirada hacia la princesa Maria, sin soltar en ese primer momento la cintura de *mademoiselle* Bourienne, que no la veía.

«¿Quién anda ahí? ¿Por qué? ¡Espere!», parecía decir el rostro de Anatol. La princesa Maria los miró en silencio. Era incapaz de comprender. Finalmente, *mademoiselle* Bourienne, dando un grito, salió corriendo, mientras Anatol saludaba a la princesa con una alegre sonrisa, como invitándola a reírse de aquel extraño suceso; luego, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la puerta que conducía a sus habitaciones.

Al cabo de una hora Tijon llamaba a la princesa Maria para que fuera al gabinete del príncipe; allí también la esperaba el príncipe Vasili Sergueich, informó. Cuando Tijon entró en la habitación, la princesa Maria estaba sentada en el diván sosteniendo entre sus brazos a *mademoiselle* Bourienne, presa del llanto, y acariciándole suavemente la cabeza. Los hermosos ojos de la princesa, con su antigua calma y luminosidad, miraban con tierno amor y compasión el bonito rostro de su amiga.

—*Non, princesse, je suis perdue pour toujours dans votre coeur*[328] —decía *mademoiselle* Bourienne.

—*Pourquoi? Je vous aime plus, que jamais* —decía la princesa Maria— *et je tâcherai de faire tout ce qui est en mon pouvoir pour votre bonheur.*[329]

—*Mais vous me méprisez, vous si pure, vous ne comprendrez jamais cet égarement de la passion. Ah, ce n'est que ma pauvre mère…*[330]

—*Je comprends tout*[331] —respondía la princesa Maria sonriendo con tristeza—. Cálmese, amiga mía. Voy a ver a mi padre —añadió. Y se marchó.

El príncipe Vasili, sentado con una pierna doblada encima de la otra, con una tabaquera en la mano, extraordinariamente conmovido, como si se lamentara y burlara de su propia sensibilidad, sonreía con ternura. Cuando entró la princesa Maria, se llevó rápidamente una pizca de tabaco a la nariz.

—*Ah, ma bonne, ma bonne* —dijo, levantándose y cogiéndola de ambas manos. Con un suspiro añadió—: *Le sort de mon fils est en vos mains.*

Décidez, ma bonne, ma chère, ma douce Marie qui j'ai toujours aimée, comme ma fille.[332]

Se apartó. Una lágrima auténtica humedecía sus ojos.

—Fr… fr… —resoplaba el príncipe Nikolái Andreich—. El príncipe, en nombre de su pupilo… de su hijo, te hace una proposición. ¿Quieres o no ser la mujer del príncipe Anatol Kuraguin? Contesta: ¡sí o no! —gritó—. Me reservo el derecho de dar mi opinión después. Sí, mi opinión, solo mi opinión —añadió volviéndose hacia el príncipe Vasili en respuesta a su expresión implorante—. ¿Sí o no?

—Mi deseo, *mon père*, es no abandonarlo a usted nunca, nunca separar mi vida de la de usted. No quiero casarme —respondió ella con decisión, después de mirar con sus hermosos ojos al príncipe Vasili y a su padre.

—¡Disparates, bobadas! ¡Disparates, disparates, disparates! —gritó el príncipe Nikolái Andreich con el ceño fruncido.

Cogió a su hija de la mano, tiró de ella, pero no la besó, sino que se limitó a inclinar su frente sobre la suya, rozándola, y le apretó la mano con tanta fuerza que ella hizo una mueca y lanzó un grito.

El príncipe Vasili se levantó.

—*Ma chère, je vous dirai, que c'est un moment que je n'oublrai jamais, jamais; mais, ma bonne, est-ce que vous ne nous donnerez pas un peu d'espérance de toucher ce coeur si bon, si généreux. Dites, que peut-être…*[333]

—Príncipe, lo que he dicho es cuanto hay en mi corazón. Le agradezco el honor, pero jamás seré la mujer de su hijo.

—Bueno, pues se acabó, querido. Estoy muy contento de verte, muy contento de verte. Ve a tu habitación, princesa —dijo el viejo príncipe—. Estoy muy, muy contento de verte —repitió mientras abrazaba al príncipe Vasili.

«Mi vocación es otra —pensaba la princesa Maria—; mi vocación es ser feliz con la felicidad de los demás, con la felicidad del amor y del sacrificio. Y, cueste lo que cueste, haré que la pobre *Amélie* sea feliz. Lo ama con tanta pasión y se arrepiente con tanta pasión también… Haré todo lo que pueda para que se case con él. Si no es rico, le daré medios a ella; se lo pediré a mi padre, se lo pediré a Andréi. Seré tan feliz cuando ella sea su mujer… ¡Es tan desgraciada! ¡Extranjera, sola e indefensa! Y ¡por Dios, cuán apasionadamente le ama si ha podido abandonarse hasta ese punto! ¡Quizá yo habría hecho lo mismo!…», se decía.

VI

Los Rostov estuvieron mucho tiempo sin recibir noticias de su Nikólushka[334]; no fue hasta mediados de invierno cuando al conde le entregaron una carta de su hijo, que identificó por la letra en el sobre. El conde, asustado, intentando no ser visto, corrió de puntillas hacia su gabinete, donde se encerró para leerla. Cuando Anna Mijáilovna supo (porque sabía todo lo que pasaba en la casa) que había llegado una carta, entró en el gabinete con sigilo y se encontró al conde con ella en la mano, sollozando y riendo al mismo tiempo. A pesar de que sus asuntos ya estaban en orden, Anna Mijáilovna continuaba viviendo en casa de los Rostov.

—*Mon bon ami?*[335] —dijo con expresión triste e interrogadora, preparada para consolarlo si fuera necesario.

El conde sollozó aún más fuerte.

—Nikólushka… Una carta… Ha… ha sido… herido… *ma chère*… herido… mi hijito… La condesa… Lo han ascendido a oficial… gracias a Dios… ¿Cómo se lo digo a la condesa?…

Anna Mijáilovna se sentó a su lado, le enjugó las lágrimas de los ojos con su pañuelo, secó las que habían caído en la carta y las suyas propias, la leyó, tranquilizó al conde y decidió que antes de la comida y de la hora del té habría preparado a la condesa; después del té se le contaría todo, si Dios la ayudaba.

Durante la comida Anna Mijáilovna estuvo hablando de rumores sobre la guerra y de Nikólushka; preguntó dos veces cuándo habían recibido su última carta, aunque ya lo sabía, y señaló que era muy posible que aquel día llegara una. Cada vez que, al oír tales insinuaciones, la condesa empezaba a inquietarse y a mirar alarmada primero al conde y después a su amiga, esta desviaba la conversación con mucha sutileza hacia temas triviales. Natasha, que de toda la familia era la que más capacidad tenía para advertir los matices de las entonaciones, miradas y expresiones, desde el principio de la comida aguzó el oído y supo que Anna Mijáilovna y su padre se llevaban algo entre manos, algo que tenía que ver con su hermano, y que Anna Mijáilovna estaba preparando el terreno. A pesar de toda su osadía (Natasha sabía lo sensible que era su madre a las noticias sobre Nikólushka), no se atrevió a preguntar nada; por culpa de la agitación, no comió nada y no dejó de removerse en la silla, sin escuchar las advertencias de su institutriz. Después de la comida salió a toda prisa detrás de Anna Mijáilovna y, en la sala de los divanes, se lanzó a la carrera sobre su cuello.

—Tiita querida, dígame, ¿qué pasa?

—Nada, amiga mía.

—No, querida, palomita, alma mía, corazón: no la voy a dejar en paz, sé que usted sabe algo.

Anna Mijáilovna negó con la cabeza.

—*Vous êtes une fine mouche, mon enfant*[336] —dijo.

—¿Hay carta de Nikólenka? ¡Seguro que sí! —gritó Natasha al leer la respuesta afirmativa en el rostro de Anna Mijáilovna.

—Pero ten cuidado, por Dios: ya sabes cómo le puede afectar esto a tu *maman*.

—Lo tendré, lo tendré, pero cuéntemelo. ¿No me lo quiere contar? Pues ahora mismo voy a decírselo.

Anna Mijáilovna le explicó a Natasha en pocas palabras lo que decía la carta con la condición de que no se lo dijera a nadie.

—Le doy mi palabra de honor —dijo Natasha santiguándose—, no se lo diré a nadie. —Y, acto seguido, corrió a ver a Sonia.

—¡Nikólenka… herido… una carta…! —exclamó con solemnidad y alegría.

—*Nicolas!* —fue lo único que pudo articular Sonia, poniéndose pálida en el acto.

Al ver la impresión que la noticia de la herida de su hermano producía en Sonia, Natasha reparó por primera vez en el lado doloroso de la información.

Se precipitó sobre ella, la abrazó y rompió a llorar.

—Tiene una herida pequeñita, pero lo han ascendido a oficial; ahora está sano y salvo, y ha escrito él mismo —le dijo entre lágrimas.

—Está visto que todas las mujeres sois unas lloronas —dijo Petia paseándose por la habitación con grandes y decididos pasos—. Estoy muy contento, verdaderamente contento de que mi hermano se haya distinguido así. ¡No sois más que unas lloronas! No entendéis nada.

Natasha sonrió entre lágrimas.

—¿No has leído la carta? —preguntó Sonia.

—No, no la he leído, pero ella me ha dicho que ya ha pasado todo, y que ahora es oficial…

—Gracias a Dios —dijo Sonia santiguándose—. Pero quizá te haya engañado. Vayamos a ver a *maman*.

Petia daba vueltas por la habitación en silencio.

—Si hubiera estado en el lugar de Nikólushka, habría matado aún a más franceses —dijo—, ¡son tan detestables! Mataría a tantos que haría un

montón con ellos —continuó.

—¡Calla, Petia, qué tonto eres!…

—El tonto no soy yo, sino quienes lloran por bobadas —replicó Petia.

—¿Lo recuerdas? —preguntó de repente Natasha después de un breve silencio.

Sonia sonrió:

—¿Si recuerdo a *Nicolas*?

—No, Sonia, si lo recuerdas bien, con todo detalle —dijo Natasha con un gesto diligente, al parecer para dar a sus palabras un significado muy serio—. También yo recuerdo a Nikólenka, lo recuerdo —dijo—. Pero a Borís no lo recuerdo. No lo recuerdo nada…

—¿Cómo? ¿No recuerdas a Borís? —preguntó Sonia sorprendida.

—No es que no lo recuerde: sé cómo es, pero no lo recuerdo igual que a Nikólenka. A él, cierro los ojos y lo puedo ver, pero a Borís no. —Cerró los ojos—. Pues no, ¡nada!

—¡Ah, Natasha! —exclamó Sonia, mirando solemne y seria a su amiga, como si la considerara indigna de oír lo que se disponía a decir, y como si se lo estuviera diciendo a otra persona con la que no se puede bromear—. Estoy enamorada de tu hermano, y pase lo que pase con él y conmigo, yo jamás dejaré de amarlo, en toda mi vida.

Natasha la miró con asombro y curiosidad, y se quedó callada. Le parecía que lo que Sonia le decía era cierto, que existía un amor como el que le estaba describiendo; pero aún no había conocido nada semejante. Creía que podía ocurrir, pero no lo comprendía.

—¿Le vas a escribir? —preguntó.

Sonia se quedó pensativa. La cuestión de cómo escribir a *Nicolas* y si debía o no hacerlo la atormentaba. No sabía si ahora que ya era un oficial, un héroe herido, estaba bien hacerse presente en su vida, como si le recordara el compromiso que había adquirido con ella.

—No lo sé; creo que, si me escribe, le escribiré —dijo enrojeciendo.

—Y ¿no te dará vergüenza escribirle?

Sonia sonrió.

—No.

—Pues a mí me daría vergüenza escribir a Borís; no lo voy a hacer.

—Pero ¿por qué te da vergüenza?

—Porque sí, no lo sé. Me siento incómoda y me da vergüenza.

—Yo sé por qué le da vergüenza —intervino Petia, ofendido por lo primero que le había dicho Natasha—: porque está enamorada de ese gordo

con gafas —así llamaba Petia a su tocayo, el nuevo conde Bezújov—; y también está enamorada del cantante aquel. —Petia se refería al profesor italiano de canto de su hermana—. Por eso le da vergüenza.

—Qué tonto eres, Petia —dijo Natasha.

—No más que tú, señorita —le respondió Petia, que, a sus nueve años, le había hablado como un viejo brigadier.

La condesa ya estaba preparada por las insinuaciones de Anna Mijáilovna durante la comida. Al retirarse a su habitación, se sentó en un sillón sin apartar la mirada del retrato en miniatura de su hijo que tenía en una tabaquera, y las lágrimas le brotaban en los ojos. Anna Mijáilovna se acercó con sigilo a la habitación de la condesa y se detuvo.

—No entre —le dijo al viejo conde, que iba detrás de ella—; después. —Y cerró la puerta.

El conde pegó la oreja a la cerradura de la puerta.

Al principio oyó palabras intrascendentes, después la voz de Anna Mijáilovna, que pronunció un largo discurso, a continuación un grito seguido de un silencio, después de nuevo las dos voces a la vez, en un tono alegre y, finalmente, los pasos de Anna Mijáilovna, que le abrió la puerta. En su rostro se dibujaba la orgullosa expresión de un cirujano que ha concluido una complicada amputación y que hace pasar al público para que pueda apreciar su arte.

—*C'est fait!*[337] —le dijo, señalando con gesto solemne a la condesa, que sostenía la tabaquera en una mano y la carta en la otra, y que las besaba alternativamente.

Cuando vio al conde le tendió los brazos, abrazó su cabeza calva y, por encima de esta, volvió a mirar la carta y el retrato; para besarlos de nuevo, apartó un poco la cabeza calva. Vera, Natasha, Sonia y Petia entraron en la habitación, y empezó la lectura. En la carta Nikólushka relataba resumidamente la marcha, los dos combates en los que había participado y su ascenso a oficial; decía que besaba la mano de *maman* y *papa*, y les rogaba su bendición; también enviaba un beso a Vera, a Natasha y a Petia. Además, saludaba a *mister* Schelling, a *mademoiselle* Schoss y a la niñera; por último, rogaba que mandaran un beso a su querida Sonia, a la que seguía queriendo y recordando como antes. Al oírlo, Sonia enrojeció tanto que se le saltaron las lágrimas. E, incapaz de aguantar las miradas que se dirigían hacia ella, salió corriendo hacia la sala, donde se puso a dar vueltas sobre sí misma y, con el vestido inflado como un balón y el rostro enrojecido y sonriente, se sentó en el suelo. La condesa lloraba.

—¿Por qué llora, *maman*? —dijo Vera—. Todo lo que dice es para alegrarse, y no para llorar.

La observación era totalmente cierta, pero tanto el conde como la condesa y Natasha —todos— le lanzaron una mirada de reproche. «¡A quién habrá salido!», pensó la condesa.

Leyeron la carta de Nikólushka cientos de veces, y los considerados dignos de escucharla tuvieron que acudir a la condesa, que no la soltaba ni un instante. Acudieron los ayos, las niñeras, Mítenka, algunos conocidos, y la condesa la releía cada vez con renovado placer y cada vez descubría en ella nuevas virtudes de su Nikólushka. Qué extraño, increíble y gozoso le resultaba que su hijo —ese hijo que veinte años antes movía casi imperceptiblemente sus minúsculos miembros en su vientre; ese hijo por el que discutía con el conde por mimarlo demasiado; ese hijo que lo primero que aprendió a decir fue «pera» y después «tata»— ahora estuviera lejos, en tierras extrañas, en un ambiente ajeno, que fuera un valeroso soldado, que estuviera solo, sin contar con la ayuda ni guía de nadie, haciendo cosas de hombres. Toda esa experiencia universal y secular que nos enseña que los niños pasan, sin que nos demos cuenta, de la cuna a convertirse en hombres no existía para la condesa. El desarrollo de su hijo en cada etapa del crecimiento era para ella algo extraordinario, como si no hubieran existido millones y millones de personas que han pasado por lo mismo. Del mismo modo que veinte años antes no podía creer que aquel pequeño ser que había vivido en su interior, debajo de su corazón, empezara a gritar, a mamar el pecho y a hablar, ahora tampoco podía creer que fuera el hombre fuerte y valiente, el hijo modélico en el que, a juzgar por la carta, se había convertido.

—¡Qué estilo, con qué gracia lo cuenta todo! —decía al leer la parte descriptiva de la carta—. Y ¡qué alma! Ni una palabra sobre sí mismo… ¡ni una! Habla de un tal Denísov, aunque él, probablemente, sea el más valiente de todos. Nada escribe sobre sus sufrimientos. ¡Qué corazón! ¡Cómo lo reconozco en esta carta! Y ¡se ha acordado de todos! No se ha olvidado de nadie. Yo siempre, siempre lo decía, ya cuando era de este tamaño, yo siempre lo decía…

Más de una semana estuvo toda la casa preparando borradores y pasando a limpio cartas para Nikólushka; bajo la supervisión de la condesa y los cuidados del conde, se reunieron los objetos necesarios, dinero para el uniforme y el equipo para el oficial recién ascendido. Anna Mijáilovna, como mujer práctica que era, se las había arreglado para conseguir protección para sí y su hijo en el ejército, incluso para la correspondencia. Tenía la

oportunidad de enviar sus cartas al gran duque Constantino Pávlovich, que estaba al mando de la Guardia. Los Rostov creían que «Guardia rusa en el extranjero» era una dirección totalmente precisa, y que, si la carta llegaba hasta el gran duque, que dirigía la Guardia, no había motivo para que no fuera a llegar hasta el regimiento de Pavlograd, que debía de estar por allí cerca; por ello, decidieron enviar las cartas y el dinero a Borís a través del correo del gran duque, y Borís debía entregárselo todo a Nikólushka. Había cartas del viejo conde, de la condesa, de Petia, de Vera, de Natasha, de Sonia y, para acabar, seis mil rublos para el uniforme y algunas cosas más de parte del conde.

VII

El 12 de noviembre el ejército activo de Kutúzov, que estaba acampado cerca de Olmütz, se preparaba para el pase de revista que al día siguiente llevarían a cabo los dos emperadores: el ruso y el austríaco. La Guardia, que acababa de llegar de Rusia, pernoctó a quince verstas de Olmütz y al día siguiente, hacia las diez de la mañana, llegaba directamente para la revista, al campo de Olmütz.

Ese día Nikolái Rostov recibió una nota de Borís en la que la informaba de que el regimiento Izmáilovski pasaba la noche a quince verstas de Olmütz, y de que le esperaba para entregarle una carta y dinero. Rostov estaba especialmente necesitado de dinero ahora que, tras regresar de la campaña, las tropas se habían instalado cerca de Olmütz, y los cantineros bien abastecidos y los judíos austríacos llenaban el campamento ofreciendo toda clase de tentadoras mercancías. Los hombres del regimiento de Pavlograd vivían de festín en festín, celebrando las condecoraciones obtenidas en la campaña y haciendo excursiones a Olmütz para visitar a la recién llegada Carolina la Húngara, que había abierto allí un restaurante servido por mujeres. Rostov había festejado recientemente su ascenso a subteniente de caballería, había comprado a Beduino, el caballo de Denísov, y estaba completamente endeudado con compañeros y cantineros. Al recibir la nota de Borís, se dirigió hacia Olmütz con un compañero, donde comió y se bebió una botella de vino, y luego se fue solo hasta el campamento de la Guardia en busca de su amigo de infancia. Aún no había tenido tiempo de hacerse con el nuevo uniforme: llevaba una chaqueta desgastada de cadete con una cruz de soldado, unos pantalones de montar de piel igual de desgastada y un sable de oficial

con un cinto; iba montado en un caballo del Don que le había comprado a un cosaco durante la campaña y llevaba el gorro de húsar arrugado, pero hacia atrás y de lado, como un bravucón. Mientras se aproximaba al campamento del regimiento Izmáilovski pensaba en cómo iba a asombrar a Borís y a todos sus compañeros de la Guardia con esa pinta de húsar que ya ha probado el fuego enemigo.

La Guardia se había pasado toda la campaña como si estuviera de paseo, luciendo pulcritud y disciplina. Las marchas habían sido breves, los carros habían llevado las mochilas y, en cada etapa, las autoridades austríacas habían preparado formidables comidas para los oficiales. Los regimientos entraban y salían de las ciudades al son de la música, y, por orden del gran duque, toda la campaña se había hecho marchando (algo de lo que los miembros de la Guardia se enorgullecían), con los oficiales en sus puestos marcando la marcha. Borís había acompañado todo el tiempo a Berg, que ahora ya era jefe de compañía: el grado obtenido durante la campaña; este ya se había ganado la confianza de los superiores gracias a su diligencia y esmero, y había arreglado sus asuntos económicos del modo más conveniente. Borís había entrado allí en relación con muchas personas que le podían ser útiles: gracias a una carta de recomendación de Pierre, había conocido al príncipe Andréi Bolkonski, a través del que esperaba conseguir un puesto en el Estado Mayor del comandante en jefe. Berg y Borís, vestidos con pulcritud y esmero, tras descansar de la última marcha de la jornada, estaban jugando al ajedrez en la mesa redonda del limpio alojamiento que les habían asignado. Berg sostenía entre las rodillas una pipa encendida. Borís, con el cuidado que le caracterizaba, construía una pequeña pirámide de peones con sus manos finas y blancas mientras esperaba el movimiento de su compañero y observaba su rostro, aunque pensando únicamente en el juego: él siempre concentraba toda su atención en lo que tenía entre manos en ese instante.

—Bueno, ¿cómo va a salir de esta? —dijo.

—Lo vamos a intentar —le respondió Berg rozando un peón, pero apartando enseguida la mano.

En ese momento se abrió la puerta.

—Aquí estás, ¡por fin! —gritó Rostov—. ¡Y también está Berg! ¡Eh, tú, *petisanfán, alé cushé dormir*[338]! —gritó, imitando las palabras de la niñera, de las que en la infancia tanto se había reído con Borís.

—¡Diablos! ¡Cómo has cambiado! —exclamó Borís levantándose para recibir a Rostov, pero sin olvidarse de recoger y colocar en su lugar las piezas de ajedrez que se habían caído.

Quiso abrazar a su amigo, pero Nikolái se apartó. Con ese sentimiento particular de la juventud que teme los caminos trillados y que, sin imitar a los demás, quiere expresar de un modo nuevo y propio sus sentimientos (pero no como lo hacen los mayores, a menudo fingidamente), Nikolái quería hacer algo especial al ver a su amigo: quería pellizcarlo o empujarlo de algún modo, pero no besarlo, como hacía todo el mundo. Borís, en cambio, abrazó tranquila y amistosamente a Rostov y lo besó tres veces.

Hacía casi medio año que no se veían; y, en esa edad en la que los jóvenes dan sus primeros pasos en la vida, se encontraron el uno al otro enormemente cambiados y percibieron detalles completamente nuevos, fruto de los ambientes en los que habían dado esos primeros pasos de la vida. Los dos habían cambiado mucho desde la última vez que se habían visto, y querían que se notara enseguida su transformación.

—¡Bah, sois unos malditos pavos reales! Vais limpitos y frescos, como si vinierais de dar un paseo, no como nosotros, pobres desgraciados del ejército —dijo Rostov con unas tonalidades de barítono nuevas para Borís y con modos soldadescos, señalando sus pantalones de montar salpicados de barro.

La patrona de la casa, que era alemana, al oír el tono elevado de Rostov se asomó por la puerta.

—Qué, ¿es guapa?

—¡Por qué gritas tanto! Los vas a asustar —dijo Borís—. No te esperaba hoy —añadió—. Justo ayer te envié la nota a través de Bolkonski, un conocido mío que es ayudante de campo de Kutúzov. No pensaba que te la haría llegar tan pronto… Bueno, ¿cómo estás? ¿Ya has probado el fuego enemigo? —preguntó Borís.

Rostov, sin responder, agitó la cruz de San Jorge que pendía de un cordón de su uniforme y, señalando su brazo vendado, sonrió y miró a Berg.

—Ya lo ves —dijo.

—¡Vaya! ¡Sí, sí! —exclamó Borís sonriendo—. Nosotros también hemos hecho una marcha excelente. Ya sabes que el gran duque siempre viaja con nuestro regimiento, por lo que hemos disfrutado de toda clase de comodidades y privilegios. En Polonia ¡qué recepciones, qué comidas y bailes! No puedo ni describírtelo. Y el gran duque heredero ha sido muy benevolente con todos nuestros oficiales.

Los dos amigos, por turnos, se contaron uno sus juergas de húsar y cómo había sido la vida de campaña, y el otro los placeres y privilegios de servir bajo el mando de altos dignatarios, etcétera.

—¡Oh, la Guardia! —exclamó Rostov—. Bueno, manda que traigan vino.

Borís torció el gesto.

—Si eso es lo que quieres… —respondió. Se acercó a la cama, sacó un monedero de debajo de las limpias almohadas y mandó traer vino—. Por cierto, tengo que darte el dinero y la carta —añadió.

Rostov cogió la carta y, arrojando el dinero en el diván, empezó a leerla con los codos apoyados en la mesa. Leyó varias líneas y miró con rabia a Berg. Cuando sus miradas se cruzaron, Rostov ocultó el rostro detrás de la carta.

—No está mal el dinero que le han enviado —le dijo Berg observando el macizo y prieto monedero que había dejado en el diván—. Nosotros nos las apañamos con nuestro sueldo, conde. Le diré sobre mí que…

—Mire, querido —le cortó Rostov—: cuando usted reciba una carta de casa, se encuentre con un amigo al que le quiere hacer mil preguntas y yo esté presente, me marcharé de inmediato para no molestar. Óigame: márchese, por favor, adonde sea, adonde sea… ¡al diablo! —chilló, y, acto seguido, cogiéndole por el hombro y mirándole con afecto a la cara, al parecer para suavizar la rudeza de sus palabras, añadió—: Por favor, no se enfade, querido amigo, le hablo con el corazón, como a un viejo conocido.

—¡Oh, por supuesto, conde, lo entiendo perfectamente! —dijo Berg con voz gutural, levantándose.

—Vaya a ver a los patrones de la casa: le han llamado —añadió Borís.

Berg se puso una levita limpísima, sin una sola mancha ni mota de polvo, se peinó hacia arriba las patillas delante del espejo, al estilo del zar Alejandro Pávlovich, y al cerciorarse por la mirada de Rostov del efecto que su levita había producido, salió de la habitación con una agradable sonrisa.

—¡Ah, pero qué animal soy! —exclamó Rostov al leer la carta.

—¿Qué ocurre?

—Ah, pero qué cerdo soy por no haberles escrito ni una vez y haberlos asustado de este modo. Ah, pero qué cerdo soy —repitió enrojeciendo de repente—. Bueno, ¡manda a Gavrilo a por vino! ¡Bien, bebamos un poco!… —dijo.

Entre las cartas de su familia había una de recomendación dirigida al príncipe Bagratión que la vieja condesa, siguiendo el consejo de Anna Mijáilovna, había conseguido a través de unos conocidos: se la enviaba a su hijo para que se la entregara a su destinatario e hiciera uso de ella.

—¡Qué bobadas! No la necesito para nada —exclamó Rostov tirando la carta debajo de la mesa.

—¿Por qué tiras eso? —preguntó Borís.

—Es una carta de recomendación, ¡para qué diablos la quiero!

—¿Cómo que para qué diablos la quieres? —dijo Borís levantándola y leyendo la firma—. Esta carta te va a ser muy útil.

—No necesito nada, y no estoy dispuesto a ser ayudante de campo de nadie.

—Y ¿eso por qué? —preguntó Borís.

—¡Es un cargo de lacayo!

—Ya veo que sigues siendo el mismo soñador de siempre —dijo Borís negando con la cabeza.

—Y tú eres el mismo diplomático de siempre. Pero no se trata de eso… Bueno… y ¿qué hay de ti?

—Pues ya lo ves. Hasta ahora todo ha ido bien; pero reconozco que lo que me gustaría es ser ayudante de campo y no estar en el frente.

—¿Por qué?

—Porque cuando uno empieza la carrera militar debe intentar que sea lo más brillante posible.

—¡Así que es eso! —dijo Rostov, que era evidente que estaba pensando en otra cosa.

Miró fija e interrogativamente a su amigo a los ojos, al parecer buscando la respuesta a alguna pregunta.

El viejo Gavrilo trajo el vino.

—¿No quieres que llame a Alfons Kárlych? —preguntó Borís—. Beberá contigo, yo no puedo.

—¡De acuerdo, de acuerdo! Y ¿qué te parece ese alemanucho? —dijo Rostov con una sonrisa de desprecio.

—Es un tipo muy bueno, honrado y agradable —le respondió.

Rostov volvió a mirarle fijamente a los ojos y suspiró. Volvió Berg y, con la botella de vino, la conversación entre los tres oficiales se animó. Los oficiales de la Guardia le contaron a Rostov su marcha, cómo los habían homenajeado en Rusia, Polonia y en el extranjero. Le refirieron palabras y hechos de su jefe, el gran duque, anécdotas sobre su bondad y sus arrebatos. Berg, como de costumbre, guardaba silencio cuando el tema no le tocaba directamente a él, pero a raíz de las anécdotas sobre el gran duque, contó con deleite cómo en Galitzia había podido hablar con él cuando recorría los regimientos y se enfadaba por los movimientos irregulares. Con una agradable sonrisa contó cómo el gran duque, furioso, se le había acercado gritando: «¡Arnautas!»[339] (la expresión favorita del gran duque heredero cuando montaba en cólera) y había exigido la presencia del jefe de compañía.

—No se lo creerá, conde, pero no me dio el menor miedo, porque yo sabía que tenía razón. ¿Sabe, conde? Le puedo decir sin jactancia alguna que me sé de memoria las órdenes del día del regimiento y su reglamento, tan bien como el Padrenuestro. Por ello, conde, en mi compañía no hay actos de negligencia. Tenía la conciencia tranquila, y así me presenté ante el gran duque. —Berg se puso de pie y reprodujo cómo se había llevado una mano a la visera al presentarse. Realmente era difícil que un rostro expresara más respeto y autocomplacencia—. Me lanzó toda clase de improperios, como se suele decir, un improperio tras otro. Y no eran inofensivos, no: iban a matar, como se suele decir. Me lanzó varios «¡Arnautas!», «¡Diablos!» y «¡A Siberia!» —dijo sonriendo sagazmente—. Yo sabía que tenía razón, y por eso me quedé callado, ¿qué le parece, conde? «¿Qué te pasa? ¿Eres mudo o qué?», me gritó. Yo seguía callado. Y ¿qué cree que pasó, conde? Al día siguiente en el orden del día no había ni una sola mención a lo ocurrido: ahí tiene lo que significa no perder la compostura. Así es, conde —añadió, encendiéndose la pipa y soltando pequeños círculos de humo.

—Sí, es formidable —contestó Rostov con una sonrisa.

Borís, viendo que la intención de Rostov era mofarse de Berg, desvió hábilmente la conversación. Le pidió que contara cómo lo habían herido y dónde había ocurrido. A Rostov eso era algo que le agradaba: empezó su relato y se fue animando. Les contó la batalla de Schöngrabern exactamente como suelen contar una batalla quienes han participado en alguna, es decir, como le habría gustado que hubiera sido y como se la había oído contar a otros, embelleciendo los hechos, pero no como en realidad había sido. Rostov era un joven franco y por nada del mundo habría dicho una mentira a sabiendas. Comenzó con la intención de referirlo todo tal como había sido, pero sin darse cuenta, sin querer y de un modo inevitable, empezó a mentir. Si hubiera contado la verdad a esos oyentes que, como él mismo, tantas veces habían oído las historias sobre el ataque y esperaban oír exactamente el mismo relato, o bien no le habrían creído, o bien, aún peor, habrían pensado que Rostov tenía la culpa de que a él no le hubiera ocurrido lo que siempre les ocurre a quienes cuentan las cargas de caballería. No les podía contar simplemente que, cuando todos iban al trote, él se cayó del caballo, se dislocó un brazo y corrió con todas sus fuerzas hacia el bosque huyendo de los franceses. Además, para contar únicamente lo que en realidad había ocurrido, habría tenido que hacer un gran esfuerzo. Contar la verdad es algo muy difícil, y la gente joven raramente es capaz de hacerlo. Lo que sus compañeros esperaban de él era que contara cómo, completamente enardecido

y fuera de sí, cual torbellino, se había lanzado al ataque, cómo había dado sablazos a diestro y siniestro, cómo su sable había saboreado la carne y él había caído desfallecido, etcétera. Y eso es exactamente lo que les contó.

A mitad del relato, cuando estaba diciendo «No te puedes imaginar qué extraño sentimiento de furia te embarga cuando atacas», entró en la habitación el príncipe Andréi Bolkonski, al que Borís esperaba. El príncipe Andréi, a quien gustaba proteger a los jóvenes, halagado por que acudieran a él y con buena predisposición hacia Borís —la víspera este había sabido agradarle—, deseaba cumplir un deseo del joven. Lo habían enviado con documentos de Kutúzov al gran duque heredero y pasó a ver al joven con la esperanza de encontrarlo solo. Al entrar y ver a un húsar del ejército contando sus peripecias militares (un tipo de persona que no podía soportar), le sonrió cariñosamente a Borís, torció el gesto, miró a Rostov entornando los ojos y, tras un leve saludo, se sentó en el diván con expresión cansada e indolente. Le desagradaba haber coincidido con tan mala compañía. Rostov se encendió al notarlo. Pero no le importaba: era un desconocido. Sin embargo, al mirar a Borís le dio la impresión de que también él se avergonzaba de un húsar del ejército. A pesar del tono desagradable y burlesco del príncipe Andréi, a pesar del desprecio general que desde su visión de combatiente del ejército Rostov sentía por todos los ayudantes de campo del Estado Mayor —entre los que era evidente que incluía al recién llegado—, se turbó, enrojeció y se quedó callado. Borís preguntó qué novedades había en el Estado Mayor y, si no era indiscreción, qué se sabía de los planes futuros.

—Seguramente avanzaremos —respondió Bolkonski, al parecer sin desear decir nada más delante de extraños.

Berg aprovechó la oportunidad para preguntar con especial cortesía si ahora darían, como había oído decir, una ración doble de forraje a los jefes de compañía del ejército. El príncipe Andréi respondió que no podía opinar sobre cuestiones de Estado tan sumamente importantes, y Berg se echó a reír alegremente.

—De su asunto —dijo, volviéndose hacia Borís— hablaremos después. —Echó una mirada a Rostov—. Venga a verme después de la revista, haremos todo cuanto sea posible.

Y, tras recorrer la habitación con la vista, se volvió hacia Rostov, cuyo infantil estado de insuperable turbación —que se había convertido en furia— ni siquiera se había dignado notar, y le preguntó:

—Creo que estaba contando la batalla de Schöngrabern, ¿cierto? ¿Estuvo usted allí?

—Sí, yo estuve allí —respondió Rostov con rabia, como si quisiera ofender al ayudante de campo.

Bolkonski se dio cuenta del estado del húsar, y eso le divirtió. Sonrió con un ligero desprecio.

—¡Sí! ¡Ahora se cuentan muchas historias de esa batalla!

—Sí, historias —dijo Rostov elevando la voz, mirando a Borís y a Bolkonski alternativamente con unos ojos repentinamente llenos de furia—; sí, se cuentan muchas historias, pero las nuestras son las de quienes han estado bajo el fuego enemigo. Nuestras historias tienen peso, no como las de esos rufianes del Estado Mayor, a los que condecoran sin hacer nada.

—Entre los que usted me incluye, ¿no es así? —dijo el príncipe Andréi tranquilamente y con una sonrisa particularmente agradable.

Un extraño sentimiento de rabia y cierto respeto por la tranquilidad de aquel hombre se unían en ese momento en el alma de Rostov.

—No estoy hablando de usted —dijo—; a usted no lo conozco y debo admitir que tampoco deseo conocerlo. Hablo en general de la gente del Estado Mayor.

—Pues le voy a decir lo siguiente —le interrumpió el príncipe Andréi con serena autoridad—: usted quiere ofenderme, y estoy dispuesto a convenir con usted en que es muy fácil hacerlo si no se respeta a sí mismo lo suficiente; pero estará de acuerdo conmigo en que ha elegido muy mal momento y lugar. Dentro de unos días tendremos que enfrentarnos a un duelo mucho más grande e importante; además, Drubetskói, que dice ser viejo amigo suyo, no tiene la culpa de que mi fisonomía haya tenido la mala suerte de no agradarle a usted. Por otro lado —dijo, levantándose—, usted conoce mi apellido y sabe dónde encontrarme; pero no olvide —añadió— que no considero en absoluto que ni yo ni usted hayamos sido insultados, y mi consejo como hombre mayor que usted es que deje este asunto sin consecuencias. Bien: le espero el viernes después de la revista, Drubetskói. Adiós —concluyó, y salió tras saludar a ambos.

A Rostov se le ocurrió lo que le tendría que haber replicado cuando el príncipe Andréi ya había salido. Y aún se enfadó más por no haberlo dicho. Mandó que le prepararan inmediatamente su caballo y, después de despedirse secamente de Borís, regresó a su campamento. ¿Debía ir al día siguiente al cuartel general para retar a duelo a ese remilgado ayudante de campo, o debía, al contrario, olvidarse del asunto? El dilema lo atormentó todo el camino de vuelta. Primero se imaginaba con rabia el placer que sentiría al ver la cara asustada de aquel hombre pequeño, débil y orgulloso frente a su pistola, y

después se sorprendía al darse cuenta de que, de todos los hombres que conocía, aquel odioso ayudantito de campo era de quien más deseaba ser amigo.

VIII

Un día después del encuentro entre Borís y Rostov tuvo lugar el pase de revista de las tropas austríacas y rusas, tanto de las que acababan de llegar frescas de Rusia, como de las que habían regresado de la campaña con Kutúzov. Los dos emperadores, el ruso con el gran duque heredero y el austríaco con el archiduque, pasaban revista al ejército aliado, formado por ochenta mil hombres.

Desde buena mañana las tropas, limpias y engalanadas, se pusieron en movimiento y formaron en el campo que había frente a la fortaleza. Miles de pies y de bayonetas, con las banderas ondeando, se detenían, giraban y formaban a la orden de los oficiales, adelantando a otras masas iguales de la infantería que llevaban uniformes distintos; se oían el tintineo y el paso regular de la elegante caballería —con sus uniformes azules, rojos y verdes bordados, y los músicos engalanados al frente— montada en sus caballos negros, alazanes y grises; entre la infantería y la caballería se deslizaba la artillería con el sonido metálico de sus cañones limpios y resplandecientes sobre las cureñas y el olor de sus botafuegos, e iba ocupando los lugares asignados. No solo los generales con el uniforme completo de gala, las cinturas gruesas y finas ajustadas al extremo, el rostro enrojecido por el cuello apretado de la chaqueta, con sus bandas y condecoraciones; no solo los oficiales, emperifollados y con el pelo untado de pomada, sino también los soldados, con la cara aseada, fresca y afeitada, los correajes limpios y lustrosos, y los caballos tan bien cepillados que la piel y la crin, alisada pelo a pelo, les brillaba como una tela de seda; todos ellos, en definitiva, sentían que algo grave, importante y solemne estaba aconteciendo. Cada general y cada soldado advertía su insignificancia, sabiéndose un grano de arena en ese mar humano; pero a la vez era consciente de su poder como parte de ese inmenso conjunto.

Desde primera hora de la mañana empezaron los preparativos, el nervioso vaivén, y a las diez todo estaba dispuesto en el orden requerido. Las filas de soldados se extendían por el inmenso campo. Todo el ejército se agrupaba en

tres formaciones: delante la caballería, detrás la artillería y detrás de esta la infantería.

Entre cada bloque había un espacio semejante a una calle, y las tres formaciones se diferenciaban mucho entre sí: por un lado, las tropas de Kutúzov, cuya primera fila del flanco derecho ocupaba el regimiento de Pavlograd; por el otro, los regimientos de línea y de la Guardia recién llegados de Rusia; y, para terminar, las tropas austríacas. Pero todos formaban una sola unidad, bajo un mismo mando y en orden idéntico.

Un emocionado murmullo se extendió como el viento entre las hojas: «¡Ya vienen! ¡Ya vienen!». Se oyeron voces excitadas, y un afanoso movimiento ante los últimos preparativos recorrió todas las tropas.

Por delante se vislumbró un grupo que se aproximaba desde Olmütz. Y, en ese mismo instante, aunque era un día sin viento, una pequeña ráfaga sopló sobre el ejército y agitó ligeramente los gallardetes de las picas y las banderas desplegadas, que ondearon en sus astas. Parecía que con este leve movimiento el ejército expresara su alegría por la llegada de los emperadores. Resonó una voz: «¡Firmes!». Después, como gallos al alba, varias voces repitieron lo mismo desde distintos lugares. Y todo quedó en calma.

En ese silencio sepulcral solo se oían los cascos de los caballos. Era el séquito de los emperadores. Se acercaban al flanco, y sonaron las trompetas del primer regimiento de caballería, que tocaban generala. Parecía que no fueran los trompetistas, sino el ejército mismo, quien, dichoso por la llegada del zar, produjera esos sonidos de forma natural. Por encima de ellos se pudo distinguir claramente la voz juvenil y dulce del emperador Alejandro. Saludó a las tropas y el primer regimiento rugió «¡Hurra!» de un modo tan ensordecedor, prolongado y jubiloso que los propios hombres se asustaron de la magnitud y la fuerza de la multitud que formaban.

Rostov estaba en las primeras filas de las tropas de Kutúzov, a las que primero se acercó el zar, y sintió lo mismo que los demás hombres del ejército: abnegación, orgullosa conciencia de poder y un vivo entusiasmo por aquel que era la causa de tanta solemnidad.

Tenía la sensación de que una sola palabra suya bastaría para que toda aquella masa (y él, que formaba parte de ella como un insignificante grano de arena) se lanzara al fuego o al agua, al crimen, a la muerte o a la mayor heroicidad, y por ello no podía dejar de estremecerse y quedarse paralizado ante la proximidad de aquella palabra.

«¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!», se oyó por doquier, y un regimiento tras otro recibía al zar al toque de generala; después otro «¡Hurra!», generala, y otra

vez «¡Hurras!» y más «¡Hurras!» que, cada vez con mayor intensidad, se fundían en un ruido ensordecedor.

Hasta que el zar no se acercaba a un regimiento, este parecía un cuerpo inerte por su silencio y quietud; pero en cuanto llegaba, el regimiento cobraba vida y tronaba, mezclándose con el bramido de los hombres de la línea que el soberano ya había dejado atrás. Bajo el ruido terrible y estruendoso de tales voces, entre la multitud de las tropas inmóviles, como petrificadas en sus cuadros, avanzaban tranquilos, asimétrica y libremente, los cientos de jinetes que formaban el séquito, con dos hombres al frente: los emperadores. En ambos se concentraban la atención indivisa y el entusiasmo contenido de la gran masa de hombres.

El emperador Alejandro, joven y hermoso, con uniforme de la Guardia montada y un tricornio ladeado, atraía el interés de todos con su rostro agradable y su voz suave.

Rostov estaba cerca de los trompetas y, con sus ojos de lince, reconoció al zar desde lejos y lo observó mientras este se aproximaba. Cuando lo tuvo a una distancia de veinte pasos y pudo examinar con claridad, hasta el más mínimo detalle, su rostro hermoso, joven y feliz, experimentó un sentimiento de ternura y pasión totalmente nuevo para él. Todo en el zar, cada uno de sus rasgos, cada uno de sus movimientos, le parecía fascinante.

Después de detenerse frente al regimiento de Pavlograd, el zar le dijo algo al emperador austríaco en francés y sonrió.

Al ver esa sonrisa, Rostov empezó a sonreír también, involuntariamente, y sintió un arrebato de amor aún más intenso por su soberano. Quería demostrar ese amor de algún modo y, como sabía que eso era imposible, tuvo ganas de llorar. El zar llamó al jefe de regimiento y le dijo unas palabras.

«¡Dios mío! ¡No sé lo que me pasaría si se dirigiera a mí! —pensaba Rostov—. Me moriría de felicidad.»

El soberano se dirigió a los oficiales:

—Señores, les doy a todos ustedes —a Rostov cada palabra le sonaba a música celestial— las gracias de todo corazón.

¡Qué feliz habría sido si en ese momento hubiera podido morir por su zar!

—Son ustedes merecedores de las enseñas de San Jorge y serán dignos de ellas.

«¡Ojalá pudiera morir, morir por él!», pensaba Rostov.

El soberano dijo algo más que Rostov no pudo oír, y los soldados gritaron a todo pulmón: «¡Hurra!». Rostov también gritó con todas sus fuerzas,

inclinándose sobre la silla de montar, con el deseo de lastimarse con aquel grito solo para expresar enteramente su entusiasmo.

El monarca se demoró algunos segundos frente a los húsares, como si dudara.

«¿Cómo puede el zar mostrarse indeciso?», pensó Rostov, pero enseguida hasta esta indecisión le pareció sublime y fascinante, como todo cuanto el monarca hacía.

La indecisión del soberano duró solo un instante. Su pie, embutido en una bota estrecha y puntiaguda, como se llevaban entonces, rozó la ingle de la yegua baya de cola corta, a la inglesa, que montaba; su mano, enfundada en un guante blanco, cogió las riendas, y se puso en marcha acompañado de un mar oscilante y sin orden de ayudas de campo. Se alejó, más y más, deteniéndose ante otros regimientos y, finalmente, Rostov solo pudo ver su plumaje blanco entre el séquito que lo rodeaba a él y al emperador de Austria.

Entre los señores del séquito, Rostov reconoció a Bolkonski, que montaba su caballo con indolencia y despreocupación. Recordó la discusión de la víspera y el dilema de si debía o no retarlo a duelo. «No debo, por supuesto —pensó en ese momento Rostov—. ¿Qué sentido tiene pensar y hablar sobre algo así en un momento como este? En un momento en el que siento este amor, pasión y abnegación, ¡¿qué significan todas nuestras disputas y ofensas?! Ahora amo y perdono a todo el mundo», se decía.

Cuando el zar hubo inspeccionado la mayoría de los regimientos, las tropas iniciaron una marcha ceremonial por delante de él; Rostov pasó montando a Beduino, que le había comprado recientemente a Denísov, cerrando la marcha de su escuadrón; es decir, solo y muy a la vista del zar.

Antes de llegar hasta él, el joven, que era un excelente jinete, espoleó dos veces a su Beduino hasta ponerlo a ese rabioso trote con que el caballo avanzaba cuando estaba excitado. Con la boca llena de espuma e inclinada hacia el pecho, la cola elevada, como si volara por el aire sin tocar el suelo, levantando graciosamente y muy alto las patas al trotar, Beduino, que también sentía sobre él la mirada del monarca, desfiló espléndidamente.

En cuanto a Rostov, echando las piernas hacia detrás, metiendo el vientre y sintiendo que formaba un todo con su caballo, pasó por delante del zar con el rostro severo pero dichoso, «endiablado», como decía Denísov.

—¡Bravo, regimiento de Pavlograd! —exclamó el zar.

«¡Dios mío! Qué feliz sería si ahora mismo me ordenara arrojarme al fuego», pensó Rostov.

Cuando concluyó el pase de revista, los oficiales, tanto los recién llegados como los de Kutúzov, se reunieron en grupos y empezaron a conversar sobre condecoraciones, uniformes y el frente de los austríacos, sobre Bonaparte y lo mal que le iba a ir a partir de entonces, especialmente cuando llegara el cuerpo de Essen y Prusia se uniera al bando ruso.

Sin embargo, de lo que más hablaban en todos los grupos era del zar Alejandro: repetían sus palabras y gestos, y se entusiasmaban con él.

Todos deseaban una única cosa: marchar cuanto antes contra el enemigo a las órdenes del zar. Bajo su mando no habría nadie a quien no pudieran vencer; eso es lo que pensaban Rostov y la mayoría de los oficiales después de la revista.

Al término de esta estaban más convencidos de la victoria de lo que lo habrían estado si hubieran ganado dos batallas.

IX

Al día siguiente del pase de revista, Borís, con su mejor uniforme y con los mejores deseos de su compañero Berg, partió hacia Olmütz para ver a Bolkonski: quería aprovechar la buena disposición que este le mostraba y conseguir un mejor puesto, en particular el de ayudante de campo de algún personaje importante, algo que le parecía especialmente deseable en el ejército. «Rostov, a quien su padre le envía diez mil rublos, bien se puede permitir decir que no quiere hacer reverencias ni ser el lacayo de nadie; pero yo, que no tengo nada excepto mi cabeza, tengo que hacer carrera y no dejar escapar ninguna oportunidad: tengo que aprovecharlas todas.»

Aquel día no encontró al príncipe Andréi en Olmütz. Pero ver la ciudad, donde se encontraban el cuartel general y el cuerpo diplomático y donde se habían instalado los dos emperadores con sus séquitos de cortesanos y favoritos, acrecentaba su deseo de pertenecer a aquel elevado mundo.

No conocía a nadie y, a pesar de su elegante uniforme de la Guardia, todos esos grandes personajes, tanto cortesanos como militares, que iban y venían por las calles en fastuosos coches, con plumajes, bandas y condecoraciones, parecían estar tan infinitamente por encima de él, un oficialillo de la Guardia, que ni querían ni podían saber de su existencia. En el cuartel general del comandante en jefe Kutúzov preguntó por Bolkonski, y los ayudantes de campo y hasta los ordenanzas lo miraron como dándole a entender que por allí pululaban muchos oficiales como él, y que ya estaban

más que hartos de ellos. A pesar de todo, o más bien por todo ello, al día siguiente —el 15— después de comer viajó de nuevo a Olmütz y, al entrar en la casa que ocupaba Kutúzov, preguntó por Bolkonski. El príncipe Andréi estaba, y Borís fue conducido a una gran sala que, probablemente, antes había sido de baile, pero ahora estaba ocupada por cinco camas y muebles diversos: una mesa, varias sillas y un clavicordio. Cerca de la puerta, un ayudante de campo en batín persa escribía en la mesa. Otro de los presentes era Nesvitski, colorado y grueso, que, tumbado en una cama con las manos detrás de la cabeza, se reía con un oficial que estaba sentado a su lado. Un tercero tocaba un vals vienés en el clavicordio, y un cuarto, apoyado sobre el instrumento, canturreaba la melodía. Bolkonski no se encontraba entre ellos. Al reparar en Borís, ninguno de aquellos señores cambió de postura. El que estaba escribiendo —y al que Borís se dirigió— se volvió irritado y le dijo que Bolkonski estaba de servicio y, que si necesitaba verlo, fuera a la sala de recepción: por la puerta hacia la izquierda.

Había allí unos diez oficiales y generales. Cuando Borís entró, el príncipe Andréi, entornando los ojos con desdén (con ese gesto particular de cortesía ya agotada que dice claramente: «Si no fuera mi obligación, no hablaría con usted ni un minuto»), escuchaba a un viejo general ruso cargado de condecoraciones que, estirándose mucho y casi de puntillas, con una expresión obsequiosa propia de un soldado y el rostro morado, le informaba de algo.

—Muy bien, haga el favor de esperar —le dijo el príncipe en ruso al general, pero con esa pronunciación francesa a la que recurría cuando quería expresar desprecio.

Al ver a Borís, sin prestar ya más atención al general, que, suplicante, corría tras él rogándole que le escuchara un poco más, se dirigió hacia él saludándole con la cabeza y sonriendo alegremente.

En ese instante Borís comprendió claramente lo que ya había presentido antes, esto es, que en el ejército, aparte de la subordinación y la disciplina escritas en el reglamento, que en el regimiento todos conocían —también él —, existía otra subordinación más importante: la que hacía que ese general de cara morada tuviera que esperar respetuosamente mientras un capitán —el príncipe Andréi— encontraba más conveniente, para su propio placer, charlar con el alférez Drubetskói. Más que nunca, Borís decidió que en lo sucesivo serviría no según ese reglamento escrito, sino según esa subordinación no escrita. En aquel momento sentía que, solo por el hecho de haber sido recomendado al príncipe Andréi, ya estaba por encima del general, quien, en

otras circunstancias, en el frente, podría hacer pedazos a ese alférez de la Guardia que era él. El príncipe Andréi se acercó y le dio la mano.

—Lástima que ayer no me encontrara. Estuve todo el día atareado con los alemanes. Fui con Weyrother a revisar el plan de disposición de las tropas. ¡Cuando los alemanes se ponen meticulosos, no hay manera de acabar!

Borís sonrió como si supiera a qué se refería el príncipe Andréi, como si fuera algo conocido por todos. Pero era la primera vez que oía el apellido Weyrother e incluso la palabra «disposición».

—Y ¿qué, querido amigo? ¿Aún quiere ser ayudante de campo? He pensado en usted durante este tiempo.

—Sí, había pensado —dijo Borís enrojeciendo involuntariamente por algún motivo— solicitar ser ayudante de campo del comandante en jefe; el príncipe Kuraguin le envió una carta en la que le hablaba de mí. Y si lo deseo es solo porque temo que la Guardia no entre en combate —añadió, como excusándose.

—¡Bien! ¡Bien! Ya hablaremos de todo eso —dijo el príncipe Andréi—, déjeme anunciar a este señor y seré todo suyo.

En el tiempo en que el príncipe Andréi se ausentó para anunciar al general de la cara morada, este —que, evidentemente, no compartía las ideas de Borís sobre los beneficios de la subordinación no escrita— miró tan fijamente al insolente alférez que había interrumpido su charla con el ayudante de campo que el joven se sintió incómodo. Le dio la espalda y esperó con impaciencia a que el príncipe Andréi volviera del gabinete del comandante en jefe.

—Mire, querido amigo, he estado pensando en usted —dijo el príncipe Andréi mientras entraban en la gran sala del clavicordio—. No tiene sentido que vaya a ver al comandante en jefe —prosiguió—: le dirá un montón de gentilezas, después lo invitará a comer —«No estaría nada mal desde el punto de vista de la subordinación no escrita», pensó Borís—, pero no conseguirá nada más. Dentro de poco ¡los ayudantes de campo y los ordenanzas seremos todo un batallón! Así que esto es lo que vamos a hacer: tengo un buen amigo, el príncipe Dolgorúkov, que es general-ayudante de campo y un hombre excelente; quizá usted no lo sepa, pero en realidad en estos momentos ni Kutúzov con todo su Estado Mayor ni todos nosotros significamos nada: ahora todo se ha concentrando bajo el mando del zar. De modo que vayamos a ver a Dolgorúkov (de hecho tengo que hacerle una visita); ya le he hablado de usted. A partir de ahí, ya veremos si puede colocarlo a usted con él o en otro lugar, más cerca del sol.

El príncipe Andréi siempre se animaba especialmente cuando guiaba los pasos de un joven y lo ayudaba a triunfar en sociedad. Con el pretexto de ayudar a otras personas —una ayuda que, por orgullo, él nunca habría aceptado para sí mismo—, se mantenía cerca de los círculos que impulsaban carreras y por los que se sentía atraído. Con mucho gusto, se ocupó de Borís y lo acompañó a ver a Dolgorúkov.

Ya era tarde por la noche cuando entraban en el palacio de Olmütz, donde residían los emperadores y sus séquitos.

Aquel mismo día se había reunido el consejo de guerra con la participación de todos los miembros del *Hofkriegsrat* y los dos emperadores. El consejo, contradiciendo la opinión de los viejos —Kutúzov y el príncipe Schwarzenberg—, había decidido pasar de inmediato a la ofensiva y presentar batalla general a Bonaparte. La reunión acababa de concluir cuando el príncipe Andréi, acompañado de Borís, llegaba al palacio en busca del príncipe Dolgorúkov. En el cuartel general todos estaban aún encantados por que el consejo hubiera tomado partido por los jóvenes. Las voces de quienes aconsejaban postergar la ofensiva y esperar habían sido acalladas con tal unanimidad, y sus argumentos tan intensamente refutados con pruebas indiscutibles de las ventajas de atacar, que lo que se había discutido en el consejo —la batalla inminente y la indudable victoria— no parecía cosa del futuro, sino del pasado. Todas las ventajas estaban de nuestra parte. Nuestras enormes fuerzas, sin duda superiores a las de Napoleón, estaban concentradas en un lugar, animadas por la presencia de los emperadores y rabiando por entrar en acción; el general al mando, Weyrother, conocía hasta el más mínimo detalle el punto estratégico en el que había que actuar (por una feliz coincidencia el año anterior el ejército austríaco había hecho maniobras justo en los campos en los que ahora había que combatir con los franceses); conocía bien la región, descrita con todo tipo de detalles en los mapas, y Bonaparte, visiblemente debilitado, no estaba tomando ninguna iniciativa.

Dolgorúkov, uno de los más ardientes defensores de la ofensiva, acababa de volver del consejo, agotado pero contento y orgulloso por el triunfo obtenido. El príncipe Andréi le presentó a su oficial protegido, pero el príncipe Dolgorúkov, tras un apretón de manos fuerte y cortés, no le dijo nada a Borís y, visiblemente incapaz de contenerse y callar los pensamientos que en aquel momento más intensamente le ocupaban, se dirigió al príncipe Andréi en francés:

—¡Ay, amigo, qué batalla acabamos de librar! Quiera Dios que la que resulte de esta sea igual de victoriosa. Sin embargo, amigo mío —dijo

entrecortadamente pero con energía—, debo confesar mi culpa ante los austríacos, sobre todo ante Weyrother. ¡Qué precisión, qué detalle, qué conocimiento de la región, qué previsión de todas las posibilidades y condiciones, de todos los más mínimos detalles! No, amigo: habría sido imposible imaginar unas circunstancias más ventajosas que aquellas con las que contamos. La unión de la precisión austríaca y la valentía rusa: ¿qué más quiere?

—Así pues, ¿la ofensiva está totalmente decidida? —dijo Bolkonski.

—Y ¿sabe una cosa, amigo mío? Me parece que Bonaparte ha perdido definitivamente el norte. ¿Sabe que hoy ha llegado una carta suya para el emperador? —Dolgorúkov sonrió efusivamente.

—¡No me diga! Y ¿qué ha escrito? —preguntó Bolkonski.

—¿Qué va a escribir? Blablablá, etcétera: todo con el único objetivo de ganar tiempo. Le digo yo que está en nuestras manos, ¡eso es seguro! Pero lo más divertido —dijo, con una repentina risa afable— es que no se nos ocurría qué destinatario poner en la carta de respuesta. «Al cónsul», no; «Al emperador», tampoco, por supuesto; para mí la mejor opción era «Al general Bonaparte».

—Pero entre no reconocerlo como emperador y llamarlo «general Bonaparte» hay una diferencia —dijo Bolkonski.

—¡De eso se trata! —lo interrumpió Dolgorúkov, riendo y hablando rápido—. Ya conoce a Bilibin, es un hombre muy listo; pues ha propuesto dirigirse a él como: «Al usurpador y enemigo del género humano».

Dolgorúkov prorrumpió en alegres carcajadas.

—¿Nada más? —observó Bolkonski.

—De todos modos, Bilibin ha dado con una fórmula seria para el destinatario. Es un hombre inteligente y agudo…

—Y ¿cuál es?

—«Al jefe del gobierno francés»: *Au chef du gouvernement français* —dijo el príncipe Dolgorúkov seriamente y con satisfacción—. ¿Verdad que está bien?

—Está bien, pero le va a desagradar mucho —contestó Bolkonski.

—¡Oh, mucho! Mi hermano lo conoce bien: antes de que Bonaparte fuera emperador, comió varias veces en su casa, en París, y me ha dicho que nunca ha visto a un diplomático más perspicaz y astuto: una combinación de habilidad francesa y farsa italiana, ¿sabe? ¿Conoce la anécdota con el conde Markov? Solo este sabía cómo tratarlo. ¿Conoce la historia del pañuelo? ¡Es una delicia!

Y el locuaz Dolgorúkov, dirigiéndose ya a Borís, ya al príncipe Andréi, contó cómo Bonaparte, deseoso de poner a prueba a nuestro embajador Markov, dejó caer adrede un pañuelo delante de él y se detuvo, mirándolo y probablemente esperando que lo recogiera; y cómo acto seguido Markov dejó caer también su pañuelo y lo recogió, pero no el de Bonaparte.

—*Charmant* —dijo Bolkonski—; pero, príncipe, yo he venido a hacerle una petición para este joven. Verá…

Pero antes de que el príncipe Andréi pudiera continuar, entró un ayudante de campo en la estancia y le dijo a Dolgorúkov que se presentara ante el emperador.

—¡Ah, qué lástima! —exclamó Dolgorúkov, levantándose apresuradamente y estrechando la mano de Andréi y de Borís—. Sabe que estaré encantado de hacer todo cuanto esté en mi mano, tanto para usted como para este agradable joven. —Volvió a estrechar la mano de Borís con una expresión afable, sincera, animada, pero superficial—. Pero ya ve usted… ¡Hasta otra!

A Borís le emocionaba la idea de sentirse tan cerca del poder supremo en ese momento. Se veía tocando los resortes que dirigían esos enormes movimientos de masas dentro de las que él, en su regimiento, no era más que una pieza obediente e insignificante. Salieron al corredor detrás del príncipe Dolgorúkov y se encontraron con un hombre de estatura mediana (que salía por la puerta de la cámara del zar, por la que Dolgorúkov se disponía a entrar) vestido de paisano; tenía la mirada inteligente y la mandíbula prominente y marcada, un rasgo que, lejos de estropear su rostro, le daba un aire singular de vivacidad y destreza. El hombre de estatura mediana saludó a Dolgorúkov, como a uno de los suyos, y miró fijamente y con frialdad al príncipe Andréi mientras se encaminaba directamente hacia él, esperando que le hiciera una reverencia o le cediera el paso. Pero el príncipe Andréi no hizo ni lo uno ni lo otro; el rostro del hombre se llenó de cólera y, desviando el paso, siguió su camino por el corredor.

—¿Quién es? —preguntó Borís.

—Uno de los hombres más admirables y, para mí, de los más antipáticos. Es el ministro de Asuntos Exteriores, el príncipe Adam Czartoryski. Hombres así —añadió con un suspiro que no pudo contener cuando salían del palacio— son los que deciden el destino de los pueblos.

Al día siguiente las tropas emprendieron la marcha y Borís, hasta la batalla de Austerlitz, ya no pudo volver a ver a Bolkonski ni a Dolgorúkov; por el momento siguió en el regimiento Izmáilovski.

X

En la alborada del día 16 el escuadrón de Denísov en el que servía Nikolái Rostov, parte del destacamento del príncipe Bagratión, abandonó el lugar donde habían acampado para entrar en acción, como decían, y, después de haber recorrido alrededor de una versta detrás de otras columnas, se detuvo en una gran carretera. Rostov vio cómo desfilaban los cosacos, el primer y segundo escuadrón de húsares y los batallones de infantería; y, a caballo, los generales Bagratión y Dolgorúkov con sus ayudantes de campo. Todo el miedo que anteriormente había sentido en vísperas del combate, toda la lucha interior para superarlo, todos los sueños sobre cómo destacaría —como buen húsar— en la batalla se repitieron en vano. Su escuadrón quedó en la reserva y Nikolái se pasó el día aburrido y melancólico. Pasadas las ocho de la mañana, oyó un tiroteo a lo lejos, gritos de «hurra», vio cómo evacuaban a unos pocos heridos y, finalmente, a cientos de cosacos escoltando a un destacamento entero de la caballería francesa. Era evidente que la acción, aunque menor, se había resuelto felizmente. Los soldados y oficiales que volvían hablaban de una brillante victoria, de la ocupación de la ciudad de Wischau y de la captura de un escuadrón entero de franceses. El día, claro y soleado después de las intensas heladas de la noche, y el alegre brillo de la mañana otoñal coincidían con las buenas nuevas, que se transmitían no solo por boca de quienes habían participado en la victoria, sino también por la expresión feliz de los soldados, oficiales, generales y ayudantes de campo que iban y venían por delante de Rostov. A él se le oprimía aún más dolorosamente el corazón por haber sufrido en vano todo el miedo que precede a la batalla y haber tenido que pasar la alegre jornada sin hacer nada.

—¡*G'ostov*, ven aquí, bebamos *pag'a ahogag'* las penas! —gritó Denísov, que se había sentado en un margen de la calzada delante de una cantimplora y algo de comer.

Los oficiales formaron corro alrededor de la cesta de Denísov, picando algo y charlando.

—¡Mirad, traen a otro! —dijo uno de los oficiales señalando a un dragón francés que habían hecho prisionero y al que dos cosacos escoltaban a pie.

Uno de ellos llevaba de la brida el alto y hermoso caballo francés que le habían quitado al prisionero.

—¡Véndeme el caballo! —le gritó Denísov a un cosaco.

—Como guste, excelencia…

Los oficiales se levantaron y rodearon a los cosacos y al prisionero, un joven dragón de Alsacia que hablaba en francés con acento alemán. Había perdido el aliento por la agitación, tenía la cara roja, y, cuando oyó hablar en francés, rápidamente se dirigió a los oficiales, primero a uno y después a otro. Decía que no tenía la culpa de que lo hubieran capturado, que no lo habrían hecho de no haber sido por el caporal, que lo había mandado a buscar unas mantas para los caballos, cuando él le había dicho que los rusos ya se habían acercado. Y, a cada palabra que decía, añadía: «*Mais qu'on ne fasse pas de mal à mon petit cheval*»[340], y acariciaba al animal. Saltaba a la vista que no acababa de entender dónde estaba. Primero se disculpaba por haber sido capturado, y después, pensando que estaba en presencia de sus superiores, hacía gala de su diligencia como soldado y de su celo en el servicio. Se había traído, a la retaguardia rusa, la frescura de la atmósfera de las tropas francesas, tan ajena a nosotros.

Los cosacos vendían el caballo por dos monedas de oro, y Rostov, que, como había recibido el dinero, era ahora el oficial más rico, lo compró.

—*Mais qu'on ne fasse pas de mal à mon petit cheval* —le dijo candorosamente el alsaciano a Rostov cuando le hubieron entregado el caballo.

Rostov, sonriendo, tranquilizó al dragón y le dio un poco de dinero.

—*Alé, alé*[341] —dijo el cosaco tocando el brazo del prisionero para que siguiera andando.

—¡El emperador! ¡El emperador! —se oyó de pronto entre los húsares.

Todo el mundo se puso a correr enseguida y Rostov vio cómo por detrás de él, en la calzada, se aproximaban varios jinetes con blancos plumajes en el sombrero. En un instante todo el mundo estaba al acecho en su puesto. Rostov no recordaba ni sabía cómo había llegado hasta su puesto ni cómo se había montado en su caballo. La tristeza por no haber participado en el combate, la sensación de monotonía en ese círculo de personas a las que ya estaba aburrido de ver y todo pensamiento sobre sí mismo se desvanecieron de inmediato: estaba completamente embargado por la felicidad que le producía la proximidad del emperador, con la que ya se sentía recompensado por el día perdido. Estaba tan contento como un enamorado en el momento de su esperada cita. A pesar de que desde la primera fila, donde se hallaba, no se atrevía a volver la mirada —y no lo hizo—, sentía entusiasmado su cercanía. Y la sentía no solo por los cascos de los caballos en cabalgada, sino porque, cuanto más cerca estaba, más luminoso, alegre, imponente y festivo se volvía todo a su alrededor. Para él era como si bajara un sol que difundía a su paso

rayos de una luz dulce y majestuosa; y ya se sentía a merced de tales rayos, cuando oyó su voz, una voz dulce, apacible, majestuosa y, a la vez, muy sencilla. Como sabía que iba a suceder, se hizo un silencio sepulcral, y en medio de él se oyó la voz del emperador.

—*Les huzards de Pavlograd?*[342] —preguntó el soberano.

—*La réserve, sire!*[343] —respondió una voz que parecía de lo más humana después de aquella otra voz no humana que acababa de decir «*Les huzards de Pavlograd?*».

El emperador se detuvo a la altura de Rostov. El rostro de Alejandro era aún más hermoso que en el pase de revista de hacía tres días. Radiaba tal jovialidad y juventud, una juventud inocente, que recordaba la vivacidad infantil de un muchacho de catorce años, aunque, al mismo tiempo, no dejaba de ser el rostro majestuoso de un emperador. Al pasear la mirada por el escuadrón, los ojos del zar se encontraron casualmente con los de Rostov y se detuvieron en ellos no más de dos segundos. Comprendiera o no lo que sucedía en el alma de Rostov (a él le parecía que lo comprendía todo), lo cierto es que miró durante esos dos segundos con sus ojos zarcos el rostro del joven (irradiaban una luz suave y dulce). Después levantó repentinamente las cejas, espoleó a su caballo con el pie izquierdo con un movimiento brusco y siguió su camino a galope.

Al oír disparos en la vanguardia, el emperador no pudo resistir las ganas de presenciar el combate y, a pesar de las advertencias de los cortesanos, a las doce, separándose de la tercera columna con la que había avanzado, galopó hacia allí. Aún no se había acercado a los húsares y varios ayudantes de campo ya lo habían recibido con la noticia del feliz desenlace de la acción.

El combate, que había consistido únicamente en capturar un escuadrón de franceses, se estaba presentando como una brillante victoria sobre el enemigo, y por ello el zar y todo el ejército, en un momento en que aún no se había disipado el humo de la pólvora en el campo de batalla, creyeron que los franceses habían sido derrotados y que se retiraban contra su voluntad. Minutos después del paso del emperador se hizo avanzar a la división de húsares de Pavlograd. En Wischau Rostov volvió a verlo. En la plaza de la ciudad, donde antes de la llegada del zar se había abierto fuego con bastante intensidad, yacían varios muertos y heridos a los que no habían tenido tiempo de retirar. El emperador, rodeado de un séquito de militares y civiles, iba montado en una yegua alazana de cola corta, distinta de la del pase de revista, e, inclinado hacia un costado, sujetando con un gracioso gesto unos anteojos de oro, miraba a través de estos a un soldado tumbado boca abajo sin chacó y

con la cabeza ensangrentada. El soldado herido estaba tan sucio, era tan burdo y vil que a Rostov le ofendió que se encontrara cerca del emperador. Vio cómo se estremecían los hombros algo encorvados del zar por un escalofrío, cómo su pie izquierdo empezaba a espolear nerviosamente al caballo, que, acostumbrado, volvía la mirada indiferente y sin moverse de su sitio. Un ayudante de campo que había desmontado cogió al soldado por debajo del brazo y lo colocó en una camilla que habían traído. El soldado empezó a gemir.

—Con cuidado, con cuidado, ¿acaso no puede hacerlo con más cuidado? —dijo el emperador, que parecía sufrir más que el soldado moribundo, y se alejó en su caballo.

Rostov vio las lágrimas que llenaban sus ojos y oyó cómo mientras se alejaba le decía en francés a Czartoryski:

—¡Qué cosa tan terrible es la guerra, qué cosa tan terrible! *Quelle terrible chose que la guerre!*

Las tropas de vanguardia se desplegaron delante de Wischau, a la vista de la primera línea enemiga, que a lo largo de todo el día había cedido sus posiciones al menor disparo. Se le comunicó a la vanguardia el agradecimiento del emperador, se prometieron condecoraciones y los soldados recibieron una ración doble de vodka. Aún con más alegría que la noche anterior crepitaron las hogueras del vivac y sonaron las canciones de los soldados. Aquella noche Denísov celebró su ascenso a comandante, y Rostov, que ya iba bastante bebido al final del festín, propuso un brindis por la salud del emperador, pero «No de su majestad el emperador, como se suele decir en las comidas oficiales —dijo—, sino por la salud de ese hombre bueno, fascinante y grandioso que es el emperador. ¡Brindemos por su salud y por una victoria segura sobre los franceses!».

—Si ya hemos luchado antes —continuó diciendo— y no hemos dado tregua a los franceses, como ocurrió en la batalla de Schöngrabern, ¿qué ocurrirá ahora que él está en el frente? Todos moriremos, moriremos gustosamente por él. ¿No es así, señores? Es posible que no me esté expresando bien, he bebido mucho; pero esto es lo que siento, y ustedes también. ¡A la salud de Alejandro primero! ¡Hurra!

—¡Hurra! —repitieron las voces enardecidas de los oficiales.

Y Kirsten, el viejo capitán de caballería, gritó con entusiasmo y no menos sinceridad que el Rostov de veinte años.

Los oficiales bebieron, rompieron sus vasos y Kirsten llenó otros; después, en mangas de camisa y en pantalones de montar, se acercó a las

hogueras de los soldados con un vaso en la mano y, agitando un brazo en el aire con una pose majestuosa, con sus largos bigotes canos y su pecho blanco que se asomaba por debajo de la camisa completamente abierta, se detuvo a la luz del fuego.

—¡Muchachos, a la salud de su majestad el emperador! ¡Por nuestra victoria sobre el enemigo, hurra! —gritó con su voz gallarda de barítono, de viejo húsar.

Los húsares hicieron piña y respondieron amistosamente con fuertes vítores.

Bien entrada la noche, cuando todos se habían separado, Denísov le dio una palmada en el hombro a su querido Rostov con su mano menuda.

—Como no hay de quién *enamog'ag'se* en campaña, se nos ha *enamog'ado del zag'* —dijo.

—¡Denísov, no bromees con esto! —gritó Rostov—. Es un sentimiento tan elevado, tan sublime, tan…

—Te *cg'eo*, te *cg'eo*, amigo mío. *Compag'to* y *apg'uebo*…

—¡No, no lo entiendes!

Rostov se levantó y deambuló entre las hogueras, soñando en lo grande que sería su dicha si pudiera morir no ya salvando la vida del zar (eso ni siquiera se atrevía a soñarlo), sino simplemente muriendo ante sus ojos. Estaba verdaderamente enamorado del zar, de la gloria de las armas rusas y de la esperanza de una victoria próxima. Y no solo él lo sentía en esos memorables días que precedieron a la batalla de Austerlitz: por entonces, nueve décimas partes de los hombres del ejército ruso estaban enamorados, si bien con menor entusiasmo, de su zar y de la gloria de las armas rusas.

XI

Al día siguiente el emperador hizo parada en Wischau. Villiers, médico de la corte, fue llamado en varias ocasiones para atenderlo. Por el cuartel general y entre las tropas cercanas se extendió la noticia de que el soberano no se encontraba bien. Según decían sus más allegados, no podía comer nada y había pasado una mala noche. La causa de la indisposición era la fuerte impresión que había producido en su sensible alma la visión de los heridos y los muertos.

Al amanecer del día 17, un oficial francés con una bandera blanca que pedía una audiencia con el emperador ruso fue conducido a Wischau desde

las avanzadas. El oficial era Savary. El soberano se acababa de dormir y por esta razón le hicieron esperar. Al mediodía lo llevaron en presencia del emperador, y al cabo de una hora partía acompañado de Dolgorúkov hacia las avanzadas del ejército francés.

Según se decía, el propósito de enviar a Savary había sido proponer la paz y un encuentro entre el emperador Alejandro y Napoleón. Para orgullo y alegría de todo el ejército, el encuentro fue denegado, y, en vez del emperador, se mandó al príncipe Dolgorúkov, vencedor en Wischau, con Savary a negociar con Napoleón, si es que tales negociaciones, contra toda esperanza, tenían como objetivo un deseo verdadero de paz.

Dolgorúkov volvió al atardecer y fue a ver directamente al emperador, con el que estuvo un buen rato a solas.

El 18 y el 19 de noviembre las tropas avanzaron dos etapas más y las vanguardias enemigas se replegaron tras breves escaramuzas. Desde el mediodía del 19, en las altas esferas del ejército se vivió una bulliciosa e inquieta actividad que se prolongó hasta la mañana siguiente, el 20 de noviembre, día en que se libró la tan memorable batalla de Austerlitz.

Hasta el mediodía del 19, la agitación, las conversaciones animadas, el ajetreo y el envío de ayudantes de campo se limitaron al cuartel general de los emperadores; después del mediodía, la agitación se transmitió al cuartel general de Kutúzov y a los estados mayores de los jefes de columna. Por la tarde se había extendido ya entre todas las unidades del ejército a través de los ayudantes de campo; la noche del 19 al 20, la masa de ochenta mil hombres que formaba el ejército aliado levantó el campamento y, entre un gran rumor de voces, emprendió la marcha ondeando como un inmenso lienzo de nueve verstas de longitud.

La intensa actividad que había empezado por la mañana en el cuartel general de los emperadores y que había impulsado toda la actividad posterior se parecía al movimiento inicial de la rueda central de un gran reloj de torre. Una rueda se mueve lentamente, una segunda gira y después una tercera y, cada vez más rápido, se ponen todas a dar vueltas, así como las poleas y los engranajes, suena el carillón, salen las figuras musicales, y las agujas empiezan a moverse a raíz de toda esa actividad.

Igual que el mecanismo de un reloj, una vez que la máquina militar ha empezado a moverse, ya no se puede detener hasta el final, y las partes que no se han puesto en marcha siguen inactivas hasta que se les transmite el movimiento. Las ruedas chirrían en sus ejes, los dientes se enganchan, las poleas giran a toda velocidad, mientras que la rueda vecina sigue igual de

inerte e inmóvil, como si estuviera dispuesta a seguir cientos de años en esa inmovilidad; pero en cuanto una palanca la engancha, la rueda se somete y chirría, empieza a dar vueltas y se funde con el movimiento general que constituye el efecto y el propósito de algo que no puede comprender.

Del mismo modo que en un reloj el efecto del complejo movimiento de innumerables ruedas y poleas es sencillamente el movimiento lento y equilibrado de las agujas que indican la hora, el efecto de todos aquellos complejos movimientos humanos de ciento sesenta mil rusos y franceses —con todas sus pasiones, deseos, arrepentimientos, humillaciones, sufrimientos, arrebatos de orgullo, miedo y entusiasmo— fue sencillamente la pérdida de la batalla de Austerlitz, la llamada «guerra de los tres emperadores», es decir: un lento movimiento de las agujas de la historia universal dentro de la esfera de la historia de la humanidad.

Aquel día el príncipe Andréi estaba de servicio y no se separó del comandante en jefe.

Pasadas las cinco de la tarde, Kutúzov llegó al cuartel general de los emperadores y, tras una breve entrevista con el soberano, se reunió con el gran mariscal de la corte, el conde Tolstói.

Bolkonski aprovechó ese momento para pasar a ver a Dolgorúkov y enterarse de los detalles de la acción. El príncipe Andréi tenía la sensación de que Kutúzov estaba triste y disgustado por algo, de que en el cuartel general estaban también disgustados con él, y de que todos los miembros del cuartel general imperial se le dirigían en ese tono de quienes saben algo que los demás desconocen; por estos motivos quería hablar con Dolgorúkov.

—¡Hola, *mon cher*! —dijo Dolgorúkov, que estaba con Bilibin tomando el té—. Mañana es el gran día. ¿Cómo está su viejo? ¿De mal humor?

—No diría que está de mal humor, pero creo que le gustaría ser escuchado.

—Si ya lo han escuchado en el consejo de guerra, y lo escucharán cuando diga algo que merezca la pena. Pero retrasar la acción y esperar, ahora que Bonaparte teme más que nunca una batalla campal, es imposible.

—Pero ¿lo ha visto usted? —preguntó el príncipe Andréi—. ¿Cómo es Bonaparte? ¿Qué impresión le ha causado?

—Sí, lo he visto y he llegado a la conclusión de que lo que más teme en el mundo es una batalla campal —insistió Dolgorúkov, a quien era evidente que le gustaba la idea general que se había hecho tras su entrevista con Napoleón—. Si no temiera el combate, ¿para qué iba a exigir una entrevista con el emperador, para qué negociar y, sobre todo, por qué replegarse, cuando este

repliegue es tan contrario a su método de conducir la guerra? Créame, tiene miedo, miedo de una batalla campal: ha llegado su hora. Se lo digo yo.

—Pero cuénteme, ¿cómo es él? —le preguntó una vez más el príncipe Andréi.

—Es un hombre que lleva levita gris y que tiene muchas ganas de que lo llamen «su majestad»; sin embargo, para su pesar, mientras hemos hablado, de mí no ha sacado tratamiento honorífico. Ese es el tipo de hombre que es, eso y nada más —respondió Dolgorúkov mirando a Bilibin con una sonrisa—. A pesar de mi profundo respeto por el viejo Kutúzov —continuó—, ¡buenos estaríamos si nos quedáramos esperando y le diéramos así la oportunidad de huir o de engañarnos, ahora que lo tenemos realmente en nuestras manos! No, no debemos olvidar a Suvórov ni su regla: «No hay que ponerse en posición de atacado, sino atacar uno mismo». Créame, a menudo en la guerra la energía de los jóvenes muestra el camino con más certeza que toda la experiencia de los viejos indecisos.

—Pero ¿desde qué posición lo vamos a atacar? Hoy he estado en las avanzadas y es imposible saber dónde está situado exactamente el grueso de su ejército —dijo el príncipe Andréi.

Quiso explicarle a Dolgorúkov el plan de ataque que él mismo había trazado.

—Bah, eso da completamente igual —replicó rápidamente Dolgorúkov, levantándose y desplegando un mapa en la mesa—. Están previstos todos los escenarios: si está cerca de Brünn…

Y el príncipe Dolgorúkov le explicó de forma rápida y poco clara el plan del movimiento del flanco de Weyrother.

El príncipe Andréi empezó a poner objeciones y a insistir en su propio plan, que podía ser tan bueno como el de Weyrother, pero que tenía la desventaja de que el otro ya había sido aprobado. En cuanto intentó demostrar los inconvenientes del plan de Weyrother y las ventajas del suyo, el príncipe Dolgorúkov dejó de escucharlo y miró distraídamente no el mapa, sino el rostro del príncipe Andréi.

—Por otra parte, hoy habrá consejo de guerra en el cuartel de Kutúzov: puede usted explicar todo esto allí —le dijo.

—Eso es lo que voy a hacer —respondió el príncipe, apartándose del mapa.

—Pero ¿de qué se preocupan, señores? —dijo Bilibin, que hasta ese momento había estado escuchando con una alegre sonrisa, y que ahora, al parecer, se disponía a bromear—. Haya victoria o derrota mañana, la gloria de

las armas rusas está asegurada. A excepción de vuestro Kutúzov, no hay ni un solo ruso como jefe de columna. *Herr général Wimpfen, le comte de Langeron, le prince de Lichtenstein, le prince de Hohenloe et enfin Prsch… prsch… et ainsi de suite, comme tous les noms polonais*.[344]

—*Taisez vous, mauvaise langue*[345] —dijo Dolgorúkov—. No es verdad, ahora ya hay dos rusos: Milorádovich y Dojturov; y habría un tercero, el conde Arakchéiev, pero tiene los nervios débiles.

—Bueno, creo que Mijaíl Ilariónovich ya ha terminado —dijo el príncipe Andréi—. Les deseo suerte y éxito, señores —añadió, y salió después de haberles estrechado la mano a Dolgorúkov y a Bilibin.

En el trayecto de vuelta el príncipe Andréi no pudo contenerse y le preguntó a Kutúzov, que iba sentado a su lado, lo que pensaba de la batalla del día siguiente. Kutúzov miró severamente a su ayudante de campo y, al cabo de un silencio, le respondió:

—Creo que perderemos la batalla y así se lo he dicho al conde Tolstói; le he pedido que se lo transmitiera al soberano. Y ¿qué te crees que me ha contestado? *Eh, mon cher général, je me mêle de riz et des et côtelettes, mêlez vous des affaires de la guerre*.[346] Sí… ¡Eso es lo que me ha contestado!

XII

Pasadas las nueve de la noche Weyrother se trasladó con sus planos al cuartel de Kutúzov, donde se había reunido el consejo de guerra. Se exigió la presencia de todos los jefes de columna y, a excepción de Bagratión, que rehusó asistir, todos se presentaron a la hora fijada.

Weyrother, que tenía el control absoluto de la batalla inminente, ofrecía con su animación e impaciencia un fuerte contraste con el insatisfecho y somnoliento Kutúzov, que desempeñaba a desgana el papel de presidente y jefe del consejo de guerra. Era evidente que Weyrother se veía en cabeza de aquel movimiento ya imparable. Era como un caballo enganchado a un carro galopando montaña abajo. No sabía si lo estaba llevando él o si era el carro quien lo empujaba, pero se movía a la mayor velocidad posible, sin tiempo ya de discutir en qué desembocaría aquel movimiento. Esa tarde había estado dos veces examinando personalmente la avanzada enemiga, también se había presentado dos veces ante los emperadores, el ruso y el austríaco, para informarles y ofrecerles explicaciones; después había estado en su cancillería,

donde había dictado en alemán el plan de disposición de las tropas. Ahora, agotado, acababa de llegar al cuartel de Kutúzov.

Al parecer estaba tan absorto que se había olvidado incluso de mostrarse respetuoso con el comandante en jefe: lo interrumpía, hablaba rápido y con poca claridad, no miraba a la cara de su interlocutor, no respondía a sus preguntas, iba manchado de barro, y tenía un aspecto lastimoso, agotado, confuso y, a la vez, lleno de presunción y orgullo.

Kutúzov ocupaba un pequeño castillo de la nobleza cerca de Ostralitz. En el gran salón, que habían convertido en el despacho del comandante en jefe, se habían reunido, además del propio Kutúzov, Weyrother y los miembros del consejo de guerra. Bebían té mientras esperaban al príncipe Bagratión para empezar. Antes de las ocho llegó un ordenanza de Bagratión con la noticia de que el príncipe no iba a poder asistir. El príncipe Andréi fue a informar al comandante en jefe y, aprovechando el permiso que este le había dado antes para asistir al consejo, se quedó en el salón.

—Como el príncipe Bagratión no va a venir, podemos empezar —dijo Weyrother levantándose rápidamente de su sitio y acercándose a la mesa sobre la que había desplegado un mapa enorme de las inmediaciones de Brünn.

Kutúzov, con el uniforme desabotonado como para dar aire a su grueso cuello, estaba sentado en una butaca Voltaire con sus manos rollizas y viejas apoyadas en los brazos de la butaca. Estaba casi dormido. Al oír la voz de Weyrother abrió con esfuerzo su único ojo.

—Sí, sí, haga el favor, ya es tarde —dijo, y, tras asentir con la cabeza, la volvió a bajar y de nuevo cerró los ojos.

Si al principio los miembros del consejo creían que Kutúzov hacía ver que dormía, los ruidos que hizo con la nariz durante la última lectura de documentos indicaban que para el comandante en jefe había en ese instante algo mucho más importante que el deseo de mostrar su desprecio por el plan de disposición de las tropas o por cualquier otra cosa: se trataba de satisfacer su necesidad incontenible y humana de dormir. Y realmente dormía. Weyrother, con la actitud de quien está demasiado atareado para perder ni un minuto de su tiempo, echó una mirada a Kutúzov y, convencido de que dormía, cogió un documento y, en un tono elevado y monótono, empezó a leer el plan de operaciones de la futura batalla bajo el título, que también leyó: «Plan de ataque de las posiciones enemigas detrás de Koblenitz y Sokolnitz, 20 de noviembre de 1805».

El texto era muy complejo y enrevesado. El original decía así:

Da der Feind mit seinerien linken Flügel an die mit Wald bedeckten Berge lehnt und sich mit seinem rechten Flügel längs Kobelnitz und Sokolnitz hinter die dort befindIichen Teiche zieht, wir im Gegentheil mit unserem linken Flügel seinen rechten sehr debordiren, so ist es vortheilhaft letzteren Flügel des Feindes zu attakiren, besondere wenn wir die Dörfer Sokolnitz und Kobelnitz im Besitze haben, wodurch wir dem Feind zugleich in die Flanke fallen und ihn auf der Fläche zwischen Schlapanitz und dem Thuerassa-Walde verfolgen können, indem wir dem Defileen von Schlapanitz und Bellowitz ausweichen, welche die feindliche Front decken. Zu diesem Endzwecke ist es nöthig… Die erste Kolonne marschiert… die zweite Kolonne marchiert… die driette Kolonne marschiert…[347], etcétera.

Los generales parecían escuchar con desgana este complicado plan de ataque. El alto y rubio general Buxhoeveden, de pie, con la espalda apoyada contra la pared y la mirada pendiente de una vela encendida, no escuchaba y no tenía intención siquiera de que pensaran que escuchaba. Justo enfrente de Weyrother, mirándolo con ojos muy abiertos y resplandecientes, estaba sentado el sonrosado Milorádovich en una postura marcial, las manos apoyadas sobre las rodillas y los codos en ángulo, y con el bigote y los hombros un poco alzados. Miraba a Weyrother a la cara con un silencio obstinado y solo apartaba la vista de él cuando el jefe del Estado Mayor austríaco dejaba de hablar; entonces Milorádovich miraba significativamente a los demás generales, aunque su expresión no permitía saber si estaba de acuerdo o en desacuerdo, satisfecho o insatisfecho, con el plan de ataque. Quien más cerca estaba de Weyrother era el conde Langeron, que, a lo largo de toda la lectura, mostró una débil sonrisa en su rostro de francés del sur; todo el tiempo se estuvo mirando los finos dedos, con los que hacía girar rápidamente por sus esquinas una tabaquera de oro con un retrato. En mitad de una de las frases más largas detuvo el movimiento rotatorio de la tabaquera, levantó la cabeza y, con una desagradable cortesía en las comisuras de sus finos labios, interrumpió a Weyrother y se dispuso a decir algo; pero el general austríaco, sin dejar de leer, frunció el ceño contrariado y agitó los codos como diciendo: «Después; ya me dirá lo que opina después, ahora haga el favor de mirar el mapa y de escuchar». Langeron alzó la mirada con una expresión de perplejidad, se volvió hacia Milorádovich como buscando una explicación, pero, al encontrarse con la mirada significativa, aunque carente de significado, de este, bajó los ojos con tristeza y de nuevo se puso a juguetear con la tabaquera.

—*Une leçon de géographie*[348] —dijo como para sí, pero lo suficientemente fuerte para que los demás le oyeran.

Przebyszewski, con reverente pero digna cortesía y una mano pegada al oído, parecía prestar una atención absoluta a Weyrother. Dojturov, de estatura baja, estaba sentado justo enfrente de Weyrother con actitud diligente y

sobria; inclinado sobre el mapa, estudiaba concienzudamente la disposición de las tropas y la región, que no conocía. Le pidió varias veces a Weyrother que repitiera las palabras que no había oído bien y los complicados nombres de las aldeas. Weyrother cumplía su deseo y Dojturov tomaba notas.

Cuando la lectura, que se alargó más de una hora, concluyó, Langeron dejó de hacer girar la tabaquera y, sin mirar a Weyrother ni a nadie en particular, empezó a hablar de lo difícil que sería llevar a cabo el plan, ya que la posición del enemigo se daba por sabida cuando en realidad era posible que la desconocieran porque estaba en movimiento. Las objeciones de Langeron tenían fundamento, pero resultaba evidente que su principal propósito era satisfacer su deseo de hacer ver al general Weyrother —que tan engreídamente había leído su plan de acción, como a escolares o a estudiantes— que no estaba tratando con imbéciles, sino con hombres que hasta le podían dar lecciones en el arte de la guerra. Cuando la monótona voz de Weyrother dejó de sonar, Kutúzov abrió los ojos como un molinero que se despierta cuando se detiene el ruido soporífero de las ruedas del molino, y prestó oídos a lo que decía Langeron; después, como diciendo: «¿Aún siguen hablando de estas tonterías?», cerró los ojos rápidamente y bajó la cabeza aún más que antes.

Tratando de ofender con la mayor mordacidad posible a Weyrother y a su amor propio como autor del plan de acción, Langeron expuso que Bonaparte podía fácilmente atacar en vez de ser atacado, y convertir, de este modo, todo el plan en algo completamente inútil. Weyrother respondía a todas las objeciones con una sonrisa dura y despectiva, que, evidentemente, se había preparado de antemano para enfrentarse a cualquier objeción, dijeran lo que le dijeran.

—Si pudiera atacarnos, lo habría hecho hoy mismo —replicó.

—Entonces, ¿cree usted que está indefenso? —preguntó Langeron.

—Como mucho tendrá cuarenta mil soldados —respondió Weyrother con la sonrisa de un médico a quien una curandera trata de enseñar un método de curación.

—Pues en tal caso, si espera nuestro ataque, va directo hacia su perdición —dijo Langeron con una leve sonrisa irónica, buscando de nuevo una mirada cómplice en Milorádovich.

Pero era evidente que en lo que menos pensaba Milorádovich en ese momento era en lo que discutían los generales.

—*Ma foi*[349] —dijo este—, mañana lo veremos todo en el campo de batalla.

Weyrother se sonrió de nuevo como expresando que a él le resultaba gracioso y extraño encontrarse con objeciones de los generales rusos, y tener que demostrarles algo de lo que no solo él estaba totalmente seguro, sino también sus majestades los emperadores.

—El enemigo ha apagado los fuegos y en su campamento se oye un ruido continuo —dijo—. ¿Qué significa esto? O bien que se está alejando (esto es lo único que debemos temer), o bien que está cambiando de posición. —Se sonrió—. Pero, incluso si ocupara la posición de Thuerassa, solo lograría evitarnos muchos contratiempos, y todos nuestros planes seguirían intactos, hasta en sus más mínimos detalles.

—Pero ¿de qué modo?… —intervino el príncipe Andréi, que llevaba un buen rato esperando la oportunidad de expresar sus dudas.

Kutúzov se despertó, tosió con fuerza y recorrió a los generales con la mirada.

—Señores, el plan de ataque de mañana (mejor dicho, de hoy, porque ya son más de las doce) ya no puede ser modificado —dijo—. Han escuchado cómo es y todos nosotros cumpliremos con nuestro deber. Antes del combate no hay nada más importante… —se interrumpió—; nada más importante que dormir bien.

Hizo el ademán de levantarse. Los generales se despidieron y se retiraron. Ya pasaba la medianoche; el príncipe Andréi también se marchó.

El consejo de guerra en el que no había podido expresar su opinión, como era su esperanza, le había dejado una impresión confusa e inquietante. ¿Quién tenía razón? ¿Dolgorúkov y Weyrother, o Kutúzov, Langeron y los que no aprobaban el plan? No lo sabía. «Pero ¿acaso no habría podido Kutúzov decirle al emperador lo que piensa? ¿Acaso las cosas no pueden hacerse de otro modo? ¿Acaso decenas de miles de vidas (incluida la mía, la *mía*) tienen que ponerse en peligro por simples consideraciones cortesanas y personales? Sí, es muy posible que mañana me maten», pensaba. Y, de repente, al pensar en la muerte, toda una serie de recuerdos lejanos e íntimos sacudió su imaginación; recordó la última despedida de su padre y de su mujer; recordó los primeros tiempos de su amor por ella; recordó su embarazo, y sintió lástima por ella y por sí mismo. Nervioso, ablandado y emocionado, salió de la isba en la que se alojaba con Nesvitski y se puso a caminar por delante de la casa.

La noche era neblinosa, y la luz de la luna atravesaba misteriosamente la bruma. «¡Sí, mañana, mañana! —pensaba—. Quizá mañana todo haya acabado para mí, todos estos recuerdos dejarán de existir, ya no tendrán

ningún sentido para mí. Mañana quizá (incluso seguro, lo presiento) llegue por fin el momento de demostrar todo lo que puedo hacer.» Y se imaginaba la batalla, su derrota, el combate concentrado en un punto y la turbación de todos los jefes. Y entonces llegaba ese momento feliz, ese Tolón que tanto ansiaba se abría ante él. Expresa su firme y clara opinión a Kutúzov, Weyrother y a los emperadores. Todos están estupefactos por la exactitud de sus valoraciones, pero nadie se encarga de ejecutar su plan, y entonces él toma el mando de un regimiento, de una división, pone como condición que nadie se inmiscuya en sus disposiciones, conduce a sus hombres al punto decisivo y él solo alcanza la victoria. «Y ¿la muerte y los sufrimientos?», le dice otra voz. Pero el príncipe Andréi no responde a esta voz y continúa con sus éxitos. El plan de ataque de la siguiente batalla es obra únicamente de él. Oficialmente sigue siendo un agregado a Kutúzov, pero en realidad lo hace todo él solo. Gana el siguiente combate solo. Kutúzov es reemplazado y le asignan a él su puesto… «Bueno, ¿y después? —le dice de nuevo otra voz—. Y después, si antes de eso no te hieren, te matan o te engañan diez veces… entonces, ¡qué?» «Pues después… —se contesta a sí mismo—, no sé lo que vendrá después, no puedo ni quiero saberlo, pero lo que quiero es esto: quiero la gloria, quiero ser famoso entre los hombres, que me amen; no tengo la culpa de quererlo, de que esto sea lo único que quiero, de que solo viva para eso. ¡Sí, solo para eso! Nunca se lo confesaré a nadie, pero ¡Dios mío, qué puedo hacer si no amo más que la gloria y el amor de la gente! La muerte, las heridas, perder a mi familia: nada de esto me da miedo. Por mucho que quiera y aprecie a muchas personas, a mi padre, a mi hermana, a mi mujer, que son a quienes más quiero, por más terrible y antinatural que parezca, los cambiaría a todos por un minuto de gloria, por el triunfo sobre los hombres, por ganarme el amor de esta gente a la que no conozco ni conoceré jamás, por su amor», pensaba mientras oía un rumor de voces en el patio de Kutúzov. Eran los ordenanzas, que hacían los equipajes. Una voz, seguramente la del cochero, se burlaba del viejo cocinero de Kutúzov —se llamaba Tito y el príncipe Andréi lo conocía— y le decía:

—¡Tito, Tito!

—¿Qué? —respondía el viejo.

—¡Tito, ve a trillar un ratito! —decía el bromista.

—¡Bah, vete al diablo! —se oía la voz del viejo, ahogada por las carcajadas de los ordenanzas y de los sirvientes.

«Y, no obstante, ¡lo único que quiero y ansío es el triunfo sobre todos ellos, ansío la fuerza misteriosa y la gloria que penden sobre mí en esta

niebla!»

XIII

Aquella noche Rostov estuvo con un pelotón en la avanzada del flanco, por delante del destacamento de Bagratión. Sus húsares estaban repartidos de dos en dos en la avanzada; él iba a caballo por la línea de soldados tratando de vencer un irresistible sueño que le cerraba los ojos. Detrás tenía un enorme espacio en el que las hogueras de nuestro ejército ardían con un brillo velado en la niebla; delante se levantaba una oscuridad brumosa. Por más que se esforzara en escudriñar la neblinosa lejanía, era incapaz de distinguir nada: a veces le parecía como si algo griseara y otras como si ennegreciera; o que donde parecía estar el enemigo resplandecían unas llamas; o que eran sus ojos los que le engañaban con aquellos resplandores. Los ojos se le cerraban y en su imaginación veía primero al emperador y después a Denísov, o recordaba su vida en Moscú; entonces los volvía a abrir rápidamente y veía muy cerca la cabeza y las orejas del caballo que montaba, las negras figuras de los húsares cuando se acercaba a seis pasos de ellos, y, en la lejanía, aquella neblinosa oscuridad. «Y ¿por qué no? Es muy posible —pensaba— que el emperador se encuentre conmigo y me encargue una misión, como a cualquier oficial. Me dirá: “Ve a averiguar lo que hay allí”. Muchas personas me han contado que alguna vez ha conocido a un oficial de una manera totalmente fortuita y después lo ha puesto a su servicio. Y ¡si me tuviera a mí a su servicio! ¡Oh, cómo lo protegería, cómo le diría toda la verdad, cómo desenmascararía a todos los embusteros!» Y Rostov, para representarse vivamente su amor y fidelidad al emperador, se imaginaba a un enemigo o a un alemán embustero al que no solo mataba con deleite, sino al que abofeteaba ante la mirada del emperador. De repente un grito lejano lo despertó. Abrió los ojos estremecido.

«¿Dónde estoy? Sí, en la primera línea: la consigna y el santo y seña es: “Timón, Olmütz”. Qué fastidio que nuestro escuadrón mañana esté en la reserva… —pensaba—. Pediré permiso para entrar en combate. Quizá esa sea mi única oportunidad de ver al emperador. Sí, no queda mucho para el relevo. Haré una ronda más y, en cuanto vuelva, iré a pedírselo al general.» Se colocó bien en la silla de montar y azuzó a su caballo para inspeccionar de nuevo a sus húsares. Le parecía que había más claridad. En el lado izquierdo se veía la suave pendiente iluminada y, enfrente, un negro cerro que parecía tan

empinado como una pared. Sobre el cerro había una mancha blanca que era incapaz de descifrar: ¿era un claro del bosque iluminado por la luna, restos de nieve o casas blancas? Tenía la impresión hasta de que en aquella mancha blanca algo se movía. «Debe de ser nieve, es una mancha; una mancha: *une tache*[350] —se decía—. Pero no es una *tash…* Natasha, hermana, ojos negros. Na… *tashka* (¡cómo se sorprenderá cuando le diga que he visto al emperador!). Natashka… coge una *tashka*…»[351]

—Por la derecha, excelencia: aquí hay maleza —se oyó la voz de un húsar frente al que Rostov (que se estaba quedando dormido) pasaba.

Irguió rápidamente la cabeza, que ya tenía agachada hasta la crin de su caballo, y se detuvo junto al húsar. Un sueño infantil le cerraba irresistiblemente los ojos. «¿En qué estaba pensando? No debo olvidarme. ¿En cómo hablaré con el emperador? No, no era eso: eso será mañana. ¡Ah, sí! Na-tashka, a-tacar… a-tacar-nos… ¿A quién? A los húsares. Los húsares y los bigotes… Por la calle Tverskaia pasaba un húsar con bigote y pensé en él justo delante de la casa de Gúrev… El viejo Gúrev… ¡Ah, qué buen muchacho es Denísov! Pero todo esto son bobadas. Ahora lo más importante es que el emperador está aquí. ¡Cómo me miró y quiso decirme algo! Pero no se atrevió… No, fui yo el que no se atrevió. Pero todo esto son bobadas, lo más importante es que no me olvide de lo que estaba pensando, sí. Na-tashka, a-tacar, sí, sí, sí. Está bien.» Y su cabeza volvió a vencerse sobre el cuello del caballo. De pronto le pareció que le estaban disparando.

—¿Qué? ¿Qué? ¡Qué!… ¡Al ataque! ¿Qué?… —dijo, despertándose.

En el momento en que abrió los ojos oyó a los lejos, delante de él, en la posición del enemigo, miles de voces gritando. Su caballo y el del húsar enderezaron las orejas. En el lugar de donde procedían los gritos se encendió y se apagó una llama, después otra: por toda la línea de las tropas francesas se encendían llamas y los gritos aumentaban cada vez más. Rostov oía palabras francesas, pero no las identificaba: demasiadas voces sonaban a la vez. Solo se oía «¡Aaaa!» y «¡Rrrr!».

—¿Qué es eso? ¿Tú qué crees? —se volvió Rostov hacia el húsar que estaba a su lado—. ¿Viene de las líneas enemigas?

El húsar no respondió nada.

—¿Qué pasa? ¿Es que no oyes nada? —volvió a preguntar Rostov después de esperar una respuesta durante un buen rato.

—Pues quién sabe, excelencia —respondió el húsar con desgana.

—Por la dirección de donde viene debe de ser el enemigo, ¿no? —insistió Rostov.

—Puede que sí y puede que no sea nada —contestó el húsar—. Cosas de la noche. ¡So! ¡Quieto! —le gritó a su caballo, que se había agitado.

El caballo de Rostov también se inquietó y empezó a golpear con una pata el suelo congelado al oír el ruido y al ver los fuegos. Los gritos no cejaban en intensidad y se fundían en un rumor general que solo podía deberse a un ejército de varios miles de hombres. Los fuegos se iban extendiendo cada vez más, probablemente a lo largo de la línea del campo francés. A Rostov se le quitaron todas las ganas de dormir. Los gritos alegres y triunfales del ejército enemigo tuvieron un efecto estimulante en él: «*Vive l'empereur, l'empereur!*», oía ahora ya claramente.

—No están lejos, ¿quizá detrás del arroyo? —le dijo al húsar.

Este, sin responder nada, se limitó a suspirar y a toser con enfado. Por la línea de los húsares se oyeron unos cascos aproximándose al trote, y de la niebla nocturna surgió la silueta, que recordaba a la forma de un elefante, de un suboficial de húsares.

—¡Excelencia, los generales! —dijo el suboficial acercándose a Rostov.

Rostov, sin dejar de mirar los fuegos ni de escuchar los gritos, se dirigió con el suboficial hacia un grupo de jinetes que avanzaba por la línea. Uno de ellos montaba un caballo blanco. El príncipe Bagratión y el príncipe Dolgorúkov, acompañados por sus ayudantes de campo, habían salido a observar el extraño fenómeno de los fuegos y gritos del ejército enemigo. Rostov se acercó a Bagratión, le dio el parte y se unió a los ayudantes de campo prestando oídos a lo que decían los generales.

—Créame —decía el príncipe Dolgorúkov volviéndose hacia Bagratión— que no es nada más que una estratagema: se ha batido en retirada y ha ordenado que en la retaguardia enciendan fuegos y hagan ruido para engañarnos.

—Lo dudo —objetó Bagratión—: he visto que desde la tarde ocupan ese cerro; si se hubieran retirado, se habrían marchado de ahí también. ¡Señor oficial! —se dirigió a Rostov—. ¿Están ahí aún los soldados de la avanzada del enemigo?

—Por la tarde estaban, pero ahora no sabría decírselo, excelencia. Si usted me lo ordena, iré a comprobarlo con mis húsares —dijo Rostov.

Bagratión se detuvo y, sin responder, trató de distinguir en la niebla el rostro de Rostov.

—¿Por qué no? Vaya a verlo —dijo tras un breve silencio.

—A sus órdenes, señor.

Rostov espoleó a su caballo, llamó al suboficial Fédchenko y a dos húsares más, les ordenó que lo siguieran y bajó la ladera al trote, en dirección a los gritos, que aún continuaban. Le producía a la vez espanto y alegría adentrarse él solo con tres húsares en aquella lejanía brumosa, llena de misterio y peligro, en la que nadie había estado antes que ellos. Bagratión le gritó desde la montaña que no llegara más lejos del riachuelo, pero él fingió no oír sus palabras y, sin detenerse, siguió avanzando más y más, confundiéndose sin cesar, tomando la maleza por árboles y las hondonadas por personas, y sin dejar de dar una explicación a sus confusiones. Al llegar al trote al pie de la montaña, ya no podía ver ni a los nuestros ni los fuegos del enemigo, pero cada vez oía más fuerte y con más claridad los gritos de los franceses. En la cañada vio algo parecido a un río pero, al llegar a él, se dio cuenta de que era un camino. Entonces retuvo a su caballo indeciso: ¿debía seguirlo o debía atravesarlo y avanzar por los campos negros hacia la otra montaña? Seguir por aquel camino que clareaba en medio de la niebla sería más seguro porque así divisaría antes al enemigo. «¡Seguidme!», exclamó, y empezó a subir la montaña al galope, hacia el lugar donde por la tarde estaba el destacamento francés.

—¡Excelencia, ahí está! —dijo un húsar detrás de él.

Y no había tenido aún tiempo Rostov de ver que algo se había movido repentinamente en la niebla, cuando brilló un fogonazo, se oyó un disparo y una bala silbó como un lamento en la niebla por encima de sus cabezas y se perdió en la lejanía. Brilló un segundo fogonazo, pero ningún fusil disparó. Rostov hizo dar media vuelta a su caballo y emprendió el regreso a galope. Se oyeron cuatro disparos más en distintos intervalos, y las balas sonaron en diferentes tonos en algún lugar de la niebla. Frenó al caballo, que se había excitado tanto como él con los disparos, y lo puso al paso. «¡Venga, uno más, venga, uno más!», decía una alegre voz en su alma. Pero ya no hubo más disparos.

Solo cuando se estaba aproximando a Bagratión, puso otra vez a galopar a su caballo y, llevándose una mano a la visera, llegó hasta donde estaba el príncipe.

Dolgorúkov seguía insistiendo en que los franceses se habían retirado y en que habían encendido los fuegos solo para engañarnos.

—Y ¿qué demuestra esto? —estaba diciendo cuando Rostov se acercó—. Han podido retirarse y dejar algunos destacamentos.

—Al parecer no todos se han marchado aún, príncipe —dijo Bagratión—. Mañana por la mañana lo sabremos. Mañana.

—Hay un destacamento en la montaña, excelencia, en el mismo lugar que ocupaba por la tarde —informó Rostov, inclinándose hacia delante, con una mano en la visera e incapaz de contener la sonrisa que le había inspirado aquella excursión y, sobre todo, el ruido de las balas.

—Está bien, está bien —dijo Bagratión—, se lo agradezco, señor oficial.

—Excelencia —dijo Rostov—, permítame que le pida algo.

—¿Qué pasa?

—Mañana nuestro escuadrón está destinado a la reserva; permítame solicitarle que me destine al primer escuadrón.

—¿Cuál es su apellido?

—Conde Rostov.

—Ah, bien. Quédese conmigo como ordenanza.

—¿Es usted hijo de Iliá Andreich? —se interesó Dolgorúkov.

Pero Rostov no le respondió.

—Entonces, ¿puedo confiar en eso, excelencia?

—Daré la orden.

«Mañana, muy probablemente, me enviarán con una orden al emperador —pensó Rostov—. ¡Gracias a Dios!»

Los gritos y los fuegos del ejército enemigo se debían a que, mientras estaban leyendo a las tropas la proclama de Napoleón, el propio emperador recorría el campamento a caballo. Los soldados, al ver al emperador, prendían fuego a haces de paja y, al grito de *Vive l'empereur!*, corrían detrás de él. La proclama de Napoleón rezaba así:

> ¡Soldados! El ejército ruso sale contra vosotros para vengar al ejército austríaco de Ulm. Son los mismos batallones que derrotasteis en Hollabrünn y que desde entonces habéis perseguido incansablemente hasta aquí.
>
> ¡Las posiciones que ocupamos son formidables y, mientras ellos avancen para adelantarme por la derecha, me dejarán al descubierto su flanco! ¡Soldados! Yo mismo voy a dirigir vuestros batallones. No me acercaré al fuego si vosotros, con la valentía que os caracteriza, sumís a las filas enemigas en el caos y en la confusión; pero, si la victoria es dudosa, aunque sea un solo instante, veréis a vuestro emperador exponerse el primero a las balas del enemigo, porque no puede haber vacilación en esta victoria, especialmente el día en que está en juego el honor de la infantería francesa, tan necesaria para el honor de su nación.
>
> ¡No rompáis filas con el pretexto de retirar a los heridos! Cada uno de vosotros debe recordar firmemente que hay que vencer a estos mercenarios de Inglaterra, que tan llenos de odio están a nuestra nación. Esta victoria pondrá fin a nuestra campaña y podremos volver a los cuarteles de invierno, donde nos encontraremos con las nuevas tropas francesas que se están formando en Francia; y entonces la paz que firme será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.
>
> NAPOLEÓN

XIV

A las cinco de la mañana la oscuridad aún era absoluta. Las tropas del centro, de la reserva y el flanco derecho de Bagratión seguían inmóviles; sin embargo, en el flanco izquierdo las columnas de infantería, caballería y artillería —eran quienes primero, según el plan de acción, debían descender de la cima para atacar y repeler el flanco derecho francés, empujándolo hacia las montañas de Bohemia— ya estaban activas y empezaban a levantar el campamento. El humo de las hogueras, donde habían arrojado todo cuanto no necesitaban, irritaba los ojos. Hacía frío y estaba oscuro. Los oficiales bebían té y desayunaban a toda prisa, los soldados masticaban pan seco, daban patadas en el suelo para entrar en calor y se reunían alrededor de las hogueras, que alimentaban con restos de barracones, sillas, mesas, ruedas, pequeños toneles y con todo lo que les sobraba y que no podían llevarse consigo. Los guías de columna austríacos iban y venían entre las tropas rusas y servían como heraldos de la puesta en marcha. En cuanto un oficial austríaco se acercaba a la tienda de un jefe de regimiento, el regimiento se ponía en marcha: los soldados se alejaban inmediatamente de las hogueras, se guardaban la pipa en la caña de las botas, cargaban el hatillo en los carros, cogían el fusil y formaban. Los oficiales se abotonaban la guerrera, se colgaban la espada y la mochila, e inspeccionaban las filas dando alguna que otra voz; los soldados del convoy y los ordenanzas enganchaban, cargaban y ataban los carros. Los ayudantes de campo, los jefes de batallón y de regimiento se montaban en sus caballos, se santiguaban, daban las últimas órdenes, instrucciones y encomiendas a los soldados de los convoyes que no iban a moverse, y empezaba a resonar el paso regular de miles de pies. Las columnas se ponían en marcha sin saber hacia dónde y sin ver a quienes las rodeaba por culpa del humo y la niebla, cada vez más intensa; tampoco veían el lugar del que estaban saliendo ni al que se estaban dirigiendo. Cuando un soldado está en movimiento se ve tan inmerso, limitado y arrastrado por su regimiento como un marinero por el barco en el que navega. Por muy lejos que vaya, por muy terribles, desconocidas y peligrosas que sean las latitudes en las que se adentre, a su alrededor —igual que para el marinero siempre y por todos lados hay la misma cubierta, los mismos mástiles y las mismas cuerdas de su barco— siempre y en todas partes tiene a los mismos compañeros, las mismas filas, el mismo sargento mayor Iván Mítrich, el mismo perro Zhuchka y los mismos jefes. El soldado rara vez desea conocer las latitudes en las que se encuentra todo su barco; pero el día del combate,

solo Dios sabe cómo y de dónde, suena en el universo moral de las tropas una misma nota grave para todos que anuncia la inminencia de algo decisivo y solemne, y suscita una curiosidad inusitada en ellos. En los días de la batalla los soldados intentan, excitados, estar por encima de los intereses de su regimiento, aguzan el oído y la vista, y preguntan ansiosamente qué ocurre a su alrededor.

La niebla se había vuelto tan densa que, a pesar de que estaba amaneciendo, no se veía ni a diez pasos. Los arbustos parecían árboles enormes, y los terrenos llanos, precipicios y pendientes. Se podía tropezar en cualquier parte con el enemigo, invisible a solo diez pasos. Pero las columnas avanzaron mucho tiempo por esa niebla, bajando y subiendo montes, esquivando huertos y cercados, pasando por lugares nuevos e incomprensibles, y no toparon con el enemigo en ninguna parte. Los soldados cobraron conciencia de que por delante, por detrás y por todos lados nuestras columnas avanzaban en una misma dirección, y les resultaba gratificante saber que muchísimos más como ellos se dirigían al mismo destino, es decir, a lo desconocido.

—¡Fíjate, también los de Kursk han pasado! —decían en las filas.

—¡Una maravilla, amigo, qué cantidad de tropas nuestras se han juntado! Ayer por la noche me estuve fijando en las hogueras encendidas y no se veía el final. ¡Parece que esté Moscú entero!

A pesar de que ninguno de los jefes de columna se acercaba a las filas ni hablaba con los soldados (los jefes de columna, como vimos en el consejo de guerra, estaban de mal humor, descontentos con la operación emprendida, y por eso se limitaban a cumplir órdenes sin preocuparse de animar a los soldados), estos avanzaban alegremente, como siempre ante la perspectiva de una acción, especialmente si es ofensiva. Pero, cuando llevaban ya cerca de una hora avanzando por la niebla espesa, gran parte de la tropa tuvo que detenerse, y por las filas se propagó una desagradable sensación de confusión y falta de orden. Es muy difícil determinar cómo se transmite esta sensación, pero es indudable que lo hace de un modo extraordinariamente certero, veloz, imperceptible e imposible de detener, como el agua que fluye por una cañada. Si el ejército ruso hubiera estado solo, sin aliados, quizá habría tenido que pasar mucho tiempo para que la sensación de desorganización se convirtiera en certidumbre general; pero en el presente caso, echando la culpa del caos —con particular delectación y naturalidad— a los obtusos alemanes, todos habían llegado a la conclusión de que, si se había producido ese embrollo tan nocivo, era por culpa de los salchichas.

—Y ¿por qué paramos? ¿Es que está cortado el paso? O ¿ya nos hemos topado con los franceses?

—No, no se oye nada. Si no, ya habrían disparado.

—¡Tantas prisas por salir, y cuando salimos nos tienen parados sin motivo en medio del campo! Estos malditos alemanes todo lo enredan siempre. ¡Qué poco seso, diablos!

—Pues yo los pondría delante: siempre se quedan atrás agazapados. Y ahora nos van a tener aquí parados sin comer.

—¿Qué? ¿Se van a mover pronto? Dicen que la caballería ha obstruido el camino —decía un oficial.

—¡Bah, malditos alemanes, no conocen ni su tierra! —decía otro.

—¿A qué división pertenecen ustedes? —gritaba un ayudante de campo que se acercaba a caballo.

—A la dieciocho.

—Y ¿se puede saber qué hacen aquí? Hace rato que tendrían que estar más adelante. Ahora no llegarán hasta la noche.

—¡Qué órdenes más estúpidas! Ni ellos saben lo que hacen —dijo el oficial alejándose.

Después pasó un general y gritó algo enfadado, pero no en ruso.

—«Tafa-lafa.» ¡Qué gruñe ese! ¡No hay quien le entienda! —exclamó un soldado imitando al general, que ya se había ido—. ¡Los fusilaría a todos, canallas!

—Nos han ordenado estar en nuestra posición antes de las nueve y aún no hemos recorrido ni la mitad. ¡Vaya unas órdenes! —repetían por todos lados.

Y la energía con que las tropas habían empezado la marcha empezó a transformarse en rabia y rencor por las órdenes sin sentido y por los alemanes.

La causa de semejante confusión era que, cuando la caballería austríaca estaba avanzando por el flanco izquierdo, el alto mando consideró que nuestro centro estaba demasiado separado del flanco derecho, y se ordenó a toda la caballería girar hacia la derecha. Entonces varios miles de jinetes pasaron por delante de la infantería, que tuvo que esperar.

En la parte delantera se produjo una trifulca entre el guía de columna austríaco y un general ruso, que exigía a gritos que la caballería se detuviera; el austríaco trataba de demostrar que la culpa no era suya, sino del alto mando. Entretanto las tropas esperaban aburridas y perdiendo el ánimo. Después de esperar una hora, finalmente pudieron reanudar la marcha y empezaron a bajar la montaña. La niebla se estaba disipando en lo alto, pero en el pie, adonde se dirigían nuestros soldados, formaba una capa densa.

Delante, entre la bruma, resonó un disparo, después otro, al principio a intervalos irregulares —tratá… ta…—, después con mayor regularidad y frecuencia, y se inició el combate junto al arroyo Goldbach.

Como no contaban con encontrarse allí abajo, en el arroyo, al enemigo, habiéndose topado con él, además, en medio de la niebla, sin haber recibido palabras de ánimo del alto mando, con la sensación generalizada de haber llegado tarde y, sobre todo, sin ver nada en absoluto ni enfrente ni a los lados por culpa de la espesa niebla, los rusos dispararon perezosa y lentamente, avanzaron y volvieron a detenerse sin recibir ninguna orden a tiempo de los jefes ni de los ayudantes de campo, que vagaban por la bruma en aquella región desconocida sin encontrar sus unidades. Así empezó la acción para la primera, segunda y tercera columna que había descendido hasta el pie de la montaña. La cuarta columna, comandada por el propio Kutúzov, estaba en los Altos de Pratzen.

Abajo, donde había empezado la acción, todo seguía cubierto por la espesa niebla, mientras que en lo alto aclaraba, aunque no se podía ver nada de lo que sucedía enfrente. Hasta antes de las nueve nadie supo si el grueso de las fuerzas del enemigo estaba a diez verstas de nosotros, como suponíamos, o si estaba allí mismo, en medio de aquella niebla endiablada.

Eran las nueve de la mañana. La niebla se extendía abajo como un mar, pero cerca de Schlapanitz, en el alto donde estaba Napoleón rodeado de sus mariscales, había una claridad absoluta. El cielo, de color azul celeste, estaba despejado, y la enorme esfera del sol, como una inmensa y hueca boya purpúrea, se mecía en la superficie lechosa del mar de la niebla. Ni el ejército francés ni tampoco el propio Napoleón ni su Estado Mayor se hallaban al otro lado del arroyo, ni más allá de las aldeas de Sokolnitz y Schlapanitz, donde teníamos intención de ocupar posiciones y empezar la acción, sino en nuestro lado, tan cerca de nuestras tropas que el emperador francés podía diferenciar a simple vista a un soldado de caballería de otro de infantería. Napoleón estaba un poco más adelantado que sus mariscales, montado en un caballo árabe de color gris y con el mismo capote azul con que había hecho la campaña italiana. En silencio, observaba las montañas, que parecían emerger en aquel mar de niebla y por donde, a los lejos, se movían las tropas rusas, y escuchaba el estrépito de los disparos en la cañada. En su rostro, todavía delgado en aquel tiempo, no se movía ni un músculo; sus ojos brillantes no se apartaban de un punto. Sus previsiones habían resultado ser ciertas. Una gran parte de las tropas rusas ya había descendido a la cañada, hacia los estanques y lagos, y otra gran parte abandonaba los Altos de Pratzen, que él tenía intención de

atacar y que consideraba una posición clave. En medio de la niebla veía brillar las bayonetas de las columnas rusas y cómo se iban sumergiendo, una tras otra, en aquel mar brumoso que cubría el desfiladero entre las dos montañas, cerca de la aldea de Pratzen. Por los informes que había recibido la víspera, por el ruido de las ruedas y de los pasos que se habían oído por la noche en las avanzadas, por el movimiento desordenado de las columnas rusas y por todas sus previsiones, veía claramente que los aliados creían que él estaba lejos; y veía también con claridad que las columnas que se desplazaban cerca de Pratzen constituían el centro del ejército ruso, y que ese centro ya estaba lo suficientemente debilitado para atacarlo con éxito. Pero él seguía sin dar la señal de empezar la acción.

Era un día solemne para Napoleón: el aniversario de su coronación. Antes del amanecer había dormitado unas horas y, vigoroso, contento, despejado y en ese alegre estado de ánimo en que todo parece posible y todo se consigue, montó en su caballo y salió hacia el campo de batalla. Observaba sin moverse las cumbres que se veían entre la niebla, y en su frío rostro se advertía ese matiz especial de seguridad en sí mismo y de merecida felicidad que encontramos en el rostro de un muchacho feliz y enamorado. Los mariscales, detrás de él, no se atrevían a distraer su atención. Él miraba alternativamente los Altos de Pratzen y el sol que despuntaba entre la bruma.

Cuando el sol salió completamente y salpicó con su brillo cegador los campos y la niebla, Napoleón, como si hubiera esperado precisamente este momento para dar comienzo a la acción, se quitó el guante de su hermosa y blanca mano, hizo una señal con ella a los mariscales y dio la orden de empezar la batalla. Los mariscales, acompañados de sus ayudantes de campo, galoparon hacia distintos puntos, y al cabo de unos minutos el grueso del ejército francés avanzaba con gran rapidez hacia los Altos de Pratzen, cada vez más vacíos de tropas rusas, que descendían por la izquierda hacia la cañada.

XV

A las ocho Kutúzov partió con su caballo hacia Pratzen, al frente de la cuarta columna de Milorádovich, que debía ocupar el lugar de las columnas de Przebyszewski y de Langeron, que ya habían descendido hacia el valle. Saludó a los hombres del regimiento delantero y ordenó que se pusieran en marcha, mostrando con ello que tenía la intención de dirigir él mismo aquella

columna. Al alcanzar la aldea de Pratzen se detuvo. El príncipe Andréi, parte de la enorme comitiva del comandante en jefe, iba un poco más atrás. Estaba nervioso, irritado y a la vez con la calma comedida de quien ve llegar un momento largamente ansiado. Estaba completamente convencido de que aquel sería el día de su Tolón o de su puente de Arcole[352]. No sabía cómo iba a suceder, pero estaba completamente convencido. Conocía bien la región y la posición de nuestras tropas, todo lo bien que las podía conocer alguien de nuestro ejército. Había olvidado su propio plan estratégico, que, evidentemente, en ese momento no cabía pensar en poner en práctica. Ahora, inmerso ya en el plan de Weyrother, reflexionaba sobre las eventualidades que pudieran surgir y en las que se pudieran necesitar su rapidez mental y su decisión.

A la izquierda, en la cañada cubierta por la niebla, se oían los disparos entre las tropas invisibles. Al príncipe Andréi le parecía que allí se concentraba la batalla, que allí surgirían los obstáculos, y «allí es donde me enviarán —pensaba— con una brigada o división, y allí, con la bandera en la mano, avanzaré y aplastaré todo cuanto se cruce en mi camino».

No podía mirar indiferente las banderas de los batallones que pasaban. Al verlas, no dejaba de pensar: «Quizá esta sea la bandera con la que deba avanzar liderando las tropas».

Al amanecer, la niebla de la noche había dejado en las alturas una escarcha transformada en rocío, mientras que en la cañada la niebla se extendía aún como un mar blanco como la nieve. A la izquierda, en la cañada a la que habían descendido nuestras tropas y de donde procedía el ruido de los disparos, no se veía nada. En las alturas el cielo estaba oscuro pero despejado, y a la derecha brillaba la enorme esfera solar. Enfrente, a lo lejos, al otro lado del mar de niebla, sobresalían las colinas boscosas en las que debía de estar el ejército enemigo, y donde parecía verse algo. A la derecha, la Guardia, que avanzaba entre ruido de pasos y de ruedas, y el brillo de alguna bayoneta, se adentraba en la región brumosa; a la izquierda, por detrás de la aldea, también las masas de la caballería se aproximaban al océano de niebla y desaparecían en su interior. La infantería marchaba delante y detrás. El comandante en jefe estaba en la salida de la aldea dando paso a las tropas. Aquella mañana Kutúzov parecía extenuado e irascible. La infantería que pasaba por su lado tuvo que pararse sin haber recibido ninguna orden: era evidente que delante había algo que les cortaba el paso.

—¡Dígales de una vez que formen en columnas de batallón y que rodeen la aldea! —le dijo Kutúzov con enfado a un general que se aproximaba en su

caballo—. ¿Cómo es posible que no entienda, excelencia y muy señor mío, que no se debe desfilar por las calles de la aldea cuando estamos marchando contra el enemigo?

—Precisamente pensaba hacerles formar a la salida del pueblo, excelencia —respondió el general.

Kutúzov se echó a reír agriamente.

—¡Muy bien les va a ir a ustedes formando a la vista del enemigo, pero que muy bien!

—El enemigo aún está lejos, excelencia. Según el plan de disposición de las tropas…

—¡El plan! —gritó Kutúzoz, furioso—. Y ¿quién le ha dicho a usted eso?… Haga el favor de hacer lo que se le manda.

—A sus órdenes, señor.

—*Mon cher* —le susurró Nesvitski al príncipe Andréi—, *le vieux est d'une humeur de chien*.[353]

Un oficial austríaco, con un plumaje verde en el sombrero y vestido con un uniforme blanco, se acercó a galope a Kutúzov y le preguntó, en nombre del emperador, si la cuarta columna había entrado ya en acción. Kutúzov, sin responderle, le dio la espalda y su mirada recayó casualmente sobre el príncipe Andréi, que estaba a su lado. Al verlo, el comandante en jefe suavizó la rabiosa y cáustica expresión de su mirada, como comprendiendo que su ayudante de campo no tenía la culpa de lo que sucedía. Y, sin responder al ayudante de campo austríaco, le dijo a Bolkonski:

—*Allez voir, mon cher, si la troisième division a dépassé le village. Dites-lui de s'arrêter et d'attendre mes ordres*.[354]

Apenas se había alejado el príncipe Andréi, cuando lo detuvo:

—*Et demandez-lui, si les tirailleurs sont postés* —añadió—. *Ce qu'ils font, ce qu'ils font!*[355] —dijo para sí, sin responder todavía al austríaco.

El príncipe Andréi partió para cumplir la orden.

Tras adelantar a los batallones que seguían avanzando, hizo parar a la tercera división y comprobó que, en efecto, delante de nuestras columnas no iba ninguna línea de tiradores. El jefe de regimiento, que iba en cabeza, se quedó muy sorprendido por la orden del comandante en jefe de colocar a los tiradores. Estaba completamente seguro de que delante tenían más tropas rusas, y de que el enemigo no podía estar a menos de diez verstas. Realmente delante no se veía más que una extensión desierta en pendiente cubierta por una espesa niebla. Después de dar las órdenes del comandante en jefe de rectificar aquel descuido, el príncipe Andréi volvió al galope. Kutúzov seguía

en el mismo sitio, con su grueso cuerpo reposando decrépitamente sobre la silla de montar, dando grandes bostezos y con los ojos cerrados. Las tropas, que ya no se movían, esperaban con los fusiles apoyados en el suelo.

—Bien, bien —le dijo Kutúzov al príncipe Andréi, y se volvió hacia el general, que, con un reloj en las manos, le decía que ya era hora de ponerse en marcha porque ya habían descendido todas las columnas del flanco izquierdo —. Aún hay tiempo, excelencia —dijo Kutúzov con un bostezo—. ¡Aún hay tiempo! —repitió.

Entonces se oyó a lo lejos, detrás de Kutúzov, un clamor en los regimientos, y las voces se extendieron rápidamente por toda la alargada línea de las columnas ofensivas rusas. Era evidente que quien era objeto de tanta aclamación avanzaba a gran velocidad. Cuando los soldados del regimiento ante el que estaba Kutúzov se pusieron también a gritar, este se hizo un poco al lado y, frunciendo el ceño, aguzó la vista. Por el camino de Pratzen se aproximaba a caballo lo que parecía un escuadrón de jinetes con uniformes de distintos colores. Dos de ellos, uno al lado del otro, cabalgaban a galope tendido a la cabeza de los demás. El primero llevaba un uniforme negro con un plumaje blanco y montaba un caballo alazán de cola corta; el segundo llevaba un uniforme blanco y montaba un caballo negro. Eran los dos emperadores acompañados de su séquito. Kutúzov, con esa afectación de veterano en el frente, dio a las tropas la orden de «¡Firmes!» y se acercó al emperador con un saludo. De pronto toda su figura y sus maneras se transformaron: adoptó la actitud de un subordinado que obedece sin razonar. Con una afectada deferencia que, a todas luces, sorprendió desagradablemente al emperador Alejandro, se acercó y lo saludó. Esta desagradable impresión, como un resto de bruma en un cielo claro, cruzó el radiante rostro del emperador y luego se desvaneció. Ese día, a raíz de su indisposición, estaba más delgado que en el campo de Olmütz, donde Bolkonski lo había visto por primera vez en el extranjero; pero en sus hermosos ojos grises seguía habiendo esa misma combinación fascinante de majestuosidad y dulzura, y en sus finos labios se dibujaba esa misma capacidad de variar de expresión, en la que predominaba la bondadosa e inocente juventud.

En el pase de revista de Olmütz parecía más majestuoso, y aquí más jovial y enérgico. Estaba un poco colorado después de haber galopado aquellas tres verstas; tras detener a su caballo, respiró descansado y volvió la mirada hacia los rostros de su séquito, tan juveniles y animados como el suyo. Czartoryski y Novosiltsov, el príncipe Volkonski, Strogánov y otros —todos vestidos fastuosamente, alegres, jóvenes, montados en formidables caballos bien

cuidados, lozanos y apenas sudados— se pararon detrás del soberano, charlando y sonriendo. El emperador Francisco, un joven sonrosado de rostro alargado, iba muy erguido sobre su hermoso caballo negro y miraba a su alrededor con preocupación y lentitud. Llamó a uno de sus ayudantes de campo y le preguntó algo. «Seguramente será a qué hora han salido», pensó el príncipe Andréi al observar a su viejo conocido, con una sonrisa que fue incapaz de reprimir al recordar su audiencia. El séquito de los emperadores estaba formado por lo más florido de la juventud de los regimientos de la Guardia y de la infantería, rusa y austríaca. Los palafreneros conducían entre ellos los hermosos caballos de repuesto del zar cubiertos con gualdrapas bordadas.

Como si en una habitación con el aire cargado se abriera una ventana por la que entrara de pronto el olor fresco del campo, así sintió el apático Estado Mayor de Kutúzov la juventud, la energía y la seguridad en la victoria de aquellos jóvenes brillantes que habían llegado a galope.

—¿Por qué no empieza, Mijaíl Lariónovich? —le preguntó de pronto el emperador Alejandro a Kutúzov, mirando al mismo tiempo con respeto al emperador Francisco.

—Estoy esperando, majestad —respondió Kutúzov inclinándose reverentemente hacia delante.

El emperador acercó un poco su oreja frunciendo el ceño ligeramente para indicar que no le había oído bien.

—Estoy esperando, majestad —repitió Kutúzov (el príncipe Andréi se dio cuenta de que le temblaba extrañamente el labio inferior cuando pronunció la palabra «esperando»)—. Aún no se han reunido todas las columnas, majestad.

El zar le oyó pero al parecer la respuesta no fue de su agrado; se encogió de hombros —los tenía ligeramente encorvados— y miró a Novosiltsov, que estaba a su lado, como para quejarse de Kutúzov.

—Pero no estamos en Tsaritsyn Lug, Mijaíl Lariónovich, donde no se empieza el desfile hasta que no llegan todos los regimientos —dijo el zar mirando de nuevo al emperador Francisco a los ojos como invitándolo, si no a participar, al menos a escuchar lo que decía; pero el emperador Francisco seguía mirado a un lado y a otro sin prestar atención.

—Precisamente por eso no empiezo, majestad —contestó Kutúzov en voz alta, como para evitar la posibilidad de no ser oído, y en su rostro de nuevo algo se estremeció—. Precisamente por eso no empiezo, majestad, porque no estamos en un desfile ni en Tsaritsyn Lug —dijo con claridad y precisión.

En el séquito del zar todos intercambiaron rápidas miradas, y en sus rostros se dibujó una expresión de descontento y reproche. «Por muy viejo que sea, no debería, nadie debería hablarle así», parecían decir.

El zar miró a Kutúzov a los ojos, fija y atentamente, esperando a ver si decía algo más. Pero Kutúzov, por su parte, con la cabeza respetuosamente inclinada, también parecía esperar. El silencio se prolongó cerca de un minuto.

—Por otra parte, si usted lo ordena, majestad —dijo Kutúzov alzando la cabeza y volviendo a adoptar su tono anterior de general obtuso, incapaz de razonar pero obediente.

Azuzó a su caballo y, tras llamar al jefe de columna Milorádovich, le dio la orden de iniciar la ofensiva.

Las tropas se volvieron a poner en marcha y dos batallones del regimiento de Nóvgorod y uno del regimiento de Apsheronsk avanzaron frente al emperador.

Mientras pasaba el batallón de Apsheronsk, Milorádovich, sonrosado, sin capote, con un uniforme lleno de condecoraciones, con la espada y un sombrero con un enorme plumaje ladeado, avanzó veloz saludando gallardamente, y frenó a su caballo delante del zar.

—Vaya con Dios, general —le dijo este.

—*Ma foi, sire, nous ferons ce que qui sera dans notre possibilité, sire*[356] —respondió alegremente, aunque arrancando con su mal francés una sonrisa burlona en el séquito del emperador.

Milorádovich dio abruptamente la vuelta a su caballo y se colocó un poco más atrás del zar. Los soldados del batallón de Apsheronsk, excitados por su presencia, desfilaron ante los emperadores y sus comitivas con paso gallardo y animado.

—¡Muchachos! —gritó Milorádovich con una voz fuerte, alegre y segura de sí misma, al parecer tan excitado por el ruido de los disparos, por la expectación ante el combate y por la visión de los gallardos soldados del batallón de Apsheronsk y también de sus compañeros de tiempos de Suvórov, que pasaban tan impetuosamente frente a los emperadores, que se olvidó de la presencia del zar—. ¡Muchachos, no es la primera aldea que tomamos!

—¡A sus órdenes! —gritaron los soldados.

El caballo del zar dio un brinco ante ese clamor. Había llevado al zar en los pases de revista en Rusia, y ahora en el campamento de Austerlitz; llevaba a su jinete aguantando los golpes que este, sin darse cuenta, le propinaba con el pie izquierdo, y erguía las orejas ante el ruido de los disparos igual que

hiciera en el Campo de Marte, sin comprender su significado, ni el de la cercanía del caballo negro del emperador Francisco, ni todo cuanto pensaba y sentía aquel día su jinete.

El zar se volvió con una sonrisa hacia uno de sus favoritos señalando a los gallardos soldados del batallón de Apsheronsk y le dijo algo.

XVI

Kutúzov, acompañado de sus ayudantes de campo, salió al paso tras los carabineros.

Después de haber recorrido media versta en la cola de la columna, se detuvo al lado de una casa solitaria y abandonada (probablemente una antigua taberna) que estaba en el cruce de dos caminos; ambos bajaban de la montaña y las tropas avanzaban por ellos.

La niebla empezaba a disiparse y, a unas dos verstas de distancia, ya se vislumbraban las tropas enemigas en las colinas de enfrente. Abajo, en el lado izquierdo, el tiroteo era cada vez más audible. Kutúzov se detuvo para hablar con el general austríaco. El príncipe Andréi, que no dejaba de observarlos desde un poco más atrás, se volvió hacia un ayudante de campo y le pidió el catalejo.

—¡Mire, mire! —decía este al ver no ya las tropas lejanas, sino las que estaban al pie de la montaña, enfrente de ellos—. ¡Son los franceses!

Los dos generales y los ayudantes de campo se quitaron el catalejo unos a otros de las manos. Sus rostros se transformaron al instante con una expresión de pavor. Creían que los franceses estarían a dos verstas de distancia, pero resultaba que, inesperadamente, estaban ahí mismo.

—¿Es el enemigo?… ¡No!… Sí, fíjense… Es él… seguro… Pero ¿cómo es posible? —exclamaron varias voces.

El príncipe Andréi comprobó de un solo vistazo cómo por debajo de ellos, a la derecha, una densa columna de franceses subía al encuentro del batallón de Apsheronsk, a no más de quinientos pasos de Kutúzov.

«¡Aquí está, ha llegado el momento decisivo! Es mi hora», pensó, espoleó a su caballo y fue a buscar a Kutúzov.

—¡Excelencia, hay que detener el batallón de Apsheronsk! —gritó.

Pero en ese instante todo se cubrió de humo, se oyeron disparos cercanos y, a dos pasos del príncipe Andréi, una voz inocente y asustada gritó: «¡Ay,

hermanos, estamos perdidos!»; como si de una orden se hubiera tratado, todo el mundo echó a correr.

Una multitud confusa y cada vez más numerosa volvió a toda prisa al lugar donde cinco minutos antes las tropas habían desfilado ante los emperadores. No solo era difícil detener aquella masa, era imposible no ser arrastrado por ella. Bolkonski solo trataba de resistirse y miraba a un lado y a otro perplejo, incapaz de comprender lo que sucedía. Nesvitski, furioso, rojo y fuera de sí, gritaba a Kutúzov que si no se marchaba de inmediato probablemente caería preso. Kutúzov no se movió del sitio y, sin responderle, sacó un pañuelo. Le corría sangre por la mejilla. El príncipe Andréi se abrió paso hasta él.

—¿Está usted herido? —le preguntó dominando a duras penas el temblor de la mandíbula inferior.

—¡Las heridas no están aquí, sino allí! —exclamó Kutúzov apretándose el pañuelo contra la mejilla y señalando a los que corrían—. ¡Deténganlos! —gritó, y, al mismo tiempo, probablemente convencido de que era imposible detenerlos, espoleó a su caballo y se dirigió hacia la derecha.

Un nuevo torrente de soldados que huía en masa lo rodeó y lo arrastró hacia atrás.

Las tropas corrían formando una masa tan densa que, si uno se veía atrapado en medio, era muy difícil salir de ella. Alguien gritaba: «¡Muévete! ¿Por qué te paras?»; otro se daba la vuelta y disparaba al aire, y un tercero golpeaba al caballo del propio Kutúzov. Después de zafarse con un grandísimo esfuerzo del torrente humano, Kutúzov y su comitiva, reducida a menos de la mitad, giraron a la izquierda, hacia el lugar donde se oían, muy cerca, los disparos de los cañones. El príncipe Andréi, libre del torrente de fugitivos y tratando de no alejarse de Kutúzov, vio que en la ladera de la montaña había una batería rusa que aún seguía disparando, y que los franceses corrían hacia ella. Más arriba estaba la infantería rusa, que ni avanzaba para ayudar a la batería, ni retrocedía para seguir a los fugitivos. Apartándose de la infantería, un general se acercó a caballo a Kutúzov. Solo quedaban cuatro hombres de su comitiva. Los cuatro, pálidos, se miraban en silencio.

—¡Detenga a esos canallas! —le dijo Kutúzov al jefe de regimiento, ahogándose y señalando a los fugitivos; pero justo en ese instante, como si de un castigo se tratara por tales palabras, las balas volaron como una bandada de pájaros sobre el regimiento y sobre la comitiva del comandante en jefe.

Los franceses que atacaban la batería, al ver a Kutúzov, habían abierto fuego contra él. Tras la descarga el jefe de regimiento se sujetó una pierna,

varios soldados cayeron y el subalférez que llevaba la bandera la soltó; la bandera, bamboleándose, cayó y se enredó con los fusiles de los soldados. Estos empezaron a disparar sin haber recibido ninguna orden.

—¡Oooh! —gimió Kutúzov con desesperación, y volvió la mirada—. ¡Bolkonski! —susurró con la voz temblorosa, consciente de su senil impotencia—. ¡Bolkonski! —volvió a susurrar señalando el batallón sumido en el caos y también al enemigo—. ¿Qué es esto?

Pero, antes de que hubiera acabado de pronunciar estas palabras, el príncipe Andréi, notando un nudo en la garganta por las lágrimas de vergüenza y cólera, ya había saltado del caballo y corría hacia la bandera.

—¡Muchachos, adelante! —gritó con una voz de una infantil estridencia.

«¡Es la hora!», pensó al coger el asta de la bandera y oyendo con placer el silbido de las balas que, por supuesto, iban dirigidas directamente contra él. Varios soldados cayeron.

—¡Hurra! —chilló el príncipe Andréi sujetando a duras penas la bandera en las manos, y se lanzó hacia delante, sin la menor duda de que todo el batallón lo seguiría.

Y lo cierto es que apenas dio unos pasos solo. Primero se le unió un soldado, después otro, y el batallón entero, al grito de «¡Hurra!», corrió hacia él y lo alcanzó.

Un suboficial de batallón que había llegado a la carrera cogió la bandera, tambaleante debido a su peso, de manos del príncipe Andréi, pero cayó muerto al instante. El príncipe volvió a sostener la bandera y, arrastrándola por el mástil, corrió con el batallón. Delante tenía a nuestros artilleros: algunos seguían luchando y otros abandonaban los cañones y corrían a reunirse con él; vio también soldados de la infantería francesa que sujetaban los caballos de artillería y giraban los cañones. El príncipe Andréi estaba ya con el batallón a veinte pasos de los cañones. Sobre su cabeza oía el silbido constante de las balas y, a derecha e izquierda, soldados que no dejaban de caer y de gemir. Pero él no los miraba; centraba su atención únicamente en lo que sucedía delante, en la batería. Ya podía distinguir claramente la silueta de un artillero pelirrojo con un chacó ladeado tirando del extremo de un escobillón mientras que un soldado francés tiraba del otro extremo. El príncipe Andréi veía con claridad la expresión de desconcierto y a la vez de rabia de aquellos dos hombres, que al parecer no entendían lo que hacían.

«¿Qué estarán haciendo? —pensaba al mirarlos—. ¿Por qué el artillero pelirrojo no sale corriendo, ahora que ya ha perdido el cañón? Y ¿por qué el

francés no le clava la bayoneta? Antes de que el pelirrojo tenga tiempo de escapar, el francés se acordará de su bayoneta y se la clavará.»

En efecto, otro francés corría terciando su bayoneta hacia los dos contrincantes, y la suerte del artillero pelirrojo —que seguía sin entender lo que le esperaba y que había logrado, con gesto triunfal, hacerse con el escobillón— estaba a punto de decidirse. Pero el príncipe Andréi no pudo ver el desenlace. De pronto fue como si alguno de los soldados que tenía cerca le asestara un fuerte bastonazo en la cabeza. Le dolió, pero lo principal y lo más desagradable fue que el dolor lo distrajo y le impidió ver la escena que estaba contemplando.

«¿Qué pasa? ¿Me estoy cayendo? Las piernas se me doblan», pensó, y cayó de espaldas. Abrió los ojos con la esperanza de ver cómo había acabado la lucha entre los franceses y el artillero, y de saber si el pelirrojo había muerto y si los cañones habían caído en manos enemigas o estaban a salvo. Pero no veía nada. Por encima de él ya no había nada más que el cielo, un cielo alto que, aunque no estaba despejado, era inconmensurablemente alto, y por él flotaban plácidamente nubes grises. «Qué calma, qué serenidad y solemnidad, no como cuando yo corría —pensó el príncipe Andréi—, no como cuando todos corríamos, gritábamos y luchábamos; en absoluto como cuando, con la cara furiosa y asustada, el francés y el artillero forcejeaban por el escobillón: las nubes no flotan así por este cielo alto e infinito. ¿Cómo es posible que no haya visto antes este cielo tan alto? ¡Qué feliz soy por haberlo conocido finalmente! ¡Sí! Todo es vacío, todo es engaño, todo menos este cielo infinito. No hay nada, nada en absoluto, aparte de este cielo. Y ni siquiera el cielo existe: no hay nada, nada más que el silencio y la calma. ¡Y a Dios gracias!…»

XVII

A la nueve, en el flanco derecho comandado por Bagratión, el combate aún no había empezado. Sin voluntad de satisfacer las exigencias de Dolgorúkov de iniciar la batalla, pero tratando a la vez de eludir cualquier responsabilidad, el príncipe Bagratión le propuso a este enviar a alguien a preguntárselo al comandante en jefe. Sabía que, dada la distancia de casi diez verstas que separaba un flanco del otro, si no mataban antes al mensajero (cosa de lo más probable), e incluso si este conseguía encontrar al comandante en jefe (cosa muy difícil), no volvería antes de la tarde.

Bagratión miró a su comitiva con sus ojos grandes y somnolientos, que nada expresaban, y lo primero con lo que casualmente se topó fue con el rostro infantil de Rostov, petrificado por la emoción y la esperanza. Y lo envió a él.

—¿Y si encuentro a su majestad antes que al comandante en jefe? —preguntó Rostov con una mano pegada a la visera.

—Puede entregarle el mensaje a su majestad —dijo apresuradamente Dolgorúkov, interrumpiendo a Bagratión.

Después de haber sido relevado en la avanzada, Rostov había podido dormir varias horas antes del amanecer y estaba contento; se sentía audaz, decidido y con esa elasticidad de movimientos, esa seguridad de ser feliz y ese estado de ánimo en el que todo parece sencillo, divertido y posible.

Aquella mañana todos sus deseos se habían cumplido; se libraba la batalla general y él participaba en ella; no solo eso: era ordenanza del más audaz de los generales; y no solo eso: llevaba un mensaje para Kutúzov y, quizá, para el zar en persona. La mañana era clara, el caballo que montaba se mostraba manso y él estaba alegre y feliz. Tras recibir la orden, puso a galopar a su caballo a lo largo de la línea. Al principio iba por la línea de las tropas de Bagratión, que aún no habían entrado en combate y seguían inactivas; después se adentró en el terreno ocupado por la caballería de Uvárov y allí ya vio movimientos y señales de preparativos para el combate; una vez pasó de largo la caballería de Uvárov, ya pudo oír con claridad el ruido de los cañones y de la artillería. El cañoneo no dejaba de intensificarse.

En el aire fresco de la mañana ya no se oían como antes dos o tres disparos de vez en cuando seguidos de uno o dos cañonazos: en las laderas de las montañas, delante de Pratzen, el fuego de los fusiles y los disparos de la artillería era tan continuos que, a veces, los cañonazos no se distinguían entre sí y se fundían en un estruendo general.

Se veían las pequeñas columnas de humo de los fusiles que parecían perseguirse unas a otras por las pendientes, así como la humareda de la artillería que formaba nubes que se esparcían y se mezclaban. Se veía también, por el brillo de las bayonetas entre el humo, a las masas de infantería avanzando y las estrechas bandas de la artillería con sus armones verdes.

Rostov detuvo un momento el caballo en un montículo para observar lo que ocurría; pero, por más atención que prestara, no alcanzaba comprender ni descifrar de ningún modo lo que veía; allá, entre el humo, unos hombres se movían, avanzaban restos de tropas por delante y por detrás, pero ¿para qué? ¿Quiénes eran? ¿Hacia dónde iban? Era imposible entenderlo. Pero aquella

escena y aquellos ruidos no solo no crearon en él ningún sentimiento de abatimiento ni duda, sino que, al contrario, le llenaron de energía y de resolución.

«¡Sigue adelante, adelante!», se decía al oír el ruido, y de nuevo se puso a galopar a lo largo de la línea adentrándose cada vez más en el terreno donde las tropas habían entrado en combate.

«¡No sé qué ocurrirá allí, pero todo irá bien!», pensaba.

Después de haber dejado atrás a unas tropas austríacas, se dio cuenta de que la siguiente parte de la línea (era la Guardia) ya había entrado en combate.

«¡Mucho mejor! Así lo veré de cerca», pensó.

Estaba yendo casi a lo largo de la primera línea. Vio a varios jinetes que cabalgaban hacia él. Eran nuestros ulanos, que, en filas desorganizadas, volvían del ataque. Rostov los dejó atrás, se fijó involuntariamente en que uno de ellos estaba sangrando y siguió galopando.

«¡No es asunto mío!», pensó. No había recorrido más de cien pasos cuando, a su izquierda, a lo largo de todo el campo y a punto de cortarle el paso, apareció una enorme masa de oficiales de caballería en caballos negros, con deslumbrantes uniformes blancos, que trotaban hacia él. Se lanzó a galope tendido para cruzar el terreno antes de que llegaran, y lo habría conseguido si ellos hubieran seguido al mismo paso, pero no dejaban de acelerar, y varios de sus caballos ya galopaban. Rostov oía cada vez con más nitidez los cascos, el ruido metálico de sus armas, y veía mejor sus caballos, sus siluetas e incluso sus rostros. Se trataba de nuestros caballeros de la Guardia, que estaban a punto de atacar a la caballería francesa que corría a su encuentro. Aunque iban a galope, aún refrenaban a sus caballos. Rostov ya veía claramente sus rostros y oyó cómo un oficial que acababa de poner a su ensangrentado caballo a galope tendido ordenaba a voz en grito: «¡Adelante, adelante!». Rostov, temiendo ser arrollado o arrastrado al ataque contra los franceses, avanzó a lo largo del frente todo lo rápido que su caballo pudo, pero aun así no consiguió evitarlos.

Un caballero de la Guardia, hombre picado de viruelas y de estatura enorme, frunció el ceño con rabia al ver que iba a chocar inevitablemente con él. Y lo habría derribado de su Beduino si a Rostov (que se sentía pequeñito y débil comparado con esos hombres y caballos gigantescos) no se le hubiera ocurrido agitar su fusta de cuero ante los ojos del animal. El caballo —negro, grande, que le sobrepasaba cinco *vershoks*[357]— dio un respingo y echó las orejas hacia atrás; pero el jinete picado de viruelas hundió con fuerza sus

enormes espuelas en sus costados y el caballo, agitando la cola y alargando el cuello, se lanzó a cabalgar aún más veloz. Apenas habían pasado de largo los caballeros de la Guardia cuando Rostov oyó cómo gritaban: «¡Hurra!», y, al volverse, vio que las filas delanteras ya se habían mezclado con otros caballeros de la Guardia distintos, probablemente franceses, que vestían charreteras rojas. No pudo ver nada más porque justo a continuación los cañones abrieron fuego en alguna parte, y todo quedó cubierto de humo.

En cuanto los caballeros de la Guardia desaparecieron entre el humo, Rostov dudó entre galopar tras ellos o seguir su camino. Aquel resultó ser el magnífico ataque de los caballeros de la Guardia que tan sorprendidos dejó a los franceses. Tiempo después Rostov se horrorizaría al saber que, de toda aquella masa de atractivos y gigantescos hombres, de todos aquellos jóvenes brillantes y ricos oficiales y cadetes que habían pasado al galope por su lado, solo quedaron dieciocho con vida después del ataque.

«¿Por qué voy a envidiarles? Ya llegará mi momento, y ¡es posible que ahora vea al zar!», pensó Rostov, y siguió su camino.

Al llegar a la altura de la infantería de la Guardia comprobó que los proyectiles volaban por todas partes no tanto por oír su silbido como por la angustia que vio en los rostros de los soldados y por la afectada solemnidad guerrera que detectó en los oficiales.

Al pasar detrás de las líneas de los regimientos de la infantería de la Guardia, oyó cómo una voz lo llamaba por su nombre:

—¡Rostov!

—¿Qué? —respondió sin reconocer a Borís.

—¡Increíble, estamos en la primera línea! ¡Nuestro regimiento ha ido a atacar! —exclamó Borís con esa sonrisa de felicidad de los jóvenes que están por primera vez bajo el fuego.

Rostov se detuvo.

—¡No me digas! —exclamó—. Y ¿cómo ha ido?

—¡Los hemos rechazado! —exclamó Borís animadamente, con ganas evidentes de hablar—. ¿Te lo puedes creer?

Y se puso a contar cómo la Guardia, al tomar su posición y ver tropas enfrente, los había tomado por austríacos, y cómo de pronto, al ver que les lanzaban proyectiles, se dieron cuenta de que estaban en la primera línea y que debían entrar en acción. Rostov, sin terminar de escuchar el relato de Borís, azuzó el caballo.

—¿Adónde vas? —le preguntó su amigo.

—Tengo un mensaje para su majestad.

—¡Está aquí! —dijo Borís, que oyó mal a Rostov y pensó que a quien necesitaba ver era a «su excelencia», y no a «su majestad».

Le señaló al gran duque, que, a cien pasos de ellos, con casco y coleto de caballero de la Guardia, los hombros levantados y el ceño fruncido, le gritaba algo a un pálido oficial austríaco que vestía de blanco.

—Este es el gran duque, y a quien yo necesito ver es al comandante en jefe o al zar —respondió Rostov, y espoleó el caballo.

—¡Conde, conde! —gritó Berg, tan excitado como Borís, acercándose rápidamente desde otro lado—. Conde, tengo la mano derecha herida —le dijo, señalando la palma de su mano ensangrentada y vendada con un pañuelo de bolsillo— y no me he movido del frente. Conde, estoy empuñando la espada con la mano izquierda: en nuestro linaje «von Berg» todos han sido caballeros.

Añadió algo más, pero Rostov, sin terminar de escucharle, ya se había puesto en marcha.

Después de pasar la Guardia y un espacio desierto, el joven, para no encontrarse de nuevo en la primera línea como le había ocurrido durante el ataque de los caballeros de la Guardia, avanzó por la línea de la reserva, alejándose de donde se oían con más intensidad los tiros y los cañonazos. De pronto, enfrente —y detrás de nuestras tropas—, oyó disparos cercanos de fusiles, en un lugar donde no podía suponer de ningún modo que fuera a estar el enemigo.

«¿Qué podrá ser? —pensó—. ¿Está el enemigo a la espalda de nuestras tropas? Eso es imposible —se dijo, y de pronto un pánico terrible por sí mismo y por el resultado de la batalla se apoderó de él—. Sea lo que sea, ya no es necesario que dé ningún rodeo. Tengo que buscar al comandante en jefe aquí, y, si todo está perdido, mi deber es morir con todos ellos.»

Cuanto más se adentraba en los terrenos que había pasada la aldea de Pratzen, ocupados por una masa de tropas heterogéneas, más se confirmaban sus peores temores.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? ¿Contra quién disparan? ¿Quién dispara? —preguntó Rostov al cruzarse con soldados rusos y austríacos que corrían en desbandada y que le cortaban el paso.

—¡El diablo lo sabe! ¡Los han matado a todos! ¡Todo está perdido! —le respondieron en ruso, en alemán y en checo esas masas que corrían sin comprender lo que estaba ocurriendo.

—¡Acabad con los alemanes! —gritaba uno.

—¡Que el diablo se lleve a esos traidores!

—*Zum Henker diese Russen!…*[358] —gruñía un alemán.

Por el camino varios heridos iban a pie. Las palabrotas, los gritos y los gemidos se fundían en un rumor general. El tiroteo cesó: más tarde, Rostov supo que los soldados rusos y los austríacos se habían disparado entre sí.

«¡Dios mío! Pero ¿qué es esto? —pensaba entonces—. Y justo aquí, donde el zar los puede ver en cualquier momento… Pero no… seguro que solo son unos cuantos miserables. Todo esto pasará, no es eso, no puede ser —se decía—. ¡Tengo que pasar, pasar cuanto antes!»

No le entraba en la cabeza la idea de la derrota y de la huida. A pesar de que veía que los cañones y las tropas francesas estaban en los Altos de Pratzen, justo donde le habían ordenado buscar al comandante en jefe, no podía ni quería creerlo.

XVIII

Rostov tenía la orden de buscar a Kutúzov y al zar cerca de la aldea de Pratzen. Pero no solo no estaban, sino que allí no había ningún jefe, tan solo masas variopintas de tropas desorganizadas. Arreó a su caballo, ya agotado, para adelantar rápidamente a aquella muchedumbre, pero, cuanto más avanzaba, más caótica se volvía la masa. En el ancho camino se agolpaban carretelas, carruajes de todas clases, soldados rusos y austríacos, todo tipo de tropas, hombres heridos e ilesos. Todo retumbaba y hormigueaba bajo el tenebroso sonido de las balas de cañón de las baterías francesas, situadas en los Altos de Pratzen.

—¿Dónde está el soberano? ¿Dónde está Kutúzov? —preguntaba Rostov a todo aquel al que conseguía parar, pero nadie le respondía.

Finalmente, agarrando a un soldado por el cuello del uniforme, le obligó a que le contestara.

—¡Ah, amigo! ¡Hace rato ya que se han largado todos! —le dijo el soldado riéndose por algún motivo y zafándose.

Después de dejar al soldado, que resultaba evidente que estaba borracho, Rostov hizo parar el caballo de un ordenanza o palafrenero de algún personaje importante y lo interrogó. El ordenanza le informó de que, una hora antes, se habían llevado al zar en un carruaje por aquel mismo camino, y que estaba gravemente herido.

—No puede ser —dijo Rostov—, seguro que se trata de otra persona.

—Lo he visto con mis ojos —dijo el ordenanza con una sonrisa presuntuosa—. Conozco perfectamente al zar: ¡la de veces que lo he visto en San Petersburgo, a esta distancia! Iba sentado en su carruaje más pálido que la cera. ¡Con qué velocidad han pasado sus cuatro caballos negros, Virgen santa! Como si no conociera yo los caballos del zar y a su cochero Iliá Iványch; creo que Iliá a la única persona que lleva es al zar.

Rostov soltó el caballo del ordenanza y quiso seguir adelante. Un oficial herido que pasaba caminando se le acercó.

—¿A quién busca? —le preguntó—. ¿Al comandante en jefe? Ha muerto por una bala de cañón, le ha dado en el pecho cuando estaba con nuestro regimiento.

—No está muerto, sino herido —le corrigió otro oficial.

—Pero ¿quién? ¿Kutúzov? —preguntó Rostov.

—Kutúzov no, ese… ¿cómo se llama? Bueno, qué más da, no han quedado muchos con vida. Vaya hacia allí, hacia esa aldea, allá están reunidos todos los jefes —dijo el oficial señalando la aldea de Hostieradek, y siguió su camino.

Rostov iba al paso, sin saber adónde ir ni a quién dirigirse. El zar estaba herido, y la batalla, perdida. Ahora ya era imposible no reconocerlo. Siguiendo la dirección que le habían indicado, vio a lo lejos una torre y una iglesia. ¿Qué prisa tenía? ¿Qué les iba a decir ahora al zar y a Kutúzov, incluso en el caso de que estuvieran sanos y salvos?

—Vaya por ese camino, excelencia: por aquí lo van a matar —le gritó un soldado—. ¡Por aquí lo van a matar!

—Pero ¡qué dices! —dijo otro—. ¿Por dónde va a ir? Por aquí se llega antes.

Rostov, pensativo, avanzó justo por donde le habían advertido que lo matarían.

«Ahora todo da igual: si el zar está herido, ¿voy a preocuparme por mí mismo?», pensaba. Entró en la zona donde más hombres habían muerto huyendo de Pratzen. Los franceses aún no habían ocupado el pueblo y los rusos, tanto los vivos como los heridos, ya hacía tiempo que lo habían abandonado. En el campo, como haces de paja en una tierra bien labrada, yacían entre diez y quince muertos y heridos por cada *desiatina*[359]. Los heridos, a rastras, se juntaban en grupos de dos o de tres, y se oían sus desagradables gritos y gemidos (a veces fingidos, le parecía a Rostov). Puso su caballo al trote para no ver a aquella gente sufriendo y sintió pavor. No

temía por su propia vida, sino por la valentía que necesitaba, y porque sabía que no iba a soportar ver a aquellos desdichados.

Los franceses, que habían dejado de disparar sobre el terreno sembrado de muertos y heridos porque ya no quedaba ningún vivo contra quien tirar, al ver que un ayudante de campo lo estaba cruzando, dirigieron los cañones hacia él y lanzaron varios proyectiles. Los terribles silbidos y la conmoción por verse rodeado de cadáveres se fundieron en una sola sensación de terror y de lástima por sí mismo. Recordó la última carta de su madre. «Cómo se sentiría —se dijo— si ahora me viera aquí, en este campo, con los cañones apuntándome.»

En la aldea de Hostieradek había tropas rusas alejándose del campo de batalla y, aunque estaban desorganizadas, mantenían un orden mayor. Allí ya no llegaban los cañonazos franceses, y los disparos se oían lejanos. Ya veían con claridad que la batalla estaba perdida, y lo decían. Preguntara a quien preguntara, nadie le podía indicar a Rostov dónde estaban el zar o Kutúzov. Unos afirmaban que el rumor de que el zar estaba herido era cierto, y otros lo negaban atribuyendo la falsa historia a que, efectivamente, el carruaje del emperador había vuelto a toda velocidad del campo de batalla, pero con el pálido y asustado gran mariscal de la corte —el conde Tolstói— dentro, que huía con otros de la comitiva del zar. Un oficial le dijo que detrás de la aldea, a la izquierda, había visto a algún miembro del alto mando; Rostov se dirigió hacia allí ya sin esperanza de encontrar a nadie, solo para tranquilizar su conciencia. Después de haber recorrido unas tres verstas y de haber pasado a las últimas tropas rusas, vio a dos jinetes cerca de un huerto rodeado por una zanja. Uno, con un plumaje blanco en el sombrero, le resultó familiar por algún motivo; el otro jinete, montado en un hermoso alazán (el caballo también le resultó familiar), se acercó a la zanja, espoleó el caballo y, aflojando las riendas, la saltó fácilmente. Solo un poco de tierra se desmoronó del terraplén bajo los cascos traseros del caballo. Entonces hizo dar media vuelta al animal, volvió a saltar la zanja y se dirigió respetuosamente hacia el jinete del plumaje blanco: era evidente que le estaba proponiendo hacer lo mismo. El jinete cuya figura le resultaba familiar a Rostov y que, por algún motivo, llamaba involuntariamente su atención hizo un gesto negativo con la cabeza y con la mano: por este gesto, Rostov reconoció inmediatamente a su llorado y adorado zar.

«Pero no puede ser: solo, en medio de este campo desierto», pensó. En este momento Alejandro volvió la cabeza y Rostov vio esos queridos rasgos que tan vivamente se habían grabado en su memoria. Estaba pálido y tenía las

mejillas y los ojos hundidos; pero sus rasgos eran aún más encantadores y dulces. Rostov se alegró al comprobar que el rumor de que el zar estaba herido era falso. Se sentía dichoso de verlo. Sabía que podía —incluso que debía— dirigirse directamente hacia él y comunicarle lo que Dolgorúkov le había ordenado.

Pero, como un joven enamorado que se pone a temblar y se queda petrificado, que no se atreve a decir lo que sueña por las noches y que mira temeroso a su alrededor buscando ayuda o una oportunidad de retrasar lo que debe hacer, o de salir corriendo cuando llega el ansiado momento de quedarse a solas con su amada, así mismo Rostov, ahora que había alcanzado lo que más deseaba en su vida, no sabía cómo acercarse al zar, y se le ocurrieron mil razones por las que hacerlo sería embarazoso, inconveniente e imposible.

«¡Cómo! Es como si me alegrara de poder aprovechar que está solo y abatido. En este momento tan triste le puede parecer desagradable y duro ver un rostro desconocido; además, ¿qué le puedo decir ahora, cuando con solo mirarlo se me hiela el corazón y se me seca la boca?» Ni uno solo de los innumerables discursos que en su imaginación había dirigido al zar le venía ahora a la cabeza. La mayor parte de estos discursos los había pensado para circunstancias totalmente distintas, había imaginado que los pronunciaba en momentos de victoria, triunfo, y, especialmente, en el lecho de muerte por las heridas recibidas, mientras el zar le agradecía sus heroicas acciones y él, antes de morir, le expresaba su amor, demostrado con sus actos.

«Y ¿cómo le voy a preguntar cuáles son sus órdenes para el flanco derecho cuando ya son más de las tres de la tarde y la batalla está perdida? No, definitivamente no debo acercarme a él. No debo interrumpir sus meditaciones. Mejor morir mil veces que arrancarle una mala mirada o causarle una mala impresión», decidió Rostov, y, con tristeza y desesperación en el corazón, se alejó sin dejar de volver la mirada hacia el zar, que aún seguía en aquel estado de confusión.

Mientras Rostov pensaba todo esto y se alejaba con tristeza del zar, pasó casualmente por allí el capitán von Toll, y, al ver al soberano, fue hasta él, le ofreció sus servicios y lo ayudó a cruzar a pie la zanja. El zar, indispuesto y con ganas de descansar, se sentó bajo un manzano. Toll se detuvo a su lado. Rostov vio a distancia con envidia y arrepentimiento cómo von Toll le contaba algo con ardor durante mucho rato, y cómo el zar —al parecer había llorado— se tapaba los ojos con una mano y le tendía la otra a su interlocutor.

«¡Yo podría estar en su lugar!», pensó Rostov, y, conteniendo a duras penas lágrimas de compasión por la suerte del zar, se marchó totalmente

desesperado, sin saber adónde ir ni con qué fin.

Su desesperación era aún más intensa porque sabía que su propia debilidad había sido la causa de su dolor.

Podría… no solo podría, sino que debería haberse acercado al zar. Era la única ocasión en la que le podría haber mostrado su fidelidad. Y no la había aprovechado. «Pero ¿qué he hecho?», pensaba. Hizo girar el caballo y galopó de nuevo hacia donde había visto al emperador; pero ya no había nadie detrás de la zanja, solo se veían avanzar carros y carruajes. Gracias a uno de los conductores supo que el Estado Mayor de Kutúzov estaba cerca, en la aldea a la que se dirigía el convoy. Rostov lo siguió.

Delante de él iba el palafrenero de Kutúzov llevando algunos caballos cubiertos con mantas. Detrás de este avanzaba un carro y más atrás iba a pie un viejo criado que tenía las piernas arqueadas, llevaba un casquete y una zamarra.

—¡Tito! ¡Eh, Tito! —dijo el palafrenero.

—¿Qué? —contestó el viejo distraídamente.

—¡Tito, ve a trillar un ratito!

—¡Bah, imbécil! ¡Puaj! —exclamó el viejo escupiendo enfadado.

Siguieron su camino algún tiempo en silencio; después, se repitió la misma broma.

Pasadas las cuatro de la tarde la batalla se había perdido en todos los puntos. Más de cien cañones estaban ya en manos de los franceses.

Przebyszewski y todos sus soldados habían depuesto las armas. Otras columnas, que habían perdido a la mitad de sus hombres, se batían en retirada, confusas y desorganizadas.

Lo que quedaba de las tropas de Langeron y de Dojturov se amontonaba sin orden en los diques y orillas de los estanques cercanos a la aldea de Augest.

Pasadas las cinco solo en ese punto se oía todavía el intenso cañoneo de los franceses, que habían colocado numerosas baterías en la ladera de los Altos de Pratzen: disparaban contra nuestras tropas en retirada.

En la retaguardia Dojturov y otros, reuniendo a los batallones, disparaban a la caballería francesa, que perseguía a los nuestros. Empezaba a oscurecer. En el estrecho dique de Augest, donde, durante tantos años, un viejo molinero con gorro se había sentado pacíficamente con sus cañas de pescar mientras su nieto, remangándose la camisa, escogía algún pez plateado y tembloroso que tenía en la regadera; en aquel dique por el que tantos años habían pasado

pacíficamente los moravos en sus carros cargados de trigo, con sus gorros de felpa y sus chaquetas azules, y por donde regresaban cubiertos de harina con los mismos carros ahora blancos; en ese estrecho dique, entre furgones y cañones, bajo los caballos y entre las ruedas, se agolpaban ahora personas con el rostro desfigurado por el miedo a la muerte, aplastándose unas a otras, muriendo, pisando a moribundos y matándose unas a otras solo para morir también algunos pasos más adelante.

Cada diez segundos volaba una bala de cañón oprimiendo el aire, o estallaba una granada en medio de la densa muchedumbre, matando y salpicando de sangre a quienes estaban cerca. Dólojov, con un brazo herido, a pie con una decena de soldados de su compañía —ya era oficial—, y el jefe de regimiento a caballo, eran los únicos que quedaban de todo el regimiento. Arrastrados por el tumulto, estaban apretujados en la entrada del dique y, empujados por todos lados, se habían detenido porque un cañón había atropellado a un caballo y una masa de hombres lo sacaba de allí. Una bala de cañón mató a alguien detrás de ellos, otra cayó justo enfrente y salpicó a Dólojov de sangre. La multitud, apiñada, se precipitó desesperada hacia delante, avanzó algunos pasos y se volvió a detener.

«Si recorro estos cien pasos, seguramente me salvaré; si me quedo aquí dos minutos más, seguramente moriré», pensaba cada uno de ellos.

Dólojov, en medio de la muchedumbre, avanzó hacia el borde del dique derribando a su paso a dos soldados, y bajó al resbaladizo hielo que cubría el estanque.

—¡Giradlo! —gritó dando saltos sobre el hielo, que crujía bajo sus pies—. ¡Giradlo! —les gritó a los del cañón—. ¡El hielo aguanta!…

El hielo resistía, pero se curvaba y crujía: era evidente que se iba a resquebrajar de un momento a otro no solo bajo el cañón o la muchedumbre, sino bajo su único peso. Apretados contra la orilla, los hombres lo miraban y no se decidían aún a saltar al hielo. El jefe de regimiento, montado en su caballo en la entrada, alzó una mano y abrió la boca dirigiéndose a Dólojov. De pronto silbó una bala de cañón a una altura tan baja que todos se agacharon; se estrelló contra algo húmedo y el general cayó de su caballo envuelto en un charco de sangre. Nadie se molestó en mirarlo ni se planteó siquiera levantarlo.

—¡Bajadlo al hielo! ¡Bajadlo al hielo! ¡Vamos! ¡Giradlo! ¿Es que no lo oís? ¡Vamos! —gritaron, después de que aquel proyectil matara al general, innumerables voces sin saber qué decían ni por qué lo hacían.

Uno de los cañones que había detrás empezó a girar hacia el hielo. Gran cantidad de soldados saltaron al estanque helado. El hielo crujió bajo los pies del soldado que iba delante, al que se le hundió una pierna en el agua; al tratar de salir se hundió hasta la cintura. Los soldados que tenía más cerca vacilaron, y el que dirigía el avantrén del cañón detuvo su caballo, pero detrás se seguían oyendo los gritos: «¡Bajadlo al hielo, por qué os paráis, vamos, vamos!». Entre el gentío se oyeron gritos de terror. Los soldados que rodeaban el cañón azuzaron los caballos y los fustigaron para obligarlos a girar y a moverse. Los animales bajaron a la orilla. Un enorme pedazo de hielo que sostenía a unos cuarenta soldados se partió: algunos cayeron hacia delante, otros hacia atrás y, arrastrándose unos a otros, se hundieron.

Con la misma regularidad, las balas de cañón siguieron silbando y cayendo sobre el hielo, el agua y, especialmente, sobre la multitud que cubría el dique, el estanque y la orilla.

XIX

En la montaña de Pratzen, en el mismo lugar donde había caído con el asta de la bandera en las manos, yacía el príncipe Andréi Bolkonski sangrando y gimiendo débil y lastimosamente sin darse cuenta, como un niño.

Hacia el atardecer cesaron los gemidos y se quedó completamente inmóvil. No sabía cuánto había estado sin conciencia. De repente volvió a sentir que estaba vivo, así como un dolor que le quemaba y desgarraba la cabeza.

«¿Dónde está ese cielo alto que hasta ahora no conocía y que hoy he visto? —fue su primer pensamiento—. Tampoco conocía este sufrimiento —se dijo a continuación—. Sí, hasta ahora no conocía nada en absoluto. Pero ¿dónde estoy?»

Aguzó el oído y oyó unos cascos de caballo que se aproximaban, así como voces hablando en francés. Abrió los ojos. De nuevo se abría encima de él aquel cielo alto, con nubes que flotaban aún más arriba, entre las que se veía la infinidad azul. No volvió la cabeza, por lo que no pudo ver a quienes, a juzgar por el rumor de los cascos y las voces, se habían acercado a él y se habían detenido.

Los jinetes eran Napoleón y dos ayudantes de campo que lo acompañaban. Bonaparte recorría el campo de batalla, daba las últimas órdenes de reforzar las baterías que disparaban sobre el dique de Augest y

examinaba a los muertos y heridos que habían quedado en el campo de batalla.

—*De beaux hommes!*[360] —decía, mirando el cadáver de un granadero ruso que, con la cara metida en la tierra y la nuca ennegrecida, yacía con un brazo ya entumecido lejos del cuerpo.

—*Les munitions des pièces de position sont épuisées, sire!*[361] —dijo en ese momento un ayudante de campo que venía de las baterías que disparaban sobre Augest.

—*Faites avancer celles de la réserve*[362] —dijo Napoleón, y, tras alejarse algunos pasos, se detuvo al lado del príncipe Andréi, que yacía boca arriba con el asta de la bandera tirada a su lado (los franceses ya habían cogido la bandera a modo de trofeo)—. *Voilà une belle mort*[363] —dijo Napoleón mirando a Bolkonski.

El príncipe Andréi comprendió que se estaba refiriendo a él, y que quien lo había dicho era Napoleón: oyó cómo llamaban *sire* a quien acababa de pronunciar aquellas palabras. Pero las oía como se oye el zumbido de una mosca. No solo no le interesaban, sino que no les hizo caso y las olvidó de inmediato. La cabeza le ardía; sentía que se estaba desangrando y, por encima de él, veía el cielo lejano, alto y eterno. Sabía que se trataba de Napoleón, su héroe, pero en ese momento le parecía un hombre tan pequeño e insignificante comparado con lo que estaba sucediendo entre su alma y aquel cielo alto e infinito lleno de nubes que lo surcaban… En ese momento le era completamente indiferente quién estaba allí y qué decían de él; lo único que le alegraba era que hubiera alguien, porque deseaba que lo ayudaran a volver a una vida que le parecía muy hermosa, ahora que la comprendía de un modo tan distinto. Hizo acopio de todas sus fuerzas para moverse y emitir algún sonido. Movió ligeramente una pierna y articuló un gemido tan débil y lastimero que lo enterneció a él mismo.

—¡Ah! Está vivo —exclamó Napoleón—. ¡Levanten a este joven, *ce jeune homme*, y llévenlo al puesto de socorro!

Después de decir esto, Napoleón siguió su camino para recibir al mariscal Lannes, que, quitándose el sombrero, sonriendo y felicitándole por la victoria, se aproximaba a él.

El príncipe Andréi no pudo recordar nada más: perdió el conocimiento por el terrible dolor que sintió cuando lo cargaran en la camilla, por los bandazos durante el trayecto y por la inspección de las heridas en el puesto de socorro. Volvió en sí solo al final del día, cuando, junto con otros oficiales rusos

heridos y prisioneros, lo llevaron a un hospital militar. Durante ese traslado se despejó un poco y pudo echar un vistazo e incluso hablar.

Las primeras palabras que oyó al volver en sí fueron las de un oficial de convoy francés, que decía apresuradamente:

—Tenemos que parar aquí: el emperador pasará ahora y le agradará ver a estos señores prisioneros.

—Hay tantos prisioneros hoy (casi todo el ejército ruso) que probablemente ya estará aburrido de verlos —dijo otro oficial.

—¡Da igual! Dicen que este es el jefe de toda la Guardia del emperador Alejandro —contestó el primero, señalando a un oficial ruso herido que llevaba un uniforme blanco de caballero de la Guardia.

Bolkonski reconoció al príncipe Repnín, con el que había coincidido en la alta sociedad petersburguesa. A su lado había otro oficial de la caballería de la Guardia, un muchacho de diecinueve años que también estaba herido.

Bonaparte llegó a galope y detuvo su caballo.

—¿Quién es el de más rango? —dijo al ver a los prisioneros.

Le señalaron al coronel, el príncipe Repnín.

—¿Es usted el jefe del regimiento de caballeros de la Guardia del emperador Alejandro? —preguntó Napoleón.

—He dirigido un escuadrón —respondió Repnín.

—Su regimiento ha cumplido su deber con honor —dijo Napoleón.

—Para un soldado el elogio de un gran jefe militar es la mayor recompensa —afirmó Repnín.

—Se la concedo encantado —dijo Napoleón—. ¿Quién es este joven que hay a su lado?

El príncipe Repnín nombró al teniente Suchtelen. Después de haberle mirado, Napoleón dijo con una sonrisa:

—*II est venu bien jeune se frotter à nous*.[364]

—La juventud no impide ser valeroso —dijo Suchtelen con la voz quebrada.

—Una magnífica respuesta —dijo Napoleón—. ¡Joven, usted llegará lejos!

El príncipe Andréi, al que también habían puesto en primera fila, a la vista del emperador, para completar el trofeo, no pudo dejar de atraer su atención. Al parecer, Napoleón recordó que lo había visto en el campo de batalla, y para dirigirse a él empleó el mismo adjetivo «joven» —*jeune homme*— que Bolkonski ya había grabado en su memoria la primera vez.

—*Et vous, jeune homme?* ¿Y usted, joven? —se dirigió a él—. ¿Cómo se encuentra, *mon brave*[365]?

A pesar de que cinco minutos antes el príncipe Andréi había sido capaz de decir algunas palabras a los soldados que lo transportaban, ahora, con los ojos fijos en Napoleón, guardaba silencio… En ese momento le parecían tan insignificantes los intereses que ocupaban a Napoleón, tan mezquino le parecía su héroe —con aquella mezquina vanidad y alegría por la victoria— en comparación con el cielo alto, justo y bondadoso que había visto y comprendido, que no pudo responderle.

Y todo parecía tan fútil e insignificante comparado con ese severo y elevado modo de pensar que había despertado en él la debilidad de fuerzas por la pérdida de sangre, el sufrimiento y la espera de una muerte cercana… Al mirar a Napoleón a los ojos, pensó en la insignificancia de la grandeza, en la insignificancia de la vida, cuyo sentido nadie podía comprender, y en la insignificancia aún mayor de la muerte, cuyo sentido nadie entre los vivos podía comprender ni explicar.

El emperador se dio la vuelta sin esperar una respuesta y, al alejarse, se dirigió a uno de los jefes de su ejército:

—Que cuiden de estos señores y que los lleven a mi vivac; que mi médico Larrey examine sus heridas. Adiós, príncipe Repnín.

Y, espoleando a su caballo, siguió su camino a galope.

En su rostro resplandecían la dicha y la soberbia. Los soldados que habían transportado al príncipe Andréi y le habían quitado la imagen de oro que la princesa Maria le había colgado en el cuello, al ver el afecto con que el emperador se había dirigido a los prisioneros, se apresuraron a devolvérsela.

El príncipe Andréi no vio quién se la había vuelto a colgar ni cómo lo había hecho, pero encima de su uniforme apareció la imagen, que pendía de una fina cadenita dorada.

«Qué bien —pensó mirando la imagen que, con tanto sentimiento y veneración, le había colgado su hermana—, qué bien si todo fuera tan claro y sencillo como le parece a la princesa Maria. ¡Qué bien saber dónde buscar auxilio en esta vida y qué esperar después de ella, bajo la tumba! Qué feliz y tranquilo estaría si ahora pudiera decir: “¡Señor, apiádate de mí!”… Pero ¿a quién decírselo? ¿A una fuerza indefinida e inalcanzable a la que no solo no me puedo dirigir, sino que no puedo expresar con palabras, que es el todo absoluto o la nada —se decía—, o bien al Dios que la princesa Maria me bordó en este escapulario? ¡No hay nada seguro, nada excepto la nulidad de

todo cuanto comprendo y la grandeza de esto otro que no comprendo, pero que es lo más importante de todo!»

La camilla se puso en movimiento. Con cada bandazo sentía de nuevo un dolor insoportable; su estado febril empeoró y empezó a delirar. La visión de su padre, de su mujer, de su hermana y su futuro hijo; la ternura que había sentido la noche anterior a la batalla; la figura del pequeño e insignificante Napoleón; y, por encima de todos, aquel cielo alto: sobre todas estas cosas versaban sus delirios.

Veía la vida tranquila y la plácida felicidad familiar en Lysye Gory. Ya se estaba recreando con ella cuando de pronto apareció la figura del pequeño Napoleón con su mirada indiferente, limitada y alegre por la desgracia de los demás, y entonces surgieron en él las dudas y el sufrimiento, y solo el cielo prometía la calma. Al amanecer todos sus sueños se mezclaban y fundían en el caos y en la oscuridad del desmayo y del olvido; según el propio Larrey, el médico de Bonaparte, era muy probable que todo ese proceso condujera a la muerte antes que a la curación.

—*C'est un sujet nerveux et bilieux* —afirmó Larrey—, *il n'en rechappera pas*.[366]

El príncipe Andréi, junto con otros heridos sin esperanza de recuperación, fue entregado al cuidado de los lugareños.

Libro II

Primera parte

I

A principios de 1806 Nikolái Rostov regresó a su casa de permiso. Denísov también volvía a la suya, en Vorónezh, pero Rostov lo había convencido para que viajara con él hasta Moscú y pasara unos días en casa de sus padres. En la penúltima estación de postas Denísov se había encontrado con un amigo y se había bebido con él tres botellas de vino y, por ello, al aproximarse a Moscú, a pesar de los baches del camino, no se despertó; iba tumbado en el fondo del trineo de posta al lado de Rostov, que, cuanto más se acercaban a Moscú, más se impacientaba.

«¿Falta mucho? ¿Falta mucho? ¡Oh, estas calles insufribles con sus puestos, sus vendedores de *kalach*[1], sus farolas y sus cocheros!», pensaba Rostov cuando ya habían enseñado sus permisos en el puesto de control de la ciudad y entraban en Moscú.

—¡Denísov, hemos llegado! Está dormido… —dijo con el cuerpo completamente inclinado hacia delante, como deseando acelerar así el avance del trineo. Denísov no le respondió—. Ahí está el cruce de calles donde suele estar Zajar, el cochero; ahí lo tenemos, con el caballo de siempre. Y allá el puestecillo donde solíamos comprar melindres. ¿Falta mucho? ¡Ay!

—¿A qué casa vamos? —preguntó el cochero de posta.

—A aquella del final, la grande, ¡cómo es posible que no la veas! ¡Es nuestra casa —decía Rostov—, nuestra casa! ¡Denísov, Denísov, estamos llegando!

Denísov levantó la cabeza, tosió y no respondió nada.

—Dmitri —se volvió Rostov hacia el lacayo que iba en el pescante—, ¿son esas nuestras luces?

—Así es, señor, hay luz también en el gabinete de su padre.

—¿Aún no se han acostado? ¿Eh? ¿Tú qué crees? Y no te olvides de pasarme mi guerrera nueva de húsar —añadió Rostov tocándose su bigote recién salido—. ¡Venga, más rápido! —le gritó al cochero—. ¡Vasia, despiértate de una vez! —le dijo a Denísov, que había vuelto a bajar la cabeza

—. ¡Venga, más rápido, te daré tres rublos de plata para vodka, pero más rápido! —gritó cuando el trineo ya estaba a tres casas de la puerta de entrada.

Le parecía como si los caballos no se movieran. Por fin el trineo torció hacia la derecha, en dirección a la entrada de su casa; Rostov vio por encima de su cabeza la cornisa, que tan bien conocía, con el estucado desconchado, el porche y el poste de la acera. Saltó del trineo en movimiento y corrió hacia el zaguán. La casa se alzaba inmóvil e impasible, como si no fuera asunto suyo quién hubiera llegado. No había nadie en el zaguán. «¡Dios mío! ¿Irá todo bien?», pensó Rostov deteniéndose un instante con el corazón encogido y corriendo por el zaguán y por los peldaños torcidos, tan familiares para él. Vio el tirador de siempre —ese por el que la condesa se enfadaba si estaba sucio— y la puerta se abrió con su acostumbrada suavidad. En el recibidor ardía una vela de sebo.

El viejo Mijaílo dormía sobre un arca; Prokofi, un lacayo tan fuerte que podía levantar un carruaje por su parte trasera, estaba trenzando unos *lapti*[2]. Echó una mirada indiferente y somnolienta a la puerta que se acababa de abrir, y su expresión se transformó al instante en entusiasmo y espanto.

—¡Madre santa! ¡El joven conde! —gritó al reconocer a su joven señor—. ¿Cómo es posible? ¡Querido mío! —Y Prokofi, temblando de la emoción, se precipitó hacia la puerta que daba al salón seguramente para anunciar su llegada, pero por lo visto cambió de idea, volvió y se echó al hombro del joven señor.

—¿Están todos bien? —le preguntó Rostov apartando el brazo.

—¡Todos bien, gracias a Dios! ¡A Dios gracias! Acaban de cenar ahora mismo. ¡Deje que lo mire, excelencia!

—Entonces ¿todo va bien?

—¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

Rostov, habiéndose olvidado completamente de Denísov y no deseando que nadie lo anunciara, se quitó el abrigo de pieles y corrió de puntillas hacia la gran sala, que estaba a oscuras. Todo seguía igual: las mismas mesas de juego, la misma araña cubierta con una funda; pero alguien vio al joven señor, y no había tenido tiempo este de llegar hasta el salón cuando algo semejante a un huracán salió impetuosamente por una puerta lateral, lo abrazó y empezó a darle besos. Una persona más y después otra aparecieron por una segunda y tercera puerta; más abrazos, más besos, más gritos y lágrimas de alegría. Rostov era incapaz de distinguir cuál de ellas era su padre, Natasha o Petia. Todos gritaban, hablaban y le besaban a la vez. La única que faltaba era su madre, de eso se dio cuenta.

—Y ¡yo sin saberlo… Nikólushka… querido mío!

—Aquí lo tenemos… Querido Kolia… ¡cómo ha cambiado! ¡Dónde están las velas! ¡El té!

—Pero ¡dame un beso!

—Y a mí, tesoro…

Sonia, Natasha, Petia, Anna Mijáilovna, Vera y el viejo conde lo abrazaban; los sirvientes y las doncellas, que llenaban la estancia, lanzaban exclamaciones y ayes.

Petia se aferró a sus piernas:

—¡Y a mí también! —gritaba.

Natasha, tirando de él, le cubrió la cara de besos, dio un salto atrás y, agarrándolo por el faldón de su guerrera de húsar, se puso a brincar como una cabra sobre un mismo punto y a chillar con estridencia.

Por todas partes se veían brillantes lágrimas de alegría, ojos amorosos, por todas partes había labios con ansias de besos.

Sonia, roja como el carmín, también lo sujetaba del brazo y resplandecía en una mirada de dicha que buscaba los ojos de él. Ya había cumplido dieciséis años y estaba muy guapa, sobre todo en aquel momento de feliz animación y entusiasmo. Lo miraba sin bajar la mirada, sonriendo y conteniendo la respiración. Él la miró con gratitud, pero seguía aguardando y buscando a alguien: la vieja condesa aún no había salido. Y por fin se oyeron unos pasos en la puerta. Eran tan rápidos que no podían ser los de su madre.

Sin embargo, era ella: apareció en un vestido nuevo que él no conocía y que le habían confeccionado en su ausencia. Todos se apartaron y Rostov corrió hacia ella. Cuando se fundieron en un abrazo, ella cayó sobre su pecho sollozando. No podía levantar la cabeza y la apretaba contra los fríos cordones de la guerrera. Denísov aguardaba de pie frotándose los ojos: nadie había reparado en él cuando entró en el salón.

—Soy Vasili Denísov, amigo de su hijo —dijo presentándose al conde, que le había mirado con curiosidad.

—Sea bienvenido. Le conozco, le conozco —dijo el conde besando y abrazando a Denísov—. Nikólushka nos escribió… ¡Natasha, Vera, este es Denísov!

Los mismos rostros dichosos y arrobados se dirigieron hacia la peluda y morena figura de Denísov y lo rodearon.

—¡Querido Denísov! —chilló Natasha, que, fuera de sí por la emoción, saltó hacia él, lo abrazó y le besó. Todos se turbaron ante este proceder. También Denísov enrojeció, pero, sonriendo, la cogió de la mano y se la besó.

Condujeron a Denísov a la habitación que le habían preparado, y los Rostov se reunieron en la sala de los divanes con Nikólushka.

La vieja condesa, sin soltarle la mano, que no dejaba de besar, estaba sentada a su lado; los demás, agolpados a su alrededor, pendientes de cada uno de sus gestos, palabras y miradas, no apartaban de él los ojos, llenos de un intenso amor. El hermano y las hermanas discutían y se quitaban el sitio a su lado, se peleaban por traerle el té, un pañuelo o la pipa.

Rostov se sentía muy feliz por todo aquel amor, pero el primer minuto de su encuentro había sido tan dichoso que la alegría de ahora le parecía poca cosa, y esperaba algo más y más intenso.

Los viajeros durmieron hasta pasadas las nueve de la mañana siguiente.

En la habitación que daba al dormitorio estaban tirados por el suelo sables, carteras, bolsitas de húsar, maletas abiertas y botas sucias. Había dos pares de ellas limpias y con espuelas, que alguien acababa de colocar junto a la pared. Los sirvientes traían jofainas, agua caliente para afeitarse y ropa limpia. Olía a tabaco y a hombre.

—¡Eh, *Gg'ishka*, la pipa! —gritó Vaska Denísov con la voz ronca—. ¡*G'ostov*, levanta!

Rostov, frotándose los ojos cerrados, levantó la cabeza despeinada de la almohada caliente.

—Qué pasa, ¿es tarde?

—Sí, más de las nueve —respondió la voz de Natasha, y en la habitación contigua se oyó el frufrú de vestidos almidonados, el cuchicheo y la risa de las muchachas, y por la puerta ligeramente abierta refulgía algo azul celeste, cintas, cabellos negros y rostros alegres. Eran Natasha y Sonia, que, junto con Petia, habían ido a ver si se habían levantado.

—¡Nikólenka, levántate! —se oyó de nuevo la voz de Natasha junto a la puerta.

—¡Voy!

En ese momento Petia vio los sables y, al recogerlos, sintió el entusiasmo que experimenta un niño al ver a su hermano llegado de la guerra, y, olvidando lo indecoroso que resultaba que sus hermanas vieran a dos hombres sin vestir, abrió la puerta.

—¿Es este tu sable? —gritó. Las muchachas se echaron hacia atrás de un brinco. Denísov, con la mirada espantada, se tapó sus piernas velludas con la manta y volvió la mirada hacia su amigo en busca de auxilio.

La puerta dejó pasar a Petia y se volvió a cerrar. Detrás de ella se oyó una risa.

—Nikólenka, sal en batín —se oyó la voz de Natasha.

—¿Es tu sable? —preguntó Petia—. ¿O es de usted? —se dirigió con obsequioso respeto al bigotudo y moreno Denísov.

Rostov se calzó a toda prisa, se puso el batín y salió. Natasha se había puesto una bota con espuela y estaba metiendo el pie en la otra. Sonia giraba sobre sí misma y se disponía a inflar su vestido y sentarse cuando él salió. Ambas llevaban vestidos nuevos, azul celeste, y estaban lozanas, sonrosadas y alegres. Sonia salió corriendo y Natasha, cogiendo a su hermano del brazo, lo condujo a la sala de los divanes y se pusieron a conversar. No dejaban de hacerse preguntas y de darse respuestas sobre miles de minucias que solo a ellos podían interesar. Natasha se reía con cada palabra que él decía y que ella también decía, no porque hubiera algo divertido, sino porque estaba contenta y se sentía incapaz de contener su alegría, que expresaba con aquella risa.

—¡Ah, qué bien, qué maravilla! —añadía a cada frase.

Rostov sintió que, bajo la influencia de los calurosos rayos de amor de Natasha, por primera vez en medio año tanto en su alma como en su rostro se dibujaba esa sonrisa infantil que no había tenido ni una vez desde que se marchara de casa.

—No, escúchame —dijo ella—: ¿ya eres todo un hombre? Estoy contentísima de que seas mi hermano. —Le tocó el bigote—. Me gustaría saber cómo sois los hombres. ¿Sois como nosotras?

—No. ¿Por qué ha salido corriendo Sonia? —preguntó Rostov.

—¡Ay, es toda una historia! ¿Cómo hablarás con ella a partir de ahora, de tú o de usted?

—Como salga —dijo Rostov.

—Háblale de usted, por favor, después te explicaré por qué.

—¿Qué pasa?

—Bueno, te lo cuento ahora. Ya sabes que Sonia es mi amiga, es tan amiga mía que me quemaría una mano por ella. Mira esto. —Se remangó la manga de muselina y le mostró una marca roja que tenía en su largo, delgado y delicado bracito (debajo del hombro, mucho más arriba del codo, en esa zona que suele quedar tapada con un vestido de baile)—. Me quemé yo misma para demostrarle mi amor. Calenté una regla en el fuego y me la puse aquí.

Sentado en el diván de su antiguo cuarto de estudio, rodeado de cojincitos y mirando los ojos extraordinariamente animados de Natasha, Rostov volvió a introducirse en ese mundo familiar e infantil que solo tenía sentido para él y que le procuraba uno de los mayores placeres de su vida; ni siquiera aquella

quemadura con la regla como muestra de amor le parecía absurda: la comprendía y no le sorprendía.

—Bueno, ¿y qué? ¿Eso es todo? —preguntó él.

—¡Ah, somos tan amigas, pero tanto! Todo eso de la regla es una tontería, pero siempre seremos amigas. Cuando ella quiere a alguien, es para toda la vida: esto es algo que no entiendo, porque yo lo olvido al momento.

—Bueno, ¿y?

—Pues que así nos quiere a mí y a ti. —Natasha se sonrojó de pronto—. Recuerdas que antes de marcharte… Pues dice que lo olvides todo… Me ha dicho: «Lo amaré siempre, pero que sea libre». ¡En verdad es algo maravilloso y noble! ¿No? ¿No? Es muy noble, ¿no? —preguntó Natasha, tan seria y emocionada que se notaba que lo que estaba diciendo en ese momento ya lo había dicho antes entre lágrimas. Rostov se quedó pensativo.

—No retiro mi palabra en absoluto —repuso—. Además, Sonia es tan encantadora que ¿qué imbécil va a renunciar a esa felicidad?

—¡No, no! —gritó Natasha—. Ya sabíamos que contestarías algo así. Pero no puede ser, porque, entiéndelo, si dices eso, si te sientes obligado por haber dado tu palabra, será como si ella lo hubiera dicho adrede. Y entonces resultará que te casas con ella a la fuerza, y eso no estaría nada bien.

Rostov vio que ellas ya lo habían pensado bien todo. El día anterior Sonia le había asombrado por su belleza. Y ese día, al verla fugazmente, le había parecido aún más guapa. Era una muchacha encantadora de dieciséis años, que resultaba evidente que lo amaba con pasión (de eso no dudaba ni un instante). Rostov pensaba que por qué no la iba a amar e incluso a casarse con ella, pero no ahora… ¡ahora se abrían ante él tantos otros placeres y ocupaciones! «Sí, lo han pensado muy bien —pensó—, debo conservar mi libertad.»

—Pues muy bien —dijo él—; luego hablaremos de eso. ¡Ah, qué contento estoy de verte! —añadió—. Y ¿qué? ¿No habrás traicionado a Borís? —le preguntó.

—¡Qué disparate! —chilló Natasha riendo—. No pienso en él ni en nadie, y no quiero saber nada de nadie.

—¡Vaya! Entonces ¿qué quieres?

—¿Yo? —preguntó Natasha, y una sonrisa dichosa iluminó su rostro—. ¿Has visto a Duport?

—No.

—¿No has visto al famoso bailarín Duport? Entonces no lo vas a entender. Pues eso es lo que quiero. —Natasha se cogió la falda doblando los brazos

como cuando uno baila, se alejó varios pasos corriendo, se dio la vuelta, hizo un *entrechat*[3], chocó un piececito contra el otro y, apoyada en la punta de los dedos, dio varios pasos—. Mira, ¡me aguanto! ¡Mira! —decía, pero fue incapaz de seguir de puntillas—. Pues ¡esto es lo que quiero! No me voy a casar con nadie nunca: seré bailarina. Pero no se lo digas a nadie.

Rostov soltó una carcajada tan fuerte y alegre que Denísov sintió celos desde el dormitorio; Natasha, sin poder contenerse, rió con él.

—No, pero ¿lo hago bien? —no dejaba de repetir ella.

—Sí. Entonces ¿ya no quieres casarte con Borís?

Natasha se sonrojó.

—No me quiero casar con nadie. Le diré esto mismo cuando lo vea.

—¡Vaya! —dijo Rostov.

—Pero eso no son más que bobadas —continuó parloteando Natasha—. Y ¿qué? ¿Es Denísov un buen muchacho?

—Lo es.

—Bueno, adiós; vístete. Y ¿da miedo Denísov?

—¿Por qué va a dar miedo? —preguntó *Nicolas*—. En absoluto, Vaska es un muchacho excelente.

—¿Lo llamas Vaska?… Qué raro. Entonces ¿es muy bueno?

—Mucho.

—Bueno, ven rápido a tomar el té. Estaremos todos.

Y Natasha se puso de puntillas y se deslizó por la habitación como una bailarina, pero sonriendo como solo sonríen las muchachas felices de quince años. Cuando Rostov se encontró en el salón con Sonia, se sonrojó. No sabía cómo tratar con ella. En la víspera se habían besado en el primer instante de alegría del reencuentro, pero ahora ambos tenían la sensación de que no podían hacerlo; él sentía que todos, tanto su madre como sus hermanas, lo miraban interrogativamente y aguardaban a ver cómo se comportaba con ella. Rostov le besó la mano y la trató de «usted, Sonia». Pero sus ojos, al encontrarse, se hablaron de «tú» y se besaron con ternura. Ella le pidió perdón con la mirada por haberle recordado su promesa a través de Natasha, y le dio las gracias por su amor. Él le agradeció con la mirada que le hubiera ofrecido la libertad y le dijo que, de alguno u otro modo, nunca dejaría de amarla, porque era imposible no hacerlo.

—Sin embargo, qué extraño es que Sonia y Nikólenka ahora se traten de usted y se comporten como extraños —dijo Vera escogiendo un momento de silencio general.

La observación era justa, como todas las que hacía Vera; pero, como sucedía con gran parte de sus observaciones, todo el mundo se sintió incómodo: no solo Sonia, Nikolái y Natasha, sino también la vieja condesa —que temía el amor de su hijo por Sonia, ya que le podía privar de un brillante partido— enrojeció como una niña. Denísov, para sorpresa de Rostov, se presentó en el salón con un uniforme nuevo, perfumado y con el pelo untado de pomada, igual de petimetre que en las batallas, y se mostró de lo más galante con las damas y los caballeros, algo que su amigo jamás habría esperado ver.

II

Al regresar del ejército, Nikolái Rostov fue recibido por su familia como el mejor de los hijos, como un héroe, como su amado Nikólushka; por los parientes como un joven simpático, agradable y respetuoso; por los conocidos como un teniente de húsares, un diestro bailarín y como uno de los mejores partidos de Moscú.

Los Rostov conocían a todo Moscú; aquel año el viejo conde disponía de bastante dinero porque había rehipotecado todas sus propiedades y, por ello, Nikólushka pasaba el tiempo muy alegremente: se compró un trotón, llevaba los pantalones de montar a la última moda —nadie los tenía así en la ciudad aún—, botas también a la moda con la puntera afiladísima y pequeñas espuelas de plata. En su regreso a casa tras aquel lapso de tiempo, Rostov tenía la agradable sensación de haber vuelto a sus antiguas condiciones de vida. Le parecía que había madurado y crecido mucho. Recordaba como chiquilladas, que ahora se le antojaban algo increíblemente lejano, su desesperación por no superar el examen de religión, el dinero que le había pedido a Gavrilo para ir en coche de punto y los besos que se había dado a escondidas con Sonia. Ahora era un teniente de húsares con una guerrera bordada de plata y una cruz de San Jorge que prepara su trotón para las carreras junto a otros aficionados célebres, respetables y de edad madura; conocía a una dama del bulevar a la que visitaba de noche; dirigía la mazurca en el baile de los Arjárov; hablaba de la guerra con el mariscal de campo Kamenski; frecuentaba el Club Inglés, y se tuteaba con un coronel de cuarenta años que Denísov le había presentado.

En Moscú su pasión por el zar se había enfriado un poco porque durante aquel tiempo no lo había vuelto a ver. Sin embargo, a menudo hablaba de él y

del amor que le profesaba, dando a entender que no lo contaba todo, que había algo más en ese sentimiento que no todos podían comprender; compartía de todo corazón el sentimiento general de adoración que en aquel entonces despertaba el emperador Alejandro Pávlovich, al que en Moscú llamaban «el ángel encarnado».

Durante aquella breve estancia en Moscú antes de volver a incorporarse al ejército, Rostov no se acercó a Sonia, sino que se alejó de ella. Aunque era muy atractiva, agradable y estaba claramente enamorada de él, Nikolái estaba en esa época de la juventud en que a uno le parece que tiene tantos asuntos que atender que *no tiene tiempo* de ocuparse de eso y, además, tiene miedo de atarse: valora su libertad y la necesita para muchas otras cosas. En su nueva estancia en Moscú, al pensar en Sonia se decía: «Ah… Hay y habrá en algún lugar muchísimas más como ella que no conozco. Ya tendré tiempo de ocuparme del amor cuando me apetezca, ahora no tengo tiempo». Además, le parecía humillante para su hombría estar en compañía femenina: asistía a los bailes y se rodeaba de mujeres fingiendo hacerlo contra su voluntad. Las carreras, el club, las juergas con Denísov y las visitas a *ese lugar* eran otra cosa: aquello sí era digno de un gallardo húsar.

A principios de marzo el viejo conde Iliá Andreich Rostov estaba muy atareado organizando una comida de bienvenida en el club inglés para el príncipe Bagratión.

El conde se paseaba por la sala en batín dando órdenes al gerente del club y al célebre Feoktist, viejo cocinero del Club Inglés, sobre espárragos, pepinos frescos, fresas, carne de ternero y pescado para la comida del príncipe Bagratión. El conde era miembro y directivo del club desde el día de su fundación. Si le habían encargado a él organizar la fiesta en honor de Bagratión era porque pocas personas sabían organizar banquetes tan suntuosos como él y, sobre todo, porque pocas personas estaban dispuestas a poner dinero de su bolsillo si era necesario. El cocinero y el gerente del club escuchaban con expresión alegre las órdenes del conde, porque sabían cuánto se iban a lucrar con una comida que costaría varios miles de rublos.

—No te olvides de las vieiras, de las vieiras: ¡ponlas en la sopa de tortuga, ya lo sabes!

—Entonces ¿serán tres platos fríos?… —preguntó el cocinero.

El conde reflexionó.

—No pueden ser menos de tres… El de la mayonesa, uno —dijo doblando un dedo.

—Entonces ¿manda usted comprar esturiones grandes? —preguntó el gerente.

—Qué le vamos a hacer: cómpralos si no los quieren rebajar. ¡Santo cielo, me olvidaba! Hace falta otro entrante. ¡Ay, señor! —se agarró de la cabeza—. ¿Quién traerá las flores? ¡Mítenka! ¡Eh, Mítenka! Ve volando a las afueras de Moscú —se dirigió a su administrador, que acudía a su llamada—, ve volando a las afueras de Moscú y ordena al jardinero Maksimka que ponga a los siervos a trabajar. Dile que envíe envuelto en fieltro todo cuanto haya en los invernaderos. Para el viernes quiero aquí doscientas macetas.

Después de haber dado un buen número de instrucciones, se disponía a salir para descansar con la condesa, pero recordó algo; regresó, hizo llamar al cocinero y al gerente, y volvió a darles más instrucciones. En las puertas se oyó un suave paso masculino y el tintineo de unas espuelas: era el joven conde que entraba, guapo, sonrosado, con un bigotillo oscuro, con aspecto descansado y cuidado por su vida relajada de Moscú.

—¡Ah, amigo mío! La cabeza me da vueltas —dijo el viejo con una sonrisa, como si se avergonzara ante su hijo—. ¡Si pudieras ayudarme! Necesito más cantantes. Ya tengo la música, pero ¿llamo también a unos cíngaros? A los militares estas cosas os gustan.

—De verdad, papá, creo que el príncipe Bagratión estuvo menos ajetreado preparando la batalla de Schöngrabern que usted ahora —dijo el hijo sonriendo.

El viejo conde se fingió enojado.

—¡Di lo que quieras, pero prueba a hacerlo tú! —Y se volvió hacia el cocinero que, con expresión inteligente y respetuosa, observaba afablemente a padre e hijo—. Cómo es la juventud, ¿eh, Feoktist? —dijo—. Se ríen de nosotros, los viejos.

—En efecto, excelencia, a ellos lo único que les importa es comer bien, pero de los preparativos y del *servicio* ni se preocupan.

—¡Exacto, exacto! —gritó el conde, y, tras agarrar alegremente a su hijo por ambas manos, exclamó—: ¡Ahora te tengo! Así que coge ahora mismo un trineo de dos caballos, ve a casa de Bezújov y dile que el conde Iliá Andreich le pide fresas y piñas frescas. Solo él puede tener. Si no está, díselo a las princesas, y de allí vete a Razguliái (Ipatka, el cochero, sabe dónde es) y busca al cíngaro Iliushka, aquel que bailó en casa del conde Orlov en casaquín blanco, ¿te acuerdas? Tráelo aquí.

—¿Traigo también a las cíngaras? —preguntó Nikolái riendo.

—¡Venga, venga!…

En ese momento entró Anna Mijáilovna con su paso silencioso y ese aire diligente, preocupado pero lleno de mansedumbre cristiana que nunca la abandonaba. A pesar de que se encontraba al conde en batín todos los días, este cada vez se turbaba y se disculpaba por su atuendo. Y eso es lo que hizo.

—No pasa nada, querido conde —dijo ella cerrando mansamente los ojos —. Y ya iré yo a casa del conde —añadió—: el joven Bezújov está en la ciudad y en sus invernaderos encontraremos todo cuanto nos haga falta. De todos modos, tenía que verlo: me ha enviado una carta de Borís. Gracias a Dios, mi Boria ya está en el Estado Mayor.

El conde se alegró de que Anna Mijáilovna se hiciera cargo de una de sus tareas y mandó que enganchasen para ella un carruaje pequeño.

—Dígale a Bezújov que venga. Incluiré su nombre en la lista. ¿Está con su mujer?

Anna Mijáilovna puso los ojos en blanco y en su rostro se dibujó una profunda aflicción…

—Ah, amigo mío, es tan desgraciado… —dijo ella—. Si es verdad lo que hemos oído, es terrible. ¡Cómo íbamos a pensar eso cuando tanto nos alegrábamos por su felicidad! ¡Este joven Bezújov tiene un espíritu tan elevado y sublime! Sí, lo compadezco de todo corazón e intentaré darle el consuelo que pueda procurarle.

—Pero ¿qué pasa? —preguntaron los dos Rostov, tanto el viejo como el joven.

Anna Mijáilovna lanzó un profundo suspiro.

—Dicen que Dólojov, el hijo de Maria Ivánovna —susurró en tono confidente—, la ha comprometido por completo. Bezújov le prestó ayuda, lo invitó a su casa de San Petersburgo, y el otro va y… Ella ha venido a Moscú, y ese golfo tras ella —dijo Anna Mijáilovna con el deseo de expresar su lástima por Pierre, aunque mostrando con sus entonaciones involuntarias y su media sonrisa cierta simpatía por aquel golfo, que era como llamaba a Dólojov—. Dicen que Pierre está roto de dolor.

—Bueno, de todos modos, dígale que venga al club: así se distraerá. Será un banquete fantástico.

Al día siguiente, el 3 de marzo, pasada la una de la tarde, doscientos cincuenta miembros del Club Inglés y cincuenta invitados esperaban para comer al príncipe Bagratión, huésped estimado y héroe de la campaña austríaca. En un primer momento las noticias sobre la batalla de Austerlitz habían dejado a Moscú estupefacto. En aquel entonces los rusos estaban tan acostumbrados a las victorias que, al conocer la derrota, algunos simplemente

no se lo pudieron creer y otros buscaron una explicación a tan extraño suceso en alguna razón extraordinaria. Cuando en el mes de diciembre empezaron a llegar las noticias, en el Club Inglés —donde se reunía lo más ilustre de la sociedad, los hombres que disponían de informaciones fiables y que tenían peso— nadie hablaba de la guerra ni de la última batalla, como si todos se hubieran puesto de acuerdo en guardar silencio sobre el asunto. Quienes dirigían las conversaciones, como por ejemplo el conde Rastopchín, el príncipe Yuri Vladímirovich Dolgoruki, Valúiev, el conde Markov y el príncipe Vziáiemski, dejaron de asistir al club y solo se reunían en sus casas, en círculos íntimos; por ello, los moscovitas que hablaban según las palabras de otros (entre los que se contaba Iliá Andreich Rostov) durante un tiempo se quedaron sin una opinión concreta sobre la guerra y sin guías. Los moscovitas tenían la sensación de que algo no iba bien y, como hablar de las malas noticias era complejo, decidieron que lo mejor era guardar silencio. Pero al cabo de un tiempo, de igual modo que el jurado sale de la sala de deliberaciones, los personajes influyentes volvieron a aparecer por el club y empezaron a expresarse de forma clara y precisa. Entonces se encontraron las causas de aquel suceso increíble, inaudito e imposible de la derrota rusa, todo quedó claro y en todos los rincones de Moscú empezaron a repetir lo mismo. Las causas eran las siguientes: la traición de los austríacos, el mal abastecimiento de las tropas, la traición del polaco Przebyszewski y del francés Langeron, la incapacidad de Kutúzov y la juventud e inexperiencia del zar (esto lo decían a media voz), que había creído en personas malas e inútiles. Pero las tropas, las tropas rusas —decían todos— habían sido extraordinarias y habían dado muestras de una milagrosa audacia. Los soldados, los oficiales y los generales eran héroes. Y el héroe entre los héroes era el príncipe Bagratión, que se había hecho célebre por la batalla de Schöngrabern y por la retirada de Austerlitz, en la que él solo había hecho avanzar a su columna en perfecto orden y durante un día entero había rechazado a un enemigo dos veces más poderoso. Contribuía a que en Moscú lo erigieran como héroe el hecho de que Bagratión no tenía relaciones en la ciudad y era un extraño. En él se rendía homenaje al soldado ruso sencillo, sin relaciones, sin intrigas, al guerrero al que aún se asociaba al recuerdo de la campaña de Italia y con el nombre de Suvórov. Además, al rendirle tales honores era como mejor mostraban su antipatía por Kutúzov y su descontento con él.

—Si no existiera Bagratión *il faudrait l'inventer*[4] —decía el bromista Shinshin parodiando las palabras de Voltaire.

Nadie hablaba de Kutúzov, y algunos lo criticaban en un susurro llamándolo «veleta de la corte» y «viejo sátiro».

Las palabras del príncipe Dolgorúkov eran repetidas por todo Moscú: «Al esculpir uno acaba por mancharse de barro», y así se consolaban de la derrota recordando las victorias del pasado. También se repetían las palabras de Rastopchín: a los soldados franceses hay que incitarlos a combatir con frases altisonantes; a los alemanes, con razonamientos lógicos —es más peligroso huir que avanzar—; pero a los soldados rusos hay que pedirles contención y moderación. Por todas partes se oían nuevas historias de casos concretos del coraje de nuestros soldados y oficiales en la batalla de Austerlitz: uno había salvado la bandera, otro había matado a cinco franceses, un tercero había cargado él solo cinco cañones… También hablaban de Berg los que no lo conocían y decían de él que, al tener la mano derecha herida, había cogido la espada con la izquierda y había seguido avanzando. De Bolkonski nadie decía nada: solo los que lo conocían más íntimamente se compadecían de que hubiera muerto tan joven dejando a su mujer embarazada en casa de su excéntrico padre.

III

El 3 de marzo en todas las salas del Club Inglés se oía un rumor de conversaciones, y los miembros e invitados, como abejorros revoloteando en primavera, iban y venían, se detenían un momento, se sentaban, se juntaban y se separaban, de uniforme o frac, y alguno que otro con la cabeza empolvada y en caftán. Los lacayos de librea, empolvados, con medias y botines, aguardaban en cada una de las puertas atentos a cualquier movimiento de los presentes para ofrecerles sus servicios. La mayoría eran respetables ancianos de rostro ancho y presuntuoso, dedos gordos, y gestos y voz firme. Esta categoría de invitados y miembros estaban sentados en sus lugares de siempre y se juntaban en sus círculos de siempre. Una pequeña parte de la concurrencia estaba compuesta por invitados casuales, principalmente jóvenes, entre ellos Denísov, Rostov y Dólojov, que volvía a ser oficial del regimiento Semiónovski. En los rostros de los jóvenes, sobre todo de los militares, se dibujaba ese sentimiento de respeto desdeñoso por los ancianos que parece decirle a la vieja generación: «Estamos dispuestos a respetarlos y honorarlos, pero recuerden que el futuro nos pertenece a nosotros».

Nesvitski también estaba allí, como antiguo miembro del club. Pierre, que por orden de su mujer se había dejado crecer el pelo, quitado las gafas e iba vestido a la moda, pero con un aspecto triste y abatido, se paseaba por las salas. Allí, como en todas partes, lo rodeaban personas que se inclinaban ante su riqueza, y él se dirigía a ellas con despistado desdén, acostumbrado a mandar sobre ellas.

Por edad debía estar con los jóvenes pero, por riqueza y relaciones, pertenecía al círculo de los invitados viejos y venerables, por lo que pasaba de un círculo a otro. Los ancianos más importantes constituían el centro de los círculos, a los que se acercaban incluso los desconocidos para escuchar a personas tan célebres. Los círculos más grandes se formaban alrededor del conde Rastopchín, Valúiev y Naryshkin. Rastopchín contaba cómo los rusos habían sido arrollados por los austríacos que corrían en desbandada y que, a fuerza de bayoneta, habían tenido que abrirse paso entre los fugitivos.

Valúiev contaba de modo confidencial que Uvárov había sido enviado desde San Petersburgo para conocer la opinión de los moscovitas sobre Austerlitz.

En el tercer círculo Naryshkin hablaba sobre la reunión del comité de guerra austríaco, en el que Suvórov había gritado como un gallo en respuesta a la estupidez de los generales austríacos. Shinshin, que estaba en ese círculo, quiso bromear diciendo que por lo visto Kutúzov no había podido aprender ni siquiera aquel sencillo arte —gritar como un gallo— de Suvórov; pero los ancianos miraron al bromista dándole a entender que allí y en un día como ese hablar de Kutúzov era de lo más indecoroso.

El conde Iliá Andreich Rostov iba y venía con aire preocupado y presuroso, con paso de ambladura y en unas suaves botas, del comedor al salón, saludando apresuradamente y de idéntica manera tanto a las personas importantes como a las que no lo eran —las conocía a todas—; de vez en cuando buscaba con la mirada a su esbelto y gallardo hijo, la detenía en él y le guiñaba un ojo. El joven Rostov estaba junto a la ventana con Dólojov, al que había conocido recientemente y cuya amistad apreciaba. El viejo conde se acercó a ellos y le tendió una mano a Dólojov.

—Haz el favor de venir a visitarnos, ya conoces a mi valiente hijo… ¡Ambos habéis demostrado heroísmo, los dos…! ¡Ah! ¡Vasili Ignátych! Hola, viejo —Se volvió hacia un anciano que pasaba por delante de él, pero no había tenido tiempo de acabar de saludarle cuando todo se puso en movimiento y un lacayo que llegó corriendo con la cara asustada anunció:

—¡Ha llegado!

Se oyeron las campanillas; los directivos avanzaron hacia la puerta; los invitados, dispersos por las distintas estancias, se apiñaron igual que el centeno sacudido con una pala, y se detuvieron en el gran salón cerca de la entrada.

En las puertas de la antesala apareció Bagratión, sin sombrero ni espada porque, siguiendo las costumbres del club, se los había dejado al conserje. No llevaba casquete de astracán ni fusta en bandolera, tal y como lo había visto Rostov en la víspera de la batalla de Austerlitz, sino un uniforme estrecho y nuevo con condecoraciones rusas y extranjeras y una estrella de San Jorge en la parte izquierda del pecho. Saltaba a la vista que justo antes de ir a la comida se había cortado el pelo y las patillas, algo que no quedaba nada bien con su fisonomía. En su rostro había algo pueril y festivo que, unido a sus rasgos duros y masculinos, le daba una expresión más bien cómica. Bekleshov y Fiódor Petróvich Uvárov, que habían llegado con Bagratión, se detuvieron en las puertas para que este, como invitado principal que era, pasara primero. Bagratión se turbó porque no quería aceptar esta cortesía, se detuvo un momento en el umbral y, finalmente, avanzó solo. Anduvo por el parqué del recibidor sin saber qué hacer con las manos, con timidez y torpeza: le resultaba más familiar y sencillo avanzar bajo las balas por un campo arado, como había hecho frente al regimiento de Kursk en Schöngrabern. Los directivos lo recibieron en la puerta izquierda, le dijeron algunas palabras sobre lo contentos que estaban de ver a un invitado tan estimado y, sin esperar su respuesta, como apoderándose de él, lo rodearon y lo condujeron al salón. Era imposible pasar por las puertas porque los miembros e invitados del club se habían apiñado, empujándose entre sí, intentando ver a Bagratión entre las espaldas de los demás, como si de una fiera exótica se tratara. El conde Iliá Andreich, el más enérgico de todos, riendo, diciendo: «Paso, *mon cher*, paso, paso» y empujando a la multitud, logró conducir a los huéspedes hasta el salón y los invitó a sentarse en el diván del centro. Los personajes de más fuste, miembros honorables del club, rodearon de nuevo a los recién llegados. El conde Iliá Andreich, abriéndose paso otra vez entre la multitud, salió del salón y apareció al cabo de un minuto con otro directivo con un gran plato de plata que ofreció al príncipe Bagratión. En el plato había unos versos compuestos e impresos en honor al héroe. Bagratión, al ver aquel plato, miró a su alrededor con espanto, como en busca de auxilio. Pero en todas las miradas encontró la exigencia de que se sometiera. Sintiéndose en manos de los demás, Bagratión cogió decidido el plato con ambas manos, y, con enojo y expresión de reproche, miró al conde, que se lo había acercado. Alguien se lo

quitó servicialmente de las manos (parecía tener la intención de sujetarlo así hasta la noche y de llevarlo a la mesa) y le hizo fijarse en los versos. «Bueno, los leeré», pareció decir, y, dirigiendo una mirada cansada al papel, empezó a leerlos con gesto concentrado y serio. Pero el autor de los versos los cogió y se puso a leerlos. El príncipe Bagratión inclinó la cabeza y escuchó.

Glorifica el siglo de Alejandro
y protege en el trono a nuestro Tito.
Sé caudillo temible y hombre bueno a la vez,
Rifeo en la patria y César en el campo de batalla.
Y el feliz Napoleón,
ahora que sabe por experiencia cómo es Bagratión,
ya no osará importunar a los Alcides rusos…[5]

Pero aún no había terminado de leer los versos cuando un mayordomo anunció con voz sonora:

—¡La comida está servida!

La puerta se abrió, en el comedor empezó a sonar la polonesa *¡Que retumbe el trueno de la victoria, que el ruso valeroso se alegre!* y el conde Iliá Andreich, después de mirar contrariado al autor de los versos, que los seguía leyendo, le hizo una reverencia a Bagratión. Todo el mundo se levantó: creían que la comida era más importante que la poesía, y Bagratión se encaminó hacia la mesa, de nuevo delante de todos. Lo sentaron en el lugar de honor, entre los dos Alejandros —Vekleshov y Naryshkin—, algo que también tenía que ver con el nombre del zar; los trescientos hombres que allí había se distribuyeron por el comedor de acuerdo con su rango e importancia: los más importantes, cerca del invitado de honor, algo tan natural como que el agua llega más al fondo cuanto más profundo es un lugar.

Justo antes de la comida el conde Iliá Andreich presentó su hijo al príncipe. Bagratión, al reconocerlo, pronunció algunas palabras desmañadas y torpes, como todas las palabras que dijo ese día. El conde Iliá Andreich miraba a todo el mundo con alegría y orgullo mientras Bagratión hablaba con su hijo.

Nikolái Rostov, Denísov y su nuevo amigo Dólojov estaban sentados juntos casi en el centro de la mesa. Enfrente estaba Pierre, al lado del príncipe Nesvitski. El conde Iliá Andreich estaba sentado delante de Bagratión con otros directivos del club y, encarnando la hospitalidad moscovita, agasajaba al príncipe.

Sus esfuerzos no habían sido en vano. Sus platos, tanto los de ayuno como los de carne[6], eran suntuosos, pero hasta el final del banquete no logró

relajarse por completo. Le guiñaba un ojo al camarero, daba órdenes a los lacayos golpeando el suelo con un pie, y, no sin nerviosismo, esperaba cada plato, que él ya sabía cuál iba a ser. Todo era espléndido. En el segundo plato —un gigantesco esturión que, al verlo, hizo enrojecer a Iliá Andreich de gozo y timidez—, los camareros ya empezaron a descorchar las botellas y a servir el champán. Después del pescado, que causó una considerable impresión, el conde Iliá Andreich intercambió una mirada con los otros directivos.

—Va a haber muchos brindis, ¡es hora de empezar! —susurró, y, cogiendo una copa, se puso de pie. Todo el mundo dejó de hablar y aguardó sus palabras—. ¡A la salud de su majestad el emperador! —exclamó, y en ese instante sus ojos bonachones se humedecieron con lágrimas de alegría y entusiasmo.

En ese momento empezó a sonar de nuevo *Que retumbe el trueno de la victoria*. Todos se levantaron y gritaron: «¡Hurra!». Bagratión también gritó, con el mismo tono con el que lo había hecho en el campo de Schöngrabern. La voz entusiasta del joven Rostov resonó entre las otras trescientas: a punto estuvo de romper a llorar.

—¡A la salud de su majestad el emperador! —gritaba—. ¡Hurra!

Tras beberse la copa de un trago, la lanzó al suelo. Muchos siguieron su ejemplo. Y los fuertes gritos se prolongaron un largo rato. Cuando las voces se apaciguaron, los lacayos recogieron los vasos rotos y todo el mundo empezó a tomar asiento y a conversar sonriendo por los gritos que habían dado. El conde Iliá Andreich se volvió a poner de pie, echó una ojeada a un papelito que tenía junto al plato y pronunció un brindis a la salud del héroe de la última campaña, el príncipe Piotr Ivánovich Bagratión, y de nuevo sus ojos zarcos se humedecieron por las lágrimas. «¡Hurra!», volvieron a gritar los trescientos comensales y, en vez de música, se oyó a un coro entonando una cantata de Pável Ivánovich Kutúzov[7].

No hay obstáculos para los rusos,
la valentía es garantía de triunfo,
contamos entre nosotros con Bagrationes,
el enemigo caerá a nuestros pies…
etcétera.

En cuanto acabaron los cantos, se sucedieron los brindis: el conde Iliá Andreich estaba cada vez más emocionado, más y más vasos se lanzaban, y más gritos se oían. Todos brindaron por la salud de Bekleshov, Naryshkin, Uvárov, Dolgorúkov, Apraksin y Valúiev, a la salud de los directivos, del administrador y de todos los miembros del club y, finalmente, brindaron

separadamente a la salud el conde Iliá Andreich, organizador de la comida. Este sacó un pañuelo y, tapándose el rostro, se deshizo en un mar de lágrimas.

IV

Pierre estaba sentado enfrente de Dólojov y de Nikolái Rostov. Como siempre, comía mucho y con avidez, y bebía en cantidad. Pero quienes lo conocían íntimamente veían que aquel día se había producido un gran cambio en él. Estuvo callado toda la comida y, con los ojos entornados y el ceño fruncido, miraba a su alrededor o fijaba la vista en un punto, totalmente distraído, mientras se frotaba con un dedo el puente de la nariz. Tenía el rostro abatido y sombrío. Parecía no ver ni oír nada de lo que sucedía a su alrededor y pensar solo en algo doloroso e irresoluble para él.

Este problema irresoluble que lo atormentaba eran las insinuaciones que la princesa le había hecho en Moscú sobre la proximidad entre Dólojov y su mujer, así como una carta anónima que había recibido por la mañana en la que le decían, con esa vil jocosidad de todas las cartas anónimas, que no veía a través de las gafas lo que tenía delante, y que la relación entre su mujer y Dólojov solo era un secreto para él. Pierre no creyó en absoluto las insinuaciones de la princesa ni tampoco lo que decía la carta, pero ahora le espantaba mirar a Dólojov, al que tenía sentado enfrente. Cada vez que su mirada se cruzaba casualmente con los ojos bellos e impertinentes de Dólojov, Pierre sentía que algo terrible y monstruoso se removía en su alma, y rápidamente volvía la vista. Al recordar sin querer el pasado de *su mujer* y su relación con Dólojov, veía claramente que lo que le decían en la carta podría ser cierto —o, por lo menos, podría parecerlo— si no se tratara de su mujer. Recordaba sin querer cómo Dólojov, habiendo recuperado su antigua posición tras la campaña, al regresar a San Petersburgo había ido a visitarlo. Sacando provecho de que habían sido antes compañeros de juerga, Dólojov se había dirigido directamente a su casa, donde Pierre lo hospedó y le prestó dinero. Recordaba cómo Hélène, con una sonrisa, había expresado su descontento por que Dólojov viviera con ellos, cómo este había elogiado con cinismo la belleza de su mujer, y cómo desde entonces hasta su viaje a Moscú el joven no se había separado ni un minuto de su lado.

«Sí, es muy guapo —pensaba Pierre—, y lo conozco: para él sería un verdadero placer deshonrar mi nombre y reírse de mí justamente porque he intercedido en su favor, lo he acogido y lo he ayudado. Conozco y comprendo

el placer que esto añadiría a su engaño, si fuera cierto. Sí, si fuera cierto, pero no me lo creo, no tengo derecho a hacerlo y no me lo creo.» Recordó la expresión que adoptaba el rostro de Dólojov en sus arranques de brutalidad, como cuando ató al jefe de distrito al oso y lo lanzó al agua, cuando, sin motivo alguno, retó a batirse en duelo a un hombre, o cuando mató de un disparo al caballo de un cochero. A menudo veía esa expresión dibujada en su rostro cuando lo miraba. «Sí, es un duelista empedernido —pensaba—: para él matar a alguien no significa nada, debe de creer que todo el mundo le teme y eso le causa placer. Y la verdad, yo le tengo miedo.» Y, de nuevo, algo terrible y monstruoso se revolvía en su alma al pensarlo. Dólojov, Denísov y Rostov estaban sentados delante de Pierre y parecían muy alegres. Rostov charlaba alegremente con sus dos amigos, de los cuales uno era un intrépido húsar, y otro un célebre duelista y juerguista; de vez en cuando echaba una mirada burlona a Pierre, que a lo largo de la comida dejó a todos asombrados por estar absorto y distraído, y por su corpulenta figura. Rostov miraba a Pierre con hostilidad; en primer lugar, porque a sus ojos de húsar él era un ricachón civil, el marido de una belleza; en una palabra: no era un hombre de verdad. En segundo lugar, porque Pierre, absorto y distraído como estaba, no le había reconocido ni devuelto el saludo. Cuando todos se pusieron de pie para brindar a la salud del emperador, Pierre, sumido en sus pensamientos, no se levantó ni cogió la copa.

—Pero ¿qué hace? —le gritó Rostov, mirándole con ojos exaltados y enfurecidos—. ¿Acaso no ha oído que brindamos a la salud de su majestad el emperador?

Pierre suspiró, se levantó sumisamente, se bebió la copa y, tras esperar a que todos se sentaran, se dirigió a Rostov con su sonrisa bondadosa:

—¡No lo había reconocido! —le dijo. Pero Rostov no le prestó atención y gritó: «¡Hurra!».

—Y ¿por qué no reanudas vuestra amistad? —le dijo Dólojov a Rostov.

—Al diablo con él, es un imbécil —respondió Rostov.

—Pues a los maridos de las mujeres atractivas hay que agasajarlos —apuntó Denísov.

Pierre no oía lo que decían, pero sabía que estaban hablando de él. Se sonrojó y miró hacia otro lado.

—Bueno, y ahora a la salud de las mujeres atractivas —dijo Dólojov y, con expresión seria aunque con una sonrisa en los labios, se dirigió a Pierre con una copa en la mano—. Petrusha[8], a la salud de las mujeres y de sus amantes —añadió.

Pierre, con la mirada gacha, bebió de su copa sin mirar a Dólojov y sin contestarle. El lacayo que repartía la cantata de Kutúzov dejó una copia al lado de Pierre, por ser el invitado más honorable. Cuando este se disponía a coger el papel, Dólojov se inclinó hacia delante, se lo arrancó de las manos y empezó a leerlo. Pierre le miró con las pupilas encogidas: algo terrible y monstruoso que le había revuelto durante toda la comida se alzó de pronto en su interior y se apoderó de él. Se inclinó con todo su grueso cuerpo por encima de la mesa.

—¡No se atreva a cogerlo! —gritó.

Al oír el grito y ver a quién estaba dirigido, Nesvitski y el comensal de su derecha se volvieron rápidamente, espantados, hacia Bezújov.

—Déjelo, déjelo, ¿qué hace? —susurraron con voz asustada.

Dólojov miró a Pierre con ojos luminosos, alegres y despiadados, y con una sonrisa que parecía decir: «¡Ah, esto me gusta!».

—No pienso dárselo —pronunció claramente.

Pálido y con el labio tembloroso, Pierre le quitó el papel de un tirón.

—Es usted… es usted… ¡un canalla!… ¡Lo desafío! —exclamó, separó la silla y se levantó de la mesa.

En el mismo instante en que Pierre hacía esto y pronunciaba tales palabras, vio que la cuestión sobre la culpabilidad de su mujer que lo había atormentado los últimos días se había resuelto definitiva e indudablemente en un sentido afirmativo. La odiaba y sentía que había roto con ella para siempre. A pesar de los ruegos de Denísov para que Rostov no se involucrara, este aceptó ser el padrino de Dólojov y, después de comer, negoció las condiciones del duelo con Nesvitski, el padrino de Bezújov. Pierre se marchó a casa; Rostov, Dólojov y Denísov estuvieron hasta altas horas de la noche en el club, escuchando a los cíngaros y a los cantores.

—Entonces, hasta mañana en Sokólniki —dijo Dólojov al despedirse de Rostov en el porche del club.

—¿Estás tranquilo? —le preguntó Rostov.

Dólojov se detuvo.

—Verás, te desvelaré en dos palabras cuál es el secreto de los duelos. Si antes de ir a uno escribes tu testamento, cartas cariñosas a tus padres y piensas que te pueden matar, entonces eres un imbécil y probablemente estás perdido; pero si vas con la firme intención de matar a tu enemigo, cuanto antes y lo mejor posible, todo te irá bien. Como me solía decir nuestro cazador de osos de Kostromá: «¿Cómo no va uno a tener miedo de un oso? Sin embargo, ¡en

cuanto lo ves dejas de temerle y lo único que te asusta es que se te escape!». Pues a mí me ocurre esto mismo. *À demain, mon cher!*[9]

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Pierre y Nesvitski llegaban al bosque de Sokólniki, donde ya estaban Dólojov, Denísov y Rostov. Pierre parecía sumido en unos pensamientos que nada tenían que ver con el asunto que tenían entre manos. Tenía el rostro chupado y amarillo. Era evidente que por la noche no había pegado ojo. Miraba a su alrededor distraídamente y fruncía el ceño como si le molestara el sol deslumbrante. Había dos cosas que lo tenían completamente absorto: la culpa de su mujer —de la cual, tras una noche de insomnio, ya no tenía la menor duda— y la inocencia de Dólojov, que no tenía ninguna razón para proteger el honor de un hombre que no era nada para él. «Quizá yo habría hecho lo mismo en su lugar —pensaba Pierre —. Hasta es probable que lo hubiera hecho; entonces ¿qué sentido tiene este duelo, este asesinato? O bien yo le mataré, o bien él me dará en la cabeza, en el codo o en la rodilla. Debería irme de aquí, salir corriendo, esconderme en algún lugar», pensaba. Pero, justo cuando le venían estos pensamientos, preguntaba con una especial calma y distracción que despertaban el respeto de los que le miraban: «¿Falta mucho?» o «¿Está todo listo?».

Cuando todo estuvo listo, los sables clavados en la nieve marcando la línea hasta la que debían avanzar y las pistolas cargadas, Nesvitski se acercó a Pierre.

—No estaría cumpliendo con mi deber, conde —le dijo con voz vacilante —, y no sería valedor de la confianza y el honor que usted ha depositado en mí al escogerme como su padrino, si en este momento tan importante no le expresara toda la verdad. Considero que este asunto no es lo suficientemente importante y que no merece un derramamiento de sangre… Usted se acaloró sin ningún motivo…

—Ah, sí, fue una terrible estupidez… —dijo Pierre.

—Entonces, permítame transmitirle su pesar a nuestros adversarios, y estoy seguro de que aceptarán sus disculpas —dijo Nesvitski (que, igual que los demás y que todos los que participan en algún asunto semejante, no acababa de creerse que las cosas hubieran ido tan lejos como para desembocar en un verdadero duelo)—. Ya sabe, conde, que es mucho más noble reconocer la propia falta que llevar las cosas hasta lo irreparable. No hubo ofensa por ninguna de las dos partes. Permítame hablar…

—¡No! ¡De qué va a hablar! —exclamó Pierre—. Da igual… Entonces ¿está todo listo? —añadió—. Usted solo explíqueme hacia dónde tengo que caminar y cómo tengo que disparar —dijo sonriendo de una forma dócil y

poco natural. Cogió la pistola con las dos manos y empezó a hacer preguntas sobre cómo apretar el gatillo, ya que hasta ese día jamás había cogido un arma, algo que no deseaba confesar—. Ah, sí, es así: lo sé, lo había olvidado —dijo.

—Nada de disculpas, de ninguna de las maneras —le decía Dólojov a Denísov, que por su parte también había intentado una reconciliación; después se acercó hasta el sitio acordado.

El lugar que habían escogido para el duelo estaba a ochenta pasos de un camino en el que dejaron los trineos, en un pequeño claro del bosque de pinos, cubierto por la nieve derretida que quedaba de los últimos días del deshielo. Los adversarios estaban a unos cuarenta pasos uno de otro, en los extremos del claro. Al contar los pasos, los padrinos habían dejado sus huellas en la nieve húmeda y profunda, desde donde estaban los adversarios hasta los sables de Nesvitski y Denísov, que hacían de barrera y estaban clavados a diez pasos el uno del otro. El deshielo y la niebla no cesaban, y no se veía nada a cuarenta pasos. Pasados unos tres minutos ya estaba todo preparado, pero aun así dilataban el comienzo del duelo. Todos guardaban silencio.

V

—¡Bueno, empiece! —exclamó Dólojov.

—De acuerdo —dijo Pierre, que tenía dibujada la misma sonrisa de antes.

La situación se volvió terrible. Era evidente que algo que había empezado con tanta facilidad ya no podía ser evitado: ahora avanzaba por sí solo, ya no dependía de la voluntad del hombre, y debía llevarse a cabo. Denísov fue el primero en avanzar hasta la línea, diciendo:

—Como los *adveg'sag'ios* no desean *g'econciliag'se*, podemos *empezag'*: cojan las pistolas; a la de *tg'es*, empiecen a *aceg'cag'se*. ¡U…no! ¡Dos! *¡Tg'es!* —gritó con enfado, y se apartó.

Los adversarios avanzaron por los senderos hollados y, a medida que se acercaban, empezaban a verse el uno al otro entre la niebla. Mientras se aproximaban a la línea, tenían derecho a disparar cuando quisieran. Dólojov caminaba lentamente sin levantar la pistola y mirando fijamente el rostro de su adversario con sus ojos zarcos y brillantes. Como siempre, su boca esbozaba algo semejante a una sonrisa.

Al oír la palabra «tres», Pierre avanzó con paso rápido, saliéndose del sendero hollado y pasando por la nieve virgen. Sujetaba la pistola con el

brazo derecho muy estirado, como si temiera dispararse a sí mismo. Estaba concentrado en dejar bien atrás la mano izquierda, porque sentía el impulso de llevarla hacia la derecha para sujetarla bien, y sabía que eso no se podía hacer. Después de avanzar unos seis pasos, fuera del sendero y hundido en la nieve, se miró los pies, lanzó una mirada rápida a Dólojov y, estirando el dedo como le habían enseñado, disparó. Pierre, que no esperaba en absoluto un ruido tan intenso, se estremeció por su propio disparo, sonrió por la impresión que le había causado y se detuvo. En un primer instante, el humo, especialmente denso entre aquella niebla, le impidió ver nada, y, contrariamente a lo que esperaba, no hubo ningún disparo a continuación. Lo único que se oía era el paso presuroso de Dólojov, y su silueta apareció por detrás del humo: con una mano, se apretaba el costado izquierdo y, con la otra, sujetaba la pistola bajada. Tenía la cara pálida. Rostov corrió hacia él y le dijo algo.

—¡N… no! —pronunció Dólojov entre dientes—. No, esto no ha terminado.

Tambaleándose y cojeando, dio algunos pasos más hasta llegar al sable y cayó sobre la nieve. Tenía la mano izquierda llena de sangre; se la limpió con la levita y se apoyó en ella. Tenía el rostro pálido, sombrío y tembloroso.

—Haga el fav… —empezó Dólojov, pero no pudo acabar la frase—. Haga el favor —acabó de decir con esfuerzo. Pierre, que apenas podía contener los sollozos, corrió hacia él y ya se disponía a cruzar el espacio entre las dos barreras cuando Dólojov le gritó—: ¡Quédese en su barrera!

Al comprender de lo que se trataba, Pierre se detuvo junto al sable. Los separaban solo diez pasos. Dólojov dejó caer la cabeza sobre la nieve, que mordió con avidez, la levantó de nuevo, se colocó bien, encogió las piernas y se sentó buscando un centro de gravedad firme. Tragó nieve fría y la chupó; aunque le temblaban los labios, no dejaba de sonreír: los ojos le brillaban por el esfuerzo y la rabia, no le quedaban más fuerzas. Alzó la pistola y apuntó.

—¡Colóquese de lado y cúbrase con la pistola! —exclamó Nesvitski.

—*¡Cúbg'ase!* —le gritó incluso Denísov a su adversario sin poder contenerse.

Pierre, con una sonrisa dócil llena de pena y arrepentimiento, separando los brazos y las piernas con impotencia, ofrecía a Dólojov su ancho pecho, mirándole con tristeza. Denísov, Rostov y Nesvitski entornaron los ojos; oyeron un disparo y, en el mismo instante, un grito feroz de Dólojov.

—¡He fallado! —chilló, y se echó con impotencia de bruces sobre la nieve.

Pierre se llevó las manos a la cabeza, dio media vuelta y se dirigió hacia el bosque, avanzando por la nieve virgen y musitando palabras ininteligibles:

—¡Qué estupidez… qué estupidez! Muerte… mentira —repetía arrugando el rostro. Nesvitski lo detuvo y lo llevó hasta su casa.

Rostov y Denísov se llevaron a Dólojov, que estaba herido.

Este, en silencio y con los ojos cerrados, yacía en el trineo sin responder ni una palabra a las preguntas que le hacían; pero, al entrar en Moscú, volvió en sí de repente y, haciendo un esfuerzo para levantar ligeramente la cabeza, cogió la mano de Rostov, que iba sentado a su lado. La expresión totalmente distinta, inesperadamente exaltada y tierna del rostro de Dólojov, lo dejó estupefacto.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Rostov.

—¡Mal! Pero eso ahora no importa. ¿Dónde estamos, amigo? —le dijo Dólojov con la voz entrecortada—. Lo sé, estamos en Moscú. Lo mío no tiene importancia, pero a ella la he matado, la he matado… No lo podrá soportar. No lo soportará…

—¿A quién te refieres? —preguntó Rostov.

—A mi madre. Mi madre, mi ángel, mi ángel adorado, mi madre.

Y Dólojov se echó a llorar apretando la mano de Rostov. Cuando se calmó un poco, le contó que vivía con su madre, y que, si ella lo veía moribundo, no lo podría soportar. Y le rogó que fuera a su casa para prepararla.

Rostov se adelantó para cumplir el encargo y, para su enorme sorpresa, se enteró de que Dólojov —ese alborotador, ese duelista empedernido— vivía en Moscú con su anciana madre y con su hermana jorobada, y que era, como hijo y hermano, de lo más cariñoso.

VI

En los últimos tiempos Pierre y su mujer rara vez se veían a solas. Tanto en San Petersburgo como en Moscú su casa estaba repleta de invitados. La noche posterior al duelo, siguiendo su costumbre, Pierre no fue a su dormitorio, sino que se quedó en el enorme gabinete de su padre, el mismo donde el viejo conde Bezújov había muerto. Por más dolorosa que hubiera sido la noche que había pasado en vela, ahora empezaba otra aún más dolorosa.

Se acostó en el diván con el deseo de dormirse y olvidar todo lo que le había ocurrido, pero no pudo hacerlo. Tan intensa fue la tormenta de

sentimientos, pensamientos y recuerdos que de pronto estalló en su interior que no solo no podía dormir, sino que tampoco podía quedarse en un mismo sitio, y tuvo que saltar del diván y pasearse por el gabinete con paso rápido. Le parecía ver a su mujer en los primeros tiempos, después de la boda, con los hombros desnudos y su mirada lánguida y apasionada; inmediatamente después veía al lado de ella el rostro bello, insolente, duro y burlón de Dólojov —tal como lo había visto en el banquete— y, a continuación, ese mismo rostro, aunque pálido, tembloroso y dolorido —como lo tenía cuando se había caído sobre la nieve.

«¿Qué ha pasado? —se preguntaba Pierre—. He matado al *amante*, sí… He matado al amante de mi mujer. Sí: esto es lo que ha pasado. Pero ¿por qué? ¿Cómo he llegado a eso? "Ha sido por casarte con ella" —le respondía una voz interior—. Pero ¿cuál es mi culpa? —se seguía preguntando—. "Haberte casado con ella sin amarla, haberte engañado a ti mismo y a ella." —Y recordaba claramente el momento en que, después de aquella cena en casa del conde Vasili, le había dicho esas palabras que tanto le había costado pronunciar: "*Je vous aime*"—. ¡Todo es consecuencia de ese momento! Ya entonces lo sentía, ya sentía que estaba mal y que no tenía derecho a hacerlo. Y este es el resultado.»

Recordó la luna de miel y se sonrojó al pensar en ello. Le resultó especialmente intenso, humillante y vergonzoso el recuerdo de cómo una vez, poco después de haberse casado con ella, salió de su dormitorio al mediodía en un batín de seda y entró en el salón, donde encontró a su administrador principal; este se inclinó respetuosamente, le miró la cara y el batín, y esbozó una leve sonrisa que parecía compadecerse reverentemente de la suerte de su patrón.

«Y ¡cuántas veces me he enorgullecido de ella, de su belleza majestuosa, de su tacto en sociedad! —pensaba—. Me enorgullecía de mi casa, en la que ella recibía a todo San Petersburgo, me enorgullecía de su belleza inaccesible. ¡¿De eso me enorgullecía?! Entonces pensaba que no la comprendía. Con qué frecuencia, al reflexionar sobre su carácter, me he dicho que yo era el culpable de no comprenderla, de no comprender su calma imperturbable, su satisfacción y su falta de pasiones o deseos, cuando en realidad la clave de todo estaba en esta palabra terrible: es una mujer depravada. ¡En cuanto he pronunciado esta palabra, todo se ha aclarado! Anatol venía a pedirle dinero y le besaba los hombros desnudos. Ella no le daba el dinero, pero le permitía que la besara. A veces su padre, bromeando, trataba de darle celos, y ella le respondía con una sonrisa serena que no era tan estúpida como para ser

celosa: “Que haga lo que quiera”, decía refiriéndose a mí. Una vez le pregunté si no notaba ningún síntoma de estar embarazada. Se echó a reír con desprecio y dijo que no era tan estúpida como para desear tener hijos, y que de *mí* no los tendría nunca.»

Después recordó la claridad y rudeza de las ideas de su mujer, la vulgaridad de sus expresiones, tan naturales en ella a pesar de haber sido educada en un elevado círculo aristocrático. «No soy una tonta cualquiera… Anda, ve y pruébalo tú mismo… *Allez vous promener*[10]», le decía a Pierre. A menudo, al ver el éxito que tenía entre hombres y mujeres, viejos y jóvenes, Pierre no podía comprender por qué él no la amaba. «¡Si nunca la he amado! —se decía—. Ya sabía que es una mujer depravada y nunca la he amado, pero no me atrevía a reconocerlo. Y ¡ahora Dólojov yace sobre la nieve con una sonrisa forzada, quizá muriendo, respondiendo con fingida osadía a mi arrepentimiento!»

Pierre era de esas personas que, a pesar de su aparente debilidad de carácter, como se suele decir, no buscan a un confidente para contarle sus penas: las digería en solitario.

«Ella tiene la culpa de todo, de todo —se decía—; pero ¿qué consecuencias tiene esto? ¿Por qué me ligué a ella, por qué le dije aquel “*Je vous aime*” que era una mentira, o algo peor que una mentira —se repetía—. Soy culpable y debo cargar con… Pero ¿con qué? ¿Con la deshonra de mi nombre, con la infelicidad en la vida? ¡Bah, todo eso es un disparate! —pensó—. La deshonra del nombre, el honor: todo eso es un convencionalismo, independiente de mí. A Luis XVI lo ejecutaron porque *ellos* decían que era vil, un criminal —pensó de pronto—; y tenían razón desde su punto de vista, así como también la tenían quienes murieron como mártires por él y lo consideraban un santo. Más tarde ejecutaron a Robespierre por ser un déspota. ¿Quién tiene razón y quién es culpable? Nadie. Vive mientras puedas: mañana morirás, como yo he podido morir hace una hora. Y ¿merece la pena atormentarse cuando, en comparación con la eternidad, solo te queda un segundo de vida? —Pero, justo cuando creía que este tipo de reflexiones lo habían calmado, de repente la veía a ella en los momentos en que él con más intensidad le había mostrado su amor insincero, y entonces sentía que la sangre le subía al corazón y tenía que levantarse de nuevo, moverse, romper y destrozar los objetos que cayeran en sus manos—. ¿Por qué le dije aquel “*Je vous aime*”?», no dejaba de repetirse. Y, tras repetirse esta pregunta por décima vez, le vinieron a la cabeza las palabras de Molière «*Mais que diable allait il faire dans cette galère?*»[11], y se empezó a reír de sí mismo.

Por la noche llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que le hiciera el equipaje para viajar a San Petersburgo. No podía seguir con ella bajo un mismo techo. No podía imaginarse cómo hablaría con ella a partir de ahora. Entonces decidió que se marcharía al día siguiente y le dejaría una carta en la que le anunciaría su intención de separarse para siempre.

A la mañana siguiente, cuando el ayudante de cámara entró en el gabinete con el café, Pierre dormía en la otomana con un libro abierto en la mano.

Se despertó y estuvo un buen rato mirando asustado a un lado y a otro, incapaz de comprender dónde estaba.

—La condesa ha ordenado preguntar si su excelencia está en casa —preguntó el ayudante de cámara.

Pero aún no había tenido tiempo Pierre de decidir su respuesta cuando la condesa en persona, vestida con un batín de raso blanco bordado de plata y con un peinado sencillo (dos trenzas enormes en *diadème*[12] rodeaban dos veces su encantadora cabeza), entró en el gabinete con calma y majestuosidad; solo en su frente marmórea y algo prominente se veía una pequeña arruga de cólera. Haciendo gala de su calma imperturbable, no dijo nada delante del ayuda de cámara. Sabía lo del duelo y venía a hablar de él, pero esperó hasta que el sirviente dejara el juego de café y se marchara. Pierre la miró temeroso a través de las gafas y, como una liebre rodeada por los perros, inmóvil con las orejas tiesas a la vista de sus enemigos, así trató de seguir leyendo él; pero se daba cuenta de que era inútil e imposible, y de nuevo la miró con temor. Ella no se sentó: se quedó mirándolo con una sonrisa de desprecio mientras esperaba que saliera el ayuda de cámara.

—¿Se puede saber qué ha pasado? ¿Qué es lo que ha hecho? Le he hecho una pregunta —dijo con severidad.

—¿Yo? ¿Yo… qué? —repuso Pierre.

—¡Vaya un valiente nos ha salido! Haga el favor de contestar, ¿qué significa ese duelo? ¿Qué ha querido demostrar con él? ¿Qué? Le he hecho una pregunta.

Pierre se volvió trabajosamente sobre el diván, abrió la boca, pero no pudo responder.

—Pues, si no me responde, hablaré yo… —continuó Hélène—. Usted se cree todo lo que le cuentan. ¡Le han contado… —se echó a reír— que Dólojov es mi amante y se lo ha creído! —dijo en francés, con esa vulgar precisión tan suya, pronunciando la palabra «amante» como cualquier otra—. Pero ¿qué ha demostrado? ¿Qué ha demostrado con este duelo? ¡Que es usted un imbécil, *vous êtes un sot*, algo que todo el mundo ya sabía! Y ¿a qué

conduce esto? A convertirme en el hazmerreír de todo Moscú; a que todo el mundo diga que usted, borracho y fuera de sí, ha retado a batirse a un hombre del que está celoso sin motivo alguno —Hélène cada vez elevaba más la voz y se alteraba más—; a un hombre que es mejor que usted en todos los aspectos…

—Hm… hm… —farfulló Pierre con el ceño fruncido, sin mirarla y sin mover un solo miembro.

—Y ¿cómo ha podido usted creer que es mi amante?… ¿Cómo? ¿Solo porque me gusta su compañía? Si usted fuera más inteligente y agradable, preferiría la suya.

—No me hable… se lo ruego —susurró Pierre con la voz ronca.

—¡Por qué no voy a hablar! Tengo derecho a decir abiertamente, y lo diré, que sería difícil encontrar a una mujer que, con un marido como usted, no se buscara amantes (*des amants*), pero yo no lo he hecho.

Pierre quiso decir algo, le dirigió una extraña mirada que ella no pudo descifrar y volvió a tumbarse. En ese instante sufría físicamente: sentía una presión en el pecho y no podía respirar. Sabía que tenía que hacer algo para detener ese sufrimiento, pero lo que quería hacer era demasiado terrible.

—Lo mejor es que nos separemos —dijo a trompicones.

—¿Separarnos? Como usted guste, pero si me da patrimonio —dijo Hélène—. ¡Separarnos, se cree que me va a asustar con eso!

Pierre se levantó del diván de un salto y, tambaleándose, se abalanzó sobre ella.

—¡Te voy a matar! —gritó, cogiendo una tabla de mármol de la mesa y, con una fuerza que él mismo aún desconocía, dio un paso al frente y la levantó sobre ella.

El rostro de Hélène se cubrió de horror: chilló y se apartó de un salto. Se estaba manifestando en Pierre la raza de su padre; sintió el arrebato y la atracción de la furia: lanzó la tabla, la rompió y, acercándose a Hélène con los brazos abiertos, gritó: «¡Fuera!» con una voz tan terrorífica que toda la casa se quedó horrorizada. Sabe Dios lo que Pierre habría hecho en ese instante si Hélène no hubiera salido corriendo del gabinete.

Al cabo de una semana Pierre le entregó a su mujer un poder para la administración de todas sus haciendas de la Gran Rusia[13] —más de la mitad de su fortuna— y se marchó solo a San Petersburgo.

VII

Habían pasado dos meses desde que en Lysye Gory tuvieran noticias de la batalla de Austerlitz y de la muerte del príncipe Andréi y, a pesar de todas las cartas enviadas a través del consulado y de todas las búsquedas, su cuerpo no había sido hallado y su nombre no aparecía en la lista de prisioneros. Para su familia lo peor era que, a pesar de todo, quedaba la esperanza de que hubiera sido recogido del campo de batalla por los habitantes de la región y de que, tal vez, estuviera convaleciente o moribundo en algún lugar, solo y entre extraños, sin posibilidad de dar señales de vida. En los periódicos, por los que el viejo príncipe tuvo las primeras noticias de la derrota de Austerlitz, escribían como siempre muy sucinta y vagamente que, tras combatir con brillantez, los rusos debían retirarse, y que lo estaban haciendo en el mayor orden. El viejo príncipe comprendió por esa noticia oficial que nuestro ejército había sido derrotado. Al cabo de una semana de enterarse por el periódico de la batalla de Austerlitz, recibió una carta de Kutúzov en la que le informaba de la suerte que había corrido su hijo.

> Su hijo cayó ante mis ojos como un héroe —escribía Kutúzov—, con una bandera en las manos y al frente del regimiento, digno de su padre y de su patria. Para mi gran pesar y de todo el ejército, hasta el día de hoy no sabemos si está vivo. Quiero consolarlo a usted y a mí mismo con la esperanza de que lo está, porque en caso contrario su nombre habría aparecido en la lista de oficiales hallados en el campo de batalla que me ha sido entregada a través de los parlamentarios.

El viejo príncipe recibió esta noticia bien entrada la noche, solo en su gabinete, y, al día siguiente, como de costumbre, salió a dar su paseo matinal; se mostró silencioso con el intendente, con el jardinero y el arquitecto, pero, a pesar de su aspecto iracundo, no dijo nada a nadie.

Cuando la princesa Maria entró en su gabinete a la hora de siempre, estaba afilando algo en su torno y, como de costumbre, no se volvió hacia ella.

—¡Ah, princesa Maria! —exclamó de pronto de una manera poco natural, y lanzó el escoplo. (La rueda giró por el golpe, y la princesa Maria recordaría mucho tiempo aquel chirrido agonizante de la rueda, que para ella se fundió con lo que vino a continuación.)

La princesa Maria avanzó hacia él, vio su rostro y de repente algo se derrumbó en su interior. Sus ojos dejaron de ver con claridad. Por el rostro de su padre —ni triste ni abatido, pero sí airado y con una expresión forzada— vio que se cernía sobre ella una terrible desgracia que la iba a aplastar, una desgracia que aún no había experimentado, una desgracia irreparable, inasumible: la muerte de una persona a la que quería.

—*Mon père! André?* —dijo la torpe y falta de gracia princesa, con una pena y abnegación tan indescriptiblemente encantadoras que su padre no pudo aguantarle la mirada y se dio la vuelta sollozando.

—He recibido noticias. No está entre los prisioneros ni entre los muertos. Me ha escrito Kutúzov —gritó con estridencia, como si deseara ahuyentar a la princesa—: ¡lo han matado!

La princesa no se cayó ni se desmayó. Aunque ya estaba pálida, al oír estas palabras su rostro no cambió, y algo brilló en sus hermosos y radiantes ojos. Algo semejante a la alegría, una alegría suprema y ajena a las penas y alegrías de este mundo, se vertió por encima de esa intensa pena que tenía en su interior. Olvidó todo el miedo que tenía a su padre, se acercó a él, le cogió de la mano, la llevó hacia ella y abrazó su cuello seco y fibroso.

—*Mon père* —dijo—. No me dé la espalda, lloremos juntos.

—¡Canallas, miserables! —gritó el anciano separando de ella el rostro.

La princesa, sin fuerzas, se desplomó en el sillón al lado de su padre y se echó a llorar. En ese instante veía a su hermano en el momento de despedirse de Liza, con su aire tierno y a la vez altivo. También lo veía cuando se puso el escapulario, con expresión tierna y burlona. «¿Creerá ahora? ¿Se habrá arrepentido de su falta de fe? ¿Estará ahora allí? ¿Allá, en la morada del reposo eterno y de la dicha?», pensaba.

—*Mon père*, dígame, ¿cómo ha sido? —preguntó entre lágrimas.

—Vete, vete; ha muerto en un combate al que mandaron matar a los mejores hombres de Rusia y la gloria rusa. Váyase, princesa Maria. Vaya a decírselo a Liza. Yo iré enseguida.

Cuando la princesa volvió del gabinete de su padre, la pequeña princesa estaba bordando y, con esa expresión singular de dichosa calma interior que tienen únicamente las mujeres embarazadas, la miró. Era evidente que sus ojos no miraban a la princesa Maria, sino dentro de sí misma, hacia algo feliz y misterioso que se estaba produciendo en su interior.

—*Marie* —dijo separándose del bastidor y echándose hacia detrás—, dame la mano. —Cogió la mano de la princesa y la colocó sobre su barriga.

Sus ojos sonrieron expectantes, su pequeño labio cubierto de un ligero vello se levantó: tenía una expresión infantil y feliz.

La princesa Maria se arrodilló delante de ella y ocultó la cara en los pliegues del vestido de su cuñada.

—Fíjate, fíjate, ¿lo oyes? ¡Me resulta tan extraño! Y ¿sabes, Maria? Lo voy a querer tanto… —dijo Liza mirando a su cuñada con ojos resplandecientes y dichosos.

La princesa Maria no podía levantar la cabeza: estaba llorando.

—¿Qué te ocurre, Masha?

—Nada… es que me he puesto triste… triste por Andréi —dijo secándose las lágrimas en la rodilla de su cuñada.

A lo largo de la mañana la princesa Maria trató en varias ocasiones de preparar a su cuñada para la noticia, pero cada vez rompía a llorar. Estas lágrimas, cuyo sentido la pequeña princesa no comprendía, aun así la alarmaron, por poco observadora que fuera. No dijo nada, pero volvió la mirada con inquietud, como buscando algo. Antes de la comida el viejo príncipe, al que siempre temía, entró en su habitación con el semblante especialmente agitado y colérico y, sin decir ni una palabra, volvió a salir. Ella miró a la princesa Maria y se quedó pensativa, con esa expresión en los ojos de quien dirige la atención hacia su interior, algo habitual en las embarazadas, y de repente se echó a llorar.

—¿Habéis recibido alguna noticia de Andréi? —preguntó.

—No, ya sabes que aún no han podido llegar noticias, pero *mon père* se intranquiliza y eso me asusta.

—Entonces ¿no habéis recibido nada?

—Nada —dijo la princesa Maria mirando firmemente a su cuñada con sus ojos radiantes.

Decidió no decirle nada y convenció a su padre de que le ocultara a su nuera la terrible noticia hasta que diera a luz, algo que tenía que suceder en los próximos días. La princesa Maria y el viejo príncipe soportaban y ocultaban la pena cada uno a su manera. El viejo príncipe no quería albergar esperanzas: decidió que el príncipe Andréi había muerto y, a pesar de enviar a Austria a un funcionario para que buscara algún rastro de su hijo, ya había encargado en Moscú una estatua que tenía intención de colocar en el jardín, y le decía a todo el mundo que su hijo estaba muerto. Intentaba llevar su antiguo modo de vida, sin variar nada, pero las fuerzas le fallaban: caminaba menos, comía menos y dormía menos, y cada día estaba más débil. La princesa Maria sí que albergaba esperanzas. Rezaba por su hermano como se reza por un vivo y, a cada instante, esperaba alguna noticia de su regreso.

VIII

—*Ma bonne amie* —dijo la mañana del 19 de marzo la pequeña princesa, después del desayuno, y su pequeño labio cubierto de un ligero vello se alzó

como de costumbre; sin embargo, como en la casa reinaba la tristeza desde el día en que llegó la terrible noticia (no solo en todas las sonrisas, sino también en el tono de las palabras e incluso de los pasos), ahora la sonrisa de la pequeña princesa, bajo el influjo del ambiente general, recordaba también a la tristeza de los demás, aún sin saber ella misma el motivo—. *Ma bonne amie, je crains que le fruschtique (comme dit* el cocinero Foka) *de ce matin ne m'aie pas fait du mal*.[14]

—Pero ¿qué te pasa, querida? Estás pálida. ¡Ay, estás muy pálida! —exclamó asustada la princesa Maria corriendo hacia su cuñada con su andar trabajoso.

—Excelencia, ¿no deberíamos llamar a la comadrona? —dijo una de las doncellas presentes. (Maria Bogdánovna era una comadrona de la capital del distrito que llevaba más de una semana instalada en Lysye Gory.)

—Así es —convino la princesa Maria—, quizá sea lo mejor. Voy a llamarla. *Courage, mon ange!*[15] —Besó a Liza y se dispuso a salir de la habitación.

—¡Oh, no, no! —Además de la palidez, el rostro de la pequeña princesa se llenó de un miedo infantil por los inevitables dolores físicos que la aguardaban—. *Non, c'est l'estomac… dites que c'est l'estomac, dites, Marie, dites…*[16] —Y se echó a llorar como una niña, dolorosamente e incluso con cierto fingimiento, retorciéndose las manitas.

La princesa Maria salió a toda prisa de la habitación en busca de Maria Bogdánovna.

—*Oh! Mon Dieu! Mon Dieu!* —oyó a sus espaldas.

La comadrona ya acudía a su encuentro frotándose las manos rollizas, pequeñas y blancas, y el rostro grave y calmado.

—¡Maria Bogdánovna! Creo que ha empezado —dijo la princesa Maria mirando con los ojos muy abiertos y asustados a la vieja mujer.

—Y gracias a Dios, princesa —dijo Maria Bogdánovna sin acelerar el paso—. Ustedes, las señoritas, no deberían saber nada de estas cosas.

—Pero ¿por qué no ha llegado el médico de Moscú? —preguntó la princesa. (Siguiendo el deseo de Liza y del príncipe Andréi, habían hecho llamar a un médico, cuya llegada esperaban de un momento a otro.)

—No pasa nada, princesa, no se preocupe —dijo Maria Bogdánovna—: todo irá bien, incluso sin médico.

Al cabo de cinco minutos la princesa Maria oyó desde su habitación cómo transportaban algo pesado. Echó un vistazo y vio que, por algún motivo, los

camareros llevaban al dormitorio un diván de piel del gabinete del príncipe Andréi. En sus rostros había algo solemne y sosegado.

La princesa Maria estaba sola en su habitación prestando oídos a los ruidos de la casa, abriendo de tanto en tanto la puerta cuando alguien pasaba por delante y observando lo que sucedía en el pasillo. Varias mujeres iban y venían con paso silencioso, y al verla apartaban la mirada. Ella no se atrevía a preguntar nada, cerraba la puerta, volvía a entrar en su habitación y tan pronto se sentaba en el sillón como abría el libro de oraciones o se arrodillaba frente al *kiot*. Para su desgracia y sorpresa, veía que los rezos no le calmaban los nervios. De repente la puerta se abrió suavemente y en el umbral apareció su vieja aya Praskovia Sávishna con un pañuelo en la cabeza: no había vuelto a entrar en la habitación de la princesa Maria desde que el príncipe se lo prohibiera.

—He venido para estar a tu lado, Máshenka —le dijo—; he traído las velas del matrimonio del príncipe para encenderlas delante de los santos, ángel mío —añadió con un suspiro.

—¡Ay, qué alegría que estés aquí, aya!

—Dios es misericordioso, palomita mía.

El aya encendió las velas bañadas en oro ante el *kiot* y se sentó a hacer calceta al lado de la puerta. La princesa Maria cogió un libro y se puso a leer. Solo cuando se oían pasos o voces intercambiaban una mirada: la de la princesa asustada y llena de incertidumbre, y la del aya tranquilizadora. Ese mismo sentimiento de la princesa Maria parecía dominar y poseer a todos en la casa. Siguiendo la creencia popular según la cual cuantas menos personas sepan de los dolores de una parturienta menos sufrirá esta, todo el mundo fingía no saber nada; nadie hablaba de ello, pero en todos, además de la habitual mesura, decoro y buenas maneras que eran norma en la casa del príncipe, se percibía cierta inquietud general, cierto enternecimiento del corazón y la conciencia de que algo grande e inabarcable se estaba produciendo en aquel instante.

En la habitación grande de las criadas no se oían risas. En la de los camareros, se guardaba un silencio expectante. Los siervos encendían astillas y velas, y no dormían. El viejo príncipe, que se paseaba por su gabinete andando sobre los talones, le mandó a Tijon que le preguntara a Maria Bogdánovna si había novedades.

—Dile solo esto: «El príncipe me manda preguntar si hay novedades», y después ven a contarme lo que te haya dicho.

—Informa al príncipe de que el parto ha empezado —dijo Maria Bogdánovna, mirando al emisario con aire significativo. Y Tijon regresó a informar.

—Bien —dijo el príncipe cerrando la puerta a sus espaldas, y Tijon no volvió a oír el menor ruido en el gabinete.

Después de esperar un poco, Tijon entró como si quisiera colocar bien las velas. Al ver que el príncipe estaba acostado en el diván, lo miró y, al reparar en su rostro apesadumbrado, movió la cabeza, se acercó a él en silencio, le besó en el hombro y salió sin haber arreglado las velas y sin decir para qué había entrado. El misterio más solemne del mundo seguía produciéndose. Pasó la tarde y llegó la noche. El sentimiento de espera y de ternura en el corazón ante lo inabarcable no cedía, sino que aumentaba. Nadie podía dormir.

Era una de esas noches de marzo cuando parece que el invierno quiere reclamar lo suyo y lanza con furiosa violencia sus últimas nieves y ventiscas. Para recibir al médico alemán —venía de Moscú y lo esperaban de un momento a otro— habían enviado al camino grande, a la curva hacia el camino vecinal, una posta y a jinetes con linternas que debían guiarlo por los baches y por el hielo cubierto de nieve.

La princesa Maria hacía rato que había dejado el libro: en silencio, no dejaba de mirar el rostro arrugado del aya, que conocía hasta el más ínfimo detalle: el mechón de pelo cano que se asomaba por debajo del pañuelo, las bolsitas de piel que pendían bajo el mentón…

El aya Sávishna, con la calceta en las manos, le contaba en voz baja, sin oír ella misma sus palabras ni entenderlas, una historia relatada cientos de veces de cuando la difunta princesa dio a luz en Kishiniov a la princesa Maria, con la ayuda de una campesina moldava en vez de una partera.

—Dios se apiadará, los médicos nunca hacen falta —decía.

De repente una ráfaga de viento empujó uno de los marcos quitados de la ventana (por voluntad del príncipe, con la llegada de las alondras en cada habitación quitaban uno), abrió un pasador que estaba mal echado, agitó una cortina de damasco y, llenando la estancia de un soplo de frío y nieve, apagó una vela. La princesa Maria se estremeció; el aya puso la calceta a un lado, se acercó a la ventana y, asomando el cuerpo, trató de atrapar el marco abierto. El viento agitaba las puntas de su pañuelo y los mechones de pelo cano que le sobresalían.

—¡Princesa, madrecita, alguien viene por la avenida! —dijo sujetando el marco, sin cerrarlo—. Van con linternas, debe de ser el médico…

—¡Ah, Dios mío! ¡Gracias a Dios! —exclamó la princesa Maria—. Tengo que ir a recibirlo: no habla ruso.

La princesa Maria se cubrió con un chal y salió corriendo al encuentro de quien llegaba. Al cruzar la antecámara vio por la ventana un carruaje en la entrada y linternas. Avanzó hacia la escalera. Sobre el pequeño pilar de la barandilla había una vela de sebo que goteaba por el viento. El camarero Filipp, con cara de asustado y otra vela en la mano, estaba más abajo, en el primer descansillo. Aún más abajo, donde la escalera daba la vuelta, se oían los pasos de alguien que llevaba botas de invierno, así como una voz que a la princesa Maria le resultó familiar.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la voz—. ¿Y mi padre?

—Se ha acostado —respondió la voz del maestresala Demián, que ya estaba abajo.

La otra voz dijo algo más, Demián le respondió y el ruido de las botas de invierno avanzó con más rapidez tras la vuelta de la escalera, que ella no podía ver. «¡Es Andréi! —pensó la princesa Maria—. No, no puede ser, eso sería demasiado extraordinario»; mientras lo estaba pensando, la silueta del príncipe Andréi apareció en el rellano donde aguardaba el camarero con la vela; vestía un abrigo de pieles con el cuello lleno de nieve. Sí, era él; pero estaba pálido y delgado, y tenía una expresión distinta, extrañamente suavizada, aunque inquieta. Subió la escalera y abrazó a su hermana.

—¿No habéis recibido mi carta? —preguntó y, sin esperar una respuesta que de todos modos no habría obtenido porque la princesa no podía hablar, se dio la vuelta para ir a por el médico (se habían encontrado en la última estación de postas), volvió a subir rápidamente las escaleras seguido por este y abrazó a su hermana de nuevo.

—¡Cómo es el destino, Masha querida! —dijo, se quitó el abrigo de pieles y las botas, y se dirigió hacia las habitaciones de su mujer.

IX

La pequeña princesa, con una cofia blanca, yacía entre almohadones. Los dolores le acababan de dar una tregua. Varios mechones de pelo negro se trenzaban sobre sus mejillas hinchadas y sudadas; tenía abierta su encantadora boquita sonrosada, con su labio cubierto de un ligero vello, y sonreía

alegremente. El príncipe Andréi entró en la habitación y se detuvo frente a ella, al pie del diván en el que estaba acostada. Los ojos brillantes de ella, que miraban de un modo infantil, asustado y agitado, se posaron en él sin cambiar de expresión. «Os amo a todos, no le he hecho mal a nadie, ¿por qué tengo que sufrir? ¡Ayudadme!», parecía decir. Aunque veía a su marido, no comprendía lo que significaba que en ese momento estuviera ahí. El príncipe Andréi rodeó el diván y la besó en la frente.

—¡Mi alma! —le dijo: nunca antes le había dicho eso—. Dios es misericordioso…

Ella le miró interrogante, con una expresión de reproche infantil. «Esperaba tu ayuda, y nada, nada: ¡tampoco tú!», decían sus ojos. No estaba sorprendida por su llegada: no comprendía el hecho de su regreso, y este no guardaba relación alguna con sus padecimientos ni con su alivio. Los dolores se reanudaron y Maria Bogdánovna aconsejó al príncipe Andréi salir de la habitación.

Entró el médico. El príncipe Andréi salió y, al encontrarse con la princesa Maria, de nuevo se acercó a ella. Empezaron a hablar en un susurro, pero interrumpían la conversación continuamente y aguzaban el oído, a la espera.

—*Allez, mon ami*[17] —le dijo ella. El príncipe Andréi fue a ver de nuevo a su mujer y se sentó a esperar en la salita de al lado. Una sirvienta salió de la habitación con el rostro asustado y, al verle, se quedó turbada. Él se tapó el rostro con las manos y estuvo varios minutos así. A través de la puerta se oían unos gemidos lastimosos, de animal indefenso. El príncipe se levantó, se acercó a la puerta y quiso abrirla. Alguien la sujetaba.

—¡No se puede pasar, no se puede! —exclamó una voz asustada desde el otro lado.

El príncipe Andréi se paseó por la salita. Los gritos cesaron; pasaron varios segundos. De repente en la habitación se oyó un espantoso chillido —no sería de ella: ella no podía chillar así—. El príncipe corrió hacia la puerta; el chillido se apagó y se oyó el llanto de un niño.

«¿Por qué habrán traído aquí a un niño? —pensó en un primer instante—. ¿Un niño? ¿De quién…? ¿Por qué hay un niño allí? O ¿es que ha nacido un niño?»

Cuando de pronto comprendió todo el feliz significado de aquel llanto, lo ahogaron las lágrimas y, con los codos apoyados en el alféizar, rompió a llorar y a sollozar como un chiquillo. La puerta se abrió. El médico, con la camisa remangada y sin levita, pálido y con la mandíbula temblorosa, salió de la habitación. El príncipe Andréi se dirigió hacia él, pero este le miró confuso

y, sin decir palabra, pasó de largo. La sirvienta salió corriendo de la habitación y al ver al príncipe se detuvo en el umbral de la puerta. El príncipe Andréi entró en la habitación de su mujer. Yacía muerta, en la misma posición en la que la había visto cinco minutos antes y, a pesar de que sus ojos estaban inmóviles y sus mejillas pálidas, su encantadora, infantil y dulce carita —con el labio cubierto de un oscuro vello— tenía la misma expresión.

«Os amo a todos y no le he hecho mal a nadie, ¿qué habéis hecho conmigo?», decía su rostro encantador, lastimero y muerto. En un rincón de la habitación algo pequeño sollozaba y chillaba, algo rojo que estaba entre los brazos blancos y temblorosos de Maria Bogdánovna.

Dos horas después el príncipe Andréi entraba despacio en el gabinete de su padre. El anciano ya lo sabía todo. Estaba al lado de la puerta y, en cuanto esta se abrió, en silencio, con sus manos seniles y ásperas como tornillos, se abrazó al cuello de su hijo y sollozó como un niño.

Al cabo de tres días celebraron las exequias por la pequeña princesa, y el príncipe Andréi subió los peldaños del catafalco para despedirse de ella. Incluso allí, en el ataúd, esa misma expresión, aunque con los ojos cerrados, parecía seguir diciendo: «Ah, ¿qué habéis hecho conmigo?». El príncipe Andréi sintió que algo se desgarraba en su alma, que era culpable de algo que nunca podría reparar ni olvidar. No pudo llorar. El anciano también subió y besó aquella manita de cera, que reposaba elevada y tranquila sobre la otra. Y aquel rostro también a él parecía decirle: «Ah, ¿qué habéis hecho conmigo y por qué?». Al ver esa expresión, el anciano se dio la vuelta contrariado.

Cinco días después bautizaron al pequeño príncipe Nikolái Andreich. La nodriza sujetaba los pañales con la barbilla mientras el sacerdote ungía con una pequeña pluma de ganso las palmitas arrugadas y rojas de las manos y pies del bebé.

El padrino, que era el abuelo, temblando y temiendo que el recién nacido se le cayera, lo llevó a la pila bautismal, de latón deslucido, y se lo pasó a la madrina, que era la princesa Maria. El príncipe Andréi, helado de miedo de que ahogaran a su hijo, esperaba en otra habitación a que el sacramento concluyera. Cuando la niñera le llevó al bebé y le contó que el trocito de cera con cabellos que habían tirado en la pila no se había hundido, sino que había flotado, asintió satisfecho[18].

X

Los esfuerzos del viejo conde lograron tapar la participación de Rostov en el duelo entre Dólojov y Bezújov; al contrario de lo que esperaba, Rostov no fue degradado, sino nombrado ayudante del gobernador general de Moscú. Por este motivo, no pudo viajar al campo con toda su familia y se pasó el verano entero en la ciudad con su nuevo cargo. Dólojov se estaba recuperando y, mientras duraba su curación, Rostov y él se hicieron muy amigos. La anciana Maria Ivánovna, que se había encariñado con Rostov por su amistad con Fedia, a menudo le hablaba de su hijo.

—Sí, conde: es demasiado noble y su alma demasiado pura para la depravada sociedad actual —solía decirle—. Nadie aprecia la virtud, a todos parece estorbar. Dígame, conde, ¿le parece justo y honrado lo de Bezújov? Mi Fedia, con lo magnánimo que es, lo quería, y ni siquiera ahora habla mal de él. Las chiquilladas que hicieron en San Petersburgo, esa broma que le gastaron al inspector de barrio, la hicieron juntos, ¿verdad? Pues ¡a Bezújov no le pasó nada, y Fedia cargó con toda la culpa sobre sus espaldas! Y ¡lo que ha tenido que soportar! Es cierto, lo han vuelto a ascender pero ¿cómo no iban a hacerlo? No creo que haya en el ejército muchos valientes ni hijos de la patria como él. ¡Y ahora este duelo! ¿Acaso no tienen sentimientos ni honor? ¡Retarlo a duelo y dispararle a bocajarro sabiendo que es hijo único! Por fortuna Dios se ha apiadado de nosotros. Y ¿a qué se debió? ¿Quién no tiene alguna aventura hoy en día? ¿Qué culpa tenemos nosotros de que sea tan celoso? ¡Lo podría entender si hubiera dado muestras de ello antes, pero ya hace un año que dura! Y va y lo reta a duelo creyendo que Fedia no accederá porque le debe dinero. ¡Qué bajeza! ¡Qué vileza! Sé que usted comprende a mi Fedia, querido conde, y por ello lo quiero a usted con todo mi corazón, créame. Pocos son los que le comprenden. ¡Tiene un alma tan elevada y celestial!

Durante su convalecencia Dólojov le dijo a Rostov cosas que en absoluto habría podido esperar de él.

—Sé que me consideran un hombre malvado —le dijo—; que digan lo que quieran. No me interesa conocer a nadie, solo a quienes quiero, y por estos daré mi vida; a los demás, los aplastaré si se interponen en mi camino. Tengo una madre a la que adoro, inestimable, y dos o tres amigos entre los que te incluyo a ti; los demás solo me interesan en la medida en que puedan serme útiles o perjudicarme. Y casi todos ellos son perjudiciales, sobre todo las mujeres. Sí, amigo mío —continuó—, he conocido a hombres de alma

tierna, noble y elevada; en cuanto a las mujeres, aparte de malos bichos capaces de venderse (sean condesas o cocineras: es lo mismo) aún no he conocido a ninguna con esa pureza celestial y esa fidelidad que busco en una mujer. Si la encontrara, daría mi vida por ella. Pero ¡estas!… —Hizo un gesto de desprecio—. Quizá no me creas, pero si aún valoro la vida es únicamente porque tengo la esperanza de conocer a un ser celestial que me haga renacer, que me purifique y me eleve. Pero esto es algo que tú no comprendes.

—Sí, lo comprendo muy bien —respondió Rostov, que ya se encontraba bajo el influjo de su nuevo amigo.

La familia Rostov volvió a Moscú en otoño. A principios de invierno Denísov volvió también y se instaló en la casa con ellos. Esos primeros meses del invierno de 1806 que Nikolái Rostov pasó en Moscú fueron los más felices y alegres para él y para toda su familia. Nikolái solía llevar a casa de sus padres a muchos jóvenes. Vera era una hermosa señorita de veinte años; Sonia, una muchacha de dieciséis con todo el encanto de una flor que se acaba de abrir; Natasha era mitad mujer y mitad niña: a veces, divertida como una chiquilla, y otras, fascinante como una señorita.

En aquel tiempo en casa de los Rostov reinaba una particular atmósfera de amor, como ocurre en los hogares donde hay muchachas muy hermosas y jóvenes. Cualquier muchacho que visitara la casa, al ver esos rostros juveniles e impresionables que parecían sonreír a algo (seguramente a su propia felicidad) y esos animados correteos, al escuchar ese parloteo femenino inconsecuente, pero siempre afectuoso, dispuesto a todo y lleno de esperanza, y al oír el canto o la música, conocía el mismo sentimiento de predisposición al amor y de espera de la felicidad que experimentaban las jóvenes en la casa de los Rostov.

Dólojov era uno de los primeros a los que Nikolái Rostov había introducido en la casa, y gustaba a todos menos a Natasha, que estuvo a punto de reñir con su hermano por él. Natasha insistía en que Dólojov era malo, desagradable y falso, que Pierre había tenido razón en el duelo y que el otro tenía la culpa de todo.

—¡No hay nada que deba entender! —gritaba Natasha con su carácter tenaz—: Es malo y no tiene sentimientos. Mira a Denísov: aunque sea un parrandero, me gusta, ya ves que sí entiendo las cosas. No sé cómo explicártelo: Dólojov es calculador y eso no me gusta. En cambio, Denísov…

—Es que Dólojov es otra cosa —respondió Nikolái dando a entender que hasta Denísov no era nada comparado con él—. ¡Hay que comprender cómo

es el alma de Dólojov, hay que verlo con su madre, tiene un corazón tan grande!

—Eso es algo que no sé, pero me siento incómoda con él. Y ¿sabes que se ha enamorado de Sonia?

—Qué tonterías…

—Estoy segura, ya lo verás.

La predicción de Natasha se cumplió. Dólojov, a quien no gustaba la compañía femenina, empezó a frecuentar la casa, y la pregunta de a quién iba a ver pronto se resolvió en favor de Sonia, aunque nadie hablara de ello. Sonia lo sabía: nunca se habría atrevido a decirlo, pero cada vez que Dólojov aparecía se ponía roja como el carmín.

Dólojov comía a menudo en casa de los Rostov, nunca se perdía un espectáculo en el que ellos estuvieran y frecuentaba los bailes *adolescentes* de Ióguel, a los que siempre asistía la familia. Le prestaba una atención preferente a Sonia y la miraba de tal modo que no solo ella era incapaz de aguantarle la mirada sin sonrojarse, sino que hasta la vieja condesa y Natasha se ruborizaban al observarlo.

Era evidente que ese hombre fuerte y extraño se encontraba bajo la irresistible influencia de esa muchacha morenita y graciosa que amaba a otro.

Rostov advertía algo nuevo entre Dólojov y Sonia, pero no llegaba a definir en su fuero interno aquellas nuevas relaciones. «Siempre andan enamorándose de alguien», pensaba sobre Sonia y Natasha. Pero ya no se sentía tan cómodo como antes con Sonia y Dólojov, y empezó a pasar menos tiempo en casa.

En el otoño de 1806 todo el mundo empezó a hablar de nuevo de la guerra contra Napoleón, aún con más fervor que el año anterior. Se dieron órdenes de reclutar no solo a diez hombres por cada mil para el ejército regular, sino también a nueve por cada mil para la milicia[19]. Por todas partes se anatematizaba a Napoleón, y en Moscú solo se hablaba de la próxima guerra. Para la familia Rostov todo el interés de estos preparativos de guerra se reducía a que su Nikólushka de ningún modo aceptaba quedarse en Moscú y solo estaba esperando el final del permiso de Denísov para partir con él al regimiento pasadas las fiestas. La inminente partida no solo no le impedía divertirse, sino que lo estimulaba aún más a hacerlo: se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, en comidas, veladas y bailes.

XI

Al tercer día de las fiestas navideñas Nikolái comió en casa, algo que raramente hacía en las últimas semanas. Se trataba de una comida oficial de despedida, ya que, después de la Epifanía, partía con Denísov rumbo a su regimiento. Había unas veinte personas reunidas, entre las que se contaban Dólojov y Denísov.

Nunca en casa de los Rostov había estado el aire tan impregnado de amor ni la atmósfera propicia a enamorarse se había hecho sentir con tanta fuerza como en aquellos días de fiesta. «¡No dejes escapar estos instantes de felicidad, hazte amar y ama! Esto es lo único que importa en el mundo, lo demás son tonterías. Aquí solo nos preocupa esto», parecía decir aquella atmósfera.

Nikolái, habiendo dejado como siempre exhaustos a dos pares de caballos y, ni siquiera así llegando a tiempo a todos los sitios a los que tenía que ir ni a aquellos donde era invitado, llegó a casa justo antes de la comida. En cuanto entró, sintió la tensión amorosa que se respiraba en la casa, y además notó una extraña incomodidad entre algunos de los presentes. Sonia, Dólojov y la vieja condesa estaban especialmente turbados; Natasha, algo menos. Nikolái comprendió que algo había sucedido antes de su llegada entre Sonia y Dólojov y, con la delicadeza que le caracterizaba, durante la comida se mostró muy tierno y cauteloso al dirigirse a ellos. Por la tarde se celebraba el baile que Ióguel (el profesor de baile) organizaba los días festivos para todos sus alumnos y alumnas.

—Nikólenka, ¿vendrás al baile de Ióguel? Ven, por favor —le dijo Natasha—, ha insistido en que vayas. Vasili Dmítrich (es decir, Denísov) también irá.

—¡Cómo no, si me lo *og'dena* la condesa! —exclamó Denísov, que en casa de los Rostov había adoptado jocosamente el papel de caballero de Natasha—. Hasta el *pas de châle* estoy dispuesto a *bailag'*.

—¡Si me da tiempo, sí! Les he prometido a los Arjárov que iría a su fiesta —dijo Nikolái—. ¿Tú irás?… —Se volvió hacia Dólojov y, justo cuando ya se lo había preguntado, tuvo la sensación de que no debería haberlo hecho.

—Sí, es posible… —le respondió Dólojov con frialdad y enojo después de mirar a Sonia frunciendo el ceño; a continuación miró a Nikolái exactamente del mismo modo que había mirado a Pierre en la comida en el club.

«Algo ocurre», pensó Rostov, y aún más se convenció cuando vio que su amigo se marchaba inmediatamente después de la comida. Llamó a Natasha y le preguntó qué pasaba.

—Te estaba buscando —le dijo ella acercándose a toda prisa—. Te lo dije y no quisiste creerme —añadió con aire triunfal—: le ha pedido la mano a Sonia.

Por muy poco que Nikolái se hubiera ocupado de Sonia durante aquel tiempo, cuando oyó estas palabras fue como si algo se desgarrara en su interior. Dólojov era un partido digno, y en cierto sentido brillante, para Sonia, huérfana y sin dote. Desde el punto de vista de la vieja condesa y de la sociedad no había motivos para rechazarlo. Por ello, lo primero que sintió Nikolái al oír la noticia fue rabia contra Sonia. Se estaba preparando para decir: «Pues perfecto, naturalmente: hay que olvidar las promesas infantiles y aceptar la petición»; pero no tuvo tiempo de hacerlo…

—Y ¿te lo puedes creer? ¡Ella lo ha rechazado, lo ha rechazado del todo! —exclamó Natasha—. Ha dicho que ama a otro —añadió tras un breve silencio.

«¡Es que mi Sonia no podría haber actuado de otro modo!», pensó Nikolái.

—Por más que mamá se lo ha rogado, ella se ha negado, y sé que no cambiará de parecer, que si dice algo…

—¡Mamá se lo ha rogado! —dijo Nikolái con tono de reproche.

—Sí —respondió Natasha—. ¿Sabes una cosa, Nikólenka? No te enfades, pero sé que no te vas a casar con ella. Estoy segura, Dios sabrá por qué, pero estoy segura de que no te casarás con ella.

—Bueno, es imposible que puedas saberlo —contestó Nikolái—; pero tengo que hablar con ella. ¡Qué maravillosa es nuestra Sonia! —añadió con una sonrisa.

—¡Sí, una maravilla! Ahora le digo que venga.

Natasha besó a su hermano y salió corriendo.

Al cabo de cinco minutos entró Sonia con aire asustado, confuso y culpable. Nikolái se acercó a ella y le besó la mano. Era la primera vez desde su regreso que hablaban a solas y sobre su amor.

—*Sophie* —dijo él apocadamente, y después ya con más seguridad—: si va a rechazar un partido tan brillante y ventajoso… Él es un hombre excelente y noble… Es mi amigo…

Sonia lo interrumpió.

—Ya lo he rechazado —dijo ella apresuradamente.

—Si va a rechazarle por mí, temo que…

Sonia de nuevo lo interrumpió y le miró con expresión suplicante y asustada.

—*Nicolas,* no me diga eso —musitó.

—No, debo hacerlo. Quizá se trate de *suffisance*[20] por mi parte, pero es mejor decirlo todo. Si lo rechaza por mí, debo decirle toda la verdad. La amo, creo que más que a nadie…

—Con eso tengo suficiente —dijo Sonia con el rostro enrojecido.

—No, pero me he enamorado mil veces y lo volveré a hacer, aunque este sentimiento de amistad, confianza y amor solo lo tengo con usted. Además, soy joven. *Maman* se opone. Bueno, simplemente le quiero decir que no le prometo nada. Y le ruego que medite bien la proposición de Dólojov —dijo, pronunciando con dificultad el apellido de su amigo.

—No me diga esas cosas. No quiero nada. Lo amo a usted como a un hermano y siempre lo amaré, no necesito nada más.

—Es usted un ángel, no soy digno de usted, y solo temo engañarla.

Y le volvió a besar la mano.

XII

Los bailes de Ióguel eran los más divertidos de Moscú. Lo decían las madres al observar cómo sus adolescentes ejecutaban los pasos recién aprendidos; lo decían los propios adolescentes, que bailaban hasta quedar extenuados; lo decían las señoritas y muchachas más mayores que asistían a esos bailes por pura condescendencia, pero que encontraban allí la mejor de las diversiones. Aquel año se habían concertado dos matrimonios. Las dos hermosas condesas Gorchakov habían encontrado allí a sus prometidos y se habían casado, lo que dio a esos bailes aún más fama. Lo singular en ellos era que no había ni dueño ni dueña de la casa: estaba el bueno de Ióguel, que hacía reverencias, ligero como una pluma y siguiendo las normas del arte, y recogía de manos de los asistentes los vales por sus clases; lo singular era también que solo iban quienes querían bailar y divertirse, algo propio de las muchachitas de trece y catorce años que se visten de largo por primera vez. Todas ellas, salvo raras excepciones, eran hermosas o lo parecían: tal era el entusiasmo con el que miraban y se encendían sus ojillos. A veces incluso las mejores discípulas bailaban el *pas de châle*, y la mejor de todas era Natasha, que destacaba por su gracia; pero en esa ocasión solo se bailaba la escocesa, la inglesa y la mazurca, que justo acababa de ponerse de moda. Ióguel había alquilado una sala en casa de Bezújov y el baile era todo un éxito, como todo el mundo decía. Había muchas jóvenes atractivas, y las Rostov se contaban entre las

mejores. Ambas se sentían especialmente felices y alegres. Esa tarde Sonia, orgullosa por la proposición de Dólojov, por haberla rechazado y por haber tenido una explicación con Nikolái, ya en casa daba vueltas sobre sí misma sin dejar que la doncella le acabara de peinar las trenzas, y ahora resplandecía con una alegría impetuosa.

Natasha, no menos orgullosa por vestir de largo por primera vez en un baile de verdad, era aún más feliz. Las dos llevaban vestidos blancos de muselina con cintas rosas. Natasha se sintió enamorada desde el mismo instante en el que entró en el baile. No estaba enamorada de nadie en particular, sino de todo el mundo: se enamoraba de la persona en la que posara los ojos en ese instante.

—¡Ah, qué bien! —no dejaba de repetir corriendo hacia Sonia.

Nikolái y Denísov se paseaban por las salas observando con aire tierno y protector a los que bailaban.

—Es un encanto y *seg'á* una belleza —dijo Denísov.

—¿Quién?

—La condesa Natasha —respondió Denísov—. Y ¡cómo baila, con qué *gg'acia*! —añadió tras un breve silencio.

—Pero ¿de quién estás hablando?

—¡De tu *heg'mana*! —gritó Denísov, enfadado.

Rostov se sonrió.

—*Mon cher comte; vous êtes l'un de mes meilleurs écoliers, il faut que vous dansiez* —dijo el menudo Ióguel acercándose a Nikolái—. *Voyez combien de jolies demoiselles*.[21]

Con idéntico ruego se dirigió a Denísov, también antiguo alumno suyo.

—*Non, mon cher, je ferai tapisserie*[22] —dijo Denísov—. ¿Es que no se *acueg'da* de lo poco que *apg'ovechaba* sus lecciones?…

—¡Oh, no! —le consoló rápidamente Ióguel—. Simplemente me prestaba poca atención, pero tenía muchas aptitudes, sí: tenía aptitudes.

Volvió a sonar la mazurca, que se acababa de poner de moda. Nikolái no pudo oponerse a Ióguel y sacó a bailar a Sonia. Denísov tomó asiento junto a unas viejas damas y, apoyándose en su sable y llevando el compás con el pie, las divirtió contándoles algo mientras miraba a los jóvenes bailarines. La primera pareja estaba formada por Ióguel y Natasha (su orgullo y su mejor discípula). Deslizándose suave y graciosamente con sus menudos pies calzados con pequeños botines, Ióguel fue el primero en avanzar por la sala con Natasha, que ejecutaba los pasos tímida pero aplicadamente. Denísov no le quitaba los ojos de encima y llevaba el compás dando golpecitos en el suelo

con el sable, con una actitud que decía claramente que si no bailaba no era porque no pudiera, sino porque no quería. En mitad de una figura llamó a Rostov, que estaba pasando por delante de él.

—Así no es, de ningún modo —le dijo—. ¿Acaso es esto una *mazug'ca* polaca? Aunque ella baila de *mag'avilla*…

Como Nikolái sabía que Denísov era célebre hasta en Polonia por su maestría en la mazurca polaca, corrió hacia Natasha:

—Elige a Denísov. ¡Baila como un prodigio!

Cuando volvió a ser su turno, Natasha se levantó azorada y, deslizándose en sus pequeños botines con lacitos, cruzó rápidamente toda la sala hasta el rincón donde estaba sentado Denísov. Notó que todo el mundo la miraba expectante. Nikolái vio que su amigo y Natasha discutían con una sonrisa, y que él estaba diciendo que no. Se acercó rápidamente a ellos.

—Por favor, Vasili Dmítrich —le decía Natasha—; vamos, por favor.

—¡Oh, no, déjeme, condesa! —respondía Denísov.

—¡Venga, Vasia, ya está bien! —intervino Nikolái.

—*Pag'ece* que estén ustedes *tg'atando* de *convenceg'* a Vaska el gato —bromeó Denísov.

—Cantaré toda una tarde para usted —le dijo Natasha.

—¡Es una *hechiceg'a*, hace lo que *quieg'e* conmigo! —exclamó Denísov, y se quitó el sable.

Sorteó las sillas, cogió firmemente a su dama de la mano, irguió la cabeza y adelantó un pie esperando la entrada. La escasa altura de Denísov solo pasaba desapercibida cuando montaba a caballo y cuando bailaba la mazurca, y entonces parecía el joven gallardo que él mismo se sentía ser. Cuando dieron la entrada miró a su dama de soslayo, con aire triunfal y jocoso, dio un inesperado golpe con el tacón y, como una pelota, saltó elásticamente y voló por la sala dibujando un círculo y llevando consigo a su pareja. Se deslizó por media sala sin hacer ruido y sobre un solo pie, y parecía que no viera las sillas que tenía delante y que se precipitara directamente hacia ellas; pero de pronto, haciendo sonar las espuelas y separando las piernas, se apoyó un segundo en los tacones y entrechocó los pies haciendo sonar de nuevo las espuelas con estrépito; entonces empezó a dar rápidas vueltas y, golpeando una pierna contra la otra, volvió a volar en un círculo. Natasha adivinaba lo que él pretendía hacer y, sin saber ella misma cómo, lo seguía y se dejaba llevar. Él la hacía girar unas veces con la mano derecha y otras con la izquierda, y se arrodillaba haciéndole dar vueltas a su alrededor; de nuevo se levantaba de un salto y se adelantaba con tal ímpetu como si tuviera la intención de atravesar

todas las salas sin tomar aire; de pronto se volvía a detener y hacía nuevas e inesperadas figuras. Cuando, tras hacer girar ágilmente a su dama delante de donde estaba sentada antes, hizo sonar las espuelas y se inclinó, Natasha ni siquiera pudo corresponderle con la reverencia que tocaba: fijó la mirada en sus ojos y sonrió como si no lo reconociera.

—¿Cómo es posible? —dijo ella.

Aunque Ióguel no aceptara que aquella fuese una auténtica mazurca, todo el mundo estaba entusiasmado con la maestría de Denísov y no dejaban de elegirle como pareja de baile; los viejos, con una sonrisa, comenzaron a hablar de Polonia, de los buenos tiempos antiguos. Denísov, con la cara roja después del baile, se la secó con un pañuelo, se sentó al lado de Natasha y no se separó de su lado en toda la velada.

XIII

Durante los dos días siguientes Rostov no vio a Dólojov en casa de sus padres ni en la de este; al tercer día recibió una nota suya.

> Ya que no tengo intención de volver a vuestra casa por razones que ya conoces, y como me reincorporo al ejército, esta noche organizo un pequeño festín de despedida para mis amigos. Ven al hotel Inglaterra.

Alrededor de las diez, al salir del teatro donde había ido con su familia y Denísov, Rostov se dirigió al hotel Inglaterra. Al llegar, lo condujeron a la mejor sala, que Dólojov había alquilado para la noche.

Unas veinte personas se amontonaban alrededor de una mesa en la que también estaba Dólojov, sentado entre dos velas. En la mesa había oro y papel moneda: él llevaba la banca. Nikolái no había vuelto a verlo desde la proposición de matrimonio y el rechazo de Sonia y, al pensar en el encuentro, se sintió turbado.

Se encontró con la mirada luminosa y fría de Dólojov ya en la puerta, como si lo llevara esperando desde hacía tiempo.

—Hacía mucho que no nos veíamos —dijo Dólojov—; gracias por haber venido. Ahora termino con esto e Iliushka vendrá con su coro.

—Pasé por tu casa —dijo Rostov enrojeciendo.

Dólojov no le respondió.

—Puedes jugar —le propuso.

En ese instante Rostov recordó una extraña conversación que había tenido con él. «Solo los imbéciles juegan al azar», le había dicho Dólojov entonces.

—O ¿es que te da miedo jugar conmigo? —añadió como si le hubiera leído el pensamiento, y sonrió.

Esta sonrisa dejó claro a Rostov que el estado de ánimo de Dólojov era el mismo que en el banquete del Club Inglés, y el que en general tenía cuando, hastiado de la vida ordinaria, sentía la necesidad de hacer algo extraño y casi siempre cruel para sacudirse ese hastío.

Rostov estaba incómodo; buscó en vano alguna broma para replicar a las palabras de Dólojov. Pero, antes de que pudiera contestar, este, mirándole directamente a la cara, le dijo lenta y claramente, para que todos pudieran oírle:

—¿Te acuerdas de lo que decíamos sobre el juego? «Es de estúpidos jugar al azar; hay que jugar a lo seguro.» Pues yo quiero probar.

«¿Probar al azar? ¿O a lo seguro?», pensó Rostov.

—Aunque será mejor que tú no juegues —añadió Dólojov, y, barajando ruidosamente las cartas, exclamó—: ¡Banca, señores!

Empujó el dinero y se dispuso a repartir las cartas. Rostov se sentó a su lado y al principio no jugó. Dólojov le miraba de vez en cuando:

—¿Por qué no juegas? —le preguntó.

Y fue extraño porque Nikolái sintió la necesidad de coger una carta, de depositar una pequeña cantidad y de empezar a jugar.

—No llevo dinero encima —dijo Rostov.

—¡Te fío!

Rostov apostó cinco rublos por su carta y perdió, apostó más y volvió a perder. Dólojov le mató (es decir, le ganó) diez cartas seguidas.

—Señores —dijo Dólojov después de haber barajado un rato—, les ruego que pongan el dinero encima de las cartas; si no, puedo equivocarme con las cuentas.

Uno de los jugadores dijo que esperaba que se fiara de él.

—Podría fiarme, pero temo equivocarme; les ruego que pongan el dinero encima de las cartas —insistió Dólojov—. Tú no te preocupes, ya saldaré cuentas contigo después —le dijo a Rostov.

El juego continuó; un lacayo servía champán sin parar.

A Rostov le mataron todas sus cartas. Ya llevaba ochocientos rublos anotados en su cuenta. Apostó ochocientos más a una sola carta, pero mientras le servían champán cambió de parecer y volvió a su apuesta habitual de veinte rublos.

—Déjalo como estaba —le dijo Dólojov, aunque parecía no mirarle—: así te recuperarás antes. A los demás les hago ganar y tú no haces más que perder. ¿Acaso te doy miedo?

Rostov le obedeció, dejó los ochocientos rublos y apostó al siete de corazones: era una carta con una esquina cortada que había recogido del suelo. Más tarde la recordaría bien. Puso el siete de corazones y escribió encima con tiza «800» en cifras redondas y rectas; se bebió una copa de champán ya caliente y, esperando con el alma encogida un siete, no dejó de observar las manos de Dólojov, que sostenían la baraja. Que su siete de corazones resultara ganador o perdedor significaba mucho para él. El domingo de la semana anterior el conde Iliá Andreich le había dado a su hijo dos mil rublos y, a pesar de que no le gustaba hablar de sus dificultades económicas, le había dicho que ese dinero era el último que le podía dar hasta mayo, y por ello le había pedido que fuera más austero. Nikolái le había contestado que con aquella suma tenía más que de sobra, y le había dado su palabra de honor que no le pediría más dinero hasta la primavera. En ese instante solo le quedaban mil doscientos rublos. Así, el siete de corazones no solo significaba perder mil seiscientos rublos, sino verse obligado a traicionar la palabra dada. Mientras miraba con el corazón en un puño las manos de Dólojov, pensaba: «Venga, rápido, dame esa carta: cogeré la gorra, me iré a mi casa a cenar con Denísov, Natasha y Sonia, y jamás volveré a tocar una carta». En ese instante su vida familiar —las bromas con Petia, las conversaciones con Sonia, los duetos con Natasha, el *piquet*[23] con su padre e incluso su lecho apacible en su casa de la calle Povarskaia— se dibujaba en su pensamiento con tal intensidad, claridad y encanto que parecía que se tratara de una felicidad lejana, perdida y no valorada. No le entraba en la cabeza que el estúpido azar, haciendo caer el siete a la derecha y no a la izquierda, pudiera privarle de toda esa luminosa felicidad que ahora comprendía, y condenarlo a un abismo de desdicha aún desconocida e indefinida. Eso era imposible. Y, sin embargo, seguía con el corazón en un puño los movimientos de las manos de Dólojov. Aquellas manos rojizas de huesos anchos y con el vello que asomaba por debajo de la camisa depositaron la baraja y cogieron el vaso y la pipa.

—Entonces ¿no te da miedo jugar conmigo? —repitió Dólojov, y, como si se dispusiera a contar una historia divertida, colocó las cartas, se apoyó en el respaldo de la silla y empezó a decir lentamente y con una sonrisa—: Sí, señores, ha llegado hasta mis oídos que en Moscú corre el rumor de que soy un tramposo, por eso les recomiendo que tengan mucho cuidado conmigo.

—¡Va, reparte de una vez! —exclamó Rostov.

—¡Oh, cómo son las comadres de Moscú! —dijo Dólojov, y cogió las cartas con una sonrisa.

—¡Aaah! —casi gritó Rostov, llevándose las manos a la cabeza.

El siete que necesitaba estaba boca arriba, era la primera carta de la baraja. Había perdido más de lo que podía pagar.

—Mejor será que no arriesgues tanto —le dijo Dólojov con una mirada fugaz, y continuó tallando.

XIV

Al cabo de una hora y media la mayoría de los jugadores miraba su juego sin tomárselo ya demasiado en serio.

Todo el interés de la partida se concentraba en Rostov. En vez de los mil seiscientos rublos de antes, ahora su cuenta estaba formada por una larga columna de cifras. Nikolái había contado hasta diez mil, aunque en ese momento tenía la vaga sospecha de que la cifra ya alcanzaba los quince mil. La realidad era otra: ya superaba los veinte mil rublos. Dólojov había dejado de escuchar a los demás y de contar historias. Estaba pendiente de cada movimiento de las manos de Rostov y, de vez en cuando, echaba una ojeada a la cuenta. Decidió continuar jugando hasta que la deuda llegara a los cuarenta y tres mil rublos. Había escogido esa cifra porque «cuarenta y tres» era el resultado de sumar su edad con la de Sonia. Rostov, con la cabeza apoyada en ambas manos, seguía sentado ante la mesa llena de garabatos de tiza, manchas de vino y cartas. Se sentía dominado por una sensación que lo atormentaba: esas manos rojizas y de huesos anchos con el vello que asomaba por debajo de la camisa, esas manos que amaba y odiaba a la vez, lo tenían bajo su poder.

«Seiscientos rublos, as, esquina[24], nueve… ¡Es imposible que recupere el dinero!… ¡Con lo feliz que estaría en casa!… Doblo a la sota… ¡No puede ser!… Pero ¿por qué me hace esto?…», pensaba y recordaría después Rostov. A veces hacía una apuesta elevada, pero Dólojov no se lo permitía y fijaba él mismo la apuesta. Nikolái se sometía y rezaba a Dios igual que lo había hecho en el campo de batalla, en el puente de Amstetten; o deseaba que lo salvara la primera carta que recogiera del montón de naipes doblados que habían caído debajo de la mesa; o contaba cuántos cordones había en su chaqueta y echaba una carta con idéntico número para recuperar sus pérdidas; o volvía la mirada

hacia los demás jugadores en busca de auxilio o la clavaba en el rostro de Dólojov, ahora frío, tratando de descifrar sus pensamientos.

«Sabe perfectamente lo que esta pérdida significa para mí —se decía—. ¡No puede estar deseando mi perdición! ¡Era mi amigo! ¡Yo lo quería!… Pero él no tiene la culpa: ¿qué va a hacer si la suerte le sonríe? Aunque yo tampoco soy culpable. No he hecho nada malo. ¿Es que he matado, ofendido o deseado el mal a alguien? Pero ¿por qué esta terrible desgracia? Y ¿cuándo ha empezado? No hace tanto que me he acercado a esta mesa con la idea de ganar cien rublos, comprarle a mamá aquel cofrecito para su santo y volver a casa. ¡Era tan feliz, tan libre y estaba tan contento! ¡No entendía entonces lo feliz que era! ¿Cuándo acabó todo eso y cuándo ha empezado esta situación nueva y terrible? ¿Cómo se ha producido este cambio? Estaba aquí sentado, en este mismo lugar en esta mesa, y escogía y echaba las cartas, y miraba esas manos huesudas y hábiles. ¿Cuándo ha ocurrido esto y qué es lo que ha ocurrido en realidad? Tengo salud y fuerza, todo sigue igual y estoy en el mismo lugar que antes. ¡No, no puede ser! Estoy seguro de que todo esto quedará en nada.»

Tenía la cara roja y cubierta de sudor, a pesar de que en la sala no hacía calor. Además, su semblante reflejaba miedo y pesadumbre, sobre todo por el intento inútil de parecer tranquilo.

La suma alcanzó la cifra fatal de cuarenta y tres mil. Rostov preparó una carta con la esquina doblada con la que iba a jugarse los tres mil rublos que le acababan de dar; entonces Dólojov dio un golpe con la baraja, la dejó a un lado, cogió la tiza y, quebrándola al escribir con su letra clara y firme, empezó a calcular rápidamente las pérdidas de Rostov.

—¡Es hora de cenar, a cenar! ¡Ahí están los cíngaros!

Efectivamente, en ese momento entraban desde el frío exterior unos hombres y mujeres de tez morena que decían algo con su acento cíngaro. Aunque Nikolái sabía que todo había acabado, dijo con voz indiferente:

—Qué pasa, ¿no quieres jugar más? Tengo preparada una carta fabulosa —como si lo que más le interesara fuera la diversión del juego. «¡Todo ha acabado, estoy perdido! Lo único que me falta ahora es una bala en la frente», pensaba. Sin embargo, dijo con voz alegre—: Venga, una cartita más.

—¡Bueno, bueno! —le respondió Dólojov terminando la cuenta—. Van veintiún rublos —dijo, señalando la cifra que faltaba para llegar a los cuarenta y tres mil exactos. Cogió la baraja y se dispuso a repartir.

Rostov desdobló sumisamente la esquina y, en vez de los seis mil que ya tenía preparados, escribió «21».

—Me da completamente igual —dijo—, solo me interesa saber si me darás el diez o si lo matarás.

Dólojov empezó a repartir las cartas con gesto serio. ¡Oh, cómo odiaba Rostov en esos instantes aquellas manos rojizas, de dedos cortos y con el vello que asomaba por debajo de la camisa que le tenían bajo su poder!… Salió el diez.

—Me debe usted cuarenta y tres mil rublos, conde —anunció Dólojov, y, desperezándose, se levantó de la mesa—. ¡Cómo cansa estar tanto rato sentado!

—Sí, yo también estoy cansado —dijo Rostov.

Dólojov, como si quisiera recordar a Nikolái que en su situación debía dejarse de bromas, lo interrumpió:

—¿Cuándo voy a recibir el dinero, conde?

Rostov enrojeció y se llevó a Dólojov a otra sala.

—No puedo pagártelo todo de golpe, acepta una letra de cambio —le dijo.

—Escucha, Rostov —dijo Dólojov con una sonrisa luminosa, mirando a Nikolái a los ojos—, ya conoces el dicho: «Feliz en el amor, desgraciado en las cartas». Tu prima está enamorada de ti. Lo sé.

«¡Oh, qué terrible es sentirse bajo el poder absoluto de este hombre!», pensó Rostov. Sabía el golpe que le iba a asestar a su padre y a su madre cuando les hablara del dinero que había perdido; sabía también lo feliz que sería si pudiera librarse de todo aquello. Y comprendía que Dólojov sabía que podía evitarle la vergüenza y la desgracia, pero que quería seguir jugando con él, como un gato con un ratón.

—Tu prima… —empezó a decir Dólojov, pero Nikolái lo interrumpió.

—¡Mi prima aquí no pinta nada, no hay por qué hablar de ella! —gritó enfurecido.

—Entonces ¿cuándo recibiré el dinero? —preguntó Dólojov.

—Mañana —le respondió Rostov, y salió de la sala.

XV

Decir «mañana» y mantenerse digno no resultaba difícil, pero llegar solo a casa, ver a sus hermanas, hermano, madre y padre, confesarlo todo y pedir un dinero al que no tenía derecho tras haber dado su palabra de honor era terrible.

En casa de los Rostov nadie dormía aún. Los jóvenes, después de volver del teatro y de haber cenado, estaban reunidos alrededor del clavicordio. En cuanto entró en la sala, Nikolái se sintió imbuido por esa atmósfera amorosa y poética que aquel invierno reinaba en la casa, y que ahora, después de la propuesta de matrimonio de Dólojov y del baile de Ióguel, parecía haberse espesado aún más sobre Sonia y Natasha, como el aire antes de una tormenta. Las dos llevaban los vestidos azul celeste que se habían puesto para ir al teatro, estaban hermosas y eran conscientes de ello, y sonreían felices junto al clavicordio. Vera estaba en el salón jugando al ajedrez con Shinshin. La vieja condesa, esperando la llegada de su hijo y de su marido, hacía un solitario en compañía de una anciana noble que vivía con ellos. Denísov, con los ojos brillantes y el cabello despeinado, estaba sentado al clavicordio con una pierna hacia atrás; con sus dedos cortos buscaba los acordes en el teclado y, entornando los ojos, cantaba con voz ronca pero segura *La hechicera*, una poesía que había compuesto y a la que trataba de poner música.

¡Dime, hechicera, qué fuerza
me arrastra hacia las notas abandonadas!
¡Qué fuego has encendido en mi corazón,
qué pasión se vierte por mis dedos!

Cantaba con pasión, iluminando con sus ojos de un negro azabache a la asustada y feliz Natasha.

—¡Muy bien! ¡Maravilloso! —exclamaba ella—. Una estrofa más —dijo, sin percatarse de la presencia de Nikolái.

«Aquí todo sigue igual», pensó Nikolái después de dar un vistazo al salón, donde vio a Vera, a su madre y a la anciana.

—¡Ah! ¡Ya ha llegado Nikólushka! —exclamó Natasha corriendo hacia él.

—¿Papá está en casa? —preguntó Nikolái.

—¡Qué contenta estoy de que hayas llegado! —le dijo Natasha sin responderle—. ¡Nos lo estamos pasando tan bien! Vasili Dmítrich se ha quedado un día más por mí, ¿sabes?

—No, papá aún no ha llegado —intervino Sonia.

—¡Kokó, ya has llegado! ¡Ven aquí, querido! —se oyó la voz de la condesa desde el salón.

Nikolái fue hasta donde estaba su madre, le besó la mano, se sentó a su lado en la mesa y, en silencio, se puso a mirar sus manos, que disponían las cartas. De la sala no dejaban de llegar risas y voces divertidas: estaban tratando de convencer a Natasha de algo.

—¡Bueno, ya está bien, ya está bien! —gritaba Denísov—. *Ahog'a* no puede *desdecig'se*: tiene que *cantag'* la *bag'cag'ola*, se lo *g'uego*.

La condesa miró a su hijo, que seguía callado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

—Ah, nada —dijo Nikolái como si ya estuviera harto de esa insistente pregunta—. ¿Va a venir pronto papá?

—Eso creo.

«Aquí todo sigue igual. ¡No saben nada! ¿Dónde puedo meterme?», pensó Nikolái, y se dirigió de nuevo hacia la sala del clavicordio.

Sonia estaba tocando el preludio de una barcarola que a Denísov le gustaba especialmente. Natasha se disponía a cantar y Denísov la miraba con ojos apasionados.

Nikolái empezó a pasear arriba y abajo por la sala.

«¡Malditas las ganas de obligarla a cantar! Y ¿qué va a cantar? ¡No hay nada divertido en esto», pensaba.

Sonia tocó el primer acorde del preludio.

«Dios mío, estoy acabado, soy un hombre sin honor. Una bala en la frente, esto es lo único que queda, y no ponerse a cantar —pensaba—. ¿Debería marcharme? Pero ¿adónde? Da igual, ¡que canten!»

Nikolái continuó paseándose con aire sombrío, mirando a Denísov y a las muchachas, pero evitando sus miradas.

«¿Qué le ocurre, Nikólenka?», le preguntaba Sonia con los ojos, que tenía pendientes de él. Se dio cuenta enseguida de que algo le había sucedido.

Nikolái le dio la espalda. Natasha, con su agudeza, también reparó en el estado en el que se encontraba su hermano. Pero, aunque lo percibiera, se lo estaba pasando tan bien en ese instante, tan lejos estaba de aquella aflicción, tristeza y reproches que se engañó a sí misma adrede (como les suele suceder a los jóvenes). «No, ahora estoy demasiado contenta para arruinar mi diversión preocupándome por las penas de otro —pensó, y se dijo a sí misma —: Sí, seguro que me equivoco: debe de sentirse tan contento como yo.»

—¡Venga, Sonia! —exclamó Natasha, y fue hasta el centro de la sala, que era donde consideraba que había mejor acústica.

Irguiendo la cabeza, con los brazos caídos y muertos como las bailarinas, Natasha se deslizó por el centro de la sala pasando con un enérgico movimiento del talón a la punta de los dedos y se detuvo.

«¡Aquí estoy yo!», parecía decir en respuesta a la mirada apasionada de Denísov.

«¡De qué se alegra! —pensó Nikolái al mirar a su hermana—. Y ¡cómo no le resulta aburrido y vergonzoso!» Natasha cantó la primera nota, su garganta se ensanchó, el pecho se le enderezó y los ojos adoptaron una expresión seria. No pensaba en nadie ni en nada en ese instante, y por su boca adornada con una sonrisa empezaron a brotar esos sonidos que cualquiera puede repetir mil veces haciendo los mismos tiempos e intervalos que le dejan a uno frío, pero que a la mil y una vez te hacen estremecer y llorar.

Aquel invierno Natasha había empezado a cantar seriamente por primera vez, sobre todo porque Denísov estaba entusiasmado con su voz. Ahora ya no cantaba como una niña, ya no había en su modo de cantar esa aplicación cómica e infantil que tenía antes; pero aún no cantaba bien, como decían todos los jueces expertos que la habían escuchado. «Tiene una voz excelente, aunque sin educar; tiene que educarla», repetían todos. Sin embargo, normalmente lo decían mucho después de que se hubiera callado: mientras sonaba esa voz sin educar, con sus respiraciones irregulares y sus transiciones forzadas, ni siquiera los jueces expertos decían nada; simplemente se deleitaban con la voz sin educar y deseaban volverla a escuchar una vez más. Había en ella una frescura virginal, un desconocimiento de sus fuerzas y un aterciopelamiento aún no trabajado que se fundían con los defectos en el arte de cantar, y lo hacían de tal modo que parecía que no se pudiera cambiar nada en aquella voz sin estropearla.

«¿Cómo es posible? —pensó Nikolái abriendo mucho los ojos al oírla—. ¿Qué le ha pasado? ¡Cómo canta hoy!» Y, de repente, el mundo entero se concentró para él en la espera de la siguiente nota, de la siguiente frase, y todo en el mundo se dividió en tres ritmos: «*Oh mio crudele affetto…*», uno, dos tres… uno, dos… tres… uno; «*Oh mio crudele affetto…*», uno, dos, tres… uno. «Ah, qué estúpida es nuestra vida —pensó Nikolái—. Toda esta desdicha, el dinero, Dólojov, la rabia y el honor no son más que un disparate… Esto es lo único auténtico… ¡Bien, Natasha, bien, mi pequeña paloma! ¡Bien, querida!… ¿Cómo va a llegar al si? ¡Ha llegado! ¡Gracias a Dios!», y, sin darse cuenta de que también él se había puesto a cantar como para reforzar aquel si, hizo una segunda voz a un intervalo de tercera por debajo de la nota alta. «¡Dios mío, qué bien! ¿Es posible que haya llegado? ¡Qué felicidad!», pensó.

¡Oh, cómo vibró aquella tercera y cómo se despertó lo mejor que había en el alma de Rostov! Y ese algo era independiente de este mundo, más elevado que el mundo entero. ¡Qué importancia tenían las pérdidas, los Dólojov y las

palabras de honor!… ¡Todo eso era una estupidez! Uno podía matar y robar, y no obstante ser feliz…

XVI

Hacía mucho tiempo que Rostov no obtenía tal placer de la música. Pero, en cuanto Natasha concluyó su barcarola, la realidad volvió a él. Sin decir nada, salió de la sala y bajó a su habitación. Al cabo de un cuarto de hora el viejo conde, contento y satisfecho, volvía del club. Al oírle llegar, Nikolái fue a verle.

—Bueno, ¿qué? ¿Te has divertido? —preguntó Iliá Andreich sonriendo con alegría y orgullo a su hijo.

Nikolái quiso contestarle que sí, pero no pudo: a punto estuvo de ponerse a llorar. El conde estaba encendiendo la pipa y no se dio cuenta del estado de su hijo.

«¡Ah, es inevitable!», pensó Nikolái por primera y última vez. Y de pronto, con el tono más despreocupado, tanto que se sintió un canalla, le dijo a su padre igual que si estuviera llamando a un carruaje para ir a la ciudad:

—Papá, me olvidaba: he venido a verle por un asunto. Necesito dinero.

—¡Vaya, hombre! —dijo su padre, que estaba de especial buen humor—. Ya te dije que no tendrías suficiente. ¿Necesitas mucho?

—Sí, mucho —respondió Nikolái sonrojándose y con una sonrisa desdeñosa que después tardaría mucho en perdonarse—. He perdido algo de dinero… es decir, mucho, muchísimo: cuarenta y tres mil rublos.

—¿Qué? ¿Contra quién?… ¡Bromeas! —gritó el conde, y tanto el cuello como la nuca se tiñeron de repente de un rojo apopléjico, como enrojecen los viejos.

—He prometido que pagaría mañana —dijo Nikolái.

—¡Bueno…! —exclamó el conde abriendo los brazos y dejándose caer en el diván sin fuerzas.

—¡Qué se le va a hacer! A quién no le ha pasado alguna vez —dijo Nikolái con tono despreocupado y arrojado, aunque íntimamente se consideraba un canalla, un infame que no va a poder redimir su crimen en toda su vida.

Aunque quería besar las manos de su padre y pedirle perdón de rodillas, le había dicho con tono descuidado e incluso burdo que eso era algo que a cualquiera le podía pasar.

Al oír las palabras de su hijo, el conde Iliá Andreich bajó la mirada y, atareado, se puso a buscar algo.

—Sí, sí —pronunció—, va a ser complicado… Me temo que va a ser complicado encontrar… ¡A quién no le ha pasado! Sí, a quién no le ha pasado…

Miró fugazmente el rostro de su hijo y se dispuso a salir de la habitación… Nikolái se había preparado para una respuesta demoledora, pero no esperaba en absoluto tal reacción.

—¡Papá! ¡Pa… pá! —gritó a su espalda entre sollozos—. ¡Perdóneme!

Cogió la mano de su padre, la apretó contra sus labios y se echó a llorar.

Mientras padre e hijo tenían esta explicación, otra no menos importante se estaba produciendo entre madre e hija. Natasha, agitada, había corrido en busca de su madre.

—¡Mamá!… ¡Mamá!… Me ha pedido…

—¿Qué te ha pedido?

—Me ha pedido… ¡Me ha pedido la mano! ¡Mamá, mamá! —gritaba.

La condesa no creía lo que estaba oyendo. Denísov le había pedido la mano. ¿A quién? A esa niña diminuta que hacía tan poco aún jugaba con muñecas y ahora tomaba lecciones.

—¡Natasha, basta de tonterías! —dijo, aún con la esperanza de que se tratara de una broma.

—¡Cómo que tonterías! Le estoy diciendo la verdad —exclamó Natasha enfadada—. He venido a preguntarle qué hago y usted me dice: «Tonterías»…

La condesa se encogió de hombros.

—Si es verdad que *monsieur* Denísov te ha pedido la mano, dile que es un tonto, y ya está.

—No es un tonto —repuso Natasha seria y ofendida.

—Bueno, entonces ¿qué quieres? Hoy en día todos os enamoráis. Pues si estás enamorada, cásate con él —dijo la condesa riendo con amargura—. ¡Ve con Dios!

—No, mamá, no estoy enamorada de él, creo que no lo estoy.

—Pues entonces díselo.

—Mamá, ¿se ha enfadado usted? No se enfade, mamaíta, ¿de qué tengo yo la culpa?

—Bueno, pero entonces ¿qué quieres, querida? Si quieres, voy yo misma a decírselo —le propuso la condesa sonriendo.

—No, ya lo hago yo, pero enséñeme cómo. Para usted todo es fácil —añadió, respondiendo a su sonrisa—. ¡Si hubiera visto cómo me lo ha dicho! Sé que no quería hacerlo, pero se le ha escapado.

—De todos modos, tienes que rechazarlo.

—No, no. ¡Me da tanta pena! Es tan agradable.

—Bueno, entonces acepta. Porque ya va siendo hora de que te cases —dijo la madre con tono enfadado y burlón.

—¡No, mamá, me da tanta pena! No sé cómo decírselo.

—Tú no tienes que decirle nada, ya lo haré yo —dijo la condesa, indignada por que se hubieran atrevido a mirar a su pequeña Natasha como a una adulta.

—No, de ningún modo, lo haré yo misma; usted escuche detrás de la puerta.

Y Natasha cruzó corriendo el salón y entró en la sala, donde Denísov seguía sentado en la misma silla al lado del clavicordio, tapándose la cara con las manos. Se levantó de un salto al oír su andar ligero.

—*Nathalie* —dijo acercándose con paso rápido—, *g'esuelva* mi destino. ¡Está en sus manos!

—Vasili Dmítrich, ¡me da usted tanta pena!… Sí, es usted tan buen muchacho… Pero es imposible… eso… aunque siempre le querré.

Denísov se inclinó sobre su mano, y ella oyó unos sonidos extraños que no comprendía. Natasha le besó su cabeza de pelo negro, enredado y rizado. En ese instante se oyó el presuroso frufrú del vestido de la condesa, que se estaba acercando.

—Vasili Dmítrich, le agradezco el honor —dijo la condesa con voz turbada, que a Denísov le pareció severa—, pero mi hija es muy joven, y yo pensaba que usted, como amigo de mi hijo, se dirigiría primero a mí. En ese caso, no me habría puesto usted en la necesidad de darle esta negativa.

—Condesa… —dijo Denísov con los ojos bajos y aire culpable; quiso añadir algo más y se quedó cortado.

Natasha no pudo ver sin emocionarse esa expresión tan lastimera, y empezó a llorar con fuerza.

—Condesa, soy culpable ante usted —continuó Denísov con la voz entrecortada—, pero sepa que *adog'o* tanto a su hija y a toda su familia que *dag'ía* dos veces la vida… —Miró a la condesa y, al ver su rostro severo, añadió—: Bueno, adiós, condesa —concluyó, y, después de besarle la mano, salió rápidamente de la sala sin mirar a Natasha.

Al día siguiente Rostov fue a despedir a Denísov, que no quiso quedarse ni un día más en Moscú. Todos sus amigos moscovitas lo despidieron con una fiesta de cíngaros, y por ello fue incapaz de recordar cómo lo habían tumbado en el trineo y cómo había recorrido el camino hasta la tercera estación de postas.

Después de la marcha de Denísov, Rostov estuvo dos semanas más en la ciudad, sin salir de casa y pasando casi todo el tiempo en la habitación de las señoritas, a la espera del dinero, que el viejo conde no pudo reunir enseguida.

Sonia se mostraba con él aún más cariñosa y entregada que antes. Parecía que quisiera hacerle ver que sus pérdidas en el juego constituían un acto heroico por el que ahora lo amaba aún más; sin embargo, Nikolái se sentía indigno de ella.

Llenó de versos y música los álbumes de las muchachas y, a finales de noviembre, sin haberse despedido de ninguna de sus amistades, habiendo enviado por fin los cuarenta y tres mil rublos a Dólojov y con el recibo en su poder, partió para alcanzar a su regimiento, que ya estaba en Polonia.

Segunda parte

I

Después de la explicación con su mujer, Pierre se marchó a San Petersburgo. En la estación de postas de Torzhok no había caballos, o el maestro de postas no se los quiso dar, y tuvo que esperar. Sin desvestirse, se echó en un diván de piel que había frente a una mesa redonda, puso encima de esta sus grandes pies enfundados en cálidas botas, y se quedó ensimismado.

—¿Ordena el señor traer las maletas? ¿Quiere que le haga la cama o que le prepare el té? —le preguntaba el ayuda de cámara.

Pierre no le respondía porque no oía ni veía nada. Ya en la estación de postas anterior se había quedado ensimismado y no dejaba de pensar en lo mismo, en algo tan importante para él que no prestaba ninguna atención a lo que ocurría a su alrededor. No solo no le interesaba si llegaba antes o después a San Petersburgo, ni si había o no sitio para descansar en la estación de postas: comparado con los pensamientos que ahora le ocupaban, no le importaba siquiera si pasaría allí unas horas o toda la vida.

El maestro de postas, su mujer, el ayuda de cámara y una campesina que vendía bordados de Torzhok entraban en la habitación para ofrecerle sus servicios. Pierre, sin cambiar de posición, con los pies sobre la mesa, los miraba a través de las gafas sin comprender qué querían y cómo podían vivir sin resolver las cuestiones que a él le ocupaban. Y estas eran las mismas desde el día del duelo en Sokólniki y aquella primera noche de sufrimiento e insomnio; ahora, en la soledad del viaje, se habían apoderado de él con especial intensidad. Fuera lo que fuera en lo que se pusiera a pensar, volvía a esas mismas cuestiones: era incapaz de resolverlas y de dejar de formulárselas una y otra vez. Era como si en su cabeza el tornillo principal en el que se sostenía toda su vida se hubiera pasado de rosca. El tornillo ya no se movía para apretarse ni para aflojarse sino que daba vueltas en la rosca sin sujetar nada y sin poder dejar de girar.

Entró el maestro de postas y rogó obsequiosamente al señor conde que esperara un par de horitas más, al cabo de las cuales (costase lo que costase) daría al señor conde caballos de correo. Era evidente que mentía y que solo

quería obtener más dinero del viajero. «¿Esto está mal o bien? —se preguntaba Pierre—. Para mí está bien, para otro viajero mal, y para él es algo inevitable porque no tiene nada que comer. Dice que un oficial le golpeó, y que lo hizo porque tenía prisa en partir cuanto antes. Yo disparé a Dólojov porque me consideré agraviado. A Luis XVI lo ejecutaron porque lo consideraron un delincuente, y al cabo de un año mataron a quienes lo habían ejecutado también por alguna razón. ¿Qué está mal? ¿Qué está bien? ¿Qué debe uno amar y qué debe odiar? ¿Para qué vivir y qué soy yo? ¿Qué fuerza rige sobre todos nosotros?», se preguntaba. Y no había respuesta para ninguna de estas preguntas, excepto una ilógica, y que no las respondía en absoluto. Y esta respuesta era: «Morirás y todo acabará. Morirás y lo sabrás todo o dejarás de preguntar». Pero también morir era terrible.

La campesina de Torzhok le ofrecía su mercancía con voz estridente: insistía en las pantuflas de piel de cabra. «Tengo cientos de rublos con los que no sé ni qué hacer, y aquí está esta campesina con su pelliza rota, mirándome con timidez —pensaba Pierre—. Y ¿para qué necesita el dinero? ¿Es que puede añadir a su vida una brizna de felicidad y de calma espiritual? ¿Acaso hay algo en el mundo que pueda hacer que ella y yo estemos menos expuestos al mal y a la muerte? La muerte, que acaba con todo y que va a llegar hoy o mañana, dentro de un instante en comparación con la eternidad.» Y de nuevo volvía a enroscar aquel tornillo que, sin sujetar nada, seguía dando vueltas y vueltas en el mismo sitio.

El sirviente le dio un libro con las hojas cortadas hasta la mitad: se trataba de una novela epistolar de *madame* Souza. Empezó a leer acerca de los sufrimientos y la virtuosa lucha de cierta Amélie de Mansfield[25]. «Pero ¿por qué se resiste a su seductor si lo ama? —pensaba—. Dios no pudo introducir en su alma una aspiración contraria a Su voluntad. Mi antigua mujer no se resistió, y es posible que tuviera razón. No se ha descubierto nada, no se ha inventado nada —se decía—. Lo único que podemos saber es que no sabemos nada. Y este es el grado supremo de la sabiduría humana.»

Todo en su interior y a su alrededor le parecía confuso, sin sentido y repulsivo. Pero Pierre encontraba una especie de placer irritante en esa repulsión por todo lo que le rodeaba.

—Me atrevo a pedir al señor conde que se mueva un poquito para hacer sitio a este señor —dijo el maestro de postas entrando en la habitación y seguido por otro viajero, que también había tenido que detenerse por falta de caballos. Se trataba de un viejo achaparrado, de huesos anchos, tez

amarillenta y arrugada, cejas largas y canosas que pendían por encima de unos ojos brillantes de un gris indefinido.

Pierre quitó los pies de la mesa, se levantó y se acomodó en una cama que le habían preparado; miró alguna que otra vez al recién llegado, quien, con aire taciturno y cansado, sin prestarle atención, se desvistió con esfuerzo con ayuda de su criado. Ya solo con una zamarra desgastada forrada de nanquín y con unas botas de fieltro que cubrían sus piernas delgadas y huesudas, el viajero se sentó en el diván y, apoyando en el respaldo su enorme cabeza de pelo corto y anchas sienes, echó una mirada a Bezújov. La expresión severa, inteligente y penetrante de esa mirada asombró a Pierre. Quiso iniciar una conversación, pero cuando iba a dirigirse a él con una pregunta sobre el camino, el viajero ya estaba inmóvil con los ojos cerrados y sus manos viejas y arrugadas juntas —en uno de los dedos llevaba una gran sortija de hierro colado con la imagen de la cabeza de Adán—; estaba descansando o reflexionando sobre algo tranquila y profundamente, como le pareció a Pierre. El criado del viajero, un viejito completamente lleno de arrugas y también de tez amarilla, no llevaba barba ni bigote; al parecer no se los había afeitado, sino que nunca le habían salido. Este habilidoso criado ponía en orden una cajita con enseres, disponía la mesa del té y trajo un samovar hirviendo. Cuando todo estuvo preparado, el viajero abrió los ojos, se arrimó a la mesa, se sirvió un vaso de té, le sirvió otro al viejito barbilampiño y se lo dio. Pierre empezaba a sentir inquietud, así como la necesidad, incluso la inevitabilidad, de conversar con el viajero. El criado trajo su vaso vacío, boca abajo, y un terrón de azúcar mordido[26], y preguntó a su amo si deseaba algo más.

—Nada. Dame el libro —le contestó el viajero.

El criado le dio un libro, que a Pierre le pareció religioso, y el viajero se enfrascó en la lectura. Pierre lo miraba. De repente el viajero dejó el libro a un lado, marcó una página, lo cerró y volvió a su anterior posición, de nuevo con los ojos cerrados y recostado en el respaldo. Pierre seguía mirándole y no había tenido tiempo aún de volverse cuando el viejo abrió los ojos y clavó su dura y severa mirada en su rostro.

Pierre se sintió desconcertado y quiso rehuir la mirada, pero esos ojos brillantes y viejos lo atraían de una manera irresistible.

II

—Si no me equivoco, tengo el placer de hablar con el conde Bezújov —dijo el viajero con voz fuerte y calmada. Pierre miró interrogativamente y en silencio a través de las gafas a su interlocutor—. He oído hablar de usted, señor —continuó—, y de que ha sufrido una desgracia. —Dio la impresión de hacer hincapié en la última palabra, como si dijera: «Sí, una desgracia, llámelo como quiera, pero sé que lo que le ocurrió en Moscú fue una desgracia»—. Lo lamento mucho, señor mío.

Pierre enrojeció, bajó rápidamente las piernas de la cama y se inclinó hacia el viejo sonriendo de manera forzada, con timidez.

—No ha sido la curiosidad lo que me ha llevado a decírselo, señor, sino razones más importantes.

Se quedó callado sin quitarle los ojos de encima, y se corrió de sitio en el diván, invitándolo con ello a que se sentara a su lado. A Pierre le resultaba desagradable conversar con aquel viejo, pero se sometió sin querer, se aproximó a él y se sentó.

—Es usted desdichado, señor —continuó el viajero—. Usted es joven y yo viejo. Me gustaría poder ayudarle en la medida de mis posibilidades.

—Ah, sí —dijo Pierre con una sonrisa forzada—. Le estoy muy agradecido… ¿De dónde viene?

El rostro del viajero no era afectuoso, sino frío e incluso severo; aun así, tanto las palabras como el rostro de aquel nuevo conocido ejercían sobre Pierre una atracción irresistible.

—Pero, si por cualquier razón la conversación conmigo le resulta desagradable —dijo el viejo—, dígamelo abiertamente, señor. —Y de repente esbozó una inesperada sonrisa, tierna y paternal.

—Ah, no, en absoluto; al contrario, estoy muy contento de haberle conocido —dijo Pierre, y, al mirar de nuevo las manos de su nuevo compañero, examinó más de cerca la sortija. Vio la cabeza de Adán, emblema de los masones—. Permítame que le pregunte, ¿es usted masón? —se interesó Pierre.

—Sí, pertenezco a la hermandad de los francmasones —dijo el viajero, con una mirada cada vez más profunda en los ojos de Pierre—. Y le tiendo fraternalmente la mano en mi nombre y en el de ellos.

—Me temo —dijo Pierre sonriendo y vacilando entre la confianza que le inspiraba la personalidad de aquel masón y la costumbre de burlarse de las creencias de estos—, me temo que estoy muy lejos del modo de comprender… cómo decirlo… Temo que mi modo de pensar sobre el universo sea tan opuesto al suyo que no nos vamos a entender.

—Conozco su modo de pensar —dijo el masón—; y este modo de pensar del que habla y que usted cree que es fruto de su trabajo racional no es más que el modo de pensar de la mayoría de las personas, fruto del orgullo, de la pereza y de la ignorancia. Perdóneme, señor, si no lo supiera, no habría empezado a hablar con usted. Su modo de pensar es una triste equivocación.

—Yo puedo suponer, exactamente del mismo modo, que es usted quien está equivocado —replicó Pierre con una leve sonrisa.

—Nunca me atreveré a decir que conozco la verdad —dijo el masón asombrando cada vez más a Pierre con la determinación y firmeza de sus palabras—. No hay nadie que pueda alcanzar la verdad; solo piedra a piedra, con la participación de todos, de millones de generaciones, desde el antecesor Adán hasta nuestros días, se erige el templo que debe ser una morada digna para el Dios Supremo —dijo el masón, y cerró los ojos.

—Debo confesarle que no creo… no creo en Dios —dijo con pesar y esfuerzo Pierre, que sentía la necesidad de decir toda la verdad.

El masón lo miró atentamente y sonrió, igual que un rico con las manos repletas de millones habría sonreído a un pobre que le hubiera dicho que no tiene los cinco rublos que le faltan para poder ser feliz.

—Pero usted no conoce a Dios, señor —dijo el masón—. No puede conocerlo. Y, como no lo conoce, es infeliz.

—Sí, sí, soy infeliz —corroboró Pierre—, pero ¿qué puedo hacer?

—No lo conoce, señor, y por ello usted es muy infeliz. No lo conoce, pero Él está aquí: en mí, en mis palabras, en ti, e incluso en las sacrílegas palabras que acabas de pronunciar —dijo el masón con la voz severa y temblorosa. Se quedó callado y suspiró, al parecer tratando de calmarse—. Si no existiera, señor —añadió bajando la voz—, ahora no estaríamos hablando de Él. ¿De qué o de quién hablamos? ¿A quién has negado? —exclamó de pronto con enérgica severidad y autoridad en la voz—. ¿Quién lo ha inventado si no existe? ¿Por qué tú y todo el mundo supone que existe un ser inalcanzable, un ser todopoderoso, eterno e infinito en toda su naturaleza?… —Se detuvo e hizo un largo silencio, que Pierre no pudo ni quiso romper—. Sí que existe, pero es difícil comprenderlo —empezó a hablar de nuevo el masón sin mirar el rostro de Pierre, sino al frente, mientras pasaba las hojas del libro con sus viejas manos, incapaces de quedarse quietas debido a su agitación interior—. Si se tratara de un hombre de cuya existencia dudaras, te lo traería, lo cogería de la mano y te lo mostraría. Pero ¿cómo yo, un insignificante mortal, voy a mostrar su omnipotencia, eternidad y benevolencia a un ciego, o a quien cierra los ojos para no ver, comprender ni entender su propia vileza y

depravación? —Guardó silencio—. ¿Quién eres? ¿Qué eres? Sueñas con que eres un hombre sabio solo porque has podido pronunciar esas palabras sacrílegas —dijo con una sonrisa sombría y despectiva—, pero eres más tonto e insensato que un niño pequeño que, al jugar con las partes de un reloj fabricado magistralmente, se atreviera a decir que, como no entiende la finalidad del reloj, no cree en el artesano que lo ha construido. Conocerle es difícil. Durante siglos, desde nuestro antecesor Adán, hemos trabajado para alcanzar este conocimiento, y aún estamos infinitamente lejos de lograr nuestro objetivo; pero en nuestra incapacidad de comprenderlo a Él vemos solo nuestra debilidad y su grandeza…

Pierre, con el corazón encogido, mirando con ojos brillantes el rostro del masón, lo escuchaba sin interrumpirlo y sin hacerle preguntas, y creía con toda su alma lo que aquel desconocido le estaba diciendo. Bien fuera porque creía en los razonables argumentos de las palabras del masón, o en el temblor de su voz que a veces casi lo interrumpía, o en sus ojos brillantes y ancianos que habían envejecido en aquella convicción, o en la calma, firmeza y certidumbre de su vocación que todo su ser irradiaba y que le asombraron con especial intensidad al compararlos con su propio abatimiento y desesperación, el caso era que deseaba creerle con toda el alma y estaba experimentando una alegre sensación de sosiego, regeneración y vuelta a la vida.

—Pero a Él no se le alcanza con la razón, sino con la vida —dijo el masón.

—No lo entiendo —dijo Pierre, sintiendo con pavor las dudas que se despertaban en su interior. Temía la vaguedad y debilidad de los argumentos de su interlocutor, temía no poder creerle—. No entiendo cómo es posible que el raciocinio humano no pueda alcanzar ese conocimiento del que habla usted.

El masón esbozó su sonrisa dócil y paternal.

—La sabiduría suprema y la verdad son como el líquido más puro que queremos absorber —dijo—. ¿Puedo recibir en un recipiente sucio este líquido puro y juzgar su pureza? Solo purificando mi interior puedo mantener en cierto grado de pureza el líquido que recibo.

—¡Sí, sí, así es! —exclamó Pierre alegremente.

—La sabiduría suprema no solo se basa en el raciocinio y en las profanas ciencias de la física, la historia, la química, etcétera, en las que se divide el saber intelectual. La sabiduría suprema es un todo. La sabiduría suprema tiene una sola ciencia, la ciencia del todo, la ciencia que explica el universo entero y el lugar que el ser humano ocupa en este. Para poder recibir esta ciencia es imprescindible que el hombre purifique y renueve su interior y, por ello, antes

de conocer, hay que creer y perfeccionarse. Y para alcanzar estos objetivos Dios implantó en nuestra alma una luz que llamamos conciencia.

—Sí, sí —asintió Pierre.

—Mira tu interior humano con los ojos del espíritu y pregúntate si estás satisfecho contigo mismo. ¿Qué has conseguido guiándote únicamente por tu raciocinio? ¿Qué eres? Es usted joven, rico, inteligente y culto. ¿Qué es lo que ha hecho con todos estos bienes que le han sido dados? ¿Está usted satisfecho consigo mismo y con su vida?

—No, odio mi vida —dijo Pierre arrugando el rostro.

—Pues, si la odias, cámbiala, purifícate y, a medida que te vayas purificando, irás conociendo la sabiduría. Eche un vistazo a su vida, señor mío. ¿Cómo la ha pasado? Entre orgías desenfrenadas y libertinaje, recibiendo todo de la sociedad y sin darle nada a cambio. Ha recibido usted riquezas. ¿Qué uso ha hecho de ellas? ¿Qué ha hecho para el prójimo? ¿Ha pensado en sus decenas de miles de siervos, les ha ayudado física y moralmente? No. Se ha aprovechado de su trabajo para llevar una vida depravada. Eso es lo que ha hecho. ¿Ha elegido algún cargo en el que pueda ser útil al prójimo? No. Ha pasado su vida en la ociosidad. Después se ha casado, señor mío, ha contraído la responsabilidad de guiar a una joven mujer, y ¿qué ha hecho usted? No la ha ayudado a que encuentre el camino de la verdad, señor mío, sino que la ha arrojado al abismo de la mentira y de la desdicha. Un hombre le ofende y usted lo mata, y después dice que no conoce a Dios y que odia su vida. ¡No es de extrañar, señor mío!

Después de estas palabras el masón, como fatigado por la prolongada conversación, volvió a apoyar los brazos en el respaldo del diván y cerró los ojos. Pierre observaba ese rostro severo, inmóvil, viejo y casi sin vida, y movía los labios sin hacer ningún ruido. Quería decir: «Sí, una vida infame, ociosa y depravada», pero no se atrevía a interrumpir el silencio.

El masón tosió con un carraspeo ronco y senil, y llamó a su criado.

—¿Se sabe algo de los caballos? —preguntó sin mirar a Pierre.

—Han llegado los de repuesto —respondió el criado—. ¿No va usted a descansar?

—No, ordena que enganchen.

«¿Acaso se va a marchar y a dejarme solo sin haber terminado de decírmelo todo y sin prometerme su ayuda? —se dijo Pierre levantándose; con la cabeza gacha, echó alguna que otra mirada al masón mientras se paseaba por la habitación—. Sí, no lo había pensado así, pero he llevado una vida despreciable y depravada, aunque no me gustara ni fuera lo que yo

quería —reflexionó—. Este hombre conoce la verdad. Si él quisiera, podría revelármela.»

Quería decirle todo esto al masón, pero no se atrevía. El viajero recogió sus cosas con sus manos viejas y hábiles, y se abrochó la zamarra. Al terminar, se volvió hacia Pierre y le dijo con tono indiferente y cortés:

—¿Adónde se dirige, señor mío?

—¿Yo?… Voy a San Petersburgo —le respondió Pierre con voz indecisa y pueril—. Le doy las gracias. Estoy de acuerdo con usted en todo. Pero no piense que he sido tan malo. He deseado con toda mi alma ser lo que usted querría que fuera, pero nunca he encontrado la ayuda de nadie… Por otra parte, soy el primer culpable de todo. Ayúdeme, enséñeme y quizá llegaré a ser…

Pierre no pudo decir nada más, comenzó a resollar por la nariz y se volvió de espaldas.

El masón guardó un largo silencio, sin duda meditando sobre algo.

—La ayuda solo proviene de Dios —dijo—, pero toda la ayuda que nuestra orden le pueda ofrecer le será dada, señor mío. Usted se dirige a San Petersburgo: entréguele esto al conde Vilarski. —Sacó su cartera y escribió unas palabras en un pliego grande de papel doblado en cuatro—. Permítame que le dé un consejo: cuando llegue a la capital, dedique los primeros días al recogimiento, a la introspección, y no vuelva a su antiguo modo de vida. Le deseo buen viaje y éxito, señor mío… —concluyó, al darse cuenta de que su criado había entrado en la habitación.

El viajero se llamaba Ósip Alekséievich Bazdéiev, como Pierre pudo saber por el libro de registro del maestro de postas. Bazdéiev era uno de los masones y martinistas más célebres de los tiempos de Novikov[27]. Mucho después de que se hubiera marchado, Pierre, sin acostarse ni preguntar por los caballos, seguía paseándose por la habitación de la posta reflexionando sobre su pasado depravado y, entusiasmado con la regeneración, se imaginaba un futuro dichoso, irreprochable y virtuoso, que se le antojaba de lo más sencillo. Le parecía que había sido depravado solo porque había olvidado casualmente todo lo bueno de ser virtuoso. En su alma no quedaba ni rastro de las dudas pasadas: creía firmemente en la posibilidad de la fraternidad entre las personas, unidas para ayudarse unas a otras en el camino de la virtud. Y así es como se imaginaba la masonería.

III

Pierre no informó a nadie de su llegada a San Petersburgo, no salió de casa y se pasó día enteros leyendo a Tomás de Kempis[28], cuyo libro alguien —ignoraba quién— le había hecho llegar. Al leerlo, sentía siempre lo mismo: el placer, aún desconocido para él, de creer que era posible alcanzar la perfección, el amor fraternal y activo entre las personas que Ósip Alekséievich le había descubierto. Al cabo de una semana, el joven conde polaco Vilarski, al que Pierre conocía superficialmente de la sociedad petersburguesa, entró una tarde en su habitación. Tenía ese mismo aire oficial y solemne del padrino de duelo de Dólojov cuando lo había visitado. Una vez cerró la puerta y se aseguró de que en la habitación no había nadie más, se dirigió a Pierre:

—He venido a verle con una misión y con una proposición, conde —le dijo sin sentarse—. Una persona que ocupa una posición muy elevada en nuestra hermandad ha intercedido para que sea usted admitido en ella antes del plazo habitual, y me ha propuesto ser su garante. Considero un deber sagrado cumplir con la voluntad de esta persona. ¿Desea usted ingresar en la hermandad de los francmasones bajo mi garantía?

El tono frío y severo de aquel hombre, al que Pierre veía casi siempre en los bailes con una amable sonrisa en compañía de las mujeres más deslumbrantes, le dejó atónito.

—Sí, lo deseo —respondió.

Vilarski inclinó la cabeza.

—Una pregunta más, conde —continuó—, a la que espero que me conteste con toda sinceridad no como futuro masón, sino como hombre honrado (*galant homme*): ¿ha abjurado usted de sus antiguas convicciones? ¿Cree en Dios?

Pierre reflexionó.

—Sí… sí, creo en Dios —dijo.

—En tal caso… —empezó Vilarski, pero Pierre lo interrumpió.

—Sí, creo en Dios —repitió.

—En tal caso, podemos ir —dijo Vilarski—. Mi carruaje está a su disposición.

Vilarski estuvo callado todo el camino. A las preguntas de Pierre acerca de qué debía hacer y qué debía responder, Vilarski únicamente le dijo que otros hermanos más meritorios que él le pondrían a prueba, y que solo tenía que decir la verdad.

Después de atravesar la puerta cochera de la gran casa donde estaba la logia, subieron por una oscura escalera y entraron en una antecámara pequeña

e iluminada en la que, sin ayuda del servicio, se quitaron los abrigos. Del recibidor pasaron a otra estancia. Un hombre con una extraña vestimenta apareció en la puerta. Vilarski, saliendo a su encuentro, le susurró algo en francés y se acercó a un pequeño armario en el que había unas vestimentas que Pierre jamás había visto. Vilarski cogió un pañuelo del armario, le vendó los ojos y, al hacer el nudo por la parte de detrás, le enganchó el pelo y le hizo daño. Después lo atrajo hacia sí, le besó, le cogió de una mano y lo condujo hacia algún lugar. A Pierre le dolían los tirones que le daba el pelo enganchado y arrugaba el rostro de dolor al mismo tiempo que sonreía vergonzosamente por algún motivo. Su enorme figura, con los brazos caídos y el rostro contraído y sonriente, avanzó detrás de Vilarski con paso inseguro y tímido.

Al cabo de unos diez pasos, Vilarski se detuvo.

—Pase lo que pase —dijo—, debe usted aguantarlo todo con valentía, si es que está firmemente decidido a ingresar en nuestra hermandad. —Pierre contestó afirmativamente inclinando la cabeza—. Cuando oiga un golpe en la puerta, quítese la venda de los ojos —añadió Vilarski—; le deseo coraje y éxito.

Le estrechó una mano y salió.

Una vez se quedó solo, Pierre continuó sonriendo. Se encogió de hombros un par de veces, se llevó una mano al pañuelo, como deseando quitárselo, y de nuevo la bajó. Los cinco minutos que pasó con los ojos vendados le parecieron una hora. Tenía las manos abotargadas y las piernas le flaqueaban; le parecía estar cansado. Experimentaba sensaciones de lo más complejo y diverso. Le asustaba lo que le iba a ocurrir, pero aún le asustaba más no poder ocultar el miedo. Tenía curiosidad por saber lo que le iba a suceder, lo que le iba a ser revelado; pero, sobre todo, se sentía dichoso porque hubiera llegado el momento, porque por fin fuera a emprender ese camino de regeneración, esa vida virtuosa y activa con la que había soñado desde su encuentro con Ósip Alekséievich. En la puerta se oyeron unos golpes fuertes. Pierre se quitó la venda y miró a su alrededor. En la estancia reinaba una negra oscuridad; solo en un punto ardía una lamparilla dentro de algo blanco. Pierre se acercó y vio que la lamparilla estaba encima de una mesa negra con un libro abierto. Se trataba de los Evangelios; aquello blanco donde ardía la lamparilla era un cráneo humano con sus órbitas y dientes. Después de haber leído las primeras palabras del Evangelio: «Al principio fue el Verbo, y el Verbo era Dios», Pierre dio la vuelta a la mesa y vio una caja grande, abierta y llena de algo: era un ataúd con huesos. No le sorprendió en absoluto lo que vio. Al desear

iniciar una vida totalmente nueva, totalmente distinta de la anterior, esperaba algo extraordinario, aún más extraordinario de lo que vio. El cráneo, el ataúd, los Evangelios: parecía haber esperado todo aquello, incluso más. Procuró despertar un sentimiento de fervor en su interior y miró a su alrededor: «Dios, la muerte, el amor, la fraternidad de las personas», se dijo, relacionando con estas palabras una representación vaga, pero dichosa, de algo. La puerta se abrió y entró alguien.

A la débil luz de la lamparilla, a la que Pierre ya se había acostumbrado, entró un hombre de estatura media que se detuvo en la penumbra; a continuación se acercó a la mesa con paso cuidadoso y apoyó en ella sus manos pequeñas, enfundadas en guantes de piel.

El hombre de estatura media llevaba un mandil blanco de piel que le cubría el pecho y parte de las piernas, y en el cuello algo parecido a un collar, del que sobresalía una chorrera alta y blanca que enmarcaba su rostro alargado e iluminado desde abajo.

—¿Para qué ha venido aquí? —preguntó el hombre, volviéndose hacia donde creía que estaba Pierre por el ruido que hacía su ropa—. ¿Para qué usted, que no cree en la verdad de la luz ni la ve, ha venido aquí? ¿Qué quiere de nosotros? ¿Sabiduría, virtud, conocimiento?

Desde el instante en que se había abierto la puerta y había entrado el desconocido, Pierre experimentaba una sensación de miedo y de veneración semejante a la que tenía en su infancia al confesarse: estaba a solas con alguien completamente ajeno a él en condiciones de vida, pero próximo en la fraternidad humana. El corazón le latía de tal modo que le cortaba la respiración cuando se acercó al mentor (así llamaban en la masonería al hermano que preparaba al postulante para ingresar en la hermandad). Entonces lo reconoció: se trataba de Smoliáninov, un conocido suyo. Aquello le molestó; ese hombre no tenía que ser para él más que un hermano y un virtuoso preceptor. Durante un buen rato Pierre no pudo pronunciar palabra alguna, por lo que el mentor tuvo que repetirle la pregunta.

—Sí, yo… yo… deseo la renovación —dijo Pierre con dificultad.

—Bien —dijo Smoliáninov, y prosiguió—: ¿Tiene usted alguna noción de los medios con los que nuestra sagrada orden le ayudará para lograr su objetivo?… —le preguntó con calma y rapidez.

—Yo… espero… guía… ayuda… en la renovación —contestó Pierre con la voz temblorosa y con dificultad por los nervios y la falta de costumbre de expresarse en ruso sobre materias abstractas.

—¿Qué nociones tiene usted de la francmasonería?

—Creo que la francmasonería es la *fraternité* e igualdad de los hombres con fines virtuosos —respondió, avergonzándose de sus palabras por lo lejanas que estaban de la solemnidad del momento—. Creo…

—Bien —le interrumpió el mentor, al parecer totalmente satisfecho con la respuesta—. ¿Ha buscado usted en la religión los medios para alcanzar su objetivo?

—No, la consideraba injusta y no la he practicado —dijo Pierre en voz tan baja que el mentor no le oyó y tuvo que preguntarle qué había dicho—. Yo era ateo —respondió.

—Usted busca la verdad para seguir sus leyes en la vida, es decir, busca la sabiduría y la virtud, ¿no es así? —dijo el mentor tras un momento de silencio.

—Así es, así es —asintió Pierre.

El mentor tosió, cruzó sus manos enguantadas sobre el pecho y dijo:

—Ahora debo revelarle el objetivo principal de nuestra orden, y, si coincide con el de usted, su ingreso en nuestra hermandad será provechoso. El primer y fundamental objetivo en el que se asienta nuestra orden y que ninguna fuerza humana puede destruir es el de conservar y transmitir a la posteridad cierto misterio importante que nos ha llegado… de los más remotos siglos, incluso del primer hombre. De este misterio tal vez dependa el destino del género humano. Pero, puesto que este misterio es de tal naturaleza que nadie puede conocerlo y sacar provecho de él si no se prepara con una prolongada y aplicada purificación, no puede esperar encontrarlo enseguida cualquiera. Por ello, tenemos un segundo objetivo que consiste en preparar a nuestros miembros, en la medida de lo posible, para reformar su corazón, y purificar e iluminar su razón, con los medios que nos fueron transmitidos y revelados por los hombres que trabajaron en la búsqueda de este misterio, y así hacerles aptos para recibirlo. Purificando y reformando a nuestros miembros, tratamos en tercer lugar de reformar a todo el género humano y, de este modo, con todas nuestras fuerzas, de combatir el mal que impera en el mundo. Medite sobre lo que le he dicho, ahora volveré —concluyó, y salió de la estancia.

—Combatir el mal que impera en el mundo… —repitió Pierre, imaginando su futura actividad en esa esfera.

Imaginó a personas iguales a como era él dos semanas antes y les dirigió mentalmente un discurso moral, aleccionador. Imaginó a personas depravadas e infelices a las que ayudaba con palabras y hechos; imaginaba a opresores de los que libraba a sus víctimas. De los tres objetivos que había nombrado el

mentor, el último —reformar al género humano— le resultó especialmente afín. El misterio al que había aludido, aunque había despertado su curiosidad, no le pareció esencial; y el segundo objetivo —la purificación y reforma de uno mismo— le interesaba poco, porque en aquel momento ya se sentía, para su satisfacción, completamente reformado de sus antiguos vicios y dispuesto únicamente para el bien.

Al cabo de media hora volvió el mentor para comunicar al postulante las siete virtudes que todo masón debe cultivar en su interior y que se correspondían con los siete peldaños del templo de Salomón. Estas virtudes eran: 1) *discreción*, observancia de los secretos de la orden; 2) *obediencia* a los superiores de la orden; 3) buenas costumbres; 4) amor a la humanidad; 5) valentía; 6) generosidad; y 7) amor a la muerte.

—En cuanto a la *séptima* —dijo el mentor—, intente reflexionar a menudo sobre la muerte hasta que no le parezca un terrible enemigo, sino un amigo… que libera de esta vida miserable el alma, que ha sufrido en su esfuerzo por alcanzar la virtud, y que la conduce a un lugar de recompensa y reposo.

«Sí, así debe ser —pensaba Pierre cuando, tras pronunciar estas palabras, el mentor volvió a marcharse y a dejarlo a solas para que siguiera reflexionando—. Así debe ser, pero aún soy tan débil que amo esta vida cuyo sentido solo ahora empieza a serme revelado.» Las otras cinco virtudes que Pierre recordaba e iba enumerando con los dedos ya las sentía en el alma: la *valentía*, la *generosidad*, las *buenas costumbres*, el *amor a la humanidad* y, sobre todo, la *obediencia*, que no le parecía siquiera una virtud, sino la felicidad misma. (¡Qué dichoso se sentía en ese instante por liberarse de su propia voluntad y por someterla a quienes conocían la indudable verdad!). Olvidó cuál era la séptima virtud y fue incapaz de recordarla.

El mentor volvió al poco tiempo por tercera vez y le preguntó a Pierre si se mantenía firme en su intención, y si estaba decidido a someterse a lo que le exigieran.

—Estoy dispuesto a todo —asintió Pierre.

—Debo comunicarle también —dijo el mentor— que nuestra orden enseña su doctrina no solo mediante palabras, sino mediante otros procedimientos distintos a las explicaciones verbales que tal vez tengan un efecto más intenso sobre quien busca verdaderamente la sabiduría y la virtud. Esta cámara, con la decoración que puede apreciar, ya debería sugerirle a su corazón (si este es sincero) más que las palabras; quizá vea, en el curso de su proceso de iniciación, un modo similar de explicación. Nuestra orden imita a

las sociedades antiguas que revelaban sus doctrinas mediante jeroglíficos. El jeroglífico —continuó— es la representación de algo no reconocible por los sentidos, y que encierra cualidades semejantes a lo que representa.

Pierre sabía perfectamente lo que era un jeroglífico, pero no se atrevió a decir nada. Escuchaba en silencio, intuyendo, por todos los indicios, que las pruebas iban a empezar de un momento a otro.

—Si está usted decidido, debo comenzar con su iniciación —dijo el mentor acercándose—. En señal de generosidad, le ruego que me entregue todos sus objetos de valor.

—Es que no llevo nada —repuso Pierre, creyendo que le exigía que le diera todo cuanto poseyera.

—Lo que lleve encima: reloj, dinero, anillos…

Pierre sacó apresuradamente el monedero y el reloj; le costó mucho rato quitarse la alianza de su grueso dedo. Cuando lo hizo, el masón dijo:

—En señal de obediencia le ruego que se desvista.

Pierre se quitó el frac, el chaleco y la bota izquierda por indicación del mentor. El masón le abrió la camisa por el lado izquierdo del cuerpo, se agachó y le levantó la pernera izquierda por encima de la rodilla. Pierre quiso quitarse a toda prisa la bota derecha y levantarse la otra pernera para librar de ese trabajo al desconocido, pero este le dijo que no era necesario y le dio una zapatilla para el pie izquierdo. Pierre, con una sonrisa infantil, pudorosa, dubitativa y de burla de sí mismo esbozada contra su voluntad, con los brazos caídos y las piernas separadas delante del hermano mentor, esperaba nuevas órdenes.

—Y, finalmente, en señal de franqueza le ruego que me revele cuál es su debilidad principal —dijo el mentor.

—¿Mi debilidad? ¡*He tenido* tantas! —dijo Pierre.

—La debilidad que más le haya hecho dudar en el camino hacia la virtud —dijo el masón.

Pierre se quedó callado buscando la respuesta.

«¿El vino? ¿La gula? ¿La ociosidad? ¿La pereza? ¿La ira? ¿La cólera? ¿Las mujeres?», repasó mentalmente sus vicios y los sopesó, sin saber a cuál dar más importancia.

—Las mujeres —afirmó Pierre con la voz baja, apenas audible.

El masón no se movió y estuvo largo rato sin hablar. Por fin se acercó a Pierre, cogió el pañuelo que había sobre la mesa y le volvió a tapar los ojos.

—Por última vez se lo digo: concentre toda su atención en usted mismo, ponga una cadena a sus sentidos y busque la felicidad no en las pasiones, sino

en su corazón. La fuente de la felicidad no está fuera, sino en su interior…

Pierre ya sentía dentro de sí esa fuente refrescante de felicidad que ahora le llenaba el alma de alegría y fervor.

IV

Poco después fue el garante Vilarski, a quien Pierre reconoció por la voz, y no el mentor quien entró a buscarlo en la oscura cámara. A las nuevas preguntas que este le hizo sobre la firmeza de su decisión, Pierre le respondió:

—Sí, sí, estoy de acuerdo.

Con una sonrisa radiante e infantil, avanzó con paso desigual y tímido, con un pie descalzo, mientras Vilarski posaba una espada sobre su pecho grueso y desnudo. De allí lo condujeron a través de unos pasillos, por los que a veces avanzaba y a veces retrocedía, hasta las puertas de la logia. Vilarski tosió, alguien le respondió con unos golpes de martillo masónico y la puerta se abrió delante de ellos. Una voz de bajo (Pierre continuaba con los ojos vendados) empezó a hacerle preguntas sobre quién era, dónde y cuándo había nacido, etcétera. Después lo llevaron hasta otro lugar sin destaparle los ojos y, durante el recorrido, le hablaron con alegorías sobre las dificultades de su viaje, sobre la sagrada amistad, el eterno Arquitecto del mundo y la valentía con la que debía soportar las dificultades y los peligros. Durante el trayecto Pierre reparó en que tan pronto lo llamaban *postulante*, como *sufridor* o *demandante*, y que al hacerlo daban distintos golpes con los martillos y las espadas. En cierto momento, cuando lo guiaban hacia un objeto, se dio cuenta de que entre sus guías se producía cierta confusión y desconcierto. Oyó cómo los hombres que le rodeaban empezaban a discutir en un susurro: uno de ellos insistía en que pasara por cierta alfombra. Después le cogieron la mano derecha y se la colocaron sobre algo, le ordenaron que sujetara un compás con la otra y se la llevara a la parte izquierda del pecho; le pidieron que repitiera unas palabras que alguien leía: el juramento de fidelidad a las leyes de la orden. Después apagaron las velas, encendieron alcohol —Pierre lo reconoció por el olor— y le dijeron que vería una luz pequeña. Le quitaron la venda y Pierre vio, como si se tratara de un sueño y a la débil luz de la llama del alcohol, a varios hombres que llevaban el mismo mandil que el mentor; estaban frente a él apuntándole al pecho con sus espadas. Uno llevaba una camisa blanca ensangrentada. Al verlo, Pierre adelantó el pecho hacia las

espadas con el deseo de que también a él se las clavaran. Pero las espadas se apartaron y, acto seguido, le volvieron a vendar los ojos.

—Ahora has visto la luz pequeña —le dijo una voz.

Volvieron a encender las velas, le dijeron que debía ver la luz plena, le quitaron la venda de nuevo, y más de diez voces pronunciaron repentinamente: «*Sic transit gloria mundi*»[29].

Pierre empezó poco a poco a volver en sí y observó la sala en la que estaba, así como a los presentes. Unos doce hombres vestidos igual a los que había visto antes estaban sentados alrededor de una larga mesa cubierta de negro. Pierre conocía a algunos de la alta sociedad petersburguesa. Un joven al que no conocía y que llevaba una extraña cruz en el cuello ocupaba el lugar presidencial. A mano derecha estaba el abate italiano al que había conocido el año anterior en casa de Anna Pávlovna. También reconoció a un importante alto dignatario y a un preceptor suizo que había vivido en casa de los Kuraguin. Todos guardaban un silencio solemne mientras escuchaban las palabras del presidente, que sostenía un martillo en la mano. En la pared había incrustada una estrella de fuego; a un lado de la mesa se veía un pequeño tapiz con distintas imágenes, y al otro algo parecido a un altar, con los Evangelios y un cráneo; alrededor, siete candelabros de gran tamaño, como los de las iglesias. Dos de los hermanos acompañaron a Pierre hasta el altar, le pusieron las piernas en ángulo recto y le ordenaron que se echara en el suelo, diciéndole que se estaba postrando ante las puertas del templo.

—Antes debe recibir la pala —susurró uno de los hermanos.

—¡Ah! Ya está bien, por favor —dijo otro.

Pierre, sin obedecer, miró a su alrededor con sus ojos miopes y confundidos. De repente lo asaltaron las dudas: «¿Dónde estoy? ¿Qué estoy haciendo? ¿No se estarán riendo de mí? ¿No me avergonzaré al recordar todo esto?». Pero la duda duró tan solo un instante. Observó los rostros serios de los hombres que le rodeaban, recordó por todo lo que había pasado y comprendió que no podía detenerse a mitad de camino. Se horrorizó de haber dudado y, tratando de despertar en su interior el sentimiento fervoroso de antes, se postró ante las puertas del templo. Y, verdaderamente, se sintió invadido por un fervor aún más intenso que antes. Después de un rato en el suelo, le ordenaron que se levantara, le pusieron el mandil blanco de piel que llevaban todos, y en las manos una pala y tres pares de guantes; entonces el gran maestro se dirigió a él. Le dijo que intentara no ensuciar la blancura de aquel mandil que representaba la solidez y la pureza; después, acerca de la inexplicable pala, le dijo que trabajara con ella para limpiar su corazón de

vicios y para redimir con indulgencia el corazón del prójimo. A continuación, sobre el primer par de guantes, que eran de hombre, le dijo que no podía saber su significado, pero que debía guardarlos; en cuanto al segundo par, también de hombre, que debía ponérselos en las reuniones; y sobre el tercer par, que eran de mujer, le dijo:

—Querido hermano, estos guantes de mujer son para usted. Entrégueselos a la mujer que más respete. Con este obsequio convencerá de la pureza de su corazón a aquella que elija como digna francmasona. —Después de un breve silencio, añadió—: Pero cuídese, hermano, de que estos guantes no adornen nunca unas manos impuras.

Cuando el gran maestro estaba pronunciando estas palabras, a Pierre le dio la impresión de que el presidente se turbaba. Entonces Pierre se turbó aún más, se sonrojó de pies a cabeza, como un niño, empezó a mirar intranquilo a los lados y se hizo un incómodo silencio.

El silencio fue interrumpido por uno de los hermanos, que, llevando a Pierre hasta el tapiz, empezó a leerle en un cuaderno la explicación de todas las figuras: el sol, la luna, el martillo, la plomada, la pala, la piedra natural y la cúbica, el pilar, las tres ventanas, etcétera. Después le señalaron su sitio, le enseñaron cuáles eran las señales de la logia, le dijeron la contraseña y finalmente le permitieron que se sentara. El gran maestro empezó a leer el estatuto. Era muy largo, y Pierre, embargado de alegría, emoción y vergüenza, no estaba en condiciones de entender lo que leían. Solo prestó atención a las últimas palabras del estatuto, y las retuvo en su memoria.

—«En nuestros templos no conocemos otros grados —leía el gran maestro— que los que se encuentran entre la virtud y el vicio. Evita cualquier diferencia que pueda romper la igualdad. Acude rápidamente a socorrer a tu hermano, sea quien sea, muestra el camino al extraviado, levanta al caído y no alimentes jamás la cólera ni la hostilidad en un hermano. Sé afectuoso y amable. Enciende en todos los corazones el fuego de la virtud. Comparte la felicidad con tu prójimo, y que la envidia no turbe jamás este placer tan puro. Perdona a tu enemigo, no te vengues de él, hazle solo el bien. Si cumples de este modo con la ley suprema, recuperarás los vestigios de la antigua grandeza que perdiste.»

Cuando terminó de leer, se levantó, abrazó a Pierre y lo besó.

Pierre, con lágrimas de alegría en los ojos, miró a su alrededor sin saber cómo responder a las felicitaciones de aquellos con quienes se había reencontrado. No veía en esos hombres a ningún conocido, sino únicamente a hermanos con los que ardía en deseos de iniciar su trabajo.

El gran maestro dio un golpe con el martillo, todos se sentaron en su sitio y alguien leyó un sermón sobre la necesidad de ser humilde.

El gran maestro propuso cumplir con el último deber, y el alto dignatario que desempeñaba el cargo de limosnero inició un recorrido alrededor de los hermanos. Pierre quería consignar en la hoja de limosnas todo el dinero que llevaba pero, como temía que se tomara por una muestra de orgullo, consignó la misma cantidad que los demás.

La asamblea concluyó y, al volver a casa, a Pierre le pareció que regresaba de un viaje a un lugar muy lejano donde había pasado decenios; también le parecía que había cambiado por completo y que había dejado atrás su antiguo modo de vida y sus costumbres.

V

Al día siguiente de ser admitido en la logia, Pierre estaba en casa leyendo un libro, intentando profundizar en el significado del cuadrado: uno de sus lados representaba a Dios, otro lo moral, el tercero lo físico, y el cuarto la combinación de los anteriores. De vez en cuando dejaba el libro y se imaginaba su nuevo plan de vida. El día anterior, en la logia, le habían contado que los rumores sobre su duelo habían llegado a oídos del emperador, y que lo más sensato era que se alejara de San Petersburgo. Por esta razón se propuso viajar a las fincas que tenía en el sur para ocuparse de sus campesinos. Estaba meditando alegremente sobre esta nueva vida cuando de repente el príncipe Vasili entró en su habitación.

—Amigo mío, pero ¿qué has hecho en Moscú? ¿Por qué has reñido con Liolia, *mon cher*? Estás equivocado —dijo mientras entraba—. Lo sé todo, y puedo asegurarte que Hélène es tan inocente ante ti como Cristo ante los judíos.

Pierre quiso responder, pero el príncipe Vasili lo interrumpió.

—Y ¿por qué no has acudido directamente a mí, simplemente como un amigo? Lo sé todo y lo entiendo todo —dijo—, te has comportado como un hombre decente que valora su honor; tal vez te hayas precipitado demasiado, pero no vamos a entrar en eso. De todos modos, no olvides en qué posición nos pones a ella y a mí ante los ojos de la sociedad entera e incluso de la corte —añadió bajando la voz—. Ella vive en Moscú y tú aquí. Recuerda, querido mío —le tiró de la mano hacia abajo—, que todo esto no es más que un malentendido; creo que tú mismo lo sabes. Escríbele conmigo una carta ahora

mismo, ella vendrá y todo se aclarará. Si no, déjame decirte que es muy posible que sufras por ello, querido mío. —Le miró con aire imponente—. Sé de buena fuente que la emperatriz madre tiene un vivo interés por todo este asunto. Ya sabes que es muy benevolente con Hélène.

Pierre intentó hablar varias veces, pero por una parte el príncipe Vasili no se lo permitía, y por otra, él mismo temía hacerlo en el tono de oposición y desacuerdo absolutos con que estaba firmemente decidido a contestar a su suegro. Además, recordó las palabras del estatuto masónico: «Sé afectuoso y amable». Arrugó el rostro, enrojeció, se puso de pie y volvió a sentarse, debatiéndose por lo que más le costaba en la vida: decirle a una persona a la cara algo desagradable, decirle a otra persona, fuera quien fuera, algo que no esperaba oír. Estaba tan acostumbrado a someterse al tono despreocupado y seguro de sí mismo del príncipe Vasili que en ese momento no se sentía con fuerzas de oponer resistencia; pero sentía también que su futuro entero dependía de lo que dijera ahora: ¿avanzaría por el viejo y antiguo camino, o por el nuevo, ese que los masones le habían mostrado de uno modo tan atractivo y donde hallaría —lo creía firmemente— el renacimiento a una nueva vida?

—Bueno, querido —dijo el príncipe Vasili con tono burlón—: dame un «sí», le escribiré de tu parte y mataremos el becerro más gordo…

Pero no había tenido tiempo el príncipe Vasili de terminar su broma cuando Pierre, con una rabia en el rostro que recordaba a la de su padre, le susurró a su interlocutor sin mirarle a los ojos:

—Príncipe, no lo he invitado a mi casa, ¡márchese, por favor, márchese! —Se levantó de un salto y le abrió la puerta—. ¡Que se marche! —repitió, sin creer él mismo lo que estaba diciendo y alegrándose de la expresión de desconcierto y pavor que había aparecido en el rostro del príncipe Vasili.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¡Márchese! —volvió a decir con la voz temblorosa. Y el príncipe Vasili tuvo que irse sin haber obtenido ninguna explicación.

Al cabo de una semana, después de despedirse de sus nuevos amigos masones y de dejarles grandes sumas de dinero para limosnas, emprendió el viaje hacia sus fincas. Sus nuevos hermanos le entregaron cartas para los masones de Kíev y Odesa, y prometieron escribirle y guiarlo en su nueva actividad.

VI

El asunto entre Pierre y Dólojov fue tapado y, a pesar de lo severo que el emperador se mostraba entonces con los duelos, ni los adversarios ni los padrinos sufrieron las consecuencias. No obstante, la historia, confirmada por la ruptura entre Pierre y su mujer, corrió de boca en boca por toda la sociedad. Pierre, a quien habían mirado con indulgencia y aire protector cuando era un hijo ilegítimo, y a quien habían mimado y enaltecido cuando era el mejor partido del Imperio ruso, después de casarse —cuando las muchachas y las madres ya no tenían nada que esperar de él— había perdido mucho ante los ojos de la sociedad, tanto más por cuanto él ni sabía conseguir su favor ni lo deseaba. Ahora le echaban a él toda la culpa de lo sucedido, decían que era un celoso y un insensato, sujeto a los mismos ataques de rabia y furor que su padre. Y cuando, después de la marcha de Pierre, Hélène regresó a San Petersburgo, fue recibida por todos sus conocidos no solo cordialmente, sino con un aire de respeto por su desgracia. Cuando la conversación hacía referencia a su marido, ella adoptaba una expresión digna que, a pesar de que no entendía su significado, supo adoptar gracias a su tacto innato. Aquella expresión venía a decir que estaba decidida a soportar su desgracia sin lamentarse, y que su marido era la cruz que Dios le había enviado. El príncipe Vasili expresaba su opinión de un modo más franco. Si alguien hablaba de Pierre, se encogía de hombros y, señalándose la frente, decía:

—*Un cerveau fêlé – je le disais toujours*.[30]

—Yo ya lo había dicho —comentaba Anna Pávlovna sobre Pierre—: ya en su momento lo dije, antes que nadie —insistía en su primer puesto—, que es un joven loco, corrompido por las ideas depravadas de nuestro tiempo. Ya entonces lo dije, cuando volvió del extranjero y todo el mundo estaba encantado con él. ¿Recuerdan de qué manera se exhibió como una suerte de Marat[31] en una velada que organicé en mi casa? ¿Cómo acabó todo aquello? Ya en su momento no deseé este matrimonio y predije todo lo que iba a pasar.

Como de costumbre, en los días libres Anna Pávlovna seguía organizando en su casa unas veladas como solo ella sabía organizar; unas veladas en las que se reunía, en primer lugar, *la crême de la véritable bonne société, la fine fleur de l'essence intellectuelle de la société de Pétersbourg*[32], como decía ella misma. Además de esta refinada selección de asistentes, las veladas de Anna Pávlovna se distinguían porque en cada ocasión ofrecía a sus invitados algún personaje nuevo e interesante, y porque en ningún otro lugar se manifestaba de un modo tan patente e intenso qué grado del termómetro político marcaba el sentir de la sociedad legitimista petersburguesa próxima a la corte.

A finales de 1806, cuando ya se conocían todos los penosos detalles de la derrota que Napoleón había infligido al ejército prusiano en las batallas de Jena y de Auerstädt, y de la capitulación de la mayor parte de las fortalezas prusianas —cuando nuestras tropas ya habían entrado en Prusia y había empezado la segunda guerra contra Napoleón—, Anna Pávlovna organizó una de sus veladas. *La crême de la véritable bonne société* estaba formada por la fascinante y desdichada Hélène, abandonada por su marido; por Mortemart; por el fascinante príncipe Ippolit, recién llegado de Viena; por dos diplomáticos; por la tía; por un joven al que en aquel salón llamaban simplemente *un homme de beaucoup de mérite*[33]; por una dama de honor recientemente promovida y por su madre; y por otras personas de menor consideración.

La novedad con la que Anna Pávlovna obsequió en aquella velada a sus invitados era Borís Drubetskói, que acababa de volver de Prusia en calidad de correo oficial del ejército y ayudante de campo de un personaje muy importante.

Y esto era lo que marcaba el termómetro político de los invitados de la velada: «Por muy indulgentes que traten de mostrarse los monarcas europeos y los jefes militares con Bonaparte para disgustarnos y apenarnos a mí y a todos nosotros, nuestra opinión sobre él no puede cambiar. No vamos a dejar de expresar nuestro sincero modo de pensar, y únicamente le podemos decir al rey de Prusia y a otros: "Tanto peor para vosotros. *Tu l'as voulu, George Dandin*"[34]. Esto es lo único que podemos decir». Esto era lo que indicaba el termómetro político en la velada de Anna Pávlovna. Cuando Borís, que iba a ser servido a los invitados, entró en el salón, casi todo el mundo estaba ya reunido, y la conversación, dirigida por Anna Pávlovna, giraba en torno a nuestras relaciones diplomáticas con Austria y a la esperanza de una alianza con ella.

Borís, con un elegante uniforme de ayudante de campo, viril, fresco y sonrosado, entró con desenvoltura en el salón y fue conducido hasta la tía para saludarla, como era debido; a continuación, se unió al círculo general.

Anna Pávlovna le dio a besar su mano ajada y le presentó a algunas personas que él no conocía mientras se las definía en un susurro: «*Le Prince Hyppolite Kouraguine – charmant jeune homme. M-r Kroug chargé d'affaires de Kopenhague – un esprit profond*»[35]; o simplemente: «*M-r Shittoff – un homme de beaucoup de mérite*»[36], decía sobre quien así llamaban.

Gracias a los desvelos de Anna Mijáilovna, a sus gustos personales y a las cualidades de su carácter reservado, Borís había logrado situarse muy bien en la carrera militar. Era ayudante de campo de un personaje muy importante, tenía una misión importantísima en Prusia y acababa de regresar de allí como correo oficial. Había asimilado ya completamente aquella subordinación no escrita que tanto le había gustado en Olmütz, según la cual un alférez podía estar incomparablemente mejor situado que un general, y también que para tener éxito en la carrera militar lo necesario no era el esfuerzo, el trabajo, la valentía ni la constancia, sino únicamente saber tratar con quienes recompensaban los servicios prestados; a menudo él mismo se sorprendía de sus rápidos éxitos y de la incapacidad de los demás para comprenderlo. A raíz de este descubrimiento, había cambiado completamente su modo entero de vida, todas las relaciones con sus antiguas amistades y todos sus planes de futuro. No era rico, pero invertía todo su dinero en vestir mejor que los demás; prefería privarse de placeres antes que permitirse viajar en un mal carruaje o mostrarse en un uniforme viejo por las calles de San Petersburgo. Entablaba y buscaba relaciones solo con personas que estuvieran mejor situadas que él y le pudieran resultar útiles. Le encantaba San Petersburgo y despreciaba Moscú. Los recuerdos de casa de los Rostov y su amor infantil por Natasha le resultaban desagradables y, desde que había partido al ejército, no los había ido a visitar ni una sola vez. En el salón de Anna Pávlovna, donde consideraba que haber sido invitado suponía un importante ascenso en su carrera, comprendió al instante su papel y permitió a la anfitriona aprovecharse del interés que despertaba; prestó mucha atención a cada palabra y sopesó las ventajas y posibilidades de estrechar relaciones con cada uno de los asistentes. Se sentó en el lugar que le indicaron, al lado de la bella Hélène, y prestó oído a la conversación general.

—*«Vienne trouve les bases du traité proposé tellement hors d'atteinte, qu'on ne saurait y parvenir même par une continuité de succès les plus brillants, et elle mêt en doute les moyens qui pourraient nous les procurer.» C'est la phrase authentique du cabinet de Vienne*[37] —decía el *chargé d'affaires* danés—. *C'est le doute qui est flatteur!*[38] —dijo *l'homme à l'esprit profond* con una fina sonrisa.

—*Il faut distinguer entre le cabinet de Vienne et l'Empereur d'Autriche* —dijo Mortemart—. *L'Empereur d'Autriche n'a jamais pu penser à une chose pareille, ce n'est que le cabinet qui le dit.*[39]

—*Eh, mon cher vicomte, l'Urope* —intervino Anna Pávlovna (por alguna razón pronunciaba *l'Urope*, como si se tratara de algo particularmente

refinado que ella se podía permitir cuando hablaba con un francés)—, *l'Urope ne sera jamais notre alliée sincère*.[40]

Seguidamente Anna Pávlovna, para que Borís entrara en acción, condujo la conversación hacia la valentía y firmeza del rey de Prusia.

Borís escuchaba atentamente a todo el que hablaba, a la espera de su turno, y aún tuvo tiempo de echar alguna que otra mirada a su vecina, la bella Hélène, cuyos ojos habían recibido varias veces con una sonrisa a los del atractivo ayudante de campo.

Al hablar de la situación de Prusia, Anna Pávlovna le pidió a Borís del modo más natural que hablara de su viaje a Glogau[41] y del estado en el que había encontrado al ejército prusiano. Borís, sin apresurarse, con un francés claro y correcto, habló de numerosos e interesantes detalles del ejército y de la corte, poniendo mucho cuidado en no manifestar su opinión sobre los hechos que relataba. Logró atraer la atención de todos durante un tiempo, y Anna Pávlovna vio que la novedad con la que estaba agasajando a sus invitados había sido recibida por todos con agrado. Hélène fue quien más atención prestó al relato de Borís. Le hizo varias preguntas sobre algunos detalles de su viaje, y parecía estar muy interesada por la situación del ejército prusiano. En cuanto terminó de hablar, Hélène se dirigió a él con su habitual sonrisa:

—*Il faut absolument que vous veniez me voir*[42] —le dijo con un tono como si, por algún motivo que él no podía conocer, se tratara de algo imprescindible—. *Mardi entre les 8 et 9 heures. Vous me ferez grand plaisir*.[43]

Borís prometió cumplir su deseo y se disponía a iniciar una conversación con ella cuando Anna Pávlovna le llamó con el pretexto de que su tía deseaba escucharle.

—Conoce a su marido, ¿no es cierto? —le dijo Anna Pávlovna cerrando los ojos y señalando a Hélène con gesto triste—. ¡Ah, es una mujer tan desdichada y encantadora! No hable de él en su presencia, por favor, no lo haga. ¡Le resulta demasiado duro!

VII

Cuando Borís y Anna Pávlovna regresaron al círculo general, el príncipe Ippolit llevaba la conversación. Echado hacia delante en su sillón, decía:

—*Le Roi de Prusse!*[44] —Y acto seguido se echó a reír. Todos se volvieron hacia él—. *Le Roi de Prusse?* —repitió con tono interrogativo, rió de nuevo y se volvió a acomodar con tranquilidad y seriedad en el fondo de su sillón.

Anna Pávlovna esperó un poco, pero como Ippolit parecía que, decididamente, no tenía intención de decir nada más, señaló que el desvergonzado de Napoleón había robado la espada de Federico el Grande en Potsdam.

—*C'est l'épée de Frédéric le Grand, que je…*[45] —estaba diciendo cuando Ippolit la interrumpió:

—*Le Roi de Prusse…*

Y, una vez más, en cuanto todos se volvieron hacia él, se disculpó y se quedó callado.

Anna Pávlovna torció el gesto. Mortemart, amigo de Ippolit, se dirigió a él con tono decidido:

—*Voyons à qui en avez vous avec votre Roi de Prusse?*[46]

Ippolit se echó a reír como avergonzándose de su propia risa.

—*Non, ce n'est rien, je voulais dire seulement…*[47] —La intención de Ippolit era reproducir una broma que había oído en Viena y que llevaba toda la velada buscando cuándo decir—. *Je voulais dire seulement, que nous avons tort de faire la guerre «pour le roi de Prusse».*[48]

Borís sonrió con cautela para que su sonrisa pudiera ser interpretada como ironía o como aprobación, dependiendo de cómo fuera recibida la broma. Todo el mundo se echó a reír.

—*Il est très mauvais, votre jeu de mot, très spirituel, mais injuste* —dijo Anna Pávlovna amenazando a Ippolit con su dedito arrugado—. *Nous ne faisons pas la guerre pour le Roi de Prusse, mais pour les bons principes. Ah, le méchant, ce prince Hippolyte!*[49] —concluyó.

La conversación, que se centró sobre todo en las novedades políticas, no decayó en toda la velada. Al final se animó especialmente, cuando se pusieron a hablar de las condecoraciones otorgadas por el emperador.

—Es que el año pasado NN recibió una tabaquera con el retrato —decía *l'homme à l'esprit profond*—: ¿por qué SS no va a poder recibir la misma recompensa?

—*Je vous demande pardon, une tabatière avec le portrait de l'Empereur est une récompense, mais point une distinction* —dijo el diplomático—, *un cadeau plutôt.*[50]

—*Il y eu plutôt des antécédents, je vous citerai Schwarzenberg.*[51]

—*C’est impossible*[52] —objetó otro.

—¿Qué se apuesta? *Le grand cordon, c’est différent…*[53]

Cuando todos se levantaron para marcharse, Hélène, que había hablado muy poco en toda la velada, se dirigió nuevamente a Borís con la petición, la afectuosa y expresiva orden de que fuera a verla el martes.

—Es muy importante para mí —dijo con una sonrisa, mirando a Anna Pávlovna, y esta, también con esa sonrisa triste con la que siempre acompañaba sus palabras cuando se refería a su suprema protectora, secundó el deseo de Hélène.

Parecía como si en aquella velada, a raíz de las palabras de Borís sobre el ejército prusiano, Hélène hubiera descubierto que era imprescindible que se vieran. Y daba la impresión de que le prometía que el martes, cuando él fuera a su casa, le explicaría los motivos de tal necesidad.

Cuando el martes por la tarde Borís entró en el suntuoso salón de Hélène, no obtuvo ninguna explicación clara de por qué era imprescindible su presencia. Había otros invitados y la condesa habló poco con él; solo al despedirse, cuando él le estaba besando la mano, le susurró de repente, con una expresión extraña y sin sonreír:

—*Venez demain dîner… le soir. Il faut que vous veniez… Venez.*[54]

Durante su estancia en San Petersburgo, Borís se convirtió en íntimo de la casa de la condesa Bezújova.

VIII

La guerra se propagaba y su escenario empezaba a aproximarse a la frontera rusa. Por todas partes se oían maldiciones contra Bonaparte, enemigo del género humano; en las aldeas se reclutaban hombres para la milicia y para el ejército regular, y del campo de batalla llegaban noticias contradictorias, como siempre erróneas y, por ello, interpretadas de distintas formas.

La vida del viejo príncipe Bolkonski, del príncipe Andréi y de la princesa Maria había cambiado mucho desde el año 1805.

En 1806 el viejo príncipe fue nombrado uno de los ocho comandantes en jefe de las milicias que en aquel entonces se estaban formando por toda Rusia. El viejo príncipe, a pesar de la debilidad propia de su edad, que se había hecho especialmente patente en el tiempo en que había dado por muerto a su hijo, no se consideró con el derecho de rechazar el cargo que le había

asignado el propio emperador, y la nueva actividad que se abría ante él le dio energías y fuerza. Estaba continuamente viajando por las tres provincias que le habían confiado; cumplía con sus obligaciones hasta los mayores extremos, era severo con sus subordinados hasta la crueldad y estaba siempre al tanto de todo, hasta de los más ínfimos detalles. La princesa Maria ya no recibía lecciones de matemáticas de su padre y, solo por las mañanas, acompañada de la nodriza y del pequeño príncipe Nikolái (como lo llamaba su abuelo), entraba en su gabinete cuando estaba en casa. El pequeño Nikolái vivía con la nodriza y el aya Sávishna en las habitaciones de la difunta princesa, y la princesa Maria pasaba la mayor parte del día con el niño, supliendo como podía a la madre. *mademoiselle* Bourienne parecía querer al niño con pasión, y la princesa Maria, a menudo haciendo un sacrificio, le cedía a su amiga el placer de cuidar al pequeño *ángel* (así era como llamaba a su sobrino) y de jugar con él.

Al lado del altar de la iglesia de Lysye Gory se alzaba una capilla sobre la tumba de la pequeña princesa. Habían dispuesto allí un monumento de mármol traído desde Italia que representaba a un ángel con las alas desplegadas a punto de volar al cielo; tenía el labio superior ligeramente levantado, como si fuera a sonreír, y un día, cuando el príncipe Andréi y la princesa Maria salían de la capilla, se confesaron el uno al otro que el rostro del ángel les recordaba extrañamente al de la difunta. Pero lo que aún resultaba más extraño y que el príncipe Andréi no confesó a su hermana era que, en la expresión que el escultor le había dado casualmente al ángel, se adivinaba el dócil reproche que él había leído en el rostro sin vida de su mujer: «Ah, ¿por qué me habéis hecho esto?…».

Poco tiempo después del regreso del príncipe Andréi, su padre le cedió Boguchárovo, una gran finca a cuarenta verstas de Lysye Gory. En parte por los duros recuerdos relacionados con Lysye Gory, en parte porque no siempre se sentía con fuerzas de aguantar el carácter de su padre y en parte porque necesitaba estar solo, lo cierto es que el príncipe Andréi se instaló en Boguchárovo, donde pasaba la mayor parte del tiempo.

Después de la campaña de Austerlitz, había tomado la firme decisión de que jamás volvería a servir en el ejército. Por ello, cuando se reanudó la guerra y todos los hombres tuvieron que incorporarse de nuevo, aceptó un puesto en el reclutamiento de la milicia bajo el mando de su padre para evitar el servicio activo. Fue como si después de la campaña de 1805 el viejo príncipe y su hijo hubieran intercambiado los papeles. El viejo príncipe, excitado por la actividad, esperaba lo mejor de la nueva campaña; el príncipe

Andréi, por el contrario, sin participar en la guerra —algo que en el fondo de su alma lamentaba—, solo veía lo malo de ella.

El 26 de febrero de 1807 el viejo príncipe partió para inspeccionar su circunscripción. El príncipe Andréi se quedó en Lysye Gory, como solía hacer cuando su padre se ausentaba. El pequeño Nikólushka llevaba cuatro días enfermo. Los cocheros que habían llevado al viejo príncipe volvieron de la ciudad con documentos y cartas para el príncipe Andréi.

El ayuda de cámara que llevaba las cartas, al no encontrar al príncipe Andréi en su gabinete, se dirigió a las habitaciones de la princesa Maria, pero tampoco allí lo encontró; entonces le dijeron que el príncipe había ido a la habitación del niño.

—Con permiso, excelencia: ha venido Petrusha con unos papeles —le dijo una de las doncellas que ayudaban al aya.

El príncipe, sentado en una sillita para niños, vertía de un frasco un jarabe gota a gota, con manos temblorosas y el ceño fruncido, en una copita llena hasta la mitad de agua.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado.

Distraído, con la mano temblorosa, vertió demasiadas gotas. Tiró al suelo el jarabe que había en la copita y volvió a pedir agua. La doncella se la dio.

En la habitación había una cunita, dos baúles, dos sillones, una mesa, una mesilla y la sillita para niños en la que el príncipe Andréi se había sentado. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas y encima de la mesa ardía una vela tapada con un libro de música, a modo de pantalla, para que el resplandor no diera en la cunita.

—Amigo mío —dijo la princesa Maria, que estaba de pie junto a la cunita —: es mejor esperar… Más tarde…

—¡Ah, hazme el favor, no haces más que decir tonterías! ¡Mira lo que hemos conseguido con tus esperas! —susurró el príncipe Andréi rabioso, con el deseo evidente de herir a su hermana.

—Amigo mío, de verdad: es mejor no despertarlo, se ha quedado dormido —imploró la princesa.

El príncipe Andréi se levantó y se acercó de puntillas a la cunita, con la copita en la mano.

—¿Será mejor no despertarlo? —preguntó indeciso.

—Como quieras, de verdad… Yo creo que… pero como quieras —dijo la princesa Maria, que parecía sentir temor y vergüenza si su opinión se imponía.

Le advirtió a su hermano de que una doncella lo estaba llamando en voz baja.

Era la segunda noche que ambos pasaban sin dormir cuidando al niño, que ardía de fiebre. Durante aquellos dos días, como no confiaban en el médico de la casa, mientras esperaban la llegada del que habían hecho llamar a la ciudad, probaron un remedio tras otro. Agotados por la falta de sueño y llenos de inquietud, cada uno descargaba su dolor en el otro, se lanzaban reproches y discutían.

—Es Petrusha: trae unos papeles de su padre —susurró la doncella.

El príncipe Andréi salió de la habitación.

—¡Bueno, de qué se trata! —exclamó contrariado, y, después de oír las instrucciones verbales de su padre y recoger la correspondencia y su carta, volvió a la habitación del niño—. ¿Cómo está?

—Igual. ¡Espera, por el amor de Dios! Karl Iványch siempre dice que el sueño es el mejor remedio —murmuró la princesa Maria con un suspiro.

El príncipe Andréi se acercó al niño y lo palpó. Estaba ardiendo.

—¡Lárgate ya con tu Karl Iványch! —Cogió la copita con las gotas y se acercó a la cunita.

—*¡André*, no! —dijo la princesa Maria.

Pero él, mirándola con el ceño fruncido por la rabia y el padecimiento, se inclinó sobre el niño.

—Quiero que las tome —dijo él—. Te lo ruego, dáselas.

La princesa Maria se encogió de hombros, cogió obedientemente la copita y, después de llamar a la niñera, empezó a darle la medicina. El niño se puso a gritar con la voz enronquecida. El príncipe Andréi, con una mueca de dolor, se llevó las manos a la cabeza, salió y se sentó en el diván de la habitación contigua.

Aún llevaba las cartas en la mano. Las abrió maquinalmente y empezó a leerlas. El viejo príncipe, en una hoja azul, con alguna que otra abreviatura, escribía lo siguiente con su letra grande y alargada:

> El correo me acaba de entregar una noticia muy buena, si no se trata de un embuste. Al parecer Bennigsen ha logrado una victoria completa sobre Napoleón en la batalla de Preussisch-Eylau. En San Petersburgo están exultantes y han enviado un sinfín de condecoraciones para el ejército. Aunque se trate de un alemán, lo felicito. No alcanzo a comprender qué está haciendo el jefe militar de Kórchevo, un tal Jándrikov: hasta ahora no han llegado ni nuevos hombres, ni víveres. Ve allí inmediatamente y dile que si dentro de una semana no está todo listo le cortaré la cabeza. He recibido otra carta sobre la batalla de Preussisch-Eylau de Pétenka: ha participado en ella y todo es verdad. Cuando no se inmiscuye quien no debe, hasta un alemán puede vencer a Bonaparte. Dicen que está huyendo en medio de un gran desorden. Así pues, ¡dirígete de inmediato a Kórchevo y cumple mis órdenes!

El príncipe Andréi suspiró y abrió otro sobre. Se trataba de una carta de Bilibin, dos hojas llenas de una letra menuda. La dobló sin leerla y volvió a leer la de su padre, que terminaba con las palabras: «¡Dirígete de inmediato a Kórchevo y cumple mis órdenes!».

«No, disculpe usted, pero no voy a ir hasta que el niño se recupere», pensó, se acercó a la puerta y echó un vistazo a la habitación de su hijo. La princesa Maria seguía junto a la cunita meciendo suavemente al pequeño.

«Sí, y ¿qué otra cosa desagradable me ha escrito? —se decía el príncipe Andréi intentando recordar la carta de su padre—. Ah, sí: la victoria de los nuestros sobre Napoleón justo ahora que yo no estoy en el ejército. Sí, sí: no deja de burlarse de mí… Bueno, pues que le aproveche…» Y se puso a leer la carta de Bilibin, escrita en francés. La leyó sin entender la mitad, solo para dejar de pensar, aunque solo fuera un momento, en lo que llevaba pensando tanto tiempo exclusivamente y con dolor.

IX

Bilibin se encontraba entonces agregado al cuartel general del ejército en calidad de funcionario diplomático; aunque escribiera y bromeara en francés, y empleara giros franceses, describía toda la campaña con ese arrojo puramente ruso, capaz de criticar los propios actos y de reírse de sí mismo. Bilibin decía que su *discrétion* diplomática lo mortificaba, y que se sentía dichoso de tener en el príncipe Andréi a un fiel confidente con quien poder desahogarse y verter toda la bilis acumulada después de ver lo que sucedía en el ejército. Era una carta antigua, escrita antes de la batalla de Preussisch-Eylau.

> *Depuis nos grands succès d'Austerlitz vous savez, mon cher Prince* —escribía Bilibin—, *que je ne quitte plus les quartiers généraux. Décidément j'ai pris le goût de la guerre, et bien m'en a pris. Ce que j'ai vu ces trois mois, est incroyable.*
>
> *Je commence ab ovo. L'ennemi du genre humain, comme vous savez, s'attaque aux Prussiens. Les Prussiens sont nos fidèles alliés, qui ne nous ont trompés que trois fois depuis trois ans. Nous prenons fait et cause pour eux. Mais il se trouve que l'ennemi du genre humain ne fait nulle attention à nos beaux discours, et avec sa manière impolie et sauvage se jette sur les Prussiens sans leur donner le temps de finir la parade commencée, en deux tours de main les rosse à plate couture et va s'installer au palais de Potsdam.*
>
> *J'ai le plus vif désir, écrit le Roi de Prusse à Bonaparte, que V. M. soit accueillie et traitée dans mon palais d'une manière, qui lui soit agréable et c'est avec empressement, que j'ai pris à cet effet toutes les mesures que les circonstances me permettaient. Puissé-je avoir*

réussi! Les généraux Prussiens se piquent de politesse envers les Français et mettent bas les armes aux premières sommations.

Le chef de la garnison de Glogau avec dix mille hommes, demande au Roi de Prusse, ce qu'il doit faire s'il est sommé de se rendre?… Tout cela est positif.

Bref, espérant en imposer seulement par notre attitude militaire, il se trouve que nous voilà en guerre pour tout de bon, et ce qui plus est, en guerre sur nos frontières avec et pour le Roi de Prusse. Tout est au grand complet, il ne nous manque qu'une petite chose, c'est le général en chef. Gomme il s'est trouvé que les succès d'Austerlitz auraient pu être plus décisifs si le général en chef eut été moins jeune, on fait la revue des octogénaires et entre Prosorofsky et Kamensky, on donne la préférence au dernier. Le général nous arrive en kibik à la manière Souvoroff, et est accueilli avec des acclamations de joie et de triomphe.

Le 4 arrive le premier courrier de Pétersbourg. On apporte les malles dans le cabinet du maréchal, qui aime à faire tout par lui-même. On m'appelle pour aider à faire le triage des lettres et prendre celles qui nous sont destinées. Le maréchal nous regarde faire et attend les paquets qui lui sont adressés. Nous cherchons – il n'y en a point. Le maréchal devient impatient, se met lui même à la besogne et trouve des lettres de l'Empereur pour le comte T., pour le prince V. et autres. Alors le voilà qui se met dans une de ses colères bleues. Il jette feu et flamme contre tout le monde, s'empare des lettres, les décachète et lit celles de l'Empereur adressées à d'autres.[55] «Ah, así es como me tratan. ¡No confían en mí! Ah, han ordenado que me vigilen, ¡pues muy bien! ¡Largo de aquí!» *Et il écrit le fameux ordre du jour au général Bennigsen*:[56]

Estoy herido y no puedo montar a caballo, por lo que tampoco puedo dirigir las tropas. ¡Ha traído usted a Pułtusk a su cuerpo de ejército destrozado! Aquí está al descubierto, sin leña ni forraje. Es preciso echar una mano y, como ayer usted mismo escribió al conde Buxhöwden, hay que pensar en la retirada hacia nuestra frontera, lo que deberá llevarse a cabo hoy mismo.

A continuación, le escribe al emperador:

A consecuencia de las numerosas marchas a caballo, la silla de montar me ha causado una llaga que, sumada a mis dolencias de las marchas anteriores, me impide seguir montando y dirigir un ejército tan grande. Por ello, le he cedido el mando al conde Buxhöwden, el general de mayor antigüedad después de mí. Le he aconsejado que se retire hacia el interior de Prusia, porque solo queda pan para un día, y en algunos regimientos ni eso, tal y como han informado los jefes de división Ostermann y Siedmorietsk. Todo lo que tenían los campesinos ya ha sido consumido. Por lo que respecta a mí, me quedaré en el hospital militar de Ostrolenka hasta que me cure. En vista de ello, le transmito humildemente este informe comunicándole que si el ejército pasa quince días más en el vivac actual, para la primavera ya no quedará ni un solo soldado sano. Permita a este viejo que se retire al campo: tiene la gran deshonra de no haber podido cumplir el glorioso y heroico destino para el que fue escogido. Esperaré aquí, en el hospital, su augusta autorización: no desearía desempeñar en el ejército el papel de *escribano* en lugar de *general en jefe*. Mi retirada del ejército no causará el menor ruido, será como si un ciego se retirara. De hombres como yo, en Rusia, hay miles.

Le maréchal se fâche contre l'Empereur et nous punit tous; n'est ce pas que c'est logique!

Voilà le premier acte. Aux suivants l'intérêt et le ridicule montent comme de raison. Après le départ du maréchal il se trouve que nous sommes en vue de l'ennemi, et qu'il faut livrer bataille. Boukshevden est général en chef par droit d'ancienneté, mais le général Bennigsen n'est pas de cet avis; d'autant plus qu'il est lui, avec son corps en vue de l'ennemi, et qu'il veut profiter de l'occasion d'une bataille «aus eigener Hand» comme disent les Allemands. Il la donne. C'est la bataille de Poultousk qui est sensée être une grande victoire, mais qui à mon avis ne l'est pas du tout. Nous autres pékins avons, comme vous savez, une très vilaine habitude de décider du gain ou de la perte d'une bataille. Celui qui s'est retiré

après la bataille, l'a perdu, voilà ce que nous disons, et à titre nous avons perdu la bataille de Poultousk. Bref, nous nous retirons après la bataille, mais nous envoyons un courrier à Pétersbourg, qui porte les nouvelles d'une victoire, et le général ne cède pas le commandement en chef à Boukshevden, espérant recevoir de Pétersbourg en reconnaissance de sa victoire le titre de général en chef. Pendant cet interrègne, nous commençons un plan de manœuvres excessivement intéressant et original. Notre but ne consiste pas, comme il devrait l'être, à éviter ou à attaquer l'ennemi; mais uniquement à éviter le général Boukshevden, qui par droit d'ancienneté serait notre chef. Nous poursuivons ce but avec tant d'énergie, que même en passant une rivière qui n'est pas guéable, nous brûlons les ponts pour nous séparer de notre ennemi, qui pour le moment, n'est pas Bonaparte, mais Boukshevden. Le général Boukshevden a manqué d'être attaqué et pris par des forces ennemies supérieures à cause d'une de nos belles manœuvres qui nous sauvait de lui. Boukshevden nous poursuit – nous filons. A peine passe-t-il de notre côté de la rivière, que nous repassons de l'autre. A la fin notre ennemi Boukshevden nous attrappe et s'attaque à nous. Les deux généraux se fâchent. Il y a même une provocation en duel de la part de Boukshevden et une attaque d'épilepsie de la part de Benigsen. Mais au moment critique le courrier, qui porte la nouvelle de notre victoire de Poultousk, nous apporte de Pétersbourg notre nomination de général en chef, et le premier ennemi Boukshevden est enfoncé: nous pouvons penser au second, à Bonaparte. Mais ne voilà-t-il pas qu'à ce moment se lève devant nous un troisième ennemi, c'est el ortodoxo qui demande à grands cris du pain, de la viande, des souchary, du foin – que sais je! Les magasins sont vides, les chemins impraticables. Le ortodoxo se met à la maraude, et d'une manière dont la dernière campagne ne peut vous donner la moindre idée. La moitié des régiments forme des troupes libres, qui parcourent la contrée en mettant tout à feu et à sang. Les habitants sont ruinés de fond en comble, les hôpitaux regorgent de malades, et la disette est partout. Deux fois le quartier général a été attaqué par des troupes de maraudeurs et le général en chef a été obligé lui même de demander un bataillon pour les chasser. Dans une de ces attaques on m'a emporté ma malle vide et ma robe de chambre. L'Empereur veut donner le droit à tous les chefs de divisions de fusiller les maraudeurs, mais je crains fort que cela n'oblige une moitié de l'armée de fusiller l'autre.[57]

Aunque en un primer momento el príncipe Andréi leyó la carta sin prestarle demasiada atención, poco a poco se fue interesando cada vez más (a pesar de saber hasta qué punto podía creerse uno a Bilibin). Al llegar a ese párrafo, la estrujó y la tiró. No le enfadaba lo que había leído, sino el hecho de que aquella vida tan alejada y ajena a él pudiera haberle turbado. Cerró los ojos, se secó la frente con la mano, como ahuyentando cualquier tipo de interés por lo que había leído, y prestó oídos a lo que ocurría en la habitación de su hijo. De repente le pareció oír un ruido extraño al otro lado de la puerta. Le entró miedo; temía que mientras leía la carta le hubiera pasado algo al niño. Se acercó de puntillas a la puerta y la abrió.

Cuando entró vio que la niñera escondía algo con miedo y que la princesa Maria ya no estaba al lado de la cunita.

—Amigo mío —oyó a su espalda el susurro desesperado (así le pareció a él) de la princesa Maria.

Como suele ocurrir después de largas noches de inquietud sin dormir, al príncipe Andréi lo invadió un miedo inmotivado: le asaltó la idea de que el

niño había muerto. Todo lo que veía y oía le parecía confirmar ese miedo.

«Todo ha acabado», pensó, y un sudor frío le cubrió la frente. Se acercó a la cunita confuso, convencido de que la encontraría vacía y de que la niñera había escondido al niño muerto. Corrió la cortina, y sus ojos asustados se movieron de un lado a otro, incapaces de encontrar a su hijo. Por fin lo vio: el sonrosado niño, con los brazos y las piernas extendidas, estaba tumbado de través con la cabeza fuera de la almohada, chasqueando y moviendo los labios entre sueños y respirando con regularidad.

El príncipe Andréi se alegró mucho de verlo, como si ya lo hubiera perdido. Se inclinó sobre él y, tal y como le había enseñado su hermana, comprobó con los labios si tenía fiebre. Tenía la frente suave y húmeda; entonces le tocó la cabeza y comprobó que estaba tan sudado que tenía hasta el pelo mojado. Su hijo no solo no había muerto, sino que ya había superado la crisis y se estaba recuperando. Tuvo ganas de agarrar, achuchar y apretar contra su pecho a ese ser indefenso, pero no se atrevió a hacerlo. Se quedó a su lado mirándole la cabeza, las manitas y los piececitos, que asomaban por debajo de la manta. A su lado se oyó un frufrú, y una sombra apareció bajo las cortinas de la cunita. No volvió la mirada y, sin dejar de observar la cara del niño, siguió escuchando su respiración regular. La oscura sombra era la princesa Maria, que se había acercado a la cunita con paso silencioso, había levantado la cortina y la había dejado caer a su espalda. El príncipe Andréi, aún sin volverse, la reconoció y le tendió una mano. Ella se la estrechó.

—Está sudado —dijo el príncipe Andréi.

—Había salido a buscarte para decírtelo.

El niño, entre sueños, se movió ligeramente, sonrió y se frotó la frente contra la almohada.

El príncipe Andréi miró a su hermana. Bajo la penumbra mate de la cortina, los ojos luminosos de la princesa Maria brillaban más que de costumbre por las lágrimas de alegría. Se inclinó hacia su hermano y le besó, enganchándose levemente con la cortina de la cuna. Se amenazaron mutuamente con un dedo y permanecieron un rato más bajo aquella penumbra mate, como si no desearan abandonar aquel universo que formaban los tres, lejos del mundo entero. El príncipe Andréi, enredándose el pelo con la muselina de la cortina, fue el primero en apartarse de la cuna.

—Sí, esto es lo único que me queda —suspiró.

X

Poco después de haber sido admitido en la hermandad de los masones, Pierre partió hacia la provincia de Kíev, donde estaba la mayoría de sus campesinos, con un plan completo elaborado por él mismo de todo cuanto debía hacer en sus haciendas.

Al llegar a Kíev reunió en su oficina principal a todos los administradores y les comunicó sus intenciones y deseos. Les dijo que tomaría medidas inmediatas para que sus campesinos fueran liberados de la servidumbre. Entretanto, estos no debían ser sobrecargados de trabajo, a las mujeres con niños no había que mandarlas a trabajar, había que socorrer a los campesinos, los castigos debían ser verbales y no corporales, y en cada hacienda se debían construir hospitales, asilos y escuelas. Algunos administradores (los había semianalfabetos) le escucharon alarmados, creyendo que aquellas palabras significaban que el joven conde estaba insatisfecho por su gestión y por haberle robado dinero; otros, pasado el primer susto, encontraron divertido el ceceo de Pierre y esas palabras nuevas, que jamás habían oído; los terceros simplemente se deleitaron al escuchar hablar a su señor; y los cuartos —los más listos, entre los que se encontraba el administrador principal— comprendieron cómo debían comportarse con el señor para lograr sus propios objetivos.

El administrador principal expresó el gran interés que sentía por los proyectos de Pierre, pero le hizo notar que, además de tales reformas, era imprescindible ocuparse de la marcha general de las cosas, que no iban nada bien.

A pesar de la inmensa fortuna del conde Bezújov, desde que Pierre había empezado a recibir unas rentas de quinientos mil rublos anuales —según decían—, se sentía con mucho menos dinero que cuando el difunto conde le daba diez mil. A grandes rasgos, esta era la vaga idea que se hacía de su presupuesto: al Consejo le pagaba alrededor de ochenta mil rublos por todas sus haciendas; dedicaba unos treinta mil a mantener la finca de las afueras de Moscú, la casa de la ciudad y la de las princesas; destinaba unos quince mil a pensiones, y esa misma cantidad a instituciones de beneficencia; le pasaba ciento cincuenta mil a la condesa; pagaba unos setenta mil de intereses por las deudas; la construcción de una iglesia ya empezada anteriormente le costaba unos diez mil; el resto, unos cien mil rublos, no sabía exactamente en qué se gastaban, y todos los años se veía obligado a pedir dinero prestado. Encima, el administrador principal le escribía cada año o bien sobre incendios, o bien sobre malas cosechas, o bien sobre la necesidad de reformar fábricas y

edificios. Así pues, la primera tarea que Pierre debía afrontar era aquella para la que menos capacidad y disposición tenía: poner sus asuntos en orden.

Pierre *trabajaba* cada día con el administrador principal, pero tenía la sensación de que aquellas reuniones no cambiaban ni un ápice la marcha de sus asuntos, como si no guardaran ninguna relación con ellos ni los hicieran progresar. Por un lado, el administrador principal pintaba las cosas bajo una luz muy negra, en un intento de demostrar que era necesario pagar las deudas y emprender nuevos trabajos que requerían la fuerza de los campesinos, algo que Pierre no consentía; por otro lado, este exigía iniciar el proceso de liberación de los siervos, pero el administrador principal objetaba que antes debían pagar la deuda al Consejo de Tutela, y que por esta razón era imposible llevarlo a cabo con rapidez.

El administrador principal no decía que fuera completamente imposible; lo que hacía era sugerir que, para alcanzar semejante objetivo, debían vender los bosques de la provincia de Kostromá, así como las tierras bajas y la finca de Crimea. Pero, según el administrador, estas operaciones dependían de una serie de procesos, de levantamientos de prohibiciones, reclamaciones, decisiones, etcétera, tan complejos que Pierre se embrollaba y se limitaba a contestarle: «Sí, sí, hágalo así».

Pierre carecía de esa perseverancia práctica que le habría permitido dedicarse personalmente a poner todos sus asuntos en orden, y, como se trataba de algo que no le agradaba, delante de su administrador simplemente fingía interés. El administrador, por su parte, delante del conde fingía que las reuniones eran sumamente provechosas para el amo y fastidiosas para él.

En la ciudad Pierre se encontró con conocidos; los desconocidos no tardaron en presentarse y en dar una cordial bienvenida al recién llegado, el terrateniente más rico de toda la provincia. Las tentaciones que ponían a prueba el punto débil de Pierre —ese que había confesado al ser admitido en la logia— eran tan fuertes que no las pudo vencer. Una vez más, sus días, semanas y meses discurrieron entre veladas, comidas, almuerzos y bailes, sin darse tiempo para reflexionar, igual que en San Petersburgo. De este modo, en vez de la nueva vida que esperaba llevar, adoptó la misma de antes, solo que en un ambiente distinto.

De los tres objetivos de la masonería, Pierre reconocía no cumplir el que obligaba a todo masón a ser un modelo de vida moral; y de las siete virtudes, carecía de dos por completo: las buenas costumbres y el amor a la muerte. Pero se consolaba con la idea de que cumplía otro objetivo, el de reformar al

género humano, y de que no le faltaban otras virtudes: el amor al prójimo y, sobre todo, la generosidad.

En la primavera de 1807 decidió regresar a San Petersburgo. Su intención era recorrer todas sus haciendas en el camino de vuelta para comprobar personalmente qué se había hecho de cuanto ordenara, y en qué estado se encontraban los siervos que Dios le había confiado y a los que él aspiraba a hacer felices.

El administrador principal, que consideraba que todos los proyectos del joven conde eran casi una locura que le perjudicaban a sí mismo, a él y a los campesinos, había hecho algunas concesiones. Sin dejar de presentar la liberación de los siervos como algo imposible, había ordenado construir en todas las haciendas grandes edificios destinados a escuelas, hospitales y asilos. Para el amo preparó recibimientos, pero no pomposos ni solemnes —sabía que a Pierre no le gustarían—, sino de agradecimiento religioso, con iconos y ofrendas de pan y sal[58]; un tipo de recibimiento que, conforme a la idea que se había hecho del amo, debía conmoverlo y engañarlo.

La primavera del sur, el rápido viaje en la carretela vienesa y la soledad del camino alegraron el ánimo de Pierre. Las haciendas en las que aún no había estado eran a cual más pintoresca; en todas partes los siervos parecían prósperos y conmovedoramente agradecidos por los beneficios que el amo les había procurado. En todas partes le recibieron de tal modo que, aunque lo dejaran turbado, en el fondo de su alma despertaban un sentimiento de dicha. En cierto lugar los campesinos le llevaron pan y sal, así como el icono de Pedro y Pablo, y le pidieron permiso para, a sus propias expensas, erigir en la iglesia un nuevo altar en honor a sus santos patrones Pedro y Pablo como muestra de amor y de gratitud por el bien que el amo les había procurado. En otra parte lo recibieron mujeres con bebés en brazos dándole las gracias por haberlas liberado de los trabajos pesados. En una hacienda lo recibió un sacerdote alzando una cruz; estaba rodeado de niños a los que, gracias a la merced del conde, él había enseñado a leer y escribir, además de religión. Pierre vio con sus propios ojos que en todas sus haciendas había edificios de piedra en construcción o ya terminados, realizados bajo un mismo plan: eran hospitales, escuelas y asilos que debían ser inaugurados próximamente. En todas partes los administradores le enseñaron informes que indicaban que, en comparación con el pasado, la *bárschina*[59] había disminuido, y escuchó a delegaciones de campesinos que vestían caftán azul y le daban las gracias del modo más conmovedor.

Lo que Pierre no sabía era que el lugar donde le habían obsequiado con pan y sal, y donde estaban construyendo un altar en honor a los apóstoles Pedro y Pablo, era una aldea con mercado donde ese día organizaban una feria por la festividad de san Pedro, que el altar ya llevaba tiempo en construcción a expensas de los campesinos ricos —los mismos que se habían presentado ante él—, y que nueve décimas partes de los campesinos de aquella aldea vivían en la más completa miseria. No sabía que, en cumplimiento de sus órdenes, habían dejado de enviar a las mujeres con niños de pecho a cumplir con la *bárschina*, pero que estas mismas mujeres hacían en sus casas trabajos mucho más duros. No sabía que el sacerdote que lo había recibido con una cruz oprimía a los campesinos con sus exacciones, que los discípulos le habían sido entregados con lágrimas en los ojos y que después los padres tenían que pagarle grandes cantidades de dinero para rescatarlos. No sabía que los edificios de piedra levantados según el plan eran construidos por los propios campesinos, algo que aumentaba la *bárschina*, que solo se había reducido en el papel. No sabía que allí donde el administrador le había enseñado libros que demostraban que, siguiendo sus órdenes, el tributo se había reducido a un tercio, la *bárschina* había aumentado al doble. Así pues, Pierre estaba maravillado con el viaje por sus dominios y recuperó por completo ese ánimo filantrópico con el que había salido de San Petersburgo. Con ese ánimo, escribió cartas llenas de entusiasmo a su hermano instructor, que era como llamaba al gran maestro.

«¡Qué sencillo, qué pocos esfuerzos se necesitan para hacer tanto bien —pensaba Pierre—, y qué poco nos preocupamos de hacerlo!»

Se sentía feliz por la gratitud que le habían mostrado, pero le avergonzaba aceptarla: le recordaba que podía hacer *muchísimo más* por aquellas gentes buenas y sencillas.

El administrador principal, hombre estúpido aunque astuto, que comprendía perfectamente al inteligente e ingenuo conde y lo manejaba como un juguete, al ver el efecto que los recibimientos que había preparado producían en él, le exponía argumentos más enérgicos sobre la imposibilidad —y, sobre todo, la inutilidad— de liberar a los campesinos, que ya eran completamente felices.

Pierre, en el fondo de su corazón, estaba de acuerdo con el administrador en que era difícil imaginar gente más feliz, y que Dios sabía lo que les esperaba en libertad; aun así, a regañadientes, insistió en hacer lo que consideraba justo. El administrador prometió dedicarse con todas sus fuerzas a cumplir la voluntad del conde, porque entendía perfectamente que este

jamás estaría en condiciones de comprobar si había tomado las medidas necesarias para vender los bosques y las propiedades para pagar la deuda al Consejo, y, seguramente, tampoco le preguntaría jamás por ello ni sabría que los edificios construidos estaban vacíos y que sus campesinos seguían aportando en trabajo y dinero lo mismo que los siervos de los demás, es decir, todo cuanto podían.

XI

De regreso de su viaje al sur y en un excelente estado de ánimo, Pierre llevó a cabo su antiguo deseo de visitar a su amigo Bolkonski, al que hacía dos años que no veía.

Boguchárovo estaba situado en una región fea y llana, cubierta de campos y de bosques de abetos y abedules, algunos de ellos talados. La casa señorial estaba al final de una aldea que se extendía a lo largo del camino, detrás de un estanque recientemente excavado y lleno de agua, con las orillas aún sin hierba, en medio de un bosque joven en el que se alzaban varios pinos de gran tamaño.

La residencia señorial estaba compuesta por un granero, dependencias, cuadras, un baño, un pabellón y la gran casa de piedra, con un frontón semicircular que aún estaba en construcción. Rodeaba la casa un jardín recién plantado. Las vallas y las puertas cocheras eran sólidas y nuevas; bajo un tejadillo había dos bombas de agua para los incendios y un tonel pintado de verde; los caminos eran rectos, los puentes firmes y con barandas. Todo tenía el sello del esmero y de la buena gestión. Cuando Pierre preguntó a los criados que salieron a recibirlo dónde vivía el príncipe, le señalaron un pabellón pequeño y nuevo en el borde mismo del estanque. Antón, el viejo ayo del príncipe Andréi, le ayudó a bajar de la carretela, le dijo que el príncipe estaba en casa y lo acompañó hasta un recibidor limpio y pequeño.

A Pierre le sorprendió la sencillez de aquella pequeña aunque aseada casita, después del ambiente deslumbrante en el que había visto a su amigo en San Petersburgo la última vez. Entró rápidamente en la pequeña sala, que aún olía a pino y no estaba estucada, y quiso seguir avanzando, pero Antón, veloz, lo adelantó de puntillas y llamó a una puerta.

—Bueno, ¿qué hay? —se oyó una voz brusca y desagradable.

—Una visita —respondió Antón.

—Dile que espere.

Se oyó el ruido de una silla que se movía.

Pierre se acercó a la puerta con paso rápido y se encontró cara a cara con el príncipe Andréi que, con el ceño fruncido y el rostro envejecido, salía a recibirlo. Pierre lo abrazó y, quitándose las gafas, le besó las mejillas y lo miró de cerca.

—¡Vaya, no te esperaba, qué alegría! —exclamó el príncipe Andréi.

Pierre no dijo nada; miraba a su amigo asombrado, sin apartar la vista. Le dejó pasmado el cambio que se había producido en él. Sus palabras eran cariñosas, sus labios y su rostro sonreían, pero su mirada estaba apagada y carecía de vida, a pesar del evidente esfuerzo que hacía por darle un brillo de alegría y de jovialidad. No era que su amigo hubiera enflaquecido, palidecido o pareciera mayor: eran la mirada y el pliegue en la frente —expresión de una prolongada concentración en una sola cosa— lo que le había impresionado y distanciado hasta que consiguió acostumbrarse.

Como siempre después de una larga separación, estuvieron mucho rato sin lograr entablar la conversación; se hacían preguntas y se daban respuestas breves sobre temas que ambos sabían que requerían mucho tiempo. Finalmente la conversación empezó poco a poco a centrarse en lo que al principio habían hablado a trompicones: su vida pasada, los planes futuros, el viaje de Pierre, sus ocupaciones, la guerra, etcétera. Esa concentración y ese abatimiento que Pierre había notado en la mirada de su amigo ahora se ponían de manifiesto en la sonrisa con la que le escuchaba, sobre todo cuando Pierre le hablaba con animación y jovialidad del pasado o del futuro. Era como si el príncipe Andréi deseara y no pudiera ser partícipe de lo que le decía. Pierre tenía la sensación de que delante de su amigo era inapropiado hablar de entusiasmo, de sueños, de esperanzas de felicidad y de bien. Le daba vergüenza expresar sus nuevas ideas masónicas, que tanto se habían renovado y agitado en su interior en su último viaje. Trataba de contenerse y temía parecer ingenuo, pero al mismo tiempo sentía el deseo irrefrenable de mostrar a su amigo que ahora era un hombre completamente distinto, que era un Pierre mejor al de San Petersburgo.

—No puedo expresarle por cuántas cosas he pasado en este tiempo. Ni siquiera yo me reconocería.

—Sí, hemos cambiado mucho desde entonces, mucho —dijo el príncipe Andréi.

—Bueno, ¿y usted? —preguntó Pierre—. ¿Qué planes tiene?

—¿Planes? —repitió el príncipe Andréi con tono irónico—. ¿Mis planes? —volvió a repetir como sorprendiéndose del significado de la palabra—. Pues

ya ves, me construyo una casa; el año que viene quiero instalarme aquí definitivamente…

Pierre clavó la mirada en el rostro envejecido de Andréi.

—No, lo que te preguntaba… —empezó Pierre, pero el príncipe Andréi lo interrumpió.

—Qué voy a contarte de mí… Mejor cuéntame tu viaje y todo lo que has hecho en tus haciendas.

Pierre empezó a contarle lo que había hecho intentando omitir en lo posible su participación en las mejoras que había introducido. El príncipe Andréi adivinó varias veces lo que Pierre iba a decir, como si todo lo que hubiera hecho fuera una historia que conocía desde hacía mucho, y le escuchaba no solo sin interés, sino incluso como si se avergonzara de lo que le estaba contando.

Pierre se sintió incómodo e incluso molesto en compañía de su amigo, y se quedó callado.

—Te diré una cosa, querido —dijo el príncipe Andréi, que era evidente que también se sentía molesto y cohibido en su compañía—, aquí estoy como de campamento, he venido solo para ver cómo van las cosas. Hoy vuelvo a casa de mi hermana. Te la presentaré. Aunque creo que ya la conoces —añadió, en un claro intento de hacer los honores a un visitante con el que sentía que ya no tenía nada en común—. Iremos después de comer. Y ahora ¿quieres ver mi finca?

Salieron y estuvieron paseando hasta la hora de comer, charlando sobre noticias políticas y conocidos comunes, como dos personas que no son demasiado cercanas. El príncipe Andréi le habló con cierta animación e interés de la nueva finca y de los edificios que estaba construyendo; pero de repente, en mitad de la conversación, cuando al pasar por los cimientos le describía cómo sería la futura disposición de la casa, se detuvo:

—Por otra parte, esto no tiene ningún interés; vayamos a comer y después nos marcharemos.

Durante la comida salió el tema del matrimonio de Pierre.

—Me quedé muy sorprendido cuando lo supe —dijo el príncipe Andréi.

Pierre enrojeció, como cada vez que alguien aludía al asunto, y dijo apresuradamente:

—Algún día le contaré cómo ocurrió todo. Pero ya debe de saber que todo ha acabado, y para siempre.

—¿Para siempre? —dijo el príncipe Andréi—. No hay nada que sea para siempre.

—Pero ¿sabe cómo acabó todo? ¿Oyó hablar del duelo?

—Sí, has pasado por eso también.

—Si hay algo de lo que doy gracias a Dios es de no haber matado a aquel hombre —dijo Pierre.

—¿Por qué? —preguntó el príncipe Andréi—. Matar a un perro rabioso es una acción incluso buena.

—No, matar a un hombre no está bien, no es justo…

—¿Por qué no es justo? —repitió el príncipe Andréi—. No se ha dado al hombre la capacidad de juzgar lo que es justo o injusto. El hombre siempre se ha equivocado y seguirá equivocándose, especialmente en lo que considera justo e injusto.

—Es injusto lo que causa el mal a los demás —dijo Pierre, viendo con satisfacción que por primera vez desde que había llegado el príncipe Andréi se animaba, empezaba a hablar y tenía ganas de expresar qué le había hecho convertirse en lo que era ahora.

—Y ¿quién te ha dicho qué es el mal para los demás? —preguntó el príncipe Andréi.

—¿El mal? ¿El mal? —dijo Pierre—. Todos sabemos qué es el mal para nosotros mismos.

—Sí, lo sabemos, pero ese mal que yo conozco para mí mismo no se lo puedo causar a los demás —dijo el príncipe Andréi cada vez más animado, con el deseo evidente de contarle a Pierre su nueva forma de ver las cosas. Hablaba en francés—. *Je ne connais dans la vie que maux bien réels: c'est le remord et la maladie. Il n'est de bien que l'absence de ces maux*.[60] Vivir para uno mismo evitando simplemente estos dos males: esta es ahora toda mi sabiduría.

—Y ¿el amor al prójimo? ¿El espíritu de sacrificio? —exclamó Pierre—. ¡No, no puedo estar de acuerdo con usted! Vivir solo para no hacer el mal, para no arrepentirse, es poca cosa. Yo vivía así, vivía para mí mismo y he destruido mi vida entera. Y solo ahora, cuando vivo, o por lo menos intento vivir —se corrigió por modestia— para el prójimo, solo ahora he comprendido toda la felicidad de la vida. No, no estoy de acuerdo con usted, y usted no piensa lo que dice.

El príncipe Andréi miró a su amigo en silencio y sonrió burlonamente.

—Cuando veas a mi hermana, la princesa Maria, te llevarás bien con ella —dijo—. Quizá tengas razón por lo que respecta a ti —continuó tras un breve silencio—; pero cada cual vive a su manera: tú has vivido para ti mismo y dices que así casi destruyes tu vida, y que has conocido la verdad solo cuando

has empezado a vivir para los demás. Pues yo he experimentado lo contrario. Yo vivía para la gloria. (Porque ¿qué es la gloria? Es ese mismo amor por los demás, el deseo de hacer algo por ellos, el deseo de su elogio.) He vivido así, para los demás, y no es que casi haya destruido mi vida, sino que la he destruido por completo. Y desde que vivo solo para mí mismo estoy más tranquilo.

—Pero ¿cómo es posible vivir para uno mismo? —preguntó Pierre acalorándose—. ¿Y tu hijo? ¿Y tu hermana? ¿Y tu padre?

—Eso es lo mismo que decir yo mismo: no son los demás —repuso el príncipe Andréi—; los demás («el prójimo», *le prochain*, como tú y la princesa Maria lo llamáis) son la fuente principal de los errores y del mal. *Le prochain* son esos campesinos de Kíev a los que tú quieres hacer el bien.

Y miró a Pierre con aire desafiante y de burla. Era evidente que lo estaba provocando.

—Usted bromea —dijo Pierre cada vez más animado—. ¿Qué error y qué mal puede haber en que yo desee hacer el bien y en que lo haya hecho (aunque poco y mal) al menos mínimamente? ¿Qué mal puede haber en que nuestros campesinos (personas desdichadas, personas como nosotros, que viven y mueren sin conocer otra idea de Dios y de la verdad que no sea el rito y la oración sin sentido) sean instruidos en la fe reconfortante de una vida futura, de la retribución, la recompensa y el consuelo? ¿Qué mal y qué error hay en que yo proporcione médicos, hospitales y un asilo para la vejez a personas que mueren enfermas sin auxilio, cuando es tan fácil ayudarlas materialmente? Y ¿acaso el bien no es más palpable e indudable cuando le doy descanso y tiempo libre al campesino y a la mujer con niños que no tienen ni un momento de reposo ni de día ni de noche?… —decía deprisa y ceceando—. Yo lo he hecho y, aunque haya sido poco y mal, algo he hecho, y usted no solo no me va a disuadir de que he hecho el bien, sino que tampoco me va a disuadir de que no piensa así. Lo más importante —continuó— es que yo sé (y lo sé fehacientemente) que el placer de hacer el bien es la única felicidad verdadera que hay en la vida.

—Sí, si se plantea la cuestión de esta manera, es otra cosa —dijo el príncipe Andréi—. Yo construyo una casa, planto un jardín y tú haces hospitales. Tanto lo uno como lo otro puede servir como pasatiempo. Pero ¿qué es justo? ¿Qué es el bien? Eso deja que lo juzgue quien todo lo sabe, y no nosotros. Aunque, si quieres discutir, discutamos —añadió.

Se levantaron de la mesa y se sentaron en el porche, que hacía las veces de balcón.

—Venga, discutamos —dijo el príncipe Andréi—. En primer lugar, dices: escuelas —prosiguió, contando con un dedo—, enseñanza, etcétera; es decir, quieres sacarlo a él —señaló a un campesino que se había quitado el gorro al pasar por su lado— de su estado animal e inculcarle necesidades morales, pero a mí me parece que la única felicidad posible es la felicidad animal, y tú quieres arrebatársela. Yo lo envidio, y tú quieres hacerlo semejante a mí, pero sin darle mis recursos. Después dices: aligerar su trabajo. Tal como lo veo yo, el trabajo físico es una necesidad para él, una condición de su existencia igual que para mí y para ti lo es el trabajo intelectual. Tú no puedes dejar de pensar. Yo me acuesto pasadas las dos de la madrugada porque pienso y no puedo dejar de hacerlo, de la misma manera que él no puede dejar de arar y de segar; si no, se irá a la taberna o enfermará. Del mismo modo que yo no puedo aguantar su trabajo físico y me moriría al cabo de una semana, él no puede aguantar mi ociosidad física: engordaría y moriría. En tercer lugar… ¿qué era lo que habías dicho? —Dobló el tercer dedo—. Ah, sí: hospitales y medicinas. Le da un ataque de apoplejía y se va a morir, pero tú le haces una sangría y lo curas. Será un tullido durante diez años, una carga para todo el mundo. Mucho más fácil y sencillo sería que muriera. Nacerán otros, ya son muchos de por sí. Si lo que lamentaras fuera perder a un trabajador (porque así es como yo le veo), aún, pero tú le curas por amor. Y eso es algo que él no necesita. Además, ¡qué es esa fantasía de que la medicina haya curado alguna vez a alguien! ¿Matar? ¡Eso sí que ha hecho! —concluyó, frunciendo el ceño con rabia y dándole la espalda a Pierre.

Había expresado sus ideas de una manera tan clara y precisa que se veía que no era la primera vez que pensaba en estas cosas; hablaba rápido y de buena gana, como quien lleva mucho sin hacerlo. Su mirada más se animaba cuanto más desesperanzadas eran sus opiniones.

—¡Ah, qué espanto, qué espanto! —exclamó Pierre—. No entiendo cómo se puede vivir con esas ideas. Yo he tenido momentos así: hace poco, en Moscú y durante el viaje; cuando eso me pasa, me degrado hasta tal punto que dejo de vivir y todo me repugna… Sobre todo, yo mismo. Entonces dejo de comer y de asearme… Bueno, y ¿cómo es que usted…?

—¿Por qué dejar de asearse? Eso no es nada limpio —dijo el príncipe Andréi—; al contrario: hay que intentar hacer que tu vida sea lo más agradable posible. Yo vivo y no tengo la culpa de ello; por consiguiente, tengo que vivir hasta mi muerte lo mejor que pueda, sin molestar a nadie.

—Pero, con unas ideas así, ¿qué es lo que le estimula a vivir? Estar sentado sin moverse, sin emprender nada…

—La vida ya se encarga de no dejarme en paz. Estaría encantado de no hacer nada; pero, por un lado, la nobleza de la región me ha concedido el honor de escogerme como su decano[61], y a duras penas he logrado deshacerme de este cargo. No podían comprender que no tengo lo que se necesita: carezco de esa banalidad bonachona y preocupada necesaria para ello. Por otro lado, está esta casa, que he tenido que construir para tener un rincón donde poder estar tranquilo. Y ahora, la milicia.

—¿Por qué no sirve usted en el ejército?

—¿Después de Austerlitz? —dijo el príncipe Andréi sombríamente—. No; se lo agradezco de todo corazón, pero me prometí a mí mismo que no volveré al servicio activo en el ejército ruso. Y no lo haría aunque Bonaparte estuviera aquí mismo, en Smolensk, amenazando Lysye Gory: tampoco entonces serviría en el ejército ruso. Bueno, pues como te decía —continuó, calmándose—: ahora está la milicia; mi padre es el comandante en jefe del tercer distrito, y el único modo de librarme del servicio activo es estar junto a él.

—¿Eso significa que está usted sirviendo?

—Sí.

Hubo un breve silencio.

—Entonces, ¿por qué lo hace?

—He aquí el porqué. Mi padre es uno de los hombres más extraordinarios de su tiempo. Pero se está haciendo viejo, y no es que sea cruel, pero sí tiene un carácter demasiado activo. La costumbre de haber gozado siempre de un poder ilimitado le hace terrible, sobre todo ahora, con el poder que el emperador le ha otorgado sobre la milicia como comandante en jefe. Hace dos semanas, si me llego a retrasar dos horas, habría colgado a un registrador en Yújnov —dijo el príncipe Andréi con una sonrisa—; por eso sirvo, porque soy el único que puede influir sobre mi padre, y en alguna que otra situación lo puedo salvar de que cometa algún acto que más adelante lo atormentaría.

—Ah, pues ¿lo ve?

—Sí, *mais ce n'est pas comme vous l'entendez*[62] —continuó el príncipe Andréi—. Yo no le deseaba ni le deseo ningún bien a ese infame registrador que robó unas botas a los milicianos, incluso me habría dado una gran satisfacción verlo colgado, pero siento lástima por mi padre; es decir, de nuevo, por mí mismo.

El príncipe Andréi se animaba cada vez más. Los ojos le brillaban febrilmente cuando trataba de demostrar a Pierre que en sus actos no había nunca el deseo de hacer el bien al prójimo.

—Tú quieres liberar a tus campesinos —prosiguió—. Eso está muy bien, pero no para ti (creo que nunca has azotado a ninguno ni lo has enviado a Siberia) y aún menos para ellos. Si les pegan, les azotan y los envían a Siberia, creo que no por eso van a estar peor: en Siberia llevarán la misma vida animal, las cicatrices se les curarán y serán tan felices como antes. Eso es necesario para personas que se destruyen moralmente, que se arrepienten, que intentan ahogar este arrepentimiento y se embrutecen porque tienen la posibilidad de ejecutar a otros, con razón o sin ella. De estas personas es de las que me compadezco y por ellas sí me gustaría liberar a los campesinos. Quizá tú no lo hayas visto, pero yo sí he visto a buenas personas educadas en esta tradición del poder ilimitado que con los años se vuelven más irascibles, crueles, burdas, que lo saben pero no pueden dominarse, y cada vez son más infelices.

El príncipe Andréi dijo esto con tal arrebato que Pierre pensó involuntariamente que esas ideas se las había inspirado su padre. No respondió nada.

—He aquí de lo que me compadezco: de la dignidad humana, de la tranquilidad de conciencia, de la pureza, y no de sus espaldas ni de sus cabezas, que, por mucho que se las azotes y afeites, seguirán siendo las mismas espaldas y cabezas.

—¡No, no y mil veces no! Jamás estaré de acuerdo con usted —exclamó Pierre.

XII

Por la tarde el príncipe Andréi y Pierre se montaron en una carretela y partieron hacia Lysye Gory. El príncipe Andréi, echando miradas a su amigo, rompía el silencio de vez en cuando con palabras que demostraban su buen humor.

Señalando los campos, habló de las mejoras que había introducido en los cultivos.

Pierre callaba con aire sombrío y le respondía con monosílabos; parecía estar sumido en sus pensamientos.

Pensaba que el príncipe Andréi no era feliz, que estaba equivocado, que no conocía la luz auténtica y que él debía acudir en su auxilio, iluminarlo y elevarlo. Pero, en cuanto se le ocurría lo que le iba a decir, presentía que su amigo echaría por tierra con una sola palabra o argumento todas sus

enseñanzas, y temía empezar, temía exponerse a la posibilidad de que ridiculizara lo que para él era precioso y sagrado.

—No, pero ¿por qué piensa usted así? —dijo de pronto bajando la cabeza, con el aspecto de un toro listo para embestir—. No debe pensar así.

—¿Sobre qué? —preguntó el príncipe Andréi sorprendido.

—Sobre la vida y el destino del hombre. No puede ser. Yo pensaba igual, y ¿sabe qué me salvó? La masonería. No, no se ría. La masonería no es una secta religiosa, de ritos, como yo pensaba; es la mejor y única expresión de las mejores, eternas facetas de la humanidad.

Y le expuso lo que era la masonería tal como él la entendía. Le dijo que es una doctrina del cristianismo que te libera de las cadenas del Estado y de la religión; una doctrina de la igualdad, fraternidad y amor.

—Solo nuestra sagrada hermandad posee el sentido auténtico de la vida; todo lo demás es sueño —decía Pierre—. Entienda, amigo mío, que fuera de esta unión todo está lleno de falsedad y de mentira, y estoy de acuerdo con usted en que lo único que le queda a una persona inteligente y buena como usted es vivir su vida intentando solamente no molestar a los demás. Pero adopte nuestras convicciones fundamentales, ingrese en nuestra hermandad, entréguese a nosotros, permítanos guiarle, e inmediatamente se sentirá como yo me sentí: parte de esa inmensa e invisible cadena cuyo principio está oculto en los cielos —concluyó.

El príncipe Andréi escuchaba a Pierre en silencio, mirando al frente. En varias ocasiones, al no oír sus palabras por los ruidos de la carretela, le pidió que se las repitiera. Por el brillo especial de los ojos del príncipe Andréi y por su silencio, Pierre comprendió que sus palabras no habían sido en vano, que no lo interrumpiría ni se reiría de ellas.

Llegaron a un río desbordado que iban a tener que cruzar en una balsa. Mientras cargaban en ella la carretela y los caballos, los dos amigos subieron.

El príncipe Andréi, con los codos apoyados en la barandilla, miraba en silencio las aguas desbordadas, que brillaban a la luz del ocaso.

—Bueno, y ¿qué piensa? —preguntó Pierre—. ¿Por qué está callado?

—¿Qué pienso? Te estaba escuchando. Todo eso es así —contestó el príncipe Andréi—. Pero tú dices: ingresa en nuestra hermandad y te revelaremos el objetivo de la vida, el destino del hombre y las leyes que rigen el mundo. Pero ¿quiénes sois vosotros? ¡Personas! Entonces ¿por qué lo sabéis todo? ¿Por qué solo yo no veo lo que vosotros veis? Veis en la tierra el reino del bien y de la verdad, y yo no lo veo.

Pierre lo interrumpió.

—¿Usted cree en la vida futura? —le preguntó.

—¿En la vida futura? —repitió el príncipe Andréi, pero Pierre no le dio tiempo a seguir; tomó la repetición como una negativa, tanto más cuanto que ya conocía el ateísmo de su amigo.

—Usted dice que no puede ver el reino del bien y de la verdad en la tierra. Y no lo ha visto ni lo podrá ver si percibe nuestra vida como el final de todo. En la *tierra*, justamente en esta tierra —Pierre señaló el campo— no hay verdad: todo es mentira y mal; pero en el universo, en el universo entero existe el reino de la verdad; ahora somos hijos de esta tierra y, eternamente, hijos del universo completo. ¿Acaso no siento en mi alma que formo parte de este todo armonioso e infinito? ¿Acaso no siento que en esta innumerable cantidad de seres en la que se manifiesta la divinidad (la fuerza suprema, si quiere) yo soy un eslabón, un escalón que va desde los seres inferiores hasta los superiores? Si veo, veo claramente esta escalera que va de las plantas a los seres humanos, ¿por qué voy a suponer que la escalera se interrumpe conmigo y no va más y más lejos? Siento que no solo no puedo desaparecer, como nada desaparece en el mundo, sino que siempre he sido y seré. Siento que, aparte de mí, encima de mí, viven espíritus, y que en este mundo existe la verdad.

—Sí, esto es la doctrina de Herder[63] —dijo el príncipe Andréi—; pero no es eso, querido, lo que me va a convencer, sino la vida y la muerte. Lo que a mí me convence es ver a una persona a la que quieres y que está unida a ti, ante la cual fuiste culpable, pero tenías la esperanza de justificarte. —Al príncipe Andréi le tembló la voz y se dio la vuelta—. De repente esa persona sufre, padece y deja de existir… ¿Por qué? ¡Es imposible que no haya una respuesta! Y yo creo que la hay… Esto es lo que me convence y lo que me ha convencido.

—Bueno, sí, sí —dijo Pierre—, ¿acaso no es lo mismo que he dicho yo?

—No. Yo solo digo que lo que me convence de la necesidad de una vida futura no es ningún argumento, sino el hecho de que cuando caminas por la vida en armonía con una persona y de pronto esta persona desaparece *allá, en la nada,* tú mismo te detienes ante este abismo a mirar. Yo he mirado…

—Bueno, ¿y qué? Usted sabe que hay un *allá* y un *alguien*. Pues ese *allá* es la vida futura y ese *alguien* es Dios.

El príncipe Andréi no contestó. Ya hacía rato que habían descargado la carretela y los caballos en la otra orilla y que estaban enganchados; el sol se había puesto hasta la mitad y la helada de la tarde ya estaba cubriendo de

estrellas los charcos cercanos a la balsa, pero Pierre y Andréi, para sorpresa de lacayos, cocheros y balseros, aún seguían hablando en ella.

—Si existen Dios y la vida futura, entonces existen la verdad y la virtud; y la felicidad suprema del hombre consiste en aspirar a alcanzarlas. Hay que vivir, hay que amar y hay que creer —decía Pierre— que no es que vivamos solo ahora, en este trozo de tierra, sino que hemos vivido y viviremos eternamente allí, en el todo. —Señaló el cielo.

El príncipe Andréi seguía con los codos apoyados en la barandilla; escuchaba a Pierre sin bajar los ojos, mirando el reflejo rojo del sol en las aguas azuladas. Pierre se quedó callado. La calma era absoluta. Hacía ya tiempo que la balsa estaba en la orilla y solo las olas de la corriente rompían contra su fondo con un suave chapoteo. Al príncipe le parecía que el rumor de las olas reafirmaba las palabras de su amigo, como si dijeran: «Es verdad, créelo».

Suspiró y clavó una mirada radiante, infantil y tierna en el rostro encendido por el entusiasmo de Pierre, siempre tímido ante un amigo al que creía superior.

—¡Sí, si esto fuera así! —dijo el príncipe Andréi—. Pero es hora de irnos —añadió.

Al salir de la balsa miró el cielo que le había señalado Pierre y, por primera vez desde Austerlitz, contempló ese cielo alto y eterno que había visto cuando yacía en el campo de batalla, y algo que llevaba mucho tiempo dormido en su interior, algo alegre y juvenil que era lo mejor de él, de pronto se despertó. La sensación desapareció en cuanto volvió de nuevo a su modo habitual de vida, pero sabía que ese sentimiento que era incapaz de desarrollar vivía en su alma.

El encuentro con Pierre marcó para el príncipe Andréi el inicio de una nueva vida para su mundo interior, a pesar de que exteriormente no hubiera cambiado.

XIII

Ya oscurecía cuando llegaron a la entrada principal de la casa de Lysye Gory. Al acercarse, el príncipe Andréi señaló con una sonrisa a Pierre el revuelo que se había armado en el porche trasero. Una viejita encorvada con una alforja a la espalda y un hombre de pelo largo que vestía de negro habían echado a correr de vuelta hacia la puerta cochera en cuanto vieron llegar la carretela.

Dos mujeres habían corrido también detrás de ellos y, los cuatro, sin dejar de mirar la carretela, habían entrado rápidamente en el porche trasero.

—Son las gentes de Dios de Masha —dijo el príncipe—. Nos han tomado por mi padre. Esto es lo único en lo que le desobedece: él ordena echar a esos peregrinos, pero ella los atiende.

—Pero ¿qué significa gentes de Dios? —preguntó Pierre.

El príncipe Andréi no tuvo tiempo de contestarle. Los criados salieron a recibirlos y él les preguntó dónde estaba el viejo conde y si lo esperaban pronto. El viejo príncipe estaba aún en la ciudad y esperaban su llegada de un momento a otro.

El príncipe Andréi acompañó a Pierre a sus habitaciones (en la casa siempre estaban todas preparadas y en perfecto orden) y después fue a la habitación de su hijo.

—Vamos a ver a mi hermana —le dijo a Pierre cuando volvió con él—, aún no la he visto. Ahora está escondida con sus gentes de Dios. Se lo tendrá bien merecido: se llevará una sorpresa incómoda, pero tú verás a sus gentes de Dios. *C'est curieux, ma parole*.[64]

—*Qu'est ce que c'est que*[65] las gentes de Dios? —preguntó Pierre.

—Ya lo verás.

Efectivamente, la princesa Maria se sorprendió, incómoda, y se ruborizó cuando entraron en su acogedora habitación, donde ardían lamparillas ante las urnas con iconos; sentado a su lado en un diván, delante del samovar, había un joven muchacho de nariz y pelo largo que vestía hábito de monje.

Cerca de ellos, en un sillón, estaba sentada una viejecita arrugada y flaca de expresión mansa y rostro infantil.

—*André, pourquoi ne pas m'avoir prévenu?*[66] —dijo la princesa Maria con dulce reproche, poniéndose delante de sus peregrinos como una gallina clueca con sus polluelos—. *Charmée de vous voir. Je suis très contente de vous voir*[67] —le dijo a Pierre mientras este le besaba la mano.

Lo había conocido siendo él un niño, y ahora su amistad con Andréi, su desgracia en el matrimonio y, sobre todo, su rostro bondadoso y sencillo, la dispusieron en su favor. Le miraba con sus ojos hermosos y radiantes, y parecía que le dijera: «Le tengo mucho aprecio, pero, por favor, no se ría de los míos». Una vez intercambiados los primeros saludos, tomaron asiento.

—Ah, también está Ivánushka —dijo el príncipe Andréi señalando con una sonrisa al joven peregrino.

—*André!* —imploró la princesa Maria.

—*Il faut que vous sachiez que c’est une femme*[68] —le dijo Andréi a Pierre.

—*André, au nom de Dieu!*[69] —insistió la princesa Maria.

Se veía claramente que la actitud burlona de Andréi con los peregrinos y la inútil intercesión de la princesa Maria era algo habitual y establecido entre ellos.

—*Mais, ma bonne amie* —dijo el príncipe Andréi—, *vous devriez au contraire m’être reconaissante de ce que j’explique à Pierre votre intimité avec ce jeune homme*.[70]

—*Vraiment?*[71] —dijo Pierre examinando a través de las gafas con curiosa seriedad (algo por lo que la princesa Maria le estuvo especialmente agradecida) el rostro de Ivánushka, que, al comprender que estaban hablando de él, miró a todos con ojos pícaros.

Era completamente innecesario que la princesa Maria se inquietara por *los suyos*: estos no se azaraban lo más mínimo. La viejecita, bajando los ojos pero mirando de reojo a los recién llegados, dejó su taza boca abajo en el platito y un terrón de azúcar mordido al lado y esperó tranquila e inmóvil en su sillón a que le ofrecieran más té. Ivánushka, bebiendo a sorbos de un platillo, miraba ceñudo a los jóvenes con ojos femeninos.

—¿Dónde has estado? ¿En Kíev? —le preguntó el príncipe Andréi a la viejecita.

—Sí, padre —le respondió esta locuazmente—, esta misma Navidad tuve la dicha de tomar parte en los sagrados y celestiales sacramentos ante los santos. Y ahora vengo de Koliazin, padre, donde un gran milagro ha sido revelado…

—¡Vaya! ¿Ivánushka iba contigo?

—Yo llevo mi camino, mi señor —dijo Ivánushka tratando de poner voz masculina—. Hasta Yújnov no me he juntado con Pelaguéiushka…

Pelaguéiushka interrumpió a su compañero; era evidente que quería contar lo que había visto.

—En Koliazin, padre, un gran milagro ha sido revelado.

—¿Qué? ¿Unas nuevas reliquias? —preguntó el príncipe Andréi.

—Ya está bien, Andréi —dijo la princesa Maria—. No se lo cuentes, Pelaguéiushka.

—¡Cómo, madre! ¿Por qué no voy a contárselo? Yo le aprecio. Es bueno. Es mi bienhechor, un elegido de Dios: una vez me dio diez rublos, lo recuerdo bien. Cuando estuve en Kíev, Kiriusha, el *yuródivi*[72] (es verdaderamente un hombre de Dios, va descalzo en invierno y en verano), me dijo: «¡No vas a

donde debes! Ve a Koliazin: allí hay un icono milagroso y se ha aparecido la santísima madre de Dios». Al oír estas palabras, me despedí de los santos y emprendí mi camino…

Todos guardaban silencio; solo la peregrina hablaba con voz regular, respirando ruidosamente.

—Llegué, padre, y las gentes me dijeron: «Ha habido un gran milagro, a la santísima madre de Dios le mana óleo sagrado de una mejilla»…

—Bueno, bueno, ya nos lo contarás después —dijo la princesa Maria ruborizándose.

—Permítame que le haga una pregunta —intervino Pierre—: ¿lo has visto tú misma?

—¡Cómo no, padre, he tenido la dicha de verlo! La cara de la madre de Dios brillaba como una luz celestial, y por la mejillita le caía una gota tras otra…

—¡Eso no es más que un engaño! —dijo Pierre inocentemente, escuchando a la peregrina con atención.

—¡Ah, padre, qué dices! —exclamó horrorizada Pelaguéiushka, volviéndose hacia la princesa Maria en busca de auxilio.

—Así es como engañan al pueblo —insistió Pierre.

—¡Señor Jesucristo! —dijo la peregrina santiguándose—. ¡Oh, no digas eso, padre! Había una vez un general que no creía, y cuando dijo: «Los monjes engañan», se quedó ciego al instante. En sueños vio cómo la madre de Dios de Pechersk le decía: «Cree en mí y te curaré». Entonces él imploró: «¡Llevadme ante ella, llevadme ante ella!». Te estoy diciendo la pura verdad, yo misma lo he visto. Llevaron al ciego hasta el icono de la madre de Dios, y él se acercó, cayó de rodillas y le dijo: «¡Cúrame! Te daré todo lo que el zar me ha otorgado». Yo misma lo he visto, padre. Y ¡de repente en el icono apareció una estrella y el general recobró la vista! Es un pecado hablar como lo has hecho. Dios te castigará —concluyó aleccionadoramente.

—¿Cómo que apareció una estrella en el icono? —preguntó Pierre.

—¿Acaso ascendieron a la madre de Dios al rango de general? —dijo el príncipe Andréi con una sonrisa.

Pelaguéiushka palideció y alzó las manos al cielo.

—¡Ay, padre, padre, esto es pecado, es pecado! ¡Tienes un hijo! —exclamó, y, en un instante, su rostro pasó de pálido a rojo—. ¡Qué has dicho, padre, que Dios te perdone! —Se santiguó—. ¡Señor, perdónalo! —Y se volvió hacia la princesa Maria—: Madrecita, ¿cómo es posible?…

Se levantó y, a punto de echarse a llorar, empezó a recoger su pequeña bolsa. Saltaba a la vista que sentía horror y vergüenza por haber recibido favores en una casa en la que podían decirse semejantes cosas, y al mismo tiempo que lamentaba tener que renunciar a ellos.

—Pero ¿qué necesidad tenían ustedes? —exclamó la princesa Maria—. ¿Para qué han tenido que venir?…

—Pero si era solo una broma, Pelaguéiushka —dijo Pierre—. *Princesse, ma parole, je n'ai pas voulu l'offenser*[73], lo he dicho por decir. No lo tomes a mal, era una broma —añadió sonriendo tímidamente, con el deseo de reparar su falta.

Pelaguéiushka se detuvo incrédula, pero el arrepentimiento que había en el rostro de Pierre era tan sincero y el príncipe Andréi la miraba primero a ella y después a su amigo con tanta dulzura y seriedad que poco a poco se calmó.

XIV

La peregrina se calmó y, cuando se animó a conversar de nuevo, estuvo un buen rato hablando del padre Amfiloji, que tuvo una vida tan santa que las manos le olían a incienso; también contó que en su último peregrinaje a Kíev unos monjes a los que conocía le dieron las llaves de las cuevas[74], y se pasó allí dos días ante los santos, alimentándose de pan seco. «Le rezaba a uno, lo veneraba, y luego a otro. Dormía un poco y de nuevo iba a besarlos. ¡Había tal silencio y beatitud, madrecita, que no tenía una deseos de volver al mundo!»

Pierre la escuchaba con atención y seriedad. El príncipe Andréi salió de la habitación. Y detrás de él la princesa Maria, dejando que aquellas gentes de Dios acabaran de beberse el té, acompañó a Pierre al salón.

—Es usted muy bueno —le dijo.

—Ah, de verdad que no pensaba ofenderla, comprendo tan bien y valoro tanto esos sentimientos…

La princesa Maria lo miró en silencio y sonrió con ternura.

—Ya hace tiempo que lo conozco y que lo quiero como a un hermano —dijo—. ¿Cómo ha encontrado a Andréi? —le preguntó rápidamente, sin darle tiempo a responder a sus cariñosas palabras—. Me tiene muy preocupada. Ahora, en invierno, está mejor de salud, pero la pasada primavera se le abrió la herida, y el médico dijo que tiene que viajar al extranjero para curarse. También me intranquiliza mucho moralmente. No tiene un carácter como

nosotras, las mujeres, que sufrimos nuestras penas y las lloramos. Él se las guarda dentro. Hoy está contento y animado, pero es por su visita: ha tenido este efecto en él; raramente está así. ¡Si usted pudiera convencerle para que viaje al extranjero! Necesita actividad, esta vida monótona y tranquila está acabando con él. Los demás no se dan cuenta, pero yo sí.

Pasadas las nueve los camareros salieron rápidamente al porche porque oyeron los cascabeles del carruaje del viejo príncipe. El príncipe Andréi y Pierre salieron también.

—¿Quién es este? —preguntó el viejo príncipe al bajar del carruaje y ver a Pierre—. ¡Ah! ¡Me alegra mucho verte! Dame un beso —dijo al reconocerle.

El viejo príncipe estaba de buen humor y colmó de atenciones a Pierre.

Antes de la cena, el príncipe Andréi fue al gabinete de su padre y lo encontró discutiendo acaloradamente con Pierre. Este trataba de demostrar que llegaría un tiempo en el que no habría más guerras. El viejo príncipe, burlándose un poco de él, aunque sin enfadarse, le refutaba sus argumentos.

—Sácale a la gente la sangre de las venas y ponles agua: entonces no habrá más guerras. ¡Fantasías de mujeres, fantasías de mujeres! —le decía, pero sin dejar de darle cariñosas palmadas en el hombro.

Después se acercó a la mesa, en la que el príncipe Andréi, que estaba claro que no tenía ganas de participar en la conversación, examinaba unos papeles que el viejo príncipe había traído de la ciudad. Este se puso a su lado y le habló de sus asuntos.

—El conde Rostov, decano de la nobleza, no ha enviado ni a la mitad de los hombres. Ha viajado a la ciudad y se le ha ocurrido invitarme a comer. Y le he dado una comida… Mira esta… Bueno, querido —le dijo el príncipe Nikolái Andreich a su hijo mientras volvía a dar palmadas a Pierre en el hombro—, ¡qué buen tipo es tu amigo, me ha gustado mucho! Me estimula. Hay otros a los que, aunque digan palabras sabias, no te apetece escucharles, pero este, aunque diga sandeces, estimula a este viejo. Bueno, marchaos, marchaos —añadió—, tal vez cene con vosotros. Y volveremos a discutir. ¡Trata bien a mi tonta, la princesa Maria! —le gritó a Pierre desde la puerta.

Desde su llegada a Lysye Gory, solo ahora apreciaba Pierre toda la fuerza y el encanto de su amistad con el príncipe Andréi. El encanto se manifestaba no tanto en su relación con él, como con los miembros de la familia y de la casa. A pesar de que apenas conocía al viejo y severo príncipe, ni a la dulce y tímida princesa Maria, enseguida se sintió con ellos como un viejo amigo. Y ellos se encariñaron con él. No solo la princesa Maria, cautivada por su dócil

trato con los peregrinos, le obsequiaba con su mirada más radiante; también el pequeño príncipe Nikolái —como lo llamaba su abuelo—, que tenía un año, le sonrió y dejó que lo cogiera en brazos. Mijaíl Iványch y *mademoiselle* Bourienne lo observaban sonrientes al verlo conversar con el viejo príncipe.

El viejo príncipe bajó a cenar: sin duda lo hacía solo por Pierre. En los dos días que este pasó en Lysye Gory, se mostró muy cariñoso con él y le ordenó que lo volviera a visitar.

Después de la partida de Pierre la familia se reunió y todos expresaron su opinión sobre él, como suele ocurrir cuando un nuevo conocido se marcha, y solo dijeron cosas buenas de él, algo que raramente sucede.

XV

Al volver de su permiso, Rostov sintió y supo por vez primera hasta qué punto eran fuertes los lazos que le unían con Denísov y con el regimiento entero.

A medida que iba aproximándose a su regimiento, tuvo una sensación parecida a la que había experimentado al llegar a su casa de la calle Povarskaia. Cuando vio al primer húsar con el uniforme desabrochado, cuando reconoció al pelirrojo Deméntiev, cuando vio el poste donde estaban atados los caballos alazanes, cuando Lavrsuhka gritó alegremente a su señor: «¡Ha llegado el conde!», y Denísov, que estaba durmiendo en una cama, salió corriendo y desgreñado del refugio cavado en la tierra para abrazarle y los oficiales lo rodearon, Rostov sintió lo mismo que cuando su madre, padre y hermanas le habían abrazado, y las lágrimas de alegría le hicieron un nudo en la garganta y le impidieron hablar. El regimiento era también su hogar, un hogar siempre agradable y querido, como el de sus padres.

Después de presentarse ante el jefe de regimiento, de ser destinado a su antiguo escuadrón, de hacer guardia e ir a por forraje, de volver a sumergirse en los pequeños intereses del regimiento, de sentirse privado de libertad y atado a un marco estrecho e inamovible, Rostov sintió el mismo sosiego, la misma seguridad y la misma conciencia de que allí estaba en casa, en su sitio, igual que bajo el techo paterno. Allí no había ese descontrol del mundo en libertad en el que no hallaba su sitio y erraba en sus decisiones; no estaba Sonia, ante la que debía o no debía explicarse; no había posibilidad de ir a *aquel lugar* o dejar de ir; no había esas veinticuatro horas del día que se podían emplear de tantas maneras; no había esa cantidad innumerable de

personas, y entre ellas ninguna era la más cercana o la más lejana; no había esas ambiguas relaciones con su padre respecto al dinero; y ¡no había nada que le recordara la terrible suma que había perdido a las cartas con Dólojov! Allí, en el regimiento, todo era claro y sencillo. El mundo entero se dividía en dos partes desiguales: una, el regimiento de Pavlograd; la otra, todo lo demás. Y este «todo lo demás» no guardaba relación alguna con él. En el regimiento todo se sabía: quién era teniente, quién era capitán de caballería, quién era buena o mala persona y, lo más importante, quién era un buen compañero. El cantinero fiaba, la paga se recibía trimestralmente; no había nada que inventar ni que elegir, solo había que evitar lo que en el regimiento de Pavlograd se considerara malo; cuando se daba una orden clara, precisa y concreta solo había que cumplirla, y así todo iba bien.

Al sumergirse de nuevo en unas condiciones de vida tan definidas como las del regimiento, Rostov sintió una alegría y un sosiego semejantes a los de una persona fatigada cuando se tumba a descansar. Durante aquella campaña la vida en el regimiento se le hizo tanto más agradable cuanto que, después de haber perdido dinero contra Dólojov (un acto que no podía perdonarse, a pesar de todos los esfuerzos de su familia por consolarle) había decidido servir no como antes, sino de alguna forma que pudiera reparar su falta: servir bien y siendo un excelente compañero y oficial, es decir, un hombre ejemplar, algo tan difícil en *el mundo* y tan factible en el regimiento.

Desde que perdió a las cartas, Rostov había decidido devolver a sus padres todo el dinero en cinco años. De los diez mil rublos que le enviaban anualmente, estaba decidido a gastar solo dos mil y destinar el resto a saldar su deuda.

Después de las repetidas retiradas, ofensivas y batallas de Pułtusk y Preussisch-Eylau, nuestro ejército estaba concentrado cerca de Bartenstein. Se esperaba la llegada del emperador y el comienzo de una nueva campaña.

El regimiento de Pavlograd, que formaba parte de la unidad del ejército que había participado en la campaña de 1805, había estado cubriendo las bajas en Rusia y no había podido llegar a tiempo para las primeras acciones. No había participado ni en la batalla de Pułtusk ni en la de Preussisch-Eylau; después, al unirse al ejército de operaciones en la segunda mitad de la campaña, fue agregado al destacamento de Matvéi Plátov.

Este destacamento actuaba de manera independiente. En varias ocasiones los hombres del regimiento de Pavlograd habían participado en escaramuzas contra el enemigo, hecho prisioneros y una vez incluso capturado los

carruajes del mariscal Oudinot. En abril el regimiento pasó varias semanas inactivo cerca de una aldea alemana completamente devastada y desierta.

Era la época del deshielo: había barro, hacía frío, el hielo de los ríos se quebraba y los caminos eran impracticables; hacía varios días que no repartían víveres para los soldados ni para los caballos. Como el aprovisionamiento se había hecho imposible, los hombres se desperdigaban por las aldeas abandonadas y vacías en busca de patatas, pero apenas encontraban.

No había nada que comer, los habitantes habían huido y los que se habían quedado eran peor que mendigos: no había nada que robarles y, a menudo, hasta los poco compasivos soldados les daban lo último que les quedaba en vez de aprovecharse de ellos.

En combate el regimiento de Pavlograd había tenido solo dos heridos; sin embargo, había perdido casi a la mitad de sus hombres a causa del hambre y las enfermedades. Era tan probable morir en los hospitales que los soldados, con fiebre e hinchazones por la mala alimentación, preferían prestar servicio en el frente, arrastrando los pies como podían, que ser enviados a los hospitales. Con el inicio de la primavera empezaron a encontrar en la tierra una planta parecida al espárrago a la que, por algún motivo, llamaban «raíz dulce de Mashka[75]» (aunque era muy amarga). La desenterraban con los sables y se la comían, a pesar de la prohibición porque era una planta tóxica. Al poco, se declaró una nueva enfermedad: hinchazón de manos, pies y cara, que los médicos atribuyeron al consumo de aquella raíz. Pero, a pesar de la prohibición, los soldados del escuadrón de Denísov se alimentaban principalmente de raíz dulce de Mashka, porque ya hacía dos semanas que racionaban el pan seco, solo daban media libra por persona, y las patatas que habían llegado en el último envío estaban congeladas y tenían brotes.

Los caballos llevaban también dos semanas alimentándose de la paja de los tejados de las casas, estaban terriblemente delgados y aún cubiertos de jirones de pelo enmarañado del invierno.

A pesar de semejante miseria, los soldados y los oficiales vivían exactamente igual que antes; también ahora, aunque con el rostro pálido, la cara hinchada y el uniforme andrajoso, los húsares formaban en unidades, ordenaban los enseres, limpiaban los caballos y los pertrechos, cogían la paja de los tejados que hacía las veces de forraje e iban a comer junto a los calderos, de donde se levantaban hambrientos, gastando bromas sobre la nefasta comida y el hambre que tenían. Igual que antes, en el tiempo libre los soldados encendían hogueras, se lavaban desnudos junto al fuego, fumaban,

seleccionaban patatas y las asaban —aunque estuvieran podridas y tuvieran brotes—, contaban y escuchaban historias sobre las campañas de Suvórov y Potiomkin, o cuentos sobre el pícaro Aliosha y sobre Mikolka, el jornalero del pope.

Los oficiales, como siempre, vivían por parejas o de tres en tres en casas sin techo y medio derruidas. Los de mayor rango se preocupaban de conseguir paja y patatas, y, en general, el sustento; los de menor rango, como siempre, jugaban a las cartas (aunque no hubiera provisiones, el dinero abundaba) o a juegos inocentes como la *svaika* o el *gorodkí*[76]. Hablaban poco de la marcha general de la guerra, en parte porque no sabían nada seguro, y en parte porque tenían la vaga sensación de que las cosas iban mal.

Rostov vivía con Denísov, igual que antes; después del permiso, su relación de amistad se había estrechado aún más. Denísov no hablaba nunca de la familia de Rostov, pero por los tiernos detalles que el jefe de escuadrón tenía con su oficial, Rostov comprendía que el desdichado amor del veterano húsar por Natasha había reforzado su amistad. Era evidente que Denísov procuraba exponerlo a la menor cantidad de peligros posible y que lo cuidaba. Después de una escaramuza, al verlo sano y salvo, lo recibía con especial alegría. En una de sus expediciones, en una aldea destruida y abandonada a la que había ido a por provisiones, Rostov encontró a una familia formada por un viejo polaco, su hija y el bebé de esta. No tenían ropa y estaban hambrientos, pero no podían irse porque no tenían medios. Rostov los llevó a su campamento, los alojó con él y los mantuvo varias semanas, hasta que el viejo se recuperó. Un día, uno de sus compañeros, mientras hablaba de mujeres, empezó a reírse de él, diciéndole que era el más astuto de todos y que no estaría de más que les presentara a la guapa polaca a la que había salvado. Rostov se tomó la broma como una ofensa y, furioso, le dijo al oficial cosas tan desagradables que Denísov a duras penas pudo evitar un duelo. Cuando el oficial se marchó y Denísov, que desconocía el tipo de relación que Rostov tenía con la polaca, le reprochó su irascibilidad, él le contestó:

—Qué quieres… Para mí es como una hermana, y no puedo ni explicar cómo me ha ofendido… porque… Bueno, porque…

Denísov le dio una palmada en el hombro y se paseó rápidamente por la estancia sin mirar a Rostov, como solía hacer en momentos de agitación espiritual.

—¡Qué familia de bobos sois los *G’ostov*! —exclamó, y Rostov vio lágrimas en los ojos de su amigo.

XVI

En el mes de abril las tropas se enardecieron con la noticia de la llegada del emperador. Rostov no había podido asistir al pase de revista de este en Bartenstein porque el regimiento de Pavlograd estaba en la avanzada, mucho más adelante.

En el campamento donde hacían vivac, Denísov y Rostov ocupaban un refugio que los soldados habían excavado en la tierra para ellos, cubierto de ramas y de musgo. Estaba construido según los usos de entonces: se cavaba una zanja de medio *arshín*[77] de ancho, dos de profundidad, y tres y medio de longitud. En un extremo se hacían unos peldaños por donde se bajaba y que servían como una especie de porche de entrada; la zanja en sí misma constituía el habitáculo, donde los afortunados como el jefe de escuadrón tenían una mesa: una tabla sobre cuatro estacas. A ambos lados de la zanja se rebajaba un *arshín* de tierra, con lo que se formaban dos camas o divanes. El techo permitía estar de pie en la parte central, e incluso sentarse en la cama, siempre que se acercara uno a la mesa. La barraca de Denísov, que vivía espléndidamente porque los soldados de su escuadrón lo querían mucho, tenía además un cristal roto pegado con cola y clavado al frontón del tejado. Cuando hacía mucho frío, llevaban sobre una lámina doblada de hierro brasas de las hogueras de los soldados, las amontonaban al pie de los escalones (en la parte que Denísov llamaba «recibidor»), y daban tanto calor que los oficiales, siempre en gran número en la barraca de Denísov y Rostov, podían estar en mangas de camisa.

Un día de abril Rostov estaba de oficial de guardia. Al volver a la barraca alrededor de las ocho de la mañana —no había dormido en toda la noche—, mandó que le llevaran brasas, se cambió la ropa empapada por la lluvia, rezó, tomó té, entró en calor, ordenó las cosas que tenía en su rincón y en la mesa, y, con el rostro enrojecido y curtido por el viento, se echó boca arriba en mangas de camisa, con las manos debajo de la cabeza. Mientras esperaba a Denísov, que había salido, pensaba con satisfacción que al cabo de pocos días sería ascendido por su último servicio de reconocimiento. Quería hablar con su amigo.

De pronto, detrás de la barraca oyó a Denísov, sin duda furioso, gritar con violencia. Rostov se acercó a la ventana para ver con quién hablaba, y vio al sargento mayor de caballería Topchéienko.

—¡Te había *og’denado* que no les dejases *comeg’* esas dichosas *g’aíces* de Mashka! —gritaba Denísov—. Y he visto cómo *Lazag’chuk* las *tg’aía* del

campo.

—Se lo he prohibido, señor, pero no obedecen —respondía el sargento mayor.

Rostov volvió a tumbarse en la cama y pensó con placer: «Que arme todo el alboroto que quiera: yo ya he cumplido con mi trabajo y puedo descansar. ¡Qué maravilla!». A través de la pared oyó que, además del sargento mayor, también hablaba Lavrushka, aquel lacayo pillo y avispado de Denísov. Decía que, cuando había salido a por provisiones, había visto unos carros, pan seco y bueyes.

Detrás de la barraca se oyó un nuevo grito de Denísov mientras se alejaba, y sus palabras:

—¡Ensillad!… ¡Segundo pelotón!

«¿Adónde irán?», pensó Rostov.

Al cabo de cinco minutos Denísov entró en la barraca, se subió a la cama con los pies llenos de barro, se encendió la pipa de malhumor, esparció todas sus cosas, cogió la fusta y el sable, y se dispuso a salir. Rostov le preguntó adónde iba, y su amigo le respondió vagamente y de mala gana que tenía un asunto que resolver.

—¡Que Dios y su majestad el *empeg'adog'* me juzguen! —dijo mientras salía.

Rostov oyó las pisadas de varios caballos que se ponían en marcha por el barro, y ya no se volvió a preocupar por saber adónde iba su amigo. Se quedó dormido, calentito en su rincón y hasta antes del atardecer no salió de la barraca. Denísov aún no había vuelto. La tarde se había despejado; dos oficiales y un cadete jugaban a la *svaika* junto al refugio vecino, colocando entre risas rábanos en la tierra granulosa y embarrada. Rostov se unió a ellos. A mitad de juego los oficiales vieron aproximarse unos carros y a unos quince húsares montados en escuálidos caballos. Los carros, escoltados por los húsares, se detuvieron al lado de unos postes.

—¡Con lo preocupado que estaba Denísov! —dijo Rostov—. Pues ya han llegado las provisiones.

—¡Así es! —exclamaron los oficiales—. ¡Qué contentos se pondrán los soldados!

Un poco más atrás iba Denísov con dos oficiales de infantería; estaban hablando de algo. Rostov fue a recibirlos.

—Se lo advierto, capitán —decía uno de los oficiales, delgado, bajo y visiblemente enrabiado.

—Ya le he dicho que no se lo voy a *dag'* —le contestó Denísov.

—Se le pedirán cuentas, capitán, esto es un escándalo: ¡apoderarse de un convoy de su propio ejército! Nuestros hombres llevan dos días sin comer.

—Pues los míos llevan dos semanas —replicó Denísov.

—¡Esto es pillaje, se le pedirán cuentas, muy señor mío! —repitió el oficial de infantería levantando la voz.

—*¿Pog’* qué no deja de *molestag’?* ¿Eh? —gritó Denísov acalorado—. ¡Es a mí a quien van a *pedig’* cuentas y no a usted, deje ya de *molestag’* si *quieg’e seguig’* sano y salvo! ¡Andando!

—Pues ¡muy bien! —chilló sin amedrentarse ni moverse el oficial de baja estatura—. Eso es saquear, ya le…

—¡Váyase al diablo, y a paso *ligeg’o mientg’as* pueda!

Denísov volvió su caballo hacia el oficial.

—Muy bien, muy bien —dijo el oficial en tono amenazante, y, volviendo grupas, se marchó al trote dando bandazos sobre la silla.

—*¡Pag’ece* un *pegg’o* subido a una valla, un auténtico *pegg’o* subido a una valla! —exclamó Denísov a su espalda: era la expresión más insultante que un oficial de la caballería le podía dirigir a uno de la infantería que montara a caballo.

Cuando estuvo al lado de Rostov, estalló en carcajadas.

—¡Le he *agg’ebatado* un convoy a la *infanteg’ía*, se lo he *agg’ebatado* a la *fueg’za*! —exclamó—. ¿Qué iba a *haceg’? ¿Dejag’* que mis soldados se *mueg’an’* de *hambg’e?*

Los carros que habían llegado escoltados al campamento de húsares estaban destinados al regimiento de infantería pero, cuando Denísov y los demás húsares supieron por Lavrushka que el convoy iba sin escolta, se habían apropiado por la fuerza de él. Repartieron el pan seco entre los soldados, a discreción, e incluso lo compartieron con otros escuadrones.

Al día siguiente el jefe de regimiento convocó a Denísov y le dijo tapándose los ojos con los dedos abiertos[78]:

—Así es como voy a ver este asunto: yo no sé nada ni tomaré ninguna medida; pero le aconsejo que se dirija al Estado Mayor, que arregle allí este asunto con la intendencia y, si es posible, que firme un justificante por los víveres que ha recibido. En caso contrario, se cargará a cuenta del regimiento de infantería, se iniciará una causa y puede acabar mal.

Cuando Denísov salió de ver al jefe de regimiento, se dirigió directamente al Estado Mayor con el sincero deseo de seguir su consejo. Por la noche volvió a su refugio en un estado en el que Rostov jamás le había visto: no podía hablar y se ahogaba. Cuando su amigo le preguntó qué le ocurría, no

hizo más que soltar incomprensibles palabrotas y amenazas con voz ronca y débil.

Asustado, Rostov le pidió que se desnudara y que bebiera agua, e hizo llamar a un médico.

—¡*Juzgag'me* a mí *pog'* pillaje! ¡Oh, dame más agua! Pues ¡que me juzguen, *siempg'e atizag'é* a los canallas! Se lo *dig'é* al *empeg'adog'*. Dadme hielo —dijo.

Llegó el médico del regimiento y dijo que era necesario hacerle una sangría. A Denísov le sacaron un plato entero de sangre negra de su brazo peludo, y solo entonces estuvo en condiciones de contar lo que le había pasado.

—Llego y *pg'egunto*: «Bueno, ¿dónde está el jefe?». Me indican el sitio y les digo: «No voy a *espeg'ag'*. Estoy de *seg'vicio* y he *g'ecogg'ido tg'einta veg'stas*: no puedo *espeg'ag'*. Anunciadme». Bien, entonces sale el jefe de esos *ladg'ones* y él también tiene la *ocugg'encia* de *dag'me* lecciones: «¡Eso es pillaje!». Y yo le digo: «¡No comete pillaje quien coge *víveg'es pag'a alimentag'* a sus soldados, sino quien los coge *pag'a llenag'se* los bolsillos!». Bien. Entonces me dice que vaya a *fig'mag'* al despacho del *comisag'io* y que mi caso *seguig'á* el conducto *g'eglamentag'io. Entg'o* y ¡¿sabes quién hay sentado a la mesa?! ¡Sí, adivínalo!… ¿Quién nos está matando de *hambg'e*? —gritó, dando con su mano dolorida un golpe tan fuerte en la mesa que casi la derribó y los vasos dieron un brinco—. ¡¡Teliatin!! Entonces le digo: «¡Cómo! *¡¿Eg'es* tú el que nos está matando de *hambg'e?!*». Y ¡pam-pam!: le doy un sopapo. Me venía tan a mano… Le digo: «¡Ah!… ¡*Eg'es* un tal y un cual!». Y ¡empiezo a *atizag'le*! Debo *confesag'* que eso fue *diveg'tido* —gritó riendo alegre y maliciosamente, mostrando por debajo del bigote negro sus dientes blancos—. ¡Si no llegan a *quitág'melo* de delante, lo mato!

—¿Por qué gritas? ¡Tranquilízate! —le dijo Rostov—. Mira, estás sangrando otra vez. No te muevas, hay que volverte a vendar.

Lo vendaron de nuevo y lo acostaron. Al día siguiente se despertó alegre y tranquilo.

Sin embargo, al mediodía el ayudante de campo del regimiento entró en el refugio con el rostro serio y compungido, y les enseñó con pesar un documento oficial dirigido al jefe de escuadrón Denísov de parte del jefe de regimiento: se le interrogaba sobre lo acontecido el día anterior. El ayudante de campo anunció que el asunto había tomado mal cariz, que habían nombrado un consejo de guerra y que, dada la severidad que en el ejército se

mostraba en esos momentos con el pillaje y la insubordinación, en el mejor de los casos aquello podía terminar con una degradación.

Los agraviados habían expuesto el incidente de la siguiente manera: después de arrebatarles el convoy, el jefe de escuadrón Denísov se había presentado borracho ante el jefe de la intendencia y, sin haber sido provocado, le había llamado ladrón y amenazado con darle una paliza; cuando lo sacaron de allí, había entrado en tromba en las oficinas, había pegado a dos funcionarios y a uno le había dislocado un brazo.

A las nuevas preguntas de Rostov, Denísov respondía riendo que creía recordar que en la pelea había intervenido alguien más, pero que todo aquello era un disparate, una nimiedad, y que no estaba dispuesto a asustarse por un consejo de guerra y que, si alguno de esos canallas se atrevía a ponerle una mano encima, les respondería de tal manera que no lo olvidarían.

Denísov hablaba del asunto con desdén, pero Rostov lo conocía demasiado bien para no darse cuenta de que en el fondo (aunque se lo ocultara a los demás) temía el consejo de guerra, y que el asunto, que al parecer iba a tener unas consecuencias desastrosas, lo atormentaba. Cada día llegaban requerimientos y demandas del consejo de guerra, y el 1 de mayo ordenaron a Denísov que pusiera el escuadrón en manos del oficial de más antigüedad y que se presentara en el Estado Mayor de la división: debía dar explicaciones ante la comisión de aprovisionamiento sobre el asunto del pillaje. Sin embargo, el día anterior Plátov había inspeccionado el territorio enemigo con dos regimientos de cosacos y dos escuadrones de húsares; Denísov, como siempre, se había puesto en primera línea para exhibir su valentía y había sido alcanzado en la parte superior del muslo por las balas de los tiradores franceses. En otras circunstancias, quizá Denísov no habría abandonado el regimiento por una herida tan leve, pero esta vez aprovechó la oportunidad: no compareció ante la división y se marchó al hospital.

XVII

En el mes de junio se libró la batalla de Friedland, en la que no participó el regimiento de Pavlograd y, a continuación, se declaró una tregua. Rostov, muy afligido por la ausencia de su amigo, no había tenido ninguna noticia de él desde su marcha y estaba inquieto por la evolución de su pleito y de sus heridas; por ello, aprovechó la tregua y pidió permiso para ir a visitar a Denísov al hospital.

El hospital militar estaba situado en un pequeño poblado prusiano que había sido destruido dos veces, una por el ejército ruso y otra por el francés. Como era verano y se estaba tan bien en el campo, el poblado tenía un aspecto particularmente lóbrego con sus tejados y cercas derribadas, sus calles sucias, sus habitantes andrajosos y los soldados deambulando borrachos o enfermos.

El hospital estaba en una casa de piedra con algunos marcos y ventanas arrancados, y en el patio se veían los restos de una cerca derruida. Varios soldados vendados, pálidos y con hinchazones, iban y venían por el patio o se sentaban al sol.

En cuanto Rostov cruzó la puerta de la casa, lo envolvió un fuerte olor a hospital y a carne podrida. En la escalera se encontró a un médico militar ruso que llevaba un puro en la boca. Detrás de él iba un enfermero, también ruso.

—No puedo partirme en dos —le decía el médico—: ven por la tarde a casa de Makar Alekséievich, estaré allí. —El enfermero le preguntó algo más —. ¡Eh! ¡Haz lo que puedas! ¿Acaso no da igual?

El médico vio a Rostov, que subía las escaleras.

—¿Para qué ha venido, señor? —le dijo—. ¿Para qué ha venido? ¿Es que se ha librado de una bala y quiere pillar el tifus? Esto, señor, es una casa de apestados.

—¿Cómo? —preguntó Rostov.

—El tifus, señor. Quien entra aquí muere. Solo aguantamos Makéiev y yo —dijo señalando al enfermero—. Aquí ya han muerto unos cinco colegas nuestros. Llega uno nuevo y al cabo de una semanita ya está listo —añadió con evidente satisfacción—. Hemos solicitado médicos prusianos, pero a nuestros aliados no les hace gracia.

Rostov le explicó que deseaba ver al jefe de húsares Denísov, que estaba ingresado allí.

—No sé quién es, no lo conozco, señor. ¡Piense que debo ocuparme yo solo de tres hospitales con más de cuatrocientos heridos! Menos mal que las caritativas damas prusianas nos envían cada mes dos libras de café y vendas, si no, estaríamos perdidos. —Se echó a reír—. Cuatrocientos, señor, y no dejan de llegar nuevos enfermos. Son cuatrocientos, ¿a que sí? —Se volvió hacia el enfermero.

Este parecía agotado. Era evidente que esperaba con irritación que aquel médico parlanchín se marchara pronto.

—El jefe de escuadrón Denísov —repitió Rostov—; fue herido cerca de Moliten.

—Creo que murió. ¿Eh, Makéiev? —le preguntó con indiferencia al enfermero.

Pero este no corroboró las palabras del médico.

—¿Cómo es? ¿Largo y pelirrojo?

Rostov describió físicamente a Denísov.

—Había uno así —dijo el médico como alegrándose—, pero creo que murió; por otra parte, lo puedo comprobar en el listado, teníamos uno. ¿Lo tienes tú, Makéiev?

—El listado lo tiene Makar Alekséievich —dijo el enfermero—. Vaya a los pabellones de los oficiales, podrá verlo usted mismo —añadió, dirigiéndose a Rostov.

—¡Eh, mejor será que no se meta allí, señor! —dijo el médico—. Quizá no vuelva a salir.

Rostov se despidió del médico y le pidió al enfermero que lo acompañara.

—¡Después no me eche a mí la culpa! —gritó el médico desde la parte baja de la escalera.

Rostov y el enfermero entraron en un pasillo. El olor a hospital era tan fuerte en aquel oscuro corredor que Rostov se tuvo que tapar la nariz y detenerse para cobrar fuerzas y seguir avanzando. A la derecha se abrió una puerta, por donde se asomó un hombre amarillo y flaco que iba descalzo, en ropa interior y con muletas. Apoyado en el dintel, miró con ojos brillantes y envidiosos a los que pasaban. Rostov echó una ojeada a la puerta y vio que los enfermos y los heridos yacían en el suelo, sobre paja y capotes.

—¿Qué es esto?

—Son los pabellones de los soldados —respondió el enfermero—. Qué le vamos a hacer… —añadió como disculpándose.

—¿Puedo entrar a mirar? —preguntó Rostov.

—Pero ¡si aquí no hay nada que ver! —exclamó el enfermero.

Y, justamente porque el enfermero no parecía dispuesto a permitírselo, Rostov quiso entrar en los pabellones de los soldados. El olor al que ya había conseguido acostumbrarse en el pasillo era más fuerte, aunque algo distinto: más concentrado. Sin duda el hedor provenía de allí.

En una sala alargada que el sol iluminaba vivamente a través de dos ventanales los heridos y los enfermos yacían en dos hileras, con la cabeza en el lado de la pared y con un pasillo en medio. La mayoría estaba inconsciente y no prestaron atención a los visitantes. Los que estaban conscientes no dejaron de incorporarse ni de levantar su rostro flaco y amarillento; todos, con la misma expresión de esperanza en que los ayudaran, de reproche y de

envidia por la salud ajena, miraron fijamente a Rostov. Este avanzó hasta el centro de la sala, echó un vistazo por las puertas abiertas que daban a las salas contiguas y vio lo mismo a ambos lados. Se detuvo y miró en silencio a su alrededor. Nunca habría esperado ver algo así. Justo delante de él, casi en medio del paso, había un enfermo tirado en el suelo; debía de tratarse de un cosaco, porque tenía el pelo cortado en redondo. Estaba tumbado boca arriba, con sus enormes brazos y piernas extendidos. Tenía la cara de un color rojo morado, los ojos completamente girados —solo se veía el blanco—, y tanto en sus pies descalzos como en sus manos rojas se podían ver unas venas tensas como cuerdas. Dio un golpe con la cabeza contra el suelo, dijo algo y empezó a repetir una palabra. Rostov prestó atención a lo que decía y descifró lo que no dejaba de repetir: «¡Beber, beber, beber!». Rostov volvió la mirada en busca de alguien que pudiera llevar al enfermo a su sitio y darle agua.

—¿Quién se ocupa aquí de los enfermos? —le preguntó al enfermero.

En ese momento entró de la sala contigua un soldado de la intendencia que servía en el hospital y, marcando el paso, se cuadró ante Rostov.

—¡Salud, señor! —gritó mirándole: sin duda lo tomaba por el jefe del hospital.

—Llévalo a su sitio y dale agua —le mandó Rostov señalando al cosaco.

—A sus órdenes, señor —respondió el soldado satisfecho, mirándole e irguiéndose aún más, pero sin moverse del sitio.

«No, aquí no hay nada que hacer», pensó Rostov bajando la vista, y se disponía a salir cuando a su derecha notó una mirada fija en él y se volvió hacia ella. Casi en el rincón, sentado en un capote, un viejo soldado con el rostro amarillo como el de un esqueleto, enjuto, severo y con la barba gris sin afeitar, lo miraba obstinadamente. A su lado tenía a un soldado que le susurraba algo mientras señalaba a Rostov, que comprendió que el viejo le quería pedir algo. Cuando se acercó más vio que tenía una pierna doblada y que le faltaba la otra: la tenía cortada por encima de la rodilla. El viejo tenía a otro hombre al otro lado, bastante apartado de él, que yacía inmóvil con la cabeza echada hacia detrás: un soldado joven con el rostro tan pálido como la cera, la nariz chata y cubierta de pecas, y los ojos en blanco. Rostov observó a aquel soldado de nariz chata y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Creo que este hombre… —Se volvió hacia el enfermero.

—¡No sabe cuántas veces lo hemos pedido, señor! —dijo el viejo soldado con la mandíbula inferior temblando—. Lleva muerto desde esta mañana. ¡Somos personas y no perros!…

—Ahora mismo ordeno que se lo lleven, ahora mismo —dijo el enfermero atropelladamente—. Hágame el favor, señor.

—Vamos, vamos —dijo Rostov presuroso, y, encogido, bajando la vista y tratando de pasar inadvertido entre aquellos ojos que no dejaban de mirarle con reproche y envidia, salió de allí.

XVIII

Recorrieron el pasillo y el enfermero llevó a Rostov hasta los pabellones de los oficiales, que estaban formados por tres salas con las puertas abiertas. Allí sí había camas; los oficiales, heridos y enfermos, estaban echados o sentados en ellas. Algunos, vestidos con una bata de hospital, se paseaban por las salas. La primera persona con la que Rostov se encontró fue un hombre menudo y flaco al que le faltaba un brazo, y que vestía gorro y bata de hospital; fumaba una pipa pequeña y mordida, y deambulaba por la primera sala. Rostov lo miró con atención intentando recordar dónde lo había visto antes.

—¡Ya ve dónde ha querido Dios que nos encontremos! —dijo el hombre menudo—. Soy Tushin, Tushin, ¿recuerda que en la batalla de Schöngrabern lo llevé a usted? Me han cortado un pedacito, mire… —añadió, señalando la manga vacía de la bata—. ¿Está buscando a Vasili Dmítrievich Denísov? ¡Es mi compañero de habitación! —exclamó, al enterarse de a quién buscaba Rostov—. ¡Por aquí, por aquí!

Y Tushin lo condujo a otra sala, donde se oían carcajadas.

«¿Cómo puede uno no solo reírse a carcajadas, sino vivir aquí?», pensó Rostov, sin dejar de sentir el mismo olor a muerto del pabellón de los soldados, y recordando aún las miradas de envidia que lo seguían desde todos lados y el rostro del soldado joven con los ojos en blanco.

Denísov estaba durmiendo en la cama con la cabeza metida debajo de la manta, a pesar de que ya eran más de las once.

—¡Ah! *¡G'ostov!* ¡Hola, hola! —gritó, con el mismo tono con que hablaba en el regimiento.

Sin embargo, Rostov notó con tristeza que, bajo aquella desenvoltura y animación, tanto en el rostro como en el tono y en las palabras de su amigo asomaba un sentimiento nuevo, negativo y oculto.

La herida, a pesar de su poca importancia y de que ya habían pasado seis semanas, aún no se le había curado. Tenía en el rostro la misma hinchazón y palidez de todos los enfermos del hospital. Pero no fue eso lo que le dejó

estupefacto, sino la sensación de que Denísov no se alegraba de verlo y de que su sonrisa era forzada. No le hizo ninguna pregunta sobre el regimiento ni sobre la marcha general de las cosas y, si Rostov le hablaba de ello, no le escuchaba.

Notó que a Denísov le desagradaba incluso que le recordaran el regimiento y, en general, la otra vida en libertad, la que discurría fuera del hospital. Parecía querer olvidar su vida pasada y que únicamente le interesaba su pleito con los funcionarios de intendencia. Cuando Rostov le preguntó sobre el asunto, Denísov sacó inmediatamente de debajo de la almohada un escrito que había recibido de la comisión y el borrador de su respuesta. Cuando empezó a leerla se animó y destacó las palabras mordaces que lanzaba a sus enemigos. Sus compañeros de hospital, que habían rodeado a Rostov —alguien recién llegado del mundo libre—, se dispersaron en cuanto Denísov se puso a leer sus documentos. Por su expresión Rostov comprendió que no era la primera vez que aquellos señores escuchaban esa historia, y que ya les tenía hartos. Solo el vecino de cama de Denísov, un ulano grueso que fruncía el ceño sombríamente y fumaba pipa, y el pequeño y manco Tushin seguían escuchando, negando con la cabeza con desaprobación. A mitad de la lectura el ulano interrumpió a Denísov.

—Yo creo —dijo volviéndose hacia Rostov— que simplemente tiene que pedir clemencia al emperador. Dicen que ahora van a otorgar grandes condecoraciones, y seguro que le perdonan…

—*¡Pedig’* yo al *empeg’adog’!* —exclamó Denísov con un tono al que quiso dar su energía e ímpetu de antes, pero que sonaba irremediablemente irritado—. ¿*Pedig’le* qué? Si fuese un bandido le *pedig’ía* clemencia, pero estoy siendo juzgado *pog’ desenmascag’ag’* a unos bandidos. ¡Que me juzguen, no le temo a nadie! ¡He *seg’vido hong’adamente* al *zag’* y a mi país, y no he *g’obado! Degg’adag’me* a mí… Escucha lo que les he *escg’ito*, justamente esto: «Si yo fuese un *malveg’sadog’…*».

—Muy bien escrito, ni que decir tiene —apuntó Tushin—. Pero esa no es la cuestión, Vasili Dmítrich. —Se volvió hacia Rostov—. Es necesario que Vasili Dmítrich se someta, pero no quiere. El auditor ya le ha dicho que su pleito va por mal camino.

—Bueno, pues que así sea —dijo Denísov.

—El auditor ha escrito una súplica para usted —continuó Tushin—: fírmela y hágala llegar a través de su amigo —señaló a Rostov—. Seguro que él tiene algún contacto en el Estado Mayor. No va a encontrar usted una oportunidad mejor.

—Ya he dicho que no voy a *g’ebajag’me* —le cortó Denísov, y, de nuevo, se puso a leer su respuesta.

Rostov no se atrevió a intentar que su amigo cambiara de idea, pero su instinto le decía que el camino que Tushin y otros oficiales le habían señalado era el más seguro y, aunque se habría sentido feliz de poder ayudar a Denísov, conocía su carácter inflexible y su sincera vehemencia.

Cuando acabó de leer su mordaz respuesta —se había alargado más de una hora—, Rostov no dijo nada y, en un estado de ánimo de lo más triste, en compañía de los compañeros de Denísov que se habían juntado de nuevo a su alrededor, pasó el resto del día contando lo que él sabía y escuchando las historias de los demás. Denísov estuvo toda la tarde taciturno y callado.

Por la noche Rostov se preparó para marcharse y le preguntó si no tenía algún encargo que hacerle.

—Sí, *espeg’a* —le dijo Denísov, y, mirando de reojo a los oficiales, cogió sus papeles de debajo de la almohada; después se acercó a la ventana en la que tenía el tintero y se sentó a escribir algo—. Está visto que es inútil *dag’se* cabezazos *contg’a* una *pag’ed* —dijo, apartándose de la ventana y entregándole a Rostov un sobre grande.

Era la súplica al emperador que el auditor había redactado y en la que Denísov, sin hacer mención a la culpabilidad del departamento de intendencia, se limitaba a rogar clemencia.

—*Entg’égala*, está visto que…

No acabó la frase, y en su rostro se dibujó una sonrisa dolida y forzada.

XIX

Después de volver al regimiento y de informar al jefe de la situación del asunto de Denísov, Rostov partió hacia Tilsit con la carta para el zar.

El 13 de junio el emperador francés y el ruso se reunían en Tilsit[79]. Borís Drubetskói le había pedido al personaje importante al que prestaba servicio si podía incluirle en el séquito que viajaba allí.

—*Je voudrais voir le grand homme*[80] —dijo refiriéndose a Napoleón, al que hasta entonces siempre había llamado *Buonaparte*, como todo el mundo.

—*Vous parlez de Buonaparte?*[81] —le preguntó el general con una sonrisa.

Borís le miró suspicaz y enseguida entendió que lo estaba sometiendo a una jocosa prueba.

—*Mon prince, je parle de l’empereur Napoléon*[82] —le respondió.

El general, sonriendo, le dio una palmada en el hombro.

—Tú llegarás lejos —le dijo, y se lo llevó consigo a Tilsit.

Borís fue una de las pocas personas que estuvo presente el día de la entrevista de los emperadores en el río Niemen; vio las balsas con monogramas y cómo pasaba Napoleón a lo largo de la otra orilla ante la Guardia francesa; vio al emperador Alejandro que, pensativo y silencioso, esperaba en una hostería a orillas del río la llegada de Napoleón; vio cómo ambos emperadores se subían a una barca y cómo Napoleón, que fue el primero en llegar a la balsa, avanzaba con paso rápido para recibir a Alejandro tendiéndole una mano, y cómo después desaparecían juntos en un pabellón. Desde que se había introducido en las altas esferas, Borís había adquirido la costumbre de observar con atención todo lo que pasaba a su alrededor, y después lo escribía. Durante la entrevista de Tilsit intentó enterarse de los nombres de quienes habían llegado con Napoleón y de los uniformes que llevaban, y escuchó atentamente las palabras que pronunciaron los personajes importantes. Miró el reloj justo cuando los emperadores entraban en el pabellón, y no se olvidó de volver a mirarlo cuando Alejandro salió de él: la entrevista había durado una hora y cincuenta y tres minutos, y eso fue lo que anotó por la noche, además de otros hechos que consideró de importancia histórica. Para un hombre que ansiaba el éxito en el servicio, estar en Tilsit el día de aquella entrevista era algo sumamente importante, tanto más cuanto que el séquito de los emperadores era muy reducido, y Borís sintió que su posición se había consolidado del todo. No solo lo conocían, sino que ya estaban acostumbrados a su presencia. En dos ocasiones había cumplido encargos para el propio emperador, de modo que este ya lo conocía de vista, y los cortesanos no solo no lo rehuían como antes por considerarlo un recién llegado, sino que se habrían sorprendido de no verlo.

Borís vivía con otro ayudante de campo, el conde polaco Zhilinski. Este había sido educado en París, era rico y amaba apasionadamente a los franceses; por ello, durante su estancia en Tilsit, casi cada día iban a comer y a almorzar al alojamiento de Zhilinski y de Borís oficiales de la Guardia y del Estado Mayor francés.

La noche del 24 de junio el conde Zhilinski había organizado una cena para sus amigos franceses. Asistía un huésped de honor —uno de los ayudantes de campo de Napoleón—, varios oficiales de la Guardia francesa y

un joven muchacho, paje de Napoleón, que pertenecía a una antigua familia de la aristocracia francesa. Ese mismo día Rostov, vestido de civil y aprovechando la oscuridad para no ser reconocido, llegaba a Tilsit y entraba en el alojamiento de Zhilinski y Borís.

Rostov, como todo su regimiento, aún estaba lejos de cambiar de idea sobre Napoleón y los franceses, que habían pasado de ser enemigos a amigos, un cambio que sí se había producido en el cuartel general, donde servía Borís. En el ejército aún seguían sintiendo una mezcla de rabia, desprecio y miedo por Bonaparte y por los franceses. No hacía mucho, al conversar con un oficial cosaco de Plátov, Rostov había dicho que si Napoleón caía prisionero debían tratarlo no como a un soberano, sino como a un delincuente; no hacía mucho tampoco, al encontrarse en un camino con un coronel francés herido, se había exaltado intentando demostrar que no podía haber paz entre un emperador legítimo y el delincuente Bonaparte. Por estas razones, Rostov se quedó extrañado y sorprendido al ver en el alojamiento de Borís a oficiales franceses con esos mismos uniformes a los que estaba acostumbrado a mirar de un modo totalmente distinto desde la avanzada del flanco. En cuanto vio asomar un oficial francés por la puerta, el sentimiento belicoso y hostil que siempre le inspiraba la visión del enemigo se apoderó inmediatamente de él. Se detuvo en el portal y preguntó en ruso si allí vivía Drubetskói. Borís, al oír la voz de un extraño en el recibidor, salió a su encuentro. Cuando lo reconoció, en un primer instante su semblante expresó fastidio.

—Ah, eres tú, estoy muy contento, muy contento de verte —dijo, no obstante, con una sonrisa y avanzando hacia él.

Pero a Rostov no se le había escapado esa primera reacción.

—Creo que he elegido un mal momento —dijo este—; no habría venido, pero hay cierto asunto… —añadió con frialdad.

—En absoluto, simplemente me ha sorprendido que hayas podido abandonar el regimiento —dijo Borís—. *Dans un moment je suis à vous*[83] —le respondió a una voz que le llamaba.

—Ya veo que he venido en mal momento —repitió Rostov.

La expresión de fastidio ya había desaparecido del rostro de Borís; parecía que, después de haber reflexionado un instante, había decidido qué hacer. Con una calma particular, lo cogió de las manos y lo llevó a la sala de al lado. Los ojos de Borís, que miraban con tranquilidad y firmeza a Rostov, parecían como velados, como cubiertos por esa capa del «como debe ser». Esa fue la impresión que tuvo Rostov.

—¡Ah, basta, por favor, cómo vas a venir en mal momento! —dijo Borís.

Lo acompañó hasta una sala donde ya estaba la mesa preparada para cenar, y le presentó a los invitados, a los que informó del nombre del recién llegado y les dijo que se trataba de un viejo amigo suyo, y que no era civil, sino oficial de húsares.

—El conde Zhilinski, *le comte N. N.*, *le capitaine S. S.* —dijo, presentándole a los invitados.

Rostov miró a los franceses ceñudo, los saludó con desgana y se quedó callado.

Era evidente que Zhilinski no recibió con demasiada alegría en su círculo a aquel nuevo ruso, y no le dirigió la palabra. Borís parecía no darse cuenta de la incomodidad que había producido la aparición del desconocido y, con la misma calma apacible y la misma mirada velada con que lo había recibido, trató de animar la conversación. Uno de los franceses, con la habitual cortesía de su país, se dirigió a Rostov, que callaba obstinadamente, y le dijo que suponía que había venido a Tilstit para ver al emperador.

—No, he venido por un asunto particular —le respondió este lacónicamente.

Rostov se había puesto de mal humor en cuanto había notado el gesto de disgusto de Borís y, como siempre les ocurre a las personas que no están de humor, tenía la sensación de que todos le miraban con hostilidad y de que estorbaba. Y, ciertamente, estorbaba a todos los allí reunidos y se quedó solo, al margen de la conversación, que había vuelto a animarse. «¿Qué hace este aquí?», parecían decir las miradas que le dirigían los invitados. Rostov se levantó y se acercó a Borís.

—Veo que te estoy estorbando —le dijo en voz baja—; vamos, hablemos de mi asunto y me marcharé.

—¡Claro que no, en absoluto! —dijo Borís—. Pero, si estás cansado, vayamos a mi habitación y échate a descansar.

—Sí, la verdad es que…

Entraron en el cuartito donde dormía Borís. Rostov, sin tomar asiento, ya irritado desde un principio, como si Borís fuera culpable de algo ante él, le explicó el asunto de Denísov y le preguntó si quería y podía interceder ante el emperador a través de su general y hacerle llegar la carta. En cuanto se quedaron solos, Rostov se había dado cuenta por primera vez de que le resultaba embarazoso mirar a Borís a los ojos. Este, sentado con una pierna encima de la otra y acariciándose los finos dedos de la mano derecha con los de la izquierda, escuchaba a su amigo igual que un general escucha el informe

de un subordinado: a veces mirando hacia un lado y a veces clavando en él sus ojos velados. Rostov se sentía cada vez más incómodo y bajaba la vista.

—He oído hablar de asuntos como este y sé que el emperador es muy estricto en casos así. Opino que no hay que hacérselo llegar a su majestad, es mejor pedírselo directamente al comandante del cuerpo… Pero creo que…

—¡Si no quieres hacer nada, dilo directamente! —casi gritó Rostov, sin mirarlo a los ojos.

Borís sonrió.

—Al contrario, haré todo lo que pueda, simplemente creo que…

En ese momento se oyó detrás de la puerta la voz de Zhilinski, que llamaba a Borís.

—Anda, ve, ve… —dijo Rostov, y, después de negarse a cenar, estuvo mucho rato solo paseándose por el cuartito arriba y abajo, y escuchando la alegre conversación en francés que llegaba desde la sala contigua.

XX

Rostov había llegado a Tilsit el día menos indicado para interceder por Denísov. No podía presentarse ante el general de servicio porque iba vestido de civil y había viajado sin permiso de sus superiores; Borís, por su parte, no habría podido ayudar a su amigo al día siguiente de su llegada aunque hubiera querido: ese día, el 27 de junio, se firmaban los preliminares de la paz. Los emperadores habían intercambiado condecoraciones: Alejandro recibió la de la Legión de Honor y Napoleón la de San Andrés de primer grado; y ese día celebraban una comida que el batallón de la Guardia francesa ofrecía al batallón de Preobrazhenski, y los emperadores iban a asistir al banquete.

Rostov se había sentido tan incómodo y molesto con Borís que, cuando después de la cena este se asomó a echar un vistazo, se hizo el dormido, y al día siguiente se marchó temprano para no verlo. Vestido con un frac y un sombrero redondo, deambuló por la ciudad observando a los franceses y sus uniformes, las calles y las casas donde estaban instalados el emperador ruso y el francés. En la plaza vio las mesas dispuestas y los preparativos para el festín, las calles engalanadas con banderas de los dos países y enormes monogramas con las letras A y N. En las ventanas de las casas también había banderas y monogramas.

«Borís no quiere ayudarme, y yo no quiero recurrir a él. Está decidido —pensaba Rostov—: todo ha acabado entre nosotros, pero no me marcharé de

aquí hasta que no haya hecho lo que pueda por Denísov y, desde luego, no sin haberle entregado la carta al emperador. ¡¿Al emperador?!… ¡Si está aquí!», se dijo al acercarse sin saberlo a la casa que ocupaba Alejandro.

Frente a la casa había caballos de silla, y el séquito empezaba a reunirse, al parecer preparándose para la salida del emperador.

«Es posible que lo vea de un momento a otro —pensaba Rostov—. Si pudiera entregarle directamente la carta y contárselo todo… ¿Tal vez me arrestarían por ir vestido de civil? ¡Imposible! Él comprendería de qué parte está la justicia. Él lo entiende todo, y todo lo sabe. ¿Quién puede ser más justo y magnánimo que él? Bueno, y aunque me arrestaran por estar aquí, ¿qué más daría eso? —se decía cuando vio a un oficial que subía los escalones de la casa—. Mira, uno que entra. ¡Bah, qué disparate! Voy a ir y le voy a entregar personalmente la carta al emperador: tanto peor para Drubetskói, que me ha llevado a hacer esto.» Y, de repente, con una resolución que no habría esperado de sí mismo, fue directo a la casa palpando la carta que llevaba en el bolsillo.

«No, después de lo de Austerlitz, no dejaré escapar otra oportunidad —se dijo, esperando encontrarse al emperador en cualquier momento y sintiendo cómo la sangre le afluía al corazón de solo pensarlo—. Me postraré a sus pies y le suplicaré. Él me levantará, me escuchará y además me lo agradecerá. Hacer el bien me llena de felicidad, pero arreglar una injusticia es la mayor felicidad de todas», pensaba, imaginándose las palabras que le diría. Y avanzó hacia el porche de la casa, pasando por delante de algunas personas que lo miraron con curiosidad.

Una amplia escalera conducía directamente de la entrada al primer piso, y a la derecha se veía una puerta cerrada. Debajo de la escalera estaba la puerta que daba al piso inferior.

—¿A quién desea ver? —le preguntó alguien.

—Vengo a entregar una carta para su majestad; es una petición —respondió Nikolái con la voz temblorosa.

—Debe dirigirse al oficial de servicio: haga usted el favor, por allí —le señaló la puerta de abajo—. Pero no lo van a recibir.

Rostov, al oír esa voz indiferente, se asustó de lo que estaba haciendo; la idea de encontrarse en cualquier momento con el emperador le resultaba tan tentadora y por ello tan temible que a punto estuvo de echar a correr, pero el oficial de cámara que le había atendido le abrió la puerta que daba a la estancia donde estaba el oficial de servicio, y él entró.

Había allí un hombre de mediana estatura, relleno, de unos treinta años, que vestía pantalones blancos, botas de montar y una camisa de batista que sin duda se acababa de poner; su ayuda de cámara le estaba abrochando por detrás unos formidables tirantes nuevos de seda que, por alguna razón, llamaron la atención de Rostov. El hombre conversaba con alguien que estaba en otra sala.

—*Bien faite et la beauté du diable*[84] —le decía. Cuando vio a Rostov se calló y frunció el ceño—. ¿Qué desea? ¿Una petición?…

—*Qu'est ce que c'est?*[85] —preguntó alguien desde la otra sala.

—*Encore un petitionnaire*[86] —respondió el hombre de los tirantes.

—Dígale que en otro momento. Va a salir ahora, tenemos que irnos.

—En otro momento, en otro momento, mañana. Es tarde…

Rostov se dio la vuelta y se disponía a salir pero el hombre de los tirantes lo detuvo.

—¿De parte de quién viene? ¿Quién es usted?

—Del jefe de escuadrón Denísov —respondió Rostov.

—¿Qué es usted? ¿Oficial?

—Soy teniente, el conde Rostov.

—¡Qué atrevimiento! Entréguelo a través de sus superiores. Y ahora márchese, márchese…

Y empezó a ponerse el uniforme que le había acercado su ayuda de cámara.

Rostov salió hacia el zaguán y vio que en el porche había ya muchos oficiales y generales vestidos con el uniforme entero de gala; tenía que pasar por delante de ellos.

Maldiciendo su atrevimiento y temblando ante la idea de encontrarse en cualquier momento con el emperador y de verse abochornado y arrestado en su presencia, comprendiendo ahora lo indecoroso de su acción, Rostov se escabullía, arrepentido, hacia la salida mirando el suelo, rodeado del nutrido y formidable séquito, cuando una voz conocida lo llamó y una mano lo retuvo.

—¿Qué hace aquí vestido de civil, señor? —le preguntó una voz grave.

Era un general de caballería, antiguo jefe de la división en la que él había servido, y en aquella campaña se había ganado un especial favor del emperador.

Rostov, asustado, empezó a justificarse pero, al ver el rostro bonachón y burlón del general, lo llevó aparte y, con la voz temblorosa, le explicó todo el asunto de Denísov, al que el general conocía, y le rogó que intercediera por él.

Cuando hubo terminado de escucharle, el general meció la cabeza con gesto serio.

—Qué lástima, qué lástima de valiente. Dame la carta.

Justo acababa de darle la carta y de contarle todo el asunto cuando en la escalera resonaron unos pasos rápidos y unas espuelas; el general se alejó y se dirigió hacia el porche. Los señores del séquito bajaron rápidamente las escaleras y fueron hacia sus caballos. El palafrenero Hayne, el mismo que había estado en Austerlitz, trajo el caballo del emperador, y en la escalera se oyeron unos pasos ligeros que Rostov reconoció. Olvidándose del peligro de ser reconocido, se acercó con varios curiosos hasta el porche, y después de dos años volvió a ver aquellos mismos rasgos que adoraba: el mismo rostro y la misma mirada, el mismo paso y la combinación de grandeza y dulzura… Y un sentimiento de fervor y de amor por su zar revivió en su alma con la misma fuerza de antes. El zar llevaba el uniforme del regimiento Preobrazhenski, pantalones blancos de piel de alce, botas altas de montar y una estrella en el pecho que Rostov no conocía (se trataba de la *Légion d'Honneur*); salió al porche con el sombrero debajo del brazo y guantes en las manos. Se detuvo y miró a su alrededor, iluminándolo todo con su mirada. Le dijo algunas palabras a varios generales y, al reconocer al jefe de división de Rostov, le sonrió y lo llamó.

Todo el séquito se hizo a un lado y Rostov vio cómo el general hablaba con el zar un buen rato.

El zar le dijo algunas palabras y dio un paso hacia su caballo. De nuevo el nutrido séquito y los curiosos, entre ellos Rostov, se acercaron a él. De pie junto a su caballo y agarrando la silla de montar con una mano, el zar se volvió hacia el general de caballería y le dijo en voz alta, con el deseo evidente de que todos le oyeran:

—No puedo, general; y no puedo porque la ley es más fuerte que yo.

A continuación puso un pie en el estribo. El general inclinó la cabeza respetuosamente, el zar se montó en el caballo y salió a galope por la calle. Rostov, fuera de sí de entusiasmo, corrió detrás de él con el gentío.

XXI

El emperador se dirigió a una plaza donde dos batallones formaban frente a frente: a la derecha estaba el de Preobrazhenski, y a la izquierda el de la Guardia francesa, con sus gorros de piel de oso.

Mientras el soberano se aproximaba a un flanco de los batallones, que estaban presentando armas, al flanco opuesto llegaba a galope un grupo de jinetes encabezado por Napoleón, al que Rostov reconoció. No podía ser nadie más: iba a galope con un sombrero pequeño, la banda de San Andrés cruzada sobre el pecho y una guerrera azul abierta sobre un chaleco blanco; montaba un magnífico purasangre árabe de color gris con una gualdrapa carmesí bordada en oro. Al aproximarse a Alejandro, Napoleón levantó un poco el sombrero, y el ojo de jinete experimentado de Rostov no pudo dejar de observar que montaba mal y no se mantenía firme sobre su caballo. Los batallones gritaron «¡Hurra!» y «*Vive l'Empereur!*». Napoleón le dijo algo a Alejandro. Los dos emperadores desmontaron y se estrecharon las manos. Napoleón sonreía de una manera desagradablemente falsa. Alejandro le decía algo con expresión amable.

Rostov, sin apartar la vista y a pesar del ruido de cascos de los caballos de los gendarmes franceses, que hacían retroceder al gentío, seguía todos los movimientos de los emperadores Alejandro y Bonaparte. Lo dejó estupefacto que Alejandro, inesperadamente, tratara a Bonaparte como a un igual, y de que Bonaparte, con una libertad absoluta, como si aquella proximidad con el soberano fuera algo completamente natural y habitual para él, se dirigiera al zar ruso también como a un igual.

Alejandro y Napoleón, junto a la larga cola del séquito, se acercaron al flanco derecho del batallón Preobrazhenski y avanzaron directamente hacia la multitud que allí se había concentrado. La gente se vio inesperadamente tan cerca de los emperadores que Rostov, que estaba entre las primeras filas, temió ser reconocido.

—*Sire, je vous demande la permission de donner la Légion d'Honneur au plus brave de vos soldats*[87] —se oyó decir a una voz brusca que articulaba cada letra con precisión.

Era el pequeño Bonaparte, que miraba desde abajo a Alejandro directamente a los ojos. Alejandro le escuchó con atención, inclinó la cabeza y sonrió afablemente.

—*A celui qui s'est le plus vaillament conduit dans cette dernière guerre*[88] —añadió Napoleón, marcando cada sílaba y examinando con calma y seguridad (algo que indignó a Rostov) las filas de soldados rusos que se extendían ante él y que seguían presentando armas y mirando inmóviles a su emperador.

—*Votre majesté me permettra-t-elle de demander l'avis du colonel*[89] —dijo Alejandro, y dio algunos pasos rápidos hacia el príncipe Kozlovski, el

jefe de batallón.

Entretanto Bonaparte se empezó a quitar un guante de su mano blanca y pequeña y, como al hacerlo se desgarró, lo tiró al suelo. Un ayudante de campo, desde atrás, se lanzó rápidamente a recogerlo.

—¿A quién se la damos? —le preguntó el emperador Alejandro a Kozlovski, en ruso y en voz baja.

—A quien usted ordene, majestad.

El zar, insatisfecho, torció el gesto, se volvió y dijo:

—Es que hay que dar una respuesta.

Kozlovski, con gesto decidido, examinó las filas de soldados y abarcó con la mirada también a Rostov.

«¿Y si fuera a mí?», pensó el joven.

—¡Lázarev! —gritó el coronel con el ceño fruncido, y Lázarev, el primero de los soldados por altura, avanzó enérgicamente.

—Pero ¡adónde vas! ¡Quédate ahí! —le susurraron varias voces a Lázarev, que no sabía hacia dónde debía ir.

Se detuvo, miró asustado al coronel de soslayo y le empezó a temblar la cara, como les sucede a los soldados cuando los llaman a salir de filas.

Napoleón volvió la cabeza ligeramente, llevando atrás su mano pequeña y rolliza, como si quisiera coger algo. Los miembros de su séquito, que adivinaron al instante de qué se trataba, se afanaron, empezaron a cuchichear y se pasaron algo unos a otros; un paje, el mismo al que Rostov había visto en la víspera en el alojamiento de Borís, se adelantó enseguida e, inclinándose respetuosamente ante la mano tendida de Napoleón, sin hacerle esperar ni un segundo, colocó en ella la condecoración del lazo rojo. Napoleón, sin mirar quién se la daba, apretó la condecoración entre dos dedos. Después se acercó a Lázarev, que, con los ojos desencajados, seguía mirando con obstinación únicamente al emperador Alejandro; Napoleón se volvió hacia este, como dejando claro que todo aquello lo hacía por su aliado. La mano blanca y pequeña que sostenía la condecoración rozó un botón del soldado Lázarev. Era como si Napoleón tuviera la certeza de que, para hacer feliz eternamente a aquel soldado, para recompensarle y distinguirle de todos los hombres del mundo, solo fuera necesario dignarse rozar su pecho. Se limitó a acercar la cruz al uniforme, apartó la mano y después se volvió hacia Alejandro, como con la seguridad de que la cruz se pegaría al pecho del soldado. Y, efectivamente, se quedó pegada. Manos serviciales, rusas y francesas, sujetaron inmediatamente la cruz y la prendieron bien al uniforme. Lázarev miró sombríamente a aquel hombre bajito de manos blancas que había hecho

algo en su uniforme e, inmóvil, sin dejar de presentar armas, miró de nuevo a los ojos al emperador Alejandro, como preguntándole: «¿Me quedo aquí, me ordena usted que me retire o tengo que hacer algo más?». Pero no recibió ninguna orden y siguió allí, en la misma posición, un buen rato.

Los emperadores montaron en sus caballos y se marcharon. El batallón Preobrazhenski rompió filas, se mezcló con la Guardia francesa y todos se sentaron en las mesas preparadas para ellos.

Lázarev se sentó en el puesto de honor; los oficiales rusos y franceses lo abrazaban, lo felicitaban y le estrechaban la mano. Había grupos de oficiales y de curiosos que se acercaban solo para verlo. Un rumor de carcajadas y de conversaciones en ruso y en francés resonaba en las mesas por toda la plaza. Dos oficiales con el rostro enrojecido, alegre y contento, pasaron por delante de Rostov.

—¡Vaya convite, hermano! Y todo servido en plata —dijo uno—. ¿Has visto a Lázarev?

—Sí.

—Dicen que mañana el batallón Preobrazhenski les ofrecerá un banquete.

—¡Qué suerte la de Lázarev! Una pensión vitalicia de mil doscientos francos.

—¡Esto sí que es un gorro, chicos! —gritaba un soldado del batallón Preobrazhenski poniéndose el gorro peludo de un francés.

—¡Qué maravilla, es de primera!

—¿Has oído el santo y seña? —le decía un oficial de la Guardia a otro—. Anteayer era «*Napoléon, France, bravoure*»; ayer «*Alexandre, Russie, grandeur*»; el zar da el santo y seña un día, y Napoleón otro. Mañana el zar otorgará la cruz de San Jorge al soldado más valiente de la Guardia francesa. ¡Así debe ser! Hay que corresponderles de la misma manera.

Borís y su compañero Zhilinski se acercaron también a ver el banquete del batallón Preobrazhenski. Al volver Borís vio a Rostov, que estaba de pie en una esquina.

—¡Rostov! ¡Hola! No nos hemos vuelto a ver —le dijo, y no pudo dejar de preguntarle qué le sucedía: tenía el rostro extrañamente lóbrego y apesadumbrado.

—Nada, nada —le respondió Rostov.

—¿Pasarás a verme?

—Sí, pasaré.

Rostov, desde aquella esquina, estuvo mirando mucho tiempo a los comensales del banquete. Bullía en su cabeza una actividad tortuosa a la que

no podía poner fin. Unas dudas terribles le asaltaban el alma. De vez en cuando recordaba a Denísov con aquella expresión tan distinta, aquella docilidad, y el hospital con los brazos y piernas amputados, su inmundicia y sus enfermedades: en esos momentos le parecía sentir de una manera tan intensa el olor a muerto que tenía que echar un vistazo para saber de dónde procedía; luego recordaba al arrogante Bonaparte con su manita blanca, ahora un emperador apreciado y respetado por el emperador Alejandro. ¿De qué habían servido las piernas y los brazos amputados y los muertos? También recordaba a Lázarev, condecorado, y a Denísov, castigado y no perdonado. Se sorprendía de semejantes pensamientos, tan extraños, que lo asustaban.

El olor a comida del banquete y el hambre lo sacaron de su ensimismamiento: tenía que comer algo antes de partir. Fue a un hotel que había visto por la mañana, pero había allí mucha gente y muchos oficiales que vestían de civil como él, y a duras penas consiguió que le dieran de comer. Dos oficiales de su división se sentaron con él. Como es natural, la conversación giró en torno a la paz. Tanto los oficiales compañeros de Rostov como los de la mayor parte del ejército estaban descontentos con la paz firmada tras la batalla de Friedland. Decían que, si hubieran aguantado un poco más, Napoleón habría perdido, porque su ejército ya no disponía de pan ni de munición. Nikolái comía en silencio, pero sobre todo bebía: él solo se terminó dos botellas de vino. La lucha que se libraba en su interior lo seguía atormentando, y no encontraba ninguna solución. Tenía miedo de entregarse a sus pensamientos, pero era incapaz de librarse de ellos. De repente, cuando uno de los oficiales afirmó que le resultaba ofensivo mirar a los franceses, Rostov, en un arrebato tan injustificado que dejó pasmados a los oficiales, gritó:

—¡Cómo puede usted juzgar lo que habría sido mejor! —chilló con el rostro repentinamente inyectado en sangre—. ¡¿Cómo puede juzgar los actos del zar, qué derecho tenemos nosotros a razonar?! ¡No podemos entender sus objetivos ni sus actos!

—Pero si yo no he dicho ni una palabra del zar —se justificó el oficial, que no podía atribuir el arrebato de Rostov más que a la borrachera.

Pero Rostov no le escuchaba.

—No somos diplomáticos, sino soldados, y nada más —continuó—. Si nos ordenan morir, morimos. Y si nos castigan es porque somos culpables; no somos nadie para juzgarle. Si su majestad el emperador considera oportuno reconocer a Bonaparte emperador y establecer una alianza con él, pues así debe ser. De lo contrario, si empezamos a juzgar y a razonarlo todo, no

quedará nada sagrado. Al final diremos que no hay ni Dios ni nada —gritó Nikolái golpeando la mesa, algo totalmente fuera de lugar para sus compañeros, pero muy consecuente con el discurrir de sus pensamientos—. Lo que tenemos que hacer es cumplir con nuestro deber, luchar y no pensar, nada más —concluyó.

—Y beber —añadió uno de los oficiales, que no quería reñir.

—Sí, y beber —convino Nikolái—. ¡Eh, tú! ¡Otra botella! —gritó.

Tercera parte

I

En 1808 el emperador Alejandro viajó a Erfurt para entrevistarse de nuevo con el emperador Napoleón, y en la alta sociedad de San Petersburgo se habló mucho de la importancia de aquel solemne encuentro.

En 1809 la amistad entre los dos soberanos del mundo, como llamaban a Napoleón y a Alejandro, llegó al punto de que, cuando Napoleón declaró la guerra a Austria, un cuerpo del ejército ruso partió al extranjero para ayudar a su antiguo enemigo Bonaparte contra su antiguo aliado, el emperador austríaco; llegó al punto de que en la alta sociedad se hablaba de la posibilidad de que Napoleón y una de las hermanas del emperador Alejandro contrajeran matrimonio. Pero, aparte de la política exterior, en aquel momento la atención de la sociedad rusa se centraba con una especial intensidad en las reformas internas que se estaban llevando a cabo en todos los ámbitos de la administración estatal.

Entretanto, la vida, la verdadera vida de las personas, con sus intereses esenciales de salud, enfermedad, trabajo y descanso, así como por el pensamiento, la ciencia, la poesía, la música, el amor, la amistad, el odio y las pasiones, discurría, como siempre, independientemente de la simpatía u hostilidad que inspirara Napoleón Bonaparte, y al margen de todas las reformas posibles.

El príncipe Andréi llevaba dos años sin salir del campo. Todas las iniciativas que Pierre había emprendido en sus haciendas sin el menor resultado —pasaba continuamente de un proyecto a otro—, él las había llevado a cabo sin decírselo a nadie y sin esfuerzo aparente.

Contaba en el más alto grado con la tenacidad práctica que le faltaba a Pierre, una tenacidad que impulsaba sus proyectos sin grandes gestos ni esfuerzos.

En una de sus haciendas los trescientos siervos pasaron a ser campesinos libres (fue uno de los primeros ejemplos en Rusia), y en otras la *bárschina* fue sustituida por el tributo. En Boguchárovo pagaba a una comadrona para que

asistiera a las parturientas, y el sacerdote recibía un sueldo por enseñar a leer y a escribir a los hijos de los campesinos y de la servidumbre.

El príncipe Andréi se pasaba la mitad del tiempo en Lysye Gory con su padre y su hijo, que aún estaba al cuidado de las niñeras; la otra mitad la pasaba en el «monasterio de Boguchárovo», que era como su padre llamaba a su aldea. A pesar de la indiferencia que el príncipe Andréi había mostrado a Pierre por los acontecimientos del mundo, los seguía con atención, recibía muchos libros y, para su sorpresa, había observado que, cuando él o su padre recibían la visita de una persona recién llegada de San Petersburgo —de la vorágine misma de la vida—, estaba mucho peor informada que él de todos los asuntos de la política exterior e interior, a pesar de que no saliera nunca de su aldea.

Además de ocuparse de sus haciendas y de leer libros de lo más variado, el príncipe Andréi se dedicaba por aquel entonces a hacer un análisis crítico de las dos últimas campañas rusas, tan desdichadas, y a redactar un proyecto de reforma de las ordenanzas y reglamentos militares.

En la primavera de 1809 emprendió un viaje a la provincia de Riazán, donde tenía que visitar las propiedades de su hijo, del cual era tutor.

Bajo el calor del sol primaveral iba en carretela observando las primeras hierbas, las primeras hojas de los abedules y las primeras nubes blancas de la primavera, que corrían por el azul brillante del cielo. Sin pensar en nada, miraba a un lado y a otro alegremente, sin ninguna finalidad.

Dejó atrás la balsa en la que, un año antes, había estado conversando con Pierre, la aldea embarrada, los graneros, los campos verdes, la bajada y el puente donde aún quedaban restos de nieve, la subida llena de fango derrubiado, las franjas de rastrojos y de arbustos que verdeaban aquí y allá, y se adentró en un bosque de abedules que se extendía a ambos lados del camino. Allí hacía casi calor y no se oía el viento. Los abedules, con sus yemas verdes y pegajosas, no se movían; por debajo de las hojas caídas del año anterior asomaban, levantándolas, los primeros tallos de hierba verde y las flores de color lila. Dispersos entre los abedules, se alzaban pequeños abetos con su verde tosco y perenne, que recordaban desagradablemente al invierno. Los caballos empezaron a resollar en cuanto entraron en el bosque y su sudor se hizo más evidente.

Piotr, el lacayo, le dijo algo al cochero, que le respondió afirmativamente; al parecer, el interés que este le mostró no le satisfizo y, desde el pescante, se volvió hacia su señor:

—¡Excelencia, qué maravilla! —le dijo con una sonrisa respetuosa.

—¿Cómo?

—¡Que qué maravilla, excelencia!

«¿De qué está hablando? —pensó el príncipe Andréi—. ¡Ah, sí! Seguramente de la primavera —se dijo mirando a los lados—. Realmente ya está todo verde… ¡Qué pronto! Los abedules, los cerezos alisos, los alnos también empiezan… Pero los robles aún no. ¡Ahí hay uno!»

En el margen del camino se alzaba un roble; debía de ser diez veces más viejo, diez veces más grueso y dos veces más alto que los abedules que le rodeaban. Era inmenso, con una circunferencia de dos brazadas, con las ramas rotas sin duda desde hacía mucho, la corteza quebrada y cubierta de antiguas protuberancias. Sus brazos y dedos enormes, desproporcionados, torcidos, asimétricos le hacían parecer, entre los sonrientes abedules, un monstruo viejo, enfadado, desdeñoso. Era el único que se negaba a sucumbir al encanto de la primavera: no quería verla y tampoco quería ver el sol.

«La primavera, el amor, la felicidad —parecía decir el roble—: ¡cómo es posible que no os harte este estúpido y absurdo engaño! ¡Siempre lo mismo, siempre el mismo engaño! No existe la primavera, no existen el sol ni la felicidad. Mirad allí: hay abetos muertos y aplastados, siempre solitarios; miradme a mí: tengo los dedos rotos, sin corteza, tal como han nacido y crecido en mi espalda y en mis costados. No creo en vuestras esperanzas ni en vuestros engaños.»

El príncipe Andréi volvió varias veces la mirada hacia el roble, como si esperara algo de él. Aunque las flores y la hierba crecían a sus pies, el árbol seguía ceñudo, inmóvil, deforme y obstinado.

«Sí, este roble tiene razón, mil veces razón —pensó el príncipe Andréi—: que sean los jóvenes quienes sucumban a este engaño, nosotros ya sabemos cómo es la vida, ¡nuestra vida ha terminado!» Una cascada de nuevos pensamientos, llenos de desesperanza aunque no exentos de una agradable tristeza, surgió en su alma. Durante este viaje pareció volver a plantearse su vida entera y reafirmarse en su antigua conclusión, resignada y consoladora, de que no debía emprender nada; debía acabar sus días sin hacer el mal a nadie, sin inquietarse y sin albergar ningún deseo.

II

El príncipe Andréi tenía que ver al decano de la nobleza del distrito por asuntos relacionados con la tutela de las haciendas de Riazán. El decano era el

conde Iliá Andréievich Rostov, y a mediados de mayo fue a visitarlo.

Habían empezado los calores de la primavera. El bosque ya estaba completamente verde, y el polvo y el calor eran tan intensos que, al pasar cerca del agua, uno tenía ganas de bañarse.

El príncipe Andréi, taciturno y preocupado por los asuntos que debía tratar con el decano de la nobleza, se aproximaba en su coche por la alameda del jardín de Otrádnoie, la finca de los Rostov. A su derecha, detrás de los árboles, oyó un alegre grito femenino y vio pasar corriendo a un grupo de jovencitas por delante de su carretela. Al frente iba una muchacha de pelo negro, muy delgada, extrañamente delgada, y de ojos negros; llevaba un vestido de percal y un pañuelo blanco de bolsillo anudado en la cabeza por debajo del cual asomaban algunos mechones revueltos. La muchacha gritaba algo, pero, al ver un desconocido, volvió sobre sus pasos sin detenerse a mirarlo.

De repente el príncipe Andréi sintió dolor por algún motivo. ¡El día era tan hermoso, el sol brillaba con tanta intensidad y todo era tan alegre! Y ¡esa muchacha delgada y hermosa, que no sabía ni quería saber de la existencia de él, estaba tan satisfecha y contenta con su vida! Probablemente sería tonta, pero estaba alegre y feliz… «¿Qué es lo que tanto la alegra? ¿En qué piensa? No será en las ordenanzas militares ni en la administración de las haciendas de Riazán… ¿En qué piensa? Y ¿qué es lo que la hace feliz?», se preguntó con curiosidad.

En 1809 el conde Iliá Andreich vivía en Otrádnoie igual que siempre, es decir, recibiendo en su casa a casi toda la provincia y entreteniéndola con cacerías, teatro, comidas y conciertos. Se alegró al ver al príncipe Andréi, como se alegraba con cualquier visita, y casi le impuso que se quedara a dormir.

A lo largo de aquel aburrido día los viejos anfitriones y los invitados más respetables, que llenaban la casa del viejo conde con motivo de su próximo santo, se ocuparon del príncipe Andréi. Varias veces miró este a Natasha, que reía y se divertía con el grupo de los jóvenes, sin dejar de preguntarse: «¿En qué piensa? ¿Qué es lo que tanto la alegra?».

Por la noche, solo en aquel lugar desconocido, tardó mucho en conciliar el sueño. Leyó, apagó la vela y volvió a encenderla. Hacía calor y la habitación tenía los postigos interiores cerrados. El príncipe Andréi estaba enfadado con ese viejo estúpido (así era como llamaba a Rostov), que lo había retenido asegurándole que los documentos necesarios aún no habían llegado de la

ciudad; también estaba enfadado consigo mismo por haber accedido a quedarse.

Se levantó, se acercó a la ventana y abrió los postigos. La luz de la luna, como si hubiera estado montando guardia y llevara tiempo esperando aquel momento, se coló rápidamente en la habitación. El príncipe Andréi abrió la ventana. La noche era fresca, clara, quieta. Justo enfrente de la ventana había una hilera de árboles podados, negros por un lado y con una luz plateada por el otro. Al pie de estos crecía una vegetación exuberante, húmeda y frondosa, con hojas y tallos grises. Más allá, detrás de los árboles negros, se veía un tejado brillante por el rocío; más a la derecha se alzaba un árbol grande y frondoso con el tronco y las ramas de un blanco resplandeciente; encima, en el cielo primaveral apenas estrellado, resplandecía la luna, casi llena.

El príncipe Andréi apoyó los codos en el alféizar y miró el cielo. Su habitación estaba en el primer piso; en la de encima había alguien que tampoco dormía aún: oyó unas voces de mujer que llegaban desde allí.

—Solo una vez más —dijo una voz que el príncipe Andréi en ese momento reconoció.

—Pero ¿cuándo vas a dormir? —objetó otra voz.

—No voy a dormir, no puedo. ¡Qué le voy a hacer! Va, la última vez…

Las dos voces entonaron una frase musical que constituía el final de alguna pieza.

—¡Ah, qué bonito! Bueno, y ahora a dormir, se acabó.

—Duerme tú, yo no puedo —replicó la primera voz, que se había acercado a la ventana. Al parecer estaba completamente asomada, porque se oía el frufrú de su vestido e incluso su respiración.

Todo quedó en silencio e inmóvil, igual que la luna, su luz y las sombras. El príncipe Andréi temió moverse: no quería delatar su involuntaria presencia.

—¡Sonia! ¡Sonia! —se oyó de nuevo la primera voz—. ¡Ay, cómo puedes dormir! ¡Ven a ver esta maravilla! ¡Ah, qué maravilla! ¡Despierta, Sonia! —insistió casi con lágrimas en la voz—. Nunca he visto una noche tan maravillosa…

Sonia respondió algo con desgana.

—¡No, mira qué luna!… ¡Ah, qué maravilla! Ven aquí. ¡Querida mía, corazón, ven aquí! Mira, ¿ves? Me pondría así, de cuclillas, me abrazaría las rodillas, apretando mucho, cuanto más mejor (hay que hacerlo con mucha fuerza), y echaría a volar. ¡Así!

—¡Basta, te vas a caer!

Se oyó un forcejeo y la voz disgustada de Sonia:

—¡Ya es más de la una!

—Ah, no haces más que fastidiármelo todo. ¡Vete, vete!

De nuevo todo quedó en calma, pero el príncipe Andréi sabía que ella seguía allí sentada porque de vez en cuando oía un leve movimiento y algún suspiro.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cómo es posible algo así! —exclamó la voz de pronto—. Bueno si hay que dormir, pues ¡a dormir! —añadió, y cerró la ventana de golpe.

«¡Qué le importa mi existencia! —pensó el príncipe Andréi al escuchar esa voz, deseando y temiendo al mismo tiempo, sin saber por qué, que dijera algo de él—. ¡Otra vez ella! ¡Como hecho adrede!»

De pronto en su alma se despertó un torbellino de pensamientos y esperanzas juveniles que contradecían su vida entera; incapaz de explicarse ese estado de ánimo, enseguida se durmió.

III

Al día siguiente, después de haberse despedido solo del conde, sin esperar a que salieran las damas, el príncipe Andréi emprendió su viaje de regreso.

Ya eran los primeros días de junio cuando volvió a atravesar el mismo boscaje de abedules donde aquel roble viejo y torcido le había causado una impresión tan extraña e inolvidable. Los cascabeles de los arneses tintineaban aún más sordamente que a la ida, un mes y medio antes; a su alrededor todo era espesura, frondosidad y sombra. Los jóvenes abetos, diseminados por el bosque, no perturbaban la belleza general, sino que armonizaban con el ambiente que allí reinaba gracias al delicado verde de sus jóvenes y esponjosas ramitas.

El día había sido caluroso; a lo lejos se fraguaba una tormenta, pero apenas un pequeño nubarrón derramó alguna gota sobre el polvo del camino y las hojas jugosas. El lado izquierdo del bosque estaba oscuro, en sombra; el derecho, mojado, brillaba lustrosamente al sol y se mecía levemente con el viento. Todo estaba en flor; los ruiseñores gorjeaban y su canto reverberaba tan pronto cerca como a lo lejos.

«Sí, aquí en este bosque estaba el roble con el que estuve de acuerdo —pensó el príncipe Andréi—. Pero ¿dónde está?», se decía, mirando hacia el lado izquierdo del camino. Se quedó admirado cuando vio el árbol que estaba buscando, pero sin saber que era el mismo ni reconocerlo. El viejo roble,

completamente transformado, desplegando como una cúpula su frondoso follaje verde oscuro, se alzaba extasiado, meciéndose ligeramente a los rayos del sol vespertino. Ya no quedaba ni rastro de sus dedos deformes, de sus protuberancias, de su antiguo recelo ni de su tristeza. A través de su dura corteza centenaria se abrían camino hojas jóvenes, jugosas, sin nudos. Costaba creer que aquel viejo árbol las hubiera podido engendrar. «¡Sí, es el mismo roble!», pensó el príncipe Andréi; súbitamente y sin causa alguna, se despertó en su interior un sentimiento primaveral de alegría y de revivificación. De pronto recordó los mejores momentos de su vida, todos a la vez. Austerlitz con su cielo alto; el rostro sin vida de su mujer y su expresión de reproche; Pierre en la balsa; aquella muchacha emocionada por la belleza de la noche; la noche con su luna: todo lo recordó en un instante.

«No, la vida no se acaba a los treinta y un años —decidió firmemente—. No basta con que yo sepa lo que hay en mí, también deben saberlo los demás: Pierre, esa muchacha que quería volar al cielo… ¡Tienen que conocerme todos, que mi vida no sea solo para mí, que los demás no vivan tan al margen de mi existencia, que mi vida se refleje en ellos y que la vivamos juntos!»

Al volver de su viaje, el príncipe Andréi tomó la decisión de partir hacia San Petersburgo en otoño y se le ocurrieron distintas razones para hacerlo. Una serie de argumentos lógicos y razonables justificaban la necesidad de ir e incluso de reincorporarse al servicio activo. En ese momento era incapaz de comprender cómo había podido dudar de la necesidad de tomar parte activa en la vida, de la misma manera que antes había sido incapaz de comprender para qué iba a abandonar la vida en el campo. Veía claramente que toda su experiencia vital acabaría siendo vana y absurda si no le daba una aplicación concreta y no volvía a tomar parte activa en la vida. Era incluso incapaz de entender cómo, basándose en pobres argumentos racionales, le había parecido humillante volver a creer en la posibilidad de ser útil, de ser feliz y de amar después de las lecciones que la vida le había dado. Ahora su raciocinio le decía algo totalmente distinto. Después de aquel viaje empezó a aburrirse en el campo, sus antiguas ocupaciones dejaron de interesarle y, a menudo, a solas en su gabinete, se acercaba al espejo y se miraba el rostro un buen rato. Luego se daba la vuelta y miraba el retrato de la difunta Liza, que, con sus bucles *à la grecque*, le miraba con ternura y alegría desde el marco dorado. Ya no le decía a su marido las terribles palabras de antes: simplemente le miraba con alegría y curiosidad. El príncipe Andréi, con las manos a la espalda, se dedicaba a pasear por el gabinete, primero frunciendo el ceño y

después sonriendo cuando pensaba en esas ideas imposibles de explicar con palabras, ideas irrazonables y secretas como un crimen, que tenían relación con Pierre, con la fama, con la joven de la ventana, con el roble, con la belleza femenina y con el amor, ideas que iban a cambiar su vida entera. Y, si en ese momento alguien entraba a verle, se mostraba especialmente seco, rigurosamente categórico y, sobre todo, desagradablemente lógico.

—*Mon cher* —le decía, por ejemplo, la princesa Maria al entrar—, hoy Nikólushka no puede salir a pasear: hace mucho frío.

—Si hiciera calor —le respondía él con especial sequedad—, saldría en mangas de camisa pero, como hace frío, hay que ponerle ropa de abrigo, que para eso está hecha. Esto es lo que se deriva de que haga frío, y no que Nikólushka se quede en casa, porque lo que un niño necesita es respirar aire fresco —concluía de un modo exageradamente lógico, como si quisiera castigar a alguien por los pensamientos ilógicos y secretos que bullían en su interior.

En tales ocasiones, la princesa Maria se decía: «Qué secos vuelve a los hombres el trabajo intelectual».

IV

En agosto de 1809 el príncipe Andréi llegó a San Petersburgo. Eran los tiempos en los que el joven Speranski estaba en el apogeo de su fama, y sus reformas se llevaban a cabo con gran energía. Ese mismo agosto el zar se había herido una pierna al salir despedido de la carretela en la que viajaba; por ese motivo, había permanecido tres semanas en Peterhof[90], donde se había visto diariamente con Speranski, y solo con él. En aquel entonces se estaban preparando dos decretos muy famosos que inquietaban sobremanera a la sociedad: la eliminación de los rangos en la corte y la creación de un examen para la categoría de asesor colegiado y la de consejero civil; además, se estaba preparando toda una Constitución estatal[91] que tenía que modificar los órdenes judicial, administrativo y financiero vigentes en Rusia, desde el Consejo de Estado hasta los consejos de distrito. De este modo se materializaban los imprecisos sueños liberales con los que el emperador Alejandro había subido al trono, y que había anhelado cumplir con la ayuda de sus asesores Czartoryski, Novosíltsev, Kochubéi y Strógonov, a los que él mismo llamaba en broma *comité du salut publique*.

Todos ellos habían sido sustituidos ahora por Speranski en el ámbito civil y por Arakchéiev en el militar. Poco después de llegar a San Petersburgo el príncipe Andréi se presentó en la corte y en las recepciones como gentilhombre de cámara. El soberano le vio en dos ocasiones y no se dignó dirigirle la palabra. Al príncipe Andréi siempre le había dado la impresión de que resultaba antipático al soberano, de que a este no le agradaban su rostro ni su presencia. Y, en su mirada seca y distante, creyó encontrar una confirmación a sus sospechas. Los cortesanos le explicaron que su majestad estaba descontento porque llevaba sin prestar servicio desde 1805.

«Sé lo poco dueños que somos de nuestras simpatías y antipatías —se decía el príncipe Andréi—; no tiene sentido, pues, que presente personalmente al emperador mi propuesta de reforma del reglamento militar: que se abra camino por sí misma.» Le habló de su proyecto a un mariscal de campo, amigo de su padre; el mariscal le dio hora para una entrevista, lo recibió cariñosamente y le prometió que informaría al soberano. Al cabo de unos días le anunciaron que tenía que presentarse ante el ministro de Guerra, el conde Arakchéiev.

El día fijado, a las nueve de la mañana, estaba en la sala de espera del conde Arakchéiev. No lo conocía personalmente ni lo había visto nunca, pero lo que sabía de él no le inspiraba mucho respeto.

«Es el ministro de Guerra, una persona de confianza de su majestad el emperador: a nadie deben importar sus cualidades personales. Le han encargado que estudie mi proyecto, y solo él puede darle salida», pensaba mientras esperaba en la sala de espera al lado de muchas otras personas, alguna de peso, otras insignificantes.

A lo largo de sus años de servicio, principalmente como ayudante de campo, el príncipe Andréi había visto a muchos personajes importantes en las salas de espera y conocía perfectamente sus particularidades. La del conde Arakchéiev tenía un carácter completamente especial. En el rostro de las personas menos importantes que aguardaban turno para la audiencia, se veía un sentimiento de vergüenza y de sumisión; en el de los personajes más importantes, un sentimiento de incomodidad, que ocultaban bajo una máscara de desenvoltura, como si no tomaran en serio su situación ni al hombre al que deseaban ver. Algunos se paseaban pensativos, otros se reían mientras cuchicheaban algo: el príncipe Andréi oyó el *sobriquet*[92] de «el todopoderoso Andreich» y las palabras «el viejo le va a dar una buena», referidas al conde Arakchéiev. Un general, hombre importante, sin duda

ofendido por tan larga espera, cruzaba y descruzaba las piernas, sonriendo con desdén.

Pero, en cuanto se abría la puerta, en todos los rostros se dibujaba una sola cosa: miedo. El príncipe Andréi pidió al ayudante de servicio que lo anunciara de nuevo, pero este le miró irónicamente y le dijo que ya le llegaría el turno. Después de varias personas, que el ayudante de servicio acompañaba al entrar y al salir del gabinete del ministro, le tocó cruzar la temible puerta a un oficial, y al príncipe Andréi le dejó estupefacto su actitud apocada y temerosa. La audiencia de este oficial se alargó mucho. De repente detrás de la puerta se oyó rugir una voz desagradable y el oficial salió pálido, con los labios temblorosos, y cruzó la sala de espera llevándose las manos a la cabeza.

Después le llegó el turno al príncipe Andréi; el ayudante de servicio lo acompañó hasta la puerta y le susurró:

—A la derecha, hacia la ventana.

En un gabinete limpio y modesto, vio sentado al escritorio a un hombre de cuarenta años de talle largo, cabeza alargada, pelo corto, arrugas profundas, cejas espesas, con los ojos inexpresivos de color castaño verde, y la nariz roja y colgante. Arakchéiev volvió la cabeza hacia él sin mirarle.

—¿Cuál es su petición? —le preguntó.

—No tengo ninguna… petición, excelencia —dijo el príncipe Andréi en voz baja.

Los ojos de Arakchéiev se posaron en él.

—Siéntese —dijo Arakchéiev—. ¿Es el príncipe Bolkonski?

—No tengo ninguna petición, ha sido su majestad el emperador quien le ha remitido un proyecto que yo presenté…

—Verá, queridísimo: he leído su proyecto —le interrumpió Arakchéiev, pronunciando con amabilidad solo las primeras palabras, de nuevo sin mirarle a la cara y adoptando un tono cada vez más despectivo y quejicoso—. ¿Propone usted nuevas leyes militares? Leyes hay muchas, pero nadie que cumpla las antiguas. Hoy en día todo el mundo escribe leyes: es más fácil escribir que hacer.

—He venido por voluntad de su majestad el emperador para que usted, excelencia, me informe del curso que piensa darle a mi proyecto —dijo cortésmente el príncipe Andréi.

—He escrito un dictamen sobre su proyecto y lo he remitido al comité. No lo apruebo —dijo Arakchéiev, levantándose y cogiendo un documento del escritorio—. Aquí lo tiene. —Y se lo entregó.

En el documento, escrito a través con lápiz, sin mayúsculas, sin respetar la ortografía y sin signos de puntuación, se podía leer: «Redactado sin fundamento como imitación copiada del reglamento militar francés se aparta innecesariamente del reglamento y articulado militar vigente».

—¿A qué comité lo ha remitido? —preguntó el príncipe Andréi.

—Al de reglamentos militares, para el que le he propuesto como miembro, señor. Pero sin remuneración.

El príncipe Andréi sonrió.

—Tampoco la quiero.

—Miembro sin remuneración —repitió Arakchéiev—. Ha sido para mí un honor. ¡Eh! ¡Llama al siguiente! ¿Quién va ahora? —gritó, al tiempo que despedía al príncipe Andréi.

V

Mientras esperaba que le notificaran su admisión como miembro del comité, el príncipe Andréi reanudó antiguas amistades, especialmente con personas que sabía que tenían poder y que podían serle útiles. Ahora en San Petersburgo experimentaba algo semejante a lo que había sentido en vísperas de la batalla, cuando lo abrumaban una inquieta curiosidad y una atracción irresistible por las altas esferas, donde se fraguaba el futuro del que dependía el destino de millones de personas. Por la contrariedad de los viejos, la curiosidad de los profanos, la reserva de los iniciados, la precipitación y la preocupación de unos y otros, la cantidad infinita de comités y comisiones de cuya existencia se enteraba día tras día, se daba cuenta de que en esos momentos, en 1809, se estaba preparando en San Petersburgo una inmensa batalla civil, cuyo comandante en jefe era Speranski, ese hombre misterioso al que no conocía, pero que le parecía genial. Tanto el asunto de las reformas, que conocía vagamente, como Speranski, su principal impulsor, le empezaban a interesar tan vivamente que, muy pronto, su proyecto de reforma del reglamento militar pasó en su conciencia a un segundo plano.

El príncipe Andréi disfrutaba de una de las posiciones más ventajosas para ser bien recibido en los círculos más variados y elevados de la sociedad petersburguesa de aquel entonces. El sector reformista lo recibió gustosamente e intentó ganárselo, en primer lugar porque el príncipe tenía reputación de ser inteligente y muy leído, y, en segundo, porque, al haber liberado a sus campesinos, ya se había granjeado la reputación de liberal. El

sector de los viejos insatisfechos, que censuraban las reformas, se dirigieron a él esperando su apoyo, simplemente por ser hijo de quien era. El sector femenino, el *gran mundo*, lo recibió también gustosamente, porque era un buen partido, rico y famoso, y un personaje casi nuevo con esa aureola novelesca por la historia de su presunta muerte y por el trágico fin de su mujer. Además, la opinión general de quienes lo conocían de antes era que en esos cinco años había cambiado mucho, para bien: tenía un carácter más suave pero más viril, carecía de la afectación, orgullo y sorna de antes, y se veía en él ese sosiego que se adquiere con los años. Todo el mundo hablaba de él, se interesaba por él y deseaba conocerlo.

Al día siguiente de su entrevista con Arakchéiev, pasó la tarde en casa del conde Kochubéi. Le contó los detalles de su encuentro con «el todopoderoso Andreich» (así llamaba Kochubéi a Arakchéiev, con esa misma ambigua ironía que el príncipe Andréi ya había detectado en la sala de espera del ministro de Guerra).

—*Mon cher*, ni siquiera en un asunto así va usted a poder hacer nada sin Mijaíl Mijáilovich Speranski. *C'est le grand faiseur*.[93] Hablaré con él. Me prometió que por la tarde pasaría por aquí…

—Pero ¿qué tiene que ver Speranski con los reglamentos militares? —preguntó el príncipe Andréi.

Kochubéi sonrió y movió la cabeza, como sorprendido de su ingenuidad.

—Hace unos días estuve hablando con él de usted —continuó Kochubéi—, de sus campesinos emancipados…

—¡Ah, príncipe! ¿Fue usted quien liberó a sus campesinos? —intervino un anciano de los tiempos de Catalina, volviéndose con desdén hacia Bolkonski.

—Se trataba de una pequeña hacienda que no reportaba beneficios —respondió este para no irritar al anciano en vano y tratando de suavizar sus medidas ante él.

—*Vous craignez d'être en retard*[94] —dijo el anciano mirando a Kochubéi—. Solo hay una cosa que no entiendo —prosiguió—: ¿quién va a labrar la tierra si los liberamos? Escribir leyes es fácil, pero gobernar es difícil. Por eso mismo, ahora le pregunto a usted, conde: ¿quién va a ser jefe de departamento si todo el mundo tiene que pasar un examen?

—Supongo que quien lo apruebe —respondió Kochubéi, colocando una pierna encima de la otra y mirando a su alrededor.

—Verá, tengo a mis órdenes a un tal Priánichnikov, un hombre excelente que vale oro, pero tiene sesenta años. ¿Acaso va a tener que examinarse?…

—Sí, es complicado, porque la educación está poco extendida, pero…

El conde Kochubéi no terminó la frase, se levantó y, cogiendo al príncipe Andréi de un brazo, fue a recibir a un hombre que acababa de entrar; era alto, casi calvo, rubio, tenía unos cuarenta años, la frente grande y despejada, y el rostro alargado de una blancura extraordinaria y singular. El recién llegado llevaba un frac azul, una cruz al cuello y una estrella en la parte izquierda del pecho. Era Speranski. El príncipe Andréi lo reconoció de inmediato y algo se estremeció en su alma, como sucede en los momentos importantes de la vida. ¿Se trataba de respeto, envidia, curiosidad? No lo sabía. Toda la figura de Speranski tenía un porte especial que lo hacía reconocible al momento. El príncipe Andréi no había visto a nadie, en la sociedad que frecuentaba, con unos movimientos tan serenos y seguros y, al mismo tiempo, tan torpes y desgarbados; no había visto esa mirada tan dura y a la vez tierna de sus ojos algo húmedos y entreabiertos; no había visto tanta firmeza en una sonrisa que no significaba nada, una voz tan fina, regular y suave, y, por encima de todo, una blancura tan delicada en el rostro y en las manos, algo anchas, pero extraordinariamente rollizas, pálidas y delicadas. Solo había visto esa blancura y delicadeza en el rostro de soldados que han pasado mucho tiempo hospitalizados. Era Speranski, secretario de Estado y confidente del zar, al que había acompañado a Erfurt, donde se vio más de una vez con Napoleón y conversó con él.

Speranski no saltaba con la mirada de un rostro a otro, como uno suele hacer involuntariamente cuando entra en un sitio donde hay mucha gente, y no se apresuraba en hablar. Hablaba bajo, con la seguridad de que los demás le escucharían, y miraba solo al rostro de la persona con quien conversaba.

El príncipe Andréi seguía con especial atención todas sus palabras y movimientos. Como suele suceder, especialmente a las personas que juzgan al prójimo con severidad, el príncipe Andréi, al conocer a un nuevo personaje —sobre todo a uno como Speranski, cuya reputación conocía—, esperaba encontrar un modelo absolutamente perfecto de las virtudes humanas.

Speranski le dijo a Kochubéi que sentía no haber podido llegar antes, pero que lo habían retenido en palacio. Lo que no dijo era que quien lo había retenido era el zar, y el príncipe Andréi advirtió esa afectada modestia. Cuando Kochubéi se lo presentó, Speranski movió lentamente los ojos hacia Bolkonski y lo miró en silencio con la misma sonrisa.

—Estoy muy contento de conocerlo; he oído hablar mucho de usted, como todo el mundo.

Kochubéi dijo algunas palabras sobre la entrevista que Arakchéiev había concedido a Bolkonski, y la sonrisa de Speranski se hizo más amplia.

—El señor Magnitski, director del comité de reglamentos militares, es un buen amigo mío —dijo, pronunciando claramente cada sílaba y cada palabra —; si lo desea, puedo ponerle en contacto con él. —Hizo una pausa en este punto—. Espero que encuentre el pleno interés y el deseo de colaborar con usted en todo cuanto sea razonable.

Alrededor de Speranski se había formado un círculo, y el anciano que había hablado de su funcionario Priánichnikov se dirigió a él con la misma pregunta que había formulado antes.

El príncipe Andréi, sin intervenir en la conversación, observaba los movimientos de Speranski, ese hombre que poco antes era un insignificante seminarista y en cuyas manos blancas y rollizas ahora estaba el destino de Rusia. Le sorprendió la calma extraordinaria y la condescendencia con que respondía al anciano. Parecía que le dirigiera la palabra, indulgente, desde una altura infinita. Cuando el anciano empezó a elevar demasiado el tono, Speranski sonrió y dijo que él no podía juzgar si lo que le placía al zar era ventajoso o perjudicial.

Después de conversar un rato en el círculo general, Speranski se levantó, se acercó al príncipe Andréi y se lo llevó aparte, a la otra punta de la sala. Era evidente que consideraba oportuno dedicarse a él.

—No he tenido tiempo de hablar con usted, príncipe, en medio de esa conversación tan animada a la que me ha arrastrado el respetable anciano —dijo, con una sonrisa dulce y desdeñosa, como reconociendo que los dos eran conscientes de la nulidad de los hombres con los que acababa de hablar. Este trato halagó al príncipe Andréi—. Lo conozco a usted desde hace mucho: en primer lugar, por el asunto de sus campesinos: es nuestro primer ejemplo, y sería del todo deseable que tuviera más seguidores; en segundo lugar, porque es usted uno de los gentilhombres de cámara que no se han sentido ofendidos por el nuevo decreto sobre los rangos en la corte, que tantos chismes y comentarios ha suscitado.[95]

—Sí —dijo el príncipe Andréi—, mi padre no quería que hiciera uso de ese privilegio; empecé a servir desde los rangos inferiores.

—Su padre es un hombre de otro tiempo, y es evidente que vale más que nuestros contemporáneos, que tanto critican esta medida que lo único que hace es restablecer la justicia natural.

—Creo, no obstante, que esas críticas tienen fundamento —dijo el príncipe Andréi, tratando de luchar contra la influencia de Speranski, que ya

estaba empezando a notar. Le desagradaba estar de acuerdo en todo con él: quería contradecirle.

El príncipe, que habitualmente hablaba bien y con soltura, tenía dificultades para expresarse delante de Speranski: estaba demasiado ocupado observando la personalidad de ese hombre tan célebre.

—Fundamento que tal vez responda a motivos de ambición personal —replicó tranquilamente Speranski.

—Y en parte también por el Estado —dijo el príncipe Andréi.

—¿A qué se refiere?… —preguntó Speranski bajando lentamente los ojos.

—Admiro a Montesquieu —dijo el príncipe Andréi—. Y su idea acerca de que *le principe des monarchies est l'honneur, me paraît incontestable. Certains droits et privilèges de la noblesse me paraissent être des moyens de soutenir ce sentiment*[96].

La sonrisa desapareció del rostro blanco de Speranski, y su fisonomía ganó mucho con ello. Probablemente la idea lanzada por el príncipe Andréi le había parecido interesante.

—*Si vous envisagez la question sous ce point de vue*[97] —empezó a decir con evidente dificultad al hablar en francés, haciéndolo aún más lento que en ruso pero con la mayor calma.

Añadió que el honor, *l'honneur*, no puede sostenerse en unos privilegios que perjudican el funcionamiento del servicio; que el honor, *l'honneur*, es o bien un concepto negativo de no llevar a cabo actos censurables, o bien una fuente de emulación para obtener el reconocimiento y las recompensas que lo expresan.

Sus argumentos eran sucintos, sencillos y claros.

—La institución que sostiene este honor, la fuente de emulación, es algo semejante a la *Légion d'Honneur* del gran emperador Napoleón, que no perjudica, sino que contribuye al éxito en el servicio; no es un privilegio de casta o de la corte.

—No lo discuto, pero no se puede negar que los privilegios en la corte han alcanzado ese mismo objetivo —dijo el príncipe Andréi—: todo cortesano se considera obligado a mantener su posición con dignidad.

—Pero usted no ha querido hacer uso de estos privilegios, príncipe —dijo Speranski, mostrando con una sonrisa que deseaba zanjar con un cumplido una discusión incómoda para su interlocutor—. Si me hace el honor de venir a verme el miércoles —añadió—, ya habré hablado con Magnitski, y le

informaré a usted de lo que le pueda interesar; además, así tendré el placer de charlar más detenidamente con usted.

Cerró los ojos, hizo una inclinación y salió de la sala sin despedirse, *à la française*, tratando de pasar desapercibido.

VI

En el primer período de su estancia en San Petersburgo, al príncipe Andréi le dio la impresión de que todas las ideas que había elaborado durante su vida solitaria en el campo se veían completamente eclipsadas por las pequeñas preocupaciones que lo absorbían en la ciudad.

Por la noche, al volver a casa, apuntaba en su agenda las cuatro o cinco visitas o *rendez-vous* imprescindibles y la hora establecida. El mecanismo de la vida, la distribución del día para poder llegar a tiempo a todas partes consumían la mayor parte de su energía vital. No hacía nada, ni siquiera pensaba en nada ni le daba tiempo a hacerlo: solo hablaba, y con éxito, de las ideas que había elaborado anteriormente en el campo.

A veces observaba con disgusto que en un mismo día había repetido exactamente las mismas palabras en diferentes círculos. Pero estaba siempre tan ocupado que no le daba tiempo siquiera a pensar que, en realidad, no pensaba en nada.

El siguiente miércoles Speranski lo recibió en su casa y estuvieron hablando a solas, largo y tendido, en confianza; le produjo una fuerte impresión, igual que en su primer encuentro en casa de Kochubéi.

El príncipe Andréi consideraba a tantas personas seres nulos y despreciables, y tanta era su necesidad de encontrar a alguien que encarnara el ideal de perfección al que aspiraba, que le fue fácil convencerse de que en Speranski había hallado un ideal de hombre completamente razonable y virtuoso. Si este hubiese pertenecido a su mismo círculo social, si hubiera tenido su misma educación y sus mismos hábitos morales, Bolkonski habría encontrado rápidamente su lado débil, humano y nada heroico, pero en ese momento aquella inteligencia lógica, tan extraña para él, le infundía mucho respeto porque no acababa de comprenderla. Además, ya fuera porque Speranski valoraba sus aptitudes, o porque creía necesario tenerlo de su parte, lo cierto era que ante él hacía alarde de su sereno y desapasionado raciocinio, y que lo adulaba con sutiles halagos además de con esa suficiencia que consiste en reconocer tácitamente a tu interlocutor como la única persona que,

junto contigo, es capaz de ver lo estúpidos que son *todos* los demás, y lo sensatas y profundas que son tus ideas.

En la larga conversación de aquel miércoles por la noche, Speranski repitió más de una vez frases como: «Entre *nosotros* todo lo que se salga de lo corriente y de las costumbres arraigadas es visto como…»; o bien, con una sonrisa: «Pero *nosotros* queremos que los lobos estén saciados y, al mismo tiempo, las ovejas enteras…»; o bien: «Esto es algo que *ellos* no pueden entender…». Todo esto lo decía con una expresión que significaba: «Nosotros, usted y yo, comprendemos cómo son *ellos* y lo que *nosotros somos*».

Esta larga conversación con Speranski no hizo más que reforzar en el príncipe Andréi lo que había sentido por él en su primer encuentro. Veía en él a un hombre razonable, de pensamiento riguroso y de enorme inteligencia, que, gracias a su energía y perseverancia, había llegado al poder, un poder que empleaba únicamente en bien de Rusia. Speranski era justamente la persona que tanto ansiaba ser: alguien que explica los fenómenos de la vida de manera racional, que solo reconoce como verdadero lo racional y que sabe aplicar el criterio de la razón a todo. Cuando Speranski exponía algo, todo parecía tan sencillo y tan claro que el príncipe Andréi, aún sin querer, siempre estaba de acuerdo con él. Si le contradecía y discutía, era solo porque quería conservar su independencia y no someterse por completo a sus opiniones. Pero, aunque todo le parecía bien, había una cosa que lo inquietaba: su mirada fría, inescrutable, que no le dejaba penetrar en su alma, y sus manos blancas y delicadas. El príncipe Andréi las miraba como se suelen mirar las manos de alguien que tiene poder. Por algún motivo, esa mirada impenetrable y esas manos delicadas le irritaban. Además, le sorprendía desagradablemente el desprecio excesivo de Speranski por la gente y la gran cantidad de métodos que aplicaba para sustentar sus opiniones. Empleaba todos los métodos posibles del raciocinio, excluyendo la comparación, y al príncipe Andréi le parecía que pasaba de uno a otro con demasiada osadía. Algunas veces Speranski se situaba en el terreno del hombre de acción y censuraba a los soñadores; otras en el terreno del satírico y se burlaba irónicamente de sus adversarios; otras se volvía rigurosamente lógico; y otras se elevaba repentinamente al campo de la metafísica. (Este último método de demostración lo empleaba con especial frecuencia.) Llevaba la cuestión a alturas metafísicas, pasaba a definir el espacio, el tiempo, el pensamiento y, derivando de ahí sus refutaciones, descendía de nuevo al principio de la argumentación.

Por lo común, el rasgo principal de su inteligencia que más asombraba al príncipe Andréi era su fe indudable e inquebrantable en la fuerza y legitimidad de la razón. Era evidente que nunca se le había podido pasar por la cabeza una idea que para el príncipe Andréi era de lo más habitual: «Es imposible expresar todo lo que se piensa»; y que jamás le había asaltado la siguiente duda: «¿No será un disparate todo lo que pienso y todo aquello en lo que creo?». Esta peculiaridad de la forma de pensar de Speranski era justamente lo que más le atraía.

En los primeros tiempos de su amistad, el príncipe Andréi sintió por él una admiración apasionada, semejante a la que, en el pasado, había profesado a Bonaparte. El hecho de que Speranski fuera hijo de un sacerdote y de que personas estúpidas lo despreciaran llamándole vulgarmente «escolano» o «hijo de pope» —eran muchas las que lo hacían— inducía al príncipe Andréi a guardar con especial cuidado este sentimiento y a reforzarlo inconscientemente en su interior.

En la primera velada que Bolkonski pasó en su casa hablando del comité de redacción de leyes, Speranski le contó con ironía que dicho comité existía desde hacía cincuenta años, que costaba millones, pero que no servía para nada en absoluto: lo único que hacía Rosenkampff era pegar etiquetas en todos los artículos de la legislación comparada.

—Y ¡el Estado se ha gastado millones en esto! —exclamó—. ¡Queremos otorgar un nuevo poder jurídico al Senado, pero carecemos de leyes! Por eso, príncipe, es un pecado que actualmente hombres como usted no presten servicio al Estado.

El príncipe Andréi objetó que para esa labor se requería una formación jurídica de la que él carecía.

—Pero ¡si nadie la tiene! ¿Qué quiere usted? Es un *circulus viciosus* del que debemos procurar salir.

Al cabo de una semana el príncipe Andréi fue designado miembro del comité de redacción de reglamentos militares, así como jefe de sección del comité de redacción de leyes, algo que no esperaba en absoluto. A petición de Speranski, se hizo cargo de la primera parte del Código Civil que se estaba elaborando, y, con ayuda del *Code Napoléon* y del *Justiniani*, trabajó en la redacción del capítulo «Derechos de las personas».

VII

Dos años antes, en 1808, al volver de su viaje por sus haciendas, Pierre se había encontrado sin pretenderlo a la cabeza de los masones de San Petersburgo. Organizaba para las logias comidas y funerales, captaba a nuevos miembros, trataba de unir a las distintas agrupaciones y se encargaba de adquirir las actas auténticas[98]. Daba dinero para la construcción de los templos y suplía, en la medida de lo posible, las colectas, puesto que la mayoría de los miembros eran tacaños y nada cumplidores. Además, mantenía casi él solo, con sus propios medios, la casa de los pobres que la Orden había construido en San Petersburgo.

Entretanto, su vida discurría como antes, con las mismas pasiones y el mismo desenfreno. Le gustaba comer y beber bien, y, aunque lo consideraba inmoral y denigrante, no podía dejar de participar en las diversiones que le ofrecían los círculos de solteros que frecuentaba.

Sin embargo, al cabo de un año, en medio de ese torbellino de ocupaciones y pasiones, Pierre empezó a tener la sensación de que el terreno de la masonería en el que se sostenía se hundía bajo sus pies por más que tratara de mantenerse sobre él. Sentía, además, que cuanto más se hundía en ese terreno más atado estaba a él. Al ingresar en la masonería había experimentado lo mismo que una persona que apoya confiadamente un pie en la superficie lisa de un terreno cenagoso. Al hacerlo, se empezó a hundir. Para asegurarse de la firmeza de la superficie, apoyó el otro pie, pero se hundió aún más. Ahora, atascado, caminaba con el fango hasta las rodillas.

Ósip Alekséievich no estaba en San Petersburgo. (En los últimos tiempos se había alejado de las logias petersburguesas y vivía en Moscú, de donde no salía.) Todos los hermanos, miembros de las logias, eran hombres a los que Pierre conocía de la alta sociedad, y le costaba verlos únicamente como hermanos masones y no como el príncipe B., o como Iván Vasílievich D., porque le parecía que, en su mayor parte, eran seres débiles y nulos. Debajo de los mandiles y de los símbolos de la masonería, veía sus uniformes y sus condecoraciones, que tanto ansiaban. A menudo, cuando hacía la colecta y veía los veinte o treinta rublos —la mayor parte a crédito— que habían dejado diez miembros, la mitad de los cuales eran tan ricos como él, recordaba el juramento masónico de que cada hermano debe dar al prójimo todo cuanto tenga. Y, cuando esto ocurría, eran tantas las dudas que surgían en su alma que intentaba no pensar en ellas.

Pierre dividía a los hermanos en cuatro categorías. En la primera incluía a los que no tomaban parte activa en los trabajos de la logia ni en los problemas humanos, porque se dedicaban exclusivamente a los misterios de la ciencia de

la Orden, a cuestiones sobre la triple denominación de Dios, a los principios de las cosas —el azufre, el mercurio y la sal—, y al significado del cuadrado y de todas las figuras del templo de Salomón. Respetaba a los hombres de esta categoría, que estaba formada, en su mayor parte, por hermanos viejos, entre los que se contaba el propio Ósip Alekséievich, pero no compartía sus intereses: su corazón no se sentía atraído por la faceta mística de la masonería.

En la segunda categoría estaba él mismo, así como otros hermanos que, llenos de dudas, buscaban en la masonería un camino recto y comprensible y, aunque aún no lo habían encontrado, esperaban hacerlo.

En la tercera categoría (el grupo más numeroso) incluía a los hermanos que lo único que veían en la masonería era su forma externa y sus rituales, que valoraban el estricto cumplimiento de estas formas, pero que no se preocupaban de su contenido ni de su significado. Tales eran Vilarski e incluso el gran maestro de la logia principal.

Finalmente, en la cuarta categoría Pierre incluía a una gran cantidad de hermanos que llevaban poco tiempo en la hermandad. Según había observado, eran hombres que no creían en nada: solo se habían hecho masones para estar cerca de hermanos jóvenes, ricos, bien relacionados y de buen linaje, tan abundantes en la logia.

Pierre empezaba a sentirse insatisfecho con su actividad. A veces le parecía que la masonería, o al menos la que conocía de Rusia, se basaba únicamente en lo externo. No dudaba de la masonería en sí, pero sospechaba que la rusa había tomado un rumbo equivocado y se había desviado de la fuente original. Por este motivo, a finales de año emprendió un viaje al extranjero para iniciarse en los misterios supremos de la Orden.

En el verano de 1809 Pierre regresó a San Petersburgo. Por la correspondencia que los masones rusos habían mantenido con los de otros países, se supo que Bezújov había logrado ganarse la confianza de muchos altos dignatarios, que se había iniciado en muchos misterios, que lo habían ascendido al grado más elevado y que traía consigo muchas cosas que podían resultar beneficiosas para el bien común de la causa francmasona rusa. Los masones de San Petersburgo iban a visitarlo y a adularlo, y a todos les parecía que ocultaba algo, que tenía algo preparado.

Un día convocaron una reunión solemne de la logia de segundo grado. Pierre había prometido informar en ella de algo de parte de los jefes supremos

de la Orden. La sesión estaba abarrotada. Después de los rituales habituales, Pierre se puso de pie y empezó a hablar.

—Queridos hermanos —empezó a decir con el discurso escrito en la mano, sonrojándose y tartamudeando—. No es suficiente que cumplamos con los misterios en la tranquilidad de nuestra logia: debemos actuar… ¡Actuar! Estamos adormecidos, debemos actuar.

A continuación, cogió su cuaderno y empezó a leer:

—«Para difundir la verdad pura y para que la virtud triunfe, tenemos que librar a las personas de sus prejuicios, difundir las normas en consonancia con el espíritu de nuestro tiempo, encargarnos de educar a la juventud, unirnos con lazos indisolubles a las personas más inteligentes, superar juntos, con valentía y juicio, la superstición, la falta de fe y la ignorancia, formar entre quienes nos sean afectos un grupo unido por el mismo fin, un grupo de hombres poderosos y fuertes.

»Para alcanzar este objetivo la virtud tiene que prevalecer sobre el vicio, hay que esforzarse para que el hombre honrado consiga aquí, en este mundo, la eterna recompensa por sus virtudes. Pero estos grandes esfuerzos se ven obstaculizados por las instituciones políticas actuales. ¿Qué podemos hacer ante este estado de cosas? ¿Propiciar revoluciones, echarlo todo abajo, expulsar la fuerza con la fuerza?… No, estamos muy lejos de pensar así. Cualquier reforma violenta es digna de reprobación, porque el mal no será jamás derrotado mientras las personas sigan siendo lo que son, y porque la sabiduría no necesita de ninguna violencia.

»El plan de la Orden debe basarse en educar a las personas en convicciones firmes y virtuosas, en convicciones que lleven a perseguir por doquier y con todas las fuerzas el vicio y la estupidez, y a proteger el talento y la virtud: sacar de las cenizas a personas dignas y hacer que se unan a nuestra hermandad. Solo entonces nuestra Orden tendrá el poder de atar inadvertidamente las manos de los defensores del desorden, y controlarlos sin que se den cuenta. En una palabra, debemos instaurar una forma de gobierno universal que se extienda por todo el mundo sin destruir los vínculos civiles, bajo el que los demás gobiernos puedan continuar existiendo y funcionando con normalidad, bajo el que puedan hacer todo menos lo que obstaculice el gran objetivo de nuestra Orden, esto es, que la virtud triunfe sobre el vicio. Este fue el objetivo que se impuso el cristianismo; enseñó a las personas a ser sabias y buenas, a seguir, en su propio beneficio, el ejemplo y las enseñanzas de los hombres más sabios y mejores.

»En aquel entonces, cuando todo estaba sumido en las tinieblas, la sola prédica fue suficiente: la verdad que anunciaba le otorgaba una fuerza excepcional. Sin embargo, hoy necesitamos medios mucho más poderosos. Necesitamos que las personas, gobernadas por sus sentidos, encuentren el encanto sensual en la virtud. Es imposible erradicar las pasiones: solo podemos tratar de dirigirlas a un objetivo virtuoso; por ello, cada persona puede satisfacer sus pasiones dentro de los límites de la virtud, y nuestra Orden tiene que facilitar los medios para conseguirlo.

»En cuanto aparezca un número suficiente de personas dignas en cada Estado, estas formen a su vez a otras dos y todas se unan, todo será posible para nuestra Orden, que ya ha hecho tanto por el bien de la humanidad».

Este discurso no solo produjo una fuerte impresión en la logia, sino una gran conmoción. La mayoría de los hermanos vieron en él ideas peligrosas del iluminismo[99] y lo recibieron con una frialdad que sorprendió a Pierre. El gran maestro puso objeciones. Pierre empezó a defender sus ideas cada vez con más fervor. Hacía tiempo que no se celebraba una sesión tan tempestuosa. Se crearon dos bandos: unos acusaban a Pierre de iluminismo y otros le apoyaban. A raíz de esa reunión, Pierre, estupefacto, se dio cuenta por primera vez de la diversidad infinita del pensamiento humano, que impide que exista una verdad en el mundo que sea percibida de igual manera por dos personas. Incluso los miembros que parecían apoyarle entendían sus palabras a su manera, con limitaciones y alteraciones con las que él no podía estar de acuerdo, porque su exigencia principal era transmitir sus ideas exactamente como él las entendía.

Al concluir la reunión, el gran maestro, con malevolencia e ironía, le hizo notar su arrebato y le dijo que lo que le guiaba en esa discusión no era tanto su amor por la virtud como su pasión por el enfrentamiento. Pierre le respondió escuetamente y preguntó si su proposición era aceptada. Le contestaron que no y, sin esperar a las formalidades habituales, salió de la logia y se marchó a casa.

VIII

Pierre se sumió de nuevo en el estado de angustia vital que tanto temía. Se pasó los tres días que siguieron a su discurso en la logia tumbado en un diván, sin recibir a nadie y sin salir de casa.

Justo en ese período recibió una carta de su mujer en la que le imploraba verlo, le decía lo triste que estaba y lo mucho que deseaba consagrarle su vida entera.

Al final de la misiva le informaba de que próximamente llegaría a San Petersburgo, de vuelta del extranjero.

Después de esta carta, uno de los hermanos masones a los que Pierre menos apreciaba se presentó en su casa e interrumpió su soledad; llevando la conversación hacia el tema de la vida conyugal, le expuso la idea, a modo de fraternal consejo, de que la severidad que mostraba con su mujer era injusta, y de que, al no perdonar a una arrepentida, estaba contraviniendo una de las reglas principales de los masones.

Al mismo tiempo, su suegra, la mujer del príncipe Vasili, mandó a buscarlo con la súplica de que la visitara, aunque fueran unos minutos, para hablar de un asunto muy importante. Pierre se daba cuenta de que había una conjura contra él, que intentaban reconciliarlo con su mujer; no obstante, en el estado en el que se hallaba, ni siquiera esto le resultaba desagradable. Todo le daba igual: le parecía que nada tenía importancia en la vida y, bajo la influencia de esa angustia vital, no valoraba su libertad ni su firme voluntad de castigar a su mujer.

«Nadie tiene razón, nadie es culpable de nada —pensaba—; por consiguiente, tampoco ella es culpable.» Si no dio de inmediato su consentimiento para reconciliarse con Hélène, fue solo porque en su estado de ánimo no tenía fuerzas para hacer nada. Si ella se hubiera presentado en ese momento, no la habría echado. En comparación con lo que le preocupaba en esos momentos, ¿acaso importaba si vivía o no con ella?

Sin haber respondido a su mujer ni a su suegra, una noche, muy tarde, partió hacia Moscú para ver a Ósip Alekséievich. He aquí lo que escribió en su diario:

Moscú, 17 de noviembre

Acabo de volver de la casa de mi bienhechor y me apresuro a escribir todo lo que he experimentado. Ósip Alekséievich vive en la pobreza y hace tres años que padece una dolorosa enfermedad en la vejiga. Nadie ha oído un gemido suyo, ni una sola palabra de queja. Desde buena mañana hasta la madrugada, exceptuando las horas en que come unos alimentos de lo más sencillos, se dedica a las ciencias. Me ha recibido con benevolencia y me ha invitado a sentarme en la cama en la que estaba tumbado; le he hecho el signo de los Caballeros de Oriente y de Jerusalén, me ha respondido de igual manera y me ha preguntado con una dulce sonrisa qué he visto y aprendido en las logias prusianas y escocesas. Se lo he contado todo tan bien como he sabido, le he explicado las ideas fundamentales que propuse en nuestra logia de San Petersburgo, lo mal que fui recibido y mi ruptura con los hermanos. Después de reflexionar en silencio un buen rato, Ósip Alekséievich me ha expuesto su parecer, que ha iluminado al instante todo el camino pasado y el que se abre ante mí en el futuro. Me ha sorprendido cuando me ha preguntado si me acuerdo de cuál es el triple

objetivo de la Orden: 1) custodiar y conocer los misterios; 2) purificarse y corregirse para asimilarlos; 3) corregir al género humano mediante la aspiración a esta purificación. De estos tres objetivos ¿cuál es el principal y más importante? Por supuesto, corregirse y purificarse a uno mismo. Solo a este objetivo podemos aspirar siempre, independientemente de cualquier circunstancia. Pero, al mismo tiempo, este mismo objetivo nos exige más esfuerzo; por ello, errando por orgullo y perdiéndolo de vista, o bien nos ocupamos de un misterio del que no somos dignos de comprender por nuestra impureza, o bien nos ocupamos de corregir a la humanidad cuando nosotros mismos somos un ejemplo de bajeza y depravación. El iluminismo no es una doctrina pura ya que se ha sentido atraída por la actividad pública y está llena de orgullo. Por este motivo, Ósip Alekséievich ha censurado mi discurso y toda mi actividad. En el fondo de mi alma estaba de acuerdo con él. En cuanto a mi situación familiar, me ha dicho: «El deber principal de un auténtico masón, como le he dicho, consiste en perfeccionarse. Pero a menudo creemos que alejando de nosotros todas las dificultades de la vida alcanzaremos más rápido este objetivo; al contrario, señor mío, solo en un ambiente de preocupaciones mundanas podemos alcanzar los tres objetivos principales: 1) el conocimiento de uno mismo, puesto que las personas solo se pueden conocer mediante la comparación; 2) el perfeccionamiento, que solo se alcanza mediante la lucha; 3) alcanzar la virtud principal: el amor a la muerte. Solo las vicisitudes de la vida pueden mostrarnos su vanidad y pueden desarrollar nuestro amor innato por la muerte o por el renacimiento a una nueva vida». Estas palabras son tanto más notables cuanto que Ósip Alekséievich, a pesar de sus terribles padecimientos físicos, nunca siente fatiga por la vida y ama la muerte, para la que, a pesar de toda su pureza y elevación espiritual, no se siente suficientemente preparado. A continuación, mi bienhechor me ha explicado el sentido completo del gran cuadrado del universo, y me ha indicado que las cifras 3 y 7 son la base de todo. Me ha recomendado que no deje de relacionarme con los hermanos de San Petersburgo, que en la logia ocupe únicamente cargos de segundo grado y que trate de apartar a los hermanos de la fascinación por el orgullo y los conduzca hacia el verdadero camino del conocimiento de sí mismos y del perfeccionamiento. Además, me ha aconsejado que, ante todo, me observe, para lo cual me ha dado este cuaderno, en el que ahora estoy escribiendo; a partir de ahora, anotaré aquí todos mis actos.

San Petersburgo, 23 de noviembre

Vuelvo a vivir con mi mujer. Mi suegra vino a verme bañada en lágrimas y me dijo que Hélène estaba en la ciudad y que me suplicaba que la escuchase, que era inocente, que se sentía muy desgraciada porque la había abandonado y muchas cosas más. Yo sabía que en cuanto accediera a verla no sería capaz de seguir rechazándola. En un mar de dudas, no sabía a quién pedir consejo. Si mi bienhechor hubiera estado aquí, me podría haber guiado. Me encerré en casa, releí las cartas de Ósip Alekséievich, recordé las conversaciones que había tenido con él, y de todo ello extraje la conclusión de que no debo rechazar a quien suplica, debo tender la mano al prójimo y ayudarle, especialmente si se trata de una persona tan ligada a mí, y debo cargar con mi cruz. Pero, si la perdono por la virtud, mi unión con ella debe tener un fin únicamente espiritual. Eso fue lo que decidí, y así se lo escribí a Ósip Alekséievich. Le he pedido a mi mujer que olvide todo lo ocurrido en el pasado, que perdone mis posibles culpas ante ella, y le he dicho que yo no tengo nada que perdonarle. Decirle todo esto me ha llenado de alegría. Que no sepa lo duro que me ha resultado volver a verla. Me he instalado en las habitaciones de arriba de la casa grande y estoy conociendo un feliz sentimiento de renovación.

IX

En aquella época, la alta sociedad que se reunía en la corte y en los grandes bailes se dividía, como siempre, en varios círculos, cada uno con un matiz particular. De estos, el más nutrido era el francés, favorable a la alianza con Napoleón, del conde Rumiántsev y de Caulaincourt. Desde que se había instalado en San Petersburgo con su marido, Hélène había ocupado uno de los lugares más destacados de este círculo. Su casa era frecuentada por miembros de la embajada francesa y por un gran número de personas de tales tendencias, conocidas por su inteligencia y cortesía.

Hélène estuvo en Erfurt en los días de la célebre entrevista de los dos emperadores, y se había traído de allí las relaciones que había entablado con las grandes personalidades napoleónicas europeas. Su éxito en Erfurt había sido increíble: el propio Napoleón, al fijarse en ella en el teatro, había preguntado quién era y había alabado su belleza. Este éxito como mujer hermosa y elegante no sorprendía a Pierre, porque con los años Hélène se había vuelto aún más hermosa. Lo que sí le sorprendía era que su mujer hubiera logrado forjarse en esos dos años una reputación *d’une femme charmante, aussi spirituelle, que belle*[100]. El famoso *prince* de Ligne le escribía cartas de ocho páginas. Bilibin se reservaba sus *mots* para pronunciarlos por primera vez ante la condesa Bezújova. Ser recibido en su salón era considerado un diploma de inteligencia; antes de una velada, los jóvenes leían libros para tener tema de conversación en su salón, y no solo los secretarios de las embajadas sino los propios embajadores le confiaban secretos de la diplomacia; así pues, Hélène era considerada en cierto modo una figura de poder. Pierre, que sabía que en realidad era muy tonta, a veces asistía con un extraño sentimiento de desconcierto y temor a sus veladas y comidas, donde se hablaba de política, poesía y filosofía. En ellas experimentaba algo semejante a la sensación que debe tener un ilusionista cuando teme que su engaño sea descubierto en cualquier momento. Pero, ya fuera porque para llevar aquel salón se requería solamente estupidez, ya fuera porque los propios engañados se deleitaban con el engaño, lo cierto era que el engaño no era descubierto. La reputación de Yelena Vasílievna Bezújova *d’une femme charmante et spirituelle* era tan sólida que, aunque dijera las banalidades y tonterías más grandes, todos se entusiasmaban con sus palabras y buscaban en estas un sentido profundo que ella ni siquiera sospechaba.

Pierre era justo el marido que una mujer brillante y de mundo como Hélène necesitaba. Era un hombre excéntrico y despistado, un marido *grand seigneur* que no molestaba a nadie y que, lejos de deslucir la impresión general que se tenía del tono elevado de aquel salón, realzaba aún más a su

mujer por el contraste con su elegancia y tacto. Como Pierre llevaba tiempo centrado en intereses abstractos y sentía un sincero desprecio por todo lo demás, en esos dos años había adoptado dentro de la sociedad que rodeaba a su mujer y que a él nada le interesaba un tono de indiferencia, de descuido y de benevolencia con todos imposible de adquirir de manera artificial y que inspiraba un involuntario respeto. Entraba en el salón de su mujer como en un teatro donde conocía a todo el mundo, se alegraba por igual al ver a todo el mundo y con todo el mundo mostraba la misma indiferencia. A veces intervenía en una conversación que le interesaba y, entonces, sin tener en cuenta si estaban *les messieurs de l'ambassade*[101], farfullaba sus opiniones, que en ocasiones estaban completamente fuera de lugar. Sin embargo, la opinión sobre ese marido excéntrico de la *femme la plus distinguée de Pétersbourg*[102] estaba ya tan consolidada que nadie se tomaba *au sérieux* sus ocurrencias.

De los muchos jóvenes que visitaban diariamente la casa de Hélène, Borís Drubetskói, que había progresado muy exitosamente en el servicio, se había convertido en el huésped más allegado desde que la condesa Bezújova regresara de Erfurt. Ella lo llamaba *mon page*[103] y lo trataba como a un niño. La sonrisa que le dedicaba era la misma que a los demás, pero al verla Pierre a veces sentía desagrado. Borís trataba a Pierre con una deferencia especial, digna y triste, y ese matiz lo inquietaba. Había sufrido tanto por la ofensa que Hélène le había infligido tres años antes que ahora se protegía del peligro de que se repitiera algo semejante, en primer lugar, no siendo un marido para su mujer y, en segundo lugar, no permitiéndose sospechar de ella.

«No, ahora que se ha convertido en una *bas bleu*[104], ha renunciado para siempre a sus antiguas pasiones —se decía—. No hay ejemplos de *bas bleu* que se hayan dejado llevar por el corazón», se repetía y, aunque no sabía de dónde había sacado esta regla, creía firmemente en ella. Pero, cosa rara, la presencia de Borís en el salón de su mujer (estaba casi siempre allí) afectaba físicamente a Pierre: agarrotaba todos sus miembros, y acababa con la espontaneidad y libertad de sus movimientos.

«¡Qué antipatía tan extraña! —pensaba Pierre—. Antes este muchacho me agradaba, incluso mucho.»

A los ojos de la sociedad, Pierre era un gran señor, el marido algo ciego y ridículo de una célebre mujer, un hombre inteligente y extravagante, que no hacía nada, pero que tampoco perjudicaba a nadie. En definitiva, un tipo excelente.

Entretanto, en su alma progresaba un complejo y difícil trabajo de desarrollo interior que le revelaba muchas cosas, le planteaba muchas dudas y le procuraba alegrías espirituales.

X

Pierre continuó con su diario, y esto es lo que escribió en aquella época:

24 de noviembre

Me he levantado a las ocho, he leído las Sagradas Escrituras, después he ido a ocupar mi puesto —siguiendo el consejo de su bienhechor, Pierre había empezado a trabajar en uno de los comités— y he vuelto a la hora del almuerzo. He comido solo (la condesa tenía muchos invitados que me resultan desagradables). He comido y bebido con moderación, y después he copiado unos documentos para los hermanos. Por la tarde he bajado a ver a la condesa y le he contado una historia divertida sobre B. He recordado que esto es algo que no debo hacer cuando todo el mundo ya se estaba riendo a carcajadas.

Me voy a dormir con el espíritu feliz y tranquilo. Señor, ayúdame a caminar por tu senda para 1) vencer la cólera mediante la calma y la paciencia; 2) vencer la lujuria mediante la abstinencia y la repulsión; 3) alejarme de la vanidad, pero sin apartarme de: a) el servicio al Estado; b) los cuidados familiares; c) las relaciones de amistad; d) las ocupaciones económicas.

27 de noviembre

Me he levantado tarde. Al despertarme me he quedado un buen rato en la cama, entregado a la pereza. Dios mío, ayúdame y hazme más fuerte para avanzar por tus caminos. He leído las Sagradas Escrituras, pero sin el sentimiento necesario. Ha venido el hermano Urúsov y hemos estado hablando de las vanidades del mundo. Me ha contado los nuevos proyectos del emperador. Yo iba a empezar a criticarlos, pero he recordado nuestras normas y las palabras de nuestro bienhechor acerca de que un verdadero masón debe ser un aplicado servidor del Estado cuando se requiere su participación, y un tranquilo espectador de aquello a lo que no ha sido llamado. Mi lengua es mi enemiga. Me han visitado los hermanos G., V. y O., y hemos tenido una primera conversación sobre la admisión de un nuevo hermano. Me han encargado que sea su mentor. Me siento débil e indigno. Después hemos hablado de la explicación de los siete pilares y peldaños del templo: siete ciencias, siete virtudes, siete vicios y siete dones del Espíritu Santo. El hermano O. ha sido muy elocuente. Por la tarde hemos cumplimentado el proceso de admisión. La nueva disposición del lugar ha contribuido mucho a la magnificencia del espectáculo. Borís Drubetskói ha sido admitido. Lo había propuesto yo, y he sido el mentor. Un extraño sentimiento me ha agitado todo el tiempo que he pasado con él en la cámara oscura. He descubierto en mí un sentimiento de odio contra él que en vano he intentado vencer. Por eso, he deseado sinceramente salvarlo del mal y conducirlo al camino de la verdad, pero los malos pensamientos no me han abandonado. Me parecía que el único objetivo de su ingreso en la hermandad era acercarse a ciertas personas de nuestra logia para conseguir su favor. Además de que me ha preguntado varias veces si en nuestra logia están N. o S. (a lo que no le he podido responder), he observado que no está capacitado para respetar nuestra sagrada Orden y que está demasiado ocupado y satisfecho con lo externo para desear mejorar espiritualmente. No tenía motivos para dudar de él, pero me ha parecido insincero, y todo el tiempo que he pasado a solas con él en la cámara oscura me ha dado la impresión de que sonreía con desdén ante mis palabras, y me han entrado ganas de atravesarle el pecho desnudo con la espada que, siguiendo el rito, tenía apoyada en

él. No he podido hablar con elocuencia ni transmitir con sinceridad mis dudas a los hermanos y al gran maestro. ¡Gran Arquitecto de la naturaleza, ayúdame a encontrar los caminos verdaderos que me saquen del laberinto de la falsedad!

En el diario había tres páginas en blanco, y a continuación había escrito lo siguiente:

He tenido una larga e instructiva conversación a solas con el hermano V., y me ha aconsejado que confíe en el hermano A. Me ha revelado muchas cosas, aunque no soy digno de ellas. Adonai es el nombre del creador del mundo. Elohim es el nombre del que todo lo gobierna. El tercer nombre, que no se puede pronunciar, significa Todo. Las conversaciones que tengo con el hermano V. me refuerzan, me refrescan y me consolidan en el camino a la virtud. En su presencia, las dudas no tienen cabida. Veo claramente las diferencias entre la pobre doctrina de las ciencias sociales y nuestra doctrina sagrada, que todo lo abarca. Las ciencias humanas lo dividen todo para comprenderlo, lo matan todo para examinarlo. En la doctrina sagrada de la Orden todo forma una unidad, todo se concibe en su conjunto, como en la vida. La trinidad, los tres principios de las cosas, son el azufre, el mercurio y la sal. El azufre tiene las propiedades del óleo y del fuego; unido a la sal, su fuego despierta un fuerte deseo que atrae el mercurio, lo atrapa, lo retiene, y juntos forman cuerpos separados. El mercurio es la esencia espiritual líquida y volátil: Cristo, el Espíritu Santo, Él.

3 de diciembre

Me he despertado tarde, he leído las Sagradas Escrituras, pero con apatía. Después he salido y me he paseado por la sala. Quería reflexionar, pero en vez de eso mi imaginación ha volado a algo que me ocurrió hace cuatro años con Dólojov. Un día me encontré al señor Dólojov en Moscú, bastante después de nuestro duelo, y me dijo que esperaba que hubiera hallado la paz espiritual completa a pesar de la ausencia de mi mujer. No respondí nada. Ahora he recordado los detalles de aquel encuentro y le he dirigido mentalmente las palabras más atroces y las réplicas más hirientes. He vuelto en mí y he conseguido dejar de pensar en eso solo cuando ya estaba completamente furioso. Me he arrepentido, pero no lo suficiente. Después ha llegado Borís Drubetskói y se ha puesto a contar una serie de aventuras. Su visita me ha contrariado desde el primer momento y le he dicho algo desagradable. Él ha replicado. Yo me he encendido y le he dicho un montón de impertinencias, incluso groserías. Se ha quedado callado, y me he dado cuenta de mi comportamiento cuando ya era tarde. ¡Dios mío, no sé tratar con él! La culpa es de mi amor propio. Me considero superior a él y así me vuelvo mucho peor, porque él es indulgente con mis groserías, mientras que yo solo siento desprecio. ¡Dios mío, haz que en su presencia vea mejor mi vileza y actúe de un modo provechoso para él! Después de la comida me he quedado dormido y, cuando me he despertado, he oído claramente una voz que me ha dicho en el oído izquierdo: «Es tu día».

He soñado con que caminaba en la oscuridad y de repente me rodeaban varios perros, pero yo no tenía miedo; de repente uno de ellos, no muy grande, me agarraba el muslo izquierdo con los dientes y no me soltaba. Yo empezaba a estrangularlo con las manos. Y, en cuanto conseguía quitármelo de encima, otro aún más grande me mordía. Lo levantaba y, cuanto más lo subía, más grande y pesado se hacía. De repente se acercaba el hermano A., me cogía de la mano y me llevaba hasta un edificio al que había que entrar cruzando una tabla estrecha. En cuanto ponía un pie en la tabla, se doblaba y se caía, y yo tenía que trepar por una valla que apenas alcanzaba con las manos. Después de grandes esfuerzos conseguía arrastrar mi cuerpo con las piernas colgando por un lado y el tronco por el otro. Volvía la mirada y veía que el hermano A. estaba encima de la valla y señalaba una gran alameda y un jardín en el que había un edificio grande y magnífico. Entonces me he despertado. ¡Señor, Gran Arquitecto de la naturaleza, ayúdame a quitarme de encima a los perros (mis pasiones), y a la última de ellas, que reúne la fuerza de todas las demás! ¡Ayúdame a entrar en este templo de la virtud que he logrado ver en sueños!

7 de diciembre

He soñado con que Ósip Alekséievich venía a mi casa y yo, que estaba muy contento, quería agasajarlo. Me ponía a charlar sin parar con otras personas y de repente me acordaba de que eso podía disgustarle; entonces, me acercaba a él con ganas de abrazarlo. Pero, en cuanto me acercaba, veía que su cara se transformaba, que rejuvenecía; entonces me decía algo en voz baja sobre la doctrina de la Orden, pero hablaba tan bajo que era incapaz de oírle. Después salíamos de la habitación y ocurría algo extraño. Estábamos sentados o echados en el suelo y él me decía algo. Yo quería mostrarle mi sensibilidad y, sin prestar atención a sus palabras, me imaginaba el estado de mi yo interior y la gracia que Dios me ha concedido. Los ojos se me llenaban de lágrimas y me satisfacía que él las viera. Pero él me miraba enojado y se levantaba de un salto poniendo fin a la conversación. Yo vacilaba y le preguntaba si sus palabras se referían a mí. Él no respondía nada, se mostraba cariñoso, y de repente estábamos en mi dormitorio, y había una cama doble. Él estaba tumbado en una punta, y yo ardía en deseos de acariciarle y de echarme a su lado. Él me preguntaba: «Dígame la verdad, ¿cuál es su pasión principal? ¿Lo ha averiguado? Yo creo que ya lo ha hecho». Turbado por la pregunta, le respondía que mi principal pasión es la pereza. Él movía la cabeza con incredulidad. Yo, aún más turbado, le respondía que, aunque, siguiendo su consejo, vivo con mi mujer, no lo hago como marido. A esto él objetaba que no debo privar a mi mujer de las caricias y me daba a entender que ese es mi deber. Pero yo le respondía que eso me avergonzaba y de pronto todo desaparecía.

Me he despertado justo en ese momento y me ha venido a la cabeza este pasaje de las Sagradas Escrituras: «La vida era la luz de los hombres y la luz brillaba en las tinieblas, mas las tinieblas no la recibieron»[105]. El rostro de Ósip Alekséievich era aún joven y resplandeciente. Precisamente hoy he recibido una carta de mi bienhechor en la que me habla de los deberes conyugales.

9 de diciembre

He tenido un sueño del que me he despertado con el corazón palpitando. Estaba en Moscú, en mi casa, en la sala de los divanes, y Ósip Alekséievich salía del salón. Enseguida me daba cuenta de que en él ya se había producido el proceso de renovación, y corría a su encuentro. Lo abrazaba y le besaba las manos, y él me decía: «¿Te has dado cuenta de que tengo otra cara?». Lo miraba, seguía abrazándolo y entonces veía que su rostro era joven, aunque no tenía pelo, y sus rasgos eran completamente distintos. Yo le decía: «Si nos hubiéramos encontrado casualmente, le habría reconocido», pero entretanto pensaba: «¿Le he dicho la verdad?». De pronto veía que él yacía como un cadáver, pero poco a poco se recuperaba y a continuación entraba conmigo en un gabinete con un libro enorme de grandes hojas. Yo le decía: «Lo he escrito yo». Y él me respondía con una inclinación de cabeza. Yo abría el libro y veía que todas las hojas tenían bonitos dibujos. Sabía que eran ilustraciones que representaban las aventuras amorosas del alma con su amante. En esas páginas había un dibujo muy bonito de una doncella con la ropa transparente y con el cuerpo también transparente, que salía volando hacia las nubes. Yo sabía que la doncella no era otra cosa que una representación del *Cantar de los cantares*. Me daba cuenta de que no estaba bien que mirara los dibujos, pero no podía evitarlo. ¡Señor, ayúdame! ¡Dios mío, si me has abandonado porque ese es tu deseo, hágase tu voluntad! Pero, si soy yo quien lo ha causado, enséñame lo que debo hacer. Si me abandonas por completo, mi depravación me destruirá.

XI

La situación económica de los Rostov no había mejorado en los dos años que llevaban viviendo en el campo.

A pesar de que Nikolái Rostov, firme en sus propósitos, continuaba sirviendo modestamente en un remoto regimiento y gastando relativamente poco, el ritmo de vida en Otrádnoie era tal y, sobre todo, Mítenka administraba las cosas de tal modo, que las deudas aumentaban incesantemente año tras año. La única salida clara que se le presentaba al viejo conde era solicitar un puesto en la administración; con ese fin, se trasladó a San Petersburgo, para que además, según decía, las muchachas se divirtieran por última vez.

Poco después de la llegada de los Rostov a San Petersburgo, Berg pidió la mano de Vera, y la petición fue aceptada.

A pesar de que en Moscú los Rostov, sin saberlo ni planteárselo, pertenecían a la alta sociedad, en San Petersburgo su círculo social era heterogéneo e indefinido. Allí eran unos provincianos a los que no se rebajaban a tratar las personas a las que ellos habían recibido en su casa de Moscú sin preguntarles por su categoría social.

Los Rostov continuaron siendo tan hospitalarios en San Petersburgo como lo eran en Moscú, y en sus cenas se reunían personas de lo más variado: vecinos de Otrádnoie, viejos terratenientes de escasa fortuna con sus hijas, la dama de honor Porónskaia, Pierre Bezújov y el hijo de un administrador de correos de distrito que servía en la capital. Entre los hombres, los visitantes más frecuentes eran Borís, Pierre —el viejo conde se lo había encontrado un día por la calle y lo había llevado a su casa— y Berg, que se pasaba días enteros en la casa de los Rostov y dedicaba a la hija mayor, la condesa Vera, la típica atención de un joven que tiene la intención de pedir la mano.

No en vano Berg enseñaba a todo el mundo su mano derecha, que se había herido en la batalla de Austerlitz, y llevaba una espada totalmente innecesaria en la izquierda. Contaba ese episodio con tanta insistencia y con un aire tan solemne que todo el mundo creyó que su actuación había sido acertada y meritoria, y le dieron dos condecoraciones por Austerlitz.

Berg había logrado destacar también en la guerra de Finlandia[106]: había recogido un casco de granada que había matado al ayudante de campo del comandante en jefe, y se lo había llevado a su superior. Como ocurriera después de Austerlitz, Berg relató ese episodio durante tanto tiempo y con tanta insistencia que, una vez más, todos creyeron que había hecho algo imprescindible, por lo que la guerra de Finlandia le valió dos condecoraciones

más. En 1809 era capitán de la Guardia, lucía varias condecoraciones y en San Petersburgo ocupaba puestos especiales, particularmente ventajosos.

Aunque había algunos librepensadores que sonreían cuando oían hablar de sus méritos, era innegable que se trataba de un oficial cumplidor y audaz, muy bien considerado por sus superiores, un joven de moralidad intachable con una brillante carrera por delante e incluso con una sólida posición en la sociedad. Cuatro años antes, al encontrarse con un compañero alemán en el patio de butacas de un teatro moscovita, había señalado a Vera y le había dicho en alemán: «*Das soll mein Weib werden*»[107]; desde entonces, estaba decidido a casarse con ella. Ahora, en San Petersburgo, al comparar su situación con la de los Rostov, se dijo que había llegado el momento y pidió su mano.

Al principio la petición fue recibida con una perplejidad que no le resultó nada halagüeña. Parecía extraño que el hijo de un oscuro noble de Livonia pidiera la mano de una condesa Rostova; pero, como el rasgo principal del carácter de Berg consistía en ese egoísmo ingenuo y bonachón, los Rostov pensaron que, si estaba tan firmemente convencido, significaba que era una buena decisión, incluso muy buena. Además, los asuntos financieros de los Rostov iban tan mal que el pretendiente no podía pasarlos por alto. Y, aún más importante, Vera tenía ya veinticuatro años, se había dejado ver en todas partes y, a pesar de su indudable belleza y sensatez, hasta el momento nadie había pedido su mano. Así pues, la petición fue aceptada.

—¿Lo ve? —le decía Berg a un compañero al que llamaba amigo solo porque sabía que todo el mundo tiene amigos—. ¿Lo ve? Lo tengo todo pensado, no me casaría si no lo hubiera meditado bien y si hubiera algún inconveniente. Al contrario: mi padre y mi madre ahora están bien provistos, les he conseguido un arrendamiento en el Báltico, y yo puedo vivir en San Petersburgo con mi sueldo, la dote de ella y mi esmero. Y puedo vivir bien. No me caso por dinero, considero que eso sería innoble, pero es necesario que tanto la mujer como el hombre aporten lo suyo. Yo tengo mi carrera, y ella buenas relaciones y una pequeña fortuna. En nuestros tiempos esto ya es algo, ¿no cree? Pero, por encima de todo, es una muchacha hermosa y respetable, y me ama… —Berg se sonrojó y sonrió—. Yo también la amo porque tiene un carácter juicioso y muy bueno. Su hermana, en cambio, aunque sea de la misma familia, es totalmente distinta: tiene un carácter desagradable, carece de su inteligencia y es así como… ¿sabe?… como desagradable… Pero mi prometida… Ya vendrá usted a nuestra casa a… —continuó Berg, que iba a decir «a comer», pero cambió de parecer y dijo «a tomar el té».

A continuación, con un rápido movimiento de la lengua, echó un circulito de humo que personificaba perfectamente sus sueños de felicidad.

Después de la perplejidad que en un primer momento la petición de Berg había producido en los padres, el ánimo festivo y alegre, común en estos casos, reinó en la familia; sin embargo, esta alegría no era sincera, sino aparente. La turbación e incomodidad de los padres con respecto a la boda era evidente. Parecía como si se avergonzaran de haber querido poco a Vera, de deshacerse gustosamente de ella. El viejo conde era el que más turbado estaba. Probablemente no habría sido capaz de determinar la razón de su turbación, que se debía a sus dificultades económicas. Decididamente no sabía a cuánto ascendía su fortuna, las deudas que tenía y la dote que podría dar a Vera. Al nacer sus hijas, a cada una le había asignado una hacienda con trescientos siervos, pero una de las aldeas ya había sido vendida, y la otra estaba hipotecada y había que venderla porque ya había vencido el plazo. Por esta razón, era imposible ofrecer la hacienda como dote, pero dinero tampoco tenía.

Ya hacía más de un mes que Berg y Vera estaban prometidos, solo faltaba una semana para la boda; el conde aún seguía sin decidir la cuestión de la dote, aunque no hablaba de ello con su mujer. A veces pensaba que lo mejor sería darle a Vera la hacienda de Riazán, otras vender el bosque, y otras pedir dinero mediante una letra de cambio. Pocos días antes de la boda, Berg entró a primera hora de la mañana en el gabinete del conde y, con una agradable sonrisa, le pidió respetuosamente a su futuro suegro que le informara de cuál iba a ser la dote de la condesa Vera. El conde se quedó tan desconcertado con la pregunta, por mucho que la esperara desde hacía tiempo, que dijo lo primero que le vino a la cabeza, sin pensar.

—Me gusta que te preocupes de eso, me gusta; te quedarás satisfecho…

Y, dando una palmada a Berg en el hombro, se puso de pie con el deseo de zanjar la conversación. Pero Berg, todavía con una agradable sonrisa, le dijo que, si no sabía con certeza cuál iba a ser la dote de Vera y no recibía al menos una parte por adelantado, se vería obligado a anularlo todo.

—Porque, piénselo, conde: si me permitiera contraer matrimonio sin disponer de los recursos suficientes para mantener a mi mujer, estaría actuando con vileza…

La conversación concluyó cuando el conde, con la intención de mostrarse generoso y de no someterse a nuevas peticiones, le dijo que le entregaría una letra de cambio por valor de ochenta mil rublos. Berg sonrió dócilmente, besó al conde en el hombro y le dijo que estaba muy agradecido, pero que de

ningún modo podía iniciar una nueva vida sin haber recibido antes treinta mil rublos en dinero contante y sonante.

—O por lo menos veinte mil, conde —añadió—. De ese modo, la letra de cambio será solo de sesenta mil.

—De acuerdo, de acuerdo, está bien —dijo el conde atropelladamente—; pero perdóname, querido: te daré veinte mil al contado y, además, una letra de cambio de ochenta mil. ¡Bueno, dame un beso!

XII

Natasha tenía dieciséis años. Era 1809. Habían pasado cuatro años desde que, después de besar a Borís, contara con los dedos el año en el que alcanzaría esa edad. Desde entonces no lo había vuelto a ver. Delante de Sonia y de su madre, cuando la conversación giraba en torno a él, Natasha afirmaba con una soltura absoluta que el asunto estaba zanjado, que el pasado era una chiquillada de la que no valía la pena siquiera hablar, y que ya hacía mucho que lo había olvidado. Pero en lo más profundo y secreto de su corazón la cuestión de si su promesa a Borís había sido un juego o algo serio que la ataba a él la atormentaba.

Borís no había vuelto a ver a los Rostov desde que en 1805 abandonara Moscú para incorporarse en el ejército. Aunque había estado varias veces en la ciudad e incluso había llegado a pasar cerca de Otrádnoie, no los había ido a visitar ni una sola vez.

Algunas veces Natasha pensaba que Borís no la quería ver, y la sospecha se veía confirmada por el tono triste con el que los mayores hablaban de él:

—Hoy en día ya nadie se acuerda de los viejos amigos —decía la condesa cuando alguien mencionaba a Borís.

En los últimos tiempos Anna Mijáilovna había frecuentado menos la casa de los Rostov, se había mostrado especialmente digna con ellos, y siempre hablaba con entusiasmo y agradecimiento de las cualidades de su hijo y de su brillante carrera.

Cuando los Rostov se mudaron a San Petersburgo, Borís fue a hacerles una visita. Se presentó allí con cierta inquietud. El recuerdo de Natasha era el más poético de su vida. No obstante, al mismo tiempo iba con la firme intención de hacer notar tanto a Natasha como a su familia que la infantil relación que habían tenido en el pasado no implicaba un compromiso para ninguno de los dos. Borís disfrutaba de una brillante posición en la sociedad

gracias a su intimidad con la condesa Bezújova, y de una posición también brillante en el servicio gracias a la protección de un famoso personaje que confiaba plenamente en él. Además, tenía planes en marcha, fácilmente realizables, de casarse con una de las herederas más ricas de San Petersburgo. Cuando Borís entró en el salón de los Rostov, Natasha estaba en su habitación. Al enterarse de su llegada, entró en la sala casi corriendo, con el rostro encarnado y una sonrisa más que cariñosa.

Borís recordaba a la Natasha de vestido corto, bucles, ojos negros y brillantes, risa infantil y descarada que había visto cuatro años antes; por eso, cuando entró una Natasha totalmente distinta se quedó estupefacto y su semblante expresó sorpresa y entusiasmo. Esta expresión alegró a Natasha.

—¿Qué? ¿Reconoces a tu traviesa amiga? —le preguntó la condesa.

Borís besó la mano de Natasha y dijo que estaba asombrado del cambio que se había producido en ella.

—¡Qué guapa se ha vuelto!

«¡Por supuesto!», le respondieron los ojos sonrientes de Natasha.

—Y papá ¿ha envejecido?

Natasha se sentó y, sin intervenir en la conversación de Borís y la condesa, examinó en silencio hasta el más ínfimo detalle de su novio de la infancia. Él sentía el peso de su mirada insistente y cariñosa, y de vez en cuando se volvía hacia ella.

El uniforme, las espuelas, la corbata y el peinado de Borís: todo era a la última moda y *comme il faut*. Natasha lo notó al instante. Estaba sentado en el sillón junto a la condesa, un poco de lado, ajustándose con la mano derecha el guante limpísimo y ceñido que llevaba en la izquierda; apretando los labios de una manera especialmente refinada, hablaba de las diversiones de la alta sociedad petersburguesa y recordaba con dulce ironía los tiempos pasados y a los viejos amigos de Moscú. No por casualidad —así se lo pareció a Natasha— nombró a personas de la alta aristocracia, el baile del embajador al que había sido invitado, y las invitaciones que había recibido de N. N. y S. S.

Natasha estuvo todo el tiempo callada, mirándole de soslayo. Su mirada cada vez turbaba e intranquilizaba más a Borís, que a menudo se volvía hacia ella e interrumpía su relato. No estuvo más de diez minutos, se levantó y se despidió. Esos mismos ojos curiosos, provocativos y un poco burlones seguían mirándole. Después de esta primera visita, Borís se dijo que Natasha era tan atractiva como antes, pero que no debía entregarse a tal sentimiento porque casarse con ella, una muchacha sin apenas fortuna, supondría el fin de su carrera, y reanudar la relación de antes sin tener como objetivo el

matrimonio sería un acto innoble. Decidió que evitaría verla; sin embargo, al cabo de unos días volvió a casa de los Rostov, empezó a frecuentarla cada vez más y a pasarse el día entero allí. Consideraba necesario tener una explicación con Natasha, decirle que debían olvidar el pasado, que a pesar de todo… ella no podía ser su mujer, que él carecía de fortuna y que a ella nunca le permitirían casarse con él. Pero no encontraba el momento de decírselo y le resultaba incómodo iniciar una explicación así. Cada día se sentía más confundido. Natasha, según las observaciones de su madre y de Sonia, parecía enamorada de Borís, como en el pasado: le cantaba sus canciones favoritas, le enseñaba su álbum, le hacía escribir algo en él, y no le permitía recordar el pasado, como dándole a entender lo maravilloso que era el presente. Él cada día se marchaba envuelto en una bruma, sin haber dicho lo que tenía intención de decir, sin saber qué estaba haciendo, para qué iba y cómo acabaría todo. Dejó de visitar a Hélène, y todos los días recibía de ella notas llenas de reproches; aun así, seguía pasándose el día entero en casa de los Rostov.

XIII

Una noche en que la vieja condesa, en gorro y camisón de dormir, sin sus bucles postizos, solo con el triste mechoncito de pelo que asomaba por su cofia blanca de calicó, decía sus oraciones nocturnas postrada en la alfombrilla entre suspiros y ayes, la puerta de su habitación rechinó y entró corriendo Natasha en zapatillas, con los pies desnudos, en camisón y con el pelo lleno de papillotes. La condesa se volvió y frunció el ceño. Estaba terminando su última oración, «¿Acaso será este lecho mi féretro?», pero su recogimiento religioso se vio interrumpido. Natasha, colorada y con gran animación, al ver que estaba rezando se detuvo de golpe, hizo una reverencia y sacó la lengua involuntariamente, como amenazándose a sí misma. Al advertir que su madre continuaba rezando, corrió de puntillas hacia la cama y, frotándose muy deprisa un piececito con el otro, se quitó las zapatillas y se subió de un brinco a ese mismo lecho que la condesa temía que fuera su féretro. El lecho era alto, tenía un colchón de plumas y cinco almohadones superpuestos de mayor a menor tamaño. Natasha dio un salto, se hundió en el plumón, rodó hacia la pared y empezó a retozar debajo de la manta, recogiendo las rodillas hasta el mentón, dando pataditas y riéndose bajito, a veces tapándose la cabeza y otras echando miradas a su madre. La condesa

terminó su oración y se acercó a la cama con expresión severa, pero al ver que la muchacha se tapaba la cabeza, esbozó su sonrisa débil y bondadosa.

—¡Bueno, bueno, bueno! —exclamó.

—Mamá, podemos hablar, ¿verdad? —dijo Natasha—. Bueno, un beso, uno y nada más. —Se abrazó al cuello de su madre y la besó por debajo de la barbilla.

En el trato con su madre, se mostraba brusca físicamente, pero era tan delicada y hábil que, por más que la rodeara con los brazos, nunca le causaba daño, molestia o incomodidad.

—Bueno, ¿de qué se trata hoy? —dijo la madre acomodándose entre los almohadones con los brazos fuera y un gesto serio, y esperando que Natasha, después de dar un par de vueltas sobre sí misma, se acostara a su lado bajo la misma manta.

Estas visitas nocturnas de Natasha, que se producían antes de que el conde volviera del club, constituían uno de los placeres preferidos de madre e hija.

—¿De qué se trata hoy? Yo también tengo que decirte algo…

Natasha le tapó la boca con la mano.

—De Borís… Lo sé —afirmó seriamente—. Por eso he venido. No me lo diga, lo sé. ¡Sí, dígamelo! —Quitó la mano—. Dígame, mamá, ¿a que es encantador?

—Natasha, tienes dieciséis años, a tu edad yo ya estaba casada. Dices que Boria es encantador. Sí, es un verdadero encanto y lo quiero como a un hijo, pero ¿qué es lo que quieres?… ¿En qué estás pensando? Le has hecho perder completamente la cabeza, me he dado cuenta…

Al decir esto, la condesa se volvió hacia su hija. Esta, sin moverse, miraba al frente, con los ojos clavados en una de las esfinges de caoba esculpidas en las esquinas de la cama, de modo que la condesa solo le veía el perfil. La expresión singularmente seria y concentrada de su rostro la tenía asombrada.

Natasha escuchaba y meditaba.

—Bueno, ¿y qué? —dijo.

—Le has hecho perder completamente la cabeza, ¿para qué? ¿Qué es lo que quieres de él? Sabes que no te puedes casar con él.

—¿Por qué? —preguntó Natasha sin cambiar de postura.

—Porque es joven, porque es pobre, porque sois parientes… Porque no le amas.

—Y ¿usted cómo lo sabe?

—Lo sé. Y no está bien, amiguita.

—Y si yo quiero… —empezó Natasha.

—Deja de decir tonterías —replicó la condesa.

—Y si yo quiero…

—Natasha, hablo en serio…

Natasha no la dejó terminar, cogió la ancha mano de la condesa y la besó en el dorso, después en la palma, después le dio otra vez la vuelta y se puso a darle besos en un nudillo, después en el espacio de en medio, después en el siguiente nudillo, mientras susurraba: «Enero, febrero, marzo, abril, mayo».

—Hable, mamá, ¿por qué no dice nada? Hable —dijo volviéndose hacia la condesa, que la miraba con tanta ternura que parecía haber olvidado todo cuanto quería decir.

—Es que no puede ser, cariño mío. No todo el mundo va a entender vuestra amistad de la infancia, y que se os vea juntos tan a menudo puede perjudicarte a ojos de otros jóvenes que vienen de visita. Y, lo más importante, él está sufriendo en vano. Quizá ya había encontrado un buen partido, con dinero, y ahora está loco por ti.

—¿Loco? —repitió Natasha.

—Te contaré algo de mí. Yo tenía un *cousin…*

—Ya lo sé, Kiril Matveich, pero ¡es un viejo!

—No siempre ha sido un viejo. Pero esto es lo que voy a hacer, Natasha: hablaré con Boria. No puede venir tan a menudo…

—¿Por qué no puede si es lo que quiere?

—Porque sé que esto no va a llegar a nada.

—Y ¿cómo lo sabe? No, mamá, no le diga nada. ¡Qué disparates! —exclamó Natasha con el tono de una persona a la que le quieren arrebatar algo que le pertenece—. No me casaré con él, pero que siga viniendo si eso le divierte y a mí también. —Sonrió y miró a su madre—. No me casaré, pero *esto sí*.

—¿A qué te refieres, querida?

—Pues que *esto sí*. No tengo ninguna necesidad de casarme con él, pero… *esto sí*.

—¡Esto sí, esto sí! —repitió la condesa, sacudiendo todo el cuerpo con una risa repentina de anciana bondadosa.

—¡Deje de reírse, basta! —gritó Natasha—. ¡Está moviendo toda la cama! Se parece terriblemente a mí, se ríe tanto como yo… ¡Pare!… —Cogió las manos de la condesa, le besó el dedo meñique (junio), y continuó besando los dedos julio y agosto de la otra mano—. Mamá, y ¿está muy enamorado? ¿Cómo lo ve usted? ¿Alguna vez ha estado alguien tan enamorado de usted?

¡Es tan encantador, tanto! Aunque no me gusta del todo: es tan estrecho como un reloj de pared… ¿Me entiende?… Estrecho, gris, claro, ¿sabe?…

—Pero ¡qué cosas dices! —exclamó la condesa.

Natasha continuó:

—¿Es posible que no lo entienda? Nikólenka me comprendería… Bezújov, por ejemplo, es azul: azul oscuro y rojo, y es cuadrado.

—También con él coqueteas —dijo la condesa riendo.

—No, me he enterado de que es francmasón. Es un buen hombre: azul oscuro y rojo, cómo explicárselo…

—¡Condesita! —se oyó la voz del conde detrás de la puerta—. ¿No duermes?

Natasha salió de la cama de un salto, con los pies descalzos, cogió las zapatillas y se marchó corriendo a su habitación.

Tardó mucho en poderse dormir. No dejaba de pensar en que no había nadie capaz de comprender todo lo que ella entendía y lo que había en su interior.

«¿Sonia? —pensó, mientras miraba a la “gatita” con su enorme trenza, que dormía acurrucada—. ¡No, de ningún modo! Es demasiado virtuosa: se enamoró de Nikólenka y no quiere saber nada de nada. Mamá tampoco me entiende. Es asombroso lo lista que soy y… lo encantadora que es —continuó, hablando de sí misma en tercera persona e imaginándose que sus palabras las decía un hombre muy inteligente, el más inteligente y el mejor de todos…—. ¡Lo tiene todo, todo! —siguió hablando ese hombre imaginario—: Es extraordinariamente lista, encantadora y además es hermosa, extraordinariamente hermosa; también es muy hábil: nada bien, monta perfectamente a caballo y ¡qué voz! ¡Podría decirse que tiene una voz impresionante!» Cantó su pasaje favorito de una ópera de Cherubini, se echó en la cama, se puso a reír ante la alegre idea de que se dormiría al instante, le gritó a Duniasha que apagara la vela, y no había tenido tiempo esta de salir de la habitación cuando Natasha ya estaba en el feliz mundo de los sueños, donde todo era tan sencillo y maravilloso como en la realidad, pero aún mejor, porque era distinto.

Al día siguiente la condesa llamó a Borís aparte, habló con él y, a partir de entonces, el joven dejó de frecuentar la casa de los Rostov.

XIV

El 31 de diciembre, en la víspera de Año Nuevo de 1810 —*le réveillon*—, un alto dignatario de la época de Catalina daba un baile en su casa. El cuerpo diplomático y el emperador iban a asistir.

El célebre palacio del alto dignatario resplandecía con sus infinitas luces en el paseo de los Ingleses[108]. En la entrada iluminada, alfombrada de rojo, hacía guardia la policía: no solo había gendarmes, sino el propio comisario y decenas de oficiales del cuerpo. Algunos carruajes partían y otros no dejaban de llegar con lacayos de librea roja o con plumas en los sombreros. Hombres de uniforme, con condecoraciones y bandas, se apeaban de los coches; damas con vestidos de raso y abrigos de armiño bajaban con cuidado por los estribos que les colocaban ruidosamente, y avanzaban presurosas y en silencio por la alfombra de la entrada.

Cada vez que se aproximaba un nuevo carruaje, un murmullo se extendía entre la multitud de curiosos, y los hombres se quitaban el gorro.

—¿Es el emperador?… No, un ministro… un príncipe… un embajador… ¿Acaso no ves las plumas?… —se oía decir entre la multitud.

Alguien que estaba entre el gentío y que iba mejor vestido que los demás parecía conocer a todos los que llegaban, e iba diciendo los nombres de los altos dignatarios más ilustres de la época.

Una tercera parte de los invitados ya había llegado al baile, pero los Rostov, que también iban a asistir, aún estaban terminando de vestirse a toda prisa.

Aquel baile había dado lugar a muchas conversaciones y preparativos entre los Rostov, con el temor de que no llegara la invitación, los vestidos no estuvieran a punto y las cosas no salieran como debían.

Los Rostov iban a asistir acompañados de Maria Ignátievna Perónskaia, amiga y pariente de la condesa, dama de honor de la vieja corte, mujer flaca y amarillenta que guiaba a los provincianos Rostov en la alta sociedad petersburguesa.

A las diez de la noche debían pasar a recogerla por el jardín Tavrícheski, pero ya eran las diez menos cinco y las señoritas aún no estaban vestidas.

Natasha iba a un gran baile por primera vez en su vida. Se había levantado a las ocho de la mañana y había estado todo el día agitada, con una actividad febril. Desde buena mañana se había encargado de lleno de que su madre, Sonia y ella misma fueran lo mejor vestidas posible. Sonia y la condesa se pusieron enteramente en sus manos. La condesa iba a llevar un vestido de

terciopelo rojo oscuro, y las muchachas vestidos blancos de gasa con forro de seda rosa, así como rosas en el corpiño. Irían peinadas *à la grecque*.

Ya habían hecho lo esencial: se habían lavado, perfumado y empolvado con especial esmero las piernas, los brazos, el cuello y las orejas, como era costumbre cuando se iba a un baile; se habían puesto medias afiligranadas de seda, botines de raso blanco con lacitos; los peinados estaban casi terminados. Sonia ya casi se había vestido y la condesa también, pero Natasha, que se ocupaba de todas, iba rezagada. Aún estaba sentada frente al espejo, con un peinador echado sobre sus delgados hombros. Sonia, ya vestida, en medio de la habitación, se apretaba con el dedito, hasta hacerse daño, la última cinta, que crujía al paso del alfiler.

—¡Sonia, así no, así no! —exclamó Natasha volviendo la cabeza y sujetándose con las dos manos el pelo, que la doncella no había tenido tiempo de soltar—. El lazo no va así, ven aquí.

Sonia se sentó y Natasha prendió la cinta de otra manera.

—Permítame, señorita, así no puedo —decía la doncella que sujetaba el pelo de Natasha.

—¡Ah, Dios mío, espera un momento! Así, Sonia.

—¿Os falta mucho? —se oyó la voz de la condesa—. Ya han dado las diez.

—¡Enseguida, enseguida! Y usted, mamá, ¿está preparada?

—Solo me falta fijarme la toca.

—¡No lo haga sin mí, usted no va a saber! —gritó Natasha.

—Ya son las diez.

Habían decidido que llegarían al baile a las diez y media, pero Natasha aún tenía que vestirse, y además tenían que pasar por el jardín Tavrícheski.

Cuando hubo terminado con su peinado, Natasha, con unas cortas enaguas que dejaban ver sus botines de baile y una blusita de su madre, corrió hacia Sonia, la examinó y después corrió también hacia la condesa. Le hizo volver la cabeza, le fijó la toca, le dio un beso en el pelo gris y volvió corriendo con las doncellas, que le estaban terminando de acortar la falda.

El caso era que la falda de Natasha era demasiado larga; dos doncellas le subían el dobladillo y cortaban a toda prisa el hilo con los dientes. Una tercera, con alfileres en labios y dientes, corría de la condesa a Sonia; una cuarta sujetaba en alto el vestido de gasa.

—¡Mavrusha, más rápido, querida!

—Deme el dedal, señorita.

—¿Vais a acabar de una vez? —se oyó decir al conde, que iba a entrar por la puerta—. Aquí tenéis el perfume. Perónskaia ya se habrá cansado de esperar.

—Ya está, señorita —dijo la doncella levantando con dos dedos el vestido de gasa ya terminado, aventándolo y sacudiéndolo, como expresando con este gesto que era consciente de la finura y pulcritud de lo que sostenía.

Natasha empezó a ponerse el vestido.

—¡Enseguida, enseguida, no entres, papá! —gritó a través de la falda de gasa que le cubría el rostro entero.

Su padre había abierto la puerta y Sonia la cerró de un golpe. Al cabo de un minuto lo dejaron pasar. Llevaba un frac azul, medias y botines, e iba perfumado y con el pelo untado de pomada.

—¡Papá, qué guapo, estás encantador! —exclamó Natasha en medio de la habitación, mientras estiraba los pliegues de su falda de gasa.

—Permítame, señorita, permítame —decía una doncella arrodillada frente a ella, tirando de la falda y pasándose los alfileres de un lado al otro de la boca con la lengua.

—¡Di lo que quieras, pero vuelve a estar largo! —exclamó Sonia con voz desesperada tras haber examinado el vestido de Natasha.

Natasha se alejó para mirarse bien en el espejo: el vestido estaba largo.

—De verdad, señorita: no le queda largo —objetó Mavrusha, siguiendo de rodillas a Natasha.

—Bueno, si está largo, lo arreglamos, ¡en un minuto lo arreglamos! —dijo Duniasha decidida, sacando una aguja del pequeño pañuelo que llevaba en el pecho, volviendo a la tarea y poniéndose nuevamente de rodillas.

En ese instante la condesa, con su toca y el vestido de terciopelo, entró con paso tímido y silencioso.

—¡Oh! ¡Qué belleza! —gritó el conde—. ¡La más hermosa de todas!… —Quiso abrazarla, pero ella, ruborizándose, se apartó para no arrugarse el vestido.

—Mamá, ladee un poco la toca —dijo Natasha—. Ahora se la coloco bien.

Se volvió precipitadamente hacia ella y las doncellas, que estaban haciéndole el dobladillo y no tuvieron tiempo de seguirla, rompieron un trocito de gasa.

—¡Dios mío! ¿Cómo es posible? De verdad que no ha sido mi culpa…

—No pasa nada, lo arreglaré y no se verá —dijo Duniasha.

—¡Preciosa mía, qué guapa estás! —exclamó el aya desde la puerta—. Sóniushka también, ¡qué bellezas!…

Por fin, a las diez y cuarto, subieron a los coches y se pusieron en marcha, aunque todavía tenían que pasar por el jardín Tavrícheski.

Perónskaia ya estaba preparada. A pesar de su vejez y fealdad, en su casa había ocurrido exactamente lo mismo que en la de los Rostov, aunque con menos prisas (para ella aquello era algo habitual); igual que ellas, se había perfumado, limpiado y empolvado el viejo y feo cuerpo, se había lavado las orejas con esmero e, incluso, su vieja doncella se había mostrado igual de entusiasmada y maravillada con su señora cuando esta había salido al salón con su vestido amarillo y su monograma de dama de honor.

Perónskaia alabó los vestidos de las Rostov y estas elogiaron asimismo el suyo y su buen gusto; a las once, poniendo mucho cuidado en los peinados y los vestidos, se acomodaron en los coches y partieron.

XV

Desde la mañana Natasha no había tenido ni un minuto libre, ni había podido pararse a pensar ni un momento en lo que la aguardaba.

En el aire frío y húmedo, entre la estrechez, la penumbra y los balanceos del carruaje, se imaginó vivamente por primera vez lo que la esperaba en aquel baile con sus salas iluminadas: música, flores, danzas, el emperador y la rutilante juventud de San Petersburgo al completo. Todo lo que la aguardaba era tan maravilloso que no podía ni llegar a creer que fuera a ocurrir: era tan distinto de la sensación de frío, estrechez y oscuridad del carruaje… Solo comprendió lo que la esperaba cuando pasó por la alfombra roja de la entrada, entró en el vestíbulo, se quitó el abrigo de pieles y subió con Sonia y su madre la escalera iluminada y rodeada de flores. Solo entonces recordó cómo debía comportarse en el baile y procuró adoptar el porte majestuoso que consideraba imprescindible para una muchacha en una ocasión así. Pero, afortunadamente para ella, los ojos se le iban hacia todas partes: no veía nada con claridad, sus pulsaciones marcaban cien por minuto, y la sangre le empezaba a palpitar en el corazón. No podía adoptar una actitud que la hubiera hecho parecer ridícula, y andaba petrificada por la agitación, procurando disimularla con todas sus fuerzas. Y esa era justamente la actitud que mejor le sentaba. Los invitados entraban delante y detrás de ella, luciendo también sus vestidos de baile y hablando en voz baja. Los espejos de la

escalera reflejaban a las damas con sus vestidos blancos, celestes y rosados, así como los diamantes y las perlas que llevaban en sus brazos y cuellos desnudos.

Natasha miraba los espejos y, en el reflejo, no podía distinguirse de las demás: todo se mezclaba en una deslumbrante procesión. Al entrar en la primera sala, la ensordeció el rumor uniforme de voces, y la cegó el brillo y la luz. Los anfitriones, que ya llevaban media hora en la puerta de entrada dedicando exactamente las mismas palabras a todo aquel que entraba —«*charmé de vous voir*»[109]—, recibieron a los Rostov y a Perónskaia de igual manera.

Las dos muchachas, con sus vestidos blancos con idénticas rosas en el pelo negro, hicieron una reverencia también idéntica, pero la anfitriona detuvo sin querer su mirada más tiempo en la delgada Natasha. La miró y la obsequió solo a ella con una sonrisa especial, diferente de su sonrisa de señora de la casa. Quizá al mirarla recordó su dorada e irrecuperable juventud y su primer baile. El anfitrión también acompañó a Natasha con la mirada y le preguntó al conde cuál era su hija.

—*Charmante!*[110] —dijo después de besarse las puntas de los dedos.

En la sala los invitados se agolpaban en la puerta de entrada esperando la llegada del emperador. La condesa se colocó en las primeras filas. Natasha oía que varias voces preguntaban por ella y sentía cómo la miraban. Comprendió que había gustado a quienes se habían fijado en ella, y eso la tranquilizó un poco.

«Las hay como nosotras y también las hay peores», pensó.

Perónskaia le iba diciendo a la condesa el nombre de las personas más importantes que había en el baile.

—Aquel es el embajador holandés, ¿lo ve? El de pelo cano —comentaba Perónskaia, señalando a un viejito de abundante pelo rizado, plateado y canoso, rodeado de damas a las que estaba haciendo reír—. Y ahí tiene a la «reina» de San Petersburgo, la condesa Bezújova —decía señalando a Hélène, que acababa de entrar—. ¡Qué hermosa es! No tiene nada que envidiar a Maria Antónovna[111]; fíjese en cómo la cortejan tanto jóvenes como viejos. Además de hermosa, es inteligente. Dicen que el príncipe … está loco por ella. Y aquellas dos de allí, aunque no sean hermosas, aún van mejor acompañadas. —Señaló a una dama que estaba cruzando la sala con su hija, que era muy fea—. La muchacha es millonaria. Ahí van sus pretendientes —añadió Perónskaia—. Aquel es Anatol Kuraguin, el hermano de la condesa Bezújova —dijo señalando al guapísimo caballero de la Guardia, que pasó

delante de ellas mirando por encima desde la altura de su cabeza erguida—. ¡Qué guapo es! ¿No es cierto? Dicen que lo van a casar con la millonaria. También el *cousin* de usted, Borís Drubetskói, le hace mucho la corte. Se habla de millones. ¡Cómo! ¡Es el embajador francés! —le respondió a la condesa, que le había preguntado quién era Caulaincourt—. Mírelo, parece un zar y todo. Aunque a decir verdad los franceses son encantadores, realmente encantadores: no hay nadie como ellos para estar en sociedad. ¡Ah, ahí la tenemos! ¡No, en verdad nuestra Maria Antónovna es la mejor de todas! Con qué sencillez viste. ¡Adorable! Aquel hombre grueso que lleva gafas es el francmasón universal —dijo Perónskaia señalando a Pierre—. Póngalo al lado de su mujer: ¡parece un simple bufón!

Pierre, balanceando su grueso cuerpo, se abría paso entre la gente, saludando con la cabeza a derecha y a izquierda con tanta despreocupación y afabilidad como si se estuviera moviendo entre la muchedumbre de un mercado. Era evidente que buscaba a alguien.

Natasha miró con alegría el rostro conocido de Pierre —ese simple bufón, como lo había llamado Perónskaia—, y supo que los estaba buscando a ellos, y especialmente a ella: Pierre le había prometido que asistiría al baile y que le presentaría a caballeros.

Pero, antes de llegar hasta ellos, Bezújov se detuvo al lado de un invitado de pelo castaño, muy guapo, de estatura mediana, que vestía uniforme blanco y que estaba charlando junto a la ventana con un hombre alto que lucía condecoraciones y una banda. Natasha reconoció de inmediato a aquel joven de estatura mediana y uniforme blanco: era Bolkonski, y le pareció muy rejuvenecido, animado y atractivo.

—Mire, mamá, otro conocido, Bolkonski —dijo Natasha señalando al príncipe Andréi—. ¿Se acuerda de que pasó una noche en nuestra casa, en Otrádnoie?

—Ah, ¿lo conoce usted? —preguntó Perónskaia—. No lo soporto. *Il fait à present la pluie et le beau temps*.[112] ¡Su orgullo es tan grande que no conoce límites! Ha salido a su padre. Se relaciona con Speranski y están redactando no sé qué proyectos. ¡Fíjese en cómo se dirige a las damas! Una le habla y él se da la vuelta —dijo señalándolo—. Si conmigo se comportara así, lo pondría como un trapo.

XVI

De repente todo se agitó: los invitados se pusieron a hablar, moviéndose al unísono, luego separándose, y, entre las dos hileras que se habían formado y al son de la música que había empezado a sonar, entró el emperador. Detrás de él iban el anfitrión y la anfitriona. El emperador pasaba rápido, saludando a derecha e izquierda, como en un intento de liberarse cuanto antes del primer momento del encuentro. Los músicos tocaban una polonesa muy en boga entonces por la letra, que había sido compuesta en su honor y que empezaba así: «Alejandro, Yelizaveta, nos maravillan ustedes». El emperador entró en una salita y los invitados se abalanzaron contra las puertas; algunas personas iban y venían a toda prisa, con el semblante demudado. La multitud se apartó de las puertas y el emperador volvió a aparecer conversando con la anfitriona. Un joven de aspecto azorado hacía retroceder a las damas y les rogaba que se apartaran. Algunas, con una expresión que delataba un completo olvido de todas las conveniencias sociales, daban empujones estropeando sus vestidos. Los hombres empezaron a dirigirse a las señoras y a formar parejas para la polonesa.

Todos se apartaron y el emperador, sonriente, llevando de la mano a la anfitriona de la casa, salió de la salita sin seguir el ritmo de la música. Tras ellos iba el anfitrión con M. A. Naryshkina, y después embajadores, ministros y distintos generales cuyos nombres Perónskaia iba diciendo sin cesar. Más de la mitad de las damas tenían caballero y se disponían a bailar la polonesa. Natasha se daba cuenta de que estaba con su madre y con Sonia en el reducido grupo de damas que se habían quedado arrinconadas en la pared y a las que nadie había invitado a bailar. Con los delgados brazos caídos, el pecho apenas formado, erguido con mesura, contenía la respiración y miraba al frente con ojos brillantes y asustados, en los que se veía que estaba preparada tanto para la mayor de las alegrías como para la mayor de las tristezas. No le interesaban ni el emperador ni los personajes importantes que Perónskaia les señalaba, solo pensaba una cosa: «¿Es posible que nadie se acerque a mí? ¿Es posible que no baile de las primeras? ¿Es posible que no se fije en mí ninguno de estos hombres que parecen no verme, y que si me miran lo hacen como diciendo: “¡Ah! No es ella, no hay nada que mirar”. ¡No, no puede ser! Deben saber las ganas que tengo de bailar, lo espléndidamente que bailo, cómo se van a divertir si bailan conmigo».

Las notas de la polonesa, que llevaba un tiempo sonando, ya empezaban a parecer un triste recuerdo a sus oídos. Tenía ganas de llorar. Perónskaia se alejó de ellas y el conde estaba en la otra punta de la sala. La condesa, Sonia y ella seguían solas, como en medio de un bosque entre el gentío, sin interesar

ni importar a nadie. El príncipe Andréi pasó por delante con una dama, y resultó evidente que no las reconoció. El atractivo Anatol, sonriente, le decía algo a otra dama a la que llevaba del brazo, y miró a Natasha como quien mira una pared. Borís pasó dos veces por delante, y en ambas ocasiones volvió la cara. Berg y su mujer, que no bailaban, se acercaron a ellas.

A Natasha le pareció ofensivo ese acercamiento familiar en el baile, como si no hubiera otro lugar para las conversaciones domésticas. No escuchaba ni miraba a Vera, que le decía algo de su vestido verde.

Finalmente el emperador, con su última pareja (había bailado con tres damas), se detuvo y la música se interrumpió; un apurado ayudante de campo se dirigió precipitadamente a las Rostov y les rogó que se apartaran, a pesar de que ya estaban junto a la pared; en el altillo empezaron a sonar las notas claras, prudentes y encantadoramente regulares de un vals. El emperador miró sonriente a la sala. Pasó un minuto y nadie empezaba aún a bailar. Entonces el ayudante de campo que dirigía el baile se acercó a la condesa Bezújova y la invitó. Ella, sonriente, levantó una mano y, sin mirarle, la puso sobre su hombro. El ayudante de campo, experto bailarín, estrechó firmemente a su pareja y, con ritmo, calma y seguridad, primero trazó un gran círculo y, en un ángulo de la sala, cogió la mano izquierda de su dama y la hizo girar. Al compás cada vez más rápido de la música, solo se oía el tintineo regular de las espuelas del ayudante de campo, así como sus veloces y hábiles pies, y, al hacer el giro cada tres compases, el vestido de terciopelo de su pareja parecía inflamarse en su vuelo. Natasha los miraba y estaba a punto de echarse a llorar por no ser ella la que bailaba la primera vuelta del vals.

El príncipe Andréi, con su uniforme blanco de coronel de caballería, medias y botines, animado y jovial, estaba en las primeras filas del círculo, no lejos de las Rostov. El barón Firhoff hablaba con él de la primera reunión del Consejo de Estado[113] que se iba a celebrar al día siguiente. El príncipe Andréi, como hombre cercano a Speranski y miembro activo en los trabajos de la comisión legislativa, estaba en condiciones de aportar información fidedigna sobre la reunión, de la que corrían distintos rumores. Pero no estaba prestando atención a lo que le decía Firhoff: miraba alternativamente al emperador y a los caballeros que se disponían a bailar, pero que no se atrevían a entrar en el círculo.

Observaba a aquellos caballeros intimidados por la presencia del emperador, y a las damas que se morían de ganas de que las sacaran a bailar.

Pierre se le acercó y lo cogió de un brazo.

—Usted baila siempre. Allí está mi *protegée*, la joven Rostova: sáquela a bailar —dijo.

—¿Dónde? —preguntó Bolkonski—. Discúlpeme —le dijo seguidamente al barón—, terminaremos esta conversación en otro lugar: en los bailes hay que bailar.

Se dirigió hacia donde le había señalado Pierre y captó con la mirada el rostro petrificado y la desesperación de Natasha. La reconoció, adivinó lo que sentía, comprendió que era su primer baile, recordó su conversación en la ventana y, con gesto alegre, se acercó a la condesa Rostova.

—Permítame que le presente a mi hija —le dijo esta sonrojándose.

—Tengo el placer de conocerla, si la condesa me recuerda —dijo el príncipe Andréi haciendo una cortés reverencia (algo que contradecía completamente los comentarios de Perónskaia sobre su rudeza).

Se acercó a Natasha y le pasó un brazo por la cintura aún antes de haber terminado de decirle que la invitaba a bailar una vuelta de vals. La expresión petrificada de Natasha, dispuesta tanto a la desesperación como al entusiasmo, se iluminó de pronto con una sonrisa infantil, dichosa y agradecida.

«Hacía mucho que te esperaba», parecía decir esa muchacha asustada y feliz con la sonrisa que irradiaba bajo las lágrimas a punto de salir, mientras ponía su mano en el hombro del príncipe Andréi. Era la segunda pareja que entraba en el círculo. El príncipe Andréi era uno de los mejores bailarines de su tiempo y Natasha bailaba magníficamente. Sus piececitos, enfundados en botines de raso, se movían solos, veloces y ligeros, y su rostro irradiaba entusiasmo y felicidad. Su cuello y sus brazos, flacos y desnudos, no eran bonitos en comparación con los hombros de Hélène; los de Natasha eran flacos, tenía el pecho poco formado y los brazos delgados. Sin embargo, el cuerpo de Hélène parecía como cubierto del barniz de las miles de miradas que resbalaban por él, mientras que Natasha parecía una chiquilla que lleva un vestido escotado por primera vez y a la que habría dado mucha vergüenza mostrarse de esta guisa si no le hubieran asegurado que así era como debía ser.

Al príncipe Andréi le gustaba mucho bailar y, deseoso de escapar cuanto antes de las conversaciones políticas y sesudas con que se le acercaban, y también para romper la molesta atmósfera de cohibición creada por la presencia del emperador, decidió bailar; eligió a Natasha porque se lo había indicado Pierre y porque fue la primera mujer hermosa que sus ojos encontraron. Pero en cuanto rodeó con su brazo la cintura delgada, flexible y

temblorosa de la joven, y esta comenzó a moverse y a sonreírle desde tan cerca, el encanto que desprendía se le subió a la cabeza. Cuando la dejó en su sitio, recuperó el aliento y se detuvo a observar a los demás bailarines, se sintió rejuvenecido y lleno de vida.

XVII

Después del príncipe Andréi, Borís se acercó a Natasha para invitarla a bailar; a continuación lo hizo el ayudante de campo que había abierto el baile, y después algunos jóvenes más. Natasha, feliz y colorada, no dejó de bailar en toda la noche, y le cedió sus excesivos caballeros a Sonia. No se fijó en nada de lo que en aquel baile interesaba a todo el mundo. No solo no reparó en que el emperador había estado conversando mucho tiempo con el embajador francés, ni en la benevolencia que le había mostrado a cierta dama al hablar con ella; ni en cómo los príncipes tal y cual habían hecho esto y habían dicho aquello; ni en el gran éxito que había tenido Hélène ni en el interés que había suscitado en cierta persona; no vio ni siquiera al emperador y solo se dio cuenta de que se había marchado cuando, en su ausencia, el baile se animó. El príncipe Andréi bailó con ella uno de los alegres cotillones que precedieron a la cena. Él le recordó la primera vez que se habían visto en la alameda de Otrádnoie, y le contó que por la noche la había oído sin querer, cuando ella, a la luz de la luna, no se podía dormir. Natasha se sonrojó y quiso justificarse, como si hubiera algo vergonzoso en los sentimientos que la había oído expresar. Al príncipe Andréi, como a todas las personas educadas en la alta sociedad, le gustaba encontrar en ese ambiente todo cuanto careciera de la huella de lo mundano. Y así era Natasha, con su sorpresa, alegría, timidez, e incluso con sus errores al hablar en francés. El príncipe hablaba con ella con una ternura y un cuidado singulares. Sentado a su lado y charlando de las cosas más sencillas y fútiles, se maravillaba del alegre brillo de sus ojos y de su sonrisa, que no respondían a las palabras que decía, sino a su felicidad interior. Mientras Natasha era invitada a bailar y se levantaba sonriente para danzar por la sala, a él le fascinaba especialmente su tímida gracia. En mitad del cotillón, después de terminar la figura y respirando con dificultad, Natasha iba a volver a su sitio pero un nuevo caballero la invitó otra vez. Estaba cansada y sofocada, y parecía que iba a rechazarlo, pero volvió a poner alegremente una mano sobre el hombro del caballero y sonrió al príncipe Andréi.

«Me encantaría descansar y sentarme con usted, estoy cansada; pero ya ve que todos me eligen, y esto me llena de alegría y felicidad; los quiero a todos, y tanto usted como yo lo entendemos»: esto y muchas cosas más decía su sonrisa. Cuando el caballero la dejó, Natasha cruzó rápidamente la sala en busca de dos damas para las figuras.

«Si se acerca primero a su prima y después a otra dama, será mi mujer», se dijo el príncipe Andréi de un modo completamente inesperado mientras la miraba. Y, efectivamente, ella se acercó primero a su prima.

«¡Qué disparates se me ocurren a veces! —pensó el príncipe Andréi—; lo único seguro es que esta muchacha es tan encantadora y especial que, antes de que lleve un mes bailando aquí, se habrá casado… Hay pocas como ella en este ambiente», se dijo cuando Natasha, colocándose bien la rosa del corpiño, tomó asiento a su lado.

Al final del cotillón el viejo conde se acercó en su frac azul a los bailarines. Invitó al príncipe Andréi a su casa y le preguntó a su hija si se estaba divirtiendo. Natasha no contestó, tan solo esbozó una sonrisa que decía con un reproche: «¿Cómo es posible que me lo pregunte?».

—¡En mi vida me había divertido tanto! —exclamó la joven, y el príncipe se dio cuenta de que había levantado sus brazos delgados para abrazar a su padre, pero que los había bajado de inmediato.

Natasha nunca en su vida había sido tan feliz como aquel día. Se encontraba en ese grado de felicidad en que uno se siente bueno y afable, y no puede creer en la posibilidad de que existan el mal, la desdicha ni la tristeza.

En este baile Pierre se sintió por primera vez humillado por la posición que su mujer ocupaba en las altas esferas. Estaba taciturno y distraído. Una profunda arruga le atravesaba la frente y, de pie junto a la ventana, miraba a través de sus gafas sin ver a nadie.

Natasha pasó por delante de él cuando se dirigía hacia la cena.

El rostro lóbrego y desdichado de Pierre la dejó estupefacta. Se detuvo frente a él: quería ayudarlo, comunicarle parte de su desbordante alegría.

—Qué divertido, conde —le dijo—, ¿verdad?

Pierre sonrió distraídamente; era evidente que no entendía lo que le decía.

—Sí, estoy muy contento —afirmó.

«¿Cómo puede alguien estar insatisfecho? —pensaba Natasha—. ¡Especialmente un hombre tan bueno como Bezújov!» A sus ojos, todos los invitados del baile eran igual de buenos, gentiles y encantadores, y se amaban

unos a otros: nadie podía ofender a nadie, y por tanto todos tenían que ser felices.

XVIII

Al día siguiente el príncipe Andréi recordó el baile de la víspera, pero no se detuvo demasiado tiempo a pensar en él. «Sí, fue un baile deslumbrante. Y además… Sí, Rostova es encantadora. Tiene algo fresco, especial y no petersburgués que la distingue.» Eso fue lo único que pensó del baile y, después de tomar el té, se puso a trabajar.

No obstante, ya fuera por el cansancio o por haber dormido poco, el día no fue propicio para trabajar, y no fue capaz de hacer nada: se pasó todo el tiempo criticando su propio trabajo, algo frecuente en él, así que se alegró cuando oyó que llegaba alguien.

El visitante era Bitski, miembro de distintos comités que frecuentaba todos los salones de San Petersburgo, admirador entusiasmado de las nuevas ideas de Speranski y diligente propagador de noticias por la ciudad: una de esas personas que eligen sus ideas como si fueran un vestido, según la moda, y que justamente por eso parecen sus más fervientes defensores. Entró rápidamente en el gabinete del príncipe Andréi, con aire preocupado y, sin haber tenido apenas tiempo de quitarse el sombrero, se puso a hablar de inmediato. Se acababa de enterar de los detalles de la reunión del Consejo de Estado que se había celebrado por la mañana y que había inaugurado el emperador, y los contó entusiasmado. El discurso del emperador había sido excepcional, uno de esos que solo pronuncian los monarcas constitucionales.

—El emperador ha afirmado abiertamente que el Consejo y el Senado son *estamentos* del Estado; ha dicho que el gobierno no debe estar basado en la arbitrariedad, sino en *principios firmes*. Ha dicho que se tienen que reformar las finanzas y que las cuentas tienen que ser públicas —dijo Bitski, haciendo hincapié en ciertas palabras y abriendo los ojos significativamente—. ¡Sí, lo que hoy ha acontecido supone el inicio de una era, la era más grande de nuestra historia! —concluyó.

Al escuchar el relato de la apertura de ese Consejo de Estado que había esperado con tanta impaciencia y que tan importante le parecía, el príncipe Andréi se sorprendió al comprobar que ahora no solo no le interesaba, sino que le parecía del todo insignificante. Escuchó el entusiasmado relato de Bitski con una débil sonrisa. En su cabeza surgía un pensamiento de lo más

simple: «¿Qué nos puede importar a mí y a Bitski lo que el emperador haya dicho en el Consejo? ¿Acaso algo de esto me puede hacer mejor y más feliz?».

Y esta simple reflexión aniquiló de golpe todo el interés que había sentido por las reformas en marcha. Aquel día iba a ir a comer a casa de Speranski en *petit comité*, como le había dicho este al invitarlo. Esa comida en el círculo familiar y amistoso de un hombre al que tanto admiraba había interesado mucho al príncipe Andréi, tanto más cuanto que nunca lo había visto en su ambiente íntimo; sin embargo, ahora no tenía ganas de ir.

No obstante, a la hora fijada, se presentó en la pequeña casa propiedad de Speranski, cerca del jardín Tavrícheski. A las cinco de la tarde, en el comedor entarimado de la pequeña casa, que se distinguía por su extraordinaria limpieza (recordaba a la limpieza monástica), el príncipe Andréi, que llegaba un poco tarde, encontró ya reunido a todo el grupo que formaba el *petit comité*: los amigos íntimos de Speranski. No había ninguna dama, a excepción de la hija pequeña de Speranski (tenía la cara alargada, parecida a la de su padre) y su institutriz. Los invitados eran Gervais, Magnitski y Stolypin. Ya desde el recibidor, había oído voces fuertes y una carcajada sonora y clara, como las que se oyen en un escenario. Alguien que tenía una voz parecida a la de Speranski articulaba marcadamente: «Ja… ja… ja…». El príncipe Andréi nunca había oído la risa de Speranski, y esa carcajada sonora y aguda del hombre de Estado le causó una extraña impresión.

Entró en el comedor. Los allí reunidos estaban de pie entre dos ventanas, ante una mesa en la que habían servido el aperitivo. Speranski vestía un frac gris con una estrella, y el mismo chaleco y corbata alta que había llevado en la célebre sesión del Consejo de Estado; estaba junto a la ventana y tenía una expresión alegre. Los invitados lo rodeaban. Magnitski contaba una anécdota mirando a Mijaíl Mijáilovich[114], que le escuchaba riéndose de antemano por lo que este iba a decir. En el momento en que el príncipe Andréi entró en el comedor, las palabras de Magnitski se vieron sofocadas nuevamente por carcajadas. Stolypin, que estaba masticando un trozo de pan con queso, reía fuerte, con su voz de bajo; la risa de Gervais sonaba débil y la de Speranski, aguda y clara. Sin dejar de reír, le tendió al príncipe Andréi su mano blanca y suave.

—Me alegro mucho de verle —le dijo—. Un momentito… —se dirigió a Magnitski, interrumpiendo su relato—. Hoy tenemos un trato: será una comida de placer, ni una sola palabra de trabajo. —Y de nuevo se volvió hacia Magnitski y se echó a reír.

El príncipe Andréi lo miró, y escuchó con sorpresa y triste decepción aquella risa. Le parecía que ese no era Speranski, sino otra persona. Todo lo que antes había visto en él de misterioso y atractivo de pronto le parecía evidente y desagradable. La conversación no decayó ni un instante y consistió en un cúmulo de divertidas anécdotas. No había acabado aún Magnitski de contar su historia, cuando otro decía que iba a contar algo aún más divertido. La mayor parte de las anécdotas no tenían que ver tanto con el mundo de la administración como con sus funcionarios. Parecía que los allí reunidos estaban tan decididamente convencidos de la ineptitud de los funcionarios que su actitud ante ellos solo podía ser cómica y condescendiente. Speranski dijo que en el Consejo de la mañana habían preguntado a un alto funcionario sordo cuál era su opinión, y este había respondido que opinaba lo mismo. Gervais contó la anécdota de una inspección que había resultado extraordinaria por la imbecilidad de sus protagonistas. Stolypin, tartamudeando, intervino criticando vehementemente los abusos del viejo orden de cosas, amenazando con dar a la conversación un carácter serio. Magnitski se burló entonces del acaloramiento de Stolypin, Gervais intercaló una broma y la conversación adoptó el tono jovial de antes.

Evidentemente, a Speranski le gustaba descansar después del trabajo y divertirse con su círculo de amigos y, como todos los invitados comprendían este deseo, trataban de divertirlo y de pasárselo bien también ellos. Sin embargo, al príncipe Andréi esta alegría le parecía pesada y aburrida. El timbre agudo de la voz de Speranski le había sorprendido desagradablemente y, por algún motivo, su continua risa de falsete ofendía sus sentimientos. Él no se reía y temía resultar un fastidio para los demás, pero nadie reparó en lo ajeno que era a la alegría general. Todos parecían divertirse mucho.

Quiso intervenir en la conversación en varias ocasiones, pero cada vez sus palabras salían despedidas como un tapón de corcho del agua, y se veía incapaz de seguir la broma a los demás.

No había nada de malo ni fuera de lugar en lo que decían: todo era ingenioso y hasta podía resultar gracioso, pero no solo faltaba lo que constituye la sal de la alegría, sino que ellos ni siquiera sospechaban que eso pudiera existir.

Después de la comida la hija de Speranski y su institutriz se levantaron. Speranski acarició a la hija con su mano blanca y la besó. Y al príncipe Andréi también ese gesto le pareció forzado.

Los hombres, siguiendo la costumbre inglesa, se quedaron de sobremesa bebiendo oporto. A mitad de la conversación, que se había centrado en la

intervención de Napoleón en España, que todos aprobaban, el príncipe Andréi expresó su desacuerdo. Speranski sonrió y, con la clara intención de desviar la conversación hacia un tema agradable, contó una anécdota que no tenía nada que ver con lo que estaban hablando. Durante unos instantes todos se quedaron callados.

Cuando ya llevaban un rato sentados a la mesa, Speranski tapó la botella de vino y dijo: «Hoy en día un buen vinito vale su peso en oro»; después se la dio al criado y se levantó. Los demás hicieron lo mismo y pasaron al salón, hablando tan ruidosamente como antes. En ese momento entregaron a Speranski dos sobres que había traído un mensajero. Los cogió y se fue a su gabinete. En cuanto se retiró, la alegría general decayó y los invitados empezaron a hablar con seriedad y en voz baja.

—¡Bueno, es hora de la declamación! —exclamó Speranski, saliendo del gabinete—. ¡Tiene un talento admirable! —dijo, volviéndose hacia el príncipe Andréi.

Acto seguido, Magnitski se puso en posición y empezó a declamar unos versos humorísticos en francés que había compuesto él mismo sobre varios personajes famosos de San Petersburgo, y varias veces fue interrumpido por los aplausos. Cuando terminó, el príncipe Andréi se acercó a Speranksi y se despidió de él.

—¿Adónde se va tan pronto? —le preguntó este.

—Me he comprometido a asistir una velada…

Ambos callaron. El príncipe Andréi observó de cerca aquellos ojos impenetrables, como de espejo, y le pareció ridículo haber podido esperar algo de Speranski y de su propia labor, y haber dado importancia a lo que este hacía. Cuando se hubo marchado, la risa esmerada y carente de alegría de Speranski tardó mucho tiempo en dejar de resonar en sus oídos.

Al llegar a casa, hizo un repaso de su vida en San Petersburgo durante aquellos cuatro meses, como si fuera algo nuevo. Recordó sus preocupaciones, sus búsquedas, su proyecto de reforma del reglamento militar, que había sido tomado en consideración, pero que trataban de silenciar solo porque había otro proyecto, muy malo, que ya había sido presentado al zar; recordó las reuniones del comité, en el cual estaba Berg; recordó cómo en ellas se discutía larga y meticulosamente de todo cuanto se refería a la forma y al procedimiento de las sesiones, y cómo pasaban por encima, con diligencia y rapidez, de todo lo que era esencial. Recordó su labor legislativa, el celo con el que había traducido al ruso los artículos de los códigos romano y francés, y se sintió avergonzado. Después recordó

vivamente Boguchárovo, sus trabajos en el campo y el viaje a Riazán; recordó a los campesinos y al *stárosta* Dron, y, al aplicarles mentalmente esos derechos del hombre que había dividido en epígrafes, se asombró de cómo había podido dedicarse tanto tiempo a un trabajo tan estéril.

XIX

Al día siguiente el príncipe Andréi fue de visita a algunas casas en las que aún no había estado, entre ellas la de los Rostov, con quienes después del baile había reanudado su relación. Aparte de las leyes de la cortesía, según las cuales una visita era obligada, quería ver en casa a aquella muchacha especial y vivaz que tan grato recuerdo le había dejado.

Natasha fue una de las primeras en salir a recibirle. Llevaba un vestido azul de diario, y al príncipe Andréi le pareció aún más hermosa que con el vestido de baile. Tanto ella como los demás miembros de la familia lo recibieron como a un viejo amigo, con sencillez y cordialidad. Toda la familia, a la que antes había juzgado con severidad, le parecía ahora formada por personas excelentes, sencillas y buenas. La hospitalidad y afabilidad del viejo conde, que en San Petersburgo suponía una sorpresa especialmente agradable, eran tales que no pudo rechazar su invitación de quedarse a comer. «Sí, son personas buenas y entrañables —pensaba— y, sin duda, no se imaginan ni por asomo el tesoro que tienen en Natasha. ¡Son buenas personas, el mejor telón de fondo para realzar a esta muchacha tan poética, encantadora y llena de vida!»

El príncipe Andréi percibía en Natasha un mundo especial, completamente ajeno a él, repleto de alegrías que desconocía, un mundo ajeno que ya entonces, en la alameda de Otrádnoie y en la ventana durante la noche de luna, tanto le había alterado. Ahora este mundo ya no le alteraba ni le resultaba ajeno y, al adentrarse en él, hallaba nuevos placeres.

Después de la comida, Natasha, a petición del príncipe Andréi, se acercó al clavicordio y se puso a cantar. Él estaba junto a la ventana conversando con las damas y escuchándola. A mitad de una frase, se quedó callado y notó inesperadamente que se le juntaban las lágrimas, algo que nunca habría pensado que le pudiera pasar. Miró a Natasha, que seguía cantando, y en su alma sucedió algo nuevo y feliz. Se sentía feliz y al mismo tiempo triste. No tenía nada por lo que llorar, pero estaba dispuesto a hacerlo. ¿Por qué? ¿Por el amor del pasado? ¿Por la pequeña princesa? ¿Por sus decepciones? ¿Por sus

esperanzas de futuro?… Sí y no. Lo que sobre todo le daba ganas de llorar era la terrible contradicción, de la que de repente se hizo vivamente consciente, entre lo infinitamente grandioso e indefinido que había en su interior, y la materia limitada y corpórea que era él, incluso ella. Mientras Natasha cantaba, esta contradicción le hizo sufrir tanto como le llenó de alegría.

En cuanto Natasha acabó, se acercó a él y le preguntó si le había gustado su voz. Hizo la pregunta y enseguida se turbó al comprender que no tendría que haberla hecho. Él la miró con una sonrisa y le dijo que su manera de cantar le gustaba tanto como todo lo que hacía.

El príncipe Andréi se marchó bien entrada la noche. Al llegar a su casa se acostó por pura costumbre, pero no tardó en ver que no se podría dormir. Tan pronto encendía la vela y se sentaba en la cama como se levantaba y se volvía a acostar, pero el insomnio en absoluto le parecía un fastidio: sentía en el alma algo tan alegre y tan nuevo que le parecía como si acabara de salir de una habitación asfixiante al aire libre. Ni se le pasaba por la cabeza que pudiera estar enamorado de Rostova, no pensaba en ella: solo se la imaginaba, y toda su vida aparecía bajo una nueva luz. «¿Para qué lucho, para qué me esfuerzo dentro de este marco estrecho y cerrado, cuando la vida, la vida entera, con todas sus alegrías, está abierta ante mí?», se decía. Y por primera vez en mucho tiempo hizo planes de futuro. Decidió que debía ocuparse de la educación de su hijo, encontrarle un preceptor y ponerlo en sus manos; después debía retirarse y viajar al extranjero, ver Inglaterra, Suiza, Italia. «Tengo que aprovechar mi libertad mientras sienta en mí tanto vigor y juventud —se decía—. Pierre tenía razón cuando decía que para ser feliz hay que creer en la posibilidad de serlo, y yo ahora creo en ella. Dejemos que los muertos entierren a los muertos; mientras esté vivo, tengo que vivir y ser feliz.»

XX

Una mañana el coronel Adolf Berg[115], al que Pierre conocía, como conocía a todo el mundo en Moscú y en San Petersburgo, se presentó en su casa con un pulcro uniforme recién estrenado y las patillas untadas de pomada, peinadas hacia delante, como las llevaba el emperador Alejandro Pávlovich.

—Acabo de ver a su mujer, la condesa, y he tenido la gran desdicha de que no haya atendido mi petición; espero tener más suerte con usted, conde —dijo con una sonrisa.

—¿Qué desea, coronel? Estoy a su disposición.

—Ya he acabado de instalarme en mi nuevo piso —le informó Berg, sabiendo que, naturalmente, oír aquello era algo agradable—, por lo que me gustaría organizar una pequeña velada para mis conocidos y los de mi mujer. —Sonrió aún con mayor amabilidad—. Quería pedirle a la condesa y a usted que me concedan el honor de venir a tomar una taza de té y… a cenar.

Solo la condesa Yelena Vasílievna, que debía de considerar humillante la compañía de unos Berg cualquiera, podía cometer la crueldad de rechazar una invitación así. Berg fue tan claro al explicar que deseaba reunir en su casa a un pequeño y selecto grupo, que eso le agradaría, que le disgustaba gastar dinero a las cartas y en otras cosas malas, pero que estaba dispuesto a correr con el dispendio con tal de reunir a una buena compañía, que Pierre no pudo negarse y le prometió ir.

—Pero no llegue tarde, conde, si puedo atreverme a pedírselo: venga a las ocho menos diez. Jugaremos a las cartas, estará nuestro general: es muy bueno conmigo. Después cenaremos, conde. Hágame, pues, el favor.

Contrariamente a su costumbre de llegar tarde, Pierre se presentó allí no a las ocho menos diez, sino a menos cuarto.

Los Berg, habiendo dispuesto todo lo necesario para la velada, ya estaban preparados para recibir a los invitados.

En el gabinete nuevo, limpio, luminoso, decorado con pequeños bustos, cuadros y mobiliario recién estrenado, Berg, con su uniforme nuevo y abotonado, estaba sentado al lado de su mujer explicándole que siempre se puede y se debe trabar amistad con personas situadas por encima de uno mismo, porque solo entonces se experimenta el placer de la amistad.

—Así siempre se puede aprender algo o pedir alguna cosa. Fíjate en cómo he vivido desde mi primer ascenso. —Berg no contaba su vida por años, sino por ascensos—. Mis compañeros aún no han llegado a nada, y yo ya aspiro al puesto de jefe de regimiento y tengo la suerte de ser su marido. —Se levantó y besó la mano de Vera; al acercarse a ella aprovechó para arreglar una esquina de la alfombra que estaba arrugada—. Y ¿cómo lo he logrado? Sobre todo sabiendo escoger a mis amistades. Por supuesto, hay que ser íntegro y meticuloso…

Berg sonrió convencido de su superioridad sobre su débil esposa y se quedó callado, porque pensó que, al fin y al cabo, su querida Vera no era más que una mujer débil incapaz de comprender lo que constituye la dignidad de un hombre, *ein Mann zu sein*[116]. Por su parte, Vera también sonrió convencida de su superioridad sobre su íntegro y buen marido, que, al fin y al

cabo, tenía una idea equivocada de la vida, igual que todos los hombres, según ella pensaba. Berg, juzgando a todas las mujeres solo por su esposa, las consideraba débiles y estúpidas. Vera, juzgando a todos los hombres solo por su marido y generalizando sus observaciones, creía que no hacían más que atribuirse la inteligencia, cuando en realidad no entendían nada, eran orgullosos y egoístas.

Berg se levantó y, abrazando a su mujer con sumo cuidado para no arrugar la esclavina de encaje por la que tanto dinero había pagado, le dio un beso en los labios.

—Solo una cosa: no tengamos hijos demasiado pronto —dijo por una inconsciente asociación de ideas.

—Sí —respondió Vera—, tampoco yo lo deseo en absoluto. Hay que vivir para la sociedad.

—La princesa Yusúpova llevaba una exactamente igual —dijo Berg señalando la esclavina con una alegre y afable sonrisa.

En ese instante anunciaron la llegada del conde Bezújov. Marido y mujer intercambiaron una sonrisa satisfecha, atribuyéndose cada uno el honor de tal visita.

«¡He aquí lo que significa saber hacer amistades! —pensó Berg—. ¡He aquí lo que significa saber comportarse!»

—Una cosa te pido por favor —dijo Vera—: cuando me esté ocupando de los invitados, no me interrumpas, porque sé cómo atenderlos y qué decir en cada caso.

Berg también sonrió.

—No siempre: a veces lo que un hombre necesita es una conversación de hombres —objetó.

Pierre fue recibido en el salón nuevo, en el que era imposible sentarse en ningún sitio sin romper la simetría, la pulcritud y el orden; por ello, fue muy comprensible y nada extraño que Berg se mostrara magnánimo al ofrecer a un huésped tan respetable romper la simetría del sillón o del diván; pero, como al parecer se encontraba en un doloroso estado de indecisión, dejó que el invitado resolviera a su elección el problema. Pierre quebrantó la simetría acercándose una silla, y Berg y Vera dieron comienzo a la velada, interrumpiéndose el uno al otro al atender al invitado.

Vera, que había decidido que Pierre debía ser entretenido con una conversación sobre la embajada francesa, se puso en el acto a hablar de este asunto. Berg, que había decidido que lo que se requería era una conversación de hombres, la interrumpió y planteó la cuestión de la guerra contra Austria,

saltando sin darse cuenta de la conversación general a sus ideas personales sobre las propuestas que le habían hecho de participar en la campaña austríaca, y las razones por las que no había aceptado. A pesar de que la conversación era muy dispersa y de que Vera estaba enfadada por la intromisión del elemento masculino, los cónyuges advertían con satisfacción que, aunque solo hubiera un invitado, la *velada* había empezado muy bien y que era idéntica a cualquier otra, como dos gotas de agua, con sus conversaciones, su té y sus velas encendidas.

Al poco rato llegó Borís, antiguo compañero de Berg. Se observaba cierto aire de superioridad y condescendencia en la manera en la que el joven lo trataba tanto a él como a Vera. Después llegó una dama acompañada de un coronel y, a continuación, los Rostov: la velada ya era completa e indudablemente igual que cualquier otra velada. Berg y Vera no podían disimular una sonrisa de alegría al ver semejante ajetreo por su salón, al escuchar el murmullo inconexo de las conversaciones, el frufrú de los vestidos y los saludos. Todo era como en las demás veladas, sobre todo en lo que respectaba al general, que elogió el piso, dio una palmada a Berg en el hombro y, con una familiaridad paternal, supervisó la disposición de la mesa para jugar al *boston*. Luego tomó asiento al lado del conde Iliá Andreich, por ser el invitado más importante después de él. Los viejos se sentaron con los viejos, los jóvenes con los jóvenes y la dueña de la casa en la mesa del té, donde había una cestita de plata con las mismas pastas que en la velada de los Panin: todo era exactamente igual que en cualquier otra casa.

XXI

Pierre, como uno de los invitados más respetables, tenía que jugar al *boston* con Iliá Andreich, el general y el coronel. Le tocó sentarse enfrente de Natasha, y se quedó asombrado por el extraño cambio que se había producido en ella desde el día del baile. Se mostraba taciturna y no solo no estaba tan atractiva como en el baile, sino que habría parecido incluso fea si no hubiera tenido ese aire tan dócil e indiferente a todo.

«¿Qué le pasa?», pensó Pierre al mirarla. Natasha estaba al lado de su hermana, en la mesa del té, y respondía a Borís, que se había sentado junto a ella, con desgana y sin mirarlo. Después de haber colocado un palo entero y recogido cinco bazas, para la satisfacción de su compañero de juego, Pierre la

volvió mirar al tiempo que oía unas voces saludándose y los pasos de alguien que entraba en el salón.

«¿Qué le habrá pasado?», se dijo aún más sorprendido.

Entonces vio que el príncipe Andréi estaba frente a ella y le decía algo con delicadeza y ternura. Natasha, levantando la cabeza y ruborizada, lo miraba procurando contener su agitada respiración. La luz brillante de su fuego interior, apagado un momento antes, volvió a arder en ella y la transformó por completo: ya no estaba fea, sino tan hermosa como en el baile.

El príncipe Andréi se acercó a Pierre, quien advirtió una expresión nueva y rejuvenecida en el rostro de su amigo.

Pierre se cambió varias veces de sitio durante el juego, y tan pronto le daba la espalda a Natasha como estaba de cara a ella, pero mientras duraron las seis partidas no dejó de observarla, y tampoco a su amigo.

«Algo muy importante hay entre ellos», pensaba Pierre, movido por un sentimiento de alegría y a la vez de amargura que hacía que se olvidara del juego.

Después de seis partidas el general se levantó diciendo que así no se podía jugar, y Pierre quedó libre. Natasha hablaba en un rincón con Sonia y Borís; Vera, con una sutil sonrisa, conversaba con el príncipe Andréi. Pierre se acercó a su amigo y, después de preguntar si no era un secreto lo que hablaban, se sentó al lado de ellos. Vera, que se había dado cuenta de la atención que el príncipe Andréi prestaba a Natasha, había considerado que en una velada, una auténtica velada, era imprescindible hacer delicadas alusiones a los sentimientos y, aprovechando un momento en que se había quedado solo, había entablado con él una conversación sobre los sentimientos en general y sobre su hermana en particular. Con un invitado tan inteligente (así es como veía Vera al príncipe Andréi) tenía que recurrir a todas sus artes diplomáticas.

Cuando Pierre se acercó a ellos observó que Vera, satisfecha de sí misma, estaba muy enfrascada en la conversación, mientras que el príncipe Andréi parecía turbado (algo que raramente le ocurría).

—¿Cuál es su opinión? —le preguntaba Vera con una sutil sonrisa—. Usted, príncipe, es tan perspicaz y comprende con tanta rapidez el carácter de las personas… ¿Qué piensa de *Nathalie*? ¿Puede ser constante en sus afectos? ¿Puede, como otras mujeres —se refería a sí misma—, ser para siempre fiel al hombre que ama? Yo considero que esto es el verdadero amor. ¿Qué le parece, príncipe?

—Conozco demasiado poco a su hermana para juzgar una cuestión tan delicada —respondió el príncipe con una sonrisa irónica con la que quería ocultar su turbación—; por otra parte, he observado que, cuanto menos gusta una mujer, más constante suele ser —añadió, y miró a Pierre, que se acercaba a ellos en ese momento.

—Sí, eso es cierto, príncipe. En nuestros días —continuó Vera (se refería a «nuestros días» como les gusta hacer, en general, a las personas limitadas que creen que han hallado y comprendido las particularidades de su época, y creen que las características humanas cambian con el tiempo)—, en nuestros días las muchachas tienen tanta libertad que *le plaisir d'être courtisée*[117] suele ahogar en ellas el verdadero sentimiento. *Et Nathalie, il faut l'avouer, y est très sensible*.[118]

Esta nueva alusión a Natasha hizo que el príncipe Andréi frunciera el ceño con desagrado; quiso levantarse, pero Vera continuó con una sonrisa aún más afectada:

—Creo que no hay joven que haya sido más *courtisée* que ella; sin embargo, hasta ahora nadie le ha gustado en serio. Usted lo sabe, conde —se volvió hacia Pierre—: ni siquiera nuestro querido *cousin* Borís, que, *entre nous*, estaba muy, pero que muy *dans le pays du tendre…*[119] —prosiguió haciendo alusión a un mapa del amor muy en boga en aquel entonces.[120]

El príncipe Andréi, enfurruñado, guardaba silencio.

—Porque usted es amigo de Borís, ¿no es así? —le preguntó Vera.

—Sí, lo conozco…

—Seguro que le habrá hablado de su amor de infancia por Natasha, ¿verdad?

—¿Es que hubo un amor de infancia? —preguntó el príncipe Andréi enrojeciendo de pronto.

—Sí. *Vous savez entre cousin et cousine cette intimité mène quelquefois à l'amour: le cousinage est un dangereux voisinage. N'est ce pas?*[121]

—¡Oh, sin duda! —respondió el príncipe Andréi, y, de pronto, con una animación forzada, se puso a bromear con Pierre y le dijo que anduviera con cuidado en el trato con sus primas cincuentonas de Moscú; en mitad de esa jocosa conversación se levantó, lo cogió del brazo y se lo llevó aparte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pierre sorprendido, al ver la extraña animación de su amigo y reparando en que había mirado a Natasha al levantarse.

—Necesito hablar contigo, lo necesito —le dijo el príncipe Andréi—. Ya sabes, nuestros guantes de mujer —añadió, refiriéndose a los guantes de

masón que dan a todo hermano que ingresa en la Orden para que se los entregue a la mujer que ama—. Yo… Pero no, ya hablaremos más tarde…

Y, con un extraño brillo en los ojos y movimientos nerviosos, fue hacia Natasha y se sentó a su lado. Pierre vio que le preguntaba algo y que ella le respondía ruborizada. Pero en ese instante Berg se acercó a Pierre y le pidió insistentemente que participara en la discusión que se había entablado entre el general y el coronel sobre la intervención en España.

Berg se sentía feliz y satisfecho: de su rostro no se borraba una alegre sonrisa.

La velada iba muy bien y era exactamente igual a las que había asistido. Se asemejaba en todo: en las conversaciones delicadas de las damas, en las cartas, en el general alzando la voz, en el samovar y en las pastas. Sin embargo, todavía faltaba una cosa, algo que siempre veía en las veladas y que deseaba imitar: faltaba una discusión acalorada entre hombres sobre algún tema importante y sesudo. El general la había iniciado y Berg arrastraba a Pierre hacia ella.

XXII

Al día siguiente el príncipe Andréi, invitado por el conde Iliá Andreich, fue a comer a casa de los Rostov y estuvo todo el día allí.

En la casa todos se daban cuenta de a quién había ido a ver, y el príncipe Andréi, sin ocultarlo, trató de estar todo el tiempo con Natasha. No solo en el ánimo de ella, asustado pero dichoso y apasionado, sino en el de toda la familia se percibía el temor de que algo importante iba a suceder. La condesa observaba con ojos tristes, serios y severos al príncipe Andréi mientras este hablaba con Natasha y, con timidez y disimulo, iniciaba alguna conversación intrascendente en cuanto él la sorprendía con la mirada. Sonia temía alejarse de Natasha y, a la vez, ser un estorbo cuando se quedaba con ellos dos. Natasha, temerosa y expectante, se ponía pálida cada vez que se quedaba un instante a solas con el príncipe. Este la asombraba por su timidez y ella sentía que quería decirle algo, pero que no se decidía.

Por la noche, cuando el príncipe Andréi se marchó, la condesa fue hacia Natasha y le preguntó en un susurró:

—Bueno, ¿qué?

—¡Mamá, por Dios, no me pregunte nada ahora! No puedo hablar de eso —dijo Natasha.

Sin embargo, esa noche Natasha, a momentos agitada y a momentos asustada, estuvo mucho rato en la cama de su madre con la mirada inmóvil. Le contó que él la había elogiado, le había dicho que viajaría al extranjero, le había preguntado dónde iban a pasar el verano y, además, le había hecho preguntas sobre Borís.

—¡Algo así… como esto… jamás me había pasado! —exclamó Natasha —. Pero en su presencia tengo miedo… Siempre tengo miedo en su presencia… ¿Qué significa? Significa que esto es verdadero, ¿verdad? ¡Mamá! ¿Se ha dormido?

—No, cariño mío. Yo también tengo miedo —respondió la madre—. Anda, vete.

—De todos modos, no voy a dormir. ¡Dormir es un disparate! ¡Mamá, mamaíta, nunca había sentido algo así! —exclamó sorprendida y asustada por ese sentimiento que descubría en su interior—. ¡Quién lo iba a pensar!…

A Natasha le parecía estar enamorada del príncipe Andréi desde que lo había visto por primera vez en Otrádnoie. Era como si la asustara esta extraña e inesperada felicidad, como si el hombre al que ya entonces había elegido (estaba firmemente convencida) se volviera a encontrar con ella y ahora, tal como parecía, se mostrara interesado. «Justo ha venido a San Petersburgo cuando estamos nosotros, como hecho a propósito. Y va y nos encontramos en el baile. Eso es el destino, está claro que es el destino: todo ha llevado a esto. Ya entonces, en cuanto lo vi por primera vez, sentí algo especial.»

—Pero ¿qué más te ha dicho? ¿Qué son estos versos? Léelos… —le pidió su madre pensativa, refiriéndose a unos versos que el príncipe Andréi había escrito en el álbum de Natasha.

—Mamá, ¿no hay nada de vergonzoso en que sea viudo?

—Pero ¡qué dices, Natasha! Reza a Dios. *Les mariages se font dans les cieux*.[122]

—¡Mamá querida, no sabe cuánto la quiero y qué contenta estoy! —exclamó Natasha llorando con lágrimas de alegría y emoción, y abrazando a su madre.

En ese mismo instante el príncipe Andréi estaba en casa de Pierre hablándole de su amor por Natasha y de su firme intención de casarse con ella.

Aquel día había una recepción en casa de la condesa Yelena Vasílievna; asistían el embajador francés, un príncipe extranjero que se había convertido en un asiduo visitante desde hacía poco y muchas otras damas y caballeros

ilustres. Pierre estaba abajo, paseándose por las salas y asombrando a todos los invitados con su aire sombrío, disperso y ensimismado.

Desde el día del baile Pierre sentía el acecho de sus ataques de hipocondría y trataba desesperadamente de luchar contra ellos. Al comenzar la amistad entre el príncipe y su mujer, Pierre había sido nombrado inesperadamente gentilhombre de cámara, y desde entonces había empezado a experimentar una sensación de incomodidad y vergüenza en la alta sociedad, y lo asaltaban cada vez con más frecuencia sus sombríos pensamientos sobre la vanidad humana. Además, el sentimiento que veía nacer entre su protegida Natasha y el príncipe Andréi y el contraste entre su situación y la de su amigo intensificaban aún más su lóbrego estado de ánimo. Procuraba evitar pensar en su mujer, en Natasha y en el príncipe Andréi por partes iguales. De nuevo, todo le parecía insignificante comparado con la eternidad, y le surgía la pregunta: «¿Para qué?». Y se forzaba a trabajar día y noche en asuntos de la masonería con la esperanza de ahuyentar el negro ánimo que le acechaba. Pasadas las once, salió de las habitaciones de la condesa y subió con su batín desgastado a su gabinete de techo bajo y lleno de humo. Estaba copiando unas actas escocesas originales cuando alguien entró. Era el príncipe Andréi.

—Ah, es usted —dijo Pierre con aire despistado y descontento—. Ya ve que estoy trabajando —añadió señalando el cuaderno con ese aire con el que miran su trabajo los desdichados: como una salvación ante las desgracias de la vida.

El príncipe Andréi, con el rostro radiante, entusiasmado y lleno de vida, se detuvo frente a él y, sin advertir su rostro triste, le sonrió con el egoísmo de la felicidad.

—¡Ah, querido! Ayer quería hablar contigo y para eso he venido a verte. Nunca había sentido algo así: ¡estoy enamorado, amigo mío!

Pierre, con un repentino y profundo suspiro, dejó caer su pesado cuerpo en el diván, al lado de su amigo.

—De Natasha Rostova, ¿verdad? —preguntó.

—Claro, claro, ¿de quién si no? Nunca me lo habría imaginado, este sentimiento es más fuerte que yo. Ayer estuve atormentándome y sufriendo, pero por nada del mundo renunciaría a estos sufrimientos. Antes no vivía: solo ahora vivo, y no puedo vivir sin ella. Y, sin embargo, ¿puede amarme? Soy viejo para ella… ¿Por qué no dices nada?…

—¿Yo? ¿Yo? ¿Qué le había dicho? —exclamó de repente Pierre, levantándose y empezando a pasearse por la habitación—. Siempre lo he pensado: esta muchacha es un tesoro tan grande… Es una rareza… Querido

amigo, le ruego que no le dé más vueltas y que no lo dude: ¡cásese, cásese, cásese!… Estoy seguro de que no habrá un hombre más feliz que usted.

—Pero ¿y ella?

—Ella le ama.

—No digas tonterías… —replicó el príncipe Andréi, sonriendo y mirándole a los ojos.

—¡Le ama, lo sé! —gritó Pierre con enfado.

—No, escucha —dijo el príncipe Andréi reteniéndole por el brazo—. ¿Sabes en qué situación me encuentro? Necesito contárselo a alguien.

—Bueno, pues cuéntemelo, me alegrará mucho —dijo Pierre, y, realmente, le cambió la cara: la arruga de la frente se le alisó, y lo escuchó con expresión jovial.

El príncipe Andréi parecía y era un hombre totalmente nuevo y distinto. ¿Dónde habían quedado su tedio, su desprecio por la vida y su desencanto? Pierre era la única persona con quien se atrevía a abrirse, y le expresó todo lo que encerraba su alma. Primero hacía planes para un largo porvenir con facilidad y valentía, diciendo que no iba a sacrificar su felicidad por el capricho de su padre, que le obligaría a aceptar su matrimonio y a querer a su mujer, y, si no, que se las arreglaría sin su consentimiento; después se asombraba, como si ese sentimiento que lo poseía fuera algo extraño, ajeno e independiente de él.

—Si alguien me hubiera dicho que puedo amar de este modo, nunca le habría creído. No se parece a nada de lo que haya sentido en el pasado. Ahora para mí el mundo está dividido en dos mitades: en una está ella, y todo es felicidad, esperanza y luz; en la otra no está ella, y todo es tristeza y oscuridad…

—Oscuridad y tinieblas —repitió Pierre—: sí, sí, lo entiendo.

—No puedo dejar de amar la luz, y no tengo la culpa. Soy muy feliz. ¿Me entiendes? Sé que te alegras por mí.

—Sí, sí —asintió Pierre, mirando a su amigo con los ojos llenos de ternura y tristeza.

Cuanto más luminoso le parecía el destino del príncipe Andréi, más oscuro le parecía el suyo propio.

XXIII

Para casarse el príncipe Andréi necesitaba el consentimiento de su padre, por lo que al día siguiente partió hacia su hacienda.

El padre recibió la noticia con calma aparente, pero rabioso por dentro. No podía entender que alguien quisiera cambiar su vida, introducir en ella algún nuevo elemento, cuando para él ya había terminado. «Que me dejen acabar mis días como quiero y que después hagan lo que les plazca», se decía el viejo. Sin embargo, con su hijo mostró la diplomacia a la que recurría en los casos importantes y discutió todo el asunto con un tono calmado.

En primer lugar, ese matrimonio no era brillante desde el punto de vista del linaje, riqueza o posición social de la muchacha. En segundo, el príncipe Andréi ya no estaba en su primera juventud, tenía la salud débil (el viejo hizo especial hincapié en esto), y ella era muy joven. En tercer lugar, el príncipe Andréi tenía un hijo al que era una lástima poner en manos de una jovencita. Y en cuarto y último lugar, el viejo príncipe le dijo a su hijo con una mirada burlona:

—Te ruego que lo aplaces un año: ve al extranjero, haz una cura y encuentra a un preceptor alemán para el príncipe Nikolái, como deseabas; después, si el amor, la pasión y la obstinación, o como quieras llamarlo, son tan grandes, entonces cásate. Esta es mi última palabra, que lo sepas: ¡la última!… —concluyó, con un tono que indicaba que nada lo haría cambiar de idea.

El príncipe Andréi vio claramente que el viejo tenía la esperanza de que sus sentimientos o los de su futura esposa no aguantaran la prueba de un año, o de que él mismo, el viejo príncipe, muriera antes. Así pues, decidió cumplir la voluntad de su padre: pediría la mano de Natasha y pospondría la boda un año.

Tres semanas después de la última velada en casa de los Rostov, el príncipe Andréi regresó a San Petersburgo.

Al día siguiente de la explicación que tuvo con su madre, Natasha se pasó todo el día esperando a Bolkonski, pero él no apareció. El segundo y el tercer día ocurrió lo mismo. Pierre tampoco iba a visitarlos y Natasha, que no sabía que el príncipe Andréi se había marchado de San Petersburgo para ir a ver a su padre, no podía explicarse su ausencia.

Así pasaron tres semanas. Natasha no quería salir a ninguna parte y, ociosa y abatida, deambulaba por las habitaciones como una sombra; por las noches lloraba a escondidas de todos y no iba al dormitorio de su madre. Se ruborizaba e irritaba continuamente. Le parecía que todo el mundo conocía su

desengaño, que se reían de ella y que la compadecían. A toda la intensidad de su dolor íntimo se sumaba su amor propio herido, que intensificaba la desdicha.

Un día fue a la habitación de su madre para decirle algo, pero de pronto se echó a llorar. Sus lágrimas eran como las de un niño ofendido que no sabe por qué ha sido castigado.

La condesa intentó consolarla, pero Natasha, que al principio escuchó con atención sus palabras, de repente la interrumpió:

—Déjelo, mamá: ¡no pienso ni quiero pensar! Él venía y ha dejado de venir, ha dejado de venir, y ya está… —Le tembló la voz y estuvo a punto de romper a llorar, pero se recompuso y continuó con calma—: Además, no tengo ningunas ganas de casarme. Y él me da miedo; ahora estoy tranquila, completamente tranquila.

Al día siguiente de esta conversación Natasha se puso el viejo vestido que era especialmente conocido porque con él se la veía alegre por las mañanas, y desde primera hora reemprendió el antiguo modo de vida que había abandonado después del baile. Una vez hubo tomado el té, fue a la sala, que le gustaba especialmente por su gran resonancia, y empezó a practicar solfeo (sus ejercicios de canto). Cuando terminó la primera lección, se puso en medio de la sala y repitió una frase musical que le gustaba particularmente. Escuchó con embeleso (como si se tratara de algo inesperado para ella) su propia voz, que llenaba el vacío de la sala y se apagaba lentamente y, de repente, se sintió alegre. «Para qué pensar tanto en eso, así también estoy bien», se dijo, y empezó a andar arriba y abajo por la sala, pero no con paso normal, sino haciendo ruido en el entarimado con el tacón y la punta (llevaba sus botines nuevos y preferidos) y prestando oído, con el mismo embeleso que a su voz, al golpe regular del tacón y al crujido de la punta. Pasó por delante de un espejo y se miró en él. «¡Aquí estoy yo! —parecía decir la expresión de su rostro—. Pues muy bien: no necesito a nadie.»

Un lacayo quiso entrar para arreglar algo en la sala, pero Natasha no le dejó pasar: cerró la puerta y continuó paseándose. Aquella mañana había vuelto a su estado favorito de amor y admiración por sí misma. «¡Esta Natasha es un encanto! —se decía, como si fuera otra persona, un hombre, quien hablaba de ella—. Atractiva, buena voz, joven y no molesta a nadie, solo tienen que dejarla en paz.» Pero por más en paz que la dejaran, ya no podía estarlo, y enseguida se dio cuenta de ello.

En el recibidor se abrió la puerta de entrada, alguien preguntó si los señores estaban en casa y se oyeron pasos. Natasha se miró en el espejo, pero

sin verse: prestaba atención al ruido que venía del recibidor. Cuando finalmente se vio, se dio cuenta de que tenía la cara pálida. Era él. Estaba convencida, a pesar de que apenas pudiera oír su voz a través de las puertas cerradas.

Pálida y asustada, entró corriendo en el salón.

—¡Mamá, ha venido Bolkonski! —exclamó—. ¡Mamá, es terrible, es insoportable! ¡No quiero… sufrir! ¿Qué puedo hacer?…

No había tenido tiempo aún la condesa de contestar, cuando el príncipe Andréi entró en el salón con gesto inquieto y serio. En cuanto vio a Natasha, se le iluminó la cara. Besó la mano de la condesa, después la de Natasha y se sentó junto al diván.

—Ya hacía mucho tiempo que no teníamos el placer de… —empezó a decir la condesa, pero el príncipe Andréi la interrumpió, dando respuesta a su curiosidad y con el deseo evidente de explicarse cuanto antes.

—No he venido a verlos en todo este tiempo porque he viajado hasta la hacienda de mi padre para hablar con él de un asunto muy importante. Volví ayer por la noche —dijo, lanzando una mirada a Natasha—. Tengo que hablar con usted, condesa —añadió después de un breve silencio.

La condesa suspiró profundamente y bajó la mirada.

—Estoy a su disposición —dijo.

Natasha sabía que debía irse, pero no podía hacerlo: notaba una presión en la garganta, y miraba fija y descortésmente al príncipe Andréi, con los ojos muy abiertos.

«¿Ahora? ¡En este momento!… ¡No, no puede ser!», pensaba.

Él la volvió a mirar, y esta mirada la convenció de que no se equivocaba: sí, su destino iba a decidirse en ese momento.

—Vete, Natasha, ya te llamaré —le susurró la condesa.

Natasha miró al príncipe Andréi y a su madre con los ojos asustados e implorantes y salió.

—He venido, condesa, para pedirle la mano de su hija —dijo el príncipe Andréi.

El rostro de la condesa enrojeció, pero no dijo nada.

—Su petición… —empezó ella con gravedad. Él la miraba en silencio, a los ojos—. Su petición… —se azaró—, nos complace y… la acepto; estoy muy contenta. Y espero… que mi marido… Aunque todo depende de ella…

—Se lo preguntaré en cuanto tenga el consentimiento de usted… ¿Me lo da? —dijo el príncipe Andréi.

—Sí —asintió la condesa, le tendió la mano y, con una mezcla de extrañeza y ternura, posó los labios en su frente cuando él se inclinó para besarle la mano. Deseaba quererle como a un hijo, pero lo veía como a alguien ajeno y temible—. Estoy segura de que mi marido dará su consentimiento, pero su padre…

—Mi padre, al que ya he contado mis planes, me ha puesto como condición indispensable para dar su consentimiento que la boda no se celebre antes de un año. Esto es lo que quería decirle a usted.

—Es cierto que Natasha es muy joven, pero ¡tanto tiempo!

—No ha podido ser de otra manera —suspiró el príncipe Andréi.

—Voy a llamarla —dijo la condesa, y salió del salón—. ¡Señor, apiádate de nosotros! —repitió varias veces mientras buscaba a su hija. Sonia le dijo que estaba en el dormitorio.

Natasha, sentada en la cama, pálida y con los ojos secos, miraba los iconos, susurraba algo y se santiguaba con rapidez. Al ver a su madre, se levantó de un salto y corrió hacia ella.

—¿Qué, mamá?… ¿Qué?

—Ve a verle, ve. Ha pedido tu mano —dijo la condesa con frialdad, o así se lo pareció a Natasha—. Ve… ve —repitió con tono triste y lleno de reproche cuando su hija ya había salido corriendo, y suspiró profundamente.

Natasha después no recordaría cómo había entrado en el salón. Al cruzar la puerta y verlo a él, se detuvo. «¿Es posible que este extraño se haya convertido en *todo* para mí? —se preguntó, y, de inmediato, se contestó—: Sí, en todo: ahora para mí es lo más querido del mundo.»

El príncipe Andréi se le acercó con la mirada gacha.

—La amo desde el primer instante en que la vi. ¿Tengo alguna esperanza?

La miró y el semblante serio y apasionado de Natasha lo dejó asombrado. Su rostro le decía: «¿Para qué preguntar? ¿Para qué dudar de lo que no se puede saber? ¿Para qué hablar cuando es imposible expresar con palabras lo que sientes?».

Natasha se le acercó y se detuvo. Él le cogió una mano y se la besó.

—¿Me ama?

—¡Sí, sí! —dijo Natasha como enojada; después soltó un fuerte suspiro, otro y otro más, y rompió en sollozos.

—¿Por qué llora? ¿Qué le pasa?

—¡Ah, soy tan feliz! —respondió ella, sonriendo a través de las lágrimas; se inclinó hacia él, se quedó un segundo pensativa como preguntándose si podía hacerlo, y le besó.

El príncipe Andréi le sostenía la mano, la miraba a los ojos y ya no encontraba en su alma el amor que antes había sentido por ella. Algo había dado un repentino vuelco en su interior: no sentía el encanto poético y misterioso del deseo, sino compasión por su debilidad de mujer, de niña, tenía miedo de su entrega y confianza, así como de la pesada y a la vez alegre conciencia del deber que lo ataba a ella para siempre. Este nuevo sentimiento, aunque no era tan luminoso ni poético como el de antes, era más grave y más fuerte.

—¿Le ha dicho su *maman* que no podrá ser hasta dentro de un año? —le preguntó el príncipe Andréi sin dejar de mirarla a los ojos.

«¿Será posible que yo sea esa niña, esa chiquilla (como todos me llamaban)? —pensaba Natasha—. ¿Será posible que desde este momento sea la *esposa*, la igual de este hombre ajeno, amable e inteligente por el que siente respeto incluso mi padre? ¿Será posible que todo esto sea verdad? ¿Será posible que sea verdad que ya no puedo bromear con la vida, que ya soy mayor, que soy responsable de mis actos y palabras? Sí, pero… ¿qué me ha preguntado?»

—No —le respondió sin haber entendido la pregunta.

—Perdóneme —dijo el príncipe Andréi—, pero es usted tan joven, y yo he pasado por tantas cosas en la vida… Temo por usted. Aún no se conoce a sí misma.

Natasha le escuchaba con atención reconcentrada, tratando de entender el significado de sus palabras, pero sin conseguirlo.

—Por muy duro que me resulte este año que posterga mi felicidad —continuó el príncipe Andréi—, en este plazo podrá usted asegurarse de sus sentimientos. Le ruego que me haga un hombre feliz dentro de un año, aunque es usted libre: nuestro compromiso será secreto y si usted llega a la conclusión de que no me ama, o si se enamora… —continuó, con una sonrisa forzada.

—¿Por qué dice esto? —le interrumpió Natasha—. Ya sabe que le amo desde el primer instante en que le vi en Otrádnoie —afirmó, absolutamente convencida de que decía la verdad.

—En un año se conocerá a sí misma…

—¡Un año en-te-ro! —exclamó de pronto Natasha, que solo entonces había entendido que la boda se aplazaba todo ese tiempo—. Pero ¿por qué un año? ¿Por qué un año?…

El príncipe Andréi empezó a explicarle las razones del aplazamiento, pero Natasha no le escuchaba.

—Y ¿no puede ser de otro modo? —preguntó ella.

El príncipe Andréi no respondió nada, pero su expresión mostraba que era imposible cambiar esa decisión.

—¡Es terrible! ¡Sí, es terrible, terrible! —exclamó de pronto Natasha, y de nuevo rompió en sollozos—. Me moriré esperando un año entero: ¡no puede ser, es terrible! —Miró a su prometido y en su rostro vio compasión y perplejidad—. No, no: ¡haré lo que sea! —añadió, dejando abruptamente de llorar—. ¡Soy tan feliz!

El padre y la madre entraron en el salón y bendijeron a los novios.

Desde ese día el príncipe Andréi empezó a visitar a los Rostov en calidad de prometido.

XXIV

No hubo ceremonia de compromiso ni se anunció a nadie que Bolkonski y Natasha estaban prometidos; el príncipe Andréi había insistido en ello. Decía que, ya que él era la razón del aplazamiento, solo él debía llevar la carga. Decía que él se había atado para siempre con su palabra, pero que no quería atar a Natasha y que le concedía una libertad absoluta. Si pasado medio año ella decidía que no lo amaba, tendría derecho a rechazarlo. Evidentemente, ni los padres ni Natasha querían oír hablar de algo así, pero el príncipe Andréi se mantuvo firme. Iba cada día a casa de los Rostov, pero no trataba a Natasha como un prometido, le hablaba de *usted* y le besaba solo la mano. Después de la petición, se estableció entre ellos una relación completamente distinta a la de antes: ahora era cercana y sencilla, como si hasta ese momento no se conocieran; y a los dos les gustaba recordar cómo se miraban el uno al otro cuando aún no eran *nada*. Ahora se sentían personas completamente distintas: antes fingían, y ahora eran sencillos y sinceros. Al principio la familia de Natasha se sentía incómoda al tratar con el príncipe Andréi; les parecía un hombre de un mundo ajeno, y durante mucho tiempo Natasha tuvo que acostumbrar a los suyos a su prometido; con orgullo, les aseguraba que solo en apariencia era especial, que en el fondo era como todo el mundo, que ella no le temía y que nadie debía temerlo. Al cabo de algunos días su familia se acostumbró a él y, ya sin cohibirse en su presencia, retomaron su vida de antes, en la que él empezó a participar. El príncipe Andréi sabía hablar con el conde de la administración de las haciendas, con la condesa y Natasha de vestidos, y con Sonia de álbumes y bordados en cañamazo. A veces los

Rostov comentaban sorprendidos entre ellos y en presencia de él cómo había sucedido todo y lo evidente que habían sido todas las señales que los habían conducido hasta allí: la visita del príncipe Andréi a Otrádnoie; el traslado de ellos a San Petersburgo; el parecido entre Natasha y el príncipe Andréi, que el aya ya había observado durante la primera visita de él; el encontronazo entre el príncipe Andréi y Nikolái en 1805, y muchas otras señales que auguraban lo que iba a suceder.

En la casa reinaba ese poético aburrimiento y silencio que siempre acompaña la presencia de unos prometidos. A menudo, cuando se reunían, todo el mundo callaba. En ocasiones se levantaban y se retiraban, y los prometidos, a pesar de haberse quedado solos, seguían callados. Raramente hablaban de su vida futura: al príncipe Andréi le daba miedo y le incomodaba hablar de ello. Natasha compartía este sentimiento, como todos los sentimientos de él, que adivinaba siempre. Un día le preguntó sobre su hijo. El príncipe Andréi se sonrojó, algo que en esos momentos le sucedía con frecuencia y que a ella le gustaba especialmente, y le contestó que su hijo no viviría con ellos.

—¿Por qué? —dijo Natasha espantada.

—No puedo arrebatárselo a su abuelo, y además…

—¡Cuánto lo querría! —exclamó Natasha, adivinando al instante lo que él pensaba—. Pero ya lo entiendo: no quiere dar motivos para que nos puedan reprochar nada.

Algunas veces el viejo conde se acercaba al príncipe Andréi, le daba un beso, le pedía consejo sobre la educación de Petia o de la carrera militar de Nikolái. Al mirarlos, la vieja condesa suspiraba. Sonia tenía miedo de molestarles y procuraba encontrar alguna excusa para dejarlos solos, cuando en realidad eso era algo que ellos no necesitaban. Cuando el príncipe Andréi hablaba (contaba las historias muy bien), Natasha lo escuchaba con orgullo; cuando era ella quien hablaba, notaba con temor y alegría que él le dirigía miradas atentas y penetrantes. Entonces se preguntaba perpleja: «¿Qué busca en mí? ¿Qué trata de indagar con su mirada? ¿Y si no hay en mí lo que busca con esa mirada?». A veces entraba en ese estado de alegría loca que le era propio, y entonces le gustaba especialmente ver y oír cómo él se reía. Aunque el príncipe Andréi reía rara vez, cuando lo hacía se entregaba por completo a su risa y, cada vez que esto ocurría, Natasha se sentía más cerca de él. Y habría sido completamente feliz si la idea de su pronta separación no la asustara.

La víspera de su partida de San Petersburgo, el príncipe Andréi llevó consigo a Pierre a casa de los Rostov, donde no había estado ni una vez desde el baile. Pierre parecía confuso y turbado. Mientras hablaba con la condesa, Natasha se sentó con Sonia en la mesita del ajedrez, invitando al príncipe Andréi a unirse a ellas. Este se acercó.

—Hace mucho que conocen a Pierre, ¿verdad? —preguntó el príncipe Andréi—. ¿Les gusta?

—Sí, es simpático, aunque muy excéntrico.

Y, como siempre cuando hablaba de Pierre, Natasha se puso a contar anécdotas sobre sus despistes, anécdotas que incluso se habían inventado sobre él.

—¿Sabe? Le he confiado nuestro secreto —dijo el príncipe Andréi—. Lo conozco desde que éramos pequeños. Tiene un corazón de oro. Le pido una cosa, *Nathalie* —continuó, adoptando de repente un tono serio—. Me marcho. Dios sabe lo que puede ocurrir. Tal vez usted deje de amarm… Bueno, ya sé que no debo hablar de esto. Solo le pido una cosa: si en mi ausencia ocurriera algo…

—¿Qué va a ocurrir?…

—Si se produjera cualquier desgracia —continuó el príncipe Andréi—, le pido, *mademoiselle Sophie*, que acuda a él en busca de consejo y ayuda. Es posible que sea muy despistado y extravagante, pero tiene un corazón de oro.

Ni el padre, ni la madre, ni Sonia, ni el propio príncipe Andréi pudieron prever el efecto que tendría en Natasha la separación con su prometido. Sonrojada, agitada y sin lágrimas en los ojos secos, anduvo por la casa dedicándose a las cosas más fútiles, como si no comprendiera lo que le esperaba. Ni siquiera lloró cuando él le besó la mano por última vez al despedirse.

—¡No se vaya! —se limitó a decir, con un tono que obligó al príncipe Andréi a plantearse si no sería mejor quedarse y que después habría de recordar durante mucho tiempo.

Después de su partida, Natasha tampoco lloró, pero se pasó varios días en su habitación, todavía sin llorar y sin interesarse por nada, tan solo exclamando de tarde en tarde: «¡Ah, por qué se ha ido!».

Sin embargo, dos semanas después y para gran sorpresa de todos, se recuperó de su enfermedad moral y volvió a ser la misma de antes, aunque su fisonomía moral había cambiado, como los niños que se levantan con la cara distinta después de una larga enfermedad.

XXV

Durante el año que siguió a la partida de su hijo, la salud y el carácter del príncipe Nikolái Andreich Bolkonski se debilitaron mucho. Se volvió aún más irascible que antes y casi siempre descargaba sus explosiones de ira sin motivo en la princesa Maria. Parecía empeñado en buscar sus puntos más sensibles para atormentarla moralmente con la mayor crueldad posible. La princesa Maria tenía dos pasiones y, por tanto, dos alegrías: su sobrino Nikólushka y la religión. Y esos eran los dos temas preferidos del príncipe para atacarla y para burlarse de ella. Independientemente de cuál fuera el tema de conversación, él siempre lo desviaba hacia las supersticiones de las solteronas o hacia los excesivos mimos a los niños, que los echaban a perder. «Quieres hacer de Nikólenka una solterona como tú, pero es inútil: ¡el príncipe Andréi necesita un hijo, y no una solterona!», le solía decir. O, delante de ella, le preguntaba a *mademoiselle* Bourienne qué le parecían los popes y los iconos rusos, y hacía bromas sobre ellos…

A pesar de que hiriera continuamente a la princesa Maria y le causara un gran dolor, a ella no le costaba nada perdonarlo. ¿Acaso podía ser su padre culpable ante ella? ¿Acaso podía ser injusto cuando ella sabía que, a pesar de todo, la quería? Además, ¿qué era la justicia? La princesa Maria nunca pensaba en la vanidosa palabra «justicia». Para ella las leyes más complejas de la humanidad se reducían a una sola, que era simple y clara: la ley del amor y del propio sacrificio que nos enseñó Aquel que, a pesar de ser el mismo Dios, sufrió por amor a la humanidad. ¿Qué le importaba a ella la justicia o la injusticia de los demás? Ella misma debía sufrir y amar, y eso es lo que hacía.

El príncipe Andréi había llegado a Lysye Gory en invierno; se había mostrado contento, dulce y cariñoso, como hacía mucho que la princesa Maria no lo veía. Ella presintió que algo le había ocurrido, pero él no le confesó nada sobre su amor. Antes de partir, el príncipe Andréi había tenido una larga charla con su padre, y la princesa Maria observó después que ambos estaban molestos el uno con el otro.

Poco después de la partida, la princesa Maria escribió desde Lysye Gory a San Petersburgo, a su amiga Julie Karáguina, a la que soñaba con casar con su hermano, como siempre sueñan todas las muchachas. En aquel tiempo Julie Karáguina estaba de luto por la muerte de su hermano, que había caído en Turquía.

Está visto que las desdichas son nuestro destino común, querida y dulce amiga Julie.

Es tan terrible su pérdida que no me la puedo explicar de ningún otro modo que no sea como una merced especial de Dios, quien, por amor, quiere ponerla a usted y a su maravillosa madre a prueba. ¡Ah, amiga mía! La religión y solo la religión nos puede, no digo consolar, pero al menos librar de la desesperación; solo la religión puede explicarnos lo que sin su ayuda el ser humano no puede comprender: por qué y para qué Dios llama a personas buenas, elevadas, que saben hallar la felicidad en la vida y que no solo no hacen mal a nadie, sino que son imprescindibles para la felicidad de los demás, y en cambio viven personas malas, inútiles, perniciosas, que son una carga para sí mismas o para los demás. La primera muerte que viví y que jamás olvidaré, la de mi querida cuñada, me produjo una fortísima impresión. Del mismo modo que usted le pregunta al destino por qué ha tenido que morir su magnífico hermano, yo me he preguntado por qué tuvo que morir Liza, ese ángel que no hizo daño a nadie y que solo albergó buenos pensamientos en su alma. Y ¿qué, amiga mía? Han pasado ya cinco años desde entonces y yo, con mi escasísima inteligencia, he empezado a comprender por qué tuvo que morir y de qué modo esta muerte fue la expresión infinita de la gracia del Creador, cuyos actos, aunque no los entendemos en su mayor parte, son solamente la manifestación de su amor infinito por su creación. A menudo pienso que quizá Liza era demasiado angelical e inocente para tener la fuerza suficiente de soportar los deberes de una madre. Como joven esposa era irreprochable, pero quizá no habría podido ser igual como madre. Ahora, no solo nos ha dejado —sobre todo al príncipe Andréi— el dolor y el recuerdo más puro, sino que probablemente ocupe allí un lugar que yo ni siquiera me atrevo a esperar para mí. Pero, ya sin hablar solo de ella, esta muerte terrible y prematura ha tenido una influencia de lo más beneficiosa en mí y en mi hermano, a pesar de toda la tristeza. En el momento de la pérdida no se me podrían haber ocurrido estas ideas, las habría rechazado con horror, pero ahora las veo como algo claro e indudable. Le escribo todo esto, amiga mía, para convencerla de una verdad evangélica que para mí se ha convertido en una ley de vida: ni un solo cabello caerá de nuestra cabeza sin Su voluntad. Y Su voluntad se guía únicamente por el amor a nosotros; por tanto, todo lo que nos sucede es por nuestro bien. Me pregunta usted si el invierno que viene lo pasaremos en Moscú. A pesar de mis deseos de verla, no lo creo, y tampoco deseo ir. Se sorprenderá de que la causa de esto sea *Buonaparte*. He aquí el porqué: la salud de mi padre se debilita visiblemente, no soporta que lo contradigan y está muy irritado. Esta irritación, como usted sabe, se debe principalmente a la política. No soporta la idea de que *Buonaparte* trate de igual a igual a todos los soberanos de Europa y, sobre todo, al nuestro: ¡al nieto de Catalina la Grande! Como usted sabe, soy indiferente a la política, pero por las palabras de mi padre y por sus conversaciones con Mijaíl Ivánovich sé todo lo que pasa en el mundo y, especialmente, los honores que le rinden a *Buonaparte*; parece que Lysye Gory es el único lugar de la Tierra donde no se le reconoce como a un gran hombre y, aún menos, como al emperador de los franceses. Esto es algo que mi padre no puede soportar. Creo que, con sus puntos de vista políticos y previendo los encontronazos que va a tener por sus formas, ya que expresa sus opiniones sin cohibirse ante nadie, habla con desgana del viaje a Moscú. Todo lo que mejoraría con las curaciones lo empeoraría discutiendo sobre *Buonaparte*, algo que sería inevitable. En cualquier caso, esto se decidirá muy pronto. Nuestra vida familiar sigue igual que siempre, a excepción de la visita de mi hermano Andréi. Como ya le he escrito, en los últimos tiempos ha cambiado mucho. Después de su desgracia, hasta este año no se ha repuesto del todo moralmente. Ahora es igual que como lo conocí de niño: bueno, cariñoso, con un corazón de oro que nunca he visto en nadie más. Me parece que ha entendido que la vida no ha acabado para él. Pero, junto con este cambio moral, se ha debilitado mucho físicamente. Está más delgado y más nervioso que antes. Temo por él y me alegro de que haya partido hacia el extranjero, algo que los médicos le habían prescrito hace mucho. Espero que así se restablezca. Me escribe usted que en San Petersburgo lo tienen por uno de los jóvenes más diligentes, instruidos e inteligentes. Perdone mi orgullo de hermana, pero nunca había dudado de eso. Es imposible explicar todo el bien que ha hecho aquí a todo el mundo, empezando por sus campesinos y acabando por los nobles. Al llegar a San Petersburgo ha cosechado todo lo que se merecía. Me asombra cómo viajan los rumores de

San Petersburgo hasta Moscú, sobre todo los que son falsos como el que usted me ha contado: la supuesta boda de mi hermano con la pequeña Rostova. No creo que Andréi se vaya a casar con nadie y, aún menos, con ella. Y he aquí el porqué: en primer lugar, sé que, aunque hable poco de su difunta esposa, la pena por haberla perdido ha arraigado con tanta profundidad en su corazón que dudo de que alguna vez se decida a reemplazarla y a darle una madrastra a nuestro pequeño ángel. En segundo lugar, porque, por cuanto sé, esta muchacha no es de la clase de mujeres que puedan gustarle. No creo que la eligiera como esposa, y se lo diré con franqueza: tampoco yo lo desearía. Pero me he extendido demasiado y ya estoy terminando la segunda hoja. Adiós, querida, que Dios la proteja bajo su sagrado y poderoso manto. Mi estimada amiga *mademoiselle* Bourienne le envía un beso.

MARIE

XXVI

A mediados de verano la princesa Maria recibió una inesperada carta del príncipe Andréi, que estaba en Suiza, en la que le comunicaba una extraña e inesperada noticia: su compromiso con Rostova. La carta exhalaba una amorosa pasión por su prometida, y un sentimiento de amistad tierno y confiado por su hermana. Le decía que jamás había amado así a alguien y que solo entonces había comprendido y conocido la vida; le pedía perdón por no haberle hablado de esta decisión en su visita a Lysye Gory, a pesar de habérsela comunicado a su padre. Si no se lo había contado era porque ella le habría rogado a su padre que le diera su consentimiento y, sin haberlo conseguido, lo habría irritado y habría tenido que cargar sola con todo el peso de su enfado. Le decía que, por otra parte, en aquel entonces la boda aún no estaba tan decidida como ahora. «Nuestro padre me impuso un plazo de un año, y ya han pasado seis meses, la mitad del tiempo acordado, y estoy más decidido que nunca en mi resolución. Si los médicos no me retuvieran aquí en el balneario, ya estaría en Rusia, pero tengo que aplazar tres meses mi regreso. Me conoces bien y sabes cómo son mis relaciones con nuestro padre. No necesito nada de él, siempre he sido y seré independiente, pero hacer algo en contra de su voluntad, merecer su cólera cuando quizá le quede tan poco tiempo entre nosotros, destruiría la mitad de mi felicidad. Le voy a escribir una carta sobre esto mismo, y te ruego que elijas un buen momento para dársela y que me informes de cómo lo ve y de si tengo esperanzas de que acepte reducir en tres meses el plazo.»

Después de muchas vacilaciones, dudas y oraciones, la princesa Maria le entregó la carta a su padre. Un día después, el viejo príncipe le dijo con calma:

—Escribe a tu hermano y dile que espere hasta que me haya muerto… No me queda mucho: pronto le dejaré libre…

La princesa quiso objetar algo, pero su padre no se lo permitió y empezó a elevar cada vez más la voz.

—Cásate, cásate, querido mío… ¡Qué buena parentela!… Gente inteligente, ¿eh? Y son ricos, ¿eh? Sí. ¡Buena madrastra tendrá Nikólushka! Dile que se case mañana mismo si quiere. ¡Ella será la madrastra de Nikólushka, y yo me casaré con la Bourienne!… ¡Ja, ja, ja! ¡Para que a él tampoco le falte una madrastra! Eso sí: en mi casa no hacen falta más mujeres. Que se case, pero que viva por su cuenta. ¡Tal vez también tú quieras irte a vivir con él! —Se volvió hacia la princesa Maria—. Ve con Dios: ¡márchate, márchate!… ¡Márchate!…

Después de este arrebato el viejo príncipe no volvió a hablar del asunto. Sin embargo, el enfado reprimido con su hijo por su debilidad se traslucía en la manera que tenía de tratar a la princesa Maria. A sus anteriores motivos de burla, añadió uno nuevo: hablar de madrastras y hacer cumplidos a *mademoiselle* Bourienne.

—¿Por qué no me voy a casar con ella? —le decía a su hija—. ¡Sería una magnífica princesa!

Y, desde entonces, la princesa Maria observó con perplejidad cómo su padre empezaba a intimar cada vez más con la francesa. Escribió al príncipe Andréi y le contó cómo se había tomado la carta su padre, pero le consoló dándole esperanzas de reconciliar al viejo con esa idea.

Nikólushka y su educación, *André* y la religión constituían el consuelo y la alegría de la princesa Maria; pero, como todo ser humano necesita sus esperanzas personales, la princesa albergaba además en el fondo de su alma una ilusión y una esperanza secretas que constituían el mayor consuelo de su vida. Y quienes le proporcionaban esta ilusión y esta esperanza eran las gentes de Dios: los *yuródivi* y los peregrinos que la visitaban a escondidas del viejo príncipe. Cuanto más vivía, cuanto más observaba la vida y más experiencias vitales tenía, más se sorprendía de la miopía del ser humano, que busca en la Tierra el placer y la felicidad, que trabaja, que sufre, que lucha y que hace el mal al prójimo para alcanzar una felicidad imposible, ilusoria y pecaminosa. «El príncipe Andréi amaba a su mujer y ella murió; como no tenía suficiente, ahora quiere alcanzar la felicidad con otra mujer. Nuestro padre no lo acepta porque quiere un partido mejor para él, de mayor linaje y riqueza. Todos ellos se pelean, sufren, se atormentan y corrompen su alma, su alma eterna, solo para alcanzar unos bienes que apenas duran un instante. A

pesar de que esto es algo que ya sabemos, Cristo, el hijo de Dios, bajó a la Tierra y nos dijo que nuestra vida es fugaz, que es una prueba, pero nosotros seguimos aferrándonos a ella y creemos que encontraremos aquí la felicidad. ¿Cómo es posible que nadie lo haya entendido? —pensaba la princesa Maria —. Nadie, salvo estas gentes de Dios, que son despreciadas y que, cargadas con alforjas al hombro, acuden a mí por la puerta de atrás porque temen que los vea el príncipe. Pero no temen que los castigue, sino inducirlo a pecar. Abandonar la familia, la patria y los bienes terrenales para no aferrarte a nada, vestir andrajos de cáñamo, deambular con otro nombre de un lugar a otro sin hacer el mal a nadie, rezar por todos, tanto por quienes te persiguen como por quienes te dan amparo: ¡no existe ninguna verdad ni ninguna vida superiores a estas!»

Quería especialmente a una peregrina que se llamaba Fedósiushka, una mujer de unos cincuenta años, menuda, silenciosa y picada de viruelas que hacía más de treinta años que iba descalza y llevaba cadenas. Una vez, cuando en una habitación oscura y a la luz de una lamparilla le contaba su vida, la princesa Maria de pronto vio con tanta claridad que solo Fedósiushka había encontrado el camino verdadero de la vida que decidió hacerse peregrina. Cuando Fedósiushka se fue a dormir, la princesa Maria estuvo mucho tiempo pensando y finalmente decidió que, por muy extraño que pareciera, tenía que iniciar una vida de peregrina. Le confió su decisión solo a su padre espiritual, el monje Akinfi, quien le dio su aprobación. Con la excusa de hacer un regalo a los peregrinos, se hizo con un traje completo de peregrina: un sayal, unos *lapti*, un caftán y un pañuelo negro. A menudo, al acercarse a su cómoda secreta, se detenía indecisa y se preguntaba si habría llegado ya el momento de llevar a cabo su propósito.

Con frecuencia, al escuchar a las peregrinas, se enardecía con sus sencillos relatos, para ellas mecánicos pero llenos de sentido para la princesa Maria, y varias veces estuvo a punto de dejarlo todo y de huir de casa. En su imaginación ya se veía con Fedósiushka, vestida con toscos andrajos, andando con un bastoncito y una pequeña alforja por un camino polvoriento, peregrinando de un santo a otro sin albergar envidia, amor humano ni deseo, y llegar, por fin, donde no hay penas ni lamentaciones, solo la alegría y la dicha eterna.

«Llegaré a un sitio y rezaré; antes de tener tiempo de acostumbrarme y de tomarle aprecio, seguiré mi camino. Andaré hasta que me flaqueen las piernas, entonces me acostaré, moriré en cualquier lugar y ¡finalmente llegaré al puerto tranquilo en el que no hay penas ni lamentaciones!», pensaba.

Pero después, al ver a su padre y, sobre todo, al pequeño Kokó, vacilaba, lloraba a escondidas y se sentía una pecadora: amaba más a su padre y a su sobrino que a Dios.

Cuarta parte

I

Dice la tradición bíblica que la ausencia de trabajo, la ociosidad, era la condición de felicidad del primer hombre antes de su caída. El amor por la ociosidad se mantuvo igual en el hombre caído, pero una maldición pesa sobre él, y no solo porque debamos ganarnos el pan con el sudor de la frente, sino porque, por nuestras características morales, no podemos estar ociosos y sentirnos tranquilos al mismo tiempo. Una voz secreta nos dice que somos culpables por estar ociosos. Si el ser humano pudiera encontrar un estado en el que, permaneciendo ocioso, se sintiera útil y en cumplimiento de su deber, hallaría parte de la felicidad primitiva. Pues bien, hay un estamento entero que goza de este estado de ociosidad obligada e irreprochable: el estamento militar. Y justamente en esta ociosidad obligada e irreprochable reside y residirá el principal atractivo de servir en el ejército.

Nikolái Rostov experimentaba por completo esta felicidad, ya que desde 1807 servía en el regimiento de Pavlograd, en el que ya dirigía el antiguo escuadrón de Denísov.

Rostov se había convertido en un muchacho rudo pero bueno, al que sus amistades de Moscú habrían considerado un poco *mauvais genre*[123], pero que era querido y respetado por sus compañeros, tanto por sus subordinados como por sus superiores, y que estaba satisfecho con su vida. Últimamente —era el año 1809— encontraba cada vez con mayor frecuencia en las cartas que le llegaban de su casa lamentaciones de su madre: le decía que las cosas iban de mal en peor y que ya había llegado la hora de que volviera a casa para alegrar y tranquilizar a sus viejos padres.

Al leer estas cartas a Nikolái le asaltaba el temor de que quisieran arrancarlo de ese medio en el que, aislado de todas las complicaciones de la vida, vivía con tanta calma y tranquilidad. Se daba cuenta de que tarde o temprano tendría que zambullirse de nuevo en el torbellino de la vida, con sus preocupaciones, sus asuntos que arreglar, las cuentas con los administradores, las discusiones, las intrigas, las relaciones, la sociedad, el amor por Sonia y la promesa que le hiciera. Todo eso era terriblemente complicado y embrollado,

y Nikolái respondía a su madre con cartas frías que empezaban con el clásico *Ma chère maman*[124], acababan con *votre obéissant fils*[125], y que guardaban silencio sobre cuándo pensaba volver. En 1810 su familia le anunció por carta el compromiso entre Natasha y Bolkonski, y que la boda se posponía un año porque el viejo príncipe no había dado su consentimiento. Esta carta afligió y ofendió a Nikolái. En primer lugar, porque le entristecía que Natasha, a la que quería más que a nadie de su familia, se marchara de casa; en segundo lugar, porque, como húsar, lamentaba no haber estado presente: le habría dicho a Bolkonski que emparentarse con él no era en absoluto un honor tan grande, y que si amaba a Natasha podía arreglárselas sin el consentimiento de su excéntrico padre. Por un momento vaciló en solicitar un permiso para ver a Natasha prometida, pero entonces hubo maniobras militares, pensó en Sonia y en todo el embrollo, y una vez más pospuso el regreso. Sin embargo, en primavera recibió una carta de su madre que había escrito a escondidas del conde, y esta carta lo convenció de que debía partir. Su madre le decía que, si no volvía para ocuparse de los asuntos de la hacienda, toda la propiedad sería vendida en subasta pública y acabarían todos en la miseria. El conde era tan débil, confiaba tanto en Mítenka, era tan bueno y todo el mundo lo engañaba de tal manera, que las cosas iban cada vez peor. «Por Dios te lo pido, vuelve de inmediato si no quieres hacernos desgraciados a mí y a toda tu familia», le escribía la condesa.

La carta tuvo efecto en Nikolái, a quien no faltaba ese sentido común práctico que le dictaba lo que *debía* hacer.

Ahora debía marcharse, si bien no solicitando la baja, al menos sí un permiso. No sabía por qué debía partir, pero después de comer y de echarse una siesta, mandó que le ensillaran a Mars, un potro gris muy salvaje que llevaba mucho tiempo sin ser montado; al regresar con el caballo completamente cubierto de sudor, le anunció a Lavrushka (el lacayo de Denísov se había quedado con él) y a los compañeros que lo visitaron por la noche que había solicitado un permiso y que iba a volver a su casa. Por difícil y extraño que le resultara pensar que iba a partir sin que en el Estado Mayor le hubieran informado de si iba a ser ascendido a capitán de caballería (algo que le interesaba especialmente) o si le iban a conceder la cruz de Santa Ana por las últimas maniobras; por muy extraño que le resultara pensar que iba a partir sin haber vendido al conde Gołuchowski los tres caballos bayos que este quería comprarle regateando y que él había apostado vender por dos mil rublos; por incomprensible que le pareciera que fueran a celebrar sin él el baile que los húsares daban en honor a la *panna*[126] Przeździecka para

rivalizar con los ulanos, que daban otro en honor a la *panna* Borzozowska, sabía que tenía que cambiar ese mundo claro y bueno por otro en el que todo era absurdo y embrollado. Al cabo de una semana obtuvo el permiso. Sus compañeros húsares, no solo los del regimiento, sino también los de la brigada, organizaron una comida en su honor, que costó quince rublos por cabeza, con dos grupos de músicos y dos coros. Rostov bailó el *trepak* con el comandante Básov; los oficiales borrachos lo mantearon, lo abrazaron y lo dejaron caer al suelo; los soldados del tercer escuadrón lo volvieron a mantear y gritaron hurras. Finalmente, lo subieron a un trineo y lo acompañaron hasta la primera estación.

Como siempre sucede, hasta la mitad del camino, de Kremenchug a Kíev, los pensamientos de Rostov estaban aún atrás, en el escuadrón; pero, una vez recorrida más de la mitad del camino, empezó a olvidar los tres caballos bayos, a su capitán de caballería y a la *panna* Borzozowska, y empezó a preguntarse con inquietud qué se encontraría en Otrádnoie y cómo estarían allí las cosas. Cuanto más se aproximaba, con más intensidad pensaba en su casa (como si el sentimiento moral obedeciera a ley de la gravitación, según la cual la fuerza de atracción es inversa al cuadrado de la distancia). En la última estación le dio al cochero tres rublos para vodka y, al llegar a Otrádnoie, entró corriendo por el porche de la casa jadeando como un chiquillo.

Después de las efusiones de alegría del primer momento y de ese extraño sentimiento de insatisfacción cuando uno no encuentra lo esperado —«¡Todo sigue igual, para qué me habré dado tanta prisa!»—, Nikolái empezó a habituarse al antiguo ambiente de su hogar. Su padre y su madre no habían cambiado, aunque estaban un poco más viejos. La novedad en ellos era cierta inquietud y en ocasiones cierto desacuerdo desconocido hasta entonces que, como no tardaría en averiguar, se debía a la mala situación de los asuntos económicos. Sonia iba camino ya de los veinte años y había alcanzado el máximo de su belleza; no prometía nada más de lo que tenía, pero eso ya era bastante. Desde la llegada de Nikolái, toda ella emanaba felicidad y amor, y este amor fiel e inquebrantable tuvo un efecto alegre en él. Petia y Natasha fueron los que más le sorprendieron. Petia ya era mayor, era un muchacho de trece años guapo, alegre, inteligente y travieso al que le estaba cambiando la voz. Natasha lo dejó asombrado: durante un buen rato no dejó de mirarla riendo.

—Estás totalmente cambiada —le decía.

—Cómo, ¿estoy más fea?

—Al contrario, pero ¡qué majestuosidad! ¡Estás hecha toda una princesa! —le susurró.

—¡Sí, sí, sí! —exclamó ella con alegría.

Natasha le contó sus amores con el príncipe Andréi, la visita de este a Otrádnoie, y le enseñó su última carta.

—Bueno, ¿estás contento? —le preguntó—. Ahora estoy tan tranquila y feliz…

—Muy contento —dijo Nikolái—. Es un hombre magnífico. Y ¿estás muy enamorada?

—Cómo decírtelo —le contestó Natasha—; he estado enamorada de Borís, de mi profesor y de Denísov, pero esto es completamente distinto. Me siento tranquila y segura. No tiene nada que ver con lo de antes…

Nikolái le expresó su disgusto porque hubieran aplazado un año la boda; ella le replicó furiosa y trató de demostrarle que no podía ser de otra manera, que estaría mal entrar en una familia en contra de la voluntad del padre, y que así era como ella quería que se hicieran las cosas.

—No lo entiendes en absoluto, en absoluto —dijo.

Nikolái guardó silencio y le dio la razón.

Cuando la miraba, a menudo se sorprendía: no le parecía ni mucho menos una novia enamorada que está lejos de su prometido. Se mostraba serena, calmada y alegre, exactamente igual que siempre. A Nikolái esto le extrañaba y le hacía mirar incluso con desconfianza su compromiso con Bolkonski. No creía que su destino ya estuviera decidido, tanto más cuanto que no veía al príncipe Andréi a su lado. Tenía la continua sensación de que en ese hipotético matrimonio había algo que fallaba.

«¿Por qué lo habrán aplazado? ¿Por qué no habrán celebrado la ceremonia de compromiso?», pensaba. Un día que estaba hablando con su madre de Natasha, comprobó para su sorpresa, y en parte para su satisfacción, que, en el fondo de su alma, su madre también miraba aquella boda con recelo.

—Fíjate en lo que escribe —le dijo esta mostrándole una carta del príncipe Andréi con ese sentimiento oculto de hostilidad que siempre albergan las madres sobre la futura felicidad conyugal de sus hijas—: dice que no vendrá hasta diciembre. ¿Qué puede retenerlo tanto tiempo? ¡Una enfermedad, seguro! Está muy delicado de salud. No se lo digas a Natasha. Y no hagas caso de su aparente alegría: está viviendo sus últimos días de soltera, pero yo sé cómo se pone cada vez que recibe una carta de él. Por otra parte, si Dios quiere, todo irá bien: es un hombre magnífico —concluía cada vez.

II

Durante los primeros días Nikolái se mostró serio e incluso aburrido. Le atormentaba la necesidad imperiosa de tener que intervenir en los estúpidos asuntos de la administración de la hacienda, que era para lo que su madre le había hecho venir. El tercer día, para quitarse cuanto antes ese peso de encima y sin responder a Natasha adónde iba, se dirigió enfadado y ceñudo al pabellón de Mítenka, al que exigió las *cuentas de todo*. En qué consistían esas cuentas de todo lo sabía aún menos Nikolái que el asustado y desconcertado Mítenka. Las palabras y el informe de este no duraron mucho. El *stárosta*, un miembro elegido por la comunidad y otro por el *zemstvo*[127], que esperaban en el recibidor del pabellón, primero oyeron con una mezcla de espanto y de placer cómo la voz del joven conde empezaba a rugir, a tronar y a elevarse cada vez más, y después la retahíla de palabras injuriosas y terribles que iba soltando una tras otra:

—¡Bandido! ¡Mal bicho, desagradecido!… ¡Te voy a matar, perro!… ¡No será como con mi padre!… ¡Nos has robado!…

Y así sucesivamente.

Después vieron no con menos placer y espanto cómo el joven conde, completamente rojo, con los ojos inyectados en sangre, sacaba a rastras a Mítenka por el pescuezo; cómo, entre palabra y palabra, y con gran destreza, le daba patadas y rodillazos en las posaderas y le gritaba:

—¡Fuera! ¡Que no se te vuelva a ver por aquí, canalla!

Mítenka bajó rodando los seis escalones y salió corriendo hacia el parterre. (El parterre era conocido como el lugar de salvación para quienes habían incurrido en alguna falta en Otrádnoie. Tanto el propio Mítenka, que se escondía en ese parterre cuando volvía borracho de la ciudad, como muchos campesinos de Otrádnoie que se escondían de él, conocían la fuerza salvadora de aquel lugar.)

La mujer y las cuñadas de Mítenka, con expresión asustada, se asomaron al zaguán por las puertas de una habitación donde hervía un reluciente samovar y donde se veía la alta cama del administrador, cubierta por una colcha hecha de pequeños retazos de tela.

El joven conde, sin aliento, pasó por delante de ellas sin prestarles atención y se dirigió a su casa con paso decidido.

La condesa, que supo inmediatamente a través de las muchachas lo que había sucedido en el pabellón, por una parte se tranquilizó porque pensaba que a partir de entonces las cosas se arreglarían, pero por otra se intranquilizó

por el efecto que esto iba a producir en su hijo. Varias veces se acercó de puntillas a la puerta de Nikolái y oyó cómo fumaba una pipa tras otra.

Al día siguiente el viejo conde llamó a su hijo aparte y le dijo con una tímida sonrisa:

—¿Sabes una cosa, querido? ¡En vano te acaloraste! Mítenka me lo ha contado todo.

«Ya sabía yo —pensó Nikolái— que aquí, en este mundo estúpido, no entendería nada.»

—Te enfadaste porque faltaban setecientos rublos por apuntar. Pues resulta que la suma continuaba en la página siguiente, y no la miraste.

—Papá, es un canalla y un ladrón, lo sé. Y lo hecho hecho está. Si usted no quiere, no le diré nada.

—No, querido. —El conde también estaba turbado. Veía que había administrado mal el patrimonio de su mujer y que era culpable ante sus hijos, pero no sabía cómo arreglarlo—. No, te ruego que te ocupes de la administración, soy viejo y yo…

—No, papá, perdóneme si le he causado un disgusto; sé menos que usted.

«Al diablo con ellos, con estos campesinos, con el dinero, con las sumas que continúan en la página siguiente —pensaba—. Antes aún entendía algo de partidas de cartas de seis manos, pero de sumas que continúan en la página siguiente no entiendo nada en absoluto», se dijo. Desde entonces no volvió a intervenir en los asuntos de la casa. Solo en una ocasión la condesa le llamó y le dijo que tenía un pagaré de Anna Mijáilovna por valor de dos mil rublos, y le preguntó qué debía hacer.

—Pues bien —respondió Nikolái—, me dice usted que esto depende de mí; no siento aprecio por Anna Mijáilovna ni por Borís, pero han sido amigos nuestros y son pobres. ¡Esto es lo que hay que hacer!

Y rompió el pagaré; con ese gesto hizo que a la vieja condesa le saltaran lágrimas de alegría. Después de esto el joven Rostov no volvió a intervenir en ningún asunto de la hacienda y se entregó apasionadamente a la caza con perros, afición nueva para él, pero que el viejo conde practicaba a lo grande.

III

Ya empezaban los primeros fríos, las heladas matutinas cubrían de escarcha la tierra empapada por las lluvias otoñales, la tierra sembrada empezaba ya a brotar y su verde intenso destacaba entre los rastrojos amarillentos del otoño,

pisoteados por el ganado, y las franjas rojizas de trigo sarraceno. Las cimas y los bosques, que a finales de agosto aún eran islas verdes entre las negras sementeras y los rastrojos, se habían convertido en islas doradas y rojizas entre el verde intenso de las tierras sembradas. Las liebres ya habían mudado la mitad de su pelo, las camadas de zorros empezaban a dispersarse y los lobos jóvenes eran más grandes que los perros. Era el mejor tiempo para la caza. Los perros del joven y ardiente cazador Rostov ya estaban suficientemente delgados para cazar, pero también fatigados, de modo que el consejo general de cazadores decidió darles tres días de descanso y salir el 16 de septiembre; empezarían desde Dubrava, donde había una camada intacta de lobos.

Así estaban las cosas el 14 de septiembre.

Los cazadores se quedaron todo el día en casa; había helado y el aire cortaba, pero al atardecer despejó y empezó a deshelar. El 15 de septiembre, cuando el joven Rostov, en batín, echó un vistazo por la ventana, vio una mañana inmejorable para un día de caza: el cielo parecía derretirse y descender sobre la tierra sin viento. El único movimiento que había en el aire era el movimiento sereno, de arriba abajo, de las microscópicas gotas de la bruma o de la niebla. De las ramas peladas del jardín pendían gotas transparentes que se vertían sobre las hojas que acababan de caer. La tierra del huerto tenía un color negro brillante y mojado, como el de las semillas de amapola, y, no lejos, se fundía con el manto opaco y húmedo de la niebla. Nikolái salió al porche, que estaba mojado y cubierto de barro; olía a bosque marchito y a perro. Milka, una perra negra moteada de ancha grupa y prominentes ojos negros, al ver a su amo se levantó, se desperezó y se estiró como una liebre, después dio un inesperado salto y le lamió la nariz y los bigotes. Otro lebrel, al ver a su amo desde un sendero del jardín, corrió impetuosamente hacia el porche con el cuerpo curvado y, con la cola levantada, empezó a restregarse contra las piernas de Nikolái.

—¡O-goi!

Se oyó en aquel momento esa llamada inimitable de cazador que combina la voz más profunda de bajo con la más aguda de tenor, y de una esquina salió Danilo, jefe de jauría y montero; era un cazador de rostro arrugado, pelo cano y flequillo corto y recto, a la manera ucraniana, que llevaba una fusta encorvada en la mano y tenía esa expresión de suficiencia y desprecio por todo en el mundo que únicamente tienen los cazadores. Se quitó su gorro circasiano ante el señor y lo miró con desdén. Sin embargo, a Nikolái este

gesto no le resultaba ofensivo: sabía que Danilo, aunque se mostrara desdeñoso y altivo, era al fin y al cabo su hombre y su montero.

—¡Danilo! —dijo tímidamente Nikolái, que, al ver el tiempo tan propicio para la caza, los perros y los cazadores, ya se sentía poseído por el sentimiento invencible de la caza que hace que una persona olvide todos sus propósitos anteriores, como un enamorado en presencia de su amada.

—¿Qué ordena el señor? —preguntó Danilo con voz grave de archidiácono y ronca de gritar a los perros, y sus brillantes ojos negros miraron con ceño a Nikolái, que guardaba silencio. «¿Qué, no vas a aguantar?», parecían decir aquellos ojos.

—Qué día más bueno para cazar y galopar, ¿eh? —dijo Nikolái rascando a Milka por detrás de las orejas.

Danilo no respondió y se limitó a pestañear.

—Al amanecer he enviado a Uvarka a escuchar —informó con su voz de bajo después de un breve silencio—. Dice que *ha cruzado* el coto y que han estado aullando.

(*Ha cruzado* significaba que la loba, a la que ambos se referían, había pasado con sus crías al bosque de Otrádnoie, que estaba a unas dos verstas de la casa y dentro del cual había un pequeño boscaje separado.)

—Pues habrá que ponerse en marcha, ¿no? —dijo Nikolái—. Ven a verme con Uvarka.

—¡Como usted mande!

—Aún no des de comer a los perros.

—A sus órdenes.

Al cabo de cinco minutos Danilo y Uvarka estaban en el gran gabinete de Nikolái. A pesar de que Danilo no era demasiado alto, verlo en una habitación producía una impresión semejante a ver un caballo o un oso entre los muebles de una casa, en un entorno de vida doméstica. El propio Danilo se daba cuenta y, como de costumbre, se quedó justo al lado de la puerta, tratando de hablar bajito, de no moverse para no romper nada en las habitaciones de su señor y de terminar cuanto antes para salir al aire libre y estar bajo el cielo en vez de bajo un tejado.

Después de preguntar y asegurarse por Danilo de que los perros estaban bien (también Danilo tenía ganas de ponerse en marcha), Nikolái mandó ensillar. Pero estaba Danilo a punto de salir cuando Natasha entró con paso rápido en el gabinete; iba todavía sin peinar ni vestir y llevaba un gran chal de su aya. Petia entró corriendo con ella.

—¿Vas a cazar? —preguntó Natasha—. ¡Ya lo sabía yo! Sonia me dijo que no iríais, pero yo sabía que, con el día que hace hoy, es imposible no ir.

—Salimos ahora —respondió Nikolái con desgana, porque ese día tenía la intención de llevar a cabo una cacería seria y no quería llevar a Natasha ni a Petia—. Salimos ahora, pero solo cazaremos lobos: te aburrirás.

—Ya sabes que ese es mi mayor placer —dijo Natasha—. Eso no está nada bien: se dispone a salir, manda ensillar y no nos dice nada.

—*¡No hay obstáculos para los rusos!*[128] ¡Nosotros también vamos! —gritó Petia.

—Pero si tú no puedes ir; mamá dijo que no puedes —objetó Nikolái dirigiéndose a Natasha.

—¡Sí que iré! Iré sin falta —dijo Natasha con expresión decidida—. ¡Danilo, manda ensillar para nosotros y que Mijaíl salga con mi jauría! —exclamó, volviéndose hacia el jefe de jauría.

Y, si a Danilo le resultaba incómodo y penoso estar en un gabinete, tener que habérselas con una señorita ya le parecía imposible. Bajó la mirada y se apresuró a salir, como si la cosa no fuera con él, tratando de no lastimar sin querer a la señorita.

IV

El viejo conde, que siempre había mantenido una enorme comitiva de caza pero que ahora le había pasado la gestión a su hijo, ese día 15 de septiembre estaba de muy buen humor y se preparó para unirse a la partida.

Al cabo de una hora toda la comitiva estaba reunida frente al porche. Nikolái, con un semblante severo y serio en el que se veía que no tenía tiempo para tonterías, pasó por delante de Natasha y Petia, que intentaban decirle algo. Revisó todas las unidades de la comitiva, hizo que una jauría y varios cazadores se adelantaran hasta un punto de emboscada, montó en su caballo alazán del Don y, silbando a los perros de su jauría, se puso en marcha a través de la era hacia el campo que conducía al coto de Otrádnoie. El palafrenero del viejo conde llevaba a Viflianka, el caballo rubicán castrado de su señor, mientras que el viejo conde iba al punto de caza que le habían asignado en una pequeña calesa.

Había un total de cincuenta y cuatro sabuesos conducidos por seis hombres, entre jefes de jauría y perreros. Además de los señores, había ocho monteros de lebrel tras los que correteaban más de cuarenta lebreles, de modo

que, contando las jaurías de los amos, salieron de cacería unos ciento treinta perros y veinte cazadores a caballo.

Cada perro conocía a su amo y atendía cuando lo llamaban por su nombre. Cada cazador conocía su tarea, su lugar y su cometido. En cuanto atravesaron el cercado de la finca, todos, sin hacer ruido y sin hablar, se diseminaron con paso regular y calmado por el camino y por el campo que conducía al bosque de Otrádnoie.

Los caballos avanzaban por el campo como por una alfombra de piel, chapoteando alguna que otra vez en los charcos cuando atravesaban algún camino. El cielo neblinoso continuaba descendiendo a la tierra de un modo imperceptible y regular; el aire estaba sereno, templado, silencioso. De tarde en tarde se oían los silbidos de algún cazador, el resoplido de un caballo, el golpe de una fusta o el aullido de un perro separado de su jauría.

Cuando hubieron recorrido una versta, otros cinco jinetes con perros salieron de la niebla frente a la comitiva de caza de los Rostov. Delante iba un viejecito guapo y lozano, con un gran bigote cano.

—¡Buenos días, tío! —saludó Nikolái cuando el viejo se acercó a él.

—¡Rayos y truenos!… Ya lo sabía yo —dijo el tío (era un pariente lejano y sin fortuna de los Rostov, de los que además era vecino)—: sabía que no te resistirías, y muy bien que has hecho. ¡Rayos y truenos! —Esta era la expresión favorita del tío—. Ve al coto ya: mi Guírchik me ha dicho que los Ilaguin están cazando en Kórniki. ¡Rayos y truenos! ¡Te van a quitar la camada en tus propias narices!

—Allí es hacia donde me dirijo. ¿Unimos las jaurías? —le preguntó Nikolái.

Juntaron a los sabuesos en una sola jauría y avanzaron, el uno al lado del otro. Natasha, envuelta en varios chales bajo los que asomaba su animado rostro y sus ojos brillantes, cabalgó hasta ellos con Petia, que no se quedó rezagado, con el montero Mijaílo y con un caballerizo a quien habían encargado cuidar de ella. Petia reía, azuzaba a su caballo y tiraba de las riendas. Natasha montaba con destreza y seguridad en su caballo negro Arábchik y, con mano segura, lo frenaba sin esfuerzo.

El tío miró con reprobación a Petia y a Natasha. No le gustaba mezclar la diversión con algo tan serio como la caza.

—¡Buenos días, tío, nosotros también vamos! —gritó Petia.

—Buenos días, sí, buenos días: pero cuidado con aplastar a algún perro —respondió severamente el tío.

—Nikólenka, ¡Trunila es un perro tan simpático! ¡Me ha reconocido! —dijo Natasha de su sabueso favorito.

«En primer lugar, Trunila no es un simple perro, sino un sabueso», pensó Nikolái, y miró con acritud a su hermana, procurando marcar la distancia que debía separarles en ese momento. Natasha lo comprendió.

—Tío, no vaya a pensar que vamos a molestar —dijo ella—. Nos quedaremos en nuestro sitio y no nos moveremos.

—Me parece muy bien, condesita —le respondió el tío—. Pero tenga cuidado de no caerse del caballo —añadió—; porque… ¡rayos y truenos! No tiene dónde agarrarse.

El coto de Otrádnoie se veía a unos cien *sazhén* de distancia, y los jefes de jauría ya estaban llegando a él. Rostov, que por fin había decidido desde dónde lanzar a los sabuesos y le había indicado a Natasha el lugar donde debía esperar —era una zona por la que no podía pasar ningún animal—, se dirigió hacia el punto de emboscada, situado sobre un barranco.

—Bueno, sobrinito, vas a por un viejo lobo —le dijo el tío—: ¡cuidado, que no se te escape!

—Ya veremos —dijo Rostov—. ¡Karái, busca! —exclamó, respondiendo con esa llamada a las palabras de su tío.

Karái era un perro viejo, feo y de morro peludo, conocido por atreverse a ir solo a por un lobo grande.

Todo el mundo ocupó su puesto. El viejo conde, que conocía el ímpetu de su hijo en la caza, se apresuró para no retrasarse; antes de que hubieran llegado los jefes de jauría, jovial, sonrosado y con las mejillas temblorosas, pasó en su calesa tirada por caballos negros por las tierras sembradas y llegó al punto de caza que le habían asignado. Después de estirar los pliegues del abrigo y de ponerse el equipo de caza, montó en su mansa y cebada Viflianka, que tenía el pelo tan cano como él. A continuación, mandaron la calesa de vuelta a casa. Aunque el conde Iliá Andreich no era cazador de corazón, conocía perfectamente las leyes de la cacería; se adentró en el lindero de arbustos donde tenía su puesto, desenredó las riendas, se acomodó bien en la silla y, ya preparado, miró sonriente a su alrededor.

A su lado estaba su ayuda de cámara, Semión Chekmar, jinete veterano aunque poco ágil ya. Chekmar sujetaba a tres intrépidos perros lobo, aunque tan gordos como el amo y el caballo. Dos perros más, viejos y listos, que iban separados de la jauría, se echaron en el suelo. En el lindero, a unos cien pasos de distancia, estaba Mitka, el otro palafrenero del conde, jinete temerario y cazador apasionado. El conde, siguiendo su vieja costumbre, antes de

empezar la caza bebió licor de bayas en una copita de plata, tomó un bocado y, como remate, media botella de su burdeos preferido. Estaba un poco colorado por el vino y el trajín, y sus ojos húmedos tenían un brillo especial; envuelto en su abrigo de pieles y montado en la silla, parecía un niño al que van a sacar de paseo.

Después de todos los preparativos, Chekmar, flaco, con las mejillas hundidas, miró a su señor, al que había servido treinta años en perfecta armonía, y, al ver que estaba de buen humor, esperó que iniciara una agradable conversación. Una tercera persona salió del bosque a caballo, se acercó con cautela (era evidente que ya había sido aleccionado) y se detuvo detrás del conde. Era un viejecito de barba cana que iba vestido con una bata de mujer y un gorro alto en forma de cono. Se trataba del bufón, que respondía al nombre de Nastasia Ivánovna.

—¡Vigila, Nastasia Ivánovna! —le susurró el conde guiñándole un ojo—. Si espantas a la fiera, Danilo te dará una buena.

—Ya soy mayorcito —replicó Nastasia Ivánovna.

—¡Chsss! —chistó el conde, y se volvió hacia Semión—. ¿Has visto a Natalia Ilínichna? —le preguntó—. ¿Dónde está?

—Se ha quedado con Piotr Ilich en los matorrales de Zhárov —respondió Semión sonriendo—. Es una dama, pero ¡cómo le gusta la caza!

—Te sorprende lo bien que monta, ¿eh, Semión? —dijo el conde—. ¡No desmerece en nada a un hombre!

—¿Cómo no voy a sorprenderme? ¡Qué valentía y destreza!

—Y ¿dónde está mi Nikolái? En la cima de Liádov, ¿no? —preguntó el conde, siempre en un susurro.

—Así es, señor. Sabe bien dónde colocarse. Monta con tanta maestría que Danilo y yo a veces nos quedamos maravillados —dijo Semión, que sabía cómo complacer a su amo.

—Monta bien, ¿eh? Y ¡qué porte tiene sobre el caballo! ¿Eh?

—¡Como para pintarlo en un cuadro! Hace unos días estuvo persiguiendo a un zorro por los matorrales de Zavárzino. Había que verlo saltar, ¡una maravilla! Su caballo vale mil rublos, pero él, como jinete, no tiene precio. ¡Ya no se ven a valientes así!

—No se ven… —asintió el conde, al parecer lamentando que Semión ya hubiera acabado de hablar—. No se ven… —repitió, dándole la vuelta a los faldones de su pelliza y sacando la tabaquera.

—Hace unos días, cuando salía de misa con todas sus condecoraciones, Mijaíl Sídorych… —Semión no terminó la frase porque oyó con claridad en

el aire calmado el ruido de la persecución y los aullidos de dos o tres sabuesos. Ladeó la cabeza, aguzó el oído y llamó la atención de su señor con un gesto silencioso—. ¡Han dado con las crías y las empujan hacia Liádov! —susurró.

El conde, olvidándose de borrar la sonrisa de su rostro, miró a lo lejos por una franja abierta que había entre los arbustos con la tabaquera en la mano aunque sin aspirar rapé. Después de los ladridos se oyó el son grave del cuerno de caza de Danilo, que daba aviso de la presencia del lobo. La jauría se unió a los tres primeros perros y se oyó cómo los sabuesos empezaban a ladrar ruidosamente, con ese aullido especial que indica la persecución de un lobo. Los jefes de jauría habían dejado de ir y venir, buscando: ahora azuzaban a los perros, y entre todas las voces destacaba la de Danilo, tan pronto grave como estridentemente aguda. La voz parecía llenar el bosque entero, extenderse hasta los confines del campo.

Después de escuchar en silencio unos segundos, el conde y su palafrenero concluyeron que los sabuesos se habían dividido en dos jaurías: una grande que ladraba con especial fuerza y empezaba a alejarse y otra que cruzaba el bosque a gran velocidad por delante de ellos y que era azuzada por los gritos de Danilo. Los ruidos de la persecución de ambas jaurías se confundían y se iban alejando. Semión suspiró y se agachó para arreglar la correa con la que un perro joven se había enredado; el conde también suspiró y, al reparar en que tenía la tabaquera en la mano, la abrió y tomó una pizca de rapé.

—¡Atrás! —le gritó Semión a un perro que se había salido del lindero.

El conde dio un respingo y se le cayó la tabaquera al suelo. Nastasia Ivánovna se bajó del caballo y se la recogió.

El conde y Semión lo miraron y, de repente, como es habitual, la persecución empezó de golpe a oírse más cerca: parecía como si los ladridos de los perros y los gritos de Danilo sonaran justo delante de ellos.

El conde se volvió y vio a Mitka a su derecha, que lo miraba con los ojos desorbitados y le señalaba con la gorra en la mano que mirara al frente, hacia el otro lado.

—¡Cuidado! —gritó con una voz que indicaba que ya no podía aguantarse más esa palabra. Después soltó a los perros y galopó hacia el conde.

El conde y Semión salieron rápidamente del lindero y vieron a su izquierda un lobo que, balanceándose suavemente, corría veloz y silencioso un poco más a la izquierda de donde estaban ellos, en dirección al lindero. Los perros gañeron con furia, se soltaron de la traílla y se lanzaron hacia el lobo pasando entre las patas de los caballos.

El lobo se detuvo un momento, con torpeza, como si sufriera de angina de pecho, y volvió su cabeza alargada hacia los perros; después, balanceándose suavemente como antes, dio un salto y después otro, y desapareció en el bosque moviendo la cola. En ese instante, del lindero de enfrente salió un sabueso con un aullido semejante a un lamento, después otro y otro más, y toda la jauría cruzó el campo a toda velocidad, siguiéndole los pasos al lobo. Entonces se abrieron las matas de un avellano y apareció Danilo en su caballo pardo, oscurecido por el sudor. Iba inclinado hacia delante, pegado a su alargada grupa; tenía la cabeza descubierta, el pelo cano y desgreñado, y la cara roja y sudada.

—¡Uliuliuliu, uliuliuliu!… —gritaba. Cuando vio al conde, sus ojos relampaguearon—. ¡Maldi…! —chilló, amenazando en su dirección con la fusta en alto—. ¡Han dejado escapar al lobo, maldi…! ¡Vaya unos cazadores!

Y, como si no quisiera honrar con una conversación más larga al desconcertado y temeroso conde, golpeó con toda la rabia que sentía contra él los flancos sudados de su caballo pardo y salió como una flecha tras los sabuesos. El conde miró a su alrededor como un niño que ha sido castigado, buscando con su sonrisa la complicidad de Semión, pero este ya no estaba: había rodeado los matorrales y se había lanzado a la persecución del lobo. Los monteros de lebrel acosaban al animal por ambos lados, pero este desapareció entre los arbustos y ningún cazador pudo atraparlo.

V

Entretanto, Nikolái Rostov aguardaba al lobo en su puesto. Por cómo oía el avance y el retroceso de la persecución, los ladridos de los perros a los que conocía y las voces de los jefes de jauría, unas veces cerca y otras lejos, se daba cuenta de lo que estaba sucediendo en el boscaje. Sabía que había allí lobos jóvenes y viejos, que los sabuesos se habían dividido en dos jaurías, que en algún punto habían acosado a la fiera, pero que algo había ido mal. Esperaba verla aparecer en cualquier momento. Hacía miles de conjeturas sobre desde qué lado podría salir y cómo la perseguiría. La esperanza se alternaba con la desesperación. En varias ocasiones se dirigió a Dios suplicando que el lobo saliera a su encuentro; rezaba con esa mezcla de fervor y vergüenza de quien, en un momento de gran inquietud, reza por algo insignificante. «Bueno, ¡qué te cuesta hacerlo por mí! —le rogaba a Dios—. Sé que eres grande y que es un pecado pedirte algo así; pero ¡Dios mío, haz

que salga el viejo lobo y que Karái le salte al cuello ante los ojos de mi tío, que nos está mirando desde allí!» Durante esa media hora Rostov recorrió mil veces con la mirada obstinada, tensa e inquieta el lindero del bosque donde dos robles ralos extendían sus ramas sobre un macizo de álamos temblones, la cañada con el margen erosionado y el gorro de su tío, que asomaba ligeramente por detrás de los arbustos de la derecha.

«No, no tendré esa suerte —pensaba—, pero ¡qué costaría! ¡No, no va a ocurrir! Siempre tengo mala suerte: en las cartas, en la guerra y en todo.» Austerlitz y Dólojov se representaron vivamente en su imaginación, alternándose con rapidez. «Cazar un viejo lobo una vez en mi vida: ¡ese es mi único deseo!», pensaba, aguzando el oído y la vista, mirando a la izquierda y de nuevo a la derecha, y prestando atención al más mínimo rumor de la persecución. Miró a la derecha una vez más y vio que, en el campo desierto, algo corría hacia él. «¡No, no puede ser!», pensó, respirando con dificultad, como respira una persona que va a ver cumplido lo que llevaba mucho tiempo deseando. Se iba a cumplir su dicha suprema, y de un modo sencillo, sin ruido, sin grandes aspavientos ni celebraciones. No podía creer lo que veían sus ojos, y esa duda duró algo más de un segundo. El lobo, corriendo, saltó con esfuerzo una zanja que había en su camino. Era un animal viejo, con el lomo cano, y la panza bien alimentada y rojiza. Corría lentamente, sin duda convencido de que nadie lo veía. Rostov, conteniendo la respiración, volvió la mirada hacia los perros. Unos estaban echados y otros de pie, porque no veían al lobo ni se daban cuenta de nada. El viejo Karái, con la cabeza vuelta, mostrando sus dientes amarillos, buscaba enfadado una pulga que tenía en el muslo trasero.

—¡Uliuliuliu! —susurró Rostov inflando los labios.

Los perros dieron un salto que sacudió las traíllas y aguzaron el oído. Karái terminó de rascarse el muslo y se levantó, poniendo también las orejas en punta y moviendo un poco el rabo, que tenía lleno de nudos de pelo.

«¿Los suelto? ¿No los suelto?», se decía Rostov mientras el lobo avanzaba hacia él y se alejaba del bosque. De repente toda la expresión del lobo cambió: se estremeció al ver unos ojos humanos fijos en él —probablemente era la primera vez que veía unos— y, volviendo ligeramente la cabeza hacia el cazador, se detuvo. «¿Adelante o atrás? ¡Bah, qué más da! ¡Adelante!», parecía que se estuviera diciendo el animal, y avanzó ya sin mirarle, con un trote suave, pausado y libre, aunque decidido.

—¡Uliuliu!… —gritó Nikolái con una voz que no parecía la suya, y su buen caballo echó a correr cuesta abajo y saltó unas charcas para cortarle el

paso al lobo.

Los perros, aún más rápido, adelantaron al caballo. Nikolái no oía su propio grito, no sentía estar galopando y no veía a los perros ni por dónde avanzaba: solo veía al lobo, que había acelerado la carrera, pero que no había cambiado de dirección y seguía por la cañada. Milka, la perra negra moteada de ancha grupa, fue la primera en aparecer cerca de él, cada vez más… hasta casi alcanzarlo. Pero el lobo apenas la miró de soslayo, y Milka, en vez de acelerar el paso como siempre hacía, de repente levantó el rabo y se detuvo, con todo el peso en las patas delanteras.

—¡Uliuliuliuliu! —gritaba Nikolái.

El rojizo Liubim adelantó a Milka de un salto, se abalanzó impetuosamente contra el lobo y lo agarró por el muslo posterior, pero un instante después, asustado, se apartó de un brinco. El lobo se agazapó, dio una dentellada en el aire, volvió a erguirse y corrió hacia delante, seguido a una distancia de un *arshín* por todos los perros, que no se atrevían a acercarse más.

«¡Se va a escapar! ¡No, no puede ser!», pensaba Rostov mientras seguía gritando con voz ronca.

—¡Karái! ¡Uliuliu!… —gritaba buscando con la mirada al viejo perro, que era su única esperanza.

Karái, con las fuerzas de animal viejo que aún le quedaban, estiró el cuerpo cuanto pudo sin dejar de mirar al lobo y corrió torpemente a su lado para cortarle el paso. Pero, a juzgar por la velocidad del lobo y por la lentitud del perro, se hizo evidente que había calculado mal. Nikolái veía que el bosque ya estaba cerca, y que si el lobo llegaba hasta él probablemente escaparía. Pero de repente aparecieron por delante varios perros y un cazador que corrían casi a su altura. Aún había esperanzas. Un perro joven de color pardo oscuro, de una jauría que Nikolái no conocía, se adelantó impetuosamente y casi derribó al lobo. Este, con una rapidez imposible de esperar, se incorporó un poco, se abalanzó contra el perro pardo y le dio una dentellada; el perro, ensangrentado y con el costado desgarrado, cayó de cabeza al suelo con un estridente gañido.

—¡Karáiushka! ¡Madre mía!… —gemía Nikolái.

El viejo perro, con las patas llenas de nudos de pelo, pudo cortarle el camino al lobo gracias a aquella parada, y ya estaba a cinco pasos de él. Como si percibiera peligro, el lobo miró a Karái de soslayo, metió aún más la cola entre las patas y aceleró la carrera. Pero en ese momento Nikolái vio que

algo sucedía: Karái cayó sobre su presa y ambos rodaron en una hondonada que tenían delante.

El momento en que Nikolái vio cómo los perros revolcaban al lobo —su pelaje cano se veía por debajo de ellos— y cómo este extendía la pata trasera, encogía las orejas y jadeaba asustado (Karái lo tenía agarrado por el cuello) fue el más feliz de su vida. Ya se había agarrado al arzón de su silla para desmontar y clavarle un cuchillo cuando, de repente, el lobo asomó la cabeza entre la masa de perros y apoyó las patas delanteras en un borde de la hondonada. Dio una dentellada en el aire (Karái ya no lo tenía sujeto), salió de un salto impulsándose con las patas traseras y, con la cola encogida, echó a correr y volvió a alejarse de los perros. Karái, con el pelo erizado, probablemente magullado o herido, salió de la hondonada con grandes esfuerzos.

—¡Dios mío! ¿Por qué?… —gritó Nikolái desesperado.

Pero un cazador del tío galopaba por el otro lado tratando de cortarle el paso al lobo, y los perros volvieron a detenerlo. De nuevo lo tenían rodeado.

Nikolái, su palafrenero, el tío y su cazador daban vueltas alrededor del lobo azuzando a los perros, gritando, preparándose para desmontar en cuanto el animal se sentaba, y siguiéndolo cada vez que daba una sacudida y avanzaba hacia el bosque que debía ser su salvación.

Danilo, ya desde el principio de la persecución, al oír gritar «¡Uliuliu!» había aparecido en el lindero del bosque. Al ver que Karái tenía al lobo sujeto, detuvo su caballo pensando que la cosa ya estaba hecha. Pero, como los cazadores no desmontaron, el lobo dio una sacudida y de nuevo se escapó; entonces Danilo no galopó hacia él, sino directamente hacia el bosque, igual que Karái, para cortarle el paso. De este modo, pudo alcanzarlo justo en el momento en que los perros del tío lo obligaban a detenerse por segunda vez.

Danilo galopaba en silencio, empuñando un puñal en la mano izquierda y fustigando con furia a su caballo pardo en los costados.

Nikolái no vio ni oyó a Danilo hasta que su caballo pardo pasó justo por su lado jadeando ruidosamente; después oyó cómo alguien caía y vio a Danilo entre los perros, sobre la grupa del lobo, tratando de agarrarlo por las orejas. Era evidente que tanto para los perros como para los cazadores y para el lobo todo había acabado ya. La bestia, asustada y con las orejas encogidas, intentaba levantarse, pero los perros la tenían rodeada. Danilo se levantó, avanzó un paso y se arrojó con todo el peso de su cuerpo sobre el animal, como si se tumbara a descansar, agarrándolo por las orejas. Nikolái quiso clavarle el cuchillo, pero Danilo le susurró: «No hace falta: lo ataremos», y,

cambiando de posición, le puso un pie encima del cuello. Le pusieron un palo en la boca, se la ataron como si llevara un bocado y le ataron también las patas; seguidamente, Danilo le dio dos vueltas en el suelo.

Con el rostro radiante y exhausto, cargaron al viejo lobo vivo sobre el caballo, que se agitaba y resollaba, y, acompañados por los gañidos de los perros, lo llevaron hasta el lugar donde debían reunirse con los demás. En cuanto a los lobos jóvenes, los sabuesos habían atrapados a dos, y los lebreles a tres. Los cazadores llegaban con sus presas y sus anécdotas, y todos se acercaban a ver al viejo lobo, que, con la gran cabeza colgando y el palo en la boca, miraba con ojos grandes y vidriosos al montón de perros y de hombres que lo rodeaban. Cuando alguien lo tocaba, sacudía las patas traseras, que tenía atadas, y miraba a todos de una manera salvaje y al mismo tiempo sencilla. El conde Iliá Andreich se aproximó y también lo tocó.

—¡Oh, es enorme! —dijo—. Es un lobo viejo, ¿verdad? —le preguntó a Danilo, que estaba a su lado.

—Así es, señor —respondió este quitándose el gorro rápidamente.

El conde recordó que había dejado escapar al lobo y su encontronazo con Danilo.

—Amigo, ¿te has enfadado? —le dijo el conde.

Danilo no respondió, se limitó a esbozar una sonrisa agradable, cohibida, infantil y mansa.

VI

El viejo conde volvió a casa, y Natasha y Petia prometieron regresar enseguida. Como aún era temprano, la caza continuó. Hacia el mediodía soltaron a los sabuesos en un barranco cubierto de árboles jóvenes. Nikolái, desde un campo de rastrojos, veía a todos sus cazadores.

Frente a él se extendían las mieses, donde uno de sus cazadores se ocultaba solo en una hondonada, detrás del ramaje de un avellano. En cuanto soltaron a los sabuesos, Nikolái oyó el ladrido pausado de Voltorn, un perro al que conocía; los demás perros se le unieron, y tan pronto se callaban como se ponían a ladrar de nuevo.

Al cabo de un momento, en el coto alguien dio la voz de que había un zorro, y toda la jauría se lanzó revuelta por el pequeño barranco hacia las mieses, alejándose de Nikolái.

El joven veía a los encargados de las jaurías con sus gorros rojos cabalgando por el borde del barranco cubierto de maleza, veía incluso a los perros y esperaba ver aparecer en cualquier momento al zorro en las mieses del otro lado.

El cazador que vigilaba en la hondonada soltó a los perros y Nikolái vio a un zorro rojizo, extraño, menudo, que corría por las mieses rápidamente y con la cola erizada. Los perros empezaron a perseguirlo y, cuando los tuvo cerca, el zorro se puso a dar vueltas entre ellos en círculos cada vez más pequeños, moviendo su esponjosa cola. Pero, de pronto, un perro blanco al que no conocían se lanzó sobre él, a continuación otro negro, y hubo una gran confusión. Los perros se pararon formando una estrella, con los lomos separados y agitándose ligeramente. Entonces llegaron dos cazadores a galope; uno llevaba un gorro rojo, y el otro, al que no conocían, un caftán verde.

«¿Qué está pasando? —pensó Nikolái—. ¿De dónde ha salido ese cazador? No es de la comitiva del tío.»

Los dos cazadores apartaron a los perros del zorro, pero se quedaron ahí un buen rato, sin atarlo. A su lado estaban los caballos, con sus bridas y sus prominentes sillas, así como los perros, que se habían tumbado en el suelo. Los cazadores agitaban los brazos y hacían algo con el zorro. De repente se oyó un cuerno, la señal convenida para indicar una disputa.

—Es un cazador de Ilaguin: está discutiendo con nuestro Iván —dijo el palafrenero de Nikolái.

Nikolái le ordenó que fuera a buscar a su hermana y a Petia, y se dirigió al paso hacia el punto donde los jefes de jauría habían reunido a los sabuesos. Varios cazadores acudieron al lugar de la disputa.

Nikolái bajó del caballo y se detuvo junto a los sabuesos con Natasha y Petia, que ya habían llegado, a la espera de noticias de cómo acababa aquello. Uno de los que discutían salió del lindero con el zorro atado y se dirigió hacia el joven señor. Se quitó el gorro mientras se acercaba y procuró hablar con deferencia, pero estaba pálido, le faltaba el aliento y tenía una expresión furiosa. Se había magullado un ojo, pero probablemente ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Nikolái.

—¡Será posible! ¡Pretende cazar siguiendo las huellas de nuestros sabuesos! Además, ha sido mi perra gris la que lo ha atrapado. ¡Anda y vete a buscar un juez! ¡Pretendía llevarse al zorro! Y he tenido que atizarle con el zorro mismo. Aquí lo tengo, atado. ¿Esto es lo que quieres? —exclamó el

cazador, señalando el puñal que llevaba, como si siguiera discutiendo con su adversario.

Nikolái no respondió, pidió a su hermana y a Petia que lo esperaran, y se dirigió hacia la hostil partida de caza de Ilaguin.

El vencedor de la disputa se mezcló con los demás cazadores y, rodeado de una multitud de compañeros contentos con lo que acababa de hacer, les contó su hazaña.

He aquí lo que había ocurrido: Ilaguin, con quien los Rostov estaban enemistados y en litigio, estaba cazando en lugares que por derecho de costumbre les pertenecían a ellos; y ahora, como adrede, había ordenado a sus hombres que se adentraran en el coto donde estaban los Rostov y había permitido que su cazador persiguiera una pieza cuyo rastro ya seguían otros sabuesos.

Nikolái no había visto nunca a Ilaguin, pero sin término medio, como siempre, en sus opiniones y sentimientos y dejándose llevar por lo que se decía del carácter alborotador y arbitrario de aquel terrateniente, lo odió con toda su alma y lo consideró el peor de sus enemigos. Fue hacia él furioso y agitado, sujetando con fuerza la fusta en la mano, totalmente dispuesto a llevar a cabo las acciones más decididas y peligrosas contra su enemigo.

Apenas hubo salido del reborde del bosque, vio que se dirigía hacia él un señor grueso con un gorro de castor que montaba un hermoso caballo negro e iba acompañado de dos palafreneros. En vez de a un enemigo, Nikolái halló en Ilaguin a un caballero de buena apariencia, actitud cortés e impaciente por conocer al joven conde. Al llegar a su altura, Ilaguin se levantó un poco el gorro de castor y le dijo que lamentaba mucho lo sucedido y que mandaría castigar al cazador que se había permitido ir a por una pieza que ya perseguía otra jauría; añadió que deseaba conocer al conde y le ofreció sus terrenos para cazar.

Natasha, temiendo que su hermano hiciera algo terrible, lo seguía de cerca, nerviosa. Al ver que los enemigos se saludaban amistosamente, se acercó a ellos. Cuando Ilaguin la vio se levantó aún más el gorro de castor y dijo con una agradable sonrisa que la condesa era la viva representación de Diana por su pasión por la caza y por su belleza, de la que tanto había oído hablar.

Para reparar la falta de su cazador, Ilaguin insistió en que Rostov lo acompañara a su coto, a una versta de distancia, que reservaba para sí mismo y que, según decía, estaba repleto de liebres. Nikolái aceptó la invitación, y la comitiva de caza, que se había multiplicado por dos, emprendió el camino.

Para llegar al coto de Ilaguin había que atravesar los campos. Los cazadores se dispersaron, pero los amos iban juntos. El tío, Rostov e Ilaguin echaban miradas nerviosas y furtivas a los perros de los otros, procurando que nadie lo notara y buscando posibles rivales para los suyos.

A Rostov le dejó especialmente asombrado la belleza de una perra de pura raza de la jauría de Ilaguin: era estrecha y menuda, pero tenía los músculos de acero, el hocico fino, prominentes ojos negros y estaba cubierta de manchas rojizas. Había oído hablar de la rapidez de los perros de Ilaguin, y veía en esa perra a una rival para su Milka.

En medio de una tranquila conversación que Ilaguin había iniciado sobre la cosecha de ese año, Nikolái le señaló la perra rojiza moteada.

—¡Esa perra pequeña es un buen ejemplar! —le dijo con tono informal—. ¿Es rápida?

—¿Aquella? Sí, es una buena perra, es buena cazadora —le respondió Ilaguin con indiferencia, refiriéndose a Ezra, por la cual un año antes le había dado a un vecino suyo tres familias de siervos—. Así pues, conde, ¿a ustedes tampoco se les presenta una buena cosecha? —retomó la conversación anterior. Pero, considerando de buena educación corresponder al joven con otro cumplido, examinó a los perros de este y le preguntó por Milka, cuya anchura le había llamado la atención—. Esa perra negra moteada también es un buen ejemplar, ¡tiene buena constitución! —exclamó.

—Sí, no está mal, es veloz —respondió Nikolái.

«¡Si ahora saliera una liebre corriendo por el campo, ya te enseñaría yo lo que vale esta perra!», pensó Nikolái. Acto seguido, se volvió hacia su palafrenero y le dijo que daría un rublo al cazador que diera con una liebre escondida.

—No entiendo —prosiguió Ilaguin— cómo es posible que haya cazadores que estén celosos de las presas y de los perros ajenos. Le contaré algo de mí, conde: lo que a mí me divierte es pasearme así, en buena compañía, ¿sabe usted?… ¡Qué puede haber mejor que esto! —De nuevo se quitó el gorro de castor frente a Natasha—. En cambio, eso de contar cuántas pieles has conseguido y cuántas piezas has cazado, ¡me trae sin cuidado!

—Pues sí.

—¡Cómo me va a molestar que sea el perro de otro y no el mío el que atrape a una presa! Lo que a mí me gusta es disfrutar de la caza, ¿no es así, conde? Además, considero que…

—¡Atú! —se oyó en ese instante el grito prolongado de uno de los monteros, que se había detenido. Estaba sobre un montículo de rastrojos con

la fusta en alto y volvió a repetir—: ¡Atú!

El grito y la fusta en alto significaban que había divisado una liebre escondida.

—Ah, creo que ha visto una —dijo Ilaguin con tono indiferente—. Bueno, pues ¡vamos a perseguirla, conde!

—Sí, deberíamos acercarnos… ¿Vamos juntos? —respondió Nikolái, mirando a Ezra y a Rugái, el perro rojizo del tío, dos rivales con los que nunca había tenido la oportunidad de medir a sus sabuesos. «¿Y si superan a mi Milka?», pensó mientras avanzaba junto a su tío y a Ilaguin hacia la liebre.

—¿Es grande? —preguntó Ilaguin, yendo hacia el montero que había divisado la liebre. Y, no sin nerviosismo, miró a Ezra mientras le silbaba—. Y ¿usted, Mijaíl Nikanórych? —añadió dirigiéndose al tío, que avanzaba con el ceño fruncido.

—¡Para qué voy a meterme yo en eso, rayos y truenos! Usted ha pagado una aldea entera por cada perro: ¡los suyos valen miles de rublos! ¡Midan ustedes dos sus fuerzas, y yo me quedaré mirando! ¡Rugái, ven aquí, ven! —le gritó a su perro—. ¡Rugáiushka! —exclamó, expresando con ese diminutivo el cariño que sentía por su perro rojizo y las esperanzas que tenía depositadas en él.

Natasha percibió el nerviosismo que los dos viejos y su hermano trataban de disimular, y también ella se puso nerviosa.

El montero seguía sobre el montículo con la fusta en alto mientras los señores avanzaban al paso hacia él; los sabuesos que corrían por el horizonte se alejaron de la liebre y los perreros también. Todos se movían a un ritmo lento y pausado.

—¿Hacia dónde mira la liebre? —preguntó Nikolái a unos cien pasos del montero.

Pero no había tenido tiempo de responderle cuando la liebre, sintiendo que a la mañana siguiente helaría, en vez de quedarse escondida salió corriendo de un salto. La jauría de sabuesos, sujetos de dos en dos, se lanzó montículo abajo detrás de ella; por todas partes salieron a por la presa lebreles que iban sueltos. Los perreros avanzaban lentamente con el grito de: «¡Alto!» para apartar a los perros, mientras que los monteros de lebrel gritaban a los suyos: «¡Atú!», azuzándolos y atravesando rápidamente el campo. Ilaguin, impasible, Nikolái, Natasha y el tío se lanzaron a todo galope sin saber hacia dónde y sin ver más que a los perros y a la liebre, porque temían perderse un solo instante de la persecución. La liebre resultó ser grande y veloz. Después del salto no echó a correr de inmediato: levantó las orejas, atenta a los gritos y

a las pisadas de los caballos, que habían empezado a oírse por todos lados. Dio unos diez saltos sin prisa, dejando que los perros se le acercaran y, finalmente, entendiendo que corría peligro y eligiendo el rumbo que debía tomar, agachó las orejas y salió como una flecha. Había estado echada entre rastrojos, pero por delante tenía mieses enfangadas. Los dos perros del montero que la había divisado eran los que más cerca estaban de ella, los que primero la encontraron y los que se lanzaron a perseguirla; pero aún no se le habían aproximado demasiado cuando detrás de ellos apareció Ezra, la perra rojiza moteada de Ilaguin, que la alcanzó y, a una velocidad increíble, apuntó hacia la cola y saltó sobre ella pensando que la atraparía. Sin embargo, erró en el cálculo y cayó rodando. La liebre arqueó la espalda y aceleró todavía más. Entonces, detrás de Ezra apareció Milka, la perra negra moteada de ancha grupa, y empezó a ganar terreno rápidamente.

—¡Milushka, pequeña mía! —gritó Nikolái triunfalmente.

Parecía que Milka iba a atrapar a la liebre en ese momento, pero la adelantó y se pasó de largo. La liebre se agazapó. La hermosa Ezra emprendió una nueva carrera y se acercó hasta casi rozarle la cola, como para no volver a errar en el cálculo y agarrarla por la pata trasera.

—¡Ezrynka, vamos, querida! —se oyó la voz implorante de Ilaguin, que no parecía suya.

Pero Ezra no oyó sus súplicas. Justo cuando todos esperaban que atraparía a la liebre, esta se desvió y se adentró a toda velocidad en el margen que separaba las mieses y los rastrojos. Una vez más, Ezra y Milka corrieron a la misma altura, como un par de caballos enganchados, y empezaron a acortar distancias con la presa; sin embargo, la liebre podía correr más ligera por el margen, y no lograban alcanzarla.

—¡Rugái! ¡Rugáiushka! ¡Rayos y truenos! —gritó en ese momento una nueva voz.

Y apareció Rugái, el perro rojizo y jorobado del tío, que, estirando y arqueando el lomo, alcanzó a las dos perras, las dejó atrás, corrió con un esfuerzo terrible, obligó a la liebre a pasar del margen a las mieses y, con las patas hundidas hasta la mitad, aceleró por el terreno cenagoso. Lo único que se vio entonces fue cómo caía rodando con la liebre y se le llenaba el lomo de barro. Los demás perros los rodearon formando una estrella. Al cabo de un momento, los jinetes estaban ya en torno a la jauría. El tío, contentísimo, fue el único que bajó del caballo, cortó las patas de la liebre hasta la mitad, la sacudió para que cayera la sangre, echó una mirada inquieta a uno y otro lado y, sin saber qué hacer con las manos y los pies, dijo sin saber a quién:

—¡Rayos y truenos!… Mi perro… ha podido con todos, con los que valen mil rublos y con los que valen uno. ¡Rayos y truenos! —exclamó sin aliento, mirando a su alrededor con rabia, como regañando a alguien, como si todos fueran sus enemigos, como si todos lo hubieran ofendido y solo ahora pudiera justificarse de una vez por todas—. ¡Para eso os sirven los sabuesos de mil rublos! ¡Rayos y truenos! ¡Rugái, toma un pedazo! —le dijo a su perro, lanzándole una pata cortada que estaba llena de barro—. ¡Te lo has ganado, rayos y truenos!

—La mía estaba cansada, hoy ha perseguido a tres presas —decía Nikolái, sin escuchar a nadie y sin importarle si le prestaban atención.

—Pero ¡si ha ido de través! —decía el palafrenero de Ilaguin.

—Acortando así el camino, de través, cualquier chucho lo habría conseguido —decía a su vez Ilaguin, con la cara roja y respirando con dificultad por la carrera y la agitación.

Natasha, sin haber recuperado el aliento, alegre y exaltada, soltó un grito tan penetrante que resonó en los oídos de todos. Con él expresaba lo mismo que los cazadores con sus conversaciones simultáneas. El grito fue tan extraño y salvaje que, en otras circunstancias, ella misma se habría avergonzado y los demás se habrían sorprendido. El tío ató la liebre en la silla de montar, la echó encima de la grupa del caballo con habilidad y viveza, como reprochando con ese movimiento algo a los demás, y, con actitud de no querer hablar con nadie, se montó en su caballo alazán y se puso en marcha. Los otros, tristes y ofendidos, se alejaron, y hasta mucho rato después no pudieron volver a adoptar su aire de fingida indiferencia. No dejaron de mirar al rojizo Rugái, que, manchado de barro, con el lomo jorobado y haciendo tintinear la traílla, avanzaba detrás del caballo del tío con la serenidad de quien se sabe vencedor.

«Si es que, cuando no se trata de cazar, soy como los demás. Bueno, y, aunque se trate de eso, ¡cuidado conmigo!», era lo que a Nikolái le parecía que expresaba la actitud del perro.

Cuando mucho más tarde el tío se le acercó y le habló, Nikolái se sintió halagado de que, después de todo lo ocurrido, aún se dignara dirigirle la palabra.

VII

Al atardecer, cuando Ilaguin se despidió, Nikolái estaba tan lejos de Otrádnoie que aceptó la propuesta que le hizo su tío de dejar a la comitiva de caza en su aldea de Mijáilovka y pasar la noche en su casa.

—Si vinierais a mi casa, mucho mejor, ¡rayos y truenos! Fijaos en lo húmedo que está el tiempo. Podríais descansar y la condesita volvería en carretela.

La invitación fue aceptada. Enviaron a un cazador a Otrádnoie a por una carretela, y Nikolái fue con Natasha y Petia a casa del tío.

Cinco criados, grandes y pequeños, salieron al porche principal para recibir a su señor. Decenas de mujeres, viejas, de mediana edad y jóvenes, se asomaron al porche de servicio para mirar a los cazadores que llegaban. La presencia de Natasha, una dama montada en un caballo, despertó tanta curiosidad entre los sirvientes que muchos se le acercaban sin cohibirse, la miraban a los ojos y hacían comentarios sobre ella en su presencia, como si se tratara de un fenómeno de exhibición y no pudiera oír ni comprender lo que decían de ella.

—Arinka, fíjate: ¡va sentada de lado! Y lleva la falda colgando… ¡Mira, hasta lleva un pequeño cuerno de caza!

—¡Cielo santo, y un puñal!…

—¡Debe de ser tártara!

—¿Cómo lo haces para no caerte de lado? —preguntó la más atrevida, dirigiéndose directamente a Natasha.

El tío bajó del caballo frente al porche de la casa de madera, rodeada de un jardín; examinó a los criados, gritó autoritariamente que se retiraran los que no hacían nada y que prepararan todo lo necesario para recibir a los invitados y a la comitiva de caza.

Todos se dispersaron rápidamente. El tío ayudó a Natasha a desmontar y la llevó de la mano por los inestables peldaños de la escalera del porche. La casa, sin estucar y con las paredes de troncos, no estaba demasiado limpia; no parecía que el objetivo de sus habitantes fuera vivir en un lugar inmaculado, pero tampoco daba la sensación de abandono. En el zaguán olía a manzanas frescas y había pieles de lobo y de zorro colgadas. El tío acompañó a los invitados a través del recibidor hasta una pequeña sala donde había una mesa plegable y sillas rojas, después pasaron a un salón con una mesa redonda de abedul y un diván, y finalmente a un gabinete con un diván maltrecho, una alfombra raída y varios retratos: el de Suvórov, el de los padres del tío y el suyo propio con uniforme militar. Olía fuerte a tabaco y a perro.

El tío pidió a los invitados que se sentaran, que se acomodaran como si estuvieran en su propia casa, y luego salió. Rugái, con el lomo todavía sucio, entró en el gabinete, se sentó en el diván y empezó a limpiarse con la lengua y los dientes. Esta pieza daba a un corredor donde se alzaba un biombo con visillos rotos. Detrás de él se oían risas de mujer y cuchicheos. Natasha, Nikolái y Petia se quitaron el abrigo y se sentaron en el diván. Petia se acodó, apoyó la cabeza y se quedó dormido al instante; Natasha y Nikolái guardaban silencio. Tenían el rostro encendido, estaban contentos y hambrientos. Intercambiaron una mirada (después de la caza, Nikolái ya no consideraba necesario mostrar su superioridad masculina ante su hermana). Natasha le guiñó un ojo, se contuvieron un instante y finalmente estallaron en una sonora carcajada, sin encontrar ningún motivo para ello.

Poco después el tío volvió con un caftán corto, pantalones azules y botas menudas. Natasha comprendió que esa vestimenta, con la que lo había visto en Otrádnoie y por la que entonces le había mirado con asombro e ironía, era como otra cualquiera y no desmerecía en nada a una levita o a un frac. El tío también estaba contento; no solo no se ofendió por las carcajadas de los hermanos (ni se le pasaba por la cabeza que pudieran reírse de su modo de vida), sino que se sumó a sus risas espontáneas.

—Fíjate en esta joven condesa: ¡nunca he visto otra igual, rayos y truenos! —dijo mientras le ofrecía a Rostov una pipa de boquilla larga y, con un gesto al que se le veía acostumbrado, cogía con tres dedos otra con la boquilla recortada—. ¡Ha montado el día entero, igual que un hombre, como si tal cosa!

Poco después se abrió la puerta y entró una criada que iba descalza, a juzgar por el ruido de sus pies, y llevaba una bandeja grande y bien surtida. Era una mujer gruesa, sonrosada y hermosa de unos cuarenta años, con papada y los labios gordos y colorados. Miró a los invitados con aire hospitalario, con amabilidad en los ojos y en los gestos, y les saludó cortésmente, con una sonrisa dulce. A pesar de que su gordura exagerada la obligaba a echar el pecho y la barriga hacia delante y la cabeza hacia atrás, esta mujer (el ama de llaves del tío) se movía con una ligereza extraordinaria. Se acercó a la mesa, colocó la bandeja y, con sus manos blancas y rollizas, dispuso hábilmente las botellas, los aperitivos y otras delicias. Al terminar, se retiró y se quedó en la puerta sonriendo. «¡Aquí estoy yo! ¿Entiendes ahora a tu tío?», parecía decirle a Nikolái. Y cómo no entenderlo: no solo Rostov, también Natasha comprendió al tío, el significado de su ceño fruncido y su sonrisa satisfecha, apenas perceptible, cuando entraba Anisia Fiódorovna. En

la bandeja había licores de hierbas y de frutas, setas, galletas de harina integral y suero de leche, miel en panal, cocida y espumosa, manzanas y nueces, crudas, tostadas y con miel. Luego Anisia Fiódorovna sacó mermeladas preparadas con miel y azúcar, así como jamón y un pollo recién asado.

Todo lo había recolectado, preparado y confitado Anisa Fiódorovna. Todo tenía el aroma, el perfume y el sabor de Anisia Fiódorovna. Y todo rezumaba esponjosidad, limpieza, blancura y su sonrisa agradable.

—Coma, señora condesita —decía, mientras le ofrecía a Natasha uno u otro manjar.

Natasha se lo comía todo y le parecía que nunca había visto ni comido semejantes galletas, mermeladas, ni nueces con miel o semejante pollo.

Anisia Fiódorovna se retiró. Rostov y el tío, acompañando la cena con un licor de guinda, charlaban de la jornada de caza y de la que vendría, de Rugái y de los perros de Ilaguin. Natasha les escuchaba en el diván con los ojos brillantes. Quiso despertar a Petia varias veces para que comiera algo, pero este le respondía con palabras ininteligibles, completamente dormido. Natasha sentía una alegría tan grande en el alma y se encontraba tan bien en ese ambiente nuevo para ella que temía que la carretela fuera a recogerla demasiado pronto. Después de unos momentos de silencio, como casi siempre ocurre cuando es la primera vez que se recibe a unos conocidos, el tío, en respuesta a lo que sus invitados estaban pensando, dijo:

—Pues así es como acabo mi vida… Un día te mueres y, ¡rayos y truenos!, no queda nada de ti. ¿Para qué pecar entonces?

Al decir esto su rostro tenía una expresión imponente, incluso hermosa. Rostov recordó todo lo bueno que su padre y sus vecinos decían de él: en toda esa parte de la provincia tenía la reputación de ser un excéntrico de lo más noble y desinteresado. Solían llamarle para que arbitrara en disputas familiares, lo nombraban albacea, le confiaban secretos, lo elegían para ser juez y para otros cargos, pero siempre se negaba obstinadamente a aceptar cualquier cargo público; se pasaba el otoño y la primavera paseando con su caballo alazán por los campos, en invierno no salía de casa y en verano descansaba en su frondoso jardín.

—¿Por qué no ejerce usted algún cargo público, tío?

—Ya lo hice, pero lo dejé. No valgo para eso, ¡rayos y truenos!, no entiendo nada. Eso es algo para vosotros, a mí me falta cabeza. La caza es otra cosa, ¡rayos y truenos! ¡Abrid la puerta! —gritó—. ¡Por qué la habéis cerrado!

La puerta que había en el fondo del corredor (el tío lo llamaba *coledor*) daba al cuarto de caza, que era como llamaban a la habitación de los cazadores.

Se oyeron pasos rápidos de unos pies descalzos, y una mano invisible abrió la puerta de ese cuarto de caza. Empezó entonces a oírse claramente el son de una balalaika que alguien tocaba con maestría. Natasha ya llevaba rato prestando atención a la música, y salió al corredor para oírla mejor.

—Es mi Mitka, mi cochero… Le compré una buena balalaika, me gusta escucharle —dijo el tío.

Era costumbre que cuando el tío volvía de una cacería Mitka tocara la balalaika en el cuarto de caza. Al tío le gustaba escuchar su música.

—¡Qué bien! Es excelente, de verdad —dijo Nikolái con cierto desdén, como si le avergonzara reconocer lo agradable que le resultaba escucharla.

—¿Cómo que es excelente? —le reprochó Natasha, notando el tonillo de su hermano—. No solo es excelente: ¡es una auténtica maravilla!

Del mismo modo que las setas, la miel y los licores del tío le habían parecido los mejores del mundo, en ese momento a Natasha le parecía que aquella melodía era la cumbre de las delicias de la música.

—¡Continúe, por favor, continúe! —dijo cuando la balalaika dejó de sonar.

Mitka la afinó y volvió a tocar *La señora*[129] con rasgueos y cambios de acordes. El tío escuchaba con la cabeza ladeada y una sonrisa apenas perceptible. El tema de *La señora* se repitió un centenar de veces. Mitka afinaba la balalaika y volvía a sonar la misma melodía, pero nadie se cansaba, todos querían volverla a escuchar una y otra vez. Anisia Fiódorovna acudió también y apoyó su cuerpo grueso en el dintel de la puerta.

—Escuche bien, condesita —le dijo a Natasha, con una sonrisa que se parecía muchísimo a la del tío—: toca de maravilla.

—Pero este pasaje no le sale bien —dijo de repente el tío con un gesto enérgico—. Hay que puntear, rayos y truenos, ¡puntear!

—¿Es que sabe usted tocar? —preguntó Natasha.

El tío sonrió, pero no le contestó.

—¡Anísiushka, ve a ver si las cuerdas de la guitarra no están rotas! Hace mucho que no la cojo, ¡rayos y truenos! La tengo abandonada.

Anisia Fiódorovna fue de buena gana, con su andar ligero, a cumplir el encargo de su señor, y le trajo el instrumento.

El tío, sin mirar a nadie, sopló la guitarra para quitarle el polvo, dio en la caja unos golpecitos con sus dedos huesudos, la afinó y se acomodó en el

sillón. La cogió por el mástil (con un gesto algo teatral, separando el codo izquierdo) y, guiñándole un ojo a Anisia Fiódorovna, no tocó *La señora*, sino un acorde sonoro y claro; con mesura, calma, firmeza y un tempo muy lento, empezó a tocar la célebre *Por la calle empedrada*. La canción vibró al unísono en el alma de Nikolái y de Natasha, rítmicamente, con la misma calma y alegría que desprendía todo el ser de Anisia Fiódorovna. Esta se sonrojó, se tapó la cara con un pañuelo y se marchó riendo. El tío siguió tocando con la misma claridad, afán, energía y firmeza, mirando con una expresión distinta e inspirada el lugar donde acababa de estar Anisia Fiódorovna. Sonreía con un solo lado de la boca, por debajo del bigote cano, especialmente cuando la canción se animaba, aceleraba y algo parecía desgarrarse.

—¡Qué maravilla! Pero ¡qué maravilla, tío! ¡Siga, siga! —exclamó Natasha en cuanto hubo acabado. Se levantó de un salto, lo abrazó y lo besó —. ¡Nikólenka, Nikólenka! —exclamaba, volviéndose hacia su hermano como si le preguntara: «Pero ¿qué es esta maravilla?».

A Nikolái también le gustaba mucho cómo tocaba el tío, que repitió la canción una vez más. Anisia Fiódorovna volvió a aparecer sonriente en la puerta y, por detrás de ella, se asomaron algunas personas más.

> Cuando va a por agua fresca
> él le grita: «¡Muchacha, espera!»,

tocaba el tío. Volvió a hacer un hábil rasgueo, cortó un acorde en seco y sacudió los hombros.

—¡Siga, siga, querido tío! —exclamó Natasha con una voz tan implorante como si la vida le fuera en ello.

El tío se levantó. Daba la impresión de que en él había dos hombres: uno serio y otro alegre; el serio se reía del alegre y este hacía una ingenua y esmerada reverencia, como antes de bailar.

—¡Vamos, sobrina! —gritó, haciéndole a Natasha un gesto con la mano con la que había arrancado el último acorde.

Natasha se quitó el chal, se puso rápidamente delante de él y, con las manos en la cintura, movió los hombros y se colocó en posición de bailar.

¿Dónde, cómo y cuándo esa condesita, educada por una institutriz francesa emigrada, se había impregnado del aire y espíritu ruso que respiraba? ¿De dónde había sacado los ademanes que el *pas de châle* tendría que haber borrado hacía mucho tiempo? Y lo que el tío esperaba de Natasha era justamente ese espíritu y esos ademanes rusos, inimitables e imposibles de

aprender. En cuanto se colocó en posición de bailar y sonrió solemne, con orgullo y pícara alegría, el miedo que en un primer momento habían tenido Nikolái y los demás de que no supiera hacer lo que debía se disipó. Ahora todos la miraban embelesados.

Natasha hizo los movimientos necesarios de un modo tan irreprochable y preciso que Anisia Fiódorovna, que le había dado el pañuelo indispensable para esa danza, rió hasta que se le saltaron las lágrimas al contemplar a aquella condesa delgadita, graciosa, educada entre sedas y terciopelos que le era tan ajena, pero que sabía comprender todo lo que había en ella, en su padre, en su madre, en su tía y en todos los rusos.

—¡Muy bien, condesita, rayos y truenos! —exclamó el tío riendo alegremente cuando terminó de bailar—. ¡Vaya sobrina tengo! Solo te falta elegir a un buen mozo como marido, ¡rayos y truenos!

—Ya está elegido —dijo Nikolái sonriendo.

—¡Oh! —exclamó el tío sorprendido, mirando interrogativamente a Natasha.

Ella asintió con una sonrisa feliz.

—Y ¡qué marido! —dijo.

Pero, en cuanto lo dijo, en su interior se agitó una nueva corriente de ideas y de sentimientos. «¿Qué significaba la sonrisa de Nikolái cuando ha dicho: “Ya está elegido”? ¿Está contento o no? Debe de creer que mi Bolkonski no aprobaría ni entendería nuestro júbilo. Pues sí, lo entendería todo. ¿Dónde estará ahora?», pensó, y su semblante se ensombreció de golpe. Pero solo por un segundo. «No pienses, no te atrevas a pensar en eso», se dijo Natasha; volvió a sentarse sonriente al lado del tío y le pidió que tocara algo más.

El tío tocó otra canción y un vals; después se quedó un momento callado, carraspeó y entonó su canción de caza preferida.

> Qué buena la nevisca
> que por la noche caía…

Cantaba como lo hace el pueblo, con el inocente y completo convencimiento de que el sentido de las canciones reside únicamente en las palabras, de que la melodía llega por sí sola, no existe por separado y es un mero apoyo para las palabras. Por tal motivo, esa melodía inconsciente era extraordinariamente hermosa cantada por el tío, como lo son las melodías de los pájaros. Natasha estaba entusiasmada. Decidió que dejaría de estudiar arpa y se dedicaría solo a la guitarra. Se la pidió al tío y sacó al instante los acordes de la canción.

Aún no habían dado las diez cuando llegaron tres jinetes con un charabán y una carretela para recoger a los jóvenes. El enviado les dijo que el conde y la condesa estaban muy intranquilos porque no sabían dónde estaban sus hijos.

Cargaron a Petia dormido en el charabán, como un muerto, y Natasha y Nikolái montaron en la carretela. El tío arropó a Natasha y se despidió de ella con una ternura completamente nueva. Los acompañó a pie hasta un puente que, al no poder cruzarse, tenían que rodear para pasar por el vado, y ordenó a sus cazadores que fueran delante con linternas.

—¡Adiós, querida sobrina! —se oyó su voz en la oscuridad, pero ya no era como la que Natasha había oído por la mañana, sino como la que había cantado: «Qué buena la nevisca que por la noche caía»…

En la aldea que atravesaron se veían lucecitas rojas y olía alegremente a humo.

—¡Qué encantador es el tío! —exclamó Natasha cuando salieron al camino principal.

—Sí —asintió Nikolái—. ¿No tienes frío?

—No, estoy de maravilla, de maravilla. ¡Me siento tan bien! —replicó ella, perpleja.

Se hizo un largo silencio. La noche era oscura y húmeda; no se veía a los caballos, solo se oía el chapoteo de sus cascos al pisar el fango invisible.

¿Qué estaba ocurriendo en esa alma infantil e impresionable que captaba y asimilaba con tanta avidez las impresiones más diversas de la vida? ¿Cómo se posaba todo aquello en su alma? Sea como fuere, Natasha era muy feliz. Ya cerca de casa, de pronto se puso a cantar *Qué buena la nevisca*, cuya melodía llevaba todo el camino tratando de recordar y al fin lo había conseguido.

—¿La has recordado? —dijo Nikolái.

—¿En qué estabas pensando ahora, Nikólenka? —le preguntó ella.

Les gustaba hacerse esa pregunta el uno al otro.

—¿Yo? —dijo Nikolái, tratando de recordar—. Pues mira: primero he pensado que Rugái, aquel perro rojizo, se parece al tío; después he pensado que, si Rugái fuera una persona, tendría al tío con él en su casa, quizá no por ser buen corredor, pero sí por su buen carácter. Lo que es seguro es que lo tendría a su lado. El tío es magnífico, ¿no es cierto? Bueno, y ¿tú en qué pensabas?

—¿Yo? Espera, espera… Ah, sí: primero he pensado que, aunque creemos que vamos a casa, solo Dios sabe adónde nos lleva esta oscuridad: quizá

lleguemos y nos demos cuenta de que no estamos en Otrádnoie, sino en un reino mágico. Después he pensado… Nada, nada más.

—Estoy seguro de que has pensado en él —dijo Nikolái con una sonrisa que Natasha pudo adivinar por su tono de voz.

—Pues no —respondió ella, aunque en realidad sí había pensado en el príncipe Andréi y en que el tío le habría gustado mucho—. Lo que no he dejado de repetirme, llevo todo el camino diciéndomelo, es lo bien que se ha conducido Anísiushka… —añadió.

Y Nikolái oyó su risa sonora, espontánea, feliz.

—¿Sabes? —dijo Natasha de repente—. Sé que nunca seré tan feliz ni me sentiré tan tranquila como ahora.

—¡Qué disparate, qué tontería, qué embuste! —exclamó Nikolái, aunque pensó: «¡Esta Natasha mía es un encanto! Nunca tendré a una amiga como ella. ¿Por qué se tiene que casar? ¡Pasearíamos siempre juntos!».

«¡Mi Nikolái es un encanto!», pensaba a su vez Natasha.

—¡Ah! Todavía hay luz en el salón —dijo, señalando las ventanas de la casa, que brillaban hermosamente en la húmeda y aterciopelada oscuridad de la noche.

VIII

El conde Iliá Andreich había renunciado a ser decano de la nobleza porque el puesto acarreaba demasiados gastos. Aun así, sus asuntos no mejoraban. Natasha y Nikolái a menudo se daban cuenta de que sus padres tenían conversaciones secretas e inquietantes, y oían rumores sobre la venta de la suntuosa casa patrimonial de Moscú y la de las afueras de la ciudad. No siendo ya decano de la nobleza, el conde no se veía obligado a dar grandes recepciones, y la vida en Otrádnoie discurría con más calma que en los años anteriores; de todos modos, la enorme casa y sus pabellones estaban llenos de gente, y cada día más de veinte personas se sentaban a la mesa. Todas llevaban tiempo viviendo con los Rostov, algunas casi como miembros de la familia, y otras porque parecía que consideraran imprescindible vivir allí. Tal era el caso del músico Dimmler y su mujer, el profesor de baile Ióguel y su familia, la vieja señora Belova, y muchos más: los profesores de Petia, la antigua institutriz de las señoritas y gente que simplemente prefería o a la que le resultaba más conveniente vivir en casa del conde que en la suya propia. Aunque los Rostov ya no daban las grandes recepciones de antaño, seguían

llevando el mismo tren de vida, sin el cual ni el conde ni la condesa podían imaginarse la existencia. Mantenían la misma comitiva de caza, que desde la llegada de Nikolái había aumentado todavía más; los cincuenta caballos y los quince cocheros; los regalos caros en los santos; las comidas de gala para todo el distrito; las partidas de *whist* y *boston*, en las que el conde se dejaba mirar las cartas y se dejaba ganar diariamente cientos de rublos por los vecinos, que consideraban que jugar con él era la renta más ventajosa de todas.

El conde, atrapado en sus asuntos económicos como en una inmensa red, procuraba no ver que a cada paso que daba más atrapado estaba, y se sentía incapaz de romperla, de desenredarla con cuidado y paciencia. La condesa, con su corazón afectuoso, presentía que la ruina amenazaba a sus hijos, que el conde no tenía la culpa de ser como era (él mismo sufría por la situación, aunque lo ocultara), y buscaba algún modo de remediarlo. Desde su punto de vista femenino solo había una solución: casar a Nikolái con una rica heredera. Creía que esa era la última esperanza que les quedaba, y que, si Nikolái rechazaba el partido que le había buscado, tendrían que despedirse para siempre de la posibilidad de arreglar sus asuntos. La elegida era Julie Karáguina, cuyos padres eran personas excelentes y virtuosas, y a la que su hijo conocía desde la infancia; con la muerte de su último hermano, Julie se había convertido en una rica heredera.

La condesa escribió directamente a la señora Karáguina a Moscú proponiéndole el matrimonio entre su hija y Nikolái, y obtuvo una respuesta favorable. La señora Karáguina le dijo que, por su parte, estaba de acuerdo, pero que todo dependía de la decisión de su hija. Con este motivo, invitaba a Nikolái a que las visitara en Moscú.

En varias ocasiones, le dijo la condesa a su hijo con lágrimas en los ojos que ahora que sus dos hijas estaban situadas, su único deseo era verlo a él casado. Cuando eso ocurriera, podría descansar tranquila en la tumba. Después añadía que tenía los ojos puestos en una encantadora muchacha y trataba de saber la opinión de su hijo sobre el matrimonio.

Otras veces elogiaba a Julie y le aconsejaba que fuera a Moscú a pasar las fiestas para divertirse. Nikolái adivinaba el motivo de las palabras de su madre y un día le pidió que fuera totalmente franca. Entonces ella le confesó que la única esperanza de arreglar la situación de la familia estaba en su matrimonio con la señorita Karáguina.

—Y, si yo amara a una muchacha sin fortuna, ¿acaso me exigiría, *maman*, que sacrificara mis sentimientos y mi honor por el dinero? —le preguntó

Nikolái, sin comprender la crueldad de lo que decía por el simple deseo de demostrar su nobleza.

—No, no me has entendido —le respondió su madre, sin saber cómo justificarse—. No me has entendido, Nikólenka. Solo deseo tu felicidad —añadió, pero sentía que no decía la verdad y que se estaba aturullando, y se echó a llorar.

—Mamá, no llore, solo dígame que ese es su deseo, ya sabe que daría mi vida entera para que usted estuviera tranquila —dijo Nikolái—. Lo sacrificaré todo por usted, incluso mis sentimientos.

Pero la condesa no quería plantear la cuestión así, no quería el sacrificio de su hijo, sino ser ella la que se sacrificaba por él.

—No, no me has entendido, no hablemos más de eso —le dijo, secándose las lágrimas.

«Sí, tal vez sea cierto que amo a una muchacha pobre —se decía Nikolái—, ¿tengo entonces que sacrificar mis sentimientos y mi honor por el dinero? Me sorprende que mamá me haya podido decir algo así. ¿No puedo amar a Sonia y corresponder a su amor fiel y abnegado solo porque es pobre? Seguramente sea más feliz con ella que con cualquier muñeca como Julie. No puedo mandar sobre mis sentimientos —pensaba—. Si amo a Sonia, para mí esto es lo que más pesa y está por encima de todo.»

Nikolái no fue a Moscú, y la condesa no volvió a sacar el tema del matrimonio. Con tristeza y, a veces con rabia, veía señales de que su hijo y Sonia, pobre y sin dote, se estaban acercando cada vez más. Aunque se lo reprochara a sí misma, no podía evitar refunfuñar y tomarla con la muchacha, a la que a menudo regañaba sin motivo y la trataba de «usted, querida mía». Pero lo que más enfadaba a la buena condesa era justamente que Sonia, esa sobrina pobre de ojos negros, fuera tan dulce y bondadosa, tan leal y agradecida con sus bienhechores, y que amara a Nikolái de un modo tan fiel, inquebrantable y abnegado que hacía imposible reprocharle nada.

Nikolái pasaba los últimos días del permiso en casa de sus padres. En la cuarta carta que el príncipe Andréi había enviado desde Roma, anunciaba que, aunque su intención era regresar a Rusia mucho antes, el clima cálido le había abierto la herida inesperadamente, mal que le obligaba a aplazar la vuelta hasta principios de año. Natasha seguía igual de enamorada de su prometido, igual de tranquila con ese amor e igual de sensible a todas las alegrías de la vida; sin embargo, al final del cuarto mes de separación empezaron a sobrevenirle momentos de tristeza contra los que era incapaz de luchar. Sentía

lástima de sí misma, lástima de perder todo ese tiempo en vano, sin provecho para nadie, un tiempo en el que se sentía tan dispuesta a amar y a ser amada.

La alegría ya no reinaba en casa de los Rostov.

IX

Llegaron las Navidades y, aparte de la misa solemne, de las rituales y aburridas felicitaciones de vecinos y criados, y de los vestidos recién estrenados, no hubo nada especialmente navideño; sin embargo, esos días de veinte grados bajo cero, sin viento, con un sol radiante y cegador, y esas noches estrelladas, de luz invernal, exigían celebrar la ocasión de algún modo.

Al tercer día de las fiestas, después de comer, todos se dispersaron por la casa. Era el momento más aburrido del día. Nikolái, que por la mañana había ido a visitar a unos vecinos, se quedó dormido en la sala de los divanes; el viejo conde descansaba en su gabinete; Sonia copiaba un dibujo en la mesa redonda del salón; la condesa hacía un solitario; Nastasia Ivánovna, el bufón, estaba sentado con el semblante triste junto a la ventana, con dos viejecitas. Natasha entró en el salón, miró a Sonia, le preguntó qué hacía, después se acercó a su madre y se detuvo sin decir nada.

—¿Por qué andas como un alma en pena? —preguntó la condesa—. ¿Qué necesitas?

—Lo necesito a *él*… Ahora mismo, en este momento, lo necesito a *él* —le respondió Natasha con los ojos brillantes, sin sonreír.

La condesa levantó la cabeza y miró fijamente a su hija.

—No me miré, mamá, no me mire: voy a echarme a llorar.

—Siéntate, quédate un poco conmigo.

—Mamá, lo necesito a *él*. ¿Por qué tengo que sufrir así, mamá?…

La voz se le quebró, las lágrimas brotaron en sus ojos y, para ocultarlas, se volvió rápidamente y salió del salón. Fue a la sala de los divanes, estuvo un rato de pie, pensó algo y se dirigió a la habitación de las criadas. Allí, una vieja sirvienta reñía a otra joven que había vuelto corriendo del patio aterida de frío y jadeando.

—Basta de juegos, cada cosa a su tiempo —le decía la vieja.

—Déjala, Kondrátievna —intervino Natasha—. Ve, Mavrusha, ve.

Y, después de dejar que Mavrusha se marchara, Natasha cruzó la sala y se dirigió a la antecámara. Un lacayo viejo y dos jóvenes jugaban a las cartas. Al

ver a la señorita, interrumpieron la partida y se levantaron. «¿Qué podría hacer con ellos?», pensó Natasha.

—Nikita, por favor, ve a… —«¿Adónde puedo enviarlo?», pensó—. Sí: ve al patio y trae un gallo, por favor. Y tú, Misha, trae avena.

—¿Quiere que le traiga un poco de avena? —le preguntó Misha con expresión alegre y voluntariosa.

—Ve, ve de una vez —dijo el viejo.

—Fiódor, y tú tráeme un poco de tiza.

Al pasar por delante de la despensa, ordenó que prepararan el samovar, a pesar de que aún no era la hora.

El mayordomo Foká era el que tenía el peor carácter de toda la casa, y a Natasha le gustaba probar su autoridad sobre él. Como no la creyó, fue a preguntar si la orden era cierta.

—¡Vaya con la señorita! —dijo Foká, fingiendo enfurruñarse.

Nadie en la casa daba tantas instrucciones y tanto trabajo a los criados como ella; era incapaz de verlos con indiferencia, sin enviarlos a hacer algo. Parecía probar si alguno se enfadaba o se molestaba con ella, pero lo cierto era que no había órdenes que más a gusto cumplieran los criados que las de Natasha.

«¿Qué puedo hacer? ¿Adónde puedo ir?», pensaba mientras iba por el pasillo.

—Nastasia Ivánovna, ¿cuál será mi descendencia? —le preguntó al bufón, que le salió al paso con su casaca de mujer.

—Pulgas, libélulas y saltamontes —le respondió el bufón.

«¡Dios mío, siempre es lo mismo! Ah, ¿dónde puedo meterme? ¿Qué puedo hacer conmigo?» Y, rápidamente, haciendo ruido con los tacones, subió corriendo la escalera para ver a Ióguel, que vivía en el piso de arriba con su mujer. Encontró en su habitación a dos institutrices, y en la mesa tenían platos con pasas, nueces y almendras. Las institutrices hablaban de dónde es más barato vivir, si en Moscú o en Odesa. Natasha se sentó, escuchó la conversación y se levantó seria y pensativa.

—Isla de Madagascar —pronunció—. Ma-da-gas-car —repitió, separando cada sílaba, y, sin responder a *madame* Schoss, que le había preguntado qué estaba diciendo, salió de la habitación.

Petia, su hermano, también estaba arriba: preparaba con su ayo unos fuegos artificiales que tenía intención de encender por la noche.

—¡Petia! ¡Petka! —le gritó—. Llévame abajo.

Este se le acercó rápidamente y le ofreció la espalda. Natasha le saltó encima y, cuando se hubo agarrado bien a su cuello, él se puso a correr.

—No, no hace falta que me lleves… Isla de Madagascar —dijo Natasha, se bajó de un salto y se dirigió al piso inferior.

Como si hubiera recorrido su reino y puesto a prueba su poder, convencida de que todos le obedecían pero aun así aburrida, Natasha entró en la sala, cogió la guitarra, se sentó en un rincón oscuro que había detrás de un armarito, tocó las cuerdas graves del instrumento y sacó un pasaje que recordaba de una ópera que había visto con el príncipe Andréi en San Petersburgo. Para los demás, las notas que salían de la guitarra no tenían ningún sentido, pero en su imaginación reavivaron muchos recuerdos. Sentada detrás del armarito, con la mirada fija en el haz de luz que se filtraba por la puerta de la despensa, escuchaba lo que tocaba y se sumergía en sus recuerdos.

Sonia cruzó la sala con una copa en la mano. Iba a la despensa. Natasha la miró, también la rendija de la puerta, y le pareció recordar que ya había visto ese mismo haz de luz y a Sonia pasando con una copa. «Sí, era exactamente así.»

—Sonia, ¿qué es esto? —gritó, rasgando con los dedos la cuerda más grave de la guitarra.

—¡Ay, estás aquí! —respondió Sonia con un sobresalto, y se acercó para escuchar—. No lo sé… *¿La tempestad?* —dijo con timidez, temiendo equivocarse.

«Sí, esto ya me había pasado: ella se sobresaltó exactamente así, se me acercó igual y me sonrió con la misma timidez —se dijo Natasha—. Y también entonces pensé que a Sonia le faltaba algo.»

—No, es el coro de *El aguador*[130], ¿lo oyes? —Y cantó el motivo del coro para que lo recordara—. ¿Adónde ibas? —le preguntó.

—A cambiar el agua de la copa. Estoy acabando de copiar un dibujo.

—Siempre andas ocupada en algo, yo no sé cómo hacer eso —dijo Natasha—. ¿Dónde está Nikólenka?

—Creo que durmiendo.

—Ve a despertarlo, Sonia —le pidió Natasha—. Dile que lo llamo para cantar.

Se quedó esperando, pensando qué significaría todo eso y, sin haberlo resuelto ni lamentarlo lo más mínimo, su imaginación se trasladó de nuevo al momento en que los dos estaban juntos, y él la miraba con ojos enamorados.

«¡Ah, que vuelva de una vez! ¡Tengo tanto miedo de que no llegue el momento! Y, lo más importante: estoy envejeciendo, ¡eso es lo que pasa! Después ya no habrá en mí lo que hay ahora. Quizá llegue hoy, en este momento. Quizá ya haya llegado y esté en el salón. O quizá llegara ayer y lo haya olvidado.» Se levantó, dejó la guitarra y fue al salón. Su familia, los profesores, las institutrices y los invitados ya estaban sentados para tomar el té. Los criados aguardaban alrededor de la mesa. El príncipe Andréi, sin embargo, no estaba. La vida seguía igual que siempre.

—¡Ah, aquí la tenemos! —dijo Iliá Andreich al ver entrar a Natasha—. Ven, siéntate conmigo.

Pero Natasha se detuvo al lado de su madre y miró a uno y otro lado como si buscara algo.

—¡Mamá! —dijo—. Tráigamelo, tráigamelo de una vez, mamá, de una vez…

Y, de nuevo, apenas logró contener el llanto.

Se sentó a la mesa y escuchó las conversaciones de los mayores y de Nikolái, que también estaba allí. «¡Dios mío, Dios mío!: las mismas caras, las mismas conversaciones, papá sujetando la taza y soplando de la misma manera…», pensaba, sintiendo con horror la aversión que estaba alimentando en su interior contra los suyos solo por el hecho de ser iguales que siempre.

Después del té, Nikolái, Sonia y Natasha fueron a la sala de los divanes, a su rincón preferido, donde siempre entablaban sus conversaciones más íntimas.

X

—¿No te pasa a veces —le preguntó Natasha a su hermano cuando se sentaron en la sala de los divanes—, no te pasa a veces que te da la sensación de que ya no ocurrirá nada más, nada en absoluto, de que todo lo bueno ya ha pasado? Y no es aburrimiento lo que sientes, sino más bien tristeza.

—¡Claro! —le respondió Nikolái—. A veces me ha pasado que, aunque las cosas iban bien y a mi alrededor todo el mundo estaba contento, de repente pensaba que estaba harto de todo y que todos debían morir. Una vez, en el regimiento, no fui a una fiesta y fuera sonaba la música… Y de repente sentí un aburrimiento tan grande…

—Ah, conozco esa sensación, la conozco, la conozco… —le interrumpió Natasha—. Cuando era pequeña ya me pasaba. ¿Recuerdas que una vez me

castigaron por unas ciruelas y vosotros bailabais mientras yo lloraba en el cuarto de estudio? No lo olvidaré jamás: sentía tristeza y lástima por todos y por mí misma. Por todos, todos. Y lo principal era que yo no tenía la culpa. ¿Lo recuerdas?

—Sí —dijo Nikolái—. Recuerdo que fui a verte y quise consolarte y, ¿sabes?, me sentía mal. Éramos tan graciosos… En aquel entonces yo tenía un juguete, un muñeco de porcelana, y te lo quería dar. ¿Te acuerdas?

—Y ¿te acuerdas de que hace mucho, mucho tiempo —dijo Natasha con una sonrisa pensativa—, cuando aún éramos muy pequeños y vivíamos en la vieja casa, el tío nos llamó al gabinete? Cuando llegamos estaba oscuro y, de repente, vimos que había ahí un hombre…

—¡Negro! —terminó Nikolái con una sonrisa alegre—. ¿Cómo no voy acordarme? Hasta hoy no sé si era realmente negro, si lo soñamos o si nos lo contaron.

—Era gris, ¿recuerdas? Y tenía los dientes muy blancos. Y allí estaba, mirándonos…

—¿Usted lo recuerda, Sonia? —preguntó Nikolái.

—Sí, sí, algo recuerdo —respondió esta con timidez.

—Alguna vez se lo he preguntado a papá y a mamá —dijo Natasha—, pero me han dicho que no había ningún hombre negro. Sin embargo, ¡tú lo recuerdas!

—Cómo no, recuerdo sus dientes como si los estuviera viendo ahora.

—¡Qué extraño! Es como si hubiera sido un sueño. Me gusta eso.

—Y ¿recuerdas que una vez estábamos jugando con unos huevos de Pascua que hacíamos rodar por la sala y de repente llegaron dos viejas que se echaron en la alfombra y se pusieron también a rodar por ella? ¿Eso ocurrió o no? ¿Recuerdas lo divertido que fue?

—¡Sí! Y ¿recuerdas cuando papá, vestido con su pelliza azul, disparó la escopeta desde el porche?

Evocaban sonrientes y con placer sus recuerdos, porque no eran recuerdos tristes como los de la vejez, sino recuerdos poéticos de la juventud, impresiones del pasado más remoto, donde el sueño y la realidad se mezclan. Se reían dulcemente, llenos de alegría.

Sonia, como de costumbre, se quedaba rezagada, a pesar de que los recuerdos fueran comunes. No recordaba muchas de las cosas que evocaban, y lo que recordaba no despertaba en ella el mismo sentimiento poético que a los dos hermanos. Por eso, se contentaba con disfrutar de su alegría y procuraba contagiarse de ella. Solo intervino cuando recordaron el día de su

llegada; entonces les contó el miedo que le había dado Nikolái, porque su cazadora tenía cordones y la niñera le había dicho que la atarían con ellos.

—Y yo recuerdo que me dijeron que habías nacido debajo de una col —dijo Natasha—; no me atreví a dudarlo, aunque sabía que no era verdad, y eso me hizo sentir muy incómoda.

De pronto una sirvienta asomó la cabeza por la puerta del fondo.

—Señorita, han traído el gallo —susurró la muchacha.

—Ya no hace falta, Polia; que se lo lleven —dijo Natasha.

Cuando estaban en plena conversación, entró Dimmler y se acercó al arpa, que estaba en un rincón. Al quitarle la funda de paño, el instrumento sonó desafinado.

—Eduard Kárlych, toque, por favor, mi *Nocturne* preferido de *monsieur* Field[131] —se oyó la voz de la vieja condesa desde el salón.

Dimmler tocó un acorde y, volviéndose hacia Natasha, Nikolái y Sonia, dijo:

—¡Qué tranquilos están hoy los jóvenes!

—Es que estamos filosofando —dijo Natasha, mirándole un instante, y prosiguió la conversación; ahora estaban hablando de sueños.

Dimmler se puso a tocar. Natasha, de puntillas y sin hacer ruido, se acercó a la mesa, cogió el candelero, lo sacó fuera de la sala, volvió a entrar y ocupó su lugar en silencio. Ahora reinaba la oscuridad, especialmente en el diván donde estaban sentados, pero la luz gris de la luna llena entraba por las grandes ventanas y se reflejaba en el suelo.

—¿Sabéis una cosa? —dijo Natasha en un susurro, acercándose a Nikolái y a Sonia cuando Dimmler ya había acabado de tocar y pulsaba débilmente las cuerdas, al parecer indeciso entre dejar el instrumento o tocar algo más—. Creo que, cuando te esfuerzas mucho, mucho en hacer memoria, consigues recordar lo que había antes de que llagaras al mundo…

—Eso es la metempsicosis —apuntó Sonia, que siempre había sido buena estudiante y se acordaba de todo—. Los egipcios creían que nuestras almas han estado antes en algún animal, y que volverán a otro animal.

—Pues yo no creo que hayamos estado en ningún animal —replicó Natasha todavía en un susurro, a pesar de que la música ya había acabado—. Estoy convencida de que antes éramos ángeles, que estábamos en algún lugar y también aquí, y que por eso lo recordamos todo…

—¿Puedo unirme a ustedes? —dijo Dimmler en voz baja; se acercó y se sentó con ellos.

—Si fuimos ángeles, entonces ¿por qué hemos descendido a un nivel más bajo? —preguntó Nikolái—. ¡No, no puede ser!

—No hemos descendido a un nivel más bajo, ¿quién te ha dicho que lo hemos hecho?… ¿Cómo es que yo sé lo que era antes? —objetó Natasha con convicción—. El alma es inmortal… Por tanto, si voy a vivir siempre, significa que he vivido siempre, que he vivido toda la eternidad.

—Sí, pero es difícil que nos podamos imaginar la eternidad —intervino Dimmler, que, aunque se había acercado a los jóvenes con una sonrisa suavemente desdeñosa, ahora hablaba en voz tan baja y con tanta seriedad como ellos.

—¿Por qué va a ser difícil imaginarse la eternidad? —dijo Natasha—. Habrá un hoy, habrá un mañana, habrá un siempre; hubo un ayer, hubo un anteayer…

—¡Natasha! Te toca. Cántame algo… —se oyó la voz de la condesa—. ¿Qué hacéis ahí sentados? Parecéis conspiradores.

—¡Mamá! No me apetece nada… —objetó Natasha, pero se levantó.

Ninguno de ellos, ni siquiera Dimmler, que ya no era joven, quería interrumpir la conversación ni salir del rincón de la sala de los divanes, pero Natasha se levantó y Nikolái se sentó al clavicordio. Como siempre, en medio de la sala, en el mejor lugar para la acústica, Natasha se puso a cantar la canción preferida de su madre.

Había dicho que no tenía ganas de cantar, pero hacía mucho tiempo que no cantaba tan bien como esa noche, y pasaría mucho más hasta que lo volviera a hacer así. El conde Iliá Andreich la oía desde su gabinete, donde estaba hablando con Mítenka y, como un colegial que se apresura a salir a jugar cuando ha acabado la lección, se aturulló al darle las últimas instrucciones al administrador; finalmente se quedó callado, y Mítenka escuchó también en silencio y con una sonrisa. Nikolái no apartaba la mirada de su hermana y respiraba a la par que ella. Al escucharla, Sonia pensaba en la enorme diferencia que la separaba de su prima, y veía la imposibilidad de ser, ni siquiera en parte, tan fascinante como ella. La vieja condesa la escuchaba con una sonrisa a la vez triste y feliz, con lágrimas en los ojos y meciendo la cabeza. Pensaba en Natasha, en su propia juventud, y en que había algo innatural y terrible en el matrimonio de su hija y el príncipe Andréi.

Dimmler se había sentado al lado de la condesa y escuchaba con los ojos cerrados.

—¡Ay, condesa! —exclamó el músico finalmente—. Es un talento europeo, no tiene nada que aprender: ¡qué suavidad, qué ternura, qué fuerza!…

—¡Ah! Temo tanto por ella, tanto… —dijo la condesa sin recordar con quién estaba hablando.

Su instinto maternal le decía que en Natasha había algo excesivo que le impediría ser feliz. No había terminado aún de cantar cuando Petia, con el entusiasmo de los catorce años, entró corriendo en la sala. Traía la noticia de que habían llegado los enmascarados[132].

Natasha paró en seco.

—¡Tonto! —le gritó a su hermano, corrió hacia una silla, se dejó caer en ella y empezó a llorar de tal modo que no pudo parar en mucho tiempo—. ¡No me pasa nada, mamá, de verdad, no me pasa nada! Es que Petia me ha asustado —le dijo después a su madre, tratando de sonreír, pero las lágrimas seguían corriéndole por las mejillas y los sollozos le hacían un nudo en la garganta.

Los sirvientes, disfrazados de osos, de turcos, de taberneros y de grandes señoras, unos terribles, otros graciosos, trajeron consigo el frío y la alegría. Primero se apretujaron vacilantes en la antecámara y después, escondiéndose uno detrás de otro, fueron entrando en la sala; al principio con timidez y cada vez con más alegría y regocijo, empezaron las canciones, las danzas, los corros y los juegos de Navidad. La condesa, después de identificar todas las caras y reírse de los disfraces, se marchó al salón. El conde Iliá Andreich se quedó en la sala con su sonrisa radiante, dando su beneplácito a los disfrazados. Los jóvenes desaparecieron.

Al cabo de media hora entraron en la sala nuevas personas disfrazadas: una vieja dama con miriñaque (Nikolái), una turca (Petia), un payaso (Dimmler), un húsar (Natasha) y un circasiano con los bigotes y las cejas pintadas con corcho quemado (Sonia).

Tras el asombro condescendiente, el primer instante de no reconocerlos y las alabanzas de los que no iban disfrazados, los jóvenes consideraron que sus trajes eran tan buenos que tenían que enseñárselos a alguien más.

Nikolái, que quería pasearlos a todos en su troika aprovechando el excelente estado del camino, propuso ir hasta casa del tío con unos diez sirvientes disfrazados.

—¡No, que vais a molestar al viejo! —exclamó la condesa—. Además, allí no tendréis sitio ni para moveros. Si queréis ir a algún lugar, que sea a casa de los Meliúkov.

Meliúkova era una viuda que vivía a cuatro verstas de los Rostov con sus hijos de distintas edades, sus respectivas institutrices y preceptores.

—¡Bien pensado, *ma chère*! —afirmó el viejo conde, muy animado—. Me disfrazo en un momento y voy con vosotros. Seguro que animaré a Pachette.

Pero la condesa no le permitió ir porque llevaba varios días con dolor en la pierna. Como Iliá Andreich no podía ir, decidieron que si Luiza Ivánovna (*madame* Schoss) accedía a acompañarles, las señoritas podrían ir también a casa de Meliúkova. Sonia, siempre apocada y tímida, en esa ocasión fue la más decidida a la hora de rogar a Luiza Ivánovna que aceptara.

El disfraz de Sonia era el mejor de todos. Los bigotes y las cejas le sentaban de maravilla. Todos le decían que estaba muy guapa, y se sentía animada y llena de energía, algo raro en ella. Una voz interior le decía que su destino se iba a decidir ese día o nunca, y, en ese traje masculino, parecía una persona completamente distinta. Luiza Ivánovna accedió y, al cabo de media hora, cuatro troikas con campanillas y cascabeles, haciendo crujir y chirriar la nieve helada con los patines, se situaron frente al porche.

Natasha fue la primera en dar el tono alegre que correspondía a esas fiestas navideñas. La alegría se contagió de unos a otros y fue en aumento hasta que llegó a su grado máximo en cuanto salieron de la casa al frío glacial y montaron en los trineos mientras hablaban, se llamaban unos a otros, reían y gritaban.

Dos de las troikas eran de uso cotidiano; la tercera era del viejo conde, con su trotón de Oriol enganchado en el centro; la cuarta era de Nikolái, y en el centro llevaba a su caballo negro, peludo y bajito. Nikolái, con su capa de húsar sobre el vestido de viejecita, se había puesto en pie en medio del trineo sujetando las riendas.

La noche era tan clara que, a la luz de la luna, se veía el reflejo de las placas de los trineos, y también los ojos de los caballos, que miraban asustados a los bulliciosos viajeros que estaban debajo del oscuro soportal.

Natasha, Sonia, *madame* Schoss y dos muchachas se sentaron en el trineo de Nikolái. Dimmler, su mujer y Petia en el del viejo conde; los criados disfrazados ocuparon los demás trineos.

—¡Tú ve delante, Zajar! —le gritó Nikolái al cochero de su padre para tener la oportunidad de adelantarlo en el camino.

La troika del viejo conde, en la que iban Dimmler y otros disfrazados, se puso en marcha con el chirrido de sus patines, que parecían haberse pegado a la nieve, y el tintineo de su sonora campanilla. Los caballos de refuerzo se

apretaban contra las lanzas y hacían saltar la nieve firme y brillante como si fuera azúcar.

Nikolái siguió a la primera troika; detrás de él empezaron a crujir y a chirriar las demás. Primero avanzaron a trote suave por el camino estrecho. Mientras pasaban por el jardín, las sombras de los árboles pelados a menudo cruzaban el sendero y tapaban la luz brillante de la luna, pero, en cuanto pasaron el cercado de la finca, la llanura inmóvil y nevada se extendió por todas partes con su brillo diamantino, de un tono gris azulado, completamente bañada por la luz de la luna. «¡Pum, pum!», resonó el trineo que iba delante al dar con un bache; al siguiente trineo le ocurrió lo mismo, y también al de detrás, y, rompiendo bruscamente el silencio petrificado, empezaron a formar una alargada fila.

—¡Una huella de liebre! ¡Hay muchas huellas! —se oyó la voz de Natasha en el aire helado y petrificado.

—¡Qué bien se ve, *Nicolas*! —se oyó la voz de Sonia.

Nikolái se volvió para mirarla, agachándose para verle el rostro de cerca: una cara totalmente nueva, encantadora, con cejas negras y bigotes, que se veía lejos y cerca a la luz de la luna, le miraba desde un abrigo de piel de marta cibelina.

«Esta antes era Sonia», pensó Nikolái. La observó desde más cerca y sonrió.

—¿Qué le pasa, *Nicolas*?

—Nada —dijo él, y de nuevo se volvió hacia los caballos.

Al salir al camino principal, trillado y alisado por los patines de otros trineos y lleno de marcas, visibles a la luz de la luna, de los clavos de las ruedas, los caballos empezaron a tirar de las riendas y a acelerar. El de refuerzo, que iba a la izquierda con la cabeza doblada, sacudía las correas con sus brincos; el caballo de varas se balanceaba y erguía las orejas como preguntando: «¿Empezamos ya, o todavía es pronto?». Delante, ya a una buena distancia, se veía la troika negra de Zajar, que se alejaba sobre la blanca nieve con el repiqueteo de su sonora campanilla. Se oían también los gritos, las risotadas y las voces de los disfrazados.

—¡Vamos, queridos míos! —gritaba Nikolái, tirando las riendas de un lado y blandiendo el látigo.

Y solo por el viento, que parecía azotarles con más fuerza, por los tirones de los caballos de refuerzo y por su galope cada vez más acelerado, se podía saber que la troika volaba a gran velocidad. Nikolái miró hacia atrás. Las demás troikas le seguían entre gritos y chillidos, blandiendo los látigos y

llevando al galope a los caballos de varas. El suyo se balanceaba tenazmente bajo el arco, sin ninguna intención de bajar el ritmo y prometiendo aumentar la velocidad cuando fuera necesario.

Nikolái alcanzó la primera troika. Bajaron una ladera y entraron en un camino amplio y batido que pasaba por un prado al lado del río.

«¿Por dónde estamos yendo? —pensó—. Probablemente por el prado Kosói. Aunque no, este sitio es nuevo, nunca lo había visto. No es el prado Kosói ni la montaña Diómkina. ¡Sabe Dios qué es! Es un lugar nuevo y mágico. ¡Bueno, que sea lo que sea!» Y, azuzando a los caballos, empezó a adelantar a la primera troika.

Zajar retuvo un poco a sus caballos y volvió el rostro, cubierto de escarcha hasta las cejas. Nikolái dio rienda suelta a los suyos, y Zajar alargó los brazos, chasqueó los labios e hizo lo mismo.

—¡Prepárese, señor! —exclamó.

Las troikas volaban aún más rápido, una al lado de la otra, y las patas de los caballos se entrecruzaban a gran velocidad. Nikolái empezó a ganar ventaja. Zajar, sin cambiar la posición de sus brazos extendidos, levantó una mano sin soltar las riendas.

—¡No lo conseguirá, señor! —le gritó.

Nikolái lanzó a sus caballos a galope tendido y adelantó a Zajar. Los caballos levantaron una nube de nieve fina y seca que cubrió el rostro de los pasajeros; estos oyeron de cerca las continuas pisadas de los caballos, vieron sus patas moviéndose a gran velocidad y las sombras de la troika que habían adelantado. Por todas partes se oía el crujido de los patines al deslizarse por la nieve y los gritos de las mujeres.

Nikolái frenó a los caballos y miró a un lado y a otro. A su alrededor se extendía la misma llanura mágica, completamente bañada por la luz de la luna y salpicada de estrellas.

«Zajar me grita que gire hacia la izquierda; pero ¿por qué a la izquierda? —pensaba—. ¿Estamos yendo a casa de los Meliúkov? ¿Acaso es esto la aldea Meliúkovka? Sabe Dios hacia dónde vamos y lo que nos está pasando, pero ¡qué extraño y agradable es!» Volvió la mirada hacia dentro del trineo.

—¡Fijaos, tiene el bigote y las pestañas blancas! —exclamó alguien que también llevaba bigote, tenía las cejas finas y estaba sentado entre esas personas extrañas, hermosas e irreconocibles que iban disfrazadas.

«Creo que era Natasha —pensó Nikolái—; y esa es *madame* Schoss, o quizá no… Aquel circasiano de bigotes no sé quién es, pero lo amo.»

—¿No tenéis frío? —les preguntó.

Nadie respondió, y se echaron a reír. Dimmler gritaba algo desde el trineo de detrás; probablemente se trataba de algo gracioso, pero era imposible distinguir sus palabras.

—¡Sí, sí! —contestaron unas voces riendo.

«Realmente parece un bosque mágico con sombras negras que se funden unas con otras, reflejos de diamantes, tramos de escaleras de mármol, tejados plateados de casas encantadas y penetrantes aullidos de animales. Si en verdad esta es la aldea de Meliúkovka, resulta aún más extraño que, habiendo pasado por Dios sabe dónde, hayamos llegado hasta aquí», pensaba Nikolái.

Efectivamente, aquello era Meliúkovka, y varias criadas y lacayos de rostro risueño salieron corriendo al soportal con velas encendidas.

—¿Quiénes son? —preguntaron desde allí.

—¡Son personas disfrazadas, de la casa del conde, los reconozco por los caballos! —contestó una voz.

XI

Pelagueia Danílovna Meliúkova, mujer enérgica y de constitución ancha, estaba en el salón, con sus gafas y una bata abierta, rodeada de sus hijas, a las que trataba de entretener. Vertían cera en silencio para ver las sombras de las figuras que se iban formando[133] cuando en el recibidor se empezaron a oír los pasos y las voces de los recién llegados.

Húsares, damas, brujas, payasos y osos, tosiendo y limpiándose la escarcha de la cara, entraron en la sala, donde los sirvientes encendieron rápidamente las velas. Dimmler —el payaso— y Nikolái —la dama— abrieron la danza. Rodeados de las niñas, que gritaban emocionadas, los disfrazados, tapándose la cara y cambiando la voz, hacían reverencias a la dueña de la casa y se repartían por el salón.

—¡Ah, es imposible reconocerlos! Pero ¡si esa es Natasha! ¡Mirad a quién se parece! De verdad, me recuerda a alguien. ¡Oh, Eduard Kárlych, qué bien disfrazado va! No lo había reconocido. Y ¡cómo baila! ¡Ay madre, un circasiano! ¡De veras, qué bien le sienta a Sóniushka! Y ¿esos quiénes son? ¡Ah, qué alegría nos habéis dado! ¡Vania, Nikita, quitad esas mesas! ¡Y nosotras que estábamos aquí tan tranquilas!

—¡Ja, ja, ja!… ¡El húsar, el húsar! ¡Es igual que un chico, y con esas piernas!… No puedo mirarlo… —decían varias voces.

Natasha, la favorita de las jóvenes Meliúkov, desapareció con ellas en las habitaciones de atrás, desde donde pidieron un tapón de corcho, batines y trajes de hombre, que brazos femeninos desnudos empezaron a coger de manos de un lacayo a través de la puerta entreabierta. Al cabo de diez minutos todas las jóvenes de la familia Meliúkov se unieron a los disfrazados.

Pelagueia Danílovna, tras ordenar que despejaran la sala y que ofrecieran algo de comer a los señores y a los sirvientes, se paseó entre los disfrazados sin quitarse las gafas y con una sonrisa contenida, mirándoles de cerca a la cara y sin reconocer a nadie. No solo no identificaba a los Rostov ni a Dimmler, sino que tampoco fue capaz de reconocer a sus hijas, ni los batines y uniformes de su difunto marido que llevaban.

—Y ¿esta quién es? —le preguntó a la institutriz, examinando el rostro de una de sus hijas, que iba vestida de tártaro de Kazán—. Parece alguno de los Rostov. Bueno, y usted, señor húsar, ¿en qué regimiento presta servicio? —le preguntó a Natasha—. ¡Ofrécele pastelillos de fruta al turco, al turco! —le dijo a un criado que pasaba con la comida—: su ley no se lo prohíbe.

A veces, al ver los extraños y cómicos pasos que hacían los bailarines —estaban convencidos de que, como iban disfrazados, nadie los reconocería y, por tanto, no se reprimían—, Pelagueia Danílovna se tapaba la cara con el pañuelo, y el cuerpo grueso le temblaba por su risa incontenible y bonachona de anciana.

—¡Mi pequeña Sasha, esa es mi pequeña Sasha! —decía.

Después de las danzas rusas y de los corros, Pelagueia Danílovna juntó a los criados y a los señores en un gran círculo; trajeron un anillo, una cuerda y un rublo, y empezaron los juegos.

Al cabo de una hora todos los disfraces estaban arrugados y maltrechos, los bigotes y las cejas pintadas con corcho quemado se habían corrido por los rostros sudados, acalorados y alegres. Pelagueia Danílovna empezó a reconocer a los disfrazados y se quedó maravillada de cómo estaban confeccionados los trajes y lo bien que les quedaban, especialmente a las señoritas, y agradeció a todos que la hubieran divertido tanto. Llamaron a los invitados a cenar en el salón, y en la sala se dispuso el convite para los criados.

—¡Leer el futuro en el baño de vapor da tanto miedo! —dijo durante la cena una solterona que vivía en la casa.

—¿Por qué? —preguntó la hija mayor de Meliúkova.

—Usted no iría: para eso hay que ser muy valiente…

—Yo sí que iría —intervino Sonia.

—Cuente lo que le pasó a aquella señorita —dijo la segunda hija de Meliúkova.

—Pues una vez —empezó a contar la solterona— una señorita fue con un gallo y puso mesa con dos cubiertos, como se debe hacer, y se sentó. Esperó un rato y de pronto oyó cómo llegaba… un trineo con campanillas y cascabeles. Entonces oyó pasos y entró alguien, con forma totalmente humana y vestido de oficial, que se sentó a su lado, frente a su cubierto.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó Natasha, horrorizada, con los ojos desorbitados.

—Pero ¿cómo? Y ¿hablaba?

—Sí, igual que una persona; intentó seducirla y ella tenía que entretenerlo hasta que cantaran los gallos; pero se asustó, y tanto se asustó que se tapó la cara con las manos. Entonces él la agarró. Menos mal que en ese momento llegaron corriendo las muchachas…

—Pero ¿por qué las asusta? —exclamó Pelagueia Danílovna.

—Mamá, si usted misma ha leído el futuro… —le dijo una hija.

—Y ¿cómo se lee el futuro en un granero? —preguntó Sonia.

—Eso se puede hacer ahora mismo: vas al granero y escuchas con atención. Si oyes picar o algún golpe, es mala señal; si oyes el rumor del trigo cayendo, es buena. Pero a veces ocurre que…

—Mamá, cuéntenos, ¿qué le pasó a usted en el granero?

Pelagueia Danílovna sonrió.

—Ay, ya lo he olvidado… —dijo—. Nadie va a ir, ¿verdad?

—Yo sí. Si usted me deja, Pelagueia Danílovna, iré —dijo Sonia.

—Bueno, si no tienes miedo…

—Luiza Ivánovna, ¿puedo? —preguntó Sonia.

Ya jugaran al anillo, a la cuerda, al rublo, o ya conversaran como en ese momento, Nikolái no se separaba de Sonia y la miraba con unos ojos completamente distintos. Le parecía que ese día, por primera vez y gracias al bigote pintado, la conocía realmente. Esa noche Sonia estaba en verdad alegre, animada y atractiva como nunca la había visto.

«¡Así es ella, y yo he sido un tonto!», pensaba al mirar sus ojos radiantes y esa sonrisa feliz y entusiasta, nueva para él, que, bajo el bigote, le formaba pequeños hoyuelos en las mejillas.

—No tengo miedo de nada —dijo Sonia—. ¿Puedo ir ahora?

Se levantó. Le explicaron dónde estaba el granero, le dijeron que debía quedarse en silencio y escuchar, y le dieron un abrigo de pieles. Se lo echó encima de la cabeza y miró a Nikolái.

«¡Esta chica es un encanto! —pensó él—. ¡En qué estaría pensando yo hasta ahora!»

Sonia salió al pasillo para dirigirse al granero. Nikolái salió rápidamente al porche principal con el pretexto de que tenía calor. Realmente, en la casa faltaba el aire por la gran cantidad de personas que allí se habían reunido.

Fuera seguía el mismo frío inmóvil y la misma luna, aunque la claridad era aún mayor. La luz era tan intensa y había tantas estrellas que se reflejaban en la nieve que uno no tenía ganas de mirar al cielo para ver las auténticas estrellas, que pasaban desapercibidas. El firmamento era negro y aburrido, mientras que en la tierra todo era alegría.

«¡Tonto, soy tonto! ¿Por qué he esperado hasta ahora?», pensaba Nikolái al bajar las escaleras del porche principal. Rodeó la esquina de la casa por un sendero que conducía al porche de servicio. Sabía que Sonia iría por allí. En mitad del camino encontró brazadas de leña apilada y cubierta de nieve que hacían sombra. A través y de lado se proyectaban en el sendero nevado las sombras entrelazadas de los viejos tilos pelados. La pared partida del granero y el tejado cubierto de nieve brillaban a la luz de la luna como piedras preciosas talladas. En el jardín crujió un árbol, y de nuevo se hizo un silencio absoluto. Parecía que el pecho no inhalara aire, sino una fuerza y una alegría eternamente jóvenes.

En el porche de servicio resonaron unos pies que bajaban la escalera, crujió el último peldaño cubierto de nieve y se oyó la voz de la solterona que decía:

—¡Recto, recto, por ese sendero, señorita! Pero ¡no mire atrás!

—No tengo miedo —se oyó la voz de Sonia, y sus finas botitas crujieron por el sendero en dirección hacia donde estaba Nikolái.

Sonia avanzaba envuelta en el abrigo de pieles. Cuando lo vio estaba a solo dos pasos de él; también a ella le pareció distinto de ese joven al que conocía, ese al que siempre había temido un poco. Nikolái iba ahora vestido de mujer, con el pelo alborotado y una sonrisa alegre y nueva para Sonia, que corrió hacia él.

«Es completamente distinta y, al mismo tiempo, la de siempre», pensaba Nikolái al mirarle el rostro, totalmente bañado por la luz de la luna. Pasó las manos por debajo de su abrigo de pieles, la abrazó y la besó en los labios, bajo el bigote dibujado que olía a corcho quemado. Sonia le besó, a su vez, en el centro de los labios, sacó sus manitas fuera y le acarició las mejillas.

«¡Sonia!… *¡Nicolas!…*», fue lo único que se dijeron. Corrieron hacia el granero y volvieron a la casa, cada uno por su porche.

XII

Llegado el momento de partir de la casa de Pelagueia Danílovna, Natasha, que siempre se daba cuenta de todo y nada se le escapaba, organizó la disposición de los trineos para ir ella en uno con Luiza Ivánovna y Dimmler, y Sonia en otro con Nikolái y las muchachas.

Nikolái, que ya no quería adelantar a nadie, conducía el trineo con calma, sin dejar de mirar el rostro de Sonia bajo la extraña luz de luna que todo lo cambia; buscaba debajo de esas cejas y de ese bigote a su Sonia de antes y a la de ahora, de quien había decidido no separarse nunca más. Cuando al mirarla reconocía a la antigua y a la nueva Sonia, cuando recordaba el olor a corcho quemado mezclado con la sensación del beso, cuando se llenaba los pulmones de aire helado y veía la tierra huyendo bajo el trineo y el cielo brillante, se sentía de nuevo en un reino mágico.

—Sonia, ¿*estás* bien? —le preguntaba alguna que otra vez.

—Sí —le respondía Sonia—. ¿Y *tú*?

A mitad del camino, Nikolái le pasó las riendas al cochero, corrió un momento hacia el trineo de Natasha y se puso de pie sobre un saliente del vehículo.

—Natasha —le susurró en francés—, ¿sabes una cosa? Me he decidido con respecto a Sonia.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó ella, resplandeciendo repentinamente de felicidad.

—¡Ah, qué extraña estás con el bigote y las cejas, Natasha! ¿Estás contenta?

—¡Mucho, mucho! Ya me estaba empezando a enfadar contigo. No te lo decía, pero pensaba que te estabas portando mal con ella. ¡Es que tiene un corazón, *Nicolas*! ¡Estoy tan contenta! A veces soy horrible, pero me sentía avergonzada por ser feliz, mientras que Sonia no lo era —dijo—. Ahora estoy tan contenta… ¡Bueno, ve corriendo con ella!

—¡No, espera! ¡Ah, estás tan graciosa! —exclamó Nikolái escrutándola con la mirada y encontrando también en su hermana algo nuevo, extraordinario, fascinante y tierno que antes no veía—. Natasha, esto es algo mágico, ¿verdad?

—Sí —respondió ella—, has hecho muy bien.

«De haberla visto antes como ahora —pensó Nikolái—, hace mucho que le habría preguntado qué tengo que hacer, habría hecho todo lo que me dijera y todo habría salido bien.»

—Entonces ¿estás contenta? ¿He hecho bien?

—¡Oh, sí, muy bien! Hace poco discutí con mamá porque me dijo que Sonia pretende pescarte. ¡Cómo puede decir algo así! Estuve a punto de reñir con ella. Jamás permitiré que nadie diga nada malo de Sonia o que lo piense, porque en ella solo hay bondad.

—Entonces ¿hago bien? —insistió Nikolái, escrutando otra vez el rostro de su hermana para saber si le decía la verdad, y, con un crujido de botas, saltó del saliente y volvió rápido a su trineo.

Ese mismo circasiano feliz y sonriente, con el bigotillo y los ojos radiantes que miraban por debajo de la capucha de cebellina, seguía esperándole, y ese circasiano era Sonia, y esa Sonia sería probablemente en el futuro su amantísima y feliz esposa.

Después de llegar a casa y contarle a la madre cómo lo habían pasado en casa de los Meliúkov, las señoritas se retiraron a su habitación. Se quitaron los disfraces pero no se borraron los bigotes pintados, y estuvieron un buen rato hablando de su felicidad. Hablaron de cómo vivirían cuando estuvieran casadas, de que sus maridos serían amigos y de lo felices que serían. En la mesa de Natasha había varios espejos que Duniasha había colocado la víspera.

—Solo me pregunto cuándo sucederá todo eso. Temo que nunca… ¡Sería demasiado maravilloso! —exclamó Natasha, poniéndose de pie y acercándose a los espejos.

—Siéntate, Natasha, quizá lo veas —dijo Sonia.

Natasha encendió una vela y se sentó frente a los espejos.

—Veo a alguien con bigote —dijo Natasha al ver su rostro reflejado.

—No hay que reírse de esas cosas, señorita —le reprochó Duniasha.

Con ayuda de Sonia y de la doncella, Natasha encontró la posición justa entre los espejos; su rostro adoptó una expresión seria, y se quedó callada. Estuvo mucho tiempo mirando la hilera de velas que se reflejaban en los espejos, creyendo (por los relatos que había oído) que vería un ataúd, que lo vería a él, al príncipe Andréi, en ese último y confuso cuadrado que se fundía con los demás. Pero, por más dispuesta que estuviera a tomar la menor mancha por la imagen de un hombre o de un ataúd, no consiguió ver nada. Comenzó a parpadear y se alejó del espejo.

—¿Por qué los demás ven cosas y yo no veo nada? —dijo—. Bueno, inténtalo tú, Sonia: hoy tienes que hacerlo sin falta. Pero hazlo por mí… ¡Tengo tanto miedo hoy!

Sonia se sentó frente a los espejos, adoptó la posición justa y empezó a mirar.

—Seguro que Sofia Aleksándrovna ve algo —susurró Duniasha—; usted no hacía más que reírse.

Sonia oyó estas palabras, y también cómo Natasha susurraba:

—Sé que verá algo; el año pasado ya lo hizo.

Estuvieron unos tres minutos en silencio. «¡Seguro…!», susurró Natasha, pero no terminó lo que iba a decir… Sonia apartó súbitamente el espejo que sujetaba y se tapó la cara con la mano.

—¡Ah, Natasha! —exclamó.

—¿Has visto algo? ¿Has visto algo? ¿Qué has visto? —gritó Natasha, agarrando el espejo.

Sonia no había visto nada, solo quería parpadear y levantarse, pero entonces oyó la voz de Natasha que había susurrado «seguro»… No quería engañarla a ella ni a Duniasha, y estaba cansada de estar sentada. No sabía cómo ni por qué le había salido ese grito y se había tapado los ojos con una mano.

—¿Lo has visto a él? —preguntó Natasha, cogiéndole la mano.

—Sí. Espera… Yo… lo he visto a él —dijo Sonia sin querer, aún sin saber a quién se refería Natasha con la palabra «él»: ¿a Nikolái o a Andréi?

«Pero ¿por qué no voy a decir lo que he visto? ¡Otros ven cosas! Y ¿quién puede demostrar si he visto algo o no?», se le cruzó a Sonia por la mente.

—Sí, lo he visto a él —dijo.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Estaba de pie o tumbado?

—No, he visto… Primero no había nada, y de repente lo he visto tumbado.

—¿Andréi estaba tumbado? ¿Estaba enfermo? —preguntó Natasha, clavando sus ojos asustados en su amiga.

—No, todo lo contrario: tenía el rostro alegre y se ha vuelto para mirarme.

Y, justo en el momento de decirlo, a Sonia le pareció que realmente lo había visto.

—Bueno, ¿y después, Sonia?…

—A partir de ahí ya no he visto con claridad, había algo azul y rojo…

—¡Sonia! ¿Cuándo volverá? ¡Cuándo lo veré! ¡Dios mío! ¡Cuánto temo por él y por mí! Todo me da miedo… —dijo Natasha.

Sin responder a las palabras de consuelo de Sonia, se acostó en la cama; mucho después de que apagaran la vela, seguía con los ojos abiertos, inmóvil, mirando la gélida luz de la luna por las ventanas heladas.

XIII

Poco después de las Navidades, Nikolái le anunció a su madre su amor por Sonia y su firme decisión de casarse con ella. La condesa, que se había dado cuenta hacía mucho de lo que sucedía entre ambos y que esperaba esa explicación, escuchó a su hijo en silencio y le dijo que podía casarse con quien quisiera, pero que ni ella ni el conde darían su bendición a semejante matrimonio. Por primera vez Nikolái sintió que su madre estaba disgustada con él y que, a pesar de todo el amor que le profesaba, no cedería. La condesa, con expresión fría, sin mirarlo, hizo llamar al conde, y cuando este llegó, se dispuso a exponerle breve y fríamente la situación, en presencia de Nikolái, pero, incapaz de contenerse, se echó a llorar con lágrimas de enojo y salió de la habitación. El viejo conde, indeciso, trató de hacer entrar en razón a su hijo para que renunciara a su propósito. El joven le respondió que no podía traicionar su palabra, y el padre, entre suspiros, visiblemente turbado, interrumpió rápidamente la conversación y fue a ver a la condesa. En todos los encontronazos con su hijo, al conde no le abandonaba la conciencia de ser culpable por su mala gestión de los bienes; por este motivo, no podía enfadarse si Nikolái se negaba a casarse con una rica heredera y elegía a Sonia, que no tenía dote. Y en ese momento el viejo conde pensó más que nunca que, si su gestión de los bienes no hubiera sido tan nefasta, no podría haber deseado para Nikolái una mujer mejor que Sonia, y que solo él, con su Mítenka y sus incorregibles costumbres, tenía la culpa de la situación en la que se encontraban.

Ni el padre ni la madre volvieron a hablar del asunto con Nikolái, pero al cabo de unos días la condesa llamó a Sonia y, con una crueldad que no esperaban ni la una ni la otra, le reprochó haber engatusado a su hijo y ser una desagradecida. Sonia, en silencio y con la mirada baja, escuchaba sus crueles palabras sin comprender lo que se le exigía. Estaba dispuesta a sacrificarlo todo por sus bienhechores. La idea de sacrificarse era su pensamiento favorito, pero en este caso era incapaz de entender por quién y por qué debía hacerlo. No podía dejar de amar a la condesa y a toda la familia Rostov, pero tampoco podía dejar de amar a Nikolái, ni de saber que su felicidad dependía de ese amor. Callada y triste, no respondió nada. Nikolái no pudo aguantar más la situación y fue a ver a su madre para tener una explicación. Primero le suplicó que los perdonara y que diera su consentimiento al matrimonio, y después la amenazó con que, si molestaban a Sonia, se casaría inmediatamente con ella en secreto.

La condesa, con una frialdad que su hijo jamás había visto, le contestó que ya era mayor de edad, que el príncipe Andréi se iba a casar sin el consentimiento paterno y él podía hacer lo mismo, pero que ella jamás reconocería a esa *intrigante* como a una hija.

Escandalizado por la palabra *intrigante*, Nikolái alzó la voz y le dijo que nunca se habría imaginado que lo obligaría a vender sus sentimientos, y que, si así eran las cosas, esa era la última vez que hablaba… Pero no tuvo tiempo de pronunciar la palabra decisiva que, a juzgar por su expresión, la madre esperaba con horror y que habría podido convertirse para siempre en un cruel recuerdo para ambos. Y no pudo pronunciarla porque Natasha, que había estado escuchando detrás de la puerta, entró pálida y seria.

—¡Nikólenka, estás diciendo disparates, cállate, cállate! ¡Te digo que te calles!… —exclamó casi a gritos para tapar la voz de su hermano—. Mamá, querida, no es así… Querida mía, pobrecita —le dijo a la condesa que, sintiéndose al borde de la ruptura, miraba horrorizada a su hijo, pero que, por su terquedad y en el calor de la discusión, ni quería rendirse ni podía hacerlo —. Nikólenka, ya te lo explicaré todo después, pero ahora vete. Y usted escuche, mamá querida.

Aunque sus palabras carecían de sentido, consiguieron el resultado deseado.

La condesa, entre fuertes sollozos, ocultó el rostro en el pecho de su hija; Nikolái se levantó, se llevó las manos a la cabeza y salió de la habitación.

Natasha se puso manos a la obra para lograr la reconciliación y consiguió que la condesa prometiera a Nikolái que no molestarían a Sonia, mientras él prometiera que no haría nada a espaldas de sus padres.

A principios de enero, con la firme intención de volver para casarse con Sonia después de arreglar sus asuntos en el regimiento y pedir el retiro, Nikolái, triste y serio, en desacuerdo con los suyos pero apasionadamente enamorado, según creía, partió para reincorporarse al ejército.

Después de su marcha, una tristeza más fuerte que nunca se apoderó de la casa de los Rostov. La condesa cayó enferma a causa del trastorno emocional.

Sonia se sentía abatida por la separación de Nikolái y, aún más, por el tono hostil con que la condesa le hablaba sin poder evitarlo. El conde estaba más preocupado que nunca por la situación, que exigía tomar medidas decisivas. Era imprescindible vender la casa de Moscú y la de las afueras, y para ello, tenían que viajar a la ciudad. Sin embargo, la salud de la condesa obligaba a posponer un día tras otro la partida.

Natasha, que había llevado con facilidad e incluso alegría los primeros tiempos de separación de su prometido, estaba cada día más alterada e impaciente. La idea de estar perdiendo el mejor tiempo de su vida así, en vano, sin provecho para nadie, un tiempo que podría haber dedicado a amarlo, la atormentaba de una manera obsesiva. Las cartas del príncipe Andréi la enfadaban más que otra cosa. Le resultaba ofensivo pensar que mientras ella vivía pensando únicamente en él, él vivía una vida auténtica, veía lugares nuevos y conocía a gente nueva que le debía de resultar muy interesante. Cuanto más entretenidas eran las cartas de él, más se enojaba. Y las cartas que ella le escribía no solo no le dispensaban ningún consuelo, sino que se le antojaban un deber aburrido y falso. Natasha no sabía escribir, porque era incapaz de expresar por carta ni una milésima parte de la veracidad que estaba acostumbrada a expresar con la voz, la sonrisa o la mirada. Las cartas que le escribía eran clásicas y monótonas, cartas secas a las que no daba ningún valor, y en cuyos borradores la condesa corregía las faltas de ortografía.

La salud de la condesa seguía sin mejorar, pero ya era imposible aplazar más el viaje a Moscú. Había que preparar el ajuar, vender la casa y, además, se esperaba la llegada del príncipe Andréi a Moscú, donde su padre, el príncipe Nikolái Andreich, se había instalado en invierno, por lo que Natasha estaba convencida de que su prometido ya habría llegado.

La condesa se quedó en el campo, y el conde, llevándose a Sonia y a Natasha, a finales de enero partió hacia Moscú.

Quinta parte

I

Después del compromiso del príncipe Andréi y Natasha, Pierre, sin ninguna razón evidente, sintió de pronto la imposibilidad de seguir con la vida que llevaba. Por muy convencido que estuviera de las verdades que le había revelado su bienhechor, por muchas alegrías que le hubiera reportado el primer período de entrega fervorosa a la labor de perfeccionamiento interior, después del compromiso del príncipe Andréi y Natasha, y de la muerte de Iósif Alekséievich, de la que había recibido noticias casi al mismo tiempo, todo el encanto de esa vida se había desvanecido de golpe. Quedaba únicamente el armazón de la vida: la casa con su deslumbrante esposa, que ahora gozaba del favor de un importante personaje, las relaciones con la sociedad petersburguesa y su cargo con sus aburridas formalidades. Esta vida de repente se le antojó inesperadamente abominable. Dejó de escribir su diario, evitó la compañía de los hermanos y de nuevo empezó a frecuentar el club, a beber mucho y a trabar amistad con pandillas de solteros; en definitiva, empezó a llevar una vida por la cual la condesa Yelena Vasílievna consideró necesario llamarle seriamente la atención. Consciente de que su mujer tenía razón y, con el fin de no comprometerla, Pierre se marchó a Moscú.

Una vez allí, en cuanto entró en su enorme casa y vio a las princesas ajadas, resecas, su multitud de criados, en cuanto recorrió la ciudad y vio la capilla de la Virgen de Iverskaia con el sinfín de llamitas de cirios ante el marco dorado de los iconos, la plaza del Kremlin con su nieve inmaculada, los cocheros y las casuchas del callejón Sívtsev Vrázhek, los viejos moscovitas que nada deseaban y que vivían sin prisas lo que les quedaba de vida, las viejecitas, las damas moscovitas, los bailes moscovitas y el Club Inglés, se sintió como en casa, como en un tranquilo refugio. En Moscú conoció una sensación de calma, calidez, costumbre y suciedad como la que se siente con un viejo batín.

Toda la sociedad moscovita, desde las ancianas hasta los niños, lo recibió como a un esperado huésped con un lugar vacante pero siempre dispuesto.

Para la alta sociedad moscovita Pierre era un hombre excéntrico de lo más encantador, bueno, inteligente, alegre y generoso, despistado y espiritual, un señor ruso a la antigua usanza. Su monedero siempre estaba vacío, porque lo tenía abierto para todo el mundo.

Espectáculos benéficos, cuadros malos, estatuas, sociedades de beneficencia, cíngaros, escuelas, comidas en honor de alguien, juergas, masones, iglesias y libros: nada ni nadie recibía una negativa, y, si no hubiera sido por dos amigos que le habían pedido prestado mucho dinero y que lo tenían bajo su tutela, Pierre habría repartido todo cuanto tenía. En el club no se celebraba una comida o una velada sin él. En cuanto se apoltronaba en su sitio, en el diván, después de beberse dos botellas de Château-Margaux, todos lo rodeaban y empezaban a chismorrear, a discutir y a bromear. Si alguien reñía, él ponía paz solamente con su sonrisa bonachona y alguna broma oportuna. Los banquetes de las logias masónicas eran aburridos y mustios si no estaba él.

Cuando, después de una cena de solteros, Pierre, con una sonrisa bonachona y dulce, cediendo a los ruegos de la alegre compañía, se levantaba para irse con ellos, entre los jóvenes sonaban gritos de alegría y de triunfo. Si en un baile faltaba un caballero, Pierre bailaba. Las damas jóvenes y las señoritas lo apreciaban porque, sin hacer la corte a nadie, era con todas igual de amable, sobre todo después de cenar. «*Il est charmant, il n’a pas de sexe*»[134], decían de él.

Pierre era uno de esos gentilhombres de cámara retirados, como los había a cientos, que termina sus días tranquilamente en Moscú.

Cómo se habría horrorizado si siete años antes, al volver del extranjero, alguien le hubiera dicho que no tenía que buscar ni inventar nada, que su camino estaba ya trazado desde hacía mucho tiempo, que estaba determinado para siempre, y que, por más vueltas que diera, acabaría siendo igual que todos los hombres de su posición. No se lo habría podido creer. ¿Acaso no era él quien había deseado con toda el alma establecer la república en Rusia, o ser Napoleón, o filósofo, o estratega, o el vencedor de Napoleón? ¿Acaso no era él quien había visto y deseado la posibilidad de regenerar el depravado género humano y alcanzar el grado máximo de perfección? ¿Acaso no era él quien había fundado escuelas y hospitales, y había liberado a los campesinos?

Pero, en cambio, ahí estaba: un marido rico con una mujer infiel; un gentilhombre de cámara retirado al que le gustaba comer, beber y que, después de desabotonarse, vituperaba ligeramente al gobierno; un miembro del Club Inglés apreciado por toda la sociedad moscovita. Durante mucho

tiempo no pudo reconciliarse con la idea de que se había convertido en ese gentilhombre de cámara moscovita retirado, en el tipo de persona que tan profundamente despreciaba siete años antes.

A veces se consolaba con la idea de que era todo temporal, mientras llevara esa vida; pero después se horrorizaba al pensar cuántos hombres habían entrado en esa vida —y en ese club— con todos los dientes y todo el pelo y habían salido de ella desdentados y calvos.

En los momentos de orgullo, cuando consideraba su situación, le parecía que era alguien especial, totalmente distinto a los gentilhombres de cámara retirados a los que antes despreciaba: ellos eran vulgares y estúpidos, satisfechos y tranquilos con su situación. «En cambio yo estoy insatisfecho con todo, y mi único deseo es hacer algo por la humanidad —se decía en esos momentos de orgullo—. O quizá también mis compañeros, al igual que yo, lucharon y buscaron un camino nuevo en la vida y, al igual que yo, se han visto arrastrados hasta donde me encuentro por la fuerza del ambiente, de la sociedad, del linaje, de la naturaleza y de ese elemento contra el que el ser humano es impotente», pensaba en momentos de modestia. Después de vivir algún tiempo en Moscú, ya no despreciaba a los compañeros que tenían su mismo destino, sino que los empezó a apreciar, a respetar y a compadecer.

A Pierre ya no lo asaltaban, como antes, momentos de desesperación, melancolía y aversión por la vida; pero la misma enfermedad que en otro tiempo se manifestaba en forma de violentos arrebatos, se había enraizado dentro de él y no lo abandonaba ni un solo momento. «¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué es lo que ocurre en el mundo?», se preguntaba perplejo varias veces al día, empezando a adentrarse sin querer en el sentido de los fenómenos de la vida; pero, al saber por experiencia que no había respuestas para tales preguntas, trataba de descartarlas rápidamente y cogía un libro, o se apresuraba a ir al club, o iba a ver a Apolón Nikoláievich para comentar los chismes de la ciudad.

«Yelena Vasílievna, que lo único que ha amado en su vida ha sido su cuerpo y que es una de las mujeres más tontas del mundo —pensaba Pierre—, es vista por todos como el súmmum de la inteligencia y se inclinan ante ella. Napoleón Bonaparte fue despreciado por todos mientras fue grande, y, desde que se ha convertido en un miserable comediante, el emperador Francisco trata de ofrecerle a su hija como esposa ilegítima[135]. Los españoles ofrecen alabanzas a Dios por medio del clero católico en agradecimiento por haber vencido a los franceses el 14 de junio, y los franceses ofrecen alabanzas a Dios por medio de ese mismo clero católico por haber vencido a los españoles

el 14 de junio. Mis hermanos masones juran con su sangre que están dispuestos a darlo todo por el prójimo, pero no pagan su rublo en las colectas para los pobres, alimentan las intrigas entre los Astrea y los Buscadores de Maná[136], y se esfuerzan en conseguir el auténtico tapiz escocés y un acta[137] cuyo sentido no conoce siquiera quien la escribió ni es necesaria para nadie. Todos profesamos la ley cristiana del perdón de las ofensas y del amor por el prójimo, una ley por la que en Moscú hemos erigido un sinfín de iglesias, pero ayer azotaron a un desertor con un látigo hasta que cayó desfallecido, y el sacerdote, servidor de esta misma ley del amor y del perdón, antes del castigo le hizo besar la cruz.» Así pensaba Pierre y, por muy acostumbrado que estuviera a la mentira general aceptada por todos, lo dejaba atónito, como si se tratara de algo nuevo. «Entiendo esta mentira y esta maraña —pensaba—, pero ¿cómo explicárselo a los demás? Cuando lo he intentado siempre me ha dado la impresión de que, en su fuero interno, ellos también lo entienden, pero que hacen cuanto pueden por no *verla*. Por lo tanto, así debe ser. Pero entonces ¿qué hago yo?» Pierre tenía la desdichada capacidad de tanta gente, especialmente rusa, de creer en la posibilidad del bien y de la verdad, y de ver con demasiada claridad el mal y la mentira de la vida para ser capaz de participar en ella seriamente. A sus ojos, todos los ámbitos del trabajo estaban ligados al mal y a la mentira. Y este mal y esta mentira le repelían en cualquier cosa que intentara ser o en cualquier asunto que intentara emprender, y le cerraban los caminos de cualquier actividad. Sin embargo, tenía que vivir y ocuparse en algo. Era demasiado terrible soportar el peso de esas cuestiones irresolubles de la vida, y se entregaba a la primera distracción que se le presentaba con tal de olvidarlas. Asistía a todo tipo de veladas, bebía mucho, compraba cuadros, construía y, sobre todo, leía.

Leía sin parar todo cuanto cayera en sus manos, y lo hacía con tanta avidez que, al llegar a casa, mientras los lacayos lo desvestían, ya tenía un libro en la mano; pasaba de la lectura al sueño, del sueño al parloteo en los salones y en el club, del parloteo a las juergas y a las mujeres, y de las juergas otra vez al parloteo, a la lectura y al vino. Beber se convirtió para él en una necesidad física y moral cada vez más imperiosa. A pesar de que los médicos le advertían de que, dada su corpulencia, el vino lo ponía en peligro, seguía bebiendo mucho. Solo se encontraba completamente bien cuando, sin darse cuenta, vaciaba varios vasos de vino en su ancha boca: entonces sentía un agradable calor en el cuerpo, ternura por el prójimo y la disposición mental a hablar superficialmente de cualquier idea, sin profundizar demasiado. Solo después de beberse una o dos botellas de vino tenía una conciencia vaga de

que el embrollado y terrible nudo de la vida, que antes le había horrorizado, al fin y al cabo no era tan terrible. Con la cabeza llena de zumbidos, cuando charlaba, escuchaba alguna conversación o leía después de comer y de cenar, veía en todo momento uno u otro aspecto de ese nudo. Y solo bajo los efectos del vino se decía: «No pasa nada. Lo desataré, tengo la explicación en mis manos. Pero ahora no tengo tiempo, ¡ya lo pensaré luego!». Pero ese *luego* no llegaba nunca.

Por la mañana, con el estómago vacío, todos los problemas le parecían de nuevo tan irresolubles y terribles como antes, y se apresuraba en refugiarse en un libro y se alegraba si recibía una visita.

A veces recordaba haber oído contar que, cuando en la guerra los soldados están a salvo de los disparos y no tienen nada que hacer, buscan con afán cualquier ocupación para sobrellevar mejor el peligro. Y le parecía que los hombres son como soldados intentando salvarse de la vida: algunos por medio de la ambición, otros jugando a las cartas, otros escribiendo leyes, otros con mujeres, otros con juguetes, con caballos, política, caza, vino o asuntos de Estado. «No hay nada insignificante ni importante, todo da igual: ¡con tal de salvarme de *ella* como sepa! —pensaba Pierre—. ¡Con tal de no *verla*, de no ver lo terrible que es!»

II

A principios de invierno el príncipe Nikolái Andreich Bolkonski y su hija llegaron a Moscú. Por su pasado, inteligencia, originalidad y, sobre todo, por haberse enfriado el entusiasmo ante el reinado del emperador Alejandro I y por la corriente antifrancesa y patriótica que dominaba Moscú en aquel entonces, el príncipe Nikolái Andreich se convirtió de inmediato en objeto de un respeto especial entre los moscovitas y en el centro de la oposición de la ciudad al gobierno.

El príncipe había envejecido mucho aquel año. Habían aparecido en él síntomas evidentes de vejez: se quedaba dormido en cualquier momento, olvidaba hechos del pasado reciente mientras que recordaba perfectamente detalles del pasado lejano, y mostraba una infantil vanidad al aceptar el papel de jefe de la oposición moscovita. A pesar de todo, cuando, sobre todo por la tarde, bajaba a tomar el té en su pelliza corta y su peluca empolvada y, animado por alguien, empezaba a contar, entrecortadamente, sus anécdotas del pasado y exponía, aún más entrecortadamente, sus bruscas opiniones

sobre el presente, despertaba en todos sus huéspedes un mismo sentimiento de respeto reverencial. Para los visitantes aquella casa antigua con sus espejos de gigantes marcos, su mobiliario prerrevolucionario, sus lacayos empolvados y ese viejo severo e inteligente del siglo pasado, con su dócil hija y su atractiva francesa que lo veneraban, resultaba un espectáculo agradable y majestuoso. No pensaban, sin embargo, en que, aparte de las dos o tres horas en que veían a los dueños, el día tenía veintidós horas más, durante las cuales se desarrollaba la vida privada y secreta de la casa.

En ese período en Moscú, la vida privada se había vuelto muy dura para la princesa Maria. Allí se veía desposeída de lo que le procuraba sus mayores alegrías —las conversaciones con las gentes de Dios y el aislamiento, que tanto la reconfortaban en Lysye Gory—, y no disfrutaba de las ventajas y alegrías que la vida en la capital le podía ofrecer. No frecuentaba el gran mundo y, como todos sabían que su padre no le permitía salir sin él, y él no podía ir a ninguna parte debido a su delicada salud, dejaron de invitarla a comidas y a veladas. La princesa Maria había abandonado toda esperanza de casarse; veía la frialdad e irritación con que su padre recibía y despedía a los jóvenes que pudieran pretenderla y que a veces aparecían por la casa. No tenía amigos; al llegar a Moscú había sufrido una gran decepción con las dos personas que consideraba más allegadas: *mademoiselle* Bourienne, con la que ni siquiera antes había podido ser totalmente franca, ahora se había convertido para ella en una persona desagradable, y empezó a evitarla por diversas razones; y Julie, que vivía en Moscú y con la que había mantenido una correspondencia durante cinco años, resultó ser una completa desconocida cuando volvieron a verse en persona. Julie, al haber muerto sus hermanos, se había convertido en una de las solteras más ricas de Moscú y vivía en un torbellino de placeres mundanos. Estaba rodeada de jóvenes que, según pensaba ella, habían descubierto de pronto sus cualidades. Estaba en ese momento de la vida de las señoritas de la alta sociedad en que empiezan a envejecer y saben que ha llegado su última oportunidad de casarse, y que su destino se decidirá ahora o nunca.

Cada jueves la princesa Maria recordaba con una triste sonrisa que ya no tenía a quién escribir, puesto que Julie, esa Julie cuya presencia no le causaba ninguna alegría, estaba cerca y se veían todas las semanas. Como un viejo emigrado que se niega a casarse con la dama en cuya casa ha pasado todas las tardes durante varios años porque, si se casa, no sabe dónde las pasará, la princesa Maria lamentaba que Julie estuviera cerca, ya que por ese motivo no tenía a quién escribir. En Moscú no tenía a nadie con quien hablar, nadie a

quien confiar sus penas, y estas habían aumentado mucho últimamente. Se acercaba la hora del regreso del príncipe Andréi y de su boda, y la princesa Maria no solo no había cumplido el encargo que él le había hecho de preparar a su padre, sino que el asunto parecía totalmente sin remedio, y la sola mención de la condesa Rostova sacaba de sus casillas al viejo príncipe, que ya de por sí estaba de mal humor la mayor parte del tiempo. Además, una nueva aflicción se había venido a sumar a las penas de la princesa: las lecciones que le daba a su sobrino de seis años. En su relación con Nikólushka detectaba horrorizada en sí misma la irascibilidad de su padre. Por mucho que se repitiera que al dar las clases no debía perder los nervios, casi cada vez que señalaba el alfabeto francés con el puntero, tenía tantas ansias de transmitir cuanto antes sus conocimientos al niño —el cual, por su parte, ya esperaba atemorizado que su tía se enfadara de un momento a otro— que a la mínima falta de atención se estremecía, se aceleraba, se sulfuraba, alzaba la voz y, a veces, le zarandeaba de un brazo y lo ponía en un rincón. Cuando esto ocurría, la princesa Maria empezaba a llorar por su cruel y malvada naturaleza, y Nikólushka, contagiado por sus lágrimas, abandonaba sin permiso el rincón, se acercaba a ella, le apartaba las manos húmedas del rostro y la consolaba. Pero lo que más la afligía de todo era la cólera de su padre, siempre dirigida hacia ella y que en los últimos tiempos había llegado hasta la crueldad. Si la hubiera obligado a postrarse todas las noches, si le hubiera pegado, si le hubiera hecho cargar leña y agua, a ella ni se le habría pasado por la cabeza pensar que su situación fuera difícil. Pero ese amantísimo torturador, que era tan cruel porque la quería, y que por ello la hacía sufrir a ella y a sí mismo, no solo sabía ofenderla y humillarla con premeditación, sino que también sabía cómo hacerle ver que ella siempre era la culpable de todo. Además, una nueva circunstancia surgida en los últimos tiempos la atormentaba especialmente: el trato cada vez más íntimo entre su padre y *mademoiselle* Bourienne. Aquella broma de casarse con la Bourienne, que al viejo príncipe se le había ocurrido al recibir la noticia de los planes de boda de su hijo, al parecer le había agradado, y últimamente se obstinaba en mostrarse especialmente cariñoso con *mademoiselle* Bourienne solo para ofender a su hija (o así se lo parecía a ella), y le expresaba su enfado con esas muestras de amor por la francesa.

Un día el viejo príncipe, en presencia de la princesa Maria (a ella le pareció que lo hacía adrede), le besó la mano a *mademoiselle* Bourienne, después la abrazó y la acarició. La princesa, sonrojada, salió corriendo. Al cabo de unos minutos *mademoiselle* Bourienne entró en su habitación con una

sonrisa y, alegremente, empezó a contarle algo con su agradable voz. La princesa Maria se secó las lágrimas rápidamente, se acercó con paso decidido hacia la francesa y, con ímpetu, ira y cólera en la voz, al parecer sin ser consciente ella misma de lo que hacía, le gritó:

—¡Qué ruin, mezquino e inhumano es aprovecharse de la debilidad de…! —No terminó la frase—. ¡Fuera de mi habitación! —le chilló, y prorrumpió en sollozos.

Al día siguiente el viejo príncipe no le dijo ni una palabra, pero ella se dio cuenta de que a la hora de comer había ordenado que sirvieran a *mademoiselle* Bourienne en primer lugar. Al concluir la comida, cuando el criado, siguiendo la costumbre de siempre, sirvió el café primero a la princesa, el viejo príncipe estalló de pronto, lanzó una muleta a Filipp y acto seguido ordenó que lo alistaran en el ejército como soldado.

—¡Aquí nadie obedece!… ¡Se lo he dicho dos veces!… ¡Nadie obedece! ¡Ella es la primera persona de la casa, mi mejor amiga! —gritó el viejo príncipe—. Y tú —gritó con rabia, dirigiéndose por primera vez a la princesa Maria—, si vuelves a propasarte con ella como hiciste ayer, ¡te vas a enterar de quién manda en esta casa! ¡Fuera! ¡No quiero verte! ¡Pídele perdón!

La princesa Maria le pidió a Amélie Yevguénevna y a su padre que la perdonaran tanto a ella como al criado Filipp, que le había suplicado que intercediera por él.

En momentos así, surgía en su alma un sentimiento semejante al orgullo del sacrificio. Pero, de repente, ese padre al que censuraba se ponía a buscar las gafas y palpaba a su alrededor sin verlas; u olvidaba lo que acababa de ocurrir; o daba un paso en falso con sus débiles piernas y volvía la cabeza para comprobar si alguien se había dado cuenta; o, lo que era peor de todo, durante la comida, sin haber invitados que lo animaran, se quedaba dormido en la mesa, se le caía la servilleta e inclinaba su cabeza temblorosa sobre el plato. «¡Es viejo y débil, y yo me atrevo a censurarlo!», pensaba la princesa Maria en momentos así, con un sentimiento de repulsión por sí misma.

III

En 1811 vivía en Moscú un médico francés que se había puesto rápidamente de moda; era muy alto, guapo, amable como todos los franceses y, según decían en toda la ciudad, un médico de extraordinarias artes. Se llamaba

Métivier y era recibido en las casas de la alta sociedad no como médico, sino como un igual.

El príncipe Nikolái Andreich, que siempre se había reído de la medicina, siguiendo el consejo de *mademoiselle* Bourienne había permitido que lo visitara y se había acostumbrado a él. Métivier iba a casa del príncipe unas dos veces por semana.

El día de san Nicolás, onomástica del príncipe, todo Moscú acudió a las puertas de su casa, pero él ordenó no recibir a nadie: solo las personas que aparecían en una lista que había entregado a la princesa Maria estaban invitadas a comer.

Métivier, que llegó por la mañana para felicitarlo, creyó conveniente como médico *forcer la consigne*[138], según dijo a la princesa Maria, y entró a ver al príncipe. Y lo que ocurrió fue que el día de su santo el viejo príncipe estaba del peor de los humores. Llevaba toda la mañana paseándose por la casa, tomándola con todo el mundo, haciendo ver que no entendía lo que le decían y que no lo entendían a él. La princesa Maria conocía perfectamente ese estado de ánimo de su padre en el que se mostraba taciturno, preocupado y gruñón, y que solía derivar en un ataque de ira, y anduvo toda la mañana como si alguien la estuviera apuntando con una escopeta cargada y esperara el inevitable disparo. Hasta la llegada del médico, la mañana había ido bien. Después de dejarlo pasar, la princesa se sentó en el salón con un libro; estaba cerca de la puerta y podía oír todo lo que sucedía en el gabinete.

Al principio solo oyó la voz de Métivier, después la de su padre, y a continuación las dos a la vez; la puerta se abrió de par en par y en el umbral apareció la asustada y bella figura de Métivier con su tupé negro, y el príncipe en gorro de dormir y batín, con el rostro desfigurado por la ira y las pupilas bajas.

—¿No lo entiendes? —gritaba el príncipe—. Pues ¡yo sí que lo entiendo! ¡Espía francés! ¡Esclavo de Bonaparte, espía, fuera de mi casa! ¡Fuera, te he dicho!

Y cerró la puerta de un portazo.

Métivier, encogiéndose de hombros, se acercó a *mademoiselle* Bourienne, que, al oír los gritos, había entrado a toda prisa desde la habitación vecina.

—El príncipe no está demasiado bien: *la bile et le transport au cerveau. Tranquillisez-vous, je repasserai demain*[139] —dijo Métivier, y, poniéndose un dedo en los labios, se fue rápidamente.

Detrás de la puerta se oían pasos y gritos:

—¡Espías, traidores, en todas partes hay traidores! ¡Ni en mi propia casa tengo un momento de calma!

Una vez que Métivier se marchó, el viejo príncipe llamó a su hija al gabinete y descargó en ella toda la fuerza de su ira: ella tenía la culpa de que hubieran dejado pasar a un espía. Él le había dicho —sí, se lo había dicho— que hiciera una lista y que no dejara entrar a nadie que no estuviera en ella. ¡Por qué había dejado entrar a ese miserable! Ella era la culpable de todo. Con ella no podía tener ni un momento de calma ni morir tranquilo, le dijo.

—Sí, señora: ¡tenemos que separarnos, separarnos! ¡Bien que lo sabe usted, bien que lo sabe! ¡No puedo más! —exclamó el viejo príncipe, y salió del gabinete. Y, como si temiera que su hija pudiera consolarse de algún modo, volvió y, afectando serenidad, añadió—: Y no piense que se lo he dicho en un momento de ira, estoy muy tranquilo y lo he meditado bien. Así tiene que ser: hay que separarse, de modo que ¡búsquese otro sitio!…

Pero, sin poder contenerse, con esa rabia que solo tiene quien ama, gritó con los puños apretados y temblorosos, sin duda sufriendo:

—¡Ojala algún imbécil se casara con ella!

Dio un portazo, llamó a *mademoiselle* Bourienne y se tranquilizó en el gabinete.

A las dos llegaron los seis elegidos que habían sido invitados a la comida. Eran el célebre conde Rastopchín, el príncipe Lopujin y su sobrino, el general Chartov —un viejo compañero de armas del príncipe— y, entre los jóvenes, Pierre y Borís Drubetskói. Lo esperaban en el salón.

Borís había llegado de permiso a Moscú días antes con el deseo de ser presentado al príncipe Nikolái Andreich, y supo ganarse su favor hasta el punto de que este hizo una excepción con él, ya que en casa nunca recibía a jóvenes solteros.

La casa del príncipe no era lo que se suele llamar «el gran mundo», pero constituía un pequeño círculo en el que ser admitido se consideraba de lo más halagüeño, a pesar de que en la ciudad no se hablara de él. Borís lo había entendido bien una semana antes, cuando Rastopchín, en su presencia, había rechazado la invitación del comandante en jefe para comer en casa del viejo príncipe el día san Nicolás, aduciendo:

—Es que ese día voy siempre a presentar mis respetos a las reliquias del príncipe Nikolái Andreich.

—¡Ah, sí, sí! —le había respondido el comandante en jefe—. ¿Cómo está?

El pequeño grupo que se había reunido antes de comer en el salón anticuado, de techos altos y mobiliario viejo, se parecía a un solemne consejo judicial. Todos guardaban silencio y, si hablaban, lo hacían en voz baja. El príncipe Nikolái Andreich entró serio y taciturno. La princesa Maria parecía aún más silenciosa y apocada que de costumbre. Los invitados se dirigían a ella de mala gana, porque veían que no le interesaban sus conversaciones. El conde Rastopchín era el único que sostenía la conversación, contando noticias de la ciudad o de política.

Lopujin y el viejo general intervenían alguna que otra vez. El príncipe Nikolái Andreich escuchaba igual que un juez supremo escucha un informe, limitándose a indicar de vez en cuando con un silencio o con una breve palabra que toma en consideración lo que le dicen. El tono de la conversación daba a entender que nadie veía con buenos ojos lo que se estaba haciendo en la esfera política. Hablaron de acontecimientos que confirmaban de manera evidente que las cosas iban de mal en peor, pero lo asombroso de esos relatos y opiniones era que quien los exponía se interrumpía o era interrumpido justo en el límite en el que podía aparecer una alusión a su majestad el emperador.

A lo largo de la comida la conversación giró en torno a la última noticia política: la confiscación por parte de Napoleón de los dominios del duque de Oldenburgo, y la nota hostil al emperador francés que Rusia había enviado a todas las cortes europeas.

—Bonaparte actúa con Europa igual que un pirata con un barco que ha conquistado —dijo el conde Rastopchín, repitiendo una frase que ya había pronunciado en varias ocasiones—. Lo único sorprendente es la paciencia infinita o la ceguera de los soberanos. Ahora el asunto ha llegado hasta el papa: ¡Bonaparte, sin freno alguno quiere derrocar al jefe de la religión católica, y todo el mundo calla! Solo nuestro zar ha protestado contra la incautación de los dominios del duque de Oldenburgo. Y aun así…

El conde Rastopchín se quedó callado, con la sensación de que ya había alcanzado el límite que no podía traspasar.

—Le han ofrecido otros dominios en lugar del ducado de Oldenburgo —dijo el príncipe Nikolái Andreich—. Actúa con los duques igual que cuando yo traslado a mis campesinos de Lysye Gory a Boguchárovo o a mis haciendas de Riazán.

—*Le duc d'Oldenbourg supporte son malheur avec une force de caractère et une résignation admirable*[140] —dijo Borís, interviniendo respetuosamente.

Dijo eso porque en su viaje desde San Petersburgo había tenido el honor de presentarse al duque. El príncipe Nikolái Andreich miró al joven como si quisiera comentar sus palabras, pero cambió de parecer al verlo demasiado joven.

—He leído nuestra protesta sobre el asunto de Oldenburgo y me he quedado asombrado de lo mal redactada que está —dijo el conde Rastopchín, con el tono despreocupado de quien juzga una materia que conoce muy bien.

Pierre miró a Rastopchín con inocente asombro, sin comprender por qué le molestaba la mala redacción de la nota.

—¿Acaso importa cómo esté redactada la nota si lo que dice es contundente, conde? —le preguntó.

—*Mon cher, avec nos 500 mille hommes de troupes, il serais facile d'avoir un beau style*[141] —replicó el conde Rastopchín.

Entonces Pierre comprendió el motivo de que le molestara que la nota estuviera mal redactada.

—Parece ser que ahora nos sobran escribanos —dijo el viejo príncipe—; en San Petersburgo todo el mundo escribe sin cesar, y no solo notas, también leyes. Mi Andriusha escribió allí un álbum entero de leyes para Rusia. ¡Hoy en día no hacen más que escribir!

Y se rió de manera forzada.

La conversación se interrumpió un momento; el viejo general tosió para atraer la atención de todos.

—¿Han oído ustedes hablar de lo que sucedió en el pase de revista de San Petersburgo? ¡Cómo se ha retratado el nuevo embajador francés!

—¿Qué? Sí, algo he oído; dijo algo inoportuno delante de su majestad.

—Su majestad le llamó la atención sobre la división de granaderos y sobre la marcha ceremonial —prosiguió el general—, y parece ser que el embajador no le hizo ningún caso y se permitió decirle que en Francia no se fijan en semejantes naderías. El zar no le contestó nada, pero dicen que en el siguiente pase de revista no le dirigió la palabra ni una sola vez.

Todo el mundo guardó silencio: había sido una referencia directa al zar, y no podía manifestarse la menor opinión al respecto.

—¡Qué insolentes! —exclamó el viejo príncipe—. ¿Conocen a Métivier? Hoy lo he echado de mi casa. Aunque había dado la orden de no recibir a nadie, lo han dejado entrar y ha estado aquí —añadió, con una mirada enojada a su hija.

Y contó cómo había sido su conversación con el médico francés y las razones por las que estaba convencido de que era un espía. A pesar de que las

razones eran muy escasas y poco claras, nadie le replicó.

Después del asado se sirvió champán. Los invitados se levantaron para felicitarlo. La princesa Maria también se le acercó. El viejo príncipe le dirigió una mirada fría y maligna, y le ofreció su mejilla arrugada y afeitada. Todo en su semblante le decía que no había olvidado la conversación de la mañana, que la decisión que había tomado seguía vigente, y que solo gracias a que había invitados no se lo decía en ese instante.

Cuando pasaron al salón a tomar el café, los viejos se sentaron juntos.

El príncipe Nikolái Andreich se animó y expuso su modo de ver la guerra inminente.

Dijo que nuestras guerras contra Bonaparte serían desafortunadas mientras buscáramos alianzas con los alemanes y nos entrometiéramos en los asuntos europeos, a los que nos había empujado la paz de Tilsit. No debíamos luchar a favor ni en contra de Austria. Toda nuestra política estaba en Oriente y, en cuanto a Napoleón, solo había que hacer una cosa: armar las fronteras y ser firmes en la política; de este modo jamás se atrevería a cruzar la frontera rusa como hiciera en 1807.

—Pero ¡cómo vamos a luchar contra los franceses, príncipe! —exclamó el conde Rastopchín—. ¿Acaso podemos alzarnos contra nuestros maestros y dioses? Fíjese en nuestra juventud, fíjese en nuestras señoritas. Nuestros dioses son franceses y nuestro reino de los cielos es París. —Elevó la voz, sin duda para que todos lo oyeran—. ¡Los vestidos son franceses, las ideas son francesas, los sentimientos son franceses! Usted ha puesto a Métivier de patitas en la calle, porque es francés y un canalla, pero nuestras señoras se arrastran detrás de él. Ayer estuve en una velada y, de las cinco damas que había, cinco eran católicas; los domingos bordan con permiso del papa, pero eso no impide que se exhiban casi desnudas, como en los carteles de las casas de baños, si me permite hablar así. Ah, cuando uno ve a nuestra juventud, príncipe, le dan ganas de sacar de la Kuntskámera[142] el viejo garrote de Pedro el Grande y romperles las costillas, a la rusa: ¡se les iría toda la tontería!

Todos guardaron silencio. El viejo príncipe miró a Rastopchín con una sonrisa y asintió en señal de aprobación.

—Bueno, adiós, excelencia: que conserve la salud —dijo Rastopchín, poniéndose de pie y tendiéndole una mano, con los rápidos movimientos que le caracterizaban.

—Adiós, querido: ¡sus palabras son música, siempre lo escucho con placer! —dijo el viejo príncipe, reteniéndole la mano y ofreciéndole una

mejilla para que se la besara.

Los demás invitados se levantaron a la vez que Rastopchín.

IV

La princesa Maria escuchaba la charla y los chismes de los viejos en el salón sin entender nada de lo que oía; solo le preocupaba si los invitados se estarían dando cuenta de la hostilidad con que la trataba su padre. Ni siquiera reparó en la especial atención y amabilidad que a lo largo de toda la comida le había mostrado Drubetskói, que ya era la tercera vez que los visitaba.

La princesa Maria se dirigió a Pierre con la mirada dispersa e interrogativa; él era el último en irse y, con el sombrero en la mano y una sonrisa, se acercó a ella después de que el príncipe hubiera salido, y se quedaron los dos solos en el salón.

—¿Puedo quedarme un poco más? —preguntó él, dejando caer su grueso cuerpo en el sillón al lado de la princesa Maria.

—Ah, sí —le contestó. «¿No se ha dado cuenta de nada?», le decía ella con la mirada.

Pierre estaba de ese humor placentero que uno tiene después de una buena comida. Miraba al frente y sonreía con dulzura.

—¿Hace mucho que conoce a ese joven, princesa? —preguntó.

—¿A cuál?

—A Drubetskói.

—No, no hace mucho…

—Y ¿qué? ¿Le gusta?

—Sí, es un joven agradable… ¿Por qué me lo pregunta? —dijo la princesa Maria, que seguía pensando en la conversación que había tenido por la mañana con su padre.

—Porque he observado algo: cuando un joven viaja de permiso de San Petersburgo a Moscú, normalmente su único objetivo es casarse con una rica heredera.

—¿Ha observado usted eso? —dijo la princesa Maria.

—Sí —prosiguió Pierre con una sonrisa—, y este joven en cuestión se las arregla para estar donde haya ricas herederas. Puedo leerlo como si fuera un libro abierto; ahora está indeciso sobre a quién atacar: si a usted o a *mademoiselle* Julie Karáguina. *Il est très assidu auprès d’elle*.[143]

—¿Va a visitarla?

—Sí, muy a menudo. Y ¿sabe usted cuál es la nueva forma de hacer la corte? —preguntó Pierre con una alegre sonrisa, en el alegre estado de ánimo burlón que tan menudo se reprochaba en su diario.

—No —respondió la princesa Maria.

—Ahora para gustar a las muchachas moscovitas *il faut être mélancolique. Et il est très mélancolique auprès de mademoiselle Karaguine*[144] —dijo Pierre.

—*Vraiment?*[145] —dijo la princesa Maria, mirando el bondadoso rostro de Pierre y sin dejar de pensar en su propia desgracia.

«Sería un alivio —pensaba la princesa Maria— si me decidiera a confiarle a alguien todo lo que siento. Desearía contárselo todo a Pierre. Es tan bueno y noble. ¡Me sentiría aliviada y me podría aconsejar!».

—¿Se casaría usted con él? —preguntó Pierre.

—¡Ah, Dios mío, conde! ¡Hay momentos en los que me casaría con cualquiera! —dijo inesperadamente para sí misma, con lágrimas en la voz—. ¡Ah, es tan duro amar a alguien que tienes cerca y sentir… —continuó diciendo con la voz temblorosa— que lo único que haces es causarle dolor, cuando sabes que no se puede cambiar nada! Y la única solución es marcharse, pero ¿adónde voy a ir yo?

—Pero ¿qué dice? ¿Qué le ocurre, princesa?

La princesa Maria no pudo seguir y se echó a llorar.

—No sé lo que me pasa hoy. No me haga caso, olvide lo que le he dicho.

Toda la alegría de Pierre desapareció. Preocupado, interrogó a la princesa y le rogó que le contara todo, que le confiara su desdicha; pero ella solo repitió que olvidara todo lo que había dicho, que ya no recordaba sus palabras, y que no tenía ninguna desdicha aparte de la que él ya conocía: el matrimonio del príncipe Andréi, que amenazaba con enemistar a padre e hijo.

—¿Ha oído algo de los Rostov? —preguntó ella para cambiar de tema—. Me han dicho que llegarán pronto. También espero la llegada de *André* de un momento a otro. Me gustaría que se vieran aquí.

—Y él ¿cómo ve este asunto ahora? —preguntó Pierre, sobreentendiendo por *él* al viejo príncipe.

La princesa Maria movió la cabeza.

—¿Qué se puede hacer? Faltan ya pocos meses para que se cumpla el año. Y no puede ser. Mi único deseo sería ahorrar a mi hermano los primeros momentos. Ojalá lleguen cuanto antes, y espero llevarme bien con ella… ¿Hace mucho que los conoce? —preguntó—. Dígame la verdad, con la mano en el corazón: ¿cómo es esta muchacha y qué piensa usted de ella? Pero

dígame toda la verdad, porque, como comprenderá, Andréi está arriesgando mucho al actuar contra la voluntad de nuestro padre, y me gustaría saber…

Un vago instinto le dijo a Pierre que en las reservas y los repetidos ruegos de la princesa Maria de que le dijera *toda la verdad* se traslucía cierta hostilidad contra su futura cuñada, y que deseaba que a él no le pareciera bien la elección del príncipe Andréi; pero Pierre, más que lo que pensaba, dijo lo que sentía.

—No sé cómo responder a su pregunta —dijo, enrojeciendo sin saber el motivo—. Decididamente no sé cómo es esta muchacha, soy incapaz de analizarla. Es fascinante. Pero por qué lo es lo desconozco: es lo único que le puedo decir de ella.

La princesa Maria suspiró y la expresión de su rostro dijo: «Sí, eso era lo que esperaba y lo que me temía».

—¿Es inteligente? —preguntó a continuación.

Pierre reflexionó un momento.

—Creo que no, aunque, por otro lado, sí. No se digna ser inteligente… Pero no: es fascinante y nada más.

La princesa Maria volvió a mover la cabeza con desaprobación.

—¡Ah, deseo tanto quererla! Si la ve antes que yo, dígaselo.

—He oído que llegarán dentro de unos días —dijo Pierre.

La princesa Maria le contó su plan: en cuanto llegaran los Rostov, intimaría con su futura cuñada y procuraría que el viejo príncipe se acostumbrara a su presencia.

V

Borís no había logrado encontrar un buen partido en San Petersburgo y, con ese fin, había viajado a Moscú. Allí se encontró indeciso entre las dos solteras más ricas de la ciudad: Julie y la princesa Maria. Aunque la princesa Maria, a pesar de su fealdad, le parecía más atractiva que Julie, por algún motivo le resultaba incómodo hacerle la corte. En su último encuentro con ella, el día del santo del viejo príncipe, a todos los intentos que él había hecho de hablar de sentimientos, ella había respondido a destiempo y a todas luces sin escucharlo.

Julie, por el contrario, había aceptado gustosamente el cortejo, si bien de un modo especial, a su manera. Tenía veintisiete años y después de la muerte de sus hermanos se había convertido en una joven muy rica. En ese momento

estaba realmente fea, pero ella se consideraba no solo igual de hermosa, sino aún más atractiva que antes. Apoyaba este equívoco, en primer lugar, que se había convertido en una soltera muy rica, y, en segundo, que, cuanto más envejecía, más inofensiva resultaba para los hombres y con más libertad la trataban estos, ya que, con la sensación de que no contraían ninguna obligación con ella, podían disfrutar de sus cenas y veladas y de la animada compañía que se reunía en su casa. Un hombre que diez años antes habría temido visitar diariamente la casa de una muchacha de diecisiete años por miedo a comprometerla y a ligarse a ella, ahora la visitaba sin miedo y la trataba no como a una señorita casadera, sino como a una amiga carente de sexo.

Aquel invierno la casa de las Karaguin se había convertido en la más agradable y hospitalaria de todo Moscú. Además de las veladas y comidas de gala, todos los días se reunía allí un gran número de personas, principalmente hombres, que cenaban pasadas las once de la noche y se quedaban hasta las tres. No había baile, fiesta o espectáculo que se perdiera Julie. Sus vestidos eran siempre los más a la moda. Pero, aun así, parecía decepcionada con todo; a todo el mundo le decía que no creía en la amistad, ni en el amor, ni en las alegrías de la vida, y que solo *allá* esperaba encontrar la paz. Hablaba con el tono de una muchacha que ha sufrido un gran desengaño, como si hubiera perdido a su amado o este la hubiera engañado cruelmente. Aunque nunca le había ocurrido nada semejante, todos la veían así, y ella misma llegó a creer que había sufrido mucho en la vida. Esta melancolía, que no le impedía divertirse, no era un obstáculo para que los jóvenes que frecuentaban su casa pasaran en ella un rato de lo más agradable. Cada invitado pagaba su tributo al estado de ánimo melancólico de la anfitriona y después se dedicaba a las conversaciones mundanas, a las danzas, a los juegos de ingenio y a los torneos de *bouts rimés*[146], tan de moda en la casa de las Karaguin. Solo algunos jóvenes, entre los que se contaba Borís, ahondaban más en la melancolía de Julie, y con ellos tenía conversaciones más prolongadas e íntimas sobre la vanidad del mundo y les enseñaba sus álbumes repletos de imágenes tristes, de máximas y de versos.

Julie se mostraba especialmente afectuosa con Borís; lamentaba su prematura decepción con la vida, le ofrecía el consuelo de su amistad —ella, que había sufrido tanto en la vida—, y le mostró su álbum. Borís le dibujó dos árboles y escribió: «*Arbres rustiques, vos sombres rameaux secouent sur moi les ténèbres et la mélancolie*»[147].

En otra página dibujó una tumba y escribió:

La mort est secourable et la mort est tranquille.
Ah! contre les douleurs il n'y a pas d'autre asile.[148]

Julie le dijo que aquello era encantador.

—*Il y a quelque chose de si ravissant dans le sourire de la mélancolie!* —añadió, repitiendo palabra por palabra una frase que había copiado de un libro—. *C'est un rayon de lumière dans l'ombre, une nuance entre la douleur et le désespoir, qui montre la consolation possible*.[149]

Como respuesta a esto, Borís le escribió los siguientes versos:

Aliment de poison d'une âme trop sensible,
toi, sans qui le bonheur me serait impossible,
tendre mélancolie, ah, viens me consoler,
viens calmer les tourments de ma sombre retraite
et mêle une douceur secrète
a ces pleurs, que je sens couler.[150]

Julie interpretaba al arpa los nocturnos más tristes para Borís. Él le leyó en voz alta *La pobre Liza*[151], y en más de una ocasión tuvo que interrumpir la lectura por la emoción, que le cortaba el aliento. Cuando estaban en sociedad, Julie y Borís se miraban como las únicas personas que se comprendían mutuamente en ese mar de indiferencia.

Anna Mijáilovna a menudo visitaba la casa de las Karaguin, jugaba a las cartas con la madre y, de paso, se informaba cuidadosamente de la dote de Julie (recibiría las dos haciendas de la provincia de Penza y los bosques de Nizhni Nóvgorod). Confiada a la voluntad de la providencia, observaba enternecida la refinada tristeza que unía a su hijo y a la acaudalada heredera.

«*Toujours charmante et mélancolique, cette chère Julie*»[152], le decía a la joven. «Borís dice que en esta casa su alma descansa. ¡Ha sufrido tantas desilusiones y es tan sensible!», le decía a la madre. «¡Ah, amigo mío, cuánto afecto le he tomado a Julie en estos últimos tiempos! —le decía a su hijo—. ¡No puedo describírtelo con palabras! Y ¿quién podría no quererla? ¡Es una criatura tan celestial! ¡Ah, Borís, Borís! —Callaba un momento—. Qué lástima me da su *maman* —añadía—: hoy me ha enseñado las cuentas y los documentos de Penza (donde tienen una hacienda enorme): la pobre lo tiene que hacer todo sola y ¡cómo la engañan!»

Al escuchar a su madre, Borís esbozaba una sonrisa casi imperceptible. Se reía con dulzura de su cándida astucia, pero la escuchaba con atención y, a veces, le hacía minuciosas preguntas sobre las haciendas de Penza y de Nizhni Nóvgorod.

Julie ya llevaba tiempo esperando una petición de mano de su melancólico adorador y estaba dispuesta a aceptarla; pero a Borís lo retenía un sentimiento oculto de repulsión contra ella, contra su deseo desmedido por casarse, contra su falta de naturalidad, y le horrorizaba la idea de renunciar al amor verdadero. El plazo de su permiso llegaba ya a su fin. Se pasaba días enteros en casa de las Karaguin, y siempre se obligaba a entrar en razón y se decía que al día siguiente le pediría la mano. Sin embargo, cuando estaba con ella y miraba su rostro colorado y su barbilla, casi siempre empolvada, sus ojos húmedos y esa expresión siempre dispuesta de pasar en un momento de la melancolía al entusiasmo fingido por la felicidad conyugal, se veía incapaz de pronunciar las palabras decisivas, a pesar de que en su imaginación ya llevaba tiempo considerándose el dueño de las haciendas de Penza y de Nizhni Nóvgorod, y distribuyendo las rentas que le proporcionarían. Julie percibía la indecisión de Borís y a veces pensaba que le resultaba desagradable; pero su obcecación femenina la consolaba enseguida, y entonces se decía que la única causa de su timidez era que estaba enamorado. No obstante, la melancolía empezaba a transformarse en irritación y, poco antes de la marcha de su pretendiente, llevó a cabo un plan decisivo. Anatol Kuraguin había aparecido en Moscú los últimos días del permiso de Borís y, como es natural, se había dejado ver en casa de las Karaguin. Entonces, inesperadamente, la melancolía de Julie desapareció: la joven se volvió muy alegre y atenta con Anatol Kuraguin.

—*Mon cher* —le dijo un día Anna Mijáilovna a su hijo—, *je sais de bonne source que le prince Basile envoie son fils à Moscou pour lui faire épouser Julie*.[153] Quiero tanto a Julie que me da pena por ella. ¿Qué opinas, querido?

La idea de quedar como un tonto, de haber perdido inútilmente todo ese mes de duro servicio a la melancolía de Julie y de ver las rentas de las haciendas de Penza, que ya había invertido debidamente en su imaginación, en manos de otro (especialmente de un imbécil como Anatol) le sacó de quicio. Así pues, se dirigió a casa de las Karaguin con el firme propósito de pedir la mano de Julie. La joven lo recibió con alegría y despreocupación, le contó como si tal cosa lo mucho que se había divertido en el baile de la víspera, y le preguntó cuándo se marchaba. A pesar de que Borís había ido con la intención de confesarle su amor y de mostrarse cariñoso, le habló irritado de la inconstancia femenina, de la facilidad con que las mujeres pasan de la tristeza a la alegría, y de que su estado de ánimo depende únicamente de

quién les hace la corte. Julie se ofendió y le dijo que era cierto, que lo que una mujer necesita es variedad, y que cualquiera se harta de siempre lo mismo.

—Pues entonces le aconsejaría… —empezó a decir Borís, con ganas de dirigirle alguna palabra hiriente.

Pero en ese instante le asaltó la ultrajante idea de que podía partir de Moscú sin lograr su objetivo y habiendo malgastado inútilmente sus esfuerzos (algo que jamás le ocurría). Se calló en mitad de la frase, bajó la mirada para no ver el rostro desagradable, irritado e indeciso de Julie, y le dijo:

—No he venido para reñir con usted. Al contrario…

La miró para asegurarse de si podía continuar. La irritación de Julie había desaparecido al momento, y sus ojos agitados e implorantes estaban pendientes de él con ansiosa expectación. «Siempre me podré organizar para verla poco —pensó Borís—. Y ¡lo que se empieza se tiene que acabar!» Su rostro se cubrió de rubor, la miró y le dijo:

—¡Ya conoce mis sentimientos por usted!

No hizo falta añadir más: el rostro de Julie resplandecía con una expresión de triunfo y satisfacción; le obligó, sin embargo, a decirle todo lo que se dice en estos casos: que la amaba y que jamás había amado a otra mujer más que a ella. Julie sabía que, por las haciendas de Penza y por los bosques de Nizhni Nóvgorod, se lo podía exigir, y obtuvo lo exigido.

Los prometidos, sin volverse a acordar más de los árboles que los cubrían de tinieblas y de melancolía, hicieron planes sobre su futuro traslado a una deslumbrante casa de San Petersburgo, empezaron la ronda de visitas y lo prepararon todo para una boda deslumbrante.

VI

El conde Iliá Andreich llegó a Moscú con Natasha y Sonia a finales de enero. La condesa seguía enferma y no estaba en condiciones de viajar, pero no habían podido esperar a que se recuperara: el príncipe Andréi podía llegar cualquier día; además, había que hacer el ajuar, vender la propiedad que tenían a las afueras y aprovechar la presencia del viejo príncipe en la ciudad para presentarle a su futura nuera. Como la casa de los Rostov en Moscú no estaba caldeada, iban a estar poco tiempo y la condesa no los acompañaba, Iliá Andreich decidió que se hospedarían en casa de Maria Dmítrievna Ajrosímova, que hacía mucho que le había ofrecido su hospitalidad.

Bien entrada la noche, los cuatro carruajes de los Rostov entraron en el patio de Maria Dmítrievna de la calle Stáraia Koniúshennaia. Maria Dmítrievna vivía sola: ya había casado a su hija y todos sus hijos servían en el ejército.

Iba igual de erguida que siempre, le decía a todo el mundo lo que pensaba de un modo directo, decidido y en voz muy alta, y parecía reprochar con todo su ser cualquier debilidad, pasión o arrebato ajenos, cuya existencia no toleraba. Desde primera hora de la mañana se dedicaba a los quehaceres de la casa en blusa corta; después, si era festivo, iba a misa y después visitaba presidios y cárceles, donde tenía asuntos que no contaba a nadie; si era día laborable, se vestía para recibir a gente de distinta clase social que acudía diariamente con alguna petición. A la hora de la comida, siempre abundante y suculenta, solía tener tres o cuatro invitados, y después de comer jugaba una partida de *boston*. Por la noche mandaba que le leyeran los periódicos y algún libro recién publicado mientras hacía punto. Rara vez hacía excepciones y salía, y si lo hacía era únicamente para visitar a personas importantes de la ciudad.

Aún no se había acostado cuando llegaron los Rostov y la bisagra de la puerta del zaguán dio paso, chirriando, a los señores y a sus sirvientes, muertos de frío. Maria Dmítrievna, con las gafas en la punta de la nariz y la cabeza hacia atrás, miraba desde la puerta de la sala a los recién llegados con aire severo, contrariado. Se habría dicho que estaba enojada con ellos y que se disponía a echarlos si en ese momento no hubiera dado diligentes órdenes a sus criados para que instalaran a los huéspedes y se ocuparan de sus equipajes.

—¿Son las del conde? Tráelas aquí —decía, señalando las maletas y sin saludar a nadie—. Las de las señoritas aquí, a la izquierda. ¡Dejaos de cumplidos y poned a calentar el samovar! —les gritó a las criadas—. Has engordado y estás más guapa —le dijo a Natasha, coloreada por el frío, mientras le tiraba del capuchón para que se le acercara—. ¡Ay, estás helada! ¡Quítate el abrigo cuanto antes! —le gritó al conde, que quería besarle la mano—. Debes de estar congelado. ¡Que le sirvan ron con el té! Sóniushka, *bonjour* —se dirigió a Sonia, resaltando con ese saludo en francés el modo ligeramente desdeñoso y a la vez tierno con que la trataba.

Cuando, tras quitarse los abrigos y arreglarse después del viaje, se presentaron para tomar el té, Maria Dmítrievna los besó a todos por orden.

—Me alegro sinceramente de que hayáis venido y de que os quedéis en mi casa —decía—. Ya era hora —continuó, mirando significativamente a

Natasha—: el viejo príncipe ya está aquí y al hijo se le espera de un día para otro. Es necesario que lo conozcas. Pero ya hablaremos más tarde —añadió, dejando ver por cómo miró a Sonia que no deseaba hablar de aquello en su presencia—. Ahora escucha —se dirigió al conde—: ¿mañana qué necesitarás? ¿A quién llamarás? ¿A Shinshin? —dobló un dedo—. ¿A la llorona de Anna Mijáilovna en segundo lugar? Está aquí con su hijo. ¡Borís se casa! Después… ¿a Bezújov, tal vez? También está aquí con su mujer. Salió huyendo de ella, y la otra ha venido volando detrás de él; el miércoles él comió en mi casa. Bueno, y en cuanto a estas —señaló a las señoritas—, mañana las llevaré a la capilla de la Virgen de Iverskaia y después pasaremos por Aubert-Chalmet[154]. Porque, ciertamente, lo vais a querer todo nuevo, ¿no es así? De mí no toméis ejemplo: ¡ahora las mangas se llevan distintas! Hace unos días vino a verme la princesa Irina Vasílievna, la joven: ¡daba miedo mirarla, parecía que llevara un tonelillo en cada brazo! Si es que ahora la moda cambia cada día. Bueno, y ¿cómo marchan tus asuntos? —Se volvió hacia el conde con tono severo.

—Se ha juntado todo a la vez —respondió el conde—. Hay que comprar los vestidos y, además, hay que encontrar un comprador para la hacienda de las afueras de Moscú y para la casa. Si no tiene usted inconveniente, me ausentaré un día para ir a Marínskoie y le dejaré a mis chiquillas.

—Bien, bien: conmigo estarán tan a salvo como en el Consejo de Tutela. Las llevaré donde sea necesario, las reñiré y las mimaré —dijo Maria Dmítrievna tocando con su ancha mano la mejilla de Natasha, que era su favorita y su ahijada.

A la mañana siguiente llevó a las señoritas a la capilla de la Virgen de Iverskaia y después a *madame* Aubert-Chalmet; era tal el terror que esta le tenía que, con tal de librarse cuanto antes de su presencia, le cedía siempre los vestidos cargando con las pérdidas. Maria Dmítrievna encargó casi todo el ajuar. Al volver a casa echó de la sala a todos menos a Natasha, su favorita, a la que hizo sentar a su lado.

—Bueno, y ahora hablemos. Te felicito por tu prometido. ¡Has pescado a un buen mozo! Me alegro por ti; lo conozco desde que tenía esta edad. —Puso la mano a dos palmos del suelo. Natasha enrojeció complacida—. Lo aprecio, y a su familia también. Ahora escúchame. Ya sabes que el príncipe Nikolái no quería de ninguna manera que su hijo se casara. ¡Es un viejo con genio! Naturalmente, el príncipe Andréi ya no es un niño y se las puede apañar sin él, pero no está bien entrar en una familia en contra de la voluntad del padre. Es necesario que sea en paz y amor. Tú eres lista, sabrás llevar la

situación como es debido. Hazlo con dulzura e inteligencia. Si es así, todo irá bien.

Natasha guardaba silencio, pero no por timidez, como pensaba Maria Dmítrievna, sino porque en realidad le desagradaba que se inmiscuyeran en su amor por el príncipe Andréi, un amor que le parecía tan distinto a cualquier otro asunto humano que, tal como lo veía ella, nadie podía comprenderlo. Ella amaba y conocía al príncipe; él también la amaba, y uno de esos días llegaría y se la llevaría. No necesitaba nada más.

—Verás, también hace mucho que conozco a Máshenka, tu futura cuñada, y la aprecio. «De la cuñada, siempre alejada», pero esta no haría daño ni a una mosca. Me ha pedido que os concierte una cita. Mañana irás a verla con tu padre; sé cariñosa con ella: eres más joven. En cuanto llegue tu prometido, ya habrás conocido a su hermana y a su padre, y te querrán. ¿Sí o no? Así será mejor, ¿verdad?

—Sí, será mejor —respondió Natasha con desgana.

VII

Al día siguiente, obedeciendo el consejo de Maria Dmítrievna, el conde Iliá Andreich y Natasha fueron a casa de príncipe Nikolái Andreich. El conde no tenía muchos ánimos para la visita; en su fuero interno temía al viejo príncipe. La última entrevista que había tenido con él durante el reclutamiento de la milicia se le había quedado grabada: en la comida a la que le había invitado, el viejo príncipe le había soltado una fuerte reprimenda por no haber entregado a suficientes reclutas. Natasha, que se había puesto su mejor vestido, estaba, al contrario, del mejor de los humores. «Es imposible que no me quieran —pensaba—: todo el mundo me ha querido siempre. Y ¡estoy tan dispuesta a hacer por ellos todo lo que deseen, tan dispuesta a quererlo a él por ser su padre y a ella por ser su hermana, que no tendrán motivos para no quererme a mí!»

Llegaron a la vieja y lúgubre casa de la calle Vzdvízhenka y entraron en el zaguán.

—Bueno, que Dios se apiade de nosotros —dijo el conde, medio en broma, medio en serio.

Pero Natasha se dio cuenta de que al entrar en el recibidor su padre empezaba a apresurarse, y que preguntaba con timidez y suavidad si el príncipe y la princesa estaban en casa. Después de anunciar su llegada, entre

los sirvientes se produjo cierta confusión. El lacayo que había ido corriendo a anunciarles fue detenido por otro lacayo en la sala y se pusieron a murmurar. Una doncella entró a toda prisa en la sala y dijo algo apresuradamente sobre la princesa. Finalmente salió un lacayo viejo y de aspecto enojado, y anunció a los Rostov que el príncipe no podía recibirlos, pero que la princesa rogaba que pasaran a verla. La primera en salir a recibirlos fue *mademoiselle* Bourienne. Trató con especial cortesía a padre e hija, y los condujo hasta la princesa. Esta, con el rostro nervioso, asustado y cubierto de rubor, salió rápidamente, con su andar trabajoso, al encuentro de los visitantes, tratando en vano de parecer desenvuelta y cordial. Desde el primer instante Natasha no le gustó; le pareció que iba demasiado arreglada, que tenía una jovialidad frívola y que era vanidosa. La princesa Maria no se daba cuenta de que antes de ver a su futura cuñada ya estaba predispuesta contra ella por una involuntaria envidia de su belleza, juventud y felicidad, y por celos del amor de su hermano. Además de este sentimiento insuperable de antipatía, en esos momentos estaba turbada porque, al anunciar la visita de los Rostov, el viejo príncipe había gritado que no quería saber nada de ellos, que los recibiera ella si quería, y prohibió que entraran en sus habitaciones. La princesa Maria decidió recibirlos, pero temía que en cualquier momento el viejo príncipe pudiera salir con alguna de las suyas, ya que la llegada de los Rostov parecía haberlo agitado mucho.

—Pues bien, aquí le traigo, querida princesa, a mi cantora —dijo el conde, haciendo reverencias y mirando intranquilo a su alrededor, como si temiera que apareciera el viejo príncipe—. Qué contento estoy de que por fin se conozcan… Lástima, lástima que el príncipe siga indispuesto. —Y, después de decir algunas generalidades, se levantó—. Si me permitiera, princesa, que le dejara a mi Natasha un cuartito de hora, pasaría por casa de Anna Semiónovna, que está en la plazoleta Sobachia, a dos pasos de aquí; después volveré a recogerla.

Iliá Andreich había ideado esta astucia diplomática para dar una ocasión a la futura cuñada de su hija para que se explicara con ella (como le dijo después a Natasha), y también para evitar encontrarse con el viejo príncipe, a quien temía. Esto no se lo confesó a Natasha, pero ella percibió su miedo e inquietud, y se sintió agraviada. Se sonrojó por él, se enfadó por haberse sonrojado y, con una expresión atrevida y desafiante que expresaba que no temía a nadie, miró a la princesa Maria. Esta le dijo al conde que se alegraba mucho, le rogó que estuviera todo el rato que quisiera en casa de Anna Semiónovna e Iliá Andreich se marchó.

mademoiselle Bourienne, a pesar de las miradas nerviosas que le dirigía la princesa Maria, que deseaba hablar a solas con Natasha, no salió de la sala e insistió en una conversación sobre los placeres que ofrecía Moscú y sus teatros. Natasha estaba ofendida por la confusión que se había producido en el recibidor, por la inquietud de su padre y por el tono forzado de la princesa, que —esa fue su impresión— parecía hacerle un favor recibiéndola. Todo le resultaba, en fin, desagradable; la princesa Maria no le gustaba: le parecía muy fea, poco natural y seca. De repente se replegó moralmente en sí misma y adoptó un tono descuidado que causó aún más rechazo en la princesa Maria. Después de una engorrosa y forzada conversación de cinco minutos, se oyeron unos pasos rápidos en pantuflas. El rostro de la princesa Maria expresó espanto, la puerta de la sala se abrió y entró el viejo príncipe con un gorro blanco de dormir y en batín.

—¡Ah, señora —empezó a decir—, señora, condesa!… Condesa Rostova si no me equivoco… le ruego que me disculpe, disculpe… no lo sabía, señora. Dios es testigo de que no sabía que nos había honrado con su visita, he entrado a ver a mi hija con esta indumentaria… Le ruego que me disculpe… Dios es testigo de que no lo sabía —repitió, de un modo tan poco natural y haciendo tanto hincapié en la palabra «Dios» que la princesa Maria, de pie, con la mirada baja, no se atrevía ni a mirar a su padre ni a Natasha.

Natasha, que se había levantado para hacer una reverencia, no sabía qué hacer. Solo *mademoiselle* Bourienne esbozaba una agradable sonrisa.

—¡Le ruego que me disculpe, le ruego que me disculpe! Dios es testigo de que no lo sabía —gruñó el viejo, y, tras examinar a Natasha de la cabeza a los pies, se marchó.

mademoiselle Bourienne fue la primera en recobrarse después de semejante aparición e inició una conversación sobre la mala salud del príncipe. Natasha y la princesa Maria se miraban en silencio, pero cuanto más tiempo pasaban mirándose así, sin expresar todo lo que necesitaban decirse, mayor era la hostilidad que sentían la una por la otra.

Cuando volvió el conde, Natasha tuvo la descortesía de alegrarse de su llegada y de apresurarse en partir: en esos momentos casi odiaba a aquella vieja y seca princesa que la había puesto en una situación tan incómoda, estando media hora con ella sin decir ni una palabra sobre el príncipe Andréi. «Porque, delante de esta francesa, yo no podía ser la primera en hablar de él», pensaba Natasha. La princesa Maria se había estado atormentando por lo mismo: sabía que tendría que haber hablado de él con Natasha, pero no podía hacerlo porque la presencia de *mademoiselle* Bourienne la incomodaba;

además, sin saber ella misma el motivo, le resultaba muy difícil hablar de aquel matrimonio. Cuando el conde ya estaba saliendo de la sala, la princesa se acercó a Natasha con paso rápido, la cogió de las manos y, suspirando profundamente, le dijo:

—Espere, tengo que…

Natasha la miró burlonamente, sin saber por qué.

—Querida *Nathalie* —continuó la princesa Maria—, sepa que me alegra mucho que mi hermano haya encontrado la felicidad…

Se detuvo al sentir que no era sincera. Natasha reparó en la interrupción y adivinó el motivo.

—Creo, princesa, que ahora no es un buen momento para hablar de esto —objetó Natasha con aparente dignidad y frialdad, pero notando las lágrimas en la garganta.

«¡Qué he dicho! ¡Qué he hecho!», pensó en cuanto salió de allí.

Aquel día esperaron mucho tiempo a Natasha para comer. Estaba en su habitación sollozando como una niña, sonándose y suspirando. Sonia, a su lado, le daba besos en el pelo.

—Natasha, ¿por qué lloras? —le decía—. ¿Qué te importan ellos? Todo pasará, Natasha.

—No, si supieras lo ofensivo que ha sido… Como si yo…

—No digas eso, Natasha, tú no tienes la culpa de nada; entonces ¿qué puede importarte? Dame un beso —le dijo Sonia.

Natasha levantó la cabeza, besó a su amiga en los labios y la apretó contra su rostro mojado.

—No sé cómo decirlo, no lo sé. Nadie tiene la culpa —decía Natasha—, yo soy la culpable. Pero es que todo esto es tan doloroso y horrible… ¡Ah, por qué no vendrá de una vez!…

Natasha salió a comer con los ojos enrojecidos. Maria Dmítrievna, que estaba enterada de cómo el viejo príncipe había recibido a los Rostov, fingió no reparar en el rostro apesadumbrado de Natasha y, durante la comida, estuvo bromeando ruidosamente con el conde y con los demás invitados.

VIII

Aquella noche los Rostov fueron a la ópera, para la que Maria Dmítrievna les había conseguido entradas.

Natasha no tenía ganas de ir, pero no pudo rechazar el cariñoso gesto de Maria Dmítrievna, que había hecho exclusivamente por ella. Cuando entró en la sala, ya vestida, para esperar a su padre y se miró en el enorme espejo, vio que estaba atractiva, muy atractiva, y eso la entristeció aún más; pero se trataba de una tristeza dulce y amorosa.

«Dios mío, si él estuviera aquí, yo no sería como antes, con esa estúpida timidez, sino que lo abrazaría de un modo nuevo y sencillo, me apretaría contra él, haría que me mirara con esos ojos inquisitivos y curiosos con los que tan a menudo me miraba, y después lo haría reír como reía entonces. Sus ojos… ¡cómo veo esos ojos! —pensaba Natasha—. Y ¡qué más me dan a mí su padre y su hermana! Yo lo amo solo a él, a él, a él, con su rostro y sus ojos, con su sonrisa de hombre y a la vez de niño… No, mejor no pensar en él, no pensar, olvidar, olvidar por completo durante este tiempo. No podré soportar esta espera, voy a ponerme a llorar. —Se apartó del espejo haciendo esfuerzos por contener las lágrimas—. ¡Cómo puede Sonia amar a Nikólenka con esa inmutabilidad y serenidad, esperarle tanto tiempo y con tanta paciencia! —pensó al mirar a Sonia, que estaba entrando, también ya vestida, con un abanico en las manos—. No, ella es completamente distinta. ¡Yo no puedo!»

Natasha se sentía tan ablandada y enternecida que le resultaba insuficiente querer y saberse querida: necesitaba abrazar en ese preciso instante al hombre que amaba, decirle y oír de su boca las palabras de amor que llenaban su corazón. Mientras iba en el coche al lado de su padre y miraba pensativamente las luces de los faroles que iban pasando por la ventana helada, se sintió aún más enamorada y triste, y olvidó con quién iba y hacia dónde. Ya en la hilera de carruajes, el coche de los Rostov empezó a aproximarse al teatro mientras las ruedas crujían lentamente en la nieve. Natasha y Sonia bajaron rápidamente recogiéndose el vestido; después se apeó el conde, ayudado por los lacayos, y, entre damas, señores que entraban y vendedores de programas, los tres se dirigieron al pasillo de los palcos de platea. Detrás de las puertas entreabiertas ya se oía la música.

—*Nathalie, vos cheveux*[155] —susurró Sonia.

Un acomodador se deslizó cortés y veloz entre las damas, y les abrió la puerta del palco. Allí la música se oía con más vivacidad, las filas iluminadas de los palcos brillaban, llenos de damas con los hombros y los brazos desnudos, y el bullicioso patio de butacas centelleaba con los uniformes de los caballeros. Una dama que entró en el palco vecino dirigió a Natasha una

envidiosa mirada femenina. El telón aún no se había alzado y estaban tocando la obertura. Natasha, arreglándose el vestido, entró con Sonia y se sentó mientras observaba los palcos iluminados del otro lado. Una sensación que hacía mucho que no experimentaba, la de cientos de ojos posándose en sus brazos y en su cuello desnudo, de pronto se apoderó de ella de un modo agradable y desagradable a la vez, despertando todo un cúmulo de recuerdos, deseos e inquietudes.

Natasha y Sonia, aquellas dos muchachas admirablemente hermosas, y el conde Iliá Andreich, al que hacía tiempo que no se veía en Moscú, atrajeron la atención general. Además, todo el mundo tenía una vaga idea del compromiso entre Natasha y el príncipe Andréi, todos sabían que desde entonces los Rostov vivían en el campo y miraban con curiosidad a la prometida de uno de los mejores partidos de Rusia.

Natasha había embellecido en el campo, como todos le decían, y esa noche, gracias a su estado de agitación, estaba especialmente hermosa. Sorprendía la plenitud de vida y de belleza unida a la indiferencia por todo lo que la rodeaba. Sus ojos negros miraban al gentío sin buscar a nadie, uno de sus finos brazos, desnudo por encima del codo, se apoyaba en la barandilla de terciopelo, y su mano se apretaba y se aflojaba al compás de la obertura, sin duda inconscientemente, arrugando el programa.

—¡Mira, creo que esas son Alénina y su madre! —decía Sonia.

—¡Por Dios! Mijaíl Kirílych está aún más gordo —decía el viejo conde.

—¡Mirad la toca que lleva nuestra Anna Mijáilovna!

—Ahí están las Karaguin, y Borís está con ellas. Salta a la vista que Julie y él son novios.

—¡Drubetskói le ha pedido la mano! Me he enterado hoy —dijo Shinshin, que había entrado en el palco de los Rostov.

Natasha miró hacia donde miraba su padre y vio a Julie, que, con un collar de perlas en su cuello grueso y rojo (y cubierto de polvos, Natasha lo sabía), estaba sentada con cara de felicidad al lado de su madre. Detrás de ellas, sonriendo, inclinándose hacia Julie y pegando su oreja a la boca de ella, se veía la cabeza hermosa y bien peinada de Borís. Miraba con ceño a los Rostov y, con una sonrisa, le decía algo a su prometida.

«¡Están hablando de nosotros, de mí y de él! —pensó Natasha—. Y, seguramente, él está calmando los celos que su prometida siente de mí. ¡En vano se preocupan! Si supieran lo poco que me importan todos ellos.»

Detrás de todo, con una toca verde y una expresión feliz y festiva en el rostro, de entrega a la voluntad de Dios, estaba sentada Anna Mijáilovna. En

su palco reinaba la atmósfera de noviazgo que tan bien conocía y tanto gustaba a Natasha. Se volvió y, de pronto, recordó la humillación de la visita que había hecho por la mañana.

«¿Qué derecho tiene a no querer aceptarme en su familia? ¡Ah, mejor no pensar en eso, no pensar hasta que él regrese!», se dijo, y se puso a mirar los rostros conocidos y desconocidos del patio de butacas. Justo en el centro de la primera fila, con la espalda apoyada en el proscenio, estaba Dólojov, vestido con un traje persa y con su abundante cabellera rizada peinada hacia atrás. Se le veía desde todo el teatro y, consciente de que atraía la atención de todo el mundo, se movía con la misma soltura que si estuviera en su habitación. A su lado se agolpaba la juventud más brillante de Moscú, entre la que, al parecer, él ocupaba el puesto dominante.

El conde Iliá Andreich, riendo, dio un empujoncito a Sonia, que se había sonrojado, y le señaló a su antiguo admirador.

—¿Lo has reconocido? —le preguntó—. Y ¿de dónde ha salido? —Se volvió hacia Shinshin—. Estaba desaparecido, ¿verdad?

—Así es —respondió Shinshin—. Estuvo en el Cáucaso, de donde huyó; dicen que fue ministro de algún príncipe reinante de Persia y que mató al hermano del sha, y ¡ahora todas las señoras de Moscú están locas por él! *Dolochoff le Persan*[156], y ¡no se hable más! Ahora no se puede decir nada sin mencionar a Dólojov: se jura en su nombre y te invitan a las veladas ofreciéndotelo como si de un esturión se tratara —decía Shinshin—. Dólojov y Anatol Kuraguin: la locura de todas nuestras señoras.

En el palco vecino entró una dama alta y hermosa con una trenza enorme, los hombros totalmente desnudos, blancos y opulentos, y un cuello del que pendía un doble collar de perlas de gran tamaño; tardó mucho en acomodarse, entre el frufrú de su grueso vestido de seda.

Natasha se quedó mirando inconscientemente el cuello, los hombros, las perlas y el peinado, y admiró la belleza de hombros y perlas. Cuando la estaba mirando por segunda vez, la dama se volvió y sus ojos se encontraron con los del conde Iliá Andreich, al que saludó con la cabeza y dedicó una sonrisa. Era la condesa Bezújova, la mujer de Pierre. Iliá Andreich, que conocía a todo el mundo, se inclinó hacia ella y empezó a hablarle.

—¿Hace mucho que ha llegado, condesa? —le dijo—. Iré, iré a besarle la mano. Pues yo he venido para atender unos asuntos y me he traído a mis niñas. Dicen que es una maravilla cómo canta la Semiónova[157]. El conde Piotr Kirílovich Bezújov nunca se ha olvidado de nosotros. ¿Está aquí?

—Sí, iba a venir —dijo Hélène, y miró atentamente a Natasha.

El conde Iliá Andreich ocupó su lugar de nuevo.

—¿A que es hermosa? —le susurró a Natasha.

—¡Prodigiosa! —dijo la joven—. ¡Para enamorarse de ella!

En ese momento sonaron los últimos acordes de la obertura y el director de orquesta empezó a picar con la batuta. Los hombres que llegaban tarde ocuparon sus asientos en el patio de butacas y el telón se alzó.

Y, en cuanto se alzó, se hizo el silencio en palcos y platea; todos los hombres, viejos y jóvenes, en uniforme y en frac, y todas las mujeres, que lucían piedras preciosas en sus cuerpos descubiertos, centraron toda su atención con ávida curiosidad en el escenario. Natasha también dirigió ahí la mirada.

IX

El escenario consistía en unas tablas lisas en el centro, unos cartones pintados con imágenes de árboles a los lados, y en el fondo un lienzo extendido. Varias jóvenes con corpiño rojo y falda blanca estaban sentadas en medio. Una de ellas, muy gruesa y con un vestido blanco de seda, estaba aparte en un banquito, con un cartel verde pegado a la parte posterior. Todas cantaban. Cuando terminaron la canción, la joven que iba de blanco se acercó a la concha del apuntador, y un hombre de gruesas piernas en calzones ceñidos de seda, con una pluma y una daga, se acercó a ella, se puso a cantar y a gesticular con las manos.

El hombre de los calzones ceñidos cantó solo y después con ella. Luego callaron los dos, empezó a sonar la música y el hombre tocó con los dedos la mano de la joven del vestido blanco, sin duda esperando el compás para empezar la parte conjunta. Cantaron a dúo, y en el teatro todo el mundo se puso a aplaudir y a gritar; el hombre y la mujer del escenario, que representaban a dos enamorados, sonrieron y extendieron los brazos haciendo reverencias.

Después de haber vivido en el campo y en el grave estado de ánimo en que se encontraba, a Natasha aquello le pareció grotesco e insólito. Se sentía incapaz de seguir el desarrollo de la ópera, incluso de escuchar la música: solo veía cartones pintados, hombres y mujeres vestidos de un modo extraño que se movían, hablaban y cantaban bajo una luz brillante; sabía lo que aquello debía representar, pero se le antojaba tan ampuloso, falso y poco natural que tan pronto sentía vergüenza por los actores como le parecían

ridículos. Buscó en los rostros de los espectadores su propia sensación de burla y perplejidad; pero todos seguían atentos a lo que ocurría en el escenario y expresaban un entusiasmo que para ella solo podía ser fingido. «¡Supongo que así es como debe ser!», pensaba. Iba mirando alternativamente las filas de cabezas untadas de pomada en el patio de butacas, a las mujeres escotadas en los palcos, y, sobre todo, a su vecina Hélène, que, escotada casi hasta la desnudez, con una sonrisa suave y serena, no apartaba los ojos del escenario; sentía la luz brillante que se esparcía por toda la sala y el aire caldeado por la multitud. Poco a poco empezó a sumirse en un estado de embriaguez que hacía tiempo que no experimentaba. No recordaba quién era, dónde estaba ni qué sucedía delante de ella. Simplemente miraba y pensaba; de repente empezaron a ocurrírsele ideas inconexas de lo más extraño: tan pronto pensaba en saltar al proscenio y ponerse a cantar el aria que estaba cantando la actriz como le entraban ganas de rozar con el abanico a un viejecito que estaba sentado no lejos de ella, o de acercarse a Hélène y hacerle cosquillas.

En un momento en que en el escenario se produjo una pausa a la espera de que empezara el aria, chirrió la puerta del patio de butacas que estaba en el lado del palco de los Rostov, y se oyeron los pasos de un hombre que llegaba tarde. «¡Ahí está Kuraguin!», susurró Shinshin. La condesa Bezújova se volvió con una sonrisa hacia el recién llegado. Natasha siguió la mirada de la condesa Bezújova y vio a un ayudante de campo extraordinariamente guapo, con aire de seguridad y al mismo tiempo cortés, que iba hacia el palco. Era Anatol Kuraguin, al que hacía tiempo que no veía y en quien se había fijado en el baile de San Petersburgo. Vestía un uniforme de ayudante de campo, con una charretera y un galón. Su paso era contenido y a la vez osado, y habría parecido ridículo si él no hubiera sido tan atractivo y no hubiera tenido en su hermoso rostro esa sencilla expresión de satisfacción y buen ánimo. A pesar de que la función continuaba, él, sin apresurarse, al ligero son de las espuelas y el sable, irguiendo armónicamente su bonita y perfumada cabeza, avanzaba por la alfombra del pasillo. Después de mirar a Natasha, se acercó a su hermana, posó su mano enguantada en el borde del palco, le hizo un gesto con la cabeza e, inclinándose hacia ella, le preguntó algo mientras señalaba a Natasha.

—*Mais charmante!*[158] —dijo, refiriéndose sin duda a la joven, que, más que oírlo, lo pudo adivinar por el movimiento de sus labios.

A continuación se dirigió a la primera fila, se sentó al lado de Dólojov y le dio un codazo amistoso y despreocupado, a ese mismo Dólojov al que tan

solícitamente se dirigían otros. Le guiñó un ojo alegremente, le sonrió y apoyó un pie en el proscenio.

—¡Cuánto se parecen el hermano y la hermana! —dijo el conde—. Y ¡qué guapos son los dos!

Shinshin le empezó a contar a media voz una anécdota de los amoríos de Kuraguin en Moscú, a la que Natasha prestó atención solo porque había dicho de ella que era «*charmante*».

Finalizó el primer acto, en el patio de butacas todos se levantaron, se mezclaron, empezaron a ir de aquí para allá y a salir.

Borís se acercó al palco de los Rostov, recibió con mucha sencillez las felicitaciones y, arqueando un poco las cejas y sonriendo distraídamente, transmitió a Natasha y a Sonia la petición de su prometida de que asistieran a su boda; luego se marchó. Natasha le habló con una sonrisa alegre y coqueta, y felicitó por su matrimonio a ese mismo Borís del que en otro tiempo había estado enamorada. En el estado de embriaguez en que se encontraba, todo le parecía sencillo y natural.

Hélène, desnuda[159], estaba sentada cerca de ella y sonreía a todos por igual, y así fue exactamente como Natasha había sonreído a Borís.

El palco de Hélène se llenó y por el lado de la platea lo rodearon hombres de lo más ilustre e inteligente, que parecían esforzarse para que todo el mundo viera que la conocían.

Kuraguin se pasó todo el entreacto con Dólojov de pie junto al proscenio mirando hacia el palco de los Rostov. Natasha sabía que estaba hablando de ella y eso le agradó. Llegó incluso a volverse para que él viera su perfil en la posición que, según pensaba, más la favorecía. Antes de empezar el segundo acto, en el patio de butacas apareció Pierre, al que los Rostov aún no habían visto desde su llegada a Moscú. Tenía un triste semblante y había engordado aún más desde la última vez que lo vio Natasha. Sin fijarse en nadie, avanzó hasta las primeras filas. Anatol se le acercó y le dijo algo, mirando y señalando el palco de los Rostov. Al ver a Natasha, Pierre se animó y pasó rápidamente entre las filas hasta su palco. Una vez allí, se acodó en la barandilla y, con una sonrisa, estuvo un buen rato hablando con Natasha. Durante su conversación, Natasha oyó en el palco de la condesa Bezújova una voz masculina y, por algún motivo, supo que se trataba de Kuraguin. Se volvió y sus miradas se encontraron. Él la miraba casi con una sonrisa, directamente a los ojos, con tanta admiración y ternura que a ella se le hizo extraño estar tan cerca, mirarlo de ese modo, tan segura de gustarle sin conocerlo.

En el segundo acto unos cartones representaban monumentos y un agujero en el lienzo representaba la luna; habían alzado las lámparas del proscenio; el bajo, las trompetas y los contrabajos empezaron a sonar, y a izquierda y derecha empezaron a salir muchas personas vestidas con capas negras, que llevaban algo semejante a una daga y agitaban los brazos; después aparecieron algunas personas más y se pusieron a tirar de la joven que antes llevaba un vestido blanco y ahora azul celeste. No se la llevaron enseguida, estuvieron cantando un buen rato con ella y, cuando por fin se la llevaron detrás de los bastidores, desde allí golpearon tres veces algo metálico, todos se pusieron de rodillas y empezaron a cantar una oración. Todos estos movimientos fueron interrumpidos en distintas ocasiones por las ovaciones de entusiasmo de los espectadores.

En el curso de este acto, cada vez que Natasha miraba la platea veía que Anatol Kuraguin, con una mano apoyada en el respaldo de la butaca, la miraba a ella. Le agradaba ver cuánto lo había cautivado, y no se le pasó por la cabeza que pudiera haber algo malo en ello.

Al concluir el segundo acto, la condesa Bezújova se levantó, se volvió hacia el palco de los Rostov (con el pecho totalmente descubierto), hizo un gesto al conde con su pequeño dedo enguantado y, sin hacer caso a los que habían entrado en su palco, se puso a hablar con él con una amable sonrisa.

—¡Tiene que presentarme a sus encantadoras hijas! —le dijo—. En toda la ciudad no paran de hablar de ellas, y yo no las conozco.

Natasha se levantó e hizo una reverencia a la suntuosa condesa. Le había gustado tanto el elogio de aquella belleza deslumbrante que enrojeció de placer.

—Ahora también yo quiero hacerme moscovita —decía Hélène—. ¡Cómo no le da vergüenza encerrar en el campo a unas perlas así!

La condesa Bezújova tenía la reputación de ser una mujer fascinante, y con toda justicia. Podía decir lo que no pensaba y, sobre todo, adular con la mayor sencillez y naturalidad.

—No, querido conde: permítame que me ocupe de sus hijas, aunque esté aquí poco tiempo, como ustedes. Procuraré que se diviertan. En San Petersburgo también he oído hablar mucho de usted, y quería conocerla —le dijo a Natasha con su bonita sonrisa inalterable—. Y me han hablado de usted Drubetskói, mi paje (¿ha oído que se casa?), y el príncipe Andréi Bolkonski, amigo de mi marido —dijo esto último con especial énfasis, dando a entender que estaba enterada de la relación entre ellos.

Le pidió al conde que, para conocerse mejor, permitiera que una de las señoritas se sentara con ella el resto del espectáculo. Natasha pasó a su palco.

En el tercer acto se vio en el escenario un palacio con numerosas velas prendidas y cuadros colgados con imágenes de caballeros con barba. En el centro había dos personas que debían de ser el rey y la reina. El rey agitaba la mano derecha y, visiblemente azorado, cantó algo bastante mal y se sentó en un trono de color carmesí. La joven que al principio iba vestida de blanco y después de azul celeste ahora llevaba solo una camisa, iba despeinada y estaba al lado del trono. Cantaba con dolor, dirigiéndose a la reina, pero el rey movió una mano con severidad y por ambos lados salieron unos hombres con las piernas desnudas y unas mujeres con las piernas también desnudas, y se pusieron a bailar todos juntos. Después los violines empezaron a sonar con mucha delicadeza y alegría; una joven de piernas gordas y brazos delgados que destacaba entre las demás desapareció tras los bastidores, se colocó bien el corpiño, volvió a entrar hasta el centro del escenario y empezó a dar saltos y a chocar con mucha velocidad un pie contra el otro. En el patio de butacas todo el mundo aplaudía y gritaba «bravo». A continuación, se vio un hombre en una esquina del escenario. Los címbalos y las trompetas de la orquesta empezaron a tocar más fuerte, y el hombre, con las piernas desnudas, se puso a saltar muy alto y a dar pasitos cortos y rápidos (se trataba de Duport, que cobraba sesenta mil rublos al año por su arte). Tanto en el patio de butacas como en los palcos y en el gallinero todo el mundo empezó a aplaudir y a gritar con todas sus fuerzas; el hombre se detuvo y, con una sonrisa, saludó a un lado y a otro. Después bailaron otros hombres y mujeres de piernas desnudas, uno de los reyes gritó algo al son de la música y todos cantaron. Pero de pronto se desató una tempestad, la orquesta ejecutó escalas cromáticas y acordes de séptima disminuida; todos empezaron a correr y, de nuevo, se llevaron a rastras a uno de los presentes tras los bastidores, y cayó el telón. Entre los espectadores se oyeron de nuevo aplausos atronadores, y todos gritaban con entusiasmo:

—¡Duport! ¡Duport! ¡Duport!

A Natasha nada le resultaba extraño ya. Miraba a su alrededor complacida y risueña.

—*N’est ce pas qu’il est admirable – Duport?*[160] —le dijo Hélène.

—*Oh, oui*[161] —respondió Natasha.

X

Durante el entreacto en el palco de Hélène se levantó una corriente de aire frío, la puerta se abrió y entró Anatol, de lado y procurando no tropezar con nadie.

—Permítame que le presente a mi hermano —dijo Hélène, mirando intranquilamente primero a Natasha y después a Anatol.

Natasha volvió su hermosa cabecita por encima de su hombro desnudo y sonrió al bello Anatol. Este, que de cerca era tan guapo como de lejos, se sentó a su lado y le dijo que hacía mucho que deseaba tener el placer de conocerla, ya desde el baile de Naryshkin, donde había tenido el gusto de verla y no la había podido olvidar. Kuraguin era mucho más inteligente y sencillo con las mujeres que en compañía de hombres. Hablaba con valentía y sencillez, y a Natasha le sorprendió de un modo extraño y agradable no solo que no hubiera nada terrible en aquel hombre del que tantas cosas se decían, sino que, al contrario, tuviera una sonrisa tan ingenua, jovial y bondadosa.

Kuraguin le preguntó qué impresión le había causado el espectáculo, y le contó que en la representación anterior la Semiónova se había caído en plena actuación.

—Condesa, ¿sabe que vamos a organizar un baile de máscaras? —dijo, dirigiéndose a Natasha repentinamente como a una vieja conocida—. Debería asistir: será muy divertido. Será en casa de los Arjárov. Venga, por favor, de verdad, ¿eh?

Mientras lo decía no apartó su sonriente mirada del rostro de Natasha, de su cuello ni de los brazos desnudos. La joven sabía que, sin lugar a dudas, estaba fascinado por ella. Aquello le resultaba agradable, pero por algún motivo su presencia la hacía sentir cohibida, acalorada e incómoda. Cuando no le miraba, sentía que él contemplaba sus hombros, e inconscientemente trataba de interceptar su mirada porque prefería que la mirara a los ojos. Pero tenía la pavorosa sensación de que ya no había entre ellos la barrera de pudor que siempre se levantaba entre ella y los demás hombres. Sin saber por qué, pasados cinco minutos se sentía terriblemente próxima a aquel hombre. Cuando volvía la cabeza, temía que la cogiera por el brazo desnudo y le besara el cuello. Aunque hablaban de las cosas más insignificantes, sentía una intimidad que jamás había tenido con ningún otro hombre. Entonces volvía la mirada hacia Hélène y hacia su padre como preguntándoles qué significaba aquello; pero Hélène estaba entretenida conversando con un general y no respondió a su mirada, y los ojos de su padre no le dijeron nada, acaso lo de siempre: «¿Te diviertes? Pues me alegro».

Para romper uno de los incómodos silencios en los que Anatol la miraba tranquila y obstinadamente con sus ojos prominentes, Natasha le preguntó si le gustaba Moscú. Y, en cuanto lo hizo, se sonrojó. No dejaba de parecerle que hacía algo indecoroso al hablar con él. Anatol sonrió como animándola.

—Al principio no me gustaba demasiado, porque ¿qué hace agradable a una ciudad? *Ce sont les jolies femmes*[162], ¿no es cierto? Pero ahora me gusta mucho —dijo, con una mirada intencionada—. ¿Vendrá al baile de disfraces, condesa? Por favor, venga —continuó, y, alargando una mano hacia el ramillete de flores que ella llevaba, añadió bajando la voz—: *Vous serez la plus jolie. Venez, chère comtesse, et comme gage donnez-moi cette fleur*.[163]

Natasha no entendió lo que le había dicho —tampoco él—, pero notó que había una intención indecente en esas palabras incomprensibles. No supo qué decir y se dio la vuelta, como si no le hubiera oído. Pero, en cuanto lo hizo, pensó que él seguía allí detrás, tan cerca de ella.

«¿Qué está haciendo ahora? ¿Está desconcertado? ¿Está enfadado? ¿Tengo que arreglarlo?», se preguntó. No pudo evitar volver la cabeza. Le miró directamente a los ojos, y su proximidad, su seguridad y la afable ternura de su sonrisa la vencieron. Sonrió exactamente igual que él, mirándole directamente a los ojos. Y de nuevo sintió con horror que no había ningún obstáculo entre los dos.

Se volvió a alzar el telón y Anatol, tranquilo y jovial, salió del palco. Natasha volvió al palco de su padre, totalmente subyugada por ese mundo en el que se encontraba. Todo cuanto sucedía enfrente de ella le parecía ya completamente natural; en cambio, los anteriores pensamientos sobre su prometido, la princesa Maria o sobre la vida en el campo no se le cruzaron ni una sola vez por la cabeza, como si todo hubiera sucedido hacía mucho, mucho tiempo.

En el cuarto acto salió un diablo que estuvo cantando y agitando un brazo hasta que se abrieron unas tablas que tenía a los pies y desapareció. Esto fue lo único que Natasha vio de ese cuarto acto: algo la inquietaba y atormentaba, y la causa de aquella agitación era Kuraguin, al que, sin querer, seguía con la mirada. Cuando salieron del teatro, Anatol se acercó a ellos, llamó al coche y los ayudó a subir. Al ayudar a Natasha, la sostuvo del brazo, por encima del codo. Ella, nerviosa, sonrojada y feliz, volvió la vista hacia él. Anatol, con los ojos resplandecientes y una sonrisa tierna, la miraba.

Solo cuando hubo llegado a casa, Natasha pudo reflexionar con claridad sobre lo que le había ocurrido y, al recordar al príncipe Andréi, de pronto se

horrorizó. Mientras tomaban el té todos juntos después del teatro, soltó un fuerte «¡ay!» y, completamente sonrojada, salió corriendo del salón. «¡Dios mío! ¡Estoy perdida! —se dijo—. ¿Cómo he podido llegar tan lejos?» Estuvo un buen rato sentada con el rostro ruborizado oculto entre las manos, tratando de hacerse una idea clara de lo que le había sucedido, pero no entendía ni eso, ni lo que sentía. Todo le parecía oscuro, confuso y terrible. Allá, en aquella sala enorme e iluminada, donde al son de la música Duport daba saltos por las tablas húmedas con sus piernas desnudas y su chaquetilla de lentejuelas, y las muchachas, los viejos y Hélène, desnuda y con una sonrisa serena y orgullosa, gritaban «bravo» entusiasmados; allá, a la sombra de esa Hélène, todo parecía claro y sencillo. Pero ahora, a solas, no entendía nada. «¿Qué es esto? ¿Qué es ese miedo que he sentido en su presencia? ¿Qué son estos remordimientos de conciencia que tengo ahora?», pensaba. Natasha solo se veía capaz de contarle todo lo que pensaba a su madre, a la vieja condesa, por la noche y en su cama. Sabía que Sonia, con su riguroso e íntegro modo de ver las cosas, o bien no entendería nada, o bien se horrorizaría ante su confesión. Así pues, trató de resolver por sí sola lo que la atormentaba.

«¿Soy indigna del amor del príncipe Andréi o no? —se preguntaba, y, con una sonrisa tranquilizadora, se respondía—: ¡Seré tonta! ¿Por qué me hago esta pregunta? ¿Acaso ha pasado algo? Nada. Yo no he hecho nada ni he provocado nada. Nadie lo sabrá y jamás lo volveré a ver —se decía—. Por lo tanto, está claro que no ha ocurrido nada, que no tengo nada de lo que arrepentirme, que el príncipe Andréi puede amarme siendo *así*. Pero ¿cómo es *así*? ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Por qué no estará aquí!» Se calmaba un instante, pero a continuación un instinto le decía que toda la antigua pureza de su amor por el príncipe Andréi había sido aniquilada. Y de nuevo reproducía en su imaginación toda su conversación con Kuraguin, veía la cara, los gestos y la tierna sonrisa de ese hombre guapo y osado en el momento en que la había sostenido del brazo.

XI

Anatol Kuraguin vivía en Moscú porque su padre lo había obligado a abandonar San Petersburgo, donde se gastaba más de veinte mil rublos al año y acumulaba deudas por el mismo importe, que los acreedores le exigían a él.

El príncipe Vasili le había anunciado que pagaría la mitad de sus deudas, pero que era la última vez y solo a condición de que se trasladara a Moscú

como ayudante de campo del comandante en jefe, un puesto que le había conseguido, y procurara encontrar, por fin, un buen partido. Después le había sugerido a la princesa Maria y a Julie Karáguina.

Anatol accedió, partió hacia Moscú y se instaló en casa de Pierre. Al principio Pierre lo recibió a desgana, pero después se acostumbró a su presencia, en ocasiones lo acompañaba a sus juergas y le daba dinero en calidad de préstamo.

Como bien había dicho Shinshin, desde que Anatol llegó a Moscú todas las damas moscovitas habían enloquecido por él, sobre todo porque las desdeñaba y prefería claramente a las cíngaras y a las actrices francesas, a cuya cabeza estaba *mademoiselle* Georges, con quien, según decían, tenía una íntima relación. Anatol no se perdía ni una sola juerga de las que se organizaban en casa de Danílov y de otros parranderos de Moscú, bebía sin descanso noches enteras, superándolos a todos, y frecuentaba todas las veladas y bailes de la alta sociedad. Se contaban de él varias aventuras amorosas con damas de Moscú, y en los bailes hacía la corte a algunas de ellas. Pero a las muchachas, sobre todo a las ricas solteras, feas en su mayoría, no se acercaba, tanto más cuanto que hacía dos años que estaba casado, un hecho que nadie conocía, a excepción de sus amigos más íntimos. Dos años antes, durante un estacionamiento de su regimiento en Polonia, un modesto terrateniente polaco lo había obligado a casarse con su hija. Anatol la abandonó muy pronto y, a cambio de un dinero que quedó en enviarle al suegro, se reservó el derecho de hacerse pasar por soltero.

Anatol estaba siempre satisfecho con su situación, consigo mismo y con los demás. Estaba instintivamente convencido con todo su ser de que no podía vivir de un modo distinto, y de que jamás en su vida había hecho nada malo. No tenía capacidad de reflexión para ver que sus actos podían perjudicar a otros, ni para comprender lo que estos actos podían acarrear. Estaba convencido de que, del mismo modo que un pato ha sido creado para vivir en el agua, él había sido creado por Dios para vivir con unas rentas de treinta mil rublos y para ocupar la posición más elevada en la sociedad. Lo creía tan firmemente que, cuando los demás lo veían, llegaban a la misma conclusión y no le negaban ni su elevada posición social ni dinero, que él pedía a diestro y siniestro, naturalmente sin intención de devolverlo.

No era jugador o, por lo menos, nunca deseaba ganar, ni siquiera le sabía mal perder. No era vanidoso. Le resultaba completamente indiferente lo que pensaran de él. Aún menos se le podía culpar de ser ambicioso. En varias ocasiones había irritado a su padre al echar a perder su propia carrera y al

reírse de todos los honores. No era tacaño ni negaba nada a quien se lo pedía. Lo único que le gustaba era divertirse y las mujeres, y, como a su juicio no había nada innoble en semejantes aficiones y además era incapaz de pensar en las consecuencias que pudiera tener para los demás la satisfacción de tales aficiones, en su fuero interno se consideraba un hombre irreprochable. Despreciaba sinceramente a los canallas y a la gente mala, tenía la conciencia tranquila y llevaba la cabeza bien alta.

Los juerguistas, esas Magdalenas en hombre, albergan un sentimiento secreto de inocencia igual al de las Magdalenas mujeres, basado en la misma esperanza de que serán perdonados. «A ella se le perdonará todo porque ha amado mucho, y a él se le perdonará todo porque se ha divertido mucho.»

Dólojov, que ese año había vuelto a aparecer en Moscú después de su destierro y de sus aventuras por Persia, y que llevaba una vida de lujos, juego y parrandas, estrechó su relación con Kuraguin, su viejo camarada de San Petersburgo, de quien se aprovechaba para sus objetivos.

Anatol quería sinceramente a Dólojov, tanto por su inteligencia como por su arrojo; Dólojov, que necesitaba el nombre, la posición y las relaciones de Anatol Kuraguin como cebo para atraer a su mesa de juego a los jóvenes ricos, se aprovechaba de él sin hacérselo notar y se divertía a su costa. Además del provecho que sacaba, el hecho mismo de manejar la voluntad ajena era para Dólojov un placer, una costumbre y una necesidad.

Natasha había producido una fuerte impresión en Kuraguin. En la cena después del teatro el joven estuvo analizando como un experto ante Dólojov la perfección de sus brazos, hombros, piernas y pelo, y le anunció su decisión de cortejarla. Era incapaz de plantearse ni de saber las consecuencias que podría tener ese cortejo, como nunca sabía las consecuencias de ninguno de sus actos.

—Es guapa, amigo, pero no es para nosotros —objetó Dólojov.

—Le diré a mi hermana que la invite a comer —dijo Anatol—. ¿Eh?

—Mejor espera a que se case…

—Ya sabes que *j’adore les petites filles*[164]: ahora perderá la cabeza —replicó Anatol.

—Ya te las tuviste una vez por una *petite fille* —dijo Dólojov, conocedor del matrimonio de Anatol—. ¡Ten cuidado!

—¡Bueno, pero eso no me puede pasar dos veces! ¿Eh? —exclamó Anatol con una risa afable.

XII

Al día siguiente de haber ido al teatro los Rostov no salieron de casa y nadie fue a visitarlos. Maria Dmítrievna, a escondidas de Natasha, estuvo conversando con el padre. Natasha adivinó que estaban hablando del viejo príncipe y que tramaban algo, lo cual la inquietó y ofendió. Esperaba la llegada del príncipe Andréi en cualquier momento, y ese día había enviado dos veces al portero a la calle Vzdvízhenka en busca de noticias. Pero seguía sin aparecer. Ahora la situación se le hacía más difícil que en los primeros días de su estancia en Moscú. A su impaciencia y tristeza se sumaba el desagradable recuerdo de su entrevista con la princesa Maria y el viejo príncipe, así como un miedo y una inquietud cuya causa desconocía. Le parecía que el príncipe Andréi no iba a llegar nunca, o que antes de su llegada a ella le sucedería algo. No podía pensar en él como antes, con serenidad, prolongadamente y en soledad. En cuanto lo hacía, a su recuerdo se añadía el del viejo príncipe, el de la princesa Maria, el de la ópera y el de Kuraguin. Volvía a plantearse si era culpable, si había traicionado su fidelidad, y de nuevo se sorprendía recordando los detalles de cada palabra, de cada gesto, de cada matiz en la expresión del rostro de aquel hombre que había sabido despertar en ella un sentimiento incomprensible y a la vez espantoso. A ojos de los habitantes de la casa, Natasha parecía más animada que de costumbre, pero estaba lejos de sentirse tan serena y feliz como antes.

La mañana del domingo Maria Dmítrievna invitó a sus huéspedes a la misa que se celebraba en su parroquia, en la iglesia de la Asunción de Moguiltsy.

—No me gustan las iglesias de moda —decía, visiblemente orgullosa de su libertad de pensamiento—. Dios es el mismo en todas partes. Tenemos un pope excelente que oficia la misa como se debe y con nobleza, y el diácono también. ¿Acaso hay más santidad si se canta un concierto en el coro? ¡No me gustan estas cosas, no son más que veleidades!

A Maria Dmítrievna le gustaban los domingos y sabía celebrarlos. El sábado hacía limpiar y fregar toda la casa, por lo que al día siguiente ni los sirvientes ni ella trabajaban: iban todos vestidos de festivo y asistían a misa. En la mesa de los señores se servían más platos, y al servicio se le daba vodka y pato o cochinillo asado. Pero en ninguna parte se notaba tanto la festividad del día como en su rostro ancho y severo, que adoptaba una expresión inmutable de solemnidad.

Cuando después de la misa tomaron el café en el salón, de donde habían retirado las fundas de los muebles, alguien informó a Maria Dmítrievna de que el coche estaba listo. Con expresión rigurosa y el chal de gala con el que hacía las visitas, se levantó y anunció que iba a casa del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski para hablar con él de Natasha.

Después de que hubiera salido, llegó una modista de *madame* Aubert-Chalmet, y Natasha, muy contenta por tener una distracción, cerró la puerta de la salita contigua al salón y se dedicó a probarse vestidos nuevos. Mientras se ponía el cuerpo de uno hilvanado a toda prisa y aún sin mangas, y se miraba en el espejo volviendo la cabeza para ver cómo le quedaba la espalda, oyó en el salón la voz animada de su padre y otra femenina que la hizo enrojecer. Era la voz de Hélène. No había tenido tiempo aún Natasha de quitarse lo que se estaba probando cuando se abrió la puerta y entró la condesa Bezújova con un vestido de terciopelo de color lila, de cuello alto, con una sonrisa dulce y benevolente.

—*Ah, ma délicieuse!* —le dijo a Natasha, que se había ruborizado—. *Charmante!* No, esto es imperdonable, querido conde —se dirigió a Iliá Andreich, que había entrado detrás de ella—. ¿Cómo se puede vivir en Moscú sin salir a ninguna parte? ¡No, no los dejaré en paz! Esta noche *mademoiselle* Georges declamará en mi casa y nos reuniremos unos cuantos; si no trae a sus dos bellezas, que son más hermosas que *mademoiselle* Georges, no querré saber nada de usted. Mi marido no está, se ha marchado a Tver; si no, lo habría enviado a él a buscarlos.

Saludó con la cabeza a la modista, a la que conocía y que le acababa de hacer una respetuosa reverencia, y se sentó en el sillón que había junto al espejo, desplegando pintorescamente los pliegues de su vestido de terciopelo. No dejó de charlar cordial y alegremente, maravillándose sin cesar de la belleza de Natasha. Examinó sus vestidos y los elogió; asimismo, elogió su propio vestido *en gaz métallique* que le había llegado de París, y le aconsejó a Natasha hacerse uno igual.

—Por otra parte, a usted todo le queda bien, encanto —le decía.

Una sonrisa de placer no se borraba del rostro de Natasha. Se sentía feliz y más hermosa ante los elogios de aquella gentil condesa Bezújova, que antes le parecía una dama tan inaccesible e importante, y que ahora se mostraba tan buena con ella. Natasha, muy contenta, tenía la sensación de casi haberse enamorado de esa mujer guapa y bondadosa. A Hélène, por su parte, Natasha la tenía sinceramente maravillada y deseaba divertirla. Anatol le había pedido

que le preparara un encuentro con ella y con ese fin había ido a ver a los Rostov. La idea de reunir a su hermano con Natasha le parecía graciosa.

A pesar de que en otro tiempo se había enojado con ella por haberle arrebatado a Borís en San Petersburgo, ahora ya no pensaba en ello y, a su manera, deseaba de todo corazón el bien para Natasha. Antes de despedirse de los Rostov, llamó a su *protégée* aparte.

—Ayer mi hermano vino a almorzar a mi casa y nos morimos de la risa: no come nada y suspira por usted, encanto. *Il est fou, mais fou amoureux de vous, ma chère*[165]. ¡Cómo se sonroja, cómo se sonroja, *ma délicieuse*[166]! —exclamó Hélène—. Venga sin falta. *Si vous aimez quelqu'un, ma délicieuse, ce n'est pas une raison pour se cloitrer. Si même vous êtes promise, je suis sûre que votre promis aurait désiré que vous alliez dans le monde en son absence plutôt que de dépérir d'ennui.*[167]

«Esto significa que sabe que estoy prometida, significa que lo ha hablado con Pierre, ese Pierre tan justo, y que se han reído de ello. Por consiguiente, carece de importancia —pensó Natasha. Y, nuevamente bajo la influencia de Hélène, lo que antes le parecía terrible ahora le resultaba sencillo y natural—. Es evidente que esta *grande dame* tan simpática me quiere con toda el alma… ¿Por qué no voy a divertirme?», se dijo, mirándola con ojos sorprendidos y muy abiertos.

Maria Dmítrievna volvió a la hora de comer taciturna y seria; sin duda había sufrido una derrota en casa del viejo príncipe. Aún estaba demasiado agitada por el encontronazo para sentirse con fuerzas de hablar serenamente de lo sucedido. A las preguntas del conde, le respondió que todo había ido bien y que al día siguiente se lo contaría todo. Cuando Maria Dmítrievna se enteró de la visita de la condesa Bezújova y de que los había invitado a su velada, dijo:

—No me gusta relacionarme con Bezújova y no os lo aconsejo; pero, bueno, si se lo has prometido, ve y distráete un poco —añadió, dirigiéndose a Natasha.

XIII

El conde Iliá Andreich llevó a las muchachas a casa de la condesa Bezújova. Había bastante gente en la velada, pero Natasha no conocía a casi nadie. El conde advirtió con disgusto que el grupo estaba compuesto principalmente por hombres y damas conocidas por su libertad de trato. *mademoiselle*

Georges, rodeada de jóvenes, estaba en un rincón del salón. Había varios franceses, entre ellos Métivier, que, desde la llegada de Hélène, se había convertido en un habitual de la casa. El conde Iliá Andreich decidió no sentarse a jugar a las cartas, no apartarse de sus hijas y marcharse en cuanto terminara la representación de Georges.

Habían encontrado a Anatol en la puerta, que sin duda esperaba la llegada de los Rostov. Inmediatamente después de saludar al conde, se acercó a Natasha y la siguió. En cuanto lo vio, a ella la embargó una sensación de vanidoso placer, como en el teatro, por saber que le gustaba, y de pavor por la ausencia de barreras morales entre ambos.

Hélène recibió jovialmente a Natasha y admiró en voz alta su belleza y su atavío. Poco después de la llegada de los Rostov, *mademoiselle* Georges salió del salón para cambiarse, distribuyeron los sillones y el público empezó a tomar asiento. Anatol le acercó una silla a Natasha y quiso sentarse a su lado, pero el conde, que no apartaba los ojos de su hija, se acomodó junto a ella. Anatol se sentó detrás.

mademoiselle Georges, con sus gruesos brazos desnudos, cubiertos de hoyuelos, y con un chal rojo sobre un hombro, se dirigió al espacio que habían formado entre los sillones y se detuvo en una postura muy poco natural. Se oyó un murmullo entusiasmado. Con una mirada severa y sombría al público, empezó a declamar unos versos en francés que trataban de su amor criminal por su hijo. En algunos versos elevaba la voz, en otros susurraba irguiendo la cabeza con solemnidad y en otros se detenía, con la voz ronca y los ojos desencajados.

—*Adorable, divin, délicieux!* —se oía por todas partes.

Natasha miraba a la gruesa Georges, pero no oía, veía ni comprendía nada de lo que ocurría; solo se sentía de nuevo y de forma irremediable en ese mundo extraño y demente tan alejado del que conocía, un mundo donde no se podía saber lo que estaba bien, lo que estaba mal, lo que era razonable y lo que era una locura. Anatol estaba detrás de ella, y ella, sintiendo su proximidad, esperaba algo asustada.

Después del primer monólogo todo el mundo se levantó y rodeó a *mademoiselle* Georges para expresarle su entusiasmo.

—¡Qué hermosa es! —le dijo Natasha a su padre, que se había levantado al mismo tiempo que los demás y se dirigía entre el gentío hacia la actriz.

—No me lo parece, mirándola a usted —dijo Anatol siguiendo a Natasha. Lo hizo en un momento en el que solo ella le podía oír—. Es usted deliciosa… Desde el instante en que la vi no he dejado de…

—¡Vamos, vamos, Natasha! —dijo el conde, volviendo a por su hija—. ¡Qué hermosa es!

Natasha no dijo nada y se acercó a su padre, mirándolo con expresión inquisitiva y sorprendida.

Después de declamar varias poesías más, *mademoiselle* Georges se retiró y la condesa Bezújova pidió a los invitados que pasaran a la sala.

El conde quería marcharse, pero Hélène le rogó que no estropeara su baile improvisado, y los Rostov se quedaron. Anatol invitó a Natasha para el vals y, mientras bailaban, estrechándole el talle y la mano, le dijo que era *ravissante*[168] y que la amaba. Durante la escocesa, que de nuevo bailaron juntos, no le dijo nada y se limitó a mirarla. Natasha dudó de si había soñado lo que le había dicho durante el vals. Al concluir la primera figura, él volvió a estrecharle la mano. Natasha levantó sus ojos asustados hacia él, pero la mirada y la sonrisa cariñosa de Anatol tenían una expresión tan tierna y segura de sí misma que ella no pudo decirle lo que quería, y bajó la vista.

—No me diga estas cosas, estoy prometida y amo a otro hombre —dijo con rapidez.

Miró a Anatol. El joven no se había turbado ni afligido por lo que acababa de oír.

—No me hable de eso. ¿A mí qué más me da? —replicó él—. Le estoy diciendo que estoy locamente, locamente enamorado de usted. ¿Acaso soy culpable de que sea usted arrebatadora?… Tenemos que empezar.

Natasha, animada e inquieta, miraba a un lado y a otro con los ojos asustados y muy abiertos, y parecía más alegre que de costumbre. Más tarde no recordaría casi nada de lo que había ocurrido en esa velada. Bailaron la escocesa y el *grossvater*[169]; su padre le propuso marcharse, pero ella le pidió que se quedaran. Dondequiera que estuviese y con quienquiera que hablase, sentía sobre sí la mirada de Anatol. Después recordaría que había pedido permiso a su padre para ir al tocador y arreglarse el vestido, que Hélène había salido tras ella, que le había hablado entre risas del amor de su hermano, que en la salita de los divanes se había encontrado con Anatol, que Hélène había desaparecido, que se habían quedado los dos solos y que el joven, cogiéndole de una mano, le había dicho con ternura:

—No puedo ir a visitarla, ¿es posible que no la vuelva a ver nunca más? La amo con locura. ¿Es posible que nunca más?… —Y, cerrándole el paso, acercó su rostro al de ella.

Los ojos brillantes, grandes y varoniles de Anatol estaban tan cerca de los de Natasha que ella no veía nada más.

—*¡¿Nathalie?!* —le susurró interrogativamente mientras le apretaba las manos hasta hacerle daño—. *¡¿Nathalie!?*

«No entiendo nada y no tengo nada que decir», expresaba ella con la mirada.

Unos labios ardientes se posaron en los suyos, y en ese instante se sintió libre de nuevo. De repente en la salita se oyeron unos pasos y el frufrú del vestido de Hélène. Natasha se volvió hacia ella; después, sonrojada y temblorosa, dirigió una mirada asustada e inquisitiva a Anatol, y fue hacia la puerta.

—*Un mot, un seul, au nom de Dieu*[170] —le dijo Anatol.

Natasha se detuvo. ¡Tenía tanta necesidad de que él le dijera esa palabra que le habría explicado lo ocurrido y a la que ella habría contestado!

—*Nathalie, un mot, un seul*[171] —no dejaba de repetir él, al parecer sin saber qué decir. Y lo repitió hasta que Hélène se acercó a ellos.

Hélène volvió al salón con Natasha. Los Rostov no se quedaron a cenar y se marcharon.

Natasha se pasó toda la noche sin poder dormir: la atormentaba la incógnita irresoluble de a quién amaba: ¿a Anatol o al príncipe Andréi? Al príncipe Andréi lo amaba seguro, recordaba claramente la intensidad con que lo había hecho. Pero también amaba a Anatol, eso era indudable. «Si no, ¿acaso habría podido suceder todo lo que ha sucedido? —pensaba—. Si después he podido responderle con una sonrisa cuando nos despedíamos, si he podido permitir que las cosas hayan llegado tan lejos, es porque lo he amado desde el primer instante. Es porque él es bueno, noble y magnífico, y habría sido imposible no amarle. ¿Qué puedo hacer si lo amo a él y a otro?», se decía sin encontrar respuestas a tan terribles preguntas.

XIV

Llegó la mañana con sus preocupaciones y ajetreos. Todos se levantaron y se pusieron en marcha; empezaron las conversaciones, de nuevo llegaron las modistas, de nuevo salió Maria Dmítrievna y llamaron para tomar el té. Natasha, con los ojos muy abiertos, como si quisiera captar cualquier mirada, se volvía inquieta hacia todos y procuraba parecer la misma de siempre.

Después del desayuno (su mejor momento del día) Maria Dmítrievna se sentó en su sillón y llamó a Natasha y al viejo conde.

—Bueno, amigos míos, he meditado el asunto y he aquí mi consejo —empezó—. Ayer, como sabéis, estuve en casa del príncipe Nikolái. Hablé con él… Y tuvo la ocurrencia de gritarme. Y ¡nadie grita más fuerte que yo! ¡Le canté las cuarenta!

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó el conde.

—¿Qué le pasa? Que es un chiflado… No quiere saber nada. Pero qué sentido tiene hablar: ya hemos martirizado suficiente a esta pobre chiquilla —dijo Maria Dmítrievna—. Mi consejo es que acabéis los asuntos que tengáis pendientes aquí, que volváis a vuestra casa, a Otrádnoie… y que esperéis allí…

—¡Oh, no! —gritó Natasha.

—Sí, tenéis que volver y esperar —insistió Maria Dmítrievna—. Si tu prometido llegara ahora, no se podría evitar una disputa. Mejor será que lo trate él a solas con el viejo y que después vaya a Otrádnoie.

Iliá Andreich aceptó el consejo porque entendió de inmediato que era lo más sensato. Si el viejo se ablandaba, lo mejor sería ir a verlo más adelante a Moscú o a Lysye Gory; si no, el único lugar donde era posible celebrar una boda en contra de su voluntad era Otrádnoie.

—Tiene usted toda la razón —dijo el viejo conde—. Lo que lamento es haber ido a su casa y haber llevado allí a mi hija —añadió.

—No, ¿por qué lamentarlo? Estando aquí no podíais dejar de rendirle ese honor. Bueno, si no quiere, allá él —dijo Maria Dmítrievna, buscando algo en su ridículo—. El ajuar ya está listo, para qué esperar más. Y lo que no esté a punto os lo enviaré. Aunque me apene separarme de vosotros, lo mejor será que os marchéis y que Dios os acompañe. —Una vez encontró lo que estaba buscando en el ridículo, se lo dio a Natasha. Era una carta de la princesa Maria—. Te escribe. ¡Cómo sufre, la pobre! Teme que creas que no te quiere.

—Es que no me quiere —replicó Natasha.

—¡No digas sandeces! —gritó Maria Dmítrievna.

—Nadie me convencerá de lo contrario: sé que no me quiere —afirmó Natasha audazmente después de coger la carta; había en su rostro una firmeza fría y llena de rabia que hizo que Maria Dmítrievna la mirara frunciendo el ceño.

—Querida, haz el favor de no contestar así —dijo—. Te estoy diciendo la verdad. Contéstale.

Natasha no replicó y se dirigió a su habitación para leer la carta de la princesa Maria.

Esta le decía que estaba desesperada por el malentendido que se había producido entre ellas. Al margen de los sentimientos de su padre, le rogaba que creyera que le resultaba imposible no querer a la mujer que su hermano había elegido y por cuya felicidad estaba dispuesta a sacrificarlo todo.

«Por otra parte —escribía—, no crea que mi padre estaba predispuesto contra usted. Es un hombre enfermo y viejo al que hay que perdonar; pero es bueno, magnánimo y querrá a quien haga feliz a su hijo.» A continuación, le rogaba que fijara un día para poder volver a verse.

Cuando terminó de leerla, Natasha se sentó en el escritorio y redactó la respuesta:

«*Chère princesse*», escribió rápida y mecánicamente, y se detuvo. «¿Qué puedo decirle después de todo lo que ocurrió ayer? Sí, sí, ocurrió, y ahora todo ha cambiado —pensaba frente a la carta empezada—. ¿Tengo que rechazarlo? ¿Acaso es eso lo que tengo que hacer? ¡Es horrible!»… Y, para no pensar en cosas tan terribles, fue a ver a Sonia y se puso a elegir bordados con ella.

Después de comer, volvió a su habitación y cogió de nuevo la carta de la princesa Maria. «¿Es posible que todo haya acabado? —pensaba—. ¿Es posible que todo haya sucedido tan rápido y que haya destruido todo lo anterior?» Recordaba su amor por el príncipe Andréi con toda la fuerza de antes, sintiendo, al mismo tiempo, que amaba a Kuraguin. Se imaginaba vivamente como esposa del príncipe Andréi, se imaginaba el cuadro de felicidad conjunta que tantas veces se había representado en su cabeza y, al mismo tiempo, llena de inquietud, repasaba los detalles de su encuentro con Anatol del día anterior.

«¿Por qué no pueden ser los dos a la vez? —pensaba algunos momentos, completamente ofuscada—. Así sería totalmente feliz, pero ahora tengo que elegir y no puedo ser feliz sin uno de los dos. Puedo contarle todo lo ocurrido al príncipe Andréi u ocultárselo, pero las dos cosas son igual de imposibles. Sin embargo, con *aquel* aún no se ha echado nada a perder. Aunque ¿acaso debo renunciar para siempre a la felicidad del amor del príncipe Andréi con la que tanto tiempo he vivido?»

—Señorita —susurró una doncella con aire misterioso que entró en la habitación—: un hombre me ha encargado que le entregue esto. —Le dio una carta—. Pero, por Dios… —añadió cuando Natasha, sin pensar y con un movimiento mecánico, rompía el lacre y empezaba a leer una carta de amor de Anatol, de la que no entendía nada salvo una cosa: era de él, del hombre al

que amaba. Sí, lo amaba; de no ser así, ¿cómo podría tener una carta de amor suya en las manos?

Natasha sostenía con manos temblorosas la apasionada carta de amor que Dólojov había redactado para Anatol y, al leerla, encontró el eco de todo lo que ella misma creía sentir.

«Desde la noche de ayer mi suerte está echada: ser amado por usted o morir. No tengo otra salida», empezaba la carta. A continuación le decía que sabía que su familia no permitiría que se casara con él, que había ciertas razones secretas que solo a ella le podía explicar, pero que, si lo amaba, solo tenía que pronunciar la palabra «sí», y entonces ninguna fuerza humana podría impedir su dicha. Que el amor lo vencía todo, y que él la raptaría y se la llevaría al fin del mundo.

«¡Sí, sí, lo amo!», pensó Natasha al releer por vigésima vez la carta, buscando en cada palabra un sentido especial y profundo.

Aquella tarde Maria Dmítrievna iba a ir a visitar a los Arjárov y propuso a las señoritas que la acompañaran. Natasha, con el pretexto de que le dolía la cabeza, se quedó en casa.

XV

Al volver ya entrada la noche, Sonia entró en la habitación de Natasha y, para su sorpresa, la encontró dormida y sin desvestir en el diván. A su lado, sobre la mesa, estaba la carta abierta de Anatol. Sonia la cogió y empezó a leerla.

Mientras la leía no dejó de mirar a Natasha, que seguía dormida, buscando en su rostro una explicación de lo que estaba leyendo, pero sin encontrarla. El rostro de Natasha expresaba serenidad, dulzura y felicidad. Llevándose una mano al pecho para no ahogarse, Sonia, pálida, temblando de miedo y agitación, se sentó en un sillón y se deshizo en lágrimas.

«¿Cómo es que no he visto nada? ¿Cómo han podido llegar las cosas tan lejos? ¿Es posible que haya dejado de amar al príncipe Andréi? Y ¿cómo ha podido permitir que Kuraguin llegara hasta tal punto? Es un embustero y un malvado, eso está claro. ¿Qué pasará con *Nicolas*, con el bueno y noble de *Nicolas* cuando se entere? He aquí lo que significaba el semblante agitado, decidido y poco natural de Natasha anteayer, ayer y hoy —pensaba Sonia—. Pero ¡es imposible que lo ame! Seguro que ha abierto la carta sin saber nada. Seguro que se ha sentido ofendida. ¡No puede hacer esto!»

Se secó las lágrimas, se acercó a Natasha y volvió a mirarle fijamente el rostro.

—¡Natasha! —dijo con una voz apenas audible.

Natasha se despertó y la vio.

—Ah, ¿has vuelto?

Y, con la resolución y la ternura de cuando uno se despierta, abrazó a su amiga. Pero, al observar la turbación de Sonia, su rostro se cubrió también de turbación y recelo.

—Sonia, ¿has leído la carta? —preguntó.

—Sí —respondió Sonia en voz baja.

Natasha sonrió exaltada.

—¡Ah, Sonia, no puedo más! —exclamó—. ¡No puedo seguir ocultándotelo! ¿Sabes? ¡Nos amamos!… Sonia, querida, me ha escrito que… Sonia…

Sonia, como si no pudiera creer lo que oía, la miraba perpleja.

—¿Y Bolkonski? —preguntó.

—¡Ah, Sonia, ah, si pudieras saber lo feliz que soy! —exclamó Natasha —. No sabes lo que es el amor…

—Pero, Natasha, ¿es posible que *aquello* haya acabado del todo?

Natasha miraba a Sonia con ojos grandes, muy abiertos, como si no entendiera la pregunta.

—¡Cómo! ¿Vas a rechazar al príncipe Andréi? —continuó Sonia.

—¡Ah, no entiendes nada, no digas tonterías y escúchame! —exclamó Natasha, por un momento enojada.

—No, no puedo creerlo —insistió Sonia—. No lo entiendo. ¿Cómo es posible que te hayas pasado un año entero amando a un hombre y de repente…? ¡Si solo lo has visto tres veces! Natasha, no te creo, estás bromeando. Olvidarlo todo en tres días y…

—¡Tres días! —dijo Natasha—. Me parece que hace cien años que lo amo. Me parece que antes de él nunca había amado a nadie. Tú no lo puedes entender. Sonia, espera, siéntate aquí. —Natasha la abrazó y la besó—. Me habían dicho que estas cosas ocurren, y seguro que tú también lo has oído, pero solo ahora he conocido este amor. No es lo de antes. En cuanto lo vi, supe que es mi dueño y yo su esclava, y no puedo evitar amarlo. ¡Sí, su esclava! Haré lo que me ordene. Tú no lo entiendes. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer, Sonia? —decía, con expresión feliz y asustada.

—Pero ¡piensa en lo que estás haciendo! —le replicaba Sonia—. No puedo dejar esto así. Esas cartas secretas… ¿Cómo has podido permitir algo

así? —añadía con un horror y una repulsión que a duras penas podía disimular.

—¡Ya te he dicho que no tengo voluntad, cómo es posible que no lo entiendas! ¡Lo amo!

—Pues ¡no lo voy a permitir, lo contaré todo! —gritó Sonia rompiendo a llorar.

—¡Qué dices, por Dios!… ¡Si lo cuentas, serás mi enemiga! —dijo Natasha—. Quieres mi desgracia, quieres que nos separen…

Al ver el espanto de Natasha, Sonia empezó a llorar con lágrimas de vergüenza y compasión por su amiga.

—Pero ¿qué ha habido entre vosotros? —preguntó—. ¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no viene a esta casa?

Natasha no respondió a su pregunta.

—Por el amor de Dios, Sonia, no se lo cuentes a nadie, no me atormentes —le imploraba Natasha—. Recuerda que no está bien entrometerse en estos asuntos. Te he confesado…

—Pero ¿por qué tanto misterio? ¿Por qué no viene a casa? —insistía Sonia—. ¿Por qué no pide tu mano abiertamente? El príncipe Andréi te dio total libertad, si ese fuera el obstáculo. Aunque sigo sin creerlo. Natasha, ¿has pensado cuáles podrían ser esas *razones secretas*?

Natasha miró a Sonia asombrada. Era evidente que era la primera vez que se planteaba la cuestión y no sabía qué responder.

—No sé las razones. Pero ¡desde luego, las hay!

Sonia suspiró y movió la cabeza con incredulidad.

—Si hubiera alguna razón… —empezó a decir.

Pero Natasha, adivinando sus dudas, la interrumpió asustada.

—¡Sonia, no se puede dudar de él, no se puede, no se puede! ¿Es que no lo entiendes? —gritó.

—¿Te ama?

—¿Que si me ama? —repitió Natasha con una sonrisa de lástima ante la poca capacidad de comprensión de su amiga—. ¿Es que no has leído la carta? ¿Es que no lo has visto a él?

—Pero ¿y si es un hombre indigno?

—*¿Él?…* ¿Un hombre indigno? ¡Si lo conocieras! —decía Natasha.

—Si es honrado debe anunciar cuáles son sus intenciones o dejar de verse contigo; si no quieres hacerlo tú, lo haré yo: le escribiré y se lo contaré a papá —dijo Sonia decidida.

—Pero ¡no puedo vivir sin él! —gritó Natasha.

—Natasha, no te entiendo. ¡Qué cosas dices! Piensa en tu padre y en *Nicolas*.

—No necesito a nadie, no quiero a nadie, solo a él. ¿Cómo te atreves a decir que es indigno? ¿Es que no sabes que lo amo? —decía Natasha—. ¡Vete, Sonia, no quiero reñir contigo, vete, por Dios, vete! ¡Ya ves cómo sufro! —gritó, desabrida, con una voz que reprimía la ira contenida y la desesperación.

Sonia rompió a llorar y salió corriendo de la habitación.

Natasha se acercó a la mesa y, sin pensarlo ni un instante, escribió a la princesa Maria la respuesta que llevaba toda la mañana sin poder redactar. En ella le comunicó sucintamente que todos sus malentendidos habían acabado; que, aprovechando la generosidad del príncipe Andréi, que al marcharse le había dado total libertad, le rogaba que lo olvidara todo y que la perdonara si era culpable ante ella, pero que no podía ser la esposa de su hermano. En ese momento todo le parecía fácil, sencillo y claro.

El viernes los Rostov debían partir hacia su hacienda del campo, y el miércoles el conde fue con el comprador a la propiedad de las afueras de Moscú.

El día que el conde se ausentó, Sonia y Natasha habían sido invitadas a una gran comida en casa de los Kuraguin, y Maria Dmítrievna las llevó. Allí Natasha volvió a encontrarse con Anatol, y Sonia se dio cuenta de que hablaba con él procurando que nadie los oyera, y de que se pasaba toda la comida aún más alterada que antes. Al volver a casa, Natasha se adelantó en dar las explicaciones que Sonia esperaba.

—Pues resulta, Sonia, que lo que dijiste de él no eran más que tonterías —empezó Natasha con voz dulce, la voz de un niño cuando quiere que lo alaben—. Hoy hemos tenido la ocasión de hablar.

—Bueno, y ¿qué, qué? ¿Qué te ha dicho? Natasha, qué contenta estoy de que no te hayas enfadado conmigo. Cuéntamelo todo, toda la verdad. ¿Qué te ha dicho?

Natasha reflexionó un momento.

—¡Ah, Sonia, si lo conocieras como yo! Ha dicho… Me ha preguntado sobre mi compromiso con Bolkonski. Y se ha alegrado al saber que está en mis manos romperlo.

Sonia suspiró con tristeza.

—Pero ¡tú no has roto con Bolkonski! —dijo.

—Pues ¡quizá sí lo haya hecho! Tal vez todo haya acabado con él. ¿Por qué piensas tan mal de mí?

—Yo no pienso nada, simplemente no lo entiendo…

—Espera, Sonia, lo entenderás todo. Ya verás cómo es este hombre. No pienses mal de mí ni de él.

—No pienso mal de nadie: quiero y compadezco a todo el mundo. Pero ¿qué puedo hacer?

Sonia no sucumbía al afecto con que le hablaba Natasha. Cuanto más tierno y adulador era el semblante de su amiga, más serio y severo se volvía el suyo.

—Natasha —dijo—, me pediste que no hablara contigo de esto y no lo he hecho, pero has empezado tú. Natasha, no creo en lo que dice. ¿A qué viene tanto misterio?

—¡Otra vez, otra vez! —la interrumpió Natasha.

—Natasha, temo por ti.

—¿Qué es lo que temes?

—Que sea tu perdición —contestó Sonia decididamente, asustándose de lo que acababa de decir.

El rostro de Natasha expresaba cólera.

—Pues ¡sí, me perderé, me perderé y cuanto antes mejor! No es asunto vuestro. No pagaréis vosotros las consecuencias, sino yo. ¡Déjame, déjame! ¡Te odio!

—¡Natasha! —imploró Sonia asustada.

—¡Te odio, te odio! ¡Eres mi enemiga para siempre!

Salió corriendo de la habitación.

No volvió a hablar más con Sonia y la evitaba. Vagaba por la casa con el mismo aire de confusión, estupor y criminalidad, poniéndose a hacer una u otra cosa y dejándolo todo un momento después.

Por muy duro que se le hiciera, Sonia no apartó la vista de su amiga y la estuvo vigilando.

La víspera del regreso del conde, Sonia se dio cuenta de que Natasha llevaba toda la mañana en la ventana del salón, como si esperara algo, y de que le había hecho una señal a un militar que sin duda, pensó ella, era Anatol.

Entonces la observó aún con mayor atención y vio que durante la comida y por la tarde se comportaba de una forma extraña y poco natural (respondía a destiempo a las preguntas que le hacían, empezaba las frases y no las terminaba, y se reía por todo).

Después del té Sonia vio a una doncella que esperaba nerviosamente en la puerta de Natasha. Sonia le dijo que pasara, se quedó escuchando detrás de la puerta y se enteró de que le estaba entregando una nueva carta.

De pronto le pareció evidente que Natasha había urdido algún plan terrible para esa misma noche. Llamó a la puerta, pero Natasha no la dejó entrar.

«¡Va a fugarse con él! —pensaba Sonia—. Es capaz de todo. Hoy ha estado todo el día particularmente triste y resuelta, y, al despedirse del tío, se ha echado a llorar. Sí, estoy segura: se va a fugar con él. Pero ¿qué puedo hacer? —se decía, recordando todos los indicios que demostraban claramente que Natasha se disponía a hacer algo terrible—. El tío no está. ¿Qué puedo hacer? ¿Escribir a Kuraguin y exigirle una explicación? Pero ¿quién le va a obligar a contestarme? ¿Escribir a Pierre, como el príncipe Andréi nos rogó si ocurría alguna desgracia?… Pero quizá sea cierto que Natasha ya ha rechazado a Bolkonski (ayer le envió una carta a la princesa Maria). ¡Si al menos estuviera el tío!»

Contárselo a Maria Dmítrievna, que tanta fe tenía en Natasha, le parecía terrible.

«Pero, sea como sea —pensaba Sonia en el oscuro pasillo—, ha llegado el momento de demostrar que me acuerdo del bien que me ha hecho esta familia y que quiero a *Nicolas*. Sí, aunque tenga que pasarme tres noches sin dormir, no me moveré de este pasillo, la retendré por la fuerza y no permitiré que la deshonra caiga sobre esta familia.»

XVI

Anatol se había instalado recientemente en casa de Dólojov. Este llevaba varios días urdiendo y poniendo en marcha un plan para raptar a Rostova que debía ser ejecutado el día en que Sonia, después de escuchar detrás de la puerta, había decidido proteger a Natasha. Esta le había prometido a Kuraguin que a las diez de la noche saldría por el porche de servicio. Él debía recogerla en una troika especialmente dispuesta a tal efecto y llevarla a Kámenka, a sesenta verstas de Moscú, donde un pope expulsado del sacerdocio les esperaba para casarlos. En Kámenka un carruaje los llevaría hasta la carretera de Varsovia y, desde allí, huirían al extranjero en un coche de postas.

Anatol tenía pasaporte, la hoja de ruta, diez mil rublos que había pedido a su hermana y otros diez mil que había conseguido prestados por mediación de Dólojov.

Dos testigos —Jvóstikov, antiguo funcionario al que Dólojov utilizaba para el juego, y Makarin, húsar retirado, hombre bondadoso y débil que profesaba un amor ilimitado por Kuraguin— estaban en la antesala tomando el té.

En su gran gabinete adornado de arriba abajo con tapices persas, pieles de oso y armas, Dólojov, vestido con traje de viaje y botas, estaba sentado ante un buró abierto sobre el que había cuentas y fajos de billetes. Anatol se paseaba con el uniforme desabrochado de la antesala donde estaban los testigos, pasando por el gabinete, a la habitación del fondo, donde su lacayo francés y otros terminaban de hacerle el equipaje. Dólojov contaba el dinero y hacía anotaciones.

—Bueno —dijo—, a Jvóstikov hay que darle dos mil.

—Pues dáselos —asintió Anatol.

—Makarka —así llamaban a Makarin— lo hará desinteresadamente; por ti sería capaz de tirarse al fuego y al agua. Ya he acabado las cuentas —dijo Dólojov enseñándole las anotaciones—. ¿Así está bien?

—Sí, claro que está bien —dijo Anatol, que era evidente que no lo había escuchado; tenía la mirada perdida y una sonrisa que no se le borraba.

Dólojov cerró bruscamente el buró y se dirigió a Anatol con una sonrisa burlona:

—¿Sabes qué? Déjalo correr: ¡aún estás a tiempo!

—¡Imbécil! —exclamó Anatol—. Deja de decir tonterías. Si supieras… ¡Solo el diablo sabe lo que es esto!

—De verdad, déjalo correr —insistió Dólojov—. Te lo digo en serio. Lo que te propones no es ninguna broma.

—¿Otra vez fastidiando? ¡Vete al diablo! ¿Eh?… —dijo Anatol torciendo el gesto—. De verdad, no estoy para tus estúpidas bromas. —Y salió del gabinete.

Dólojov sonrió con desdén y condescendencia.

—Espera —le dijo a Anatol—. No estoy bromeando, hablo en serio; ven aquí, ven aquí.

Anatol entró de nuevo, trató de concentrar la atención y miró a Dólojov, sometiéndose involuntariamente a él.

—Escúchame, te lo digo por última vez. ¿Por qué voy a bromear contigo? ¿Acaso te he contradicho en algo? ¿Quién lo ha organizado todo? ¿Quién ha encontrado a un pope, quién te ha conseguido el pasaporte y dinero? Todo lo he hecho yo.

—Y te doy las gracias. ¿Crees que no te estoy agradecido?

Anatol suspiró y abrazó a Dólojov.

—Te he ayudado, pero aun así debo decirte la verdad: es un asunto peligroso y, si lo analizas, un disparate. Supón que te la llevas. Bien. ¿Acaso crees que van a dejar las cosas así? Descubrirán que estás casado. Y te llevarán ante un tribunal penal…

—¡Bah, tonterías, tonterías! —exclamó Anatol torciendo nuevamente el gesto—. Ya te lo he explicado, ¿eh?

Y Anatol, con esa especial afición de las personas obtusas por las deducciones a las que su inteligencia les ha permitido llegar, repitió el razonamiento que ya le había expuesto cien veces.

—Ya te he explicado lo que he decidido. Si el matrimonio se considera nulo —dijo, doblando un dedo—, significa que no soy responsable. Y, si se considera válido, lo mismo da: en el extranjero nadie lo sabrá, ¿no es así? Y ¡no hables más de eso, no hables, no hables!

—¡De verdad, déjalo correr! Lo único que vas a conseguir es atarte…

—¡Vete al diablo! —exclamó Anatol, y, tirándose del pelo, fue a otra habitación, volvió de inmediato y se sentó con las piernas recogidas en un sillón delante de Dólojov—. ¡Solo el diablo sabe lo que es esto! ¿Eh? ¡Mira cómo me late! —Le cogió una mano a su amigo y se la puso sobre el corazón—. *Ah! quel pied, mon cher, quel regard! Une déesse!!*[172] ¿Eh?

Dólojov sonreía fríamente y le miraba con sus ojos hermosos e insolentes, que sin duda le brillaban por las ganas que tenía de divertirse aún más a su costa.

—Bueno, y cuando el dinero se te acabe, ¿qué?

—¿Qué? —repitió Anatol con una sincera perplejidad ante la idea del futuro—. ¿Qué? Pues no lo sé… Pero ¡para qué hablar de tonterías! —Miró el reloj—. ¡Es la hora!

Anatol se dirigió a la habitación del fondo.

—Eh, ¿os queda mucho? ¡Dejad de entreteneros! —gritó a los criados.

Dólojov recogió el dinero y, después de llamar a un sirviente y ordenarle que preparase algo de comer y de beber para el viaje, entró en la antesala en la que estaban Jvóstikov y Makarin.

Anatol se había tumbado en el diván del gabinete y, apoyado en una mano, sonreía pensativamente y murmuraba algo con ternura.

—Ven a comer algo. ¡Vamos, ven a beber! —le gritó Dólojov desde el comedor.

—¡No quiero! —respondió Anatol, sin dejar de sonreír.

—Ven, ha llegado Balaga.

Anatol se levantó y fue al comedor. Balaga era un célebre conductor de troika que ya hacía seis años que conocía a los dos amigos y les prestaba servicio con sus troikas. Más de una vez, cuando el regimiento de Anatol estaba en Tver, había ido a recogerlo por la tarde, lo había llevado hasta Moscú, adonde habían llegado al amanecer, y lo había devuelto a la noche siguiente. Más de una vez había salvado a Dólojov de alguna persecución. Más de una vez los había paseado por la ciudad con cíngaros y damiselas, como las llamaba Balaga. Más de una vez, al llevarlos por Moscú, había atropellado a transeúntes y a cocheros, y sus señores —así se refería a Dólojov y a Kuraguin— le habían sacado del apuro. Por ellos había reventado a más de un caballo. Más de una vez sus señores lo habían golpeado, más de una vez lo habían emborrachado con champán o madeira, un vino que le gustaba mucho; sabía cosas de ellos por las que una persona corriente sería enviada a Siberia. Sus señores a menudo lo llevaban a sus juergas, le obligaban a beber y a bailar con los cíngaros; por sus manos más de una vez habían pasado miles de rublos de sus señores. Por ellos arriesgaba su vida y su pellejo veinte veces al año, y reventaba a más caballos de los que cubría el dinero que le habían pagado. Pero los apreciaba: le gustaban esas alocadas carreras en las que recorrían dieciocho verstas en una hora; le gustaba hacer volcar a otros cocheros, atropellar a peatones y volar a galope tendido por las calles de Moscú; le gustaba oír a su espalda los gritos salvajes y embriagados de sus señores: «¡Deprisa! ¡Deprisa!» cuando ya era imposible ir más rápido; le gustaba propinar un doloroso latigazo en el cuello a un campesino que, más muerto que vivo, ya estaba apartándose del camino. «¡Estos son señores de verdad!», pensaba.

Anatol y Dólojov también apreciaban a Balaga por su maestría como cochero y porque le gustaba lo mismo que a ellos. A los demás les pedía veinticinco rublos por un trayecto de dos horas y raramente conducía él, casi siempre enviaba a alguno de sus mozos. Pero si se trataba de sus señores, como él los llamaba, siempre conducía él y jamás exigía nada por su trabajo. Solo una vez cada varios meses, cuando se enteraba por algún ayuda de cámara de que sus señores disponían de dinero, iba por la mañana, totalmente sereno y, haciendo grandes reverencias, les pedía ayuda. Los señores lo invitaban siempre a sentarse.

—Sáqueme de este apuro, señor Fiódor Iványch; o usted, excelencia —decía—. Me he quedado sin caballos: préstenme lo que puedan para ir a la feria.

Y, cuando Anatol y Dólojov tenían fondos, le daban mil o dos mil rublos.

Balaga era un hombre de veintisiete años, de pelo castaño claro, cara colorada, cuello grueso y muy rojo, rechoncho, chato, con ojos brillantes y menudos, y una pequeña barbita. Llevaba un fino caftán azul con forro de seda encima de la zamarra.

Al pasar por el rincón de los iconos se santiguó y, a continuación, se acercó a Dólojov y le tendió su pequeña mano morena.

—¡Fiódor Ivánovich! —dijo, inclinándose.

—Saludos, hermano. Ahí lo tienes.

—Buenas tardes, excelencia —le dijo a Anatol, que estaba entrando, y también le tendió la mano.

—Dime, Balaga, ¿me quieres o no? ¿Eh? —le preguntó Anatol poniéndole las manos sobre los hombros—. Pues ahora gánate mi favor… ¿Con qué caballos has venido? ¿Eh?

—Con los que su emisario me ha ordenado: con las fieras —dijo Balaga.

—¡Bueno, escúchame, Balaga! Revienta a todos los caballos de la troika, pero a las tres tenemos que llegar allí. ¿Eh?

—Pero, si los reviento, ¿cómo vamos a llegar? —dijo Balaga guiñándole un ojo.

—¡Déjate de bromas o te parto la cara! —gritó Anatol repentinamente, con los ojos desorbitados.

—¿Por qué voy a bromear? —replicó el cochero riendo—. ¿Es que alguna vez he escatimado algo por mis señores? Mientras los caballos aguanten, no nos detendremos.

—¡Ah! —exclamó Anatol—. Venga, siéntate.

—¡Vamos, siéntate! —dijo Dólojov.

—Me quedaré de pie, Fiódor Ivánovich.

—Siéntate y déjate de tonterías. Bebe —le dijo Anatol, y le sirvió un gran vaso de madeira.

Al ver el vino, al cochero le brillaron los ojos. Al principio lo rechazó por cortesía, pero después se lo bebió y se secó los labios con un pañuelo rojo que llevaba dentro del gorro.

—Entonces ¿cuándo salimos, excelencia?

—Pues… —Anatol miró el reloj—. Ahora mismo. No me falles, Balaga. ¿Eh? ¿Llegaremos a tiempo?

—Dependerá de la salida; si es buena, ¿por qué no vamos a llegar a tiempo? —dijo Balaga—. A Tver lo llevé en siete horas. ¿Es que no lo recuerda, excelencia?

—¿Sabes qué? Una Navidad volvíamos de Tver —dijo Anatol con una sonrisa y volviéndose hacia Makarin, que lo miraba enternecido y muy atento — y ¿te puedes creer, Makarka, que íbamos tan rápido que se nos cortaba la respiración? Nos llevamos por delante a un convoy y saltamos por encima de dos carros, ¿verdad?

—¡Qué caballos aquellos! —exclamó Balaga continuando el relato—. Había enganchado caballos jóvenes a los lados y a un alazán en el centro —se volvió hacia Dólojov—: créame, Fiódor Iványch, cuando le digo que aquellas bestias recorrieron sesenta verstas a galope tendido; era imposible retenerlos y, como tenía las manos heladas de frío, le dije a su excelencia que cogiera las riendas y me senté en el fondo del trineo. No solo no los arreó, sino que era imposible contenerlos. ¡Vaya diablos, nos llevaron en tres horas! Solamente reventó el de la izquierda.

XVII

Anatol salió del comedor y al cabo de unos minutos volvió vestido con una pelliza ceñida por un cinturón de plata y un gorro ladeado de marta cebellina que sentaba muy bien a su hermoso rostro. Después de mirarse en el espejo se plantó delante de Dólojov y, con la misma pose que frente al espejo, cogió un vaso de vino:

—Bueno, Fedia, adiós; gracias por todo y adiós. Compañeros, amigos… —reflexionó un momento— de mi juventud, adiós —concluyó dirigiéndose a Makarin y a los demás.

A pesar de que todos iban a ir con él, era evidente que Anatol deseaba hacer algo emotivo y solemne ante sus compañeros. Hablaba lentamente, elevando la voz, sacando pecho y balanceando una pierna.

—Coged los vasos; tú también, Balaga. Bueno, compañeros, amigos de mi juventud: nos hemos divertido, hemos gozado de la vida, nos hemos divertido… ¿Eh? Y ¿cuándo nos volveremos a ver? Me marcho al extranjero. Hemos gozado de la vida, adiós, muchachos. ¡Salud! ¡Hurra!… —exclamó, apuró su vaso y lo estrelló contra el suelo.

—¡A su salud! —dijo Balaga, apurando también su vaso y secándose con el pañuelo.

Makarin, con lágrimas en los ojos, abrazó a Anatol.

—¡Oh, príncipe, qué pena me da separarme de ti! —dijo.

—¡En marcha, en marcha! —gritó Anatol.

Balaga se dispuso a salir.

—No, espera —dijo Anatol—. Cierra las puertas: tenemos que sentarnos. Así. —Cerraron las puertas y se sentaron[173]—. Y ¡ahora, en marcha, muchachos! —exclamó, poniéndose de pie.

El lacayo *Joseph* le dio la bolsa y el sable, y salieron al recibidor.

—¿Dónde está el abrigo de pieles? —preguntó Dólojov—. ¡Ey, Ignatka! Ve a ver a Matriona Matvéievna y pídele el abrigo de marta cebellina. Me han contado cómo son los raptos —añadió guiñando un ojo—: ella saldrá de su casa más muerta que viva, con la ropa que llevaba puesta; si uno vacila un instante, empezarán las lágrimas, que si papá y mamá, se quedará helada y habrá que volver; por eso lo que hay que hacer es envolverla inmediatamente con el abrigo y llevarla al trineo.

El lacayo trajo un abrigo de mujer de piel de zorro.

—¡Imbécil, te he dicho el de marta cebellina! ¡Ey, Matrioshka, el de marta cebellina! —gritó de tal modo que su voz resonó por toda la casa.

Una cíngara guapa, delgada y pálida de ojos negros y brillantes, con el pelo rizado de un negro azulado, entró a toda prisa vestida con un chal rojo y con el abrigo de marta cebellina en la mano.

—Qué se le va a hacer, aunque no me da pena; llévatelo —dijo, visiblemente azorada ante su amo y con pesar por separarse del abrigo.

Dólojov lo cogió y, sin contestarle, se lo echó encima y la envolvió con él.

—Así es como hay que hacerlo —le dijo a Anatol—. Y después así —añadió, levantando el cuello del abrigo alrededor del cuello de la cíngara y dejando al descubierto solo una pequeña parte de su cara—. Y luego así, ¿lo ves? —concluyó, acercando la cabeza de Anatol a la abertura del cuello, por la que asomaba la sonrisa radiante de Matriosha.

—Bueno, adiós, Matriosha —dijo Anatol besándola—. ¡Ah, aquí se acaba mi diversión! Despídeme de Stiopka. ¡Bueno, adiós, adiós, Matriosha! Deséame felicidad.

—Que Dios le conceda mucha felicidad, príncipe —le dijo Matriosha con su acento cíngaro.

En el porche esperaban dos troikas y dos jóvenes cocheros. Balaga se sentó en la de delante y, levantando mucho los codos, desenredó las riendas con parsimonia. Anatol y Dólojov se subieron con él. Makarin, Jvóstikov y el lacayo se montaron en la otra troika.

—¿Todos listos? —preguntó Balaga—. ¡Adelante! —gritó, enrollándose las riendas en las manos, y la troika salió volando por el bulevar Nikitski.

«¡So, caballo! ¡Ey, tú, sal de en medio!… ¡So!» era lo único que se oía: los gritos de Balaga y del mozo que iba a su lado en el pescante.

En la plaza Arbátskaia la troika embistió a un carruaje, se oyó un crujido y un grito, pero la troika continuó a toda velocidad por el Arbat.

Después de recorrer dos veces el callejón Podnovisnki, Balaga redujo el ritmo a los caballos, les hizo dar la vuelta y los detuvo en el cruce de la calle Stáraia Koniúshennaia.

El mozo saltó del pescante para sujetar las riendas. Anatol y Dólojov se apearon también y se dirigieron por la acera hasta llegar a una puerta cochera. Entonces Dólojov silbó, alguien le respondió con otro silbido y una doncella salió corriendo:

—Entren en el patio; si no, los van a ver. Ahora saldrá —dijo.

Dólojov se quedó esperando en la puerta cochera y Anatol siguió a la doncella hasta el patio, dio la vuelta a la esquina y entró rápidamente en el porche.

Gavrilo, el enorme lacayo de Maria Dmítrievna, salió al encuentro de Anatol.

—Pase a ver a la señora —le dijo con voz de bajo, cortándole el paso.

—¿Qué señora? ¿Tú quién eres? —le preguntó Anatol con un susurro sofocado.

—¡Kuraguin! ¡Atrás! —gritó Dólojov—. ¡Nos han traicionado! ¡Atrás!

Dólojov forcejeaba en la cancela con el portero, que trataba de cerrarla para que Kuraguin no saliera. Con un último esfuerzo, apartó al portero con violencia y, tras sujetar a Anatol del brazo, que había salido a toda prisa, lo sacó de allí y ambos volvieron corriendo a la troika.

XVIII

Maria Dmítrievna se había encontrado a Sonia llorando en el pasillo y la había obligado a confesárselo todo. Después de interceptar la nota de Natasha y de leerla, entró en su habitación con la misiva en la mano.

—¡Miserable, desvergonzada! —le dijo—. ¡No quiero oír ni una palabra!

Empujó a Natasha, que la miraba con ojos atónitos pero secos, la encerró con llave y ordenó al portero que permitiera pasar a las personas que se iban a presentar esa noche, pero no salir. Después ordenó a su lacayo que las condujera ante ella y se sentó en el comedor a esperar a los raptores.

Cuando Gavrilo entró a informar a Maria Dmítrievna de que los hombres habían logrado escapar, esta frunció el ceño, se levantó y, con las manos detrás de la espalda, anduvo mucho tiempo por la casa meditando lo que tenía que hacer. A las doce de la noche buscó la llave que llevaba en el bolsillo y se dirigió a la habitación de Natasha. Sonia estaba sentada en el pasillo sollozando.

—¡Maria Dmítrievna, déjeme entrar a verla, por el amor de Dios! —le suplicó.

Maria Dmítrievna, sin responderle, abrió la puerta y entró. «¡Qué vileza, qué ruindad, y en mi casa! ¡Chiquilla miserable, solo siento lástima por su padre! —pensaba, procurando apaciguar su furia—. Por muy difícil que resulte, ordenaré a todo el mundo que guarde silencio y le ocultaré lo sucedido al conde.» Entró en la habitación con paso decidido. Natasha estaba echada en el diván, inmóvil, con la cabeza oculta entre las manos, en la misma postura en que la había dejado Maria Dmítrievna.

—¡Buena estás hecha, muy buena! ¡Citando a tus amantes en mi casa! No hace falta que disimules. ¡Escúchame cuando te hablo! —Maria Dmítrievna la sacudió de un brazo—. ¡Escúchame cuando te hablo! Te has deshonrado como la última mujerzuela. Ya te enseñaría yo, pero me da lástima tu padre. Se lo ocultaré todo.

Natasha no cambió de postura, pero todo su cuerpo empezó a temblar, ahogado por unos sollozos sordos y espasmódicos. Maria Dmítrievna volvió la mirada hacia Sonia y se sentó en el diván, al lado de Natasha.

—Ha tenido suerte de poder huir, pero lo encontraré —dijo con su voz ruda—. ¿Oyes lo que te digo?

Puso su ancha mano debajo del rostro de Natasha y lo volvió hacia ella. Tanto Maria Dmítrievna como Sonia se quedaron asombradas al verlo: tenía los ojos brillantes y secos, los labios apretados y las mejillas hundidas.

—Déjen… me… Qué me impor… Me voy a… morir… —decía Natasha desprendiéndose con rabia de la mano de Maria Dmítrievna y volviendo a la postura de antes.

—¡Natalia!… —exclamó Maria Dmítrievna—. Solo deseo tu bien. Quédate así, como estás, no te tocaré, pero escúchame… No voy a decirte lo culpable que eres. Eso ya lo sabes. Pero tu padre llega mañana, y ¿qué le digo? ¿Eh?

El cuerpo de Natasha empezó a estremecerse de nuevo entre los sollozos.

—¡Si se enteran tu padre, tu hermano y tu prometido!

—¡No tengo ningún prometido, lo rechacé! —gritó Natasha.

—Da igual —continuó Maria Dmítrievna—. Si se enteran, ¿acaso crees que van a dejar las cosas así? Conozco a tu padre, lo conozco, si lo desafía a un duelo, ¿te parece que eso estará bien? ¿Eh?

—¡Ah, déjeme! ¿Por qué ha tenido que impedirlo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Quién se lo ha pedido? —gritaba Natasha, incorporándose en el diván y mirándola con rabia.

—Pero ¿qué es lo que querías? —exclamó Maria Dmítrievna acalorándose de nuevo—. ¿Acaso te teníamos encerrada? ¿Quién le impedía venir a visitarte a esta casa? ¿Por qué se te quería llevar como a una gitana cualquiera?… Y, si se te hubiera llevado, ¿crees que no lo habrían encontrado tu padre, tu hermano o tu prometido? ¡Es un canalla, un miserable, eso es lo que es!

—¡Es mejor que todos ustedes! —gritó Natasha incorporándose—. Si no lo hubieran impedido… ¡Ah, Dios! ¡Qué es esto! ¡Qué es esto! Sonia, ¿por qué? ¡Márchense!… —Y empezó a sollozar con la desesperación de quienes lloran por una desgracia de la que se sienten responsables. Maria Dmítrievna se disponía a decir algo más, pero Natasha gritó—: ¡Márchense, márchense! ¡Todos ustedes me odian, me desprecian! —Y de nuevo se arrojó sobre el diván.

Maria Dmítrievna estuvo un rato más exhortándola y tratando de hacerle comprender que era necesario ocultárselo todo al conde, que nadie se enteraría de nada si ella se comprometía a olvidarlo todo y a fingir delante de los demás que nada había ocurrido. Natasha no respondía. Había dejado de sollozar, pero tenía escalofríos y temblores. Maria Dmítrievna le colocó una almohada debajo de la cabeza, la tapó con dos mantas y le llevó una tila, pero la joven no le respondió.

—Bueno, que duerma —dijo Maria Dmítrievna al salir de la habitación, pensando que dormía.

Pero Natasha no dormía; miraba fijamente al frente con los ojos muy abiertos y el rostro pálido. Se pasó toda la noche sin dormir, sin llorar y sin hablar con Sonia, que se levantó varias veces para ir a ver cómo estaba.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el conde Iliá Andreich, tal y como había prometido, volvió de su hacienda de las afueras de Moscú. Estaba muy contento: el trato con el comprador había salido bien y ya no había nada que lo retuviera en Moscú; podía regresar con la condesa, a la que ya estaba añorando. Al recibirlo, Maria Dmítrievna le informó de que Natasha se había puesto muy enferma la víspera y habían llamado a un médico, pero que ahora se encontraba mejor. Natasha no salió de su habitación en toda la mañana.

Con los labios prietos y agrietados, los ojos secos e inmóviles, estuvo sentada junto a la ventana, observando con inquietud a quienes pasaban por la calle y volviendo rápidamente la mirada cada vez que alguien entraba en la habitación. Era evidente que esperaba noticias de él, que viniera en persona o le escribiera.

—¿Qué te pasa, ángel mío? ¿Estás enferma? —le preguntó el conde.

Natasha guardó silencio un momento.

—Sí, estoy enferma —le respondió.

A las intranquilas preguntas del conde, que quería saber por qué estaba tan abatida y si había ocurrido algo con su prometido, Natasha le aseguró que no era nada, y le pidió que no se preocupara. Maria Dmítrievna corroboró las palabras de Natasha. El conde, a juzgar por la supuesta enfermedad de su hija, su angustia y las caras de desconcierto de Sonia y de Maria Dmítrievna, veía claramente que en su ausencia había ocurrido algo. Sin embargo, le asustaba tanto pensar que a su querida hija le hubiera podido ocurrir algo ignominioso, y apreciaba tanto su alegre tranquilidad, que evitó hacer más preguntas y procuró convencerse de que nada malo había sucedido; tan solo le entristeció que, por culpa de la indisposición de Natasha, tuvieran que aplazar la vuelta a Otrádnoie.

XIX

Desde que su mujer llegó a Moscú, Pierre se había propuesto irse donde fuera con tal de no estar con ella. Poco después de la llegada de los Rostov a Moscú, la impresión que Natasha le había producido lo obligó a apresurarse a cumplir su propósito. Así pues, partió hacia Tver para visitar a la viuda de Iósif Alekséievich, que hacía mucho que le había prometido darle unos papeles de su difunto marido.

Al volver a Moscú le entregaron una carta de Maria Dmítrievna en la que le pedía que fuera a verla por un asunto muy importante relacionado con Andréi Bolkonski y su prometida. Pierre evitaba a Natasha, le parecía sentir por ella algo más fuerte que lo que un hombre casado debería sentir por la prometida de su amigo. Pero parecía que el destino no dejara de empujarlo hacia ella.

«¿Qué habrá pasado? Y ¿qué querrán de mí? —pensaba mientras se vestía para ir a ver a Maria Dmítrievna—. ¡Ojalá llegara de una vez el príncipe Andréi y se casara con ella!», se decía de camino a casa de Ajrosímova.

En el bulevar Tverskói alguien le llamó:

—¡Pierre! ¿Hace mucho que has llegado? —gritó una voz que conocía.

Levantó la cabeza. Anatol y su inseparable compañero Makarin pasaron como un relámpago en un trineo de gala tirado por dos trotones grises que colmaban el salpicadero de nieve. Anatol iba erguido, en la clásica pose de los militares petimetres, llevaba la parte inferior del rostro envuelta en el cuello de castor y la cabeza un poco inclinada. Tenía la cara sonrosada y fresca, y llevaba un sombrero ladeado de plumaje blanco bajo el que asomaba su pelo rizado, untado de pomada y cubierto de nieve menuda.

«¡Verdaderamente, ahí va un auténtico sabio! —pensó Pierre—. No ve más allá del placer momentáneo, no hay nada que lo inquiete, y por eso siempre está contento, satisfecho y tranquilo. ¡Qué daría yo por ser como él!», se dijo con envidia.

En la antesala un lacayo le ayudó a quitarse el abrigo de pieles y le dijo que Maria Dmítrievna le rogaba que pasara a su dormitorio.

Al abrir la puerta de la sala vio a Natasha sentada junto a la ventana con el rostro delgado, pálido y expresión rabiosa. La joven se volvió hacia él, frunció el ceño y salió con fría dignidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pierre mientras entraba en la habitación de Maria Dmítrievna.

—Algo magnífico. En mis cincuenta y ocho años de vida jamás he visto semejante deshonra.

Y, después de que Pierre le hubiera dado su palabra de honor de que guardaría silencio sobre todo lo que le iba a escuchar, Maria Dmítrievna le contó que Natasha había roto con su prometido sin avisar a sus padres; que Anatol Kuraguin había sido el causante de todo; que quien los había unido había sido Hélène; y que Natasha, en ausencia de su padre, había intentado huir con Anatol para casarse con él en secreto.

Pierre escuchaba con la boca abierta y levantando los hombros a las palabras de Maria Dmítrievna. No podía creer lo que estaba oyendo: ¡la prometida del príncipe Andréi, tan apasionadamente amada, esa encantadora Natasha Rostova, había cambiado a Bolkonski por el imbécil de Anatol, quien, además, ya estaba casado (Pierre conocía la historia su matrimonio secreto), y se había enamorado hasta el punto de querer huir con él! Esto era algo que no podía entender ni imaginar.

La imagen encantadora que tenía de Natasha, a quien conocía desde niña, no casaba en su alma con esa nueva idea de bajeza, estupidez y crueldad. Entonces recordó a su esposa. «Son todas iguales», se dijo, pensando que no

era el único que había corrido la triste suerte de estar unido a una mujer infame. No obstante, sintió tanta lástima por el príncipe Andréi y por su orgullo que se le saltaron las lágrimas. Y, cuanto más compadecía a su amigo, mayor era el desprecio e incluso repulsión que sentía por esa Natasha que poco antes, en la sala, había pasado por su lado con un aire de fría dignidad. Lo que Pierre no sabía era que el alma de la joven estaba llena de desesperación, vergüenza y humillación, y que su rostro había expresado involuntariamente esa dignidad fría y severa.

—Pero ¡cómo se iban a casar! —exclamó al oír las palabras de Maria Dmítrievna—. Él no habría podido: ya está casado.

—Esto se pone cada vez peor —sentenció Maria Dmítrievna—. ¡Vaya con el muchacho! ¡Es un canalla! Y ella esperándole desde hace dos días… Bueno, al menos dejará de hacerlo, tenemos que contárselo.

Al enterarse de los detalles de la boda de Anatol y después de haber descargado su furia en él con palabras injuriosas, Maria Dmítrievna le explicó a Pierre por qué lo había llamado. Temía que el conde o que Bolkonski, que podía regresar en cualquier momento, se enteraran de lo ocurrido —a pesar de sus esfuerzos por ocultárselo— y que retaran a Kuraguin. Por eso le pedía que, en nombre de ella, ordenara a su cuñado que abandonara Moscú y que no se atreviera a aparecer ante sus ojos. Pierre le prometió cumplir su deseo: solo en ese momento comprendió el peligro que amenazaba al viejo conde, a Nikolái y al príncipe Andréi. Después de exponerle de manera breve y clara sus exigencias, Maria Dmítrievna le dejó salir al salón.

—Pero ¡ve con cuidado! El conde no sabe nada. Haz como si no lo supieras —le dijo—. ¡Yo iré a decirle a Natasha que deje de esperarle de una vez! Quédate a comer si quieres —le invitó, dando un grito.

Pierre encontró en el salón al viejo conde, confuso y disgustado. Natasha le había dicho por la mañana que había rechazado a Bolkonski.

—¡Qué desgracia, qué desgracia, *mon cher*! Qué desgracia cuando las muchachas están sin su madre. Me arrepiento tanto de haber venido… Seré franco con usted. ¿Sabe que ha rechazado a su prometido sin consultárselo a nadie? Admitamos que este matrimonio nunca me había alegrado demasiado. Admitamos que, aunque el príncipe Andréi es un buen hombre, si se hubiera casado en contra de la voluntad de su padre, no habrían sido felices. Por otra parte, a Natasha no le van a faltar pretendientes. Pero ¡llevaban ya tanto tiempo! ¿Cómo ha podido dar un paso así sin pedir consejo a su padre ni a su madre? Ahora está enferma y ¡Dios sabe qué tiene! Mal asunto, conde, mal asunto cuando las hijas están sin su madre…

Pierre vio al conde tan perturbado que intentó cambiar de tema, pero él volvía una y otra vez a su desdicha.

Sonia entró en el salón con inquietud en el rostro.

—Natasha no se encuentra demasiado bien; está en su habitación y desea verlo. Maria Dmítrievna está con ella y también le ruega que vaya.

—Cierto, usted es muy amigo de Bolkonski: seguro que querrá mandarle algún recado —dijo el conde—. ¡Ah, Dios mío, Dios mío! ¡Con lo bien que iba todo! —Y, llevándose las manos a las sienes, cubiertas de ralo pelo gris, salió del salón.

Maria Dmítrievna le había contado a Natasha que Anatol estaba casado. La joven no se lo quería creer y había exigido que Pierre lo corroborara en persona. Sonia se lo iba contando mientras lo acompañaba a la habitación por el pasillo.

Natasha, pálida y severa, estaba sentada al lado de Maria Dmítrievna y, ya desde el momento en que Pierre cruzó la puerta, lo recibió con una mirada inquisitiva que tenía un brillo febril. No le sonrió ni le saludó con la cabeza, solo le miró con obstinación, y esa mirada preguntaba una única cosa: ¿era él un amigo o un enemigo, como todos los demás, en relación a Anatol? Resultaba evidente que, para ella, Pierre por sí mismo no existía.

—Él sabe toda la historia —dijo Maria Dmítrievna señalando a Pierre y mirando a Natasha—. Que te diga si lo que te he contado es cierto o no.

Natasha miraba a uno y a otro, como cuando un animal herido y acorralado mira a los perros y a los cazadores que le acechan.

—Natasha Ilínichna —empezó Pierre, bajando los ojos y sintiendo compasión por ella y repulsión por lo que tenía que decirle—: sea cierto o no, eso a usted no debe importarle, porque…

—Entonces ¿no es cierto que esté casado?

—Sí, lo es.

—Está casado… y ¿hace mucho? ¿Me da su palabra de honor?

Pierre se la dio.

—¿Sigue en la ciudad? —preguntó ella apresuradamente.

—Sí, lo acabo de ver.

Sin fuerzas para continuar hablando, eso era evidente, Natasha hizo una seña con la mano para que la dejaran sola.

XX

Pierre no se quedó a comer, salió inmediatamente de la habitación y se marchó. Recorrió la ciudad entera en busca de Anatol Kuraguin; cuando pensaba en él le hervía la sangre y le costaba respirar. Como no lo encontró en las colinas[174], ni con los cíngaros ni en Comoneno, se dirigió al club. Allí todo seguía su curso habitual: los socios, reunidos para comer, sentados por grupos, saludaron a Pierre y siguieron hablando de las noticias de la ciudad. Un lacayo lo recibió y, como conocía sus amistades y sus costumbres, le informó de que tenía un sitio reservado en el comedor pequeño, de que el príncipe Mijaíl Zajárych estaba en la biblioteca y de que Pável Timofeich aún no había llegado. Uno de sus conocidos le preguntó en mitad de una conversación sobre el tiempo si había oído la historia que se comentaba por toda la ciudad de que Kuraguin había raptado a Rostova, y si era cierta. Pierre se echó a reír y le dijo que era un disparate, porque acababa de estar en casa de los Rostov. Después preguntó a todos por Anatol; alguien le dijo que aún no había llegado, y otro añadió que ese día iba a ir a comer. A Pierre le resultaba extraño ver a ese montón de hombres tranquilos e indiferentes que ignoraban lo que estaba ocurriendo en su alma. Deambuló por la sala, esperó a que todo el mundo llegara y, al ver que Anatol no aparecía, decidió no quedarse a comer y se marchó a casa.

Aquel día Anatol había ido a comer a casa de Dólojov, quien le había aconsejado sobre la manera de arreglar lo ocurrido. Le parecía indispensable verse con Rostova y por la noche fue a casa de su hermana para discutir con ella cómo concertar el encuentro. Cuando, después de haber recorrido en vano todo Moscú, Pierre llegó a su casa, el ayuda de cámara le informó de que el príncipe Anatol Vasílievich estaba con la condesa. El salón de Hélène estaba repleto de invitados.

Pierre entró sin saludar a su mujer, a la que no había visto desde su regreso (en ese instante le resultaba más odiosa que nunca) y, al ver a Anatol, se dirigió hacia él.

—*Ah, Pierre!* —dijo la condesa, acercándose a su marido—. No sabes en qué estado se encuentra nuestro Anatol…

Hélène se detuvo al ver tanto en la cabeza gacha de su marido como en sus ojos brillantes y en su paso decidido la terrible expresión de cólera y de fuerza que tan bien conocía y que ya había experimentado personalmente después del duelo con Dólojov.

—¡Donde está usted solo hay depravación y mal! —le dijo Pierre a su mujer—. Anatol, vamos, tengo que hablar con usted —añadió en francés.

Anatol volvió la mirada hacia su hermana y se levantó dócilmente, dispuesto a seguir a Pierre.

Este lo cogió de un brazo y tiró de él.

—*Si vous vous permettez dans mon salon…*[175] —susurró Hélène, pero Pierre no le respondió y salió.

Anatol lo seguía con su paso gallardo habitual. Sin embargo, su rostro delataba inquietud.

Cuando entraron en el gabinete, Pierre cerró la puerta y le dijo sin mirarlo:

—¿Le prometió usted a la condesa Rostova que se casaría con ella? ¿La iba a raptar?

—Querido —le respondió Anatol en francés (idioma en el que se desarrolló toda la conversación)—, no me considero obligado a contestar interrogatorios en ese tono.

El rostro de Pierre, ya pálido antes, se desfiguró de cólera. Lo agarró con su enorme mano por el cuello del uniforme y lo zarandeó hasta que el rostro de Anatol reflejó suficiente espanto.

—He dicho que *tengo que* hablar con usted… —repitió Pierre.

—¡Venga, esto es una estupidez! ¿Eh? —exclamó Anatol palpando el botón y el trozo de paño que le había arrancado del cuello.

—Es usted un miserable y un canalla, no sé qué es lo que me detiene del placer de aplastarle la cabeza con esto —dijo Pierre, que, como hablaba en francés, se expresaba de un modo tan artificial. Cogió un macizo pisapapeles, lo levantó amenazante y enseguida lo devolvió a su sitio—. ¿Le prometió casarse con ella?

—Yo… yo… Yo no pensaba… Por otra parte, nunca se lo prometí, porque…

Pierre lo interrumpió.

—¿Tiene sus cartas? ¿Las tiene? —preguntó, avanzando hacia él.

Anatol lo miró, acto seguido se metió la mano en un bolsillo y buscó el billetero.

Pierre cogió las cartas que Anatol le acababa de dar, apartó una silla que estaba en su camino y se dejó caer sobre el diván.

—*Je ne serai pas violent, ne craignez rien*[176] —dijo en respuesta al gesto asustado de Anatol—. Las cartas, uno —añadió, como si estuviera recitando una lección para sí mismo—. Dos —continuó tras un breve silencio, levantándose de nuevo y dando unos pasos—: mañana abandonará usted Moscú.

—Pero cómo voy a poder…

—Tres —prosiguió sin escucharle—: jamás dirá una palabra de lo que hubo entre usted y la condesa. Sé que esto no se lo puedo prohibir, pero si tiene un ápice de conciencia…

Pierre recorrió el gabinete varias veces en silencio. Anatol estaba sentado a la mesa, mordiéndose los labios y con el ceño fruncido.

—Al fin y al cabo, es imposible que no entienda que, además de su placer, existen la felicidad y la tranquilidad de los demás, y que destruye usted vidas enteras solo por su afán de divertirse. Diviértase con mujeres como mi esposa, con estas tiene usted todo el derecho, porque saben lo que quiere de ellas: están armadas contra usted con la misma experiencia de la depravación. Pero prometerle a una jovencita casarse con ella… Engañarla, raptarla… ¡Cómo es posible que no entienda que eso es tan miserable como pegar a un anciano o a un niño!

Pierre se interrumpió, mirando a Anatol ya no con ira, sino interrogativamente.

—Eso yo no lo sé… ¿Eh? —respondió Anatol, envalentonándose al ver que Pierre dominaba su furia—. Eso es algo que ni sé ni quiero saber —añadió sin mirarlo y con un ligero temblor en la mandíbula inferior—. Pero usted me ha dicho ciertas palabras, como «miserable» y otras por el estilo que, *comme un homme d'honneur*[177], no le tolero a nadie.

Pierre lo miró asombrado, incapaz de comprender lo que pretendía.

—Aunque las haya dicho estando a solas —continuó Anatol—, no puedo…

—¿Qué es lo que quiere? ¿Una satisfacción? —replicó Pierre burlonamente.

—Al menos podría retirar sus palabras, ¿eh? Si quiere que cumpla sus condiciones, ¿eh?

—Las retiro, las retiro —dijo Pierre—, y le ruego que me perdone. —Miró inconscientemente el botón que le había arrancado—. Y le daré dinero para el viaje, si lo necesita.

Anatol sonrió.

La expresión cobarde y vil de esta sonrisa, que Pierre ya conocía de su mujer, le hizo estallar:

—¡Oh, casta de miserables y de desalmados! —exclamó, y salió del gabinete.

Al día siguiente Anatol se marchó a San Petersburgo.

XXI

Pierre fue a visitar a Maria Dmítrievna para comunicarle que había cumplido su petición de que Kuraguin abandonara Moscú. Toda la casa andaba asustada y alarmada: Natasha estaba muy enferma. Maria Dmítrievna le confió en secreto que, la misma noche en que la joven se había enterado de que Anatol estaba casado, se había intentado envenenar con arsénico, que había conseguido a escondidas. Después de ingerir un poco, se había asustado tanto que había despertado a Sonia y le había contado lo que acababa de hacer. Pudieron tomar a tiempo las medidas necesarias contra el veneno y Natasha se encontraba ya fuera de peligro; sin embargo, estaba tan débil que habían descartado la idea de emprender el viaje a Otrádnoie y habían mandado llamar a la condesa. Pierre vio al conde aturdido y a Sonia deshecha en llanto, pero no pudo ver a Natasha.

Aquel día Pierre comió en el club y por todas partes oyó conversaciones sobre el intento de rapto de Rostova; las desmintió con obstinación, asegurando que lo único que había ocurrido era que su cuñado le había propuesto matrimonio a Rostova y que esta lo había rechazado. Pierre consideraba un deber tapar todo aquel asunto y restablecer la reputación de Rostova.

Pierre esperaba con temor el regreso del príncipe Andréi y pasaba todos los días por la casa del viejo príncipe para informarse de si su amigo había llegado.

El príncipe Nikolái Andreich estaba enterado por *mademoiselle* Bourienne de los rumores que corrían por la ciudad y había leído la nota dirigida a la princesa Maria en la que Natasha rechazaba a su prometido. El viejo príncipe parecía más alegre que de costumbre y esperaba con gran impaciencia a su hijo.

Varios días después de la partida de Anatol, Pierre recibió una nota del príncipe Andréi en la que le informaba de su llegada y le pedía que fuera a verlo.

Nada más llegar a Moscú el príncipe Andréi había obtenido de manos de su padre la nota de ruptura que Natasha le escribiera a la princesa Maria (*mademoiselle* Bourienne la había sustraído de su habitación y se la había entregado al viejo príncipe), y había escuchado por boca de este la historia del rapto, con todos sus aderezos.

El príncipe Andréi había llegado la noche anterior y Pierre lo fue a ver a la mañana siguiente; esperaba verlo casi en el mismo estado en que se

encontraba Natasha, por lo que le asombró, al entrar en el salón, oír su voz sonora contando, con tono animado, cierta intriga petersburguesa en el gabinete. El viejo príncipe y otro hombre lo interrumpían de vez en cuando. La princesa Maria salió a recibir a Pierre, y suspiró al señalar con la mirada la puerta del gabinete donde estaba el príncipe Andréi, como deseando expresar la compasión que sentía por su desgracia. Sin embargo, Pierre percibió en su rostro cierta alegría por lo ocurrido y por el modo en que su hermano se había tomado la noticia de la traición de Natasha.

—Me ha dicho que ya se lo esperaba —apuntó la princesa Maria—. Sé que su orgullo no le permite expresar sus sentimientos, pero, aun así, lo ha llevado mejor, mucho mejor de lo que me esperaba. Está visto que así tenía que ser…

—Pero ¿acaso todo ha acabado? —preguntó Pierre.

La princesa Maria lo miró sorprendida, sin comprender siquiera cómo podía preguntarle algo así. Pierre entró en el gabinete. El príncipe Andréi estaba muy cambiado, sin duda mejor de salud, aunque le había salido una nueva arruga vertical entre las cejas; vestido de civil, discutía acaloradamente con su padre y con el príncipe Mescherski mientras gesticulaba con energía.

Estaban hablando de Speranski: la noticia de su repentino destierro y de su supuesta traición acababa de llegar a Moscú.

—Ahora juzgan y culpan a Speranski los mismos que hace un mes estaban entusiasmados con él —decía el príncipe Andréi—, y aquellos que eran incapaces de comprender sus objetivos. Juzgar a un hombre cuando ha caído en desgracia es muy fácil, así como cargar sobre él todos los errores de los demás; pero yo les diré que, si algo bueno se ha hecho en este reinado, lo ha hecho todo él y solo él… —Se detuvo al ver a Pierre. Su rostro se estremeció, pero al instante adoptó una expresión irritada—. La posteridad le hará justicia —terminó de decir y, acto seguido, se dirigió hacia su amigo—. Bueno, ¿cómo estás? No dejas de engordar —le dijo animadamente, pero la arruga que le había salido en la frente se le hizo más profunda—. Sí, estoy bien de salud —respondió a la pregunta de Pierre con una sonrisa forzada.

Para Pierre era evidente que esta sonrisa expresaba: «Estoy bien de salud, pero mi salud no es asunto de nadie». Después de hablarle del pésimo estado en el que estaba el camino desde la frontera de Polonia, de los conocidos de Pierre a los que había visto en Suiza y del señor Dessales, al que había traído del extranjero como preceptor para su hijo, el príncipe Andréi volvió a intervenir acaloradamente en la conversación sobre Speranksi, que los dos viejos aún mantenían.

—Si hubiera traición y existieran pruebas de sus relaciones secretas con Napoleón, las habrían hecho públicas —dijo con ardor y precipitación—. Personalmente no me gustaba ni me gusta Speranski, pero sí me gusta la justicia.

En ese instante Pierre reconoció en su amigo la necesidad, que tan bien conocía, de acalorarse y de discutir sobre algo ajeno solo para ahogar unos pensamientos demasiado íntimos y dolorosos.

Cuando el príncipe Mescherski se marchó, el príncipe Andréi cogió a Pierre del brazo y lo invitó a pasar a la habitación que le habían asignado. Había allí una cama sin hacer, maletas y baúles abiertos. El príncipe Andréi se acercó a uno de ellos y cogió una cajita de la que extrajo un fajo envuelto en un papel. Todo esto lo hizo rápidamente y en silencio. Se levantó, tosiendo. Tenía una expresión áspera en el rostro y los labios apretados.

—Perdóname si te incomodo… —Pierre comprendió que el príncipe Andréi quería hablar de Natasha, y su ancho rostro delató pesar y compasión. Esta expresión enojó al príncipe Andréi y, con tono resuelto, sonoro y desagradable, continuó—: He sido rechazado por la condesa Rostova y me han llegado rumores de que tu cuñado pretende su mano, o algo así. ¿Es eso cierto?

—Es cierto y no lo es —empezó Pierre, pero el príncipe Andréi lo interrumpió.

—Aquí están sus cartas y su retrato —dijo. Cogió el fajo de papeles de la mesa y se lo dio—. Házselo llegar a la condesa… si la ves.

—Está muy enferma —dijo Pierre.

—¿Es que aún sigue en Moscú? ¿Y el príncipe Kuraguin? —le preguntó apresuradamente.

—Él se marchó hace bastante. Ella ha estado a punto de morir…

—Lamento mucho su enfermedad —dijo el príncipe Andréi, y sonrió de un modo frío, rabioso y desagradable, igual que su padre—. Así pues, ¿el señor Kuraguin no se ha dignado aceptar la mano de la condesa Rostova? —añadió, resoplando varias veces por la nariz.

—Él no podía casarse, porque ya está casado —dijo Pierre.

El príncipe Andréi se echó a reír de un modo desagradable que de nuevo recordaba a su padre.

—Y ¿dónde está ahora su cuñado, si se puede saber? —preguntó.

—Se marchó a San Petersb… Por otra parte, no sé dónde está —dijo Pierre.

—Bueno, qué más da eso ya —replicó el príncipe Andréi—. Dile de mi parte a la condesa Rostova que es completamente libre y que siempre lo ha sido, y que le deseo lo mejor.

Pierre cogió el fajo de papeles. El príncipe Andréi lo miraba detenidamente, como tratando de recordar si debía decirle algo más o esperando que hablara.

—Escuche, ¿recuerda nuestra conversación en San Petersburgo sobre…? —dijo Pierre.

—La recuerdo —le respondió el príncipe Andréi rápidamente—: dije que hay que perdonar a una mujer caída, pero no dije que yo lo pudiera hacer. No puedo.

—¿Acaso se puede comparar esto con?… —empezó Pierre, pero el príncipe Andréi lo cortó y gritó con brusquedad:

—Sí, claro, ¿volver a pedir su mano, ser magnánimo, etcétera?… Todo eso es muy noble, pero yo no soy capaz de ir *sur les brisées de monsieur*[178]. Si quieres ser mi amigo, no me vuelvas a hablar jamás de esa… De todo esto. Bueno, adiós. Entonces ¿le entregarás las cartas?…

Pierre salió de la habitación y fue a ver al viejo príncipe y a la princesa Maria.

El anciano parecía más animado que de costumbre. La princesa Maria estaba igual que siempre pero, por debajo de la compasión por su hermano, traslucía su alegría por que la boda se hubiera echado a perder. Pierre, al mirarlos, se dio cuenta del desprecio y la rabia que sentían contra los Rostov, y comprendió que en su presencia no se podía siquiera mencionar el nombre de la que había podido cambiar al príncipe Andréi por otro.

Durante la comida hablaron de la guerra, cuya inminencia ya resultaba evidente. El príncipe Andréi no dejó de intervenir y estuvo discutiendo primero con su padre y después con Dessales, el preceptor suizo. Parecía más animado que de costumbre, pero se trataba de una animación cuya causa moral Pierre conocía muy bien.

XXII

Esa misma noche Pierre fue a ver a los Rostov para cumplir el encargo del príncipe Andréi. Natasha estaba acostada y el conde había ido al club. Pierre le entregó las cartas a Sonia y fue a ver a Maria Dmítrievna, que deseaba

saber cómo había recibido el príncipe Andréi la noticia. Al cabo de cinco minutos Sonia entró en la habitación de Maria Dmítrievna.

—Natasha quiere ver sin falta al conde Piotr Kirílovich —dijo.

—Pero ¡cómo! ¿Va a ir a su habitación? No la tenéis ordenada —exclamó Maria Dmítrievna.

—No, Natasha se ha vestido y está en el salón —dijo Sonia.

Maria Dmítrievna se limitó a encogerse de hombros.

—¡Cuándo llegará la condesa! Esta muchacha me ha dejado exhausta. Ten cuidado y no vayas a contarle todo —le dijo a Pierre—. ¡No tengo ánimos ni para regañarla de la lástima que da! ¡Qué lástima da!

Natasha, enflaquecida, con el rostro pálido y severo (no estaba en absoluto avergonzada, como la esperaba ver Pierre), aguardaba de pie en medio del salón. Cuando Pierre apareció por la puerta ella se azoró, sin duda indecisa entre si debía acercarse o esperar.

Pierre se dirigió rápidamente a ella. Pensaba que le tendería la mano, como siempre, pero ella se quedó respirando con dificultad, con los brazos totalmente caídos, en la misma postura que solía adoptar cuando cantaba en medio de la sala, pero con una expresión completamente distinta.

—Piotr Kirílych —empezó a decir rápidamente—, el príncipe Bolkonski era su amigo, es decir, es su amigo —se corrigió (le parecía que todo pertenecía al pasado, que ahora todo era distinto)—. Una vez me dijo que acudiera a usted…

Pierre la miraba en silencio, resoplando por la nariz. Hasta ese momento la había censurado en su fuero interno y había procurado despreciarla, pero de pronto sintió tanta lástima por ella que no hubo lugar para el reproche.

—Ahora que está en Moscú, dígale… que me per… perdone.

Natasha se detuvo y la respiración se le aceleró, pero no lloró.

—Sí… se lo diré —asintió Pierre—, pero… —No sabía cómo continuar.

Al parecer, Natasha se asustó de la idea que a él se le pudiera ocurrir.

—No, si ya sé que todo ha acabado —dijo ella atropelladamente—. Eso jamás va a volver. Lo único que me atormenta es el daño que le he hecho. Solo dígale que le ruego que me perdone, que me perdone, que me perdone por todo…

Su cuerpo entero se estremeció y tuvo que tomar asiento en una silla. El alma de Pierre se llenó de un sentimiento de compasión totalmente desconocido para él.

—Se lo diré, se lo diré todo —empezó Pierre—. Pero… desearía saber una cosa…

«¿Qué cosa?», le preguntaba Natasha con la mirada.

—Desearía saber si amó usted a… —Pierre no sabía cómo llamar a Anatol y enrojeció al pensar en él—, si amó usted a ese hombre malo.

—No lo llame malo —dijo Natasha—. Pero es que no sé nada, no sé nada…

Y se echó a llorar.

Un sentimiento aún más grande de compasión, ternura y amor se apoderó de Pierre. Sintió cómo las lágrimas le corrían bajo las gafas, y esperó que no se le notaran.

—No hablemos más, amiga mía —dijo. A Natasha esa voz repentinamente dulce, tierna y cordial le resultó muy extraña—. No hablemos más, amiga mía, se lo diré todo; solo le pido una cosa: considéreme su amigo y, si necesita ayuda, consejo o simplemente abrirle su corazón a alguien (no ahora, sino cuando todo se haya aclarado en su alma), acuérdese de mí. —Le cogió una mano y se la besó—. Me sentiré feliz si soy capaz de…

Se turbó.

—No me hable así: ¡no me lo merezco! —gritó Natasha, y quiso salir del salón, pero Pierre retuvo su mano.

Él sabía que debía decirle algo más, pero en cuanto lo hizo se sorprendió de sus propias palabras:

—¡No siga, no siga, tiene toda la vida por delante! —le dijo.

—¿Yo? ¡No! Para mí todo ha acabado —replicó ella con un sentimiento de vergüenza y humillación.

—¿Todo ha acabado? —repitió él—. Si yo no fuera yo, sino el hombre más atractivo, más inteligente y mejor del mundo, y si fuera libre, le pediría ahora mismo, de rodillas, su mano y su amor.

Por primera vez en muchos días, Natasha lloró con lágrimas de agradecimiento y de emoción y, tras dirigir una mirada a Pierre, salió del salón.

Pierre, de inmediato, salió casi corriendo hacia la antesala, tratando de contener las lágrimas de emoción y de felicidad que se le agolpaban en la garganta, se puso el abrigo de pieles sin lograr acertar en las mangas y se montó en el trineo.

—¿Adónde desea ir ahora? —le preguntó el cochero.

«¿Adónde? —se dijo Pierre—. ¿Adónde puedo ir ahora? ¿Acaso al club o de visita?» ¡Todo el mundo le parecía tan lastimoso y tan pobre en comparación con el sentimiento de ternura y de amor que experimentaba, en

comparación con la mirada tierna y agradecida que ella le había dirigido bajo las lágrimas en el último instante!

—A casa —dijo Pierre, y, a pesar de los diez grados bajo cero, se desabrochó el abrigo de piel de oso que cubría su ancho pecho y respiró con alegría.

Hacía un tiempo helado y claro. Por encima de las calles sucias, poco iluminadas, y de los tejados negros se extendía el firmamento oscuro y estrellado. Solo al mirar el cielo Pierre dejaba de advertir la insultante bajeza de todo lo terrenal en comparación con la altura en la que se hallaba su alma. Al llegar a la plaza Arbátskaia la inmensidad del cielo oscuro y estrellado se abrió ante sus ojos. Casi en medio del firmamento, sobre el bulevar Prechístenki, pendía el gigantesco y brillante cometa de 1812[179], totalmente rodeado de estrellas, pero que destacaba entre ellas por su proximidad a la Tierra, por su color blanco y por su larga cola vuelta hacia arriba; era el mismo cometa del que decían que anunciaba toda clase de horrores y el final del mundo. Sin embargo, en Pierre el astro luminoso y su radiante cola no despertaba el menor temor, al contrario: miraba con ojos alegres y húmedos por las lágrimas ese astro luminoso que parecía, después de cruzar a una velocidad indescriptible el espacio y siguiendo una línea parabólica, haberse incrustado en un lugar elegido en el cielo negro, como una flecha clavada en el suelo, y se había detenido levantando enérgicamente su cola, jugando con su luz blanca en medio de la infinidad de estrellas refulgentes. A Pierre le pareció que el cometa respondía enteramente a lo que se estaba produciendo en su alma enternecida y vivificada, que se abría a una nueva vida.

Libro III

Primera parte

I

A finales de 1811 se inició el armamento intensivo y la concentración de fuerzas en la Europa occidental, y en 1812 estas fuerzas formadas por millones de hombres (contando con los encargados del transporte y del aprovisionamiento) avanzaron de oeste a este en dirección a las fronteras de Rusia, hacia donde, de la misma manera, desde 1811 acudían las fuerzas rusas. El 12 de junio las tropas de la Europa occidental cruzaron las fronteras rusas y estalló la guerra, es decir, se produjo un acontecimiento contrario a la razón y a toda la naturaleza humana. Millones de hombres cometieron unos contra otros una cantidad tan infinita de fechorías, engaños, traiciones, robos, emisión y distribución de billetes falsos, saqueos, incendios y asesinatos que ni los anales de los tribunales de todo el mundo podrían recogerla en siglos enteros; sin embargo, los hombres que en aquel tiempo realizaron estos actos no consideraron estar cometiendo ningún crimen.

¿Qué fue lo que produjo tan insólito acontecimiento? ¿Cuáles fueron sus causas? Los historiadores afirman con ingenua seguridad que fueron: el agravio que sufrió el duque de Oldenburgo[1], el incumplimiento del sistema continental[2], la sed de poder de Napoleón, la firmeza de Alejandro, los errores de la diplomacia, etcétera.

Así pues, hubiera bastado con que Metternich[3], Rumiántsev o Talleyrand[4] se hubieran esforzado, entre un descanso y una recepción, en redactar con más habilidad algún documento, o que Napoleón le hubiera escrito a Alejandro: «*Monsieur, mon frère, je consens à rendre le duché au duc d’Oldenbourg*»[5] para que la guerra no hubiera estallado.

Es comprensible que los contemporáneos vieran así los hechos. Es comprensible que a Napoleón le pareciera que la guerra se debía a las intrigas de Inglaterra (como afirmaría posteriormente en la isla de Santa Elena); es comprensible que a los miembros de la Cámara inglesa les pareciera que la causa era la sed de poder de Napoleón; que al príncipe de Oldenburgo le pareciera que era la violencia ejercida contra él; a los comerciantes, el sistema

continental, que había arruinado Europa; a los viejos soldados y a los generales, la necesidad de utilizarlos; a los legitimistas, la necesidad de restablecer *les bons principes*[6]; y a los diplomáticos de la época, la poca habilidad con que se había ocultado a Napoleón la alianza de 1809 entre Rusia y Austria, así como la torpeza con que había sido redactado el memorándum número 178. Es comprensible, en definitiva, que estas y otras causas, cuyo número ilimitado depende de infinitos puntos de vista, parecieran certeras a sus contemporáneos; pero para nosotros, los descendientes, que contemplamos el conjunto de estos acontecimientos en toda su magnitud y que podemos ahondar en su simple y terrible significado, estas razones nos parecen insuficientes. Para nosotros resulta incomprensible que millones de cristianos se mataran y torturaran entre sí solo porque Napoleón tuviera sed de poder, porque Alejandro se mostrara firme, porque la política de Inglaterra fuera tramposa y porque el duque de Oldenburgo se sintiera agraviado. Es imposible entender qué relación tienen estos hechos con el acto mismo del asesinato y de la violencia. ¿Por qué la ofensa a un duque iba a hacer que miles de hombres se desplazaran desde la otra punta de Europa para matar y arruinar a los habitantes de las provincias de Smolensk y de Moscú, y para después perder la vida a manos de ellos?

Para nosotros, los descendientes, que no somos historiadores sumergidos en la investigación y que por eso podemos contemplar los hechos sin el sentido común ofuscado, las causas nos parecen infinitas. Cuanto más profundizamos en su búsqueda, más de ellas descubrimos, y todas las causas tomadas por separado o en su conjunto nos parecen igual de válidas en sí mismas, igual de equivocadas por su insignificancia en comparación con la vastedad de los hechos, e igual de erróneas por su incapacidad de originar los acontecimientos (si no convergen con todas las demás causas). La negativa de Napoleón de hacer retroceder a sus tropas a la otra orilla del Vístula y de devolver el ducado de Oldenburgo nos parece una causa tan válida como el deseo o la desgana del primer cabo francés de reengancharse, ya que si este se hubiera negado a servir y su ejemplo hubiera sido seguido por un segundo y un tercer cabo o soldado hasta llegar a miles de ellos, la falta de efectivos en las tropas de Napoleón habría sido tan grande que la guerra hubiera sido imposible.

Si Napoleón no se hubiera ofendido porque le hubieran exigido retirarse a la otra orilla del Vístula y si no hubiera ordenado que sus tropas avanzaran, no habría habido guerra; pero tampoco la habría habido si los sargentos se hubieran negado a reengancharse. Y tampoco la podría haber habido sin las

intrigas de Inglaterra, sin el príncipe de Oldenburgo, sin la susceptibilidad de Alejandro, si en Rusia no hubiera existido el poder absolutista, si no se hubiera producido la Revolución francesa, ni el Directorio y el Imperio que la siguieron, y si no hubiera existido todo lo que desencadenó esta revolución, y así sucesivamente. Si hubiera faltado alguna de estas circunstancias, nada de esto hubiera sucedido. Por tanto, para que se desencadenara tuvieron que concurrir todas ellas, miles de millones. Así pues, no existió una única causa que llevara a estos acontecimientos: si se produjeron fue porque tenían que producirse. Millones de hombres, abjurando de su humanidad y raciocinio, avanzaron de oeste a este para matar a sus semejantes del mismo modo que siglos antes masas de hombres habían avanzado de este a oeste para matar a sus semejantes.

Los actos de Napoleón y de Alejandro, de cuyas palabras parecía depender que se produjeran o no los acontecimientos, eran tan poco libres como los de cualquier soldado que participa en una campaña por sorteo o reclutamiento. Y esto no podría ser de otro modo, porque para que la voluntad de Napoleón o de Alejandro (dos hombres de los que parecían depender los acontecimientos) se cumpliera, era imprescindible la concurrencia de una serie infinita de circunstancias, y la falta de una sola de ellas habría impedido su desencadenamiento. Fue imprescindible que millones de hombres en cuyas manos estaba la verdadera fuerza —los soldados que disparaban y los que transportaban víveres y cañones— aceptaran cumplir la voluntad de unos individuos aislados y débiles, y se vieran arrastrados por una cantidad infinita de causas de lo más complejo y variado.

El fatalismo es inevitable para dar una explicación a los hechos históricos que nos resultan irrazonables (es decir, cuya sensatez no comprendemos). Y, cuanto más intentamos dar una explicación racional a estos hechos históricos, más irracionales e incomprensibles nos resultan.

Cada persona vive para sí misma, emplea su libertad para alcanzar sus objetivos personales y siente con todo su ser que tiene la capacidad de hacer o de dejar de hacer esto o aquello; pero, una vez realizado, este acto que ha llevado a cabo en un instante temporal concreto se vuelve irreversible y se convierte en patrimonio de la historia, dentro de la cual su significado ya no es libre, sino predeterminado.

La vida de toda persona tiene dos facetas: la privada, que es más libre cuanto más abstractos son sus intereses, y la común, gregaria, en la que el individuo cumple inevitablemente con las leyes que le han sido impuestas.

Todo individuo vive conscientemente para sí mismo, pero la humanidad lo utiliza como arma inconsciente para alcanzar sus objetivos históricos. Un acto realizado es irreversible, y sus efectos, que concurren en el tiempo con otros millones de actos realizados por otras personas, adquieren un significado histórico. Cuanto más elevada es la posición social de una persona y con cuanta más gente se relaciona, más poder tiene sobre los demás y más patente resulta la predeterminación y la inevitabilidad de sus actos.

«El corazón del rey está en la mano de Dios.»[7]

El rey es esclavo de la historia.

La historia —es decir, la vida inconsciente, común y gregaria de la humanidad— se aprovecha de cada momento de la vida de los reyes como instrumento para lograr sus propios objetivos.

Aunque en 1812 a Napoleón le pareciera que, más que nunca, de él dependía *verser* o no *verser le sang de ses peuples*[8] (como le escribió a Alejandro en su última carta), nunca estuvo tan sometido como entonces a las leyes inevitables que le obligaban (aunque creyera actuar según su propio albedrío) a hacer para la causa común, para la historia, lo que tenía que hacer.

Hombres de Occidente marcharon hacia Oriente para matarse unos a otros. Y por la ley de coincidencia de causas, las miles pequeñas causas de este movimiento y de esta guerra se adaptaron y coincidieron con el acontecimiento: los reproches por infringir el sistema continental, el duque de Oldenburgo, el avance de las tropas hacia Prusia con el fin de alcanzar una paz armada (tal y como le parecía a Napoleón), el amor y apego del emperador francés por la guerra —que coincidía con el sentir de su pueblo—, el entusiasmo por la fastuosidad de los preparativos y los gastos que estos conllevaron, la necesidad de obtener ganancias que compensaran estos gastos, los embriagadores honores de Dresde[9], las negociaciones diplomáticas —que, en opinión de los contemporáneos, tenían el sincero deseo de alcanzar la paz y que solo consiguieron herir el amor propio de uno y otro bando—, y miles de millones de otras causas que también se adaptaron y coincidieron con el acontecimiento que iba a suceder.

Cuando una manzana está madura y cae del árbol, ¿por qué lo hace? ¿Por la atracción de la tierra? ¿Porque se ha secado su tallo? ¿Porque la ha secado el sol? ¿Porque el viento la agita? ¿Porque el niño que está debajo se la quiere comer?

Por ninguna de estas causas solas. Se trata de una concurrencia de condiciones en las cuales se produce todo acontecimiento vital, orgánico,

elemental. Y el botánico que descubre que la manzana cae porque su tejido celular se descompone, etcétera, tendrá tanta razón como el niño que, al pie del árbol, dice que la manzana ha caído porque se la quiere comer y ha rezado por ello. Y quien diga que Napoleón llegó hasta Moscú porque tal era su deseo y que cayó porque Alejandro así lo quiso, tendrá razón y no la tendrá, del mismo modo que la tiene y no la tiene quien afirma que una montaña que pesa millones de *puds* y que ha sido socavada se ha desmoronado porque el último trabajador le ha dado el último golpe con su pico. En los acontecimientos históricos los llamados «grandes hombres» son etiquetas que dan título al acontecimiento y, como las etiquetas, son los que menos relación tienen con el acontecimiento.

Cada uno de sus actos, que a ellos les parecen voluntarios, en un sentido histórico son involuntarios, están relacionados con la marcha de la historia y están determinados para siempre.

II

El 29 de mayo Napoleón salió de Dresde, donde había pasado tres semanas rodeado de una corte compuesta por príncipes, duques, reyes e incluso un emperador. Antes de partir, agasajó al emperador, a los príncipes y a los reyes que se lo habían merecido, y regañó a los reyes y príncipes con los que estaba descontento; le regaló sus perlas y diamantes, es decir, robadas a otros reyes, a la emperatriz de Austria; como dice un historiador, abrazó cariñosamente a la emperatriz Maria Luisa y la dejó tan triste por la separación —a ella, que se consideraba su mujer a pesar de que él tenía a otra en París— que parecía no poder soportarlo. A pesar de que los diplomáticos creyeran firmemente que la paz era posible y de que trabajaran con empeño en conseguirla, y a pesar de que el emperador Napoleón escribiera una carta al emperador Alejandro en la que le llamaba «*Monsieur mon frère*»[10] y le asegurara sinceramente que no deseaba la guerra y que siempre lo querría y respetaría, el hecho es que partió para reunirse con su ejército y en cada estación de postas daba órdenes nuevas para que las tropas aceleraran la marcha hacia el este. Viajó por caminos reales en un coche tirado por seis caballos, rodeado de pajes, ayudantes de campo y una escolta, y pasó por Posen, Thorn, Danzig y Köninsberg. Miles de personas salían a recibirlo con emoción y entusiasmo en cada una de estas ciudades.

El ejército avanzaba hacia el este, y los seis caballos, reemplazados en cada estación de postas, llevaban a Napoleón también hacia allí. El 10 de junio alcanzó a sus tropas y durmió en la hacienda de un conde polaco, en el bosque Wilkowiski.

Al día siguiente, tras adelantar a su ejército, llegó hasta el río Niemen y, para inspeccionar el lugar por el que debían cruzar sus soldados, se puso una guerrera polaca y bajó a la orilla.

A ver al otro lado del río a los cosacos (*les cosaques*) y las extensas estepas (*les steppes*) en cuya mitad estaba *Moscou, la ville sainte*[11] —la capital de ese Estado semejante al de los escitas, hacia el que Alejandro de Macedonia había marchado en el pasado—, inesperadamente para todos y contradiciendo toda consideración estratégica y diplomática, Napoleón ordenó la ofensiva, y al día siguiente sus tropas empezaron a cruzar el Niemen.

El día 12 salió muy temprano de la tienda de campaña, que habían plantado en la abrupta orilla izquierda del Niemen, y observó a través de un catalejo las masas de soldados que iban saliendo del bosque Wilkowiski y que cruzaban los tres puentes construidos sobre el Niemen. Los soldados, enterados de la presencia de su emperador, lo buscaban con la mirada; cuando descubrían su figura con levita y sombrero en la ladera, frente a la tienda y a una buena distancia de su séquito, lanzaban los gorros al aire al grito de «*Vive l'Empereur!*», mientras iban saliendo incansablemente, uno tras otro, del inmenso bosque que los había ocultado hasta entonces, y después se dividían en filas para cruzar los tres puentes.

—*On fera du chemin cette fois-ci. Oh! quand il s'en mêle lui-même ça chauffe… Nom de Dieu… Le voilà!…. Vive l'Empereur! Les voilà donc les steppes de l'Asie! Vilain pays tout de même. A revoir, Beauché; je te réserve le plus beau palais de Moscou. A revoir! Bonne chance… L'as tu vu, l'Empereur? Vive l'Empereur!… preur! Si on me fait gouverneur aux Indes, Gérard, je te fais ministre du Cachemire, c'est arrêté. Vive l'Empereur! Vive! vive! vive! Les gredins de cosaques, comme ils filent. Vive l'Empereur! Le voilà! Le vois tu? Je l'ai vu deux fois comme je te vois. Le petit caporal… Je l'ai vu donner la croix à l'un des vieux… Vive l'Empereur!*[12] —se oían las voces de viejos y jóvenes, hombres de caracteres y posición social de lo más diverso.

En todos sus rostros de dibujaba una misma expresión de alegría por haber iniciado una campaña largamente esperada, y de entusiasmo y lealtad por el hombre de levita gris que los contemplaba desde la ladera.

El 13 de junio entregaron a Napoleón un pequeño purasangre árabe; se montó en él y galopó hasta uno de los puentes del Niemen entre los gritos incesantes y ensordecedores de entusiasmo que, sin duda, solo soportaba porque no podía prohibir a los soldados que le expresaran su amor; sin embargo, estos gritos que venían de todas partes le molestaban, lo distraían de las preocupaciones militares que lo absorbían desde que se había reunido con el ejército. Cruzó uno de los puentes que se balanceaba sobre las barcas y, cuando llegó a la otra orilla, giró bruscamente a la izquierda y galopó hacia Kovno precedido por los cazadores de la Guardia montada que, rebosantes de felicidad y entusiasmo, le abrían paso entre las tropas. Al llegar al ancho Vístula se detuvo junto al regimiento de los ulanos polacos, que aguardaban en la orilla.

—*Vivat!* —gritaron los polacos entusiasmados, rompiendo las filas y empujándose unos a otros para poder verlo.

Napoleón inspeccionó el río, desmontó y se sentó en un tronco que había en la orilla. Hizo una señal silenciosa y le acercaron un catalejo, que apoyó en la espalda de un paje que había corrido feliz hasta él, y examinó el otro lado del río. Luego se enfrascó en el estudio de un mapa que habían extendido entre unos troncos. Dijo algo sin levantar la cabeza y dos ayudantes de campo galoparon hasta los ulanos polacos.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho? —se oyó entre las filas polacas en cuanto llegó uno de los ayudantes de campo.

Napoleón había ordenado que buscaran un vado y cruzaran el río. El coronel polaco de los ulanos, un hombre viejo y atractivo, poniéndose colorado y embrollándose al hablar por los nervios, le preguntó al ayudante de campo si le permitía atravesar el río con sus hombres sin necesidad de buscar ningún vado. Con el temor evidente a que le dijeran que no, igual que un niño que pide permiso para montar a caballo, rogó que le permitieran cruzar el río en presencia del emperador. El ayudante de campo le respondió que a Napoleón no le desagradaría esa exagerada muestra de celo.

Apenas el ayudante de campo hubo dicho esto, el viejo oficial de bigote levantó el sable con el semblante alegre y los ojos brillantes, y gritó: «*Vivat!*». A continuación ordenó a los ulanos que le siguieran, espoleó a su caballo y galopó hasta el río. Azuzó con rabia al animal, que vacilaba entre sus piernas, lo hizo entrar en el agua y avanzó hacia la parte profunda, donde la corriente era más fuerte. Cientos de ulanos lo siguieron. En medio de las rápidas corrientes hacía frío y costaba mucho mantenerse a flote, por lo que los ulanos se agarraban unos de otros y se caían de los caballos. Algunos

animales se hundieron con sus jinetes, y los demás trataron de nadar hasta la otra orilla; a pesar de que a media versta había un vado, los ulanos estaban orgullosos de nadar y de hundirse ante los ojos de ese hombre sentado en un tronco que ni siquiera miraba lo que hacían. Cuando el ayudante de campo volvió junto al emperador, escogió el momento oportuno para que se fijara en la entrega de los polacos. Y ese hombre menudo de levita gris se levantó, llamó a Berthier y recorrió con él la orilla de arriba abajo mientras le daba instrucciones y echaba alguna que otra mirada disgustada hacia los ulanos que se ahogaban y distraían su atención.

La convicción de que su sola presencia en cualquier parte del mundo, desde África hasta las estepas de Moscovia, dejaba a la gente tan impresionada que la sumía en un estado de locura y de entrega absolutas no era nueva para él. Mandó que le acercaran un caballo y partió hacia su campamento.

Unos cuarenta ulanos se ahogaron en el río a pesar de las barcas enviadas para socorrerles. La mayoría nadaron de vuelta a la orilla. El coronel y varios hombres más lograron cruzar el río y, con grandes esfuerzos, salieron a la otra orilla. En cuanto lo hicieron, gritaron: «*Vivat!*» con el uniforme chorreando y miraron con ardor el lugar donde había estado Napoleón. Ya se había ido, pero aun así se consideraron afortunados.

Al atardecer, entre orden y orden —una para que se acelerase el envío de billetes falsificados rusos para introducirlos en Rusia y otra para que se fusilara a un sajón al que habían interceptado una carta en que informaba de la disposición de las tropas francesas—, Napoleón decretó inscribir en la *Légion d'honneur*, encabezada por él mismo, al coronel polaco que se había lanzado al río sin necesidad de hacerlo.

Quos vult perdere – dementat[13].

III

Entretanto el emperador ruso ya llevaba más de un mes instalado en Vilna, asistiendo a pases de revista y a maniobras. No había nada organizado para esa guerra que todos esperaban y para cuya preparación el emperador había viajado desde San Petersburgo. No había un plan general para la campaña y las dudas sobre cuál de los tres planteados escoger eran aún mayores tras un mes de estancia del emperador en el cuartel general. Cada uno de los tres

ejércitos tenía su propio comandante en jefe, pero no había un jefe común que los liderara a todos, y el emperador no había querido asumir ese cargo.

Cuanto más tiempo pasaba el emperador en Vilna, menos preparativos se hacían para una guerra que todos se habían cansado ya de esperar. Los esfuerzos de quienes rodeaban al soberano parecían centrarse únicamente en hacerle pasar un tiempo agradable para que olvidara la guerra inminente.

Después de muchos bailes y de fiestas que daban magnates polacos, cortesanos y el propio soberano, en el mes de junio uno de sus generales edecanes tuvo la idea de ofrecerle, en nombre del cuerpo, una comida y un baile. La idea fue acogida por todos con alegría, el soberano dio su conformidad y los generales edecanes hicieron una colecta por medio de una suscripción. La dama cuya presencia más podía complacer al soberano fue invitada para presidir el baile. El conde Bennigsen, dueño de grandes propiedades en la provincia de Vilna, ofreció su casa de campo de Zakret para la fiesta, y se fijó el 13 de junio como el día para celebrar el baile, la comida, los paseos en barca y los fuegos artificiales.

Así pues, el mismo día que Napoleón ordenaba cruzar el Niemen y que sus tropas de la avanzada atravesaban la frontera rusa haciendo retroceder a los cosacos, Alejandro pasaba la velada en el baile organizado por los generales edecanes en la casa de campo de Bennigsen.

Era una fiesta alegre y deslumbrante; los entendidos en la materia decían que rara vez se había visto a tantas bellezas reunidas. La condesa Bezújova, entre otras damas rusas que habían viajado de San Petersburgo a Vilna siguiendo al soberano, estaba en el baile y hacía sombra con su poderosa belleza —una belleza rusa, como se suele decir— a las refinadas damas polacas. Destacó tanto que el soberano la honró con un baile.

Borís Drubetskói, *en garçon* (de soltero), como él mismo decía, habiendo dejado a su mujer en Moscú, también asistió al baile y, a pesar de no ser un general edecán, participó en la suscripción para la fiesta con una fuerte cantidad de dinero. Borís era ahora un hombre rico y cargado de honores que ya no buscaba protectores y trataba de igual a igual a los hombres más ilustres.

Eran las doce de la noche y el baile aún seguía. Hélène, al no tener a un caballero digno de ella, le propuso bailar la mazurca. Formaban la tercera pareja. Borís, mirando con frialdad los espléndidos hombros desnudos de Hélène, que sobresalían de su vestido oscuro de gasa bordado en oro, le hablaba de antiguos conocidos; al mismo tiempo, de una manera imperceptible para sí mismo y para los demás, no dejaba de observar ni un

segundo al soberano, que estaba en la misma sala. Alejandro no bailaba; de pie junto a la puerta, detenía primero a unos y después a otros con palabras afectuosas que solo él sabía decir.

Cuando la mazurca empezó a sonar Borís vio que el general edecán Balashov, uno de los hombres más allegados al soberano, se le acercaba y se detenía a su lado de un modo muy poco cortesano. El soberano, que estaba conversando con una dama, le miró inquisitivamente y, al comprender que Balashov había actuado así por alguna razón de peso, hizo una leve inclinación a la dama y se volvió hacia él. En cuanto este empezó a hablar, el rostro del soberano se llenó de asombro. Lo cogió del brazo y cruzaron la sala, haciendo, sin darse cuenta, que la gente se apartara y abriera un ancho pasillo de tres sazhén. Borís reparó en que, cuando el soberano pasaba con Balashov, a Arakchéiev se le descomponía el rostro. Este, mirando con ceño al soberano y resoplando por su nariz roja, se adelantó como esperando que lo llamara. (Borís comprendió que Arakchéiev tenía celos de Balashov y que estaba disgustado por no haber transmitido él una noticia sin duda tan importante al emperador.)

No obstante, Alejandro y Balashov pasaron de largo sin reparar en él y salieron por la puerta que daba al jardín iluminado. Arakchéiev, con una mano en la espada y mirando con rabia a un lado y otro, los siguió a unos veinte pasos de distancia.

Mientras hacía las figuras de la mazurca, Borís no dejaba de atormentarse con la idea de cuál sería la noticia que había traído Balashov y de qué modo podría enterarse antes que los demás.

En la figura en que tenía que escoger a una dama, le susurró a Hélène que quería sacar a bailar a la condesa Potocka, que al parecer había salido al balcón y, deslizándose rápidamente por el entarimado, fue hacia la puerta que daba al jardín; al ver que Balashov estaba con el soberano en la terraza, se detuvo. Iban hacia la puerta. Apresurándose, como si no hubiera tenido tiempo de apartarse, Borís se apretujó respetuosamente contra el dintel e inclinó la cabeza.

El emperador, con la agitación de alguien que ha sufrido una ofensa personal, estaba terminando de decir las siguientes palabras:

—¡Entrar en Rusia sin una declaración de guerra! ¡No habrá reconciliación mientras quede un solo enemigo armado en mi tierra!

A Borís le pareció que al soberano le había causado placer pronunciar esas palabras. Estaba contento por cómo había expresado su pensamiento, pero le disgustaba que Borís le hubiera oído.

—¡Que no lo sepa nadie! —añadió con el ceño fruncido.

Borís comprendió que se refería a él, e inclinó levemente la cabeza con los ojos cerrados. El soberano volvió a la sala y se quedó en el baile una media hora más.

Borís fue el primero en enterarse de la noticia de que las tropas francesas habían cruzado el Niemen, lo que le dio la oportunidad de demostrar a algunos hombres importantes que él sabía muchas cosas que los demás desconocían y, de este modo, pudo elevarse en la opinión que estos personajes tenían de él.

La noticia inesperada de que los franceses habían cruzado el Niemen llegaba en un momento especialmente inesperado, tras un mes de espera y en pleno baile. En un primer momento, el soberano, presa de la indignación y la ofensa, pronunció la frase que posteriormente se haría célebre y que tanto le había gustado porque expresaba perfectamente sus sentimientos. Una vez hubo vuelto del baile, hizo llamar a las dos de la madrugada al secretario Shishkov y le ordenó que escribiera una orden para las tropas y un rescripto para el mariscal de campo príncipe Saltykov; asimismo, exigió que en ambos documentos se incluyeran sin falta sus palabras de que no habría reconciliación mientras quedara un solo francés armado en tierras rusas.

Al día siguiente le escribió a Napoleón la siguiente carta:

> *Monsieur mon frère. J'ai appris hier que malgré la loyauté avec laquelle j'ai maintenu mes engagements envers Votre Majesté, ses troupes ont franchis les frontières de la Russie, et je reçois à l'instant de Pétersbourg une note par laquelle le comte Lauriston, pour cause de cette agression, annonce que Votre Majesté s'est considérée comme en état de guerre avec moi dès le moment où le prince Kourakine a fait la demande de ses passeports. Les motifs sur lesquels le duc de Bassano fondait son refus de les lui délivrer, n'auraient jamais pu me faire supposer que cette démarche servirait jamais de prétexte à l'agression. En effet cet ambassadeur n'y a jamais été autorisé comme il l'a déclaré lui-même, et aussitôt que j'en fus informé, je lui ai fait connaître combien je le désapprouvais en lui donnant l'ordre de rester à son poste. Si Votre Majesté n'est pas intentionnée de verser le sang de nos peuples pour un malentendu de ce genre et qu'elle consente à retirer ses troupes du territoire russe, je regarderai ce qui s'est passé comme non avenu, et un accommodement entre nous sera possible. Dans le cas contraire, Votre Majesté, je me verrai forcé de repousser une attaque que rien n'a provoquée de ma part. Il dépend encore de Votre Majesté d'éviter à l'humanité les calamités d'une nouvelle guerre.*
>
> *Je suis, etc.*
>
> (*signé*) ALEXANDRE[14]

IV

A las dos de la madrugada del 13 de junio[15] el soberano hizo llamar a Balashov y, tras leerle la carta dirigida a Napoleón, le ordenó que se la entregara personalmente al emperador francés. Al despedirse volvió a repetirle las palabras de que no habría reconciliación mientras quedara un solo enemigo armado en tierras rusas, y le ordenó que se las transmitiera *sin falta* a Napoleón. No había escrito estas palabras en la carta porque su tacto innato le decía que eran poco oportunas cuando estaba haciendo un último intento de reconciliación; pero le ordenó que se las transmitiera sin falta y personalmente.

Acompañado de un corneta y de dos cosacos, Balashov salió la noche del 13 al 14 y al amanecer llegó al poblado de Rykonty[16], ocupado por la avanzada francesa, en el lado ruso del Niemen. Los centinelas de la caballería francesa le dieron el alto.

Un suboficial de húsares francés, que llevaba un uniforme carmesí y un gorro peludo, le gritó que se detuviera. Balashov no lo hizo enseguida, y continuó avanzando al paso por el camino.

El suboficial, frunciendo el ceño y mascullando alguna palabrota, se le abalanzó con el caballo, desenvainó el sable y le gritó groseramente que si era sordo y no oía lo que le decían. Balashov se identificó como general ruso y el suboficial envió a un soldado en busca de un oficial.

Sin prestarle más atención, el suboficial se puso a hablar con sus compañeros de asuntos del regimiento y no le volvió a mirar.

A Balashov, tan próximo a las altas esferas y al poder, acostumbrado a los honores y solo tres horas después de haber estado hablando con el zar, se le hizo rarísimo ver en territorio ruso la actitud hostil y, sobre todo, irreverente de esa fuerza bruta.

El sol empezaba a asomarse entre las nubes; el aire era fresco y húmedo por el rocío. Por el camino del poblado avanzaba un rebaño, y en los campos las alondras, como burbujas en el agua, graznaban y salían volando una tras otra.

Balashov miraba alrededor a la espera de que llegara el oficial. Los cosacos rusos y el corneta intercambiaron con los húsares franceses alguna que otra mirada en silencio.

Un coronel de húsares francés, que sin duda acababa de salir de la cama, llegó desde el poblado en un caballo gris, hermoso y bien alimentado, acompañado de dos húsares. Tanto el oficial como los soldados y sus caballos tenían un aspecto satisfecho y presumido.

Eran los primeros tiempos de la campaña, cuando las tropas aún lucen un buen aspecto, casi el mismo que en un pase de revista o en tiempos de paz, solo que con algún detalle bélico en el uniforme y ese matiz moral de alegría y dinamismo que siempre acompaña el inicio de cualquier contienda.

El coronel francés reprimía con dificultad los bostezos, pero se mostraba cortés y parecía comprender la importancia de Balashov. Lo acompañó al otro lado de la línea de soldados y le informó de que su deseo de ver al emperador probablemente se vería satisfecho enseguida, pues, por cuanto él sabía, su cuartel general no estaba lejos.

Atravesaron Rykonty pasando por delante de húsares, centinelas y soldados franceses que presentaban armas ante su coronel y miraban con curiosidad el uniforme ruso, y salieron al otro lado del poblado. Según las palabras del coronel, a dos kilómetros estaba el jefe de división, que recibiría a Balashov y lo conduciría hasta su destino.

El sol ya se había levantado y brillaba alegre sobre el verde intenso de los campos.

Acababan de llegar a una colina que había pasada una taberna cuando apareció un pequeño grupo de jinetes a cuya cabeza, montado en un caballo negro con arneses resplandecientes, iba un hombre alto de pelo negro y rizado hasta los hombros que llevaba un sombrero de plumas y una capa roja, y que tenía las piernas alargadas y echadas hacia delante, tal y como montan los franceses. Iba a galope al encuentro de Balashov, haciendo brillar y ondear bajo el sol resplandeciente de junio sus plumas, su pedrería y sus galones de oro.

Balashov estaba ya a dos caballos de distancia de ese jinete que galopaba hacia él con aire solemne y teatral, luciendo brazaletes, plumas, collares y oro, cuando Ulner, el coronel francés, susurró con reverencia:

—*Le roi de Naples*.

En efecto, se trataba de Murat, al que ahora llamaban rey de Nápoles. Aunque era totalmente incomprensible por qué le llamaban así, él estaba convencido de esa condición y su actitud era aún más solmene y altiva que antes. Y, tan convencido estaba de ser el rey de Nápoles que, en la víspera de marcharse de esa ciudad, mientras daba un paseo por las calles con su mujer, algunos italianos le habían gritado: «*Viva il re!*» y él se había vuelto hacia ella con una sonrisa triste y había dicho: «*Les malheureux, ils ne savent pas que je les quitte demain!*»[17].

Pero, a pesar de creer firmemente ser el rey de Nápoles y de compadecerse de la tristeza de sus súbditos por haberlos abandonado, en los

últimos tiempos, después de recibir la orden de reincorporarse al ejército y, sobre todo, después de su entrevista con Napoleón en Danzig en que su augustísimo cuñado le había dicho: «*Je vous ai fait Roi pour régner à ma manière, mais pas à la vôtre*»[18], retomó con alegría una carrera que conocía bien; así pues, como un caballo cebado pero no gordo que siente el arnés y que avanza enganchado a las varas, vestido de la manera más llamativa y lujosa, galopó contento y satisfecho por los caminos de Polonia sin saber hacia dónde ni con qué fin.

Al ver a un general ruso echó la cabeza hacia atrás con solemnidad, a la manera de un rey, con su pelo rizado hasta los hombros, y miró interrogativamente al coronel francés. Este informó a su majestad de la importancia de Balashov, cuyo apellido no supo pronunciar.

—*De Bal-macheve!* —dijo el rey, venciendo con su firmeza la dificultad que había tenido el coronel—. *Charmé de faire votre connaissance, général*[19] —añadió con gesto benevolente propio de un rey. Pero, en cuanto empezó a hablar, rápido y fuerte, toda su dignidad real se vino abajo al instante y, sin darse cuenta, pasó al tono de afable familiaridad que le caracterizaba. Puso una mano en la crin del caballo de Balashov—. *Eh bien, général, tout est à la guerre, à ce qu'il paraît*[20] —concluyó, como si lamentara una circunstancia que no podía juzgar.

—*Sire* —respondió Balashov—, *l'Empereur mon maître ne désire point la guerre, et comme Votre Majesté le voit*[21] —dijo, repitiendo «Votre Majesté» una y otra vez, con esa frecuencia afectada e inevitable que uno emplea cuando se dirige a quien ostenta un título aún nuevo para él.

El rostro de Murat resplandeció con estúpida satisfacción al escuchar a *Monsieur de Balachoff*. Pero *royauté oblige*[22]: se sentía obligado a hablar con el emisario de Alejandro sobre asuntos de Estado como rey y aliado. Desmontó del caballo, cogió a Balashov del brazo y, alejándose varios pasos de la comitiva que le esperaba respetuosamente, se puso a andar con él arriba y abajo, procurando hablar con aires de importancia. Mencionó que el emperador Napoleón se había sentido agraviado por la exigencia de retirar sus tropas de Prusia, sobre todo cuando esta exigencia se había hecho pública, lo que era una ofensa para la dignidad de Francia. Balashov dijo que no había nada ofensivo en aquella exigencia porque…

Murat lo interrumpió:

—Entonces, ¿no cree usted que el emperador Alejandro sea el instigador? —preguntó de repente con una sonrisa estúpida y afable.

Balashov explicó las razones por las que consideraba que el iniciador de la guerra era Napoleón.

—*Eh, mon cher général* —lo interrumpió de nuevo Murat—, *je désire de tout mon cœur que les Empereurs s'arrangent entre eux, et que la guerre commencée malgré moi se termine le plus tôt possible*[23] —dijo, con el tono propio de dos criados que quieren seguir siendo buenos amigos a pesar de que sus amos hayan reñido.

Y cambió el tema de conversación: se interesó por el gran duque y su salud, y recordó lo divertido que había sido el tiempo que había pasado con él en Nápoles. Después, como si de pronto hubiera recordado su dignidad real, se irguió con solemnidad, adoptó la misma postura que el día de su coronación y, agitando la mano derecha, añadió:

—*Je ne vous retiens plus, général; je souhaite le succès de votre mission*.[24]

Y, haciendo ondear su capa roja bordada, sus plumas y luciendo sus joyas, se encaminó hacia la comitiva, que le esperaba respetuosamente.

Balashov siguió su camino, creyendo por las palabras de Murat que enseguida lo llevarían ante Napoleón. Pero, en vez de eso, los centinelas del cuerpo de infantería de Davout lo retuvieron en el siguiente poblado, igual que le había ocurrido en la avanzada francesa, y un ayudante de campo del jefe del cuerpo lo condujo hasta la aldea en que estaba el mariscal Davout.

V

Davout era el Arakchéiev del emperador Napoleón, un Arakchéiev nada cobarde, pero igual de eficiente y cruel, incapaz de expresar su lealtad de otra manera que no fuera con crueldad.

Hombres así son necesarios en el mecanismo del organismo estatal, del mismo modo que lo son los lobos en el organismo de la naturaleza: siempre existen, siempre aparecen y se mantienen, por muy impropia que parezca su presencia y su proximidad con el jefe de un gobierno. Solo esta circunstancia puede explicar cómo Arakchéiev, ese hombre cruel, inculto y nada cortesano que le arrancaba personalmente el bigote a los granaderos, con unos nervios tan débiles que le impedían soportar el peligro, pudiera mantener semejante posición de poder al lado de Alejandro, que tenía un carácter tan tierno, noble y caballeresco.

Balashov encontró al mariscal Davout en el cobertizo de una isba campesina, sentado en un tonelillo y escribiendo algo (repasaba unas cuentas). Su ayudante de campo estaba de pie a su lado. El mariscal podría haber buscado un alojamiento mejor, pero era una de esas personas que se impone adrede unas condiciones de vida sombrías para tener el derecho de mostrarse también sombría, que siempre va con prisas y está extremadamente ocupada. «¿Cómo voy a pensar en la felicidad de la vida cuando, como pueden ver, estoy trabajando en un sucio cobertizo, sentado en un tonelillo?», decía la expresión de su rostro. El mayor placer y necesidad de estas personas consiste en echar en cara su actividad sombría y perseverante en cuanto topan con la animación de la vida. Y la llegada de Balashov le daba la oportunidad de procurarse este placer. Cuando vio al general ruso, se enfrascó aún más en su trabajo y le miró a través de las gafas; el general tenía el rostro animado después de la grata impresión que le había dejado la hermosa mañana y su charla con Murat. Davout no se levantó, ni siquiera se movió, simplemente frunció aún más el ceño y sonrió con malicia. Al notar en el semblante de Balashov que su recibimiento le había causado una impresión desagradable, levantó la cabeza y le preguntó fríamente qué deseaba.

Como Balashov creía que un recibimiento así solo se podía deber a que Davout ignoraba que era general edecán del emperador Alejandro, su representante ante Napoleón, le informó rápidamente de su rango e importancia. Pero, contrariamente a lo que esperaba, el mariscal francés adoptó una actitud aún más áspera y tosca.

—¿Dónde está el pliego? —le preguntó este—. *Donnez-le moi, je l'enverrai à l'Empereur*.[25]

Balashov le respondió que tenía órdenes de entregárselo personalmente al emperador francés.

—Las órdenes de su emperador deben ser cumplidas en su ejército, pero aquí —dijo Davout— haga lo que se le dice.

Y, como si deseara que el general ruso se sintiera aún más sometido a la fuerza bruta, envió al ayudante de campo a buscar al oficial de servicio.

Balashov sacó el pliegue con la carta del emperador y lo dejó sobre la mesa (que era una puerta con las bisagras rotas, montada sobre dos barriles). Davout cogió el sobre y lo leyó.

—Tiene usted perfecto derecho de tratarme con respeto o no —dijo Balashov—, pero permítame que le haga saber que tengo el honor de ostentar el cargo de general edecán de su majestad…

Davout lo miró en silencio, y la ligera inquietud y turbación que notó en el rostro de Balashov sin duda le causó placer.

—Se le mostrará el respeto que se merece —dijo, metiéndose el sobre en un bolsillo y saliendo del cobertizo.

Al cabo de un minuto el señor de Castries, ayudante de campo del mariscal, acompañó a Balashov al alojamiento que le habían preparado.

Aquel día Balashov comió en el cobertizo con el mariscal, en esa misma puerta tendida sobre dos barriles que hacía de mesa.

Al día siguiente Davout salió muy temprano, pero antes hizo llamar a Balashov para pedirle con tono persuasivo que se quedara allí, que se moviera con el convoy si llegaban órdenes de hacerlo y que no hablara con nadie excepto con el señor de Castries.

Después de cuatro días de soledad y de aburrimiento, de sentirse en una situación de sumisión e insignificancia especialmente intensa cuando tan poco antes había frecuentado los ambientes de poder, y después de varias marchas con los convoyes del mariscal y con las tropas francesas que habían ocupado toda la región, Balashov llegó a Vilna, ahora en poder de los franceses, y cruzó la misma puerta por la que cuatro días antes había abandonado la ciudad.

Al día siguiente el chambelán del emperador, *monsieur* de Tourenne, fue a verlo y le transmitió el deseo de Napoleón de concederle una audiencia.

Cuatro días antes los centinelas del regimiento Preobrazhenski montaban guardia frente a esa misma casa a la que lo condujeron, pero ahora había allí dos granaderos franceses que vestían guerrera azul abierta por la parte del pecho y un gorro de pelo; un convoy de húsares y de ulanos, así como un deslumbrante séquito de ayudantes de campo, pajes y generales esperaban la salida de Napoleón en el porche junto a su caballo de silla y su mameluco Roustan.

Napoleón recibió a Balashov en la misma casa de Vilna desde la que este, enviado por Alejandro, había partido.

VI

A pesar de lo acostumbrado que estaba Balashov a la solemnidad de la corte rusa, el lujo y la suntuosidad de la corte del emperador Napoleón lo dejó asombrado.

El conde Tourenne lo condujo a una gran sala de recepción, donde esperaban numerosos generales, chambelanes y magnates polacos, a muchos de los cuales ya había visto en la corte del emperador Alejandro. Duroc anunció que el emperador Napoleón recibiría al general ruso antes de su paseo.

Después de esperar varios minutos, el chambelán de servicio entró en la gran sala de recepción, saludó a Balashov con reverencia y le invitó a que lo siguiera.

Balashov fue hasta un pequeño recibidor con una puerta que daba a un gabinete, el mismo desde el que días antes lo había enviado el emperador ruso. Esperó un par de minutos. Detrás de la puerta se oían pasos apresurados. Los dos batientes se abrieron de golpe, el chambelán se detuvo reverentemente junto al marco, todo quedó en silencio y en el gabinete se empezaron a oír unos pasos distintos, ahora firmes y decididos: se trataba de Napoleón. Acababa de vestirse para ir a montar a caballo; llevaba una guerrera azul, abierta por encima de un chaleco blanco que le llegaba hasta su redondeada barriga, calzones blancos que cubrían los gruesos muslos de sus cortas piernas y botas de montar. Era evidente que se acababa de peinar, tenía el pelo corto y un mechón que le caía por el centro de su ancha frente. Su cuello blanco y rollizo sobresalía de manera ostensible por el cuello negro de la guerrera; olía a colonia. En su rostro juvenil y grueso de barbilla saliente había una expresión benevolente y acogedora, majestuosa e imperial.

Entró con un ligero y rápido temblor al andar y con la cabeza un poco echada hacia atrás. Toda su rechoncha y corta figura, de anchos y gruesos hombros, con la barriga y el pecho involuntariamente salidos, tenía el aire representativo de los hombres de cuarenta años que viven colmados de atenciones. Además, se notaba que aquel día estaba de un excelente humor.

Inclinó la cabeza en respuesta a la respetuosa reverencia de Balashov y cuando se le acercó se puso a hablar de inmediato, como alguien que valora cada minuto de su tiempo y que no se digna preparar sus palabras, convencido de que siempre dirá lo justo y necesario.

—¡Buenos días, general! —le saludó—. He recibido la carta del emperador Alejandro que usted ha traído; estoy muy contento de verle.

Le miró a la cara con sus ojos grandes, pero al instante los desvió.

Resultaba evidente que no le interesaba lo más mínimo Balashov, solo le interesaba lo que sucedía en *su propia* alma. Todo lo externo no tenía para él la menor importancia, porque creía que en el mundo todo dependía de su voluntad.

—No deseo ni he deseado la guerra —dijo—, pero me han obligado a hacerla. Estoy dispuesto *ahora mismo* —pronunció estas palabras con énfasis— a aceptar todas las explicaciones que usted me pueda dar.

Y expuso de manera clara y sucinta las razones de su disgusto con el gobierno ruso.

Por el tono comedido, tranquilo y amistoso con que hablaba el emperador francés, Balashov estaba firmemente convencido de que deseaba la paz y de que estaba dispuesto a negociar.

—*Sire! L'Empereur, mon maître…*[26] —empezó Balashov un discurso que había preparado desde hacía mucho, cuando Napoleón, que había acabado de hablar, lo miró inquisitivamente.

La mirada del emperador, fija en él, lo desconcertó. «Se ha turbado, recobre la compostura», parecía decirle Napoleón, que observaba con una sonrisa apenas perceptible su uniforme y su espada. Balashov se recobró y empezó a hablar. Dijo que el emperador Alejandro no consideraba que el hecho de que Kurakin hubiera exigido los pasaportes fuera un motivo suficiente para entrar en guerra, que Kurakin había actuado así por su propia iniciativa y sin la conformidad de su soberano, que el emperador Alejandro no deseaba la guerra y que no tenía ningún tipo de relación con Inglaterra.

—*Aún* no —le interrumpió Napoleón, como si temiera entregarse a sus sentimientos; frunció el ceño y asintió ligeramente, dándole a entender que podía continuar.

Una vez hubo dicho todo lo que le habían ordenado, Balashov aseguró que el emperador Alejandro deseaba la paz, pero que solo estaba dispuesto a negociar con la condición de que… Y aquí vaciló: recordó las palabras que el emperador no había escrito en la carta, pero que había ordenado incluir sin falta en el rescripto a Saltykov y transmitir a Napoleón: «Mientras quede un solo enemigo en tierra rusa». Sin embargo, un sentimiento complejo lo retuvo y, aunque quiso pronunciarlas, no pudo hacerlo, y dijo con voz vacilante:

—A condición de que las tropas francesas se retiren al otro lado del Niemen.

Napoleón notó la turbación de Balashov al pronunciar las últimas palabras, y tanto el rostro como la pantorrilla izquierda le empezaron a temblar con regularidad. Sin moverse del sitio, se puso a hablar con voz más fuerte y alterada que antes. Balashov, sin bajar ni una sola vez la mirada, observó sin querer que el temblor de la pantorrilla izquierda de Napoleón se intensificaba cuanto más elevaba la voz.

—Deseo la paz tanto como Alejandro —dijo Bonaparte—. ¿Acaso no llevo dieciocho meses haciendo todo lo posible para conseguirla? Hace dieciocho meses que espero. Pero, para empezar las negociaciones, ¿qué se me exige? —preguntó con el ceño fruncido y haciendo un gesto enérgico e inquisitivo con su pequeña mano blanca y rolliza.

—Que retire sus tropas al otro lado del Niemen, majestad —dijo Balashov.

—¿Al otro lado del Niemen? —repitió Napoleón—. Entonces ¿ahora quiere que nos retiremos al otro lado del Niemen, solo eso? —insistió, mirándolo directamente a los ojos.

El general ruso inclinó respetuosamente la cabeza.

En vez de exigirle que se retirara de Pomerania, como cuatro meses antes, ahora solo le exigían que lo hiciera al otro lado del Niemen. Napoleón se volvió rápidamente y se puso a caminar por el gabinete.

—Dice usted que, para empezar las negociaciones, me exigen retirarme al otro lado del Niemen; pero hace dos meses me exigieron que me retirara a la otra orilla del Oder y del Vístula y, a pesar de eso, ahora se avienen a negociar.

Fue de una punta a otra del gabinete en silencio y volvió a detenerse frente a Balashov. Su rostro estaba como petrificado en una expresión severa, y la pierna izquierda le temblaba más rápido que antes. Conocía perfectamente ese temblor: «*La vibration de mon mollet gauche est un grand signe chez moi*»[27], diría posteriormente.

—¡Una proposición como la de abandonar el Oder y el Vístula se le puede hacer al príncipe de Baden, pero no a mí! —exclamó casi a gritos Napoleón, de un modo totalmente inesperado para él mismo—. ¡Ni aunque me entregaran San Petersburgo y Moscú aceptaría semejantes condiciones! ¿Dice usted que yo he empezado la guerra? Pero ¿quién se ha reunido primero con su ejército? ¡El emperador Alejandro, no yo! Y me ofrecen negociar cuando he gastado millones, cuando ustedes se han aliado con Inglaterra y ¡solo ahora, cuando su situación es mala, me ofrecen negociar! Y ¿cuál es el objetivo de su alianza con Inglaterra? ¿Qué les ha dado? —dijo apresuradamente, ya sin apuntar con sus palabras a las ventajas de firmar la paz ni para discutir esa posibilidad, sino únicamente para demostrar su derecho y su fuerza, así como la culpa y los errores de Alejandro.

El inicio de su discurso había tenido el objetivo evidente de demostrar la ventaja de su posición y el hecho de que, a pesar de eso, estaba dispuesto a

aceptar entablar negociaciones. Pero ya estaba lanzado y, cuanto más hablaba, menos capaz era de controlar sus palabras.

Ahora era evidente que su único objetivo era ensalzarse a sí mismo y ofender a Alejandro, es decir, hacer justamente lo que menos había querido al iniciar la entrevista.

—Dicen que han firmado la paz con los turcos, ¿cierto?

Balashov asintió con la cabeza.

—Hemos firmado la paz… —empezó a decir.

Pero Napoleón no le dejó continuar. Al parecer tenía la necesidad de hablar solo él, y siguió haciéndolo con esa elocuencia e irritación incontrolable a la que tienden las personas mimadas.

—Sí, ya sé que han firmado la paz con los turcos sin haber obtenido Moldavia ni Valaquia. Y yo le habría dado a su soberano estas provincias del mismo modo que le di Finlandia. Sí, se lo prometí al emperador Alejandro y le habría dado Moldavia y Valaquia, pero ahora se ha quedado sin estas magníficas provincias. Podría haberlas unido a su imperio, y en un solo reinado habría ampliado Rusia desde el golfo de Botnia hasta la desembocadura del Danubio. Ni Catalina la Grande lo habría hecho mejor —dijo, encendiéndose cada vez más, paseándose por el gabinete y repitiéndole a Balashov casi las mismas palabras que le había dicho a Alejandro en Tilsit—. *Tout cela il l'aurait dû à mon amitié. Ah! quel beau règne, quel beau règne!* —repitió varias veces, se detuvo, cogió una tabaquera de oro que llevaba en el bolsillo y aspiró rapé con avidez—. *Quel beau règne* aurait pu être *celui de l'empereur Alexandre!*[28] —Miró con aflicción a Balashov y cuando este quiso hacer una observación, lo volvió a cortar rápidamente—. ¿Qué pudo desear o buscar que no encontrara en mi amistad?… —dijo, encogiéndose de hombros con perplejidad—. Pero no, creyó que era mejor rodearse de mis enemigos, y ¿de cuáles? De hombres como Stein, Armfelt, Bennigsen y Wintzingerode. Stein es un traidor al que han expulsado de su patria; Armfelt, un libertino y un intrigante; Wintzingerode, un súbdito francés huido; Bennigsen es un poco más militar que los demás, pero igualmente es un inepto que en 1807 no supo hacer nada y que debería despertar en el emperador Alejandro unos recuerdos horribles… Si al menos fueran hombres capaces, se los podría utilizar —continuó, siguiendo a duras penas con la palabra el torrente de ideas que brotaba sin cesar de su cabeza y que demostraban su derecho o su fuerza (cosas que para él eran lo mismo)—, pero ni eso: ¡no sirven para la guerra ni para la paz! Dicen que Barclay es el más eficiente de todos, pero, a juzgar por sus primeros movimientos, no me

atrevería a afirmarlo. Y ¿qué es lo que hacen todos estos cortesanos? Pfuel propone, Armfelt discute, Bennigsen examina, y Barclay, llamado a actuar, no se decide, y el tiempo va pasando. Solo Bagratión es un militar. Es imbécil, pero tiene experiencia, ojo y decisión… Y ¿qué papel desempeña su joven soberano entre esta multitud de ineptos? Lo ponen en un compromiso y le echan toda la responsabilidad de lo que sucede. *Un souverain ne doit être à l'armée que quand il est général*[29] —dijo, lanzando con estas palabras una clara provocación a la figura del zar. Napoleón sabía cuánto deseaba el emperador Alejandro ser un jefe militar—. Ya hace dos semanas que ha empezado la campaña y no han sabido ustedes defender Vilna. Están partidos por la mitad y los hemos expulsado de las provincias polacas. Entre sus tropas reina el descontento.

—Al contrario, majestad —objetó Balashov, al que apenas le daba tiempo de retener tanta información y que seguía con dificultad toda esa retahíla de palabras—, nuestras tropas arden en deseos de…

—Lo sé todo —lo interrumpió Napoleón—, lo sé todo: sé cuál es el número de batallones rusos tan bien como el de los míos. No tienen ustedes ni doscientos mil hombres, y yo tengo tres veces más: le doy mi palabra de honor —dijo, olvidando que su palabra no podía tener ningún valor—, le doy *ma parole d'honneur que j'ai cinq cent trente mille hommes de ce côté de la Vistule*[30]. Los turcos no son ninguna ayuda: no sirven para nada, y lo han demostrado al firmar la paz con ustedes. Los suecos están predestinados a ser gobernados por reyes locos: su rey lo estaba y lo cambiaron por otro, Bernadotte, que no ha tardado en enloquecer, porque solo un demente, siendo sueco, puede firmar una alianza con Rusia.

Sonrió con malicia y volvió a llevarse la tabaquera a la nariz.

Balashov podía replicar cada frase de Napoleón y quería hacerlo, una y otra vez hacía el gesto de quien se dispone a hablar, pero el otro lo interrumpía. En cuanto a la locura de los suecos, quiso decir que Suecia es una isla cuando tiene a Rusia detrás, pero Napoleón gritó enfadado para tapar su voz. Se hallaba en el estado de quien necesita hablar, hablar y hablar solo para demostrarse a sí mismo que tiene razón. La situación de Balashov era difícil: como embajador temía comprometer su dignidad y sentía la necesidad de replicar, pero, como hombre, se encogía moralmente ante el estado de ira inmotivada en que, sin duda, se encontraba Napoleón. Sabía que todas las palabras que su interlocutor acababa de decir carecían de importancia, que cuando recobrara la compostura se avergonzaría de ellas. Siguió con los ojos

bajos, observando las gruesas piernas de Napoleón, que no dejaban de moverse, y evitando su mirada.

—Y ¿qué me importan a mí sus aliados? —dijo Bonaparte—. Yo tengo a los polacos: son ochenta mil y pelean como leones. Y serán doscientos mil. —Y, probablemente turbado por haber dicho una mentira tan evidente y por el silencio de Balashov, que seguía en la misma postura resignada por su destino, se volvió bruscamente, se le acercó al rostro y, haciendo gestos enérgicos y rápidos con sus manos blancas, exclamó casi a gritos—: ¡Sepa usted que si agitan a Prusia contra mí la borraré del mapa de Europa! —dijo con la cara pálida, deformada por la ira, golpeando enérgicamente una mano contra otra—. Sí, los arrojaré al otro lado del Dvina y del Dniéper, y restableceré contra ustedes esa barrera que Europa, criminal y ciega, se permitió echar abajo. Sí, eso es lo que les pasará, eso es lo que han ganado al alejarse de mi lado —dijo, y recorrió el gabinete varias veces en silencio con sus gruesos hombros temblando. Se metió la tabaquera en un bolsillo del chaleco, la volvió a sacar, se la llevó varias veces a la nariz y se detuvo delante de Balashov. Se quedó callado, lo miró con sorna, directamente a los ojos, y le dijo bajando la voz—: *Et cependant quel beau règne* aurait pu avoir *votre maître!*[31]

Balashov, que sentía la necesidad de replicar, dijo que en Rusia las cosas no se veían bajo un prisma tan lúgubre. Napoleón guardó silencio y siguió mirándolo con sorna, sin escucharlo. Balashov añadió que en Rusia esperaban grandes cosas de la guerra. Napoleón asintió condescendientemente, como diciendo: «Sé que su deber es hablar así, pero ni usted mismo se lo cree, lo he convencido».

Cuando Balashov terminó de hablar, Napoleón volvió a sacar la tabaquera, aspiró rapé y, como si de una señal se tratara, golpeó el suelo dos veces con el pie.

La puerta se abrió; un chambelán se inclinó respetuosamente y le dio el sombrero y los guantes, y otro le dio un pañuelo de bolsillo. Napoleón, sin mirarlos, se volvió hacia Balashov:

—Asegúrele al emperador Alejandro en mi nombre —dijo, cogiendo el sombrero— que le soy tan fiel como antes: lo conozco perfectamente y valoro mucho sus grandes cualidades. *Je ne vous retiens plus, général, vous recevrez ma lettre à l'Empereur*.[32]

Y se dirigió veloz hacia la puerta. En el recibidor todos se precipitaron hacia la escalera y bajaron rápidamente.

VII

Después de todo lo que Napoleón le había dicho, después de semejante ataque de ira y de las últimas palabras que había pronunciado con tanta sequedad: «*Je ne vous retiens plus, général, vous recevrez ma lettre*», Balashov estaba convencido de que no solo no querría volver a verlo, sino que evitaría cualquier encuentro con un embajador ofendido y, sobre todo, testigo de su grosero arrebato. Pero, para su sorpresa, recibió a través de Duroc una invitación para sentarse ese mismo día en la mesa del emperador.

En la comida estaban Bessières, Caulaincourt y Berthier.

Napoleón recibió a Balashov con actitud alegre y afectuosa. No solo no había en él incomodidad o vergüenza por su arrebato de la mañana, sino que, por el contrario, se esforzaba en animarlo. Sin duda hacía tiempo que estaba convencido de que era imposible que pudiera equivocarse y de que todo lo que hacía estaba bien, y no porque respondiera a la concepción del bien o del mal, sino simplemente porque era *él* quien lo había hecho.

El emperador se mostraba muy alegre después de su paseo a caballo por Vilna; el gentío lo había recibido con entusiasmo y lo había acompañado. En todas las ventanas de las calles por las que había pasado pendían tapices, banderas y monogramas con su nombre, y las damas polacas lo habían saludado agitando sus pañuelos.

En la comida Napoleón se dirigió a Balashov, a quien había hecho sentar a su lado, no solo con afecto, sino como si lo considerara uno de sus cortesanos, como alguien que simpatizara con sus planes y se alegrara de sus éxitos. Entre otras cosas, se puso a hablar de Moscú y a hacerle preguntas sobre la capital rusa, no solo con el interés de un viajero curioso, sino como si estuviera convencido de que Balashov, como ruso que era, se sentiría halagado.

—¿Cuántos habitantes tiene Moscú? ¿Cuántos edificios? ¿Es cierto que lo llaman *Moscou la sainte*?[33] ¿Cuántas iglesias hay en *Moscou*? —le preguntó.

Y, a la respuesta de que había más de doscientas iglesias, dijo:

—Y ¿para qué tantísimas?

—Los rusos son muy devotos —respondió Balashov.

—Un número elevado de monasterios e iglesias indica siempre el atraso de un pueblo —dijo Napoleón volviendo la mirada hacia Caulaincourt para que apreciara la afirmación.

Balashov se permitió discrepar respetuosamente de la opinión del emperador francés.

—Cada pueblo tiene sus costumbres —replicó.

—Pero eso ya no se da en ningún país de Europa —dijo Napoleón.

—Disculpe, majestad —objetó Balashov—, no solo se da en Rusia: en España también hay muchas iglesias y monasterios.

Esta respuesta de Balashov, que aludía a la reciente derrota de los franceses en España, fue muy apreciada cuando la explicó en la corte del emperador Alejandro, pero en la comida de Napoleón no lo fue y pasó desapercibida.

Por los rostros de indiferencia y perplejidad de los señores mariscales era evidente que no habían entendido la agudeza de la respuesta ni a qué aludía el tono de Balashov. «Si ha dicho una ocurrencia, no la hemos entendido o no es nada ingeniosa», decían esos rostros. La respuesta fue tan poco apreciada que Napoleón ni siquiera pareció oírla y le preguntó inocentemente por qué ciudades pasaba el camino en línea recta desde allí hasta Moscú. Balashov, que no había bajado la guardia en toda la comida, respondió que *comme tout chemin mène à Rome, tout chemin mène à Moscou*[34]; que había muchos caminos, y uno de ellos era el de Poltava, escogido por Carlos XII. Al decir esto, se ruborizó de placer por el acierto de su respuesta. No había terminado aún de pronunciar «Poltava» y Caulaincourt ya estaba comentando lo incómoda que era la carretera que iba de San Petersburgo a Moscú, así como sus recuerdos petersburgueses.

Después de la comida pasaron a tomar el café al gabinete de Napoleón, que cuatro días antes había sido del emperador Alejandro. Napoleón se sentó, removió el café en una taza de Sèvres y le señaló a Balashov una silla a su lado.

Hay en el ser humano cierto estado de ánimo después de comer que le predispone más que cualquier otra razón lógica a sentirse a gusto consigo mismo y a considerar a todo el que le rodea su amigo. Este era justamente el estado de ánimo de Napoleón. Le parecía estar rodeado de personas que lo idolatraban. Y estaba convencido de que después de la comida Balashov era también su amigo e idolatrador, por lo que se dirigió a él con una sonrisa agradable y ligeramente burlona.

—Me han dicho que este es el mismo gabinete en que estaba instalado el emperador Alejandro. Es extraño, ¿no es así, general? —apuntó, evidentemente sin dudar de que esto no pudiera ser del agrado de su interlocutor, ya que demostraba su superioridad sobre Alejandro. Balashov no

pudo contestar nada a semejantes palabras e inclinó la cabeza en silencio—. Sí, hace cuatro días en este gabinete estuvieron deliberando Wintzingerode y Stein —continuó diciendo con la misma sonrisa burlona y segura—. Lo que no alcanzo a comprender es por qué el emperador Alejandro se ha rodeado de todos mis enemigos personales. No lo… entiendo. ¿No pensó que yo podía hacer lo mismo? —le preguntó a Balashov, y saltaba a la vista que este recuerdo lo empujó hacia el estado iracundo de la mañana, aún tan reciente—. Que sepa lo que voy a hacer —dijo levantándose y apartando su taza con una mano—: echaré de Alemania a todos sus parientes: a los de Wurtemberg, a los de Baden, a los de Weimar… Sí, los echaré. ¡Que les prepare un refugio en Rusia!

Balashov inclinó la cabeza como para mostrar que quería despedirse y que solo escuchaba lo que le decía porque no podía hacer otra cosa. Napoleón no se dio cuenta de este gesto y le seguía hablando no como al embajador de su enemigo, sino como a un hombre ahora totalmente entregado a él que debía alegrarse de que humillaran a su antiguo señor.

—Y ¿para qué ha tomado el emperador Alejandro el mando de las tropas? ¿Qué sentido tiene? La guerra es mi oficio y lo suyo es reinar, no dirigir a sus tropas. ¿Por qué se ha cargado a sí mismo con esta responsabilidad?

Volvió a coger la tabaquera, dio varias vueltas por la sala en silencio y de repente se acercó a Balashov; con una débil sonrisa, mucha seguridad, rapidez y sencillez, como si hiciera algo no solo importante, sino también agradable para el general ruso de cuarenta años, alzó una mano a la altura de su cara, le agarró de una oreja y tiró un poco de ella, sonriendo solo con los labios.

Avoir l'oreille tirée par l'Empereur[35] era considerado un inmenso honor y merced en la corte francesa.

—*Eh bien, vous ne dites rien, admirateur et courtisan de l'Empereur Alexandre?*[36] —dijo Napoleón, como si le hiciera gracia estar en presencia de un *courtisan* y *admirateur* de otra persona que no fuera él—. ¿Están preparados los caballos para el general? —añadió, inclinando ligeramente la cabeza en respuesta al saludo de Balashov—. Denle los míos, tiene un largo camino…

La carta que Balashov llevó fue la última que Napoleón le escribiría a Alejandro. Todos los detalles de la conversación fueron transmitidos al emperador ruso y la guerra empezó.

VIII

Después de su encuentro con Pierre en Moscú, el príncipe Andréi viajó a San Petersburgo por unos asuntos, como le dijo a su familia, aunque en realidad su intención era buscar al príncipe Anatol Kuraguin, al que quería encontrar sin falta. Cuando llegó a la ciudad se enteró de que ya no estaba allí. Pierre había hecho saber a su cuñado que el príncipe Andréi iba tras él, por lo que, al recibir un destino del ministro de Guerra, Kuraguin había partido de inmediato hacia Moldavia para unirse al ejército. En San Petersburgo el príncipe Andréi se encontró con Kutúzov, su antiguo general, siempre tan bien dispuesto hacia él, quien le propuso que lo acompañara al ejército de Moldavia, del que había sido nombrado comandante en jefe. Así pues, habiendo sido destinado al cuartel general del Estado Mayor, el príncipe Andréi se marchó a Turquía.

Consideraba impropio escribir a Kuraguin retándolo; sin un motivo nuevo para un duelo, creía que podría comprometer a la condesa Rostova, por lo que buscaba un encuentro personal con él que le diera algún pretexto para desafiarlo. Pero tampoco lo encontró en el ejército turco: poco después de su llegada, Kuraguin había partido de regreso a Rusia. En un nuevo país y con unas condiciones nuevas de vida, al príncipe Andréi la existencia se le hizo más llevadera. Después de la traición de su prometida, que más lo atormentaba cuanto más trataba de ocultar a los demás lo mucho que le había afectado, las condiciones de vida que lo habían hecho feliz ahora le resultaban penosas, y aún más la libertad e independencia que tanto valoraba en el pasado. Ahora no solo no le venían a la cabeza las ideas que había tenido por primera vez al contemplar el cielo en el campo de Austerlitz, ideas que le gustaba desarrollar con Pierre y que habían llenado su soledad en Boguchárovo y posteriormente en Suiza y Roma, sino que incluso le asustaba recordarlas, porque abrían ante él horizontes claros e infinitos. Ahora solo le interesaban las cuestiones inmediatas y prácticas, que nada tenían que ver con las de antes, y se aferraba a ellas con más avidez cuanto más se cerraba a las antiguas. Era como si la bóveda infinita y lejana del cielo que se había elevado sobre él se hubiera convertido de pronto en una bóveda baja y definida que le ahogaba, donde todo era evidente y no había nada eterno ni misterioso.

De las actividades que se le presentaban, la carrera militar era la más sencilla y la que mejor conocía. En su calidad de general de servicio del Estado Mayor de Kutúzov, el príncipe Andréi trabajaba con tanto celo y obstinación que dejaba asombrado a su comandante en jefe con su diligencia y esmero. Al no encontrar a Kuraguin en Turquía, no había considerado

necesario volver tras él a Rusia; sin embargo, sabía que por mucho tiempo que pasara, por más que lo despreciara y se dijera a sí mismo que no valía la pena rebajarse a un enfrentamiento con un hombre así, sabía que si se lo encontraba no podría dejar de retarlo a un duelo, del mismo modo que un hombre hambriento no puede evitar abalanzarse sobre la comida. La conciencia de que la ofensa aún no había sido vengada y la rabia sin descargar que seguía en su corazón envenenaban la calma ficticia que había conseguido en Turquía bajo la apariencia de un trabajo diligente, solícito, no exento de ambición y vanidad.

En 1812, cuando la noticia de la guerra con Napoleón llegó a Bucarest (donde Kutúzov llevaba dos meses instalado pasando días y noches con una mujer de Valaquia), el príncipe Andréi le pidió que lo trasladara al ejército del oeste. Kutúzov, a quien Bolkonski ya había hartado con su laboriosidad, que le parecía un reproche a su holganza, lo dejó marchar gustosamente y le encargó una misión para llevar a cabo en el Estado Mayor de Barclay de Tolly.

Antes de incorporarse al ejército, que en mayo estaba acampado en Drissa, el príncipe Andréi pasó por Lysye Gory; le quedaba de camino, a tres verstas de la carretera principal de Smolensk. En los tres últimos años su vida había dado tantas vueltas, había reflexionado tanto, había sentido y visto tantas cosas (en sus viajes por Occidente y por Oriente), que al llegar a Lysye Gory le asombró de un modo extraño e inesperado que todo siguiera exactamente igual, hasta en los más ínfimos detalles, que la vida siguiera allí su curso de siempre. Recorrió la alameda y cruzó los portalones de piedra de la casa como si se adentrara en un castillo durmiente y encantado. La misma sobriedad, limpieza y silencio reinaban en la casa, los mismos muebles, paredes, sonidos y olor, los mismos rostros temerosos, algo más envejecidos. La princesa Maria seguía siendo la misma muchacha apocada, fea y miedosa, con sus perpetuos sufrimientos morales, que envejecía y pasaba en balde y sin alegrías los mejores años de su vida. La Bourienne era la misma muchacha satisfecha de sí misma y coqueta que pasaba alegremente cada instante de su vida y que estaba llena de las más alegres esperanzas; sin embargo, ahora estaba más segura de sí misma, como le pareció al príncipe Andréi. Dessales, el preceptor que había traído consigo de Suiza, a pesar de llevar una levita de corte ruso y chapurrear el ruso con el servicio, seguía siendo el mismo hombre de inteligencia limitada, instruido, virtuoso y exageradamente meticuloso de siempre. En cuanto al viejo príncipe, su único cambio físico consistía en que ahora se le notaba la falta de un diente a un lado de la boca;

moralmente era el de siempre, aunque se mostraba aún más irritado y desconfiado con lo que ocurría en el mundo. El único que había cambiado era Nikólushka: había crecido, gozaba de buen color, tenía el pelo rizado y oscuro, y al reírse y pasárselo bien levantaba sin darse cuenta el labio superior de su hermosa boquita exactamente igual que la difunta pequeña princesa. Solo él desobedecía la ley de la inmutabilidad que reinaba en ese castillo durmiente y encantado. Pero, aunque externamente todo siguiera igual que siempre, las relaciones personales entre los habitantes de la casa habían cambiado desde la última vez que el príncipe Andréi los había visto. La familia estaba dividida en dos bandos, ajenos y hostiles entre sí, que solo se habían vuelto a unir en su presencia y habían alterado por él su modo de vida habitual. En uno de los bandos estaba el viejo príncipe, la Bourienne y el arquitecto, y en el otro la princesa Maria, Dessales, Nikólushka y todas las niñeras y ayas.

Durante la estancia del príncipe Andréi en Lysye Gory comieron todos juntos, pero se sentían incómodos, y él se daba cuenta de que era un huésped por el que hacían una excepción y cuya presencia cohibía a todos. El primer día, al percibir todo esto inconscientemente, se pasó toda la comida callado; el viejo príncipe, que notaba la incomodidad de su hijo, también estuvo callado y se mostró taciturno, y en cuanto acabaron de comer se marchó a su habitación. Por la noche el príncipe Andréi fue a verlo y trató de animarlo explicándole la campaña del joven conde Kamenski, pero el viejo príncipe se puso a hablar de repente de la princesa Maria: censuró su superstición y su hostilidad contra *mademoiselle* Bourienne, la única persona, según sus palabras, que le era verdaderamente leal.

El viejo príncipe dijo que si estaba enfermo era solo por culpa la princesa Maria; que ella lo atormentaba e irritaba adrede; que, con sus mimos y sus estúpidas historias, estaba echando a perder al pequeño Nikolái. Aunque sabía perfectamente que en realidad era él quien atormentaba a su hija y lo dura que era su vida, también sabía que no podía evitar hacerlo y creía que ella se lo merecía. «¿Por qué el príncipe Andréi, que ve esto, no dice nada de su hermana? —pensaba—. ¿Qué se cree? ¿Que soy un malvado, un viejo estúpido que se ha alejado sin motivo de su hija y ha intimado con una francesa? No lo entiende, y por eso tengo que explicárselo; tiene que escucharme.» Y le contó las razones por las que no podía soportar el carácter absurdo de su hija.

—No quería hablar de esto —dijo el príncipe Andréi sin mirar a su padre (era la primera vez en su vida que lo iba a censurar)—, pero ya que me lo

pregunta… Ya que me lo pregunta le diré abiertamente qué opino de todo esto. Si hay algún malentendido y desacuerdo entre usted y Masha no la puedo culpar a ella en absoluto: sé cuánto lo quiere y respeta. Ya que me lo pregunta —continuó, empezando a irritarse, porque últimamente siempre estaba predispuesto a la irritación—, solo le puedo decir una cosa: si hay algún malentendido, se debe únicamente a esa mujer nula, una mujer que no debería ser amiga de mi hermana.

En un primer momento el viejo se quedó mirando fijamente a su hijo, esbozando una sonrisa antinatural que delataba que le faltaba un diente, algo a lo que el príncipe Andréi no podía acostumbrarse.

—¿De qué amiga hablas, querido? ¿Eh? ¡Tenías que decirlo! ¿Eh?

—Padre, no quería juzgarlo —replicó el príncipe Andréi con tono bilioso y severo—, pero usted me lo ha preguntado, y afirmo y siempre afirmaré que la princesa Maria no tiene la culpa. La tienen… La tiene esa francesa…

—¡Ah, me censuras!… ¡Me censuras! —exclamó el viejo en voz baja, con un tono turbado, como le pareció al príncipe Andréi; a continuación se levantó de un repentino salto y se puso a gritar—: ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que no vuelva a verte por aquí!…

El príncipe Andréi quiso marcharse inmediatamente, pero la princesa Maria lo convenció para que se quedara un día más. Aquel día no vio a su padre, que no salió de su habitación, que no permitió entrar a nadie a excepción de *mademoiselle* Bourienne y de Tijon, y que preguntó varias veces si su hijo se había marchado. Al día siguiente, antes de partir, el príncipe Andréi fue a las habitaciones de su hijo. El niño, robusto y con el pelo rizado de su madre, se sentó en sus rodillas. Le contó el cuento de Barba Azul, pero no lo terminó y se quedó pensativo. No era en su hijo en quien pensaba, ese hermoso chiquillo que tenía sobre las rodillas, sino en sí mismo. Horrorizado, buscaba en vano en su interior algún atisbo de arrepentimiento por haber hecho enfadar a su padre o de tristeza por marcharse de casa tras pelearse con él por primera vez en su vida. Aunque lo peor de todo era que tampoco encontraba en su interior ningún atisbo de la ternura que en el pasado había sentido por su hijo y que esperaba reavivar al acariciarlo y sentarlo en sus rodillas.

—¡Va, sigue! —le decía el niño.

El príncipe Andréi no le contestó, lo bajó de sus rodillas y salió de la habitación.

Al dejar sus ocupaciones cotidianas y, sobre todo, al retomar ese modo de vida que en otro tiempo lo había hecho feliz, la angustia vital lo asaltó con la

fuerza de antaño; por este motivo intentó escaparse cuanto antes de sus recuerdos y encontrar alguna actividad.

—¿Definitivamente te vas, *André*? —le preguntó su hermana.

—Y gracias a Dios —dijo el príncipe Andréi—; me da mucha lástima que tú no puedas marcharte.

—¡Por qué dices eso! —exclamó la princesa Maria—. ¡Por qué dices eso ahora que te vas a esta guerra horrible y que él está tan viejo! *mademoiselle* Bourienne dice que ha preguntado por ti…

Y, en cuanto lo dijo, los labios le empezaron a temblar y las lágrimas brotaron en sus ojos. El príncipe Andréi le dio la espalda y se paseó por la habitación.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! —exclamó—. Y ¡pensar que seres tan nulos puedan ser una fuente de desdicha para los demás! —dijo con una rabia que la asustó.

La princesa Maria comprendió que cuando hablaba de seres nulos no se refería únicamente a *mademoiselle* Bourienne, que le había disgustado, sino también a la mujer que había destruido su felicidad.

—*André*, solo te pido una cosa, te lo ruego —dijo ella, tocándole el codo y mirándolo con sus ojos radiantes a través de las lágrimas—. Te entiendo. —Bajó la mirada—. Pero no creas que el dolor proviene del ser humano. El ser humano es solo Su instrumento —añadió, mirando un poco por encima de la cabeza del príncipe Andréi con la seguridad y naturalidad con que se mira un lugar conocido donde pende un retrato—. Él es quien envía el dolor, y no el ser humano. El ser humano es Su instrumento, no tiene la culpa. Si crees que alguien es culpable ante ti, olvídalo y perdónale. No tenemos derecho a castigar. Solo así comprenderás la dicha del perdón.

—Esto lo haría si fuera mujer, *Marie*: esa es una virtud femenina. Pero el hombre no puede, no debe olvidar ni perdonar —dijo.

Aunque hasta ese momento no había pensado en Kuraguin, toda la rabia que tenía por no haberse vengado se revolvió repentinamente en su corazón.

«Si la princesa Maria me está intentando convencer de que perdone, significa que hace mucho que debería haber castigado a ese hombre», se dijo. Y, sin responder a su hermana, pensó en el instante feliz y rabioso en que encontraría a Kuraguin, que estaba (lo sabía) en el ejército.

La princesa Maria le rogó que se quedara un día más, porque sabía lo desdichado que sería su padre si se marchaba sin haberse reconciliado; pero el príncipe Andréi respondió que probablemente no tardaría en volver del

ejército, que escribiría sin falta a su padre y que cuanto más tiempo siguiera allí, más fuerte sería la discordia.

—*Adieu, André! Rappelez-vous que les malheurs viennent de Dieu, et que les hommes ne sont jamais coupables*[37] —fueron las últimas palabras que oyó de labios de su hermana al despedirse.

«Pues ¡así tenía que ser! —pensó el príncipe Andréi al pasar por la alameda de la casa de Lysye Gory—. Ella es una criatura inocente, digna de lástima, devorada por un anciano a quien se le ha ido la cabeza. Él se siente culpable, pero no puede cambiar. Mi hijo crece y se alegra ante una vida en la que acabará engañando o siendo engañado, como todo el mundo. Yo me marcho al ejército, y ¿para qué? Ni yo mismo lo sé. Y ¡quiero encontrar a ese hombre al que tanto desprecio para darle la oportunidad de matarme y de que se ría de mí!» Sus condiciones de vida eran las mismas de antes, pero en el pasado estaban entrelazadas y ahora todo parecía dispersarse. Imágenes sin sentido, sin ninguna relación entre sí, no dejaban de cruzarse una tras otra por su cabeza.

IX

A finales de junio el príncipe Andréi llegó al cuartel general del ejército. Las tropas del primer ejército, con las que estaba el soberano, ocupaban un campamento fortificado cerca del río Drissa; las del segundo ejército retrocedían para unirse al primero, del que, según se decía, habían sido separadas por las fuerzas francesas. Aunque nadie estaba satisfecho con el desarrollo de las operaciones militares del ejército ruso, a nadie se le ocurría tampoco pensar que las provincias rusas corrieran el peligro de ser invadidas ni que la guerra pudiera avanzar más allá de las provincias occidentales de Polonia.

El príncipe Andréi encontró a Barclay de Tolly, a cuyas órdenes debía ponerse, a orillas del Drissa. Como no había ninguna aldea grande o pueblo en los alrededores del campamento, los numerosísimos generales y cortesanos que iban con el ejército se habían instalado en las mejores casas que había a ambos lados del río en un radio de diez verstas. Barclay de Tolly vivía a cuatro verstas del soberano. Recibió a Bolkonski secamente, con frialdad, y le dijo con su acento alemán que informaría al zar de su llegada para que le fijaran un destino; asimismo, le rogó que mientras tanto permaneciera en su Estado Mayor. Anatol Kuraguin, a quien el príncipe Andréi había tenido

esperanzas de encontrar, no estaba allí: había regresado a San Petersburgo, noticia que fue de su agrado. En esos momentos todo su interés estaba centrado en aquella guerra gigantesca, y por este motivo se alegró de poder librarse un tiempo de la distracción que le suponía pensar en Kuraguin. Dedicó los cuatro primeros días, durante los que no fue requerido por nadie, a recorrer el campamento fortificado, y con ayuda de sus conocimientos y de sus conversaciones con personas bien informadas, trató de hacerse una idea concreta de la situación. Sin embargo, no tenía clara la cuestión de si el campamento era útil o inútil. Su experiencia militar le había hecho llegar a la firme conclusión de que en la guerra los planes más estudiados y pensados no sirven para nada (tal y como había visto en la campaña de Austerlitz), que todo depende de cómo se responda a las acciones inesperadas del enemigo, imposibles de prever, y de quién dirija la acción y cómo lo haga. Para aclarar esta última cuestión, sirviéndose de su posición y de sus relaciones, el príncipe Andréi profundizó en el carácter de la administración del ejército y de los hombres y grupos que participaban en ella, y llegó a las siguientes conclusiones sobre el estado de cosas:

Cuando el soberano aún seguía en Vilna las tropas estaban divididas en tres ejércitos: el primero comandado por Barclay de Tolly, el segundo por Bagratión y el tercero por Tormásov. El soberano estaba con el primer ejército, pero no en calidad de comandante en jefe; las órdenes establecían que él no dirigiría las tropas, únicamente estaría con ellas. Además, no disponía de un Estado Mayor como comandante en jefe, sino de un cuartel general imperial. Lo asistían el jefe del cuartel general imperial príncipe Volkonski, generales, ayudantes de campo imperiales, funcionarios del cuerpo diplomático y gran cantidad de extranjeros, pero no un Estado Mayor del ejército como tal. También asistían al soberano, aunque sin desempeñar ningún cargo, Arakchéiev, antiguo ministro de Guerra; el conde Bennigsen, general de mayor rango; el gran duque heredero Constantino Pávlovich; el conde Rumiántsev; el canciller Stein, antiguo ministro de Prusia; Armfelt, general suizo; Pfuel, autor principal del plan de la campaña; Paulucci, general edecán originario de Cerdeña; Wolzogen y muchos más. Aunque estos hombres carecieran de un cargo concreto en el ejército, su posición los hacía influyentes, por lo que a menudo el jefe del cuerpo o incluso el comandante en jefe ignoraban en calidad de qué Bennigsen, el gran duque, Arakchéiev y el príncipe Volkonski preguntaban algo o daban un consejo; asimismo, ignoraban si se trataba de una orden que el soberano había dado en forma de consejo y si debían cumplirla o no. De todos modos, se trataba de una

circunstancia externa, ya que todo el mundo sabía perfectamente cuál era el significado esencial de la presencia del zar y de todos esos hombres desde un punto de vista cortesano (y en presencia del soberano todo el mundo se vuelve cortesano): aunque el soberano no hubiera asumido el puesto de comandante en jefe, disponía de todos los ejércitos, y quienes le rodeaban eran sus ayudantes. Arakchéiev era su fiel ejecutor, guardián del orden y guardaespaldas personal; Bennigsen, con grandes propiedades en la región de Vilna, hacía *les honneurs*[38] del lugar, pero era un buen general, consejero útil, siempre a mano para sustituir a Barclay. El gran duque estaba allí por su propia conveniencia. El exministro Stein estaba porque era un consejero útil y porque el emperador Alejandro valoraba mucho sus cualidades personales. Armfelt porque era un general que odiaba furiosamente a Napoleón y estaba seguro de sí mismo, algo que influía siempre en Alejandro. Paulucci porque hablaba con arrojo y decisión. Los generales edecanes porque iban allá donde estuviera el emperador. Y Pfuel, el más importante de todos, porque era el autor del plan de guerra contra Napoleón, porque había hecho creer a Alejandro que este era el más conveniente de todos y porque dirigía el desarrollo de la guerra. Pfuel, teórico de despacho, brusco y presuntuoso hasta el punto de despreciar a los demás, iba acompañado de Wolzogen, que transmitía sus ideas de un modo mucho más comprensible.

Además de estos personajes rusos y extranjeros (particularmente de extranjeros que, con el atrevimiento propio de quienes desarrollan su actividad en un país ajeno, proponían diariamente nuevos planes inesperados) había muchos más de rango inferior que estaban allí acompañando a sus superiores.

Entre todas las ideas y voces de ese mundo inmenso, agitado, deslumbrante y orgulloso, el príncipe Andréi distinguía las corrientes y partidos que tenían un carácter más marcado:

El primer partido estaba formado por Pfuel y sus seguidores, los teóricos de la guerra, convencidos de que existe una ciencia bélica, y de que esta ciencia tiene leyes inmutables, leyes del movimiento oblicuo, del flanqueo, etcétera. Pfuel y sus seguidores exigían el repliegue al interior del país, de acuerdo con las leyes exactas de esta supuesta teoría de la guerra, y cualquier cosa que difiriera de esta teoría la veían como una muestra de barbarie, ignorancia o mala fe. A este partido pertenecían los príncipes alemanes, Wolzogen, Wintzingerode y otros, principalmente alemanes.

El segundo partido era opuesto al primero. Como suele ocurrir, los extremos de ambos se tocaban. Las personas que lo formaban eran las que ya

en Vilna habían exigido una ofensiva en Polonia y desechaban cualquier plan trazado. Además de ser partidarias de las acciones más intrépidas, eran nacionalistas, por lo cual en las discusiones se volvían todavía más unilaterales. Estaba formado por los rusos Bagratión, Yermólov, que empezaba a destacar, y otros. En aquel tiempo corría una famosa broma de Yermólov que decía que había pedido una merced al soberano: ser ascendido a alemán. Las personas de este partido afirmaban, recordando a Suvórov, que no había que reflexionar ni dedicarse a clavar alfileres en mapas, sino combatir, golpear al enemigo, no permitir su entrada en Rusia y no dejar que el ejército se desanimara.

El tercer partido, que era aquel en el que más confiaba el soberano, estaba formado por cortesanos que combinaban las dos corrientes anteriores. Sus miembros, en su mayoría no militares y entre los que se contaba Arakchéiev, pensaban y afirmaban lo que normalmente dice quien no tiene convicciones pero quiere parecer tenerlas. Afirmaban que sin duda la guerra, especialmente contra un genio como Bonaparte (de nuevo lo llamaban así), requiere planteamientos muy profundos y un conocimiento profundo de la ciencia, y en eso Pfuel era genial; pero al mismo tiempo no podían dejar de reconocer que los teóricos suelen ser unilaterales, por lo que no hay que confiar solamente en ellos: era necesario prestar atención también a lo que decían los adversarios de Pfuel, los hombres prácticos y experimentados en asuntos militares, y sacar de todo ello un punto medio. Los miembros de este partido insistían en conservar el campamento del Drissa de acuerdo con el plan de Pfuel, pero modificar el movimiento de los demás ejércitos. Aunque actuando así no se lograba ni uno ni otro objetivo, les parecía que esa era la mejor opción.

La cuarta corriente tenía como representante más relevante al gran duque heredero, incapaz de olvidar la derrota que había sufrido en Austerlitz, donde, habiendo salido ante la Guardia en casco y coleto, como si estuviera en un pase de revista, y dando por hecho que iban a aplastar triunfalmente a los franceses, llegó sin esperárselo a la primera línea y tuvo que huir como pudo en medio del caos general. Las personas de este partido tenían la cualidad y el defecto de la sinceridad. Temían a Napoleón, veían fuerza en él y debilidad en sí mismos, y lo decían abiertamente. Afirmaban: «¡Lo único que va a salir de todo esto es dolor, vergüenza y muerte! ¡Hemos abandonado Vilna y Vítebsk, y abandonaremos Drissa! ¡Lo único inteligente que podemos hacer es firmar ya la paz, antes de que nos echen a patadas de San Petersburgo!». Este punto de vista estaba muy extendido entre las altas esferas del ejército, tenía apoyos

en San Petersburgo y en el canciller Rumiántsev, que, por otras razones de Estado, abogaba también por la paz.

El quinto partido estaba formado por los partidarios de Barclay de Tolly, no tanto como persona cuanto como ministro de Guerra y comandante en jefe. Los integrantes de este partido decían: «Independientemente de cómo sea —siempre empezaban así—, se trata de un hombre honrado, diligente, y no hay nadie mejor que él. Denle poder absoluto, pues una guerra no puede ganarse sin unidad en el mando, y demostrará lo que es capaz de hacer, tal como hizo en Finlandia. Si nuestro ejército está bien organizado, es fuerte y ha reculado hasta el Drissa sin haber sufrido pérdidas, se lo debemos solo a Barclay. Si ahora lo sustituyen por Bennigsen, todo estará perdido: este ya demostró en 1807 su incompetencia».

Los sextos, partidarios de Bennigsen, decían, al contrario, que no había nadie tan diligente y experimentado como él, y que, por más vueltas que se diera, se acabaría recurriendo a él. Y trataban de demostrar que nuestro repliegue hasta el Drissa había sido una derrota de lo más ignominiosa, una cadena incesante de errores. «Cuantos más errores se cometan, mejor —decían—, al menos comprenderán que así no se puede seguir. No necesitamos a un Barclay cualquiera, sino a un hombre como Bennigsen, que ya destacó en 1807 y a quien el propio Napoleón hizo justicia; alguien a quien reconocerían de buena gana la autoridad. Y este hombre solo puede ser Bennigsen.»

Los séptimos eran esa clase de personas que siempre rodea a los soberanos, sobre todo a los jóvenes, y que durante el reinado del emperador Alejandro era especialmente numerosa: generales y ayudantes de campo imperiales entregados a él con pasión, no como emperador, sino como hombre; lo adoraban sincera y desinteresadamente, igual que Rostov en 1805, y veían en él no solo las virtudes humanas, sino también todas sus cualidades. Aunque admiraban la humildad del soberano, que había rechazado hacerse cargo del mando del ejército, la censuraban por excesiva, y lo único que deseaban y le repetían era que su adorado emperador dejara de desconfiar de sí mismo y anunciara abiertamente que se ponía a la cabeza del ejército, que instituyera su cuartel general de comandante en jefe y que, aconsejado cuando fuera necesario por teóricos y prácticos experimentados, dirigiera él mismo las tropas, algo que levantaría al máximo el estado de ánimo general.

El octavo grupo, el mayor de todos y que por su enorme número tenía con respecto a los demás una proporción de noventa y nueve a uno, estaba compuesto por hombres que no deseaban la paz ni la guerra, ni los

movimientos ofensivos, ni un campamento fortificado en el Drissa o en cualquier otro lugar, ni a Barclay, ni al soberano, ni a Pfuel, ni a Bennigsen, solo deseaban una cosa: la mayor cantidad posible de beneficios personales y de placeres. En el agua turbia de las intrigas y marañas que bullían en el cuartel general del soberano, había muchísimas más posibilidades de conseguir cosas que, en otro tiempo, hubieran sido impensables. Alguien cuyo único deseo fuera no perder su aventajada posición, un día afirmaba que estaba de acuerdo con Pfuel, el día siguiente que estaba de acuerdo con un adversario de este, y el siguiente que no tenía ninguna opinión formada, solo para evitar cualquier responsabilidad y complacer al soberano. Otro que deseara obtener algún beneficio llamaba la atención del soberano gritando muy fuerte lo mismo que este había insinuado en la víspera, discutía y gritaba en el consejo, dándose golpes en el pecho y retando a batirse en duelo a quien no estuviera de acuerdo con él para demostrar así que estaba dispuesto a sacrificarse por el bien común. Un tercero, entre consejo y consejo, y en ausencia de sus enemigos, pedía una paga extraordinaria por su fiel servicio, sabiendo que en un momento como aquel no habría tiempo para denegársela. Un cuarto, como quien no quiere la cosa, aparecía una y otra vez, abrumado de trabajo, ante los ojos del soberano. Un quinto, con el fin de lograr su objetivo largamente deseado de comer con el soberano, se mostraba implacable al demostrar la razón o la sinrazón de una opinión nueva, aportando pruebas más o menos sólidas y justas.

Los hombres de este partido iban a la caza de rublos, cruces, cargos, y en esta caza lo único que miraban era la dirección de la veleta de la merced del zar: en cuanto veían que la veleta cambiaba de rumbo, iban todos hacia allí volando como un enjambre de zánganos, por lo que al soberano le resultaba más difícil girarla hacia otro lado. En medio de una situación tal de incertidumbre, de grave y amenazador peligro que le daba a todo un carácter especialmente alarmante, en medio de todo el torbellino de intrigas, de ambiciones personales, de encontronazos, de sentimientos y puntos de vista distintos, y de diversidad de nacionalidades, el octavo partido, el más numeroso de todos, añadía con sus intereses personales una gran confusión y desorden a la causa común. Independientemente de cuál fuera la cuestión suscitada, ese enjambre de zánganos, sin haber resuelto aún el tema anterior, salía volando hacia uno nuevo, acallando y tapando con su zumbido las voces que discutían de forma sincera.

Justo cuando el príncipe Andréi llegó al ejército, además de todos estos partidos se había formado otro nuevo, el noveno, que empezaba a elevar la

voz. Estaba formado por hombres viejos, sensatos, estadistas con experiencia, que, sin compartir ninguna de las opiniones contradictorias, sabían ver todo lo que ocurría en el Estado Mayor del cuartel general desde fuera, y hallar el modo de salir de aquella situación de incertidumbre, indecisión, embrollo y debilidad.

Los hombres de este partido decían y pensaban que todo el mal se debía fundamentalmente a la presencia del zar y de su corte militar en el ejército, ya que había trasladado a las tropas esa ambigüedad, condicionalidad, indefinición e inestabilidad en las relaciones que eran apropiadas en la corte, pero perjudiciales en el ejército; que el zar tenía que reinar y no dirigir el ejército; que la única salida a esa situación era que se marchara con su corte; que su sola presencia paralizaba a los cincuenta mil efectivos que formaban el ejército, necesarios para garantizar su seguridad personal; que el peor comandante en jefe, si podía obrar con independencia, era muy preferible al mejor de ellos si estaba atado por la presencia y autoridad del zar.

Mientras el príncipe Andréi pasaba los días sin ninguna ocupación en el Drissa, Shishkov, secretario de Estado y uno de los representantes principales de este partido, escribió una carta al soberano que Balashov y Arakchéiev habían accedido a firmar. En la carta, valiéndose del permiso que el soberano le había dado para exponer sus opiniones sobre la marcha general de las cosas, le propuso con mucho respeto que abandonara el ejército y se trasladara a la capital con el pretexto de levantar el ánimo entre la población para la guerra.

Así pues, la idea de que era imprescindible infundir ánimos al pueblo y llamarlo a defender la patria —razón principal del triunfo de Rusia (al menos en cuanto a la presencia del zar en Moscú)— fue presentada al soberano, quien la aceptó como pretexto para abandonar el ejército.

X

Cuando esta carta aún no había sido entregada al soberano, durante la comida Barclay informó a Bolkonski de que el zar deseaba verlo para interrogarle sobre Turquía, por lo que debía presentarse a las seis en el alojamiento de Bennigsen.

Ese mismo día habían llegado al cuartel general del soberano informaciones sobre un nuevo movimiento de Napoleón que podía ser peligroso para el ejército, pero estas informaciones resultaron ser falsas.

Asimismo, por la mañana el coronel Michaud había inspeccionado con el soberano las fortificaciones del Drissa y había tratado de demostrarle que el campamento fortificado, construido por Pfuel y considerado hasta entonces una *chef-d'oeuvre*[39] de la táctica llamada a propiciar la perdición de Napoleón, era un despropósito que acabaría con el ejército ruso.

El príncipe Andréi llegó al alojamiento del general Bennigsen, que ocupaba una pequeña casa señorial en la orilla misma del río. No estaban allí el general ni el soberano, pero Chernyshov, ayudante de campo del último, lo recibió y le dijo que el soberano había salido con el general Bennigsen y con el marqués Paulucci para inspeccionar de nuevo las fortificaciones del campamento del Drissa, cuya idoneidad empezaban a cuestionar seriamente.

Chernyshov estaba sentado con una novela francesa en las manos al lado de la ventana de la primera estancia, que probablemente debía de haber sido la sala; todavía quedaba allí un órgano sobre el que habían amontonado varias alfombras y, en una esquina, se veía la cama plegable del ayudante de campo de Bennigsen, que, visiblemente agotado por el trabajo o por alguna parranda, dormitaba sentado en el catre, que estaba enrollado. La sala tenía dos puertas: una daba directamente al antiguo salón y la otra al gabinete, hacia la derecha. Por la primera puerta llegaban voces en alemán y de vez en cuando en francés. En el antiguo salón estaba reunido, por deseo del soberano, no un consejo militar (al zar le gustaba la indefinición), sino un grupo de varios hombres cuya opinión deseaba conocer ante las dificultades que se avecinaban. Así pues, no se trataba de un consejo militar, sino de unos cuantos elegidos que tenían que explicarle personalmente algunas cuestiones. A este pequeño consejo habían sido invitados el general sueco Armfelt, el general edecán Wolzogen, Wintzingerode —a quien Napoleón llamaba súbdito francés huido—, Michaud, Toll, el conde Stein —que no era un militar en absoluto— y para acabar el propio Pfuel, quien, según había oído decir el príncipe Andréi, era el *cheville ouvrière*[40] de todo aquello. El príncipe Andréi tuvo la oportunidad de examinar detenidamente a Pfuel, ya que llegó poco después de él y se detuvo un momento para hablar con Chernyshov antes de entrar en el salón.

Pfuel, que vestía un uniforme de general mal confeccionado que le quedaba sin garbo, como si fuera un disfraz, a primera vista le resultó familiar, a pesar de que nunca lo había visto. Había en él algo de Weyrother, Mack, Schmidt, y de muchos otros generales teóricos alemanes a los que había conocido en 1805; sin embargo, él era el más típico de todos: era la

primera vez que veía a un teórico alemán en el que se combinaran los rasgos de todos los demás.

Pfuel era de estatura mediana, muy delgado, pero de huesos anchos, constitución ruda y robusta, anchas caderas y omóplatos prominentes. Tenía la cara surcada de arrugas y los ojos muy hundidos. Por delante, en las sienes, llevaba el pelo alisado con cepillo, sin duda a toda prisa, y por detrás los mechones se le erizaban como a un niño. Entró mirando a los lados con expresión intranquila y enfadada, como si en esa estancia grande en que había entrado todo le asustara. Se dirigió a Chernyshov con gesto torpe, sujetando la espada, y le preguntó en alemán dónde estaba el soberano. Era evidente que quería cruzar cuanto antes la sala, terminar con las reverencias y los saludos, y ponerse a trabajar delante del mapa, que era como se sentía cómodo. Asintió rápidamente a las palabras de Chernyshov y sonrió con ironía al escuchar que el soberano estaba examinando las fortificaciones que él mismo (Pfuel) había ideado de acuerdo con sus propias teorías. Refunfuñó algo con tono riguroso y voz de bajo, como hablan los alemanes seguros de sí mismos: «*Dummkopf…*», o «*zu Grunde die ganze Geschichte…*», o «*s'wird was gescheites d'raus werden…*»[41]. El príncipe Andréi no oyó bien lo que decía y quiso pasar de largo, pero Chernyshov se lo presentó y le comentó que Bolkonski acababa de volver de Turquía, donde la guerra había acabado tan satisfactoriamente. Pfuel apenas lo miró, o más bien lo miró a través, y dijo con una risa: «*Da muss ein schöner tactischer Krieg gewesen sein*»[42]. Y, después de esa risa desdeñosa, entró en el salón de donde venían las voces.

Resultaba evidente que Pfuel, que siempre tendía a la irritación sarcástica, ese día estaba especialmente alterado por que se hubieran atrevido a inspeccionar sin él su campamento y a juzgarlo. Gracias a su experiencia en Austerlitz, este breve encuentro bastó al príncipe Andréi para hacerse una idea clara de aquel hombre. Pfuel era una de esas personas irremediable, permanente y dolorosamente seguras de sí mismas como solo pueden ser los alemanes, precisamente porque basan toda su seguridad en ideas abstractas, en la ciencia, es decir, en el supuesto conocimiento de la verdad absoluta. El francés está seguro de sí mismo porque se considera, por su cuerpo e inteligencia, irresistible y fascinante, tanto para hombres como para mujeres. El inglés está seguro de sí mismo porque es ciudadano del Estado mejor organizado del mundo y porque, como inglés, siempre sabe lo que hay que hacer y está convencido de que todo lo que hace está sin lugar a dudas bien. El italiano está seguro de sí mismo porque, como se suele emocionar, se olvida fácilmente de sí mismo y de los demás. El ruso está seguro de sí

mismo porque no sabe nada ni quiere saberlo, puesto que cree que es imposible llegar a saber algo de forma completa. El alemán está seguro de sí mismo de la peor manera, la más firme y detestable de todas, porque cree que conoce la verdad, una ciencia que, aunque ha inventado él mismo, considera una verdad absoluta. Pues así era justamente Pfuel. Él tenía una ciencia: la teoría del movimiento oblicuo, que había extraído de las guerras de Federico el Grande, y toda la historia militar más reciente le parecía un disparate, una barbaridad, un caos grotesco en que ambos bandos cometían tal cantidad de errores que las guerras no podían recibir este nombre: no se ajustaban a su teoría y, por tanto, no podían servir como objeto de ciencia.

En 1806 Pfuel había sido unos de los artífices del plan de guerra que acabó con Jena y Auerstädt[43]; sin embargo, era incapaz de ver en el resultado de esa campaña la menor prueba de que su teoría fuera errónea. Al contrario: en su opinión, las alteraciones de su teoría habían sido la única razón de la derrota, y, con la alegre ironía que le caracterizaba, decía: «*Ich sagte ja dass die ganze Geschichte zum Teufel gehen werde*»[44]. Pfuel era uno de esos teóricos cuyo amor por la teoría es tan desmesurado que olvida que su objetivo es ser llevada a la práctica; este amor por la teoría le hacía odiar la práctica, y no quería saber nada de ella. Llegaba incluso a alegrarse de los fracasos, ya que estos eran fruto de haberse apartado de la teoría, lo que demostraba su validez.

Intercambió algunas palabras con el príncipe Andréi y Chernyshov sobre la guerra en curso con la expresión de quien sabe de antemano que todo irá mal y eso ni siquiera le disgusta; tanto los mechones erizados de la nuca como las sienes peinadas a toda prisa lo demostraban con especial elocuencia.

Entró en el salón y enseguida empezó a oírse desde allí su gruñona voz de bajo.

XI

El príncipe Andréi estaba aún siguiendo con la mirada a Pfuel cuando Bennigsen entró a toda prisa, lo saludó con la cabeza y, sin detenerse, se dirigió al gabinete mientras daba instrucciones a su ayudante de campo. El soberano estaba a punto de llegar y Bennigsen se había adelantado para preparar algo y tener tiempo de recibirlo. Chernyshov y el príncipe Andréi salieron al porche. El soberano, con aspecto cansado, desmontaba del caballo. El marqués Paulucci le decía algo con especial ardor, y el soberano, con la

cabeza inclinada hacia la izquierda, lo escuchaba contrariado. Continuó andando con el deseo evidente de zanjar la conversación, pero el italiano, rojo y agitado, olvidando el decoro, lo seguía sin dejar de hablar.

—*Quant à celui qui a conseillé ce camp, le camp de Drissa* —decía, mientras el soberano, que estaba empezando a subir la escalinata, reparó en el príncipe Andréi y se quedó mirando esa cara que le resultaba desconocida—. *Quant à celui, Sire* —continuó Paulucci con desesperación, incapaz de contenerse— *qui a conseillé le camp de Drissa, je ne vois pas d'autre alternative que la maison jaune ou le gibet*.[45]

Sin terminar de escuchar lo que le decía el italiano y haciendo como si no lo oyera, el soberano, que finalmente había reconocido a Bolkonski, se dirigió a él amablemente:

—Estoy muy contento de verte; ve adonde están reunidos y espérame allí.

El zar entró en el gabinete. Lo siguieron el príncipe Piotr Mijáilovich Volkonski y el barón Stein; las puertas se cerraron a sus espaldas. El príncipe Andréi, valiéndose del permiso del soberano, pasó con Paulucci, al que conocía de Turquía, al salón donde estaba reunido el consejo.

El príncipe Piotr Mijáilovich Volkonski ocupaba el puesto equivalente al de jefe del Estado Mayor del soberano. Y, al salir del gabinete, llevó al salón varios mapas que extendió sobre la mesa y planteó una serie de cuestiones de las que deseaba conocer la opinión de los reunidos. El caso era que por la noche se había recibido la noticia (que después resultó ser falsa) de que los franceses estaban en movimiento para flanquear el campamento de Drissa.

El primero en hablar fue el general Armfelt, que propuso de modo inesperado, para sortear las dificultades que habían surgido, algo nuevo e inexplicable (o que solo podía explicarse por su deseo de demostrar que él también tenía opinión): situarse fuera de la carretera de San Petersburgo y de Moscú, donde, según él, el ejército tenía que concentrarse y esperar al enemigo. Saltaba a la vista que era un plan antiguo que solo exponía en ese momento no tanto para dar respuesta a la cuestión planteada —su plan no lo hacía en absoluto—, como para aprovechar la oportunidad de darlo a conocer a los demás. Se trataba de uno de los millones de propuestas que podían hacerse con la misma solidez que tantas otras sin tener ni idea del carácter que iba a tomar la guerra. Algunos de los presentes refutaron la propuesta del general sueco y otros la defendieron. El joven coronel Toll fue quien la refutó con más ardor y durante la discusión sacó un cuaderno lleno de anotaciones que llevaba en un bolsillo lateral y pidió permiso para leerlo. En un extenso texto proponía otro plan de campaña, completamente opuesto al de Armfelt y

al de Pfuel. Paulucci, rebatiendo a Toll, propuso un plan de avance y de ataque que, según dijo, era el único que podía sacar a nuestras tropas de la incertidumbre y de la trampa (así era como calificaba el campamento de Drissa) en que estaban. Durante estas discusiones Pfuel y su intérprete Wolzogen (su puente en sus relaciones con la corte) guardaron silencio. Pfuel se limitaba a resoplar con desprecio y a volver la cabeza para mostrar que jamás se rebajaría a refutar los disparates que estaba oyendo. Pero, cuando el príncipe Volkonski, que dirigía la discusión, le pidió que expusiera su parecer, se limitó a decir:

—¿Para qué me lo preguntan? El general Armfelt ha propuesto una posición formidable, con la retaguardia al descubierto. O el ataque *von diesem Italienischen Herrn, sehr schön*. O el repliegue. *Auch gut*[46]. ¿Para qué me lo preguntan? Si ustedes lo saben todo mejor que yo. —Sin embargo, cuando Volkonski le dijo, con el ceño fruncido, que se lo preguntaba en nombre del soberano, Pfuel se levantó y dijo con súbita animación—: Lo han estropeado todo, lo han confundido todo, lo han querido saber todo mejor que yo y ahora acuden a mí. ¿Cómo arreglarlo? No hay nada que arreglar. ¡Lo que hay que hacer es cumplir a rajatabla los fundamentos que expuse! —exclamó, golpeando la mesa con sus dedos huesudos—. ¿Dónde está la dificultad? ¡Disparates, *Kinderspiel*[47]!

Se acercó al mapa y, hablando a gran velocidad, clavó su dedo enjuto en él y trató de demostrar que no había eventualidad capaz de destruir la eficacia del campamento de Drissa, que todo estaba previsto, y que, si el enemigo realmente lo flanqueaba, sería inevitablemente aniquilado.

Paulucci, que no sabía alemán, le hizo algunas preguntas en francés. Wolzogen acudió al rescate de su jefe, que hablaba mal en francés, y tradujo sus palabras, aunque siguiéndolo a duras penas, ya que Pfuel intentaba demostrar a gran velocidad que todo, absolutamente todo —no solo lo ocurrido, sino cuanto pudiera ocurrir— estaba previsto en su plan, y que si ahora habían surgido dificultades era solo por culpa de no haberlo cumplido a rajatabla. En un momento dado, con una sonrisa irónica que no se le borraba del rostro, dejó despectivamente de intentar demostrar nada, del mismo modo que un matemático deja de verificar una teoría que ha sido más que probada. Wolzogen lo sustituyó y continuó con la exposición de sus ideas en francés, y de vez en cuando le preguntaba:

—*Nichts wahr, Exellenz?*[48]

Pfuel, igual que un hombre que en el ardor de un combate golpea a sus propios compañeros, le gritó enfadado:

—*Nun ja, was soll denn da noch expliziert werden?*[49]

Paulucci y Michaud atacaban a dos voces a Wolzogen en francés. Armfelt se dirigía a Pfuel en alemán. Toll le daba explicaciones al príncipe Volkonski en ruso. Y el príncipe Andréi escuchaba y observaba la escena en silencio.

De todos esos hombres el que más interés le despertaba era el colérico Pfuel, tan categórico y absurdamente seguro de sí mismo. Era el único de los presentes que, a todas luces, no deseaba el beneficio personal, que no sentía animadversión por nadie y que solo quería una cosa: llevar a cabo el plan que había elaborado siguiendo su teoría, fruto de años de trabajo. Resultaba ridículo y desagradable por su ironía, pero al mismo tiempo inspiraba un involuntario respeto por la entrega sin límite a sus ideas. Además, en las palabras de todos los que hablaban, excepto en las de Pfuel, había un rasgo común que no se había visto en el consejo de guerra de 1805: pánico oculto ante el genio de Napoleón, un miedo que se reflejaba en cada réplica. Creían que Napoleón lo podía todo, lo esperaban en todas partes y, con su temible nombre, destruían los argumentos de los demás. Parecía que solo Pfuel consideraba a Napoleón tan bárbaro como a todos los que se oponían a su teoría. Pero, además de respeto, Pfuel despertaba en el príncipe Andréi un sentimiento de lástima. Por el tono con que le hablaban los cortesanos, por lo que Paulucci se había permitido decirle al emperador y, sobre todo, por cierta desesperación que se percibía en las expresiones del propio Pfuel, era evidente que los demás sabían y él mismo intuía que su caída estaba próxima. Y, a pesar de la seguridad en sí mismo y de su ironía alemana, gruñona, daba lástima, con su pelo alisado en las sienes y sus mechones erizados en la nuca. Aunque tratara de disimularlo bajo la irritación y el desprecio, estaba desesperado porque la única oportunidad que tenía de probar en un acontecimiento gigantesco su teoría y de demostrársela a todo el mundo se le estaba escapando de las manos.

El debate se alargó mucho y, cuanto más duraba, más se acaloraban las discusiones, que llegaron hasta los gritos y los ataques personales; aun así, al final, entre todo lo que se había dicho se pudo sacar alguna conclusión general. Al escuchar semejante algarabía en distintos idiomas, semejantes hipótesis, planes, refutaciones y alaridos, el príncipe Andréi no dejaba de sorprenderse de todo lo que decían. Las ideas que tiempo atrás, durante su actividad en el ejército, tan a menudo lo asaltaban, de que no existe ni puede existir ninguna ciencia militar y de que, por tanto, no puede existir lo que se suele llamar genio militar, ahora habían cobrado para él la evidencia de una verdad absoluta. «¿Qué teoría ni ciencia puede haber en una materia cuyas

condiciones y circunstancias se desconocen, no se pueden determinar, y aún menos se puede saber la fuerza de quienes promueven la guerra? Nadie sabe ni podrá saber cuál será la situación de nuestro ejército ni la del enemigo dentro de un día, y nadie puede saber cuál es la fuerza de uno u otro destacamento. Si en una batalla a la cabeza no va un cobarde que sale huyendo al grito de "¡Estamos perdidos!", sino un valiente que grita alegremente "¡Hurra!", un destacamento de cinco mil hombres puede valer lo mismo que uno de treinta mil, como ocurrió en la batalla de Schöngraben; y cincuenta mil hombres pueden salir corriendo ante ocho mil, como ocurrió en Austerlitz. ¿Qué ciencia puede haber en una materia en la que, como en cualquier cosa que se lleve a la práctica, nada se puede determinar y todo depende de infinitas condiciones cuyo significado se establece en un momento que nadie sabe cuándo llegará? Armfelt dice que nuestro ejército está partido por la mitad, mientras que Paulucci dice que hemos acorralado al ejército francés entre dos fuegos; Michaud dice que el campamento de Drissa es inútil porque tiene el río detrás, mientras que Pfuel dice que en eso reside precisamente su fuerza. Toll propone un plan y Armfelt otro, todos son buenos y malos, y sus ventajas no serán evidentes hasta que se produzca el acontecimiento. Entonces, ¿por qué todo el mundo habla de "genio militar"? ¿Acaso es un genio un hombre que sabe ordenar a tiempo el envío de víveres o que un destacamento vaya a la derecha y otro a la izquierda? A estos militares solo se les llama genios porque están revestidos de brillo y poder, porque hay una gran multitud de canallas que adulan este poder y le atribuyen unas cualidades de genialidad que no le corresponden. Por el contrario, los mejores generales que he conocido eran tontos o despistados. El mejor, Bagratión: el propio Napoleón lo reconoció. ¿Y Bonaparte? Recuerdo su expresión arrogante, de persona limitada, en el campo de batalla de Austerlitz. No es solo que un buen jefe militar no tenga que ser un genio ni poseer cualidades especiales, sino que, al contrario, tiene que carecer de las mejores y más elevadas cualidades humanas: amor, poesía, ternura, duda y curiosidad filosófica. Debe ser limitado, estar firmemente convencido de que lo que hace es muy importante (si no, le faltaría paciencia), y solo entonces será un jefe militar audaz. Dios le libre de enamorarse, de sentir compasión y de pensar en si algo es justo o injusto. Es comprensible que la teoría del genio se haya elaborado desde la Antigüedad para que encaje en estos hombres, porque ellos ostentan el poder. Sin embargo, el éxito de un combate no depende de ellos, sino de quien, estando en las filas, grita: "¡Estamos perdidos!" o

"¡Hurra!". ¡Solo en las filas puede uno estar seguro de que su servicio es útil!»

Esto es lo que pensaba el príncipe Andréi al escuchar estas discusiones, y solo cuando Paulucci lo llamó —todos se estaban empezando a marchar ya— salió de su ensimismamiento.

En el pase de revista que hubo al día siguiente el soberano le preguntó dónde deseaba prestar servicio, y el príncipe Andréi perdió para siempre el favor de la corte porque, en vez de solicitar un puesto cerca de él, pidió permiso para servir en el frente.

XII

Antes de iniciarse la campaña Rostov recibió una carta de sus padres en la que le contaban brevemente la enfermedad de Natasha, su ruptura con el príncipe Andréi (que explicaban por el rechazo de ella), y de nuevo le pedían que solicitara la baja y volviera a casa. Al recibir la carta, Nikolái ni siquiera intentó pedir un permiso o la baja: les respondió que sentía mucho la enfermedad de Natasha y la ruptura con su prometido, y les dijo que haría todo lo posible por cumplir su deseo. A Sonia le escribió aparte.

> Mi adorada amiga del alma —le escribió—: solo el honor puede retenerme aquí e impedir mi regreso a Otrádnoie. Y ahora, ante el inicio de la campaña, consideraría deshonroso no solo ante todos mis compañeros, sino ante mí mismo, preferir mi felicidad personal al deber y al amor por la patria. Pero esta es nuestra última separación. Créeme cuando te digo que en cuanto la guerra acabe, si estoy vivo y me sigues amando, lo dejaré todo y correré a tu lado para estrecharte para siempre contra mi ardoroso pecho.

Verdaderamente, solo el inicio de la campaña retenía a Rostov y le impedía volver para casarse con Sonia, como había prometido. El otoño de Otrádnoie con sus cacerías, el invierno, las fiestas navideñas y el amor por Sonia le habían descubierto la perspectiva de una vida tranquila propia de la nobleza, llena de alegrías y sosiego, que antes no conocía y que ahora lo atraía. «¡Una mujer magnífica, hijos, una buena jauría de sabuesos, diez o doce lebreles veloces, la hacienda, los vecinos, las elecciones comarcales!», pensaba. Pero ahora se avecinaba la guerra y tenía el deber de quedarse en el regimiento. Y, como era lo que tenía que hacer, Nikolái Rostov, con el carácter que le era propio, se sintió satisfecho con su vida en el regimiento y supo hacérsela agradable.

Al volver del permiso sus compañeros lo habían recibido alegremente; después fue enviado a la remonta a la Pequeña Rusia[50], de donde trajo excelentes caballos que le llenaron de orgullo y que fueron alabados por sus superiores. En su ausencia había sido ascendido a capitán de caballería, y cuando el regimiento, cuyos efectivos habían aumentado, fue puesto en pie de guerra, le dieron el mando de su antiguo escuadrón.

Empezó la campaña y el regimiento marchó hacia Polonia; la paga era doble, llegaban nuevos oficiales, soldados y caballos; y, sobre todo, había en el aire esa agitación alegre que acompaña el inicio de la guerra. Rostov, consciente de su ventajosa posición en el regimiento, se entregó por entero a los placeres e intereses del ejército, aunque sabía que tarde o temprano tendría que abandonarlo.

Las tropas se habían retirado de Vilna por distintas razones de Estado, políticas y tácticas. Cada paso que retrocedían iba acompañado de un complicado juego de intereses, conclusiones y pasiones de los miembros del Estado Mayor. Para los húsares del regimiento de Pavlograd esa retirada en el mejor momento del verano, con víveres suficientes, era de lo más sencillo y alegre. Desanimarse, inquietarse e intrigar era algo que solo podían hacer en el Estado Mayor: en el corazón del ejército nadie se preguntaban adónde iban ni por qué motivo. Si se quejaban del repliegue era únicamente porque tenían que abandonar el confortable cuartel o a una hermosa *panna* polaca. Si a alguien se le pasaba por la cabeza que las cosas iban mal, entonces procuraba, como corresponde a un buen militar, mostrarse alegre y no pensar en la marcha general de la contienda, sino en sus tareas más inmediatas. Al principio acamparon alegremente cerca de Vilna, conociendo a terratenientes polacos, esperando y pasando revista ante el soberano y otros altos jefes. Después llegó la orden de retroceder hasta Švenčionys y destruir las provisiones que no pudieran llevarse consigo. Švenčionys fue recordado por los húsares solo por ser el *campamento de los borrachos*, que era como lo había llamado todo el ejército, y también por la cantidad de quejas que habían recibido las tropas porque, con la excusa de cumplir la orden de aprovisionarse, se habían llevado caballos, carruajes y alfombras de los polacos nobles. Rostov recordó Švenčionys porque el día en que llegaron había reemplazado al sargento mayor de caballería y había sido incapaz de controlar a un escuadrón de hombres borrachos que se habían llevado sin él saberlo cinco barriles de cerveza añeja. Desde allí siguieron retrocediendo hasta llegar al Drissa, desde donde continuó la retirada hasta acercarse ya a las fronteras rusas.

El 13 de julio los hombres del regimiento de Pavlograd tuvieron que tomar parte en una batalla seria por primera vez.

En la víspera de la acción, el 12 de julio, hubo una fuerte tormenta de lluvia y granizo. Y es que el verano de 1812 fue notable por sus tormentas.

Dos escuadrones del regimiento de Pavlograd hacían vivac en mitad de un campo de centeno ya espigado, totalmente pisoteado por el ganado y los caballos. Caía una lluvia torrencial y Rostov e Ilín, un joven oficial al que tenía bajo su protección, se resguardaban en una pequeña choza que habían construido deprisa y corriendo. Un oficial de largos bigotes —le cubrían totalmente las mejillas— de su regimiento, que volvía del Estado Mayor y a quien había sorprendido la lluvia, pasó a ver a Rostov.

—Conde, vengo del Estado Mayor. ¿Se ha enterado de la hazaña de Raievski?

Y le contó todos los detalles de la batalla de Saltánovka, de la que había oído hablar en el Estado Mayor.

Rostov, con el cuello encogido porque le entraba agua, fumaba una pipa y escuchaba distraídamente, mirando alguna que otra vez al joven oficial Ilín, que estaba acurrucado a su lado. Este oficial, un muchacho de dieciséis años que había ingresado hacía poco en el regimiento, era con relación a Nikolái lo que él había sido con relación a Denísov siete años antes. Ilín intentaba imitarlo en todo y estaba enamorado de él como una mujer.

Zdrzhinski, el oficial de los grandes bigotes, contaba pomposamente que el dique de Saltánovka había sido como las Termópilas[51] rusas, y que el general Raievski había realizado allí una hazaña digna de la Antigüedad. Zdrzhinski explicó que Raievski había llevado a sus dos hijos consigo al dique bajo un fuego enemigo terrible y que se había lanzado con ellos al ataque. Rostov escuchaba el relato y no solo no decía nada que alentara el entusiasmo de Zdrzhinski, sino que, al contrario, tenía el aspecto de quien se avergüenza de lo que le están contando, pero que no se dispone a hacer ninguna objeción. Después de las campañas de Austerlitz y de 1807 sabía por propia experiencia que cuando alguien cuenta alguna proeza militar siempre miente, como él mismo hacía; en segundo lugar, tenía la suficiente experiencia para saber que en la guerra nada sucede como podemos imaginar ni contar. Por este motivo no le gustaba el relato de Zdrzhinski, ni le gustaba Zdrzhinski en sí, que, con esos bigotes que le cubrían totalmente las mejillas, tenía la costumbre de inclinarse sobre el rostro de su oyente, y, en esa choza tan estrecha, lo estaba agobiando. Rostov lo miraba en silencio. «En primer lugar, en el dique debió de haber tal caos y personas hacinadas que, si

Raievski llevó allí a sus hijos, aquello no pudo tener ningún efecto en nadie o, a lo sumo, en los diez hombres que debía de tener a su lado —pensaba—: los demás no podían ver cómo y con quién iba por el dique. Y ni siquiera los que le veían pudieron enfervorizarse, porque ¿qué les iban a importar los enternecedores sentimientos paternales de Raievski cuando su propio pellejo estaba en peligro? Por otra parte, el destino de nuestra patria no dependía de la toma o la pérdida del dique de Saltánovka, como está escrito que sí ocurrió en las Termópilas. Entonces, ¿qué sentido tenía hacer semejante sacrificio? Y, además, ¿para qué llevar a sus hijos a la guerra? Yo no solo no me llevaría a mi hermano Petia, sino que ni siquiera me llevaría a Ilín, que no es pariente mío pero es un buen muchacho, y trataría de dejarlo en algún lugar seguro», se decía Rostov al escuchar a Zdrzhinski. Sin embargo, no le dijo lo que pensaba: en esto también tenía experiencia. Sabía que esa historia contribuía a ensalzar a nuestro ejército y por ello tenía que hacer ver que no la cuestionaba. Y eso es lo que hizo.

—Esto es insoportable —intervino Ilín, que se había dado cuenta de que a Rostov no le gustaban las palabras de Zdrzhinski—; tengo las medias, la camisa y todo empapado. Voy a buscar algún refugio. Parece que ya no llueve tan fuerte.

Y salió. Zdrzhinski también se marchó.

Al cabo de cinco minutos Ilín volvió a la choza a toda prisa, chapoteando por el barro.

—¡Hurra! Rostov, vamos rápido. ¡Lo he encontrado! A unos doscientos pasos de aquí hay una taberna en la que se han colado los nuestros. Al menos nos podremos secar, y Maria Guénrijovna está allí.

Maria Guénrijovna era la mujer del médico del regimiento; era una alemana joven y atractiva con la que el médico se había casado en Polonia. Ya fuera porque carecía de recursos o porque no quería separarse de ella en los primeros tiempos del matrimonio, lo cierto es que se la llevaba consigo a todas partes siguiendo al regimiento de húsares, y sus celos se habían convertido en materia frecuente de bromas entre los oficiales.

Rostov se cubrió con una capa, le gritó a Lavrushka que llevara sus cosas y se dirigió hacia allí con Ilín, chapoteando por el barro bajo la lluvia que había amainado, en medio de la oscuridad de la noche iluminada por algún que otro relámpago lejano.

—Rostov, ¿dónde estás?

—Aquí. ¡Vaya relámpago! —se decían el uno al otro.

XIII

En la taberna abandonada, frente a la que el médico tenía su carro, había ya cinco oficiales. Maria Guénrijovna, una alemanita regordeta de pelo rubio que llevaba una blusa y una cofia de dormir, estaba sentada en un amplio banco que había en un rincón de la parte delantera. Su marido, el médico, dormía detrás de ella. Al entrar Rostov e Ilín fueron recibidos con alegres exclamaciones y carcajadas.

—¡Vaya! ¡Qué bien os lo estáis pasando aquí! —dijo Rostov riendo.

—Y vosotros, ¿qué hacéis bostezando?

—¡Cómo vienen estos! ¡Están chorreando! No mojéis nuestro salón.

—¡Cuidado con manchar el vestido de Maria Guénrijovna! —dijeron varias voces.

Rostov e Ilín se apresuraron en encontrar un rincón en que poder cambiarse la ropa mojada sin ofender el pudor de Maria Guénrijovna. Iban a hacerlo detrás de un tabique, pero había allí un pequeño trastero ocupado por tres oficiales que jugaban a las cartas a la luz de una vela colocada sobre una caja vacía, y no querían cederles el sitio de ninguna de las maneras. Maria Guénrijovna les prestó una falda para que la usaran a modo de visillo, y detrás de esa cortina improvisada Rostov e Ilín, con ayuda de Lavrushka, que había traído sus cosas, se quitaron la ropa mojada y se pusieron otra seca.

Encendieron fuego en una estufa rota. Cogieron una tabla que apoyaron sobre dos sillas de montar, la cubrieron con una manta para caballos, pusieron encima un pequeño samovar, una cestita y media botella de ron y, después de pedir a Maria Guénrijovna que presidiera la mesa, se sentaron a su alrededor. Alguien le ofreció un pañuelo para que se secara las encantadoras manitas, otro le colocó su guerrera debajo de los pies para protegerlos de la humedad, un tercero tapó la ventana con su capa para que no entrara aire y un cuarto espantó las moscas de la cara del marido para que no se despertara.

—Déjelo —dijo Maria Guénrijovna con tímida y dichosa sonrisa—; después de una noche en vela, dormirá bien de todos modos.

—No puede ser, Maria Guénrijovna —respondió un oficial—: tengo que ser servicial con el doctor. Así puede que se apiade de mí cuando tenga que cortarme una pierna o un brazo.

Había solo tres vasos; el agua estaba tan sucia que era imposible saber si el té estaba fuerte o suave, y en el samovar solo había agua para seis; aun así, era de lo más agradable recibir por turno de jerarquía el vaso de las manitas rollizas de uñas cortas, no del todo limpias, de Maria Guénrijovna. Parecía

que aquella noche todos los oficiales estuvieran realmente enamorados de ella. Incluso los que jugaban a las cartas detrás del tabique enseguida dejaron de jugar y se acercaron al samovar, dejándose llevar por el ambiente general de cortejo a Maria Guénrijovna. Ella, viéndose rodeada de aquellos jóvenes distinguidos y corteses, irradiaba felicidad, por más que tratara de disimularlo y por más evidente que resultara que, cada vez que su marido, que dormía a su espalda, se movía, ella se azaraba.

Solo había una cucharilla y el azúcar era abundante y, como no les daba tiempo a todos de revolver el té, decidieron que Maria Guénrijovna se lo removería a cada uno por turnos. Después de recibir su taza y añadir un poco de ron, Rostov le pidió que se lo removiera a él también.

—Pero ¡si usted lo está tomando sin azúcar! —objetó ella sin dejar de sonreír, como si todo lo que decía y lo que decían los demás fuera muy divertido y tuviera otro sentido.

—No es azúcar lo que quiero, sino que remueva el té con su manita.

Maria Guénrijovna aceptó y buscó la cucharilla, que alguien había cogido.

—Hágalo con el dedito, Maria Guénrijovna —dijo Rostov—, el placer será aún mayor.

—¡Está caliente! —exclamó ella, sonrojándose deleitada.

Ilín cogió un cubo con agua y, después de echarle unas gotas de ron, se acercó a ella y le pidió que lo removiera también con su dedito.

—Es mi taza —dijo él—. Usted simplemente meta un dedito y yo me lo beberé todo.

Cuando terminaron el samovar, Rostov sacó las cartas y propuso jugar a «los reyes» con Maria Guénrijovna. Echaron a suertes quién formaría pareja con ella. Rostov propuso esta regla: quien fuera rey tendría derecho a besar la mano de Maria Guénrijovna y quien fuera bribón tendría que poner a hervir un nuevo samovar para cuando el médico se despertara.

—Bueno, ¿y si Maria Guénrijovna es rey? —preguntó Ilín.

—¡Ella ya es una reina! Y sus deseos son órdenes.

Acababan de empezar a jugar cuando, a espaldas de Maria Guénrijovna, se vio de pronto cómo el médico levantaba la cabeza despeinada. Ya llevaba un rato sin dormir, prestando atención a lo que decían; al parecer no encontraba que hubiera nada divertido, gracioso o entretenido en todo aquello. Tenía el semblante triste y abatido. Sin saludar a los oficiales y rascándose la cabeza, pidió permiso para salir porque le estaban cortando el paso. En cuanto salió, los oficiales estallaron en una sonora carcajada y Maria Guénrijovna se sonrojó de pies a cabeza, lo que la hizo aún más atractiva a

ojos de todos. El médico volvió del patio y le dijo a su mujer (que había dejado de sonreír y lo miraba a la espera de una condena) que había dejado de llover y que tenían que ir a dormir al carro, porque si no les robarían las cosas.

—¡Qué dice, doctor! Enviaré a un ordenanza… O ¡a dos! —exclamó Rostov.

—¡Yo mismo haré guardia! —se ofreció Ilín.

—No, señores, ustedes han descansado, pero yo llevo dos noches sin dormir —replicó el médico, sentándose al lado de su mujer con aspecto taciturno y esperando a que terminaran de jugar.

Ver el rostro sombrío del médico, que miraba de reojo a su mujer, divertía aún más a los oficiales, y a muchos se les escapaba la risa, que justificaban rápidamente con algún pretexto plausible. Finalmente, cuando el médico se marchó con su mujer a instalarse en su pequeño carro, los oficiales se acostaron, cubriéndose con capotes mojados; sin embargo, estuvieron un buen rato sin dormirse porque siguieron charlando, recordando la cara de espanto del médico y la alegría de su mujer, y saliendo al porche para informar a los demás de lo que ocurría en el carro. Rostov, con la cabeza tapada, intentó dormirse varias veces, pero se despertaba por las palabras de alguien, y entonces se ponían a charlar de nuevo y se les escapaba una risa infantil, alegre y sin motivo.

XIV

Ya eran más de las dos y aún nadie se había dormido cuando apareció el sargento mayor de caballería con la orden de marchar hacia la aldea de Ostrovná.

Todavía sin dejar de charlar y reír, los oficiales empezaron a recoger sus cosas rápidamente y pusieron a calentar de nuevo el samovar con agua sucia. Pero Rostov, sin esperar el té, salió a reunirse con su escuadrón. Empezaba a amanecer; ya no llovía y había escampado. El aire era húmedo y hacía frío, sobre todo con la ropa sin terminar de secar. Al salir de la taberna, Rostov e Ilín, en la penumbra del crepúsculo, echaron una mirada al carro, cuya capota de cuero brillaba por la lluvia; las piernas del médico sobresalían por debajo del *fartuk*[52], y en el centro, sobre una almohada, se veía la cofia de su mujer, y se oía su respiración de dormida.

—¡Realmente es muy atractiva! —le dijo Rostov a Ilín, que iba a su lado.

—¡Qué encanto de mujer! —respondió el joven, con esa seriedad de los dieciséis años.

Al cabo de media hora el escuadrón formaba filas en el camino. Se oyó la orden: «¡Monten!» y los soldados se santiguaron y montaron en sus caballos. Rostov se adelantó y ordenó: «¡En marcha!», y los húsares, en formación de cuatro, acompañados del ruido de los cascos de sus caballos por el suelo mojado, del tintineo de los sables y de un murmullo sordo de voces, avanzaron por un amplio camino bordeado de abedules, siguiendo a la infantería y a la artillería.

Las nubes de color azul liliáceo, teñidas de rojo al despuntar el alba, eran diseminadas rápidamente por el viento. Cada vez había más claridad. Se distinguía perfectamente la hierbecilla rizada que siempre bordea los caminos vecinales, aún mojada por la lluvia de la víspera; las ramas colgantes de los abedules, también mojadas, se mecían por el viento y de ellas caían gotas oblicuas. Los rostros de los soldados se distinguían cada vez mejor. Rostov iba a caballo junto a Ilín, que no se separaba de él, a un lado del camino entre dos hileras de abedules. Durante la campaña Rostov se tomaba la libertad de no montar un caballo reglamentario, sino uno cosaco. Como jinete experimentado y cazador, había adquirido recientemente un buen rubicán del Don, grande y veloz, con el que nadie podía adelantarlo. Montar aquel caballo era un auténtico placer para él. En ese momento pensaba en su caballo, en la mañana, en la mujer del médico, pero ni una sola vez en el peligro que le aguardaba.

Antes cuando iba a un combate tenía miedo, pero ahora no sentía el más mínimo temor. Y no porque se hubiera acostumbrado al fuego (nadie se acostumbra nunca al peligro), sino porque había aprendido a dominar su alma. Cuando iba a un combate se había acostumbrado a pensar en todo menos en lo que parecería más esencial: en el peligro inminente. Por muchos reproches que en sus primeros tiempos en el ejército se hubiera hecho por su cobardía y por mucho que se hubiera esforzado, había sido incapaz de vencerla; no obstante, el transcurso de los años había hecho que se le pasara por sí sola. Ahora avanzaba al lado de Ilín entre los abedules, arrancando alguna que otra hoja de una rama que le quedaba a mano, rozando de vez en cuando con un pie el costado de su caballo, pasándole sin volverse una pipa encendida a un húsar que le seguía, con aire tranquilo y despreocupado, como si fuera de paseo. Le daba lástima ver el rostro agitado de Ilín, que hablaba mucho y con nerviosismo; conocía por experiencia el estado de espera angustiosa de la

muerte en que se encontraba el subteniente de caballería, y sabía que solo el tiempo podría ayudarlo.

Justo acababa de asomarse el sol por debajo de una nube en una franja despejada del cielo cuando el viento amainó de pronto, como si temiera estropear la encantadora mañana de verano que había quedado después de la tormenta; seguían cayendo gotas, pero ya verticalmente, y todo estaba en calma. El sol salió completamente, se mostró en el horizonte y desapareció tras un nubarrón estrecho y alargado que tenía encima. Al cabo de unos minutos volvió a salir aún más radiante por la parte superior del nubarrón, rasgando su contorno. Todo se llenó de luz y empezó a brillar. Y, junto con la luz, se oyeron por delante los disparos de los cañones, como si se tratara de una respuesta.

No había aún tenido tiempo Rostov de reflexionar ni de calcular la lejanía de los disparos, cuando un ayudante de campo del conde Ostermann-Tolstói llegó a galope desde Vítebsk con la orden de avanzar al trote por el camino.

El escuadrón adelantó a la infantería y a la artillería, que también habían acelerado el paso, descendió por una colina y, después de cruzar un poblado vacío y deshabitado, volvió a ascender. Los caballos empezaron a sudar y los hombres a enrojecer.

—¡Alto, alinéense! —resonó la orden del jefe de división que iba delante —. ¡Columna izquierda, adelante! ¡En marcha, al paso! —ordenó.

Y los húsares pasaron al flanco izquierdo y se situaron detrás de nuestros ulanos, que estaban en la primera línea. A la derecha nuestra infantería formaba una columna compacta: era la reserva; más arriba, en la cima de la colina, se veían nuestros cañones en el horizonte, a través del aire limpísimo de la mañana, bajo una luz oblicua y radiante. Por delante, al otro lado de la cañada, se veían las columnas y los cañones enemigos. En la cañada se oía nuestra línea de tiradores, que ya había entrado en acción y cruzaba fuego alegremente con el enemigo.

A Rostov se le alegró el alma por ese sonido que llevaba tanto tiempo sin oír, como si se tratara de una música de lo más alegre. «¡Tra-ta-ta-tá!», resonaban uno tras otro los disparos, a veces súbita y otras velozmente. De nuevo todo quedó en silencio, y una vez más resonaron los disparos, como si alguien anduviera por encima de unos petardos que estallaban a su paso.

Los húsares estuvieron alrededor de una hora sin moverse. Empezó el cañoneo. El conde Ostermann pasó con su comitiva por detrás del escuadrón, se detuvo a hablar con el jefe de regimiento y después se dirigió hacia la cima de la colina, donde estaban los cañones.

Cuando ya se hubo alejado, alguien ordenó a los ulanos:

—¡En columna, a formar para el ataque!

La infantería, que iba delante, se abrió formando dos hileras para dejar paso a la caballería. Los ulanos se pusieron en movimiento y, con los banderines de las picas ondeando, descendieron al trote por la colina al encuentro de la caballería francesa, que había aparecido por la izquierda.

En cuanto los ulanos llegaron a los pies de la colina, los húsares recibieron la orden de subir para cubrir a la artillería. Mientras los húsares ocupaban el lugar de los ulanos, varias balas llegaron silbando desde la primera línea, a lo lejos, sin dar en el blanco.

Ese sonido que Rostov llevaba tanto tiempo sin oír le alegró y excitó aún más que el tiroteo anterior. Muy erguido, examinó el campo de batalla que se abría desde la colina, participando con toda su alma en los movimientos de los ulanos, que se habían lanzado contra los dragones franceses; todo quedó confundido en medio del humo y al cabo de cinco minutos los ulanos retrocedieron rápidamente no hacia el lugar que habían ocupado antes, sino más a la izquierda. Entonces, entre los ulanos de uniforme naranja montados en caballos alazanes y por detrás de ellos empezaron a verse gran cantidad de dragones franceses de uniforme azul sobre caballos grises.

XV

Con su aguda vista de cazador Rostov fue uno de los primeros en ver cómo los dragones franceses de uniforme azul perseguían a nuestros ulanos. Estos se acercaban cada vez más y más, en desbandada, seguidos por los dragones. Ya se podía ver cómo esos hombres, que a los pies de la colina parecían pequeños, se lanzaban unos contra otros, se alcanzaban y agitaban los brazos o los sables.

Rostov observaba lo que sucedía como en una cacería. Su instinto le decía que, si los húsares atacaban en ese momento a los dragones franceses, estos no resistirían mucho; pero si se atacaba había que hacerlo ya, en ese mismo instante, porque en caso contrario sería demasiado tarde. Miró a su alrededor. El capitán de caballería que tenía al lado tampoco apartaba la vista de lo que sucedía al pie de la colina.

—Andréi Sevastiánych —dijo Rostov—, podríamos arrollarlos…

—¡Cosa intrépida sería! —dijo el capitán de caballería—. En efecto…

Rostov, sin terminar de escucharle, espoleó su caballo, salió galopando al frente del escuadrón y, sin haber tenido tiempo aún de dar la orden, todos sus hombres, que sentían lo mismo que él, lo siguieron. Él mismo no sabía cómo ni por qué lo había hecho, pero estaba actuando igual que en una cacería, sin pensar ni hacer cálculos. Veía que los dragones estaban cerca, que cabalgaban en desorden; sabía que no resistirían, pero que solo disponía de ese instante y, si lo dejaba escapar, no se le volvería a presentar. Las balas retumbaban y silbaban a su alrededor de una manera tan excitante y su caballo tiraba con tanta furia que fue incapaz de contenerse. Lo espoleó, dio una voz de mando y, en ese momento, al oír detrás el trote largo de los caballos de su escuadrón, se lanzó colina abajo hacia los dragones. En cuanto llegaron al pie pasaron sin darse cuenta del trote al galope y fueron aumentando la velocidad a medida que se acercaban a sus ulanos y a los dragones franceses, que los perseguían. Los dragones ya estaban cerca. Los de delante, al ver a los húsares, dieron media vuelta, y los de detrás pararon en seco. Con el mismo sentimiento con que había corrido para cortarle el camino al lobo, Rostov, poniendo a su caballo del Don al galope tendido, se lanzó a cortar el paso a las desorganizadas filas de los dragones franceses. Un ulano se detuvo, otro que iba a pie se echó al suelo para que no lo aplastaran, un caballo sin jinete se mezcló con los húsares. Casi todos los dragones franceses se retiraban al galope. Rostov, habiendo escogido a uno que montaba un caballo gris, se lanzó a perseguirlo. De repente embistió contra un arbusto que su buen caballo atravesó y, manteniéndose a duras penas en la silla, Nikolái vio que en pocos instantes alcanzaría al enemigo que había elegido como objetivo. El francés, probablemente un oficial, a juzgar por su uniforme, galopaba encorvado sobre su caballo, azuzándolo con el sable. Al cabo de un momento el caballo de Rostov embistió con el pecho contra la grupa del enemigo y estuvo a punto de derribarlo; Rostov, sin saber muy bien para qué, levantó el sable y a continuación descargó un golpe sobre el oficial francés.

En el momento en que lo hizo toda su animación se desvaneció súbitamente. El oficial cayó al suelo no tanto por el sablazo, que apenas le había hecho un corte por encima del codo, como por el empujón del caballo y el miedo. Rostov, conteniendo a su animal, buscó con los ojos a su enemigo para ver a quién había derrotado. El oficial de dragones francés tenía un pie enganchado en un estribo y daba saltos con el otro. Entornando los ojos con espanto y arrugando el rostro, como esperando un nuevo sablazo de un momento a otro, miró a Rostov con horror desde abajo. Su rostro pálido salpicado de barro, de pelo rubio, joven, con un hoyuelo en el mentón y ojos

muy claros, no casaba en absoluto con el campo de batalla; no era un rostro hostil, sino de lo más sencillo y hogareño. Antes de que Rostov hubiera decidido qué hacer con él, el oficial gritó:

—*Je me rends!*[53]

Trataba sin éxito de liberarse a toda prisa el pie del estribo y, sin bajar la vista, miraba asustado a Rostov con sus ojos zarcos. Unos húsares que se habían acercado a toda prisa le liberaron el pie y lo sentaron en la silla. Había húsares por todas partes luchando contra dragones: uno, aunque estaba herido y tenía la cara llena de sangre, se negaba a entregar su caballo; otro, subido a la grupa del caballo de un húsar, lo rodeaba con los brazos; un tercero, ayudado por un húsar, intentaba subir al caballo de este. La infantería francesa acudía rápidamente y disparaba, pero los húsares se replegaron a toda prisa con sus prisioneros. Rostov regresó a galope con los demás, pero con una sensación desagradable que le oprimía el corazón; algo impreciso y confuso que era totalmente incapaz de explicarse se le había revelado al dar el sablazo al oficial francés y hacerlo prisionero.

El conde Ostermann-Tolstói recibió a los húsares que regresaban, hizo llamar a Rostov para darle las gracias y le dijo que informaría al soberano de su valeroso acto y que solicitaría para él la cruz de San Jorge. Cuando Rostov fue requerido para presentarse ante su superior, recordó que había iniciado el ataque sin haber recibido ninguna orden y llegó a la conclusión de que iba a ser castigado por su indisciplina. Por ello, las palabras halagüeñas de Ostermann y su promesa de una condecoración tendrían que haber sido para él una grata sorpresa; sin embargo, seguía con la misma sensación confusa y desagradable de antes que le producía repulsión moral. «Pero ¿qué es exactamente lo que me atormenta? —se preguntaba después de su entrevista con el general—. ¿Ilín? No, él está sano y salvo. ¿Es que me he deshonrado de algún modo? ¡No, no es eso!» Lo que lo atormentaba era algo parecido al arrepentimiento. «Sí, sí: es por el oficial francés del hoyuelo. Recuerdo bien que al levantar el brazo se me ha quedado paralizado un momento.»

Al observar a los prisioneros, que eran conducidos por los húsares, galopó detrás de ellos para ver a su francés del hoyuelo en el mentón, que, en su extraño uniforme, montaba el revoltoso caballo de un húsar y miraba intranquilo a un lado y a otro. La herida que tenía en el brazo era apenas una herida. Sonrió forzadamente a Rostov y agitó una mano a modo de saludo. Rostov todavía se sentía extraño, como avergonzado por algo.

Todo aquel día y el siguiente sus amigos y compañeros observaron que, aunque no estaba aburrido ni enfadado, parecía taciturno, pensativo y

reconcentrado. Bebía sin ganas, procuraba estar solo y parecía estar pensando todo el tiempo en algo.

Y es que no dejaba de pensar en la brillante hazaña que, para su sorpresa, le había valido la cruz de San Jorge e incluso fama de valiente, pero había algo que no lograba comprender. «¡De modo que ellos tienen aún más miedo que nosotros! —se decía—. Y ¿esto es lo que llaman heroísmo? ¿Acaso he hecho algo por la patria? Y ¿qué culpa tiene él, con su hoyuelo y sus ojos zarcos? ¡Cómo se asustó! Creía que lo iba a matar. Pero ¿por qué iba a matarlo? Me tembló la mano. Y me han dado la cruz de San Jorge. ¡No entiendo nada, nada en absoluto!»

Pero mientras Nikolái elaboraba en su interior todas estas cuestiones sin llegar a comprender lo que lo turbaba tanto, la rueda de la fortuna de la carrera militar giró a su favor, como suele ocurrir. Después de la acción de Ostrovná fue ascendido, lo pusieron al mando de un batallón de húsares y, cuando era necesario echar mano de algún oficial intrépido, recurrían a él.

XVI

Al recibir la noticia de la enfermedad de Natasha, la condesa, aún no recuperada del todo y débil, se trasladó a Moscú con Petia y la servidumbre, y los Rostov abandonaron la casa de Maria Dmítrievna para instalarse en la suya de Moscú.

La enfermedad de Natasha era tan grave que, para su suerte y la de su familia, la idea de lo que había constituido la razón de su mal, así como el modo en que había obrado y la ruptura con su prometido, pasaron a un segundo plano. Estaba tan enferma que nadie se planteaba la culpa que pudiera tener en todo lo sucedido, porque no comía, no dormía, adelgazaba a la vista de todos, tosía y corría peligro, como les daban a entender los médicos. Lo único que se podía hacer era pensar en cuidarla. Los médicos la visitaban por separado y en consulta, hablaban mucho en francés, en alemán y en latín, se criticaban unos a otros, le recetaban los medicamentos más variados para todas las enfermedades que conocían; pero a ninguno de ellos se le pasó por la cabeza la simple idea de que no podían conocer el mal de Natasha, del mismo modo que no se pueden conocer las enfermedades humanas: cada persona tiene sus características particulares y padece una enfermedad nueva y compleja que la medicina desconoce; no hay enfermedades pulmonares, del hígado, de la piel, del corazón, de los nervios,

etcétera, clasificadas por la medicina, sino enfermedades que se deben a combinaciones infinitas de afecciones de estos órganos. Esta simple idea no se les podía ocurrir (del mismo modo que a un brujo no se le pasa por la cabeza que no pueda hacer hechizos) porque el objetivo de su vida era curar, porque recibían dinero por hacerlo, y porque en esto habían invertido los mejores años de su vida. Pero no se les ocurría, sobre todo, porque se sentían indudablemente útiles. Y es que, en efecto, para toda la familia Rostov lo eran: no porque obligaran a la enferma a tragar sustancias nocivas en su inmensa mayoría (su efecto dañino era poco visible porque se las administraban en pequeñas dosis); eran útiles, necesarios e inevitables (razón por la que siempre han existido y existirán estos supuestos curadores, hechiceros, homeópatas y alópatas) porque satisfacían la necesidad moral de la enferma y de sus seres queridos. Satisfacían la eterna necesidad humana de esperanza en el alivio, la necesidad de que nos compadezcan y nos cuiden que toda persona tiene ante el sufrimiento. Satisfacían la eterna necesidad humana de que te acaricien la parte del cuerpo que te has magullado (algo que vemos en los niños en su forma más primitiva). Cuando un niño se da un golpe, corre inmediatamente a los brazos de su madre o de la niñera para que le besen y le acaricien la zona que le duele, y estos besos y caricias lo calman. No puede creer que los adultos, tan fuertes y sabios, no dispongan de un remedio para calmarle el dolor. Y esta esperanza de alivio, así como la compasión de su madre cuando le acaricia el chichón, lo consuelan. Para Natasha los médicos eran útiles en cuanto a que le besaban y le acariciaban la *pupa*, asegurándole que se le pasaría enseguida si el cochero iba hasta la farmacia de la calle Arbat para comprar por un rublo y setenta kopeks polvos y píldoras en una hermosa cajita, y si la enferma se tomaba esos polvos en agua hervida cada dos horas, ni un minuto más ni uno menos.

¿Qué habría sido de Sonia, del conde y de la condesa, cómo habrían podido mirar a Natasha, tan débil y consumida, sin hacer nada, sin todas esas píldoras cada ciertas horas, sin todas esas bebidas calientes, esas croquetas de pollo y todas las pequeñas cosas que receta un médico, cuyo cumplimiento constituye una ocupación y un consuelo para quienes rodean al enfermo? ¿Cómo habría podido soportar el conde la enfermedad de su querida hija si no hubiera sabido que su enfermedad le costaba miles de rublos y que no escatimaría mil más para aliviarla; si no hubiese sabido que, si ella se curaba, gastaría miles más para llevarla al extranjero y celebrar consultas; si no hubiera tenido la posibilidad de explicar con todo detalle cómo Métivier y Feller no habían entendido la enfermedad de su hija, al contrario que Frieze, y

que Mudrov había sido quien la había definido con más precisión? ¿Qué habría hecho la condesa si no hubiera podido reñir alguna vez con Natasha por no seguir a rajatabla las indicaciones del doctor?

—Así nunca te curarás —le decía la condesa, olvidando su pena por efecto del enfado—. ¡Tienes que obedecer al médico y tomarte las medicinas a la hora! ¡No hay que bromear con estas cosas, puedes coger una neumonía! —añadía, sintiendo un gran consuelo al pronunciar estas palabras cuyo significado no entendía.

¿Qué habría hecho Sonia sin la alegre conciencia de que, al principio de la enfermedad de Natasha, se había pasado tres noches sin desvestirse para estar lista y cumplir con exactitud las indicaciones del médico, y que ahora se pasaba las noches sin dormir para que no se le pasara la hora de administrar esas píldoras algo nocivas de la cajita dorada? Hasta la propia Natasha, a pesar de afirmar que ningún medicamento la curaría y que todo aquello eran tonterías, se alegraba al ver que hacían tantos sacrificios por ella y al tener que tomarse las medicinas a ciertas horas. Incluso le alegraba poder mostrar, desdeñando las indicaciones del médico, que no creía en la curación y que no apreciaba su vida.

El médico la visitaba todos los días, le tomaba el pulso, le examinaba la lengua y, sin prestar atención a su rostro demacrado, bromeaba con ella. Sin embargo, en cuanto salía de la habitación la condesa lo seguía a toda prisa, y él, con semblante serio, moviendo pensativamente la cabeza, decía que, aunque aún había peligro, confiaba en que la última medicina funcionaría, que era preciso esperar y ver lo que ocurría, que se trataba de una enfermedad más bien moral, pero…

La condesa, procurando disimular tanto por ella como por el médico, le ponía una moneda de oro en la mano y, cada vez, volvía junto a la enferma con el corazón más tranquilo.

Los síntomas de la enfermedad de Natasha consistían en que comía y dormía poco, tosía y nunca estaba animada. Los médicos decían que no se podía dejar a la enferma sin su asistencia, por lo que la retuvieron en el aire viciado de la ciudad. Así pues, el verano de 1812 los Rostov no se marcharon al campo.

A pesar de la gran cantidad de píldoras, gotas y polvos que Natasha había tragado, encerrados en frasquitos y cajitas de las que *madame* Schoss, gran amante de esos objetos, tenía una gran colección; a pesar de la falta de la vida en el campo a la que estaba acostumbrada, la juventud se impuso: la pena empezó a cubrirse de una capa de impresiones de la vida pasada, dejó de

causarle un daño tan insoportable en el corazón, empezó a convertirse en pasado, y Natasha comenzó a sanar físicamente.

XVII

Natasha estaba más calmada, pero no más alegre. No solo evitaba las circunstancias externas que la pudieran alegrar —bailes, patinaje, conciertos y teatro—, sino que nunca se reía sin que detrás de su risa se adivinaran las lágrimas. No podía cantar. En cuanto se echaba a reír o intentaba cantar a solas, las lágrimas la ahogaban: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas al recordar aquella época pura que nunca volvería, lágrimas de enfado por haber destruido en vano sus años de juventud, en los que podría haber sido tan feliz. Ante semejante dolor, la risa y el canto le parecían algo especialmente sacrílego. Ni siquiera se planteaba ser coqueta, de modo que no se veía en la necesidad de contenerse. Afirmaba, y en esa época lo sentía así, que todos los hombres eran para ella exactamente lo mismo que el bufón Nastasia Ivánovna. Tenía un guardián interior que le prohibía severamente toda alegría, aunque de hecho ya no quedaba en ella ninguno de los intereses de su vida pasada, de muchacha despreocupada y llena de esperanzas. Recordaba con especial frecuencia y dolor los meses de otoño, la cacería, el tío, las Navidades con *Nicolas* en Otrádnoie. ¡Lo que hubiera dado por recuperar al menos un día de aquellos tiempos! Pero todo eso había acabado para siempre. El presentimiento que había tenido entonces de que ese estado de libertad y de disposición a las alegrías no volvería jamás no la había engañado. Pero había que seguir viviendo.

Le resultaba grato pensar que no era mejor, como antes creía, sino peor, mucho peor que cualquier otra persona del mundo. Pero eso no era suficiente. Lo sabía y se preguntaba: «Y ¿ahora qué?». Pero en ese ahora no había nada. Su existencia carecía de alegría, y la vida pasaba. Hacía claros esfuerzos por no ser una carga ni molestar a nadie, pero no necesitaba nada para sí misma. Se apartaba de los suyos y solo con su hermano Petia estaba a gusto. Prefería estar con él que con los demás, y a veces, cuando se quedaban a solas, reía. Apenas salía de casa y, de todos los visitantes, solo le alegraba ver a Pierre. Era imposible que alguien la tratara con más ternura, cuidado y al mismo tiempo seriedad que el conde Bezújov. Natasha sentía inconscientemente la ternura de su trato, y por eso encontraba un gran placer en su compañía. Pero ni siquiera le agradecía esa ternura; en las bondades de Pierre no veía ningún

esfuerzo: parecía que para él fuera tan natural ser bueno con todo el mundo que su bondad carecía de mérito. A veces Natasha notaba la turbación e incomodidad de Pierre en su presencia, sobre todo cuando él temía que la conversación pudiera aludir a algo que le trajera malos recuerdos. Se daba cuenta, pero lo atribuía a su bondad en general y a su timidez, algo que, en su opinión, le debía de pasar con todo el mundo. Después de sus inesperadas palabras, cuando le había dicho que si fuera libre le pediría de rodillas la mano y su amor, palabras pronunciadas en un momento de tanta conmoción, Pierre no le volvió a hablar de sus sentimientos por ella. Y a Natasha le parecía que esas palabras que tanto la habían consolado eran como las que se le dicen a un niño para consolarlo cuando llora, y que carecen de sentido. Y no porque Pierre fuera un hombre casado, sino porque notaba que los separaba una fuerte barrera moral, una barrera que no había sentido con Kuraguin. Nunca se le había pasado por la cabeza que de su relación con Pierre pudiera salir no ya amor —ni por su parte y aún menos por la de él—, sino ni siquiera ese tipo de amistad tierna, poética y consciente de sí misma que se da entre hombres y mujeres, de la que conocía varios ejemplos.

Al final del ayuno de San Pedro, Agrafena Ivánovna Belova, vecina de los Rostov en Otrádnoie, llegó a Moscú para postrarse ante los santos de la ciudad. Propuso a Natasha prepararse con ella para los sacramentos[54], y la joven acogió la idea con entusiasmo. A pesar de que los médicos le habían prohibido salir temprano, Natasha insistió en hacerlo, pero no como los Rostov, es decir, limitándose a asistir a tres misas en casa, sino como Agrafena Ivánovna: toda la semana y sin faltar a ninguna de las vísperas, misas ni maitines.

A la condesa le agradó este celo religioso de Natasha; en su fuero interno, después del infructuoso tratamiento, tenía la esperanza de que la oración la ayudaría más que las medicinas y, aunque con temor y ocultándoselo al médico, estuvo de acuerdo con el deseo de su hija y la puso en manos de Belova. A las tres de la madrugada Agrafena Ivánovna la iba a despertar y la mayoría de las veces la encontraba ya despierta: Natasha temía dormirse y perderse los maitines. Después de lavarse rápidamente y de ponerse con humildad su vestido más feo y una vieja mantilla, salía estremecida por el fresco a las calles desiertas, iluminadas por la claridad del crepúsculo matutino. Por consejo de Agrafena Ivánovna, Natasha no iba a su parroquia, sino a una iglesia en la que, según la devota Belova, había un sacerdote de vida austera y ejemplar. En la iglesia siempre había poca gente; Natasha y Belova se detenían en su lugar habitual, delante del icono de la Madre de

Dios, fijado en la parte trasera del coro izquierdo. Un sentimiento nuevo de humildad ante lo grande y lo inalcanzable la embargaba al contemplar a esa hora inusitada de la mañana el rostro de la Madre de Dios, iluminado por los cirios que ardían delante y la luz matutina que caía desde la ventana, y escuchaba el oficio esforzándose por entender su significado. Cuando lo entendía, sus pensamientos íntimos, con todos los matices, se fundían con la oración; cuando no lo entendía, le resultaba aún más dulce pensar que el deseo de comprenderlo todo es un signo de soberbia, que es imposible comprenderlo todo y que solo tenía que creer y entregarse a Dios, ya que en esos instantes —así era como lo sentía— Él estaba dirigiendo su alma. Entonces se santiguaba, se prosternaba y cuando no entendía el oficio solo le rogaba a Dios, horrorizada por su vileza, que la perdonara y fuera misericordioso con ella. Las oraciones a las que más se entregaba eran las de contrición. Al volver a casa a primera hora de la mañana, cuando tan solo se cruzaba con albañiles que iban a trabajar, con porteros que barrían la calle y en las casas todo el mundo aún dormía, Natasha tenía la nueva sensación de que podía corregir sus defectos y abrirse a una nueva existencia de pureza y felicidad.

Durante toda la semana en que llevó aquella vida, esta sensación fue creciendo día tras día. La dicha de comulgar y de compenetrarse con Dios, como le gustaba repetir a Agrafena Ivánovna jugando con estas dos palabras, le parecía tan grande que creía que ese feliz domingo nunca iba a llegar.

Pero, cuando el feliz día —tan memorable para Natasha— llegó, al volver de comulgar con su vestido blanco de muselina se sintió por primera vez en muchos meses tranquila; ya no le agobiaba la vida que tenía por delante.

Aquel día el médico acudió a examinarla y le mandó que continuara tomando los polvos que le había recetado dos semanas antes.

—Que siga tomándolos sin falta por las mañanas y por las noches —dijo de buena fe, visiblemente satisfecho de sí mismo por su éxito—. Pero sean muy regulares, por favor. Puede estar usted tranquila, condesa —añadió burlonamente, cogiendo con destreza la moneda de oro que le había depositado en la palma de la mano—: dentro de poco su hija volverá a cantar y a hacer travesuras. La última medicina le ha ido bien, pero que muy bien. Tiene mucho mejor aspecto.

La condesa se miró las uñas, escupió[55] y volvió al salón con el rostro radiante.

XVIII

A principios de julio empezaron a correr por Moscú rumores cada vez más alarmantes sobre la marcha de la guerra: se hablaba de un llamamiento del zar al pueblo y de su inminente llegada a la ciudad desde el ejército. Como hasta el 11 de julio no llegó el manifiesto ni el llamamiento, los rumores que corrían sobre la situación de Rusia eran exagerados. Se decía que el soberano había abandonado el ejército porque corría peligro, que la ciudad de Smolensk se había rendido, que Napoleón contaba con tropas formadas por millones de hombres y que solo un milagro podía salvar Rusia.

El sábado 11 de julio llegó el manifiesto, pero aún no se había impreso. Pierre, que estaba de visita en casa de los Rostov, les prometió que volvería a comer al día siguiente —es decir, el domingo— y les traería el manifiesto y el llamamiento, que conseguiría de manos de Rastopchín.

Aquel domingo, como de costumbre, los Rostov asistieron a misa en la capilla de la casa de los Razumovski. Era un día cálido de julio. A las diez de la mañana, cuando los Rostov salían de su carruaje frente a la capilla, ya se percibía en el aire caliente, en los gritos de los buhoneros, en los vestidos estivales, claros y vistosos de la multitud, en las hojas polvorientas de los árboles del bulevar, en la música y en los pantalones blancos de un batallón que desfilaba para el relevo, en el ruido de la calzada y en el brillo del sol deslumbrante, esa languidez del verano, esa satisfacción e insatisfacción con el presente que se siente de manera particular en los días claros y calurosos de la ciudad. En la capilla de los Razumovski se había reunido toda la aristocracia moscovita, todos los conocidos de los Rostov (ese año, como a la espera de que ocurriera algo, muchas de las familias ricas que habitualmente viajaban al campo se habían quedado en la ciudad). Al avanzar al lado de su madre, detrás de un lacayo de librea que les abría paso entre la multitud, Natasha oyó cómo un joven susurraba elevando demasiado la voz:

—Es Rostova, la que…

—¡Cómo ha adelgazado, aunque sigue siendo atractiva!

Oyó, o le pareció oír, que pronunciaban los nombres de Kuraguin y de Bolkonski. De todas formas, siempre tenía esa sensación. Siempre le parecía que cuando alguien la miraba estaba pensando en lo sucedido. Con sufrimiento y el corazón en un puño, como siempre le ocurría al pasar entre la multitud, Natasha andaba con su vestido lila de seda con encajes negros tal y como saben hacer las mujeres, tanto más serenas y majestuosas cuanto más dolor y vergüenza sienten en el alma. Sabía, y no se equivocaba, que estaba

guapa, pero ahora esto no la alegraba como antes. Al contrario, en los últimos tiempos la atormentaba más que nada, y aún con más intensidad en ese día de verano cálido y luminoso de la ciudad. «Un domingo más, una semana más —se decía, recordando que había estado allí el domingo anterior—, y el mismo vivir sin vivir, y las mismas condiciones en las que antes me resultaba tan sencillo vivir. Soy guapa, joven y ahora buena, eso lo sé; antes era mala y ahora soy buena —pensaba—. Y mis mejores años pasan en balde, sin ningún provecho para nadie.» Se colocó al lado de su madre y se saludó con la cabeza con los conocidos que tenía cerca. Por pura costumbre examinó el atavío de las damas y censuró la *tenue*[56] de una que tenía al lado y su indecoroso modo de santiguarse en aquel espacio tan pequeño; de nuevo pensó con irritación que la estaban juzgando y que ella misma juzgaba a los demás, y de pronto, al oír que empezaba el oficio, se horrorizó por su vileza y por haber perdido de nuevo la pureza de antes.

Un venerable y agradable viejecito oficiaba el servicio con esa dulce solemnidad que tiene un efecto tan imponente y apaciguador en el alma de quienes rezan. Las puertas del iconostasio se cerraron, la cortinilla empezó a correr lentamente, y al otro lado una voz misteriosa y débil pronunció unas palabras. Natasha sintió que unas lágrimas que no comprendía le oprimían el pecho, y se vio embargada por un sentimiento alegre y abrumador.

«Enséñame qué tengo que hacer, cómo corregirme para siempre, ¡para siempre!, y qué vida debo llevar», pensaba.

El diácono salió al ambón, se colocó bien su largo pelo sacándolo de debajo del estolón con el pulgar y, tras ponerse la cruz sobre el pecho, empezó a leer en voz alta y solemne una oración:

—Recemos todos juntos al Señor.

«Todos juntos, sin distinción de clases, sin hostilidad, unidos en un amor fraternal», pensó Natasha.

—¡Por el mundo de los cielos y la salvación de nuestras almas!

«Por el mundo de los ángeles y las almas de todos los seres incorpóreos que viven por encima de nosotros», rezó Natasha.

Cuando rezaron por el ejército, recordó a su hermano y a Denísov. Cuando rezaron por los navegantes y los viajeros, recordó al príncipe Andréi y rezó por él, y le rogó a Dios que le perdonara todo el mal que le había causado. Cuando rezaron por los seres queridos, rogó por su familia: su padre, su madre y Sonia, y por primera vez entendió toda su culpa ante ellos y sintió el intenso amor que les tenía. Cuando rezaron por los que nos odian, se inventó enemigos y personas que la odiaban para poder rezar por ellos.

Contaba como enemigos a los acreedores de su padre y a todo aquel que tuviera asuntos pendientes con él; cada vez que pensaba en enemigos recordaba a Anatol, que tanto daño le había hecho y, aunque en realidad no lo odiaba, rezó alegremente por él como si te tratara de un enemigo. Solo al rezar se sentía con fuerzas de recordar con claridad y sosiego al príncipe Andréi y a Anatol, como hombres por los que sus sentimientos no eran nada en comparación con su sentimiento de temor y veneración a Dios. Cuando rezaron por la familia del zar y por el Santo Sínodo, se inclinó hasta el suelo y se santiguó diciéndose que, aunque no lo entendiera, no podía dudar, y que de todas formas amaba al Santo Sínodo regente y rogaba por él.

Una vez concluida la oración de las súplicas, el diácono hizo la señal de la cruz sobre su estola y dijo:

—Encomendémonos y encomendemos nuestra vida a Cristo, nuestro Señor.

«Encomendémonos al Señor —repitió Natasha para sus adentros—. Dios mío, me entrego a Tu voluntad —pensó—. No quiero ni deseo nada. ¡Enséñame a hacer Tu voluntad! Y ¡tómame, tómame!», se decía con enternecida impaciencia sin santiguarse, con sus delgados brazos caídos, como esperando que una fuerza invisible la tomara en cualquier momento y la liberara de sí misma, de sus penas, deseos, remordimientos, esperanzas y vicios.

Durante el oficio la condesa volvió varias veces la mirada hacia el rostro conmovido y los ojos brillantes de su hija, y le rezó a Dios para que la ayudara.

Inesperadamente, a mitad del oficio y alterando el orden establecido, que Natasha conocía bien, un sacristán sacó un banquito —el mismo en que se leía de rodillas la oración en la fiesta de la Santísima Trinidad— y lo colocó ante las puertas del iconostasio. El sacerdote salió con una *skufia*[57] púrpura de terciopelo, se colocó bien el pelo y se arrodilló con esfuerzo. Todos hicieron lo mismo y se miraron perplejos. Se trataba de una oración que acababan de recibir del Santo Sínodo, una oración para salvar a Rusia de la invasión enemiga.

—Señor todopoderoso, Dios de nuestra salvación —empezó el sacerdote con esa voz dulce, clara y nada afectada con la que solo saben leer los clérigos eslavos y que tiene un efecto tan irresistible en los corazones rusos—. ¡Señor todopoderoso, Dios de nuestra salvación! Concede tu misericordia y compasión a los humildes servidores que te imploran; escúchanos, perdónanos, apiádate de nosotros. El enemigo que corrompe tu tierra y que

quiere convertir el universo en un desierto se ha alzado contra nosotros; gentes sin ley se han unido para destruir tu legado, para devastar tu probo Jerusalén, tu amada Rusia, para profanar tus templos, para destruir tus altares y mancillar nuestros santuarios. ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se regocijarán los pecadores? ¿Hasta cuándo ejercerán su poder criminal?

»¡Oh, Dios, nuestro Señor! Escucha a los que te imploran: concédele fuerza a tu devoto, autocrático y gran soberano, nuestro emperador Alejandro Pávlovich; recuerda su sentido de la justicia y mansedumbre, recompénsale por su bondad, con la que nos cuida a nosotros, a tu querido Israel. Bendice sus consejos, empresas y acciones; afianza con tu todopoderosa mano diestra su reinado, y concédele el triunfo sobre el enemigo, como el de Moisés sobre Amalec, el de Gedeón sobre Madián, el de David sobre Goliat. Protege a sus ejércitos, pon un arco de cobre en manos de quienes se han armado en tu nombre y dales fuerza para la batalla. Toma las armas y el escudo y álzate en nuestra ayuda, y que se cubran de vergüenza y oprobio los que nos desean el mal, y que ante tu ejército fiel sean como el polvo que el viento dispersa, y que tu ángel poderoso los ultraje y persiga; que una red que desconocen caiga sobre ellos y la trampa que han creado los atrape; que caigan a los pies de tus esclavos y que nuestros guerreros los pisoteen. ¡Señor! Tú puedes salvar a grandes y a pequeños; eres Dios, y el hombre no puede vencerte.

»¡Dios de nuestros padres! Tu compasión y misericordia son eternas; no nos vuelvas la espalda, no nos rechaces por nuestra indignidad, olvida con tu gracia divina y generosidad infinita nuestras faltas y pecados. Erige en nosotros un corazón puro y un espíritu recto; refuerza en todos nosotros la fe en ti, reafírmanos en la esperanza, inspíranos en el amor mutuo y verdadero, ármanos en la unidad para la justa defensa del legado que nos has concedido a nosotros y a nuestros padres, y que el bastón de los sacrílegos no se alce sobre el destino de los santificados.

»Dios nuestro Señor, en quien creemos y confiamos, no nos abandones en la esperanza de tu merced, haz un milagro por el bien, para que quienes nos odian y odian nuestra fe ortodoxa se llenen de oprobio y perezcan; y que todas las naciones se convenzan de que tu nombre es el del Señor y que nosotros somos tu pueblo. Muéstranos, Señor, tu piedad ahora y concédenos la salvación; haz que el corazón de tus esclavos se regocijen en tu piedad; derrota a nuestros enemigos y destrúyelos bajo los pies de tus fieles. Tú eres el defensor, el socorro y el triunfo de quienes en ti confían. Gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora, siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

En el estado de apertura espiritual en que Natasha se encontraba, esta plegaria le causó una fuerte impresión. Escuchó cada una de las palabras acerca de la victoria de Moisés sobre Amalec, de Gedeón sobre Madián, de David sobre Goliat, y acerca de la devastación de Jerusalén, y rezó con la ternura y fervor que llenaban su corazón, aunque sin entender del todo qué le estaba pidiendo a Dios con esa oración. Se entregó con todo su ser al ruego por el espíritu justo, por reforzar el corazón en la fe y en la esperanza e inspirarlo en el amor. Pero no pudo rogar por pisotear al enemigo cuando unos minutos antes su único deseo había sido tener un mayor número de enemigos para poder amarlos y rezar por ellos. Sin embargo, tampoco podía poner en duda la justicia de la oración que acababan de leer de rodillas. Sentía en el alma un terror piadoso y emocionado por el castigo que las personas recibirían por sus pecados y, sobre todo, por los suyos propios, y le rogó a Dios que los perdonara, que les concediera sosiego y una vida llena de dicha. Y le pareció que Dios escuchaba su oración.

XIX

Desde el día en que Pierre, al marcharse de la casa de los Rostov y contemplar el cometa en el cielo mientras recordaba la mirada agradecida de Natasha, creyó haber tenido una revelación, dejó de plantearse la cuestión que siempre lo había atormentado sobre la vanidad y absurdidad de lo terreno. La pregunta terrible «¿Para qué? ¿Con qué fin?» que antes lo asaltaba en mitad de cualquier actividad ahora había sido reemplazada no por otra pregunta o respuesta, sino por la imagen de *ella*. Cuando escuchaba una conversación sobre cosas insignificantes o él mismo participaba en ella, cuando leía o llegaba a sus oídos una infamia o estupidez humana, ya no se horrorizaba como antes; no se preguntaba para qué se preocupan tanto las personas cuando la vida es tan breve e incierta, sino que recordaba a Natasha como la había visto la última vez y entonces todas sus dudas se desvanecían, pero no porque ella diera respuesta a tales preguntas, sino porque el hecho de imaginársela lo transportaba de inmediato a una región distinta y luminosa de la actividad espiritual por la que valía la pena vivir. Fuera cual fuera la vileza humana que se le presentara, se decía: «¿Qué importa que tal persona le haya robado al Estado o al zar y que el Estado o el zar se lo hayan pagado con honores? ¡Ayer ella me sonrió y me pidió que volviera a visitarla! ¡La amo y nadie lo sabrá nunca!».

Pierre continuaba frecuentando la sociedad, bebía tanto como antes y llevaba la misma vida ociosa y disipada porque, aparte de las horas que pasaba en la casa de los Rostov, tenía que matar el tiempo de algún modo, y sus hábitos y amistades de Moscú lo arrastraban a esa vida que lo tenía atrapado. Pero últimamente, cuando desde el teatro de la guerra llegaban rumores cada vez más alarmantes, cuando la salud de Natasha empezaba a mejorar y dejaba de despertarle un sentimiento de compasión, empezó a apoderarse de él una inquietud cada vez más incomprensible. Sentía que su situación no podía alargarse demasiado porque estaban al borde de una catástrofe que iba a cambiar su vida entera, y en todo buscaba impacientemente señales de esa catástrofe inminente. Uno de los hermanos masones le reveló una profecía sobre Napoleón extraída del Apocalipsis de san Juan, el Teólogo.

El versículo 18 del capítulo 13 del Apocalipsis dice: «Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, porque es número de hombre; y su número es seiscientos sesenta y seis».

Y el versículo 5 del mismo capítulo dice: «También le fue dada una boca que hablaba grandes cosas y blasfemias; y le fue dada autoridad para actuar cuarenta y dos meses».

Las letras del alfabeto francés, igual que las del hebreo, pueden representarse con cifras: las diez primeras letras equivalen a las unidades y las restantes a las decenas. Así pues, tienen el siguiente significado:

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
a	b	c	d	e	f	g	h	i	k
20	30	40	50	60	70	80	90	100	
l	m	n	o	p	q	r	s	t	
110	120	130	140	150	160				
u	v	w	x	y	z				

Si se escribe según este alfabeto numérico las palabras *l'empereur Napoléon*, la suma de las cifras da como resultado 666, lo que significaba que Napoleón era la bestia profetizada en el Apocalipsis. Además, al escribir con este mismo alfabeto las palabras *quarante deux* —es decir, el tiempo que se le daba a la bestia para «hablar grandes cosas y blasfemias»—, la suma de estas cifras da de nuevo 666, de lo que se desprendía que el tiempo del poder de Napoleón finalizaría en 1812, ya que ese era el año en que el emperador francés iba a cumplir cuarenta y dos años. Esta profecía dejó estupefacto a

Pierre, y a menudo se preguntaba qué sería exactamente lo que pondría fin al poder de la bestia —es decir, de Napoleón—, algo para lo que, basándose en ese alfabeto numérico y en esos cálculos, intentaba encontrar una respuesta. Y como posible respuesta escribió: «*L'empereur Alexandre? La nation Russe?*». Después calculó el valor de las letras, pero la suma quedaba muy por encima o por debajo de 666. Al hacer estos cálculos, una de las veces escribió como respuesta su nombre —*Comte Pierre Besouhoff*—, pero el resultado también quedaba muy alejado del 666. Entonces cambió la ortografía: en lugar de «s» escribió «z», y además añadió «de» y el artículo «le», pero tampoco así obtuvo el resultado deseado. Después se le ocurrió que, si la respuesta a la pregunta formulada incluía su nombre, también tenía que incluir su nacionalidad. Y escribió «*Le Russe Besuhof*», pero al contar los números obtuvo el 671. Solo se pasaba por cinco; el 5 equivale a «e», la misma «e» que se suprime en el artículo francés antes de la palabra *l'empereur*. Entonces escribió «*l'Russe Besuhof*» —a pesar de tratarse de un error ortográfico— y de este modo obtuvo por fin el 666. Este hallazgo lo llenó de agitación. Ignoraba cómo podía estar ligado o qué lo podía unir a ese grandioso acontecimiento que el Apocalipsis había profetizado, pero no dudó ni un segundo. Su amor por Rostova, el Anticristo, la invasión de Napoleón, el cometa, el 666, *l'empereur Napoléon* y *l'Russe Besuhof*: todo este conjunto de elementos tenía que madurar, estallar y sacarlo del mundo embrujado e insignificante de costumbres moscovitas en que se sentía atrapado, y conducirlo a una gran hazaña y a una inmensa felicidad.

En la víspera del domingo en que se había hecho la lectura de la oración del Santo Sínodo, Pierre prometió a los Rostov que les llevaría de manos del conde Rastopchín, al que conocía bien, el llamamiento del zar y las últimas noticias del ejército. Por la mañana, al pasar por la casa del conde Rastopchín, se encontró a un correo que acababa de llegar del ejército. Se trataba de uno de sus conocidos, con quien solía coincidir en los bailes de Moscú.

—Por Dios, ¿no podría aligerarme el trabajo? —le dijo el correo—. Llevo la cartera llena de cartas dirigidas a padres.

Entre las cartas estaba la carta que Nikolái Rostov había escrito a su padre, y Pierre la cogió. Además, el conde Rastopchín le entregó el llamamiento del soberano a la ciudad de Moscú, que justo acababan de imprimir, las últimas disposiciones del ejército y su último anuncio. Al echar un vistazo a las disposiciones, Pierre encontró entre los avisos sobre heridos, muertos y condecorados el nombre de Nikolái Rostov: había obtenido la cruz de San Jorge de cuarto grado por el valor mostrado en la acción de Ostrovná;

vio también el nombre del príncipe Andréi Bolkonski, que había sido nombrado jefe de un regimiento de cazadores. Aunque Pierre no quería recordar a Bolkonski en presencia de los Rostov, no pudo contenerse de alegrarlos con la noticia del ascenso de su hijo y, después de dejar en su casa el llamamiento, el anuncio y otras disposiciones para llevarlas personalmente a la comida, les envió la disposición del ascenso de Nikolái y su carta.

La conversación con el conde Rastopchín, su tono inquieto y presuroso; el encuentro con el correo, que le había contado despreocupadamente lo mal que iban las cosas en el ejército; los rumores de que en Moscú se habían descubierto a espías; el documento que corría por la ciudad donde se decía que Napoleón había prometido que antes de otoño habría ocupado las dos capitales rusas; la conversación sobre la llegada del zar, que se esperaba al día siguiente: todo esto despertó con renovada fuerza la agitación y una sensación de espera que no habían abandonado a Pierre desde la noche en que vio el cometa y, especialmente, desde el inicio de la guerra.

Hacía tiempo que a Pierre le rondaba por la cabeza la idea de ingresar en el ejército, y la habría llevado a cabo si no hubiera interferido, en primer lugar, su pertenencia a la sociedad masona a la que estaba unido por juramento y que propugnaba la paz eterna y la desaparición de las guerras; en segundo lugar, el espectáculo de la gran cantidad de moscovitas que se ponían el uniforme llenos de patriotismo hacía que, por algún motivo, le avergonzara dar semejante paso. Pero la razón principal por la que no cumplía su propósito de alistarse en el ejército era la idea vaga de que él era *l'Russe Besuhof*, equivalente al número 666, que su participación en la gran empresa de acabar con el poder de la *bestia* «que hablaba grandes cosas y blasfemias» estaba escrita desde el principio de los tiempos y, por lo tanto, no era necesario que emprendiera nada: bastaba con que esperara lo que iba a acontecer.

XX

Como todos los domingos, en casa de los Rostov comían algunos amigos íntimos.

Pierre llegó antes para encontrarlos solos. Ese año había engordado tanto que habría parecido deforme de no haber sido porque su gran estatura, sus voluminosos miembros y su fuerza le permitían llevar su corpulencia con evidente facilidad.

Jadeando y murmurando algo, subió la escalera. Su cochero ya no le preguntaba si tenía que esperarle: sabía que cuando el conde visitaba a los Rostov se quedaba hasta la medianoche. Los lacayos se apresuraron en quitarle alegremente la capa y en cogerle el bastón y el sombrero. Por una costumbre adquirida en el club, Pierre los solía dejar en el recibidor.

De todos los Rostov a quien primero vio fue a Natasha. Ya antes de verla la había oído mientras se quitaba la capa en el recibidor. Natasha estaba cantando sus ejercicios de solfeo en la sala. Él sabía que no cantaba desde que había caído enferma y por eso su voz le sorprendió y le llenó de alegría. Abrió la puerta sin hacer ruido. Natasha, ataviada con el vestido de color lila que había llevado en la misa, se paseaba por la sala mientras cantaba. Estaba de espaldas a la puerta y cuando se volvió completamente y vio el cuerpo obeso y el rostro asombrado de Pierre, se le acercó sonrojada.

—Quiero intentar cantar otra vez —dijo Natasha—. No deja de ser una ocupación —añadió, como disculpándose.

—Y bien que hace.

—¡Qué contenta estoy de que haya venido! ¡Hoy me siento tan feliz! —exclamó con la animación de antaño, que Pierre llevaba mucho sin ver en ella—. ¿Sabe? *Nicolas* ha obtenido la cruz de San Jorge. ¡Estoy tan orgullosa de él!

—¡Cómo no! Si he sido yo quien les ha enviado la disposición. Bueno, no la quiero molestar —añadió, y se dispuso a pasar al salón.

Natasha lo retuvo.

—¡Conde! Está mal que cante, ¿verdad? —preguntó ruborizada, pero mirándolo inquisitivamente, sin bajar las vista.

—No… ¿Por qué va a estarlo? Al contrario… Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Ni yo misma lo sé… —respondió ella rápidamente—. Pero no me gustaría hacer nada que le desagradara. ¡Creo tanto en usted! ¡No sabe lo importante que es usted para mí y el bien que me ha hecho! —Hablaba rápido, sin darse cuenta de que Pierre se había sonrojado al oír estas palabras—. He visto también en la disposición que *él*, Bolkonski —pronunció su nombre en un rápido susurro—, está en Rusia y que vuelve a servir en el ejército. ¿Cree usted —preguntó deprisa, sin duda por temor a que las fuerzas le fallaran— que me perdonará alguna vez? ¿Que no me guardará rencor? ¿Qué cree? ¿Qué cree?

—Creo que… —empezó Pierre—. No tiene nada que perdonarle… Si yo estuviera en el lugar de él…

Por una asociación de recuerdos, Pierre se trasladó instantáneamente en su imaginación a aquella vez en que le había dicho, mientras la consolaba, que si él no fuera él, sino el mejor hombre del mundo y además libre, le pediría su amor de rodillas, y se sintió invadido por el mismo sentimiento de lástima, ternura y amor, y las mismas palabras se asomaron a sus labios. Pero ella no le dio tiempo de pronunciarlas.

—Sí, usted, usted es otra cosa —dijo Natasha, haciendo un apasionado énfasis en el «usted»—: no conozco a nadie más bueno, generoso ni mejor; no puede haberlo. Si no lo hubiera tenido entonces y no lo tuviera ahora, no sé qué habría sido de mí, porque…

De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas; se dio la vuelta, levantó la partitura hasta la altura de los ojos y empezó a cantar de nuevo mientras se paseaba por la sala.

En ese momento Petia salió corriendo del salón.

Petia era ahora un muchacho guapo y sonrosado de quince años, de labios rojos y gruesos, y se parecía a Natasha. Se preparaba para ingresar en la universidad, pero hacía poco que su compañero Obolenski y él habían decidido en secreto alistarse en el cuerpo de húsares.

Petia había salido rápidamente para hablar con su tocayo de este asunto: le había pedido que se enterara de si lo admitirían en los húsares. Pierre caminaba por el salón[58] sin escucharlo y el muchacho le tiró de un brazo para que le hiciera caso.

—¿Cómo va mi asunto, Piotr Kirílych? ¡Por Dios! Usted es mi única esperanza —dijo Petia.

—Ah, sí, tu asunto. En los húsares, ¿no? Me enteraré, me enteraré. Hoy me enteraré sin falta.

—Y qué, *mon cher*, ¿ha conseguido el manifiesto? —preguntó el viejo conde—. La condesa ha estado en la misa que se ha celebrado en la capilla de los Razumovski y ha oído la nueva oración. Dice que es muy buena.

—Sí, lo traigo —respondió Pierre—. Mañana llegará el zar… Se va a convocar una reunión extraordinaria de la nobleza y dicen que habrá un reclutamiento de diez hombres por cada mil. Le doy mi enhorabuena.

—Sí, sí, gracias a Dios. Bueno, y ¿qué se sabe del ejército?

—Los nuestros han retrocedido de nuevo. Dicen que ya están cerca de Smolensk —respondió Pierre.

—¡Dios mío, Dios mío! —exclamó el conde—. Y ¿dónde está el manifiesto?

—¿El llamamiento? ¡Ah, sí!

Pierre se puso a buscar los documentos en los bolsillos sin éxito. Aún rebuscando, besó la mano de la condesa, que acababa de entrar, y volvió la mirada inquieto, sin duda esperando a Natasha, que ya había dejado de cantar, pero no había ido al salón.

—¡Por Dios, no sé dónde lo he metido! —dijo.

—Siempre lo pierde todo —observó la condesa.

Natasha entró con el rostro enternecido y emocionado, y se sentó en silencio sin mirar a Pierre. En cuanto entró, el semblante de Pierre, hasta entonces sombrío, resplandeció; todavía buscando los documentos, la miró varias veces.

—Por Dios, tendré que volver a casa. Seguro que me lo he olvidado allí…

—Pero entonces llegará tarde a la comida.

—Ah, y mi cochero se ha marchado.

Sin embargo, Sonia, que había ido al recibidor a buscar los documentos, los encontró en el sombrero de Pierre, que los había colocado cuidadosamente detrás del forro. Bezújov se dispuso a leerlos.

—No, después de comer —dijo el viejo conde, sin duda previendo que esta lectura les iba a procurar un gran placer.

Durante la comida, en la que brindaron con champán a la salud del nuevo caballero de San Jorge, Shinshin contó las noticias de la ciudad: una vieja princesa georgiana había enfermado; Métivier había desaparecido de Moscú; habían detenido a un alemán y lo habían llevado ante Rastopchín acusándolo de ser un champiñón (así fue como lo había relatado el propio Rastopchín), pero este había ordenado que lo dejaran libre: dijo que no se trataba de un champiñón, sino de una simple vieja seta alemana.[59]

—¡Hay detenciones, vaya si las hay! —exclamó el conde—. Yo ya le digo a la condesa que no hable tanto en francés. No son tiempos para hacerlo.

—¿Se han enterado? —dijo Shinshin—. El príncipe Golitsyn ha contratado a un profesor ruso. ¡Está aprendiendo ruso! *Il commence à devenir dangereux de parler français dans les rues*.[60]

—Y qué, conde Piotr Kirílych, cuando empiecen a reclutar a la milicia, ¿también tendrá usted que montarse en un caballo? —dijo el viejo conde volviéndose hacia Pierre.

Pierre había estado callado y pensativo toda la comida. Miró al conde como sin entenderle.

—Sí, sí, a la guerra —contestó—. ¡No! ¡Vaya un soldado iba a ser yo! Aunque ¡todo es tan extraño, tan extraño! Ni yo mismo lo entiendo. No lo sé,

me siento muy alejado de los gustos militares, pero en los tiempos que corren nadie puede responder de sí mismo.

Al terminar la comida el conde se sentó tranquilamente en un sillón y le pidió con seriedad a Sonia, que tenía fama de estupenda lectora, que leyera el llamamiento del zar.

—«A la ciudad de Moscú, nuestra primera y más antigua capital: el enemigo ha entrado con grandes fuerzas en tierras rusas. Su intención es devastar nuestra querida patria» —leyó aplicadamente Sonia con su fina vocecita. El conde escuchaba con los ojos cerrados, suspirando con ímpetu en algunos pasajes.

Natasha, erguida en su asiento, echaba miradas profundas y penetrantes primero a Pierre y después a su padre.

Pierre sentía esa mirada e intentaba no volverse. La condesa movía la cabeza con gesto de enfado y desaprobación en cada frase solemne del manifiesto. Lo único que veía en todas aquellas palabras era que los peligros que amenazaban a su hijo aún tardarían en desaparecer. Shinshin, con una sonrisa burlona en la boca, era evidente que estaba dispuesto a hacer mofa de lo primero que pudiera: de la lectura de Sonia, de lo que dijera el conde o incluso del llamamiento mismo, si no encontraba un pretexto mejor.

Después de haber leído los pasajes de los peligros que acechaban Rusia y de las esperanzas que el soberano tenía depositadas en Moscú y especialmente en la gloriosa nobleza, Sonia, con la voz temblorosa principalmente por la atención con que la escuchaban, leyó las últimas palabras:

—«No nos demoraremos en estar junto al pueblo en la capital y en otros lugares del Estado para pedir consejo y guiar a nuestras milicias, tanto las que están cortando el paso al enemigo como las que se han vuelto a organizar para derrotarlo dondequiera que aparezca. ¡Que la muerte a la que pretende precipitarnos se vuelva contra él, y que Europa, liberada de la esclavitud, enaltezca el nombre de Rusia!».

—¡Así se habla! —gritó el conde, abriendo sus ojos húmedos, interrumpiéndose varias veces para resoplar, como si le hubieran colocado un frasco de acetato debajo de la nariz—. El zar solo tiene que decir una palabra y lo sacrificaremos todo, no escatimaremos en nada.

A Shinshin no le había dado tiempo aún de decir el chiste que tenía preparado sobre el patriotismo del conde, cuando Natasha se levantó de un salto y corrió hacia su padre.

—¡Papá, es usted un encanto! —exclamó mientras lo cubría de besos, y de nuevo miró a Pierre con esa coquetería inconsciente que había vuelto a ella

junto con la animación.

—¡Vaya una patriota! —dijo Shinshin.

—Nada de patriota, solo es que… —respondió Natasha ofendida—. A usted todo le parece gracioso, pero esto no es ninguna broma…

—¡Qué va a ser una broma! —la secundó el conde—. ¡Solo tiene que decir una palabra e iremos todos…! No somos unos alemanes cualesquiera…

—¿Se han dado cuenta —intervino Pierre— de que en el llamamiento se dice «para pedir consejo»?

—Bueno, sea para lo que sea…

En ese momento Petia, a quien nadie prestaba atención, se acercó a su padre y, completamente rojo y con la voz quebrada, tan pronto bronca como aguda, dijo:

—Pues ahora, papá, le diré con la mayor decisión (y a usted también, mamá), les diré con la mayor decisión, les guste o no, que tienen que permitir que me aliste en el ejército, porque no puedo… ¡Eso es todo!…

La condesa, horrorizada, levantó la mirada al cielo, dio una palmada y se volvió enfadada hacia su marido:

—¡Mira lo que has conseguido! —exclamó.

Pero el conde se recuperó al instante de su arrebato:

—¡Bueno, bueno! —dijo—. ¡Vaya un guerrero nos ha salido! Deja de decir tonterías: tienes que estudiar.

—No son tonterías, papá. Fedia Obolenski es más joven que yo y también va a alistarse, pero lo principal es que en un momento así no puedo estudiar nada, cuando… —se detuvo y, enrojeciendo de pies a cabeza, concluyó—: cuando ¡la patria está en peligro!

—Basta, basta de tonterías…

—Pero si usted mismo acaba de decir que lo sacrificaremos todo.

—¡Petia! ¡Te lo digo en serio, cállate! —gritó el conde, volviéndose hacia su mujer, que, con el rostro pálido, no dejaba de mirar al hijo pequeño.

—Y yo también se lo digo en serio. Piotr Kirílovich le explicará…

—Te estoy diciendo que es un disparate. ¡Es casi un niño de pecho y ya quiere ir a alistarse en el ejército! Bueno, bueno, ya me has oído.

Y el conde, cogiendo los documentos, probablemente para leerlos de nuevo en su gabinete antes de descansar, se dispuso a salir del salón.

—Piotr Kirílovich, vayamos a fumar…

Pierre estaba desconcertado e indeciso. Natasha no dejaba de mirarlo con ojos más que cariñosos, con una animación y un brillo insólitos, y esto lo había conducido a ese estado.

—No, creo que me iré a casa…

—¿Cómo que a casa? Pero si quería quedarse toda la velada… Además, ahora viene menos a vernos. Y ella… —dijo el conde afablemente, señalando a Natasha— solo está contenta cuanto usted está aquí…

—Es que me había olvidado… Tengo que ir a casa sin falta… Tengo unos asuntos… —dijo Pierre apresuradamente.

—Bueno, entonces adiós —se despidió el conde, saliendo definitivamente del salón.

—¿Por qué se marcha? ¿Por qué está disgustado? ¿Por qué?… —le preguntó Natasha a Pierre, mirándole desafiantemente a los ojos.

«¡Porque te amo!», quiso decir él, pero se quedó callado y, rojo de pies a cabeza, bajó la mirada.

—Porque será mejor que venga menos… Porque… No, simplemente porque tengo cosas que hacer…

—¿Por qué? ¡No, dígamelo! —empezó Natasha con tono decidido, pero se quedó callada de golpe.

Se miraron asustados y confusos. Él intentó sonreír, pero no pudo: su sonrisa expresaba sufrimiento; le besó la mano en silencio y salió.

A partir de aquel día Pierre decidió que dejaría de frecuentar la casa de los Rostov.

XXI

Después de la tajante negativa Petia se marchó a su habitación, donde se encerró y lloró amargamente. Cuando volvió para tomar el té todos hicieron como si no repararan en su expresión taciturna y sombría, ni en sus ojos llorosos.

Al día siguiente llegaba el zar y algunos de los sirvientes de los Rostov pidieron permiso para ir a verlo. Aquella mañana Petia estuvo mucho rato vistiéndose, peinándose y colocándose el cuello de la camisa como los mayores. Mirándose en el espejo frunció el ceño, hizo muecas, se encogió de hombros y, finalmente, sin decírselo a nadie, se puso la gorra y salió de casa por el porche de servicio, procurando no ser visto. Había decidido irse directo al lugar donde iba a estar el soberano para explicarle a algún gentilhombre de cámara (creía que el zar siempre estaba rodeado de ellos) que era el conde Rostov y que, a pesar de su corta edad, quería servir a la patria, que la juventud no podía ser un obstáculo para la lealtad y que estaba dispuesto…

Mientras se arreglaba, se había preparado las grandes palabras que le diría al gentilhombre de cámara.

Petia confiaba en que su presentación ante el zar surtiría efecto justamente por ser un chiquillo (pensaba incluso que a todo el mundo le asombraría su juventud), pero al mismo tiempo quería parecer un hombre mayor por su manera de colocarse el cuello, de peinarse y por su andar grave y sosegado. Sin embargo, cuanto más avanzaba, cuanto más se despistaba con el gentío que no dejaba de llegar para dirigirse al Kremlin, más se olvidaba de conservar esa gravedad y sosiego propios de los adultos. Cuando estaba cerca del Kremlin empezó a preocuparse por no ser arrollado y, con aspecto decidido y amenazador, afiló los codos. Pero en la puerta de la Trinidad, a pesar de toda su resolución, el gentío, que probablemente desconocía el patriótico motivo de su visita al Kremlin, lo aplastó de tal modo contra el muro que tuvo que someterse y detenerse hasta que terminaran de pasar los carruajes que, con gran estruendo, cruzaban bajo los arcos. Cerca de Petia había una mujer con un lacayo, dos mercaderes y un soldado retirado. Después de esperar un rato en la puerta y cuando aún no habían acabado de pasar todos los carruajes, Petia quiso adelantarse antes que los demás y se puso a dar codazos con decisión; pero la mujer que tenía delante, que era la primera contra la que había dirigido los codos, le gritó enfadada:

—¡No empujes, señorito! ¿No ves que nadie se mueve? ¡Adónde te crees que vas!

—¡Así cualquiera avanza! —le dijo el lacayo, y empujó a Petia a codazos hasta un rincón pestilente de la puerta.

Petia se secó el sudor que le cubría la cara con las manos y se arregló el cuello empapado de la camisa, que con tanto esmero se había arreglado en casa, como los mayores.

Se daba cuenta de que no tenía un aspecto presentable y temía que, si aparecía así ante los gentilhombres de cámara, no le permitirían llegar hasta el soberano. Pero el hacinamiento era tal que resultaba imposible arreglarse y cambiarse de sitio. Vio que uno de los generales que pasaban en coche era amigo de los Rostov. Quiso pedirle ayuda, pero consideró que no habría sido digno de un hombre. Cuando los carruajes cruzaron por fin, la muchedumbre empezó a avanzar atropelladamente hacia la plaza, ya repleta de gente, y arrastró a Petia. No solo la plaza, sino también las pendientes y los tejados estaban abarrotados. Solo entrar en el recinto, Petia oyó con claridad el sonido de las campanas que llenaba el Kremlin y la alegre algarabía del pueblo.

Hubo un momento en que la plaza pareció despejarse un poco, pero de repente todas las cabezas se descubrieron y todo el mundo se abalanzó hacia delante. Petia estaba tan apretujado que no podía respirar, y por todas partes oía gritar: «¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!». Aunque se puso de puntillas, dio empujones y pellizcos, no pudo ver nada más que las cabezas que lo rodeaban.

En los rostros de todo el mundo había una misma expresión de conmoción y entusiasmo. La mujer de un mercader que Petia tenía cerca sollozaba y las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¡Padre, ángel, señor! —exclamaba mientras se las secaba con los dedos.

—¡Hurra! —gritaban por todas partes.

Durante un momento el gentío se quedó quieto, pero después volvió a avanzar impetuosamente.

Petia, totalmente fuera de sí, con los dientes apretados y los ojos desorbitados como una fiera, avanzó con el mismo ímpetu, dando codazos y gritando «¡Hurra!», como si en aquel instante estuviera dispuesto a matarse y a matar a los demás. Pero a ambos lados avanzaban otras personas con la misma expresión feroz y los mismos gritos de «¡Hurra!».

«¡De modo que esto es lo que es el zar! —pensó Petia—. ¡No, no puedo hacerle la petición yo mismo, es demasiado atrevido!» A pesar de esto, continuó escurriéndose con desespero entre el gentío, y en un momento dado vio entre las espaldas que tenía delante un espacio vacío cubierto con una alfombra roja. Pero en ese instante la muchedumbre retrocedió (cuando el zar empezó a desfilar desde el palacio hasta la catedral de la Dormición los policías apartaron violentamente a la gente que se había acercado demasiado al cortejo) y Petia recibió un golpe tan fuerte en las costillas y se sintió tan aplastado que la vista se le nubló y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí vio el rostro de un clérigo que llevaba un mechón de pelo cano sobre la espalda, vestía una sotana azul raída —probablemente era un sacristán—, con una mano lo sujetaba por debajo del brazo y con la otra le protegía del gentío, que seguía empujando.

—¡Estáis aplastando al señorito! —decía el sacristán—. ¡Será posible!… ¡Cuidado, lo estáis aplastando, lo estáis aplastando!

El soberano entró en la catedral de la Dormición. La muchedumbre volvió a apaciguarse y el sacristán pudo sacar a Petia, pálido y sin respiración, y llevarlo hasta el Cañón del zar[61]. Varias personas sintieron lástima por él y la gente formó un apretado corro a su alrededor. Los que estaban más cerca le

desabrocharon la levita, lo sentaron en el cañón y lanzaron reproches contra quienes lo habían arrollado.

—¡Lo podrían haber matado! ¡Será posible! ¡Esto es un crimen! Míralo, el pobrecillo está blanco como la pared —decían varias voces.

Petia no tardó en volver en sí, recuperó el color de la cara, se le pasó el dolor y, gracias a aquel disgusto pasajero, consiguió tener un buen sitio sobre el cañón, desde donde podría ver al zar cuando saliera de la catedral. Ya no pensaba en hacerle la petición: ¡con solo verlo ya se consideraba afortunado!

Mientras en la catedral de la Dormición se oficiaba el servicio, que combinaba oraciones de agradecimiento por la llegada del zar con otras por la paz firmada con los turcos, la muchedumbre se dispersó; aparecieron entonces vendedores de *kvas*[62], de melindres, de pastelillos con semillas de amapola que tanto gustaban a Petia, y se oyeron conversaciones triviales. La mujer de un mercader mostraba su chal desgarrado y hablaba de lo mucho que le había costado; otra comentaba que las telas de seda se habían encarecido mucho. El sacristán que había salvado a Petia hablaba con un funcionario sobre quiénes oficiaban el servicio con su ilustrísima ese día; repitió varias veces la palabra «concilio», que Petia no comprendía. Dos jóvenes artesanos bromeaban con dos criadas también jóvenes que estaban comiendo nueces. Ninguna de estas conversaciones, ni siquiera las bromas con las criadas, que para Petia, por su edad, tenían un atractivo especial, le interesaban en ese momento; sentado encima del cañón, pensaba nerviosamente en el zar y en su amor por él. El dolor y el miedo que había sentido cuando lo estaban aplastando, sumados al entusiasmo, le hicieron aún más consciente de la importancia del momento.

De repente se empezaron a oír cañonazos desde el malecón (disparaban para celebrar la paz con los turcos) y la multitud se precipitó hacia allí para verlo. Petia también quiso correr, pero el sacristán, que había tomado al señorito bajo su protección, no se lo permitió. Todavía se oían los cañonazos cuando de la catedral de la Dormición empezaron a salir a toda prisa oficiales, generales y gentilhombres de cámara, y después, con más sosiego, algunas personas más; todo el mundo se descubrió la cabeza y los que habían ido a ver los cañones volvieron corriendo. Los últimos en salir por la puerta de la catedral fueron cuatro hombres con uniforme y bandas en el pecho.

—¡Hurra, hurra! —gritaba el gentío.

—¿Cuál es? ¿Cuál es? —preguntaba Petia con voz llorosa, pero nadie le contestaba.

Todo el mundo estaba demasiado enardecido para prestarle atención, por lo que Petia escogió al azar a uno de los cuatro hombres, al que no podía ver

bien por las lágrimas de felicidad que le cubrían el rostro, y concentró en él todo su entusiasmo. Aunque en realidad no se trataba del zar, Petia gritaba: «¡Hurra!» con gran desenfreno; en ese momento decidió que, costara lo que costara, al día siguiente se alistaría en el ejército.

La muchedumbre corrió detrás del zar y lo siguió hasta el palacio; a continuación, empezó a dispersarse. Ya era tarde. Petia no había comido nada y sudaba a chorros, pero decidió no volver a casa: esperó frente al palacio con un grupo más reducido aunque aún bastante numeroso de personas mientras el zar comía. Todos miraban expectantes hacia las ventanas del palacio, sintiendo envidia de los altos dignatarios que llegaban en carruaje para asistir a la comida y de los lacayos que servían la mesa e iban y venían tras las ventanas.

Durante la comida Valúiev echó una mirada por la ventana y le dijo al soberano:

—El pueblo aún espera ver a su majestad.

Cuando la comida llegó a su fin, el zar, terminándose un bizcocho, se levantó y salió al balcón. La multitud, con Petia en el centro, corrió a juntarse debajo de él.

—¡Ángel, padre! ¡Hurra, bienhechor!… —gritaban todos, y Petia también.

De nuevo las mujeres y algunos hombres —los más débiles, entre los que se contaba Petia— se echaron a llorar de felicidad. Un trozo bastante grande de bizcocho que el zar tenía en la mano cayó sobre la barandilla y acabó en el suelo. Entonces un cochero vestido con un abrigo, que estaba más cerca, se abalanzó sobre el bizcocho y lo cogió. Varias personas corrieron hacia él. Al observar la escena, el zar ordenó que le trajeran un plato con más bizcochos y empezó a lanzarlos desde el balcón. A Petia los ojos se le inyectaron en sangre: el peligro de ser aplastado lo excitaba aún más y se abalanzó sobre ellos. No sabía para qué, pero tenía la necesidad de hacerse con un bizcocho de manos del zar, y no pensaba rendirse. Derribó a una viejita que también quería coger uno. La viejita, a pesar de yacer en el suelo, no se daba por vencida y seguía intentándolo, pero en vano. Petia le apartó la mano con su rodilla, atrapó el bizcocho y, como si temiera llegar tarde, volvió a gritar: «¡Hurra!» con la voz enronquecida.

Cuando el zar volvió adentro la mayor parte de la multitud se dispersó.

—Ya decía yo que valía la pena esperar; no me equivocaba —se oía comentar alegremente aquí y allá.

Petia se sentía tan feliz que la idea de volver a casa le llenaba de tristeza: sabía que el placer de aquel día había acabado. Por ello, al salir de la plaza del Kremlin se encaminó hacia la casa de su amigo Obolenski, que tenía quince años y también quería ingresar en un regimiento. Finalmente, al volver a su casa, anunció con tono firme y decidido que, si no le permitían alistarse, se escaparía. Al día siguiente, a pesar de no ceder por completo, el conde Iliá Andreich fue a averiguar cuál era el destino menos peligroso en que su hijo podría servir.

XXII

El día 15 por la mañana, tres días después de aquello, había frente al palacio Slobodskói una cantidad inmensa de carruajes.

Los salones estaban repletos de gente. En el primero había nobles en uniforme y en el segundo mercaderes con medallas, barba y caftanes azules. En la sala de los nobles todo era bullicio y movimiento. Los altos dignatarios de más fuste estaban sentados en sillas de respaldo alto a los pies del retrato del zar, pero la mayoría de los asistentes iban de aquí para allá.

Todos los nobles, a los que Pierre veía diariamente en el club o en sus casas, llevaban uniforme: unos de la época de Catalina, de Pablo o de Alejandro (estos eran los más nuevos), y otros el uniforme genérico de la nobleza, lo cual daba un aire extraño y fantástico a esas caras conocidas, viejas, jóvenes y diversas. Eran especialmente asombrosos los rostros de los ancianos, cegatos, desdentados, calvos, cubiertos de una capa de grasa amarillenta, o arrugados y flacos. La mayoría estaban sentados en silencio y, si se paseaban o charlaban, procuraban hacerlo con alguien más joven. Igual que en las caras de la muchedumbre que Petia había visto en la plaza, en las de aquellos hombres había algo asombroso y contradictorio entre la espera de algo solemne y las conversaciones sobre temas cotidianos: la partida de *boston* del día anterior, el cocinero Petrushka, la salud de Zinaída Dmítrievna, etcétera. Pierre, enfundado desde primera hora de la mañana en un incómodo uniforme de la nobleza que le iba muy justo, también había asistido. Estaba agitado; semejante reunión extraordinaria no solo de nobles, sino también de mercaderes (los estamentos, *états généraux*), despertaba en él una serie de ideas que había abandonado hacía mucho tiempo, pero que tenía grabadas en el alma sobre el *Contrat social* y la Revolución francesa. Las palabras del llamamiento que lo habían sorprendido —las que decían que el soberano

acudía a la capital para «consultar» con el pueblo— lo reafirmaban en su opinión. Y, con la sensación de que se avecinaba algo importante, algo que llevaba tiempo esperando, se paseaba, observaba y prestaba atención a las conversaciones, aunque sin encontrar a nadie que expresara las ideas que a él le preocupaban.

Después de dar lectura al manifiesto del soberano, que despertó un gran entusiasmo, todo el mundo se dispersó para comentarlo. Aparte de los intereses habituales, Pierre oyó conversaciones sobre dónde debían colocarse los decanos de la nobleza cuando entrara el soberano, cuándo había que organizar un baile en su honor, si había que dividirse por distritos o por provincias… etcétera; pero, en cuanto se tocaba el tema de la guerra y el motivo por el que los habían convocado, la conversación vacilaba y se diluía, y todos preferían escuchar antes que hablar.

Un hombre de mediana edad, varonil y atractivo, con uniforme de marino retirado, hablaba en una de las salas y a su alrededor se había formado un corro. Pierre se acercó y prestó atención. El conde Iliá Andreich Rostov, con un caftán de antiguo gobernador de la época de Catalina, se paseaba con una agradable sonrisa entre los presentes —los conocía a todos—, y se acercó también al grupo; escuchaba con una sonrisa afable, como hacía siempre, y asentía en señal de aprobación a lo que decían. El marino retirado hablaba con gran osadía (se veía perfectamente en la expresión de quienes lo escuchaban), y algunos hombres a los que Pierre tenía por personas dóciles y sosegadas se apartaban con gesto desdeñoso o le llevaban la contraria. Después de abrirse paso hasta el centro del círculo, Pierre escuchó sus palabras y se convenció de que era un auténtico liberal, pero en un sentido muy distinto al que él habría querido. El marino hablaba con esa voz especial de barítono, sonora y cantarina de algunos nobles, arrastraba las erres, se comía las consonantes y empleaba ese tono con que suelen gritar: «¡*Camaeo*, la pipa!».

—Y ¿qué si en Smolensk han ofrecido milicias al *sobano*? ¿Acaso estamos *obigados* a hacer lo mismo? Si los nobles de la *povincia* de Moscú lo consideran necesario, se puede mostrar fidelidad a su majestad el emperador de otras maneras. ¿Acaso hemos *olviado* las milicias de 1807? Lo único que se consiguió con ellas fue enriquecer a curas, a *ladones* y a saqueadores… —El conde Iliá Andreich sonreía afablemente y asentía con la cabeza—. Y ¿qué? ¿Acaso nuestras milicias han sido alguna vez de *povecho* para el Estado? ¡Ni mucho menos! Solo han arruinado nuestras propiedades. La mejor solución sigue siendo el reclutamiento… Si no, lo que volverá a nosotros no serán soldados ni campesinos, sino simplemente depravados. Los

nobles no regateamos nuestras vidas: ¡cada uno de nosotros contribuirá con más reclutas, y el *sobano* —así es como llamaba al soberano— solo tiene que decir una palabra y todos moriremos por él! —concluyó el orador, enardecido.

Iliá Andreich, extasiado, tragaba saliva y daba empujoncitos a Pierre, que también quería hablar. Este avanzó un poco, lleno de animación, aunque sin saber aún lo que iba a decir. Acababa de abrir la boca para empezar a hablar cuando fue interrumpido por un senador totalmente desdentado de rostro inteligente y enojado que estaba junto al orador. Sin duda acostumbrado a conducir debates y a plantear cuestiones, habló en voz baja pero audible.

—Supongo, estimado señor —dijo el senador mascullando las palabras con su boca desdentada—, que no hemos sido convocados para discutir si lo que más le conviene al Estado en estos momentos es el reclutamiento o la milicia. Hemos sido convocados para dar respuesta al llamamiento que se ha dignado hacernos su majestad el emperador. Dejemos que sean los altos poderes quienes juzguen si lo que más nos conviene es el reclutamiento o la milicia…

Pierre vio una oportunidad para dar salida a su animación. Irritado con el senador, que había introducido en las deliberaciones de la nobleza ese aire de corrección y estrechez de miras, dio un paso hacia delante y lo interrumpió. No sabía lo que iba a decir, pero empezó a hablar con ardor, expresándose en un ruso libresco e intercalando alguna palabra en francés.

—Discúlpeme, excelencia —empezó; conocía bien al senador, pero consideró que lo correcto en un lugar como aquel era tratarlo de un modo oficial—, aunque no estoy de acuerdo con el señor… —se trabó: habría querido decir: «*mon très honorable préopinant*»—, con el señor… *que je n’ai pas l’honneur de connaître*, supongo que el estamento de la nobleza no ha sido solo convocado para mostrar su interés y entusiasmo, sino también para discutir las medidas con que podemos ayudar a la patria. Supongo —continuó, enardeciéndose más— que el soberano no estaría satisfecho si solo encontrara en nosotros a terratenientes dispuestos a entregarle a sus campesinos, y… a ofrecerse como *chair à canon*[63], pero no encontrara nuestro co… co… consejo.

Muchos se apartaron del círculo al observar la sonrisa de desprecio del senador y la manera demasiado libre con que Pierre había hablado; solo Iliá Andreich estaba satisfecho con sus palabras, del mismo modo que lo estaba con las del marino, las del senador y, en general, las de todo el que hubiera hablado en último lugar.

—Supongo que antes de discutir estas cuestiones —continuó Pierre— debemos preguntarle al soberano, pedir con sumo respeto a su majestad, que nos informe de cuáles son los efectivos de los que disponemos, en qué situación se encuentran nuestras tropas y el ejército, y entonces…

Pero no había aún terminado Pierre de pronunciar estas palabras y ya era interpelado desde tres lados. Quien le atacó con más dureza fue Stepán Stepánovich Apraksin, al que conocía desde hacía mucho tiempo, siempre le había mostrado simpatía y con quien solía jugar al *boston*. Stepán Stepánovich llevaba uniforme y, ya fuera por esta o por otra razón, Pierre lo veía como a alguien totalmente distinto. Stepán Stepánovich, con una repentina expresión de cólera senil en el rostro, le empezó a gritar:

—En primer lugar, le informo de que no tenemos derecho de preguntarle esto al soberano; en segundo lugar, aunque la nobleza rusa tuviera tal derecho, el soberano no podría respondernos. Las tropas se mueven en función de los movimientos del enemigo: los efectivos disminuyen y aumentan…

Otra voz, la de un hombre de altura mediana de unos cuarenta años al que Pierre había visto en tiempos pasados donde los cíngaros, que tenía fama de hacer trampas en las cartas y al que el uniforme también le daba un aspecto muy distinto, se acercó e interrumpió a Apraksin.

—No están los tiempos para razonamientos —dijo el noble—, hay que actuar. Rusia está en guerra. El enemigo avanza para destruir nuestra patria, para ultrajar las tumbas de nuestros padres, para llevarse a nuestras mujeres y a nuestros hijos. —El noble se golpeó en el pecho—. ¡Nos alzaremos todos, todos a una, para defender a nuestro padre el zar! —gritaba con los ojos desorbitados e inyectados en sangre. Entre la multitud se oyeron varias voces de aprobación—. Somos rusos y no escatimaremos ni una gota de nuestra sangre para defender nuestra fe, el trono y la patria. Si somos hijos de esta patria, tenemos que dejarnos de quimeras. ¡Le demostraremos a Europa cómo se alza Rusia para defenderse! —concluyó a voz en grito.

Pierre quería replicar algo, pero no pudo decir nada. Le daba la sensación de que su voz, independientemente de las ideas que expresara, era menos audible que las palabras del exaltado noble.

Iliá Andreich asentía desde la parte trasera del corro; al final de la frase algunas personas se volvieron animadamente hacia el orador y exclamaron:

—¡Eso es, eso es! ¡Exacto!

Pierre quería decir que estaba dispuesto a hacer sacrificios, a entregar dinero, campesinos y su propia vida, pero que era necesario conocer el estado

de las cosas para poder ayudar. Pero no podía pronunciar ninguna palabra. Había muchas voces gritando y hablando a la vez, y tanto era así que Iliá Andreich no daba abasto para dar su beneplácito a todos. El grupo se agrandaba y dispersaba, de nuevo se juntaba y finalmente, en medio de una intensa algarabía, se movió hasta la sala grande, donde estaba la gran mesa. Pierre no solo no conseguía decir nada, sino que le cortaban burdamente, lo empujaban, le daban la espalda como si se tratara del enemigo común. Pero no era porque estuvieran disgustados con el significado de sus palabras —después de la gran cantidad de discursos que habían seguido al suyo, ya las habían olvidado—, sino porque, para enardecerse, la muchedumbre necesita tener un objeto tangible de amor y un objeto tangible de odio. Y Pierre se había convertido en lo último. Después del exaltado noble hablaron muchas personas más, y todas lo hicieron en el mismo tono. Muchas se expresaron bien, con originalidad.

El editor de *El Mensajero Ruso*, Glinka, al que habían reconocido («¡El escritor, el escritor!», se había oído entre el gentío), dijo que el infierno debía ser repelido con el infierno, que él había visto a un niño sonreírle al brillo del relámpago y al fragor del trueno, pero que los rusos no serían ese niño.

—¡Sí, sí, al fragor del trueno! —repetían con gesto de aprobación desde las filas traseras.

La multitud se acercó a la gran mesa, en la que estaban sentados los altos dignatarios, ancianos de setenta años con sus uniformes, bandas, pelo calvo y cano, a la mayoría de los cuales Pierre había visto en sus casas con sus bufones o en los clubs jugando al *boston*. El gentío llegó hasta la mesa sin dejar de armar alboroto. Los oradores, uno tras otro y en ocasiones dos a la vez, hablaban apretados contra los altos respaldos de las sillas por la gran cantidad de personas que hacían presión. Los que estaban detrás se fijaban en lo que el orador no había dicho y se apresuraban a decirlo ellos. Otros, en medio del calor y del hacinamiento, buscaban en su cabeza cualquier idea que expresar y la pronunciaban rápidamente. Los altos dignatarios ancianos a los que Pierre conocía volvían la mirada hacia una u otra persona, y lo único que se podía deducir por su expresión era que tenían mucho calor. Pierre, no obstante, se sentía muy agitado, y el deseo general de demostrar que nada detendría a los rusos, algo que se percibía más en el ruido y en la expresión de los rostros que en el sentido de las palabras, se le contagió también a él. No abjuraba de sus ideas, pero se sentía culpable y quería justificarse.

—Yo solo decía que para llevar a cabo mejor los sacrificios convendría que supiéramos cuáles son las necesidades —dijo, tratando de gritar más

fuerte que los demás.

Un viejecito que tenía cerca se volvió hacia él, pero enseguida se distrajo por los gritos de la otra punta de la mesa.

—¡Sí, Moscú será entregado! ¡Será la víctima redentora! —gritaba uno.

—¡Es el enemigo de la humanidad! —gritaba otro—. ¡Déjenme hablar!… ¡Señores, me van a aplastar!…

XXIII

En ese momento el conde Rastopchín, con uniforme de general, una banda cruzada en el pecho, la barbilla prominente y su mirada nerviosa, entró rápidamente y avanzó entre los nobles, que le abrían paso.

—Su majestad el emperador llegará enseguida —anunció—; acabo de estar con él. Creo que en la situación en que nos encontramos no hay mucho que discutir. Su majestad ha tenido a bien reunirnos a nosotros, la nobleza, y a los mercaderes. De allí —añadió, señalando la sala de los mercaderes— llegarán los millones, y nuestra tarea consiste en proporcionar hombres para la milicia, sin escatimar en nada… ¡Es lo mínimo que podemos hacer!

Los altos dignatarios que estaban sentados a la mesa empezaron las deliberaciones, que llevaron a cabo en voz muy baja. Después del alboroto anterior, parecía incluso triste oír sus solitarias y seniles voces, que decían: «Estoy de acuerdo», y otras, para variar: «Soy del mismo parecer», etcétera.

El secretario recibió la orden de escribir la decisión que había adoptado la nobleza moscovita: en Moscú, igual que en Smolensk, aportarían diez hombres por cada mil, y correrían con los gastos de su equipamiento completo. Los altos dignatarios que habían deliberado se levantaron como aliviados, haciendo ruido con las sillas al moverlas, y fueron a pasearse por la sala para estirar las piernas, cogiendo a alguien del brazo y conversando.

—¡El zar! ¡El zar! —se extendió de repente por las salas, y la multitud se precipitó hacia la entrada.

Los nobles formaron un amplio pasillo por el que pasó el soberano. En todos los rostros había una misma expresión de curiosidad, reverencia y temor. Como Pierre estaba bastante lejos no podía oír bien su discurso, lo único que entendió fue que hablaba del peligro que corría el Estado y de las esperanzas que tenía depositadas en la nobleza moscovita. Como respuesta, una voz comunicó al zar la decisión que había adoptado la nobleza.

—¡Señores! —exclamó el soberano con la voz temblorosa; un murmullo recorrió la multitud, pero de nuevo se hizo el silencio y Pierre pudo oír claramente la voz agradable, llena de humanidad y emocionada de Alejandro, que continuó diciendo—: Jamás he dudado del celo de la nobleza rusa. Pero hoy han superado mis expectativas. Se lo agradezco en nombre de la patria. Señores, hay que actuar: el tiempo es oro…

El zar guardó silencio y la multitud se agolpó a su alrededor, y por todas partes se oyeron exclamaciones llenas de entusiasmo.

—Sí, es oro… la palabra del zar —sollozó desde detrás Iliá Andreich, que no había oído nada y lo había comprendido todo a su manera.

De la sala de los nobles el soberano pasó a la de los mercaderes, donde estuvo cerca de diez minutos. Pierre, entre otros, lo vio salir de allí con lágrimas de emoción en los ojos. Como después se supo, en cuanto el zar empezó a pronunciar su discurso ante los mercaderes, los ojos se le habían llenado de lágrimas y lo había terminado con la voz temblorosa. Pierre lo vio salir en compañía de dos mercaderes, a uno de los cuales conocía: se trataba de un rentista corpulento; el otro era un alcalde de rostro delgado, amarillento y de barbilla estrecha. Ambos lloraban. El delgado tenía lágrimas en los ojos, pero el rentista corpulento sollozaba como un niño y no dejaba de repetir:

—¡Tome nuestra vida y nuestros bienes, majestad!

En ese momento Pierre no sentía nada más que el deseo de demostrar que no le importaba nada, que estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Recordaba sus palabras de tendencia constitucionalista y se las reprochaba, por lo que buscaba la ocasión de enmendarlas. Al enterarse de que el conde Mamónov iba a aportar un regimiento, él le anunció inmediatamente al conde Rastopchín que entregaría mil hombres, de cuya manutención se haría cargo.

Ya en casa, el viejo Rostov le contó lo ocurrido a su mujer sin poder contener las lágrimas; acto seguido accedió a la petición de Petia y fue a alistarlo personalmente.

Al día siguiente partió el zar. Los nobles que habían sido convocados se quitaron los uniformes, volvieron a su casa y al club y, gimoteando un poco, ordenaron a sus administradores que entregaran hombres para las milicias, asombrándose a sí mismos por lo que habían hecho.

Segunda parte

I

Napoleón empezó la guerra contra Rusia porque no pudo dejar de ir a Dresde[64], no pudo evitar embriagarse con los honores, vestir un uniforme polaco, entregarse a la encantadora sensación de aquella mañana de junio, ni dominar su ataque de ira ante Kurakin[65] y más tarde ante Balashov.

Alejandro rechazó cualquier tipo de negociación porque se sentía personalmente agraviado. Barclay de Tolly se esforzó en dirigir el ejército de la mejor manera posible para cumplir su deber y ser merecedor de la fama de gran jefe militar. Rostov se lanzó a atacar a los franceses porque no pudo dominar su deseo de galopar por la llanura. Y la infinidad de personas que participaron en esa guerra actuaron exactamente igual conforme a sus cualidades, costumbres, condiciones y objetivos personales. Tenían sus miedos, se vanagloriaban, se alegraban, se indignaban, razonaban y discutían convencidos de que sabían lo que hacían y de que lo hacían para sí mismos, cuando en realidad eran instrumentos inconscientes de la historia y acometían una empresa oculta para ellos, pero comprensible para nosotros. Así es el destino invariable de todos los hombres de acción y, cuanto menos libres son, más arriba están situados en la jerarquía humana.

Ya hace mucho que los protagonistas de 1812 dejaron de ocupar sus puestos, sus intereses personales se han esfumado sin dejar huella y lo único que queda ante nosotros son los resultados históricos de aquellos tiempos.

Pero admitamos que los hombres de Europa, bajo el mando de Napoleón, *tuvieron que* adentrarse en el interior de Rusia para morir allí, y entonces toda la actividad contradictoria, absurda y cruel de aquellos hombres —los participantes de la guerra— se nos hace comprensible.

La providencia obligó a todos estos hombres, que aspiraban a alcanzar sus objetivos personales, a contribuir a la realización de un resultado único y gigantesco sobre el que nadie (ni Napoleón, ni Alejandro ni, aún menos, cualquiera de los participantes de la guerra) tenía la más remota idea.

Hoy en día nos parece claro lo que propició el descalabro del ejército francés en 1812. Nadie va a discutir que el motivo de la derrota de las tropas

napoleónicas fue, por una parte, su incursión tardía y sin preparación para la campaña de invierno en las profundidades de Rusia y, por otra parte, el cariz que tomó la guerra tras los incendios de las ciudades rusas y el odio exacerbado del pueblo ruso contra el enemigo. Pero en aquel entonces no solo nadie preveía (algo que ahora nos parece evidente) que solo por ese medio podría sucumbir un ejército de ochocientos mil hombres —el mejor del mundo, comandado por el mejor de los jefes militares— en el choque contra el ejército ruso —dos veces más débil, inexperto y comandado por jefes militares también inexpertos—; y *no solo nadie lo preveía* sino que *los rusos* hicieron todo lo posible por impedir lo único que podía salvar a Rusia, y *los franceses,* a pesar de la experiencia y del llamado genio militar de Napoleón, hicieron todo lo posible por llegar a Moscú a finales del verano, es decir, por hacer lo que iba a provocar su perdición.

En los tratados de historia sobre el año 1812 los autores franceses son muy dados a afirmar que Napoleón era consciente del peligro que entrañaba extender sus líneas; que buscaba el combate; que sus mariscales le aconsejaron detenerse en Smolensk, y aportan otros argumentos similares para demostrar que ya entonces se intuía el peligro de la campaña. Por su parte, los autores rusos son aún más dados a afirmar que desde el inicio de la campaña existía un plan de guerra escita[66] para atraer a Napoleón hacia el interior de Rusia, y algunos atribuyen este plan a Pfuel, otros a cierto francés, otros a Tolly y otros al propio emperador Alejandro, para lo cual hacen referencia a memorias, proyectos y cartas en los que, efectivamente, encontramos alusiones a este modo de enfocar la campaña. Sin embargo, todas estas alusiones que preveían lo que iba a ocurrir, tanto por parte de los franceses como de los rusos, hoy en día destacan simplemente porque los acontecimientos les dieron la razón. De no haber sido así, habrían caído en el olvido, del mismo modo en que han sido olvidadas las miles y millones de alusiones e hipótesis, muy en boga en su época, que resultaron ser erróneas y que por ello ya nadie recuerda. Sobre el desenlace de cualquier acontecimiento se hacen tantas hipótesis que, independientemente de su resultado, siempre habrá alguien que afirmará: «Yo ya dije en su momento que esto ocurriría así», olvidando por completo que, entre las innumerables hipótesis, muchas eran totalmente contradictorias.

La hipótesis según la cual Napoleón era consciente del peligro que significaba extender sus líneas y que los rusos atrajeron al enemigo hasta el interior del país pertenece, evidentemente, a esta categoría, y los historiadores, solo haciendo grandes esfuerzos, pueden atribuir tales

consideraciones a Napoleón y a sus mariscales, y tales planes a los jefes militares rusos. Pero todos los hechos contradicen absolutamente semejantes hipótesis: durante la guerra los rusos no solo no trataron de atraer a los franceses hacia el interior de Rusia, sino que hicieron todo lo posible para detenerlos desde que pisaron territorio ruso; Napoleón no solo no temía extender sus líneas, sino que se alegraba de cada paso que avanzaba y lo veía como un triunfo, y, a diferencia de sus anteriores campañas, buscó la batalla a regañadientes.

Justo al empezar la campaña nuestros ejércitos quedan divididos en dos y nuestro único objetivo es volver a unirlos, por lo que, si lo que se pretende es recular y atraer al enemigo hacia el interior del país, esa unión no reporta ninguna ventaja. El emperador está con las tropas para infundirles ánimo en la defensa de cada centímetro del territorio ruso, y no para efectuar una retirada. Se construye el enorme campamento del Drissa según el plan de Pfuel, y no hay ninguna intención de seguir retrocediendo. El soberano le reprocha al comandante en jefe cada paso que se recula. Ni se le pasa por la cabeza no solo el incendio de Moscú, sino tampoco permitir que el enemigo llegue hasta Smolensk y, cuando los ejércitos se unen, se indigna porque esta ciudad haya sido tomada e incendiada sin que se haya librado una batalla general ante sus muros.

Así piensa el soberano, pero los jefes militares rusos y todos los rusos en general se indignan aún más ante la idea de que nos estamos retirando.

Napoleón, una vez ha conseguido dividir al ejército ruso, avanza hacia el interior de Rusia y deja escapar varias oportunidades de presentar batalla. En agosto llega a Smolensk y lo único en lo que piensa es en seguir avanzando, a pesar de que, como hoy en día sabemos, este movimiento será la causa indudable de su derrota.

Los hechos nos muestran claramente que ni Napoleón había previsto el peligro que entrañaba avanzar hacia Moscú, ni Alejandro ni los jefes militares rusos pensaron entonces en atraerlo hacia el interior del país, sino todo lo contrario. Atraer a Napoleón no fue el resultado de un plan (nadie creía en semejante posibilidad), sino de un complicadísimo juego de intrigas, objetivos y deseos personales de todos cuantos participaron en la guerra, que no adivinaron que solo eso podía e iba a salvar a Rusia. Todo sucede por casualidad. Los ejércitos han quedado divididos al principio de la campaña. Tratamos de unirlos con el objetivo evidente de presentar batalla y de repeler el ataque enemigo, pero, en este afán por unirlos, evitamos al mismo tiempo el choque con un enemigo muchísimo más fuerte y retrocedemos

involuntariamente en ángulo recto, atrayendo a los franceses hasta Smolensk. Pero no basta con decir que retrocedemos en ángulo recto, porque los franceses se mueven entre los dos ejércitos, y el ángulo se hace aún más agudo y nosotros retrocedemos más y más debido al conflicto que hay entre Barclay de Tolly, ese alemán impopular[67], y Bagratión, que lo odia y, como está al mando del segundo ejército, retrasa lo más posible la unión con Barclay para no tener que ponerse bajo sus órdenes. Durante mucho tiempo Bagratión evita unir los ejércitos (aunque este sea el principal objetivo de todos los jefes militares): cree que esta marcha pondrá a sus tropas en peligro, que lo más ventajoso es retroceder hacia la izquierda y hacia el sur para importunar al enemigo por un flanco y por la retaguardia y, además, así podrá reponer a su ejército en Ucrania. Pero parece que trace todo este plan solo para no tener que subordinarse a Barclay, ese alemán al que odia y que le es inferior en graduación.

El emperador está con el ejército para infundirle ánimos, pero su presencia, su incapacidad de decidir nada, así como la cantidad ingente de consejeros y de planes destruyen la energía de acción del primer ejército, que acaba retrocediendo.

Se supone que el ejército va a detenerse en el campamento del Drissa, pero, de forma inesperada, Paulucci, que aspira a ser comandante en jefe, influye con toda su energía en Alejandro: el plan de Pfuel es desechado y se pone toda la campaña en manos de Barclay. Pero, como Barclay no inspira confianza, su poder es limitado.

Los ejércitos están divididos, no hay unidad de mando, Barclay no goza de popularidad; y de todo este embrollo, de esta división y de esta impopularidad del comandante en jefe alemán resulta, por una parte, su indecisión y su deseo de evitar el combate (algo que habría sido imposible si los ejércitos hubieran estado unidos y el jefe no hubiera sido Barclay), y, por otra parte, la indignación creciente contra los alemanes y la exaltación del espíritu patriótico.

Finalmente, el zar abandona el ejército y se elige como pretexto único y comodísimo para justificar su marcha, que debe infundir ánimos entre la población de las capitales e instigarla a una guerra nacional. Y este viaje del zar a Moscú triplica las fuerzas del ejército ruso.

El soberano abandona el ejército para no minar la unidad de poder del comandante en jefe y espera que este tome medidas más decisivas; pero la situación de los mandos del ejército se embrolla y debilita cada vez más. Bennigsen, el gran duque y un enjambre de generales-ayudantes de campo se

quedan para vigilar los movimientos del comandante en jefe y para instigarlo a que actúe con energía, pero Barclay, que se siente aún menos libre bajo la mirada de todos esos *ojos del zar*, procede con mayor cautela en las acciones decisivas y evita el combate.

Barclay aboga por la prudencia. El hermano del zar[68] insinúa una traición y exige una batalla general. Liubomirski, Branicki, Włocki[69] y otros por el estilo arman tal revuelo que Barclay, con el pretexto de hacer llegar unos documentos al soberano, envía a los generales-ayudantes de campo polacos a San Petersburgo y entra en un enfrentamiento abierto con Bennigsen y el gran duque.

Finalmente, por poco que lo desee Bagratión, los ejércitos se unen en Smolensk.

Bagratión llega en carruaje a la casa que ocupa Barclay, que, después de ponerse la banda, sale a recibirlo y le presenta informes como a un superior. Bagratión, en un ataque de magnanimidad, se subordina a Barclay, a pesar de serle superior en graduación y de estar en total desacuerdo con él. Después, siguiendo las órdenes del zar, le envía un informe personal y le escribe a Arakchéiev:

> Hágase la voluntad de mi zar, pero soy totalmente incapaz de quedarme junto al *ministro* (Barclay). Por Dios, destíneme a cualquier otro lugar, aunque sea a dirigir un regimiento, pero aquí no puedo seguir. El cuartel general está repleto de alemanes, es imposible para un ruso vivir aquí, carece de sentido. Yo creía que servía al zar y a la patria, pero resulta que a quien sirvo es a Barclay. Y reconozco que no quiero hacerlo.

El enjambre de los Branicki, Wintzingerode y otros por el estilo envenena aún más la relación entre los comandantes en jefe, y la unidad se resquebraja. Se preparan para atacar a los franceses frente a Smolensk y envían a un general para que inspeccione las posiciones. Este general, que odia a Barclay, va a visitar a un amigo, un jefe de cuerpo de ejército, y se pasa el día entero en su casa; después vuelve al cuartel general de Barclay y critica punto por punto ese futuro campo de batalla que no ha inspeccionado.

Mientras se suceden las disputas e intrigas a propósito del campo de batalla futuro, mientras buscamos a los franceses y nos equivocamos al determinar su posición, el enemigo tropieza con la división de Neverovski y llega hasta los muros mismos de Smolensk.

Se hace necesario aceptar una batalla inesperada en Smolensk para salvar las comunicaciones. Empieza el combate, miles de hombres de ambos bandos pierden la vida.

Smolensk es abandonado en contra de la voluntad del soberano y de toda la población. Los propios habitantes queman la ciudad y, engañados por su gobernador, arruinados y dando ejemplo a los demás rusos, marchan hacia Moscú con el único pensamiento de lo que han perdido y contagiando su odio contra el enemigo. Napoleón avanza y nuestro ejército retrocede, hecho que finalmente nos dará la victoria sobre él.

II

Un día después de que partiera su hijo, el príncipe Nikolái Andreich llamó a la princesa Maria a su gabinete.

—¿Qué, ya estás contenta? —le dijo—. ¡Me has hecho reñir con mi hijo! ¿Contenta? ¡Eso es lo que querías! ¿Contenta?… Es doloroso, doloroso. Soy viejo, estoy débil, pero eso es lo que querías. Pues alégrate, alégrate…

Después de esto la princesa Maria no volvió a ver a su padre en una semana: estaba enfermo y no salió de su gabinete.

La princesa Maria observó con sorpresa que el viejo príncipe durante su enfermedad tampoco dejó pasar a *mademoiselle* Bourienne. Solo Tijon cuidaba de él.

Al cabo de una semana el príncipe salió y reanudó su vida habitual, poniendo especial empeño en las construcciones y en los jardines. Cortó toda relación con *mademoiselle* Bourienne. Tanto su aspecto como el tono frío con que se dirigía a la princesa Maria parecían decirle: «¿Ves? Te has inventado cosas sobre mí, le has mentido al príncipe Andréi sobre mi relación con esta francesa y me has hecho reñir con él. Pues ya ves que no te necesito ni a ti ni a la francesa».

La princesa Maria se pasaba la mitad del día con Nikólushka, supervisando sus lecciones, dándole ella misma clases de ruso y de música, y conversando con Dessales; la otra mitad la pasaba con sus libros, con su vieja aya y con las gentes de Dios, que de vez en cuando acudían a ella por el porche trasero.

Sobre la guerra pensaba lo mismo que todas las mujeres. Temía por su hermano, que estaba allí, se horrorizaba ante la crueldad de los humanos, que hacía que se mataran entre sí, y no lo entendía; tampoco entendía el significado de aquella guerra, que le parecía igual que las anteriores. Y no lo entendía a pesar de que Dessales, su constante interlocutor, que seguía con apasionado interés la evolución de la contienda, tratara de explicarle su visión

de las cosas, de que las gentes de Dios que iban a verla le hablaran con horror, cada uno a su manera, de los rumores que corrían entre la población sobre la invasión del anticristo, y a pesar de que Julie —ahora la princesa Drubetskaia —, con la que había retomado la correspondencia, le escribiera desde Moscú cartas llenas de patriotismo.

> Le escribo en ruso, mi buena amiga —le escribía Julie—, porque odio a los franceses y su idioma, que no puedo siquiera oír… En Moscú estamos todos entusiasmados con nuestro adorado emperador.
>
> Mi pobre marido padece fatigas y hambre en posadas judías, pero las noticias que me envía me infunden ánimo.
>
> Probablemente habrá oído hablar de la hazaña de Raievski, que, abrazado a sus dos hijos, dijo: «¡Moriré con ellos, pero nada nos hará vacilar!». Y, efectivamente, aunque el enemigo era dos veces más fuerte, no vacilaron.
>
> Pasamos el tiempo como podemos, porque la guerra es la guerra. La princesa Alina y Sophie se pasan días enteros conmigo, y las tres, viudas desdichadas de maridos vivos, tenemos hermosas conversaciones mientras preparamos vendas; solo falta usted, amiga mía…, etcétera.

Si la princesa Maria no comprendía lo que significaba aquella guerra era fundamentalmente porque el viejo príncipe jamás hablaba de ella, no la reconocía, y durante las comidas, cuando Dessales comentaba la contienda, se reía de él. El tono del príncipe era tan calmado y tan seguro que la princesa Maria le creía sin pensárselo.

A lo largo de todo el mes de julio el viejo príncipe estuvo muy activo e incluso animado. Hizo plantar un nuevo jardín y construir un nuevo pabellón para la servidumbre. Lo único que inquietaba a la princesa Maria era que dormía poco, había cambiado la costumbre de acostarse en su gabinete y cada noche lo hacía en un sitio distinto. Unas veces ordenaba que le instalaran el catre en la galería, otras dormitaba sin desvestir en el diván o en el sillón Voltaire del salón mientras el joven Petrusha —y no *mademoiselle* Bourienne — le leía, y otras dormía en el comedor.

El 1 de agosto recibieron la segunda carta del príncipe Andréi. En la primera, que habían recibido poco después de su partida, el príncipe Andréi había pedido dócilmente a su padre que le perdonara por haberse permitido hablarle como había hecho, y le rogaba que le devolviera su favor. El viejo príncipe le había respondido con otra carta cariñosa, después de lo cual había apartado a la francesa de su lado. La segunda carta, escrita cerca de Vítebsk después de que los franceses lo hubieran ocupado, consistía en una breve descripción de la campaña con un plano dibujado y con consideraciones sobre el desarrollo futuro de la contienda. En esta carta el príncipe Andréi alertaba a su padre de la inconveniencia de vivir tan cerca del teatro de la guerra, en la

línea misma de los movimientos de las tropas, y le aconsejaba que se marcharan a Moscú.

En la comida de ese mismo día, cuando Dessales comentó que había oído decir que los franceses ya habían entrado en Vítebsk, el viejo príncipe recordó la carta de su hijo.

—Hoy he recibido una carta del príncipe Andréi —le dijo a la princesa Maria—. ¿No la has leído?

—No, *mon père* —respondió asustada la princesa: no podía haber leído una carta cuya existencia ni siquiera conocía.

—Escribe sobre la guerra esa —dijo el viejo príncipe con una sonrisa desdeñosa que se había hecho habitual en él cada vez que hablaba de la contienda.

—Seguro que es muy interesante —intervino Dessales—. El príncipe está en posición de conocer…

—¡Ah, sí, muy interesante! —exclamó *mademoiselle* Bourienne.

—Vaya a buscarla —dijo el viejo príncipe volviéndose hacia ella—. Ya sabe, en la mesa pequeña, debajo del pisapapeles.

mademoiselle Bourienne se levantó alegremente de un salto.

—¡Bah, no! —gritó el príncipe con el ceño fruncido—. ¡Ve tú, Mijaíl Iványch!

Mijaíl Iványch se levantó y fue al gabinete. Pero, en cuanto salió del comedor, el viejo príncipe, mirando a los lados con inquietud, lanzó la servilleta y fue él mismo a por ella.

—¡No saben hacer nada, lo confunden todo!

En su ausencia, la princesa Maria, Dessales, *mademoiselle* Bourienne e incluso Nikólushka se miraron en silencio. El viejo príncipe volvió con paso rápido, acompañado de Mijaíl Iványch, con la carta y el plano, que colocó a su lado, pero no permitió que nadie los leyera durante la comida.

Cuando pasaron al salón le dio la carta a la princesa Maria y, mientras desplegaba el proyecto de una nueva construcción que se puso a examinar, le ordenó que la leyera en voz alta. Al terminar la lectura, la princesa Maria dirigió una mirada interrogativa a su padre. Él seguía examinando el proyecto, sin duda inmerso en sus reflexiones.

—¿Qué opina de lo que dice, príncipe? —se permitió preguntarle Dessales.

—¿Yo? ¿Yo?… —respondió el viejo príncipe, como despertándose contrariado y sin apartar la vista del proyecto.

—Es muy posible que el teatro de la guerra se acerque tanto hasta donde estamos…

—¡Ja, ja, ja! ¡El teatro de la guerra! —replicó el príncipe—. He dicho y seguiré diciendo que el teatro de la guerra está en Polonia y que el enemigo jamás pasará más allá del río Niemen.

Dessales, estupefacto, miró al príncipe, que hablaba del Niemen cuando el enemigo ya había llegado al Dniéper; pero la princesa Maria, que no recordaba la situación geográfica del Niemen, pensó que su padre tenía razón.

—Cuando empiece el deshielo se hundirán en los pantanos de Polonia. Solo ellos son incapaces de verlo —dijo el príncipe, pensando sin duda en la campaña de 1807, que le parecía tan reciente—. Bennigsen tendría que haber entrado antes en Prusia y la cosa habría tomado otro cariz…

—Pero, príncipe —replicó Dessales tímidamente—, en la carta se habla de Vítebsk…

—Ah, ¿en la carta? Sí… —pronunció el viejo príncipe contrariado—. Sí… sí… —Su rostro adoptó de pronto una expresión sombría. Se quedó callado—. Sí, dice que los franceses han sido derrotados… ¿En qué río?

Dessales bajó la mirada.

—El príncipe Andréi no dice nada de eso —musitó en voz baja.

—¿Que no dice eso? Pues ¡yo no me lo he inventado! —Hubo un largo silencio—. Sí… sí… Bueno, Mijaíl Iványch —dijo de repente el viejo príncipe, irguiendo un poco la cabeza y señalando el proyecto de la nueva construcción—: explícame las modificaciones que quieres introducir…

Mijaíl Iványch se acercó al proyecto y el príncipe, después de discutirlo con él, miró enojado a la princesa Maria y a Dessales, y se marchó a su gabinete.

La princesa Maria notó el asombro con que Dessales había mirado al viejo príncipe y su silencio, y estaba atónita por que su padre se hubiera olvidado la carta del príncipe Andréi en el salón; sin embargo, no solo no se atrevía a hablarlo con Dessales y preguntarle el motivo de su turbación y de su silencio, sino que incluso temía pensar en ello.

Por la tarde Mijaíl Iványch, enviado por el príncipe, fue a ver a la princesa Maria para pedirle la carta que había olvidado en el salón. La princesa Maria se la dio y, aunque no fuera de su agrado, se permitió preguntarle qué hacía su padre.

—Sigue trajinando —le respondió con una sonrisa respetuosa pero burlona que la hizo palidecer—. Le inquieta mucho el nuevo pabellón. Ha

leído un poco y ahora está en su buró —añadió bajando la voz—, probablemente con el testamento.

(En los últimos tiempos una de las actividades preferidas del viejo príncipe era revisar los documentos que dejaría después de su muerte, a los que llamaba testamento.)

—¿Va a enviar a Alpátych a Smolensk? —preguntó la princesa Maria.

—Cómo no, señora, ya hace rato que espera.

III

Cuando Mijaíl Iványch volvió al gabinete con la carta, el viejo príncipe, con gafas, una pantalla sobre los ojos y otra sobre una vela, estaba ante el buró abierto sujetando unos documentos con una mano, que tenía muy separada, y los leía en una postura algo solemne. Se trataba de sus acotaciones, como él las llamaba, que a su muerte debían ser entregadas al zar.

Cuando Mijaíl Iványch entró, el viejo príncipe tenía lágrimas en los ojos por los recuerdos de la época en que había escrito lo que estaba leyendo. Le cogió la carta de la mano, se la metió en el bolsillo y, después de guardar los documentos, hizo llamar a Alpátych, que ya llevaba rato esperando.

El viejo príncipe había anotado en una pequeña hoja un listado con todo lo que necesitaba de Smolensk y, paseándose por el gabinete, empezó a dar instrucciones a Alpátych, que aguardaba en la puerta.

—Primero, papel para cartas, ¿me oyes? Ocho manos de papel con cantos dorados, como esta muestra. Que sea exactamente igual. Después barniz y lacre, tal como dice la nota de Mijaíl Iványch. —Dio algunos pasos más y miró el listado—. Segundo, entrégale al gobernador personalmente la carta sobre la inscripción.

También necesitaba pestillos para las puertas de la nueva construcción, que tenían que seguir necesariamente el modelo que él mismo había ideado. Y había que encargar una caja de mimbre donde guardaría el testamento.

El viejo príncipe estuvo más de dos horas dando instrucciones a Alpátych, al que no dejaba marchar. Finalmente se sentó e, inmerso en sus reflexiones, cerró los ojos y se adormeció. Alpátych hizo un movimiento.

—Anda, ve, ve. Si necesito algo, mandaré que te lo digan.

Alpátych salió. El príncipe se acercó de nuevo al buró, echó un vistazo y, después de palpar sus papeles, volvió a cerrarlo y se sentó a la mesa para escribir una carta al gobernador.

Ya era tarde cuando, después de lacrar la carta, se levantó. Tenía sueño, pero sabía que no iba a poder dormir y que en cuanto se acostaba le asaltaban los pensamientos más sombríos. Llamó a Tijon y recorrió con él varias habitaciones para indicarle dónde instalar la cama para la noche. Iba midiendo cada rincón.

Todos los sitios le parecían mal, aunque el peor de todos era su diván de siempre, el del gabinete. Aquel diván le producía horror, probablemente por las vueltas que había dado a dolorosos pensamientos estando acostado en él. Y, aunque ningún sitio era de su agrado, le pareció que el mejor sería un rincón en la sala de los divanes, detrás del piano. Nunca había dormido allí.

Tijon cargó la cama con la ayuda de un sirviente y se dispuso a colocarla.

—¡Así, no, así no! —gritó el príncipe, separándola personalmente un palmo de la pared y volviéndola a acercar.

«Bueno, ya lo he arreglado todo, ahora puedo descansar», pensó, y dejó que Tijon lo desvistiera.

Haciendo muecas enojadas por el esfuerzo que tenía que hacer para quitarse el caftán y los pantalones, se desnudó, se dejó caer pesadamente en la cama y pareció quedarse pensativo al mirar con desprecio sus piernas amarillentas y resecas. Pero no reflexionaba, simplemente aplazaba el momento ante el gran esfuerzo que tenía que hacer para levantar las piernas y volverse en la cama. «¡Oh, qué difícil me resulta todo! ¡Ojalá estos esfuerzos acaben pronto y *vosotros* me dejéis marchar!», pensaba. Con los labios apretados, hizo ese esfuerzo por vigésima vez y se acostó. Pero apenas lo hizo y la cama empezó a moverse uniformemente hacia delante y hacia atrás, como si respirara trabajosamente y diera sacudidas. Le pasaba casi cada noche. Abrió los ojos, que justo acababa de cerrar.

—¡No hay manera de descansar, maldición! —le gruñó a alguien con voz iracunda. Y se dijo: «Sí, sí: aún hay algo importante, algo muy importante que me he reservado para pensarlo por la noche en la cama. ¿Los pestillos? No, eso ya lo he encargado. No, era algo que ha pasado en el salón. La princesa Maria ha dicho alguna tontería. Dessales, el imbécil ese, también ha dicho no sé qué. Algo en el bolsillo… no consigo recordarlo»—. ¡Tishka![70] ¿De qué hemos hablado en la comida?

—Del príncipe, Mijaíl…

—¡Calla, calla!… —El viejo príncipe golpeó la mesa con la mano—. Ya lo sé: de la carta del príncipe Andréi. La princesa Maria la ha leído y Dessales ha dicho algo de Vítebsk. La leeré ahora.

Ordenó que le trajeran la carta del bolsillo y que le acercaran la mesilla con la limonada y la vela y, después de ponerse las gafas, se puso a leer. Solo entonces, en el silencio de la noche, a la luz tenue de la vela que atravesaba la pantalla verde, comprendió por primera vez, por un instante, todo el significado de la carta.

«Los franceses están en Vítebsk y en cuatro jornadas de marcha pueden llegar a Smolensk. Quizá ya estén allí.»

—¡Tishka! —Tijon se levantó de un salto—. ¡Nada, nada! —gritó.

Escondió la carta debajo del candelero y cerró los ojos. Ante él apareció el Danubio, un mediodía luminoso, cañaverales, un campamento ruso, y se vio a sí mismo: un joven general sin arrugas en el rostro, vigoroso, alegre y sonrosado entrando en la tienda decorada de Potiomkin; un ardoroso sentimiento de envidia por el favorito se removió en su interior con la misma intensidad que antaño. Recordó todas las palabras que había pronunciado en su primer encuentro con Potiomkin. Entonces apareció ante sus ojos una mujer gruesa, de estatura media, de rostro rollizo y amarillento: la emperatriz madre; recordó su sonrisa y las palabras afectuosas con que lo recibió por primera vez, y a continuación vio ese mismo rostro ya en el catafalco, así como el encontronazo que tuvo con Zubov delante del féretro de ella por quién tenía derecho de acercarse a besarle la mano.

«¡Ah, ojalá pudiera volver cuanto antes, cuanto antes a aquellos tiempos, ojalá el presente acabara de una vez y me dejaran en paz!»

IV

Lysye Gory, la hacienda del príncipe Nikolái Andreich Bolkonski, estaba a sesenta verstas de Smolensk y a tres de la carretera de Moscú.

La misma tarde en que el viejo príncipe daba instrucciones a Alpátych, Dessales le pedía con insistencia a la princesa Maria que se vieran; quería decirle que, como el príncipe no se encontraba bien de salud y no estaba adoptando ninguna medida para su seguridad, a pesar de que la carta del príncipe Andréi dejara claro el riesgo de quedarse en Lysye Gory, le aconsejaba respetuosamente que enviara con Alpátych una carta al gobernador de la provincia de Smolensk para que les informara de cuál era la situación y de hasta qué punto Lysye Gory corría peligro. El propio Dessales redactó la carta, la princesa Maria la firmó y se la entregaron a Alpátych con

la orden de hacérsela llegar al gobernador y, en caso de peligro, regresar cuanto antes.

Una vez recibidas todas las órdenes, Alpátych, con un sombrero blanco de plumón (regalo del viejo príncipe) y un bastón, igual que su señor, salió acompañado por la servidumbre y se subió a un pequeño carruaje revestido de cuero y tirado por tres caballos bayos bien cebados.

Habían atado la campanilla y rellenado los cascabeles de papel: el viejo príncipe no permitía que nadie los hiciera sonar en Lysye Gory. Sin embargo, cuando Alpátych emprendía un viaje largo, le gustaba oír las campanillas y los cascabeles. Salieron a acompañarlo sus subordinados, el jefe del *zemstvo*, un escribiente, la cocinera de los señores y la del servicio, dos viejitas, un joven criado, cocheros y algunos sirvientes.

Su hija le colocó cojines de percal y de pluma en el respaldo y en el asiento; a escondidas, su vieja cuñada le dio un hatillo. Uno de los cocheros lo ayudó a subir por el brazo.

—¡Bah, bah, vaya revuelo de mujeres! ¡De mujeres, de mujeres! —dijo muy rápido y resoplando Alpátych, exactamente igual a como hablaba el príncipe, y se acomodó en el pequeño carruaje.

Después de dar las últimas órdenes al jefe del *zemstvo*, se quitó el sombrero de su cabeza calva y se santiguó tres veces, sin imitar en esto al príncipe.

—Si pasara algo… ¡vuelva, Yákov Alpátych! ¡Que Cristo se apiade de nosotros! —gritó su mujer, aludiendo a los rumores que corrían sobre la guerra y el enemigo.

—¡Revuelo de mujeres, de mujeres! —dijo Alpátych para sí, y se puso en marcha, contemplando los campos, unos de centeno amarillo, otros de cebada aún verde y otros todavía negros que empezaban a ser labrados por segunda vez.

Ya de camino, Alpátych admiró la extraordinaria cosecha de la primavera de ese año, contempló las franjas de los campos de centeno que habían empezado a segar aquí y allá, e hizo sus cálculos sobre la siembra y la recolección, al tiempo que se preguntaba si no habría olvidado alguna orden del príncipe.

Habiendo hecho dos paradas en el camino para alimentar a los caballos, hacia el atardecer del 4 de agosto llegó a la ciudad.

Por el camino se había cruzado con convoyes y tropas a las que había adelantado. Al aproximarse a Smolensk oyó disparos lejanos, pero no le sorprendieron. Lo que sí le sorprendió sobremanera fue ver cerca de la ciudad

un magnífico campo de avena que unos soldados segaban, sin duda para el forraje, donde habían montado un campamento; esto lo dejó asombrado, pero, al pensar en sus asuntos, enseguida lo olvidó.

Ya hacía más de treinta años que todos los intereses de Alpátych se limitaban únicamente a la voluntad del príncipe, y jamás salía de este círculo. Todo lo que no tuviera que ver con cumplir las órdenes de su señor no solo no le interesaba, sino que ni siquiera existía para él.

Cuando el 4 de agosto, al atardecer, llegó a Smolensk, se hospedó en la posada de Ferapóntov, en la que hacía treinta años que acostumbraba a alojarse, y que estaba situada en el arrabal de Gachensk, al otro lado del río Dniéper. Ferapóntov, gracias a la buena mano de Alpátych, hacía veinte años que le había comprado un boscaje al príncipe, después había empezado a comerciar y ahora era propietario de una casa, de una posada y de una tienda de harina en la capital de la provincia. Era un hombre gordo de cuarenta años, con el pelo negro, el rostro colorado, los labios gruesos, la nariz también gruesa y con prominencias, prominencias similares por encima de sus cejas negras y fruncidas, y la panza de gran tamaño.

Estaba en su tienda, que daba a la calle, en chaleco y camisa de percal, y al ver a Alpátych se le acercó.

—¡Bienvenido, Yákov Alpátych! La gente se marcha de la ciudad y tú vas hacia allí —dijo el posadero.

—¿Cómo que se marcha? —preguntó Alpátych.

—Eso digo yo, que la gente es tonta. Tienen miedo de los franceses.

—¡Habladurías de mujeres, habladurías de mujeres! —exclamó Alpátych.

—Eso mismo pienso yo, Yákov Alpátych. Y también digo: si han dado órdenes de no dejarlos pasar, no pasarán. Los campesinos están pidiendo tres rublos por cada carro: ¡serán desalmados!

Yákov Alpátych le escuchaba sin prestarle demasiada atención. Pidió el samovar y que dieran heno a los caballos y, después de beberse el té, se fue a dormir.

Las tropas no dejaron de desfilar en toda la noche por la calle de la posada. Al día siguiente Alpátych se puso un chaleco que solo llevaba en la ciudad y fue a atender sus asuntos. La mañana era soleada y a las ocho ya hacía calor. Un buen día para segar el trigo, pensó Alpátych. Desde muy temprano se oían disparos en las afueras.

A partir de las ocho a los disparos de fusil se sumaron los cañones. Las calles estaban repletas de gente que iba y venía apresuradamente, así como de muchos soldados, pero, como siempre, circulaban carruajes, los comerciantes

estaban en sus puestos y en las iglesias se oficiaba el servicio. Alpátych pasó por distintos puestos, por oficinas públicas y por correos, y fue a ver al gobernador. En todas partes la gente hablaba de tropas y del enemigo, que ya atacaba la ciudad; se preguntaban unos a otros qué hacer y trataban de tranquilizarse mutuamente.

Frente a la casa del gobernador había un nutrido grupo, algunos cosacos y el coche de viaje del gobernador. Alpátych se encontró en el porche con dos nobles, a uno de los cuales conocía. Este, antiguo jefe de la policía de distrito, decía con ardor:

—¡Es que no es cosa de broma! Bien está para el que está solo: cuando uno es pobre y está solo no pasa nada. Pero ¡con trece de familia y todas las propiedades!… Nos han llevado a la ruina, ¿qué clase de autoridades tenemos?… ¡Ah, los ahorcaría a todos, bandidos!…

—Bueno, bueno, déjalo —decía el otro.

—¡Qué me importa! ¡Que me oiga! Es que no somos perros —exclamó el antiguo comisario de policía y, al volverse, vio a Alpátych.

—¡Ah, Yákov Alpátych! ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a ver al señor gobernador por orden de su excelencia —respondió Alpátych, irguiendo orgullosamente la cabeza y con una mano en el pecho, algo que hacía siempre que aludía al príncipe—. Me ha ordenado que me informe del estado de las cosas —añadió.

—Pues ve y entérate —gritó el terrateniente—. ¡Ya ves hasta dónde nos han llevado! ¡No hay ni carros, no hay nada!… ¿Oyes eso? —añadió, señalando el lugar de donde venían los disparos—. Nos han llevado al desastre… ¡Bandidos! —repitió, bajando por el porche.

Alpátych negó con la cabeza y entró en la casa. En la sala de recepción había mercaderes, mujeres y funcionarios que se miraban en silencio. La puerta del gabinete se abrió, todos se levantaron y se acercaron un poco. Salió un funcionario a toda prisa y se puso a hablar con un mercader; a continuación le dijo a otro funcionario, un hombre grueso que llevaba una cruz en el pecho, que lo siguiera y volvió a desaparecer detrás de la puerta, procurando evitar las miradas y las preguntas que le dirigían. Alpátych avanzó hacia la puerta y cuando el funcionario volvió a salir, con una mano metida en su levita abotonada, le entregó dos cartas.

—Son para el barón Asch, de parte del general en jefe príncipe Bolkonski —pronunció con tal solemnidad e importancia que el funcionario se volvió hacia él y cogió las cartas.

Al cabo de unos minutos el gobernador recibió a Alpátych y le dijo apresuradamente:

—Informa al príncipe y a la princesa de que yo no sabía nada: he actuado siguiendo órdenes de arriba. Toma esto… —Le entregó un documento—. Por otra parte, como el príncipe no está bien de salud, le aconsejo que se marchen a Moscú. Yo también saldré ahora mismo hacia allí. Infórmale de que…

Pero el gobernador no terminó la frase; un oficial sofocado y sudoroso entró corriendo y se puso a hablarle en francés. El rostro del gobernador expresó pánico.

—Vete —le dijo a Alpátych haciendo un gesto con la cabeza, y se puso a interrogar al oficial.

Cuando Alpátych salió del gabinete, miradas llenas de avidez, temor e impotencia se posaron en él. Prestando sin querer atención a los disparos, ahora ya cercanos y cada vez más intensos, se dirigió a toda prisa hacia la posada.

He aquí lo que decía el documento que el gobernador le había entregado:

> Le puedo asegurar que la ciudad de Smolensk no corre el menor peligro y es improbable que lo vaya a correr. Estoy avanzando por un lado y el príncipe Bagratión por el otro para unirnos frente a Smolensk, operación que se completará el día 22, y ambos ejércitos, sumando sus fuerzas, defenderán a los compatriotas de la provincia que le ha sido a usted confiada hasta que nuestros esfuerzos alejen a los enemigos de la patria o hasta que caiga el último soldado de nuestras valerosas filas. Ya ve, por tanto, que está usted en pleno derecho de tranquilizar a los habitantes de Smolensk, puesto que quien es defendido por dos intrépidos ejércitos puede estar seguro de la victoria. (Oficio de Barclay de Tolly al gobernador civil de Smolensk barón Asch, 1812.)

La población deambulaba inquieta por las calles.

Carros cargados hasta arriba de vajillas, sillas y armarios salían sin cesar por las puertas cocheras de las casas y avanzaban por las calles. Frente a la casa vecina de la de Ferapóntov había también carros y mujeres que se despedían entre sollozos y lamentos. Un perro mestizo ladraba y daba vueltas sobre sí mismo delante de los caballos enganchados.

Alpátych entró en el patio con paso más rápido del acostumbrado en él y se fue directo al cobertizo donde estaban sus caballos y su carruaje. El cochero dormía; lo despertó, le ordenó enganchar y entró en el zaguán de la casa. En la habitación de los posaderos se oía el llanto de un niño, la mujer sollozaba desgarradoramente y Ferapóntov gritaba con voz ronca. La cocinera, al ver que Alpátych entraba en el zaguán, se agitó como un pollo asustado:

—¡Ha molido a la patrona a palos, casi la mata!… ¡Cómo le ha pegado, cómo la ha arrastrado!…

—¿Por qué? —preguntó Alpátych.

—Porque ella le ha pedido que se marcharan. Cosas de mujeres. «Sácame de aquí —le ha dicho—. ¡No nos hagas morir a mí y a los niños! Todo el mundo se ha ido, y ¿nosotros qué?» Y entonces él se ha puesto a pegarle. ¡Cómo le ha pegado, cómo la ha arrastrado!

Alpátych movió la cabeza como aprobando estas palabras y, sin ganas de saber nada más, se dirigió hacia la puerta de su habitación, enfrente de la de los posaderos, donde había dejado sus compras.

—¡Malvado, asesino! —gritaba en ese momento la mujer de Ferapóntov que, pálida, delgada, con un niño en brazos y el pañuelo de la cabeza medio arrancado, huía por la puerta y corría hacia la escalera que daba al patio.

Ferapóntov salió detrás de ella pero, al ver a Alpátych, se arregló el chaleco y el pelo, y, bostezando, entró en la habitación del huésped.

—¿Es que ya te quieres ir? —le preguntó.

Sin responderle ni mirarle, Alpátych examinó las compras y le preguntó cuánto le debía por el alojamiento.

—¡Ya haremos cuentas! ¿Has ido a ver al gobernador? —se interesó Ferapóntov—. ¿Qué han decidido?

Alpátych le respondió que el gobernador no había dicho nada definitivo.

—¿Cómo nos vamos a marchar? —dijo Ferapóntov—. ¡Piden siete rublos por un carro hasta Dogorobuzh! Ya lo digo yo: ¡son unos desalmados! El jueves Selivánov consiguió vender harina a los soldados a nueve rublos el saco. Bueno, ¿querrás té? —añadió.

Mientras enganchaban los caballos, Alpátych y Ferapóntov estuvieron tomando el té y charlando del precio del trigo, de la cosecha y del tiempo tan bueno que hacía para la siega.

—Parece que la cosa se ha calmado —dijo Ferapóntov levantándose, después de haberse bebido tres tazas de té—: será que han ganado los nuestros. Ya dijeron que no iban a permitir que pasaran. Eso significa que están fuertes… Hace poco me contaron que Matvéi Iványch Plátov persiguió a los franceses hasta el río Marina y en un solo día mil ochocientos murieron ahogados.

Alpátych recogió sus compras, se las entregó al cochero, que acababa de entrar, e hizo cuentas con el posadero. Desde la puerta cochera se oyó el ruido de las ruedas, de los cascos de los caballos y de los cascabeles del pequeño carruaje que salía.

El mediodía había quedado muy atrás. La mitad de la calle estaba en sombra, y la otra vivamente iluminada por el sol. Alpátych miró por la

ventana y se estaba dirigiendo hacia la puerta cuando, de pronto, se oyó un ruido extraño y lejano: primero un silbido y después un impacto; acto seguido empezó un intenso cañoneo que hizo temblar los cristales.

Salió a la calle; dos hombres corrían hacia el puente. Por todos lados se oían silbidos, impactos de proyectiles y estallidos de granadas que caían sobre la ciudad. Pero estos ruidos pasaban casi desapercibidos, nadie les prestaba atención en comparación con el estruendo de los cañones, que rugían desde las afueras de la ciudad. Se trataba del bombardeo de Smolensk, que Napoleón había ordenado iniciar a partir de las cuatro de la tarde con ciento treinta piezas.

Al principio la población no entendió lo que significaba el bombardeo. En un primer instante, el ruido de las granadas y de los proyectiles que caían simplemente excitó su curiosidad. La mujer de Ferapóntov, que hasta ese momento no había dejado de sollozar escondida en el cobertizo, enmudeció y salió con el niño en brazos a la puerta cochera, intercambiando miradas silenciosas con la gente y prestando atención al estruendo.

La cocinera y el tendero también se asomaron a la puerta cochera. Todos, con alegre curiosidad, trataban de ver los proyectiles que pasaban por encima de sus cabezas. De repente por una esquina aparecieron varios hombres que hablaban animadamente.

—¡Vaya potencia! —dijo uno—. ¡Ha hecho añicos el tejado y el techo!

—¡Se ha hundido en la tierra como un gorrino! —exclamó otro—. ¡Qué fuerza, eso sí que le anima a uno! —añadió riendo—. ¡Suerte que has dado un salto; si no, te habría hecho papilla!

El gentío se acercó a los hombres, que contaron que un proyectil había caído sobre una casa, justo al lado de ellos. Entretanto, más proyectiles, unos con un lúgubre silbido —los obuses— y otros con un agradable zumbido —las granadas— no dejaban de sobrevolarles, pero ninguno caía cerca y pasaban de largo. Alpátych subió al carruaje. El posadero observaba desde la puerta cochera.

—¡Qué andas curioseando! —le gritó este a la cocinera, que, con las mangas remangadas, una falda roja y contoneando los codos desnudos, se había acercado hasta el grupo para escuchar lo que decían.

—¡Asombroso! —exclamó la cocinera, pero, al oír la voz de su patrón, volvió a la casa estirándose la falda, que se le había subido.

De repente algo silbó de nuevo en el aire, pero esta vez muy cerca, como un pájaro que volara en picado; un fogonazo refulgió en medio de la calle, algo estalló y todo quedó cubierto de humo.

—¿Qué habéis hecho, malvados? —gritó el posadero corriendo hacia la cocinera.

Al instante se oyeron desde distintas partes sollozos lastimeros de mujeres y el lloro asustado de un niño; la gente, con el rostro pálido, se agolpó alrededor de la cocinera, cuyos gemidos y lamentos destacaban por encima del griterío.

—¡Oy, oy, oy, queridos! ¡No me dejéis morir, queridos míos! ¡Queridos!…

Al cabo de cinco minutos ya no quedaba nadie en la calle: se habían llevado a la cocinera, que tenía la cadera desgarrada por la metralla, a la cocina. Alpátych, el cochero, la mujer de Ferapóntov con el niño y el portero se refugiaron en el sótano, desde donde prestaron atención a lo que se oía fuera. El estruendo de los cañones, el silbido de los proyectiles y los gemidos de dolor de la cocinera, que superaban los demás ruidos, no cesaban ni un momento. La posadera mecía al niño y lo calmaba, y preguntaba a cualquiera que entrara en el sótano dónde estaba su marido, que se había quedado en la calle. El tendero le dijo que Ferapóntov se había dirigido con el gentío hacia la catedral, donde estaban sacando el icono milagroso de Smolensk.

Cuando oscureció, el cañoneo empezó a debilitarse; Alpátych salió del sótano y se detuvo en la puerta. El cielo, antes tan claro, ahora estaba cubierto de humo; a través de la humareda se veía cómo la luna creciente, que pendía en lo alto, brillaba de un modo extraño. Después del terrible estrépito de los cañones en la ciudad se hizo el silencio, solo interrumpido por pasos, gemidos, gritos lejanos y el chisporroteo de los incendios. La cocinera había dejado de gemir. A ambos lados se levantaban y se extendían las columnas negras de humo de los incendios. Por las calles corrían los soldados con diversos uniformes y en distintas direcciones: no en filas, sino como hormigas de un hormiguero devastado. Alpátych, al ver que varios soldados entraban en el patio de Ferapóntov, salió a curiosear y vio desde la puerta cochera que había en la calle un regimiento que retrocedía apresuradamente y la obstruía.

—¡La ciudad se ha rendido! ¡Márchese, márchese! —le dijo un oficial al ver su silueta. Acto seguido les gritó a sus soldados—: ¡Como os pille merodeando por los patios…!

Alpátych entró en la casa, llamó a su cochero y le ordenó ponerse en marcha. Al ver el humo y las llamas de los incendios, que empezaban a destacar en el crepúsculo, las mujeres, que hasta ese momento habían guardado silencio, empezaron a soltar alaridos. Como haciendo eco, en otras partes de la calle se empezaron a oír también llantos. Ya en el cobertizo

Alpátych y el cochero desataron con manos temblorosas las riendas y las correas enredadas de los caballos.

Al salir por la puerta cochera Alpátych vio a unos diez soldados en la tienda de Ferapóntov que, en medio de un intenso griterío, llenaban sacos y mochilas de harina y de pipas de girasol. Justo en ese momento volvía el posadero y, al ver lo que hacían los soldados, quiso gritarles; sin embargo, se detuvo y, llevándose las manos a la cabeza, soltó una carcajada semejante a un sollozo.

—¡Lleváoslo todo, muchachos! ¡No dejéis nada a esos diablos! —gritó Ferapóntov, cargando él mismo sacos y lanzándolos a la calle.

Cuando vio a Alpátych le gritó:

—¡Rusia está acabada! ¡Alpátych, está acabada! ¡Yo mismo lo quemaré todo! Acabada…

Y entró en el patio.

La calle estaba obstruida por los soldados que no dejaban de ir y venir, de modo que Alpátych tuvo que esperar. La mujer de Ferapóntov esperaba con sus hijos en un carro para partir.

Ya era noche cerrada. Las estrellas brillaban en el cielo y la luna creciente se asomaba alguna que otra vez por detrás del humo que todo lo cubría. En la bajada del Dniéper el carruaje de Alpátych y el carro de la mujer de Ferapóntov, que avanzaban lentamente entre hileras de soldados y otros carruajes, tuvieron que detenerse. Cerca de la encrucijada donde se detuvieron, una casa y varias tiendas ardían en un callejón. El fuego ya empezaba a extinguirse: tan pronto las llamas se apagaban hasta desaparecer en el humo negro como prendían repentinamente, iluminando con tal nitidez los rostros de quienes allí se encontraban que producían un efecto de lo más extraño. Algunas siluetas negras iban y venían por delante del incendio y, en medio del crepitar incesante del fuego, se oían voces y gritos. Viendo que aún tardarían mucho en dejar pasar el convoy, Alpátych se apeó del carruaje y torció hacia el callejón para contemplar el incendio. Había soldados que corrían sin cesar de aquí para allá, y Alpátych vio que dos de ellos, acompañados de un hombre con un capote de frisa, sacaban del fuego troncos en llamas y los llevaban hasta el patio vecino; otros cargaban brazadas de heno.

Alpátych se acercó a una gran multitud que observaba un granero muy alto envuelto en llamas. Las paredes ardían, la del fondo se había derrumbado, el tejado colgaba y las vigas humeaban. Era evidente que todos, entre ellos él mismo, esperaban que el tejado se viniera abajo.

—¡Alpátych! —gritó súbitamente una voz conocida.

—¡Mi señor! ¡Excelencia! —respondió Alpátych, que había reconocido de inmediato la voz del joven príncipe.

El príncipe Andréi, envuelto en una capa y montado en un caballo negro, lo miraba desde detrás de la multitud.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Exce… excelencia —pronunció Alpátych, y prorrumpió en sollozos—. Exce… exce… ¿Es que estamos perdidos? Padre…

—¡Qué haces aquí! —repitió el príncipe Andréi.

En ese instante las llamas se avivaron, iluminando el rostro pálido y extenuado del joven señor. Alpátych le contó que lo habían enviado a Smolensk y que a duras penas estaba logrando salir.

—Dígame, excelencia, ¿es que estamos perdidos? —insistió.

El príncipe Andréi, sin responderle, sacó un cuaderno de notas y, subiendo un poco la rodilla, escribió unas líneas a lápiz en una hoja arrancada. Eran para su hermana.

> Smolensk ha caído. Dentro de una semana el enemigo ocupará Lysye Gory. Marchaos inmediatamente a Moscú. Escríbeme en cuanto salgáis; envía un correo especial a Usviazh.

Le entregó la nota y le dio instrucciones de cómo organizar la partida del príncipe, de la princesa, de su hijo y del preceptor, y le explicó dónde y cómo podían contestarle inmediatamente. Aún no había terminado de darle estas instrucciones cuando un jefe del Estado Mayor que iba a caballo se le acercó a galope acompañado de su escolta.

—¿Es usted coronel? —gritó con acento alemán, con una voz que al príncipe Andréi le resultó familiar—. Están incendiando casas en su presencia y ¿está usted aquí parado? ¿Qué significa esto? ¡Responderá por ello!

Quien gritaba era Berg, ahora ayudante del jefe del Estado Mayor del flanco izquierdo de infantería del primer ejército, un puesto muy agradable y lucido, como él mismo decía.

El príncipe Andréi lo miró y, sin responderle, se volvió hacia Alpátych:

—Diles que esperaré su respuesta hasta el día 10. Si el 10 aún no he recibido noticias de que todos han partido, tendré que dejarlo todo e ir yo mismo a Lysye Gory.

—Príncipe, solo se lo decía —continuó Berg al reconocerlo— porque tengo que cumplir las órdenes: siempre las cumplo escrupulosamente… Perdóneme, por favor —se justificó.

Algo crepitó entre las llamas. El fuego amainó un instante y por debajo del tejado salieron columnas negras de humo. Hubo un crujido aún más

temible y algo enorme se vino abajo.

—¡Ay, ay, ay! —bramó la multitud haciendo eco al techo del granero que, al desplomarse, desprendió un fuerte olor a pan a causa del trigo quemado.

Las llamas se avivaron, iluminando los rostros excitados, alegres y extenuados de quienes contemplaban el incendio.

El hombre del capote de frisa, con una mano levantada hacia el cielo, gritó:

—¡Formidable! ¡Destrúyelo todo! ¡Formidable, muchachos!…

—¡Es el dueño! —exclamaron varias voces.

—Así que ya sabes —se dirigió el príncipe Andréi a Alpátych—: transmíteles exactamente lo que te he dicho.

Y, sin contestar ni una palabra a Berg, que guardaba silencio a su lado, espoleó su caballo y se dirigió hacia el callejón.

V

Perseguido por el enemigo, nuestro ejército continuó retrocediendo más allá de Smolensk. El 10 de agosto el regimiento comandado por el príncipe Andréi marchaba, siguiendo la carretera, frente al desvío que conducía a Lysye Gory. Ya hacía más de tres semanas que había sequía y el calor era asfixiante. Todos los días nubes rizadas surcaban el cielo tapando el sol de vez en cuando; pero al atardecer despejaba y el sol se ponía entre una bruma de color rojo pardo. Solo el rocío de la noche refrescaba la tierra. El trigo que había quedado sin segar se agostaba y se diseminaba. Los pantanos se habían secado. El ganado, incapaz de encontrar pastos en los prados abrasados por el sol, bramaba por el hambre. Únicamente por las noches y en los bosques había algo de frescor mientras se mantenía el rocío. Pero en la carretera, en la gran carretera por la que marchaba el ejército, no refrescaba siquiera de noche ni entre los bosques: allí, bajo el polvo que se levantaba más de un cuarto de *arshín*, el rocío no se notaba. En cuanto amanecía todo el mundo se ponía en movimiento. Los convoyes y la artillería avanzaban silenciosamente con el polvo hasta el eje de las ruedas y la infantería marchaba entre el polvo blando, irrespirable y caliente que la noche no había enfriado. Parte del polvo era aplastada por los pies y las ruedas, y otra se elevaba formando una nube por encima de las tropas que se pegaba en los ojos, en el pelo, en las orejas, en las fosas nasales y, sobre todo, en los pulmones de los hombres y animales. Cuanto más arriba brillaba el sol, más alta era la nube fina y árida de polvo;

cuando no estaba cubierto por las nubes, uno podía mirar directamente el sol, que parecía una enorme esfera purpúrea. No corría ni una pizca de viento y los hombres, con la nariz y la boca tapadas con pañuelos, se asfixiaban en esa atmósfera inmóvil. Cuando llegaban a una aldea se abalanzaban sobre los pozos, se peleaban por el agua y se la bebían hasta llegar al barro.

El príncipe Andréi, al cargo de un regimiento, se mantenía ocupado con la organización, con el bienestar de sus hombres y con la necesidad de dar y recibir órdenes. El incendio de Smolensk y su rendición habían marcado una etapa de su vida. Un nuevo sentimiento de rabia contra el enemigo le hacía olvidar su dolor. Estaba totalmente entregado al funcionamiento del regimiento, se preocupaba por sus soldados y oficiales, y se mostraba afectuoso con ellos. Allí todos le llamaban *nuestro príncipe*, se enorgullecían de él y lo querían. Sin embargo, solo era dulce y afable con los miembros de su regimiento, con Timojin y otros, y con personas completamente nuevas, en un medio ajeno a él, hombres que no podían conocer ni comprender su pasado; pero, en cuanto se cruzaba con algún antiguo compañero, alguien del Estado Mayor, se ponía en guardia de inmediato, se volvía rabioso, irónico y despectivo. Le producía rechazo todo cuanto lo ligara a los recuerdos del pasado, por lo que se limitaba a procurar no ser injusto con el mundo pasado y cumplir su *deber*.

Verdaderamente, al príncipe Andréi todo se le presentaba bajo una luz de lo más sombría, especialmente después de haber abandonado el 6 de agosto Smolensk (en su opinión, podrían haber defendido la ciudad y tendrían que haberlo hecho) y después de que su padre, enfermo, hubiera tenido que huir a Moscú dejando a merced del pillaje su querido Lysye Gory, que con tanto esfuerzo había ido construyendo. A pesar de esto, la actividad de su regimiento le permitía pensar en cosas completamente independientes a los problemas generales. El 10 de agosto la columna en la que estaba integrada su regimiento pasó a la altura de Lysye Gory. Dos días antes el príncipe Andréi había recibido la noticia de que su padre, su hijo y su hermana habían partido hacia Moscú y, a pesar de no tener nada que hacer en Lysye Gory, decidió que debía ir, empujado por el deseo característico en él de hurgar en su dolor.

Ordenó que le ensillaran un caballo y durante un descanso se dirigió a la aldea de su padre, donde él había nacido y pasado su niñez. Al bordear el estanque en que siempre había visto a decenas de campesinas haciendo la colada, golpeándola con rodillos y enjuagándola mientras charlaban, reparó en que no había nadie; una pequeña balsa rota, sumergida hasta la mitad, flotaba en medio del agua. Se dirigió a la caseta del guarda; la puerta cochera

estaba abierta y no había nadie. Los caminitos del jardín estaban cubiertos de maleza, y en el parque inglés había terneros y caballos deambulando. El príncipe Andréi se acercó al invernadero: los cristales estaban rotos y algunos de los árboles plantados en grandes macetas estaban caídos y otros secos. Llamó al jardinero Tarás, pero nadie le respondió. Después de dar la vuelta al invernadero vio que la cerca de madera tallada estaba completamente rota y que las ramas de los ciruelos habían sido arrancadas.

Un viejo campesino, al que en su niñez solía ver junto a la puerta cochera, trenzaba unos *lapti* en un banco verde.

Era sordo y no le oyó llegar. Estaba sentado en el banco favorito del viejo príncipe y tenía a mano tiras de corteza de tilo que pendían de las ramas de un magnolio seco y roto.

El príncipe Andréi fue hasta la casa. En el viejo jardín varios tilos habían sido talados y, por delante de la casa, entre los rosales, se paseaba un caballo pío con su potrillo. Habían tapiado las ventanas con postigos, solo había una descubierta en el piso inferior. Un niño de la servidumbre, al verlo, entró corriendo en la casa.

Alpátych había enviado lejos a su familia y se había quedado solo en Lysye Gory. En ese momento leía un santoral y, al enterarse de la llegada del príncipe Andréi, salió de la casa con las gafas apoyadas en la nariz. Abotonándose por el camino, fue rápidamente hacia él y, sin mediar palabra, se echó a llorar mientras le besaba una rodilla. A continuación, avergonzado por su debilidad, se dio la vuelta y le informó de la situación. Todos los objetos caros y de valor habían sido trasladados a Boguchárovo. También habían sacado de allí unos cien *chétvert*[71] de trigo; las tropas habían segado el heno, aún verde, así como la cosecha de la primavera, que, según Alpátych, había sido extraordinaria. Los campesinos estaban arruinados; algunos se habían marchado a Boguchárovo y otros se habían quedado.

El príncipe Andréi, sin escucharle hasta el final, le preguntó cuándo habían partido su padre y su hermana, dando por hecho que a Moscú; sin embargo, Alpátych, creyendo que se refería a Boguchárovo, le contestó que habían partido el día 7, y se puso a hablar de nuevo, largo y tendido, de asuntos de la hacienda y le solicitó instrucciones.

—¿Ordena usted entregar avena a las tropas contra recibo? Aún nos quedan seiscientos *chétvert*.

«¿Qué le puedo responder?», pensó el príncipe Andréi mirando cómo brillaba la cabeza del viejo al sol y detectando en su expresión que hasta él era

consciente de que en semejante momento tales preguntas no tenían ningún sentido, y que solo las hacía para acallar su dolor.

—Sí, entrégala —le contestó.

—Se habrá fijado en los desperfectos del jardín —dijo Alpátych—; debe saber que ha sido imposible evitarlo: han pasado por Lysye Gory tres regimientos que pernoctaron aquí; la mayoría de ellos eran dragones. Apunté el rango y el título de su superior para presentar una queja.

—Y tú ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a quedar si el enemigo ocupa la finca? —le preguntó el príncipe Andréi.

Alpátych se volvió hacia él y se quedó mirándolo; de repente, levantando un brazo con gesto solemne, exclamó:

—¡Él es mi protector, que se haga su voluntad!

Una multitud de campesinos y de sirvientes, todos con la cabeza descubierta, avanzaba por el prado en dirección al príncipe Andréi.

—¡Bueno, adiós! —dijo este, inclinándose hacia Alpátych—. Vete tú también y llévate todo lo que puedas; ordénales a todos que se marchen a la hacienda de Riazán o a la de las afueras de Moscú.

Alpátych se le abrazó a una pierna y prorrumpió en sollozos. El príncipe, apartándolo con delicadeza, azuzó su caballo y galopó alameda abajo.

En el invernadero, con la misma indiferencia de una mosca posada en el rostro de un familiar difunto, el viejo de antes seguía fabricando unos *lapti*. Dos niñas, con las faldas recogidas y a rebosar de ciruelas que habían arrancado de los árboles del invernadero, salieron corriendo y se toparon con el príncipe Andréi. Al ver al joven señor, la mayor, con una expresión de espanto, cogió de la mano a su pequeña compañera y se escondieron juntas detrás de un abedul sin haber tenido tiempo de recoger las ciruelas verdes que se les habían caído.

El príncipe Andréi, apurado, se dio la vuelta porque temía que se dieran cuenta de que las había visto. Aquella niña hermosa y asustada le dio lástima. Temía mirarla, pero al mismo tiempo sentía una necesidad invencible de hacerlo. Lo invadió un sentimiento nuevo, agradable y apacible cuando, al mirar a las niñas, comprendió que existían intereses humanos completamente ajenos a los suyos, pero tan legítimos como ellos. Saltaba a la vista que aquellas niñas deseaban apasionadamente una sola cosa: llevarse las ciruelas verdes y comérselas sin ser descubiertas, y el príncipe Andréi deseó también que triunfaran en su objetivo. No pudo evitar mirarlas una vez más. Creyéndose ya fuera de peligro, las niñas salieron de un salto de su escondite y, sujetándose la falda y dando chillidos con sus finas vocecitas, corrieron

alegremente por la hierba del prado con sus piececitos descalzos y bronceados.

El príncipe Andréi se sentía un poco más fresco después de haber salido de la nube de polvo de la gran carretera por la que avanzaban las tropas. Pero, no lejos de Lysye Gory, volvió a entrar en la carretera y alcanzó a su regimiento, que hacía un alto en el dique de un pequeño estanque. Era más de la una de la tarde. El sol, como una esfera roja y polvorienta, le calentaba y quemaba insoportablemente la espalda a través de la guerrera negra. El polvo, como antes, pendía inmóvil por encima de la algarabía incesante de los soldados. No corría el viento. En el paso hacia el dique le vino el olor a cieno y a fresco del estanque. Le dieron ganas de echarse al agua, por muy sucia que estuviera. Volvió la mirada hacia el pequeño estanque, desde donde llegaban gritos y risas. El agua turbia y cubierta de verdín había subido unos dos palmos y desbordaba el dique porque estaba llena de soldados desnudos que jugueteaban con sus cuerpos blancos y los brazos, rostros y cuellos de color rojo ladrillo. Toda esa carne humana, desnuda y blanca, jugueteaba entre risas y gritos en la sucia charca como carpas metidas en una regadera. La escena era muy alegre, por lo que resultaba especialmente triste.

Un soldado joven y rubio —el príncipe Andréi aún no lo conocía— de la tercera compañía que llevaba una correa en la pantorrilla se santiguó y, tras retroceder para tomar carrerilla, se lanzó al agua; otro, un suboficial de pelo negro que siempre iba despeinado, estaba metido en el agua hasta la cintura y, contrayendo su talle musculoso, resoplaba alegremente mientras se echaba agua en la cabeza con sus manos negras. Se oían las palmadas que se daban unos a otros, los alaridos y las risotadas.

Tanto en las orillas como en el dique, en el estanque y por todas partes se veía esa carne blanca, musculada y lozana. El oficial Timojin, con su pequeña nariz roja, se secaba en el dique con una toalla; al ver al príncipe se sintió avergonzado, pero igualmente fue hacia él:

—¡Qué bien se está, excelencia, debería hacer lo mismo! —le dijo.

—Está sucio —objetó el príncipe torciendo el gesto.

—Ahora se lo limpiamos. —Y, todavía sin vestir, fue a limpiarlo—. ¡El príncipe quiere bañarse!

—¿Qué príncipe? ¿El *nuestro*? —exclamaron varias voces, y se formó tal revuelo que el príncipe Andréi a duras penas pudo tranquilizarlos.

Entonces se le ocurrió que lo mejor sería bañarse en el cobertizo.

«Carne, cuerpo, *chair à canon*[72]», pensó al mirar su cuerpo desnudo, y tuvo un escalofrío no tanto por el frío como por una sensación de repugnancia

y horror, incomprensible para sí mismo, ante la visión de aquella inmensa cantidad de cuerpos chapoteando en el sucio estanque.

El 7 de agosto el príncipe Bagratión escribió lo siguiente desde su campamento de Mijáilovka, en la carretera de Smolensk:

> Muy señor mío, conde Alekséi Andréievich:
>
> (Aunque escribía a Arakchéiev, Bagratión sabía que el soberano leería la carta, por lo que meditó cuanto fue capaz cada palabra.)
>
> Creo que el ministro[73] ya le ha informado de la entrega de Smolensk al enemigo. Es doloroso y triste, y todo el ejército está desolado por que un lugar tan importante haya sido abandonado en balde. Yo, por mi parte, se lo pedí personalmente, de la manera más persuasiva posible, y hasta le escribí. Pero no se avino a razones. Le juro por mi honor que Napoleón jamás había estado tan acorralado y podría haber perdido la mitad de su ejército, y no tomar Smolensk. Nuestras tropas han luchado y están luchando como nunca. Yo he aguantado con quince mil hombres más de treinta y cinco horas, y he presentado batalla; pero él no ha querido resistir ni siquiera catorce horas. Es una vergüenza, una mancha para nuestro ejército; considero que este hombre no tendría que vivir en este mundo. Si le informa de que las bajas no son numerosas, miente; quizá ronden las cuatro mil. Pero, aunque fueran diez mil, qué se le va a hacer, ¡estamos en guerra! No obstante, la cantidad de bajas del enemigo sí ha sido abismal…
>
> ¿Qué costaba aguantar dos días más? Al menos el enemigo se habría marchado por su propio pie, porque no tenían agua para los soldados ni para los caballos. Él me dio su palabra de que no ordenaría la retirada, pero de repente envió un plan de operaciones en el que anunciaba que por la noche se marchaba. Esto no es forma de combatir, vamos a conseguir que el enemigo pronto llegue a Moscú…
>
> Corre el rumor de que está usted pensando en la paz. ¡Dios nos libre de firmarla! Después de tantos sacrificios y de tantas alocadas retiradas, ¡firmar la paz! Pondrá a toda Rusia en contra de usted, y cada uno de nosotros considerará una deshonra llevar uniforme. Llegados hasta este punto hay que luchar, mientras Rusia pueda y la gente se tenga en pie…
>
> Es preciso que el mando esté en manos de una sola persona, y no de dos. Tal vez su ministro sea bueno en un Ministerio, pero como general no es malo, sino pésimo, y le han entregado el destino de nuestra patria entera… Es cierto que el enfado me está haciendo perder la cabeza; perdóneme si le escribo con tanta aspereza. Está claro que solo quien no ama a nuestro soberano y quien desea la muerte de todos nosotros puede aconsejar firmar la paz y poner a un ministro al mando de un ejército. Solo le digo la verdad: prepare la milicia porque el ministro está atrayendo magistralmente al enemigo hasta la capital. El señor Wolzogen, ayudante del emperador, despierta muchos recelos en todo el ejército. Dicen que está más del lado de Napoleón que del nuestro, y él es quien aconseja en todo al ministro. Yo no solo me muestro respetuoso con él, sino que le obedezco como un caporal, a pesar de que tengo más antigüedad. Esto es algo que me causa dolor, pero obedezco por amor a mi bienhechor el soberano. Aunque es una lástima que el zar confíe nuestro glorioso ejército a hombres así. Figúrese que con nuestra retirada hemos perdido a soldados por agotamiento, hay más de quince mil en los hospitales; pero, si hubiéramos atacado, esto no habría ocurrido. Dígame, por Dios, ¿qué dirá nuestra Rusia —nuestra madre— de que tengamos tanto miedo, de que entreguemos una patria tan buena y diligente a canallas, de que sembremos odio y humillación en cada uno de sus súbditos? ¿Por qué acobardarse? ¿A quién debemos temer? Yo no tengo la culpa de que el ministro sea un hombre indeciso, cobarde, de pocas luces, lento, ni de que tenga las peores cualidades. El ejército entero llora y le colma de injurias…

VI

Entre las innumerables subdivisiones que se pueden hacer de los fenómenos de la vida, hay unas en las que predomina el contenido y otras en las que predomina la forma. Entre estas últimas puede contraponerse la vida de la aldea, del *zemstvo*, de la provincia e incluso de Moscú a la vida de San Petersburgo, especialmente la de sus salones. Y esta última es inmutable.

Desde 1805 nos habíamos reconciliado y reñido con Bonaparte, habíamos hecho y deshecho constituciones, pero el salón de Anna Pávlovna y el de Hélène seguían exactamente igual a como habían sido siete años antes, el primero, y cinco años antes, el segundo. En el salón de Anna Pávlovna, exactamente igual que antes, se hablaba con perplejidad de los éxitos de Bonaparte y se veía tanto en sus proezas como en la indulgencia que le mostraban los soberanos europeos una malvada conspiración cuyo único objetivo era molestar e inquietar al círculo de cortesanos que Anna Pávlovna representaba. En el salón de Hélène, a la que el propio Rumiántsev obsequiaba con sus visitas y que la consideraba una mujer de una inteligencia extraordinaria, igual en 1808 que en 1812 se hablaba con entusiasmo de la gran nación y del gran hombre, y se miraba con pesar la ruptura con Francia que, según quienes allí se reunían, debía terminar con la paz.

En los últimos tiempos, después de que el zar hubiera regresado del ejército, se había producido cierta agitación en estos salones opuestos, y se había manifestado cierta hostilidad entre ambos, pero las tendencias de estos círculos siguieron siendo las mismas. En el de Anna Pávlovna solo se recibía a franceses si eran legitimistas empedernidos, y se expresaba la patriótica idea de que no había que frecuentar el teatro francés y que mantener a los artistas era tan costoso como mantener a un cuerpo entero del ejército. Se seguía la marcha de la guerra con avidez y se propagaban los rumores más ventajosos para nuestro ejército. En el círculo de tendencia francesa de Hélène y Rumiántsev se desmentían los rumores sobre la crueldad del enemigo y de la guerra, y se debatían todos los intentos de Napoleón por conseguir la paz. En este círculo se censuraba a quienes habían aconsejado con demasiada precipitación que las instituciones de enseñanza de la corte y las femeninas, tuteladas por la emperatriz madre, se prepararan para ser trasladadas a Kazán. En general todo el asunto de la guerra se presentaba como una serie de manifestaciones estériles que muy pronto acabarían con la firma de la paz, y dominaba la opinión de Bilibin —en esos momentos vivía en San Petersburgo y se había convertido en un asiduo del salón de Hélène (cuya casa debía

frecuentar toda persona inteligente)— de que no sería la pólvora lo que decidiría la guerra, sino sus inventores. En este círculo ridiculizaban con gran ironía y perspicacia, aunque con sumo cuidado, el entusiasmo de Moscú, del que se había tenido noticia en San Petersburgo al mismo tiempo de la llegada del soberano.

En el círculo de Anna Pávlovna, al contrario, estaban encantados con estas muestras de entusiasmo y hablaban de ellas como Plutarco de los antiguos. El príncipe Vasili, que ocupaba los mismos puestos importantes de antes, era el eslabón de unión entre los dos círculos. Acudía tanto a casa de *ma bonne amie* Anna Pávlovna, como *dans le salon diplomatique de ma fille*[74] y, a menudo, en los continuos cambios de un salón a otro, se confundía y decía en el de Anna Pávlovna lo que tenía que decir en el de Hélène, y al revés.

Poco después de la llegada del soberano, cuando en casa de Anna Pávlovna salió el tema de la guerra el príncipe Vasili vituperó despiadadamente a Barclay de Tolly y se mostró indeciso sobre a quién habría que nombrar comandante en jefe. Uno de los invitados, conocido con el nombre de *un homme de beaucoup de mérite*[75], al contar que ese mismo día había visto a Kutúzov —elegido jefe de la milicia de San Petersburgo— presidir una sesión celebrada en la oficina del Tesoro para el reclutamiento, se permitió expresar con cautela la opinión de que él era justo el hombre que cumplía todos los requisitos.

Anna Pávlovna señaló con una triste sonrisa que lo único que Kutúzov había hecho por el soberano era causarle disgustos.

—Yo lo repetí una y otra vez en la asamblea de la nobleza —la interrumpió el príncipe Vasili—, pero nadie me escuchó. Dije que su elección como jefe de la milicia no gustaría al soberano. Y no me escucharon. ¡Siempre con esa manía de contradecirlo todo! —continuó—. Y ¿ante quién? Todo porque queremos imitar como monos ese estúpido entusiasmo de Moscú —dijo, embrollándose por un momento y olvidando que, si en casa de Hélène había que burlarse de las muestras de entusiasmo de los moscovitas, en la de Anna Pávlovna había que admirarlas. Sin embargo, enseguida se recompuso—. ¡Está bien que el conde Kutúzov, el general más viejo de Rusia, presida una reunión en la cámara, *et il en restera pour sa peine*![76] Pero ¿acaso se puede nombrar comandante en jefe a un hombre que no puede montar a caballo, que se duerme en los consejos, un hombre de nefastas costumbres? ¡Vaya una reputación se labró en Bucarest! Ya sin hablar de sus cualidades como general, ¿cómo se puede nombrar en un momento así a un

hombre senil y ciego? ¡Qué bien tener a un general ciego! Con lo poco que ve, podría jugar a la gallinita ciega… ¡Si es que no ve nada!

Nadie hizo ninguna objeción a estas palabras.

El 24 de julio estas afirmaciones podían ser justas. Pero el 29 de julio concedieron a Kutúzov la dignidad de príncipe. Este título podía significar que querían deshacerse de él y por ello el razonamiento del príncipe Vasili continuaba siendo justo, aunque ahora no se apresurara en pronunciarlo. Pero el 8 de agosto se reunió un comité formado por el mariscal de campo Saltykov, Arakchéiev, Viazmitínov, Lopujín y Kochubéi para discutir la evolución de la guerra. El comité decidió que los fracasos eran fruto de la diversidad de mandos y, aunque conocían la mala disposición del soberano hacia Kutúzov, tras deliberar brevemente, propusieron nombrarlo comandante en jefe. Así pues, ese mismo día Kutúzov fue designado comandante en jefe supremo con poder absoluto sobre todos los ejércitos y en todos los territorios ocupados por las tropas.

El 9 de agosto el príncipe Vasili se encontró de nuevo en casa de Anna Pávlovna con *l'homme de beaucoup de mérite*, que le estaba haciendo la corte porque quería ser nombrado director de una institución de enseñanza femenina de la emperatriz madre Maria Fiódorovna. El príncipe Vasili entró en el salón con el aspecto de un feliz triunfador, alguien que ha visto cumplidos sus deseos.

—*Eh bien, vous savez la grande nouvelle? Le prince Koutouzoff est maréchal*. Se han acabado todas las discordias. ¡Me siento tan feliz, tan contento! —dijo—. *Enfin voilà un homme*[77] —añadió, echando una mirada trascendente y rigurosa a todos los que estaban en el salón.

L'homme de beaucoup de mérite, a pesar de su deseo de recibir un puesto, no pudo reprimirse de recordarle al príncipe Vasili sus opiniones de antes. (Era una descortesía hacerlo delante de él en el salón de Anna Pávlovna, y aún más en presencia de la anfitriona, que también había recibido la noticia con alegría; pero, pese a todo, no pudo contenerse.)

—*Mais on dit qu'il est aveugle, mon prince?*[78] —le dijo al príncipe Vasili, recordándole sus palabras.

—*Allez donc, il y voit assez*[79] —respondió este rápidamente, con su voz de bajo y una tosecilla, la misma voz y tosecilla con que sorteaba todas las dificultades—. *Allez, il y voit assez* —repitió—. Lo que me alegra es que el soberano le ha otorgado plenos poderes sobre todos los ejércitos y territorios, un poder que jamás ha tenido ni un solo comandante en jefe. Es otro autócrata —concluyó con una sonrisa victoriosa.

—¡Dios lo quiera, Dios lo quiera! —exclamó Anna Pávlovna.

L'homme de beaucoup de mérite, aún novato en la sociedad cortesana, salió en defensa de la opinión que Anna Pávlovna había sostenido días antes creyendo que así la halagaría:

—Pues dicen que el soberano ha concedido estos poderes a Kutúzov de mala gana. *On dit qu'il rougit comme une demoiselle à laquelle on lirait* Joconde, *en lui disant: «Le souverain et la patrie vous decernent cet honneur»*[80].

—*Peut-être que le cœur n'était pas de la partie*[81] —dijo Anna Pávlovna.

—¡Oh, no, no! —intercedió ardientemente por Kutúzov el príncipe Vasili. Ahora ya no podía cedérselo a nadie. En su opinión no solo era el mejor, sino que todo el mundo lo adoraba—. No, eso es imposible porque el soberano ya lo valoraba antes.

—Quiera Dios que el príncipe Kutúzov —dijo Anna Pávlovna— ejerza un poder real y no permita que *nadie* le ponga palos en las ruedas, *des bâtons dans les roues*.

El príncipe Vasili comprendió de inmediato a quién aludía ese «nadie». Y dijo en un susurro:

—Sé con certeza que Kutúzov puso como condición indispensable que el príncipe heredero no esté en el ejército. *Vous savez ce qu'il a dit à l'Empereur?* —Y repitió las palabras que supuestamente Kutúzov le había dicho al soberano: «No puedo castigarle si lo hace mal, ni premiarlo si lo hace bien»—. ¡Oh! Qué hombre tan inteligente es el príncipe Kutúzov, *et quel caractère. Oh je le connais de longue date*.[82]

—Dicen incluso —intervino *l'homme de beaucoup de mérite*, que aún carecía del tacto de la corte— que su excelencia también puso como condición indispensable que el soberano no esté en el ejército.

En cuanto pronunció estas palabras, el príncipe Vasili y Anna Pávlovna le volvieron la espalda a la vez y, suspirando por su ingenuidad, se miraron con tristeza.

VII

Mientras esto ocurría en San Petersburgo, los franceses ya habían pasado Smolensk y se aproximaban cada vez más a Moscú. Thiers, el historiador de Napoleón, tratando de justificar a su héroe, afirma como otros historiadores

de Bonaparte que este fue atraído a su pesar hasta los muros de Moscú. Tiene razón, del mismo modo que la tienen todos los historiadores que buscan una explicación a los acontecimientos históricos en la voluntad de una sola persona. Y tiene la misma razón que los historiadores rusos, que afirman que Napoleón fue atraído hasta Moscú gracias a la habilidad de los jefes militares rusos. En esto, además de la ley de la retrospectiva, que presenta todo el pasado como una preparación a un hecho que ya ha tenido lugar, está la reciprocidad, que embrolla todo el asunto. Un buen jugador que pierde una partida de ajedrez está sinceramente convencido de que ha perdido a causa de un error suyo, y busca este error en el principio de su juego, olvidando que en todos los movimientos de la partida se han producido errores iguales, y que ninguna de sus jugadas ha sido perfecta. El error al que presta atención le resulta evidente solo porque su contrincante ha sacado provecho de él. ¡Cuánto más complejo es el juego de la guerra, que se lleva a cabo en determinadas condiciones temporales, donde no hay una sola voluntad que dirija los mecanismos inanimados, y donde todo deriva de múltiples encontronazos de distintas voluntades!

Después de Smolensk Napoleón buscó la batalla más allá de Dorogobuzh, junto a Viazma, y después junto a Tsariovo-Záimische; pero resultó que, debido a múltiples circunstancias, los rusos no pudieron aceptar la batalla hasta llegar a Borodinó, a ciento doce verstas de Moscú. Napoleón dio la orden de avanzar directamente desde Viazma hasta Moscú.

Moscou, la capitale asiatique de ce grand empire, la ville sacrée des peuples d'Alexandre, Moscou avec ses innombrables églises en forme de pagodes chinoises![83] Esta *Moscou* no daba tregua a la imaginación de Napoleón. En la marcha de Viazma a Tsariovo-Záimische, Napoleón montó en su alazán amblador de cola corta acompañado de su guardia, escolta, pajes y ayudantes de campo. Berthier, jefe del Estado Mayor, se quedó rezagado para interrogar a un ruso que la caballería había tomado preso. A galope, acompañado del intérprete Lelorgne d'Ideville, alcanzó a Napoleón y detuvo el caballo con el semblante alegre.

—*Eh bien?* —preguntó Napoleón.

—*Un cosaque de Platow* dice que el cuerpo de Plátov va a unirse con el grueso del ejército y que Kutúzov ha sido nombrado comandante en jefe. *Très intelligent et bavard!*[84]

Napoleón sonrió, ordenó dar un caballo al cosaco y llevarlo a su presencia. Quería hablar personalmente con él. Varios ayudantes de campo salieron a galope y al cabo de una hora llegó Lavrushka, el siervo de Denísov

que este había cedido a Rostov. Lavrushka, con una chaqueta de ordenanza y montado en una silla de la caballería francesa, se acercó a Napoleón con su alegre cara de pícaro y de borracho. Bonaparte le ordenó que cabalgara a su lado y empezó a interrogarlo:

—¿Es usted cosaco?

—Sí, señor.

«*Le cosaque ignorant la compagnie dans laquelle il se trouvait, car la simplicité de Napoléon n'avait rien qui put révéler à une imagination orientale la présence d'un souverain, s'entretint avec la plus extrême familiarité des affaires de la guerre actuelle*»[85], dice Thiers al describir este episodio. Lo cierto es que Lavrushka, que en la víspera se había emborrachado y había dejado a su amo sin comer, había sido azotado y enviado a una aldea a por gallinas, donde se dedicó a saquear y fue capturado por los franceses. Lavrushka era uno de esos lacayos groseros e insolentes que han visto de todo en la vida y que consideran un deber hacerlo todo con vileza y picardía, que están dispuestos a servir en todo a su amo y que son tan astutos como para adivinar los peores pensamientos de su señor, sobre todo los vanidosos y mezquinos.

Estando en compañía de Napoleón, al que había reconocido fácilmente y sin problemas, Lavrushka no se alteró lo más mínimo, simplemente trató de ganarse el favor de sus nuevos amos todo lo que pudo.

Sabía perfectamente que se trataba de Napoleón, y su presencia no le podía alterar más que la de Rostov o la de un sargento de caballería con un látigo, porque no había nada que un sargento o Napoleón le pudieran quitar.

Soltó todo lo que había oído decir a los ordenanzas, y mucho era cierto. Pero, cuando Napoleón le preguntó si los rusos creían que vencerían o no a Bonaparte, Lavrushka entornó los ojos y se quedó pensativo.

Percibió en esta pregunta una sutil artimaña, como siempre y en toda ocasión les parece percibir a las personas que son como Lavrushka. Frunció el ceño y guardó silencio.

—Veamos: si hay una batalla pronto —dijo al fin, pensativo—, ocurrirá exactamente así. Pero, si pasan más tres días, la batalla no acabará pronto.

Con una sonrisa, Lelorgne d'Ideville tradujo a Napoleón estas palabras de la manera siguiente: «*Si la bataille est donnée avant trois jours, les Français la gagneraient, mais que si elle serait donnée plus tard, Dieu sait ce qui en arriverait*»[86]. Aunque Napoleón parecía estar del mejor de los humores, no sonrió y ordenó que se lo volvieran a repetir.

Lavrushka se dio cuenta y, para alegrarlo, fingió no saber quién era:

—Sabemos que ustedes tienen a Bonaparte, que ha ganado a todo el mundo; pero con nosotros, la cosa será distinta… —dijo, dejando escapar en sus últimas palabras, sin saber a santo de qué, un patriotismo jactancioso.

El intérprete lo tradujo omitiendo el final y Napoleón esbozó una sonrisa. «*Le jeune Cosaque fit sourire son puissant interlocuteur*», escribe Thiers. Después de avanzar algunos pasos en silencio, Napoleón se volvió hacia Berthier y le dijo que quería probar *sur cet enfant du Don*[87] el efecto que le causaría la noticia de que estaba hablando con el emperador en persona, ese mismo emperador que había escrito en las pirámides su inmortal y victorioso nombre.

Y así lo hicieron.

Lavrushka (había entendido que querían dejarlo pasmado y que Napoleón pensaba que se asustaría), con el fin de complacer a sus nuevos señores, fingió estar maravillado y estupefacto, con los ojos fuera de las órbitas, y puso la misma cara que solía poner cuando lo llevaban a azotar. «*À peine l'interprète de Napoléon* —escribe Thiers—, *avait-il parlé, que le Cosaque, saisi d'une sorte d'ébahissement ne proféra plus une parole et marcha les yeux constamment attachés sur ce conquérant, dont le nom avait pénétré jusqu'à lui, à travers les steppes de l'Orient. Toute sa loquacité s'était subitement arrêtée, pour faire place à un sentiment d'admiration naïve et silencieuse. Napoléon, après l'avoir récompensé, lui fit donner la liberté, comme à un oiseau qu'on rend aux champs qui l'ont vu naître*».[88]

Napoleón siguió su camino, soñando con ese *Moscou* que tanto agitaba su imaginación, mientras que *l'oiseau qu'on rendit aux champs qui l'on vu naître*[89] cabalgó hasta las avanzadillas, inventándose de antemano cosas que no habían ocurrido para contarlas entre los suyos. No quería relatar lo que realmente había sucedido porque le parecía indigno de ser relatado. Al reunirse con los cosacos, preguntó dónde estaba el regimiento que formaba parte del destacamento de Plátov y, hacia el atardecer, encontró a su señor, Nikolái Rostov, que estaba en Yánkovo y acababa de montarse en un caballo para dar un paseo con Ilín por las aldeas cercanas. Al ver a Lavrushka, le dio otro caballo y se lo llevó consigo.

VIII

La princesa Maria no estaba en Moscú ni fuera de peligro, como creía el príncipe Andréi.

Después de que Alpátych hubiera vuelto de Smolensk, el viejo príncipe pareció despertar súbitamente de un sueño y ordenó formar una milicia con los campesinos de las aldeas y armarlos. Asimismo, escribió una carta al comandante en jefe en que le informaba que había decidido quedarse en Lysye Gory para resistir hasta el último momento, y dejaba a su buen criterio tomar medidas o no para defender una hacienda en la que uno de los generales más viejos de Rusia iba a morir o caer prisionero. A continuación, comunicó a los suyos la decisión de quedarse en Lysye Gory.

Pero, aunque él no se marchara, lo dispuso todo para enviar a la princesa, a Dessales y al pequeño príncipe a Boguchárovo, y desde allí a Moscú. La princesa Maria, asustada por la actividad insomne y febril de su padre, que había reemplazado a su anterior decaimiento, era incapaz de decidirse a dejarlo solo y, por primera vez en su vida, se permitió desobedecerlo. Cuando se negó a partir, el príncipe descargó en ella toda su terrible furia. Le recordó sin éxito lo injusto que había sido con ella. Después, tratando de culparla, le dijo que lo había martirizado, que lo había enemistado con su hijo, que alimentaba contra él pérfidas sospechas, que el objetivo de su vida era envenenarle la suya, y la echó de su gabinete, asegurándole que le traía sin cuidado si se marchaba o no. Después le dijo que no quería saber nada de su existencia y la advertía de antemano de que no se atreviera a aparecer ante sus ojos. A la princesa Maria le alegró que, a pesar de sus temores, su padre no hubiera ordenado que se la llevaran a la fuerza y solo le hubiera mandado no aparecer ante sus ojos. Sabía que esto demostraba que, en lo más hondo de su corazón, estaba contento de que se hubiera quedado en casa y no se hubiera marchado.

Al día siguiente de la partida de Nikólushka, el viejo príncipe se puso el uniforme de gala de buena mañana y se preparó para ir a visitar al comandante en jefe. La carretela ya estaba lista. La princesa Maria vio cómo salía de la casa con el uniforme y todas sus condecoraciones y se dirigía al jardín para pasar revista a los campesinos y a los criados, que iban armados. Sentada junto a la ventana, aguzó el oído para escuchar su voz, que resonaba en el jardín. De repente vio a varias personas que, con cara de espanto, corrían por la alameda. La princesa Maria salió rápidamente hacia el porche y desde allí fue por el sendero de flores hasta la alameda. Un numeroso grupo de milicianos y de siervos avanzaba hacia ella y, en medio de todos, varios hombres arrastraban a un viejecito menudo con uniforme y condecoraciones.

La princesa Maria corrió hasta él y, por culpa del juego de luces que atravesaba en pequeños círculos la alameda de tilos, no pudo reparar en el cambio que se había producido en el rostro de su padre. Lo único que vio fue que su expresión severa y decidida de antes se había convertido en una mueca vacilante y dócil. Al ver a su hija, el viejo príncipe movió impotentemente los labios y emitió un sonido ronco. Era imposible entender lo que quería. Lo levantaron a pulso, lo llevaron hasta su gabinete y lo colocaron en el diván que tanto temía en los últimos tiempos.

Llamaron a un médico, que esa misma noche le hizo una sangría y dictaminó que había tenido un ataque de apoplejía que le había afectado el lado derecho.

Cada día se hacía más peligroso seguir en Lysye Gory y, al día siguiente, el príncipe fue trasladado a Boguchárovo. El médico fue con ellos. Cuando llegaron, Dessales y el pequeño príncipe ya habían partido hacia Moscú.

El viejo príncipe se pasó tres semanas en ese mismo estado de parálisis, ni mejor ni peor, en la casa nueva de Boguchárovo construida por su hijo. Tumbado sin conocimiento, como un cadáver desfigurado, no dejaba de farfullar, de mover las cejas y los labios, pero era imposible saber si entendía o no lo que ocurría a su alrededor. Aunque había algo que sí se podía saber con certeza: estaba sufriendo y tenía la necesidad de decir algo. Pero nadie podía entender de qué se trataba. ¿Sería algún capricho de un hombre enfermo y medio demente? ¿Tendría que ver con la marcha general de las cosas o con la situación de la familia?

El médico afirmaba que esa inquietud no significaba nada, que solo respondía a causas físicas; pero la princesa Maria pensaba (y el hecho de que su presencia siempre intensificara la agitación de su padre confirmaba sus sospechas) que quería decirle algo. Estaba claro que sufría física y moralmente.

No había esperanza de curación y no podía ser evacuado: ¿qué ocurriría si moría durante el trayecto? «¿No sería mejor que llegara el fin, el fin de una vez por todas?», se decía en ocasiones la princesa Maria. Lo atendía día y noche, casi sin pegar ojo, y era terrible pensar que, a menudo, no lo hacía con la esperanza de ver señales de mejoría, sino con el *deseo* de encontrar indicios de que el fin estaba próximo.

Por muy extraño que se le hiciera reconocer tal sentimiento, la realidad era que lo albergaba. Y lo más terrible era que, desde que su padre había caído enfermo (incluso desde antes, desde que, como a la espera de algo, no se despegaba de su lado) se habían despertado en ella todos sus deseos y

esperanzas personales, hasta entonces dormidos y olvidados. Lo que llevaba años sin pasársele por la cabeza —la idea de una vida en libertad, sin miedo a su padre, incluso la idea de la posibilidad de amar y de una vida conyugal feliz— no dejaba de asaltarle la imaginación, como una tentación del diablo. Por mucho que intentara apartarlas, no dejaban de venirle a la cabeza preguntas acerca de cómo organizaría su vida después de *eso*. Eran tentaciones del diablo y la princesa Maria lo sabía. Sabía que la única arma contra *él* era rezar y se esforzaba en hacerlo. Se arrodillaba delante de los iconos y murmuraba las palabras de la oración, pero no lo conseguía. Tenía la sensación de que un mundo distinto se había apoderado de ella, el mundo de la vida cotidiana, de la actividad difícil y libre, completamente opuesto al mundo moral en que había estado encerrada hasta entonces y en que el mejor consuelo era la oración. No podía rezar ni llorar, y las preocupaciones de la vida cotidiana la dominaban.

Seguir en Boguchárovo se hacía peligroso. Por todas partes decían que los franceses ya estaban cerca, y en una aldea, a quince verstas de allí, los merodeadores franceses habían saqueado la finca.

El médico insistía en que había que llevar al príncipe más lejos; el decano de la nobleza envió a un funcionario para que insistiera a la princesa Maria para que se marcharan cuanto antes; el jefe de policía de distrito viajó hasta Boguchárovo para insistir en lo mismo, diciendo que los franceses estaban a cuarenta verstas, que las proclamas francesas corrían por las aldeas, y que, si la princesa Maria no se marchaba con su padre antes del día 15, él no respondía de nada.

La princesa Maria decidió partir el 15. Los preparativos para el viaje y las instrucciones que debía dar y que todos le pedían la tuvieron ocupada todo el día. La noche del 14 al 15, como de costumbre, durmió sin desvestirse en la habitación contigua a la del príncipe. Varias veces se despertó al oír sus gemidos y balbuceos, el crujido de la cama, los pasos de Tijon y del médico, que lo cambiaban de posición. En varias ocasiones se puso a escuchar detrás de la puerta: le pareció que su padre balbuceaba más fuerte y se movía más de lo habitual. No podía dormirse, y alguna que otra vez se acercó a la puerta con el deseo de entrar, pero no se decidió a hacerlo. Aunque el viejo príncipe no hablara, ella notaba y sabía lo mucho que le desagradaba cualquier muestra de temor por su vida. Se daba cuenta de cómo apartaba los ojos con disgusto cuando ella, sin querer, se quedaba mirándolo fijamente. Sabía, además, que si iba a verlo por la noche, a una hora fuera de lo habitual, se irritaría.

Nunca le había parecido tan trágico ni le había dado tanto miedo perderlo. Repasaba su vida entera con él, y en cada una de sus palabras y actos encontraba la expresión de su amor por ella. De vez en cuando irrumpían entre estos recuerdos tentaciones diabólicas, el pensamiento de qué ocurriría después de la muerte de su padre, cómo sería su nueva vida en libertad. Pero apartaba con repulsión estos pensamientos. Hacia el amanecer el viejo príncipe se calmó y la princesa Maria finalmente se pudo dormir.

Se despertó tarde, y la sinceridad que uno suele tener cuando se levanta le mostró claramente qué era lo que más le preocupaba de la enfermedad de su padre. Prestó atención a lo que ocurría detrás de la puerta y, al comprobar por sus gemidos que todo seguía igual, se dijo con un suspiro:

—Pero ¿qué esperabas? ¿Qué querías? ¡Quiero su muerte! —exclamó con repulsión hacia sí misma.

Se vistió, se lavó y después de decir sus oraciones salió al porche. Los carruajes ya estaban preparados, aunque sin caballos todavía, y estaban cargando el equipaje.

La mañana era cálida y gris. La princesa Maria se detuvo en el porche sin dejar de horrorizarse por su bajeza moral, tratando de poner en orden sus ideas antes de entrar a ver a su padre.

El médico bajó las escaleras y se le acercó.

—Hoy se encuentra un poco mejor —dijo—. La he estado buscando: ahora se entiende un poco lo que dice y tiene la cabeza más despejada. Vamos, la ha llamado…

Al oír esta noticia el corazón le empezó a latir tan fuerte que se puso pálida y tuvo que apoyarse en la puerta para no caerse. Verlo, hablar con él, estar bajo su mirada cuando tenía el alma llena de horribles tentaciones criminales era para ella terrible, a la vez que dolorosamente grato.

—Vamos —insistió el médico.

La princesa Maria entró en la habitación y se acercó a la cama de su padre. Tumbado bien alto, boca arriba, con las manos sobre la colcha, pequeñas, huesudas, surcadas de venitas nudosas y azuladas, miraba al frente con el ojo izquierdo mientras que el derecho bizqueaba; tenía las cejas y los labios inertes. Se le veía flacucho, menudo, digno de lástima. Su rostro parecía haberse encogido o deshecho y sus rasgos haber menguado. La princesa Maria se le acercó y le besó la mano. Fue tanta la fuerza con que la mano izquierda del viejo príncipe apretó la de su hija que resultó evidente que la esperaba desde hacía tiempo. Le tiró de la mano, y sus cejas y labios empezaron a moverse con enfado.

La princesa Maria lo miraba asustada, tratando de adivinar qué quería. Cuando se cambió de posición y se colocó de tal modo que el viejo príncipe pudo verle la cara con el ojo izquierdo, pareció calmarse y la miró fijamente a los ojos unos segundos. Después empezó a mover los labios y la lengua, emitió unos sonidos y empezó a hablar con una mirada temerosa e implorante, sin duda por miedo a que no lo entendiera.

La princesa Maria lo observó concentrando toda su atención. El cómico esfuerzo con que su padre movía la lengua la obligó a bajar la mirada y a reprimir con dificultad los sollozos que le subían a la garganta. El viejo príncipe dijo algo, repitió varias veces las mismas palabras. La princesa era incapaz de entenderlas, pero las reprodujo con tono interrogativo con el fin de adivinarlas.

—La.. la.. dee… dee… —repitió él varias veces.

Era imposible entenderlo. El médico, creyendo haberlas descifrado, preguntó:

—¿La princesa teme?

El viejo príncipe negó con la cabeza y las volvió a repetir.

—*¡El alma, el alma duele!* —adivinó la princesa Maria.

Su padre gimió en señal de asentimiento, le cogió la mano y la apretó contra distintos puntos de su pecho, como si buscara el lugar adecuado.

—¡Todos mis pensamientos… en ti!… Mis pensamientos… —susurró de un modo mucho más claro e inteligible, ahora que estaba seguro de que se le entendía.

La princesa Maria apretó la cabeza contra la mano de su padre, tratando de ocultar sus sollozos y lágrimas. Él le acarició el pelo.

—Te he estado llamando toda la noche… —murmuró.

—Si lo hubiera sabido… —respondió ella entre lágrimas—. Temía entrar.

El viejo príncipe le apretó la mano.

—¿No has dormido?

—No, no he dormido —respondió la princesa Maria, negando con la cabeza.

Imitando inconscientemente a su padre, empezó a hablar como él, más bien con señas y moviendo la lengua como si también a ella le costara esfuerzo.

—Cariño mío… —dijo él, o quizá dijera «amiga mía»: la princesa Maria no lo pudo descifrar; pero, por la expresión de su mirada, se trataba de alguna palabra tierna y afectuosa que jamás le había dicho—. ¿Por qué no has venido?

«Y ¡yo deseaba su muerte!», pensó la princesa Maria.

El viejo príncipe se quedó callado un momento.

—Gracias… hija mía, amiga mía, por todo, por todo… Perdóname… Gracias… Perdóname… ¡Gracias!… —Las lágrimas le brotaron en los ojos —. ¡Llamad a Andriusha! —dijo de pronto.

Y algo infantil, tímido y desconfiado se dibujó en su rostro: era como si él mismo supiera que aquella petición carecía de sentido. O eso fue, al menos, la impresión que le dio a la princesa Maria.

—He recibido una carta suya —le respondió ella.

El viejo príncipe la miró con expresión sorprendida y vacilante.

—Pero ¿dónde está?

—En el ejército, *mon père*, en Smolensk.

El viejo príncipe guardó un largo silencio con los ojos cerrados; después, como respondiendo a sus propias dudas y para confirmar que ahora lo había entendido y recordado todo, afirmó con la cabeza y abrió los ojos.

—Sí —pronunció con claridad, en voz baja—. ¡Rusia está perdida! ¡La han destruido!

Empezó a sollozar y las lágrimas corrieron por sus mejillas. La princesa Maria, incapaz de contenerse más, le miró a la cara y también se echó a llorar.

El viejo príncipe cerró de nuevo los ojos y dejó de sollozar. Se los señaló con una mano y Tijon, que había entendido lo que quería, le secó las lágrimas.

A continuación volvió a abrirlos y dijo algo que, durante un buen rato, nadie pudo comprender. El único que finalmente lo consiguió fue Tijon, y se lo transmitió a los demás. La princesa Maria buscaba en las palabras de su padre un sentido semejante al de un minuto antes: tan pronto le parecía que hablaba de Rusia como que hablaba del príncipe Andréi, de ella, de su nieto o de la muerte. Por este motivo no lograba descifrarlas.

—Ponte el vestido blanco, me gusta —había dicho su padre.

Al comprenderlo, la princesa Maria lloró aún con más fuerza, y el médico, cogiéndola del brazo, la sacó a la terraza, donde intentó convencerla de que se tranquilizara y se ocupara de preparar el viaje. Cuando la princesa ya había salido, el viejo príncipe habló de su hijo, de la guerra y del zar; irritado, agitó las cejas, empezó a elevar su voz ronca y sufrió el segundo y último ataque.

La princesa Maria se quedó en la terraza. Había despejado, el día era soleado y cálido. Era incapaz de entender nada, de pensar en nada, de sentir nada excepto un fuerte amor por su padre, un amor que le parecía no haber conocido hasta ese momento. Corrió hacia el jardín y, entre sollozos, bajó

hasta el estanque siguiendo los senderos de los tilos jóvenes que había plantado el príncipe Andréi.

—¡Sí!… ¡*Yo… yo… yo* deseaba su muerte! ¡Sí, *yo* deseaba que acabara cuanto antes!… Quería tranquilidad… Y ¿qué va a ser de mí? ¡De qué me servirá la tranquilidad cuando él no esté! —balbuceó en voz alta, avanzando rápidamente por el jardín y apretándose el pecho con las manos, del que le brotaban convulsivamente los sollozos.

Después de hacer un círculo por el jardín que la condujo de nuevo a la casa, vio que *mademoiselle* Bourienne (se había quedado en Boguchárovo y no quería marcharse) y un desconocido iban a su encuentro. Era el decano de la nobleza del distrito, que había acudido personalmente para exponerle la necesidad de partir cuanto antes. La princesa Maria le escuchaba, pero era incapaz de comprenderle. Lo invitó a entrar en la casa, le ofreció el desayuno y se sentó con él. Después, disculpándose, se acercó a la puerta del viejo príncipe. El médico, saliendo a su encuentro con expresión de alarma, le dijo que no podía pasar.

—¡Váyase, princesa, váyase, váyase!

La princesa Maria volvió al jardín y se sentó en la hierba, en una pendiente que había junto al estanque, un lugar donde nadie la podía ver. No habría podido decir cuánto tiempo estuvo allí. De pronto, los pasos rápidos de una mujer en el sendero la hicieron volver en sí. Se levantó y vio que Duniasha, su doncella, que sin duda había ido corriendo a buscarla, se detuvo como asustada al ver a su señora.

—Por favor, princesa… El príncipe… —dijo con la voz entrecortada.

—Ahora voy, ahora mismo voy —respondió la princesa apresuradamente, sin darle tiempo de terminar lo que tenía que decirle.

Y, procurando no mirarla, corrió hacia la casa.

—Princesa, la voluntad de Dios se está cumpliendo: debe estar preparada para todo —le dijo el decano de la nobleza, que había salido a su encuentro.

—¡Déjeme, no es verdad! —gritó la princesa Maria con rabia.

El médico quiso detenerla, pero ella le empujó y corrió hacia la puerta de la habitación. «Pero ¿por qué toda esta gente con la cara asustada intenta detenerme? ¡No necesito a nadie! ¡Qué hacen aquí!» Abrió la puerta y se horrorizó por la luz clara del día que llenaba la habitación, hasta entonces en la penumbra. Había varias mujeres y su aya; al verla, se apartaron de la cama para dejarle paso. Su padre seguía tumbado igual que antes, pero el aspecto severo de su sereno rostro la dejó petrificada en el umbral de la puerta.

«¡No, no ha muerto, es imposible!», se dijo acercándose hasta él, y, venciendo el espanto que la había poseído, apretó los labios contra su mejilla. Sin embargo, se apartó de inmediato: todo el cariño que sentía por él se desvaneció en un instante para dejar paso a un sentimiento de horror por lo que tenía delante. «¡No, ya no existe! ¡Ya no existe y en el sitio que ocupaba ahora hay algo extraño y hostil, un misterio espantoso, horrible, repulsivo!» Y, cubriéndose el rostro con las manos, cayó en brazos del médico, que la sostuvo.

En presencia de Tijon y de los médicos, las mujeres lavaron aquello que había sido el príncipe, le ataron un pañuelo en la cabeza para que la boca, que se le abría, no se entumeciera, y le ataron las piernas con otro para que no se le separaran. Después lo vistieron con su uniforme y sus condecoraciones, y colocaron su cuerpo menudo y encogido sobre la mesa. Dios sabe quién se ocupó de todo eso y en qué momento, pero todo parecía haberse hecho solo. Hacia el anochecer los cirios ardían alrededor del féretro, cubierto con un paño. Habían echado enebro en el suelo y colocado bajo la cabeza, encogida y sin vida, una oración impresa; un sacristán leía el Libro de los Salmos sentado en una esquina del salón.

Del mismo modo que los caballos se agitan, resuellan y se agolpan ante un caballo muerto, en aquel salón, alrededor del féretro, se agolpaban extraños y familiares, el decano de la nobleza, el *stárosta* y varias aldeanas, y todos ellos, con la mirada inmóvil y asustada, se santiguaban y, postrándose, besaban la mano fría y entumecida del viejo príncipe.

IX

Boguchárovo siempre había sido, antes de que el príncipe Andréi se instalara allí, una hacienda accesoria no habitada por los señores, y sus campesinos tenían un carácter completamente distinto de los de Lysye Gory. Se diferenciaban de ellos tanto por su modo de hablar, de vestir como por sus costumbres. Se los llamaba campesinos de la estepa. Cuando viajaban hasta Lysye Gory para ayudar con la cosecha o para excavar estanques y zanjas, el viejo príncipe elogiaba su aguante en el trabajo, pero no le gustaba su salvajismo.

El tiempo que el príncipe Andréi había pasado en Boguchárovo y las innovaciones que había introducido —hospitales, escuelas, reducción del tributo— no habían suavizado las costumbres de aquellos hombres, sino que,

al contrario, había reforzado en ellos ese carácter al que el viejo príncipe llamaba salvajismo. Entre ellos siempre corrían rumores confusos sobre que los iban a alistar a todos en masa en un regimiento de cosacos; otras veces sobre una nueva religión a la que iban a ser convertidos; otras, sobre las actas de algún zar; otras, sobre un juramento a Pável Petróvich de 1797 (se decía que ya entonces les habían concedido la libertad, pero que los terratenientes se la habían arrebatado); o sobre Piotr Fiódorovich, que subiría al trono al cabo de siete años y bajo cuyo reinado habría plena libertad y todo sería tan sencillo que ya no habría necesidad de hacer nada.[90] Los rumores sobre la guerra, Bonaparte y la invasión se confundían en sus cabezas con ideas igual de vagas sobre el anticristo, el fin del mundo y la libertad absoluta.

Boguchárovo estaba rodeado de grandes aldeas que pertenecían a la Corona o a terratenientes cuyos siervos pagaban el tributo. Sin embargo, muy pocos de los señores vivían allí; asimismo, había muy pocos criados y prácticamente nadie sabía leer ni escribir. Por ello, las corrientes misteriosas de la vida popular rusa, cuya razón y sentido son inexplicables para los contemporáneos, eran más palpables y fuertes en la vida de los campesinos de esa región. A este fenómeno respondía un movimiento surgido entre los campesinos veinte años atrás que los impulsó a migrar hacia los ríos cálidos. Centenares de ellos, entre los que se contaban los de Boguchárovo, empezaron de repente a vender su ganado y a viajar con sus familias hacia algún lugar del sureste. Igual que los pájaros que emigran a ultramar, estos hombres se dirigieron con sus mujeres e hijos hacia el sureste, hacia un lugar donde ninguno de ellos había estado. Partieron en caravanas o individualmente, huyeron en carros y a pie. Muchos fueron castigados o enviados a Siberia, otros murieron por el camino de frío y de hambre, otros regresaron por propia voluntad, y el movimiento se disolvió por sí solo del mismo modo que había surgido, sin ninguna razón aparente. Pero las corrientes subterráneas no dejaron de bullir entre aquella gente y empezaron a adquirir una fuerza renovada hasta ponerse de manifiesto de un modo tan extraño e inesperado como sencillo, natural y potente. En 1812, para alguien que viviera en contacto con el pueblo, era evidente que estas corrientes subterráneas habían hecho un intenso trabajo y que estaban a punto de manifestarse.

Alpátych, a su llegada a Boguchárovo poco antes de la muerte del viejo príncipe, había notado cierta agitación entre el pueblo. Al contrario de lo que sucedía en un radio de sesenta verstas de Lysye Gory, donde todos los campesinos se habían marchado (dejando que los cosacos devastaran sus

aldeas), en aquella zona esteparia de Boguchárovo se decía que los campesinos habían entablado relación con los franceses y que habían recibido de estos panfletos que corrían entre ellos, y no se habían movido de sus casas. Alpátych se enteró por los criados que le eran fieles que días atrás Karp, un campesino con gran influencia en la comunidad que acababa de volver de un viaje en un carro de la administración, había hecho correr la noticia de que los cosacos estaban saqueando las poblaciones abandonadas por los habitantes, mientras que los franceses dejaban en paz a los aldeanos. Se enteró también de que el día anterior otro campesino había traído desde la aldea de Visloújov, ocupada por los franceses, un documento de un general francés en que anunciaba a los habitantes que no les harían ningún daño y que, si se quedaban en su casa, les pagarían por todo lo que se les arrebatara. Como prueba de ello, el campesino traía consigo cien rublos en papel que le habían adelantado por el heno (no sabía que eran falsos).

Por último, y esto era lo más importante, Alpátych se enteró de que, el mismo día que había ordenado al *stárosta* reunir varios carros para el convoy que debía salir de Boguchárovo con el equipaje de la princesa, los aldeanos se habían reunido por la mañana y habían acordado no moverse y esperar. El tiempo apremiaba. El 15 de agosto, día de la muerte del príncipe, el decano de la nobleza del distrito había insistido a la princesa Maria que se marchara de inmediato porque la situación se estaba volviendo peligrosa. Le había dicho que después del 16 él no respondería de nada, y se había marchado por la noche con la promesa de volver al día siguiente para el funeral del viejo príncipe. Sin embargo, no pudo asistir porque, según las noticias que le habían llegado, los franceses habían avanzado inesperadamente, y apenas tuvo tiempo de llevarse a su familia de la hacienda y todos los objetos de valor.

El *stárosta* Dron, a quien el viejo príncipe llamaba Drónushka, llevaba treinta años administrando la comunidad campesina. Dron era uno de esos campesinos física y moralmente fuertes que, en cuanto llegan a la madurez, se dejan barba y viven hasta los sesenta o setenta años sin cambiar de aspecto, sin una sola cana o sin que les falte un solo diente, igual de erguidos y robustos a los sesenta que a los treinta.

Poco después de la emigración a los ríos cálidos, en la que había participado como tantos otros aldeanos, Dron había sido nombrado *stárosta* de Boguchárovo, cargo que llevaba desempeñando veintitrés años de manera irreprochable. Los campesinos lo temían más que al propio amo. Los señores, tanto el viejo príncipe como el joven, así como el administrador, lo respetaban

y, bromeando, lo llamaban ministro. En todos esos años Dron no se había emborrachado ni una vez y tampoco había enfermado; jamás, ni después de noches sin dormir ni tras jornadas enteras de trabajo, había mostrado el menor signo de cansancio; a pesar de ser analfabeto, nunca olvidaba una cuenta, ni los *puds* de harina que vendía en enormes convoyes, ni un solo haz de trigo de cada *desiatina* de los campos de Boguchárovo.

Fue a este hombre a quien Alpátych, después de llegar de la devastada Lysye Gory, había llamado el día del funeral del viejo príncipe para ordenarle que preparara doce caballos para los carruajes de la princesa así como dieciocho carros para el convoy que debían partir desde Boguchárovo. A pesar de que los campesinos eran tributarios, Alpátych creía que la orden no presentaría dificultades, puesto que en Boguchárovo había doscientos treinta animales de tiro y los aldeanos vivían desahogadamente. Sin embargo, después de oír la orden, el *stárosta* Dron bajó la mirada y se quedó callado. Alpátych le dio los nombres de los campesinos que conocía y cuyos carros debían ser requisados.

Dron respondió que estos tenían sus caballos ocupados para el acarreo. Alpátych dio otros nombres. Según Dron, estos campesinos tampoco disponían de caballos: unos estaban tirando carros de la administración, otros estaban extenuados, y los terceros habían muerto por desnutrición. Opinaba que era imposible reunir caballos no solo para el convoy, sino ni siquiera para los carruajes.

Alpátych lo miró fijamente y frunció el ceño. De igual manera que Dron era un *stárosta* ejemplar, él no en vano había dirigido veinte años las haciendas del príncipe y también era un administrador ejemplar. Alpátych tenía una enorme capacidad para intuir las necesidades e instintos del pueblo con el que trataba, algo que lo convertía en un magnífico capataz. Echó una mirada a Dron y enseguida comprendió que sus respuestas no expresaban tanto sus pensamientos como el estado anímico general de la comunidad de Boguchárovo, que ya se había apoderado de él. Pero, al mismo tiempo, sabía que Dron, que se había enriquecido y era odiado por la comunidad, tenía que fluctuar entre dos bandos: el de los señores y el de los campesinos. Y, como notó esta fluctuación en su mirada, se le acercó con el ceño fruncido:

—¡Tú, Drónushka, escúchame! —exclamó—. No digas sandeces. Su excelencia el príncipe Andréi Nikolaich me ha ordenado personalmente que todo el mundo se marche, que nadie se quede con el enemigo. Y el zar ha dado la misma orden. Quien se quede será un traidor al zar. ¿Me oyes?

—Le oigo —dijo Dron sin levantar la mirada.

Esta respuesta no satisfizo a Alpátych.

—¡Ey, Dron, vas a meterte en un lío! —exclamó, meciendo la cabeza.

—Como usted mande —dijo Dron con tristeza.

—¡Ey, Dron, ya basta! —insistió Alpátych, sacándose la mano que tenía metida en el chaleco y señalando solemnemente con ella el suelo bajo los pies del *stárosta*—. No es que vea solo a través de ti: veo incluso a tres *arshinas* por debajo —dijo, sin dejar de mirar el suelo.

El *stárosta* se turbó, lo miró fugazmente y volvió a bajar los ojos.

—Déjate de tonterías y dile a la gente que se prepare para abandonar sus casas y partir hacia Moscú; y que para mañana por la mañana preparen los carros para el convoy de la princesa. Y tú no vayas a la asamblea, ¿me oyes?

De repente, Dron se tiró a sus pies.

—¡Yákov Alpátych, despácheme! ¡Coja mis llaves y despácheme, en el nombre de Cristo!

—¡Basta ya! —exclamó Alpátych severamente—. Veo a tres *arshinas* por debajo de ti —repitió, sabiendo que su habilidad con las abejas, sus conocimientos sobre cuándo sembrar la avena y la maestría que había demostrado a lo largo de veinte años para contentar al viejo príncipe le habían hecho ganarse desde hacía tiempo la fama de brujo; y, precisamente, a los brujos se atribuía la capacidad de ver a tres *arshinas* por debajo de alguien.

Dron se levantó y quiso decir algo, pero Alpátych lo interrumpió.

—¿Qué habéis tramado? ¿Eh?… ¿Qué estáis pensando hacer? ¿Eh?

—Pero ¿qué puedo hacer yo? —dijo Dron—. ¡Están totalmente descontrolados! Ya les he dicho…

—¡Les has dicho! —exclamó Alpátych—. ¿Se están emborrachando? —le preguntó bruscamente.

—Están totalmente descontrolados, Yákov Alpátych: han traído un barril más.

—Pues escúchame. Voy a ir a ver al jefe de policía, tú díselo a la gente: que acaben con todo esto y entreguen los carros.

—Sí, señor —respondió Dron.

Yákov Alpátych no insistió más. Llevaba mucho tiempo dirigiendo a los campesinos y sabía que el mejor medio para que obedecieran era no mostrarles dudas con respecto a que pudieran desobedecer. Habiendo obtenido de Dron un sumiso «Sí, señor», se quedó satisfecho, a pesar de que no solo dudaba, sino que estaba casi convencido de que sin ayuda de un destacamento militar los campesinos no entregarían los carros.

Y, efectivamente, al llegar la noche no había ni rastro de carros. En la aldea, junto a la taberna, se había celebrado una nueva reunión en la que habían decidido llevar los caballos al bosque y no entregar ningún carro. Sin decirle nada de esto a la princesa, Alpátych ordenó descargar su propio equipaje de los carros que había traído de Lysye Gory y preparar esos caballos para los carruajes de la princesa Maria. Entretanto, se dirigió personalmente a las autoridades.

X

Después del entierro de su padre, la princesa Maria se encerró en su habitación y no permitió pasar a nadie. La doncella se acercó a su puerta para decirle que Alpátych había venido a pedir instrucciones para la partida. (Esto ocurría antes de la conversación entre él y Dron.) La princesa Maria se incorporó del diván y, a través de la puerta cerrada, dijo que jamás iría a ninguna parte, que la dejaran en paz.

Las ventanas de su habitación daban al oeste. Echada en el diván, de cara a la pared, pasaba los dedos por los botones del cojín de cuero, que era lo único que veía, con el pensamiento difuso, concentrado en una sola cosa: la irrevocabilidad de la muerte y la bajeza moral que hasta entonces no conocía y que se había puesto de manifiesto durante la enfermedad de su padre. Quería rezar, pero era incapaz, no se atrevía a dirigirse a Dios en ese estado moral. Estuvo largo rato así, sin cambiar de posición.

El sol se puso al otro lado de la casa y sus rayos oblicuos, vespertinos, iluminaron la habitación a través de las ventanas abiertas, así como la parte del cojín de tafilete en que la princesa Maria tenía la mirada fija. El fluir de sus pensamientos se detuvo de golpe. Se incorporó inconscientemente, se arregló el pelo, se puso de pie y se acercó a la ventana, llenándose sin querer los pulmones del aire fresco de esa tarde clara, aunque ventosa.

«¡Sí, qué cómodo te resulta ahora deleitarte con el atardecer! Él ya no está y nadie te va a molestar», se dijo, y, dejándose caer en una silla, apoyó la cabeza en el alféizar.

Alguien de voz suave y dulce la llamó desde el otro lado de la ventana y le besó en la cabeza. La princesa Maria alzó la mirada. Era *mademoiselle* Bourienne, que llevaba un vestido negro con encajes de luto. Se había acercado en silencio, la había besado entre suspiros y, acto seguido, se había echado a llorar. La princesa recordó todos los encontronazos que había tenido

con ella en el pasado y los celos que le había inspirado; recordó también lo mucho que él había cambiado últimamente con la francesa, tanto que no quería ni verla; por ello, los reproches que le hacía en su fuero interno le parecieron muy injustos. «¿Acaso puedo yo, yo que deseé su muerte, juzgar a alguien?», pensó.

Se representó vivamente la situación de *mademoiselle* Bourienne, a quien en los últimos tiempos había alejado de su lado, pero que seguía dependiendo de ella y vivía en una casa ajena. Y le dio lástima. La miró con expresión dulce e interrogativa y le tendió la mano. *mademoiselle* Bourienne se echó a llorar de nuevo, le besó la mano y empezó a hablar de la desgracia que había golpeado a la princesa y de la que ella también se sentía partícipe. Dijo que el único consuelo para su dolor era que le permitiera compartirlo con ella; que los malos entendidos del pasado debían ser olvidados ante semejante dolor; que se sentía pura ante todo el mundo, y que *él* estaría viendo su amor y gratitud desde allí. La princesa la oía sin entender sus palabras, aunque de vez en cuando la mirara y escuchara los sonidos de su voz.

—Su situación es doblemente terrible, querida princesa —dijo *mademoiselle* Bourienne tras un breve silencio—. Comprendo perfectamente que no ha podido ni puede pensar en sí misma; pero mi amor por usted me obliga a hacer esto… ¿La ha venido a ver Alpátych? ¿Le ha hablado de la partida? —le preguntó.

La princesa Maria no le respondió. No entendía de quién le hablaba ni adónde tenía que partir. «¿Acaso se puede hacer o pensar algo en un momento como este? ¿Acaso no da todo igual?» No dijo nada.

—¿Sabe usted, *chère Marie* —preguntó *mademoiselle* Bourienne—, sabe que corremos peligro, que estamos rodeados de franceses? Partir ahora sería peligroso. Si lo hacemos, es casi seguro que nos harán prisioneras, y sabe Dios…

La princesa Maria miraba a su amiga sin comprender lo que le decía.

—¡Ah, si alguien supiera lo indiferente que me resulta todo, todo! —dijo —. Por supuesto, no deseo alejarme de *él* por nada del mundo… Alpátych ha dicho algo de marcharnos… Hable con él, soy incapaz de hacer nada en absoluto y tampoco quiero hacerlo…

—Ya he hablado con él. Tiene la esperanza de que mañana aún estemos a tiempo de partir; pero yo creo que lo mejor sería quedarnos —dijo *mademoiselle* Bourienne—. Porque convendrá conmigo en que sería espantoso caer en manos de soldados o de campesinos amotinados en el camino. —Cogió una proclama de su ridículo (no se trataba de un documento

ruso corriente) del general francés Rameau en que se anunciaba a los habitantes que no abandonaran sus casas, que las autoridades francesas les proporcionarían la debida protección, y se la entregó a la princesa—. Creo que lo mejor sería dirigirse a este general —añadió—, estoy convencida de que a usted la tratarán con el debido respeto.

La princesa Maria leyó la proclama y unos sollozos sin lágrimas le hicieron temblar el rostro.

—¿A través de quién ha recibido esto? —preguntó.

—Seguramente se habrán enterado de que soy francesa por mi nombre —dijo *mademoiselle* Bourienne enrojeciendo.

La princesa Maria se alejó de la ventana con el papel en la mano y, con el rostro pálido, salió de la habitación; a continuación se dirigió al antiguo gabinete del príncipe Andréi.

—¡Duniasha, dígale a Alpátych, a Drónushka o a quien sea que me venga a ver! —ordenó—. Y dígale a Amélie Kárlovna[91] que no entre —añadió al oír la voz de *mademoiselle* Bourienne—. ¡Hay que partir cuanto antes! ¡Cuanto antes! —exclamó, horrorizada ante la idea de la posibilidad de caer en manos de los franceses.

¡Que el príncipe Andréi se enterara de que estaba a merced de los franceses! ¡Que ella, la hija del príncipe Nikolái Andreich Bolkonski, le tuviera que pedir protección al general Rameau y aceptar su favor! Esta idea la llenó de horror, la hizo estremecer, enrojecer y sentir unos accesos de rabia y de orgullo nuevos para ella. Vio claramente todo lo penoso y, sobre todo, humillante de su situación. «Los franceses se instalarán en esta casa; el general Rameau ocupará el gabinete del príncipe Andréi, donde leerán sus cartas y documentos para entretenerse. *Mademoiselle Bourienne lui fera les honneurs de Boguchárovo*[92]. Me darán un cuartucho por piedad; los soldados profanarán la tumba recién cavada de mi padre para quitarle las cruces y las estrellas; me hablarán de las victorias sobre los rusos, fingirán compasión por mi desgracia…», se decía, no con su propio modo de pensar, sino creyéndose con el deber de pensar como lo harían su padre y hermano. A ella personalmente le daba todo igual: dónde quedarse, qué le sucedería… Pero se sentía representante de su difunto padre y del príncipe Andréi. Inconscientemente, pensaba y sentía como lo harían ellos. Lo que ellos hubieran dicho o hecho en un momento así era lo que ella creía imprescindible hacer. Se dirigió al gabinete del príncipe Andréi y, procurando imbuirse de su modo de pensar, estudió su situación.

Las exigencias de la vida que, desde la muerte de su padre, consideraba aniquiladas, de pronto surgieron ante ella, la poseyeron con una renovada fuerza que desconocía.

Llena de agitación y con el rostro enrojecido se paseó por el gabinete, exigiendo tan pronto la presencia de Alpátych como la de Mijaíl Ivánovich, Tijon o Dron. Duniasha, el aya y las muchachas no podían saber en qué medida era cierto lo que había dicho *mademoiselle* Bourienne. Alpátych no estaba en la casa: se había marchado en busca de las autoridades. El arquitecto Mijaíl Ivánovich se presentó ante ella con los ojos somnolientos y no pudo decirle nada. Exactamente con la misma sonrisa de aprobación con que durante quince años se había acostumbrado a contestar al viejo príncipe, sin expresarle su opinión, contestó a las preguntas de la princesa Maria, de modo que de sus respuestas no se pudo extraer nada concreto. Tijon, el viejo ayuda de cámara, con el rostro hundido y enflaquecido que llevaba el sello de un dolor irreparable, respondió: «A sus órdenes, señora» a todas las preguntas de la princesa, mientras la miraba conteniendo a duras penas los sollozos.

Finalmente el *stárosta* Dron entró en el gabinete y, después de hacer una profunda reverencia a la princesa, se detuvo junto al dintel de la puerta.

La princesa Maria daba vueltas por el gabinete, y se detuvo delante de él.

—Drónushka —le dijo, viendo en él a un amigo indudable, a ese mismo Drónushka que, a la vuelta de su viaje anual a la feria de Viazma, cada vez le traía unos melindres especiales con una sonrisa—. Drónushka, ahora, después de nuestra desgracia… —empezó a decir, pero, sin fuerzas para seguir hablando, se quedó callada.

—Estamos todos en manos de Dios —suspiró él.

Guardaron silencio.

—Drónushka, Alpátych se ha marchado a no sé dónde, no tengo a quién acudir. ¿Es cierto lo que me han dicho de que no puedo marcharme?

—¿Por qué no va a poder, excelencia? Sí que puede —respondió Dron.

—Me han dicho que es peligroso por el enemigo. Querido, yo no puedo hacer nada, no entiendo nada, no tengo a nadie. Quiero irme esta noche sin falta o mañana temprano.

Dron guardó silencio y la miró con ceño.

—No hay caballos —afirmó—. Ya se lo dije a Yákov Alpátych.

—¡Cómo que no hay! —exclamó la princesa.

—Es todo un castigo de Dios —dijo Dron—. Las tropas se han llevado unos, otros han muerto; ha sido un mal año. ¡No estamos para alimentar a los caballos cuando nosotros mismos podemos morir de hambre! Nos hemos

llegado a pasar tres días sin comer. No hay nada, estamos totalmente arruinados.

La princesa Maria escuchó atentamente sus palabras.

—¿Los campesinos están arruinados? ¿No tienen trigo? —preguntó.

—Se están muriendo de hambre —dijo Dron—, no están para pensar en los carros.

—Pero ¿por qué no lo habías dicho antes, Drónushka? ¿Acaso no se les puede ayudar? Haré todo lo que esté en mi mano…

A la princesa Maria se le hacía raro pensar que en un momento así, cuando una pena tan grande le llenaba el alma, pudiera haber ricos y pobres, y que los ricos pudieran no ayudar a los pobres. Sabía vagamente y había oído decir que existía el llamado «trigo de los amos» que era repartido entre los campesinos. También sabía que ni su hermano ni su padre se habrían negado a ayudar a los campesinos necesitados; solo temía equivocarse de algún modo con las palabras acerca del reparto del trigo que quería ordenar. Pero le alegraba tener un motivo de preocupación que le pudiera hacer olvidar su dolor sin avergonzarse. Se puso a hacer preguntas detalladas sobre las necesidades de los campesinos y sobre qué era lo que pertenecía a los señores en Boguchárovo.

—Queda trigo de mi hermano, ¿verdad? —preguntó.

—Está todo intacto —respondió Dron con orgullo—, nuestro príncipe no dio órdenes de venderlo.

—Pues dáselo a los campesinos, dales todo lo que necesiten: te autorizo a hacerlo en nombre de mi hermano —dijo la princesa Maria. Dron, sin responder nada, lanzó un profundo suspiro—. Dales el trigo si es que es suficiente. Repártelo todo. Te lo ordeno en nombre de mi hermano, y diles esto: lo nuestro es también de ellos. No escatimaremos en nada por ellos. Díselo así.

Mientras la princesa hablaba, Dron la miraba fijamente.

—¡Despácheme, señora, por Dios, ordene que me quiten las llaves! —exclamó—. He servido veintitrés años, nunca he hecho nada malo; ¡despácheme, por Dios!

La princesa Maria no entendía qué quería exactamente y por qué le pedía que lo despachara. Le respondió que jamás había dudado de su fidelidad, que estaba dispuesta a hacer todo por él y por los campesinos.

XI

Al cabo de una hora Duniasha fue a ver a la princesa Maria para informarle de que Dron, siguiendo sus órdenes, había reunido a los campesinos junto al granero, y que deseaban hablar con la señora.

—Pero ¡si yo no los he llamado! —dijo la princesa Maria—. Solo le he dicho a Dron que les repartiera el trigo.

—¡Por el amor de Dios, querida princesa, ordene que los echen, no salga a verlos! Es todo un engaño —dijo Duniasha—. Cuando llegue Yákov Alpátych nos marcharemos… Pero no permita…

—¿Cómo que un engaño? —se sorprendió la princesa.

—Sé bien lo que me digo. Escúcheme, por Dios, pregúntele a su aya si quiere. Dicen que no están de acuerdo con marcharse de aquí, como usted ha ordenado.

—Creo que te confundes. Yo nunca les he ordenado que se marchen… —dijo la princesa Maria—. Llama a Drónushka.

Dron, al llegar, confirmó las palabras de Duniasha: los campesinos habían acudido por orden de la princesa.

—Pero ¡si yo en ningún momento los he llamado! —replicó la princesa—. Les habrás transmitido mal mis órdenes. Solo te dije que les entregaras el trigo.

Dron suspiró, pero no respondió nada.

—Si usted lo ordena, se irán —dijo finalmente.

—No, no; saldré a verlos —dijo la princesa Maria.

A pesar de que Duniasha y el aya trataron de convencerla de que no lo hiciera, la princesa salió al porche. Drónushka, Duniasha, el aya y Mijaíl Iványch iban detrás de ella.

«Seguro que piensan que les ofrezco el trigo para que no se muevan de sus casas mientras yo me marcho, abandonándolos al capricho de los franceses —se decía la princesa Maria—. Les voy a prometer manutención y alojamiento en la hacienda de los alrededores de Moscú; estoy segura de que *André*, en mi lugar, haría todavía más», pensaba al acercarse en el crepúsculo a la muchedumbre que la esperaba en el pasto, junto al granero.

Los campesinos, apiñándose, empezaron a moverse y a quitarse rápidamente los sombreros. La princesa Maria, con la mirada gacha, enredándose con el vestido al andar, se acercó mucho a ellos. Tenía tantos ojos de viejos y de jóvenes posados en ella, y había tal cantidad de caras, que no era capaz de distinguir ninguna y, sintiendo una súbita necesidad de hablar con todos, no supo qué hacer. Pero, de nuevo, la conciencia de que era la representante de su padre y hermano le dio fuerzas y dijo con valentía:

—Estoy muy contenta de que hayáis venido —comenzó, sin levantar la mirada; el corazón le latía rápido y fuerte—. Drónushka me ha dicho que la guerra os ha arruinado. Nuestra desgracia es conjunta y no escatimaré en nada para ayudaros. Yo misma me marcho, porque es peligroso quedarse aquí… Y el enemigo está cerca… Porque… Os lo voy a dar todo, amigos míos, os ruego que lo cojáis, tomad nuestro trigo para que no paséis necesidades. Y, si os han dicho que únicamente os lo doy para que os quedéis aquí, es mentira. Al contrario, os pido que os marchéis con todos vuestros bienes a nuestra hacienda de los alrededores de Moscú: allí me haré responsable de vosotros y os prometo que no pasaréis necesidades. Se os dará alojamiento y pan. —Se detuvo. Entre la muchedumbre se oyeron suspiros—. No lo hago en mi nombre —continuó—, sino en el de mi difunto padre, que fue un buen amo para vosotros, y en el de mi hermano y su hijo. —De nuevo se detuvo. Nadie interrumpió su silencio—. Nuestra desgracia es común y lo dividiremos todo a mitades. Lo que es mío es vuestro —concluyó, observando los rostros que tenía justo delante.

Todos los ojos la miraban con idéntica expresión, cuyo sentido era incapaz de descifrar. Bien fuera curiosidad, lealtad, agradecimiento, espanto o desconfianza, lo cierto es que todos tenían una misma expresión.

—Su benevolencia nos llena de satisfacción, pero no vamos a necesitar el trigo de los amos —dijo una voz.

—Pero ¿por qué? —preguntó la princesa. Nadie contestó y, al recorrer la muchedumbre con la mirada, se dio cuenta de que todos los ojos, al encontrarse con los suyos, se bajaban al instante—. Pero ¿por qué no lo queréis? —insistió. Nadie respondió. A la princesa el silencio la incomodaba y trató de encontrar a alguien que la mirase—. ¿Por qué no decís nada? —se dirigió a un anciano que estaba enfrente de ella apoyado en su bastón—. Dime si tú crees que es necesario hacer alguna otra cosa. Haré lo que sea —dijo, atrapando su mirada.

Pero el anciano, como si se hubiera enfadado por esto, dijo con la cabeza totalmente agachada:

—¡Para qué vamos a aceptarlo! No necesitamos trigo.

—¿Acaso pretendes que lo abandonemos todo? No estamos de acuerdo. No lo estamos… No aceptamos. Nos da lástima por ti, pero no lo aceptamos. Vete tú sola… —resonó entre la multitud, desde distintas partes.

Y de nuevo en todos los rostros se dibujó una misma expresión, pero ahora no parecía de curiosidad o agradecimiento, sino de una determinación furiosa.

—Creo que no me habéis entendido —dijo la princesa Maria con una sonrisa triste—. ¿Por qué no queréis marcharos? Prometo daros alojamiento y comida. Aquí el enemigo os va a arruinar…

Pero su voz fue tapada por la de la muchedumbre:

—¡No lo aceptamos! ¡Que el enemigo nos arruine! ¡No vamos a coger tu trigo, no lo aceptamos!

La princesa Maria trató nuevamente de atrapar alguna mirada, pero todos la desviaban; era evidente que los campesinos la rehuían. Tuvo una sensación extraña e incómoda.

—¡Mírala qué hábil, quiere que la sigamos para ser sus esclavos! ¡Que abandonemos nuestras casas y nos pongamos las cadenas! ¡Ni hablar! Y ¡dice que nos dará trigo! —resonó entre la multitud.

La princesa Maria se alejó cabizbaja y entró en la casa. Después de repetirle a Dron la orden de que los caballos estuvieran listos para el día siguiente, fue a su habitación y se quedó a solas con sus pensamientos.

XII

Aquella noche la princesa Maria estuvo mucho tiempo asentada junto a la ventana abierta de su habitación escuchando el murmullo de los campesinos que llegaba desde la aldea, aunque no pensaba en ellos. Tenía la sensación de que, por mucho que lo hiciera, no podría llegar a entenderlos. Solo pensaba en una cosa: en su dolor que, al ser interrumpido por las preocupaciones del presente, se había convertido en pasado. Ahora ya era capaz de recordar, de llorar, de rezar. Con la puesta de sol el viento había amainado. La noche era calmada y fresca. Hacia las doce las voces empezaron a apagarse; un gallo cantó, la luna llena empezó a salir por detrás de los tilos, todo quedó cubierto de una neblina y de un rocío blanquecinos y frescos. El silencio se hizo sobre la aldea y sobre la casa.

Pasaron por su memoria, una tras otra, las estampas de su pasado reciente: la enfermedad de su padre, sus últimos momentos. Y, con una alegría triste, se detuvo en esas imágenes, rechazando con horror solo la última escena, la de la muerte, que no se sentía capaz de rememorar ni siquiera a esa hora serena y misteriosa de la noche. Veía estas escenas con tal claridad y detalle que, por momentos, le parecían ser el presente, otras veces, el pasado y, otras, el futuro.

Recordó el instante en que a su padre le había dado el ataque y lo habían llevado a rastras por los brazos a través del jardín de Lysye Gory; también cómo balbuceó algo con su lengua impotente, contrayendo sus cejas canas, y el modo en que la miró, con una expresión inquieta y dócil.

«Ya entonces quiso decirme lo que me dijo el día de su muerte. Siempre había pensado en decírmelo.» Recordó con todo detalle la noche anterior al ataque que había sufrido su padre: la princesa Maria, presintiendo la desgracia, se había quedado con él en Lysye Gory, en contra de su voluntad. Al no poder dormir, ella había bajado de puntillas y, al acercarse a la puerta de la galería de las flores, en la que esa noche dormía su padre, había oído su voz débil y extenuada mientras hablaba con Tijon. Era evidente que tenía ganas de hablar. «Pero ¿por qué no me llamó a mí? ¿Por qué no me dejó ocupar el lugar de Tijon? —se dijo entonces y se decía ahora la princesa—. Ahora ya no podrá confesarle a nadie todo lo que tenía en el alma. Ni él ni yo volveremos a recuperar jamás ese momento en que podría haber dicho todo cuanto hubiera querido, y yo, en vez de Tijon, le habría escuchado y comprendido. ¿Por qué no entré? —pensó—. Quizá ya entonces me habría dicho lo que me dijo el día de su muerte. Le preguntó a Tijon dos veces por mí: quería verme, y yo me quedé ahí, detrás de la puerta. Qué triste y duro se le haría hablar con Tijon, que no le entendía. Recuerdo que habló de Liza como si estuviera viva (olvidó que había muerto) y, cuando Tijon le recordó que ya no vivía, él le gritó: "¡Imbécil!". Qué mal lo estaría pasando. Oí cómo se acostaba entre gemidos y cómo exclamó en voz alta: "¡Dios mío!". ¿Por qué no entré entonces? ¿Qué podría haberme hecho? ¿Qué habría perdido? Tal vez le habría consolado, me habría dicho aquellas palabras.»

Y pronunció las palabras que su padre le había dicho el día de su muerte:

—¡Ca-ri-ño mí-o!

Y se echó a llorar con unas lágrimas que le aliviaron el alma.

En ese momento vio el rostro del viejo príncipe delante de ella. Pero no el que recordaba, el que siempre había visto desde la distancia, sino ese rostro débil y dócil que el último día, cuando ella se acercó a su boca para oír lo que le decía, había visto por primera vez desde cerca, en todo detalle y con todas sus arrugas.

—¡Cariño mío! —volvió a repetir la princesa.

«¿En qué pensaría cuando lo dijo? ¿En qué estará pensando ahora?», se preguntó de repente, y, como respuesta, lo vio delante de ella con la misma expresión que tenía en el féretro y el pañuelo blanco anudado a la cara. Y el horror que entonces la invadió cuando al rozarle sintió que aquello no era él,

que se trataba de algo misterioso y repelente, la invadió de nuevo. Quiso pensar en otra cosa, rezar, pero no pudo. Miraba con sus ojos grandes y muy abiertos la luz de la luna y las sombras, esperando ver en cualquier momento aquel rostro sin vida, y tuvo la sensación de que el silencio que reinaba por encima y dentro de la casa la tenía encadenada.

—¡Duniasha! —susurró—. ¡Duniasha! —gritó salvajemente, y, huyendo de ese silencio, corrió hacia la habitación de las criadas al encuentro del aya y las doncellas, que corrían a su vez hacia ella.

XIII

El 17 de agosto Rostov e Ilín, acompañados únicamente de Lavrushka, recién llegado de su cautiverio, y de un ordenanza del cuerpo de húsares, salieron a montar fuera del campamento de Yánkovo, a quince verstas de Boguchárovo, para probar un caballo nuevo que Ilín acababa de comprar y para averiguar si en las aldeas había heno.

Desde hacía tres días Boguchárovo estaba entre los dos ejércitos enfrentados, de modo que tan fácil era que llegara allí un ruso de la retaguardia como un francés de la avanzada; por ello, Rostov, como afanoso jefe de escuadrón que era, quería hacerse antes que los franceses con los víveres que hubieran quedado en Boguchárovo.

Rostov e Ilín estaban del mejor de los humores. De camino a Boguchárovo, hacia los dominios del príncipe con su casa señorial, donde esperaban encontrar a una numerosa servidumbre y a hermosas muchachas, tan pronto le hacían preguntas a Lavrushka sobre Napoleón y se reían con sus historias, como hacían carreras para probar el caballo de Ilín.

Rostov ni sabía ni se imaginaba que la aldea hacia donde se dirigía fuera propiedad de ese mismo Bolkonski que había estado prometido con su hermana.

Pusieron a galopar a sus caballos por última vez en una elevación que había antes de llegar a Boguchárovo, y Rostov, que adelantó a Ilín, fue el primero en entrar en la calle de la aldea.

—¡Has salido antes! —dijo Ilín, con todo el rostro rojo.

—Sí, siempre salgo antes: en el prado, ahora aquí… —respondió Rostov, acariciando a su caballo del Don, que echaba espuma.

—Pues yo, señor, lo habría adelantado con mi francés —dijo desde atrás Lavrushka, que llamaba «francés» a su penco de tiro—, pero no he querido

avergonzarlo.

Llegaron al paso hasta el granero, junto al que había una gran multitud de campesinos. Algunos de ellos se quitaron el sombrero, y otros, sin quitárselo, se quedaron mirando a los visitantes. Dos campesinos altos y viejos, de rostro arrugado y barba rala, salieron de la taberna y, sonrientes, tambaleándose y canturreando una canción absurda, se acercaron a los oficiales.

—¡Bravo! —dijo Rostov riendo—. ¿Tenéis heno?

—Cómo se parecen estos dos… —comentó Ilín.

—La chaaar… chaar… laaa… aleee… leee… greee… —cantaba uno de los viejos con una alegre sonrisa.

Un campesino salió de entre la multitud y se acercó a Rostov.

—¿De qué bando sois? —preguntó.

—¡De los franceses! —respondió Ilín riendo—. Este es Napoleón en persona —dijo, señalando a Lavrushka.

—Entonces, ¿sois de los rusos? —volvió a preguntar el campesino.

—¿Hay muchos de los vuestros por aquí? —preguntó otro campesino de estatura media acercándose también.

—Muchos, muchos —respondió Rostov—. ¿Por qué estáis aquí reunidos? —añadió—. ¿Es que hay una fiesta?

—Los ancianos se han reunido por asuntos de la comunidad —contestó el campesino apartándose de su lado.

En ese momento, en el camino de la casa señorial, aparecieron dos mujeres y un hombre con un gorro blanco que iban directos hacia los oficiales.

—¡La que va de rosa es mía, ni se te ocurra quitármela! —exclamó Ilín al ver a Duniasha, que se acercaba a ellos con paso rápido y decidido.

—¡Será nuestra! —le dijo Lavrushka a Ilín guiñándole un ojo.

—¿En qué te podemos ayudar, belleza? —dijo Ilín con una sonrisa.

—La princesa me ha ordenado preguntar de qué regimiento son ustedes y cómo se apellidan.

—Este es el conde Rostov, jefe de escuadrón, y yo soy el fiel servidor de usted.

—¡Chaa… aa… aar… laa! —canturreó el campesino borracho, sonriendo alegremente y mirando a Ilín mientras este conversaba con la muchacha.

Detrás de Duniasha Alpátych, que ya desde lo lejos se había quitado el sombrero, se acercó a Rostov.

—Me atrevo a importunarlo, señor —dijo con deferencia, aunque con cierto desdén por la juventud del oficial y con una mano metida en la solapa

del chaleco—. Mi señora, hija del general en jefe y príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, fallecido el día 15, se encuentra en dificultades por culpa de la ignorancia de estos individuos —señaló a los campesinos—, y le ruega que la visite… ¿Le importa que…? —añadió con una sonrisa triste—. ¿Que nos alejemos un poco? Resulta incómodo hablar delante de… —Señaló a los dos campesinos, que no dejaban de rondarle como tábanos a un caballo.

—¡Eh!… Alpátych… ¡Eh! ¡Yákov Alpátych!… ¡Fabuloso! Perdona, en el nombre de Cristo. ¡Fabuloso! ¿Eh?… —decían los campesinos con alegres sonrisas.

Rostov miró a los dos borrachos y sonrió.

—O ¿quizá esto divierte al señor? —preguntó Yákov Alpátych con aspecto grave, señalando a los viejos con la mano que no se había metido en el chaleco.

—No, esto no tiene nada de divertido —dijo Rostov, y se alejó—. ¿Qué pasa? —preguntó.

—Me atrevo a informar al señor de que la tosca población de aquí no quiere dejar salir a la señora de la hacienda y amenaza con desenganchar los caballos; aunque todo el equipaje está cargado desde primera hora de la mañana, no puede marcharse.

—¡No es posible! —exclamó Rostov.

—Tengo el honor de decirle toda la verdad —insistió Alpátych.

Rostov desmontó y, después de darle su caballo al ordenanza, fue hacia la casa con Alpátych, preguntándole los detalles de lo ocurrido. Efectivamente, el ofrecimiento de trigo que en la víspera la princesa había hecho a los campesinos, la explicación que había tenido con Dron y con ellos, estropearon hasta tal punto las cosas que Dron devolvió definitivamente las llaves, se unió a los campesinos y no se presentó a las llamadas de Alpátych. Por la mañana, cuando la princesa ordenó enganchar, los campesinos salieron en masa hacia el granero y mandaron decir que no la dejarían salir de la aldea, que había orden de no marcharse, y que desengancharían los caballos. Alpátych salió para tratar de hacerlos entrar en razón, pero le respondieron que no podían dejar marchar a la princesa, que había una orden al respecto (el que más habló fue Karp; Dron no destacó entre la multitud). Pero, si la princesa se quedaba, la servirían como siempre y la obedecerían en todo.

En el momento en que Rostov e Ilín habían galopado por el camino, la princesa Maria, a pesar de que Alpátych, el aya y las doncellas trataran de disuadirla, había ordenado enganchar y se disponía a marcharse; pero, al ver

que unos jinetes llegaban a galope, los había tomado por franceses, los cocheros habían huido y la casa se había llenado del llanto de las mujeres.

—¡Padre! ¡Padre benefactor! ¡Has sido enviado por Dios! —exclamaron varias voces emocionadas cuando Rostov cruzó el recibidor.

La princesa Maria, perpleja y sin fuerzas, estaba sentada en la sala cuando introdujeron allí a Rostov. Al principio no entendió quién era, qué quería ni lo que iba a ser de ella. Pero, al ver una fisonomía rusa, al reconocer en ese joven a alguien de su círculo por su modo de entrar y por las primeras palabras que había pronunciado, le obsequió con su mirada profunda y radiante, y empezó a hablarle con la voz entrecortada y temblorosa a causa de los nervios. «¡Una muchacha indefensa, muerta de pena, sola, abandonada a la merced de unos campesinos burdos y amotinados! ¡Qué extraño destino es este que me ha empujado hasta aquí! —pensaba Rostov al escucharla y mirarla—. Y ¡qué dulzura, qué nobleza tienen sus rasgos y su expresión!», se decía al oír sus tímidas palabras.

Cuando ella le contó que todo había sucedido al día siguiente del entierro de su padre, la voz se le quebró; le dio la espalda y, a continuación, como si temiera que Rostov se tomara sus palabras como un deseo de despertar un sentimiento de piedad en él, le echó una mirada asustada e interrogativa. El joven tenía lágrimas en los ojos. La princesa Maria se dio cuenta y, agradecida, le dirigió esa mirada luminosa que hacía olvidar la fealdad de su rostro.

—No puedo expresarle, princesa, lo feliz que me siento de que la casualidad me haya traído hasta aquí y de tener la oportunidad de ponerme a su disposición —dijo Rostov levantándose—. Puede usted partir: respondo con mi honor de que no habrá hombre que se atreva a causarle ninguna contrariedad si usted me permite escoltarla.

Y, haciéndole una respetuosa reverencia como las que se hacen a las damas de sangre real, se encaminó hacia la puerta.

La deferencia del tono de Rostov parecía demostrar que, a pesar de que considerara una suerte haberla conocido, no quería aprovecharse de su desgracia para estrechar relaciones con ella.

La princesa Maria comprendió aquel gesto y apreció su tono.

—Le estoy muy, muy agradecida —le dijo en francés—, pero espero que todo esto se deba únicamente a un malentendido, que no haya ningún culpable. —De repente se echó a llorar—. Perdóneme —se disculpó.

Rostov, con el ceño fruncido, volvió a hacerle una profunda reverencia y salió de la sala.

XIV

—Qué, ¿es guapa? ¡Ay, hermano! La mía, la de rosa, es un encanto: se llama Duniasha…

Pero, al mirar el semblante de Rostov, Ilín se calló. Se dio cuenta de que su héroe y jefe estaba en una disposición de ánimo totalmente distinta a la suya.

Rostov se volvió, le miró furiosamente y, sin responder nada, se dirigió hacia la aldea con paso rápido.

—¡Les voy a enseñar a estos bandidos! ¡Les voy a dar lo que se merecen! —dijo para sí.

Alpátych, a trote ligero para no correr, a duras penas logró alcanzarlo.

—¿Qué decisión ha tenido a bien tomar? —le preguntó al llegar a su altura.

Rostov se detuvo y, con los puños apretados, se le acercó bruscamente y con gesto amenazador.

—¿Decisión? ¿Qué decisión? ¡Vejestorio! —le gritó—. ¿A qué estabas esperando? ¿Eh? Los campesinos se amotinan y ¿no sabes manejarlos? También tú eres un traidor. ¡Os conozco bien, os despellejaré a todos!…

Y, como si temiera gastar en vano las reservas de su ímpetu, dejó a Alpátych y siguió andando a toda prisa. El administrador, ahogando el sentimiento de ofensa, lo siguió como pudo y continuó exponiéndole su parecer. Dijo que los campesinos estaban en tal estado de obcecación que en ese momento sería imprudente *oponerse* a ellos sin contar con un destacamento de soldados, a los que sería mejor hacer venir antes de nada.

—¡Ya les daré yo un destacamento!… ¡Ya me opondré yo a ellos! —decía sin demasiado sentido Nikolái, sofocado por una cólera irracional, animal, y por la necesidad de descargarla.

Sin pensar en lo que iba a hacer, se encaminaba irreflexivamente, con paso rápido y decidido, hacia la muchedumbre, y, cuanto más se acercaba, más sentía Alpátych que ese acto imprudente podría dar buenos resultados. La misma sensación tuvieron los campesinos, que lo veían llegar con paso rápido y firme, con el ceño fruncido y expresión decidida.

Desde la llegada de los húsares a la aldea y la entrevista de Rostov con la princesa, la confusión y la discordia se habían sembrado entre la muchedumbre. Algunos campesinos habían empezado a decir que los recién llegados eran rusos y que iban a enfadarse por no dejar partir a la princesa.

Dron era de esa misma opinión pero, en cuanto la expuso, Karp y otros campesinos se ensañaron con el antiguo *stárosta*.

—¿Cuántos años llevas viviendo a costa de la comunidad? —le gritó Karp —. ¡A ti te da igual! Desenterrarás tu hucha y te la llevarás. ¿Qué más te da a ti que devasten nuestras casas?

—Nos han dicho que hay orden de que nadie abandone su casa ni se lleve ni un miga de pan, y ¡ya está! —gritó otro.

—Al gordinflón de tu hijo le tocaba ir a la guerra pero, como te dio pena, alistaste a mi Vanka en su lugar —dijo de pronto un viejecito menudo encarándose a Dron—. ¡Ah, moriremos todos!

—¡Así es, moriremos!

—¡Nunca he renegado de la comunidad! —objetó Dron.

—¡Cómo vas a renegar si has echado barriga a nuestra costa!…

Los dos campesinos altos decían la suya. En cuanto Rostov, acompañado de Ilín, Lavrushka y Alpátych, se acercó a la muchedumbre, Karp se colocó al frente con una leve sonrisa y los dedos metidos en el cinturón. Dron, al contrario, se escondió entre las filas de detrás y la multitud se apretujó.

—¡Eh! ¿Quién de vosotros es el *stárosta*? —gritó Rostov, acercándose con paso rápido.

—¿El *stárosta*? Y ¿para qué lo necesita? —preguntó Karp.

Pero, antes de que hubiera acabado de hablar, un fuerte golpe le ladeó la cabeza y el gorro le salió volando.

—¡Quitaos el gorro, traidores! —vociferó Rostov—. ¿Dónde está el *stárosta*? —gritó con la voz llena de furia.

—¡Está llamando al *stárosta*, al *stárosta*!… ¡Dron Zajárych, le llaman! —se oyeron aquí y allá varias voces apresuradas y sumisas, y, a continuación, las cabezas empezaron a descubrirse.

—No nos hemos sublevado, solo seguimos órdenes —dijo Karp.

Al mismo tiempo, varias voces empezaron a decir desde detrás:

—Lo decidieron los ancianos, aquí son demasiados los que mandan…

—Y ¿aún os atrevéis a hablar?… ¡Esto es un motín!… ¡Bandidos! ¡Traidores! —gritó Rostov con una voz que no parecía la suya, cogiendo a Karp por el cuello del chaleco—. ¡Atadlo! ¡Atadlo! —chilló, a pesar de que, aparte de Lavrushka y Alpátych, no hubiera nadie dispuesto a hacerlo.

No obstante, Lavrushka corrió hacia Karp y le sujetó las manos por detrás.

—¿Ordena usted hacer venir a nuestros soldados desde el pie la montaña? —preguntó.

Alpátych se volvió hacia los campesinos, llamó a dos por su nombre y les ordenó que ataran a Karp. Estos salieron sumisamente de entre la multitud y se quitaron los cinturones.

—¿Dónde está el *stárosta*? —gritó Rostov.

Dron, con el ceño fruncido y el rostro pálido, salió de entre las filas.

—¿Eres tú el *stárosta*? ¡Átalo, Lavrushka! —chilló Rostov, como si tampoco esa orden pudiera encontrar obstáculos.

Y, efectivamente, otros dos campesinos empezaron a atar a Dron, quien, como para ayudarlos, se quitó el cinturón y se lo dio.

—Y ¡ahora escuchadme todos! —se dirigió Rostov a los campesinos—. ¡Marchaos ahora mismo hacia vuestras casas, y que no vuelva a oír vuestras voces!

—Pero ¡si no hemos hecho nada malo! Ha sido solo una bobada… Solo un disparate… ¡Yo ya decía que esto estaba mal! —se oían varias voces increpándose entre sí.

—¡Yo ya os lo dije! —exclamó Alpátych, adoptando de nuevo sus funciones—. ¡No está bien, muchachos!

—¡Hemos sido estúpidos, Yákov Alpátych! —respondieron varias voces, y la muchedumbre empezó a dispersarse de inmediato por la aldea.

Llevaron a los dos campesinos atados a la casa señorial. Los dos borrachos iban detrás.

—¡Eh! ¡Anda que verte así! —le dijo uno de ellos a Karp.

—¿Acaso se puede hablar así a los señores? ¿Qué te creías?

—¡Estúpido! —espetó el primero—. ¡Un verdadero estúpido!

Al cabo de dos horas los carros estaban listos en el patio de la casa de Boguchárovo. Algunos campesinos sacaban animadamente el equipaje de los señores y lo colocaban en los carros, y Dron, liberado por deseo de la princesa Maria de la despensa donde lo habían encerrado, les daba instrucciones.

—¡No lo coloques mal, que cuesta dinero! —decía uno de ellos, alto, de rostro redondo y sonriente, al coger un cofrecito de manos de la doncella—. Si lo pones de cualquier manera o debajo de una cuerda, se rayará. Y eso no está bien: hay que hacerlo todo como es debido, según las normas. Mira, aquí, debajo de la arpilla, y cúbrelo con un poco de heno, eso es. ¡Estupendo!

—¡Qué de libros! —dijo otro campesino al sacar las librerías del príncipe Andréi—. ¡Tú, quita de en medio! ¡Cómo pesan, muchachos, qué libros tan gordos!

—¡Sí, estos se dedicaron a escribir y no a la juerga! —dijo el campesino alto de la cara redonda, guiñando un ojo y señalando los diccionarios que

estaban arriba.

Rostov, para no imponer a la princesa Maria su amistad, no fue a verla, sino que se quedó en la aldea esperando su salida. Cuando los carruajes de la princesa se pusieron en marcha, montó en su caballo y la escoltó hasta el camino ocupado por nuestras tropas, a doce verstas de Boguchárovo. En la posada de Yánkovo se despidió respetuosamente de ella, permitiéndose besarle la mano por primera vez.

—¡Cómo no le da vergüenza decir eso! —le respondió ruborizado cuando ella le expresó su agradecimiento por haberla salvado (así era como calificaba su acción)—. Cualquier policía hubiera hecho lo mismo. Si lo único que tuviéramos que hacer fuera luchar contra campesinos, el enemigo no habría llegado tan lejos —añadió, como avergonzándose y tratando de cambiar el tema de conversación—. Me siento afortunado por haber tenido la oportunidad de conocerla. Adiós, princesa, le deseo felicidad y consuelo, y que nos volvamos a encontrar en circunstancias más felices. Si no quiere que enrojezca, por favor, no me agradezca nada.

Pero la princesa, aunque no se lo volvió a agradecer con palabras, sí lo hizo con toda la expresión de su rostro, que irradiaba gratitud y ternura. No podía creer que no tuviera nada que agradecerle. Al contrario: para ella era indudable que, si Rostov no hubiera aparecido, habría sido víctima de los campesinos amotinados y de los franceses; que él, para salvarla, se había expuesto a terribles y evidentes peligros. Y era aún más indudable que se trataba de un hombre de alma elevada y noble que había sabido comprender su situación y su dolor. No se le iban de la cabeza sus ojos bondadosos y honrados, que se habían cubierto de lágrimas cuando ella se había echado a llorar al hablarle de su pérdida.

Cuando se despidió de él y se quedó sola, de repente notó lágrimas en los ojos, y en ese momento le surgió una pregunta extraña: ¿lo amaba?

De camino hacia Moscú, a pesar de que la situación de la princesa Maria no era alegre, Duniasha, que viajaba en su carruaje, notó en más de una ocasión que su señora se asomaba por la ventanilla con una sonrisa alegre y triste al mismo tiempo.

«Y ¿qué si me he enamorado de él?», pensaba la princesa Maria.

Por mucha vergüenza que le diera reconocer que había sido la primera en amar a un hombre que tal vez nunca la querría, se consolaba con la idea de que nadie lo sabría jamás, de que, si no se lo contaba a nadie, no sería

culpable de amar a ese hombre hasta el final de su vida por primera y última vez.

A veces recordaba sus miradas, su interés, sus palabras, y le parecía que aquella felicidad era imposible. Y era entonces cuando Duniasha la notaba sonreír mientras miraba por la ventanilla.

«Y ¡pensar que apareció en Boguchárovo justo en ese momento! —se decía la princesa Maria—. Y ¡que su hermana rechazó al príncipe Andréi!» Veía en todo esto la voluntad de la providencia.

La princesa había causado una impresión muy agradable en Rostov. Se ponía contento al recordarla y se enfadaba cuando sus compañeros, al enterarse de sus aventuras en Boguchárovo, bromeaban diciéndole que había ido allí a por heno y había pescado a una de las herederas más ricas de Rusia. Se enfadaba justamente porque la idea de casarse con esa muchacha tan dulce y agradable, dueña de una inmensa fortuna, se le había pasado más de una vez por la cabeza sin querer. Nikolái no podía desear para sí una mujer mejor: ese matrimonio haría feliz a su madre, la condesa, y arreglaría los problemas financieros de su padre; e incluso —tenía esa sensación— haría feliz a la propia princesa Maria.

Pero ¿y Sonia? ¿Y la palabra dada? Esta era la razón por la que Rostov se enfadaba cuando le hacían bromas sobre la princesa Bolkónskaia.

XV

Al ponerse al mando de los ejércitos, Kutúzov se acordó del príncipe Andréi y le envió la orden de presentarse en el cuartel general.

El príncipe Andréi llegó a Tsariovo-Záimische el mismo día y a la misma hora que Kutúzov pasaba por primera vez revista a las tropas. Se detuvo en la aldea, en la casa del pope frente al que estaba el carruaje del comandante en jefe, y se sentó en un banquito que había al lado de la puerta cochera a esperar al serenísimo, que era como ahora todo el mundo llamaba a Kutúzov. En el campo, detrás de la aldea, tan pronto se oía la música del regimiento como el rugido de la enorme masa de soldados que gritaban: «¡Hurra!» al nuevo comandante en jefe. Cerca de la puerta cochera, a unos diez pasos del príncipe Andréi, había dos ordenanzas —un correo y un mayordomo— que aprovechaban la ausencia de Kutúzov y el buen tiempo. Un teniente coronel de húsares moreno, de baja estatura, grandes bigotes y patillas, llegó a caballo

y, echando una mirada al príncipe Andréi, le preguntó si el serenísimo estaba allí y si volvería pronto.

El príncipe Andréi le contestó que no pertenecía al Estado Mayor del serenísimo y que él también acababa de llegar. Entonces el teniente coronel se dirigió al engalanado ordenanza, el cual, con ese desdén particular con que los asistentes de los comandantes en jefe hablan a los oficiales, le preguntó:

—¿Quién? ¿El serenísimo? Seguramente llegue ahora. ¿Qué es lo que desea?

Bajo el bigote del teniente coronel de húsares se dibujó una ligera sonrisa por el tono con que el ordenanza le había hablado y, tras desmontar del caballo y entregárselo a su asistente, se acercó a Bolkonski haciéndole un leve saludo con la cabeza. El príncipe Andréi le dejó sitio en el banco y el teniente coronel se sentó a su lado.

—¿Está usted también *espeg'ando* al comandante en jefe? Dicen que *g'ecibe* a todo el mundo, *gg'acias* a Dios. ¡Con los salchichas ha sido todo nefasto! No en vano *Yeg'mólov* ha pedido que lo asciendan a alemán. Quizá *ahog'a* los *g'usos* tengamos también *deg'echo* a *hablag'*. Solo el diablo sabe lo que han hecho: *g'etg'ocedeg'* y nada más que *g'etg'ocedeg'*. ¿Ha *pag'ticipado* usted en la campaña? —preguntó.

—He tenido el placer —respondió el príncipe Andréi— no solo de participar en la retirada, sino también de perder en ella todo cuanto me era querido, sin hablar de las haciendas y de la casa natal… de mi padre, que ha muerto de pena. Soy de Smolensk.

—¡Ah!… ¿Es usted el *pg'íncipe* Bolkonski? Estoy muy contento de *conoceg'lo*. Soy el teniente *cog'onel* Denísov, más conocido como Vaska —dijo Denísov, estrechándole la mano y examinándole el rostro con especial afabilidad—. Sí, estoy *enteg'ado* de lo sucedido —añadió con expresión de compasión, y, después de un silencio, continuó—: Esta es una auténtica *guegg'a* escita, lo cual está muy bien si no te toca *pagag'* el pato. Así pues, usted es el *pg'íncipe* Bolkonski. —Movió la cabeza—. Estoy muy contento, *pg'íncipe*, muy contento de *conoceg'lo* —repitió con una sonrisa triste, estrechándole la mano de nuevo.

El príncipe Andréi conocía a Denísov por las historias que Natasha le había contado sobre su primer pretendiente. Este recuerdo lo trasladó dulce y dolorosamente a penosas sensaciones en las que llevaba tiempo sin pensar, pero que seguía teniendo en el alma. En los últimos tiempos había experimentado impresiones tan distintas e importantes —el abandono de Smolensk, su llegada a Lysye Gory, la reciente noticia de la muerte de su

padre— que esos recuerdos llevaban tiempo sin venirle a la cabeza, aunque cuando lo hacían, no tenían la fuerza de antaño. A Denísov el nombre de Bolkonski también le despertó toda una serie de recuerdos de su lejano y poético pasado: la noche en que, después de la cena y de que Natasha hubiera cantado, él, sin saber cómo, le había pedido la mano a aquella chiquilla de quince años. Sonrió al recordar esos tiempos y su amor por Natasha, pero enseguida pasó a lo único que en ese momento le interesaba con pasión: el plan de campaña que había ideado durante la retirada, mientras cumplía servicio en la avanzadilla. Le había presentado este plan a Barclay de Tolly y ahora tenía intención de presentárselo a Kutúzov. Su plan se basaba en que la línea operativa francesa era demasiado alargada y que, en vez de atacar desde el frente, o al mismo tiempo, había que cortarles el paso y asaltar sus comunicaciones. Empezó a exponer su plan ante el príncipe Andréi.

—No pueden *defendeg’* toda la línea. Es imposible, yo *g’espondo* de que la *g’ompeg’é*: ¡denme quinientos *hombg’es* y la *g’ompeg’é*, se lo *asegug’o*! Solo hay un sistema posible: la *guegg’illa*.

Denísov se levantó y, con grandes gesticulaciones, le siguió explicando su plan a Bolkonski. En medio de su exposición, los gritos del ejército, ahora más inarticulados, extendidos y entremezclados con la música y las canciones, llegaron desde el lugar de la revista. En la aldea se empezaron a oír voces y cascos de caballo.

—¡Viene él en persona! —gritó un cosaco que montaba guardia en la puerta—. ¡Ya viene!

Bolkonski y Denísov fueron hacia la puerta cochera, donde había un grupo de soldados (la guardia de honor) y vieron cómo Kutúzov avanzaba por la calle en un caballo bayo no demasiado alto. Lo seguía una enorme comitiva de generales. Barclay iba casi a su lado, y gran cantidad de oficiales corría detrás y a los lados gritando:

—¡Hurra!

Los ayudantes de campo se adelantaron y entraron a galope en el patio. Kutúzov, azuzando con impaciencia a su caballo, que iba a paso de ambladura bajo esa carga, no dejaba de saludar con la cabeza y de llevarse una mano a su gorro blanco de caballero de la Guardia (con un cintillo rojo y sin visera). Al acercarse a la guardia de honor compuesta por valientes granaderos, la mayoría de ellos condecorados, que le rindieron los honores, Kutúzov los examinó un momento con atención, con una mirada obstinada e imperiosa, y se volvió hacia la multitud de generales y oficiales que lo rodeaban. De

repente su rostro adoptó una expresión sutil y se encogió de hombros con un gesto de perplejidad.

—¡Teniendo a unos valientes así y no hemos hecho más que retroceder y retroceder! —exclamó—. Bueno, adiós, general —añadió, e hizo avanzar a su caballo hasta la puerta cochera, pasando por delante del príncipe Andréi y de Denísov.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! —gritaban a su espalda.

Desde la última vez que el príncipe Andréi lo había visto, Kutúzov había engordado todavía más: estaba obeso, cubierto de grasa. Sin embargo, su ojo blanco y su cicatriz, que tan bien conocía, así como la expresión de cansancio de su rostro y de toda su figura, no habían cambiado. Vestido con una guerrera de uniforme (la fusta le pendía de una fina bandolera que llevaba cruzada al hombro) y con una gorra blanca de los caballeros de la Guardia, se balanceaba con todo su peso sobre su vigoroso y pequeño caballo.

—Fiu… fiu… fiu… —silbó a un volumen apenas audible mientras entraba en el patio.

En su rostro se dibujó el feliz alivio de quien se dispone a descansar después de un acto oficial. Sacó el pie izquierdo del estribo y, basculando todo el cuerpo y frunciendo el ceño por el esfuerzo, pasó con dificultad la pierna sobre la silla, apoyó una rodilla y, después de resoplar, descabalgó sosteniéndose en las manos de los cosacos y de los ayudantes de campo que lo asistían.

Se puso bien la guerrera, miró a su alrededor con los ojos entornados y, al parecer sin haber reconocido al príncipe Andréi, se encaminó hacia el porche con paso balanceante.

—Fiu… fiu… fiu… —volvió a silbar, mirando de nuevo al príncipe Andréi. La impresión que le causó el rostro de Bolkonski se unió al recuerdo de él solo al cabo de unos segundos (como a menudo les sucede a los viejos) —. ¡Ah! Hola, príncipe, hola, querido. Vamos… —dijo con tono cansado, mirando a los lados, y empezó a subir trabajosamente por las escaleras, que crujían bajo el peso de su cuerpo. Después de desabotonarse, se sentó en un banquito que había en el porche—. Bueno, ¿cómo está tu padre?

—Ayer recibí la noticia de su fallecimiento —respondió escuetamente el príncipe.

Kutúzov lo miró con ojos asustados y muy abiertos; a continuación, se quitó la gorra y se santiguó:

—¡Que en gloria esté! ¡Hágase la voluntad de Dios sobre todos nosotros! —Suspiró profundamente, moviendo todo el pecho, y guardó silencio—. Lo

quería y respetaba; te compadezco con toda mi alma.

Abrazó al príncipe Andréi, apretujándolo contra su obeso pecho, y lo retuvo así un buen rato. Cuando lo soltó, el príncipe vio que a Kutúzov le temblaban sus inflados labios y que tenía lágrimas en los ojos. El comandante en jefe suspiró y se agarró al banco con las dos manos para levantarse.

—Entremos, entremos en casa y hablemos —dijo.

Pero en ese momento Denísov, tan poco intimidado ante sus superiores como ante el enemigo, subió atrevidamente los peldaños del porche, haciendo resonar las espuelas, a pesar de que los ayudantes de campo habían tratado de detenerlo con susurros de contrariedad. Kutúzov, todavía con las manos apoyadas en el banco, lo miró con fastidio. Denísov se presentó y le anunció que tenía que comunicarle un asunto de gran importancia para el bien de la patria. Kutúzov lo miró con expresión cansada y gesto irritado y, cruzando las manos sobre la barriga, repitió:

—¿Por el bien de la patria? Bueno, ¿de qué se trata? Habla.

Denísov enrojeció como una muchacha (fue extraño ver que ese rostro bigotudo, curtido y dado a la bebida se ruborizara) y expuso con arrojo su plan para cortar las líneas operativas del enemigo entre Smolensk y Viazma. Había vivido en la región y conocía bien el terreno. Su plan parecía indudablemente bueno, sobre todo por la fuerte convicción de sus palabras. Kutúzov se miraba los pies y se volvía alguna que otra vez hacia el patio de la isba contigua, como esperando algo desagradable de allí. Y, efectivamente, de la isba a la que estaba mirando salió un general con una cartera bajo la axila.

—¿Qué? —preguntó Kutúzov en mitad de la exposición de Denísov—. ¿Ya está listo?

—Sí, serenísimo —dijo el general.

Kutúzov movió la cabeza como diciendo: «¿Cómo puede un hombre solo tener tiempo de hacerlo todo?», y continuó escuchando a Denísov.

—Le doy mi *palabg’a* de *honog’* de oficial *g’uso* —decía este— de que *cog’tag’é* las comunicaciones de Napoleón.

—¿Qué parentesco tienes con Kiril Andréievich Denísov, el subjefe de intendencia? —lo interrumpió Kutúzov.

—Es mi tío *cag’nal, seg’enísimo*.

—¡Oh! Éramos amigos —dijo alegremente Kutúzov—. Bien, bien, querido, quédate aquí, en el Estado Mayor, hablaremos mañana.

Y, después de despedirse de él con la cabeza, se dio la vuelta y alargó una mano hacia los documentos que le había traído Konovnitsyn.

—¿No desea su excelencia entrar en las habitaciones? —dijo el general de servicio con tono descontento—. Tiene que revisar los planes y firmar ciertos documentos.

Un ayudante de campo que acababa de salir por la puerta le anunció que en la casa estaba todo dispuesto. Pero Kutúzov, por lo visto, solo quería entrar cuando se hubiera liberado de todo el trabajo. Torció el gesto.

—No, querido, ordena que saquen una mesita, me ocuparé de eso aquí —dijo—. Y tú no te marches —añadió, volviéndose hacia el príncipe Andréi, que se quedó en el porche escuchando al general de servicio.

Durante el informe, el príncipe Andréi oyó detrás de la puerta un susurro femenino y el frufrú de un vestido de seda. Varias veces, al mirar hacia allí, vio que detrás de la puerta había una mujer rellena, sonrosada y atractiva con un vestido rosa y un pañuelo de seda lila en la cabeza; llevaba una fuente en las manos y era evidente que esperaba la entrada del comandante en jefe. El ayudante de campo de Kutúzov le susurró al príncipe Andréi que se trataba de la dueña de la casa, la mujer del pope, que se disponía a ofrecer el pan y la sal al serenísimo. Su marido lo había recibido en la iglesia con una cruz, y ella lo recibiría en la casa…

—Y está de muy buen ver —añadió el ayudante de campo con una sonrisa.

Kutúzov se volvió al oír estas palabras. Escuchaba el informe del general de servicio (cuyo objeto principal era criticar la posición en Tsariovo-Záimische) igual que como había escuchado a Denísov un momento antes y como había escuchado el debate del consejo de guerra de Austerlitz siete años antes. Era evidente que si escuchaba era simplemente porque tenía orejas y porque, a pesar de tener una de ellas tapada con un pedazo de cáñamo, no podía dejar de oír; también era evidente que nada de lo que el general de servicio le fuera a decir podría sorprenderlo o interesarlo, que ya sabía de antemano de qué se trataba y solo lo escuchaba porque no podía dejar de hacerlo, del mismo modo que uno no puede dejar de oír al coro en una misa. Todo cuanto había dicho Denísov era sensato y razonable; todo cuanto decía el general de servicio era aún más sensato y razonable, pero estaba claro que Kutúzov despreciaba los conocimientos y la inteligencia, que él sabía algo distinto, algo que decidiría la contienda y que era independiente de la inteligencia y de los conocimientos. El príncipe Andréi seguía con atención la expresión de su rostro y lo único que pudo percibir en él fue aburrimiento, curiosidad por los susurros femeninos de detrás de la puerta y el deseo de guardar el decoro. Estaba claro que Kutúzov despreciaba la inteligencia, los

conocimientos e incluso el sentimiento patriótico mostrados por Denísov, pero no los despreciaba por su propia inteligencia, sentimiento ni conocimientos (ya que ni siquiera trataba de manifestarlos), sino por algo distinto. Los despreciaba por la experiencia de la vida que le daba la vejez.

La única orden que Kutúzov dio tuvo que ver con el pillaje de las tropas rusas: al final del informe, el general de servicio le había presentado un documento que debía firmar para que se sancionara, a petición de un terrateniente, a varios jefes del ejército por haber permitido que los soldados segaran sus campos de avena verde.

Al oírlo, Kutúzov empezó a chasquear los labios y a mover la cabeza:

—¡Al horno!… ¡Al fuego! Te lo digo de una vez para siempre, querido: ¡echa al fuego todos los asuntos como este! —dijo—. Que sieguen trigo y quemen leña a sus anchas. Yo ni ordeno que lo hagan ni se lo permito, pero tampoco puedo castigarlos por ello. Y no puede ser de otro modo: cuando se corta leña, saltan astillas. —Volvió a mirar el documento—. ¡Oh, la pulcritud alemana! —exclamó, negando con la cabeza.

XVI

—¡Bueno, ya está todo! —dijo Kutúzov al firmar el último documento, y, tras levantarse trabajosamente, estirando las arrugas de su cuello rollizo y blanco, se dirigió hacia la puerta con una expresión más animada.

La mujer del pope cogió la fuente con el rostro ruborizado; a pesar de llevar tanto rato preparada, no había conseguido presentársela a tiempo. Con una profunda reverencia, se la ofreció a Kutúzov.

El comandante en jefe entornó los ojos y, sonriendo, le pellizcó la barbilla:

—Pero ¡qué guapa eres! ¡Gracias, querida! —le dijo, y sacó varias monedas de oro del bolsillo de los calzones y las puso en la fuente—. Y ¿qué? ¿Cómo va la vida? —le preguntó, encaminándose hacia la habitación que le habían asignado.

La mujer del pope, con una sonrisa que le formaba hoyuelos en su cara colorada, lo siguió hasta sus aposentos. El ayudante de campo salió al porche para invitar al príncipe Andréi a almorzar y, al cabo de media hora, Kutúzov lo volvió a llamar. Recostado en un sillón con la misma guerrera desabrochada de antes, al verlo entrar cerró un libro francés que tenía en la

mano y puso un cortapapeles como señal. Se trataba de *Les chevaliers du Cygne*, de *madame* de Genlis[93], como Bolkonski pudo leer en la cubierta.

—Vamos, siéntate, siéntate aquí, hablemos —dijo Kutúzov—. Es triste, muy triste. Pero recuerda, amigo mío, que para ti soy un padre, un segundo padre…

El príncipe Andréi le contó todo cuanto sabía del fallecimiento de su padre y lo que había visto al pasar por Lysye Gory.

—¡Hasta dónde… hasta dónde nos han llevado! —exclamó repentinamente Kutúzov con la voz emocionada, sin duda viendo con claridad a través del relato del príncipe Andréi la situación en que se encontraba Rusia—. ¡Dame tiempo, tú dame tiempo! —añadió con rabia, y, con ganas evidentes de cortar esa conversación que lo emocionaba, dijo—: Te he llamado para pedirte que te quedes a mi lado.

—Se lo agradezco, serenísimo, pero me temo que yo ya no sirvo para los Estados Mayores —respondió el príncipe Andréi con una sonrisa; Kutúzov reparó en ella y lo miró interrogativamente—. Y, sobre todo —añadió el príncipe—, me he acostumbrado a servir en el regimiento; me he encariñado con los oficiales y parece que los soldados también se han encariñado conmigo. Me apenaría abandonar mi regimiento. Si renuncio al honor de estar a su lado, créame que es…

El rostro de Kutúzov se iluminó con una expresión inteligente, bondadosa y al mismo tiempo ligeramente burlona. Interrumpió a Bolkonski.

—Lo lamento porque te necesito a mi lado, pero tienes razón, tienes razón. No es aquí donde son necesarios los hombres. Consejeros hay muchos, pero hombres escasean. Y los regimientos serían otra cosa si los consejeros prestaran servicio como tú. Recuerdo lo que hiciste en Austerlitz… Lo recuerdo, lo recuerdo: no soltaste la bandera —dijo Kutúzov.

El rostro del príncipe Andréi se cubrió de un rubor de satisfacción. Kutúzov le tiró de un brazo y le ofreció una mejilla para que se la besara; el príncipe volvió a ver lágrimas en los ojos del viejo. Aunque sabía que Kutúzov era de lágrima fácil y que lo estaba tratando con especial cariño para expresarle su pesar por el fallecimiento de su padre, el hecho de que hubiera recordado Austerlitz le resultó agradable y halagador.

—Ve con Dios y sigue tu camino; sé que es el camino del honor —dijo el comandante en jefe, y guardó un momento de silencio—. En Bucarest te eché en falta: necesitaba a alguien de confianza. —Cambió el tema de conversación y se puso a hablar de la guerra de Turquía y de la paz firmada—. Me han criticado mucho tanto por la guerra como por la paz… Pero todo

llegó a su debido tiempo. *Tout vient à point à celui qui sait attendre*.[94] Y allí no tenía menos consejeros que aquí… —continuó, volviendo al tema de los consejeros, que resultaba evidente que le preocupaba—. ¡Oh, consejeros, consejeros! —exclamó—. Si en Turquía les hubiéramos hecho caso, no habríamos firmado la paz y tampoco habríamos acabado la guerra. La gente quiere hacerlo todo deprisa, pero la prisa lo alarga todo. Si Kamenski no hubiera muerto, de todos modos habría llegado su fin. Él asediaba las fortalezas con treinta mil hombres. Pero tomar una fortaleza no es difícil, lo difícil es ganar una campaña. Y para eso no es necesario asediar ni atacar, sino *paciencia y tiempo*. Kamenski envió a sus soldados a Rustschuk[95], mientras que yo, solo con esas dos cosas (paciencia y tiempo), he conquistado más fortalezas que él y he hecho comer carne de caballo a los turcos. —Movió la cabeza—. ¡Los franceses también la comerán! Cree en mi palabra —dijo, llenándose de fervor y golpeándose el pecho—: ¡les haré comer carne de caballo!

Los ojos le volvieron a brillar por las lágrimas.

—Pero habrá que aceptar la batalla, ¿no es así? —preguntó el príncipe Andréi.

—Así es. Si eso es lo que quieren, será inevitable… Pero créeme, querido: no hay nada tan poderoso como estos dos guerreros: *la paciencia y el tiempo*. Ellos lo harán todo, aunque los consejeros *n'entendent pas de cette oreille, voilà le mal*[96]. Unos quieren, otros no. ¿Qué se puede hacer? —preguntó, como esperando una respuesta—. ¿Tú qué harías? —insistió, y en sus ojos brilló una expresión profunda e inteligente—. Te diré lo que se tiene que hacer —continuó, al ver que el príncipe Andréi no respondía—. Te diré lo que se tiene que hacer y lo que haré. *Dans le doute, mon cher, abstiens-toi*[97] —sentenció, separando las palabras—. Bueno, adiós, amigo; recuerda que llevo tu pérdida en el alma, que para ti no soy ni serenísimo, ni príncipe, ni comandante en jefe, sino un padre. Si necesitas algo, recurre directamente a mí. Adiós, querido.

Volvió a abrazarlo y lo besó. Cuando el príncipe Andréi aún no había salido por la puerta, Kutúzov, suspirando aliviado, ya estaba leyendo de nuevo la novela de *madame* de Genlis *Les chevaliers du Cygne*, que no había terminado.

Después de su entrevista con Kutúzov, el príncipe Andréi, incapaz de explicarse cómo ni por qué, volvió a su regimiento tranquilizado sobre la marcha general de la guerra y sobre el hombre a quien había sido confiada. Cuanto más consciente era de la ausencia de toda motivación personal en

aquel viejo —que parecía conservar únicamente el hábito de las pasiones y que, en lugar del intelecto (que agrupa acontecimientos y extrae conclusiones), solo tenía la capacidad de contemplar sosegadamente la evolución de los hechos—, más seguro estaba de que todo iría como debería. «No aportará ningún plan propio. No ideará ni emprenderá nada —pensaba el príncipe Andréi—, pero lo escuchará y recordará todo, lo pondrá todo en su lugar; no obstaculizará lo útil ni permitirá lo perjudicial. Él entiende que hay algo más fuerte e importante que su propia voluntad: el curso inevitable de los acontecimientos, cuyo significado sabe comprender, y, en vista de este significado, sabe abstenerse de intervenir en ellos y renunciar a su voluntad personal, que está orientada en otra dirección. Pero, por encima de todo, uno cree en él porque es ruso, a pesar de que lea una novela de *madame* de Genlis y de sus proverbios franceses; porque la voz le tembló al decir: "¡Hasta dónde nos han llevado!"; porque sollozó al exclamar: "¡Les haré comer carne de caballo!".»

El apoyo unánime y general a la elección de Kutúzov como comandante en jefe se basaba justamente en este sentimiento que todo el mundo compartía de una forma más o menos vaga, un sentimiento opuesto a cualquier consideración cortesana.

XVII

Después de que el soberano abandonara Moscú, la vida de la ciudad retomó su ritmo habitual, y se parecía tanto al de siempre que se hacía difícil recordar los días recientes de entusiasmo y de exaltación patriótica, costaba creer que Rusia estuviera en verdadero peligro y que los miembros del Club Inglés fueran también hijos de la patria dispuestos a todos los sacrificios. Lo único que recordaba la ola de entusiasmo patriótico general surgida durante la estancia del soberano en Moscú era la exigencia de aportar hombres y dinero, exigencia que, una vez satisfecha, se revistió de una forma legal y oficial, y pareció inevitable.

Con el avance del enemigo hacia la ciudad, la percepción de los moscovitas sobre su situación no solo no se volvió más seria, sino, al contrario, aún más frívola, como le suele ocurrir a quien ve aproximarse un gran peligro. Cuando el peligro se acerca, en el corazón de toda persona siempre resuenan dos voces igual de intensas: una, muy sensata, le dice que piense en la naturaleza del peligro y en el modo de salvarse; la otra, aún más

sensata, le dice que pensar en el peligro es demasiado duro y doloroso, y que, como no está en manos del ser humano prever todo lo que va a suceder ni evitar el curso de los acontecimientos, lo mejor es volverle la espalda hasta que haya llegado y pensar en algo agradable. Cuando uno está solo suele obedecer casi siempre a la primera voz; cuando uno está en sociedad, por el contrario, suele obedecer a la segunda. Y esto es lo que les ocurría a los habitantes de Moscú: hacía mucho que no se divertían tanto como aquel año.

Los bandos de Rastopchín, que tenían en la parte superior el dibujo de una cantina, de un tabernero y del pequeñoburgués moscovita Karpushka Chiguirin, «quien, habiendo sido reclutado para la milicia y habiendo bebido de más, al oír que Bonaparte quería llegar hasta Moscú se enfadó, cubrió de insultos a los franceses, salió de la cantina y, bajo el águila imperial, se puso a arengar al pueblo reunido», se leían y discutían tanto como las últimas rimas humorísticas de Vasili Lvóvich Pushkin[98].

Los hombres se reunían en la sala angular del club para leer estos bandos, a algunos les divertía cómo Karpushka se mofaba de los franceses diciendo que «se hincharían de coles, se atiborrarían de gachas y se ahogarían comiendo *schi*[99], que eran todos unos enanos y que una sola campesina rusa podría sacudir a tres con una horca»; otros criticaban su tono porque decían que era vulgar y estúpido. Se contaba que Rastopchín había echado de Moscú a los franceses e incluso a todos los extranjeros, porque entre ellos había espías y agentes de Napoleón; pero si lo contaban era sobre todo para tener la ocasión de repetir las ingeniosas palabras que Rastopchín había pronunciado al expulsaros: cuando a los extranjeros los estaban mandando en una barcaza a Nizhni-Nóvgorod, Rastopchín les había dicho: «*Rentrez en vous même, entrez dans la barque et n'en faites pas une barque de Charon*»[100]. Se contaba también que todas las oficinas públicas habían sido evacuadas de Moscú, y en este punto se intercalaba una broma de Shinshin, que decía que solo por eso la ciudad tendría que darle las gracias a Napoleón. Se contaba que el regimiento ofrecido por Mamónov le había costado ochocientos mil rublos, que Bezújov se había gastado todavía más en sus milicianos, pero que lo mejor de semejante gesto era que el propio Bezújov se pondría el uniforme, se situaría al frente de su regimiento a caballo, y no cobraría nada a los espectadores que lo presenciaran.

—No tiene usted piedad de nadie —dijo Julie Drubetskaia mientras juntaba y apretaba un manojo de vendas con sus dedos finos y cubiertos de sortijas. Julie se disponía a abandonar Moscú al día siguiente y había

organizado una velada de despedida—. Bezújov *est ridicule*, pero es tan bueno y gentil… ¿Qué placer encuentra de ser tan *caustique*?

—¡Multa! —exclamó un joven vestido con uniforme de la milicia al que Julie llamaba «*mon chevalier*»[101] y que iba a acompañarla a Nizhni-Nóvgorod.

En el salón de Julie, como en muchos otros de Moscú, se había establecido la norma de hablar únicamente en ruso, y quien pronunciara por error alguna palabra en francés tendría que pagar una multa en beneficio del comité de donativos.

—Y otra multa más por el galicismo —intervino un escritor ruso que estaba en el salón—. «Encuentra de ser» no es correcto en ruso.

—No tiene usted piedad de nadie —continuó diciéndole Julie al miliciano, sin hacer caso de la observación del escritor—. Soy culpable del «*caustique*» y pagaré, pero por el placer de decirle la verdad estoy dispuesta a pagar más. De los galicismos no respondo —se volvió hacia el escritor—: no tengo dinero ni tiempo, como el príncipe Golitsyn, para contratar a un profesor y ponerme a estudiar ruso. ¡Ah, aquí lo tenemos! —exclamó—. *Quand on…*[102] ¡No, no, no me va a atrapar usted! —le dijo al miliciano. Y, volviéndose hacia Pierre, añadió—: Cuando se habla del sol, aparecen sus rayos; justamente hablábamos de usted —dijo, con esa facilidad para mentir propia de las mujeres de la alta sociedad—. Estábamos diciendo que seguro que su regimiento será mejor que el de Mamónov.

—¡Ah, no me hable de mi regimiento! —respondió Pierre, besándole una mano y sentándose a su lado—. ¡Me tiene tan harto!

—Lo va a dirigir usted mismo, ¿verdad? —preguntó Julie, echando una mirada maliciosa y burlona al miliciano.

Delante de Pierre, el miliciano ya no era tan *caustique* y su rostro expresó perplejidad ante el significado de la sonrisa de Julie. A pesar de que fuera tan disperso y afable, la personalidad de Pierre cortaba de inmediato cualquier intento de burla en su presencia.

—No —rió Pierre, echando un vistazo a su cuerpo grueso y voluminoso —. Soy un blanco demasiado fácil para los franceses y temo que no podría subirme a un caballo…

Entre las personas escogidas como tema de conversación en el salón de Julie, llegó el turno de los Rostov.

—Dicen que las cosas les van muy mal —comentó Julie—. Es que el conde es tan obtuso… Los Razumovski quisieron comprarle la casa de la

ciudad y la finca de los alrededores, pero el asunto se está alargando. Pide demasiado.

—No, creo que la venta será dentro de unos días —dijo alguien—. Aunque ahora mismo es una locura comprar algo en Moscú.

—¿Por qué? —preguntó Julie—. ¿Acaso cree que Moscú corre peligro?

—Si no, ¿por qué se marcha usted?

—¿Yo? ¡Qué pregunta más extraña! Me marcho porque… Pues porque todo el mundo se está marchando y porque no soy Juana de Arco ni una amazona.

—Ya, ya, claro… Deme más trapitos.

—Si es capaz de llevar bien las cosas, podrá pagar todas sus deudas —apuntó el miliciano, retomando la conversación sobre Rostov.

—Es un viejo bondadoso, pero un *pauvre sire*[103]. Y ¿por qué llevan tanto tiempo en Moscú? Ya hace mucho que querían marcharse al campo. Al parecer *Nathalie* ya se encuentra bien, ¿verdad? —le preguntó Julie a Pierre con una sonrisa maliciosa.

—Están esperando a que llegue el hijo menor —dijo Pierre—. Ingresó en el cuerpo de cosacos de Obolenski y partió hacia Bélaia Tsérkov, donde se está formando un regimiento. Ahora lo han destinado a mi regimiento y se le espera de un día para otro. El conde hace tiempo que se quiere marchar, pero la condesa no piensa abandonar Moscú hasta que llegue su hijo.

—Anteayer los vi en casa de los Arjárov. *Nathalie* está otra vez guapa y alegre; cantó una romanza. ¡Con qué facilidad se les pasa todo a algunos!

—¿Qué es lo que se les pasa? —preguntó Pierre disgustado.

Julie sonrió.

—Ya sabe, conde, que a caballeros como usted solo se los encuentra en las novelas de *madame* de Souza[104].

—¿Qué caballero? ¿Por qué lo dice? —preguntó Pierre enrojeciendo.

—Vamos, querido conde, *c'est la fable de tout Moscou. Je vous admire, ma parole d'honneur*[105].

—¡Multa! ¡Multa! —exclamó el miliciano.

—Ya está bien, no puede una hablar. ¡Qué aburrimiento!

—*Qu'est ce qui est la fable de tout Moscou?*[106] —dijo Pierre levantándose con enfado.

—Vamos, conde. ¡Ya lo sabe!

—Yo no sé nada —replicó Pierre.

—Sé que era usted amigo de *Nathalie*, y por lo tanto… No, yo siempre he sido más amiga de Vera. *Cette chère Véra!*[107]

—*Non, madame* —continuó Pierre con tono enojado—. No he tomado en absoluto el papel de caballero de Rostova, y ya hace casi un mes que no voy a su casa. Sin embargo, no entiendo la crueldad…

—*Qui s'excuse –s'accuse*[108] —dijo Julie sonriendo y sacudiendo las vendas, y, para ser la que había dicho la última palabra, cambió rápidamente el tema de conversación—. ¡De lo que me he enterado hoy! La pobre Maria Bolkónskaia llegó ayer a Moscú. ¿Sabe que ha perdido a su padre?

—¡No me diga! ¿Dónde está? Me gustaría mucho verla —dijo Pierre.

—Ayer pasé la tarde con ella. Se marchará entre hoy y mañana con su sobrino a la finca que tienen en los alrededores de Moscú.

—Y ¿cómo está? —preguntó Pierre.

—Bueno, triste. Y ¿sabe quién la salvó? Es toda una novela: *Nicolas* Rostov. La tenían rodeada, la querían matar e hirieron a sus criados. Pero él apareció y la salvó…

—¡Otra novela más! —dijo el miliciano—. Decididamente, esta huida general se ha organizado para que todas las solteronas se casen. *Catiche* es una y la princesa Bolkónskaia, otra.

—¿Sabe? La verdad es que creo que está *un petit peu amoureuse du jeune homme*[109].

—¡Multa! ¡Multa! ¡Multa!

—Pero ¿cómo se puede decir eso en ruso?…

XVIII

Cuando Pierre volvió a casa le entregaron dos bandos de Rastopchín que habían llegado ese día.

En el primero se decía que el rumor de que el conde Rastopchín había prohibido la salida de Moscú era falso y que, al contrario, se alegraba de que las señoras y las mujeres de los mercaderes abandonaran la ciudad. «A menos miedo, menos habladurías —rezaba el bando—, pero respondo con mi vida de que el malhechor no entrará en Moscú.» Estas palabras mostraron claramente por primera vez a Pierre que los franceses sí entrarían en Moscú. En el segundo bando se decía que nuestro cuartel general estaba en Viazma, que el conde Wittgenstein había vencido a los franceses, pero, puesto que muchos habitantes de la ciudad deseaban armarse, en el arsenal había armas preparadas para ellos: sables, pistolas y fusiles que podían adquirir a un módico precio. El tono de los bandos ya no era tan jocoso como el de las

anteriores conversaciones de Chiguirin. Al leerlos, Pierre se quedó pensativo. Era evidente que aquella terrible nube tormentosa que había invocado con todas las fuerzas de su alma y que, al mismo tiempo, suscitaba en él un terror involuntario, se estaba acercando.

«¿Me incorporo al ejército y me marcho al frente o espero?», se preguntó por centésima vez. Cogió una baraja de cartas que tenía sobre la mesa y empezó a hacer un solitario.

—Si este solitario me sale bien… —dijo, hablando consigo mismo mientras barajaba las cartas y miraba hacia arriba—. Si me sale bien significará que… ¿Qué significará?… —Aún no lo había decidido cuando, detrás de la puerta, oyó la voz la princesa mayor, que le preguntaba si podía entrar—. Significará que debo incorporarme al ejército —se dijo—. ¡Entre, entre! —añadió, dirigiéndose a la princesa.

(Solo la princesa mayor, la del talle largo y el rostro petrificado, seguía viviendo en casa de Pierre; las dos menores se habían casado.)

—Disculpe, *mon cousin*, por venir —dijo con un tono agitado de reproche —. Pero ¡hay que tomar una decisión! ¿Qué es lo que va a pasar? Todo el mundo se ha marchado de Moscú, el pueblo se está amotinando. ¿Por qué seguimos aquí?

—Al contrario, todo parece ir bien, *ma cousine* —dijo Pierre con el tono jocoso que se había acostumbrado a emplear con la princesa para disimular la turbación que le producía su papel de benefactor ante ella.

—Sí, va bien… ¡Vaya una manera de ir bien! Hoy Varvara Ivánovna me ha contado cómo se están luciendo nuestras tropas. ¡Se están cubriendo de gloria! Y el pueblo se ha amotinado, ya no obedece a nadie. ¡Hasta mi doncella se ha vuelto una insolente! Tal como están las cosas, pronto empezarán a pegarnos. Ya no se puede andar por las calles. Y lo peor de todo es que los franceses llegarán cualquier día. ¡Qué sentido tiene que nos quedemos aquí esperando! Solo le pido una cosa, *mon cousin* —dijo la princesa—: ordene que me lleven a San Petersburgo. Yo seré como sea, pero no puedo vivir bajo el poder de Bonaparte.

—Ya basta, *ma cousine*, ¿de dónde saca esas informaciones? Al revés…

—¡No me someteré a su Napoleón! Que los demás hagan lo que quieran… Y si usted no quiere hacerlo…

—Lo haré, ahora mismo daré la orden. —Era evidente que a la princesa le disgustaba no tener con quién enfadarse. Murmurando algo, se sentó en una silla—. Pero la están informando mal —dijo Pierre—. La ciudad está tranquila y no hay ningún peligro. Justo ahora acabo de leer… —le enseñó el

bando—. El conde dice que responde con su propia vida de que el enemigo no entrará en Moscú.

—¡Ah, ese conde suyo es un hipócrita, un canalla que ha animado al pueblo a amotinarse! —exclamó la princesa con rabia—. ¿Acaso no fue él quien redactó esos estúpidos bandos que decían que había que coger por el copete a cualquiera, independientemente de quien fuera, y arrastrarlo al calabozo? (¡Qué sandez!) Y que todo el honor y la gloria sería para quien lo hiciera. ¡A esto nos han conducido sus bonitas palabras! Varvara Ivánovna me ha contado que la muchedumbre casi la mata por hablar en francés…

—Aunque sea así… Se lo toma usted todo demasiado a pecho —dijo Pierre, y siguió con el solitario.

A pesar de que el solitario le salió bien, no se incorporó al ejército, sino que se quedó en un Moscú casi desierto, en ese mismo estado de angustia, indecisión y miedo mezclado con alegría, a la espera de algo terrible.

Al día siguiente, por la tarde, la princesa abandonó la ciudad. Pierre recibió la visita de su administrador principal, que le informó de que, si no vendía una de las haciendas, era imposible reunir el dinero necesario para equipar al regimiento. Además, le hizo ver que todo aquel proyecto de formar un regimiento iba a llevarlo a la ruina. Al escuchar sus palabras, Pierre a duras penas pudo disimular una sonrisa.

—Pues véndala —dijo—. ¿Qué se le va a hacer? ¡Ahora no me puedo echar atrás!

Cuanto peor era el estado de cosas, especialmente de las suyas, más complacido estaba Pierre y más evidente le parecía que la catástrofe que esperaba estaba próxima. En la ciudad ya no quedaba casi ninguno de sus conocidos. Julie se había marchado, la princesa Maria también; de los íntimos, solo quedaban los Rostov, pero Pierre no los visitaba.

Ese día, con el fin de distraerse, Pierre fue a la aldea de Vorontsovo a ver un globo de gran tamaño que Leppich estaba construyendo para destruir al enemigo[110], así como un globo de prueba que soltarían al día siguiente. El globo aún no estaba listo, pero Pierre sabía que lo estaban construyendo por deseo del soberano, quien, a este respecto, le había escrito al conde Rastopchín:

> *Aussitôt que Leppich sera prêt, composez-lui un équipage pour sa nacelle d'hommes sûrs et intelligents et dépêchez un courrier au général Koutousoff pour l'en prévenir. Je l'ai instruit de la chose.*
>
> *Recommandez, je vous prie, à Leppich d'être bien attentif sur l'endroit où il descendra la première fois, pour ne pas se tromper et ne pas tomber dans les mains de l'ennemi. Il est indispensable qu'il combine ses mouvements avec le général-en-chef.*[111]

A la vuelta de Vorontsovo, Pierre pasó por la plaza Bolótnaia y, al ver a una multitud reunida junto al patíbulo, decidió detenerse y bajar del coche. Se trataba del castigo público a un cocinero francés acusado de espionaje. El castigo acababa de terminar y el verdugo desataba del potro a un hombre gordo de patillas pelirrojas, vestido con medias azules y chaleco verde, que gemía lastimeramente. El otro condenado, pálido y flacucho, estaba a su lado. A juzgar por su fisonomía, ambos eran franceses. Con expresión asustada y lastimosa que recordaba a la del francés delgado, Pierre se abrió paso entre la multitud.

—¿Qué es esto? ¿Quién? ¿Por qué? —preguntó.

Pero la atención de todos —funcionarios, pequeñoburgueses, mercaderes, campesinos, mujeres con abrigos y pellizas— estaba tan ávidamente concentrada en lo que ocurría en el patíbulo que nadie le respondió. El hombre gordo se levantó, se encogió de hombros y, con el ceño fruncido y el deseo evidente de demostrar entereza, se puso el chaleco sin mirar alrededor; pero, de pronto, los labios le empezaron a temblar y, enfadándose consigo mismo, se echó a llorar como lo hacen los adultos de temperamento sanguíneo. La muchedumbre comenzó a hablar fuerte para ahogar el sentimiento de piedad, o eso fue lo que le pareció a Pierre.

—Es el cocinero de no sé qué príncipe…

—¿Qué le pasa, *musiú*? Está claro que la salsa rusa es demasiado agria para un francés… Le ha dejado mal sabor de boca —dijo un funcionario de rostro arrugado que estaba al lado de Pierre cuando el francés rompió a llorar.

El funcionario miró a los lados, sin duda esperando que su broma fuera apreciada. Algunas personas se echaron a reír y otras continuaron mirando asustadas al verdugo, que ya estaba desnudando al otro condenado.

Pierre empezó a resoplar, torció el gesto y, dándose rápidamente la vuelta, regresó al coche sin dejar de farfullar mientras andaba y se subía al vehículo. Durante el trayecto se puso a temblar varias veces y gritó tan fuerte que el cochero le preguntó:

—¿Manda usted algo?

—Pero ¿adónde vas? —le chilló Pierre al ver que entraban en la plaza Lubianka.

—A la residencia del gobernador general, como usted me ha ordenado —respondió el cochero.

—¡Estúpido! ¡Animal! —lo insultó Pierre a voz en grito, algo que raramente hacía—. Te he dicho que fuéramos a casa. Y ¡rápido, imbécil! Tengo que partir hoy mismo —añadió, hablando consigo mismo.

Ver al francés azotado y a la muchedumbre reunida alrededor del patíbulo le había llevado a decidir tan firmemente que no podía quedarse más tiempo en Moscú y que ese mismo día partiría hacia el ejército que le pareció habérselo dicho al cochero o que este tendría que haberlo sabido.

Al llegar a casa Pierre le dijo a su cochero Yevstáfevich —que todo lo sabía, todo lo podía y era conocido en todo Moscú— que por la noche viajaría hasta Mozhaisk para incorporarse al ejército, por lo que le ordenaba enviar hacia allí sus caballos de silla. Como, según Yevstafévich, todo esto no podía hacerse en una sola jornada, Pierre tuvo que aplazar su partida hasta el día siguiente para dar tiempo a los caballos de relevo a avanzarse en el camino.

El día 24 despejó, tras un período de mal tiempo, y Pierre decidió salir de Moscú después de comer. Por la noche, al hacer el relevo de caballos en Perjúshkovo, se enteró de que esa misma tarde se había librado una gran batalla. Contaban que allí, en Perjúshkovo, la tierra había temblado por los disparos. Cuando Pierre preguntó quién había ganado, nadie le supo responder. (Se trataba de la batalla de Shevardinó del día 24.) Al amanecer llegó a Mozhaisk.

Todas las casas de Mozhaisk estaban ocupadas por las tropas acuarteladas, y en la posada en que lo recibieron su palafrenero y su cochero no quedaban habitaciones libres: todo estaba ocupado por oficiales.

Tanto en Mozhaisk como más allá no había más que tropas que aguardaban o marchaban; por todas partes se veían cosacos, soldados de infantería y caballería, furgones, armones y piezas de artillería. Pierre aceleró el viaje y, cuanto más de alejaba de Moscú y más se sumergía en ese mar de tropas, más lo invadía una sensación de alarma e inquietud, un sentimiento nuevo de júbilo que aún no conocía. Era un sentimiento parecido al que había experimentado en el palacio Slobodskói al llegar el soberano, un sentimiento que le dictaba que tenía que emprender algo, hacer algún tipo de sacrificio. En ese momento se regocijaba por la conciencia de que todo cuanto constituía la felicidad humana, las comodidades de la vida, la riqueza, incluso la vida misma eran un disparate que resultaba agradable desechar si los comparaba con… Pierre no sabía determinar con qué, pero tampoco intentaba buscar una explicación a por qué le producía tanta satisfacción sacrificarlo todo. No le interesaba la finalidad del sacrificio: era el sacrificio en sí lo que despertaba en él ese sentimiento nuevo de júbilo.

XIX

El día 24 se libró la batalla por el reducto de Shevardinó, el 25 no hubo ni un solo disparo de ninguno de los dos bandos y el 26 se libró la batalla de Borodinó.

¿Para qué, cómo se dieron y se aceptaron las batallas de Shevardinó y Borodinó? ¿Para qué se libró la batalla de Borodinó? No tenía el menor sentido ni para los franceses ni para los rusos. Su resultado inmediato fue y tenía que ser: para los rusos, acercarnos a la caída de Moscú (que era lo que más temíamos en el mundo); para los franceses, acercarse a la aniquilación de todo su ejército (que era también lo que más temían en el mundo). Este resultado era evidente ya entonces y, sin embargo, Napoleón presentó batalla y Kutúzov la aceptó.

Si los jefes militares se hubieran guiado por causas razonables, parecía que para Napoleón tendría que haber sido evidente que, al avanzar dos mil verstas y aceptar batalla con la probable eventualidad de perder una cuarta parte del ejército, se encaminaba hacia una derrota segura; y para Kutúzov tendría que haber sido igual de claro que, al aceptar batalla y arriesgarse también a perder una cuarta parte del ejército, probablemente perdería Moscú. Para Kutúzov esto era matemáticamente claro, tan claro como que, si cuando juego a las damas tengo una ficha menos y sigo haciendo un juego de cambio, probablemente perderé, por lo que no debería seguir cambiando.

Cuando mi contrincante tiene dieciséis fichas y yo catorce, soy solo una octava parte más débil que él; pero cuando ambos hayamos perdido trece, él será tres veces más fuerte.

Hasta la batalla de Borodinó nuestras fuerzas estaban a cinco contra seis en proporción con las francesas y, después de la batalla, a uno contra dos; es decir: antes de la batalla estaban a cien mil contra ciento veinte mil y, después, a cincuenta contra cien. Aun así, el inteligente y experimentado Kutúzov aceptó la batalla. Y Napoleón, jefe militar genial —como lo suelen llamar—, presentó batalla, perdiendo una cuarta parte de su ejército y alargando aún más su línea. Si alguien afirma que Napoleón pensó que al ocupar Moscú se acabaría la campaña como ocurrió en Viena, existen numerosas pruebas que lo contradicen. Los propios historiadores de Napoleón cuentan que ya en Smolensk quiso detenerse, que era consciente del peligro de tener una línea de tropas demasiado alargada y que sabía que la ocupación de Moscú no significaría el final de la campaña: ya en Smolensk vio el estado en que los rusos le dejaban sus ciudades, y tampoco recibió ni una sola respuesta a sus reiterados anuncios de que deseaba negociar.

Al dar y aceptar la batalla de Borodinó, Kutúzov y Napoleón actuaron de manera involuntaria y carente de sentido. Pero los historiadores, una vez ocurridos los hechos, han aportado pruebas astutamente elaboradas sobre la previsión y genialidad de ambos jefes militares, los cuales, de todos los instrumentos ciegos de los acontecimientos mundiales, fueron los más subyugados e inconscientes.

Los antiguos nos han dejado un modelo de poemas heroicos en que el héroe constituye todo el interés de la historia, y aún hoy en día somos incapaces de acostumbrarnos al hecho de que en nuestra época las historias de este tipo carecen de sentido.

Para la pregunta: «¿Cómo se dieron las batallas de Borodinó y de Shevardinó, su predecesora?», existe también una explicación inequívoca, conocida por todo el mundo y completamente errónea. Todos los historiadores describen la batalla de esta manera:

> El ejército ruso, después de la retirada de Smolensk, buscó la posición más ventajosa para una batalla campal y la encontró en Borodinó.
>
> Los rusos fortificaron esa posición con antelación, a la izquierda de la carretera (de Moscú a Smolensk), casi en un ángulo recto con respecto a esta, de Borodinó a Útitsa, en el mismo lugar donde se libró el combate.
>
> Frente a esta posición, en la loma de Shevardinó, se construyó un puesto fortificado de avanzada para vigilar al enemigo. El día 24 Napoleón atacó este puesto de avanzada y lo tomó; el 26 atacó a todo el ejército ruso, que formaba en el campo de Borodinó.

Esto es lo que se dice en los tratados de historia, pero es completamente erróneo, y cualquiera que desee profundizar en la esencia de esta cuestión se convencerá fácilmente de ello.

Los rusos no buscaban la mejor posición, sino que, al contrario, en su retirada pasaron por muchas posiciones mejores que la de Borodinó. No se detuvieron en ninguna de ellas porque Kutúzov no quería ocupar una posición que no hubiera elegido él mismo; porque la demanda popular de la batalla aún no se había manifestado con la suficiente intensidad; porque Milorádovich aún no había llegado con la milicia y por otras innumerables razones. El hecho es que las posiciones anteriores eran más fuertes y que la de Borodinó (en la que se dio batalla), lejos de ser más fuerte, no era en nada mejor que cualquier otro punto del Imperio ruso que uno hubiera podido escoger al azar señalándolo con un alfiler en un mapa.

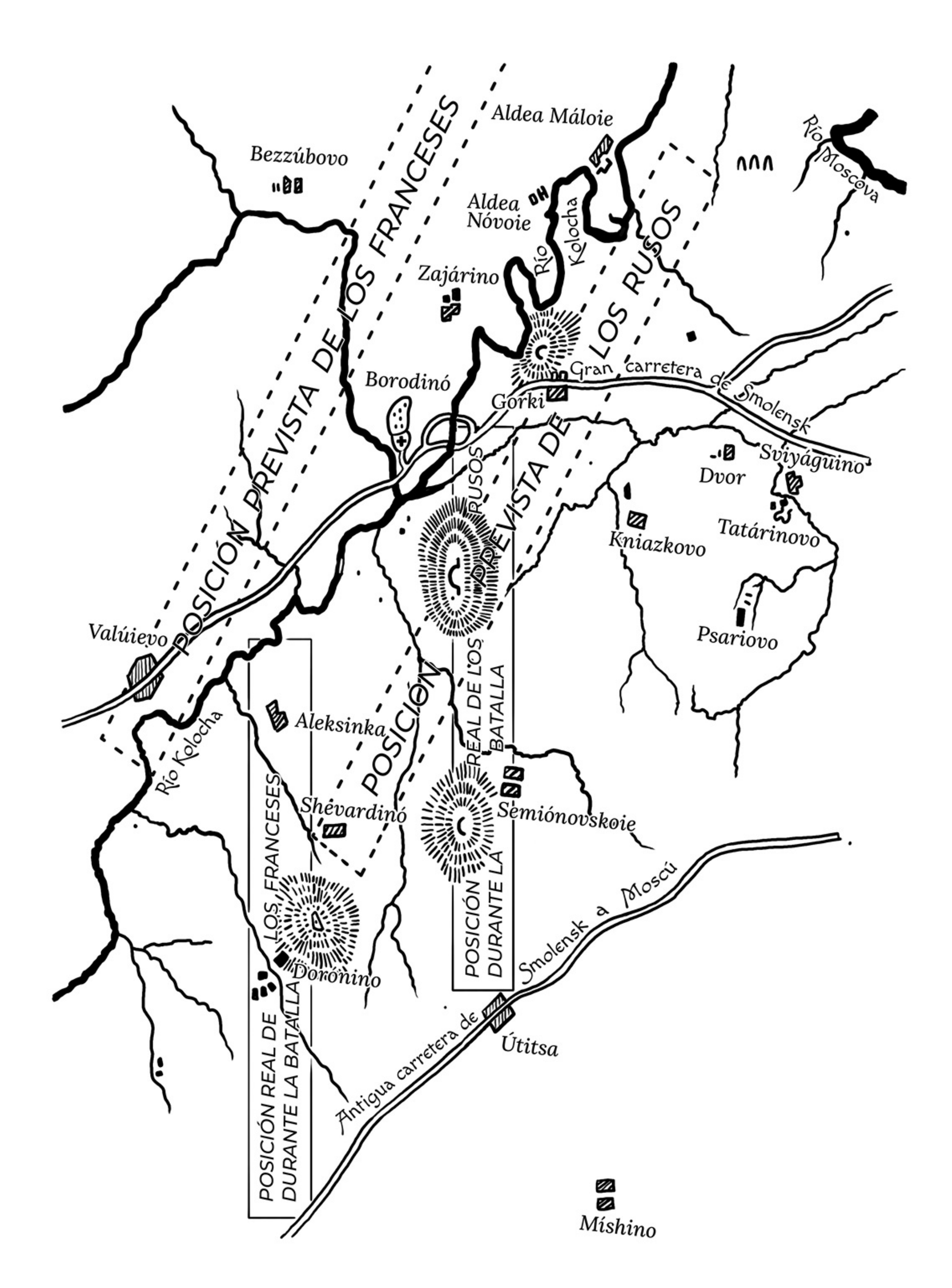
Los rusos no solo no reforzaron sus posiciones en el campo de Borodinó a la izquierda y en ángulo recto con respecto a la carretera (es decir, el lugar donde se libró la batalla), sino que, hasta el 25 de agosto de 1812, no habían pensado nunca que la batalla pudiera producirse en aquel lugar. Esto lo

demuestra, en primer lugar, el hecho de que el día 25 no había allí fortificaciones y que las que empezaron a construir ese día no estaban terminadas el 26; en segundo lugar, lo demuestra la situación del reducto de Shevardinó: estaba delante de la posición donde la batalla fue aceptada, algo que no tiene ningún sentido. ¿Por qué este reducto estaba mejor fortificado que todos los demás puntos? Y ¿para qué lo defendieron el día 24 hasta altas horas de la noche, agotando todos los esfuerzos y perdiendo a seis mil hombres? Para vigilar al enemigo era suficiente con una patrulla de cosacos. En tercer lugar, también demuestra que la posición en que se libró la batalla no había sido prevista y que el reducto de Shevardinó no era un punto avanzado de esta posición el hecho de que, hasta el día 25, Barclay de Tolly y Bagratión estaban convencidos de que el reducto de Shevardinó ocupaba el flanco *izquierdo* de la posición y que el propio Kutúzov, en un informe que escribió en un arrebato después de la batalla, se refiere al reducto de Shevardinó como al flanco *izquierdo* de la posición. Mucho más tarde, cuando se escribieron con calma los informes sobre la batalla de Borodinó, se inventó el falso y extraño relato (probablemente para justificar los errores del comandante en jefe, que tenía que ser infalible) de que el reducto de Shevardinó había servido como puesto de *avanzada* (cuando no era más que un punto fortificado del flanco izquierdo), y de que los nuestros aceptaron la batalla de Borodinó en una posición fortificada y elegida de antemano, cuando en realidad se libró en un lugar totalmente inesperado y apenas fortificado.

Resulta indudable que las cosas fueron así: se eligió una posición en el río Kolocha, que corta la carretera principal no en ángulo recto, sino agudo, de modo que el flanco izquierdo quedaba en Shevardinó, el flanco derecho cerca de la población de Nóvoie y el centro en Borodinó, en la confluencia de los ríos Kolocha y Voina. Para cualquiera que mire el campo de Borodinó sin pensar en cómo se libró la batalla, es evidente que esta posición, protegida por el río Kolocha, era la propia de un ejército cuyo objetivo es detener a un enemigo que avanza por la carretera de Smolensk hacia Moscú.

Cuando Napoleón salió hacia Valúievo el día 24 no vio (como se afirma en los tratados de historia) las posiciones de los rusos de Útitsa a Borodinó (no pudo verlas porque no existían), ni tampoco vio el puesto de avanzada del ejército ruso, sino que al perseguir a la retaguardia rusa topó con su flanco izquierdo —el reducto de Shevardinó— e, inesperadamente para los rusos, ordenó a sus tropas cruzar el Kolocha. Los rusos, sin tener tiempo para entrar en la batalla campal, retrocedieron con su ala izquierda de la posición que

tenían intención de ocupar y tomaron una nueva posición que no estaba prevista ni fortificada. Al cruzar a la otra orilla del Kolocha, a la izquierda de la carretera, Napoleón desplazó toda la futura batalla de la derecha a la izquierda (con respecto a los rusos), al campo entre Útitsa, Semiónovskoie y Borodinó (un campo que no tenía ninguna ventaja adicional frente a cualquier otro de Rusia), y allí es donde se produjo la batalla del día 26. A grandes rasgos, el plan de la batalla prevista y la que en realidad se libró es el siguiente:



Si Napoleón no hubiera llegado en la tarde del 24 al río Kolocha y no hubiera ordenado esa misma tarde atacar el reducto, sino que hubiera empezado el ataque a la mañana siguiente, nadie habría dudado de que el reducto de Shevardinó era el flanco izquierdo de nuestra posición y la batalla se habría desarrollado tal y como la esperábamos. En tal caso, probablemente

habríamos defendido con más obstinación el reducto de Shevardinó, nuestro flanco izquierdo, habríamos atacado a Napoleón por el centro o por la izquierda, y el día 24 se habría producido la batalla campal en la posición fortificada y prevista. Pero como el ataque a nuestro flanco izquierdo se produjo por la tarde, después del repliegue de nuestra retaguardia —es decir, inmediatamente después de la batalla en Gridnevo—, y como los jefes militares rusos no quisieron o no tuvieron tiempo de iniciar la batalla campal esa misma tarde del 24, la primera y principal acción de la batalla de Borodinó se habría perdido ya ese mismo día, lo que habría conducido evidentemente a la derrota del día 26.

Después de perder el reducto de Shevardinó en la mañana del día 25, nuestro ejército se encontró descubierto por el flanco izquierdo y se vio obligado a replegar el ala izquierda y a fortificarla a toda prisa, independientemente de donde estuviera.

Pero no fue solo que el 26 de agosto las tropas rusas estuvieran protegidas únicamente por fortificaciones débiles y sin terminar, sino que su desventaja aumentó aún más porque los jefes militares rusos, que no habían terminado de aceptar como un hecho consumado la pérdida de la posición en el flanco izquierdo y el desplazamiento de todo el futuro campo de batalla de la derecha a la izquierda, permanecieron en sus posiciones dilatadas desde la población de Nóvoie hasta Útitsa, por lo que durante la batalla tuvieron que desplazar sus tropas de derecha a izquierda. De este modo, durante el combate los rusos tuvieron a todo el ejército francés dirigido contra el ala izquierda, con unas fuerzas dos veces inferiores. (La acción de Poniatowski[112] contra Útitsa y la de Uvárov en el flanco derecho de los franceses fueron episodios independientes de la marcha general de la batalla.)

Así pues, la batalla de Borodinó se produjo de un modo totalmente distinto a como se ha escrito (con la intención de ocultar los errores de nuestros jefes militares y no denostar la gloria del ejército y del pueblo ruso). La batalla de Borodinó no se produjo en una posición escogida y fortificada con fuerzas algo inferiores de los rusos, sino que, a raíz de la pérdida del reducto de Shevardinó, fue aceptada por los rusos en un lugar abierto y apenas fortificado, con fuerzas dos veces inferiores a los franceses; es decir, en unas condiciones en las que no solo era impensable luchar diez horas y dejar la batalla indecisa, sino incluso contener tres horas la aniquilación total del ejército y su desbandada.

XX

La mañana del día 25 Pierre salió de Mozhaisk. En la pendiente de la enorme, empinada y tortuosa colina que conducía fuera de la ciudad, delante de la catedral situada a la derecha —donde se oficiaba el servicio religioso y sonaban las campanas—, Pierre se apeó del carruaje y siguió a pie. Detrás de él bajaba un regimiento de caballería con los cantores a la cabeza. En dirección contraria subía un convoy de carros con heridos del combate del día anterior. Los carreteros, gritando a los caballos y fustigándolos con látigos, pasaban rápidamente de un lado a otro. Los carros, en los cuales iban sentados o tumbados tres o cuatro soldados heridos, daban brincos al tropezar con las piedras que habían sido esparcidas a modo de calzada por la empinada cuesta. Los heridos, pálidos, vendados con trapos, apretando los labios y con el ceño fruncido, se sujetaban a las tablas de los carros, sin dejar de botar y de chocarse unos contra otros. Casi todos miraban con interés ingenuo e infantil el sombrero blanco y el frac verde de Pierre.

El cochero de Pierre gritaba con enfado al convoy de heridos para que formara una sola fila. El regimiento de caballería que bajaba con sus cantores llegó a la altura del coche de Pierre estrechando el paso, por lo que este tuvo que arrimarse al borde del camino excavado en la colina misma. El sol, oculto por la colina, no llegaba al ahondamiento, por lo que allí hacía frío y se sentía la humedad, pero por encima de la cabeza de Pierre resplandecía la mañana clara de agosto y se oía el alegre repicar de las campanas. Un carro con heridos se detuvo justo a su lado, en el margen del camino. El carretero, calzado con *lapti*, corrió jadeando hacia la parte trasera del carro, metió una piedra debajo de las ruedas sin llantas y desenredó los arreos de su jamelgo.

Un viejo soldado herido que tenía un brazo vendado y que iba a pie detrás del carro se agarró a este con la mano sana y volvió la mirada hacia Pierre.

—¿Qué, paisano? ¿Nos van a dejar aquí o nos llevarán hasta Moscú? —dijo.

Pierre estaba tan ensimismado que no oyó la pregunta. Tan pronto miraba el regimiento de caballería que en ese momento se cruzaba con el convoy de heridos, como el carro de su lado, en el que iban dos heridos sentados y otro tumbado. Uno de ellos debía de haber sido herido en la mejilla: llevaba la cabeza vendada con trapos, tenía la mejilla tan hinchada como la cabeza de un niño, y la boca y la nariz torcidas; miró hacia la catedral y se santiguó. El otro, un joven recluta de pelo rubio, tan blanco que parecía que su delicado

rostro no tuviera ni una gota de sangre, miraba a Pierre con una sonrisa inmóvil y bondadosa; al tercero, como yacía boca abajo, no se le veía la cara.

Los cantores del regimiento de caballería iban pasando al lado del carro:

> Ah, ha perdido… ha perdido la cabeza…
> viviendo en tierras lejanas,

decía su bailable canción soldadesca.

Como haciendo eco, pero con otro tipo de alegría, en el cielo se sucedían los sonidos metálicos del repicar de las campanas. Y, aún con otra clase de alegría, los cálidos rayos del sol bañaban la cima de la ladera opuesta. Pero al pie de la colina, en el lugar donde se habían detenido el carro con los heridos, el jamelgo jadeante y Pierre, dominaban la humedad, la lobreguez y la tristeza.

El soldado de la mejilla hinchada miraba con enfado a los cantores del regimiento de caballería.

—¡Vaya unos figurines! —exclamó con tono de reproche.

—¡Ahora ya no les basta con los soldados, he visto hasta a campesinos! A estos también les obligan —le dijo a Pierre, con una sonrisa triste, el soldado que iba detrás del carro—. Ya no hacen distinciones… Quieren echárseles encima con todo el pueblo. Se trata de Moscú, en una palabra. Quieren acabar rápido.

A pesar de la poca claridad de las palabras del soldado, Pierre comprendió lo que le quería decir y asintió en señal de aprobación.

El camino se despejó; Pierre bajó la cuesta a pie y continuó el trayecto en carruaje, mirando a ambos lados de la carretera en busca de algún rostro conocido, pero solo veía a desconocidos: militares de distintas armas que observaban sorprendidos su sombrero blanco y su frac verde.

Después de recorrer unas cuatro verstas, por fin reconoció a alguien y se dirigió alegremente hacia él. Se trataba de uno de los jefes médicos del ejército. Viajaba en carretela con otro médico joven en dirección contraria a Pierre y, cuando lo reconoció, le ordenó a su cosaco, que iba en el pescante haciendo de cochero, que se detuviera.

—¡Conde! Excelencia, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó el médico.

—Pues quería echar un vistazo…

—Sí, sí, habrá mucho que ver…

Pierre se apeó del carruaje para charlar con el médico y explicarle que tenía la intención de participar en la batalla.

El médico le aconsejó que acudiera directamente al serenísimo.

—¿Para qué va a estar usted Dios sabe dónde durante la batalla? —le preguntó, intercambiando una mirada con su joven colega—. El serenísimo lo conoce y lo recibirá encantado. Hágalo así, señor —añadió.

Parecía cansado y con prisa.

—Entonces usted cree que… También quería preguntarle dónde está exactamente nuestra posición —dijo Pierre.

—¿Nuestra posición? Eso ya no es cosa mía. Cuando pase por Tatárinovo verá que están excavando algo. Suba al montículo: desde allí se ve todo.

—¿Desde allí se ve todo?… Si usted…

Pero el médico lo interrumpió y se dirigió hacia su carretela.

—Lo acompañaría, pero a fe mía que estoy hasta aquí —dijo, señalándose el cuello—; tengo que salir volando a ver al jefe del cuerpo. ¡Cómo están las cosas!… Ya sabe, conde, que mañana habrá batalla. Se espera que, de un ejército de ciento veinte mil hombres, haya como mínimo veinte mil heridos, y no tenemos camillas, catres, enfermeros ni médicos ni siquiera para seis mil. Disponemos de diez mil carros, pero lo que necesitamos es otra cosa. Tendremos que arreglárnoslas como podamos…

A Pierre lo dejó estupefacto la extraña idea de que, de todos esos miles de hombres vivos, sanos, jóvenes y viejos que le miraban el sombrero con alegre sorpresa, veinte mil estaban condenados a ser heridos o a morir (tal vez los mismos que veía en ese momento).

«Quizá mueran mañana, ¿cómo es posible que piensen en algo que no sea la muerte? —Y, de repente, por una misteriosa asociación de ideas, recordó claramente la bajada por la colina de Mozhaisk, los carros con heridos, el repique de las campanas, los rayos oblicuos del sol, así como las canciones del regimiento de caballería—. Los de la caballería van a la batalla y cuando se cruzan con los heridos ni siquiera se plantean lo que les espera: pasan por su lado y les guiñan un ojo. ¡Van a morir veinte mil y de lo que se sorprenden es de mi sombrero! ¡Qué extraño!», pensaba mientras se dirigía hacia Tatárinovo.

Junto a la casa de un terrateniente, en el lado izquierdo de la carretera, había carruajes, furgones, gran cantidad de ordenanzas y de centinelas. Allí era donde estaba situado el cuartel general del serenísimo. Pero ni él ni casi ningún miembro del Estado Mayor estaban cuando llegó Pierre. Habían asistido a la rogativa que se celebraba en la iglesia. Por este motivo, Pierre continuó en dirección a Gorki.

Después de subir una colina y de adentrarse en una callejuela de la aldea, vio por primera vez a los campesinos de las milicias: con cruces en los gorros

y camisas blancas, charlando y riendo ruidosamente, animados y sudorosos, trabajaban en una gran loma cubierta de hierba, a la derecha del camino. Algunos cavaban la colina con palas, otros transportaban la tierra en carretillas por unos tablones y otros no hacían nada. Detrás de ellos, dos oficiales daban órdenes. Al ver a los campesinos, a los que sin duda aún les hacía gracia su nueva condición de militares, Pierre recordó a los heridos de Mozhaisk, y entonces comprendió a qué se había referido el soldado que había dicho: «Quieren echárseles encima con todo el pueblo». La escena de esos campesinos barbudos trabajando en el campo de batalla, con sus extrañas y toscas botas, el cuello sudoroso, algunos con la camisa de botones laterales abiertas, con las clavículas bronceadas al descubierto, le impresionó más que cualquier otra cosa que hubiera visto u oído hasta entonces sobre la solemnidad e importancia del momento que vivían.

XXI

Pierre se apeó del carruaje y, después de pasar ante los milicianos que trabajaban, se encaramó a la loma desde la que, según le había dicho el médico, se veía el campo de batalla.

Eran alrededor de las once de la mañana. El sol, que pendía un poco a la izquierda y a espaldas de Pierre, iluminaba vivamente, a través del aire puro, el panorama que se extendía como un enorme anfiteatro.

En lo alto y la izquierda de este anfiteatro, cortándolo, serpenteaba la gran carretera de Smolensk, que atravesaba una aldea con una iglesia blanca situada a quinientos pasos por delante de la loma y debajo de esta (se trataba de Borodinó). Un puente cruzaba la carretera, que más allá serpenteaba en movimiento ascendente, entre subidas y bajadas, hacia la aldea de Valúievo, que se divisaba a unas seis verstas (se trataba de la aldea en la que estaba Napoleón). Más allá de Valúievo la carretera quedaba oculta por un bosque que amarilleaba en el horizonte. En este bosque de abedules y abetos, a la derecha de la carretera, brillaban a lo lejos, bajo la luz del sol, la cruz y el campanario del monasterio Kolotski. En toda esta lejanía azulada, a derecha e izquierda del bosque y de la carretera, se veían hogueras humeantes y masas indefinidas formadas por nuestras tropas y por tropas enemigas. A la derecha, a lo largo de los ríos Kolocha y Moscova, el terreno era escarpado y montañoso. Entre los desfiladeros se veían, muy lejos, las aldeas de Bezzúbovo y Zajárino. A la izquierda el terreno era más llano, con campos de

trigo, y se veían los restos humeantes de la aldea de Semiónovskoie, que había sido arrasada por el fuego.

Todo cuanto Pierre veía a derecha e izquierda era tan indefinido que ninguno de los dos lados respondía por entero a lo que había imaginado. No veía en ningún lugar el campo de batalla que había esperado, sino simplemente campos, claros, tropas, bosques, humo de hogueras, aldeas, lomas, arroyos… Y, por más que examinara ese terreno viviente, era incapaz de encontrar las posiciones, era incapaz incluso de distinguir nuestras tropas de las enemigas.

«Tengo que preguntarle a alguien que sepa», pensó, y se dirigió a un oficial que miraba con curiosidad su inmensa figura, tan poco militar.

—Permítame una pregunta, ¿qué aldea es esa que se ve delante?

—Burdinó, ¿no es así? —dijo el oficial, volviéndose hacia un compañero.

—Borodinó —le corrigió este.

El oficial, visiblemente complacido por tener la oportunidad de poder hablar, se le acercó.

—¿Los nuestros están allí? —preguntó Pierre.

—Sí, y allá a lo lejos están los franceses —dijo el oficial—. Ahí los tiene, se les puede ver bien.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó Pierre.

—Se ven a simple vista. ¡Ahí están!

El oficial señaló las humaredas que se veían a la izquierda, al otro lado del río, y en su rostro apareció la expresión severa y seria que Pierre ya había visto en otros rostros con los que se había cruzado.

—¡Ah, esos son los franceses! Y ¿allí?

Pierre señaló hacia la izquierda de la loma, junto a la que se veían algunas tropas.

—Esos son los nuestros.

—¡Ah, los nuestros! Y ¿allí?…

Pierre señaló una loma lejana, con un gran árbol, al lado de una aldea que había en un desfiladero en la que también humeaban las hogueras y algo negreaba.

—Es *él*[113] de nuevo —dijo el oficial (se trataba del reducto de Shevardinó)—. Ayer era nuestro y ahora es *suyo*.

—Entonces ¿cuál es nuestra posición?

—¿La posición? —dijo el oficial con una sonrisa de satisfacción—. Puedo explicárselo con todo detalle puesto que he sido yo quien ha construido casi todas nuestras fortificaciones. Mire, nuestro centro está en Borodinó, ahí. —

Señaló la aldea de la iglesia blanca que tenían delante—. Aquí está el paso sobre el Kolocha. Ahí abajo, donde se ven unas hileras de heno segado, está el puente. Es nuestro centro. Allá está nuestro flanco derecho —señaló muy a la derecha, lejos del desfiladero—, ahí está el río Moscova y hemos construido tres reductos muy fuertes. El flanco izquierdo… —El oficial se detuvo—. Verá, es difícil explicarlo… Ayer nuestro flanco izquierdo estaba allá, en Shevardinó; mire, donde el roble. Pero ahora hemos desplazado el ala izquierda hacia atrás; mire, ¿ve esa aldea que humea? Es Semiónovskoie, pues es aquí… —Señaló la loma de Raievski—. Pero dudo que la batalla se libre aquí. *Él* ha trasladado sus tropas a este lado, pero solo es un engaño, probablemente rodeará el Moscova por la derecha. ¡Bueno, sea como sea, mañana seremos muchos menos! —concluyó.

Un viejo suboficial que se había acercado a su superior mientras hablaba esperaba en silencio a que terminara; pero en ese momento, sin duda disgustado por sus últimas palabras, lo interrumpió:

—Hay que ir a por gaviones —le dijo severamente.

El oficial pareció turbarse al comprender que una cosa era pensar que al día siguiente serían muchos menos y otra distinta decirlo.

—Pues sí, envía de nuevo a la tercera compañía —se apresuró a decir—. Y ¿usted quién es? ¿Uno de los médicos?

—No, yo simplemente… —respondió Pierre, y a continuación empezó a bajar la loma y pasó de nuevo ante los milicianos.

—¡Ah, malditos! —exclamó el oficial, que iba detrás de él, tapándose la nariz y alejándose rápidamente de los campesinos de la milicia.

—¡Ahí vienen!… ¡Ya la traen, ya vienen!… ¡Ahí están!… ¡Llegarán enseguida! —exclamaron de pronto varias voces.

Los oficiales, los soldados y los milicianos se echaron a correr hacia la carretera.

Una procesión que había salido de la iglesia ascendía por la colina desde Borodinó. Delante iba la infantería, que avanzaba bien alineada por la polvorienta carretera, sin chacó y con los fusiles bajados. Detrás de ellos se oían los cantos religiosos.

Los soldados y los milicianos, adelantando a Pierre, corrieron sin gorro hacia la procesión.

—¡Traen a la madre de Dios! ¡A nuestra protectora!… ¡A la Virgen de Iversk!… —gritó alguien.

—Es la de Smolensk —le corrigió otro.

Los milicianos, tanto los que estaban en la aldea como los que trabajaban en la batería, soltaron las palas y corrieron también hacia la procesión religiosa. Detrás del batallón que avanzaba por la carretera polvorienta iban los sacerdotes con sus vestiduras: un viejecito con una tiara, así como clérigos y cantores. Tras ellos los soldados y oficiales cargaban un gran icono repujado de rostro negro. Era un icono que habían logrado sacar de Smolensk y que desde entonces siempre seguía a las tropas. Tanto detrás del icono como a los lados y delante de él andaban o corrían multitud de militares que se inclinaban hasta el suelo con la cabeza descubierta.

En lo alto de la colina el icono se detuvo; los hombres que lo llevaban sobre lienzos fueron sustituidos, los sacristanes encendieron de nuevo el incensario y empezó la rogativa. Los rayos cálidos del sol caían verticalmente; una brisa suave y fresca jugueteaba con el pelo de las cabezas descubiertas y con las cintas que adornaban el icono; bajo el cielo abierto, el canto no se oía muy fuerte. Una inmensa multitud de oficiales, soldados y milicianos con la cabeza descubierta rodeaba el icono. Detrás del sacerdote y del sacristán, en un lugar reservado para ellos, estaban los hombres de alto rango. Un general calvo que lucía en el cuello una condecoración, la cruz de San Jorge, estaba justo detrás del sacerdote y, sin santiguarse (sin duda era alemán), esperaba pacientemente el final de la rogativa que probablemente consideraba necesario atender para exaltar el patriotismo del pueblo ruso. Otro general, con pose marcial, agitaba la mano delante del pecho al tiempo que miraba alrededor. Pierre reconoció a algunos de los hombres de alto rango que formaban el círculo; sin embargo, no los miraba, toda su atención estaba concentrada en la expresión seria de los numerosos soldados y milicianos que, con idéntica avidez, contemplaban el icono. En cuanto los sacristanes, cansados (era la vigésima vez que cantaban la rogativa), empezaron a entonar perezosa y rutinariamente: «Madre de Dios, salva a tus esclavos de la desgracia», y el sacerdote y un sacristán les hicieron coro: «Igual que a Dios acudimos a Ti, como muralla inquebrantable, para que nos protejas», en todos los rostros resplandeció la misma expresión que Pierre había visto en los soldados de la pendiente de Mozhaisk y en muchos otros más a lo largo de la mañana, una expresión que respondía a la conciencia de la solemnidad del momento que estaba por llegar; las cabezas se inclinaron con más frecuencia, sacudieron el pelo, y se oyeron los suspiros y los golpes en el pecho al hacer la señal de la cruz.

De pronto la multitud que rodeaba el icono se hizo atrás empujando a Pierre. Alguien, que a juzgar por la prisa con que le hacían paso debía de ser

muy importante, se aproximó al icono. Era Kutúzov que, tras inspeccionar las posiciones y de regreso a Tatárinovo, se había acercado a la rogativa. Pierre lo reconoció de inmediato por su peculiar figura, que lo distinguía de todos los demás. Con una larga levita que envolvía su cuerpo extremadamente grueso, la espalda algo encorvada, la cabeza canosa descubierta, un ojo blanco y tuerto, y la cara abotagada, Kutúzov entró en el círculo con su andar balanceante y se detuvo detrás del sacerdote. Se santiguó con gesto acostumbrado, se inclinó hasta tocar el suelo con la mano y, con un profundo suspiro, agachó su cabeza cana. A su espalda estaba Bennigsen y la comitiva. A pesar de la presencia del comandante en jefe, que atraía la atención de todos los altos cargos, los milicianos y los soldados continuaron rezando sin mirarle.

Cuando la rogativa llegó a su fin, Kutúzov se acercó al icono, se arrodilló trabajosamente, se inclinó hasta el suelo y estuvo un buen rato intentando levantarse, sin lograrlo a causa de su peso y de su debilidad. Su cabeza cana se contrajo por el esfuerzo. Por fin se levantó y, con una expresión inocente e infantil, alargó los labios, los posó en el icono y volvió a inclinarse hasta el suelo. Los generales siguieron su ejemplo; después los oficiales y, tras ellos, empujándose, pisándose, resoplando y con el rostro emocionado, los soldados y los milicianos.

XXII

Tambaleándose por los empujones, Pierre miraba a un lado y a otro.

—¡Conde Piotr Kirílych! ¿Qué hace usted aquí? —dijo una voz.

Pierre se volvió.

Borís Drubetskói, limpiándose las rodillas con una mano (probablemente él también se las había manchado al acercarse a besar el icono), se dirigía hacia él con una sonrisa. Iba vestido con elegancia, con aire de marcialidad. Llevaba una levita larga y un látigo cruzado sobre el pecho, igual que Kutúzov.

Entretanto, Kutúzov se había acercado a la aldea y se había sentado a la sombra de la casa más próxima en un banco que le había llevado a toda prisa un cosaco y que otro había cubierto rápidamente con una pequeña alfombra. Una enorme y magnífica comitiva rodeaba al comandante en jefe.

El icono se alejó seguido por la multitud. Pierre, que charlaba con Borís, se detuvo a unos treinta pasos de Kutúzov. Le estaba explicando su intención

de participar en el combate y de inspeccionar las posiciones.

—Esto es lo que tiene que hacer —le dijo Borís—. *Je vous ferai les honneurs du camp*.[114] Lo mejor será que lo vea todo desde donde esté el conde Bennigsen. Formo parte de su mando. Le informaré. Si lo que usted quiere es recorrer las posiciones, venga con nosotros: ahora iremos al flanco izquierdo. Y cuando volvamos será para mí un honor que duerma en mi casa y que juguemos a las cartas. Conoce a Dmitri Sergueich, ¿cierto? Se aloja allí. —Señaló la tercera casa de Gorki.

—Pero me gustaría ver el flanco derecho; dicen que es muy fuerte —dijo Pierre—. Quisiera empezar desde el río Moscova y recorrer toda la posición.

—Bueno, eso puede hacerlo más tarde; el flanco izquierdo es el más importante…

—De acuerdo, de acuerdo. Y ¿dónde está el regimiento del príncipe Andréi? ¿Puede indicármelo? —preguntó Pierre.

—¿El de Andréi Nikoláievich? Pasaremos por delante, le acompañaré a verlo.

—Y ¿qué pasa con el flanco izquierdo? —se interesó Pierre.

—Para serle sincero y *entre nous*[115]: Dios sabe en qué situación se encuentra nuestro flanco izquierdo —dijo Borís bajando la voz en tono confidencial—; el conde Bennigsen esperaba algo muy diferente. Su intención era fortificar esa loma de allí de un modo completamente distinto. Pero… —se encogió de hombros— el serenísimo no quiso, o quizá le aconsejaron mal. Si es que… —No terminó la frase porque en ese instante se acercaba Kaisárov, ayudante de campo de Kutúzov—. ¡Ah, Paísi Sergueich! —dijo Borís con una sonrisa desenvuelta—. Estaba intentando explicarle al conde las posiciones. ¡Es increíble cómo ha podido el serenísimo adivinar tan bien las intenciones de los franceses!

—¿Se refiere al flanco izquierdo? —preguntó Kaisárov.

—Sí, sí, exacto. Nuestro flanco izquierdo ahora es muy, muy fuerte.

A pesar de que Kutúzov había echado a todos los que estaban de más en el Estado Mayor y de los cambios que había introducido, Borís se las había arreglado para quedarse en el cuartel general. Se había puesto a las órdenes del conde Bennigsen, que, como todos los que trataban con él, consideraba al joven príncipe Drubetskói un hombre de una valía inestimable.

El mando del ejército estaba dividido en dos bandos sumamente definidos: el de Kutúzov y el de Bennigsen, jefe del Estado Mayor. Borís formaba parte del segundo, y no había nadie que supiera mostrar como él un respeto tan servil por Kutúzov y, al mismo tiempo, dar a entender que el viejo

no servía para nada y que todo el peso lo llevaba Bennigsen. Había llegado el momento decisivo de la batalla que o bien destruiría a Kutúzov o bien, aunque este ganara el combate, demostraría que todo lo había hecho Bennigsen. En cualquier caso, al día siguiente se iban a repartir grandes condecoraciones y habría nuevos ascensos, por lo que Borís llevaba todo el día en un estado de nerviosa excitación.

Después de Kaisárov, varios conocidos más se acercaron a Pierre, que no daba abasto para responder a la gran cantidad de preguntas que le hacían sobre Moscú ni para escuchar las historias que le contaban. En todos los rostros se percibía excitación e inquietud. Pero a Pierre le pareció que la razón de la excitación de algunos de ellos se debía más bien a cuestiones de éxito personal, y no se le iba de la cabeza la otra expresión de animación que había visto en otros rostros y que no respondía a cuestiones personales, sino universales como la vida y la muerte. Kutúzov reparó en su figura y en el grupo que se había formado a su alrededor.

—Díganle que venga —ordenó.

Un ayudante de campo le transmitió el deseo del serenísimo y Pierre se encaminó hacia el banco, pero antes de llegar un soldado de la milicia se le adelantó. Era Dólojov.

—¿Qué hace este aquí? —preguntó Pierre.

—¡Es un granuja, se cuela en todas partes! —le respondieron—. Ha sido degradado y ahora quiere escalar puestos. Ha presentado no sé qué proyectos y la noche pasada se adentró en la línea enemiga… ¡Con todo, es un tipo valiente!…

Pierre se quitó el sombrero y se inclinó respetuosamente ante Kutúzov.

—He pensado que si le informaba personalmente, excelencia, usted podría echarme o decirme que ya está al corriente de lo que le informo; no pierdo nada… —estaba diciendo Dólojov.

—Bueno, bueno.

—Pero, si tengo razón, le haré un servicio a la patria, por la que estoy dispuesto a morir.

—Bueno… bueno…

—Y, si usted, serenísimo, necesita a un hombre que no tema por su propio pellejo, le ruego que se acuerde de mí… Quizá pueda serle útil, excelencia.

—Bueno… bueno… —repitió Kutúzov, mirando a Pierre con el ojo risueño y cada vez más cerrado.

Entonces Borís, con su habilidad cortesana, dio un paso al frente y se colocó al lado de Pierre, cerca de los superiores y, con un aspecto de lo más

natural y sin elevar el tono, como si continuara una conversación empezada, le dijo:

—Los milicianos se han puesto camisas limpias y blancas para prepararse a morir. ¡Qué heroísmo, conde!

Era evidente que Borís le había dicho esto a Pierre para que el serenísimo lo oyera. Sabía que Kutúzov prestaría atención a esas palabras y, en efecto, se volvió hacia él:

—¿Qué dices de la milicia? —le preguntó.

—Que para prepararse para el combate de mañana, excelencia, se han puesto camisas blancas.

—¡Ah!… ¡Un pueblo admirable, incomparable! —dijo Kutúzov y meció la cabeza con los ojos cerrados—. ¡Un pueblo incomparable! —repitió con un suspiro—. ¿Quiere oler la pólvora? —le preguntó a Pierre—. Sí, es un olor agradable. Tengo el honor de ser un admirador de su mujer, ¿está bien? Pongo mi campamento a su disposición.

Y, como suelen hacer los viejos, se puso a mirar distraídamente a los lados como si hubiera olvidado lo que tenía que decir o hacer. Cuando resultó evidente que había recordado lo que buscaba, llamó a Andréi Sergueich Kaisárov, hermano de su ayudante de campo.

—¿Cómo eran aquellos versos de Marín[116]? ¿Cómo eran, cómo eran? Los que escribió sobre Guerakov[117]: «Serás maestro en el cuerpo»… ¡Recítalos, recítalos! —dijo Kutúzov, sin duda preparándose para reír.

Kaisárov los recitó… Kutúzov, risueño, movía la cabeza al ritmo de los versos.

Cuando Pierre se alejó de Kutúzov, Dólojov se le acercó y le cogió de un brazo.

—Me alegra mucho encontrarlo aquí, conde —le dijo en voz alta, sin cohibirse por la presencia de extraños, con una firmeza y solemnidad especiales—. En la víspera de un día en que solo Dios sabe quién de nosotros está destinado a seguir entre los vivos, me alegra tener la oportunidad de decirle que lamento las disputas que se produjeron entre nosotros y me gustaría que no tuviera usted nada contra mí. Le ruego que me perdone.

Pierre lo miró con una sonrisa, sin saber qué decir. Dólojov, con lágrimas en los ojos, lo abrazó y lo besó.

Borís le dijo algo a su general y, a continuación, el conde Bennigsen se volvió hacia Pierre y le propuso que lo acompañara a inspeccionar las líneas.

—Le resultará interesante —dijo.

—Sí, muy interesante —asintió Pierre.

Al cabo de media hora Kutúzov partió hacia Tatárinovo mientras que Bennigsen, con una comitiva en la que iba Pierre, se dirigió hacia las líneas.

XXIII

Desde Gorki Bennigsen bajó por la carretera hacia el puente que el oficial había señalado a Pierre desde la loma como el centro de la posición, junto al que se veían, en la orilla del río, hileras de fragante heno segado. Cruzaron el puente y se adentraron en la aldea de Borodinó, desde allí giraron a la izquierda y, pasando por delante de una inmensa cantidad de tropas y cañones, llegaron a una alta loma en la que los milicianos cavaban la tierra. Se trataba de un reducto que aún no tenía nombre y que más tarde se llamaría reducto de Raievski o batería de la loma.

Pierre no prestó especial atención al reducto. No sabía que aquel lugar se convertiría para él en el más memorable de todo el campo de Borodinó. Después cruzaron un barranco y llegaron a Semiónovskoie, de donde los soldados se llevaban los últimos troncos de las isbas y de los gavilleros. A continuación, tras diversas subidas y bajadas, pasaron por un campo de centeno devastado como por una granizada y, siguiendo un camino nuevo abierto por la artillería, llegaron a las flechas[118], que aún estaban cavando.

Bennigsen se detuvo en las flechas y se puso a mirar hacia el reducto de Shevardinó (que en la víspera aún era nuestro), donde se veía a varios jinetes. Los oficiales decían que allí estaba Napoleón o Murat. Todos miraban ávidamente al grupo de jinetes; Pierre hacía lo propio, tratando de adivinar cuál de aquellos hombres a los que apenas se veía sería Napoleón. Finalmente los jinetes bajaron de la loma y se perdieron de la vista.

Bennigsen se volvió hacia un general que se le había acercado y le empezó a explicar la posición de nuestras tropas. Pierre escuchaba sus palabras, haciendo el máximo esfuerzo para comprender la esencia de la batalla inminente, pero veía, con pesar, que sus capacidades intelectuales en esta materia eran insuficientes. No entendía nada. Bennigsen dejó de hablar y, al darse cuenta de que Pierre le estaba escuchando, le dijo de pronto:

—Supongo que esto no le interesará, ¿verdad?

—¡Oh, al contrario, es muy interesante! —dijo Pierre sin demasiada sinceridad.

Desde las flechas avanzaron más hacia la izquierda por un camino que atravesaba sinuosamente un espeso bosque de abedules no muy altos. En

mitad del bosque una liebre de color canela con las patas blancas saltó al camino; asustada y aturdida por el ruido de cascos de los numerosos caballos, estuvo un buen rato dando brincos, atrayendo la atención de todos y provocando risas. Solo cuando varias voces le gritaron, salió del camino y se perdió entre la espesura. Después de recorrer unas dos verstas salieron a un claro donde estaban las tropas del cuerpo de Tuchkov, cuya misión era defender el flanco izquierdo.

Allí, en el extremo del flanco izquierdo, Bennigsen habló mucho y con ardor, y dio una orden que a Pierre le pareció importante desde el punto de vista militar. Frente a las tropas de Tuchkov había un montículo que no ocupaba ningún soldado. Bennigsen criticó duramente este error diciendo que era una locura dejar libre un lugar elevado que dominaba el terreno y situar a las tropas debajo. Algunos generales expresaron esta misma opinión. Uno en particular, con gran ardor militar, afirmó que ponerlos allí era como enviarlos al matadero. Bennigsen ordenó, en su propio nombre, que las tropas subieran al montículo.

Esta orden dada en el flanco izquierdo hizo dudar aún más a Pierre sobre su capacidad de comprender el arte militar. Entendió perfectamente a Bennigsen y a los generales cuando criticaron la colocación de las tropas a los pies del montículo, y estuvo de acuerdo con ellos; pero, justamente por esto, no podía comprender cómo era posible que alguien hubiera cometido un error tan burdo y evidente.

Lo que Pierre no sabía era que esas tropas no habían sido puestas allí para defender las posiciones, como pensaba Bennigsen, sino para ocupar un lugar escondido y tender una emboscada, es decir, para pasar inadvertidas y golpear por sorpresa al enemigo cuando avanzara. Bennigsen ignoraba este hecho e hizo mover a las tropas guiándose por sus propias consideraciones, sin informar al comandante en jefe.

XXIV

Aquella tarde clara del 25 de agosto el príncipe Andréi estaba tumbado, apoyado en un brazo, en un cobertizo medio derribado de la aldea de Kniazkovo, en el límite de la posición que ocupaba su regimiento. Por una rendija de la pared derruida miraba la hilera de abedules de treinta años, con las ramas inferiores cortadas, que se extendía a lo largo de la valla, así como

los campos labrados con haces destrozados de avena y un arbusto a través del que se podía ver el humo de las hogueras de las cocinas de los soldados.

Por muy estrecha, pesada e inútil que al príncipe Andréi le pareciera ahora su vida, en ese momento se sentía agitado e irritado, igual que en la víspera de la batalla de Austerlitz siete años antes.

Había recibido y dado las órdenes para la batalla del día siguiente. No tenía nada más que hacer. Pero los pensamientos más sencillos, claros y por lo tanto más terribles no le dejaban en paz. Sabía que la batalla del día siguiente sería la más espantosa de todas en cuantas había participado y, por primera vez en su vida, la posibilidad de morir —sin ninguna relación con el día a día, sin pensar en cómo afectaría a los demás, solo en relación consigo mismo y con su alma— se le presentaba claramente, casi como una certidumbre, de un modo sencillo y terrible. Y, desde lo alto de esta visión, todo lo que antes lo atormentaba y le interesaba de repente quedó iluminado por una luz fría, blanca, sin sombras, sin perspectiva, sin relieve definido. Su vida entera se le presentaba como proyectada en una linterna mágica que siempre había mirado a través de un cristal con una iluminación artificial. Ahora, de repente, veía sin el cristal, a la luz brillante del día, estas estampas mal pintadas. «Sí, sí, he aquí las imágenes falsas que me agitaban, maravillaban y atormentaban —se decía, reviviendo en su imaginación las principales estampas de la linterna mágica de su vida, observándolas ahora a la luz fría y blanca del día, a la luz de la idea clara de la muerte—. He aquí las imágenes toscamente pintadas que antes me parecían hermosas y misteriosas. La gloria, el bien común, el amor por una mujer, la patria misma: ¡qué grandiosas me parecían estas estampas, qué sentido tan profundo parecían encerrar! Y qué simples, pálidas y vulgares son a la luz fría y blanca de esta mañana que siento que despunta para mí.» Había tres aflicciones principales de su vida que atraían particularmente su atención: el amor por una mujer, la muerte de su padre y la invasión de los franceses, que se habían apoderado de la mitad de Rusia. «¡El amor!… Aquella joven muchacha me parecía colmada de fuerzas misteriosas. ¡Cuánto la amé! Hice planes poéticos de amor y de felicidad con ella. ¡Oh, chiquillo inocente! —dijo en voz alta, con rabia—. ¡Así es! ¡Creí en un amor ideal que me garantizaría su fidelidad durante mi año entero de ausencia! Como una tierna palomita de una fábula, ella languidecería durante la separación. Pero todo es mucho más simple… ¡Todo es terriblemente simple y ruin! Mi padre también construyó Lysye Gory pensando que aquel era su sitio, su tierra, su aire, sus campesinos; pero llegó Napoleón y, sin saber de su existencia, lo barrió del camino como si fuera una astilla, y Lysye Gory y su vida entera se

desmoronaron. La princesa Maria dice que es una prueba enviada desde arriba. Pero ¿para qué una prueba cuando mi padre ya no está ni estará? ¡No estará nunca más! ¡Ha dejado de existir! Entonces, ¿para quién es esta prueba? ¡La patria, la caída de Moscú! Mañana me matarán, y ni siquiera lo hará un francés, sino uno de los nuestros, como el soldado que ayer descargó su fusil al lado de mi oreja; después llegarán los franceses, me agarrarán por los pies y la cabeza y me lanzarán a un hoyo para que no apeste el aire que respiran. Se formarán nuevas condiciones de vida que acabarán siendo habituales para los demás, pero yo no las conoceré. No existiré.»

Miró cómo brillaba al sol la hilera inmóvil de abedules con sus tonalidades amarillentas, verdosas y su corteza blanca. «Morir, que me maten mañana, que deje de existir… Que todo esto siga existiendo, pero yo ya no esté.» Se imaginó vivamente su ausencia de esta vida. Y los abedules con sus luces y sombras, las nubes rizadas, el humo de las hogueras: todo cuanto había a su alrededor se transformó para él en algo terrible, amenazador. Un escalofrío le recorrió la espalda. Se levantó rápidamente, salió del cobertizo y se puso a caminar.

Al volver oyó unas voces detrás del cobertizo.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

El capitán Timojin, el de la nariz roja, antiguo jefe de la compañía de Dólojov y ahora jefe de batallón por la mengua de oficiales, entró tímidamente. Lo seguían un ayudante de campo y el tesorero del regimiento.

El príncipe Andréi se levantó rápidamente y escuchó lo que los oficiales tenían que decirle del servicio, dio algunas órdenes más y, cuando se disponía a dejarlos marchar, oyó una voz familiar y ceceante detrás del cobertizo.

—*Que diable!*[119] —exclamó esa voz al tropezar con algo.

El príncipe Andréi se asomó y vio acercarse a Pierre; se había tropezado con una pértiga del suelo y había estado a punto de caer. En general al príncipe Andréi le desagradaba ver a personas de su mundo y, especialmente a Pierre, porque le recordaba los duros momentos que había vivido en su última estancia en Moscú.

—¡Mira por dónde! —dijo—. ¿Qué te trae por aquí? No te esperaba.

Al decir esto en sus ojos y en su rostro entero más que frialdad había hostilidad, y Pierre lo notó al instante. Había llegado al cobertizo con la mejor disposición de ánimo, pero al ver la expresión del príncipe Andréi se sintió cohibido e incómodo.

—He venido… pues… sabe usted… He venido… Me parecía interesante… —dijo Pierre, que tantas veces había repetido absurdamente la

palabra «interesante» aquel día—. Quería ver la batalla.

—Sí, sí, y ¿qué dicen los hermanos masones de la guerra? ¿Cómo prevenirla? —preguntó el príncipe Andréi burlonamente—. Bueno, y ¿cómo van las cosas en Moscú? ¿Cómo están los míos? ¿Ya han llegado por fin? —preguntó con seriedad.

—Sí, han llegado, me lo dijo Julie Drubetskaia. Fui a visitarlos, pero no los encontré. Ya habían partido hacia la hacienda de las afueras de Moscú.

XXV

Los oficiales quisieron retirarse, pero el príncipe Andréi, como sin ganas de quedarse a solas con su amigo, les propuso sentarse y tomar el té. Trajeron bancos y sirvieron el té. Los oficiales miraban no sin sorpresa la inmensa figura de Pierre y escuchaban sus noticias de Moscú y de la posición de las tropas que había tenido la oportunidad de recorrer. El príncipe Andréi guardaba silencio y la expresión de su rostro era tan desagradable que Pierre se dirigía más al afable jefe de batallón Timojin que a él.

—Entonces ¿has entendido la disposición de las tropas? —le interrumpió Bolkonski.

—Sí; es decir, ¿a qué te refieres? Como no soy militar no puedo afirmar que lo haya entendido todo, pero sí la disposición general.

—*Eh bien, vous êtes plus avancé que qui cela soit*[120] —dijo el príncipe Andréi.

—¡Ah! —exclamó Pierre mirándolo perplejo a través de las gafas—. Y ¿qué me dice del nombramiento de Kutúzov? —preguntó.

—Me alegré mucho al enterarme, es lo único que sé —respondió el príncipe Andréi.

—Bueno, y dígame, ¿qué piensa de Barclay de Tolly? En Moscú solo Dios sabe lo que se ha dicho de él. ¿Qué opinión le merece?

—Pregúntales a ellos —le dijo el príncipe Andréi señalando a los oficiales.

Pierre miró interrogativamente a Timojin, con la sonrisa indulgente con la que todo el mundo se dirigía involuntariamente a él.

—Desde que el serenísimo tomó posesión hemos visto la luz, señor —dijo Timojin sin dejar de mirar tímidamente a su jefe de regimiento.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Pierre.

—Aunque solo sea por la leña y el forraje. Verá, cuando nos retiramos de Sventsiany[121] no podíamos atrevernos a coger ni un pedazo de madera, ni un poco de heno, nada de nada. Nos íbamos y se lo dejábamos todo a *él*, ¿no es así, excelencia? —le preguntó al príncipe—. Pero ¡nosotros, ni atrevernos! En nuestro regimiento dos oficiales fueron juzgados por casos así. Sin embargo, en cuanto el serenísimo tomó posesión todo esto cambió. Hemos visto la luz…

—Pero ¿por qué se prohibía?

Timojin miró a los lados confundido, sin comprender cómo ni qué responder a una pregunta así. Pierre le repitió la pregunta al príncipe Andréi.

—Pues para no devastar el territorio que dejábamos al enemigo —respondió el príncipe con tono rabioso e irónico—. Es muy razonable: no se puede permitir saquear el territorio y que las tropas se habitúen al pillaje. En Smolensk él[122] pensó, también muy acertadamente, que los franceses podían rebasarnos y que disponían de más fuerzas que nosotros. Pero fue incapaz de comprender —gritó de repente con una voz estridente que parecía no poder contener— que allí luchábamos por primera vez en defensa de tierras rusas, que las tropas rebosaban de un espíritu que yo jamás había visto, que contuvimos a los franceses dos días seguidos y que este éxito multiplicaba por diez nuestras fuerzas. Dio la orden de retroceder, y todos los esfuerzos y pérdidas fueron estériles. No pensaba ser un traidor, solo trataba de hacerlo todo de la mejor manera posible y lo tenía todo calculado; pero, justamente por este motivo, ahora no sirve. Y no sirve precisamente porque lo calcula todo con mucho fundamento y exactitud, como se espera de un alemán. Cómo explicártelo… Imagínate que tu padre tiene un lacayo alemán, un magnífico lacayo que satisface todas sus necesidades mejor que tú, por lo que te parece bien que le sirva. Pero, si tu padre se pone enfermo y está al borde de la muerte, echarás al lacayo y lo cuidarás con tus manos torpes e inexpertas: lo calmarás mucho mejor que alguien que, aunque sea hábil, es un extraño. Pues esto es lo que han hecho con Barclay. Mientras Rusia gozaba de salud, un extraño podía servirle y ser un magnífico ministro, pero en cuanto el país corrió peligro, fue necesario poner a uno de los nuestros. Pero ¡vosotros, en vuestro club, os inventasteis que es un traidor! El hecho de que lo hayan calumniado diciendo que es un traidor solo hará que después, avergonzados por este falso reproche, lo conviertan en un héroe o un genio, cosa que será aún más injusta. Es un alemán honrado y muy aplicado…

—Dicen que es un jefe militar experto… —apuntó Pierre.

—No entiendo lo que significa «jefe militar experto» —replicó el príncipe Andréi con tono burlón.

—Jefe militar experto… Bueno, es quien ha previsto todas las eventualidades… Y, bueno, quien adivina los pensamientos del enemigo.

—¡Eso es imposible! —dijo el príncipe Andréi, como si hablara de algo que no dejaba lugar a dudas.

Pierre lo miró asombrado.

—Se suele decir que la guerra es como una partida de ajedrez…

—Sí —dijo el príncipe Andréi—, pero con la pequeña diferencia de que en el ajedrez puedes pensarte cada jugada todo el tiempo que quieras, no estás sujeto al factor del tiempo; también se diferencia en que el caballo es siempre más fuerte que el peón y dos peones son siempre más fuertes que uno, mientras que en la guerra un batallón es a veces más fuerte que una división y otras más débil que una compañía. Nadie puede conocer la fuerza relativa de las tropas. Créeme —continuó— cuando te digo que, si todo dependiera de las órdenes de los Estados Mayores, yo estaría allí dando órdenes, pero en cambio tengo el honor de servir aquí, en el regimiento, con estos señores, y considero que lo que ocurra mañana realmente dependerá de nosotros y no de ellos… El triunfo nunca ha dependido ni dependerá de las posiciones, de las fortificaciones, ni siquiera del número de efectivos; pero de lo que menos depende es de las posiciones.

—Entonces ¿de qué?

—Del sentimiento que hay en mí, en él —señaló a Timojin— y en cada soldado.

Miró a Timojin que, asustado y sin comprender, le devolvía la mirada. A pesar de que el príncipe Andréi se había mostrado reticente a hablar, ahora parecía animado. Saltaba a la vista que no podía dejar de expresar las ideas que le venían de improviso a la cabeza.

—Un combate lo gana quien está firmemente decidido a ganarlo. ¿Por qué perdimos la batalla de Austerlitz? Tuvimos casi las mismas bajas que los franceses, pero nos dijimos demasiado pronto que habíamos perdido. Y perdimos. Si nos lo dijimos fue porque no teníamos ninguna razón por la que luchar: lo que queríamos era abandonar cuanto antes el campo de batalla: «¡Hemos perdido, pues a correr!». Y salimos corriendo. Si no lo hubiéramos dicho hasta la noche, sabe Dios lo que habría pasado. Pero mañana no lo diremos. Tú hablas de nuestras posiciones, de que el flanco izquierdo es débil y el derecho está demasiado extendido —continuó—, pero eso son tonterías, nada de eso importa. ¿Qué nos espera mañana? Cien millones de

eventualidades diversas se decidirán en un solo instante dependiendo de si se echan a correr ellos o nosotros, de si matan a uno o a otro. Todo lo que se está haciendo ahora no es más que un pasatiempo: de hecho, los que te han llevado a recorrer las posiciones no solo no están contribuyendo a la marcha general de la guerra, sino que la están entorpeciendo. Lo único que les preocupa son sus pequeños intereses particulares.

—¿En un momento así? —exclamó Pierre con tono de reproche.

—*En un momento así* —repitió el príncipe Andréi—. Para ellos simplemente se trata de un momento en que pueden socavar al enemigo y obtener alguna crucecita o cintita más. He aquí lo que creo que sucederá mañana: un ejército ruso de cien mil hombres saldrá a batirse contra otro de cien mil franceses, y es un hecho que habrá una lucha de doscientos mil hombres. Ganará quien luche con más ferocidad y con menos miramientos por su propia vida. Y, si quieres, te diré que pase lo que pase, por mucho que lo embrollen todo los de arriba, mañana ganaremos la batalla. ¡Pase lo que pase, mañana ganaremos la batalla!

—¡Así es, excelencia! ¡Es verdad, es la pura verdad! —exclamó Timojin —. ¡No es momento de tener miramientos por uno mismo! ¿Puede creerse que los soldados de mi batallón hoy no han querido beber vodka? Dicen que no es día para eso.

Se hizo un silencio.

Los oficiales se levantaron. El príncipe Andréi salió con ellos y dio las últimas órdenes al ayudante de campo. Cuando se hubieron marchado, Pierre se le acercó y estaba a punto de iniciar una conversación cuando en un camino que había junto al cobertizo resonaron los cascos de tres caballos; al mirar hacia allí el príncipe Andréi reconoció a Wolzogen y a Clausewitz, que iban acompañados por un cosaco. Los jinetes pasaron por delante sin dejar de hablar, y Pierre y Andréi oyeron sin querer las siguientes frases:

—*Der Krieg muss im Raum verlegt werden. Der Ansicht kann ich nicht genug Preis geben*[123] —dijo uno.

—*O ja* —respondió otro—, *der Zweck ist nur den Feind zu schwächen, so kann man gewiss nicht den Verlust der Privat-Personen in Achtung nehmen.*[124]

—*O ja*[125] —confirmó la primera voz.

—Sí, *im Raum verlegen* —repitió el príncipe Andréi, resoplando con rabia, cuando ya habían pasado—. Pero en este *Im Raum*[126] estaban mi padre, mi hijo y mi hermana, que se quedaron en Lysye Gory. Aunque a él eso le trae sin cuidado. Ahí tienes lo que te decía: estos señores alemanes

mañana no ganarán la batalla, solo emporcarán cuanto puedan porque en sus cabezas alemanas no hay más que razonamientos que no valen tres pitos, y sus corazones carecen de lo único que hace falta mañana, es decir, de lo que hay en Timojin. ¡*Le* han entregado Europa entera y vienen a darnos lecciones! ¡Vaya unos maestros! —gritó de nuevo, con voz estridente.

—Entonces ¿cree usted que mañana ganaremos la batalla? —preguntó Pierre.

—Sí, sí… —contestó distraídamente el príncipe Andréi—. Si yo estuviera en el poder, hay solo una cosa que no haría: tomar prisioneros. Porque ¿qué son los prisioneros? Algo caballeresco. Los franceses han destruido mi casa y tienen la intención de destruir Moscú, me han ultrajado y me ultrajan a cada momento. Son mis enemigos, son todos unos criminales, a mi modo de ver. Y así piensan también Timojin y el ejército entero. ¡Hay que ejecutarlos! Si son mis enemigos, no pueden ser mis amigos, por mucho que se dijera en Tilsit.

—¡Sí, sí —asintió Pierre, mirándolo con ojos brillantes—, estoy de acuerdo, completamente de acuerdo!

La cuestión que había inquietado a Pierre desde Mozhaisk y durante todo el día ahora se le antojaba absolutamente clara y resuelta. Ahora entendía el sentido e importancia de aquella guerra y de la batalla inminente. Todo lo que había visto a lo largo del día, la expresión grave y severa en los rostros con los que se había cruzado, quedó iluminado bajo una nueva luz. Comprendió el calor oculto —*latente*, como se dice en física— del patriotismo que había en todas las personas que había visto y que le explicaba por qué todas ellas se preparaban a morir con tanta tranquilidad, como a la ligera.

—No tomar prisioneros —continuó el príncipe Andréi—: solo esto cambiaría toda la guerra y la haría menos cruel. Nosotros hemos jugado a la guerra, he aquí lo ruin, nos las damos de magnánimos, etcétera. Esta magnanimidad y sensibilidad son de la misma clase que las de una señorita que se marea al ver cómo matan a un ternero; es tan buena que no puede ver la sangre, pero se come con gran apetito ese mismo ternero bañado en salsa. Nos hablan de los derechos en la guerra, de caballerosidad, de parlamentar, de ser compasivos con los desdichados, etcétera. ¡No son más que disparates! En 1805 ya vi cómo es la caballerosidad y vi a los parlamentarios; fuimos engañados y nosotros mismos engañamos. Saquean casas, ponen en circulación billetes falsos y, lo peor de todo, asesinan a nuestros hijos y a nuestros padres, y ¡aún hablan de reglas de guerra y de magnanimidad con el enemigo! ¡No hay que tomar prisioneros, hay que matar e ir a morir! Quien haya llegado hasta este punto como yo, con los mismos padecimientos…

El príncipe Andréi, que pensaba que no le importaba que Moscú fuera tomado como habían tomado Smolensk, se interrumpió súbitamente por unos inesperados espasmos que le atascaron la garganta. Se paseó varias veces en silencio, pero cuando se puso a hablar de nuevo los ojos le brillaban febrilmente y el labio le temblaba.

—Si en la guerra no hubiera falsa magnanimidad, solo la haríamos cuando realmente valiera la pena ir a una muerte segura, como es el caso de ahora. No habría guerras por que un tal Pável Iványch ofendiera a un Mijaíl Iványch. Y cuando hubiera una como la de ahora, sería realmente una guerra. La concentración de tropas no sería como la actual, y entonces todos estos westfalianos y hessianos[127] a los que Napoleón dirige no lo seguirían hasta Rusia ni nosotros iríamos a luchar a Austria ni a Prusia sin saber con qué fin. La guerra no es un acto de cortesía, sino la cosa más abyecta de la vida; esto es algo que hay que comprender, y no jugar jamás a la guerra. Hay que tomarse en serio y con rigor esta terrible necesidad. Todo se reduce a esto: apartar la mentira, que la guerra sea guerra y no un juego. Y es que ahora es el pasatiempo favorito de las personas más ociosas y frívolas… El estamento militar es el más respetado. Pero ¿qué es la guerra? ¿Qué se necesita para triunfar en el arte militar? ¿Cuáles son las costumbres de la sociedad militar? El objetivo de la guerra es el asesinato; sus instrumentos son el espionaje, la traición, la ruina de la población, el saqueo y el pillaje para abastecer al ejército; el engaño y la mentira son calificados de «ingenio militar»; las costumbres del estamento militar son la falta de libertad, es decir, la disciplina, la ociosidad, la ignorancia, la brutalidad, la depravación, las borracheras. Y, a pesar de esto, se trata de un estamento supremo, respetado por todo el mundo. Todos los reyes, excepto el de China, visten uniforme militar y quien más gente mata más condecoraciones recibe… Mañana decenas de miles de hombres se juntarán para el asesinato, se matarán, se mutilarán y después celebrarán misas de agradecimiento por haber matado a muchas personas (cuyo número se suele exagerar) y proclamarán la victoria creyendo que cuanta más gente haya muerto mayor será el mérito. ¡Cómo los va a mirar y a escuchar Dios desde arriba! —gritó con voz aguda y estridente —. Ah, amigo mío, últimamente se me hace duro vivir. Me doy cuenta de que he empezado a entender demasiadas cosas. Y no le conviene al hombre comer del árbol del conocimiento del bien y el mal… Pero ¡por poco tiempo! —añadió—. Bueno, te estás durmiendo y es hora de que me acueste también. Ve a Gorki —dijo de pronto.

—¡Oh, no! —respondió Pierre, mirándolo con ojos temerosos y compasivos.

—Vete, vete: antes de un combate hay que dormir bien —insistió el príncipe Andréi. Se acercó rápidamente a Pierre, lo abrazó y lo besó—. Adiós, ¡vete! —exclamó—. Nos volveremos a ver, o no…

Y, dándose rápidamente la vuelta, se dirigió hacia el cobertizo.

Ya había oscurecido y Pierre no pudo distinguir si la expresión de su rostro era rabiosa o tierna. Se quedó un rato en silencio, pensando en si ir detrás de su amigo o si volver a casa. «¡No, no me necesita! —decidió para sus adentros—. Y sé que este ha sido nuestro último encuentro.» Suspiró profundamente y partió de regreso a Gorki.

El príncipe Andréi, de nuevo en el cobertizo, se tumbó en una alfombra, pero fue incapaz de dormir.

Cerró los ojos. En su imaginación se sucedieron una serie de imágenes y se detuvo un buen rato, con alegría, en una de ellas. Recordó vivamente una velada en San Petersburgo. Natasha le contaba con viveza y emoción que el verano anterior, al ir a buscar setas, se había perdido en un bosque muy grande. Le describió inconexamente la espesura del bosque, lo que había sentido, su conversación con un apicultor con el que se había cruzado, pero no dejaba de interrumpir su relato diciendo: «No, no es así, no lo estoy contando bien; no, usted no me puede entender», a pesar de que el príncipe Andréi la tranquilizara asegurándole que la entendía y, efectivamente, comprendía todo lo que le estaba contando. Natasha, insatisfecha con sus palabras, tenía la sensación de que no sabía transmitir el sentimiento intensamente poético que había experimentado aquel día y que deseaba verbalizar. «Aquel viejo era tan encantador, el bosque tan oscuro… Y había tanta bondad en sus… ¡No, no sé explicarlo!», decía ruborizándose, llena de agitación. El príncipe Andréi ahora sonreía con la misma sonrisa jovial con que entonces la había mirado a los ojos. «Yo la comprendía —pensó—. No solo la comprendía, sino que amaba en ella esa fuerza espiritual, esa sinceridad, esa forma de abrirse, esa alma que parecía ligada por el cuerpo; lo que yo amaba de ella era esa alma… Y la amaba con tanta intensidad, era tan feliz…» De pronto recordó cómo había acabado aquel amor. «A él no le importaba nada de esto, era incapaz de ver y de comprender nada. Solo la veía como a una chiquilla hermosa y *fresca*, y no se dignó unir su destino al de ella. ¿Y yo?… Sin embargo, él todavía vive y se divierte.»

El príncipe Andréi se levantó de un salto como si alguien le hubiera quemado y volvió a pasearse frente al cobertizo.

XXVI

El 25 de agosto, en la víspera de la batalla de Borodinó, el prefecto del palacio imperial francés, *monsieur* de Bausset, y el coronel Fabvier llegaron de París, el primero, y de Madrid, el segundo, para visitar al emperador Napoleón a su campamento de Valúievo.

Después de cambiarse de ropa por un uniforme de la corte, *monsieur* de Bausset ordenó que llevaran antes de que él pasara un paquete que había traído para el emperador, entró en el primer compartimiento de la tienda de campaña de Napoleón y, mientras conversaba con los ayudantes de campo, empezó a abrirlo.

Fabvier no entró porque se había detenido en la entrada para charlar con unos generales a los que conocía.

El emperador Napoleón aún no había salido de su dormitorio y estaba terminando de arreglarse. Resoplando y gimoteando, volvía su gruesa espalda y su voluminoso pecho bajo el cepillo con que su ayuda de cámara le frotaba el cuerpo. Otro ayuda de cámara, tapando la boca de un frasco con un dedo, rociaba agua de colonia sobre el cuerpo bien cuidado del emperador con una expresión que parecía decir que solo él podía saber la cantidad que había que rociar y dónde había que hacerlo. El pelo corto de Napoleón estaba mojado y le caía despeinado sobre la frente. Su rostro, aunque hinchado y amarillento, expresaba bienestar físico:

—*Allez ferme, allez toujours*[128] —le decía, contrayéndose y gimoteando, al ayuda de cámara que le hacía friegas.

Un ayudante de campo que había entrado en el dormitorio para informar al emperador de la cantidad de prisioneros que se habían hecho en la víspera esperaba en la puerta a que le concediera permiso para retirarse. Napoleón, haciendo una mueca, lo miró con ceño:

—*Point de prisonniers* —repitió las palabras que había dicho el ayudante de campo—. *Il se font démolir. Tant pis pour l'armée russe. Allez toujours, allez ferme* —añadió, curvando la espalda y ofreciendo sus gordos hombros —. *C'est bien! Faites entrer monsieur de Bausset, ainsi que Fabvier*[129] —le ordenó con un movimiento de cabeza.

—*Oui, Sire.*[130]

Y el ayudante de campo desapareció por la puerta de la tienda.

Los dos ayudas de cámara vistieron rápidamente a su majestad y él, enfundado en un uniforme azul de la Guardia, salió al recibidor con paso rápido y firme.

Entretanto Bausset, justo enfrente de la puerta por la que iba a salir Napoleón, colocaba a toda prisa sobre dos sillas el regalo que le había llevado de parte de la emperatriz. Pero el emperador se había vestido y había salido con una rapidez tan sorprendente que no le había dado tiempo de acabar de preparar la sorpresa.

Napoleón enseguida se dio cuenta de lo que estaban haciendo y adivinó que aún no habían terminado. Y, como no quería privarles del placer de la sorpresa, fingió no ver al señor de Bausset y llamó a Fabvier. Escuchó en silencio, frunciendo severamente el ceño, lo que este le decía sobre la valentía y lealtad de sus tropas, que luchaban en Salamanca, en la otra punta de Europa, con el único pensamiento de ser dignos de su emperador y con el único temor de no complacerlo. Sin embargo, el resultado del combate había sido adverso. Durante el relato de Fabvier, Napoleón hizo algunas observaciones irónicas, como dando a entender que no esperaba que sin su presencia las cosas hubieran podido ir de otro modo.

—Tengo que remediarlo en Moscú —dijo—. *A tantôt*[131] —añadió, y llamó a Bausset, que, entretanto, ya había tenido tiempo de terminar su cometido: había colocado algo sobre las sillas y lo había cubierto con un velo.

Bausset hizo esa profunda reverencia de la corte francesa que solo sabían hacer los antiguos sirvientes de los Borbones y se le acercó para entregarle un sobre.

Napoleón se volvió alegremente hacia él y le tiró de la oreja.

—Se ha dado usted prisa, estoy muy contento de verlo. Bueno, y ¿qué dice París? —preguntó, mudando su expresión severa de antes por otra de lo más cariñosa.

—*Sire, tout Paris regrette votre absence*[132] —respondió Bausset, como correspondía.

Pero, aunque Napoleón supiera que Bausset tenía que decir eso o algo semejante y aunque en sus momentos de lucidez fuera consciente de que no era cierto, le resultó grato oírlo. Y le volvió a honrar tocándole la oreja.

—*Je suis fâché de vous avoir fait faire tant de chemin*[133] —dijo.

—*Sire! Je ne m'attendais pas à moins qu'à vous trouver aux portes de Moscou*[134] —dijo Bausset.

Napoleón sonrió y, alzando distraídamente la cabeza, miró hacia la derecha. Un ayudante de campo, acercándose con paso ligero, le ofreció una tabaquera de oro. Napoleón la cogió.

—Sí, es una buena ocasión para usted puesto que le gusta viajar —dijo, llevándose la tabaquera abierta a la nariz—. Y dentro de tres días verá Moscú.

Seguro que no esperaba llegar a ver una capital asiática. Tendrá un viaje agradable.

Bausset se inclinó agradecido por esta consideración a su afición por viajar (que ignoraba tener hasta ese momento).

—¡Ah! Y ¿esto qué es? —dijo Napoleón al darse cuenta de que los cortesanos miraban algo cubierto con un velo.

Bausset, con habilidad de cortesano, se dio ligeramente la vuelta sin darle la espalda y retrocedió dos pasos al tiempo que quitaba el velo y anunciaba:

—Un regalo para su majestad de parte de la emperatriz.

Era un retrato de colores vivos pintado por Gérard[135] del hijo de Napoleón y de la hija del emperador de Austria, al que todos, por algún motivo, llamaban «rey de Roma». El niño, muy guapo, de pelo rizado y con una mirada parecida a la del Niño Jesús en la *Madonna Sixtina,* jugaba al boliche. La bola representaba el globo terráqueo y el palo, que tenía en la otra mano, el cetro.

Aunque no estaba muy claro qué había querido expresar exactamente el pintor al representar al llamado rey de Roma con el globo terráqueo atravesado por un palo, a Napoleón esta alegoría le pareció evidente y le gustó muchísimo, igual que a todos los que habían visto el cuadro en París.

—*Roi de Rome* —dijo, señalando el retrato con un gracioso gesto—. *Admirable!*

Con la facilidad propia de los italianos para cambiar de expresión, se acercó al retrato y adoptó un aire de soñadora ternura. Sabía que lo que dijera e hiciera en ese momento pasaría a la historia. Y le pareció que lo mejor que podía hacer en contraste con su grandeza, reflejada en su hijo jugando al boliche con un globo terráqueo, era mostrar una sencilla ternura paternal. Con la vista nublada avanzó unos pasos, se volvió hacia una silla (que inmediatamente le acercaron) y se sentó frente al retrato. Bastó un gesto para que todos salieran de puntillas, dejando al gran hombre a solas con sus emociones.

Después de un rato en esta posición tocó, sin saber él mismo por qué, la textura del cuadro, se levantó y llamó a Bausset y al oficial de servicio. Ordenó que colocaran el retrato delante de la tienda para no privar a la vieja Guardia que la rodeaba de la dicha de contemplar al rey de Roma, hijo y heredero de su adorado emperador.

Mientras almorzaba con el señor de Bausset, a quien se le había concedido tal honor, se empezaron a oír delante de la tienda, tal y como esperaba, los

gritos entusiastas de los oficiales y soldados de la vieja Guardia que habían ido a ver el retrato.

—*Vive l'Empereur! Vive le Roi de Rome! Vive l'Empereur!*[136] —gritaban llenos de entusiasmo.

Al terminar de almorzar Napoleón dictó en presencia de Bausset su proclama para el ejército.

—*Courte et énergique!*[137] —exclamó después de leerla él mismo; la había escrito de una tirada, sin hacer ni una sola corrección.

He aquí lo que decía la proclama:

> ¡Soldados! Ha llegado la batalla que tanto habéis deseado. La victoria depende de vosotros. Y es imprescindible para todos nosotros, puesto que nos proporcionará todo lo que necesitamos: alojamientos cómodos y un pronto regreso a la patria. Actuad como hicisteis en Austerlitz, en Friedland, en Vítebsk y en Smolensk. Que la posteridad recuerde con orgullo vuestras hazañas de este día; que de cada uno de vosotros se diga: «¡Él estuvo en la gran batalla del Moscova!».

—*De la Moskowa!* —repitió, y, después de invitar al señor de Bausset, tan aficionado a viajar, a su paseo, salió de la tienda y se dirigió hacia los caballos ensillados.

—*Votre Majesté a trop de bonté*[138] —respondió Bausset a la invitación de acompañarlo, a pesar de que tenía sueño, de que no sabía montar bien a caballo y le daba miedo hacerlo.

Pero, como el emperador le había hecho un gesto con la cabeza, el viajero tuvo que seguirlo.

Cuando Napoleón salió de la tienda los gritos de la Guardia reunida frente al retrato de su hijo se intensificaron todavía más. Napoleón frunció el ceño.

—Quitadlo de ahí —ordenó, señalando el cuadro con un gesto lleno de majestuosidad y de gracia—. Aún es pronto para que vea el campo de batalla.

Bausset suspiró profundamente, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, mostrando con este gesto que sabía apreciar y comprender las palabras del emperador.

XXVII

Según dicen sus historiadores, Napoleón se pasó todo el 25 de agosto inspeccionando el terreno a caballo, discutiendo los planes que le presentaban sus mariscales y dando personalmente las órdenes a sus generales.

La línea original de tropas rusas, dispuestas a lo largo del Kolocha, había sido fracturada y parte de ella —exactamente el flanco izquierdo— había retrocedido a raíz de la toma del reducto de Shevardinó del día 24. Esta parte de la línea no estaba fortificada, quedaba protegida únicamente por el río, y el espacio que se extendía delante era abierto y llano. Para cualquier persona, militar o no, era evidente que esta debía ser la parte que los franceses tenían que atacar. No parece que para llegar a esta conclusión fuera necesario demasiado entendimiento, ni tantos desvelos ni idas y venidas del emperador y de sus mariscales, ni mucho menos esa capacidad especial y suprema, llamada genialidad, que a tantos les gusta atribuir a Napoleón. Sin embargo, los historiadores que han descrito estos hechos con posterioridad, las personas que entonces rodeaban a Napoleón y él mismo pensaban de modo distinto.

Napoleón recorría el campo examinando el terreno con aire pensativo, moviendo la cabeza con gesto de aprobación o desconfianza y, sin comunicar a los generales que le rodeaban el discurrir de los profundos pensamientos que guiaban sus decisiones, únicamente les transmitía las conclusiones finales en forma de órdenes. Después de escuchar la sugerencia de Davout, al que llamaban duque de Eckmühl, sobre la necesidad de rodear el flanco derecho de los rusos, Napoleón, sin explicar el motivo, expresó su disconformidad. A la sugerencia del general Compans (encargado de atacar las flechas) de conducir su división a través del bosque, Napoleón dio su conformidad, a pesar de que el llamado duque de Elchingen —es decir, Ney— se había permitido observar que moverse por el bosque era peligroso y podría desorganizar la división.

Después de inspeccionar el terreno situado frente al reducto de Shevardinó, Napoleón meditó un rato en silencio, indicó los lugares en que se tenían que construir dos baterías para el día siguiente con el fin de atacar las fortificaciones rusas y los lugares junto a los que había que situar la artillería de campaña.

Una vez dadas estas y otras órdenes, regresó a su cuartel general, donde dictó el plan de operaciones para la batalla.

Este plan de operaciones, del que los historiadores franceses hablan con entusiasmo y los demás historiadores con un profundo respeto, era el siguiente:

> Al amanecer las dos baterías nuevas, construidas por la noche en la planicie que ocupa el duque de Eckmühl, abrirán fuego contra las dos baterías enemigas situadas enfrente.
>
> Entretanto, el jefe de artillería del primer cuerpo, general Pernety, avanzará con treinta cañones de la división de Compans y con todos los obuses de las divisiones de Dessaix y Friant, abrirá fuego e inundará de granadas la batería enemiga, contra la que actuarán:

24 cañones de la artillería de la Guardia
30 cañones de la división de Compans
8 cañones de la división de Friant y Dessaix
62 baterías en total

El jefe de artillería del tercer cuerpo, general Fouché, situará todos los obuses de la tercera y octava división, dieciséis en total, en los flancos de la batería encargada de cañonear las fortificaciones de la izquierda, lo que supondrá un total de cuarenta piezas disparando contra ellas.

El general Sorbier tendrá que estar preparado con todos los obuses de la artillería de la Guardia para atacar, a la primera orden, a una u otra fortificación.

Durante el cañoneo el príncipe Poniatowski se dirigirá hacia la aldea a través del bosque y flanqueará la posición enemiga.

El general Compans avanzará a través del bosque para hacerse con la primera fortificación.

Después de que se haya iniciado el combate de este modo, se darán las órdenes oportunas en función de los movimientos del enemigo.

El cañoneo del flanco izquierdo empezará en cuanto se oiga el del ala derecha. Los tiradores de la división de Morand y del virrey abrirán un fuego intenso en cuanto vean iniciarse el ataque del ala derecha.

El virrey ocupará la aldea[139] y cruzará sus tres puentes, siguiendo el mismo nivel que las divisiones de Morand y de Gérard, que, bajo su mando, se dirigirán hacia el reducto y se unirán a la línea de las demás tropas del ejército.

Todo esto será ejecutado con orden (*le tout se fera avec ordre et méthode*), conservando, en la medida de lo posible, las tropas en la reserva.

En el campo imperial, cerca de Mozhaisk, el 6 de septiembre de 1812[140]

Este plan de operaciones, redactado de un modo vago y confuso —si uno se puede permitir referirse a él sin el reverencial temor ante la genialidad de Napoleón— contenía cuatro puntos, cuatro disposiciones. Y ninguno de ellos fue cumplido, ni podía serlo.

Lo primero que se dice en el plan es que *las baterías situadas en el lugar elegido por Napoleón, alineadas con los cañones de Pernety y Fouché —ciento dos en total—, abran fuego e inunden de proyectiles las flechas y reductos rusos*. Esto no podía llevarse a cabo ya que, desde los lugares que Napoleón había elegido, los proyectiles no llegaban hasta las fortificaciones rusas; así pues, estos ciento dos cañones estarían disparando en balde hasta que un jefe se diera cuenta y, contraviniendo las órdenes de Napoleón, los hiciera avanzar.

La segunda disposición dice que *Poniatowski se dirija hacia la aldea a través del bosque y flanquee el ala izquierda de los rusos*. Esto no podía hacerse ni se hizo porque Poniatowski, cuando se dirigía hacia la aldea se topó con Tuchkov, que le cortó el paso, por lo que no pudo flanquear la posición rusa.

Tercera disposición: *el general Compans avanzará por el bosque para hacerse con la primera fortificación*. La división de Compans no se hizo con la primera fortificación, sino que fue destruida porque al salir del bosque tuvo que formar bajo el fuego de la metralla, algo que Napoleón no había previsto.

Cuarto: *el virrey ocupará la aldea* (Borodinó) *y cruzará sus tres puentes, siguiendo el mismo nivel que las divisiones de Morand y de Friant* (no se menciona cuándo ni hacia dónde avanzarán) *que, bajo su mando, se dirigirán hacia el reducto y se unirán a la línea de las demás tropas del ejército*.

Por cuanto se puede entender —no por este embrollado párrafo, sino por los intentos del virrey por cumplir las órdenes recibidas—, tenía que atravesar Borodinó y dirigirse por la izquierda hacia el reducto, mientras que las divisiones de Morand y Friant debían avanzar al mismo tiempo desde el frente.

Todo esto, como los demás puntos del plan de operaciones, ni se cumplió ni se podía cumplir. Después de atravesar Borodinó el virrey se vio obligado a retroceder hacia el Kolocha y no pudo ir más lejos; las divisiones de Morand y Friant no se hicieron con el reducto, sino que fueron rechazadas y, ya al final de la batalla, el reducto fue tomado por la caballería (probablemente algo imprevisto para Napoleón e inaudito). Así pues, ninguna de las disposiciones del plan de operaciones se cumplió ni podía ser cumplida. Pero, como el plan decía que una vez iniciada la batalla se darían las órdenes oportunas en función de los movimientos del enemigo, uno podría creer que durante el combate Napoleón dio, efectivamente, todas las órdenes necesarias. Sin embargo, esto no ocurrió ni podía ocurrir porque estuvo tan alejado de la batalla (como se sabría posteriormente) que no pudo conocer su evolución y ninguna de sus órdenes pudo ser ejecutada.

XXVIII

Muchos historiadores afirman que si los franceses no ganaron la batalla de Borodinó fue porque Napoleón estaba acatarrado y que, de no haber sido así, sus órdenes anteriores a la batalla y a lo largo de esta habrían sido aún más geniales, Rusia habría caído *et la face du monde eut été changée*[141]. Para los historiadores que consideran que Rusia se formó por la voluntad de un solo hombre —Pedro el Grande—, y que Francia se transformó de República en Imperio y las tropas francesas marcharon contra Rusia también por la voluntad de un solo hombre —Napoleón—, la idea de que Rusia continuó

siendo una potencia porque el día 26 Bonaparte tenía un fuerte catarro resulta de una lógica inevitable.

Si de la voluntad de Napoleón dependía presentar o no batalla en Borodinó así como dar tal o cual instrucción, es evidente que un catarro que influía en la manifestación de su voluntad pudo ser un motivo de salvación para Rusia y, por lo tanto, el ayuda de cámara que el día 24 se olvidó de darle unas botas impermeables fue el salvador de Rusia. Con un razonamiento así esta conclusión es indiscutible, tanto como a la que llegó Voltaire cuando dijo bromeando (sin saber él mismo sobre qué) que la noche de San Bartolomé se debía a una indigestión de Carlos IX. Pero para quienes no aceptan que Rusia se formara por voluntad de un solo hombre —Pedro I—, ni que el Imperio francés y el inicio de la guerra contra Rusia tampoco fueran obra de un solo hombre —Napoleón—, este razonamiento no solo parece equivocado e insensato, sino contrario a toda la esencia humana. A la pregunta: «¿Qué es lo que causa los acontecimientos históricos?» se presenta una respuesta distinta: «La evolución de los acontecimientos mundiales viene predeterminada desde arriba, depende de la coincidencia de las voluntades de todos los que han participado en ellos, y la influencia de cualquier Napoleón en su evolución es solo externa, ficticia».

Por muy extraña que parezca a primera vista la idea de que la noche de San Bartolomé, ordenada por Carlos IX, no se produjo por su voluntad, puesto que solo le pareció haber dado la orden, y de que la matanza de ochenta mil hombres en Borodinó no se produjo por voluntad de Napoleón (aunque mandara iniciar y continuar la batalla), sino que solo le pareció haber dado la orden, por muy extraña que parezca esta idea, la dignidad humana —que me dicta que todos nosotros, si no superiores, al menos no somos inferiores al gran Napoleón— obliga a admitir esta solución al problema, y así lo confirman sobradamente las investigaciones históricas.

Napoleón ni disparó ni mató a nadie en la batalla de Borodinó. Todo lo hicieron los soldados. Por lo tanto, no fue él quien mataba a la gente. Los soldados del ejército francés fueron a la batalla de Borodinó a matar soldados rusos no por orden de Napoleón, sino por deseo propio. Todo aquel ejército formado por franceses, italianos, alemanes y polacos hambrientos, andrajosos y desfallecidos por la marcha, al verse ante unas tropas que les cortaban el paso hacia Moscú sintieron que *le vin est tiré et qu'il faut le boire*[142]. Si en aquel momento Napoleón les hubiera prohibido luchar contra los rusos, lo habrían matado y habrían batallado igualmente, porque para ellos se trataba de una necesidad.

Cuando oyeron la orden de Napoleón en la cual, como consuelo a la mutilación y a la muerte, les obsequiaba diciendo que la posteridad les recordaría por haber participado en la batalla del Moscova, todos gritaron: «*Vive l'Empereur!*», exactamente igual que lo habían hecho frente al retrato del niño que atravesaba el globo terráqueo con un palo de boliche, y exactamente igual que habrían gritado: «*Vive l'Empereur!*» ante cualquier absurdidad que les hubieran dicho. No les quedaba otra cosa que gritar: «*Vive l'Empereur!*» e ir a luchar para hallar en Moscú la comida y el descanso de los vencedores. Por consiguiente, no fue una orden de Napoleón lo que les hizo matar a sus semejantes.

Y no fue Napoleón quien dirigió la batalla, porque no se cumplió ningún punto de su plan de operaciones y porque durante el combate no supo lo que sucedía delante de él. Por lo tanto, el hecho de que aquellos hombres se mataran unos a otros no se produjo por la voluntad de Napoleón, sino independientemente de él, por la voluntad de los cientos de miles de hombres que participaron en la acción común. A Napoleón *solo le parecía* que todo se llevaba a cabo por su voluntad. Y, por ello, la cuestión de si Napoleón estaba o no estaba acatarrado no tiene para la historia mayor interés que el catarro del último de los soldados de un convoy.

Además, la afirmación de varios escritores de que el catarro de Napoleón hizo que ni su plan de operaciones ni sus órdenes durante la batalla fueran tan buenos como los anteriores es totalmente infundada; así pues, el catarro del 26 de agosto no tuvo la menor importancia.

El plan de operaciones antes citado no era en absoluto peor —de hecho, incluso era mejor— que los anteriores con que se habían ganado las batallas. Las supuestas órdenes que se dieron en el curso del combate tampoco fueron peores que las anteriores, sino exactamente las mismas de siempre. Si nos parecen peores es solo porque la batalla de Borodinó fue la primera que Napoleón perdió. Cuando la batalla no se gana, los mejores y más sagaces planes y órdenes parecen malísimos, y los doctos militares los critican con aire significativo; cuando la batalla se gana, los peores planes y órdenes parecen buenísimos, y personas de lo más serio dedican volúmenes enteros a demostrar sus virtudes.

El plan de operaciones ideado por Weyrother en la batalla de Austerliz fue un modelo de perfección en su género y, sin embargo, fue criticado por su perfección y por su desmesurado detalle.

En la batalla de Borodinó Napoleón cumplió su función de representante del poder tan bien o incluso mejor que en las batallas anteriores. No hizo nada

que perjudicara el desarrollo de la acción: se inclinó por las opiniones más razonables, no se aturulló ni se contradijo, no se asustó ni huyó del campo de batalla, sino que, con su gran tacto y experiencia militar, cumplió con calma y dignidad su papel de parecer estar al mando.

XXIX

Al volver de su segunda concienzuda inspección de las líneas, Napoleón dijo:

—Las piezas del ajedrez están dispuestas, mañana empezará el juego.

Después de ordenar que le sirvieran un ponche, llamó a Bausset e inició una conversación con él sobre París y los diversos cambios que iba a introducir en la *maison de l'impératrice*[143], dejando asombrado al prefecto con su prodigiosa memoria para los pequeños detalles de las relaciones en la corte.

Se interesó por trivialidades, bromeó sobre el amor de Bausset por los viajes y charló con displicencia, como hace un cirujano célebre, seguro de sí mismo y que conoce bien su oficio mientras se arremanga, se pone la bata y le atan al enfermo a la cama: «Todo está en mis manos, todo está claro y definido en mi cabeza. Cuando haya que empezar lo haré como el mejor, pero ahora puedo bromear y, cuanto más bromee y más tranquilo esté, más seguros, tranquilos y asombrados por mi genio tenéis que estar vosotros».

Una vez apuró el segundo vaso de ponche, se retiró a descansar antes del grave asunto que le aguardaba —así se lo parecía— al día siguiente.

Tanto interés tenía por lo que le aguardaba al día siguiente que no pudo conciliar el sueño y, a pesar del catarro, que había empeorado por la humedad de la noche, a las tres de la madrugada, sonándose ruidosamente, salió a la parte grande de la tienda. Preguntó si los rusos se habían marchado, a lo que le respondieron que las hogueras del enemigo seguían en el mismo sitio. Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

El ayudante de campo de servicio entró en la tienda.

—*Eh bien, Rapp, croyez-vous, que nous ferons de bonnes affaires aujourd'hui?*[144] —le preguntó Napoleón.

—*Sans aucun doute, Sire* —respondió Rapp; Napoleón lo miró—. *Vous rappelez-vous, Sire, ce que vous m'avez fait l'honneur de dire à Smolensk, le vin est tiré, il faut le boire*[145] —añadió.

Napoleón frunció el ceño y se quedó sentado un buen rato en silencio con la cabeza apoyada en una mano.

—*Cette pauvre armée* —dijo de pronto— *elle a bien diminué depuis Smolensk. La fortune est une franche courtisane, Rapp; je le disais toujours, et je commence à l'éprouver. Mais la garde, Rapp, la garde est intacte?*[146] —preguntó.

—*Oui, Sire* —respondió Rapp.

Napoleón cogió una píldora, se la metió en la boca y miró el reloj. No tenía sueño y quedaba mucho para el amanecer; no tenía más órdenes que dar para matar el tiempo puesto que todo estaba hecho y en aquel momento ya las estarían cumpliendo.

—*A-t-on distribué les biscuits et le riz aux régiments de la garde?*[147] —preguntó con severidad.

—*Oui, Sire*.

—*Mais le riz?*[148]

Rapp respondió que había transmitido la orden del emperador sobre el arroz, pero este movió la cabeza insatisfecho, como si no se creyera que la hubieran cumplido. Un criado entró con una botella de ponche. Napoleón le ordenó que le diera un vaso a Rapp y él mismo dio un trago en silencio.

—No tengo sabor ni olfato —dijo, acercándose el vaso a la nariz—. Estoy harto de este catarro. Se habla mucho de la medicina, pero ¿cómo puede existir cuando no son capaces de curar un simple catarro? Corvisart me ha dado estas píldoras, pero no me sirven para nada. ¿Qué saben curar los médicos? Nada. *Notre corps est une machine à vivre. Il est organisé pour cela, c'est de nature; laissez-y la vie à son aise, qu'elle s'y défende elle même: elle fera plus que si vous la paralysiez en l'encombrant de remèdes. Notre corps est comme une montre parfaite qui doit aller un certain temps; l'horloger n'a pas la faculté de l'ouvrir, il ne peut la manier qu'à tâtons et les yeux bandés. Notre corps est une machine à vivre, voilà tout*. —Y, volviendo al terreno de las definiciones (*définitions*) a las que tan aficionado era, formuló inesperadamente una nueva—. Rapp, ¿sabe usted qué es el arte militar? —preguntó—. Es el arte de ser más fuerte que tu enemigo en un momento determinado. *Voilà tout*. —Rapp no respondió—. *Demain nous allons avoir affaire à Koutouzoff*[149] —prosiguió Napoleón—. ¡Ya veremos! ¿Se acuerda de que en Braunau, cuando dirigía el ejército, en tres semanas no montó ni una sola vez a caballo para inspeccionar las fortificaciones? ¡Ya veremos!

Miró el reloj. Aún eran solo las cuatro. No tenía sueño, ya se había bebido el ponche y no tenía nada que hacer. Se levantó, caminó de un lado para otro y, tras ponerse una levita de abrigo y el sombrero, salió de la tienda. La noche era oscura y húmeda; la neblina caía casi imperceptiblemente desde el cielo. Las hogueras de la Guardia francesa ardían débilmente a una distancia cercana; a lo lejos, entre el humo, brillaban las de las líneas rusas. La calma reinaba en todas partes y se oía con claridad el murmullo y las pisadas de las tropas francesas, que ya empezaban a moverse para ocupar sus posiciones.

Napoleón se paseó delante de la tienda, miró las hogueras y prestó oído a las pisadas; al pasar junto a un soldado alto de la Guardia que llevaba un gorro peludo, que hacía de centinela frente a la tienda y que se irguió como un poste negro en cuanto vio al emperador, se detuvo delante de él.

—¿Desde qué año prestas servicio? —le preguntó con esa acostumbrada afectación militar, entre ruda y cariñosa, con que solía dirigirse a los soldados.

El soldado le contestó.

—*Ah! un des vieux!*[150] ¿Habéis recibido arroz en el regimiento?

—Sí, majestad.

Napoleón asintió con la cabeza y se alejó.

A las cinco y media Napoleón se dirigió a caballo hacia la aldea de Shevardinó.

Empezaba a despuntar el día, el cielo se había despejado y solo al este quedaba un nubarrón. Las hogueras, abandonadas, se extinguían a la débil luz de la mañana.

A la derecha resonó un profundo y solitario disparo de cañón que se perdió en el silencio general. Pasaron unos minutos. Resonaron un segundo y un tercer disparo, y el aire se estremeció; el cuarto y el quinto retumbaron cerca, con solemnidad, a la derecha.

Aún no se habían apagado los primeros disparos cuando se oyeron más, y todavía más, fundiéndose e interrumpiéndose unos a otros.

Napoleón llegó con su séquito al reducto de Shevardinó y desmontó del caballo. La partida había empezado.

XXX

Al volver a Gorki tras su visita al príncipe Andréi, Pierre ordenó a su palafrenero que le preparara los caballos y que lo despertara a primera hora de la mañana; acto seguido, se durmió detrás de un tabique, en el rinconcito que Borís le había cedido.

Cuando a la mañana siguiente se despertó, en la isba ya no quedaba nadie. Los vidrios de las pequeñas ventanas tintineaban. El palafrenero, de pie junto a su cama, lo estaba sacudiendo.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! ¡Excelencia!… —le decía con insistencia y sin mirarlo, zarandeándolo por el hombro y, al parecer, sin esperanzas de que se despertara.

—¿Qué? ¿Ha empezado? ¿Es la hora? —preguntó Pierre despabilándose.

—Escuche los cañonazos —dijo el palafrenero, un soldado retirado—; ya han salido todos los señores, hasta el serenísimo se ha puesto en marcha hace rato.

Pierre se vistió apresuradamente y corrió hacia el porche. La mañana era clara, fresca, alegre, cubierta de rocío. El sol, que acababa de asomarse por detrás del nubarrón que lo tapaba, esparcía sus rayos, medio quebrados, sobre los tejados de la calle de enfrente, sobre el polvo cubierto de rocío del camino, sobre las paredes de las casas, sobre las aberturas de la valla y sobre los caballos de Pierre, preparados junto a la puerta de la isba. El rugido de los cañones se oía con mayor claridad en el exterior. Un ayudante de campo y un cosaco pasaron al trote por la calle.

—¡Ya es hora, conde, ya es hora! —gritó el ayudante de campo.

Después de ordenarle al palafrenero que llevara el caballo detrás de él, Pierre fue a pie hasta la loma desde la que el día anterior había contemplado el campo de batalla. Había en lo alto multitud de militares, se oían los murmullos en francés de los miembros del Estado Mayor y se veía la cabeza canosa de Kutúzov, con su gorra blanca y cintillo rojo, así como su nuca también canosa hundida en los hombros. Estaba observando la carretera con un catalejo.

Después de subir los escalones que conducían a la entrada de la loma, Pierre miró el paisaje que se abría ante él y se quedó maravillado por su espectacular belleza. Era el mismo panorama que lo había embelesado en la víspera, pero ahora todo estaba cubierto de tropas y de humo de disparos; los rayos oblicuos del sol resplandeciente, que se alzaba a la espalda y un poco más a la izquierda de Pierre, proyectaban sobre el lugar, en ese aire limpio matutino de matices dorados y rosáceos, sombras alargadas y oscuras. Los bosques lejanos, que ponían fin al panorama como esculpidos en una piedra

preciosa de color verde amarillento, se veían en el horizonte por la línea sinuosa de sus copas; entre los bosques, más allá de Valúievo, cortaba la carretera de Smolensk, completamente cubierta de tropas. Más cerca brillaban los campos dorados y los boscajes. Por todas partes, delante, a derecha y a izquierda, se veían tropas. Todo rebosaba una animación y majestuosidad inesperadas; pero lo que más asombró a Pierre fue la vista del campo de batalla, de Borodinó y de los barrancos que se alzaban sobre las dos orillas del Kolocha.

Sobre el Kolocha, en Borodinó y a sus lados, especialmente en el izquierdo, donde el Voina de orillas cenagosas desemboca en el Kolocha, se alzaba esa bruma que se deshace, se disipa y se vuelve translúcida con la salida del sol resplandeciente, por lo que todo cuanto se ve a través se tiñe y perfila de un modo mágico. A esa bruma se le unía el humo de los disparos y, a través de ambos, brillaban los rayos de la luz de la mañana, que tan pronto se reflejaba en el agua, como en el rocío o en las bayonetas de los soldados aglomerados en los márgenes del río y en Borodinó. A través de la bruma se veía también una iglesia blanca, aquí y allá se perfilaban los tejados de las isbas de Borodinó, las masas densas de soldados, las cajas verdes de munición, los cañones. Y todo se movía o parecía moverse, porque la bruma y el humo se extendían por todo el vasto espacio. Tanto en las hondonadas cercanas a Borodinó, cubiertas por la bruma, como fuera de ellas, más arriba y especialmente a la izquierda, a lo largo de toda la línea, por los bosques, los campos, las hondonadas y las cimas de los promontorios, surgían de la nada sin cesar nubes de humo de los cañones, tan pronto aisladas o apelotonadas como solitarias o frecuentes que se hinchaban, crecían, se arremolinaban y se fundían por todo aquel espacio.

Por extraño que parezca, tanto la humareda de los disparos como su sonido constituían la principal belleza del espectáculo.

«¡Puff!»: se veía de repente una nube de humo, circular, densa, de colores cambiantes, violáceos, grises y lechosos y, al cabo de un segundo, llegaba su sonido: «¡Bum!».

«¡Puf-puf!»: aparecían dos nuevas nubes de humo que se empujaban y se fundían, y el «¡Bum-bum!» que las seguía confirmaba lo que los ojos habían visto.

Pierre observó la primera nube de humo que, cuando había dejado de mirar, era como una pelotita densa y circular, pero ahora en su lugar había dos globos de humo que se extendían de lado y… «¡Puf!»… (una pausa), «¡Puf-puf!», aparecieron otros tres, otros cuatro; a cada uno de ellos, con la misma

pausa, respondían unos sonidos hermosos, firmes y precisos: «¡Bum!… ¡Bum-bum-bum!». A veces parecía que el humo corriera y otras que estuviera inmóvil y que quienes corrían fueran los bosques, los campos y las bayonetas relucientes. En los campos y arbustos del lado izquierdo no dejaban de aparecer estas grandes humaredas con sus ecos solemnes; aún más cerca, en las hondonadas y en los bosques, aparecían nubecillas de humo por los disparos de fusil que, sin tiempo de redondearse, también venían seguidas de sus pequeños ecos. «¡Tra-ta-ta-tá!», traqueteaban los fusiles y, aunque lo hacían con frecuencia, el ruido era irregular y pobre en comparación con los disparos de los cañones.

A Pierre le entraron ganas de estar en el lugar de la humareda y las bayonetas relucientes, entre todos esos movimientos y ruidos. Volvió la mirada hacia Kutúzov y su comitiva para comparar sus impresiones con las de los demás. Todos miraban hacia el campo de batalla igual que él, con su mismo sentimiento —o eso fue lo que le pareció—. En todos los rostros brillaba ahora ese «calor latente» (*chaleur latente*) del sentimiento que había observado en la víspera y que había comprendido perfectamente después de su conversación con el príncipe Andréi.

—Ve, querido, ve; que Cristo te acompañe —le dijo Kutúzov, sin apartar la mirada del campo de batalla, a un general que había a su lado.

Al oír esta orden el general pasó por delante de Pierre y se dirigió hacia la bajada de la loma.

—¡Al vado del río! —le respondió el general, con tono frío y severo, a uno de los miembros del Estado Mayor que le había preguntado adónde iba.

«¡Yo también, yo también!», pensó Pierre, y siguió al general, que se montó en el caballo que le había traído un cosaco. Pierre se acercó a su palafrenero, que sujetaba los suyos. Después de preguntarle cuál de ellos era el más manso, se montó, se agarró a la crin y, con los pies girados, apretó el vientre del animal con los tacones; notando cómo se le resbalaban las gafas y sintiéndose incapaz de soltar la crin y aflojar las riendas, salió a galope detrás del general, arrancando una sonrisa a los miembros del Estado Mayor que lo miraban desde la loma.

XXXI

Llegado al pie de la loma, el general al que Pierre seguía giró bruscamente hacia la izquierda, y Pierre, habiéndolo perdido de vista, se adentró a galope

entre las filas de soldados de infantería que marchaban delante. Intentó salir, primero avanzando y después girando a derecha e izquierda, pero estaba completamente rodeado de soldados que, con el semblante preocupado, estaban concentrados en una labor invisible, pero sin duda importante. Todos ellos miraban con una misma expresión malhumorada e interrogativa a ese hombre gordo de sombrero blanco que, a saber por qué, los pisaba con su caballo.

—¡Qué hace ese montando en medio del batallón! —gritó uno de los soldados.

Otro empujó al caballo con la culata de su fusil, y Pierre, apretando las piernas contra el arzón de la silla y conteniendo a duras penas al animal, que no dejaba de dar respingos, salió a galope delante de los soldados, donde había más espacio.

Enfrente había un puente y junto a este disparaban varios soldados. Pierre se acercó a ellos. Sin saberlo, había llegado al puente que cruzaba el Kolocha, entre Gorki y Borodinó, que en la primera acción de la batalla (tras ocupar Borodinó) los franceses estaban atacando. Pierre reparó en que tenía el puente delante y en que a sus lados, tanto en los prados como entre las hileras de heno segado que había contemplado el día anterior, los soldados hacían algo envueltos de humo. Sin embargo, a pesar del incesante tiroteo, no pensó en absoluto que estuviera en pleno campo de batalla. No oía las balas que pasaban silbando por todas partes ni los proyectiles que le sobrevolaban, no veía al enemigo, que estaba al otro lado del río, y tardó mucho en ver a muertos y a heridos, a pesar de los numerosos hombres que caían cerca de él. Con una sonrisa que no se le borraba del rostro, no dejaba de mirar hacia todos lados.

—¡Qué hace ese a caballo delante de la línea! —volvió a gritar otro soldado.

—¡Ve a la derecha! ¡A la izquierda! —le chillaban.

Pierre giró a la derecha y topó inesperadamente con un ayudante de campo del general Raievski al que conocía. El ayudante de campo lo miró enfadado, y era evidente que estaba a punto de empezarle a gritar, cuando lo reconoció y le saludó con la cabeza.

—¿Qué hace usted aquí? —le dijo, y siguió adelante.

Pierre, que se sentía fuera de lugar, no sabía qué hacer y temía volver a molestar a alguien, lo siguió.

—¿Qué está pasando? ¿Puedo ir con usted? —le preguntó.

—Un momento, un momento —le contestó el ayudante de campo, y, tras galopar hasta un prado para transmitirle una orden a un grueso coronel que había allí, volvió para hablar con Pierre—. ¿Cómo ha acabado aquí, conde? —le dijo con una sonrisa—. ¿Es que tenía curiosidad?

—Sí, sí —asintió Pierre.

El ayudante de campo hizo girar el caballo y siguió adelante.

—Aquí, gracias a Dios, la cosa no está mal —dijo—, pero en el flanco izquierdo, con Bagratión, el combate está al rojo vivo.

—¿De veras? Pero ¿eso dónde está? —preguntó Pierre.

—Venga conmigo hasta la loma, desde allí se ve todo y en la batería la situación aún es soportable —dijo el ayudante de campo—. Bueno, ¿qué? ¿Me sigue?

—Sí, voy con usted —dijo Pierre buscando con la mirada a su palafrenero.

Solo entonces se fijó en los heridos que iban como podían a pie o los llevaban en camilla. En ese mismo prado de olorosas hileras de heno por el que había pasado en la víspera, yacía un soldado inmóvil, de través, con la cabeza extrañamente doblada y con el chacó en el suelo. «¿Por qué no lo han recogido?», se disponía a preguntar, pero al ver la expresión severa del ayudante de campo, que también miraba hacia allí, guardó silencio.

No encontró a su palafrenero y se dirigió con el ayudante de campo, a través de la hondonada, hacia la loma de Raievski. De pronto se dio cuenta de que su caballo se quedaba rezagado y daba sacudidas regulares.

—Ya veo que no está usted acostumbrado a montar, conde —le dijo el ayudante de campo.

—No, no es eso, pero no deja de dar brincos —replicó Pierre con extrañeza.

—¡Ah!… ¡Es que tiene una herida en la pata derecha delantera, por encima de la rodilla! —exclamó el ayudante de campo—. Habrá sido un balazo. Le felicito, conde: *le baptême du feu*[151].

Después de pasar entre el humo que envolvía al sexto cuerpo del ejército, que se había adelantado y disparaba ensordecedoramente, llegaron a un pequeño bosque. Allí el ambiente era más fresco, reinaba la calma y olía a otoño. Pierre y el ayudante de campo desmontaron y siguieron a pie hasta la falda de la loma.

—¿Está por aquí el general? —preguntó el ayudante al llegar.

—Estaba hace un momento, acaba de irse hacia allí —le respondieron, señalando a la derecha.

El ayudante de campo se volvió hacia Pierre, como si no supiera qué hacer con él.

—No se preocupe por mí —le dijo Bezújov—. Subiré a la loma, ¿puedo?

—Suba, desde allí se ve todo y no es tan peligroso. Más tarde pasaré a buscarlo.

Pierre se dirigió hacia la batería al tiempo que el ayudante de campo se alejaba. Ya no volvieron a verse, y mucho después Pierre supo que aquel día el ayudante había perdido un brazo.

La loma a la que subió era el célebre lugar (conocido posteriormente entre los rusos como «batería de la loma» o «batería de Raievski», y entre los franceses como *la grande redoute, la fatale redoute, la redoute du centre*[152]) alrededor del que cayeron decenas de miles de hombres durante la batalla, y que los franceses consideraban el punto más importante de la posición.

Este reducto se componía de una loma con zanjas cavadas en tres de sus lados. En la zona rodeada de zanjas había diez cañones que disparaban por las aspilleras de los parapetos.

En la misma línea de la loma, a ambos lados, había otros cañones que también disparaban sin cesar. Un poco más atrás estaba la infantería. Pierre no pensó ni por un momento que aquel lugar rodeado de pequeñas zanjas desde donde disparaban los cañones fuera el más importante de la batalla. Al contrario, justamente por encontrarse él allí, creyó que se trataría de uno de los puntos más insignificantes.

Al llegar a lo alto se sentó en un extremo de la zanja que rodeaba una batería y se quedó mirando, con una sonrisa inconsciente y alegre, lo que ocurría a su alrededor. De vez en cuando se levantaba para pasearse por la batería, sin dejar de sonreír y procurando no molestar a los soldados que cargaban y cambiaban de posición los cañones, y que no dejaban de pasar corriendo con sacos y cargas. Los cañones de la batería disparaban sin descanso, uno tras otro, con un ruido ensordecedor y cubriéndolo todo con su humo de pólvora.

En contraste con el terror que sentían los soldados de la infantería de protección, allí, en la batería, donde un pequeño grupo de hombres, enfrascados en su tarea, trabajaban aislados y separados del resto por una zanja, se percibía una especie de animación general y común a todos ellos, como si se tratara de una familia.

La aparición de una figura tan poco militar como la de Pierre, con su sombrero blanco, al principio sorprendió desagradablemente a aquel grupo de hombres. Los soldados, al pasar delante de él, lo miraban de reojo con

expresión de asombro e incluso de temor. El oficial mayor de la artillería, un hombre alto y de piernas largas picado de viruelas, se le acercó como haciendo ver que iba a observar la acción de un cañón del extremo y lo miró con curiosidad.

Un oficial muy joven de cara redonda, todavía un niño, que resultaba evidente que acababa de salir de la Academia Militar y que ponía todo su empeño en atender los dos cañones que habían puesto a su cargo, se dirigió severamente a Pierre:

—Señor, haga el favor de despejar el paso —le dijo—: aquí no puede estar.

Los soldados miraban a Pierre con gesto de desaprobación pero, cuando se convencieron de que aquel hombre de sombrero blanco no solo no hacía nada malo, sino que o bien se quedaba pacíficamente sentado en la pendiente del terraplén, o bien los dejaba pasar cortésmente con una tímida sonrisa mientras se paseaba por la batería al alcance de las balas con la misma tranquilidad que si lo hiciera por un bulevar, su sentimiento de hostil perplejidad fue transformándose poco a poco en una cariñosa y burlona simpatía, semejante a la que los soldados sienten por sus perros, gallos, cabras y, en general, por los animales que viven por los destacamentos militares. Entonces aceptaron mentalmente a Pierre en la familia, lo sintieron como a uno de los suyos, le dieron el apodo de «nuestro señor» y se burlaron afectuosamente de él.

Un proyectil hizo un boquete en el suelo a dos pasos de Pierre, el cual, sacudiéndose la tierra que le había manchado el traje, miró a los lados sonriendo.

—¡Cómo es posible que no tenga miedo, señor! —le dijo un soldado de anchos hombros y rostro colorado, mostrando sus dientes blancos y fuertes.

—¿Es que tú lo tienes? —le preguntó Pierre.

—¡Cómo no! —respondió el soldado—. Una bala no perdona: cuando estalla, te saca los intestinos. Es imposible no tener miedo —dijo, riendo.

Varios soldados de caras joviales y afables se detuvieron cerca de Pierre. Era como si no hubieran esperado que hablara como todo el mundo, y este descubrimiento los alegró.

—Esto es cosa de soldados. Ver aquí a un señor es increíble. ¡Vaya con el señor!

—¡A sus puestos! —les gritó a los hombres reunidos alrededor de Pierre el oficial jovencito.

Sin duda era la primera o segunda vez que ejercía sus funciones, y por eso se dirigía a los soldados y a su jefe con mucha precisión y formalidad.

El ruido atronador de los cañones y de los fusiles se intensificó por todo el campo, especialmente a la izquierda, donde estaban las flechas de Bagratión, pero desde donde estaba Pierre apenas se podía ver nada por el humo de los disparos. Además, él estaba totalmente concentrado en observar a aquel círculo de hombres de la batería que, aislados del resto, parecían una familia. El sentimiento de alegre e inconsciente animación que al principio a Pierre le había producido el espectáculo y los ruidos del campo de batalla ahora se había convertido en algo distinto, sobre todo después de ver a aquel soldado yaciendo solo en el prado. Sentado en la pendiente de la zanja, Pierre observaba los rostros de quienes le rodeaban.

Hacia las diez ya se habían llevado a unos veinte hombres de la batería; había dos cañones destrozados y cada vez era más frecuente que allí cayeran proyectiles y que, zumbando y silbando, llegaran balas desde lo lejos. Pero parecía que los hombres de la batería no les prestaran atención y por todas partes se oían sus conversaciones alegres y sus bromas.

—¡Una granada! —gritó un soldado al ver que un proyectil se acercaba silbando.

—¡No es para nosotros! ¡Es para la infantería! —añadió otro al darse cuenta de que la granada les había pasado por encima de la cabeza y había caído entre las filas de las tropas de protección.

—¿Qué, una amiga? —le dijo riendo un soldado a un campesino que se había puesto de cuclillas al ver el proyectil.

Algunos soldados se reunieron en el terraplén para ver lo que ocurría delante.

—Han retirado la primera línea, ¿lo veis? Han reculado —decían, señalando por encima del terraplén.

—¡Ocupaos de lo vuestro! —les gritó un viejo suboficial—. Si han reculado es porque tendrán algo que hacer atrás.

Y, agarrando a uno de los soldados por el hombro, lo empujó con la rodilla. Se oyeron carcajadas.

—¡Moved el quinto cañón! —ordenó alguien desde un extremo.

—¡Todos juntos! ¡A la vez! ¡Como los remeros! —se oyeron los gritos animosos de quienes cambiaban el cañón de posición.

—¡Ah! ¡A nuestro señor casi se le lleva el sombrero una granada! —exclamó el bromista de rostro colorado, riéndose de Pierre y mostrando los

dientes—. ¡Bah, vaya puntería! —añadió en tono de reproche refiriéndose a un proyectil que había caído en una rueda y en la pierna de un soldado.

—¡Míralos, qué zorros! —se rió alguien de los milicianos que entraban muy encorvados en la batería para recoger a los heridos.

—¿Es que no os gustan las gachas que os dan aquí? ¡Eh, cuervos, estáis tiesos de miedo! —les gritaban a los campesinos milicianos que titubeaban ante el soldado de la pierna arrancada.

—¡Está claro que no, amigos, no les gustan nada! —se burlaron de ellos otros soldados, imitándolos.

Pierre se dio cuenta de que después de cada proyectil que estallaba y de cada baja la excitación de los soldados aumentaba. Como brotando de un nubarrón tormentoso, en los rostros de todos ellos se encendía cada vez con mayor frecuencia y claridad (como en respuesta a lo que ocurría) la luz de un fuego oculto cada vez más intenso. Pierre no miraba el campo de batalla porque no le interesaba saber lo que allí ocurría: estaba totalmente absorto contemplando ese fuego cada vez más intenso que también se había encendido en su alma (así lo sentía).

A las diez se replegó la infantería que estaba delante de los cañones, entre los arbustos y a lo largo del riachuelo Kámenka. Desde la batería se los veía retroceder rápidamente formando camillas con los fusiles para evacuar a los heridos. Un general subió con su comitiva a la loma y, después de hablar con el coronel y de mirar a Pierre irritado, bajó de nuevo, ordenando a los soldados de la infantería de protección, que estaban detrás de la batería, que se tumbaran para no estar tan expuestos a los disparos. Acto seguido, entre las filas de la infantería, más a la derecha de la batería, se oyó un tambor, gritos de mando y se las vio empezar a avanzar.

Pierre miró por encima del terraplén. Hubo un rostro que le llamó particularmente la atención, el de un oficial joven y pálido que retrocedía vuelto de espaldas, con la espada bajada y mirando asustado a los lados.

Las filas de soldados de la infantería se perdieron en el humo, se oyeron su grito prolongado y los frecuentes disparos de los fusiles. Al cabo de unos minutos volvieron de allí multitud de heridos y de camillas. Los proyectiles empezaron a caer aún más a menudo sobre la batería; varios hombres yacían en el suelo sin que nadie los recogiera. Cerca de los cañones los soldados se movían ajetreadamente, llenos de animación. Nadie reparaba ya en Pierre: solo en un par de ocasiones le gritaron que estaba en medio del paso. El oficial mayor de la artillería, con el ceño fruncido, iba de un cañón a otro dando grandes y rápidas zancadas. El oficial jovencito, con el rostro más

encendido, daba órdenes con mayor diligencia si cabe. Los artilleros se pasaban las cargas, se volvían, cargaban los cañones y hacían su trabajo con tensa bravura. Al andar daban saltos, como si se movieran por resortes.

El nubarrón de la tormenta se acercaba y en todos los rostros brillaba ese intenso fuego que Pierre había visto encenderse. Justo entonces estaba al lado del oficial mayor de la artillería; el oficial jovencito se les acercó a toda prisa y, tras saludar a su superior llevándose una mano al chacó, le preguntó:

—Tengo el honor de informarle, señor coronel, de que solo quedan ocho proyectiles, ¿ordena usted seguir disparando?

—¡Metralla! —gritó el oficial mayor, sin responderle y con la mirada fija en el otro lado del terraplén.

De repente sucedió algo; el oficial jovencito lanzó un «¡ay!», se dio la vuelta y se sentó en el suelo, como si fuera un pájaro que han herido al volar. Todo se volvió extraño, confuso y sombrío a ojos de Pierre.

Los proyectiles llegaban silbando, uno tras otro, y hacían impacto en el parapeto, en los soldados, en los cañones. Hasta ese momento Pierre no había reparado en estos ruidos, pero ahora era lo único que oía. Desde el lado derecho de la batería los soldados, al grito de «¡Hurra!», empezaron a correr, pero no iban hacia delante, sino hacia atrás, o eso le pareció a Pierre. Una bala de cañón cayó en el extremo del terraplén frente al que estaba él; la tierra saltó y por delante de sus ojos pasó una pelotita negra que golpeó ruidosamente contra algo. Los milicianos, que iban a entrar a la batería, retrocedieron a toda prisa.

—¡Fuego de metralla! —gritó el oficial mayor de la artillería.

El suboficial corrió hacia él y, con un susurro asustado (como cuando en una comida el mayordomo informa al señor de que se ha acabado el vino que le ha pedido), le dijo que ya no quedaban más cajas de munición.

—¡Bandidos! ¡Qué están haciendo! —gritó el oficial mayor volviéndose hacia Pierre. Tenía la cara roja y sudada, y los ojos le brillaban bajo el ceño fruncido—. ¡Corre hacia las reservas y trae cajas de munición! —gritó de nuevo, echando una mirada rabiosa a Pierre y dirigiéndose hacia un soldado.

—¡Ya voy yo! —dijo Pierre.

El oficial, sin contestarle, fue a grandes zancadas hacia el otro lado.

—¡No disparéis!… ¡Esperad! —gritó.

El soldado que tenía orden de ir a por las cargas tropezó con Pierre.

—¡Eh, señor, este no es sitio para ti! —le dijo, y salió corriendo loma abajo.

Pierre corrió detrás del soldado, pero dio un rodeo en el lugar donde yacía el oficial jovencito. Una, dos, tres balas de cañón volaron por encima de su cabeza y cayeron delante, a los lados, detrás… Pierre siguió corriendo hacia abajo. «¿Adónde estoy yendo?», se dijo de pronto, cuando ya estaba cerca de las cajas verdes de munición. Se detuvo indeciso, sin saber si ir atrás o adelante. De repente una terrible sacudida lo lanzó de espaldas y lo tiró al suelo. En ese mismo instante el resplandor de una gran llamarada lo iluminó y le empezaron a pitar los oídos por un estampido y un silbido ensordecedores.

Cuando volvió en sí, estaba sentado con las manos apoyadas en el suelo; la caja que había tenido cerca ya no estaba: sobre la hierba chamuscada solo había algunas tablas verdes quemadas, trapos, un caballo que arrastraba los restos de su vara y otro caballo que, tendido en el suelo igual que él, relinchaba prolongada y estridentemente.

XXXII

Fuera de sí de miedo, Pierre se levantó de un salto y corrió de vuelta a la batería, como si se tratara del único refugio contra todos los horrores que le rodeaban.

Al entrar en la trinchera reparó en que en la batería no se oían disparos, pero había varias personas haciendo algo. No tuvo tiempo de entender quiénes eran. Vio al coronel echado boca abajo sobre el terraplén, como examinando algo ahí abajo; vio a un soldado, en quien se había fijado antes, que intentaba zafarse de unos hombres que lo retenían por un brazo mientras gritaba: «¡Hermanos!»; vio, además, otras cosas extrañas.

Pero aún no había tenido tiempo de darse cuenta de que el coronel estaba muerto, de que el soldado que gritaba «¡Hermanos!» había caído prisionero, y de que, delante de sus ojos, le habían clavado a otro soldado una bayoneta en la espalda. Apenas acababa de entrar en la trinchera cuando un hombre flaco de rostro amarillento y sudado, que vestía uniforme azul y llevaba una espada en la mano, se abalanzó sobre él gritando algo. Haciendo un movimiento instintivo de defensa para evitar el choque, ya que ambos corrían el uno contra el otro sin verse, Pierre puso las manos delante y sujetó a ese hombre (era un oficial francés) por el hombro, con una mano, y por el cuello, con la otra. El oficial soltó la espada y lo sujetó a su vez por la solapa.

Se miraron mutuamente con ojos asustados, perplejos ante lo que hacían y lo que debían hacer. «¿Soy yo su prisionero o él es el mío?», pensaban ambos.

Pero sin duda el oficial francés era quien más creía ser el prisionero porque Pierre, por un movimiento involuntario de miedo, le apretaba el cuello cada vez más fuerte con su mano vigorosa. El francés iba a decir algo cuando de pronto una bala de cañón silbó terroríficamente a baja altura, justo encima de su cabeza, y fue tal la rapidez con que la agachó que Pierre creyó que se la habían arrancado. También él la inclinó y dejó caer los brazos. Ya sin pensar más en quién había apresado a quién, el francés volvió a la batería y Pierre corrió loma abajo, tropezando con muertos y heridos que, según le parecía, lo agarraban por las piernas. Pero aún no había tenido tiempo de llegar abajo cuando vio subir a una multitud de soldados rusos que, cayendo, tropezando y gritando, corrían hacia la batería llenos de agitación y júbilo. (Se trataba del ataque que Yermólov se atribuyó diciendo que solo su audacia y suerte hicieron posible la hazaña; el ataque en que, supuestamente, arrojó en la loma las cruces de San Jorge que llevaba en el bolsillo.)

Los franceses que habían ocupado la batería huyeron a toda prisa. Nuestras tropas, al grito de «¡Hurra!», los persiguieron hasta tan lejos que fue difícil contenerlos.

Sacaron a los prisioneros de la batería, entre los que había un general francés que había sido rodeado por varios oficiales. Una multitud de heridos rusos y franceses —Pierre conocía a algunos de ellos—, con las caras desfiguradas por el sufrimiento, andaban, se arrastraban o los llevaban en camilla. Pierre subió a la loma donde había pasado más de una hora y no encontró a nadie del círculo familiar que lo había aceptado como a uno de los suyos. No conocía a muchos de los muertos, pero a alguno sí que reconoció. El oficial jovencito seguía sentado, en la misma posición de antes, encorvado en un extremo del terraplén sobre un charco de sangre. El soldado de la cara colorada yacía aún con espasmos, pero nadie lo recogía.

Pierre corrió hacia abajo.

«¡No, ahora pararán, ahora se horrorizarán de lo que han hecho!», pensaba mientras andaba sin rumbo detrás de la inmensa cantidad de camillas que se alejaban del campo de batalla.

Pero el sol, cubierto por el humo, aún estaba alto; delante, sobre todo a la izquierda, cerca de Semiónovskoie, algo se agitaba entre la humareda, y el estruendo de los disparos de los fusiles y de los cañones no solo no se debilitó, sino que se intensificó hasta la desesperación, como alguien que llora desgarradoramente hasta quedarse sin fuerzas.

XXXIII

La acción principal de la batalla de Borodinó se produjo dentro de un espacio de mil *sazhén*, entre Borodinó y las flechas de Bagratión. (Fuera de este espacio los rusos hicieron una demostración al mediodía con la caballería de Uvárov, y más allá de Útitsa se produjo el choque entre Poniatowski y Tuchkov; sin embargo, fueron dos acciones débiles y aisladas en comparación con lo que sucedía en el centro del campo de batalla.) En el campo entre Borodinó y las flechas, cerca del bosque, en un espacio abierto y visible para ambos bandos, la acción principal de la batalla se desarrolló del modo más simple y sencillo.

Todo empezó al abrir fuego cientos de cañones de ambos bandos. Después, cuando el humo cubrió todo el campo, las dos divisiones de Dessaix y Compans avanzaron por la derecha (del lado de los franceses) hacia las flechas, y las tropas del virrey marcharon por la izquierda sobre Borodinó. Las flechas estaban a una versta de distancia del reducto de Shevardinó, donde estaba Napoleón, y a más de dos verstas en línea recta de Borodinó; por este motivo, Napoleón no podía ver lo que allí sucedía, tanto más cuanto que el humo se fundía con la bruma y cubría todo el territorio. Los soldados de la división de Dessaix que marchaban hacia las flechas solo se hicieron visibles cuando bajaron al barranco que los separaba de estas. En cuanto llegaron al pie del barranco, el humo de los disparos de los fusiles y de los cañones se volvió tan denso en las flechas que ocultó toda la vertiente del lado contrario del barranco. A través de la humareda se distinguía algo negro, probablemente soldados, y a veces fulguraban sus bayonetas. No obstante, desde el reducto de Shevardinó era imposible apreciar si se movían o no, si eran franceses o rusos.

El sol se levantó con una luz brillante y vertió sus rayos oblicuos en la cara de Napoleón, que observaba las flechas haciendo visera con la mano. El humo se extendió por delante de las flechas, por momentos parecía que se moviera y otros que fueran las tropas quienes lo hacían. De vez en cuando, entre los disparos, se oían los gritos de los soldados, pero era imposible saber qué ocurría.

Napoleón, de pie en la loma, miraba a través de un catalejo y, por su pequeño objetivo, veía humo y hombres, tanto de su ejército como del ruso; sin embargo, cuando miraba a simple vista no sabía situar lo que acababa de ver.

Bajó de la loma y empezó a pasearse de un lado a otro. De vez en cuando se detenía, prestaba oído a los disparos y miraba el campo de batalla.

Era imposible entender lo que sucedía, no solo desde abajo, donde él estaba, no solo desde la loma, donde estaban sus generales, sino también desde las flechas en las que se veía a la vez o alternativamente a rusos y franceses, a muertos, heridos y vivos, a soldados asustados o enloquecidos. A lo largo de varias horas, entre los continuos disparos de los fusiles y los cañones, tan pronto aparecían rusos como franceses, unas veces de la infantería y otras de la caballería; aparecían, caían, disparaban y chocaban unos contra otros sin saber qué hacer, gritando y retrocediendo.

Desde el campo de batalla no dejaban de galopar hasta Napoleón los ayudantes de campo a los que había enviado y los ordenanzas de sus mariscales con informes sobre la marcha del combate; no obstante, todos estos informes eran erróneos, porque en el fragor de la batalla era imposible decir qué ocurría en el momento exacto y muchos ayudantes de campo no llegaban hasta el auténtico lugar del combate, sino que transmitían lo que habían oído decir a otros; también porque, mientras el ayudante de campo recorría las dos o tres verstas que lo separaban de Napoleón, las circunstancias habían cambiado, y la noticia que llevaba ya no era exacta. Así, un ayudante de campo fue a informar a Napoleón de parte del virrey de que Borodinó había sido tomado y de que el puente del Kolocha estaba en manos de los franceses. El ayudante de campo preguntó a Napoleón si daba la orden de cruzar y este ordenó formar en la otra orilla y esperar. Pero no solo cuando Bonaparte estaba dando esta orden, sino incluso cuando el ayudante de campo se había alejado de Borodinó el puente ya había sido arrebatado y quemado por los rusos justo en la misma escaramuza que Pierre había presenciado al principio de la batalla.

Otro ayudante de campo, con el rostro pálido y asustado, llegó a galope desde las flechas para informar a Napoleón de que el ataque había sido rechazado, Compans estaba herido y Davout muerto; sin embargo, mientras al ayudante de campo le estaban diciendo que los franceses habían sido derrotados, las flechas habían sido recuperadas por otra unidad, y en realidad Davout estaba vivo, solo tenía heridas leves. Guiándose por esos informes inevitablemente erróneos, Napoleón daba órdenes que o bien ya habían sido cumplidas antes de que las hubiera dado, o bien no eran cumplidas ni podían serlo.

Los mariscales y los generales, que estaban más cerca del campo de batalla, pero que, como Napoleón, no participaban propiamente en el combate

y pocas veces se ponían al alcance de las balas, daban órdenes e instrucciones sin consultar con el emperador adónde y desde dónde había que disparar, hacía dónde tenía que dirigirse la caballería y la infantería. Pero incluso sus órdenes, igual que las de Napoleón, raramente se llevaban a cabo y solo en una mínima expresión. La mayoría de las veces ocurría lo contrario de lo que habían ordenado: los soldados que tenían orden de avanzar, al verse bajo el fuego de metralla, retrocedían; los que tenían orden de no moverse, al ver aparecer inesperadamente a los rusos, corrían hacia atrás o se echaban hacia delante; y la caballería, sin haber recibido ninguna orden, se lanzaba a perseguir a los rusos que huían. Así, dos regimientos de la caballería cruzaron el barranco de Semiónovskoie y, en cuanto empezaron a subir por la cuesta opuesta, dieron media vuelta y regresaron a galope tendido. Lo mismo hacían los soldados de infantería, que a veces marchaban hacia lugares totalmente distintos a los que les habían ordenado. Todas las órdenes sobre cuándo y hacia dónde mover los cañones, cuándo enviar a la infantería y a la caballería a disparar y arrollar a los soldados rusos las daban los jefes de unidad más cercanos, los que estaban entre las filas, que no pedían permiso no ya a Napoleón, sino ni siquiera a Ney, Davout o Murat. No temían ser castigados por no cumplir las órdenes o por darlas sin permiso, porque en un combate lo más preciado es la propia vida y a veces a uno le parece que la salvación está en huir hacia atrás o hacia delante, y así actuaban ellos, guiándose por la circunstancia del momento en el fragor de la batalla. En esencia todos estos movimientos de avance o retroceso no mejoraban ni cambiaban la situación de las tropas. Todos estos choques y ataques apenas les perjudicaban, ya que lo que realmente traía muerte y mutilación eran los proyectiles y las balas que volaban sobre todo el espacio por el que corrían los soldados. En cuanto salían de este espacio por el que volaban los proyectiles y las balas, los jefes que estaban detrás les ordenaban formar de inmediato y los sometían a la disciplina bajo cuya influencia regresaban a la zona de fuego en que (de nuevo bajo el influjo del miedo y de la muerte) volvían a perder la disciplina y corrían de un lado a otro empujados por el estado de ánimo fortuito de la masa.

XXXIV

Davout, Ney y Mourat, generales de Napoleón, estaban cerca de esta zona de fuego, en la que incluso se adentraron varias veces para introducir enormes

masas de tropas bien alineadas. Pero, al contrario de lo que siempre había sucedido en todas las batallas anteriores, en lugar de la esperada noticia sobre la huida del enemigo, aquellas tropas bien alineadas volvían *de allí* en masas desorganizadas y asustadas. Las volvían a organizar, pero cada vez regresaban menos hombres. Al mediodía Murat envió a su ayudante de campo para que pidiera refuerzos a Napoleón.

Bonaparte estaba sentado al pie de la loma tomando un ponche cuando el ayudante de campo de Murat llegó hasta él a galope y le aseguró que podrían derrotar a los rusos si su majestad les proporcionaba una división más.

—¿Refuerzos? —dijo Napoleón asombrado, con expresión grave, como si no entendiera las palabras que acababa de oír y mirando a aquel hermoso y jovencísimo ayudante de campo de pelo negro, largo y rizado (como lo llevaba Murat). «¡Refuerzos! —pensó—. ¿Cómo pueden pedir refuerzos cuando disponen de medio ejército lanzado contra el ala débil y sin fortificar de los rusos?»—. *Dites au roi de Naples* —dijo severamente— *qu'il n'est pas midi et que je ne vois pas encore clair sur mon échiquier. Allez…*[153]

El jovencísimo ayudante de campo de pelo largo, sin apartar la mano de la visera de su sombrero, exhaló un profundo suspiro y galopó de vuelta hacia el lugar donde estaban matándose unos a otros.

Napoleón se levantó y, tras llamar a Caulaincourt y a Berthier, se puso a hablar con ellos de asuntos que no tenían que ver con la batalla.

En mitad de la conversación, que empezaba a interesarle, los ojos de Berthier apuntaron hacia un general que, acompañado de su comitiva, cabalgaba hacia la loma en un caballo sudado. Era Belliard. Después de desmontar y de acercarse al emperador con paso rápido, trató de demostrarle con arrojo y en voz alta la necesidad de refuerzos. Juró por su honor que, si el emperador le concedía una división más, los rusos serían aniquilados.

Napoleón se encogió de hombros y, sin responder nada, continuó paseando. Belliard se puso a hablar en tono elevado y animado con los generales del séquito imperial que lo habían rodeado.

—Es usted muy impetuoso, Belliard —dijo Napoleón acercándose otra vez al general—. Es fácil equivocarse en el ardor del combate. Vuelva adonde estaba, fíjese en lo que sucede y venga a informarme.

Aún no había desaparecido Belliard de su vista cuando un nuevo emisario llegó del campo de combate.

—*Eh bien qu'est ce qu'il y a?*[154] —dijo Napoleón con el tono de un hombre irritado por continuas interrupciones.

—*Sire, le prince…*[155] —empezó el ayudante de campo.

—¿Pide refuerzos? —exclamó Napoleón con gesto airado. El ayudante de campo afirmó con la cabeza y le empezó a informar, pero el emperador le dio la espalda, avanzó dos pasos, se detuvo, volvió atrás y llamó a Berthier—. Hay que mandar reservas —dijo, separando ligeramente los brazos—. ¿A quién enviamos? ¿Qué opina usted? —se dirigió a Berthier, a ese *oison que j’ai fait aigle*[156], como posteriormente se referiría a él.

—Majestad, ¿a la división de Claparède? —dijo Berthier, que se sabía de memoria todas las divisiones, regimientos y batallones.

Napoleón asintió con la cabeza.

El ayudante de campo galopó hasta la división de Claparède y al cabo de unos minutos la joven Guardia que estaba detrás de la loma se puso en movimiento.

Napoleón miraba hacia allí en silencio.

—No —le dijo de pronto a Berhier—, no puedo enviar la de Claparède. Mande la de Friant.

A pesar de que no había ninguna ventaja en enviar la división de Friant en lugar de la de Claparède, e incluso detener ahora a esta y mandar a la otra suponía una incomodidad y una demora evidentes, la orden fue cumplida a rajatabla. Napoleón no se daba cuenta de que, en relación con sus tropas, él desempeñaba ese papel del médico que lo entorpece todo con sus medicamentos, un papel que tan bien comprendía y censuraba.

La división de Friant, igual que las demás, desapareció en la humareda del campo de batalla. Desde distintas partes seguían llegando ayudantes de campo, y todos ellos, como si se hubieran conjurado, repetían lo mismo. Todos pedían refuerzos, todos decían que los rusos se mantenían en sus posiciones y que hacían un *feu d’enfer*[157] que estaba consumiendo al ejército francés.

Napoleón, sumido en sus reflexiones, estaba sentado en una silla plegable.

Monsieur de Bausset, el amante de los viajes, hambriento desde la mañana, se acercó al emperador y se atrevió a proponerle con el mayor de los respetos almorzar.

—Espero poder felicitar ya a su majestad por la victoria —dijo.

Napoleón negó con la cabeza en silencio. Creyendo que la negación se refería a la victoria y no al almuerzo, *monsieur* de Bausset se permitió observar de un modo entre juguetón y reverente que no existía ningún motivo en el mundo que impidiera almorzar cuando había posibilidad de hacerlo.

—*Allez vous…!*[158] —exclamó de pronto Napoleón con expresión sombría, y le volvió la espalda.

Una sonrisa beatífica de pesar, contrición y entusiasmo brilló en el rostro de *monsieur* de Bausset, que se alejó con paso ligero a reunirse con los demás generales.

Napoleón experimentaba un sentimiento doloroso, semejante al de un jugador al que siempre le sonríe la suerte, que apuesta con desmesura pero siempre gana y, de repente, precisamente cuando ha calculado todas las eventualidades del juego, tiene la sensación de que, cuanto más medita la jugada, más probable es que pierda.

El ejército era el mismo, los generales, los preparativos y el plan de operaciones también, la *proclamation courte et énergique* era la de siempre, y también él era el mismo; esto lo sabía, como sabía que ahora tenía incluso mucha más experiencia y habilidad que antes, y que el enemigo era el mismo de Austerlitz y Friedland. No obstante, ahora el terrible golpe de su brazo caía sin fuerzas como por arte de magia.

Todos los métodos que había utilizado anteriormente, siempre coronados por el éxito —la concentración de las baterías en un solo punto, el ataque de la reserva para romper la línea enemiga, el ataque de la caballería *des hommes de fer*[159]—, todos estos métodos ya habían sido empleados y no solo no le habían procurado la victoria, sino que desde todas partes le llegaban las mismas noticias sobre generales muertos y heridos, la necesidad de refuerzos, la imposibilidad de abatir a los rusos y el caos de las tropas.

En ocasiones anteriores, después de dos o tres órdenes, dos o tres frases, los mariscales y ayudantes de campo llegaban a galope con felicitaciones y el rostro exultante para anunciar la captura de cuerpos enteros de ejército, *des faisceaux de drapeaux et d'aigles ennemis*[160], cañones y convoyes, y Murat se limitaba a pedir permiso para lanzar a la caballería para hacerse con los convoyes. Así había ocurrido en las batallas de Lodi, Marengo, Arcola, Jena, Austerlitz, Wagram, etcétera, etcétera. Pero ahora algo sucedía con sus tropas.

A pesar de la noticia de la toma de las flechas rusas, Napoleón veía que las cosas no iban en absoluto como en las batallas anteriores, y se daba cuenta de que los hombres que lo rodeaban, con gran experiencia en el combate, tenían esa misma impresión. Había tristeza en sus rostros y todos esquivaban la mirada. Solo Bausset era incapaz de comprender el significado de lo que estaba ocurriendo, pero Napoleón, con su dilatada experiencia en la guerra, sabía perfectamente lo que significaba que un ejército atacante no hubiera ganado la batalla después de ocho horas de enormes esfuerzos. Sabía que era una batalla perdida y que la más ínfima eventualidad, en ese punto vacilante del combate, podía significar su fin y el de su ejército.

Cuando repasaba en su memoria toda aquella terrible campaña rusa, en la que no había ganado ni una batalla, en la que en dos meses no se había hecho con banderas, cañones, ni cuerpos de ejército; cuando miraba los rostros abatidos de quienes le rodeaban y escuchaba informes de que los rusos resistían, lo poseía un sentimiento terrible, semejante a una pesadilla, y le pasaban por la cabeza todas las infelices posibilidades que podían destruirlo. Los rusos podían atacar su ala izquierda, podían romper su centro, una bala perdida de cañón podía matarlo. Todo esto era posible. En sus anteriores batallas solo se había planteado las posibilidades de éxito, pero ahora se imaginaba una cantidad infinita de circunstancias nefastas, y las esperaba todas. Sí, era como una pesadilla, como cuando alguien sueña que un malhechor le está atacando y, para defenderse, le da un golpe tan terrible que sabe que puede matarlo, pero entonces siente que tiene la mano blanda, que le cae como un trapo sin fuerzas, y lo invade el horror ante una muerte inevitable. La noticia de que los rusos estaban atacando el flanco izquierdo del ejército francés despertó en Napoleón este tipo de horror.

Estaba sentado en una silla plegable al pie de la loma, en silencio, con la cabeza gacha y los codos sobre las rodillas, cuando Berthier se le acercó y le propuso recorrer la línea para comprobar el estado de la batalla.

—¿Qué? ¿Qué dice? —dijo Napoleón—. Sí, ordene que me traigan un caballo.

Montó y se dirigió hacia Semiónovskoie.

Por todo el espacio por el que pasaba, entre el humo de la pólvora que se disipaba poco a poco, yacían, solos o amontonados, caballos y hombres sobre charcos de sangre. Ni él ni ninguno de sus generales habían visto jamás semejante horror, tamaña cantidad de muertos en un espacio tan reducido. El estruendo de los cañones, que no se había interrumpido en diez horas seguidas y que martirizaba los oídos, otorgaba un significado especial a aquel espectáculo (como la música en los cuadros vivos). Napoleón llegó a lo alto de Semiónovskoie y vio a través de la humareda hileras de hombres que llevaban uniformes de un color que sus ojos no estaban acostumbrados a ver. Eran los rusos.

Los rusos formaban filas compactas detrás de Semiónovskoie y de la loma, y sus cañones no dejaban de disparar y de cubrir de humo toda su línea. Aquello ya no era un combate, era una matanza sin fin que no podía llevar a nada, ni a los rusos ni a los franceses. Napoleón detuvo el caballo y volvió a sumirse en ese ensimismamiento del que lo había sacado Berthier; no podía detener lo que estaba ocurriendo ante sus ojos y a su alrededor, algo que se

suponía que dirigía él y que dependía también de él. A consecuencia del fracaso, por primera vez aquella obra suya le parecía innecesaria y terrible.

Uno de los generales se le acercó para proponerle respetuosamente que hiciera entrar en acción a la vieja Guardia. Ney y Berthier, que estaban al lado de Bonaparte, cambiaron una mirada y sonrieron con desprecio ante la absurda propuesta del general.

Napoleón bajó la cabeza y estuvo un buen rato callado.

—*A huit cent lieux de France je ne ferai pas démolir ma garde*[161] —dijo finalmente, y, haciendo dar la vuelta a su caballo, regresó a Shevardinó.

XXXV

Kutúzov, con la cabeza canosa gacha y el voluminoso cuerpo hundido en un banco cubierto por una alfombra, estaba sentado en el mismo lugar donde Pierre lo había visto por la mañana. No daba ninguna orden, tan solo se limitaba a aceptar o rechazar lo que le proponían.

«Sí, sí, hagan eso», respondía a distintas propuestas. «Sí, sí, ve a comprobarlo, querido», indicaba a uno u otro ayudante, o bien decía: «No, no es necesario, es mejor que esperemos». Escuchaba los informes que le traían y daba órdenes cuando sus subordinados se lo requerían; pero, cuando escuchaba los informes, no parecía interesado en el significado de las palabras, sino en otra cosa, en algo que había en el semblante de quien le informaba y en su tono de voz. Gracias a su larguísima experiencia militar y a su inteligencia de hombre viejo sabía que una sola persona no puede dirigir a cientos de miles de hombres que luchan contra la muerte, y también sabía que lo que decide el destino de un combate no son las órdenes del comandante en jefe, ni el lugar en que están las tropas, ni la cantidad de cañones y de muertos, sino esa fuerza intangible que llaman «espíritu del ejército», y la intentaba cuidar y dirigir hasta donde alcanzaba su poder.

La expresión que predominaba en su rostro era de atención reconcentrada, tranquila y tensa, que a duras penas lograba superar el cansancio de su débil y viejo cuerpo.

A las once de la mañana le llevaron la noticia de que las flechas ocupadas por los franceses habían sido recuperadas, pero que el príncipe Bagratión estaba herido. Kutúzov lanzó un «¡ay!» y agitó la cabeza.

—Ve a ver al príncipe Piotr Ivánovich y averigua todos los detalles de lo que ha pasado y de cómo está —le dijo a uno de sus ayudantes de campo, y

acto seguido se volvió hacia el príncipe Wurtemberg, que estaba detrás de él —. ¿No querrá su alteza tomar el mando del primer ejército?

Poco después de que el príncipe Wurtemberg partiera (había pasado tan poco rato que ni siquiera había llegado a Semiónovskoie) volvió uno de sus ayudantes de campo para informar al serenísimo de que el príncipe solicitaba refuerzos. Kutúzov hizo una mueca, ordenó a Dojturov que tomara el mando del primer ejército y le rogó al príncipe Wurtemberg que volviera, ya que, según le dijo, no podía arreglárselas sin él en un momento tan importante.

Cuando llegó la noticia de que Murat había sido capturado, los miembros del Estado Mayor felicitaron a Kutúzov, pero él dijo con una sonrisa:

—Esperen, señores. La batalla está ganada, por lo que no hay nada de extraordinario en haber capturado a Murat. Pero será mejor que esperemos para alegrarnos.

De todos modos, envió a un ayudante de campo para que anunciara esta noticia entre las tropas.

Cuando Scherbinin llegó a galope del flanco izquierdo para informar de que los franceses habían tomado las flechas y Semiónovskoie, Kutúzov, adivinando por los ruidos del campo de batalla y por el semblante de Scherbinin que las noticias no eran buenas, se levantó como para desentumecer las piernas y, cogiéndolo de un brazo, se lo llevó aparte.

—Ve a ver si se puede hacer algo, querido —le dijo después a Yermólov.

Kutúzov estaba en Gorki, en el centro de la posición del ejército ruso. El ataque de Napoleón contra el flanco izquierdo había sido rechazado varias veces. En el centro, los franceses no habían llegado más allá de Borodinó: la caballería de Uvárov los había obligado a huir desde el flanco izquierdo.

Pasadas las dos, los franceses dejaron de atacar. Kutúzov percibía una tensión extrema en el rostro de quienes venían del campo de batalla y de los hombres que le rodeaban. Estaba satisfecho del éxito de la jornada, un éxito que superaba sus expectativas. Pero al viejo le fallaban las fuerzas. En varias ocasiones agachó mucho la cabeza, como si se le cayera, y se quedó adormilado. Le sirvieron la comida.

Wolzogen, ese mismo ayudante del emperador que al pasar a caballo cerca del príncipe Andréi había dicho que había que *im Raum verlegen*[162] la guerra, y al que tanto odiaba Bagratión, llegó mientras Kutúzov comía. Venía de parte de Barclay para informar sobre la situación del flanco izquierdo. Barclay de Tolly, tan circunspecto, al ver la huida de masas de heridos y la desorganización de la retaguardia, había llegado a la conclusión, tras sopesar

todas las circunstancias, de que la batalla estaba perdida, por lo que había enviado a su favorito a informar al comandante en jefe.

Kutúzov, que en ese momento masticaba con dificultad un pollo asado, le echó una mirada alegre con el ojo medio cerrado.

Wolzogen, estirando despreocupadamente las piernas, con una sonrisa medio desdeñosa en los labios y apenas rozándose la visera con los dedos, se acercó a Kutúzov. Se dirigía al serenísimo con una especie de despreocupación afectada que pretendía demostrar que, aunque un militar tan instruido como él dejara que los rusos convirtieran a ese hombre viejo e inútil en un ídolo, él sabía con quién se las tenía. «*Der alte Herr* (así llamaban los alemanes a Kutúzov en sus círculos de confianza) *macht sich ganz bequem*»[163], pensó Wolzogen, y, después de mirar con severidad los platos que había en la mesa, informó al «viejo señor» de la situación del flanco izquierdo, tal como le había ordenado Barclay y como él mismo había visto y entendido.

—Todos los puntos de nuestra posición están en manos del enemigo y no podemos rechazarlo porque no disponemos de tropas; los soldados están huyendo y es imposible detenerlos —informó. Kutúzov dejó de masticar sorprendido, como si no comprendiera lo que acababa de oír, y fijó la mirada en Wolzogen. Este, al notar la turbación *des alten Herrn*[164], añadió con una sonrisa—: No me considero con el derecho de ocultarle, serenísimo, lo que he visto… Las tropas están completamente desorganizadas…

—¿Lo ha visto usted? ¿Lo ha visto?… —gritó Kutúzov con el ceño fruncido, levantándose rápidamente y acercándose a él—. ¡Cómo… cómo se atreve! —chilló, ahogándose y haciendo gestos amenazadores con las manos temblorosas—. ¡Cómo se atreve, apreciado señor, a decirme esto *a mí*! ¡Usted no sabe nada! Dígale al general Barclay de mi parte que sus informaciones son erróneas y que yo, comandante en jefe, conozco la verdadera marcha de la batalla mucho mejor que él.

Wolzogen quiso replicar algo, pero Kutúzov le cortó.

—El enemigo ha sido rechazado en el flanco izquierdo y derrotado en el derecho. Si usted ve tan mal, apreciado señor, no se permita hablar de lo que no sabe. Haga el favor de volver con el general Barclay para transmitirle mi firme propósito de atacar al enemigo mañana —dijo severamente. Todo el mundo callaba, solo se oía la fuerte respiración del viejo general, que estaba sofocado—. El enemigo ha sido rechazado en todas partes, y doy gracias a Dios y a nuestro valeroso ejército. El enemigo ha sido derrotado y mañana lo echaremos de la santa tierra rusa —concluyó, santiguándose.

Y, de pronto, se le saltaron las lágrimas. Wolzogen, encogiéndose de hombros y torciendo el gesto, se hizo a un lado en silencio, asombrado *über diese Eingenommenheit des alten Herrn*[165].

—¡Ah, aquí está mi héroe! —le dijo Kutúzov a un general atractivo, algo grueso y de pelo negro que estaba llegando a la loma.

Era Raievski, que se había pasado el día entero en el punto principal del campo de Borodinó. Informó de que las tropas se mantenían firmes en sus puestos y de que los franceses ya no se atrevían a seguir atacando.

Al oír estas palabras, Kutúzov le dijo en francés:

—*Vous ne pensez donc pas* comme les autres *que nous sommes obligés de nous retirer?*[166]

—*Au contraire, votre altesse, dans les affaires indécises c'est toujours le plus opiniâtre qui reste victorieux* —respondió Raievski—, *et mon opinion…*[167]

—¡Kaisárov! —llamó Kutúzov a su ayudante de campo—. Siéntate y escribe la orden de operaciones para mañana. Y tú —se dirigió a otro—: ve a la línea y anuncia que mañana vamos a atacar.

Mientras Kutúzov hablaba con Raievski y dictaba la orden de operaciones, Wolzogen volvía de ver al general Barclay de Tolly, que quería una confirmación por escrito de la orden del mariscal de campo[168].

Kutúzov, sin mirarle, mandó escribir esa orden que el antiguo comandante en jefe quería tener para evitar, con toda la razón, responsabilidades personales.

Y, por esa cadena indefinible y misteriosa que une a las tropas en un mismo estado de ánimo (que llaman «espíritu del ejército» y que constituye el nervio principal de la guerra), las palabras de Kutúzov y su orden de operaciones para el día siguiente llegaron a la vez hasta todos los extremos del ejército.

Aunque lo que llegaba hasta el último eslabón de la cadena no eran ni las mismas palabras ni la misma orden, y lo que se contaban unos a otros no se parecía en nada a lo que había dicho Kutúzov, su sentido se propagó por todo el ejército porque no emanaba de astutas consideraciones, sino del sentimiento que su alma albergaba, igual que la de cualquier ruso. Al saber que al día siguiente atacarían al enemigo y que las esferas superiores confirmaban lo que todos querían creer, aquellos soldados extenuados y vacilantes encontraron consuelo y se llenaron de ánimo.

XXXVI

El regimiento del príncipe Andréi estaba en las reservas que hasta más de la una se mantuvieron inactivas detrás de Semiónovskoie, bajo el intenso fuego de la artillería. El regimiento, que ya había perdido a más de doscientos hombres, hacia las dos avanzó hasta un campo de avena pisoteada, una zona entre Semiónovskoie y la batería de la loma donde aquel día habían muerto miles de hombres y contra la que en esos momentos se concentraba el intenso fuego de varios centenares de cañones enemigos.

Sin moverse de este lugar y sin disparar ni una sola vez, el regimiento perdió a otro tercio de sus hombres. Por delante y, sobre todo, por el lado derecho los cañones tronaban entre la humareda sin disipar, y desde aquel misterioso espacio de humo, que cubría todo el terreno, llegaban sin cesar proyectiles con un silbido rápido, así como granadas con uno lento. A veces, como para dar una tregua, durante un cuarto de hora todas las balas de cañón y las granadas pasaban de largo, pero otras veces el regimiento perdía a varios hombres en un solo minuto y no dejaban de llevarse a muertos y de evacuar a heridos.

Con cada nueva descarga los que aún conservaban la vida tenían menos probabilidades de no morir. El regimiento formaba en columnas de batallón con intervalos de trescientos pasos, pero aun así los soldados se encontraban bajo el influjo de un mismo estado de ánimo, igual de silenciosos y sombríos. Era rara la ocasión que entre las filas se oía una conversación, y cuando esto ocurría se interrumpía al instante cada vez que caía un proyectil y alguien gritaba: «¡Una camilla!». La mayor parte del tiempo los soldados del regimiento, por orden de sus superiores, estuvieron sentados en el suelo. Uno, quitándose el chacó, deshacía y rehacía cuidadosamente los pliegues; otro pulía la bayoneta con arcilla seca desmenuzada entre las palmas de las manos; otro se aflojaba el correaje y ajustaba el gancho de la bandolera; otro se desenrollaba y volvía a enrollar aplicadamente los peales y se calzaba de nuevo; algunos construían casitas con terrones del campo o trenzaban pequeñas cestitas con la paja del rastrojo. Todos parecían totalmente absortos en estos quehaceres. Cuando alguien caía herido o muerto, cuando pasaban filas de camillas, cuando los nuestros regresaban o cuando a través del humo se veían grandes masas de enemigos, nadie prestaba atención. En cambio, cuando la artillería y la caballería avanzaban o se veía moverse a nuestra infantería por todas partes se oían expresiones de aprobación. Pero lo que despertaba mayor interés eran hechos completamente ajenos y que no tenían

ninguna relación con el combate. Era como si la atención de aquellos hombres moralmente extenuados descansara ante estos hechos corrientes de la vida. Una vez, por ejemplo, una batería de la artillería pasó frente al regimiento y el caballo de refuerzo de uno de los armones se enredó con los arreos.

—¡Ey, el caballo de refuerzo! ¡Desenredadlo, se va a caer!… ¡Bah, no ven nada!… —gritaron los soldados desde todas las filas del regimiento.

Otra vez la atención general se concentró en un perrito de color canela con la cola muy levantada que solo Dios sabía de dónde había salido; se metió entre las filas con trote inquieto y, de repente, al estallar un proyectil cerca, soltó un gemido y se abalanzó hacia un lado con el rabo entre las patas. Por todo el regimiento estallaron carcajadas y gritos. Pero estas distracciones solo duraban unos minutos y los soldados ya llevaban más de ocho horas sin comer e inactivos bajo el horror continuo de la muerte, y sus rostros cada vez estaban más pálidos y fruncidos.

El príncipe Andréi, también con el rostro pálido y fruncido, como todos los hombres del regimiento, daba vueltas por el prado que había al lado del campo de avena, de linde a linde, con las manos detrás de la espalda y la cabeza gacha. No tenía nada que hacer ni ninguna orden que dar. Todo se hacía solo. A los muertos se los llevaban a rastras del frente, a los heridos los evacuaban y las filas se volvían a cerrar. Si algún soldado se alejaba, volvía de inmediato y a toda prisa. Al principio, considerándose con el deber de impulsar la valentía entre los soldados y de darles ejemplo, se paseaba por las filas; pero después concluyó que no tenía nada que enseñarles. Todas las fuerzas de su alma, exactamente igual que las de los soldados, estaban inconscientemente concentradas en evitar contemplar los horrores de su situación. Deambulaba por el prado arrastrando los pies, haciendo crujir la hierba y observando el polvo que cubría sus botas; tan pronto daba pasos grandes, intentando pisar las huellas que habían dejado los segadores, como contaba los pasos calculando cuántas veces tenía que ir de una linde a otra para recorrer una versta, como arrancaba florecillas del ajenjo que crecía en una de las lindes y se las restregaba por las palmas de las manos para oler su intenso perfume amargo. De todas sus reflexiones del día anterior no quedaba ni rastro. No pensaba en nada. Con los oídos fatigados escuchaba una y otra vez los mismos ruidos y, distinguiendo el silbido de los proyectiles de los cañones atronadores, contemplaba los rostros que ya conocía bien de los soldados del primer batallón y esperaba. «Ahí viene una… ¡Esta también es para nosotros! —pensaba mientras oía un silbido cada vez más cercano que procedía de la zona cubierta de humo—. ¡Una, otra! Y ¡otra más! Ha dado en

el blanco… —Se detuvo y miró hacia las filas—. No, ha pasado de largo. Pero esta sí ha acertado.» Y de nuevo se ponía a dar grandes zancadas para llegar hasta la linde en dieciséis pasos.

De pronto, un silbido y un estallido. Y a cinco pasos de él una bala de cañón hizo volar la tierra seca. Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió a mirar hacia las filas: probablemente había matado a muchos. Una gran multitud se apiñó en torno al segundo batallón.

—¡Señor ayudante, ordene que no se agolpen! —gritó.

Después de cumplir la orden, el ayudante de campo se acercó al príncipe Andréi. Por el otro lado se aproximaba a caballo el jefe de batallón.

—¡Cuidado! —gritó un soldado con voz asustada.

Y, como un pajarillo que vuela rápido y, silbando, se posa en el suelo, una granada cayó sin hacer apenas ruido a dos pasos del príncipe Andréi, cerca del caballo del jefe de batallón. El animal, sin preguntar si mostrar miedo estaba bien o mal, bufó, se encabritó haciendo que su jinete casi se cayera y se apartó bruscamente hacia un lado. Su terror se contagió entre los hombres.

—¡Al suelo! —gritó el ayudante echándose a tierra.

El príncipe Andréi seguía de pie, indeciso. La granada, humeante, giraba como una peonza entre él y el ayudante, en el margen del campo y el prado, junto a una mata de ajenjo.

«¿Es posible que esto sea la muerte? —pensó, contemplando con una mirada nueva y llena de envidia la hierba, el ajenjo y el hilo de humo que desprendía la bola negra y que daba vueltas sobre sí—. ¡No puedo, no quiero morir! ¡Amo la vida, amo esta hierba, esta tierra, este aire!…»

Pero, al mismo tiempo que pensaba esto, recordó que lo estaban mirando.

—¡Es una vergüenza, señor oficial! —le dijo al ayudante—. Qué…

No terminó la frase porque justo en ese instante se oyó una explosión y un chasquido de metralla, como cuando se rompe un cristal, y empezó a oler muy fuerte a pólvora; el príncipe Andréi se lanzó hacia un lado y, con un brazo levantado, cayó sobre el pecho.

Varios oficiales corrieron hacia él. Una gran mancha de sangre que le brotaba del lado derecho de la barriga goteaba sobre la hierba.

Llamaron a los campesinos de la milicia, que llegaron con una camilla y se detuvieron detrás de los oficiales. El príncipe Andréi yacía boca abajo con la cara hundida en la hierba, resoplando y respirando con dificultad.

—¡Qué hacéis ahí parados! ¡Acercaos!

Los campesinos se acercaron y lo cogieron por los hombros y las piernas, pero él empezó a gemir dolorosamente; se miraron y volvieron a dejarlo en el

suelo.

—¡Cogedlo y ponedlo en la camilla, no pasa nada! —gritó alguien.

Lo cogieron una vez más por los hombros y lo pusieron de nuevo en la camilla.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cómo es posible!… ¡En la barriga! ¡Es el fin! ¡Ah, Dios mío! —se oía decir a los oficiales.

—¡Me he salvado por los pelos, ha pasado rozándome la oreja! —exclamó el ayudante.

Los campesinos, cargándose la camilla sobre los hombros, avanzaron apresuradamente por un sendero que ellos mismos habían abierto en dirección al puesto de socorro.

—¡Caminad a la par!… ¡Eh, patanes! —gritó un oficial, deteniendo por el hombro a los campesinos, que, como andaban a destiempo, estaban zarandeando la camilla.

—¡Venga, ponte a ritmo, Jviódor! —dijo el que iba delante.

—¡Ahora sí! —dijo alegremente el de detrás, igualando el paso con el otro.

—¡Excelencia! ¡Príncipe! —exclamó con voz temblorosa Timojin, que se había acercado corriendo.

El príncipe Andréi abrió los ojos, miró con la cabeza muy hundida en la camilla quién le estaba hablando y volvió a cerrar los párpados.

Los milicianos lo llevaron hasta un bosque donde estaban los furgones y el puesto de socorro, que se componía de tres tiendas de campaña con las lonas abiertas del revés que habían sido plantadas entre los abedules. En el bosque había furgones y caballos que comían avena del morral; los gorriones acudían para picotear los granos que caían al suelo y los cuervos, al oler la sangre, graznaban impacientes y revoloteaban por los abedules. Alrededor de las tiendas, en un espacio superior a las dos *desiatinas*, se agolpaban hombres ensangrentados, algunos tumbados, otros sentados y otros de pie, con distintos uniformes. Junto a los heridos había multitud de camilleros con el semblante abatido y atento, a los que los oficiales intentaban echar en vano. Sin hacerles caso, apoyados en los palos de las camillas, miraban fijamente lo que ocurría ante sus ojos, como tratando de comprender el complejo significado de aquel espectáculo. Desde las tiendas de campaña llegaban tan pronto gritos fuertes y rabiosos como gemidos lastimeros. De vez en cuando salían a toda prisa enfermeros en busca de agua y señalaban a los que había que llevar dentro. Los heridos, esperando su turno junto a las tiendas, jadeaban, gemían, lloraban, gritaban, maldecían, pedían vodka. Algunos deliraban. Al príncipe

Andréi, como jefe de regimiento, lo acercaron a una de las tiendas pasando entre los heridos sin vendar y se detuvieron a la espera de órdenes. El príncipe abrió los ojos y tardó mucho en ser capaz de comprender lo que ocurría. El prado, el ajenjo, el campo labrado, la bola negra que daba vueltas y su apasionado arrebato de amor por la vida le vinieron a la memoria. A dos pasos de él, apoyado en un palo, hablando en voz alta y acaparando la atención general, había un suboficial alto, guapo, de pelo negro y con la cabeza vendada. Tenía heridas de bala en la cabeza y en una pierna. A su alrededor se había reunido gran cantidad de heridos y de camilleros que le escuchaban con avidez.

—¡Lo sacamos a golpes de allí y lo dejó todo, capturamos al mismísimo rey! —gritaba, mirando a su alrededor con ojos negros, resplandecientes y encendidos—. Si en ese momento hubieran llegado las reservas, ¡ay, hermanos!, no habría quedado ni rastro de él; os lo digo de verdad…

El príncipe Andréi, igual que los que rodeaban al que esto contaba, lo miró con ojos brillantes y se sintió aliviado. «Pero ¿acaso importa ahora? —pensó—. ¿Qué me espera allí y qué ha habido aquí? ¿Por qué me daba tanta pena despedirme de la vida? Había algo en esta vida que no comprendía y que sigo sin comprender.»

XXXVII

Uno de los médicos, con el delantal y sus pequeñas manos ensangrentadas (sujetaba un puro con los dedos meñique y pulgar para no mancharlo), salió de la tienda. Levantó la cabeza y echó un vistazo por encima de los heridos. Era evidente que quería descansar un poco. Después de volver un rato la cabeza a derecha y a izquierda, suspiró y bajó los ojos.

—¡Sí, ahora! —le contestó al enfermero, que le había señalado al príncipe Andréi; acto seguido, ordenó que lo introdujeran en la tienda.

Un murmullo se alzó entre la masa de heridos que esperaban turno.

—Está visto que los señores lo tienen mejor incluso en el otro mundo —dijo uno.

Metieron dentro al príncipe Andréi y lo tendieron en una mesa que acababa de quedar libre y en la que un enfermero limpiaba algo deprisa y corriendo. El príncipe era incapaz de descifrar por separado lo que había en la tienda: los gemidos lastimosos que llegaban de todas partes y el dolor insoportable que sentía en el muslo, la barriga y la espalda lo distraían. Todo

cuanto veía a su alrededor se fundía para él en una impresión general de cuerpos humanos desnudos y ensangrentados que parecían llenar la tienda de techo bajo, igual que varias semanas antes, en un día caluroso de agosto, los cuerpos habían llenado aquel estanque de agua sucia junto a la carretera de Smolensk. Sí, eran los mismos cuerpos, la misma *chair à canon*[169] que tanto le había horrorizado ver entonces, como si de un mal presagio se hubiera tratado.

En la tienda había tres mesas. Dos estaban ocupadas y en la tercera lo pusieron a él. Lo dejaron un rato solo y, sin querer, vio lo que ocurría en las otras dos. En la que tenía más cerca había un tártaro que, a juzgar por el uniforme tirado a su lado, debía de ser cosaco. Lo sujetaban cuatro soldados mientras un médico con gafas cortaba algo en su espalda tostada y musculosa.

—¡Uh, uh, uh!… —gruñía el tártaro.

De repente levantó su rostro moreno, de pómulos salientes y nariz chata, y empezó a forcejear enseñando los dientes blancos, a contraerse y a lanzar chillidos agudos, penetrantes y prolongados. En la otra mesa, rodeada de mucha gente, yacía boca arriba un hombre alto y corpulento con la cabeza echada hacia atrás (al príncipe Andréi le resultó extrañamente familiar el color de su pelo rizado y la forma de su cabeza). Varios enfermeros lo sujetaban apoyando todo el peso sobre su pecho. Una de sus piernas, blanca, grande y rolliza, se agitaba sin cesar, con movimientos rápidos, frecuentes y un temblor espasmódico. El hombre sollozaba convulsivamente y se ahogaba. Dos médicos, en silencio —uno temblaba, pálido—, estaban haciendo algo con la otra pierna, que tenía completamente roja.

El médico de las gafas, cuando hubo acabado con el tártaro, al que taparon con un capote, se acercó al príncipe Andréi mientras se secaba las manos; le miró a la cara y se dio la vuelta rápidamente.

—¡Desnudadlo! ¡Qué hacéis ahí parados! —les gritó enfadado a los enfermeros.

Cuando un enfermero, con las mangas recogidas, le desató apresuradamente los botones y le quitó la ropa, el príncipe Andréi recordó su primera y lejana infancia. El médico se inclinó sobre la herida, a una distancia muy cercana, la palpó y lanzó un profundo suspiro. A continuación hizo una seña a alguien; un dolor atroz en el interior de la barriga hizo que el príncipe Andréi perdiera el conocimiento. Cuando volvió en sí, le habían extraído los fragmentos rotos de la cadera, le habían cortado la carne desgarrada y le habían vendado la herida. Le rociaron la cara con agua y, en cuanto abrió los

ojos, el médico se inclinó sobre él, le besó en los labios en silencio y se alejó a toda prisa.

Después de tales sufrimientos el príncipe Andréi tuvo una sensación de felicidad absoluta que hacía mucho que no experimentaba. Los mejores y más dichosos momentos de su vida —sobre todo su más lejana infancia, cuando lo desvestían y lo acostaban en la camita, cuando la niñera lo mecía y le cantaba, cuando, con la cabeza hundida en la almohada, se sentía feliz por la sola conciencia de estar vivo— acudieron a su memoria no como pasado, sino como una realidad presente.

Los médicos seguían atareados con el herido cuya cabeza le había resultado familiar; lo estaban incorporando y trataban de calmarlo.

—Enseñádmela… ¡Oooooh! ¡Oh! ¡Oooooh! —se oían, entre sollozos, los gemidos asustados y llenos de padecimiento de aquel hombre.

Al oírlos el príncipe Andréi tuvo ganas de llorar. Ya fuera porque iba a morir sin gloria, porque le entristecía despedirse de la vida, por los recuerdos de una infancia que jamás volvería, porque sufría, porque otros también sufrían, o por los desgarradores gemidos del hombre que tenía enfrente, lo cierto es que tuvo ganas de llorar con lágrimas infantiles, dulces, casi alegres.

Le mostraron al hombre la pierna que le acababan de cortar, cubierta de sangre coagulada y todavía con la bota calzada.

—¡Oh! ¡Oooooh! —sollozó, como una mujer.

El médico, que hasta ese momento había estado delante de él, por lo que el príncipe Andréi no había podido verle la cara, se apartó.

«¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Qué hace él aquí?», se dijo el príncipe: acababa de reconocer al infeliz que no dejaba de sollozar desfallecido y al que acababan de cortarle la pierna. Era Anatol Kuraguin. Lo sostenían por los brazos y le ofrecían un vaso de agua, pero era incapaz de agarrar el borde con sus labios temblorosos e hinchados. Sollozaba convulsivamente. «Sí, es él; sí, este hombre está relacionado conmigo de algún modo íntimo y doloroso —pensaba el príncipe Andréi, aún sin comprender claramente lo que ocurría ante sus ojos—. ¿Qué relación tiene este hombre con mi vida y con mi infancia?», se preguntaba sin hallar la respuesta. Y, de repente, le vino a la memoria un nuevo recuerdo de su mundo pasado, lleno de pureza y amor. Recordó a Natasha tal como la había visto por primera vez en el baile de 1810, con su cuello y brazos finos, llena de entusiasmo, con el rostro asustado y feliz, y en su alma se despertó con más fuerza e intensidad que nunca el amor y la ternura que había sentido por ella. Entonces recordó el lazo que existía entre él y aquel hombre que le miraba enturbiadamente con sus ojos

hinchados y llenos de lágrimas. Finalmente se acordó de todo, y una piedad y un amor intensos por Anatol Kuraguin llenaron su corazón dichoso.

Incapaz de contenerse más, el príncipe Andréi rompió a llorar con lágrimas tiernas y amorosas por el prójimo, por sí mismo, por los errores propios y por los de los demás.

«La compasión, el amor por mis hermanos, por quienes nos aman y nos odian, el amor por los enemigos; sí, el amor que Dios predicó en la Tierra, el amor que la princesa Maria quiso enseñarme y yo no entendí; he aquí la razón por la que me entristecía despedirme de la vida, he aquí lo que aún me quedaría si siguiera viviendo. Pero ya es tarde. ¡Lo sé!»

XXXVIII

La visión aterradora del campo de batalla, cubierto de cadáveres y heridos, unido a la pesadez que sentía en la cabeza, a la noticia de que veinte de sus generales, a los que conocía, habían resultado muertos o heridos, y a la conciencia de que su mano antes fuerte ahora era impotente produjeron una impresión inesperada en Napoleón, que normalmente disfrutaba contemplando a los muertos y a los heridos para poner a prueba su propia fuerza moral (así era como pensaba). Aquel día la visión espeluznante del campo de batalla se impuso a esa fuerza moral que él creía que constituía su mérito y grandeza. Abandonó con rapidez el campo de batalla y volvió hacia la loma de Shevardinó. Sentado en una silla plegable, abotagado y pesado, con el rostro amarillento, la mirada turbia, la nariz colorada y la voz ronca, escuchaba los cañonazos a su pesar, sin levantar los ojos. Con una angustia enfermiza esperaba el final de ese combate del que se sentía partícipe y que no podía detener. Un sentimiento personal y humano prevaleció por un instante sobre el espectro artificial de la vida al que había servido tanto tiempo. Sintió en su propia piel tanto los sufrimientos como la muerte que había presenciado en el campo de batalla. La pesadez en la cabeza y en el pecho le recordaban la posibilidad de su propia muerte y de su sufrimiento. En ese momento no deseaba para sí mismo ni Moscú, ni la victoria, ni la fama. (¿Qué más fama podía desear?) Lo único que quería ahora era reposo, sosiego, libertad. Pero cuando llegó a la elevación de Semiónovskoie el jefe de artillería le propuso emplazar allí varias baterías para intensificar el fuego sobre el ejército ruso, que se concentraba delante de Kniazkovo. Napoleón dio

su consentimiento y ordenó que le informaran del efecto que produjeran las baterías.

Al cabo de un rato un ayudante de campo llegó a caballo para decirle que, siguiendo las órdenes imperiales, doscientos cañones habían abierto fuego contra los rusos, pero que el enemigo seguía firme en sus puestos.

—Nuestro fuego está destruyendo sus filas, pero se mantienen firmes.

—*Ils en veulent encore!…*[170] —exclamó Napoleón con la voz ronca.

—*Sire?*[171] —le preguntó el ayudante de campo, que no lo había oído bien.

—*Ils en veulent encore* —repitió Napoleón con el ceño fruncido y la voz ronca—, *donnez-leur-en*[172].

Aún sin que diese órdenes se hacía lo que él quería y solo daba instrucciones porque pensaba que los demás así lo esperaban. De nuevo se trasladó a su mundo anterior, artificial, al espectro de la grandeza, y de nuevo (como el caballo que da vueltas alrededor de una noria y se cree que está haciendo algo para sí mismo) volvió a representar dócilmente el papel cruel, triste, penoso e inhumano que le estaba predestinado.

El intelecto y la conciencia de aquel hombre, que cargaba con todo el peso de lo que ocurría con mayor dificultad que cualquier otro, no solo se ensombrecieron ese día y a esa hora, sino que hasta el final de su vida fue incapaz de comprender el bien, la belleza, la verdad o el significado de sus actos, que habían sido demasiado contrarios al bien y a la verdad, que habían estado demasiado alejados de todo lo humano para entender su sentido. No podía abjurar de sus actos, que eran ensalzados en medio mundo, y por este motivo tuvo que abjurar de la verdad, del bien y de todo lo humano.

No solo ese día, cuando al recorrer el campo de batalla repleto de muertos y mutilados (por su voluntad, según creía) observó los cuerpos calculando cuántos rusos había por cada francés y, engañándose a sí mismo, encontraba motivos de alegría en el hecho de que por cada francés hubieran caído cinco rusos; no solo ese día, cuando escribió una carta a París asegurando que *le champ de bataille a été superbe*[173] porque había cincuenta mil cadáveres; sino incluso en el silencio y la soledad de la isla de Santa Elena, donde afirmó que dedicaría su tiempo libre a contar sus grandes hazañas, escribió:

> *La guerre de Russie a dû être la plus populaire des temps modernes: c'était celle du bon sens et des vrais intérêts, celle du repos et de la sécurité de tous; elle était purement pacifique et conservatrice.*
>
> *C'était pour la grande cause, la fin des hasards et le commencement de la sécurité. Un nouvel horizon, de nouveaux travaux allaient se dérouler, tout plein du bien-être et de la*

prospérité de tous. Le système européen se trouvait fondé; il n'était plus question que de l'organiser.

Satisfait sur ces grands points et tranquille partout, j'aurais eu aussi mon congrès *et ma* sainte-alliance. *Ce sont des idées qu'on m'a volées. Dans cette réunion de grands souverains, nous eussions traité de nos intérêts en famille et compté de clerc à maître avec les peuples.*

L'Europe n'eût bientôt fait de la sorte véritablement qu'un même peuple, et chacun, en voyageant partout, se fût trouvé toujours dans la patrie commune. J'eus demandé toutes les rivières navigables pour tous, la communauté des mers, et que les grandes armées permanentes fussent réduites désormais à la seule garde des souverains.

De retour en France, au sein de la patrie, grande, forte, magnifique, tranquille, glorieuse, j'eusse proclamé ses limites immuables, toute guerre future, purement défensive; tout agrandissement nouveau antinational. J'eusse associé mon fils à l'empire; ma dictature eût fini, et son règne constitutionnel eût commencé…

Paris eût été la capitale du monde, et les Français l'envie des nations!…

Mes loisirs ensuite et mes vieux jours eussent été consacrés, en compagnie de l'impératrice et durant l'apprentissage royal de mon fils, à visiter lentement et en vrai couple campagnard, avec nos propres chevaux, tous les recoins de l'Empire, recevant les plaintes, redressant les torts, semant de toutes parts et partout les monuments et les bienfaits.[174]

¡Él, destinado por la providencia a desempeñar el papel triste y servil de verdugo de los pueblos, quería convencerse de que el objetivo de sus acciones había sido el bienestar de las naciones, de que habría sido capaz de dirigir el destino de millones de personas y, con su poder, hacerles el bien!

Des 400.000 hommes qui passèrent la Vistule —seguía escribiendo sobre la guerra rusa—, *la moitié était Autrichiens, Prussiens, Saxons, Polonais, Bavarois, Wurtembergeois, Mecklembourgeois, Espagnols, Italiens, Napolitains. L'armée impériale, proprement dite, était pour un tiers composée de Hollandais, Belges, habitants des bords du Rhin, Piémontais, Suisses, Génevois, Toscans, Romains, habitants de la 32e division militaire, Brême, Hambourg, etc.; elle comptait à peine 140.000 hommes parlant français. L'expédition de Russie coûta moins de 50.000 hommes à la France actuelle; l'armée russe dans la retraite de Wilna à Moscou, dans les différentes batailles, a perdu quatre fois plus que l'armée française; l'incendie de Moscou a coûté la vie à 100.000 Russes, morts de froid et de misère dans les bois; enfin, dans sa marche de Moscou à l'Oder, l'armée russe fut aussi atteinte par l'intempérie de la saison; elle ne comptait à son arrivée à Wilna que 50.000 hommes, et à Kalisch moins de 18.000.*[175]

Se imaginaba que la guerra contra Rusia había sido producto de su voluntad, y el horror de lo ocurrido no le sobrecogía el alma. Aceptaba audazmente toda la responsabilidad de lo acontecido y su intelecto ofuscado veía una justificación en que, entre los cientos de miles de muertos, hubiera menos franceses que hessianos o bávaros.

XXXIX

Varias decenas de miles de hombres yacían sin vida en las más diversas posturas y con distintos uniformes, en campos y prados que pertenecían a los señores Davydov y a los campesinos de la Corona, en campos y prados en los que a lo largo de centenares de años los campesinos de las aldeas de Borodinó, Gorki, Shevardinó y Semiónovskoie habían recogido la cosecha y habían apacentado al ganado. En los puestos de socorro, en el radio de una *desiatina*, la hierba y la tierra estaban empapadas de sangre. Masas de heridos y no heridos de diversas unidades, con el rostro asustado, andaban a rastras por un lado de regreso a Mozhaisk, y por el otro a Valúievo. Otros, extenuados y hambrientos, dirigidos por sus jefes, iban hacia delante. Y otros seguían en sus puestos disparando.

Sobre todo aquel campo, antes tan alegre y hermoso, en el que bajo el sol de la mañana habían brillado las bayonetas y las humaredas, se alzaba ahora una bruma impregnada de humedad y humo, y se percibía un extraño olor acre a salitre y a sangre. Pequeñas nubes se acumularon y empezó a caer una fina lluvia sobre muertos y heridos, sobre hombres espantados, exhaustos, vacilantes, como si les estuviera diciendo: «¡Ya basta, ya basta, humanos!… Parad… Recapacitad. ¿Qué estáis haciendo?».

Agotados, sin comida y sin haber descansado, los hombres de uno y otro bando empezaron a dudar a la vez de si debían seguir aniquilándose unos a otros; en todos los rostros se advertía la vacilación y en todas las almas surgía una misma pregunta: «¿Por qué y en nombre de quién tengo que matar y dejarme matar? ¡Matad a quien queráis, haced lo que queráis, pero yo no quiero seguir!». Hacia el atardecer este pensamiento había madurado por igual en todos ellos. En cualquier momento, horrorizados ante lo que hacían, podían dejarlo todo y huir adonde fuese.

Pero, a pesar de que hacia el final de la batalla los hombres sintieran el horror de sus acciones, a pesar de que habrían estado encantados de parar, una fuerza misteriosa e incomprensible aún seguía dirigiéndolos, y los artilleros, reducidos a una tercera parte, cubiertos de sudor, pólvora y sangre, aunque tropezaran y no pudieran ni respirar de cansancio, continuaban trayendo proyectiles, cargando cañones, apuntando y encendiendo mechas; y las balas de cañón, con idéntica rapidez y crueldad, volaban desde ambos lados y despedazaban cuerpos humanos, y seguía produciéndose ese acto terrible que no tendría que ser fruto de la voluntad humana, sino de la voluntad de Aquel que rige sobre las personas y sobre el mundo.

Cualquiera que hubiese visto la desorganizada retaguardia del ejército ruso habría dicho que los franceses solo necesitaban un pequeño esfuerzo más

para que el enemigo pereciera; y cualquiera que hubiese visto la retaguardia francesa habría dicho que los rusos solo necesitaban un pequeño esfuerzo más para que el enemigo sucumbiera. Pero ni franceses ni rusos hicieron este esfuerzo, y la llama de la batalla se fue apagando poco a poco.

Los rusos no hicieron este esfuerzo porque no eran ellos los que habían atacado a los franceses. Al principio de la batalla, se limitaron a situarse en la carretera de Moscú para obstaculizarle el paso al enemigo, y al final del combate siguieron allí, como al principio. Pero, aunque el objetivo de los rusos hubiera sido abatir a los franceses, no habrían podido hacer este último esfuerzo porque todas sus tropas estaban destrozadas, no contaban ni con una sola unidad que no hubiera tenido bajas, y, sin haberse movido de sus puestos, habían perdido a *la mitad* de sus hombres.

Para los franceses, con el recuerdo de las victorias obtenidas los últimos quince años, contando con la seguridad e invencibilidad de Napoleón, con la conciencia de que se habían adueñado de una parte del campo de batalla, de que solo habían perdido a una cuarta parte de sus efectivos y de que todavía disponían de una Guardia intacta de veinte mil hombres, era fácil hacer este esfuerzo. Ellos, que habían atacado al ejército ruso con el objetivo de sacarlos de sus posiciones, tendrían que haber hecho este esfuerzo, porque mientras el enemigo obstaculizara la carretera de Moscú como al principio, su objetivo no se habría alcanzado y todos sus esfuerzos y pérdidas habrían sido en vano. Y, sin embargo, los franceses no hicieron tal esfuerzo. Algunos historiadores afirman que Napoleón no tendría más que haber enviado a su vieja Guardia intacta para ganar la batalla. Afirmar lo que hubiera ocurrido si Napoleón hubiera hecho entrar en combate a su Guardia es lo mismo que afirmar lo que ocurriría si el otoño se convirtiera en primavera. No podía suceder. No es que Napoleón no enviara a su Guardia porque no quisiera, sino porque no podía hacerlo. Todos los generales, oficiales y soldados del ejército francés sabían que era imposible porque el ánimo decaído del ejército no lo permitía.

Napoleón no era el único que tenía una sensación parecida a la de estar soñando que su brazo implacable caía sin fuerzas; también sus generales y soldados, tanto los que habían participado en el combate como los que no, con la experiencia de las batallas anteriores (en las que, tras un esfuerzo diez veces menor, el enemigo había huido), tenían la misma sensación de terror ante un enemigo que, habiendo perdido a *la mitad* de su ejército, seguía tan amenazante al final del combate como al principio. La fuerza moral del ejército de ataque francés se había agotado. En Borodinó los rusos no obtuvieron el tipo de victoria que se determina por haberse hecho con un

pedazo de trapo atado a un palo —eso que llaman bandera—, ni con el espacio que ocupan las tropas, sino que fue una victoria moral, la que convence al enemigo de su debilidad y de la superioridad moral de su adversario. La invasión francesa, como una fiera enfurecida que en plena carrera recibe una herida mortal, sentía su perdición; pero no podía detenerse, del mismo modo que el ejército ruso, dos veces más débil, no podía evitar no ceder. Después del empujón que había dado, el ejército francés aún podía rodar hasta Moscú; pero allí, sin nuevos esfuerzos de las tropas rusas, debía perecer, desangrarse por la herida mortal recibida en Borodinó. La consecuencia directa de la batalla de Borodinó fue la huida inmotivada de Napoleón de Moscú, su vuelta atrás por la vieja carretera de Smolensk, la muerte de quinientos mil invasores y el fin de la Francia napoleónica, sobre la que, por primera vez en Borodinó, había caído la mano de un adversario de una fuerza moral muy superior.

Tercera parte

I

Para la inteligencia humana la continuidad absoluta del movimiento es algo incomprensible. El ser humano puede entender las leyes de cualquier tipo de movimiento solo cuando examina las unidades tomadas arbitrariamente. Pero, al mismo tiempo, de este fraccionamiento arbitrario del movimiento continuo en unidades discontinuas se deriva la mayor parte de los errores humanos.

Es bien conocido el sofisma de los antiguos que dice que Aquiles nunca alcanzará a una tortuga que le lleva ventaja aunque vaya diez veces más rápido que ella, porque en cuanto haya recorrido la distancia que los separa, la tortuga habrá avanzado una décima parte de ese espacio; y cuando Aquiles recorra esta décima parte, la tortuga habrá avanzado una centésima parte, y así hasta el infinito. A los antiguos este problema les parecía irresoluble. Lo absurdo de esta solución (que Aquiles nunca alcanzará a la tortuga) se debía a haber admitido arbitrariamente unidades discontinuas de movimiento, cuando en realidad el movimiento de Aquiles y de la tortuga son continuos.

Al tomar unidades de movimiento cada vez más pequeñas lo único que hacemos es acercarnos a la solución del problema, pero nunca llegamos a resolverlo. Solo si admitimos magnitudes infinitesimales y su progresión ascendente hasta una décima, y tomamos la suma de esta progresión geométrica, obtendremos la solución del problema. Una nueva rama de las matemáticas, que ha llegado al arte de tratar con los infinitesimales, hoy en día da respuesta a cuestiones que antes parecían irresolubles, incluso en problemas complejos del movimiento.

Esta nueva rama de las matemáticas desconocida por los antiguos, que al estudiar los problemas del movimiento admite magnitudes infinitesimales —es decir, aquellas que restablecen la condición principal del movimiento (la continuidad absoluta)—, corrige así el error inevitable que la inteligencia humana no puede dejar de cometer cuando, en vez de estudiar el movimiento continuo, estudia sus unidades separadas.

Cuando estudiamos las leyes del movimiento histórico ocurre exactamente lo mismo. El movimiento de la humanidad, que deriva de una

cantidad infinita de arbitrariedades humanas, es continuo.

Entender las leyes de este movimiento constituye el objetivo de la historia. Pero, para comprender las leyes del movimiento continuo que resulta de todas las arbitrariedades humanas, la inteligencia humana admite unidades arbitrarias, discontinuas. El primer método histórico consiste en tomar una serie arbitraria de acontecimientos continuos y estudiarlos separadamente de otros, cuando no hay ni puede haber un comienzo de ningún acontecimiento, puesto que uno siempre deriva de otro, de manera ininterrumpida. El segundo método consiste en estudiar los actos de una persona, rey o jefe militar, como una suma de arbitrariedades humanas, cuando esta suma nunca se refleja en las acciones de un personaje histórico.

La ciencia histórica, en su evolución, admite siempre unidades cada vez más pequeñas para estudiarlas y aspira por este medio a aproximarse a la verdad. Pero, por muy pequeñas que sean las unidades que toma la historia, nos damos cuenta de que admitir unidades separadas de otras, admitir el *comienzo* de un fenómeno cualquiera y admitir que las arbitrariedades humanas se reflejan en los actos de un personaje histórico, es un error en sí mismo.

Sin necesidad de crítica alguna, cualquier conclusión histórica a la que se llegue se deshace como el polvo, sin dejar rastro, porque la crítica escoge como objeto de observación una unidad discontinua más grande o más pequeña, algo a lo que tiene perfecto derecho, puesto que cualquier unidad histórica seleccionada es siempre arbitraria.

Solo si admitimos la unidad infinitesimal para observarla —el diferencial de la historia, es decir, las tendencias uniformes de la gente— y si alcanzamos el arte de integrarlas (hallando la suma de estos infinitesimales), podemos tener esperanzas de llegar a entender las leyes de la historia.

Los primeros quince años del siglo XIX se distinguen en Europa por el extraordinario movimiento de millones de personas. Estas abandonan sus ocupaciones habituales, se desplazan de una punta a otra de Europa, saquean, se matan unas a otras, triunfan y se desesperan, y durante varios años el curso entero de la vida se altera y presenta un intenso movimiento que primero crece y después se debilita. Y la razón humana se pregunta: ¿cuál fue la causa de este movimiento y qué leyes lo produjeron?

Los historiadores, para responder a esta pregunta, nos exponen los actos y los discursos de varias decenas de individuos en un edificio de la ciudad de París, y dan a estos actos y discursos el nombre de revolución; después

ofrecen una detallada biografía de Napoleón y de otros personajes que le fueron favorables u hostiles, hablan de la influencia de algunas de estas personas sobre otras y afirman: «He aquí la causa de este movimiento, he aquí sus leyes».

Pero la razón humana no solo se niega a creer esta explicación, sino que nos dice directamente que este método para explicarlo es erróneo, porque toma el fenómeno más débil como el causante del más fuerte. Lo que originó la revolución y a Napoleón fue una suma de arbitrariedades humanas, y solo esta suma de arbitrariedades los toleró primero y los destruyó después.

«Pero, cada vez que ha habido conquistas, ha habido conquistadores; cada vez que en un Estado se ha producido una revolución, ha habido grandes hombres», dice la historia. Efectivamente, cada vez que han aparecido conquistadores, también ha habido guerras, responde la razón humana, pero esto no demuestra que los conquistadores las hayan causado ni que las leyes de la guerra se puedan hallar en la actividad particular de un individuo. Si cada vez que al mirar mi reloj veo que la manilla se acerca a las diez y oigo que las campanas de la iglesia llaman a misa, esto no me da derecho a concluir que la posición de las manillas sea lo que cause el movimiento de las campanas.

Si cada vez que veo una locomotora ponerse en marcha, oigo también un silbido y veo que la válvula se abre y las ruedas empiezan a girar, esto no me da derecho a concluir que el silbido y el movimiento de las ruedas sea lo que cause el movimiento de la locomotora.

Dicen los campesinos que, cuando la primavera es tardía, el viento sopla frío porque las yemas de los robles han empezado a brotar; y, efectivamente, cuando los robles brotan en primavera, el viento sopla frío. Pero, aunque desconozca la razón de esto, no puedo estar de acuerdo con que, como dicen los campesinos, lo que cause el viento frío sean las yemas que brotan en los robles; y no puedo estarlo simplemente porque la fuerza del viento no depende en absoluto de las yemas de los árboles. Lo único que hay aquí es una coincidencia de las condiciones que se suelen dar en todo fenómeno de la vida, y sé que, por más atención con que observe la aguja del reloj, la válvula, las ruedas de la locomotora y las yemas del roble, nunca sabré la causa del toque de las campanas, del movimiento de la locomotora o del viento primaveral. Para esto tengo que cambiar por completo mi ángulo de observación y estudiar las leyes del movimiento del vapor, de la campana y del viento. La historia tiene que hacer lo mismo, y ya se han hecho tentativas en esta dirección.

Para estudiar las leyes de la historia debemos cambiar completamente el objeto de observación, dejar en paz a reyes, ministros y generales, y estudiar los elementos homogéneos e infinitesimales que guían a las masas. Nadie puede decir hasta qué punto se ha dotado al ser humano de la capacidad de comprender las leyes de la historia por este camino; pero es evidente que solo en este camino se halla la posibilidad de entenderlas, y que la razón humana aún no ha puesto en él ni la millonésima parte de los esfuerzos hechos por los historiadores para describir los actos de distintos reyes, jefes militares y ministros, y para exponer sus propias reflexiones sobre estos actos.

II

Las fuerzas de doce naciones europeas irrumpen en Rusia. El ejército y la población rusa retroceden, evitando el choque hasta Smolensk, y de ahí a Borodinó. El ejército francés, con fuerzas cada vez más numerosas, avanza impetuosamente hacia Moscú, el objetivo de su movimiento. Y, cuanto más se acerca al objetivo, más crece el impulso de su fuerza, del mismo modo que la velocidad de un cuerpo que cae va aumentando a medida que se acerca al suelo. Detrás quedan miles de verstas de un país hambriento y hostil; delante, decenas de verstas que los separan de su objetivo. Esto lo sienten todos los soldados del ejército napoleónico, y la invasión avanza por sí misma, por la sola fuerza de su impulso.

Entre el ejército ruso, a medida que retrocede, más se enciende la furia contra el enemigo, una furia que aumenta y se concentra. El choque se produce en Borodinó. Ninguno de los dos ejércitos perece, pero inmediatamente después de la batalla el ruso retrocede de un modo tan inevitable como una bola al chocar contra otra que ha sido lanzada con mayor impulso; por este motivo, la bola de la invasión, lanzada con gran impulso, siguió rodando un tiempo más (aunque hubiera perdido fuerza en el choque).

Los rusos retroceden a ciento veinte verstas más allá de Moscú; los franceses llegan hasta Moscú y allí se detienen. Durante las cinco semanas siguientes no se produce ni un solo combate. Los franceses no se mueven; como una fiera herida de muerte que está desangrándose y lamiéndose las heridas, permanecen en Moscú sin emprender ninguna acción y, de pronto, sin ningún motivo nuevo, inician el camino de vuelta: se lanzan hacia la carretera de Kaluga (después de una victoria, ya que tras la batalla de Malo-Yarostlávets se hacen dueños una vez más del campo de batalla) y, sin volver

a entrar en ningún combate serio, retroceden rápidamente hasta Smolensk, desde allí hasta Vilna, hasta el río Berézina y más allá.

La noche del 26 de agosto tanto Kutúzov como el ejército ruso estaban convencidos de que habían ganado la batalla de Borodinó. Y el comandante en jefe así se lo escribió al zar. A continuación dio la orden de prepararse para un nuevo combate con el fin de rematar al enemigo, y no porque quisiera engañar a alguien, sino porque sabía que el invasor estaba vencido, como lo sabían quienes habían participado en la batalla.

Pero aquella misma noche y al día siguiente empezaron a llegar, una tras otra, informaciones de pérdidas inauditas: había caído la mitad del ejército, y un nuevo combate se hacía físicamente imposible.

No se podía dar batalla cuando aún no se disponía de toda la información, cuando los heridos no habían sido recogidos, los proyectiles no habían sido repuestos, los muertos no habían sido contados, cuando aún no habían nombrado a nuevos jefes para reemplazar a los que habían muerto y los soldados no habían comido ni dormido. Además, inmediatamente después de la batalla, a la mañana siguiente, el ejército francés (por esa fuerza propulsora del movimiento que aumenta en relación inversa al cuadrado de las distancias) ya avanzaba por sí mismo hacia el ejército ruso. Kutúzov quería atacar al día siguiente y todo su ejército también. Pero para atacar no es suficiente con desearlo: es necesario que haya posibilidad de hacerlo, y esta no se daba. Era imposible no retroceder una etapa, después otra y una tercera; finalmente, el 1 de septiembre, cuando el ejército se aproximaba a Moscú, a pesar de todo el ánimo que se había alzado entre sus filas, la fuerza de las cosas exigió que siguieran retrocediendo. Así pues, el ejército se replegó una etapa más, la última, y dejó Moscú en manos del enemigo.

A quienes están acostumbrados a pensar que los planes de guerra y de las batallas son elaborados por los jefes militares en las mismas condiciones que cualquiera de nosotros —sentados en nuestro despacho ante un mapa, haciendo elucubraciones de las órdenes que habríamos dado en una u otra batalla— se les plantea la duda de por qué Kutúzov durante la retirada no actuó de tal o cual manera, por qué no ocupó posiciones antes de Fili, por qué no retrocedió inmediatamente por la carretera de Kaluga, por qué abandonó Moscú, etcétera. Quien está acostumbrado a pensar así olvida o ignora las condiciones inevitables en que siempre se desarrolla la actividad de cualquier comandante en jefe. La actividad de un jefe militar no se parece en lo más mínimo a lo que imaginamos sentados plácidamente en nuestro despacho, analizando ante un mapa una campaña con un número concreto de tropas de

uno y otro bando, en un lugar concreto y empezando nuestras reflexiones desde un momento concreto. Un comandante en jefe jamás se encuentra en las condiciones del *comienzo* de un acontecimiento bajo las que nosotros lo examinamos: siempre está en medio de un torbellino de sucesos en movimiento, por lo que nunca, ni un solo momento, puede sopesar toda su importancia. El acontecimiento adquiere importancia de manera imperceptible, de un momento para otro, y, de forma progresiva e ininterrumpida, el comandante en jefe se ve en el centro de un complejo juego de intrigas, preocupaciones, dependencias, poderes, proyectos, consejos, amenazas, engaños, y tiene que dar continuamente respuesta a la cantidad ingente de cuestiones que se le plantean y que, a menudo, son contradictorias.

Los doctos en materia militar nos dicen con mucha seriedad que Kutúzov tendría que haber movido las tropas hacia la carretera de Kaluga mucho antes de llegar a Fili, y que alguien incluso le planteó este proyecto. Pero un comandante en jefe no tiene ante sí un solo proyecto, sobre todo en los momentos difíciles, sino decenas de ellos que le presentan simultáneamente. Y cada uno de estos proyectos, basados en la estrategia y en la táctica, se contradicen entre sí. Parece que el comandante en jefe simplemente tenga que elegir uno de estos proyectos. Pero ni siquiera esto puede hacer. Los acontecimientos y el tiempo no esperan. Supongamos que le proponen avanzar hacia la carretera de Kaluga el día 28, pero justo entonces llega a galope un ayudante de campo de Milorádovich y le pregunta de su parte si tienen que entrar ya en combate con los franceses o retroceder. Es necesario dar una orden de inmediato, en ese mismo instante. Pero la orden de retroceder nos aleja del giro hacia la carretera de Kaluga. Después del ayudante de campo, un intendente pregunta hacia dónde hay que llevar las provisiones, y el jefe de los hospitales de campaña, hacia dónde transportar a los heridos; y un correo de San Petersburgo trae una carta del soberano que no admite la posibilidad de abandonar Moscú; y un rival del comandante en jefe que no deja de sabotearle (de estos siempre hay varios, no solo uno) propone un nuevo proyecto diametralmente opuesto al plan de salir hacia la carretera de Kaluga; y el comandante en jefe está desfallecido, necesita dormir y recuperarse; y un venerable general que no ha sido condecorado viene a quejarse, y la población civil ruega que se la defienda; un oficial que ha sido enviado para reconocer el terreno llega con informaciones totalmente opuestas a las que otro oficial ha traído antes; un explorador, un prisionero y un general que ha hecho un reconocimiento describen de manera muy dispar la situación del ejército enemigo. Quienes no comprenden u olvidan las

circunstancias inevitables de la actividad de todo comandante en jefe nos explican la situación de las tropas en Fili y creen que el 1 de septiembre el comandante en jefe podía resolver libremente la cuestión de si abandonar o defender Moscú, cuando, en la situación en que se encontraba el ejército ruso a cinco verstas de allí, esta cuestión no podía existir. Entonces ¿cuándo se decidió? Pues se decidió en Drissa, en Smolensk y, de una manera mucho más clara, el día 24 en Shevardinó, el 26 en Borodinó, y cada día, cada hora y cada minuto desde la retirada de Borodinó hasta Fili.

III

Después de su retirada de Borodinó, el ejército ruso acampó en Fili. Yermólov, que había ido a inspeccionar las posiciones, se acercó en su caballo al comandante en jefe y le dijo:

—En esta posición no es posible presentar batalla.

Kutúzov lo miró sorprendido y le hizo repetir sus palabras. En cuanto lo hubo hecho, el comandante en jefe le tendió la mano.

—Dame la mano —le dijo, girándola para tomarle el pulso, y añadió—: tú no estás bien, querido. Piensa en lo que dices.

En la colina Poklónnaia, a seis verstas de la puerta de Dorogomílovo[176], Kutúzov se apeó del carruaje y se sentó en un banco que había en un margen de la carretera. Un enorme grupo de generales se reunió a su alrededor. El conde Rastopchín, recién llegado de Moscú, se unió a ellos. Todo este brillante grupo, dividido en varios círculos, conversaba sobre las ventajas y desventajas de aquella posición, del estado de las tropas, de los planes propuestos, de la situación de Moscú y, en general, de cuestiones militares. Todos tenían la sensación de que se trataba de un consejo de guerra, aunque no hubieran sido convocados con tal fin ni le dieran ese nombre. Las conversaciones no se apartaban de las cuestiones generales. Si alguien comentaba alguna novedad personal o hacía preguntas al respecto, lo hacía en un susurro y enseguida volvía a las cuestiones generales; no se oían bromas ni risas, ni siquiera se veía ninguna sonrisa. Era evidente que todos se esforzaban por estar a la altura de la situación. Y cada círculo procuraba no alejarse del comandante en jefe (cuyo banco estaba en el centro) y hablar de modo que pudiera oírlos. El comandante en jefe escuchaba y en ocasiones preguntaba qué estaban diciendo, pero no intervenía ni expresaba ninguna opinión. La mayoría de las veces, después de prestar atención a alguna de las

conversaciones de algún círculo, se daba la vuelta con el semblante decepcionado, como si hablaran de algo que no le interesara en absoluto. Unos comentaban la posición elegida, criticando no tanto la posición en sí como la capacidad intelectual de quienes la habían escogido. Otros trataban de demostrar que el error era anterior, que el combate se tendría que haber aceptado dos días antes. Los terceros hablaban de la batalla de Salamanca[177], de la que les había informado Crosard, un francés que acababa de llegar de allí en uniforme español. (Este francés y uno de los príncipes alemanes que servían en el ejército ruso analizaban el asedio de Zaragoza y la posibilidad de defender Moscú del mismo modo.) En el cuarto círculo el conde Rastopchín decía que estaba dispuesto a morir con la milicia moscovita ante las murallas de la capital, pero que, de todos modos, no podía dejar de lamentar que no le hubieran informado de lo que ocurría, porque, si lo hubiera sabido antes, las cosas habrían ido de otro modo… En el quinto círculo, dando muestras de sus profundos conocimientos estratégicos, hablaban de la dirección que deberían tomar las tropas. En el sexto círculo se decían auténticos disparates.

El rostro de Kutúzov cada vez parecía más preocupado y triste. De todas aquellas conversaciones extraía una sola cosa: no había *ninguna posibilidad material* de defender Moscú en el pleno sentido de la palabra, es decir, que, si hubiera algún comandante en jefe tan loco como para dar la orden de presentar batalla, el caos sería tan grande que igualmente no habría combate. Y no lo habría porque los altos mandos no solo consideraban que la posición que el ejército ocupaba era inviable, sino que en sus conversaciones solo discutían de lo que iba a ocurrir después del inevitable abandono de esta posición. ¿Cómo podían llevar los altos mandos a sus hombres a un campo de batalla que consideraban inviable? Los jefes de menor rango e incluso los soldados (que también razonan) consideraban esta posición igualmente inviable, por lo que no podían ir al combate con la certeza de una derrota segura. Que Bennigsen insistiera en defender esta posición y otros la debatieran ya no tenía ninguna importancia, solo se trataba de un pretexto para discutir e intrigar. Y Kutúzov se daba perfecta cuenta.

Bennigsen, que había escogido esa posición, insistía en defender Moscú haciendo una ardorosa exhibición de su patriotismo ruso (algo que Kutúzov no podía presenciar sin torcer el gesto). Kutúzov veía claro como el día cuál era el objetivo de Bennigsen: en caso de que la defensa fracasara, le echaría la culpa a él, que había conducido al ejército hasta Vorobiovy Gory sin dar batalla; en caso de que tuviera éxito, se lo atribuiría a sí mismo; en caso de

que Kutúzov no accediera a defender Moscú, él quedaría libre del crimen de haberlo abandonado. Sin embargo, en ese momento estas intrigas no interesaban al viejo. Lo único que le preocupaba era una cuestión terrible cuya respuesta nadie le daba: «¿Acaso he sido yo quien ha permitido que Napoleón llegue hasta Moscú? ¿En qué momento lo he hecho? ¿En qué momento ha ocurrido? ¿Acaso fue ayer, cuando envié a Plátov la orden de que retrocediera, o fue anteayer por la noche cuando me quedé adormilado y encargué a Bennigsen que diera las órdenes oportunas? ¿O fue aún antes?… Pero ¿cuándo, cuándo ha ocurrido este hecho tan terrible? Moscú tiene que ser abandonado y el ejército debe retroceder: tengo que dar la orden». Dar esta orden tan terrible le parecía lo mismo que renunciar a dirigir el ejército. Y no solo porque le gustara el poder y estuviera acostumbrado a él (los honores que habían rendido al príncipe Prozorovski, de quien había sido agregado en Turquía, lo habían enojado), sino porque estaba convencido de que estaba predestinado a salvar Rusia y de que solo por eso, en contra de la voluntad del zar y con el beneplácito del pueblo, había sido elegido comandante en jefe. Estaba convencido de que solo él, en tan complicadas circunstancias, podía seguir al frente del ejército, que solo él en el mundo era capaz de no tener miedo al saberse adversario del invencible Napoleón. Y le horrorizaba la idea de la orden que debía dar. Pero tenía que decidir algo, tenía que poner fin a las conversaciones que oía a su alrededor y que empezaban a adquirir un carácter demasiado libre.

Llamó a los generales de mayor peso.

—*Ma tête, fut-elle bonne ou mauvaise, n’a qu’à s’aider d’elle même*[178] —dijo levantándose del banco, y partió hacia Fili, donde le esperaban sus carruajes.

IV

A las dos de la tarde el consejo se reunió en la amplia y cómoda isba del campesino Andréi Savostiánov. Los hombres, las mujeres y los niños de aquella numerosa familia campesina se habían agolpado en la isba sin chimenea, al otro lado del zaguán. Solo la nieta de Andréi, Malasha, una niña de seis años a la que el serenísimo había acariciado y a la que había dado un terrón de azúcar mientras tomaba el té, se quedó echada sobre la estufa[179] de la isba grande. Desde allí arriba Malasha miraba con timidez y alegría los rostros, los uniformes y las condecoraciones de los generales, que uno tras

otro iban entrando en la isba y se acomodaban en anchos bancos en el rincón de los iconos, debajo de las imágenes. El «abuelo», que era como Malasha llamaba mentalmente a Kutúzov, se había sentado solo, en un rincón oscuro detrás de la estufa. Muy hundido en un sillón plegable, no dejaba de suspirar y de tirarse del cuello de la levita, que, aunque llevaba desabrochada, parecía apretarle. Al entrar, todos se acercaban a él, uno tras otro; a algunos les estrechaba la mano, a otros les hacía una inclinación con la cabeza. El ayudante de campo Kaisárov quiso descorrer la cortinilla de la ventana que tenía enfrente pero, como el serenísimo agitó una mano con enfado, comprendió que no quería que le vieran la cara.

Alrededor de la rústica mesa de abeto cubierta de mapas, planos, lápices y documentos se juntaron tantos hombres que los ordenanzas tuvieron que traer un banco más y lo pusieron junto a la mesa. En ese banco se sentaron Yermólov, Kaisárov y Toll. Justo debajo de las imágenes, el primer puesto lo ocupaba Barclay de Tolly; lucía la cruz de San Jorge en el cuello, tenía el rostro pálido y enfermizo, y la frente ancha se le fundía con el cráneo calvo; llevaba dos días con fiebre y en ese momento tenía muchos escalofríos y dolores. A su lado estaba Uvárov, diciéndole algo en voz baja (así hablaban todos) y haciendo gestos rápidos. Dojturov, de cuerpo menudo y redondeado, escuchaba con atención con las cejas arqueadas y las manos entrelazadas sobre la barriga. Al otro lado, con sus ojos brillantes y con su ancha cabeza de rasgos audaces apoyada en una mano, estaba el conde Ostermann-Tolstói, que parecía absorto en sus pensamientos. Raievski, con expresión de impaciencia, rizándose el pelo negro de las sienes con gesto acostumbrado, echaba miradas a Kutúzov y a la puerta de entrada. El rostro firme, hermoso y bonachón de Konovnitsyn se iluminó con una sonrisa dulce y pícara: había atraído la mirada de Malasha, a la que había hecho sonreír guiñándole los ojos.

Todos esperaban a Bennigsen, que, con el pretexto de inspeccionar nuevamente las posiciones, estaba terminándose una apetitosa comida. Lo esperaron desde las cuatro hasta las seis, sin dar comienzo a la reunión y charlando en voz baja de otros temas.

Solo cuando Bennigsen hubo entrado en la isba, Kutúzov salió de su rincón y se acercó a la mesa, pero no lo suficiente para que las velas que habían colocado le iluminaran la cara.

Bennigsen abrió el consejo planteando esta pregunta:

—¿Hay que abandonar la antigua y sagrada capital de Rusia sin luchar o debemos defenderla?

Se hizo un largo silencio. Todos fruncieron el ceño y, en el silencio, solo se oían los suspiros y la tos enojada de Kutúzov. Todos los ojos estaban pendientes de él. Malasha también miraba al «abuelo»: era la que más cerca estaba de él y pudo ver que el rostro se le contraía, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Pero esto no duró demasiado.

—*¡La antigua y sagrada capital de Rusia!* —dijo Kutúzov de pronto, repitiendo con voz irritada las palabras de Bennigsen para mostrar la falsedad de su tono—. Permítame que le diga, excelencia, que para un ruso esta pregunta carece de sentido. —Echó su voluminoso cuerpo hacia delante—. No se puede plantear una pregunta así, no tiene sentido. La cuestión por la que he reunido aquí a estos señores es de tipo militar: «La salvación de Rusia está en manos del ejército. ¿Qué es mejor, aceptar la batalla arriesgándonos a perder el ejército y Moscú, o entregar Moscú sin presentar batalla?». Esta es la cuestión sobre la que deseo conocer su opinión.

Volvió a recostarse en el respaldo del sillón.

El debate empezó. Bennigsen consideraba que la partida aún no estaba perdida. Admitiendo la opinión de Barclay y de otros sobre la imposibilidad de aceptar una batalla defensiva en Fili, y llevado por su patriotismo ruso y su amor a Moscú, proponía que las tropas pasaran del flanco derecho al izquierdo por la noche y que al día siguiente atacaran el ala derecha de los franceses. Las opiniones se dividieron, y hubo discusiones a favor y en contra de este plan. Yermólov, Dojturov y Raievski estaban de acuerdo con Bennigsen. Ya fuera porque se dejaran llevar por su necesidad de inmolarse antes de abandonar la capital o por otras consideraciones personales, estos generales parecían no entender que aquel consejo no podía cambiar el curso inevitable de las cosas y que, en realidad, Moscú ya estaba perdida. Los demás generales sí que lo entendían y, dejando a un lado la cuestión de Moscú, debatían sobre qué dirección debía tomar el ejército en su retirada. Malasha, que no apartaba la vista de lo que sucedía, captaba el significado de aquel consejo de otro modo. Le parecía que se trataba de una simple batalla personal entre el «abuelo» y el «hombre de la guerrera larga», que era como llamaba a Bennigsen. Percibía cómo se irritaban al hablar el uno con el otro y, en su fuero interno, estaba de parte del «abuelo». Se dio cuenta de que en mitad de la conversación el «abuelo» le echó una mirada rápida y maliciosa a Bennigsen, y a continuación, para su regocijo, le dijo algo que puso en su sitio al «hombre de la guerrera larga», que, rojo y enfadado, empezó a pasearse por la isba.

Lo que tanto había afectado a Bennigsen era la opinión de Kutúzov, expuesta con voz mesurada, sobre las ventajas y desventajas de su plan de trasladar las tropas por la noche desde el flanco derecho hasta el izquierdo para atacar el ala derecha de los franceses.

—Señores —dijo Kutúzov—, no puedo aprobar el plan del conde. Los movimientos de tropas a tan poca distancia del enemigo son siempre peligrosos, y la historia militar así lo demuestra. Por ejemplo… —Pareció quedarse pensativo al buscar un ejemplo y miró con ojos luminosos e ingenuos a Bennigsen—. Sí, por ejemplo, la batalla de Friedland. Supongo que el conde recordará bien que no fue… un éxito, que digamos, y todo porque nuestras tropas se reagruparon demasiado cerca del enemigo…

Se hizo un silencio que a todos pareció larguísimo.

El debate se reanudó, pero con pausas frecuentes; daba la sensación de que ya no quedaba nada más que decir. En una de estas pausas Kutúzov suspiró profundamente, como si se dispusiera a hablar. Todo el mundo se volvió hacia él.

—*Eh bien, messieurs! Je vois que c'est moi qui payerai les pots cassés*[180] —dijo. Y, levantándose lentamente, se acercó a la mesa—. Señores, he escuchado sus opiniones. Algunos no estarán de acuerdo conmigo. Pero yo… —Hizo una pausa—. Por el poder que me han conferido el soberano y la patria, ordeno la retirada.

Los generales empezaron a marcharse con la misma solemnidad y sigilosa prudencia con que uno se marcha de un entierro.

Algunos de ellos, en voz baja y con un tono completamente distinto al que habían empleado en el consejo, dijeron algunas palabras al comandante en jefe.

Malasha, a quien ya hacía rato que esperaban para cenar, bajó de la tarima de la estufa, con cuidado y de espaldas, sujetándose con sus piececitos descalzos a los salientes y, deslizándose entre las piernas de los generales, corrió hacia la puerta.

Un vez hubo despedido a todos los generales, Kutúzov se quedó un buen rato sentado, con los codos apoyados en la mesa y sin dejar de hacerse aquella terrible pregunta: «¿En qué momento, en qué momento se tomó la decisión de que era inevitable abandonar Moscú? ¿En qué momento se produjo lo que decidió esta cuestión y quién tuvo la culpa?».

—Esto nunca me lo hubiera esperado —le dijo al ayudante de campo Schneider, que entró en la isba muy entrada la noche—. ¡Nunca me lo hubiera esperado! ¡Nunca lo hubiera imaginado!

—Tiene que descansar, serenísimo —le dijo Schneider.

—Pero ¡no! ¡Comerán carne de caballo, como los turcos! —gritó Kutúzov, sin responderle y golpeando la mesa con su puño rollizo—. ¡También ellos la comerán, con tal que…!

V

Rastopchín, al que se nos presenta como el promotor del abandono y del incendio de Moscú, acontecimiento aún más importante que la retirada del ejército sin batalla, actuó de un modo completamente distinto y en contraposición a Kutúzov.

El abandono de Moscú y su incendio fueron tan inevitables como que después de Borodinó las tropas se retiraran sin luchar más allá de Moscú.

Cualquier ruso, no por deducción lógica, sino por ese sentimiento que hay en nosotros y que había en nuestros antepasados, habría podido predecir lo que sucedió.

Desde Smolensk, en todas las ciudades y aldeas rusas ocurrió lo mismo que en Moscú, sin la intervención del conde Rastopchín ni de sus bandos. El pueblo esperó despreocupadamente al enemigo, sin motines, altercados y sin despedazar a nadie, aguardando con calma su destino, sintiendo en su interior la fuerza que le indicaría qué hacer llegado el momento más difícil. Y, en cuanto el enemigo se acercaba, los habitantes más ricos se marchaban dejando sus bienes, y los más pobres se quedaban quemando y destruyendo todo cuanto se había dejado.

La conciencia de que tenía que ser y de que siempre sería así yacía y yace en el alma de todo ruso. Y esta conciencia unida al presentimiento de que Moscú iba a ser tomado caló entre la sociedad rusa y moscovita de 1812. Quienes empezaron a huir de la ciudad ya en julio y a principios de agosto demostraron que esperaban lo que sucedería después. Los que se marcharon llevándose cuanto pudieron, dejando sus casas y la mitad de sus bienes, actuaron movidos por un patriotismo oculto (*latent*) que no se expresa con frases, ni con el sacrificio de los hijos para salvar la patria, ni con otras acciones antinaturales, sino de un modo imperceptible, sencillo y orgánico que siempre da los mejores resultados.

«Es una vergüenza huir del peligro, solo los cobardes huyen de Moscú», les decían. Rastopchín intentaba persuadirlos con sus bandos de que abandonar Moscú era una deshonra. Aunque les avergonzaba que los llamaran

cobardes y tener que marcharse, aun así lo hacían, porque sabían que así tenía que ser. ¿Por qué huían? No puede suponerse que Rastopchín los asustara con las atrocidades que Napoleón cometía en las tierras conquistadas. Los primeros en huir fueron los ricos, personas instruidas que sabían perfectamente que Viena y Berlín habían quedado intactas y que, mientras Napoleón las había ocupado, los habitantes habían pasado un tiempo de lo más divertido con los encantadores franceses a los que en aquel entonces tanto apreciaban los hombres rusos y, especialmente, las damas.

Si huían era porque los rusos no podían siquiera plantearse la cuestión de si lo pasarían bien o mal en Moscú bajo la dominación francesa: vivir dominados por los franceses era imposible, no podía haber nada peor. Habían empezado a huir ya antes de la batalla de Borodinó y aún más rápido después, a pesar de los llamamientos a defender la ciudad, a pesar de las declaraciones del gobernador general de Moscú, que proponía salir en procesión con la virgen de Iversk e ir a luchar contra el enemigo, a pesar de los globos que debían destruir a los franceses y a pesar de todos los disparates que Rastopchín escribía en sus bandos. Sabían que quienes debían luchar eran las tropas, que, si el ejército no podía hacerlo, no serían las señoritas y sus criados quienes fueran a Tri Gory a combatir contra Napoleón, y que había que huir, por muy penoso que les resultara abandonar sus bienes. Huían sin pensar en la majestuosa importancia de la opulenta e inmensa capital, abandonada por sus habitantes y entregada al fuego (una ciudad de madera tan grande tenía que arder inevitablemente al ser abandonada); huían pensando en sí mismos, pero, al mismo tiempo, como efecto de su marcha, se produjo el memorable acontecimiento que quedará para siempre como la cima de la gloria del pueblo ruso. Aquella dama que ya en el mes de junio, con sus sirvientes negros y sus bufones, salía de Moscú para dirigirse a su hacienda de Sarátov con una vaga conciencia de que no era criada de Bonaparte, con el temor de que no la dejaran marcharse por orden del conde Rastopchín, estaba contribuyendo, de un modo sencillo y verdadero, a la gran acción que salvó Rusia. Y el conde Rastopchín, que tan pronto avergonzaba a los que huían como evacuaba de la ciudad las oficinas públicas; que repartía entre la población borracha armas que no servían para nada; que tan pronto organizaba procesiones por las calles como prohibía a Avgustín[181] que se evacuaran las reliquias y los iconos; que tan pronto requisaba todos los carros de particulares que había en Moscú como hacía llevar en ciento treinta y seis carros el globo construido por Leppich; que tan pronto insinuaba que prendería fuego a la ciudad, contando que había quemado su propia casa,

como escribía una proclama a los franceses en la que les reprochaba solemnemente el saqueo de un orfanato instituido por él; que tan pronto se atribuía la gloria del incendio de Moscú como la rechazaba; que tan pronto ordenaba a los habitantes que capturaran a todos los espías y los llevaran ante él como les censuraba si lo hacían; que tan pronto expulsaba a todos los franceses de Moscú como permitía quedarse a *madame* Aubert-Chalmet, que era el centro de toda la población francesa de la ciudad, mientras que, sin especial motivo, ordenaba detener y deportar al viejo y honorable director de Correos Kliuchariov; que tan pronto reunía a la muchedumbre en Tri Gory para luchar contra los franceses como, para deshacerse de esta misma muchedumbre, les arrojaba a un hombre para que lo mataran, mientras él huía por la puerta de atrás; que tan pronto decía que no iba a poder soportar la desgracia de Moscú como escribía en los álbumes versos en francés sobre su participación en aquellos hechos[182]: este hombre no entendía la importancia del acontecimiento que se estaba produciendo, solo quería hacer algo, asombrar, acometer alguna acción patriótica y heroica, y jugueteaba como un niño con el acontecimiento inevitable y colosal del abandono y el incendio de Moscú, y, con su manita, trataba unas veces de estimular y otras de contener la impetuosa corriente del pueblo que lo arrastraba consigo.

VI

Hélène, que había regresado de Vilna a San Petersburgo con la corte, se encontraba en una situación difícil.

En San Petersburgo gozaba de la protección especial de un alto dignatario que ocupaba uno de los puestos más importantes del Estado. Sin embargo, en Vilna había intimado con un joven príncipe extranjero. Cuando volvió a San Petersburgo, el príncipe y el alto dignatario coincidieron en la ciudad y ambos reclamaron sus derechos, con lo que a Hélène se le presentó un nuevo reto en su carrera: conservar la intimidad con ambos sin ofender a ninguno de los dos.

Lo que para otra mujer hubiera parecido complicado e incluso imposible, a la condesa Bezújova no le hizo vacilar ni un solo momento: no en vano se había ganado la reputación de mujer inteligentísima. Si hubiera tratado de ocultar sus actos, de salirse con astucias de su embarazosa situación, lo habría estropeado todo, porque de este modo habría reconocido su culpabilidad; pero Hélène, al contrario, como una persona verdaderamente grande que consigue

todo lo que se propone, desde un buen principio se situó en la posición del que tiene razón —algo en lo que creía sinceramente—, y a todos los demás en la posición de culpables.

La primera vez que el príncipe extranjero se permitió hacerle un reproche, ella, levantando altivamente su hermosa cabeza y volviéndose a medias hacia él, le dijo con firmeza:

—*Voilà l'égoïsme et la cruauté des hommes! Je ne m'attendais pas à autre chose. La femme se sacrifie pour vous, elle souffre, et voilà sa récompense. Quel droit avez vous, Monseigneur, de me demander compte de mes amitiés, de mes affections? C'est un homme qui a été plus qu'un père pour moi*. —El joven quiso decir algo, pero Hélène le cortó—. *Eh bien, oui, peut être qu'il a pour moi d'autres sentiments que ceux d'un père, mais ce n'est pas une raison pour que je lui ferme ma porte. Je ne suis pas un homme pour être ingrate. Sachez, Monseigneur, pour tout ce qui a rapport à mes sentiments intimes, je ne rends compte qu'à Dieu et à ma conscience*[183] —concluyó, rozándose su hermoso y erguido pecho con una mano y mirando al cielo.

—*Mais écoutez-moi, au nom de Dieu* —dijo el príncipe.

—*Epousez-moi, et je serai votre esclave*.

—*Mais c'est impossible*.

—*Vous ne daignez pas descendre jusqu'à moi, vous…*[184] —replicó Hélène, echándose a llorar.

El príncipe trató de consolarla y ella le dijo entre lágrimas (como sin saber lo que decía) que a ella nadie podía impedirle casarse, que había otros ejemplos (en aquel entonces aún eran escasos, pero nombró a Napoleón y a otros grandes personajes), que jamás había sido una esposa para su marido, que la habían sacrificado.

—Pero las leyes, la religión… —decía el príncipe, empezando ya a ceder.

—Las leyes, la religión… ¡Para qué se han inventado si no pueden hacer esto! —exclamó Hélène.

El príncipe se asombró de que no se le hubiera ocurrido nunca un razonamiento tan sencillo, y pidió consejo a los santos hermanos de la Compañía de Jesús, con los que tenía una estrecha relación.

Al cabo de unos días, en una de las encantadoras fiestas que Hélène daba en su casa de campo de la isla Kámenny[185], le presentaron al encantador *monsieur* de Jobert, *un Jésuite à robe courte*[186] entrado en años con el pelo tan blanco como la nieve y los ojos negros y brillantes; en el jardín iluminado, al son de la música, le estuvo hablando largamente sobre el amor a Dios, a

Cristo, al corazón de la Madre de Dios y sobre el consuelo que la religión católica, la única verdadera, procuraba en esta vida y en la futura. Hélène se conmovió y en sus ojos y en los de *monsieur* de Jobert varias veces brillaron las lágrimas y a ambos les tembló la voz. Un caballero se acercó a invitarla a bailar, lo que interrumpió la conversación con su futuro *directeur de conscience*[187]; no obstante, al día siguiente *monsieur* de Jobert fue a visitarla solo, y desde entonces empezó a frecuentar su casa.

Un día llevó a la condesa a una iglesia católica y ella se arrodilló ante el altar al que la condujeron. El encantador francés entrado en años posó sus manos sobre la cabeza de Hélène, que, como más tarde explicaría, sintió algo semejante a un soplo de aire fresco que penetró en su alma. Le explicaron que aquello era *la grâce*[188].

Después la condujeron ante un abate *à robe longue*[189] que le tomó confesión y la absolvió de sus pecados. Al día siguiente le llevaron a su casa una cajita que contenía la hostia sagrada y se la dejaron para su uso. Al cabo de unos días Hélène, para su satisfacción, supo que había entrado en el seno de la Iglesia católica, la única verdadera, y que en breve informarían de ello al mismísimo papa, que le enviaría cierto documento.

Todo lo que entonces sucedía a su alrededor, toda la atención que hombres tan inteligentes le dedicaban y que expresaban de forma tan agradable y refinada, el estado de pureza en que ahora se hallaba, semejante al de una paloma (en ese período llevaba vestidos blancos con cintas blancas), todo eso le procuraba un gran placer; pero, a pesar de este placer, no perdía de vista su objetivo ni por un instante. Y, como siempre sucede cuando se trata de poner en juego la astucia, el tonto embauca al inteligente, y Hélène, al comprender que el objetivo de todas aquellas palabras y atenciones con ella consistía principalmente en convertirla al catolicismo para sacarle dinero en favor de las instituciones jesuitas (ya le habían hecho algunas alusiones al respecto), antes de entregar ninguna cantidad insistió en que se hicieran todas las operaciones necesarias para liberarla de su marido. A su modo de ver, el sentido de cualquier religión consistía únicamente en satisfacer los deseos humanos respetando determinadas convenciones. Y, con ese objetivo, en una de sus conversaciones con su director espiritual, le exigió insistentemente que le respondiera a esta pregunta: ¿hasta qué punto estaba ligada por el matrimonio?

Se habían sentado junto a la ventana del salón. Empezaba a oscurecer y el aroma de las flores entraba por la ventana. Hélène llevaba un vestido blanco que se transparentaba en la parte del pecho y de los hombros. El abate, bien

alimentado, de mejillas rollizas bien afeitadas, de boca agradable y firme, se había sentado cerca de ella con sus manos blancas cruzadas beatíficamente sobre las rodillas; con una sonrisa sutil en los labios, deslumbrado por su belleza, la miraba de vez en cuando a la cara y exponía su opinión sobre la cuestión que los ocupaba. Hélène, sonriendo con inquietud, miraba su pelo rizado y sus mejillas gruesas, morenas y bien afeitadas, a la espera de que en cualquier momento la conversación diera un nuevo giro. Pero el abate, aunque sin duda se deleitara con la belleza de su interlocutora, no se apartaba de su objetivo.

Así razonó el director espiritual:

—Ignorando la importancia de sus actos, usted hizo voto de fidelidad conyugal a un hombre que, contrayendo matrimonio sin creer en su significado religioso, cometía un sacrilegio. Un matrimonio así carece del doble significado que debe tener. Pero, a pesar de todo, usted está ligada por el voto que le hizo. Y se ha desviado de él. ¿Qué ha cometido procediendo de este modo, *péché veniel* o *péché mortel*?[190] *Péché veniel*, puesto que no ha obrado con mala intención. Si ahora, con el fin de tener hijos, contrajera un nuevo matrimonio, su pecado podría ser perdonado. No obstante, la cuestión, de nuevo, se divide en dos: primero…

—Pero yo creo —dijo de pronto Hélène, que ya empezaba a aburrirse, con su cautivadora sonrisa— que al haber abrazado la religión verdadera no puedo seguir ligada por algo que me ha impuesto la falsa.

El *directeur de conscience* se quedó admirado de la sencillez con que Hélène había presentado el huevo de Colón. Le maravillaba la inesperada rapidez con que su discípula había progresado, pero no podía renunciar al armazón argumental que había construido con tantos esfuerzos intelectuales.

—*Entendons-nous, comtesse*[191] —dijo con una sonrisa, y se puso rebatir los razonamientos de su hija espiritual.

VII

Hélène comprendía que el asunto era de lo más sencillo y fácil desde un punto de vista espiritual, pero que sus guías ponían trabas porque temían cómo lo vería el poder seglar.

Por este motivo, decidió que era necesario preparar a la sociedad. Provocó los celos del viejo alto dignatario y le dijo lo mismo que le había dicho al primer pretendiente: es decir, le planteó la cuestión de manera que solo podía

aspirar a tener derechos sobre ella si se casaban. En un primer momento el viejo dignatario se quedó tan atónito como el joven príncipe ante la propuesta de casarse con una mujer cuyo marido estaba vivo; pero la inquebrantable seguridad de Hélène en que aquello era tan sencillo y natural como el matrimonio de una joven muchacha tuvo efecto en él. Si Hélène hubiera dejado entrever el menor indicio de vacilación, vergüenza o disimulo, la cosa hubiera estado indudablemente perdida; pero no solo no dio muestras de vergüenza o disimulo, sino que, al contrario, a sus amigos (es decir, a todo San Petersburgo) les contaba con sencillez y cándida inocencia que el príncipe y el alto dignatario habían pedido su mano, que amaba a los dos y que temía afligir a cualquiera de ellos.

De inmediato se extendió por San Petersburgo el rumor, no de que Hélène quería separarse de su marido (si hubiera corrido un rumor así, muchos se habrían alzado en contra por tratarse de un propósito ilegal), sino directamente de que la desdichada y atractiva Hélène no sabía con cuál de los dos hombres casarse. La cuestión ya no se centraba en hasta qué punto aquello era posible, sino simplemente en cuál de los dos partidos era más ventajoso y cómo vería la corte el asunto. Es cierto que hubo ciertas personas retrógradas que no supieron elevarse a la altura de la cuestión y que veían en aquel proyecto un ultraje al sacramento del matrimonio; pero fueron pocas y guardaron silencio: a la mayoría solo le interesaba la felicidad que había llamado a la puerta de Hélène y la cuestión de cuál de los dos partidos era mejor. No hablaban de si estaba bien o mal casarse en vida del primer marido, porque semejante cuestión ya había sido resuelta por personas más inteligentes «que usted y que yo» (así es como lo decían); además, poner en duda la resolución de tales personas suponía arriesgarse a mostrar la propia estupidez y la incapacidad de desenvolverse en la alta sociedad.

Solo Maria Dmítrievna Ajrosímova, que aquel verano había viajado a San Petersburgo para visitar a uno de sus hijos, se permitió expresar claramente su opinión, contraria a la general. Al encontrarse con Hélène en un baile, la detuvo en el centro de la sala y, en medio del silencio, le dijo con su voz ruda:

—Ya veo que aquí habéis empezado a casaros en vida del primer marido. ¿Te crees que has inventado algo? Se te han adelantado, querida: eso ya hace mucho que está inventado, se hace en todos los…

Y, con estas palabras, Maria Dmítrievna, con su gesto amenazante de siempre, subiéndose sus anchas mangas y mirando severamente a los lados, cruzó la sala.

A pesar de que en San Petersburgo se la temía, la veían como a una bufona, por lo que, de todas las palabras que dijo, solo se fijaron en la más vulgar, que se repetían unos a otros en un cuchicheo, con la idea de que ahí estaba el meollo de su reproche.

El príncipe Vasili, que en los últimos tiempos olvidaba con muchísima frecuencia lo que decía y que repetía cien veces lo mismo, cada vez que se encontraba con su hija le decía:

—*Hélène, j'ai un mot à vous dire*. —Y se la llevaba aparte, tirándole de una mano hacia abajo—. *J'ai eu vent de certains projets relatifs à… Vous savez. Eh bien, ma chère enfant, vous savez que mon cœur de père se réjouit de vous savoir… Vous avez tant souffert… Mais, chère enfant… ne consultez que votre cœur. C'est tout ce que je vous dis*.[192]

Y, reprimiendo la emoción, siempre idéntica, apretaba la mejilla contra la de su hija y se alejaba.

Bilibin, que no había perdido la reputación de hombre ingeniosísimo y que era un amigo desinteresado de Hélène, uno de esos que las mujeres brillantes siempre tienen a su lado —amigos de sexo masculino que nunca desempeñarán el papel de enamorados—, un día le dijo en *petit comité* lo que opinaba de todo el asunto.

—*Écoutez, Bilibine*. —Hélène siempre llamaba por su apellido a los amigos como Bilibin. Le rozó la manga del frac con su mano blanca y ensortijada—. *Dites-moi comme vous diriez à une soeur, que dois-je faire? Lequel des deux?*[193]

Bilibin arrugó la frente y, con una sonrisa en los labios, se quedó pensativo.

—*Vous ne me prenez pas* por sorpresa, *vous savez* —respondió—. *Comme véritable ami j'ai pensé et repensé à votre affaire. Voyez vous. Si vous épousez le prince* —dijo, refiriéndose al pretendiente joven y doblando un dedo—, *vous perdez pour toujours la chance d'épouser l'autre, et puis vous mécontentez la Cour. (Comme vous savez, il y a une espèce de parenté.) Mais si vous épousez le vieux comte, vous faites le bonheur de ses derniers jours, et puis comme veuve du grand… le prince ne fait plus de mésaillance en vous épousant.*[194]

Relajó las arrugas.

—*Voilà un véritable ami!* —exclamó Hélène con expresión radiante, rozando de nuevo con una mano la manga de Bilibin—. *Mais c'est que j'aime l'un et l'autre, je ne voudrais pas leur faire de chagrin. Je donnerais ma vie pour leur bonheur à tous deux.*[195]

Bilibin se encogió de hombros como para expresar que ni siquiera él era capaz de ayudarla ante semejante dolor.

«*Une maîtresse-femme! Voilà ce qui s'appelle poser carrément la question. Elle voudrait épouser tous les trois à la fois*»[196], pensó.

—Pero dígame, ¿cómo va a ver su marido todo este asunto? —dijo, sin temer, gracias a su sólida reputación, comprometerse con una pregunta tan ingenua—. ¿Estará conforme?

—*Ah! Il m'aime tant!* —exclamó Hélène, creyendo por algún motivo que Pierre la amaba también—. *Il fera tout pour moi*.[197]

Bilibin arrugó la frente para señalar que se disponía a pronunciar un *mot*.

—*Même le divorce*.[198]

Hélène se echó a reír.

Entre las personas que se permitían poner en duda la legalidad de semejante proyecto de matrimonio estaba la madre de Hélène, la princesa Kuráguina. Siempre la había atormentado la envidia por su hija, y ahora, cuando el objeto de la envidia era lo que más le importaba, se veía incapaz de reconciliarse con esa idea. Le preguntó a un sacerdote ruso en qué medida era posible divorciarse y volverse a casar en vida del primer marido. El sacerdote le dijo que era imposible y, para alegría de ella, le indicó el pasaje del Evangelio que prohíbe explícitamente (al sacerdote así se lo parecía) casarse de nuevo en vida del marido.

Armada con estos argumentos que le parecían irrefutables, la princesa fue a visitar a su hija a primera hora de la mañana para encontrarla sola.

Después de escuchar las objeciones de su madre, Hélène esbozó una sonrisa dulce y socarrona.

—Es que está escrito de forma clara: quien se case con una mujer divorciada… —le reprochaba la vieja princesa.

—*Ah, maman, ne dites pas de bêtises. Vous ne comprenez rien. Dans ma position j'ai des devoirs*[199] —replicó Hélène, pasando al francés, porque siempre le daba la sensación de que su caso era confuso en ruso.

—Pero querida…

—*Ah, maman, comment est-ce que vous ne comprenez pas que le Saint Père, qui a le droit de donner des dispenses…*[200]

En ese instante entró en la habitación la dama de compañía de Hélène, que vivía en su casa, para informarle de que su alteza estaba en la sala y deseaba verla.

—*Non, dites-lui que je ne veux pas le voir, que je suis furieuse contre lui, parce qu'il m'a manqué parole.*[201]

—*Comtesse, à tout péché miséricorde*[202] —dijo, entrando en la habitación, un joven rubio de cara y nariz alargadas.

La vieja princesa se levantó respetuosamente e hizo una reverencia. El joven no le prestó atención y ella se despidió de su hija inclinando la cabeza y se dirigió a la puerta.

«Sí, ella tiene razón —pensó la vieja princesa, cuyas convicciones se habían venido abajo con la aparición de su alteza—. Tiene razón. Pero ¿cómo es posible que nosotras, en nuestra irrecuperable juventud, no supiéramos todo esto? Y era tan sencillo…», se dijo mientras se subía al carruaje.

A principios de agosto el caso de Hélène quedó perfectamente definido. Escribió a su marido (que, según ella creía, la quería mucho) una carta en que le anunciaba su intención de casarse con *N. N.* y le informaba de que había abrazado la única religión verdadera; asimismo, le pedía que cumplimentara todas las formalidades necesarias para el divorcio, de las cuales le informaría el portador de la carta.

> *Sur ce je prie Dieu, mon ami, de vous avoir sous Sa sainte et puissante garde. Votre amie Hélène.*[203]

Cuando llevaron esta carta a casa de Pierre, él ya estaba en el campo de Borodinó.

VIII

Al final de la batalla de Borodinó, después de abandonar por segunda vez la batería de Raievski, Pierre se dirigió con las masas de soldados, atravesando una hondonada, hacia Kniazkovo; cuando al llegar al puesto de socorro vio la sangre y oyó los gritos y los lamentos de los heridos, siguió su camino a toda prisa, mezclándose con los soldados.

Lo único que en ese momento deseaba con todas sus fuerzas era alejarse cuanto antes de las terribles impresiones de aquel día, volver a sus condiciones de vida habituales y dormir plácidamente en la cama de su habitación. Tenía la sensación de que solo en sus condiciones de vida normales sería capaz de comprenderse a sí mismo, de entender todo lo que había visto y experimentado. Pero no hallaba estas condiciones de vida habituales en ninguna parte.

Aunque en la carretera por la que avanzaba no silbaran los proyectiles ni las balas, todo era igual que en el campo de batalla: los mismos rostros exhaustos, llenos de sufrimiento y, a veces, extrañamente indiferentes, la misma sangre, los mismos capotes de los soldados, el mismo ruido de los tiroteos que, aunque lejanos, seguían sembrando el terror; además, hacía un calor sofocante y había mucho polvo.

Después de recorrer unas tres verstas por la carretera de Mozhaisk, Pierre se sentó en un margen.

El crepúsculo empezó a descender sobre la tierra y el rugido de los cañones se apaciguó. Apoyándose en un brazo, Pierre se tumbó y estuvo mucho tiempo echado, mirando las sombras de quienes avanzaban en la oscuridad. Continuamente le parecía que se le venía encima una bala de cañón con su terrible silbido; entonces se estremecía y se incorporaba. Perdió la noción de cuánto tiempo estuvo en aquel sitio. En mitad de la noche tres soldados que llevaban a rastras ramas secas se instalaron cerca de él y, mirándolo de reojo, empezaron a hacer una hoguera. Cuando terminaron, pusieron sobre el fuego un caldero con pan seco desmenuzado y tocino. El agradable olor de aquel manjar grasiento empezó a fundirse con el del humo. Pierre se incorporó y suspiró. Los soldados (eran tres), charlando entre sí, se pusieron a comer sin prestarle atención.

—Y ¿tú quién eres? —le preguntó de repente uno de ellos.

Era evidente que con esa pregunta le estaba diciendo otra cosa, que Pierre captó bien: «Si quieres comer, te daremos, pero dinos, ¿eres un hombre honrado?».

—¿Yo? ¿Yo?… —respondió Pierre, consciente de la necesidad de rebajar lo más posible su posición social para ser más cercano a los soldados y que así lo comprendieran mejor—. En realidad soy un oficial de la milicia, pero mi destacamento no está aquí; he venido a luchar y los he perdido.

—¡No me digas! —exclamó uno.

Otro negó con la cabeza.

—¡Bueno, pues si quieres, come de nuestro rancho! —dijo el primero, y, después de relamer una cuchara de madera, se la pasó.

Pierre se sentó cerca de la hoguera y se puso a comer el rancho que había en el caldero, y le pareció lo más sabroso que había comido en su vida. Mientras se inclinaba sobre el caldero cogiendo grandes cucharadas de comida que engullía ávidamente una tras otra, con la cara iluminada por la hoguera, los soldados lo miraban en silencio.

—Y dinos, ¿adónde tienes que ir ahora? —preguntó uno de ellos.

—A Mozhaisk.

—Eres un señor, ¿verdad?

—Sí.

—Y ¿cómo te llamas?

—Piotr Kirílovich.

—Pues bien, Piotr Kirílovich, en marcha: te llevaremos.

En la más absoluta oscuridad Pierre se dirigió hacia Mozhaisk con los soldados.

Ya cantaban los gallos cuando llegaron y empezaban a subir la empinada cuesta. Pierre olvidó por completo que su posada estaba abajo, al pie de la cuesta, y pasó de largo. Y no se habría acordado (tal era su estado de confusión) si no hubiera topado en mitad de la cuesta con su palafrenero, que había salido a buscarlo por la ciudad e iba de regreso a la posada. El palafrenero lo reconoció por el sombrero, cuya blancura destacaba en la oscuridad.

—¡Excelencia, estábamos desesperados! —exclamó—. ¿Cómo es que va a pie? ¡Adónde va! ¡Por aquí, por favor!

—Ah, sí —dijo Pierre.

Los soldados se detuvieron.

—¿Qué, ha encontrado a los suyos? —preguntó uno de ellos.

—¡Bueno, adiós! Se llamaba usted Piotr Kirílovich, ¿verdad? Pues ¡adiós, Piotr Kirílovich! —dijeron los demás.

—Adiós —se despidió Pierre, y se encaminó hacia la posada con su palafrenero.

«¡Tengo que darles algo! —pensó, llevándose una mano al bolsillo—. No, no lo hagas», le dijo una voz interior.

En la posada no quedaba sitio: todas las habitaciones estaban ocupadas. Pierre salió al patio, se tumbó en su carretela y se cubrió de pies a cabeza con el capote.

IX

En cuanto apoyó la cabeza en el cojín, sintió que empezaba a quedarse dormido; pero de pronto, con una claridad que parecía de lo más real, oyó el «Bum-bum-bum» de los disparos, así como lamentos, gritos, el impacto de los proyectiles; empezó a oler a sangre y a pólvora, y lo poseyó un sentimiento de horror y de miedo a la muerte. Asustado, abrió los ojos y sacó

la cabeza de debajo del capote. En el patio reinaba la calma. Solo se oía a un ordenanza que, al pasar por delante de la puerta cochera, hacía ruido al pisar el barro y al charlar con el portero. Por encima de Pierre unas palomas, espantadas por el movimiento que había hecho al levantar la cabeza, aletearon en la oscuridad, bajo un tejadillo de tablas. Un fuerte olor a posada, a heno, a estiércol y a brea se extendía por todo el patio y, en aquel momento, este olor a paz llenó a Pierre de alegría. El cielo descubierto y estrellado se veía entre los dos tejadillos negros.

«Gracias a Dios que todo ha terminado —pensó, cubriéndose de nuevo la cabeza—. ¡Oh, qué terrible es el miedo, ha sido vergonzoso cómo me ha dominado! En cambio, ellos… *Ellos* se han mantenido firmes y serenos hasta el final.»

En el pensamiento de Pierre *ellos* eran los soldados: los de la batería, los que le habían dado de comer, los que habían rezado ante el icono. *Ellos*, esos hombres extraños y que hasta entonces no conocía, en su cabeza se diferenciaban de una manera clara y patente de las otras personas.

«¡Ser soldado, un simple soldado! —pensaba mientras se quedaba dormido—. Participar con todo mi ser en esa vida en común, estar imbuido de lo que les hace ser como son. Pero ¿cómo desprenderme de todo lo superfluo y diabólico, de toda la carga del ser exterior? Hubo un tiempo en que pude ser como ellos. Pude escapar de mi padre, como yo quería. Y después del duelo con Dólojov me podrían haber enviado al ejército para servir como soldado.» Por su cabeza pasó la comida en el club en que retó a Dólojov, y después recordó la noche en que conoció a su bienhechor en Torzhok. A continuación vio la imagen de una solemne reunión de la logia en el Club Inglés; presidía la mesa un hombre al que conocía bien, un hombre muy cercano y al que apreciaba. ¡Era él, su bienhechor! «Pero ¿no había muerto? —se dijo—. Sí, murió; no sabía que estuviera vivo. ¡Qué tristeza que muriera y qué alegría que haya vuelto a la vida!» A un lado de la mesa estaban Anatol, Dólojov, Nesvitski, Denísov y otros por el estilo (esta categoría de persona estaba tan bien definida en su sueño como aquellos a los que llamaba *ellos*). Anatol, Dólojov y los demás gritaban mucho y cantaban, pero en medio del griterío se oía la voz de su bienhechor, que hablaba sin descanso, y, aunque su voz era tan imponente e incesante como el fragor del campo de batalla, resultaba agradable y consoladora. Pierre no entendía lo que decía su bienhechor, pero sabía (la categoría de sus pensamientos era igual de clara en su sueño) que hablaba del bien, de la posibilidad de ser como *ellos*. Y *ellos* rodeaban al bienhechor, con sus rostros llenos de sencillez, bondad y firmeza. Pero, a

pesar de que eran buenos, no miraban a Pierre; él quería atraer su atención y hablar. Se incorporó, pero en ese instante notó que las piernas se le enfriaban y que se le quedaban desnudas. Avergonzado, se las tapó con una mano y es que, realmente, se le había caído el capote. Pierre se volvió a tapar, abrió los ojos un instante y vio los mismos tejadillos, postes y el mismo patio, pero ahora todo era azulado, había claridad y brillaban las gotitas del rocío o de la escarcha.

«Está amaneciendo —pensó—. Pero no es eso. Tengo que terminar de escuchar las palabras de mi bienhechor y de comprenderlas.» Se volvió a cubrir con el capote, pero ya no encontró la logia ni al bienhechor. Solo quedaban ideas claramente expresadas en palabras, ideas que alguien pronunciaba o que el propio Pierre formulaba.

Más tarde, al recordar estas ideas, a pesar de que hubieran sido inspiradas por las impresiones de la jornada anterior, Pierre estaba convencido de que alguien ajeno a él se las había dictado. Le parecía que en estado de vigilia jamás habría sido capaz de pensar de este modo ni de expresar sus ideas así.

«La guerra es la sumisión más difícil de la libertad humana a las leyes de Dios —le decía una voz—. La sencillez es la obediencia a Dios; es imposible escapar de Él. Y *ellos* son sencillos. *Ellos* no hablan, actúan. La palabra pronunciada es plata, y la no pronunciada, oro. El ser humano no poseerá nada mientras tema a la muerte; y quien no la tema lo poseerá todo. Si no existiera el sufrimiento, el ser humano no conocería sus propios límites, no se conocería a sí mismo. Lo más difícil —continuaba pensando u oyendo en sueños— es saber unir en el alma de uno mismo el sentido de todo. ¿Unirlo todo? No, es imposible unir todas las ideas, lo que hay que hacer es *engancharlas entre sí!* ¡Sí, *engancharlas, engancharlas entre sí*!», se repitió con pasión, sintiendo que eran justamente estas palabras y solo estas las que expresaban lo que él quería decir, las que resolvían la cuestión que lo atormentaba.

—Sí, hay que engancharlas, es hora de engancharlas.

—¡Hay que enganchar, es hora de enganchar, excelencia! ¡Excelencia! —exclamó una voz—. Hay que enganchar, ya es hora de enganchar…

Era la voz del palafrenero, que estaba despertando a Pierre, a quien el sol daba de lleno en la cara. Echó una mirada al sucio patio de la posada, en cuyo centro, junto al pozo, los soldados daban de beber a los flacos caballos; algunos carros salían por la puerta cochera. Pierre se dio la vuelta asqueado, cerró los ojos y volvió a dejarse caer sobre el asiento de la carretela. «No, no quiero esto, no quiero ver ni comprender esto, quiero comprender lo que se

me estaba revelando en sueños. ¡Un segundo más y lo habría comprendido! ¿Qué es lo que tengo que hacer? Engancharlo todo, pero ¿cómo engancharlo entre sí?» Y sintió con horror que el significado de cuanto había visto y pensado en sueños se estaba desvaneciendo.

El palafrenero, el cochero y el portero le contaron que había llegado un oficial con la noticia de que los franceses se acercaban a Mozhaisk y que los nuestros retrocedían.

Pierre se levantó y, tras ordenar que engancharan y que lo siguieran con la carretela, atravesó la ciudad a pie.

Las tropas se marchaban dejando allí a unos diez mil heridos, a los que se veía en los patios, en las ventanas de las casas y agolpados en las calles. Alrededor de los carros que tenían que evacuar a los heridos se oían gritos, palabrotas y golpes. Pierre ofreció su carretela a un general herido al que conocía y viajó con él hasta Moscú. Durante el trayecto, se enteró de la muerte de su cuñado y de la del príncipe Andréi.

X

El día 30 Pierre llegó a Moscú. Casi al lado del puesto de control de la ciudad se encontró con el ayudante del conde Rastopchín.

—¡Lo estábamos buscando por todas partes! —dijo el ayudante—. El conde necesita verle sin falta. Ruega que vaya ahora mismo por un asunto muy importante.

Pierre, sin pasar por su casa, cogió un coche de punto y fue a ver al conde Rastopchín, gobernador general, que acababa de llegar esa misma mañana de su dacha de Sokólniki, a las afueras de la ciudad. La antecámara y la sala de recepción de su casa estaban repletas de funcionarios que habían acudido por orden suya o para recibir instrucciones. Vasílchikov y Plátov ya se habían entrevistado con él y le habían explicado que era imposible defender Moscú: la ciudad iba a ser entregada. Aunque estas informaciones se ocultaran a la población, los funcionarios y los jefes de las distintas administraciones sabían que Moscú caería en manos del enemigo, como también lo sabía el conde Rastopchín; y todos ellos, para deshacerse de cualquier responsabilidad, visitaban al gobernador general para preguntarle cómo proceder frente a los departamentos que dirigían.

Justo en el momento en que Pierre entraba en la sala de recepción un correo del ejército salía del gabinete del conde. El correo cruzó la sala

agitando una mano con desánimo ante las preguntas que le hacían.

Durante la espera, Pierre observó a los distintos funcionarios, viejos y jóvenes, militares y civiles, importantes y no importantes, que aguardaban allí. Todos parecían disgustados e inquietos. Se acercó a un grupo de ellos, en el cual había un conocido suyo y, después de saludarlo, continuaron conversando.

—Enviarlos fuera de la ciudad y hacerlos volver más adelante no hará ningún mal; en una situación así nadie puede responder de nada —decía uno.

—Pero mire lo que ha escrito —replicó otro, señalando un papel impreso que llevaba en la mano.

—Esto es otra cosa: es necesario para el pueblo —dijo el primero.

—¿Qué es esto? —preguntó Pierre.

—Un nuevo bando.

Pierre lo cogió y se puso a leer:

> El serenísimo, con el fin de reunirse cuanto antes con las tropas que acuden a su encuentro, ha atravesado Mozhaisk y se ha instalado en una posición fuerte donde el enemigo no podrá atacarlo de improviso. Desde aquí le hemos enviado cuarenta y ocho cañones y proyectiles, y el serenísimo ha declarado que va a defender Moscú hasta derramar la última gota de sangre, que está dispuesto a luchar incluso en las calles si es necesario. Hermanos, no os preocupéis por que se hayan cerrado las oficinas públicas: hay que mantener las cosas en orden, ¡ya nos encargaremos del villano a nuestra manera! Cuando llegue el momento necesitaremos a hombres valientes de la ciudad y del campo. Haré un llamamiento con dos días de antelación, ahora guardo silencio porque no es preciso hacer nada. Nos vendrán bien las hachas y las lanzas, pero lo mejor serán las horcas de tres puntas: los franceses no pesan más que un haz de centeno. Mañana, después de comer, llevaremos el icono de la Virgen de Iversk hasta el hospital Yekaterinski para visitar a los heridos: bendeciremos el agua para que sanen antes. También yo he sanado: me dolía un ojo y ahora veo bien con los dos.

—Pues los militares me dijeron —apuntó Pierre— que es imposible luchar en la ciudad, y que la posición…

—Bueno, sí, justamente de eso estábamos hablando —dijo el primer funcionario.

—Y ¿qué significa «me dolía un ojo y ahora veo bien con los dos»? —preguntó Pierre.

—El conde Rastopchín tenía un orzuelo —respondió el ayudante con una sonrisa— y se quedó muy preocupado cuando le dije que la gente venía a preguntar qué le ocurría. Y ¿qué, conde? —añadió de pronto, sonriéndole—. Hemos oído decir que tiene usted problemas familiares. Parece ser que la condesa, su mujer…

—Yo no he oído nada —repuso Pierre con indiferencia—. Y ¿qué ha oído decir?

—Bueno, ya sabe que se inventan tantas cosas… Solo hablo de oídas.

—Pero ¿qué ha oído?

—Pues dicen —continuó el ayudante con la misma sonrisa de antes— que la condesa, su mujer, se dispone a viajar al extranjero. Probablemente sea una patraña.

—Es posible —dijo Pierre, mirando distraídamente alrededor—. Y ¿quién es ese? —preguntó, señalando a un viejo de estatura mediana que llevaba un caftán largo, limpio y de color azul, y que tenía una barba grande y blanca como la nieve, las cejas del mismo color y el rostro sonrosado.

—¿Ese? Es un comerciante, es decir, el tabernero Vereschaguin. Supongo que se habrá enterado del asunto de la proclama, ¿no?

—¡Ah, de modo que este es Vereschaguin! —exclamó Pierre, observando el rostro firme y sereno de aquel viejo comerciante y buscando en él una expresión que le delatara como traidor.

—Pero no es este; este es el padre del joven que escribió la proclama —dijo el ayudante—. Su hijo está en el calabozo y las cosas no pintan nada bien para él.

Un viejecito con una condecoración en el pecho y un funcionario alemán con una cruz al cuello se acercaron al grupo.

—Como pueden ver, es una historia complicada —siguió contando el ayudante—. La proclama apareció hará unos dos meses. Cuando le hablaron de ella al conde, ordenó que se abriera una investigación. Gavrilo Iványch fue el encargado de llevarla, y descubrió que la proclama había pasado exactamente por sesenta y tres manos. Fue a interrogar a uno y le preguntó: «¿Quién le ha dado la proclama?». «Fulano», le respondió. Interrogó al siguiente: «¿Quién se la ha dado?», etcétera. Y así hasta llegar a Vereschaguin… el hijo de un comerciante que no ha acabado sus estudios, ya sabe, un niño de mamá —dijo con una sonrisa—. También a él le preguntó: «¿Quién te ha dado la proclama?». Pero la cuestión es que ya sabíamos quién se la había dado: no podía ser otro que el director de Correos. Pero parece que tenían un acuerdo, y el joven respondió: «Nadie, la he escrito yo». Le amenazaron y le interrogaron, pero insistió en que la había escrito él. Cuando informaron al conde de la situación, lo hizo llamar: «¿Quién te ha dado la proclama?». «La he escrito yo.» ¡Bueno, ya conocen al conde! —exclamó el ayudante con una sonrisa alegre y orgullosa—. Se encolerizó terriblemente, imagínenselo: ¡menuda desvergüenza, mentira y testarudez!…

—¡Ah! ¡Ya lo entiendo, el conde necesitaba que el joven delatara a Kliuchariov! —dijo Pierre.

—¡En absoluto! —exclamó el ayudante, asustado—. Kliuchariov, ya sin esto, tenía pecados de sobra para ser deportado. Pero el caso es que el conde estaba indignadísimo. «¿Cómo has podido escribirla tú?», le preguntó al joven. Cogió de la mesa el *Periódico de Hamburgo*. «Aquí lo tenemos. La proclama no la has escrito tú, la has traducido, y la has traducido muy mal porque eres imbécil y ni siquiera sabes francés.» Y ¿qué creen que pasó? El joven comerciante le respondió: «No, no he leído ningún periódico, la he escrito yo». «Pues si es así, eres un traidor, te mandaré a los tribunales y te ahorcarán. Dime, ¿quién te la ha dado?» «No he leído ningún periódico, la he escrito yo.» Y así quedó la cosa. El conde llamó al padre, pero el hijo siguió en sus trece. De modo que lo entregaron a los tribunales y fue condenado a trabajos forzados. Y ahora su padre ha venido a interceder por él. ¡Vaya con el chiquillo! Es uno de esos hijitos de comerciantes, petimetres, seductores, que ha asistido a alguna que otra clase y ya se cree más listo que el diablo. ¡Vaya con el rufián! Su padre tiene una taberna aquí, cerca del puente Kámenny. Y ¿saben? En la taberna tienen un icono muy grande de Dios Todopoderoso con un cetro en una mano y el mundo en la otra. Pues ¡se lo llevó a su casa unos días y no creerán lo que hizo! Encontró a un pintor miserable que…

XI

A mitad de esta nueva historia, Pierre fue llamado por el gobernador general.

Cuando entró en el gabinete, el conde Rastopchín, haciendo una mueca, se secaba la frente y los ojos con una mano. Un hombre de estatura mediana le estaba diciendo algo, pero al ver a Pierre se quedó callado y salió.

—¡Ah! ¡Bienvenido, gran guerrero! —dijo Rastopchín en cuanto el hombre hubo salido—. ¡Me han hablado de sus *prouesses*! Pero no lo he llamado por eso. *Mon cher, entre nous*, ¿es usted masón? —le preguntó con tono severo, como si hubiera algo malo en ello pero él estuviera dispuesto a perdonarlo. Pierre guardó silencio—. *Mon cher, je suis bien informé*[204], pero sé que hay masones y masones, y espero que usted no pertenezca a los que quieren destruir Rusia bajo el pretexto de salvar al género humano.

—Sí, soy masón —respondió Pierre.

—Verá, querido: supongo que no ignora usted que los señores Speranski y Magnitski han sido enviados al lugar que les corresponde, igual que el señor Kliuchariov y otros que, con el pretexto de erigir el templo de Salomón, han

intentado destruir el templo de su propia patria. Comprenderá usted que había razones de sobra y que yo no habría ordenado deportar al director de Correos si no se hubiera tratado de un hombre pernicioso. Me he enterado de que usted le ha enviado su propio carruaje para que pueda abandonar la ciudad y que incluso ha aceptado guardarle unos papeles para su custodia. Como le tengo aprecio, no le deseo ningún mal y le doblo en edad, le aconsejo como un padre que corte cualquier tipo de relación con esa clase de gente y que abandone Moscú lo antes posible.

—Pero ¿de qué es culpable Kliuchariov, conde? —preguntó Pierre.

—¡Eso me incumbe saberlo a mí, y no a usted preguntarlo! —gritó Rastopchín.

—Si de lo que se le acusa es de difundir las proclamas de Napoleón, no hay ninguna prueba —dijo Pierre sin mirarlo—. En cuanto a Vereschaguin…

—*Nous y voilà* —gritó Rastopchín aún más fuerte que antes, frunciendo el ceño de repente e interrumpiendo a Pierre—. ¡Vereschaguin es un traidor, un renegado que recibirá el castigo que se merece! —dijo con la rabia con que habla quien ha recordado una ofensa—. Pero no le he llamado para discutir mis asuntos, sino para darle un consejo o, si lo prefiere, una orden. Le ruego que corte toda relación con señores como Kliuchariov y que se marche de la ciudad. Le quitaré las tonterías de la cabeza a quien sea que las tenga. —Y, probablemente cayendo en la cuenta de que estaba gritando a Pierre, que aún no era culpable de nada, añadió cogiéndolo amistosamente de la mano—: *Nous sommes à la veille d'un désastre publique, et je n'ai pas le temps de dire des gentillesses à tous ceux qui ont affaire à moi.* ¡A veces se le va a uno la cabeza! *Eh bien, mon cher, qu'est ce que vous faites, vous personnellement?*[205]

—*Mais rien*[206] —respondió Pierre, todavía sin levantar la mirada y sin cambiar su expresión pensativa.

El conde frunció el ceño.

—*Un conseil d'ami, mon cher. Décampez et au plutôt, c'est tout ce que je vous dis. A bon entendeur salut!* Adiós, querido. ¡Ah, sí! —le gritó desde la puerta—. ¿Es cierto que su mujer, la condesa, ha caído en las garras *des saints pères de la Société de Jésus*?[207]

Pierre no contestó nada y, torciendo el gesto, ceñudo y enfadado como jamás se le había visto, salió del gabinete de Rastopchín.

Ya empezaba a oscurecer cuando llegó a casa. Aquella tarde habían ido a verlo unas ocho personas: el secretario del comité, un coronel de su batallón,

el administrador, el mayordomo y varios solicitantes. Todos tenían asuntos que él debía resolver. Pierre, que ni entendía ni tenía el menor interés por tales asuntos, se limitó a darles respuestas que le permitieran deshacerse de ellos. Finalmente, cuando se quedó solo, abrió la carta de su mujer y la leyó.

«*Ellos*, los soldados de la batería… El príncipe Andréi ha muerto… El viejo… La sencillez es la obediencia a Dios. Es necesario sufrir… El sentido de todo… Hay que enganchar… Mi mujer se casa… Es preciso olvidar y comprender…» Pierre se acercó a la cama y, sin desvestirse, se desplomó y se durmió de inmediato.

Cuando a la mañana siguiente se despertó, el mayordomo le anunció que un policía había venido expresamente de parte del conde Rastopchín para averiguar si el conde Bezújov ya se había marchado o si se disponía a hacerlo.

En el salón unas diez personas lo esperaban para tratar asuntos pendientes, pero Pierre, en vez de atenderlos, se vistió a toda prisa, fue directo hacia el porche de servicio y salió a la calle por la puerta cochera.

Desde aquel día y hasta el final de la devastación de Moscú nadie de la casa Bezújov volvió a ver a Pierre ni a conocer su paradero, por más que lo buscaron.

XII

Los Rostov estuvieron en Moscú hasta el 1 de septiembre, es decir, hasta la víspera del día en que el enemigo entró en la ciudad.

Después de que Petia hubiera ingresado en el regimiento de cosacos de Obolenski y de que partiera hacia Bélaia Tsérkov, donde se estaba formando su regimiento, el miedo se apoderó de la condesa. La idea de que sus dos hijos estaban en la guerra, de que ambos habían salido de debajo de su ala materna, de que uno de ellos —o quizá los dos a la vez— podían morir ese mismo día o al día siguiente, como les había ocurrido a los tres hijos de una conocida suya, se le presentó con una terrible claridad por primera vez durante el verano. Intentó por todos los medios que volviera Nikolái, quiso viajar hasta el regimiento de Petia y conseguir que lo destinaran a cualquier lugar de San Petersburgo, pero tanto lo uno como lo otro resultó imposible. Petia no podía regresar si no era junto con su regimiento o si era transferido a otro regimiento en activo. Nikolái estaba con el ejército en algún lugar, y desde su última carta, en la que les había descrito detalladamente su encuentro con la princesa Maria, no había dado señales de vida. La condesa no dormía por las

noches y, cuando lograba conciliar el sueño, tenía pesadillas con la muerte de sus hijos. Después de muchas consultas y conversaciones, el conde encontró el modo de tranquilizar a su mujer: solicitó que trasladaran a Petia del regimiento de Obolenski al de Bezújov, que se estaba formando en los alrededores de Moscú. Aunque Petia siguiera sirviendo en el ejército, con el traslado la condesa tendría el consuelo de ver al menos a uno de sus hijos bajo su ala; además, albergaba la esperanza de arreglar las cosas para que Petia no se alejara de nuevo y para destinarlo a puestos en que no tomara parte nunca en la batalla. Mientras *Nicolas* había sido el único en estar en peligro, la condesa había creído (hasta con remordimientos) que lo quería más a él, su hijo mayor, que a los demás; pero cuando el pequeño, el travieso y mal estudiante que no hacía más que romper cosas en casa y que tenía a todo el mundo harto, ese Petia de nariz chata, ojos negros y alegres, rostro lozano y sonrosado, mejillas en las que le empezaba a salir un ligero vello, fue a dar a un regimiento con hombres mayores, temibles y crueles que luchaban *por algo* y que encontraban placer en ello, entonces le pareció que a quien más quería, mucho más que a los otros, era a él. Cuanto más se acercaba el día en que su adorado Petia tenía que volver a Moscú, más se intranquilizaba la condesa. Empezaba a pensar que nunca llegaría ese momento de felicidad. La presencia no solo de Sonia, sino también de su querida Natasha e incluso de su marido la irritaba. «¡Qué me importan ellos, yo solo necesito a Petia!», pensaba.

A últimos de agosto los Rostov recibieron una segunda carta de Nikolái. Les escribía desde la provincia de Vorónezh, adonde había sido enviado a por caballos. Esta carta no tranquilizó a la condesa. Al saber que su hijo mayor estaba fuera de peligro, se inquietó aún más por Petia.

A pesar de que después del 20 de agosto todos los conocidos de los Rostov ya habían abandonado Moscú, a pesar de que todo el mundo había tratado de convencer a la condesa de que se marchara cuanto antes, ella no había querido ni oír hablar del asunto hasta que hubiera vuelto su tesoro, su adorado Petia. Y su hijo llegó el 28 de agosto. La apasionada y enfermiza ternura con que la madre lo recibió no gustó nada al oficial de dieciséis años. Aunque la condesa ocultara su plan de no permitirle volver a alejarse de debajo de su ala, Petia comprendió sus intenciones y, temiendo instintivamente ablandarse con ella, afeminarse (así es como lo pensaba), la trató con frialdad y la evitó, y durante su estancia en Moscú estuvo exclusivamente con Natasha, con quien siempre había tenido una particular relación de ternura fraternal, casi de enamoramiento.

Debido a la despreocupación propia del conde, el 20 de agosto aún no había nada preparado para la partida, y los carros de las fincas de Riazán y de las afueras de Moscú en que iban a cargar todos los muebles de la casa no llegaron hasta el día 30.

Del 28 al 31 Moscú fue puro ajetreo y movimiento. Todos los días llegaban a través de la puerta de Dorogomílovo carros con miles de heridos de la batalla de Borodinó que eran distribuidos por la ciudad, y otros miles de carros cargados de gente y de muebles salían a su vez por otras puertas. A pesar de los bandos de Rastopchín, o quizá independientemente o a consecuencia de ellos, por la ciudad circulaban las noticias más extrañas y contradictorias. Algunos decían que había orden de que nadie se marchara; otros, al contrario, afirmaban que todos los iconos habían sido retirados de las iglesias y que estaban obligando a toda la población a abandonar la ciudad por la fuerza; otros aseguraban que después de la batalla de Borodinó se había librado otra batalla en que los franceses habían sido derrotados; otros decían que las milicias de la ciudad se dirigirían con el clero a la cabeza hacia Tri Gory para combatir; otros susurraban que habían prohibido abandonar la ciudad al arzobispo Avgustín, que habían detenido a los traidores, que los campesinos se habían amotinado y estaban desvalijando a todo el que salía de Moscú, etcétera, etcétera. Eran solo cosas que se decían, pero realmente tanto los que se marchaban como los que se quedaban (a pesar de que aún no se había celebrado en Fili el consejo en que se decidiría que era preciso abandonar la ciudad) se daban cuenta de que, aunque no lo dijeran en voz alta, Moscú caería inevitablemente, y que había que huir cuanto antes y salvar las pertenencias. Se daban cuenta de que todo iba a estallar y de que las cosas cambiarían de golpe, aunque hasta el día 1 todo siguió igual. Como un criminal al que conducen al patíbulo, que, aunque sabe que va a morir enseguida, no deja de mirar a un lado y a otro ni de colocarse bien el gorro que lleva mal puesto, así seguía Moscú inconscientemente su vida cotidiana, a pesar de saber que su destrucción era cercana y que las convenciones de la vida a las que sus habitantes estaban acostumbrados iban a romperse.

En los tres días que precedieron a la toma de Moscú la familia Rostov al completo estuvo atareada con distintos preparativos. El cabeza de familia, el conde Iliá Andreich, recorría continuamente la ciudad recogiendo los rumores que corrían, y en casa daba instrucciones generales y precipitadas para preparar la partida.

La condesa vigilaba cómo recogían las cosas, se mostraba descontenta con todo el mundo, no dejaba de perseguir a Petia, que la rehuía, y sentía celos de

Natasha por pasar todo el tiempo con él. Sonia era la única que se encargaba de algo práctico: dirigir el embalaje de los muebles. Sin embargo, en los últimos días se había mostrado especialmente triste y taciturna. La carta de *Nicolas* en la que hablaba de la princesa Maria había suscitado, en su presencia, alegres comentarios de la condesa, que veía en aquel encuentro un designio divino.

—Nunca me alegró que Bolkonski y Natasha estuvieran prometidos —había dicho la condesa—, pero siempre deseé que Nikólenka se casara con la princesa, y tengo el presentimiento de que va a ocurrir. ¡Sería maravilloso!

Sonia tenía la sensación de que era cierto, de que la única posibilidad de que la situación de los Rostov se arreglara era el matrimonio de Nikolái con una muchacha rica, y de que la princesa Maria era un buen partido. Pero le causaba una gran amargura. A pesar de su dolor, o tal vez a consecuencia de él, se encargó de la difícil tarea de dirigir la recogida y embalaje de todas las cosas y se pasó días enteros ocupada. El conde y la condesa recurrían a ella cuando había que dar alguna orden. Petia y Natasha, al contrario, no solo no ayudaban a sus padres, sino que no hacían más que incordiar y hartar a todos en la casa. Durante casi todo el día se oían sus correteos, gritos y carcajadas sin motivo. Sus risas y alegría no se debían a ninguna razón especial, simplemente se sentían alegres y contentos, por lo que cualquier cosa que sucediera era para ellos un motivo de alegría y de risa. Petia estaba contento porque había salido de su casa siendo un niño y había vuelto (como todo el mundo le decía) convertido en un hombre gallardo; porque estaba en casa; por haberse marchado de Bélaia Tsérkov, donde no tenía esperanzas de luchar pronto, y haber sido destinado a Moscú, donde a los pocos días entraría en combate; y, sobre todo, porque Natasha, cuyo estado de ánimo siempre le influía, irradiaba alegría. Por su parte, Natasha estaba contenta porque se había pasado demasiado tiempo triste; porque ahora no había nada que le recordara el motivo de tu tristeza; porque rebosaba salud y también porque había alguien que la admiraba (la admiración de los demás era la grasa de las ruedas que su maquinaria necesitaba para moverse con total libertad), y ese alguien era Petia. Pero la razón principal de la alegría de ambos era que la guerra ya estaba cerca de Moscú, que se iban a producir combates en la puerta de la ciudad, que ya se estaban repartiendo armas, que todo el mundo huía, se marchaba hacia algún lugar y, en general, que estaba ocurriendo algo extraordinario, y esto es siempre motivo de alegría para la gente, sobre todo para los jóvenes.

XIII

El sábado 31 de agosto en la casa de los Rostov todo parecía estar patas arriba. Todas las puertas estaban abiertas, los muebles los habían llevado fuera o cambiado de sitio, habían descolgado los espejos y los cuadros. Las habitaciones estaban llenas de baúles y por el suelo había paja, papel de embalar y cuerdas. Los campesinos y los sirvientes sacaban los muebles y andaban trabajosamente por el entarimado. El patio estaba repleto de carros de los campesinos, algunos ya cargados hasta arriba y atados, otros aún vacíos.

Tanto por el patio como por la casa resonaban las voces y los pasos de la enorme cantidad de criados y de campesinos que, llegados con sus carros, se llamaban unos a otros. El conde había salido de buena mañana. La condesa, que tenía dolor de cabeza por el ajetreo y el ruido, estaba echada en la nueva sala de los divanes con compresas de vinagre en la frente. Petia no estaba en casa (había ido a ver a un compañero con quien tenía intención de pasar de la milicia al ejército activo). Sonia supervisaba el embalaje de la cristalería y la porcelana en la sala. Natasha estaba sentada en el suelo de su desolada habitación entre vestidos, cintas y chales desperdigados, con la mirada fija en el suelo y un viejo vestido de baile en las manos, el mismo (ya pasado de moda) que había llevado en su primer baile de San Petersburgo.

Avergonzada por no hacer nada en la casa mientras todos andaban tan atareados, a primera hora de la mañana había intentado varias veces ponerse manos a la obra, pero en vano: no podía ni sabía hacer nada sin poner toda el alma y todas sus fuerzas. Estuvo un rato con Sonia mirando cómo embalaban la porcelana y quiso ayudar, pero enseguida desistió y volvió a su habitación para hacer el equipaje. Al principio le divirtió repartir sus vestidos y cintas entre las doncellas, pero después, cuando tuvo que recoger todo lo demás, se aburrió.

—Duniasha, querida, ¿harás tú el equipaje? ¿A que sí? ¿A que sí?

Y cuando Duniasha le prometió que lo haría con mucho gusto, Natasha se sentó en el suelo, cogió su viejo vestido de baile y se quedó pensando en cosas totalmente distintas a las que tendrían que haberla ocupado en aquel momento. La sacaron de su ensimismamiento el murmullo de las doncellas que llegaba desde la habitación para la servidumbre que había al lado y sus rápidos pasos desde allí hasta el porche de servicio. Se levantó y miró por la ventana. En la calle se había detenido un enorme convoy de heridos.

Las doncellas, los lacayos, el ama de llaves, la niñera, los cocineros, los cocheros, los postillones y los pinches observaban a los heridos junto a la puerta cochera.

Natasha, echándose sobre la cabeza un pañuelo blanco de bolsillo y sujetándolo con las manos por las puntas, salió a la calle.

La vieja Mavra Kuzmínshina, antigua ama de llaves, se había separado del grupo de la puerta cochera y, acercándose a uno de los carros cubierto con un toldo de estera, charlaba con un joven oficial pálido que estaba allí tumbado. Natasha avanzó algunos pasos y se detuvo con timidez, todavía sujetándose el pañuelo y escuchando lo que decía el ama de llaves.

—Entonces ¿no tienen a nadie en Moscú? —decía—. Estarían más cómodos en una casa o algo… En la nuestra, por ejemplo: los señores se marchan.

—No sé si nos lo permitirán —decía el oficial con la voz débil—. Ahí está mi superior… pregúnteselo.

Y señaló a un comandante grueso que se acercaba por la calle pasando junto a la hilera de carros.

Natasha miró con ojos asustados el rostro del oficial herido y se fue directa hacia el comandante.

—¿Pueden quedarse los heridos en casa? —le preguntó.

El comandante, con una sonrisa, se llevó una mano a la visera.

—¿Qué se le ofrece, señorita?

Natasha repitió la pregunta con calma y, a pesar de que seguía sujetándose el pañuelo por las puntas, su rostro y sus maneras eran tan serias que el comandante, dejando de sonreír, se quedó pensativo como si se preguntara hasta qué punto aquello era posible, y le contestó afirmativamente.

—¡Oh, sí, por qué no! —dijo.

Natasha inclinó ligeramente la cabeza y corrió hacia Mavra Kuzmínshina, que seguía con el oficial, hablándole con tono piadoso.

—¡Pueden! ¡Ha dicho que pueden! —susurró Natasha.

El oficial del carro cubierto con el toldo dobló hacia el patio de los Rostov y decenas de carros con heridos, llamados por los habitantes de la ciudad, empezaron también a entrar en los patios y a acercarse a las puertas de las casas de la calle Povarskaia. A Natasha sin duda le gustó entablar relación con aquella nueva gente, algo que quedaba fuera de las condiciones habituales de vida. Ayudada por Mavra Kuzmínshina, intentó que entrara en el patio la mayor cantidad posible de heridos.

—De todos modos, habría que decírselo a su padre —sugirió Mavra Kuzmínshina.

—¡No, no, qué más da! Nos trasladaremos al salón por un día. Podemos cederles todas nuestras habitaciones.

—¡Ay, señorita, qué ocurrencias! Aunque solo se instalaran en los pabellones, en el cuarto de invitados o en el de la niñera, habría que pedir permiso.

—Pues voy a pedirlo.

Natasha corrió hacia la casa y entró de puntillas por la puerta medio abierta de la sala de los divanes, desde donde llegaba un fuerte olor a vinagre y a gotas de Hoffmann.

—Mamá, ¿duerme?

—¡Ah, qué sueño he tenido! —exclamó la condesa, que estaba cabeceando.

—Mamá, querida —empezó Natasha, arrodillándose delante de ella y apoyando la cabeza contra la suya—. Es mi culpa, perdóneme si la he despertado, no lo volveré a hacer. Me manda Mavra Kuzmínshina; han traído a varios oficiales heridos, ¿verdad que da usted su permiso? No tienen adónde ir; sé que dará su permiso… —dijo rápidamente y sin tomar aliento.

—¿Qué oficiales? ¿A quién han traído? No entiendo nada —dijo la condesa.

Natasha se echó a reír y la condesa esbozó una leve sonrisa.

—Sabía que lo permitiría… ¡Se lo voy a decir!

Besó a su madre, se levantó y fue hacia la puerta. En la sala se encontró con su padre, que había vuelto a casa con malas noticias.

—¡Para qué habremos esperado tanto! —exclamó el conde con involuntaria irritación—. Han cerrado el club y la policía se está marchando de la ciudad.

—Papá, no le importa que haya invitado a casa a varios heridos, ¿verdad? —le preguntó Natasha.

—Por supuesto que no —respondió el conde distraídamente—. Pero esa no es la cuestión, te pido que ahora no te entretengas con tonterías, que ayudes a embalar, porque nos vamos mañana, mañana mismo…

Y el conde dio la misma orden al mayordomo y al servicio. Durante la comida Petia, que había regresado, contó las noticias que había oído. Explicó que en el Kremlin estaban distribuyendo armas entre la población y, a pesar de que los bandos de Rastopchín afirmaban que el llamamiento se haría con dos días de antelación, probablemente ya se había dado la orden de que al día

siguiente todo el mundo se dirigiera armado a Tri Gory, puesto que allí se iba a librar un gran combate.

La condesa miraba con tímido espanto el rostro alegre y acalorado con que hablaba su hijo. Sabía que, si decía una sola palabra, si le pedía a Petia que no fuera al combate (se daba cuenta de lo mucho que le alegraba a su hijo tomar parte en él), le respondería cualquier cosa acerca de ser hombre, del honor, de la patria, cosas sin sentido y obstinadas propias de los hombres contra las que es imposible replicar, y entonces todo estaría perdido. Por lo tanto no dijo nada, con la esperanza de arreglar las cosas para que se marcharan de la ciudad antes y se llevaran a Petia como defensor y protector; después de la comida llamó al conde y, con lágrimas en los ojos, le imploró que la sacara de Moscú cuanto antes, aquella misma noche si era posible. Con esa astucia inconsciente, propia de las mujeres, en los asuntos del amor, la condesa, que hasta el momento había dado muestras de un coraje absoluto, empezó a decir que si no se marchaban esa misma noche se moriría de miedo. Y no tenía necesidad de fingir: ahora todo la asustaba.

XIV

Madame Schoss aumentó el temor de la condesa al contarle lo que había visto ante la tienda de licores de la calle Miasnítskaia al ir a ver a su hija. Al volver no había podido pasar por la calle por culpa de la multitud de borrachos que armaba alboroto, y para llegar a casa había tenido que coger un coche de punto y dar un rodeo por un callejón. El cochero le había explicado que la gente había destrozado los barriles de alcohol de la tienda porque habían recibido órdenes de hacerlo.

Después de comer, los Rostov empezaron a empaquetar las cosas y a prepararse para la partida con una celeridad febril. El viejo conde, que se puso repentinamente manos a la obra, no dejaba de ir y venir del patio a la casa, gritando cosas sin sentido a los atareados sirvientes y metiéndoles prisa. Petia daba instrucciones en el patio. Sonia no sabía qué hacer ante las órdenes contradictorias del conde y estaba completamente desorientada. Los criados corrían por las habitaciones y por el patio gritando, discutiendo y haciendo ruido. Natasha, con la pasión que la caracterizaba, también se había puesto de repente manos a la obra. Al principio recibieron con desconfianza que interviniera en el embalaje. De ella solo esperaban bromas, por lo que nadie estaba dispuesto a obedecerla, pero Natasha exigió obstinada y

acaloradamente que la obedecieran y, como no le hacían caso, se enfadó y estuvo a punto de echarse a llorar, aunque al final logró que la tomaran en serio. Su primer triunfo, que le costó enormes esfuerzos y le dio autoridad, fue el embalaje de los tapices. El conde tenía valiosos *gobelins*[208] y tapices persas. Cuando Natasha se encargó de la tarea en la sala había dos cajas abiertas: una estaba llena casi hasta arriba de porcelana y la otra de tapices. Aún quedaba mucha porcelana sobre las mesas y seguían trayendo más de la despensa, por lo que había que empezar una tercera caja, que los criados fueron a buscar.

—Sonia, espera, lo embalaremos así —dijo Natasha.

—No se puede, señorita, ya lo hemos probado —intervino un criado.

—Espera un momento, por favor —replicó Natasha, y empezó a sacar de la caja fuentes y platos envueltos en papel—. Las fuentes hay que meterlas aquí, entre los tapices.

—¡Será un milagro si los tapices solos caben en tres cajas! —dijo el criado.

—Espera, por favor. —Y Natasha se puso a rehacer el embalaje con habilidad y rapidez—. Esto no hace falta —dijo de los platos de Kíev—; esto sí, va entre los tapices —dijo de las fuentes Sajonia.

—Basta, Natasha, lo haremos nosotros —le reprochó Sonia.

—¡Ah, señorita! —exclamó el mayordomo.

Pero Natasha no se rindió, sacó todos los objetos y, rápidamente, empezó a embalarlos de nuevo, decidiendo que era necesario dejar los tapices malos y la vajilla sobrante. Cuando lo hubo sacado todo, empezaron a colocarlo de nuevo. Y, realmente, al prescindir de lo barato y de lo que no valía la pena llevarse, todo lo valioso cupo en dos cajas. Sin embargo, la de los tapices no cerraba. Podrían haber quitado algo más, pero Natasha se empeñó en que debía caber todo. Recolocó las cosas una y otra vez, apretó la tapa, obligó al criado y a Petia, a quien había hecho acudir para ayudarles, a hacer presión, y ella misma hizo esfuerzos desesperados.

—Déjalo ya, Natasha —le dijo Sonia—. Ya he visto que tenías razón, pero quita el tapiz que hay encima de todo.

—¡No quiero! —gritó Natasha sujetándose con una mano el pelo alborotado que le caía por la cara sudorosa, mientras presionaba los tapices con la otra—. ¡Aprieta, Petka, aprieta! ¡Vasílich, tú también!

Los tapices cedieron y la tapa finalmente cerró. Natasha aplaudió, lanzó alegres chillidos y las lágrimas le brotaron en los ojos. Pero esto solo duró un segundo. Inmediatamente después se puso con otra tarea y todos confiaron ya

plenamente en ella. El conde ya no se enfadaba cuando le decían que Natalia Ilínishna había anulado sus órdenes y los sirvientes acudían a ella para preguntarle si había que amarrar el equipaje de un carro o si ya estaba suficientemente cargado. Las cosas fueron como una seda gracias a las instrucciones de Natasha: los objetos inútiles se dejaban y los valiosos se empaquetaban lo más apretados posible.

Pero, por mucho que se esmeraron los criados, a altas horas de la noche aún no lo habían podido empaquetar todo. La condesa se quedó dormida y el conde, aplazando la partida para la mañana siguiente, también se acostó. Sonia y Natasha durmieron en el salón sin desvestirse.

Aquella noche pasó una carretela con un nuevo herido por la calle Povarskaia, y Mavra Kuzmínshina, que estaba cerca de la puerta cochera, lo hizo entrar en el patio de los Rostov. A su juicio el herido debía de ser un personaje importante. Lo llevaban en una carretela completamente cerrada, con la capota bajada, y en el pescante, sentado junto al cochero, iba un viejo ayuda de cámara de aspecto respetable. Un médico y dos soldados lo seguían en un carro.

—Pasen, hagan el favor. Los señores se marchan, toda la casa se queda vacía —le dijo Mavra Kuzmínshina al viejo ayuda de cámara.

—Por qué no… ¡No creemos que llegue con vida! —respondió este con un suspiro—. Tenemos casa en Moscú, pero está lejos y no hay nadie.

—Tengan la bondad de entrar, en casa de mis señores hay de todo, hagan el favor —dijo Mavra Kuzmínshina—. ¿Está muy mal?

El ayuda de cámara agitó una mano:

—¡No creemos que llegue con vida! Hay que pedirle permiso al médico.

Bajó del pescante y se acercó al carro.

—De acuerdo —asintió el médico.

El ayuda de cámara volvió a la carretela, miró dentro y meneó la cabeza; a continuación ordenó al cochero que entrara en el patio y se detuvo al lado de Mavra Kuzmínshina.

—¡Señor Jesucristo! —susurró la mujer, y propuso que metieran al herido en la casa—. Los señores no dirán nada…

Había que evitar subir la escalinata, por lo que llevaron al herido a un ala de la casa y lo instalaron en la antigua habitación de *madame* Schoss.

Aquel herido era el príncipe Andréi Bolkonski.

XV

Llegó el último día de Moscú. El tiempo era claro, alegre, otoñal. Era domingo. Como cualquier otro domingo, las campanas de todas las iglesias llamaban a misa. Parecía que todavía nadie fuera capaz de comprender lo que esperaba a la ciudad.

Solo había dos indicadores sociales que señalaban la situación de Moscú: la plebe, es decir, el estamento de la gente pobre, y el precio de las cosas. De buena mañana grandes masas de obreros, criados y campesinos a los que se habían unido funcionarios, seminaristas y nobles se dirigieron hacia Tri Gory. Después de esperar allí a Rastopchín sin que este apareciera y convencidos de que Moscú se iba a rendir, las masas se dispersaron por las tabernas y las posadas de la ciudad. Los precios también indicaban cuál era la situación; el precio de las armas, del oro, de los carros y de los caballos no dejaba de crecer, y el del papel moneda y de los objetos domésticos disminuía sin cesar. Al mediodía se dieron casos en que los cocheros se llevaron mercancías tan caras como el paño a mitad de precio, mientras que se llegaron a pagar quinientos rublos por el caballo de un campesino. Los muebles, los espejos y los bronces se daban gratis.

En la vieja y sobria casa de los Rostov el quebranto de las antiguas condiciones de vida se percibió muy débilmente. En cuanto a los criados, solo se notó en que por la noche habían desaparecido tres de la numerosísima servidumbre, aunque no habían robado nada. En cuanto a los precios, resultó que los treinta carros llegados de las aldeas ahora suponían una inmensa riqueza que todo el mundo envidiaba y por los que les ofrecían fabulosas cantidades de dinero. Y no solo eso, sino que desde la víspera y en la mañana del 1 de septiembre empezaron a llegar al patio de los Rostov ordenanzas y criados enviados por oficiales heridos, así como los propios heridos alojados allí y en las casas vecinas, implorando a los sirvientes de los Rostov que les dieran algún carro para salir de Moscú. A pesar de compadecer a los heridos, el mayordomo al que se dirigían con tales peticiones se negaba en rotundo diciendo que no se atrevía siquiera a planteárselo al conde; por más lástima que le diera que los heridos tuvieran que quedarse en Moscú, sabía que si cedía un carro no habría motivo para no ceder otro más y así hasta darlos todos, incluidos los carruajes. Treinta carros no podían salvar a todos los heridos y en la desgracia común uno no podía dejar de pensar en sí mismo y en la propia familia. Así es como pensaba el mayordomo por cuenta de su señor.

El día 1, al levantarse por la mañana, el conde Iliá Andreich salió sin hacer ruido del dormitorio para no despertar a la condesa, que no se había

dormido hasta el amanecer, y se dirigió hacia el porche en su bata de seda lila. Los carros, listos para partir, aguardaban en el patio, y frente al porche estaban los carruajes. El mayordomo charlaba en la entrada con un viejo ordenanza y con un oficial joven de rostro pálido y el brazo en cabestrillo. Al ver al conde, el mayordomo les hizo una expresiva y severa seña para que se alejaran.

—¿Qué, Vasílich, ya está todo preparado? —preguntó el conde, frotándose la calva, mirando afablemente al oficial y al ordenanza y saludándoles con la cabeza. (Al conde le gustaba ver nuevas caras.)

—Se podría enganchar ahora mismo, excelencia.

—¡Formidable! En cuanto la condesa se despierte nos pondremos en marcha, con la ayuda de Dios. Y ¿usted, señor? —Se volvió hacia el oficial—. ¿Está alojado en mi casa?

El oficial se acercó y su rostro pálido de repente se cubrió de rubor.

—Conde, tenga la bondad… Por Dios, permítame… subir a alguno de sus carros. No llevo nada encima… Iré incluso en una carreta, no me importa…

Aún no había terminado de hablar y el ordenanza ya le estaba pidiendo al conde lo mismo para su señor.

—¡Ah! Sí, sí, sí —respondió el conde atropelladamente—. Será un placer, un verdadero placer. Vasílich, manda que descarguen uno o dos carros… Bueno… los que… Los que haga falta —ordenó ambiguamente.

Pero la expresión de agradecimiento profundo que se dibujó al instante en el rostro del oficial vino a confirmar esa orden. El conde miró a su alrededor y vio que tanto en el patio como en la puerta cochera y en las ventanas del ala de la casa había heridos y ordenanzas. Todos ellos lo miraban y empezaban a acercarse al porche.

—Excelencia, acompáñeme a la galería, por favor: ¿qué hacemos con los cuadros? —le preguntó el mayordomo.

El conde entró en la casa con él, repitiendo la orden de que no se negaran carros a los heridos que rogaran marcharse.

—Alguna cosa se podrá descargar, digo yo —añadió en voz baja y misteriosa, como temiendo que alguien le oyese.

La condesa se despertó a las nueve. Matriona Timoféievna, su antigua doncella, que cumplía con respecto a su señora el cargo de jefe de gendarmes, entró para informarle de que Maria Kárlovna estaba muy ofendida y que los vestidos de verano de las señoritas no podían quedarse en Moscú. Cuando la condesa le preguntó por qué estaba ofendida *madame* Schoss, Matriona Timoféievna respondió que habían descargado su baúl de un carro, que

estaban desatando la carga de todos los carros y quitándola para subir a los heridos: el conde, con su candidez, había ordenado llevarlos a todos ellos. La condesa hizo llamar a su marido.

—¿Qué es eso, querido, de que están descargando nuestras cosas?

—¿Sabes, *ma chère*? Quería decírtelo… *Ma chère* condesita… se me ha acercado un oficial para pedirme que le ceda algunos carros para los heridos. Después de todo, los objetos se pueden comprar, y ¡cómo van a quedarse ellos en la ciudad!… Están en nuestro patio, los hemos invitado nosotros, hay oficiales entre ellos… ¿Sabes? En verdad creo, *ma chère*… Creo, *ma chere*, que podríamos llevarlos… ¿Qué prisa hay?…

El conde lo dijo con temor, como solía hablar cuando se trataba de dinero. La condesa ya estaba acostumbrada a ese tono que siempre precedía a asuntos que causaban la ruina de sus hijos —la construcción de una galería, de un invernadero, la organización de un teatro casero o de una orquesta—, y consideraba su deber oponerse a todo lo que implicara ese tono.

Adoptando un aspecto sumiso y plañidero, le dijo a su marido:

—Escúchame, conde: nos has llevado hasta una situación en que no nos dan nada por la casa, y ahora quieres destruir todo nuestro patrimonio, el de los *niños*. Tú mismo dices que en casa hay bienes por valor de cien mil rublos. Querido, no estoy de acuerdo, no lo estoy. ¡Haz lo que quieras! Pero es el gobierno quien tiene que preocuparse de los heridos. Y ellos lo saben. Fíjate en la casa de enfrente: ya hace dos días que los Lopujin se lo llevaron absolutamente todo. Eso es lo que hace la gente, y nosotros somos los únicos imbéciles. Si no te compadeces de mí, al menos compadécete de tus hijos.

El conde agitó las manos y, sin pronunciar una palabra, salió de la habitación.

—¡Papá! ¿Qué pasa? —preguntó Natasha, que lo había seguido hasta la habitación de su madre.

—¡Nada! ¡Nada que te importe! —exclamó el conde enfadado.

—Pero si ya lo he oído —dijo Natasha—. ¿Por qué no quiere mamá?

—¡No es de tu incumbencia! —gritó el conde.

Natasha fue hasta la ventana y se quedó pensativa.

—Papá, ha llegado Berg —dijo, mirando por los cristales.

XVI

Berg, el yerno de los Rostov, ya era un coronel que lucía en el cuello las cruces de Vladímir y de Anna y seguía ocupando el tranquilo y agradable puesto de ayudante del jefe del Estado Mayor, es decir, ayudante del jefe de la primera sección del Estado Mayor del segundo cuerpo del ejército.

El 1 de septiembre llegó a Moscú procedente del ejército.

No tenía nada que hacer en Moscú, pero se dio cuenta de que todos sus compañeros pedían un permiso para ir allí, por lo que consideró necesario solicitarlo él también con el fin de atender asuntos familiares y domésticos.

Berg llegó a la casa de su suegro en su pulcra carretela tirada por un par de caballos bayos, exactamente iguales que los de cierto príncipe. Miró con atención los carros que había en el patio y, mientras entraba por el porche, sacó un pañuelo impecable y le hizo un nudo[209].

Habiendo cruzado el recibidor con paso ligero e impaciente, entró a toda prisa en el salón, abrazó al conde, besó la manita de Natasha y de Sonia, y preguntó apresuradamente por la salud de *mamá*.

—¿Qué salud va a tener en un momento así? Mejor cuéntanos tú, ¿qué van a hacer las tropas? ¿Van a retroceder o habrá otra batalla? —preguntó el conde.

—Solo Dios Todopoderoso puede decidir el destino de nuestra patria, papá —dijo Berg—. El ejército vibra de heroísmo y nuestros adalides, por así decirlo, están reunidos para deliberar. No se sabe lo que va a ocurrir. Pero le diré, papá, que no hay palabras dignas para describir el espíritu heroico, el coraje auténtico digno de la Antigüedad que mostraron los… las —se corrigió— tropas rusas en la batalla del día 26… Le diré, papá —se golpeó en el pecho exactamente igual que había visto hacer a un general, pero se golpeó tarde, porque tendría que haberlo hecho justo al decir «las tropas rusas»—, le diré abiertamente que nosotros, los jefes, no solo no tuvimos que azuzar a los soldados ni nada parecido, sino que a duras penas logramos contener esas… esas… sí, esas intrépidas hazañas dignas de la Antigüedad —dijo atropelladamente—. El general Barclay de Tolly arriesgó su vida al frente de las tropas. Nuestro cuerpo de ejército estaba situado en la pendiente de una colina, ¡figúrese!

Y contó todo lo que pudo recordar de las distintas historias que había oído durante ese tiempo. Natasha lo miraba fijamente, algo que desconcertaba a Berg, como buscando en su rostro la solución a algún problema.

—¡Es imposible imaginar el heroísmo que han demostrado los soldados rusos, son dignos de elogio! —exclamó Berg, volviéndose hacia Natasha y,

como si deseara adularla, le sonrió en respuesta a su persistente mirada—. «¡Rusia no está en Moscú, sino en el corazón de sus hijos!» ¿No es así, papá?

En ese momento la condesa llegó de la sala de los divanes con aspecto cansado y disgustado. Berg se levantó rápidamente de un salto, le besó la manita, se interesó por su salud y, expresándole con un movimiento de cabeza que la compadecía, se quedó junto a ella.

—Sí, mamá, le diré que en verdad son tiempos difíciles y tristes para cualquier ruso. Pero ¿para qué inquietarse tanto? Aún tienen tiempo de marcharse…

—No entiendo qué hacen los criados —dijo la condesa, volviéndose hacia su marido—. Me acaban de decir que aún no hay nada preparado. ¡Alguien tiene que dar las órdenes necesarias! Ahora es cuando se echa en falta a Mítenka. ¡Así no vamos a terminar nunca!

El conde iba a decir algo, pero fue evidente que se contuvo. Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta.

En aquel momento Berg sacó el pañuelo como para sonarse y, al ver el nudo, se quedó pensativo y movió la cabeza con aire triste y significativo.

—Papá, tengo que pedirle algo importante —dijo.

—¡Hm! —profirió el conde, deteniéndose.

—Acabo de pasar por delante de la casa de los Yusúpov —dijo Berg, riendo—. El administrador, al que conozco, ha salido a preguntarme si quería comprar algo. He entrado por curiosidad, ¿sabe?, y he visto un chifonier y un tocador. Ya sabe cuánto lo desea mi querida Vera y cuánto hemos discutido por eso. —Al ponerse a hablar del chifonier y del tocador, sin darse cuenta, adoptó un tono satisfecho por su vida acomodada—. ¡Qué preciosidad! Se abre y tiene un cajón secreto inglés, ¿sabe? Hace tanto que Vérochka lo quiere… Y me apetece darle una sorpresa. He visto que hay en su patio muchos campesinos de esos. Déjeme disponer de uno, por favor, le pagaré bien y…

El conde hizo una mueca y empezó a toser.

—Pídaselo a la condesa, yo no doy las órdenes.

—Si no le va bien, no hace falta, por favor —dijo Berg—. Pero es que me gustaría tanto por mi querida Vera…

—¡Ah, váyase al diablo, al diablo, al diablo! —gritó el viejo conde—. Me da vueltas la cabeza.

Y salió del salón. La condesa se echó a llorar.

—¡Sí, sí, mamá, son tiempos muy duros! —dijo Berg.

Natasha salió con su padre y, como si le costara comprender algo, primero lo siguió y después corrió escaleras abajo.

Petia estaba en el porche entregando armas a los sirvientes que iban a salir de Moscú. En el patio, igual que antes, seguían los carros cargados. Dos de ellos habían sido vaciados y un oficial se estaba subiendo en uno con la ayuda de un ordenanza.

—¿Sabes por qué ha sido? —le preguntó Petia a Natasha. Ella comprendió que se refería a por qué habían discutido sus padres. No le respondió—. Pues porque papá quería ceder todos los carros a los heridos. Me lo ha dicho Vasílich. Creo que…

—Pues ¡yo creo que es una canallada, una vileza, una… no sé! —dijo de pronto Natasha, casi a voz en grito, volviendo su rostro enfurecido hacia Petia—. ¿Acaso somos unos alemanes cualesquiera?…

El cuello le empezó a temblar por unos sollozos convulsivos y, temiendo calmarse y descargar en vano toda su ira, se dio la vuelta y se abalanzó impetuosamente escaleras arriba.

Berg estaba sentado al lado de la condesa, consolándola con familiaridad y respeto. El conde se paseaba por el salón con una pipa en las manos cuando Natasha, con el rostro desencajado por la ira, irrumpió como una tormenta y fue hacia su madre con paso rápido.

—¡Es una canallada! ¡Una vileza! —gritó—. ¡Es imposible que lo haya ordenado usted!

Berg y la condesa la miraron perplejos, sin comprender. El conde se detuvo junto a la ventana y prestó oídos.

—¡Mamá, no puede ser, mire lo que está pasando en el patio! —gritó Natasha—. ¿Los vamos a dejar aquí?…

—¿Qué te pasa? ¿A quién te refieres? ¿Qué quieres?

—¡A los heridos, a ellos me refiero! No puede ser, mamá, es intolerable… No, mamá querida, no está nada bien, perdóneme, mamá querida… ¿Qué nos importa lo que nos llevemos? ¡Mire lo que está pasando en el patio!… ¡Mamá!… ¡No puede ser!…

El conde seguía en la ventana, sin volverse y escuchando las palabras de Natasha. De pronto empezó a resoplar y acercó la cara a los cristales.

La condesa miró a Natasha y, al notar que su hija estaba avergonzada de ella y al percibir su conmoción, entendió la razón por la que su marido no la miraba. Desconcertada, miró alrededor.

—¡Ah, haced lo que queráis! ¿Acaso os lo impido? —dijo, todavía sin terminar de ceder.

—Mamá, querida, perdóneme.

Pero la condesa apartó a su hija y se dirigió hacia el conde.

—*Mon cher*, da las órdenes que creas necesarias… Yo no sé nada de estas cosas —dijo, bajando la mirada con aire culpable.

—Los polluelos… los polluelos dan lecciones a la gallina… —pronunció el conde con lágrimas de júbilo, y abrazó a su mujer.

La condesa se alegró de poder ocultar su rostro avergonzado en el pecho de su marido.

—¡Papá, mamá! ¿Puedo dar ya la orden? ¿Puedo? —preguntó Natasha—. De todos modos, lo imprescindible sí que nos lo llevamos…

El conde asintió con la cabeza, y Natasha, con la velocidad con que corría al jugar al pilla pilla, cruzó la sala, el recibidor y bajó las escaleras hasta llegar al patio.

Los criados se reunieron a su alrededor y no pudieron creer la extraña orden que les estaba dando hasta que el propio conde confirmó, en nombre de la condesa, que se entregaran los carros a los heridos y que llevaran los baúles a los depósitos. En cuanto lo comprendieron, los criados empezaron la nueva tarea con alegría y diligencia. Ahora la orden ya no les parecía extraña, sino que, al contrario, creían que no podía ser de otro modo, de la misma manera que un cuarto de hora antes a nadie le había parecido extraño, sino de lo más normal, dejar a los heridos y llevarse los objetos.

Todos los de la casa, como para enmendar no haberlo hecho antes, se dedicaron con esmero a la nueva tarea de acomodar a los heridos, que salían arrastrándose de las habitaciones y rodeaban los carros con rostros jubilosos y pálidos. Por las casas vecinas corrió el rumor de que había carros vacíos, y los heridos que estaban allí instalados empezaron a dirigirse al patio de los Rostov. Muchos de ellos decían que no hacía falta descargar ningún bulto, que se conformaban con sentarse encima. Pero una vez empezó la descarga ya fue imposible detenerla. En el patio se amontonaban baúles llenos de vajilla, bronces, cuadros y espejos que, con tanto esmero, habían sido embalados la noche anterior, pero todo el mundo buscaba y encontraba la manera de descargar más cosas para dejar más carros libres.

—Aquí caben cuatro más —dijo el administrador—, les cedo mi carro. Si no, ¿qué va a ser de ellos?

—Y ¡vaciad también el carro de mi guardarropa! —dijo la condesa—. Duniasha vendrá conmigo en el coche.

Descargaron el carro del guardarropa y lo enviaron en busca de más heridos, dos casas más allá. Todos, tanto los Rostov como los sirvientes,

estaban alegres y animados. Natasha se encontraba en un estado de arrebato, felicidad y animación que hacía mucho tiempo que no sentía.

—Pero ¿dónde vamos a atarlo? —decían los criados, colocando un baúl en la estrecha trasera de un carruaje—. Habría que dejar al menos un carro.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Natasha.

—Libros del conde.

—Dejadlos. Vasílich los recogerá. No hacen falta.

La carretela iba llena y dudaban de dónde se sentaría Piotr Ilich[210].

—Irá en el pescante. Irás en el pescante, ¿verdad, Petia? —gritó Natasha.

Sonia tampoco dejaba de trajinar, pero con un objetivo contrario al de Natasha. Guardaba las cosas que iban a dejar, las apuntaba en un papel por deseo de la condesa y procuraba llevarse todo cuanto podía.

XVII

Hacia las dos de la tarde, los cuatro carruajes de los Rostov, enganchados y cargados hasta arriba, esperaban en la entrada. Los carros con los heridos salían del patio uno detrás del otro.

La carretela en la que habían traído al príncipe Andréi pasó por delante del porche y atrajo la atención de Sonia, que estaba arreglando con una doncella el asiento para la condesa en su enorme y alto carruaje que la esperaba frente a la entrada.

—¿De quién es esa carretela? —preguntó Sonia, asomándose por la ventanilla del carruaje.

—¿Acaso no lo sabe, señorita? —respondió la doncella—. Es del príncipe herido: ha pasado la noche en casa y viene con nosotros.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo se apellida?

—¡Es el antiguo prometido de la señorita, el príncipe Bolkonski! Dicen que está a punto de morir —dijo la doncella con un suspiro.

Sonia saltó del carruaje y corrió hacia la condesa. Esta, ya preparada, con un vestido de viaje, un chal y un sombrero, se paseaba por el salón con aspecto cansado esperando a los suyos para sentarse con las puertas cerradas y rezar antes de partir. Natasha no estaba.

—*Maman* —dijo Sonia—, el príncipe Andréi está aquí, herido de muerte. Viene con nuestro convoy.

La condesa, espantada, abrió mucho los ojos, cogió a Sonia por el brazo y miró a los lados.

—¿Y Natasha? —susurró.

En un primer momento tanto para Sonia como para la condesa la noticia significó una sola cosa. Conocían bien a su Natasha y, el terror ante el efecto que le produciría semejante noticia, ahogó en ellas cualquier sentimiento de compasión por ese hombre al que ambas querían.

—Natasha aún no lo sabe; pero él viene con nosotros —dijo Sonia.

—Y ¿dices que está a punto de morir?

Sonia asintió con la cabeza.

La condesa la abrazó y se echó a llorar.

«¡Los caminos del Señor son inescrutables!», pensó, sintiendo que en todo cuanto sucedía en aquellos tiempos se estaba manifestando la mano del Todopoderoso, oculta hasta entonces de la mirada humana.

—Bueno, mamá, ya está todo listo. ¿Qué le pasa? —preguntó Natasha, entrando en el salón rápidamente, muy animada.

—Nada —dijo la condesa—. Si ya está todo listo, vamos.

Y se inclinó sobre su ridículo para ocultar su cara descompuesta. Sonia abrazó a Natasha y la besó.

Esta la miró interrogativamente.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Nada… no…

—¿Es algo muy malo para mí?… ¿Qué es? —preguntó la perspicaz Natasha.

Sonia suspiró y no le respondió. En ese momento el conde, Petia, *madame* Schoss, Mavra Kuzmínshina y Vasílich entraron en el salón y, tras cerrar la puerta, se sentaron todos y estuvieron varios segundos en silencio y sin mirarse.

El conde fue el primero en levantarse y, con un fuerte suspiro, se santiguó ante un icono. Todos hicieron lo mismo. A continuación abrazó a Mavra Kuzmínshina y a Vasílich, que se quedaban en Moscú, y, mientras le cogían de la mano y le besaban en el hombro, él les dio unas palmaditas en la espalda y les dijo algo impreciso, cariñoso y consolador. La condesa salió hacia el oratorio y Sonia la encontró arrodillada frente a los iconos que habían quedado desparejados en la pared. (Los que, por tradición familiar, más apreciaban, se los llevaban consigo.)

Los criados que se marchaban, armados con puñales y sables que Petia les había dado, con los pantalones metidos en las botas, los cinturones y las fajas muy ceñidas, se despedían en el porche y en el patio de quienes se quedaban.

Como siempre ocurre cuando se emprende un viaje, quedaban muchas cosas olvidadas o mal colocadas; durante un buen rato dos lacayos esperaron a ambos lados del carruaje con las portezuelas abiertas y los estribos desplegados para ayudar a subir a la condesa, mientras varias doncellas iban y venían con cojines y hatillos desde la casa hasta los carruajes, la carretela y la calesa.

—¡Siempre se olvidan de todo! —exclamó la condesa—. Ya sabes que no puedo sentarme así.

Y Duniasha, sin responderle, apretando los dientes y con una expresión de reproche, se lanzó hacia el carruaje para colocar el asiento de otra manera.

—¡Ah, qué gente! —dijo el conde, moviendo la cabeza.

El viejo cochero Yefim, que era con el único con quien la condesa se atrevía a viajar, iba sentado en el alto pescante y ni siquiera se volvió para mirar lo que ocurría a su espalda. Su experiencia de treinta años le decía que aún tardarían en decirle: «¡En marcha y con Dios!», que cuando lo hicieran le mandarían parar dos veces más, enviarían a alguien a por alguna cosa olvidada, después volverían a mandarle parar, la condesa se asomaría por la ventanilla y le rogaría que, por el amor de Dios, condujera con mucho cuidado en las bajadas. Como ya sabía todo esto, esperaba con más paciencia que los caballos (sobre todo que Sokol[211], el alazán de la izquierda que golpeaba el suelo con una pata y no dejaba de morder el bocado). Por fin, cuando todos ocuparon sus asientos, los criados levantaron el estribo y lo plegaron, cerraron la portezuela con fuerza, enviaron a alguien a buscar un cofrecito, y la condesa, sacando la cabeza, dijo lo que tenía que decir. Entonces Yefim se quitó el sombrero lentamente y se santiguó. El postillón y todos los demás hicieron lo mismo.

—¡Con Dios! —dijo Yefim, poniéndose de nuevo el sombrero—. ¡Adelante!

El postillón puso a los caballos en marcha. El de la derecha hizo presión en la collera, las altas ballestas crujieron y la caja empezó a balancearse. Ya en marcha, un lacayo subió al pescante de un salto. Al salir del patio el carruaje dio sacudidas sobre la calzada irregular, igual que los demás coches, y el convoy enfiló calle arriba. Todos los que iban en los carruajes, en la carretela y en la calesa se santiguaron al pasar por una iglesia que había enfrente. Los criados que se quedaban en Moscú andaban a ambos lados de los coches, diciéndoles adiós.

Natasha rara vez había experimentado un sentimiento tan alegre como el de ese momento, sentada al lado de la condesa y viendo desfilar lentamente

las fachadas del estremecido y abandonado Moscú. De vez en cuando se asomaba por la ventanilla del carruaje y miraba, de punta a punta, el largo convoy de heridos que les precedía. Casi al frente de todos ellos veía la carretela con la capota bajada del príncipe Andréi. Ignoraba quién iba dentro, y cada vez que quería comprobar la longitud del convoy, la buscaba con la mirada. Sabía que iba a la cabeza de todos.

En Kúdrino, procedentes de la calle Nikítskaia, de Presnia y del paseo Podnovínskoie, se juntaron varios convoyes como el de los Rostov, y en la calle Sadóvaia los carruajes y los carros ya formaban dos hileras.

Al rodear la torre Sújarev, Natasha, que echaba miradas rápidas y curiosas a la gente que iba a pie o en coche, de pronto gritó con alegría y asombro:

—¡Dios mío! ¡Mamá, Sonia, mirad, es él!

—¿Quién? ¿Quién?

—¡Mirad, es Bezújov, de verdad! —dijo Natasha, asomándose por la ventanilla y mirando a un hombre alto y grueso con un caftán de cochero.

Por su porte y la forma de andar era evidente que se trataba de un señor disfrazado; lo acompañaba un viejecito barbilampiño y de tez amarilla que llevaba un capote de frisa, y estaban pasando bajo el arco de la torre Sújarev.

—¡De verdad, es Bezújov, lleva un caftán y va con una especie de niño viejo! —exclamó Natasha—. ¡De verdad, mirad, mirad!

—Qué va, no es él. ¡Será posible, qué tonterías!

—¡Mamá —gritó Natasha—, me juego la cabeza a que es él! Se lo aseguro. ¡Para, para! —le gritó al cochero, que no se pudo detener porque desde la calle Meschánskaia seguían llegando más carros y carruajes que les gritaban para que avanzaran y no entorpecieran el paso.

Realmente, aunque estaban mucho más lejos que antes, los Rostov vieron a Pierre o a un hombre extraordinariamente parecido a él que llevaba caftán de cochero e iba a pie por la calle, con la cabeza inclinada y el rostro serio, junto a un viejecito barbilampiño con aspecto de lacayo. El viejecito reparó en que había alguien asomado que los miraba y, tocándole respetuosamente el codo a Pierre, le dijo algo y señaló el carruaje. Pierre tardó mucho en comprender lo que le decía de lo ensimismado que parecía estar. Cuando finalmente lo entendió, miro hacia allí y, al reconocer a Natasha, se dirigió rápidamente hacia el carruaje dejándose llevar por el primer impulso. Pero, al cabo de unos diez pasos se detuvo, como si hubiera recordado algo.

El rostro de Natasha, asomado por la ventanilla, resplandecía con burlona ternura.

—¡Piotr Kirílych, venga! ¡Que le hemos reconocido! ¡Es increíble! —gritaba, alargando el brazo—. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué va así vestido?

Pierre le cogió la mano que le estaba tendiendo y, en marcha (ya que el carruaje seguía avanzando), se la besó con torpeza.

—¿Qué le ocurre, conde? —preguntó la condesa Rostova con voz asombrada y llena de compasión.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Por qué? No me lo pregunte —respondió Pierre, y se volvió hacia Natasha, cuya mirada alegre y resplandeciente (lo sentía sin necesidad de mirarla) lo poseía con su encanto.

—¿Qué va a hacer? ¿O se queda en Moscú?

Pierre guardó silencio.

—¿En Moscú? —dijo en tono interrogativo—. Sí, en Moscú. Adiós.

—¡Ah, cómo me gustaría ser hombre, me quedaría con usted encantada! ¡Ah, qué bien! —exclamó Natasha—. Mamá, permítame quedarme.

Pierre miró distraídamente a Natasha y quiso decir algo, pero la condesa lo interrumpió.

—Hemos oído decir que estuvo usted en la batalla, ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Pierre—. Mañana habrá otro combate… —empezó, pero Natasha le cortó.

—Pero ¿qué le pasa, conde? No parece usted…

—Ah, no me pregunte, ni yo mismo lo sé. Mañana… Pero ¡no! Adiós, adiós —murmuró—. ¡Qué tiempos tan terribles!

Se alejó del carruaje y volvió a la acera.

Natasha estuvo un buen rato más asomada a la ventanilla, mirándole con una sonrisa resplandeciente, tierna, alegre y un poco burlona.

XVIII

Desde que había desaparecido de su casa, Pierre llevaba dos días viviendo en el piso vacío del difunto Bazdéiev. Así es como había sucedido.

El día después de su llegada a Moscú y de su entrevista con el conde Rastopchín, al despertarse, Pierre tardó mucho rato en comprender dónde estaba y qué es lo que querían de él. Cuando, entre los nombres de las personas que le esperaban en la sala de recepción, le informaron de que además había un francés con una carta de la condesa Yelena Vasílievna[212], de repente se apoderó de él ese sentimiento de confusión y desesperanza al que era propenso. De pronto le pareció que había llegado el fin, que todo se

había desmoronado, venido abajo, que nadie tenía culpa ni razón, que no había futuro y era imposible salir de esa situación. Farfullando algo con una sonrisa forzada, tan pronto se sentaba en el diván en una postura de impotencia como se levantaba, se acercaba a la puerta y miraba la sala de recepción por la rendija, o, agitando los brazos, daba la vuelta y cogía un libro. El mayordomo entró para insistirle en que había un francés con una carta de la condesa que deseaba verlo aunque solo fuera un minuto; asimismo, le informó de que habían venido de parte de la viuda de Ósip Alekséievich Bazdéiev para pedirle que se hiciera cargo de sus libros, puesto que la señora se había marchado al campo.

—Ah, sí, enseguida, espera… Bueno no, no: ve y di que ahora voy —respondió Pierre.

Pero, en cuanto el mayordomo salió, Pierre cogió el sombrero que había encima de la mesa y salió por la puerta trasera del gabinete. No había nadie en el pasillo. Lo recorrió hasta llegar a la escalera y, haciendo una mueca y secándose la frente con las dos manos, bajó hasta el primer rellano. El portero aguardaba en la puerta principal. Desde el rellano en que estaba Pierre, salía otra escalera que conducía a la salida de atrás; la bajó y salió al patio. Nadie lo vio. En la calle, en cuanto cruzó el portón, los cocheros que esperaban en los carruajes y el portero se quitaron el gorro al ver al señor. Al notar sus miradas, Pierre actuó como un avestruz que esconde la cabeza debajo del ala para no ser visto: la agachó y, acelerando el paso, se alejó por la calle.

De todos los asuntos que debía atender esa mañana, el que más importante le parecía era clasificar los libros y los documentos de Ósip Alekséievich.

Cogió el primer coche de punto que encontró y le ordenó al cochero que se dirigiera a los estanques del Patriarca, que era donde estaba la casa de la viuda de Bazdéiev.

Sin dejar de volver la mirada hacia las hileras de carruajes que avanzaban por todas partes para abandonar Moscú y acomodando su grueso cuerpo para no caerse de la vieja y destartalada calesa, Pierre, con un sentimiento alegre semejante al de un niño que se ha escapado del colegio, trabó conversación con el cochero.

Este le contó que ese día en el Kremlin iban a distribuir armas y que al día siguiente enviarían a la población a la puerta de Tri Gory, donde se libraría una gran batalla.

Al llegar a los estanques del Patriarca, Pierre buscó la casa de Bazdéiev, que hacía mucho tiempo que no visitaba, y se acercó a la puerta de la verja.

Guerásim, el viejecito barbilampiño de tez amarilla al que había visto cinco años antes en Torzhok con Ósip Alekséievich, salió al oír que llamaban.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó Pierre.

—Debido a las circunstancias actuales, Sofia Danílovna se ha marchado a la aldea de Torzhok con sus hijos, excelencia.

—De todos modos, hay unos libros que tengo que revisar —dijo Pierre.

—Haga el favor de pasar. Makar Alekséievich, hermano del difunto (que en gloria esté), se ha quedado; como sabe usted, ha decaído mucho —dijo el viejo criado.

Pierre sabía que Makar Alekséievich era el hermano medio loco y alcoholizado de Ósip Alekséievich.

—Sí, sí, lo sé. Vamos, vamos… —dijo Pierre, y entró en la casa.

En el recibidor había un viejo alto y calvo de nariz colorada que iba en batín, chanclos y sin calcetines. Al ver a Pierre, murmuró algo con enfado y salió hacia el pasillo.

—Era un hombre tan inteligente, pero ya ve usted cómo ha decaído… —dijo Guerásim—. ¿Quiere pasar al gabinete? —Pierre asintió con la cabeza—. Está cerrado, tal y como lo dejaron. Sofia Danílovna ordenó que, si venía alguien de su parte, le entregáramos los libros.

Pierre entró en el mismo gabinete lúgubre que, con tanta emoción, había visitado en vida de su bienhechor. Ahora, cubierto de polvo, sin que nadie lo hubiera tocado desde la muerte de Ósip Alekséievich, tenía un aspecto aún más lúgubre.

Guerásim abrió un postigo y salió de puntillas. Pierre recorrió el gabinete, se acercó a un armario que guardaba manuscritos y cogió el que en su día fue uno de los tesoros más preciados de la orden: las actas escocesas originales con notas y explicaciones de su bienhechor. Se sentó ante un escritorio polvoriento y puso ahí los manuscritos, que abría y volvía a cerrar; finalmente los apartó y, con la cabeza apoyada en las manos, se sumió en sus pensamientos.

Guerásim se asomó varias veces y vio que Pierre seguía sentado en la misma postura. Pasaron más de dos horas. Entonces Guerásim se permitió hacer ruido en la puerta para atraer su atención. Pero Pierre no le oyó.

—¿Ordena usted que despida al cochero?

—Ah, sí —respondió Pierre volviendo en sí y levantándose rápidamente—. Escúchame —le dijo, cogiéndolo por el botón de la levita y mirándolo de arriba abajo con ojos brillantes, húmedos y llenos de entusiasmo—. ¿Sabes que mañana habrá una batalla?…

—Eso he oído —respondió Guerásim.

—Te ruego que no le digas a nadie quién soy. Y haz lo que te diga…

—A sus órdenes —asintió Guerásim—. ¿Desea usted comer?

—No, pero me hace falta otra cosa. Necesito ropa de campesino y una pistola —dijo Pierre, enrojeciendo súbitamente.

—A sus órdenes —dijo Guerásim, después de quedarse un momento pensativo.

Pierre pasó el resto del día solo en el gabinete, paseándose de un lado a otro nerviosamente y hablando consigo mismo, como oyó Guerásim. Durmió allí mismo, en la cama que le habían preparado.

Guerásim, como criado que había visto muchas cosas raras en su vida, no se extrañó de que Pierre se mudara allí y parecía satisfecho de tener a quién servir. Esa misma tarde, sin preguntarse siquiera para qué querría Pierre un caftán y un gorro, se los consiguió y le prometió que al día siguiente buscaría la pistola que le había pedido. Por la noche Makar Alekséievich, haciendo sonar los chanclos, se detuvo dos veces en la puerta del gabinete y se quedó mirando obsequiosamente a Pierre. Pero, en cuanto este se volvía, Makar Alekséievich se cruzaba la bata con aire tímido y enojado, y se alejaba a toda prisa.

Pierre se encontró con los Rostov justamente cuando se dirigía con Guerásim hacia la torre Sújarev para comprar la pistola, vestido con el caftán de cochero que el viejo criado le había conseguido y lavado.

XIX

La noche del 1 de septiembre Kutúzov ordenó al ejército ruso retroceder hasta la carretera de Riazán atravesando Moscú.

Las primeras tropas se pusieron en marcha por la noche, sin prisa, lentamente y en orden; pero al amanecer, cuando se acercaban al puente de Dorogomílovo, se toparon con masas infinitas de soldados que se agolpaban en el puente, que recorrían y bloqueaban las calles y callejones del otro lado, al tiempo que las empujaban desde atrás. Entonces una prisa y una inquietud inmotivadas dominó a las tropas, que se precipitaron hacia el puente, los vados y las barcas. Kutúzov había ordenado que lo llevaran al otro lado de Moscú dando un rodeo, por las calles laterales.

Hacia las diez de la mañana del 2 de septiembre, en los arrabales de Dorogomílovo solo quedaban las tropas de la retaguardia. El ejército ya había

cruzado el río y estaba en el otro lado de Moscú o más allá de la ciudad.

A esa misma hora —es decir, a las 10 de la mañana del 2 de septiembre —, Napoleón estaba en la colina Poklónnaia con sus tropas contemplando el panorama que se abría ante sus ojos. Durante la convulsa y memorable semana que había separado la batalla de Borodinó y la entrada del enemigo en Moscú —entre el 26 de agosto y el 2 de septiembre— había hecho un tiempo insólito, un tiempo otoñal que siempre asombra a la gente: el sol bajo calienta más que en primavera, todo resplandece con tanta fuerza en la atmósfera limpia y clara que daña los ojos, el pecho se fortalece y se refresca cuando aspira el aire fragante del otoño, las noches son incluso cálidas, y, en esas noches cálidas y oscuras, llueven doradas estrellas sin cesar, asustando y alegrando a la vez.

Así era el tiempo a las 10 de la mañana del 2 de septiembre. El día tenía un brillo mágico. Desde la colina Poklónnaia, Moscú se extendía ampliamente con su ríos, jardines e iglesias, y parecía continuar con su vida, con las cúpulas refulgiendo como estrellas bajo los rayos del sol.

Al ver tan extraña ciudad, con su maravillosa arquitectura de formas nunca vistas, Napoleón sintió la misma curiosidad, un tanto envidiosa e inquieta, de quien ve formas de vida ajenas y desconocidas para él. Era evidente que la ciudad vivía la vida con toda su intensidad. Por las señas indeterminadas que nos permiten distinguir desde lejos inequívocamente un cuerpo vivo de otro muerto, Napoleón sentía desde la colina Poklónnaia el palpitar de la vida en la ciudad, la respiración de ese cuerpo grande y hermoso.

—*Cette ville asiatique aux innombrables églises, Moscou la sainte. La voilà donc enfin, cette fameuse ville! Il était temps*[213] —dijo.

Desmontó del caballo y, tras ordenar que desplegaran un mapa de *Moscou*, llamó al traductor Lelorgne d'Ideville. «*Une ville occupée par l'ennemi ressemble à une fille qui a perdu son honneur*»[214], pensó (esto mismo se lo había dicho a Tuchkov en Smolensk). Y desde ese punto de vista contemplaba la beldad oriental que aún no conocía y que se extendía ante él. Se le hacía extraño que finalmente su tan antiguo deseo, que le había parecido inalcanzable, se hubiera materializado. Bajo la luz clara de la mañana miraba alternativamente la ciudad y el mapa para comprobar sus detalles, y la certeza de que la iba a poseer le emocionaba y horrorizaba al mismo tiempo.

«Pero ¿acaso podría haber sido de otro modo? —pensó—. Aquí está la capital, tendida a mis pies, esperando su destino. ¿Dónde estará Alejandro ahora? ¿En qué pensará? ¡Qué ciudad tan bella y majestuosa! Y ¡qué

momento tan extraño y sublime! ¿Bajo qué luz me verán? —se dijo, pensando en sus soldados—. ¡Esta es la recompensa para todos estos incrédulos —reflexionó, volviéndose hacia sus favoritos y hacia las tropas que se iban aproximando y formando—. Una palabra mía, un movimiento de mi mano, y sería el fin de esta capital, capital *des Czars. Mais ma clémence est toujours prompte à descendre sur les vaincus*.[215] Tengo que ser magnánimo y verdaderamente grande… Pero ¡no, no es cierto que esté en Moscú! —se le ocurrió de pronto—. Sin embargo, aquí está, a mis pies, con sus cúpulas y cruces doradas jugueteando y fulgurando bajo los rayos del sol. Me apiadaré de ella. En los antiguos monumentos de la barbarie y del despotismo escribiré grandes frases de justicia y clemencia… Alejandro será quien lo comprenda con más dolor, lo conozco bien. —A Napoleón le parecía que el sentido principal de todo lo que estaba ocurriendo estribaba en su lucha personal contra Alejandro—. Desde las alturas del Kremlin (sí, es el Kremlin, sí) dictaré leyes de justicia, les mostraré el significado de la verdadera civilización, haré que generaciones de boyardos recuerden con amor el nombre de su conquistador. Le diré a su delegación que no quiero ni he querido la guerra, que solo he combatido contra la política equivocada de su corte, que amo y respeto a Alejandro, y que aceptaré en Moscú unas condiciones de paz dignas para mí y para mis pueblos. No quiero sacar provecho de la victoria para humillar a un soberano al que respeto. Les diré: "¡Boyardos! No quiero la guerra, quiero la paz y la prosperidad para todos mis súbditos!". Por otro lado, sé que su presencia me infundirá ánimos y les hablaré como siempre hago: con claridad, solemnidad y grandeza. Pero ¿acaso es cierto que estoy en Moscú? ¡Sí, ahí está!»

—*Qu'on m'amène les boyards*[216] —le dijo a su séquito.

Y un general con una formidable comitiva salió a galope de inmediato en busca de los boyardos.

Pasaron dos horas. Napoleón almorzó y volvió al mismo lugar de la colina Poklónnaia, esperando a la delegación. El discurso que iba a dirigir a los boyardos ya sonaba claramente en su cabeza; era un discurso lleno de dignidad y grandeza, tal y como los entendía él.

El tono de magnanimidad con que Napoleón pensaba actuar en Moscú lo tenía embelesado. En su imaginación fijaba los días de la *réunion dans le palais des Czars*[217] en que los altos dignatarios rusos iban a encontrarse con los del emperador francés; asimismo, designó mentalmente a un gobernador que supiera ganarse a la población. Al enterarse de que en Moscú había numerosas instituciones de beneficencia, decidió en su imaginación que las

dotaría personalmente de grandes recursos. Pensó que, del mismo modo que en África había tenido que vestir chilaba en las mezquitas, en Moscú tendría que ser caritativo como los zares. Y, para conmover definitivamente los corazones rusos, como cualquier francés que es incapaz de imaginarse nada sentimental sin mencionar a *ma chère, ma tendre, ma pauvre mère*[218], decidió que en todas estas instituciones benéficas mandaría escribir en mayúsuculas: «*Établissement dédié à ma chère Mère*». No, simplemente: «*Maison de ma Mère*»[219].

«Pero ¿es posible que esté en Moscú? Sí, ahí está, delante de mí. Pero ¿por qué tarda tanto en llegar la delegación de la ciudad?», se decía.

Entretanto, en las filas traseras del séquito imperial los generales y los mariscales discutían nerviosamente en un susurro. Quienes habían sido enviados en busca de la delegación habían vuelto con la noticia de que Moscú estaba vacío, de que todo el mundo se había marchado. Los que discutían estaban pálidos y alarmados. No les asustaba que la ciudad hubiera sido abandonada por la población (por muy importante que fuera este hecho), sino cómo se lo dirían al emperador, cómo, sin poner a su majestad en esa situación tan terrible que los franceses llaman *ridicule*, le dirían que había estado esperando en vano a los boyardos tanto tiempo, y que solo quedaban en la ciudad masas de borrachos, nadie más. Unos argumentaban que era necesario, costase lo que costase, formar una delegación cualquiera, otros se mostraban en desacuerdo con esta opinión y afirmaban que había que preparar con cuidado e inteligencia al emperador y después decirle la verdad.

—*Il faudra le lui dire tout de même…* —decían los señores del séquito—. *Mais, messieurs…*[220]

La situación era aún más complicada porque el emperador meditaba sus magnánimos planes andando nerviosamente de un lado a otro delante del mapa, haciendo visera con la mano para mirar de vez en cuando la carretera de Moscú con una sonrisa alegre y orgullosa.

—*Mais c'est impossible…* —decían los señores del séquito encogiéndose de hombros, sin decidirse a pronunciar la terrible palabra que flotaba en el aire: *le ridicule…*[221]

Entretanto el emperador, cansado de esperar en vano y sintiendo con su instinto de actor que el momento solemne se estaba demorando demasiado y empezaba a perder la majestuosidad, hizo un gesto con la mano. Se oyó un solitario cañonazo, que era la señal convenida, y las tropas, que rodeaban Moscú por diversas partes, avanzaron hacia las puertas de Tver, Kaluga y Dorogomílovo. Cada vez más rápido, adelantándose unas a otras al paso

ligero y al trote, las tropas desaparecieron bajo las nubes de polvo que habían levantado y llenaron el aire con su ensordecedor griterío.

Entusiasmado con el movimiento de sus tropas, Napoleón llegó con ellas hasta la puerta de Dorogomílovo, donde se volvió a detener y, desmontando del caballo, estuvo un buen rato paseándose por el terraplén Kámer-Kolezhski en espera de la delegación.

XX

Entretanto, Moscú estaba vacío. Aún había gente, una quincuagésima parte de la población se había quedado, pero la ciudad estaba vacía, como una colmena que va a extinguirse sin su reina.

En una colmena sin reina ya no hay vida, aunque a simple vista parezca tan viva como las demás.

Bajo los cálidos rayos del sol del mediodía las abejas revolotean alrededor de la colmena sin reina igual de alegres que alrededor de las otras colmenas vivas; desde lo lejos desprende el mismo olor a miel y ellas entran y salen igual. Pero en cuanto la observas con más atención, te das cuenta de que carece de vida. El apicultor nota que las abejas revolotean de un modo distinto, el olor y los sonidos son diferentes, y cuando golpea la pared de la colmena enferma, en vez del zumbido instantáneo de decenas de miles de abejas, que levantan amenazadoramente el aguijón y que, con su rápido aleteo, generan un rumor lleno de vida, le contestan unos zumbidos dispersos, que se extienden sonoramente por toda la colmena vacía. En la piquera ya no se percibe, como antes, el olor espiritoso e intenso a miel y a ponzoña, ya no se desprende de allí el calor de la abundancia: el olor de la miel está mezclado con el del vacío y la podredumbre. Ya no hay en la piquera centinelas que anuncien el peligro, dispuestas a morir para defender el panal levantando amenazadoramente el aguijón. Ya no se oye ese sonido regular y suave, el rumor del trabajo, semejante al de la ebullición, sino el ruido inarmónico y confuso del desorden. Las abejas ladronas —negras, alargadas y pringadas de miel— entran y salen tímida y sagazmente de la colmena; no pican, porque evitan el peligro. Antes, solo entraban cargadas de miel y se marchaban sin nada, pero ahora se llevan lo que encuentran dentro. El apicultor abre la parte inferior de la colmena y la observa: en vez de las abejas negras y lustrosas, apaciguadas por el trabajo, que, sujetándose unas a otras por las patas y produciendo la cera con un incesante zumbido de laboriosidad, se veían hasta

la parte inferior del panal, ahora hay otras amodorradas y escuálidas que se mueven lentamente y sin orden por el fondo y las paredes; en vez de un suelo limpio, bien sellado y barrido por las alas, ahora hay restos de cera, excrementos, abejas moribundas que apenas mueven las patas y cadáveres sin recoger.

El apicultor abre la parte superior de la colmena y la examina. En vez de nutridas filas de abejas que sellan todos los huecos de las celdillas y dan calor a las larvas, ve las hábiles y complejas estructuras de las celdillas, pero no en su antiguo estado de pureza. Todo está descuidado y sucio. Las negras ladronas merodean rápida y furtivamente por las celdillas, mientras que las abejas que vivían en la colmena, escuálidas, encogidas, consumidas como si fueran viejas, se arrastran lentamente sin molestar a nadie, sin desear nada, como si hubieran perdido la conciencia de vivir. Los zánganos, las avispas, los abejorros y las mariposas chocan torpemente al volar contra las paredes de la colmena. Aquí y allá, entre las celdillas con larvas muertas y miel, alguna que otra vez se oye un zumbido contrariado; dos abejas, que por la fuerza de la costumbre limpian el nido de cría, arrastran hacia fuera con un afán que está por encima de sus fuerzas alguna abeja o abejorro muerto sin saber muy bien para qué. En otro rincón un par más, viejas, se pelean perezosamente, se limpian o se alimentan mutuamente, sin saber si lo hacen con hostilidad o compañerismo. En otra parte un grupo, muy apretujado, ataca a una víctima cualquiera, la golpea y la asfixia; y la abeja, debilitada o muerta, cae lentamente y ligera como una pluma sobre un montón de cadáveres. El apicultor abre las dos partes centrales de la colmena para ver el nido de cría. En vez de los antiguos círculos negros y compactos formados por miles de abejas pegadas espalda contra espalda que cumplen con los misterios supremos de su especie, ve cientos de esqueletos de abejas abatidas, moribundas o adormiladas. Casi todas han muerto sin haberse dado cuenta siquiera, posadas sobre el santuario que custodiaban y que ya no existe. Huelen a podredumbre y a muerte. Solo algunas se mueven, se levantan, vuelan débilmente y se posan en la mano enemiga sin tener ya fuerzas para morir picándola; las muertas caen con facilidad, como escamas de pescado. El apicultor cierra la colmena, le hace una marca con tiza y, cuando tiene tiempo, la despedaza y la quema.

Así de vacío estaba Moscú cuando Napoleón, cansado, inquieto y enfurruñado, se paseaba por el terraplén Kámer-Kolezhski esperando a una delegación, algo que consideraba imprescindible por respeto al decoro, aunque fuera solo externamente.

En distintas partes de Moscú la gente seguía moviéndose, aunque sin finalidad alguna, por la fuerza de la costumbre y sin comprender lo que hacía.

Cuando, con sumo cuidado, informaron a Napoleón de que la ciudad estaba vacía, miró enojado a quien se lo había dicho y, dándole la espalda, continuó paseándose en silencio.

—Que me traigan el carruaje —ordenó.

Y, tomando asiento al lado de un ayudante de campo de servicio, se dirigió hacia los arrabales.

«*Moscou déserte. Quel événement invraisemblable!*»[222], se dijo.

No llegó hasta la ciudad, sino que se detuvo en una posada del arrabal de Dorogomílovo.

Le coup de théâtre avait raté.[223]

XXI

El ejército ruso cruzó Moscú entre las dos de la madrugada y las dos de la tarde, arrastrando consigo a los últimos habitantes y heridos que abandonaban la ciudad.

Durante el paso de las tropas, las mayores aglomeraciones se produjeron en los puentes Kámenny, Moskvoretski y Yauzski.

Cuando el ejército se dividió en dos para rodear el Kremlin y abarrotó los puentes Moskvoretski y Kámenny, una enorme cantidad de soldados, aprovechando que no se podía avanzar por el hacinamiento, retrocedieron y se escabulleron a hurtadillas entre la catedral de San Basilio y la puerta Borovítskaia hacia la plaza Roja, en la que la intuición les decía que podrían hacerse fácilmente con lo ajeno. Una muchedumbre parecida a la de los días de saldos llenaba todas las entradas y pasajes de Gostiny Dvor[224]. Pero no se oían las voces amables, empalagosas y tentadoras de los vendedores, no había buhoneros ni una variopinta multitud de mujeres comprando: solo se veían uniformes y capotes de soldados sin fusil, que entraban con las manos vacías y salían de allí cargados. Los comerciantes y los dependientes (había pocos) vagaban como perdidos entre los soldados, abrían y cerraban sus tiendas y, con la ayuda de algunos mozos, se llevaban sus mercancías. En la plaza cercana a Gostiny Dvor los tambores llamaban a filas. Pero su son ya no obligaba, como antes, a los soldados saqueadores a acudir de inmediato, sino que, al contrario, los empujaba a huir corriendo. Por las tiendas y los pasajes

se veía, entre los soldados, a hombres con caftanes grises y las cabezas afeitadas. Dos oficiales, uno con una banda en el uniforme que iba montado en un caballo flaco gris oscuro y otro con capote y que iba a pie, charlaban en una esquina de la calle Ilinka. Un tercer oficial se les acercó a galope.

—El general ha ordenando echarlos a todos ahora mismo, cueste lo que cueste. ¡Es una auténtica vergüenza! ¡Se han desbandado la mitad de los soldados! ¿Adónde vas tú? ¿Adónde vais? —les gritó a tres soldados de infantería que, sin fusil y recogiéndose el faldón del capote, se escabullían hacia las tiendas—. ¡Alto, canallas!

—¡A ver cómo se las arregla usted para reunirlos! —dijo otro oficial—. Es imposible. ¡Hay que ponerse en marcha cuanto antes para que no se vayan los últimos, nada más que eso!

—Pero ¿cómo vamos a ponernos en marcha? Se ha formado un tapón en el puente y es imposible avanzar. O ¿acordonamos la zona para que los últimos no se desbanden?

—¡Vayan hacia allí y échenlos! —gritó el oficial superior.

El oficial de la banda desmontó del caballo, llamó al tambor y entró con él por las arcadas. Algunos soldados echaron a correr en tropel. Un comerciante con granos rojos en las mejillas y cerca de la nariz, con una expresión tranquila, firme y calculadora en su rostro bien cebado, se acercó rápidamente al oficial, con afectación y agitando los brazos.

—¡Señor, tenga la bondad de protegernos! —dijo—. ¡No escatimaremos en nada, con mucho gusto le daremos un retazo de paño, o, para un hombre tan honorable como usted, incluso dos! Lo haremos gustosamente. Pero ¡esto es auténtico pillaje! Tenga la bondad de poner a la guardia para que, al menos, podamos cerrar nuestras tiendas…

Varios comerciantes más se agolparon junto al oficial.

—¡Bah! ¡Para qué tanta palabrería! —dijo uno de ellos, flaco y de rostro severo—. ¡Cuando a uno le cortan la cabeza no se pone a llorar por su pelo! ¡Que se lleven lo que quieran!

Y, agitando una mano con energía, se volvió hacia el oficial.

—¡Tú bien puedes hablar, Iván Sídorych —dijo enfadado el primer comerciante—. ¡Háganos el favor, señor!

—¡De qué sirve hablar! —gritó el flaco—. Tengo aquí tres tiendas con género por valor de cien mil rublos. ¿Acaso voy a poder protegerlo cuando el ejército se haya marchado? ¡Ah, qué gente! ¡El hombre propone y Dios dispone!

—Háganos el favor, señor —decía el primer comerciante, inclinándose.

El oficial estaba perplejo y su rostro reflejaba indecisión.

—Y ¡a mí qué me importa! —gritó de repente, y avanzó con paso ligero por uno de los pasajes.

En una tienda abierta se oyeron golpes y palabrotas y, cuando el oficial se estaba acercando, un hombre con un abrigo de sayal y la cabeza afeitada salió despedido a empujones. El hombre, encogiéndose, pasó rápidamente entre los comerciantes; el oficial arremetió contra los soldados que había en la tienda, pero en ese instante, al oír que en el puente Moskvoretski una inmensa muchedumbre gritaba aterrorizada, salió corriendo hacia la plaza.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó, pero su compañero ya galopaba por delante de la catedral de San Basilio en dirección a los gritos.

El oficial montó en su caballo y fue tras él. Cuando llegó al puente vio dos cañones sacados de los avantrenes, a la infantería que cruzaba, varios carros volcados, gente asustada y soldados que reían. Al lado de los cañones había un carro tirado por dos caballos detrás de cuyas ruedas se habían acurrucado cuatro lebreles con los collares puestos. En el carruaje había una montaña de objetos y encima, al lado de una sillita de niño vuelta del revés, una mujer sentada que chillaba con voz estridente y desesperada. Los compañeros del oficial le contaron que los gritos de la muchedumbre y los chillidos de la mujer se debían a que Yermólov, al topar con el gentío y enterarse de que los soldados estaban dispersos por las tiendas y que los habitantes obstruían el paso, había ordenado sacar los cañones de los avantrenes, amenazando con abrir fuego contra el puente. Entonces la muchedumbre, volcando los carros, a empujones y con voces de desesperación, se apretujó para despejar el puente y las tropas pudieron avanzar.

XXII

La ciudad en sí, entretanto, estaba vacía. En las calles apenas había nadie. Las puertas cocheras y las tiendas estaban cerradas; aquí y allá, cerca de las tabernas, se oían los gritos solitarios y el canto de los borrachos. Nadie iba en coche y apenas se oían pasos de peatones. En la calle Povarskaia el silencio y el vacío eran absolutos. En el enorme patio de los Rostov había restos de paja y de estiércol del convoy que había partido, y no se veía a nadie. En el gran salón de la casa, donde los Rostov habían dejado todos sus bienes, había dos personas: el portero Ignat y el joven criado Mishka, nieto de Vasílich, que se había quedado en Moscú con su abuelo. Mishka había abierto el clavicordio y

estaba tocando con un dedo. El portero, con los brazos en jarras y una sonrisa alegre, lo observaba frente a un espejo de gran tamaño.

—No está mal, ¿eh, tío Ignat? —decía el chiquillo, poniéndose a golpear de pronto las teclas con las dos manos.

—¡Vaya, vaya! —respondió Ignat, asombrado de que su rostro se reflejara en el espejo cada vez más sonriente.

—¡Desvergonzados! ¡De verdad, sois unos desvergonzados! —se oyó desde detrás la voz de Mavra Kuzmínshina, que había entrado sin hacer ruido —. ¡Míralo cómo se ríe el cara de pan! ¡Buenos estáis hechos! Faltan cosas por recoger y Vasílich está derrotado. ¡Ya veréis!

Ignat se ajustó el cinturón y, dejando de sonreír y bajando los ojos sumisamente, salió del salón.

—Tiita, estaba tocando flojito —dijo el chiquillo.

—¡Ya te daré yo flojito! ¡Travieso! —gritó Mavra Kuzmínshina, amenazándolo con la mano—. Vete a preparar el samovar para el abuelo.

Mavra Kuzmínshina, después de quitar el polvo del clavicordio lo cerró y, suspirando profundamente, salió del salón y cerró la puerta con llave.

Al salir al patio se quedó pensando hacia dónde ir: a tomar el té con Vasílich al pabellón o a acabar de recoger la despensa.

En el silencio de la calle se oyeron unos pasos rápidos, que se detuvieron junto a la verja; el picaporte empezó a chirriar bajo la presión de una mano que intentaba abrirlo.

Mavra Kuzmínshina se acercó a la puerta.

—¿A quién busca?

—Al conde, al conde Iliá Andreich Rostov.

—Pero ¿quién es usted?

—Un oficial. Necesito verlo —dijo una voz agradable rusa y señorial.

Mavra Kuzmínshina abrió la verja y un oficial de unos dieciocho años y de cara redondeada, un tipo de fisonomía parecida a la de los Rostov, entró en el patio.

—Se han marchado, señor. Se fueron ayer por la tarde —dijo Mavra Kuzmínshina con voz dulce.

El joven oficial, indeciso por si debía entrar o no, chasqueó la lengua.

—¡Ah, qué rabia! —exclamó—. Tendría que haber venido ayer… ¡Ah, qué lástima!…

Mientras tanto, Mavra Kuzmínshina observaba atenta y compasivamente los rasgos del joven, tan propios del linaje de los Rostov, su capote desgarrado y sus botas destaconadas.

—Y ¿para qué necesitaba ver al conde? —preguntó.

—Bueno… ¡qué se le va a hacer! —exclamó el oficial con tono de fastidio, y puso una mano en la verja, como si se dispusiera a marcharse, pero se detuvo indeciso—. ¿Sabe? —dijo de pronto—. Soy pariente del conde, y siempre ha sido muy bueno conmigo. Y fíjese en lo andrajoso que voy —añadió, mirándose la capa y las botas con una sonrisa divertida—, y no tengo dinero; por eso quería pedirle al conde…

Mavra Kuzmínshina no le dejó acabar.

—Espere un momentito, señor. Solo un momentito —dijo.

Y, en cuanto el oficial apartó la mano de la verja, Mavra Kuzmínshina se dio la vuelta y se dirigió con sus andares rápidos de vieja a su pabellón, que estaba en el patio trasero.

Mientras tanto, el oficial se paseó por el patio con la cabeza gacha, mirándose las botas rotas con una leve sonrisa. «Qué pena no haber encontrado al tío. Y ¡qué viejecita más entrañable! ¿Adónde habrá ido tan deprisa? ¿Cómo podría enterarme de por qué calles ir para alcanzar más rápido a mi regimiento, que debe de estar llegando a la puerta de Rogózhskaia?», pensaba el joven.

Mavra Kuzmínshina, con expresión asustada pero al mismo tiempo decidida, apareció por la esquina llevando en las manos un pañuelito a cuadros doblado. Cuando aún no había llegado hasta el oficial, desdobló el pañuelo y sacó de él un billete blanco de veinticinco rublos que le entregó apresuradamente.

—Si su excelencia estuviera en casa, seguro que le habría recibido como a un familiar, pero… ahora…

Se quedó aturdida y desconcertada. El oficial, sin rechazar el billete, lo cogió con calma y le dio las gracias.

—Si el conde estuviera en casa… —no dejaba de repetir Mavra Kuzmínshina, como disculpándose—. Que Cristo lo proteja, señor. Que Dios lo salve —le decía, inclinándose y acompañándolo.

El oficial, con una sonrisa y moviendo la cabeza, como burlándose de sí mismo, salió casi al trote por las calles desiertas para alcanzar a su regimiento en el puente Yauzski.

Mavra Kuzmínshina se quedó un buen rato ante la verja abierta con los ojos húmedos, meciendo pensativamente la cabeza y sintiendo un inesperado arrebato de ternura maternal y de lástima por aquel joven oficial desconocido.

XXIII

En un edificio a medio terminar de la calle Varvarka en cuyos bajos había una taberna se oían gritos y cantos de borracho. Unos diez obreros ocupaban los bancos de varias mesas de una pequeña y sucia estancia. Ebrios, sudados, con la mirada turbia, cantaban esforzadamente una canción y abriendo mucho la boca. Cada uno cantaba por su lado, con dificultad y haciendo grandes esfuerzos, y era evidente que no lo hacían porque tuvieran ganas, sino únicamente para demostrar que estaban borrachos y de parranda. Uno de ellos, un joven alto y rubio que llevaba un caftán limpio de color azul, estaba de pie al lado de los demás. Su rostro de nariz fina y recta habría sido hermoso de no haber sido por sus labios delgados y apretados que no dejaban de moverse, y por su mirada fija, turbia y enfurruñada. Al lado de los que cantaban y, sin duda imaginándose algo, agitaba solemne y extrañamente por encima de las cabezas su brazo blanco, remangado hasta el codo, intentando separar sus dedos sucios de una manera antinatural. No dejaba de bajársele la manga del caftán y volvía a subírsela con empeño con la mano izquierda, como si fuera especialmente importante que su brazo blanco, de venas marcadas y en constante movimiento, estuviera desnudo. En mitad de la canción tanto en el zaguán como en el porche se oyeron gritos de pelea y golpes. El joven alto hizo un gesto con la mano.

—¡Basta! —gritó con tono autoritario—. ¡Hay una pelea, muchachos!

Y, sin dejar de remangarse, salió al porche.

Los obreros lo siguieron; liderados por el joven alto, aquella mañana habían ido a beber a la taberna y, a cambio de unas pieles que habían traído de la fábrica, el tabernero les había servido vodka. Al oír barullo en la taberna los herreros de las forjas cercanas creyeron que la habían asaltado y quisieron irrumpir en ella por la fuerza. Y este era el motivo por el que se había originado la pelea en el porche.

El tabernero se pegaba en la puerta con un herrero y, en el momento en que los obreros salían, el herrero se apartó y cayó de bruces contra la calzada.

Otro herrero se abalanzó sobre la puerta y empujó con el pecho al tabernero para entrar. El joven de la manga subida, con todo el impulso, lo golpeó en la cara y gritó con voz salvaje:

—¡Muchachos! ¡Están pegando a los nuestros!

Entretanto el primer herrero se levantó del suelo y, frotándose la cara ensangrentada, gritó con voz llorosa:

—¡Auxilio! ¡Me han matado!… ¡Han matado a un hombre! ¡Hermanos!…

—¡Ay, señor, le han dado una paliza de muerte, lo han matado! —empezó a chillar una mujer que salía por la puerta cochera vecina.

Una multitud se reunió alrededor del herrero ensangrentado.

—No te bastaba con robar al pueblo y sacarle hasta la camisa, ¿tenías que matar a un hombre? —dijo alguien, dirigiéndose al tabernero—. ¡Bandido!

El joven alto, de pie en el porche, posaba su mirada turbia tan pronto en el tabernero como en los herreros, decidiendo con quién tenía que pelearse ahora.

—¡Asesino! —le gritó de pronto al tabernero—. ¡Muchachos, atadlo!

—¡A ver quién se atreve atarme a mí! —gritó el tabernero, empujando a quienes se abalanzaban contra él.

Se quitó el gorro y lo tiró al suelo. Como si este gesto tuviera algún significado misterioso y amenazador, los obreros que lo habían rodeado se detuvieron indecisos.

—Conozco bien la ley, amigo, la conozco perfectamente. Acudiré al comisario de policía. ¿Crees que no lo haré? ¡En estos días el saqueo no se le permite a nadie! —gritó el tabernero, recogiendo el gorro.

—Pues ¡vayamos, qué te has creído! ¡Venga, vamos!… —se decían el tabernero y el joven alto, y los dos avanzaron juntos por la calle.

El herrero ensangrentado fue con ellos; los seguían, entre murmullos y gritos, los obreros y una multitud de curiosos.

En la esquina de la calle Maroseika, frente a una casa grande con los postigos cerrados y el rótulo de un taller de zapatería, había unos veinte zapateros con el semblante abatido, delgados y extenuados, que vestían batas y caftanes andrajosos.

—¡Que pague a la gente como es debido! —decía uno de ellos, de barba rala y cejas fruncidas—. Nos ha chupado la sangre, ¿cree que estamos en paz? Nos lleva engañando toda la semana. Y ahora que nos ha llevado hasta una situación límite, va y se marcha.

Al ver acercarse a una multitud y a un hombre ensangrentado, el zapatero se quedó callado y todos sus compañeros se unieron con ávida curiosidad al grupo que avanzaba.

—¿Adónde va la gente?

—A las autoridades, por supuesto.

—Y ¿es verdad que nuestras fuerzas han sido derrotadas?

—Y ¿qué te pensabas? ¡Escucha lo que dice la gente!

Se oyeron preguntas y respuestas. El tabernero, aprovechando que el número de personas había aumentado, se alejó de la multitud y volvió a su taberna.

El joven alto, sin darse cuenta de que su adversario se había esfumado, gesticulaba con el brazo desnudo y hablaba sin cesar para atraer la atención. El gentío se arremolinaba principalmente alrededor de él, como esperando que les diera la solución a todos los problemas que le preocupaban.

—¡Que le enseñen a respetar el orden y la ley, para eso están las autoridades! ¿No es así, amigos? —decía el joven alto con una leve sonrisa—. ¿Es que cree que no hay autoridades? ¿Acaso nos las arreglaríamos sin ellas? Con la de ladrones que hay…

—¡Qué tonterías! —se oyó entre la multitud—. ¡Cómo van a abandonar Moscú! Te lo dijeron para reírse de ti y tú te lo creíste. Pero ¡si todas nuestras tropas están en camino! ¡Como si fueran a dejar entrar al enemigo! Para eso están las autoridades. Escucha lo que dice la gente —decían, señalando al joven alto.

Frente a las murallas de Kitái-Górod un pequeño grupo de personas rodeaba a un hombre vestido con un capote de frisa que tenía un documento entre las manos.

—¡Un bando, están leyendo un bando ¡Están leyendo un bando! —se oyó entre la multitud, y todo el mundo corrió hacia él.

El hombre del capote de frisa estaba leyendo un bando del 31 de agosto. Cuando se vio rodeado de la multitud pareció desconcertarse, pero, ante las exigencias del joven alto, que se había abierto paso hasta él, volvió a leerlo desde el principio con un ligero temblor en la voz.

—«Mañana, a primera hora, iré a ver al serenísimo…» —empezó a leer.

—¡Al serenísimo! —repitió con solemnidad el joven alto, sonriendo y frunciendo el entrecejo.

—«… para discutir con él cómo actuar y cómo ayudar al ejército a destruir al malvado enemigo; les sacaremos…» —continuó el que leía, y se detuvo.

—¿Lo veis? —gritó el joven con voz triunfante—. Él nos explicará lo que tenemos que hacer.

—«… el alma y los mandaremos al diablo; volveré mañana a la hora de comer y nos pondremos manos a la obra: lo haremos, lo acabaremos y al malvado enemigo remataremos.»

Las últimas palabras fueron leídas en el más completo silencio. Era evidente que nadie las había entendido. Sobre todo la frase «volveré mañana a

la hora de comer», que pareció incluso irritar tanto a quien leía como a los oyentes. La comprensión del pueblo se prestaba a palabras grandilocuentes, y eso era demasiado simple, innecesariamente comprensible. Se trataba de palabras que cualquiera de ellos podría haber pronunciado y, por lo tanto, no era algo que un bando de la autoridad suprema pudiera decir.

Todos guardaban silencio con aspecto abatido. El joven alto movía los labios y se balanceaba.

—¡Hay que ir a preguntárselo a él!… ¿No es ese de allí? ¡Vamos a preguntárselo! ¿Por qué no? Él nos lo explicará… —se oyó de pronto entre las filas traseras.

Y toda la atención se centró en la calesa del comisario de policía, que pasaba por la plaza escoltado por dos dragones a caballo.

El comisario de policía, que, por orden del conde Rastopchín había ido aquella mañana a quemar unas barcazas (una misión que le había hecho ganar una elevada suma de dinero que llevaba en el bolsillo), al ver que el gentío se le acercaba ordenó al cochero que parara.

—¿Qué significa esta multitud? —gritó a quienes se acercaban al coche tímidamente y por separado—. ¡Os he preguntado que qué significa esta multitud! —repitió, sin obtener una respuesta.

—Señor —dijo el hombre del capote de frisa—, excelentísimo señor, siguiendo el llamamiento de su excelencia el conde, estas personas quieren combatir y servir a la patria sin reparar en su vida: no pretenden amotinarse. Como ha dicho su excelencia el conde…

—El conde no se ha marchado, está en la ciudad. Ya recibiréis sus instrucciones —dijo el comisario—. ¡En marcha! —le gritó al cochero.

La multitud se detuvo, apiñándose alrededor de quienes habían podido oír las palabras de la autoridad y acompañando con la mirada la calesa que se alejaba.

El comisario, que miraba a su vez hacia atrás asustado, le dijo algo al cochero y los caballos aceleraron el ritmo.

—¡Nos han engañado, muchachos! ¡Vamos todos a su casa! —gritó el joven alto.

—¡No lo dejéis marchar! ¡Que nos informe de lo que pasa! ¡Detenedlo! —exclamaron varias voces.

La multitud echó a correr con gran alboroto detrás de la calesa del comisario, en dirección a la calle Lubianka.

—Los señores y los comerciantes han abandonado la ciudad, ¿por qué tenemos que morir nosotros? ¿Se creen que somos perros o qué? —se oía

repetir cada vez con más frecuencia entre la masa.

XXIV

La tarde del 1 de septiembre, después de su entrevista con Kutúzov, Rastopchín regresó a Moscú triste y molesto por no haber sido invitado al consejo de guerra y por el caso omiso de Kutúzov a su propuesta de participar en la defensa de la ciudad. Estaba conmocionado por la nueva opinión recogida en el ejército según la cual la cuestión de la seguridad de la capital y sus sentimientos patrióticos no era solo secundaria, sino totalmente inútil e insignificante. Todo esto lo había dejado triste, molesto y sorprendido. Después de cenar se acostó sin desvestir en un canapé, y hacia la una de la madrugada lo despertó un correo que le traía una carta de Kutúzov. En la carta el comandante en jefe le exigía que, como las tropas estaban retrocediendo hasta la carretera de Riazán, más allá de Moscú, enviara a funcionarios de la policía para facilitar el paso a través de la ciudad. Esta información no era nueva para Rastopchín. Sabía que Moscú iba a caer no solo desde su entrevista de la víspera con Kutúzov en la colina Poklónnaia, sino desde la batalla de Borodinó, cuando todos los generales que llegaban afirmaban unánimemente que era imposible dar batalla de nuevo, y desde que cada noche, con su propia autorización, los bienes públicos eran evacuados de la ciudad y más de la mitad de la población se había marchado. Sin embargo, que Kutúzov se lo comunicara mediante una simple nota acompañada de una orden recibida de madrugada, durante el primer sueño, le causó sorpresa e irritación.

Cuando tiempo después el conde Rastopchín explicó en sus memorias su modo de proceder en esos días, afirmó en repetidas ocasiones que sus objetivos principales habían sido dos: *De maintenir la tranquillité à Moscou et d’en faire partir les habitants*[225]. Si admitimos este doble objetivo, cualquiera de sus acciones resulta irreprochable. ¿Por qué no fueron evacuados los objetos sagrados, las armas, los cartuchos, la pólvora y las reservas de trigo? ¿Por qué se engañó a miles de habitantes y se les causó la ruina al decirles que Moscú no sería entregada? «Para mantener la calma en la capital», responde el conde Rastopchín. ¿Por qué se evacuaron pilas y pilas de documentos innecesarios de las oficinas públicas, el globo de Leppich y otros objetos? «Para dejar la ciudad vacía», responde también el conde Rastopchín.

Basta con admitir que algo amenazaba la tranquilidad de la población para que cualquier acción parezca justificada.

Todos los excesos del Terror se basaron en la única preocupación de mantener la tranquilidad pública. Pero ¿en qué se basaba el temor del conde Rastopchín sobre la tranquilidad pública en 1812? ¿Qué razones había para creer que en la ciudad existía una tendencia a la sublevación? Los habitantes se marchaban, las tropas llenaban Moscú en su retirada. ¿Por qué iba a amotinarse el pueblo?

No solo en Moscú, sino en ningún lugar de Rusia se produjo nada semejante a una sublevación durante la incursión del enemigo. El 1 y 2 de septiembre en Moscú quedaban más de diez mil personas y, exceptuando a la muchedumbre que se concentró en el patio del gobernador general, algo que había provocado él mismo, no ocurrió nada. Y es evidente que un motín popular habría podido esperarse aún menos si después de la batalla de Borodinó —cuando la rendición de Moscú era evidente o al menos probable—, en vez de agitar al pueblo repartiendo armas y bandos, Rastopchín hubiera tomado medidas para evacuar los objetos sagrados, la pólvora, la munición y el dinero, y hubiera anunciado abiertamente a la población que la ciudad iba a ser abandonada.

Rastopchín, hombre impetuoso y de temperamento sanguíneo, que siempre había frecuentado las altas esferas de la administración, no conocía en lo más mínimo, a pesar de su sentimiento patriótico, al pueblo al que creía dirigir. Desde que el enemigo había irrumpido en Smolensk, él se había adjudicado en su imaginación el papel de guía del sentimiento popular, del corazón ruso. No solo le parecía (como le parece a cualquier gobernante) que dirigía los actos externos de los habitantes de Moscú, sino también que guiaba su estado de ánimo mediante sus llamamientos y bandos, redactados en un lenguaje chabacano y jocoso que el pueblo desprecia en su propio entorno y que no comprende cuando proviene de las altas esferas. El atractivo papel de guía del sentimiento popular gustó tanto a Rastopchín, tanto se acostumbró a él, que la necesidad de abandonarlo y de marcharse de Moscú sin ninguna clase de efectismo heroico lo cogió por sorpresa; de repente se le vino el mundo abajo y, definitivamente, no supo qué hacer. Aunque sabía que sería necesario abandonar Moscú, no se lo acabó de creer hasta el último minuto, por lo que no hizo nada. Los habitantes se marchaban contra los deseos de Rastopchín y, si las oficinas públicas eran evacuadas, fue solo por exigencias de los funcionarios, a las que el conde accedió de mala gana. Él estaba centrado únicamente en el papel que se había adjudicado a sí mismo. Como

les suele ocurrir a las personas dotadas de una imaginación exaltada, aunque ya hacía tiempo que sabía que Moscú iba a ser abandonado, lo sabía de una manera puramente racional, pero en el fondo de su alma no se lo creía, por lo que no se adaptó mentalmente a la nueva situación.

Toda su actividad, diligente y enérgica (hasta qué punto fue útil y se vio reflejada en el pueblo es otra cuestión), tuvo como único objetivo exaltar entre la población un sentimiento que él mismo experimentaba: odio patriótico a los franceses y seguridad en sí mismo.

Pero, cuando los acontecimientos alcanzaron proporciones reales e históricas, cuando resultó insuficiente expresar únicamente con palabras el odio a los franceses, cuando este odio no pudo expresarse ni siquiera por medio de la batalla, cuando la seguridad en uno mismo resultó inútil en el dilema de Moscú, cuando toda la población, como una sola persona, abandonó sus bienes y huyó de la ciudad, mostrando con esta acción negativa toda la fuerza del sentimiento popular, entonces el papel que Rastopchín había elegido de pronto resultó inútil. Se encontró solo, débil, ridículo, sin tierra firme bajo los pies.

Al recibir, arrancado de la cama, la fría e imperativa nota de Kutúzov, Rastopchín se sintió tanto más irritado por cuanto más culpable. En Moscú quedaba precisamente todo cuanto le había sido confiado a él, todos los bienes públicos que tendrían que haber sido evacuados. Y ahora ya era imposible evacuarlo todo.

«¿Quién tiene la culpa de esto? ¿Quién ha permitido que las cosas hayan llegado hasta este punto? —pensaba—. Yo no, por supuesto. ¡Yo lo tenía todo preparado, he mantenido Moscú como era debido! Y ¡hasta dónde nos han llevado! ¡Canallas, traidores!», se decía, sin acabar de definir quién eran estos canallas y traidores, pero con la necesidad de odiar a los supuestos traidores que tenían la culpa de la situación equívoca y ridícula en que él se encontraba.

Se pasó toda la noche dando órdenes que, desde todos los rincones de Moscú, acudían a pedirle. Sus allegados jamás lo habían visto tan taciturno e irritado.

«Excelencia, han venido del departamento de patrimonio, en nombre del director, a pedir instrucciones… Han venido del consistorio, del Senado, de la universidad, del hospicio… El vicario ha enviado… pregunta… ¿Cuáles son sus órdenes para los bomberos? El carcelero del presidio… El vigilante del manicomio…», no dejaron de informarle en toda la noche.

A todas estas preguntas el conde daba respuestas cortas y enojadas, que indicaban que por entonces las órdenes ya era inútiles, que todo lo que había

preparado con tanto cuidado había sido echado a perder por alguien, y que ese alguien sería el responsable de lo que ocurriera.

—Pues dile a ese imbécil —respondió con respecto a la petición del departamento de patrimonio— que se quede a custodiar los documentos. ¿Qué estupidez preguntas de los bomberos? Si tienen caballos, que vayan a Vladímir. ¡No se los vamos a dejar a los franceses!

—Excelencia, ha venido el vigilante del manicomio, ¿cuáles son sus órdenes?

—¿Cuáles son las órdenes? Que se vayan todos y se acabó… Y que suelten a los locos por la ciudad. ¡Si nuestro ejército está dirigido por locos, eso significa que Dios lo ha querido así!

A la pregunta sobre qué hacer con los presos del calabozo, el conde le gritó al carcelero:

—¿Qué quieres, que te dé dos batallones de los que no dispongo? ¡Suéltalos a todos y se acabó!

—Excelencia, hay presos políticos: Meshkov y Vereschaguin.

—¿Vereschaguin? ¿Todavía no lo han colgado? —gritó Rastopchín—. ¡Traédmelo!

XXV

Hacia las nueve de la mañana, cuando las tropas atravesaban Moscú, ya no apareció nadie más para pedir instrucciones al conde. Quien se pudo marchar lo hizo por su propia cuenta, y quien se quedó decidió por sí solo lo que había que hacer.

El conde ordenó que le prepararan los caballos para ir a Sokólniki y, enfurruñado, taciturno, con el rostro amarillento y los brazos cruzados, esperó en su gabinete.

En tiempos de calma y de paz a todo gobernante le parece que la población que le ha sido confiada se mueve únicamente gracias a sus esfuerzos, y esta conciencia de saberse imprescindible constituye la principal fuente de recompensa por su trabajo y sus esfuerzos. Mientras el mar de la historia está en calma, es comprensible que el gobernante, estando en su frágil barquita, crea que él hace avanzar la nave del pueblo en que apoya la pértiga. Pero, en cuanto se levanta una tormenta y las olas del mar impulsan la nave, el equívoco es imposible. La nave avanza por sí sola y, con su inmenso movimiento, la pértiga no la alcanza; de repente, el gobernante que ocupaba

una posición de poder, que era una fuente de fuerza, se convierte en una persona débil, inútil e insignificante.

Rastopchín estaba irritado porque era consciente de esto.

El comisario de policía, al que había parado el gentío, y un ayudante que venía a anunciar que los caballos estaban preparados, entraron a la vez en el gabinete. Ambos estaban pálidos. El comisario comunicó a Rastopchín que había cumplido con la misión que le había encomendado y a continuación le informó de que en el patio se había reunido una gran muchedumbre que exigía verlo.

Sin decir ni una sola palabra, Rastopchín se levantó y, tras dirigirse con paso rápido a su opulento y luminoso salón, se acercó a la puerta del balcón y cogió el tirador, pero lo soltó y se acercó a una ventana desde donde se veía mejor a la multitud. El joven alto estaba en las primeras filas, con expresión severa, agitando el brazo y diciendo algo. El herrero ensangrentado estaba a su lado con aspecto sombrío. A través de las ventanas cerradas se oía el rumor de las voces.

—¿Está preparado el coche? —preguntó Rastopchín, alejándose de la ventana.

—Sí, excelencia —le respondió su ayudante.

Rastopchín volvió a acercarse a la puerta del balcón.

—Pero ¿qué es lo que quieren? —le preguntó al comisario.

—Excelencia, dicen que se han reunido para luchar contra los franceses, siguiendo sus órdenes; gritaban algo sobre una traición. Es una masa enfurecida, excelencia. A duras penas he podido librarme de ella. Me atrevo a proponerle…

—¡Haga al favor de retirarse, sé muy bien lo que tengo que hacer! —gritó Rastopchín enfadado.

Desde la puerta del balcón, miró a la multitud. «¡He aquí lo que han hecho con Rusia! ¡He aquí lo que han hecho conmigo!», pensó, sintiendo una rabia incontrolable contra alguien indeterminado, alguien a quien pudiera atribuir todo lo ocurrido. Como les suele suceder a las personas impetuosas, la rabia ya lo dominaba, por lo que buscaba un objeto donde descargarla. «*La voilà la populace, la lie du peuple* —pensó, mirando a la muchedumbre—, *la plèbe qu'ils ont soulevée par leur sottise. Il leur faut une victime*»[226], se le ocurrió al ver al joven alto que agitaba el brazo.

Y se le ocurrió porque él mismo necesitaba una víctima, un objeto contra el que descargar su propia rabia.

—¿El coche está listo? —preguntó por segunda vez.

—Sí, excelencia. ¿Cuáles son sus órdenes con respecto a Vereschaguin? Está esperando en el porche —dijo el ayudante.

—¡Ah! —exclamó Rastopchín, como asombrado por haber recordado algo inesperadamente.

Y, después de abrir enérgicamente la puerta, salió con paso decidido al balcón. El murmullo cesó de inmediato, todo el mundo se quitó el gorro o el sombrero, y todos los ojos se levantaron hacia él.

—¡Buenos días, muchachos! —dijo el conde rápidamente y alzando la voz—. Gracias por venir. Ahora saldré a recibiros, pero antes de nada tenemos que ocuparnos de un traidor. Tenemos que castigar al hombre que ha causado la perdición de Moscú. ¡Esperadme!

Y, con la misma energía, volvió dentro, dando un fuerte portazo.

Entre el gentío se extendió un murmullo de placer y aprobación.

—¡Esto significa que se va a ocupar de todos los traidores! Y tú decías que los franceses… ¡Él te explicará todo lo que hay que hacer! —se decían unos a otros, como reprochándose su escepticismo.

Al cabo de unos minutos un oficial salió por la puerta principal y dio una orden, tras lo cual los dragones formaron en fila. El gentío se precipitó ávidamente desde debajo del balcón hasta el porche.

Después de salir al porche con paso rápido e iracundo, Rastopchín echó un vistazo como buscando a alguien.

—¿Dónde está? —preguntó.

Y en ese mismo instante vio salir por la esquina de la casa a un muchacho escoltado por dos dragones que tenía el cuello largo y delgado, llevaba media cabeza afeitada y la otra cubierta de pelo, y vestía una zamarra en otro tiempo elegante y ahora raída de piel de zorro recubierta de paño azul, unos sucios pantalones de preso, de cáñamo, metidos en unas botas sucias, finas y destaconadas. De las piernas, delgadas y débiles, le colgaban pesados grilletes que entorpecían sus pasos vacilantes.

—¡Ah! —exclamó Rastopchín, apartando rápidamente la mirada del muchacho de la zamarra de piel de zorro y señalando el escalón inferior del porche—. ¡Ponedlo ahí!

El muchacho, con el ruido de los grilletes, subió con dificultad al escalón indicado, sujetándose con un dedo el cuello de la zamarra porque le apretaba y, después de volver su largo cuello dos veces, suspiró y cruzó sumisamente sus delicadas manos, no acostumbradas al trabajo, delante de la barriga.

Mientras subía al escalón hubo unos segundos de silencio. Solo en las últimas filas, donde la gente estaba más apretujada, se oyeron resoplidos,

quejidos, empujones y pisotones.

Rastopchín, esperando con el ceño fruncido que Vereschaguin terminara de subirse donde le había indicado, se frotaba la cara con una mano.

—¡Muchachos! —exclamó con voz metálica y sonora—. Este hombre, Vereschaguin, es el canalla responsable de la perdición de Moscú.

El joven de la zamarra de piel de zorro seguía en una posición sumisa, con las manos cruzadas sobre la barriga y un poco encorvado. Su rostro joven y demacrado, desfigurado por la cabeza medio afeitada, miraba con desesperanza al suelo. Al oír las primeras palabras del conde alzó lentamente la cabeza y lo miró desde abajo, como si deseara decirle algo o al menos cruzar una mirada con él. Pero Rastopchín no lo miraba. Al joven se le hinchó, tensándose como una cuerda, una vena del delgado y largo cuello, por detrás de la oreja, y de repente su rostro enrojeció.

Todos los ojos estaban pendientes de él. Miró a la muchedumbre y, como esperanzado por la expresión que leyó en los rostros, sonrió con tristeza y timidez; volvió a agachar la cabeza y se colocó mejor en el escalón.

—Ha traicionado al zar y a la patria, se ha pasado al bando de Napoleón, es el único ruso que ha denigrado el nombre de Rusia y Moscú ha perecido por su culpa —dijo Rastopchín con tono brusco y plano; pero de pronto echó una rápida mirada a Vereschaguin, que seguía en la misma posición sumisa y, como si esta visión le hubiera hecho estallar, levantó una mano y se dirigió al gentío casi a voz en grito—: ¡Haced con él lo que creáis oportuno! ¡Os lo entrego!

La multitud callaba y se apretujaba cada vez más. No poder respirar, unos contra otros, en el calor asfixiante, no tener fuerzas para moverse y aguardar algo desconocido, incomprensible y terrible, se volvió insoportable. Los que estaban en las primeras filas, que veían y oían todo lo que sucedía, con los ojos desorbitados, atemorizados, y la boca abierta, hacían grandes esfuerzos para aguantar la presión de los de detrás.

—¡Golpeadlo! ¡Que muera el traidor, que no vuelva a denigrar el nombre de Rusia! —gritó Rastopchín—. ¡Despedazadlo! ¡Es una orden!

La muchedumbre, que no había oído sus palabras, sino el furioso ruido de su voz, rugió y se desplazó hacia delante, pero de nuevo se detuvo.

—¡Conde!… —exclamó Vereschaguin, en un momento de silencio que se hizo, con voz temerosa y al mismo tiempo teatral—. Conde, solo Dios está por encima de nosotros… —dijo, levantando la cabeza, y de nuevo la gruesa vena de su fino cuello se hinchó de sangre, su rostro enrojeció y enseguida volvió a palidecer.

No pudo terminar de hablar.

—¡Despedazadlo! ¡Es una orden!… —gritó Rastopchín, de pronto tan pálido como Vereschaguin.

—¡Desenvainad los sables! —gritó el oficial a los dragones, sacando también el suyo.

Una oleada aún más fuerte que la anterior se propagó entre el gentío y empujó a las primeras filas más al frente, entre fuertes sacudidas, hasta la escalinata del porche. El joven alto, con el semblante petrificado y el brazo en alto, estaba al lado de Vereschaguin.

—¡Despedazadlo! —ordenó el oficial a los dragones casi en un susurro.

De pronto uno de los soldados con el rostro descompuesto por la rabia asestó un golpe a Vereschaguin en la cabeza con la parte roma del sable.

—¡Ah! —exclamó escuetamente el muchacho, mirando a los lados con estupor y espanto, como si no comprendiera por qué le habían hecho eso.

Ese mismo gemido de estupor y espanto se extendió entre la multitud.

—¡Oh, señor! —exclamó alguien con tristeza.

Pero, inmediatamente después de la exclamación de estupor, Vereschaguin gritó de dolor, y este grito fue su perdición. La barrera del sentimiento humanitario, tensada al máximo y que aún contenía a la multitud, se rompió en un instante. El crimen había empezado y era preciso completarlo. El triste gemido de reproche fue ahogado por el rugido amenazador e iracundo de la muchedumbre. Una nueva oleada, como la séptima y última que hunde un barco, avanzó de manera incontenible desde las últimas filas hasta las primeras, arrastrándolas y engulléndolo todo. El dragón que había asestado el golpe de sable se dispuso a repetir. Vereschaguin, con un grito de terror, protegiéndose con las manos, se precipitó hacia el gentío. Tropezó con el joven alto, que lo agarró por el delgado cuello con un grito salvaje, y ambos cayeron a los pies de la masa enfurecida, que se les echó encima. Unos golpeaban y pateaban a Vereschaguin, y otros al joven alto. Los gritos de los aplastados y de quienes intentaban salvar al joven alto solo consiguieron excitar la furia de la masa. Los dragones tardaron mucho en poder sacar al obrero, cubierto de sangre y medio muerto a raíz de los golpes. Y, a pesar de toda la prisa febril con que la gente intentaba terminar lo que había empezado, los que pegaban, estrangulaban y pateaban a Vereschaguin no lograban matarlo: la masa compacta los empujaba desde todas partes, se tambaleaba, con ellos en medio, de un lado a otro sin darles la oportunidad de rematarlo ni de dejarlo.

—¿Le damos un hachazo?… Lo han aplastado… ¡Traidor, has vendido a Cristo!… Está vivo… ¡Se lo tiene bien merecido! ¡Con el hacha!… ¿Aún vive?

Solo cuando la víctima dejó de forcejear y sus gritos fueron sustituidos por un estertor regular y prolongado, la masa empezó a apartarse rápidamente del cadáver ensangrentado. Todos se acercaron, echaron un vistazo a lo que habían hecho y se retiraron horrorizados, atónitos, con expresión de reproche.

—¡Oh, Dios, qué salvaje es la gente, cómo va a estar vivo! —se oía entre la masa—. Era un muchacho tan joven… Debía de ser comerciante. ¡Cómo es la gente! Dicen que no era ese…

—¡Cómo que no era ese!… ¡Oh, Dios!… Han golpeado a otro, dicen que está medio muerto… ¡Cómo es la gente!… Quien no teme al pecado… —decían ahora los mismos que lo habían golpeado, mirando con expresión angustiada y piadosa el cuerpo inerte, que tenía la cara manchada de polvo y de sangre azulada, y el cuello largo y fino partido.

Un diligente funcionario de la policía, considerando indecorosa la presencia de un cadáver en el patio de su excelencia, ordenó a los dragones que lo sacaran a la calle. Dos dragones lo cogieron por las piernas destrozadas y lo empezaron a arrastrar. La cabeza sin vida, afeitada, cubierta de sangre y polvo, se balanceaba sobre su largo cuello al ser arrastrada por el suelo. El gentío se apartó del cadáver.

En el momento en que Vereschaguin cayó al suelo y la masa, con un rugido salvaje, se abalanzó sobre él, Rastopchín, que había palidecido de repente, en vez de ir al porche trasero donde le esperaban los caballos, se dirigió con paso rápido y la cabeza gacha, sin saber hacia dónde ni por qué, por el pasillo que conducía a las habitaciones de la planta de abajo. Estaba muy pálido y era incapaz de controlar la mandíbula inferior, que le temblaba convulsivamente.

—Excelencia, por aquí… ¿Adónde va? Tenga la bondad de venir por aquí —dijo detrás de él una voz trémula y asustada.

El conde Rastopchín no tuvo fuerzas de contestar y, dándose la vuelta obedientemente, fue hacia donde le indicaban. En el porche trasero le esperaba una carretela. Incluso allí se oía el lejano bramido de la muchedumbre. El conde subió rápidamente a la carretela y ordenó que lo llevaran a su casa de campo de Sokólniki. Al llegar a la calle Miasnítskaia, donde ya no se oían los gritos de la masa, empezó a arrepentirse de lo que había hecho. Recordaba con disgusto la agitación y el miedo que había mostrado ante sus subordinados. «*La populace est terrible, elle est hideuse* —

pensó en francés—. *Ils sont comme les loups qu'on ne peut apaiser qu'avec de la chair*».[227] «¡Conde! ¡Solo Dios está por encima de nosotros!», recordó de pronto las palabras de Vereschaguin, y una desagradable sensación de frío le recorrió la espalda. Sin embargo, esta sensación fue pasajera y en sus labios se dibujó una sonrisa de desprecio por sí mismo. «*J'avais d'autres devoirs* —se dijo—. *Il fallait apaiser le peuple. Bien d'autres victimes ont peri et perissent pour le bien publique*».[228] Empezó a reflexionar sobre los deberes que tenía con su familia, la capital (que le habían confiado) y consigo mismo, no como Fiódor Vasílievich Rastopchín (que creía sacrificarse por el *bien publique*), sino como gobernador general, representante del poder y del zar. «Si fuera simplemente Fiódor Vasílievich, *ma ligne de conduite aurait été tout autrement tracée*[229], pero como gobernador general debo conservar la vida y la dignidad.»

Balanceándose ligeramente sobre las suaves ballestas de la carretela y sin oír los gritos terribles de la masa, Rastopchín se tranquilizó y, como siempre ocurre, esta tranquilidad física hizo que el entendimiento le ofreciera argumentos para tranquilizarlo moralmente. La idea que lo tranquilizaba no era nueva: desde que el mundo existe y las personas se matan unas a otras, no ha habido nadie que haya cometido un crimen contra un semejante sin haberse tranquilizado con la idea de *le bien publique*, el bien público.

La persona que no está dominada por la pasión jamás conocerá este «bien», pero quien ha cometido un crimen sabe perfectamente en qué consiste. Rastopchín ahora lo sabía.

En sus razonamientos no solo no se reprochaba el acto que acababa de cometer, sino que hallaba razones para estar satisfecho por haber sabido aprovechar tan *à propos*[230] el castigo de un criminal con el fin de apaciguar a la masa.

«Vereschaguin había sido juzgado y condenado a pena de muerte —se decía (aunque en realidad el Senado solo lo había condenado a trabajos forzados)—. Era un traidor, un felón; no podía dejarlo sin castigo, y así, además, *je faisais d'une pierre deux coups*[231]. He entregado una víctima al pueblo para apaciguarlo, he castigado a un delincuente.»

Al llegar a su casa de campo, se enfrascó en los asuntos familiares y se tranquilizó por completo.

Al cabo de media hora, iba en sus veloces caballos a través del campo de Sokólniki, ya sin recordar lo que había ocurrido, pensando únicamente en lo que tenía por delante. Se dirigía hacia el puente Yauzski, donde le habían dicho que estaba Kutúzov. El conde Rastopchín adelantaba en su imaginación

los airados y punzantes reproches que le haría por su engaño. Le daría a entender a ese viejo zorro cortesano que la responsabilidad de todas las desgracias que iban a ocurrir por haber abandonado la capital así como la perdición de Rusia (según pensaba él) recaería únicamente sobre su vieja cabeza, que había perdido la razón. Preparándose por adelantado lo que le iba a decir, se revolvía furioso en la carretela y miraba airadamente a un lado y a otro.

El campo de Sokólniki estaba desierto. Solo en un extremo, cerca del asilo y del manicomio, se veían pequeños grupos de hombres vestidos de blanco, algunos de los cuales andaban solos por el campo gritando y agitando los brazos.

Uno de ellos echó a correr para cortar el paso a la carretela. El conde Rastopchín, su cochero y los dragones se quedaron mirando con un sentimiento ambiguo de horror y curiosidad a aquellos locos puestos en libertad y, especialmente, al que corría hacia ellos.

Tambaleándose sobre sus largas y delgadas piernas, con la bata ondeando al viento, el loco corría impetuosamente sin apartar la mirada de Rastopchín, gritándole algo con voz ronca y haciendo señas para que se detuviera. Su rostro, lóbrego y solemne, con mechones de barba desiguales, era flaco y amarillo. Sus pupilas negras como el azabache se movían inquietas en el blanco azafranado de los ojos.

—¡Alto! ¡Detente! ¡Te digo que te detengas! —gritó con voz estridente, y, perdiendo el aliento, volvió a gritar algo con tono y gestos imponentes.

Alcanzó la carretela y corrió a su lado.

—Me han matado tres veces, y tres veces he resucitado de entre los muertos. Me han lapidado, crucificado… Pero resucitaré… resucitaré… resucitaré. Han martirizado mi cuerpo. El reino de Dios va a desmoronarse… Lo destruiré tres veces y tres veces lo volveré a erigir —gritaba, alzando cada vez más la voz.

El conde Rastopchín palideció como cuando la muchedumbre se abalanzó sobre Vereschaguin. Apartó la mirada.

—¡Vam… vamos! ¡Más rápido! —le gritó al cochero con la voz trémula.

La carretela se lanzó a galope tendido, pero durante un buen rato siguió oyendo a su espalda el grito desesperado del loco, cada vez más lejano, mientras veía delante de sus ojos el rostro asustado, atónito y cubierto de sangre del joven traidor de la zamarra de piel.

Por muy reciente que fuera este recuerdo, tenía la sensación de que solo en ese instante le había penetrado en lo más profundo del corazón, hasta

hacerle sangrar. Ahora se daba perfecta cuenta de que la huella sangrienta de este recuerdo jamás cicatrizaría; al contrario, cuanto más tiempo viviera, más doloroso y atormentador sería el terrible recuerdo en su corazón. Le parecía oír sus propias palabras: «¡Despedazadlo, responderéis con vuestra cabeza!». Y pensó: «¡Por qué habré pronunciado unas palabras así! Las habré dicho sin querer… Podría no haberlas dicho y *nada* de esto habría ocurrido». Vio el rostro asustado y súbitamente enfurecido del dragón que había asestado el primer sablazo, y la mirada de tímido y silencioso reproche que le había dirigido el muchacho de la zamarra de piel de zorro… «Pero no lo he hecho por mí. Me he visto obligado a hacerlo. *La plèbe, le traître… le bien publique*»[232], pensó.

Las tropas seguían apiñadas en el puente Yauzski. Hacía calor. Kutúzov, enfurruñado y con aspecto abatido, sentado en un banco cerca del puente, jugueteaba pasando la fusta por la arena cuando una carretela llegó ruidosamente a galope. Un hombre con uniforme de general y sombrero de plumas, de ojos nerviosos, entre iracundos y asustados, se le acercó y se puso a hablarle en francés. Era el conde Rastopchín. Le dijo que se presentaba ante él porque Moscú y la capital habían dejado de existir, solo existía el ejército.

—Las cosas habrían sido distintas si el serenísimo no me hubiera dicho que no entregaría Moscú sin dar batalla: ¡nada de esto hubiera ocurrido!

Kutúzov lo miró y, como si no comprendiera el significado de sus palabras, intentó leer algo especial en su rostro. Rastopchín, desconcertado, guardó silencio. Kutúzov negó ligeramente con la cabeza y, sin apartar su intensa mirada del rostro de Rastopchín, dijo en voz baja:

—No, no entregaré Moscú sin dar batalla.

Tanto si Kutúzov pronunció estas palabras pensando en una cosa distinta como si las pronunció adrede a sabiendas de que eran absurdas, el caso es que el conde Rastopchín se alejó rápidamente sin decir nada. Y ¡cosa curiosa! El gobernador general de Moscú, el orgulloso conde Rastopchín, cogió un látigo de cuero y, a grito pelado, se puso a hacer circular los carros que se habían aglomerado en el puente.

XXVI

Hacia las cuatro de la tarde las tropas de Murat entraron en Moscú. Al frente iba el destacamento de húsares de Wurtemberg; detrás, a caballo y seguido de un gran séquito, el mismísimo rey de Nápoles.

Aproximadamente a mitad de la calle Arbat, cerca de la iglesia de San Nicolás, Murat se detuvo a la espera de noticias de la avanzada sobre cuál era la situación de la fortaleza de la ciudad, *le Kremlin*.

A su alrededor se juntó un pequeño grupo de habitantes que se habían quedado en Moscú. Todos miraban con tímido asombro a ese extraño jefe de pelo largo, adornado con plumas y oro.

—¿Será este su rey? ¡No está mal! —se oía decir en voz baja.

El intérprete se acercó al grupo a caballo.

—¡Quítate el sombrero!… ¡Quítatelo! —se dijeron unos a otros.

El intérprete se dirigió a un viejo portero y le preguntó si el Kremlin estaba muy lejos. El portero escuchó perplejo su acento polaco, que le resultaba extraño e, incapaz de identificar sus palabras como idioma ruso, se escondió detrás de los demás sin entender lo que le había dicho.

Murat se acercó al intérprete y le ordenó que preguntara dónde estaban las tropas rusas. Uno de los rusos comprendió la pregunta y varias voces respondieron al intérprete. Un oficial de la avanzada llegó para informar a Murat de que las puertas de la fortaleza estaban cerradas y, probablemente, los esperaba allí una emboscada.

—Bien —dijo Murat, y ordenó a uno de los miembros de su comitiva que adelantara cuatro cañones ligeros para abrir fuego contra las puertas.

La artillería salió al trote de la columna que seguía a Murat y recorrió la calle Arbat; al llegar al final de la calle Vzdvízhenka, se detuvo y formó en la plaza. Varios oficiales franceses se encargaron de supervisar la disposición de los cañones mientras miraban el Kremlin con un catalejo.

En el Kremlin las campanas empezaron a tocar a vísperas, y el repique desconcertó a los franceses porque creyeron que se trataba de un llamamiento a las armas. Algunos soldados de la infantería corrieron hacia la puerta de Kutafia, cubierta de troncos y de barreras de madera. Cuando el oficial se acercó con su destacamento sonaron dos disparos de fusil. El general, que estaba junto a los cañones, dio una orden al oficial y este retrocedió rápidamente con sus soldados.

Desde la puerta dispararon tres veces más. Uno de los disparos alcanzó a un soldado francés en la pierna, tras lo cual detrás de las barreras se oyeron extraños gritos de varias personas. Como siguiendo una orden, el semblante antes alegre y tranquilo del general, los oficiales y los soldados franceses fue

reemplazado súbitamente por una expresión firme y concentrada de disposición a la lucha y al sufrimiento. Para todos ellos, desde el mariscal hasta el último soldado, aquel lugar no era la calle Vzdvízhenka, ni la calle Mojovaia, ni la puerta de Kutafia o la de la Trinidad, sino un nuevo campo de batalla donde probablemente correría la sangre. Y todos se preparaban para el combate. Los gritos que llegaban desde la puerta cesaron. Adelantaron los cañones y los artilleros soplaron las mechas encendidas.

—*Feu!*[233] —ordenó el oficial, y se oyeron dos sonidos silbantes y metálicos, uno tras otro.

La metralla retumbó contra la piedra de la puerta, los troncos y las barreras, y en la plaza empezaron a ondular dos nubes de humo.

Unos instantes después de que el estruendo de los disparos se apaciguara en las murallas del Kremlin, los franceses oyeron un extraño ruido por encima de la cabeza: era una inmensa bandada de cornejas que se había alzado sobre las murallas y, entre graznidos y el ruido de miles de alas, volaba en círculos por el aire. En ese momento en la puerta se oyó un grito humano aislado y por detrás del humo apareció la silueta de un hombre sin gorro y en caftán. Tenía un rifle, con el que apuntaba a los franceses.

—*Feu!* —repitió el oficial de artillería.

Un disparo de fusil y dos de cañón retumbaron a la vez, y el humo volvió a cubrir la puerta.

Detrás de las barreras ya no se movió nada más, y los soldados de la infantería y los oficiales avanzaron hacia la puerta. Yacían allí tres hombres heridos y cuatro muertos. Dos más, vestidos con caftán, huyeron veloces a lo largo de la muralla hacia la calle Známenka.

—*Enlevez-moi ça*[234] —dijo el oficial, señalando los troncos y los cadáveres.

Y los franceses, tras rematar a los heridos, lanzaron sus cuerpos detrás de una valla. Nadie supo quiénes eran esos hombres. «*Enlevez-moi ça*» fue lo único que se dijo de ellos, y fueron arrojados y más tarde recogidos para que no apestaran. Solo Thiers dedicó algunas elocuentes líneas a su memoria:

> *Ces misérables avaient envahi la citadelle sacrée, s'étaient emparés des fusils de l'arsenal, et tiraient (ces misérables) sur les Français. On en sabra quelques-uns et on purgea le Kremlin de leur présence.*[235]

Informaron a Murat de que el camino estaba despejado. Los franceses cruzaron la puerta y se dedicaron a instalar su campamento en la plaza del Senado. Los soldados arrojaban sillas a la plaza por las ventanas del Senado para encender hogueras.

Algunos destacamentos cruzaron el Kremlin y se instalaron a lo largo de las calles Maroseika, Lubianka y Pokrovka. Otros en las calles Vzdvízhenka, Známenka, Nikólskaia y Tverskaia. Al no encontrar en ninguna parte a los dueños de las casas, los franceses no se instalaron como en un cuartel situado en una ciudad, sino como si la ciudad misma fuera un campamento.

Aunque harapientos, agotados, hambrientos y reducidos a un tercio de sus efectivos, los soldados franceses habían entrado en Moscú en formaciones ordenadas. Era un ejército exhausto y consumido, pero todavía combativo y temible. Sin embargo, dejó de ser un ejército en el momento en que los soldados empezaron a dispersarse por la ciudad. En cuanto los miembros de los distintos regimientos entraron en las lujosas casas deshabitadas, el ejército se descompuso para siempre y sus miembros se convirtieron en algo que no era ni habitantes ni soldados, sino algo intermedio llamado saqueadores. Cuando, al cabo de cinco semanas, esos mismos hombres salieron de Moscú, ya no formaban un ejército, sino una masa de saqueadores, cada uno de ellos con un montón de objetos que consideraba valiosos y necesarios. Al salir de Moscú el objetivo de estos hombres ya no era conquistar, como antes, sino únicamente conservar el botín con que se habían hecho. Del mismo modo que un mono que ha metido la mano por el estrecho cuello de una jarra para coger un puñado de nueces es incapaz de volverla a abrir para no perder su botín, lo que lo lleva a la perdición, los franceses al abandonar Moscú tenían que perecer inevitablemente por llevarse a cuestas el fruto de su pillaje, y eran tan incapaces de desprenderse de él como es incapaz el mono de abrir la mano y soltar las nueces. Diez minutos después de que un regimiento francés se adentrara en algún barrio de Moscú, ya no quedaba ni un solo soldado u oficial. Tras las ventanas de las casas se veían hombres vestidos con capotes y botas paseándose por las habitaciones y sin dejar de reír; en los sótanos y despensas estos mismos hombres se adueñaban de las provisiones; en los patios abrían o echaban abajo las puertas de las cocheras y de las cuadras; en las cocinas encendían el fuego, amasaban, hacían pan y cocinaban remangados, asustando, divirtiendo y acariciando a mujeres y a niños. Estos hombres estaban por todas partes, en las tiendas y en las casas, y eran muchísimos, pero el ejército ya había dejado de existir. Ese mismo día los mandos franceses dieron órdenes continuas que prohibían terminantemente a las tropas desperdigarse por la ciudad, ejercer la violencia contra la población y robar; asimismo, ordenaron pasar lista por la noche. Sin embargo, a pesar todas las medidas, los hombres que antes formaban el ejército se dispersaron por esa ciudad rica y desierta, tan abundante en comodidades y provisiones.

Como un rebaño hambriento que avanza en grupo por un campo yermo y que al llegar a unos pastos abundantes se dispersa sin control, el ejército se dispersó con la misma falta de control por la rica ciudad.

En Moscú no quedaban habitantes y los soldados, como el agua en la arena, se filtraron, se diseminaron en forma de estrella por toda la ciudad desde el Kremlin, adonde habían entrado nada más llegar. Los de caballería, al colarse en las casas de los mercaderes, que las habían abandonado con todos sus bienes, y encontrar establos donde había sitio de sobra para sus caballos, iban igualmente a las casas vecinas que les parecían mejores. Muchos ocupaban varias casas y escribían con tiza quién la había ocupado, discutían entre ellos e incluso llegaban a pelearse con otros destacamentos. Sin haber tenido todavía tiempo de instalarse, los soldados corrían por las calles para explorar la ciudad y, al extenderse el rumor de que todo había sido abandonado, se lanzaban allá donde pudieran llevarse de balde objetos de valor. Los jefes intentaban frenar a los soldados, pero ellos se dejaban tentar también por los mismos actos. En la calle Karetny Riad había tiendas de carruajes y los generales se agolpaban allí para elegir carretelas y coches a su gusto. Los habitantes de la ciudad que se habían quedado invitaban a los jefes a su casa, con la esperanza de librarse del pillaje. Había tal abundancia de riquezas que parecían no tener fin. Cerca de los lugares que los franceses habían ocupado había muchos más por explorar y que, según creían, contenían todavía más riquezas. Y Moscú los fue engullendo poco a poco. Del mismo modo que cuando se vierte agua en la tierra seca ambas desaparecen y surge el barro, cuando el ejército hambriento entró en una ciudad vacía pero llena de riquezas, ambos perecieron y dieron lugar a los incendios y el saqueo.

Los franceses han atribuido el incendio de Moscú *au patriotisme féroce de Rastopchine*[236]; los rusos, al salvajismo de los franceses. Pero, en realidad, no existen ni pudieron existir causas que permitan atribuir la responsabilidad del incendio a una o varias personas. Moscú ardió porque se encontraba en unas condiciones en que hubiera ardido cualquier ciudad de madera, independientemente de si había o no había ciento treinta bombas de incendios de mala calidad. Moscú tenía que arder porque sus habitantes la habían abandonado y era tan inevitable como que comience a arder un montón de viruta sobre el que caen chispas durante varios días. Una ciudad de madera en la que, aun estando en ella los dueños de las casas y la policía, en verano se declaraban incendios a diario, no puede dejar de arder cuando sus habitantes

la han abandonado y en su lugar viven soldados que fuman pipa, hacen hogueras en la plaza del Senado con las sillas de esta cámara y cocinan dos veces al día. Basta con que, en tiempos de paz, las tropas se acuartelen en las casas de una aldea para que la cantidad de incendios aumente de inmediato en la región. ¿Cómo no va a aumentar entonces la probabilidad de incendio en una ciudad vacía, de casas de madera, en la que está instalado un ejército extranjero? *Le patriotisme féroce de Rastopchine* y el salvajismo de los franceses no tuvieron nada que ver con esto. Moscú ardió a causa de las pipas, de las cocinas, de las hogueras, de la negligencia de los soldados enemigos, de los habitantes instalados en casas ajenas. Si realmente hubo incendios intencionados (lo que es muy dudoso, porque nadie tenía motivos para provocarlos y, en cualquier caso, se trataba de algo engorroso y arriesgado), no se puede considerar que sean la razón de que Moscú entero ardiera, puesto que sin ellos habría pasado exactamente lo mismo.

Por mucho que a los franceses les gustara echarle la culpa a la ferocidad de Rastopchín y a los rusos echársela al malhechor de Bonaparte y poner una antorcha heroica en las manos del propio pueblo, es imposible no ver que no pudo existir una causa directa del incendio, ya que Moscú tenía que arder como ardería cualquier aldea, fábrica o casa que hubieran sido abandonadas por sus dueños y luego ocupadas por extraños que cocinaran en ellas. Moscú fue incendiado por sus habitantes, es cierto, pero no por los que se quedaron, sino por los que se marcharon. Moscú, ocupado por el enemigo, no quedó intacto como Berlín, Viena y otras ciudades porque sus habitantes no recibieron con pan y sal[237] a los franceses ni les entregaron las llaves, sino que la abandonaron.

XXVII

La dispersión de los franceses por Moscú, en forma de estrella, no llegó hasta la tarde del 2 de septiembre al barrio donde vivía Pierre en ese momento.

Después de pasarse dos días en soledad y en circunstancias tan excepcionales, Pierre se encontraba en un estado cercano a la locura. Un pensamiento obsesivo poseía todo su ser. No sabía cómo ni cuándo, pero se había adueñado de él hasta el punto en que no recordaba en absoluto el pasado ni entendía el presente, y todo cuanto veía y oía sucedía ante sus ojos como en un sueño.

Se había marchado de su casa para librarse de la complicada maraña de exigencias de la vida en que se sentía atrapado y que, en su situación de entonces, se veía incapaz de desenredar. Se había dirigido al piso de Ósip Alekséievich con el pretexto de clasificar los libros y los papeles del difunto, pero lo único que buscaba era serenidad ante las preocupaciones de la vida; el recuerdo de Ósip Alekséievich se unía en su alma con las ideas eternas, serenas y solemnes, completamente opuestas a la inquietante confusión que lo arrastraba. Buscaba un refugio en el gabinete de su bienhechor y realmente lo encontró. Cuando, en el silencio sepulcral del gabinete, se sentó y apoyó los codos en el polvoriento escritorio del difunto, empezaron a desfilar por su memoria, uno tras otro, tranquila y significativamente, los recuerdos de los últimos días, especialmente los de la batalla de Borodinó y esa sensación invencible de su propia nulidad y falsedad en comparación con la verdad, sencillez y fuerza de la categoría de hombres que se le había grabado en el corazón con el nombre de *ellos*. Cuando Guerásim lo sacó de su ensueño, a Pierre se le ocurrió la idea de participar en la defensa popular de Moscú, que sabía que estaba proyectada. Y, con ese fin, le pidió a Guerásim que le consiguiera un caftán y una pistola, y le comunicó su intención de ocultar su identidad y quedarse en la casa de Ósip Alekséievich. Después, durante el primer día, que pasó ociosamente y en soledad (intentó varias veces sin éxito concentrarse en los manuscritos masones), recordó vagamente la idea, que ya había tenido en el pasado, del significado cabalístico de su nombre en relación con el de Bonaparte. Sin embargo, la idea de que él, *l'Russe Besuhof*, estaba predestinado a poner fin al poder de la *bestia* era solo como una de esas ensoñaciones que pasan por nuestra imaginación sin motivo y sin dejar huella.

Cuando, habiendo comprado el caftán (con el único fin de participar en la defensa popular de Moscú), Pierre se encontró con los Rostov y Natasha le dijo: «¿Se queda? ¡Ah, qué bien!», pensó que realmente estaría bien quedarse en la ciudad, aunque fuera ocupada, para llevar a cabo la misión a la que estaba predestinado.

Al día siguiente, con la idea de no compadecerse de sí mismo y no quedarse a la zaga de *ellos*, se dirigió a la puerta de Tri Gory. Pero, cuando al volver a casa se convenció de que Moscú no iba a ser defendido, de repente sintió que lo que antes se le había antojado solo como una posibilidad, ahora era imprescindible e inevitable: tenía que ocultar su identidad y quedarse en Moscú para matar a Napoleón; tenía que, o bien morir, o bien poner fin a las desgracias que asolaban Europa, cuyo único responsable, a su juicio, era Napoleón.

Pierre conocía todos los detalles del atentado que en 1809 un estudiante había cometido contra la vida de Bonaparte en Viena, y sabía que este estudiante había sido fusilado. Y el peligro al que iba a exponer su vida para cumplir con su misión lo excitaba aún más.

Dos sentimientos igual de intensos lo empujaban irresistiblemente hacia su objetivo. El primero era la necesidad de sacrificarse y de sufrir ante la conciencia de la desgracia general, un sentimiento que el día 25 lo había llevado a viajar hasta Mozhaisk y situarse en el centro del campo de batalla, y ahora a huir de su casa, dormir vestido en un duro diván y comer lo mismo que Guerásim, renunciando a los lujos y comodidades a los que estaba acostumbrado. El segundo era ese sentimiento ambiguo y exclusivamente ruso de desprecio por todo lo convencional, artificioso, humano, por todo lo que la mayoría de las personas considera la felicidad suprema del mundo. Pierre había experimentado este sentimiento extraño y fascinante por primera vez en el palacio Slobodskói, cuando de pronto comprendió que si la riqueza, el poder, la vida y todo lo que la gente busca y conserva con tanto afán tiene algún valor, es solo por el placer que puede dispensar abandonarlo.

Era el mismo sentimiento por el que un recluta de reemplazo se gasta hasta el último kopek en bebida, o un borracho rompe espejos y cristales sin razón aparente a sabiendas de que le costará todo el dinero del que dispone; el mismo sentimiento que impulsa a una persona a cometer (en un sentido trivial) locuras de todo tipo, como para poner a prueba su poder personal y su fuerza, afirmando así la existencia de un juez supremo de la vida que está por encima de las condiciones humanas.

Desde el día en que Pierre había conocido este sentimiento en el palacio Slobodskói estaba bajo su influencia, pero solo ahora encontraba una satisfacción completa en él. Además, todo lo que ya había hecho en este sentido lo reafirmaba en su propósito y lo privaba de la posibilidad de desdecirse. La huida de casa, el caftán, la pistola, comunicar a los Rostov que se quedaba en Moscú: todo esto no solo habría perdido su sentido, sino que habría resultado despreciable y ridículo (algo a lo que era muy sensible) si, después de todo, se hubiera marchado de Moscú igual que los demás.

Como siempre ocurre, su estado físico coincidía con el moral. La comida pobre a la que no estaba acostumbrado, el vodka que bebía esos días, la falta de vino y de puros, la ropa sucia y sin cambiar, las dos noches que había pasado prácticamente en vela en un diván demasiado corto y sin sábanas; todo esto lo mantenía en un estado de agitación cercano a la locura.

Era más de la una de la tarde. Los franceses ya habían entrado en Moscú. Pierre lo sabía, pero, en vez de actuar, se limitaba a pensar en su plan, repasando los más ínfimos detalles. No imaginaba con demasiada claridad el proceso de asestarle el golpe a Napoleón y su muerte, pero veía con extraordinaria vivacidad y melancólico placer su propio fin y su heroico valor.

«¡Sí, tengo que hacerlo por todos o morir! —pensaba—. Sí, me acercaré… y después, de repente… ¿Con pistola o puñal? Por otro lado, qué más da. Le diré: “No soy yo, es la mano de la providencia la que te castiga —se imaginaba las palabras que le diría al matarlo—. Pues bien, detenedme, ejecutadme”», pensaba, agachando la cabeza, con expresión triste y firme.

Mientras se imaginaba todo esto en medio del gabinete, la puerta se abrió y en el dintel apareció la figura, siempre tímida y ahora completamente transformada, de Makar Alekséievich. Llevaba la bata totalmente abierta y tenía la cara roja, descompuesta. Saltaba a la vista que estaba borracho. Cuando vio a Pierre, en un primer momento se turbó pero, al notar su desconcierto, se animó y, con sus piernas delgadas y tambaleantes, avanzó hasta el centro del gabinete.

—Tienen miedo —dijo con voz ronca y confiada—. Pero yo no me rendiré, eso es lo que digo… ¿No es así, señor?

Se quedó pensativo y de pronto, al ver la pistola encima de la mesa, la cogió con una velocidad sorprendente y salió al pasillo corriendo.

Guerásim y el portero, que habían salido tras él, lo detuvieron en el zaguán y forcejearon para quitarle le pistola. Pierre miraba desde el pasillo, con lástima y aversión, a ese viejo medio loco. Makar Alekséievich, haciendo una mueca por los esfuerzos, no soltaba la pistola y gritaba con la voz ronca, al parecer imaginándose una situación solemne:

—¡A las armas! ¡Al abordaje! ¡De ningún modo, no me la quitaréis!

—Ya está bien, por favor, ya está bien. Haga el favor de soltarla. Vamos, señor, por favor… —decía Guerásim, volviéndolo suavemente, sujetándolo por los codos, hacia la puerta.

—Y ¿tú quién eres? ¡Bonaparte!… —gritaba Makar Alekséievich.

—Esto no está bien, señor. Haga el favor de entrar en la habitación a descansar. Y deme la pistola.

—¡Aparta, siervo miserable! ¡No me toques! ¿Lo ves? —gritaba Makar Alekséievich sacudiendo la pistola—. ¡Al abordaje!

—¡Sujétalo! —le susurró Guerásim al portero.

Lo cogieron por las manos y lo arrastraron hasta la puerta.

El zaguán se llenó de un espantoso ruido de forcejeos y resonó la voz ronca y jadeante del borracho.

De pronto en el porche se oyó un estridente grito de mujer y la cocinera entró corriendo al zaguán.

—¡Son ellos! ¡Dios mío de mi vida!… ¡De verdad que son ellos! ¡Son cuatro y vienen a caballo! —gritaba.

Guerásim y el portero soltaron a Makar Alekséievich; en el pasillo, que se había quedado en silencio, se oyeron con claridad varios puños golpeando la puerta de la entrada.

XXVIII

Pierre, que había decidido ocultar su título y que sabía hablar francés hasta que llevara a cabo su plan, aguardaba en el dintel de la puerta semiabierta del pasillo con la intención de esconderse en cuanto entraran los franceses. Sin embargo, cuando lo hicieron, no se movió: lo retenía una curiosidad irresistible.

Eran dos. El primero era un oficial alto, bravo y atractivo; el segundo, sin duda un soldado o un ordenanza, era achaparrado, flaco, tostado, y tenía las mejillas hundidas y expresión estúpida. El oficial, que cojeaba y se apoyaba en un bastón, iba delante. Dio varios pasos y, como si hubiera decidido que aquel era un buen alojamiento, se detuvo, se volvió hacia los soldados que esperaban en la puerta y les gritó con voz fuerte y autoritaria que metieran a los caballos en el patio. A continuación, se atusó el bigote con gesto gallardo y los codos muy altos, y se llevó una mano al sombrero.

—*Bonjour, la compagnie!*[238] —exclamó con alegría, sonriendo y mirando a su alrededor.

Nadie le respondió.

—*Vous êtes le bourgeois?* —le preguntó a Guerásim, quien, asustado, lo miró con expresión interrogativa—. *Quartire, quartire, logement* —dijo, mirando desde arriba y con una sonrisa condescendiente al pequeño hombre —. *Les Français sont de bons enfants. Que diable! Voyons! Ne nous fâchons pas, mon vieux* —añadió, dándole palmadas en el hombro; Guerásim, asustado, guardaba silencio—. *A ça! Dites donc, on ne parle donc pas français dans cette boutique?*[239] —preguntó, mirando a un lado y a otro y cruzándose con una mirada de Pierre, que se apartó del dintel.

Se volvió de nuevo hacia Guerásim y le exigió que le enseñara dónde estaban las habitaciones de la casa.

—El señor no estar, yo no entender… mi… su… —dijo en ruso el viejo, deformando las palabras como para intentar hacerlas más comprensibles.

El oficial francés, sonriendo, abrió los brazos ante las narices de Guerásim para darle a entender que no lo entendía y se dirigió cojeando levemente hacia la puerta en la que estaba Pierre. Bezújov iba a alejarse para esconderse, pero justo en ese momento vio que Makar Alekséievich se asomaba por la puerta de la cocina con la pistola en las manos.

Con la picardía de un loco, Makar Alekséievich miró al francés, levantó la pistola y le apuntó.

—¡¡¡Al abordaje!!! —gritó, intentando apretar el gatillo.

Al oír un grito el francés se volvió y, en ese mismo instante, Pierre se abalanzó sobre el borracho, logró sujetar la pistola y la subió un poco, pero Makar Alekséievich consiguió apretar el gatillo. Se oyó un disparo ensordecedor y todo quedó cubierto por una nube de pólvora. El francés, pálido, dio un salto atrás, hacia la puerta.

En cuanto Pierre logró hacerse con la pistola y arrojarla a un lado, corrió hacia el oficial y le habló en su idioma, olvidando su propósito de no revelar que sabía francés.

—*Vous n'êtes pas blessé?*[240] —le preguntó.

—*Je crois que non* —le respondió el oficial, palpándose el cuerpo—; *mais je l'ai manqué belle cette fois-ci* —añadió, señalando el agujero que había en el enyesado de la pared—. *Quel est cet homme?*[241] —dijo, mirándolo severamente.

—*Ah, je suis vraiment au désespoir de ce qui vient d'arriver* —se apresuró a decir Pierre, olvidando por completo su papel—. *C'est un fou, un malheureux qui ne savait pas ce qu'il faisait.*[242]

El oficial se acercó a Makar Alekséievich y lo agarró por el cuello del batín.

El borracho, con los labios entreabiertos como si fuera a quedarse dormido, se balanceaba apoyado en la pared.

—*Brigand, tu me la payeras!* —exclamó el francés, y lo soltó—. *Nous autres nous sommes clements après la victoire: mais nous ne pardonnons pas aux traîres*[243] —añadió, con el semblante lóbrego, solemne y un gesto hermoso y enérgico.

Pierre intentó convencerlo de que no castigara a ese loco borracho. El francés lo escuchaba en silencio, sin cambiar su lóbrega expresión y, de

repente, se volvió hacia él sonriente y lo miró unos segundos en silencio. Su atractivo rostro adquirió una expresión trágica y tierna, y le tendió una mano.

—*Vous m'avez sauvé la vie! Vous êtes Français*[244] —le dijo.

Para un francés esta era una conclusión indiscutible: solo un francés podía acometer un acto grandioso. Y salvarle la vida a él, a *monsieur Ramballe, capitaine du 13e Léger*[245], era sin lugar a dudas el más grandioso de los actos.

Pero por muy indiscutible que fuera esta conclusión, que tanto convencía al oficial, Pierre consideró necesario desilusionarlo.

—*Je suis Russe*[246] —dijo rápidamente.

—*Ti-ti-ti à d'autres* —replicó el francés, agitando un dedo delante de la nariz con una sonrisa—. *Tout à l'heure vous allez me conter tout ça. Charmé de rencontrer un compatriote. Eh bien! qu'allons nous faire de cet homme?*[247] —añadió, hablándole ya como a un hermano.

Su semblante y su tono parecían decir que, incluso si Pierre no era francés, una vez recibido semejante título, el más grande del mundo, ya no podía renunciar a él.

Contestando a la última pregunta, Pierre le explicó quién era Makar Alekséievich y le contó que justo antes de su llegada ese loco borracho se había hecho con una pistola cargada y no habían tenido tiempo de quitársela. Por ello, le rogaba que no lo castigara.

El francés sacó pecho e hizo un gesto majestuoso con la mano.

—*Vous m'avez sauvé la vie. Vous êtes français. Vous me demandez sa grâce? Je vous l'accorde. Qu'on emmène cet homme*[248] —sentenció con rapidez y energía.

Cogió a Pierre por el brazo, al que había ascendido a francés por haberle salvado la vida, y se dirigió con él a una habitación.

Al oír el disparo, los soldados que estaban en el patio entraron en el zaguán, preguntaron qué había ocurrido y expresaron su disposición a castigar a los culpables; pero el oficial los detuvo con severidad:

—*On vous demandera quand on aura besoin de vous*[249] —les dijo.

Los soldados salieron. El ordenanza, que entretanto había tenido tiempo de inspeccionar la cocina, se acercó al oficial.

—*Capitaine, ils ont de la soupe et du gigot de mouton dans la cuisine* —dijo—. *Faut-il vous l'apporter?*[250]

—*Oui, et le vin*[251] —le respondió el oficial.

XXIX

Cuando el oficial entró con Pierre, este consideró un deber decirle una vez más que no era francés y se dispuso a marcharse, pero el oficial no quiso ni oír hablar de ello. Se mostraba hasta tal punto amable, bondadoso y sinceramente agradecido por haberle salvado la vida que Pierre fue incapaz de rechazarlo y se sentó con él en la sala, que era la primera habitación en la que habían entrado. Ante su insistencia en que no era francés, el capitán, sin duda incapaz de entender cómo era posible renunciar a tan halagüeño título, se encogió de hombros y le dijo que, si realmente quería pasar por ruso, lo hiciera, pero que de todos modos él le estaría eternamente agradecido por haberle salvado la vida.

Si aquel hombre hubiera tenido la más mínima capacidad de comprender los sentimientos de los demás y hubiera adivinado los de Pierre, este probablemente se habría marchado; pero el evidente carácter obtuso del capitán, ajeno a todo cuanto no fuera él mismo, venció a Pierre.

—*Français ou prince russe incognito* —dijo, mirando la sucia aunque refinada ropa de Pierre y la sortija que llevaba en el dedo—. *Je vous dois la vie et je vous offre mon amitié. Un Français n'oublie jamais ni une insulte ni un service. Je vous offre mon amitié. Je ne vous dis que ça*.[252]

En su voz, en la expresión de su rostro y en sus gestos había tanta afabilidad y nobleza (en el sentido francés de la palabra) que Pierre, respondiendo inconscientemente a su sonrisa con otra sonrisa, le estrechó la mano que le tendía.

—*Capitaine Ramballe du 13e léger, décoré pour l'affaire du Sept* —se presentó el oficial con una sonrisa satisfecha e incontenible que le fruncía los labios por debajo del bigote—. *Voudrez vous bien me dire à présent, à qui j'ai l'honneur de parler aussi agréablement au lieu de rester à l'ambulance avec la balle de ce fou dans le corps*.[253]

Pierre respondió que no podía decir su nombre y, enrojeciendo al intentar inventarse otro, se dispuso a exponer los motivos que le impedían hacerlo, pero el francés lo interrumpió:

—*De grâce* —le dijo—. *Je comprends vos raisons, vous êtes officier… officier supérieur, peut-être. Vous avez porté les armes contre nous. Ce n'est pas mon affaire. Je vous dois la vie. Cela me suffit. Je suis tout à vous. Vous êtes gentilhomme?* —añadió, con un matiz inquisitivo. Pierre agachó la cabeza—. *Votre nom de baptême, s'il vous plaît? Je ne demande pas*

davantage. Monsieur Pierre, dites vous… Parfait. C'est tout ce que je désire savoir.[254]

Cuando trajeron el cordero, la tortilla, el samovar, el vodka y el vino que los franceses habían sacado de una bodega rusa, Ramballe le pidió a Pierre que lo acompañara y, como hombre sano y hambriento, se puso a comer con avidez, masticando rápidamente con sus dientes fuertes, sin dejar de chasquear la lengua ni de repetir:

—*Excellent, exquis!*[255]

Su rostro enrojeció y se cubrió de sudor. Pierre tenía hambre y lo acompañó con sumo gusto. Morel, el ordenanza, trajo una olla con agua templada en la que metió una botella de vino tinto, y también una botella de *kvas* que había cogido de la cocina para probarlo. Los franceses ya conocían esta bebida y la habían bautizado como *limonade de cochon* (limonada de cerdo), y Morel alabó la que había encontrado en la cocina. Pero, como el capitán tenía vino que había conseguido al cruzar Moscú, dejó el *kvas* para Morel y se lanzó al burdeos. Envolvió el cuello de la botella con una servilleta, se sirvió y después sirvió a Pierre. El hambre saciada y el vino lo animaron aún más, y no dejó de hablar en toda la comida.

—*Oui, mon cher monsieur Pierre, je vous dois une fière chandelle de m'avoir sauvé… de cet enragé… J'en ai assez, voyez-vous, de balles dans le corps. En voilà une* —señaló un costado— *à Wagram et de deux à Smolensk.* —Mostró una cicatriz que tenía en la mejilla—. *Et cette jambe, comme vous voyez, qui ne veut pas marcher. C'est à la grande bataille du 7 à la Moskowa que j'ai reçu ça. Sacré Dieu, c'était beau! Il fallait voir ça, c'était un déluge de feu. Vous nous avez taillé une rude besogne; vous pouvez vous en vanter, nom d'un petit bonhomme. Et, ma parole, malgré l'atout, que j'y ai gagné, je serais prêt à recommencer. Je plains ceux qui n'ont pas vu ça.*[256]

—*J'y ai été*[257] —dijo Pierre.

—*Bah, vraiment! Eh bien, tant mieux* —continuó el francés—. *Vous êtes de fiers ennemis, tout de même. La grande redoute a été tenace, nom d'une pipe. Et vous nous l'avez fait crânement payer. J'y suis allé trois fois, tel que vous me voyez. Trois fois nous étions sur les canons et trois fois on nous a culbuté et comme des capucins de cartes. Oh! c'était beau, m-r Pierre. Vos grenadiers ont été superbes, tonnerre de Dieu. Je les ai vu six fois de suite serrer les rangs, et marcher comme à une revue. Les beaux hommes! Notre roi de Naples qui s'y connait a crié: bravo! Ah, ah! soldat comme nous autres!* —dijo después de un momento de silencio—. *Tant mieux, tant mieux, monsieur Pierre. Terribles en bataille… galants…* —guiñó un ojo con una

sonrisa— *avec les belles, voilà les Français, monsieur Pierre, n'est-ce pas?*[258]

La alegría del capitán era hasta tal punto ingenua, cordial y pura, y se lo veía tan satisfecho de sí mismo, que Pierre estuvo a punto de devolverle el guiño mientras lo miraba con jovialidad.

Probablemente la palabra «galant» hizo pensar al capitán en la situación de Moscú.

—*À propos, dites donc, est-ce vrai que toutes les femmes ont quitté Moscou? Une drôle d'idée! Qu'avaient-elles à craindre?*[259]

—*Est ce que les dames françaises ne quitteraient pas Paris si les Russes y entraient?*[260] —dijo Pierre.

—*Ah, ah, ah!…* —estalló el francés en una alegre carcajada de persona sanguínea, y zarandeó a Pierre por el hombro—. *Ah! elle est forte celle-là. Paris? Mais Paris… Paris…*[261]

—*Paris la capitale du monde…*[262] —dijo Pierre terminando la frase.

El capitán lo miró. Tenía la costumbre de detenerse en mitad de la conversación y mirar fijamente con ojos sonrientes y afectuosos.

—*Eh bien, si vous ne m'aviez pas dit que vous êtes Russe, j'aurai parié que vous êtes Parisien. Vous avez ce je ne sais quoi, ce…*[263]

Y, tras pronunciar este cumplido, volvió a mirarlo en silencio.

—*J'ai été à Paris, j'y ai passé des années*[264] —dijo Pierre.

—*Oh ça se voit bien. Paris!… Un homme qui ne connait pas Paris, est un sauvage. Un Parisien, ça se sent à deux lieux. Paris, c'est Talma, la Duschénois, Potier, la Sorbonne, les boulevards*. —Y, al darse cuenta de que la conclusión había sido más floja que la anterior, añadió apresuradamente—: *Il n'y a qu'un Paris au monde. Vous avez été à Paris et vous êtes resté Russe. Eh bien, je ne vous en estime pas moins*[265].

Bajo el efecto del vino y después de los días que había pasado en soledad con sus sombríos pensamientos, Pierre sentía un involuntario placer al charlar con aquel hombre alegre y afable.

—*Pour en revenir à vos dames, on les dit bien belles. Quelle fichue idée d'aller s'enterrer dans les steppes, quand l'armée française est à Moscou. Quelle chance elles ont manqué celles-là. Vos moujiks c'est autre chose, mais vous autres gens civilisés vous devriez nous connaître mieux que ça. Nous avons pris Vienne, Berlin, Madrid, Naples, Rome, Varsovie, toutes les capitales du monde… On nous craint, mais on nous aime. Nous sommes bons à connaître. Et puis l'Empereur…*[266]

Aquí Pierre lo interrumpió:

—*L’Empereur* —repitió, y de repente su rostro adquirió una expresión triste y desconcertada—. *Est-ce que l’Empereur…*[267]

—*L’Empereur? C’est la générosité, la clémence, la justice, l’ordre, le génie, voilà l’Empereur! C’est moi Ramballe qui vous le dit. Tel que vous me voyez, j’étais son ennemi il y a encore huit ans. Mon père a été comte émigré… Mais il m’a vaincu, cet homme. Il m’a empoigné. Je n’ai pas pu résister au spectacle de grandeur et de gloire dont il couvrait la France. Quand j’ai compris ce qu’il voulait, quand j’ai vu qu’il nous faisait une litière de lauriers, voyez-vous, je me suis dit: voilà un souverain, et je me suis donné à lui. Eh voilà! Oh, oui, mon cher, c’est le plus grand homme des siècles passés et à venir*.[268]

—*Est-il à Moscou?*[269] —preguntó Pierre con tono vacilante y aire de culpabilidad.

El francés observó su expresión culpable y sonrió.

—*Non, il fera son entrée demain*[270] —dijo, y continuó hablando.

La conversación fue interrumpida por unos gritos que llegaban desde la puerta cochera y por Morel, que entró para informar de que habían llegado varios húsares de Wurtemberg y pretendían dejar los caballos en el mismo patio en que estaban los del capitán. El problema residía principalmente en que los húsares no entendían lo que se les decía.

El capitán hizo llamar al suboficial mayor y le preguntó con severidad a qué regimiento pertenecían, quién era su superior y cómo se permitían entrar en una casa que ya había sido ocupada. A las dos primeras preguntas, el alemán, que no entendía bien el francés, respondió dando el nombre de su regimiento y de su superior; pero la tercera no la entendió y, mezclando el alemán con palabras deformadas del francés, dijo que era el aposentador del regimiento y que su jefe le había ordenado ocupar todas las casas sin excepción. Pierre, que sabía alemán, le tradujo al capitán las palabras del húsar de Wurtemberg y a continuación le tradujo a este la respuesta del capitán. Al entender lo que se le decía, el alemán cedió y se llevó a sus hombres. El capitán salió al porche y se puso a dar órdenes en voz alta.

Cuando volvió a la sala Pierre seguía sentado en el mismo sitio con la cabeza entre en las manos. Su rostro reflejaba sufrimiento. Y es que, realmente, estaba sufriendo. Al salir el capitán y quedarse solo, había reaccionado y se había dado cuenta de la situación en que se encontraba. Lo que le atormentaba en ese momento no era que Moscú hubiera sido tomado, ni que los afortunados vencedores camparan a sus anchas por la ciudad y lo trataran con esa condescendencia, por muy duro que le resultara. Le

atormentaba la conciencia de su debilidad. Varios vasos de vino y la conversación con ese hombre afable habían destruido el ánimo lóbrego y reconcentrado con el que había vivido aquellos días y que era necesario para cumplir su plan. La pistola, el puñal y el abrigo de sayal estaban listos, Napoleón llegaba al día siguiente. Pierre seguía pensando que matar a aquel ser malvado era útil y digno, pero ahora creía que no iba a hacerlo. ¿Por qué? Lo ignoraba, pero era como si tuviera el presentimiento de que no iba a llevar a cabo su plan. Luchaba contra su debilidad, pero tenía la vaga sensación de que no la superaría, de que su lóbrego modo de pensar sobre la venganza, el asesinato y el sacrificio de sí mismo se había reducido a cenizas al contacto con el primer hombre.

El capitán entró silbando, con un leve cojeo.

La cháchara del francés, que antes había entretenido a Pierre, ahora le resultaba detestable. La cancioncilla que silbaba, sus andares, sus gestos, la manera de retorcerse el bigote: ahora todo le parecía ofensivo.

«Ahora me iré y no le diré ni una palabra más», pensaba. No obstante, seguía sin moverse. Un extraño sentimiento de debilidad lo tenía clavado en su sitio. Quería levantarse y marcharse, pero era incapaz de hacerlo.

El capitán, al contrario, parecía muy alegre. Recorrió dos veces la sala, los ojos le brillaban y el bigote le temblaba ligeramente, como si se sonriera a sí mismo al pensar en una divertida ocurrencia.

—*Charmant* —dijo de pronto—, *le colonel de ces Wurtembourgeois! C'est un Allemand; mais brave garçon, s'il en fut. Mais Allemand*. —Se sentó enfrente de Pierre—. *À propos, vous savez donc l'allemand, vous?* —Pierre lo miró en silencio—. *Comment dites vous asile en allemand?*[271]

—*Asile?*[272] —dijo Pierre—. *Asile en allemand: Unterkunft.*

—*Comment dites-vous?*[273] —le preguntó rápidamente el capitán, con incredulidad.

—*Unterkunft* —repitió Pierre.

—*Onterkoff* —dijo el capitán, y miró a Pierre unos segundos con ojos sonrientes—. *Les Allemands sont de fières bêtes. N'est-ce pas, monsieur Pierre? Eh bien, encore une bouteille de ce Bordeau Moscovite, n'est-ce pas? Morel, va nous chauffer encore une petite bouteille. Morel!*[274] —gritó alegremente.

Morel trajo velas y una botella de vino. El capitán Ramballe miró a Pierre a la luz de las velas y se quedó pasmado por su rostro desolado. Con sincera aflicción e interés, se le acercó y se inclinó sobre él.

—*Eh bien, nous sommes tristes* —dijo, tocándole una mano—. *Vous aurai-je fait de la peine? Non, vrai, avez-vous quelque chose contre moi? Peut-être par rapport à la situation?*[275]

Pierre no respondió nada, pero miró cariñosamente al francés. El interés que le mostraba le resultaba agradable.

—*Parole d'honneur, sans parler de ce que je vous dois, j'ai de l'amitié pour vous. Puis-je faire quelque chose pour vous? Disposez de moi. C'est à la vie et à la mort. C'est la main sur le coeur que je vous le dis*[276] —dijo Ramballe, golpeándose el pecho.

—*Merci* —respondió Pierre.

El capitán lo miró fijamente, como lo había mirado al saber cómo se decía «asilo» en alemán, y su rostro de pronto resplandeció.

—*Ah! dans ce cas je bois à notre amitié!*[277] —exclamó con jovialidad, sirviendo dos vasos de vino.

Pierre cogió el vaso y se lo bebió. Ramballe también se bebió el suyo, le estrechó una vez más la mano y, con una postura entre pensativa y melancólica, se acodó en la mesa.

—*Oui, mon cher ami, voilà les caprices de la fortune* —empezó a decir —. *Qui m'aurait dit que je serai soldat et capitaine de dragons au service de Bonaparte, comme nous l'appellions jadis. Et cependant me voilà à Moscou avec lui. Il faut vous dire, mon cher* —continuó, con la voz triste y rítmica de quien se dispone a contar una larga historia—, *que notre nom est l'un des plus anciens de la France.*[278]

Y, con la franqueza inocente y ligera de los franceses, el capitán contó la historia de sus antepasados, su infancia, adolescencia y madurez, todo lo relacionado con su parentesco, su familia y sus finanzas. Por supuesto, «*Ma pauvre mère*»[279] tenía un papel importante en esta historia.

—*Mais tout ça ce n'est que la mise en scène de la vie, le fond c'est l'amour. L'amour! N'est-ce pas, monsieur Pierre?* —dijo, animándose—. *Encore un verre.*[280]

Pierre bebió y se sirvió un tercer vaso.

—*Oh! les femmes, les femmes!*[281] —exclamó el capitán, y, mirando a Pierre con ojos lascivos, empezó a hablar del amor y de sus aventuras amorosas.

Habían sido muchas, algo fácil de creer viendo su rostro engreído y atractivo, así como la entusiasta animación con que hablaba de las mujeres. A pesar de que todas las historias amorosas de Ramballe tenían el carácter obsceno que los franceses ven únicamente como encanto y poesía del amor,

las contaba con el sincero convencimiento de que solo él había experimentado y conocido todos los encantos del amor, y describía a las mujeres de un modo tan seductor que Pierre lo escuchaba con curiosidad.

Era evidente que *l'amour* que tanto veneraba el francés no era la clase de amor vil y simple que Pierre había sentido en el pasado por su mujer, ni tampoco el amor romántico, avivado por él mismo, que sentía por Natasha (Ramballe despreciaba por igual ambas clases de amor: uno era *l'amour des charretiers* y el otro *l'amour des nigauds*[282]); *l'amour* que idolatraba el francés se basaba principalmente en la antinaturalidad de las relaciones con las mujeres y en la combinación de distintas anomalías que daba a ese sentimiento su principal encanto.

Así, el capitán contó la conmovedora historia de su amor por una fascinante marquesa de treinta y cinco años y, a la vez, por una deliciosa e inocente chiquilla de diecisiete, hija de esa misma marquesa fascinante. La lucha de la magnanimidad entre ambas acabó con que la madre, sacrificándose, le ofreció al amante a su hija como esposa; este recuerdo, aunque ya era muy lejano, todavía emocionaba al capitán. Después relató un episodio en que un marido había desempeñado el papel de amante, mientras él (el amante) el de marido, así como algunos episodios cómicos más de sus *souvenirs d'Allemagne*[283], donde «*asile*» se dice «*Unterkunft*», donde *les maris mangent de la choux croute*, y *les jeunes filles sont trop blondes*[284].

Finalmente, con gestos rápidos y el rostro encendido, relató un episodio en Polonia, aún fresco en su memoria: al salvarle la vida a un polaco (en general, en sus historias no dejaba de salvar vidas) este le había confiado a su cautivadora mujer (*Parisienne de cœur*[285]) y se había alistado en el ejército francés. El capitán era feliz y la cautivadora polaca quería que huyeran juntos; pero él, movido por la magnanimidad, devolvió la mujer al polaco mientras le decía: «*Je vous ai sauvé la vie, et je sauve votre honneur!*»[286]. Al repetir estas palabras se frotó los ojos y se estremeció, como para desprenderse de la debilidad que lo invadía al recordar tan conmovedora escena.

Como es normal a altas horas de la noche y bajo los efectos del vino, Pierre escuchaba estas historias amorosas siguiéndolas palabra por palabra, entendiéndolo todo, pero al mismo tiempo reviviendo sus propios recuerdos, que, por algún motivo, acudían a su memoria. De repente recordó su amor por Natasha y, examinando las imágenes de este amor, las comparó mentalmente con las historias de Ramballe. Al oír el episodio de la lucha entre el deber y el amor, vio ante sí con todo detalle su último encuentro con la mujer amada cerca de la torre Sújarev. Entonces el encuentro no le había producido ningún

efecto, ni siquiera había vuelto a pensar en él, pero ahora le parecía muy especial y poético.

«¡Piotr Kirílych, venga, lo he reconocido!», oía las palabras que le había dicho Natasha, veía sus ojos, su sonrisa, su pequeña cofia de viaje y el mechón de pelo que se asomaba… Y en todo encontraba algo tierno y conmovedor.

Una vez hubo terminado de contar la historia de la cautivadora polaca, el capitán se volvió hacia Pierre y le preguntó si alguna vez había experimentado semejante sentimiento de sacrificio amoroso y de envidia por el marido legítimo.

Incitado por la pregunta, Pierre levantó la cabeza y sintió la necesidad de expresar los pensamientos que lo ocupaban. Le explicó que él entendía el amor de una manera algo distinta y que en toda su vida había amado y seguía amando a una sola mujer, pero que esta jamás podría pertenecerle.

—*Tiens!*[287] —exclamó el capitán.

Pierre le contó que amaba a esta mujer desde muy joven, pero que no se había atrevido a pensar en ella porque era casi una niña y él un bastardo sin nombre. Más adelante, al recibir riquezas y nombre, tampoco se había atrevido a pensar en ella porque la quería demasiado, la había puesto muy por encima de los demás y de sí mismo. Al llegar a este punto de la historia, se volvió hacia el capitán para preguntarle si lo entendía.

El capitán hizo un gesto que venía a expresar que, aún en el caso de que no lo entendiera, le rogaba que continuara.

—*L'amour platonique, les nuages…*[288] —musitó.

Ya fuera por el vino, por la necesidad de confesarse, por la idea de que aquel hombre no conocía ni conocería a ninguno de los protagonistas de la historia o por todo a la vez, el caso es que Pierre tenía la lengua desatada. Con la boca balbuceante, los ojos brillantes y la mirada perdida, contó toda su historia: su matrimonio, el amor de Natasha por su mejor amigo, la traición de esta y la relación sencilla que él mismo tenía con ella. Incitado por las preguntas de Ramballe, confesó también lo que había ocultado desde un buen principio: su posición social e incluso le reveló su nombre.

Lo que más sorprendió al capitán de todo lo que contó Pierre fue que fuera tan rico y tuviera dos palacios en Moscú, que lo hubiera abandonado todo y, en vez de marcharse, se hubiera quedado en la ciudad ocultando su nombre y su título.

Ya eran altas horas de la madrugada cuando salieron juntos a la calle. La noche era cálida y clara. A la izquierda de la casa se veía el resplandor del

primer incendio que se declaró en Moscú, el de la calle Petrovka. A la derecha, en lo alto, pendía la joven luna creciente y en el otro lado el luminoso cometa que en el alma de Pierre estaba conectado con su amor. Cerca de la puerta cochera estaban Guerásim, una cocinera y dos franceses riendo y conversando en idiomas que no entendían. También ellos observaban el resplandor del incendio. Pero, en una ciudad tan inmensa, no había nada terrible en un pequeño fuego que se veía a los lejos.

Al mirar el cielo alto y estrellado, la luna, el cometa y el resplandor del fuego, Pierre sintió una alegre emoción. «Pero ¡qué bien se está! ¿Qué más se puede pedir?», pensó. Y de pronto, cuando recordó su plan, la cabeza le empezó a dar vueltas, se mareó y tuvo que apoyarse en la verja para no caerse.

Sin despedirse de su nuevo amigo, Pierre se apartó de la puerta cochera con paso vacilante y, al llegar a su habitación, se echó en el diván y al instante se quedó dormido.

XXX

El resplandor del primer incendio, que empezó el 2 de septiembre, fue visto desde diversas carreteras y con distintos sentimientos por los habitantes que huían de Moscú y por las tropas que se retiraban.

Aquella noche el convoy de los Rostov había hecho parada en Mytischi, a veinte verstas de Moscú. El 1 de septiembre habían salido tan tarde, la carretera estaba tan abarrotada de carros y de tropas, habían olvidado tantas cosas que tuvieron que mandar a los criados a buscar, que habían decidido pernoctar a cinco verstas de la ciudad. A la mañana siguiente se habían puesto en marcha tarde y de nuevo se habían detenido tantas veces que solo pudieron llegar hasta Bolshíe Mytischi. A las diez de la noche, los Rostov y los heridos que viajaban con ellos se acomodaron en los patios e isbas de la gran aldea. Los criados y cocheros, así como los ordenanzas de los heridos, una vez hubieron atendido a los señores, cenaron, alimentaron a los caballos y salieron al porche.

En la isba vecina yacía un ayudante de campo herido de Raievski. Tenía la mano rota y el dolor era tan insoportable que no dejaba de gemir lastimeramente; sus gemidos resonaban de una manera terrible en la oscuridad otoñal de la noche. La primera noche la había pasado en el mismo patio que los Rostov y la condesa había dicho que por culpa de los gemidos

no había pegado ojo, por lo que, al llegar a Mytischi, con tal de estar más alejada del herido, se instaló en una isba peor.

Uno de los criados distinguió en la oscuridad, por detrás de la alta caja del carruaje que había frente a la entrada, el débil resplandor de otro incendio. Ya hacía tiempo que habían visto el primer resplandor y sabían que se trataba de Málye Mytischi, incendiado por los cosacos de Mamónov.

—Compañeros, aquello es otro incendio —dijo un ordenanza.

Todos volvieron la mirada hacia el resplandor.

—Pero ya nos han dicho que los cosacos de Mamónov han incendiado Málye Mytischi.

—Ya, pero eso no es Málye Mytischi, es más lejos.

—¡Mirad, parece Moscú!

Dos de los criados bajaron la escalinata del porche y se sentaron en el estribo del carruaje.

—¡Es más a la izquierda! Fíjate dónde está Mytischi, está justo al otro lado.

Algunos criados más se unieron a los primeros.

—¡Mirad cómo arde! —dijo uno—. El incendio es en Moscú, señores: o en el barrio de Suschióvskaia o en el de Rogózhskaia.

Nadie respondió a esta observación y durante bastante tiempo todos contemplaron en silencio las llamas lejanas del nuevo incendio.

El viejo Danilo Teréntich, ayuda de cámara del conde (así lo llamaban), se acercó al grupo y llamó a Mishka.

—¿Qué estás mirando ahí, imbécil?… El conde puede necesitar algo y no hay nadie. ¡Ve a recoger la ropa!

—¡Solo he venido a por agua! —se excusó Mishka.

—Y ¿usted qué cree, Danilo Teréntich? ¿El resplandor de aquel fuego es en Moscú? —le preguntó uno de los lacayos.

Danilo Teréntich no respondió nada y volvió a hacerse un largo silencio. El resplandor se extendía y avivaba cada vez más.

—¡Que Dios se apiade de nosotros!… Hace viento y está todo tan seco… —dijo alguien.

—¡Fijaos en cómo avanza! ¡Dios mío! ¡Se ve incluso volar a las cornejas! ¡Señor, apiádate de nosotros, pecadores!

—Seguro que lo apagan.

—¿Quién lo va a apagar? —dijo Danilo Teréntich, que había estado callado hasta entonces. Su voz era serena y pausada—. Es Moscú el que arde, hermanos: nuestra querida madre de piedra blanc…

La voz se le quebró y empezó a sollozar como hacen los viejos. Fue como si todos llevaran esperando algo así para comprender lo que significaba aquel resplandor. Se oyeron suspiros, oraciones y los sollozos del viejo ayuda de cámara del conde.

XXXI

El ayuda de cámara entró a informar al conde de que Moscú estaba ardiendo. El conde se puso una bata y salió a mirar. Lo acompañaban Sonia, que aún no se había desvestido, y *madame* Schoss. Natasha y la condesa se quedaron solas en la habitación. (Petia ya no estaba con la familia, se había adelantado con su regimiento, que se dirigía hacia la Trinidad.)[289]

Al oír la noticia del incendio de Moscú la condesa rompió a llorar. Natasha, pálida, con la mirada petrificada, sentada en un banquito debajo de los iconos (seguía en el mismo lugar desde que habían llegado), no prestó ninguna atención a las palabras de su padre. Estaba concentrada en los gemidos incesantes del ayudante de campo que se oían desde tres casas más allá.

—¡Ah, qué horror! —exclamó Sonia, que había vuelto del patio helada y asustada—. ¡Creo está ardiendo Moscú entero, el resplandor es espantoso! Mira, Natasha, desde esta ventanita se ve —le dijo a su prima, con el deseo evidente de entretenerla con lo que fuera.

Pero Natasha la miró como sin entender lo que le decía y volvió a fijar la mirada en una esquina de la estufa. Se encontraba en un estado de pasmo desde la mañana, desde que Sonia, para asombro y contrariedad de la condesa, había creído necesario revelarle, no se sabe con qué incomprensible fin, que el príncipe Andréi estaba herido y que viajaba en el mismo convoy que ellos. La condesa se había enfadado con Sonia como rara vez en su vida. Sonia había llorado y le había pedido perdón, y ahora, como para reparar su falta, no dejaba de colmar de atenciones a su prima.

—¡Mira cómo arde, Natasha, es espantoso! —dijo Sonia.

—¿Qué es lo que arde? —preguntó Natasha—. Ah, sí, Moscú…

Y, como para no ofender a Sonia con una negativa y librarse de ella, acercó la cabeza a la ventana y miró, pero lo hizo de un modo que dejó claro que no había podido ver nada; a continuación, volvió a sentarse en la misma posición de antes.

—Pero ¡si no lo has visto!

—Sí que lo he visto, de verdad —dijo Natasha con un tono que imploraba que la dejara en paz.

Tanto la condesa como Sonia comprendieron que ni Moscú, ni su incendio, ni nada en el mundo podían tener importancia alguna para Natasha.

El conde volvió a acostarse detrás de un tabique. La condesa se acercó a Natasha, le tocó la cabeza con el dorso de la mano, como hacía cuando su hija estaba enferma, después le rozó la frente con los labios para saber si tenía fiebre y la besó.

—Has cogido frío. Estás temblando. Sería mejor que te acostaras —le dijo.

—¿Acostarme? Sí, está bien. Ahora me acuesto —asintió Natasha.

Cuando a Natasha le habían dicho por la mañana que el príncipe Andréi estaba gravemente herido y que viajaba con ellos, al principio había preguntado una y otra vez dónde, cuándo, si su vida corría peligro y si podía verlo. Pero, cuando le dijeron que no podía verlo y que, aunque las heridas eran graves, su vida no corría peligro, Natasha no les creyó y, convencida de que por mucho que dijera le contestarían siempre lo mismo, dejó de hacer preguntas y hasta de hablar. Durante todo el viaje estuvo sentada sin moverse en un rincón del carruaje con esos ojos grandes que tan bien conocía la condesa y cuya expresión tanto temía, y así siguió sentada en el banco de la isba. Parecía estar tramando algo, decidiendo algo para sus adentros (tal vez ya lo había decidido). La condesa lo sabía, pero ignoraba de qué podía tratarse y esto la asustaba y la hacía sufrir.

—Natasha, cariño, desvístete y acuéstate en mi cama.

(Solo la condesa tenía cama; *madame* Schoss y las dos señoritas dormían en el suelo, sobre un montón de heno.)

—No, mamá, me acostaré aquí, en el suelo —dijo Natasha con irritación.

Se acercó a la ventana y la abrió. Con la ventana abierta los gemidos del ayudante de campo se oían con mayor claridad. Asomó la cabeza al aire húmedo de la noche y la condesa vio que sus delgados hombros, estremecidos por los sollozos, chocaban contra el marco de la ventana. Aunque Natasha supiera que los gemidos no eran del príncipe Andréi (sabía que él estaba en el mismo patio que ellas, en otra isba al otro lado del zaguán), aquel terrible e incesante gemido la hizo llorar. La condesa y Sonia se miraron.

—Acuéstate, querida, cariño mío —le dijo la condesa a Natasha rozándole suavemente el hombro con una mano—. Anda, acuéstate.

—Ah, ya voy… Ahora, ahora mismo me acuesto —respondió Natasha, y se desvistió con tanta precipitación que rompió las cintas de la falda.

Después de quitarse el vestido y ponerse una blusa, recogió las piernas y se sentó en el lecho que le habían preparado sobre el heno y, echándose la trenza corta y delgada hacia delante, por encima del hombro, la empezó a rehacer. Sus dedos largos, finos y acostumbrados la desenredaron con habilidad y rapidez y la volvieron a trenzar. Movía la cabeza a uno y otro lado con gesto acostumbrado, pero sus ojos febriles, muy abiertos, miraban inmóviles al frente. Cuando terminó con su tocado nocturno, se dejó caer suavemente en las sábanas extendidas sobre el heno, justo al lado de la puerta.

—Natasha, acuéstate en el centro —dijo Sonia.

—No, me quedo aquí —respondió Natasha—. Pero ¡id a dormir de una vez! —añadió con irritación.

Y hundió la cara en la almohada.

La condesa, *madame* Schoss y Sonia se desvistieron rápidamente y se acostaron. En la habitación solo había una lamparilla, pero el patio estaba iluminado por el incendio de Málye Mytischi a dos verstas de distancia y se oían los gritos ebrios de la gente de la taberna de la esquina, que había sido asaltada por los cosacos de Mamónov; también se seguían oyendo los gemidos incesantes del ayudante de campo.

Natasha estuvo un buen rato sin moverse, prestando oídos a los ruidos que le llegaban de dentro y de fuera de la isba. Al principio oyó la oración y los suspiros de su madre, el crujido de su cama, los habituales ronquidos silbantes de *madame* Schoss y la suave respiración de Sonia. La condesa la llamó, pero Natasha no respondió.

—Creo que duerme, mamá —dijo Sonia en voz baja.

Tras un breve silencio, la condesa la volvió a llamar, pero esta vez nadie dijo nada.

Poco después Natasha empezó a oír la respiración regular de su madre y, a pesar de que su piececito descalzo, que asomaba por debajo de la manta, se le había enfriado al estar en contacto con el suelo, no se movió.

Como celebrando una victoria sobre todos, un grillo empezó a chirriar en una hendidura de la pared. Un gallo cantó a lo lejos y otro más cercano le respondió. En la taberna cesaron los gritos, pero se seguían oyendo los gemidos del ayudante de campo.

Natasha se incorporó.

—Sonia, ¿duermes? ¿Mamá? —susurró.

Nadie respondió. Se levantó lentamente, con mucho cuidado, se santiguó y posó cautelosamente su pie desnudo, estrecho y flexible sobre el suelo frío y

sucio. El entarimado crujió. Deslizándose como una gatita, dio varios pasos rápidos y se agarró al frío picaporte de la puerta.

Le dio la impresión de que algo abrumador golpeaba con regularidad las paredes de la isba: era su corazón desgarrado, que latía petrificado por el miedo, el horror y el amor.

Abrió la puerta, cruzó el umbral y puso los pies sobre la tierra húmeda y fría del zaguán. El frío la reavivó. Con el pie desnudo rozó a un hombre dormido, le pasó por encima y a continuación abrió la puerta de la isba en que estaba el príncipe Andréi. Reinaba la oscuridad. En el rincón del fondo, junto a una cama sobre la que yacía algo, se consumía en un banco una gran vela de sebo con forma de seta y cubierta de cera.

Ya por la mañana, cuando le habían dicho que el príncipe Andréi estaba allí herido, Natasha había decidido que tenía que verlo. No sabía para qué, aunque sabía que el encuentro sería doloroso, lo cual la convencía aún más de que era imprescindible.

Se había pasado todo el día con la única esperanza de verlo por la noche. Pero ahora, llegado el momento, se horrorizó ante lo que se iba a encontrar. ¿Hasta qué punto estaría desfigurado? ¿Qué quedaría de él? ¿Estaría igual que el ayudante de campo que no dejaba de gemir? Sí, estaría igual. En su imaginación él encarnaba aquel espantoso gemido. Cuando vio una masa indefinida en un rincón y creyó que las rodillas levantadas bajo una manta eran los hombros, se imaginó un cuerpo deforme y, llena de espanto, se detuvo. Pero una fuerza irresistible la impulsaba. Dio un paso con sumo cuidado y después otro hasta llegar al centro de la pequeña y recargada isba. En un banco, por debajo de unos iconos, había un hombre estirado (era Timojin); en el suelo yacían otros dos hombres (eran el médico y el ayuda de cámara).

El ayuda de cámara se incorporó y murmuró algo. Timojin, que no dormía a causa del dolor en la pierna herida, observaba con los ojos como platos la extraña aparición de una muchacha en camisón blanco, blusa y cofia de dormir. Las asustadas, soñolientas palabras del ayuda de cámara («¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí?») solo consiguieron que Natasha se acercara todavía más deprisa a lo que yacía en el rincón. Por muy terrible que fuera lo poco que ese cuerpo pudiera parecerse a un hombre, Natasha tenía que verlo. Esquivó al ayuda de cámara y, como la cera acumulada en la vela se había desprendido, pudo ver claramente al príncipe Andréi, que estaba tumbado con los brazos encima de la manta. Era el de siempre.

Pero, aunque fuera el mismo de siempre, el color inflamado de su rostro, sus ojos brillantes que la miraban fijamente y con pasión y, sobre todo, su cuello suave e infantil, que asomaba por la camisa entreabierta, le daban un aspecto especialmente inocente y pueril que Natasha jamás había visto en él. Se le acercó y se puso de rodillas con un movimiento rápido, ágil, juvenil.

Él sonrió y le tendió una mano.

XXXII

Habían pasado siete días desde que el príncipe Andréi recuperara el conocimiento en el puesto de socorro del campo de Borodinó. Todo ese tiempo lo había pasado en un desfallecimiento casi continuo. Su estado febril y la inflamación de los intestinos, que tenía dañados, iban a acabar con su vida, a juicio del médico que lo acompañaba. Pero el séptimo día comió con gran placer una rebanada de pan y bebió un poco de té, y el médico dijo que la fiebre le había bajado. Por la mañana recuperó el conocimiento. La primera noche después de abandonar Moscú fue bastante cálida y durmió en la carretela; sin embargo, en Mytischi el propio herido exigió que lo sacaran de allí y que le dieran té. El dolor que le produjo el traslado a la isba le hizo gemir con tanta fuerza que de nuevo perdió el conocimiento. Cuando lo acostaron en un catre de campaña estuvo mucho tiempo sin moverse, con los ojos cerrados. Más tarde, al abrirlos, susurró:

—¿Y el té?

La buena memoria del enfermo para los pequeños detalles de la vida dejó asombrado al médico. Le tomó el pulso y observó con sorpresa y disgusto que había mejorado. Y fue con disgusto porque, por su experiencia, estaba convencido de que no sobreviviría y que, si no moría en ese momento, lo haría poco después en medio de grandes sufrimientos. Además del príncipe Andréi llevaban también a Timojin, el comandante de nariz colorada de su regimiento, que se había incorporado al convoy en Moscú tras ser herido en una pierna en la batalla de Borodinó. Viajaban con ellos el médico, el ayuda de cámara del príncipe, su cochero y dos ordenanzas.

Trajeron el té y el príncipe Andréi se lo bebió con ansia, mirando febrilmente la puerta que tenía enfrente, como si tratara de comprender y de recordar algo.

—No quiero más. ¿Timojin está aquí? —preguntó.

Timojin se le acercó a rastras por el banco.

—Aquí estoy, excelencia.

—¿Cómo tiene la herida?

—¿La mía? No es nada. Y ¿usted cómo está?

El príncipe Andréi volvió a quedarse pensativo, como si tratara de recordar algo.

—¿Pueden conseguirme un libro? —dijo.

—¿Qué libro?

—¡El Evangelio! No lo tengo.

El médico le prometió buscarlo y empezó a hacerle preguntas sobre cómo se sentía. El príncipe Andréi respondió a todo sin ganas pero con coherencia, y a continuación pidió que le colocaran un cojín debajo porque le dolía mucho y estaba incómodo. El médico y el ayuda de cámara levantaron el capote que lo cubría y, con una mueca por el fuerte olor a carne podrida que despedía la terrible herida, la examinaron. Hubo algo que al médico le disgustó mucho; vendó la herida de otra manera y cambió al enfermo de postura, lo que produjo nuevos gemidos de dolor. Una vez más, el príncipe Andréi perdió el conocimiento y empezó a delirar. Repetía sin cesar que le trajeran el libro cuanto antes y que se lo pusieran debajo de él.

—¡Qué os cuesta hacerlo! —exclamaba—. ¡Yo no lo tengo, traédmelo, por favor, y ponédmelo debajo un momento! —imploraba con voz lastimera.

El médico salió al zaguán para lavarse las manos.

—¡Ah, no tenéis vergüenza, de verdad! —le dijo al ayudante de cámara, que le echaba agua en las manos—. Dejo de vigilaros solo un minuto y… ¡lo habéis recostado justo encima de la herida! Tiene unos dolores tan terribles que me sorprende que pueda soportarlos.

—¡Yo creía que ya le habíamos colocado un cojín debajo! ¡Ay, Señor Jesucristo! —se lamentó el ayuda de cámara.

El príncipe Andréi entendió por primera vez dónde estaba y qué le había ocurrido, recordó que estaba herido y que cuando la carretela se había detenido en Mytischi había pedido que lo trasladaran a la isba. Después de perder el conocimiento por el dolor, había vuelto otra vez en sí y, mientras bebía el té, había recordado vivamente todo lo que le había pasado en el puesto de socorro, cuando, al presenciar el sufrimiento del hombre al que aborrecía, se le habían ocurrido ideas nuevas que prometían la felicidad. Y ahora estas ideas, aunque de manera vaga y confusa, volvían a dominar su alma. Lo embargaba una nueva felicidad que tenía algo en común con el Evangelio. Por eso había pedido que se lo llevaran. Pero la incómoda postura en que lo habían colocado y el movimiento que había hecho al darle la vuelta

le habían ofuscado de nuevo el pensamiento; más tarde, despertó por tercera vez a la vida en la oscuridad de la noche. A su alrededor todos dormían. Un grillo chirriaba al otro lado del zaguán, en la calle se oían gritos y cantos, las cucarachas hacían ruido al pasar por la mesa, por los iconos y por las paredes, y había una mosca muy grande que chocaba contra la cabecera del catre y revoloteaba cerca de la vela en forma de seta cubierta de cera.

Su alma no se encontraba en un estado normal. Habitualmente una persona sana piensa, siente y recuerda a la vez infinidad de cosas, pero tiene el poder y la fuerza de elegir una serie de ideas o de fenómenos y de centrar en ellos toda su atención. Una persona sana, en un momento de profundas reflexiones, puede apartarlas para decir una palabra amable a alguien que acaba de entrar y volver de nuevo a ellas. En este sentido, el alma del príncipe Andréi no se encontraba en un estado normal. Las fuerzas de su alma eran más activas y más claras que nunca, pero actuaban independientemente de su voluntad. Pensamientos e ideas de lo más diverso lo dominaban simultáneamente. A veces su pensamiento empezaba a trabajar con una fuerza, claridad y profundidad que con buena salud jamás había tenido. Pero de pronto, en plena elaboración, sus ideas se veían interrumpidas y reemplazadas por una imagen inesperada, y era imposible volver a ellas.

«Sí, me ha sido revelada una felicidad nueva, inherente al ser humano —se decía en el silencio y la semioscuridad de la isba, mirando al frente con los ojos inmóviles, febrilmente abiertos—. Una felicidad que está por encima de las fuerzas materiales y de toda influencia exterior, ¡la felicidad del alma, del amor! Todas las personas pueden comprenderla, pero únicamente Dios tuvo conciencia de ella y la proclamó. Pero ¿cómo pudo Dios proclamar esta ley? ¿Por qué el Hijo…?» Y de pronto esta cadena de pensamientos se vio interrumpida y el príncipe Andréi oyó (sin saber si se trataba de un delirio o de la realidad) una voz suave y susurrante que no dejaba de repetir rítmicamente «piti-piti-piti», después «ti-ti», de nuevo «piti-piti-piti» y una vez más «ti-ti». Al mismo tiempo, al son de esta melodía susurrante, tenía la sensación de que por encima del rostro, justo en el centro, se erigía un edificio extraño, etéreo, hecho de finas agujas o de astillas. Veía que debía esforzarse en mantener el equilibrio para que el edificio no se viniera abajo (aunque le costaba hacerlo); pero el edificio se venía abajo y volvía a erigirse lentamente al son de la melodía rítmica y susurrante. «¡Se eleva! ¡Se eleva! ¡No deja de estirarse y de elevarse», se decía. Al mismo tiempo que oía el susurro y sentía cómo se alargaba este edificio hecho de agujas, veía el halo rojizo de la vela y oía tanto el rumor de las cucarachas como el zumbido de la mosca al chocar

contra la almohada y su rostro. Cada vez que la mosca le rozaba era como si le quemara, pero a la vez se sorprendía de que, aunque la mosca chocara justo en la zona de su cara donde se erigía el edificio, no lo destruyera. Pero además había otra cosa importante: algo blanco que estaba en la puerta, la estatua de una esfinge que también lo oprimía.

«Quizá sea mi camisa, que está encima de la mesa —pensó—; estas son mis piernas y eso es la puerta, pero ¿por qué todo se alarga y se eleva, y "piti-piti-piti", "ti-ti", "piti-piti-piti"…? ¡Ya basta! ¡Para, por favor, déjalo ya!», parecía suplicarle dolorosamente a alguien. Y de pronto volvieron a surgir en su interior ideas y sentimientos con una claridad y fuerza extraordinarias.

«Sí, el amor —pensó con perfecta lucidez—, pero no el amor de quien ama por algo, para algo o por alguna razón, sino el amor que sentí por primera vez cuando, a las puertas de la muerte, vi a mi enemigo y lo amé. Sentí el amor que constituye la esencia misma del alma y que no necesita un objeto. También ahora siento esta felicidad suprema: amar al prójimo, amar a tus enemigos. Amarlo todo, amar a Dios en todas sus manifestaciones. Se puede amar a un ser querido con el amor humano, pero solo a un enemigo se lo puede amar con el amor divino. Por eso sentí esa alegría cuando me di cuenta de que amaba a aquel hombre. ¿Qué habrá sido de él? ¿Estará vivo?… En el amor humano uno puede pasar del amor al odio, pero el amor divino no puede cambiar. Nada, ni siquiera la muerte, lo puede destruir. Este amor es la esencia del alma. ¡A cuántas personas habré odiado en mi vida! Y de todas estas personas, a nadie he amado ni odiado tanto como a ella.» Entonces vio vivamente a Natasha, pero no como antes, únicamente con sus encantos, tan agradables para él: por primera vez vio su alma. Y comprendió sus sentimientos, su sufrimiento, su vergüenza, su arrepentimiento. Por primera vez comprendió toda la crueldad de haberla rechazado, la crueldad de haber roto con ella. «Si al menos pudiera verla una vez más… Verla una vez más y decirle mirándola a los ojos…»

Y «piti-piti-piti», «ti-ti», «piti-piti», y «¡pof!», la mosca chocando con algo… Y de repente su atención se trasladó a otro mundo de realidad y delirio en que ocurría algo particular. En este mundo el edificio seguía alzándose sin destruirse, algo se alargaba, la vela ardía con su halo rojizo, en la puerta había la misma camisa-esfinge; pero, aparte de todo esto, se oyó un chirrido, luego entró una bocanada de aire fresco y en la puerta apareció una nueva esfinge blanca. Y la cabeza de esta esfinge tenía el rostro pálido y los ojos brillantes de Natasha, la misma Natasha en la que acababa de pensar.

«¡Oh, qué terrible es este delirio sin fin!», pensó el príncipe Andréi, tratando de expulsar aquel rostro de su imaginación. Pero el rostro seguía frente a él con toda la fuerza de la realidad, y empezó a acercarse. Él quiso volver al mundo anterior del pensamiento puro, pero era incapaz, el delirio lo arrastraba a su terreno. La voz suave y susurrante continuaba con su sonido regular, algo le oprimía, se alargaba, y frente a él seguía ese rostro extraño. Hizo acopio de todas sus fuerzas para volver en sí, se movió un poco y de pronto algo resonó en sus oídos, le enturbió la mirada y, como quien se zambulle en el agua, perdió el conocimiento. Cuando se despertó vio a Natasha de rodillas frente a él, esa misma Natasha viva a quien más deseaba amar con el amor nuevo, puro y divino que le había sido revelado. Entendió que era la Natasha real y viva, pero no le sorprendió y se vio invadido por una alegría serena. Natasha, de rodillas, le miraba con ojos asustados y petrificados (era incapaz de moverse), conteniendo las lágrimas. Tenía el rostro pálido e inmóvil. Solo en la parte inferior le temblaba algo.

El príncipe Andréi suspiró aliviado, sonrió y le tendió una mano.

—¿Usted? —dijo—. ¡Qué felicidad!

Natasha se le acercó de rodillas, con un movimiento rápido pero cauteloso y, cogiéndole una mano con cuidado, se inclinó sobre su rostro y empezó a besarlo, rozándolo ligeramente con los labios.

—¡Perdóneme! —susurró, alzando la cabeza y mirándolo—. ¡Perdóneme!

—La amo —dijo el príncipe Andréi.

—Perdóneme…

—¿Qué tengo que perdonar? —preguntó el príncipe.

—Perdóneme por lo que le hi… ce —susurró Natasha con una voz apenas audible, entrecortada, y empezó a besarle más rápido la mano sin apenas rozarla con los labios.

—Te amo más y mejor que antes —dijo el príncipe Andréi, levantándole la cara con una mano para poderla mirar a los ojos.

Esos ojos llenos de lágrimas de felicidad lo miraban con timidez, compasión, alegría y amor. El rostro de Natasha, pálido y delgado, con los labios hinchados, era más que feo, era horrible. Pero el príncipe Andréi no veía su rostro, solo veía sus ojos radiantes y hermosos. Detrás se oyeron unos murmullos.

Piotr, el ayuda de cámara, ya completamente despejado, despertó al médico. Timojin, que no dormía a causa del dolor en la pierna, ya llevaba rato observando lo que ocurría y, tapándose cuidadosamente el cuerpo desnudo con una sábana, se encogía en el banco.

—¿Qué pasa aquí? —dijo el médico, incorporándose—. Haga el favor de marcharse, señorita.

En ese instante, una doncella a la que la condesa había enviado al echar en falta a su hija llamó a la puerta.

Como una sonámbula a la que despiertan en mitad de un sueño, Natasha salió de la isba y, al entrar en la suya, cayó sobre su lecho de heno entre sollozos.

Desde aquel día y durante todo el viaje de los Rostov, Natasha no se separó del malherido Bolkonski en ninguna parada ni en ningún lugar donde hicieron noche, y el médico tuvo que reconocer que no habría esperado tanta firmeza de la muchacha ni tanta habilidad para cuidar al enfermo.

Por más terrible que a la condesa le resultara la idea de que el príncipe Andréi pudiera morir durante el viaje en brazos de su hija (algo muy probable, según las palabras del médico), no fue capaz de oponerse. Aunque el acercamiento entre el príncipe Andréi y Natasha diera pie a pensar que, en caso de recuperación, los antiguos prometidos reanudarían sus relaciones, nadie, y aún menos ellos dos, hablaba de ello: la cuestión no resuelta de la vida y la muerte, que pendía no solo sobre Bolkonski sino sobre toda Rusia, descartaba cualquier otra consideración.

XXXIII

El 3 de septiembre Pierre se despertó tarde. Le dolía la cabeza, la ropa con que había dormido sin desvestirse le molestaba y sentía en su interior la vaga conciencia de que el día anterior había hecho algo vergonzoso. Y este algo vergonzoso era su conversación con el capitán Ramballe.

El reloj marcaba las once, pero fuera todo parecía particularmente sombrío. Se levantó, se frotó los ojos y, al ver la pistola con la culata recortada de madera que Guerásim había vuelto a poner sobre el escritorio, recordó dónde estaba y lo que debía hacer aquel día.

«¿No me habré retrasado? —pensó—. No, probablemente él no haga su entrada en Moscú antes de las doce.» Sin permitirse pensar en lo que tenía por delante, se dio prisa en actuar.

Después de arreglarse un poco la ropa, cogió la pistola y se preparó para salir. Pero en ese momento por primera vez se le pasó por la cabeza que no

podía ir por la calle con un arma en la mano. Incluso debajo del ancho caftán sería difícil ocultar una pistola tan grande. Tampoco pasaría desapercibida si la llevaba en el cinturón o debajo del brazo. Además, estaba descargada y ya no le daba tiempo a cargarla. «Qué más da, un puñal servirá», se dijo, a pesar de que más de una vez, al meditar en cómo llevaría a cabo su plan, había pensado que el principal error del estudiante en 1809 fue querer matar a Napoleón con un puñal. Pero, como si su principal objetivo no consistiera en cumplir el plan, sino demostrarse a sí mismo que no renegaba de él y que hacía todo cuanto podía, cogió apresuradamente la pistola que había comprado junto a la torre Sújarev y un puñal serrado sin afilar con una funda verde y se los escondió debajo del chaleco.

Cuando se hubo ceñido el caftán con un cinturón y puesto el gorro, cruzó el pasillo procurando no hacer ruido para no encontrarse con el capitán y salió a la calle.

El incendio que con tanta indiferencia había contemplado en la víspera se había extendido considerablemente a lo largo de la noche. Moscú ya ardía en diversos puntos: ardían a un mismo tiempo la calle Karetny Riad, el barrio de Zamoskvorechie, Gostiny Dvor, la calle Povarskaia, las barcazas del río Moscova y el mercado de leña junto al puente de Dorogomílovo.

Pierre tenía que pasar por varios callejones hasta la calle Povarskaia y desde allí dirigirse hacia la iglesia de San Nicolás de la calle Arbat, que era el lugar donde ya hacía mucho tiempo que tenía decidido ejecutar su plan. La mayoría de las casas tenían las puertas y los postigos cerrados, y tanto las calles como los callejones estaban desiertos. El aire olía a humo y a quemado. De vez en cuando se cruzaba con rusos de rostro inquieto y temeroso y con franceses con aspecto no de vivir en una ciudad, sino en un campamento, que andaban por en medio de la calle. Y tanto unos como otros lo miraban asombrados. Aparte de por su gran altura y corpulencia, por su aspecto extraño, sombrío, concentrado y de persona que sufre, los rusos lo miraban porque no comprendían a qué estamento pertenecía. Y los franceses lo seguían sorprendidos con la mirada sobre todo porque, al contrario que los demás rusos que los miraban con miedo y curiosidad, él ni siquiera les prestaba atención.

En la puerta cochera de una casa, tres franceses trataban de explicar algo a unos rusos que no los entendían, y pararon a Pierre para preguntarle si sabía francés. Él negó con la cabeza y siguió su camino. En otro callejón un centinela que estaba al lado de una caja de munición le gritó algo, y solo después de oír un segundo grito amenazador y el ruido de un fusil, Pierre

comprendió que tenía que cruzar a la otra acera. No oía ni veía nada. Cobijaba su plan con horror y apresuramiento, como si se tratara de algo ajeno a él, temiendo olvidarlo después de la experiencia de la noche anterior. Sin embargo, no estaba destinado a conservar hasta la calle donde se dirigía el estado de ánimo necesario. Y, aunque nada lo hubiera detenido en su camino, el plan no habría podido ser ejecutado porque ya hacía más de cuatro horas que Napoleón había pasado por la calle Arbat en su trayecto desde al arrabal de Dorogomílovo hasta el Kremlin; en ese momento ya estaba en el gabinete imperial del palacio del Kremlin con un ánimo de lo más sombrío, dando órdenes detalladas y precisas que debían ser cumplidas de inmediato para apagar los incendios, prevenir el pillaje y tranquilizar a la población. Pero Pierre no sabía nada de esto. Completamente absorto por el acto que iba a hacer, se atormentaba como las personas que se obstinan en llevar a cabo algo imposible no por las dificultades, sino por la incompatibilidad del acto con su propia naturaleza humana; se atormentaba, además, porque le daba miedo flaquear en el momento decisivo y, en consecuencia, perder el respeto por sí mismo.

Aunque no veía ni oía nada, encontró instintivamente el camino y no se perdió por los callejones que conducían a la calle Povarskaia.

A medida que se acercaba a esa calle, el humo se hacía más denso e incluso se notaba el calor de los incendios. De vez en cuando asomaban lenguas de fuego por encima de los tejados de las casas. Ya había más gente por las calles y todos mostraban mayor inquietud. Pero Pierre, aunque sentía que ocurría algo fuera de lo normal, no se daba cuenta de que se estaba acercando al centro del incendio. Al pasar por un sendero que atravesaba un gran solar sin edificar que por un lado daba a la calle Povarskaia y por el otro a los jardines de la casa del príncipe Gruzinski, oyó justo a su lado el llanto desesperado de una mujer. Como si despertara de un sueño, se detuvo y alzó la cabeza.

A un lado del sendero, sobre la hierba seca y polvorienta, había un montón de objetos domésticos tirados: plumones, un samovar, iconos y baúles. Una mujer entrada en años, flaca, con los dientes superiores largos y salidos, vestida con un abrigo negro con pelerina y una cofia, estaba sentada en el suelo junto a los baúles. Balanceándose y murmurando algo, lloraba desgarradoramente. Dos niñas de entre diez y doce años que llevaban un vestidito corto y sucio y un abrigo con pelerina miraban a la madre con el rostro pálido y expresión de perplejidad y espanto. El hijo menor, un niño de unos siete años con un caftán largo de paño y un inmenso gorro, que no era

suyo, lloraba en los brazos de una vieja niñera. Sentada sobre un baúl, una criada sucia y descalza, que se había deshecho su trenza de un color rubio casi blanco, se arrancaba el pelo quemado y lo olía. El marido de la señora, un hombrecillo no demasiado alto y un poco encorvado vestido con uniforme de funcionario civil, que tenía unas patillas pequeñas y redondeadas, y unas sienes repeinadas que le asomaban por debajo del casquete colocado muy recto, iba separando impasible los baúles amontonados y sacaba de debajo algunas piezas de ropa.

Cuando la mujer vio a Pierre casi se le tiró a los pies.

—¡Señor mío, buen hombre cristiano y ortodoxo, sálvenos, ayúdenos, amigo!… ¡Que alguien nos ayude! —exclamaba entre sollozos—. ¡Mi niña!… ¡Mi hija!… ¡Han dejado a mi niña pequeña!… ¡Ha muerto quemada! ¡Ooooh! ¡Con todo lo que la he cuidad…! ¡Ooooh!

—¡Ya basta, Maria Nikoláievna! —le dijo su marido en voz baja, sin duda para justificarse delante del desconocido—. ¡Seguro que se la ha llevado mi hermana, dónde va a estar si no! —añadió.

—¡Pedazo de tarugo, malvado! —le gritó la mujer con rabia, dejando de llorar de golpe—. ¡No tienes corazón, no te apiadas de tu niña! ¡Cualquier otro la habría sacado del fuego, pero este es un tarugo, no es ni padre ni persona! Usted, buen hombre —se dirigió a Pierre, hablando muy deprisa entre sollozos—: la casa de al lado ha empezado a arder y las llamas han llegado hasta la nuestra. La criada se ha puesto a gritar: «¡Fuego!». Hemos cogido cuanto hemos podido, hemos salido con lo puesto… Esto es lo que hemos podido salvar: los iconos y la ropa de cama de la dote, todo lo demás se ha perdido. Y cuando hemos cogido a los niños ¡la pequeña Katia no estaba!… ¡Ooooh! ¡Oh, Dios mío!… —se echó a llorar de nuevo—. ¡Mi niña querida ha muerto quemada! ¡Ha muerto quemada!

—Pero ¿dónde se ha quedado? —preguntó Pierre.

Por la animación de su rostro la mujer comprendió que aquel hombre podía ayudarla.

—¡Señor! ¡Padre! —gritó, abrazándole las piernas—. Bienhechor mío, calme mi corazón… ¡Anda, Aniska, ve a acompañarlo, miserable! —le gritó enfadada a la criada, abriendo tanto la boca que dejó aún más al descubierto sus dientes largos.

—Sí, acompáñame, acompáñame, yo… yo… lo haré —dijo Pierre atropelladamente, con la voz sofocada.

La sucia criada salió de detrás del baúl, se arregló la trenza y, con un suspiro, avanzó por el sendero con sus pies torpes y descalzos. Pierre pareció

despertar a la vida después de un largo desmayo. Irguió aún más la cabeza, los ojos se le iluminaron con el brillo de la vida y, con paso rápido, siguió a la criada, la adelantó y fue a dar a la calle Povarskaia, que estaba completamente cubierta por una nube de humo negro; detrás de la nube asomaban, aquí y allá, lenguas de fuego. Una gran multitud se agolpaba delante del incendio. En mitad de la calle un general francés decía algo a las personas que le rodeaban. Pierre, acompañado por la criada, iba a acercarse al general, pero unos soldados franceses le cortaron el paso.

—*On ne passe pas*[290] —gritó uno de ellos.

—¡Por aquí, señor! —exclamó la criada—. Iremos por el callejón, por el patio de los Nikulin.

Pierre dio media vuelta y la siguió, saltando un poco para no quedarse a la zaga. La criada cruzó la calle corriendo, torció hacia el callejón de la izquierda y, después de pasar tres casas, entró por una puerta cochera que había a mano derecha.

—Está aquí mismo —dijo.

Después de cruzar el patio, abrió la puertecilla de una valla de tablas y, deteniéndose, le indicó a Pierre un pequeño pabellón de madera envuelto en llamas que refulgían y abrasaban. Uno de los lados del pabellón se había derrumbado, el otro estaba ardiendo y las luminosas llamas salían por las ventanas y el tejado.

Cuando Pierre cruzó la puertecilla sintió un calor intenso e, instintivamente, se detuvo.

—¿Qué casa es? ¿Cuál es? —preguntó.

—¡Aaaah! —empezó a gritar la criada, señalando el pabellón—. ¡Es allí, allí es donde vivíamos! ¡Mi pequeña Katia, mi adorada señorita, has muerto entre las llamas, tesoro mío! ¡Aaaah! —siguió gritando Aniska, sintiendo la necesidad, a la vista del incendio, de expresar sus sentimientos.

Pierre se metió en el pabellón, pero el fuego era tan intenso que inconscientemente trazó un arco alrededor y llegó hasta la casa grande, que solo ardía por un lado, en la parte del tejado. Cerca hormigueaba una gran cantidad de franceses. Al principio Pierre no entendió qué hacían arrastrando algo pero, al ver que uno de ellos golpeaba a un campesino con la parte roma de un cuchillo y le quitaba un abrigo de piel de zorro, se imaginó vagamente que debían de estar saqueando la casa, aunque no tenía tiempo de pensar en eso.

El crujido y el fragor de las paredes y de los techos que se derrumbaban, el silbido y el crepitar de las llamas, los fuertes gritos de la gente, la visión del

humo oscilante, que unas veces formaba negras nubes densas y rizadas, y otras nubes claras que se elevaban rápidamente con chispas centelleantes —aquí creando con las llamas un haz de fuego rojo, allá trepando con escamas doradas por las paredes—, la sensación de calor y la rapidez de la acción produjeron en Pierre la excitación que suele acompañar a un incendio. El efecto fue especialmente intenso porque la visión del fuego lo había liberado de pronto de los pensamientos que tanto lo angustiaban. Se sentía joven, alegre, hábil y audaz. Rodeó el pequeño pabellón por el lado de la casa y se disponía a entrar en la parte que aún se tenía en pie cuando justo por encima de su cabeza oyó gritos de varias personas y a continuación algo pesado que caía crujiendo y tintineando a su lado.

Volvió la mirada y vio en las ventanas de la casa a varios franceses lanzando el cajón de una cómoda repleto de objetos metálicos. Abajo, otros soldados franceses se acercaban al cajón.

—*Eh bien, qu’est-ce qu’il veut celui-là*[291] —gritó uno de ellos señalando a Pierre.

—*Un enfant dans cette maison. N’avez vous pas vu un enfant?*[292] —dijo Pierre.

—*Tiens, qu’est-ce qu’il chante celui-là? Va te promener*[293] —le gritaron varias voces.

Y uno de los soldados, al parecer temiendo que a Pierre se le ocurriera quitarles la plata y el bronce que había en el cajón, se le acercó con gesto amenazante.

—*Un enfant?* —gritó otro francés desde arriba—. *J’ai entendu piailler quelque chose au jardin. Peut-être c’est son moutard au bonhomme. Faut être humain, voyez vous…*[294]

—*Où est-il? Où est-il?*[295] —preguntó Pierre.

—*Par ici! par ici!* —le gritó el francés desde la ventana, señalando un jardín que había detrás de la casa—. *Attendez, je vais descendre*.[296]

Y, efectivamente, al cabo de un minuto el francés, un muchacho de ojos negros con una mancha en la mejilla que iba en mangas de camisa, saltó desde la ventana de la planta baja y, dándole a Pierre una palmada en el hombro, corrió con él hacia el jardín.

—*Dépêchez-vous, vous autres* —les gritó a sus compañeros—, *commence à faire chaud*.[297]

Al llegar a un caminito cubierto de arena que había detrás de la casa, el francés tiró de la manga de Pierre y le señaló un círculo. Debajo de un banco había una niña de tres años con un vestidito rosa.

—Voilà votre moutard. Ah, une petite, tant mieux. A revoir, mon gros. Faut être humain. Nous sommes tous mortels, voyez-vous.[298]

Y el francés de la mancha en la mejilla corrió a reunirse con sus compañeros.

Pierre, ahogándose de la alegría, se acercó rápidamente a la niña y quiso cogerla en brazos; sin embargo, la chiquilla, con aspecto enfermizo, escrofuloso y desagradable —se parecía a la madre—, al ver a un desconocido empezó a gritar y echó a correr. Pierre logró sujetarla y subírsela a los brazos, pero ella se puso a chillar con rabia y desesperación, intentó apartarle los brazos con sus pequeñas manitas y le mordió con su boca llena de babas. Invadido por un sentimiento de horror y de asco semejante al que se siente al tocar un animalejo, Pierre hizo un esfuerzo por no soltarla y corrió de vuelta hacia la casa grande. Sin embargo, ya no se podía pasar por el mismo camino. Aniska, la criada, ya no estaba. Con un sentimiento de lástima y repulsión, estrechando con la mayor delicadez posible a esa niña mojada que sollozaba con tanto sufrimiento, corrió a través del jardín para buscar otra salida.

XXXIV

Habiendo atravesado varios patios y callejones, Pierre llegó con la pequeña en brazos hasta el jardín del príncipe Gruzinski, en la esquina de la calle Povarskaia, y en un primer momento no reconoció el lugar desde el que había salido en busca de la niña: ahora estaba abarrotado de gente y de trastos que habían sacado de las casas. Además de las familias rusas y de los objetos que habían logrado salvar de las llamas, había algunos soldados franceses con diversas vestimentas. Pierre no les prestó atención. Tenía prisa por encontrar a la familia del funcionario, darle la niña a la madre y volver para salvar a alguien más. Le parecía que aún tenía mucho por hacer y había que ser rápido. Sofocado por el calor y la carrera, experimentaba aún con más intensidad la sensación de juventud, animación e intrepidez que se había apoderado de él al salir corriendo para salvar a la niña. La pequeña se había calmado e iba sentada sobre uno de sus brazos, agarrándose con las manitas a su caftán, mirando por todas partes como un animalillo salvaje. Pierre la miraba alguna que otra vez y sonreía levemente. Creía ver en esa carita asustada y enfermiza algo conmovedoramente inocente y angelical.

En el lugar de antes no había ni rastro del funcionario ni de su mujer. Pierre avanzó con paso rápido entre la gente, examinando los rostros con que se cruzaba. Se fijó sin querer en una familia georgiana o armenia formada por un hombre muy viejo y atractivo con un tipo de fisonomía oriental, que vestía una pelliza nueva y unas botas también nuevas, por una anciana del mismo tipo y por una joven. A Pierre le pareció que esta mujer tan joven encarnaba la perfección de la belleza oriental, con el arco de las cejas negras muy perfilado, y el rostro alargado, extraordinariamente suave, sonrosado y hermoso, sin ningún tipo de expresión. Entre la muchedumbre y la gran cantidad de trastos amontonados en la plaza, la joven, con su magnífico abrigo de raso con pelerina y un pañuelo de color lila intenso en la cabeza, recordaba a una delicada planta de invernadero que hubiera sido arrojada sobre la nieve. Sentada sobre unos fardos un poco más atrás de la anciana, miraba hacia el suelo con sus ojos negros, grandes, inmóviles y oblongos de largas pestañas. Sin duda era consciente de su propia belleza y eso la asustaba. Su rostro dejó asombrado a Pierre y, a pesar de la prisa, al pasar a lo largo de la valla se volvió varias veces para mirarla. Cuando llegó al final de la valla sin encontrar a quien buscaba, se detuvo y echó otro vistazo.

La figura de Pierre con una niña en brazos destacaba aún más que antes, y varios hombres y mujeres rusos los rodearon.

—¿Ha perdido a alguien, buen hombre? ¿Es usted noble? ¿De quién es la niña? —le preguntaban.

Pierre respondió que era de una mujer de abrigo negro que poco antes estaba allí con sus hijos. Preguntó si alguien sabía quién era y adónde había ido.

—Deben de ser los Anfiórov —dijo un viejo diácono, volviéndose hacia una mujer picada de viruelas—. ¡Dios misericordioso, Dios misericordioso! —añadió con su voz acostumbrada de bajo.

—¡Cómo van a ser los Anfiórov! —exclamó la mujer—. ¡Si se han marchado de buena mañana! Debe de ser Maria Nikoláievna o tal vez los Ivanov.

—Ha dicho que es una simple mujer, y Maria Nikoláievna es una señora —intervino un sirviente.

—Seguro que sabéis quién es: tiene los dientes largos y es flaca —dijo Pierre.

—Pues esa es Maria Nikoláievna. Se han ido al jardín en cuanto estos lobos han llegado —dijo la mujer, señalando a los soldados franceses.

—¡Oh, Dios misericordioso! —repitió el diácono.

—Vaya hacia allí y los encontrará. Es ella. No hacía más que llorar, estaba muerta de pena —dijo la mujer—. Es ella. Vaya por allí.

Pero Pierre ya no la escuchaba. Hacía varios segundos que no apartaba la mirada de algo que sucedía a unos pasos de él. Observaba a la familia armenia y a dos soldados franceses que se les habían acercado. Uno de ellos, un hombrecillo menudo y nervioso, llevaba un capote azul ceñido con una cuerda, un gorro en la cabeza y los pies descalzos. El otro, cuyo aspecto le sorprendió particularmente, era larguirucho, rubio, delgado y un poco encorvado, tenía unos movimientos pausados y una expresión idiota en el rostro; llevaba un abrigo largo de frisa, pantalones azules y botas de montar grandes y rotas. El francés menudo, sin botas y con capote azul, se había acercado a los armenios, les había dicho algo y acto seguido se había abalanzado sobre las botas del viejo, quien, inmediatamente, se las había empezado a quitar a toda prisa. El del abrigo largo se había detenido delante de la atractiva joven y la miraba fijamente, en silencio, con las manos en los bolsillos.

—¡Coge a la niña, cógela! —le dijo Pierre a la mujer con tono imperativo y apresurado, entregándosela—. ¡Llévala con su familia, llévala! —le dijo casi a gritos, poniendo en el suelo a la pequeña, que empezó a chillar.

Volvió la mirada hacia los franceses y la familia armenia. El viejo ya estaba descalzo. El francés menudo le había quitado la segunda bota y las golpeaba una contra la otra. El viejecito decía algo entre sollozos, pero Pierre vio la escena de pasada, pues toda su atención estaba concentrada en el francés del abrigo largo: justo en ese momento se acercaba con un lento balanceo hacia la joven y, tras sacarse las manos de los bolsillos, la agarró por el cuello.

La atractiva armenia continuó sentada en la misma posición de antes, inmóvil, con sus largas pestañas bajadas, como si no viera ni sintiera lo que el soldado le estaba haciendo.

Mientras Pierre recorría los escasos pasos que los separaban, el saqueador larguirucho del abrigo largo le arrancó el collar a la joven, y ella, llevándose las manos al cuello, se puso a gritar con estridencia.

—*Laissez cette femme!*[299] —rugió furiosamente Pierre, sujetando al soldado por los hombros y empujándolo a un lado.

El soldado cayó al suelo y en cuanto se levantó salió corriendo. Pero su compañero arrojó las botas y fue hacia Pierre con gesto amenazante, sacando un cuchillo.

—*Voyons, pas de bêtises!*[300] —le gritó.

Pierre tenía uno de esos ataques de furor en los que perdía el mundo de vista y su fuerza se multiplicaba por diez. Se abalanzó sobre el francés descalzo y, antes de que este tuviera tiempo de sacar el cuchillo, lo derribó y empezó a darle puñetazos. La gente que había hecho corro en torno a ellos lanzaba gritos de aprobación, pero en ese momento una patrulla montada de ulanos franceses apareció por detrás de una esquina. Los ulanos se acercaron al trote hasta Pierre y el francés y los rodearon. Pierre era incapaz de recordar lo que ocurrió después. Solo recordaba que pegó a alguien, que a él también le pegaron, que después se dio cuenta de que le habían atado las manos y que un grupo de soldados franceses lo había rodeado para registrarlo.

—*Il a un poignard, lieutenant*[301] —fueron las primeras palabras que entendió.

—*Ah, une arme!* —exclamó un oficial, y se dirigió al soldado descalzo al que habían detenido con Pierre—. *C'est bon, vous direz tout cela au conseil de guerre* —le dijo, y a continuación se volvió hacia Pierre—: *Parlez-vous français, vous?*[302]

Pierre miró a su alrededor con los ojos inyectados en sangre y no respondió. Su rostro debía de tener un aspecto aterrador, porque el oficial susurró algunas palabras y cuatro ulanos más se separaron del destacamento y se pusieron a ambos lados de Pierre.

—*Parlez-vous français?* —repitió el oficial, a una buena distancia—. *Faites venir l'interprête*.[303]

Entre las filas salió un hombrecillo que iba vestido de civil, como un ruso. Por su ropa y su acento Pierre adivinó al instante que se trataba de un dependiente francés de alguna tienda de Moscú.

—*Il n'a pas l'air d'un homme du peuple*[304] —opinó el intérprete, después de echar un vistazo a Pierre.

—*Oh, oh! ça m'a bien l'air d'un des incendiaires* —dijo el oficial—. *Demandez -lui ce qu'il est?*[305] —añadió.

—¿Quién *erres*? —preguntó el intérprete—. Tienes que contestar a las *autorridades*.

—*Je ne vous dirai pas qui je suis. Je suis votre prisonnier. Emmenez-moi*[306] —dijo de pronto Pierre en francés.

—*Ah! Ah!* —exclamó el oficial, frunciendo el ceño—. *Marchons!*[307]

Cerca de los ulanos se formó un grupo de curiosos, y quien más cerca estaba de Pierre era la mujer picada de viruelas con la niña. Cuando la patrulla se puso en marcha, la mujer los siguió.

—¿Adónde te llevan, querido mío? Y ¡qué voy a hacer yo con la niña, qué voy a hacer con la niña si no es de ellos! —exclamó.

—*Qu'est-ce qu'elle veut, cette femme?*[308] —preguntó el oficial.

Pierre estaba como borracho. Su estado de excitación se había intensificado aún más al ver a la chiquilla a la que había salvado.

—*Ce qu'elle dit?* —dijo—. *Elle m'apporte ma fille que je viens de sauver des flammes. Adieu!*[309]

Y, sin saber por qué se le había escapado una mentira tan absurda, se puso a andar entre los franceses con paso decidido y solemne.

La patrulla era una de las que Durosnel había ordenado enviar por las calles de Moscú para poner fin al saqueo y, sobre todo, para capturar a los incendiarios, que, según la opinión expresada ese día por el alto mando francés, eran los responsables de los incendios. La patrulla recorrió algunas calles más y detuvo a varios saqueadores y a cincos rusos sospechosos: un tendero, dos seminaristas, un campesino y un criado. Pero, de todos ellos, el que más sospechoso les parecía era Pierre. Cuando los condujeron al gran edificio que había en el terraplén Zúbovski, que usaban como cárcel militar, a Pierre lo encerraron aparte y bajo una estricta vigilancia.

Libro IV

Primera parte

I

En las altas esferas de San Petersburgo se estaba librando una compleja lucha, más acalorada que nunca, entre los partidarios de Rumiántsev, de los franceses, de Maria Fiódorovna, del gran duque heredero y de otros personajes, que, como siempre, se veía amortiguada por el zumbido de los zánganos de la corte. Sin embargo, la vida tranquila y lujosa de San Petersburgo, preocupada únicamente por los reflejos fantasmagóricos de la vida, discurría como siempre, por lo que uno tenía que hacer grandes esfuerzos para ser consciente del peligro que corría el pueblo ruso y de su difícil situación. Seguían celebrándose las mismas recepciones, los mismos bailes, las mismas representaciones en el teatro francés, continuaban los mismos intereses de las diversas cortes y del servicio, las mismas intrigas… Solo en las más altas esferas procuraban que se entendiera la dificultad de la situación. Se contaba en un susurro de qué modo tan opuesto habían obrado las dos emperatrices en tan difíciles momentos. La emperatriz madre, Maria Fiódorovna, preocupada por el bienestar de las instituciones educativas y benéficas que tutelaba, había ordenado que fueran trasladadas a Kazán, y todos los bienes de estas instituciones ya habían sido embalados. Por su parte, cuando a la emperatriz Yelizaveta Alekséievna le habían preguntado cuáles eran sus órdenes, había respondido con el patriotismo ruso que la caracterizaba que no podía dar instrucciones que concernieran a las instituciones estatales, puesto que estas competían al soberano; en cuanto a lo que dependía personalmente de ella, había afirmado que sería la última en abandonar San Petersburgo.

El 26 de agosto, el mismo día de la batalla de Borodinó, Anna Pávlovna ofrecía una velada en su casa cuyo broche de oro iba a ser la lectura de una carta que su ilustrísima había escrito con motivo del envío al soberano del icono de san Sergio. La carta se tenía por un modelo de elocuencia patriótica y religiosa. La iba a leer el mismísimo príncipe Vasili, célebre por su maestría en este arte (le leía incluso a la emperatriz). Se consideraba que leer con maestría consistía en pronunciar las palabras en voz alta y cantarina, entre

alaridos desesperados y dulces susurros, con total independencia del significado, de modo que algunas palabras coincidían casualmente con un alarido y otras con un susurro. Esta lectura, como todo lo que se hacía en las veladas de Anna Pávlovna, tenía un sentido político. Iban a asistir varios personajes importantes a quienes era preciso avergonzar por seguir acudiendo al teatro francés y había que avivar asimismo sus sentimientos patrióticos.

Habían llegado bastantes invitados, pero Anna Pávlovna aún no veía en el salón a todos los necesarios, por lo que retrasaba el comienzo de la lectura animando la conversación general.

La noticia del día en San Petersburgo era la enfermedad de la condesa Bezújova. Pocos días antes había caído súbitamente enferma, por lo que había faltado a varias reuniones de las que ella era el principal ornamento. Se decía que no recibía a nadie y que, en vez de consultar con los célebres médicos petersburgueses que habitualmente la trataban, se había puesto manos de un médico italiano que la estaba tratando con un nuevo y singular método.

Todo el mundo sabía que la enfermedad de la encantadora condesa se debía a la incomodidad que le producía querer casarse con dos hombres a la vez, y que el tratamiento del italiano consistía en eliminar esta incomodidad; pero, en presencia de Anna Pávlovna, no solo nadie se atrevía a pensar algo así, sino que todos fingían ignorarlo.

—*On dit que la pauvre comtesse est très mal. Le médecin dit que c'est l'angine pectorale*.[1]

—*L'angine? Oh, c'est une maladie terrible!*[2]

—*On dit que les rivaux se sont reconciliés grâce à l'angine…*[3]

(La palabra *angine* se repetía con gran placer.)

—*Le vieux comte est touchant à ce qu'on dit. Il a pleuré comme un enfant quand le médecin lui a dit que le cas était dangereux*.[4]

—*Oh, ce serait une perte terrible. C'est une femme ravissante*.[5]

—*Vous parlez de la pauvre comtesse* —dijo Anna Pávlovna, acercándose—. *J'ai envoyé savoir de ses nouvelles. On m'a dit qu'elle allait un peu mieux. Oh, sans doute, c'est la plus charmante femme du monde* —añadió, sonriendo por su entusiasmo—. *Nous appartenons à des camps différents, mais cela ne m'empêche pas de l'éstimer, comme elle le mérite. Elle est bien malheureuse*[6] —concluyó.

Creyendo que con estas palabras Anna Pávlovna había levantado ligeramente el velo de misterio que cubría la enfermedad de la condesa, un joven imprudente se permitió expresar su sorpresa por que Hélène no hubiera

recurrido a médicos célebres y la estuviera tratando un charlatán que podía recetarle peligrosos remedios.

—*Vos informations peuvent être meilleures que les miennes* —cargó mordazmente Anna Pávlovna contra el inexperto joven—. *Mais je sais de bonne source que ce médecin est un homme très savant et très habile. C'est le médecin intime de la Reine d'Espagne*.[7]

Y, habiendo acabado así con el joven, se volvió hacia Bilibin, que estaba en otro círculo; arrugando la frente y con la evidente intención de relajarla para pronunciar uno de sus *mots*, hablaba de los austríacos.

—*Je trouve que c'est charmant!*[8] —decía sobre la nota diplomática con que se habían devuelto a Viena las banderas austríacas tomadas por Wittengstein, *le héros de Pétropol*[9] (como lo llamaban en San Petersburgo).

—¿Cómo? ¿Cómo dice? —le preguntó Anna Pávlovna, preparando el silencio para que todos escucharan el *mot*, que ella ya conocía.

Y Bilibin repitió fielmente las palabras del despacho diplomático que él mismo había redactado:

—*L'Empereur renvoie les drapeaux Autrichiens, drapeaux amis et égarés qu'il a trouvé hors de la route*[10] —dijo, relajando las arrugas.

—*Charmant, charmant*[11] —comentó el príncipe Vasili.

—*C'est la route de Varsovie peut-être*[12] —intervino inesperadamente y alzando la voz el príncipe Ippolit.

Todos se volvieron hacia él sin entender a qué se refería. El príncipe Ippolit los miró con alegre sorpresa. Tampoco él comprendía lo que significaban sus propias palabras, pero más de una vez, a lo largo de su carrera diplomática, había observado que frases así pronunciadas habían resultado ser muy ingeniosas, por lo que siempre decía lo primero que le venía a la cabeza. «Tal vez resulte muy acertado —pensaba— y, si no lo es, ya se encargará alguien de arreglarlo.» Efectivamente, mientras duraba el incómodo silencio, llegó el personaje carente del patriotismo suficiente al que Anna Pávlovna estaba esperando, y la anfitriona, sonriendo y amenazando a Ippolit con un dedo, invitó al príncipe Vasili a pasar a la mesa; a continuación le acercó dos velas y un manuscrito y le rogó que empezara. Todo el mundo calló.

—«¡Augustísimo soberano emperador! —empezó a leer con tono severo el príncipe Vasili, y miró al público, como preguntando si alguien tenía algo que objetar. Nadie dijo nada—. Moscú, la primera capital[13], el nuevo Jerusalén, recibe a *su* Jesucristo —recalcó la palabra "su"— como una madre que recibe en brazos a sus diligentes hijos y, a través de las tinieblas,

previendo la brillante gloria de tu imperio, canta con entusiasmo: "¡Hosanna, bendito el que viene!".»

El príncipe Vasili pronunció estas últimas palabras con voz llorosa.

Bilibin se miraba con atención las uñas; muchos parecían azarados, como si se preguntaran de qué eran culpables. Anna Pávlovna anticipó en un susurro, como una vieja que murmura la oración durante la eucaristía:

—Que el insolente y desvergonzado Goliat…

El príncipe Vasili prosiguió:

—«Que el insolente y desvergonzado Goliat, procedente de los confines de Francia, envuelva las tierras rusas de mortales horrores; la humilde fe, que constituye la honda del David ruso, derribará inopinadamente la cabeza sedienta de sangre de su soberbia. Le ofrecemos, majestad imperial, este icono de san Sergio, antiguo defensor del bien de nuestra patria. Lamento que mis débiles fuerzas me impidan deleitarme con la contemplación de su augustísimo rostro. Elevo a los cielos fervientes plegarias para que el Todopoderoso ensalce a los justos y satisfaga los buenos deseos de su majestad».

—*Quelle force! Quel style!*[14] —se oyeron elogios tanto al lector como al autor de la carta.

Entusiasmados por esta lectura, los invitados de Anna Pávlovna estuvieron un buen rato hablando de la situación de la patria, haciendo variadas conjeturas sobre el resultado de la batalla que se libaría inminentemente.

—*Vous verrez*[15] —dijo Anna Pávlovna— cómo mañana, cumpleaños del soberano, recibiremos buenas noticias. Tengo un buen presentimiento.

II

El presentimiento de Anna Pávlovna resultó acertado. Al día siguiente, durante la rogativa que se oficiaba en palacio con motivo del cumpleaños del soberano, el príncipe Volkonski fue avisado en la capilla de que había llegado una carta del príncipe Kutúzov. Se trataba de un informe que el comandante en jefe había escrito en Tatárinovo el día de la batalla; decía que los rusos no habían dado ni un paso atrás, que las bajas de los franceses habían sido muy superiores a las nuestras y que escribía a toda prisa desde el campo de batalla sin disponer aún de los últimos informes. Por consiguiente, aquello

significaba la victoria. Y, enseguida, sin salir de la capilla, se dio gracias al Creador por su auxilio y por la victoria.

El presentimiento de Anna Pávlovna fue acertado y durante toda la mañana reinó en la ciudad un ánimo jovial y festivo. Todo el mundo consideraba que la victoria era completa y algunos hablaban ya de la captura del mismísimo Napoleón, de su destronamiento y de la elección de un nuevo jefe para Francia.

Era muy difícil que lejos del campo de batalla, en el ambiente de la vida cortesana, los acontecimientos se percibieran con toda su amplitud y fuerza. Los acontecimientos generales se concentran involuntariamente en un hecho particular cualquiera. Así, en aquel momento, el motivo principal de la alegría de los cortesanos no era tanto la victoria como que la noticia hubiera llegado precisamente el día del cumpleaños del soberano. Era como una sorpresa que hubiera hecho su efecto. Kutúzov informaba asimismo de las bajas de los rusos, entre las que se encontraban las de Tuchkov, Bagratión y Kutáisov. Y en la sociedad petersburguesa el lado triste del acontecimiento giró en torno a la muerte de Kutáisov. Todos lo conocían, el soberano le tenía un gran aprecio, era joven e interesante.

Aquel día, al encontrarse, todo el mundo se decía:

—¡Vaya una coincidencia, justo durante la rogativa! Pero ¡qué pérdida tan grande la de Kutáisov! ¡Es una verdadera lástima!

—¿Qué les decía yo de Kutúzov? —no dejaba de repetir ahora el príncipe Vasili con el orgullo de un profeta—. Siempre he dicho que solo él es capaz de vencer a Napoleón.

Pero al día siguiente no se recibieron más noticias del ejército, y la gente empezó a alarmarse. Los cortesanos sufrían por la incertidumbre en que se encontraba el soberano.

—¡Qué situación la del emperador! —exclamaban, ya sin ensalzar a Kutúzov como dos días antes, sino censurándolo por ser la fuente de la inquietud del soberano.

Aquel día el príncipe Vasili ya no se jactaba de su *protégé* Kutúzov, sino que guardaba silencio cuando alguien lo nombraba. Y al atardecer todo pareció confabularse para llenar de angustia y turbación a los habitantes de San Petersburgo con otra terrible noticia: la condesa Yelena Bezújova había muerto súbitamente a raíz de la horrible enfermedad cuyo nombre era tan grato pronunciar. En los grandes círculos se decía oficialmente que la condesa Bezújova había muerto de un ataque terrible de *angine pectorale*. No obstante, en los círculos íntimos se contaba que *le médecin intime de la Reine*

d'Espagne había recetado a Hélène una dosis pequeña de cierto medicamento para obtener determinado resultado; pero que ella, atormentada por las sospechas del viejo conde[16] y por la falta de respuesta de su marido (ese desgraciado y disoluto Pierre) a su carta, se había tomado una dosis altísima del medicamento y había muerto entre atroces sufrimientos antes de que nadie pudiera socorrerla. Se comentaba, además, que el príncipe Vasili y el viejo conde iban a emprender alguna acción contra el italiano, pero que cuando este les había enseñado unas cartas realmente comprometedoras de la pobre difunta, lo habían dejado inmediatamente en paz.

Así pues, la conversación general se centraba en tres tristes sucesos: la incertidumbre del soberano, el fin de Kutáisov y la muerte de Hélène.

Tres días después de que se recibiera el informe de Kutúzov, llegó a San Petersburgo un terrateniente de Moscú y por toda la ciudad empezó a correr la noticia de que la capital había sido entregada a los franceses. ¡Era espantoso! ¡Qué situación la del soberano! ¡Kutúzov era un traidor! El príncipe Vasili, durante las *visites de condoléance*[17] que recibía por la muerte de su hija, afirmaba de su hasta entonces admirado Kutúzov (en su estado de tristeza se le podía perdonar que olvidara sus opiniones anteriores) que no podía esperarse otra cosa de un viejo ciego y depravado.

—Lo único que me sorprende es que se haya podido poner el destino de Rusia en manos de un hombre así.

Mientras la noticia no era oficial aún podía dudarse de ella, pero un día más tarde llegó el siguiente informe del conde Rastopchín:

> El ayudante de campo del príncipe Kutúzov me ha entregado una carta en la que el comandante en jefe me exige oficiales de la policía para guiar al ejército hasta la carretera de Riazán. Escribe que, con gran pesar, abandona Moscú. ¡Majestad! ¡Esta acción de Kutúzov va a decidir el destino de la capital y de vuestro imperio! ¡Rusia se va a estremecer cuando sepa que abandonamos la ciudad donde se concentra la grandeza de la patria, donde reposan las cenizas de vuestros antepasados! Seguiré al ejército. He ordenado evacuar todo. Tan solo me queda llorar el destino de mi país.

Cuando el soberano leyó este informe ordenó al príncipe Volkonski que llevara a Kutúzov el siguiente rescripto:

> ¡Príncipe Mijaíl Ilariónovich! No he recibido ninguna noticia de usted desde el 29 de agosto. No obstante, el 1 de septiembre me llegó a través de Yaroslavl el triste informe del gobernador general de Moscú en el que afirma que ha decidido usted abandonar la capital con el ejército. Puede imaginarse el efecto que me ha producido semejante noticia, y su silencio redobla mi estupor. Le envío este rescripto por mediación del príncipe Volkonski, general ayudante de campo, con el fin de que nos informe de la situación del ejército y de las razones de tan infortunada decisión.

III

Nueve días después del abandono de Moscú un enviado de Kutúzov llegaba a San Petersburgo con la noticia oficial del abandono de Moscú. Este enviado era el francés Michaud, que no sabía ruso, pero que era *quoique étranger, Russe de cœur et d'âme*[18], como decía de sí mismo.

El soberano lo recibió inmediatamente en su gabinete del palacio de la isla Kámenny. Michaud, que hasta el inicio de la campaña no había visto jamás Moscú y no sabía ruso, se sintió aun así conmovido por presentarse ante *notre très gracieux souverain*[19] (como escribiría más tarde) con la noticia del incendio de la antigua capital, *dont les flammes éclairaient sa route*[20].

Aunque la fuente de *chagrin*[21] del señor Michaud tenía que ser distinta de aquella de la que emanaba la tristeza de los rusos, al entrar en el gabinete del soberano tenía el semblante tan compungido que este le preguntó de inmediato:

—*M'apportez vous de tristes nouvelles, colonel?*[22]

—*Bien tristes, sire* —respondió Michaud, bajando los ojos con un suspiro —: *l'abandon de Moscou.*[23]

—*Aurait on livré mon ancienne capitale sans se battre?*[24] —dijo rápidamente el soberano, encendiéndose de pronto.

Michaud le transmitió con gran respeto lo que Kutúzov le había ordenado, esto es, que había sido imposible luchar a las puertas de la capital y, ante la disyuntiva de perder el ejército y Moscú o perder solo Moscú, había tenido que elegir lo segundo.

El soberano lo escuchaba en silencio, sin mirarle.

—*L'ennemi est-il en ville?*[25] —preguntó.

—*Oui, sire, et elle est en cendres à l'heure qu'il est. Je l'ai laissée toute en flammes*[26] —respondió Michaud con decisión.

Pero al mirarlo se quedó horrorizado de lo que había dicho. El emperador respiraba rápido y con dificultad, le temblaba el labio inferior y sus hermosos ojos zarcos se habían cubierto de lágrimas.

Sin embargo, esto solo duró un instante. El soberano enseguida frunció el ceño como censurándose por su debilidad y, alzando la cabeza, dijo con voz firme:

—*Je vois, colonel, par tout ce qui nous arrive que la Providence exige de grands sacrifices de nous… Je suis prêt à me soumettre à toutes Ses volontés; mais dites- moi, Michaud, comment avez-vous laissé l'armée, en voyant ainsi,*

sans coup férir, abandonner mon ancienne capitale? N'avez-vous pas aperçu du découragement?[27]

Al notar que el *très gracieux souverain* se había calmado, Michaud también se calmó, pero no tuvo tiempo de prepararse la respuesta directa que exigía esta pregunta también directa y sustancial del emperador.

—*Sire, me permettrez-vous de vous parler franchement en loyal militaire?*[28] —dijo, para ganar tiempo.

—*Colonel, je l'exige toujours* —dijo el soberano—. *Ne me cachez rien, je veux savoir absolument ce qu'il en est.*[29]

—*Sire!* —exclamó Michaud con una sutil sonrisa, apenas perceptible, pues se le había ocurrido una respuesta en forma de *jeu de mots*[30] ligero y reverente—. *Sire! j'ai laissé toute l'armée depuis les chefs jusqu'au dernier soldat, sans exception, dans une crainte épouvantable, effrayante…*[31]

—*Comment ça?* —le interrumpió el soberano, frunciendo el ceño con severidad—. *Mes Russes se laisseront-ils abattre par le malheur… Jamais!…*[32]

Esto era justo lo que Michaud esperaba para introducir su juego de palabras.

—*Sire* —dijo con una traviesa expresión de respeto—, *ils craignent seulement que Votre Majesté par bonté de cœur ne se laisse persuader de faire la paix. Ils brûlent de combattre et de prouver à Votre Majesté par le sacrifice de leur vie, combien ils lui sont devoués…*[33]

—Ah! —exclamó el soberano tranquilizado y con un brillo cariñoso en los ojos, dándole palmadas en el hombro—. *Vous me tranquillisez, colonel.* —Bajó la cabeza y guardó silencio unos instantes—. *Eh bien, retournez à l'armée* —continuó, irguiéndose mucho y dirigiéndose a Michaud con gesto tierno y majestuoso—, *et dites à nos braves, dites à tous mes bons sujets partout où vous passerez, que quand je n'aurais plus aucun soldat, je me mettrai, moi-même, à la tête de ma chère noblesse, de mes bons paysans et j'userai ainsi jusqu'à la dernière ressource de mon empire. Il m'en offre encore plus que mes ennemis ne pensent.* —Cada vez estaba más animado—. *Mais si jamais il fut écrit dans les decrets de la divine providence* —dijo, alzando sus hermosos, dulces y brillantes ojos hacia el cielo— *que ma dinastie dût cesser de régner sur le trône de mes ancêtres, alors, après avoir épuisé tous les moyens qui sont en mon pouvoir, je me laisserai croître la barbe jusqu'ici* —se señaló el centro del pecho con la mano—, *et j'irai manger des pommes de terre avec le dernier de mes paysans plutôt que de*

signer la honte de ma patrie et de ma chère nation, dont je sais apprécier les sacrifices!…[34]

Habiendo pronunciado estas palabras con la voz agitada se dio súbitamente la vuelta, como si deseara que Michaud no viera las lágrimas que le habían brotado en los ojos, y se dirigió hacia el fondo del gabinete. Al cabo de un tiempo, volvió a grandes zancadas y le apretó el brazo con fuerza, por debajo del hombro. Su hermoso y dulce rostro estaba rojo, y los ojos le ardían con un brillo decidido y colérico.

—*Colonel Michaud, n'oubliez pas ce que je vous dis ici; peut-être qu'un jour nous nous le rappellerons avec plaisir… Napoléon ou moi* —dijo, tocándose el pecho—. *Nous ne pouvons plus régner ensemble. J'ai appris à le connaître, il ne me trompera plus…*[35]

Y, con el ceño fruncido, guardó silencio. Al oír estas palabras y ver en los ojos del soberano una expresión tan firme y resuelta, Michaud —*quoique étranger, mais Russe de cœur et d'âme*— se sintió en ese momento tan solemne *entousiasmé par tout ce qu'il venait d'entendre*[36] (como diría posteriormente), y expresó con las siguientes palabras sus sentimientos y los del pueblo ruso, del que se consideraba representante:

—*Sire! Votre Majesté signe dans ce moment la gloire de sa nation et le salut de l'Europe!*[37]

Y, con una inclinación de cabeza, el soberano lo despidió.

IV

Cuando la mitad de Rusia estaba ocupada por el enemigo, los habitantes de Moscú huían a provincias lejanas y las milicias no dejaban de alzarse para defender la patria, es natural que nosotros, que no vivimos en aquella época, imaginemos que todos los rusos, desde el más insignificante hasta el más destacado, se dedicaban únicamente a sacrificarse por el país o a llorar su caída. Las historias y descripciones de la época nos hablan sin excepción del espíritu de sacrificio, del amor a la patria, de la desesperación, sufrimiento y heroísmo de los rusos. Pero en realidad esto no fue así. Solo nos lo parece porque del pasado no nos fijamos más que en el interés histórico general y pasamos por alto los intereses personales y humanos de la gente. Sin embargo, la realidad es que los intereses personales de cada día son hasta tal punto más importantes que el interés general que nunca nos fijamos en él

(llegamos incluso a no percibirlo). La mayoría de los rusos de entonces no prestaba la menor atención al curso general de los acontecimientos y se guiaba únicamente por sus intereses personales de cada día. Y fueron justamente estas personas las que protagonizaron los actos más útiles de su tiempo.

Quienes intentaron entender el curso general de los acontecimientos y trataron de influir en ellos con actos de sacrificio y de heroísmo fueron de hecho los miembros más inútiles de la sociedad; lo veían todo al revés y todo cuanto hacían para ser eficaces no eran más que disparates sin provecho, como los regimientos de Pierre y de Mamónov —que se dedicaron a saquear las aldeas rusas—, o las vendas que preparaban las damas —que jamás llegaron a los heridos—, etcétera. Hasta las personas propensas a hacer gala de su inteligencia y a expresar sus sentimientos, al hablar de la situación de Rusia introducían involuntariamente en sus palabras un deje de afectación, de mentira, de censura inútil o de ira contra hombres acusados de actos de los que nadie podía tener culpa. En los acontecimientos históricos rige especialmente la norma que nos prohíbe morder el fruto del árbol de la sabiduría. Solo la actividad inconsciente resulta fructífera y quien desempeña algún papel en los acontecimientos históricos jamás comprende su importancia. Y, si intenta comprenderla, sus actos se vuelven inútiles.

La trascendencia de los acontecimientos que se estaban produciendo en Rusia pasaba tanto más inadvertida cuanto más cercana era la participación de alguien en ellos. En San Petersburgo y en las ciudades de provincias alejadas de Moscú, damas y hombres con uniforme de la milicia lloraban por Rusia y por la capital, hablaban de sacrificarse, etcétera. Pero en el ejército, que retrocedía hasta más allá de Moscú, apenas hablaban de la capital ni pensaban en ella y, al verla arder, nadie juraba venganza contra los franceses; en lo único que pensaban era en la siguiente paga, en el próximo alto en el camino, en Matrioshka la cantinera, etcétera…

Nikolái Rostov, a quien la guerra había sorprendido prestando servicio en el ejército, hacía tiempo que participaba activamente en la defensa de la patria, pero lo hacía de forma casual, sin ninguna idea de sacrificio, por lo que veía cuanto ocurría sin desesperación ni pesimismo. Si alguien le hubiera preguntado qué opinaba de la situación de Rusia, habría respondido que él no tenía por qué pensar nada, que para eso estaban Kutúzov y otros, que había oído decir que estaban cubriendo las bajas en los regimientos, que la guerra probablemente aún duraría mucho más y que, dadas las circunstancias, no

sería de extrañar que al cabo de unos dos años estuviera al mando de algún regimiento.

Como veía las cosas así, no solo no lamentó que lo enviaran a Vorónezh a comprar caballos para la división, lo que le impedía participar en el siguiente combate, sino que acogió la noticia con un inmenso placer que no ocultaba y que sus compañeros comprendían perfectamente. Varios días antes de la batalla de Borodinó, Nikolái recibió el dinero y los documentos necesarios y, habiendo enviado a los húsares primero, partió hacia Vorónezh en caballos de posta.

Solo quien ha pasado varios meses seguidos en un ambiente militar, de guerra, puede entender el placer que sintió Nikolái al alejarse de la zona de las tropas con sus forrajes, carros de víveres, hospitales de campaña… Cuando lejos de los soldados, de los furgones y de la suciedad propia de un campamento contempló las aldeas con los campesinos y campesinas, las casas de los terratenientes, los campos donde pastaba el ganado y las estaciones con los maestros de postas dormidos, su alegría fue tan grande que parecía la primera vez en su vida que veía algo así. Le sorprendían y alegraban especialmente las mujeres, jóvenes y lozanas, que no estaban rodeadas de una decena de oficiales haciéndoles la corte, mujeres que reaccionaban alegres y halagadas si un oficial de paso bromeaba con ellas.

Nikolái llegó a Vorónezh por la noche, de un humor inmejorable; en el hotel pidió todo aquello de lo que se había visto privado en el ejército tanto tiempo, y al día siguiente, perfectamente afeitado y con un uniforme de gala que llevaba mucho sin ponerse, se presentó ante las autoridades.

El jefe de la milicia era un viejo funcionario civil con grado de general a quien parecía divertir su ocupación militar y su alto rango. Recibió a Nikolái con actitud de contrariedad (creía que así debía comportarse un militar) y, con aires de importancia, como si tuviera derecho a ello, lo interrogó, aprobando o desaprobando el curso general de la contienda. Nikolái estaba tan contento que aquello le hizo gracia.

Cuando salió de la casa del jefe de la milicia fue a visitar al gobernador, un hombrecillo menudo y vivaracho, muy afectuoso y sencillo, que le indicó las cuadras donde podría encontrar caballos; le recomendó a un chalán de la ciudad y a un terrateniente que tenía los mejores ejemplares a veinte verstas de allí, y le prometió ayudarle en todo cuanto pudiera.

—¿Es usted el hijo de Iliá Andreich? Mi mujer es muy amiga de su madre. Recibimos los jueves y, como hoy es jueves, le ruego que venga sin ceremonias —le dijo el gobernador al despedirlo.

Nikolái tomó un coche de postas y, acompañado del sargento de caballería, recorrió las veinte verstas que lo separaban de las cuadras del terrateniente. En los primeros días de su estancia en Vorónezh todo le resultó divertido y fácil y, como suele ocurrir cuando uno está bien dispuesto, todo le salía bien, a pedir de boca.

El terrateniente al que visitó era un viejo solterón, antiguo oficial de caballería, experto en caballos y cazador, que tenía un salón decorado con tapices, un licor centenario, un vino húngaro añejo y unos caballos maravillosos.

No fueron necesarias más de dos palabras para que Nikolái comprara por seis mil rublos diecisiete potros seleccionados (como él decía) para lucimiento de su remonta. Después de comer y de beber vino húngaro —un poco más de la cuenta—, se despidió dando un beso al terrateniente, al que ya tuteaba, y, de un humor inmejorable, emprendió el regreso por un camino espantoso sin dejar de azuzar al cochero para llegar a tiempo a la velada que se iba a celebrar en casa del gobernador.

Después de cambiarse de ropa en el hotel, de perfumarse y de mojarse la cabeza con agua fría, se dirigió a la casa del gobernador, adonde llegó algo tarde con la frase preparada de antemano: *Vaut mieux tard que jamais*[38].

Aunque no se trataba de un baile y nadie había dicho que se fuera a bailar, todo el mundo sabía que Katerina Petrovna tocaría valses y escocesas al clavicordio y que se acabaría bailando. Así pues, contando con ello, todos los invitados se habían vestido para la ocasión.

La vida de provincias era en 1812 la misma de siempre, con la única diferencia de que la ciudad parecía ahora más animada gracias a la llegada de las familias ricas de Moscú, y de que, como en todo lo que sucedía en Rusia, se percibía cierta osadía en el ambiente —¡qué más da, de perdidos al río!—; además, las conversaciones triviales, tan necesarias en sociedad y que antes giraban en torno al tiempo y a los conocidos en común, ahora lo hacían en torno a Moscú, al ejército y a Napoleón.

Los invitados reunidos en casa del gobernador eran lo mejor de la sociedad de Vorónezh. Había muchas damas, algunas de las cuales Nikolái conocía de Moscú; pero no había ni un solo hombre que pudiera competir con el oficial de caballería condecorado con la cruz de San Jorge, húsar de la remonta y, al mismo tiempo, afable y cortés conde Rostov. Entre los hombres había un prisionero italiano, oficial del ejército francés, y Nikolái tuvo la sensación de que la presencia de este prisionero destacaba aún más su importancia de héroe ruso. Era como una especie de trofeo, Nikolái lo notaba,

y le parecía que todos miraban del mismo modo al italiano, por lo que se mostró afectuoso con él, con dignidad y contención.

En cuanto Rostov entró con su uniforme de húsar, oliendo a perfume y a vino, dijo y oyó decir: «*Vaut mieux tard que jamais*», todos lo rodearon; era el centro de las miradas y desde un buen principio se dio cuenta de que ocupaba la posición de favorito, algo que, aunque en provincias le correspondiera por derecho y siempre resultara agradable, después de tan prolongada privación lo embriagó de placer. No solo en las estaciones de postas, en las posadas y en el salón de los tapices del terrateniente las sirvientas lo habían colmado de atenciones, sino también allí, en la velada del gobernador, una cantidad inagotable de jóvenes damas y de atractivas señoritas esperaban con impaciencia que se fijara en ellas (así se lo parecía a él). Tanto unas como otras coqueteaban con él, y ya desde el primer día las personas de edad pensaron en casar a aquel húsar gallardo y parrandero para que sentara cabeza. Entre estas personas se contaba la mujer del gobernador, que recibió a Nikolái como a un familiar, lo tuteaba y le llamaba *Nicolas*.

En efecto, Katerina Petrovna se puso a tocar valses y escocesas, y, al empezar el baile, Nikolái cautivó aún más a la sociedad de provincias con su destreza, incluso causó sensación con su singular y desenfadada manera de bailar. Él mismo estaba un poco sorprendido de cómo bailaba aquella noche. En Moscú jamás lo hacía así y habría considerado hasta indecoroso, *mauvais genre*, bailar con tanto desenfado. Pero allí tenía la necesidad de asombrar a todo el mundo con algo extraordinario, algo habitual en la capital, pero aún desconocido en provincias.

A quien más atención prestó Nikolái durante toda la velada fue a la mujer de un funcionario de la provincia; era rubia, regordeta, tenía los ojos azules y un aire agradable. Con ese ingenuo convencimiento de los jóvenes alegres de que las mujeres de los demás están hechas para ellos, Rostov no se separaba de la dama, tratando al mismo tiempo al marido con simpatía y cierta complicidad, como si ambos supieran —aunque no lo dijeran— lo bien que se iban a entender (Nikolái y ella). No obstante, parecía que el marido no compartía esta opinión y se esforzaba por mostrarse taciturno. Pero la afabilidad y candidez de Rostov eran tan ilimitadas que en algún momento el marido, sin querer, cedió a su alegría. Sin embargo, hacia el final de la velada, a medida que la mujer más se animaba y encendía, más triste y pálido se ponía el marido, como si la animación de ambos formara un todo y, al aumentar la de ella, disminuyera la de él.

V

Sentado en un sillón muy cerca de la dama rubia, Nikolái la obsequiaba, ligeramente inclinado hacia ella, con cumplidos mitológicos y una sonrisa que no se le borraba del rostro.

Cambiando diestramente la postura de sus piernas enfundadas en pantalones de montar, oliendo a perfume y encantado con su dama rubia, consigo mismo y con la hermosa forma de sus piernas ceñidas en el pantalón, le decía que estaba planeando raptar a una señora de Vorónezh.

—¿A qué señora?

—A una mujer encantadora, divina. Tiene los ojos zarcos —la miró—, la boca de coral, la piel blanquísima… —contempló sus hombros—, el talle de Diana…

El marido, acercándose con el semblante sombrío, preguntó a su mujer de qué estaban hablando.

—¡Ah! ¡Nikita Iványch! —exclamó Nikolái, levantándose cortésmente.

Y, como si deseara que este participara de sus bromas, le habló de su plan de raptar a una rubia.

El marido sonrió con aire taciturno; la mujer, alegremente. En ese momento la afable esposa del gobernador se acercó con un aire de reproche.

—*Nicolas*, Anna Ignátievna quiere verte —dijo, pronunciando «Anna Ignátievna» de tal forma que Rostov comprendió que debía de tratarse de una señora muy importante—. Vamos, *Nicolas*. Me has dado permiso para que te llame así, ¿verdad?

—¡Oh, sí, *ma tante*! Y ¿quién es?

—Anna Ignátievna Malvíntseva. Su sobrina le ha contado cómo la salvaste. ¿Adivinas a quién me refiero?…

—¡He salvado a unas cuantas! —dijo Nikolái.

—Su sobrina es la princesa Bolkónskaia. Está aquí en Vorónezh, con su tía. ¡Vaya! ¡Te has puesto colorado! ¿Qué pasa? ¿Acaso…?

—¡Ni lo había pensado! Déjelo, *ma tante*.

—Bueno, bueno. ¡Oh! ¡Cómo eres!

La mujer del gobernador lo condujo hasta una anciana alta y muy gruesa que llevaba una toca azul celeste y que acababa de jugar a las cartas con los personajes más importantes de la ciudad. Era la señora Malvíntseva, una viuda rica y sin hijos, tía de la princesa Maria por parte de madre, que siempre había vivido en Vorónezh. Cuando Rostov se le acercó estaba de pie, pagando lo que había perdido en el juego. Después de mirarlo con los ojos entornados,

con expresión altiva y severa, continuó regañando al general que le había ganado la partida.

—Me alegra mucho conocerlo, querido —dijo, tendiéndole una mano—. Le ruego que venga a visitarme.

Después de haber hablado de la princesa Maria y de su difunto padre, por el que al parecer no sentía aprecio, y de pedirle noticias del príncipe Andréi, que tampoco parecía contar con su favor, la altiva anciana se despidió de Nikolái repitiéndole que fuera a visitarla.

Nikolái se lo prometió y se sonrojó de nuevo. Cada vez que alguien mencionaba a la princesa Maria, lo embargaba un sentimiento de timidez, incluso de temor, que no comprendía.

Cuando dejó a la señora Malvíntseva, se dispuso a bailar de nuevo, pero la mujer del gobernador le posó su mano rolliza en una manga y, diciéndole que tenía que hablar con él, lo condujo a la sala de los divanes. Los que estaban en ella salieron de inmediato para no molestarlos.

—¿Sabes, *mon cher*? —dijo la mujer del gobernador con una expresión seria en su rostro afable y menudo—. Es un partido excelente para ti. ¿Quieres que te arregle el matrimonio?

—¿Con quién, *ma tante*?

—Con la princesa Maria. Katerina Petrovna se inclina por Lili, pero yo no: prefiero a la princesa. ¿Quieres que lo haga? Estoy segura de que tu *maman* me lo agradecerá. ¡Es un encanto de muchacha, de verdad! Y tampoco es tan fea.

—¡Claro que no lo es! —exclamó Nikolái, como ofendido—. Pero, *ma tante*, como corresponde a un soldado, yo no me impongo a nadie ni tampoco rechazo a nadie —añadió, sin pensar lo que decía.

—Pero no olvides que esto no es ninguna broma.

—¡Cómo va a ser una broma!

—Sí, sí —continuó la mujer del gobernador, como hablando consigo misma—. Otra cosa, *mon cher, entre autre. Vous êtes trop assidu auprès de l'autre, la blonde*[39]. El marido da muchísima pena, de verdad…

—¡Ah, no! Pero ¡si él y yo somos amigos! —exclamó Nikolái.

En su ingenuidad no se le pasaba por la cabeza que un pasatiempo tan divertido para él pudiera no serlo para otros.

«Pero ¡qué estupidez le he dicho antes a la mujer del gobernador! —pensó de repente durante la cena, al recordar la conversación—. Seguro que ahora intentará casarme, pero ¿qué pasa con Sonia?…»

Al despedirse, la mujer del gobernador volvió a decirle con una sonrisa:

—Y no lo olvides.

Nikolái se la llevó aparte:

—Verá, *ma tante*, si le soy sincero…

—¿Qué? ¿Qué pasa, amigo mío? Ven, sentémonos ahí.

Nikolái sintió un deseo y necesidad repentinos de confesar sus pensamientos más íntimos (que no habría compartido con su madre, con su hermana ni con un amigo) a esa mujer, casi una desconocida. Cuando más tarde recordó este inexplicable e inmotivado arranque de sinceridad, que tendría consecuencias tan importantes para él, le pareció (como siempre ocurre en estos casos) que había sido un estúpido impulso. Sin embargo, el arranque de sinceridad sumado a otros pequeños sucesos iban a tener para él y para toda su familia consecuencias de una trascendencia enorme.

—Verá, *ma tante*. Hace tiempo que *maman* me quiere casar con una muchacha rica, pero la sola idea de casarme por dinero me repugna.

—Oh, claro, lo entiendo —dijo la mujer del gobernador.

—Sin embargo, la princesa Bolkónskaia es otra cosa. Le diré la verdad: me gusta mucho y siento simpatía por ella; además, desde el día que la conocí en semejante situación, en tan extrañas circunstancias, más de una vez he pensado que tal vez fuera cosa del destino. Fíjese bien: *maman* llevaba tiempo pensando en ella, pero nunca se dio la ocasión de vernos; por el motivo que fuera, nunca coincidíamos. Mientras Natasha estuvo prometida con su hermano, yo no podía siquiera plantearme casarme con ella. Y nuestros caminos se tuvieron que cruzar justamente cuando el compromiso de Natasha se rompió, y encima… Pero hay un obstáculo. No se lo he contado a nadie ni se lo contaré. Solo a usted.

La mujer del gobernador le apretó el codo en señal de agradecimiento.

—¿Conoce a mi prima Sophie?[40] La amo; le prometí que me casaría con ella y lo voy a hacer… Ya ve por qué es imposible —dijo Nikolái torpemente, poniéndose colorado.

—*Mon cher, mon cher*, pero ¿qué tipo de razonamiento es ese? Sophie no tiene nada y tú mismo has dicho que a tu padre las cosas le van muy mal. Y ¿qué pasa con tu *maman*? Esto la va a matar. Además, si Sophie tiene corazón, ¿qué vida le espera? Tu madre desesperada, la familia en la ruina… No, *mon cher*, Sophie y tú tenéis que entenderlo.

Nikolái guardaba silencio. Le complacía oír estas conclusiones.

—Pero es imposible, *ma tante* —dijo, suspirando, tras una breve pausa—. Además, ¿quién sabe si la princesa querría casarse conmigo? Y está de luto. ¡Cómo va a pensar en algo así en estos momentos!

—¿Es que te crees que pretendo casaros ahora? *Il y a manière et manière*[41] —dijo la mujer del gobernador.

—¡Está usted hecha toda una casamentera, *ma tante*!… —exclamó Nikolái, dándole un beso en su manita rolliza.

VI

Al llegar a Moscú después de su encuentro con Rostov, la princesa Maria había encontrado a su sobrino con el preceptor y una carta del príncipe Andréi con instrucciones de cómo llegar a Vorónezh, donde vivía la tía Malvíntseva. Las preocupaciones del traslado, la inquietud por su hermano, la vida en una nueva casa, las caras nuevas, la educación de su sobrino: todo esto acalló en su corazón aquel sentimiento parecido a una tentación que la había atormentado durante la enfermedad de su padre, después de su muerte y, sobre todo, desde el encuentro con Rostov. Estaba triste. Un mes después de haber abandonado su apacible vida en el campo, la impresión por la pérdida de su padre y por la caída de Rusia era cada vez más fuerte. Estaba muy inquieta: pensar en los peligros a los que se exponía su hermano, el único familiar querido que le quedaba, la atormentaba sin descanso. Además, le preocupaba la educación de su sobrino, para la que siempre se sentía incapaz; no obstante, en el fondo del alma, estaba en paz consigo misma por haber ahogado en su interior los sueños y esperanzas que se habían despertado con la aparición de Rostov.

Al día siguiente de la velada, la mujer del gobernador fue a visitar a la señora Malvíntseva para hablarle de sus planes (recalcando que, aunque en semejantes circunstancias un compromiso oficial era impensable, sí se podía permitir algún encuentro entre los jóvenes para que se conocieran mejor). Habiendo obtenido el consentimiento de la señora Malvíntseva, la mujer del gobernador habló de Rostov en presencia de la princesa Maria, lo elogió y contó cómo se había sonrojado el joven al oír su nombre. Pero no fue alegría lo que sintió la princesa Maria, sino dolor: su paz interior se había desvanecido y se habían despertado de nuevo en ella los deseos, las dudas, los reproches y las esperanzas.

En los dos días que pasaron desde que recibió la noticia hasta la visita de Rostov, no dejó de pensar en cómo se comportaría con él. A veces decidía que mientras el joven estuviera en casa de su tía ella no entraría en el salón, porque, al estar de luto riguroso, era indecoroso recibir visitas; otras pensaba

que, después de lo que había hecho por ella, sería grosero comportarse así; otras se le ocurría que su tía y la mujer del gobernador habían hecho planes para ellos (las miradas y las palabras de ambas parecían confirmar esta sospecha); otras se decía que solo ella, en su depravación, podía pensar algo así: era imposible que olvidaran que en su situación, cuando aún vestía de luto, arreglarle un matrimonio sería ofensivo tanto para ella como para la memoria de su padre. Cuando se imaginaba cómo recibiría a Nikolái, pensaba en las palabras que él le diría y cómo respondería a ellas, y tan pronto le parecían inmerecidamente frías como demasiado cargadas de significado. Lo que más temía del encuentro era que la turbación la dominara, que la traicionara en cuanto lo viera.

Pero, cuando después de la misa del domingo el lacayo entró en el salón anunciando la llegada del conde Rostov, la princesa Maria no mostró turbación; tan solo sus mejillas se cubrieron de un ligero rubor y sus ojos se iluminaron con una luz nueva y radiante.

—¿Ya lo ha visto usted, tía? —preguntó con voz tranquila, sin saber cómo podía mostrar tanta calma y naturalidad.

Cuando Rostov entró en el salón, la princesa bajó la cabeza un instante como para dar tiempo al invitado a saludar a su tía; después, cuando el muchacho se le acercó, ella alzó la cabeza y le devolvió una mirada con ojos radiantes. Haciendo un movimiento lleno de dignidad y de gracia, se levantó con una sonrisa alegre, le tendió su mano fina y delicada, y se puso a hablar con una voz en la que resonaba un timbre nuevo, femenino y profundo. *mademoiselle* Bourienne, que también estaba allí, la miraba perpleja. Ella, tan habilidosa y coqueta, no habría sabido maniobrar mejor en una cita con un hombre a quien quisiera gustar.

«O el color negro la favorece mucho, o realmente está muy guapa y no me había dado cuenta. Y, sobre todo, ¡qué tacto, qué gracia!», se decía.

Si en ese momento la princesa Maria hubiera podido pararse a pensar, se habría sorprendido aún más que *mademoiselle* Bourienne del cambio que se había producido en ella. Desde que había visto el hermoso y amado rostro del joven, la había poseído una fuerza nueva de la vida que la impulsaba a hablar y actuar al margen de su voluntad. Desde la entrada de Rostov su rostro se había transformado súbitamente. Igual que cuando se ilumina el interior de una linterna tallada y pintada y, de repente, con una belleza pasmosa, se revela en sus paredes el complejo y hábil trabajo artístico que antes parecía tosco, sombrío y absurdo, así de súbita fue la transformación del rostro de la princesa Maria. Por primera vez salió a la superficie todo el trabajo interior,

tan puro y espiritual, que la había acompañado toda la vida. El trabajo interior, el descontento consigo misma, los sufrimientos, la aspiración al bien, la resignación, el amor y el espíritu de sacrificio: todo esto puso luz en sus ojos radiantes y en cada facción de su delicado rostro.

Rostov lo vio con tanta claridad como si la conociera de toda la vida. Se daba cuenta de que se encontraba ante un ser completamente distinto, mejor que todos los que había conocido hasta entonces y, sobre todo, mejor que él.

La conversación fue de lo más sencilla e insignificante. Hablaron de la guerra, exagerando inconscientemente su tristeza por los acontecimientos, como hacía todo el mundo; hablaron de su primer encuentro, aunque Nikolái procuró desviar la conversación, y hablaron también de la afable mujer del gobernador, de la familia de Nikolái y de la princesa Maria.

La princesa Maria no hablaba de su hermano y, cuando su tía lo mencionaba, ella cambiaba de tema. Era evidente que podía hablar con afectación de las desgracias de Rusia, pero su hermano estaba demasiado próximo a su corazón y no quería ni podía hablar superficialmente de él. Nikolái lo notó, del mismo modo que notaba con una perspicacia impropia de él todos los matices del carácter de la princesa, que no hacían más que confirmar su convicción de que se trataba de un ser especial y extraordinario. El joven enrojecía y se turbaba cuando le hablaban de la princesa Maria (a ella le ocurría lo mismo), incluso cuando simplemente pensaba en ella, pero en su presencia se sentía completamente libre. No habló de ninguno de los temas que se había preparado de antemano, sino de lo que se le ocurrió en el momento, que resultaba siempre oportuno.

En el curso de la breve visita se hizo un silencio y Nikolái recurrió, como es costumbre cuando hay niños, al hijo del príncipe Andréi: lo acarició y le preguntó si quería ser húsar. Cogiéndolo en brazos, le empezó a dar vueltas alegremente y volvió la cabeza hacia la princesa, cuya mirada conmovida, que irradiaba felicidad y timidez, seguía los movimientos de su amado chiquillo en brazos del hombre a quien también amaba. Nikolái reparó en esta mirada y, como si hubiera comprendido su significado, enrojeció de placer y besó al niño con cándida alegría.

La princesa Maria no salía de casa porque estaba de luto, y Nikolái, por su parte, consideraba indecoroso visitarla. Sin embargo, la mujer del gobernador no abandonó su labor de casamentera y transmitía al joven las halagüeñas palabras que la princesa Maria le dedicaba; por otra parte, le insistía en que tuviera una explicación con ella. Con este fin, concertó un encuentro entre los jóvenes en casa del obispo, antes de la misa.

Aunque Rostov le dijo que no habría ninguna explicación con la princesa Maria, le prometió acudir.

Del mismo modo que en Tilsit no se había permitido poner en duda si lo que todos consideraban correcto realmente lo era, en aquel momento, después de una breve pero sincera lucha entre el intento de organizar su vida conforme a lo que le dictaba la razón y la resignada sumisión a las circunstancias, Rostov se decantó por lo segundo y se dejó llevar por una fuerza que lo arrastraba sin remedio (esta era la sensación que tenía). Sabía que, después de la promesa que le había hecho a Sonia, exponer sus sentimientos a la princesa María habría sido lo que él llamaría una infamia. Y sabía que jamás la cometería. Pero también sabía (más que saberlo, lo sentía en el fondo del alma) que, si se dejaba arrastrar por la fuerza de las circunstancias y por las personas que lo guiaban, no solo no haría nada malo, sino algo importantísimo, lo más importante de toda su vida.

Después del encuentro con la princesa Maria, aunque por fuera su modo de vida no cambió, todos los placeres de antes perdieron su encanto para él. A menudo pensaba en ella, pero no como pensaba sin excepción en todas las señoritas a las que conocía en sociedad, ni con la pasión con que había pensado en Sonia en otro tiempo. Como cualquier joven honrado, pensaba en las señoritas como futuras esposas y se las imaginaba en las condiciones de la vida conyugal: la bata blanca, la mujer ante el samovar, su carruaje, los niños, *maman* y *papa*, cómo se relacionarían, etcétera, etcétera. Y estas estampas del futuro le proporcionaban placer. Sin embargo, cuando pensaba en la princesa Maria, con quien querían casarlo, era incapaz de imaginarse una futura vida conyugal con ella. Y, si lo intentaba, el resultado era torpe y falso, lo cual solo conseguía hacerle sentir mal.

VII

La terrible noticia de la batalla de Borodinó, de nuestras bajas en muertos y heridos, y la noticia aún más terrible de la pérdida de Moscú llegaron a Vorónezh a mediados de septiembre. La princesa Maria se enteró por los periódicos de que su hermano estaba herido y, como no tenía noticias precisas de él, se preparó para ir a buscarlo. Esto fue lo que le contaron a Nikolái, que no la había vuelto ver.

Cuando recibió la noticia de la batalla de Borodinó y del abandono de Moscú, Rostov no sintió desesperación, rabia, ni nada parecido, pero de

pronto en Vorónezh todo le empezó a parecer tedioso e irritante y lo invadió un sentimiento indefinido de vergüenza e incomodidad. Las conversaciones que oía le parecían falsas, no sabía qué opinión formarse de nada y le daba la sensación de que solo en el regimiento volvería a ver las cosas claras. Así pues, se apresuró en zanjar la compra de caballos y a menudo se encolerizaba sin razón con su criado y el sargento de caballería.

Unos días antes de partir se celebraba en la catedral un tedéum con motivo de la victoria de las tropas rusas, y Nikolái decidió asistir. Se colocó un poco por detrás del gobernador y, con seriedad militar, atendió el oficio entregándose a toda clase de pensamientos. Cuando la ceremonia hubo terminado, la mujer del gobernador lo llamó:

—¿Has visto a la princesa? —le preguntó, señalando con la cabeza a una dama vestida de negro que estaba detrás del coro.

Nikolái reconoció de inmediato a la princesa Maria, no tanto por su perfil, que asomaba por debajo del sombrero, como por el sentimiento de prudencia, temor y compasión que lo embargó al instante. La joven, sin duda absorta en sus pensamientos, se santiguaba por última vez antes de salir de la iglesia.

Nikolái le miraba asombrado el rostro. Aunque era el mismo que había visto anteriormente y tenía la misma expresión de delicado trabajo espiritual, ahora irradiaba una luz completamente distinta. Había en él una conmovedora expresión de tristeza, de súplica y esperanza. Como ya le había pasado antes en su presencia, sin esperar el consejo de la mujer del gobernador sobre si se le debía acercar, sin preguntarse si era discreto y decoroso hablarle en una iglesia, se dirigió a ella para decirle que se había enterado de su desgracia y que la compadecía de todo corazón. Apenas ella oyó su voz, una luz brillante le iluminó el rostro, resaltando su tristeza y su alegría a la vez.

—Solo quería decirle una cosa, princesa —empezó Rostov—: si el príncipe Andréi Nikoláievich hubiera muerto, como es jefe de regimiento, la noticia habría salido inmediatamente publicada en los periódicos. —La princesa Maria lo miraba sin comprender sus palabras, pero le alegraba la expresión de compasión y sufrimiento que leía en su rostro—. Sé por muchos casos que una herida de metralla —los periódicos decían que había sido una granada— o bien te mata al instante, o bien es muy leve. Hay que esperar lo mejor, y estoy seguro de que…

La princesa Maria lo interrumpió:

—¡Oh, sería tan terrib…! —exclamó, y, sin poder terminar la palabra por la emoción, inclinando la cabeza con un gracioso gesto (como todo lo que

hacía en presencia de Rostov), lo miró agradecida y, a continuación, siguió a su tía.

Aquella noche Nikolái no fue a ningún sitio y se quedó en casa para hacer las cuentas con los vendedores de caballos. Cuando acabó ya era tarde para salir y pronto para acostarse, por lo que estuvo paseando por la habitación mientras reflexionaba sobre su vida, algo que raramente hacía.

La princesa Maria le había causado una agradable impresión en la provincia de Smolensk. Habérsela encontrado en unas circunstancias tan especiales y que en algún momento del pasado su madre la hubiera nombrado precisamente a ella como inmejorable partido hizo que le prestara especial atención. Durante su estancia en Vorónezh esta impresión no solo fue agradable, sino muy intensa. Nikolái estaba asombrado por la belleza moral, tan especial, que había observado en ella. No obstante, se disponía a partir y no se le pasaba por la cabeza lamentar la falta de posibilidades de volver a verla. Pero el encuentro de ese día en la iglesia le había calado en el corazón más hondo de lo que esperaba (así lo sentía), más hondo de lo que deseaba para su tranquilidad. Ese rostro pálido, fino y triste, esa mirada luminosa, esos movimientos suaves y graciosos y, sobre todo, la tierna y profunda aflicción que expresaban todas sus facciones lo llenaban de inquietud y le empujaban a querer comprenderla. Rostov no soportaba ver en los hombres la expresión de una vida elevada y espiritual (por esta razón no le gustaba el príncipe Andréi), y la calificaba despectivamente de filosofía, de ensoñación. Sin embargo, en la princesa Maria era justamente su tristeza, que ponía de manifiesto la profundidad de un mundo espiritual desconocido para él, lo que le resultaba tan irresistiblemente atractivo.

«¡Esta muchacha debe de ser maravillosa! ¡Un verdadero ángel! —se decía—. ¿Por qué no seré libre? ¿Por qué me precipité con Sonia?» Y, sin querer, las comparaba: la escasez en una y la abundancia en la otra de los dones espirituales que a él le faltaban y que, por eso, tanto valoraba. Trató de imaginarse lo que pasaría si fuera libre. ¿Cómo le pediría la mano y de qué modo llegaría a ser su mujer? No, no podía imaginárselo. Se sentía mal y no veía ninguna imagen clara. Con Sonia ya hacía tiempo que se había pintado el cuadro de su vida futura y todo era sencillo y claro, porque todo estaba previsto y la conocía perfectamente; pero con la princesa Maria era incapaz de imaginarse una vida futura, porque no la entendía, solo la amaba.

Soñar con Sonia tenía algo de alegre e infantil, pero pensar en la princesa Maria era difícil e incluso daba un poco de miedo.

«¡Cómo rezaba! —recordó—. Saltaba a la vista que tenía toda el alma volcada en la oración. Sí, es esa oración que mueve montañas y estoy convencido de que sus plegarias serán atendidas. ¿Por qué yo no rezo por lo que necesito? Y ¿qué necesito? Libertad, desligarme de Sonia. Ella tenía razón —pensó al recordar las palabras de la mujer del gobernador— al decir que mi matrimonio con Sonia no traerá más que desdichas. Será todo un lío, *maman* se disgustará, los problemas de dinero… ¡Un lío, un lío horrible! Y es que no la amo. No, no la amo como debería. ¡Dios mío, sácame de este terrible callejón sin salida! —rezó de pronto—. Sí, la oración mueve montañas, pero hay que creer de verdad, no rezar como Natasha y yo hacíamos de pequeños cuando pedíamos que la nieve se convirtiera en azúcar y salíamos corriendo al patio para ver si se había cumplido. Ahora no pido ninguna tontería», siguió diciéndose mientras dejaba la pipa en un rincón y juntaba las manos delante de un icono. Y, emocionado por el recuerdo de la princesa Maria, se puso a rezar como hacía mucho tiempo que no rezaba. Tenía lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta cuando Lavrushka apareció por la puerta con unos papeles.

—¡Idiota! ¡Por qué entras si no te he llamado! —exclamó, cambiando rápidamente de postura.

—Es de parte del gobernador —dijo Lavrushka con voz somnolienta—: el correo ha traído cartas para usted.

—Bueno, está bien, gracias. ¡Puedes retirarte!

Cogió dos cartas, una de su madre y otra de Sonia. Las reconoció por la letra. Abrió la primera, de Sonia. Apenas había leído unas líneas, se quedó pálido y los ojos se le abrieron, asustados y alegres a la vez.

—¡No, es imposible! —dijo en voz alta.

Incapaz de quedarse quieto, empezó a dar vueltas por la habitación con la carta en las manos. La leyó rápidamente por encima, la volvió a leer y después una vez más; encogiéndose de hombros y gesticulando, se detuvo en mitad del cuarto con la boca abierta y la mirada petrificada. Lo que le acababa de pedir a Dios, convencido de que lo escucharía, se acababa de cumplir. Estaba asombrado, como ante lo más extraordinario, como si nunca lo hubiera esperado, como si precisamente el hecho de que se hubiera cumplido tan rápido demostrara que no era obra de Dios, a quien se lo había pedido, sino de la simple casualidad.

El nudo imposible de desatar, que ataba su libertad para siempre, se había deshecho con esta carta tan inesperada de Sonia, que nadie había inducido (según creía él). Sonia le escribía que las últimas desgracias, la pérdida de

casi todos los bienes de los Rostov en Moscú, el deseo de la condesa, expresado más de una vez, de casarlo con la princesa Bolkónskaia, así como su silencio y frialdad de los últimos tiempos, la habían decidido a renunciar a su promesa y a devolverle la libertad.

«Se me hacía demasiado duro pensar que podía ser motivo de disgusto o de discordia en una familia que se ha portado tan bien conmigo —escribía—, y mi amor tiene por único objeto hacer felices a quienes quiero; por lo tanto, *Nicolas*, le ruego que se considere libre, y sepa que, pase lo que pase, no habrá nadie que pueda amarlo más que su Sonia.»

Las dos cartas venían del monasterio de la Trinidad. La condesa le hablaba de los últimos días en Moscú, de la partida, del incendio y de la pérdida de todos sus bienes. Le contaba, además, que el príncipe Andréi estaba entre los heridos que viajaban con ellos; que su situación había sido muy crítica, pero el médico ahora decía que había más esperanza; y que Sonia y Natasha lo cuidaban como auténticas enfermeras.

Al día siguiente el joven visitó a la princesa Maria y llevó esta última carta. Ninguno de los dos hizo la menor alusión a lo que podían significar las palabras «Natasha lo cuida», pero gracias a la carta su relación se estrechó, casi como si ahora fueran familia.

Al cabo de un día Rostov despidió a la princesa Maria ante su viaje a Yaroslavl y, poco después, partió para reincorporarse al regimiento.

VIII

Sonia había escrito desde el monasterio de la Trinidad la carta que respondía a las plegarias de Nikolái. He aquí el motivo que la había inspirado. La idea de casar a Nikolái con una muchacha rica preocupaba cada vez más a la vieja condesa, y sabía que Sonia constituía el principal obstáculo. En los últimos tiempos, la vida de Sonia, sobre todo después de recibir la carta donde Nikolái contaba su encuentro con la princesa Maria en Boguchárovo, se había vuelto más difícil en casa de la condesa, que no dejaba escapar la menor ocasión para hacerle alusiones ofensivas y crueles.

Pero unos días antes de abandonar Moscú, conmocionada y nerviosa por todo lo que estaba sucediendo, la condesa llamó a Sonia y, en vez de lanzarle los reproches y exigencias de siempre, le suplicó que se sacrificara, que pagara por todo lo que habían hecho por ella rompiendo su compromiso con Nikolái.

—No estaré tranquila hasta que me lo hayas prometido.

Sonia prorrumpió en un llanto histérico, le contestó entre sollozos que haría cualquier cosa, que estaba dispuesta a todo, pero no prometió nada en firme porque en el fondo del alma era incapaz de cumplir lo que se le exigía. Tenía que sacrificarse por la felicidad de una familia que le había dado sustento y educación, y ella estaba acostumbrada a hacerlo todo por la felicidad de los demás. Tal como era su situación en la casa, solo podía demostrar sus méritos por medio del sacrificio, algo que le gustaba hacer. Hasta ese momento veía con alegría cómo todos sus actos de renuncia la elevaban ante sus propios ojos y los de los demás, y la hacían más digna de *Nicolas,* a quien amaba más que a nada en el mundo. Pero ahora el sacrificio consistía en tener que rechazar precisamente lo que constituía la recompensa a sus actos de renuncia y lo que daba sentido a su vida entera. Y, por primera vez, sintió resquemor por quienes habían sido sus benefactores solo para hacerla sufrir después; tuvo envidia de Natasha, que jamás se había sacrificado ni tenía necesidad de hacerlo, pero que exigía sacrificios a los demás y, aun así, todos la querían. Por primera vez sintió que su amor puro y sereno por *Nicolas* empezaba a convertirse en una pasión desenfrenada que pasaba por encima de las normas, de la virtud y de la religión; y, bajo el influjo de este sentimiento, Sonia, cuya vida de dependencia le había enseñado a disimular, respondió a la condesa con palabras vagas y ambiguas y decidió que en adelante evitaría hablar con ella y esperaría a verse con Nikolái, pero no para liberarlo, sino para atarlo para siempre.

El ajetreo y el terror que acompañaron los últimos días de los Rostov en Moscú acallaron en Sonia los sombríos pensamientos que tanto le pesaban. Estaba encantada de que la actividad práctica le permitiera escapar de ellos. Cuando se enteró de que el príncipe Andréi estaba en la casa, a pesar de la sincera lástima que sentía por él y por Natasha, la embargó un sentimiento de alegría supersticiosa: vio en ese hecho la voluntad de Dios, que no deseaba separarla de *Nicolas*. Sabía que Natasha solo había amado al príncipe Andréi y que seguía amándolo. Y también sabía que ese reencuentro en circunstancias tan terribles reavivaría el amor entre ambos, razón por la que Nikolái y la princesa Maria se convertirían en parientes y no podrían casarse. A pesar de lo terrible de cuanto había sucedido en los últimos días y en las primeras jornadas de viaje, Sonia estaba contenta con la idea de que la Providencia había intervenido en sus asuntos personales.

Los Rostov hicieron el primer alto en el camino en el monasterio de la Trinidad.

En la hospedería del monasterio les asignaron tres amplias habitaciones, una de las cuales ocupó el príncipe Andréi, que aquel día se encontraba mucho mejor. Natasha estaba con él. En la habitación de al lado el conde y la condesa hablaban respetuosamente con el abad, que había pasado a verlos por ser viejos conocidos y benefactores del monasterio. A Sonia, también presente, le carcomía la curiosidad por saber de qué estarían hablando el príncipe Andréi y Natasha. Oía sus voces al otro lado de la puerta, que de pronto se abrió. Natasha, con el rostro agitado y sin reparar en el abad, quien, sujetándose su ancha manga derecha, se había levantado para saludarla, fue derecha hasta Sonia y le cogió la mano.

—Natasha, ¿qué te pasa? Ven aquí —dijo la condesa.

La muchacha se acercó al abad para que la bendijera y este le aconsejó que rogara ayuda a Dios y a los santos.

En cuanto el abad se hubo marchado, Natasha volvió a coger a su amiga de la mano y la llevó a una habitación vacía.

—Sonia, ¿a que vivirá? ¿A que sí? —dijo—. ¡Sonia, querida, qué feliz y desgraciada soy! Todo vuelve a ser como antes. Pero ¡tiene que vivir! No puede… Porque, porque…

Y se echó a llorar.

—¡Yo ya lo sabía! ¡Gracias a Dios! —exclamó Sonia—. ¡Vivirá!

Sonia estaba no menos agitada que su amiga por el temor, la pena y sus pensamientos, que no había confesado a nadie. Besó y consoló a Natasha entre sollozos. «¡Tiene que vivir!», se decía.

Una vez hubieron llorado, conversado y enjugado las lágrimas, las dos amigas se dirigieron a la puerta del príncipe Andréi. Natasha la abrió con cuidado y echó un vistazo. Sonia estaba a su lado, junto a la puerta entreabierta.

El príncipe Andréi estaba tumbado sobre tres almohadas altas. Tenía el rostro pálido pero tranquilo, los ojos cerrados y se le oía respirar con regularidad.

—¡Ah, Natasha! —exclamó Sonia casi en un grito, cogiéndole la mano y apartándose de la puerta.

—¿Qué? ¿Qué? —preguntó Natasha.

—Es eso, es eso que… —dijo Sonia, pálida y con los labios temblorosos.

Natasha cerró la puerta sin hacer ruido y se retiró con ella hacia la ventana, sin entender lo que le decía.

—¿Recuerdas aquella vez que miré el espejo por ti?… —preguntó Sonia, sobrecogida y solemne—. Fue en Otrádnoie, en Navidades… ¿Recuerdas lo

que vi?…

—¡Sí, sí! —dijo Natasha con los ojos muy abiertos, recordando vagamente que entonces Sonia había dicho algo del príncipe Andréi, al que había visto tumbado.

—¿Lo recuerdas? Lo vi a él, y os lo dije tanto a ti como a Duniasha. Lo vi tumbado en una cama —aseguró Sonia, haciendo un gesto con la mano y levantando un dedo con cada nuevo detalle que daba—. Lo vi tapado con una colcha rosa y tenía los ojos cerrados y los brazos cruzados.

A medida que describía los detalles de lo que justo acababa de ver al entrar en la habitación, más se convencía de que en aquella otra ocasión *había visto* lo mismo. En realidad no había visto nada, sino que había dicho lo primero que se le había ocurrido. Pero lo que entonces se había inventado ahora le parecía tan real como cualquier otro recuerdo. No solo olvidaba que en aquella ocasión había dicho que él se había vuelto para mirarla, que le había sonreído y que había visto algo rojo, sino que estaba firmemente convencida de que había dicho y visto que estaba tapado con una colcha rosa, justamente de color rosa, y que tenía los ojos cerrados.

—¡Sí, sí, era rosa! —asintió Natasha, que ahora también creía recordar que Sonia había dicho rosa, y veía en este detalle la parte más excepcional y misteriosa de su predicción—. Pero ¿qué significará? —preguntó, pensativa.

—¡Ah, no lo sé, es todo tan extraño! —exclamó Sonia, llevándose las manos a la cabeza.

Al cabo de unos minutos el príncipe Andréi tocó una campanilla y Natasha entró a verlo. Sonia, con una agitación y una ternura desacostumbradas, se quedó en la ventana reflexionando sobre lo extraordinario de cuanto acababa de ocurrir.

Ese mismo día se presentó la oportunidad de enviar cartas al ejército y la condesa escribió a su hijo.

—Sonia —le dijo a su sobrina, separando la cabeza de la carta, cuando la joven pasaba por su lado—. Sonia, ¿vas a escribir a Nikólenka? —le preguntó con voz suave y temblorosa.

Sonia leyó en esos ojos cansados que la observaban a través de las gafas todo lo que la condesa quería decir con tales palabras: en su mirada había súplica, miedo a una negativa, vergüenza por tener que rogar y disposición a odiarla para siempre si no accedía.

La muchacha se le acercó y, de rodillas, le besó una mano.

—Le escribiré, *maman* —dijo.

Estaba conmovida, agitada, enternecida por todo lo ocurrido ese día, especialmente por el misterio de su predicción cumplida. Ahora que Natasha y el príncipe Andréi habían restablecido su relación, sabía que Nikolái no podría casarse con la princesa Maria, y se alegró de recuperar el espíritu de sacrificio que tanto le gustaba y al que tan acostumbrada estaba en su vida. Con la conciencia de estar haciendo un acto de generosidad y, obligada a interrumpirse varias veces porque las lágrimas le cubrían sus ojos negros y aterciopelados, escribió la conmovedora carta que tan asombrado dejó a Nikolái.

IX

En la cárcel militar a la que condujeron a Pierre, el oficial y los soldados que lo habían detenido lo trataron con hostilidad, aunque con respeto. Todavía se detectaban en su actitud las dudas que les inspiraba la identidad de aquel hombre (tal vez se tratara de alguien muy importante) y su hostilidad por la reciente pelea que habían tenido con él.

Pero, cuando a la mañana siguiente llegó el relevo, Pierre se dio cuenta de que para los oficiales y soldados de la nueva guardia él ya no tenía la misma importancia que para los que lo habían detenido. Y, efectivamente, la nueva guardia ya no veía en ese hombre alto y grueso vestido con un caftán de campesino al intrépido que se había enfrentado tan desesperadamente al saqueador y los soldados de la patrulla, y que había pronunciado aquella solemne frase sobre la salvación de una niña; solo veían al número diecisiete de los rusos detenidos por orden del mando supremo. Si había algo particular en Pierre era únicamente su aire decidido, concentrado y pensativo, así como su conocimiento del francés, que hablaba asombrosamente bien para los propios franceses. El mismo día lo juntaron con los demás sospechosos, porque a un oficial le hacía falta la celda aislada en que lo habían encerrado.

Todos los detenidos eran hombres de la más baja condición social. Y, al reparar en que Pierre era un señor, se apartaron de su lado, sobre todo porque hablaba francés. Bezújov oía con tristeza cómo se burlaban de él.

Al día siguiente, por la tarde, Pierre se enteró de que los detenidos (y él también, probablemente) serían juzgados bajo la acusación de incendiarios. Al tercer día los trasladaron a un edificio donde había un general de bigote blanco, dos coroneles y algunos franceses más con brazaletes. Tanto a Pierre como a sus compañeros les preguntaron, con esa precisión y firmeza que

aparentemente está por encima de la debilidad humana y con la que se suele tratar a los acusados, quiénes eran, dónde habían estado, con qué objetivo, etcétera.

Estas preguntas, que dejaban a un lado la esencia de la cuestión y excluían cualquier posibilidad de ponerla de manifiesto —como todas las preguntas que se formulan en los juicios—, tenían como objetivo disponer un canalón por el que debían discurrir las respuestas que los interrogadores deseaban oír de los acusados, las que los conducirían a su objetivo, es decir, a la culpabilidad. En cuanto el acusado empezaba a hablar de algo que no satisfacía el objetivo de la acusación, retiraban el canalón y el agua podía discurrir por otro lado. Además, Pierre tenía la misma sensación que los acusados en un juicio: perplejidad por las preguntas que le hacían. Le parecía que el subterfugio del canalón solo se utilizaba por condescendencia o cortesía. Sabía que estaba bajo el poder de aquellos hombres, que solo este poder le había llevado hasta allí y les daba el derecho a exigirle que respondiera a sus preguntas, e igualmente sabía que el único objetivo del interrogatorio era declararlo culpable. Por lo tanto, dado que tenían el poder en sus manos y querían inculparlo, ¿qué sentido tenían las preguntas capciosas y el juicio? Era evidente que todas las respuestas debían concluir en la culpabilidad. A la pregunta de qué estaba haciendo cuando lo detuvieron, Pierre contestó con cierto aire trágico que estaba buscando a los padres de una niña a la *qu'il avait sauvé des flammes*[42]. ¿Por qué se había peleado con el saqueador? Pierre respondió que estaba defendiendo a una mujer, porque defender a una mujer ultrajada es la obligación de todo hombre, que… Lo interrumpieron: eso no tenía nada que ver con el asunto. ¿Qué hacía en el patio de la casa incendiada donde le habían visto los testigos? Respondió que había ido a ver lo que sucedía en Moscú. Lo interrumpieron de nuevo: no le estaban preguntando adónde había ido, sino qué hacía cerca de un incendio. ¿Quién era? Pero, igual que la primera vez que se lo habían preguntado, respondió que no quería contestar, que no podía decirlo.

—Tome nota. Eso no está bien. No está nada bien —dijo severamente el general de bigote blanco y rostro colorado.

Al cuarto día empezaron los incendios en el terraplén Zúbovski.

Llevaron a Pierre y a otros trece detenidos a Krymski Brod[43], a la cochera de la casa de un mercader. Al recorrer las calles Pierre se ahogaba por el humo, que parecía cubrir toda la ciudad. Por todas partes había fuego, aunque en ese momento no entendía del todo el sentido del incendio de Moscú y miraba horrorizado las llamas.

Pasó cuatro días más en la cochera de la casa, en Krymski Brod, y, por las conversaciones de los soldados franceses, se enteró de que los detenidos estaban pendientes de la decisión de cierto mariscal. Pero no pudo saber de qué mariscal se trataba. Era evidente que para los soldados ese mariscal representaba el eslabón supremo y un tanto misterioso del poder.

Los primeros días, hasta el 8 de septiembre —fecha en que se llevó a cabo el segundo interrogatorio—, fueron los más duros para Pierre.

X

El 8 de septiembre un oficial muy importante, a juzgar por el respeto con que los centinelas se dirigían a él, entró en la cochera donde estaban los presos. El oficial, probablemente del Estado Mayor, pasó lista a los rusos y, al llegar a Pierre, lo llamó «*celui qui n'avoue pas son nom*»[44]. Con una mirada de indolente indiferencia, ordenó al oficial que estaba de guardia que los vistieran convenientemente y los arreglaran antes de llevarlos ante el mariscal. Al cabo de una hora llegó una compañía que condujo a Pierre y a los otros trece presos hasta el campo Dévichie[45]. El día era claro y soleado después de la lluvia, y el aire estaba extraordinariamente limpio. El humo no pendía tan bajo como el día en que habían sacado a Pierre de la cárcel militar del terraplén Zúbovski, sino que se elevaba formando columnas en el aire limpio. No se veía fuego, pero por todas partes se alzaban humaredas y Moscú entero, hasta donde a Pierre le alcanzaba la vista, había sido devastado por las llamas. Por todas partes se veían solares donde solo quedaban estufas y chimeneas, y de tarde en tarde la pared chamuscada de alguna casa de piedra. Por mucho que Pierre se fijara en los edificios quemados era incapaz de reconocer ningún barrio de la ciudad. En alguna parte u otra se veía alguna iglesia intacta. El Kremlin, al que no habían afectado las llamas, blanqueaba a lo lejos con sus torres y el campanario de Iván el Grande. Más cerca refulgía alegremente la cúpula del monasterio Novodévichi, cuyas campanas repicaban con particular sonoridad. Este toque de misa recordó a Pierre que era domingo y fiesta de la Natividad de la Madre de Dios. Pero nadie parecía estar para festejos: todo había sido arrasado por el fuego y los rusos harapientos con los que raramente se cruzaban se escondían asustados al ver a los franceses.

Saltaba a la vista que el nido ruso había sido arrasado, destruido, pero Pierre tenía la sensación de que, con la destrucción del orden de vida ruso,

había surgido otro orden francés, totalmente distinto, pero sólido. Tenía esa sensación al ver a los soldados que, avanzando con animación y jovialidad en ordenadas filas, lo escoltaban con los demás detenidos; también al cruzarse con un importante funcionario francés que iba en una carretela conducida por un soldado y tirada por dos caballos; también al oír la alegre música del regimiento que llegaba desde la parte izquierda del campo; y, especialmente, había tenido esa sensación por la mañana, al oír al oficial francés recién llegado pasar lista a los presos. Pierre había sido detenido por un convoy de soldados, conducido primero a un lugar y después a otro con decenas de otros hombres, y parecía que los franceses se podrían haber olvidado de él o llegar a confundirlo con los demás. Pero no: sus respuestas en el interrogatorio volvían a él en forma de «*celui qui n'avoue pas son nom*». Y, con este nombre que le parecía terrible, lo llevaban a alguna parte totalmente convencidos —lo tenían escrito en la cara— de que tanto él como los demás detenidos eran justo los que necesitaban y de que los estaban llevando justo adonde debían. Pierre se sentía como una astilla insignificante que ha caído en el engranaje de una máquina desconocida, pero que funciona con normalidad.

Llevaron a los presos al lado derecho del campo Dévichie, no lejos del monasterio, hacia una gran casa blanca con un jardín inmenso. Era la casa del príncipe Scherbátov, que Pierre antes había frecuentado y donde ahora, como supo por la conversación de los soldados, estaba instalado el mariscal, duque de Eckhmül[46].

Los condujeron al porche y los hicieron entrar en la casa de uno en uno. Pierre fue el sexto. A través de la galería de cristal, del zaguán y del recibidor que tan bien conocía, lo introdujeron en un gabinete alargado y de techo bajo en cuya puerta había un ayudante de campo.

Davout estaba sentado al fondo, ante una mesa, con las gafas puestas. Pierre se acercó. Davout, sin levantar los ojos, parecía consultar un documento que tenía delante. Todavía sin levantar la mirada, le preguntó en voz baja:

—*Qui êtes-vous?*[47]

Pierre se quedó callado, sin fuerzas para decir nada. Para él Davout no era solo un general francés, sino un hombre famoso por su crueldad. Al mirar su rostro frío, como el de un severo profesor que se digna mostrar paciencia solo un momento para obtener una respuesta, Pierre tenía la sensación de que cada segundo de demora podía costarle la vida. Pero no sabía qué decir. No se atrevía a responder lo mismo que en el primer interrogatorio, pero revelar su título y posición social era peligroso y humillante. Siguió callado. Antes de

darle tiempo a decidirse, Davout alzó la cabeza, se subió las gafas a la frente, entornó los ojos y lo miró fijamente.

—Conozco a este hombre —dijo con tono frío y mesurado, sin duda con la intención de asustarlo.

El escalofrío que antes le había recorrido la espalda, ahora apretaba la cabeza de Pierre, como unas tenazas.

—*Mon général, vous ne pouvez pas me connaître, je ne vous ai jamais vu…*[48]

—*C'est un espion russe*[49] —le interrumpió Davout, dirigiéndose a otro general que estaba en el gabinete y al que Pierre no había visto.

Davout le dio la espalda. Pierre, con una voz inesperadamente estrepitosa, dijo muy rápido:

—*Non, Monseigneur* —empezó, recordando de pronto que Davout era duque—. *Non, Monseigneur, vous n'avez pas pu me connaître. Je suis un officier militionnaire et je n'ai pas quitté Moscou*.[50]

—*Votre nom?*[51] —repitió Davout.

—*Besouhof*.[52]

—*Qu'est ce qui me prouvera que vous ne mentez pas?*[53]

—*Monseigneur!* —exclamó Pierre no en tono ofendido, sino implorante.

Davout levantó la cabeza y lo miró detenidamente. Pierre le aguantó la mirada varios segundos y esto lo salvó. En esa mirada se había establecido una relación humana al margen de las circunstancias de la guerra y del proceso judicial. En ese momento ambos sintieron vagamente una infinidad de cosas, comprendieron que eran hijos de la humanidad, hermanos.

Al levantar la cabeza del listado, donde los actos y las vidas humanas se clasificaban por números, Pierre era para Davout un mero incidente, y lo habría ordenado fusilar sin conciencia de estar cometiendo una mala acción. Pero ahora ya había visto al ser humano que había en él. Se quedó pensativo.

—*Comment me prouverez vous la vérité de ce que vous me dites?*[54] —preguntó con frialdad.

Pierre recordó a Ramballe, nombró su regimiento, su apellido y la calle donde estaba la casa que ocupaba.

—*Vous n'êtes pas ce que vous dites*[55] —insistió Davout.

Con la voz trémula y quebrada, Pierre empezó a aportar pruebas que demostraban que decía la verdad. Pero justo en ese momento entró un ayudante de campo para informar de algo.

Davout, resplandeciendo de pronto por la noticia que le había dado el ayudante de campo, se empezó a abrochar la guerrera. Parecía haberse

olvidado por completo de Pierre.

Cuando el ayudante de campo le recordó la presencia del preso, Davout frunció el ceño y lo señaló con la cabeza mientras ordenaba que se lo llevaran. Pierre no sabía adónde: ¿de vuelta a la barraca o al lugar de ejecución que sus compañeros le habían señalado al cruzar el campo Dévichie?

Al volver la cabeza, vio que el ayudante de campo repetía una pregunta.

—*Oui, sans doute!*[56] —respondía Davout, pero Pierre no sabía a qué hacía referencia esta afirmación.

Más tarde Pierre sería incapaz de recordar cuánto rato había andado ni en qué dirección. En un estado de completa inconsciencia y estupor, sin ver nada de cuanto le rodeaba, movía las piernas como los demás, y cuando todos se pararon él hizo lo mismo.

Un solo pensamiento lo ocupaba: ¿quién, en última instancia, lo había condenado a muerte? No eran los que le habían interrogado en la comisión, no había entre ellos nadie que pareciera desearlo y era evidente que no tenían autoridad para hacerlo. No era Davout, que lo había mirado con tanta humanidad; un solo minuto más habría bastado para que comprendiera que iba a cometerse una mala acción, pero el ayudante de campo, al entrar, lo había echado todo a perder. No cabía duda de que el ayudante de campo tampoco le deseaba ningún mal, pero podría no haber entrado. Entonces ¿quién estaba condenando, matando, arrebatando la vida a un hombre como él, con todos sus recuerdos, ambiciones, esperanzas y pensamientos? ¿Quién era el responsable? Pierre se dio cuenta de que nadie.

Era el orden de las cosas, una serie de circunstancias. Un orden establecido que lo mataba, le arrebataba la vida, lo aniquilaba.

XI

Desde la casa del príncipe Scherbátov condujeron a los presos a través del campo Dévichie, un poco más a la izquierda del monasterio Novodévichi, hasta un huerto donde se alzaba un poste. Detrás del poste había una fosa muy grande con tierra fresca a un lado, y cerca aguardaba una gran multitud que formaba un semicírculo. La multitud estaba integrada por algunos rusos y numerosos soldados de Bonaparte: alemanes, italianos y franceses con distintos uniformes. A derecha e izquierda del poste se alineaban tropas francesas con guerreras azules, charreteras rojas, botas y chacós.

Dispusieron a los presos según el orden de una lista (Pierre era el sexto) y los llevaron hasta el poste. Varios tambores empezaron a redoblar a ambos lados y Pierre sintió que aquel sonido le desgarraba el alma. Perdió la capacidad de pensar y de razonar, solo podía ver y oír. Su único deseo era que eso tan terrible que iba a suceder acabara cuando antes. Miró a sus compañeros para examinarlos.

Los dos del extremo eran presidiarios y tenían la cabeza afeitada. Uno era alto y delgado, y el otro moreno, peludo, musculoso y con la nariz chata. El tercero era un criado de unos cuarenta y cinco años, bien alimentado y con el pelo encanecido. El cuarto, un campesino muy guapo con la barba cerrada de color castaño claro y los ojos negros. El quinto, un obrero de unos dieciocho años, flaco, de tez amarillenta y vestido con una bata.

Pierre oyó que los franceses deliberaban sobre cómo fusilarlos: ¿de uno en uno o de dos en dos?

—De dos en dos —dijo con calma y frialdad el oficial superior.

Entre las filas de soldados se produjo un movimiento; se percibía que todos se apresuraban, pero no como cuando uno tiene que cumplir una tarea que entiende, sino como cuando quiere terminar una tarea necesaria, pero desagradable e incomprensible.

Un funcionario francés que llevaba una banda se dirigió a la parte derecha de la fila de los condenados y leyó la sentencia en ruso y en francés.

A continuación dos parejas de franceses se acercaron y, por orden del oficial, cogieron a los dos presidiarios del extremo y los llevaron hasta el poste. Mientras traían los sacos, los presidiarios miraban en silencio, como mira una fiera herida al cazador que se le aproxima. El primero no dejaba de santiguarse; el segundo se rascaba la espalda y contraía los labios esbozando algo semejante a una sonrisa. Los soldados, a toda prisa, les vendaron los ojos, les pusieron el saco en la cabeza y los ataron al poste.

Doce tiradores con fusiles salieron de las filas con paso firme y regular y se detuvieron a ocho pasos del poste. Pierre se dio la vuelta para no mirar. De pronto oyó un chasquido y el ruido de una descarga, que le pareció más fuerte que el más terrible de los truenos, y echó un vistazo. Vio humo y a los franceses, que, con el rostro pálido y las manos temblorosas, hacían algo junto a la fosa. Llevaron a dos condenados más. Con la misma expresión que los anteriores, ambos miraban a los presentes en silencio, pidiendo ayuda en vano con los ojos, sin duda incapaces de entender ni de creer lo que iba a ocurrir. No podían creerlo porque solo ellos sabían lo que significaba la vida para sí mismos, no lo entendían y les parecía imposible que se la fueran a arrebatar.

Pierre no quería verlo y se dio la vuelta una vez más; de nuevo en sus oídos retumbó un terrible estallido y, al mismo tiempo, se vio humo, sangre y los rostros pálidos y asustados de los franceses, que de nuevo se pusieron a hacer algo junto al poste, empujándose unos a otros con las manos temblorosas. Respirando con dificultad, Pierre miró a los lados como preguntando: ¿qué significa esto? Esta misma pregunta estaba en todas las miradas con las que se cruzaba.

En el rostro de los rusos y de todos los soldados y oficiales franceses sin excepción se revelaba el mismo espanto, horror y lucha que embargaban el corazón de Pierre. «Pero ¿quién, al fin y al cabo, está haciendo esto? Están sufriendo igual que yo. Entonces ¿quién? ¿Quién?», refulgió fugazmente en su alma.

—*Tirailleurs du 86e, en avant!*[57] —gritó alguien.

Se llevaron al quinto condenado, que estaba al lado de Pierre, pero a nadie más. Pierre no entendía que estaba a salvo, que tanto a él como a los demás los habían llevado allí únicamente para que presenciaran la ejecución. Miraba lo que ocurría con creciente horror, sin sentir alegría ni tranquilidad alguna. El quinto condenado era el obrero de la bata. En cuanto le rozaron dio un salto atrás, aterrorizado, y se agarró a Pierre (que, estremecido, se apartó). El obrero era incapaz de andar. Lo arrastraron por debajo de los brazos y se puso a gritar. Al llegar al poste se quedó repentinamente callado. Era como si hubiera comprendido algo —o bien que gritar no servía de nada, o bien que era imposible que sus semejantes lo fueran a matar—, pero el caso es que esperó en el poste que le pusieran la venda, como habían hecho los demás, y mirando a un lado y a otro con los ojos brillantes igual que una bestia malherida.

Pierre ya no se pudo obligar a volverse y a cerrar los ojos. Con ese quinto asesinato su curiosidad y agitación, así como la de todos los demás, alcanzó un nivel máximo. El quinto condenado, como los anteriores, parecía tranquilo: se cerraba la bata y se frotaba un pie descalzo con el otro.

Cuando le vendaron los ojos, él mismo se arregló el nudo, que le molestaba en la nuca; después, cuando lo apoyaron en el poste ensangrentado, se echó hacia atrás y, como estaba incómodo, se irguió, alineó las piernas y volvió a apoyarse con calma. Pierre no le quitaba los ojos de encima para no perderse ni un solo movimiento.

Probablemente se oyó una voz de mando; probablemente a continuación resonaron los disparos de ocho fusiles. Pero Pierre, por mucho que más tarde tratara de recordar, no oyó ningún disparo. Solo vio que, por algún motivo, el

obrero se desplomaba, que aparecía sangre en dos lugares, que las cuerdas se aflojaban por el peso del cuerpo que colgaba y que el obrero, con la cabeza caída y una pierna doblada de una manera muy poco natural, se sentaba en el suelo. Pierre corrió hacia el poste. Nadie lo detuvo. Alrededor del obrero varios hombres, pálidos y asustados, hacían algo. A un francés viejo y bigotudo que desataba las cuerdas le temblaba la mandíbula. El cuerpo cayó. Los soldados, con apremio, lo arrastraron torpemente hacia detrás del poste y lo arrojaron a la fosa.

Era indudable que sabían que eran unos criminales y que debían ocultar cuanto antes las huellas de su crimen.

Pierre miró dentro de la fosa y vio que el obrero yacía con las rodillas hacia arriba, cerca de la cabeza, con uno de los hombros más alto que el otro. El hombro subía y bajaba con espasmos regulares, pero las paladas de tierra ya caían sobre todo el cuerpo. Uno de los soldados, con gesto contrariado, rabioso y enfermizo, gritó a Pierre que volviera a su sitio, pero él no le entendió y se quedó en el poste sin que nadie lo echara.

Cuando la fosa estuvo cubierta de tierra se oyó una voz de mando. Devolvieron a Pierre a su sitio y las tropas francesas que habían formado a ambos lados del poste dieron media vuelta y empezaron a marchar con paso regular. Los veinticuatro tiradores con los fusiles descargados que estaban en el centro del círculo se incorporaron rápidamente a sus puestos mientras las compañías pasaban desfilando.

Pierre miraba ahora con ojos inexpresivos a esos tiradores que salían en parejas rápidamente del círculo. Todos, menos uno, se reunieron con su compañía. Un soldado joven, pálido como un muerto, con el chacó echado hacia atrás y el fusil caído, seguía delante de la fosa, en el lugar desde donde había disparado. Se tambaleaba como si estuviera borracho, dando pasos adelante y atrás para evitar caerse. Un viejo suboficial salió corriendo de las filas y, agarrándolo del hombro, lo arrastró hacia su compañía. La multitud, formada por rusos y franceses, empezó a dispersarse. Todos andaban en silencio, con la cabeza gacha.

—*Ça leur apprendra à incendier*[58] —dijo uno de los franceses.

Pierre volvió la mirada y se dio cuenta de que era un soldado que intentaba consolarse de algún modo por lo que acababan de hacer, pero en vano: sin terminar la frase, se alejó agitando una mano.

XII

Después de la ejecución apartaron a Pierre de los demás acusados y lo encerraron solo en una pequeña iglesia destrozada e inmunda.

Antes del anochecer entró el suboficial de guardia con dos soldados para anunciarle que había sido indultado y que ingresaría en las barracas de los prisioneros de guerra. Pierre, sin entender lo que le decían, se levantó y siguió a los soldados. Lo condujeron a unas barracas construidas en la parte más alta del campo con tablones chamuscados, troncos y chillas, y lo metieron en una de ellas. Unos veinte hombres lo rodearon en la oscuridad. Pierre los miraba sin comprender quiénes eran, por qué estaban allí y qué querían de él. Oía las palabras que le decían, pero sin sacar nada en claro ni saber qué sentido darles: no captaba su significado. Aunque respondía a sus preguntas, ignoraba con quién hablaba y cómo entenderían sus respuestas. Miraba los rostros y las figuras que le rodeaban, y todos le parecían igual de carentes de sentido.

Desde el momento en que había presenciado el terrible asesinato cometido por unos hombres contra su propia voluntad, tenía la sensación de que de pronto le habían arrancado del alma el resorte en que se sostenía todo, que le daba la vida, de que todo se desmoronaba en un montón de escombros sin sentido. Aunque no se daba cuenta, había perdido la fe en el orden armonioso del mundo, en la humanidad, en su alma y en Dios. Era algo que ya había conocido en el pasado, pero nunca con tanta fuerza como ahora. En otro tiempo, cuando lo asaltaban estas dudas venían de sus propias faltas y, en el fondo del alma, sentía que la salvación de la desesperación y la incertidumbre estaban en su interior. Pero ahora se daba cuenta de que él no tenía la culpa de que el mundo se derrumbara ante sus ojos y se convirtiera en un montón de escombros sin sentido. Y de que no estaba en su poder recuperar la fe en la vida.

A su alrededor, en la oscuridad, había varios hombres: sin duda veían algo en él que les interesaba sobremanera. Le contaron algo, le hicieron muchas preguntas y luego lo acompañaron a un rincón de la barraca donde había más gente charlando y riendo.

—Entonces, amigos… ese mismo príncipe, aquel *que*… —decía una voz desde el otro rincón de la barraca, haciendo especial hincapié en la palabra «que».

Pierre, en silencio y sin moverse, sentado sobre un montón de paja contra la pared, primero abría los ojos y después los cerraba. En cuanto los cerraba volvía a ver el terrible rostro del obrero, terrible sobre todo por su sencillez, y los rostros aún más terribles por su angustia de los asesinos forzosos. Entonces volvía a abrirlos y su mirada vagaba en la oscuridad.

A su lado había un hombrecillo encogido cuya presencia había notado desde el principio por el fuerte olor a sudor que desprendía al moverse. En la oscuridad hacía algo con los pies y, a pesar de que Pierre no le veía la cara, tenía la sensación de que no dejaba de mirarlo. Aguzando mucho la vista en la oscuridad, al fin entendió que se estaba descalzando y su manera de hacerlo le interesó.

Después de quitarse las bandas que le envolvían una pierna las enrolló con esmero y repitió la misma operación con la otra pierna, sin dejar de dirigir miradas a Pierre. Mientras con una mano colgaba las bandas, con la otra se quitaba las de la otra pierna. Así, tras descalzarse con movimientos cuidadosos, circulares, rápidos y continuos, colgó el calzado en unos clavos que había en la pared, por encima de su cabeza; después sacó una navaja para cortar algo, la volvió a cerrar, la guardó debajo de su almohada y, adoptando una postura más cómoda, se abrazó las rodillas mientras miraba a Pierre, que sentía algo agradable, tranquilizador y redondeado en esos movimientos rápidos, en ese rincón tan pulcro e incluso en el olor del hombre, del que no apartaba los ojos.

—¿Ha pasado usted muchas penurias, señor? ¿Eh? —preguntó de pronto el hombrecillo.

Y en su voz cantarina había tanta ternura y sencillez que Pierre quiso responderle, pero la mandíbula le empezó a temblar y notó cómo le salían las lágrimas. Sin darle tiempo a que mostrara su turbación, el hombrecillo siguió hablando con el mismo tono agradable:

—¡Eh, no estés triste, halconcito! —le dijo con la entonación tierna, acariciadora y cantarina con que hablan las viejas campesinas rusas—. No estés triste, amigo mío: ¡se sufre una hora y se vive un siglo! Así es, querido amigo. Aquí vivimos, gracias a Dios, sin que nos causen ofensa. También ellos son personas, los hay malos y los hay buenos.

Y mientras decía esto se enderezó sobre las rodillas con un movimiento ágil, se levantó y se alejó tosiendo.

—¡Vaya, ya ha vuelto la pillina! —se oyó su voz dulce en la otra punta de la barraca—. ¡Ha vuelto, no se ha olvidado de mí! ¡Bueno, bueno, basta!

Y el hombrecillo, que era soldado, apartó a una perrita que le saltaba encima y volvió a su sitio. Llevaba en las manos algo envuelto en un trapo.

—Tenga, señor: coma —dijo, volviendo al tono respetuoso de antes, desenrollando el trapo y ofreciendo a Pierre varias patatas asadas—. Nos han dado sopa para comer. Pero estas patatas, ¡qué delicia!

Pierre llevaba todo el día sin probar bocado y el olor de las patatas le pareció sumamente agradable. Le dio las gracias y empezó a comérselas.

—¡Cómo! ¿Así lo vas a hacer? —dijo el soldado con una sonrisa, cogiendo una de las patatas—. Hazlo así. —Volvió a sacar la navaja plegable, cortó la patata en dos mitades en la palma de la mano y, después de echar un poco de sal que tenía en el trapo, se la ofreció—. Son una delicia —repitió—. Cómetelas así.

A Pierre le pareció que jamás había probado algo tan exquisito.

—No, si yo estoy bien —dijo—, pero ¿por qué han tenido que fusilar a esos desgraciados?… El último debía de tener unos veinte años.

—Tss, tss… —pronunció el hombrecillo—. ¡Cuánto pecado, cuánto pecado!… —añadió rápidamente, y, como si las palabras estuvieran listas siempre en su boca y le salieran involuntariamente, continuó—: ¿Cómo es que se ha quedado usted en Moscú, señor?

—No creía que fueran a llegar tan pronto. Me quedé casualmente —dijo Pierre.

—Y ¿cómo te han detenido, halconcito? ¿En tu casa?

—No, fui a ver el incendio, me detuvieron y me juzgaron por incendiario.

—Donde haya un juicio, habrá mentira —sentenció el hombrecillo.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó Pierre, masticando la última patata.

—¿Yo? Me detuvieron el domingo en un hospital de Moscú.

—Y ¿qué eres? ¿Soldado?

—Sí, del regimiento de Apsheronsk. La fiebre me estaba matando. No nos dijeron nada y éramos unos veinte. No sabíamos nada ni nos lo habríamos figurado.

—Y ¿estás triste aquí? —preguntó Pierre.

—¡Cómo no voy a estar triste, halconcito! Me llamo Platón; de apellido Karatáiev —añadió, sin duda para que a Pierre le resultara más fácil dirigirse a él—. En el ejército me apodaron «Halconcito». ¡Cómo no voy a estar triste, halconcito! Moscú es la madre de todas las ciudades. ¡Cómo no estar triste cuando ves algo así! Pero, como dicen los viejos, aunque el gusano se coma la col, morirá antes que ella —añadió rápidamente.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Pierre.

—¿Yo? Digo que el hombre propone y Dios dispone —respondió, pensando que repetía lo que acababa de decir. Y enseguida continuó—: Entonces, señor, ¿tiene usted propiedades? Y ¿casa? ¡Entonces su copa está a rebosar! ¿Tiene mujer? ¿Viven sus viejos?

Aunque Pierre no veía nada, tenía la sensación de que el soldado le hacía las preguntas con un asomo de sonrisa en los labios. Pareció apenarse de que no tuviera padres y, sobre todo, madre.

—La mujer para aconsejar, la suegra para agasajar, pero no hay nada tan valioso como una madre —sentenció—. ¿Tiene hijos? —La negativa de Pierre pareció apenarlo de nuevo, pero se apresuró a decir—: Bueno, es usted joven, si Dios quiere los tendrá. Solo tiene que vivir en armonía…

—Ahora ya da igual —dijo Pierre involuntariamente.

—Eh, querido amigo mío —repuso Platón—: de la pobreza y la cárcel nadie está a salvo. —Se sentó cómodamente y se aclaró la voz, preparándose sin duda para una larga parrafada—: Verás, amigo mío, yo aún vivía en casa —empezó—. La finca era próspera, había gran cantidad de tierras, los aldeanos vivían bien y también nosotros en nuestro hogar, gracias a Dios. Mi padre salía a segar con siete de nosotros. Vivíamos bien, como auténticos campesinos cristianos. Pero un día…

Y Platón Karatáiev contó la larga historia de cómo un día fue a un boscaje vecino a por leña y el guarda lo sorprendió, por lo que fue azotado, juzgado y condenado a servir en el ejército como soldado.

—Y ¿sabes qué, halconcito? —dijo con una sonrisa que le transformaba la voz—. ¡Lo que pensábamos que era una desgracia resultó ser una suerte! De no haber sido por mi pecado, habrían reclutado a mi hermano menor, pero él tiene cinco hijos, mientras que yo solamente dejaba a mi mujer. Tuvimos una hijita, pero Dios se la había llevado antes de hacerme soldado. Y ¿sabes qué? Cuando volví a casa de permiso comprobé que vivían mejor que antes: el corral lleno de animales, las mujeres en casa, dos hermanos trabajando fuera. El único que quedaba allí era Mijaílo, el menor. Mi padre dijo: «Para mí todos mis hijos son iguales: sea cual sea el dedo que me muerdan, me duele. Si no se hubieran llevado a Platón, habrían reclutado a Mijaílo». Nos llamó a todos y nos puso delante de los iconos. Y dijo: «Mijaílo, ven aquí, póstrate a sus pies; también tú, mujer, póstrate; y vosotros, nietos, postraos. ¿Lo habéis entendido?». Así es, amigo mío. El destino dispone y nosotros no hacemos más que juzgar: «Esto no está bien, lo otro tampoco»… Pero nuestra felicidad, amiguito, es como el agua en la red de un pescador: cuando tiras de ella se hincha, pero cuando la sacas está vacía. Pues eso. —Cambió de postura y, al cabo de un prolongado silencio, se levantó—. Bueno, supongo que querrás dormir, ¿no? —dijo, y, santiguándose rápidamente, murmuró—: ¡Señor Jesucristo, santos Nicolás, Frola y Lavra! ¡Señor Jesucristo, santos Nicolás, Frola y Lavra! ¡Señor Jesucristo, apiádate de nosotros, sálvanos! —

concluyó, inclinándose hasta el suelo. Después se levantó y, suspirando, volvió a sentarse en su montón de paja—. Eso es. ¡Dios mío, haz que caiga como un tronco y me levante ligero como una pluma! —añadió mientras se acostaba y se tapaba con el capote.

—¿Qué oración has rezado? —preguntó Pierre.

—¿Eh? —dijo Platón, que ya estaba casi dormido—. ¿Qué oración? Le he rezado a Dios. ¿Es que tú no rezas?

—Sí, yo también rezo —asintió Pierre—. Pero ¿qué has dicho de Frola y Lavra?

—¡Cómo! —exclamó Platón—. Son las patronas de los caballos. También de los animales hay que apiadarse. ¡Mírala cómo se enrosca, la muy pillina! Has entrado en calor, ¿eh, granuja? —añadió, tocando a la perra, que se había acurrucado a sus pies.

Y, después de darse la vuelta, se quedó dormido en el acto.

Fuera, a lo lejos, se oían llantos y gritos, y a través de las rendijas de la barraca se veían las llamas; pero dentro reinaba el silencio y la oscuridad. Pierre tardó mucho en dormirse. Tumbado en la oscuridad, con los ojos abiertos, oía el ronquido regular de Platón, que estaba echado a su lado, y tuvo la sensación de que el mundo antes destruido renacía en su alma con una belleza nueva, sobre unos cimientos nuevos e inquebrantables.

XIII

En la barraca en la que habían encerrado a Pierre y donde pasó cuatro semanas había veintitrés soldados, tres oficiales y dos funcionarios prisioneros.

Más tarde los recordaría a todos como en una bruma, pero de Platón Karatáiev guardó para siempre en el alma un recuerdo sumamente intenso y entrañable, como la encarnación de todo lo ruso, bondadoso y redondo. Cuando al despuntar el alba pudo ver a su vecino, la primera impresión que había tenido de algo redondeado se confirmó plenamente: toda la figura de Platón, con su capote francés ceñido con una cuerda, su gorra y sus *lapti*, era redonda; su cabeza era completamente redonda, su espalda, su pecho, sus hombros e incluso sus brazos, que siempre parecían estar a punto de abrazar algo, también eran redondos; e igual de redondos eran su agradable sonrisa y sus grandes y dulces ojos castaños.

Platón Karatáiev debía de tener más de cincuenta años, a juzgar por las historias que contaba sobre las campañas en que había participado como soldado. Ni él mismo sabía su edad ni era capaz de determinarla, pero sus dientes, fuertes y de un blanco deslumbrante, que asomaban en dos semicírculos cada vez que reía (algo habitual en él), estaban sanos y enteros; no tenía ni una sola cana en la barba ni en el cabello, y su cuerpo parecía flexible y, sobre todo, firme y resistente.

A pesar de las pequeñas y redondas arrugas, su rostro tenía una expresión inocente y juvenil; su voz era agradable y cantarina. Pero lo más especial de su modo de hablar eran la espontaneidad y la viveza. Al parecer nunca pensaba en lo que había dicho ni en lo que iba a decir y, por este motivo, su entonación, rápida y segura, tenía una capacidad de persuasión irresistible.

Su fuerza física y agilidad en los primeros tiempos de cautiverio eran tales que parecía no entender lo que significaban el cansancio ni la enfermedad. Cada noche, al acostarse, decía: «Dios mío, haz que caiga como un tronco y me levante ligero como una pluma». Por la mañana siempre repetía, encogiéndose de hombros de la misma manera: «Me enrosqué al acostarme, me desperecé al levantarme». Y, realmente, en cuanto se acostaba, se dormía como un tronco, y en cuanto se despertaba se ponía a hacer algo sin perder un segundo, como un niño que, apenas levantado, se pone a jugar. Sabía hacer de todo, nada especialmente bien, pero tampoco mal: hacía pan, cocinaba, cosía, trabajaba la madera y remendaba las botas. Siempre andaba atareado y solamente por las noches se permitía charlar, algo que le gustaba mucho, y cantar. Cantaba no como los cantantes, que saben que los escuchan, sino como los pájaros, porque tenía tanta necesidad de emitir esos sonidos como quien necesita estirar los brazos y las piernas. Estos sonidos eran siempre finos, delicados, casi femeninos, melancólicos, y en momentos así se ponía muy serio.

Desde que estaba preso y se había dejado crecer la barba, parecía haber desechado todo lo ajeno y militar que le habían inculcado y, sin darse cuenta, había vuelto a sus antiguos hábitos campesinos y populares.

—Soldado de permiso, camisa por fuera —solía decir.

Hablaba con desgana de sus tiempos de soldado, aunque no se quejaba y a menudo repetía que en el regimiento jamás lo habían azotado. Cuando contaba alguna historia casi siempre evocaba viejos y gratos recuerdos de su vida «cristiana», como llamaba a su vida de campesino. Los proverbios que llenaban su conversación no eran los que suelen decir los soldados, en su mayoría soeces y subidos de todo, sino las máximas populares que, aisladas,

parecen carecer de sentido, pero que, pronunciadas en el momento preciso, adquieren un significado sabio y profundo.

A menudo decía lo contrario de lo que había afirmado un momento antes, pero tanto lo uno como lo otro era justo. Le gustaba hablar y hablaba bien, adornando su discurso con palabras afectuosas y refranes que a Pierre le parecía que se inventaba. Pero lo más encantador de sus historias era que en su boca los hechos más simples —en ocasiones los mismos que Pierre había presenciado sin prestarles atención— tenían un carácter de una venerable solemnidad. Le gustaba escuchar los cuentos (siempre eran los mismos) que un soldado contaba por las noches, pero lo que más le gustaba eran las historias de la vida real. Al escucharlas sonreía alegremente, intercalaba alguna palabra y hacía preguntas encaminadas a sacar una moraleja para sí mismo. Karatáiev carecía de sentido del apego, de la amistad y del amor tal como lo entendía Pierre; pero amaba y vivía en amor con todo lo que la vida le ponía en su camino, especialmente con las personas, aunque no con ninguna en particular, sino con la que tuviera delante. Quería a su perrita, a sus compañeros, a los franceses y a Pierre, que era su vecino. Pero este se daba cuenta de que Karatáiev, a pesar de toda la dulce ternura que le mostraba (con la que, inconscientemente, rendía tributo a su vida espiritual), no se afligiría ni por un momento si se separaban. Y Pierre empezaba a sentir lo mismo por él.

Platón Karatáiev era para los demás prisioneros un soldado normal y corriente; lo llamaban «Halconcito» o «Platosha», se burlaban afablemente de él y lo mandaban a hacer recados. Pero para Pierre permaneció para siempre como la encarnación inalcanzable, redonda y eterna de la sencillez y de la verdad, tal como lo había percibido la primera noche.

Platón Karatáiev no sabía nada de memoria, salvo sus oraciones. Cuando empezaba a contar una historia parecía no saber cómo terminaría.

Cuando en ocasiones Pierre, asombrado por el significado de sus palabras, le pedía que las repitiera, Platón era incapaz de recordar lo que acababa de decir, de la misma manera que era incapaz de explicarle con palabras su canción favorita. Si en ella decía: «querida», «pequeño abedul» y «qué tristeza la mía», estas palabras carecían de sentido para él, no podía entenderlas fuera de la canción. Cada una de sus palabras y actos eran la manifestación de una actividad desconocida para sí mismo, que era su propia vida. Porque su vida, tal como él la concebía, no tenía sentido como algo individual, sino como parte de un todo que él percibía continuamente. Las palabras y actos manaban de él con la misma regularidad, inevitabilidad y

espontaneidad con que se desprende el aroma de una flor. Era incapaz de comprender el valor y el sentido de una acción o palabra tomadas por separado.

XIV

Al enterarse por Nikolái de que su hermano estaba con los Rostov en Yaroslavl, la princesa Maria, a pesar de lo mucho que intentó disuadirla su tía, se dispuso a partir de inmediato, y no sola, sino con su sobrino. No se preguntaba ni quería saber si el viaje sería difícil, posible o imposible: su obligación era estar al lado de su hermano moribundo, hacer todo lo posible para llevarle a su hijo, y se preparó para ponerse en marcha. Si el príncipe Andréi no la había informado de su estado, era, en su opinión, o porque estaba demasiado débil para escribir, o porque consideraba que un viaje tan largo sería arduo y peligroso para ella y para su hijo.

La princesa tardó varios días en hacer los preparativos. Su convoy se componía del inmenso carruaje en que había llegado a Vorónezh, de una carretela y de un carro. La acompañaban *mademoiselle* Bourienne, Nikólushka y su preceptor, la vieja niñera, tres doncellas, Tijon, un joven sirviente y un lacayo que le había cedido su tía.

Llegar a Moscú por la ruta habitual era impensable, y el rodeo que la princesa Maria tuvo que dar por Lipetsk, Riazán, Vladímir y Shuya resultó muy largo y complicado por la falta de caballos de posta e incluso peligroso por la presencia de franceses cerca de Riazán (según se decía).

Durante el arduo viaje *mademoiselle* Bourienne, Dessales y los sirvientes de la princesa Maria se quedaron asombrados de su fortaleza de espíritu y su laboriosidad. Se acostaba la última, se levantaba la primera y no había obstáculo que la pudiera detener. Gracias a esta laboriosidad y energía, que infundían ánimos a sus acompañantes, al final de la segunda semana ya llegaban a Yaroslavl.

Los últimos días de su estancia en Vorónezh habían sido los más felices de su vida. El amor de Rostov ya no la atormentaba ni agitaba. Le llenaba el alma, se había convertido en una parte inseparable de sí misma, y ya no luchaba contra él. Se había convencido, sin confesárselo de una manera clara y definida, de que amaba y era amada; ocurrió en su último encuentro con Nikolái, el día en que la había visitado para informarle de que su hermano estaba con los Rostov. Nikolái no había hecho la menor alusión a que, tal

como estaban las cosas, si el príncipe Andréi se recuperaba, la relación entre este y Natasha podía reanudarse, pero la princesa Maria vio en su rostro que lo sabía y que así lo creía. Y, a pesar de todo, su actitud con ella, prudente, tierna y afectuosa, no solo no había cambiado, sino que el joven parecía alegrarse de que ahora la relación de parentesco le permitiera expresarle con mayor libertad su amistad y cariño, o esta era la sensación que a veces tenía ella. La princesa sabía que amaba por primera y última vez en su vida, se sentía amada y estaba feliz y tranquila.

Pero esta felicidad de una parte de su alma no le impedía sentir un inmenso dolor por su hermano; al contrario, la calma espiritual le daba mayores posibilidades de entregarse por completo al dolor. Al salir de Vorónezh el sentimiento era tan fuerte que sus acompañantes, viendo su rostro extenuado y con signos de desesperación, estaban seguros de que caería inevitablemente enferma durante el viaje. Pero las dificultades y preocupaciones que afrontaba con tanta diligencia la salvaron temporalmente del dolor y le infundieron fuerzas.

Como es habitual cuando se viaja, la princesa Maria tan solo pensaba en el viaje en sí mismo y olvidaba la meta. Pero al acercarse a Yaroslavl, al vislumbrar lo que la esperaba ya no al cabo de muchos días, sino aquella misma tarde, su inquietud llegó al máximo grado.

Cuando el lacayo, al que habían ordenado adelantarse a Yaroslavl para que averiguara dónde se alojaban los Rostov y cómo se encontraba el príncipe Andréi, salió a las puertas de la ciudad para recibir el gran carruaje se horrorizó al ver la espantosa palidez de la princesa Maria, que se asomaba por la ventanilla.

—Me he informado de todo, excelencia —dijo—: los Rostov se hospedan en la plaza, en casa del comerciante Brónnikov. No está lejos, en la orilla del Volga.

La princesa Maria lo miró con expresión asustada e interrogativa, sin comprender lo que le decía ni por qué razón no había respondido a la pregunta más importante: ¿cómo estaba su hermano? *mademoiselle* Bourienne volvió a formular la pregunta por ella:

—¿Cómo está el príncipe?

—Su excelencia se hospeda en la misma casa que los condes.

«Entonces está vivo», pensó la princesa, y preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

—Los criados dicen que sigue igual.

La princesa no preguntó qué significaba «sigue igual», y solo miró fugaz e imperceptiblemente a Nikólushka, ese niño de siete años sentado enfrente de ella que se divertía contemplando la ciudad; después bajó la cabeza y no la volvió a levantar hasta que el pesado carruaje, dando sacudidas, balanceándose y rechinando, se detuvo. Los estribos chirriaron al bajar.

Se abrieron las portezuelas. A la izquierda se veía agua: era el gran río; a la derecha se alzaba el porche, donde había algunos sirvientes, criados y una muchacha sonrosada con una larga trenza negra que sonreía de manera forzada y desagradable, según le pareció a la princesa Maria (era Sonia). La princesa subió las escaleras a toda prisa. La muchacha de la sonrisa forzada le dijo: «¡Por aquí, por aquí!» y en el recibidor una mujer entrada en años con rostro de facciones orientales salió rápidamente a recibirla con gesto emocionado. Era la vieja condesa, que abrazó a la princesa Maria y la cubrió de besos.

—*Mon enfant!* —dijo—. *Je vous aime et vous connais depuis longtemps*. [59]

A pesar de su agitación, la princesa Maria comprendió que se trataba de la condesa, y que tenía que decirle algo. Y, sin saber cómo, pronunció algunas palabras respetuosas en francés en el mismo tono que ella, y le preguntó:

—¿Cómo está?

—El médico dice que no corre peligro —respondió la condesa, pero al hacerlo levantó los ojos al cielo con un suspiro, lo que contradecía sus palabras.

—¿Dónde está? ¿Puedo verlo? ¿Puedo? —preguntó la princesa.

—Enseguida, princesa, enseguida, querida. ¿Es el hijo del príncipe? —dijo la condesa, mirando a Nikólushka, que entraba con Dessales—. Habrá espacio para todos, la casa es grande. ¡Oh, qué niño tan encantador!

La condesa condujo a la princesa Maria al salón. Sonia se puso a hablar con *mademoiselle* Bourienne mientras la condesa acariciaba al pequeño. El viejo conde entró para saludar a la princesa. Había cambiado muchísimo desde la última vez que lo había visto. Por entonces era un viejecito avispado, alegre y seguro de sí mismo, y ahora parecía un anciano desorientado y digno de lástima. Mientras hablaba con ella no dejaba de mirar a los lados, como preguntando a los demás si eso era lo que tenía que hacer. Después de la destrucción de Moscú y de su patrimonio, arrancado de la existencia a la que estaba acostumbrado, parecía haber perdido la conciencia de su propio valor, parecía creer que ya no había sitio para él en esta vida.

A pesar de que el único deseo de la princesa Maria era ver cuanto antes a su hermano y, aún contrariada porque la entretuvieran y elogiaran con tanta

afectación a su sobrino, no se le escapaba nada de lo que ocurría y creía necesario someterse momentáneamente a ese nuevo orden de cosas. Sabía que todo aquello era necesario y, aunque le molestara, no se enfadaba con nadie.

—Esta es mi sobrina —le dijo el conde, presentándole a Sonia—. ¿La conoce usted, princesa?

La princesa Maria se volvió hacia ella y, procurando apagar la hostilidad que se había alzado en su interior contra la muchacha, la besó. Pero empezaba a pesarle que el estado de ánimo de los que la rodeaban fuera tan distinto al suyo.

—¿Dónde está? —preguntó una vez más, dirigiéndose a todos.

—Abajo. Natasha está con él —le respondió Sonia sonrojándose—. Acabamos de enviar a alguien para que pregunte. Supongo que estará cansada, ¿no es así, princesa?

Unas lágrimas de enojo brotaron en los ojos de la princesa Maria. Se dio la vuelta y, cuando iba a preguntar otra vez a la condesa cómo se llegaba hasta donde estaba su hermano, en la puerta se oyeron unos pasos ligeros, impetuosos, como alegres. La princesa se volvió y vio a Natasha, que entraba casi corriendo, la misma Natasha que tanto le había desagradado en su lejano encuentro en Moscú.

Pero una sola mirada le bastó para comprender que aquella muchacha era ahora una sincera compañera de desdichas y, por tanto, una amiga. Se dirigió rápidamente hasta ella y, abrazándola, se echó a llorar en su hombro.

En cuanto Natasha, sentada a la cabecera del príncipe Andréi, se había enterado de la llegada de la princesa Maria, había salido sin hacer ruido de la habitación y había corrido a recibirla con esos andares rápidos que a la princesa le habían parecido alegres.

Al entrar en el salón su rostro emocionado expresaba únicamente amor, un amor infinito por él, por ella, por todo lo que fuera cercano a su hombre amado, así como lástima y sufrimiento por los demás y un intenso deseo de sacrificarse para ayudarlos. Saltaba a la vista que en tal momento no pensaba en sí misma ni en sus relaciones con él.

La perspicaz princesa Maria lo comprendió todo con solo verle la cara y lloró con amargo placer apoyada en su hombro.

—Vamos, vamos a verlo, *Marie* —dijo Natasha, llevándosela.

La princesa Maria levantó la cara, se enjugó los ojos y la miró. Tenía la sensación de que por medio de ella lo entendería y lo sabría todo.

—¿Qué…? —empezó, pero de repente se detuvo.

Le parecía que no podía preguntar ni responder con palabras. El rostro y los ojos de Natasha le hablarían con mayor claridad y profundidad.

Natasha la miró, pero parecía asustada e indecisa, sin saber si contarle todo lo que sabía; era como si sintiera que, ante esos ojos luminosos que penetraban en lo más hondo del corazón, era imposible no decir toda la verdad de cuanto había visto. Los labios le empezaron a temblar, alrededor de la boca se le formaron unas arrugas espantosas y, prorrumpiendo en sollozos, se tapó la cara con las manos.

La princesa Maria lo comprendió todo.

Pero aun así albergaba esperanzas y preguntó con palabras en las que no creía:

—Pero ¿cómo tiene la herida? ¿Cuál es su estado general?

—Ahora… ahora… lo verá —pudo decir únicamente Natasha.

Estuvieron un rato en el piso de abajo, sentadas al lado de la habitación del príncipe Andréi hasta dejar de llorar y poder entrar con semblante sereno.

—¿Cómo ha evolucionado la enfermedad? ¿Hace mucho que ha empeorado? ¿Cuándo ocurrió *eso*? —preguntó la princesa Maria.

Natasha le contó que al principio había corrido peligro por la fiebre, pero que en el monasterio de la Trinidad le había bajado y el médico solo temía por la gangrena. Y este peligro también había pasado. Al llegar a Yaroslavl la herida había empezado a supurar (Natasha lo sabía todo en materia de supuración, etcétera) y el médico había dicho que podía evolucionar bien. Le había vuelto a subir la fiebre, pero el médico decía que el peligro era menor.

—Pero hace dos días ocurrió *eso*… —dijo Natasha, y tuvo que contener los sollozos—. No sé el motivo, pero ya verá cuál es su estado.

—¿Está más débil? ¿Ha adelgazado? —preguntó la princesa.

—No, no es eso, es peor. Ahora lo verá. ¡Ah, *Marie, Marie*! Es demasiado bueno, no puede vivir, no puede vivir… porque…

XV

Cuando Natasha, con un movimiento al que ya estaba acostumbrada, abrió la puerta y dejó pasar primero a la princesa, esta ya sentía las lágrimas en la garganta. Por más que se hubiera preparado e hubiera intentado calmarse, sabía que no sería capaz de verlo sin echarse a llorar.

La princesa Maria comprendía lo que Natasha quería decir con las palabras: «hace dos días ocurrió *eso*». Significaba que el príncipe se había

dulcificado súbitamente, y que esta dulzura y enternecimiento eran indicios de muerte. Al acercarse a la puerta había visto mentalmente el semblante de aquel Andriusha de su infancia, un semblante tierno, dulce y delicado tan poco frecuente en él que la dejaba impresionada. Sabía que ahora le diría palabras tiernas y cariñosas, como las que su padre le había dicho antes de morir, y que ella no lo soportaría y se echaría a llorar. Pero antes o después tenía que ocurrir, y entró en la habitación. El llanto le presionaba cada vez más la garganta mientras que con sus ojos miopes empezaba a distinguir con mayor claridad la forma del cuerpo de su hermano y buscaba sus facciones. Por fin le vio la cara y sus miradas se encontraron.

Yacía en un diván, rodeado de almohadas, con una bata de piel de ardilla. Estaba flaco y pálido. Con una mano, delgada y de un blanco casi transparente, sostenía un pañuelo, y con los dedos de la otra se tocaba con un suave movimiento el fino bigote que le había crecido. Tenía la mirada pendiente de quién entraba.

Al verle la cara y encontrarse con esa mirada, la princesa Maria moderó el paso y sintió cómo las lágrimas se le secaban de golpe y los sollozos cesaban. La expresión de su rostro y su mirada la intimidaron y la hicieron sentir culpable.

«Pero ¿de qué soy culpable?», se preguntaba. «¡De vivir, de pensar en la vida, cuando yo…!», le respondía la mirada fría y severa de él.

El príncipe dirigió lentamente los ojos hacia su hermana y hacia Natasha, y en esta mirada profunda, que no estaba orientada hacia fuera, sino hacia dentro, había casi hostilidad.

Besó a su hermana cogiéndole de la mano, como era su costumbre.

—Hola, *Marie*, ¿cómo has conseguido llegar? —dijo con una voz tan inexpresiva y ajena como su mirada. Si se hubiera puesto a gritar desesperadamente, habría horrorizado menos a la princesa Maria—. ¿Has traído a Nikólushka? —añadió con la misma inexpresividad y lentitud, haciendo un esfuerzo evidente por recordar.

—¿Cómo estás ahora? —preguntó la princesa Maria, sorprendiéndose de lo que acababa de decir.

—Eso, amiga mía, tendrás que preguntárselo al médico —respondió él, y, haciendo otro esfuerzo por mostrarse afectuoso, añadió solo con los labios (estaba claro que sus palabras no coincidían con su pensamiento)—: *Merci, chère amie, d’être venue*.[60]

La princesa Maria le estrechó la mano y, al sentir la presión, él hizo una mueca apenas perceptible. Se quedó callado y ella no supo qué decir:

comprendió lo que le había ocurrido dos días antes. En las palabras, en la voz y, sobre todo, en la mirada de su hermano —fría, casi hostil— se veía lo lejos que estaba de este mundo, algo espantoso para cualquier persona viva. Era evidente que a duras penas entendía nada de lo que tuviera que ver con la vida; pero también que si no lo entendía no era porque careciera de fuerzas, sino porque entendía algo distinto, algo que no entienden ni pueden entender los que están vivos, y que lo engullía por completo.

—¡Ya ves de qué modo tan extraño nos ha reunido el destino! —dijo, poniendo fin al silencio y señalando a Natasha—. Me cuida sin descanso.

La princesa Maria le escuchaba sin entender lo que decía. ¡Cómo podía él, tan sensible y cariñoso, hablar así delante de la mujer a la que amaba y que le amaba a su vez! Si hubiera tenido intención de vivir, no lo habría dicho en un tono tan frío y ofensivo. Si no hubiera estado seguro de que iba a morir, ¿cómo no le iba a dar lástima y cómo iba a decir algo así en su presencia? Solo podía haber una explicación: todo le resultaba indiferente, porque le había sido revelado algo distinto, algo sumamente importante.

La conversación era fría, deshilvanada, y no dejaba de interrumpirse.

—*Marie* ha pasado por Riazán —dijo Natasha.

El príncipe Andréi no reparó en que había llamado *Marie* a su hermana. Y Natasha, que era la primera vez que la llamaba así en su presencia, solo en ese momento se dio cuenta.

—Y ¿qué? —dijo él.

—Le han contado que Moscú ha ardido por completo, que al parecer…

Natasha se detuvo: no era conveniente hablar. Saltaba a la vista que él se esforzaba por seguir sus palabras, pero en vano.

—Sí, dicen que ha ardido. Es una lástima —asintió el príncipe, y se puso a mirar al frente, atusándose distraídamente el bigote con los dedos—. *Marie,* te encontraste con el conde Nikolái, ¿verdad? —preguntó de pronto, al parecer para decir algo agradable—. Escribió diciendo lo mucho que le habías gustado —continuó de una manera sencilla y serena, incapaz de comprender la complejidad e importancia que para los vivos tenían sus palabras—. Si tú sintieras lo mismo por él, estaría muy bien… que os casarais —añadió más rápido, como alegrándose de haber encontrado por fin las palabras que buscaba.

La princesa Maria escuchaba sus palabras, que no hacían más que demostrarle lo terriblemente lejos que estaba su hermano de todo lo vivo.

—¡Para qué hablar de mí! —dijo ella con calma, y miró a Natasha, que notó su mirada, pero no se la devolvió.

Hubo un nuevo silencio.

—*André,* ¿quier…? —preguntó la princesa Maria con voz temblorosa—. ¿Quieres ver a Nikólushka? Se ha acordado de ti todo el tiempo.

Por primera vez el príncipe Andréi esbozó una sonrisa apenas perceptible, pero la princesa Maria, que conocía bien esa expresión, comprendió horrorizada que no era una sonrisa de alegría ni de ternura por su hijo, sino de burla dulce y silenciosa al ver que ella había empleado, según le parecía, el último recurso para despertarle algún sentimiento.

—Sí, me alegrará mucho ver a Nikólushka. ¿Está bien de salud?

Cuando trajeron al pequeño a la habitación miró asustado a su padre, pero no lloró porque nadie lo hacía. El príncipe Andréi lo besó y fue evidente que no sabía qué decirle.

Después de llevarse al niño, la princesa Maria volvió al lado de su hermano, le dio un beso e, incapaz de seguir conteniéndose, rompió a llorar.

Él la miró fijamente.

—¿Es por Nikólushka? —le preguntó.

La princesa Maria, entre lágrimas, asintió con la cabeza.

—*Marie,* ¿conoces el Evange…?

Pero calló súbitamente.

—¿Qué dices?

—Nada. Aquí no hay por qué llorar —dijo, mirándola con la misma frialdad de antes.

Al echarse la princesa Maria a llorar, él había comprendido que era porque Nikólushka iba a quedarse sin padre. Con un gran esfuerzo, trató de volver de nuevo a la vida y ponerse en el lugar de ellas.

«¡Sí, les debe de parecer triste! —pensó—. Y ¡es tan sencillo! “Las aves del cielo no siembran, ni siegan, pero vuestro Padre las alimenta”[61] —se dijo, y quiso decírselo también a la princesa—. Pero no: ¡lo entenderán a su manera o no lo entenderán! Son incapaces de entender que los sentimientos que tanto valoran, todas las ideas que nos parecen tan importantes, *no son necesarias*. ¡No podemos entendernos!»

Y guardó silencio.

El hijo del príncipe Andréi tenía siete años. Apenas había aprendido a leer y no sabía nada. Después de aquel día vivió muchas cosas, adquirió

conocimientos, capacidad de observación y experiencia; pero aunque en ese momento hubiera tenido las habilidades que adquiriría con el tiempo, no habría podido entender mejor ni con mayor profundidad el significado de la escena que había presenciado entre su padre, la princesa Maria y Natasha. Lo entendió todo y, sin llorar, salió de la habitación, se acercó en silencio a Natasha, que había salido después de él, y la miró tímidamente, con sus ojos bellos y pensativos. Su labio superior, rosado y ligeramente levantado, se estremeció y, apoyando la cabeza en Natasha, rompió a llorar.

A partir de aquel día evitó a Dessales y a la vieja condesa, que no dejaba de hacerle mimos y, o bien se quedaba solo, o bien se acercaba vacilando a la princesa Maria y a Natasha, a la que parecía querer más que a su propia tía y, tímidamente y en silencio, buscaba las caricias de ambas.

Cuando la princesa Maria salió de la habitación del príncipe Andréi, entendía muy bien lo que le había dicho el rostro de Natasha. No le habló más de la esperanza de que su hermano se salvara. Turnándose con ella junto al diván del enfermo, no volvió a llorar, pero rezaba sin cesar y con toda el alma al Eterno, al Inconmensurable, cuya presencia se dejaba sentir ahora con tanta intensidad por encima del moribundo.

XVI

El príncipe Andréi no solo sabía que iba a morir, sino que sentía que estaba muriendo poco a poco, que ya estaba medio muerto. Tenía la conciencia de estar alejado de todo lo terreno, y una alegre y extraña sensación de levedad del ser. Aguardaba sin prisa y sin inquietud lo que iba a suceder. La presencia amenazadora, eterna, desconocida y lejana que no había dejado de sentir durante toda su vida ahora le resultaba cercana, casi comprensible y palpable gracias a la extraña sensación de levedad del ser.

Antes había tenido miedo al fin. En dos ocasiones había experimentado un terrible y doloroso pavor a la muerte, al final, una sensación que ahora no comprendía.

La primera vez había sido cuando la granada cayó dando vueltas como una peonza ante sus ojos y él miró el rastrojo, los arbustos, el cielo, consciente de que estaba frente a la muerte. Al volver en sí, en su alma, como liberada instantáneamente del peso de la vida, se abrió aquella flor del amor

eterno, libre, que no dependía de la vida, y dejó de temer a la muerte y de pensar en ella.

Durante las horas de dolorosa soledad y semidelirio que pasó tras caer herido, cuanto más pensaba en el nuevo principio de amor eterno que le había sido revelado, más renunciaba sin darse cuenta a la vida terrenal. Amarlo todo, amar a todos en el mundo y sacrificarse siempre por el amor significaba no amar a nadie, no vivir esta vida terrenal. Y, cuanto más imbuido estaba de este principio del amor, más renunciaba a la vida y con más fuerza se derribaba la terrible barrera que se alza entre la vida y la muerte cuando no hay amor. Aquellos primeros días, al recordar que iba a morir, se decía: «Bueno, pues tanto mejor».

Pero desde la noche en Mytischi, cuando en un estado de semidelirio apareció ante sus ojos la mujer a la que deseaba y, al apretar los labios en la mano de ella, se echó a llorar con lágrimas dulces y alegres, el amor a la mujer se coló imperceptiblemente en su corazón y lo ató de nuevo a la vida. Y por su cabeza empezaron a desfilar pensamientos que lo llenaban de alegría e inquietud. Cuando recordaba el momento en que había visto a Kuraguin en el puesto de socorro ya no podía volver a sentir lo de entonces: ahora lo atormentaba si estaría vivo o no. Pero no se atrevía a preguntarlo.

La enfermedad seguía su curso, y lo que Natasha llamaba «eso que le había ocurrido» al príncipe dos días antes de la llegada de la princesa Maria no era más que la última batalla moral entre la vida y la muerte, en la que esta última había triunfado; era la batalla entre la conciencia inesperada de que todavía apreciaba la vida —y que se le presentaba en forma de amor a Natasha— y el último ataque de terror, finalmente superado, a lo desconocido.

Había sucedido al atardecer. Como de costumbre, después de comer el príncipe Andréi entraba en un estado ligeramente febril y sus pensamientos eran extraordinariamente lúcidos. Sonia estaba sentada a la mesa. Él dormitaba. De pronto lo embargó una sensación de felicidad.

«¡Ah, ha entrado ella!», pensó.

Efectivamente, el lugar de Sonia ahora lo ocupaba Natasha, que acababa de entrar con paso silencioso.

Desde que había empezado a cuidarlo, el príncipe Andréi siempre sentía su proximidad física. Estaba sentada en un sillón, de perfil, tapando con su cuerpo la luz de la vela, haciendo calceta. (Había aprendido a tejer el día en que él le dijo que nadie cuida mejor de un enfermo que las viejas niñeras que hacen calceta, y que esta labor tiene un efecto calmante.) Sus dedos finos

movían rápidamente las agujas, que alguna vez chocaban entre sí, y el perfil pensativo de su rostro inclinado era bien visible para él. Hizo un movimiento y el ovillo cayó rodando de sus rodillas al suelo. Sobresaltada, se volvió para mirarlo, tapó la vela con una mano y, agachándose con mucha cautela, flexibilidad y precisión, recogió el ovillo y volvió a la misma posición de antes.

El príncipe Andréi la miraba sin moverse y se daba cuenta de que, después de aquel movimiento, ella tenía necesidad de respirar a pleno pulmón, pero había decidido no hacerlo y contenía el aliento.

En el monasterio de la Trinidad habían hablado del pasado y él le había dicho que, si salía con vida, le estaría eternamente agradecido a Dios por la herida que los había vuelto a unir; pero desde entonces no habían vuelto a hablar del futuro.

«¿Sería posible o no? —pensaba el príncipe Andréi al mirarla y prestar oído al suave rumor de las agujas de acero—. ¿Acaso el destino nos ha unido de una manera tan extraña solo para que yo muera?… ¿Acaso me ha sido revelada la verdad de la vida solo para que viva en un engaño? La amo más que a nada en el mundo. Pero ¿qué hago ahora si la amo?» De pronto gimió sin querer por la costumbre adquirida durante sus momentos de sufrimiento.

Al oírlo, Natasha dejó la labor a un lado, se incorporó y, al ver que los ojos le brillaban, se acercó con paso ligero y se inclinó encima de él.

—¿No duerme?

—No, hace rato que la miro; he sentido su presencia cuando ha entrado. Nadie como usted me da esta paz tan dulce… esta luz. Tengo ganas de llorar de alegría.

Natasha se le acercó más. Su rostro irradiaba júbilo y entusiasmo.

—Natasha, la amo demasiado. Más que a nada en el mundo.

—Y ¿yo no? —Natasha se apartó un momento—. ¿Por qué demasiado? —preguntó.

—¿Por qué demasiado?… Bueno, dígame qué piensa, dígame qué siente en el alma, en lo más profundo de su alma: ¿viviré? ¿Qué cree?

—¡Estoy segura, segura de que sí! —exclamó ella casi gritando y cogiéndole las manos con pasión.

El príncipe calló un momento.

—¡Sería maravilloso! —dijo, cogiéndole una mano y besándosela.

Natasha se sentía feliz y emocionada, pero enseguida recordó que a él no le convenía, que necesitaba reposo.

—Pero no ha dormido —dijo, conteniendo la alegría—. Procure dormir… por favor.

El príncipe Andréi le apretó la mano y se la soltó; ella se sentó de nuevo junto a la vela, en la misma posición de antes. Se volvió dos veces para mirarlo y se encontró con sus ojos brillantes. Reanudó la labor y se dijo que hasta que no la terminara no volvería a mirarlo.

Y, realmente, poco después de cerrar los ojos, el príncipe Andréi se quedó dormido. Llevaba poco durmiendo cuando de pronto se despertó alarmado, cubierto de sudor frío.

Al adormilarse había seguido pensando en lo mismo que todas las últimas semanas: en la vida y en la muerte. Más en la muerte. Se sentía más cercano a ella.

«¿El amor? ¿Qué es el amor? —pensaba—. El amor pone trabas a la muerte. El amor es la vida. Todo lo que comprendo, lo comprendo solo porque amo. Todo es, todo existe únicamente porque amo. Todo está unido por el amor. El amor es Dios, y morir significa que yo, una partícula del amor, vuelvo a la fuente común y eterna.» Estos pensamientos le parecían un consuelo. Pero no eran más que pensamientos. Faltaba algo en ellos, había algo unilateralmente personal, cerebral: faltaba la evidencia. Y la inquietud y la falta de claridad no desaparecían. Se quedó dormido.

En el sueño se vio a sí mismo en la misma habitación donde estaba, pero no herido, sino rebosante de salud. Delante tenía a muchas personas insignificantes e impasibles. Estaba hablando y discutiendo con ellas sobre algo trivial; se disponían a partir a alguna parte. Entonces recordaba confusamente que todo eso era insignificante, que tenía otras preocupaciones muchísimo más importantes, pero aun así seguía hablando, asombrando a todo el mundo con palabras vacías e ingeniosas. Poco a poco y de manera imperceptible todas las personas empezaban a desaparecer, reemplazadas por un único obstáculo: la puerta. El príncipe se levantaba para echar el pestillo y cerrarla. Todo dependía de si conseguía hacerlo a tiempo o no. Echaba a andar rápidamente, pero los pies no se le movían y, aunque sabía que no iba a llegar a tiempo, hacía esfuerzos angustiosos. Se había apoderado de él un miedo espantoso. Era el miedo a la muerte: detrás de la puerta estaba *eso*. Pero al mismo tiempo que, con torpeza e impotencia, se arrastraba hacia la puerta, aquella cosa terrible la empujaba desde el otro lado, intentaba forzarla. Algo no humano —la muerte— quería entrar por la fuerza y era preciso impedirle el paso. El príncipe sujetaba la puerta, haciendo acopio de sus últimas fuerzas. Ya era imposible cerrarla, pero al menos quería contenerla; le

fallaban las fuerzas, se sentía torpe, y la puerta, empujada por aquella cosa terrible, se abría y volvía a cerrarse.

Desde el otro lado *eso* daba un nuevo empujón. El príncipe hacía un último y sobrehumano esfuerzo, pero en vano: las dos hojas de la puerta se abrían silenciosamente. *Eso* entraba; eso era la *muerte*. Y el príncipe Andréi moría.

Pero en el mismo instante en que moría recordaba que estaba dormido y, con un gran esfuerzo, pudo despertar.

«Sí, eso era la muerte. He muerto y me he despertado. Sí, la muerte es un despertar», refulgió de repente en su alma, y el telón que hasta ese momento había tapado lo desconocido se alzó ante los ojos de su espíritu. Se sintió como liberado de la fuerza que antes lo ataba y, desde ese momento, la extraña sensación de levedad ya no lo abandonó.

Al despertarse cubierto de sudor frío se había movido en el diván, y Natasha se había acercado para preguntarle qué le ocurría. Él le había respondido sin entenderla y la había mirado de esa manera tan extraña.

Esto era lo que había ocurrido dos días antes de la llegada de la princesa Maria. Desde aquel día la fiebre había adquirido un mal cariz, según el médico, pero a Natasha no le interesaban sus palabras: ella veía los terribles síntomas morales, que le parecían indudables.

Desde que había despertado del sueño el príncipe Andréi había empezado a despertar de la vida. Y, comparado con la duración de su existencia, este despertar no le parecía más lento, en duración, que el despertar del sueño.

No hubo nada terrible ni brusco en aquel despertar relativamente lento.

Sus últimos días y horas trascurrieron de una manera sencilla, sin nada extraordinario. La princesa Maria y Natasha, que no se apartaban de su lado, así lo veían. No lloraban, no se estremecían, y los últimos días se dieron cuenta de que ya no era a él a quien cuidaban (él ya no estaba, las había abandonado), sino a lo que constituía su recuerdo más próximo: su cuerpo. Los sentimientos de ambas eran tan intensos que la forma externa y terrible de la muerte no tenía ningún efecto en ellas, y no veían la necesidad de avivar su dolor. No lloraban en su presencia ni a sus espaldas, y tampoco hablaban de él. Se daban cuenta de que era imposible expresar con palabras todo cuanto comprendían.

Las dos veían que el príncipe Andréi se iba hundiendo poco a poco, sosegadamente, cada vez a mayor profundidad, y sabían que así tenía que ser, que eso estaba bien.

El príncipe cumplió con el sacramento de la confesión y de la comunión; todos fueron a despedirse de él. Cuando le llevaron a su hijo, posó los labios en su frente y volvió la cabeza, no porque le resultara doloroso o le diera lástima (la princesa Maria y Natasha lo sabían), sino porque creía que era lo que esperaban de él; cuando le pidieron que bendijera al pequeño, lo hizo y miró a un lado y a otro, como preguntando si tenía que hacer algo más.

Cuando el cuerpo, abandonado por el alma, se estremeció por última vez, la princesa Maria y Natasha estaban presentes.

—¡¿Ha terminado?! —dijo la princesa Maria cuando el cuerpo llevaba unos minutos inmóvil, enfriándose delante de ellas.

Natasha se acercó, miró los ojos sin vida y se apresuró a cerrarlos. Los cerró pero no los besó, solamente rozó con los labios lo que constituía el recuerdo más próximo de él.

«¿Adónde ha ido? ¿Dónde está ahora?…»

Cuando el cadáver, vestido y lavado, yacía en el féretro, encima de la mesa, todos se acercaron a despedirse y todos lloraron.

Nikólushka lloraba por un doloroso aturdimiento que le desgarraba el corazón. La condesa y Sonia lloraban porque Natasha les daba lástima y porque él ya no existía. El viejo conde lloraba porque sentía que pronto le llegaría la hora de dar aquel terrible paso.

Natasha y la princesa Maria también lloraban, pero no por su dolor personal, sino por la beatífica conmoción que las había embargado ante el sencillo y solemne misterio de la muerte que acababa de obrarse ante sus ojos.

Segunda parte

I

La razón es incapaz de comprender el conjunto de causas que origina un fenómeno. Sin embargo, la necesidad de buscarlas está implantada en el alma humana. Y la razón humana, sin profundizar en la infinitud y complejidad de las condiciones del fenómeno —que, por separado, pueden concebirse como su causa—, se aferra a la primera aproximación, a la más comprensible, y dice: «Esta es la causa». En los acontecimientos históricos (donde el objeto de observación son las acciones humanas) la aproximación más primitiva conduce a la voluntad de los dioses; después sigue la voluntad de las personas que ocupan el lugar histórico más destacado, es decir, los héroes históricos. Pero basta con escarbar en la esencia de cualquier acontecimiento histórico —esto es, en las acciones de las masas humanas que participan en él— para concluir que la voluntad del héroe histórico no solo no dirige la acción de las masas, sino que esta voluntad es continuamente dirigida por ellas. Puede parecer que comprender el significado de un acontecimiento histórico de uno u otro modo es indiferente. Pero entre quien afirma que los pueblos de Occidente marcharon hacia Oriente por deseo de Napoleón y quien afirma que tal marcha se produjo porque tenía que producirse, hay la misma diferencia que entre quienes afirmaban que la Tierra es inmóvil y los planetas giran a su alrededor y quienes afirmaban que no sabían sobre qué se sostiene a la Tierra, pero que sin duda existen leyes que rigen los movimientos de este planeta y de los demás. No existen ni pueden existir causas de un acontecimiento histórico, a exepción de la causa de todas las causas. Pero existen leyes que rigen los acontecimientos, algunas las conocemos parcialmente y otras las vislumbramos también parcialmente. Solo será posible descubrir estas leyes cuando renunciemos a buscar las causas en la voluntad de una sola persona, del mismo modo que solo fue posible descubrir las leyes del movimiento de los planetas cuando la gente descartó la idea de que la Tierra era inmóvil.

Los historiadores consideran que, después de la batalla de Borodinó, de la ocupación de Moscú por parte del enemigo y del incendio de la ciudad, el episodio histórico más importante de la guerra de 1812 fue el movimiento de las tropas rusas desde la carretera de Riazán hasta la de Kaluga y hacia el campamento de Tarútino; este movimiento se conoce como la maniobra de flanco de Krásnaia Pajrá. Los historiadores atribuyen la gloria de esta genial hazaña a distintos personajes y discuten sobre a cuál de ellos corresponde en realidad. Los historiadores extranjeros, incluso los franceses, reconocen la genialidad de los jefes militares rusos cuando hablan de esta maniobra de flanco. Pero ¿por qué los escritores militares y, después de ellos todos los demás, consideran que esta maniobra *de flanco*, que salvó a Rusia y supuso el fin de Napoleón, responde a la ingeniosísima invención de un solo hombre? Resulta muy difícil de entender. En primer lugar, no se entiende en qué consiste el ingenio y la genialidad de este movimiento, puesto que, para adivinar que la mejor posición que un ejército puede ocupar (cuando no lo atacan) es donde hay más provisiones, no se necesita demasiado esfuerzo intelectual. Cualquier persona, hasta un niño bobo de trece años, podría adivinar fácilmente que la posición más ventajosa para el ejército en 1812 tras la retirada de Moscú era la carretera de Kaluga. Por este motivo no se puede entender, en primer lugar, qué deducciones habrán hecho los historiadores para ver alguna genialidad en esta maniobra. En segundo lugar, aún es más difícil comprender por qué creerán exactamente que este movimiento supuso la salvación de los rusos y el fin de los franceses, puesto que la maniobra de flanco, dadas las circunstancias que la precedieron, con las que coincidieron y a las que siguieron, podría haber resultado tan funesta para las tropas rusas como salvadora para las francesas. Si a partir del momento en que se produjo la maniobra la situación del ejército ruso empezó a mejorar, esto no significa de ningún modo que el movimiento en sí fuera la causa de ello.

De no haber concurrido con otras circunstancias, esta maniobra de flanco no solo podría no haber beneficiado al ejército ruso, sino incluso podría haber causado su perdición. ¿Qué habría ocurrido si Moscú no hubiera ardido? ¿Si Murat no hubiera perdido la pista a los rusos? ¿Si Napoleón no hubiera permanecido inactivo? ¿Si el ejército ruso, siguiendo los consejos de Bennigsen y Barclay, hubiera presentado batalla en Krásnaia Pajrá? ¿Qué habría ocurrido si los franceses hubieran atacado cuando los rusos marchaban más allá de Pajrá? ¿Qué hubiera ocurrido si posteriormente Napoleón, al aproximarse a Tarútino, hubiera atacado siquiera con una décima parte de la energía con que había atacado en Smolensk? ¿Qué hubiera ocurrido si los

franceses hubieran marchado hacia San Petersburgo?… En cualquiera de estas circunstancias la salvación que supuso la maniobra de flanco podría haberse convertido en perdición.

En tercer lugar, lo más incomprensible de todo es que los historiadores no quieran ver, con toda intención, que esta maniobra de flanco no puede atribuirse a una sola persona; que no hubo nadie que la previera; que, del mismo modo que la retirada en Fili, nadie la vio realmente en su conjunto, sino paso a paso, acontecimiento tras acontecimiento, minuto a minuto; que emanaba de una cantidad infinita de circunstancias y solo pudo considerarse en su conjunto una vez ocurrida y convertida en pasado.

En el consejo celebrado en Fili la idea que predominaba entre los jefes militares rusos era la retirada, que se daba por supuesta, hacia atrás y en línea recta por la carretera de Nizhni Nóvgorod. Lo prueba que obtuviera la mayoría de los votos del consejo y, sobre todo, la famosa conversación que tuvieron después el comandante en jefe y Lanskói, jefe de la unidad de intendencia. Lanskói informó a Kutúzov de que las provisiones para el ejército se encontraban principalmente a lo largo del río Oká, en las provincias de Tula y de Kaluga, y de que, en caso de retirada en dirección a Nizhni Nóvgorod, las reservas de víveres quedarían separadas de las tropas por el ancho Oká, puesto que a principios de invierno el transporte por ese río resulta imposible. Fue el primer indicio de que era necesario desviarse de la línea recta que llevaba a Nizhni Nóvgorod y que antes había parecido la opción más natural. El ejército se dirigió más al sur, a lo largo de la carretera de Riazán, a menor distancia de las provisiones. Posteriormente la inactividad de los franceses, que habían perdido la pista al ejército ruso, la preocupación por defender la fábrica de Tula[62] y, especialmente, la ventaja que suponía estar más cerca de las provisiones hicieron que nuestras tropas se desviaran todavía más al sur, hacia la carretera de Tula. Después de marchar en un movimiento desesperado desde Pajrá hasta la carretera de Tula, los jefes militares rusos pensaron en detenerse cerca de Podolsk: a nadie se le ocurría tomar posiciones en Tarútino; pero un número infinito de circunstancias y la reaparición de las tropas francesas, que hasta ese momento habían perdido de vista a los rusos, los planes de batalla y, sobre todo, la abundancia de víveres en Kaluga llevaron a nuestro ejército a desviarse aún más al sur y dirigirse justo al centro de sus vías de aprovisionamiento, desde la carretera de Tula a la de Kaluga, hacia Tarútino. Del mismo modo que es imposible responder a la pregunta de cuándo fue abandonado Moscú, lo es saber en qué momento preciso y quién decidió poner rumbo a Tarútino. Solo cuando las tropas

llegaron ahí, a consecuencia de la inmensa diferencia de efectivos, la gente empezó a decirse, convencida, que eso era justamente lo que se quería y lo que estaba previsto desde hacía mucho.

II

La famosa maniobra de flanco consistió tan solo en que el ejército ruso, retrocediendo en línea recta y en dirección contraria a la ofensiva, una vez hubo cesado el ataque de los franceses, se desvió de esa línea recta decidida en un principio y, al no verse perseguido, se dejó arrastrar como es natural hacia donde abundaban las provisiones.

Si en vez de imaginar geniales jefes militares al mando del ejército ruso pensáramos en el mismo ejército pero sin jefes, este tampoco habría podido hacer otra cosa que un movimiento de retroceso hacia Moscú, trazando un arco por el lado en que más abundaban los víveres y más rica era la región.

Este movimiento desde la carretera de Nizhni Nóvgorod a las de Riazán, Tula y Kaluga era hasta tal punto natural que incluso los saqueadores del ejército ruso avanzaron hacia allí, y desde el mismo San Petersburgo se exigía a Kutúzov que las tropas marcharan en esa dirección. En Tarútino Kutúzov recibió una carta del soberano en que casi le amonestaba por haber desviado las tropas a la carretera de Riazán, y le señalaba la posición frente a Kaluga, posición en la que el comandante en jefe ya se encontraba cuando le llegó la misiva.

Habiendo rodado como una pelota allí donde lo empujaba la embestida francesa a lo largo de toda la campaña y en la batalla de Borodinó, el ejército ruso —cuando la fuerza del envite cesó y dejó de ser embestido— ocupó la posición que le era natural.

El mérito de Kutúzov no consistió en una maniobra estratégica genial, como suele calificarse, sino en haber sido el único en comprender el sentido de los acontecimientos que se producían. Solo él comprendió ya entonces el sentido de la inacción francesa; solo él continuó afirmando que la batalla de Borodinó constituía una victoria; solo él, que, por su condición de comandante en jefe, tendría que haberse mostrado en principio favorable a un ataque, dedicó todas sus fuerzas a proteger al ejército ruso de combates inútiles.

La fiera herida en Borodinó yacía donde la había dejado el cazador, que había huido; pero el cazador ignoraba si la fiera estaba viva, si aún tenía

fuerzas o si solo se estaba escondiendo. Y de pronto se oyó su gemido.

El gemido de esta fiera herida —el ejército francés—, el lamento que delataba su derrota, fue el envío de Lauriston al campamento de Kutúzov con una petición de paz.

Napoleón, siempre convencido de que lo bueno no era lo bueno, sino lo que a él se le ocurría, escribió a Kutúzov lo primero que se le pasó por la cabeza, que carecía de todo sentido:

> *Monsieur le prince Koutouzov, j'envoie près de vous un de mes aides de camps généraux pour vous entretenir de plusieurs objets intéressants. Je désire que Votre Altesse ajoute foi à ce qu'il lui dira*, surtout lorsqu'il exprimera les sentiments d'estime et de particulière considération que j'ai depuis longtemps pour sa personne… *Cette lettre n'étant à autre fin, je prie Dieu, Monsieur le prince Koutouzov, qu' il vous ait en Sa sainte et digne garde.*
>
> *Moscou, le 3 Octobre, 1812. Signé:*
> NAPOLEÓN[63]

«*Je serais maudit par la postérité si l'on me regardait comme le premier moteur d'un accommodement quelconque*. Tel est l'esprit actuel de ma nation»[64], le respondió Kutúzov, que continuó haciendo todo lo posible por evitar que sus tropas atacaran.

Durante el mes en que las tropas francesas saqueaban Moscú y las rusas acampaban tranquilamente en Tarútino se produjo un cambio en la relación de fuerzas entre ambos ejércitos (en espíritu y en número) y la superioridad pasó al lado ruso. A pesar de que los rusos ignoraban la situación del ejército francés y su número de efectivos, tan pronto como esta relación cambió, la necesidad de atacar se vio inmediatamente reflejada en innumerables indicios: el envío de Lauriston; la abundancia de provisiones en Tarútino; los informes que llegaban de todas partes sobre la inactividad y desorganización de los franceses; la incorporación de nuevos reclutas a nuestros regimientos; el buen tiempo; el prolongado descanso de los soldados rusos; la impaciencia que siempre surge en la tropa que ha descansado por cumplir con la tarea para la que ha sido reunida; la curiosidad por saber lo que ocurría en el ejército francés, al que hacía tanto tiempo que habían perdido de vista; la audacia con que ahora corría de aquí para allá la avanzadilla rusa cerca de los franceses situados en Tarútino; las noticias sobre las sencillas victorias que campesinos y guerrilleros habían obtenido contra ellos; la envidia que estos triunfos despertaban; el deseo de venganza que albergaba el alma de todo ruso mientras los franceses siguieran en Moscú; y, lo más importante, la vaga conciencia surgida en el alma de todo soldado de que la relación de fuerzas había cambiado y de que la superioridad estaba de nuestro lado. Y este

cambio tan sustancial hizo que atacar se volviera imprescindible. Del mismo modo que, cuando la aguja de un reloj da una vuelta entera, el carillón empieza a moverse y a sonar, también en las altas instancias, a raíz de este cambio en la relación de fuerzas, se produjo un movimiento acelerado, un chirrido que activó el sonido del carillón.

III

El ejército ruso estaba dirigido por Kutúzov y su Estado Mayor y, desde San Petersburgo, por el soberano. Allí, ya antes de que llegara la noticia del abandono de Moscú, se había trazado un minucioso plan de toda la campaña que enviaron a Kutúzov como guía de acción. A pesar de que este plan se había hecho presuponiendo que Moscú aún seguía en nuestras manos, el Estado Mayor lo había aprobado y aceptado para su ejecución. Kutúzov se limitó a responder que las maniobras de diversión a gran distancia son siempre difíciles de realizar. Y, para sortear las dificultades que se presentaran, enviaron nuevas instrucciones y a nuevos hombres encargados de vigilar las acciones del comandante en jefe y de dar cuenta de ellas.

Además, en aquel momento todo estaba cambiando en los mandos del ejército ruso. Tanto Bagratión, que había caído en combate, como Barclay, que se había retirado ofendido, tenían que ser sustituidos. Se deliberaba con gran seriedad qué sería lo mejor: colocar a A en el lugar de B, y a B en el lugar de D; o, al contrario, a D en el lugar de A, etcétera, como si de esto, aparte de la satisfacción para A y B, pudiera depender algo.

En el mando del ejército, a raíz de la animadversión entre Kutúzov y Bennigsen —su jefe de Estado Mayor—, del envío de hombres de confianza del soberano y de las últimas sustituciones que se habían llevado a cabo, la pugna entre los distintos partidos era más compleja de lo habitual: A maquinaba contra B, D contra C, etcétera, en todas las sustituciones y combinaciones posibles. En estas maquinaciones el objeto de la mayoría de las intrigas era la campaña militar, que todos estos hombres creían dirigir; pero la campaña se desarrollaba independientemente de ellos, tal como debía desarrollarse, es decir, sin coincidir jamás con lo que ellos habían pergeñado, sino a partir de la esencial correlación de las masas. Solo en las altas instancias se creía que todos estos planes, que se cruzaban y enredaban unos con otros, constituían un fiel reflejo de lo que tenía que ocurrir.

Príncipe Mijaíl Ilariónovich —escribía el soberano el 2 de octubre en una carta que Kutúzov recibió después de la batalla de Tarútino—:

Moscú lleva en manos enemigas desde el 2 de septiembre. Su último informe es del día 20 y en todo este tiempo no solo no ha emprendido usted ninguna acción contra el enemigo para liberar nuestra vieja capital, sino que, según sus últimos informes, ha seguido retrocediendo. Sérpujov ya ha sido ocupado por un destacamento enemigo y Tula, con su famosa fábrica, tan necesaria para el ejército, corre peligro. Leo en los partes del general Wintzingerode que un cuerpo de diez mil soldados enemigos avanza hacia la carretera de San Petersburgo; otro cuerpo de miles de hombres marcha hacia Dmítrov; un tercero se adelanta por la carretera de Vladímir; un cuarto, bastante numeroso, se halla entre Ruza y Mozhaisk. Napoleón en persona estaba en Moscú el día 25. Según estos informes, cuando el enemigo ha dividido sus fuerzas en potentes destacamentos y Napoleón se encuentra aún en Moscú con su Guardia, ¿es posible que las fuerzas francesas que tiene usted enfrente sean tan numerosas como para no permitirle tomar la ofensiva? Todo lo contrario: probablemente el enemigo lo esté persiguiendo con destacamentos o como máximo con un cuerpo de ejército mucho más débil que el que le ha sido confiado a usted. Da la sensación de que, aprovechando esta circunstancia, podría usted atacar con éxito a un enemigo más débil y aniquilarlo o, al menos, obligarle a retroceder, recuperar para nosotros gran parte de las provincias que actualmente ocupa y, al mismo tiempo, alejar el peligro de Tula y de otras ciudades del interior. Será usted responsable si el enemigo consigue enviar un cuerpo de ejército importante a San Petersburgo que amenace la capital, donde no han quedado demasiados efectivos puesto que, con el ejército que le ha sido a usted confiado, si actúa con decisión y energía, dispone de todos los medios para evitar esta nueva desgracia. No olvide que aún debe responder usted ante la patria ultrajada por la pérdida de Moscú. Conoce por experiencia mi disposición a recompensarlo. Y esta disposición no va a disminuir, pero tanto yo como Rusia tenemos derecho a esperar de usted el celo, la firmeza y las victorias que auguran su inteligencia, su talento militar y la valentía de las tropas puestas a su mando.

Pero mientras esta carta, que demostraba que el importante cambio en la relación de fuerzas entre los dos ejércitos ya se percibía en San Petersburgo, estaba en camino, Kutúzov se había visto incapaz de seguir conteniendo a sus tropas para el ataque y la batalla ya había empezado.

El 2 de octubre el cosaco Shapoválov, mientras estaba de patrulla, mató una liebre con su fusil e hirió otra. Al perseguir al animal herido se adentró en lo profundo de un bosque y se topó con el flanco izquierdo del ejército de Murat, que había acampado allí sin tomar la menor precaución. El cosaco les contó entre risas a sus compañeros cómo había estado a punto de caer en manos de los franceses. Después de oír esta historia un subteniente de cosacos informó a su jefe.

Llamaron a Shapoválov y lo interrogaron; los oficiales cosacos quisieron aprovechar la ocasión para capturar caballos, pero uno de los jefes que conocía a los altos mandos del ejército transmitió la información al general del Estado Mayor. En los últimos tiempos la situación en el Estado Mayor había sido extremadamente tensa. Días antes Yermólov había suplicado a Bennigsen que se valiera de su influencia sobre el comandante en jefe para iniciar la ofensiva.

—Si no lo conociera a usted, pensaría que no desea lo que me ha pedido. Basta con que yo aconseje alguna cosa para que el serenísimo haga justo la contraria —respondió Bennigsen.

La noticia de los cosacos, confirmada por las patrullas de reconocimiento, demostró que los acontecimientos habían madurado definitivamente. La cuerda tensa saltó, el reloj empezó a chirriar y el carillón a sonar. A pesar de su aparente poder, de su inteligencia, experiencia y conocimiento de las personas, Kutúzov, tomando en consideración la información de los cosacos, la nota de Bennigsen —que enviaba personalmente informes al soberano—, el deseo expresado por todos los generales —y que el soberano supuestamente compartía—, ya no pudo seguir conteniendo aquel movimiento inevitable. Así pues, dio orden de que se hiciera lo que para él era inútil y pernicioso, y bendijo el hecho consumado.

IV

La nota entregada por Bennigsen sobre la necesidad de atacar y los informes de los cosacos sobre el flanco izquierdo de los franceses, que estaba sin cubrir, no fueron más que los últimos indicios de la necesidad de ordenar el inicio de la ofensiva, que quedó fijada para el 5 de octubre.

La mañana del 4 de octubre Kutúzov firmó el plan de operaciones. Toll se lo leyó a Yermólov y le propuso que se hiciera cargo de las disposiciones ulteriores.

—Bien, bien, pero ahora no tengo tiempo —le respondió Yermólov, y salió de la isba.

El plan de operaciones redactado por Toll era muy bueno. Igual que el de la batalla de Austerlitz, decía, aunque no en alemán: «*Die erste Colonne marschiert* hacia aquí y hacia allá, *die zweite Colonne marschiert*[65] hacia aquí y hacia allá», etcétera. Y, sobre el papel, todas estas columnas llegarían a su puesto a determinada hora y destruirían al enemigo. Como en todos los planes de operaciones, todo estaba perfectamente pensado, pero, como siempre ocurre, ni una sola columna llegó a su puesto a la hora establecida.

Una vez preparada la cantidad necesaria de ejemplares del plan, llamaron a un oficial que debía entregárselos a Yermólov para su ejecución. El oficial, que era un joven caballero de la Guardia y ordenanza de Kutúzov, complacido por la importancia del encargo, se dirigió al cuartel de Yermólov.

—Se ha marchado —le respondió a su llegada un ordenanza de Yermólov.

Acto seguido el oficial de la Guardia fue a ver a un oficial al que Yermólov solía visitar.

—No está. Y tampoco el general —le respondieron.

El oficial de la Guardia montó en su caballo y lo buscó en otro lugar.

—No está, se ha ido.

«¡Espero no tener que responder por el retraso! ¡Qué fastidio!», pensó. Recorrió todo el campamento. Unos decían que habían visto a Yermólov dirigirse a algún lugar con otros generales, otros decían que estaban seguros de que habría vuelto a su cuartel. El oficial, sin comer, lo estuvo buscando hasta las seis de la tarde. Yermólov no aparecía por ninguna parte y nadie sabía dónde podría estar. Deprisa y corriendo, el oficial picó algo en la tienda de un compañero y volvió a la avanzada en busca de Milorádovich, que tampoco estaba. Le dijeron que lo encontraría en un baile que daba el general Kikin y que probablemente también estaría Yermólov.

—Y ¿dónde es eso?

—Ahí, en Yéchkino —le respondió un oficial de cosacos, señalando una casa señorial a los lejos.

—¡Cómo que ahí! ¿Más allá de la primera línea?

—Han enviado a dos regimientos nuestros. ¡Vaya juerga tienen montada! ¡Se han llevado dos bandas de músicos y tres coros!

El oficial cabalgó al otro lado de la línea y se dirigió hacia Yéchkino. Ya desde lo lejos, cuando se acercaba a la casa, empezó a oír las alegres y fraternales notas de una canción de baile de soldados.

«¡En los praaa-dos!… ¡En los praaa-dos!…», oyó, mezclado con silbidos y el sonido de un *torbán*[66], sepultado a veces por el griterío.

El bullicio alegró al oficial, pero al mismo tiempo temió que lo acusaran de haber cumplido con demasiado retraso la importante misión que le habían encomendado. Ya eran más de las ocho. Desmontó del caballo y subió al porche de la gran casa señorial, que se había conservado intacta entre el bando de los rusos y el de los franceses. Los lacayos trajinaban en la antesala y en la despensa con botellas de vino y manjares. Los cantantes estaban al pie de las ventanas. Condujeron al oficial hasta la puerta de la sala, donde de pronto vio a todos los generales más importantes del ejército juntos, entre ellos a Yermólov, con su gran y llamativa figura. Formando un semicírculo, con la guerrea desabrochada, el rostro colorado y muy animado, todos reían a

carcajadas. En medio de la sala un general atractivo, de mediana estatura y también con el rostro colorado, bailaba con vivacidad y destreza el *trepak*.

—¡Ja, ja, ja! ¡Bravo, Nikolái Ivánovich! ¡Ja, ja, ja!…

El oficial se daba cuenta de que entrar en un momento así con una orden tan importante era hacerse doblemente culpable y prefirió esperar. Pero uno de los generales lo vio y, al enterarse del motivo de su presencia, habló con Yermólov. Este, con el ceño fruncido, se acercó al oficial y, una vez lo hubo escuchado, cogió el plan de operaciones sin decirle ni una sola palabra.

—¿Tú crees que ha sido casual que haya desaparecido? —le preguntó al oficial aquella noche un compañero suyo de la Guardia, refiriéndose a Yermólov—. Ha sido una jugarreta, lo ha hecho adrede para poner a Konovnitsyn[67] en un aprieto. ¡Ya verás la que se armará mañana!

V

Al día siguiente Kutúzov, achacoso, se levantó a primera hora de la mañana, rezó, se vistió y, con la desagradable conciencia de tener que dirigir una batalla que no aprobaba, se montó en la carretela y salió de Letashevka, a cinco verstas por detrás de Tarútino, rumbo al lugar donde debían reunirse las columnas de ataque. Durante el trayecto fue durmiéndose y despertándose, atento a si se oían disparos a la derecha y si había empezado la acción. Pero todo seguía en calma. Justo empezaba a despuntar el día otoñal, húmedo y gris. Al acercarse a Tarútino, vio algunos soldados de caballería que cruzaban el camino para llevar sus caballos a un abrevadero. Tras observarlos con atención, mandó parar la carretela y les preguntó de qué regimiento eran. Pertenecían a una columna que tendría que haber estado mucho más adelante, lista para tender una emboscada. «Será un error», pensó el viejo comandante en jefe. Sin embargo, al seguir avanzando, vio varios regimientos de infantería con los fusiles en pabellón y los soldados en calzoncillos, comiendo gachas y cargando leña. Hizo llamar a un oficial. Este le dijo que no habían recibido ninguna orden de ponerse en marcha.

—¡Cómo que no…! —empezó Kutúzov, pero se contuvo al instante y ordenó que llamaran al oficial superior.

Se apeó de la carretela y, en silencio, con la cabeza gacha y respirando con dificultad, se paseó arriba y abajo mientras esperaba. Cuando Eichen, el oficial requerido del Estado Mayor general, se presentó, Kutúzov se puso rojo no porque el oficial tuviera la culpa del error, sino porque era un buen blanco

contra el que descargar su ira. Tembloroso, jadeando, el viejo entró en ese estado de furia en el que era capaz de revolcarse rabioso por el suelo y la tomó con Eichen, amenazándolo con las manos, dando voces y profiriendo toda clase de insultos. El capitán Brozin, otro oficial que en mala hora pasaba por allí y que no tenía la culpa de nada, corrió la misma suerte.

—¿Quién es este otro canalla? ¡Que fusilen a estos miserables! —gritó con voz ronca Kutúzov, agitando los brazos y tambaleándose.

Sufría físicamente. ¡Cómo era posible que él, el comandante en jefe, el serenísimo, al que todos aseguraban que nadie había tenido jamás en Rusia tanto poder como él, se viera en semejante situación, convertido en el hazmerreír de todo el ejército!

«¡En vano he rezado por el día de hoy, en vano me he pasado toda la noche sin dormir pensando en todos los detalles! —se decía—. Cuando era un oficialillo mocoso nadie se habría atrevido a reírse de mí así… Y ¡ahora!» Sentía dolor físico, como si hubiera recibido un castigo corporal, y no podía frenar los gritos de cólera y padecimiento; pero pronto las fuerzas le fallaron y, mirando a su alrededor, consciente de que había dicho muchas cosas inapropiadas, se subió a la carretela y partió de vuelta en silencio.

El ataque de ira no volvió a repetirse, y Kutúzov escuchó pestañeando débilmente las justificaciones, las palabras de defensa (Yermólov no se presentó ante él hasta un día después) y la insistencia de Bennigsen, de Konovnitsyn y de Toll para que la frustrada ofensiva se emprendiera al día siguiente. Y, de nuevo, Kutúzov tuvo que asentir.

VI

La tarde del día siguiente las tropas se concentraron en los puntos designados y al anochecer se pusieron en marcha. La noche era otoñal, con nubarrones de un negro violáceo, pero sin lluvia. Aunque la tierra estaba húmeda, no había barro y las tropas avanzaban sin hacer ruido; lo único que se oía de vez en cuando, débilmente, era el sonido metálico de la artillería. Estaba prohibido hablar en voz alta, fumar pipa y encender lumbre; se procuraba que los caballos no relincharan. El carácter misterioso de la empresa aumentaba su atractivo y los soldados marchaban con alegría. Algunas columnas se detuvieron, colocaron los fusiles en pabellón y se tumbaron sobre la fría tierra, creyendo haber llegado a su destino; otras (la mayoría) marcharon toda la noche y, evidentemente, no llegaron adonde debían.

El conde Orlov-Denísov, con su destacamento de cosacos (el más insignificante de todos), fue el único en llegar al lugar y a la hora establecidos. El destacamento acampó en el lindero de un bosque, en un sendero que iba de la aldea de Stromílova a Dmítrovskoie.

Antes de despuntar el alba despertaron al conde Orlov, que echaba una cabezada, y llevaron ante él a un desertor del campamento francés. Se trataba de un suboficial polaco del cuerpo de Poniatowski que les explicó en polaco que había desertado porque en su regimiento lo despreciaban: hacía tiempo que tendrían que haberlo ascendido a oficial, él era el más valiente de todos y, por este motivo, los había abandonado y quería vengarse. Afirmó que Murat pernoctaba a una versta de allí y dijo que si le proporcionaban un convoy de cien hombres lo capturaría vivo. El conde Orlov-Denísov lo consultó con sus compañeros. La oferta era demasiado golosa para rechazarla y, después de discutir y deliberar mucho, el general-mayor Grékov decidió acompañar al suboficial polaco con dos regimientos de cosacos.

—No lo olvides —le dijo el conde Orlov-Denísov al suboficial, permitiendo que se marchara—: si has mentido, mandaré que te ahorquen como un perro, pero si has dicho la verdad, te daré cien monedas de oro.

Sin responder a estas palabras y con gesto decidido, el suboficial se subió al caballo y partió con Grékov, que se había preparado a toda prisa. Se adentraron en el bosque. El conde Orlov, encogido por el frescor de la mañana que empezaba a despuntar e inquieto por la responsabilidad que asumía, después de acompañar un trecho a Grékov salió del bosque. Examinó el campamento enemigo, que ahora se perfilaba bajo la luz engañosa del amanecer y de las hogueras que se iban apagando. En una cuesta descubierta, a su derecha, tenían que aparecer nuestras columnas. Miró, pero, aunque tendrían que haberse visto a lo lejos, no había ni rastro de ellas. En cambio, le pareció que en el campamento francés empezaba a haber movimiento, cosa que confirmó su ayudante de campo, que tenía una vista de lince.

—¡Ah, qué tarde es! —dijo el conde Orlov, después de examinar el campamento francés.

Como suele ocurrir cuando uno ya no tiene delante a la persona en quien ha confiado, de pronto se le hizo claro y evidente que el suboficial polaco era un embustero, que les había mentido y que el ataque iba a fracasar por la ausencia de los dos regimientos que solo Dios sabía hacia dónde llevaba. ¿Acaso era posible capturar a un comandante en jefe rodeado de tal cantidad de tropas?

—¡Está claro que ese granuja ha mentido! —exclamó el conde.

—Podemos hacer que vuelvan —dijo alguien de la comitiva, que, como el conde, al ver el campamento enemigo había desconfiado del plan.

—¿Eh? ¿De verdad?… ¿Qué opina usted? ¿Dejamos que sigan? ¿O no?

—¿Quiere que vuelvan?

—¡Que vuelvan! ¡Que vuelvan! —dijo con repentina decisión el conde Orlov, consultando el reloj—. Después será tarde, ya se ha hecho de día.

El ayudante de campo galopó a través del bosque en busca de Grékov. Cuando este volvió, el conde Orlov-Denísov, nervioso por el plan anulado, por la espera en vano de unas columnas de infantería que no llegaban y por la proximidad del enemigo (todos los hombres de su destacamento tenían esa misma sensación), decidió atacar.

—¡Monten! —ordenó en voz baja.

Todos ocuparon sus puestos, se santiguaron…

—¡Que Dios nos proteja!

«¡Hurraaaa!», resonó en el bosque, y un escuadrón de cosacos tras otro, esparciéndose como granos de trigo al caer de un saco, cruzaron alegremente un arroyo con las lanzas preparadas en dirección al campamento francés.

Al grito de desesperación y terror del primer francés que vio a los cosacos, todos los que estaban en el campamento, sin vestir y medio dormidos, echaron a correr a la desbandada dejando cañones, fusiles y caballos.

Si los cosacos hubieran perseguido a los franceses sin prestar atención a lo que tenían detrás y a su alrededor, habrían capturado a Murat y a todos lo que allí estaban. Y eso era justamente lo que querían los jefes. Sin embargo, era imposible obligar a los cosacos a moverse una vez en presencia del botín y los prisioneros. Nadie obedecía las órdenes. Capturaron a mil quinientos hombres, se hicieron con treinta y ocho cañones, con estandartes y, lo más importante para los cosacos, con caballos, sillas de montar, mantas y distintos objetos. Tenían que lidiar con tanto material, poner a los prisioneros y los cañones a buen recaudo, repartirse el botín, gritar e incluso pelearse unos con otros. Y a eso se dedicaron.

Los franceses, recobrándose al ver que ya no los perseguían, se dividieron en destacamentos y empezaron a disparar. Orlov-Denísov, aún esperando a las columnas rusas, no siguió avanzando.

Mientras tanto, de acuerdo con el plan de operaciones —«*Die erste Colonne marschirt*[68]», etcétera—, las tropas de infantería rezagadas, comandadas por Bennigsen y dirigidas por Toll, se habían puesto en marcha según lo previsto y, naturalmente, habían llegado a algún sitio, pero no al que

debían. Como es habitual, los soldados que habían salido con tanta alegría empezaron a detenerse y, entre expresiones de disgusto y una sensación de caos, a retroceder. Los ayudantes de campo y los generales galopaban de un lado a otro, gritaban, se enfadaban, se peleaban, decían que no iban adonde tocaba y que encima llegarían tarde, regañaban a uno u otro, etcétera. Y, finalmente, reemprendieron la marcha con gesto resignado para ir adonde fuera: «¡A alguna parte llegaremos!». Y, efectivamente, llegaron, pero no donde se les necesitaba, y los pocos que acertaron llegaron tan tarde que su presencia ya era inútil: solo servían para ser el blanco del enemigo. Toll, que en esta batalla desempeñaba el mismo papel que Weyrother en Austerlitz, no dejaba de galopar aplicadamente de un sitio a otro, consciente de que todo se estaba haciendo del revés. Así se encontró con el cuerpo de ejército de Baggovut en el bosque, ya completamente de día, cuando este tendría que haber estado con Orlov-Denísov desde hacía mucho tiempo. Agitado, compungido por el fracaso y convencido de que alguien tenía la culpa de todo, Toll se dirigió galopando hasta el jefe del cuerpo, le hizo duros reproches y le dijo que merecía ser fusilado. Baggovut, viejo y combativo general de temperamento tranquilo, agotado también por las paradas, el caos y las contraórdenes, para asombro de todos y en total contradicción con su carácter, tuvo un ataque de ira y dijo cosas muy desagradables:

—¡A mí nadie me da lecciones! ¡Sé morir con mis soldados tan bien como cualquier otro!

Y siguió adelante con una sola división. Al salir al campo abierto, donde disparaban los franceses, el intrépido Baggovut, presa de la cólera, sin pensar si era útil o no lanzarse al ataque con una sola división, condujo a sus hombres bajo el fuego enemigo. En su estado de ira lo que necesitaba era peligro, balas de cañón, disparos. Una de las primeras balas lo mató y las siguientes a muchos de sus soldados. Y de este modo, sin que sirviera para nada, su división permaneció un buen rato bajo los proyectiles.

VII

Entretanto, otra columna tenía que atacar a los franceses desde el frente. Pero la dirigía Kutúzov y, como sabía perfectamente que de esta batalla iniciada contra su voluntad solo saldría el caos, contenía a las tropas cuanto podía y no se movían del sitio.

Avanzando en silencio en su pequeño caballo gris, iba respondiendo con indolencia a las propuestas de atacar que le hacían.

—No dejan ustedes de repetir «atacar», pero no se dan cuenta de que no sabemos hacer maniobras complejas —le decía a Milorádovich, que le rogaba pasar a la ofensiva—. Esta mañana no han sido capaces de capturar vivo a Murat ni de llegar a tiempo al punto acordado. ¡Ya no hay nada que hacer! —le respondía a otro.

Cuando le informaron de que, según los informes de los cosacos, en la retaguardia francesa había dos batallones de polacos, cuando antes allí no había nadie, miró de reojo a Yermólov (al que llevaba desde la víspera sin hablar):

—Mucho pedir que ataquemos, mucho proponer todo tipo de proyectos, pero cuando llega el momento de pasar a la acción no hay nada preparado, y el enemigo, sobre aviso, toma sus medidas.

Al oír estas palabras Yermólov entornó los ojos y sonrió sutilmente. Comprendió que la tormenta había pasado para él y que Kutúzov se iba a limitar a hacer esa alusión.

—Se está divirtiendo a mi costa —le susurró a Raievski, que estaba a su lado, y le dio un golpecillo con la rodilla.

Poco después se acercó a Kutúzov y le dijo respetuosamente:

—Aún estamos a tiempo, serenísimo, el enemigo no se ha marchado. ¿Ordena usted atacar? En caso contrario, la Guardia no va a ver siquiera un poco de humo.

Kutúzov no le respondió, pero cuando fue informado de que las tropas de Murat retrocedían, ordenó el ataque. Pero, por cada cien pasos que avanzaban, mandaba hacer un alto de tres cuartos de hora.

La batalla se redujo a lo que habían hecho los cosacos de Orlov-Denísov. El resto de las tropas perdió inútilmente a varios centenares de hombres.

Por esta batalla Kutúzov obtuvo una condecoración de diamantes; Bennigsen otra condecoración y cien mil rublos; los oficiales, de acuerdo con su graduación, recibieron también agradables recompensas y, tras el combate, se hicieron nuevos cambios en el Estado Mayor.

«Así es como se hacen *siempre* las cosas *en nuestro país*: ¡todo del revés!», dijeron los oficiales y generales rusos después de la batalla de Tarútino, igual que cuando alguien da a entender que hay un imbécil que lo hace todo del revés y que nosotros lo habríamos hecho distinto. Pero quienes dicen estas cosas o bien no saben de lo que hablan, o bien se engañan deliberadamente. Ninguna batalla —ni la de Tarútino, ni la de Borodinó, ni la

de Austerlitz— se desarrolla como imaginaron sus organizadores. Esta es su característica esencial.

Hay un sinfín de fuerzas libres (puesto que en ninguna parte son los hombres más libres que durante un combate, donde se trata de vivir o morir) que influyen en el rumbo de la batalla, un rumbo que no puede conocerse nunca de antemano ni coincidir con la de cualquier otra fuerza individual.

Si un gran número de fuerzas actúa a la vez sobre un cuerpo y desde distintas direcciones, la dirección de este cuerpo nunca coincidirá con ninguna de ellas: siempre habrá una dirección media, la más corta, lo que en mecánica se expresa mediante la diagonal del paralelogramo de las fuerzas.

Si en las descripciones de los historiadores, especialmente de los franceses, encontramos que sus guerras y sus batallas se desarrollaron conforme a un plan preconcebido, la única conclusión que podemos extraer es que tales descripciones son falsas.

Es evidente que la batalla de Tarútino no alcanzó el objetivo que Toll pretendía: que las tropas entraran en acción ordenadamente y siguiendo el plan de operaciones; tampoco el que podía tener el conde Orlov: capturar a Murat; ni el que podían tener Bennigsen y otros jefes militares: fulminar al instante a todo el cuerpo del ejército; ni el de los oficiales: distinguirse durante la acción; ni el del cosaco que quería hacerse con un botín mayor, etcétera. Pero, si el objetivo era el que realmente se alcanzó y el que por entonces constituía el deseo unánime de todos los rusos (echar a los franceses de Rusia y destruir su ejército), queda muy claro que la batalla de Tarútino, gracias precisamente a sus incongruencias, fue justo lo que se requería en aquel momento de la campaña. Resulta difícil, incluso imposible, imaginar un desenlace más oportuno que el de esta batalla. Con el mínimo esfuerzo, en el caos más absoluto y con pérdidas insignificantes se obtuvieron los mejores resultados de toda la campaña, se pasó de la retirada a la ofensiva, quedó al descubierto la debilidad de los franceses y se dio el golpe que el ejército de Napoleón estaba esperando para emprender la huida.

VIII

Napoleón entra en Moscú después de la brillante victoria *de la Moskowa*; el triunfo es indudable, puesto que el campo de batalla queda bajo dominio francés. Los rusos se retiran y entregan la capital. Moscú, repleto de provisiones, armas, proyectiles e incalculables riquezas, está en manos de

Napoleón. A lo largo de un mes el ejército ruso, dos veces más débil que el francés, no intenta ni un solo ataque. La situación de Napoleón es de lo más brillante. Da la sensación de que para lanzarse con el doble de efectivos sobre el mermado ejército ruso y aniquilarlo; para declarar una paz ventajosa o, en caso de una negativa, marchar amenazadoramente hacia San Petersburgo e, incluso, si la expedición fracasaba, volver a Smolensk, a Vilna o quedarse en Moscú; en una palabra: para conservar la deslumbrante posición de la que gozaba el ejército francés no era preciso ser un genio. Solo había que hacer lo más fácil y sencillo: no permitir que las tropas saquearan, preparar la indumentaria para el invierno —en Moscú bastaba para vestir a todo el ejército— y hacer buen acopio de provisiones, suficientes en la ciudad para alimentar a las tropas más de medio año (según los historiadores franceses). Pero Napoleón, ese genio entre los genios, ese hombre con el poder de dirigir el ejército —como afirman los historiadores—, no hizo ninguna de estas cosas.

Y no solo no las hizo, sino que, por el contrario, de todas las opciones que se le ofrecían, utilizó su poder en la más estúpida y nefasta. De todo cuanto podía hacer —pasar el invierno en Moscú, marchar hacia San Petersburgo o hacia Nizhni Nóvgorod, retirarse un poco más al norte o al sur (por el mismo camino que Kutúzov seguiría después)—, es imposible imaginar algo más estúpido y nefasto que lo que decidió, esto es, permanecer en Moscú hasta octubre, permitir que sus tropas saquearan la ciudad, después, dudando si dejar una guarnición o no, abandonar Moscú, acercarse a Kutúzov sin presentar batalla, torcer a la derecha, llegar a Maloyaroslávets, una vez más sin intentar abrirse paso, seguir un camino distinto al de Kutúzov, retrocediendo hacia Mozhaisk por la desolada carretera de Smolensk; era imposible imaginar algo más estúpido y nefasto para el ejército, como bien demostrarían las consecuencias. Si el objetivo de Napoleón hubiera sido destruir su ejército, ni los estrategas más experimentados habrían podido tomar unas medidas que acabaran de una manera tan certera con el ejército francés como las que decidió él, independientemente de lo que hicieran las tropas rusas.

Así obró el genial Napoleón. Pero afirmar que ocasionó el descalabro de sus tropas porque ese era su deseo o porque era muy tonto sería tan injusto como decir que condujo a su ejército hasta Moscú porque así lo quiso y porque era muy inteligente y genial.

En uno y otro caso su actuación personal, sin mayor fuerza que la de cualquier soldado, simplemente coincidió con las leyes que rigieron el

acontecimiento.

Los historiadores nos han expuesto de un modo completamente falso el debilitamiento de las fuerzas de Napoleón en Moscú (y lo han hecho simplemente porque el resultado no justificaba su manera de obrar). Pero lo cierto es que, como ya había hecho antes y seguiría haciendo después, en 1813, Napoleón invirtió todo su saber y sus energías en bien de sus propios intereses y los de su ejército. Su actuación en esta época no fue menos admirable que en Egipto, Italia, Austria o Prusia. No sabemos con certeza hasta qué punto su genialidad en Egipto, donde cuarenta siglos contemplaron su grandeza[69], fue real, ya que sus grandes hazañas han sido relatadas solo por los franceses. Tampoco podemos juzgar con certeza su genialidad en Austria o Prusia, porque las informaciones sobre sus actos únicamente podemos extraerlas de fuentes francesas y alemanas; y la incomprensible rendición de los cuerpos de ejército sin presentar batalla y la caída de las fortalezas sin sufrir asedio tuvo que inclinar a los alemanes a reconocer la genialidad como la única explicación de la guerra que tuvo Alemania por escenario. Pero, gracias a Dios, nosotros no necesitamos reconocer su genialidad para ocultar nuestra vergüenza. Hemos pagado el derecho de juzgar estos acontecimientos de una forma directa y sencilla, y no vamos a renunciar a él.

La actuación de Napoleón en Moscú fue tan asombrosa y genial como lo había sido en todas partes. Desde que entra en la capital hasta que sale no deja de dictar órdenes y planes. No le afectan la ausencia de habitantes, la falta de una delegación, ni el incendio de la ciudad. En ningún momento pierde de vista el bienestar de su ejército, las acciones del enemigo, el bienestar de los pueblos de Rusia, la dirección de los asuntos de París, ni las consideraciones diplomáticas sobre las condiciones de una paz venidera.

IX

Desde un punto de vista militar, nada más entrar en Moscú Napoleón da órdenes estrictas al general Sébastiani[70] de vigilar los movimientos de las tropas rusas, envía cuerpos de ejército a las distintas carreteras y ordena a Murat que encuentre a Kutúzov. A continuación da minuciosas instrucciones sobre la fortificación del Kremlin y traza sobre el mapa de Rusia un plan genial para la futura campaña. Desde el punto de vista diplomático, hace

llamar al capitán Yákovlev[71] —un hombre al que le han robado todo, que viste harapos y que no sabe cómo salir de Moscú— y le hace una detallada exposición de toda su política y de su magnanimidad; después escribe una carta al emperador Alejandro, puesto que considera un deber comunicar a su amigo y hermano que Rastopchín ha gobernado mal Moscú, y se la envía con Yákovlev a San Petersburgo. Habiendo expuesto con la misma minuciosidad sus puntos de vista y su magnanimidad ante el viejo Tutolmín[72], lo envía también a San Petersburgo para las negociaciones.

Desde el punto de vista jurídico, inmediatamente después de los incendios ordena encontrar a los culpables y ejecutarlos. Y castiga al malvado Rastopchín quemando sus casas.

Desde el punto de vista administrativo, dota a Moscú de una Constitución, crea el concejo municipal y manda publicar lo siguiente:

> ¡Habitantes de Moscú!
>
> Vuestras desgracias son atroces, pero su majestad el emperador y rey quiere ponerles fin. Terribles ejemplos os han demostrado cómo se castiga la desobediencia y el crimen. Se han tomado severas medidas para acabar con el desorden y restablecer la seguridad pública. Una administración paternal, elegida por vosotros mismos, constituirá vuestro concejo municipal o gobierno de la ciudad, y velará por vosotros, por vuestras necesidades e intereses. Distinguiréis a sus miembros por una banda roja que llevarán cruzada en el pecho y el alcalde llevará, además, un cinturón blanco. Pero, fuera de las horas de servicio, únicamente llevarán un brazalete rojo en el brazo izquierdo.
>
> La policía de la ciudad queda constituida sobre sus antiguas bases y, gracias a su actuación, el orden ya ha mejorado. El gobierno ha nombrado a dos comisarios generales o jefes de policía y a veinte comisarios u oficiales de policía de distrito que han sido distribuidos por todos los barrios de la ciudad. Los reconoceréis por el brazalete que llevarán en el brazo izquierdo. Se han abierto iglesias de diversas confesiones en las que se celebran servicios religiosos sin ningún impedimento. Cada día vuestros conciudadanos van volviendo a sus viviendas y se han dado órdenes para que encuentren en ellas el socorro y la protección que merecen por su desgracia. Estas son las medidas que el gobierno ha tomado para restablecer el orden y para aliviar vuestra situación. Pero para poder lograrlo es preciso que unáis vuestros esfuerzos a los suyos, que olvidéis en la medida de lo posible las desgracias que habéis padecido, que acariciéis la esperanza de un destino menos cruel, que tengáis la seguridad de que a quienes atenten contra vosotros o contra los bienes que os quedan les espera una muerte inevitable y vergonzosa, y, finalmente, que no dudéis de que estos bienes serán protegidos, porque esa es la voluntad del más grande y más justo de los monarcas. ¡Soldados y ciudadanos, sea cual sea vuestra nacionalidad! Restableced la confianza pública, fuente de prosperidad de cualquier Estado, vivid como hermanos, ayudaos y protegeos unos a otros, uníos para combatir a quienes actúen de mala fe, obedeced a las autoridades militares y civiles, y pronto dejaréis de derramar lágrimas.

En cuanto al abastecimiento del ejército, Napoleón ordenó que las tropas recorrieran Moscú por turnos *à la maraude*[73] para hacer acopio de víveres y así asegurar el aprovisionamiento en el futuro.

En cuanto a la religión, Napoleón ordenó *ramener les popes*[74] y reanudar los servicios religiosos en las iglesias.

Con respecto al comercio y al avituallamiento del ejército por todas partes se colgó lo siguiente:

PROCLAMA

> ¡Pacíficos habitantes de Moscú, artesanos y trabajadores a los que la desgracia ha expulsado de la ciudad, agricultores a los que el miedo infundado os ha dispersado por el campo, escuchad! La calma está volviendo a la capital, el orden se está restableciendo. Vuestros paisanos salen sin miedo de sus refugios al ver que se los respeta. Cualquier violencia ejercida contra ellos o contra sus bienes es inmediatamente castigada. Su majestad el emperador y rey los protege y, de entre vosotros, solo considera enemigos a quienes desobedecen sus órdenes. Desea poner fin a vuestras desgracias y devolveros a vuestros hogares y familias. Corresponded a sus benéficas intenciones volviendo a la ciudad sin temor alguno. ¡Habitantes! Regresad confiados a vuestras casas: ¡no tardaréis en encontrar el medio de satisfacer vuestras necesidades! ¡Artesanos y trabajadores laboriosos! Volved a vuestros oficios. ¡Las casas y las tiendas, protegidas por patrullas de seguridad, os esperan y recibiréis una paga justa por vuestro trabajo! Y, por último, vosotros, campesinos, salid de los bosques, donde os habéis escondido huyendo del terror, volved sin miedo a vuestras isbas con la plena seguridad de que encontraréis protección. En la ciudad se han creado almacenes adonde los campesinos pueden llevar sus excedentes de víveres y de productos de la tierra. El gobierno ha tomado las siguientes medidas para garantizar su libre venta: 1) A partir del día de hoy los campesinos, agricultores y habitantes de los alrededores de Moscú pueden llevar sus víveres a la ciudad sin riesgo alguno, sean de la clase que sean, a los dos almacenes situados en Mojovaia y en Ojotny Riad. 2) Estos productos alimenticios serán comprados al precio que el comprador y el vendedor acuerden; pero, si el vendedor no recibe la cantidad que exija, tendrá derecho a volverse con ellos a su aldea, algo que nadie podrá impedirle en modo alguno. 3) Los domingos y miércoles de cada semana quedan fijados como días principales de mercado, por lo que los sábados y martes en todos los caminos grandes, hasta cierta distancia de la ciudad, habrá tropas en número suficiente para proteger los convoyes. 4) Se tomarán estas mismas medidas para que los campesinos con sus carros y caballos no tengan contratiempos en el camino de vuelta. 5) Se tomarán medidas inmediatas para restablecer los mercados ordinarios. ¡Habitantes de la ciudad y de las aldeas, trabajadores y artesanos, sea cual sea vuestra nacionalidad! Se os exhorta a cumplir las paternales disposiciones de su majestad el emperador y rey, y a contribuir al bienestar común. ¡Poned vuestro respeto y confianza a sus pies, no os demoréis en uniros a nosotros!

Con el fin de levantar la moral del ejército y del pueblo se hacían continuos pases de revista y se repartían condecoraciones. El emperador recorría las calles a caballo y consolaba a los habitantes, y, a pesar de todas las preocupaciones que tenía por los asuntos de Estado, asistía a los teatros que habían reabierto bajo sus órdenes.

En cuanto a la beneficencia, la mejor virtud de los monarcas, Napoleón también hizo todo cuanto dependía de él. Mandó escribir en las instituciones benéficas *Maison de ma mère*[75], uniendo el tierno sentimiento filial con la gran magnanimidad de un monarca. Visitó el hospicio y, dejando que los huérfanos a los que había salvado le besaran sus manitas blancas, charló

benevolentemente con Tutolmín. Después, según el elocuente relato de Thiers, ordenó pagar la soldada a sus tropas con el dinero ruso que él mismo había hecho falsificar:

> *Relevant l'emploi de ces moyens par un acte digne de lui et de l'armée Française, il fit distribuer des secours aux incendiés. Mais les vivres étant trop précieux pour être donnés à des étrangers la plupart ennemis, Napoléon aima mieux leur fournir de l'argent afin qu'ils se fournissent au dehors, et il leur fit distribuer des roubles papiers.*[76]

En cuanto a la disciplina del ejército, no dejaron de dictarse órdenes para que se castigara severamente el incumplimiento del deber en el servicio y el saqueo, al que se quería poner fin.

X

Pero, cosa rara, todas estas disposiciones, desvelos y planes, que no eran en absoluto peores que los adoptados en ocasiones semejantes, no alteraron en lo esencial la situación, sino que, como las agujas de un reloj desgajadas de su mecanismo, daban vueltas arbitrarias e inútiles sin hacer girar las ruedas.

Desde un punto de vista militar, el genial plan de campaña del que Thiers dice que «*son génie n'avait jamais rien imaginé de plus profond, de plus habile et de plus admirable*»[77] y que, polemizando con el señor Fain[78], intenta demostrar que no fue redactado el 4, sino el 15 de octubre, pues bien, este plan jamás fue ejecutado ni pudo serlo porque no tenía nada que ver con la realidad. La fortificación del Kremlin, que exigía echar abajo *la Mosquée*[79] (así llamaba Napoleón a la catedral de San Basilio), resultó totalmente inútil. Sembrar de minas el Kremlin solo servía para contentar al emperador en su deseo de volarlo al salir de Moscú, lo que equivalía a dar una patada al suelo contra el que se ha golpeado un niño. La persecución del ejército ruso que tanto preocupaba a Napoleón supuso un fenómeno inaudito. Los jefes militares franceses perdieron la pista a un ejército ruso formado por sesenta mil hombres y, según Thiers, solo el arte y genialidad de Murat permitieron encontrarlos, como si se tratara de un alfiler.

Desde el punto de vista diplomático, todos los argumentos de Napoleón sobre su magnanimidad y justicia frente a Tutolmín y a Yákovlev —este último preocupado más que nada en conseguir un capote y un carro— resultaron inútiles: Alejandro no recibió a estos emisarios ni dio respuesta a los mensajes que llevaban.

Desde el punto de vista jurídico, después de que los supuestos incendiarios fueran ejecutados, la otra mitad de Moscú también ardió.

Desde el punto de vista administrativo, la creación del concejo municipal no detuvo el pillaje y solo benefició a los hombres que formaron parte de esta institución y que, con el pretexto de mantener el orden, se dedicaron a saquear Moscú o a proteger sus propios bienes.

En cuanto a la religión, que con tanta facilidad se había resuelto en Egipto con la visita a la mezquita, en Moscú no produjo ningún efecto. Encontraron a dos o tres sacerdotes en la ciudad que intentaron cumplir la voluntad de Napoleón, pero el primero fue abofeteado por un soldado francés durante el oficio, y, sobre el segundo, un funcionario informó de lo siguiente:

> *Le prêtre, que j'avais découvert et invité à recommencer à dire la messe, a nettoyé et fermé l'église. Cette nuit on est venu de nouveau enfoncer les portes, casser les cadenas, déchirer les livres et commettre d'autres désordres.*[80]

En cuanto al comercio, la proclama dirigida a los laboriosos artesanos y a los campesinos no obtuvo respuesta alguna. No había laboriosos artesanos y, con respecto a los campesinos, apresaban a los comisarios que se alejaban demasiado de la ciudad con la proclama y los mataban.

En cuanto a los teatros que tenían que entretener al pueblo y a las tropas, esta medida tampoco tuvo éxito. Los que se abrieron en el Kremlin y en casa de Pozdniakov cerraron de inmediato porque tanto las actrices como los actores eran asaltados.

Tampoco la beneficencia dio los frutos deseados. Moscú estaba repleto de billetes, verdaderos y falsos, carentes de valor. Los franceses que recogían el botín solo querían oro. No solo los billetes falsos que Napoleón repartía tan generosamente entre los desfavorecidos carecían de valor: la plata también era intercambiada por oro por debajo de su valor.

Pero el ejemplo más asombroso de lo ineficaces que resultaron las medidas que adoptó Napoleón fue su intento de poner fin al pillaje y de restablecer la disciplina. He aquí los informes de los jefes militares:

> En la ciudad continúa el saqueo a pesar del decreto de ponerle fin. El orden aún no ha sido restablecido y no hay ni un solo mercader que comercie de forma legal. Solo los cantineros se permiten vender, y lo que venden son objetos robados.
>
> *La partie de mon arrondissement continue à être en proie au pillage des soldats du 3e corps, qui, non contents d'arracher aux malheureux réfugiés dans des souterrains le peu qui leur reste, ont même la férocité de les blesser à coups de sabre, comme j'en ai vu plusieurs exemples.*[81]
>
> *Rien de nouveau outre que les soldats se permettent de voler et de piller. Le 9 octobre.*[82]

> *Le vol et le pillage continuent. Il y a une bande de voleurs dans notre district qu'il faudra faire arrêter par de fortes gardes. Le 11 octobre.*[83]

> El emperador está profundamente disgustado porque, a pesar de sus órdenes estrictas de poner fin al pillaje, no se ven más que grupos de merodeadores de la Guardia volviendo al Kremlin. En la vieja Guardia los desórdenes y el pillaje se han reproducido con más violencia que nunca en el día de ayer, la pasada noche y hoy. El emperador ve con pesar cómo los soldados más selectos, designados para protegerle y que deben ser un ejemplo para sus subalternos, llevan la insubordinación hasta el punto de asaltar bodegas y almacenes destinados al ejército. Otros se han rebajado hasta el punto de hacer caso omiso a los centinelas y los oficiales de servicio, de insultarlos y golpearlos.

> *Le grand maréchal du palais se plaint vivement* —escribía el gobernador— *que malgré les défenses réitérées, les soldats continuent à faire leurs besoins dans toutes les cours et même jusque sous les fenêtres de l'Empereur.*[84]

Este ejército, como un rebaño desbocado que pisotea el alimento que podría salvarlo de morir de hambre, se iba descomponiendo y destruyendo cada día que pasaba en Moscú.

Pero no se movía.

Solo se puso en movimiento cuando lo invadió repentinamente el pánico a raíz tanto de la captura de algunos convoyes en la carretera de Smolensk como de la batalla de Tarútino. La noticia sobre esta batalla, que sorprendió a Napoleón en un pase de revista, despertó en él deseos de castigar a los rusos —como dice Thiers— y dio la orden de salir de Moscú, algo que le reclamaba el ejército entero.

Al abandonar Moscú las tropas se llevaron consigo todo cuanto habían robado. Napoleón también se llevaba su propio *trésor*. Según Thiers, se quedó horrorizado al ver el inmenso convoy que obstaculizaba el avance del ejército. Pero, a pesar de su experiencia bélica, no ordenó quemar los carros que sobraban, como había hecho con los de un mariscal al acercarse a Moscú. Contempló la multitud de coches y carretelas en que iban los soldados y dijo que estaba muy bien porque los carruajes podrían servir para transportar provisiones, enfermos y heridos.

La situación del ejército era semejante a la de un animal malherido que siente que va a morir, pero no sabe qué hacer. Estudiar las hábiles maniobras y objetivos de Napoleón desde su entrada en Moscú hasta la destrucción de su ejército es lo mismo que estudiar el significado de los brincos agonizantes y las convulsiones de un animal herido de muerte. Es muy frecuente que, cuando el animal oye un murmullo, se lance directo hacia el disparo del cazador, corra hacia delante y hacia atrás, con lo que precipita su fin. Pues lo mismo hizo Napoleón bajo la presión de su ejército. El murmullo de la batalla

de Tarútino asustó a la fiera, que se lanzó directa hacia el disparo, llegó hasta donde estaba el cazador, volvió hacia atrás y, finalmente, como cualquier animal, siguiendo un rastro viejo y conocido, corrió por el camino que entrañaba más peligros y desventajas.

Napoleón, a quien se nos presenta como el dirigente de todo este movimiento (del mismo modo que los salvajes creían que lo que dirige un barco es el mascarón de proa), mientras ejerció su poder fue como un niño que, al sujetar unos cordoncitos atados en el interior de un carruaje, se cree que lo conduce.

XI

El 6 de octubre Pierre salió a primera hora de la mañana de su barraca y, al volver, se detuvo en la puerta para jugar con la perrita violácea, de lomo alargado y de patas cortas y torcidas, que daba vueltas a su lado. La perrita vivía en la barraca y dormía con Karatáiev, pero a veces iba a la ciudad y volvía más tarde. Probablemente nunca había tenido dueño; ahora tampoco era de nadie ni tenía nombre. Los franceses la llamaban Azor y el soldado que contaba cuentos, Femgalka; Karatáiev y otros la llamaban Gris y algunas veces Orejotas. El hecho de no pertenecer a nadie, de no tener nombre, raza, ni siquiera un color definido no parecía molestar lo más mínimo a la perrita violácea. Su rabo peludo se alzaba firme y redondo como un penacho, sus patas torcidas le hacían tan buen servicio que, a menudo, como si desdeñara usar las cuatro, levantaba graciosamente una de las traseras y corría hábil y veloz con las otras tres. Todo era para ella objeto de placer: tan pronto se revolcaba en el suelo aullando de alegría como se calentaba al sol con aire serio y pensativo, o hacía travesuras jugando con un trocito de leña o una brizna de paja.

La vestimenta de Pierre consistía ahora en una camisa sucia y desgarrada —lo único que le quedaba de su ropa de antes—, unos pantalones de soldado que, por consejo de Karatáiev, se había atado con un cordel por la parte de los tobillos para conservar el calor, un caftán y un gorro de campesino. En este tiempo había cambiado mucho físicamente. Ya no parecía tan gordo, aunque conservaba el mismo aspecto fuerte y robusto, heredado de su familia. La barba y el bigote le cubrían la parte inferior del rostro; el pelo, largo, enmarañado y lleno de piojos, ahora se le rizaba formando una especie de gorro; la expresión de sus ojos era firme, serena, animada y dispuesta, como

nunca la había tenido; la apatía de antes, que se reflejaba incluso en su mirada, había dado paso a una enérgica disposición a la actividad y a la resistencia. Iba descalzo.

Pierre miraba tan pronto hacia el campo, donde esa mañana se veía circular una cantidad cada vez mayor de carros y de hombres a caballo, como a lo lejos, pasado el río; o a la perrita, que, jugando, fingía que iba a morderlo; o sus pies descalzos, que adoptaban con gran placer distintas posiciones mientras él movía sus dedos sucios, grandes y gordos. Y cada vez que se miraba los pies descalzos en su rostro brillaba una sonrisa animada de satisfacción. Los pies descalzos le recordaban todo lo que había vivido y comprendido durante aquel tiempo, y este recuerdo le resultaba agradable.

Ya hacía algunos días que el tiempo era suave, claro, con pequeñas heladas al amanecer, lo que se conoce como el veranillo de San Martín.

Fuera, al sol, la temperatura era cálida, y el calor, mezclado con el frescor revitalizante de la helada matutina que aún se notaba en el aire, resultaba especialmente agradable.

Todos los objetos, tanto los lejanos como los cercanos, estaban cubiertos del brillo mágico y cristalino que solo se da en este período del otoño. A lo lejos se veía Vorobiovy Gory, con la aldea, la iglesia y una gran casa blanca. Los árboles pelados, la arena, las piedras, los tejados, la aguja verde de la iglesia y los ángulos de la casa blanca a lo lejos: todo destacaba con extraña precisión en el aire transparente, delineándose en finísimos contornos. Más cerca se veían las conocidas ruinas de una casa señorial medio quemada que habían ocupado los franceses, con sus matas de lilas que aún lucían un color verde oscuro y crecían en la valla. Incluso esta casa medio derruida y sucia, que en los días grises repelía por su fealdad, en ese momento, bajo aquel brillo inmóvil y deslumbrante, parecía tener algo sereno y hermoso.

Un cabo francés, con la guerrera desabrochada como si estuviera en casa, la cabeza cubierta con un gorro y una pipa corta entre los dientes, apareció de detrás de una esquina de la barraca y se acercó a Pierre guiñándole un ojo amistosamente:

—*Quel soleil, hein Monsieur Kiril?* —Así llamaban todos los franceses a Pierre—. *On dirait le printemps*. —Se apoyó en la puerta y le ofreció la pipa, algo que siempre hacía y que Pierre nunca aceptaba—. *Si l'on marchait par un temps comme celui-là…*[85]

Pierre le preguntó qué se decía sobre la partida, y el cabo le contó que casi todas las tropas estaban saliendo de Moscú y que ese día llegaría la orden sobre los prisioneros. En la barraca había un soldado llamado Sokolov que

estaba gravemente enfermo y Pierre le dijo al cabo que había que hacer algo con él. El cabo le contestó que estuviese tranquilo, que para estos casos había un hospital móvil y otro permanente, se darían instrucciones para atender a los enfermos y, en general, los jefes habían previsto todo cuanto pudiera ocurrir.

—*Et puis, monsieur Kiril, vous n'avez qu'à dire un mot au capitaine, vous savez. Oh, c'est un… qui n'oublie jamais rien. Dites au capitaine quand il fera sa tournée, il fera tout pour vous…*[86]

El capitán al que se refería el cabo solía tener largas conversaciones con Pierre, con quien se mostraba de lo más benevolente.

—*Vois-tu, St. Thomas, qu'il me disait l'autre jour: Kiril c'est un homme qui a de l'instruction, qui parle français; c'est un seigneur russe, qui a eu des malheurs, mais c'est un homme. Et il s'y entend le… S'il demande quelque chose, qu'il me dise, il n'y a pas de refus. Quand on a fait ses études, voyez-vous, on aime l'instruction et les gens comme il faut. C'est pour vous que je dis cela, monsieur Kiril. Dans l'affaire de l'autre jour si ce n'était grâce à vous, ça aurait fini mal*.[87]

Y, después de charlar un rato, el cabo se marchó. (Con lo de «el otro día» se refería a una pelea entre los prisioneros y los franceses en la que Pierre había logrado apaciguar a sus compañeros.) Algunos de los presos le oyeron hablar con el cabo y enseguida salieron a preguntarle qué había dicho. Mientras Pierre les repetía las palabras del cabo sobre la salida de Moscú, un soldado francés flaco, andrajoso y de tez amarillenta se acercó a la puerta de la barraca. Llevándose los dedos a la frente con un movimiento rápido y tímido, a modo de saludo, se dirigió a Pierre y le preguntó si en esa barraca estaba *Platoche*, a quien le había encargado que le hiciera una camisa.

Una semana antes los franceses habían recibido cuero y tela, que entregaron a los prisioneros para que les confeccionaran botas y camisas.

—¡Ya está lista, halconcito! —dijo Karatáiev, saliendo con una camisa doblada con esmero.

Por el sol y para trabajar más cómodo, iba solo en calzones y con una camisa rota, negra como el carbón. Llevaba el pelo atado con un pedazo de estropajo, como los artesanos, y su rostro redondeado parecía aún más redondo y agradable.

—Lo prometido es deuda. Dije que para el viernes, y aquí la tienes —dijo Platón, sonriendo y desdoblando la camisa que había hecho.

El francés miró a un lado y a otro inquieto y, como venciendo la indecisión, se quitó rápidamente el uniforme y empezó a ponerse la camisa.

Su cuerpo desnudo, amarillento y delgado solo estaba cubierto por un chaleco de seda largo, mugriento, con flores estampadas. Al parecer temía que los prisioneros se echaran a reír al verlo y metió a toda prisa la cabeza en la camisa. Nadie dijo nada.

—¡Mira qué bien te queda! —exclamó Platón, ajustándosela.

Después de sacar la cabeza y los brazos, el francés, sin levantar los ojos, se miró la camisa y examinó las costuras.

—¡Qué quieres, halconcito! Esto no es una sastrería y no dispongo de instrumentos de verdad. Ya conoces el dicho: «Hasta para matar piojos se necesitan herramientas» —dijo Platón, con una sonrisa redonda, sin duda satisfecho de su trabajo.

—*C'est bien, c'est bien, merci, mais vous devez avoir de la toile de reste?*[88] —preguntó el francés.

—Te quedará mejor cuando te la pongas directamente sobre el cuerpo —dijo Karatáiev, todavía con una expresión de satisfacción por su obra—. Te quedará mejor, más cómoda…

—*Merci, merci, mon vieux, le reste?…* —repitió el francés con una sonrisa; sacó un billete y se lo dio a Karatáiev—. *Mais le reste…*[89]

Pierre se daba cuenta de que Platón no quería entender lo que le decía el francés, pero observaba la escena sin inmiscuirse. Karatáiev dio gracias por el dinero y siguió admirándose de su trabajo. El francés insistió en que le diera los restos de la tela y le pidió a Pierre que tradujera sus palabras.

—Pero ¿para qué los quiere? —dijo Karatáiev—. ¡Con los peales tan magníficos que nos podríamos hacer! Pero, bueno, qué más da. —Y, con una repentina expresión de tristeza, se sacó del pecho un pequeño rollo de retales y se lo dio al francés sin mirarlo—. ¡Bah! —exclamó, y volvió a la barraca.

El francés observó la tela, se quedó pensativo y miró interrogativamente a Pierre, cuya mirada pareció decirle algo.

—*Platoche, dites donc, Platoche!* —gritó el soldado de repente con voz chillona, enrojeciendo—. *Gardez pour vous*.[90]

Le entregó los retales, dio media vuelta y se marchó.

—¡Ya lo ves! —dijo Karatáiev, moviendo la cabeza—. Dicen que no son cristianos, pero también tienen alma. Por algo decían los viejos: «La mano sudada es generosa; la seca, avariciosa». Va desnudo y aun así me ha dado la tela. —Sonrió pensativo y, al mirar los retales, se quedó un momento callado —. ¡Qué peales tan magníficos nos vamos a hacer! —exclamó, y volvió a la barraca.

XII

Pierre llevaba cuatro semanas preso. A pesar de que los franceses le habían propuesto trasladarlo a la barraca de los oficiales, él había preferido quedarse en la de los soldados, donde estaba desde el primer día.

En el Moscú destruido e incendiado, Pierre había llegado casi al límite máximo de privación que una persona es capaz de soportar; pero, gracias a su fuerte constitución y a su salud, de la que hasta entonces no había sido consciente, y, sobre todo, gracias a que las privaciones habían sobrevenido tan imperceptiblemente que era imposible precisar cuándo habían empezado, soportaba su situación no solo con facilidad, sino incluso con alegría. Y fue justamente en este período cuando alcanzó la serenidad y la satisfacción consigo mismo que tan en vano había ansiado anteriormente. Llevaba gran parte de la vida buscando por doquier esa serenidad y esa satisfacción que tanto le había sorprendido ver en los soldados en la batalla de Borodinó: las había buscado en la filantropía, en la francmasonería, en la disipación de la vida mundana, en el vino, en el heroico sacrificio de sí mismo, en el amor romántico por Natasha; también a través de la reflexión, pero todas estas búsquedas y tentativas lo habían decepcionado. Y ahora, sin planteárselo siquiera, las había alcanzado por mediación del horror, de la privación y de lo que había comprendido gracias a Karatáiev. Fue como si los terribles momentos que había vivido durante la ejecución hubieran borrado para siempre de su imaginación y su memoria las ideas y sentimientos angustiosos que antes le parecían tan importantes. No se le ocurría pensar en Rusia, ni en la guerra, ni en política, ni en Napoleón. Le resultaba evidente que nada de eso le concernía, que no había sido llamado a juzgarlo y, por tanto, no lo hacía. «Rusia y el verano no van de la mano», solía repetir ahora las palabras de Karatáiev, que le tranquilizaban de un modo extraño. Ahora le parecía incomprensible e incluso ridícula su intención de matar a Napoleón y sus cálculos sobre el número cabalístico y la bestia del Apocalipsis. La ira contra su mujer y la angustia por ver su nombre denigrado ahora no solo le parecían cosas sin importancia, sino hasta divertidas. ¿Qué más le daba a él que esa mujer llevara la vida que se le antojara? ¿A quién podía preocupar —y menos a él— que alguien se enterara de que el nombre del prisionero fuera el conde Bezújov?

A menudo recordaba su conversación con el príncipe Andréi y coincidía en todo con él, aunque entendía de manera algo distinta el pensamiento de su amigo. El príncipe Andréi pensaba y afirmaba que solo existe la felicidad

negativa, aunque lo decía con un matiz de amargura e ironía. Era como si al decirlo expresara otra idea: todas las aspiraciones a la felicidad positiva que llevamos dentro no están en nosotros para satisfacernos, sino para atormentarnos. Pierre, sin ninguna doblez, reconocía lo certero de esta idea. La ausencia de sufrimiento, satisfacer las necesidades y, en consecuencia, tener libertad para elegir una ocupación —es decir, una forma de vida— ahora le parecían constituir la felicidad suprema e indiscutible del ser humano. Únicamente allí, por primera vez, había valorado enteramente el placer de comer cuando se tiene hambre, de beber cuando se tiene sed, de dormir cuando se tiene sueño, de calor cuando se tiene frío, de hablar con alguien cuando se quiere conversar y oír una voz humana. Ahora que se veía privado de todo, satisfacer las necesidades —buena comida, limpieza y libertad— le parecía la felicidad suprema. Y ahora que sus posibilidades de elección eran tan limitadas, elegir una ocupación —es decir, una forma de vida— se le antojaba lo más sencillo del mundo y le hacía olvidar que en la vida el exceso de comodidades destruye el placer que se siente al disponer de ellas, y que una excesiva libertad para elegir ocupación —libertad que le habían permitido su educación, su riqueza y su buena posición social— dificulta mucho esta elección y destruye tanto la necesidad como la posibilidad de ocuparse en algo.

No dejaba de soñar con el momento en que recuperaría la libertad. Sin embargo, de hecho, durante el resto de su vida Pierre recordaría con entusiasmo este mes de cautiverio, hablaría extasiado de las intensas y alegres sensaciones que allí experimentó y que nunca volverían y, sobre todo, de la calma espiritual y de la total libertad interior que solo allí llegó a conocer.

Cuando se levantó el primer día de su cautiverio, salió de la barraca al despuntar el alba y lo primero que vio fueron las cúpulas todavía oscuras y las cruces del monasterio de Novodévichi, el rocío helado sobre la hierba polvorienta, las colinas de Vorobiovy Gory, la ribera ondulante, cubierta de bosques que se perdían en la distancia violácea; cuando notó la caricia del aire fresco y oyó las cornejas que se alejaban de Moscú cruzando el campo; cuando, de pronto, la luz brotó por levante y el sol se asomó con solemnidad por detrás de las nubes, y las cúpulas, las cruces, el rocío, la lejanía y el río empezaron a deslumbrar bajo esa luz radiante, Pierre experimentó una nueva sensación de alegría y de fuerza vital que hasta entonces no conocía. Y esta sensación no solo no le abandonó en su cautiverio, sino que, al contrario, se volvió más intensa a medida que su situación se volvía más difícil.

La sensación de estar dispuesto a todo y de disciplina moral se reforzaba aún más en Pierre por la elevada opinión que sus compañeros se habían formado de él al poco de su llegada a la barraca. Su conocimiento de lenguas, el respeto que le mostraban los franceses, su sencillez, que le hacía dar cuanto le pedían (como oficial, recibía tres rublos a la semana), la fuerza que había demostrado a los soldados al clavar en la pared clavos con las manos, la dulzura con que se dirigía a sus compañeros, su capacidad, incomprensible para ellos, de quedarse sentado, sin moverse, pensando y sin hacer nada, lo convertían a ojos de todos en un ser algo misterioso y superior. Las mismas cualidades que en el ambiente en que antes vivía le habían resultado quizá no nocivas pero sí un estorbo —su fuerza, su desprecio por las comodidades de la vida, su dispersión y su sencillez— ahora, entre aquellos hombres, le daban un aura casi de héroe. Y Pierre sentía que esta idea que tenían de él acarreaba una responsabilidad.

XIII

La noche del 6 al 7 de octubre empezó la retirada de los franceses: se desmontaron las cocinas y las barracas, se cargaron los carros, y tanto las tropas como los convoyes se pusieron en marcha.

A las siete de la mañana una escolta de franceses con uniforme de campaña, chacó, fusil, macutos y sacos enormes se alineó frente a las barracas, y la algarabía, aderezada con palabrotas, empezó a oírse por todas partes.

En la barraca ya estaban todos listos, vestidos, calzados y con el cinturón ajustado, esperando la orden de salir. Sokolov, el soldado enfermo, pálido, flaco y con grandes ojeras, era el único que no se había movido y seguía sin calzar ni vestir; con los ojos desorbitados por su extrema delgadez, miraba interrogativamente a sus compañeros, que no le hacían caso, y no dejaba de emitir débiles gemidos. Al parecer gemía no tanto por que le doliera algo —tenía disentería— como por el miedo y la tristeza de quedarse solo.

Pierre, con un trozo de cuerda ceñido a la cintura y unos botines que le había hecho Karatáiev con el cuero de un *tsíbik*[91] —se lo había dado un francés para que le confeccionara unas suelas—, se acercó al enfermo y se puso en cuclillas.

—¡Anímate, Sokolov, que no se marchan todos! Aquí hay un hospital y es posible que te vaya mejor que a nosotros —le dijo.

—¡Oh, Dios! ¡Es mi muerte! ¡Oh, Dios! —gimió con más fuerza el soldado.

—Voy a preguntar —dijo Pierre, y, levantándose, se dirigió a la puerta.

Al mismo tiempo que se acercaba a la puerta de la barraca, de fuera llegaba el cabo que el día anterior le había ofrecido una pipa, acompañado por dos soldados. Los tres vestían uniforme de campaña, macuto y chacó con tiras de metal, lo que cambiaba esas facciones que Pierre tan bien conocía.

Cumpliendo órdenes de sus superiores, el cabo se disponía a cerrar la puerta. Antes de ponerse en marcha tenían que contar a los prisioneros.

—*Caporal, que fera-t-on du malade?…*[92] —dijo Pierre.

Pero enseguida dudó de si aquel hombre era el cabo al que conocía u otra persona: estaba totalmente cambiado. Además, mientras se dirigía a él se empezó a oír a ambos lados el redoble de los tambores. El cabo frunció el ceño por toda respuesta y, después de mascullar una palabrota sin sentido, cerró de un portazo. La barraca se quedó en la penumbra. El intenso redoble impedía oír los gemidos del enfermo.

«¡Ahí está!… ¡Ahí está otra vez», pensó Pierre, y un escalofrío le recorrió la espalda. En el rostro demudado del cabo, en su voz y en el excitado y ensordecedor ruido de los tambores, reconoció esa fuerza misteriosa e indiferente que obligaba a los hombres a matar a sus semejantes contra su voluntad, una fuerza cuyo efecto había visto durante la ejecución. Era inútil tener miedo, intentar escapar a esa fuerza, rogar y exhortar a quienes eran su instrumento. Ahora Pierre lo sabía. Había que esperar y aguantar. No volvió a acercarse al enfermo ni a mirarlo. En silencio y con el ceño fruncido, esperó en la puerta de la barraca.

Cuando la puerta se abrió y los prisioneros, como un rebaño de ovejas, se agolparon en la salida empujándose unos a otros, Pierre se abrió camino y se acercó al capitán que, según le había asegurado el cabo, estaba dispuesto a hacerlo todo por él. El capitán vestía uniforme de campaña y en su rostro también se percibía ese «algo» que Pierre había reconocido en las palabras del cabo y en el redoble de los tambores.

—*Filez, filez*[93] —ordenaba el capitán, frunciendo el ceño con expresión severa y mirando a los presos que se apelotonaban a su lado.

Pierre sabía que el intento sería inútil, pero, de todos modos, se dirigió a él.

—*Eh bien, qu'est-ce qu'il y a?*[94] —le dijo el capitán, con una mirada fría, como si no lo reconociera.

Pierre le habló del enfermo.

—*Il pourra marcher, que diable*! —exclamó el capitán—. *Filez, filez*[95] —repitió, ya sin mirarlo.

—*Mais non, il est à l'agonie…*[96] —empezó a decir Pierre.

—*Voulez vous bien!?…*[97] —gritó el capitán enfurecido.

«Tram-ta-ta-tam-tam-tam», resonaban los tambores. Y Pierre comprendió que la fuerza misteriosa ya había poseído plenamente a aquellos hombres y que era inútil decir nada.

Dividieron a los presos en dos grupos, uno de oficiales y otro de soldados; a estos últimos les ordenaron ir delante. Había unos treinta oficiales, entre los que se contaba Pierre, y unos trescientos soldados.

Los oficiales, que habían salido de otras barracas, eran desconocidos para Pierre e iban mucho mejor vestidos que él. Se lo quedaron mirando y, con desconfianza y extrañeza, observaron su calzado. Cerca de él iba un comandante gordo que parecía gozar del respeto de sus compañeros; llevaba un batín tártaro ceñido con una toalla, tenía el rostro rollizo y amarillento, y gesto contrariado. Con una mano sujetaba una bolsa de tabaco que llevaba en el pecho y con la otra se apoyaba en un chibuquí. Resoplando y jadeando, gruñía y se enfadaba con todos, porque le parecía que lo empujaban, que iban demasiado deprisa cuando no era necesario y que se asombraban de cosas que nada tenían de asombroso. Otro oficial, flaco y menudo, hablaba con todo el mundo haciendo conjeturas sobre dónde los llevaban y qué distancia recorrerían ese día. Un funcionario con botas de fieltro y uniforme de oficial de intendencia corría de acá para allá contemplando la ciudad quemada y haciendo comentarios en voz alta sobre los barrios que habían ardido y qué parte de Moscú estaban viendo. Otro oficial que, a juzgar por su acento, debía ser de origen polaco discutía con él y trataba de demostrarle que estaba confundiendo los barrios.

—¿Para qué discuten? —exclamó el comandante, enojado—. ¡Qué más da si es San Nicolás o San Blas! Ya ven que todo ha ardido, y se acabó. ¡Eh, usted, no empuje! ¿Es que no hay suficiente sitio? —Se volvió enfadado hacia el que iba detrás de él y que de hecho no lo había empujado.

—¡Ah! ¡Es terrible lo que han hecho! —decían aquí y allá los prisioneros al contemplar las zonas devastadas por el incendio—. Fijaos: Zamoskvorechie, Zúbovo, el Kremlin… ¡Ha desaparecido la mitad de Moscú! Ya os decía yo que había ardido todo Zamoskvorechie, ahí lo tenéis.

—Pues, si ya saben que ha ardido, ¿para qué siguen hablando de lo mismo? —refunfuñaba el comandante.

Cuando al cruzar Jamóvniki (uno de los pocos barrios de Moscú que no había ardido) pasaron por delante de la iglesia, todo el grupo de prisioneros se echó repentinamente a un lado y se empezaron a oír exclamaciones de horror y repulsión.

—¡Serán miserables! ¡Desalmados! Sí, es un muerto, es un muerto… Lo han embadurnado con algo.

Pierre se acercó al lugar donde estaba lo que había dado pie a tantas exclamaciones y vio confusamente algo apoyado en la tapia de la iglesia. Por las palabras de sus compañeros, que veían mejor que él, supo que era un cadáver puesto de pie con la cara embadurnada de hollín…

—*Marchez, sacré nom!… Filez… trente mille diables!…*[98] —se oyeron los improperios de la soldados franceses de la escolta que, a golpe de culata, dispersaban al grupo que se había detenido a mirar el cadáver.

XIV

Los prisioneros avanzaban con la escolta por los callejones de Jamóvniki, seguidos de los carros y los furgones; pero, al acercarse a los almacenes de provisiones, se encontraron en medio de una inmensa columna de artillería que avanzaba apretujada entre carruajes de particulares.

En la entrada misma del puente se detuvieron todos, como esperando que quienes iban al frente se abrieran paso. Los prisioneros veían delante y detrás filas interminables de convoyes en movimiento. A la derecha, en el lugar donde la carretera de Kaluga bordea el jardín Neskuchny y se pierde a lo lejos, se extendían filas interminables de soldados y carros. Eran las tropas del cuerpo de Beauharnais, que habían salido las primeras; detrás, a lo largo del paseo paralelo al río y sobre el puente Kámenny, se extendían las tropas y convoyes de Ney.

Las tropas de Davout, a las que pertenecían los prisioneros, cruzaron Krymski Brod y parte de ellas llegó a la calle Kalúzhskaia. Pero la fila de convoyes era tan larga que los últimos de Beauharnais aún no habían salido de Moscú ni alcanzado la calle Kalúzhskaia cuando la cabeza de las tropas de Ney ya dejaba atrás la calle Bolshaia Ordynka.

Después de cruzar Krymski Brod los prisioneros empezaron a avanzar unos pasos, a detenerse y a volver a avanzar: la aglomeración de carruajes y de gente era cada vez mayor. Después de tardar más de una hora en recorrer los pocos centenares de pasos que separan el puente de la calle Kalúzhskaia,

los prisioneros llegaron a la plaza en que confluyen las calles Zamoskvorétskaia y Kalúzhskaia, en cuyo cruce tuvieron que detenerse y esperar apiñados varias horas. Por todas partes se oía el ruido incesante, parecido al rumor del mar, de ruedas, pisadas de caballos, palabrotas y gritos continuos y de rabia. Pierre, pegado al muro de una casa quemada, escuchaba semejante estrépito, que se fundía en su imaginación con el redoble de los tambores.

Para ver mejor, varios oficiales prisioneros se encaramaron al muro de la casa quemada junto a la que estaba Pierre.

—¡Cuánta gente! ¡Caramba, cuánta gente!… ¡Hasta los cañones van cargados de cosas! Fijaos, se llevan pieles… —decían—. Serán canallas, lo han saqueado todo… Mirad lo que llevan en ese carro de atrás… Pero ¡si son piezas de un icono, cielo santo!… Deben de ser alemanes. Y también nuestros campesinos, ¡ver para creer! ¡Ah, miserables!… ¡Ese va tan cargado que no puede ni andar! ¡Madre mía, se llevan hasta una calesa! Y ¡ese otro va sentado encima de unos baúles! ¡Dios mío!… ¡Hay una pelea!…

—¡Dale en los morros! ¡En los morros! A este paso estaremos aquí hasta mañana. ¡Mirad, mirad! ¡Aquel es Napoleón, seguro! Fijaos en los caballos: ¡llevan monogramas con una corona! Parece una casa con ruedas… A ese se le ha caído un saco, pero no se ha dado cuenta. Otra vez se están peleando… Ahí va una mujer con un niño, y no está nada mal: ¡a ti sí que te van a dejar pasar!… Mirad, no se ve el fin. ¡Muchachas rusas, os juro que son muchachas rusas! ¡Fijaos en lo cómodas que van en esas carretelas!

Una nueva oleada de curiosidad general, como la que se había levantado frente a la iglesia de Jamóvniki, empujó a todos los prisioneros hacia el camino, y Pierre, gracias a su altura, pudo ver por encima de las cabezas lo que despertaba tanto interés: en tres carretelas, apretujadas entre baúles, iban varias mujeres muy engalanadas, maquilladas, vestidas de colores chillones y que daban estridentes voces.

Desde el momento en que Pierre detectó la aparición de aquella fuerza misteriosa ya nada le resultaba extraño ni terrible: ni el cadáver con la cara embadurnada de hollín para diversión de los soldados, ni las mujeres que se alejaban rápidamente hacia alguna parte, ni Moscú arrasado por las llamas. Nada de lo que veía le producía la menor impresión, como si su alma, preparándose para una ardua lucha, se negara a dejarse influir por las impresiones que pudieran debilitarla.

Pasaron las carretelas de las mujeres. Detrás se hizo una larga cola de carros, soldados, furgones, soldados, coches, soldados, armones, más

soldados y alguna que otra mujer.

Pierre no veía personas aisladas, sino el movimiento colectivo.

Todos aquellos hombres y sus caballos parecían empujados por una especie de fuerza invisible y, durante la hora en que los estuvo observando, no dejaron de afluir desde distintas calles con un mismo deseo de pasar lo antes posible. Tropezaban unos con otros, se enfadaban y llegaban a pelearse, enseñando sus dientes blancos, frunciendo el ceño y diciéndose las mismas palabrotas; en todos sus rostros había la misma expresión bravucona, decidida, cruel y fría que por la mañana tanto había asombrado a Pierre ver en el rostro del cabo mientras redoblaban los tambores.

Poco antes del atardecer el jefe de escolta reagrupó a su destacamento y, entre gritos y discusiones, consiguieron abrirse paso entre la columna de convoyes; los prisioneros, acorralados, salieron por fin a la carretera de Kaluga.

Marcharon a gran velocidad, sin descansar, y no se detuvieron hasta que el sol empezó a ponerse. Después de disponer los carros muy cerca unos de otros, se prepararon para pasar la noche. Todo el mundo parecía enojado y descontento. No dejaban de oírse palabrotas, gritos de rabia y peleas. Una carroza embistió uno de los carros de la escolta y le hizo un agujero con el timón; varios soldados corrieron hacia ella de todas partes, algunos golpearon en la cabeza a los caballos de la carroza para que giraran, otros empezaron a pelearse, y Pierre vio cómo un alemán resultaba gravemente herido por un golpe de bayoneta en la cabeza.

Parecía que todos aquellos hombres, detenidos en mitad del campo en el frío crepúsculo del atardecer del otoño, experimentaran una misma sensación de desagradable despertar después de la salida tan rápida y precipitada de Moscú. Era como si al detenerse hubieran comprendido que nadie sabía aún adónde se dirigían, que les esperaba una marcha llena de penurias y dificultades.

Durante la parada la escolta trató a los prisioneros aún peor que al abandonar la ciudad. Por primera vez la ración de carne que les dieron para comer fue de caballo.

A todos los franceses, desde los oficiales hasta el último soldado, se les notaba una especie de rabia personal contra cada prisionero, algo que había sustituido muy inesperadamente el trato benevolente de antes.

La rabia aumentó aún más cuando, al hacer el recuento, se percataron de que un soldado ruso que había fingido estar mal de la barriga se había escapado aprovechando la confusión de la salida de Moscú. Pierre vio cómo

un francés golpeaba a uno de los prisioneros por alejarse demasiado de la carretera, y oyó cómo su amigo el capitán reprendía a un suboficial por la huida del soldado ruso y lo amenazaba con un consejo de guerra. Ante las excusas del suboficial de que el soldado estaba enfermo y no podía andar, el oficial dijo que tenían orden de disparar a quien se quedara rezagado. Pierre veía que la fuerza fatídica que lo había aplastado en la ejecución y que durante su encarcelamiento no se había dejado sentir volvía ahora a ser dueña de su existencia. Tuvo miedo, pero notó que cuanto más intentaba aplastarlo esta fuerza fatídica, más se desarrollaba y fortalecía en su alma otra fuerza independiente, la fuerza de la vida.

Cenó gachas de harina de centeno con carne de caballo y estuvo charlando con sus compañeros.

Nadie hablaba de lo que habían visto en Moscú, ni del trato rudo de los franceses, ni de la orden de abrir fuego contra los rezagados: todos se mostraban especialmente animados y alegres, como si quisieran sobreponerse a su situación, que empeoraba por momentos. Hablaron de recuerdos personales, comentaron escenas divertidas que habían ocurrido en el transcurso de la marcha y cortaron cualquier conversación que aludiera a las condiciones en que se encontraban.

Hacía rato que el sol se había puesto. En el cielo se encendieron aquí y allá algunas estrellas brillantes; el resplandor rojo de la luna llena que se alzaba, semejante al reflejo de un incendio, se extendía por el horizonte y la enorme bola rojiza se mecía en la penumbra grisácea de un modo increíble. Empezó a clarear. El atardecer había acabado, pero aún no había llegado la noche. Pierre, sentado con sus nuevos compañeros, se levantó y, pasando entre las hogueras, cruzó al otro lado de la carretera, donde, según le habían dicho, estaban los soldados prisioneros. Tenía ganas de hablar con ellos. Sin embargo, un centinela francés lo detuvo y le ordenó dar media vuelta.

Pierre obedeció, pero no se encaminó a la hoguera con sus compañeros, sino hacia un carro desenganchado donde no había nadie. Se sentó en la tierra fría contra la rueda del carro con las piernas recogidas y la cabeza gacha, y estuvo mucho tiempo sin moverse, sumido en sus pensamientos. Pasó así más de una hora, sin que nadie lo molestara. Y, de pronto, estalló en una gran y cándida carcajada, tan sonora que todo el mundo se volvió asombrado de una risa tan rara y, sin duda, solitaria.

—¡Ja, ja, ja! —reía Pierre. Y, hablando consigo mismo, dijo en voz alta —: El soldado no me ha dejado pasar. Me detuvieron y me encerraron. Me

tienen prisionero. ¿A quién? ¿A mí? ¡A mí, a mi alma inmortal! ¡Ja, ja, ja!… ¡Ja, ja, ja!… —continuó riendo con lágrimas en los ojos.

Alguien se acercó para ver de qué se reía aquel hombre grueso y extraño. Pierre dejó de reír, se puso de pie y, alejándose un poco, miró a su alrededor.

El inmenso vivac, inabarcable con la vista, antes animado por el crepitar de las hogueras y la algarabía de los hombres, empezaba a calmarse; las llamas rojas del fuego se apagaban y palidecían. La luna llena pendía en lo alto del cielo claro. A lo lejos, fuera del campamento, aparecían campos y bosques antes invisibles. Y más allá de estos bosques y campos se veía la lejanía infinita, clara, oscilante, atrayente. Pierre miró el cielo y contempló las estrellas que parpadeaban en sus profundidades. «¡Todo esto es mío, todo esto está en mí, todo esto soy yo! —pensó—. Y ¡todo esto lo capturaron y lo encerraron en una barraca tapiada con tablones!» Sonrió y se fue a dormir con sus compañeros.

XV

A primeros de octubre un nuevo parlamentario de Napoleón entregaba una carta a Kutúzov con otra propuesta de paz. Aunque estaba fechada en Moscú se trataba de un engaño, porque Napoleón se encontraba ya en la antigua carretera de Kaluga, no lejos de Kutúzov. El comandante en jefe respondió lo mismo que a la primera propuesta que le había entregado Lauriston: no quería ni oír hablar de paz.

Poco después Dórojov, que dirigía un destacamento de guerrilleros a la izquierda de Tarútino, informó de que en Fomínskoie habían avistado tropas de la división de Broussier, y de que, como esta división estaba aislada del grueso del ejército, podía ser fácilmente destruida. Una vez más los soldados y los oficiales exigieron pasar a la acción. Los generales del Estado Mayor, animados por el recuerdo de lo sencilla que había resultado la victoria en Tarútino, insistieron a Kutúzov en que aceptara el plan de Dórojov. Como Kutúzov no creía necesaria ninguna ofensiva se adoptó una medida intermedia y enviaron un pequeño destacamento a Fomínskoie para atacar a Broussier.

Por una extraña casualidad, esta misión —la más difícil e importante, como se demostraría después— fue confiada a Dojturov, ese mismo Dojturov modesto y pequeño que nadie nos ha descrito trazando planes de combate, galopando ante los regimientos, sembrando de cruces las baterías, etcétera;

ese Dojturov al que calificaban de indeciso y poco sagaz, pero al que, en todas las contiendas entre Rusia y Francia —desde Austerlitz hasta 1813—, siempre encontramos allí donde la situación es más complicada. En Austerlitz es el último en quedarse en el dique de Augest reuniendo regimientos y salvando todo lo posible, mientras todo el mundo huye o perece y en la retaguardia ya no hay ni un solo general. Más tarde, enfermo y con fiebre, marcha hacia Smolensk con veinte mil hombres para defender la ciudad frente a todo el ejército de Napoleón. En Smolensk, habiendo echado apenas una cabezada en la puerta de Molójovski[99], vencido por la fiebre, lo despiertan los disparos de los cañones, pero la ciudad logra resistir un día entero. En la batalla de Borodinó, cuando Bagratión cae muerto, las tropas de nuestro flanco izquierdo están deshechas —en una proporción de nueve contra uno— y toda la fuerza de la artillería francesa apunta hacia ellas, a quien se envía no es a otro que al indeciso y poco sagaz Dojturov, con quien Kutúzov repara su error de haber mandado a otro. El pequeño y modesto Dojturov se pone en marcha y Borodinó se convierte en la batalla más gloriosa del ejército ruso. Nos han alabado a muchísimos héroes tanto en poesía pomo en prosa, pero de Dojturov apenas se ha escrito nada.

De nuevo es a él a quien envían a Fomínskoie y, desde allí, a Maloyaroslávets, donde se libra la última batalla contra los franceses y empieza su evidente descalabro. Y de nuevo se nos alaba a muchos genios y héroes de este período de la campaña, pero de Dojturov no se dice nada, o lo poco que se dice es dudoso. Este silencio sobre Dojturov constituye la prueba más evidente de sus cualidades.

Es natural que quien no entiende cómo funciona una maquinaria crea que su parte más importante es la astilla que ha caído accidentalmente dentro de ella y que se ve zarandeada interfiriendo en su marcha. Quien ignora cómo está construida la maquinaria es incapaz de comprender que su parte esencial no es la astilla que se ve zarandeada e interfiere en su marcha, sino el pequeño engranaje de transmisión que gira en silencio.

El 10 de octubre, el mismo día en que Dojturov, habiendo recorrido la mitad del camino hasta Fomínskoie, se detuvo en la aldea de Arístovo dispuesto a cumplir escrupulosamente las órdenes recibidas, todo el ejército francés, con su movimiento espasmódico, alcanzó la posición de Murat para presentar batalla, como parecía, pero de pronto y sin motivo alguno viró a la izquierda, hacia la nueva carretera de Kaluga, y se adentró en Fomínskoie, donde hasta ese momento solo estaba Broussier. Dojturov tenía a su mando

los dos pequeños destacamentos de Figner y de Seslavin, además del de Dórojov.

La noche del 11 de octubre Seslavin llegó a Arístovo y se presentó ante sus superiores con un soldado de la Guardia francesa al que habían capturado. El prisionero afirmaba que las tropas que habían entrado ese día en Fomínskoie constituían la avanzada del ejército, que Napoleón estaba allí también y que hacía cuatro días ya que todo el ejército francés había abandonado Moscú. Esa misma noche un criado que venía de la ciudad de Bórovsk contó que había visto entrar en ella un ejército inmenso. Y los cosacos del destacamento de Dórojov informaron de que habían visto a la Guardia francesa marchar hacia Bórovsk. Partiendo de todas estas informaciones se hizo patente que, donde esperaban encontrar una sola división, estaba todo el ejército francés, que se alejaba de Moscú por una ruta inesperada, por la vieja carretera de Kaluga. Dojturov no quería emprender ninguna acción, ya que en ese momento no tenía claro cuál era su deber. Le habían ordenado atacar Fomínskoie, pero donde antes solo estaba Broussier ahora se encontraba el ejército francés al completo. Yermólov quería actuar por su propia cuenta y riesgo, pero Dojturov insistió en esperar órdenes del serenísimo. Así pues, decidieron enviar un informe al Estado Mayor.

Para esta misión eligieron a Boljovítinov, un oficial sensato que, además de entregar el informe, tenía que exponer los hechos de palabra. Hacia medianoche, después de haber recibido el sobre y la orden verbal, Boljovítinov salió a galope hacia el Estado Mayor seguido de un cosaco y de caballos de relevo.

XVI

La noche era oscura, templada, otoñal. Hacía cuatro días que lloviznaba. Después de cambiar dos veces de caballos y de recorrer treinta verstas en una hora y media por un camino sucio y enfangado, Boljovítinov llegó a Letashevka poco antes de las dos de la madrugada. Descabalgó frente a una isba rodeada de una valla de zarzo donde se leía: «Estado Mayor», dejó el caballo y entró en el zaguán oscuro.

—¡El general de servicio, rápido! ¡Es muy importante! —le dijo a un hombre que se había levantado resoplando en la oscuridad del zaguán.

—Está indispuesto desde la tarde, lleva tres días sin dormir —susurró el ordenanza con tono solícito—. Mejor será despertar antes al capitán.

—Es muy importante, vengo de parte del general Dojturov —dijo Boljovítinov, entrando por la puerta que había encontrado a tientas.

El ordenanza se adelantó y despertó a alguien.

—¡Señor, señor! Un correo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿De parte de quién? —preguntó una voz somnolienta.

—De Dojturov y de Alekséi Petróvich[100]. Napoleón está en Fomínskoie —dijo Boljovítinov, sin ver en la oscuridad al hombre que había hecho la pregunta, pero deduciendo por su voz que no era Konovnitsyn.

El hombre recién levantado se desperezó entre bostezos.

—Preferiría no despertarlo —dijo, buscando algo a tientas—. Está enfermo. Y quizá no sean más que rumores.

—Aquí está el informe —dijo Boljovítinov—. Me han ordenado que lo entregue inmediatamente al general de servicio.

—Espere, voy a encender una vela. ¿Dónde la escondes siempre, maldito? —le dijo el hombre que se desperezaba (era Scherbinin, ayudante de campo de Konovnitsyn) al ordenanza—. ¡Ah! Ya la he encontrado, ya la he encontrado.

Mientras el ordenanza encendía lumbre, Scherbinin buscaba un candelero a tientas.

—¡Ah, condenados! —exclamó con inquina.

Al resplandor de las chispas, Boljovítinov pudo ver el joven rostro de Scherbinin, que sujetaba la vela. En un rincón había otro hombre durmiendo. Era Konovnitsyn.

Cuando la llama primero azul y después roja del fósforo prendió la yesca, Scherbinin encendió la vela de sebo, y del candelero salieron disparadas varias cucarachas que la roían; entonces echó una mirada al mensajero. Boljovítinov, completamente cubierto de barro, al intentar limpiarse la cara con una manga se la ensució entera.

—Y ¿de dónde vienen estas informaciones? —preguntó Scherbinin, cogiendo el sobre.

—Son fidedignas —respondió Boljovítinov—: tanto los prisioneros como los cosacos y los exploradores han dicho lo mismo.

—¡Qué se le va a hacer! Habrá que despertarlo —dijo Scherbinin, levantándose y acercándose al hombre de la esquina, que estaba tapado con un capote y llevaba gorro de dormir—. ¡Piotr Petróvich! —le llamó. Konovnitsyn no se movió—. ¡Al Estado Mayor! —exclamó con una sonrisa, sabiendo que estas palabras probablemente lo despertarían.

Y, en efecto, la cabeza enfundada en un gorro de dormir se incorporó de inmediato. El hermoso y enérgico rostro de Konovnitsyn, con las mejillas inflamadas por la fiebre, dio por un instante la impresión de estar soñando, muy alejado de la realidad, pero enseguida se estremeció y recuperó su habitual expresión sosegada pero enérgica.

—Pero ¿qué pasa? ¿Quién es? —preguntó sin prisa, parpadeando al ver la luz.

Mientras escuchaba el informe del oficial, abrió el sobre y lo leyó. Apenas hubo acabado, puso en el suelo de tierra sus pies enfundados en medias de lana y se calzó. Se quitó el gorro de dormir y, tras peinarse las sienes, se puso la gorra.

—¿Has llegado rápido? Vamos a ver al serenísimo.

Konovnitsyn comprendió enseguida que la información era de suma importancia y que no había tiempo que perder. No se planteaba si estaba bien o mal. No le interesaba. Todo cuanto tuviera que ver con la guerra no lo percibía con la inteligencia ni la razón, sino con algo distinto. Había en su alma una convicción profunda, no verbalizada, de que todo saldría bien, pero no tenía que creerlo y mucho menos decirlo, sino limitarse a cumplir su trabajo. Y lo cumplía esforzándose al máximo.

Como en el caso de Dojturov, parece que Piotr Petróvich Konovnitsyn fue incluido en la lista de los llamados héroes de 1812 —los Barclay, Raievski, Yermólov, Plátov y Milorádovich— solo por decoro; igual que Dojturov, tenía fama de hombre de cualidades y conocimientos muy limitados, nunca elaboraba planes de combate, pero siempre estaba donde la situación era más complicada. Desde que lo nombraron general de servicio dormía siempre con la puerta abierta, con órdenes de que lo despertaran si llegaba un correo; en las batallas siempre estaba bajo fuego enemigo, hasta tal punto que Kutúzov se lo reprochaba y temía enviarlo al campo de combate. Y, también como Dojturov, era uno de esos engranajes que pasan desapercibidos y que, sin el menor ruido, constituyen la parte más importante de la maquinaria.

Al salir de la isba, en mitad de la húmeda y oscura noche, Konovnitsyn torció el gesto en parte por el dolor de cabeza que tenía, cada vez más intenso, y en parte al pensar en el desagradable revuelo que iba a montar la noticia entre los hombres influyentes que formaban el nido del Estado Mayor, especialmente en Bennigsen, quien, desde Tarútino, estaba de uñas con Kutúzov. Pensó en cómo empezarían a sugerir, a discutir, a dar órdenes y contraórdenes. Y la idea le disgustó, aunque sabía que era inevitable.

En efecto, Toll, que fue el primero a quien dio la noticia, empezó a exponer inmediatamente su opinión al general que vivía con él, y Konovnitsyn, que escuchaba en silencio, con aspecto cansado, tuvo que recordarle que había que ir a ver al serenísimo.

XVII

Kutúzov, como todos los viejos, dormía poco por las noches. De día a menudo se quedaba súbitamente adormilado, pero por la noche, tumbado en la cama sin desvestir, se pasaba la mayor parte del tiempo pensando, incapaz de conciliar el sueño.

Así es como estaba en aquel momento, echado en la cama, con su cabeza grande, pesada y llena de cicatrices apoyada en la mano rolliza, meditando, escudriñando la oscuridad con el único ojo que se le abría.

Desde que Bennigsen, el hombre que se escribía con el soberano y que más influencia tenía en el Estado Mayor, lo evitaba, Kutúzov podía respirar más tranquilo porque ya nadie le apremiaba a lanzar sus tropas a inútiles ofensivas. Además, pensaba que la lección de la batalla de Tarútino y lo ocurrido en la víspera, algo que recordaba con dolor, acabarían por producir efecto.

«Tienen que entender que si iniciamos una ofensiva perderemos. La paciencia y el tiempo: ¡he aquí mis valerosos guerreros!», se decía. Sabía que cuando una manzana está verde no hay que arrancarla, ya caerá por sí sola cuando haya madurado, porque si la arrancas antes, además de estropear el fruto y el árbol, te producirá dentera. Como cazador experimentado sabía que la fiera estaba herida, como solo podía herirla toda la fuerza rusa, pero había que resolver la incógnita de si la herida era mortal o no. Tanto por las embajadas de Lauriston y de Barthélemy como por los informes de los guerrilleros, Kutúzov estaba casi convencido de que era mortal. Pero necesitaba más pruebas, había que esperar.

«Quieren ir corriendo a ver cómo han matado a la fiera. ¡Esperad, ya lo veréis! ¡Siempre con maniobras, siempre con ofensivas! —pensaba—. ¿Para qué? ¡Lo único que les interesa es distinguirse! ¡Como si combatir fuera una diversión! Son como esos niños a los que es inútil pedir que te expliquen cómo ha empezado una pelea, porque lo único que quieren es demostrar que saben pegarse. Pero ahora eso es lo de menos.

»¡Qué maniobras tan hábiles me proponen todos! Creen que cuando prevén dos o tres eventualidades —pensaba en el plan general ideado en San Petersburgo— las han previsto todas, pero ¡en realidad son infinitas!»

Hacía un mes que le rondaba por la cabeza la incógnita de si la herida infligida a los franceses en Borodinó sería mortal o no. Por un lado, el enemigo había ocupado Moscú; por otro, Kutúzov sentía con todo su ser que el terrible golpe que él y su ejército habían asestado tenía que ser mortal. En cualquier caso, necesitaba pruebas. Llevaba un mes esperándolas y, cuanto más tiempo pasaba, más se impacientaba. Tumbado en la cama en sus noches de insomnio, hacía lo mismo que reprochaba a los jóvenes generales: pensar en todas las eventualidades, con la única diferencia de que no ideaba ningún plan basado en ellas, y no veía dos o tres eventualidades, sino miles. Y, cuanto más meditaba, más posibilidades se le presentaban; preveía toda clase de movimientos del ejército napoleónico, tanto en su conjunto como en unidades separadas: bien marchando hacia San Petersburgo, bien avanzando hacia él, bien flanqueándolo. Se planteaba la posibilidad de que Napoleón lo combatiera con sus propias armas (ese era su mayor temor) esperándolo en Moscú; se planteaba incluso la retirada del ejército francés hacia Medyn e Yújnov. Pero lo único que no pudo prever fue lo que en realidad sucedió, es decir, el movimiento demente y convulso de las tropas enemigas en los primeros once días después de salir de Moscú, un movimiento que hizo posible algo que no se habría atrevido siquiera a imaginar: el aniquilamiento total de los franceses. Los informes de Dórojov sobre la división de Broussier, las noticias de los guerrilleros sobre la desastrosa situación de las tropas de Napoleón, los rumores sobre los preparativos para abandonar Moscú: todo confirmaba la hipótesis de que el ejército francés estaba deshecho y se preparaba para huir; pero no eran más que hipótesis, importantes para los jóvenes, pero no para Kutúzov. Él sabía, con su experiencia de sesenta años, la importancia que había que dar a los rumores, conocía la capacidad de la gente para presentar las noticias de tal modo que confirmen sus deseos y cómo, en tales casos, se omite de buena gana todo cuanto los contradiga. Y, cuanto más lo deseaba, menos se permitía creer en ello. Esta cuestión absorbía toda su fuerza moral. Todo lo demás era para él cumplir con las exigencias habituales de la vida, entre las que se contaban sus conversaciones con los miembros del Estado Mayor, las cartas a *madame* de Stäel a la que escribía desde Tarútino, la lectura de novelas, el reparto de condecoraciones, la correspondencia con San Petersburgo, etcétera. Pero su único y más íntimo deseo era la muerte de los franceses, que solo él preveía.

Así pues, la noche del 11 de octubre estaba tumbado con la cabeza apoyada en una mano pensando en todo esto. En la habitación de al lado algo se movió y se oyeron los pasos de Toll, de Konovnitsyn y de Boljovítinov.

—Ey, ¿quién anda ahí? —gritó el comandante en jefe—. ¡Entrad, entrad! ¿Qué hay de nuevo?

Mientras un lacayo encendía una vela, Toll transmitió a Kutúzov el contenido del informe.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó Kutúzov con una expresión tan fría y severa en el rostro que, cuando hubo luz, dejó asombrado a Toll.

—No hay duda posible, serenísimo.

—¡Llamadlo, que pase!

Kutúzov estaba sentado en la cama con una pierna colgando y con el peso de su grueso vientre sobre la otra, que tenía doblada. Entornó el único ojo con el que veía para examinar mejor al correo, como si quisiera leer en su expresión lo que a él le preocupaba.

—Cuéntame, cuéntame, amigo —le dijo a Boljovítinov con su voz débil de viejo, cerrándose la camisa que tenía completamente abierta por la parte del pecho—. Acércate, acércate más. ¿Qué noticias me has traído? ¿Eh? ¿Napoleón ha abandonado Moscú? ¿Es eso cierto? ¿Eh?

Boljovítinov expuso con detalle todo lo que le habían ordenado.

—¡Más deprisa, habla más deprisa, no me atormentes! —lo interrumpió Kutúzov.

Boljovítinov terminó de contarlo todo y guardó silencio a la espera de recibir órdenes. Toll iba a decir algo, pero Kutúzov lo cortó; se disponía a hablar, pero de pronto entornó los ojos, contrajo el rostro y, agitando una mano en dirección a Toll, se dio la vuelta hacia el rincón sagrado de la isba, oscurecido por los iconos.

—¡Señor, mi Creador! Has atendido nuestras plegarias… —dijo con voz trémula, juntando las manos—. Rusia está salvada. ¡Te doy las gracias, Señor!

Y se echó a llorar.

XVIII

Desde la recepción de esta noticia hasta el final de la campaña toda la actuación de Kutúzov consiste únicamente en contener —valiéndose de su poder, de astucias y de ruegos— a sus tropas de ofensivas inútiles, maniobras y enfrentamientos contra un enemigo ya herido de muerte. Dojturov marcha

hacia Maloyaroslávets, pero Kutúzov se demora con sus tropas y ordena evacuar Kaluga y retirarse más allá la ciudad, una medida que le parece muy factible.

Kutúzov se repliega en todos los flancos, pero el enemigo, sin esperar su retirada, huye rápidamente en sentido contrario.

Los historiadores de Napoleón nos describen su hábil maniobra en Tarútino y en Maloyaroslávets y hacen conjeturas sobre lo que habría ocurrido si hubiera logrado adentrarse en las ricas provincias meridionales.

Dejando a un lado que no había nada que impidiera a Napoleón dirigirse hacia estas provincias meridionales (dado que el ejército ruso le dejaba el camino libre), los historiadores olvidan que el ejército francés no podía salvarse de ningún modo, porque ya llevaba en sí el germen que iba a ocasionar su inevitable destrucción. ¿Por qué este ejército, que había encontrado abundantes víveres en Moscú, no pudo conservarlos y los acabó pisoteando? ¿Por qué al llegar a Smolensk, en vez de hacer acopio de provisiones, se dedicó a saquear la ciudad? ¿Cómo podía este ejército rehacerse en la provincia de Kaluga, habitada por los mismos rusos que los de Moscú y donde las llamas tenían la misma capacidad de arrasarlo todo?

El ejército francés no podía rehacerse en ningún lugar. Desde la batalla de Borodinó y el saqueo de Moscú era como si ya fuera portador del germen químico de su descomposición.

Los hombres que hasta ese momento habían formado parte de este ejército huían con sus jefes sin saber adónde y con un único deseo, desde Napoleón hasta el último de los soldados: salir cuanto antes de la situación desesperada de la que todos eran conscientes, aunque fuera de una manera vaga.

Solo por este motivo, en el consejo que se celebró en Maloyaroslávets donde los generales fingieron deliberar y cada uno dio su opinión, las palabras del ingenuo soldado Mouton —que resumían lo que todo el mundo pensaba— al decir que había que huir lo antes posible cerraron todas las bocas. Nadie, ni siquiera Napoleón, pudo objetar nada ante una verdad que todos conocían.

Pero, aunque todos sabían que era inevitable huir, aún quedaba la vergüenza de tener que admitirlo. Necesitaban un impulso exterior que venciera esta vergüenza. Y este impulso surgió en el momento preciso. Fue lo que los franceses llamaron *le Hourra de l’Empereur*[101].

Al día siguiente del consejo, Napoleón, de buena mañana, fingiendo el deseo de pasar revista a los soldados e inspeccionar el pasado y futuro campo de batalla, recorrió con su séquito de mariscales y su escolta el centro de la línea de tropas. Algunos cosacos que iban en busca de botín tropezaron con él

y estuvieron a punto de capturarlo. Si no lo capturaron ese día y Napoleón se salvó fue por lo mismo que había destruido a los franceses: el botín, sobre el que, tanto allí como en Tarútino, los cosacos se abalanzaron, y por el que olvidaron hacer prisioneros. Así pues, centrados en el botín, no prestaron atención a Napoleón, que consiguió escapar.

Al saberse que *les enfants du Don*[102] habían estado a punto de capturar al mismísimo emperador en medio de su ejército, se hizo patente que lo único que se podía hacer era huir cuanto antes por la ruta más cercana y conocida. Napoleón, que con su barriguita de hombre de cuarenta años ya no sentía la agilidad ni audacia de otros tiempos, entendió muy bien el aviso. Y, bajo el influjo del miedo que le habían dado los cosacos, estuvo de acuerdo con las palabras de Mouton y, como dicen los historiadores, ordenó la retirada por la carretera de Smolensk.

Que Napoleón estuviera de acuerdo con Mouton y que las tropas emprendieran la retirada no demuestra que él diera la orden, sino que las fuerzas que influían en todo el ejército y lo empujaban a marchar por la carretera de Mozhaisk influyeron también en él.

XIX

Cuando una persona se mueve siempre busca la meta de este movimiento. Para recorrer mil verstas necesita creer que le espera algo bueno, necesita imaginar una tierra prometida que le dé fuerzas para seguir moviéndose.

Para los franceses la tierra prometida durante la invasión era Moscú y, durante la retirada, la patria. Pero la patria estaba demasiado lejos, y quien recorre mil verstas necesita olvidar la meta final y decirse: «Cuando cubra las cuarenta verstas de hoy llegaré a algún lugar donde podré descansar y pasar la noche». Y este lugar de descanso hace olvidar la meta final y concentra todos los deseos y esperanzas. Esta aspiración, que se manifiesta en cada persona por separado, se intensifica sobremanera en la masa.

Para los franceses que retrocedían por la antigua carretera de Smolensk la meta final —la patria— era demasiado lejana, y la meta inmediata, que concentraba todos los deseos y esperanzas (muchísimo más intensas en la masa), era Smolensk. Y no porque supieran que ahí había víveres en abundancia y tropas de refresco, ni porque nadie se lo hubiera dicho (al contrario, el alto mando del ejército y Napoleón eran conscientes de que las provisiones escaseaban), sino porque esto era lo único que les daba fuerzas

para seguir adelante y soportar las privaciones que padecían. Tanto los que lo sabían como los que lo ignoraban se engañaban a sí mismos y marchaban hacia Smolensk como si fuera la tierra prometida.

Al llegar a la carretera principal los franceses avanzaron hacia su ansiada meta a una velocidad inaudita y con una energía asombrosa. Aparte de este impulso común que convertía a la masa de soldados en un todo unificado y los dotaba de mayor energía, había otra razón que los unía: su número. Como en la ley física de la gravedad, la inmensa masa atraía los átomos humanos individuales. Y, con una masa de cien mil hombres, se movía como si se tratara de un Estado entero.

Todos estos hombres no deseaban más que una cosa: que los hicieran prisioneros, librarse de todos los horrores y desgracias. Pero, por un lado, la fuerza del impulso general hacia la meta de Smolensk atraía a todos en una misma dirección; por otro, un cuerpo de ejército no podía rendirse a una compañía. Y, a pesar de que los franceses aprovechaban cualquier ocasión para separarse unos de otros y entregarse al enemigo bajo el menor pretexto plausible, los pretextos no siempre se presentaban. Tanto su número como su movimiento rápido y compacto los privaba de esta posibilidad y hacía que para los rusos resultara no solo difícil, sino imposible, detener este movimiento en el que se concentraba toda la energía de la masa francesa. El desgarro mecánico del cuerpo no podía acelerar más allá de cierto límite el proceso de descomposición que se estaba produciendo.

Es imposible derretir instantáneamente una bola de nieve. Existe un límite determinado de tiempo por debajo del cual no hay ninguna temperatura que pueda fundirla. Al contrario, cuanto mayor es el calor, más se endurece la nieve que queda.

Entre los jefes militares rusos nadie excepto Kutúzov comprendía esto. Cuando resultó evidente que el ejército francés huía por la carretera de Smolensk empezó a cumplirse lo que había pronosticado Konovnitsyn la noche del 11 de octubre. Todos los altos mandos querían distinguirse, separar, interceptar, capturar y arrollar a los franceses, y exigían la ofensiva.

Kutúzov fue el único en emplear todas sus fuerzas (que en el caso de cualquier comandante en jefe no son demasiado grandes) en evitar la ofensiva.

No podía decirles lo que ahora afirmamos: «¿Para qué presentar batalla, para qué cerrar el paso al enemigo perdiendo de este modo a nuestros hombres y matando de un modo tan inhumano a unos infelices? ¿Para qué todo esto cuando de Moscú a Viazma ya se ha deshecho una tercera parte del

ejército francés sin necesidad de combate?». En cambio, lo que sí les decía con su sabiduría de anciano era lo que podían entender, les hablaba del puente de oro[103], pero ellos se reían de él, lo calumniaban, y hacían ostentación de su furia e intrepidez sobre la fiera muerta.

En las afueras de Viazma, Yermólov, Milorádovich, Plátov y otros que pisaban los talones a los franceses fueron incapaces de reprimir las ganas de aislar dos cuerpos del ejército enemigo y arrollarlos. Informaron de este plan a Kutúzov, pero en el sobre que le enviaron no había ningún parte, sino un folio en blanco.

Así pues, por más que Kutúzov intentara contener a nuestras tropas, estas atacaron para cerrar el paso a los franceses. Según se cuenta, los regimientos de infantería fueron al ataque al son de la música y del redoble de los tambores: mataron y perdieron a miles de hombres.

Pero lo que se dice aislar, ni aislaron ni arrollaron ninguna unidad. Y el ejército francés, cerrando aún más las filas en vista del peligro, continuó, sin dejar de deshacerse, su fatídico camino hacia Smolensk.

Tercera parte

I

La batalla de Borodinó con la subsiguiente ocupación de Moscú y la huida de los franceses sin nuevos combates constituye uno de los acontecimientos más aleccionadores de la historia.

Todos los historiadores coinciden en que la actividad exterior de los Estados y de los pueblos en sus conflictos se manifiesta en las guerras; que la fuerza política de los Estados y pueblos aumenta o disminuye en proporción directa a la magnitud de sus éxitos militares.

Por extraños que resulten los relatos históricos de cómo un rey o emperador que en disputa con otro emperador o rey reúne su ejército, lucha contra el enemigo, consigue una victoria y mata a tres, cinco o diez mil hombres y luego, en consecuencia, somete a un Estado y a un pueblo de millones de personas; por incomprensible que sea que la derrota de un ejército —una centésima parte de todas las fuerzas de un pueblo— obligue a ese pueblo a someterse, los hechos históricos (tal como los conocemos) confirman cuán exacto es afirmar que el éxito mayor o menor de un ejército contra otro constituye la razón —o, por lo menos, un indicador esencial— del aumento o disminución de la fuerza de un pueblo. Si un ejército obtiene una victoria, los derechos del pueblo vencedor aumentan inmediatamente en detrimento del vencido. Si un ejército es derrotado, el pueblo se verá inmediatamente privado de ciertos derechos, según la importancia de la derrota; y, si la derrota es completa, la sumisión también lo será.

Así ha sido, según la historia, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Y las guerras napoleónicas son una confirmación de esta regla: Austria pierde sus derechos en proporción al nivel de derrota del ejército austríaco, mientras que los derechos y la fuerza de Francia aumentan. La victoria de los franceses en las batallas de Jena y de Auerstädt pone fin a la existencia independiente de Prusia.

Pero de pronto, en 1812, los franceses obtienen una victoria en Moscú, toman la ciudad y, sin nuevas batallas, no es Rusia la que deja de existir, sino un ejército enemigo formado por seiscientos mil hombres, y a continuación la

Francia napoleónica. No se pueden retorcer los hechos para acomodarlos a las reglas de la historia y afirmar que el campo de batalla de Borodinó quedó en poder de los rusos y que, después de la ocupación de Moscú, se libraron combates que acabaron con el ejército de Napoleón.

Después de la victoria francesa de Borodinó no se libró ni una sola batalla campal, ni siquiera ninguna de cierta importancia y, aun así, el ejército francés dejó de existir. ¿Qué significa esto? Si se tratara de un ejemplo tomado de la historia de China podríamos decir que no se trata de un fenómeno histórico (esta es la excusa de los historiadores cuando algo no se ajusta a sus parámetros); si se tratara de un conflicto breve en el que participaron pocos efectivos, podríamos tomar el fenómeno como una excepción; pero este fenómeno se produjo ante los ojos de nuestros padres, para los que se decidía la vida o la muerte de la patria, y se trataba de la guerra más grande de todas las conocidas…

El período de la campaña de 1812 desde la batalla de Borodinó hasta la expulsión de los franceses demuestra que ganar una batalla no equivale a conquistar, que ni siquiera es un indicio permanente de conquista; demuestra que la fuerza que decide el destino de los pueblos no reside en los conquistadores, ni siquiera en los ejércitos ni en las batallas, sino en algo distinto.

Al describir la situación del ejército francés antes de abandonar Moscú, los historiadores afirman que todo estaba en orden en el Gran Ejército, a excepción de la caballería, de la artillería, de los convoyes y de la falta de forraje para alimentar a los caballos y al ganado. Y este era un problema que nadie podía resolver, porque los campesinos de los alrededores quemaban su heno para no entregárselo a los franceses.

La batalla ganada no surtió el efecto habitual, porque los campesinos Karp y Vlas[104], después de que los franceses abandonaran Moscú, entraron con sus carros para saquear la ciudad, sin dar muestras de sentimientos heroicos, y un número incontable de campesinos semejantes a ellos prefirieron quemar su heno antes que llevarlo a Moscú a cambio de la elevada suma de dinero que los franceses les ofrecían.

Imaginemos que dos personas se baten con sus espadas según las reglas de la esgrima: el duelo se alarga bastante y, de pronto, uno de los contrincantes ve que está herido y, al comprender que ya no se trata de ninguna broma y que su vida corre peligro, arroja la espada, coge el primer garrote que encuentra y golpea a su enemigo con él. Ahora imaginemos que este contrincante herido,

que con tan buen juicio ha recurrido al método mejor y más sencillo para alcanzar su propósito, estuviera al mismo tiempo imbuido de las tradiciones caballerescas y que, para disimular su comportamiento, afirmara que ha ganado el combate siguiendo escrupulosamente las reglas de la esgrima. ¡Es fácil hacerse una idea de lo confusa y desconcertante que sería la descripción de un combate así!

Pues los franceses eran como el esgrimista que exige un combate conforme a las reglas de este arte; los rusos eran como el adversario que arroja la espada y se hace con un garrote; y los historiadores que describieron la guerra eran como la persona que intenta explicar semejante combate según las reglas de la esgrima.

Después del incendio de Smolensk se inició una guerra que no encaja con ninguna tradición bélica anterior. La quema de ciudades y aldeas, la retirada después de las batallas, el golpe asestado en Borodinó seguido de una nueva retirada, el incendio de Moscú, la caza a los merodeadores franceses, la interceptación de transportes, la guerra de guerrillas: todo fueron desviaciones de la norma.

Napoleón lo sabía y, desde el momento en que se detuvo en Moscú adoptando la postura del esgrimista según las reglas pero encontrándose con un garrote en vez de una espada, no dejó de quejarse a Kutúzov y al emperador Alejandro de que la guerra se estaba desarrollando al margen de todas las normas (como si las hubiera para matar a la gente). A pesar de las quejas de los franceses por no cumplir las reglas, a pesar de que a las altas esferas rusas, deseosas de cumplirlas, les avergonzara por algún motivo batirse con un garrote —es decir, no adoptar la posición *en quarte* o *en tierce*, no atacar hábilmente en *prime*, etcétera—, el garrote de la guerra popular se alzó con su temible y majestuosa fuerza; sin preguntarle a nadie sus gustos ni sus reglas, con una simpleza primitiva y sin plantearse nada, el garrote se levantó del modo más conveniente, se abatió sobre los franceses y no dejó de machacarlos hasta que la invasión fue aplastada.

¡Bendito es el pueblo que, al contrario de lo que hicieron los franceses en 1813 —saludar según los principios del arte de la esgrima, dar la vuelta a la espada por la empuñadura y entregársela con gracia y cortesía al magnánimo vencedor—, bendito es el pueblo que en momentos críticos, sin preguntar qué normas han seguido otros en situaciones semejantes, empuña con sencillez y ligereza el primer garrote que encuentra y machaca al enemigo hasta que el sentimiento de agravio y venganza que anida en su alma deja paso al desprecio y a la compasión!

II

Una de las desviaciones más palpables y ventajosas de las llamadas «reglas de la guerra» es la acción de personas aisladas contra masas compactas. Este tipo de acciones se dan siempre en las guerras que adquieren un carácter popular. En vez de un enfrentamiento entre masas, los individuos se dispersan, atacan aisladamente, huyen en cuanto son atacados por fuerzas mayores y vuelven a atacar a la primera ocasión. Así lo hicieron los guerrilleros en España, los montañeses en el Cáucaso y los rusos en 1812.

A este tipo de guerra se le ha llamado «guerra de guerrillas», creyendo que este nombre explica ya su significado. Sin embargo, este tipo de guerra no solo no se ajusta a ninguna regla, sino que es totalmente contraria a la famosa regla táctica, reconocida como infalible, según la cual el atacante debe concentrar sus tropas para, en el momento del combate, ser más fuerte que su adversario.

La guerra de guerrillas (siempre efectiva, como nos ha demostrado la historia) es totalmente contraria a esta regla.

Esta contradicción se produce porque la ciencia militar considera que la fuerza de un ejército radica en su número de efectivos. La ciencia militar sostiene que, cuanto más numeroso sea un ejército, más fuerte será. *Les gros bataillons ont toujours raison*.[105]

Cuando la ciencia militar hace esta afirmación es como si la mecánica, al estudiar los cuerpos en movimiento basándose únicamente en su relación con la masa, afirmara que su fuerza es igual o no si su masa lo es o no.

La fuerza (la cantidad de movimiento) es el producto de la masa por la velocidad.

En la ciencia militar la fuerza del ejército es también el producto de la masa multiplicada por algo distinto, por una incógnita x.

La ciencia militar, al observar en la historia infinidad de ejemplos de que la masa de los ejércitos no coincide con la fuerza, de que los destacamentos pequeños vencen a los grandes, reconoce vagamente la existencia de este multiplicador desconocido e intenta hallarlo en la disposición geométrica, en el armamento y, sobre todo, en la genialidad de los jefes militares. Pero los valores tomados como multiplicadores no conducen a resultados que concuerden con los hechos históricos.

Sin embargo, para hallar la incógnita x bastaría con renunciar a la perspectiva errónea adoptada para complacer a los héroes en el punto de la eficacia de las órdenes de los mandos superiores durante la guerra.

Esta *x* es el estado anímico del ejército, es decir, el deseo mayor o menor de luchar y de exponerse al peligro, independientemente de si combate o no a las órdenes de un genio, en tres o en dos líneas, con garrotes o con fusiles que disparan treinta veces por minuto. Quien tiene más ganas de luchar ocupa siempre la mejor posición para la batalla.

El estado anímico del ejército es el factor que, multiplicado por la masa, da el resultado de la fuerza. Y la tarea de la ciencia es determinar y expresar el valor de este factor desconocido, es decir, del estado anímico del ejército.

Esta tarea será posible solo cuando dejemos de sustituir arbitrariamente la incógnita *x* por las condiciones en que aparece la fuerza —es decir, las órdenes del jefe militar, el armamento, etcétera— atribuyéndoles el valor del multiplicador, y reconozcamos esta incógnita en toda su magnitud —es decir, como el deseo mayor o menor de luchar y de exponerse al peligro—. Solo entonces, expresando los acontecimientos históricos conocidos mediante ecuaciones y comparando el valor relativo de la incógnita, podremos tener esperanzas de resolver la incógnita.

Diez soldados, batallones o divisiones se enfrentan a quince soldados, batallones o divisiones y les ganan, es decir, matan y capturan a todos sus componentes mientras que ellos sufren cuatro bajas; así pues, un bando pierde cuatro componentes y el otro quince. Por consiguiente, 4 es igual a 15, es decir, $4x = 15y$. Por consiguiente, $x : y = 15 : 4$. Esta ecuación no da el valor de la incógnita, sino la relación entre dos incógnitas. Y, si aplicamos semejante ecuación a las distintas unidades históricas tomadas individualmente (batallas, campañas, períodos de guerra), obtendremos una serie de números en los que deben existir leyes susceptibles de ser descubiertas.

La regla táctica según la cual un ejército tiene que actuar en masa cuando ataca y en unidades aisladas cuando se retira confirma sin pretenderlo la verdad de que la fuerza de un ejército depende de su estado anímico. Para llevar a los soldados bajo el fuego de los cañones enemigos se necesita mayor disciplina, alcanzada únicamente mediante la acción en masa, que para defenderse de los atacantes. Pero la regla que no toma en consideración el estado anímico de los ejércitos siempre se revela errónea y, sobre todo, contradice de un modo asombroso la realidad de todas las guerras de carácter popular, en las que el estado anímico de las tropas sufre fuertes altibajos.

En su retirada de 1812 los franceses, a pesar de que según las reglas de la táctica deberían haberse defendido en unidades separadas, apretaron filas porque el estado anímico del ejército había decaído tanto que solo la masa lo

mantenía unido. Los rusos, al contrario, según las reglas de la táctica deberían haber atacado en masa, cuando en realidad se fraccionaron porque el estado anímico de sus hombres era tan alto que atacaron por su cuenta a los franceses sin necesidad de recibir órdenes ni de que los obligaran a exponerse a dificultades y peligros.

III

La llamada guerra de guerrillas se inició con la entrada del enemigo en Smolensk.

Antes de que este método de guerra fuera oficialmente aceptado por nuestro gobierno, miles de hombres del ejército enemigo —saqueadores rezagados, forrajeadores— ya habían sido eliminados por cosacos y campesinos, que los mataban tan instintivamente como los perros hacen pedazos a un perro callejero rabioso.

Denís Davydov[106], con su instinto ruso, fue el primero en comprender la importancia de esta arma terrible que, indiferente a las reglas del arte militar, destruyó a los franceses, y a él corresponde la gloria de haber dado el primer paso para regularizar este método de guerra.

El 24 de agosto se había organizado el primer destacamento de guerrilleros de Davydov y después habían empezado a formarse otros. Y, cuanto más avanzaba la campaña, más aumentaba el número de estos destacamentos.

Los guerrilleros destruían al Gran Ejército por partes. Recogían las hojas que se caían solas del árbol seco —el ejército francés—, y a veces lo sacudían. En octubre, cuando los franceses marchaban rápidamente hacia Smolensk, estos destacamentos, de distinta naturaleza y tamaño, se contaban por cientos. Algunos habían adoptado todos los métodos de un ejército regular, con su infantería, artillería, Estados Mayores y las comodidades de campaña; otros estaban formados únicamente por cosacos y miembros de la caballería; otros eran pequeños y estaban integrados por una mezcla de infantería y caballería, o de campesinos y terratenientes a los que nadie conocía. Un sacristán, jefe de uno de estos destacamentos, hizo centenares de prisioneros en un mes. Y una tal Vasilisa, mujer de un *stárosta*, mató a cientos de franceses.

La guerra de guerrillas tuvo su apogeo en los últimos días de octubre. Ya había pasado el primer período en que los guerrilleros, asombrándose de su

propia temeridad, tenían miedo de caer en cualquier momento en manos de los franceses o de verse acorralados, y se escondían en los bosques sin desensillar los caballos y desmontando rara vez, siempre en guardia por si los perseguían. En aquel momento este método de guerra ya se había definido y todos sabían lo que se podía hacer contra los franceses y lo que no. Solo los jefes de los destacamentos que, con sus Estados Mayores, guardaban la distancia con los franceses cumpliendo las reglas creían imposibles muchas cosas. En cambio, los pequeños guerrilleros, que llevaban ya mucho tiempo y seguían a los franceses de cerca, consideraban posible lo que los jefes de los destacamentos grandes ni se atrevían a imaginar. Por su parte, los cosacos y los campesinos, que se introducían entre los franceses, consideraban que todo era ya posible.

El 22 de octubre Denísov, jefe de un destacamento de la guerrilla, se encontraba con sus hombres en el apogeo del entusiasmo guerrillero. Llevaban en marcha desde buena mañana recorriendo los bosques que bordeaban la carretera principal, a la zaga de un gran convoy francés con enseres de la caballería y con prisioneros rusos. El convoy iba separado de las demás tropas y se dirigía a Smolensk con una fuerte escolta, como se había sabido gracias al cuerpo de exploradores y a los prisioneros. No solo Denísov y Dólojov (también jefe de un pequeño grupo de guerrilleros y que seguía de cerca a Denísov), sino también los jefes de los grandes destacamentos con sus Estados Mayores tenían conocimiento de la existencia del convoy. Y, como decía Denísov, a todos se les habían puesto los dientes largos. Dos de los jefes de estos destacamentos grandes —uno polaco y otro alemán— enviaron casi al mismo tiempo a Denísov una invitación para que se uniera a sus destacamentos con el objetivo de asaltar el convoy.

—No, amigo, ya soy *pegg'o* viejo —dijo Denísov al leer las propuestas.

Y escribió al alemán que, a pesar de que ardía en deseos de servir bajo el mando de tan audaz y célebre general, tenía que privarse de semejante placer porque ya se había comprometido con el general polaco. A este le escribió lo mismo, diciéndole que ya servía a las órdenes del alemán.

Habiendo resuelto así este asunto y sin informar al alto mando, Denísov se preparó para atacar el convoy y apoderarse de él en colaboración con Dólojov y su pequeño grupo. El 22 de octubre el convoy iba a desplazarse desde la aldea de Mikúlino hasta la de Shámshevo. Por el lado izquierdo del camino que separaba las dos aldeas se extendían grandes bosques que, en algunos puntos, llegaban hasta el borde mismo del camino y en otros se alejaban hasta una versta o más.

Denísov y sus hombres llevaban todo el día avanzando por estos bosques, a veces adentrándose y otras saliendo a sus linderos, sin perder de vista a los franceses. A primera hora de la mañana, no lejos de Mikúlino, en un lugar donde el bosque se acercaba al camino, los cosacos del grupo de Denísov habían asaltado dos furgones cargados de sillas de montar de la caballería que se habían quedado atascados en el barro. Desde este momento y hasta el atardecer el grupo estuvo siguiendo a los franceses sin atacarlos: había que dejarlos llegar tranquilamente hasta Shámshevo sin que se asustaran. El plan consistía en que se encontrarían con Dólojov en una caseta de vigilancia que había en el bosque, adonde este llegaría por la noche para celebrar una reunión (a una versta de Shámshevo); al despuntar el alba, caerían todos juntos como una avalancha y por ambos lados sobre los franceses, a los que matarían o capturarían de golpe.

Habían dejado a seis cosacos atrás —a dos verstas de Mikúlino, donde el bosque llegaba hasta el borde del camino— con la misión de avisarles en cuanto aparecieran nuevas columnas francesas.

Asimismo, Dólojov tenía que inspeccionar el camino de Shámshevo para averiguar a qué distancia estaban las otras tropas francesas. Se suponía que el convoy estaba formado por mil quinientos hombres. Denísov disponía de doscientos y Dólojov de una cantidad parecida. A Denísov la superioridad numérica del enemigo no lo detenía, pero necesitaba saber cómo eran exactamente las tropas con las que se iba a enfrentar, por lo que, para obtener esta información, había que capturar a una «lengua» (es decir, a un hombre de la columna enemiga). Como el asalto de la mañana a los furgones había sido tan precipitado, habían matado a todos los franceses y solo había quedado vivo el tambor, un muchacho que se había quedado rezagado y no les había podido dar ninguna información certera sobre la composición de las tropas de la columna.

Denísov creía que un nuevo ataque era peligroso porque podría alertar a toda la columna; por este motivo envió a Tijon el Mellado, un campesino de su grupo, hasta Shámshevo para que capturara, si era posible, a uno de los aposentadores franceses de la avanzada.

IV

El día era templado, lluvioso, otoñal. Tanto el cielo como el horizonte tenían el color del agua turbia. Tan pronto se extendía algo parecido a una neblina,

como caía una lluvia oblicua de gotas gruesas.

Denísov, con un capote de fieltro y un gorro de piel caucasianos que chorreaban, iba montado en un caballo de raza, flaco y de costados hundidos. Igual que el animal, que ladeaba la cabeza y bajaba las orejas, se encogía por la lluvia oblicua y miraba al frente con atención e inquietud. Su rostro demacrado, cubierto de una barba negra, corta y espesa, parecía enfadado.

A su lado iba un compañero, un capitán cosaco también con capote y gorro caucasianos, que montaba un caballo grande y bien alimentado del Don.

El tercer jinete era Lovaiski, otro capitán cosaco con la misma vestimenta; era larguirucho, plano como una tabla, rubio, con la tez muy blanca, unos ojillos claros y estrechos, y una expresión serena y satisfecha tanto en el rostro como en el porte. Aunque no se pudiera precisar en qué consistía la peculiaridad de este jinete y de su caballo, a simple vista quedaba claro que Denísov estaba incómodo y empapado, que era un hombre subido a un caballo, mientras que el capitán cosaco estaba tan cómodo y tranquilo como el que más, y no era un hombre subido a un caballo, sino una persona que forma un todo con el animal, un solo ser de fuerza redoblada.

Un poco más adelante iba el guía, un campesino con caftán gris y gorro blanco ovalado, calado hasta los huesos.

Y un poco más atrás, montado en un caballo kirguís flaco, fino, de cola y crines larguísimas y con los belfos ensangrentados, cabalgaba un joven oficial con un capote azul del ejército francés. Lo acompañaba un húsar que llevaba en la grupa de su caballo a un muchacho con un uniforme francés hecho jirones y un gorro ovalado de color azul. El muchacho se agarraba al húsar con las manos enrojecidas de frío, mientras movía sus pies descalzos para que entraran en calor y miraba sorprendido a los lados, con las cejas arqueadas. Era el tambor francés al que habían capturado por la mañana.

Detrás, en filas de tres o cuatro, avanzaban los húsares por el camino fangoso, estrecho y trillado del bosque; les seguían los cosacos, algunos con capotes de fieltro caucasianos, otros con capotes franceses y otros con gualdrapas encima de la cabeza. Los caballos, tanto los alazanes como los bayos, parecían negros por el agua de la lluvia, que caía a chorros. Sus cuellos parecían extrañamente delgados entre las crines empapadas. Despedían vaho del cuerpo. Tanto la ropa como las sillas y las riendas estaban igual de mojadas, viscosas y embarradas que la tierra y la hojarasca que cubrían el camino. Los jinetes montaban encogidos, procurando no moverse para calentar el agua que les empapaba el cuerpo y evitar que les entrara el agua fría que corría por debajo de sus sillas y rodillas y por detrás del cuello. En el

centro de la larga fila de cosacos, haciendo crujir los troncos y las ramas a su paso y chapoteando en las roderas llenas de agua del camino, avanzaban dos furgones tirados por caballos franceses y enganchados asimismo a las sillas de los cosacos.

Al rodear un charco, el caballo de Denísov se acercó demasiado al borde del camino y Denísov se golpeó la rodilla contra un árbol.

—¡Ah, diablos! —gritó con rabia, y, enseñando los dientes, golpeó tres veces al animal con un látigo, salpicándose a sí mismo y a sus compañeros de barro.

Estaba de mal humor por la lluvia, el hambre (llevaban todos sin probar bocado desde la mañana) y, sobre todo, porque no tenía noticias de Dólojov y aún no había vuelto el hombre que habían enviado a capturar a la «lengua».

«Difícilmente tendremos una oportunidad como la de hoy para atacar el convoy. Es demasiado peligroso hacerlo solos y, si lo aplazamos, cualquier otro destacamento grande de guerrilleros se hará con el botín en nuestras narices», pensaba, sin dejar de mirar al frente con la esperanza de ver al tan esperado enviado de Dólojov.

Al llegar a una vereda desde la que, a la derecha, la vista abarcaba una gran distancia, Denísov se detuvo.

—Viene alguien —dijo.

El capitán de cosacos echó un vistazo hacia donde le indicaba.

—Son dos, un oficial y un cosaco. Pero es poco *factible* que sea el teniente coronel en persona —dijo el capitán, a quien le gustaba emplear palabras desconocidas para los cosacos.

Al bajar por una cuesta los jinetes que se aproximaban se perdieron de la vista y volvieron a aparecer al cabo de unos minutos. Al frente galopaba un oficial de pelo revuelto, calado hasta los huesos y con los pantalones recogidos por encima de las rodillas, e iba fustigando a su cansado caballo. Lo seguía a trote un cosaco, de pie sobre los estribos. El oficial, un muchacho muy joven de cara ancha y colorada, ojos vivos y alegres, se acercó a Denísov y le entregó un sobre mojado.

—De parte del general —dijo—. Perdone, no está demasiado seco…

Denísov, con el ceño fruncido, cogió el sobre y lo abrió.

—No hacían más que decir que era peligroso, muy peligroso —decía el oficial, volviéndose hacia el capitán mientras Denísov leía el mensaje que había en el sobre que le acababa de entregar—. Pero Komarov —señaló al cosaco— y yo íbamos preparados. Llevamos cada uno dos pisto… Y ¿este

quién es? —preguntó, al ver al tambor francés—. ¿Un prisionero? ¿Ya han entrado en combate? ¿Puedo hablar con él?

—*¡G'ostov!* ¡Petia! —gritó en ese momento Denísov, que había terminado de leer el mensaje—. *Peg'o ¿pog'* qué no me has dicho que *eg'as* tú?

Y, volviéndose hacia él con una sonrisa, le tendió la mano.

El oficial era, efectivamente, Petia Rostov.

Se había pasado todo el camino preparando cómo se comportaría frente a Denísov, tal y como correspondía a un adulto, a un oficial, sin hacer mención al hecho de que se conocían. Pero, en cuanto Denísov sonrió, a Petia se le iluminó el rostro, enrojeció de alegría y, olvidando el tono oficial que había planeado, se puso a contarle a su amigo cómo había pasado justo al lado de los franceses, lo contento que estaba de que le hubieran encargado semejante misión y que ya había participado en la batalla de Viazma, en la que cierto húsar se había distinguido.

—Bueno, me *aleg'o* mucho de *veg'te* —lo interrumpió Denísov, y su rostro adoptó de nuevo una expresión preocupada—. Mijaíl Feoklítych —se volvió hacia el capitán de cosacos—: es *otg'a* vez el alemán. Él está bajo su mando.

Y le explicó lo que decía el mensaje: el general alemán le volvía a insistir en que se unieran para atacar el convoy.

—Si no lo asaltamos mañana, nos lo *quitag'án* delante de *nuestg'as nag'ices* —concluyó.

Mientras Denísov hablaba con el capitán, Petia, confuso por el tono frío de su amigo y creyendo que la razón de la frialdad era su manera de llevar los pantalones, se los arregló por debajo del capote para que nadie pudiera ver que los tenía remangados, en un intento de ofrecer el aspecto más marcial posible.

—¿Tiene alguna orden, señor? —le preguntó a Denísov, llevándose una mano a la visera y volviendo a adoptar el papel de ayudante del general que se había preparado—. O ¿debo quedarme a sus órdenes?

—¿Alguna *og'den*?… —dijo Denísov pensativamente—. ¿Puedes *quedag'te* hasta mañana?

—¡Ah, por favor!… ¿Puedo quedarme bajo su mando? —exclamó Petia.

—¿Qué te *og'denó* exactamente el *geneg'al*? ¿Que *volvieg'as* de inmediato? —le preguntó Denísov.

Petia se ruborizó.

—No me ordenó nada en concreto. Creo que puedo quedarme —dijo con tono interrogativo.

—Bueno, está bien —dijo Denísov.

Y, volviéndose hacia sus subordinados, dio instrucciones para que el destacamento se dirigiera a la caseta de vigilancia del bosque donde habían acordado descansar; después le ordenó al oficial que montaba el caballo kirguís (hacía la función de ayudante de campo) que saliera a buscar Dólojov y se enterara de dónde estaba y de si llegaría por la noche. Entretanto, él, acompañado del capitán y de Petia, iría al lindero del bosque que daba a Shámshevo para estudiar el terreno que ocupaban los franceses, donde al día siguiente se produciría el ataque.

—¡Venga, *bag'budo*! —le dijo al campesino que hacía de guía—. Llévanos a Shámshevo.

Denísov, Petia y el capitán, con varios cosacos y el húsar que llevaba al prisionero, torcieron a la izquierda, cruzaron una hondonada y partieron rumbo al lindero del bosque.

V

La lluvia había cesado, solo descendía la bruma y caían gotas de las ramas de los árboles. Denísov, el capitán de cosacos y Petia seguían en silencio al campesino del gorro ovalado, que los conducía hacia el lindero del bosque pisando con sus *lapti* suavemente y sin hacer ruido las raíces y la hojarasca mojada.

Al llegar a una elevación el campesino se detuvo, echó un vistazo y se encaminó hacia un grupo poco espeso de árboles. Se detuvo a los pies de un gran roble que aún conservaba las hojas y llamó a sus compañeros con una misteriosa señal con la mano.

Denísov y Petia se le acercaron. Desde el lugar donde se había detenido se veía a los franceses. Justo detrás del bosque, en la ladera de un pequeño cerro, había un campo para la siembra de la primavera. A la derecha, al otro lado de un abrupto barranco, se veía una pequeña aldea y una casita señorial con el techo desmoronado. Entre la bruma ondulante, a una distancia no mayor de doscientos *sazhén*, se distinguía una multitud de hombres por todo el cerro, en la pequeña aldea, en la casa señorial, en el jardín, junto a los pozos y el estanque, y a lo largo del camino que subía desde el puente hasta la aldea. Se

oían claramente sus voces no rusas para azuzar a los caballos que tiraban cuesta arriba de los carros, y cómo se llamaban unos a otros.

—*Tg'aedme* al *pg'sioneg'o* —dijo Denísov en voz baja, sin dejar de mirar a los franceses.

El cosaco desmontó, bajó al muchacho del caballo y lo llevó ante Denísov, que, señalando a los franceses, le preguntó qué tropas eran unas y otras. El muchacho, con las manos heladas metidas en los bolsillos, arqueó las cejas y lo miró asustado; a pesar de sus ganas evidentes de contar todo lo que sabía, se embrolló en las respuestas y se limitó a asentir a todo lo que le preguntaba. Denísov le dio la espalda con el ceño fruncido y le expuso sus ideas al capitán cosaco.

Petia, volviendo rápidamente la cabeza, miraba tan pronto al tambor como a Denísov, al capitán de cosacos y a los franceses de la aldea y del camino, tratando de no perderse nada importante.

—¡Venga o no venga Dólojov, tenemos que *atacag'*!… ¿Eh? —dijo Denísov con un brillo alegre en los ojos.

—El lugar es idóneo —opinó el capitán de cosacos.

—*Enviag'emos* a la *infanteg'ía pog'* abajo, *pog'* los pantanos —continuó Denísov—: *llegag'án* a *g'astg'as* hasta el *jag'dín*; usted *saldg'á* desde allí con sus cosacos —señaló el bosque que había detrás de la aldea—, y yo desde aquí con mis *húsag'es*. Y a la señal del *dispag'o*…

—Por la hondonada no se podrá pasar: es un lodazal y los caballos se quedarían atrapados —opinó el capitán—. Habrá que dar un rodeo por la izquierda…

Mientras hablaban a media voz, abajo, en la hondonada que había cerca del estanque, sonó un disparo y después otro, y a continuación apareció una nubecilla de humo; entonces se oyó un grito como de alegría de cientos de franceses desde la ladera. En un primer momento, Denísov y el capitán de cosacos se echaron atrás: estaban tan cerca que les parecía que eran ellos el objeto de los disparos y los gritos. Pero no tenían nada que ver con ellos. Abajo, en la zona de los pantanos, corría un hombre con una prenda roja. Era evidente que los franceses le disparaban y le gritaban a él.

—Pero ¡si es nuestro Tijon! —exclamó el capitán.

—¡Sí! ¡Es él!

—¡El muy *g'anuja*! —dijo Denísov.

—¡Va a escapar! —dijo el capitán entornando los ojos.

El hombre al que llamaban Tijon alcanzó a todo correr un riachuelo y se zambulló con tanta fuerza que salpicó una gran cantidad de agua y, tras

desaparecer un instante, salió a gatas completamente negro por el agua y continuó corriendo. Los franceses que lo perseguían se detuvieron.

—¡Qué apañado! —dijo el capitán.

—¡Es un animal! —exclamó Denísov con irritación—. ¿Qué *habg'á* estado haciendo hasta *ahog'a*?

—¿Quién es? —preguntó Petia.

—Es *nuestg'o g'astg'eadog'* cosaco. Lo envié *pag'a* que *captug'ase* una «lengua».

—¡Ah, sí! —dijo Petia ante las primeras palabras de Denísov, asintiendo con la cabeza como si lo hubiera entendido todo, cuando no había entendido ni una sola palabra.

Tijon el Mellado era uno de los hombres más necesarios del destacamento. Era un campesino de la aldea de Pokróvskoie, cercana al río Gzhat. Cuando hacía ya tiempo, al principio de las operaciones, Denísov había llegado a Pokróvskoie, llamó al *stárosta* —como siempre hacía al entrar en una aldea— y le preguntó qué noticias tenía de los franceses. El *stárosta*, como habría hecho cualquier jefe de una aldea, le respondió, como a la defensiva, que no sabía ni había visto nada. Pero cuando Denísov le explicó que quería atacar a los franceses y le preguntó si había pasado alguno por allí, el *stárosta* le dijo que estaba convencido de que, efectivamente, había «mirodeadores», pero que la única persona en ocuparse de ellos era Tishka[107] el Mellado. Denísov hizo llamar a Tijon y, después de elogiarlo en presencia del *stárosta* por sus acciones, le dijo algunas palabras sobre la fidelidad al zar y a la patria y el odio a los franceses que debería sentir cualquier hijo de la patria.

—Nosotros a los franceses no les hacemos ningún mal —dijo Tijon, que parecía intimidado por las palabras de Denísov—. Los muchachos y yo nos hemos divertido un poco con ellos, nada más. Habremos matado a unas decenas de «mirodeadores», pero no hemos hecho nada malo…

Al día siguiente, cuando Denísov se marchó de Pokróvskoie sin acordarse ya de este campesino, le informaron de que se había unido al destacamento después de rogar que lo admitieran en él. Denísov ordenó que le permitieran quedarse.

Al principio Tijon se ocupaba de tareas pesadas, como preparar las hogueras, acarrear el agua, desollar caballos, etcétera, pero pronto mostró gran disposición y aptitud para la guerra de guerrillas. Por las noches salía en busca de una presa y siempre volvía con alguna prenda o arma francesa y, cuando se lo ordenaban, traía también prisioneros. Denísov lo liberó de todas

las tareas, empezó a llevárselo cuando salía de reconocimiento y finalmente lo incluyó en el cuerpo de cosacos.

A Tijon no le gustaba montar a caballo e iba siempre a pie, pero jamás se quedaba rezagado de la caballería. Sus armas consistían en un mosquetón, que llevaba más que nada como una broma, una pica y un hacha, que manejaba tan bien como un lobo sus dientes, que tanto le valen para quitarse una pulga del pelo como para roer huesos grandes. Tijon partía los troncos con la misma precisión que, sujetando el hacha por la cabeza, tallaba finas estacas y cucharas. En el destacamento de Denísov ocupaba un puesto especial y exclusivo. Cuando había que hacer algo particularmente difícil y desagradable —empujar con el hombro un carro atascado en el barro, sacar a un caballo por la cola de una ciénaga, recorrer cincuenta verstas en un día—, todos señalaban a Tijon entre risas.

—¿Qué le va a pasar a este diablo? ¡Si es más fuerte que un potro! —decían.

Una vez Tijon capturó a un francés y este le disparó con una pistola en la parte blanda de la espalda. La herida, que el campesino se curó interna y externamente solo con vodka, era objeto de las bromas más alegres del destacamento, y él se prestaba a ellas encantado.

—¿Qué? Nunca más, ¿eh, hermano? ¡Te dejó bien encorvado! —se reían los cosacos.

Y Tijon, encorvándose adrede, haciendo muecas y fingiendo estar enfadado, soltaba contra los franceses los improperios más graciosos. El único efecto que tuvo en él el incidente del disparo fue que, a partir de entonces, raramente traía prisioneros.

Era el hombre más útil y audaz del destacamento. Nadie descubría más oportunidades de atacar, nadie capturaba ni mataba a más franceses, y por este motivo era el bufón de todos los cosacos y húsares, papel al que él se prestaba gustosamente. Denísov lo había enviado por la noche a Shámshevo para que capturara una «lengua». Pero, ya fuera porque no se había contentado con capturar a un solo francés o porque se había quedado dormido, el caso es que se había metido entre unos arbustos en mitad de los franceses a plena luz del día y lo habían descubierto, como Denísov había podido ver desde lo alto.

VI

Después de hablar un poco más con el capitán de cosacos sobre el ataque del día siguiente, que había decidido acometer definitivamente al ver tan cerca a los franceses, Denísov hizo girar al caballo y emprendió el camino de vuelta.

—Bueno, amigo mío, *ahog'a* vamos a *secag'nos* —le dijo a Petia.

Cuando estaban llegando a la caseta de vigilancia del bosque, Denísov se detuvo y centró la mirada en un punto: entre los árboles andaba con paso ligero y rápido un hombre de piernas largas, brazos también largos y balanceantes que vestía una chaqueta corta, *lapti* y un sombrero de Kazán; llevaba un fusil en bandolera y un hacha en el cinto. Al ver a Denísov, el hombre tiró precipitadamente algo entre los arbustos y, quitándose el sombrero mojado y con las alas caídas, se acercó a su jefe. Era Tijon. Su cara arrugada y picada de viruelas, de ojos pequeños y estrechos, irradiaba alegría y satisfacción. Irguió mucho la cabeza y, como reprimiendo la risa, clavó los ojos en Denísov.

—¿Qué? ¿Dónde te habías metido? —le preguntó este.

—¿Dónde me había metido? Buscando franceses —respondió Tijon rápida y audazmente, con su voz de bajo, ronca pero cantarina.

—*¿Pog'* qué te has metido *entg'e* ellos a plena luz del día? ¡Animal! Y *¿pog'* qué no has *captug'ado* a ninguno?…

—Lo que se dice capturar, sí he capturado… —respondió Tijon.

—Y ¿dónde está?

—Lo he pillado rápido, cuando aún no había amanecido —continuó Tijon, separando sus pies planos calzados con *lapti*—, y me lo he llevado al bosque. Pero, al ver que no me servía, he pensado: «Iré a buscar a otro que sea mejor».

—¡Este es un golfo, eso es lo que es! —exclamó Denísov, volviéndose hacia el capitán de cosacos—. Y *¿pog'* qué no has *tg'aído* al *pg'imeg'o?*

—Pero ¿para qué iba a cargar con él si no me servía para nada? —le interrumpió Tijon rápidamente y con gesto airado—. ¿Acaso no sé perfectamente cómo son los que usted necesita?

—¡Bestia!… Bueno, ¿y?…

—Pues fui a por otro —continuó Tijon—, me arrastré hasta el bosque y me tumbé en el suelo así, de esta manera. —De pronto, se echó sobre la barriga con gran flexibilidad, reproduciendo cómo lo había hecho—. Apareció uno y lo agarré así. —Dio un salto rápido y ágil—. «Vamos a ver al coronel», le dije. Pero empezó a chillar y al instante vinieron cuatro más y se lanzaron sobre mí con sus espaditas. Entonces yo hice así con el hacha y les

dije: «¡Venga, que Cristo os proteja!» —gritó, sacando pecho, frunciendo amenazadoramente el ceño y sin dejar de agitar los brazos.

—Ya hemos visto desde arriba cómo salías pitando a través de los charcos… —dijo el capitán de cosacos con ojos sonrientes y brillantes.

Petia tenía muchas ganas de echarse reír, pero se daba cuenta de que todos se contenían. Su mirada pasaba rápidamente del rostro de Tijon al del capitán y al de Denísov, pero no acababa de entender lo que ocurría.

—¡Deja de *haceg'te* el tonto! —dijo Denísov, tosiendo enfadado—. *¿Pog'* qué no has *tg'aído* al *pg'imeg'o?*

Tijon se rascó la espalda con una mano y la cabeza con la otra y, de pronto, su rostro entero se transformó con una sonrisa radiante y estúpida que dejaba al descubierto que le faltaba un diente (por eso lo llamaban «el Mellado»). Denísov esbozó una sonrisa y Petia estalló en una alegre carcajada a la que se unió el propio Tijon.

—Si es que no valía para nada —se excusó el campesino—. La ropa que llevaba era mala, ¿qué iba a hacer con él? Y ¡era un grosero, señor! Va y me dice: «Soy hijo de un general, no pienso ir».

—¡*Eg'es* un animal! —dijo Denísov—. Lo *habg'ía integg'ogado*…

—Ya lo hice yo —replicó Tijon—. Dijo que no sabía demasiado; que, aunque son muchos, sus condiciones son lamentables, que de ejército solo les queda el nombre; que un simple grito nos bastará para capturarlos a todos —concluyó, mirando a Denísov a los ojos con alegría y decisión.

—¡Te voy a *dag'* cien latigazos, ya *veg'emos* si sigues haciéndote el tonto! —exclamó Denísov severamente.

—Pero ¿por qué se enfada? —dijo Tijon—. ¡Como si no conociera yo a sus franceses! Espere a que oscurezca y le traeré hasta tres si quiere.

—Bueno, vamos —dijo Denísov.

Y, hasta que llegaron a la caseta de vigilancia, estuvo callado, con gesto enojado y el ceño fruncido.

Tijon les seguía a pie y Petia pudo oír cómo el campesino bromeaba con los cosacos, que se reían de él por unas botas que había tirado entre los matorrales.

Cuando a Petia se le pasó el ataque de risa por las palabras y la sonrisa de Tijon, comprendió que este había matado a un hombre y se sintió incómodo; cuando se volvió para mirar al tambor prisionero, notó una punzada en el corazón. Pero la incomodidad fue muy fugaz y enseguida, para ser digno del grupo de hombres entre los que estaba, le pareció necesario erguir mucho la

cabeza, envalentonarse y hacer preguntas con aires de importancia al capitán de cosacos sobre el ataque del día siguiente.

El oficial al que habían enviado en busca de Dólojov los recibió en el camino y les informó de que este llegaría enseguida y de que, por su parte, todo marchaba bien.

Denísov, de pronto muy contento, llamó a Petia y le dijo:

—Bueno, y *ahog'a* cuéntame cómo te va la vida.

VII

Al salir de Moscú, donde dejó a su familia, Petia se había incorporado a su regimiento y, poco después, había sido nombrado ordenanza de un general que dirigía un gran destacamento. Desde que lo habían ascendido a oficial y, sobre todo, desde su ingreso en el ejército activo, con el que había participado en la batalla de Viazma, se hallaba en un estado continuo de alegre excitación y felicidad por ser mayor, de entusiasmo y precipitación por miedo a perderse la menor oportunidad de hacer algo verdaderamente heroico. Le hacía muy feliz todo lo que veía y experimentaba en el ejército, pero, al mismo tiempo, tenía la impresión de que lo más auténtico y más heroico ocurría siempre donde no estaba él. Y se apresuraba en llegar a cualquier parte donde no estuviera.

Cuando el 21 de octubre el general expresó su deseo de enviar a alguien al destacamento de Denísov, Petia le había implorado de tal modo que lo mandara a él que el general no pudo negárselo. No obstante, al recordar el comportamiento del joven en la batalla de Viazma (en vez de ir por el camino que le habían ordenado, había cabalgado por la primera línea, bajo el fuego enemigo, y había disparado dos veces con la pistola), el general le prohibió expresamente participar en ninguna acción de Denísov. Este era el motivo por el que Petia había enrojecido y se había turbado cuando Denísov le había preguntado si podía quedarse. Hasta llegar al lindero del bosque, la intención de Petia había sido cumplir escrupulosamente con su deber y volver de inmediato. Pero, al ver a los franceses y a Tijon, y al enterarse de que el grupo iba a atacar por la noche, decidió con la rapidez con que los jóvenes cambian de parecer que su general era un inútil, un alemán (hasta ese momento lo había admirado), que Denísov, el capitán de cosacos y Tijon eran héroes, y que sería vergonzoso abandonarlos en un momento tan importante.

Ya oscurecía cuando Denísov, Petia y el capitán de cosacos llegaban a la caseta de vigilancia. En la penumbra se veían caballos ensillados, cosacos, húsares que montaban rústicos refugios en un claro y encendían hogueras rojizas en un barranco del bosque para que los franceses no vieran el humo. En el zaguán de la caseta un cosaco con la camisa remangada partía un cordero. Dentro había tres oficiales del grupo de Denísov colocando una puerta que hacía la función de mesa. En cuanto Petia se quitó la ropa mojada y se la dio a alguien para que se secara, los ayudó con los preparativos de la cena.

Al cabo de diez minutos la mesa ya estaba lista y cubierta con un pequeño mantel; encima había vodka, un frasco de ron, pan blanco y cordero asado con sal.

Sentado en compañía de los oficiales y partiendo el aceitoso y fragante cordero con las manos, por las que le chorreaba la grasa, Petia se encontraba en un estado de tierna e infantil exaltación amorosa por todos aquellos hombres, convencido, a su vez, de que ellos sentían lo mismo por él.

—Entonces, ¿qué le parece, Vasili Fiódorovich?[108] —le preguntó a Denísov—. ¿No le molesta que me quede un día con ustedes? —Y, sin esperar a que le respondiera, se contestó solo—: Las órdenes eran que recabara información, y eso es justamente lo que voy a hacer… Pero déjeme ir a lo más… importante… No quiero condecoraciones, solo quiero…

Apretó los dientes y miró a los lados, irguiendo mucho la cabeza y haciendo un gesto con la mano.

—*Ig’* a lo más *impog’tante*… —repitió Denísov con una sonrisa.

—Y le ruego, por favor, que me ponga al mando de un pequeño destacamento para poder dirigirlo —continuó Petia—. ¿Qué le cuesta? Ah, ¿necesita una navaja? —se dirigió a un oficial que quería cortar el cordero. Y le dio su navaja plegable, que el oficial elogió—. ¡Quédesela, por favor! Tengo muchas como esta… —dijo, enrojeciendo—. ¡Ay, santo cielo! ¡Lo había olvidado! Tengo unas pasas buenísimas, ¿saben? De las que no tienen pepitas. En nuestro regimiento hay un cantinero nuevo que tiene unas cosas maravillosas. Le compré diez libras. Tengo la costumbre de comer siempre algo dulce. ¿Quieren? —Corrió hacia el zaguán en busca de su cosaco y volvió con un zurrón con cinco libras de pasas—. ¡Coman, señores, coman! ¿No necesitan una cafetera? —le preguntó al capitán de cosacos—. ¡Le compré una fabulosa a nuestro cantinero! Tiene cosas maravillosas y es muy honrado. Eso es lo más importante. Se la enviaré sin falta. ¿Tal vez se le hayan desgastado también los pedernales? Porque es algo que suele pasar. Yo

he traído, aquí llevo… —señaló el zurrón— un centenar. Los compré muy baratos. Cojan todos los que necesiten, por favor; o si quieren, todos…

Y, de pronto, temiendo haber exagerado más de la cuenta, dejó de hablar, sonrojado. Se quedó pensando si no habría hecho alguna tontería más, y, repasando los acontecimientos de la jornada, su pensamiento se detuvo en el tambor francés.

«Nosotros estamos aquí la mar de bien, pero… ¿y él? ¿Dónde lo habrán metido? ¿Le habrán dado de comer? ¿Lo habrán tratado mal? —pensó. Pero, dándose cuenta de que había exagerado con los pedernales, temió hablar más —. Y ¿si pregunto por él? Aunque dirán que soy un niño que siente lástima de otro niño. Pero ¡ya les demostraré yo mañana lo niño que soy! ¿Resultará vergonzoso si pregunto por él? ¡Bueno, qué más da!»

Y, enrojeciendo de nuevo, mirando temeroso a los oficiales por si encontraba algún indicio de burla en sus rostros, dijo:

—¿Puedo llamar al muchacho prisionero? Para darle algo de comer… Quizá…

—Sí, *pobg'e* chiquillo —dijo Denísov, al parecer sin encontrar nada vergonzoso en la pregunta—. Que lo llamen. Se llama Vincent Bosse. Que lo llamen.

—Ya lo llamo yo —dijo Petia.

—¡Llámalo, llámalo! *Pobg'e* chiquillo —repitió Denísov.

Petia, que ya estaba en la puerta cuando Denísov decía estas últimas palabras, dio media vuelta y, colándose entre los oficiales, se acercó a él.

—Déjeme darle un beso, amigo mío —le dijo—. ¡Ah, qué bien! ¡Qué contento estoy!

Y, después de besar a Denísov, salió corriendo.

—¡Bosse! ¡Vincent! —gritó desde la puerta.

—¿Por quién pregunta, señor? —se oyó una voz en la oscuridad.

Petia le dijo que buscaba al muchacho francés al que habían capturado aquel mismo día.

—¡Ah! ¿Vesenni? —preguntó el cosaco.

Los cosacos habían transformado el nombre Vicent en Vesenni, y los campesinos y los húsares, en Visenia. En ambos casos esta referencia a la primavera[109] casaba perfectamente con la extrema juventud del muchacho.

—Está ahí, calentándose en la hoguera. ¡Ey, Visenia! ¡Visenia! ¡Vesenni! —Se oyeron varias voces en la oscuridad mezcladas con risas.

—Es un chaval muy despierto —dijo un húsar que estaba cerca de Petia —. Hace poco le hemos dado de comer. ¡Estaba muerto de hambre!

En la oscuridad se oyeron unos pies descalzos que avanzaban por el barro; era el tambor, que se acercaba a la puerta.

—*Ah, c'est vous!* —exclamó Petia—. *Voulez-vous manger? N'ayez pas peur, on ne vous fera pas de mal* —añadió con timidez, rozándole cariñosamente un brazo—. *Entrez, entrez.*[110]

—*Merci, monsieur* —respondió el tambor con la voz temblorosa, casi de niño, y se limpió los pies sucios en el umbral.

Petia tenía ganas de decirle muchas cosas, pero no se atrevía. En el zaguán, moviendo nerviosamente los pies, le cogió de la mano en la oscuridad y se la estrechó.

—*Entrez, entrez* —repitió en un dulce susurro.

«¡Ah! ¿Qué podría hacer por él?», se dijo, y, abriendo la puerta, lo dejó entrar primero.

Cuando el tambor entró en la caseta, Petia se sentó lejos de él porque le parecía humillante prestarle atención. Sin embargo, estuvo todo el tiempo palpando el dinero que llevaba en el bolsillo, preguntándose si sería vergonzoso dárselo.

VIII

Después del tambor, al que por orden de Denísov sirvieron vodka y cordero y vistieron con un caftán ruso con la idea de no enviarlo de nuevo con los prisioneros y de retenerlo en el destacamento, la atención de Petia fue absorbida por la llegada de Dólojov. Petia había oído muchas historias en el ejército sobre su extraordinaria intrepidez y crueldad con los franceses, por lo que, desde su entrada en la caseta, no apartó los ojos de él, se hizo el valiente e irguió la cabeza cada vez más para no desmerecer la compañía de un hombre así.

El aspecto de Dólojov le sorprendió extrañamente por su sencillez.

Denísov vestía *chekmén*[111], llevaba barba y una imagen de san Nicolás de Bari en el pecho y, tanto en la forma de hablar como en los modales, manifestaba la singularidad de su posición. En cambio, Dólojov, aunque en otro tiempo hubiera llevado trajes persas en Moscú, ahora parecía un oficial de la Guardia de lo más remilgado. Llevaba la cara bien afeitada, vestía una levita acolchada de la Guardia con la cruz de San Jorge en el ojal y una gorra sencilla muy recta. Dejó el capote caucásico mojado en una esquina y, acercándose a Denísov y sin saludar a nadie, se puso de inmediato a

interrogarle sobre el ataque. Denísov le habló de las intenciones de los destacamentos grandes con respecto al convoy, del mensaje que había traído Petia y de la respuesta que había dado a los dos generales. Después le contó todo lo que sabía de la posición del destacamento francés.

—Bien, pero hay que saber qué clase de tropas son y cuál es su número —dijo Dólojov—. Habrá que ir a averiguarlo. Sin estar seguros de cuántos son, no podemos lanzarnos al ataque. Me gusta hacer las cosas bien. ¿No quiere alguno de ustedes, señores, acompañarme al campamento enemigo? He traído un uniforme francés de más.

—¡Yo! ¡Yo!… ¡Yo lo acompaño! —gritó Petia.

—No hay ninguna necesidad de que vayas —dijo Denísov, y a continuación se dirigió a Dólojov—. No se lo voy a *peg'mitig' pog'* nada del mundo.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Petia—. Y ¿por qué no puedo ir?…

—*Pog'que* no hay ninguna necesidad.

—Discúlpeme, pero… pero… ¡Voy a ir, y se acabó! ¿Me llevará usted? —preguntó Petia, volviéndose hacia Dólojov.

—¿Por qué no?… —le respondió este distraídamente, mirando a la cara al tambor francés—. ¿Hace mucho que tienes a este rufián? —le preguntó a Denísov.

—Lo hemos *captug'ado* hoy, *peg'o* no sabe nada. Lo tengo aquí conmigo.

—Y ¿dónde metes a los demás? —dijo Dólojov.

—¿Cómo que dónde? ¡Los envío *contg'a g'ecibo*! —exclamó Denísov, enrojeciendo de pronto—. Y puedo *decig'* sin miedo que *sobg'e* mi conciencia no pesa ninguna *mueg'te*. ¿Acaso te *pag'ece* difícil *enviag'* a *tg'einta* o *tg'escientos hombg'es* escoltados en vez de (lo *dig'é abieg'tamente*) *manchag'* tu *honog'* de soldado?

—No está mal que un condecito de dieciséis años como este diga semejantes finezas —replicó Dólojov con una sonrisa fría—, pero ya va siendo hora de que tú dejes de decirlas.

—Yo no he dicho nada, solo digo que iré con usted sin falta —intervino tímidamente Petia.

—Ya es hora de que tú y yo, hermano, nos dejemos de finezas —continuó Dólojov, como si encontrara un placer especial en hablar de este tema que irritaba a Denísov—. ¿Por qué lo tienes aquí? —dijo, haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Porque te da pena? Ya sabemos cómo son tus envíos: mandas a cien hombres y solo llegan treinta. Se mueren de hambre por el camino o los matan. Entonces, ¿qué más da hacer prisioneros o no?

El capitán de cosacos, entornando sus ojos claros, asentía con la cabeza en señal de aprobación.

—Da igual, no hay nada que *discutig’ sobg’e* esto. Lo que no *quieg’o* es *teneg’* algo *sobg’e* mi conciencia. Dices que *mog’ig’án*. Pues que así sea, *peg’o* no *pog’* mi culpa.

Dólojov se echó a reír.

—¿Es que a ellos no les han dado veinte veces la orden de capturarme? Y si nos atrapan a mí o a ti, con toda tu caballerosidad, nos colgarán igualmente de un árbol. —Se quedó callado—. Pero vayamos a lo importante. ¡Que venga mi cosaco con el fardo! Tengo dos uniformes franceses. ¿Qué? ¿Vienes conmigo? —le preguntó a Petia.

—¿Yo? ¡Sí, sí, claro que sí! —gritó el muchacho, enrojeciendo y a punto de que le saltaran las lágrimas, y miró a Denísov.

Mientras Dólojov y Denísov volvían a discutir sobre qué había que hacer con los prisioneros, Petia se sintió incómodo y apurado, pero de nuevo se veía incapaz de comprender claramente de lo que hablaban. «Si hombres adultos y tan importantes piensan así, significa que así debe ser, que es lo hay que hacer —se decía—. Pero lo más importante es que Denísov no crea que lo obedezco y que puede darme órdenes. Acompañaré a Dólojov al campamento francés cueste lo que cueste. ¡Si él puede, yo también!»

Por mucho que Denísov trató de disuadirlo, Petia respondió que también él tenía la costumbre de hacer las cosas bien y no al tuntún, y que jamás pensaba en los peligros a los que se exponía.

—Porque convendrá conmigo en que, si no sabemos el número exacto de franceses, pondremos en peligro la vida de cientos de hombres, mientras que nosotros solo somos dos —dijo—. Además, tengo muchas ganas de ir y voy a ir pase lo que pase, ¡vaya si iré! No podrá usted detenerme, sería peor…

IX

Después de ponerse los capotes y chacós franceses Petia y Dólojov se dirigieron rumbo a la vereda desde la que Denísov había inspeccionado el campamento francés; al salir del bosque en la más completa oscuridad, bajaron a la hondonada. Una vez ahí, Dólojov ordenó a los cosacos que le acompañaban que esperaran y se dirigió al trote hacia el camino que conducía al puente. Petia, petrificado por los nervios, iba a su lado.

—Si nos capturan, no pienso entregarme vivo, tengo una pistola —susurró el joven.

—No hables en ruso —se apresuró a decir Dólojov, también en un susurro.

Justo en este instante se oyó en la oscuridad una voz que decía: «*Qui vive?*»[112] y el ruido de un fusil.

Petia, con el rostro convulsionado, se llevó una mano a la pistola.

—*Lanciers du sixième*[113] —respondió Dólojov, sin disminuir ni aumentar la velocidad del caballo.

En el puente se vislumbraba la silueta negra de un centinela.

—*Mot d'ordre?*[114]

Dólojov tiró de las riendas del caballo, que se puso al paso.

—*Dites donc, le colonel Gérard est ici?*[115] —preguntó.

—*Mot d'ordre!* —insistió el centinela, sin responderle y cortándole el paso.

—*Quand un officier fait sa ronde, les sentinelles ne demandent pas le mot d'ordre…* —gritó Dólojov, súbitamente encolerizado, echando a su caballo sobre el centinela—. *Je vous demande si le colonel est ici?*[116]

Y, sin esperar la respuesta del francés, que se hizo a un lado, siguió cuesta arriba al paso.

Al ver la sombra de un hombre que cruzaba el camino, Dólojov lo paró para preguntarle dónde estaban el jefe y los oficiales. El hombre, un soldado que cargaba un saco al hombro, se detuvo, se acercó mucho al caballo y, acariciándolo con la mano, le dijo con sencillez y cordialidad que estaban más arriba, en el lado derecho de la colina, en el patio de la granja (así era como llamaba a la casa señorial).

Habiendo recorrido el camino, a cuyos lados se oían las conversaciones de los franceses junto a las hogueras, Dólojov torció hacia el patio de la casa señorial. Después de cruzar la puerta cochera, desmontó y se acercó a una hoguera de grandes llamas rodeada por varios hombres sentados que charlaban ruidosamente. En una esquina había un caldero donde cocía algo que un soldado con gorro ovalado y capote azul revolvía de rodillas, con el rostro vivamente iluminado por el fuego.

—*Oh, c'est un dur à cuire*[117] —decía desde el otro lado de la hoguera uno de los oficiales sentados en la oscuridad.

—*Il les fera marcher les lapins…*[118] —replicaba otro, riendo.

Al oír los pasos de Dólojov y de Petia, que se acercaban con sus caballos, escudriñaron en la oscuridad y se callaron.

—*Bonjour, messieurs!* —saludó Dólojov, con voz clara y fuerte.

Los oficiales se agitaron en la penumbra, y uno de ellos, alto y de cuello largo, se le acercó dando un rodeo a la hoguera.

—*C'est vous, Clément?* —dijo—. *D'où, diable…*[119]

Pero, al ver que se había confundido de persona, no terminó la frase y lo saludó como a un desconocido, con el ceño ligeramente fruncido, y le preguntó en qué podía ayudarle. Dólojov le explicó que su compañero y él buscaban su regimiento y, volviéndose hacia todos, preguntó si alguien sabía algo del sexto regimiento. Nadie sabía nada. Petia tuvo la sensación de que los oficiales empezaban a mirarlos con hostilidad y suspicacia. Hubo un silencio que se alargó varios segundos.

—*Si vous comptez sur la soupe du soir, vous venez trop tard*[120] —dijo desde el otro lado de la hoguera una voz, conteniendo la risa.

Dólojov respondió que ya habían cenado y tenían que seguir su camino esa misma noche. Después de poner los caballos en manos del soldado que había estado removiendo el caldero, se sentó en cuclillas junto al fuego, cerca del oficial de cuello largo. Este, que lo seguía mirando, le volvió a preguntar sin quitarle los ojos de encima de qué regimiento era. Dólojov no le respondió, como si no lo hubiera oído, y, encendiéndose una pipa francesa que se sacó del bolsillo, preguntó a los oficiales hasta qué punto era seguro y estaba libre de cosacos el camino que tenían por delante.

—*Les brigands sont partout*[121] —respondió un oficial desde el otro lado de la hoguera.

Dólojov dijo que los cosacos debían de ser un peligro tan solo para los rezagados como él y su compañero, pero que probablemente no se atreverían a atacar a los destacamentos grandes. Esto último lo dijo con expresión interrogativa. Nadie le contestó.

«Bueno, ahora se marchará», se repetía sin cesar Petia, de pie delante de la hoguera, mientras escuchaba la conversación.

Pero Dólojov prosiguió y empezó a preguntar directamente cuántos hombres había en el batallón, cuál era el número de batallones, cuántos prisioneros tenían… Al preguntar por los prisioneros rusos del destacamento, añadió:

—*La vilaine affaire de traîner ces cadavres après soi. Vaudrait mieux fusiller cette canaille*.[122]

Y soltó una carcajada tan extraña que a Petia le pareció que los franceses iban a descubrir el engaño, por lo que, sin querer, dio un paso atrás. Nadie respondió a las palabras ni a la carcajada de Dólojov, y un oficial francés a

quien no se veía (estaba tumbado, envuelto en un capote) se incorporó y le susurró algo a un compañero. Dólojov se puso de pie y llamó al soldado que tenía los caballos.

«¿Nos los darán o no?», pensaba Petia, acercándose sin querer a Dólojov.

Trajeron los caballos.

—*Bonjour, messieurs* —se despidió Dólojov.

Petia quiso decir «*bonsoir*», pero fue incapaz de pronunciar una sola palabra. Los oficiales empezaron a murmurar. Dólojov subió sin ninguna prisa al caballo, que no se estaba quieto y, a continuación, salió al paso por la puerta cochera. Petia iba a su lado, con ganas de mirar atrás para ver si los franceses los perseguían, pero no se atrevía a hacerlo.

Cuando llegaron al camino Dólojov no emprendió la vuelta por el campo, sino a través de la aldea. En cierto sitio se detuvo a escuchar.

—¿Oyes eso? —dijo.

Petia reconoció voces rusas y vio las siluetas negras de los prisioneros al lado de las hogueras. Al bajar hacia el puente Dólojov y él pasaron por delante del centinela, que, sin decirles una palabra, se paseaba con aire taciturno. Finalmente llegaron a la hondonada donde les esperaban los cosacos.

—Bueno, y ahora adiós. Dile a Denísov que será en cuanto amanezca, al primer disparo —dijo Dólojov, con la intención de marcharse.

Pero Petia lo sujetó de un brazo.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Es usted un héroe! ¡Ah, qué bien! ¡Es extraordinario! ¡Cuánto lo quiero!

—Está bien, está bien —dijo Dólojov, pero Petia no lo soltaba.

En la oscuridad de la noche pudo ver cómo el muchacho se inclinaba hacia él: quería darle un beso. Dólojov le besó, se echó a reír y, volviendo grupas, desapareció en la oscuridad.

X

Al llegar de vuelta a la caseta del bosque Petia encontró a Denísov en el zaguán, que lo esperaba intranquilo, nervioso y enfadado consigo mismo por haberlo dejado ir.

—¡*Gg'acias* a Dios! —gritó—. ¡Ah, *gg'acias* a Dios! —repitió después de oír el relato entusiasmado de Petia—. ¡Que el diablo te lleve, no he pegado

ojo *pog’* tu culpa! —exclamó—. Bueno, *gg’acias* a Dios. Y *ahog’a* vete a *acostag’*. Aún podemos *echag’* una cabezada antes de que amanezca.

—Es que… no —dijo Petia—. Aún no tengo sueño. Y me conozco: si me duermo, se acabó. Además, tengo la costumbre de no dormir antes de un combate.

Petia estuvo un rato sentado, recordando con alegría todos los detalles de su expedición e imaginándose vívidamente lo que ocurriría al día siguiente. Después, cuando se dio cuenta de que Denísov se había dormido, se levantó y salió fuera.

La oscuridad era absoluta. Ya no lloviznaba, pero aún caían gotas de los árboles. Cerca de la caseta se veían las siluetas oscuras de los refugios de los cosacos y de los caballos, atados unos a otros. Detrás negreaban dos furgones junto a los que había algunos caballos más; en el barranco se extinguía una hoguera rojiza. No todos los cosacos y húsares dormían: aquí y allá, además de las gotas que caían y del ruido de los caballos al masticar, se oían voces que hablaban bajo, como en un susurro.

Petia salió del zaguán, recorrió con la mirada la oscuridad y se llegó hasta los furgones. Alguien roncaba debajo de ellos y, alrededor, varios caballos ensillados comían avena. El muchacho reconoció en la oscuridad al suyo, al que llamaba Karabaj[123] a pesar de que era de la Pequeña Rusia[124], y se acercó a él.

—¿Qué, Karabaj? ¡Mañana haremos un buen servicio! —dijo, oliéndole el hocico y besándoselo.

—¿No duerme, señor? —preguntó un cosaco que estaba sentado debajo del furgón.

—No. Eh… te llamas Lijachov, ¿verdad? Es que acabo de llegar. Hemos ido al campamento francés.

Y le explicó con todo lujo de detalles no solo la expedición, sino por qué había ido él y por qué consideraba que era mejor arriesgar la vida que hacer las cosas al tuntún.

—Mejor será que eche un sueño —dijo el cosaco.

—No, yo ya estoy acostumbrado —replicó Petia—. Por cierto: ¿no se os habrán desgastado los pedernales de las pistolas? Porque he traído muchos. ¿Necesitas alguno? Cógelos. —El cosaco salió de debajo del furgón para ver mejor al muchacho—. Es que estoy acostumbrado a hacer las cosas bien. Otros las hacen de cualquier manera, sin prepararse, y después lo lamentan. Y a mí eso no me gusta.

—Bien dicho —asintió el cosaco.

—¡Ah, sí, otra cosa! Afílame el sable, por favor, amigo; se me ha embotad… —Petia temió mentir—: nunca lo he afilado. ¿Puedes hacerlo?

—Claro, por qué no.

Lijachov se levantó y hurgó en sus fardos. Petia enseguida oyó el sonido marcial del acero contra la piedra. Se subió al furgón y se sentó en un extremo, mientras el cosaco afilaba el sable debajo del vehículo.

—¿Qué hacen los muchachos? ¿Duermen? —preguntó Petia.

—Hay quien sí, hay quien no.

—¿Y el chiquillo?

—¿Vesenni? Se ha echado allí, en el zaguán. El miedo lo ha hecho dormirse. Parecía contento.

Petia se quedó un buen rato callado, prestando oídos a todos los ruidos. De pronto en la oscuridad se oyeron unos pasos y apareció una silueta negra.

—¿Qué afilas? —preguntó un hombre, acercándose al furgón.

—El sable del señor.

—Eso es bueno —dijo el hombre, que a Petia le pareció un húsar—. ¿La taza está por aquí?

—Ahí, al lado de la rueda.

El húsar la cogió.

—Parece que va a amanecer pronto —dijo, bostezando, y se marchó.

Petia tenía que saber que estaba en el bosque, en el destacamento de Denísov, a una versta de la carretera, que estaba sentado en un furgón arrebatado a los franceses al lado de varios caballos atados y que debajo estaba Lijachov afilando el sable; que la gran mancha negra que se veía a la derecha era la caseta, y la rojiza mancha brillante de abajo a la izquierda era una hoguera que se extinguía, y que el hombre que se había acercado a por la taza era un húsar que tenía sed. Pero el joven no sabía nada de esto ni lo quería saber. Estaba en un reino mágico en el que nada se parecía a la realidad. La gran mancha negra podía ser una caseta, pero tal vez fuera una cueva que conducía a las profundidades de la tierra; la mancha rojiza podía ser una hoguera, pero tal vez fueran los ojos de un monstruo gigantesco; quizá estaba en un furgón, pero era muy posible que no fuera así, que realmente estuviera en una torre tan alta que, si se caía, necesitaría un día entero, un mes entero para tocar el suelo, y siempre estaría volando, sin llegar jamás; quizá Lijachov estaba debajo del furgón, pero era muy posible que en realidad fuera el hombre más bueno, valeroso, magnífico y extraordinario del mundo al que nadie conocía; quizá el húsar se había acercado a por agua y había bajado

hacia el barranco, pero era muy posible que en realidad hubiera desaparecido, desaparecido para siempre, que hubiera dejado de existir.

Nada de lo que Petia veía le causaba sorpresa. Estaba en un reino mágico en el que todo era posible.

Miró el cielo, tan mágico como la tierra; había despejado y por encima de las copas de los árboles pasaban rápidamente las nubes, como para dejar las estrellas al descubierto. A veces parecía que hubiera despejado y entonces se veía el cielo negro y límpido; a veces parecía que las manchas negras fueran nubarrones; a veces parecía que el cielo se elevara muy, muy alto, y otras que descendiera tanto que se pudiera tocar con la mano.

Se le cerraban los ojos. Empezó a dar cabezadas.

Caían algunas gotas, se oían suaves susurros. Los caballos relinchaban y se empujaban unos a otros. Alguien roncaba.

—Chic, chic, chic, chic… —susurraba el sable contra la piedra de afilar.

Y de repente Petia oyó un armonioso coro que cantaba un himno desconocido, dulce y solemne. Tenía tanto sentido musical como Natasha y superior al de Nikolái, pero nunca había estudiado música ni pensaba en ella, por lo que las melodías que le venían espontáneamente a la cabeza eran para él nuevas y encantadoras. La música sonaba cada vez más fuerte. La melodía crecía y pasaba de un instrumento a otro, formando lo que se conoce como una fuga, aunque Petia no tenía la menor idea de lo que era una fuga. Cada instrumento, que tan pronto se parecía a un violín como a una trompeta —aunque su sonido era mucho más hermoso y nítido—, ejecutaba su parte y, cuando aún no había concluido el tema, se fundía con otro que prácticamente lo reemprendía, con un tercero y un cuarto, y todos se juntaban en uno solo, volvían a separarse y de nuevo se fundían en una melodía, a veces solemne y religiosa, a veces brillante y triunfal.

«Ah, pero si estoy soñando —se dijo, dando una cabezada—. Solo suena en mis oídos. Tal vez sea mi música. La vuelvo a oír… ¡Sigue, música mía, vamos!…»

Cerró los ojos. Y desde distintas partes, como de lejos, empezaron a vibrar varios sonidos, a armonizarse, a separarse y a unirse para acabar fundiéndose en el mismo himno dulce y solemne de antes.

«¡Ah, qué maravilla! Oigo lo que quiero y como quiero —se dijo, e intentó dirigir el inmenso coro de instrumentos—. Ahora más suave, más suave, difuminaos. —Y los sonidos le obedecieron—. Y ahora con más fuerza y alegría. Aún más alegre, más. —Y desde una profundidad desconocida surgieron otros sonidos solemnes, cada vez más intensos—. ¡Ahora que

entren las voces!», ordenó. Al principio se oyeron a lo lejos voces masculinas y después femeninas. Las voces iban creciendo cada vez más, con una intensidad solemne y uniforme. Petia sentía temor y a la vez alegría ante una belleza tan extraordinaria.

A la solemne marcha triunfal se unió una canción, la gotas que caían y el «chic, chic, chic» del sable; los caballos volvieron a empujarse y a relinchar, pero sin interrumpir el coro, sino fundiéndose con él.

Petia no sabía cuánto duró aquello: estaba extasiado, no dejaba de asombrarse por este deleite y lamentaba no tener a nadie con quien compartirlo. La voz afectuosa de Lijachov lo despertó.

—Ya está listo, señor, ahora podrá partir con él a dos franceses a la vez.

Petia, despabilándose, exclamó:

—¡Está amaneciendo, está amaneciendo de veras!

Los caballos, hasta ese momento invisibles, se veían ahora perfectamente hasta la cola, y una luz como acuosa se filtraba a través de las ramas peladas. Petia se sacudió la pereza, bajó del furgón de un salto, sacó un rublo del bolsillo y se lo dio a Lijachov; a continuación blandió el sable para probarlo y lo envainó. Los cosacos estaban desatando los caballos y apretando las cinchas.

—Ahí está el jefe —dijo Lijachov.

Denísov, que salía de la caseta, llamó al muchacho y dio órdenes de prepararse.

XI

En la penumbra cada uno cogió rápidamente su caballo, le ajustó la cincha y se organizó por unidades. Denísov estaba delante de la caseta dando las últimas órdenes. La infantería, con el ruido de sus cientos de pies sobre el barro, pasó delante, marchó por el camino y enseguida desapareció en la neblina crepuscular, entre los árboles. El capitán de cosacos daba instrucciones a sus hombres y Petia sujetaba a su caballo por las riendas, esperando con impaciencia la orden de montar. Tenía la cara, que se acababa de lavar con agua fría y, especialmente los ojos, ardiendo; sentía escalofríos en la espalda y el cuerpo entero se le estremecía con un temblor rápido y regular.

—Bueno, ¿está todo listo? —dijo Denísov—. ¡Que *tg’aigan* los caballos!

Después de enfadarse con un cosaco y de regañarlo porque las cinchas estaban flojas, montó. Petia apoyó un pie en el estribo y, como de costumbre, su caballo intentó morderle, pero él se subió ágilmente a la silla, como si no pesara nada; entonces se volvió hacia los húsares, que, en la oscuridad, se habían puesto en marcha detrás de él, y se acercó a Denísov.

—Vasili Fiódorovich, ¿me va a encargar alguna misión? Por favor… por el amor de Dios… —imploró.

Denísov, que parecía haberse olvidado de su existencia, se volvió hacia él.

—Solo te pido una cosa —le dijo severamente—: obedéceme en todo y no te metas donde no debas.

Estuvo callado todo el camino y no volvió a dirigirle la palabra. Al llegar al lindero del bosque ya empezaba a clarear en el campo. Denísov y el capitán comentaron algo en un susurro, e inmediatamente los cosacos empezaron a desfilar delante de él y de Petia. Cuando ya habían pasado todos, Denísov azuzó a su caballo cuesta abajo. Los caballos, resbalando y apoyando todo el peso en las patas traseras, bajaron hacia la hondonada con sus jinetes. A Petia, que iba al lado de Denísov, cada vez le temblaba más el cuerpo. La luz era más intensa por momentos y la niebla solo ocultaba lo que había en la lejanía. Una vez en la hondonada Denísov miró hacia atrás e hizo un gesto con la cabeza a un cosaco que tenía cerca.

—¡La señal! —exclamó.

El cosaco levantó un brazo y retumbó un disparo; enseguida se oyeron los cascos de los caballos a galope, gritos por todas partes y nuevos disparos.

En ese mismo instante, Petia, sin escuchar a Denísov, que le estaba gritando, espoleó su caballo y se lanzó a galopar a rienda suelta. Al oír el disparo le había parecido que había amanecido súbitamente y que había tanta luz como al mediodía. Cabalgó detrás de los cosacos hasta el puente, donde topó con un rezagado, pero siguió su camino. Por delante vio hombres, sin duda franceses, que cruzaban rápidamente el camino de derecha a izquierda. Uno de ellos cayó al suelo, a los pies de su caballo.

Varios cosacos se agrupaban cerca de una isba; estaban haciendo algo y, de pronto, entre ellos se oyó un grito desgarrador. Petia galopó hacia la isba y lo primero que vio fue el rostro pálido de un francés con la mandíbula temblorosa que sujetaba el asta de una pica apuntada hacia él.

—¡Hurra!… ¡Muchachos!… ¡Son nuestros!… —gritó Petia, y, dando rienda suelta a su exaltado caballo, galopó a lo largo de la calle.

Enfrente se oían disparos. Los cosacos, los húsares y los harapientos prisioneros rusos, que corrían a ambos lados del camino, no dejaban de gritar

cosas ininteligibles. Un joven francés en capote y sin gorro, con el rostro colorado y el ceño fruncido, se defendía de los húsares con una bayoneta. Cuando Petia se aproximó el francés ya había caído. «Otra vez llego tarde», se le cruzó por la mente, y siguió galopando hacia donde los disparos eran más frecuentes. El tiroteo era en el patio de la casa señorial donde había estado la víspera con Dólojov. Los franceses se habían atrincherado detrás de un seto y, desde los arbustos tupidos y frondosos, disparaban a los cosacos que se agolpaban cerca de la puerta cochera. Cuando Petia llegó, pudo ver entre el humo de la pólvora a Dólojov, que, con el rostro pálido y verdoso, gritaba algo a sus hombres.

—¡Dad un rodeo! ¡Esperad a la infantería! —vociferaba.

—¿Esperar?… ¡Hurraaa!… —aulló Petia, y, sin perder un segundo, salió a galope hacia los disparos, donde el humo de la pólvora era más denso.

Se oyó una descarga; varias balas pasaron silbando y otras impactaron contra algo. Los cosacos y Dólojov irrumpieron por la puerta cochera, detrás de Petia. En la densa y ondulante humareda algunos franceses arrojaban las armas y salían corriendo de los arbustos al encuentro de los cosacos; otros huían cuesta abajo hacia el estanque. Petia seguía galopando por el patio de la casa, pero, en vez de sujetar las riendas, agitaba los brazos de un modo extraño, rápidamente, cada vez más inclinado hacia un lado de la silla. Al tropezar con una hoguera que ardía débilmente bajo la luz de la mañana, su caballo se detuvo en seco y el muchacho cayó pesadamente sobre la tierra mojada. Los cosacos vieron lo rápido que se convulsionaban sus brazos y piernas, mientras que su cabeza permanecía inmóvil. Una bala le había atravesado el cráneo.

Después de hablar con un oficial superior francés, que había salido de detrás de la casa con un pañuelo atado a una espada para anunciar su rendición, Dólojov echó pie a tierra y se acercó a Petia, que yacía inmóvil, con los brazos abiertos.

—Se acabó —dijo con el ceño fruncido, y se dirigió hacia la puerta cochera para hablar con Denísov, que acababa de llegar.

—¿¡Está *mueg'to!*? —gritó este, al reconocer incluso desde la distancia la postura inerte, que tan bien conocía, del cuerpo de Petia.

—Se acabó —repitió Dólojov, como si le diera placer pronunciar estas palabras, y se dirigió rápidamente hacia los franceses, que habían sido rodeados por los cosacos a pie—. ¡No haremos prisioneros! —le gritó a Denísov.

Este no respondió. Se acercó a Petia y, bajándose del caballo, con las manos temblorosas, volvió, para mirarlo, el rostro ya pálido del muchacho, manchado de sangre y barro.

«Tengo la costumbre de comer algo dulce. ¡Estas pasas son buenísimas, cojan las que quieran!», recordó. Y los cosacos se dieron la vuelta sorprendidos al oír algo parecido a los ladridos de un perro: eran los sollozos con que Denísov, volviéndose rápidamente de espaldas, se alejaba hacia el seto y se agarraba a él.

Entre los prisioneros rusos liberados por Denísov y Dólojov estaba Pierre Bezújov.

XII

Desde que el grupo de prisioneros del que formaba parte Pierre había salido de Moscú, el mando francés no había dado nuevas instrucciones sobre qué hacer con ellos. El 22 de octubre los prisioneros ya no marchaban con las mismas tropas ni con el mismo convoy con que habían salido de la capital. Ya en las primeras etapas los cosacos se habían hecho con la mitad de los carros que transportaban los víveres, y la otra mitad iba muy por delante. No quedaba un solo miembro de la caballería que encabezaba el convoy; habían desaparecido todos. La artillería, que en las primeras etapas iba delante, había sido reemplazada por el enorme convoy del mariscal Junot[125], escoltado por el cuerpo de westfalianos. Detrás de los prisioneros iba otro convoy con los enseres de la caballería.

Las tropas francesas, que hasta Viazma habían marchado en tres columnas, formaban ahora una masa desorganizada. Los indicios de desorden que Pierre había observado en el primer alto después de Moscú habían llegado a un grado máximo.

La carretera por la que avanzaban estaba repleta de caballos muertos en las cunetas; soldados harapientos, rezagados de distintas unidades, se unían sin cesar a la columna o volvían a quedarse atrás.

Durante la marcha se produjeron varias falsas alarmas y los soldados del convoy alzaban los fusiles, disparaban y huían a toda prisa, empujándose unos a otros, pero después volvían a unirse y se increpaban por el miedo pasado en balde.

Estos tres conglomerados que avanzaban juntos —la caballería, los prisioneros y el convoy de Junot— aún componían una especie de conjunto

unificado, a pesar de que todos ellos se iban desintegrando rápidamente.

El primero, que al principio contaba con ciento veinte carros, se había reducido a no más de sesenta; los demás habían sido asaltados por los rusos o abandonados. Del convoy de Junot solo quedaban unos pocos, y tres de ellos habían sido saqueados por soldados rezagados del cuerpo de Davout. Pierre supo por las conversaciones de los alemanes que este convoy iba más custodiado que el de los prisioneros, y que un soldado alemán había sido fusilado por orden del propio mariscal porque le habían encontrado una cuchara de plata que le pertenecía a él.

Pero el grupo que más había menguado era el de los prisioneros: de los trescientos treinta hombres que habían salido de Moscú quedaban menos de cien. Para los soldados de la escolta los prisioneros suponían una molestia mucho mayor que custodiar las sillas de montar de la caballería o el convoy de Junot. Veían que tanto las sillas de montar como las cucharas de Junot podían servirles de algo, pero ¿qué sentido tenía vigilar a unos rusos tan hambrientos y ateridos de frío como ellos, que no dejaban de morir y a los que había orden de fusilar si se quedaban rezagados? No solo no lo entendían, sino que les resultaba odioso. Y, en las penosas condiciones en que se encontraban, temiendo ceder al sentimiento de compasión por los prisioneros y empeorar así su propia situación, los trataban con especial brusquedad y dureza.

En Dorogobuzh los soldados de la escolta encerraron a los prisioneros en una cuadra y fueron a saquear sus propios depósitos; aprovechando la ausencia, algunos soldados prisioneros cavaron un agujero por debajo de la pared y escaparon, pero los franceses los atraparon y los fusilaron.

La orden que se había dado al salir de Moscú de dividir a los prisioneros en un grupo de soldados y otro de oficiales hacía mucho que no se cumplía; todos los que podían caminar iban juntos, y desde la tercera etapa Pierre había vuelto con Karatáiev y con la perrita violácea de patas torcidas, que había escogido a este último como amo.

A los tres días de salir de Moscú a Karatáiev le volvió a subir la misma fiebre por la que había tenido que yacer en el hospital. Y, cuanto más débil estaba, más se alejaba Pierre de su lado. No sabía el motivo, pero desde que Karatáiev había empezado a perder fuerzas, tenía que hacer esfuerzos para acercarse a él. Al oír los tenues gemidos con que Platón solía tumbarse en los altos, con un hedor cada vez más intenso, Pierre se apartaba cuanto podía y no pensaba en él.

Durante su reclusión en la barraca, Pierre había aprendido no con la razón, sino con todo su ser, con su vida, que las personas han sido creadas para ser felices, que la felicidad está en ellas, en satisfacer las necesidades humanas naturales, y que la desgracia no viene de la escasez, sino del exceso. Pero en las tres semanas que llevaba marchando aprendió también una nueva verdad consoladora: que en este mundo no hay nada terrible, que no existe ninguna situación en que una persona sea completamente feliz y libre, del mismo modo que no hay ninguna en que sea completamente desdichada y falta de libertad. Comprendió que hay un límite para el sufrimiento y otro para la libertad, y que ambos están muy cerca; que quien sufre porque en su lecho de rosas se ha doblado un pétalo sufre igual que él ahora, que tenía que dormir sobre la tierra húmeda y desnuda con un costado del cuerpo frío y el otro caliente; que cuando se ponía los estrechos botines de baile sufría exactamente igual que ahora, yendo completamente descalzo (hacía tiempo que se le había roto el calzado) y con los pies llenos de heridas. Comprendió que cuando se casó con su mujer, creyendo que por propia voluntad, no era más libre que ahora, encerrado cada noche en una cuadra. De todas las cosas que posteriormente denominaría sufrimientos —en esos momentos casi no los sentía—, lo principal eran los pies descalzos, llagados y cubiertos de costras. (La carne de caballo era sabrosa y nutritiva, el salitre de la pólvora que usaban como sal era incluso agradable, no hacía demasiado frío —de día hacía calor al andar y de noche encendían hogueras—, y los piojos, que lo tenían acribillado, le calentaban agradablemente el cuerpo.) Lo único duro en un primer momento fueron los pies.

Al segundo día de marcha Pierre se examinó las costras a la luz de una hoguera y pensó que no podría andar; pero cuando todo el mundo se levantó, se puso en movimiento cojeando un poco, y después, al entrar en calor, anduvo ya sin dolor, aunque por la tarde los pies tenían un aspecto aún más terrible que antes. Pero no se los miraba y pensaba en otra cosa.

Solo en ese momento comprendió tanto la fuerza vital del ser humano como la fuerza salvadora para cambiar el centro de atención inherente a toda persona, semejante a la válvula de seguridad de las calderas, que deja salir el exceso de vapor en cuanto la presión supera un nivel determinado.

No veía ni oía cómo fusilaban a los prisioneros que se quedaban rezagados, a pesar de que más de un centenar ya había muerto así. No pensaba en Karatáiev, más débil día a día, y que, sin duda, pronto iba a correr la misma suerte. Y aún menos pensaba en sí mismo. Cuanto más difícil era su situación y más terrible pintaba su futuro, más independiente se sentía de lo

que ocurría, más alegres y tranquilizadores eran los pensamientos, recuerdos e imágenes que le venían a la cabeza.

XIII

El mediodía del 22 de octubre Pierre andaba cuesta arriba por la carretera fangosa y resbaladiza, mirándose los pies y el accidentado terreno. De vez en cuando volvía los ojos hacia la masa que le rodeaba, que ya conocía bien, y luego se centraba de nuevo en sus pies. Lo uno y lo otro le resultaba igual de conocido. Gris, la perrita violácea de patitas torcidas, corría alegremente a un lado de la carretera y, alguna que otra vez, para demostrar su satisfacción y destreza, encogía una patita trasera y brincaba sobre las otras tres, y después, apoyándose en las cuatro, se abalanzaba con un ladrido sobre los cuervos que se posaban en la carroña. Gris estaba más alegre y lustrosa que en Moscú. Por todas partes encontraba carne de distintos animales, desde humana hasta de caballo, en diversos grados de descomposición. Y, como la gente que marchaba impedía a los lobos acercarse, Gris podía comer hasta saciarse.

Llevaba lloviznando desde la mañana; cuando tras una breve interrupción parecía que iba a escampar, se ponía a llover aún más fuerte. La tierra empapada ya no podía absorber más agua, que corría formando arroyos por las roderas de la carretera.

Pierre andaba mirando a los lados y contando los pasos de tres en tres con los dedos de una mano. Y le decía a la lluvia para sus adentros: «¡Venga, sigue, sigue arreciando!».

Le parecía que no pensaba en nada, pero en lo más profundo su alma estaba ocupada en algo importante y consolador: la sutil conclusión espiritual que había extraído de su conversación de la víspera con Karatáiev.

Durante el alto de la noche anterior, helado de frío junto a una hoguera casi apagada, Pierre se había levantado para ir a otra cercana que ardía mejor. Allí estaba sentado Platón, con la cabeza tapada con un capote a modo de casulla, contándoles a los soldados, con su voz rápida y agradable —aunque débil y enfermiza—, una historia que Pierre conocía bien. Era más de medianoche, momento en que Karatáiev se solía recuperar de su crisis febril y estaba especialmente animado. Al acercarse a la hoguera, al oír su voz débil y enfermiza y ver su cara lastimosa iluminada por el fuego, Pierre sintió una punzada desagradable en el corazón. Asustado por la piedad que le inspiraba

ese hombre, quiso marcharse pero, como no había otra hoguera, se sentó procurando no mirarlo.

—¿Qué? ¿Cómo va tu salud? —le preguntó.

—¿Qué salud? Si uno llora su enfermedad, Dios no le concederá la muerte —dijo Karatáiev, retomando inmediatamente la historia que había empezado a contar[126]—. Entonces, amigos míos —continuó, con una sonrisa en su rostro pálido y delgado, y un brillo especial y alegre en los ojos—; entonces, amigos míos…

Pierre conocía esta historia desde hacía tiempo, Karatáiev se la había contado unas seis veces, siempre con un particular sentimiento de alegría. Pero, por muy bien que la conociera, la escuchó como si se tratara de algo nuevo, contagiándose del dulce entusiasmo que Karatáiev parecía sentir al contarla.

La historia trataba de un viejo mercader que vivía de manera venerable, temeroso de Dios, con su familia; un día emprendió un viaje con un mercader muy rico, compañero suyo, rumbo a Makáriev[127]. Se detuvieron en una hospedería para pasar la noche y se durmieron, pero al día siguiente el mercader rico apareció apuñalado y desvalijado y, debajo de la almohada del viejo mercader, encontraron un cuchillo ensangrentado. Lo juzgaron, lo azotaron y, después de arrancarle la nariz (como establece la ley, decía Karatáiev), lo condenaron a trabajos forzados.

—Entonces, amigos míos —este era el punto de la historia en que había llegado Pierre—, pasaron unos diez años, o algunos más. El viejecito seguía en presidio, resignado, como debe ser, sin hacer ningún mal, tan solo pidiéndole a Dios la muerte. Bien. Una noche los presidiarios se reunieron, como nosotros ahora, y el viejecito estaba con ellos. Cada uno explicó el motivo de su condena y de qué era culpable ante Dios. Uno contó que había matado a un hombre; otro, a dos; otro más había provocado un incendio; un cuarto era un fugitivo, no había hecho nada. Entonces le preguntaron al viejecito: «Y ¿a ti por qué te condenaron, abuelo?». Y él respondió: «Yo, queridos hermanos, fui condenado por mis pecados y por los de otros. Nunca he matado a nadie, ni he robado nada, solo he ayudado a los pobres. Yo, queridos hermanos, soy mercader y tenía una gran fortuna. Ocurrió así y así…». Y les contó los hechos por orden. «No me aflijo por mí —dijo—. Dios me ha encontrado. Pero siento lástima de mi anciana mujer y de mis hijos.» Y el viejecito se echó a llorar. Resultó que entre aquel grupo de presidiarios estaba el hombre que había matado al mercader. «¿Dónde ocurrió, abuelo? ¿Cuándo? ¿En qué mes?» Después de hacerle muchas preguntas el hombre

sintió que se le encogía el corazón. Se acercó al viejito y, ¡pam!, se echó a sus pies. Y le dijo: «Has caído en desgracia por mi culpa, abuelo. Es la pura verdad. ¡Muchachos, este hombre ha sufrido sin culpa ni merecimiento! Yo maté a tu compañero y después puse el cuchillo debajo de tu almohada. ¡Perdóname, abuelo, por Cristo nuestro Señor!». —Karatáiev guardó silencio, mirando el fuego con una alegre sonrisa mientras colocaba bien un leño—. Y el viejito le dijo: «Dios te perdonará, todos somos pecadores ante Él, y yo pago por mis pecados». Y lloró a lágrima viva. Y nos os lo creeréis, halconcitos —continuó, con una sonrisa radiante que le iluminaba cada vez más la cara, como si en lo que iba a contar residiera el atractivo principal de la historia y todo su sentido—, no os lo creeréis, halconcitos: el asesino se delató ante las autoridades. Y confesó: «He matado a seis personas, he sido un hombre muy malvado, pero lo que más me apena es este viejecito. Que no vierta lágrimas por mi culpa». Contó cómo había ocurrido y lo escribieron todo en un papel, que enviaron adonde correspondía. Era un lugar lejano y tardaron mucho en resolver el caso y las autoridades en cumplimentar todos los papeles necesarios. El asunto llegó al zar, que firmó un decreto donde ordenaba que liberaran al mercader y le dieran una compensación. Cuando llegó el decreto buscaron al viejecito. «¿Dónde está ese anciano que ha sufrido sin culpa ni merecimiento? ¡Hemos recibido un decreto del zar!» Y se pusieron a buscarlo. —En este momento a Karatáiev le empezó a temblar la mandíbula—. Pero Dios ya le había concedido su perdón: el hombre había muerto. Y así es como fue, halconcitos —concluyó.

Y se quedó un buen rato sonriendo en silencio con la mirada perdida.

No era la historia en sí lo que llenaba el alma de Pierre de un sentimiento extrañamente alegre, sino su misterioso significado, el rapto de felicidad que había iluminado el rostro de Karatáiev al contarla, y el sentido oculto de esta felicidad.

XIV

—*A vos places!*[128] —gritó alguien de repente.

Entre los prisioneros y los soldados de la escolta se desató una alegre agitación, la expectativa de algo gozoso y solemne. Por todas partes se empezaron a oír voces de mando y, por la izquierda, cerca de los prisioneros, pasó la caballería bien vestida y montada en buenos caballos. En todos los rostros se notaba la tensión habitual cuando el alto mando se acerca. Los

prisioneros se agruparon y los empujaron a un lado de la carretera. Los soldados de la escolta formaron.

—*L'Empereur! L'Empereur! Le maréchal! Le duc!*[129]

Y, no bien había terminado de desfilar la cebada escolta, pasó con gran estruendo una carroza tirada por caballos grises atados en reata. Pierre vio fugazmente el rostro sereno, atractivo, grueso y blanco de un hombre que llevaba un sombrero de tres picos. Era uno de los mariscales. Su mirada se detuvo en la voluminosa y llamativa figura de Pierre, quien creyó detectar, por su forma de fruncir el ceño y volver la cabeza, un sentimiento de compasión y el deseo de ocultarlo.

El general que dirigía el convoy, con el rostro enrojecido y expresión asustada, galopaba detrás de la carroza arreando a su escuálido caballo. Varios oficiales formaban un grupo rodeado de soldados. Todos delataban en el semblante un tenso nerviosismo.

—*Qu'est-ce qu'il a dit? Qu'est-ce qu'il a dit?…*[130] —oía decir Pierre.

Durante el desfile del mariscal los prisioneros se apretujaron y Pierre reparó en Karatáiev, al que no había visto desde la mañana. Envuelto en su pequeño capote, estaba sentado en el suelo, apoyado en un abedul. En su rostro, además de la alegre conmoción de la víspera, cuando había contado la historia de las desventuras del mercader inocente, resplandecía también una dulce solemnidad.

Karatáiev miraba a Pierre con sus ojos redondeados y bondadosos, ahora cubiertos de lágrimas; era evidente que le llamaba, que quería decirle algo. Pero Pierre temía demasiado por sí mismo y, fingiendo no haberse percatado de su mirada, se alejó a toda prisa.

Cuando los prisioneros reanudaron la marcha, Pierre miró atrás. Karatáiev seguía sentado en el margen de la carretera, al pie del abedul; dos franceses hablaban a su lado. Pierre ya no volvió a mirar y se puso en camino, cuesta arriba, cojeando un poco.

A su espalda, donde estaba Karatáiev, sonó un disparo. Pierre lo oyó claramente, pero en el mismo instante recordó que no había terminado de contar cuántas etapas les quedaban para llegar a Smolensk, como estaba haciendo justo antes de que desfilara el mariscal. Y se enfrascó en esta tarea. Los dos soldados franceses pasaron corriendo por su lado; uno de ellos llevaba un fusil humeante y desenfundado en la mano. Estaban pálidos y, en la tímida mirada de uno de ellos, Pierre notó una expresión parecida a la que había visto en el soldado joven durante la ejecución de Moscú. Pierre le devolvió la mirada y recordó que se trataba de un soldado que dos días antes

se había quemado la camisa al intentar secarla en una hoguera y sus compañeros se habían reído de él.

La perrita empezó a aullar desde allí donde habían dejado a Karatáiev. «¡Será boba! ¿Por qué aúlla?», se dijo Pierre.

Los soldados prisioneros, que andaban a su lado, tampoco volvieron la mirada al oír el disparo y los aullidos de la perra. Pero en todos sus rostros se dibujaba la misma expresión de gravedad.

XV

El convoy, los prisioneros y los carros del mariscal se detuvieron en la aldea de Shámshevo. Todo el mundo se apretujó alrededor de las hogueras. Pierre se acercó también a una, comió carne de caballo asada, se tumbó de espaldas al fuego y se quedó dormido en el acto. Durmió con el mismo sueño con que había dormido en Mozhaisk, después de la batalla de Borodinó.

De nuevo los acontecimientos reales se mezclaron con el sueño, de nuevo alguien, tal vez él mismo u otra persona, le sugería ideas, incluso las mismas que le habían susurrado en Mozhaisk.

«La vida lo es todo. La vida es Dios. Todo cambia de lugar, se mueve, y este movimiento es Dios. Y, mientras hay vida, existe el goce de la conciencia de lo divino. Amar la vida, amar a Dios. Lo más difícil y beatífico es amar esta vida en el sufrimiento, en la inocencia del sufrimiento.»

«¡Karatáiev!», recordó.

Y, de pronto, le vino la imagen viva, olvidada desde hacía ya mucho, del dulce y anciano profesor que le había enseñado geografía en Suiza. «Espera», le decía el anciano. Y le mostraba un globo terráqueo. Era un globo vivo, oscilante, sin dimensiones cuya superficie se componía de gotas muy unidas entre sí. Estas se movían, cambiaban de sitio y tan pronto se fundían en una sola como se dividían en muchas. Cada gota intentaba expandirse, ocupar más espacio, pero las demás, con el mismo empeño, la empujaban, a veces destruyéndola, a veces fundiéndose.

«Esto es la vida», le decía el anciano profesor.

«¡Qué sencillo y claro! —pensaba Pierre—. ¿Cómo es posible que no lo haya entendido hasta ahora? En el centro está Dios y cada gota intenta expandirse para reflejarlo en su mayor dimensión. Crece, se funde, se comprime, desaparece de la superficie, se hunde en las profundidades y vuelve a emerger. Como Karatáiev: se ha expandido y desaparecido.»

«*Vous avez compris, mon enfant?*»[131], decía el profesor.

—*Vous avez compris, sacré nom?*[132] —gritó una voz.

Y Pierre se despertó.

Se incorporó y se sentó. Junto a la hoguera había un francés en cuclillas que, después de echar a empujones a un prisionero ruso, asaba un pedazo de carne pinchada en la baqueta de un fusil. Llevaba las mangas subidas y sus manos coloradas, surcadas de venas, peludas y de dedos cortos daban ágiles vueltas a la baqueta. A la luz de las brasas se le veía claramente el rostro sombrío, color canela, con el ceño fruncido.

—*Ça lui est bien égal… brigand. Va!*[133] —gruñía, volviéndose rápidamente hacia un soldado que estaba de pie detrás de él.

Y, dando vueltas a la baqueta, echó una lúgubre ojeada a Pierre, que le dio la espalda y se puso a mirar la oscuridad. El prisionero ruso a quien el francés había echado estaba sentado al lado de la hoguera acariciando algo. Cuando Pierre miró más de cerca se dio cuenta de que era la perrita violácea, que meneaba la cola.

—¡Ah! ¿Has venido? —dijo Pierre—. ¿Y Pla…? —empezó, pero no concluyó la frase.

De pronto acudieron a la vez a su memoria la mirada de Platón sentado al pie del árbol, el disparo, el aullido de la perrita, los rostros culpables de los dos franceses que pasaron corriendo por su lado, el fusil humeante y la ausencia de Karatáiev durante aquel alto. Y ya estaba listo para comprender que lo habían matado cuando en ese instante, Dios sabe para qué, le vino el recuerdo de una velada de verano que había pasado en el balcón de su casa de Kíev con una hermosa mujer polaca. Y, sin ligar los recuerdos del día ni sacar ninguna conclusión, cerró los ojos y la imagen de la naturaleza estival se confundió con el recuerdo de unos baños, con el globo terráqueo líquido y oscilante. Y se sumergió en el agua, que se cerró encima de su cabeza.

Antes de que saliera el sol le despertó el ruido repetido de disparos y gritos. Varios franceses pasaban corriendo por su lado.

—*Les cosaques!*[134] —gritó uno de ellos, y, al cabo de un minuto, un gran número de rostros rusos rodearon a Pierre.

Tardó un buen rato en comprender lo que pasaba. Por todas partes se oía el alegre clamor de sus compañeros.

—¡Hermanos! ¡Queridos hermanos, amigos! —repetían entre lloros los viejos soldados rusos, abrazando a los cosacos y a los húsares.

Estos rodearon a los prisioneros y les ofrecieron rápidamente ropa, botas y pan. Pierre sollozaba, sentado en el centro, incapaz de pronunciar palabra. Abrazó al primer soldado que se le acercó y, sin dejar de llorar, lo besó.

Dólojov estaba en la puerta cochera de la casa en ruinas observando el paso de la gran cantidad de franceses desarmados que, alterados por todo lo acontecido, hablaban entre ellos con voz muy alta. Pero cuando pasaban al lado de Dólojov, que se daba suaves fustazos en las botas mientras los examinaba con su mirada fría y vidriosa que nada bueno prometía, se quedaban callados. Al otro lado, uno de sus cosacos los iba contando y, por cada cien, trazaba una raya con tiza en la puerta cochera.

—¿Cuántos? —le preguntó Dólojov.

—Vamos por el segundo centenar —respondió el cosaco.

—*Filez, filez*[135] —iba diciendo Dólojov, expresión que había aprendido de los franceses.

Y, cuando cruzaba la mirada con la de alguno de ellos, los ojos se le inflamaban con un brillo cruel.

Denísov, con semblante sombrío y la cabeza descubierta, seguía a los cosacos que llevaban a pulso el cadáver de Petia Rostov hasta un hoyo excavado en el jardín.

XVI

A partir del 28 de octubre, cuando empezaron las heladas, la huida de los franceses cobró un carácter más trágico: no se veía más que hombres que morían congelados, que se abrasaban en las hogueras y otros que, vestidos con abrigos de pieles, continuaban huyendo en carretelas cargadas con bienes saqueados por el emperador, los reyes y los duques; pero, en esencia, el proceso de huida y de descomposición del ejército francés no había cambiado ni un ápice desde la salida de Moscú.

De Moscú a Viazma, de un ejército francés de setenta y tres mil hombres sin contar con la Guardia (que en el curso de la guerra no se dedicó a otra cosa que a saquear), quedaron treinta y seis mil, de los cuales no más de cinco mil cayeron en combate. Este es el primer elemento de una progresión que determinaría los siguientes con una exactitud matemática.

El ejército francés fue desintegrándose y pereciendo en idéntica proporción de Moscú a Viazma, de Viazma a Smolensk, de Smolensk al Berézina y del Berézina a Vilna, independientemente de la intensidad mayor o menor del frío, de la persecución, de los obstáculos en el camino y de todas las demás circunstancias consideradas por separado. A partir de Viazma los franceses pasaron de avanzar en tres columnas a fundirse en una masa desorganizada, y así continuaron hasta el final.

He aquí lo que Berthier le escribió a su emperador (ya se sabe hasta qué punto se permiten los jefes militares alejarse de la verdad cuando describen la situación del ejército):

> *Je crois devoir faire connaître à Votre Majesté l'état de ses troupes dans les différents corps d'armée que j'ai été à même d'observer depuis deux ou trois jours dans différents passages. Elles sont presque débandées. Le nombre des soldats qui suivent les drapeaux est en proportion du quart au plus dans presque tous les régiments, les autres marchent isolément dans différentes directions et pour leur compte, dans l'espérance de trouver des subsistances et pour se débarrasser de la discipline. En général ils regardent Smolensk comme le point où ils doivent se refaire. Ces derniers jours on a remarqué que beaucoup de soldats jettent leurs cartouches et leurs armes. Dans cet état de choses, l'intérêt du service de Votre Majesté exige, quelles que soient ses vues ultérieures qu'on rallie l'armée à Smolensk en commençant à la débarrasser des non-combattants, tels que hommes démontés et des bagages inutiles et du matériel de l'artillerie qui n'est plus en proportion avec les forces actuelles. En outre les jours de repos, des subsistances sont nécessaires aux soldats qui sont exténués par la faim et la fatigue; beaucoup sont morts ces derniers jours sur la route et dans les bivacs. Cet état de choses va toujours en augmentant et donne lieu de craindre que si l'on n'y prête un prompt remède, on ne soit plus maître des troupes dans un combat.*
>
> *Le 9 Novembre, à 30 verstes de Smolensk.*[136]

Habiendo entrado a la desbandada en Smolensk, que imaginaban como la tierra prometida, los franceses se mataron unos a otros por los víveres, saquearon sus propios depósitos y, cuando ya lo habían desvalijado todo, prosiguieron la huida.

Todos marchaban sin saber adónde ni con qué fin. Y aún menos lo sabía el genio de Napoleón, puesto que nadie le daba órdenes. No obstante, tanto él como su círculo seguían con sus antiguos hábitos: redactaban órdenes, cartas, informes, *ordre du jour*[137], y se llamaban unos a otros *Sire, Mon Cousin, Prince d'Ekmuhl, Roi de Naples*[138], etcétera. Sin embargo, las órdenes y los informes no eran más que papel mojado, no se cumplía nada de lo que establecían porque no podía cumplirse y, aunque se llamaban unos a otros «majestad», «excelencia» y «primo», se daban perfecta cuenta de que eran hombres ruines y lamentables que habían hecho un inmenso daño por el que ahora tenían que pagar. Y, por mucho que fingieran preocuparse por el ejército, solo pensaban en sí mismos, en huir y salvarse cuanto antes.

XVII

Los movimientos de las tropas rusas y francesas en la retirada desde Moscú hasta el Niemen se parecían al juego de la gallinita ciega, donde se les vendan los ojos a dos jugadores y uno de ellos tiene que tocar una campanilla para dar pistas al otro, que lo tiene que pillar. Al principio el perseguido toca la campanilla sin miedo pero, cuando se ve en apuros, huye de su contrincante procurando no hacer ruido; y normalmente, creyendo que está escapando, corre directo a sus brazos.

Al inicio de la retirada por la carretera de Kaluga, la presencia de las tropas de Napoleón aún se hizo notar, pero después, en cuanto alcanzaron la carretera de Smolensk, echaron a correr sujetando con la mano el badajo de la campanilla y, a menudo, creyendo que escapaban, se daban de bruces contra los rusos.

La velocidad a la que huían los franceses y les perseguían los rusos ocasionó el agotamiento de lo caballos y el subsiguiente fin de las patrullas de caballería, el medio principal para hacerse una idea de la posición del enemigo. Además, por culpa de los rápidos y frecuentes cambios de posición de ambos ejércitos, la información que se obtenía no podía llegar a tiempo. Si el día 2 llegaba un informe que decía que el día 1 el ejército enemigo estaba en tal sitio, el día 3, cuando se podía emprender alguna acción, el enemigo ya había cubierto dos etapas y ocupaba una posición completamente distinta.

Un ejército huía y el otro lo perseguía. Al abandonar Smolensk a los franceses se les presentaban gran variedad de opciones y cabía pensar que, después de haber hecho un alto de cuatro días, podrían haber averiguado la posición del enemigo, ingeniar algún plan ventajoso y tomar alguna nueva medida. Sin embargo, después del alto de cuatro días, la masa continuó huyendo y, en vez de torcer a derecha o izquierda, enfiló —sin seguir ningún plan ni maniobra— la vieja carretera de Krasny y de Orshá, la peor, pero que ya conocía bien.

Como esperaban al enemigo a sus espaldas pero no delante, los franceses en su huida alargaron mucho las filas, separándolas unas de otras a una distancia de veinticuatro horas. En cabeza iba el emperador, después los reyes y a continuación los duques. Creyendo que Napoleón torcería a la derecha, a la otra orilla del Dniéper —lo único sensato—, el ejército ruso viró también en esa dirección y acabó desembocando en la carretera de Krasny. Y allí, como en el juego de la gallinita ciega, los franceses se dieron de bruces contra nuestra vanguardia. Habiendo topado con el enemigo de un modo tan

inesperado, los franceses fueron presa del pánico y el miedo los hizo detenerse, pero después, abandonando a los compañeros que iban detrás, reanudaron la huida. Así pues, a lo largo de tres días unidades aisladas del ejército francés se colaron una tras otra entre los rusos: primero la del virrey, después la de Davout y finalmente la de Ney. Ninguna de las tres socorrió a las otras, abandonaron todos los bagajes, la artillería y a la mitad de sus hombres; se movían solo por la noche y trazaban un semicírculo hacia la derecha para evitar a los rusos.

Ney iba el último con su cuerpo de ejército de diez mil hombres porque se había entretenido en volar la muralla de Smolensk, que a nadie molestaba (pese a su situación desesperada o justamente por este motivo quería dar una patada en el suelo contra el que se había golpeado). Pero al llegar a Orshá para unirse a Napoleón solo le quedaban mil hombres: después de abandonar a los restantes y todos los cañones, había huido furtivamente de noche, escabulléndose a través de los bosques hasta llegar a la otra orilla del Dniéper.

Desde Orshá los franceses continuaron huyendo por la carretera de Vilna, sin dejar de jugar a la gallinita ciega con el ejército que los perseguía. En el Berézina volvieron a ser presa del pánico, muchos se ahogaron y tantos otros se rindieron, pero los que lograron cruzar el río siguieron huyendo. El jefe supremo se puso un abrigo de pieles, se montó en un trineo y partió solo, abandonando a sus compañeros. Quien pudo también escapó; quien no pudo se entregó o acabó muriendo.

XVIII

Ante una campaña de huida semejante, en la que los franceses hicieron todo cuanto podía destruirlos y ninguno de los movimientos de la masa tuvo el menor sentido, empezando por el viraje hacia la carretera de Kaluga y acabando por la fuga del jefe supremo, se diría que los historiadores, que atribuyen las acciones de la masa a la voluntad de un solo hombre, no podrían describir la huida desde esta perspectiva. Pero sí: los historiadores han escrito montañas de libros sobre esta campaña y en todos ellos se detallan las órdenes de Napoleón, el profundo sentido de sus planes, las maniobras que guiaron su ejército y las órdenes geniales de sus mariscales.

La retirada de Maloyaroslávets por una carretera devastada, una acción totalmente innecesaria si pensamos que los franceses tenían acceso a un camino que conducía hacia una región abundante en provisiones y que la

carretera paralela por la que posteriormente los perseguiría Kutúzov también estaba libre, se nos explica con razonamientos de lo más profundo. Con razonamientos igual de profundos se nos explica también la retirada de Smolensk a Orshá y, asimismo, el heroísmo de Napoleón en Krasny[139], donde, al parecer, dispuesto a librar una batalla que dirigiría él mismo, dijo mientras paseaba con un bastón de abedul:

—*J'ai assez fait l'Empereur, il est temps de faire le général*.[140]

Y, no obstante, acto seguido prosiguió la huida, abandonando a su suerte las unidades dispersas del ejército que le seguían más atrás.

Después se nos refiere la grandeza espiritual de los mariscales, especialmente de Ney, una grandeza que consiste en adentrarse por la noche en un bosque, cruzar el Dniéper y, dando un rodeo, llegar a Orshá sin banderas, sin artillería y habiendo abandonado a nueve décimas partes de sus tropas.

Y, finalmente, los historiadores nos presentan la última fuga del gran emperador de su heroico ejército como algo grande y genial. Incluso este último acto de fuga, algo que en lengua corriente se llamaría «último grado de infamia» y que hasta los niños aprenden a considerar vergonzoso, encuentra justificación en boca de los historiadores.

Cuando ya es imposible estirar más el elástico hilo de los razonamientos históricos, cuando las acciones son claramente contrarias a todo lo que la humanidad llama bueno e incluso justo, los historiadores recurren a la idea salvadora de la grandeza. Como si la grandeza excluyera la posibilidad de medir el bien y el mal. Porque para la grandeza el mal no existe: no hay atrocidad que pueda atribuirse a quien es grande.

«*C'est grand!*», dicen los historiadores, y entonces ya no hay ni bien ni mal, solo hay *grand* y no *grand*. *Grand* es lo bueno, no *grand* es lo malo. De acuerdo con su concepción, lo *grand* es característico de seres especiales a los que llaman héroes. Y Napoleón, que huyó a su casa abrigado con una cálida pelliza abandonando no solo a sus compañeros moribundos, sino también a hombres a los que él mismo (según creía) había llevado hasta allí, piensa que *c'est grand*, por lo que tiene la conciencia tranquila.

«*Du sublime* (él veía algo *sublime* en sí mismo) *au ridicule il n'y a qu'un pas*»[141], decía. Y el mundo entero lleva cincuenta años repitiendo: «*Sublime! Grand! Napoléon le grand! Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas*».[142]

Y a nadie se le pasa por la cabeza que reconocer la grandeza inconmensurable como medida del bien y del mal no es más que reconocer la insignificancia y la inconmensurable pequeñez de uno mismo.

Para nosotros, que disponemos de la medida del bien y del mal que nos dio Cristo, no hay nada inconmensurable. Y no hay grandeza donde no hay bondad, sencillez y verdad.

XIX

¿Qué ruso, al leer la descripción del último período de la campaña de 1812, no ha tenido una incómoda sensación de rabia, insatisfacción y perplejidad? ¿Quién no se ha preguntado por qué no se capturó y mató a todos los franceses cuando tres ejércitos superiores en número los tenían rodeados, cuando el enemigo, desorganizado, hambriento y aterido de frío, se estaba entregando en masa, y cuando (como nos relatan los historiadores) el objetivo de los rusos consistía precisamente en detenerles el paso, cortar la retirada y capturarlos a todos?

¿Cómo es posible que un ejército ruso numéricamente inferior al francés presentara batalla en Borodinó, pero, teniendo al enemigo rodeado por tres lados y siendo su objetivo capturarlo, fuera incapaz de hacerlo? ¿Es posible que los franceses fueran tan superiores a nosotros que, incluso teniéndolos rodeados y disponiendo de más efectivos, no pudiéramos derrotarlos? ¿Cómo pudo ocurrir?

La historia (o lo que se suele llamar con este nombre) responde a estas preguntas afirmando que esto pudo ocurrir porque Kutúzov, Tormásov, Chichágov, el uno de aquí y el otro de más allá no hicieron tal o cual maniobra.

Pero ¿por qué no hicieron tales maniobras? Si estos hombres tuvieron la culpa de que no se alcanzara el objetivo previsto, ¿por qué no fueron juzgados y castigados? No obstante, aunque admitiéramos que Kutúzov, Chichágov, etcétera son culpables del *fracaso* de los rusos, tampoco se puede entender por qué, a la vista de las condiciones de nuestras tropas en Krasny y en el Berézina (en ambos casos superiores en número), no se capturó al ejército francés con sus mariscales, sus reyes y su emperador cuando este era precisamente nuestro propósito.

Explicar este extraño fenómeno, como hacen los historiadores militares rusos, argumentando que Kutúzov impidió la ofensiva carece de fundamento, ya que sabemos que ni en Viazma ni en Tarútino fue capaz de evitar que sus tropas atacaran.

¿Cómo es posible que un ejército ruso sumamente mermado venciera en Borodinó a un poderosísimo enemigo, pero en Krasny y en el Berézina, siendo superior en fuerzas, perdiera contra una masa de franceses desorganizados?

Si el objetivo de los rusos era cortar la retirada y capturar a Napoleón y a los mariscales, y no solo no fue alcanzado, sino que todos los intentos acabaron en un vergonzoso fracaso, es completamente justo que los historiadores franceses consideren el último período de la campaña una sucesión de victorias, y es un error indiscutible que los historiadores rusos lo consideren a su vez como un triunfo propio.

Los historiadores militares rusos, en la medida en que se deben a la lógica, llegan a esta conclusión sin querer y, a pesar de todas sus líricas loas a la valentía, a la lealtad, etcétera, tienen que reconocer a regañadientes que la retirada de los franceses de Moscú comportó una sucesión de victorias para Napoleón y de derrotas para Kutúzov.

Pero, dejando a un lado el amor propio nacional, uno tiene la sensación de que tal conclusión es contradictoria, pues según ella la sucesión de victorias de los franceses los condujo a la aniquilación total, mientras que la sucesión de derrotas rusas tuvo por efecto la destrucción completa del enemigo y la liberación de la patria.

El origen de esta contradicción reside en que los historiadores que estudian los acontecimientos basándose en las cartas de los soberanos y de los generales, en los partes, informes, etcétera, afirman que en la última etapa de la guerra de 1812 existía el objetivo (a todas luces falso, porque nunca existió) de cortar la retirada al enemigo y de capturar a Napoleón con sus mariscales y ejércitos.

Este objetivo no existió ni pudo existir jamás porque carecía de sentido y porque habría sido totalmente imposible alcanzarlo.

Y carecía de sentido, en primer lugar, porque el ejército de Napoleón, sumido en el caos, huía de Rusia lo más rápido que podía, cumpliendo, de hecho, lo que deseaban todos los rusos. ¿Para qué iban a emprenderse operaciones contra unos franceses que huían a todo correr?

En segundo lugar, carecía de sentido cerrar el paso a unos hombres que invertían todas sus energías en huir.

En tercer lugar, carecía de sentido sacrificar las propias tropas para destruir a un ejército francés que ya se estaba muriendo solo, sin necesidad de influencias externas, y a tal magnitud que, aun sin obstáculos en el camino, no

habría podido cruzar la frontera en una proporción superior a como lo hizo el mes de diciembre, es decir, con solo la centésima parte de sus efectivos.

En cuarto lugar, carecía de sentido capturar al emperador, a reyes y a duques, ya que estos habrían dificultado sobremanera los movimientos de los rusos, como reconocían los diplomáticos más expertos de la época (J. Maistre y otros). Más absurdo habría sido todavía capturar cuerpos de ejército francés cuando el ruso se había reducido a la mitad antes de llegar a Krasny; cuando, para custodiar a los prisioneros, se habrían necesitado divisiones enteras de escolta; y cuando los soldados rusos no siempre recibían la ración completa de comida y los prisioneros capturados morían de inanición.

Todo este profundísimo plan de cortar el paso y atrapar a Napoleón y a su ejército es como si un hortelano, para echar a una vaca que le ha pisoteado los bancales, la llevara hasta la cerca y se pusiera a darle golpes en la cabeza. Lo único que justificaría una actuación así sería su furia. Pero ni siquiera esto podría atribuirse a los autores del mencionado plan, ya que no eran ellos quienes sufrían las consecuencias de los bancales pisoteados.

Y, aparte de que carecía de sentido cortar el paso a Napoleón y a su ejército, era imposible.

Lo era, en primer lugar, porque, tal como demuestra la experiencia, durante un combate los movimientos de columnas que se encuentran a una distancia de unas cinco verstas no coinciden jamás con los planes trazados, y la probabilidad de que Chichágov, Kutúzov y Wittengstein coincidieran a la hora justa y en el lugar convenido era ínfima por no decir nula. Así es como pensaba Kutúzov, que antes de recibir el plan dijo que los actos de sabotaje a gran distancia nunca dan los frutos deseados.

En segundo lugar, era imposible porque para frenar la fuerza de la inercia con que retrocedía el ejército de Napoleón se requería un número muchísimo más elevado de efectivos del que disponían los rusos.

En tercer lugar, era imposible porque la expresión militar «cortar» no tiene ningún sentido. Se puede cortar un pedazo de pan, pero no un ejército. Cortar un ejército —es decir, cerrarle el paso— es completamente imposible, porque siempre hay mucho espacio alrededor por el que se puede dar un rodeo, y porque hay que contar con las noches, cuando no se ve nada, cosa de la que podrían convencerse los sabios militares, aunque no sea más que por los ejemplos de Krasny y del Berézina. Hacer prisioneros tampoco es posible a no ser que el soldado o el oficial consientan que los capturen, del mismo modo que no se puede atrapar a una golondrina a no ser que se pose en tu mano. Se puede capturar a quien se rinde, como los alemanes, según las

normas de la estrategia y la táctica. Pero a las tropas francesas esto no les parecía conveniente, y con toda la razón, ya que tanto en la fuga como en el cautiverio las esperaba la misma suerte: morir de hambre o de frío.

En cuarto lugar —el más importante—, era imposible porque desde que el mundo es mundo jamás ha habido una guerra en unas condiciones tan terribles como la de 1812, y las tropas rusas, en su persecución del ejército francés, agotaron todas sus fuerzas y no podían hacer más sin exponerse a su propia aniquilación.

En su marcha desde Tarútino hasta Krasny el ejército ruso perdió a cincuenta mil enfermos y rezagados, es decir, el equivalente a la población de una capital de provincias. La mitad del ejército causó baja sin entrar en combate.

Y sobre este período de la campaña, cuando las tropas van sin botas ni pellizas, las provisiones escasean, no hay vodka y se duerme meses y meses en la nieve a temperaturas de quince bajo cero; cuando los días duran solo siete u ocho horas y lo demás es oscuridad, donde es imposible la disciplina; cuando los hombres entran en el dominio de la muerte —donde ya no hay disciplina— no unas horas, como en la batalla, sino meses, sin dejar de luchar ni un instante para no morir de hambre ni de frío; cuando en solo un mes ha muerto la mitad del ejército: sobre este período de la campaña los historiadores nos dicen que Milorádovich tendría que haber hecho una maniobra de flanco aquí, Tormásov otra allá, Chichágov haberse desplazado a no se sabe dónde (con la nieve por encima de las rodillas), y entonces uno u otro habría podido derribar, cortar el paso, etcétera, etcétera.

Los rusos, la mitad de los cuales había muerto, hicieron todo lo que se podía y debía hacer para alcanzar un objetivo digno del pueblo, y no tienen la culpa de que hubiera otros rusos cómodamente sentados en sus caldeados despachos proponiendo planes irrealizables.

Todas estas extrañas y ahora incomprensibles contradicciones entre los hechos y su descripción se deben únicamente a que los historiadores escribieron la historia de las palabras y de los sentimientos sublimes de diversos generales, pero no la historia de los acontecimientos.

Para ellos son muy interesantes las palabras de Milorádovich, las recompensas que obtuvo este y aquel general, y sus reflexiones, pero no les interesan lo más mínimo los cincuenta mil hombres que acabaron en hospitales y en tumbas porque no competen a su estudio.

Y, sin embargo, basta con olvidar el estudio de informes y de planes generales y examinar detenidamente el movimiento de los cientos de miles de

hombres que participaron de manera directa e inmediata en los acontecimientos para que todas las cuestiones que antes parecían irresolubles encuentren de pronto, con una facilidad y sencillez extraordinarias, una solución indiscutible.

El objetivo de cortar el paso a Napoleón y a su ejército jamás existió, o acaso solo en la imaginación de una decena de personas. Y no pudo existir porque carecía de sentido y era irrealizable.

El pueblo tenía un único objetivo: liberar su tierra de los invasores. Este objetivo se consiguió, en primer lugar, por sí mismo, ya que los franceses huían y lo único que había que hacer era no detener su movimiento. En segundo lugar, gracias a la acción de las guerrillas que destruían a los franceses. Y en tercer lugar, porque un nutrido ejército ruso perseguía a los franceses y estaba preparado para emplear la fuerza si se detenían.

El ejército ruso tuvo que actuar a modo de látigo contra un animal que huye. Y el arriero experimentado sabe que lo mejor para conseguir que huya es amenazarlo con el látigo en alto y no fustigarle en la cabeza.

Cuarta parte

I

Cuando un ser humano ve morir a un animal le invade el horror: todo cuanto es él mismo, su propia esencia, desaparece de manera patente ante sus ojos, deja de existir. Pero cuando quien muere es otra persona y, además, se trata de alguien a quien se quiere, entonces, aparte del horror que inspira la extinción de una vida, se produce un desgarramiento, una herida espiritual que, igual que la física, algunas veces mata y otras acaba cicatrizando, pero siempre duele y se contrae ante cualquier irritación exterior.

Después de la muerte del príncipe Andréi, Natasha y la princesa Maria sintieron esto por igual. Moralmente encogidas, con los ojos contraídos bajo la amenazadora nube de la muerte que pendía sobre ellas, no se atrevían a mirar cara a cara la vida. Protegían cuidadosamente sus heridas abiertas de cualquier contacto ofensivo y doloroso. Todo —un carruaje que pasara a toda velocidad por la calle, la mención de la comida, la pregunta de una doncella sobre un vestido que había que preparar y, aún peor, una palabra fingida, de falsa compasión— les parecía una ofensa y perturbaba el necesario silencio en que ambas intentaban escuchar el severo y terrible coro que aún no se había acallado en su imaginación; les impedía concentrar la mirada en las misteriosas e infinitas lejanías que, por un instante, se habían abierto ante ellas.

Únicamente cuando estaban las dos solas no sentían ofensa ni dolor. Hablaban poco y, si lo hacían, era sobre cosas insignificantes. Tanto la una como la otra evitaba referirse a todo lo que pudiera aludir al futuro.

Reconocer la posibilidad de un futuro les parecía ofensivo para la memoria del príncipe Andréi. Y en sus conversaciones se cuidaban mucho de evitar todo lo que pudiera tener relación con el difunto. Les parecía que nada de lo que habían vivido y experimentado podía expresarse con palabras, que cualquier palabra que se refiriera a algún detalle de la vida de él quebrantaba la grandeza y la santidad del misterio que se había producido ante los ojos de ambas.

La contención constante al hablar, el escrupuloso cuidado por evitar toda posible mención a él y las interrupciones continuas cuando se acercaban a la frontera de lo que no se podía decir evocaban con mayor pureza y claridad en la imaginación de ambas lo que sentían.

Pero la tristeza pura y completa es tan imposible como la alegría pura y completa. La princesa Maria, en su situación de dueña única e independiente de su destino, de tutora y educadora de su sobrino, fue la primera en ser reclamada por la vida, arrancada de ese mundo de tristeza en que había vivido las primeras dos semanas. Recibía cartas de sus familiares a las que debía contestar; la habitación en la que habían instalado a Nikólenka era húmeda y el niño empezaba a toser; Alpátych había llegado de Yaroslavl con informes sobre el estado de cosas, con la propuesta y el consejo de que se mudara a Moscú, a su casa de la calle Vzdvízhenka, que había quedado intacta y solo requería pequeñas reparaciones. La vida no se detenía, había que vivir. Por muy duro que le resultara salir del mundo de la solitaria contemplación en que había vivido hasta entonces, por más lástima que le diera dejar sola a Natasha y más le avergonzara hacerlo, las preocupaciones de la vida exigían su intervención y, muy a su pesar, se entregó a ellas. Comprobó las cuentas con Alpátych, le pidió consejo a Dessales sobre su sobrino e hizo todas las gestiones y preparativos necesarios para trasladarse a Moscú.

Natasha se quedaba sola y, desde que la princesa Maria había empezado a preparar su partida, la evitaba también a ella.

La princesa Maria le propuso a la condesa que permitiera a Natasha viajar con ella a Moscú, y tanto la madre como el padre lo aceptaron con alegría, porque veían que su hija se iba debilitando día a día, y creían que un cambio de aires y la asistencia de los médicos moscovitas podrían sentarle bien.

—No pienso ir a ningún sitio —respondió Natasha al oír la propuesta—, lo único que os pido es que me dejéis en paz.

Y salió rápidamente de la habitación, conteniendo a duras penas las lágrimas, que no eran tanto de dolor como de despecho y rabia.

Desde que se había sentido abandonada por la princesa Maria y sola en su dolor, Natasha se había pasado la mayor parte del tiempo a solas en su habitación, sentada en la esquina de un sofá con las piernas recogidas, rompiendo o estrujando cualquier cosa con sus dedos finos y tensos, con la mirada fija e inmóvil en lo primero con lo que topaban sus ojos. Esta soledad la agotaba, la hacía sufrir, pero la necesitaba. En cuanto alguien entraba, se levantaba inmediatamente, cambiaba de actitud y de mirada, y cogía un libro

o la labor, esperando con evidente impaciencia que quien la había importunado se marchara.

Le parecía estar siempre a punto de comprender, de desentrañar aquel terrible y abrumador dilema que era el centro de su mirada espiritual.

A finales de diciembre, ataviada con un vestido negro de lana, con la trenza recogida en un moño sin arreglar, flaca y pálida, Natasha estaba con las piernas recogidas en una esquina del diván, doblando y alisando la punta del cinturón, con los ojos clavados en el rincón de la puerta.

Miraba absorta al otro lado de la vida, hacia donde se había ido él. Y ese lado que antes nunca se había planteado porque se le antojaba remoto e improbable ahora le resultaba más cercano, familiar y comprensible que este lado de la vida, donde reinaban el vacío y la destrucción, o bien el sufrimiento y la ofensa.

Miraba absorta al lugar donde sabía que estaba él, pero solo era capaz de verlo como lo había conocido en este lado de la vida, tal como lo había visto en Mytischi, en el monasterio de la Trinidad y en Yaroslavl.

Veía su rostro, oía su voz, repetía sus palabras y también las que ella le había dicho y, algunas veces, se inventaba otras que podrían haber dicho ambos.

Y lo veía ahí, recostado en un sillón con su pequeño abrigo de terciopelo y la cabeza apoyada en la mano blanca y delgada. Tenía el pecho terriblemente hundido, los hombros erguidos, los labios cerrados con firmeza, los ojos le brillaban y en la frente se le formaba una arruga que después desaparecía. La pierna le temblaba de un modo casi imperceptible. Natasha sabía que estaba luchando contra un dolor espantoso. «¿Qué significará este dolor? ¿Para qué sirve? ¿Qué está sintiendo? ¡Cuánto le debe de doler!», pensaba. Él se daba cuenta de que le estaba mirando, levantaba los ojos y empezaba a hablarle sin sonreír:

«No hay nada más horrible —le decía— que atarse para siempre a una persona que sufre. Es un tormento eterno.» Y la escrutaba con la mirada (Natasha comprendía ahora esa mirada). Y ella, como siempre, respondía sin pensar lo primero que se le ocurría: «Esto no va a durar tanto, no puede ser, se curará usted del todo».

Y en ese momento lo vio de nuevo y volvió a sentir lo mismo que entonces. Recordó la mirada triste, grave y prolongada que el príncipe Andréi le había dirigido al pronunciar estas palabras y comprendió el reproche y la desesperación que había en su mirada.

«Entonces le dije que sí, que sería horrible tener que sufrir para siempre —pensaba Natasha ahora—. Quería decir que sería horrible para él, pero él creyó que lo decía *por mí*. En ese momento él aún tenía ganas de vivir, temía a la muerte, y ¡yo le hablé de esa manera tan brutal y estúpida! Pero no era eso lo que yo pensaba, sino algo completamente distinto. Si le hubiera dicho lo que pensaba, habría sido: "Aunque estuviera usted muriéndose siempre delante de mis ojos yo sería feliz en comparación con lo que soy ahora". Ahora… No hay nada, no hay nadie. ¿Lo supo él? No. No lo supo ni lo sabrá jamás. Y ya nunca, nunca podré arreglarlo.»

Natasha imaginó que él le volvía a decir las mismas palabras de entonces, pero que ella le respondía de otro modo, que lo interrumpía y le decía: «Es horrible para usted, pero no para mí. Ya sabe que para mí la vida sin usted no vale nada; sufrir a su lado es mi mayor alegría». Imaginó que él le cogía la mano y se la apretaba como había hecho cuatro días antes de morir, y ella le decía palabras dulces y amorosas, palabras que podría haberle dicho entonces: «Te amo… te amo… te amo…», se repetía, apretando las manos y los dientes convulsivamente en un esfuerzo exasperado.

Entonces la embargó una dulce aflicción y las lágrimas le brotaron de los ojos, pero de pronto se preguntó: «¿A quién le estoy hablando? ¿Dónde está él? ¿*Qué* es ahora?». Y de nuevo todo se tiñó de una perplejidad severa y cruel, y siguió mirando absorta, con el ceño muy fruncido, hacia donde estaba él.

Y cuando ya le parecía que iba a comprender el misterio, justo cuando lo incomprensible le iba a ser revelado, un violento chasquido del picaporte de la puerta sonó dolorosamente en sus oídos. Duniasha, la doncella, entró precipitadamente en la habitación con el semblante asustado, sin el menor reparo y sin mostrar preocupación alguna por Natasha.

—¡Vaya ahora mismo a ver a su padre, se lo ruego! —le dijo muy exaltada—. Una desgracia… Piotr Ilich… Una carta… —sollozó.

II

Además de la necesidad que tenía Natasha de alejarse de todo el mundo en general, este sentimiento era especialmente intenso en lo que concernía a los miembros de su familia. Su padre, su madre y Sonia le resultaban tan cercanos, cotidianos y estaba tan acostumbrada a ellos que todas sus palabras y sentimientos le parecían una ofensa al mundo en que había vivido estos

últimos tiempos, y los miraba no solo con indiferencia, sino incluso con hostilidad. Oyó lo que Duniasha le decía de Piotr Ilich y una desgracia, pero no lo entendió.

«¿Qué desgracia les puede ocurrir a ellos? ¿Qué les va a pasar? Para ellos todo sigue como siempre, igual de normal y tranquilo», se dijo.

Cuando entró en la sala su padre salía precipitadamente de la habitación de la condesa. Tenía el rostro contraído, bañado en lágrimas, y al parecer salía para dar rienda suelta a un llanto que lo ahogaba. Al ver a Natasha agitó los brazos con desesperación y tuvo un acceso de sollozos convulsivos, llenos de sufrimiento, que desfiguraban su rostro redondo y suave.

—Pe… Petia… Ve, ve… Ella… ella… te llama…

Y, llorando como un niño, se acercó a una silla dando rápidos pasitos con sus débiles piernas y casi se desplomó en ella, tapándose la cara con las manos.

Natasha notó como si una repentina descarga eléctrica le sacudiera todo el cuerpo, algo terriblemente doloroso le golpeó el corazón, un dolor espantoso, y le pareció que se desgarraba por dentro, que iba a morir. Pero con el dolor se sintió instantáneamente liberada de la prohibición de vivir que pesaba sobre ella. Al ver así a su padre y al oír los gritos brutales y espantosos de su madre a través de la puerta, se olvidó en el acto de sí misma y de su propia tristeza. Corrió hacia él, pero el conde, moviendo una mano sin fuerza, señaló la puerta de la habitación de la condesa. La princesa Maria, pálida y con la mandíbula temblorosa, salió de allí, cogió a Natasha de la mano y le dijo algo. Natasha no la veía y tampoco la oía. Se dirigió a la puerta con paso rápido y, tras detenerse un instante en el umbral como si luchara consigo misma, entró y corrió hacia su madre.

La condesa, tendida en un sillón, con el cuerpo extrañamente tenso, golpeaba la cabeza contra la pared. Sonia y varias doncellas le sujetaban los brazos.

—¡Que venga Natasha, que venga Natasha!… —gritaba—. ¡No es cierto, no es cierto!… Él miente… ¡Que venga Natasha! —gritaba, apartando a quienes la rodeaban—. ¡Marchaos todos, no es cierto! ¡Lo han matado!… ¡Ja, ja, ja!… ¡No es cierto!

Natasha, apoyando una rodilla en el sillón, se inclinó hacia su madre, la abrazó y, con una fuerza inesperada, la incorporó, le volvió el rostro hacia sí y se apretujó contra ella.

—¡Mamaíta querida!… ¡Estoy aquí, querida mamaíta! —le susurraba, sin callar ni un segundo.

Sin soltarla, forcejeó delicadamente con ella, pidió almohadas y agua, le desabotonó y desgarró el vestido.

—Mamaíta querida, corazón… alma mía —seguía susurrándole sin cesar, dándole besos en la cabeza y en las manos, sintiendo cómo le corrían las lágrimas imparablemente, a borbotones, haciéndole cosquillas en la nariz y en las mejillas.

La condesa le apretó la mano, cerró los ojos y se calmó un instante. Pero de pronto se irguió con una rapidez inusitada, la mirada perdida, y al ver a su hija le estrechó la cabeza con todas sus fuerzas. A continuación volvió hacia sí su cara contraída por el dolor, y se quedó mirándola un buen rato.

—Natasha, ¿me quieres? —le preguntó en un susurro suave y confiado—. Natasha, ¿no me engañarás? ¿Me dirás toda la verdad?

Natasha la miraba con los ojos llenos de lágrimas, y tanto en su mirada como en su rostro había una súplica de perdón y de amor.

—¡Mamaíta querida! —volvió a decir, concentrando toda la fuerza de su amor para que descargara en ella de algún modo la excesiva tristeza que la oprimía.

Y, de nuevo, en una impotente lucha contra la realidad, la condesa, negándose a creer que pudiera estar viva cuando habían matado a su querido hijo en la flor de la vida, huyó de la realidad refugiándose en el mundo de la locura.

Natasha no recordaba cómo había pasado el día, la noche, el día siguiente y la noche siguiente. No durmió ni se separó de su madre. Su amor, obstinado y paciente, no como una explicación, no como un consuelo, sino como una llamada a la vida, parecía abrazar a la condesa en todo momento y desde todas partes. A la tercera noche la condesa se calmó unos minutos y Natasha pudo cerrar los ojos y apoyar la cabeza en el brazo del sillón. La cama crujió. Natasha abrió los ojos y vio que la condesa, sentada en la cama, decía en voz baja:

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! ¿Estás cansado? ¿Quieres té? —Natasha se le acercó—. Estás más guapo, más hombre —decía la condesa, cogiendo la mano de su hija.

—¡Mamaíta, qué está diciendo!…

—¡Natasha, no está! ¡Él ya no está!

Y, abrazándose a su hija, rompió a llorar por primera vez.

III

La princesa Maria aplazó su partida. Sonia y el conde intentaron sustituir a Natasha, pero no pudieron. Veían que únicamente ella era capaz de evitar que su madre cayera en una desesperación rayana en la locura. Natasha se pasó tres semanas sin separarse de su madre, durmiendo en el sillón, dándole de beber y de comer, y hablándole sin descanso, porque solo su voz tierna y cariñosa conseguía calmarla.

La herida espiritual de la madre no podía sanar. La muerte de Petia le había arrancado media vida. Al recibir la noticia de la muerte, era una mujer lozana y vigorosa de cincuenta años, pero un mes después salió de su habitación convertida en una anciana medio muerta sin el menor interés por la vida. Sin embargo, la misma herida que casi mata a la condesa devolvió a Natasha a la vida.

Por extraño que parezca, una herida moral producida por un desgarramiento del ser espiritual cicatriza exactamente igual que una herida física; una vez que la herida más profunda ha cicatrizado y sus bordes se han unido, la herida moral, igual que la física, llega a sanar gracias a la fuerza de la vida, que empuja desde dentro.

Así había sanado la herida de Natasha. Ella pensaba que su vida había acabado, pero de pronto el amor por su madre le enseñó que la esencia de la vida —el amor— aún vivía en su interior. Y, cuando despertó el amor, despertó la vida.

Los últimos días del príncipe Andréi habían unido a Natasha y a la princesa Maria, y esta nueva desgracia las acercó aún más. La princesa Maria, que había aplazado su viaje, cuidó durante tres semanas de Natasha como si se tratara de un niño enfermo, puesto que las últimas semanas en la habitación de su madre la habían dejado sin fuerzas.

Una tarde, al ver que Natasha tenía escalofríos y temblaba de fiebre, se la llevó a su habitación y la acostó en su propia cama. Pero, cuando la princesa Maria, después de bajar las cortinas, se disponía a salir, la llamó.

—No tengo sueño, *Marie*. Quédate conmigo.

—Estás cansada, intenta dormir.

—No, no. ¿Por qué me has traído aquí? Mi madre va a preguntar por mí.

—Está mucho mejor. Hoy ya hablaba muy bien —dijo la princesa Maria.

Natasha, echada en la cama, escudriñaba en la penumbra de la habitación el rostro de la princesa.

«¿Se parece a él? —pensaba—. Sí y no. Pero ella es especial, distinta, completamente nueva, desconocida. Y me quiere. ¿Qué hay en su alma? Solo

bondad. Pero ¿cómo es? ¿Qué piensa? ¿Qué opinión tiene de mí? Sí, es extraordinaria.»

—Masha —dijo, tirándole tímidamente de la mano—. Masha, no pienses que soy mala. ¿De acuerdo? Querida Masha, cómo te quiero. Seamos amigas, muy amigas.

Y, abrazándola, empezó a darle besos en las manos y en la cara. La princesa Maria se avergonzó y al mismo tiempo se puso contenta por estas muestras de cariño.

Desde ese día fue creciendo entre ellas esa amistad tierna y entusiasta que solo se da entre mujeres. No dejaban de besarse, de decirse palabras cariñosas y pasaban la mayor parte del tiempo juntas. Si una salía, la otra se intranquilizaba y la iba a buscar enseguida. Juntas se sentían más en armonía que por separado. Nació entre ellas un sentimiento mucho más fuerte que la amistad, la sensación única de que solo podían vivir la una con la otra.

A veces guardaban silencio horas enteras; y a veces, ya acostadas, se ponían a hablar sin parar hasta la mañana. Hablaban, sobre todo, del pasado lejano. La princesa Maria hablaba de su infancia, de su madre, de su padre y de sus sueños. Y Natasha, que hasta entonces había vuelto la espalda con tranquila indiferencia a esa vida de entrega y resignación y a la poesía de la abnegación cristiana, ahora, sintiéndose unida por el amor a la princesa Maria, aprendió a amar también el pasado de su amiga y esa faceta de la vida que antes le resultaba incomprensible. No tenía intención de aplicar a su vida semejante resignación y espíritu de sacrificio, porque estaba acostumbrada a buscar otras fuentes de alegría, pero comprendió y aprendió a amar en otro ser humano esta virtud que hasta entonces no entendía. Por su parte, escuchando las historias de la infancia y de la primera juventud de Natasha, la princesa Maria descubrió también una faceta antes incomprensible para ella: la fe en la vida y en los placeres que ofrecía.

Como antes, seguían sin hablar de *él* para no mancillar con palabras —así se lo parecía a ambas— el elevado sentimiento que albergaban, y este silencio hizo que poco a poco, aún sin creerlo, lo empezaran a olvidar.

Natasha había adelgazado y estaba tan pálida y débil que todos hablaban sin cesar de su salud, lo cual le resultaba agradable. Pero a veces la invadía inesperadamente el miedo no solo a la muerte, sino también a la enfermedad, a la debilidad y a la pérdida de la belleza, y entonces, sin querer, se examinaba atentamente los brazos desnudos y se sorprendía de su delgadez, o bien, por las mañanas, se miraba en el espejo el rostro alargado y le parecía

digno de lástima. Creía que así tenía que ser, pero al mismo tiempo le daba miedo y tristeza.

Un día subió corriendo al piso de arriba y se quedó sin aliento. Acto seguido, sin ser consciente, se inventó una excusa para bajar y volvió a subir muy rápido para poner a prueba sus fuerzas y ver el resultado.

Otro día llamó a Duniasha y la voz le tembló. La volvió a llamar, a pesar de que ya oía sus pasos, con la misma voz de pecho con que cantaba, y se escuchó con atención.

Natasha no lo sabía ni lo habría creído, pero bajo la impenetrable capa de cieno que sentía que le cubría el alma, empezaban a despuntar ya finas, tiernas y frescas briznas de hierba que, al arraigar, taparían de tal modo con sus brotes llenos de vida el dolor que la consumía que pronto este dolor se volvería invisible e imperceptible. La herida empezaba a sanar por dentro.

A finales de enero la princesa Maria partió hacia Moscú y el conde insistió en que Natasha la acompañara para que la visitaran los médicos.

IV

Después del enfrentamiento en Viazma, donde Kutúzov había sido incapaz de contener el deseo de sus tropas de derribar y cortar el paso a los franceses que huían de la persecución rusa, no hubo nuevas batallas hasta Krasny. La huida del enemigo era tan rápida que el ejército ruso no podía alcanzarlo: los caballos de la caballería y de la artillería se negaban muchas veces a andar y los informes sobre los movimientos de los franceses eran siempre erróneos.

Los soldados rusos estaban tan agotados por esta marcha interminable de cuarenta verstas por jornada que eran incapaces de avanzar más rápido.

Para entender su grado de agotamiento solo hay que hacerse una idea clara de lo que significa que, sin haber perdido desde Tarútino más de cinco mil hombres entre heridos y muertos ni más de cien prisioneros, las tropas rusas, que habían salido de allí con cien mil efectivos, llegaran a Krasny con solo cincuenta mil.

La rapidez de la persecución tenía un efecto tan devastador en los rusos como la huida en los franceses. La diferencia radicaba únicamente en que el ejército ruso avanzaba por propia voluntad, sin la amenaza de destrucción que se cernía sobre el ejército francés, y en que los franceses enfermos que se quedaban rezagados caían en manos del enemigo, mientras que los enfermos rusos rezagados se quedaban casa. La razón principal de la disminución de las

tropas napoleónicas fue la rapidez con que huían, algo que, sin duda, queda probado por la correspondiente disminución de las tropas rusas.

Igual que en Tarútino y en Viazma, toda la actividad de Kutúzov se centró, siempre que estuvo en su mano, no en detener esta huida tan funesta para los franceses (como le exigían en San Petersburgo y los generales en el ejército), sino en facilitarla y en aliviar el movimiento de sus propios soldados.

Sin embargo, desde que empezaron a revelarse signos de agotamiento en sus tropas y a producirse cuantiosísimas bajas a raíz de la rapidez de la marcha, Kutúzov tuvo aún otro motivo para frenar el avance de sus hombres y dedicarse a esperar. El objetivo del ejército ruso era perseguir a los franceses y, como el camino que estos iban a seguir era una incógnita, cuanto más le pisaran los talones, más trayecto habría que recorrer. Solo guardando cierta distancia en la persecución era posible atajar el camino y recortar sus zigzags. Las hábiles maniobras que proponían nuestros generales se traducían todas ellas en forzar el avance de las tropas y en prolongar las marchas, cuando el único objetivo sensato en esos momentos era acortarlas. Y durante la campaña desde Moscú hasta Vilna toda la actividad de Kutúzov se consagró a este objetivo, no por casualidad ni provisionalmente, sino de un modo tan consecuente que no se desvió de él ni una sola vez.

Kutúzov sabía, no mediante la razón ni la ciencia, sino por su esencia rusa, lo que todo soldado percibía, esto es, que los franceses habían sido derrotados, que el enemigo huía y que no había más que dejarlo marchar; pero, al mismo tiempo, se veía afectado igual que los soldados por toda la dureza de la marcha, inaudita por su rapidez en semejante estación del año.

Pero los generales —sobre todo los no rusos— que deseaban distinguirse, despertar admiración y capturar a algún duque o rey creían que había llegado la hora de presentar batalla y de vencer, en un momento en que cualquier enfrentamiento habría sido vil y absurdo. Kutúzov se limitaba a encogerse de hombros cuando uno tras otro le presentaban planes de maniobras, teniendo en cuenta que los soldados, mal calzados, sin zamarras y hambrientos, se habían reducido a la mitad en un mes sin necesidad de entrar en combate y que, aunque la persecución prosiguiera en las mejores condiciones, tendrían que recorrer hasta llegar a la frontera una distancia aún mayor de la que ya habían cubierto.

Esta ansia por distinguirse, maniobrar, derribar y cortar el paso al enemigo surgía especialmente cuando las tropas rusas topaban con las francesas.

Así ocurrió en Krasny, donde pensaban encontrar solo una de las tres columnas enemigas y toparon con Napoleón en persona y sus dieciséis mil hombres. A pesar de todos los esfuerzos de Kutúzov por evitar el nefasto enfrentamiento y conservar sus tropas, en Krasny los extenuados soldados rusos estuvieron tres días rematando a la masa de soldados franceses, ya de por sí derrotados.

Toll redactó el plan de operaciones: *Die erste Colonne marschirt*[143], etcétera. Y, como siempre, nada se hizo según el plan. El príncipe Eugenio de Wurtemberg[144] disparaba desde una colina a la masa de franceses que huía y exigía refuerzos que nunca llegaban. Por las noches los franceses, esquivando a los rusos, se dispersaban, se ocultaban en los bosques y huían cuanto más lejos mejor.

Milorádovich, que decía no querer saber nada de los asuntos de su destacamento, al que era imposible encontrar cuando se le necesitaba, *chevalier sans peur et sans reproche*[145], como se llamaba a sí mismo, y partidario de negociar con los franceses, enviaba a parlamentarios para exigir su rendición, perdía el tiempo y no hacía lo que le ordenaban.

—¡Muchachos, os regalo esta columna! —les decía a los miembros de la caballería rusa, señalando a los franceses.

Y la caballería, montada en caballos que a duras penas podían moverse, azuzándolos con las espuelas y los sables, llegaba con gran esfuerzo al trote corto hasta la columna regalada, es decir, hasta una masa de franceses congelados, entumecidos y hambrientos que deponían las armas y se rendían, como llevaban mucho tiempo deseando.

En la batalla de Krasnoi los rusos hicieron veintiséis mil prisioneros, capturaron centenares de cañones, así como un palo que llamaban «bastón de mariscal», discutieron sobre quién se había distinguido más en el combate y se mostraron muy satisfechos con todo ello; sin embargo, lamentaron profundamente no haber atrapado a Napoleón o, por lo menos, a algún héroe o mariscal, por lo que se lanzaron reproches unos a otros y, especialmente, a Kutúzov.

Estos hombres, arrastrados por sus pasiones, no eran más que ciegos ejecutores de la ley más triste de la necesidad, pero se consideraban héroes y creían cumplir una obra llena de dignidad y nobleza. Acusaron a Kutúzov de haber impedido desde el inicio de la campaña la derrota de Napoleón, afirmaban que solo pensaba en satisfacer sus propias pasiones, que no había querido salir de Polotniany Zavod porque allí estaba tranquilo, que en Krasny había detenido el avance de las tropas porque había perdido la cabeza al

enterarse de la presencia de Napoleón, que era probable que estuvieran confabulados y que Bonaparte lo hubiera sobornado[146], etcétera, etcétera.

No solo los coetáneos, arrastrados por las pasiones, hablaban así, sino que las generaciones siguientes y la historia han considerado a Napoleón un personaje *grand*, mientras que los extranjeros han caracterizado a Kutúzov como un viejo cortesano astuto, depravado y débil, y los propios rusos como un ser indefinido, una especie de muñeco cuya única utilidad fue su nombre ruso…

V

En 1812 y 1813 se acusaba abiertamente a Kutúzov de los errores. El soberano estaba disgustado con él. Y en un libro de historia escrito recientemente por orden del zar se afirma que Kutúzov era un cortesano astuto y embustero que temía el nombre de Napoleón y que sus errores en las batallas de Krasnoi y del Berézina privaron al ejército ruso de la gloria de una victoria completa sobre los franceses.[147]

Así es el destino de los grandes hombres, no de los *grands hommes* que la mentalidad rusa no reconoce, sino de esos hombres singulares, siempre solitarios, que, habiendo comprendido la voluntad de la providencia, someten a ella la suya propia. El odio y el desprecio de la masa castigan a estos hombres por su conocimiento clarividente de las leyes supremas.

Para los historiadores rusos (¡que extraño y terrible es decir esto!) Napoleón, ese instrumento insignificante de la historia que jamás dio muestras de dignidad humana, ni siquiera en el destierro, es objeto de admiración y entusiasmo: es *grand*. En cambio a Kutúzov —el hombre que desde el principio hasta el final de su actividad en 1812, desde Borodinó hasta Vilna, no se traicionó ni una sola vez con ningún acto ni palabra, que constituye en la historia un ejemplo extraordinario de espíritu de sacrificio y de conciencia de la importancia futura de los acontecimientos— lo presentan como un ser indefinido y lastimoso, y cuando hablan de él y del año 1812 hasta parece que se avergüenzan un poco.

No obstante, es difícil imaginar un personaje histórico cuyos esfuerzos se centraran de un modo tan inmutable y constante en un solo objetivo. Es difícil imaginar un objetivo más digno y que coincidiera hasta tal punto con la voluntad del pueblo. Y aún más difícil es encontrar en la historia otro ejemplo

de un personaje que haya alcanzado tan plenamente su objetivo como Kutúzov en 1812, al que consagró todos sus esfuerzos.

Kutúzov nunca habló de los cuarenta siglos que le contemplaban desde las pirámides, de los sacrificios que haría por la patria, de lo que tenía intención de hacer ni de lo que había hecho: en general no hablaba nunca de sí mismo, no representaba ningún papel, se mostraba como un hombre sencillo y corriente que decía cosas sencillas y corrientes. Escribía cartas a sus hijas y a *madame* de Staël, leía novelas, le gustaba la compañía de mujeres atractivas, bromeaba con los generales, oficiales y soldados, y nunca contradecía a quien quería demostrarle algo. Cuando el conde Rastopchín se le acercó en el puente Yauzski para reprocharle quién era el culpable de la caída de Moscú y le dijo: «¿Cómo es que prometió usted no abandonar Moscú sin dar batalla?», él le respondió: «Es que no me marcharé de Moscú sin dar batalla», a pesar de que la ciudad ya había sido abandonada. Cuando Arakchéiev fue a comunicarle de parte del soberano que había que nombrar a Yermólov jefe de artillería, él respondió: «Sí, justo ahora estaba diciendo eso mismo», a pesar de que un minuto antes había afirmado todo lo contrario. ¿Qué más le daba a él, rodeado de una masa inútil, cuando era el único en comprender la enorme importancia de los acontecimientos? ¿Qué más le daba que el conde Rastopchín se responsabilizara o lo responsabilizara a él de las desgracias de la capital? Y aún menos podía interesarle a quién se nombraba jefe de artillería.

No solo en tales casos, sino siempre, este hombre viejo, a quien la experiencia de la vida había convencido de que los pensamientos y las palabras que los expresan no son lo que guía a los humanos, decía palabras carentes de sentido, las primeras que se le pasaban por la cabeza.

Pero este mismo hombre que tan poca atención prestaba a sus palabras no pronunció jamás ni una sola que no estuviera de acuerdo con el único propósito que persiguió durante toda la guerra. Salta a la vista que, a su pesar, con la penosa seguridad de que no sería comprendido, expresó reiteradamente en las circunstancias más variadas su forma de pensar. Desde la batalla de Borodinó, donde se iniciaron las desavenencias con su entorno, fue el único en decir que *la batalla de Borodinó constituye una victoria*, algo que repitió hasta el día de su muerte, tanto de palabra como en informes y en partes. Fue el único en decir que *la pérdida de Moscú no significa la pérdida de Rusia*. A las propuestas de paz de Lauriston respondió que *la paz no es posible porque no se corresponde con la voluntad del pueblo*; durante la retirada de los franceses fue el único en decir que *todas nuestras maniobras son*

innecesarias, que *todo se hará por sí mismo, mejor de lo que deseamos*, que *al enemigo hay que tenderle un puente de oro*, que *ni las batallas de Tarútino, de Viazma ni de Krasnoi son necesarias*, que *hay que llegar a la frontera con efectivos*, que *por diez franceses no sacrificaría ni a un solo ruso*.

Y solo él, este hombre cortesano —tal como nos lo pintan—, este hombre que miente a Arakchéiev para complacer al soberano, solo él se atreve a decir en Vilna que *seguir la guerra en el extranjero será perjudicial e inútil*, algo que le hace caer en desgracia ante el zar.

Pero las palabras por sí solas no podrían demostrar que Kutúzov comprendía ya entonces la importancia de los acontecimientos. Todos sus actos, sin la menor excepción, tenían una sola finalidad que se traducía en tres aspectos: 1) concentrar todas las fuerzas para un enfrentamiento armado con los franceses; 2) vencerlos; 3) echarlos de Rusia para aliviar en la medida de lo posible el sufrimiento del pueblo y del ejército.

Ese mismo Kutúzov parsimonioso, cuyo lema es «paciencia y tiempo», enemigo de las acciones decisivas, libra la batalla de Borodinó, dando a sus preparativos una solemnidad sin precedentes. Ese mismo Kutúzov, que antes de la batalla de Austerlitz había pronosticado la derrota, en Borodinó, en contra de la opinión de los generales que aseguraban que haber perdido la batalla y a pesar del inaudito ejemplo histórico en que un ejército vencedor retrocede después de ganar el combate, solo él, en contra de todo el mundo, afirma hasta su muerte que la batalla de Borodinó constituyó una victoria. Él es el único que a lo largo de toda la retirada insiste en no presentar batalla porque sería inútil, en no iniciar una nueva guerra y en no cruzar la frontera rusa.

Ahora es fácil comprender la relevancia de los acontecimientos —siempre que no atribuyamos al comportamiento de las masas unos objetivos que solo estaban en la cabeza de unas decenas de hombres—, ya que los vemos expuestos con todas sus consecuencias.

Pero en aquel entonces ¿cómo pudo este hombre viejo, solo contra la opinión de todos, adivinar tan certeramente la importancia y el sentido popular de los acontecimientos hasta el punto de no traicionarlo ni una sola vez en todo cuanto hizo?

La fuente de esta extraordinaria fuerza para captar el sentido de los acontecimientos residía en el espíritu popular que albergaba dentro de sí mismo en toda su pureza e intensidad. Y solo porque el pueblo reconocía en él este sentimiento fue posible algo tan extraño como la elección, contra la

voluntad del zar, de un hombre viejo y caído en desgracia como personificación de la guerra nacional. Y solo este sentimiento lo llevó al más alto pedestal humano, desde donde, como comandante en jefe, dedicó todos sus esfuerzos no a matar y aniquilar a otros hombres, sino a salvarlos y compadecerse de ellos.

Esta figura sencilla, modesta y, por lo tanto, auténticamente grandiosa, no podía encajar en el falso molde del héroe europeo, supuesto regidor de pueblos, que ha inventado la historia.

Para el lacayo no puede haber grandes hombres, porque el lacayo tiene su propia concepción de la grandeza.

VI

El 5 de noviembre fue el primer día de la que se conoce como batalla de Krasnoi. Hacia el anochecer, después de muchas discusiones y errores de los generales que habían conducido a las tropas adonde no debían, y después de enviar a varios ayudantes de campo con contraórdenes cuando ya estaba claro que el enemigo huía por todas partes y que no habría batalla ni podría haberla, Kutúzov salió de Krasny rumbo a Dóbroie, donde ese mismo día se había instalado el cuartel general.

El día era claro, helado. Kutúzov, acompañado por una inmensa comitiva de generales disgustados con él que cuchicheaban a sus espaldas, iba a Dóbroie en su pequeño y cebado caballo blanco. A lo largo de la carretera se apretujaban, para entrar en calor, alrededor de las hogueras, grupos de prisioneros franceses capturados ese mismo día (ascendían a siete mil). No lejos de Dóbroie una inmensa masa de prisioneros con la ropa hecha harapos, envueltos y tapados con lo primero que habían encontrado, hablaba a voces en la carretera, cerca de una larga fila de cañones franceses desenganchados. Cuando vieron acercarse al comandante en jefe se interrumpió la algarabía y todos los ojos se clavaron en él, que avanzaba lentamente con su sombrero blanco con cintillo rojo y su capote enguatado, que le formaba una joroba sobre los hombros encorvados. Uno de los generales le informaba de los lugares donde se habían apoderado de los cañones y hecho prisioneros.

Kutúzov parecía preocupado y no prestaba atención a las palabras del general. Entornando descontento los ojos, miraba atentamente y con persistencia a los prisioneros, que constituían una visión de lo más lamentable. La mayoría de los soldados franceses tenía el rostro deformado

porque se les habían congelado la nariz y las mejillas, y casi todos tenían los ojos enrojecidos, hinchados, purulentos.

Cerca de la carretera había un grupo de prisioneros; dos soldados, uno de ellos con la cara llena de pústulas, desgarraban con las manos un pedazo de carne cruda. Había algo terrible y animal tanto en la mirada fugaz que echaron a los que pasaban como en la rabia con que el soldado de las pústulas miró a Kutúzov antes de seguir con su ocupación.

El comandante en jefe, a su vez, miró atentamente a los dos soldados, torció aún más el gesto y, entornando los ojos, movió la cabeza con aire pensativo. Más adelante se fijó en un soldado ruso que, riendo y dándole palmadas a un francés en el hombro, le decía algo en tono amistoso. Kutúzov volvió a mover la cabeza con la misma expresión.

—¿Qué dices? —le preguntó al general, que seguía con su informe y le rogaba que prestara atención a los estandartes franceses que habían tomado y dispuesto frente a la primera fila del regimiento Preobrazhenski—. ¡Ah, los estandartes! —dijo, dejando a un lado, con evidente esfuerzo, los pensamientos que lo ocupaban.

Volvió la vista con aire distraído. Miles de ojos lo miraban de todas partes, esperando sus palabras.

Se detuvo frente al regimiento Preobrazhenski y, suspirando profundamente, cerró los ojos. Alguien de la comitiva hizo un gesto con la mano para que los soldados que sujetaban los estandartes se acercaran y los colocaran por el asta alrededor del comandante en jefe. Kutúzov guardó silencio unos minutos y, como sin ganas, sometiéndose a los deberes de su cargo, irguió la cabeza y empezó a hablar. Una gran cantidad de oficiales se juntó a su alrededor. Él los miró con atención y reconoció a algunos.

—¡Os doy las gracias a todos! —dijo, dirigiéndose a los soldados y de nuevo a los oficiales. En el silencio que se había hecho se oían claramente sus palabras, pronunciadas con calma—. Os doy las gracias a todos por vuestro fiel y arduo servicio. La victoria es completa, Rusia no os olvidará. ¡Gloria eterna a vosotros! —Calló un momento, mirando a uno y otro lado—. ¡Bájale la cabeza, bájasela! —le dijo a un soldado que sujetaba el águila francesa y que, sin darse cuenta, la había inclinado delante de los estandartes del regimiento Preobrazhenski—. ¡Más abajo, más abajo! Eso es. ¡Hurra, muchachos! —exclamó, dirigiéndose a los soldados con un rápido movimiento de barbilla.

—¡Hurra-a-a! —rugieron miles de voces.

Mientras los soldados vitoreaban, Kutúzov, encorvado en la silla, agachó la cabeza y los ojos se le iluminaron con un brillo dulce, como burlón.

—Escuchadme, hermanos… —dijo cuando los gritos cesaron.

Y, de pronto, su voz y su semblante cambiaron: había dejado de hablar el comandante en jefe y, en su lugar, se disponía a hablar un hombre viejo y sencillo con visibles ganas de comunicar a sus compañeros algo de suma importancia.

Hubo un movimiento en el grupo de oficiales y entre las filas de soldados para oír mejor lo que iba a decir.

—¡Escuchadme, hermanos! Sé lo duro que es para vosotros, pero ¡qué se le va a hacer! Resistid, ya no queda mucho. En cuanto echemos a nuestros visitantes podremos descansar. El zar no olvidará vuestro servicio. Sé que es duro para vosotros, pero, al fin y al cabo, estáis en casa. En cambio, mirad a qué extremo han llegado ellos —dijo, señalando a los prisioneros—: están peor que los mendigos más desdichados. Mientras eran fuertes, no sentíamos lástima de ellos, pero ahora podemos compadecerlos. Son personas, como nosotros. ¿Verdad, muchachos?

En la mirada persistente, respetuosa y asombrada de los soldados leyó aprobación a sus palabras, por lo que, poco a poco, su rostro se fue iluminando con una dulce sonrisa de viejo que le fruncía las comisuras de los labios y los ojos. Al cabo de un rato en silencio, agachó la cabeza, como perplejo.

—Aunque, bien pensado, ¿quién los invitó a venir a nuestro país? ¡Les está bien merecido! Los muy c…, ¡a la m…! —exclamó de pronto, levantando la cabeza.

Y, blandiendo la fusta de cuero, por primera vez en toda la campaña se alejó a galope de los soldados, que habían roto filas entre alegres carcajadas y vítores ensordecedores.

Las tropas apenas habían entendido las palabras de Kutúzov. Nadie habría podido reproducir su discurso, solemne al principio y de una bonachona sencillez senil al final. Pero no solo captaron su parte emocional, sino que el sentido de majestuosa solemnidad, así como la compasión por el enemigo y la conciencia de tener la razón de su parte —que el comandante en jefe había expresado, precisamente, con esas cándidas palabrotas de viejo—, fue compartido por todos los soldados, y así lo manifestaron con prolongados y jubilosos gritos. Cuando momentos después un general le preguntó si deseaba que una carretela fuera a buscarlo, Kutúzov le respondió inesperadamente entre sollozos. Estaba visiblemente conmovido.

VII

El 8 de noviembre, último día de la batalla de Krasnoi, ya oscurecía cuando las tropas llegaron al lugar donde iban a pernoctar. El día había sido sereno, helado, con nevadas suaves y poco copiosas; al atardecer empezó a clarear y entre los copos de nieve se podía ver el cielo estrellado, de color malva oscuro, y la helada se hizo más intensa.

El regimiento de mosqueteros, que había salido de Tarútino con tres mil hombres que ahora se habían reducido a novecientos, fue uno de los primeros en llegar al lugar designado para pasar la noche: una aldea al borde de la gran carretera. Los aposentadores anunciaron que todas las isbas estaban ocupadas por franceses enfermos o muertos, soldados de la caballería y miembros del Estado Mayor. Solo quedaba una isba libre para el jefe de regimiento, que se dirigió hacia ella mientras sus hombres cruzaban la aldea y, cerca de las últimas isbas, colocaban los fusiles en pabellón.

Como un inmenso animal de múltiples miembros, el regimiento se puso a organizar su guarida y a preparar la cena. Con la nieve hasta las rodillas, una parte de los soldados se adentró en el bosque de abedules que había a la derecha de la aldea y enseguida se oyeron golpes de hacha y machete, los crujidos de las ramas que se quebraban y voces alegres; otra parte empezó a trajinar en medio de los carros del regimiento y de los caballos, que habían colocado muy juntos, sacaron peroles y pan seco, y dieron de comer a los caballos; y otra parte se dispersó por la aldea y se dedicó a adecentar el alojamiento de los miembros del Estado Mayor, a sacar los cadáveres de los franceses que yacían en las isbas, a arrancar tablones, troncos secos y paja de los tejados para hacer hogueras y a construir cercas para resguardarse.

Por detrás de las isbas, en un extremo de la aldea, unos quince soldados derribaban dando alegres voces el alto seto de un cobertizo del que ya habían arrancado el techo.

—¡Vamos, vamos, empujad, todos a una! —gritaban.

Y, en la oscuridad de la noche, el enorme seto, cubierto de nieve, se tambaleó y se oyó un crujido helado. Las estacas inferiores empezaron a crujir, cada vez con más frecuencia, hasta que por fin el seto se desplomó junto con los soldados que lo empujaban. Se oyeron gritos burdos y festivos, y también carcajadas.

—¡Cogedlo entre dos! ¡Que alguien traiga una palanca! ¡Eso es! Eh, ¿tú dónde vas?

—Venga, todos a una… ¡Esperad, muchachos!… ¡A la señal!

Todos callaron y una voz suave, agradable y aterciopelada entonó una canción. Al acabar la tercera estrofa, justo después de la última nota, veinte voces gritaron al unísono:

—¡Uuuuh! ¡Vamos, todos a una! ¡Arriba, muchachos!…

Pero, a pesar de todos los esfuerzos, el seto apenas se movió. En el silencio, empezaron a oírse fuertes jadeos.

—¡Eh, vosotros, los de la sexta compañía! ¡Demonios, diablos, venid a echarnos una mano!… Más tarde nos necesitaréis.

Unos veinte soldados de la sexta compañía que se dirigían a la aldea se unieron a los que pedían ayuda, y entre todos cargaron aquel seto de cinco *sazhén* de largo por uno de ancho y, encorvados bajo su peso, cortándose los hombros, avanzaron resoplando por la calle.

—Vamos, sigue… ¡Que se cae!… ¿Por qué te paras? Así, así…

No dejaban de oírse animadas groserías y palabrotas.

—¿Qué estáis haciendo? —sonó de pronto la voz autoritaria de un sargento mayor que se había cruzado con los que cargaban el seto—. ¡Los superiores andan por aquí, el general en persona está en la isba, y vosotros, malditos diablos, blasfemando! ¡Os voy a dar una buena! —gritó, asestándole un fuerte golpe en la espalda al primer soldado que tuvo a mano—. ¿Es que no podéis hacer nada sin armar alboroto?

Los soldados callaron. El que había recibido el golpe, gimiendo de dolor, se limpió la sangre que se había hecho en la cara al chocar contra el seto.

—¡No veas cómo pega el diablo! ¡Me ha dejado los morros llenos de sangre! —susurró, con voz temerosa, cuando el sargento mayor ya estaba lejos.

—¿Qué? ¿No te ha gustado? —dijo alguien burlonamente.

Y, bajando el tono, los soldados siguieron su camino. Pero, ya fuera de la aldea, volvieron a hablar tan fuerte como antes, colmando la conversación de las mismas palabrotas sin sentido.

En la isba por delante de la que habían pasado estos soldados estaba reunido el alto mando, que, ante una taza de té, comentaba animadamente la jornada y los movimientos futuros: iban a efectuar una maniobra de flanco por la izquierda, cortar el paso al virrey y capturarlo.

Cuando los soldados llegaron con el seto a rastras las hogueras de las cocinas ya ardían aquí y allá. La leña chisporroteaba, la nieve se derretía, las oscuras sombras de los soldados iban y venían por el espacio completamente ocupado, cubierto de nieve pisoteada.

Por todas partes se oían hachas y machetes. Todo se hacía sin que nadie lo hubiera ordenado: se traía leña de reserva para la noche, se construían pequeñas chozas para los superiores, se cocía la comida en calderos y se ponían los fusiles y los pertrechos en orden.

El seto traído por la octava compañía fue colocado en semicírculo por el lado norte, apuntalado con estacas y, delante, encendieron una hoguera. Tocaron retreta, pasaron lista y, después de cenar, todo el mundo se acomodó alrededor de las hogueras para pasar la noche; unos se dedicaron a remendarse las botas, otros a fumarse una pipa y otros se desnudaron completamente para despiojar la ropa al calor de las llamas.

VIII

Cabría pensar que las durísimas condiciones de vida, casi inconcebibles, que tuvieron que soportar los soldados rusos esos días —sin botas de invierno, sin zamarras, sin un techo bajo el que cobijarse en la nieve, a dieciocho grados bajo cero, sin contar siquiera con raciones completas de víveres porque la intendencia no siempre alcanzaba al ejército— imprimiría en ellos un aspecto de lo más triste y desolador.

Sin embargo, ocurría todo lo contrario: nunca, ni en las mejores condiciones materiales, las tropas habían tenido un aspecto tan alegre y animado. La razón era que, día a día, quien empezara a perder el ánimo o las fuerzas era desechado. Ya hacía tiempo que los hombres física y moralmente débiles se habían quedado atrás; solo continuaban los mejores del ejército, los más fuertes de espíritu y de cuerpo.

La octava compañía, resguardada por el seto, reunió a la mayor cantidad de soldados. Hasta dos sargentos mayores se sentaron con ellos. La hoguera de esta compañía era la que ardía con más intensidad, puesto que solo quien aportara leña tenía derecho a sentarse al amparo del seto.

—Eh, tú, Makéiev, ¿dónde te habías metido? ¿O es que se te han comido los lobos? ¡Trae leña! —gritó un soldado pelirrojo y de rostro colorado, que entornaba los ojos y pestañeaba por el humo, pero no se apartaba del fuego—. ¡Anda, cuervo, ve tú a por leña si no! —añadió, dirigiéndose a otro.

El pelirrojo no era suboficial ni cabo, sino un soldado robusto que siempre daba órdenes a los que eran más débiles que él. El soldado al que llamaban cuervo, un hombre flacucho, menudo y de nariz puntiaguda, se levantó sumisamente para cumplir la orden, pero justo en ese momento apareció a la

luz del fuego la esbelta y atractiva silueta de otro soldado joven cargado con un gran haz de leña.

—Tráela aquí. ¡Espléndido!

Partieron la leña, la echaron al fuego, soplaron y, agitando los faldones de los capotes, avivaron las llamas, que empezaron a crepitar y chisporrotear. Los soldados, arrimándose, encendieron las pipas. El soldado joven y atractivo que había traído la leña se puso en jarras y empezó a dar rápidas y ágiles pataditas en el suelo con sus pies helados.

—*Ah, mamaíta, qué frío y qué bueno es el rocío para el mosquetero…* —canturreó, como si cada sílaba de la canción fuera un hipido.

—¡Eh, se te han despegado las suelas! —gritó el pelirrojo al ver que el joven bailarín tenía una suela desprendida—. ¡Vaya ganas de bailar!

El bailarín se detuvo, arrancó el trozo de cuero que le colgaba y lo arrojó al fuego.

—Es verdad, hermano —dijo. Y, habiéndose sentado, sacó del macuto un trozo de paño francés de color azul y empezó a envolverse un pie—. Se me han entumecido —añadió, alargando las piernas hacia el fuego.

—Pronto repartirán botas nuevas. Dicen que cuando acabemos de matarlos a todos nos darán dos pares a cada uno.

—¿Habéis visto que ese hijo de perra de Petrov se ha quedado atrás? —dijo el sargento mayor.

—Ya hacía tiempo que me fijaba en él —dijo otro.

—Qué se le va a hacer, es un soldadito de pacotilla…

—Dicen que ayer, al pasar lista, en la tercera compañía faltaban nueve.

—Ya, pero ¿cómo vas a seguir caminando cuando se te han congelado los pies?

—¡Eh, no digas tonterías! —exclamó el sargento mayor.

—¿Es que piensas hacer lo mismo? —le dijo un viejo soldado con tono de reproche al que había dicho lo de los pies congelados.

—Y ¿tú qué crees? —terció con una voz estridente y temblorosa, incorporándose de pronto al otro lado de la hoguera, el soldado de nariz puntiaguda al que llamaban cuervo—. El que está gordo adelgaza, pero el delgado muere. Mírame a mí. Ya no me quedan fuerzas —dijo con tono resuelto, volviéndose de pronto hacia el sargento mayor—: dé la orden de que me lleven a un hospital. No aguanto más el dolor, al final me voy a quedar atrás…

—Anda ya, anda ya… —respondió tranquilamente el sargento mayor.

El soldado no dijo nada y la conversación continuó.

—Hoy hemos capturado a un buen puñado de franceses, pero ni uno solo llevaba nada que se pudiera llamar botas de verdad —dijo otro soldado, cambiando de tema.

—Los cosacos se las quitan a todos. Hoy estábamos limpiando una isba para el coronel y sacando los cadáveres. ¡Daba pena mirarlos, muchachos! —dijo el bailarín—. Les hemos dado la vuelta y había uno con vida, ¿os lo podéis creer? Balbuceaba algo en su lengua.

—Pues es gente limpia, muchachos —dijo el primero—. Son muy blancos, tan blancos como la corteza del abedul. Y tienen un aire gallardo, podría decirse que hasta noble.

—Pero ¿qué creías? Los reclutan de todas las clases sociales.

—Pero no saben ni una palabra de nuestra lengua —dijo el bailarín con una sonrisa perpleja—. A uno le he preguntado: «¿A qué corona servís?», y se ha puesto a balbucear algo en su idioma. ¡Qué gente más curiosa!

—Pues esto sí que es raro, hermanos —continuó el que se había sorprendido de la blancura de los franceses—: cuentan los campesinos de Mozhaisk que cuando empezaron a retirar los cadáveres franceses del campo de batalla (calculan que ya llevaban un mes allí tirados) estaban blancos y limpios como el papel y no olían nada.

—Será por el frío, ¿no? —preguntó alguien.

—¡Anda, listo! ¡Por el frío, dice! Hacía calor. Si hubiera sido por el frío, nuestros soldados tampoco habrían olido, pero dicen los campesinos que cuando te acercabas a ellos estaban tan podridos y llenos de gusanos que, al retirarlos, había que atarse un pañuelo en la cara y volver la cabeza; era insoportable. En cambio los franceses estaban blancos como el papel y no olían nada.

Se hizo un silencio.

—Será por la alimentación —dijo el sargento mayor—, deben de comer como señoritos.

Nadie replicó.

—El campesino de Mozhaisk, donde se libró el combate, contaba que reunieron a hombres de diez aldeas para retirar los cadáveres, pero que ni en veinte días fueron capaces de terminar. Por lo que decía, había una de lobos…

—Aquella sí fue una batalla de verdad —le interrumpió el soldado viejo—. Fue algo memorable, pero desde entonces… Lo único que se ha hecho es atormentar a la gente.

—Así es, abuelo. Anteayer tropezamos con ellos y antes de acercarnos ya estaban arrojando rápidamente los fusiles, arrodillándose y diciendo:

«*Pardon*». Y eso es solo un ejemplo. Cuentan que Plátov ha capturado dos veces al mismísimo «Poleón». No sabe una palabra. Así que lo atrapa, pero el otro se convierte en un pájaro en sus manos y sale volando. Y como no hay orden de matarlo…

—Pero qué bien mientes, Kiseliov, se te ve en la cara.

—Yo no miento; es la pura verdad.

—Si pudiera hacerse a mi manera, lo cogería, lo enterraría y después le clavaría una estaca de álamo. ¡A cuánta gente habrá matado!

—Acabaremos con él de una u otra manera; no va a durar mucho —dijo el soldado viejo, bostezando.

La conversación se acalló y los soldados empezaron a acomodarse para pasar la noche.

—¡Mirad cuántas estrellas, es increíble cómo brillan! Parece que unas mujeres hayan tendido las sábanas —dijo un soldado, maravillándose de la Vía Láctea.

—Esto, muchachos, es señal de que habrá buena cosecha.

—Nos va a hacer falta más leña.

—En cuanto se te calienta la espalda, se te congela la panza. ¡Tiene gracia la cosa!

—¡Ay, Señor!

—Y ¿tú por qué empujas? ¿Es que el fuego es solo para ti? Míralo cómo se ha tumbado…

Todo fue quedando en silencio y empezaron a oírse los ronquidos de los que dormían; otros se daban la vuelta para entrar en calor e intercambiaban alguna que otra palabra. Desde otra hoguera, a unos cien pasos, se oyó una alegre carcajada conjunta.

—Cómo se divierten en la quinta compañía… —dijo un soldado—. ¡Hay qué ver cuántos se han juntado!

Otro soldado se levantó y se dirigió hacia allí.

—¡Ay, qué risa! —comentó al volver al cabo de un rato—. Se les han unido dos franceses: uno está completamente congelado, pero ¡el otro es de lo más lanzado y se ha puesto a cantar!

—¿Ah, sí? Vamos a ver…

Y algunos de ellos se encaminaron hacia la quinta compañía.

IX

La quinta compañía había acampado en el lindero del bosque. Una hoguera enorme ardía en medio de la nieve, iluminando las ramas de los árboles, cargadas con el peso de la escarcha.

En mitad de la noche los soldados oyeron pasos en la nieve y ramas secas que crujían.

—¡Un oso, muchachos! —dijo uno de ellos.

Todos levantaron la cabeza y aguzaron el oído; a la luz de la hoguera vieron salir del bosque dos figuras humanas, apoyadas la una en la otra y vestidas de un modo extraño.

Eran dos franceses que se habían escondido en el bosque. Se acercaron a la hoguera diciendo con voz ronca algo incomprensible para los soldados. El más alto llevaba un sombrero de oficial y parecía muy débil; al llegar al fuego hizo ademán de sentarse, pero se desplomó en el suelo. El otro, un soldado menudo, rechoncho, con las mejillas envueltas con un pañuelo, parecía más fuerte. Levantó a su compañero y dijo algo mientras se señalaba la boca. Los soldados rusos los rodearon, extendieron un capote debajo del enfermo y les dieron gachas y vodka.

El oficial francés extenuado era Ramballe y el soldado del pañuelo, Morel, su ordenanza.

Cuando Morel se hubo bebido el vodka y comido un caldero de gachas, se apoderó de él una repentina y enfermiza alegría y se puso a hablar sin parar, aunque los soldados no le entendían. Ramballe había rechazado la comida y, apoyado en un codo, estaba tumbado en silencio junto al fuego, con los ojos rojos y la mirada perdida pero dirigida a los soldados rusos. A veces soltaba un largo gemido y volvía a quedarse callado. Morel se señalaba los hombros para hacerles entender que su compañero era un oficial y que había que hacerle entrar en calor. Un oficial ruso que se había acercado a la hoguera mandó que fueran a preguntar al coronel si estaba dispuesto a acoger en su isba a un oficial francés para que entrara en calor y, cuando volvieron con una respuesta afirmativa, le dijeron a Ramballe que fuera. Este se puso de pie e intentó andar, pero empezó a tambalearse y se habría caído si el soldado que estaba a su lado no lo hubiera sostenido.

—¿Qué pasa? ¿No quieres ir? —le dijo otro soldado, guiñándole un ojo burlonamente.

—¡Eh, imbécil! ¿Qué tonterías dices? ¡Bien se ve que eres un patán, un verdadero patán! —le reprocharon al bromista varios hombres.

Rodearon a Ramballe, lo levantaron entre dos a pulso y, con las manos entrelazadas, lo llevaron hasta la isba. Él les rodeaba el cuello con los brazos

y al llegar les dijo con voz lastimosa:

—*Oh, mes braves, oh, mes bons, mes bons amis! Voilà des hommes! oh mes braves, mes bons amis!*[148]

Y, como un niño, apoyó la cabeza en el hombro de uno de ellos.

Entretanto Morel, rodeado de los soldados, ocupaba el mejor sitio. El francés, menudo, rechoncho, con los ojos inflamados y llorosos, llevaba el pañuelo anudado por encima del gorro como las campesinas y vestía pelliza de mujer. Visiblemente embriagado por el vodka, abrazando con una mano al ruso que tenía al lado, entonaba con voz ronca y entrecortada una canción francesa. Los soldados se morían de la risa.

—¡Vamos, vamos, enséñame la canción! ¿Cómo es? Me la aprenderé en un periquete. ¿Cómo es? —decía el soldado al que Morel abrazaba.

> *—Vive Henri quatre,*
> *vive ce roi vaillant!*[149]

—cantó Morel guiñando un ojo—.

> *Ce diable à quatre…*

—*¡Vivaerikà! ¡Vif seruavelá! Sidiablaká…* —le imitó el soldado, gesticulando con un brazo y reproduciendo muy bien la melodía del estribillo.

—¡Fijaos! ¡Qué bien lo hace! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —se oyó desde varios lados, entre toscas y alegres carcajadas.

Morel, haciendo una mueca, también reía.

—¡Vamos, sigue, sigue!

> *Qui eut le triple talent,*
> *de boire, de battre*
> *et d'être un vert galant…*[150]

—¡Eso también suena bien! ¡Venga, ahora tú, Zaletáiev!…

—*Kiu…* —empezó Zaletáiev con dificultad—. *Kiu-iu-iu…* —canturreó, haciendo morritos con un esfuerzo—, *letriptalá, de bu de ba e detrevagalá*.

—¡Bravo! ¡Lo hace igual que el francés! Ay… ¡Ja, ja, ja, ja! Bueno, ¿quieres comer más?

—Dadle más gachas; después del hambre que ha pasado le va a costar saciarse.

Trajeron más gachas y Morel, sin dejar de reír, se comió el tercer caldero. Los soldados jóvenes lo miraban sonrientes. Los viejos, que consideraban

impropio entretenerse con semejantes tonterías, seguían tumbados al otro lado de la hoguera, pero alguna vez se incorporaban y, apoyados en un codo, lo miraban fugazmente con una sonrisa.

—Son personas, como nosotros —dijo uno, arrebujándose en el capote—. Hasta las malas hierbas tienen raíces.

—¡Ay, Señor, Señor! ¡Cuántas estrellas, es increíble! Señal de que va a helar…

Todo quedó en silencio. Las estrellas, como si supieran que ya nadie las veía, retozaban en el cielo negro y, tan pronto parpadeando como apagándose, cuchicheaban afanosamente sobre algo alegre pero misterioso.

X

Las tropas francesas se iban desintegrando gradualmente, en una progresión matemática regular. El paso del río Berézina, del que tanto se ha escrito, no fue en aquel momento más que uno de los eslabones intermedios en la destrucción del ejército francés y no un episodio decisivo de la campaña. Si los franceses han escrito y siguen escribiendo tanto sobre el Berézina es únicamente porque en aquel puente caído sobre el río se concentraron de pronto, en un solo instante, todas las penalidades de su ejército, que hasta entonces se habían sucedido progresivamente, y dieron lugar a un trágico espectáculo que se ha grabado en la memoria de todo el mundo. Los rusos, por su parte, han hablado y escrito tanto sobre el Berézina únicamente porque en San Petersburgo, lejos del teatro de la guerra, se trazó un plan (ideado por Pfull) para capturar a Napoleón en una estratégica trampa tendida en el río. Y, como en la capital estaban convencidos de que las cosas saldrían según el plan, insistieron en que el paso del Berézina fue lo que acabó con los franceses. Sin embargo, en realidad el paso del río fue para los franceses mucho menos letal en pérdida de cañones y en número de prisioneros que la batalla de Krasnoi, como indican las cifras.

La única importancia del paso del Berézina es que demostró de un modo evidente e indiscutible lo erróneos que eran los planes de cortar el paso a Napoleón y lo acertada que era la única acción posible que reclamaba Kutúzov: limitarse a perseguir al enemigo. Los franceses huían en masa a una velocidad que no dejaba de aumentar, concentrando toda su energía en alcanzar este objetivo. Huían como una fiera herida y era imposible ponerse en su camino. Una imposibilidad que se hizo patente no tanto por la forma de

preparar el paso del río como por el movimiento de la masa sobre los puentes. Cuando los puentes fueron destruidos, tanto los soldados desarmados como los habitantes de Moscú y las mujeres con niños que viajaban en el convoy francés —todos sometidos a la ley de la inercia— en vez de rendirse continuaron la huida hacia delante, precipitándose sobre las barcas en las gélidas aguas.

Este impulso era razonable. La situación de los fugitivos y de sus perseguidores continuaba siendo igual de terrible. Mientras siguieran con su gente podían albergar la esperanza de que los auxiliara algún compañero, de ocupar un lugar determinado entre los suyos. Pero, si se entregaban a los rusos, no solo su situación sería igual de desgraciada, sino que se verían en un peldaño inferior a la hora del reparto para cubrir las necesidades básicas de la vida. Los franceses no necesitaban pruebas para saber que la mitad de los prisioneros, con los que el enemigo no sabía qué hacer, moría de frío y de hambre, pese al deseo de algunos rusos de salvarlos. Y se daban cuenta de que no podía ser de otro modo. Ni los jefes rusos más compasivos, que simpatizaban con los franceses, ni los propios franceses que servían en Rusia podían hacer nada por los prisioneros, que perecían por culpa de la situación calamitosa en que se encontraba el ejército ruso. Era imposible quitar el pan y la ropa a los hambrientos soldados rusos, que eran útiles, para dárselo a los franceses, pero no porque estos fueran dañinos, odiados o culpables, sino simplemente porque eran inútiles. Algunos llegaban a hacerlo, pero se trataba de excepciones.

Detrás les esperaba una muerte segura; delante había esperanza. Habían quemado las naves. No quedaba otro remedio para salvarse que huir en masa y los franceses dedicaron todos sus esfuerzos a este objetivo.

Cuanto más lejos huía el enemigo y más desolador era el aspecto que ofrecía lo poco que quedaba de su ejército —sobre todo después del paso del Berézina, en el que tantas esperanzas había depositado San Petersburgo con su plan—, tanto más se encendían las pasiones de los jefes militares rusos, que se echaban las culpas unos a otros y, especialmente, a Kutúzov. Como suponían que el fracaso del plan ideado en San Petersburgo se atribuiría al comandante en jefe, cada vez le mostraban más claramente su desprecio y descontento y más se burlaban de él. Por supuesto, expresaban la burla y el desprecio disfrazados de respeto, por lo que Kutúzov no llegaba a saber de qué lo acusaban ni por qué motivo. Nadie hablaba seriamente con él; cuando le entregaban algún informe o le pedían permiso para algo lo hacían como

quien cumple una triste ceremonia, pero, a sus espaldas, se guiñaban el ojo unos a otros y siempre intentaban engañarlo.

Todos estos hombres, precisamente porque eran incapaces de comprenderlo, estaban convencidos de que no había nada de lo que hablar con el viejo, de que nunca entendería la profundidad de sus planes y de que contestaría con las frases de siempre (para ellos no eran más que frases) sobre el puente de oro, sobre la imposibilidad de llegar a la frontera con una multitud de soldados andrajosos, etcétera. Todo esto ya se lo habían oído decir. Además, todo lo que decía —«hay que esperar que lleguen las provisiones», o «los soldados no tienen botas», por ejemplo— era tan simple comparado con los ingeniosos y complejos planes que ellos proponían que no cabía duda de que el comandante en jefe era un viejo tonto, mientras que ellos eran unos jefes militares geniales privados de poder.

Estos chismes y la actitud hostil del Estado Mayor llegaron a un grado máximo después de que el ejército se uniera con el de Wittengstein, el glorioso almirante y héroe de San Petersburgo. Kutúzov se daba cuenta de lo que ocurría, pero se limitaba a suspirar y a encogerse de hombros. Solo en una ocasión, después de la batalla del Berézina, escribió enfadado a Bennigsen, que enviaba informes personales al soberano, la siguiente carta:

> Teniendo en cuenta su delicado estado de salud le ruego, excelencia, que al recibo de la presente se dirija a Kaluga, donde esperará órdenes y la designación de su majestad el emperador.

Pero poco después de haberse desembarazado de Bennigsen llegó el gran duque Constantino Pávlovich, que había participado en el inicio de la campaña hasta que Kutúzov lo apartó del ejército. Ahora el gran duque, de nuevo en el ejército, comunicó al comandante en jefe que su majestad el emperador estaba disgustado por la mediocridad de las victorias de las tropas y por la lentitud de sus movimientos. Asimismo le anunció que el emperador se uniría al ejército en los días siguientes.

Kutúzov, ese anciano con tanta experiencia en los asuntos militares y de la corte, que en agosto había sido nombrado comandante en jefe contra el deseo del soberano, que había apartado del ejército al gran duque heredero del trono, que gracias a su autoridad y contra la voluntad del zar había ordenado el abandono de Moscú, ese mismo Kutúzov comprendió al instante que le había llegado la hora, que su papel había concluido y que ya no gozaba de ningún supuesto poder. Y no solo lo comprendió por el trato que recibía en la corte. Por un lado, veía que la labor militar que había desempeñado llegaba a su fin y tenía la sensación de que su misión estaba cumplida. Por otro lado,

empezó a sentir el agotamiento de su viejo cuerpo y la necesidad de reposo físico.

El 29 de noviembre llegó a Vilna —a su buena Vilna, como él decía—, de la que había sido dos veces gobernador a lo largo de su carrera. En la suntuosa ciudad, que seguía intacta, además de las comodidades de la vida de las que se había visto privado tanto tiempo, encontró a viejos amigos y recuerdos. Y, de pronto, dándole la espalda a todas las preocupaciones militares y estatales, se zambulló en esa vida regular y sosegada tanto como se lo permitieron las pasiones que bullían a su alrededor, como si nada de lo que sucediera o fuera a suceder en el mundo histórico le incumbiera lo más mínimo.

Chichágov, uno de los más fervientes defensores de cortar el paso y derribar a los franceses, el mismo Chichágov que primero quiso hacer una maniobra de diversión en Grecia y después en Varsovia, pero que no consentía ir adonde le ordenaban, el mismo Chichágov célebre por su arrojo al hablar con el soberano, el mismo Chichágov que creía que Kutúzov estaba en deuda con él porque cuando en 1811, al ser enviado a firmar la paz con Turquía sin su participación y enterarse de que ya había sido firmada, reconoció ante el soberano que el mérito de la firma era de Kutúzov, ese mismo Chichágov fue el primero en recibir al comandante en jefe en el castillo de Vilna, donde iba a alojarse. Con su uniforme de la marina, una daga y una gorra debajo del brazo, le entregó un informe sobre el estado de las tropas, así como las llaves de la ciudad. Conocía bien las acusaciones que se vertían contra Kutúzov, y en su modo de tratarlo se reflejaba al máximo la actitud de deferente desprecio con que los jóvenes se dirigían al viejo comandante en jefe, a quien veían como a un hombre senil.

Durante la conversación Kutúzov le dijo, como de pasada, que los carruajes que llevaban sus vajillas, incautados en Borísovo, estaban intactos y le serían devueltos.

—*C’est pour me dire que je n’ai pas sur quoi manger… Je puis au contraire vous fournir de tout dans le cas même où vous voudriez donner des dîners*[151] —replicó Chichágov enrojeciendo.

Con cada una de sus palabras procuraba demostrar su rectitud y, por ello, creía que Kutúzov tendría la misma preocupación.

El comandante en jefe, con su sonrisa sagaz y sutil, le respondió encogiéndose de hombros:

—*Ce n’est que pour vous dire ce que je vous dis*.[152]

Kutúzov ordenó, en contra de la voluntad del soberano, que el grueso del ejército se detuviera en Vilna. Según decían sus allegados, durante el tiempo que pasó en la ciudad se abandonó muchísimo y se debilitó físicamente. Se ocupaba de mala gana de los asuntos militares, lo dejaba todo en manos de sus generales y, a la espera de la llegada del soberano, llevaba una vida disoluta.

El 7 de diciembre el zar salió de San Petersburgo acompañado de su séquito: el conde Tolstói, el príncipe Volkonski, Arakchéiev y otros. El 11 de diciembre llegó a Vilna y se dirigió directamente al castillo en trineo de viaje. A pesar del frío helado, frente a la entrada le esperaban unos cien generales y oficiales del Estado Mayor con uniforme de gala, así como la guardia de honor del regimiento Semiónovski.

Un correo que se había adelantado en una troika tirada por tres caballos empapados de sudor llegó a galope al castillo anunciando a voz en grito:

—¡Ya viene!

Konovnitsyn entró a toda prisa en el vestíbulo para avisar a Kutúzov, que esperaba en el cuartito del portero. Al cabo de un minuto, la gruesa y alta figura del viejo, con uniforme de gala, el pecho cubierto de condecoraciones y una banda muy ajustada que le ceñía la barriga, salió bamboleándose al porche. Después de calarse el sombrero y coger los guantes, bajó la escalinata de lado, con gran dificultad, y cogió el informe que debía entregar al zar.

Ajetreo, susurros y una segunda troika que pasaba a una velocidad vertiginosa; acto seguido todas las miradas se centraron en un trineo que se acercaba a galope con las siluetas del soberano y de Volkonski.

Por una costumbre de cincuenta años, todo esto tenía en el viejo comandante en jefe un efecto físico que lo llenaba de ansiedad; con aire preocupado, se palpó rápidamente el uniforme y se colocó bien el sombrero. Pero, en cuanto el soberano se apeó del trineo y lo miró, Kutúzov, recobrando la compostura e irguiéndose, le entregó el informe y se puso a hablar con su voz pausada y obsequiosa.

El zar le echó un vistazo de pies a cabeza y frunció el ceño un instante, pero, dominándose enseguida, fue hacia él con los brazos abiertos para abrazarlo. Este gesto, de nuevo por una vieja costumbre vinculada con sus impresiones y pensamientos más íntimos, conmovió como siempre a Kutúzov, que fue incapaz de contener un sollozo.

El soberano saludó a los oficiales, a la guardia del regimiento Semiónovski y volvió a estrecharle la mano al viejo, con el que entró en el castillo.

Una vez a solas le expresó su disgusto por la lentitud en la persecución de los franceses y por los errores cometidos en Krasny y en el Berézina y, a continuación, le expuso sus planes para una futura campaña en el extranjero. Kutúzov no objetó nada ni hizo ninguna consideración. Su rostro tenía el mismo aire sumiso e inexpresivo con que lo había escuchado siete años antes en el campo de Austerlitz.

Cuando Kutúzov salió del gabinete y cruzó la sala cabizbajo, con su andar trabajoso y bamboleante, una voz lo detuvo:

—¡Serenísimo!

Kutúzov levantó la cabeza y se quedó mirando un buen rato a los ojos al conde Tolstói, que sostenía frente a él una bandeja de plata con un pequeño objeto encima. El comandante en jefe parecía no entender lo que quería de él.

Pero de pronto cayó en la cuenta y en su rostro brilló una sonrisa apenas perceptible; haciendo una profunda y respetuosa inclinación, cogió el objeto de la bandeja: era la cruz de San Jorge de primer grado[153].

XI

Al día siguiente el comandante en jefe ofrecía un banquete y un baile que el soberano iba a honrar con su presencia. Aunque Kutúzov hubiera sido condecorado con la cruz de San Jorge de primer grado y el zar le hiciera los más grandes honores, a nadie se le escapaba su descontento. Pero había que guardar el decoro y el soberano fue el primero en dar ejemplo. Sin embargo, todo el mundo sabía que el viejo era culpable y un inútil. Cuando Alejandro entró en la sala de baile, Kutúzov, siguiendo la antigua costumbre de los tiempos de Catalina, ordenó que tendieran a sus pies los estandartes capturados al enemigo. Pero el soberano, con una mueca de desagrado, pronunció unas palabras entre las que hubo quien creyó oír: «Viejo comediante».

El descontento del zar aumentó en Vilna principalmente porque Kutúzov no quería, o no podía, entender la importancia de la futura campaña.

Cuando a la mañana siguiente el soberano pronunció ante un grupo de oficiales reunidos: «No habéis salvado solo Rusia, habéis salvado Europa entera», todos comprendieron al instante que la guerra no había terminado.

Kutúzov era el único que no quería entenderlo y afirmaba abiertamente que una nueva guerra no iba a mejorar la situación de Rusia ni a aumentar su gloria, sino a empeorarla y a disminuir la fama que, en su opinión, el país

había alcanzado. Trataba de demostrarle al soberano la imposibilidad de formar nuevas tropas, argüía la penosa situación del pueblo, la posibilidad de un fracaso, etcétera.

Con semejante actitud, naturalmente, el comandante en jefe no suponía más que un estorbo y un freno para la guerra que se avecinaba.

Así pues, para evitar confrontaciones con el viejo se encontró una solución que consistía en ir quitándole poder sin molestarlo ni comunicárselo —como habían hecho en Austerlitz y, al inicio de la campaña, con Barclay— para pasarlo a manos del soberano.

Con este objetivo iniciaron una reorganización paulatina del Estado Mayor y, de este modo, destruyeron la fuerza esencial de Kutúzov, que pasó al zar. Toll, Konovnitsyn y Yermólov recibieron otros destinos.

Todo el mundo decía sin ambages que el comandante en jefe estaba muy delicado y que no gozaba de buena salud. Porque, para ceder su puesto a un sustituto, era imprescindible que estuviera delicado de salud. Y lo cierto es que lo estaba.

Con la misma naturalidad, sencillez y ritmo gradual con que unos años antes Kutúzov, llegado de Turquía, se había presentado en la oficina del Tesoro de San Petersburgo para formar la milicia y luego se había puesto al frente del ejército justo cuando se le necesitaba, ahora que había desempeñado su función, su lugar iba a ser ocupado por el nuevo líder que se requería.

Era necesario que la guerra de 1812, además de su carácter nacional, tan cercano al corazón ruso, tuviera un carácter europeo.

Al movimiento de los pueblos de Occidente a Oriente tenía que seguirlo otro movimiento en sentido contrario, y para esta nueva guerra se requería un nuevo líder con cualidades, motivaciones y puntos de vista distintos de los de Kutúzov.

Alejandro I fue para este movimiento de Oriente a Occidente y para el restablecimiento de las fronteras nacionales tan indispensable como Kutúzov lo había sido para la salvación y la gloria de Rusia.

Kutúzov no entendía lo que significaban Europa, el equilibrio, Napoleón. No podía entenderlo. Después de que el enemigo hubiera sido aniquilado, la patria liberada y elevada a la cúspide de la gloria, el hombre que personificaba el pueblo ruso, como ruso que era, no tenía nada más que hacer. Al hombre que encarnaba la guerra nacional no le quedaba más que morir. Y murió.

XII

Como ocurre casi siempre, Pierre no acusó los efectos de las privaciones físicas ni de la tensión a las que había estado sometido en su cautiverio hasta que estas privaciones y tensión llegaron a su fin. Al ser liberado se dirigió a Oriol y, a los tres días de su llegada, cuando se preparaba para viajar a Kíev, cayó enfermo y tuvo que guardar cama tres meses. Según los médicos padecía fiebre hepática. Y, a pesar de que lo trataron, le hicieron sangrías y le administraron medicinas, igualmente sanó.

Todo cuanto le había sucedido desde que lo liberaron hasta caer enfermo no había dejado la menor huella en él. Solo recordaba un tiempo gris y sombrío, tan pronto lluvia como nieve, así como la angustia física, el dolor en los pies y en un costado; recordaba la impresión general causada por la desgracia y el sufrimiento humanos; recordaba lo molesta que le había parecido la curiosidad de los oficiales y generales, que no dejaban de hacerle preguntas, sus esfuerzos por encontrar un carruaje y caballos y, sobre todo, su incapacidad de pensar y de sentir aquellos días. El día de su liberación vio el cadáver de Petia Rostov y se enteró de que el príncipe Andréi había vivido un mes entero después de la batalla de Borodinó, pero que acababa de morir en Yaroslavl, en casa de los Rostov. Aquel mismo día, cuando Denísov le daba esta noticia, mencionó de pasada la muerte de Hélène, creyendo que Pierre ya lo sabía desde hacía tiempo. En ese momento todo esto solo le produjo una impresión extraña. Se sentía incapaz de comprender el significado de semejantes noticias. Lo único que quería era marcharse cuanto antes de los lugares donde los hombres se mataban unos a otros, llegar a un refugio tranquilo donde poder recuperarse, descansar, meditar sobre las cosas extrañas y nuevas que había descubierto a lo largo de los últimos meses. Pero, en cuanto llegó a Oriol, cayó enfermo. Al recobrar el sentido vio junto a su cama a Terenti y a Vaska, dos de sus criados llegados de Moscú, y a la mayor de las princesas, que, aunque vivía en Yelets —en una hacienda que le pertenecía a él—, al enterarse de la liberación y enfermedad de su primo había viajado hasta Oriol para cuidarlo.

Durante la convalecencia Pierre fue dejando atrás, poco a poco, las impresiones de los últimos meses y empezó a acostumbrarse a que al llegar la mañana nadie lo obligara a andar, a que nadie lo echara de su lecho caliente y a que no le faltaran la comida ni el té ni la cena. Pero en sueños aún estuvo mucho tiempo viéndose en las condiciones de su cautiverio. También fue

comprendiendo poco a poco las noticias que le habían dado al liberarlo: la muerte del príncipe Andréi, la de su mujer y la derrota de los franceses.

Mientras se recuperaba, un alegre sentimiento de libertad, de libertad plena, inalienable, inherente al ser humano, de la cual había tomado conciencia por primera vez en el primer alto que hicieron al salir de Moscú, le llenaba el alma. Le asombraba que esta libertad interior, independiente de las circunstancias externas, estuviera como rodeada del lujo superfluo de la libertad exterior. Estaba solo en una ciudad ajena, sin amigos. Nadie le exigía nada ni le obligaba a ir a ninguna parte. Tenía todo cuanto quería; los pensamientos sobre su mujer, que antes lo atormentaban sin descanso, habían dejado de existir, puesto que ella tampoco existía ya.

«¡Ah, qué bien! ¡Qué maravilla! —se decía, cuando le acercaban la mesa, tan limpia y bien puesta, con una taza de oloroso caldo, o cuando por la noche se acostaba en su cama mullida y limpia, o cuando recordaba que ya no existían ni su mujer ni los franceses—. ¡Ah, qué bien, qué maravilla! —Y, siguiendo su vieja costumbre, se preguntaba—: Y ¿después qué? ¿Qué voy a hacer? —Y se respondía al instante—: Nada. Viviré. ¡Ah, qué maravilla.»

Lo que antes lo había atormentado, lo que había buscado sin cesar —el objetivo de la vida—, ahora no existía para él. No era que esta búsqueda vital se hubiera desvanecido, sino que sentía que este objetivo ni existía ni podía existir. Y esta falta de objetivo le conectaba con una alegre conciencia de libertad absoluta que lo llenaba de felicidad.

No podía tener objetivo, porque ahora tenía fe, pero no en ciertas normas, palabras o ideas, sino fe en un Dios vivo, siempre presente. Antes lo buscaba en los objetivos que se imponía: la búsqueda del objetivo no era más que la búsqueda de Dios; pero en el cautiverio de pronto descubrió, no con palabras ni razonamientos, sino por un sentimiento directo, lo que su niñera le decía muchos años antes: que Dios está aquí mismo, en todas partes. Estando preso descubrió que el Dios de Karatáiev era más grande, infinito e inalcanzable que el que los francmasones reconocían como Arquitecto del universo. Sentía lo mismo que quien ha encontrado a sus pies lo que buscaba a lo lejos forzando la vista. Llevaba toda la vida mirando por encima de la cabeza de quienes le rodeaban, cuando, en vez de forzar la vista, tendría que haber mirado justo lo que tenía delante.

Hasta entonces no había sabido ver en nada lo grande, lo inalcanzable e infinito, solo había presentido que debía de estar en alguna parte, y lo buscaba. En lo cercano y comprensible solo veía limitación, pequeñez, banalidad, sinsentido. Mentalmente utilizaba una especie de anteojo para

mirar a lo lejos, donde lo que era pequeño y banal, oculto en una lejana bruma, le parecía grande e infinito solo porque no lo veía con claridad. Así se había figurado la vida en Europa, la política, la francmasonería, la filosofía, la filantropía. Pero ya entonces, en los momentos que consideraba de debilidad, su entendimiento superaba la lejanía y entonces veía también allí la misma pequeñez, banalidad y sinsentido. Ahora había aprendido a ver lo grande, eterno e infinito en todo y, naturalmente, para poder verlo y poder deleitarse con la vista, había tenido que prescindir del anteojo con que hasta entonces había mirado por encima de los demás, y contemplaba con el mayor gozo la vida que le rodeaba, siempre cambiante, siempre grande, inalcanzable, ilimitada. Y, cuanto más de cerca la miraba, más sereno y feliz se sentía. La terrible pregunta «¿por qué?», que antes echaba por tierra todas sus construcciones mentales, había dejado de existir. Ahora su alma tenía siempre preparada una respuesta sencilla: «Porque existe Dios, un Dios sin cuya voluntad no cae ni un solo cabello de la cabeza del hombre».

XIII

Pierre apenas había cambiado por fuera. En apariencia era el mismo de siempre. Seguía siendo igual de despistado y parecía estar ocupado en su propio mundo particular, y no en lo que tenía delante. La diferencia entre su estado anterior y el de ahora residía en que antes, cuando olvidaba lo que tenía ante sus ojos y lo que le decían, fruncía el ceño en un gesto de sufrimiento, como si tratara sin éxito de distinguir algo a lo lejos. Ahora olvidaba exactamente igual lo que tenía enfrente o lo que le decían, pero escuchaba y examinaba con atención a quien le hablaba con una sonrisa imperceptible y algo burlona, aunque era evidente que veía y oía algo completamente distinto. Antes parecía un hombre bueno, pero desgraciado y, por ello, la gente se apartaba inconscientemente de su lado. Ahora en sus labios se dibujaba siempre una sonrisa por la alegría de vivir y en el brillo de sus ojos se veía interés por los demás y la preocupación por si todos estarían tan contentos como él. Y todo el mundo se sentía a gusto en su presencia.

Antes hablaba mucho, se acaloraba en las discusiones y escuchaba poco; ahora rara vez se dejaba arrastrar por la conversación y sabía escuchar de tal modo que todos compartían encantados con él sus más íntimos secretos.

La princesa, que nunca había querido a Pierre y que, desde la muerte del viejo conde, le era especialmente hostil porque se sentía en deuda con él,

después de una breve estancia en Oriol —adonde había ido con la intención de mostrarle que, a pesar de su ingratitud, consideraba un deber cuidarle—, no tardó en descubrir con asombro y cierto despecho que empezaba a quererlo. Pierre no había hecho nada para ganarse esta buena disposición, simplemente la miraba con interés. Antes la princesa notaba que la miraba con indiferencia y socarronería, y entonces, como solía hacer en público, se replegaba sobre sí misma y mostraba únicamente su lado hostil; ahora, en cambio, le parecía como si él supiera descubrir el lado más íntimo de su vida y, al principio con desconfianza y después con gratitud, empezó a manifestarle las cualidades más ocultas y buenas de su carácter.

Ni el hombre más astuto habría podido ganarse con más habilidad la confianza de la princesa, despertar los recuerdos de su mejor juventud y mostrarse más interesado por ellos. Pero toda la astucia de Pierre se reducía a encontrar placer en despertar los sentimientos humanos de la irascible, seca y, a su modo, orgullosa princesa.

«Sí, es un hombre muy, muy bueno cuando no está bajo la influencia de malas personas, sino de gente como yo», se decía.

El cambio obrado en Pierre lo notaron también, a su manera, los criados Terenti y Vaska. Lo encontraban mucho más sencillo. A menudo, al desvestir a su señor, Terenti, con las botas y el traje en una mano, le deseaba buenas noches y esperaba un poco antes de salir por si entablaba alguna conversación. Y la mayoría de las veces Pierre, al verlo con ganas de hablar, lo retenía.

—Bueno, cuéntame… Y ¿cómo os las arreglabais para conseguir comida? —le preguntaba.

Y Terenti empezaba a hablarle del saqueo de Moscú, del difunto conde y, con el traje en una mano, se quedaba un buen rato contándole cosas y, a veces, escuchando las historias de Pierre; luego, con un grato sentimiento de proximidad y amistad con su señor, salía al vestíbulo.

El médico que trataba a Pierre lo visitaba todos los días; a pesar de que, según la costumbre de los médicos, consideraba importante dejar claro que sus minutos eran preciosos para la humanidad, se pasaba horas en casa de Pierre contándole sus anécdotas preferidas y sus observaciones sobre los hábitos de los enfermos en general y de las damas en particular.

—Sí, he aquí un hombre con quien da gusto hablar; no es como la gente de nuestra provincia —decía.

En Oriol vivían varios oficiales del ejército francés que habían caído prisioneros y un día el médico llevó consigo a uno de ellos, un joven italiano.

A partir de entonces el oficial empezó a frecuentar la casa de Pierre y los tiernos sentimientos que el joven le mostraba hacían reír a la princesa.

Al parecer el italiano solo era feliz cuando visitaba a Pierre, cuando charlaba con él, cuando le hablaba de su pasado, de la vida con su familia y de sus amores, y le expresaba su indignación con los franceses, sobre todo con Napoleón.

—Si todos los rusos se parecen a usted, aunque solo sea un poco —le decía—, *c'est un sacrilège que de faire la guerre à un peuple comme le vôtre*[154]. Usted, que ha sufrido tanto por culpa de los franceses, ni siquiera muestra rabia contra ellos.

Si Pierre se había ganado aquel amor apasionado del italiano era solo porque había sabido despertar en él sus mejores cualidades y disfrutaba con ellas.

Al final de su estancia en Oriol, Pierre recibió la visita de un antiguo conocido suyo, el conde Vilarski, precisamente el masón que en 1807 lo había introducido en la logia. Se había casado con una rusa muy rica con grandes propiedades en la provincia de Oriol, y ocupaba en la ciudad un puesto provisional en la intendencia.

Al enterarse de que Bezújov estaba en la ciudad, Vilarski, aunque nunca habían tenido una relación demasiado estrecha, le profesó la amistad y la intimidad propias de dos personas que se hubieran encontrado en un desierto. Vilarski se aburría en Oriol y estaba encantado de encontrar a un hombre de su mismo círculo y, según creía, con idénticos intereses.

Pero, para su sorpresa, no tardó en advertir que Pierre se había quedado muy rezagado de la vida presente y que había caído, como lo consideraba para sus adentros, en la apatía y el egoísmo.

—*Vous vous encroutez, mon cher*[155] —le decía.

No obstante, ahora se sentía más a gusto con Pierre que antes y lo visitaba todos los días. A Pierre, por su parte, cuanto más miraba y escuchaba a Vilarski, más raro e increíble se le hacía haberse parecido tanto a él hasta hacía tan poco.

Vilarski estaba casado, era un hombre familiar, dedicado tanto a administrar las haciendas de su mujer como a su empleo y a su familia. Para él, estas ocupaciones no eran más que obstáculos en la vida, todas ellas despreciables, porque tenían por objeto el bienestar personal y familiar. Las ideas militares, administrativas, políticas y de la francmasonería acaparaban toda su atención. Y Pierre, sin tratar de cambiar sus ideas ni de juzgarlo, con

su eterna sonrisa serena, alegre y burlona, se admiraba de aquel extraño fenómeno que conocía tan bien.

Había un nuevo rasgo en Pierre que, en su relación con Vilarski, la princesa, el médico y la gente con quien trataba, le ganaba la simpatía de todos: la aceptación de que cada cual puede pensar, sentir y ver las cosas a su manera, y de que es imposible hacer cambiar de opinión a alguien con palabras. Esta legítima singularidad de toda persona, que antes lo inquietaba e irritaba, ahora constituía el fundamento de su curiosidad e interés por los demás. La diferencia —y a veces la completa contradicción— entre lo que opinaban y la vida que llevaban le divertía y le arrancaba una sonrisa apacible y burlona.

Inesperadamente, Pierre se dio cuenta de que en los asuntos prácticos tenía ahora un centro de gravedad del que antes carecía. En otro tiempo cualquier cuestión de dinero, especialmente las peticiones que, dada su gran riqueza, le hacían a menudo, lo sumía en una situación desesperante de nerviosismo y perplejidad. «¿Se lo doy o no? —se preguntaba—. Yo tengo de sobra y él lo necesita. Pero aquel de allí lo necesita aún más. ¿A cuál de los dos le hace más falta? ¿Y si ambos me engañan?» E, incapaz de encontrar una solución a ninguno de estos interrogantes, daba dinero a todo el que se lo pedía, mientras tuviera algo que dar. En cuanto a la administración de sus bienes, cuando alguien le aconsejaba actuar de un modo y otra persona de otro, se sentía igual de perplejo.

Pero ahora, para su sorpresa, descubrió que tales asuntos ya no lo sumían en la duda ni en la perplejidad. Había nacido en él una especie de juez que, conforme a ciertas leyes que él mismo desconocía, decidía lo que había y no había que hacer.

Igual que antes, seguía siendo indiferente a las cuestiones de dinero, pero ahora sabía sin la menor duda lo que debía y no debía hacer. La primera vez que este nuevo juez ejerció sus funciones fue un día en que un coronel francés prisionero acudió a él y, después de haberle contado largamente sus hazañas, acabó pidiéndole, casi exigiéndole, que le diera cuatro mil francos para mandárselos a su mujer e hijos. Pierre, sin el menor esfuerzo ni incomodidad, le dijo que no, sorprendiéndose después de lo fácil y sencillo que había sido hacer algo que en otro tiempo le planteaba una dificultad insuperable. Al mismo tiempo que le daba una negativa al coronel, decidió que, antes de irse de Oriol, tendría que valerse de la astucia para que el oficial italiano aceptara un dinero que, sin duda, necesitaba. Otra prueba que lo reafirmó en su nueva manera de tratar las cuestiones prácticas fue la decisión que tomó sobre las

deudas de su mujer y sobre si tenía o no que reconstruir sus casas de Moscú y sus dachas.

Su administrador principal había ido a visitarlo a Oriol y juntos habían hecho el balance general de los ingresos, que habían sufrido variaciones. Según los cálculos del administrador, el incendio de Moscú había costado a Pierre cerca de dos millones de rublos. Para consolarlo, le presentó unos cálculos que indicaban que, a pesar de las pérdidas, sus rentas no solo no disminuirían, sino que podían aumentar si se negaba a pagar las deudas de su mujer, algo a lo que no estaba obligado, y si no reconstruía las casas de Moscú ni las dachas, que suponían un gasto de ochenta mil rublos anuales y no reportaban ningún beneficio.

—Sí, sí, es cierto —asintió Pierre con una alegre sonrisa—. Sí, sí, no necesito nada de eso. La ruina me ha hecho mucho más rico.

Pero en enero Savélich llegó de Moscú y le habló del estado en que se encontraba la ciudad y del presupuesto que había hecho un arquitecto para reconstruir la casa y las dachas, como dando el asunto por decidido. Al mismo tiempo, Pierre recibió algunas cartas del príncipe Vasili y de otros conocidos de San Petersburgo en las que se referían a las deudas de su mujer. Pierre decidió entonces que el plan del administrador, que tanto le había gustado, estaba desencaminado y tenía que viajar a San Petersburgo para liquidar las deudas de su mujer, así como reconstruir la casa de Moscú. Ignoraba por qué tenía que hacerlo, pero sabía con la mayor certeza que era necesario. Todo esto iba a reducir sus rentas en tres cuartas partes, pero tenía que actuar así: lo sentía.

Vilarski iba a partir hacia Moscú y acordaron hacer el viaje juntos.

Mientras se recuperaba en Oriol, Pierre había conocido la alegría de la libertad y de la vida; pero en el viaje, al aire libre y viendo centenares de caras nuevas, la sensación fue todavía más intensa. A lo largo de todo el viaje no dejó de sentir la misma alegría del escolar que está de vacaciones. Todas las personas —el cochero, el maestro de postas, los campesinos con los que se cruzaba en el camino y en las aldeas— tenían para él un nuevo sentido. La presencia y los comentarios de Vilarski, que no dejaba de quejarse de la pobreza de Rusia, de su atraso e ignorancia con respecto a Europa, no hacían más que aumentar la alegría de Pierre. Donde Vilarski solo veía muerte, él veía una extraordinaria y poderosísima fuerza vital, una fuerza que, en aquel inmenso espacio cubierto de nieve, sostenía la vida de un pueblo íntegro, especial, unido. No contradijo a su compañero en ningún momento y, como si le diera la razón (ya que fingir que estaba de acuerdo era la manera más

efectiva de evitar reflexiones que no conducirían a nada), se limitó a escucharlo con una alegre sonrisa.

XIV

Del mismo modo que es difícil explicar por qué y hacia dónde corren las hormigas cuando su hormiguero ha sido destruido —unas arrastran granos de polvo, huevos y cadáveres, otras vuelven al refugio—, por qué chocan unas contra otras, por qué se persiguen y se pelean, igual de difícil sería explicar los motivos que llevaron a los rusos, después de la salida de los franceses, a reagruparse en aquel lugar antes llamado Moscú. Pero, del mismo modo que cuando vemos a las hormigas dispersas alrededor de un hormiguero completamente devastado y vemos por su tenacidad, energía e incontable número que se ha destruido todo excepto ese algo indestructible e intangible que constituye la fuerza real del hormiguero, de este mismo modo Moscú, en el mes de octubre, a pesar de la ausencia de autoridades, iglesias, santuarios, riquezas y casas, era el mismo Moscú de agosto. Todo había sido arrasado menos ese algo intangible, poderoso e indestructible.

Las motivaciones de la gente que desde todas partes corrió hacia Moscú tras la salida del enemigo fueron extremadamente variadas, personales y, al principio, casi todas salvajes, animales. Había una sola motivación común: llegar cuanto antes a aquel lugar antes llamado Moscú para desplegar allí su actividad.

Al cabo de una semana ya había en Moscú más de quince mil habitantes; al cabo de dos, veinticinco mil, etcétera. La cifra no dejó de crecer hasta que en otoño de 1813 superó la de la población de 1812.

Los primeros rusos en entrar en Moscú fueron los cosacos del destacamento de Wintzingerode, los campesinos de las aldeas vecinas y los habitantes que habían huido y se habían escondido en los alrededores. Y, al encontrar un Moscú destruido y saqueado, estos rusos se dedicaron también al saqueo, continuando así lo que habían empezado los franceses. Los campesinos llegaban con sus carros para llevarse a la aldea todo lo que quedaba en las casas devastadas y en las calles. Los cosacos se llevaban cuanto podían a sus cuarteles generales; los propietarios de las casas cogían todo lo que encontraban en otras con el pretexto de que era suyo.

Pero después de los primeros saqueadores llegaron otros, y luego todavía más, y, a medida que crecía su número, el pillaje se volvía cada vez más

complicado y adoptaba formas más precisas.

Los franceses habían encontrado un Moscú vacío pero con todas las formas de una ciudad que mantiene una vida orgánica y regular, con sus distintos servicios de comercio, sus oficios, su lujo, su administración estatal y su religión. Estas formas carecían de vida, pero existían. Había mercados, puestos, tiendas, almacenes y bazares, la mayoría de ellos con mercancías; había fábricas y talleres artesanales; había palacios y casas opulentas repletas de objetos lujosos; había hospitales, presidios, oficinas públicas, iglesias, catedrales. Cuanto más tiempo se quedaban los franceses, más se destruían estas formas de vida de la ciudad y, al final, todo acabó convirtiéndose en un campo indiviso de saqueo carente de vida.

Cuanto más se prolongaba el pillaje de los franceses, más se destruían las riquezas de Moscú y más mermaban las fuerzas de los saqueadores. En cambio, cuanto más se prolongaba el pillaje perpetrado por los rusos al volver a la capital y cuantas más personas participaban en él, más se restauraba la riqueza de la ciudad y su vida regular.

Del mismo modo que la sangre afluye al corazón, afluían a Moscú desde distintas partes, además de los saqueadores, gente de lo más variopinto, algunos atraídos por la curiosidad, otros obligados por su empleo y otros movidos por el cálculo: propietarios de casas, sacerdotes, altos y bajos funcionarios, mercaderes, artesanos, campesinos.

Al cabo de una semana los campesinos que llegaban con los carros vacíos con la intención de llevarse todo lo que pudieran ya eran detenidos por las autoridades y obligados a evacuar los cadáveres de la ciudad. Otros, enterados del fracaso de sus compañeros, se dirigían a la capital con trigo, avena y heno, y, pugnando entre sí, rebajaban los precios, que acababan más bajos que antes. Las cooperativas de carpinteros, esperando ganar mucho dinero, acudían diariamente a Moscú, y por todas partes se construían casas nuevas y se reparaban las viejas que se habían quemado. Los mercaderes abrían sus negocios en barracas. Las tabernas y las posadas se instalaban en edificios medio quemados. El clero restableció el servicio religioso en el buen número de iglesias que no habían ardido. Los donantes aportaban objetos sagrados que habían sido saqueados. Los funcionarios instalaban sus mesas con tapetes y sus armarios con documentos en pequeños cuartos. Los jefes superiores y la policía se ocupaban del reparto de los bienes que habían sobrevivido al paso de los franceses. Los propietarios de las casas en las que se habían acumulado muchos objetos traídos de otras casas se quejaban de lo injusto que era que se las llevaran al Palacio de las Facetas[156]; otros insistían en que, como los

franceses habían juntado muebles de distintas casas en una sola, era injusto permitirle al dueño quedarse con todo lo que había encontrado en la suya. Increpaban a la policía, la sobornaban, se atribuía un valor diez veces mayor a los bienes quemados pertenecientes a la oficina del Tesoro, se exigían subsidios y el conde Rastopchín escribía sus proclamas.

XV

Pierre llegó a Moscú a finales de enero y se instaló en un pabellón de la casa que había quedado intacto. Fue a ver al conde Rastopchín y a algunos conocidos que habían regresado a la ciudad y, dos días más tarde, se dispuso a partir hacia San Petersburgo. Todo el mundo celebraba la victoria, por todas partes bullía la vida en esa capital destruida que había vuelto a nacer. Todos se alegraban de que Pierre hubiera regresado, querían verlo y saber lo que había vivido. Él, por su parte, estaba muy bien dispuesto hacia cualquiera con quien se encontrara, aunque, sin quererlo, no bajaba la guardia para no atarse a nadie. A las preguntas que le hacían —importantes o intrascendentes, como por ejemplo dónde viviría, si iba a reconstruir sus casas, cuándo partía hacia San Petersburgo, si se podía encargar de llevar una cajita— él respondía: «Sí», «Quizá», «Eso creo», etcétera.

De los Rostov había oído decir que estaban en Kostromá; rara vez pensaba en Natasha y, si lo hacía, era simplemente como en un recuerdo grato de un pasado lejano. Se sentía libre no solo de las obligaciones sociales, sino de un sentimiento que, según le parecía, se había impuesto premeditadamente.

Al tercer día de su llegada a Moscú supo por los Drubetskói que la princesa Maria estaba en la ciudad. La muerte, los sufrimientos y los últimos días del príncipe Andréi ocupaban a menudo su pensamiento y ahora volvían a él con fuerza renovada. Cuando, después de comer, se enteró de que la princesa Maria estaba en Moscú y de que vivía en su casa de la calle Vzdvízhenka, que se había salvado de las llamas, decidió que la visitaría esa misma tarde.

De camino no dejó de pensar en el príncipe Andréi, en su amistad, en sus distintos encuentros y, especialmente, en el último de Borodinó.

«¿Es posible que muriera en el mismo estado de rabia en que lo vi la última vez? ¿Es posible que antes de morir no le fuera revelado el sentido de la vida?», pensaba. Recordó a Karatáiev, su muerte y, sin querer, empezó a

comparar a aquellos dos hombres tan distintos y a la vez tan parecidos por el amor que sentía por ellos y porque ambos habían vivido y muerto.

Pierre llegó a casa del viejo príncipe con un ánimo de lo más serio. El edificio había salido indemne: se veía algún que otro daño, pero conservaba el mismo carácter de antaño. El viejo mayordomo, que lo recibió con semblante grave, como para dejar constancia de que la ausencia del príncipe no había alterado en lo más mínimo el orden de la casa, le dijo que la princesa se había retirado a sus habitaciones y que recibía los domingos.

—Anúnciame; quizá me reciba —dijo Pierre.

—Sí, señor —respondió el mayordomo—. Tenga la amabilidad de pasar a la sala de los retratos.

Al cabo de unos minutos el mayordomo volvió acompañado de Dessales, que le dijo a Pierre, en nombre de la princesa, que le alegraría mucho verlo y que, si le perdonaba la familiaridad, le rogaba que subiera a sus habitaciones.

En una habitación pequeña de techo bajo e iluminada únicamente por una vela estaban la princesa y otra persona con un vestido negro. Pierre recordó que la princesa siempre tenía alguna señorita de compañía, pero no las conocía ni se acordaba de ellas. «Es una de sus señoritas de compañía», pensó al mirar a la dama vestida de negro.

La princesa se levantó rápidamente para recibirlo y le tendió una mano.

—Ah —dijo, después de que él le hubiera besado la mano y observando cómo le había cambiado la cara—, ya ve en qué situación nos volvemos a encontrar. Hasta el fin de sus días él siguió hablando a menudo de usted —añadió, y sus ojos pasaron del rostro de Pierre al de la señorita de compañía con una timidez que, por un momento, lo dejó asombrado—. ¡Me alegré tanto al saber que estaba usted a salvo! Fue la única noticia feliz que recibimos en mucho tiempo.

La princesa volvió a mirar con mayor intranquilidad a la señorita de compañía y quiso decir algo, pero Pierre la interrumpió.

—¡Figúrese! ¡Yo no sabía nada de él! —dijo—. Creía que había muerto. Toda la información que tenía era de terceras personas. Lo único que sabía era que había vuelto a encontrarse con los Rostov… ¡Cómo es el destino!

Pierre hablaba rápido y con animación. Miró un instante el rostro de la señorita de compañía y se dio cuenta de que ella también le miraba con atención, ternura, curiosidad y, como muchas veces sucede en una conversación, por algún motivo tuvo la impresión de que aquella dama vestida de negro era una criatura gentil, buena y encantadora que no iba a entorpecer la conversación íntima con la princesa Maria.

Pero al mencionar a los Rostov en el semblante de la princesa se dibujó una confusión aún mayor. De nuevo sus ojos pasaron del rostro de Pierre al de la dama vestida de negro, y dijo:

—¿Es que no la reconoce?

Pierre volvió a mirar el rostro pálido, delgado, de ojos negros y extraña boca de la señorita de compañía. Esos ojos atentos lo miraban de un modo familiar, más que encantador, que había olvidado hacía mucho tiempo.

«¡No, no puede ser! —pensó—. ¡Este rostro severo, flaco, pálido y envejecido no puede ser el de ella! Solo me recuerda al suyo.»

Y entonces la princesa Maria dijo:

—Natasha.

El rostro de ojos atentos sonrió con dificultad, haciendo un esfuerzo, igual que cuando se abre una puerta herrumbrosa por la que de repente entra una bocanada de aire, y esta bocanada envolvió a Pierre en una felicidad olvidada hacía tiempo, una felicidad en la que ya no pensaba, sobre todo en esos momentos. Y esta bocanada de aire lo poseyó, lo engulló por completo. Cuando sonrió ya no cupo ninguna duda: era Natasha y la amaba.

En aquel primer momento Pierre reveló involuntariamente a Natasha, a la princesa Maria y, sobre todo, a sí mismo un secreto que desconocía; enrojeciendo de alegría y de dolorosa angustia, quiso ocultar la emoción pero, cuanto más lo intentaba, más evidente resultaba, para él mismo, para ella y para la princesa Maria, que la amaba, más que si lo hubiera expresado con palabras.

«No, no es más que el efecto de la sorpresa», pensó. Sin embargo, cuando quiso reanudar la conversación con la princesa Maria y miró de nuevo a Natasha, un rubor mucho más intenso le cubrió el rostro y le embargó una emoción mucho más fuerte de alegría y miedo. Embrollándose con las palabras, se detuvo a mitad de una frase.

No se había fijado en Natasha porque lo último que podía esperar era verla allí, pero tampoco la había reconocido porque el cambio que se había producido en ella desde la última vez que se habían visto era inmenso. Estaba más delgada y más pálida, aunque no era esto lo que la hacía irreconocible: no la había reconocido en un primer momento porque ese rostro y esos ojos en los que siempre había brillado la sonrisa secreta de la alegría de la vida ahora no conservaban ni una sombra de tal sonrisa; no eran más que unos ojos atentos, bondadosos, interrogantemente tristes.

La turbación de Pierre no se reflejó en Natasha, pero le iluminó la cara con una satisfacción casi imperceptible.

XVI

—Se va a quedar un tiempo en mi casa —dijo la princesa Maria—. El conde y la condesa llegarán dentro de unos días. El estado de la condesa es terrible, pero Natasha también necesita que la visite un médico. La obligaron a venir conmigo.

—Ah, ¿hay alguna familia que no tenga su propia desgracia? —dijo Pierre, volviéndose hacia Natasha—. ¿Sabe? Ocurrió el mismo día que nos liberaron. Lo vi. ¡Era un jovencito encantador!

Natasha lo miró y, en reacción a sus palabras, los ojos se le hicieron más grandes y luminosos.

—¿Qué puede uno decir o pensar como consuelo? —continuó Pierre—. Nada. ¿Por qué tuvo que morir un jovencito tan encantador y lleno de vida?

—En estos tiempos qué difícil sería vivir sin fe… —dijo la princesa Maria.

—Sí, sí. Es la pura verdad —la interrumpió rápidamente Pierre.

—¿Por qué? —preguntó Natasha, mirándole a los ojos con atención.

—¿Cómo que por qué? —dijo la princesa Maria—. Solo pensar en lo que nos espera allí…

Natasha, sin terminar de escuchar sus palabras, volvió a mirar interrogativamente a Pierre, que le respondió:

—Porque solo quien cree en la existencia de un Dios que nos guía puede soportar una pérdida como la de ella y… la de usted.

Natasha estaba abriendo la boca para decir algo, pero de pronto la cerró. Pierre, dándole rápidamente la espalda, preguntó a la princesa Maria cómo habían sido los últimos días de su amigo. Su turbación había desaparecido casi por completo, pero, al mismo tiempo, sentía que había perdido también la libertad de antes. Le daba la impresión de que para cada una de sus palabras y actos había ahora un juez cuya opinión era para él más valiosa que la de todas las personas del mundo. Ahora, cuando decía algo, trataba de imaginar el efecto que tendría en Natasha. No es que dijera nada expresamente para agradarla, pero sí juzgaba sus propias palabras desde la perspectiva de ella.

Con pocas ganas, como es normal en estos casos, la princesa Maria se puso a contar el estado en que había encontrado al príncipe Andréi. Pero las preguntas de Pierre, su mirada inquieta y animada, su cara temblorosa por la emoción la hicieron entrar poco a poco en unos detalles que había temido volver a recordar.

—Sí, sí, ya veo, ya veo… —asentía Pierre, inclinándose hacia ella con todo el cuerpo y escuchando ávidamente sus palabras—. Sí, sí; entonces ¿dice usted que se apaciguó? ¿Que se dulcificó? Él siempre había buscado con todas sus fuerzas una sola cosa: llegar a ser completamente bueno y así no temer a la muerte. Los defectos que tenía, si es que tenía alguno, no provenían de él. Entonces ¿se dulcificó? ¡Qué suerte que volviera a encontrarse con usted! —le dijo a Natasha, volviéndose de pronto hacia ella y mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

A Natasha se le estremeció el rostro. Frunció el ceño y bajó los ojos un instante. Tuvo un momento de duda: ¿debía hablar o no?

—Sí, fue una suerte —dijo finalmente con una débil voz de pecho—, para mí fue una auténtica suerte. —Guardó silencio—. Y él… él… él me dijo que eso era lo que deseaba justo en el momento en que me acerqué…

La voz se le quebró. Con el rostro enrojecido, las manos juntas sobre las rodillas, levantó de pronto la cabeza con evidente esfuerzo y empezó a hablar rápidamente:

—Cuando salimos de Moscú no sabíamos nada. Yo no me atrevía a preguntar por él. Y de repente Sonia me dijo que iba en nuestro convoy. No pensé en nada, era incapaz de imaginarme cuál sería su estado, lo único que quería era verlo, estar con él —dijo, temblando y perdiendo el aliento.

Y, sin dejar que la interrumpieran, contó lo que jamás le había contado a nadie, todo lo que había vivido a lo largo de las tres semanas de viaje y de estancia en Yaroslavl.

Pierre la escuchaba con la boca abierta y sin apartar de ella sus ojos llenos de lágrimas. Al escucharla no pensaba en el príncipe Andréi, en la muerte, ni en lo que ella decía, solo sentía compasión por su dolor al decirlo.

La princesa, sentada al lado de Natasha, con el rostro contraído para contener las lágrimas, escuchaba por primera vez la historia de aquellos últimos días de amor entre su hermano y Natasha.

Era evidente que Natasha tenía la necesidad de contar esa historia llena de dolor y alegría. Hablaba mezclando los detalles más insignificantes con los secretos más íntimos y parecía que nunca fuera a acabar. Repitió las mismas cosas varias veces.

Al otro lado de la puerta se oyó la voz de Dessales, que preguntaba si Nikólushka podía entrar para dar las buenas noches.

—Y ya está, ya está… —concluyó Natasha.

Cuando Nikólushka iba a entrar, Natasha se levantó rápidamente y fue casi a la carrera hacia la puerta, pero, como estaba tapada por una cortina, se

golpeó en ella la cabeza. Y, con un gemido que tanto podía ser de dolor como de tristeza, huyó de la habitación.

Pierre se quedó mirando la puerta sin comprender por qué de pronto tenía la sensación de haberse quedado solo en el mundo. La princesa Maria lo sacó de su ensimismamiento llamándole la atención sobre su sobrino, que acababa de entrar.

El rostro de Nikólushka, tan parecido al de su padre, afectó de tal modo a Pierre, cuya alma estaba tan conmovida en ese momento, que, después de besar al niño, se levantó rápidamente y, sacando un pañuelo, se dirigió a la ventana. Hizo ademán de despedirse de la princesa Maria, pero ella lo retuvo.

—No se vaya: hay noches en que Natasha y yo no nos vamos a dormir hasta después de las dos; quédese, por favor. Mandaré que sirvan la cena. Baje, enseguida estaremos con usted.

Y, antes de que Pierre saliera, añadió:

—Es la primera vez que habla así de él.

XVII

Llevaron a Pierre a un comedor grande e iluminado; al cabo de unos minutos se oyeron pasos y entraron Natasha y la princesa Maria. Natasha estaba tranquila, aunque no sonreía y su rostro había vuelto a adoptar una expresión severa. Los tres sentían a la par la incomodidad que suele surgir después de una conversación íntima y seria. Es imposible prolongarla, hablar de menudencias resulta vergonzoso y callar se hace desagradable, porque uno tiene ganas de hablar y su silencio parece fingido. Se acercaron a la mesa sin decir nada. Los criados apartaron y acercaron las sillas. Pierre desdobló la fría servilleta y, decidido a romper el hielo, miró a Natasha y a la princesa Maria. Era evidente que las dos habían resuelto lo mismo a la vez: en sus ojos brillaba el placer de la vida y la conciencia de que, además del dolor, existe la alegría.

—¿Toma vodka, conde? —preguntó la princesa Maria, y estas palabras disiparon de golpe las tinieblas del pasado—. Háblenos de usted —continuó—: se cuentan unas historias tan increíbles y prodigiosas de usted…

—Sí —respondió Pierre con su sonrisa dulce y burlona, ahora habitual en él—. También a mí me cuentan unos prodigios sobre mí que no he visto ni en sueños. Maria Abrámovna me invitó a su casa y me estuvo explicando todo lo que me había ocurrido o debería haberme ocurrido. Stepán Stepánych también

me aleccionó sobre cómo debía contarlo. En general he observado que ser interesante resulta muy cómodo (ahora soy un hombre interesante): todo el mundo me invita y me habla de lo que me ha sucedido.

Natasha sonrió y quiso decir algo.

—Nos han contado —se le adelantó la princesa Maria— que ha perdido usted dos millones en Moscú. ¿Es cierto?

—Y, con todo, ahora soy tres veces más rico —respondió Pierre. A pesar de que las deudas de su mujer y la necesidad de reconstruir las casas habían cambiado su situación económica, continuaba afirmando que era tres veces más rico—. Lo que sin duda he ganado es la libertad… —empezó a decir con gesto serio.

Sin embargo, al darse cuenta de que era un tema de conversación demasiado egoísta, decidió no continuar.

—Y ¿va a reconstruir sus casas?

—Sí, órdenes de Savélich.

—Y díganos, cuando se quedó en Moscú, ¿no estaba usted enterado de la muerte de la condesa? —preguntó la princesa Maria.

Pero al instante enrojeció al comprender que, al hacerle semejante pregunta después de lo que él había dicho sobre la libertad, estaba atribuyendo a sus palabras un significado que tal vez no tuvieran.

—No —respondió Pierre, sin sentirse en absoluto incomodado por la interpretación que la princesa Maria había dado a sus palabras—. Me enteré en Oriol y no se puede imaginar cuánto me impresionó la noticia. No éramos un matrimonio modélico —dijo rápidamente, mirando a Natasha y percibiendo en su rostro cierta curiosidad por cómo hablaría de su mujer—, pero su muerte me causó una impresión terrible. Cuando dos personas riñen la culpa es siempre de ambas. Y, cuando la otra ya no está, la culpa que sientes se vuelve insoportable. Además, una muerte así… sin amigos, sin consuelo. Me da mucha, muchísima pena por ella —concluyó, notando satisfecho una alegre aprobación en el semblante de Natasha.

—Y ahora vuelve usted a estar soltero y a ser un buen partido —dijo la princesa Maria.

Pierre se puso muy colorado y procuró no mirar a Natasha en mucho tiempo. Cuando por fin se decidió a hacerlo, le pareció ver en su rostro frialdad, severidad e incluso desprecio.

—Y ¿es cierto lo que nos contaron de que vio a Napoleón y habló con él? —preguntó la princesa Maria.

Pierre se echó a reír.

—Ni una sola vez, jamás. Todo el mundo se imagina que haber sido prisionero significa haber sido huésped de Napoleón. Y no solo no lo vi, ni siquiera oí hablar de él. La gente que me rodeaba era de un estrato muy inferior.

La cena llegaba a su fin y Pierre, que al principio no tenía ganas de hablar de su cautiverio, poco a poco se fue enfrascando en la historia.

—Pero ¿verdad que se quedó para matar a Napoleón? —preguntó Natasha con una sutil sonrisa—. Eso fue lo que pensé cuando nos encontramos cerca de la torre Sújarev, ¿lo recuerda?

Pierre reconoció que era cierto y, a partir entonces, dejándose llevar por las preguntas de la princesa Maria y, sobre todo, las de Natasha, se puso a contar sus aventuras con todo lujo de detalles.

Al principio lo hacía con la mirada dulce y burlona que ahora dedicaba a los demás y, especialmente, a sí mismo; pero después, al contar los horrores y penalidades de los que había sido testigo, se dejó arrastrar sin darse cuenta por su relato y su tono se impregnó de la emoción contenida de quien evoca experiencias muy duras.

La princesa Maria miraba con una sonrisa dulce, si no a Pierre, a Natasha. En todo lo que les contaba no veía más que la bondad de Pierre. Natasha, con la cabeza apoyada en una mano, seguía la historia con una expresión continuamente cambiante, sin dejar de mirar ni un momento a Pierre y, al parecer, viviendo a la vez que él lo que relataba. No solo su mirada, sino sus exclamaciones y breves intervenciones indicaban a Pierre que, de todo lo que iba contando, ella comprendía justamente lo que él quería comunicar. Se notaba que no solo comprendía lo que decía, sino también lo que no podía expresar con palabras. Pierre contó el episodio de la niña y la mujer, cuya defensa había llevado a su detención, de la siguiente manera:

—Fue un espectáculo terrible: niños abandonados, algunos entre las llamas… Vi cómo sacaban a uno… A las mujeres les arrebataban las cosas, les arrancaban los pendientes… —Enrojeció y tuvo un momento de vacilación—. Entonces llegó una patrulla y detuvieron a todos los que no estaban saqueando, se llevaron a todos los hombres. Y a mí también.

—Seguro que no lo está contando todo, seguro que hizo usted algo… —empezó Natasha, y, después de un silencio, añadió—: algo bueno.

Pierre continuó su relato. Cuando habló de la ejecución quiso evitar los detalles más espantosos, pero Natasha le exigió que no omitiera nada.

Luego empezó a hablar de Karatáiev (para entonces ya se había levantado de la mesa y se paseaba por el comedor, mientras Natasha le seguía con la

mirada), pero se detuvo.

—No, ustedes no pueden comprender lo que aprendí de aquel hombre analfabeto y simplón.

—¡Sí, sí, cuéntenoslo! —exclamó Natasha—. ¿Dónde está ahora?

—Lo mataron casi delante de mis ojos.

Y, sin que la voz le dejara de temblar, describió los últimos días de la retirada, la enfermedad de Karatáiev y su muerte.

Pierre contó sus desventuras como nunca había hecho y como jamás las había evocado. Era como si en ese instante viera un nuevo significado en todo lo que había vivido. Ahora, al contárselo a Natasha disfrutaba del raro placer que siente un hombre cuando una mujer le escucha, pero no una mujer *inteligente* —la que procura memorizar lo que le dicen para enriquecer su inteligencia y, llegada la ocasión, repetirlo o adaptarlo a alguna de sus inteligentes frases, que se apresura en pronunciar y que ha elaborado en su pequeño laboratorio mental—, sino una mujer de verdad, dotada de la capacidad de escoger y de absorber lo mejor que un hombre le puede ofrecer. Natasha, sin ser consciente, era toda atención: no dejaba escapar ni una palabra, ni una fluctuación de la voz, ni una mirada, ni una contracción de un músculo de la cara, ni un gesto de Pierre. Captaba al vuelo palabras que él aún no había pronunciado y las dejaba entrar directamente en su corazón, adivinando el sentido oculto de todo el esfuerzo espiritual de Pierre.

La princesa Maria comprendía el relato y simpatizaba con él, pero en ese momento veía otra cosa, algo que ocupaba toda su atención: la posibilidad de que entre Natasha y Pierre naciera el amor. Y esta idea, que hasta entonces no se le había ocurrido, le llenaba el alma de júbilo.

Eran las tres de la madrugada. Los criados entraban tristes y adustos a cambiar las velas, pero nadie reparaba en ellos.

Pierre concluyó su historia. Natasha seguía mirándolo atentamente, con obstinación y los ojos brillantes y animados, como si quisiera comprender el resto, lo que quizá no había contado. Pierre, con una turbación llena de timidez y felicidad, la miraba alguna que otra vez y pensaba en qué decir para cambiar de tema. La princesa Maria guardaba silencio. A nadie se le pasaba por la cabeza que eran las tres de la madrugada y que tenían que irse a dormir.

—Algunos dicen: desgracias, sufrimientos… —dijo Pierre—. Pero si ahora, en este preciso instante, me preguntaran: ¿preferirías volver a ser el mismo de antes del cautiverio o volver a pasar todo lo que has sufrido? ¡Por Dios, prefiero el cautiverio y la carne de caballo! A veces creemos que cuando nos sacan del camino trillado estamos perdidos, cuando no es más que

el principio de algo nuevo y bueno. Mientras hay vida, hay felicidad. Por delante queda mucho, mucho. Se lo digo yo —añadió, dirigiéndose a Natasha.

—Sí, sí —asintió ella, pero contestando a algo completamente distinto—, yo también lo único que desearía es volver a vivirlo todo desde el principio. —Pierre la miró con atención—. Sí, eso y nada más —se reafirmó.

—¡No es cierto, no es cierto! —gritó Pierre—. No tengo la culpa de estar vivo ni de querer vivir. Y usted tampoco.

De repente Natasha bajó la cabeza y, ocultándola entre las manos, se echó a llorar.

—Natasha, ¿qué te pasa? —dijo la princesa Maria.

—Nada, nada —respondió, y sonrió a Pierre a través de las lágrimas—. Adiós, es hora de ir a dormir.

Pierre se puso en pie y se despidió.

La princesa Maria y Natasha, como siempre, se juntaron en el dormitorio y se pusieron a hablar de lo que había contado Pierre. La princesa no daba su opinión sobre él. Tampoco Natasha.

—Buenas noches, *Marie* —dijo Natasha—. ¿Sabes? A menudo me da miedo que apenas hablemos de *él* (del príncipe Andréi), como si temiéramos denigrar lo que sentimos, pero es que lo estamos olvidando.

La princesa Maria suspiró profundamente y con este suspiro reconoció la certeza de las palabras de su amiga, aunque al responder quiso no estar de acuerdo:

—¿Acaso es posible olvidarlo? —dijo.

—Hoy me he sentido tan bien contándolo todo… Ha sido duro, doloroso, pero me ha hecho bien. Mucho bien —dijo Natasha—. Estoy segura de que él lo quería. Por este motivo le he contado… No te molesta que se lo haya contado, ¿verdad? —preguntó, enrojeciendo de pronto.

—¿A Pierre? ¡Oh, claro que no! Es tan bueno… —dijo la princesa Maria.

—¿Sabes, Marie? —preguntó de pronto Natasha, con una sonrisa traviesa que hacía mucho tiempo que la princesa no le veía—. Se ha vuelto un hombre como limpio, suave, fresco; como si acabara de bañarse. ¿Entiendes? Salido de un baño moral. ¿Verdad?

—Sí —asintió la princesa Maria—, ha ganado mucho.

—Con su levita corta, el pelo recién cortado… Igual, igual que si acabara de bañarse… Papá solía…

—Entiendo bien por qué *él* (el príncipe Andréi) no quería a nadie tanto como a Pierre —dijo la princesa Maria.

—Sí, y con lo distintos que son. Dicen que los hombres se hacen amigos cuando son muy distintos. Debe de ser cierto. ¿Verdad que no se le parece en nada?

—Sí; es un hombre magnífico.

—Bueno, hasta mañana —se despidió Natasha.

Y la misma sonrisa traviesa de antes siguió un buen rato en su rostro, como olvidada.

XVIII

Aquella noche Pierre tardó mucho en conciliar el sueño; estuvo dando vueltas por la habitación, y tan pronto pensaba en cosas complejas con el ceño fruncido como se encogía repentinamente de hombros, con un estremecimiento o una sonrisa de felicidad.

Pensaba en el príncipe Andréi, en Natasha y en el amor de ambos: a veces tenía celos del pasado de ella, otras se hacía reproches y otras se perdonaba por albergar semejante sentimiento. A las seis de la mañana seguía dando vueltas por la habitación.

«Pero ¿qué puedo hacer? ¡Me resulta imposible vivir sin ella! ¿Qué puedo hacer? Es evidente que tiene que ser así —se dijo, y, desnudándose a toda prisa, se metió en la cama feliz y emocionado, ya sin dudas ni indecisión—. Por extraña, por imposible que parezca esta felicidad, tengo que hacer todo cuanto pueda para que seamos marido y mujer.»

Unos días antes había fijado el viernes como fecha para viajar a San Petersburgo. Al despertarse —era jueves—, Savélich entró a pedirle instrucciones sobre el equipaje para el camino.

«¿Cómo que a San Petersburgo? ¿Qué es San Petersburgo? ¿Quién hay en San Petersburgo? —se preguntó sin querer—. Sí, hace tiempo, antes de que sucediera lo que ha sucedido, decidí que iría por alguna razón —recordó—. Y ¿por qué no? Puede que vaya. ¡Qué bueno y atento es! Y ¡cómo se acuerda de todo! —pensó, mirando el viejo rostro de Savélich—. Y ¡qué sonrisa tan agradable!»

—Y bien, Savélich, ¿sigues sin querer la libertad? —le preguntó.

—¿Para qué quiero yo la libertad, excelencia? He vivido bien con el difunto conde, que Dios lo tenga en su gloria, y no tengo queja de usted.

—¿Y tus hijos?

—Lo mismo que yo, excelencia: con amos así se vive bien.

—Pero ¿y mis herederos? —preguntó Pierre—. ¿Y si me caso?… Podría ocurrir —añadió con una sonrisa involuntaria.

—Si me permite la osadía: haría usted muy bien, señor.

«Qué sencillo le parece —pensó Pierre—. No sabe lo terrible y peligroso que es. Demasiado pronto o demasiado tarde… ¡Terrible!»

—Entonces ¿cuáles son sus órdenes? ¿Partirá usted mañana? —preguntó Savélich.

—No, voy a aplazar un poco el viaje. Ya te avisaré. Y perdóname por las molestias —dijo Pierre.

Y, al ver la sonrisa de Savélich, pensó: «¡Qué extraño, sin embargo, que no sepa que ya no hay San Petersburgo que valga para mí, que antes tengo que resolver esto! Seguro que lo sabe y está disimulando. ¿Y si hablara con él? ¿Qué opinará? —se dijo—. No, en otro momento.»

En el desayuno Pierre le contó a la princesa, su prima, que el día anterior había estado en casa de la princesa Maria y que no se creería a quién se había encontrado allí: ¡a Natasha Rostova!

La princesa simuló que eso no tenía más importancia que si hubiera visto a Anna Semiónovna.

—¿La conoce? —preguntó Pierre.

—He visto alguna vez a la princesa —respondió—. He oído que la quieren casar con el joven Rostov. Sería muy bueno para los Rostov; dicen que están completamente arruinados.

—No, le preguntaba si conoce a Natasha Rostova.

—En su día oí hablar de aquella historia suya. Qué lástima.

«No, o no me entiende o está fingiendo —pensó Pierre—. Será mejor que tampoco le diga nada a ella.»

La princesa le había preparado las provisiones para el viaje.

«Qué buenos son —pensaba Pierre—, ocupándose de todo ahora que probablemente ya no les mueve ningún interés. Y lo hacen por mí. ¡Es increíble!»

Ese mismo día el comisario de policía fue a verlo para proponerle que enviara a un hombre de confianza al Palacio de las Facetas a retirar los objetos que durante la jornada se iban a distribuir entre los propietarios.

«Y este también —pensaba Pierre al mirarle el rostro—: ¡es un oficial tan bueno, guapo y simpático! Preocupándose *ahora* de estas pequeñeces… Dicen que no es honrado, que se aprovecha de su posición, ¡qué disparate! Además, ¿por qué no va a aprovecharse? Así es como lo han educado. Y todo

el mundo hace lo mismo. ¡Qué rostro tan agradable y bondadoso, cómo sonríe al mirarme!»

Pierre fue a comer a casa de la princesa Maria. Al recorrer las calles y pasar entre los edificios que habían ardido se quedó asombrado por la belleza de las ruinas. Las chimeneas de las estufas de las casas, las paredes derruidas, que recordaban de un modo pintoresco al Rin y al Coliseo, se sucedían ocultándose unas a otras a lo largo de los barrios quemados. Los cocheros y sus pasajeros, los carpinteros que cortaban marcos de madera, las vendedoras y los tenderos lo miraban con la cara alegre, radiante, y parecían decir: «¡Ah, ahí está! ¡A ver qué sale de todo eso!».

Mientras entraba en casa de la princesa Maria, le asaltó la duda de si realmente había estado allí en la víspera, si había visto a Natasha y había hablado con ella. «Tal vez me lo haya imaginado; tal vez no encuentre a nadie.» Pero, apenas hubo entrado, notó con todo su ser la presencia de ella, porque tuvo una sensación inmediata de pérdida de libertad. Natasha llevaba el mismo vestido negro de suaves pliegues y el mismo peinado, pero era una persona distinta. Si el día anterior la hubiera visto así, no habría podido no reconocerla enseguida.

Estaba tal y como la había conocido cuando era casi una niña y durante su noviazgo con el príncipe Andréi; tenía un brillo alegre y curioso en los ojos y una expresión cariñosa, extrañamente traviesa, en el rostro.

Pierre se quedó a comer y habría pasado allí la velada entera, pero la princesa Maria iba a las vísperas, de modo que salió con ellas.

Al día siguiente fue temprano, comió y se quedó toda la tarde. A pesar de que la princesa Maria y Natasha se alegraban de la visita y de que todo el interés vital de Pierre se concentrara ahora en aquella casa, hacia el anochecer ya habían agotado todos los temas y la conversación pasaba continuamente de una minucia a otra, con frecuentes interrupciones. Pierre se quedó hasta tan tarde que la princesa Maria y Natasha se miraban preguntándose cuándo se iría. Aunque él se daba cuenta, no podía marcharse; se sentía violento e incómodo, pero seguía allí porque *no podía* ponerse en pie y marcharse.

La princesa Maria, como no veía un fin a la situación, fue la primera en levantarse y, con la excusa de que tenía jaqueca, empezó a despedirse.

—Entonces ¿mañana se marcha a San Petersburgo? —le preguntó.

—No, de ningún modo —respondió rápidamente Pierre, asombrado y como ofendido—. Ah, ¿a San Petersburgo? Mañana, aunque aún no me despido. Pasaré por aquí a recoger sus encargos —dijo de pie frente a ella, enrojeciendo y todavía sin marcharse.

Natasha le tendió una mano y se retiró. La princesa Maria, por el contrario, en vez de salir volvió a sentarse en el sillón y lo miró con seriedad y detenimiento con sus ojos luminosos y profundos. El cansancio que había mostrado antes se le pasó por completo. Exhaló un largo y profundo suspiro, como preparándose para una prolongada conversación.

La turbación e incomodidad de Pierre desaparecieron en cuanto hubo salido Natasha y fueron reemplazadas por una agitada animación. Rápidamente acercó su sillón al de la princesa Maria.

—Sí, quería decirle… —empezó, respondiendo a su mirada como si ella le hubiera hablado—. Ayúdeme, princesa. ¿Qué puedo hacer? ¿Puedo tener esperanzas? Princesa, escúcheme, amiga mía. Lo sé todo. Sé que no la merezco; sé que ahora es imposible hablar de esto. Pero quiero ser para ella un hermano. No, no es eso… no quiero, no puedo… —Se detuvo y se frotó la cara y los ojos con las manos—. Bueno, la cuestión es esta —continuó, haciendo un visible esfuerzo para hablar con coherencia—: no sé desde cuándo la amo. Pero ella es la única mujer a la que he amado en mi vida, la amo tanto que soy incapaz de imaginarme la vida sin ella. No me atrevo a pedir su mano ahora, pero la sola idea de que pudiera ser mía y yo dejara escapar la posibilidad… posibilidad… es terrible. Dígame, ¿puedo tener esperanzas? Dígame lo que debo hacer. Querida princesa… —añadió después de un breve silencio, tocándole un brazo porque no le respondía.

—Estoy pensando en lo que ha dicho —le contestó la princesa Maria—. Y esto es lo que le voy a decir. Tiene usted razón en que hablarle ahora de amor…

Se detuvo. Quería decirle: «Hablarle ahora de amor es imposible», pero no lo había hecho porque hacía tres días que veía el repentino cambio que se había obrado en Natasha y sabía que su amiga no solo no se ofendería si Pierre le declaraba su amor, sino que era lo único que deseaba.

—Hablarle ahora… es imposible —dijo igualmente.

—Entonces ¿qué puedo hacer?

—Déjelo en mis manos —respondió la princesa—. Sé que…

Pierre la miró a los ojos:

—Continúe, continúe…

—Sé que ella le ama… que le amará —se corrigió.

No había acabado de decir estas palabras y Pierre ya estaba levantándose de un salto y cogiéndole una mano con cara de susto.

—¿Por qué piensa eso? ¿Cree que puedo tener esperanzas? ¡¿Lo cree?!…

—Sí, lo creo —dijo la princesa Maria con una sonrisa—. Escriba a sus padres. Y déjelo en mis manos. Hablaré con ella cuando sea posible. Deseo que ocurra y el corazón me dice que así será.

—¡No, no puede ser! ¡Qué feliz soy! Pero no puede ser… ¡Qué feliz soy! ¡No, no puede ser! —repetía Pierre, besándole las manos.

—Váyase a San Petersburgo, es lo mejor. Yo le escribiré —dijo la princesa.

—¿A San Petersburgo? ¿Debo ir? Sí, está bien, iré. Pero ¿puedo venir mañana?

Al día siguiente Pierre fue a despedirse. Natasha estaba menos animada que en días anteriores, pero ahora Pierre, cada vez que la miraba, tenía la sensación como de desaparecer, como si ni ella ni él existieran, solo un sentimiento de felicidad. «¿De verdad es posible? No, no lo es», se decía con cada mirada, gesto y palabra de Natasha, que le llenaban el alma de júbilo.

Cuando al despedirse le cogió su fina y delgada mano, no pudo evitar retenerla un poco más de lo normal.

«¿De verdad es posible que esta mano, este rostro, estos ojos, todo este tesoro de encanto femenino, ahora ajenos a mí, sean míos para siempre, se vuelvan tan habituales para mí como yo mismo? ¡No, es imposible!…»

—Adiós, conde —le dijo ella alzando la voz—. Lo esperaré con gran impaciencia —añadió en un susurro.

Y a lo largo de dos meses estas sencillas palabras y la mirada y la expresión que las acompañaron constituyeron para Pierre una fuente inagotable de recuerdos, de interpretaciones y de felices ilusiones. «*Lo esperaré con gran impaciencia…* Sí, sí, ¿cómo lo dijo? Sí, *lo esperaré con gran impaciencia*. ¡Ah, qué feliz soy! ¡Cómo es posible ser tan feliz!», se decía.

XIX

No había en el alma de Pierre nada que se pareciera a lo que había sentido, en circunstancias semejantes, al prometerse con Hélène.

No se repetía como entonces, con un sentimiento enfermizo de vergüenza, las palabras que había dicho, ni pensaba: «Ah, ¿por qué no dije esto? ¿Por qué, por qué tuve que decir: “*Je vous aime*?”[157]». Ahora, al contrario, se repetía mentalmente cada palabra suya y de Natasha, recordaba todos los detalles de su rostro y de su sonrisa, sin necesidad de quitar ni añadir nada:

solo quería evocarlo una y otra vez. Ahora no tenía ni una sombra de duda sobre si lo que había hecho estaba bien o mal. Únicamente, alguna vez, lo asaltaba una terrible inquietud: «¿No será todo un sueño? ¿No se habrá equivocado la princesa Maria? ¿No soy demasiado orgulloso y presuntuoso? La creo, pero es posible que se lo diga, como tiene que ocurrir, y que Natasha le conteste con una sonrisa: "¡Qué extraño! Está muy equivocado. ¿Acaso no sabe que es un hombre corriente, mientras que yo… soy un ser distinto, superior?"».

Esta era la única inquietud que a menudo asaltaba a Pierre. Ahora ya no hacía planes. La felicidad que tenía por delante le parecía tan increíble que, una vez alcanzada, ya no podría ocurrir nada después, todo terminaría ahí.

Se apoderó de él una inesperada y alegre locura de la que nunca se habría creído capaz. Le parecía que todo el sentido de la vida, no solo para él, sino para todo el mundo, se hallaba únicamente en su amor y en la posibilidad de que ella lo amara. A veces tenía la sensación de que la gente se ocupaba de una sola cosa: de la felicidad futura de él; otras le parecía que todos estaban tan contentos como él, pero que procuraban ocultarlo y fingían dedicarse a otras cosas. En cada palabra y gesto veía una alusión a su propia felicidad. A menudo sorprendía a la gente con la que se encontraba con sus alegres y significativas miradas y sonrisas, que expresaban una complicidad secreta. Pero cuando se daba cuenta de que tal vez no conocían su felicidad, los compadecía con toda el alma y tenía ganas de explicarles de algún modo que las cosas que les preocupaban eran un auténtico disparate, una nadería que no merecía ninguna atención.

Cuando le ofrecían un puesto en la administración o se discutía de algún asunto general, estatal o relacionado con la guerra, como si la felicidad humana dependiera del desenlace de uno u otro acontecimiento, Pierre escuchaba con una dulce y compasiva sonrisa y sorprendía a todos con extraños comentarios. Pero tanto a los que parecían entender el verdadero sentido de la vida —es decir, lo que él sentía— como a los desdichados que sin duda no lo entendían los veía bajo la luz resplandeciente de sus sentimientos, por lo que, sin hacer el menor esfuerzo, encontraba inmediatamente en todos ellos lo que tenían de bueno y digno de ser amado.

Al revisar los asuntos y los papeles de su difunta esposa, no sintió nada al recordarla, salvo lástima por ella, por no haber conocido la felicidad que él conocía ahora. El príncipe Vasili, que en aquellos días se mostraba particularmente orgulloso por su nuevo puesto y su nueva condecoración, le parecía un viejecito conmovedor, bueno y digno de compasión.

Más adelante Pierre recordaría con frecuencia este período de feliz locura. Las opiniones que se formó entonces de las personas y las circunstancias se le grabaron para siempre como una gran certeza. Más adelante no solo no renegaría de estas opiniones sobre las personas y las cosas, sino que, al contrario, cuando le aquejaban la duda o la contradicción, recurría a su forma de pensar de este período de locura, y siempre acertaba.

«Tal vez —se decía— en aquel entonces yo parecía extraño y ridículo, pero no estaba tan loco como podían creer. Al contrario, era más inteligente y perspicaz que nunca y entendía todo lo que vale la pena entender en la vida, porque… era feliz.»

La locura de Pierre consistía en que no buscaba, como antes, razones personales —lo que él antes llamaba cualidades— en las personas para amarlas, sino que el amor colmaba su corazón y, al amar a los demás sin motivo, encontraba razones indiscutibles por las que merecían ser amados.

XX

Desde la misma noche en que Natasha, después de que Pierre se marchara, le dijo a la princesa Maria con una sonrisa alegre y burlona que parecía como si acabara de bañarse, con su levita corta y el pelo recién cortado, desde ese mismo instante se había despertado en su alma algo oculto, desconocido para sí misma, pero invencible.

De repente todo cambió en ella: el rostro, la forma de andar, la mirada, la voz. La fuerza de la vida y la esperanza de ser feliz, inesperadas para ella misma, salieron a la superficie con la exigencia de ser satisfechas. Fue como si a partir de aquella noche Natasha hubiera olvidado todo lo que le había ocurrido. No volvió a quejarse ni una vez de su situación, no volvió a pronunciar ni una palabra sobre el pasado y ya no temía hacer alegres planes de futuro. Hablaba poco de Pierre pero, cuando la princesa Maria lo nombraba, un brillo apagado desde hacía mucho tiempo se encendía en sus ojos y los labios se le juntaban en una sonrisa extraña.

Al principio este cambio sorprendió a la princesa Maria, y cuando entendió su significado se puso triste. «¿Es posible que amara tan poco a mi hermano, que lo haya podido olvidar tan pronto?», se decía cuando, a solas, pensaba en semejante transformación. Pero cuando estaba con Natasha no se enfadaba con ella ni le hacía reproches. Era evidente que la fuerza de la vida que se había despertado en su amiga la dominaba con tal ímpetu y de un

modo tan inesperado para ella misma que sentía que no tenía derecho de hacerle ningún reproche, ni siquiera para sus adentros.

Natasha se había entregado con tanta plenitud y sinceridad a este nuevo sentimiento que ni siquiera intentaba ocultar que ya no estaba triste, sino alegre y contenta.

Cuando la princesa Maria volvió a su habitación después de la charla de la noche con Pierre, Natasha la esperaba en el umbral de la puerta.

—¿Te lo ha dicho? ¿Sí? ¿Te lo ha dicho? —repetía, con expresión alegre y, al mismo tiempo, con un dolor que parecía pedir perdón por su alegría—. He estado tentada de escuchar detrás de la puerta, pero sabía que me lo contarías todo.

Por muy comprensible y conmovedora que a la princesa Maria le pareciera la mirada de Natasha, por más lástima que le diera ver su agitación, en un primer instante se sintió herida por estas palabras. Recordó a su hermano y su amor.

«Pero ¡qué se le va a hacer! No puede evitarlo», pensó, y, con una mirada triste y algo severa le contó todo lo que le había dicho Pierre. Al oír que se disponía a viajar a San Petersburgo, Natasha se quedó pasmada.

—¡A San Petersburgo! —dijo, como si no entendiera. Pero al ver la expresión triste de la princesa Maria adivinó el motivo y se echó a llorar—. *Marie*, enséñame lo que tengo que hacer. Tengo miedo de ser mala. Haré lo que tú digas; enséñame…

—¿Lo amas?

—Sí —susurró Natasha.

—Entonces ¿por qué lloras? Estoy contenta por ti —dijo la princesa Maria, que, al ver las lágrimas de Natasha, le había perdonado completamente su alegría.

—No será pronto; algún día. Piensa en lo felices que seremos cuando yo sea su mujer y tú te cases con *Nicolas*.

—Natasha, te pedí que no hablaras de eso. Hablemos de ti.

Guardaron silencio.

—Pero ¡por qué a San Petersburgo! —exclamó de pronto Natasha, y acto seguido ella misma se respondió—: Sí, sí, así tiene que ser… ¿Verdad, *Marie*? Así tiene que ser…

Epílogo

Primera parte

I

Pasaron siete años desde 1812. El agitado mar histórico de Europa había vuelto a sus cauces. Parecía calmado, pero las fuerzas misteriosas que mueven a la humanidad (misteriosas porque desconocemos las leyes que determinan su movimiento) continuaban su acción.

A pesar de que la superficie del mar histórico parecía inmóvil, la humanidad se movía tan ininterrumpidamente como avanza el tiempo. Se formaban y disgregaban distintos grupos de conexiones humanas, se gestaban las causas de la formación y descomposición de los Estados, y de los desplazamientos de los pueblos.

El mar histórico no se movía en ráfagas de una orilla a otra, como antes, sino que se agitaba en sus profundidades. Los personajes históricos ya no eran arrastrados por las olas de una orilla a otra, como antes; ahora parecían dar vueltas en un mismo sitio. Estos personajes históricos, que en el pasado encabezaban los ejércitos y reflejaban el movimiento de las masas a través de órdenes de guerra, marchas y combates, ahora reflejaban el movimiento agitado mediante consideraciones políticas y diplomáticas, leyes, tratados…

Los historiadores se refieren a esta actividad de los personajes históricos con el término *reacción*.

Al describir la actividad de estos personajes históricos —que, en su opinión, fueron los causantes de lo que denominan *reacción*—, los historiadores los censuran severamente. Todas las personas célebres de aquel tiempo, desde Alejandro y Napoleón hasta *madame* de Staël, Focio[1], Schelling[2], Fichte[3], Chateaubriand[4] y demás pasan a través de su severo juicio y son justificados o censurados según si contribuyeron al *progreso* o a la *reacción*.

De acuerdo con la descripción que los historiadores hacen de los hechos, en aquella época se estaba produciendo en Rusia una reacción cuyo principal culpable era Alejandro I, el mismo Alejandro I que, también de acuerdo con su descripción, había sido el principal responsable de las iniciativas liberales durante su reinado y de la salvación de Rusia.

En la literatura rusa actual no hay nadie, desde el escolar hasta el docto historiador, que no lance su piedrecita contra Alejandro por los errores que cometió en este período de su reinado.

«Tendría que haber actuado así y asá. En este asunto actuó bien y en aquel otro, mal. Su actuación fue ejemplar tanto al principio de su reinado como en el año 1812, pero obró muy mal al conceder una Constitución a Polonia, al formar la Santa Alianza, al dar poder a Arakchéiev, alentando a Golitsyn y el misticismo, y más tarde a Shishkov y a Focio. También obró mal al ocuparse personalmente de las unidades del frente del ejército, al disolver el regimiento Semiónovski, etcétera.»

Se necesitarían diez páginas para enumerar todos los reproches que le hacen los historiadores a Alejandro I basándose en su conocimiento de lo que es bueno para la humanidad.

¿Qué significan estos reproches?

Los actos de Alejandro I que los historiadores aprueban (las iniciativas liberales de su reinado, la lucha contra Napoleón, la firmeza que mostró en 1812 y en la campaña de 1813), ¿acaso no emanan de las mismas fuentes? ¿No fueron también la sangre real, la educación y las condiciones de vida que conformaban la personalidad de Alejandro lo que dio origen a otros actos por los cuales los historiadores lo censuran como la Santa Alianza, la restauración de Polonia y la reacción de 1820?

¿En qué se basan estos reproches?

Se basan en que un personaje histórico como Alejandro I, que ocupaba el escalón más alto posible del poder humano, que era como un foco de luz cegadora en el que se concentraban todos los rayos de luz de la historia; un personaje sujeto a las más fuertes influencias del mundo de la intriga, del engaño, del halago y de la obcecación, inherentes al poder; un personaje que en cada instante de su vida sentía sobre sus espaldas la responsabilidad de todo cuanto ocurría en Europa; un personaje no imaginario, sino de carne y hueso que, como cualquier otra persona, tenía sus costumbres, sus pasiones, su aspiración al bien, a la belleza y a la verdad; en definitiva, se basan en que un personaje, aunque no careciera de virtud (esto es algo que los historiadores no le reprochan), tuviera hace cincuenta años una concepción distinta de lo que es el bien de la humanidad de la de cualquier profesor universitario actual que se ha dedicado desde joven a la ciencia, es decir, a leer libros, a asistir a conferencias y a copiarlo todo en un cuaderno.

Pero, incluso si admitimos que hace cincuenta años Alejandro I estaba equivocado en su concepción de lo que constituye el bien de los pueblos, será

inevitable admitir también que, con el paso del tiempo, el historiador que juzga a Alejandro estará equivocado en su concepción de lo que constituye el bien de la humanidad. Esta suposición es tanto más natural y necesaria cuanto que al observar el desarrollo de la historia vemos que cada año y con cada nuevo autor varía la concepción de lo que es el bien de la humanidad, de modo que lo que antes parecía bueno al cabo de diez años resulta malo, y al revés. Y no solo eso: en la historia encontramos en una misma época opiniones completamente opuestas de lo que es bueno y malo; mientras unos consideran que la Santa Alianza y la Constitución dada a Polonia constituyen un acierto de Alejandro I, otros se lo reprochan.

No se puede afirmar si la actuación de Alejandro o de Napoleón fue útil o perjudicial, puesto que no podemos decir para qué fue útil ni para qué perjudicial. Si a alguien le disgusta esta actividad es simplemente porque no coincide con su visión limitada de lo que es bueno. Si la conservación de la casa de mi padre en Moscú en 1812, o la gloria del ejército ruso, o el florecimiento de la Universidad de San Petersburgo y de otras, o la libertad de Polonia, o el poder de Rusia, o el equilibrio de Europa, o cierto tipo de cultura europea llamada «progreso» me parece que representan el bien, entonces tendré que reconocer que la actividad de cualquier personaje histórico, además de estos objetivos, tuvo otros más generales que se me escapan.

Pero supongamos que la llamada ciencia es capaz de conciliar todas las contradicciones y que tiene un criterio invariable de lo que es bueno y malo para los personajes y los acontecimientos históricos.

Supongamos que Alejandro hubiera podido actuar de otro modo; que, siguiendo las indicaciones de quienes lo acusan —aquellos que pretenden conocer el objetivo final del movimiento de la humanidad—, habría podido gobernar siguiendo el programa de espíritu nacional, libertad, igualdad y progreso (parece que no hay nada más novedoso) que le dictarían quienes ahora lo acusan. Supongamos que este programa fuera posible y que Alejandro hubiera actuado de acuerdo con él. ¿Qué habría sido entonces de la actividad de quienes en aquel entonces se opusieron a las tendencias del gobierno, una actividad que, según los historiadores, fue buena y útil? No habría existido, no habría habido vida, no habría habido nada.

Si se admite que la vida de la humanidad puede regirse por la razón, entonces la posibilidad de la vida se destruye.

II

Si consideramos, como hacen los historiadores, que los grandes hombres llevan a la humanidad a alcanzar determinados objetivos —la grandeza de Rusia, el equilibrio de Europa, la divulgación de las ideas revolucionarias, el progreso general o lo que sea—, nos resultará imposible explicar los fenómenos históricos sin los conceptos de *casualidad* y de *genio*.

Si el objetivo de las guerras europeas de principios de este siglo era la grandeza de Rusia, podría haberse logrado sin todas las guerras anteriores y sin ninguna invasión. Si el objetivo era la grandeza de Francia, podría haberse alcanzado sin Revolución ni Imperio. Si el objetivo era la difusión de las ideas, la imprenta lo habría cumplido mucho mejor que los soldados. Si el objetivo era el progreso de la civilización, es fácil suponer que existen vías mucho más eficaces para difundirla que la destrucción de vidas humanas y de sus riquezas.

Y ¿por qué sucedió así y no de otro modo?

Porque así es como sucedió. «La *casualidad* creó la situación, el *genio* la utilizó», nos dice la historia.

Pero ¿qué es la *casualidad*? ¿Qué es el *genio*?

Las palabras *casualidad* y *genio* no significan nada que realmente exista y por eso no se pueden definir. Estas palabras solo implican cierto grado de comprensión de los fenómenos. Desconozco por qué se ha producido cierto acontecimiento y, como creo que no soy capaz de saberlo, ya no me esfuerzo y digo: *casualidad*. Veo una fuerza que produce un efecto que se sale de las cualidades humanas ordinarias y, como no comprendo por qué se produce, digo: *genio*.

Un carnero que cada noche es guiado por el pastor a un redil aparte, que recibe una alimentación especial y que acaba engordando el doble, a los demás carneros del rebaño les debe de parecer un genio. Y el hecho de que no lo lleven al redil común, sino a uno aparte, que le den de comer avena y que precisamente él, que es el que más ha engordado de todos, sea conducido al matadero por su carne, debe de parecerles una asombrosa combinación de genialidad con una serie de extraordinarias casualidades.

Pero basta con que los carneros dejen de pensar que todo cuanto hacen con ellos tiene que ver con sus propios objetivos como carneros; basta con que admitan que lo que les sucede podría tener un objetivo que se les escapa para que se den cuenta de la unidad y coherencia de lo que ha sucedido con el carnero cebado. Aunque ignoren para qué lo han cebado, como mínimo sabrán que todo cuanto le ha sucedido no ha sido casual, y no tendrán ninguna necesidad de conceptos como los de *casualidad* y *genio*.

Solo renunciando a conocer el objetivo inmediato y comprensible, y admitiendo que el objetivo final nos es inaccesible, veremos la coherencia y la conveniencia en la vida de los personajes históricos; entonces descubriremos la causa de ese efecto inconmensurable que, con cualidades humanas normales, producen, y no nos harán falta las palabras *casualidad* y *genio*.

Basta con admitir que ignoramos el objetivo de las convulsiones de las naciones europeas, de las que solo conocemos los hechos —es decir, los crímenes primero en Francia y después en Italia, África, Prusia, Austria, España y Rusia—, y que los movimientos de oeste a este y de este a oeste constituyen la esencia y el objetivo de estos acontecimientos, para que no solo no nos haga falta ver nada exclusivo ni *genial* en el carácter de Napoleón y de Alejandro, sino que solo podamos verlos como simples hombres iguales al resto. Entonces no tendremos necesidad de recurrir a la *casualidad* para explicar los pequeños sucesos que los convirtieron en lo que eran y será evidente que semejantes sucesos fueron inevitables.

Al renunciar a conocer el objetivo último, comprenderemos claramente que, del mismo modo que es imposible imaginar para una planta colores y semillas mejores que los propios, igual de imposible resulta imaginar a dos hombres con todo su pasado que correspondan con tanta exactitud, hasta el más mínimo detalle, al destino que debían cumplir.

III

El hecho fundamental y esencial de los acontecimientos europeos de principios de este siglo es el movimiento bélico en masa de las naciones europeas de oeste a este y después de este a oeste. El primer instigador de este movimiento fue Occidente. Para que las naciones de Occidente pudieran llevar este movimiento bélico hasta Moscú fue necesario: 1) que formaran una masa militar lo bastante grande para resistir el choque armado contra otra masa militar de Oriente; 2) que renunciaran a todas las tradiciones y principios establecidos; 3) que al llevar a cabo semejante movimiento bélico los dirigiera un hombre que pudiera justificar, tanto para sí mismo como para los demás, las mentiras, el saqueo y los asesinatos que iban a producirse en el avance.

Con la Revolución francesa se destruye la antigua agrupación, no lo bastante grande; se aniquilan los viejos principios y tradiciones; se elabora, paso a paso, una agrupación de nuevas dimensiones, nuevos principios y

tradiciones, y se gesta el hombre que encabezará el futuro movimiento y cargará con toda la responsabilidad de lo que va a suceder.

Y este hombre sin convicciones ni principios, sin tradición ni nombre, que ni siquiera es francés, asciende —al parecer por una extraña serie de casualidades— entre todos los partidos que agitan Francia y, sin unirse a ninguno, llega a ocupar el puesto más preeminente.

La ignorancia de sus camaradas, la debilidad e ineptitud de sus adversarios, la franqueza de su propia falsedad, así como su espléndida y presuntuosa mediocridad lo hacen llegar al frente del ejército. El brillante cuerpo de soldados del ejército italiano, el poco deseo de combatir de sus adversarios, su infantil insolencia y presuntuosidad le ganan la gloria militar. Una cantidad infinita de llamadas casualidades lo acompaña allá adonde va. El escaso favor que goza entre los gobernantes franceses acaba siéndole útil. Sus intentos por cambiar el camino que le está predestinado son infructuosos: no lo aceptan en el servicio ruso ni consigue que lo envíen a Turquía. Durante las guerras de Italia se ve varias veces al borde de la aniquilación, pero siempre se salva inesperadamente. Las tropas rusas, que pueden acabar con su fama, no entran en Europa por distintas consideraciones diplomáticas mientras él está allí.

Al volver de Italia encuentra en París un gobierno en tal estado de descomposición que quienes entran a formar parte de él son inevitablemente barridos y destruidos. Y entonces se le presenta una salida a esta peligrosa situación, que consiste en una absurda e inmotivada expedición a África. Una vez más lo acompaña la llamada casualidad. La inexpugnable Malta se rinde sin un solo disparo; sus órdenes más imprudentes son coronadas por el éxito. La flota enemiga, que más tarde no dejará pasar ni una barca, permite el paso de todo un ejército. En África se comete contra los habitantes casi desarmados toda clase de crímenes. Y los hombres que cometen estos crímenes y, sobre todo su jefe, se convencen a sí mismos de que sus actos son admirables, gloriosos, semejantes a los de César y a los de Alejandro Magno.

Este ideal de *gloria* y *grandeza*, que consiste no solo en no ver nada malo en los propios actos, sino en estar orgulloso de cualquier crimen, atribuyéndole un incomprensible significado sobrenatural, este ideal que guiará a este hombre y a quienes lo acompañan se desarrolla plenamente en África. Todo cuanto hace le sale bien. La peste no le afecta. Nadie lo culpa de la crueldad con que se mata a los prisioneros. Su salida de África, imprudente hasta lo infantil, inmotivada e innoble, en la que abandona a sus compañeros en apuros, se le atribuye como un mérito, y la flota enemiga vuelve a dejarlo

pasar dos veces. Cuando, ya completamente embriagado por sus exitosos crímenes y preparado para desempeñar su papel, llega a París sin objetivo alguno, la descomposición del gobierno republicano, que un año antes podría haberlo destruido, ha alcanzado un grado máximo y su presencia como hombre al margen de los partidos no puede más que elevarlo.

No tiene ningún plan, le teme a todo, pero los partidos se aferran a él y exigen que se implique.

Solo él, con su ideal de gloria y grandeza desarrollado en Italia y Egipto, con su demente adoración de sí mismo, con su temeridad en el crimen y franqueza en la mentira, solo él puede justificar lo que ha de suceder.

Es necesario para el puesto que le espera y, por este motivo, casi independientemente de su voluntad y a pesar de su indecisión, de la ausencia de un plan y de todos los errores que comete, se ve arrastrado a una conspiración que tiene como objetivo hacerse con el poder, y esta conspiración es coronada por el éxito.

Lo empujan a la asamblea de los gobernantes[5]. Asustado, quiere escapar, cree que está perdido; finge un desmayo y dice cosas sin sentido que deberían destruirlo. Pero los gobernantes de Francia, antes astutos y orgullosos, ahora, con la sensación de que su papel ya ha concluido, están incluso más turbados que él y no dicen las palabras necesarias para destruirlo y retener el poder.

La *casualidad*, millones de *casualidades* le dan el poder, y todo el mundo, como confabulado, contribuye a que este poder sea ratificado. Las *casualidades* forman el carácter de los gobernantes franceses que se le someten; las *casualidades* forman el carácter de Pablo I, que reconoce su poder; la *casualidad* hace que se geste una conspiración contra él que no solo no le perjudica, sino que consolida su poder. La *casualidad* envía a sus manos al duque de Enghien[6] y le obliga fortuitamente a matarlo, convenciendo así a la masa, de una manera mucho más efectiva que cualquier otra, de que tiene derecho porque le asiste la fuerza. La *casualidad* hace que concentre todas sus energías en una expedición a Inglaterra que sin duda lo habría destruido, pero que nunca llevará a cabo, y que ataque fortuitamente a Mack y a los austríacos, que se rinden sin combatir. La *casualidad* y la *genialidad* le dan la victoria en la batalla de Austerlitz y, *casualmente*, todos —no solo los franceses, sino Europa entera, con la excepción de Inglaterra, que no participará en los acontecimientos que van a producirse—, a pesar del horror y aversión que antes sentían por los crímenes de este hombre, ahora reconocen su poder, el título que se ha otorgado a sí mismo y su ideal de grandeza y gloria, que a todos parece algo hermoso y razonable.

Como poniéndose a prueba y preparándose para el movimiento futuro, las fuerzas de Occidente se lanzan en repetidas ocasiones hacia Oriente en 1805, 1806, 1807, 1808 y 1809, haciéndose más fuertes y aumentando en número. En 1811 la masa formada en Francia se fusiona con otra masa inmensa de los pueblos centroeuropeos. Y cuanto más crece el número de efectivos, más se justifica al hombre que encabeza este movimiento. Durante el período preparatorio de diez años que precede al gran movimiento, este hombre se une con todas las cabezas coronadas de Europa. Los soberanos del mundo, desacreditados, no pueden oponer ningún ideal sensato al ideal carente de sentido de *gloria* y *grandeza* de Napoleón. Uno tras otro le demuestran rápidamente su propia nulidad. El rey de Prusia envía a su mujer a buscar el favor del gran hombre; el emperador de Austria considera un acto de benevolencia que el gran hombre admita en su lecho a la hija de los Césares; el papa, guardián de lo más sagrado de los pueblos, contribuye con la religión a encumbrarlo. No es tanto que el propio Napoleón se disponga a desempeñar su papel, como que todo cuanto le rodea lo prepara para que corra con la responsabilidad de lo que va a ocurrir. No hay ni un solo acto, ni un solo crimen, ni un solo pérfido engaño suyo que no se convierta en boca de quienes le rodean en una gran acción. La mejor fiesta que los germanos pueden idear para él es celebrar Jena y Auerstädt. Y no solo es grande él, también lo son sus antepasados, hermanos, hijastros y cuñados. Todo cuanto sucede contribuye a privarlo del último vestigio que le queda de razón y a prepararlo para su terrible papel. Y, cuando está preparado, también lo están las fuerzas.

La invasión avanza hacia el este y llega a su objetivo final: Moscú. La capital es tomada; el ejército ruso está más deshecho de lo que lo han estado las tropas enemigas en cualquier campaña anterior, desde Austerlitz hasta Wagram. Pero de pronto, en vez de las *casualidades* y la *genialidad* que hasta ese momento lo habían conducido de un modo tan sistemático al éxito continuo a la hora de alcanzar la meta a la que estaba predestinado, surge una interminable cantidad de *casualidades* que le son contrarias, desde el resfriado en Borodinó hasta las heladas y las chispas que provocan el incendio de Moscú. Y, en vez de la *genialidad*, salen a relucir su estupidez y vileza, que no tienen parangón.

Los invasores huyen, después avanzan, vuelven a huir, y ahora las casualidades ya no juegan a su favor, sino en su contra.

Se inicia un movimiento de este a oeste, en dirección contraria al anterior y con unas similitudes notables. Como en 1805, 1807 y 1809, los intentos de

avance de este a oeste preceden al gran movimiento; se produce la misma fusión en una sola masa de dimensiones enormes; la misma adhesión de los pueblos centroeuropeos al movimiento; la misma vacilación a mitad de camino y la misma rapidez conforme se acercan a la meta.

París, el objetivo final, es alcanzado. El gobierno de Napoleón y sus tropas son destruidos. Bonaparte pierde toda razón de ser, todos sus actos son manifiestamente lamentables y ruines. Pero de nuevo se produce una inexplicable casualidad. Los aliados lo odian, porque ven en él la razón de sus desgracias; desprovisto de fuerza y de poder, desenmascarado de sus crímenes y fechorías, deberían verlo como diez años antes y uno después, como un bandido al margen de la ley. Pero por una extraña casualidad nadie lo ve así. Su papel aún no ha concluido. Este hombre, diez años antes y uno después considerado un bandido al margen de la ley, es enviado a dos jornadas de Francia, a una isla que le entregan como posesión, con una guardia personal y con millones que le son pagados por algún motivo.

IV

El movimiento de los pueblos empieza a volver a sus cauces. Las olas del gran movimiento se repliegan y en el mar calmado se forman remolinos donde flotan los diplomáticos, que creen ser los responsables del apaciguamiento.

Pero el mar calmado de pronto se agita. Los diplomáticos creen que ellos, con sus desacuerdos, han sido la causa de la nueva agitación de las fuerzas; esperan la guerra entre sus soberanos, la situación les parece irresoluble. Pero la ola cuya crecida sienten no viene de donde esperaban, sino que se vuelve a levantar en el mismo punto de partida del movimiento: en París. Se produce el último movimiento de reflujo de Occidente, un reflujo que tiene que resolver dificultades diplomáticas que parecen insolubles y poner punto y final al movimiento bélico de este período.

El hombre que ha arruinado Francia vuelve solo, sin conspiraciones ni soldados. Cualquier guardia puede detenerlo, pero por una extraña casualidad nadie lo hace y todo el mundo acoge entusiasmado a ese individuo al que un día antes maldecían y un mes más tarde maldecirán.

Aún lo necesitan para justificar la última acción en común.

La acción se completa. El último acto se representa. Ordenan al actor que se desvista, que se quite el tinte negro y el colorete: ya no lo van a necesitar

más.

Pasan los años y este hombre, solo en su isla, representa para sí mismo una lamentable comedia, se dedica a intrigar y a mentir para justificar sus actos cuando tal justificación ya no es necesaria, y muestra al mundo entero cómo es aquel al que consideraban la personificación de la fuerza cuando era guiado por una mano invisible.

Al terminar el drama, cuando el actor se ha desvestido, el director de escena nos lo señala:

—¡Fijaos, este es en quien creíais! ¡Ahí está! ¿Os dais cuenta ahora de que no era él, sino Yo quien os movía?

Pero la gente, cegada por la fuerza del movimiento, tarda mucho en comprenderlo.

La vida de Alejandro I, que encabezó el contramovimiento de este a oeste, revela una coherencia e inevitabilidad aún mayores.

¿Qué se requiere de un hombre que, eclipsando a los demás, tenga que estar al frente del movimiento de Oriente a Occidente?

Se requiere que tenga sentido de la justicia e interés por los asuntos europeos, pero un interés distante, no oscurecido por la mezquindad; se requiere que tenga una moralidad superior a la de sus colegas, los soberanos de su época, y una personalidad dulce y atractiva; se requiere que Napoleón lo haya ofendido personalmente. Y Alejandro I reúne todas estas características. Todo ha sido preparado por las infinitas *casualidades* de su vida pasada: la educación que ha recibido, sus iniciativas liberales, los consejeros que lo rodean, Austerlitz, Tilsit, Erfurt.

Durante la guerra nacional este personaje permanece inactivo porque no se le necesita. Pero aparece en el momento preciso, en cuanto surge la necesidad de una guerra europea conjunta y, después de unir a los pueblos de Europa, los conduce hacia el objetivo.

El objetivo es alcanzado. Después de la última guerra de 1815, Alejandro se encuentra en la cima máxima de poder que un hombre puede alcanzar. Y ¿cómo lo utiliza?

Mientras Napoleón, desterrado, hace falsos e infantiles planes sobre lo feliz que sería la humanidad si recobrara el poder, Alejandro I, el pacificador de Europa, el hombre que desde su juventud no aspiró más que al bienestar de sus pueblos, el iniciador de las reformas liberales en su patria, ahora que parece ostentar el máximo poder y que tiene más posibilidades de hacer el bien entre los suyos, una vez que ha cumplido su misión y siente sobre sí la mano de Dios, de pronto reconoce la insignificancia de todo este poder

imaginario, le da la espalda, lo pone en manos de hombres despreciables y a los que él mismo desprecia, y se limita a decir:

—«No a nosotros, no a nosotros, sino a Tu nombre.»[7] Soy un ser humano, como vosotros, dejadme vivir como tal y meditar sobre mi alma y sobre Dios.

Del mismo modo que el sol y cada átomo de éter constituyen una esfera completa y, al mismo tiempo, no son más que un átomo de un todo que, por su vastedad, es incomprensible para el ser humano, cada individuo guarda dentro de sí sus propios objetivos y, al mismo tiempo, sirve con ellos a un objetivo general incomprensible para sí mismo.

Una abeja está posada en una flor y pica a un niño; como el niño le coge miedo, afirma que su finalidad es picar a la gente. El poeta, al admirar la abeja que se posa en el cáliz de una flor, afirma que su finalidad es extraer el aroma de las flores. El apicultor, al observar que la abeja recoge el polen y el dulce néctar de las flores y se los lleva a la colmena, afirma que su finalidad es hacer miel. Otro apicultor, que ha estudiado más a fondo la vida de la colmena, afirma que su finalidad es recoger polen y néctar para alimentar a las abejas jóvenes y criar una reina, es decir, perpetuar la especie. El botánico observa que, al volar con el polen de una flor masculina a otra femenina, la abeja la fecunda, por lo que considera que esa es su finalidad. Otro botánico, al observar la migración de las plantas, se da cuenta de que la abeja contribuye a este proceso, por lo que afirma que esa es su finalidad. Pero el objetivo último de la abeja no se agota con el primero, ni con el segundo, ni con ninguno de los objetivos que la inteligencia humana puede descubrir. Cuanto más se eleva la inteligencia humana en el descubrimiento de estos objetivos, más evidente se hace que el objetivo final le es inaccesible.

El ser humano solo está capacitado para observar la correspondencia entre la vida de las abejas y los fenómenos de la vida. Y esto mismo se puede aplicar al objetivo de los personajes históricos y de los pueblos.

V

La boda de Natasha, que se casó con Bezújov en 1813, fue el último acontecimiento feliz en la vida de los viejos Rostov. Ese mismo año murió el

conde Iliá Andréievich y, como siempre ocurre, con su muerte la antigua familia se desmembró.

Los sucesos del año anterior —el incendio de Moscú, la huida de la ciudad, la muerte del príncipe Andréi, la desesperación de Natasha, la muerte de Petia, el dolor de la condesa— se abatieron, como un golpe tras otro, sobre la cabeza del viejo conde. Parecía incapaz de entender el significado de todos estos acontecimientos y, con la cabeza vieja y moralmente agazapada, era como si esperara y pidiera nuevos golpes que acabaran con él. A veces parecía asustado y perdido; otras, artificiosamente animado y activo.

La boda de Natasha lo tuvo ocupado un tiempo con sus detalles. Se dedicó a encargar comidas y cenas, y era evidente que se esforzaba por mostrarse alegre; pero esta alegría no se contagiaba como antes, sino que, al contrario, despertaba compasión en quienes lo conocían y querían.

Una vez que Pierre y su mujer se hubieron marchado, el viejo conde empezó a apagarse y a ser presa de la angustia. Al cabo de unos días cayó enfermo y tuvo que guardar cama. A pesar de las palabras tranquilizadoras de los médicos, desde el principio de su enfermedad comprendió que ya no volvería a levantarse. La condesa, sin desvestirse siquiera, se pasó dos semanas en un sillón junto a su cabecera. Y, cada vez que le daba jarabe, él se ponía a sollozar y besarle la mano en silencio. El último día, entre lágrimas, le pidió perdón tanto a ella como a su hijo, que estaba ausente, por haber dejado a la familia en la ruina, de la que se sentía principal culpable. Y, después de comulgar y recibir los últimos sacramentos, murió apaciblemente. Al día siguiente una multitud de conocidos que quería rendir el último tributo al difunto llenaba el piso alquilado de los Rostov. Todos estos conocidos, que tantas veces habían comido y bailado en casa del conde y tantas veces se habían reído de él, ahora, con un íntimo arrepentimiento y ternura, decían como para justificarse: «Sea como sea, era un hombre magnífico. Ya no quedan personas así… Y ¿quién no tiene sus debilidades?»…

El conde murió repentinamente justo en el momento en que su situación económica era tan complicada que, de alargarse un año más, nadie podía imaginar cómo terminaría.

Nikolái estaba en París con el ejército ruso cuando recibió la noticia de la muerte de su padre. Pidió la baja de inmediato y, sin esperar a que se la concedieran, partió con un permiso rumbo a Moscú. Al cabo de un mes la situación financiera de los Rostov se había aclarado y todos se quedaron asombrados ante la enorme cantidad de pequeñas deudas de las que nadie

tenía la menor sospecha. Las deudas duplicaban el valor del patrimonio familiar.

Los parientes y amigos aconsejaron a Nikolái que renunciara a la herencia. Pero él veía en este acto un reproche a la memoria sagrada de su padre, por lo que no quiso oír hablar de ello y aceptó la herencia con el compromiso de pagar las deudas.

Los acreedores, que tanto tiempo habían guardado silencio en vida del conde por la influencia indefinida pero poderosa que ejercía sobre ellos su despreocupada bondad, exigieron todos a la vez cobrar las deudas. Como es habitual, parecían competir a ver quién cobraba primero; algunas personas como Mítenka, que habían recibido como regalo letras de cambio sin fondos, ahora eran los acreedores más exigentes. A Nikolái nadie le daba tregua ni posibilidad de un aplazamiento y quienes, al parecer, se habían compadecido del viejo conde —el culpable de sus pérdidas (si es que las había)— ahora se abalanzaban sin piedad sobre el joven heredero, que era inocente ante ellos y que se había hecho cargo de las deudas voluntariamente.

Ninguno de los arreglos que Nikolái intentó surtió efecto; la finca fue vendida en subasta pública a mitad de precio, y aun así quedó por pagar la mitad de las deudas. Nikolái aceptó los treinta mil rublos que su cuñado Bezújov le ofrecía para saldar las deudas monetarias, es decir, las que consideraba auténticas deudas. Y, para que no lo metieran en un calabozo, algo con lo que los acreedores lo amenazaban, tuvo que buscar un empleo en la administración.

No podía volver al ejército, donde lo habían propuesto para la primera vacante de jefe de regimiento, porque su madre se aferraba a él como a lo último que le quedaba en la vida. Por este motivo, a pesar de las pocas ganas que tenía de quedarse en Moscú entre el círculo de gente que lo conocía de otro tiempo y de la aversión que le inspiraba la carrera civil, aceptó un puesto en la ciudad y, despojándose del uniforme que tanto amaba, se instaló con su madre y Sonia en un pequeño piso de la calle Sívtsev Vrázhek.

Entretanto Natasha y Pierre vivían en San Petersburgo sin tener una idea clara de la situación de Nikolái, quien, habiendo tomado prestado dinero de su cuñado, intentaba ocultarle su situación de pobreza. Esta situación era especialmente mala porque con su sueldo de mil doscientos rublos no solo tenía que mantener a su madre, a Sonia y a sí mismo, sino que debía hacerlo de tal manera que su madre no se diera cuenta de que eran pobres. La condesa era incapaz de concebir la posibilidad de una vida sin los lujos a los que estaba acostumbrada desde niña y, sin comprender los apuros que suponía

para su hijo, exigía sin cesar tan pronto un carruaje del que no disponían para que pasara a recoger a una amiga suya, como algún manjar para sí misma y un buen vino para su hijo, o dinero para hacer un regalo sorpresa a Sonia o al propio Nikolái.

Sonia se ocupaba de la casa, cuidaba de la vieja condesa, le leía en voz alta, soportaba sus caprichos y su secreta animadversión, y ayudaba a Nikolái a ocultarle la situación de necesidad en la que se encontraban. Nikolái creía estar contrayendo una deuda impagable con ella por todo cuanto estaba haciendo por su madre, admiraba su paciencia y entrega, pero procuraba mantenerse distante.

Era como si en su fuero interno le reprochara ser demasiado perfecta y no tener nada que reprocharle. La muchacha tenía todo lo que hace que una persona sea apreciada, pero pocas cosas que hicieran amarla. Y Nikolái se daba cuenta de que, cuanto más la apreciaba, menos la amaba. Se había aferrado a sus palabras, a la carta en que le había devuelto la libertad, y ahora el joven se comportaba como si todo cuanto había habido entre ellos estuviera olvidado desde hacía mucho tiempo y no pudiera repetirse en ninguna circunstancia.

Su situación era cada vez peor. El propósito de ahorrar parte del sueldo resultó ser un sueño. No solo no ahorraba, sino que, para satisfacer las exigencias de su madre, contraía pequeñas deudas. No veía ninguna salida. La idea que le sugerían sus parientes de casarse con una rica heredera le resultaba repulsiva. Y la otra salida a su situación —la muerte de su madre— ni se le pasaba por la cabeza. No tenía deseos ni esperanzas; y, en lo más hondo del alma, sentía un oscuro y cruel placer al aceptar resignadamente su suerte. Procuraba evitar a sus antiguas amistades, con su compasión y sus insultantes ofrecimientos de ayuda; evitaba cualquier distracción y diversión, y ni siquiera en casa se ocupaba en nada, aparte de hacer solitarios con su madre, pasear en silencio por su habitación y fumar una pipa tras otra. Era como si se entregara con afán a su lúgubre estado de ánimo, el único que le permitía soportar su situación.

VI

La princesa Maria llegó a Moscú a principios de invierno y, por los chismes de la ciudad, tuvo noticias de la situación de los Rostov y de cómo «el hijo se sacrificaba por su madre», tal como se decía.

«No esperaba otra cosa de él», pensó la princesa, sintiendo una alegre confirmación de su amor por el joven. Al recordar las relaciones amistosas, casi familiares, que había tenido con los Rostov, consideró un deber hacerles una visita. Pero al recordar también su relación con Nikolái en Vorónezh tuvo miedo. Finalmente, haciendo un gran esfuerzo, fue a verlos al cabo de unas semanas.

Nikolái fue el primero en recibirla, ya que, para llegar a la habitación de la condesa, había que pasar por la suya. La primera mirada que le dedicó, en vez de mostrar la alegría que la princesa esperaba, reflejaba una frialdad, una aspereza y un orgullo que ella nunca le había visto. Rostov se interesó por su salud y la acompañó a la habitación de su madre, donde no estuvo más de cinco minutos.

Cuando la princesa salió, Nikolái la recibió de nuevo y la condujo con especial solemnidad y aspereza hasta el recibidor, sin responder ni una palabra a las observaciones que ella hacía sobre la salud de la condesa. «Y ¿a usted qué le importa? ¡Déjeme en paz!», decía la mirada del joven.

—¿Qué se le ha perdido aquí? ¿Qué es lo que quiere? ¡No soporto a estas grandes señoras con sus amabilidades! —exclamó en voz alta delante de Sonia, incapaz de contener la irritación, en cuanto el carruaje de la princesa se hubo alejado.

—¡Ah, cómo puedes hablar así, *Nicolas*! —dijo Sonia, ocultando a duras apenas su alegría—. Es tan buena y *maman* la quiere tanto…

Nikolái no contestó nada y habría preferido no volver a hablar más de la princesa. Pero desde su visita la vieja condesa no dejó de nombrarla varias veces al día.

La condesa la elogiaba, exigía a su hijo que le devolviera la visita, expresaba su deseo de verla con más frecuencia, pero cada vez que hablaba de ella se ponía de mal humor.

Nikolái procuraba callar cuando su madre hablaba de la princesa, y este silencio la irritaba.

—Es una muchacha magnífica y muy digna —decía ella—, y tienes que hacerle una visita. Al menos verás a alguien; estoy segura de que te aburres con nosotras.

—No me apetece nada, mamá.

—Antes querías verla y ahora dices que no te apetece. De verdad, querido, que no te entiendo. Tan pronto te aburres como te niegas a ver a nadie.

—Nunca he dicho que me aburra.

—¡Cómo! Tú mismo has dicho que no tienes ganas de verla. Es una muchacha muy digna y siempre te ha gustado. Y ahora, de pronto, pones pegas. Siempre me lo ocultáis todo.

—Ni mucho menos, mamá.

—Si te estuviera pidiendo hacer algo desagradable, pero solo te pido que le devuelvas la visita. Es una cuestión de cortesía, creo yo… Te lo he pedido, pero no me volveré a entrometer, porque veo que tienes secretos para tu madre.

—Iré, si eso es lo que quiere.

—A mí me da igual; lo digo por ti.

Nikolái suspiró y, mordiéndose el bigote, extendió las cartas sobre la mesa para que su madre pensara en otra cosa.

Al día siguiente, al otro y al de más allá se repitió la misma conversación.

Después de ver a los Rostov y de la inesperada frialdad con que Nikolái la había recibido, la princesa Maria tuvo que reconocer que no se equivocaba al no querer ser la primera en visitarlos.

«No esperaba otra cosa —se decía, invocando su orgullo—. Él me trae sin cuidado, solo quise ver a la vieja condesa, que siempre ha sido buena conmigo y a la que tanto debo.»

Pero estos razonamientos no la calmaban: cada vez que recordaba la visita, algo parecido al arrepentimiento la torturaba. A pesar de que había decidido firmemente que nunca más volvería a visitar a los Rostov y que lo olvidaría todo, se encontraba en un constante estado de indefinición. Y, cuando se preguntaba qué era exactamente lo que la torturaba, tenía que reconocer que era su relación con Nikolái. El tono frío y cortés del joven no obedecía a sus sentimientos por ella (esto lo sabía), sino que ocultaba algo. La princesa necesitaba descubrirlo y era consciente de que hasta que no lo hiciera no podría estar tranquila.

Un día de mediados de invierno, mientras estaba en la sala de estudio con su sobrino ayudándolo con las lecciones, le anunciaron la llegada de Rostov. Firmemente decidida a no desvelar su secreto ni a mostrarse turbada, llamó a *mademoiselle* Bourienne y juntas se dirigieron al salón.

Le bastó una sola mirada al rostro de Nikolái para comprender que el joven había ido solo para cumplir con el deber de la cortesía, y decidió firmemente adoptar el mismo tono con que él se dirigiría a ella.

Hablaron de la salud de la condesa, de amistades comunes, de las últimas noticias de la guerra y, cuando hubieron pasado los diez minutos que exige el

decoro y a partir de los cuales el visitante puede marcharse, Nikolái se levantó para despedirse.

La princesa, con la ayuda de *mademoiselle* Bourienne, había llevado muy bien la conversación; pero en el último momento, cuando él ya se levantaba, estaba tan cansada de hablar de cosas que no le importaban, tan volcada en pensar en las pocas alegrías que le había deparado la vida, que se quedó inmóvil, completamente ensimismada, mirando fijamente al frente con sus ojos luminosos, sin darse cuenta de que él se había puesto de pie.

Nikolái la miró y, fingiendo que no reparaba en su ensimismamiento, le dijo algunas palabras a *mademoiselle* Bourienne y a continuación la volvió a mirar. Ella seguía inmóvil y su tierno rostro expresaba sufrimiento. De pronto el joven sintió lástima y tuvo una vaga conciencia de ser tal vez la causa de su tristeza. Quiso ayudarla, decirle algo agradable, pero no se le ocurrió nada.

—Adiós, princesa —se despidió.

La princesa volvió en sí y, enrojeciendo, exhaló un profundo suspiro.

—Ah, disculpe —dijo, como si acabara de despertar—. ¿Ya se marcha, conde? Bueno, adiós. ¿Y el cojín para la condesa?

—Esperen, ahora mismo lo traigo —dijo *mademoiselle* Bourienne, saliendo del salón.

Se quedaron callados, dirigiéndose alguna que otra mirada.

—Sí, princesa —dijo finalmente Nikolái, sonriendo con tristeza—, parece que fue ayer y, no obstante, cuánto ha llovido desde la primera vez que nos vimos en Boguchárovo. Creíamos ser desdichados, y lo que daría yo ahora por volver a aquel tiempo… Pero no hay manera de volver atrás.

Mientras decía esto, la princesa le miraba fijamente a los ojos con su mirada luminosa, como tratando de comprender el sentido oculto de sus palabras, que le explicarían lo que sentía por ella.

—Sí, sí —dijo la princesa—, pero no tiene usted nada que lamentar del pasado, conde. Tal como veo su vida actual, siempre la recordará con placer, porque el espíritu de sacrificio con el que ahora vive…

—No acepto sus elogios —la interrumpió rápidamente—, al contrario: no dejo de hacerme reproches; pero este es un tema triste y sin ningún interés.

Y su mirada volvió a adoptar la expresión seca y fría de antes. Pero la princesa ya había visto de nuevo al hombre que conocía y al que amaba, y ahora solo hablaba con este hombre.

—Pensé que me permitiría decirle esto —empezó—. Me hice tan amiga de usted… y de su familia que no creía que mi interés le parecería inoportuno.

Pero me equivoqué. —Le tembló la voz—. No sé por qué razón —continuó, recuperando la compostura— era usted antes distinto y…

—Hay mil *porqués* —replicó Rostov, con especial énfasis en la palabra —. Se lo agradezco, princesa —continuó en voz baja—. A veces se me hace duro.

«¡Así que es eso! ¡Es eso! —decía una voz interior en el alma de la princesa—. No, no solo me enamoré de su mirada alegre, bondadosa y abierta, ni de su belleza externa: intuí su alma noble, firme, abnegada —pensaba—. Ahora es pobre y yo rica… Sí, es solo eso… Si no fuera por eso…»

Y, al recordar su ternura del pasado y mirar su rostro triste y bondadoso, de pronto comprendió el motivo de su frialdad.

—¿Por qué, conde? ¿Por qué? —casi gritó sin querer, acercándose a él—. Dígame por qué. —Él guardaba silencio—. No conozco sus *porqués*, pero se me hace muy duro, me… Se lo confieso. Por alguna razón quiere privarme de nuestra antigua amistad. Y esto me causa dolor. —Tenía lágrimas en los ojos y en la voz—. Ha habido tan poca felicidad en mi vida que cualquier pérdida me resulta dolorosa… Perdóneme, ¡adiós!

Y, echándose de pronto a llorar, se dirigió hacia la puerta.

—¡Princesa! ¡Espere, por Dios! —gritó Rostov, tratando de detenerla.

Ella se volvió. Se miraron unos segundos a los ojos, en silencio, y lo que parecía remoto e imposible de pronto se convirtió en algo próximo, posible e inevitable.

VII

En otoño de 1814 Nikolái se casó con la princesa Maria y el matrimonio se estableció en Lysye Gory con la vieja condesa y con Sonia.

En el intervalo de tres años, sin tener que vender ninguno de los bienes de su mujer, Nikolái liquidó las deudas que le quedaban y, habiendo recibido una pequeña herencia de una prima suya que había muerto, pagó también a Pierre lo que le debía.

Al cabo de tres años más, hacia 1820, había arreglado de tal modo sus asuntos financieros que pudo comprar una pequeña finca cerca de Lysye Gory y, además, estaba negociando recuperar Otrádnoie, la finca de su padre, que era su sueño más preciado.

Aunque al principio se había encargado de administrar la hacienda por necesidad, esta tarea enseguida le apasionó hasta tal punto que acabó convirtiéndose en su ocupación preferida y casi exclusiva. Nikolái era un propietario sencillo, no le gustaban las innovaciones, especialmente las inglesas, que en aquel entonces se estaban poniendo de moda, se mofaba de los tratados teóricos de agricultura, no le gustaban las fábricas, las manufacturas costosas ni las simientes de cereales caros y, en general, no se ocupaba de ningún aspecto de la finca por separado. Lo único que veía era la *hacienda* en su conjunto, no por partes. Lo más importante no era el nitrógeno ni el oxígeno de la tierra y del aire, no era un arado o un estiércol particulares, sino el instrumento principal por medio del cual actúan el nitrógeno, el oxígeno, el estiércol y el arado, es decir, el campesino trabajador. Cuando Nikolái se encargó de la hacienda y empezó a profundizar en sus distintas facetas, el campesino atrajo especialmente su atención; no le parecía un mero instrumento, sino un objetivo, un juez. Al principio lo observaba para comprender sus necesidades, sus juicios sobre lo malo y lo bueno. Aunque fingiera estar al mando y dar las órdenes, no hacía más que aprender de los métodos del campesino, de su forma de hablar, de lo que consideraba bueno y malo. Y solo cuando entendió sus gustos, sus aspiraciones, solo cuando aprendió a hablar como él y a comprender el sentido oculto de sus palabras, solo cuando se sintió estrechamente unido a él, solo entonces empezó a dirigirlo con decisión, es decir, a cumplir con él los deberes que se le exigían. Y su forma de administrar la hacienda dio unos frutos formidables.

Guiado por una suerte de intuición, sin cometer errores, al tomar el mando de la finca nombró enseguida a un capataz, a un *stárosta* y a un delegado de entre los hombres a los que los propios campesinos habrían elegido si hubieran podido, y nunca cambió a ninguno de los tres. Antes de estudiar la composición química del estiércol, antes de profundizar en el *debe* y el *haber* (como le gustaba decir con tono de burla), se interesó por la cantidad de ganado que tenían los campesinos y la aumentó todo cuanto pudo. Mantenía juntas a las familias campesinas, por numerosas que fueran, y no permitía que las separaran. Perseguía por igual a perezosos, depravados y débiles, y procuraba apartarlos de la comunidad.

Durante la siembra y recogida del heno y del trigo vigilaba exactamente igual sus campos que los de sus campesinos. Pocos eran los propietarios cuyos campos se sembraran y recogieran tan pronto y tan bien, y que dieran tantos beneficios como los de Nikolái.

No le gustaba tratar con los criados de la casa, a los que llamaba *gorrones* y, como todo el mundo decía, los malacostumbraba siendo demasiado laxo con ellos; cuando había que dar alguna orden que incumbiera a uno de ellos, sobre todo si se trataba de un castigo, se mostraba indeciso y pedía consejo a toda la familia. Pero, cuando podía enviar al ejército a un criado en vez de a un campesino, lo hacía sin la menor vacilación. En cambio, si las órdenes incumbían a los campesinos no dudaba en absoluto: sabía que cualquiera de ellas sería aceptada por todos, con una o muy pocas excepciones.

No se permitía cargar de trabajo o castigar a un hombre por capricho, del mismo modo que tampoco se permitía aligerarle el trabajo o recompensarlo porque tal fuera su deseo personal. No habría sabido decir en qué consistía su vara de medir de lo que era necesario o no hacer; pero esta vara de medir que albergaba en su interior era sólida e inquebrantable.

A menudo, cuando hablaba de algún fracaso o desorden, decía enfadado: «Este pueblo ruso nuestro…», imaginándose que no soportaba a los campesinos.

Pero amaba con toda la fuerza del alma a «este pueblo ruso nuestro» así como su modo de vida, y justamente por ello había entendido y adoptado la única vía, el único método que daba un buen resultado en la administración de la hacienda.

La condesa Maria[8] sentía celos de este amor de su marido y lamentaba no poder compartirlo, pero no podía entender las alegrías y amarguras que le procuraba ese mundo particular que a ella le era ajeno. Era incapaz de comprender por qué Nikolái estaba tan animado y feliz cuando, habiéndose levantado al rayar el alba y tras pasar toda la mañana en el campo o en la era, volvía de la siembra, de la siega o de la cosecha a tomar el té con ella. No entendía por qué se entusiasmaba tanto al contarle que el rico y diligente campesino Matvéi Yermishin se había pasado toda la noche acarreando haces con su familia, y, mientras nadie había recogido nada aún, él ya tenía las pacas apiladas. No entendía por qué, al apartarse de la ventana y acercarse al balcón, tenía una sonrisa tan alegre bajo los bigotes y guiñaba así los ojos si una lluvia menuda, frecuente y tibia caía sobre los brotes secos de avena, ni por qué, al volver de la era, colorado, tostado por el sol, sudoroso y con el pelo perfumado de ajenjo y genciana, se frotaba las manos con alegría si el viento se llevaba unos nubarrones que amenazaban la siega o la cosecha, al tiempo que decía: «Bueno, un día más y nuestra cosecha y la de los campesinos estará bajo cubierto».

Aún menos podía entender por qué su marido, con su buen corazón y siempre dispuesto a anticiparse a sus deseos, llegaba casi a la desesperación cuando ella le transmitía la petición de alguna campesina o campesino que habían acudido a ella para que los eximiera del trabajo, por qué en tales casos su buen *Nicolas* se negaba en rotundo y le rogaba, enfadado, que no se entrometiera. Tenía la sensación de que su marido tenía un mundo especial que amaba con pasión, un mundo regido por unas leyes que ella no comprendía.

Cuando en ocasiones, tratando de entenderlo, le hablaba del mérito que tenía por hacer el bien a sus campesinos, él se enfadaba y le respondía:

—Ni mucho menos, nunca he pensado ni pienso en esas cosas. Yo no hago nada por ellos: todo esto del bien al prójimo no es más que poesía, cuentos de mujeres. Lo que yo quiero es que nuestros hijos no tengan que mendigar, debo consolidar nuestra fortuna mientras viva. Nada más. Y para eso son necesarios el orden, la severidad… Y ¡ya está! —decía, apretando su sanguíneo puño—. Y también la justicia, naturalmente —añadía—, porque, si el campesino está desnudo y hambriento y no tiene más que un penco, no trabajará ni para sí mismo ni para mí.

Y, con toda probabilidad, justamente porque Nikolái no se permitía pensar en que hacía algo por el prójimo ni por ser virtuoso, todo lo que hacía le salía bien: su fortuna crecía rápidamente, los campesinos de las aldeas vecinas acudían a él para pedirle que los comprara, y, mucho tiempo después de su muerte, el pueblo conservó un recuerdo piadoso de él. «Era un amo de verdad… Primero lo de los campesinos y después lo suyo. Aunque tampoco era indulgente. En una palabra: ¡un amo de verdad!»

VIII

Lo único que a veces atormentaba a Nikolái en relación con la administración de la hacienda era su irascibilidad, que se sumaba a su vieja costumbre de húsar de tener la mano demasiado suelta. Al principio no veía nada censurable en ello, pero al segundo año de casado su opinión sobre este tipo de violencia cambió repentinamente.

Un día de verano convocaron al *stárosta* de Boguchárovo —el sustituto de Dron, que había fallecido— al que acusaban de robar y de negligencias en el trabajo. Nikolái salió al porche y ya desde las primeras respuestas del *stárosta* se oyeron gritos y golpes en el zaguán. Cuando volvió a entrar en casa para

desayunar, Nikolái se acercó a su mujer, que estaba sentada delante de un bastidor de costura con la cabeza muy gacha; como de costumbre, se puso a contarle lo que había hecho por la mañana y, entre otras cosas, le explicó lo del *stárosta*. La condesa Maria, colorada, cada vez más pálida, con los labios apretados, seguía igual de cabizbaja y no respondió nada a las palabras de su marido.

—¡Será canalla y desvergonzado! —exclamó Nikolái, acalorándose con solo recordarlo—. Si me hubiera dicho que estaba borracho, que no lo vio… Pero ¿qué te pasa, *Marie*? —preguntó de pronto.

La condesa Maria alzó la cabeza y quiso decir algo, pero volvió a agacharla rápidamente y juntó los labios.

—¿Qué? ¿Qué te pasa, querida?…

La fea condesa siempre embellecía al llorar. Sus lágrimas no eran nunca de dolor o enfado, sino de tristeza y lástima. Y cuando lloraba sus ojos luminosos adquirían un irresistible encanto.

En cuanto Nikolái le cogió la mano, ya no pudo contenerse más y se echó a llorar.

—*Nicolas*, he visto… Él es culpable, pero tú… ¡por qué has hecho eso, *Nicolas*!…

Y se cubrió el rostro con las manos.

Nikolái se quedó callado y, enrojeciendo de pies a cabeza, se apartó de su lado y empezó a pasearse por el comedor en silencio. Había entendido el motivo de las lágrimas de su mujer, pero en su fuero interno le costaba estar de acuerdo con ella en que ese acto al que estaba acostumbrado desde la infancia y que consideraba de lo más normal tuviera algo de malo.

«¿Serán sensiblerías, cuentos de mujeres, o tendrá razón?», se preguntaba. Sin haber encontrado una respuesta, volvió a mirar ese rostro lleno de sufrimiento y amor, y de pronto comprendió que ella tenía razón y que hacía mucho tiempo que él era culpable ante sí mismo.

—*Marie* —dijo en voz baja, acercándose a su lado—, nunca más volverá a ocurrir, te doy mi palabra. Nunca más —repitió con la voz temblorosa, como un niño que pide perdón.

En los ojos de la condesa brotaron aún más lágrimas. Cogió la mano de su marido y se la besó.

—*Nicolas*, ¿cuándo te has roto el camafeo? —le preguntó para cambiar de tema, observando la sortija con la cabeza de Laocoonte que llevaba en un dedo.

—Ha sido hoy, cuando pasaba eso. ¡Ah, *Marie*, no me lo recuerdes! —exclamó Nikolái, enrojeciendo de nuevo—. Te doy mi palabra de honor que nunca volverá a ocurrir. Y ¡que esto me sirva de recuerdo para siempre! —dijo, señalando la sortija rota.

Desde entonces, si tenía una explicación con el *stárosta* o el capataz y la sangre le subía a la cara y los puños se le cerraban, Nikolái daba vueltas a la sortija y bajaba los ojos ante quien le hacía enfadar. No obstante, un par de veces al año perdía los estribos y entonces acudía a su mujer, le confesaba lo que había hecho y volvía a prometerle que sería la última vez.

—*Marie*, ¿verdad que me desprecias? —le decía—. Me lo merezco.

—Aléjate, aléjate cuanto antes si no te ves con fuerzas de dominarte —le decía la condesa Maria con tristeza, tratando de consolarlo.

Nikolái era respetado entre la nobleza de la provincia, pero no querido. Los intereses de los nobles le traían sin cuidado. Y por este motivo unos lo tenían por orgulloso y otros por tonto. Se pasaba todo el verano, desde la siembra de la primavera hasta la cosecha, dedicado a las labores del campo. En otoño, con la misma diligencia y seriedad que ponía en la agricultura, se entregaba a la caza y se marchaba uno o dos meses con su partida. En invierno visitaba sus otras haciendas y se dedicaba a leer. Leía principalmente libros de historia que cada año encargaba por cierta cantidad de dinero. Estaba formando, como decía, una biblioteca seria, y se había puesto por norma leer todos los libros que compraba. Leía en su gabinete con gesto grave, al principio para cumplir con el deber que se había impuesto, y después porque esta ocupación se acabó convirtiendo en un hábito que le proporcionaba un tipo de placer especial y la conciencia de dedicar el tiempo a algo importante. A excepción de los viajes por algún asunto que atender, pasaba la mayor parte del invierno en casa con su familia, interviniendo en los pequeños detalles de la relación entre su mujer y sus hijos. Cada vez se sentía más próximo a ella, en cuya alma, día tras día, descubría nuevos tesoros.

Desde que Nikolái había contraído matrimonio Sonia vivía con ellos en casa. Antes de casarse Nikolái ya le había contado a la princesa Maria lo que había habido entre ellos, elogiando a la muchacha y culpándose a sí mismo. Y le había pedido que fuera buena y cariñosa con su prima. La condesa Maria se daba perfecta cuenta de la culpa de su marido e incluso de la suya ante Sonia; pensaba que su fortuna había influido en la elección de Nikolái y que no podía reprocharle nada a la muchacha, y deseaba quererla. Pero no solo no la quería, sino que a menudo encontraba en su alma malos sentimientos por ella que no era capaz de vencer.

Un día habló con su amiga Natasha de Sonia y de lo injusta que era con ella.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Natasha—. Tú has leído mucho el Evangelio; pues hay en él un pasaje que habla exactamente de Sonia.

—¿Cómo? —preguntó la condesa Maria sorprendida.

—«Al que tiene, le será dado; mas al que no tiene, le será quitado.»[9] ¿Recuerdas? Ella es de las que no tiene. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez carezca de egoísmo, puede ser, pero todo le será quitado, todo le ha sido quitado. A veces me da una pena terrible; antes deseaba ardientemente que *Nicolas* se casara con ella, pero siempre tuve una especie de presentimiento de que nunca lo haría. Es una *flor estéril*, como las de las fresas, ¿sabes? A veces me da pena, y otras pienso que no lo siente del mismo modo que lo haríamos nosotras.

Y, aunque la condesa Maria quiso convencer a Natasha de que había que entender las palabras del Evangelio de otra manera, cuando veía a Sonia estaba de acuerdo con la interpretación de su amiga. Realmente parecía que Sonia no sufriera por su situación y que se hubiera resignado por completo a su destino de *flor estéril*. Parecía encariñarse no tanto de las personas como de la familia en su conjunto. Igual que una gata, se habituaba antes a la casa que a la gente. Cuidaba de la vieja condesa, acariciaba y mimaba a los niños, siempre estaba dispuesta a prestar los pequeños servicios de que era capaz. Pero los demás, sin darse cuenta, recibían todo esto con demasiado poco agradecimiento…

La hacienda de Lysye Gory fue reconstruida, pero no con el mismo esplendor que en vida del difunto príncipe.

Las construcciones que se habían empezado en tiempos difíciles eran más que sencillas. La enorme casa, que se alzaba sobre sus antiguos fundamentos de piedra, era de madera y solo estaba estucada por la parte interior. Dotada de una gran capacidad y con el suelo entarimado sin pintar, estaba amueblada con sofás y sillones duros de lo más sencillo, con mesas y sillas hechas de madera de abedul de la hacienda fabricadas por los carpinteros de la misma. La casa era muy espaciosa, tenía habitaciones para el servicio y pabellones para invitados. A veces los parientes de los Rostov y de los Bolkonski se reunían al completo en Lysye Gory, llegaban con sus dieciséis caballos y sus decenas de criados y pasaban allí varios meses. Además, cuatro veces al año acudían hasta cien invitados para celebrar el santo y el cumpleaños de los dueños de la casa y se quedaban allí uno o dos días. Durante el resto del año la vida transcurría con una regularidad inquebrantable, con sus ocupaciones

cotidianas, sus tés, desayunos, comidas y cenas elaborados con productos de la finca.

IX

Era 5 de diciembre de 1820, víspera de la festividad invernal de San Nicolás. Natasha, su marido y los niños llevaban hospedados en casa de Nikolái desde principios de otoño. Pierre había partido hacia San Petersburgo para atender unos asuntos particulares, como decía, y, aunque su intención había sido pasar tres semanas en la ciudad, ya llevaba siete. Esperaban su regreso de un momento a otro.

El 5 de diciembre, además de a la familia Bezújov, los Rostov tenían en casa al general retirado Vasili Fiódorovich Denísov, viejo amigo de Nikolái.

El 6 de diciembre, día de la celebración en que se reunirían los invitados, Rostov sabía que tendría que quitarse el *beshmet*[10], vestir levita, calzar botas estrechas de punta también estrecha, dirigirse a la nueva iglesia que había mandado construir y, después de recibir las felicitaciones, ofrecer algo de picar y hablar de las elecciones de la nobleza y de la cosecha; pero consideraba que tenía todo el derecho a pasar la víspera de aquel día como de costumbre. Hasta la hora de comer estuvo comprobando las cuentas del capataz de la hacienda de Riazán —propiedad del sobrino de su mujer—, escribió dos cartas de negocios y dio una vuelta por el granero, el establo y las caballerizas. Después de adoptar medidas contra la borrachera general que esperaba para el día siguiente con motivo de su onomástica, volvió a casa para comer y, sin haber tenido tiempo de hablar un momento a solas con su mujer, se sentó ante una larga mesa de veinte cubiertos en la que estaban reunidos todos los de la casa: su madre, una viejecita llamada Belova que vivía con ella, su mujer, sus tres hijos con la institutriz y el ayo, su sobrino con su preceptor, Sonia, Denísov, Natasha con sus tres hijos y la institutriz, y el anciano Mijaíl Iványch, arquitecto del difunto príncipe que vivía su retiro en Lysye Gory.

La condesa Maria estaba sentada en el otro extremo de la mesa. En cuanto Nikolái ocupó su lugar, por el gesto que había hecho al desdoblar la servilleta y cambiar de sitio rápidamente el vaso y la copa que tenía delante, dedujo que su marido no estaba de humor, como a veces le ocurría, sobre todo antes de tomar la sopa, cuando llegaba directamente de trabajar en el campo. La condesa Maria conocía muy bien este estado de Nikolái y cuando ella estaba

de buen humor esperaba tranquilamente a que se tomara la sopa y solo entonces empezaba a hablarle y le obligaba a reconocer que su malhumor era inmotivado. Pero aquel día, olvidándose por completo de todo esto, le dolió que estuviera enfadado con ella sin motivo y se sintió desgraciada. Le preguntó dónde había estado. Él le respondió. Le volvió a preguntar si todo iba bien en la hacienda. Él hizo una mueca desagradable al oír su tono forzado y le respondió algo a toda prisa.

«Ya veo que no me equivocaba —pensó la condesa Maria—. ¿Por qué está enfadado conmigo?» Había percibido hostilidad en su tono, así como el deseo de zanjar la conversación. Y, aunque sus palabras le parecieron forzadas, no pudo contenerse de seguir preguntando.

Gracias a Denísov la conversación enseguida se hizo general y animada, y la condesa Maria no volvió a hablar con su marido.

Cuando todos se levantaron de la mesa y se acercaron a la vieja condesa para expresarle su gratitud, la condesa Maria besó a su marido y, tendiéndole una mano, le preguntó por qué estaba enfadado con ella.

—Siempre con tus ideas raras: ¡ni se me había pasado por la cabeza enfadarme! —dijo él.

Pero la palabra «siempre» le daba otra respuesta: «Sí, estoy enfadado, pero no quiero decirte por qué».

Nikolái vivía en tal armonía con su mujer que ni siquiera Sonia ni la vieja condesa —que, por celos, deseaban que surgieran desacuerdos entre ambos— podían encontrar ningún motivo de reproche. Pero el matrimonio tenía sus momentos de hostilidad. En ocasiones, justo después de los períodos más felices, de pronto los embargaba un sentimiento de extrañeza y animosidad; la mayoría de las veces ocurría durante los embarazos de ella, y este era justamente el caso.

—Bueno, *messieurs et mesdames* —dijo Nikolái alzando mucho la voz y como con alegría (a la condesa Maria le pareció que lo hacía adrede para ofenderla)—: llevo en pie desde las seis. Mañana voy a tener que sufrir, así que me voy a descansar.

Y, sin decir una palabra a su mujer, se marchó a una salita y se echó en un diván.

«Siempre igual —pensó la condesa Maria—, habla con todos menos conmigo. Ya veo que le repugno. Sobre todo en mi estado.» Se miró la abultada barriga y, frente al espejo, se observó el rostro demacrado, de una palidez amarillenta, y los ojos, más grandes que nunca.

Todo se le hizo desagradable: los gritos y las carcajadas de Denísov, la conversación de Natasha y, sobre todo, la rápida mirada que le había echado Sonia.

Sonia era siempre la primera excusa que escogía para justificar su irritación.

Después de pasar un rato con los invitados sin entender nada de lo que decían, salió en silencio y fue a la habitación de los niños.

Estos jugaban subidos en unas sillas a que viajaban a Moscú y la invitaron a que fuera con ellos. La condesa Maria se sentó a jugar, pero el recuerdo de su marido y de su enojo inmotivado no dejaba de atormentarla. Se levantó y, con dificultad, se dirigió de puntillas hacia la salita.

«Tal vez no duerma y podamos hablarlo», se dijo. Su hijo mayor Andriusha la siguió también de puntillas, imitándola. Pero ella no se dio cuenta.

—*Chère Marie, il dort, je crois; il est si fatigué*[11] —le dijo en el salón Sonia, a quien se encontraba en todas partes, o eso le parecía—. Andriusha podría despertarlo.

La condesa Maria se volvió y, al ver que su hijo estaba detrás de ella y que Sonia tenía razón, se alteró de tal modo que a duras penas pudo reprimir alguna palabra cruel. Pero no le dijo nada y, para no tener que obedecerla, le hizo un gesto a su hijo de que la siguiera sin hacer ruido y se acercó a la puerta. Sonia desapareció por otra. En la salita donde Nikolái dormía se oía su respiración regular, que ella conocía hasta el menor de sus matices. Al oírla se imaginaba su frente lisa y hermosa, su bigote, su rostro, que tan a menudo se quedaba contemplando en el silencio de la noche cuando él dormía. Nikolái se movió súbitamente y se aclaró la garganta. Y justo en ese momento Andriusha gritó al otro lado de la puerta:

—¡Papá, mamá está aquí!

La condesa Maria palideció del susto y le hizo señas a su hijo. El niño se quedó callado y durante unos instantes hubo un silencio que para ella fue terrible. Sabía lo poco que a Nikolái le gustaba que lo despertaran. De pronto, al otro lado de la puerta, se oyó un nuevo carraspeo, un movimiento y su voz disgustada:

—¡Ni un momento de tranquilidad me dejan! *Marie*, ¿eres tú? ¿Para qué lo has traído aquí?

—Solo he venido a comprobar… No había visto… Perdona…

Nikolái tosió y se quedó callado. La condesa Maria se apartó de la puerta y se llevó a su hijo a la habitación de los niños. Al cabo de cinco minutos la

pequeña Natasha, que tenía tres años, los ojos negros y era la favorita de su padre, al enterarse por su hermano de que papá dormía y mamá estaba en el salón, corrió hacia la salita sin que ella se diera cuenta. La niña de ojos negros empujó con decisión la puerta haciéndola chirriar, se acercó al diván con enérgicos pasitos, apoyada en sus patosas piernecitas y, tras examinar la postura de su padre, que dormía de espaldas a ella, se puso de puntillas y le dio un beso en la mano en que tenía apoyada la cabeza. Nikolái se volvió con una sonrisa llena de ternura.

—¡Natasha! ¡Natasha! —El susurro asustado de la condesa Maria se oyó desde la puerta—. Papá quiere dormir.

—No, mamá, no quiere dormir —respondió con convicción la pequeña Natasha—: se está riendo.

Nikolái bajó las piernas del diván, se levantó y cogió a la niña en brazos.

—Pasa, Masha —le dijo a su mujer.

La condesa Maria entró y se sentó a su lado.

—Antes no me he dado cuenta de que el pequeño venía corriendo detrás de mí —dijo temerosa—. Solo quería comprobar una cosa.

Nikolái, con la niña sobre un brazo, miró a su mujer y, al percibir su expresión culpable, la rodeó con el otro brazo y le dio un beso en el pelo.

—¿Puedo besar a mamá? —le preguntó a Natasha, que sonrió con timidez.

—¡Otra vez! —exclamó la niña con gesto imperativo, señalando el lugar donde Nikolái había besado a su mujer.

—No sé por qué crees que estoy de mal humor —dijo Nikolái, respondiendo a lo que sabía que a su mujer le rondaba por la cabeza.

—No te puedes imaginar lo desgraciada y sola que me siento cuando estás así. Siempre me parece que…

—*Marie*, ya está bien, qué tonterías. Cómo no te da vergüenza —dijo alegremente Nikolái.

—Me parece que no puedes amarme, que soy muy fea… lo soy siempre… y ahora… en mi estad…

—¡Ah, qué cosas tienes! «La belleza no te hace ser querido, ser querido te hace ser bello.» Solo a Malvina[12] y a otras así se las ama por su belleza. ¿Acaso amo yo a mi mujer? No es amor, es otra cosa, no sé cómo explicártelo. Cuando tú no estás o cuando hay marejada entre nosotros me siento perdido, soy incapaz de hacer nada. ¿Acaso amo mi dedo? No lo amo, pero intenta cortármelo…

—Yo no lo veo así, pero te entiendo. Entonces ¿no estás enfadado conmigo?

—Estoy terriblemente enfadado —respondió Nikolái con una sonrisa, y, después de levantarse y arreglarse el pelo, empezó a pasearse por la salita—. ¿Sabes qué se me ha ocurrido, *Marie*? —continuó, pensando en voz alta ahora que habían hecho las paces.

No se preguntaba si su mujer estaba dispuesta a escucharle o no. Le daba lo mismo. Si se le ocurría una idea tenía que compartirla con ella. Y le contó su idea de convencer a Pierre para que se quedara hasta la primavera.

La condesa Maria le escuchó, hizo alguna observación y, a su vez, se puso a pensar también en voz alta. Sus pensamientos tenían que ver con sus hijos.

—Ya se vislumbra a la mujer que hay en ella —dijo en francés, señalando a la pequeña Natasha—. A las mujeres nos reprocháis falta de lógica. Pues ahí tienes nuestra lógica. Le digo: «Papá quiere dormir»; y ella responde: «No, se está riendo». Y tiene razón —concluyó, con una sonrisa de felicidad.

—¡Sí, sí!

Y Nikolái, cogiendo a la niña con su mano robusta, la levantó muy alto, la sentó sobre sus hombros y, sujetándola por las piernecillas, se puso a dar vueltas con ella por la salita. Padre e hija tenían la misma expresión de absurda felicidad.

—¿Sabes? Tal vez seas injusto: quieres demasiado a esta niña —susurró la condesa Maria en francés.

—Ya, pero ¿qué quieres que haga?… Procuro disimularlo…

En ese instante tanto en el zaguán como en el recibidor se oyó el ruido de una polea, y unos pasos que parecían anunciar una llegada.

—Ha llegado alguien.

—Estoy segura de que es Pierre. Voy a averiguarlo —dijo la condesa Maria, saliendo de la salita.

En su ausencia Nikolái se permitió dar vueltas a galope con la niña a los hombros. Cuando se quedó sin aliento la bajó rápidamente, sin que ella dejara de reír, y la estrechó contra su pecho. Los saltos que acababa de dar le recordaban una danza y, al mirar la carita redondeada e infantil de la niña, pensó en cómo sería cuando él, ya viejecito, la presentara en sociedad y bailara con ella la mazurca, igual que su difunto padre había bailado *Daniel Cooper* con Natasha.

—¡Es él! ¡Es él, *Nicolas*! —exclamó la condesa Maria al volver a la salita al cabo de unos minutos—. Cómo ha revivido nuestra Natasha. ¡Había que ver su entusiasmo y cómo ha reñido a Pierre por haberse retrasado tanto!

Bueno, ¡vamos, deprisa, vamos! Separaos de una vez —dijo, mirando con una sonrisa a su hija, que se agarraba al padre.

Nikolái salió con la niña de la mano. La condesa Maria se quedó sola en la salita.

—Nunca, nunca habría creído que se pudiera ser tan feliz —susurró, hablando consigo misma.

Su rostro resplandeció con una sonrisa; pero, al mismo tiempo, suspiró y su mirada profunda se tiñó de una dulce tristeza. Como si, además de la felicidad que ahora conocía, existiera otra felicidad inalcanzable en esta vida, que, sin querer, había recordado en ese momento.

X

Natasha se había casado a principios de la primavera de 1813 y en 1820 ya tenía tres hijas y un hijo muy deseado al que amamantaba ella misma. Había engordado y estaba más ancha de caderas, por lo que resultaba difícil reconocer en esta robusta madre a la Natasha ágil y delgada del pasado. Sus facciones eran más definidas y tenían una expresión suave, clara y serena. No había en su rostro, como antaño, el fuego animado que ardía sin cesar y que constituía su principal encanto. Ahora generalmente solo se veían su cara y su cuerpo, pero no su alma. Únicamente se veía a una hembra fuerte, hermosa y fértil. Eran muy raras las ocasiones en que se encendía en su interior el fuego de otros tiempos: solo cuando volvía su marido, como era el caso, cuando algún hijo superaba una enfermedad o cuando recordaba con la condesa Maria al príncipe Andréi (del que nunca hablaba con Pierre porque pensaba que su recuerdo lo ponía celoso), y, muy pocas veces, cuando algo fortuito la incitaba a cantar, afición que había abandonado al casarse. No obstante, en los raros momentos en que el antiguo fuego prendía en su hermoso cuerpo desarrollado, estaba más atractiva que en el pasado.

Desde la boda vivía con su marido en Moscú, en San Petersburgo, en la hacienda que tenían en los alrededores de Moscú y con su madre, es decir, en casa de Nikolái. A la joven condesa Bezújova se la veía poco en sociedad, y los que la veían se llevaban una decepción: no era dulce ni amable. No es que le gustara la soledad (en realidad no sabía si le gustaba o no, aunque le parecía que no), pero con los embarazos, los partos, la crianza de sus hijos y el compromiso en cada momento con la vida de su marido, solo podía atender sus obligaciones renunciando a la sociedad mundana. Todos los que la habían

conocido de soltera se asombraban del cambio producido en ella, como si se tratara de algo insólito. Solo la vieja condesa, que con su instinto maternal había comprendido que todos los arrebatos de Natasha se debían únicamente a su necesidad de formar una familia, de tener un marido (como había expresado a voces en Otrádnoie más en serio que en broma), solo ella se sorprendía del asombro de la gente y repetía que siempre había sabido que su hija sería una esposa y madre ejemplar.

—Pero lleva el amor por su marido y sus hijos a un extremo que llega a resultar absurdo —decía.

Natasha no seguía la regla de oro que predican las personas inteligentes, sobre todo francesas, según la cual cuando una muchacha se casa no tiene que descuidarse ni abandonar sus talentos, sino cuidar aún más su físico y cautivar a su marido del mismo modo que cuando estaba soltera. Ella, por el contrario, dejó de golpe de cultivar todos sus encantos, entre ellos la voz, que era el más potente. Y justamente lo dejó por este motivo. No se preocupaba de sus modales, ni de la elegancia de sus palabras, ni de adoptar ante su marido poses que la favorecieran, ni de arreglarse, ni de no molestarlo con exigencias. Hacía todo lo contrario a lo que dicen tales reglas. Le daba la sensación de que los encantos que su instinto le había enseñado a aprovechar en el pasado ahora resultarían ridículos a ojos de su marido, al cual se había entregado íntegramente desde el primer instante, es decir, con toda el alma, sin dejar ni un rincón cerrado para él. Se daba cuenta de que el vínculo con Pierre no se sustentaba en los sentimientos poéticos que lo habían atraído hacia ella, sino en algo distinto, algo indefinido pero sólido, como el vínculo entre su propia alma y su cuerpo.

Hacerse bucles, ponerse vestidos con miriñaque y cantar romanzas para atraer a su marido le habría parecido tan extraño como maquillarse para sentirse satisfecha consigo misma. Y maquillarse para gustar a los demás quizá le habría resultado agradable —no lo sabía—, pero no tenía tiempo. La razón principal por la que no se preocupaba de cantar, de arreglarse ni de escoger las palabras que iba a decir era la falta absoluta de tiempo.

Es sabido que el ser humano tiene la capacidad de concentrar toda su atención en un objeto, por muy insignificante que este parezca. Y también es sabido que no hay ni un solo objeto, por insignificante que sea, que no crezca ilimitadamente si concentramos toda la atención en él.

El objeto en que Natasha había concentrado toda su atención era la familia, es decir, su marido, al que debía conducir de tal modo que le

perteneciera solo a ella y a la casa, y sus hijos, a los que había que llevar en el vientre, dar a luz, criar y educar.

Y cuanto más se entregaba —no con la razón, sino con el alma entera, con todo su ser—, más crecía ese objeto bajo sus cuidados y más débiles e insignificantes le parecían sus propias fuerzas, por lo que las concentraba enteramente en él y, aun así, no llegaba a hacer todo lo que le parecía necesario.

Las polémicas y argumentaciones sobre los derechos de la mujer, sobre su libertad y las relaciones entre cónyuges aún no se llamaban *cuestiones*, como hoy en día, pero eran exactamente las mismas. Sin embargo, estos asuntos no solo no interesaban a Natasha, sino que, decididamente, no los entendía.

Estas cuestiones, como sucede ahora, existían únicamente para quienes solo veían en el matrimonio el placer que se dan mutuamente los cónyuges —es decir, los inicios del matrimonio—, y no su sentido completo, que reside en la familia.

Estos razonamientos y cuestiones de hoy en día se parecen a la cuestión de cómo obtener el mayor placer de la comida: no existían antes ni existen ahora para quienes consideran que la finalidad de la comida es alimentarse; y, la del matrimonio, la familia.

Si el objetivo de la comida es nutrir el cuerpo, quien coma el doble tal vez obtenga mayor placer, pero no alcanzará su finalidad, porque el estómago no puede digerir tantos alimentos.

Si el objetivo del matrimonio es la familia, quien desee tener muchas mujeres y maridos tal vez obtenga mucho placer, pero en ningún caso tendrá una familia.

Toda la cuestión de si el objetivo de la comida es alimentarse y el del matrimonio la familia se resuelve simplemente no comiendo más de lo que el estómago puede digerir y no teniendo más mujeres o maridos de los que se requieren para formar una familia, es decir, no más de una o de uno. Natasha necesitaba un marido. Lo encontró. Y este marido le dio una familia. Y no solo no veía la necesidad de un marido mejor, sino que, como dedicaba toda su fuerza espiritual a servirle a él y a sus hijos, ni podía ni le interesaba imaginarse qué habría ocurrido si él hubiera sido un hombre distinto.

A Natasha no le gustaba la sociedad en general, pero valoraba mucho la compañía de sus parientes: la condesa Maria, su hermano, su madre y Sonia. Valoraba estar con personas delante de las que pudiera salir, dando grandes zancadas, despeinada y en bata, de la habitación de los niños con cara de felicidad para enseñarles unos pañales manchados de amarillo y no de verde,

y escuchar las palabras consoladoras que le decían que seguro que el niño ya estaba mucho mejor.

Se había descuidado hasta el punto de que sus vestidos, sus peinados, sus palabras pronunciadas fuera de lugar y sus celos —tenía celos de Sonia, de la institutriz y de cualquier mujer, fuera guapa o no— eran objeto habitual de broma entre sus familiares. Existía la opinión general de que Pierre estaba bajo el yugo de su mujer y, en efecto, así era. Ya desde los primeros días de su matrimonio Natasha le había expuesto sus exigencias. Pierre se había quedado muy sorprendido del criterio de su mujer, totalmente nuevo para él, según el cual cada instante de su vida le pertenecía a ella y a la familia. Pero, a pesar del asombro que le produjeron semejantes exigencias, se sintió halagado por ellas y se sometió.

La sumisión de Pierre consistía en apenas atreverse no solo a cortejar a otra mujer, sino a hablarle siquiera con una sonrisa; no se atrevía a ir al club ni a banquetes *porque sí*, para pasar el rato; no se atrevía a gastar dinero en caprichos, a marcharse largas temporadas, excepto si era para atender algún asunto, entre los cuales su mujer incluía sus estudios científicos, de los que no entendía nada, pero a los que atribuía gran importancia. A cambio, Pierre tenía todo el derecho de disponer en su casa no solo de sí mismo, si no de toda la familia como quisiera. En casa Natasha adoptaba el papel de esclava de su marido y todo el mundo iba de puntillas cuando Pierre trabajaba, es decir, cuando leía o escribía en su gabinete. Le bastaba con expresar alguna preferencia para que su capricho fuera invariablemente cumplido. Le bastaba con expresar un deseo para que Natasha se levantara de un salto y fuera corriendo a cumplirlo.

La casa entera se regía por las órdenes imaginarias del marido, es decir, por los deseos de Pierre, que Natasha se esforzaba en adivinar. El modo de vida, el lugar de residencia, las amistades, las relaciones, las ocupaciones de Natasha, la educación de los niños… todo esto no solo se hacía según la voluntad expresada por Pierre, sino según las ideas que ella concluía a partir de sus conversaciones y que suponía que eran sus deseos. Y, de hecho, adivinaba la esencia de lo que deseaba su marido y, una vez acertaba, se aferraba a su decisión. Cuando Pierre quería traicionar algún deseo propio, ella luchaba contra él con su misma arma.

Así, en la difícil época que Pierre recordaría siempre en que Natasha dio a luz a su primer hijo, un niño tan débil que hubo que cambiar tres veces de nodriza —lo que enfermó a Natasha de desesperación—, un día él le habló de las ideas de Rousseau, con las que estaba totalmente de acuerdo, sobre lo

antinatural y pernicioso que eran las nodrizas en la crianza. Al nacer el segundo hijo, a pesar de que la vieja condesa, los médicos y el propio Pierre se oponían a que Natasha diera el pecho, algo inaudito en aquel entonces y considerado perjudicial, ella no cejó en su empeño y desde entonces amamantó a todos sus hijos.

Muy a menudo, en momentos de crispación, marido y mujer discutían pero, mucho después de la discusión, Pierre, para su sorpresa y alegría, descubría en las palabras y acciones de Natasha la misma idea que ella antes había rechazado. Y no solo la descubría, sino que la veía depurada de todo lo superfluo que había conducido a la discusión y al arrebato.

Al cabo de siete años de matrimonio Pierre tenía la firme y feliz conciencia de no ser mala persona, y así lo creía porque se veía reflejado en su mujer. Tenía la sensación de que dentro de sí mismo lo bueno y lo malo se confundían, de que lo uno oscurecía lo otro. Sin embargo, en su mujer solo se reflejaba lo que era auténticamente bueno: lo que no lo era quedaba descartado. Y este reflejo no se producía por el camino del pensamiento lógico, sino por un camino distinto, directo y misterioso.

XI

Dos meses antes, cuando Pierre ya se hospedaba en casa de los Rostov, había recibido una carta del príncipe Fiódor en la que lo llamaba a San Petersburgo para discutir ciertas cuestiones importantes que concernían a los miembros de una sociedad de la que Bezújov era uno de los principales fundadores.

Cuando Natasha leyó la carta —leía toda la correspondencia de su marido—, a pesar de lo difícil que le resultaba su ausencia, le propuso que viajara a San Petersburgo. Otorgaba una gran importancia a todas sus actividades intelectuales y abstractas, que no entendía en absoluto, y siempre temía ser un obstáculo. A la tímida e interrogativa mirada de Pierre después de leer la carta, Natasha le rogó que fuera, pero con la condición de que fijara el día exacto de su regreso. Y así fue como Pierre obtuvo un permiso de cuatro semanas.

Desde que se había cumplido el plazo del permiso, hacía ya dos semanas, Natasha se encontraba en un estado permanente de miedo, tristeza e irritación.

Denísov, ahora general retirado, muy descontento con la marcha de las cosas, que había llegado a Lysye Gory dos semanas antes, miraba a Natasha con asombro y pesar, como quien mira el retrato de alguien a quien ha amado

en el pasado pero no encuentra ningún parecido. Los ojos abatidos y tediosos, las respuestas a destiempo y las conversaciones sobre niños era lo único que veía y oía de la antigua hechicera.

En todo ese tiempo Natasha estuvo triste e irritable, sobre todo cuando, para consolarla, su madre, su hermano, Sonia o la condesa Maria intentaban disculpar a Pierre y pensaban en alguna razón que justificara su retraso.

—Todo eso no son más que tonterías, disparates; todas esas reflexiones y estúpidas sociedades suyas no llevan a nada —decía Natasha refiriéndose a las mismas actividades de cuya importancia tan convencida estaba.

Y se iba a la habitación de los niños a dar el pecho a Petia, su único hijo varón.

Nadie podía decirle nada tan consolador y razonable como aquella pequeña criatura de tres meses cuando se le apoyaba en el pecho y ella sentía el movimiento de su boca y la respiración de su naricita. Esta criatura le decía: «Te enfadas, estás celosa, querrías vengarte, tienes miedo, pero aquí estoy yo. Aquí estoy yo…». Y no había nada que objetar. Era más que una verdad.

A lo largo de estas dos semanas de inquietud Natasha recurrió tan a menudo a su hijo para que la tranquilizara que le dio demasiado el pecho y el pequeño enfermó. Y, aunque se quedó espantada, aquello era justo lo que necesitaba; cuidar de él le hacía más llevadera la angustia de la espera.

Estaba amantando al niño cuando el carruaje de Pierre se detuvo ruidosamente frente a la entrada de la casa, y la niñera, que sabía cómo alegrar a su señora, entró con pasos silenciosos pero rápidos y el rostro radiante.

—¿Ha llegado? —susurró rápidamente Natasha, temiendo moverse y despertar al niño, que se había quedado dormido.

—Ha llegado, señora —susurró la niñera.

La sangre afluyó al rostro de Natasha y sus pies hicieron un movimiento involuntario; pero no podía levantarse de un salto y salir corriendo. El niño abrió los ojitos y la miró. «Estás aquí», parecía decirle, y chasqueó perezosamente los labios.

Después de apartarlo lentamente del pecho, Natasha lo meció, lo dejó en brazos de la niñera y se dirigió hacia la puerta con paso rápido. Pero al llegar se detuvo, como si tuviera remordimientos por haber dejado al niño demasiado rápido, fruto de la alegría, y se volvió para mirarlo. La niñera, elevando los codos para no tocar la barandilla de la cuna, acostaba al pequeño.

—¡Vaya, vaya de una vez, señora! Váyase tranquila —susurró, sonriendo con esa familiaridad que se establece entre niñera y señora.

Y Natasha corrió al recibidor con paso ligero.

Denísov, que salía del gabinete y entraba en la sala con una pipa en los labios, reconoció por primera vez a la Natasha de antaño, cuyo rostro transformado irradiaba raudales de luz clara, brillante y alegre.

—¡Ha llegado! —le dijo al vuelo, y Denísov se entusiasmó por la llegada de Pierre, aunque lo apreciaba muy poco.

Al entrar en el recibidor, Natasha vio una figura alta envuelta en un abrigo de pieles que se iba quitando la bufanda.

«¡Es él! ¡Es él! ¡Es verdad! ¡Ahí está! —se dijo, y, abalanzándose sobre él, lo abrazó, lo estrechó contra su cabeza y su pecho y, después, apartándose un poco, miró su rostro feliz, enrojecido y cubierto de escarcha—. Sí, es él, está feliz y contento…»

Pero de pronto recordó los tormentos que había pasado esas dos últimas semanas de espera; la alegría radiante de su rostro desapareció, las cejas se arquearon y sobre Pierre cayó un torrente de reproches y de palabras furiosas.

—Sí, ya veo que te lo has pasado bien, que estás muy contento, que te has divertido… Y ¿yo qué? Podrías haberte apiadado de tus hijos al menos. Estoy amamantando y se me ha estropeado la leche… Petia ha estado al borde de la muerte. Pero tú te lo has pasado muy bien. Sí, cómo te lo has pasado…

Pierre sabía que no tenía la culpa, porque le había sido imposible llegar antes; sabía que este arrebato estaba fuera de lugar y que pasaría en dos minutos; pero lo más importante es que sabía que estaba feliz y contento. Habría querido sonreír, pero ni se le pasaba por la cabeza. Con una expresión lastimera y asustada, agachó la cabeza.

—¡De verdad que no he podido! Pero ¿cómo está Petia?

—Ahora ya está bien; vamos adentro. ¡Cómo no te da vergüenza! Si hubieras visto cómo he estado sin ti, lo que he llegado a sufrir…

—¿Estás bien?

—Vamos, vamos —dijo ella, sin soltarle la mano.

Y fueron hacia sus habitaciones.

Cuando Nikolái y su mujer salieron a buscar a Pierre lo encontraron en la habitación de los niños; sostenía al niño, que se había despertado, en la palma de su inmensa mano derecha y jugueteaba con él. En su ancha cara, que con la boca abierta dejaba ver su falta de dientes, se dibujaba una alegre sonrisa. Ya hacía rato que la tormenta había pasado, y un sol alegre y luminoso

resplandecía en el rostro de Natasha, que miraba enternecida a su marido y a su hijo.

—Y ¿pudiste hablar largo y tendido con el príncipe Fiódor? —decía Natasha.

—Sí, fue muy bien.

—Mira qué bien la aguanta. —Natasha señaló la cabeza del niño—. ¡Ah, qué susto me dio! Y ¿viste a la princesa? ¿Es verdad que está enamorada de ese…?

—Sí, ¿te puedes creer que…?

En ese momento entró Nikolái con la condesa Maria. Pierre, sin dejar al niño, se inclinó para darles un beso y respondió a las preguntas que le hicieron. Pero, a pesar de todas las cosas interesantes de las que podían hablar, era evidente que el pequeño, con su gorrito en la cabeza tambaleante, atraía toda su atención.

—¡Qué ricura! —exclamó la condesa Maria, mirándolo y jugando con él —. No entiendo, *Nicolas* —se dirigió a su marido—, cómo es posible que no les veas el encanto a estas preciosas criaturas.

—No, no se lo veo, soy incapaz —dijo Nikolái mirando al niño con frialdad—. Es un trozo de carne. Vamos, Pierre.

—En realidad es un padre muy cariñoso —dijo la condesa Maria para justificar a su marido—. Pero solo a partir de que cumplen un año o así…

—Pues Pierre los cuida de maravilla —observó Natasha—; dice que su mano está hecha a la medida para que quepa el culito de un bebé. ¡Fijaos!

—¡Bueno, pero no para este! —rió súbitamente Pierre, sujetando bien al niño y pasándoselo a la niñera.

XII

Como en cualquier familia de verdad, en la casa de Lysye Gory convivían varios mundos completamente distintos entre sí que, sin perder su singularidad pero con concesiones de una parte a otra, se fundían en un conjunto armónico. Cualquier acontecimiento de la casa era igual de importante, alegre o triste para todos; pero cada uno de estos mundos tenía sus propios motivos de alegría o tristeza, completamente particulares e independientes.

La llegada de Pierre fue un acontecimiento alegre e importante y así se reflejó en todos.

Los criados, que son los mejores jueces de sus amos porque los juzgan no por sus conversaciones o la expresión de los sentimientos, sino por sus actos y modo de vida, se alegraban de la llegada de Pierre porque sabían que, si él estaba, el conde dejaría de recorrer la hacienda todos los días, se mostraría más alegre y benévolo, y, además, todos recibirían costosos regalos con motivo de la fiesta.

Los niños y las institutrices se alegraban de la llegada de Bezújov porque nadie como él los hacía participar en la vida común. Solo él sabía tocar al clavicordio una escocesa (la única pieza que sabía) con la que se podían bailar todas las danzas posibles —como él decía—; además, probablemente habría traído regalos para todos.

Nikólenka, que ya era un muchachito de quince años inteligente, de aspecto enfermizo y delgado que tenía el pelo rizado y de color castaño claro y unos ojos preciosos, se alegraba porque el tío Pierre, como lo llamaba, era para él objeto de una admiración y amor apasionados. Nadie le había inculcado ese afecto especial por Pierre, al que veía muy de tarde en tarde. La condesa Maria, encargada de su educación, había hecho todos los esfuerzos posibles para que Nikólenka quisiera a su marido tanto como ella. Y de hecho lo quería, pero había en ese afecto un matiz de desprecio apenas perceptible. En cambio a Pierre lo adoraba. No quería ser húsar ni caballero de San Jorge, como el tío Nikolái, sino un hombre instruido, inteligente y bondadoso como Pierre. En su presencia el rostro del muchacho adquiría un brillo alegre, se ponía colorado y perdía el aliento cuando Bezújov le hablaba. No dejaba escapar ni una de sus palabras, y después, a solas o con Dessales, las recordaba y reflexionaba sobre su sentido. La vida pasada de Pierre, sus desdichas hasta 1812 (de las que tenía una idea vaga y poética que se había formado por las historias que había oído), sus aventuras en Moscú, el cautiverio, Platón Karatáiev (sobre el que le había hablado el propio Pierre), su amor por Natasha (por la que él también sentía un afecto especial) y, sobre todo, el hecho de que hubiera sido amigo de su padre, al que no recordaba, todo esto lo convertía ante sus ojos en un héroe y en objeto de devoción.

Por las frases a medias sobre su padre y Natasha, por la emoción con que Pierre hablaba del difunto, por la prudente y piadosa ternura con que Natasha también hablaba de él, el muchacho, que justo empezaba a adivinar lo que era el amor, se había formado la idea de que su padre había amado a Natasha y, al morir, se la había legado a su amigo. No lo recordaba, pero se le antojaba como un dios imposible de imaginar, y no pensaba en él más que con el

corazón en un puño y con lágrimas de tristeza y entusiasmo. Por todo esto, a Nikólenka le hacía feliz la llegada de Pierre.

Los invitados se alegraban de su presencia por ser un hombre que siempre animaba y unía cualquier reunión.

Los adultos de la familia, sin contar con su mujer, se alegraban porque con él la vida era más sencilla y tranquila.

Las señoras viejas se alegraban por los regalos que traería y, sobre todo, porque Natasha volvería a revivir.

Pierre era consciente de las diversas expectativas que estos mundos diversos tenían de él y se apresuraba a dar a cada uno lo que esperaba.

Aunque era un hombre de lo más despistado y olvidadizo, lo había comprado todo siguiendo una lista de su mujer, sin olvidar los encargos de la vieja condesa y de Nikolái, la tela para el vestido de la señora Belova, ni los juguetes para los sobrinos. En los primeros tiempos de su matrimonio, la exigencia de Natasha de cumplir y no olvidar ninguno de sus encargos le parecía extraña; al volver de su primer viaje se había quedado perplejo al ver el enorme disgusto de su mujer cuando vio que se había olvidado de las compras. Pero, con el tiempo, Pierre se fue acostumbrando. Sabiendo que Natasha no le encargaba nada para sí misma y solo le hacía encargos para los demás si él se ofrecía, encontraba un placer infantil, inesperado para sí mismo, al comprar regalos para toda la casa, y nunca se olvidaba de nada. Si su mujer le hacía algún reproche era, en todo caso, por haber comprado demasiadas cosas y demasiado caras. Y es que Natasha había sumado a su desaliño y dejadez —en la opinión de la mayoría eran defectos y, en la de Pierre, cualidades— la avaricia.

Desde que Pierre había empezado a vivir como cabeza de una gran familia, algo que comportaba muchos gastos, se dio cuenta, para su sorpresa, de que gastaba dos veces menos que antes, y de que su maltrecha situación económica de los últimos tiempos (sobre todo por las deudas de su primera mujer) empezaba a arreglarse.

Ahora su vida era más barata porque estaba delimitada: ya no llevaba ni quería llevar su antigua vida de lujo, tan costosa porque uno puede cambiarla en cualquier momento. Tenía la sensación de que su modo de vida estaba definido para siempre, hasta el día de su muerte, que no tenía el poder de cambiarla, y este era el motivo de que resultara barata.

Con el semblante alegre y sonriente, ponía sus compras en orden.

—¡Fíjate! —dijo, desplegando un corte de tela como lo haría un dependiente.

Natasha, sentada delante de él con la hija mayor en las rodillas, dirigió rápidamente su mirada luminosa hasta lo que le enseñaba.

—¿Es para Belova? Magnífico. —Palpó la tela—. Te habrá costado a rublo, ¿no?

Pierre le dijo el precio.

—Es caro —sentenció Natasha—. Bueno, qué contentos se pondrán los niños y *maman*. Pero no tendrías que haberme comprado esto —añadió, sin poder reprimir una sonrisa al admirar una de esas peinetas de oro con perlas incrustadas que justo empezaban a ponerse de moda en aquel entonces.

—Fue Adèle quien me enredó: «¡Cómprala, cómprala!» —dijo Pierre.

—Pero ¿cuándo me la voy a poner? —preguntó Natasha, colocándosela en la trenza—. Será para cuando presentemos a Máshenka en sociedad; tal vez entonces se vuelvan a llevar. Bueno, vamos.

Y, con los regalos, fueron primero a la habitación de los niños y después a ver a la vieja condesa.

Cuando entraron en el salón con los paquetes bajo el brazo, la vieja condesa estaba con Belova, como de costumbre, haciendo un solitario. Pasaba ya los sesenta años, tenía el pelo completamente blanco y llevaba una cofia con un ribete de tul que le envolvía el rostro. Tenía la cara surcada de arrugas, el labio superior hundido y la mirada apagada.

Después de las muertes tan seguidas de su hijo y de su marido se sentía como un ser súbitamente olvidado en este mundo. Comía, bebía, dormía y velaba, pero no vivía. La vida pasaba ante sus ojos sin causarle ninguna impresión. Lo único que quería de la vida era una tranquilidad que solo podía hallar en la muerte. Pero mientras la muerte no llegara tenía que vivir, es decir, emplear su fuerza vital. En ella se veía en un grado máximo lo que observamos en niños muy pequeños y en personas muy mayores: no había en su vida ningún objetivo externo, pero era evidente la necesidad que tenía de ejercitar sus distintas inclinaciones y capacidades. Necesitaba comer, dormir, pensar, hablar, llorar, trabajar, enfadarse, etcétera, solo porque tenía estómago, cerebro, músculos, nervios e hígado. Todo esto lo hacía sin ningún estímulo exterior, no como lo hacen las personas en la plenitud de la vida, que, cuando persiguen un objetivo, el otro —la aplicación de sus fuerzas— pasa desapercibido. Hablaba solo porque tenía la necesidad física de poner en marcha los pulmones y la lengua; lloraba como un niño porque tenía necesidad de sonarse, etcétera. Todo lo que para las personas en la plenitud de la vida es un objetivo, para ella no era más que un pretexto.

Así, por las mañanas, sobre todo si el día anterior había comido algo graso, tenía necesidad de enfadarse, y entonces elegía el pretexto que le quedaba más a mano: la sordera de Belova. Y, desde la otra punta de la habitación, empezaba a decirle algo en voz baja.

—Parece, querida, que hoy hace más calor —le susurraba. Y cuando Belova le respondía: «Ah, sí, han llegado», ella refunfuñaba contrariada—: ¡Dios mío, qué sorda y tonta es!

Otro pretexto era el rapé, que le parecía tan pronto seco como húmedo o mal triturado. Después de estos ataques de irritabilidad el rostro se le ponía bilioso y las doncellas tenían indicios seguros de cuándo volvería a estar sorda Belova, cuándo el rapé volvería a estar húmedo y su rostro amarillento. Del mismo modo que tenía la necesidad de hacer funcionar la bilis, a veces necesitaba poner en marcha la capacidad que le quedaba para pensar, y para esto el pretexto eran los solitarios. Cuando tenía necesidad de llorar, el pretexto era el difunto conde. Cuando tenía que inquietarse, el pretexto era Nikolái y su salud; cuando necesitaba hablar con mordacidad, el pretexto era la condesa Maria. Cuando necesitaba ejercitar la voz —lo que casi siempre ocurría pasadas las siete, después de haber hecho la digestión en una habitación a oscuras—, el pretexto era contar siempre las mismas historias a los mismos oyentes.

Todos los habitantes de la casa comprendían el estado de la anciana, aunque nadie lo mencionara nunca, y se esforzaban cuanto podían en satisfacer sus necesidades. Solo rara vez, en alguna mirada o media sonrisa triste que intercambiaban Nikolái, Pierre, Natasha y la condesa Maria, se reflejaba que eran conscientes de su estado.

Pero estas miradas, además, decían otra cosa: que la vieja condesa ya había cumplido su función en la vida, que no era solo como se la veía ahora, que algún día todos llegarían a ese estado, y que era un motivo de alegría obedecerla, contenerse ante una mujer a la que habían querido tanto, que había sido tan vital como ellos, pero que se había convertido en un ser digno de lástima. *Memento mori*[13], decían sus miradas.

De entre todas las personas de la casa solo las muy malas y tontas, así como los niños pequeños, no llegaban a entenderlo y la rehuían.

XIII

Cuando Pierre y su mujer entraron en el salón, la vieja condesa hacía un solitario para satisfacer su necesidad habitual de estar ocupada con algún trabajo mental y, por este motivo, a pesar de que dijo por pura costumbre las palabras de siempre cuando volvían Bezújov o su hijo: «Ya era hora, ya era hora, querido, hacía tiempo que te esperábamos. Bueno, gracias a Dios», o cuando le regalaban algo: «El regalo es lo de menos, amigo mío; gracias por acordarte de una vieja como yo…», era evidente que la llegada de Pierre justo en ese instante le causaba irritación porque la distraía del solitario que tenía a medias. Solo cuando lo hubo terminado prestó atención a los regalos: una funda para las cartas de preciosa factura, una taza de porcelana de Sèvres de color azul intenso, con tapa y unas pastorcillas dibujadas, y una tabaquera de oro con el retrato del conde, que Pierre había encargado a un miniaturista de San Petersburgo (hacía mucho tiempo que la condesa la quería). Pero, como a la vieja condesa en ese momento no le apetecía llorar, miró con indiferencia el retrato y se interesó más por el estuche.

—Te lo agradezco, amigo mío, me has dado una alegría —dijo, como siempre—. Pero lo mejor es que te has traído a ti. Nunca he visto nada igual, tendrías que regañar a tu mujer. ¿Cómo es posible? Sin ti se vuelve como loca. No ve ni recuerda nada —pronunció sus palabras habituales—. Fíjate en la funda que nos ha traído mi niño, Anna Timoféievna —añadió.

Belova elogió los regalos y se quedó maravillada con la tela para su vestido.

Aunque Pierre, Nikolái, la condesa Maria y Denísov tenían mucho de que hablar, no lo hacían delante de la vieja condesa, pero no porque le ocultaran algo, sino porque estaba tan a la zaga de tantas cosas que, si se discutía de algo en su presencia, había que responder a todas sus preguntas inoportunas y repetirle constantemente lo que ya le habían dicho un montón de veces: que tal persona había muerto o que tal otra se había casado, algo que ella era incapaz de recordar. Pero, como de costumbre, se reunieron a tomar el té en el salón, en torno al samovar, y Pierre respondió a las preguntas de la vieja condesa —que ni a ella misma ni a nadie interesaban— diciendo que el príncipe Vasili había envejecido, que la condesa Maria Alekséievna le mandaba saludos y recuerdos, etcétera.

Esta conversación, que, aunque no interesara a nadie, era necesaria, se alargó durante toda la hora del té. Alrededor de la mesa redonda, con Sonia enfrente del samovar, se habían reunido todos los adultos de la familia. Los niños, con sus preceptores e institutrices, ya habían tomado el té y se oían sus voces en la sala contigua. Todo el mundo ocupaba su sitio habitual. Nikolái se

había sentado junto a la estufa, delante de una pequeña mesita donde le servían el té; en el sillón de al lado se había tumbado la vieja lebrel Milka, hija de la primera Milka, con la cabeza completamente cana y los ojos negros y grandes, aún más prominentes que antes; Denísov, con el pelo rizado, las patillas y el bigote medio encanecidos, estaba al lado de la condesa Maria con la guerrera de general desabotonada. Pierre, sentado entre su mujer y la vieja condesa, contaba cosas que sabía que a la vieja condesa le interesarían y que podría entender; hablaba de superfluos acontecimientos sociales, de personas que antiguamente habían formado parte del círculo de los Rostov, personas que, en otros tiempos, habían formado un círculo real, vivo, particular, pero que ahora, en su gran mayoría, se habían diseminado por el mundo, igual que ella, y terminaban sus días recogiendo las últimas espigas de cuanto habían sembrado durante su vida. Pero para la vieja condesa estos coetáneos suyos parecían constituir el único mundo importante y real. Por la animación de Pierre, Natasha se daba cuenta de que su viaje había sido interesante y de que tenía ganas de contar muchas cosas, pero que no se atrevía a hacerlo delante de su madre. Como Denísov no era miembro de la familia no entendía la cautela de Pierre y, como además estaba descontento con la situación general, se interesaba mucho por lo que sucedía en San Petersburgo y no dejó de provocar a Bezújov pidiéndole detalles de los recientes sucesos en el regimiento Semiónovski[14], de Arakchéiev y de la Sociedad Bíblica[15]. Alguna vez Pierre, dejándose arrastrar, le respondía, pero Nikolái y Natasha enseguida lo obligaban a volver al asunto de la salud del príncipe Iván y de la condesa Maria Antónovna.

—Pero ¿es que aún continúa toda esta locura de Gosner[16] y Tatárinova[17]? —preguntó Denísov.

—¡Cómo que si continúa! —exclamó Pierre—. Con más fuerza que nunca. Ahora mismo la Sociedad Bíblica es todo el gobierno.

—¿Qué has dicho, *mon cher ami*? —preguntó la vieja condesa, que, habiéndose terminado el té, parecía tener ganas de encontrar algún pretexto para enfadarse—. ¿Qué has dicho del gobierno? No consigo entenderlo.

—Bueno, ya sabe, *maman* —intervino Nikolái, que sabía cómo traducirlo todo al lenguaje de su madre—, que el príncipe Aleksandr Nikoláievich Golitsyn ha fundado una sociedad que tiene mucho poder, o eso dicen.

—Arakchéiev y Golitsyn —dijo imprudentemente Pierre— constituyen ahora todo el gobierno. Y ¡qué gobierno! En todo ven conspiraciones, a todo le tienen miedo.

—¡Vaya! Y ¿de qué es culpable el príncipe Aleksandr Nikoláievich? Es un hombre muy respetable. En mis tiempos solía encontrármelo en casa de Maria Antónovna —objetó, ofendida, la vieja condesa. Y, ofendiéndose aún más porque todos se habían quedado callados, continuó—: Hoy en día se juzga a todo el mundo. ¿Qué tiene de malo una sociedad evangélica?

Se levantó (todos la imitaron) y, con gesto severo, se dirigió hacia su mesa de la salita.

En medio del triste silencio se oyeron en la sala de al lado voces y risas infantiles. Era evidente que a los niños les había ocurrido algo divertido.

—¡Ha terminado! ¡Ha terminado! —El grito alegre de la pequeña Natasha destacó por encima de las demás voces.

Pierre intercambió una mirada con la condesa Maria y con Nikolái (a Natasha nunca dejaba de mirarla) y sonrió feliz.

—¡Eso sí que es una música maravillosa! —exclamó.

—Será que Anna Makárovna ha acabado de tejer el calcetín —apuntó la condesa Maria.

—¡Ah, voy a verlo! —dijo Pierre levantándose de un salto—. ¿Sabéis por qué me gusta tanto esa música? —continuó, deteniéndose en la puerta—. Porque ellos son los primeros en indicarme que todo va bien. Hoy, al volver, cuanto más me acercaba a casa, más miedo tenía. Pero, cuando he entrado en el recibidor y he oído las carcajadas de Andriusha, he sabido que todo iba bien…

—Conozco este sentimiento, lo conozco —confirmó Nikolái—. No puedo ir contigo porque los calcetines son una sorpresa para mí.

Cuando Pierre entró las carcajadas y los gritos de los niños se intensificaron.

—Bueno, Anna Makárovna —se oyó la voz de Bezújov—: póngase aquí, en el centro; contaré uno, dos y, a la de tres, lo hará. Tú ven a mis brazos. Vamos: uno, dos… —se hizo un silencio—, ¡tres!

Y en la sala sonó un griterío entusiasmado.

—¡Hay dos, hay dos! —gritaban los niños.

Eran dos calcetines que Anna Makárovna, por un procedimiento secreto que solo ella conocía, tejía de una sola vez con las agujas y, cuando los terminaba, los sacaba solemnemente, uno de dentro de otro, en presencia de los niños.

XIV

Poco después los niños entraron a dar las buenas noches, besaron a todo el mundo y se marcharon en cuanto los preceptores y las institutrices se despidieron. Solo quedaba Dessales, que le susurraba a su pupilo que bajara.

—*Non, monsieur Dessales, je demanderai à ma tante de rester*[18] —le respondía Nikólenka Bolkonski, también en un susurro—. *Ma tante,* permítame que me quede —le pidió a su tía, acercándose a ella.

Su semblante expresaba súplica, emoción y entusiasmo. La condesa Maria lo miró y se volvió hacia Pierre.

—Cuando está usted aquí no puede despegarse… —le dijo.

—*Je vous le ramènerai tout-à-l'heure, monsieur Dessales; bonsoir*[19] —dijo Pierre, tendiéndole la mano al suizo, y se dirigió a Nikólenka con una sonrisa—: Tú y yo apenas nos hemos visto. ¡*Marie*, cómo se le parece! —añadió, volviéndose hacia la condesa Maria.

—¿A mi padre? —preguntó el muchacho, poniéndose muy colorado y mirándolo de pies a cabeza con ojos brillantes y fervorosos.

Pierre asintió con la cabeza y continuó la conversación que los niños habían interrumpido. La condesa Maria hacía un bordado en cañamazo; Natasha no quitaba los ojos de su marido. Nikolái y Denísov se levantaban, pedían sus pipas, fumaban, tomaban el té que les servía Sonia —seguía con aspecto abatido delante del samovar, del que no se apartaba— y hacían preguntas a Pierre. El muchacho, con su pelo rizado, el rostro enfermizo y los ojos brillantes, estaba en un rincón sin que nadie reparara en él, estremeciéndose de vez en cuando y susurrando algo para sí mismo, al parecer con una emoción nueva e intensa cuando volvía hacia Pierre su fino cuello que asomaba por el cuello vuelto de la camisa.

La conversación giraba en torno a los chismes de las altas esferas, que la mayoría de la gente suele considerar lo más interesante de la política interior. Denísov, descontento con el gobierno por sus propios fracasos en la carrera militar, se alegraba al enterarse de todas las necedades que, a su juicio, se estaban cometiendo en San Petersburgo, y hacía bruscos y mordaces comentarios a las palabras de Pierre.

—Antes había que *seg'* alemán; *ahog'a* hay que *bailag'* con *Tatág'inova* y con *madame Kg'üdeneg'*[20], *leeg'* a… *Eckag'tshausen*[21] y compañía. ¡Ah! ¡Ojalá *soltag'an* a *nuestg'o* valiente *Bonapag'te*! Les *quitag'ía* toda la *tonteg'ía* de golpe. ¿Dónde se ha visto que pongan todo el *g'egimiento* Semiónovski en manos de ese soldado *Schwag'tz*? —gritó.

Aunque Nikolái no compartía las ganas de Denísov de creer que todo iba mal, también consideraba digno e importante juzgar al gobierno; consideraba

que el nombramiento de A como ministro de tal y de B como gobernador general de cual, que el soberano hubiera dicho esto y el ministro aquello, eran cuestiones de suma importancia. Y consideraba necesario interesarse por estas cuestiones y hacer preguntas a Pierre. De este modo, dado el interés de los dos interlocutores, la conversación no salía del carácter habitual de chismorreo sobre las altas esferas del gobierno.

Pero Natasha, que conocía los modos e ideas de su marido, se daba cuenta de que hacía mucho rato que trataba en vano de llevar la conversación hacia otros derroteros y de que tenía ganas de explicar la íntima razón que lo había empujado a viajar a San Petersburgo para entrevistarse con su nuevo amigo el príncipe Fiódor. Y acudió en su ayuda preguntando:

—¿Cómo van tus asuntos con el príncipe Fiódor?

—¿Qué asuntos? —preguntó Nikolái.

—Los de siempre —dijo Pierre, mirando a un lado y a otro—. Todo el mundo se da cuenta de que las cosas van muy mal, de que no pueden continuar así, y de que todo hombre honrado tiene el deber de oponerse en la medida de sus posibilidades.

—Pero ¿qué pueden hacer los hombres honrados? —preguntó Nikolái con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Qué puede hacerse?

—Pues…

—Vamos al gabinete —dijo Nikolái.

Natasha, que ya llevaba un tiempo esperando que la llamaran para amamantar a su hijo, al oír la voz de la niñera fue a la habitación de los niños. La condesa Maria la siguió. Los hombres se dirigieron al gabinete y Nikólenka se introdujo en él sin que lo viera su tío y se sentó delante del escritorio, en un rincón oscuro que había junto a la ventana.

—Bueno, y ¿qué vas a *haceg’*? —preguntó Denísov.

—¡Siempre con tus fantasías! —dijo Nikolái.

—Pues veréis —empezó Pierre, sin tomar asiento; tan pronto se ponía a dar vueltas por el gabinete como se detenía, ceceaba y hacía rápidos gestos con las manos mientras hablaba—. Veréis. La situación en San Petersburgo es esta: el soberano no interviene en nada. Está totalmente entregado al misticismo. —El misticismo era algo que ahora Pierre no perdonaba a nadie —. Lo único que busca es tranquilidad, y esta tranquilidad solo se la pueden dar personas *sans foi ni loi*[22] que despedazan y oprimen brutalmente todo cuanto pueden: Magnitski, Arakchéiev y *tutti quanti*… Estarás de acuerdo en que, si tú no te ocuparas personalmente de llevar la hacienda y lo único que

quisieras fuera tranquilidad, cuanto más cruel fuera tu capataz, más rápido alcanzarías tu objetivo —dijo, volviéndose hacia Nikolái.

—Bueno, pero ¿a qué viene esto? —preguntó este.

—A que todo se está desmoronando. En los tribunales no hay más que corrupción, en el ejército todo es mano dura: marchas de instrucción, asentamientos militares[23]…; torturan al pueblo, asfixian la educación. ¡Aplastan todo lo que es joven y honrado! Todo el mundo sabe que esto no puede seguir así. La cuerda está demasiado tensa y es inevitable que se rompa —dijo Pierre (como siempre dicen las personas que examinan las acciones de un gobierno, sea cual sea, desde que existen los gobiernos)—. Esto es lo que les dije en San Petersburgo…

—¿A quién? —preguntó Denísov.

—Bueno, ya sabéis a quién —dijo Pierre, mirándoles de reojo, con aire significativo—: al príncipe Fiódor y a los demás. Promover la educación y las obras de beneficencia está muy bien. Es un fin admirable, etcétera. Pero en las circunstancias actuales necesitamos otra cosa.

En ese momento Nikolái reparó en la presencia de su sobrino y, con el rostro ensombrecido, se acercó a él.

—¿Tú qué haces aquí?

—¿Qué pasa? Déjalo —intervino Pierre, y, cogiendo a Nikolái por el brazo, continuó—. Les dije que eso no bastaba, que ahora hay que hacer algo distinto. Cuando esperas que la cuerda se rompa porque está muy tensa, cuando todo el mundo ve que es inevitable que se produzca una revuelta, tiene que haber la mayor cantidad posible de personas cogidas de la mano para hacer frente a la catástrofe general. Quien es joven y fuerte se ve atraído y corrompido por ellos: a uno lo seducen con mujeres, a otro con honores, a un tercero con vanidad o dinero, y todos se pasan al otro bando. Ya no quedan hombres independientes y libres como vosotros ni como yo. Por eso les dije: «Ampliad el círculo de la sociedad, que el *mot d'ordre*[24] no sea solo la virtud, sino también la independencia y la acción».

Nikolái, que se había alejado de su sobrino, arrastró una butaca con mal humor, se sentó y, carraspeando contrariado, escuchaba a Pierre con el ceño cada vez más fruncido.

—Pero ¿cuál es el objetivo de esa acción? —dijo, en voz muy alta—. Y ¿qué relación tendréis con el gobierno?

—Ahora mismo te lo digo: la de sus ayudantes. La sociedad no tiene por qué ser secreta si el gobierno la permite. Esta sociedad no es hostil al gobierno, está formada por auténticos conservadores. Es una sociedad de

caballeros en el estricto sentido de la palabra. Lo único que queremos es que no venga ningún Pugachov[25] a degollar a mis hijos y a los tuyos, y que Arakchéiev no me mande a un asentamiento militar. Nuestra unión tiene como único objetivo el bien común y la seguridad general.

—Sí, pero es una sociedad secreta; por lo tanto, es hostil y dañina, solo puede engendrar el mal.

—¿Por qué? ¿Acaso la Tugendbund[26], que salvó Europa —en aquel entonces nadie se atrevía a pensar aún que fue Rusia la que había salvado Europa—, fue dañina? La Tugendbund representa la unión de las virtudes: el amor, la ayuda mutua, lo que Cristo predicó en la cruz…

Natasha, que había entrado en mitad de la conversación, miraba a su marido con alegría. No eran sus palabras lo que la alegraban. De hecho, ni siquiera le interesaban porque le parecía que eran cosas muy sencillas que ella sabía desde hacía mucho (se lo parecía porque conocía el alma de Pierre, de donde emanaban todas ellas). Lo que la alegraba era ver su animación y entusiasmo.

Olvidado por todos, con aún mayor alegría y entusiasmo lo miraba el muchacho, con su delgado cuello asomando por el cuello vuelto de la camisa. Cada palabra de Pierre le quemaba el corazón y, con un movimiento nervioso con los dedos, rompía sin darse cuenta el lacre y las plumas que había encima del escritorio de su tío.

—Lo que yo propongo no es en absoluto lo que piensas, sino algo como el Tugendbund alemán.

—¡Bah, *heg'mano*! ¡Eso de la Tugendbund está bien *pag'a* los salchichas, *peg'o* yo no lo entiendo, ni *siquieg'a* sé cómo se *pg'onuncia*! —dijo Denísov con su voz fuerte y decidida—. Todo es un *desastg'e*, una calamidad, estoy de *acueg'do* contigo, *peg'* no entiendo la Tugendbund ni tampoco me gusta. ¡Lo que sí entiendo es el *motín*![27] *Je suis votg' e homme!*[28]

Pierre sonrió y Natasha se echó a reír, pero Nikolái, frunciendo todavía más el ceño, intentó demostrarle que no se preveía ninguna revuelta y que el peligro del que hablaba solo estaba en su imaginación. Pierre sostuvo lo contrario y, como su intelecto era más fuerte y más hábil, Nikolái se sintió acorralado. Entonces se enfadó aún más, porque en su fuero interno estaba convencido, no mediante el razonamiento, sino mediante algo mucho más poderoso, de la indudable certeza de su opinión.

—Escucha lo que te voy a decir —dijo, levantándose, intentando apoyar con un movimiento nervioso la pipa en una esquina y finalmente tirándola—. No te lo voy a poder demostrar. Dices que en nuestro país las cosas van de

mal en peor y que estallará una revuelta. Yo no lo veo así. Pero, cuando afirmas que el juramento militar no es más que una convención, tengo que responderte esto: eres mi mejor amigo, lo sabes, pero si formáis una sociedad secreta y os oponéis al gobierno, sea el que sea, tengo claro que mi deber será obedecerlo. Y si Arakchéiev me ordenara ahora mismo que fuera con un escuadrón a por vosotros para despedazaros, lo haría sin dudarlo ni un segundo. Piensa lo que quieras.

Después de estas palabras se hizo un silencio incómodo. Natasha fue la primera en hablar; salió en defensa de su marido y atacó a su hermano. Y, aunque su defensa fue débil y torpe, logró su objetivo. La conversación se reanudó, pero no con el tono desagradable y hostil con que Nikolái había pronunciado las últimas palabras.

Cuando todos se levantaron para la cena, Nikólenka Bolkonski, pálido, con los ojos brillantes y llenos de luz, se acercó a Pierre.

—Tío Pierre… Usted… no… Si papá estuviera vivo… ¿estaría de acuerdo con usted? —le preguntó.

Pierre comprendió de pronto el choque tan especial, independiente, complejo e intenso de sentimientos e ideas que se había producido en el interior del muchacho durante la conversación y, al recordar todo lo que había dicho, lamentó que lo hubiera oído. Pero tenía que contestarle.

—Creo que sí —dijo de mala gana, y salió del gabinete.

El muchacho agachó la cabeza y solo en ese momento pareció darse cuenta de lo que había hecho en el escritorio. Ruborizado, se acercó a su tío.

—Perdóname, tío, lo he hecho sin querer —le dijo, señalando las plumas y el lacre rotos.

Nikolái hizo un gesto de disgusto.

—Está bien, está bien —dijo, arrojando debajo del escritorio los pedacitos de lacre y plumas. Y, con un visible esfuerzo por contener la ira, le dio la espalda—. No tendrías que haber estado aquí —añadió.

XV

En la cena la conversación ya no giró en torno a la política ni a las sociedades, sino que, por el contrario y gracias a Denísov, se centró en los recuerdos de 1812, un tema sumamente agradable para Nikolái y en el que Pierre se mostró especialmente simpático y divertido. De este modo, la familia fue a dormir con un ánimo de lo más amistoso.

Después de cenar Nikolái se dirigió a su gabinete, se desvistió, se puso el batín y, después de dar las últimas instrucciones al administrador, que llevaba mucho rato esperándolo, entró en su dormitorio y encontró a su mujer sentada en el buró escribiendo algo.

—¿Qué escribes, *Marie*? —le preguntó.

La condesa Maria se ruborizó. Temía que su marido no entendiera o no aprobara lo que había escrito. Y, aunque quería ocultárselo, al mismo tiempo se alegraba de que la hubiera sorprendido para tener que contárselo.

—Es un diario, *Nicolas* —dijo, tendiéndole un pequeño cuaderno azul con su letra grande y firme.

—¿Un diario?… —preguntó Nikolái con un matiz de burla.

Y cogió el cuaderno, en el que se podía leer en francés:

> 4 de diciembre. Hoy, cuando Andriusha, mi hijo mayor, se ha despertado, no quería vestirse y *mademoiselle* Louise me ha mandado llamar. Estaba de lo más caprichoso y terco. He probado con amenazas, pero solo han servido para que se enfadara más. Entonces me he hecho cargo de la situación: lo he dejado solo, he ido con la niñera a despertar a los demás niños y le he dicho que no le quería. Se ha quedado mucho tiempo callado, como sorprendido; después ha corrido hacia mí, vestido solo con su camisita, y ha prorrumpido en tales llantos que me ha costado mucho calmarlo. Se veía que lo que más le atormentaba era haberme afligido. Por la noche, cuando le he dado la papeleta, ha vuelto a llorar con amargura y me ha cubierto de besos. Con ternura se puede conseguir todo de él.

—¿Qué es eso de la papeleta? —preguntó Nikolái.

—Por las noches he empezado a escribirles a los mayores una nota que dice cómo se han portado.

Nikolái miró los ojos luminosos de su mujer, clavados en él, y continuó hojeando y leyendo el cuaderno. El diario recogía los detalles de la vida de los niños que a la madre le parecían destacables y que expresaban su carácter, así como ideas generales sobre la manera de educarlos. Eran, en su gran mayoría, cosas de lo más insignificante, pero no se lo parecía así a la madre, y, ahora que lo había leído por primera vez, tampoco al padre.

El 5 de diciembre había escrito:

> Mitia ha hecho travesuras en la mesa. Papá ha ordenado que no le dieran pastel. Y así ha sido; pero ¡con qué pena y avidez miraba a los demás mientras comían! Creo que castigar a un niño sin dulces solo consigue fomentar su avidez. Decírselo a *Nicolas*.

Nikolái dejó el cuaderno y miró a su mujer, cuyos ojos luminosos, que no se apartaban de él, lo interrogaban (¿le parecía bien o mal el diario?). No cabía duda de que no solo le parecía bien, sino que estaba maravillado con su mujer.

«Quizá no tendría que hacerlo tan meticulosamente, quizá no tendría siquiera que hacerlo», pensaba Nikolái. Pero esta perpetua e incansable tensión espiritual de la condesa Maria, cuyo único objetivo era el bien moral de sus hijos, le maravillaba. Si Nikolái hubiera sido capaz de analizar sus propios sentimientos, habría descubierto que la base del firme, tierno y orgulloso amor por su mujer había sido siempre el asombro que le causaba su espiritualidad, el elevado mundo moral en que vivía, casi inaccesible para él.

Estaba orgulloso de que fuera tan inteligente, era muy consciente de su propia nulidad en el plano espiritual si se comparaba con ella, y se alegraba de que una mujer con semejante alma le perteneciera, de que formara parte de sí mismo.

—Me parece muy bien, muy bien, amiga mía —le dijo con aire significativo. Y, después de un breve silencio, añadió—: Hoy he tenido un comportamiento horrible. No estabas, ha sido en el gabinete. He discutido con Pierre y me he exaltado. Es que no puede ser. ¡Es tan niño! No sé lo que sería de él si Natasha no lo tuviera bien sujeto. ¿Te puedes creer para qué fue a San Petersburgo? Han organizado…

—Sí, lo sé —dijo la condesa Maria—. Natasha me lo contó.

—Bueno, pues ya lo sabes —continuó Nikolái, acalorándose con solo recordar la discusión—. Me quiere convencer de que la obligación de un hombre honrado es ir contra el gobierno, mientras que el juramento y el deber… Lamento que no estuvieras, porque todos se me han echado encima: Denísov, Natasha… Natasha es de risa. Con lo sometido que lo tiene, en cuanto se trata de reflexionar sobre algo, no tiene palabras propias, dice las de él —añadió, cediendo a ese deseo indefinible que nos empuja a censurar a las personas más cercanas y que más queremos.

Nikolái olvidaba que lo que estaba diciendo de Natasha podía aplicarse palabra por palabra a él mismo en relación con su mujer.

—Sí, me he dado cuenta —dijo la condesa Maria.

—Cuando le he dicho que el deber y el juramento están por encima de todo, ha intentado demostrarme Dios sabe qué. Lástima que no estuvieras. ¿Qué habrías dicho?

—Creo que tienes toda la razón. Y así se lo dije a Natasha. Pierre afirma que todo el mundo sufre, que pasa calamidades y se corrompe, y que nuestro deber es ayudar al prójimo. Tiene razón, por supuesto —dijo la condesa Maria—, pero olvida que tenemos otros deberes más inmediatos que Dios nos enseñó, olvida que podemos poner en peligro nuestra vida, pero no la de nuestros hijos.

—¡Exacto, exacto, eso es justo lo que le he dicho! —exclamó Nikolái, que realmente creía haber dicho lo mismo—. Pero él ha seguido con lo suyo: que si el amor al prójimo, que si el cristianismo, y todo esto delante de Nikólenka, que se ha colado en el gabinete y se ha dedicado a romper cosas.

—¡Ah! ¿Sabes qué, *Nicolas*? Nikólenka me hace sufrir tanto… —dijo la condesa Maria—. Es un muchacho extraordinario y me da miedo olvidarme de él por cuidar de los míos. Todos tenemos hijos y parientes, pero él no tiene a nadie. Siempre anda solo con sus pensamientos.

—Bueno, creo que no te puedes hacer ningún reproche. Has hecho y haces por él todo lo que la madre más cariñosa del mundo haría por un hijo. Cosa de la que me alegro, por supuesto. Es un muchacho fabuloso, realmente fabuloso. Hoy, cuando escuchaba a Pierre, estaba como extasiado. Y figúrate que cuando salíamos a cenar me he dado cuenta de que ha hecho añicos todo lo que había sobre el escritorio, y él mismo me lo ha confesado enseguida. Nunca le he oído decir una mentira. ¡Es un muchacho fabuloso, realmente fabuloso! —repitió Nikolái; aunque en lo más hondo del alma no le gustaba Nikólenka, tenía la necesidad de reconocer siempre lo fabuloso que era.

—Aun así, no es lo mismo que tener una madre —repuso la condesa Maria—; me doy cuenta de que no es lo mismo y eso me atormenta. Es un muchacho increíble, pero temo muchísimo por él. Le hará bien estar en sociedad.

—Bueno, no habrá que esperar mucho; este verano me lo llevaré a San Petersburgo —dijo Nikolái—. Sí, Pierre siempre ha sido un soñador y lo seguirá siendo —continuó, retomando la conversación del gabinete que, sin duda, lo llenaba de inquietud—. ¿Qué más da lo que ocurra allí, si Arakchéiev es malo y todo lo demás? ¿Acaso podía importarme cuando me casé, cuando tenía tantas deudas que querían meterme en un calabozo y mi madre era incapaz de verlo y de comprenderlo? Y después estáis tú, los niños, la administración de la hacienda. ¿Es que me paso desde la mañana hasta la noche ocupado en la oficina y resolviendo asuntos por gusto? No, sé que tengo que trabajar para tranquilizar a mi madre, para compensarte y para que mis hijos no sean tan pobres como lo era yo.

La condesa Maria quería decirle que no solo de pan vive el hombre, que le daba demasiada importancia a esos *asuntos*; pero sabía que no hacía falta, que sería inútil. Y se limitó a cogerle la mano y besársela. Él interpretó el gesto como una aprobación y confirmación de sus ideas y, después de meditar en silencio, continuó pensando en voz alta:

—¿Sabes, *Marie*? Hoy ha llegado Iliá Mitrofánych —era el gerente de sus negocios— de la hacienda de Tambov y me ha dicho que ya ofrecen ochenta mil rublos por el bosque. —Y, muy animado, empezó a contarle que en un plazo muy breve podría recuperar la finca de Otrádnoie—. Otros diez añitos más de vida y dejaré a los niños… en una excelente posición.

La condesa Maria lo escuchaba y entendía todo lo que le contaba. Sabía que cuando su marido reflexionaba en voz alta, alguna vez le preguntaba qué acababa de decir y se enfadaba si ella estaba pensando en otra cosa. Pero tenía que hacer un gran esfuerzo de concentración para seguir sus palabras porque no le interesaba lo más mínimo lo que le decía. Lo miraba y no es que pensara en otra cosa, sino que sentía otra cosa. Sentía un amor tierno y dócil por ese hombre que jamás comprendería todo lo que ella comprendía, y por eso lo amaba todavía más, con un matiz de apasionada ternura. Además de este sentimiento que la absorbía y le impedía penetrar en los detalles de los planes de su marido, por su cabeza pasaban ideas que no tenían nada que ver con lo que él decía. Pensaba en su sobrino (lo que Nikolái le acababa de contar sobre la agitación del muchacho durante la conversación con Pierre la había impresionado mucho) y en los distintos rasgos de su delicado y sensible carácter. Y, al pensar en él, pensaba también en sus hijos. No los comparaba, pero sí comparaba lo que sentía por el uno y por los otros, y descubría con tristeza que en su afecto por Nikólenka faltaba alguna cosa.

A veces pensaba que la diferencia se debía a la edad del muchacho; pero, en cualquier caso, se sentía culpable ante él y se prometía corregirse y hacer lo imposible, es decir, amar en esta vida a su marido, a sus hijos, a Nikólenka y al prójimo tal como Cristo amó a la humanidad. Su alma siempre aspiraba a lo infinito, a lo eterno y perfecto, y por eso nunca podía estar tranquila. En su rostro se dibujó de pronto la expresión severa del sufrimiento, elevado y oculto, de un alma oprimida por el cuerpo. Nikolái la miró.

«¡Dios mío! ¿Qué será de nosotros si muere? Siempre que tiene esa expresión lo pienso», se dijo Rostov. Y, poniéndose delante del icono, empezó a rezar las oraciones de la noche.

XVI

Cuando Natasha se quedó a solas con Pierre hablaron como solo lo hacen marido y mujer, es decir, entendiendo con una extraordinaria claridad y rapidez lo que pensaban, comunicándose de un modo especial, contrario a

todas las leyes de la lógica, sin que mediaran el razonamiento ni las deducciones ni las conclusiones. Natasha estaba tan acostumbrada a hablar así con su marido que el indicio más claro de que algo marchaba mal entre ellos era que Pierre siguiera una línea lógica de pensamiento. Cuando él intentaba demostrarle algo hablando de un modo razonable y tranquilo, y ella seguía su ejemplo, sabía que acabarían riñendo inevitablemente.

Desde el momento en que se habían quedado solos y ella, con los ojos muy abiertos y felices, se le había acercado en silencio y, de pronto, cogiéndole rápidamente de la cabeza, la había estrechado contra su pecho y le había dicho: «¡Ahora eres mío, completamente mío! ¡No te escaparás!», desde ese momento empezó una conversación contraria a todas las leyes de la lógica, ya solo por el hecho de que trataban a la vez varios temas completamente distintos. Esta conversación de muchos temas simultáneos no solo no entorpecía la claridad de entendimiento entre ambos cónyuges, sino que, por el contrario, constituía el indicio más seguro de que se comprendían perfectamente.

Del mismo modo que en un sueño todo es inexacto, absurdo y contradictorio excepto el sentimiento que lo dirige, en esta comunicación contraria a todas las leyes de la razón no eran las palabras las que eran claras y consecuentes, sino el sentimiento que las dirigía.

Natasha le contaba a Pierre cuánto había sufrido en su ausencia y cómo había sido el día a día de su hermano; asimismo, le hablaba de lo mucho que quería a *Marie*, a la que consideraba mejor que ella en todos los aspectos. Al decirlo reconocía sinceramente que se daba cuenta de la superioridad de su amiga, pero, al mismo tiempo, exigía que Pierre la prefiriera a ella antes que a *Marie* y que a cualquier otra mujer. Y le exigía que se lo volviera a repetir, especialmente en ese momento en que él acababa de volver de San Petersburgo, donde había visto a tantas mujeres.

En respuesta a sus palabras, Pierre le contó lo insoportable que le habían resultado todas las veladas y comidas de San Petersburgo en las que había damas.

—He perdido por completo la capacidad de hablar con las damas —dijo —, es algo que simplemente me aburre. ¡Además, estaba tan ocupado!

Después de mirarlo con atención, Natasha continuó:

—¡*Marie* es un encanto! Y ¡cómo sabe entender a los niños! Es como si lo único que viera en ellos fuera su alma. Ayer, por ejemplo, Mítenka se puso caprichoso…

—¡Ah, cómo se parece a su padre! —la interrumpió Pierre.

Natasha comprendió el motivo de la mención al parecido entre padre e hijo: a Pierre le había quedado un recuerdo desagradable de la discusión con su cuñado y quería conocer la opinión de ella.

—Nikolái tiene esa debilidad: si algo no es aceptado por todo el mundo, no hay forma de que lo admita. Y yo entiendo que tú valoras precisamente *ouvrir une carrière*[29] —dijo, repitiendo las palabras que Pierre había pronunciado en cierta ocasión.

—No, lo principal —dijo Pierre— es que para Nikolái las ideas y el pensamiento son una distracción, casi un pasatiempo. Por ejemplo, está reuniendo una biblioteca y se ha puesto como norma no comprar ningún libro hasta que haya leído el anterior: Sismondi, Rousseau, Montesquieu… —añadió con una sonrisa—. Ya sabes cómo lo… —empezó a decir para suavizar sus palabras, pero Natasha lo interrumpió, dando a entender que no era necesario.

—Entonces para él las ideas son un pasatiempo…

—Sí, mientras que para mí lo es todo lo demás. En mi viaje a San Petersburgo no dejé de ver a todo el mundo como en un sueño. Cuando estoy concentrado en una idea todo lo demás es solo un pasatiempo.

—¡Ah! ¡Qué pena que no haya visto tu reencuentro con los niños! —dijo Natasha—. ¿Quién se ha alegrado más? ¿A que ha sido Liza?

—Sí —dijo Pierre, y volvió al tema que le preocupaba—. Nikolái afirma que no debemos pensar. Pues yo no puedo dejar de hacerlo. Por no decir que en San Petersburgo tuve la sensación (a ti te lo puedo decir) de que sin mí todo el asunto se venía abajo, de que cada uno iba por su lado. Pero conseguí unirlos a todos, y, además, mi idea es tan sencilla y clara… Porque yo no digo que tengamos que oponernos a una cosa u otra. Podríamos equivocarnos. Lo que digo es que quienes amen el bien se cojan de la mano, que haya una sola bandera, la de la virtud activa. El príncipe Sergui es un buen hombre, además de inteligente.

Natasha no dudaba de que la idea de Pierre era grandiosa, pero había algo que la desconcertaba. El hecho de que fuera su marido. «¿Es posible que un hombre tan importante y necesario para la sociedad sea mi marido? ¿Cómo ha podido ocurrir?» Quería expresarle esta duda. «¿Quiénes son las personas que pueden decidir si realmente es el más inteligente de todos?», se preguntaba, mientras buscaba en su memoria a los hombres a quien Pierre más respetaba. Y, a juzgar por todo lo que él le había contado, a nadie respetaba tanto como a Platón Karatáiev.

—¿Sabes en quién estoy pensando? En Platón Karatáiev. ¿Qué diría? ¿Aprobaría lo que estás haciendo?

Pierre no se sorprendió lo más mínimo de esta pregunta. Entendió el discurrir de ideas de su mujer.

—¿Platón Karatáiev? —dijo, y se quedó pensativo, con el sincero deseo de imaginar lo que Karatáiev opinaría—. No lo habría entendido; bueno, quizá sí.

—¡Te quiero con locura! —exclamó de pronto Natasha—. Con locura. ¡Con locura!

—No, no lo habría aprobado —se corrigió Pierre, después de pensarlo mejor—. Lo que aprobaría sería nuestra vida familiar. ¡Tenía tantos deseos de ver armonía, felicidad y sosiego en todo! Y yo le presentaría a mi familia con mucho orgullo. Has hablado de nuestra separación, pero no te creerías el sentimiento tan especial que albergo por ti después de estar separados…

—Ah, y además… —empezó Natasha.

—No, no es eso. Nunca dejo de quererte. Es imposible querer más a alguien; pero es algo especial… Bueno, sí…

No terminó la frase porque la mirada que intercambiaron dijo el resto.

—¡Qué disparate eso de la luna de miel y de que la felicidad está al principio de todo! —dijo de pronto Natasha—. Al contrario, ahora es lo mejor. Si no tuvieras que ausentarte… ¿Te acuerdas de cómo reñíamos antes? Siempre era por mi culpa. Siempre. Ya ni siquiera recuerdo el motivo de nuestras discusiones.

—Siempre era por lo mismo —dijo Pierre con una sonrisa—: los celo…

—¡No lo digas, no puedo soportarlo! —gritó Natasha—. Y sus ojos brillaron con fría ira—. ¿La has visto? —preguntó, después de un silencio.

—No. Y, aunque la hubiera visto, no la habría reconocido.

Se quedaron callados.

—Ah, ¿sabes? Antes, en el gabinete, te he estado observando mientras hablabas —empezó Natasha, tratando de espantar la nube que se había cernido sobre ellos—. El chiquillo —así llamaba a su hijo— y tú sois como dos gotas de agua. ¡Ah! Es hora de que vaya con él… Me ha venido la… ¡Qué pena tener que irme!

Guardaron silencio unos segundos. Después, volviéndose de pronto el uno hacia el otro, se pusieron a hablar a la vez. Pierre con satisfacción y entusiasmo; Natasha con una sonrisa sosegada y feliz. Al ver que se interrumpían, se cedieron la palabra mutuamente.

—No, ¿qué decías? Habla tú, habla tú.

—No, di tú, lo mío era una tontería.

Pierre terminó lo que había empezado a contarle: su éxito en San Petersburgo, del que estaba muy satisfecho. En ese momento creía estar llamado a dar un nuevo rumbo a toda la sociedad rusa y al mundo entero.

—Solo quería decir que todas las ideas que tienen grandes consecuencias son siempre sencillas. Mi idea se reduce a que, si las personas corruptas se han unido y eso las hace fuertes, las que son honradas tendrían que hacer lo mismo. ¡Es tan sencillo!

—Sí.

—Y ¿qué ibas a decir tú?

—Nada, una tontería.

—Ya, pero igualmente.

—No era nada, bobadas —dijo Natasha, con una sonrisa aún más resplandeciente—. Solo iba a hablarte de Petia. Hoy, cuando la niñera ha venido a cogerlo de mis brazos, él se ha echado a reír, ha cerrado los ojos y se ha apretado contra mí. Seguro que pensaba que se había escondido. ¡Es una ricura! Mira, está llorando. ¡Bueno, adiós!

Y salió de la habitación.

En ese mismo momento, abajo, en la parte de la casa de Nikólenka Bolkonski, ardía una lamparilla en su dormitorio (el muchacho temía la oscuridad y no había manera de corregirle este defecto). Dessales dormía sobre cuatro almohadas, roncando regularmente con su nariz romana. Nikólenka, que se acababa de despertar empapado de sudor frío, se había sentado en la cama y miraba al frente con los ojos muy abiertos. Se había despertado por una espantosa pesadilla. Había soñado que Pierre y él encabezaban un ejército inmenso; los dos llevaban unos cascos iguales a los que había visto dibujados en una edición de Plutarco. El ejército estaba formado por unas líneas blancas y oblicuas que se extendían por el aire, igual que las telas de araña que flotan en otoño y que Dessales llamaba *le fil de la Vierge*[30]. Delante estaba la gloria, que era como aquellos hilos, pero un poco más densa. Ellos dos se encaminaban ligeros y alegres hacia su objetivo, que estaba cada vez más cerca. Pero de pronto los hilos que los movían empezaban a debilitarse, a enmarañarse, y sus movimientos se volvían pesados. Y entonces el tío Nikolái Ilich se plantaba delante de ellos con una actitud rigurosa y amenazante.

—¿Sois vosotros los que habéis hecho esto? —decía, señalando unas plumas y lacres rotos—. Yo os quería, pero Arakchéiev me lo ha ordenado, y mataré al primero que dé un paso al frente.

Nikólenka se volvía hacia Pierre, pero este había desaparecido. Ahora Pierre era su padre, el príncipe Andréi, y no tenía imagen ni forma, pero era él. Y al verlo Nikólenka sentía la debilidad del amor: se notaba flojo, sin huesos, líquido. Su padre lo acariciaba y se compadecía de él. Pero el tío Nikolái Ilich se les acercaba cada vez más y más.

Y entonces Nikólenka, presa del pánico, se despertó.

«Era mi padre —pensó (a pesar de que en la casa había dos retratos que se parecían mucho al príncipe Andréi, Nikólenka nunca se lo imaginaba con forma humana)—; mi padre ha estado conmigo y me ha acariciado. Me ha dado su beneplácito y también se lo ha dado al tío Pierre. Haré lo que él diga, sea lo que sea. Mucio Escévola[31] se quemó una mano. ¿Por qué no voy a hacer yo lo mismo en mi vida? Sé que quieren que estudie. Y estudiaré. Pero en algún momento terminaré y entonces lo haré. Solo una cosa le pido a Dios: que me ocurra lo mismo que a los hombres de Plutarco, y actuaré como ellos. Lo haré aún mejor. El mundo entero lo sabrá, todos me amarán y se maravillarán conmigo.» Y, notando unos repentinos sollozos que le oprimían el pecho, rompió a llorar.

—*Êtes-vous indisposé?*[32] —preguntó Dessales.

—*Non* —respondió Nikólenka, y se recostó en la almohada.

«Es bueno y amable; lo quiero —se dijo, pensando en Dessales—. Y ¡el tío Pierre! ¡Oh, qué hombre tan maravilloso! ¿Y mi padre? ¡Padre! ¡Padre! Sí, haré algo de lo que incluso *él* estaría orgulloso…»

Segunda parte

I

El objeto de la historia es la vida de los pueblos y de la humanidad. Parece imposible captar y abarcar con la palabra —describir— la vida no solo de la humanidad, sino ni siquiera la de un solo pueblo.

Todos los historiadores antiguos aplicaban un mismo método para describir y captar algo aparentemente inabaracable como la vida de un pueblo: describían la actividad de individuos únicos que lo gobernaban y esta actividad para ellos representaba la actividad de todo el pueblo.

A las preguntas «¿De qué modo pudieron estos individuos únicos obligar a los pueblos a actuar según su voluntad?» y «¿Cómo se guiaba la voluntad de estos individuos?», los antiguos respondían: reconociendo la existencia de una voluntad divina que somete a los pueblos a la voluntad de un ser elegido (primera pregunta); reconociendo que esa misma divinidad ha guiado la voluntad del ser elegido para que cumpla su objetivo predestinado (segunda pregunta).

Así pues, las dos preguntas se resolvían con la creencia de que la divinidad interviene directamente en los asuntos de la humanidad.

La historia moderna ha rechazado teóricamente estas dos tesis.

Podría parecer que, al haber rechazado la creencia de los antiguos de que el ser humano está sometido a una divinidad y de que los pueblos avanzan hacia un objetivo determinado, la historia moderna no debería estudiar las manifestaciones del poder, sino las causas que lo forman. Pero no es así. En teoría rechaza las concepciones de los antiguos, pero en la práctica las sigue.

En el lugar de los individuos dotados de poder divino guiados directamente por una voluntad divina, la historia moderna ha colocado a héroes dotados de cualidades extraordinarias y sobrehumanas, o sencillamente a individuos de las más diversas índoles, desde monarcas hasta periodistas, que guían a las masas. En el lugar que ocupaban el objetivo de los pueblos —hebreo, griego, romano— de acuerdo con los deseos de una divinidad y que a los antiguos les parecía que coincidían con el objetivo del progreso de la humanidad, la historia moderna ha dispuesto su propio objetivo: el bien del

pueblo francés, alemán, inglés, y, en su máxima abstracción, el bien de la civilización humana, por la que comúnmente se sobreentiende a los pueblos que ocupan un rinconcito al noroeste de un gran continente.

La historia moderna ha rechazado las creencias antiguas sin haber puesto en su lugar una nueva concepción, y la lógica ha obligado a los historiadores, que aparentemente han descartado el poder divino de los soberanos y el *fatum* de los antiguos, a llegar por otro camino a lo mismo, esto es, a reconocer: 1) que los pueblos son guiados por individuos únicos; 2) que existe un objetivo determinado hacia el que avanzan los pueblos y la humanidad.

Todas las obras de los historiadores contemporáneos, desde Gibbon[33] hasta Buckle[34], a pesar de sus supuestos desacuerdos y de la aparente novedad de sus puntos de vista, se asientan sobre estas dos viejas e inevitables tesis.

En primer lugar, el historiador describe la actividad de personas aisladas que, en su opinión, dirigen a la humanidad: unos consideran como tales solo a los monarcas, a los jefes militares y a los ministros; otros, además de a los monarcas, también a los oradores, a los científicos, a los reformadores, a los filósofos y a los poetas. En segundo lugar, el historiador conoce el objetivo hacia el que avanza la humanidad: para unos este objetivo es la grandeza del Estado romano, español o francés; para otros es la libertad, la igualdad y un determinado tipo de civilización de un rinconcito del mundo llamado Europa.

En 1789 se produce en París un estallido que va creciendo, extendiéndose y que acaba manifestándose en un movimiento de los pueblos de Occidente hacia Oriente. Este movimiento se dirige varias veces hacia Oriente y tropieza con otro movimiento en dirección contraria. En 1812 el movimiento llega a su límite máximo, Moscú, y, con una admirable simetría se inicia un movimiento en sentido contrario de Oriente a Occidente, arrastrando consigo, exactamente igual como sucedió con el primero, a los pueblos centroeuropeos. El movimiento de vuelta llega a París, su punto de partida en Occidente, y se apacigua.

A lo largo de este período de veinte años cantidades inmensas de campos se dejan sin labrar, se queman las casas, el comercio cambia de dirección, se arruinan millones de personas, otras se enriquecen, otras tienen que emigrar, y millones de cristianos, que profesan la ley del amor al prójimo, se matan entre sí.

¿Qué significa todo esto? ¿Por qué ha ocurrido? ¿Qué ha hecho que estas personas quemen las casas y maten a sus semejantes? ¿Cuáles han sido las razones de estos acontecimientos? ¿Qué fuerza ha obligado a la gente a actuar

así? Estas son las preguntas espontáneas, ingenuas y legítimas que uno se hace al tropezar con los monumentos y las tradiciones del período pasado de este movimiento.

Para resolver estas preguntas el sentido común humano recurre a la ciencia de la historia, que tiene como fin el conocimiento de los pueblos y de la humanidad.

Si la historia aún creyera en las antiguas concepciones, diría: «La divinidad, para recompensar o castigar a su pueblo, dio poder a Napoleón y guió su voluntad con el fin de alcanzar unos objetivos divinos». Y la respuesta sería clara y completa. Puede creerse o no en el principio divino de Napoleón, pero para quien crea en él toda la historia de ese período sería comprensible y no podría haber contradicción alguna.

Pero la historia moderna no puede responder de este modo. La ciencia no reconoce las ideas de los antiguos sobre la intervención directa de la divinidad en los asuntos humanos y por tanto debe dar otras respuestas.

Para responder a estas preguntas la historia moderna dice: «¿Queréis saber qué significa este movimiento, por qué se produjo y qué fuerza originó estos acontecimientos? Escuchad:

»Luis XIV era un hombre muy orgulloso y soberbio; tenía tales amantes y tales ministros, y gobernó mal Francia. Sus herederos fueron asimismo hombres débiles que también gobernaron mal. Y tuvieron tales favoritos y tales amantes. Además, en aquel tiempo hubo gente que se dedicó a escribir libros. A finales del siglo XVIII se reunieron en París unas veinte personas que proclamaron que todos los hombres son iguales y libres. Esto suscitó que los franceses empezaran a masacrarse y ahogarse en el agua unos a otros, que mataran a reyes y a mucha otra gente. Por aquel entonces había en Francia un hombre genial llamado Napoleón. Donde quiera que estuviese vencía a todo el mundo, es decir, mataba a muchas personas, porque era realmente genial. Y por algún motivo viajó a África para matar africanos, y lo hizo tan bien y fue tan astuto e inteligente que al volver a Francia ordenó que todo el mundo se le sometiera. Y le obedecieron. Una vez convertido en emperador se dedicó de nuevo a matar italianos, austríacos y prusianos. Y mató a muchísimos. En aquel entonces reinaba en Rusia el emperador Alejandro, que, decidido a restablecer el orden en Europa, luchó contra Napoleón. Pero en 1807 de pronto se hicieron amigos, aunque en 1811 riñeron y de nuevo mataron a mucha gente. Napoleón llevó consigo a seiscientos mil hombres hasta Rusia y conquistó Moscú; pero después huyó repentinamente y entonces el emperador Alejandro, guiado por los consejos de Stein y de otros, logró unir Europa

entera para que se alzara contra el perturbador de su paz. Los aliados derrotaron a Napoleón, irrumpieron en París, lo obligaron a abdicar y lo mandaron a la isla de Elba, sin privarle del rango de emperador y ofreciéndole muchas muestras de respeto, a pesar de que cinco años antes y uno después todos lo consideraran un bandido fuera de la ley. Entonces empezó el reinado de Luis XVIII, del que hasta entonces tanto los franceses como los aliados se habían reído. Napoleón, derramando lágrimas ante la vieja Guardia, abdicó y partió hacia el destierro. Más tarde hábiles hombres de Estado y diplomáticos (sobre todo Talleyrand, que logró sentarse antes que otro en cierto sillón, desde donde amplió las fronteras de Francia) se reunieron en Viena y sus negociaciones fueron fuente de alegría para unos pueblos y de desgracia para otros. Pero de pronto los diplomáticos y las monarquías entraron en disputas; ya estaban preparados para ordenar a sus ejércitos que se mataran entre sí cuando Napoleón volvió a Francia con un batallón, y los franceses, que lo odiaban, se sometieron inmediatamente a él. Este hecho enojó a las monarquías aliadas, que volvieron a luchar contra los franceses. El genial Napoleón fue vencido y lo enviaron a la isla de Santa Elena, considerándolo de pronto un bandido. Allí, desterrado, separado de sus seres queridos y de su amada Francia, murió lentamente en una roca, legando a la posteridad sus grandes acciones. Entretanto en Europa se produjo una reacción y todos los soberanos empezaron a oprimir de nuevo a los pueblos».

Sería un error pensar que esto es una burla, una caricatura de las descripciones históricas. Todo lo contrario: se trata de la expresión más suave de las contradictorias respuestas, que no contestan a las preguntas, de *todos* los historiadores, desde los autores de memorias y de tratados de historia de Estados particulares hasta autores de tratados generales y de un nuevo tipo de historia de la *cultura* de aquel tiempo.

El efecto extraño y cómico de estas respuestas se debe a que la historia moderna se parece a un hombre sordo que contesta a preguntas que nadie le ha hecho.

Si el objetivo de la historia es describir los movimientos de la humanidad y de los pueblos, la primera pregunta a la que hay que responder porque de otro modo nada más se entiende es la siguiente: «¿Cuál es la fuerza que mueve a los pueblos?». Para esta pregunta la historia moderna nos dice ansiosamente o que Napoleón fue un gran genio, o que Luis XIV era muy orgulloso, o también que tales escritores escribieron tales y cuales libros.

Todo esto es muy posible y la humanidad está dispuesta a aceptarlo, pero no es esa la pregunta que se había formulado. Podría tener interés si

admitiéramos la divinidad de un poder, basado en sí mismo e inmutable, que guía al pueblo valiéndose de Napoleones, Luises y escritores, pero, como no reconocemos semejante poder, antes de hablar de Napoleones, Luises y escritores hay que demostrar la relación esencial que existe entre estos personajes y el movimiento de los pueblos.

Si el lugar del poder divino ha sido ocupado por otra fuerza es imprescindible explicar en qué consiste, ya que todo el interés de la historia reside justamente en ella.

Parece como si la historia creyera que esta fuerza se explica por sí misma y que todo el mundo la conoce. Pero, por mucho que se quiera admitir que es conocida, cuando uno lee varios tratados de historia duda sin querer de que esta nueva fuerza, que cada historiador comprende a su manera, sea perfectamente conocida por todo el mundo.

II

¿Cuál es la fuerza que mueve a los pueblos?

Los historiadores especializados en biografías y los historiadores de distintos pueblos entienden esta fuerza como un poder propio de los héroes y de los soberanos. Según sus descripciones, los acontecimientos se producen exclusivamente por voluntad de los distintos Napoleones, Alejandros o, en general, de los personajes que el historiador especializado describe. Las respuestas que este tipo de historiador da a la pregunta sobre qué fuerza mueve los acontecimientos son convincentes, pero solo mientras haya un historiador para cada acontecimiento. Porque, en cuanto los historiadores de nacionalidades y puntos de vista distintos describen un mismo acontecimiento, las respuestas pierden inmediatamente todo el sentido, ya que cada uno entiende la pregunta de un modo no solo diferente, sino a menudo completamente opuesto. Un historiador afirma que tal acontecimiento se originó gracias al poder de Napoleón; otro que se originó gracias al poder de Alejandro; un tercero que fue gracias al poder de cualquier otro personaje. Además, los historiadores de este tipo se contradicen unos a otros incluso al explicar la fuerza en la que se basa el poder de uno u otro personaje. Thiers, bonapartista, dice que el poder de Napoleón se basaba en su virtud y genialidad. Lanfrey, republicano, dice que se basaba en estafar y engañar al pueblo. Así pues, los historiadores de este tipo, al echar por tierra las tesis

contrarias, destruyen el concepto de la fuerza que origina los acontecimientos y no ofrecen ninguna respuesta a la pregunta esencial de la historia.

Los historiadores generales, que estudian a los pueblos en su conjunto, parecen reconocer el desacierto de la visión de los historiadores especializados sobre la fuerza que produce los acontecimientos. No admiten que esta fuerza sea un poder propio de los héroes y de los soberanos, sino que la consideran el resultado de un conjunto de fuerzas dirigidas de modos distintos. Al describir una guerra o el sometimiento de un pueblo, el historiador general no busca la causa del acontecimiento en el poder de un solo individuo, sino en la interacción de un gran número de personajes que han tenido alguna relación con dicho acontecimiento.

Según esta concepción, el poder de los personajes históricos, que se presenta como el resultado de un conjunto de fuerzas, no puede ser considerado una fuerza que produzca por sí misma el acontecimiento. No obstante, en la mayoría de los casos, los historiadores generales plantean el concepto de poder, de nuevo, como una fuerza que produce por sí misma los acontecimientos y que los origina. Según este planteamiento, el personaje histórico es, por un lado, un producto de su tiempo y su poder proviene de distintas fuerzas; por el otro, su poder es la fuerza que produce los acontecimientos. Gervinus, Schlosser y otros, por ejemplo, tan pronto demuestran que Napoleón es producto de la Revolución, de las ideas de 1789, etcétera, como dicen abiertamente que la campaña de 1812 y otras que les disgustan son solo producto de la voluntad mal dirigida de Napoleón, y que las ideas de 1789 fueron atajadas por su despotismo. Las ideas de la Revolución y el sentir general originaron el poder de Napoleón. Y este poder fue precisamente lo que aplastó las ideas de la Revolución y el sentir general.

Esta extraña contradicción no es casual. No solo la encontramos a cada paso que damos, sino que los relatos de los historiadores generales están plagados de secuencias de contradicciones como estas. Y estas contradicciones se producen porque cuando los historiadores generales entran en el terreno del análisis se detienen a mitad de camino.

Para hallar las fuerzas componentes iguales a la fuerza compuesta o resultante es imprescindible que la suma de las componentes sea igual a la compuesta. Y esta es una condición que los historiadores generales jamás observan, por lo que, para explicar la fuerza resultante, se ven obligados a admitir, además de las fuerzas componentes insuficientes, la existencia de otra fuerza inexplicable que actúa de acuerdo con la compuesta.

Cuando el historiador especializado explica la campaña de 1813 o la restauración de los Borbones afirma abiertamente que estos acontecimientos se produjeron por voluntad de Alejandro. Pero el historiador general Gervinus, refutando esta idea del historiador especializado, trata de demostrar que la campaña de 1813 y la restauración de los Borbones tenían su causa en, además de la voluntad de Alejandro, la actividad de Stein, Metternich, *madame* de Staël, Talleyrand, Fichte, Chateaubriand y otros. El historiador, sin duda, ha descompuesto el poder de Alejandro en estos componentes: Chateaubriand, Talleyrand, etcétera; la suma de estos componentes —es decir, la actividad de Chateaubriand, Talleyrand, *madame* de Staël y de otros — sin duda no es igual al conjunto resultante —es decir, al fenómeno de que millones de franceses se sometieran a los Borbones—. Que Chateaubriand, *madame* de Stäel y otros se dijeran tales o cuales palabras solo influyó en sus propias relaciones personales, pero no en el sometimiento de millones de seres humanos. Y por tanto, para explicar cómo es posible que las relaciones personales entre ellos derivaran en el sometimiento de millones de seres humanos —es decir, cómo fuerzas componentes iguales solo a A derivaron en una resultante igual a mil Aes—, el historiador de nuevo se ve obligado a admitir la fuerza del poder que había negado y debe reconocerla como resultado de las fuerzas; es decir, debe admitir una fuerza inexplicable que actúa de acuerdo con la fuerza compuesta. Es lo mismo que hacen los historiadores generales. Y, en consecuencia, no solo contradicen a los historiadores especializados, sino que incluso se contradicen a sí mismos.

Los campesinos, como no tienen un concepto claro de lo que origina la lluvia, dicen, dependiendo de si quieren que llueva o que haga buen tiempo: «El viento ha disipado las nubes» o «El viento ha juntado las nubes». Y los historiadores hacen exactamente lo mismo: cuando coincide con lo que quieren y cuadra con su teoría, afirman que el poder es el resultado de los acontecimientos; y cuando quieren demostrar lo contrario afirman que el poder produce los acontecimientos.

El tercer tipo, los llamados historiadores de la *cultura*, siguiendo el camino abierto por los historiadores generales, que a veces reconocen a los escritores y a algunas damas como fuerzas productoras de acontecimientos, entienden de un modo completamente distinto esta fuerza: la ven en la llamada cultura, en la actividad intelectual.

Los historiadores de la cultura son totalmente coherentes con sus precursores —los historiadores generales—, porque, si los acontecimientos históricos se pueden explicar por las relaciones que hayan podido tener tales o

cuales personajes, entonces ¿por qué no explicarlos por el hecho de que tal o cual persona haya podido escribir este o aquel libro? De la inmensa cantidad de indicios que acompaña a todo fenómeno vivo, estos historiadores eligen el de la actividad intelectual y afirman que constituye la causa. Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos para demostrar que la causa del acontecimiento está en la actividad intelectual, solo haciendo grandes concesiones puede uno admitir que haya algo en común entre esta y el movimiento de los pueblos, pero en ningún caso es admisible que la actividad intelectual dirija los actos de las personas, puesto que ciertos fenómenos como los asesinatos más cruentos de la Revolución francesa —que resultaron de la prédica de la igualdad de los hombres— o las guerras y ejecuciones más viles —que resultaron de la prédica del amor— contradicen esta hipótesis.

Y aun así, incluso si admitimos que todos los enrevesados razonamientos que llenan la historia son correctos y que los pueblos están dirigidos por una fuerza indefinible llamada *idea*, la pregunta esencial de la historia queda igualmente sin respuesta, a no ser que al antiguo poder de los monarcas y a la influencia de los consejeros y de otros individuos introducida por los historiadores generales se sume una nueva fuerza —la *idea*—, cuya relación con las masas exige ser explicada. Es posible entender que Napoleón tenía poder y que por eso se produjo un acontecimiento; haciendo alguna concesión se puede entender también que Napoleón, junto con otras influencias, fuese la causa del acontecimiento. Pero ¿de qué modo un libro como *Le contrat social* pudo hacer que los franceses empezaran a matarse entre sí? Esto no se puede entender sin explicar la relación causal entre la nueva fuerza y el acontecimiento.

Es indudable que existe un vínculo entre todo lo que vive en un mismo espacio temporal; por consiguiente, es posible encontrar cierto vínculo entre la actividad intelectual de las personas y su movimiento histórico, del mismo modo que se puede encontrar entre el movimiento de la humanidad, el comercio, los oficios, la jardinería o lo que uno quiera. Pero sigue siendo difícil comprender por qué los historiadores de la cultura presentan la actividad intelectual como causa o expresión de todo el movimiento histórico. Que hayan llegado a semejante conclusión solo puede explicarse del siguiente modo: 1) la historia la escriben hombres de ciencia, por lo que para ellos es natural y grato pensar que la actividad de su gremio constituye el punto de partida del movimiento de toda la humanidad, del mismo modo que lo sería para los comerciantes, agricultores y soldados (y no lo es únicamente porque ni los comerciantes ni los soldados escriben la historia); 2) la actividad

espiritual, la educación, la civilización, la cultura, el pensamiento, son conceptos vagos, indefinidos, bajo cuya bandera es muy cómodo emplear palabras que tienen un significado aún menos claro y que pueden aplicarse fácilmente a cualquier teoría.

Pero ya sin hablar del mérito intrínseco de este tipo de historia (tal vez necesaria para alguien o para algo), la historia de la cultura, a la que empiezan a reducirse cada vez más todas las historias generales, es significativa porque, al estudiar con detalle y seriedad las diferentes doctrinas religiosas, filosóficas y políticas como causa de los acontecimientos, cada vez que tiene que describir un acontecimiento verdaderamente histórico, como por ejemplo la campaña de 1812, lo explica a su pesar como un producto del poder, diciendo abiertamente que esta campaña no fue más que el producto de la voluntad de Napoleón. Al hablar así, los historiadores de la cultura se contradicen a sí mismos sin querer o demuestran que esa nueva fuerza que ellos se han inventado no expresa los acontecimientos históricos y que el único medio para comprender la historia es admitir el poder que, por lo visto, no reconocen.

III

Hay una locomotora en marcha y alguien pregunta quién la mueve. El campesino dice que el diablo. Otro dice que avanza por el movimiento de las ruedas. Y un tercero sostiene que la causa hay que buscarla en el humo que se lleva el viento.

La afirmación del campesino es irrebatible. Para refutarlo es necesario demostrarle que el diablo no existe o que otro campesino le explique que no es el diablo quien mueve la locomotora, sino un alemán. Solo entonces, al ver sus contradicciones, ambos se darán cuenta de que ninguno lleva razón. Pero quien afirma que el avance de la locomotora se debe al movimiento de las ruedas se refuta a sí mismo, ya que si ha entrado en el terreno del análisis tendrá que ir cada vez más lejos hasta explicar qué origina el movimiento de las ruedas. Y hasta que no llegue a la última causa del movimiento de la locomotora —el vapor comprimido en la caldera— no tendrá derecho a interrumpir su búsqueda. En cuanto a quien explica el movimiento de la locomotora por el humo que el viento lleva detrás de ella, su razonamiento es evidente: como se ha dado cuenta de que la explicación del movimiento de las

ruedas no ofrece la causa, ha tomado el primer indicio que ha observado y lo ha presentado como causa.

El único concepto que puede explicar el movimiento de la locomotora es el de una fuerza igual al movimiento visible. Y el único concepto mediante el cual se puede explicar el movimiento de los pueblos es el concepto de una fuerza igual a todo el movimiento de los pueblos.

No obstante, los distintos historiadores comprenden bajo este concepto fuerzas completamente diferentes, ninguna de ellas parecidas al movimiento visible. Unos ven en él la fuerza inherente a los héroes, del mismo modo que el campesino ve al diablo en la locomotora; otros, la fuerza derivada de otras fuerzas, como el movimiento de las ruedas; los terceros, la influencia intelectual, como el humo que se lleva el viento.

Mientras se escriba una historia de personajes individuales, ya sean César, Alejandro, Lutero o Voltaire, y no la historia de *todos* los que participaron en un acontecimiento, sin una sola excepción, no será posible dejar de atribuir a personajes individuales las fuerzas que obligan a la gente a dirigir sus acciones hacia un determinado objetivo. Y el único concepto que conocen los historiadores es el de poder.

Este concepto es la única manivela con la que el material de la historia puede ser dominado tal como está expuesto actualmente, y quien la rompa, como ha hecho Buckle, sin haber aprendido otro método para tratar el material histórico, se priva de la última posibilidad de tratarlo. Los propios historiadores generales y de la cultura son los que mejor demuestran la inevitabilidad del concepto de poder para explicar los acontecimientos históricos y, aunque supuestamente renieguen de él, lo utilizan inevitablemente a cada paso.

Hasta ahora, respecto a la cuestión de la humanidad, la ciencia histórica se asemeja al dinero en circulación, tanto en papel como en moneda. Las biografías y las historias de pueblos particulares son como billetes: pueden circular y desempeñar su papel sin perjudicar a nadie, incluso con cierta utilidad, mientras no se plantee la exigencia de garantías. Basta olvidar la incógnita de cómo la voluntad de los héroes origina los acontecimientos, y las historias de los Thiers serán interesantes y aleccionadoras y, además, tendrán un matiz poético. Pero del mismo modo que surge la duda sobre el valor real de los billetes —ya sea porque con lo fácil con que se fabrican empiezan a expedirse en grandes cantidades, o bien porque alguien los quiere cambiar por oro—, surge también la duda del significado real de las historias de este tipo, ya sea porque son demasiado abundantes, o bien porque alguien pregunta con

toda su ingenuidad: «¿Con qué fuerza hizo esto Napoleón?». Es decir, cuando alguien quiere cambiar un billete en circulación por el oro puro del concepto real.

Los historiadores generales y los de la cultura son como las personas que, viendo la incomodidad de los billetes, deciden fabricar en su lugar monedas metálicas sin la densidad del oro. La moneda que saldrá será *sonante*, efectivamente, pero nada más que eso. Los billetes todavía pueden engañar a los ignorantes, pero una moneda sonante sin ningún valor no puede engañar a nadie. Del mismo modo que el oro solo es oro cuando puede ser utilizado no solo como cambio, sino también para cosas reales, los historiadores generales solo serán oro cuando sean capaces de contestar a la cuestión esencial de la historia: ¿qué es el poder? Los historiadores generales dan respuestas contradictorias, mientras que los de la cultura lo eluden y responden a algo totalmente distinto. Y, del mismo modo que las fichas que se parecen al oro solo pueden valer como oro entre quienes aceptan reconocerlas o entre quienes desconocen sus propiedades, los historiadores generales y los de la cultura, sin responder a las cuestiones esenciales de la humanidad, sirven, para sus propios objetivos, a las universidades y a la masa de lectores amantes de los libros serios, como los llaman.

IV

Habiendo renunciado a la antigua idea acerca de la sumisión divina de la voluntad del pueblo a un ser elegido y acerca de la sumisión de esta voluntad a una divinidad, la historia no puede dar ni un paso sin contradecirse si no elige uno de estos dos caminos: o bien volver a la antigua creencia de que la divinidad participa directamente en los asuntos humanos, o bien explicar de manera concreta el significado de esta fuerza productora de los acontecimientos históricos que llamamos poder.

Volver al primer camino es imposible: semejante creencia ha sido destruida, lo que hace imprescindible explicar el significado del poder.

Napoleón ordenó reunir el ejército y marchar a la guerra. Estamos hasta tal punto acostumbrados a esta idea y nos resulta tan familiar que la siguiente pregunta nos parece absurda: «¿Por qué seiscientos mil hombres van a la guerra cuando Napoleón pronuncia determinadas palabras?». «Porque tenía poder y, en consecuencia, sus órdenes eran cumplidas.»

Esta respuesta es plenamente satisfactoria si creemos que el poder le fue concedido por Dios. Pero basta con que no admitamos tal idea para que nos sea imprescindible determinar en qué consiste este poder de un solo hombre sobre los demás.

Este poder no puede ser el poder directo de la superioridad física de un ser fuerte sobre otro débil, basada en la aplicación de la fuerza física o en la amenaza de aplicarla, como el poder de Hércules; tampoco se puede basar en la superioridad de la fuerza moral, como piensan en su ingenuidad ciertos historiadores cuando afirman que los personajes históricos son héroes, es decir, seres humanos dotados de una fuerza espiritual e intelectual particular llamada genio. Este poder no se puede basar en la superioridad de la fuerza moral, pues, ya sin hablar de héroes como Napoleón, cuyas cualidades morales despiertan opiniones muy discordantes, la historia nos muestra que ni los Luises XI, ni los Metternich, que gobernaban a millones de personas, gozaban de una fuerza espiritual especial, sino que, al contrario, eran en su gran mayoría moralmente más débiles que los millones de personas a las que gobernaban.

Si la fuente de poder no está ni en las cualidades físicas ni morales de la persona, es evidente que debe hallarse fuera de la persona, es decir, en su relación con las masas.

Así es justamente como la ciencia del derecho entiende el poder, esa misma ciencia que, como una caja de cambio de la historia, promete cambiar el concepto histórico de poder por oro puro.

El poder es la suma de cada una de las voluntades de las masas transmitida por acuerdo expreso o tácito a los gobernantes elegidos por ellas.

En el campo de la ciencia del derecho, que se compone de razonamientos sobre cómo deben organizarse el Estado y el poder —si es que es posible organizarlos—, todo resulta muy claro; pero en su aplicación a la historia esta definición de poder exige algunas explicaciones.

La ciencia del derecho considera el Estado y el poder como los antiguos consideraban el fuego: como algo que existe indudablemente. Para la historia, en cambio, el Estado y el poder son simplemente un fenómeno, del mismo modo que para la física de hoy en día el fuego no es un elemento, sino un fenómeno.

De esta diferencia fundamental de punto de vista entre la historia y la ciencia del derecho se deriva que esta última pueda explicar con todo detalle cómo habría, en su opinión, que organizar el poder y definir qué es este poder inmutable fuera del tiempo; pero es incapaz de dar ninguna respuesta a las

preguntas históricas sobre el significado del poder como algo que cambia con el tiempo.

Si el poder es una suma de voluntades transferidas a un gobernante, ¿es entonces Pugachov el representante de la voluntad de las masas? Si no lo es, ¿por qué lo es Napoleón I? ¿Por qué Napoleón III era un delincuente cuando lo detuvieron en Boulogne[35] y más tarde lo fueron los hombres a los que él detuvo?

En las revoluciones palaciegas en las que a veces intervienen dos o tres individuos ¿se transfiere también la voluntad de las masas a una nueva persona? En las relaciones internacionales ¿se transfiere la voluntad de las masas populares a quien las ha conquistado? ¿Fue en 1808 transferida a Napoleón la voluntad de la Confederación del Rin[36]? ¿Fue en 1809 transferida a Napoleón la voluntad de las masas del pueblo ruso cuando nuestro ejército, aliado con el francés, fue a combatir contra Austria?

Estas preguntas pueden ser respondidas de tres formas que se excluyen entre sí:

1) Admitiendo que la voluntad de las masas se transfiere siempre incondicionalmente al gobernante o a los gobernantes que ellas han elegido y, por lo tanto, que cualquier nuevo poder que surja, cualquier lucha contra el poder ya transferido, debe considerarse solamente una violación del verdadero poder.

2) Admitiendo que la voluntad de las masas se transfiere a los gobernantes con unas condiciones determinadas y concretas, y demostrando que todas las restricciones, fricciones e incluso la propia destrucción del poder derivan de que los gobernantes no cumplan las condiciones con las cuales se les transfirió este poder.

3) Admitiendo que la voluntad de las masas se transfiere a los gobernantes condicionalmente, pero con unas condiciones desconocidas, indefinidas, y que la multiplicación de poderes, los conflictos y derrocamientos se deben únicamente al mayor o menor cumplimiento por parte de los gobernantes de esas condiciones desconocidas conforme a las cuales la voluntad de las masas se transmite de unas personas a otras.

De estas tres formas explican los historiadores la relación de las masas con los gobernantes.

Algunos historiadores, sin entender en su simpleza la cuestión del significado del poder —esos mismos historiadores especializados y biógrafos de los que hemos hablado anteriormente—, parecen reconocer que la suma de las voluntades de las masas se transfiere incondicionalmente a los personajes

históricos y, por este motivo, cuando definen un poder cualquiera consideran que es el absoluto y verdadero, y que cualquier otra fuerza que se le oponga no es poder, sino un atentado a este, es decir, violencia.

Su teoría, válida para épocas primitivas y pacíficas de la historia, tiene el inconveniente, cuando se aplica a períodos complejos y violentos de la vida de los pueblos en pugna en los que surgen varios poderes al mismo tiempo, que se pelean entre sí, de que el historiador legitimista intentará demostrar que la Convención, el Directorio y Bonaparte no fueron más que un quebrantamiento del poder, mientras que el republicano y bonapartista intentará demostrar que el verdadero poder eran la Convención o el Imperio, y que el quebrantamiento del poder era todo lo demás. Es evidente que, al refutarse de este modo unos a otros, las explicaciones que los historiadores dan de lo que es el poder solo valen a niños pequeños.

Conscientes de la falsedad de este modo de ver la historia, hay otro tipo de historiadores que afirma que el poder está basado en una transmisión condicional a los gobernantes de la voluntad de las masas en conjunto, y que los personajes históricos tienen poder solo si cumplen el programa que le ha ordenado la voluntad popular por acuerdo táctico.

Pero lo que no nos dicen los historiadores es en qué consisten estas condiciones y, si lo dicen, no dejan de contradecirse unos a otros.

Cada historiador, según su idea de lo que constituye el objetivo del movimiento de los pueblos, ve estas condiciones en la grandeza, la riqueza, la libertad, la educación de los ciudadanos de Francia o de otro Estado. Pero, sin necesidad de referirnos a las contradicciones de los historiadores y admitiendo incluso que existe un programa de estas condiciones común a todos, observaremos que los hechos históricos contradicen casi siempre esta teoría. Si entre las condiciones bajo las que el poder es transferido están la riqueza, la libertad y la educación del pueblo, ¿por qué los Luises XIV y los Ivanes IV[37] vivieron tranquilamente hasta el final de su reinado, mientras que los Luises XVI y los Carlos I fueron ajusticiados por el pueblo? A esta pregunta los historiadores responden que la actividad de Luis XIV, contraria al programa, tuvo repercusiones en Luis XVI. Pero ¿por qué no las tuvo en Luis XIV ni en Luis XV? ¿Por qué tuvo que tenerlas precisamente en Luis XVI? Y ¿cuál es el período de estas repercusiones? Para tal pregunta no hay ni puede haber respuestas. Esta concepción da también escasa explicación de por qué la suma de las voluntades permanece en manos de esos gobernantes y sus herederos a lo largo de varios siglos, y después, de pronto, en cincuenta años se transfiere a la Convención, al Directorio, a Napoleón, a

Alejandro, a Luis XVIII, de nuevo a Napoleón, a Carlos X, a Luis Felipe, al gobierno republicano y a Napoleón III. Al dar cuenta de estas rápidas transmisiones de voluntad de un individuo a otro y, especialmente, en el caso de las relaciones internacionales, conquistas y alianzas, los historiadores deben reconocer a su pesar que una parte de estos fenómenos ya no supone una transmisión normal de la voluntad del pueblo, sino del azar, que depende tanto de la astucia como del error, la perfidia o la debilidad de un diplomático, de un monarca o del líder de un partido. Y, así, la mayor parte de los fenómenos históricos —guerras civiles, revoluciones y conquistas— se presentan según estos historiadores no ya como el resultado de la transmisión de voluntades libres, sino como el resultado de la voluntad mal dirigida de uno o varios individuos, es decir, de nuevo, como un quebrantamiento del poder. Este es el motivo de que los acontecimientos históricos se presenten, en manos de los historiadores de esta categoría, como desviaciones de la teoría.

Estos historiadores son como si un botánico, al observar que algunas plantas salen de la semilla con dos cotiledones, insistiera en que todo cuanto crece se desdobla en dos hojas, y en que las palmeras, las setas y hasta los robles, que cuando alcanzan su pleno desarrollo ya no tienen dos hojas que se parezcan, se desvían de la teoría.

Los historiadores de la tercera categoría admiten que la voluntad de las masas se transmite condicionalmente a los personajes históricos, pero que desconocemos tales condiciones. Dicen que los personajes históricos tienen el poder solo porque cumplen la voluntad que les han transferido las masas.

Pero, en este caso, si la fuerza que mueve a los pueblos no está en los personajes históricos sino en el propio pueblo, ¿cuál es entonces el significado de los personajes históricos?

Estos historiadores afirman que los personajes históricos expresan la voluntad de las masas; su actividad representa la de las masas.

Pero en tal caso surge la siguiente pregunta: ¿sirve toda la actividad de los personajes históricos como expresión de la voluntad de las masas o solo una parte de ella? Si toda la actividad de los personajes históricos sirve como expresión de la voluntad de las masas, como algunos creen, entonces las biografías de Napoleón y de Catalina, con todos los detalles de los chismes de la Corte, sirven como expresión de la vida de los pueblos, lo cual es un claro disparate; pero si solo una parte de la actividad del personaje histórico sirve como expresión de la vida de los pueblos, como creen otros supuestos historiadores filósofos, entonces para determinar qué parte de la actividad del

personaje histórico expresa la vida del pueblo hay que saber previamente en qué consiste esta vida.

Al tropezar con semejante dificultad, los historiadores de esta categoría inventan una abstracción de lo más vaga, intangible y general a la que se puede acomodar el mayor número de acontecimientos, y dicen que en esta abstracción se encuentra el objetivo del movimiento de la humanidad. Las abstracciones más habituales que aceptan casi todos los historiadores son: la libertad, la igualdad, la educación, el progreso, la civilización y la cultura. Habiendo puesto como objetivo del movimiento de la humanidad una abstracción cualquiera, los historiadores estudian a los personajes que han dejado tras de sí la mayor cantidad de monumentos —zares, ministros, jefes militares, escritores, reformadores, papas, periodistas— en la medida en que, a su juicio, todos ellos han contribuido o se han opuesto a una determinada abstracción. Pero, como no está demostrado que el objetivo de la humanidad sea la libertad, la igualdad, la educación o la civilización, y como la relación entre las masas, los gobernantes y los educadores de la humanidad se basa únicamente en la suposición arbitraria de que la suma de cada una de las voluntades de las masas se transfiere siempre a los individuos que nos parecen relevantes, la actividad de los millones de personas que emigran, queman casas, dejan de cultivar la tierra y se aniquilan mutuamente nunca queda reflejada en la descripción de la actividad de una decena de individuos que no queman casas, se dedican a cultivar la tierra y no matan a sus semejantes.

La historia ofrece pruebas de esto a cada paso. ¿Acaso la efervescencia de los pueblos de Occidente a finales del siglo pasado y su ambición por Oriente se explica por la actividad de Luis XIV, XV y XVI, sus amantes, ministros, y por la vida de Napoleón, Rousseau, Diderot, Beaumarchais y otros?

¿Acaso el movimiento del pueblo ruso hacia el este —Kazán y Siberia— se refleja en los detalles del carácter enfermizo de Iván IV y en su correspondencia con Kurbski?[38]

¿Acaso se explica el movimiento de los pueblos durante las cruzadas por la vida de los Godofredos, Luises y sus damas? Para nosotros el movimiento de los pueblos de oeste a este, sin ningún objetivo, sin un mando, con una multitud de vagamundos y Pedro el Ermitaño, resulta incomprensible. Y aún más incomprensible resulta el cese de tal movimiento cuando los personajes históricos establecían claramente un objetivo razonable y sagrado: la liberación de Jerusalén. Los papas, los reyes y los caballeros empujaban al pueblo a liberar la Tierra Santa; pero el pueblo se negaba porque la razón

desconocida que lo había empujado a moverse antes ya no existía. La historia de los Godofredos y de los *minnesängers*[39] no puede abarcar la vida de los pueblos. Además, la historia de los Godofredos y de los *minnesängers* ha quedado como la historia de los Godofredos y de los *minnesängers*, mientras que la vida de los pueblos y sus impulsos ha quedado como una incógnita.

La historia de los escritores y de los reformadores nos explicará aún menos la vida de los pueblos.

La historia de la cultura nos explicará las aspiraciones y condiciones de la vida, los pensamientos de un escritor o de un reformador. Sabremos que Lutero tenía un carácter irascible y que decía esto y aquello; que Rousseau era desconfiado y escribía tales y cuales libros. Pero no sabremos el motivo por el que, después de la Reforma, los pueblos se masacraron unos a otros, ni por qué durante la Revolución francesa las personas se ejecutaron unas a otras.

Si unimos estas dos historias, como hacen los historiadores contemporáneos, obtendremos la historia de los monarcas y de los escritores, pero no la historia de la vida de los pueblos.

V

La vida de los pueblos no puede englobarse en la vida de unos cuantos personajes, ya que no se ha encontrado el vínculo entre ambos. La teoría de que este vínculo se basa en la transmisión de la suma de cada una de las voluntades de las masas a los personajes históricos es una mera hipótesis que no ha sido confirmada por la experiencia de la historia.

La teoría de la transmisión de la suma de cada una de las voluntades de las masas a los personajes históricos tal vez explique muchas cuestiones en el campo de la ciencia del derecho, y tal vez sea necesaria para sus objetivos; pero, aplicada a la historia, en cuanto surgen revoluciones, conquistas, guerras civiles —es decir, en cuanto empieza la historia— no explica nada en absoluto.

Esta teoría parece irrefutable precisamente porque el acto de la transmisión de la voluntad popular no puede ser comprobado.

Sea cual sea el acontecimiento que se produzca e independientemente de quien lo encabece, esta teoría siempre podrá afirmar que tal personaje se puso al frente del acontecimiento porque le había sido transmitida la suma de las voluntades.

Las respuestas que esta teoría da a las cuestiones históricas se parecen a las de un hombre que, al mirar un rebaño en movimiento, sin tener en cuenta las diversas calidades de los pastos en los diferentes lugares del campo ni la labor del pastor, juzgara el motivo de que el rebaño vaya en una u otra dirección por el animal que va delante.

«El rebaño va en tal dirección porque el animal que va delante lo dirige, y la suma de cada una de las voluntades del resto de los animales ha sido transmitida a este líder del rebaño.» Así responde la primera categoría de historiadores que postulan la transmisión incondicional del poder.

«Si los animales que encabezan el rebaño son reemplazados es porque la suma de cada una de las voluntades de los animales se transfiere de un líder a otro dependiendo de si este avanza en la dirección elegida por todo el rebaño». Así responden los historiadores que dicen que la suma de voluntades de las masas se transmite a los dirigentes con unas condiciones que consideran conocidas. (Con este método de observación ocurre muy a menudo que el observador, influido por la dirección elegida, considera líderes a quienes, después de producirse un cambio de dirección de las masas, ya no van delante, sino a un lado y a veces detrás.)

«Si los animales que van al frente son reemplazados continuamente y la dirección del rebaño no deja de cambiar es porque para tomar la dirección que conocemos los animales transmiten su voluntad a los que nos parecen destacados; por lo tanto, para estudiar el movimiento del rebaño hay que observar a los animales que nos parecen destacados y que avanzan desde todas partes del rebaño». Así hablan los historiadores de la tercera categoría, que ven una expresión de su tiempo en todos los personajes históricos, desde los monarcas hasta los periodistas.

La teoría de la transmisión de las voluntades de las masas a los personajes históricos no es más que una perífrasis, la repetición de la pregunta con otras palabras.

¿Cuál es la razón de los acontecimientos históricos? El poder. ¿Qué es el poder? Una suma de voluntades transmitidas a un individuo. ¿En qué condiciones se transmite la voluntad de las masas a un individuo? Cuando el individuo representa la voluntad de todas las personas. Es decir, el poder es el poder. Es decir, el poder es una palabra cuyo significado no entendemos.

Si la esfera del conocimiento humano se limitara al pensamiento abstracto, al someter a crítica la explicación que la *ciencia* da del poder, la humanidad llegaría a la conclusión de que el poder es solo una palabra y de que en

realidad no existe. Pero para conocer los acontecimientos, además del pensamiento abstracto, el ser humano dispone del instrumento de la experiencia, con la que comprueba los efectos del pensamiento. Y la experiencia dice que el poder no es una simple palabra, sino un fenómeno que realmente existe.

Aun sin decir que sin el concepto de poder no se puede describir la actividad conjunta de las personas, la existencia del poder se ve demostrada tanto por la historia como por la observación de los acontecimientos contemporáneos.

Cada vez que se produce un acontecimiento surgen uno o varios individuos por cuya voluntad parece que se haya producido el acontecimiento. Napoleón III da una orden y los franceses se dirigen a México. El rey de Prusia y Bismarck dan una orden y el ejército marcha hacia Bohemia. Napoleón I lo ordena y el ejército marcha hacia Rusia. Alejandro I lo ordena y los franceses se someten a los Borbones. La experiencia nos demuestra que sea cual sea el acontecimiento siempre estará vinculado a la voluntad de uno o varios individuos que lo han ordenado.

Los historiadores, por la vieja costumbre de pensar que la divinidad interviene en los asuntos humanos, quieren ver la causa del acontecimiento en la expresión de la voluntad del individuo investido de poder; pero esta conclusión no se ve refrendada por la razón ni la experiencia.

Por un lado, la razón muestra que la expresión de la voluntad de un individuo —sus palabras— no es más que una parte de la actividad conjunta que se manifiesta en el acontecimiento, como por ejemplo, en una guerra o en una revolución; por tanto, sin admitir una fuerza sobrenatural incomprensible —un milagro—, no se puede decir que las palabras puedan ser la causa directa del movimiento de millones de hombres. Por otro lado, incluso si admitimos que las palabras pueden causar el acontecimiento, la historia demuestra que en muchas ocasiones la expresión de la voluntad de los personajes históricos no produce ningún efecto, es decir, que sus órdenes a menudo no solo no son cumplidas, sino que a veces se hace justo lo contrario de lo que decían.

Si no reconocemos una intervención divina en los asuntos de la humanidad, no podemos considerar que el poder sea la causa de los acontecimientos.

El poder, desde el punto de vista de la experiencia, no es más que la dependencia que existe entre la expresión de la voluntad de un individuo y su cumplimiento por parte de otras personas.

Para explicarnos las condiciones de esta dependencia antes de nada debemos reconsiderar el concepto de voluntad, relacionándolo con el ser humano y no con la divinidad.

Si una divinidad da una orden que expresa su voluntad, tal como nos muestra la historia de los antiguos, la expresión de tal voluntad es independiente del tiempo y no está causada por nada, puesto que la divinidad no tiene ninguna relación con el acontecimiento. Pero, al hablar de órdenes —expresiones de la voluntad de los seres humanos que actúan en el tiempo y que están vinculados entre sí—, para explicar su relación con los acontecimientos debemos reconsiderar: 1) las condiciones de todo cuanto se lleva a efecto: la continuidad del movimiento en el tiempo tanto de los acontecimientos como del individuo que da las órdenes; 2) la condición del vínculo necesario entre el individuo que da la orden y las personas que la cumplen.

VI

Solo la expresión de una voluntad divina que no depende del tiempo puede relacionarse con toda una serie de acontecimientos que van a producirse al cabo de los años o los siglos, y solo la divinidad puede determinar por su sola voluntad, sin que nada la provoque, la dirección del movimiento de la humanidad; pero el ser humano actúa en el tiempo y participa en los acontecimientos.

Si reconsideramos la primera condición omitida —el tiempo—, veremos que no hay ni una sola orden que pueda cumplirse sin la existencia de otra precedente que hace posible el cumplimiento de la siguiente.

No hay ninguna orden que surja espontáneamente y no abarque toda una serie de acontecimientos; pero cada orden deriva de otra y nunca se refiere a una serie entera de acontecimientos, sino a un solo momento del acontecimiento.

Cuando decimos, por ejemplo, que Napoleón ordenó a su ejército ir a la guerra estamos uniendo en una misma orden expresada una serie de órdenes consecutivas dependientes unas de otras. Napoleón no pudo ordenar una campaña contra Rusia y jamás lo hizo. Un día ordenó escribir tal o cual documento a Viena, Berlín y San Petersburgo, y al día siguiente tales decretos y órdenes para el ejército, la flota, la intendencia, etcétera, etcétera: millones

de órdenes que componían una serie que se correspondía con otra serie de acontecimientos que llevaron al ejército francés a Rusia.

Si a lo largo de su reinado Napoleón da órdenes para una expedición a Inglaterra, le dedica más tiempo y esfuerzos que a ninguna otra de sus empresas y, aun así, en todo su reinado no intenta ni una sola vez cumplir su propósito, sino que emprende la expedición a Rusia, con la que, según expresó en más de una ocasión, considera ventajoso aliarse, esto ocurre porque las primeras órdenes no se correspondían con la serie de acontecimientos, mientras que las segundas sí.

Para que una orden sea fielmente cumplida es preciso que quien la dé ordene algo que pueda llevarse a término. Pero es imposible saber lo que puede y no puede llevarse a término, no solo en la campaña napoleónica contra Rusia, en la que participan millones de hombres, sino también en los acontecimientos más sencillos, ya que al llevar a cabo una cosa y otra siempre pueden aparecer millones de obstáculos. Por cada orden que se cumple hay muchísimas otras que no se cumplen. Las órdenes imposibles no están vinculadas con el acontecimiento y no son cumplidas. Solo las que son posibles están vinculadas con una serie consecutiva de órdenes que se corresponden con otra serie de acontecimientos y que son cumplidas.

Nuestra idea errónea de que la orden que precede al acontecimiento es su causa se debe a que, cuando el acontecimiento se ha producido y de las miles de órdenes solo se han cumplido las que estaban vinculadas con él, olvidamos las que no se han cumplido porque no podían cumplirse. Además, la fuente principal de nuestro error en este sentido proviene de que en el relato histórico hay toda una serie de innumerables, variados e insignificantes acontecimientos —como, por ejemplo, los que condujeron al ejército francés a Rusia— que se engloban en uno único según el resultado producido y, asimismo, toda la serie de órdenes se engloba también en una única expresión de la voluntad.

Decimos: Napoleón quiso la campaña contra Rusia y la emprendió. Pero en realidad nunca encontraremos en toda su actividad nada que se parezca a la expresión de esta voluntad, sino una serie de órdenes o de expresiones de su voluntad dirigidas del modo más variado y ambiguo. De la infinita serie de órdenes no cumplidas de Napoleón se derivó otra serie determinada de órdenes cumplidas para la campaña de 1812, no porque estas se diferenciaran en algo de las anteriores, sino porque coincidieron con la serie de acontecimientos que condujeron al ejército francés a Rusia. Lo mismo ocurre cuando uno hace un dibujo con una plantilla y sale una determinada figura: no

es porque la haya dibujado en tal dirección o de tal modo, sino porque ha coloreado la figura recortada en la plantilla.

Así que, al examinar la relación que hay en el tiempo entre las órdenes y los acontecimientos, nos daremos cuenta de que una orden no puede ser de ningún modo la causa de un acontecimiento, pero que existe entre los dos cierta dependencia.

Para entender en qué consiste esta dependencia es preciso recuperar otra condición omitida en toda orden, que no emana de la divinidad, sino del ser humano, y que consiste en que el individuo que da la orden participa personalmente en el acontecimiento.

Esta relación entre quien da la orden y quien la recibe es justamente lo que se llama poder, y consiste en lo siguiente:

Para una acción colectiva las personas siempre se organizan en grupos en los que, a pesar de la disparidad de objetivos fijados, la relación entre quienes participan en ella siempre es la misma.

Al organizarse en semejantes grupos, las personas establecen entre sí una relación en la que el mayor número de individuos participa más directamente y el menor número menos directamente en la acción colectiva para la cual se han organizado.

De todos los grupos en que se organizan los hombres para las acciones colectivas uno de los más ostensibles e inequívocos es el ejército.

Todo ejército se compone de soldados rasos, que ocupan el peldaño más bajo en cuanto al rango militar y son siempre los más abundantes; por encima están los cabos y los suboficiales, cuyo número es inferior a los primeros; aún más arriba están los oficiales, cuyo número se va reduciendo sucesivamente hasta llegar al más alto grado militar, que se concentra en un solo individuo.

La organización militar puede representarse con la mayor precisión con la figura de una pirámide: la base, que tiene el diámetro más grande, está formada por los soldados rasos; las secciones intermedias, por encima de la base, por los grados militares que van sucediéndose en movimiento ascendente hasta llegar al vértice de la pirámide, ocupado por el jefe supremo del ejército.

Los soldados, los mayores en número, constituyen los puntos inferiores de la pirámide, la base. El soldado es quien se encarga directamente de matar, acuchillar, incendiar y saquear, pero estos actos siempre son ordenados por individuos que tiene por encima y él nunca da órdenes. El suboficial (cuyo número es inferior) se encarga menos que el soldado de estos actos, pero da algunas órdenes. El oficial se encarga aún menos de los actos, pero da aún

más órdenes. El general ya solo ordena el avance de las tropas, señala el objetivo y casi nunca hace uso de las armas. El jefe militar supremo jamás participa de forma directa en la acción y se limita a dar instrucciones genéricas sobre el movimiento de las masas. Esta misma relación se pone de manifiesto entre aquellas personas que se unen para llevar a cabo una actividad conjunta: en la agricultura, en el comercio y en cualquier administración.

De este modo, sin separar artificialmente todos los puntos convergentes de la pirámide —los grados del ejército o los títulos y posiciones de cualquier administración o actuación común, de la más pequeña a la más grande—, vemos la ley por la que los hombres se unen siempre para realizar acciones colectivas en la medida en que, cuanto más directa es su participación en la acción, menos órdenes pueden dar y más numerosos son; y cuanto menos directa es su participación en la acción, más órdenes dan y menos numerosos son. Así vamos ascendiendo desde las capas inferiores hasta llegar al individuo situado en el vértice, cuya participación en la acción es menos directa y cuya actividad está más orientada a dar órdenes.

Esta relación entre quienes ordenan y quienes reciben las órdenes constituye la esencia del concepto llamado poder.

Habiendo reconsiderado las condiciones temporales en las que se producen todos los acontecimientos, vemos que las órdenes se ejecutan solo cuando se refieren a una correspondiente serie de hechos. Al reconsiderar la condición esencial de relación entre los que ordenan y los que ejecutan las órdenes, vemos que, por su naturaleza, la participación de quienes dan las órdenes en el acontecimiento es mínima y que toda su actividad se centra exclusivamente en mandar.

VII

Cuando se produce un acontecimiento cualquiera la gente expresa su opinión y sus deseos respecto a él, y como el acontecimiento en sí mismo deriva de la acción colectiva de muchos individuos, una de estas opiniones o deseos se cumplirá infaliblemente, aunque sea de un modo aproximado. Y cuando una de estas opiniones expresadas se cumple la vinculamos con el acontecimiento, igual que la orden que lo antecede.

Un grupo de hombres arrastra un tronco. Cada uno da su opinión sobre cómo y adónde hay que llevarlo. Y, al llegar al destino, resulta que se ha

hecho tal como había dicho uno de ellos. Por consiguiente, él es quien ha dado la orden. He aquí la orden y el poder en su aspecto primitivo.

Quien más ha trabajado con las manos menos ha podido reflexionar sobre lo que estaba haciendo, comprender lo que podría resultar de esa actividad colectiva y dar órdenes; quien más órdenes ha dado es evidente que menos ha trabajado con las manos debido a su actividad verbal. En un grupo grande de personas que concentran su actividad en un único objetivo aún destaca con más intensidad la categoría de individuos que menos participa en la actividad conjunta y que más se dedica a dar órdenes.

Cuando alguien actúa solo lleva siempre dentro de sí una serie de consideraciones que, según le parece, han guiado su actividad pasada, justifican la presente y lo guían en la planificación de las acciones futuras.

Esto es precisamente lo que hacen las agrupaciones humanas, que permiten a quienes no participan en la acción que se inventen consideraciones, justificaciones y supuestos sobre su actividad conjunta.

Por razones que conocemos o desconocemos los franceses empiezan a ahogarse en el agua unos a otros y a acuchillarse. Este acontecimiento viene acompañado de la correspondiente justificación de que era imprescindible para el bien de Francia, la libertad y la igualdad. Los franceses dejan de acuchillarse unos a otros y este hecho va acompañado de una justificación que consiste en la necesidad de la unidad en el poder, de oponer resistencia a Europa, etcétera. Los hombres marchan de Occidente a Oriente matando a sus semejantes y este acontecimiento va acompañado de palabras sobre la gloria de Francia, la bajeza de Inglaterra, etcétera. La historia nos enseña que estas justificaciones de los acontecimientos carecen de sentido y se contradicen a sí mismas, como matar a alguien después de haber proclamado sus derechos, o asesinar a millones de seres humanos en Rusia para humillar a Inglaterra. Pero tales justificaciones, en un sentido moderno, tienen un significado muy necesario, ya que descargan de responsabilidad moral a quienes llevan a cabo semejantes acciones. Los objetivos provisionales se parecen a los escobones que van delante del tren para limpiar la vía: limpian el camino de la responsabilidad moral de las personas. Sin estas justificaciones no podría explicarse la pregunta más sencilla que se nos plantea al examinar todo acontecimiento: ¿cómo es posible que millones de seres humanos lleven a cabo crímenes colectivos, guerras, matanzas, etcétera?

Ante las complicadas formas actuales de la vida pública y social de Europa, ¿es posible imaginar algún acontecimiento que no haya sido dispuesto, señalado y ordenado por soberanos, ministros, parlamentos y

periódicos? ¿Existe alguna acción común que no haya sido justificada por la unidad estatal, la nacionalidad, el equilibrio de Europa o la civilización? De este modo, todo acontecimiento coincide inevitablemente con un deseo cualquiera expresado y, al obtener una justificación, se presenta como el producto de la voluntad de uno o varios individuos.

Sea cual sea la dirección en que avance un barco por delante siempre se verá el surco de las olas que este abre. Y quienes viajen en él solo notarán el movimiento del surco.

Únicamente siguiendo de cerca y paso a paso este movimiento del surco y comparándolo con el del barco concluiremos que en todo momento el surco viene determinado por el barco, y que lo que nos hace caer en un error es que nosotros mismos nos estamos moviendo sin darnos cuenta.

Lo mismo veremos si seguimos paso a paso el movimiento de los personajes históricos (es decir, al reconsiderar la condición necesaria de todo lo que se realiza, la condición de continuidad del movimiento en el tiempo) sin perder de vista el vínculo imprescindible entre los personajes históricos y las masas.

Cuando el barco avanza en una dirección siempre tiene delante un mismo surco; y cuando el barco cambia a menudo de dirección los surcos de delante también cambian con la misma frecuencia. Pero, independientemente de hacia dónde vire el barco, siempre habrá un surco que preceda su movimiento.

Ocurra lo que ocurra siempre parecerá que lo que ha pasado era justamente lo que se había previsto y ordenado. Y sea cual sea la dirección del barco, el surco, sin dirigir ni intensificar su movimiento, ondeará delante, y desde lejos nos parecerá que su movimiento no solo es arbitrario, sino que dirige el rumbo del barco.

Limitándose a analizar las expresiones de la voluntad de los personajes históricos como órdenes que estaban relacionadas con los acontecimientos, los historiadores han supuesto que los acontecimientos dependen de las órdenes. No obstante, al analizar los acontecimientos y el vínculo que los personajes históricos tienen con las masas, hemos visto que tanto estos como sus órdenes dependen de los acontecimientos. Una prueba indudable de tal conclusión es que, sea cual sea el número de órdenes dadas, el acontecimiento no se produce si no concurren otras razones. Pero, en cuanto el acontecimiento se produce, sea cual sea, habrá entre todas las voluntades expresadas ininterrumpidamente por distintos individuos algunas que, por su significado y por el tiempo, podrán atribuirse al acontecimiento como una orden.

Habiendo llegado a esta conclusión podemos responder directa y positivamente a las dos preguntas esenciales de la historia:

1) ¿Qué es el poder?

2) ¿Qué fuerza produce el movimiento de los pueblos?

1) El poder es la relación entre un individuo determinado y otras personas en la que, cuanto menos participa el individuo en la acción colectiva, más opiniones, suposiciones y justificaciones expresa sobre ella.

2) El movimiento de los pueblos no lo produce el poder ni la actividad intelectual, ni siquiera la combinación de lo uno y lo otro, como han creído los historiadores, sino la actividad de *todas* las personas que toman parte en el acontecimiento y que siempre se agrupan de tal modo que quienes participan de forma más directa en el acontecimiento cargan con la menor responsabilidad, y al revés.

En un plano moral parece que la causa del acontecimiento sea el poder; en un plano físico lo son quienes se someten al poder. Pero, como la actividad moral es impensable sin la física, la causa del acontecimiento no se encuentra ni en lo uno ni en lo otro, sino en la combinación de ambos.

O, dicho con otras palabras, el concepto de la causa es inaplicable al fenómeno que estamos examinando.

En un último análisis llegamos a la esfera de la eternidad, a ese límite extremo al que llega la razón humana en cualquier campo del pensamiento si el tema no se toma como un juego. La electricidad genera calor y el calor genera electricidad. Los átomos se atraen y se repelen.

Al hablar de la interacción del calor, de la electricidad y de los átomos no podemos explicar por qué se produce, y entonces decimos que así son las cosas, que es impensable que sean de otro modo y que así tienen que ser porque esa es su ley. Lo mismo sucede con los fenómenos históricos. ¿Por qué se produce una guerra y una revolución? Lo ignoramos. Solo sabemos que para llevar a cabo tal o cual acción las personas se organizan en un determinado grupo en que todas participan; y entonces decimos que así son las cosas, que es impensable que sean de otro modo porque esa es su ley.

VIII

Si la historia estudiara los fenómenos externos, bastaría con la enunciación de esta sencilla y evidente ley y podríamos concluir nuestro razonamiento. Pero la ley de la historia se refiere al ser humano. Una partícula de materia no

puede decirnos que no siente la necesidad de atracción y repulsión, y que esa ley no es cierta. Pero el ser humano, que es el objeto de la historia, dice abiertamente: «Soy libre y, por lo tanto, no estoy sujeto a ninguna ley».

La presencia, aunque inexpresada, de la cuestión del libre albedrío se nota en cada paso de la historia.

Todo historiador que haya reflexionado con seriedad ha llegado a esta cuestión. Todas las contradicciones y vaguedades de la historia y el camino erróneo por el que avanza esta ciencia se basan únicamente en la insolubilidad de esta cuestión.

Si la voluntad de un ser humano fuese libre, es decir, si cada persona pudiera obrar como se le antojara, la historia entera no sería más que una serie de casualidades inconexas.

Si surgiera una sola persona entre millones, en un período de mil años, que tuviera la oportunidad de actuar libremente, es decir, como se le antojara, es evidente que un solo acto libre suyo contrario a las leyes destruiría la posibilidad de que existiera cualquier ley para toda la humanidad. Y si existe una sola ley que dirija las acciones de los seres humanos, no puede haber libre albedrío, puesto que la voluntad humana debe estar sujeta a esta ley.

En esta contradicción reside la cuestión del libre albedrío, que desde los tiempos más remotos ha ocupado las mejores inteligencias de la humanidad y que se ha planteado desde entonces con toda su colosal importancia.

La cuestión consiste en que, si tomamos el ser humano como objeto de observación desde un punto de vista cualquiera —teológico, histórico, ético, filosófico—, observamos la ley general de la necesidad a la que está sujeto, como todo lo que existe. Pero, si lo examinamos desde nuestro propio yo, como algo de lo que somos conscientes, nos sentimos libres.

Esta conciencia constituye una fuente de autoconocimiento completamente separada e independiente del intelecto. El ser humano se observa a sí mismo mediante el intelecto, pero solo se conoce mediante la conciencia.

Sin conciencia de uno mismo es impensable cualquier observación y aplicación del intelecto.

Para comprender, observar y deducir, la persona primero tiene que reconocerse como ser viviente. Y, como ser viviente, se conoce a sí misma por el hecho de desear, es decir, tiene conciencia de su voluntad. Pero esta voluntad, que constituye la esencia de su vida, la reconoce como libre, y no puede reconocerla de otro modo.

Si al someterse a observación el ser humano ve que su voluntad sigue siempre una dirección de acuerdo con una misma ley (ya sea al observar la necesidad de alimentarse, la actividad cerebral o cualquier otra cosa), no puede entender esa dirección invariable de la propia voluntad más que como una limitación. Lo que no es libre tampoco puede ser limitado. Al ser humano la voluntad se le presenta como limitada justamente porque no la concibe de otra forma que libre.

Alguien dice: «No soy libre. Pero puedo levantar y bajar un brazo». Y todo el mundo comprende que esta respuesta ilógica constituye una prueba irrefutable de la libertad.

Esta respuesta es la expresión de una conciencia que no está sujeta al intelecto.

Si la conciencia de libertad no fuera una fuente de autoconocimiento separada e independiente del intelecto, estaría sometida al razonamiento y a la experiencia; pero en realidad tal subordinación jamás existe y es inconcebible.

Una serie de experiencias y de razonamientos demuestra a todo ser humano que, como objeto de observación, está sujeto a ciertas leyes, se somete a ellas y nunca lucha contra la ley de la gravitación o de la impermeabilidad una vez las conoce. Pero esta misma serie de experiencias y razonamientos le muestra que la libertad absoluta que reconoce en sí mismo es imposible, que cualquier acto suyo depende de su organización, de su carácter y de los motivos que actúan sobre él; pero el ser humano nunca se somete a las conclusiones de tales experiencias y razonamientos.

Al saber gracias a la experiencia y la razón que las piedras caen hacia abajo, el ser humano cree indudablemente en este hecho y, en todos los casos, espera que esta ley que conoce se cumpla.

Pero, a pesar de saber de un modo igual de indudable que su voluntad está sujeta a leyes, no cree ni puede creer en ello.

Por mucho que la experiencia y la razón le hayan enseñado que, estando en las mismas condiciones y dotado del mismo carácter, siempre hará lo mismo, al emprender por milésima vez —en las mismas condiciones y con el mismo carácter— una acción que siempre termina igual, siente con una inquebrantable seguridad que puede obrar como le plazca, es decir, igual que antes de la experiencia. Cualquier persona, salvaje o sabia, por mucho que la experiencia y la razón le demuestren de un modo irrefutable que es imposible concebir dos actuaciones distintas estando en las mismas condiciones, tiene la sensación de que sin esta idea absurda (que constituye la esencia de la libertad) no puede imaginarse la vida, de que esto es así por imposible que

parezca, ya que sin la idea de libertad no solo no entendería la vida, sino que sería incapaz de vivir un solo instante.

Y no podría vivir porque todas las aspiraciones humanas, todos los impulsos de la vida no son más que aspiraciones a aumentar la libertad. La riqueza y la pobreza, la fama y el anonimato, el poder y el vasallaje, la fuerza y la debilidad, la salud y la enfermedad, la educación y la ignorancia, el trabajo y el ocio, la saciedad y el hambre, la virtud y el vicio no son más que grados mayores o menores de libertad.

Uno no puede concebir a una persona sin libertad más que como un ser privado de vida.

Si a la razón el concepto de libertad se le presenta como una contradicción sin sentido, una contradicción como la posibilidad de llevar a cabo dos actos distintos estando en las mismas condiciones o como una acción sin causa, lo único que esto demuestra es que la conciencia no está sometida a la razón.

Esta conciencia —firme, irrebatible, no sometida a la experiencia ni a la razón— de libertad, que todos los pensadores reconocen y que toda persona sin excepción siente, una conciencia sin la que es completamente imposible concebir al ser humano, constituye otro aspecto de la cuestión.

El ser humano es una creación de Dios todopoderoso, misericordioso y omnisciente. Entonces ¿qué es el pecado, concepto que deriva de la conciencia de libertad del hombre? He aquí una cuestión teológica.

Los actos humanos están sujetos a las leyes generales e inmutables expresadas por la estadística. ¿En qué consiste la responsabilidad humana ante la sociedad, concepción que resulta de la conciencia de libertad? He aquí una cuestión legal.

Las acciones humanas derivan de su carácter innato y de las motivaciones que actúan sobre él. ¿Qué es la conciencia y la capacidad de distinguir el bien y el mal de las acciones que derivan de la conciencia de libertad? He aquí una cuestión ética.

El ser humano, vinculado a la vida común de la humanidad, se concibe sujeto a unas leyes que determinan su vida. Pero, al mismo tiempo, independientemente de este vínculo, se concibe libre. ¿Cómo debe ser examinada la vida pasada de los pueblos y de la humanidad? ¿Como producto de la actividad libre de las personas o de la actividad no libre? He aquí una cuestión histórica.

Solo en nuestra presuntuosa época de popularización del conocimiento, gracias a una poderosísima arma de la ignorancia —la difusión de la imprenta —, la cuestión del libre albedrío se ha llevado a un terreno donde ni siquiera

puede existir en sí misma. En nuestros días la mayor parte de los llamados hombres avanzados —es decir, una multitud de ignorantes— ha dado su beneplácito a los trabajos de los naturalistas, que se ocupan de un solo aspecto de la cuestión como solución a la cuestión entera.

«No existen el alma ni la libertad porque la vida del ser humano se manifiesta en movimientos musculares, que vienen condicionados por la actividad nerviosa; no existen el alma ni la libertad porque en un período desconocido del tiempo descendimos del mono», dicen, escriben e imprimen esos hombres, sin sospechar que hace miles de años todas las religiones y todos los pensadores no solo reconocieron, sino que jamás negaron, la misma ley de la necesidad que ahora tratan con tanto afán de demostrar valiéndose de la fisiología y de la zoología comparada. No se dan cuenta de que el papel de las ciencias naturales en esta cuestión se reduce a servir de instrumento para iluminar una de sus facetas, ya que el hecho de que, desde el punto de vista de la observación, razón y voluntad sean simples secreciones (*sécrétion*) cerebrales, y de que el ser humano, siguiendo una ley general, pudo desarrollarse a partir de animales inferiores en un período desconocido del tiempo, solo explica desde un ángulo nuevo una verdad reconocida hace miles de años por todas las religiones y teorías filosóficas: que el ser humano, desde el punto de vista de la razón, está sujeto a las leyes de la necesidad, pero que esto no resuelve en lo más mínimo la cuestión, que tiene otra faceta opuesta, basada en la conciencia de libertad.

Que el ser humano descendiera del mono en un período desconocido del tiempo es tan incomprensible como que fuera creado de un puñado de barro en un período determinado (en el primer caso la *x* es el tiempo y, en el segundo, la procedencia). Y el problema de cómo está vinculada la conciencia de libertad del ser humano con la ley de la necesidad a la que está sujeto no puede resolverse mediante la fisiología comparada ni la zoología, ya que en la rana, en el conejo y en el mono solo podemos observar la actividad muscular y nerviosa, mientras que en el ser humano podemos observar tanto la actividad nerviosa como la conciencia.

Los naturalistas y sus seguidores, que creen que van a resolver este problema, son como si unos estucadores encargados de estucar solo un lado del muro de una iglesia, en un arrebato de diligencia y aprovechando la ausencia de su jefe, cubrieran de estuco las ventanas, los iconos, los andamios y los muros sin reforzar, y se alegraran de lo uniforme y liso que ha quedado todo desde el punto de vista de su oficio.

IX

La solución del problema de la libertad y de la necesidad en la historia tiene, frente a otras esferas del conocimiento en que se ha planteado, la ventaja de que para la historia este problema no se refiere a la esencia misma de la voluntad humana, sino a cómo se ha manifestado esta voluntad en el pasado y en determinadas condiciones.

En la búsqueda de una solución para este problema la historia ocupa una posición de ciencia experimental con respecto a las ciencias especulativas.

La historia no tiene como objeto la voluntad en sí misma del ser humano, sino la idea que nos hacemos de ella.

Y, por consiguiente, para la historia no existe como para la teología, la ética y la filosofía, un misterio irresoluble de la combinación de dos contrarios, la libertad y la necesidad. La historia estudia una noción de la vida humana en que la combinación de estos dos contrarios ya se ha producido.

En la vida real cada acontecimiento histórico y cada acción humana se entiende de un modo claro y definido, sin la menor sensación de contradicción, a pesar de que cada acontecimiento se presenta en parte libre y en parte necesario.

Para resolver cómo se combinan la libertad y la necesidad, y qué constituye la esencia de ambos conceptos, la filosofía de la historia puede y debe avanzar por un camino contrario al que han tomado las demás ciencias. En vez de definir los conceptos de libertad y necesidad en sí mismos y después clasificar los fenómenos de la vida según las definiciones elaboradas, la historia debe tomar el inmenso número de fenómenos sujetos a ella, siempre dependientes de la libertad y de la necesidad, y extraer una definición de estos dos conceptos.

Sea cual sea la actividad que examinemos de una o de varias personas, no podemos entenderla más que como un producto en parte de la libertad humana y en parte de las leyes de la necesidad.

Tanto da que hablemos de la migración de los pueblos, de las incursiones de los bárbaros, de las órdenes de Napoleón III o lo que hace finalmente una persona que una hora antes ha elegido una dirección de las muchas que se le ofrecían para dar un paseo; en nada de esto vemos la menor contradicción. La medida de libertad y de necesidad que ha guiado los actos de estas personas está para nosotros claramente definida.

Muy a menudo la idea de mayor o menor libertad difiere según el ángulo desde el que examinemos el fenómeno; pero en cada acto humano vemos,

siempre del mismo modo, una determinada combinación de libertad y necesidad; vemos, asimismo, cierta proporción de libertad y cierta proporción de necesidad. Y siempre, cuanta más libertad vemos en un acto cualquiera, menos necesidad encontramos; y, cuanta más necesidad, menos libertad.

La relación entre libertad y necesidad disminuye o aumenta según el ángulo desde el que se examine el acto; pero esta relación es siempre inversamente proporcional.

Una persona que al ahogarse se agarra a otra y la hunde; una madre que, hambrienta y agotada por amamantar a su hijo, roba comida; un soldado que, acostumbrado a la disciplina, mata a una persona indefensa cumpliendo una orden, nos parecen menos culpables, es decir, menos libres y más sujetos a la ley de la necesidad si conocemos las circunstancias en las que se encontraban estos individuos, y más libres si ignoramos que el primero se ahogaba, la madre tenía hambre, el soldado estaba de servicio, etcétera. Del mismo modo nos parece menos culpable alguien que cometió un crimen hace veinte años y que después ha vivido en sociedad pacíficamente y sin hacer daño a nadie: su acto parece más sujeto a la ley de la necesidad si se examina al cabo de veinte años, y más libre si se examina al día siguiente. Y, del mismo modo, cualquier acto de un loco, de un borracho o de un hombre en un fuerte estado de agitación nos parece menos libre y más sujeto a la ley de la necesidad si conocemos su estado mental, y más libre y menos sujeto a la ley de la necesidad si no lo conocemos. En todos estos casos el concepto de libertad aumenta o disminuye según disminuya o aumente el concepto de necesidad, que depende del ángulo desde el que se examine el acto. Así que, cuanto mayor parece la necesidad, menor parece la libertad. Y a la inversa.

La religión, el sentido común de la humanidad, la ciencia del derecho y la propia historia comprenden del mismo modo esta relación que existe entre la necesidad y la libertad.

Todos los casos sin excepción en que nuestra noción de la libertad y de la necesidad aumenta y disminuye se asientan en tres pilares:

1) La relación entre la persona que realiza la acción y el mundo exterior;

2) su relación con el tiempo;

3) su relación con los motivos que han producido la acción.

1) El primer pilar es la relación más o menos visible entre la persona y el mundo exterior, la idea más o menos clara del lugar concreto que ocupa toda persona en relación con todo lo que coexiste con ella. Este pilar hace evidente que quien se ahoga es menos libre y está más sujeto a la necesidad que quien pisa tierra firme; que los actos de una persona que vive estrechamente ligada a

los demás en un lugar muy poblado —alguien vinculado a la familia, al trabajo y a otros asuntos— parecen indudablemente menos libres y más sujetos a la necesidad que los de una persona que está sola y aislada.

Si examinamos a una persona individualmente, sin fijarnos en su relación con lo que la rodea, no todos sus actos parecerán libres. Pero, en cuanto vemos algún tipo de reciprocidad con lo que la rodea, algún vínculo con algo —ya sea con alguien que le habla, con el libro que está leyendo, con el trabajo que hace, incluso con el aire que lo envuelve o con la luz que cae sobre los objetos que hay a su alrededor—, veremos que todas estas circunstancias influyen en ella, y que guían al menos alguna parte de su actividad. Y cuanto más vemos estas influencias, tanto más disminuye nuestra idea sobre su libertad y más aumenta nuestra idea de la necesidad a la que está sujeta.

2) El segundo pilar es la relación temporal más o menos visible de la persona con el mundo, el concepto más o menos claro del lugar que sus actos ocupan en el tiempo. Este es el pilar por el que la caída del primer hombre, que tuvo como consecuencia el origen del género humano, parece, obviamente, menos libre que el matrimonio del hombre contemporáneo. Es el pilar por el que la vida y la actividad de los seres humanos que vivieron hace siglos y que están vinculados a mí por el tiempo no pueden parecerme tan libres como la vida contemporánea, cuyas consecuencias aún desconozco.

La gradación de nuestra idea de mayor o menor libertad y necesidad depende, a este respecto, del mayor o menor intervalo de tiempo que transcurre desde que se realizó el acto hasta que opinamos sobre él.

Si examino lo que he hecho hace un minuto en unas condiciones prácticamente iguales a aquellas en las que me encuentro ahora, el acto me parecerá indudablemente libre. Pero, si juzgo algo que hice hace un mes, entonces, al encontrarme en unas condiciones distintas, reconoceré involuntariamente que, si no lo hubiera hecho, no habrían ocurrido muchas de las cosas útiles, agradables e incluso necesarias que resultaron de hacerlo. Si me traslado con la memoria a un acto aún más lejano, de hace diez años o más, las consecuencias me parecerán todavía más evidentes y se me hará difícil imaginarme qué hubiera ocurrido si no hubiera hecho lo que hice. Cuanto más lejos me remonte con la memoria —o, lo que es lo mismo, cuanto más hacia delante vaya con mi juicio—, más dudosos me resultarán mis razonamientos sobre la libertad del acto.

En la historia encontramos exactamente la misma progresión de convencimiento en cuanto a la participación del libre albedrío en los asuntos generales de la humanidad. Un acontecimiento contemporáneo nos parecerá

sin lugar a dudas el producto de una serie de actos de personajes célebres; pero en un acontecimiento remoto vemos sus consecuencias inevitables y, fuera de ellas, ya no podemos concebir nada más. Y, cuanto más remotos son los acontecimientos que examinamos, menos libres nos parecen.

La guerra austro-prusiana nos parece una consecuencia indudable de las acciones del astuto Bismarck, etcétera.

Las guerras napoleónicas, aunque con ciertas reservas, todavía nos parecen el producto de la voluntad de determinados héroes. Pero las Cruzadas ya las vemos como un acontecimiento que ocupa un lugar definido y sin el cual la historia moderna de Europa sería impensable, aunque, exactamente del mismo modo, a los cronistas de la época les parecieran el producto de la voluntad de ciertos individuos. Y, si hablamos de la migración de los pueblos, a nadie de nuestro tiempo se le pasa por la cabeza que la renovación del mundo europeo dependiera de la arbitrariedad de Atila. Cuanto más lejos en la historia llevamos el objeto de observación, más dudosa resulta la libertad de quienes llevaron a cabo los acontecimientos y más evidente resulta la ley de la necesidad.

3) El tercer pilar es el mayor o menor grado de acceso que tenemos al vínculo infinito de las causas y que nuestro intelecto exige irremediablemente, en el que cada fenómeno comprensible —y, por lo tanto, cada acto humano— debe tener su lugar determinado como consecuencia de los actos anteriores y como causa de los posteriores.

Este es el pilar por el que nuestros actos y los de los demás nos parecen, por un lado, tanto más libres y menos sujetos a la necesitad cuanto más conocemos las leyes fisiológicas, psicológicas e históricas que extraemos de la observación a las que el ser humano está sometido, y cuanto más acertadamente percibimos la causa fisiológica, psicológica e histórica de la acción; por otro lado, cuanto más sencillo es el acto observado y menos complicado el carácter y la forma de pensar del personaje cuyo acto estudiamos.

Cuando no comprendemos de ninguna manera las razones de un acto, ya sea un crimen, una buena acción e incluso algo indiferente desde el punto de vista del bien y el mal, vemos en él una mayor parte de libertad. Si se trata de un crimen, lo que más exigimos es un castigo; si se trata de una buena acción, apreciamos su mérito; si se trata de una acción indiferente al bien y al mal, reconocemos su individualidad, originalidad y libertad. Pero, si conocemos alguno de sus infinitos motivos, aunque solo sea uno, entonces ya le atribuimos cierta parte de necesidad y somos menos exigentes con el castigo

por el crimen, reconocemos un mérito menor por la buena acción y percibimos una libertad mayor en lo que nos había parecido un acto original. El hecho de que el delincuente se haya criado entre malhechores suaviza su culpa. La abnegación de un padre o de una madre —sacrificio con posibilidad de ser recompensado— es más comprensible que un sacrificio inmotivado, por lo que nos parece menos meritorio y menos libre. El fundador de una secta, de un partido o un inventor nos impresiona menos si sabemos cómo y con qué medios preparó su actividad. Si tenemos un gran número de experiencias, si nuestra observación está continuamente centrada en la búsqueda de la correlación entre las causas y las consecuencias de los actos humanos, estos nos parecerán más necesarios y menos libres cuanto más certero sea el vínculo entre consecuencia y causa. Si los acontecimientos que examinamos son sencillos y hemos podido estudiar muchos de ellos, nuestra idea sobre su necesidad será aún más completa. El acto deshonroso del hijo de un padre deshonroso, el comportamiento censurable de una mujer que ha caído en cierto ambiente, la recaída de un borracho en la bebida, etcétera, son acciones que nos parecen tanto menos libres cuanto más comprendemos su causa. Si la persona cuya acción estudiamos ocupa el peldaño más bajo del desarrollo mental —un niño, un loco, un deficiente—, al conocer el motivo y la simpleza de su carácter e intelecto, vemos una parte tan grande de necesidad y una tan pequeña de libertad que en cuanto conocemos la razón que conduce al acto lo podemos predecir.

Solo en estos tres pilares se fundamenta, en todas las legislaciones, la irresponsabilidad de un delito y las circunstancias atenuantes. La responsabilidad parece mayor o menor en función del mayor o menor conocimiento de las condiciones en que se encuentra la persona cuyo acto se juzga, en función del mayor o menor intervalo de tiempo que haya transcurrido entre el momento del acto y el momento de juzgarlo y, asimismo, en función del mayor o menor grado de comprensión de sus motivos.

X

Así pues, nuestra noción de libertad y necesidad disminuye o aumenta gradualmente en función de la relación mayor o menor con el mundo exterior, de la distancia mayor o menor en el tiempo y de la dependencia mayor o menor de los motivos, es decir, de las relaciones en las que examinamos el fenómeno de la vida humana.

De modo que, si examinamos la situación de un individuo cuya relación con el mundo exterior es bien conocida, el tiempo entre la acción y su examen es muy grande y las causas de la acción muy accesibles, la idea que nos haremos será de mayor necesidad y menor libertad. Pero, si examinamos a un individuo cuya dependencia de las condiciones externas es menor, si ha llevado a cabo la acción en un momento muy próximo al presente y si sus motivos nos resultan inaccesibles, la idea que nos haremos será de menor necesidad y mayor libertad.

Pero ni en un caso ni en el otro, por mucho que cambiemos nuestro punto de vista, por mucho que intentemos explicarnos la relación de una persona con el mundo exterior, por muy accesible que nos parezca este vínculo, por mucho que alarguemos o acortemos el período de tiempo, por más comprensibles o incomprensibles que nos resulten los motivos, jamás podremos concebir la libertad absoluta ni la necesidad absoluta.

1) Por más que nos imaginemos al ser humano ajeno a las influencias del mundo exterior, nunca llegaremos a entender el concepto de libertad en el espacio. Toda acción de una persona está inevitablemente condicionada tanto por lo que le rodea como por su propio cuerpo. Si levanto un brazo y después lo bajo, este movimiento me parecerá libre, pero al preguntarme si podría haberlo levantado hacia cualquier lado, me daré cuenta de que lo he levantado donde menos obstáculos había, unos obstáculos que se encuentran tanto en los cuerpos que me rodean como en la constitución del mío. Si de todos los lados posibles he elegido uno en particular es porque era el que menos obstáculos ofrecía. Para que mi acto sea libre es necesario que no encuentre ningún obstáculo. Para imaginar a un ser humano libre hay que situarlo fuera del espacio, algo que, evidentemente, es imposible.

2) Por más que acerquemos el momento que juzgamos al del acto nunca llegaremos a entender el concepto de libertad en el tiempo, porque si examino un acto de hace un segundo, tendré que reconocer su falta de libertad, puesto que está encadenado al momento temporal en que se ha producido. ¿Puedo levantar un brazo? Lo levanto; pero me pregunto: ¿podría no haberlo levantado en ese instante que ya forma parte del pasado? Para asegurarme, al cabo de un momento no lo levanto. Pero cuando me he abstenido de levantarlo no ha sido en ese primer instante en que me había formulado la pregunta sobre la libertad. Ha pasado el tiempo, que no está a mi alcance detener, y ni el brazo que he levantado es el mismo ni el aire en que he hecho el movimiento es el mismo que me envuelve ahora. Ese instante del primer movimiento es irreversible y en él solo podía hacer un movimiento: hiciera el

que hiciera, solo podía ser uno. Que un instante más tarde no haya levantado el brazo no demuestra que pudiera no levantarlo. Y, como mi movimiento solo podía ser uno y en un instante del tiempo, no podría haber sido de otro modo. Para imaginarlo libre es preciso concebirlo en el presente, en el límite del pasado y del futuro, es decir, fuera del tiempo, algo que resulta imposible.

3) Por mucho que aumente la dificultad para comprender las causas, nunca podremos llegar a la idea de libertad absoluta, es decir, a la ausencia de una causa. Por muy incomprensible que nos resulte la causa de la expresión de voluntad que es cualquier acto, sea nuestro o ajeno, la primera exigencia del intelecto es suponer y buscar una causa, sin la cual ningún fenómeno es concebible. Levanto un brazo para realizar una acción que no dependa de ninguna causa, pero el hecho de querer realizar una acción sin causa ya constituye una causa de mi acción.

Pero, incluso si nos imaginamos a una persona completamente ajena a toda influencia y nos limitamos a examinar su acto momentáneo en el presente y creemos que no ha sido producido por ninguna causa, incluso si concedemos que el remanente de necesidad es infinitesimal o igual a cero, ni siquiera así llegaríamos al concepto de libertad humana absoluta, porque un ser al que no afectan las influencias del mundo exterior, que está fuera del tiempo y que no depende de las causas, ya no es un ser humano.

Del mismo modo, nunca podremos concebir ningún acto humano en el que no haya intervenido la libertad y que solo esté sujeto a la ley de la necesidad.

1) Por más que aumente nuestro conocimiento de las condiciones espaciales en que se encuentra el ser humano, este conocimiento nunca podrá ser completo, ya que el número de condiciones es infinito, grandioso, igual de infinito que el espacio. Por tanto, mientras no están fijadas *todas* las condiciones e influencias a las que está sometido el ser humano, no existe una necesidad absoluta, pero sí cierta cantidad de libertad.

2) Por más que prolonguemos el período de tiempo entre el fenómeno que observamos y el instante en que lo juzgamos, este período será finito, mientras que el tiempo es infinito, por lo que, también en este sentido, la necesidad absoluta nunca podrá existir.

3) Por más accesible que sea la cadena de causas de un acto cualquiera, nunca conoceremos la cadena entera porque es infinita, y, de nuevo, nunca llegaremos a la necesidad absoluta.

Pero, además, incluso si admitiéramos que el remanente infinitesimal de libertad es igual a cero, si reconociéramos en algún caso —por ejemplo en el

de un moribundo, un feto o un idiota— la falta absoluta de libertad, destruiríamos el concepto mismo del ser humano al que estudiamos, ya que, si no hay libertad, no hay ser humano. Por consiguiente, imaginar la acción de un ser humano que solo está sujeto a la ley de la necesidad, sin un solo resto de libertad, resulta tan imposible como imaginar una acción humana absolutamente libre.

Así pues, para imaginarnos una acción sometida únicamente a la ley de la necesidad, sin ninguna libertad, tendríamos que conocer una cantidad *infinita* de condiciones espaciales, un período *infinitamente* grande de tiempo y una serie *infinita* de causas.

Para concebir al ser humano completamente libre, no sometido a la ley de la necesidad, tendremos que imaginarlo solo, *fuera del espacio, fuera del tiempo* y *fuera de la dependencia de las causas*.

En el primer caso, si la necesidad fuera posible sin la libertad, tendríamos que definir la ley de la necesidad por sí misma, es decir, llegaríamos a la mera forma sin el contenido.

En el segundo caso, si la libertad fuera posible sin la necesidad, tendríamos una libertad absoluta fuera del espacio, del tiempo y de las causas que, justamente por ser absoluta e ilimitada, se convertiría o bien en nada, o bien en mero contenido sin forma.

Llegaríamos así a los dos fundamentos sobre los que se erige la concepción humana del mundo, a la esencia inalcanzable de la vida y a las leyes que determinan esta esencia.

La razón dice: 1) El espacio con todas las formas que le dan visibilidad —la materia— es infinito y no puede concebirse de otro modo. 2) El tiempo es un movimiento infinito sin un solo momento de descanso, y no puede concebirse de otro modo. 3) La relación entre las causas y las consecuencias no tiene principio ni puede tener fin.

La conciencia dice: 1) Estoy solo y todo cuanto existe soy únicamente yo; por lo tanto, yo incluyo el espacio. 2) Mido el tiempo fugitivo mediante el momento inmóvil del presente, el único en el que tengo conciencia de mí mismo como ser viviente; por lo tanto, estoy fuera del tiempo. 3) Estoy fuera de la causa, porque siento que yo constituyo la causa de cualquier manifestación de mi vida.

La razón expresa las leyes de la necesidad. La conciencia expresa la esencia de la libertad.

La libertad sin limitaciones constituye la esencia de la vida en la conciencia humana. La necesidad sin contenido constituye la razón humana

en sus tres formas.

La libertad es lo que se examina. La necesidad es quien examina. La libertad es el contenido. La necesidad es la forma.

Solo separando dos fuentes de conocimiento íntimamente ligadas, como forma y contenido, llegamos a los conceptos individuales, excluyentes el uno del otro e inaccesibles para el entendimiento, de libertad y necesidad.

Y solo uniéndolas adquirimos una noción clara de la vida humana.

Fuera de estos dos conceptos que, en su unión, se definen el uno al otro como forma y contenido, es imposible adquirir ninguna noción de la vida.

Todo cuanto conocemos de la vida humana no es más que cierta relación entre la libertad y la necesidad, es decir, entre la conciencia y las leyes de la razón.

Todo cuanto conocemos del mundo exterior de la naturaleza no es más que cierta relación entre las fuerzas de la naturaleza y la necesidad, o entre la esencia de la vida y las leyes de la razón.

Las fuerzas de la vida de la naturaleza están fuera de nosotros, no tenemos conciencia de ellas, y las llamamos fuerza de la gravedad, inercia, electricidad, fuerza animal, etcétera; pero sí tenemos conciencia de la fuerza de la vida humana y la llamamos libertad.

Sin embargo, del mismo modo que la fuerza de la gravedad, incomprensible en sí misma y percibida por todo ser humano, nos resulta comprensible en la medida en que conocemos las leyes de la necesidad a la que está sujeta (desde la primera noción que se tuvo de que todos los cuerpos pesan hasta la ley de Newton), la fuerza de la libertad, de la que todo ser humano tiene conciencia, es igual de incomprensible en sí misma, pero nos resulta comprensible en la medida en que conocemos las leyes de la necesidad a la que está sujeta (empezando por el hecho de que todos morimos hasta el conocimiento de las leyes económicas e históricas más complejas).

Cualquier conocimiento no es más que el resultado de adaptar la esencia de la vida a las leyes de la razón.

La libertad humana se distingue de cualquier otra fuerza por el hecho de que toda persona tiene conciencia de ella, pero para la razón no se diferencia en nada de las demás. La fuerza de la gravedad, la electricidad o la afinidad química solo se diferencian entre sí por el hecho de que la razón las define de manera distinta. De este modo, la fuerza de la libertad humana se diferencia de otras fuerzas de la naturaleza solo por la definición que la razón les asigna. Y la libertad sin la necesidad, es decir, sin las leyes de la razón que la definen,

no se diferencia en nada de la gravitación, del calor o de la fuerza vegetativa: para la razón es una mera sensación momentánea e indefinible de la vida.

Y, así como la esencia indefinible de la fuerza que mueve los cuerpos celestes, la esencia indefinible de la fuerza del calor, de la electricidad, de la afinidad química y la propia fuerza de la vida constituyen el objeto de la astronomía, de la física, de la química, de la botánica, de la zoología, etcétera, la esencia de la fuerza de la libertad constituye el objeto de la historia. Pero, del mismo modo que el objeto de toda ciencia es la manifestación de la esencia desconocida de la vida y que esta esencia solo puede ser objeto de la metafísica, la manifestación de la fuerza de la libertad humana en el espacio, en el tiempo y en la dependencia de las causas constituye el objeto de la historia; la libertad en sí misma, por su parte, constituye el objeto de la metafísica.

En las ciencias experimentales llamamos leyes de la necesidad a lo que conocemos y fuerza de la vida a lo que ignoramos. La fuerza de la vida no es más que la expresión del remanente desconocido de cuanto sabemos sobre la esencia de la vida.

Asimismo, en la historia llamamos leyes de la necesidad a lo que conocemos y libertad a lo que ignoramos. Para la historia la libertad no es más que la expresión del remanente desconocido de cuanto sabemos sobre las leyes de la vida humana.

XI

La historia examina las manifestaciones de la libertad humana en relación con el mundo exterior en el tiempo y en la dependencia de las causas, es decir, define la libertad mediante las leyes de la razón; por este motivo, la historia es una ciencia solo en la medida en que la libertad es definida por estas leyes.

Para la historia reconocer la libertad humana como una fuerza capaz de influir en los acontecimientos históricos, es decir, no supeditada a las leyes, es lo mismo que para la astronomía reconocer la fuerza libre en el movimiento de los cuerpos celestes.

Este reconocimiento anula la posibilidad de existencia de las leyes, es decir, de cualquier clase de conocimiento. Si hubiera un cuerpo, aunque solo fuera uno, que se moviera libremente, dejarían de existir las leyes de Kepler y de Newton, así como cualquier noción sobre el movimiento de los cuerpos

celestes. Si hay un solo acto humano libre, entonces no puede existir ninguna ley histórica ni tampoco ninguna noción sobre los acontecimientos históricos.

Para la historia existen las líneas del movimiento de las voluntades humanas: uno de sus extremos se oculta en lo desconocido y, en el otro, la conciencia de la libertad humana del presente se mueve en el espacio, en el tiempo y en la dependencia de las causas.

Cuanto más se expande ante nuestros ojos este campo de movimiento, más evidentes son sus leyes. Y la tarea de la historia consiste en captarlas y definirlas.

Desde el punto de vista desde el que actualmente la ciencia histórica observa su objeto de estudio, en el camino que sigue al buscar las causas de los acontecimientos en el libre albedrío humano, la manifestación de tales leyes es imposible, puesto que, por mucho que se limite la libertad humana, en cuanto la reconocemos como una fuerza no sujeta a las leyes, la existencia de una ley resulta imposible.

Solo limitando esta libertad hasta el infinito, es decir, observándola como una magnitud infinitesimal, concluiremos que sus causas son completamente inaccesibles, y entonces la historia, en vez de buscarlas, se pondrá como tarea hallar las leyes.

Ya hace mucho que empezó la búsqueda de estas leyes, y los nuevos métodos del pensamiento que la historia debe asimilar se elaboran simultáneamente con la autodestrucción hacia la que se encamina la vieja historia, que no deja de fraccionar las causas de los fenómenos.

Todas las ciencias humanas han avanzado por este camino. Las matemáticas, la ciencia más exacta, al llegar a lo infinitesimal, abandonan el proceso del fraccionamiento y se adentran en un nuevo proceso de la suma de las incógnitas de los infinitesimales. Renunciando al concepto de la causa, las matemáticas buscan la ley, es decir, las propiedades comunes a todos los elementos infinitesimales desconocidos.

Las demás ciencias han avanzado por el mismo camino del pensamiento, aunque de otra forma. Cuando Newton formuló la ley de la gravitación no dijo que el Sol o la Tierra tuvieran la propiedad de la atracción, sino que todos los cuerpos, del más grande al más pequeño, tienen la propiedad de atraerse unos a otros; es decir, dejando a un lado la cuestión de la causa del movimiento de los cuerpos, puso de manifiesto la propiedad común a todos ellos, desde los infinitamente grandes hasta los infinitamente pequeños. Lo mismo hacen las ciencias naturales: dejando a un lado la cuestión de la causa, buscan las leyes. La historia se sitúa en este mismo camino. Y si la historia

tiene por objeto el estudio del movimiento de los pueblos y de la humanidad, y no la descripción de los episodios de la vida de las personas, debe dejar a un lado el concepto de causa y buscar las leyes comunes a todos los elementos infinitesimales de libertad, iguales e indisolublemente vinculados entre sí.

XII

Desde que se descubrió y demostró la ley de Copérnico el solo hecho de admitir que lo que se mueve no es el Sol sino la Tierra echó abajo toda la cosmografía de los antiguos. Si se refutaba esta ley, se habría podido mantener la antigua idea del movimiento de los cuerpos, pero si no se refutaba, parecía que sería imposible prolongar el estudio de los mundos de Ptolomeo. Y, aun así, después del descubrimiento de Copérnico, los mundos de Ptolomeo no dejaron de estudiarse durante mucho tiempo.

Desde que el primer ser humano afirmó y demostró que el número de nacimientos o de crímenes está supeditado a leyes matemáticas, que ciertas condiciones geográficas y político-económicas determinan una u otra forma de gobierno y que existen determinadas relaciones entre la población y la tierra que dan pie al movimiento de los pueblos, desde entonces los cimientos sobre los que se erigía la historia fueron en esencia destruidos.

Habiendo refutado las nuevas leyes habría sido posible aferrarse a la antigua visión que se tenía de la historia, pero sin refutarlas parecía imposible seguir estudiando los acontecimientos históricos como un producto del libre albedrío del ser humano. Porque, si a raíz de ciertas condiciones geográficas, etnográficas o económicas se constituye una determinada forma de gobierno o se produce un determinado movimiento de un pueblo, la voluntad de los personajes a los que consideramos instauradores de una determinada forma de gobierno o incitadores del movimiento de un pueblo ya no puede ser tomada como causa.

Y, no obstante, la historia antigua continúa estudiándose al mismo nivel que las leyes de la estadística, de la geografía, de la política económica, de la filología comparada y de la geología, que contradicen directamente sus tesis.

En la filosofía física se libró una larga y obstinada batalla entre las viejas y las nuevas concepciones. La teología seguía siendo guardiana de las antiguas concepciones y acusaba a las nuevas de destruir la revelación. Pero cuando la verdad triunfó la teología se estableció en el nuevo terreno con la misma solidez.

Hoy se libra una batalla igual de larga y obstinada entre las viejas y nuevas concepciones de la historia, y la teología, también en este caso, sigue siendo guardiana de las viejas concepciones y acusa a las nuevas de destruir la revelación.

Tanto en un caso como en otro la batalla despierta pasiones en ambos bandos y asfixia la verdad. En un bando hay miedo y compasión por el gran edificio erigido a lo largo de los siglos; en el otro, pasión por la destrucción.

A quienes luchaban contra la nueva verdad sobre la filosofía física les parecía que, si la admitían, se destruiría la fe en Dios, en la creación del firmamento y en el milagro de Josué, hijo de Nun. A los defensores de las leyes de Copérnico y de Newton, como por ejemplo Voltaire, les parecía que las leyes de la astronomía destruían la religión y este último esgrimía como arma contra la religión la ley de la gravitación.

Exactamente del mismo modo, parece que hoy bastaría con admitir la ley de la necesidad para acabar con el concepto de alma, con el bien y el mal, y con todas las instituciones gubernamentales y eclesiásticas erigidas sobre él.

Igual ahora que Voltaire en su época, los defensores no invocados de la ley de la necesidad esgrimen esta ley como arma contra la religión, a pesar de que, como ocurre con las leyes de Copérnico en astronomía, la ley de la necesidad en la historia no solo no destruye el terreno en el que se erigen las instituciones estatales y eclesiásticas, sino que de hecho lo consolida.

Tanto antes en la astronomía como ahora en la historia, la diferencia de concepción reside en el reconocimiento o no reconocimiento de una unidad absoluta que sirva de medida para los fenómenos visibles. En la astronomía esta medida era la inmovilidad de la Tierra; en la historia, la independencia del ser humano, la libertad.

Así como para la astronomía la dificultad de reconocer el movimiento de la Tierra consistía en no admitir la sensación inmediata de su inmovilidad y el movimiento de los planetas, para la historia la dificultad de reconocer la subordinación del individuo a las leyes del espacio, del tiempo y de las causas consiste en no admitir la sensación inmediata de independencia del individuo. Pero, del mismo modo que en la astronomía la nueva concepción afirmaba: «Es cierto que no percibimos el movimiento de la Tierra, pero si admitimos su inmovilidad, llegamos a un absurdo; sin embargo, si admitimos el movimiento que no percibimos, llegamos a las leyes», en la historia la nueva concepción afirma: «Es cierto que no sentimos nuestra dependencia, pero si admitimos nuestra libertad, llegamos a un absurdo; sin embargo, si admitimos

nuestra dependencia del mundo exterior, del tiempo y de las causas, llegamos a las leyes».

En el primer caso teníamos que renunciar a la conciencia de una inmovilidad inexistente en el espacio y admitir un movimiento que no percibíamos; en el caso presente es igualmente necesario renunciar a una libertad inexistente y admitir una dependencia que no percibimos.

Notas

[1] Romain Rolland, *Vida de Tolstói*, ed. Acantilado, trad. de Selma Ancira y David Stacey. *[Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, es del traductor.]* <<

[2] En las *Obras completas* de Tolstói encontraremos dos versiones de la novela inacabada *Los decembristas*: la primera, de 1860, consta de tres capítulos; la segunda, de 1878, de dos. <<

[3] Henri Troyat, *Tolstói*, ed. Bruguera, trad. de Lila de Mora y Araujo. <<

[4] Carta a P. Ánnenkov, marzo de 1868. <<

[5] Carta a P. Ánnenkov, 14 febrero de 1868. <<

[6] Carta a P. Ánnenkov, 14 febrero de 1868. <<

[7] Carta a P. Ánnenkov, abril de 1868. <<

[8] Carta a Turguénev, enero de 1880 (Romain Rolland, *Vida de Tolstói*). <<

[9] Isaiah Berlin, *El erizo y el zorro*, Fondo de Cultura Económica, trad. Juan José Utrilla. <<

[10] Lev Tolstói, *Diarios*, ed. Acantilado, trad. Selma Ancira. <<

[11] Vladímir Nabókov, *Curso de literatura rusa*, ediciones Grupo Zeta, trad. María Luisa Balseiro. <<

[12] Vladímir Nabókov, *Curso de literatura rusa*. <<

[13] Sofia Andréievna Tolstaia, *Moiá zhizn* [Mi vida], ed. Kúchkovo pole. <<

[14] Borís Eichenbaum, *Lev Tolstói (Kniga vtoraia. 60-ye gody)* [Lev Tolstói (Libro segundo. Años 60)], ed. GIJL. <<

[15] Lidia Ginzburg, *Zapisnye knizhki. Vospominania. Essé* [Cuadernos. Memorias. Ensayos], ed. Iskusstvo. <<

[16] George Steiner, *Tolstói o Dostoievski*, ed. Siruela, trad. Agustí Bartra. <<

[17] De hecho, años más tarde, en su ensayo *¿Qué es el arte?* (1897), abjurará por completo de la ópera, a la que considerará el máximo exponente de la falsedad y del artificio en el arte. <<

[18] Tolstói escribió el borrador de un prefacio como tal, pero no llegó a concluirlo. <<

[1] Este artículo apareció en la revista *El Archivo Ruso [Russki Arjiv]* en marzo de 1868, cuando aún no se habían publicado los volúmenes V y VI de *Guerra y paz* —según la división inicial de la obra—. Después de leer las primeras críticas Tolstói sintió la necesidad de escribir un prefacio o, más bien, una explicación, como él mismo lo definiría. <<

[2] Daria Nikoláievna Saltykova (1730-1801), conocida como Saltychija o «La caníbal», fue una terrateniente rusa que se hizo famosa por la crueldad con que torturó y asesinó a cientos de sus siervos. Fue juzgada y condenada a pena de muerte, aunque acabó cumpliendo cadena perpetua en un convento. <<

[3] Natalia Dmítrevna Afrosímova (1753-1826) fue una aristócrata moscovita célebre por su carácter excéntrico. Sirvió asimismo de prototipo para un personaje de la famosa obra de teatro *El mal de la razón* de Aleksandr Griboiédov. <<

[4] Vasili Denísov está inspirado en Denís Vasílievich Davydov (1784-1839), general ruso famoso por liderar la guerrilla contra los franceses. Fue, además, un célebre poeta, muy admirado por Pushkin. <<

[5] Es decir, su propia casa de las afueras de Moscú. Se alude a este episodio en el Libro III (tercera parte, capítulo V). <<

[6] Después de la publicación de la primera parte de esta obra y de la descripción de la batalla de Schöngrabern, alguien me hizo llegar la opinión de Nikolái Nikoláievich Muraviov-Karski, cuyas palabras me reafirmaron en mi convicción. Este general en jefe dijo que jamás había leído una descripción tan fiel de una batalla y que su propia experiencia le había demostrado que en un combate resulta imposible cumplir las órdenes del general en jefe. *[N. del A.]* <<

[7] Aleksandr Ivánovich Mijailovski-Danilevski (1789-1848), teniente general del ejército ruso, senador, historiador militar, escribió la primera historia oficial de la guerra de 1812 por orden de Nicolás I. <<

[8] Serguéi Nikoláievich Glinka (1775-1847), escritor, editor de *El Mensajero Ruso (Russki Véstnik)*, revista que agitaba el sentimiento patriótico ruso. <<

[9] Tolstói alude al sitio de Sevastópol (1854-1855), en el que participó como alférez y sobre el que escribió sus célebres *Relatos de Sevastópol*. <<

[10] Históricamente, personas de origen no eslavo que habían nacido en el Imperio ruso y vivían en él. <<

[11] Completando el uso de estos medios con un acto de caridad digno de él y del ejército francés, ordenó distribuir ayudas entre las víctimas de los incendios. Pero, como los víveres eran demasiado valiosos para repartirlos mucho tiempo entre los extranjeros, la mayoría de ellos enemigos, Napoleón prefirió proporcionarles dinero y, con este fin, hizo distribuir rublos de papel. <<

[12] El zar Alejandro I. <<

[13] Es digno de mención que casi todos los autores que han escrito sobre los acontecimientos de 1812 hayan visto en ellos algo particular y fatal. *[N. del A.]* <<

[1] Pues bien, príncipe, Génova y Lucca no son más que propiedades, haciendas de la familia Bonaparte. No, se lo advierto: si no me dice usted que estamos en guerra, si además se permite defender todas las infamias, todas las atrocidades de este Anticristo (verdaderamente, creo que es el Anticristo), dejo de hablarle, ya no será mi amigo, mi fiel esclavo, como usted dice. <<

[2] Veo que le doy miedo. <<

[3] Si no tiene nada mejor que hacer, conde (o príncipe), y si la perspectiva de pasar la velada en casa de una pobre enferma no le asusta demasiado, estaré encantada de recibirle en mi casa entre las siete y las diez horas. <<

[4] ¡Dios, qué salida tan virulenta! <<

[5] Antes de nada dígame, ¿cómo se encuentra, querida amiga? <<

[6] Le tengo que confesar que todas estas fiestas y fuegos artificiales están a empezando a volverse insufribles. <<

[7] No me atormente. Bueno, y ¿qué se ha decidido sobre el despacho de Novosiltsov? Usted lo sabe todo. <<

[8] ¿Qué se ha decidido? Se ha decidido que Bonaparte ha quemado sus naves, y yo creo que también nosotros estamos dispuestos a quemar las nuestras. <<

[9] Karl August von Hardenberg (1750-1822), ministro de Relaciones Exteriores de Prusia entre 1804 y 1806. <<

[10] Christian Heinrich Kurt von Haugwitz (1752-1832), político y diplomático prusiano. <<

[11] Esta famosa neutralidad prusiana no es más que una trampa. <<

[12] A propósito. <<

[13] El vizconde de Mortemart, emparentado con los Montmorency por los Rohans. <<

[14] El abad Morio. <<

[15] La emperatriz madre. <<

[16] Al parecer, este barón es un pobre ser. <<

[17] El señor barón de Funke ha sido recomendado a la emperatriz madre por su hermana. <<

[18] Mucha estima. <<

[19] A propósito de su familia […], ¿sabe que su hija, desde que se presentó en sociedad, hace las delicias de todo el mundo? La encuentran hermosa como el día. <<

[20] Johann Kaspar Lavater (1741-1801), no Lafater como dice el príncipe, teólogo y escritor suizo, autor de un tratado de fisionomía muy influyente en su tiempo que aseguraba que las protuberancias del cráneo determinan la naturaleza y el carácter de las personas. <<

[21] ¡Qué se le va a hacer! Lafater habría dicho que no tengo la protuberancia del amor paternal. <<

[22] Soy su fiel esclavo, y solo a usted se lo puedo confesar. Mis hijos son el lastre de mi existencia. <<

[23] Tienen la manía de los casamientos. <<

[24] Una muchacha […] una pariente nuestra, una princesa Bolkónskaia. <<

[25] Ahí tiene la ventaja de ser padre. <<

[26] La pobrecilla es infeliz como las piedras. <<

[27] Escuche, querida Annette. <<

[28] Arrégleme este asunto y siempre seré su fidelísimo eslavo para siempre […], como mi *stárosta* lo escribe en los informes. <<

[29] Espere. <<

[30] La mujer del joven (Bolkonski). <<

[31] Será en su familia donde haga mi aprendizaje de vieja solterona. <<

[32] La mujer más seductora de San Petersburgo. <<

[33] Mi tía. <<

[34] Diversión. <<

[35] He traído mi labor […]. Mire, Annette, no me juegue malas pasadas […]. Usted me ha escrito que solo se trataba de una pequeña velada; mire cómo he venido vestida. <<

[36] Esté tranquila, Liza, siempre será usted la más bonita. <<

[37] Sabe, mi marido me abandona, se va a que le maten. Dígame, por qué esta vil guerra. <<

[38] ¡Qué criatura tan deliciosa es esta pequeña princesa! <<

[39] Es muy amable de su parte, *monsieur* Pierre, haber venido a ver a una pobre enferma. <<

[40] Louis-Antoine de Bourbon-Condé, décimo duque de Enghien y último descendiente de la rama de Condé de la casa de Borbón, fue fusilado el 21 de marzo de 1804, condenado por participar en un complot monárquico. <<

[41] ¡Ah! Veamos, cuéntenoslo, vizconde. <<

[42] El vizconde ha conocido personalmente al duque […]. El vizconde es un increíble narrador […]. Como se puede ver, es un hombre de buena sociedad. <<

[43] ¡Qué belleza! <<

[44] *Madame*, temo por mis habilidades ante un público así. <<

[45] Espérenme, voy a coger mi labor […]. Veamos, ¿en qué está pensando? […]. Tráigame mi ridículo. <<

[46] El encantador Ippolit. <<

[47] ¿No será una historia de aparecidos? <<

[48] Claro que no. <<

[49] Es que detesto las historias de aparecidos. <<

[50] Muslo de ninfa asustada. <<

[51] Encantador. <<

[52] Derecho de gentes. <<

[53] ¿Se alista usted para la guerra, príncipe? <<

[54] El general Kutúzov […] ha tenido a bien quererme como ayudante de campo. <<

[55] ¿Y Liza, su mujer? <<

[56] La Guardia Imperial era un cuerpo militar de élite fundado por Pedro I, cuya función era proteger al zar. Servir como oficial en esta unidad era considerado un gran honor y privilegio. <<

[57] Sea el buen muchacho que antes era. <<

[58] Una vez haya pasado a la Guardia… <<

[59] La coronación de Milán. <<

[60] Y la nueva comedia de los pueblos de Génova y Lucca que van a presentar sus respetos al señor Bonaparte. Y ¡el señor Bonaparte está en el trono cumpliendo el deseo de los pueblos! ¡Adorable! ¡No, es para volverse loco! Parece que el mundo entero haya perdido la cabeza. <<

[61] «Dios me ha dado la corona. Caiga en desgracia quien la toque» […]. Dicen que estaba muy guapo al pronunciar estas palabras. <<

[62] Espero […] que esta sea la gota que colme el vaso. Los soberanos no pueden aguantar más a este hombre que todo lo amenaza. <<

[63] ¿Los soberanos? Yo no hablo de Rusia […]. ¡Los soberanos! ¿Qué han hecho por Luis XVI, por la reina, por Elisabeth? Nada. […]. Y, créame, sufren el castigo por su traición en la causa de los Borbones. ¿Los soberanos? Envían a los embajadores a dar la bienvenida al usurpador. <<

[64] Bastón de gules, encajado de gules de azur: casa Condé. <<

[65] Lo ha dicho Bonaparte. <<

[66] «Les he mostrado el camino de la gloria […]: no han querido; les he abierto mis antecámaras: se han precipitado en masa…» No sé hasta qué punto tenía derecho a hablar así. <<

[67] Ninguno. <<

[68] Si para algunos era un héroe […], después del asesinato del duque hay un mártir más en el cielo y un héroe menos en la tierra. <<

[69] ¿Cómo, *monsieur* Pierre, puede usted ver grandeza de espíritu en un asesinato? <<

[70] ¡Magnífico! <<

[71] Contrato social. [Referencia a la obra de Rousseau.] <<

[72] Pero, mi querido *monsieur* Pierre. <<

[73] 18 brumario: 9 de noviembre de 1799, día del golpe de Estado de Napoleón Bonaparte contra el Directorio que gobernaba Francia. <<

[74] Es una artimaña que no se parece en absoluto al modo de actuar de un gran hombre. <<

[75] Es un advenedizo, digan lo que digan. <<

[76] ¡Ah! Hoy me han contado una anécdota moscovita, encantadora: debo obsequiarles con ella. Discúlpeme, vizconde, es necesario que la cuente en ruso; de otro modo, se perderá toda la sal de la historia. <<

[77] Lacayos. <<

[78] Una criada. <<

[79] Librea. <<

[80] Hacer las visitas. <<

[81] Encantadora velada. <<

[82] Está decidido. <<

[83] Cómo verá el padre el asunto. Adiós. <<

[84] Y bien, querido, su pequeña princesa está muy bien, muy bien […]. Pero que muy bien […]. Y totalmente francesa. <<

[85] ¿Sabe? Es usted terrible con su aspecto inocente […]. Me compadezco del pobre marido, ese oficialillo que se da aires de príncipe reinante. <<

[86] Y usted decía que las damas rusas no valen lo que las francesas. Hay que saber manejarlo. <<

[87] *Comentarios sobre la guerra de las Galias* de Julio César. <<

[88] «¿Es ese el famoso príncipe Andréi?» ¡Le doy mi palabra de honor! <<

[89] ¡Ah! No me hable de esta partida, no me hable. No quiero oír hablar de ella. <<

[90] ¡Tengo miedo, tengo miedo! <<

[91] De qué tienes miedo. <<

[92] No, Andréi, te digo que has cambiado tanto, tanto… <<

[93] Soy muy amable y muy cáustico. <<

[94] Todas las mujeres distinguidas. <<

[95] Soy un hombre acabado. <<

[96] Soy un bastardo. <<

[97] Sin nombre, sin fortuna… <<

[98] Qué quiere, querido […], ¡las mujeres, querido, las mujeres! <<

[99] Las mujeres decentes […] las mujeres de Kuraguin, las mujeres y el vino.
<<

[100] El narrador ha dicho en el primer capítulo que era una noche de julio. Estos despistes e incongruencias son bastante habituales no solo en Tolstói y los novelistas rusos, sino también en todos los autores de novelas largas del siglo XIX *[N. del E.]*. <<

[101] Nombre que popularmente se da a los osos en Rusia. <<

[102] Regimiento de gran prestigio, constituía la Guardia personal del zar. <<

[103] Bórenka, Boria: diminutivos afectuosos de Borís. <<

[104] Hay que tener en cuenta que las fechas en *Guerra y paz* siguen el calendario juliano, vigente en Rusia hasta 1917. Nuestro calendario, el gregoriano, va unos trece días por delante del juliano. <<

[105] Diminutivo de Dmitri. <<

[106] Querida condesa, hace tanto tiempo… ha estado enferma, la pobre… en el baile de los Razumovski… y la condesa Apráksina… yo estaba tan contenta… <<

[107] Estoy muy contenta; la salud de mamá… y la condesa Apráksina. <<

[108] Entre nosotras. <<

[109] Querida, hay un momento para cada cosa. <<

[110] Buenos días, querida, la felicito […]. ¡Qué niña tan deliciosa! <<

[111] Primo. <<

[112] Primos, peligrosos vecinos. <<

[113] Diminutivo afectuoso de Nikolái. <<

[114] Cantante de ópera que, durante el invierno de 1805-1806, actuó con gran éxito en Moscú. <<

[115] Nombre y patronímico de Natasha, que es su diminutivo. <<

[116] Referencia a la escritora francesa condesa de Genlis (1746-1830), autora de novelas moralizantes de mucho éxito entre las familias nobles de la época. <<

[117] No es todo de color de rosa […] el tren de vida que llevamos. <<

[118] La princesa tal. <<

[119] Me cortejaba. <<

[120] Las grandezas no le han hecho perder nada la cabeza. <<

[121] Literalmente. <<

[122] En Rusia tanto los príncipes (no en la acepción de «hijo del rey», sino de «persona de alto grado de la nobleza superior al duque») como los condes recibían el tratamiento de «excelencia». Es muy frecuente que los tratamientos del sistema español no coincidan con los de Rusia, donde eran numerosísimos, y los solemos reducir a «excelencia» y «señor». <<

[123] Querido, me lo ha prometido. <<

[124] Entonces, ¿es seguro? <<

[125] Príncipe, «errar es humano», pero… <<

[126] Está bien, está bien… <<

[127] Jamás he podido comprender cómo Natalia decidió casarse con ese oso zafio. Un personaje completamente estúpido y ridículo. Y, por lo que dicen, jugador. <<

[128] Pero es muy buen hombre, príncipe. <<

[129] Es su ahijado. <<

[130] Piense que se trata de la salvación de su alma… ¡Ah! Qué terrible, los deberes de un cristiano… <<

[131] Ah, querida, no la he reconocido […]. Acabo de llegar y estoy aquí para ayudarla a cuidar a mi tío. Me imagino cuánto ha sufrido usted. <<

[132] Estaré muy contento si me libera de este joven… <<

[133] Nombre y patronímico de Pierre. <<

[134] Buenos días, prima […]. ¿No me reconoce? <<

[135] Querido, si aquí se comporta igual que en San Petersburgo, acabará muy mal; no tengo más que decirle. <<

[136] Inglaterra está acabada […]. *Monsieur* Pitt, como traidor a la nación y al derecho de gentes, está condenando a… <<

[137] William Pitt (1759-1806), primer ministro de Gran Bretaña en la época. <<

[138] Literalmente, «Colinas del gorrión». <<

[139] Pierre-Charles-Jean-Baptiste-Silvestre de Villeneuve (1763-1806), vicealmirante de la flota napoleónica. <<

[140] Adiós, príncipe, que el buen Dios lo sostenga… <<

[141] Salteado con madeira. <<

[142] Juego de mesa parecido al *whist*. <<

[143] Usted cuenta con obtener rentas del Estado. <<

[144] Ahí lo tiene… […], como dice el proverbio. <<

[145] Los Razumovski… Ha sido encantador… Qué buena es usted… La condesa Apráksina… <<

[146] De tortuga. <<

[147] Ya le ha bajado los humos a Austria. Temo que esta vez sea nuestro turno. <<

[148] Aleksandr Vasílievich Suvórov (1729-1800), generalísimo ruso famoso por ganar todas las batallas, aunque en la campaña italiana tuvo que retroceder en los Alpes frente a las tropas revolucionarias francesas. Murió habiendo perdido el favor del emperador Pablo. <<

[149] Conoce el proverbio […]. Nos va a la perfección […]. Fue aplastado […]. Le pregunto a usted. <<

[150] Es muy hermoso lo que acaba de decir. <<

[151] Diminutivo afectuoso de Nikolái. <<

[152] Danza popular rusa. <<

[153] Muy bueno […]. Muy bueno, princesa; además, en Moscú uno cree estar en el campo. <<

[154] ¿Verdad que sí? <<

[155] Cremor tártaro (sal ácida). <<

[156] Charlemos. <<

[157] Estoy tan agotado como un caballo de postas. <<

[158] Pero, mi pobre Catiche, es claro como el día. <<

[159] Un bastardo. <<

[160] Y todo lo que de ello se desprende. <<

[161] Hablemos claro. <<

[162] Protegida. <<

[163] No perdamos el tiempo. <<

[164] Ahí está. <<

[165] Créame, sufro tanto como usted, pero sea un hombre. <<

[166] Ah, amigo, olvide los errores que se hayan podido cometer con usted, piense que se trata de su padre… quizá en la agonía […]. Le he amado desde el principio como a un hijo. Fíese de mí, Pierre. No olvidaré sus intereses. <<

[167] Sea hombre, amigo, yo velaré por sus intereses. <<

[168] Velar por sus intereses. <<

[169] Querido doctor, […], este joven es el hijo del conde… ¿Hay esperanza?
<<

[170] ¡Tenga confianza en Su misericordia! <<

[171] Coraje, coraje, amigo. Ha pedido verlo. Eso está bien… <<

[172] Ha tenido otro ataque hace media hora […]. Coraje, amigo… <<

[173] La bondad divina es infinita. Va a empezar la ceremonia de la extremaunción. Venga. <<

[174] Urna o caja muy adornada y con alas batientes donde se colocan los iconos. <<

[175] Venga. <<

[176] Se ha desvanecido […]. Vamos. <<

[177] Catiche ha hecho servir el té en el saloncito […]. Vamos, mi pobre Anna Mijáilovna, si no, no va a tener fuerzas. <<

[178] Después de una noche en blanco no hay nada más reparador que una taza de este excelente té ruso. <<

[179] Veamos, mi buena Anna Mijáilovna, deje hacer a Catiche. <<

[180] Se lo ruego… <<

[181] Es ridículo. Vamos. <<

[182] Se nos va y ustedes me dejan sola. <<

[183] Ya no está… <<

[184] Vamos, le acompaño. Trate de llorar. No hay nada que calme más que las lágrimas. <<

[185] Sí, querido, es una gran pérdida para todos nosotros. Y qué decir para usted. Pero Dios lo sostendrá, es usted joven y, ahora, espero, posee una inmensa fortuna. El testamento aún no se ha abierto. Lo conozco suficiente para saber que esto no le hará perder la cabeza; esto le impone deberes y tiene que ser hombre. <<

[186] Quizá más adelante le cuente, querido, que, si yo no hubiera estado, Dios sabe lo que habría pasado. ¿Sabe? Antes de ayer mi tío aún me prometía que no se olvidaría de Borís. Pero no ha tenido tiempo. Espero, querido amigo, que cumpla usted con el deseo de su padre. <<

[187] Es doloroso, pero aleccionador; ver a dos hombres como el viejo conde y su digno hijo eleva el alma. <<

[188] Literalmente, Montes Pelados. <<

[189] El rey de Prusia. <<

[190] El zar Pablo I (1754-1801). <<

[191] El príncipe Bolkonski compara irónicamente la correspondencia de su hija con la novela epistolar *Julia, o la nueva Eloísa* de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). <<

[192] Escrita por Karl von Eckartshausen (1752-1803), autor místico bávaro, *Clave de los misterios de la naturaleza* fue una obra muy leída por la aristocracia europea y, especialmente, entre los círculos masones. <<

[193] Querida y excelente amiga, ¡qué cosa tan terrible y espantosa es la separación! Por más que me repita que la mitad de mi existencia y de mi felicidad está en usted, que, a pesar de la distancia que nos separa, nuestros corazones están unidos por lazos indisolubles, el mío se rebela contra el destino; no puedo, a pesar de los placeres y las distracciones que me rodean, vencer cierta tristeza secreta que siento en el fondo del corazón tras nuestra separación. ¿Por qué no estamos juntas como en verano, en su gran gabinete, en el canapé azul, el canapé de las confidencias? ¿Por qué no puedo, como hace tres meses, obtener nuevas fuerzas morales de su mirada tan dulce, tan calmada y tan penetrante, una mirada que tanto me gustaba y que creo ver delante de mí cuando le escribo? <<

[194] Todo Moscú no hace más que hablar de la guerra. Uno de mis dos hermanos ya está en el extranjero y el otro con la Guardia, que marcha hacia la frontera. Nuestro querido emperador ha abandonado San Petersburgo y se cree que tiene la intención de exponer su preciosa existencia a los azares de la guerra. Quiera Dios que el monstruo corso que destruye la tranquilidad de Europa sea aniquilado por el ángel que el Todopoderoso, en su misericordia, nos ha dado por soberano. Ya sin contar a mis hermanos, esta guerra me ha privado de una de las relaciones más cercanas a mi corazón. Me refiero al joven Nikolái Rostov, que, con su entusiasmo, no ha podido soportar la inacción y ha dejado la universidad para ingresar en el ejército. Tengo que reconocerle, querida Maria, que, a pesar de su extremada juventud, su partida al ejército ha sido para mí un gran pesar. Este joven del que le hablé el verano pasado tiene una nobleza y una juventud tan auténticas que rara vez encuentra una en nuestro tiempo entre los viejos de veinte años. Tiene, sobre todo, una gran franqueza y un gran corazón. Es tan puro y está tan lleno de poesía que mis relaciones con él, a pesar de lo pasajeras que fueron, han sido uno de los deleites más dulces para mi pobre corazón, que tanto ha sufrido ya. Le contaré algún día nuestra despedida y todo lo que nos hemos dicho. Todo está aún demasiado fresco. ¡Ah! Querida amiga, es usted dichosa por no conocer estos deleites y estas penas tan desgarradoras. Es dichosa porque estas últimas suelen ser más intensas que los primeros. Sé muy bien que el conde Nikolái es demasiado joven para ser algo distinto a un amigo, pero esta dulce amistad, estas relaciones tan poéticas y puras han sido una necesidad para mi corazón. Pero no hablemos más de esto. La noticia más importante que ocupa todo Moscú es la muerte del viejo conde Bezújov y su herencia. Figúrese que las tres princesas han recibido muy poca cosa, el príncipe Vasili nada, y el señor Pierre es el heredero de todo; encima, ha sido reconocido hijo legítimo y, por ello, es conde Bezújov y ahora posee la más grande fortuna de Rusia. Dicen que el príncipe Vasili desempeñó un papel muy pérfido en toda esta historia y que se marchó a San Petersburgo muy turbado.

Debo confesarle que no entiendo demasiado bien todos estos asuntos de los testamentos, solo sé que, desde que el joven al que conocíamos con el simple nombre de Pierre se ha convertido en conde Bezújov y en dueño de una de las mayores fortunas de Rusia, me entretengo observando el cambio de tono y de maneras de las madres con hijas casaderas y de las propias señoritas con este

señor que a mí, dicho sea de paso, siempre me ha parecido insignificante. Como hace dos años que todo el mundo se entretiene buscándome prometidos a los que, en su mayoría, ni siquiera conozco, la crónica matrimonial de Moscú ya me ha convertido en condesa Bezújova. Pero, como comprenderá, esto es algo que no deseo en absoluto. A propósito de matrimonios: debe usted saber que hace poco la *tía universal* Anna Mijáilovna me confió en el más absoluto secreto que existe un proyecto matrimonial para usted. Se trata ni más ni menos que de Anatol, el hijo del príncipe Vasili, al que quieren situar casándolo con una señorita rica e ilustre, y la decisión de los padres ha recaído en usted. No sé cómo verá usted este asunto, pero he considerado mi deber advertirla. Dicen de él que es muy guapo y juerguista. Eso es lo único que he podido averiguar.

Pero basta de cháchara. Estoy acabando la segunda hoja y mamá me ha hecho llamar para ir a comer a casa de los Apraksin.

Lea el libro místico que le envío y que causa furor entre nosotros. Aunque hay en él cosas difíciles de comprender para la débil concepción humana, es excelente: su lectura sosiega y eleva el alma. Adiós. Transmítale mis respetos a su padre y mis saludos a *mademoiselle* Bourienne. La abrazo con todo mi corazón.

JULIE

PD: Deme noticias de su hermano y su encantadora mujer. <<

[195] Querida y excelente amiga: su carta del 13 me ha causado una gran alegría. Aún me sigue queriendo, mi poética Julie. La separación, sobre la que tantas cosas malas dice, al parecer no ha tenido en usted su habitual efecto. Se lamenta de la separación, ¿qué debería decir yo si osara lamentarme, privada de todos a cuantos estimo? ¡Ah, si no tuviéramos el consuelo de la religión, la vida sería muy triste! ¿Por qué supone en mí una mirada severa cuando habla de su afecto por ese joven? En estas relaciones solo soy severa conmigo misma. Comprendo tales sentimientos en los demás, y, si no los puedo aprobar porque jamás los he sentido, tampoco los condeno. Tan solo me parece que el amor cristiano por el prójimo, el amor por el enemigo, es más meritorio, mejor y da más satisfacciones que los sentimientos que pueden inspirar los hermosos ojos de un joven en una muchacha poética y afectuosa como usted.

La noticia sobre la muerte del conde Bezújov nos llegó antes que su carta, y a mi padre le afectó mucho. Dice que era el penúltimo representante de un gran siglo, y que ahora le ha llegado su turno; pero que hará todo cuanto esté en sus manos para que este turno le llegue lo más tarde posible. ¡Que Dios nos libre de tal desgracia! No puedo compartir su opinión sobre Pierre, al que conocí ya de niño. Siempre me ha parecido que tiene un excelente corazón, y esta es la cualidad que más valoro en las personas. En cuanto a su herencia y al papel que ha tenido en el asunto el príncipe Vasili, es algo muy triste para ambos. ¡Ah, querida amiga, las palabras de nuestro divino salvador de que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que que un rico entre en el reino de Dios son terriblemente ciertas! Me compadezco del príncipe Vasili y aún más del de Pierre. Un hombre tan joven abrumado con una fortuna tan inmensa ¡cuántas tentaciones no habrá de superar! Si me preguntaran qué es lo que más deseo en el mundo, diría: deseo ser la más pobre de todos los pobres. Le agradezco mil veces, querida amiga, el libro que me regala y que tanto furor causa entre ustedes. Por otro lado, en cuanto a lo que me dice de que, entre muchas cosas buenas, hay algunas que la débil concepción humana no puede alcanzar, me parece inútil dedicarse a una lectura ininteligible que por ese mismo motivo no puede resultar de ningún provecho. Nunca he podido entender la pasión que sienten ciertas personas por confundir sus ideas al entregarse a libros místicos que solo suscitan dudas en su entendimiento, exaltan su imaginación y a todo dan un carácter exagerado, completamente

contrario a la sencillez cristiana. Mejor leamos a los apóstoles y el Evangelio. No tratemos de penetrar en lo que hay de misterioso en estos libros, ya que ¿cómo podemos osar nosotros, pobres pecadores, conocer los terribles y sagrados misterios de la providencia mientras llevemos esta envoltura carnal que tiende entre nosotros y el Eterno un velo impenetrable? Mejor limitémonos a estudiar los principios sublimes que nuestro divino salvador nos ha dejado para que nos guiemos aquí en la Tierra; tratemos de seguirlos y de convencernos de que, con cuanto menos desenfreno condenemos a nuestro espíritu, más agradable será para Dios, que rechaza todo conocimiento que no emane de Él; que, cuanto menos tratemos de profundizar en lo que nos ha querido ocultar, antes nos concederá este descubrimiento mediante su divino espíritu.

Mi padre no me ha hablado de ningún pretendiente, solo me ha dicho que ha recibido una carta y que espera la visita del príncipe Vasili; en cuanto al proyecto de matrimonio que a mí se refiere, le diré, querida y excelente amiga, que para mí el matrimonio es una institución divina a la que hay que someterse. Por muy penoso que sea para mí, si el Todopoderoso alguna vez me impone los deberes de esposa y de madre, trataré de cumplirlos tan bien como pueda, sin preocuparme de examinar mis sentimientos por aquel que me dé por esposo.

He recibido una carta de mi hermano en la que me anuncia su llegada a Lysye Gory con su mujer. Será una alegría breve, ya que nos abandona para participar en esta desgraciada guerra, a la que hemos sido arrastrados Dios sabe cómo y por qué. No solo entre ustedes, en el centro de los asuntos y del mundo, se habla de guerra: también aquí, en medio de las labores campestres y de esta calma de la naturaleza —tal y como los habitantes de las ciudades se suelen imaginar la vida en el campo—, se oyen los ecos de la guerra y se sienten con pesar. Mi padre no deja de hablar de marchas y contramarchas, cosas de las que yo no entiendo nada; antes de ayer, en mi habitual paseo por la calle de la aldea, presencié una escena que me desgarró el alma… Un convoy de reclutas salía de aquí para el ejército… ¡Solo había que ver el estado en el que quedaban las madres, las mujeres y los hijos de los que partían, y oír los sollozos de unos y otros! Y ¡pensar que la humanidad ha olvidado las leyes de su divino salvador, que predicó el amor y el perdón de las ofensas, y que ahora ponga su mayor virtud en el arte de matarse mutuamente!

Adiós, querida amiga. Que nuestro divino salvador y su santísima madre la tengan a usted bajo su manto santo y todopoderoso.

MARIE <<

[196] Ah, va usted a enviar una carta, princesa, yo ya he enviado la mía. He escrito a mi pobre madre. <<

[197] Princesa, debo prevenirla de que el príncipe ha regañado […] a Mijaíl Iványch. Está de muy mal humor, muy taciturno. Queda advertida, sabe… <<

[198] ¡Ah, querida amiga! […], le he pedido que jamás me prevenga del humor en el que está mi padre. No me permito juzgarlo y me gustaría que tampoco los demás lo hicieran. <<

[199] Jan Ladislav Dussek (1760-1812), compositor y pianista virtuoso checo, favorito de Catalina la Grande y de María Antonieta. <<

[200] Pero ¡si es un palacio! […]. ¡Vamos, rápido, rápido! […]. ¿Es Marie quien está practicando? Vayamos sin hacer ruido, que no nos vea. <<

[201] ¡Ah, qué alegría para la princesa! […]. ¡Por fin! Debo avisarla. <<

[202] No, no, por favor… Usted es *mademoiselle* Bourienne; ya la conozco por la amistad que mi cuñada tiene con usted. […] ¡No nos espera! <<

[203] He soñado esta noche… <<

[204] ¿No nos esperaba?… ¡Ah, Marie, ha adelgazado tanto!… <<

[205] Y usted ha engordado… <<

[206] He reconocido a la princesa al instante. <<

[207] ¡Y yo sin sospecharlo!… […]. ¡Ah, Andréi no te había visto!… <<

[208] Llorona. <<

[209] Verdadero. <<

[210] Me abandona aquí, y Dios sabe por qué, cuando podría haber sido ascendido… <<

[211] Malbrough se va a la guerra, Dios sabe cuándo volverá. <<

[212] ¡Sucumbir a esta ridiculez! <<

[213] La pobre condesa Apráksina ha perdido a su marido. Ya no le quedan más lágrimas, pobrecita. <<

[214] Grigori Aleksándrovich Potiomkin (1739-1791), general en la época de Catalina la Grande. <<

[215] Se refiere a Federico II el Grande (1740-1786). La juventud del príncipe Nikolái Bolkonski coincidió con el apogeo militar del rey de Prusia Federico II, al que siempre admiró e imitó, de ahí el apodo de «el rey prusiano». <<

[216] El príncipe Bolkonski se burla del *Hofkriegsrat* (Consejo de Guerra de la Corte, con sede en Viena) introduciendo las palabras *wurst* («salchicha») y *schnaps* («aguardiente»). <<

[217] ¡*mademoiselle* Bourienne, aquí tiene a otro admirador de su lacayo de emperador! <<

[218] Usted sabe, príncipe, que no soy bonapartista. <<

[219] Qué inteligente es su padre […]. Quizá por eso me da miedo. <<

[220] Diminutivo afectivo y familiar de Andréi. <<

[221] ¡Ah, Andréi! Qué tesoro de mujer. <<

[222] Quien todo lo comprende todo lo perdona. <<

[223] En la calle. <<

[224] Medida antigua rusa que equivale a 16,3 kilos. <<

[225] Diminutivo de Maria. <<

[226] Andréi, si tuvieras fe, acudirías a Dios con una oración para que te diera el amor que no sientes, y tu oración sería atendida. <<

[227] ¡Ah! Creía que estaba usted en su habitación. <<

[228] No, imagínese, la vieja condesa Zúbova, con sus rizos falsos y sus dientes falsos, como si pretendiera desafiar a los años… ¡Ja, ja, ja, Marie! <<

[229] Kutúzov. <<

[230] Andréi, ¿ya? <<

[231] Plaza de San Petersburgo donde se organizaban los desfiles militares. Actualmente se llama Campo de Marte. <<

[232] Consejo de Guerra de la Corte, con sede en Viena. <<

[233] Vestido de colores vivos y sin mangas que llevaban las campesinas rusas.
<<

[234] En ruso este es un rango de suboficial que viene del alemán *Feldwebel*. Equivale al sargento mayor y su función era la de ayudante de jefe de compañía. <<

[235] La guerra ruso-turca de 1787-1792, famosa por el asalto y toma de la ciudad de Izmaíl. <<

[236] Braunau. <<

[237] Instrumento de percusión popular ruso: dos cucharas de madera que chocan entre sí como las castañuelas. <<

[238] Literalmente «corneta»: oficial de caballería cuyo rango equivalía al del subteniente. <<

[239] Juego de cartas. <<

[240] Tenemos las fuerzas concentradas, cerca de 70.000 hombres, así podemos atacar y destruir al enemigo en caso de que cruce el Lech. Como ya nos hemos hecho con Ulm, podemos mantener la ventaja al dominar las dos orillas del Danubio y, de ese modo, si el enemigo no cruza el Lech, podemos cruzar nosotros en cualquier momento el Danubio, lanzarnos contra su línea de comunicaciones, cruzar de nuevo el río más abajo, y, si se le ocurre dirigir sus fuerzas contra nuestros fieles aliados, impedirle cumplir su propósito. Así pues, esperamos con buen ánimo el momento en que el ejército imperial ruso esté totalmente preparado para poder hallar fácilmente juntos la oportunidad de darle al enemigo el destino que se merece. <<

[241] Está usted viendo al desdichado Mack. <<

[242] ¡Dios, qué ingenuo! <<

[243] Cuarenta mil hombres han sido masacrados y el ejército de nuestros aliados ha sido destruido, y usted encuentra en ello un motivo para reír […]. Eso está bien para un chiquillo insignificante como este señor del que se ha hecho amigo, pero no para usted, no para usted. <<

[244] ¡Buenos días, buenos días! <<

[245] ¡Qué trabajador! […]. ¡Vivan los austríacos! ¡Vivan los rusos! ¡Viva el emperador Alejandro! <<

[246] Y ¡que viva todo el mundo! <<

[247] Sauna rusa. <<

[248] Así se llamaba a principios del siglo XIX un espacio al aire libre de Moscú donde se organizaban festejos y ferias. <<

[249] Antigua medida rusa de distancia equivalente a 2,13 metros. <<

[250] Brno en alemán. <<

[251] Excelencia. <<

[252] Los dichos de Bilibin corrían por los salones de Viena. <<

[253] Me han recibido con esta noticia como a un perro en una partida de bolos. <<

[254] Sin embargo, querido […], a pesar de mi respeto por las «huestes ortodoxas rusas», considero que su victoria no es de las más brillantes. <<

[255] Veamos, querido. […] Todo eso está muy bien. <<

[256] Un archiduque vale lo que el otro. <<

[257] Como si nos dijeran. <<

[258] Es como hecho adrede, como adrede. <<

[259] Palacio de verano de los Habsburgo en Viena. <<

[260] El príncipe Murat y todo eso… <<

[261] Cabeza de puente. <<

[262] Escaramuza de Dürenstein. <<

[263] Forzará a Austria. <<

[264] Tratado de paz firmado en 1797 entre Napoleón, como general de la República francesa, y Austria, que dio a Francia territorios austríacos e italianos. <<

[265] Hay que librarle de la «u». <<

[266] Simplemente Bonaparte. <<

[267] Dicen que el ortodoxo es terrible en el pillaje. <<

[268] Por los bonitos ojos de su majestad de Cerdeña. <<

[269] Vivamos y veremos. <<

[270] Venga, háblenme de eso. <<

[271] La mujer es la compañera del hombre. <<

[272] El gabinete de Berlín no puede expresar su opinión sobre la alianza […] sin expresar… como en su última nota… comprende usted… Por otro lado, si su majestad el emperador no contraviene el principio de nuestra alianza… Espere, no he acabado […]. Supongo que la intervención será más fuerte que la no intervención. Y… […] No se podrá considerar el asunto zanjado al no recibir nuestro despacho del 28 de noviembre… Así es como acabará todo. <<

[273] ¡Demóstenes, te reconozco por la piedra que tienes escondida en tu boca de oro! <<

[274] En este vil agujero moravo. <<

[275] Hay que hacerle los honores de Brünn. <<

[276] ¡Ah, excelencia! […]. Debemos irnos más lejos. ¡Ya tenemos de nuevo al malvado pisándonos los talones! <<

[277] No, no, reconozca que esta historia del puente de Tabor es encantadora […]. Lo han cruzado sin resistencia alguna. <<

[278] Se hace referencia al sitio de Tolón (1793), en el que un joven Napoleón se hizo famoso por su habilidad militar y fue ascendido de capitán a general de brigada. <<

[279] Que ve solo fuego y se olvida del que debe hacer contra el enemigo. <<

[280] Es genial. El príncipe de Auersperg se ofende y ordena arrestar al sargento. No, reconozca que toda esta historia del puente es una delicia. No es estupidez, ni tampoco vileza… <<

[281] Quizá sea traición. <<

[282] Tampoco. Esto deja a la corte en una situación demasiado mala […]. No es traición, vileza ni estupidez; es como en Ulm… […]. Es… es Mack. Estamos *mackeados*. <<

[283] Querido, es heroísmo. <<

[284] Querido, es usted un héroe. <<

[285] A este ejército ruso, al que el oro inglés ha traído hasta aquí desde el otro extremo del mundo, le haremos correr la misma suerte (la suerte del ejército de Ulm). <<

[286] Antigua medida rusa equivalente a 0,71 metros. <<

[287] Rango militar ruso: general que forma parte del séquito del emperador. <<

[288] Al príncipe Murat. Schönbrunn, 25 brumario de 1805, 8 de la mañana. <<

Me resulta imposible encontrar palabras para expresarle mi descontento. Usted solo está al mando de mi vanguardia y no tiene derecho a firmar ningún armisticio sin que yo se lo haya ordenado. Me está haciendo perder los frutos de toda una campaña. Rompa inmediatamente este armisticio y ataque al enemigo. Anuncie que el general que ha firmado este armisticio no tenía derecho a hacerlo, y que nadie excepto el emperador ruso lo tiene.

Por otra parte, si el emperador ruso ratifica dicho acuerdo, yo también lo haré; pero no es más que una artimaña. Avance y destruya al ejército ruso. Puede tomar su bagaje y su artillería.

El ayudante de campo del emperador de Rusia es un embustero… Los oficiales no son nada cuando no tienen plenos poderes, y él no los tenía… Los austríacos se dejaron engañar con el paso del puente de Viena, y usted se ha dejado engañar por un ayudante de campo del emperador.

NAPOLEÓN

[289] He aquí los encantos del campo, príncipe. <<

[290] ¿Qué está cantando este? <<

[291] Historia antigua […]. El emperador le enseñará a vuestro Souvara [Suvórov], como a los demás… <<

[292] Capa de fieltro del Cáucaso. <<

[293] Bagratión nació en Tiflis (Georgia). <<

[294] Muy gracioso, mi señor príncipe. <<

[295] Aquí se produjo el ataque sobre el que Thiers escribe: «*Les russes se conduisirent vaillamment, et chose rare à la guerre, on vit deux masses d'infanterie marcher résolument l'une contre l'autre sans qu'aucune des deux céda avant d'être abordée*» [Los rusos se comportaron valerosamente, y, cosa rara en la guerra, dos masas de infantería avanzaron con decisión la una contra otra, y ni una de las dos cedió antes el ataque]. En la isla de Santa Elena, Napoleón afirmó: «*Quelques bataillons russes montrèrent de l'intrépidité*» [Algunos batallones rusos dieron muestras de intrepidez]. *[N. del A.]* <<

[296] Después de todo. <<

[297] Ya sabes que estoy sobrecargado de trabajo, pero sería despiadado abandonarte así; y sabes que lo que te estoy proponiendo es lo único factible. <<

[298] Estará en mi casa la bella Hélène, a la que uno no se cansa nunca de contemplar. <<

[299] Espere, esta velada tengo planes para usted […]. Mi buena Hélène, debe usted ser caritativa con mi pobre tía, que siente adoración por usted. Vaya a hacerle compañía unos diez minutos. <<

[300] Y ¡qué porte! <<

[301] Espero que no dirá más que uno se aburre en mi casa. <<

[302] Bueno, les dejo en su rinconcito. Ya veo que están muy bien. <<

[303] Dicen que está redecorando su casa de San Petersburgo. […] Está bien, pero no se vaya de casa del príncipe Vasili. Es bueno tener a un amigo así […]. Algo sé de estas cosas, ¿no es cierto? <<

[304] Todo esto está muy bien, pero ya es hora de que termine. <<

[305] Diminutivo de Yelena (Hélène). <<

[306] Es un hombre excelente nuestro buen Viazmitínov… <<

[307] Nombre formal de Hélène. <<

[308] Por supuesto, es un partido muy brillante, pero la felicidad, querida… <<

[309] Los matrimonios se forman en el cielo. <<

[310] Alina […], ve a ver lo que hacen. <<

[311] Vamos a tener visitas, príncipe […]. ¿Su excelencia el príncipe Kuraguin y su hijo, por lo que tengo entendido? <<

[312] Así se llama también la alameda que hay en la entrada de Yásnaia Poliana, la finca de Tolstói. <<

[313] Han llegado, Marie. <<

[314] Bueno, y ¿se va a quedar como va? […]. Ahora anunciarán que los señores están en el salón; tendremos que bajar, ¡engalánese un poquito al menos! <<

[315] No, Marie, decididamente esto no le queda bien. Me gusta más en su vestido gris de cada día; por favor, hágalo por mí. <<

[316] Vamos, princesa […], un pequeño esfuerzo más. <<

[317] No, déjenme. <<

[318] Por lo menos cámbiese el peinado. Ya le decía yo que Marie tiene uno de esos rostros a los que esta clase de peinado no le va en absoluto. Cámbieselo, por favor. <<

[319] Déjenme, todo esto me da igual. <<

[320] Se lo cambiará, ¿verdad? <<

[321] ¿Lo puso en la puerta? ¡Ah, es la perla de las mujeres, princesa! <<

[322] Dama de compañía. <<

[323] Es muy, muy mona. <<

[324] ¡La pobre! Es endiabladamente fea. <<

[325] Qué delicadeza. <<

[326] ¡No, no, no! Cuando su padre me escriba que se porta usted bien, le dejaré besar mi mano. Antes, no. <<

[327] Pobre madre. <<

[328] No, princesa, he perdido para siempre su favor. <<

[329] ¿Por qué? La quiero más que nunca […] y trataré de hacer por su felicidad todo lo que esté en mi mano. <<

[330] Pero usted me desprecia; es usted tan pura que debe despreciarme, nunca entenderá este arrebato de pasión. Ah, mi pobre madre… <<

[331] Lo entiendo todo. <<

[332] Ah, querida, querida […]. El destino de mi hijo está en sus manos. Decida, mi querida, estimada y dulce Marie, a la que siempre he amado como a una hija. <<

[333] Querida, le diré que este es un momento que jamás olvidaré; pero, queridísima mía, denos al menos un poco de esperanza de conmover este corazón tan bueno y generoso. Diga: «Tal vez»… El futuro es tan grande. Diga: «Tal vez»… <<

[334] Nikólushka, Nikólenka: diminutivos afectuosos de Nikolái. <<

[335] ¿Mi buen amigo? <<

[336] Ah, es usted una pilla. <<

[337] ¡Ya está hecho! <<

[338] ¡Niños, a dormir! (pronunciación deformada de «*Petits enfants, allez coucher dormir*»). <<

[339] Así llamaban los turcos a los albaneses; la palabra acabó significando «salvajes». <<

[340] Pero compadézcanse de mi pequeño caballo. <<

[341] Deformación de «*Allez, allez!*» (¡Vamos, vamos!). <<

[342] ¿Los húsares de Pavlograd? <<

[343] ¡La reserva, majestad! <<

[344] El señor general Wimpfen, el conde Langeron, el príncipe Lichtenstein, el príncipe Hohenloe y, por último, Prschprshprsh, como todos los nombres polacos. <<

[345] Cállese, lengua viperina. <<

[346] ¡Ah, querido general! Estoy ocupado con el arroz y las chuletas, ocúpese usted de los asuntos de guerra. <<

[347] Puesto que el enemigo apoya su ala izquierda en montañas cubiertas de bosques y el ala derecha se extiende a lo largo de Kobelnitz y Sokolnitz, por detrás de pantanos, y nosotros, en cambio, superamos con nuestra ala izquierda su derecha, nos resulta ventajoso atacar esta última ala enemiga, sobre todo si ocupamos las aldeas de Sokolnitz y Kobelnitz, lo que nos brindará la oportunidad de atacar al enemigo de flanco y perseguirlo en la llanura entre Schlapanitz y el bosque de Thuerassa, evitando el desfiladero entre Schlapanitz y Bellowitz, cubierto por el frente enemigo. Para alcanzar este objetivo es imprescindible… La primera columna marcha… la segunda columna marcha… la tercera columna marcha… <<

[348] Una lección de geografía. <<

[349] Desde luego. <<

[350] Una mancha. <<

[351] A partir de la palabra francesa *tache*, Rostov llega a la palabra rusa *tashka* (bolsita de cuero que los húsares llevaban en el cinturón). <<

[352] Como la batalla de Tolón, la batalla del puente de Arcole fue otro de los grandes éxitos militares que encumbraron a Napoleón en su juventud. <<

[353] Querido […], el viejo está de un humor de perros. <<

[354] Vaya a ver, querido, si la tercera división ha cruzado la aldea. Ordene que se detengan y que esperen mis órdenes. <<

[355] Y pregunte si los tiradores han formado […]. ¡Qué están haciendo, qué están haciendo! <<

[356] Majestad, haremos todo lo que esté dentro de nuestras posibilidades, majestad. <<

[357] El *vershok* es una antigua medida rusa de longitud que equivale a 4,4 centímetros. <<

[358] ¡Al diablo con estos rusos!… <<

[359] Antigua medida rusa de superficie equivalente a 1,09 hectáreas. <<

[360] ¡Magnífica gente! <<

[361] ¡La munición para las baterías se ha agotado, majestad! <<

[362] Ordene traer las de la reserva. <<

[363] He aquí una hermosa muerte. <<

[364] Ha venido muy joven a meterse con nosotros. <<

[365] Valiente. <<

[366] Es un sujeto nervioso y bilioso […], no se recuperará. <<

[1] Pan en forma de rosca típico de los países eslavos. <<

[2] Zuecos campesinos trenzados de corteza de tilo. <<

[3] Paso de ballet consistente en saltar y cruzar las piernas en el aire. <<

[4] Habría que inventarlo. <<

[5] Versos de Nikolái Petróvich Níkolev (1758-1815), poeta y dramaturgo. <<

[6] Durante la Gran Cuaresma los devotos debían abstenerse de comer carne. <<

[7] Militar, senador y literato que compuso varias odas solemnes (no confundir con el comandante en jefe Mijaíl Kutúzov). <<

[8] Diminutivo de Piotr (Pierre), que en este contexto puede tener un matiz de mofa. <<

[9] ¡Hasta mañana, querido! <<

[10] Largo. <<

[11] «Pero ¿quién diablos me mandaba meterme en eso?» [de la comedia *Los enredos de Scapin*, 1671]. <<

[12] En forma de diadema. <<

[13] Nombre histórico que hacía referencia al territorio ruso (para diferenciarlo de los territorios situados en las actuales Bielorrusia y Ucrania). <<

[14] Amiga mía, espero que el *fruschtique* (como lo llama el cocinero Foka) de esta mañana no me haya sentado mal. [Fruschtique es una deformación de la palabra *frishtik*, que significa «almuerzo» y que proviene de la alemana Frsuhstuck.] <<

[15] ¡No temas, mi ángel! <<

[16] No, es el estómago… Dile, Masha, que es el estómago, díselo… <<

[17] Ve, amigo mío. <<

[18] En el rito ortodoxo el sacerdote le cortaba un mechón al recién nacido; por superstición, después se pegaba a un trozo de cera y se tiraba en la pila bautismal: si flotaba era presagio de salud y, si se hundía, de enfermedad. <<

[19] Estas eran cantidades elevadas, ya que lo habitual era reclutar entre cinco y siete hombres por cada mil. En tiempos de guerra, en Rusia se formaba la milicia, con carácter temporal, para reforzar al ejército regular. <<

[20] Suficiencia. <<

[21] Querido conde, usted es uno de mis mejores discípulos. Debe usted bailar […]. ¡Mire cuántas muchachas hermosas! <<

[22] No, querido, mejor me sentaré a mirar. <<

[23] Antiguo juego de cartas para dos jugadores. <<

[24] Si se jugaba a un cuarto de la apuesta, el jugador debía anunciarlo y doblar la esquina de su carta. <<

[25] Adelaïde de Souza (1761-1836), escritora francesa muy popular en la década de 1800. Aunque en realidad la novela *Amélie de MansfIeld* es obra de Sophie Cottin (1770-1807). <<

[26] El vaso boca abajo era señal, entre las clases más bajas, de haber bebido ya el té. También era costumbre morder el terrón de azúcar en vez de echarlo en el té. <<

[27] Nikolái I. Novikov (1744-1818), escritor, editor y periodista ruso; fue uno de los introductores del martinismo —doctrina de los seguidores del teósofo Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803)– en Rusia y un famoso masón. <<

[28] Tomás de Kempis (1379-1471), místico cristiano. Tolstói admiraba su *Imitación de Cristo* y recomendaba su lectura. <<

[29] Así pasa la gloria del mundo. [Se cree que esta locución latina es la adaptación de una máxima muy semejante que aparece en *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis.] <<

[30] Está medio loco: siempre lo he dicho. <<

[31] Jean-Paul Marat (1743-1793), periodista y activista radical durante la Revolución francesa. <<

[32] La crema de la verdadera buena sociedad, la flor y nata de la esencia intelectual de la sociedad petersburguesa. <<

[33] Un hombre de grandes méritos. <<

[34] «Tú lo has querido, George Dandin.» [Cita de *George Dandin, un marido engañado*, de Molière (1668).] <<

[35] El príncipe Ippolit Kuraguin, un joven encantador. El señor Kroug, encargado de negocios de Copenhague, una profunda inteligencia. <<

[36] El señor Shittoff, hombre de grandes méritos. <<

[37] «Viena encuentra que las bases del acuerdo propuesto son tan imposibles que solo con una serie de victorias de lo más brillante se podrían alcanzar; y duda de los medios que nos las podrían procurar.» Esta es una frase dicha literalmente en el gabinete de Viena. <<

[38] ¡La duda halaga! <<

[39] Hay que distinguir entre el gabinete de Viena y el emperador de Austria […]. El emperador jamás ha podido pensar algo así, es solo el gabinete quien lo dice. <<

[40] Ah, querido vizconde, Uropa […], Uropa no será jamás nuestra sincera aliada. <<

[41] Denominación alemana para Głogów, ciudad al suroeste de la actual Polonia. <<

[42] Es absolutamente necesario que me venga a ver. <<

[43] El martes entre las ocho y las nueve. Me complacerá mucho. <<

[44] ¡El rey de Prusia! <<

[45] Es la espada de Federico el Grande la que yo… <<

[46] Bueno, y ¿qué pasa con el rey de Prusia? <<

[47] No, nada, solo quería decir… <<

[48] Solo quería decir que nos equivocamos al luchar «por el rey de Prusia». [En un borrador de la novela, Tolstói explicaba en la réplica siguiente de Anna Pávlovna este juego de palabras, pero finalmente la descartó. «*Pour le roi de Prusse*» era una expresión que podía significar «por una tontería».] <<

[49] Su juego de palabras es malvado: muy agudo pero injusto […]. Luchamos por los buenos principios, y no por el rey de Prusia. ¡Ay, qué malo es este príncipe Ippolit! <<

[50] Disculpe, pero una tabaquera con el retrato del emperador es una recompensa y no una distinción […], más bien un regalo. <<

[51] Hay precedentes, puedo citarle el caso de Schwarzenberg. <<

[52] Eso es imposible. <<

[53] Una banda es otra cosa… <<

[54] Venga a cenar mañana… por la noche. Tiene que venir… Venga. <<

[55] Desde nuestros brillantes éxitos en Austerlitz, ya sabe, mi querido príncipe, que no he abandonado el cuartel general. Decididamente le he cogido el gusto a la guerra y estoy muy satisfecho; lo que he visto estos tres meses ha sido increíble.

Comienzo *ab ovo. El enemigo del género humano*, como usted sabe, ataca a los prusianos. Los prusianos son nuestros fieles aliados, y solo nos han engañado tres veces en tres años. Nosotros defendemos su causa, pero resulta que *el enemigo del género humano* no hace caso alguno a nuestros encantadores discursos, y, con sus maneras descorteses y salvajes, se lanza sobre los prusianos sin darles tiempo a terminar los desfiles que han empezado, los hace añicos y se instala en el palacio de Postdam.

«Deseo vivamente —escribe el rey de Prusia a Bonaparte— que sea usted, excelencia, recibido en mi palacio del modo más agradable; a tal efecto, he puesto especial cuidado en que se tomen todas las medidas que me han permitido las circunstancias. ¡Espero haber alcanzado mi objetivo!» Los generales prusianos presumen de cortesía ante los franceses y deponen las armas al primer requerimiento.

El jefe de la guarnición de Glogau, con diez mil hombres, pregunta al rey de Prusia qué debe hacer. Todo esto es absolutamente cierto.

En una palabra: esperábamos imponernos únicamente con nuestra actitud militar, y nos hemos encontrado abocados a una guerra en nuestra propia frontera *con y por el rey de Prusia*. Tenemos de todo en abundancia, solo nos falta una cosita: un general en jefe. Como resulta que los éxitos de Austerlitz podrían haber sido más decisivos si el general en jefe no hubiera sido tan joven, están pasando revista a los generales de ochenta años, y, entre Prozorovski y Kamenski, se están decantando por este último. El general llega en un modesto carruaje, al modo de Suvórov, y es recibido con exclamaciones alegres y triunfales.

El día 4 llega el primer correo de San Petersburgo. Llevan las valijas al gabinete del mariscal de campo, porque a él le gusta hacerlo todo personalmente. Me llaman para ayudar a clasificar las cartas y separar las que nos están destinadas. El mariscal de campo se queda mirando, a la espera de algún sobre para él. Buscamos, pero no encontramos ninguno. El mariscal se

impacienta, se pone a buscar él mismo y encuentra cartas del emperador dirigidas al conde T., al príncipe V. y a otros. Entra en cólera, se sale de sus casillas, coge las cartas, las abre y se pone a leer las que el emperador ha dirigido a los demás. <<

[56] Y entonces escribe su famosa orden al conde Bennigsen. <<

[57] El mariscal se enfada con el emperador y nos lo hace pagar a todos nosotros: ¡es completamente lógico!

He aquí el primer acto de la comedia. En los siguientes, el interés y el ridículo aumentan, naturalmente. Después de la marcha del mariscal resulta que nos encontramos a la vista del enemigo y que es necesario presentar batalla. Buxhöwden es el general en jefe por antigüedad, pero el general Bennigsen no está en absoluto de acuerdo con esto, tanto más cuanto él está con sus tropas ante el enemigo y quiere aprovechar la ocasión para librar una batalla «de su propia mano», como dicen los alemanes. Y la libra. Es la batalla de Pułtusk: la consideran una gran victoria, pero en mi opinión no lo es en absoluto. Ya sabe usted que nosotros, los civiles, tenemos la muy mala costumbre de decidir si una batalla se ha ganado o se ha perdido: decimos que quien retrocede después de ella ha perdido; entonces, según este principio, se desprende que hemos perdido la batalla de Pułtusk. En una palabra: después del combate nos retiramos, pero enviamos un correo a San Petersburgo con la noticia de que hemos ganado, y el general Bennigsen no cede el mando del ejército al general Buxhöwden porque espera recibir de San Petersburgo el título de general en jefe como agradecimiento por su victoria. Durante ese «interregno» empezamos una serie de maniobras muy interesantes y originales. El plan ya no consiste, como debería ser, en evitar atacar al enemigo, sino únicamente en evitar al general Buxhöwden, a quien, por antigüedad, corresponde el derecho de ser nuestro jefe. Perseguimos este objetivo con tanta energía que incluso, al atravesar un río que no tiene vados, quemamos el puente para alejar de nosotros a nuestro enemigo, que en ese momento no es Bonaparte, sino Buxhöwden. El general Buxhöwden a punto estuvo de ser atacado y capturado por las fuerzas enemigas superiores a raíz de una de nuestras maniobras para salvarnos de él. Buxhöwden nos persigue y nosotros huimos: en cuanto cruza a nuestro lado del río, nosotros volvemos a cruzar al otro. Finalmente, nuestro enemigo Buxhöwden nos atrapa y «ataca». Se produce una discusión. Los dos generales se enfadan, y todo acaba casi en un duelo por parte de Buxhöwden y en un ataque de epilepsia por parte de Bennigsen. Pero por fortuna, en el momento más crítico, el correo que había llevado a San Petersburgo la noticia de la victoria en Pułtusk regresa con el nombramiento del general en jefe, y el primer enemigo —Buxhöwden— es derrotado. Ahora ya podemos pensar en el segundo enemigo —Bonaparte—.

Pero resulta que en ese preciso instante surge ante nosotros un tercer enemigo —el soldado *ortodoxo*—, que exige a gritos pan, carne, heno, avena y ¡qué más sé yo! Los almacenes están vacíos y los caminos impracticables. El soldado *ortodoxo* empieza a saquear, y el pillaje llega a tal extremo que el de la última campaña no le podría dar a usted la menor idea de cómo ha sido este. La mitad de los regimientos forman grupos libres que recorren el país a sangre y fuego. Los habitantes de la región quedan completamente arruinados, los hospitales están repletos de enfermos, y por todas partes reina el hambre. Los saqueadores atacan dos veces el cuartel general, y el general en jefe se ve obligado a pedir un batallón para expulsarlos. En uno de estos ataques me robaron una maleta vacía y el batín. El emperador quiere conceder a los jefes de división el derecho a fusilar a los saqueadores, pero mucho me temo que eso obligaría a una mitad del ejército a fusilar a la otra mitad. <<

[58] En Rusia la ofrenda de pan y sal es un símbolo de hospitalidad. <<

[59] Trabajo obligatorio y no remunerado que los siervos debían realizar para su señor. Habitualmente consistía en trabajar las tierras. <<

[60] En la vida solo conozco dos desgracias auténticas: los remordimientos de conciencia y la enfermedad. La felicidad es simplemente la ausencia de estos dos males. <<

[61] Entre los terratenientes más ricos y de más autoridad de cada provincia se elegía a un decano de la nobleza (en ruso, *predvodítel*). Este debía resolver conflictos entre los nobles de la zona y aconsejar a los gobernadores. <<

[62] Pero no es como tú lo entiendes. <<

[63] Johann Gottfired Herder (1744-1803), filósofo y teólogo, poeta y crítico literario alemán. <<

[64] Es curioso, te doy mi palabra. <<

[65] Qué son. <<

[66] Andréi, ¿por qué no me has avisado? <<

[67] Estoy muy contenta de verle. Muy contenta. <<

[68] Debes saber que es una mujer. <<

[69] ¡Andréi, por el amor de Dios! <<

[70] Pero, querida amiga […], tendrías que estarme agradecida de que le explique a Pierre tu intimidad con este joven. <<

[71] ¿De verdad? <<

[72] Demente, iluminado que el pueblo consideraba casi como un santo, cercano a las revelaciones de Cristo. <<

[73] Princesa, le doy mi palabra de que no he querido ofenderla. <<

[74] El Monasterio de las Cuevas de Kíev, célebre por sus grutas subterráneas. <<

[75] Diminutivo de Maria. <<

[76] Juegos populares rusos. El primero consiste en lanzar un clavo dentro de un aro; el segundo, en lanzar un palo y derribar unas piezas de madera que se colocan en el suelo. <<

[77] Antigua medida rusa que equivale a 0,71 metros. <<

[78] En Rusia con este gesto se indica que se hace la vista gorda. <<

[79] Ese día (25 de junio en el calendario gregoriano) Napoleón y Alejandro I se reunieron, sin el rey de Prusia, para firmar una paz que duraría cinco años. <<

[80] Desearía ver al gran hombre. <<

[81] ¿Está hablando de Buonaparte? <<

[82] Príncipe, estoy hablando del emperador Napoleón. <<

[83] Dentro de un momento estaré con ustedes. <<

[84] Bien proporcionada y lozana. <<

[85] ¿Qué pasa? <<

[86] Otro peticionario. <<

[87] Majestad, le pido permiso para conceder la Legión de Honor al más valiente de sus soldados. <<

[88] A quien haya mostrado una mayor valentía en esta última guerra. <<

[89] Permítame, majestad, que pida la opinión del coronel. <<

[90] Palacio con parques y fuentes a unos treinta kilómetros de San Petersburgo. <<

[91] Se trataba del «Plan de reformas estatales» de Speranski. <<

[92] Apodo. <<

[93] Es el gran artífice. <<

[94] Teme llegar tarde. <<

[95] Este decreto abolía el privilegio de la nobleza de gozar desde la infancia de rangos cortesanos. Otro decreto inspirado por Kamenski obligaba a examinarse —y hasta tener título universitario— para ciertos rangos en la administración. <<

[96] El principio de las monarquías es el honor, eso me parece incontestable. Ciertos derechos y privilegios de la nobleza me parecen medios para sostener este sentimiento. <<

[97] Si mira la cuestión desde ese punto de vista. <<

[98] Las actas eran los listados originales de los rituales y disposiciones de las órdenes masónicas. Las logias trataban de hacerse con las más antiguas. <<

[99] Los sociedad de los *illuminati* fue una rama de la masonería alemana que surgió en Baviera en 1776 y que en 1784 fue prohibida por las autoridades. Uno de sus objetivos era abolir los sistemas de gobierno absolutistas. <<

[100] De mujer encantadora, tan inteligente como hermosa. <<

[101] Los señores de la embajada. <<

[102] De la mujer más distinguida de San Petersburgo. <<

[103] Mi paje. <<

[104] Marisabidilla. <<

[105] Juan, 1, 4-5. <<

[106] Guerra que enfrentó a Rusia y a Suecia entre 1808 y 1809. Suecia fue derrotada, perdió un tercio de su territorio y se creó el Gran Ducado de Finlandia, que pasó a formar parte del Imperio ruso. <<

[107] Esta será mi mujer. <<

[108] Paseo famoso por sus palacios, en la orilla izquierda de río Nevá. <<

[109] Encantados de verles. <<

[110] ¡Encantadora! <<

[111] Se refiere a Maria Antónovna Naryshkina (1779-1854), favorita de Alejandro I y famosa por su belleza. <<

[112] Ahora todo el mundo está loco por él. <<

[113] A instancias de Speranski, se creó por primera vez un Consejo de Estado en Rusia para tratar asuntos legislativos, administrativos y judiciales. Estuvo en vigor hasta 1906. <<

[114] Speranski. <<

[115] Berg aparece dos veces en *Guerra y paz* con el nombre de Alfons y una con el de Adolf. <<

[116] Ser hombre. <<

[117] El placer de ser cortejada. <<

[118] Y Natasha, hay que reconocerlo, es muy sensible a esto. <<

[119] En el país de la ternura… <<

[120] Se alude a un mapa imaginario del amor que apareció en el primer volumen de *Clélie, histoire romaine* de la escritora francesa Madeleine de Scudéry (1607-1701). <<

[121] Ya sabe que esta proximidad entre primos muy a menudo se transforma en amor: «primos, peligrosos vecinos», ¿no es cierto? <<

[122] Los matrimonios se hacen en los cielos. <<

[123] De mal tono. <<

[124] Querida mamá. <<

[125] Su obediente hijo. <<

[126] Señorita (en polaco). <<

[127] Asamblea local de gobierno autónomo formada por representantes de los terratenientes y de los campesinos. <<

[128] Verso dedicado a Bagratión que aparece en el capítulo III de la primera parte del Libro II. <<

[129] Canción popular rusa que también se bailaba. <<

[130] *Las dos jornadas* o *El aguador*, ópera de Luigi Cherubini (1760-1842). <<

[131] John Field (1782-1837), compositor y pianista irlandés, considerado como el padre del nocturno. Field vivió muchos años en Rusia y falleció en Moscú. <<

[132] Durante los doce días que seguían a la Navidad, en Rusia era tradición disfrazarse, organizar juegos y danzas y echar la buenaventura. <<

[133] Era un método de adivinación: se vertía cera en agua y se interpretaban las figuras (las «sombras») que se iban formando. <<

[134] Es encantador, no tiene sexo. <<

[135] Napoleón consiguió anular su matrimonio con Josephine Beauharnais y casarse con María Luisa de Austria, hija del emperador Francisco I. <<

[136] Dos logias masónicas de San Petersburgo. <<

[137] Cada logia tenía un tapiz con imágenes simbólicas, y todas ellas trataban de adquirir los que hubieran pertenecido a las organizaciones masónicas más antiguas y prestigiosas. Lo mismo ocurría con las actas. <<

[138] Forzar la consigna. <<

[139] La bilis le ha afectado la cabeza. No se preocupe, volveré a pasar mañana. <<

[140] El duque de Oldenburgo soporta su desgracia con una fuerza de carácter y una resignación admirables. <<

[141] Querido, con unas tropas de quinientos mil hombres, sería fácil tener un buen estilo. <<

[142] Primer museo de Rusia, fundado en San Petersburgo por Pedro el Grande en 1714. Era un museo de curiosidades de la naturaleza, mineralogía y anatomía, entre otras cosas. <<

[143] Se muestra muy atento con ella. <<

[144] Hay que ser melancólico. Y él se muestra muy melancólico delante de ella. <<

[145] ¿De verdad? <<

[146] Literalmente, «finales rimados». Se trataba de un juego poético de origen francés en el que se daba un listado de palabras que rimaban y el participante tenía que inventarse una poesía con ellas. <<

[147] Árboles rústicos, vuestras ramas sombrías sacuden sobre mí las tinieblas y la melancolía. <<

[148] La muerte es salvadora y la muerte es tranquila. <<

¡Ah! No hay otro refugio contra los dolores.

[149] ¡Hay algo eternamente fascinante en la sonrisa de la melancolía! […]. Es un rayo de luz en la sombra, un matiz entre el dolor y la desesperación que muestra la posibilidad del consuelo. <<

[150] Alimento venenoso de un alma demasiado sensible,
tú, sin quien la felicidad me resultaría imposible,
tierna melancolía, oh, ven a consolarme,
ven a calmar los tormentos de mi retiro sombrío
y añade una secreta dulzura
a estas lágrimas que siento correr. <<

[151] Narración escrita por Nikolái Karamzín (1766-1826) que se convirtió en el emblema del sentimentalismo en la literatura rusa. <<

[152] Siempre tan encantadora y melancólica nuestra querida Julie. <<

[153] Querido […], sé de buena fuente que el príncipe Vasili ha enviado a su hijo a Moscú para casarlo con Julie. <<

[154] Tienda de modas que causaba furor entre la nobleza de Moscú. Su propietaria era *madame* Aubert-Chalmet. <<

[155] Natasha, tu pelo. <<

[156] Dólojov el persa. <<

[157] Nimfodora Semiónova (1788-1876) fue una actriz y cantante de ópera muy célebre en su época, y su salón era frecuentado por grandes escritores del momento. Su hermana también era una cantante famosa. <<

[158] ¡Es encantadora! <<

[159] Naturalmente, Hélène no va desnuda, sino que lleva el pecho casi desnudo, pero Tolstói emplea esta hipérbole para caracterizarla. <<

[160] ¿Verdad que Duport es admirable? <<

[161] Oh, sí. <<

[162] Son las mujeres hermosas. <<

[163] Usted será la más hermosa. Venga, querida condesa, y deme esta flor como prenda. <<

[164] Adoro a las muchachitas. <<

[165] Está loco, realmente loco de amor por usted. <<

[166] Encanto. <<

[167] Si ama usted a alguien, encanto, no es motivo para encerrarse. Aunque esté prometida, estoy segura de que su prometido preferiría que usted frecuentara la sociedad antes que morirse de aburrimiento. <<

[168] Fascinante. <<

[169] Danza popular alemana que en el siglo XVIII se puso de moda como baile de salón. <<

[170] Una palabra, solo una, por Dios. <<

[171] Natasha, una palabra, solo una. <<

[172] ¡Qué pie, querido amigo, qué mirada! ¡¡Es una diosa!! <<

[173] Se trata de una costumbre muy antigua de la Rusia pagana: antes de emprender un viaje, tanto los viajeros como los que se quedan tienen que sentarse y guardar un rato de silencio. <<

[174] No está claro a qué colinas se refiere Tolstói. Tal vez a Vorobiovy Gory (Colinas del Gorrión), que se alzan al suroeste de Moscú. <<

[175] Si usted se permite en mi salón… <<

[176] No le haré nada, no tema. <<

[177] Como hombre de honor. <<

[178] Siguiendo las huellas de ese señor. <<

[179] Este gran cometa, descubierto el 25 de marzo de 1811, fue visible a simple vista durante casi nueve meses y, por su espectacularidad, causó una profunda impresión entre la población. <<

[1] El ducado de Oldenburgo fue anexionado al Imperio napoleónico en 1811.
<<

[2] También llamado «bloqueo continental». Al firmar el Tratado de Tilsit (1807) Francia había impuesto a Rusia someter a Gran Bretaña a un bloqueo comercial, pero en 1812 el zar Alejandro I levantó el bloqueo, con lo que quebrantó el acuerdo. <<

[3] Klemens von Metternich (1773-1859), político, diplomático y ministro de Asuntos Exteriores del Imperio austríaco. <<

[4] Charles Maurice de Talleyrand (1754-1838), sacerdote y político francés, uno de los diplomáticos más importantes de su época. <<

[5] Señor y hermano mío, estoy de acuerdo en devolver el ducado al duque de Oldenburgo. <<

[6] Los buenos principios. <<

[7] Proverbios, 21, 1. <<

[8] Derramar o no derramar la sangre de sus pueblos. <<

[9] En mayo de 1812 Napoleón se reunió en Dresde con sus nuevos aliados (el emperador de Austria y el rey de Prusia entre otros), que le rindieron grandes honores. <<

[10] Señor, hermano mío. <<

[11] Moscú, la ciudad santa. <<

[12] ¡Esta vez sí que marcharemos! ¡Oh! Cuando él interviene significa que la cosa bulle. Ahí está… ¡Viva el emperador! Ahí están las estepas asiáticas… Pero ¡qué país tan infame! Adiós, Beauché; te guardaré el mejor palacio de Moscú. Adiós, te deseo buena suerte. ¿Has visto al emperador? ¡Viva! Si me nombran gobernador de la India, Gérard, te haré ministro de Cachemira… ¡Viva! ¡Ahí está el emperador! ¿Lo ves? Lo he visto dos veces como te veo a ti. El pequeño cabo… Una vez lo vi condecorar a uno de los viejos con una cruz… ¡Viva el emperador! <<

[13] Cuando quiere la perdición de alguien, empieza por volverlo loco. <<

[14] ¡Señor, hermano mío! Ayer me enteré de que, a pesar de la lealtad con la que he cumplido mis obligaciones con respecto a su majestad, sus tropas han cruzado las fronteras rusas y hoy he recibido una nota desde San Petersburgo en la que el conde Laurinston me comunica, con motivo de esta agresión, que usted se considera en estado de guerra conmigo desde que el príncipe Kurakin solicitara los pasaportes*. Los motivos por los que el duque Bassano se negó a entregárselos jamás me habrían hecho suponer que la actuación de mi embajador serviría como pretexto para la agresión. Y, realmente, él no tenía mi autorización para actuar así, como él mismo ha reconocido; en cuanto lo supe le hice llegar de inmediato mi disgusto y le ordené que permaneciera en su puesto como siempre. Si su majestad no tiene la intención de derramar la sangre de nuestros súbditos por semejante malentendido y si se aviene a retirar sus tropas de territorio ruso, no tendré en cuenta lo ocurrido y el acuerdo entre nosotros será posible. En caso contrario, me veré obligado a rechazar un ataque que yo de ningún modo he provocado. Majestad, aún tiene la oportunidad de evitarle a la humanidad las calamidades de una nueva guerra.

Quedo, etcétera.

(firmado) ALEJANDRO

*Tras infructuosas negociaciones para que las tropas francesas se retiraran de Prusia, Kurakin, embajador ruso en París, había exigido que le entregaran a él y a todo su personal de la embajada pasaportes para volver a Rusia. <<

[15] Es decir, el día 14. <<

[16] Corresponde al actual Rykantai, en Lituania. <<

[17] ¡Los pobres no saben que mañana los abandono! <<

[18] Lo he hecho rey para que reine a mi manera, no a la suya. <<

[19] Encantado de conocerle, general. <<

[20] Pues bien, general, parece que vamos hacia una guerra. <<

[21] Señor […], el emperador ruso no la desea, como su majestad puede ver. <<

[22] Realeza obliga. <<

[23] Ah, querido general […], deseo de todo corazón que los emperadores lleguen a un acuerdo y que esta guerra que se ha iniciado a mi pesar termine cuanto antes. <<

[24] No lo retengo más, general; le deseo suerte en su misión. <<

[25] Démelo, se lo enviaré al emperador. <<

[26] ¡Majestad! El emperador, mi señor… <<

[27] El temblor de mi pantorrilla izquierda es una gran señal. <<

[28] Todo esto se lo debería a mi amistad… ¡Ah! ¡Qué reinado tan magnifico, qué reinado tan magnífico! […] ¡Qué reinado tan magnífico *podría haber tenido* el emperador Alejandro! <<

[29] Un soberano solo debe estar ante su ejército si es el jefe militar. <<

[30] Mi palabra de honor de que tengo quinientos treinta mil hombres a este lado del Vístula. <<

[31] Y, sin embargo, ¡qué reinado tan magnífico *podría haber tenido* su señor! <<

[32] No lo retengo más, general, recibirá mi carta para el emperador. <<

[33] Moscú la santa. <<

[34] Como todos los caminos llevan a Roma, todos los caminos llevan a Moscú. <<

[35] Que el emperador le tirara a uno de la oreja. <<

[36] Bueno, y ¿no dice nada, admirador y cortesano del emperador Alejandro? <<

[37] ¡Adiós, Andréi! Recuerda que las desgracias vienen siempre de Dios y que las personas nunca son culpables. <<

[38] Los honores. <<

[39] Obra maestra. <<

[40] Personaje principal. <<

[41] Tonterías… todo el asunto se ha ido al garete. <<

[42] Debe de haber sido una buena guerra táctica. <<

[43] El ejército prusiano sufrió una derrota total en las batallas de Auerstädt y de Jena, lo que supuso la ocupación de Berlín y de toda Prusia por parte de las tropas francesas. <<

[44] Si ya decía yo que todo se iba a ir al diablo. <<

[45] En cuanto a quien ha aconsejado el campamento de Drissa […]. En cuanto a esta persona, majestad […], que ha aconsejado el campamento de Drissa, solo veo dos alternativas: el manicomio o la horca. <<

[46] De este señor italiano, que está muy bien. […] También está bien. <<

[47] Juegos de niños. <<

[48] ¿No es cierto, excelencia? <<

[49] Por supuesto, ¿qué más se puede explicar? <<

[50] Actual Ucrania. <<

[51] Desfiladero angosto de Grecia donde en el año 480 a. C. se libró una famosa batalla. <<

[52] Pieza de cuero que cubría las piernas de los viajeros para resguardarlas del barro, del polvo, etc. <<

[53] ¡Me rindo! <<

[54] La fiesta de San Pedro y de San Pablo (29 de junio) venía precedida de un período durante el que los devotos tenían que prepararse para los sacramentos ayunando, confesándose y asistiendo diariamente a misa. <<

[55] Por superstición, para llamar a la buena suerte. <<

[56] Modales. <<

[57] Gorro que forma parte de la indumentaria clerical de los sacerdotes ortodoxos. <<

[58] En el original esta escena es bastante confusa en cuanto a la sala y el salón. <<

[59] Aquí se juega con dos palabras que en ruso tienen una sonoridad parecida: *shpión* «espía» *y shampinión* «champiñón». <<

[60] Empieza a ser peligroso hablar en francés en la calle. <<

[61] Cañón alto y de gran tamaño, construido en 1586, que está cerca de la catedral de la Dormición. <<

[62] Bebida fermentada muy popular en Rusia. <<

[63] «Mi muy honorable preopinante» […], al que no tengo el honor de conocer […] carne de cañón. <<

[64] Como hemos dicho anteriormente, en mayo de 1812 Napoleón se reunió en Dresde con sus nuevos aliados, que le rindieron grandes honores. <<

[65] Aleksandr Borísovich Kurakin (1752-1818), diplomático ruso, miembro del Consejo de Estado y senador. Como embajador en Viena en 1806 y en París en 1808, siempre advirtió al zar en contra de Napoleón. <<

[66] Los escitas fueron muy temidos en la Antigüedad por su estrategia militar que consistía en la táctica de la «tierra quemada» y en la guerra de guerrillas. <<

[67] Aunque Barclay de Tolly era ruso, en la sociedad rusa se le trataba de «alemán» por ser descendiente de una estirpe con raíces escocesas y alemanas. <<

[68] Es decir, el gran duque. <<

[69] Konstantín Liubomirski (1786-1870), ayudante de campo imperial de Alejandro I; Władysław Grzegorz Branicki (1783-1843), oficial polaco del séquito de Alejandro I; Włocki, general-ayudante de campo polaco de Alejandro I. <<

[70] Diminutivo de Tijon. <<

[71] Antigua medida rusa de capacidad equivalente a 210 litros. <<

[72] Carne de cañón. <<

[73] Se refiere a Barclay de Tolly. <<

[74] Mi buena amiga […], al salón diplomático de mi hija. <<

[75] Un hombre de grandes méritos. <<

[76] Y sus esfuerzos se perderán en vano. <<

[77] Y bien, ¿conocen la gran noticia? El príncipe Kutúzov es mariscal de campo. […] Por fin hay un hombre. <<

[78] Pero ¿no decían que estaba ciego? <<

[79] Disparates: ve bastante, créame. <<

[80] Dicen que se ruborizó como una señorita a la que han leído *Joconde* al tiempo que decía: «El soberano y la patria le conceden este honor». *[Joconde* es un cuento de Jean de La Fontaine (1621-1695).] <<

[81] Tal vez su corazón no haya tomado parte enteramente en el asunto. <<

[82] ¿Saben qué le dijo al soberano? […]. Y qué carácter. Oh, hace mucho que lo conozco. <<

[83] ¡Moscú, la capital asiática de este gran imperio, la ciudad sagrada de los pueblos de Alejandro, Moscú con sus innumerables iglesias en forma de pagodas chinas! <<

[84] Un cosaco de Plátov […]. ¡Muy inteligente y charlatán! <<

[85] El cosaco, ignorando en compañía de quién estaba debido a que la sencillez de Napoleón no tenía nada que pudiera revelar a la imaginación oriental la presencia de un soberano, se puso a hablar con extrema familiaridad de las circunstancias de la guerra. <<

[86] Si la batalla es antes de tres días, los franceses ganarán, pero, si es después de tres días, sabe Dios lo que ocurrirá. <<

[87] El joven cosaco hizo sonreír a su poderoso interlocutor […] en ese hijo del Don. <<

[88] En cuanto el intérprete de Napoleón […] acabó de hablar, el cosaco, presa de una especie de estupefacción, no volvió a pronunciar ni una palabra y continuó avanzando sin apartar la mirada de aquel conquistador cuyo nombre había llegado a sus oídos a través de las estepas de oriente. Toda su locuacidad desapareció de golpe y fue sustituida por un silencioso e ingenuo sentimiento de admiración. Napoleón, después de recompensarlo, ordenó que lo liberaran como a un pájaro que devuelven a los campos que lo han visto nacer. <<

[89] El pájaro devuelto a los campos que lo han visto nacer. <<

[90] Se alude a Pedro III (1728-1762), marido de Catalina II, que murió en extrañas circunstancias tras una revolución palaciega instigada por ella. A partir de entonces entre el pueblo se extendieron rumores de que había sido asesinado por su supuesta pretensión de liberar a los campesinos. <<

[91] Hasta ahora había sido Amélie Yevguénevna. <<

[92] *mademoiselle* Bourienne les hará los honores de Bogucхárovo. <<

[93] Novela gótica publicada en 1797. <<

[94] A quien sabe esperar, todo le llega a su debido tiempo. <<

[95] Ruse (actual Bulgaria). <<

[96] No oyen con este oído, eso es lo malo. <<

[97] Ante la duda, querido, abstente. <<

[98] Vasili Lvóvich Pushkin (1766-1830), poeta ruso, tío del famoso Aleksandr Pushkin. <<

[99] Sopa de col típica de la cocina rusa. <<

[100] Vuelvan en sí, entren en esta barca y procuren que no sea para ustedes la barca de Caronte. <<

[101] Mi caballero. <<

[102] Cuando se… <<

[103] Pobre señor. <<

[104] Adélaïde Filleul, marquesa de Souza-Botelho (1761-1835), autora de novelas aristocráticas y sentimentales. <<

[105] Lo sabe todo Moscú. De verdad, me deja usted admirada. <<

[106] ¿Qué es lo que sabe todo Moscú? <<

[107] ¡Esta querida Vera! <<

[108] Quien se excusa, se acusa. <<

[109] Un poquito enamorada del joven. <<

[110] Franz Leppich, un holandés, ya había presentado su proyecto de un globo para atacar al enemigo desde el aire a Napoleón, que lo expulsó de sus dominios. El artefacto, cuando se probó en Vorontsovo, ni si quiera se elevó, y Leppich desapareció. <<

[111] En cuanto Leppich esté preparado, forme una tripulación de hombres seguros e inteligentes para la barquilla del globo y envíe un correo al general Kutúzov para avisarlo. Ya le he hablado de este asunto. Por favor, insista a Leppich en que se fije bien dónde descenderá la primera vez para no errar y caer en manos del enemigo. Es imprescindible que coordine sus movimientos con los del comandante en jefe. <<

[112] Józef Antoni Poniatowski (1763-1813), príncipe polaco, general, mariscal de Francia. <<

[113] Como se ha visto anteriormente, los soldados rusos decían «él» para referirse al enemigo. <<

[114] Le haré los honores del campamento. <<

[115] Entre nosotros. <<

[116] Serguéi Nikifórovich Marín (1776-1813), oficial y poeta ruso recordado principalmente por sus versos satíricos. <<

[117] Gavriil Vasílievich Guerakov (1775-1838), escritor y pedagogo ruso. Fue profesor de Historia en el cuerpo de cadetes. <<

[118] Tipo de fortificación. *[N. del A.]* <<

[119] ¡Diablos! <<

[120] Bueno, pues estás más enterado que cualquiera. <<

[121] Actual Švenčionys, al este de Lituania. <<

[122] Se refiere a Barclay de Tolly. <<

[123] La guerra debe ser trasladada de espacio. No puedo expresarle cuánto valoro este punto de vista. <<

[124] Oh, sí […], como el objetivo es debilitar al enemigo, no podemos tomar en consideración la pérdida de personas individuales. <<

[125] Oh, sí. <<

[126] Trasladar de espacio […] espacio. <<

[127] En 1807 Napoleón creó por decreto el reino de Westfalia (en la actual Alemania), que incluía el Electorado de Hesse. El ejército de Bonaparte contaba con unos veintisiete mil soldados westfalianos. <<

[128] Sigue, más fuerte. <<

[129] Ningún prisionero […]. Se hacen aniquilar. Tanto peor para el ejército ruso. Sigue, vamos, más fuerte […]. ¡Está bien! Que entren *monsieur* de Bausset y también Fabvier. <<

[130] Sí, señor. <<

[131] Hasta pronto. <<

[132] Señor, París entero lamenta su ausencia. <<

[133] Lamento mucho haberle hecho viajar hasta tan lejos. <<

[134] No esperaba menos, señor, que encontrarlo a las puertas de Moscú. <<

[135] François Gérard (1770-1837), pintor neoclásico francés, uno de los más importantes del Imperio y la Restauración. <<

[136] ¡Viva el emperador! ¡Viva el rey de Roma! ¡Viva el emperador! <<

[137] ¡Corta y enérgica! <<

[138] Su majestad es demasiado bondadoso. <<

[139] Borodinó. *[N. del A.]* <<

[140] Según el calendario gregoriano. Equivale al 25 de agosto. <<

[141] Y la faz del mundo habría cambiado. <<

[142] Cuando se ha descorchado una botella de vino hay que bebérsela. <<

[143] Casa de la emperatriz. <<

[144] Y bien, Rapp, ¿cree que las cosas nos irán bien hoy? <<

[145] Sin lugar a dudas, majestad […]. ¿Recuerda, majestad, que en Smolensk tuvo la gentileza de decirme que cuando se ha descorchado una botella de vino hay que bebérsela? <<

[146] Este pobre ejército […] ha disminuido mucho desde Smolensk. La fortuna es una auténtica cortesana, Rapp; siempre lo he dicho y empiezo a vivirlo. Pero la Guardia, Rapp, ¿la Guardia está intacta? <<

[147] ¿Han repartido las galletas y el arroz entre los regimientos de la Guardia? <<

[148] Y ¿también el arroz? <<

[149] Nuestro cuerpo es una máquina de vivir. Para eso está organizado. Dejad en paz a la vida, que se defienda por sí misma, conseguirá más cosas sola que si la incordiáis con medicamentos. Nuestro cuerpo es como un reloj que debe funcionar un tiempo determinado; el relojero no puede abrirlo, solo puede manejarlo a tientas y con los ojos vendados. Nuestro cuerpo es una máquina de vivir. Eso es todo […]. Eso es todo. […] Mañana nos las tendremos con Kutúzov. <<

[150] ¡Ah! ¡Uno de los viejos! <<

[151] El bautismo de fuego. <<

[152] El gran reducto, el reducto fatal, el reducto del centro. <<

[153] Dígale al rey de Nápoles […] que aún no es mediodía y que todavía no veo claro en mi tabla de ajedrez. Márchese… <<

[154] Bueno, ¿qué pasa ahora? <<

[155] Majestad, el príncipe… <<

[156] Ganso al que he hecho águila. <<

[157] Fuego infernal. <<

[158] ¡Váyase a…! <<

[159] De los hombres de hierro. <<

[160] Manojos de banderas y águilas enemigas. <<

[161] A tres mil doscientas verstas de Francia no puedo dejar que aniquilen a mi Guardia. <<

[162] Trasladar de espacio. <<

[163] El viejo señor […] se ha instalado con todas las comodidades. <<

[164] Del viejo señor. <<

[165] De la arrogancia del viejo señor. <<

[166] Entonces, ¿no piensa usted, *como otros*, que tenemos que retirarnos? <<

[167] Al contrario, alteza: en los asuntos sin decidir siempre vence quien es más obstinado […], y mi opinión… <<

[168] Es decir, de Kutúzov. <<

[169] Carne de cañón. <<

[170] ¡Quieren más!… <<

[171] ¿Majestad? <<

[172] Quieren más […], pues dádselo. <<

[173] El campo de batalla ha estado soberbio. <<

[174] La guerra de Rusia debió de ser la más popular de los tiempos modernos: fue la guerra del buen sentido y de los auténticos intereses, del reposo y de la seguridad de todos; fue una guerra puramente pacífica y conservadora.

Se hizo por una gran causa, para poner fin a los azares y para que comenzara la calma. Se abría un nuevo horizonte e iban a desarrollarse nuevos trabajos por el bienestar y la prosperidad de todos. Se habría fundado el sistema europeo y la cuestión habría consistido simplemente en organizarlo.

Satisfecho respecto a estas grandes cuestiones y tranquilo en todas partes, yo habría tenido también mi *Congreso* y mi *Santa Alianza*. Estas son las ideas que me han robado. En esa reunión de grandes soberanos habríamos discutido nuestros intereses en familia y habríamos contado con todos los pueblos, como de servidor a dueño.

Europa, verdaderamente, no habría tardado en formar una sola nación y todo el que hubiera viajado a cualquier parte se habría encontrado siempre en una patria común. Yo habría estipulado que todos los ríos fueran navegables para todos, que el mar fuera común, que los grandes ejércitos regulares quedaran reducidos a la Guardia de los soberanos, etcétera.

Al volver a Francia, al seno de una patria grande, fuerte, magnífica, tranquila, gloriosa, habría proclamado sus límites inmutables, porque toda guerra futura sería puramente *defensiva*; cualquier expansión nueva sería antinacional. Habría asociado a mi hijo al Imperio, mi *dictadura* habría finalizado y comenzaría su reinado constitucional…

¡París habría sido la capital del mundo y los franceses objeto de envidia de todas las naciones!…

Mis días de descanso y vejez habrían estado dedicados, con ayuda de la emperatriz y durante la educación real de mi hijo, a visitar poco a poco, como una auténtica pareja de campesinos y en nuestros propios caballos, todos los rincones del Imperio, escuchando quejas, arreglando injusticias, sembrándolo todo de monumentos y de buenas obras. <<

[175] De los 400.000 hombres que cruzaron el Vístula […] la mitad eran austríacos, prusianos, sajones, polacos, bávaros, wurtemburgueses, mecklemburgueses, españoles, italianos y napolitanos. Un tercio del ejército, para hablar con propiedad, estaba formado por holandeses, belgas, habitantes de las orillas del Rin, piamonteses, suizos, genoveses, toscanos, romanos, habitantes de la 32.ª división militar, Bremen, Hamburgo, etcétera; en el ejército apenas había 140.000 hombres que hablaran francés. La expedición de Rusia costó a Francia menos de 50.000 hombres; en su retirada desde Vilna hasta Moscú, el ejército ruso perdió en las distintas batallas cuatro veces más que el francés; el incendio de Moscú costó la vida de 100.000 rusos, que murieron de frío y de miseria en los bosques; por último, en su marcha de Moscú hacia el río Óder, el ejército ruso también sufrió la dureza del invierno; al llegar a Vilna no contaba con más de 50.000 hombres y en Kalisz no llegaban a 18.000. <<

[176] Históricamente esta era una de las puertas que daba entrada a Moscú, al suroeste de la ciudad. <<

[177] Batalla de los Arapiles, librada el 22 de julio de 1812. <<

[178] Mi cabeza, ya sea buena o mala, no puede confiar más que en sí misma.
<<

[179] En las casas campesinas la estufa (que se utilizaba también como horno) era una construcción grande de ladrillo con una tarima encima donde se podía dormir para aprovechar el calor. <<

[180] Bien, señores, ya veo que soy yo quien pagará los platos rotos. <<

[181] Avgustín Vinogradski (1766-1819), arzobispo de la Iglesia ortodoxa rusa. <<

[182] *Je suis né Tartare. Je voulus être Romain. Les Français m'appelèrent barbare*. «Les Russes», Georges Dandin. (He nacido tártaro. Quise ser romano. Los franceses me llamaban bárbaro. «Los rusos», Georges Dandin.) *[N. del A.]* <<

[183] ¡He aquí el egoísmo y la crueldad de los hombres! No esperaba otra cosa. La mujer se sacrifica por ustedes, sufre, y esta es su recompensa. ¿Qué derecho tiene usted, alteza, de exigirme cuentas de mis amistades y afectos? Este hombre ha sido para mí más que un padre. […] Pues sí, es posible que albergue por mí sentimientos no del todo paternos, pero eso no es motivo para que le cierre la puerta de mi casa. No soy un hombre como para ser una ingrata. Tiene que saber, alteza, que, por lo que se refiere a mis sentimientos íntimos, solo rindo cuentas a Dios y a mi conciencia. <<

[184] –Pero escúcheme, por Dios. […] <<

—Cásese conmigo y seré su esclava.

—Pero eso es imposible.

—No tiene usted a bien dignarse casarse conmigo, usted…

[185] Conjunto de islas divididas por canales que forman parte de San Petersburgo. <<

[186] Un jesuita de hábito corto. [Es decir, que no ha tomado los hábitos.] <<

[187] Director espiritual. <<

[188] La gracia de Dios. <<

[189] De hábito largo. <<

[190] ¿Pecado venial o pecado mortal? <<

[191] Entendámonos, condesa. <<

[192] Hélène, tengo que decirte algo […]. He oído hablar de ciertos proyectos relativos a… ya sabes. Bien, querida hija, sabes que el corazón de tu padre se alegra de que… Has sufrido tanto… Pero, querida mía… Haz lo que te dicte el corazón. Eso es lo único que te puedo aconsejar. <<

[193] Escuche, Bilibin. […] Hábleme como le hablaría a una hermana, ¿qué debo hacer? ¿Cuál de los dos? <<

[194] No me coge usted por sorpresa, ¿sabe? […]. Como un verdadero amigo, hace tiempo que pienso en su asunto. Verá: si se casa con el príncipe perderá para siempre la oportunidad de casarse con el otro y, además, disgustará a la corte. (Ya sabe que existe cierto parentesco.) Pero, si se casa con el viejo conde, le hará feliz en sus últimos días y después… para el príncipe ya no será humillante casarse con la viuda de un alto dignatario. <<

[195] ¡He aquí un verdadero amigo! […]. Pero es que amo a los dos y no quisiera afligir a ninguno. Estaría dispuesta a dar mi vida por la felicidad de ambos. <<

[196] ¡Una mujer formidable! A esto lo llamo yo plantear sólidamente una cuestión. Querría estar casada con los tres a la vez. <<

[197] ¡Ah! ¡Me quiere tanto! […]. Estaría dispuesto a hacerlo todo por mí. <<

[198] Incluso divorciarse. <<

[199] Ah, mamá, no diga tonterías. No entiende usted nada. En mi posición, tengo ciertos deberes. <<

[200] Ah, mamá, como es posible que no entienda que el santo padre, que está facultado para conceder dispensas… <<

[201] No, dígale que no le quiero ver, que estoy furiosa con él porque ha faltado a su palabra. <<

[202] Condesa, para todo pecado hay misericordia. <<

[203] Le ruego a Dios, amigo mío, que le tenga a usted bajo su santa y poderosa protección. Su amiga, Hélène. <<

[204] Proezas […]. Querido, entre nosotros […]. Querido, estoy bien informado. <<

[205] ¡Ya estamos! […]. Nos encontramos en vísperas de un desastre público y no tengo tiempo de ser amable con toda la gente con la que trato algún asunto. […] Y bien, querido, ¿qué está haciendo usted, usted personalmente? <<

[206] Pues nada. <<

[207] Un consejo de amigo. Váyase cuanto antes, no le digo más. ¡A buen entendedor, pocas palabras bastan! […] de los santos padres de la Compañía de Jesús. <<

[208] Gobelinos [tapices de una famosa fábrica de París]. <<

[209] Para acordarse de algo. Es una antigua costumbre rusa. <<

[210] Petia. <<

[211] Halcón. <<

[212] Hélène. <<

[213] Esta ciudad asiática, con sus innumerables iglesias, ¡Moscú la santa! ¡He aquí, finalmente, esta famosa ciudad! ¡Ya era hora! <<

[214] Una ciudad ocupada por el enemigo se parece a una muchacha que ha perdido la honra. <<

[215] De los zares. Pero mi clemencia siempre está dispuesta a descender hasta los vencidos. <<

[216] Que me traigan a los boyardos. <<

[217] Reunión en el palacio de los zares. <<

[218] Mi querida, mi tierna, mi pobre madre. <<

[219] «Institución dedicada a mi querida madre.» […] «Casa de mi madre.» <<

[220] De todas formas habrá que decírselo… […]. Pero, señores… <<

[221] Pero es imposible… […]: el ridículo. <<

[222] Moscú desierto. ¡Qué acontecimiento tan inverosímil! <<

[223] El efecto teatral no había salido bien. <<

[224] Antigua y célebre galería comercial. <<

[225] Mantener la calma en Moscú y evacuar a sus habitantes. <<

[226] ¡Ahí está el populacho, la podredumbre de la sociedad, […] la plebe a la que han sublevado con su estupidez! Necesitan una víctima. <<

[227] El populacho es terrible, repulsivo […]. Es como los lobos: con lo único que lo sacias es con carne. <<

[228] Tenía otros deberes […]. Era necesario saciar al pueblo. Muchas otras víctimas han perecido y perecen por el bien público. <<

[229] Mi línea de conducta habría sido trazada de un modo totalmente distinto. <<

[230] Oportunamente. <<

[231] He matado dos pájaros de un tiro. <<

[232] La plebe, el traidor… el bien público. <<

[233] ¡Fuego! <<

[234] Quitad eso. <<

[235] Aquellos miserables habían irrumpido en la fortaleza sagrada, se habían hecho con fusiles del arsenal y dispararon (aquellos miserables) contra los franceses. Algunos de ellos fueron rematados a sablazos y se limpió el Kremlin de su presencia. <<

[236] Al patriotismo feroz de Rastopchín. <<

[237] Como hemos dicho anteriormente, en Rusia la ofrenda de pan y sal simboliza la hospitalidad. <<

[238] ¡Mis respetos a todos! <<

[239] ¿Es usted el amo? […]. Alojamiento, alojamiento […]. Los franceses somos buena gente. ¡Qué diablos, no nos enfademos, abuelo! […]. Bueno, ¿es que nadie habla francés aquí? <<

[240] ¿Está usted herido? <<

[241] Creo que no […]; pero por un pelo […]. ¿Quién es este hombre? <<

[242] Ah, lamento muchísimo lo que ha ocurrido […]. Es un pobre loco que no sabía lo que hacía. <<

[243] ¡Bandido, me las pagarás! […]. Nosotros somos clementes después de la victoria, pero no perdonamos a los traidores. <<

[244] ¡Me ha salvado usted la vida! Usted es francés. <<

[245] *Monsieur* Ramballe, capitán del 13º regimiento ligero. <<

[246] Soy ruso. <<

[247] A otro con ese cuento […]. Ahora me lo va a contar todo. Estoy encantado de haberme encontrado con un compatriota. ¡Bueno! Y ¿qué hacemos con ese hombre? <<

[248] Me ha salvado la vida. Usted es francés. ¿Quiere que lo perdone? Pues lo perdono. Que se lleven a este hombre. <<

[249] Se les llamará cuando se les necesite. <<

[250] Capitán, en la cocina tienen sopa y asado de cordero […]. ¿Quiere que se lo traiga? <<

[251] Sí, y el vino. <<

[252] Francés o príncipe ruso de incógnito […]. Le debo la vida y le ofrezco mi amistad. Un francés no olvida jamás un insulto ni un favor. Le ofrezco mi amistad. No le digo más. <<

[253] Capitán Ramballe del 13.º regimiento ligero, caballero de la legión de honor por la acción del 7 de septiembre […]. ¿Puede ser tan amable de decirme ahora con quién tengo el honor de conversar de un modo tan agradable en vez de estar en un puesto de socorro con una bala en el cuerpo del loco aquel? <<

[254] Déjelo, por favor […]. Comprendo sus motivos, es usted oficial… oficial superior, tal vez. Ha luchado contra nosotros. Pero eso no es asunto mío. Le debo la vida. Para mí eso es suficiente, y soy todo suyo. ¿Es usted de la nobleza? […]. ¿Su nombre de pila? No le pregunto nada más. ¿Señor Pierre, dice usted? Perfecto. Eso es todo cuanto necesito saber. <<

[255] ¡Excelente, exquisito! <<

[256] Sí, mi querido señor Pierre, tendré que poner una vela por usted por haberme salvado de aquel loco. Ya tengo suficientes balas en el cuerpo, ¿sabe? He aquí una […], de la batalla de Wagram, y aquí otra […] de la batalla de Smolensk. Y esta pierna, como puede ver, no quiere moverse. Fue en la gran batalla del Moscova del día 7. ¡Oh, fue formidable! Fue digno de ser visto, un diluvio de fuego. Nos pusieron ustedes las cosas muy difíciles, puede estar orgulloso. Y le doy mi palabra de que, a pesar de este as de triunfos, estaría dispuesto a empezar todo de nuevo. Compadezco a quienes no lo hayan visto. <<

[257] Yo estuve allí. <<

[258] Bah, ¿de veras? Pues mejor […]. Son ustedes unos enemigos feroces, hay que reconocerlo. El gran reducto se mantuvo firme, ¡qué diablos! Y nos lo hicieron pagar caro. Fui allí tres veces, aquí donde me ve. Estuvimos tres veces delante de los cañones, y tres veces nos derribaron como un castillo de naipes. ¡Oh! Fue espléndido, señor Pierre. Sus granaderos fueron extraordinarios, de verdad se lo digo. Vi cómo cerraban filas seis veces seguidas y cómo marchaban como si estuvieran en un desfile. ¡Qué pueblo más admirable! Nuestro rey de Nápoles, que de estas cosas sabe mucho, les gritó: «¡Bravo!». ¡Ah, ah! ¡Es un soldado como nosotros! […]. Tanto mejor, tanto mejor, señor Pierre. Temibles en la batalla, galantes […] con las bellezas: así son los franceses, señor Pierre. ¿No es así? <<

[259] Por cierto, dígame, por favor, ¿es cierto que todas las mujeres han abandonado Moscú? Qué idea tan extraña, ¿qué podían temer? <<

[260] ¿Acaso las damas francesas no abandonarían París si los rusos entraran?
<<

[261] ¡Ja, ja, ja! […]. ¡Esa sí que es buena! ¿París? Pero París… París… <<

[262] París es la capital del mundo. <<

[263] Bueno, si usted no me hubiera dicho que es ruso, habría apostado algo a que era parisino. Tiene usted un no sé qué… <<

[264] He estado en París, pasé allí años enteros. <<

[265] ¡Oh, eso ya se ve! ¡París!… Quien no conozca París es un salvaje. A una parisina la reconoces a dos millas. París es Talma, la Duschénois, Potier, la Sorbona, los bulevares… […]. No hay más que un París en el mundo. Usted ha estado en París y sigue siendo ruso. Pero bueno, no por eso le tengo menor estima. <<

[266] Pero volvamos a sus damas: dicen que son muy hermosas. ¿Qué es esa estúpida idea de ir a enterrarse a las estepas cuando el ejército francés está en Moscú? Se van a perder una oportunidad única. Sus *mujiks* son otra cosa, pero ustedes son personas civilizadas, deberían conocernos mejor. Hemos tomado Viena, Berlín, Madrid, Nápoles, Roma, Varsovia, todas las capitales del mundo. Nos temen, pero también nos aman. No está nada mal conocernos de cerca. Y además, el emperador… <<

[267] El emperador… […]. ¿Qué pasa con el emperador? <<

[268] ¿El emperador? Es generosidad, clemencia, justicia, orden, genio, ¡eso es el emperador! Se lo digo yo, Ramballe. Aquí donde me ve, hace ocho años era su enemigo. Mi padre era un conde emigrado. Pero este hombre me venció, se apoderó de mí. No pude resistirme al espectáculo de grandeza y de gloria con que ha cubierto Francia. Cuando entendí lo que quería, cuando vi que preparaba para nosotros un lecho de laureles, me dije: «He aquí un soberano», y me entregué a él. ¡Así es! Oh, sí, querido, es el hombre más grande de los siglos pasados y de los venideros. <<

[269] ¿Está en Moscú? <<

[270] No, hará su entrada mañana. <<

[271] ¡Es encantador […] el coronel de los wurtemburgueses! Es alemán, aunque a pesar de esto es un buen tipo. Pero es alemán. […]. A propósito, ¿sabe usted alemán? […]. ¿Cómo se dice «asilo» en alemán? <<

[272] ¿Asilo? […]. Asilo en alemán es *Unterkunft*. <<

[273] ¿Cómo dice? <<

[274] Los alemanes son unas bestias, ¿no es así, señor Pierre? Bueno, una botellita más de ese burdeos moscovita, ¿no? Morel nos calentará otra botellita. ¡Morel! <<

[275] Vaya, estamos tristes […]. ¿Quizá le he puesto triste? No, de verdad, ¿tiene algo contra mí? ¿Tal vez por culpa de la situación? <<

[276] Palabra de honor que, ya sin mencionar lo que le debo, siento amistad por usted. ¿Puedo serle útil en algo? Disponga de mí, para la vida o la muerte. Se lo digo con el corazón en la mano. <<

[277] ¡Ah, en ese caso brindo por nuestra amistad! <<

[278] Sí, amigo, he aquí los caprichos de la fortuna […]. ¿Quién me iba a decir a mí que sería soldado y capitán de dragones al servicio de Bonaparte, que es como le llamábamos antes? Y aquí estoy, en Moscú con él. Debo decirle, querido […], que mi apellido es uno de los más antiguos de Francia. <<

[279] «Mi pobre madre.» <<

[280] Pero todo esto no es más que la puesta en escena de la vida, su esencia es el amor. ¡El amor! ¿Verdad, señor Pierre? […]. Un vasito más. <<

[281] ¡Oh! ¡Las mujeres, las mujeres! <<

[282] El amor de los carreteros y el amor de los tontos. <<

[283] Recuerdos de Alemania. <<

[284] Los maridos comen *chucrut* y las muchachas son demasiado rubias. <<

[285] Parisina de corazón. <<

[286] ¡Le he salvado la vida y le salvo el honor! <<

[287] ¡Vaya! <<

[288] El amor platónico, las nubes… <<

[289] Se alude al famoso monasterio de la Trinidad situado en Sérguiev Posad, a unos setenta kilómetros al noreste de Moscú. <<

[290] No se puede pasar. <<

[291] Pero ¿qué es lo que busca ese? <<

[292] A un niño en esa casa. ¿No han visto a un niño? <<

[293] Pero ¿de qué habla ese? ¡Vete a paseo! <<

[294] ¿Un niño? […]. Antes he oído que alguien gimoteaba en el jardín. Podría ser su niño. Tal vez sea su hijo. Hay que tener humanidad, que somos todos personas… <<

[295] ¿Dónde está? ¿Dónde está? <<

[296] ¡Por aquí! ¡Por aquí! […]. Espere, ahora bajo. <<

[297] ¡Eh, vosotros, daos prisa […], que el calor empieza a apretar! <<

[298] Aquí tiene a su niño. ¡Ah, es una niña! Tanto mejor. Adiós, gordinflón. Es que hay que tener humanidad, somos todos personas. <<

[299] ¡Deje a esa mujer! <<

[300] ¡Eh, eh, déjate de tonterías! <<

[301] Tiene un puñal, teniente. <<

[302] ¡Ah, un arma! […]. Está bien, está bien, ya lo contarás todo ante un consejo de guerra […]. ¿Hablas francés? <<

[303] ¿Hablas francés? […]. ¡Que venga el intérprete! <<

[304] No tiene aspecto de alguien del pueblo. <<

[305] ¡Oh, oh! Pero sí tiene aspecto de incendiario […]. Pregúntele quién es. <<

[306] No les diré quién soy. Soy su prisionero. Llévenme. <<

[307] ¡Ah! ¡Ah! […]. ¡En marcha! <<

[308] ¿Qué quiere esa mujer? <<

[309] ¿Qué quiere? […]. Me trae a mi hija, a la que acabo de salvar de las llamas. ¡Adiós! <<

[1] Dicen que la pobre condesa está muy mal. El médico dice que se trata de una angina de pecho. <<

[2] ¿Una angina de pecho? ¡Oh, es una enfermedad terrible! <<

[3] Dicen que los rivales se han reconciliado gracias a la enfermedad. <<

[4] Según dicen, el viejo conde está conmocionado. Ha llorado como un niño cuando el médico ha dicho que se trata de un caso peligroso. <<

[5] ¡Oh, sería una pérdida terrible! Es una mujer encantadora. <<

[6] ¿Hablan de la pobre condesa? […]. He enviado a alguien para que pregunte cómo se encuentra. Y me han dicho que está un poco mejor. ¡Oh, sin duda es la mujer más encantadora del mundo! […]. Pertenecemos a campos distintos, pero eso no impide que la respete como se merece. Es tan desdichada… <<

[7] Tal vez sus informaciones sean mejores que las mías […]. Pero sé de buena fuente que este médico es muy docto y hábil. Es el médico particular de la reina de España. <<

[8] ¡La encuentro encantadora! <<

[9] El héroe de Petropol. <<

[10] El emperador devuelve las banderas austríacas, banderas amigas y perdidas que ha encontrado en la cuneta de la carretera. <<

[11] Encantador, encantador. <<

[12] Quizá sea la carretera de Varsovia. <<

[13] En contraposición con San Petersburgo, la segunda capital. <<

[14] ¡Qué fuerza! ¡Qué estilo! <<

[15] Ya verán. <<

[16] El pretendiente de más edad de Hélène, al que en el Libro III (tercera parte, capítulos VI y VII) se denominaba «el alto dignatario». <<

[17] Visitas de condolencia. <<

[18] Aunque extranjero, ruso en el fondo del alma. <<

[19] Nuestro gentilísimo soberano. <<

[20] Cuyas llamas habían iluminado su camino. <<

[21] Aflicción. <<

[22] ¿Me trae malas noticias, coronel? <<

[23] Muy malas, majestad […]: el abandono de Moscú. <<

[24] ¿Acaso han entregado mi antigua capital sin luchar? <<

[25] ¿El enemigo ha entrado en la ciudad? <<

[26] Sí, majestad, y ahora mismo debe de estar reducida a cenizas. La dejé toda en llamas. <<

[27] Veo por todo lo que sucede, coronel, que la providencia nos exige grandes sacrificios… Estoy dispuesto a someterme a su voluntad; pero dígame, Michaud, ¿cómo ha dejado usted al ejército, que ha abandonado así, sin luchar, mi antigua capital? ¿No ha observado muestras de desaliento? <<

[28] Majestad, ¿me permite que hable abiertamente, como corresponde a un auténtico militar? <<

[29] Coronel, eso es algo que siempre exijo […]. No me oculte nada, quiero saber toda la verdad. <<

[30] Juego de palabras. <<

[31] ¡Majestad! He dejado a todo el ejército, desde los jefes hasta el último soldado sin excepción, en el más espantoso y terrible estado de pavor. <<

[32] ¿Cómo es eso? […]. Mis rusos dejarse abatir por la desgracia… ¡Jamás!… <<

[33] Señor […], solo temen que su majestad, dejándose llevar por la bondad de su corazón, decida firmar la paz. Arden de impaciencia por combatir de nuevo y demostrarle a su majestad con el sacrificio de sus vidas hasta qué punto le son fieles… <<

[34] ¡Ah! […]. Me tranquiliza usted, coronel […]. Bien, vuelva al ejército […] y dígales a nuestros valientes, a todos mis súbditos, por dondequiera que usted pase, que cuando ya no me quede ni un solo soldado yo mismo me pondré a la cabeza de mis queridos nobles y de mis buenos campesinos y agotaré de este modo hasta los últimos recursos de mi Estado. Son más de los que mis enemigos creen. […] Pero, si en los designios de la divina providencia […] estuviera escrito que nuestra dinastía tiene que dejar de reinar en el trono de mis antepasados, entonces, después de agotar todos los medios que estén en mi mano, me dejaré crecer la barba hasta aquí […] y me iré a comer patatas con el último de mis campesinos antes que firmar la vergüenza de mi patria y de mi querida nación, cuyos sacrificios sé apreciar… <<

[35] Coronel Michaud, no olvide lo que le voy a decir aquí; tal vez un día recordemos esto con placer. Napoleón o yo […]. Ya no podemos reinar juntos. He aprendido a conocerlo y no me volverá a engañar. <<

[36] Entusiasmado por todo lo que acababa de oír. <<

[37] ¡Señor! ¡Su majestad firma en este momento la gloria de su nación y la salvación de Europa! <<

[38] Más vale tarde que nunca. <<

[39] Amigo mío. Eres demasiado atento con aquella, con la rubia. <<

[40] Equivalente de Sonia. <<

[41] Hay maneras y maneras. <<

[42] Que había salvado de las llamas. <<

[43] Así se llamaba la zona donde años más tarde se construiría el puente Krymski de Moscú. <<

[44] Ese que no dice su nombre. <<

[45] Zona histórica de Moscú que debe su nombre al monasterio Novodévichi y que actualmente corresponde al distrito de Jamóvniki. <<

[46] Es decir, el mariscal Davout. <<

[47] ¿Quién es usted? <<

[48] No puede usted conocerme, general, jamás le he visto… <<

[49] Es un espía ruso. <<

[50] No, monseñor […]. No, monseñor, no puede usted conocerme. Soy oficial de la milicia y no he salido de Moscú. <<

[51] ¿Cuál es su apellido? <<

[52] Bezújov. <<

[53] ¿Quién me demuestra que no está usted mintiendo? <<

[54] ¿Cómo puede demostrar que sus palabras son ciertas? <<

[55] Usted no es quien dice. <<

[56] ¡Sí, sin duda! <<

[57] ¡Tiradores del 86.º, adelante! <<

[58] Esto les enseñará a seguir incendiando. <<

[59] ¡Mi niña! […]. La quiero y la conozco desde hace mucho tiempo. <<

[60] Gracias, querida amiga, por haber venido. <<

[61] Pasaje resumido de Mateo 6, 26. <<

[62] Fábrica de armas, fundada por Pedro I en 1712, que abastecía al ejército ruso. <<

[63] Príncipe Kutúzov, le envío a uno de mis generales ayudantes de campo para tratar algunos temas importantes. Ruego a su alteza que dé crédito a sus palabras, *sobre todo cuando le exprese los sentimientos de respeto y de especial consideración que desde hace mucho le profeso*. Así pues, ruego a Dios que le tenga bajo su santa protección. Moscú, 3 de octubre de 1812. Firmado: Napoleón. <<

[64] La posteridad me maldeciría si me considerara el motor primero de cualquier arreglo: *este es el espíritu actual de mi nación*. <<

[65] La primera columna marcha […], la segunda columna marcha […]. <<

[66] Instrumento popular ucraniano parecido al laúd. <<

[67] Konovnitsyn, en aquel momento general de servicio del Estado Mayor de Kutúzov, habría sido el responsable de que el plan de operaciones no hubiera llegado a su destinatario. <<

[68] La primera columna marcha. <<

[69] Palabras del propio Napoleón, que, en vísperas de una batalla en Egipto, dijo a sus soldados: «¡Soldados! ¡Cuarenta siglos os contemplan hoy desde lo alto de estas pirámides!». <<

[70] Horace Sébastiani (1772-1851), militar, diplomático y político francés que llegó a ser mariscal de Francia. <<

[71] Iván Alekséievich Yákovlev (1767-1846), capitán del ejército ruso y padre del famoso escritor y revolucionario Aleksandr Herzen. Se hizo famoso por su entrevista personal con Napoleón. <<

[72] Iván Vasílievich Tutolmín (1751-1815), director del orfanato de Moscú, que gracias a sus desvelos se salvó de las llamas. <<

[73] A merodear. <<

[74] Traer de vuelta a los popes. <<

[75] Casa de mi madre. <<

[76] Completando el uso de estos medios con un acto de caridad digno de él y del ejército francés, ordenó distribuir ayudas entre las víctimas de los incendios. Pero, como los víveres eran demasiado valiosos para repartirlos mucho tiempo entre los extranjeros, la mayoría de ellos enemigos, Napoleón prefirió proporcionarles dinero y, con este fin, hizo distribuir rublos de papel. <<

[77] Que su genio nunca había imaginado nada más profundo, hábil y admirable. <<

[78] Agathon Jean François Fain (1778-1837), secretario personal de Napoleón, archivista e historiador francés. Escribió un gran número de obras sobre los últimos años de Bonaparte. <<

[79] La mezquita. <<

[80] El sacerdote al que encontré e invité a volver a decir misa limpió la iglesia y la cerró con llave. Pero esa misma noche forzaron las puertas de nuevo, rompieron los candados, destrozaron los libros y cometieron otros desórdenes. <<

[81] La parte de mi distrito sigue sometida al saqueo de los soldados del tercer cuerpo, que, no contentos con robar lo poco que les queda a los infelices habitantes que se refugian en los sótanos, cometen la salvajada de herirlos a sablazos, tal como he presenciado en repetidas ocasiones. <<

[82] Nada nuevo aparte de que los soldados se permiten robar y saquear. 9 de octubre. <<

[83] El robo y el pillaje continúan. En nuestro distrito hay una banda de ladrones a los que habría que parar los pies con medidas contundentes. 11 de octubre. <<

[84] El gran mariscal de palacio […] se lamenta amargamente de que, a pesar de todas las prohibiciones, los soldados sigan haciendo sus necesidades en todos los patios e incluso debajo de las ventanas del emperador. <<

[85] Vaya sol, ¿eh, señor Kiril? […]. Se diría que es primavera […]. Si se hicieran las marchas con un tiempo así… <<

[86] Además, señor Kiril, solo tiene que hablar con el capitán, ya lo sabe. Es alguien… que nunca olvida nada. Dígaselo al capitán cuando venga a hacer la inspección, lo hará todo por usted… <<

[87] Le juro por santo Tomás que el otro día me dijo: «Kiril es un hombre culto que habla francés, un señor ruso que ha sufrido desgracias, pero es un hombre. Sabe lo que se dice… Si necesita algo, no se lo niegue. Cuando uno ha estudiado, le gustan la educación y las personas instruidas». Lo digo por usted, señor Kiril. De no haber sido por usted, lo del otro día habría acabado mal. <<

[88] Bien, bien, gracias, pero ¿dónde esta el resto de la tela? <<

[89] Gracias, gracias, amigo, pero ¿y el resto? […]. Pero el resto… <<

[90] ¡Platoche! ¡Eh, Platoche! […]. Quédatelos tú. <<

[91] Caja forrada de cuero que se utilizaba para el transporte de té. <<

[92] Cabo, ¿qué harán con el enfermo?… <<

[93] Marchen, marchen. <<

[94] Bueno, ¿qué pasa? <<

[95] Podrá andar, ¡qué diablos! […]. Marchen, marchen. <<

[96] No podrá, está agonizando… <<

[97] ¡Váyase usted a…! <<

[98] ¡Andando, andando! ¡Demonios! ¡Diablos! <<

[99] Una de las puertas con torreón que había en la muralla de Smolensk. <<

[100] Yermólov. <<

[101] El hurra del emperador. <<

[102] Los hijos del Don. <<

[103] *Pont d'or* es una expresión francesa según la cual al enemigo hay que hacerle la huida más llevadera. Era una de las preferidas de Kutúzov. <<

[104] Es decir, unos campesinos cualquiera. <<

[105] Los batallones grandes siempre tienen razón. <<

[106] Denís Vasílievich Davydov (1784-1839), general ruso famoso por liderar la guerrilla contra los franceses. <<

[107] Diminutivo de Tijon. <<

[108] Tolstói parece confundir el patronímico de Denísov, que a partir de este momento, en todo el Libro IV, pasa de Dmítrievich a Fiódorovich. <<

[109] En ruso *vesná* significa «primavera», por lo que aquí se juega con sus derivados, como «primaveral» (*vesenni*). <<

[110] ¡Ah, es usted! […]. ¿Quiere comer? No tenga miedo, nadie le va a hacer daño […]. Entre, entre. <<

[111] Prenda de vestir del Cáucaso parecida a la casaca. <<

[112] ¿Quién anda ahí? <<

[113] Lanceros del sexto regimiento. <<

[114] ¿Santo y seña? <<

[115] Dime, ¿el coronel Gérard está aquí? <<

[116] Cuando un oficial hace la ronda, los centinelas no piden el santo y seña… […]. Te he preguntado si el coronel está aquí. <<

[117] Es un tipo duro de pelar. <<

[118] Les va a cantar las cuarenta… <<

[119] ¿Es usted, Clément? […]. ¿De dónde diablos…? <<

[120] Si contaban con cenar, llegan tarde. <<

[121] Estos malhechores están por todas partes. <<

[122] Qué fastidio tener que cargar con esos cadáveres. Lo mejor sería fusilar a esos canallas. <<

[123] Región del Cáucaso. <<

[124] Nombre con el que hasta el siglo XIX se designaba a las regiones que formaban la actual Ucrania. <<

[125] Jean-Andoche Junot (1771-1813), general francés, mentalmente inestable, que participó en la campaña de Rusia. <<

[126] A Tolstói le fascinaba esta historia, que años más tarde publicó en forma de relato con el título *Dios ve la verdad, pero tarda en decirla* (1872). <<

[127] Famosa feria que se organizaba cerca del monasterio de San Macario, en Nizhni Nóvgorod. <<

[128] ¡A sus puestos! <<

[129] ¡El emperador! ¡El emperador! ¡El mariscal! ¡El duque! <<

[130] ¿Qué ha dicho? ¿Qué? ¿Qué?… <<

[131] ¿Lo has entendido, hijo? <<

[132] ¿Lo has entendido, maldito seas? <<

[133] A este le da igual… ¡Bandido, vas a ver! <<

[134] ¡Los cosacos! <<

[135] ¡Andando, andando! <<

[136] Considero un deber informar a su majestad del estado de los cuerpos de ejército que he podido observar los últimos tres días. Marchan casi a la desbandada. Solo una cuarta parte de los soldados sigue su bandera, los demás marchan por su cuenta en distintas direcciones con la esperanza de encontrar víveres y librarse del servicio. Solo piensan en llegar a Smolensk, donde esperan poder descansar. En los últimos días muchos soldados han arrojado sus cartuchos y fusiles. Sean cuales sean sus objetivos ulteriores, el interés del servicio a su majestad exige que los cuerpos de ejército se reúnan en Smolensk y que se aparte de ellos a los no combatientes, como los hombres desmontados, los desarmados, los bagajes inútiles y el material de la artillería, que ya no guarda proporción con la cantidad actual de efectivos. Urgen provisiones y varios días de descanso. Los soldados están agotados por el hambre y la fatiga, en los últimos días han muerto muchos en el camino y en los campamentos. Esta situación calamitosa no deja de agravarse y obliga a temer que, si no se toman rápidas medidas para revertirla, pronto no seremos dueños de nuestras tropas en caso de combate. <<

9 de noviembre, a 30 verstas de Smolensk.

[137] Orden del día. <<

[138] Majestad, primo mío, príncipe de Eckmühl, rey de Nápoles. <<

[139] Aunque el nombre de esta población es Krasny, la batalla que se libró en ella se conoce fuera de Rusia como Batalla de Krasnoi. <<

[140] Ya he hecho bastante de emperador, es hora de que haga de general. <<

[141] De lo sublime […] a lo ridículo no hay más que un paso. <<

[142] ¡Sublime! ¡Grande! ¡El gran Napoleón! De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. <<

[143] La primera columna marchará. <<

[144] Eugenio de Wurtemberg (1788-1857), príncipe alemán y general del ejército ruso. Era sobrino de la emperatriz Maria Fiódorovna. <<

[145] Caballero sin miedo y sin tacha. <<

[146] Según los diarios de Wilson. *[N. del A.]* [Robert Thomas Wilson (1777-1849), general británico que participó en la campaña de 1812 y escribió varias obras en que relató su testimonio.] <<

[147] *Historia del año 1812* de Modest Bogdanóvich: características de Kutúzov y consideraciones sobre los deficientes resultados en los combates de Krasnoi. *[N. del A.]* <<

[148] ¡Oh, mis bravos y buenos, buenos amigos! ¡Estos son hombres! ¡Oh, mis buenos amigos! <<

[149] ¡Viva Enrique IV! <<

¡Viva el rey valiente!, etcétera.

[150] Que tuvo el triple talento <<

de beber, de pelear

y de ser galante…

[151] Lo que quiere decirme es que no tengo en qué comer. Al contrario, puedo proporcionarle todo cuanto necesite, incluso si quisiera usted dar comidas. <<

[152] Solo quiero decirle lo que le he dicho. <<

[153] Esta condecoración al mérito militar se concedía en rarísimas ocasiones. <<

[154] Es un sacrilegio hacer la guerra a un pueblo como el suyo. <<

[155] Se está usted anquilosando, querido. <<

[156] Edificio del Kremlin donde los zares celebraban banquetes, reuniones y recepciones solemnes. <<

[157] La amo. <<

[1] Focio (antes de ordenarse, Piotr Spasski) (1792-1838), archimandrita de la Iglesia ortodoxa rusa. Estaba aliado con Arakchéiev y tenía influencia en la política de Alejandro I. <<

[2] Friedrich Schelling (1775-1854), filósofo alemán, uno de los máximos exponentes del idealismo. <<

[3] Johann Gottlieb Fichte (1762-1814), filósofo alemán, precursor de Schelling y de Hegel. <<

[4] François-René de Chateaubriand (1768-1848), escritor y político francés. <<

[5] Se hace referencia a la asamblea del Consejo de los Quinientos y del Consejo de Ancianos celebrada el 10 de noviembre de 1799. <<

[6] Como ya dijimos en una nota anterior, Louis-Antoine de Bourbon-Condé, décimo duque de Enghien y último descendiente de la rama de Condé de la casa de Borbón, fue fusilado el 21 de marzo de 1804, condenado por participar en un complot monárquico. <<

[7] Salmo 115, 1. El versículo completo dice así: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia, por tu verdad». Alejandro I hizo grabar estas palabras en una medalla para conmemorar la victoria de 1812. <<

[8] Al contraer matrimonio, la princesa Maria adopta el título nobiliario de su marido. <<

[9] Pasaje resumido de Lucas, 19, 26. <<

[10] Caftán corto de origen turco que solían vestir los cosacos. <<

[11] Maria, creo que duerme; está cansado. <<

[12] Protagonista de *Malvina* (1800), novela sentimental de Sophie Cottin. <<

[13] Recuerda que morirás. <<

[14] El 16 de octubre de 1820 se produjo una insurrección en el regimiento Semiónovski. Meses antes Arakchéiev había trasladado a Potiomkin —hasta entonces jefe de regimiento y muy querido entre sus hombres— para nombrar en su lugar al general Fiódor Efímovich Schwartz (1783-1869), que había introducido un durísimo régimen disciplinario. Los insurrectos fueron juzgados por un tribunal militar y duramente castigados. <<

[15] Sociedad creada en 1812 por Golitsyn, con el beneplácito de Alejandro I, cuyo objetivo era difundir la Biblia y encargarse de una nueva traducción. Formaron parte de ella hombres tan influyentes como Arakchéiev, Kochubéi, Magnitski y Milorádovich. <<

[16] Johannes Evangelista Gossner (1773-1856), pastor bávaro y predicador que fue invitado a San Petersburgo por la Sociedad Bíblica, de la que fue nombrado director en 1820. <<

[17] Yekaterina Filíppovna Tatárinova (1783-1856), fundadora de la secta religiosa mística Unión Espiritual, muy influyente en los ambientes aristocráticos de San Petersburgo. <<

[18] No, *monsieur* Dessales, le pediré a mi tía si me puedo quedar. <<

[19] Ahora se lo traeré, *monsieur* Dessales; buenas noches. <<

[20] Krüdener, Barbara von (1764-1824), baronesa rusa, escritora y mística que tuvo gran influencia en Alejandro I. <<

[21] Como ya dijimos en una nota anterior, Karl von Eckartshausen (1752-1803), autor místico bávaro. <<

[22] Sin conciencia ni honor. <<

[23] El asentamiento militar fue un sistema durísimo de organización de las tropas que combinaba el servicio militar con el trabajo en el campo. Lo introdujo Arakchéiev en 1810 y fue abolido en 1857. <<

[24] Consigna. <<

[25] Pugachov, Yemelián Ivánovich (c. 1742-1775), líder de una insurrección cosaca en tiempos de Catalina la Grande que se presentó falsamente como Pedro III. <<

[26] La Tugendbund (o Liga de la Virtud) fue una sociedad política secreta cercana a la masonería fundada en 1808 en Köninsberg para liberar a Prusia del poder de Napoleón. Años más tarde los primeros decembristas se basarían en los estatutos de esta sociedad para elaborar su programa político y táctico. <<

[27] Denísov hace un juego de palabras con Tugendbund y *bunt*, que en ruso significa «motín». <<

[28] ¡Soy vuestro hombre! <<

[29] Abrir un campo de acción. <<

[30] El hilo de la Virgen. <<

[31] Cayo Mucio Escévola, héroe legendario romano, impresionó al rey etrusco Porsena poniendo la mano derecha en un brasero. <<

[32] ¿Se encuentra mal? <<

[33] Edward Gibbon (1737-1794), historiador y político inglés, considerado uno de los primeros historiadores modernos, famoso especialmente por su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. <<

[34] Henry Thomas Buckle (1821-1862), historiador inglés, llamado en ocasiones «padre de la historia científica» y autor de la inacabada *Historia de la civilización en Inglaterra*. <<

[35] Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873), Napoleón III, sobrino del emperador, hizo dos intentos de derrocar al rey Luis Felipe de Orleans y en 1840 fue detenido en Boulogne y encarcelado. Huyó en 1846 y en 1848, depuesto Luis Felipe, ganó las elecciones y fue presidente de la República. En 1851 dio un golpe de Estado y se proclamó emperador, dando inicio al llamado Segundo Imperio (1852-1870). <<

[36] Confederación creada por dieciséis estados alemanes vasallos de Napoleón después de su victoria en Austerlitz. <<

[37] Iván el Terrible. <<

[38] Andréi Mijáilovich Kurbski (1528-1583), príncipe ruso, jefe militar, político y amigo íntimo de Iván el Terrible. Más tarde serían adversarios. La correspondencia que mantuvieron es valiosísima para entender la historia de la Rusia del siglo XVI. <<

[39] Trovadores germanos de los siglos XII-XIV. <<